

Curso 2004/05  
HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES/14  
I.S.B.N.: 84-7756-665-8

**LEOPOLDO PORRAS GRANERO**

**El pueblo en la novela española del siglo XIX**

**Director**  
**ANTONIO ALONSO MARTÍN**



**SOPORTES AUDIOVISUALES E INFORMÁTICOS**  
**Serie Tesis Doctorales**

Agradezco a D. Antonio Alonso, director de esta tesis, la paciencia demostrada al leer durante los últimos diez años las diversas entregas que le he ido haciendo, así como sus precisas indicaciones y correcciones.

# ÍNDICE

<b>0. INTRODUCCIÓN</b> .....	13
<b>1. OBJETIVOS</b> .....	14
<b>2. HIPÓTESIS DE TRABAJO</b> .....	14
<b>3. METODOLOGÍA Y DESARROLLO</b> .....	16
<b>I . CONTEXTO HISTÓRICO: EL PUEBLO EN LA HISTORIA DEL SIGLO XIX:</b> .....	17
<b>1. 1800-1833: EL REINADO DE FERNANDO VII</b> .....	18
1.1. INTRODUCCIÓN .....	18
1.2. LOS ALBORES DE LA CONCIENCIA POPULAR .....	19
1.2.1. 1808-1814: EL MOTÍN DE ARANJUEZ Y LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA .....	19
1.2.2. EL REINADO DE FERNANDO VII. 1814-1833 .....	28
1.2.2.1. La reinstauración del absolutismo .....	28
1.2.2.2. El trienio liberal .....	35
1.2.2.3. La década ominosa .....	48
1.3. CONCLUSIÓN .....	52
<b>2. 1833-1868: EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA OBRERA</b> .....	54
2.1. INTRODUCCIÓN .....	54
2.2. LIBERALISMO Y CONCENTRACIÓN INDUSTRIAL .....	55
2.3. LUCHA POR EL DERECHO DE ASOCIACIÓN Y ACCIÓN POLÍTICA .....	58
2.3.1. EL DERECHO DE ASOCIACIÓN .....	59
2.3.2. LA ACCIÓN POLÍTICA DEL PUEBLO .....	62
2.3.2.1. La “alianza” pueblo-progresistas: 1835-1843 .....	62
2.3.2.2. La década moderada: 1843-1854 .....	75
2.3.2.3. La revolución del 54 y el bienio progresista .....	79
2.3.2.4. 1856-1868: progreso capitalista y definitiva toma de conciencia de la clase obrera .....	95
2.4. LOS CAMPESINOS .....	105
2.5. LAS IDEOLOGÍAS SOCIALISTAS PREMARXISTAS .....	115
2.6. CONCLUSIÓN .....	127
<b>3. 1868-1900: EL SURGIMIENTO DE LA CONCIENCIA OBRERA</b> .....	129
3.1. INTRODUCCIÓN .....	129
3.2. REVOLUCIÓN BURGUESA FRUSTRADA: LA OLIGARQUÍA SIGUE EN EL PODER .....	130
3.2.1. LA REVOLUCIÓN DE SEPTIEMBRE: DEBILIDAD BURGUESA .....	130
3.2.2. LA MONARQUÍA DE AMADEO I .....	133
3.2.3. LA REPÚBLICA INESTABLE .....	135
3.2.4. LA RESTAURACIÓN .....	141
3.3. LA SITUACIÓN DE LA CLASE TRABAJADORA: CONDICIONES DE VIDA .....	146
3.4. LA INTERNACIONAL: SU DIFUSIÓN EN ESPAÑA: .....	153

3.5. LA ADQUISICIÓN DE LA CONCIENCIA DE CLASE.....	162
3.6. LA PRÁCTICA DEL MOVIMIENTO OBRERO: SOCIALISTAS Y ANARQUISTAS.....	170
3.6.1. EL SOCIALISMO.....	170
3.6.2. LAS TENDENCIAS SOCIETARIAS.....	174
3.6.3. EL ANARQUISMO.....	176
3.7. LAS MOVILIZACIONES OBRERAS.....	183
3.7.1. CONFLICTOS ARCAICOS.....	183
3.7.2. NUEVA CONFLICTIVIDAD. LAS RELACIONES CAPITAL-TRABAJO.....	185
3.8. EL MIEDO AL PUEBLO: LA CUESTIÓN SOCIAL.....	187
3.9. CONCLUSIÓN.....	198
<b>II . EL PUEBLO EN LA NOVELA ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX:.....</b>	<b>199</b>
<b>1. 1800-1833: LOS BALBUCEOS DE LA NOVELA.....</b>	<b>200</b>
<b>1.1. CONSIDERACIONES PREVIAS: OBSTÁCULOS QUE IMPIDEN SU DESARROLLO.....</b>	<b>201</b>
<b>1.2. EL PAPEL DEL PUEBLO EN EL ANTIGUO RÉGIMEN: ANÁLISIS DE LAS NOVELAS.....</b>	<b>208</b>
1.2.1. EL PROVIDENCIALISMO.....	208
1.2.1.1. Conclusiones del providencialismo.....	215
1.2.2. LA IGLESIA: TUTELA Y MANIPULACIÓN.....	217
1.2.2.1. Conclusiones del tratamiento de la iglesia.....	226
1.2.3. RELACIONES PUEBLO-PODER.....	229
1.2.3.1. Conclusiones pueblo-poder.....	242
1.2.4. EL PUEBLO: ESPECTADOR PASIVO Y CONFORMISTA.....	245
1.2.5. LA IGNORANCIA: APOLOGÍA Y DENUNCIA.....	254
1.2.6. RELACIONES PUEBLO-OTRAS CLASES SOCIALES.....	267
1.2.7. EL TRABAJO: LAS RELACIONES LABORALES.....	282
1.2.8. LOS GRUPOS MARGINALES.....	291
<b>1.3. CONCLUSIONES DEL PERÍODO 1800-1833.....</b>	<b>298</b>
<b>2. 1833-1868: LA REHABILITACIÓN DE LA NOVELA: HACIA LA CONQUISTA DE LA CONTEMPORANEIDAD.....</b>	<b>300</b>
<b>2.1. INTRODUCCIÓN: DESAPARICIÓN DE OBSTÁCULOS.....</b>	<b>301</b>
<b>2.2. ANÁLISIS DE LAS NOVELAS.....</b>	<b>319</b>
2.2.1. EL PROVIDENCIALISMO.....	319
2.2.1.1. Conclusiones del providencialismo.....	324
2.2.2. LA IGLESIA Y LA RELIGIÓN.....	325
2.2.2.1. Conclusiones de la iglesia y la religión.....	345
2.2.3. EL PODER Y LA AUTORIDAD.....	346
2.2.3.1. Conclusiones del tema del poder.....	374
2.2.4. SITUACIÓN GENERAL DEL PUEBLO.....	377
2.2.4.1. Costumbrismo.....	378

Conclusiones del costumbrismo .....	390
2.2.4.2. Ingenuidad, bondad natural, sentido de la justicia .....	391
Conclusiones de las virtudes del pueblo.....	398
2.2.4.3. Superstición y credulidad .....	399
2.2.4.4. Ignorancia, cultura, consciencia .....	417
2.2.4.5. Conclusiones de la situación general del pueblo.....	430
2.2.5. EL MUNDO LABORAL: CRIADOS Y PROLETARIOS.....	436
2.2.5.1. Relaciones señores-criados.....	436
Conclusiones de las relaciones señores-criados .....	456
2.2.5.2 Trabajo asalariado. El proletariado .....	458
Conclusiones del trabajo asalariado.....	480
2.2.6. LA DESIGUALDAD SOCIAL .....	482
2.2.6.1. Superioridad natural.....	482
2.2.6.2. La desigualdad social: aceptación y denuncia.....	484
2.2.6.3. La dignidad del individuo.....	486
2.2.6.4. Crítica de la nobleza .....	488
2.2.6.5. Los nuevos ricos .....	496
2.2.6.5. Los casos concretos de desigualdades .....	504
2.2.6.7. Reivindicación de la igualdad: sus límites.....	509
2.2.6.8. El matrimonio y las relaciones sentimentales: .....	514
Conclusiones de las relaciones sentimentales: .....	524
2.2.6.9. La felicidad de los pobres.....	525
2.2.6.10. Conclusiones de la desigualdad social.....	528
2.2.7. LA LUCHA DE CLASES Y EL RENCOR SOCIAL.....	530
2.2.7.1. Conclusiones del rencor social.....	534
2.2.8. DEMOCRACIA Y SOBERANÍA POPULAR.....	536
2.2.9. LA REVOLUCIÓN .....	546
2.2.9.1. LA REVOLUCIÓN EN LA NOVELA CONSERVADORA .....	547
2.2.9.2. LA REVOLUCIÓN EN LA NOVELA LIBERAL.....	553
A) La fuerza del pueblo.....	553
B) El pueblo: obstáculo de la revolución liberal .....	554
C) El pueblo motor de la revolución: su identificación con el liberalismo .....	555
D) La revolución provocada por el desgobierno.....	559
E) Los inconvenientes de la revolución.....	563
e <sub>1</sub> ) Dificultades para controlar sus excesos .....	563
e <sub>2</sub> ) Utilización oportunista .....	571
F) Conveniencia de evitar las revoluciones:.....	576
G) Rechazo de la revolución .....	577
H) Control del pueblo .....	579
2.2.9.2. CONCLUSIONES DEL TEMA DE LA REVOLUCIÓN .....	583
2.2.10. EL POPULACHO.....	587
2.2.10.1. Alborotador .....	589
2.2.10.2. Aficionado a los espectáculos .....	590
2.2.10.3. La crueldad.....	593
2.2.10.4. Ignorancia.....	595

2.2.10.5. Impresionable e influenciable .....	596
2.2.10.6. Insolidario y egoísta .....	600
2.2.10.7. Falto de iniciativa.....	600
2.2.10.8. Conclusiones del tema del populacho.....	602
2.2.11. LOS GRUPOS MARGINALES .....	606
2.2.11.1. Los mendigos .....	606
2.2.11.2. Los gitanos .....	610
2.2.11.3. Delincuentes y bandoleros.....	614
<b>2.3. CONCLUSIONES DEL PERÍODO 1833-1868.....</b>	<b>623</b>
<b>3. 1868-1900: LA MONOPOLIZACIÓN DE LA NOVELA POR LA BURGUESÍA.....</b>	<b>634</b>
<b>3.1. INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>635</b>
3.1.1. Las quejas por la ausencia de novela: motivos .....	635
3.1.2. La trayectoria de la novela burguesa: polémicas y etapas .....	642
3.1.2.1. 1870-1880: El realismo tendencioso.....	643
A) Las polémicas sobre la novela.....	643
B) La literatura como arma de combate: las novelas de tesis .....	649
3.1.2.2. El Naturalismo: 1880-1890 .....	652
3.1.2.3. El realismo idealista o la subjetivación de la realidad.....	661
3.1.3. La ruptura de la burguesía con el pueblo: la exclusión del proletariado. ....	664
<b>3.2. ANÁLISIS DE LAS NOVELAS.....</b>	<b>670</b>
3.2.1. EL PROVIDENCIALISMO.....	670
3.2.1.1. Conclusiones del providencialismo .....	677
3.2.2. LA IGLESIA Y LA RELIGIÓN.....	680
3.2.2.1. Apología de la religión. Sus múltiples beneficios: .....	680
A) La religión fuente de concordia .....	680
B) Freno de pasiones .....	681
C) Protección espiritual y material .....	684
D) Punto de referencia y marca indeleble .....	685
E) Rechazo de la irreligiosidad .....	687
F) Didactismo de los ritos litúrgicos.....	689
G) La católica es la única religión .....	690
H) Fuente de consolación y compensación .....	691
I) Efectos negativos de la irreligiosidad .....	692
J) El mal ejemplo de la inmoralidad de las clases altas: .....	693
3.2.2.2. Los abusos de la Iglesia: utilización espuria de la religión.....	696
A) Anticlericalismo: lujuria y gula .....	697
B) Denuncia de los perjuicios de la religión .....	701
b <sub>1</sub> ) Instrumento de poder. Alianza con la oligarquía: .....	701
b <sub>2</sub> ) La Iglesia: garantía del poder de la oligarquía: .....	702
b <sub>3</sub> ) Apoyo político .....	704
b <sub>4</sub> ) Devolución de favores.....	706
b <sub>5</sub> ) La carrera sacerdotal: <i>modus vivendi</i> .....	708
b <sub>6</sub> ) La influencia social de la religión.....	711

b <sub>7</sub> ) El dominio de las conciencias.....	715
b <sub>8</sub> ) Fuente de enfrentamientos .....	717
b <sub>9</sub> ) Instrumento de fanatismo.....	720
b <sub>10</sub> ) Mantenimiento del orden vigente.....	721
3.2.2.3. La necesidad de la religión.....	725
A) La religiosidad natural.....	726
B) Las insuficiencias del racionalismo .....	728
3.2.3. EL PODER. LA FRUSTRACIÓN DE LA BURGUESÍA .....	737
3.2.3.1. Actitud antiliberal de la novela conservadora .....	737
A) Las relaciones del poder con la sociedad tradicional.....	737
a <sub>1</sub> ) Virtudes de los señores tradicionales.....	737
a <sub>2</sub> ) Igualdad social .....	740
a <sub>3</sub> ) Fidelidad e identificación del pueblo con el poder .....	740
B) El poder burgués: materialismo y arribismo .....	741
b <sub>1</sub> ) El materialismo del poder burgués.....	742
b <sub>2</sub> ) La osadía: base del poder burgués .....	742
b <sub>3</sub> ) El sufragio perturba la paz y la convivencia del pueblo .....	743
b <sub>4</sub> ) El contagio de la sociedad tradicional .....	747
C) El poder tradicional es la única garantía de la paz social .....	748
3.2.3.2. Novela liberal: denuncia de la traición de la burguesía .....	750
A) El relevo de poder: signo de los tiempos.....	751
B) Respetabilidad del liberalismo y virtudes de los liberales.....	753
C) La clase media debe ser la clase rectora de la sociedad.....	755
D) En España no existe clase media .....	755
E) La radicalización: peligro para la revolución .....	756
F) Manipulación del pueblo por las fuerzas conservadoras.....	757
G) Los políticos sin escrúpulos .....	758
H) La traición de la burguesía. La alianza con la aristocracia .....	759
h <sub>1</sub> ) El ansia de ganar dinero .....	760
h <sub>2</sub> ) Subordinación ante la aristocracia .....	763
h <sub>3</sub> ) Egoísmo antipatriótico .....	766
I) La Restauración margina y utiliza al pueblo .....	768
i <sub>1</sub> ) Relaciones desiguales: la oligarquía abusa del pueblo .....	770
i <sub>2</sub> ) El pueblo víctima de la moral de la Restauración.....	774
i <sub>3</sub> ) Embrutecimiento propiciado por el poder.....	776
3.2.3.3. Conclusiones del tema del poder .....	779
3.2.4. SITUACIÓN GENERAL DEL PUEBLO.....	781
3.2.4.1. Costumbrismo.....	781
3.2.4.2. La indumentaria popular .....	795
3.2.4.3. Tipos y ambientes populares.....	799
3.2.4.4. El lenguaje del pueblo .....	804
Conclusiones del lenguaje del pueblo .....	810
3.2.4.5. Incultura e ignorancia .....	811
Conclusiones de la incultura y la ignorancia .....	820
3.2.4.6. Instintos, pasiones, grosería.....	821
3.2.4.7. Distanciamiento irónico .....	829



Conclusiones del lenguaje distanciamiento irónico.....	837
3.2.4.8. Miseria y aspecto físico: el Naturalismo .....	839
3.2.4.9. Conclusiones de la situación general del pueblo.....	855
3.2.5. EL MUNDO LABORAL: OBREROS, CRIADOS Y CAMPESINOS .....	857
3.2.5.1. EL MUNDO OBRERO .....	857
A) La novela conservadora .....	857
B) La novela liberal .....	864
b <sub>1</sub> ) Liberalismo ideológico.....	865
b <sub>2</sub> ) Liberalismo doctrinario .....	887
C) La novela proletaria.....	891
Conclusiones del mundo obrero .....	892
3.2.5.2. EL SERVICIO DOMÉSTICO .....	896
Conclusiones del trabajo doméstico .....	916
3.2.5.3. LOS CAMPESINOS. EL MUNDO RURAL.....	917
Conclusiones del tema campesino.....	939
3.2.5.4. Conclusiones del mundo laboral .....	939
3.2.6. LAS RELACIONES SOCIALES: TRATO EXTERNO IGUALITARIO	
PERO DESIGUALDAD SOCIAL .....	943
3.2.6.1. La existencia de la desigualdad.....	943
3.2.6.2. Equiparación social: la igualdad ficticia.....	950
3.2.6.3. Trato externo: paternalismo y espíritu democrático: lenitivos	
superficiales de la desigualdad .....	952
3.2.6.4. Movilidad social.....	960
A) La novela conservadora .....	960
B) La novela liberal .....	964
b <sub>1</sub> ) Aventureros y gentes sin escrúpulos: los nuevos ricos.....	965
b <sub>2</sub> ) Los hechos a sí mismos: el premio del esfuerzo: .....	970
3.2.6.5. Las relaciones sentimentales .....	973
A) La novela conservadora: castigo y abdicación.....	973
B) La novela liberal: prostitución, amancebamiento y matrimonio.....	979
b <sub>1</sub> ) Clase alta y prostitución .....	980
b <sub>2</sub> ) Relaciones extramatrimoniales .....	982
b <sub>3</sub> ) Los matrimonios interclasistas.....	985
Matrimonios por interés: el estiércol plebeyo.....	985
Los matrimonios por amor .....	990
C) La novela proletaria.....	995
3.2.6.6. Conclusiones de las relaciones sociales.....	995
3.2.7. LA CUESTIÓN SOCIAL. EL PAPEL POLÍTICO DEL PUEBLO EN	
EL LIBERALISMO. EL SOCIALISMO.....	998
3.2.7.1. LA CUESTIÓN SOCIAL .....	999
3.2.7.2. LA PARTICIPACIÓN DEL PUEBLO EN LA POLÍTICA.....	1012
3.2.7.3. LA SOCIEDAD SIN CLASES: SOCIALISMO Y	
ANARQUISMO .....	1035
A) La novela conservadora: emotividad y cientifismo: .....	1035
B) La novela liberal: descalificación y objetividad .....	1046

C) La novela proletaria: ruptura con el liberalismo .....	1060
3.2.7.4. CONCLUSIONES DE LA CUESTIÓN SOCIAL.....	1062
<b>3.3. CONCLUSIONES DEL PERÍODO 1868-1900</b> .....	1066
<b>III. CONCLUSIONES GENERALES</b> .....	1073
<b>1. RESUMEN GLOBAL</b> .....	1074
<b>2. 1800-1833: ANTIGUO RÉGIMEN</b> .....	1075
2.1. NOVELA PROFEUDAL .....	1077
2.2. NOVELA LIBERAL .....	1079
2.3. CONCLUSIÓN .....	1082
<b>3. 1833-1868: EL ACOSO DEL LIBERALISMO</b> .....	1083
3.1. EL SURGIMIENTO DE LA NOVELA.....	1086
3.2. LA NOVELA TRADICIONAL .....	1087
3.3. LA NOVELA LIBERAL .....	1091
3.4. COINCIDENCIAS ENTRE AMBAS CORRIENTES .....	1097
3.5. CONCLUSIÓN .....	1098
<b>4. 1868-1900: LA EMANCIPACIÓN DEL PROLETARIADO</b> .....	1099
4.1. LA NOVELA: MONOPOLIO BURGUÉS. TEORÍA Y PRÁCTICA .....	1101
4.2. LA NOVELA CONSERVADORA .....	1102
4.3. LA NOVELA LIBERAL .....	1104
4.4. COINCIDENCIAS ENTRE AMBAS CORRIENTES .....	1105
4.5. LA NOVELA PROLETARIA .....	1107
<b>5. SÍNTESIS</b> .....	1107
<b>IV. BIBLIOGRAFÍA</b> .....	1110
<b>1. CONTEXTO HISTÓRICO: EL PUEBLO EN LA HISTORIA DEL SIGLO XIX</b> .....	1111
<b>2. EL PUEBLO EN LA NOVELA DEL SIGLO XIX</b> .....	1113
<b>2.1. PRIMER PERÍODO: 1800-1833</b> .....	1113
2.1.1. BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA Y COMPLEMENTARIA .....	1113
2.1.2. NOVELAS ESTUDIADAS .....	1114
<b>2.2. SEGUNDO PERÍODO: 1833-1868</b> .....	1115
2.2.1. BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA Y COMPLEMENTARIA .....	1115
2.2.2. NOVELAS ESTUDIADAS .....	1116
<b>2.3. TERCER PERÍODO. 1868-1900</b> .....	1118
2.3.1. BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA Y COMPLEMENTARIA .....	1118
2.3.2. NOVELAS ESTUDIADAS .....	1119

# **0. INTRODUCCIÓN**

## 1. OBJETIVOS

El objetivo fundamental de esta tesis es estudiar cómo aparece el pueblo en la novela del XIX, la imagen que de él elabora y transmite la novela y cómo y por qué cambia esa imagen a lo largo del siglo. Dentro de este objetivo general se pueden distinguir tres objetivos particulares:

1º Delimitar y estudiar las diferentes etapas que se pueden distinguir en la historia de las clases populares en general y del proletariado en particular, partiendo de la bibliografía citada en el apartado correspondiente (páginas 1111-1113)

2º Delimitar y estudiar las distintas etapas en el desarrollo de la novela y las características de los diferentes tipos de novela en el contexto general de la literatura del siglo XIX. Este estudio se apoyará, asimismo, en la bibliografía citada en el apartado correspondiente y en conclusiones extraídas de la lectura de las propias novelas (páginas 1113, 1115 y 1118)

3º Estudiar, relacionándolo con los dos apartados anteriores, cómo aparece el pueblo en la novela. Pretendo para ello examinar un corpus de novelas lo suficientemente significativo de cada una de las etapas en las que voy a dividir el siglo. Los títulos leídos aparecen recogidos en el apartado correspondiente de la bibliografía (p. 1114, 1116 y 1119). Este objetivo es el que constituye la tesis propiamente dicha. Los otros dos son auxiliares, pero imprescindibles, pues para poder analizar éste en profundidad, es necesario conocer los contextos histórico y literario –respectivamente- en los que se inserta.

## 2. HIPÓTESIS DE TRABAJO

Para la realización de este estudio parto de una hipótesis general y tres particulares –una para cada uno de los tres períodos en los que divido el siglo- que se derivan de ella.

### 2.1. Hipótesis general.

La literatura recoge los intereses de una clase social para cuya defensa elabora una ideología.

La obra literaria está condicionada por las relaciones sociales de producción dominantes en la sociedad en el momento en el que surge y no es sino un reflejo de lo que la sociedad piensa sobre sí misma.

*“En la producción social de sus vidas, los hombres establecen relaciones concretas que son indispensables e independientes de sus deseos, relaciones de producción que corresponden a una determinada etapa del desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. La suma total de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, base real sobre la que se levanta una superestructura legal y política y a la que corresponden determinadas formas de consciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual, en general. No es la consciencia de los hombres la que determina su ser, sino que al contrario, es el ser social de éstos el que determina su consciencia.”<sup>1</sup>*

La sociedad se encuentra dividida en clases –cuyas relaciones están, asimismo, condicionadas por esas relaciones de producción- con intereses contrapuestos. La literatura

---

<sup>1</sup> Marx: *Contribución a la crítica de la economía política*, citado por: Terry Eagleton: *Literatura y crítica marxista*, Madrid, Zero, 1978, p. 24.

que, al igual que la ley, la política, la religión o la moral, forma parte de la superestructura, recoge lo que la sociedad piensa sobre sí misma desde la óptica de los intereses de la clase dominante a cuya defensa contribuye mediante la elaboración de una ideología, cuyo objetivo “*es legitimar el poder de la clase que gobierna la sociedad*”, por lo que, en última instancia, “*las ideas dominantes de una sociedad son las ideas de su clase gobernante*”<sup>2</sup>. Pero las demás clases también tienen sus intereses, que chocan con los de la clase dominante, por lo que, lo mismo que ésta, van a elaborar una ideología para defenderlos. Esto implica que cada clase social considera a las demás desde la óptica de sus propios intereses. Y, como las relaciones entre éstas, se van modificando en función de los acontecimientos históricos –produciéndose enfrentamientos, alejamientos o acercamientos– lo mismo sucede con las respectivas ideologías a las que la novela da cabida. En el caso concreto del pueblo es presumible que sea esto lo que va a suceder, por lo que su imagen estará condicionada por la “necesidad” que de su concurso tengan las otras dos clases como consecuencia de sus enfrentamientos a lo largo del siglo y por la prevención, cautela y temor que van a experimentar hacia él cuando adquiera su conciencia de clase. De esta variabilidad, motivada por el lugar en el que se encuentra el pueblo respecto de la nobleza tradicional y de la burguesía, se derivan las hipótesis particulares y concretas.

## **2.2. Hipótesis particulares.**

### **A) Primer período del siglo: 1800-1833. Predominio del Antiguo Régimen.**

a<sub>1</sub>) Dada la vigencia de éste, cuya clase dominante es la nobleza, la imagen que del pueblo predominará durante estos años será la del pueblo rural identificado con los valores tradicionales.

a<sub>2</sub>) Existe ya una burguesía que, durante las Cortes de Cádiz y el Trienio Liberal, ha dado muestras de cierta vitalidad. La ideología de esta clase, cuya objetivo es derribar el Antiguo Régimen, debe de aparecer también en algunas novelas que se hagan eco de ella.

### **B) Segundo período: 1833-1868. Las bases de la sociedad burguesa.**

b<sub>1</sub>) La nobleza sigue siendo la clase dominante, pero se ve insistentemente acosada por la burguesía. Por ello la corriente novelesca que elabora su ideología, además de afirmar los valores del Antiguo Régimen, se verá obligada a negar los del liberalismo. El pueblo aparecerá como sostén de los primeros y víctima de los segundos.

b<sub>2</sub>) Ha surgido, como consecuencia de la incipiente industrialización, una burguesía que, aunque débil, empieza a convertirse en una amenaza para las estructuras sociales tradicionales. Para llevar a cabo la consolidación del liberalismo, necesita de la embrionaria clase obrera. Es de esperar, por tanto, la existencia de una corriente novelesca que trate de implicar a las clases populares en la lucha a favor de la sociedad liberal. Pero, como la clase obrera nacida como consecuencia de la industrialización, va a empezar a dar muestras de su carácter reivindicativo –aunque sus peticiones no apuntan todavía contra el sistema burgués– es de esperar también que en la novela burguesa aparezcan ya recelos, precauciones y temores. En cualquier caso, como la burguesía no es un conglomerado uniforme –la aparición de diversos partidos políticos en su seno así lo confirma–, la imagen del pueblo que esta corriente novelesca elabore, tampoco lo será.

---

<sup>2</sup> T. Eagleton: *Op., cit.*, p. 25.

### **C) Tercer período: 1868-1900. La adquisición de la conciencia de clase por el proletariado.**

#### **c<sub>1</sub>) La clase tradicional**

**c<sub>1.1</sub>)** Un sector de la antigua clase dominante sigue aferrada al modelo social rural del Antiguo Régimen. Acusa al liberalismo de todos los males que están ocurriendo en la sociedad, entre ellos, haber apartado al pueblo de la senda de la moralidad. Esta corriente elaborará una imagen en la que el pueblo rural, aislado e incontaminado, sigue siendo el baluarte del Antiguo Régimen. Pero, no pueden mantenerse al margen del movimiento obrero. La inquina que sienten contra éste va a “contaminar” la imagen que elaboren del pueblo, que estará llena de luces y sombras.

**c<sub>1.2</sub>)** Otro se ha adaptado a las circunstancias. Se encuentra a gusto en la sociedad de la Restauración. Presentará una imagen del liberalismo en la que, para defenderlo de los ataques del socialismo, intentará convencer a la clase obrera de que solamente éste garantiza su redención.

**c<sub>2</sub>)** La burguesía liberal se siente frustrada por el fracaso de la revolución de Septiembre. Dará rienda suelta a su frustración atacando a la sociedad de la Restauración utilizando como argumento el abandono del pueblo. Pero, temerosa, ante el empuje del proletariado, su actitud ante éste será, lógicamente, a la defensiva.

**c<sub>3</sub>)** La adquisición de la conciencia de clase por parte del proletariado determinará que surja una corriente novelística que la recoja desde su propia óptica de clase.

## **3. METODOLOGÍA Y DESARROLLO**

Voy a dividir la tesis en dos grandes apartados:

*I. Contexto histórico: el pueblo en la historia del siglo XIX.*

*II. El Pueblo en la novela española del siglo XIX.*

En el primero estudio el papel que el pueblo desempeña en la historia del siglo XIX, que divido en los tres períodos mencionados. Me baso para ello en la bibliografía recogida en el apartado correspondiente. No pretendo aportar nada en este apartado que no forma parte de la tesis propiamente dicha. Mi intención es simplemente trazar los rasgos más significativos de la intervención del pueblo en el desarrollo de los acontecimientos históricos para tener un elemento de referencia con el que poder comparar la imagen que de él se presenta en el segundo apartado.

Éste es el que constituye la tesis. La comparación de lo que del pueblo se “dice” en la novela con las conclusiones extraídas del apartado histórico, permitirá demostrar hasta qué punto se cumple la hipótesis general de partida: la literatura elabora una ideología que responde siempre a unos intereses de clase.

El período estudiado es el siglo XIX –obras publicadas desde 1800 a 1900- pero excluyo las de los autores de la Generación del 98 aparecidas antes de la última fecha porque, siguiendo el criterio de Ferreras, no me parece adecuado considerarlos como novelistas del siglo XIX.

**I. CONTEXTO HISTÓRICO:  
EL PUEBLO EN LA HISTORIA DEL  
SIGLO XIX**

## 1. 1800-1833: EL REINADO DE FERNANDO VII

### 1.1. INTRODUCCIÓN.

Tres son las clases sociales entre las que se reparte el protagonismo histórico en el siglo XIX: nobleza, burguesía y pueblo. A principios de siglo el Antiguo Régimen sigue vigente en España, lo cual significa que la nobleza, aunque ya en decadencia -"la estructura del antiguo régimen se encontraba [...] quebrantada, aunque todavía no modificada"<sup>1</sup>- y cada vez más a la defensiva, continúa monopolizando el poder y administrando los asuntos públicos de los que las otras dos clases se han mantenido secularmente al margen.

Pero el Antiguo Régimen va a entrar definitivamente en crisis, hasta terminar desapareciendo -lo que conlleva la pérdida de protagonismo por parte de la nobleza- a lo largo del siglo. Protagonismo que va a ir siendo paulatinamente asumido por las otras dos clases, que pasan así a preocuparse por los asuntos públicos. La existencia de sectores cada vez más amplios que se interesan y toman partido ante los asuntos nacionales es uno de los rasgos distintivos de la contemporaneidad que se va a plasmar en el surgimiento de una conciencia nacional, idea señalada por Aranguren quien, siguiendo a Galdós, sitúa su origen en Trafalgar:

*“A esta significación de Trafalgar pudo contribuir el hecho de que quizá, como le ocurrió a Gabriel Araceli de Galdós, a través de aquella batalla, la idea y el sentimiento de patria o nacionalidad, es decir de la comunidad fraternalmente unida en un pacto defensivo de la tierra española, y de cuanto entrañable hay en ella, comenzó a sustituir a su personificación en los reyes”<sup>2</sup>.*

Es decir, las cuestiones públicas dejan de ser patrimonio exclusivo de unos pocos y se hacen

<sup>1</sup> M. Núñez de Arenas y M. Tuñón de Lara: *Historia del movimiento obrero español*, Barcelona, Nova Terra, 1970, p. 21.

<sup>2</sup> José Luis Aranguren: *Moral y sociedad*, Madrid, Edicusa, 1966, p. 45.

El texto de Galdós al que se refiere Aranguren, aunque no lo reproduce, es el siguiente:

*"Por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria, y mi corazón respondió a ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Hasta entonces la patria se me presentaba en las personas que gobernaban la nación, tales como el rey y su célebre ministro, a quienes no consideraba con igual respeto. [...]"*

*Pero en el momento que precedió al combate comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándole y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche y saca de la oscuridad un hermoso paisaje. Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé a la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria; es decir, el terreno en que ponían sus plantas, el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban la embarcación fatigada del largo viaje; el almacén donde depositaban sus riquezas, la iglesia, el sarcófago de sus mayores, habitáculo de sus santos y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles, transmitidos de generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amansan la travesura e inquietud de los nietos; la calle, donde se ven desfilar caras amigas; el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde el nacer se asocia a nuestra existencia; desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales; todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el cuerpo no le bastara.*



extensivas a una colectividad más o menos amplia, que, conforme avanza el siglo va a ir entrando cada vez más de lleno en el terreno de la lucha política: el poder deja de ser monopolio de la nobleza. Formando parte de esa colectividad, de un modo indistinto primero y singular después, se encuentra el pueblo.

## 1.2. 1808-1833: LOS ALBORES DE LA CONCIENCIA POPULAR.

Siguiendo a José María Jover Zamora<sup>3</sup> se pueden distinguir a lo largo del siglo tres grandes etapas en la denominada formación de la conciencia popular:

a) 1808-1848: Las clases populares intervienen en los asuntos políticos mediante motines y alzamientos de un modo espontáneo y pasional.

b) 1848-1868: período de empuje de la burguesía que extiende su influencia sobre amplias capas del artesanado urbano.

c) 1868-hasta finales de siglo: Surge y se consolida una conciencia obrera. En este surgimiento es especialmente decisivo el período del 68 al 75.

Yo voy a modificar ligeramente esta periodización para hacerla coincidir con los acontecimientos políticos y culturales. La primera se puede cerrar con la muerte de Fernando VII y en ella se distinguen a su vez varios períodos que paso a estudiar a continuación:

### 1.2.1. 1808-1814: MOTÍN DE ARANJUEZ Y GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Todos los historiadores coinciden en señalar el año 1808 -Trafalgar- y, sobre todo, 1808 como el inicio de la contemporaneidad en España: el Antiguo Régimen no sólo está en crisis, sino que existe un "*sentimiento generalizado*"<sup>4</sup> de la misma, sentimiento compartido por amplios sectores sociales, que se van a comprometer "*en la lucha por el poder*"<sup>5</sup>.

El año 1808 va a ser pródigo en acontecimientos en los que el pueblo participa activamente, participación que, aunque a primera vista, parece ser un trasunto del pasado, tiene unos rasgos específicos que prefiguran ya las características propias de que estarán dotadas otras posteriores conforme avanza el siglo. Este año es el inicio de una época marcada por periódicas "*explosiones de pasión colectiva*"<sup>6</sup>: la primera es el Motín de Aranjuez.

Entre el 17 y el 19 de marzo de 1808 se produjo una insurrección popular en Aranjuez. El 17 una muchedumbre irrumpió y saqueó la casa de Godoy, quien se salvó escondiéndose en una alfombra enrollada, obligando así a Carlos IV a destituir a su favorito; el 19 esa misma muchedumbre forzó la abdicación del rey pasando la corona a su hijo Fernando VII<sup>7</sup>.

Aunque el pueblo intervino expeditivamente no fue una revolución popular. Fue obra

<sup>3</sup> Trafalgar, Madrid, Alianza, 12ª reimpresión, 1991, p. 76-78

<sup>3</sup> J. M. Jover Zamora: *Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea*, Ateneo de Madrid, 2ª edc., 1956, p. 13-14.

<sup>4</sup> Miguel Artola: *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*. Historia de España Alfaguara V, Madrid, Alianza, 7ª edc., 1980, AU, 46, p. 7.

<sup>5</sup> Ibid., p. 7.

<sup>6</sup> Antoni Jutglar: *Ideologías y clases en la España contemporánea. Aproximación a la historia social de las ideas*. Tomo I, 1808-1874, Madrid, Edicusa, 1968, p. 31

<sup>7</sup> Raimond Carr: *España: 1808-1975*, Barcelona, Ariel, 1982, Ariel Historia nº 33, p. 8-9

de la "oposición aristocrática", -aliada con el futuro Fernando VII-, contraria a la política de Godoy<sup>8</sup>.

Pero, aunque el motín sirviese a intereses nobiliarios y fuese perfectamente controlado por la "oposición aristocrática", la significación del mismo escapó a su control, como lo prueba el hecho de que un monarca saliese del trono por una revuelta popular<sup>9</sup>:

*"El factor accidental, trasunto del pasado, era la dirección aristocrática. Más adelante, en el siglo XIX, los descamisados de las calles de Madrid no se moverían ya por la tradicional relación simbiótica de patronos aristocráticos y clientela plebeya."*

Sin embargo, esta posibilidad escaparía a Fernando VII quien "no comprendió que se podía emplear contra la monarquía la misma combinación de fuerzas. De ahí las revoluciones habidas entre 1820 y 1831"<sup>10</sup>.

De todo lo expuesto se pueden sacar dos conclusiones:

- En los albores del siglo el pueblo sigue siendo utilizado por las clases dirigentes del Antiguo Régimen en beneficio de sus propios intereses.

- Pero, debido a los cambios económicos, sociales y políticos que están teniendo lugar, el pueblo posee una potencialidad revolucionaria de la que ni él ni los sectores dirigentes son conscientes. De ahí que, aunque de momento éstos todavía puedan controlarlo, no estén lejanos los tiempos en que escape a su control.

El 2 de mayo tuvo lugar el levantamiento del pueblo de Madrid contra los franceses. Si en Aranjuez, como se acaba de ver, todo fue preparado y orquestado desde arriba, no parece que en esta ocasión ocurriera lo mismo. Ahora será el pueblo quien tome la iniciativa. De ahí que, frente al papel meramente instrumental que jugó en Aranjuez, la sublevación del 2 de

<sup>8</sup> Ibid., p. 93.

La opinión de Carr coincide completamente con lo recreado por Galdós en el *Episodio Nacional* que recoge estos acontecimientos:

Al pueblo se le pagó: "Yo te llevaré en casa del señor Pedro Collado, criado de su alteza el príncipe Fernando, y verás cómo te dan soldada. ¿Ves esos paletos manchegos que andan por ahí? Pues todos cobran ocho, diez o doce reales diarios, con viaje pagado y vino a discreción." [p. 48] "También han repartido dinero a la tropa." [p. 49]

La dirección aristocrática: "- ¿A qué no sabes quién es ese que nos manda? - ¿Quién? ¿Aquel pahrdo que va delante con montera, garrote, chaqueta de paño pardo y polainas; que se para a ratos, mira por las bocacalles y se vuelve hacia acá para mandar que callen? - Sí; pues ése es el señor conde de Montijo. Con que figúrate, chiquillo, si no podemos decir aquel refrán de... cuando los santos hablan, será porque Dios les habrá dado licencia." [p. 58] "Aseguran algunos que en una de las ventanas del palacio se vio una luz, considerada como señal para empezar la gresca." [59] "A todas estas llegó una compañía de guardias para custodiar la casa después de saqueada: fácil era comprender la inteligente dirección del motín, de que había sido brutal instrumento un pueblo sencillo. Éste no hubiera podido dar un paso más allá de la línea que se le marcara sin sentir encima la fuerte mano de la autoridad." [p. 66]

**El 19 de marzo y el 2 de mayo.** Madrid, Alianza Editorial, 6ª reimpresión, 1991, Episodios Nacionales 3.

<sup>9</sup> Vide: Antoni Jutglar: *Ideologías y clases en la España contemporánea...*, edc. cit., p. 31.

Opiniones muy parecidas expresa otro historiador: "Estos acontecimientos de Aranjuez fueron los primeros estertores de la agonía del Antiguo Régimen en España. Por supuesto, el pueblo había sido manipulado como diríamos hoy. Pero no dejó de ser decisiva su intervención desde el momento en que no sólo provocó la caída de un ministro odiado (lo que ya había ocurrido con el famoso motín de Esquilache, en 1766) sino también la renuncia de un soberano y el acceso al trono de un nuevo monarca así legitimado por la voluntad popular".

Gérard Dufour: *La Guerra de la Independencia*, Madrid, Historia 16, 1989, Biblioteca H.16, nº 11, p. 19.

<sup>10</sup> Raimond Carr: *España: 1808-1975*, edc. cit., p. 94.

mayo, y acontecimientos posteriores, tengan unas características diferentes que van a ir confirmando y reafirmando las conclusiones anteriores. Para ello empezaré analizando las mencionadas características:

**Espontaneidad.** Todos los historiadores coinciden al señalar el carácter espontáneo, incontrolado, improvisado del movimiento. O, lo que es lo mismo, la absoluta carencia de dirección y preparación:<sup>11</sup>. Consecuencia de esta espontaneidad es que, más allá del deseo de expulsar al invasor, el movimiento carezca de una finalidad clara y precisa: "*Le faltaban [...] horizontes y objetivos claros, así como conciencia de la realidad objetiva*"<sup>12</sup>; "*Carente de dirección positiva*"<sup>13</sup>. En el mismo sentido inciden las palabras de Alcalá Galiano para quien el movimiento de 1808 no "*fue producido ni dirigido por medios juiciosos ni con orden previo, como sucede cuando y donde las leyes arreglan el ejercicio del poder popular sino de una manera confusa*"<sup>14</sup>. Por eso, los diversos sectores de la sociedad española van a interpretar de modo muy diferente la sublevación popular; Alcalá Galiano ya lo vio en su momento con total claridad; así, afirma que la sublevación contra los franceses se interpretó "*de muy diversas maneras en cuanto al objeto a que se encaminaba o el fin que se proponía*"; mientras, para unos el fin perseguido era "*la libertad política y civil de los ciudadanos*", para otros "*fue producto de un fanatismo ciego*"; Es decir, para unos sería "*la causa del pueblo*", y para los otros "*la causa de los cortesanos, de los grandes y del clero, abrazada por la alucinada plebe, que, sirviéndoles de instrumento, les dio el mando*"<sup>15</sup>. Esa mencionada "*falta de horizontes*" tiene también su reflejo, señalado por Marx y Engels, en la elección de las *Juntas Provinciales*:

<sup>11</sup> Vide: Miguel Artola: *La burguesía revolucionaria. (1808-1874)*. Edc., cit., p. 11, y J.L. Aranguren: *Moral y sociedad*. Edc., cit., p. 46.

La opinión de ambos historiadores vuelve a coincidir en este caso con lo escrito por Galdós: "*Durante nuestra conversación advertí que la multitud aumentaba, apretándose más. Componíanla personas de ambos sexos y de todas las clases de la sociedad, espontáneamente reunidas por uno de esos llamamientos morales, íntimos, misteriosos, informados, que no parten de ninguna voz oficial, y resuenan de improviso en los oídos de un pueblo entero, hablándole el balbuciente lenguaje de la inspiración. La campana de ese rebato glorioso no suena sino cuando son muchos los corazones dispuestos a palpitar en concordancia con su anhelante ritmo, y raras veces presenta la historia ejemplos como aquél, porque el sentimiento patrio no hace milagros sino cuando es una condensación colosal, una unidad sin discrepancias de ningún género, y por lo tanto una fuerza irresistible y superior a cuantos obstáculos pueden oponerle los recursos materiales, el genio militar y la muchedumbre de enemigos. El más poderoso genio de la guerra es la conciencia nacional, y la disciplina que da más cohesión, el patriotismo*". [p. 153]

"*El resultado era asombroso. Yo no sé de dónde salía tanta gente armada. Cualquiera habría creído en la existencia de una conjuración silenciosamente preparada; pero el arsenal de aquella imprevista y sin plan, movida por la inspiración de cada uno, estaba en las cocinas, en los bodegones, en los almacenes al por menor, en las salas y tiendas de armas, en las posadas y herrerías*". [p. 154]. *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, edc., cit.

<sup>12</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, edc., cit., p. 36-37.

<sup>13</sup> J. L. Aranguren: *Moral y sociedad*, edc., cit., p. 50.

<sup>14</sup> Citado por Manuel Moreno Alonso: *La Generación española de 1808*, Madrid, Alianza, 1989, AU 595, p. 124.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 139.

La evolución posterior de los guerrilleros, a la que se refiere M. Moreno en la página 172, es un dato más que confirma esta opinión: "*También los guerrilleros, como tantos otros españoles, acabaron escindiéndose. Unos, como Juan Martín o Mina se convirtieron en símbolos de la libertad mientras otros como el no menos famoso Cura Merino (nacido en en 1769) lo fueron del absolutismo*".

"Las juntas fueron elegidas por sufragio universal; pero "el celo de las clases bajas se manifestó en la obediencia". Generalmente elegían sólo a sus superiores naturales: nobles y personas de calidad, rara vez a personalidades de la clase media. [...] Así, las juntas se vieron llenas de gentes elegidas en virtud de la posición ocupada antes por ellas y muy distantes de ser jefes revolucionarios. [...] ... estas primeras creaciones del impulso popular, surgidas en los comienzos mismos de la revolución, siguieron siendo durante todo su curso otros tantos diques de contención de la corriente revolucionaria cuando ésta amenazaba desbordarse"<sup>16</sup>.

Es decir, el movimiento encerraba en sí mismo una potencialidad revolucionaria de la que sus propios protagonistas no eran plenamente conscientes, lo cual sería perfectamente aprovechado por los sectores tradicionales como lo demuestran los acontecimientos, que comentaré más adelante, de mayo de 1814: Fernando VII "apoyado tanto por los núcleos "serviles" como por un entusiasmo popular de raíz primaria, muy ligado a la falta de horizontes y de sentido vital de un brutal populacho 'majista"<sup>17</sup> publicó un decreto aboliendo la Constitución de Cádiz.

**Participación activa.** El protagonismo le corresponde al pueblo. Fue el pueblo quien, del modo que se ha analizado en el punto anterior, tomó la iniciativa. Tuñón de Lara recoge una cita de Martínez de la Rosa muy significativa en este sentido:

"Otro fenómeno digno de notarse es que en todas las ciudades, en todos los pueblos, comenzó el movimiento de la insurrección por las clases inferiores de la sociedad, que parecían las menos interesadas en la suerte de la nación"<sup>18</sup>.

La razón principal de esta actitud de las clases populares fue la pasividad de las autoridades constituidas, cuando no la colaboración, ante la invasión francesa<sup>19</sup>. Así, mientras que dichas autoridades se comprometieron en una política de apaciguamiento (hubo generales españoles que colaboraron con la Comisión Militar que ordenó los fusilamientos del día siguiente<sup>20</sup>), "existe una presión que a falta de más precisa determinación, hemos de decir popular, para que se declarase la guerra a los franceses"<sup>21</sup>. A lo mismo se refiere Tuñón afirmando que

"desde mayo de 1808, la movilización de las energías nacionales adquiere un matiz netamente popular. En Asturias, la Junta del Principado se transforma en Junta de Gobierno, bajo la presión de la multitud que invade la sala de sesiones, después de haberse apoderado de 100.000 fusiles del depósito de armas de Oviedo. La Junta declara la guerra a Napoleón y

<sup>16</sup> C. Marx y F. Engels: *La revolución en España*, Moscú, Progreso, 1980, p. 19-20.

<sup>17</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases en...*, edc., cit., p. 39.

<sup>18</sup> Martínez de la Rosa: *La revolución actual en España*. Madrid, 1814.

Citado por: M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, Barcelona, Laia, 4ª edc., 1973, p. 15.

<sup>19</sup> "El Dos de Mayo de 1808 no fue la rebelión de los españoles contra el ocupante francés, sino la del pueblo español contra un ocupante tolerado (por indiferencia, miedo o interés) por las clases pudientes" Gérard Dufour: *La Guerra de la Independencia*, Madrid, Historia 16, 1989, p. 31.

Y en la página anterior: "Para las clases pudientes y la nobleza, el Dos de Mayo en Madrid no fue sino un espectáculo que presenciaron asomados al balcón".

<sup>20</sup> Gérard Dufour: *La Guerra de la Independencia*, cit., p. 35.

Mientras el pueblo madrileño se sublevaba contra los franceses, Fernando VII adulaba a Napoleón en Bayona. En una entrevista que mantuvo su consejero Escoiquiz, cuando todavía no conocía los sucesos del 2 de mayo, con el Emperador (Fernando se sentía tan cohibido en su presencia que apenas se atrevía a hablar), le prometió que Fernando "nunca soliviantaría al pueblo ni aconsejaría a los españoles entrar en guerra con Francia". Ibid., p. 38.

<sup>21</sup> M. Artola: *La burguesía revolucionaria...*, edc., cit., p. 12.

*envía una delegación a negociar con Inglaterra*"<sup>22</sup>.

La guerra es sentida como cosa de todos y todo el pueblo<sup>23</sup> se va a implicar y comprometer en ella: el fenómeno de las guerrillas<sup>24</sup> es una clara prueba de ello. Y, cuando las autoridades se resisten a satisfacer las aspiraciones del pueblo, éste no duda en "*adoptar procedimientos insurreccionales sustituyendo a las antiguas autoridades por instituciones cuya única legitimidad es la voluntad del pueblo que las elige*"<sup>25</sup>. La actitud decidida del pueblo no les dejaba alternativa: "*La multitud urbana puso fin a las vacilaciones de las clases oficiales*"<sup>26</sup>. Las autoridades se encontraron, así, ante lo que podríamos denominar una política de hechos consumados con los que, de momento, no tuvieron más remedio que transigir y, en algunos casos, incluso llegaron a evolucionar hacia posturas más progresistas<sup>27</sup>. De ahí que, como señala Artola:

*"El resultado más importante que se deriva de los sucesos de mayo-junio es la traslación del poder a manos de instituciones surgidas del levantamiento popular, fenómeno al que acompaña el sentimiento generalizado de una reasunción popular de la soberanía, sentimiento que se refleja en todos los escritos del momento"*<sup>28</sup>.

Es decir, el pueblo adopta un papel protagonista porque, a diferencia de lo que ocurrió en el Motín de Aranjuez, ahora no son las autoridades las que lo guían y conducen, sino que se ven desbordadas por él. Claro que, como se verá, esto sólo ocurre en los primeros momentos: al final los poderes establecidos conseguirán de nuevo reconducir la situación.

**Reformismo social.** El hecho de que fuese el pueblo quien tomó la iniciativa le dio al movimiento, aunque de un modo impreciso e indeterminado, un carácter reivindicativo que ha sido señalado por los distintos historiadores<sup>29</sup>. La lucha no se libraba sólo contra los franceses: entre los que se oponían a ellos existían profundas divergencias ideológicas que terminarían aflorando:

<sup>22</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*. Edc., cit., p. 15.

<sup>23</sup> Vide: Miguel Artola: *La guerra de guerrillas. (Planteamientos estratégicos en la guerra de la Independencia. Revista de Occidente*, Nº 10, enero de 1964, p. 13

<sup>24</sup> "*Los numerosos militares franceses que escribieron sus memorias después de la contienda coincidieron todos en subrayar el papel decisivo de la guerrilla y el propio Napoleón en su Memoria de Santa Elena confesó que, más que por los ejércitos, había sido vencido en España por un pueblo*". Gérard Dufour: *La Guerra de la Independencia*, cit., p. 96.

<sup>25</sup> M. Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 13.

<sup>26</sup> Raimond Carr: *España: 1808-1975*, cit., p. 96. Como prueba, cuenta el caso de "*Cuesta, capitán general de Castilla la Vieja, cuya reacción inmediata a las asonadas populares fue de "asco", tomó "muy en serio" la causa patriótica cuando los estudiantes de Valladolid levantaron un patíbulo en su propio patio y después de que su colega de Badajoz fue asesinado*".

<sup>27</sup> Como ilustración se podría citar el caso de Jovellanos. Para Aranguren se produjo en él una evolución que, desde el despotismo ilustrado, lo acercó a posturas democráticas; Vide, *Moral y sociedad*, cit., p. 48 y 50.

Aunque no piensan lo mismo Marx y Engels: "*Jovellanos [...] aun en sus mejores tiempos no había sido un hombre de acción revolucionaria, sino un reformador bienintencionado que, por excesivo reparo en los medios a emplear, jamás se hubiera atrevido a llevar las cosas hasta el fin*". *La revolución en España*, cit., p. 24.

<sup>28</sup> M. Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 14.

<sup>29</sup> "*La actitud de los españoles en la Guerra de la Independencia no fue tan unánime como suele decirse y [...], en cierta medida, la Guerra de la Independencia es la primera de estas guerras civiles que ensangrentaron la historia de la España contemporánea*". p. 98-99

"...*la Guerra de la Independencia no fue únicamente una guerra de liberación, sino una auténtica revolución, según observaron todos los contemporáneos*". p. 105. Gérard Dufour: *La Guerra de la Independencia*, edc. cit.

"El movimiento no es sólo antiextranjero, sino que prolonga el motín de Aranjuez, expresando un descontento "interior", [...] Sólo que todos los españoles no insertan estos rencores y esperanzas en la misma imagen. Para unos hay que reanudar la obra del siglo XVIII, e imitar a Francia, a la vez que se le resiste. Para otros, es el absolutismo patriarcal de Fernando, [...] la íntima unión de lo religioso y lo político, lo que hay que defender. En una palabra, España "liberal"-España "carlista", España "roja"-España "negra", existen ya, conjugadas contra el enemigo y, sin embargo, en profunda contradicción"<sup>30</sup>.

Los propios contemporáneos fueron conscientes de las motivaciones sociales que latían tras el levantamiento contra los franceses. El primer manifiesto de la Junta Central, redactado por Quintana, así lo viene a reconocer al declarar que el pueblo se levantó al sentirse "oprimido y humillado, ignorando su propia fuerza y no hallando protección contra los males del Gobierno, ni en las instituciones ni en las leyes"<sup>31</sup>.

Lo que interesa ahora es analizar las aspiraciones populares que, a pesar de sus múltiples contradicciones y limitaciones, forman parte de la España "liberal, roja". Jutglar califica el levantamiento del 2 de mayo de "auténtica insurrección de los débiles" lo que le dio a la guerra "un carácter marcadamente social" y cita a continuación el caso de los campesinos de Tarrasa quienes, en sus reivindicaciones el año 1811, expresaban

"unas ideas que muy bien podemos calificar de revolucionarias, y de revolucionarias a un nivel distinto (y superior) del de las reivindicaciones burguesas. Así, taxativamente, decían: 'No a los ricos, sí a los pobres y varas de arriero eran las que habían de mandar'"<sup>32</sup>.

Ese mismo año, mientras las Cortes de Cádiz se planteaban la cuestión de los señoríos, hubo numerosos actos de protesta y rebeldía en el campo, llegando incluso a producirse

<sup>30</sup> Pierre Vilar: *Historia de España*. Barcelona, Crítica, 13ª edc., 1981. Serie general 25, p. 81.

Estas mismas ideas han sido expresadas por P. Vilar en otro lugar de un modo más sintético y preciso: "una minoría activa y políticamente muy consciente lucha a la vez contra Napoleón y contra el antiguo régimen; una masa apasionada lucha contra Napoleón en tanto que representante de un eventual régimen nuevo. El odio patriótico contra los franceses, sobreexcitado por sus mismas exacciones, alimenta por tanto dos esperanzas políticas de signo contrario".

"OCUPANTES Y OCUPADOS: ALGUNOS ASPECTOS DE LA OCUPACIÓN Y RESISTENCIA EN ESPAÑA EN 1794 Y EN TIEMPOS DE NAPOLEÓN". En: *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*. Barcelona, Crítica, 1982. Temas Hispánicos, 94, p. 199.

Vide, asimismo *Moral y sociedad*, p. 46.

<sup>31</sup> Citado por Manuel Moreno Alonso: *La Generación española de 1808*, cit., p. 104.

A continuación M. Alonso, comentando las palabras de Quintana, añade: "La revolución popular se extendió por España a partir de la revolución madrileña del dos de mayo de 1808 contra los franceses. [...] El levantamiento, con su carácter patriótico eminentemente xenófobo, fue en el fondo la más clara manifestación del estado de tensión y dificultades en que se encontraba la sociedad española. Fue la típica reacción de una sociedad oprimida y desesperanzada, pobre e ignorante". Ibid., p. 104-105.

Quintana insiste, asimismo, en estas ideas en sus *Cartas a Lord Holland*, donde afirma que creer que lucharon del modo que lo hicieron sin la intención de "sacar ventaja interior por tan prodigiosos esfuerzos, ni en remediar los abusos por donde habían venido tamañas calamidades, es soñar absurdos. Citado por Manuel Moreno Alonso: Ibid., p. 132.

M. Moreno recoge también los testimonios de otros contemporáneos como Flórez Estrada: [*Introducción para la historia de la revolución de España* (1810)] para quien es una guerra en la que "luchan millones de hombre por conservar su existencia o por recobrar su libertad y por salir del estado de abatimiento, de ignorancia y de esclavitud a que los redujo su mal gobierno anterior". Ibid., p. 138.

<sup>32</sup> Antoni Jutglar: *Ideologías y clases* ..., cit., p. 41-42.

"ocupaciones de tierras"<sup>33</sup>. Algunas autoridades fueron asesinadas en los días iniciales de la revuelta, de ahí que ésta no fuera vista con entusiasmo, sino más bien con ciertas reservas, no exentas de miedo, por parte de las clases "bienpensantes": "El desfile de los vencedores de Bailén no tranquilizó a la buena sociedad madrileña; la calle acusaba a ésta de pasividad"<sup>34</sup>. Lo mismo debió ocurrir en otros muchos sitios, pues el Marqués de Ayerbe cuenta en sus *Memorias* que la resuelta actitud del pueblo en Cádiz, Badajoz, Zaragoza

"y otros puntos les hizo temer [a las clases "bienpensantes] y seguir el espíritu de la muchedumbre", ante la que expresa claramente sus reservas "pues el pueblo baxo, menos reflexivo, sólo se acordó de que era español para temer menos, y cual un torrente impetuoso se llevó tras sí las voluntades de todos"<sup>35</sup>.

Por eso, como señala Carr, al producirse la sublevación del 2 de mayo, el *Consejo de Castilla* se sintió tan preocupado y alarmado como Murat y ayudaron a los franceses a recoger las armas en los días posteriores a la revuelta<sup>36</sup>. Es evidente, pues, que, como decía al principio, al mismo tiempo que se luchaba contra el invasor y los viejos valores entraban en crisis, los antagonismos sociales, más o menos soterrados por el Antiguo Régimen, emergían a la superficie: "La guerra [...] que presentó no sólo un aspecto nacional, sino también social, había constituido un fermento de transformación social"<sup>37</sup>. Es significativa en este sentido la opinión de La Forest, embajador francés, quien "el 1 de julio [...] creía que la revolución estaba acabando. El único resultado de la anarquía habría sido el echar "a los propietarios honorables" en brazos de los franceses"<sup>38</sup>.

Pero el hecho de que existieran "aspiraciones revolucionarias"<sup>39</sup> no desembocó en una revolución. Ya se vio en el punto anterior cómo el pueblo carecía de objetivos claros y cómo eligió para presidir las *Juntas* "a sus superiores naturales", lo cual supuso poner al frente de la revolución a aquéllos a quienes una auténtica revolución tendría que haber derrocado. Marx y

<sup>33</sup> M. Tuñón de Lara: *La España del siglo XIX*, cit., p. 28.

<sup>34</sup> Pierre Vilar: *Historia de España*, edc., cit., p. 81-82.

Comentado este desfile escribe Alcalá Galiano en sus *Memorias* que existía una alegría desbordada en las calles, pero "no podía, sin embargo, dejar de causar temor a las personas prudentes el estado de una población crecida falta absolutamente de Gobierno, donde la seguridad pública y la de los individuos, en sus vidas y haciendas, había quedado encomendada a la virtud y buen juicio de la muchedumbre, virtud que existe, pero que se desmiente con frecuencia". Citado por M. Moreno Alonso: *La Generación española de 1808*, cit., p. 113.

También R. Carr (*España 1808-1975*, cit., p. 98) se refiere a los terrores de Alcalá Galiano ante la entrada de los patriotas valencianos en Madrid.

<sup>35</sup> Citado por: Manuel Moreno Alonso: *La Generación española de 1808*, cit., p. 109.

<sup>36</sup> R. Carr: *España: 1808-1975*, cit., p. 96.

La actitud de la jerarquía eclesiástica, sobre todo al principio cuando el movimiento no estaba controlado, fue también de colaboración por las mismas razones: "La propia Iglesia española (que en su mayoría obrará eficazmente luego predicando la guerra santa contra los franceses) prefería entonces ver triunfar las armas de Murat antes que las de los patriotas. Es que [...], estos patriotas se componían únicamente de individuos de las clases populares. Y la Iglesia, como gran parte de las clases pudientes, antes apoyaba la dependencia de España que una intervención directa del pueblo (esa "anarquía" que tanto pavor despertaba). G. Dufour: *La Guerra de la Independencia*, cit., p. 35.

<sup>37</sup> M. Núñez de Arenas y M. Tuñón de Lara: *Historia del movimiento obrero español*, Barcelona, Nova Terra, 1971, p. 31..

<sup>38</sup> Raimond Carr: *España: 1808-1975*, cit., p. 98.

<sup>39</sup> Marx y Engels: *La revolución en España*, cit., p. 28.

Engels, tras señalar que "*durante los dos primeros años existió una tendencia a las reformas sociales y políticas muy acusada como lo prueban todos los manifiestos de las juntas provinciales*"<sup>40</sup>, afirman que la Junta Central ejerció una labor de freno que califican de contrarrevolucionaria, hasta el punto de que, estando en Sevilla en julio de 1809, el gobierno conservador inglés le envió una nota expresándole una enérgica protesta ante sus medidas excesivamente conservadoras "*por temor de que eso pudiera ahogar el entusiasmo público*"<sup>41</sup>. Pero esta función de control no sólo fue ejercida por la Junta Central; según Carr, las provinciales hicieron lo mismo iniciando así un procedimiento que se repetirá en todas las intentonas revolucionarias posteriores: poner al frente a personas de talante conservador para vaciarlas de contenido revolucionario:

*"En todas partes la elección de juntas fue el instrumento principal para [la] recuperación del control por los prohombres locales -la 'gentry', como decía un diplomático inglés. Cuando se convenía de su disposición a adoptar la causa patriótica, el 'pueblo' volvía a sus dirigentes locales naturales, y desaparecía del primer plano, salvo unas cuantas reparaciones significativas y algunas protestas contra los ricos"*<sup>42</sup>.

José María Blanco White lamentará "*los errores 'groseros'*" cometidos en la elección de las Juntas; errores que él atribuye a la ignorancia "*porque ni la generalidad del pueblo sabía adónde había de dirigir sus miras, ni era fácil que apareciese un hombre a propósito que supliese lo que a la masa de la nación le faltaba de luces*"; por eso "*estaba en disposición de recibir cualquier gobierno con tal que lo dirigiese contra los franceses*"<sup>43</sup> y la consecuencia no fue otra que la reconducción de la revolución.

De todo lo expuesto en este punto se pueden sacar las siguientes conclusiones: el pueblo tomó la iniciativa en un levantamiento espontáneo, instintivo, o, lo que es lo mismo, carente de programa a pesar de los ocasionales tintes sociales que en algunos momentos adoptó y que tanto miedo provocaron entre las "clases honorables" de la sociedad.

La fuerza, la potencialidad<sup>44</sup> -vacía de contenido propio-, que el movimiento encerraba,

<sup>40</sup> Marx y Engels: *La revolución en España*, cit., p. 27.

<sup>41</sup> Ibid., p. 31.

Entre las medidas contrarrevolucionarias señaladas por Marx y Engels se encuentra, por ejemplo, el nombramiento de "*un nuevo Inquisidor General, al que por fortuna los franceses impidieron entrar en funciones*". p. 25.

<sup>42</sup> Raimond Carr: *España: 1808-1975*, cit., p. 99.

En la página anterior recoge una cita de las *Memorias del marqués de Ayerbe* que resulta muy ilustrativa a este respecto: "*Los nobles, el clero y los militares se unieron al pueblo a tiempo y apaciguaron los desórdenes*".

Este mismo hecho es señalado por Manuel Moreno Alonso: "*El pueblo, o la plebe, como se dice en tantos testimonios de la época, protagonizó la revolución de España de 1808. [...] Las Juntas Provinciales, formadas espontáneamente con un carácter intrínsecamente revolucionario [...] reconducirán la revolución popular. Formadas por elementos de la nobleza provincial y por el clero supieron canalizar la revolución según sus intereses*". p. 118-119". *La Generación española de 1808*, cit., p. 120.

En otro lugar cita también unas frases, muy similares a las recogidas por Carr, de las *Memorias* del Marqués de Ayerbe que, a otro nivel (meramente personal y no político), se refieren a lo mismo: "*fueron muy pocos los grandes, palaciegos y cortesanos, ministros y togados que tomaron parte activa en el movimiento nacional, limitándose sólo su intervención a procurar aplacar al pueblo*". Ibid., p. 109.

<sup>43</sup> "*Reflexiones generales sobre la revolución española*", artículo publicado en Londres en 1810 en el periódico fundado por él *El Español*. Citado por: Manuel Moreno Alonso: *La Generación española de 1808*, cit., p. 134.

<sup>44</sup> *Aunque el pueblo [...] no se apercibiera de ello, estaba protagonizando el drama de la resistencia al ocupante sobre un telón de fondo revolucionario*". Gérard Dufour: *La Guerra de la Independencia*, cit., p. 35.



intentó ser llenada por los dos sectores que, ya desde el siglo anterior, se enfrentaban y empezaban a prefigurar dos concepciones distintas de España: clases tradicionales y burguesía le atribuyeron significados distintos<sup>45</sup>. Es más, ambas van a utilizar al pueblo: los liberales para terminar con el Antiguo Régimen<sup>46</sup>; los conservadores, para reafirmarlo. Los primeros canalizando el descontento generalizado de la población; los segundos explotando el sentimiento xenófobo y religioso<sup>47</sup>. Inicialmente son los liberales los que consiguen imponerse. Aprovechándose de la pasividad, cuando no colaboración<sup>48</sup>, de las clases tradicionales, toman la iniciativa y llevan a cabo una labor transformadora que se plasma en la Constitución de Cádiz que terminaba legalmente con el Antiguo Régimen<sup>49</sup>.

Pero, ante el cariz que tomaban los acontecimientos, las clases tradicionales empezaron a abandonar su pasividad y a alinearse con el pueblo<sup>50</sup>. Y, en los últimos años de la guerra, empiezan a preparar la utilización del pueblo para terminar con toda la labor transformadora que los liberales estaban llevando a cabo<sup>51</sup>. La actitud del pueblo a la vuelta de Fernando VII demuestra la magnitud de su éxito.

Luego, la fuerza del levantamiento popular, indicativa de su potencialidad revolucionaria, fue utilizada primero por los liberales para intentar derrocar el Antiguo Régimen; y después por los partidarios de éste para librarse de los liberales. Las circunstancias objetivas del país hacían impensable cualquier otro resultado<sup>52</sup>. La situación al final de la guerra es, pues, la misma que en el motín de Aranjuez: el pueblo ha vuelto a servir de instrumento a los intereses conservadores<sup>53</sup>. Sin embargo, hay un matiz importante que hace que las cosas no sean exactamente igual: En Aranjuez la insurrección popular fue provocada y conducida desde el principio hasta el final por los sectores tradicionales y en ningún momento escapó a su control.

<sup>45</sup> "No todos los que hicieron la guerra la vivieron de la misma manera". Aranguren: *Moral y...*, cit., p. 46.

Carr habla de "conflicto entre los patriotas radicales y conservadores". *España 1808-1975*, cit., p. 102.

"Participando de deseos e ilusiones contrarios, el pueblo interviene de forma activa en el conflicto". Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 36.

<sup>46</sup> M. Moreno Alonso: *La Generación...*, cit., p. 106.

<sup>47</sup> "El movimiento no es solamente antiextranjero, sino que prolonga el motín de Aranjuez, expresando un descontento 'interior'. [...] El combatiente medio lucha contra el francés 'ateo'. Una vez más triunfa el agitador religioso. [...] Y la virgen del Pilar 'dice que no quiere ser francesa'". P. Vilar: *Historia de España...*, cit., p. 81.

<sup>48</sup> "Los nobles se sometieron y adularon al nuevo rey. Integraban el primer ministerio y la primera casa real de José las mismas personas que habían constituido el ministerio y la casa real de Fernando VII. [...] "De este modo, desde el mismo comienzo de la guerra de la Independencia, la alta nobleza y la antigua administración perdieron toda influencia sobre las clases medias y sobre el pueblo por haber desertado en los primeros días de la lucha". Marx y Engels: *La revolución en España*, cit., p. 16.

<sup>49</sup> Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 25.

<sup>50</sup> "La revolución llegó a su apogeo, y el sector de la alta nobleza, que había aceptado la dinastía de los Bonaparte o se mantenía prudentemente a la expectativa, se decidió a adherirse a la causa del pueblo, lo cual representó para esta causa una ventaja muy dudosa". Marx y Engels: *La revolución en España*, cit., p. 20.

<sup>51</sup> Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 124. M. Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 41.

<sup>52</sup> "Los distintos intereses y la fuerza de las estructuras existentes marcaron el desarrollo lógico [...] de la guerra y de las actividades paralelas". A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 37.

M. Moreno Alonso aduce además razones de tipo psicológico: la imposibilidad de cambiar en tan poco tiempo atavismos mentales seculares. *La Generación española de 1808*, cit., p. 177.

<sup>53</sup> "El golpe de estado de mayo fue un retorno a la coalición de Aranjuez: Fernando, el ejército y la muchedumbre callejera". R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 126.

El 2 de mayo sucedió lo contrario: el levantamiento surgió de un modo espontáneo, al margen tanto de los liberales como de los "serviles"; el impulso inicial no fue controlado por ninguno de ellos: es más, incluso provocó la toma de decisiones<sup>54</sup>. Sólo al final fue controlado por las clases conservadoras.

Luego, mientras los sucesos de Aranjuez fueron conducidos siempre por los cauces tradicionales sin salirse nunca de ellos, los del 2 de mayo nacieron fuera y, tras desbordarse durante un tiempo, fueron reconducidos a esos antiguos cauces: de momento, son los únicos que existen; hasta que el pueblo cree los suyos propios, sus energías tendrán que seguir fluyendo por los ajenos: "*Quedaba así manifiesta la ausencia de una conciencia revolucionaria o sencillamente política del pueblo*"<sup>55</sup>.

## 1.2.2. EL REINADO DE FERNANDO VII. 1814-1833.

### 1.2.2.1. La reinstauración del absolutismo: 1814-1820.

"*La guerra fue ganada por la Iglesia y por el pueblo católico*"<sup>56</sup>; o lo que es lo mismo, los conflictos sociales latentes en la misma, y apuntados en el apartado anterior, se resolvieron a favor del Antiguo Régimen a cuyo redil fue de nuevo conducido el pueblo por los pastores eclesiásticos. Lo cual nada tiene de extraño si tenemos en cuenta, por una parte, "*el marasmo y el inmovilismo*"<sup>57</sup> de la economía española; y, por otra, la situación de dependencia económica en que se encontraba el pueblo respecto a la Iglesia, así como su ignorancia; todo lo cual le hacía fácilmente manipulable.

La economía española se encontraba en un estado calamitoso y no sólo por "*las devastaciones de tierras y ganados*"<sup>58</sup> provocadas por la guerra, sino porque el nuevo gobierno, apenas instalado en el poder, tomó una serie de medidas que en nada favorecían la recuperación económica:

*"Obvio es decir que toda la legislación de Cádiz fue derogada con las consecuencias inevitables en la estructura económica y social del país [...] Los señoríos territoriales fueron restaurados y la obligatoriedad de los gremios fue restablecida por una circular administrativa del 29 de junio de 1815. En una palabra, el país seguía en plena Edad Media*"<sup>59</sup>.

Y esta situación se va a mantener durante bastante tiempo, pues "*la acción del estado a lo largo de más de treinta años no hizo sino frenar el desarrollo de las fuerzas de producción*"<sup>60</sup>.

<sup>54</sup> Es lo que ocurrió con la discusión de si las Cortes deberían ser unicamerales o bicamerales: "*La regencia abandonó la idea de una segunda cámara ante lo que el liberal Argüelles llamó 'la presión irresistible de la opinión pública'*". R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 102-103.

<sup>55</sup> Gérard Dufour: *La Guerra de la Independencia*, cit., p. 137-138.

<sup>56</sup> Juan Ignacio Ferreras: *Los orígenes de la novela decimonónica 1800-1830*. Madrid, Taurus, 1973, p. 16.

<sup>57</sup> M. Núñez de Arenas y M. Tuñón de Lara: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 31.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>59</sup> M. Tuñón de Lara: *La España del siglo XIX*, cit., p. 38.

<sup>60</sup> M. Núñez de Arenas y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 32.

En la página siguiente como dato ilustrativo de la debilidad económica española citan el hecho de "*que el Banco de San Fernando, creado en 1829, no encontraba empleo para sus propios capitales, los billetes apenas circulaban y las transacciones con los particulares eran casi inexistentes*".

Difícil resultaba, pues, la subsistencia de la inmensa mayoría de la población y sobre todo de las capas populares<sup>61</sup>, quienes, en gran medida dependían, bien de la Iglesia o bien de la caridad que, directa o indirectamente, estaba también en manos de la Iglesia, lo cual confería a ésta un gran poder que "se debía en parte al hecho de que la Iglesia era al mismo tiempo terrateniente, institución de beneficencia y patrono con empleados a sueldo en una 'economía mendicante'"<sup>62</sup>. Según el mismo Carr los conventos de Madrid repartían todos los días 30.000 raciones de sopa<sup>63</sup>; Jutglar afirma que había entre 150.000 y 200.000 mendigos transitando "continuamente por los caminos de España"<sup>64</sup>; y Fernando Garrido, por su parte, dice que en el año 1797 existían en España "7347 casas de pobres, sin contar hospicios, asilos y otras denominaciones destinadas a los pobres, que no contenían menos de 350.000"<sup>65</sup>. Esta situación era fomentada por la Iglesia que se convertía así en su principal causa y máxima beneficiada:

*"Este estado de cosas, que podríamos llamar predominio de la pobreza e imperio de la miseria, era el resultado de la fe católica y de la preponderancia del clero, verdadero señor y dueño del país. Él era quien preconizaba la humildad y la pobreza como una virtud, [...] inspiraba a los españoles desprecio de los bienes de la tierra y se los apropiaba, ofreciendo en cambio los del cielo. A esto llamaba la gente de Iglesia trabajar en la "viña del Señor, que era en realidad la única que se cultivaba en España y que daba a los cultivadores óptimo fruto. Por eso, en lugar de trabajar en campos y talleres los españoles, procuraban formar parte de la Iglesia, administradora de los bienes de los pobres y que guardaba para sí la mejor tajada"*<sup>66</sup>.

Es evidente que toda esta masa, cuya subsistencia dependía de una u otra forma de la Iglesia, constituía una clientela fiel y pronta a moverse ante sus consignas. A lo cual contribuía también, y en no pequeña medida, la influencia ideológica ejercida durante siglos, influencia que se asentaba en gran parte en la ignorancia de las masas:

*"...la España capaz de juzgar la vida pública es bastante limitada; hay una enorme masa ignorante [...] esencialmente maleable; es monárquica y, sobre todo, religiosa, y se moverá en la dirección que le marquen las clases que le aparecen como depositarias tradicionales de la autoridad: sus señores naturales y, especialmente, la Iglesia"*<sup>67</sup>.

<sup>61</sup> En el año 1821 el Conde Pechio hizo un viaje a la Península, publicado al año siguiente en Londres: *Anecdotes of the Spanish and Portuguese Revolutions*. He aquí cómo resume sus impresiones Manuel Moreno Alonso: "...lo que más le sorprendió no fueron las ruinas sino la inmutabilidad de aquellos paisajes y sus hombres [...] La simplicidad del modo de vida de sus gentes era pavorosa: unos mendrugos de pan y legumbres, con un poco de aceite y tocino, constituían la dieta de la mayor parte de los españoles. Hasta llegó a acostumbrarse cómo los campesinos comían raíces que extraían, ante él mismo, de la tierra. [...] En Aragón, los campesinos no empezaban a hacer uso de una cama hasta el día de su matrimonio. Un trozo de piel de cabra atado al pie usaban como zapatos. Y el vestido de las clases bajas no era sino una pieza de lana de colores que lo mismo servía de capa durante el día que de cama durante la noche". M. Moreno Alonso: *La Generación española de 1808*. Madrid, Alianza, 1989, AU 595, p. 24.

<sup>62</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 57..

<sup>63</sup> Ibid., p. 66.

<sup>64</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 17.

<sup>65</sup> Fernando Garrido: *Historia de las clases trabajadoras. 3 El proletario*. Madrid, Zero, 2ª edc., 1973, p. 220.

<sup>66</sup> Ibid., p. 224-225.

<sup>67</sup> Javier Herrero: *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*. Madrid, Edicusa, 1971, p. 219-220.

Durante la guerra de la Independencia curas y frailes no habían cesado de arengar al pueblo desde el púlpito contra la impiedad y la iniquidad de las ideas francesas<sup>68</sup> jugando así un importante papel en el triunfo del absolutismo. Hasta tal punto que en 1814 un grupo de religiosos dirigió un memorial a Fernando VII "*solicitando una recompensa del nuevo régimen que tan enérgicamente han contribuido a restaurar*"<sup>69</sup>. Si, como dice Carr, "*el liberalismo era impopular entre las masas*"<sup>70</sup>, se puede concluir que la Iglesia desempeñó un papel fundamental en la vuelta del absolutismo privando al gobierno liberal del respaldo popular imprescindible para mantenerse. Hay que tener en cuenta, además, la "*exaltación religiosa*" de la persona de Fernando VII que venía teniendo lugar desde principios de 1814 en periódicos absolutistas como *El Procurador General de la Nación y del Rey* y, sobre todo, en *La Atalaya de la Mancha*<sup>71</sup>.

Pero no fue la Iglesia la única "culpable"; la minoría liberal tuvo también su parte de culpa por no haber sabido ganarse para su causa el apoyo del pueblo. La desconexión minoría-masas es una característica de la Guerra de la Independencia -no nueva, pues ya viene del siglo anterior con los ilustrados<sup>72</sup>- aprovechada ahora perfectamente por los sectores tradicionales para restaurar el absolutismo. Esta desconexión ha sido señalada, entre otros, por autores como Pierre Vilar y Antoni Jutglar. Vilar se refiere concretamente a la labor legislativa de las Cortes de Cádiz:

*"Se trata ahí de una representación aún más artificial; no hay verdaderas elecciones; abogados, intelectuales, negociantes, "americanos", en su mayoría liberales, legislan en nombre de España. Pero sin ningún contacto, desde Cádiz sitiado, con el pueblo de las guerrillas. En las guerrillas, actos sin ideas; en las Cortes, ideas sin actos, observó una vez Karl Marx. Este divorcio entre la combatividad popular y el personal político seguirá siendo*

<sup>68</sup> Hay múltiples ejemplos en el libro de Javier Herrero citado. Uno de ellos el de Fray Diego de Cádiz del que habla en las páginas 144 y 375 entre otras. Exactamente la misma situación se va a repetir durante el trienio liberal. Vide: infra nota 108.

<sup>69</sup> El título es: *Minuta de una reverente exposición que varios regulares se han propuesto dirigir al piadoso monarca el Señor Don Fernando VII*. Y le recuerdan al rey los servicios prestados: "*En los púlpitos, en el confesionario, en las plazas y los campos alzamos el grito, cual otro Matatías, avisando a vuestro pueblo del peligro que corrían su fe y su libertad si no trataban de sostenerlas a costa de su sangre*". Javier Herrero: *Los orígenes del pensamiento reaccionario*..., cit., p. 376.

<sup>70</sup> R. Carr: *España: 1808-1975*, cit., p. 127.

<sup>71</sup> Javier Herrero: *Los orígenes del pensamiento reaccionario*..., cit., p. 385-390. En *La Atalaya* se podían leer cosas como éstas: "...y tú, Fernando, ídolo prodigioso de nuestro corazón, hechizo indestructible de todas nuestras potencias, dueño y señor absoluto de nuestra vida, cuenta más cada día con la indefectible adhesión de todos tus españoles". (30-4-1814, p. 388 Herrero).

No fueron sólo los periódicos absolutistas; los liberales también contribuyeron ingenuamente a esa mitificación. La siguiente paráfrasis del Credo, "*el credo patriótico de los dirigentes y miembros de las Cortes*", según palabras de Iris Zavala, lo demuestra: "*Creo en la Junta Suprema de Sevilla, una y poderosa, criadora de la libertad y de la unión, y en Fernando VII su hijo, redentor nuestro que fue concebido de madre sin cariño, padeció debajo de la infamia, fue tiranizado y vilipendiado, descendió del trono, y al tercer día fue llevado a Francia, y ahora está a la diestra de sus vasallos. Desde allí ha de venir a juzgar a los rebeldes. Creo en el espíritu de generosidad española, en el rey Jorge III, y demás testas coronadas enemigas de Napoleón, en su destrucción, y ninguna remisión de Godoy, la Resurrección de las Cortes, la comunión de los fieles españoles, la exterminación perpetua de los traidores, y felicidad eterna de nuestra patria. Amén.*"

Recogido en: Iris M. Zavala: *Masones, comuneros y carbonarios*, Madrid, Siglo XXI, 1971, p. 11.

<sup>72</sup> Vide A. Jutglar: *Ideologías y clases*.... cit., p. 24 y ss.

característico del siglo XIX<sup>73</sup>.

El terreno estaba, pues, abonado. Y Fernando VII, que se encontró, además, con el *Manifiesto de los Persas*<sup>74</sup>, el golpe de Elío y "un populacho embrutecido, que coreaba el slogan de '¡Vivan las cadenas!'"<sup>75</sup>, no se lo pensó dos veces para rechazar la Constitución y reinstaurar el absolutismo. La acogida popular de Fernando en todos los lugares por los que pasaba fue auténticamente delirante<sup>76</sup>. Se organizaron festejos populares por toda España. En Mallorca duraron "casi un año"<sup>77</sup>. Se organizaban procesiones con carros y "con frecuencia esas procesiones concluyen en hogueras inquisitoriales en que se queman los perversos libelos en que los liberales intentaron corromper al pueblo con doctrinas de soberanía nacional"<sup>78</sup>. En Madrid, a juzgar por lo que dice Pérez Galdós, fueron continuos durante los seis años de la primera restauración absolutista<sup>79</sup>. Algunos de estos actos estaban llenos de un histrionismo demagógico destinado a halagar los más bajos instintos del populacho, como el que cuenta J. Herrero en la misma página a la que corresponde la cita anterior:

"Entre esas carrozas destaca la disparatada del padre Ferrer [...] que recorre ahora las calles palmesanas en un carro en el que ha montado un fogón y un retrete, y, acaudillando a las turbas, acude a las casas de los liberales y arranca de sus bibliotecas los folletos pecaminosos, que pasan al retrete y de allí al fuego"<sup>80</sup>.

Fernando va a gozar de una gran popularidad entre las masas. No en vano fue mitificado por la prensa reaccionaria y exonerado de cualquier responsabilidad por su actuación en los

<sup>73</sup> P. Vilar: *Historia de España*, cit., p. 82.

<sup>74</sup> Documento redactado por el diputado por Sevilla Bernardo Mozo de Rosales, presentado a Fernando VII en Valencia pidiéndole la supresión de la Constitución y la restauración del absolutismo.

Javier Herrero: *Los orígenes del pensamiento reaccionario...*, cit., p. 338.

<sup>75</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 45.

Sin embargo, no todos los autores están de acuerdo a la hora de valorar la actitud del pueblo en esta coyuntura. Véase, por ejemplo, lo que dice Alberto Gil Novales: "Aunque no lo exprese intelectualmente, el pueblo busca siempre su propia liberación. Lo de 'viva las cadenas' es absolutismo y propaganda interesada. Nada más".

*El Trienio liberal*, Madrid, Siglo XXI, 1980, Estudios de Historia Contemporánea, p. 73.

<sup>76</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 36.

<sup>77</sup> Javier Herrero: *Los orígenes del pensamiento reaccionario...*, cit., p. 396.

En esta misma página recoge una cita del libro de M. Sants Oliver: *Mallorca durante la primera revolución*, en la que se pone de manifiesto la mitificación político-religiosa de que fue objeto la figura de Fernando VII, a la que contribuyó decisivamente la Iglesia.

<sup>78</sup> Javier Herrero: *Ibid.*, p. 397.

<sup>79</sup> "Durante los seis inolvidables años que mediaron entre 1814 y 1820, la villa de Madrid presenció muchos festejos oficiales con motivo de ciertos sucesos declarados "faustos" en la *Gaceta* de entonces. Se alzaban arcos de triunfo, se tendían colgaduras de damasco, salían a la calle las comunidades y cofradías con sus pendones al frente, y en todas las esquinas se ponían escudos y tarjetones, donde el poeta Arriaza estampaba sus pobres versos de circunstancias. En aquellas fiestas, el pueblo no se manifestaba sino como un convidado más, añadido a la lista de alcaldes, funcionarios, gentiles-hombres, frailes y generales; no era otra cosa que un espectador, cuyas pasivas funciones estaban provistas y señaladas en los artículos del programa, y desempeñaba como tal el papel que la etiqueta le prescribía". B. Pérez Galdós: *La Fontana de Oro*, S.C. de Tenerife, Viceconsejería de Cultura y Deportes. Gobierno de Canarias, 1988, Biblioteca Básica Canaria 13, p. 11.

<sup>80</sup> Esta "intransigencia cultural" no es nueva. Simplemente es la vuelta al espíritu del Antiguo Régimen del que, unos años antes, se quejaba amargamente Blanco White: Vide, M. Moreno Alonso: *La generación de 1808*, cit., p. 50.

recientes acontecimientos<sup>81</sup>. Tanto es así que no se duda en "forzar" la historia hasta extremos inverosímiles:

*"Una cadena no interrumpida de prodigios, los más incontestables, nos habían puesto a la vista que Fernando estaba reservado por la divina Providencia para servir desde su trono a obras maravillosas que el Todopoderoso tenía decretado ejecutar bajo su feliz reinado [...] La enfermedad y la muerte le atacan del modo más cruel en los primeros años; la persecución de un perverso va tras él después de su primera juventud; la calumnia atroz decreta ponerle más adelante en el patíbulo..., pero el dedo del Omnipotente le saca de un modo prodigioso de todos estos peligros"*<sup>82</sup>.

Este cínico ejercicio de reinterpretación de la historia va directamente encaminado a la manipulación de la opinión pública, manipulación en la que el propio Fernando se va a revelar como un consumado maestro. Su forma de vida y la constitución de una "camarilla" formada en parte por personajes de "baja extracción" social van a cumplir esa finalidad<sup>83</sup>. La nueva situación -creada tras la reinstauración del absolutismo- ha sido definida por Carr con una frase muy gráfica, ya citada anteriormente: *"El golpe de Estado de mayo fue un retorno a la coalición de Aranjuez: Fernando, el ejército y la muchedumbre callejera"*<sup>84</sup>.

El absolutismo fue restaurado, pues, con el aplauso del pueblo; y se va a mantener mediante el ejercicio de la más dura represión, que va a ser pedida y justificada, especialmente a raíz de los acontecimientos de mayo de 1814, por los periódicos absolutistas, que contribuyeron así a *"caldear los espíritus animándolos a la "santa crueldad" predicada por La*

<sup>81</sup> Vide, Javier Herrero: *Los orígenes del pensamiento reaccionario...*, cit., p. 221.

<sup>82</sup> *La Atalaya de la Mancha*, (23-5-1814). Citado por: Javier Herrero: *Los orígenes del pensamiento reaccionario...*, cit., p. 389.

<sup>83</sup> "... eligió anunciar un estilo de vida que era versión regia del de las clases bajas. Una de las principales funciones de su camarilla de baja extracción era la de estar al tanto de la "opinión", madrileña sobre todo, para manipularla mediante sus agentes". R. Carr: *España: 1808-1975*, cit., p. 127.

Mesonero Romanos la describe en los siguientes términos: "...había establecido una especie de contraministerio, que, a causa de sus reuniones, celebradas en su propia cámara, fue luego conocido con el gráfico nombre de la **camarilla**, expresión feliz que hizo fortuna y aun llegó a ser acogida en la mayor parte de los diccionarios de Europa; pero temiendo que esta institución le pudiera conducir hacia el favoritismo (de que conservaba tan vivo recuerdo y que de veras odiaba), plúgole escoger para aquellas codiciadas plazas entre las más humildes condiciones sociales y hasta las más bajas categorías de su propia servidumbre, de este modo improvisó una consulta **sui generis**, en que figuraban desde los aventureros codiciosos y enredadores hasta los guardarropas y mozos de retrete de Palacio; los Ugartes y Villares con los Grijalvas y Artiedas, Segovias y "Chamorros"; y sirviéndose hábilmente de la travesura y ambición de estos advenedizos, hacíales aparecer constantemente ante los desdichados ministros como el espectro de Banquo, o la sombra de Damocles, con su espada y todo. Mas cuando llegaba a coger a cualquiera de ellos en algún "renuncio", o más bien en algún "accipio", o se cansaba de verlos fantasear demasiado con su favor, acudía a su acostumbrado remedio casero, enviándoles a hacer penitencia a una cartuja, o, cuando menos, a un empleo subalterno de algún Sitio Real. El mismo don Antonio Ugarte y Larrazábal (que era sin duda alguna el más discreto) no pudo excusarse de hacer una visita temporal al Alcázar segoviano (de que le sacó por carambola la revolución de 1820), si bien luego se restableció en el favor del Monarca, que no podía pasar sin él. Pero todo esto lo hacía Fernando con el mayor donaire y socarronería, así como cosa de juego; amenizando sus mudanzas con cigarros y caramelos, tecleando con los dedos sobre la mesa, o rascándose la oreja y la frente, que eran -al decir del palaciego que antes indiqué, visita de mi casa- la señal respectiva de su buen o mal humor". *Memorias de un setentón*. Madrid, Castalia, 1994. Clásicos Madrileños 5, p. 251-252.

<sup>84</sup> *España: 1808-1975*, cit., p. 126.

*Atalaya*<sup>85</sup>. La represión alcanzó tal grado de dureza que incluso algún ministro de Fernando VII no pudo menos que expresar su disgusto ante la misma<sup>86</sup>. La virulencia de la represión se va a justificar en nombre de los sacrosantos principios de la religión. Por eso, la violencia que ahora se predica contra los liberales españoles no es un fenómeno nuevo; es la misma que durante la Guerra de la Independencia se predicó contra los franceses; y es que la finalidad de ambos -liberales y franceses- era la misma: la implantación de "*la irreligión y el ateísmo*"<sup>87</sup>.

La represión no es sólo política; también cultural<sup>88</sup>. La animadversión por la cultura es característica del Antiguo Régimen<sup>89</sup>, al que le parece muy peligrosa cualquier tipo de

---

<sup>85</sup> Javier Herrero: *Los orígenes del pensamiento reaccionario...*, cit., p. 393. En la página siguiente recoge una muestra del citado periódico, de fecha 2-7-1814:

*"Tres o cuatro mil enemigos de vuestra majestad, mandados los unos a una hoguera y los otros a una isla incomunicable, en nada disminuyen el número de vuestros vasallos. [...] No; la multitud de reos no debe ser un estorbo al castigo: al contrario, por lo mismo que son tantos es necesario más rigor. Yo creo no poder presentar a vuestra majestad lecciones más convincentes sobre esto que las que hallamos en las obras de nuestro Dios, misericordia por esencia. Pues trasladémonos por un momento al desierto y le veremos mandando pasar a cuchillo a veinticuatro mil personas en un sólo día. [...] Ea, pues, señor que nada sea capaz de impedir el castigo de todos vuestros enemigos"*.

<sup>86</sup> En la página 400 de la obra mencionada recoge Javier Herrero el testimonio del ministro José de León y Pizarro, quien en 1818 visitó Valencia, escribiendo lo siguiente: *"En Valencia había una comisión militar que, como siempre, se dirigía también contra los fascinerosos [sic]; El tribunal estaba en Murviedro. Se contaban mil cosas; pero del temor de ser apasionados debe excitar nuestra cautela; el hecho es que había ahorcados todos los días, todos como ladrones, aunque el susurro era otro. Yo vivía en casa del duque de Villahermosa, camino de estas ejecuciones, y era tal el disgusto que recibía, a pesar de cerrar las ventanas, que me mudé por esto. El verdugo era delicado, y decían que no tenía los sentimientos de su oficio, se ponía malo, etc.; de modo que, menudeándole los quehaceres, pedía misericordia; entonces se empezó a fusilar. [...] Es evidente que la Inquisición hubiera obrado más circunspecta y moderadamente"*.

<sup>87</sup> *"Es preciso que 300.000 hombres españoles dispongan cuanto antes una caza de montería que ejecute con los bandidos de Francia lo mismo que los ingleses han hecho en su isla con los lobos: el exterminarlos para siempre, a fin de que, si es posible, se borre de la superficie de nuestro globo la memoria de unos hombres pérfidos alevosos, que en su conducta y obras destructoras de todo orden social, político y religioso dieron a conocer que querían plantar en España la irreligión y el ateísmo"*. *Diario político de Mallorca*, 4-7-1808. Citado por: J. Herrero: *Los orígenes...*, cit., p. 248.

<sup>88</sup> *"Mudos los Martínez de la Rosa, Quintana, etcétera; Goya aprovechando la primera ocasión para emigrar; cerrada la Escuela de Ingenieros de Caminos...; las Universidades abandonando el plan de reforma de 1807 y cayendo en tal dogmatismo que la de Salamanca expulsó del claustro y desterró al Dr. D. Mateo Seoane, por estar "contaminado de liberalismo". El insigne científico Rodríguez González era expulsado de su cátedra y vivía escondido en las cercanías de Madrid, antes de poder huir a Gotinga en 1817. Análoga suerte corrieron el físico D. Antonio Gutiérrez y tantos otros"*. M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 38-39.

*"Al retirarse de la Península en 1813 las tropas napoleónicas, emigraron a Francia sus colaboradores durante la ocupación. No menos de diez mil españoles "afrancesados" (doce mil, según Artola), entre los cuales figuraban, además de notables escritores, profesionales y hombres de ciencia, los funcionarios más aptos e inteligentes con que contaba el país, nunca sobrado de capacidades. [...]"*

*Al reanudarse, pues, en 1814 el reinado de Fernando VII, la nación española no sólo se encontraba en ruinas, sino privada de quienes podían contribuir más eficazmente a su reconstrucción. Con los afrancesados y los liberales habían desaparecido en realidad de la vida pública las minorías dirigentes del país. En consecuencia, no hubo en España una restauración ni siquiera aparente del anterior orden de cosas, sino una destrucción mayor, una mutilación poco menos que irreparable en todos los órdenes de la vida nacional"*.

Vicente Lloréns: *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*. Madrid, Castalia, 3ª edc., 1979, Literatura y Sociedad 23, pp. 10-11.

<sup>89</sup> Como prueba una muestra: El Colegio de Santo Tomás de Sevilla realizaba la siguiente declaración: *"Más queremos errar con Basilio y San Agustín que acertar con Descartes y Newton"*.

especulación intelectual que pudiera contribuir a despertar al pueblo de su modorra, pues a su ignorancia, precisamente, se debió la salvación de la patria en los recientes acontecimientos, ya que patriotismo e ignorancia son conceptos sinónimos; y mientras más ignorante más patriota:

*"La falta de lectura de nuestro pueblo le ha preservado de este contagio [Ilustración] y este estado es... el que seguramente nos ha salvado. [...] ¿Y podrán las mujeres ser en general más patriotas que los hombres? Me parece que deben serlo y que será mayor su número por cuanto leen menos y no pretenden saber tanto como los hombres"*<sup>90</sup>.

No obstante, la "oposición" al régimen representado por Fernando VII no desapareció del todo. Se dieron diversos "gérmenes de rebeldía [...] entre aquéllos que habían sido jefes populares de la resistencia contra Napoleón"; asimismo aumentó, por las circunstancias del exilio, del contacto con los militares ingleses, etc., el número de "prosélitos del liberalismo en las filas del Ejército"<sup>91</sup>, liberalismo que "también se mantenía en las ciudades comerciales (Cádiz, Barcelona) y en los medios intelectuales entre los que desarrollaba intensa acción la francmasonería"<sup>92</sup>. Papel importante jugaron también las sociedades secretas que contaron "con el apoyo de la clase media baja y el ejército"<sup>93</sup>. Resulta evidente, pues, que, a pesar de los esfuerzos del poder por mantener al pueblo en una situación de ignorancia, no todos mostraban el mismo entusiasmo por Fernando y su régimen; un importante sector de la población se sentía insatisfecho y con el aumento de la insatisfacción -según palabras de Blanco White-, "creció la energía adormilada de un pueblo tan vivo como el español"<sup>94</sup>. Ante la imposibilidad de canalizar esta "viveza" a través de cauces de participación política -eliminados por el absolutismo-, la única salida que le quedaba a la "oposición liberal" era el cambiar las cosas por la fuerza; y lo van a intentar mediante el pronunciamiento: "Fenómeno y términos nuevos, es la forma que los liberales españoles encuentran para combatir el régimen"<sup>95</sup>. De aquí que el período 1814-1820 se caracterice por una

Citado por: Manuel Moreno Alonso: *La generación española de 1808*, cit., p. 268-269.

<sup>90</sup> Antonio Capmany: *Centinela contra los franceses*, Tarragona 1808. Citado por: Javier Herrero: *Los orígenes del pensamiento reaccionario...*, cit., p. 225.

La ignorancia no es sólo garantía de patriotismo, sino también aval de buenas costumbres y seguro de felicidad: "Dichosos vosotros, españoles del campo y de las aldeas, en donde no había entrado semejante corrupción, ni por los ojos ni por los oídos, pues no habéis degenerado del carácter, traje y lenguaje de nuestros abuelos y del amor heredado a la tierra que os vio nacer y os verá morir". Ibid., p. 226.

Esta apología de la ignorancia la vamos a encontrar ampliamente reflejada en la novela del XIX e incluso va a llegar hasta el XX: *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, de Ganivet; *San Manuel Bueno, Mártir*, de Unamuno.

<sup>91</sup> Este fenómeno es también señalado por Artola, aunque da otras razones: "El recurso al ejército como instrumento de lucha es posible porque en sus filas la oficialidad, surgida de la guerra, padece las consecuencias de la competencia de los elementos nobiliarios y de una difícil adaptación a la paz.

En la reacción de 1814 el ejército ha sido la institución menos afectada y conserva por consiguiente en su seno a los elementos de filiación liberal". *La burguesía revolucionaria...*, cit., p. 45.

<sup>92</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, p. 39.

<sup>93</sup> Manuel Moreno Alonso: *La generación española de 1808*, cit., p. 204.

<sup>94</sup> Citado por M. Moreno Alonso: Ibid., p. 204.

<sup>95</sup> Miguel Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 45.

Pierre Vilar ha sintetizado perfectamente las características del mismo: "Un mecanismo clásico se pone en marcha periódicamente: emigrados y sociedades secretas, a menudo la intriga extranjera, confusamente estimulados por un sector de opinión, y sabiendo que los caminos legales están cerrados por la presión gubernamental, eligen un general. Se trata de un jefe en el destierro, o por lo menos en desgracia. El golpe comenzará, pues, en un puerto o en una plaza alejada. Se leerá un manifiesto a las tropas que saldrán de los cuarteles. Se procederá a efectuar



"Cadena de sublevaciones contra el poder"<sup>96</sup>. Fueron, pues, seis años de continuas sublevaciones: era el único recurso que les quedaba a los liberales para intentar "la instauración del constitucionalismo"<sup>97</sup>. Ahora bien, no hay pronunciamiento sin conspiración previa. Sublevación y conspiración son dos factores de un mismo binomio. De ahí que el conspirador se convierta en estos años en una figura fundamental de la "vida política" española; y para lograr sus fines va a recurrir tanto al ejército como al pueblo: "El conspirador romántico se anticipará a la burguesía hogareña en el recurso al ejército, y a la burguesía de agitación en el recurso a las clases inferiores del pueblo". En un primer momento, que se corresponde con los años que nos ocupan, el conspirador

*"piensa en las clases inferiores como en una fuerza ciega, a utilizar técnicamente, con miras al quebrantamiento de la autoridad contra la cual se conspira; una fuerza ciega cuyo asentimiento ideológico a los fines perseguidos por la conspiración no interesa demasiado. A este momento responden típicamente las tareas revolucionarias que culminaron en los acontecimientos de 1820"*<sup>98</sup>.

### 1.2.2.2. El trienio liberal: 1820-1823.

La última y más importante de esta primera "cadena de sublevaciones" fue la iniciada por Riego -aunque el mando supremo le había sido encomendado a Antonio Quiroga-, el 1 de enero de 1820 en Las Cabezas de San Juan proclamando la Constitución de 1812. Tras más de dos meses, transcurridos entre esperas, incertidumbres, marchas y contramarchas, Fernando VII terminó jurando la Constitución el 9 marzo<sup>99</sup>.

Según R. Carr, que se apoya en el testimonio de un contemporáneo, el pronunciamiento de Riego contó con la indiferencia del pueblo: "Nada es más notable -escribía Wellesley- que la

---

*detenciones y a cambiar las autoridades, mientras que enlaces y telegramas conminarán a las otras guarniciones, previamente trabajadas, a pronunciarse en el mismo sentido. Madrid que domina la situación (lo que a menudo es cierto: por siete u ocho pronunciamientos que triunfaron, hubo decenas de ellos frustrados). Pero si la conspiración estaba madura, la resistencia durará poco. Jamás un pronunciamiento ha originado una guerra civil. Hasta 1936, y esto significará un gran cambio".*

*Historia de España*, cit., p. 93.

<sup>96</sup> Juan Ignacio Ferreras: *Los orígenes de la novela decimonónica. 1800-1830*, cit, p. 15.

El primero que lo intentó fue el general Mina, en Pamplona en 1814; fracasó pero logró escapar a Francia. En 1815 el general Juan Díaz Porlier -famoso guerrillero en la Guerra de la Independencia- lo volvió a intentar, ahora en La Coruña; fracasó y fue ejecutado. En 1816 se descubrió una conspiración en Madrid; Vicente Richard fue ejecutado. En 1817, Lacy en Cataluña; tampoco lo consiguió y fue fusilado en Bellver; este mismo año un abogado llamado Navarro y cuatro cómplices suyos fueron ahorcados en Valencia por haber proclamado la Constitución de 1812. En 1819 el coronel Vidal en Valencia; también fue ejecutado. M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 39. Marx y Engels: *La revolución en España*, Moscú, Progreso, 1980, p. 58. (Estos últimos sitúan la sublevación de Vidal en 1818).

<sup>97</sup> Iris M. Zavala: *Masones, comuneros y carbonarios*. Madrid, Siglo XXI, 1971, p. 11.

<sup>98</sup> J.M. Jover Zamora: *Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea*, cit., p. 21-22.

<sup>99</sup> Comentando irónicamente la famosa frase: "Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional", publicada en la *Gaceta* del día 8, y el juramento del día siguiente, escribe Marx lo siguiente: "A Fernando VII, por su parte, le tenía sin cuidado jurar en falso, ya que disponía siempre de un confesor presto a concederle la plena absolución de todos los pecados posibles". *La revolución en España*, cit., p. 56.

Al parecer las convicciones religiosas de Fernando no eran muy profundas: "¡En materia religiosa fue siempre escéptico! Jamás se habría persuadido que alguien -ni siquiera el Espíritu Santo- pudiera ser tan bobo que

apatía del pueblo, que no ha tomado partido en la cuestión, sino que considera la querrela como algo que va entre el ejército y el rey"<sup>100</sup>. Pero no todos los historiadores coinciden con esta opinión. Marx y Engels atribuyen el triunfo de la revolución de 1823 a la conjunción de dos factores: ejército y pueblo, ambos imbuidos de espíritu revolucionario. Espíritu que prendió primero en "la tropa", lo que

*"se explica fácilmente por el hecho de que el ejército era, de todos los órganos de la monarquía española, el único que había sido radicalmente transformado y revolucionado durante la guerra de la Independencia"; pero, además, contó con la colaboración de "una lealísima nación de doce millones de habitantes"*<sup>101</sup>.

De la misma opinión es Tuñón de Lara, quien afirma que "el movimiento liberal se transformaba de militar en civil por la cooperación prestada por las ciudades de Cataluña, Aragón y Galicia"<sup>102</sup>. Opinión con la que coincide Gil Novales, para quien toda España, a pesar del miedo ante las reacciones absolutistas,

*"vivió los tres primeros meses imaginando"<sup>103</sup> los movimientos de Riego, que la distancia, la incertidumbre y la ilusión agrandaban. Esta solidaridad salvó a la Revolución, porque hizo que el grito de Las Cabezas se diese también en otros lugares de nuestra geografía: La Coruña, Oviedo, Murcia, Zaragoza, Barcelona"*<sup>104</sup>.

Iris Zavala afirma que meses antes de haberse producido la sublevación de Riego "se dejaba ya sentir la fuerza de las masas populares". Y, una vez que éste se produjo, el pueblo "en la Isla de León [...] atacó aquella parte del ejército que permaneció fiel al régimen, llamado de la 'Lealtad'"<sup>105</sup>.

Ahora bien, el pueblo no es, ni mucho menos, un grupo homogéneo. De ahí que su actuación durante el *Trienio* sea diferente según las circunstancias y lugares en que se produzca. De hecho, se movió a impulsos de los diversos grupos que se disputaron el poder durante estos tres años, quienes lo utilizaron para sus diferentes fines; en cualquier caso, su actuación nunca -no podía ser de otra manera- apuntó más allá de la consolidación de la propia revolución burguesa.

Dos son los factores que hay que tener en cuenta; por una parte, los grupos políticos que se van a formar en estos momentos; y, por otra, hay que distinguir entre el comportamiento de

dijera la verdad". Ibid., p. 62.

<sup>100</sup> R. Carr: *España: 1808-1975*, cit., p. 136. Y añade: "La muchedumbre que rondaba en torno a Palacio se componía de ciudadanos respetables que vitoreaban a un rey que ya se había echado en manos del ejército y de las guarniciones de provincia: no fue ella el grupo de presión organizado que obligó a la Corona a transformarse en liberal, a aceptar la Constitución de 1812, a nombrar un ayuntamiento liberal y una junta para supervisar la instauración de la Constitución".

<sup>101</sup> Marx y Engels: *La revolución en España*, cit., p. 56. En la página 58 citan un párrafo de una obra de Martignac -contemporáneo de los hechos-: *L'Espagne et ses révolutions* (publicada en 1832): "El nuevo sistema constitucional fue acogido con entusiasmo por las grandes ciudades, por las clases comerciales e industriales, los hombres de profesiones liberales, el ejército y el proletariado. Tropezó con la resistencia de los frailes y causó estupor entre la población rural".

<sup>102</sup> *La España del siglo XIX*, cit., p. 42.

<sup>103</sup> Vide, Marx, *La revolución en España*, cit., p. 55.

<sup>104</sup> Alberto Gil Novales: *El Trienio liberal*. Madrid, Siglo XXI, 1980, p. 5.

<sup>105</sup> *Masones, comuneros y carbonarios*, cit., p. 30.

las clases populares urbanas y las rurales.

Tres son los grupos políticos que se pueden señalar durante este período: moderados, exaltados y absolutistas. Los dos primeros provienen de la escisión de los antiguos liberales<sup>106</sup>.

Los **absolutistas** eran los partidarios del Antiguo Régimen. Defensores de la monarquía absoluta, se oponían a cualquier concesión de tipo constitucional. Son los mismos que apoyaron el golpe de mayo de 1814 que terminó con la Constitución de Cádiz. Y, ahora, intentarán "*por todos los medios el retorno al estado de cosas anterior*"<sup>107</sup>. Uno de esos medios serán las predicaciones de los clérigos quienes, como en el período anterior, se dedicarán a lanzar desde los púlpitos furibundas diatribas contra la constitución<sup>108</sup>. Otro, las presiones<sup>109</sup> de todo tipo y las conspiraciones; los "serviles" van a conspirar desde el primer momento y no cesarán a lo largo de todo el trienio. Más adelante, cuando hable de los exaltados, se verá cómo muchas de sus actuaciones -fundamentalmente urbanas- son reacciones contra estas conspiraciones. Van también a explotar las frustraciones de la población por la política del

<sup>106</sup> Flórez Estrada los caracteriza de la siguiente manera: "*Los que se oponían a que se menguase la libertad concedida por la Constitución y a toda providencia contraria a lo que ella prevenía, a los cuales indistintamente se les daban los nombres de "exaltados", de "anarquistas", de "tragalistas" y de "zurriaguistas". Los que sin querer un gobierno absoluto, aspiraban, aparentando amar la Constitución para realizar su plan, a que ésta se reformase, dando al Rey más ensanches y estableciendo unas cámaras cuya autoridad dimanaba de éste y no de la Nación, por cuyo medio creían atraer al partido que deseaba el gobierno absoluto, y mejorar y consolidar su rango: se les daban los nombres de "moderados", "anilleros" y "pasteleros". Los que, o fingiendo convenir con éstos o abiertamente, trabajaban porque se restableciese el "régimen absolutista", y eran conocidos por el nombre de "absolutistas", y más comúnmente por el de "serviles".* Citado por: Iris M. Zavala: **Masones, comuneros...**, cit., p. 45.

<sup>107</sup> Alberto Gil Novales: **El Trienio liberal**, cit., p. 8.

<sup>108</sup> Es muy interesante a este respecto la sátira publicada en 1821 por Sebastián Miñano quien describe así la reacción de un clérigo al enterarse de que Fernando VII ha jurado la Constitución tras el levantamiento de Riego: "*En mi vida he visto hombre más fuera de sí que cuando llegó la noticia de la jura de la Constitución: yo pensé que la iglesia se venía abajo y que todo el infierno subía a ser testigo de las amenazas y pronósticos que nos hizo. Se despidió después del pueblo diciendo que ya en adelante no teníamos que esperar perdón de Dios, por haber renunciado al cristianismo, y que tuviésemos entendido que lo mismo es constitución que herejía, y lo mismo libertad que iniquidad; y que así, mientras no supiera que todos en masa nos levantábamos para acabar con los liberales, no teníamos que contar con sus oraciones ni con las del convento*".

Que lo que se esconde tras de todo esto no es otra cosa que la defensa de unos intereses económicos que se veían amenazados, es irónicamente desenmascarado por Miñano, pues a continuación escribe: "*Con esto, y con vender el trigo de las limosnas, y con cargar tres pollinos de costales y de alforjas, se fue a mortificar estas pascuas a casa de la comadre que tiene en la aldea inmediata*".

Sebastián Miñano: **Lamentos políticos de un pobrecito holgazán que estaba acostumbrado a vivir a costa ajena**. Edición de Valeriano Bozal. Madrid, Ciencia Nueva, 1968, Col. Los Clásicos 11, p. 46.

<sup>109</sup> En estas presiones las "fuerzas vivas" hacen causa común con la Iglesia. Justo a continuación del pasaje citado sigue diciendo Miñano: "*Figúrese cómo nos habremos quedado el alcalde mayor, el administrador del Duque, el teniente, el escribano, el recetor y yo, que somos los únicos que conocemos la mucha razón que tiene el padre predicador. Cada uno, por nuestra parte, hemos jurado no descansar hasta que demos en tierra con estas novedades. El administrador ya ha recibido orden de su amo para quitar las tierras a todos los vecinos pobres, a fin que griten y clamen contra las cosas del día y no tengan a quién echar la culpa del estado en que quedan sino a la Constitución; él, por su parte, apurará ahora con doble fuerza a los renteros, para que sientan lo duro que es eso de respetar la propiedad ajena. El recetor, que había venido al cobro de ciertas cantidades atrasadas, va a aprovecharse estos días para vender las mantas y las sartenes a los miserables que no han podido pagar. El alcalde y yo nos hemos de dedicar a hacer burla de cuantos vayan a los juicios verbales, y les haremos ver que el que no pleitea no se sale con la suya, y que es un mala vergüenza estar la parecer de un palurdo constitucional*". Ibid., pp. 46-47.

nuevo gobierno. Si las masas urbanas se desengañarían pronto de la política liberal, este desengaño se produjo mucho más rápidamente entre los campesinos y las consecuencias fueron

*"su contribución ya en 1821 a la formación de guerrillas absolutistas, la aparición de las primeras comunas precarlistas, tipo Alcañiz, [...] y en el mejor de los casos, a la indiferencia total cuando en 1823 entren los franceses"*<sup>110</sup>.

Pero los absolutistas no sólo van a recurrir a las conjuras para luchar contra el régimen constitucional, sino también a las provocaciones; para ello utilizarán al pueblo -populacho más bien- contando, además, en algún caso con la involuntaria "colaboración" de los exaltados. Es el caso del asesinato del cura Matías Vinuesa ocurrido el 4 de mayo de 1821. Detenido por preparar una conspiración para derribar el gobierno, todo el mundo esperaba una sentencia ejemplar, pero sólo fue condenado a diez años de cárcel. Esta sentencia cayó muy mal en los círculos exaltados, principalmente entre los *Comuneros*, quienes se dedicaron a incitar al pueblo. Éste asaltó la cárcel y lo asesinó a martillazos. Para Gil Novales el crimen se preparó en los círculos aristocráticos<sup>111</sup>:

*"El asesinato fue cometido por aristócratas muy ligados a Palacio, que arrastraron a la incauta multitud: en ella se vio también por cierto a uno de los cocineros del Rey. [...] todo*

---

<sup>110</sup> Ibid., p. 75.

A los acontecimientos de Alcañiz se refiere Gil Novales más pormenorizadamente en otro lugar de este mismo libro: *"La caída de Riego [como capitán general de Aragón 4-9-1821] provocó también una gran exasperación servil [...] llegándose en Alcañiz, octubre de 1821, a la creación de una verdadera comuna subversiva, con gritos de Contrarreforma contra los judíos, el árbol de la libertad y la República. Aunque [...] duró muy pocos días, constituye una de las primeras muestras del futuro carlismo [...]. Está claro el matiz social y de lucha contra los ricos, pero también que esto se manifiesta a través de una ideología y unas formas profundamente reaccionarias"*. Ibid., p. 42-43.

<sup>111</sup> Cita los testimonios de varios contemporáneos. Vide, *"El asesinato del Cura Vinuesa"*, en: **Movimiento obrero, política y literatura**, Madrid, Edicusa, 1974, p. 112-113.

Pérez Galdós, en *El Grande Oriente*, trata extensamente este asunto en varios pasajes. Recoge la irritación del pueblo por la sentencia: *"El pueblo irritado, a quien habían hecho creer que la muerte del arcediano no era bastante castigo para las culpas de éste, vio en los diez años de presidio una pena tan suave, que más que pena le parecía recompensa"*. p., 152. Describe cómo, ya antes del juicio, se calienta el ambiente en las reuniones de los *Comuneros*: *"...un joven de buen porte tan correcto de traje como de estilo y hasta afeminado, pronunció un discurso de energúmenos sobre el plan de Vinuesa y el escarmiento que debía hacerse en la persona de aquel malvado 'aborto del infierno compendio de todos los males'. [...] ...llegó a sostener que [...] le constaba que había intenciones de absolver al de Tamajón y aun darle mitra, si era menester. Aseguró que el pueblo no debía consentir tal iniquidad"*. p. 136. Pero no sólo son los *Comuneros* los que incitan; José Manuel Regato, personaje rigurosamente histórico, agente secreto de Fernando VII, infiltrado en la comunería, hace lo propio: *"La libertad, sí. Para los bobos eso de los diez años de presidio significa... diez años de presidio; pero para nosotros que somos tan listos y vemos un mosquito en la punta de una torre, esa pena no es más que la absolución del cura. [...] Le sacan de la cárcel; hacen la pamema de llevarle a Ceuta; métenle en cualquier convento donde habrá abundancia de buenas magras, pollos con tomate, gran trago de vino y muchachas bonitas; dicen luego que se ha escapado, y al poco tiempo, indulto. Tras el indulto viene la canonjía y tras la canonjía la mitra"*. p. 156. Y, refiriéndose a la actitud de los absolutistas hacia Vinuesa y sus compañeros de conspiración, afirma Salvador Monsalud: *"Quizá celebran hoy que la muerte de esos infelices borre la huella de trabajos más formales; quizá se mezclan hipócritamente a la canalla soez que pide horca y hogueras... para distraer de sí la atención del pueblo honrado y del Gobierno"*. p. 70. **Edc. cit.**

Para Mesonero, que dice haberlo tratado, Vinuesa era un pobre hombre fanático, monomaniaco *"que se acercaba mucho a la demencia."* Y afirma también que fue utilizado. **Memorias de un setentón**, cit., p. 305-306.

*parece más bien una colosal provocación para desacreditar al sistema*"<sup>112</sup>.

De todo lo anterior puede deducirse que los absolutistas dejaron hábilmente que los exaltados caldeasen el ambiente para dar ellos el golpe definitivo.

Las provocaciones son una constante durante el Trienio y se van a ir incrementando hacia el final del mismo en que es perceptible la presencia "*de elementos provocadores que buscan desorbitar el movimiento, para que la represión sea más grande, y que el liberalismo se hunda, víctima así de su propio infantilismo*"<sup>113</sup>. La más sonada de éstas últimas fue la conocida como "*La de San Antonio de 1823*": el populacho sevillano, azuzado por los absolutistas, asaltó el barco que iba a trasladar hasta Cádiz a los acompañantes y equipaje de los diputados<sup>114</sup>.

Los **moderados**, también llamados "*doceañistas*" por no querer avanzar más allá de la Constitución de Cádiz, estaban formados por los liberales regresados del exilio y los que habían estado en la cárcel: los "presidarios", en el lenguaje de Fernando VII<sup>115</sup>. Van a tener mayoría en las primeras Cortes (1820), y a formar el primer gobierno y su actitud hacia el pueblo no se va a corresponder con la idea que éste se había formado de ellos:

*"La mayoría de estos ministros venían de presidio, y gozaban por lo tanto de una aureola de mártires de la libertad. Pero fuese que su revolucionarismo anterior no hubiese sido tan intenso como habían imaginado los perseguidores absolutistas, o la candorosa mentalidad popular, o fuese que el castigo les hubiese hecho meditar en sentido restrictivo, llegaban ahora al ministerio dispuestos a continuar la obra iniciada en Cádiz, pero no a secundar los movimientos populares"*<sup>116</sup>.

Por eso no atendieron una de las más insistentes reclamaciones campesinas: la abolición de los diezmos y primicias, limitándose simplemente a reducir el diezmo a la mitad (decreto de 29 de junio de 1821): "*Con ello las Cortes contrariaban la revolución espontánea de los campesinos, que en muchas partes de España estaban negándose al pago de diezmos y primicias*"<sup>117</sup>. Tampoco consiguieron aprobar una ley sobre los señoríos, aunque en este caso por la oposición de Fernando. La causa fundamental de que los moderados no satisficieran ninguna de las aspiraciones del pueblo no es otra que el miedo al mismo; y la consecuencia va a ser el alejamiento de éste de la política gubernamental: "*El liberalismo gobernante, que hace su opción de congraciarse con las clases feudales, se enajena lógicamente al pueblo*"<sup>118</sup>.

Los **exaltados** quieren imponer el régimen constitucional con todas sus consecuencias:

<sup>112</sup> A. Gil Novales: *El Trienio liberal*, cit., p. 35-36.

<sup>113</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>114</sup> Gil Novales se refiere a este suceso en los siguientes términos: "*explosión de violencia primitiva de las clases bajas y del 'lumpenproletariat' sevillano, que suele presentarse como espontánea, sin serlo, pues todo parece haber estado dirigido por el alto estamento de la sociedad*". *El Trienio liberal*, cit., p. 58.

Por otra parte, estos sucesos tuvieron importantes repercusiones en el terreno cultural. Bartolomé José Gallardo perdió todos sus papeles, lo que dio lugar a una polémica, tanto entre sus contemporáneos como posteriormente, acerca de lo realmente perdido y mérito del trabajo del erudito extremeño. Rodríguez Moñino zanjó definitivamente el asunto en 1965: *Historia de una infamia bibliográfica. La de San Antonio de 1823. Realidad y leyenda de lo sucedido con los libros y papeles de don Bartolomé José Gallardo. Estudio bibliográfico*.

<sup>115</sup> R. Carr: *España: 1808-1975*, cit., p. 137.

<sup>116</sup> A. Gil Novales: *El Trienio liberal*, cit., p. 8.

<sup>117</sup> A. Gil Novales: *El Trienio liberal*, cit., p. 32.

<sup>118</sup> *Ibid.*, p. 67.

no buscan una transacción entre liberalismo y Antiguo Régimen, como pretendían los moderados, sino la completa desaparición de este último<sup>119</sup>. Son los que han hecho realmente la revolución de 1820, pero no la van a dirigir: moderados y Antiguo Régimen se las van a arreglar para canalizarla despojándola de su potencialidad revolucionaria; el instrumento contrarrevolucionario, como ocurriera durante la guerra de la Independencia, fue la Junta de Gobierno nombrada para la transmisión del poder al nuevo gobierno: "En 1820, la Junta de Madrid sirve para birlar la revolución a quienes la han hecho, para asegurar el predominio moderado en todas partes"<sup>120</sup>. Por eso, "el triunfo de la revolución no significa el de los revolucionarios"<sup>121</sup>. Los exaltados, excluidos del gobierno y en minoría en las Cortes, tienen pocas posibilidades de actuación a través de los canales políticos "oficiales". De ahí que realicen su labor de "oposición" mediante las sociedades patrióticas, las secretas y las algaradas callejeras. Aquí será donde entre en juego el pueblo.

Las sociedades patrióticas son una especie de clubes donde se reunían los elementos más radicales del liberalismo para hablar y discutir de los asuntos políticos: "celebraban verdaderas justas oratorias con el triunfo general de los más radicales que comenzaron a recibir el nombre de 'exaltados'"<sup>122</sup>. Objetivo fundamental de estas sociedades va a ser "difundir las ideas liberales y el significado de la constitución a capas cada vez más amplias del pueblo"<sup>123</sup>. Cada vez es más evidente que el liberalismo gubernamental no está dispuesto a realizar la revolución burguesa que pretendían los inspiradores del movimiento de 1820. Estas sociedades pretenden mantener vivo su espíritu y extenderlo, además, al pueblo. Van a desempeñar, pues, una "actividad educativa" y difusora de la "ideología democrática"<sup>124</sup>. Se trata de una preocupación por la educación cívica, que contrasta vivamente con la apología de la ignorancia - anteriormente mencionada- difundida por Capmany; y se recoge expresamente en los reglamentos de alguna de ellas<sup>125</sup>. Los resultados no se dejarán esperar: el número de los que se

<sup>119</sup> Vide, Miguel Artola: *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*, p. 47, y Tuñón, *La España del siglo XIX*, cit., p. 51.

<sup>120</sup> A. Gil Novales: *El Trienio liberal*, cit., p. 67.

En otro lugar del mismo libro explica con más detalle la actuación de esta Junta: "... presidida por el Cardenal-Arzbispo de Toledo don Luis de Borbón -primo del rey y cuñado de Godoy. [...] Aunque en la misma fecha del 9 de marzo se nombró teóricamente el gobierno, el hecho de que todos sus miembros componentes estuviesen ausentes deja al cuidado de la Junta las medidas necesarias para la transición política. La Junta lo hizo con tal moderación y parsimonia que su actuación entra de hecho en el haber de la contrarrevolución [...] con la milenaria sabiduría de los que siempre han ejercido el poder, aunque individualmente cada uno de ellos sea una calamidad. [...] La Junta significa que la ruptura de 1820 no se transformará en una revolución social". P. 6.

<sup>121</sup> *Ibid.*, p. 5.

A lo mismo se refiere R. Carr: "En 1820 los doceañistas eran los ministros de una revolución que no fue obra suya; se convirtieron en sus girondinos, odiando los clubs radicales y odiados por ellos, a la vez que su rey les desautorizaba". *España 1808-1975*, cit., p. 138.

<sup>122</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 46.

<sup>123</sup> A. Gil Novales: *El Trienio liberal*, cit., p. 11.

<sup>124</sup> Iris M. Zavala: *Masones, comuneros...*, cit., p. 63.

<sup>125</sup> Iris Zavala recoge el caso de dos de ellas, ambas de 1820: una de Sevilla: "Conociendo los ciudadanos que serían efímeras nuestras satisfacciones reinando la ignorancia, se reunieron en varias sociedades a fin de hacer conocer al pueblo la dignidad que posee con la constitución política de la monarquía"; y otra de Segovia, en la que ese mismo año se leyó un *Discurso histórico apologético de las antiguas hermandades y sociedades patrióticas del día*, en el que se afirmaba que la finalidad fundamental de estas sociedades era que el pueblo

interesan por los asuntos políticos va a aumentar considerablemente, lo que se manifiesta, entre otras cosas, en la difusión y aceptación que ahora alcanzan los periódicos<sup>126</sup>. Los *exaltados* pasan, así, a militar en las filas de la "oposición", siendo cada vez más temidos por el gobierno. Las consecuencias son, por una parte, que el abismo entre moderados y exaltados se va ensanchando a medida que avanza el trienio porque provocan miedo en los sectores más conservadores: "*Serviles y moderados empezarán a desconfiar de estas reuniones, temiendo que se transformen por la fuerza de las cosas en clubs tan temibles como los jacobinos de Francia*"<sup>127</sup>; de ahí que *El Censor* viera en ellas "*una especie de dictadura popular*"<sup>128</sup>; y, por otra, que terminen prohibiéndolas, con lo que se convertirán en secretas. La clandestinidad conllevará ineludiblemente su radicalización. La más radical de todas ellas va a ser la de los *Comuneros*<sup>129</sup> -cuyo nombre evocaba los acontecimientos del siglo XVI- surgida en 1821 con la intención "*de ser un aglutinante de los liberales, amigos de la constitución y del pueblo*"<sup>130</sup>. Buscan al pueblo, y en ello se diferencian claramente de los moderados en el poder quienes "*querían una revolución sin pueblo*"<sup>131</sup>, pero lo buscan no para ponerse al servicio de los intereses de éste, sino para ganarlo para la causa burguesa, ya que "*eran conscientes que sólo el apoyo popular podría llevarlos al poder y consolidar la revolución*"<sup>132</sup>. Para implicar al pueblo realizarán una intensa labor de propaganda<sup>133</sup>. Pero, al mismo tiempo, si contaron con el apoyo de ciertos sectores populares fue

---

podría "*sostener sus derechos, las prerrogativas de sus reyes constitucionales contra la ambición de los poderosos, grandes y eclesiásticos enemigos siempre de la soberanía del pueblo, y de la potestad real que se abrogaban y dividían. ¿Y hoy se necesita menos la unión contra su fuerza física y moral, dueños de la riqueza, y árbitros de la opinión del populacho prostituido al fanatismo y superstición?*". *Masones, comuneros...*, p. 61.

<sup>126</sup> Recoge Iris Zavala el testimonio de un viajero inglés -Michael Quin: *A visit to Spain*, Londres 1823-, quien escribe refiriéndose a este período: "*Durante todo el día la demanda era tan grande que resultaba imposible satisfacerla. [...] Cuando un patriota afortunado conseguía hacerse con un periódico, corría a la Puerta del Sol o a los soportales de la oficina de correos; y allí, tan pronto como mostraba su trofeo, se congregaba una multitud a su alrededor, y él leía en voz alta todo el periódico desde el principio hasta el final*". *Masones, comuneros...*, cit., p. 67. [Cita recogida en inglés. La traducción es mía].

<sup>127</sup> A. Gil Novales: *El Trienio liberal*, cit., p. 11.

<sup>128</sup> Iris M. Zavala: *Masones, comuneros...*, cit., p. 63.

<sup>129</sup> "*...en cuyas filas se encontraban los militares de las Cabezas de San Juan y los liberales exaltados. Entre los dirigentes figuraban José Moreno Guerra, diputado por Córdoba, y Romero Alpuente. Todos se habían formado en la masonería tradicional*"; cuya secta más representativa era *El Gran Oriente* que "*estaba formado por los antiguos afrancesados de 1812 que volvieron al poder en 1820. Los grupos más jóvenes integraron los comuneros, que a su vez se escindieron más tarde en dos núcleos antagónicos: los constitucionalistas y los republicanos*". Iris Zavala: *Masones, comuneros...*, cit., p. 68.

<sup>130</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>131</sup> Iris M. Zavala: *Masones, comuneros...*, cit., p. 70.

Esta relación de los *Comuneros* con el pueblo va a ser motivo, en un principio, de burlas, y, más adelante, de duros ataques, por parte de los sectores moderados. Así, por ejemplo, Iris Zavala dice que "*En El Imparcial se comentaba, a menudo, con sarcasmo, los oficios de los comuneros. [...] Manuel José Quintana los acusó de 'facciosos y más groseramente intolerantes que sus modelos' porque reclutaban sus miembros 'en las clases más ínfimas de la sociedad y elevaron a la corporación toda la codicia y la envidia de su miseria, y toda la indecencia de su condición y costumbres habituales*". *Ibid.*, p. 75.

<sup>132</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>133</sup> "*Para atraerse al pueblo montan un eficaz sistema de propaganda: folletos, periódicos, hojas sueltas, tertulias patrióticas [...]. Aparecen diarios de las más diversas tendencias, y volantes con alocuciones "Al pueblo español", al "Pueblo español", al mismo tiempo que se extiende el uso de canciones patrióticas, de poesía política de ocasión, así como el desarrollo del teatro popular. En los tablados de Madrid se presentaban los siguientes títulos: Roma libre, Lanuza, La Vida [sic] de Padilla, La palabra Constitución, El hipócrita pancista,*

porque conectaron con algunas de sus aspiraciones cuya consecución esperaron en vano del gobierno moderado<sup>134</sup>. Pero esto último no debe ocultar el verdadero significado de la relación exaltados-pueblo durante este período: los exaltados buscan el respaldo del pueblo únicamente para llevar a cabo una revolución burguesa de la que cada vez se aleja más el liberalismo gubernamental. Se trata, pues, de una "especie de revolución en lo alto, con vocación popular"<sup>135</sup> que se dirige "al pueblo para predicarles sus intereses de clase" [los de la burguesía]<sup>136</sup>.

El pueblo se va a movilizar en más de una ocasión<sup>137</sup> contra la política moderada ocupando las calles con manifestaciones de protesta, algunas veces duramente reprimidas por las autoridades. En septiembre de 1820 Riego fue desterrado a Asturias "acusado falsamente de republicanismo"<sup>138</sup>; en Madrid hubo protestas y manifestaciones<sup>139</sup>. En noviembre de 1820

**Tribulaciones de un servilón, Las funciones del Congreso, El 7 de julio**". Ibid., p. 80.

<sup>134</sup> "Las exigencias de obreros y jornaleros a lo largo del trienio, permiten suponer qué móviles los habían llevado a defender y luchar por la constitución de 1812. [...] El régimen constitucional les hizo concebir la ilusión de que el impuesto de consumos sería abolido y que las contribuciones territoriales serían minimizadas. Confiaban, además, en los repartos de terrenos baldíos, propios y arbitrios, tal como los había planteado la constitución de 1812. Estas esperanzas no fueron satisfechas. [...] Era necesario, por tanto, apoyar a los grupos de exaltados, que lograrían estas reformas". Iris M. Zavala: **Masones, comuneros...**, cit., p. 78-79.

<sup>135</sup> Ibid., p. 74.

<sup>136</sup> Ibid., p. 26.

<sup>137</sup> "Muchos de los tumultos fueron sin duda instigados por los dirigentes más radicales a través de las sociedades secretas, otras veces surgieron espontáneamente como protesta a la grave situación económica". I. Zavala: **Masones, comuneros...**, cit., p. 5.

Por otra parte, un testimonio de que las movilizaciones fueron continuas lo encontramos en Galdós: "Entonces estábamos en febrero de 1821; ahora estamos en marzo de 1822. Durante este año de anarquía, durante estos trescientos sesenta y cinco motines,..." **Siete de julio**, Madrid, Alianza/Hernando, 1976, EN 15, p. 7.

<sup>138</sup> A. Gil Novalés: **RAFAEL DEL RIEGO. La Revolución de 1820, día a día. Cartas, escritos y discursos**. Madrid, Tecnos, 1976, p. 23.

<sup>139</sup> La excusa con la que se le desterró fueron ciertos desórdenes provocados por su presencia en diversos actos: "El discurso de D. Rafael de Riego en "La Fontana" fue causa (unido a que con sus edecanes coreaba el "Trágala" en el Teatro del Príncipe) del destierro momentáneo a Oviedo, en 1820". M. Tuñón: **La España del siglo XIX**, cit., p. 47.

Por su parte, don Patricio Sarmiento vio así el acto del teatro: "¡Qué tumulto, qué palmadas, qué entusiasmo! Yo me puse tan ronco que en ocho días no pude dar lección a los chicos. Aún me parece que veo a nuestro querido general levantarse del asiento con aquella majestad que él sólo tiene, y echarnos un discurso que me pareció de perlas, si bien con el mucho alboroto no se oía una palabra desde arriba. Aún me parece que estoy oyendo la pomposa música del himno que entonó el público. Riego, con aquella gracia suma que Dios le ha dado, levántese y dijo: "la música del himno no es así, sino de esta otra manera." Y se puso a cantarlo. Sus ayudantes llevaban el compás. [...] Después uno de los ayudantes cantó el "trágala perro", y aquí fue Troya".

A continuación refiere don Patricio las reacciones populares ante el destierro y la respuesta de las autoridades: "De nada vale el popular deseo. Se empeñan en que ha de salir, y lo echan como se echa a un perro que incomoda. Las sociedades patrióticas dejan oír su autorizada voz en contra de tal vilipendio; pero no son oídas. Manifiesta el pueblo su voluntad de mil maneras, fijanse pasquines, gritamos, pedimos, suplicamos, amenazamos. Yo pongo a todos los niños de mi academia la cinta verde con el lema "Constitución o muerte". Ni por esas. ¿Cómo contestan a nuestras honradas exhortaciones? Echando los cañones a la calle; lanzando de los cuarteles la caballería para que pisotee al pueblo; acuchillando sin piedad a la gente indefensa". **El Grande Oriente**, Madrid, Alianza, 1992, Episodios Nacionales 14, p. 24-26.

Mesonero Romanos, cuya falta de simpatía por Riego es evidente, describe así los acontecimientos: "No contentos con esto, y de acuerdo con el Ayuntamiento [...] resolvieron que, pues que Riego había entrado de incógnito en Madrid (sin duda para rehusar su modestia darse en espectáculo en triunfal ovación), era necesario -¡risum teneatis!- volverle a hacer salir fuera de las puertas de la capital, e ir a recibirle a su nueva entrada con las consabidas músicas y acompañamiento. [...] La Sociedad de la Fontana, que había tomado la iniciativa en



Fernando VII, en claro acto de desafío a la legalidad vigente, nombró al capitán general de Castilla la Nueva sin someter el nombramiento a la firma del ministro. Se produjeron manifestaciones de protesta en Madrid<sup>140</sup> y en la *Fontana de Oro* "se pidió por primera vez la destitución de Fernando"<sup>141</sup>. A principios de 1821 ante los rumores de que el rey conspiraba con los anticonstitucionalistas "fue humillado durante tres días por el "desorden pacífico" de las manifestaciones callejeras por delante de Palacio, toleradas por sus ministros"<sup>142</sup>. En la apertura de las Cortes (1-3-1821)<sup>143</sup> Fernando, en un acto insólito, añadió al discurso de la Corona unas frases -"la coletilla del rey"- quejándose del gobierno y destituyéndolo a continuación. Las revueltas, sobre todo en las provincias, se intensificaron hasta tal punto que, según Carr, amenazaron "con reducir España a la anarquía"<sup>144</sup>. En septiembre del 21 Riego fue destituido como capitán general de Aragón. En varias ciudades se llevaron a cabo manifestaciones de apoyo y homenaje a Riego. En Madrid, los miembros de *La Fontana* organizaron una procesión cívica en la que

---

*esta semibufa solemnidad, le obsequió después con un banquete en sus mismos salones, y en seguida le condujo al teatro del Príncipe, donde, a vueltas de las más calurosas aclamaciones, llegó a su colmo el desvanecimiento del héroe, hasta el extremo de entonar él y sus ayudantes su propio himno, cantado por todos los tonos y con todas las disonancias posibles; hizo más, y fue disponer que sus ayudantes pusieran en conocimiento del público la insultante y grosera canción del Trágala, que traían de Cádiz y que tan perniciosa influencia llegó a tener en la opinión de las masas populares, y por consiguiente, en la marcha violenta de la revolución". **Memorias de un setentón**, cit., p. 286-287.*

<sup>140</sup> Don Patricio Sarmiento lo vio así: "Su Majestad [...] en El Escorial conspiraba contra el gobierno y el nombramiento de Carvajal en decreto autógrafo era un proyecto de golpe de Estado. ¡Iniquidad funesta! Pero el pueblo no se duerme. Cuando Fernando entró en Madrid... ¡qué día, qué solemne día!, ¡qué 21 de noviembre! En vez de vítores y palmadas, galardón propio de los sabios monarcas, Fernando oyó gritos rencorosos, mueras furibundos, amenazas, dicterios, oyó ternos como puños y vio puños como ternos. No ha presenciado Madrid una escena tan imponente. Allí era de ver el pueblo ejerciendo el soberano atributo de amonestación; allí era de oír el trágala cantado por las elegante mozas del Rastro. Miles de brazos se agitaban amenazando y todas las bocas espumarajeaban de rabia. Los que llevábamos en la mano el libro de la Constitución, lo besábamos en presencia del Rey. Un fraile pronunció varios discursos que encendían más los ánimos. De repente, por entre las apiñadas cabezas, se alzan multitud de manos que sostienen un niño. Es el hijo de Lacy. La multitud soberana grita: "¡Es el vengador de su padre!, ¡es el hijo del gran patriota! ¡Mueran los tiranos! ¡Viva la Constitución!" El Rey oía todo, y su semblante echaba fuego". B. Pérez Galdós: **El Grande Oriente**, cit., p. 15.

<sup>141</sup> A. Gil Novales: **El Trienio...**, cit., p. 21. El capitán general nombrado por Fernando VII fue José de Carvajal. El anterior, Gaspar de Vigodet, se negó a entregar el cargo.

<sup>142</sup> R. Carr: **España 1808-1975**, cit., p. 141.

<sup>143</sup> Vide Tuñón: **La España del siglo XIX**, cit., p. 50.

<sup>144</sup> **España 1808-1975**, cit., p. 141.

Galdós narra así la agitada atmósfera político-social de estos momentos: "Tal era la situación política a principios de marzo. En el Gobierno, debilidad; en el Congreso, confusión; en Palacio, solapados trabajos de conspiración, [...]. El pueblo desbordado y sin reconocer ley ni freno alguno expresaba su voluntad del modo ruidoso y grosero en los clubs. A fuerza de oír hablar de su soberanía, empezaba a creer que ésta consistía en el uso constante de la iniciativa revolucionaria y en el ejercicio atropellado de la revocación o la sanción populares en asonadas, violencias y atrocidades sin cuento. Romero Alpuente, un vejete furibundo, [...] había dicho que la "guerra civil era un don del cielo" \*. Istúriz, joven y exaltado, había dicho que la palabra "rey era anticonstitucional". Moreno Guerra había dicho que "el pueblo tiene derecho a hacerse justicia y vengarse a sí propio". Golfín había dicho que "la anarquía purgaba la tierra de tiranos". Otro llamaba al trono "cadalso de la libertad". **El Grande Oriente**, cit., p. 109.

\* Sobre este personaje y esta frase Lloréns escribe lo siguiente: "Don Juan Romero Alpuente fue el demagogo de la España constitucional. En una ocasión produjo gran revuelo por haber sostenido en un discurso que "la guerra civil es un don del cielo", dicho que se atribuyó sin ser suyo". Vicente Lloréns: **Liberales y románticos**, edc., cit., p. 41.

pasearon un retrato de Riego<sup>145</sup>. La manifestación, prohibida por las autoridades, terminó en la "Batalla de las Platerías"<sup>146</sup> en la que el ejército dispersó al pueblo<sup>147</sup>. A raíz de estos acontecimientos la conciencia política del pueblo se va a acentuar y la agitación va a ser continua<sup>148</sup> en diversas ciudades provocada por el descontento ante la política gubernamental. Las relaciones de éstas con el gobierno son muy tensas. La ruptura entre gobierno moderado y liberales exaltados se hace definitiva, hasta tal punto que en el último trimestre de 1821 varias ciudades se niegan a obedecer al gobierno:

*"En lo inmediato, de la "batalla de las Platerías" y batallas semejantes en otros puntos de España deriva una intensa agitación de desobediencia civil. [...] Los últimos meses de 1821, a partir de octubre, revisten una importancia excepcional: el pueblo liberal, en una docena por lo menos de ciudades españolas con centro en Cádiz y Sevilla, niega la obediencia al gobierno central y se niega también a reconocer las autoridades, civiles y militares, nombradas por ese mismo gobierno. Las motivaciones son en todas partes las mismas: la inmensa carga antipopular acumulada por el gobierno; y los procedimientos, con leves alteraciones, son también los mismos en todas las ciudades: intensa agitación popular [...]. El movimiento afectó a Córdoba, Cuenca, La Coruña, Zaragoza, Barcelona, Valencia, Cartagena, Murcia, Cáceres, Sevilla, Granada y Badajoz"*<sup>149</sup>.

Pero el papel más importante jugado por el pueblo durante el trienio liberal -comparable en cierta medida al del 2 de mayo-, es el que desempeñó en los acontecimientos de julio de 1822. El pueblo es tiroteado por el ejército en Valencia y en Madrid. Partiendo de El Pardo varios batallones de la Guardia Real atacaron Madrid en lo que era una auténtica rebelión para reinstaurar el absolutismo<sup>150</sup>. Fueron vencidos por la decidida actuación conjunta del pueblo y

<sup>145</sup> "-Ahí es nada. Que esos locos de la **Fontana** van a pasear el retrato de Riego con música y todo. La autoridad ha prohibido esa procesión, y ellos dicen que la habrá. Veremos quién gana. Ya anda la gente por ahí alborotada, y pronto hemos de ver el tumulto". B. Pérez Galdós: **La Fontana de Oro**, cit., p. 154.

<sup>146</sup> "En Madrid, concretamente una manifestación de este tipo, que el 18 de septiembre llevaba a su frente un retrato del general dio lugar a la irónicamente llamada "batalla de las Platerías", ganada por el nuevo jefe político de Madrid, general José Martínez de San Martín, quien con tal acción se va a ganar el apodo de Tintín que le pondría el **Zurriago**. Los periodistas liberales se van a encargar de sacar a relucir el pasado servil de Martínez San Martín y su triste historia militar anterior, privada de victorias, hasta el momento en que bien armado derrotó al retrato". A. Gil Novales: **El Trienio**..., cit., p. 43.

<sup>147</sup> "... el gentío se desbandaba a toda prisa. La procesión fracasó. El retrato quedó hecho trizas en medio de la plaza: la tropa tomó todas las entradas". P. Galdós: **La Fontana de Oro**, cit., p. 160.

<sup>148</sup> Refiriéndose más o menos a este período escribe Galdós: "Entonces estábamos en febrero de 1821 [Episodio anterior: **El Grande Oriente**]; ahora estamos en marzo de 1822. Durante este año de anarquía, durante estos trescientos sesenta y cinco motines, la calle de Coloreros no ha experimentado variaciones importantes". **El Siete de Julio**, Madrid, Alianza/Hernando, 1976, Episodios Nacionales 15, p. 7.

<sup>149</sup> A. Gil Novales: **El Trienio**..., cit., p. 43-44.

<sup>150</sup> Las simpatías absolutistas de la misma son descritas así por Galdós: "Fijábase entonces la atención del país entero en la Guardia Real, porque casi todos los individuos de ella eran partidarios del "rey neto", profesando esta opinión con tanta franqueza y desparpajo, que a cada momento la manifestaban a sablazos. En formación o sin ella, los guardias eran propagandistas muy celosos del absolutismo, y ya podía encomendarse a Dios quien delante de ellos osase pronunciar el "viva Riego". Aborrecía[n] **El Zurriago**, que diariamente les ponía cual no digan dueñas y despreciaban a los milicianos nacionales. El rey no sólo los protegía sino que les azuzaba, haciéndoles instrumento de las oscuras tramas palaciegas; los ministros les tenían más miedo que si fueran el ejército de Atila, y Morillo aspiraba a amansarles, reconciliándoles, ¡oh inocencia!, con la Milicia Nacional". **El siete de julio**, cit., p. 58.

de la Milicia Nacional que les hizo batirse en retirada<sup>151</sup>. A raíz de estos acontecimientos los moderados no volverán a ocupar el poder durante el Trienio. El nuevo gobierno estará presidido por el coronel Evaristo San Miguel con lo que "el gobierno quedó en mano de quienes afirmaban haber "hecho" la revolución de 1820"<sup>152</sup>. Se formó así "el único gobierno radical que hubo en ese período de nuestra historia"<sup>153</sup>. Las elecciones a Cortes celebradas este año fueron ganadas por los "exaltados" siendo Riego elegido para presidirlas<sup>154</sup>. Pero el nuevo gobierno se va a encontrar con la oposición de los *Comuneros*, aglutinados en torno a **El Zurriago**, por la izquierda, y con las decisiones del Congreso de Verona por la derecha. En abril de 1823 el ejército de Angulema entra desde Francia. Ya unos días antes el pueblo se había amotinado ante palacio y "por primera vez en la historia de España se oyeron gritos de ¡Muera el Rey!"<sup>155</sup>; ante la negativa de Fernando, el gobierno tuvo que obligarle a trasladarse a Sevilla, convirtiéndose este traslado en "el acto más violento de la revolución"<sup>156</sup>. La invasión francesa no

<sup>151</sup> Pa Gil Novales los acontecimientos del 7 de julio anticipan lo que sucedería en 1936. Vide, *El Trienio Liberal*, cit., p. 52-53.

Galdós, por su parte, refiere así los acontecimientos:

"Unos [de la Guardia Real] intentaron subir la calle de la Montera; pero de los balcones les arrojaron, a falta de balas, toda clase de cachivaches y hasta los morteros de las cocinas. No pocos se pasaron a las filas leales, y la mayor parte emprendieron la retirada por la calle del Arenal, donde tuvieron que tirotearse con la compañía de granaderos milicianos apostada en San Ginés y en las inmediatas calles de las Hileras y las Fuentes. Fracaso más vergonzoso no se ha visto desde que hay pronunciamientos en el mundo. [...] Cuando los milicianos de la Plaza Mayor se convencieron de que habían triunfado, pues en los primeros momentos no lo creían, se entusiasmaron hasta el frenesí: los "vivas" a la Constitución, a Riego, a Ballesteros, a las libertades todas y a todos los pueblos soberanos sonaban sin interrupción, repetidos por la muchedumbre en inmenso alarido. De las vecinas casas salía en tropel a borbotones el hirviente vecindario, loco también de alegría, y todo el mundo se felicitaba, todo el mundo se abrazaba. Las patriotas, que eran género abundante en la calle Mayor, salían cargadas de confituras, vino, pasteles y cantidad de regalitos para obsequiar a los héroes. ¡Interesante apoteosis popular que a los bravos soldados nacionales gustaba más que el pasar bajo soberbios arcos de triunfo, para recibir como único premio un laurel de trapo o la sonrisa de un rey satisfecho!". *El siete de julio*, p. 122-123.

<sup>152</sup> R. Carr: *España 1808-1875*, cit., p. 144.

<sup>153</sup> M. Tuñón de Lara: *La España del siglo XIX*, cit., p. 52.

<sup>154</sup> Vide Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 51-52; R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 142-144.

<sup>155</sup> M. Tuñón de Lara: *La España del siglo XIX*, cit., p. 56.

<sup>156</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 146-147.

También Marx resaltó la benignidad no sólo de ésta, sino también de otras revoluciones españolas: "A pesar del ardor sanguíneo de toda la raza y de su frialdad para los derramamientos de sangre, es sintomático que hasta el período de la guerra civil de 1834 a 1840, el monopolio de la tolerancia filantrópica ha pertenecido justamente al bando revolucionario, por lo que luego ha de pagarlas cada vez..." *La revolución en España*, cit. p. 63.

Los propios *Comuneros* eran perfectamente conscientes de su benignidad pues, ante las similitudes que los conservadores les atribuían con los jacobinos franceses, se van a defender no sin cierta ironía: "En Francia se derramó por el furor revolucionario mucha sangre de inocentes y desarmados. En España, la de los criminales mismos cogidos con las armas fraticidas en las manos, se economiza y se conserva. En Francia decapitaron a su rey: en España se le obedece y respeta. [...] En Francia la guardia real protegía la persona del rey de los ataques del furor revolucionario. En España la guardia del rey ataca al pueblo, y éste defiende al rey y hace detener la victoria a su sola voz".

"Semejanzas que ofrece la revolución de Francia con la de España". *Diario Patriótico de la Unión Española*, Palma de Mallorca, 6-2-1823. Citado por: Iris M. Zavala: *Masones, comuneros...*, cit., p. 70.

Incluso Mesonero Romanos no dejó de darse cuenta de la suavidad de los métodos de los revolucionarios, si bien la atribuye a motivos más nobles. Así, comentando los sucesos del 7 de julio de 1822 -referidos anteriormente-, escribe que los vencedores "lejos de abusar de su victoria, y cuando todos, y acaso el mismo monarca, pudieron temer la repetición de un nuevo 10 de agosto de 1792, la Milicia y la guarnición de Madrid, y

provocó esta vez, en contra de las previsiones gubernamentales<sup>157</sup>, una reacción como la de 1808: el pueblo no se movió. Las razones de esta pasividad son básicamente dos:

En primer lugar, España era un país eminentemente agrario y la inmensa mayoría de la población vivía en el campo. En 1826, de un total de 13.712.000 habitantes, 11.000.000 eran de población rural<sup>158</sup>. El apoyo que durante el Trienio encontraron los liberales en las capas populares fue fundamentalmente en las ciudades:

*"Excepto en las masas urbanas, el país continuó adscrito a su credo tradicional. Ello explica la intrascendencia de la batalla política que libraban en Madrid las dos nacientes ramas del árbol del liberalismo español: los 'doceañistas' y los 'exaltados'"<sup>159</sup>.*

Esta escisión campo/ciudad fue también claramente señalada por un contemporáneo: Duvergier de Hauranne, parlamentario francés:

*"En España están por la reforma política la mayor parte de los nobles aun muchos grandes de España, los hombres de profesión literaria, todos los de la clase media, y aquella parte de los moradores de las ciudades que se rozan más inmediatamente con los de las clases acomodadas. Son enemigos de ella el clero secular y regular, especialmente los frailes, los proletarios de las aldeas y el populacho de las ciudades, aún más ignorante y embrutecido que lo era el de Francia"<sup>160</sup>.*

A esto hay que añadir la incapacidad de los liberales para atraerse el apoyo del pueblo por su desconexión de los problemas reales de éste, lo que les llevó a cometer graves errores que les supusieron, en el mejor de los casos, la apatía de una población que, como se señaló anteriormente, era mayoritariamente campesina:

*"La separación entre el binomio Gobierno-Cortes de un lado y la mayoría campesina del país bajo la influencia de la Iglesia, paraliza la acción revolucionaria. Los grandes errores (ausencia de una política revolucionaria agraria y anticlericalismo estéril acabarán por privar al Poder, ya harto precario, de la base de masas que hubiera podido salvarlo"<sup>161</sup>.*

*a su frente los enérgicos y valerosos caudillos, descansaron sobre sus armas, detuviéronse ante los muros del Palacio regio, y aun se apresuraron a cumplir la orden de retirarse que les dio el mismo Monarca, que sin duda alguna era el autor de la sedición. Tan inverosímil como patriótico desenlace de aquella espantosa intentona honra sobremanera el carácter de nuestro pueblo, siempre noble y generoso, aun en los periodos más álgidos de las revoluciones". **Memorias de un setentón**, cit., p. 325.*

<sup>157</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 146.

Esta falta de previsión por parte del Gobierno ha sido señalada también por Artola: *"La esperanza del gobierno liberal de provocar un nuevo levantamiento nacional contra los franceses se reveló totalmente ilusoria y la invasión no encontró por otra parte una resistencia eficaz por parte del ejército". **La burguesía revolucionaria (1808-1874)**, cit., p. 49-50.*

<sup>158</sup> M. Núñez de Arenas y M. Tuñón de Lara: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 34.

<sup>159</sup> Vicens Vives: *Historia social y económica de España y América*. Cit. por A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 50.

<sup>160</sup> Citado por: Iris M. Zavala: *Masones, comuneros...*, cit., p. 49.

<sup>161</sup> M. Tuñón de Lara: *La España del siglo XIX*, cit., p. 47-48.

Cita a continuación Tuñón un párrafo del libro de Emilio T. Fernández *-La revolución liberal de 1820-* donde se amplían estas ideas: *"En general, se puede afirmar que no sentían las necesidades de la clase más sufrida de la nación; no eran sus representantes, no estaban vinculados a ella como clase... Los liberales, leguleyos, comerciantes, profesionales, etc., conocían el campo sólo por los libros, y por muy buenas que fueran sus intenciones no tenían energía suficiente para imponerlas en la práctica. De esta falta de comprensión se resiente*

También Carr señala los efectos negativos que tuvo para el liberalismo el fomento del anticlericalismo por parte de algunos sectores exaltados: consiguieron que amplias capas populares, dominadas por la Iglesia, odiasen la Constitución, lo cual explica la frase de Espoz y Mina cuando en 1823 se rindió a los franceses: "*La constitución de 1812 fue hecha enteramente en beneficio del pueblo, pero éste la odiaba*"<sup>162</sup>.

En segundo lugar, la desilusión por parte de las restringidas capas populares que habían apoyado la revolución liberal. Éstas, como ya se vio, se habían alejado primero de los conservadores e hicieron lo mismo con los exaltados, porque tampoco éstos satisficieron sus reivindicaciones: "*Los liberales en el poder no lograron hacer una legislación que favoreciera a los grupos marginados*"<sup>163</sup>, entre otras cosas porque, cuando accedieron al poder, era "*ya demasiado tarde*"<sup>164</sup>. Por eso el pueblo va a aceptar la reinstauración del absolutismo con resignación no exenta de satisfacción:

*"A la llegada de Fernando VII a la capital, muchos sectores del pueblo lo aclamaron. En 1823 España estaba, si no pacificada, al menos sumisa. Los mismos grupos populares que habían ido a las barricadas aceptaron la monarquía absoluta"*<sup>165</sup>.

Es decir, de los acontecimientos políticos del Trienio el pueblo ha extraído una lección: Después de haber depositado sucesivamente su confianza en moderados y exaltados para posibilitar una revolución burguesa de la que esperaban una serie de cambios que mejorasen su situación, han visto cómo esa confianza ha sido defraudada. De momento no son capaces de concebir sus intereses al margen de los de la burguesía, pero ésta no se ha ocupado de ellos más de lo que lo había hecho el absolutismo. ¿Para qué, pues, van a seguir apoyando una revolución que no los ha tenido en cuenta? Quizás por eso vieron la invasión francesa más en términos de guerra civil entre dos clases, que dirimían sus diferencias contando una de ellas con la ayuda exterior, que de invasión extranjera:

*"Han podido extrañarse de que no hayan dado recientemente los españoles un nuevo ejemplo de aquella resistencia nacional, y común unión de todos contra los extranjeros con que se distinguieron en otras épocas de sus anales; pero no se trataba entonces de una guerra de opiniones, sino de permanecer nación libre o de rendirse a un conquistador. No hay extranjeros ya en una guerra de opiniones, ni más enemigos que los que no piensan ni quieren como nosotros"*<sup>166</sup>.

---

*mucho la prensa de Madrid. ¿Es posible que siendo el problema del campo el problema número uno, no sea objeto de más artículos, comunicados, discusiones en las sociedades patrióticas, de lo que ha sido esta cuestión?"*

<sup>162</sup> *Memorias*. Citado por R. Carr: *España 1808-1975*, cit. p. 147.

Se refiere Carr a continuación a la escisión que los ataques de los liberales a la Iglesia van a provocar en la sociedad española: "*Dos figuras simbólicas, retratadas frecuentemente en la literatura, representaban este cisma social: el anticlerical lugareño de los clubs y de las casas de huéspedes, que fomentaba el odio popular a sacerdotes y frailes, y el sacerdote político, que se sentía como en su casa en la tertulia de la aristocracia y de la burguesía devota, y que a la vez estaba en contacto con el mundo marginal del populacho que enarbolaba la cruz y la corona en sus algaradas*". P. 148.

<sup>163</sup> Iris M. Zavala: *Masones, comuneros...*, cit., p. 111.

<sup>164</sup> *Ibid.*, p. 116.

<sup>165</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>166</sup> Introducción de Félix Bodin al libro de Alphonse Robbe: *Compendio de los planes de la historia de España*,

Además, la Iglesia no jugó tampoco el mismo papel que en 1808: entonces incitó a la sublevación y ahora no.

Como síntesis del papel jugado por el pueblo durante el Trienio Liberal se puede afirmar lo siguiente: En 1820 se produce una revolución burguesa y el pueblo se moviliza en su apoyo, como se movilizó en 1808. Pero, si entonces la movilización tuvo un carácter unitario -contra Napoleón todos estaban de acuerdo, aunque hubiese contradicciones subyacentes-, en 1820 esa unidad no existe: mientras el pueblo urbano, minoritario<sup>167</sup>, va a apoyar decididamente la revolución, no ocurre lo mismo con el pueblo campesino, que constituye la mayoría del país. El primero se va a aliar con los *exaltados*, el "ala izquierda" de la burguesía, porque está convencido de que sus reivindicaciones, que no tienen todavía un carácter de clase, pueden ser conseguidas con la realización plena de la revolución burguesa. Para ello tienen que luchar tanto contra la política revisionista de los moderados en el poder como contra los ataques de los absolutistas. Pero, conforme fue avanzando el tiempo y sus reivindicaciones no se veían satisfechas, sus esperanzas de que las transformaciones del liberalismo pudieran mejorar sus condiciones de vida se fueron desvaneciendo. Por eso, cuando se produjo de nuevo la invasión francesa el pueblo urbano no tenía excesivas razones para luchar en defensa de un sistema que tan poco había hecho por ellos; y el rural, que en 1808, convenientemente aleccionado por la Iglesia, había visto a los franceses como herejes e impíos, en 1823 -la Iglesia sigue recitándoles la misma lección-, los ve como los defensores de la sacrosanta religión puesta en peligro por los liberales.

De todos modos, el pueblo urbano ha tenido una experiencia de participación en la vida política; ha aprendido que ésta puede cambiar en un sentido o en otro. Lo que todavía no ha aprendido es que puede intentar cambiarla en beneficio propio.

### 1.2.2.3. La década ominosa: 1823-1833.

Los acontecimientos de 1823 suponen una vuelta a la situación de 1814 hasta el punto de que, a grandes rasgos, la historia de los últimos diez años del reinado de Fernando VII, "*tiempo sin historia*"<sup>168</sup>, es prácticamente igual a la del período 1814-1820. Así, hay aspectos que son idénticos<sup>169</sup>: restauración del absolutismo: reimplantación de los gremios y los mayorazgos; exilio de los liberales a Londres y París; múltiples intentonas liberales, quienes

Madrid 1824. Citado por: Iris M. Zavala: *Masones, comuneros...* cit., p. 118.

Tan de "*opiniones*" fue la invasión de 1808 como la de 1823. Que determinados sectores no la percibieran entonces así se debió a la habilidad manipuladora de las clases dirigentes, a quienes la Iglesia prestó en ambos casos servicios inestimables.

<sup>167</sup> Algunas de las burlas de los moderados por la continua apelación de los *exaltados* al pueblo inciden precisamente en el carácter minoritario de éste: "*El "pueblo" de Sevilla, todo entero, sin faltar un solo padre de familia, se reunió en el café del Turco, y aún estaba casi vacía la sala; y reunido allí el "pueblo", salió el "pueblo" por las calles a convocar al "pueblo", y luego que se reunió el "pueblo" y se pudieron juntar unas dos docenas de personas, que son el "pueblo", trajeron a la plaza un púlpito o tribuna, donde se encaramó un tribuno del "pueblo" y arengó al "pueblo"*".

Publicado en *El Imparcial*, 1822. Citado por: Iris M. Zavala: *Masones, comuneros...*, cit., p. 82.

<sup>168</sup> M. Artola: *La burguesía revolucionaria...*, cit., p. 51.

<sup>169</sup> Vide: M. Tuñón de Lara: *La España del siglo XIX*, cit., p. 61.

conspiran tanto desde dentro como desde fuera<sup>170</sup>; culto a la ignorancia: las universidades serán cerradas, incluso la de Cervera, a pesar de que tenía por lema: "*Lejos de nosotros la funesta manía de discurrir*"<sup>171</sup>; pero no se trata sólo de ignorancia: hay anécdotas que demuestran que en la España de estos años dominaba la más absoluta cerrilidad: "*Sirva de ejemplo que sólo se admitía una población de diez millones, según el censo de 1803, porque el censo de 1821, que daba 11.248.000 habitantes, estaba hecho por los liberales*"<sup>172</sup>. De ahí que, como dice Ferreras, refiriéndose a la persecución de que fueron objeto los intelectuales: "*Los hombres del poder no eran precisamente intelectuales y quizás ni inteligentes siquiera*"<sup>173</sup>. Esta situación, como ocurrió en 1814, sólo es posible mantenerla mediante la represión: vuelve también ahora la "Santa Crueldad": un periódico absolutista, *El Restaurador*, afirmaba que "*Es preciso exterminar a los "negros" hasta la cuarta generación*"<sup>174</sup>. No en vano el Episodio Nacional de Galdós en el que se recogen los acontecimientos correspondientes a este período se titula *El terror de 1824*<sup>175</sup>. El clero va a desempeñar también el mismo papel que en 1814: "*El clero contribuyó no poco a mantener la agitación, calificando de herejes e impíos a los liberales e, incluso, a los compradores de bienes nacionales*"<sup>176</sup>. De ahí que este período haya sido definido como "*de las juntas de Fe y de los voluntarios realistas*"<sup>177</sup>. El objetivo último no es otro que el de mantener el absolutismo a toda costa, lo que se va a conseguir, de momento, "*gracias a la utilización de todos los recursos del poder y a la renuncia a cualquier forma de desarrollo económico*"<sup>178</sup>. Un dato que prueba el subdesarrollo económico es que sólo existía un banco -el de San Fernando- y no tenía ni siquiera dónde emplear sus propios capitales<sup>179</sup>. Es decir, estamos ante la misma situación de "marasmo económico" que señalaba al referirme al período inmediatamente posterior a 1814; y es que "la

<sup>170</sup> Iris Zavala -*Masones...*, cit., p. 125-163- hace una pormenorizada descripción de las mismas. También M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 66.

<sup>171</sup> Iris Zavala da otra versión de esta frase: "*Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir*". *Masones...*, cit., p. 127.

<sup>172</sup> M. Tuñón: *La España...*, cit., p. 61.

<sup>173</sup> J. I. Ferreras: *Los orígenes...*, cit., p. 17.

<sup>174</sup> M. Tuñón: *La España...*, cit., p. 61.

<sup>175</sup> Las referencias a la represión aparecen recogidas en muchas páginas. Sirva como muestra el siguiente "juicio":  
"-Número 242 -añadió Lobo tomando otro legajo-. Causa de Simón Lozano, por irreverencias a una imagen de la Virgen.

-Horca -gruñó Chaperón, cual si se le pudriera la palabra en el cuerpo-. Adelante.

-Número 243. Causa de la mujer y de la hija de Simón Lozano, acusadas de no haber delatado a su marido.

-Diez años de galera. [...]

-Número 247. Causa del sargento José Rodríguez, por haber elogiado la Constitución.

-Horca.

-248. Causa de su compañero Vicente Ponce de León, por haber permanecido en silencio cuando Rodríguez elogió la Constitución.

-Diez años de presidio y que asista a la ejecución de Rodríguez, llevando al cuello el libro de la Constitución, que quemará el verdugo. *El terror de 1824*, Madrid, Alianza/Hernando, 1976, EN 17, p. 134.

<sup>176</sup> Iris M. Zavala: *Masones...*, cit., p. 127.

<sup>177</sup> J.I. Ferreras: *Los orígenes...*, cit., p. 15.

El número 18 de los *Episodios Nacionales* se titula precisamente *Un voluntario realista*; refiriéndose al papel jugado por la Iglesia en el reclutamiento de "realistas" escribe lo siguiente: "*Los mozos ingresaban con gusto, porque los frailes habían hecho su papel y tenían soliviantado al país*". Madrid, Alianza/Hernando, 1976, p. 44.

<sup>178</sup> M. Artola: *La burguesía...*, cit., p. 128.

<sup>179</sup> Vide: M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 64-65.

acción del estado a lo largo de más de treinta años no hizo sino frenar las fuerzas de producción"<sup>180</sup>. Por eso, la miseria va a afectar a grandes capas de la población, sobre todo rural: "Los pueblos desesperados, empobrecidos y sin poder pagar las contribuciones; tan grandes son éstas y tan baratos están los frutos"<sup>181</sup>. Esta situación de subdesarrollo económico condicionará de un modo determinante el grado de concienciación social y de participación política de ciertas capas populares, fundamentalmente rurales

Pero, aunque son muchas las coincidencias, no todo es igual. Hay indicios de que algunas cosas empiezan a cambiar; y de nuevo hay que distinguir entre el mundo urbano y el rural. Por lo que al primero se refiere, se inicia la industria textil catalana lo que supone el comienzo de la industrialización de España: "La industrialización en España se inició -como en la mayoría de los países europeos- con las transformaciones que sufrió la elaboración del algodón al pasar de manufactura a industria moderna"<sup>182</sup>. Este proceso de transformación, que empieza ahora y se acentuará y completará en la década del 30, es lo realmente novedoso de este período respecto al del 14-20 y va a suponer un cambio cualitativo en el papel que el pueblo desempeñará en los acontecimientos sociopolíticos. Desde estos momentos el pueblo irá siendo paulatinamente sustituido por el obrero. Aunque ya algunos años antes se tomaron ciertas medidas que van a favorecer a la industria textil catalana -como los aranceles proteccionistas de 1825, por ejemplo-

*"la verdadera industrialización de la producción textil debe contarse a partir del real decreto de 30 de abril de 1832, que suprimió toda clase de privilegios para introducir maquinaria de algodón en España, fecha desde la cual se registró un aumento esencial en la inversiones de equipo de la industria textil"*<sup>183</sup>.

Este mismo año se construyó también un alto horno en Marbella y, poco después en Pedroso (Sevilla) y Huelva. Existían además algunas industrias de transformación del hierro en el País

<sup>180</sup> M. Núñez de Arenas y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 32.

Como ilustración significativa de la "mentalidad económica" que predominaba en España entre las clases dirigentes resulta esclarecedora una anécdota de Fernando VII recogida por Mesonero Romanos. El año 1828 se celebró una exposición de la industria española organizada por el ministro de hacienda Ballesteros, persona preocupada por el progreso y realmente capacitada: "Celebrábase dicha exposición en las estrechas y mezquinas salas del Conservatorio de Artes (sito en la calle del Turco), y era tan pobre y desconsoladora, que más que exposición pública semejaba al interior o trastienda de algún buen almacén. Invitado, empero, Fernando a visitarla oficialmente, presentose un día en ella, siendo recibido y acompañado en la visita por el ministro Ballesteros y el director don Juan López Peñalver, los cuales cuidaban de hacer presente al Monarca los adelantos de nuestra "naciente" industria, lo que esperaba de su protección y de la del Gobierno, etc. Todo esto lo escuchaba Fernando con aire distraído y fijándose sólo de vez en cuando en los objetos más baladíes, hasta que, llegados que fueron a las salas donde se ostentaban los tejidos de las fábricas catalanas, y redoblando entonces el Ministro y el Director sus esfuerzos para llamar su atención sobre ellas, contestó desdeñosamente a las observaciones de ambos con un "¡Bah!, todas éstas son cosas de mujeres", y precipitó su salida para irse a dar un paseo por el Retiro, dejando a Ballesteros y Peñalver encogerse de hombros, y dirigirse una mirada harto expresiva, que parecía querer decir: '¡Qué rey!'" *Memorias de un setentón*, cit., p. 392.

<sup>181</sup> *Diarios* de José Arias Teijeiro, escritos entre 1823 y 1831. Citado por: Iris M. Zavala: *Masones...*, cit., p. 157. A continuación comenta Zavala: "En otras ocasiones registra el aumento de los comestibles; los pueblos más desmoralizados, según sus informes, son los de la Mancha. En 1830, la situación llegó a extremos, y se oían, al parecer, planes sediciosos en Alicante".

<sup>182</sup> M. Izard: *Industrialización y obrerismo. Las tres clases del vapor 1869-1913*, Barcelona, Ariel, 1973, p. 9.

<sup>183</sup> M. Núñez Arenas y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 33.



Vasco. Nos encontramos, pues, ante la primera de las cuatro etapas que Tuñón de Lara distingue en el surgimiento del movimiento obrero: "*El desarrollo de la producción va creando la clase obrera, pero no hay movimiento obrero*"<sup>184</sup>. La segunda -"*Se producen acciones obreras de carácter espontáneo y destellos de toma de conciencia de la propia condición obrera*"<sup>185</sup> - va a seguir inmediatamente; así,

*"ese primer núcleo de clase obrera barcelonesa fue también el que primero dio síntomas de agitación social. Los fabricantes aumentaban a discreción la longitud de las piezas a tejer, sin que por ello aumentasen la retribución. Las quejas de los trabajadores eran ya muy vehementes al comenzar el año 1831"*<sup>186</sup>;

y, al mismo tiempo, empiezan a adquirir conciencia de su situación:

*"La vida diaria, en el trabajo y fuera del trabajo, determinó un proceso de conciencia creciente de que los obreros existían como clase diferenciada de la sociedad. Una clase tratada con notoria injusticia y cuya única posibilidad de promoción radicaba en la lucha organizada y sistemática contra las formas de explotación que les oprimían. [...] Esta reflexión proletaria acerca de dicha condición [...] presenta -en los años treinta del pasado siglo- los signos de una creciente conciencia social"*<sup>187</sup>.

Una vez que esto sucede, el movimiento obrero entra en su tercera etapa: "*El obrero que se siente como tal, y perteneciente a una clase con intereses y fines propios, se asocia para el logro de todos esos fines o de parte de ellos*"<sup>188</sup>. Pero esto ya tendrá lugar en los años siguientes a la muerte de Fernando VII y, por tanto, se verá más adelante.

Por otra parte, durante este período siguen actuando las sociedades secretas a las que "*pertenecen los revolucionarios más osados que van abriendo el camino hacia organizaciones políticas más comprometidas con la causa del pueblo*"<sup>189</sup>. Existen informes policiales que revelan la labor de agitación de estas sociedades entre los trabajadores. En uno del 27 de septiembre de 1830 se denuncian "*reuniones de obreros: Los clubs animan y fomentan movimientos, y no perdonan medio, tanto de imprenta, en caricaturas y discursos para romper todo lazo social*"<sup>190</sup>.

También en el campo hay malestar y agitación social, no siendo ajenas, en ocasiones, las sociedades secretas, pues algunos de sus miembros "*Los más activos llegaron a acercarse a los grupos de jornaleros desposeídos para promover revueltas y sediciones*"<sup>191</sup>. Y es que, aunque el liberalismo triunfó sobre todo en las zonas costeras mercantiles, también "*muchos de los pueblos y provincias del interior tuvieron fuertes núcleos liberales*"<sup>192</sup>. Existe un informe de 1825 del obispo de Guadix en el que afirma que las Alpujarras, en cuyas minas se concentraban más de 13.000 trabajadores, eran un foco de subversión y que circulaban "*papeles incendiarios*"; habla también

<sup>184</sup> M. Tuñón de Lara: *El movimiento obrero en la historia de España. 1 1832-1899*, Madrid-Barcelona, Taurus/Laia, 2ª edc., 1977, p. 11.

<sup>185</sup> Ibid.

<sup>186</sup> M. Núñez Arenas y M. Tuñón: *Historia del movimiento...*, cit., p. 33-34.

<sup>187</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 163.

<sup>188</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero...*, cit., p. 11.

<sup>189</sup> Iris M. Zavala: *Masones...*, cit., p. 154-155.

<sup>190</sup> Citado por: I. M. Zavala: *Masones...*, cit., p. 147.

<sup>191</sup> Ibid., p. 155.

<sup>192</sup> Ibid., p. 158.

de la llegada de un coronel con la finalidad de "revolucionar a los trabajadores"<sup>193</sup>.

Pero el malestar rural va a tener también otras manifestaciones de carácter bien distinto, como por ejemplo la sublevación de los Agraviados ocurrida en Cataluña en 1827 que "fue de hecho el primer levantamiento carlista, aunque don Carlos se negó a sancionarlo"<sup>194</sup>. El pueblo desempeña aquí un papel contrarrevolucionario utilizado por los sectores más reaccionarios de la sociedad.

Otros levantamientos tienen un carácter que podríamos denominar localista-individualista, sin el más mínimo asomo no sólo de conciencia de clase, sino ni siquiera de reivindicación social. Es lo que ocurrió en La Algaba, Sevilla, donde en marzo de 1825 hubo una asonada

*"promovida por los jornaleros del País, que pretendían lanzar a los forasteros, cordobeses y granadinos, que acosados de la calamidad y miseria sufrida con la escasez de lluvias en sus provincias, llegaron en número considerable a aquel punto para emplearse en la siega y demás labores del campo, y por consiguiente bajaron el precio de los jornales con perjuicio de los trabajadores del pueblo"*<sup>195</sup>.

Además de las miserables condiciones provocadas por la sequía, el autor del informe señala como causas "la ignorancia y rusticidad de sus autores". Un conflicto exactamente igual tuvo lugar en Almendralejo, Badajoz, "donde los jornaleros quisieron echar a los forasteros que habían concurrido a la siega"<sup>196</sup>.

### 1.3. CONCLUSIÓN.

Desde los últimos años del reinado de Fernando VII, como consecuencia del tímido proceso de industrialización, empieza a surgir la clase obrera que comienza a adquirir conciencia de su situación y existencia como tal clase. Industrialización y surgimiento de la clase obrera son, pues, dos procesos paralelos; el segundo depende del primero y es un fenómeno urbano.

En 1826 España tenía una población de 13.712.000 habitantes; de ellos 11.000.000 vivían en el campo. Los trabajadores industriales no pasaban de 34.000, mientras que la población activa dedicada a la ganadería y agricultura era de 1.836.320. De éstos 805.235 eran jornaleros y el resto se repartía entre propietarios, arrendatarios y aparceros<sup>197</sup>.

<sup>193</sup> Citado por: Iris Zavala: *Ibid.*, p. 159. A continuación afirma Zavala: "Lo que más preocupa a religiosos y capitanes generales son las reuniones subversivas que se registran en Segovia, en los pueblos de Sepúlveda, Muñozoveros, Turégano, Cuéllar y Garcillán".

<sup>194</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 155.

De este movimiento Galdós escribió lo siguiente: "Desde que los cocheros de Palacio, los marmitones, los lacayos y algunos soldados vendidos a los cortesanos inauguraron el 19 de marzo de 1808 en Aranjuez la serie de bajas rapsodias revolucionarias que componen nuestra epopeya motinesca, el más repugnante movimiento ha sido la sublevación apostólica de 1827". p. 142.

A los participantes en la toma de Manresa los describe del siguiente modo: "La ciudad fue al punto dominada por los payeses, voluntarios realistas y guerrilleros, que unían sus berridos a los de la plebe, ya sobornada para dar a aquel acto de civilización todo el esplendor posible". p. 76. *Un voluntario realista*, edc., cit.

<sup>195</sup> Informe del Capitán General de Andalucía José Ignacio Álvarez Campana. I. Zavala: *Masones...*, cit., p. 161.

<sup>196</sup> *Ibid.*, p. 162.

<sup>197</sup> Cifras recogidas en: M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento...*, cit. p. 34

Si se tiene en cuenta, por una parte, el escaso número de trabajadores industriales y, por otra, que la adquisición de conciencia de clase de los jornaleros va a ser mucho más lenta -no aparecerá hasta el último tercio del siglo-, es evidente que el surgimiento de dicha conciencia es limitado. Pero, lo importante es que se dan ahora los primeros pasos de un proceso que culminará en los últimos veinte o treinta años del siglo: el surgimiento de una conciencia política y social que llevará al proletariado a promover un sistema social alternativo.

## 2. 1833-1868: EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA OBRERA

### 2.1. INTRODUCCIÓN.

En este segundo período de la historia del siglo XIX las transformaciones que tienen lugar en los medios de producción hacen que surja el obrero: "*Ese hombre que vende su fuerza de trabajo por un salario y al que ya no pertenecerán los bienes por él producidos*"<sup>198</sup>. Cuando los obreros toman conciencia -la denominada conciencia de clase- de que forman parte de una clase social distinta, comienzan a actuar conjuntamente para la consecución de unos fines y nace el movimiento obrero:

*"Todo acto en que el obrero interviene en calidad de tal, aunque sea esporádico, ya constituye un ejemplo de "movimiento obrero"; sin embargo, se entiende más comúnmente por éste la asociación de obreros con fines profesionales -sindicales- y también políticos, pero condicionada o matizada por su naturaleza obrera: partidos políticos obreros o llamados así"*<sup>199</sup>.

La clase obrera -y por tanto el movimiento obrero-, aparecen únicamente "*cuando el género de producción capitalista [...] se ha desarrollado en un país*"<sup>200</sup>. Pero de la clase y del movimiento obrero no forman parte solamente los trabajadores industriales, sino que también "*se extiende, naturalmente, a los obreros agrícolas, ya sean éstos peones, jornaleros, trabajadores fijos o eventuales*"<sup>201</sup>.

En España el modo de producción capitalista -y paralelamente la clase obrera- comienza a adquirir un desarrollo significativo en la década del 30, pero el movimiento obrero no lo hará hasta después de la revolución del 68. Por tanto, la adquisición de la conciencia de clase es un proceso paulatino que se va a dar -tanto entre los trabajadores industriales como entre los agrícolas<sup>202</sup>- a lo largo de estos casi cuarenta años. Proceso en el que van a resultar decisivas sus experiencias laborales y políticas, así como la difusión de los diversos utopismos socialistas. Laborales, en la fábrica o en el campo; políticas, por sus relaciones con los distintos partidos burgueses, a los que apoyan, a cuyo lado luchan en las distintas revoluciones que tienen lugar durante estos años, en la creencia de que sus aspiraciones y reivindicaciones

<sup>198</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 13.

<sup>199</sup> *Ibíd.*, p. 14.

<sup>200</sup> *Ibíd.*, p. 15.

<sup>201</sup> *Ibíd.*, p. 14.

Como se verá, la situación y el número de trabajadores asalariados del campo va a cambiar como consecuencia de las desamortizaciones.

<sup>202</sup> Conviene no olvidar -hablaré de ello páginas más adelante- que los campesinos como clase social tienen algunas peculiaridades respecto a los obreros industriales: "*¿En qué medida podemos hablar del campesinado como clase? Desde luego, objetivamente puede ser definido como clase "en sí" en el sentido clásico, es decir, un grupo de personas que tienen el mismo tipo de relación con los medios de producción, así como otras características comunes económicas y sociales. Pero como correctamente ha observado Shanin, el campesinado es "una clase social de baja clasicidad" en comparación, pongamos por caso, con la clase obrera industrial, una clase de muy alta "clasicidad", en el sentido de que gran parte de su política puede derivar directamente de sus relaciones con los medios de producción*". Eric J. Hobsbawm: *Los campesinos y la política*, Barcelona, Anagrama, 1976, Cuadernos Anagrama 128, p. 10.

quedarían satisfechas en el marco de la revolución burguesa. No fue así. Los sucesivos engaños tras cada uno de los movimientos revolucionarios llevaron al pueblo –parte de él convertido ahora ya en obrero- a convencerse de que no conseguirían nunca sus reivindicaciones apoyando a ningún movimiento burgués. Por eso, terminarán indefectiblemente rompiendo con ellos. Serán, pues, las condiciones de trabajo -duras condiciones de trabajo-, y la constatación de que sus reivindicaciones no encuentran respuesta en el seno de los partidos burgueses lo que les lleve a darse cuenta de que constituyen una clase social antagónica a la burguesía, por lo que, tras muchos años de acción conjunta, acabarán situándose frente a ella.

En las páginas siguientes me voy a centrar, por tanto, en los que, en mi opinión, son los tres factores fundamentales que influyen en la adquisición de esta conciencia de clase: el proceso de industrialización y las condiciones de los trabajadores del campo -con sus ineludibles conflictos y choque de intereses-; las relaciones con los distintos partidos burgueses; y la difusión del socialismo utópico a través, fundamentalmente, de los numerosísimos periódicos -la mayoría de ellos de vida efímera y enfrentados a toda clase de dificultades-, que salen a la luz durante estos años en las principales ciudades españolas.

## 2.2. LIBERALISMO Y CONCENTRACIÓN INDUSTRIAL.

Jurídicamente, el Antiguo Régimen fue abolido en los años siguientes a la muerte de Fernando VII. Una serie de medidas legales terminan con "*los privilegios y derechos jurisdiccionales*"<sup>203</sup> de la nobleza y ponen las bases de "*la nueva sociedad clasista, organizada sobre los principios doctrinales de la libertad, igualdad y propiedad*"<sup>204</sup>. Es decir, asistimos a la entronización de la sociedad liberal. La palabra *libertad* se convierte en una especie de talismán, sobre todo en lo económico. Así, las trabas gremiales que obstaculizaban el desarrollo de la industria fueron derribadas por una serie de decretos, promulgados en estos primeros años, en los que se abolían los gremios y se reconocía el derecho a ejercer libremente cualquier actividad de tipo industrial<sup>205</sup>. Las más importante en España durante el siglo XIX son la textil y la siderúrgica, pero sobre todo la primera<sup>206</sup>. Esta actividad existía ya desde mucho antes, pero "*tenía un carácter predominantemente artesano*" y "*estaba esparcida por todo el ámbito español*"<sup>207</sup>. Sin embargo, desde 1832 va a adquirir un desarrollo extraordinario como consecuencia de la introducción de innovaciones mecánicas que revolucionan las técnicas de producción:

*"En la segunda etapa, que se extiende de 1832 a 1869, la industria textil alcanza un despliegue extraordinario. Este apogeo se debe a la presencia de dos factores que desde 1832 irán empujándola: el telar mecánico y la máquina de vapor. Ambos inventos funcionaron por*

<sup>203</sup> M. Artola: *La Burguesía revolucionaria*, cit., p. 135.

<sup>204</sup> *Ibíd.*, p. 161.

<sup>205</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 35-36. Vide también: A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 174; y M. Artola: *La burguesía revolucionaria...*, cit., p. 170.

<sup>206</sup> "*El desarrollo industrial se polarizó en los sectores textil y siderúrgico y de manera especial en el primero, en tanto el resto de las actividades quedaron ancladas en el originario nivel artesanal.*"

Miguel Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 113.

<sup>207</sup> J. Vicens Vives: *Historia económica de España*. Barcelona, 6ª edc., 1969, p. 607.

*primera vez en Barcelona en la fábrica de Bonaplata y Compañía*<sup>208</sup>.

Y va a desaparecer, asimismo, la anterior dispersión concentrándose en Cataluña, concentración que conlleva, además, la *"agrupación geográfica de las fábricas y reducción del número de empresas y aumento del de obreros"*<sup>209</sup>. Es decir, desde estos momentos se puede hablar propiamente de industrialización, y ésta nace en Cataluña: *"La industrialización en España se inició -como en la mayoría de los países europeos- con las transformaciones que sufrió la elaboración del algodón al pasar de manufactura a industria moderna"*<sup>210</sup>.

La magnitud de estas transformaciones y, por consiguiente, el avance en el proceso de industrialización, se puede apreciar mejor con la mención de algunas cifras. En 1840-1841 el número de telares mecánicos que había en Cataluña era de 3.221, el capital invertido de 424 millones de reales. En 1846 el número de telares era de 4.000 el capital de 600 millones de reales. En 1860 el capital ascendía ya a 1.000 millones de reales<sup>211</sup>. Como consecuencia de estos cambios el antiguo taller artesano va a ser sustituido por la moderna fábrica con el consiguiente aumento del número de trabajadores, tanto global como por empresa, y la disminución del número de éstas. En 1832 había unos 21.700 *"obreros en las diversas industrias catalanas"*<sup>212</sup>. En 1842 el número ascendía a 97.346<sup>213</sup>. Sin embargo, Artola da, para 1836, la cifra de 135.000 trabajadores<sup>214</sup>. Núñez-Tuñón recogen datos diferentes, aunque se acercan más a los de Vicens: 98.000 obreros en 1846 y 116.000 en 1860<sup>215</sup>. El número de fábricas, que en 1846 era de 4.583, se redujo a 3.600 en 1860<sup>216</sup>. De esto resulta una conclusión evidente: se produce una importante aglomeración de trabajadores que trabajan y conviven juntos y cuyas condiciones son las mismas. Esta convivencia, tanto en el trabajo como fuera de él, es uno de los factores que, iniciándose ahora, influirá, sobre todo años más tarde en la aparición de la conciencia proletaria:

*"El desplazamiento del concepto "artesano" al concepto "proletario" en la tipificación de las clases trabajadoras es un hecho complejo que se acelera a partir de los años 50, y que viene determinado por una serie de circunstancias sociológico-culturales de primera magnitud. Factores demográficos, por una parte. Por otra, el paso del pequeño taller, ámbito de una relación "personal" entre los que en él trabajan, al gran taller, ámbito de una relación "social". El paso de la vivienda obrera -buhardilla o sótano- como parte de una casa donde viven gentes de posición social más acomodada -lo que permite un haz de relaciones "personales" de vecindad-, al barrio obrero del suburbio, donde la mentalidad se estrecha, se aprieta el mundo del trabajador a horizontes de miseria y se exacerba su condición de*

<sup>208</sup> *Ibíd.*

<sup>209</sup> *Ibíd.*

<sup>210</sup> M. Izard: *Industrialización y obrerismo. Las tres clases del vapor 1869-1913*. Barcelona, Ariel, 1973, p. 9.

<sup>211</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 41-42.

<sup>212</sup> Iris Zavala: *Masones, comuneros y carbonarios*, cit., p. 174.

<sup>213</sup> *"En total, en 1842, según la estadística de Sayró, a la que se acusó de exagerada a los efectos de demostrar la potencialidad de la industria textil catalan[a], había en Cataluña 4.583 fábricas y 97.346 obreros"*.

J. Vicens Vives: *Historia económica de España*, cit., p. 608.

<sup>214</sup> Citando como fuente la *Guía del Ministerio de la Gobernación para 1836*, afirma lo siguiente: *"El gobernador de esta última [Barcelona] calcula se empleaban en la manufactura de algodones más de 100.000 personas, en su mayoría mujeres, y en la de la seda otras 35.000."* *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 112 y 113.

<sup>215</sup> Citan como fuente la *Junta de Fábricas. Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 43.

<sup>216</sup> *Ibíd.*, p. 42.

clase"<sup>217</sup>.

El factor determinante, pues, en la aparición del proletariado son las transformaciones experimentadas en los medios de producción. Estas transformaciones no sólo van a cambiar la manera de producir, sino también la propiedad de los medios de producción. El artesano era dueño de esos medios, el proletario no:

*"La aplicación del vapor a las filaturas y tejidos, a los tintes y prensados, convirtió en leña, útil sólo para el fuego, los husos y telares antiguos, arruinando en breve espacio de tiempo no sólo a los trabajadores de los países donde la nueva maquinaria se aplicaba, sino a los de todos los otros que, [...] no pudieron sufrir la concurrencia, encontrándose de esta manera millones de familias que vivían modestamente con el producto de su trabajo, gracias a ser dueños de los instrumentos de éste, convertidas en proletarios"*<sup>218</sup>.

Precisamente por eso, las condiciones de trabajo van a empeorar resultando lamentables en todos los aspectos. El salario era claramente insuficiente; Jutglar, basándose en una obra de Ildefonso Cerdá<sup>219</sup> calcula que, en 1856, un obrero casado y con dos hijos precisaba para cubrir sus necesidades más elementales -alimentación, casa, vestido y otros- un mínimo de 4.176 reales anuales, siendo sus ingresos medios de 2.300 reales, con lo que se producía un déficit de 1.876 reales, que le merece el siguiente comentario: *"El déficit de ingresos es lo suficientemente importante, para que nadie pueda dejar de comprender la realidad infrahumana en que hubo de desenvolverse la vida de nuestros bisabuelos obreros"*<sup>220</sup>. Pero, si el sueldo medio no llegaba para poder subsistir, la situación de los obreros cualificados -"distinguidos" en la terminología de la época-, no era mucho mejor. Un tejedor mecánico de primera clase ganaba 4.160 reales, con lo que tampoco a éste le daba el sueldo para mantener a una familia con dos hijos, por lo que

*"inmediatamente que sobrevenían los hijos amenazaba el déficit, y con él las angustias y las preocupaciones. Todo esto sin contar con la enfermedad o el accidente imprevisto o -y eso sí que era terrible- la paralización de los negocios. El paro forzoso nivelaba la miseria de los trabajadores, fuesen de primera o de última categoría, en un bostezo único y monstruoso de hambre"*<sup>221</sup>.

Era frecuente, además, el trabajar a destajo, circunstancia en la que *"los fabricantes aumentaban a discreción la longitud de las piezas a tejer, sin que por ello aumentasen la retribución"*<sup>222</sup>. Todo esto explica la siguiente afirmación de Vicens Vives refiriéndose a las condiciones de estos primeros trabajadores industriales: *"La documentación que hemos reunido sobre este particular no deja lugar a dudas. La situación del obrero en Cataluña en las fases iniciales del desarrollo industrial fue realmente calamitosa"*<sup>223</sup>. Los testimonios de otros historiadores inciden en lo mismo:

*"Las condiciones de los trabajadores catalanes de mediados de siglo eran las de los obreros ingleses de algodón en 1820: una jornada de trece horas por un salario de subsistencia, la amenaza de desempleo por los despidos debidos a la crisis o a la instalación de*

<sup>217</sup> J. M<sup>a</sup>. Jover Zamora: *Conciencia obrera y conciencia burguesa...*, cit., p. 36-37.

<sup>218</sup> Fernando Garrido: *Historia de las clases trabajadoras. 3. El obrero*, cit., p. 285. Garrido habla de millones de familias porque no está refiriéndose sólo a España, sino a todo el mundo capitalista en general.

<sup>219</sup> *Monografía estadística de la clase obrera en Barcelona*, Madrid, 1867.

<sup>220</sup> *Ideologías y clases...*, cit., p. 165 y 166.

<sup>221</sup> J. Vicens Vives: *Industrials i polítcs*. Citado por Jutglar, ibíd., p. 167.

<sup>222</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 34.

<sup>223</sup> *Historia social y económica de España y América*. Citado por Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 163.

maquinaria"<sup>224</sup>.

A éstas, aunque treinta años más tarde, se refiere Garrido:

*"En Mánchester morían en 1850, antes de cumplir los siete años 20.700 niños de obreros por cada 21.000 nacimientos, mientras que de las otras clases no proletarias la mortalidad era sólo de 7.000 por igual número de nacimientos"*<sup>225</sup>.

### 2.3. LUCHA POR EL DERECHO DE ASOCIACIÓN Y ACCIÓN POLÍTICA.

Estas circunstancias son determinantes para que el obrero se dé cuenta de que forma parte de una clase social distinta y a la que pertenecen todos los que cobran un salario, independientemente de que unos perciban más que otros:

*"Las circunstancias -concentración fabril, y urbana, propaganda y difusión de las ideas, etc.- favorecían el proceso de toma de conciencia de los obreros respecto a la realidad de su condición y a la precariedad de su situación en el sistema industrial"*<sup>226</sup>.

Los obreros son conscientes de que necesitan mejorar esta situación y de que para ello tienen que actuar unidos. Por eso, la primera manifestación de esta incipiente toma de conciencia va a ser la acción conjunta; acción encaminada únicamente a la consecución de una serie de mejoras laborales y salariales y, por ello, todavía, sin ninguna finalidad política. De ahí que, hasta 1868, la acción política, cuando tiene lugar, sea dentro del marco de los partidos burgueses, de los que se irán alejando paulatinamente; dos fechas adquieren una especial significación en ese proceso de alejamiento: 1855 para el proletariado urbano y 1861 para el rural.

La acción reivindicativa y la consiguiente agitación social comienza en el momento mismo de la industrialización por motivos puramente laborales:

*"Los salarios de los obreros del ramo textil no excedían de siete reales diarios. En los primeros años eran pagados a destajo, por piezas; los patronos aumentaban constantemente la longitud de las piezas, lo que dio lugar a cierta agitación social en 1831"*<sup>227</sup>.

En los años 1833-1834 se produjo un alza de precios, pero los salarios se mantuvieron. En 1833<sup>228</sup> se instala en Barcelona la fábrica *El Vapor*, que es la primera que utiliza los telares mecánicos, lo que contribuyó al descontento de los obreros pues los consideraban una amenaza para sus puestos de trabajos. Al igual que ocurriera en Inglaterra unos años antes, la incendiaron en 1835:

*"Fue quemada la fábrica de tejidos y fundición de hierro de los señores Bonaplata y Cía. Las*

<sup>224</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 282.

<sup>225</sup> Fernando Garrido: *Historia de las clases trabajadoras. 3. El obrero*, cit., p. 285.

Y, en esta misma página escribe Garrido: "Así hemos visto en nuestro siglo crearse la feudalidad industrial, cuyo desarrollo, prosperidad y apogeo han sido el martirologio de las clases trabajadoras, el calvario de esta multitud de abejas laboriosas, que en el espacio de medio siglo puede decirse que han vestido a la Humanidad con telas empapadas en su sangre."

<sup>226</sup> A. Jutglar: *Ibíd.*, p. 169.

<sup>227</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 73.

<sup>228</sup> Diego Abad de Santillán: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p.46. Sin embargo, Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 420, sitúa dicha instalación un año antes: 1832.



*autoridades, al saber que intentaban este ataque los amotinados, enviaron toda la fuerza de que se podía disponer, con el fin de atajar el incendio; pero en balde, porque estaban determinados a hacerlo convencidos de que los telares movidos por las máquinas disminuían la producción del trabajo manual*<sup>229</sup>.

Todavía en estas fechas no existía entre los obreros la conciencia de que formaban parte de una misma clase social, sino que ellos mismos se consideraban encuadrados en diferentes "clases": los *operarios* que eran los obreros cualificados y los *miserables*, los peones; los primeros no intervenían en estos conflictos iniciales:

*"Los primeros choques sociales de la era industrial (caso, por ejemplo, del asalto a la fábrica "El Vapor" en 1835) se efectuaron entre los "amos" y estos "miserables", quedando los "operarios" -a excepción de conflictos laborales muy concretos y acotados- por lo general al margen de los enfrentamientos abiertos*<sup>230</sup>.

Pero esta situación va a cambiar en el curso de unos pocos años:

*"Poco a poco, sin embargo, el operario vio frustradas sus esperanzas de promoción y tuvo que convencerse de que, a pesar de su relativo mejor sueldo, era para el empresario un asalariado más, un obrero*<sup>231</sup>.

Desde el momento en que se convenga comenzará la acción conjunta<sup>232</sup>. Acción que, en los treinta años largos que van desde ahora hasta la Revolución del 68, estará encaminada a la consecución de un doble objetivo: mejoras laborales -salarios y reducción de la jornada laboral- y lucha por el derecho de asociación<sup>233</sup>.

### 2.3.1. EL DERECHO DE ASOCIACIÓN.

*"Ninguno de los textos constitucionales anteriores a 1868 menciona entre los derechos individuales los de reunión y asociación*<sup>234</sup>. Lo cual es perfectamente "lógico" y "coherente" con el espíritu del liberalismo imperante que consideraba cualquier tipo de acción colectiva encaminada a la consecución de un fin como un atentado contra la libertad individual. Por eso, los intentos de asociación por parte de los obreros van a contar con la tenaz oposición de las

<sup>229</sup> Parte del general Pastors en el que refiere los hechos acaecidos el 10 de agosto de 1835. Citado por: M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 73-74.

No fue ésta la primera destrucción de máquinas que tuvo lugar en España. Ya en 1824 fueron destruidas las máquinas "de la fábrica de Micaela Lacot en Camprodón." [Gerona]. Miguel Izard: *Industrialización y obrerismo*, cit., p. 77.

<sup>230</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 164.

<sup>231</sup> *Ibíd.*

<sup>232</sup> Las siguientes palabras de Jutglar describen con absoluta precisión el fenómeno: "Aquí, al igual que en los restantes países, la clase obrera -a copia de fracasos, desilusiones y desengaños- descubre el papel de la solidaridad como valor más concreto y esencial que la abstracta mitología de la libertad pregona por el liberalismo. Para afrontar la calamitosa situación en que estaban sumidos, los obreros, a través del descubrimiento de sus posibilidades mutualistas, de la eficacia de instrumentos de acción como la huelga, etc., fueron comprobando la factibilidad de movimientos colectivos, al propio tiempo que, en la práctica, notaban la realidad del sofisma del individualismo liberal. Aprendida la lección, a partir de las tristes experiencias de la vida cotidiana, la nueva perspectiva se manifestará en seguida en el afán obrero por organizarse colectivamente." A. Jutglar: *Ideologías y clases en la España contemporánea*, cit., p. 171.

<sup>233</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 75.

<sup>234</sup> M. Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 170.

autoridades de turno presionadas, como es natural, por los patronos:

*"La explicación es sencilla: el argumento doctrinal -que incluso veremos repetido en 1923 por Romanones- se basaba en el hecho de que las asociaciones eran contrarias al principio de libertad de trabajo y al de libre contratación"<sup>235</sup>.*

Lo que equivale a decir que los obreros aceptaban las condiciones de los patronos porque querían, sin que nadie los coaccionara, pues, si no les interesaban, siempre tenían la posibilidad de marcharse a otro sitio, de cambiar de trabajo<sup>236</sup>. Ahora bien, ante la miseria traída por la industrialización:

*"El Estado se verá en la necesidad de aceptar -en contra de sus principios- el mutualismo laboral, como el medio más eficaz de aliviar, ya que no de resolver, el problema de los trabajadores desempleados en un momento en que las instituciones de asistencia social -hospitales, asilos, sopa conventual, etc.- tanto eclesiásticas como gremiales, sufren el impacto de la desamortización de buena parte de sus patrimonios, lo que limita sus posibilidades de seguir ejerciendo los importantes servicios asignados a la caridad en el Antiguo Régimen"<sup>237</sup>.*

En 1839 se autoriza la creación de sociedades de trabajadores pero con fines puramente mutualistas. Al año siguiente se constituyó en Barcelona la *Sociedad de mutua protección de tejedores de ambos sexos*<sup>238</sup>. Esta asociación pasa por ser la primera en su género, pero hay indicios de la existencia de otras previamente<sup>239</sup>. Se organizó en dos ramas: por una parte, la

<sup>235</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 173.

<sup>236</sup> Que los obreros eran perfectamente conscientes de que apelar a la libertad para situarlos en un plano de igualdad con los empresarios era una gran falacia tras la que se escondían los intereses de éstos, lo demuestran algunas de las razones expuestas por los tejedores catalanes ante el Ayuntamiento de Barcelona en defensa de su derecho de asociación: " *Afirmaron que mientras se prohibía a los jornaleros el reunirse, a consecuencia de necesitar una gran publicidad y mucho movimiento sólo para probar de entenderse, a los fabricantes se les dejaba mancomunarse porque, con el pretexto de efectuar un ágape en la 'Fonda de Gracia' o en cualquier otra, lo podían intentar [...] La ideología liberal aguda, puesta de moda en aquel tiempo, presidía los acuerdos y las disposiciones de las autoridades [...] Pero mientras los fabricantes podían aprovechar una conversación de sobremesa para establecer un convenio, los obreros necesitaban orillar el orden público para reunirse y decidir sobre una actuación*".

José María Vilá: *Els primers moviments socials a Catalunya*. Citado por Jutglar: *Ideologías...*, p. 172.

Y, sobre este mismo asunto -otro argumento contra la falacia de la libertad-, sigue escribiendo Jutglar a continuación: " *Nos acercaría mucho más a la realidad el argumento económico, que gustaba mucho de repetir Vicens Vives, acerca de que no era tanto la gravedad de la prohibición lo que se planteaba a los obreros, sino el hecho de que, cuando se reunían los fabricantes, recogían veinte mil duros para poner en marcha cualquier proyecto, mientras que, cuando se organizaba una suscripción, entre muchos obreros sólo se recogían cuatro cuartos. Dicho aspecto nos ayudará aún más a comprender el estado de indefensión en que se encontraban los obreros, en esta época*". Ibid., p. 172-173.

<sup>237</sup> M. Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit. p. 170.

<sup>238</sup> M. Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 172. Otros historiadores le dan diferente nombre: *Sociedad Mutua de Obreros de Fábricas de Algodón de Cataluña* (Jutglar: *Ideologías y clases...*, p. 176); *Asociación mutua de obreros de la industria algodonera* (M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, p. 60).

<sup>239</sup> " *Suele considerarse que la primera asociación de obreros españoles fue la de los tejedores de algodón creada en mayo de 1840. Pero ésta es, en realidad, la fecha en que fue reconocida oficialmente por primera vez una asociación obrera, ya que existen referencias que demuestran su existencia en épocas anteriores, por ejemplo, en 1835 se proclamó un bando contra las asociaciones.*" M. Izard: *Industrialización y obrerismo*, cit., p. 93.

*Asociación de Tejedores* y, por otra, la *Asociación Mutua de Tejedores*; la primera con una finalidad reivindicativa y la segunda de protección social:

*"Ambos organismos eran en realidad el mismo, el primero era un sindicato con fines reivindicativos, el segundo estaba constituido aparentemente para resolver problemas de previsión social [...], pero estaba concebido para sustituir al primero si era prohibido, ya que él no lo sería por su carácter de asociación benéfica autorizada por una circular del Ministerio de la Gobernación de 1839"*<sup>240</sup>.

Sin embargo, no fue así: enseguida va a ser prohibida, siendo en esto un ejemplo paradigmático de las vicisitudes que van a sufrir todas ellas, pues las prohibiciones y las autorizaciones van a ser continuas y no siempre patronos y obreros se van a mostrar enfrentados; a veces colaboran. Ese mismo año, 1840, tuvieron lugar diversas huelgas y el Ayuntamiento de Barcelona, a principios del 41, *"se precipitó a reunir a obreros y patronos y a formar una comisión mixta que entendiera en todos los conflictos que pudieran surgir"*<sup>241</sup>. Según Izard, el papel de estas comisiones no debió ser muy eficaz, por lo que los obreros volvieron a las huelgas<sup>242</sup>. Ello explicaría que la *Asociación*, que ya había sido prohibida en enero del 41 por el gobierno de Espartero, volviera a ser prohibida en diciembre, con la particularidad de que ahora se debió a las presiones de los patronos catalanes, pues hicieron gestiones ante el ministro de la Gobernación y el propio Espartero<sup>243</sup>. Los dirigentes de la *Asociación* recurrieron en enero del 42, apoyados en este caso por el Ayuntamiento de Barcelona y Espartero la autorizó *"siempre que su objeto no sea otro que el filantrópico"*<sup>244</sup>. La respuesta de los tejedores es muy significativa: *"Tratemos de merecer la confianza de los fabricantes y tengámosla en ellos, porque son comunes nuestros intereses: les somos necesarios, es verdad; pero su ruina fuera también la nuestra"*<sup>245</sup>. A juzgar por esta respuesta *"impregnada de colaboracionismo de clase"*<sup>246</sup>-

<sup>240</sup> *Ibíd.*, p. 94.

<sup>241</sup> Núñez-Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, p. 64.

<sup>242</sup> *Industrialización y obrerismo*, cit., p. 95.

Sin embargo, de las palabras de Núñez-Tuñón parece deducirse lo contrario: que esta comisión, en un principio al menos, sí que fue efectiva. *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 64-65.

Si todo iba también entre patronos y asociados, ¿qué ocurrió para que meses después aquéllos solicitasen a Espartero la prohibición de la *Sociedad*?

<sup>243</sup> El presidente de la Comisión de Fábricas dirige una carta a Espartero en la que escribe: *"...Con tan halagüeñas confianzas nunca dudó esta Comisión de la buena acogida que debió hallar ante V. E. la exposición que el Sr. D. José Manso, en nombre de los fabricantes de esta ciudad, se dignó dirigir a la Regencia provisional del reino para cortar los males que amenazan a estas fábricas con la llamada Sociedad de jornaleros..."*. M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 60.

<sup>244</sup> M. Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 172.

<sup>245</sup> Núñez-Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 61.

<sup>246</sup> *Ibíd.*

Por supuesto, este "colaboracionismo de clase" está en la raíz misma de la ideología liberal, forma parte de su acervo ideológico, como se puede comprobar en el siguiente texto: *"Si alucinados los operarios se declarasen en guerra abierta contra todos los establecimientos fabriles que les proporcionan su subsistencia y la de sus familias, ¿quizás contarían como un día de triunfo fatal en que, por consecuencia de los más horribles atentados contra la propiedad, pudieran exclamar: ya no existe en Barcelona una sola fábrica de tejidos? ¿Sería posible que de dejasen seducir hasta el extremo de concebir el absurdo de que la manera de conseguir los frutos más óptimos consiste en arrancar la raíz del árbol que los produce? ¿Sería un medio de asegurar el amamantamiento de los hijos clavar un puñal en el pecho de la madre que los alimenta?"*

**Bando** (18-9-1835), de José Melchor Prat, Jefe Político de Barcelona, con motivo de la creación de una

el grado de conciencia de clase no era todavía muy elevado. Su objetivo es simplemente mejorar las condiciones de los trabajadores pero partiendo siempre del respeto al orden establecido como se puede apreciar, por ejemplo, en los *Estatutos* donde se afirma que amos y trabajadores

*"se deben recíproca felicidad y bienestar, dando trabajo los unos y trabajando los otros; y para que no sean en lo sucesivo tenidos, como hasta aquí, los trabajadores a manera de esclavos y sí como unos ciudadanos iguales a ellos, salvo empero, la obediencia y respeto debidos en sólo los actos del trabajo; ha parecido oportuno a varios tejedores de algodón, el establecimiento de una sociedad pública, capaz de atajar estos males, y cuyo objeto único y exclusivo sea la 'mutua protección'"<sup>247</sup>.*

No se trata, pues, de cuestionar el sistema, sino de corregir sus abusos. El naciente proletariado no considera a la burguesía como una clase social antagónica, sino complementaria y aspira, por tanto, a mantener una relación de armonía con ella.

### 2.3.2. LA ACCIÓN POLÍTICA DEL PUEBLO

Esta consideración va a condicionar también la orientación de su actividad política. Ésta -en todo este período hasta 1868- irá siempre unida a la de las sociedades secretas -que siguen existiendo- y partidos políticos burgueses: progresistas, demócratas y republicanos. Es decir, políticamente no actuarán en ningún momento de un modo autónomo, sino que los partidos burgueses intentarán canalizar el descontento obrero al servicio de sus propios intereses.

#### 2.3.2.1. LA "ALIANZA" PUEBLO-PROGRESISTAS: 1835-1843.

La muerte de Fernando VII supone la inauguración de la época constitucional en el sentido de que, desde ahora, ya nadie discute la existencia de una Constitución. Y es que, paradójicas del destino, *"el desarrollo de los acontecimientos había hecho que el trono de la hija de Fernando VII sólo pudiera salvarse si lo defendían los constitucionalistas, los liberales perseguidos por su padre"*<sup>248</sup>. O, lo que es lo mismo,

---

Comisión Mixta de Fábricas y Central de Trabajo. Citado por: A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 153.

<sup>247</sup> *Ibíd.*, p. 61.

<sup>248</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 69. Bien es verdad que se trata de un constitucionalismo "sui géneris", pues los golpes militares, de uno y otro signo, no van a dejar de sucederse. Por eso, en la página siguiente, refiriéndose a los comienzos de este constitucionalismo español, comenta Tuñón lo siguiente: *"...los generales Quesada y Llauder [...], reincidiendo en la intervención militar sobre la vida política, escribieron a la Regente para exponerle que el Gobierno, falto de popularidad, no era el más adecuado para defender los intereses de su hija. [...] La Regente cedió, y Martínez de la Rosa fue llamado a Palacio el 15 de enero [1834] para reemplazar a Cea Bermúdez. La era constitucional había comenzado. Se debía a una crisis de la dinastía y a una revolución de palacio, estigmas de nacimiento que no dejarán de marcar buena parte de su existencia."*

El *"desarrollo de los acontecimientos"* que obligó, primero a Fernando VII y después a su viuda, a echarse en manos de los liberales, ha sido perfectamente descrito por Galdós: *"Fue don Carlos la persona a quien más quiso en el mundo, y había llegado a ser su espantajo, el martirio de su pensamiento, el fantasma de sus insomnios y el tema de sus berrinches. Adivino de su próxima muerte, el rey veía arrebatado a la sucesión directa aquel trono que quiso asegurar con el absolutismo. ¡Y era el absolutismo quien le destronaba! ¡La fiera a quien había alimentado con carne humana, para que le ayudara a dominar, se le tragaba a él, después de bien harta! [...] Ya no eran el pueblo descontento ni el ejército minado por la masonería quienes atormentaban al tirano; eran el clero y los milicianos realistas, capitaneados por un hermano querido. La víctima antigua,*

"si el partido de la reina regente quería derrotar al carlismo en el campo de batalla tenía que valerse de los recursos y la capacidad de quienes afirmaban que la falta de una Constitución liberal 'mantenía a España por debajo del nivel europeo',"<sup>249</sup>.

Para elevar España al nivel europeo y para evitar "los peligros de un resurgir del radicalismo democrático de los años veinte"<sup>250</sup> fue llamado a formar gobierno Martínez de la Rosa, antiguo liberal doceañista, exiliado, pero que, en estos momentos, no representa ya a todo el liberalismo, sino sólo a un sector del mismo. Su acceso al poder tiene una significación muy clara: el intento de

"un arreglo constitucional de signo conservador [...] impuesto a la monarquía por militares respetables [que buscan así conseguir] el entusiasmo liberal para la guerra contra el carlismo sin ceder a la revolución; en palabras de Llauder, se pondría a salvo 'el trono de Isabel II sin tumultos y sin violencia', o sea, sin los exaltados"<sup>251</sup>.

Expresión política de este compromiso será el *Estatuto Real* promulgado en abril de 1834. No es una Constitución propiamente dicha sino "una Carta otorgada y, sin duda, significa el intento por parte de la nobleza de mantener su hegemonía política"<sup>252</sup>. Ni el *Estatuto* ni el gobierno de Martínez de la Rosa van a conseguir la adhesión de todos los liberales. Éstos se van a ir alineando en dos grupos: *moderados* y *progresistas* y, unos años después -"claramente en las Cortes Constituyentes de 1836-1837"<sup>253</sup>- en dos partidos políticos. Los futuros *progresistas* van a

inmolada sobre el libro de la Constitución con el cuchillo de la teocracia, no infundía cuidado; lo que perturbaba era el cuchillo mismo revolviéndose fiero contra el pecho del amo. ¡Oh qué error tan grande haber sacado de su vaina aquella arma antigua cuando ya comenzaba a enmohecer!... El pobre rey, a quien la nación no amaba ni temía ya, debió, sin duda, los pocos consuelos de sus últimos meses al espíritu tolerante de su mujer, y si él no se dejaba arrastrar públicamente, sabía tener secretas alegrías cada vez que el Gobierno mortificaba a la gente apostólica." **Un faccioso más... y algunos frailes menos.** Madrid, Alianza-Hernando, 1977, EN 20, p. 103-04.

<sup>249</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 161.

<sup>250</sup> *Ibid.*, p. 161-162.

<sup>251</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 162.

<sup>252</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 75.

Las Cortes estarían compuestas por dos cámaras: "Estamento de procuradores elegidos por voto indirecto y Estamento de próceres compuesto por grandes de España, títulos de Castilla, arzobispos y obispos, propietarios territoriales o de fábricas con una renta anual superior a 60.000 reales. Los grandes de España eran "próceres" natos; los restantes, nombrados por la Corona. La elección de procuradores estaba basada en unos colegios electorales formados por los concejales y un número igual de mayores contribuyentes de las cabezas de partido; cada uno de estos colegios nombraba dos electores, y todos ellos se reunían en la capital de la provincia para la elección de procuradores (éstos debían poseer un mínimo de renta de 12.000 reales al año). Sobre un total de 18.447 ayuntamientos que había en España, sólo intervenían en la elección 490, es decir, 980 electores." *Ibid.*, p. 75-76.

<sup>253</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 95.

Por lo que se refiere a las diferencias entre ambos grupos, Tuñón señala las siguientes: "Los moderados [...] son los portavoces de los privilegios semif feudales, de la política de "orden". [...] Históricamente, el grupo moderado se forma por antiguos liberales atemorizados al ver el giro radical que podía tomar la evolución española. [...] Socialmente son la expresión de las clases poseedoras que temen verse desposeídas. Su evolución hacia el derechismo conservador será más neta a partir de 1845, pero ya es significativo que varios de sus miembros entablaran una gestión de compromiso con D. Carlos (a base de un matrimonio real) en 1837.

Los progresistas, cuyos antecesores inmediatos fueron los "exaltados" de 1820-1823, son el partido de las reformas, apoyados por las clases medias, por cierta burguesía de las ciudades más desarrolladas."

*Ibid.*, p. 94.

constituir la oposición al gobierno y van a promover diversas intentonas revolucionarias -1835, 1836, 1840 (en 1854 y 1868 intervendrán ya otros partidos políticos)- en las que van a contar con la colaboración del pueblo.

El hostigamiento y las dificultades para el gobierno de Martínez de la Rosa van a comenzar en seguida: matanzas de frailes en julio del 34, revueltas populares, sublevación de un regimiento en Madrid que toma el edificio de correos en enero del 35, reveses en la guerra carlista... hacen que Martínez de la Rosa se gane la enemistad de los sectores liberales radicales -los futuros *progresistas*- y tenga que ser sustituido por Toreno, perteneciente también al mismo sector del partido liberal que Martínez de la Rosa. Ya se ha visto que el *Estatuto*, al restringir el acceso a la participación política, abierta sólo a una pequeña minoría de los liberales, dejaba fuera tanto a una gran parte de éstos como al pueblo. En estas circunstancias la *Milicia Nacional* -considerada por Istúriz "*como la vanguardia de la dictadura plebeya*"<sup>254</sup>- se va a convertir en uno de los cauces a través de los que, los excluidos, intentarán participar en la lucha política; en otras palabras, en "*uno de los posibles caminos del radicalismo burgués-popular*"<sup>255</sup>. De ahí que se encuentre presente en todas las revueltas que durante estos años se levanten contra los gobiernos moderados: "*Participará frecuentemente en las manifestaciones callejeras, y a veces las provocará, constituyendo un poderoso medio de presión sobre el Gobierno, al que a veces impondrá su voluntad*"<sup>256</sup>. Y sus miembros eran precisamente aquéllos que estaban excluidos de participar en el sistema político:

*"Las clases medias y el pueblo, a las que la ley electoral, por su sistema censual, impedía*

Pérez Galdós describe así a los moderados: "*Su credo político fue una comedia de cuarenta años. Su éxito debiose a haber vigorizado el principio de autoridad, y su descrédito e impopularidad a haber impedido el desarrollo progresivo de las ideas. En religión eran volterianos, y en sus costumbres privadas enemigos de la templanza; pero tenían un "coram vobis" de santurronería que hacía el efecto de ver la silueta de Satanás en la sombra de un confesonario. Uno de los primeros elementos de fuerza que allegaron fue el clero, a quien adulaban, disponiéndose, no obstante, a comprar por poco dinero sus bienes, cuando los progresistas los arrancaron de las manos que llamaban muertas. A excepción de dos o tres individualidades de intachable pureza, eran gente de economías, y andando el tiempo, con las compras de bienes desamortizados, formaron una aristocracia que poco a poco se hizo respetable, y en la cual hay muchos marqueses y un formidable elemento de orden.*

*En los días de nuestra narración [1834] presentaban el grato aspecto de un ejército joven, lleno de bríos y de valor. Su programa de moderación contrariaba a mucha gente. Aquel habilidoso sistema de ser y no ser, de equilibrarse entre el absolutismo y los liberales, valiéndose de los unos contra los otros, de prometer y no cumplir, de encubrir con fórmulas retóricas y dicharachos hoy desacreditados, pero entonces muy en boga, el lazo de la arbitrariedad y el espadón de la fuerza, dio resultados en época de tanta inocencia política, cuando la libertad era como un niño generoso y no exento de mimos, más fácil de engañar que de convencer. [...] Humanamente considerada, aquella gente tenía superioridad especial que ha sido la causa de su dominio durante un tercio de siglo: era la superioridad de los modales, cosa importantísima en nuestra edad. Había en aquellos tiempos como una línea divisoria clara y precisa que separaba en dos grandes mitades el inmenso personal político creado por las revoluciones. No había término medio, y fue lástima que tantas ideas generosas y salvadoras no pudieran por fatal destino, emanciparse de la grosería, del mal vestir y peor hablar.*

*Por esto el advenimiento de la clase media fue laborioso y pesado. Aquella clase, frailunamente educada, no supo echar de sí ciertas asperezas, por lo que sólo prevalecieron en la vida pública los pocos que supieron ponerse el frac." Un faccioso más... y algunos frailes menos, cit., p. 183-184.*

<sup>254</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 181.

<sup>255</sup> A. Gil Novales: *El trienio liberal*, cit., p. 18.

<sup>256</sup> Robert Marrast: texto inédito, citado por: M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 77.

*participar en la vida política, se agrupan en esta Guardia nacional cuyo reclutamiento es democrático. Si se recorren las relaciones de alistados publicadas diariamente por el Diario de Avisos a partir del 11 de marzo de 1834, se comprueba que las profesiones de empleado, artesano y pequeño comerciante, militar retirado y funcionario modesto son las más frecuentes. También se encuentran gran número de miembros de profesiones liberales*<sup>257</sup>.

Toreno terminará también enemistándose con los sectores progresistas y en julio se inician una serie de sublevaciones en las que las sociedades secretas<sup>258</sup> y la Milicia Urbana ejercerán un papel fundamental. Rápidamente se extenderán por diversas ciudades españolas: Zaragoza, Barcelona, Madrid, diversos lugares de Andalucía. En Andújar se formó "una especie de Junta Central". Se envió el ejército, pero los soldados se negaron a luchar: "Una verdadera revolución democrática estaba en marcha"<sup>259</sup>. Toreno cae tres meses después de haber asumido el gobierno y es sustituido por Mendizábal, su ministro de Hacienda<sup>260</sup>. Los progresistas llegan, por tanto, al poder como consecuencia de una serie de convulsiones, dirigidas evidentemente por sectores burgueses, y en las que el pueblo ha participado bien a su lado, formando parte de la Milicia, o bien por cuenta propia quemando conventos y fábricas<sup>261</sup>. Los primeros colaboran

<sup>257</sup> *Ibíd.*

<sup>258</sup> I., Zavala, *Masones, comuneros...*, cit., p. 169.

<sup>259</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 82.

<sup>260</sup> Mendizábal nunca llegó a tomar posesión de este cargo. Toreno accedió al poder el 15 de junio del 35 y cayó el 14 de septiembre. Mendizábal llegó a La Granja el 5 de septiembre, por lo que no tuvo tiempo de ejercer de Ministro de Hacienda. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 83.

<sup>261</sup> El resentimiento de amplios sectores populares hacia los frailes se puede explicar por motivos objetivos, señalados por varios historiadores. "Mientras algunos historiadores se explicarán las quemas y saqueos de los grandes monasterios que todavía dominaban la vida rural de España, a causa de las duras condiciones de vida de los campesinos en los últimos tiempos, les costará comprender el análogo fenómeno urbano, olvidando, p.c., la importante propiedad ciudadana de los estamentos eclesiásticos, a quienes pagaban alquiler por sus viviendas numerosos elementos populares." A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 349, nota 55.

Vicens Vives ha escrito lo siguiente: "Los incendios y matanzas de Madrid, Zaragoza y Barcelona revelan algo más que el triunfo de los posibles instigadores demagógicos. Revelan que existía un plano de discontinuidad entre el clero regular y el pueblo, y que incluso la burguesía, que poseía el aparato represivo suficiente para evitar los desmanes de la masa, dejaba actuar a ésta con ojos, si no complacientes, por lo menos escépticos."

*Historia social de España y América*, citado por Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 76.

Es decir, una cosa es que el pueblo tuviera razones para actuar y otra muy distinta que lo hiciese con una finalidad propia. Por ello, no se puede deducir de estos hechos -máxime si se tiene en cuenta que fue obra del bajo pueblo- el más leve indicio de conciencia de clase. Lo más probable es que fuese el instrumento de motivos desconocidos para él. Eso era al menos lo que pensaba Galdós, para quien el populacho de Madrid fue el brazo armado de las sociedades secretas; así se lo comunica D. Benigno Cordero al padre Gracián: "Por mi bendito primo y por un tal Rufete que sería igual a mi primo si no fuera más exagerado, más vacío de mollera y de peores intenciones, sé que en una reunión semisecreta que varios patriotas tienen en la plaza de San Javier han acordado dar un susto a vuestras paternidades. [...] ... la broma, susto o como queramos llamarlo, no pasará a mayores. Los patriotas sólo quieren manifestar su antipatía a vuestras reverencias y protestar de la protección que vuestras reverencias dan al carlismo. [p. 180] Pero cuando, ante las numerosas muertes ocasionadas por el cólera, empieza a propagarse la noticia de que los frailes han envenenado el agua, ésta fue inmediatamente aceptada por el pueblo porque "quien no piensa nunca, acepta con júbilo el pensamiento extraño, mayormente si es un pensamiento grande por lo terrorífico, nuevo por lo absurdo. [...] En presencia de una catástrofe o desventura enorme, al pueblo no le ocurren las razones naturales de lo que ve y padece. Su ignorancia no le permite saber lo que es contagio, infección morbosa, desarrollo miasmático. [...] Esta idea de las "cosas malas" arrojadas infamemente en la riquísima agua de Madrid, con el objeto puro y simple de "matar a la gente", cayó en el magín del populacho como la llama en la paja. No ha habido idea que más presto fuera elevada a artículo

para que un sector de los liberales sea reemplazado por otro en el gobierno. Los que queman los conventos -populacho perteneciente al inframundo urbano- no tienen la más mínima conciencia de clase, son instrumentos ciegos probablemente de los sectores más reaccionarios de la sociedad o quizás de los progresistas que aprovechan estos sucesos para debilitar al gobierno. Los que queman la fábrica de Bonaplata son los únicos -bien es cierto que a un nivel muy primario y elemental- que defienden intereses propios. Es decir, en el mejor de los casos la actuación del pueblo desde la muerte de Fernando VII hasta septiembre de 1835 ha servido para se produzca la revolución burguesa<sup>262</sup>. Mendizábal tenía dos preocupaciones principales: el estado de las finanzas públicas y la guerra civil, entre otras cosas porque ésta era muy impopular y era perfectamente "consciente de la improcedencia de enfrentarse con el movimiento popular"<sup>263</sup>. Algunas de sus medidas políticas son indicativas de su deseo de contar con una amplia base, si no popular, sí al menos de ciertos sectores próximos al pueblo: las capas más bajas de la burguesía<sup>264</sup>. Así, por ejemplo,

*"la ley electoral de 1836 tiene importante alcance político. Si no admite el sufragio universal*

*de fe. ¿Cómo no, si era el absurdo mismo?* [p. 186-187] La turba es dirigida por Tablas, personaje rufianesco y chulesco a quien "seguíale una docena de individuos de esos que al mirarnos muestran cara humana, si bien es dudoso que sean hombres". Pero Tablas no es más que un instrumento utilizado sin que ni siquiera sea consciente de ello: "Dos docenas de perdidos le obedecían, como obedece la piedra a la honda. Tablas era la honda; pero distaba mucho de ser la mano." [p. 188] Y en otros pasajes no ahorra Galdós expresiones irónicas o degradantes para describir a los asaltantes: "caballeros andantes de la plebe"[p. 191], "Los sicarios del lego formaban un grupo imponente, montón de humanidad digno de un basurero, en el cual brillaban aceros de navajas y burbujaban blasfemias."[p. 192]. **Un faccioso más... y algunos frailes menos**, cit.

<sup>262</sup> Jutglar la llama "pseudo-revolución burguesa" porque todas las medidas que tomaron sólo sirvieron para terminar con el Antiguo Régimen de derecho pero no de hecho. **Ideologías y clases...**, cit., p. 77-78.

<sup>263</sup> M. Tuñón: **La España del siglo XIX**, cit., p. 83. En esta misma página reproduce Tuñón una anécdota ilustrativa de ese deseo de no enemistarse con los sectores populares: "Se dice que, habiendo sido consultado por un jefe militar sobre qué debería hacer la guarnición de Madrid en caso de que las fuerzas armadas por las Juntas avanzasen desde Andalucía a la capital, Mendizábal respondió: 'Unirse a ellas y continuar la marcha hasta las provincias rebeldes; yo me quedaré solo aquí con la Milicia urbana!'"

Por lo que se refiere a la significación política del gobierno Mendizábal, creo que las siguientes palabras de Carr la resumen con total precisión: "Mendizábal no llegó al poder como dirigente de un partido. Su meta declarada era la "reconciliación de los partidos", "el mantenimiento de la armonía en el seno de la familia liberal" por medio de la revisión del Estatuto Real que eliminaría de éste algunas de las características que lo hacían detestable para los radicales. En los confusos debates acerca del sufragio (que determinarían la composición de las Cortes que habían de revisar el Estatuto) esa armonía liberal "ad hoc" se desvaneció y aparecieron los esbozos de los dos partidos. Cuando en las Cortes de 1836 los liberales conservadores se aliaron con la Corona para derrocar a Mendizábal, éste se vio obligado a desplazarse hacia la izquierda y a aliarse con Calatrava y los "exaltados". Esta alianza, basada no ya en la reconciliación liberal, sino en la vendetta de partido, fue llevada al poder por la Revolución de 1836 y está a la raíz del partido progresista. [...] En realidad fue el primero de los cirujanos de hierro que, con panaceas extranjeras, habían de salvar al país que había perdido la confianza en su capacidad de salvarse a sí mismo. [...] ... resultó ser un banquero de segunda fila para el cual la energía -si empleamos un término emotivo del vocabulario político de mediados de siglo- era un sucedáneo del talento político." **España 1808-1975**, cit., p. 174-175.

<sup>264</sup> Galdós pone en boca de Mendizábal un monólogo en el que aparecen estas preocupaciones por ganarse la voluntad del pueblo: "El señor don Fernando Muñoz, a quien Romero Alpuente llama con mucha gracia 'Fernando Octavo', no se recata para hablar pestes de mí; me llama 'déspota', y a Castorreo le dijo que soy un 'Calígula'... ¡Calígula! Este buen señor sabe menos Historia que yo. ¡Llamarme Calígula porque me apoyo en la voluntad del pueblo, porque me inflama el amor del pueblo, porque con y para el pueblo me propongo llevar hasta el fin mis planes! **Mendizábal. Episodios Nacionales III**, Madrid, Aguilar, 1986, p. 217.



*auténtico, disminuye la cantidad de renta necesaria para tener derecho al sufragio, de tal modo que todos los comerciantes, industriales y pequeños burgueses adquirirían derecho de voto*<sup>265</sup>.

Pero, aunque éstas fueran las intenciones, los resultados no se van a corresponder con ellas; otras disposiciones de esa misma *ley electoral* van a contrarrestar -y tenemos aquí una prueba más de las ambigüedades y temores de la burguesía respecto al pueblo provocadas por su propia debilidad- los posibles beneficios que de esa ampliación del voto se podrían haber derivado para los sectores más dinámicos de la burguesía: la fijación del distrito como circunscripción electoral<sup>266</sup>. Mendizábal, desautorizado por la reina, que se negó a firmar una lista de mandos, dimitió e Istúriz fue encargado de formar gobierno<sup>267</sup>. Se disolvieron las cortes y de nuevo comenzaron revueltas populares en diversas ciudades españolas; surgieron otra vez las Juntas Provinciales y en Zaragoza, Málaga y otras ciudades se proclamó la Constitución de Cádiz: "*Las fuerzas políticas y sociales que habían llevado al poder a Mendizábal estaban atentas*"<sup>268</sup>. El descontento era general y a aumentarlo contribuyeron varias incursiones carlistas. En una de ellas llegaron casi hasta La Granja. En estas circunstancias tuvo lugar la sublevación de los sargentos de La Granja que obligan a la reina a proclamar la Constitución de 1812<sup>269</sup>. Forma gobierno Calatrava con Mendizábal como ministro de hacienda. De nuevo tenemos a los

<sup>265</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 84.

<sup>266</sup> Para Tuñón esta medida favoreció a las fuerzas conservadoras y fue la base del caciquismo durante la Restauración. *La España del siglo XIX*, p. 84.

<sup>267</sup> Borrow, que conoció a Mendizábal, pues mantuvo con él una entrevista para que le autorizase a imprimir el Nuevo Testamento, cuenta así su caída: "*Para derribarlo se urdió una intriga, dirigida por Istúriz y Alcalá Galiano, gaditanos como Mendizábal, de quien hasta entonces se llamaron amigos. [...] Por el tiempo a que me refiero hallábanse Istúriz y Galiano sumamente pobres, sin que del apoyo a Mendizábal pudiesen esperar mejoras inmediatas, y, considerándose, además, tan buenos y capaces como él para gobernar a España en las circunstancias dadas, resolvieron separarse del partido de su amigo, a quien habían apoyado hasta allí, y levantar bandera propia.*"

*En consecuencia, formaron en las Cortes una oposición contra Mendizábal; los miembros de esa oposición tomaron el nombre de "moderados" para distinguirse de Mendizábal y sus secuaces, ultraliberales. Los "moderados" contaban con el apoyo de la reina regente Cristina, deseosa de un poder algo mayor que el que los liberales parecían dispuestos a concederle y, además, enemiga personal del ministro. Véanse también apoyados por Córdova, que entonces mandaba el Ejército y estaba descontento de Mendizábal, porque el ministro no servía con suficiente presteza las demandas pecuniarias del general, aunque se decía que la mayor parte del dinero enviado para pagar a las tropas no se empleaba en eso, sino en fondos públicos franceses, a nombre y para uso y provecho del nombrado Córdova."*

*La Biblia en España*, Madrid, Alianza, 2ª reimpresión, 1987, LB. 254, p. 166.

<sup>268</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 89.

<sup>269</sup> Borrow cuenta los hechos refiriendo una anécdota -que no he encontrado en ningún otro autor- de inequívoco sabor romántico. "*Una madrugada, un grupo de soldados de la guardia, capitaneados por cierto sargento García, entraron en las habitaciones de la reina y le pidieron que suscribiese aquella Constitución y jurase solemnemente mantenerla. Cristina, mujer de mucho temple, rehusó complacerlos y los mandó marcharse. Siguió una escena violenta y tumultuosa; pero como la reina se mantenía firme, lleváronla los soldados a uno de los patios de Palacio, donde estaba Muñoz, su amante, atado y con los ojos vendados. <<Jura la Constitución, bribona>>, vociferaba el "atezado" sargento. <<Jamás>>, exclamó la animosa hija de los Borbones de Nápoles. <<Entonces morirá tu "cortejo" -replicó el sargento-. Adelante, muchachos; preparad las armas y metedle cuatro balas en la cabeza a ese individuo.>> Sin tardanza pusieron a Muñoz junto al muro, le obligaron a arrodillarse, alzaron los soldados los fusiles y un momento después hubieran enviado al infeliz a la eternidad si la reina, olvidándose de todo, menos de los sentimientos de su corazón de mujer, no se hubiera adelantado, dando un chillido y gritando: <<¡Alto, alto! Firmaré...>>" *La Biblia...*, cit., p. 180.*

progresistas en el poder y, al igual que en 1835, han llegado a él aupados por la acción popular:

*"El acontecimiento de La Granja no era un hecho aislado, "un pronunciamiento de las clases de tropa", como algunos historiadores lo han presentado, sino que respondía perfectamente a un movimiento popular<sup>270</sup> que había ganado la mayoría de las capitales"<sup>271</sup>.*

El logro fundamental del gobierno Calatrava-Mendizábal -a la desamortización me referiré al tratar del campesinado- fue la definitiva desaparición del Antiguo Régimen y la consolidación, por tanto, del liberalismo. Consolidación plasmada en la Constitución de 1837, "uno de los códigos más liberales de la época"<sup>272</sup>. Pero el liberalismo irá siendo cada vez menos popular, de ahí que la constitución de 1837 sea "menos avanzada que la de 1812"<sup>273</sup>, porque se trata de

*"un intento de los liberales radicales de llegar a un compromiso que pudiera crear desde la izquierda la armonía de la familia liberal. En aras de la armonía estaban dispuestos a abandonar la cámara única"<sup>274</sup>.*

No sólo no lo consiguieron, sino que, además, van a provocar una escisión por su izquierda. El rechazo de la Constitución del 37 por la derecha tiene como consecuencia la definitiva creación del partido moderado y, por la izquierda, el alejamiento del ala radical del progresismo que, en la década siguiente, formará el partido demócrata y, posteriormente, el republicano:

*"El radicalismo extremado, especialmente en Barcelona, se estaba desplazando no solamente más allá de las fronteras del partido progresista, sino fuera de la estructura de la monarquía constitucional. 'Que mueran los tiranos, abajo los tronos... libertad, justicia, igualdad, virtud y la república universal'"<sup>275</sup>.*

Es decir, hasta ahora -matices ideológicos aparte- todos los grupos políticos estaban de acuerdo en el mantenimiento del orden vigente. Pero

*"en el futuro, cada vez que estos progresistas legales se valieran de la revolución como instrumento con que derribar a sus enemigos políticos, recurrían de hecho por imperativo*

<sup>270</sup> La actitud del pueblo de Madrid es descrita en los siguientes términos por Borrow: "Al día siguiente de este suceso [sublevación de La Granja] entraba yo en la Puerta del Sol a eso del mediodía. Siempre hay allí a tales horas gran gentío, pacífico e inmóvil de ordinario, compuesto de desocupados que fuman tranquilamente o escuchan o comentan noticias -casi siempre insípidas- de la capital; pero el día de que hablo la multitud no estaba tranquila. La gente vociferaba y gesticulaba, y muchos corrían gritando: <<¡Viva la Constitución!>>, grito que se hubiera pagado con la vida algunos días antes, porque la ciudad había estado unas cuantas semanas sometida a los rigores de la ley marcial. A veces oíanse estas palabras: <<¡La Granja! ¡La Granja!>>, seguidas siempre del grito de <<¡Viva la Constitución!>>" **La Biblia...**, cit., p. 180.

Ayguals de Izco se expresa en términos muy parecidos: "El día siguiente al que Cristina había jurado la Constitución divagaba por las calles de la capital un gentío inmenso, siendo sobre todo numerosísimos los grupos que se reunieron en la Puerta del Sol y en las plazas de la Cebada y Santo Domingo. Los que se hallaban en el primero de estos puntos prorrumpieron en vivas a la Constitución, a la Libertad y a la Reina Gobernadora, sin que les arredrase el temor de los terribles castigos que les estaban impuestos."

**La escuela del pueblo**, 1852. Citado por: Iris Zavala: **Masones, comuneros...**, cit., p. 169-170.

<sup>271</sup> M. Tuñón: **La España del siglo XIX**, cit., p. 90.

<sup>272</sup> A. Jutglar: **Ideologías y clases...**, cit., p. 116. "Constitución clásica del liberalismo democrático" la denomina Carr. **España 1808-1975**, cit., p. 181.

<sup>273</sup> M. Tuñón: **La España del siglo XIX**, cit., p. 92.

<sup>274</sup> R. Carr: **España 1808-1975**, cit., p. 181.

*táctico a fuerzas de cuyos elementos algunos no aceptaban ya la relación histórica entre el trono de Isabel y la libertad*<sup>276</sup>.

Los acontecimientos de 1836 crearon, pues, una gran alarma entre los sectores más conservadores de la sociedad española<sup>277</sup>; Mendizábal no consiguió los prometidos suministros para el ejército, con lo que el problema del carlismo seguía sin resolverse: Don Carlos -la llamada Expedición Real- llegó hasta las puertas de Madrid en septiembre de 1837. Un mes antes el gobierno Calatrava-Mendizábal había dimitido. Los progresistas volverán al poder -ahora con Espartero al frente- de nuevo como consecuencia de una sublevación popular<sup>278</sup>, provocada en esta ocasión por la nueva ley municipal que los moderados querían aprobar en sustitución de la progresista, todavía vigente, de 1837. Espartero, de origen humilde, que había ascendido de soldado raso a general y terminado con la guerra carlista, gozaba en estos momentos de un enorme prestigio y era considerado como un héroe nacional. Espartero subió al poder con el apoyo de los progresistas y la mirada complaciente de los moderados:

*"Ambos partidos tenían la esperanza de poder aprovecharse de su prestigio y hacían cuanto podían para ganarse su simpatía. [...] ... la regente confiaba en que, mediante agasajos de cajas de puros, retratos o un ducado, se le podría persuadir a que se considerase como el protector de una madre viuda, dispuesta a apoyarse en el que repetidamente llamaba su carácter varonil. Los progresistas, por otra parte, esperaban incitarle mediante la adulación a aceptar el papel de protector de la libertad*<sup>279</sup>.

Pero la dinámica de los hechos terminaría enfrentándolo con los dos bandos y alejando del partido progresista al pueblo que empezará a girar en la órbita de los demócratas y republicanos.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en Barcelona en 1842 son significativos de los diversos antagonismos planteados entre las diferentes fuerzas sociales españolas y de cómo Espartero va a sucumbir ante ellos. En octubre de 1841 se produjo un pronunciamiento moderado contra Espartero, dirigido entre otros por O'Donnell, Diego de León y Narváez. Una llamada Junta de Vigilancia se hizo con el poder en Barcelona. En un principio la actuación de esta Junta tuvo el carácter de *"una reacción defensiva de los militantes progresistas barceloneses contra la frustrada contrarrevolución moderada de octubre"*<sup>280</sup>. Es decir, de defensa del gobierno de Espartero. Sin embargo, terminó volviéndose contra él por varias razones. Una de las decisiones que tomó la Junta fue la demolición de la Ciudadela, *"edificada por Felipe V como*

<sup>275</sup> *Ibíd.*, p. 181-182.

<sup>276</sup> *Ibíd.*, p. 182.

<sup>277</sup> Carr reproduce el siguiente testimonio: *"Como consecuencia de este acontecimiento (el motín de La Granja) el partido conservador atrajo hacia sí a toda la clase media."* *Historia del Excmo. Sr. D. Luis José Sartorius. España 1808-1975*, cit., p. 182, nota 59.

<sup>278</sup> *"La revolución no fue cosa de barricadas -las tiendas permanecieron abiertas todo a lo largo de ella- sino de una serie de manifestaciones callejeras, primero en Barcelona y a continuación en Valencia, organizadas bajo mano por los ayuntamientos progresistas y la Milicia Nacional, dirigidas contra la regente y que aclamaban a Espartero."* R. Carr: *España 1808-1975*, cit., 185.

<sup>279</sup> *Ibíd.*, p. 186.

<sup>280</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 224.

*amenaza y castigo de Barcelona*<sup>281</sup> por la actuación de la ciudad durante la Guerra de Sucesión. Circunstancialmente la Ciudadela estaba vigilada por la Milicia Nacional: "Enterose el pueblo de que soldados amigos la tenían en su posesión y comenzó a agitarse". El derribo fue iniciado por las autoridades y "los obreros se prestaron a continuar gratuitamente la demolición"<sup>282</sup>. Este derribo de la Ciudadela, en el que "el afán burgués de expansión urbana y de espacio edificable se unió al patriotismo municipal"<sup>283</sup>, sentó muy mal al Gobierno Central. Espartero tomó represalias, lo que contribuyó a hacerlo impopular entre toda la población: no hay que olvidar que el derribo de la ciudadela fue un acto en el que el pueblo actuó conjuntamente con las autoridades burguesas. Esta impopularidad crea un clima de agitación contra él que se irá agravando paulatinamente por la cuestión del contrabando del algodón y del librecambismo: Espartero era decidido partidario de éste, lo que favorecía los intereses ingleses y perjudicaba los catalanes. Los patronos consiguieron primero que los trabajadores participasen en la quema de productos de algodón confiscados y después, ante la noticia de la firma de un tratado comercial con Inglaterra, que los tejedores se comprometiesen a no consumir tejidos importados<sup>284</sup>. Hay aquí un dato más de ese "colaboracionismo de clase" al que me refería en páginas anteriores y, por tanto, de que la confrontación patronos/proletarios no era todavía la principal contradicción que tenía planteada la sociedad española a principios de los años cuarenta. La revolución catalana de 1842 se hizo al grito de "justicia y protección a la industria nacional"<sup>285</sup>. Lógicamente, esta actitud de los obreros encantaba a los patronos<sup>286</sup>:

*"Muy satisfechos estaban los patronos de estas actitudes de los obreros, a quienes alababan por ellas, ponderando su buen sentido, puesto que les hacían el juego, y en cambio apenas los trabajadores solicitaban aumento de salario clamaban al cielo"*<sup>287</sup>.

Así las cosas, sólo faltaba la chispa y ésta, como siempre sucede en estos casos, llegó por un incidente nimio y casual:

<sup>281</sup> Núñez-Tuñón: *Historia del movimiento obrero*..., cit., p. 65.

<sup>282</sup> *Ibíd.*

<sup>283</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 224.

<sup>284</sup> Núñez-Tuñón refieren así estos dos hechos: "En la primera de estas ejecuciones. [la quema del algodón] los obreros fueron instrumentos de los fabricantes, pero al siguiente día de ocurrido el hecho la Junta directiva de la Sociedad de Tejedores lanzó un manifiesto prohibiendo a los socios tomar parte en semejantes sucesos.

*De todos modos, las clases ricas de Cataluña, alarmadas por las noticias de un tratado con Inglaterra que autorizaría la introducción en ciertas condiciones del algodón manufacturado, hicieron cundir la noticia de que se quería arruinar la industria regional, de que sería preciso cerrar las fábricas y se quedarían en la calle los miles de trabajadores. Alarmados éstos, comenzaron a tomar cartas en el asunto y emprendieron ruda campaña contra los géneros extranjeros, llegándose -el 12 de diciembre de 1841- a publicar un reglamento en Barcelona, en el que los tejedores se prohíben a sí mismos y a su familia el uso de toda mercancía importada de algodón, obligándose a consumir en el término de tres años las piezas que poseyeran, después de haberlas marcado, sometiéndose a ser expulsados de la Sociedad si en el término fijado se les hallaba alguna pieza de su uso no marcada, constituyéndose al efecto en delatores mutuos y entregándose a la publicidad como destinados a la infamia los nombres de los contraventores, medidas necesarias para asegurar -según creían- la industria y el honor nacional."* *Historia del movimiento obrero*..., cit., p. 66-67.

<sup>285</sup> Iris Zavala: *Masones, comuneros y carbonarios*, cit., p. 180.

<sup>286</sup> Ésta sería la explicación de por qué el recurso de la *Asociación de Tejedores*, presentado en enero del 42, contra la prohibición de diciembre del 41, fue apoyado -como se vio anteriormente- por el Ayuntamiento de Barcelona.

<sup>287</sup> Núñez-Tuñón: *Historia del movimiento obrero*..., p. 67.

"Una pequeña refriega entre unos trabajadores que regresaban de una excursión dominguera y los guardias de los consumos, que querían cobrar la tasa por el vino que llevaban, fue explotada por los extremistas republicanos"<sup>288</sup>.

La ciudad se subleva y el movimiento va adquirir una clara orientación republicana: "Es la primera vez que un movimiento político español aparece como republicano"<sup>289</sup>. El periódico *El Republicano* incitaba a los trabajadores a la insurrección<sup>290</sup> y a no acudir a sus puestos de trabajo y existen testimonios de contemporáneos en los que se relaciona a la *Sociedad de Tejedores* con sociedades secretas republicanas acusando a éstas -y concretamente a Abdón Terradas, uno de sus líderes-, de promover los disturbios obreros<sup>291</sup>. Para un autor contemporáneo que los obreros respondiesen al llamamiento de los republicanos se debió a que "fueles fácil coasociarse con los jornaleros, a quienes los republicanos brindaban con una más alta participación de derechos y de garantías sociales que todos los demás partidos"<sup>292</sup>.

No fue Barcelona la única ciudad que se sublevó. También lo hicieron Málaga, Granada, Alicante, Cartagena, Murcia, Reus, Valencia. Aquí, "además de rebelarse contra el Ministerio, tuvieron como lema 'abajo el regente y la mayoría de Isabel II'"<sup>293</sup>.

El final de la insurrección catalana es conocido: Espartero personalmente dirigió el bombardeo de la ciudad desde el castillo de Montjuich y la ciudad se rindió. La sublevación de Barcelona fue un movimiento que respondió a varias causas y que aglutinó a diversos sectores -enfrentados entre sí y con intereses contrapuestos- contra Espartero: moderados, "progresistas respetables"<sup>294</sup>, obreros y republicanos. Cada uno tenía un motivo de agravio. La "habilidad" de Espartero consistió en ponerlos -al menos momentáneamente- a todos de acuerdo: "Burgueses y trabajadores catalanes hacían frente a Espartero y frente al régimen"<sup>295</sup>. Y el motivo fundamental que los unió: "La cuestión económica, especialmente arancelaria, fue utilizada para unir a la gente en la revuelta"<sup>296</sup>. Para Cabet fueron dos las causas: "La miseria de los trabajadores (según sus cálculos alcanzaban unos 40.000) y el tratado con Inglaterra, que perjudicaba tanto a

<sup>288</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 224-225.

<sup>289</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 116. Y, a continuación en esta misma página, escribe: "...una de las personas que más influencia ejerció en este movimiento fue Abdón Terradas, republicano con matices de socialista utópico, que dirigía una Asociación patriótica; había sido elegido alcalde de Figueras y se había negado a prestar juramento de fidelidad a la Reina, necesario para posesionarse del cargo; cuatro veces fue revocado y cuatro reelegido. En Barcelona, parece que tuvo contactos con miembros de la Asociación de Tejedores y colaboró en *El Republicano*."

También Izard se refiere a las conexiones de la *Sociedad de Tejedores* con los republicanos: "En cuanto a la filiación política [...] alejada hasta 1840 de la filiación política partidista, se alió resueltamente con los republicanos, confederándose con la Sociedad Patriótica de la que era secretario el republicano ampurdanés Abdón Terradas." *Industrialización y obrerismo*, cit., p. 95.

<sup>290</sup> Vide, Iris Zavala: *Masones, comuneros...*, cid., p. 180.

<sup>291</sup> *Ibid.*, p., 183.

<sup>292</sup> José Segundo Flores: *Espartero. Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos*, Madrid, 1844-1848. Citado por: Iris Zavala: *Masones, comuneros...*, cit., p. 183

<sup>293</sup> *Ibid.*, p. 180.

<sup>294</sup> R. Carr utiliza esta denominación para referirse a los que llevaron a Espartero al poder y le apoyan en un principio, pues coinciden con él tanto en su oposición a los republicanos como a las sociedades obreras. *España 1808-1975*, cit., p., 225.

<sup>295</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 116.

<sup>296</sup> A. Pi y Arimón: *Barcelona antigua y moderna*, 1854. Citado por: M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit.,

obreros como a manufactureros"<sup>297</sup>. La sublevación empezó a tomar, dada la influencia que adquirieron los republicanos y su alianza con los obreros, un sesgo político-social que, de haber triunfado, no habría interesado, por supuesto, a los moderados, pero tampoco a los progresistas. De ahí el interés de éstos por controlarla pactando con Espartero. Éste, al no acceder y bombardear Barcelona, se privó del único apoyo que le quedaba. Por eso, cuando, tras el bombardeo, "Espartero regresó a Madrid, [...] fue acogido con frialdad glacial. Indispuesto con la aristocracia y los moderados, acababa de enemistarse con los sectores más avanzados de la población"<sup>298</sup>. Es decir, que los perjudicados no van a ser solamente los progresistas y los obreros, sino también el propio Espartero que, unos meses después -julio 1843-, caerá ante un nuevo pronunciamiento de los moderados que resultarán así los únicos vencedores de toda esta crisis, pues se instalarán en el poder durante más de una década<sup>299</sup>.

La acción conjunta -"por última vez en nuestra historia se vio a los obreros secundando el movimiento de sus patronos, aunque pronto se vio que cada cual defendía sus intereses respectivos"<sup>300</sup>- dejando momentáneamente aparcadas unas diferencias que ya habían originado no pocos conflictos, es un hecho que conviene destacar, pues indica que a la contradicción trabajo/capital, que es la fundamental en estos momentos en los países del capitalismo desarrollado, en España se le superpone otra que puede incluso llegar a enmascararla: la que derivándose del desigual desarrollo del país enfrenta a la burguesía catalana con la oligarquía castellana: este conflicto hará que en algunos momentos concretos -como éste- la burguesía

p. 116. Tuñón agrega: "A lo que podía añadirse el descontento por la cuestión de las quintas".

<sup>297</sup> Iris Zavala: *Masones, comuneros...*, cit., p. 184.

<sup>298</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 117.

Marx-Engels hacen el siguiente balance de los tres años de Espartero en el poder: "Cuando Cristina se vio obligada en 1840 a resignar su regencia y huir de España, Espartero, contrariando la voluntad de un amplio sector de los progresistas, asumió la autoridad suprema dentro de los límites del Gobierno parlamentario. Entonces se rodeó de una especie de camarilla y adoptó los aires de un dictador militar, sin pasar realmente de la mediocridad de un rey constitucional. Otorgó su favor más bien a los moderados que a los progresistas, los cuales, salvo raras excepciones, quedaron apartados de los cargos públicos. Sin reconciliarse con sus enemigos, fue perdiendo poco a poco a sus amigos. Falto de valor para romper las trabas del régimen parlamentario, no supo ni aceptarlo, ni compenetrarse con él, ni transformarlo en instrumento de acción. Durante sus tres años de dictadura, el espíritu revolucionario se fue quebrantando paso a paso gracias a los innumerables compromisos; y se dejó que las disensiones internas del partido progresista llegaran al extremo de permitir a los moderados recuperar el poder absoluto mediante un golpe de mano." *La revolución en España*, cit., p. 85.

<sup>299</sup> Las siguientes palabras de Jutglar resumen certeramente cómo ocho años de agitación y algaradas promovidas por los progresistas son aprovechados por los moderados para consolidarse en el poder: "Se ha señalado a propósito del moderantismo hispano que, del mismo modo que la Revolución francesa de 1798 acabó con [en] un Napoleón y los sucesos de París de 1848 acabaron en otro, en España las pretensiones liberales y democráticas (que fueron patentizándose entre 1835 y 1843) habían de conducir a la aceptación de Narváez, que si bien no fue Napoleón III, significó para las burguesías dirigentes hispanas lo mismo que en Francia: representante del pensamiento, encarnación de las reacciones y portador de las esperanzas de la burguesía. [...] ... la <<libertad bien entendida>> de los liberales moderados fue a buscar su garantía en el espaldón de Narváez. Éste, curiosa y significativamente, consiguió el apoyo de dos fuerzas sociológicamente distintas, pero unidas por la voluntad de defender sus particulares intereses, su seguridad y su posición aventajada: las clases aristocráticas y los sectores burgueses de España. Interesados los aristócratas tenazmente en mantener su predominio en el campo, y los burgueses en consolidar la expansión industrial iniciada años antes, perdonaban a Narváez, <<respectivamente, sus dejes liberales y sus humos dictatoriales>>." *Ideologías y clases...*, cit., p. 110-111.

<sup>300</sup> José Luis Comellas: *Historia de España moderna y contemporánea*, Madrid, Rialp, 1971, p. 299.

catalana sea capaz de "asimilar" a su proletariado sumándolo a su causa. Pero, ya veremos cómo a mediados de esta misma década la burguesía catalana se deja de veleidades con su proletariado y encuentra rápidamente una solución de compromiso con sus aliados "naturales"<sup>301</sup>.

El período que acabo de analizar -(1835-1843-) se caracteriza, como se ha visto, porque el pueblo actúa políticamente al lado de los progresistas. De esta acción conjunta el pueblo va a sacar una conclusión: sus intereses no coinciden y, por tanto, no pueden ser satisfechos en el marco político del liberalismo burgués. Esta conclusión -extraída de la experiencia cotidiana en los ámbitos político y laboral- se comprende mejor si -siguiendo a Carr- se analizan conjuntamente los tres momentos revolucionarios acaecidos durante estos ocho años. En 1835, 1836 y 1840 los progresistas subieron al poder gracias a "*sendas revoluciones urbanas de provincias, ayudados en 1836 por un motín de sargentos y en 1840 por el ejército de Espartero*"<sup>302</sup>. Es decir, las fuerzas populares -en el caso de Cataluña, los obreros- actúan al servicio de la revolución burguesa-liberal. Pero en los tres casos la revolución escapará al control del pueblo y será dominada por la burguesía. Según Carr, en todas estas revoluciones se pueden distinguir tres etapas. En la primera etapa, coincidiendo con un clima general de descontento<sup>303</sup> provocado por el empeoramiento de las condiciones de vida- "*se reunían muchedumbres y las autoridades locales perdían el control*"<sup>304</sup>. A continuación -segunda

<sup>301</sup> "La burguesía catalana se acomodó a la centralización moderada, a los impuestos uniformes y a la Guardia civil, a trueque de un mercado español y de la eliminación de los problemas laborales." Carr, p., 232.

<sup>302</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 168.

<sup>303</sup> "En la fase preparatoria de la revolución se daban casi siempre las dos características siguientes: cierto empeoramiento de la miseria de las masas urbanas y el temor a las conjuras carlistas y a la traición gubernamental. Los brotes responden con mucha exactitud a la dislocación industrial o al desempleo (especialmente en Barcelona, que se estaba convirtiendo rápidamente en una capital revolucionaria) y a una alza de los precios del trigo. Los disturbios se producían casi siempre los meses "caros" y representan sin duda la reacción directa al hambre más aguda y a la "vie chère", harto corriente en la historia de la Revolución Francesa. El trigo se hizo dos veces más caro entre 1833 y 1835, y la exigencia más repetida de la revolución primitiva era la abolición de los consumos, los impuestos indirectos que aumentaron el precio de los alimentos."

Ibíd., p. 169.

<sup>304</sup> Ibíd. A continuación explica Carr cómo los actos vandálicos y abusos de todo tipo -característicos de esta primera etapa de la revolución- son consecuencia de unas determinadas circunstancias psicológicas y sociales: "Al igual que durante la Guerra Civil de 1936, la presencia de una quinta columna en todas las ciudades creaba un ambiente de temor y de sospecha. Rodeados de un campo carlista, sin ninguna confianza en el modo de llevar la guerra el gobierno central, los radicales locales fácilmente se sentían los jacobinos salvadores de la revolución a punto de ser traicionada. Esta mentalidad explica algunos fenómenos característicos de las primitivas olas de "anarquismo": quema de conventos, matanzas en las prisiones y brutalidad de la gente. El cadáver del general Bassa fue arrastrado por las calles de Barcelona. La mano cortada del general Quesada circuló por las mesas del Café Nuevo\*. Se trata de la reacción defensiva de los descamisados del año 11, protagonizada por oscuros "meneurs"; los camareros, los buhoneros, los carpinteros, los pequeños comerciantes; los "personajes" de los barrios obreros se veían jugando el papel de "parodias sangrientas de Robespierre", arrestando a sacerdotes sospechosos, predicando la guerra revolucionaria contra los carlistas. Incluso su lenguaje recuerda al de los hebertistas: la carestía del pan era culpa de los aristócratas, que engordaban con el sudor del pueblo." P., 169-170.

\*Borrow refiere este episodio, aunque adobándolo con tintes de morbo y casi canibalismo: "Hay en la calle de Alcalá, de Madrid, un café famoso capaz para varios cientos de personas. En la tarde de aquel mismo día estaba yo sentado en el café, consumiendo una taza del oscuro brebaje, cuando sonaron en la calle ruidos y clamores estruendosos; causábanlos los nacionales, que volvían de su expedición. A los pocos minutos entró en

etapa- "los políticos progresistas y prohombres locales se hacían con la revolución popular"<sup>305</sup>. En la última etapa el gobierno central -"gobierno que 'representaba' la revolución"- se hacía de nuevo con el control de la situación<sup>306</sup>. En síntesis:

*"En la jerga de la época, la revolución primitiva era obra del populacho, de la 'canalla plebeya' cuyos excesos eran lamentados o excusados como una necesidad revolucionaria; en la segunda fase, dominaba el pueblo, o sea los representantes respetables del pueblo soberano; la tercera fase se distinguía por la reconciliación de la libertad con el orden efectuada por un gobierno llevado al poder en Madrid por las revoluciones locales que tenía que dominar"*<sup>307</sup>.

Es decir, el pueblo hacía la revolución, se la entregaba a la burguesía progresista -pero ineludiblemente aparecían antagonismos de clase- y ésta la utilizaba contra el pueblo. El período de la regencia de Espartero (1840-1843) es un caso paradigmático:

*"En esencia fue una victoria del bajo pueblo, dirigido por una minoría de intelectuales románticos, sobre la burguesía urbana. Esta colaboración quedó frustrada cuando el proletariado presentó reivindicaciones de tipo claramente democrático (...) La oleada de motines e insurrecciones populares culminó en la industrializada Cataluña (80.000 obreros en el ramo textil) a fines de 1842. Los obreros barceloneses empuñaron las armas y fue preciso que el ejército, mandado por el mismo Espartero, redujera la agitación después de un duro bombardeo de la ciudad. Aquí el progresismo demostró su verdadera orientación social"*<sup>308</sup>.

Aunque el partido progresista volverá a ocupar el centro de la escena política en 1854, a partir de ahora las masas populares se desengañarán y alejarán de él, con lo que éste perderá su "base social no burguesa"<sup>309</sup> y, como consecuencia de los conflictos laborales cada vez se irá

*el café un grupo de ellos; iban de dos en dos, cogidos del brazo y pisaban recio a compás. Dieron la vuelta al espacioso local, cantando a coro con fuertes voces la siguiente bárbara copla: ¿Qué es lo que abaja/ por aquel cerro?/ Ta ra ra ra ra./ Son los huesos de Quesada,/ que los trae un perro./ Ta ra ra ra ra.*

*Pidieron después un gran cuenco de café y, colocándolo sobre una mesa, los nacionales se sentaron en torno. Hubo un momento de silencio, interrumpido por una voz tonante: <<¡El pañuelo!>> Sacaron un pañuelo azul, en el que llevaban algo envuelto; lo desataron y aparecieron una mano sangrienta y tres o cuatro dedos seccionados, con los que revolvían el contenido del cuenco. <<¡Tazas, tazas!>>, gritaron los nacionales..." **La Biblia en España**, cit., p. 185-186.*

<sup>305</sup> Consiguiendo restablecer "<<la paz social>> mediante el establecimiento de una junta de ciudadanos respetables, a veces reforzada con un representante del pueblo. Ésta puede denominarse la fase de comités de la revolución, en la que los excesos locales eran dominados pero durante la cual el gobierno central abdicaba el control del país en una red de comités locales o de ayuntamientos nuevamente constituidos." Carr, p., 170.

<sup>306</sup> "La última operación de la revolución era la más delicada y arriesgada. ¿Cómo podían en Madrid los políticos cuyo poder se basaba en la "tremenda ira del pueblo" dominar a las autoridades revolucionarias locales? El gobierno tenía que salir victorioso de la fase de los comités si quería restablecer las jerarquías normales de la administración disolviendo las Juntas y destituyendo a una serie de patriotas oficiales. La alianza con la revolución popular se rompía invariablemente ante las necesidades del gobierno ordenado. Por diplomático que fuera el trato dado a los entusiastas de las provincias, se iba abriendo un abismo entre los dirigentes de Madrid y los cuadros y la base de las provincias, que consideraban la reimposición del control central como una traición a la revolución. El gobierno de Espartero fue un largo proceso de enajenación de la revolución que le había convertido en regente en 1840." *Ibíd.*, p. 170.

<sup>307</sup> *Ibíd.*, p. 169.

<sup>308</sup> Vicens Vives: *Historia social y económica de España y América*. Citado por A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 117.

<sup>309</sup> *Ibíd.*



acercando más hacia la derecha, lo que redundará en la consolidación del partido moderado.

### 2.3.2.2. LA DÉCADA MODERADA. 1843-1854.

En julio de 1843 cae Espartero. Un pronunciamiento moderado, en el que también participaron los progresistas que comprendieron tarde su error, terminó con el regente saliendo para el destierro londinense. Isabel II es declarada mayor de edad. Olózaga y González Brabo pasan brevemente por la presidencia del gobierno. En mayo de 1844 accede a él "*el verdadero jefe de la reacción: Narváez*"<sup>310</sup>. El balance de la década que ahora se inaugura: "*Las clases tradicionalmente dominantes se instalan de nuevo en el Poder sin otro miramiento ni contemplación que aceptar la existencia de un texto constitucional que, por otra parte, será rápidamente reformado*"<sup>311</sup>. La Constitución de 1837 era considerada demasiado liberal para los nuevos tiempos y es sustituida por otra promulgada en 1845. En ésta "*desaparece el término de 'soberanía nacional'*"<sup>312</sup>. Y durante su elaboración se presentó una enmienda en la que se exigía que los candidatos tuviesen un determinado nivel de renta "*para evitar un Congreso 'compuesto de proletarios que pongan en alarma a todas las clases de la sociedad'*"<sup>313</sup>. Declaración muy significativa del temor que la burguesía está empezando a cobrar al pueblo. Por eso, lógicamente los más perjudicados por la nueva situación serán los obreros. La *Asociación de Tejedores* ya había vuelto a ser prohibida tras la sublevación catalana del 42; pero, al acceder los moderados al poder, la relativa permisividad anterior es reemplazada -durante toda la década moderada- por la intolerancia, de la que puede servir como muestra un decreto del Gobernador Civil de Barcelona, de octubre del 44, en el que, entre otras cosas, se dice: "*Siendo las fábricas un sitio exclusivamente destinado al trabajo, queda prohibida desde hoy en ellas la lectura de periódicos y demás papeles públicos*"<sup>314</sup>. Jaime Balmes describió así la atmósfera social en 1844: "*En la actualidad, las circunstancias políticas favorecen la causa del orden y no permiten desmanes de ningún género a los trabajadores*"<sup>315</sup>. Pero incluso los patronos van a recibir alguna que otra recriminación al imputarles cierta responsabilidad en los disturbios. Los obreros se oponían a que se contratase a nadie que no perteneciera a la *Asociación* lo que fue motivo de conflictos. El mencionado decreto culpa también a los patronos de esos conflictos y les advierte de que es responsabilidad suya el mantenimiento del orden:

*"Los dueños de las fábricas, los comisionados, suplentes, cabos de docena y demás capataces o jefes que haya o pueda haber, son estrechamente responsables de toda tropelía o*

<sup>310</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 119.

<sup>311</sup> Ibid..

<sup>312</sup> Ibid.

R. Carr ha definido la Constitución de 1845 como "*el instrumento representativo de una nueva aristocracia que tenía por lema que 'la pobreza es un síntoma de estupidez'. Dejó a España un Estado parlamentario, pero eliminó características objetables del mismo, importadas por los progresistas en 1837 en nombre de la soberanía popular: a saber, una débil prerrogativa regia, un senado electivo, una milicia nacional y el juicio por jurado para los delitos de prensa.*" *España 1808-1975*, cit., p. 236.

<sup>313</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 355, nota 1.

<sup>314</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 69.

<sup>315</sup> Citado por: Iris Zavala: *Masones, comuneros y carbonarios*, cit., p. 185. En esta misma página recoge también una cita de Fernández de los Ríos: "*En cien puntos distintos, se derrochaba la sangre del pueblo para dominar por el terror.*"

*exceso que en su establecimiento se cometa, y los primeros tienen obligación de avisarme rápidamente de cuanto adviertan, con nota nominal de los promovedores*<sup>316</sup>.

Asimismo, se empieza a exigir "la cartilla de trabajo destinada a reflejar la historia de cada obrero y sin la cual no se permitía la contratación, medida que se generalizó en marzo de 1846"<sup>317</sup>. Se trata de una medida claramente "destinada a localizar y eliminar todo "agitador" posible en todas las fábricas de la ciudad"<sup>318</sup>.

En febrero del 48 es derrocado en Francia Luis Felipe y se proclama la segunda República. Se inicia un movimiento revolucionario, que en los meses siguientes se extenderá por varios países europeos, y en el que "por primera vez, la clase obrera, ya numerosa, participaba con personalidad propia en este movimiento dirigido contra el viejo orden de cosas"<sup>319</sup>. El pueblo, que en febrero se había levantado contra el trono de Luis Felipe, en junio se bate en las barricadas de París, pero no lucha ya por la revolución burguesa sino que pretende hacer su propia revolución en contra de la burguesía: "La primera gran batalla entre ambas clases en que se divide la sociedad contemporánea. Fue una lucha por el mantenimiento o la destrucción del régimen burgués"<sup>320</sup>. Hasta ahora el pueblo siempre había luchado en todas las revoluciones al lado de la burguesía como aliado; en febrero sucede así, pero unos meses más tarde no:

*"En junio de 1848 se desencadenó en París la insurrección de los obreros. Engañados por la burguesía, que había aprovechado en beneficio de sus intereses egoístas los frutos de la victoria de los obreros en febrero y nada había hecho para mejorar las condiciones insufriblemente penosas en que vivía la clase obrera, y convencidos en su propia experiencia, de que tras las peroratas de los liberales sobre la unidad y hermandad de todas las clases de la sociedad se ocultaba la preocupación por los intereses de una sola clase: la burguesía, los obreros levantaron barricadas en las calles de París y durante cuatro días combatieron temerariamente contra las fuerzas armadas muy superiores de la sociedad burguesa. Las tropas del general Cavaignac, un republicano burgués, barrieron con el fuego de sus cañones la insurrección obrera. Esta fue aplastada. La burguesía reprimió con indescriptible crueldad a los rebeldes"*<sup>321</sup>.

En Madrid se levantaron barricadas y un grupo ocupó la Puerta del Sol gritando ¡Viva la República! En Cataluña el movimiento revolucionario duró más: se formaron guerrillas revolucionarias que aguantaron durante unos meses<sup>322</sup>. Abdón Terradas dirige una proclama *-A los republicanos españoles-* fechada el 1 de julio de 1848 donde les insta a implicar al pueblo en la causa republicana, lo que, por otra parte, es indicativo de hacia dónde iba a orientarse en el futuro la actividad política de la clase trabajadora, especialmente en Cataluña<sup>323</sup>. Lo mismo que en Francia, la burguesía madrileña se alarmó ante las dimensiones

<sup>316</sup> *Ibíd.*

<sup>317</sup> M. Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 173.

<sup>318</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero*, cit., p. 69.

<sup>319</sup> *Ibíd.*, p. 124.

<sup>320</sup> Marx-Engels: *Sobre la revolución de 1848-1849*, Moscú, E. Progreso, 1981, p. 7

<sup>321</sup> Marx-Engels: *Ibíd.* Prólogo de S. Leviova, p. 7.

<sup>322</sup> Cf. M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 124-125.

<sup>323</sup> Jutglar reproduce parte de esta proclama: "Propagad el odio a los reyes como la primera virtud cívica: caiga ante todo este trono [...] Sépase desde hoy quiénes son los republicanos, para que mañana el establecimiento de la democracia no se fie a manos traidoras [...] Excluid de nuestra comunión a los especuladores que con máscara de moderantismo, de mentido progreso, de constitucionalismo monárquico más o menos avanzado,

y el carácter que estaba tomando el movimiento popular:

*"... al comenzar la primavera del 48, esta misma burguesía, confiada y optimista, había de sentir de improviso, con un dramatismo que Fernández de Córdova acertó a expresar con fidelidad exquisita, la inseguridad. Coches a galope, carreras y remolinos. 'En menos de diez minutos quedó el Prado desierto, aunque sembrado de capas y de chales, de bastones, paraguas y sombreros.' Detrás sonaban, cada vez más cerca, desde los barrios bajos, los primeros tiros españoles del 48"*<sup>324</sup>.

Y, al igual que en Francia, el pueblo se bate en las barricadas: *"Pocas veces se ha batido el pueblo de Madrid tanto como aquella noche, ni mejor, si ha de considerarse su aislamiento y la ninguna complicidad de la fuerza armada"*<sup>325</sup>. Y, también en España, el movimiento sobrepasa los límites burgueses:

*"La trascendencia extraburguesa de la revolución está, pues, madura. El motín, convertido en "jornada", prescinde ya del pronunciamiento. Ideológica y técnicamente, el artesanado, las clases trabajadoras de la ciudad, han ascendido a una nueva etapa de su historia"*<sup>326</sup>.

El ejército terminó controlando rápidamente la situación y la revolución fue derrotada. Pero, sobre todo en Francia, la derrota no fue sentida como tal pues supuso la definitiva toma de conciencia del proletariado y el final de sus flirteos -*"la convicción del obrero francés de que la 'liberté' burguesa no coincide con sus intereses data de la experiencia del 48"*<sup>327</sup> - con la burguesía:

*"Los obreros parisienses 'han sido aplastados' por las fuerzas superiores de sus enemigos, pero no se 'entregaron' a ellas. Están 'derrotados', pero sus adversarios han sido 'vencidos'. El triunfo momentáneo de la fuerza bruta ha sido comprado al precio del fracaso de todas las cautivantes esperanzas e ilusiones de la revolución de febrero, al precio de la desintegración de todo el viejo partido republicano, al precio de la escisión de la nación francesa en dos naciones: la nación de los ricos y la nación de los pobres. La república tricolor tiene actualmente un solo color: el color de los vencidos, el 'color de la sangre'. Se ha convertido en una 'república roja'"*<sup>328</sup>.

Y es que, a partir de estos momentos, el socialismo aparece con fuerza:

*"Aquella revolución fue la puerta por donde el socialismo penetró en la esfera política, desde las esferas elevadas del poder, así ejecutivo como legislativo, y por eso las reacciones pudieran matar la forma política, reemplazar la República con el Imperio o con las viejas destronadas dinastías; pero no enterrar el socialismo, que, más vivo cuanto más perseguido,*

*quisieran todavía falsear el gran movimiento nacional que se prepara y labrar sus fortunas volviendo a uncir el pueblo bajo la coyunda de un rey o de un déspota militar [...] Recordad al pueblo cuán caros le cuestan los realistas moderados y progresistas. Recordadle los desengaños que ha llevado invocando a personas, en vez de invocar solamente los principios de la igualdad. Repetidle los nombres de los corifeos que frustraron sus esperanzas en 1837, 1840 y 1843, y aconsejadle que se guarde de ellos [...] Recorred las filas del pueblo y hallaréis los hombres de corazón que han de salvar la patria." **Ideologías y clases...**, cit., p. 144.*

<sup>324</sup> J. M. Jover Zamora: *Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea*, cit., p. 19.

<sup>325</sup> Fernández de Córdova. Citado: *Ibíd.*, p. 24.

<sup>326</sup> J. M. Jover Zamora: *Ibíd.*, p. 24.

<sup>327</sup> J. M. Jover Zamora: *Conciencia obrera y conciencia burguesa...*, cit., p. 28.

<sup>328</sup> Marx-Engels: *Sobre la revolución de 1848-1849*, cit., p. 43. Y siguen diciendo que esta concienciación ha sido posible porque el pueblo ha visto cómo aquéllos a los que ayudó a hacer la revolución ahora han luchado contra él dejándolo completamente solo y que ha quedado claro que tras las palabras grandilocuentes de revolución burguesa se escondían burdos intereses de clase.

*se impuso a sus mismos adversarios*<sup>329</sup>.

Como ya se vio, en España la revolución del 48 fue inmediatamente controlada por el ejército: "No hubo un 1848 español"<sup>330</sup>. El único resultado de la revolución fracasada fue justificar los excesos de la dictadura militar<sup>331</sup>. Pero el culpable no fue sólo el ejército, sino que "el fracaso de la revolución española se debió en gran medida a las vacilaciones del partido progresista"<sup>332</sup>. Los progresistas, por otra parte, habían colaborado activamente unos años antes -1843- en la caída de Espartero y el advenimiento de los moderados al poder. Por eso, el ala radical del progresismo, desilusionada con el núcleo oficial del partido<sup>333</sup>, se había ido aglutinando en torno a lo que será un nuevo partido: el partido demócrata, oficialmente constituido en 1849, es decir, justamente después de los acontecimientos revolucionarios del 48<sup>334</sup>. Ya se verá que, en el período que ahora se abre, los obreros, desengañados de su experiencia con los progresistas, políticamente actuarán preferentemente al lado de los demócratas.

Narváez, a la sazón en el poder, aprovechó la ocasión para endurecer el régimen: "La derrota de los obreros franceses en las jornadas de junio en París envalentonó al gobierno moderado"<sup>335</sup>, hasta tal punto que en 1852 "se está al borde de una dictadura civil, bajo la forma de un gobierno de "técnicos", que diríamos hoy"<sup>336</sup>. El poder cada vez es más oligárquico en el sentido de que no favorece a una clase social, sino sólo a un mínimo sector de ella: "Como acertadamente señala Garrido, estos gobiernos, si bien proclaman su preocupación por los intereses materiales de las clases ricas, en la práctica los perjudican, favoreciendo tan sólo a ciertas familias"<sup>337</sup>.

<sup>329</sup> Fernando Garrido: *Historia de las clases trabajadoras. 3. El obrero*, cit., p. 303. En esta misma página escribe también: "Aquella gran revolución no fue sólo un movimiento político, la caída de una dinastía, un cambio de forma de gobierno, no: la revolución del año 1848 tiene en la historia otro nombre más importante: representa el advenimiento del Cuarto Estado, del proletariado, a los derechos y a la vida política, la proclamación de los principios democráticos incompatibles con todos los privilegios de casta y de clase, de secta y de corporación, y por eso también fue aquella una gran revolución social, así en sus principios como en sus consecuencias."

<sup>330</sup> Y la burguesía internacional estaba interesada en que no lo hubiera. La siguiente carta de Lord Palmerston -ministro de asuntos exteriores- al embajador británico en España Sir Henry Lytton Bulwer, indica cuáles son las medidas que el gobierno español -adoptó justamente las contrarias- debería tomar para evitarlo: "Señor. Aconseje al Gobierno Español que adopte un sistema legal y constitucional. La reciente caída del rey de Francia debería indicar a la Corte y al Gobierno Español el peligro al que se exponen los que se empeñan en gobernar un país en contra de los sentimientos y opiniones de la nación; y la catástrofe que acaba suceder en Francia muestra suficientemente cómo la mera defensa de la Corona no basta cuando el sistema adoptado no se encuentra en armonía con el sistema general del país. La Reina de España actuaría sabiamente si llamase a su consejos a algunos hombres que gocen de la confianza del Partido Liberal."

Iris Zavala: *Masones, comuneros y carbonarios*, cit., 186-187.

<sup>331</sup> R. Carr: *España 1080-1975*, cit., p. 231.

<sup>332</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución en la España del XIX...*, cit., p. 43.

<sup>333</sup> Vide, Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 228.

<sup>334</sup> El partido demócrata surge, pues, del ala izquierda del progresismo. Se constituye oficialmente como tal partido por el Manifiesto de 6 de abril de 1849 firmado por Manuel María de Aguilar, José Ordax de Avecilla, Aniceto Puig y Nicolás María Rivero. M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 130.

En este manifiesto "se pedía completa desamortización civil, el desarrollo de la industria, la supresión de las quintas, el derecho de expresión y reunión". Iris Zavala: *Masones, comuneros y carbonarios*, cit., p. 187.

<sup>335</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 125. Bravo Murillo presentó un proyecto de reforma constitucional restableciendo los mayorazgos (siempre que sus rentas fuesen superiores a 10.000 duros)". *Ibíd.*

<sup>336</sup> *Ibíd.*, p. 126.

<sup>337</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 126.

Esta situación llegó a su punto culminante durante el gobierno de Sartorius, conde de San Luis quien sube al poder en septiembre de 1853. Dentro del propio Senado surge un movimiento de oposición a Sartorius motivado fundamentalmente por la cuestión de las concesiones ferroviarias, negocios que favorecían a Salamanca y al marido de María Cristina, la reina madre. Sartorius intentó encubrir estas concesiones. El hecho de que la oposición moderada alzase la bandera de la moral<sup>338</sup> para criticar al gobierno permite hacerse una idea de hasta qué punto la corrupción -"la orgía de las concesiones de ferrocarriles y otros negocios"<sup>339</sup> (jugadas especulativas en la bolsa- y los abusos debían estar generalizados: "'Moralidad' fue el lema predilecto de la oposición y el odio a la reina madre su recurso demagógico"<sup>340</sup>. Sartorius reaccionó adoptando todo tipo de medidas represoras<sup>341</sup>. Curiosamente las críticas de los moderados contra el gobierno coinciden con las de los sectores más radicales: "Así, por su concordancia con la campaña de la izquierda contra la corte, la oposición oligárquica empezó a adoptar tonos populares"<sup>342</sup>. Todo estaba maduro para un cambio de gobierno. Incluso del descontento de los "excluidos" se podían esperar cambios más profundos: "En el invierno de 1853 los generales descontentos revelaban al embajador británico que estaban dispuestos a derribar la dinastía"<sup>343</sup>.

### 2.3.2.3. LA REVOLUCIÓN DEL 54 Y EL BIENIO PROGRESISTA.

En Junio de 1854 O'Donnell, junto con otros generales se pronuncia en Canillejas; la guarnición de Madrid se mantiene fiel al gobierno y

*"los sublevados, que de ninguna manera querían que el pueblo de Madrid participase en la acción, se retiraron fuera de la capital hacia Aranjuez, después de un combate con la guarnición de Madrid, el 30 de junio"*<sup>344</sup>.

Es muy importante resaltar la afirmación de Tuñón -en la que coinciden todos los historiadores- de que los sublevados ni habían contado ni querían contar con el pueblo:

Carr también se refiere a lo mismo señalando que es consecuencia de la monopolización del poder por parte de los moderados durante una década. *España 1808-1975*, cit., p. 243.

<sup>338</sup> "Esta inmoralidad pública de los negocios de pura especulación hechos desde el gobierno fue tan escandalosa que la revolución de 1854 (la llamada Vicalvarada), hecha al grito de "¡Viva la moralidad!", que abrió el bienio progresista, se produjo como consecuencia de las concesiones de líneas de ferrocarril por Decreto de un gabinete presidido por Sartorius y el que, junto a él, se juzgaron principalmente responsables y beneficiarios a Esteban Collantes, a Salamanca y, detrás de ellos, a la Reina Madre."

J. L. Aranguren: *Moral y sociedad*, cit., p. 103.

<sup>339</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 161-162.

<sup>340</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 243. Y, a continuación, añade: "Cuando la prensa de oposición fue silenciada, la hoja clandestina *El Murciélagos* denunció los escándalos de una familia cuyos miembros "venden su honor por dinero como prostitutas" -incluso hurtando los cuadros de El Escorial-." Y, en esta misma página, en la nota 70: "*The Times* fue prohibido en España porque revelaba los escándalos de los ferrocarriles. Un monárquico sugirió que lo más adecuado era sobornar a *The Times* <<como se ha hecho en otras ocasiones con otros periódicos>>."

<sup>341</sup> "Suspendió las sesiones parlamentarias, manejó a su gusto la censura de prensa y, por añadidura, dio de baja a unos cuantos generales. Sartorius, contando con el apoyo de las camarillas parlamentarias, ya que los diferentes grupos políticos pasaban a la oposición, cada uno por sus razones peculiares."

M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 126.

<sup>342</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 243.

<sup>343</sup> *Ibíd.*, p. 244.

<sup>344</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 127.

*"El motín del general O'Donnell no era para el pueblo sino una conspiración contra la influencia que predominaba en la Corte, tanto más cuanto que contaba con el apoyo del ex favorito Serrano. Por eso las ciudades y el campo no se apresuraban a responder al llamamiento de la caballería de Madrid, forzando al general O'Donnell a modificar totalmente el carácter de sus operaciones, para no quedar aislado y exponerse a un fracaso"<sup>345</sup>.*

Ahora bien, los acontecimientos se van a desarrollar de otra manera muy distinta. Ya se ha visto que el gobierno Sartorius -además del descontento popular- concitó contra él la oposición tanto de los moderados como de todos los demás grupos políticos<sup>346</sup>. Cuando O'Donnell, tras su enfrentamiento con las tropas leales de Madrid, al no conseguir vencerlas, se tuvo que retirar hacia Aranjuez, no tuvo más remedio que contar con los progresistas y demócratas y transigir con las exigencias populares, representadas por estos partidos políticos. Es decir, que, a diferencia de lo ocurrido en 1835, 1836 y 1840, un pronunciamiento moderado va a ser "reconducido" -momentáneamente claro- por el pueblo: *"Fue el pueblo obrero el que resolvió la situación echándose como un alud a la calle"*<sup>347</sup>. En los anteriores, fue éste el autor del impulso inicial y los moderados se apoderaban de él. Ahora, por poco tiempo, ha ocurrido justo al revés: O'Donnell

*"hubo de incluir en su proclama tres puntos contrarios por igual a la supremacía del ejército: convocación de las Cortes, gobierno barato y formación de una milicia nacional. Este último punto era una reivindicación nacida del deseo de las ciudades de recuperar su independencia del ejército. Es, pues, un hecho que si la sedición militar ha obtenido el apoyo de una insurrección popular, ha sido únicamente sometiéndose a las condiciones de esta segunda"*<sup>348</sup>.

La proclama a la que se refiere Marx es la conocida como *Llamamiento de Manzanares*, redactado por Cánovas, publicado el 6 de julio y que es un intento por parte de O'Donnell de ganarse el apoyo de los progresistas, pues había comprendido que sin su respaldo el pronunciamiento estaba abocado al fracaso<sup>349</sup>. El *Llamamiento de Manzanares* implica a los

<sup>345</sup> Marx-Engels: *La revolución en España*, cit., p. 78.

<sup>346</sup> Un contemporáneo, Fernando Garrido, que publicó un folleto sobre la revolución del 54, cuando ésta acababa apenas de empezar, se refiere así a estos hechos: *"Aislados, combatiendo cada uno por su propia cuenta y riesgo en unas partes, coaligados contra el enemigo común en otras, moderados, demócratas y progresistas han derribado al ministerio Sartorius, al ministerio Córdova-Ríos Rosas, y dado al trono un golpe mortal."* Fernando Garrido: *Espartero y la revolución*, Madrid, Imprenta de Tomás Núñez Amor, Conchas 3, 1854, BN: V<sup>a</sup>. C-2812/71, p. 7.

<sup>347</sup> Diego Abad de Santillán: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 68.

<sup>348</sup> Marx-Engels: *La revolución en España*, cit., p. 78.

Por su parte, Carr, como explicación de la falta de apoyos de O'Donnell, escribe lo siguiente: *"O'Donnell, que surgió como dirigente porque fue el único general lo bastante valiente para permanecer escondido durante cinco meses, no hizo un esfuerzo serio para obtener apoyo civil y carecía de programa fuera de un cambio de gobierno y, tal vez, de dinastía."* *España 1808-1975*, cit., p. 245.

<sup>349</sup> El siguiente fragmento recoge algunos de los aspectos principales del mismo: *"Nosotros queremos la conservación del Trono, pero sin la camarilla que le deshonorra; queremos la práctica rigurosa de las leyes fundamentales, mejorándolas, sobre todo la Electoral y la de Imprenta; queremos la rebaja de los impuestos, fundada en una estricta economía; queremos que se respeten en los empleos militares y civiles la antigüedad y los merecimientos; queremos arrancar los pueblos a la centralización que los devora, dándoles la independencia local necesaria para que conserven y aumenten sus intereses propios, y como garantía de todo esto, queremos y planteamos la Milicia Nacional."* Citado por: M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 127.

progresistas en la sublevación, pero cuando la reina estaba a punto de llegar a un compromiso con los rebeldes, tuvieron lugar las jornadas de julio: "El 17 de julio Barcelona, Valencia, San Sebastián y Valladolid se habían pronunciado en contra del gobierno y estaban controladas por juntas"<sup>350</sup>, que progresistas y demócratas intentarían a su vez controlar. Los acontecimientos de julio van a adquirir una especial relevancia en Barcelona y Madrid, aunque también tuvieron repercusión en el resto de España.

En Barcelona la sublevación popular adquiere, como no podía ser de otra manera, caracteres laborales, y los obreros se movilizan en lucha por sus reivindicaciones. Dos son las cuestiones que se plantean en este momento: la ya vieja lucha por el derecho de asociación, y la oposición -que también viene de antiguo- a la maquinización de la industria textil. Ahora se trata de unas nuevas máquinas, máquinas automáticas -"el invento del diablo"<sup>351</sup>- denominadas selfactinas<sup>352</sup>. Este movimiento coincidió con los acontecimientos revolucionarios de julio del 54, y "fue dirigido por la **Comisión de Trabajadores de las Fábricas de Hilados** [...] que ordenó el boicot contra dichas máquinas"<sup>353</sup>. De nuevo, como en 1835, se producen incendios de fábricas<sup>354</sup>. Al mismo tiempo, desde la primavera de 1854, pero con especial incremento desde julio, los obreros continúan su lucha por el derecho de asociación<sup>355</sup>. Fundan la **Unión de Clases**, que es una federación de sociedades obreras:

"En 1854, más de treinta mil obreros catalanes se asocian en la **Unión de Clases** bajo la dirección de comisiones de los distintos ramos de la producción y, aunque no son reconocidos oficialmente, salen a la luz pública"<sup>356</sup>.

La Milicia Nacional -abolida tras la llegada de los moderados al poder- era una reivindicación irrenunciable del partido progresista. Carr comenta su restauración con las siguientes palabras: "Era un paso peligroso. Si esto no conseguía "electrizar a las clases inferiores", en palabras del embajador británico, llevaría, como creía Narváez, a Espartero y a los progresistas al poder." *España 1808-1975*, cit., p. 246.

<sup>350</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 246.

<sup>351</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 202.

<sup>352</sup> También en Madrid se dio una corriente de opinión contraria a la introducción de maquinaria en la industria: "Un mes antes [en septiembre del 55] los impresores de Madrid habían distribuido una hoja suelta que concluía exclamando: <<Malditas máquinas, maldito su inventor y maldito el que primero enseñó el camino de su introducción en España. Unión, unión, abajo las máquinas>>." M. Artola: *La burguesía*... cit., p. 176.

<sup>353</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases*..., cit., p. 179.

<sup>354</sup> Vide, Miguel Izard: *Industrialización y obrerismo*, cit., p. 101-102.

<sup>355</sup> Artola sitúa aquí la primera regulación legal de las asociaciones obreras: "Un mes más tarde se iniciaba el pronunciamiento de Vicálvaro seguido en julio del levantamiento de Barcelona, al que siguió la aprobación del primer reglamento de asociaciones obreras cuyo articulado conocemos. Consecuencia de esta regulación será la fundación de la *Unión de Clases*. *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 174.

Sin embargo, Diego Abad de Santillán la sitúa -no sé si se refieren al mismo documento- unos meses antes: "Una real orden del 31 de mayo de 1854 volvió en consecuencia a dar vida legal a las asociaciones obreras. Siendo Pascual Madoz gobernador de Barcelona, se dictó el primer reglamento [¿Es éste el mismo reglamento que Artola sitúa después de la Vicalvarada?] de las asociaciones obreras". A continuación reproduce el texto que consta de 15 artículos distribuidos en 4 capítulos. *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 71.

Tuñón de Lara coincide con Abad de Santillán: "Las Asociaciones habían sido permitidas, antes del cambio de situación, por una Real Orden de 31 de mayo de 1854." *El movimiento obrero en la historia*... cit., p. 107.

<sup>356</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución*..., cit., p. 56. Y, en esta misma página, escribe a continuación: "Por primera vez en la historia española los grupos laborales alcanzan un nivel tan alto de eficacia y politización que debe ser considerado como el antecedente más directo del movimiento obrero que surge definitivamente con la Primera Internacional Española."

Mientras tanto, el pueblo de Madrid, como el parisino seis años antes, se va a hacer durante varios días el dueño absoluto de la situación:

*"A partir de este momento el movimiento revolucionario se extiende por toda España. En Madrid, dos gobiernos sucesivos nombrados por la Reina -el del general Córdova y el del duque de Rivas- no logran frenar la revuelta. Las barricadas se levantan por doquier y la guarnición -sin muchas ganas de pelea- no domina el movimiento. La multitud toma por asalto los domicilios de la reina María Cristina, de Sartorius y de Salamanca, que tiene que huir. (María Cristina no puede hacerlo hasta el 28 de agosto.) El pueblo, armado de fusiles y de algunos cañones, domina la capital. Se forma una Junta de Salvación y varias juntas de barricada, la más importante de las cuales es la del Puente de Toledo"<sup>357</sup>.*

Durante varios días el pueblo de Madrid lucha en las barricadas contra el ejército, impidiendo que la reina pudiese llegar a una solución de compromiso con los sublevados:

*"Una revolución en Madrid echó por tierra el intento de la corte de llegar a un acuerdo con los generales alzados. A San Luis le sucedió el duque de Rivas ( 17 de julio); su gobierno, reformado bajo Fernando de Córdoba, comprendía a progresistas respetables y a Ríos Rosas, conspirador moderado. El levantamiento de Madrid ganó la mano a este compromiso. Córdoba no pudo derrotar a los rebeldes a trabucazos, por más que el Ejército permaneciese fiel al gobierno y se mantuviese durante cuatro días contra las barricadas y la lucha callejera, la peor que Madrid habría de conocer hasta 1936"<sup>358</sup>.*

Éste es justo el momento en el que el pueblo se "apodera" de la revolución. Un contemporáneo de la misma, Fernando Garrido, fundador y dirigente del partido demócrata, se refiere con encendido entusiasmo a lo que se vio antes: que, en contra de las intenciones de los sublevados, el pronunciamiento terminó escapándoseles por completo de las manos:

*"Las sublevaciones militares de Hore en Zaragoza y de O'Donnell y Dulce en Madrid, fueron las consecuencias de la lucha parlamentaria de las diferentes facciones moderadas en la última legislatura: aquellos caudillos se sublevaron, en nombre de la moralidad, contra Cristina y Sartorius, y según su natural deseo deberían darse por satisfechos con la fiel observancia de la constitución de 1845 y con reemplazar en el poder a Sartorius y comparsa. Las cosas, sin embargo, fueron más lejos de lo que ellos se habían propuesto. La revolución popular de Madrid<sup>359</sup>, que puso el trono a los pies del Pueblo vencedor, [...] fue bastante a transformar la sublevación militar de los moderados en revolución democrática"<sup>360</sup>.*

<sup>357</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 128.

<sup>358</sup> R. Carr: *España 180-1975*, cit., p. 246.

<sup>359</sup> Por eso en el prólogo *-DOS PALABRAS AL LECTOR-* saluda entusiásticamente y le da las gracias al pueblo, entre otras cosas, porque ha devuelto la libertad de imprenta: "Gracias, a ti, valiente pueblo de Madrid, que levantando el brazo poderoso, derribaste de un solo golpe altar, ídolo y verdugo; pasaron los negros tiempos de las dominaciones draconianas de los Narváez, Murillos y Sartorius, que pesaban sobre la imprenta como la losa de un sepulcro". Y es al pueblo a quien dirige este escrito dirigiéndole una serie de recomendaciones que irá comentando al tiempo que vaya exponiendo los principales acontecimientos de este período: "Al pueblo, para quien se ha escrito, le recomendamos que lo lea una, dos y tres veces; y que procurando alejar de su espíritu las preocupaciones que puedan dominarlo, medite fríamente sobre las ideas, que animados del más patriótico deseo, sometemos al juicio de su razón." Fernando Garrido: *Espartero y la revolución*, cit., p. 3.

<sup>360</sup> *Ibíd.*, p. 10. No deja, sin embargo, de reconocer Garrido que, como consecuencia de la amalgama de grupos políticos que han terminado por participar en la revolución, cada uno la ve de una manera distinta: "Lo extraño de los acontecimientos que acaban de tener lugar ha producido en las ideas y cuestiones políticas tan extraordinaria confusión, que todavía parece cuestionable quiénes son los vencidos, quiénes los vencedores. Para los moderados, los vencidos son Cristina, Sartorius y dos docenas de polacos. Para los progresistas, los



También en Madrid, aunque no existía una clase obrera comparable a la catalana, surge en estos momentos una prensa específicamente obrera en la que aparece reflejada una corriente de opinión en favor del derecho de asociación de los trabajadores<sup>361</sup>.

Si en Barcelona los protagonistas de las jornadas de julio son los obreros, en Madrid

*"parecen haber sido un grupo relativamente pequeño de "meneurs" oscuros que contaban con las simpatías de una masa inspirada por odios domésticos y venganzas privadas, y que debía sus objetivos a la agitación contra la corte"*<sup>362</sup>.

Ahora bien, si las jornadas de julio coinciden con el momento en que el pueblo se "apodera" de la revolución, éste es también el momento en el que las aguas van a comenzar a ser canalizadas hacia el cauce por el que los autores del "desbordamiento" pretendían que corriesen. El encargado de la construcción de los diques de contención será de nuevo Espartero. El pueblo carecía de cualquier tipo de organización propia y, por eso mismo, de ningún programa de clase: ya me referiré más adelante al carácter de las reivindicaciones de los obreros catalanes durante la huelga del 55. No le quedaba, por tanto, más remedio que dejarse dirigir, canalizar sus reivindicaciones a través de la acción bien del partido progresista o del demócrata: *"Dos fuerzas, los activistas democráticos y progresistas, cada cual a su modo, trataron de encauzar el caos inicial hacia una revolución popular que les fuera propicia"*<sup>363</sup>. Serán los progresistas -eran los únicos que tenían la suficiente experiencia<sup>364</sup>- quienes lo consigan por medio de Espartero. Previamente a la llegada de éste empezó ya a producirse la reasunción del poder por parte de los sectores "respetables" que, mediante la componenda de "obligar" a la reina a pactar lograrán controlar el movimiento popular, pues dicho pacto es presentado a los ojos del pueblo como una cesión por parte del trono cuando en realidad es lo contrario: la única salida que le queda al trono para garantizarse su supervivencia<sup>365</sup>: *"Las juntas revolucionarias de los barrios tenían más poder que el gobierno. Fue preciso llamar a Espartero, que inspiraba alguna confianza todavía"*<sup>366</sup>. Es decir, tenía la confianza del trono. Pero lo paradójico -evidentemente uno de los dos se equivocaba- es que también tenía la del pueblo. Espartero, que había sido enviado al exilio londinense por el golpe moderado de 1843, gozaba de un gran "prestigio"<sup>367</sup> revolucio-

---

*vencidos son los moderados, que desde 1843 están siendo los verdugos de la libertad. Para los demócratas, los vencidos son los monárquicos, hundidos con el trono, sobre el cual ha puesto el Pueblo su planta vencedora."* Ibíd., p. 9.

<sup>361</sup> En agosto del 54 se funda *El Eco de la Clase Obrera*. Vide, Diego Abad de Santillán: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 70.

<sup>362</sup> R. Carr: *España 180-1975*, cit., p. 246.

<sup>363</sup> Ibíd.

<sup>364</sup> R. Carr: Ibíd., p. 247.

<sup>365</sup> Carr refiere así los pasos, que en Madrid, llevaron al control de la revolución: *"Bajo la presidencia del general San Miguel, hombre valiente al que no asustaban las barricadas, crearon una junta para obligar a la corte a pactar y para contener una revolución que, según palabras de San Miguel, amenazaba con "ruinas, sangre y anarquía". La junta "respetable" absorbió a la junta popular de los barrios obreros del sur de Madrid, convirtiendo a su figura principal, Pucheta, en "instrumento ciego e impotente de los reaccionarios"; sus rufianes pronto dieron en apalea a los vendedores de panfletos republicanos. [...] La junta de San Miguel dio a la reina una posibilidad de salvar la dinastía destituyendo al gobierno que la había defendido contra la calle. El 27 de julio Isabel II recurrió a Espartero."* *España 1808-1975*, cit., p. 247.

<sup>366</sup> Diego Abad de Santillán: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 68.

<sup>367</sup> Había regresado, estableciéndose en Logroño, como consecuencia de una amnistía en 1847. Pero, no

nario entre el pueblo, lo que hacía que la corona apareciese a los ojos de éste en una situación de dependencia, vencida y atada:

*"El Pueblo es vencedor, y como tal, soberano: ya no hay trono: Espartero, hombre del pueblo por nacimiento y por principios<sup>368</sup>, es el símbolo de la democracia imponiendo a la vencida monarquía la voluntad del Pueblo rey. [...] Desde entonces Espartero es el árbitro de la situación. Él ha impuesto, en nombre del pueblo, condiciones al trono; y si, aunque sea como un vano simulacro, ese trono existe todavía, es sólo por haberlas aceptado. [...] El pueblo ha demostrado por sus actos que es soberano; la reina, declarándose vencida, que deja de serlo"<sup>369</sup>.*

Al partido demócrata -excluido del gobierno por la alianza de moderados y progresistas (O'Donnell y Espartero entraron juntos en Madrid el 29 de julio)- no le queda más remedio que aceptar a Espartero y confiar en que no defraude las esperanzas depositadas en él<sup>370</sup>. Sin embargo, muy pronto las defraudará: *"Apenas habían desaparecido las barricadas de Madrid a petición de Espartero, cuando ya la contrarrevolución ponía manos a la obra"<sup>371</sup>*. La revolución se hizo en nombre de la moral porque los negocios de la reina madre, Sartorius y su círculo resultaban escandalosos. Pues bien: *"El primer paso contrarrevolucionario fue la impunidad concedida a la reina Cristina, a Sartorius y consocios"<sup>372</sup>*. La reina salió de Madrid sin rendir

permaneció totalmente pasivo en su retiro riojano; algo hizo para fomentar ese prestigio: *"Cuando estalló la revolución de febrero, [1848] seguida de la sacudida general europea, Espartero hizo que el señor Príncipe y algunos amigos más publicasen un pequeño folleto titulado **Espartero: Su pasado, su presente, su porvenir**, para recordar a España que todavía albergaba al hombre de ayer, de hoy y de mañana."*

Marx-Engels: *La revolución en España*, cit., p. 88

<sup>368</sup> A ello se refiere Carr, no sin cierta ironía, cuando, para definir su "pensamiento político", utiliza la frase: *"Su 'eterna cantilena' de que debía cumplirse la voluntad popular era dúctil centro del único credo político que conocía"*. *España 1808-1975*, cit., p. 248.

<sup>369</sup> Fernando Garrido: *Espartero y la revolución*, cit., p. 10-12.

Sin embargo, Garrido se desengañaría pronto de Espartero.

<sup>370</sup> Esta actitud, que me atrevería a llamar de esperanza voluntarista, está perfectamente ilustrada en el folleto de Garrido *-Espartero y la revolución-* donde encontramos párrafos en los que destaca esa esperanza, no exenta de cierta adulación: *"El pueblo que personifica en el vencedor de Luchana la honradez y la Libertad. [...] Desde entonces Espartero es el árbitro de la situación."* [p. 11]. Pero hay otros pasajes en los que, como si presintiera lo que va a ocurrir, no deja de mostrar ciertas reservas: *"¿Este hijo del Pueblo, este gran corazón levantado sobre las bayonetas populares hasta por encima del trono, comprenderá, aceptará la misión a la que de una manera manifiesta le llama la Providencia? [...] ¿Quién podría calcular la responsabilidad de este hombre, si dejando escapar esta última ocasión que le ofrece la fortuna, hace abortar en sus manos la regeneración política de la sociedad moderna?"* Si esto ocurriera -Garrido está completamente convencido de que no- *"entonces la maldición y el fuego del cielo caigan sobre estos hombres y sobre este pueblo, indignos de poseer un rincón de tierra en el mapa del mundo, de que un rayo de sol ilumine su frente y vivifique su alma, ni de ocupar una página en la historia."* [p. 19-21]

<sup>371</sup> Marx-Engels: *La revolución en España*, cit., p. 91.

<sup>372</sup> *Ibíd.*

Respecto a las intenciones moralizantes de los sublevados escriben Marx y Engels lo siguiente: *"Jamás revolución alguna ha ofrecido un espectáculo más escandaloso por la conducta de sus hombres públicos que esta revolución emprendida en pro de la 'moralidad'. La coalición de los viejos partidos que forman el actual Gobierno de España (el de los adictos e Espartero y el de los adeptos a Narváez) de nada se ha ocupado tanto como de repartirse el botín consistente en puestos de dirección, empleos públicos, sueldos, títulos y condecoraciones. [...] Para calmar los recelos de la 'chusma', el torero Pucheta ha sido ascendido de director de los mataderos a director de la policía. Hasta **El Clamor Público**, periódico muy moderado, da rienda suelta a su desilusión: 'La conducta de generales y jefes habría ganado mucho en dignidad si hubieran renunciado a*

cuentas a nadie por decisión de Espartero, por lo que "los demócratas intentaron una débil protesta callejera"<sup>373</sup>, que fue controlada sin grandes dificultades, pero supuso la ruptura de los demócratas con Espartero: "Sus centros fueron clausurados y sus periódicos prohibidos"<sup>374</sup>. 'El 28 de agosto -al decir de Garrido-, la revolución fue derrotada y aplastada'<sup>375</sup>.

Mientras tanto, en Barcelona las movilizaciones de obreros continúan durante toda la segunda mitad del 54. Consiguen que el capitán general Ramón de la Rocha prohíba las "selfactinas" a lo que los patronos se niegan. Se forma una comisión paritaria de patronos y obreros y llegan a una situación de compromiso: "Seguirían las "selfactinas" pero se aumentarían los salarios"<sup>376</sup>. Logran también que algunos empresarios accedan a la firma de convenios colectivos; así, por ejemplo, en noviembre del 54 llegaron a un acuerdo para reducir el horario semanal de 72 a 69 horas de trabajo: "Las autoridades aconsejaron a los patronos que transigieran momentáneamente en espera de que el ambiente político tomara un cariz más favorable"<sup>377</sup>. Es decir, que esta "condescendencia" empresarial viene motivada por la posición de fuerza que los obreros están adquiriendo como consecuencia del cariz que están tomando los acontecimientos, pero también por la coyuntura internacional:

---

*todo ascenso, dando un noble ejemplo de desinterés y conformándose ellos mismos con los principios de moralidad proclamados por la Revolución". El desdoro en el reparto del botín se refleja de particular manera en la distribución de los cargos de embajadores. [...] Me refiero al nombramiento de González Bravo para la embajada en Constantinopla. Este hombre es el prototipo de la corrupción española. [Cuando fue primer ministro] nombró subsecretario del Tesoro a su padre, el cual había sido destituido de un cargo subalterno en el Ministerio de Hacienda por malversación de fondos, e hizo a su cuñado, alabardero del teatro del Príncipe, paje de la reina. Cuando se le reprochó su apostasía y su corrupción, González Bravo contestó: "¿No es ridículo ser siempre el mismo?" Pues este hombre ha sido el elegido para desempeñar una embajada de la 'revolución de la moralidad'." Ibid., p. 98-99.*

Y respecto a la impunidad con que la reina madre ha salido de España: "El golpe más audaz de la contrarrevolución ha sido, sin embargo, la autorización concedida a la reina Cristina para marchar a Lisboa después de haberse comprometido el Consejo de Ministros a tenerla a disposición de las Cortes Constituyentes; quebrantamiento de promesa que el Gobierno ha tratado de encubrir, confiscando por anticipado los bienes de Cristina en España, que, según sabe todo el mundo, constituyen la parte menos importante de su fortuna. De este modo, a Cristina le ha salido barata la evasión, y ahora nos enteramos de que también San Luis ha llegado sin novedad a Bayona. Lo más curioso del caso es la forma en que se obtuvo el decreto mencionado. El día 26 de agosto se reunieron algunos patriotas y miembros de la Milicia Nacional para examinar la seguridad de la causa pública, censurando al Gobierno para pedirle que expulsara a Cristina del palacio, donde tramaba proyectos liberticidas. Se dio la circunstancia sospechosa de que a esta proposición se adhirieron dos ayudantes de campo de Espartero y el propio Zagasti. Puestas así las cosas, el Gobierno se reunió en consejo, y el resultado de su reunión fue la huida de Cristina." Ibid., p. 106-107.

<sup>373</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 247-248.

Marx-Engels: "Cuando se supo la marcha de Cristina, el 28 de agosto, volvieron a levantarse barricadas; pero si hemos de creer un despacho telegráfico de Bayona, publicado en el *Moniteur* francés, 'las tropas, unidas a la Milicia Nacional, tomaron las barricadas y sofocaron el movimiento'." *La revolución...*, cit., p. 106.

<sup>374</sup> *El Grito de las Barricadas*, periódico demócrata, uno de cuyos editores era Fernando Garrido, fue clausurado en agosto del 54 por afirmar que la monarquía era "una institución caduca [...]. ... los editores Garrido, Cervera y Cámara fueron denunciados y arrestados durante unos días..." C. E. Lida: *Anarquismo...*, cit., p. 52.

Marx y Engels también mencionan esta prohibición, comentándola como una consecuencia de las cortapisas con que se va a encontrar la libertad de expresión una vez que la revolución es controlada. *La revolución en España*, cit., p. 105.

<sup>375</sup> Carr, p., 248.

<sup>376</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 154.

<sup>377</sup> Miguel Izard: *Industrialización y obrerismo*, cit., p. 102-103.

"Indudablemente tuvo mucho que ver la expansión económica provocada por la guerra de Crimea, que dio lugar a un alza extraordinaria del precio de los cereales -lo que redujo notoriamente el salario real del proletariado-, a la vez que aumentaba la demanda de tejidos y consiguientemente la producción, lo que hizo necesariamente más "tolerantes" a los empresarios ante las reivindicaciones de sus operarios"<sup>378</sup>.

El 30 de abril de 1855 el gobernador civil Cirilo Franquet publica un bando que, mientras para Artola es consecuencia de este clima de tolerancia, para Tuñón es un paso atrás en la conquista del derecho de asociación<sup>379</sup>. No obstante, la actitud mayoritaria de los fabricantes y del gobierno -como buenos liberales<sup>380</sup>- era contraria a esos convenios y a las asociaciones y, en cuanto tuvieron ocasión, se opusieron:

"El auge asociacionista obrero despertó, lógicamente, una cerrada y tenaz oposición. En efecto, siguiendo a Termes Ardévol, "tanto las autoridades como la mayor parte de los fabricantes eran contrarios a los contratos colectivos y tomaron como pretexto los disturbios ocurridos en Badalona para anularlos; además, el capitán general Zapatero disolvió las sociedades obreras (21 de junio de 1855)<sup>381</sup>. Los fabricantes despedían a los obreros asociados y la autoridad se apoderaban de los fondos de las sociedades de ayuda mutua", provocando una situación insostenible para la clase obrera"<sup>382</sup>.

Unos días antes -el 15 de junio- un líder obrero, José Barceló, fundador de la *Unión de Clases*- fue ejecutado acusado de un crimen que, según todos los indicios no cometió<sup>383</sup>. Esta

<sup>378</sup> M. Izard: *Ibid.*, p. 101.

<sup>379</sup> Tuñón escribe: "Entonces, el 30 de abril, el gobernador civil de Barcelona D. Cirilo Franquet, creyó oportuno dictar un bando en el que, después de decir a los patronos que serían sancionados si cerraban sus fábricas, la emprendió contra los obreros; el Sr. Franquet creó, por sí y ante sí, el delito de "abandono colectivo del trabajo" (hay que reconocer que sólo fue un modesto precursor), y aun el paro individual era penado con la pérdida de los jornales devengados. En fin, también prohibía "toda Asociación no aprobada por la autoridad", extendía la definición del delito de coacción, imponía a las Juntas de las asociaciones obreras la obligación de rendir cuentas anualmente y consideraba como "delito de estafa" la recaudación de cuotas por entidades no autorizadas." *La España del siglo XIX*, cit., p. 155.

Y en otro lugar afirma Tuñón: "Se trataba, en suma, de una contraofensiva contra la poderosa corriente pro asociaciones." *El movimiento obrero en la historia de España*, cit., p. 107.

La opinión de Artola es absolutamente diferente: "El texto más tolerante de todo el reinado de Isabel II es el bando de Franquet de 30 de abril de 1855, que Tuñón de Lara parece haber leído un tanto precipitadamente a juzgar por sus comentarios. Renueva y extiende a toda la provincia la fórmula de los jurados mixtos aplicada en la anterior etapa progresista en Barcelona, admite los convenios colectivos y prohíbe el cierre de fábricas sin un preaviso de 8 días. El resto de sus cláusulas son evidentemente favorables a los intereses empresariales, pero no constituyen ninguna novedad. De la acogida que tuvo da idea la exposición que 49 asociaciones textiles de Cataluña y 22 de oficios varios de Barcelona, elevaron al gobernador, renunciando a todo intento de revisión de los salarios establecidos por las comisiones mixtas, a que el bando citado daba origen." *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 165.

<sup>380</sup> Tuñón de Lara, *La España del siglo XIX*, cit., p. 153.

<sup>381</sup> En el mismo bando en que las disolvía declaraba también que sería ejecutado "todo el que directa o indirectamente se propasase a coartar la voluntad de otro que abra sus fábricas o que concurra a trabajar en ellas si no se accede a las exigencias que colectivamente se intenta imponer..." *Ibid.*, p., 155-156.

Artola escribe que Zapatero "aprovechó el movimiento carlista para proclamar el estado de sitio el 30 de mayo y amenaza el 21 de junio con graves sanciones a quienes tratasen de imponer, mediante coacción, una norma colectiva de comportamiento. El mismo bando ordenaba la disolución de las asociaciones de fabricantes o trabajadores." *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 175.

<sup>382</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 180.

<sup>383</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 155.

situación desencadenó la huelga general de julio del 55 al grito de "*¡Asociación o muerte! Trabajo y pan*"<sup>384</sup>. La huelga comenzó el 2 de julio: "*Una huelga, como jamás se había conocido en España, paralizó la ciudad de Barcelona*"<sup>385</sup>. Casi cuarenta mil obreros "*organizados desde la clandestinidad por la Unión de Clases se lanzan a la calle*"<sup>386</sup>. Una comisión fue enviada a Madrid el día 5 al mismo tiempo que el comité de huelga publicaba una proclama en la que dos eran las peticiones principales: la jornada de diez horas y el derecho de asociación. El final de esta proclama es ilustrativo del carácter ideológico de esta huelga: "*¡Viva Espartero! ¡Viva la Milicia Nacional! ¡Viva la libertad! ¡Viva la libre asociación! Orden, Pan y Trabajo!*" La firmaba '*La Comisión de la clase obrera*'<sup>387</sup>. Y en una hoja suelta **-Barceloneses: Catalanés todos-** se recogen asimismo las aspiraciones de los obreros:

*"Barceloneses: Catalanés todos. Muchísimos son los fabricantes del Principado que [...] han despedido a sus trabajadores enviándoles a pedir limosna. El guante arrojado por los amos quieren recogerlo de una vez los trabajadores, y por lo mismo, pacíficamente, dejarán las cuadras y talleres hasta que se les haga completa justicia [...]. A los trabajadores no les mueven otros fines que la libre asociación [...]; quieren también fijar de un modo estable las horas de trabajo; y que se constituya un gran jurado de amos y obreros [...]; y desean, por fin, que se les considere como ciudadanos españoles para ser admitidos en las filas de la Milicia Nacional, de las que se les excluye ahora de una manera absoluta*"<sup>388</sup>.

Es decir, se trata de reivindicaciones meramente laborales que aspiran a ser obtenidas dentro del marco legal y social existente; no hay, pues, ninguna conciencia revolucionaria en estas movilizaciones obreras<sup>389</sup>. El general Zapatero continuaba con sus bandos<sup>390</sup>. La llegada

<sup>384</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 244.

<sup>385</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 156.

<sup>386</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 63.

<sup>387</sup> M. Núñez Arenas y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 76, nota 18.

En esta misma página reproducen algunos párrafos de esta proclama: "*Se ha nombrado una comisión de entre nosotros que ha salido para Madrid con el fin de hacer comprender al Gobierno, y con él, al siempre querido de nosotros duque de la Victoria, la necesidad de la pronta constitución de un jurado que imparcialmente, y compuesto de individuos de conocimientos por parte de los operarios y de la de los fabricantes, arreglándose a las instrucciones que ambas clases le suministran, dirima nuestras diferencias; [...] la comisión persuadirá al Gobierno de la conveniencia de la libre asociación que en todos los tiempos reclama el obrero, por ser el único medio que puede conducir a toda la clase a alcanzar una paz octaviana en sus diferencias; ahora bien, en nombre de la misma y por su bien, os suplicamos con el mayor fervor y deseo, con el fin de que nuestras conocidas y justísimas quejas sean conciliadas, por brillar en ellas el lema de la libertad, orden, libre asociación y regulación del trabajo, desterrando como lo hacemos a fuer de buenos liberales, todo desorden, anarquía, coacción, carlismo; y, en una palabra, todo acto que se incline a contradecir el Gobierno de Espartero, que juramos defender a todo trance, obligándonos a presentar a la autoridad todo promovedor de desórdenes o propagador de ideas no liberales, pues que éstas, y no otras son las que caben en el ánimo de la clase obrera,...*"

<sup>388</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 64.

<sup>389</sup> Esta misma idea se puede deducir de las palabras de Clara E. Lida cuando afirma que "*el manifiesto de los huelguistas ratifica la voluntad de luchar por la libertad de asociación, los jurados mixtos, la reducción de horas de trabajo y el aumento de los jornales.*" *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 64.

De la misma opinión es Diego Abad de Santillán: "*La huelga no tenía carácter revolucionario; solamente reivindicaba el derecho de asociación y la jornada de diez horas.*" *Historia del movimiento obrero...*, p. 73.

<sup>390</sup> Tuñón comenta así uno de ellos: "*Un nuevo bando del general Zapatero no tuvo mayor efecto que el de agregar una página a las antologías de este curioso género de literatura oficial.*" Y, en nota al pie, reproduce unos fragmentos que son ciertamente curiosos: "*En el día de hoy, y de un modo incalificable, he visto se han*

a Barcelona de Rafael Saravia, ayudante de Espartero, puso fin a la huelga. Lo consiguió prometiendo "que el Gobierno y las Cortes se ocuparían de mejorar la suerte de los obreros sin desatender los intereses y derechos de los fabricantes"<sup>391</sup>. Pero, una vez que los obreros vuelven al trabajo, las autoridades se olvidan de sus promesas.

La huelga de Barcelona tiene repercusiones también en otros lugares de España<sup>392</sup> como, por ejemplo, en Antequera donde 26 patronos enviaron una denuncia al gobernador de la provincia en la que se quejaban de la existencia de "unos cuantos obreros turbulentos mal aconsejados que se oponían a la libre contratación y el establecimiento de tornos mecánicos"<sup>393</sup>.

Una petición con 33.000 firmas, en su mayoría catalanas pero también de otros lugares de España, es enviada a las Cortes poco antes de que se debatiese en el parlamento el proyecto de ley de asociaciones presentado por Alonso Martínez. Asimismo, a petición del ministro, los obreros catalanes envían una comisión que intervino ante los diputados, "hecho que por vez primera se daba en nuestra historia"<sup>394</sup>. En la exposición que realizan ante el parlamento se aprecia una vez más el carácter nada revolucionario de sus reivindicaciones, pues defienden el liberalismo, insisten en su apoliticismo desligando los problemas laborales de los acontecimientos políticos, repitiendo una y otra vez, como reivindicación más importante, que se les conceda el derecho de asociación<sup>395</sup>. El proyecto resultó decepcionante para los obreros y los delegados catalanes que habían intervenido ante las cortes lo impugnaron<sup>396</sup> porque "significaba un sensible retroceso frente a la disposiciones de Franquet y se encontraba a enorme distancia de las posiciones del proletariado barcelonés"<sup>397</sup>. De todos modos no pasaría de proyecto, pues unos

suspendido todos los trabajos de las fábricas, cediendo los obreros a las sugerencias de mala índole, pues me consta que muchos o la generalidad de ellos están contentos con los precios que les proporciona su honrada ocupación [...] Malévola y pérfidamente se ha intentado persuadir a los honrados obreros que por mi autoridad iban a disolverse las asociaciones filantrópicas y de respetable objeto, por cuyo medio hoy día tienen los menesterosos los socorros mutuos que puedan necesitar..." *Ibíd.*, p. 156.

<sup>391</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 157.

<sup>392</sup> "El movimiento obrero, cuyo epicentro fue Barcelona y la huelga de julio, se venía manifestando con caracteres semejantes, aunque con menor intensidad en el resto del país."

M. Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 176.

<sup>393</sup> *Ibíd.*

<sup>394</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 157.

<sup>395</sup> Abad de Santillán reproduce extensamente esta exposición. Vide, *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 73-77.

<sup>396</sup> "El texto sometido a las Cortes en el mes de octubre [...], aun cuando regulaba las condiciones de trabajo y fijaba la responsabilidad patronal en caso de accidente, no admitía la negociación colectiva de los contratos, sometía la regulación de los conflictos a un jurado de prohombres, cuyo carácter paritario resultaba dudoso, desde el momento en que la representación del trabajo puede estar indistintamente en mayordomos, sobrestantes u operarios, siendo todos ellos nombrados por el gobierno a propuesta en terna de los gobernadores. A cambio de aquellas concesiones, no reconocía más asociaciones que las mutuas y éstas con carácter local y sin poder exceder de 500 individuos. Declaraba, finalmente, serían castigados con presidio menor, pena que los equipara a los incendiarios, a cuantos llevasen a cabo acciones favorables a la huelga." M. Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 176-177.

¡Éste era el gobierno del progresista Espartero en el que el pueblo había depositado sus esperanzas!

<sup>397</sup> *Ibíd.*, p. 177.

Clara E. Lida añade otros datos: "Ante todas estas presiones, Espartero presenta un proyecto de ley en el que se prometía la jornada máxima de diez horas sin excepción y de seis a ocho para niños menores de doce años". *Anarquismo y revolución*, cit., p. 66.

Los datos aportados por Tuñón son ligeramente distintos: "... reducía a seis hora la jornada de trabajo... para

meses después Espartero sería destituido como jefe de gobierno. Pero resulta evidente que los gobiernos progresistas no eran excesivamente sensibles a la problemática obrera. En cuanto aparece la cuestión social dan muestras inmediatamente de cuáles son sus intereses de clase: mucho más cercanos a los de los moderados que a los del pueblo<sup>398</sup>.

A pesar de todo, los sectores conservadores de la sociedad, los moderados, no estaban tranquilos con los progresistas en el poder. Había un asunto que les resultaba especialmente incómodo: que tras la firma del concordato los progresistas continuaron con la venta de los bienes eclesiásticos. Aprovechando un desacuerdo con el ministro de la Gobernación, Patricio de la Escosura, la reina forzó la dimisión de Espartero al que sustituyó por O'Donnell. Éste -el 14 de julio del 56- disolvió las Cortes y decretó el desarme de la Milicia Nacional. Los diputados progresistas y demócratas se negaron a acatar la orden de disolución de O'Donnell y se reunieron en el parlamento.

*"Se presentó la propuesta de no dar al nuevo Gobierno la confianza de las Cortes y comunicar esta resolución a Su Majestad. [...] Una comisión, escoltada por un destacamento de milicianos nacionales, fue a llevar a la reina la resolución de desconfianza. Cuando los comisionados intentaron entrar en Palacio, fueron rechazados por las tropas de línea, que abrieron fuego contra ellos y su escolta. Este incidente fue la señal para la insurrección"*<sup>399</sup>.

El pueblo de Madrid volvió a movilizarse:

*"Por todas partes se alzaron barricadas. Grupos de trabajadores dirigidos por el popular José Muñoz ("Pucheta") ocuparon los barrios populares de la capital. Los milicianos capitaneados por el propio Madoz se hicieron fuertes en los palacios de Vista Hermosa y de Medinaceli. La Milicia llegó a ocupar toda la línea de este a oeste de Madrid. Durante dos días se libró una tenaz batalla; el general Serrano, capitán general de Madrid, lanzó las fuerzas del Ejército contra los hombres del pueblo y de las clases medias, atrincherados aquí y allá. Las barricadas de la plaza de Santo Domingo, defendidas por Sixto Cámara y Manuel Becerra, resistieron numerosos embates del Ejército"*<sup>400</sup>.

O'Donnell bombardeó el parlamento y los diputados lo abandonaron. La Milicia Nacional comenzó a dispersarse<sup>401</sup>. Espartero no opuso la más mínima resistencia -"abandonó

los niños de ocho años y a diez para los comprendidos entre 12 y 18 años de edad." *La España del siglo XIX*, cit., p. 157.

<sup>398</sup> Apenas había diferencias entre ellos. Se podrían aplicar a la coyuntura del bienio las palabras que Mariano Calavia -*España y la democracia. Consideraciones crítico-históricas sobre la revolución de septiembre* (1879)- escribió para describir la situación de 1868: "En la oposición, Narváez era liberal contra O'Donnell, que en el poder era reaccionario; y O'Donnell, en la oposición era demagogo contra Narváez, en el poder ultracatólico. Y los dos instrumentos ciegos del jesuitismo. Cuando Narváez, vencido, se las echaba de liberal, y O'Donnell, descalabrado, amenazaba con la espada de Vicalvaro o patrocinaba la revelación de los "misterios", de la "clave" y de las "meditaciones", el espíritu revolucionario crecía."

Citado por: D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento...*, cit., p. 69.

Por su parte estas opiniones guardan cierto paralelismo con la que tenía Isabel II de Espartero: "Ante el trono, se me presenta como un demagogo; ante el pueblo, como un desertor de su sagrada causa."

R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 252.

Con dirigentes de tan sólidos fundamentos ideológicos nada tiene de extraño que ninguna de sus intenciones revolucionarias triunfara

<sup>399</sup> Marx-Engels: *La revolución en España*, cit., p. 128.

<sup>400</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 159.

<sup>401</sup> "De repente, hacia la una, sin motivo perceptible, las filas de los milicianos nacionales se rompieron; a las

sin lucha, incapaz de comprender toda la fuerza que él simbolizaba"<sup>402</sup> y dejó el camino libre a los moderados<sup>403</sup>. ¿Por qué esta deserción de los progresistas y de la Milicia Nacional sin apenas oponer resistencia? Por temor a las barricadas: "Los motivos de los progresistas están claros: temían las barricadas y una revolución que podía destruir el trono"<sup>404</sup>. Por eso, Espartero no era el hombre adecuado ni mucho menos para poner al frente de una revolución. Ya lo demostró en el período 1840-1843. De ahí que Marx y Engels reaccionen irónicamente<sup>405</sup> y se muestren sorprendidos al ver de nuevo a Espartero al frente de la revolución española<sup>406</sup>; entre otras cosas porque en toda la década moderada no hizo absolutamente nada para cambiar la situación. A pesar de todo, seguía gozando de una inmensa popularidad: "Como el pueblo no puede improvisar de pronto a sus personajes, desentierra los muertos de movimientos anteriores"<sup>407</sup>. Los progresistas y, sobre todo, los demócratas y el pueblo vieron en Espartero un personaje que sólo existía en su imaginación: "Espartero es el árbitro de la situación. Él ha impuesto, en nombre del pueblo, condiciones al trono" escribió Garrido, como ya cité anteriormente. Pero la realidad era muy distinta: "Jamás ha pretendido ser otra cosa que monárquico constitucional [...] y,

---

dos se clarearon más, y a las seis habían desaparecido por completo de la escena, dejando todo el peso de la batalla a los obreros, que siguieron luchando hasta las cuatro de la tarde del día 16. Así, en estos tres días de matanza, hubo dos batallas bien distintas: una, de la milicia liberal de las clases medias, apoyada por los obreros, contra el ejército; y la otra, la del ejército contra los obreros abandonados por la milicia que desertó. Como dice Heine: "Es una vieja historia, pero siempre es nueva". Espartero abandona a las Cortes; las Cortes abandonan a los jefes de la Milicia Nacional; los jefes abandonan a sus hombres, y estos últimos abandonan al pueblo." Marx-Engels: *La revolución en España*, cit., p. 129.

<sup>402</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 159.

<sup>403</sup> Marx-Engels: *La revolución...*, cit., p. 129.

<sup>404</sup> R. Carr: *España 188-1975*, cit., p. 252.

<sup>405</sup> "No se necesita más prueba de cuán ambigua y peregrina es la grandeza de Espartero que el simple hecho de que, hasta hoy, nadie ha sido aún capaz de explicarla. [...] Los méritos militares de Espartero son tan discutibles como indiscutibles sus defectos políticos. [...] ... la impresión general que sus hechos de armas sudamericanos produjeron en el ánimo excitable de sus compatriotas se caracteriza suficientemente por el hecho de que se le llamara jefe del "ayacuchismo" y se diera a sus partidarios el nombre de "ayacuchos", por alusión a la desgraciada batalla de Ayacucho, en la que España perdió definitivamente a Perú y toda Sudamérica. Trátase en todo caso de un héroe sumamente peregrino cuyo bautismo histórico data de una derrota y no de una victoria. [...] En los siete años de guerra contra los carlistas jamás se distinguió por uno de esos golpes de audacia que dieron a conocer pronto a Narváez, su rival, como un soldado de nervios de acero. [...] Y por otra desdichada coincidencia resulta que, de todas las hazañas de Espartero en la península, la que más viva huella dejó en la memoria de la gente fue, si no precisamente una derrota, sí al menos una acción singularmente extraña en un "héroe de la libertad". Espartero se hizo famoso por haber bombardeado las ciudades de Barcelona y Sevilla. Si los españoles -dice un escritor- pintaran alguna vez a Espartero representando a Marte, veríamos a este dios en forma de ariete." *La revolución...*, cit., p. 84-85.

<sup>406</sup> *Ibid.*, p. 86.

<sup>407</sup> *Ibid.*, p. 87. Y, ampliando esta idea, escriben en otro pasaje de este mismo artículo: "Una de las peculiaridades de las revoluciones consiste en que, justamente cuando el pueblo parece a punto de realizar un gran avance e inaugurar una nueva era, se deja llevar por las ilusiones del pasado y entrega todo el poder y toda la influencia, que tan caros le han costado, a unos hombres que representan o se supone que representan el movimiento popular de una época fenecida. Espartero es uno de estos hombres tradicionales a quienes el pueblo suele subir a hombros en los momentos de crisis sociales y de los que después, a semejanza del perverso anciano que se aferraba tenazmente con las piernas al cuello de Simbad el marino, le es difícil desembarazarse." P. 83.

Conviene destacar que este artículo está publicado el 25 de agosto de 1854. Espartero no llevaba todavía un mes en el poder. Es decir, cuando los "revolucionarios" y el pueblo español tenía todavía una fe ciega en Espartero, Marx y Engels estaban ya totalmente convencidos del rumbo que iban a tomar los acontecimientos.



lo mismo que su célebre paisano, tiene su idea fija: la Constitución, y su Dulcinea del Toboso: la reina Isabel II<sup>408</sup>. Y, en consecuencia, actuó como esforzado y eficaz Quijote: "Isabel debió los últimos doce años de su reinado a la indecisión o la lealtad de Baldomero Espartero. Le recompensó con la muerte política"<sup>409</sup>. Ni que decir tiene que tras la defensa del trono -sentimentalismos circunstanciales aparte- se esconde la defensa de todo un sistema social del que el trono actúa como salvaguarda<sup>410</sup>; sistema que se siente amenazado cada vez más por el cuarto estado que, a cada nuevo embate revolucionario, emerge con más fuerza:

*"Espartero y sus colegas fueron de la opinión de que resultaba preferible conseguir la alianza con las clases respetables mediante la defensa del orden a armar a las clases menos respetables para oponerlas a la contrarrevolución. Este dilema acabó con todos los gobiernos revolucionarios españoles"*<sup>411</sup>.

Es decir, la clave está en el miedo de la burguesía al pueblo. La burguesía lo necesita y lo utiliza, pero ya no puede controlarlo con la facilidad que lo hacía antes. Por eso, su participación en las revoluciones burguesas conlleva cada vez más riesgos para ésta que termina volviéndose, en busca de refugio, hacia la antigua clase dominante contra la que había empezado rebelándose:

*"Espartero salva "in extremis" a la monarquía y su gobierno abocado a la revolución social. [Y para evitarla] detiene la revolución burguesa. Es decir, ante el peligro de la revolución social, la revolución burguesa se suicida"*<sup>412</sup>.

Marx y Engels lo sintetizan perfectamente, situando además la revolución española de 1854 en

<sup>408</sup> *Ibíd.*, p. 87 y 88.

Como ilustración de sus sentimientos monárquicos se refieren Marx y Engels al "entusiástico recibimiento que le tributaron, durante su destierro, la corte en el castillo de Windsor y las clases gobernantes de Inglaterra. Cuando llegó a Londres, toda la aristocracia acudió en tropel a su domicilio, con el duque de Wellington y lord Palmerston a la cabeza. [...] Y cuando se supo que el Cincinato español se dedicaba en sus horas de ocio a la jardinería, no quedó sociedad botánica, hortícola o agrícola que no se apresurara a hacerle el honor de incluirlo en sus filas. [...] No se le dejó [...] marchar de Inglaterra sin que la reina Victoria invitara a su mesa a Espartero y su duquesa, haciéndoles encima el honor extraordinario de ofrecerles alojamiento por una noche en el castillo de Windsor." No escapa, sin embargo, a los autores que, por muchas afinidades ideológicas que pudiesen existir, esta rendición incondicional de la sociedad londinense responde también a motivos más prosaicos: "... había sido y seguía siendo el representante de los intereses británicos en España. Y no es menos verdad que las manifestaciones en honor de Espartero fueron en cierto modo manifestaciones contra Luis Felipe." P. 87.

<sup>409</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 252.

<sup>410</sup> Una prueba de ello es lo rápidamente que el trono -cabeza visible del sistema- se deshace de O'Donnell, personaje de transición en el camino hacia la "normalidad": "O'Donnell restableció la Constitución de 1845 con una acta adicional que la hacía algo más democrática y reforzaba el Poder legislativo. [...] Pero O'Donnell había ganado la batalla de la contrarrevolución y no la suya propia ni la del término medio. Por eso, a los tres meses de su nuevo mandato, la Reina le dejó plantado al bailar un rigodón de honor, yéndose del brazo de Narváez. La elección de pareja significaba elección de jefe de Gobierno. Narváez y los moderados a ultranza ocupaban de nuevo el Poder el 13 de octubre de 1856." Que tras esta elección se encuentran determinados intereses resulta evidente por el comentario del conde de Romanones -*Sagasta o el político* -: "La ingratitud de la Reina con O'Donnell no procedía sólo en aquella ocasión de la veleidad de su carácter; por base algo más trascendental: el compromiso que a espaldas de su Gobierno había contraído con el Vaticano de derogar las leyes desamortizadoras." M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 160.

<sup>411</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 251. En 1936 ocurriría lo mismo: el miedo de la República a la revolución popular le dio una gran ventaja a Franco.

<sup>412</sup> Juan Ignacio Ferreras: *Introducción a una sociología...*, cit., p. 157.

el contexto de los acontecimientos europeos de esos años:

*"Espartero desertó, abandonando a las Cortes, las Cortes a los dirigentes, los dirigentes a la clase media, y ésta al pueblo. Esto da una nueva ilustración sobre el carácter de la mayor parte de las luchas europeas de 1848-1849 y de las que ha habido desde entonces en la parte occidental de dicho continente. Por un lado, existen la industria y el comercio modernos, cuyos jefes naturales, las clases medias, son enemigos del despotismo militar; por otro lado, cuando las clases medias emprenden la batalla contra este mismo despotismo, entran en escena los obreros, producto de la moderna organización del trabajo, y entran dispuestos a reclamar la parte que les corresponde de los frutos de la victoria. Asustadas por las consecuencias de una alianza que se les ha venido encima de este modo contra su deseo, las clases medias retroceden para ponerse de nuevo bajo la protección de las baterías del odiado despotismo. [...] Que esta lección se dé incluso desde España es tan impresionante como inesperado"*<sup>413</sup>.

En julio de 1856 vuelven al poder los mismos que en 1843 y, al igual que entonces, lo hacen expulsando a Espartero y los progresistas. El pueblo los apoyó en 1840, en 1854 y se ha batido en las barricadas hasta el último momento en 1856. ¿Qué lección ha sacado el pueblo de estos acontecimientos? El definitivo alejamiento del progresismo, lo que indica que había experimentado un avance cualitativo importante en la adquisición de su conciencia de clase: *"La nueva coyuntura acabó de disipar las esperanzas populares respecto al progresismo"*<sup>414</sup> y la orientación hacia el democratismo republicano:

*"La desilusión popular respecto al progresismo impulsó, desde 1854-56, las orientaciones más definidas del movimiento democrático, especialmente en su vertiente republicana, y condicionando, decididamente, la creciente conformación de la fenomenología obrerista hispana, en su doble vertiente teórica y práctica, especialmente en Cataluña"*<sup>415</sup>.

Ya anteriormente se ha hecho alguna referencia al partido demócrata (página 78, nota 334). Aunque constituido oficialmente en 1849, se había ido definiendo desde, por lo menos, una década antes. Tuvo una gran implantación en Cataluña donde *"constituían el único partido con un número crecido de seguidores entre los obreros"*<sup>416</sup>. Lo cual era debido a que

<sup>413</sup> *La revolución en España*, cit., p. 130.

<sup>414</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 118. Y en la página 129: *"El papel clasista- conservador del partido progresista iba apareciendo cada vez más claro a los ojos de los sectores populares que, cada vez, fueron comprendiendo que, en la práctica, dicho partido sólo respondía a la demagogia anticlerical de ciertos elementos de las clases acomodadas y de las fuerzas armadas."*

<sup>415</sup> *Ibíd.*, p. 119.

Palabras que coinciden con las escritas por Miguel Izard refiriéndose a este mismo asunto: *"Tras los sucesos del Bienio el proletariado catalán abandonó toda esperanza de encontrar solución a sus problemas a través de la alianza con el progresismo y se englobó masivamente en las filas del partido republicano federal, que entre otras cosas ofrecía el sufragio universal: los obreros todavía esperaban resolverlos a través de su participación en las Cortes. [...] Todos los sucesos del Bienio, desde el asesinato legal de Barceló hasta la actitud pasiva de Espartero ante el retorno moderado, dieron al obrerismo catalán suficientes y sobrados motivos para convencerse de que el progresismo liberal-burgués no sólo no era su aliado potencial, sino su enemigo."* *Industrialización y obrerismo*, cit., p. 105-106.

<sup>416</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 229. En esta misma página menciona Carr un hecho que ayuda a explicar el arraigo que el partido demócrata adquiere entre el pueblo: *"Los catecismos distribuidos a la salida de las fábricas incluían dos de las exigencias más populares de la clase obrera: la abolición de los consumos y de las quintas."*

*"dotados de mayor sentido de la realidad que los progresistas, vencieron la prevención de su mentalidad contra los proletarios "hombres de blusa" y se mostraban decididos a incorporarlos plenamente a la vida política"*<sup>417</sup>.

En su comienzo fue un partido que pretendía armonizar los intereses pequeño-burgueses con las aspiraciones de los proletarios y campesinos lo que, por estos años, todavía se presentaba como posible:

*"En esencia, la carta de identidad democrática coincidía con los esquemas teóricos de las aspiraciones pequeño-burguesas, compartidas durante bastante tiempo por amplios sectores del proletariado (hasta que las lecciones de la fenomenología política y la reflexión intelectual obrerista hicieron tomar conciencia a los núcleos más sensibles de la clase obrera que el camino de su emancipación discrepaba esencialmente del propugnado por los sectores burgueses)"*<sup>418</sup>.

Aunque faltaba todavía más de una década para que ésta fuese una idea generalmente extendida, ya se encuentran indicios de que está comenzando a surgir:

*"Hemos llegado a comprender que nuestros males cesarán cuando las Cortes se interesen por nuestra causa y las Cortes estarán a favor nuestro en favor de la justicia al mismo tiempo cuando nosotros nombremos diputados"*<sup>419</sup>.

Esta declaración indica hasta qué punto se está avanzando en la adquisición de la conciencia de clase. El fin de la colaboración con los partidos burgueses se encuentra próximo. Pero conviene volver, para apurar su comentario, sobre el otro dato anteriormente mencionado, indicativo también, aunque en menor medida, de ese mismo avance. El hecho de que la clase obrera se distancie del partido progresista, defensor de los intereses exclusivistas de la gran burguesía y se acerque al demócrata, representante de la pequeña burguesía, indica hasta qué punto se está dando cuenta de que sus intereses no coinciden con los de los primeros y tiene puntos de contacto con aquéllos cuya situación económica y social se encuentra muy próxima a la suya. Por otra parte, como se verá más adelante, la génesis del socialismo se gesta en el seno del partido demócrata. Pero hay otro hecho todavía más significativo: el diferente comportamiento del pueblo madrileño y catalán en las jornadas contrarrevolucionarias de julio del 56. Mientras el pueblo madrileño resiste en las barricadas luchando por Espartero, a pesar de que éste lo abandona, el catalán adopta una actitud de pasividad:

*"Merece señalarse que, mientras en Madrid, como hemos escrito ya en un artículo anterior, los proletarios fueron traicionados y abandonados por la burguesía, los tejedores de Barcelona declararon desde el primer instante que no tendrían arte ni parte en un movimiento iniciado por los esparteristas e insistieron en que se proclamara la República. Habiendo sido rechazada esta condición, los tejedores, exceptuando algunos que no podían resistir el olor de la pólvora, permanecieron como espectadores pasivos de la batalla, con lo que ésta se perdió, pues todas las insurrecciones de Barcelona las deciden sus veinte mil tejedores"*<sup>420</sup>.

<sup>417</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 129.

<sup>418</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 142.

<sup>419</sup> Declaración de los tejedores de Barcelona en mayo de 1856 con motivo de la "huelga de la media hora". M. Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 177.

<sup>420</sup> Marx-Engels: *La revolución en España*, cit., p. 133.

Es decir, el proletariado catalán, que lleva ya veinte años largos de lucha social contra la burguesía y ha tenido -como consecuencia de los conflictos laborales- suficientes frustraciones con los gobiernos progresistas, no mueve un dedo por salvar la revolución burguesa; ya intuye que el de la burguesía y el suyo son caminos divergentes. El madrileño, poco curtido en la brega laboral, todavía cree que sus aspiraciones pueden conseguirse paralelamente a las de la burguesía. Conciencia de clase y proletariado industrial son, pues, dos factores que marchan indisolublemente unidos.

Una vez expuestos los acontecimientos más relevantes del llamado *Bienio Progresista*, se podrían destacar los siguientes hechos como ilustrativos de los avances de la clase trabajadora en la adquisición de una conciencia de clase:

Es la primera vez que el pueblo cambia el signo de un pronunciamiento. Iniciado éste por los moderados, el pueblo lo hace suyo durante unos días y obliga a los sublevados a cambiar el signo de la rebelión, lo que significa que a partir de 1854 el "*hombre de la calle dejó ya de ser espectador*"<sup>421</sup>.

Idea confirmada y reforzada por el acontecimiento más importante que tiene lugar durante estos años: la huelga general catalana de 1855. Los obreros se movilizan por mejoras de tipo laboral y el derecho de asociación. Reivindicaciones que no cuestionan el orden social existente; sólo aspiran a hacerlo más llevadero. Sin embargo, su experiencia de la revolución burguesa hace que empiecen a darse cuenta de que sus reivindicaciones no encontrarán respuesta satisfactoria en el seno de la misma. Los lemas abstractos burgueses no solucionan su problemática que es otra:

*"Venga, sí, toda la libertad del mundo, pero venga también la mejora de las clases..., porque, lo que yo digo, ¿qué adelanta el pueblo con ser muy libre si no come? Los gobernantes nuevos han de mirar mucho por el trabajo y por la industria"*<sup>422</sup>.

Precisamente por eso, esta huelga y la sublevación de Loja, de la que hablaré más adelante, son los dos hitos más importantes en la adquisición por parte del proletariado español de la conciencia de clase a la que me estoy refiriendo:

*"El alzamiento de Loja, como la huelga catalana de 1855, significaba mucho más de lo que creían los políticos de la época. Eran los primeros signos de la participación en la vida nacional de unas clases que hasta entonces no habían contado en el juego político"*<sup>423</sup>.

Hasta ahora las revoluciones las hacía el ejército. A partir de ahora las reprimirá. El ejército había jugado un importante papel revolucionario en multitud de pronunciamientos progresistas durante toda la primera mitad del siglo. El pueblo los secundaba. En 1854 la iniciativa también la tomó el ejército pero el signo fue inverso. Y en 1856 el ejército reprimió al pueblo que luchaba en las barricadas: "*Esta vez el ejército, ha estado, en su totalidad, contra el pueblo; o, más exactamente, ha luchado sólo contra el pueblo y los milicianos nacionales. En pocas*

<sup>421</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 129.

<sup>422</sup> Palabras de un artesano, personaje de Galdós, que lucha en las barricadas durante la revolución del 54. Citado por Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 158.

<sup>423</sup> *Ibíd.*, p. 167.

palabras: *la misión revolucionaria del ejército ha acabado*<sup>424</sup>. O, como afirma Tuñón: *"A partir de 1854, el pronunciamiento militar a secas, sin la participación y apoyo activo de capas populares de la población, será monopolio de la reacción"*<sup>425</sup>. Por todo ello, como dice Clara E. Lida,

*"mientras la primera mitad del siglo se caracterizó esencialmente por la búsqueda de soluciones políticas, la Revolución de 1854 marca un punto decisivo en la toma de conciencia del proletariado español e inclina la balanza hacia los problemas sociales"*<sup>426</sup>.

O, como afirman Marx-Engels, fue un período transitorio antes de llegar a la madurez<sup>427</sup>.

#### 2.3.2.4. 1856-1868. PROGRESO CAPITALISTA Y DEFINITIVA TOMA DE CONCIENCIA DE LA CLASE OBRERA.

De lo expuesto en las páginas anteriores queda claro que el proceso de industrialización, que se va produciendo desde 1830 a 1850, es decisivo para el surgimiento de la clase obrera y la adquisición de su conciencia de clase, con lo que resulta evidente la afirmación hecha al principio de este segundo capítulo de que industrialización y concienciación proletaria son dos fenómenos paralelos. Pues bien, a partir de los años 50 ese proceso se va a acelerar<sup>428</sup>, hasta tal punto que algún historiador ha acuñado las expresiones de *"la sociedad satisfecha"* y *"sociedad opulenta"* -por supuesto, los opulentos y satisfechos son una minoría (la burguesía de los negocios)- para referirse a la década que se inicia en 1856. Por eso, en estos años -en los que hay un desarrollo significativo de la industrialización y, correlativamente, un aumento en el número del proletariado industrial se completa la adquisición por parte del proletariado de esa conciencia de que forman una clase distinta cuyo surgimiento se ha ido refiriendo en los apartados precedentes. Algunas cifras nos permitirán hacernos una idea más clara del fenómeno.

Por lo que se refiere a la industria textil catalana, entre 1846 y 1860 se da la siguiente

<sup>424</sup> Marx-Engels: *La revolución en España*, cit., p. 135.

<sup>425</sup> *La España del siglo XIX*, cit., p. 128.

<sup>426</sup> *Anarquismo y revolución en la España del XIX*, cit., p. 60.

En las páginas 74-75 recoge la autora un informe de 1856 del regente en Cataluña, Nicolás Peñalver, ilustrativo de cómo había gente consciente de las consecuencias que la cuestión social podría tener en un futuro no muy lejano cuando la clase obrera adquiriese su definitiva toma de conciencia: *"Pero lo cierto es que la gran cuestión del día es más social que política, y para hacer esta aseverancia me basta recordar cuanto he observado en el espacio de más de cinco años que he residido en esta ciudad, parte desempeñando el cargo de Fiscal de esta Audiencia, y parte como Regente de la misma. En una y otra época, y especialmente en la primera, he tenido la ocasión de persuadirme que algunos de los operarios de las fábricas nutridos con la lectura de folletos y libros socialistas, importados de Francia, miran de reojo la propiedad y cada día se resignan menos con su posición a medida que se aumentan sus necesidades y su afán de gozar, exasperándose cada vez más con la idea de que muchos de su clase, pero más afortunados, han llegado a obtener grandes capitales. [...] Consecuencia de lo expuesto es que yo alimento la íntima convicción de que esta cuestión grandísima que puede conmover a la sociedad española entera, no es susceptible de arreglos ni transacciones, que autoridades entendidas y celosas como las que en el día hay al frente de esta capital, podrán conjurar por algún tiempo la tormenta que amenaza, pero nunca dar seguridad completa de que tarde o temprano no tenga lugar la terrible explosión si no cuentan con los medios para hacer respetar las leyes."*

<sup>427</sup> *"La próxima revolución europea encontrará a España madura para colaborar con ella. Los años de 1854 1856 han sido fases de transición que debía atravesar para llegar a esta madurez"*. *La revolución...* cit., p. 136.

<sup>428</sup> Vide, Núñez Arenas-Tuñón: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 46.

evolución:

Años	Capital invertido. (En reales)	Algodón elaborado. (Libras)	Obreros	Masa total de salarios. (En reales)
1846	600.000.000	28.000.000	98.000	200.000
1860	1.000.000.000	60.000.000	116.000	280.000 <sup>429</sup> .

Un ligero comentario de estas cifras puede servir para demostrar la anterior afirmación de que el tirón industrial va a favorecer a una pequeña minoría. Mientras el número de obreros aumenta en un 18% y los salarios en un 20%, la productividad lo hace en un 114%. O lo que es lo mismo, la producción media de cada obrero pasa de 285,7 libras de algodón en 1846 a 517,2 en 1860: la productividad por operario aumenta, pues, en un 81% y los salarios sólo en un 20%. Sin embargo, el crecimiento de los precios, como puede apreciarse en el siguiente recuadro, fue muy superior:

Años	Trigo	Aceite	Azúcar	Cebada
1850	72,7	88,0	112,0	55,9
1860	111,9	114,6	114,6	93,2 <sup>430</sup>

El precio del trigo, artículo de primerísima necesidad y básico en la alimentación, aumenta un 54,7%. Luego, no van a ser los obreros, sino los patronos los principales beneficiados del aumento general de la riqueza generado por el incremento de la productividad: "*El período se caracterizó por ganancias fabulosas de los fabricantes*"<sup>431</sup>.

La minería es otra de las actividades económicas que contribuye al desarrollo industrial de España: "*Durante el siglo XIX España se convierte en una de las zonas mineras más estimadas del continente*"<sup>432</sup>. Durante estos años hasta 1868 -período de "*recuperación minera*" lo denomina Vicens Vives<sup>433</sup> - el ritmo de producción se acelera considerablemente. La producción de hulla asturiana pasa de 278.400 toneladas en 1860 a 447.000 en 1870. Y la producción total española que en 1865 fue de 450.000 toneladas, alcanzó las 660.000 en 1870. Pero el desarrollo del sector minero español se debió fundamentalmente a otros metales: "*Aparte del mercurio, con una tradición ya antigua, hubo tres metales que contribuyeron al auge de la minería española: el cobre, el plomo y el hierro*"<sup>434</sup>. La industria nacional absorbía una mínima parte de la producción, por lo que la mayor parte de ésta se dedicaba a la exportación<sup>435</sup>; por eso el crecimiento del ritmo de producción fue marcado fundamentalmente por la demanda exterior. Así, por ejemplo, las toneladas producidas y exportadas de mineral de hierro fueron las siguientes:

<sup>429</sup> Tabla reproducida por: M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 43.

<sup>430</sup> *Ibíd.*, p. 50.

<sup>431</sup> Arenas-Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 42.

<sup>432</sup> J. Vicens Vives: *Historia económica de España*, cit., p. 596.

<sup>433</sup> *Ibíd.*, p. 597.

<sup>434</sup> Vicens: *Historia económica...*, cit., p. 596.

<sup>435</sup> "*En 1877 España era el primer país de Europa en la producción de minerales de plomo, cobre y hierro. Pero su producción siderúrgica era sólo el 10 por 100 de la belga y el 0,7 por 100 de la inglesa*".

Vicens Vives: *Historia económica...*, cit., p. 597.

1856	1860	1865	1870
Prod.: 69.000	Prod.: 173.000	Prod.: 191.000	Prod.: 436.000
Exp.: -	Exp.: -	Exp.: -	Exp.: 253.000 <sup>436</sup> .

También la industria siderúrgica, que se había ido constituyendo a lo largo de las dos décadas anteriores, experimenta un considerable desarrollo motivado, entre otras cosas, por la sustitución del carbón vegetal por el mineral lo que va a motivar el cambio de ubicación. En 1832 se construyó en Marbella un alto horno que funcionaba con carbón vegetal y, posteriormente, se construyeron otros del mismo tipo en Huelva y Sevilla<sup>437</sup>. Pero la utilización de la hulla, más barata y con mayor poder calorífico, originará que esta industria se desplace hacia el norte; concretamente, Asturias, donde existían yacimientos de este tipo de carbón, y Vizcaya, que lo importaba de Gran Bretaña "*como mercancía de retorno*"<sup>438</sup>. El progreso resulta notorio si sólo nos fijamos en la evolución de las cifras españolas: "*En 1860, según los datos de Garrido, había en España 600 establecimientos metalúrgicos, comprendiendo 802 hornos y 280 forjas, en los que trabajaban 13.085 obreros*"<sup>439</sup>. Y mientras en 1848 sólo existía un alto horno de coque en Mieres, en 1866 ya había 8. Pero si se compara la situación española con la de otros países europeos el atraso español resulta evidente. Por ejemplo, Francia en 1861 contaba con 190 altos hornos e Inglaterra, ya en 1826, tenía más de 300<sup>440</sup>.

En esta década, y éste es uno de los datos económicos más relevantes e indicativos del desarrollo capitalista de estos años, se produce el tendido de las grandes líneas ferroviarias, con capital principalmente extranjero, al amparo de la Ley de concesiones ferroviarias de junio del 55, todavía durante el gobierno de Espartero<sup>441</sup>. Así se van a fundar diversas sociedades para la construcción de los ferrocarriles y creación de todo tipo de empresas promovidas por financieros extranjeros como los hermanos Péreire, Lémeroy, Rotschild, etc., en cuyos consejos de administración figurarán personajes relevantes de la vida política española, sobre todo generales, como Ros de Olano, Fernández de Córdova, Lersundi, González Bravo, cuya función no era otra, dicho con términos modernos, que la de facilitar el tráfico de influencias<sup>442</sup>. El tendido de líneas férreas avanzó con gran celeridad como puede apreciarse en el siguiente cuadro:

<sup>436</sup> Vicens Vives: *Historia económica...*, cit., p. 601.

<sup>437</sup> Vide: J. Vicens Vives: *Historia económica de España*, cit., p. 602-604.

<sup>438</sup> Miguel Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 118.

<sup>439</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 47.

<sup>440</sup> Cf. Miguel Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 116.

<sup>441</sup> Arenas y Tuñón hacen el siguiente comentario: "*Esta ley, en el preciso momento en que se habían terminado los grandes tendidos europeos y en que el mercado mundial de capitales iba a adquirir un tono de saturación con la crisis de 1857, fueron [sic] de primera importancia para que los capitales franceses -y también otros belgas y británicos- se precipitaran en España*". *Historia del movimiento obrero...* cit., p. 47.

<sup>442</sup> "*La oligarquía aristocrática, los políticos que frecuentaban la antecámara regia, los militares -más o menos vinculados en los grupos políticos- no cumplían mayor función en estas empresas que la de facilitar la ayuda del Poder -no se puede hablar en esa época de liberalismo "puro"-, cubrir las apariencias y hasta dar lustre y abolengo a las sociedades de inversión y explotación. En cambio, su función en el desarrollo capitalista del país fue bien parva*". M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 49.

Año	Kilómetros existentes
1853	200
1859	1.120
1862	2.5596 <sup>443</sup>

Las ganancias de las empresas que se dedicaron a la construcción de los ferrocarriles y a otras actividades como la minería, fábricas de gas etc., fueron extraordinarias.

Por lo que se refiere a la población, los datos de 1858 son los siguientes:

Población total	Población activa	Trabajadores industriales:	Trabajadores agrícolas
16.190.172	4.829.596	443.593	3.219.000 <sup>444</sup>

Todos estos datos confirman que el desarrollo capitalista se está consolidando en España. Se están produciendo importantes acumulaciones de capital: la burguesía comienza a desempeñar un papel importante en la dirección de la economía -y consecuentemente de la política<sup>445</sup>- del país; y *"el hecho de que existiera ya esa burguesía suponía implícitamente la existencia de una clase obrera que le vendía su fuerza de trabajo por un salario"*<sup>446</sup>. Ahora bien, el binomio industrialización-obrerismo no fue un fenómeno generalizado en toda España, sino restringido a determinadas zonas y, por eso mismo,

*"chocaba ya con la estructura agraria y semiseñorial del país, con el régimen político dominado por la nobleza terrateniente, con lastre inmenso del campesino minifundista, del taller artesano, del pequeño comerciante. Las contradicciones de la España moderna comenzaban a manifestarse"*<sup>447</sup>.

Y de ahí que en aquellas zonas en las que se produjo un impulso industrializador se puedan apreciar características claramente diferenciables:

*"La impresión de conjunto es que allí donde se aplicaron las nuevas fuerzas de producción (siderurgia, textil) y transporte, y las nuevas relaciones de producción (capital-trabajo asalariado) tuvo lugar un impulso que sobresalió del resto de la economía del país. El ejemplo más característico fue el de Cataluña y Vizcaya"*<sup>448</sup>.

Por todo lo cual se puede afirmar que en estas zonas surge ya un nuevo fenómeno que, *"sin dar todavía la tónica a la economía nacional, frenada por el viejo régimen, era ya de gran alcance*

<sup>443</sup> *Ibíd.*, p. 49

<sup>444</sup> Cuadro elaborado con los datos extraídos de: M. Núñez y Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, p. 41.

<sup>445</sup> *"En este momento se suelda el triángulo que hasta 1931, por lo menos, va regir las actividades financieras económicas y políticas del país. Tal triángulo tiene un vértice en la industria textil catalana, otro en la agricultura castellana (y andaluza, por tanto) y un tercero en los ferreteros vascos. Siderúrgicos, cerealistas y algodóneros constituyen un sólido triángulo, mucho más efectivo que cualquier combinación ministerial, política o militar. Ellos son los que mandan. Mandarán durante el período moderado, e incluso son los dueños del país durante la Restauración."* J. Vicens Vives: *Historia económica de España*, cit., p. 557-558.

<sup>446</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 52.

<sup>447</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 46.

<sup>448</sup> Núñez-Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 51-52.



y explica la aparición del movimiento obrero en la historia de España"<sup>449</sup>. O, lo que es lo mismo, la adquisición definitiva de su conciencia de clase.

Por lo que a la política se refiere, la característica fundamental del período que va desde 1856 hasta 1868 es la tentativa de aglutinar, en torno a lo que podríamos denominar un proyecto de centro, a los sectores más avanzados de los moderados y más moderados de los progresistas, tanto para alejar del poder a los grupos más reaccionarios como para conjurar el peligro de una revolución. O lo que es lo mismo, pretenden "reconciliar la libertad y el orden"<sup>450</sup>. No lo van a conseguir y, ante el giro cada vez más reaccionario que estaba adoptando la monarquía, terminarán derribándola para evitar la revolución social:

*"Al igual que en 1854, ciertos políticos y generales cautos que no simpatizaban con la revolución popular se vieron obligados a arriesgarse a derrocar la dinastía para 'salvar a la propiedad de la tremenda revolución social que la amenzaba y que fomentan los gobiernos reaccionarios'"<sup>451</sup>.*

Tras los acontecimientos de julio de 1856 O'Donnell, líder de la *Unión Liberal*, es encargado de formar gobierno. La *Unión Liberal* nació precisamente con la intención de conciliar libertad y orden. Las presiones clericales hicieron que a los tres meses fuera sustituido por Narváez como jefe de gobierno: la reina eligió a éste como pareja en un baile de honor<sup>452</sup>; el sector más reaccionario de los moderados vuelve a ocupar el poder y el clima general es de represión:

*"Los liberales fueron perseguidos; los sótanos del ministerio de la Gobernación se llenaban de detenidos, a los que Carlos Marfori -según cuenta Gutiérrez Gamero- les servía argumentos de palos y bofetadas de persuasión'"<sup>453</sup>.*

Lógicamente, en estas circunstancias la lucha por el derecho de asociación va a sufrir un nuevo retroceso: Narváez promulgó un decreto en 1857 prohibiendo de nuevo las asociaciones. En junio de 1858 O'Donnell vuelve a la jefatura del gobierno y su actitud frente a las asociaciones obreras va a ser idéntica: "Durante los años del gobierno O'Donnell, llamado de la "Unión Liberal", se prosiguió una política de represión de cualquier actividad reivindicativa por parte

<sup>449</sup> *Ibíd.*, p. 52.

<sup>450</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 254.

<sup>451</sup> *Ibíd.*, p. 254. La cita corresponde al manifiesto emitido por Prim en Lisboa en 1865.

<sup>452</sup> Tuñón reproduce un comentario del Conde de Romanones -*Sagasta o el político*- en el que explica por qué la reina decidió cambiar de jefe de gobierno: "La ingratitude de la Reina con O'Donnell no procedía sólo en aquella ocasión de la veleidad de su carácter; tenía por base algo más trascendental: el compromiso que a espaldas de su Gobierno había contraído con el Vaticano de derogar las leyes desamortizadoras."

*La España del siglo XIX*, cit., p. 160.

<sup>453</sup> M. Tuñón: *Ibíd.*, p. 160.

Un testimonio contemporáneo es el del Embajador de Los Estados Unidos, Augustus Dodge, quien en un despacho fechado el 18 de julio de 1857 escribe: "Nunca antes estuvieron las cosas en peores condiciones. Debo confesar que el destierro y la pena de muerte son la orden del día, y que el Gobierno va cada vez más en retroceso [...]. Ha habido numerosas insurrecciones provinciales y Narváez las reprime con el rigor que le caracteriza. Hay rumores de que en Madrid se han llevado a cabo más de 1.500 detenciones en las últimas tres semanas, mientras que en Andalucía se ha fusilado a un gran número de insurrectos presos. ¡Realmente España está sumida en el abismo del mal gobierno y la miseria!"

Recogido por: Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 85.

de los obreros"<sup>454</sup>. Pese a lo cual la lucha no cesó: "Un hito significativo de esta fenomenología viene constituido, por ejemplo, por la petición al Congreso, avalada por quince mil firmas en 1861, solicitando 'la libertad de asociación para combatir el capital de manera noble y pacífica'"<sup>455</sup>. La solicitud fue rechazada: la única respuesta de los diferentes gobiernos de este período ante los problemas sociales es la represión<sup>456</sup>. Solamente se les autorizó la constitución de sociedades de socorros mutuos pero con tal cantidad de restricciones que "confinaron en la ilegalidad a la mayor parte de las actividades societarias de los obreros, quienes de una manera u otra continuaron agrupándose"<sup>457</sup>. En la clandestinidad tienen que refugiarse también los líderes republicanos que, durante toda esta década, son los que van a contar "con el apoyo y simpatía de las masas populares"<sup>458</sup>. Se van a organizar en sociedades secretas cuyos miembros pertenecían a los más diversos sectores sociales<sup>459</sup>. Su ideología era republicana y socialista. En febrero de 1858 difundieron un *Manifiesto político de la junta nacional del partido democrático español* "en el que se insta a la insurrección para proclamar la república como única forma aceptable de gobierno"<sup>460</sup>. Sin embargo, no todos los militantes de la *Unión Liberal* están de acuerdo con la política de represión ante las reivindicaciones obreras; algunos de ellos -es lógico dada la abigarrada composición del mismo- son sensibles a la cuestión social<sup>461</sup>. El gobierno de la "Unión

<sup>454</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 158.

<sup>455</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 182.

<sup>456</sup> Vide, Artola, *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 177-178.

<sup>457</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 158. Entre las restricciones, en esta misma página, cita Tuñón las siguientes: "Que tuviesen carácter local; que no contasen con más de 1000 miembros; que comprendiesen sólo una clase de obreros según su clasificación en la industria; que los fondos fuesen intervenidos por el gobernador civil y por el alcalde. También se prohibía que tanto las diferentes asociaciones como sus dirigentes celebrasen reuniones entre sí."

<sup>458</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revlución en la España del siglo XIX*, cit., p. 79.

<sup>459</sup> "En las filas del carbonarismo militaba una gama muy amplia de la sociedad española; no sólo intelectuales y políticos como Estanislao Figueras, Roberto Robert, José María Orense, Eduardo Chao, Federico Carlos Beltrán, Ignacio Cervera y, desde el destierro, Sixto Cámara y Fernando Garrido, sino además obreros, campesinos, propietarios e incluso, miembros de los rangos inferiores del Ejército." *Ibid.*, p. 80.

<sup>460</sup> *Ibid.*, cit., p. 80. A continuación, en esta misma página, Lida reproduce y comenta algunos de los párrafos de este *Manifiesto*: "Al mismo tiempo los revolucionarios advierten que <<jamás se ha verificado en el mundo ninguna revolución social sin venir precedida de la emancipación política de las clases desheredadas>>. El *Manifiesto* subraya que ésta se podrá alcanzar sólo si se defienden los derechos individuales -libertad de imprenta, asociación, trabajo, religión y seguridad personal- y si se establece que la base de la soberanía reside en el pueblo. Por último, declara que su deseo es romper las trabas que obstruyen la producción y <<promover la riqueza pública, extinguir la miseria, derramar la instrucción por todas partes, suministrar condiciones de trabajo, emancipar, en una palabra a las clases proletarias>>. [...] Además sugiere [...] establecer la instrucción primaria, gratuita y obligatoria y completar la desamortización civil y eclesiástica con la <<enajenación a censo entre los proletarios de todos los terrenos baldíos, comunes y patrimonio de la corona>>. Este programa no sólo sintetiza los objetivos políticos y sociales de las organizaciones secretas, sino que, al mismo tiempo, convierte a los demócratas en el sector más avanzado de España hasta ese momento y al carbonarismo en su vanguardia revolucionaria."

<sup>461</sup> "Debe advertirse que los unionistas liberales más ilustrados fueron capaces de más previsión y de miras más amplias en la solución de los problemas sociales; Borrego, Ríos Rosas y Pastor Díaz fueron demócrata-cristianos primitivos. En 1858 Ríos Rosas pedía que la legislación social adoptara "la solución de Jesucristo", de modo que su programa fue tímido. Borrego era muy favorable a una solución "social" para los problemas que habían suscitado las ventas de tierras realizadas según estrictas premisas individualistas. Hay por tanto una relación entre los primeros radicales (por ejemplo, Flórez Estrada) y los reformadores sociales católicos posteriores." R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 258.

Liberal" permaneció en el poder hasta marzo de 1863, duración inusitada en esta época, a lo que no fue ajena la expansión económica de estos años pues "los mejores años de la Unión Liberal coincidieron con el punto culminante del boom de los ferrocarriles"<sup>462</sup>. Comienza a extenderse la idea de que "la riqueza, y no los guardias civiles, eran la verdadera garantía contra la revolución social"<sup>463</sup>. Pero la cuestión del reconocimiento de Italia sirvió al sector ultracatólico<sup>464</sup> para forzar la caída de O'Donnell que llevó aparejado el comienzo de la desintegración de la *Unión Liberal*. Formó nuevo gobierno el marqués de Miraflores con lo que se esfumaron "las últimas esperanzas de los progresistas de acceder al poder por vía legal a la gobernación del país"<sup>465</sup>. Desde estos momentos los progresistas van a practicar la política del "retramiento": se niegan a participar en la vida política<sup>466</sup> buscando con ello una manera de presionar a la monarquía. Ésta no cedía con lo que la única posibilidad que les quedaba de acceder al poder era la revolución. Diversos gobiernos se suceden con gran rapidez; el descontento de la sociedad española va en aumento hasta tal punto que "cuando Narváez tomó el Poder [septiembre de 1864], la ruptura entre el trono y la mayoría de la sociedad española era ya manifiesta"<sup>467</sup>. Los sucesos conocidos como *La noche de San Daniel* contribuirán a la intensificación del malestar e incremento de la inestabilidad política<sup>468</sup> pues Narváez volvió a caer. O'Donnell fue

<sup>462</sup> R. Carr: *España 1808-1875*, cit., 258.

<sup>463</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 258.

<sup>464</sup> Carr señala como un rasgo característico de la España del decenio anterior a la revolución del 68, "la recatolización de la sociedad", que se va a plasmar en el florecimiento de un "partido neocatólico". El objetivo de este partido va a ser "convertir la unidad católica de España en una realidad intelectual y política en contra del espíritu tolerante del bienio." Este partido será uno de los principales obstáculos contra el que va a chocar una y otra vez el tímido liberalismo de O'Donnell: "El revivir del catolicismo, por útil que fuera como elemento de cohesión social, embarazó y dividió el liberalismo del partido de centro de O'Donnell. Había un límite a partir del cual no podía hacer concesiones a la Iglesia sin traicionarse a sí mismo. O'Donnell alcanzó por dos veces este límite de concesiones. Los liberales conservadores nunca complacieron al partido clerical: los liberales eran todos" más o menos regalistas". Cuando restauraron los colegios de los escolapios los sometieron a la "ley general de la instrucción pública y a las órdenes especiales del gobierno". En los debates del bienio, el obispo de Barcelona había intimado que la prosperidad no podía compensar la pérdida del tesoro incalculable de la unidad religiosa. Para O'Donnell, la unidad religiosa no podía compensar ninguna unidad." *España 1808-1975*, cit., p. 279-281.

<sup>465</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 177.

<sup>466</sup> "El retramiento, que en teoría era una protesta contra la corrupción y las "falsificaciones" electorales, fue en realidad una represalia por las negativas de Isabel II a formar un gobierno progresista. Así, el pecado político capital de Isabel II fue que con su negativa a admitir a los progresistas en el poder sometió a dura prueba su fidelidad a la dinastía empujándoles a la revolución. En 1863 y 1864, si les hubiera puesto un cargo ante los ojos y les hubiera llamado a Palacio de vez en cuando, hubiera convertido a hombres como Prim y Madoz en fieles servidores, dispuestos a correr riesgos considerables ante sus partidarios para evitar una ruptura insalvable con el trono." R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 284.

<sup>467</sup> *Ibid.*, p. 178.

<sup>468</sup> En abril de 1865 Castelar publicó un artículo -titulado *El rasgo*- en el periódico *La Discusión*, dirigido por Pi y Margall. En este artículo critica duramente la decisión del gobierno de vender bienes desamortizables para compensar a la reina que, poco antes, había donado bienes del patrimonio real para cubrir el déficit de hacienda. Castelar, que ya el año antes había publicado otro artículo en *La Democracia*, atacando una circular del Ministro de Fomento, Alcalá Galiano, en la que se prohibía que los catedráticos expresasen ninguna idea contraria a la monarquía o el concordato, fue destituido de su cátedra de Historia. El rector se niega a acatar la orden y dimite. Los estudiantes, apoyados por el pueblo, se manifiestan contra el gobierno y contra la reina. La represión de la Guardia Civil ocasionó varios muertos y múltiples heridos.

Vide: M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 187-189.

encargado nuevamente de formar gobierno e intentó que los progresistas abandonasen su política de retraimiento tratando de atraerlos mediante la adopción de una serie de medidas de talante liberal<sup>469</sup>. Pero "el decidido temple militante de las masas progresistas hizo imposible que los dirigentes aceptaran el pacto y abandonaran el retraimiento (octubre de 1865)"<sup>470</sup>. Aunque la política oficial hacia el asociacionismo obrero no cambió, sin embargo se adoptó una actitud de cierta tolerancia<sup>471</sup>, hasta tal punto que en diciembre de 1865 se celebró en Barcelona un *Congreso obrero* al que acudieron cuarenta sociedades. Este congreso fue organizado por Antonio Gusart, director del periódico *El obrero* que, al amparo de este clima de "tolerancia", se publicó en Barcelona entre 1864 y 1866<sup>472</sup>. Los acuerdos de este congreso fueron exclusivamente de tipo laboral: derecho de asociación, federación de las sociedades obreras y cooperativismo: "Dominado por tendencias libertarias o antiestatales, rechazó la acción política y la intervención del Estado"<sup>473</sup>. Los demócratas tratan de ganarse las simpatías de los líderes obreros apoyando su reivindicación del derecho de asociación.

En junio de 1866 tiene lugar la sublevación de los sargentos del cuartel de San Gil<sup>474</sup>. El pueblo de Madrid la apoyó y, como en ocasiones anteriores, se batió en las barricadas: "La lucha se generalizó en todos los barrios de Madrid. [...] La parte más combativa del pueblo de Madrid no sólo se batía en las barricadas, sino que hacía fuego sobre las fuerzas del Gobierno desde balcones y ventanas"<sup>475</sup>. El ejército, al mando de O'Donnell y Serrano, aplastó la sublevación y un gran número de sargentos fueron fusilados. O'Donnell se hizo tremendamente impopular y fue reemplazado por Narváez en julio. El nuevo gobierno va a adoptar una actitud hostil hacia las sociedades que vuelven a la clandestinidad donde permanecerán hasta la revolución del 68; *El Obrero* y otros periódicos de este mismo tipo fueron prohibidos. Y es que Narváez, hasta su muerte (abril 1868) y González Brabo después, van a gobernar como auténticos dictadores<sup>476</sup> de tal manera que "en 1868, el gobierno descansaba en la débil base de los moderados

<sup>469</sup> "Este gobierno repuso a Castelar en su cátedra, autorizó el regreso de Prim y estableció las circunscripciones electorales por provincias, amén de reconocer el reino de Italia, todo lo cual se hacía como prueba del espíritu liberal que informaba a los gobernantes." Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 189.

<sup>470</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 290.

<sup>471</sup> "Entre 1864 y 1866, en Barcelona (gracias a la condescendencia del capitán general Dulce) los obreros pudieron reconstruir de forma casi pública sus sociedades de resistencia. A este respecto, C. Martí (a través del estudio de los periódicos obreristas *El Obrero* y *La Asociación*) señala la existencia de dieciséis entidades obreras en Barcelona, y de alguna de Tarrasa, que efectuaban vida pública."

A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 182.

<sup>472</sup> Vide: A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 182; y M. Tuñón: *La España...*, cit., p. 193.

<sup>473</sup> M. Tuñón: *La España...*, cit., p. 193.

<sup>474</sup> Según Carr: "El levantamiento fue originado en parte por el resentimiento de los sargentos de artillería contra el exclusivismo aristocrático de su cuerpo de oficiales, que se negaba a permitir los ascensos de los suboficiales procedentes de las clases de tropa, corrientes en infantería, y en parte también como consecuencia de la propaganda demócrata." *España 1808-1975*, cit., p. 290.

Para Tuñón, los sargentos "sacaron las baterías a la calle y ésta fue la señal del "golpe", en el que se hallaban comprometidos los progresistas y los generales Pierrad, Hidalgo y Moriones." *La España...*, p. 190.

<sup>475</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 190.

<sup>476</sup> *Ibíd.*, p. 191.

Carr añade que González Brabo "en julio de 1868 desterró a todos los militares destacados de la Unión Liberal, Serrano, Dulce, Zabala, Córdoba y Echagüe, porque estaba convencido de que conspiraban con el cuñado de la reina, el duque de Montpensier". *España...*, cit., p. 291.

puros<sup>477</sup>, lo que venía a significar que "el gobierno de Isabel II dejaba incluso de representar a las clases dominantes para convertirse exclusivamente en órgano de una camarilla y en primer obstáculo para el desarrollo de la vida nacional"<sup>478</sup>. Es decir, políticos y militares, que hasta ese momento habían sido afectos al gobierno, son poco menos que empujados a las filas de la oposición: estamos, pues, ante una situación parecida a la que originó la revolución de 1854. El descontento es general, a lo que contribuye, además, la recesión económica internacional que tiene lugar en 1866 y que, dada la dependencia del desarrollo industrial español de los capitales extranjeros, va a suponer un parón en la expansión al dejar éstos de afluir; aumentó el paro y, por si fuera poco, en 1867 el trigo experimentó la mayor subida del siglo<sup>479</sup>. Todas las fuerzas de oposición comienzan a unirse. Ya en agosto de 1866 progresistas y demócratas firmaron un acuerdo en Ostende, el llamado *Pacto de Ostende*, y en junio de 1867 firmaron otro en Bruselas "ratificando que sólo una asamblea soberana, elegida por sufragio universal, decidiría la cuestión de régimen: monarquía o república"<sup>480</sup>. La muerte de O'Donnell favoreció el entendimiento de los militantes de la Unión Liberal con los progresistas. De este modo

*"se estableció un frente común que iba desde la Unión Liberal y los progresistas hasta los sectores más populares que seguían a Pi y Margall, los republicanos como Orense, Figueras y Castelar, y otros personajes del partido demócrata como Nicolás María Rivero"*<sup>481</sup>.

La conspiración se extiende y en todas las ciudades se constituyen juntas revolucionarias. El 19 de septiembre la escuadra se subleva en Cádiz. El pueblo gaditano y el de otras muchas ciudades se unen rápidamente a la sublevación:

*"El pueblo de Cádiz se suma al movimiento y se hace dueño de la ciudad. Prim, con tres fragatas, va sublevando sucesivamente Málaga, Almería y Cartagena. Las Juntas revolucionarias organizan el levantamiento por doquier y lanzan llamamientos al pueblo. El de Sevilla reclama las libertades democráticas más importantes, el sufragio universal, la abolición de los derechos de puertas y consumos y la elección de Cortes constituyentes. La Junta revolucionaria de Barcelona se dirige al pueblo y a los soldados, en una proclama de tonos muy líricos en que la exaltación del general Prim va unida a los vítores ya clásicos a la Libertad, al Pueblo y a la Soberanía nacional"*<sup>482</sup>.

Tras la batalla de Alcolea (28 de septiembre), triunfa la revolución e Isabel II sale para Francia<sup>483</sup>. El entusiasmo popular se desborda: en Madrid se echan a la calle dando gritos a

<sup>477</sup> Carr: *España...*, cit., p. 291.

<sup>478</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 192.

<sup>479</sup> R. Carr aporta el dato de que en este año la fanega de trigo costaba en Sevilla 275 reales: seis veces su precio habitual. Y, comentando la recesión de 1866, escribe: "La expansión cesó en el momento en que la corte trataba de derrotar el gobierno constitucional tal como lo concebía la oligarquía. El absolutismo, por consiguiente, quedó relacionado con la recesión económica. Como señalaba un súbdito inglés, los ferrocarriles fueron los que originaron la Revolución de 1868: una "civilización ferroviaria" no podía soportar una mengua de los beneficios. Así, la crisis de 1867, cuando los elevados precios del grano sumaron los sufrimientos del pobre al descontento del rico, constituye una transición de los antiguos a los nuevos determinantes económicos de la revolución". *España 1808-1975*, cit., p. 293.

<sup>480</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 194.

<sup>481</sup> Tuñón: *La España...*, cit., p. 195.

<sup>482</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 197.

<sup>483</sup> Tuñón de Lara afirma que la situación estaba madura desde varios meses antes pero que los revolucionarios decidieron esperar hasta que la reina estuviese de vacaciones en San Sebastián "con objeto de que, teniendo la

favor de la revolución, en contra de los Borbones y cantando el *Himno de Riego*. Lo mismo ocurre en Barcelona. En el gobierno provisional que se constituye el 8 de octubre las carteras ministeriales se las reparten entre *Unionistas* y *Progresistas*. Los manifiestos publicados por las *Juntas* que se habían constituido en cada provincia, indican con total claridad los fines, y por tanto a qué intereses e ideología, responde la revolución:

*"Es sumamente interesante comprobar la coincidencia de la mayor parte de manifiestos y proclamas de dichas Juntas provinciales en cuanto al programa político que pedían: separación de cultos, sufragio universal, libertad de imprenta en lo político; libertad de industria y comercio, supresión de la contribución consumos, establecimiento de una contribución única y directa e individual, encaminada a suprimir las trabas a la circulación comercial y a estimular el desarrollo de las fuerzas productivas, expresando así los intereses de la burguesía industrial y comercial que, sin duda, eran también los intereses nacionales en el momento revolucionario de 1868"*<sup>484</sup>.

Sin embargo, el Gobierno Provisional se va a mostrar bastante más conservador. En el primer manifiesto que publicó -25 de octubre- si bien reconocía todas las libertades formales, no adoptaron una sola medida que socavase el poder económico de las clases dominantes del Antiguo Régimen, *"con lo cual se demostraba que las viejas clases poseedoras, únicas beneficiarias de la arcaica estructura económica del país, seguían teniendo sus representantes en el nuevo gobierno"*<sup>485</sup>. Por eso, algunos de los sectores sociales que habían apoyado la revolución, entre los que se encontraban las clases populares, van a distanciarse rápidamente de ella:

*"La impresionante demostración republicana organizada en Madrid el 22 de noviembre y la lucha armada del pueblo de Cádiz, en los primeros días de diciembre, resistiéndose al desarme de los Voluntarios de la Libertad y pidiendo aumento de jornales, cerraban el año 1868, estableciendo una línea divisoria entre los de "aquí no ha pasado nada", que pretendían limitar la revolución a un cambio de gobierno, y los extensos sectores de las clases medias, burguesía nacional, trabajadores de las ciudades y del campo, empeñados en librar batalla por la efectiva democratización del país"*<sup>486</sup>.

---

frontera a su alcance, no corriera riesgo en su persona." *La España del siglo XIX*, cit., p. 196.

Y Carr: "Con peculiar delicadeza, San Sebastián aguardó a que la reina tomara el tren que habría de conducirla al exilio en Francia antes de pronunciarse contra ella." *España 1808-1975*, cit., p. 292.

Esta actitud benevolente, así como el nombramiento de Serrano -que había participado activamente en la represión de la sublevación de los sargentos de San Gil- como jefe supremo del ejército, o la presencia en la Junta de Gobierno del general de Ros de Olano -"que lo mismo era "revolucionario" que participaba en los Consejos de administración de sociedades anónimas [Tuñón, 197]- son datos muy elocuentes de las contradicciones que harían inviable esta revolución.

<sup>484</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 198-199.

<sup>485</sup> *Ibíd.*, p. 199.

<sup>486</sup> *Ibíd.*, cit., p. 200.

## 2.4. LOS CAMPESINOS.

Una vez analizada la situación y el papel que desempeña en los acontecimientos históricos de estos años el proletariado industrial, voy a centrarme en las páginas siguientes en el estudio de las condiciones, reivindicaciones y adquisición de conciencia de las clases trabajadoras del campo, pues el movimiento obrero –según la opinión de Tuñón recogida al comienzo de este capítulo- *"se extiende, naturalmente, a los obreros agrícolas, ya sean éstos peones, jornaleros, trabajadores fijos o eventuales"*<sup>487</sup>.

En primer lugar hay que destacar que la sociedad española de estos momentos es una sociedad "atípica" si se la compara con la de otros países europeos. España es un país eminentemente agrario<sup>488</sup> -ya se ha visto cómo la industrialización es un fenómeno relativamente restringido- y por eso el sector primario va a jugar un papel fundamental tanto en la economía<sup>489</sup> como en la política, y tanto los propietarios<sup>490</sup> -vértice importante del famoso triángulo señalado por todos los historiadores<sup>491</sup>- como los jornaleros, cuyas reivindicaciones y ocasionales actos de violencia desesperada van a empujar a la burguesía gobernante -por miedo a la revolución- hacia el moderantismo y la alianza con los sectores más tradicionales. Por eso, *"el campo español condicionaba de una forma determinante la vida social, política y económica del conjunto hispano"*<sup>492</sup>. Y la condicionaba actuando como un freno: *"La España agraria pondrá obstáculos materiales, jurídicos y psicológicos al capitalismo"*<sup>493</sup>. Es decir, se va a convertir en una de las principales causas del fracaso de la revolución burguesa.

Por otra parte, la mayor parte de las tierras estaban *vinculadas* siendo sus principales dueños la nobleza, la Iglesia y los municipios, por lo que la inmensa mayoría de los campesinos no eran propietarios de la tierra. Según Jutglar, en 1864 más de 2/3 de los asalariados españoles eran campesinos, cifra que demuestra tanto el peso que el campo tenía en el conjunto de la economía española, como el de los asalariados en el conjunto de la agricultura. Otras cifras, correspondientes a unos años después, pueden ayudar a tener una idea más cabal del reparto de la tierra: *"A comienzos del siglo XX, 10.000 familias poseían 50 por 100 del catastro, y el 1 por 100 de propietarios 42 por 100 de la propiedad territorial"*<sup>494</sup>. Esta distribución de la propiedad influía, además, negativamente en la productividad, por lo que resultaba

<sup>487</sup> Vide nota 202.

<sup>488</sup> Recuérdese que, según los datos de Tuñón anteriormente recogidos, aproximadamente el 70% de la población activa se dedicaba a la agricultura.

<sup>489</sup> *"Otro índice para calibrar el peso respectivo de la economía agraria y de la industrial (así como la evolución de ésta) es la correlación entre contribución territorial y contribución industrial. De 1845 a 1859, el volumen de la contribución territorial (rústica, pecuaria, urbana) pasó de 364 millones y medio de reales a 475,9. La industrial y del comercio pasó, en el mismo tiempo, de 34,8 a 67,4"*.

M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 146-147.

<sup>490</sup> *"La comunidad de intereses hará de los terratenientes un grupo social caracterizado y en el caso de los grandes propietarios, se convertirá en un decisivo grupo de presión a escala nacional."*

Miguel Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 166.

<sup>491</sup> Vide cita de Vicens en nota 445.

<sup>492</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 157.

<sup>493</sup> Pierre Vilar: *Historia de España*, cit., p. 96.

<sup>494</sup> Pierre Vilar: *Historia de España*, cit., p. 98.

absolutamente inadecuada para las nuevas relaciones de producción que se estaban imponiendo. Así, si la situación material de los obreros industriales era mala -ya señalé al principio de este capítulo la descompesación salarios-precios- la de los jornaleros del campo eran aún peor:

*"Hasta bien entrado el siglo XX, el campesino -especialmente el andaluz y el extremeño-, cuando trabajaba<sup>495</sup>, percibía un salario, después de una agotadora jornada de trabajo de sol a sol -en el verano, incluso de dieciocho a veinte horas- de dos a cuatro reales y la comida. Fácilmente puede deducirse el nivel de vida subhumano de las familias jornaleras campesinas si consideramos que un kilogramo de pan costaba ya dos reales"<sup>496</sup>.*

Estas condiciones -la Edad Media gravitaba aún sobre los campos de España<sup>497</sup>- explican que se produzcan esporádicos estallidos de protesta y ocupaciones de tierra. Revueltas motivadas por la miseria -agudizada por la subida del trigo en años de malas cosechas- y por una aspiración: la posesión de la tierra: "El 'hambre de tierra', unido a las precarias condiciones de vida, constituyó uno de los fenómenos más importantes de la sociología campesina española"<sup>498</sup>. Esta demanda de tierras es característica de este período; años después ya no aparecerá entre sus reivindicaciones: "El mito de 'el reparto de tierras' dominó el proletariado agrícola durante el siglo XIX, pero no ya en el XX, en el que ha ido adquiriendo conciencia de la explotación colectiva agraria"<sup>499</sup>.

Los gobiernos liberales tuvieron la oportunidad de haber satisfecho esta "hambre de tierra" con lo que habrían resuelto un grave problema social y conseguido la adhesión del campesinado -convertidos en propietarios- lo cual hubiera supuesto el fortalecimiento y consolidación de la revolución burguesa. Pero, no sólo no lo hicieron, sino que su política agraria empeoró la situación de las clases jornaleras. La oportunidad se presentó en los dos grandes movimientos desamortizadores: Mendizábal y Madoz.

He señalado anteriormente que las relaciones de producción existentes en el campo español resultaban anacrónicas y que la gran cantidad de tierras *vinculadas* afectaban negativamente a la productividad. Ya los ilustrados en el siglo XVIII habían denunciado este fenómeno y propuesto medidas desamortizadoras, incluso discutieron el método<sup>500</sup>. Carlos III y Godoy dieron algunos pasos en este sentido. Pero va a ser Mendizábal quien, en 1836, lleve a cabo el primer gran proceso desamortizador con los bienes de la Iglesia. En el Real Decreto de 19 de febrero expone los motivos que le indujeron a adoptar esta medida:

*"sacar los mayores productos para amortizar lo más que pueda el capital de la deuda pública [...] crear una copiosa familia de propietarios, cuyos goces y cuya existencia se apoye principalmente en el triunfo completo de nuestras actuales instituciones".*

<sup>495</sup> Pierre Vilar -Op. cit., p. 99- señala que estaban parados entre 100 y 150 días por año.

<sup>496</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 167.

<sup>497</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 38.

<sup>498</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 183.

<sup>499</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 38.

<sup>500</sup> Olavide -*Informe sobre la ley agraria* (1768)- defendía un sistema "colectivista", mientras que Jovellanos -*Informe sobre el Expediente de la Ley Agraria* (1795)- era partidario del sistema *individualista*.

Vide: A. L. Abós Santabárbara y A. Marco Martínez: *Diccionario de términos básicos para la historia*, Madrid, Alhambra, 1983, p. 145-146; Teodoro Martín: *La desamortización. Textos político-jurídicos*, Madrid, Narcea, 1973, col. Bitácora 31, p. 21-22.



Y especifica también que espera que entre esos propietarios se encuentre el "jornalero con algunas esperanzas o con la protección de algún ser benéfico"<sup>501</sup>. Pero esto último no deja de ser un bienintencionado deseo, pues, como irónicamente comenta Tomás y Valiente, resulta difícil entender "quién sería el "ser benéfico" que, teniendo dinero para comprar fincas para sí, fuera a prestárselo a algún jornalero insolvente"<sup>502</sup>. Por eso, este segundo objetivo -facilitar el acceso del campesino a la propiedad de la tierra no se logró<sup>503</sup>. La desamortización no cumplió ninguno de sus fines. Mendizábal se ganó la oposición del campesinado pues su situación empeoró "como consecuencia de los aumentos de las rentas de los arrendamientos rústicos implantados por los adquirientes de las fincas desamortizadas"<sup>504</sup>. De ahí que, incluso entre sus propios partidarios van a surgir voces discrepantes, en cuanto se publicó el decreto y, por tanto antes de que se llevase a la práctica, contra el proyecto de Mendizábal. Es el caso de Álvaro Flórez Estrada quien, además de en el Parlamento del que era diputado, expuso sus críticas en un artículo -*Del uso que debe hacerse de los bienes nacionales*- publicado en *El Español* el 28 de febrero. Flórez Estrada es partidario de la desamortización, es decir de que las tierras de la Iglesia pasen a propiedad del Estado, pero no de que éste las venda a los particulares, sino de que las arriende por contratos enfiteúticos de 50 años renovables. Con este procedimiento se lograrían varias cosas: pagar los intereses de la deuda, aumentar el número de los partidarios de Isabel II, es decir la base social que apoyaba al régimen, y, lo que es más importante, favorecer a las clases campesinas, por lo que este procedimiento es

*"...el único, en fin, por cuyo medio se puede mejorar la suerte de la desgraciada clase proletaria desatendida en todas las épocas y por todos los gobiernos. [...] Por el contrario, el sistema de vender las fincas, hará la suerte de esta numerosa clase más desgraciada de lo que es aún en la actualidad"*<sup>505</sup>.

López Estrada quiere aprovechar la desamortización para realizar una reforma agraria que beneficie a los más desfavorecidos. Hay en él una profunda preocupación social y no le cabe en la cabeza que esta oportunidad histórica pueda desperdiciarse:

*"¿Será posible que nuestro gobierno, a costa de tan graves inconvenientes, se desentienda de abrazar la única medida capaz de sacar a la clase numerosa de la sociedad del estado de abyección y de miseria en que se halla? ¿Malogrará nuestro gobierno la oportunidad rara y sin igual apreciable que se le presenta, sin tener que vulnerar ningún derecho ni que excitar ninguna queja fundada, de regenerar España, formando así su Ley Agraria, esto es, distribuyendo del modo más equitativo y ventajoso la propiedad, que es don de la naturaleza y no producto de la industria del hombre, de cuya justa distribución penden la consolidación*

<sup>501</sup> Francisco Tomás y Valiente: *El marco político de la desamortización en España*, Barcelona, Ariel, 4ª edc., 1983, Ariel Quincenal 54, p. 79.

<sup>502</sup> *Ibid.*

<sup>503</sup> Tampoco se logró el primero y principal: extinción de la deuda nacional. Tomás y Valiente afirma que los fraudes fueron muchísimos. En las páginas 81-83 de la obra citada cuenta uno ocurrido en Salamanca en que el comprador de una finca, tasada en 37.000 reales, pagó por ella menos de 12.000 aprovechándose de la diferencia entre el valor nominal de los títulos de la deuda y su cotización real. El comprador entregaba al Estado la cantidad necesaria para que éste comprase en el mercado títulos de la deuda, cuya cotización estaba muy por debajo del valor nominal y luego los aceptaba, como pago por la finca, por su valor nominal.

<sup>504</sup> Francisco Tomás y Valiente: *El marco político...*, cit., p. 86-87.

<sup>505</sup> *Ibid.*, p. 90-91.

*de las instituciones fundamentales de los pueblos y el bienestar de los asociados?*<sup>506</sup>.

Flórez Estrada no fue el único que criticó a Mendizábal por la manera en que se llevó a cabo la desamortización. También lo hicieron Espronceda y Larra<sup>507</sup>, quienes insisten en los mismos argumentos de Flórez Estrada de que la desamortización, tal y como se está planteando, no sólo no va a favorecer a los campesinos, sino que los va a perjudicar. Idea ésta señalada por todos los historiadores posteriores:

*"...consolidó y aumentó el proletariado agrícola, o sea campesinos sin tierra ni aperos, que venden su fuerza de trabajo para laborar tierras ajenas, y el semiproletariado agrícola, es decir, campesinos que tienen yuntas y aperos con los cuales laboran las tierras ajenas, o que sólo son propietarios de una o varias minúsculas parcelas y que se ven obligados a trabajar gran parte del año en tierras de otros"*<sup>508</sup>.

Incluso hay quien sitúa en la desamortización el origen del problema social en el campo español<sup>509</sup>.

Lógicamente, el primero de los propósitos declarados por Mendizábal -"crear una copiosa masa de propietarios"- tampoco se cumplió:

*"El resultado no fue, sin embargo, la creación de un estrato de campesinos medios que engendrarse el capitalismo agrario. [...] No aumentó el número de propietarios, sino el de grandes propiedades. El fenómeno nuevo era la aparición de ricos hacendados, nuevos*

<sup>506</sup> Citado por: Francisco Tomás y Valiente: *El marco político...*, cit., p. 94.

Valorando la figura y el pensamiento de Flórez Estrada, escribe Tomás y Valiente: "En el fondo, Flórez Estrada quiere vincular lo que podríamos llamar "mejora otorgada" al campesinado, con la conservación del Estado liberal. No es Flórez Estrada un revolucionario, por supuesto. Es un hombre de izquierdas, un político que ve cuál es la conveniencia de los grupos mayoritarios, y cree que se debe y se puede conceder a esa clase social lo que en justicia le corresponde. Ahí radica su ingenua visión: en creer que la clase que entonces ocupaba el poder iba a estar dispuesta a hacer concesión tan importante, cuando ni siquiera el proletariado tenía conciencia -ni menos aún fuerza- para exigir lo que era su justo interés." *Ibíd.*, p. 94-95.

<sup>507</sup> Espronceda publicó a finales de abril de 1836 un folleto titulado *El ministerio Mendizábal*, en el que se hace eco del artículo de Flórez Estrada e insiste en sus mismos argumentos: "¿Como se atreve el Gobierno a disponer de los bienes del Estado en favor de los acreedores sin pensar aliviar con ellos la condición de los pobres? Y aun estos decretos se han expedido a la casualidad, y con tal desatino, que tampoco han surtido el efecto que su compositor esperaba. No hablaremos del de la venta de bienes nacionales que tan justa y sabia crítica mereció de nuestro excelente economista don Álvaro Flórez Estrada, y que si no lo derogan las Cortes aumentará, sí, el capital de los ricos, pero también el número y mala ventura de los proletarios. El Gobierno que debería haber mirado por la emancipación de esta clase, tan numerosa, por desgracia, en España, pensó (si ha pensado alguna vez en su vida) que con dividir las posesiones en pequeñas partes evitaría el monopolio de los ricos, proporcionando esta ventaja a los pobres, sin ocurrírsele que los ricos podrían comprar tantas partes que compusiesen una posesión cuantiosa.

Recogido en: Guillermo Carnero: *Espronceda*, Madrid, Júcar 1974. Col. Los poetas 11, p. 105.

Larra comentó elogiosamente el folleto de Espronceda en un artículo -publicado en *El Español* el 6 de mayo de 1836- titulado *Publicaciones nuevas. El ministerio Mendizábal, folleto por don José Espronceda*. Larra reproduce algunos de los párrafos del folleto de Espronceda y alaba a éste por su coraje, poniéndolo como ejemplo de lo que los jóvenes de su generación deben hacer: "Si nosotros no conseguimos hacernos oír, nuestra sangre abrirá camino a nuestros hijos, y aquí no tratamos de hacer la felicidad de nosotros, míseros humanos que podemos vivir treinta años más o menos, sino de la nación, que no muere nunca." *Artículos*. Edición de Carlos Seco Serrano. Barcelona, Planeta 1981. Clásicos Universales Planeta 21, p. 537-538.

<sup>508</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 37-38.

<sup>509</sup> Carlos Seco Serrano: *Larra: el liberalismo idealista*, en: *Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX*, Madrid, Guadiana 1973, p. 112.

*terratenientes, junto al propietario noble de antaño e incluso sustituyendo a veces al hidalgo arruinado*<sup>510</sup>.

Por eso, la actitud de los campesinos ante la desamortización y ante el sistema liberal fue de indiferencia; unos años después, tras la segunda, será de franca hostilidad. Esta indiferencia y posterior enemistad conllevaba un peligro: su utilización por parte de los sectores conservadores y carlistas. Flórez Estrada en el artículo mencionado lo señaló:

*"Con el sistema enfiteútico, todas las familias de la clase proletaria serían dueñas del dominio útil de la tierra que cultivasen, y, por consiguiente, interesadas en sostener las reformas y el trono de Isabel, pues en ellas verían cifrado su bienestar. Por el contrario, el sistema de vender las fincas, hará la suerte de esta numerosa clase más desgraciada de lo que es aún en la actualidad, y, por consiguiente, les hará odiosos la reforma y el orden existente de cosas*<sup>511</sup>.

Espronceda insistía en la misma idea aún con más claridad y, además, recordándole al ministro los errores cometidos muy pocos años antes para que no se repitiesen:

*"¿Qué decretos han salido del taller del Gobierno que interesen a las masas populares en nuestra regeneración política y les hagan identificarse con la causa que defendemos? Y no debiera olvidar el señor ministro que uno de los errores más perjudiciales cometidos en el año 20 fue, que nuestros gobernadores no hicieron aprecio de ese pueblo que llaman bajo, y que sólo no es alto porque se le niegan los medios de subir, y al cual vimos haciendo una contrarrevolución democrática en favor de un trono absoluto. La palabra libertad es hermosa y sonora, pero vacía de sentido para el pueblo rudo, que sólo comprende intereses materiales y no puede apreciarla cuanto merece sino por los beneficios que le produzca*<sup>512</sup>.

Es decir, dentro del partido progresista había gente -al margen de su grado de conciencia social- perfectamente consciente de que sin contar con el pueblo no se podría consolidar nunca la revolución liberal<sup>513</sup>.

Aunque en 1840 hubo peticiones de reparto de tierras en Málaga, no parece sin embargo, que la desamortización de Mendizábal provocase un malestar especial entre los campesinos más allá de lo que ya era habitual. Se podría quizás afirmar que van a mirar el asunto como un problema entre la Iglesia y los liberales. No ocurrirá lo mismo 15 años después cuando se produzca la de Madoz.

La llegada al poder de los moderados tras la caída de Espartero supuso la interrupción de la venta de los bienes de la Iglesia. La cuestión vuelve a plantearse cuando, a raíz de la revolución del 54, los progresistas consiguen de nuevo el poder siendo ministro de hacienda

<sup>510</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero*..., cit., p. 36-37.

De la misma opinión es A. Jutglar: "Contrariamente a lo soñado por Mendizábal y los teóricos del progresismo, las medidas anteriores, especialmente la desamortización, supusieron la consolidación del régimen liberal entre los miembros de la aristocracia y del dinero, pero no entre el campesinado."

*Ideologías y clases*..., cit., p. 116.

<sup>511</sup> Citado por: Francisco Tomás y Valiente: *El marco político*..., cit., p. 91.

<sup>512</sup> *El ministerio Mendizábal*, cit., p. 106.

<sup>513</sup> Larra era exactamente de la misma opinión. En el artículo ya referido, en el que comenta el folleto de Espronceda, escribe: "En una época como ésta, en que toda la dificultad para llevar adelante la regeneración del país consiste en interesar en ella a las masas populares, [...] ... la guerra misma de Navarra es, más que hija del fanatismo, un efecto de lo poco o nada que se ha tratado de interesar al pueblo en la causa de la libertad". Op., cit., p. 539.

Pascual Madoz. Pero ahora a los bienes de la Iglesia se añaden *las manos muertas* civiles, es decir, las tierras pertenecientes a los pueblos. Lo mismo que en 1836 van a surgir voces en contra tanto en las filas de la oposición como en el mismo partido progresista. Éstos, como en 1836, no estaban en contra de la desamortización, sino del procedimiento. Las razones son esencialmente las mismas de Flórez Estrada:

*"Ese proyecto sólo tiende a dar la fortuna a los ricos y especialmente a los ricos de Madrid. A los ricos de Madrid, sí, no me retracto de la expresión que acabo de decir; y es necesario que los pueblos lo sepan para que juzguen de ese proyecto, porque no hay justicia, repito otra vez, para privarles a los pueblos de bienes que son suyos"*<sup>514</sup>.

Y se opone tenazmente a que se vendan los bienes de *proprios* porque esto redundaría en claro perjuicio de los campesinos pobres: *"¿Dónde van a encontrar tierras esos mismos jornaleros si se ven privados de los lotes de bienes de propios?"* Y sigue argumentando que, de llevarse a cabo la desamortización tal y como ha sido prevista, a lo único que va a conducir es *"a la explotación del hombre por el hombre"*<sup>515</sup>. Los moderados también van a esgrimir para oponerse al proyecto de Madoz la situación del campesinado, que utilizan demagógicamente, de tal manera que llegan a atacar a los progresistas "por la izquierda":

*"Recordad habéis enseñado al pueblo que es soberano, pero que habéis olvidado al pobre en la revolución para enriquecer a unos cuantos"*<sup>516</sup>. Pero lógicamente tras este argumento se esconden otras motivaciones: *estaban preocupados por "la alteración social que la desamortización progresista iba a producir"*<sup>517</sup>.

En el mismo discurso al que pertenecen las palabras anteriores, Aparisi, después de recordar que *"Proudhon, hacha en mano, aguarda para caer sobre el edificio social"*, propone como solución: *"Religión contra Revolución"*<sup>518</sup>. Y es que algunos ya empiezan a sentir la amenaza del socialismo, del que ven un antecedente en la desamortización: es el caso de Andrés Borrego<sup>519</sup>.

<sup>514</sup> Intervención el 27 de marzo de 1855 del diputado por Extremadura Bueno.

F. Tomás y Valiente: *El marco político...*, cit., p. 143-144.

<sup>515</sup> Tomás y Valiente: *Ibid.*, p. 143.

<sup>516</sup> Palabras de Antonio Aparisi -diputado ultracatólico y carlista- recogidas por: R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 280. Comentando el tono "revolucionario" que parece desprenderse de estas palabras escribe Carr en esta misma página: *"Aparisi, el más capaz de los tradicionalistas, podía pasar por un demócrata ultrajado con conciencia social."*

<sup>517</sup> Tomás y Valiente: *Op.*, cit., p. 135. En las páginas 132-133 reproduce un fragmento de un discurso de Claudio Moyano -diputado moderado- en el que quedan patentes estas motivaciones: *"¿No reparáis que antes la propiedad particular ha estado al amparo de otra porción de propiedades que, digámoslo así, formaban otras tantas líneas de defensa que impedían que se atacase aquélla? La propiedad del clero regular defendía la del clero secular; la del clero secular defendía la de propios, esta la de comunes, y ésta la de los particulares. Haced desaparecer estas barreras y poco a poco irán cayendo las diversas propiedades; tocad a la del común y entonces quedará en primera línea la propiedad particular" ... "Si tanta fuerza dais a este proyecto ¿no podréis mañana hacer lo mismo con los bienes de los particulares? No podréis decir que la sociedad está interesada en que se les quiten y arrancárselos a los que hoy son poseedores. ¿Y os atreveríais a eso?"*

Es decir, la única forma de mantener nuestros intereses es no cuestionar absolutamente ninguno de los principios existentes, pues desde el momento en que se cuestione uno ya ninguno resultará incuestionable.

<sup>518</sup> R. Carr: *Ibid.*

<sup>519</sup> *"La historia de ningún país ofrecerá a los futuros agitadores de la especie humana, palanca tan poderosa como la que encontrarán los mal avenidos con la sociedad que actualmente se edifica, en los sistemas y en los métodos aplicados a las reformas económicas por el partido progresista, los cuales, aunque en lontananza,*

Desde la desamortización de Mendizábal la situación del campesino no ha hecho sino empeorar:

*"En los tres lustros y medio que transcurren entre la desamortización de Mendizábal y la Vicalvarada, el campesino español sufre un creciente descenso de su nivel económico y se encuentra cada vez más enajenado de la tierra y más dependiente, para competir en el mercado, de las condiciones impuestas por intermediarios y agiotistas"<sup>520</sup>.*

Por eso, coincidiendo con el estallido revolucionario del 54 en Andalucía y Extremadura van a tener lugar protestas y ocupaciones de tierras<sup>521</sup>. En algunos periódicos se culpa de estas protestas al socialismo<sup>522</sup>. La desamortización de Madoz va a empeorar todavía más la situación del campesino:

*"En realidad, sus consecuencias fueron todavía más graves que las de la primera desamortización (eclesiástica), puesto que al liquidar los bienes comunales de los pueblos asestaba un duro golpe a los campesinos pobres. Los campesinos quedaron privados de terrenos para pastos, caza, leña y carboneo"<sup>523</sup>.*

El descontento y la consiguiente agitación -"posiblemente en relación con la venta de propios de los pueblos"<sup>524</sup>- se van a incrementar de tal manera que, sobre todo en Andalucía, tiene lugar "una formidable agitación campesina a partir de 1855"<sup>525</sup>. En 1856 se produjeron levantamientos en Valladolid y Palencia; en 1857 en Pozal de Gallinas, Sevilla, Utrera, Antequera y Arahál. Éstos últimos, los de Andalucía, estuvieron liderados por Manuel Caro y

*encierran el seguro germen de un socialismo más temible que el que ha amenazado y amenaza a las demás sociedades cultas."* Tomás y Valiente: Op., cit., p. 141.

<sup>520</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 60.

<sup>521</sup> "La *Época* comunica a fines de agosto [1854] que en varios pueblos de Andalucía y Extremadura se procedía a la ocupación y repartimiento de tierras, y que en otros los agricultores se negaban abiertamente a pagar los arrendamientos. En resumidas cuentas, concluye el periódico madrileño: <<la cuestión social asoma en algunas comarcas de España>>." Clara E. Lida: *Anarquismo...*, cit., p. 58.

<sup>522</sup> El 8-10-1854 en *El Diario Español* se puede leer: "También en la provincia de Huelva se ha rendido culto a la religión socialista, empezada a establecer en muchos pueblos de España por los modernos niveladores. Los vecinos de Chucena se repartieron hace días una dehesa llamada Paternina, de la propiedad del duque de Medinaceli. Intervino la autoridad y anuló el despojo; pero los partidarios prácticos de la igualdad de fortunas han vuelto a hacerse con la finca en cuestión, y ahora no se han contentado con esto, sin que parece han puesto fuego a una gran partida de corcho que tenía preparada para la exportación el arrendatario de la dehesa." Clara E. Lida: *Anarquismo...*, cit., p. 59.

<sup>523</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 39.

Exactamente la misma situación describe Fernando Garrido: "Las leyes de desamortización se han llevado a cabo de tal manera, que las clases trabajadoras no han podido convertirse en propietarias, como debieran y tenían derecho, perdiendo el usufructo de los inmensos bienes comunales, que han pasado a manos de los engrandecidos caciques de los pueblos por sumas insignificantes." *Historia de las clases trabajadoras 3. El proletario*, cit., p. 235.

R. Carr: "No se hizo nada eficaz para conseguir una estirpe de propietarios campesinos prósperos y seguros, como habían propugnado Flórez Estrada y otros reformadores agrarios.[...] La venta de los bienes comunales fue un desastre social porque arrebató a la población marginal su medio de vida, y fueron los cultivadores marginales, con su economía doméstica de subsistencia, los que organizaron alborotos contra el "robo" de los bienes comunales." *España 1808-1975*, cit., p. 268 y 269.

<sup>524</sup> M. Artola: *La burguesía revolucionaria...*, cit., p. 168.

<sup>525</sup> J. Vicens Vives: *Historia social y económica de España y América*. Citado por: A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 184.

Gabriel Lallave<sup>526</sup>. Terminaron derrotados por el ejército y con 35 fusilamientos<sup>527</sup>. Todos estos levantamientos son de carácter local y responden básicamente a la ya mencionada "hambre de tierra" ahora acentuada a raíz de la desamortización civil. Por ello no son significativos en cuanto expresión de una conciencia de clase<sup>528</sup>. El más importante de estos levantamientos, ligeramente distinto de los anteriores -lo que le da una significación especial- es el que tiene lugar en Loja en el verano de 1861 dirigido por el veterinario Rafael Pérez del Álamo. En este pueblo de Granada tras el fracaso de la revolución del 54 y el gobierno represivo de Narváez se había organizado una sociedad secreta dirigida por los demócratas y que se extendía por las provincias vecinas<sup>529</sup>.

*"Uno de sus fines era ayudar y socorrer a las clases desposeídas y proteger a los 'explotados trabajadores y pequeños propietarios' de la insolencia de 'los señores feudales del siglo XIX', para lo cual cada socio pagaba una cuota mensual de dos reales. Además de esta subvención a los necesitados, parte de los fondos se dedicaba a comprar armas, que se repartían entre los miembros de más confianza"*<sup>530</sup>.

La frustración, una vez más, de los campesinos, que han visto cómo tras la segunda desamortización su ansia de tierra sigue sin ser satisfecha así como las quejas de algunos jornaleros por los abusos de la Guardia Civil, determinan que la sociedad decida la sublevación<sup>531</sup>, que comenzó en el pueblo cordobés de Iznájar el 28 de junio de 1861 con el grito de "*¡Viva la República! ¡Muera la Reina!*" -"y otros más pintorescos como *¡Viva Garibaldi!*"

<sup>526</sup> "... la gente reclutada en esta partida recibía diez reales diarios, ración y monturas. Al llegar a El Arahal, los insurgentes incendiaron el cuartel de la Guardia Civil e intentaron proclamar la república al grito de "*¡Mueran los ricos!*", mientras la quema de archivos notariales y el saqueo de algunas casas demostraba el grado de insatisfacción de los campesinos y jornaleros." Clara E. Lida: *Anarquismo...*, cit., p. 84.

Respecto al salario que recibían los insurgentes comenta la autora en nota a pie de página: "*Esto se comprende mejor si se tiene en cuenta que los meses de verano son los de mayor actividad agrícola y que los jornaleros aceptan cambiar sus actividades rurales por las bélicas mientras puedan seguir percibiendo un jornal. La escritora conservadora Fernán Caballero señala en su correspondencia que Sixto Cámara <<seduce con media onza de enganche y la promesa de 10 reales diarios a unos cuantos ilusos>>.*"

<sup>527</sup> Cf. Tuñón: *La España del siglo XIX*, p. 166; y Jutglar: *Ideologías y clases...*, p. 185. Vide también el testimonio del embajador norteamericano recogido en nota 453.

<sup>528</sup> Para Termes Ardevol estas revueltas son expresión de una misma fenomenología: "*En las zonas agrarias de Andalucía, Extremadura y Castilla las grandes hambres y los trastornos políticos acostumbraban a provocar entre las masas campesinas movimientos de rebeldía. Pero su objetivo solía ser satisfacer el hambre material o saldar venganzas personales; también en algunos casos [...] el derrocamiento del gobierno constituido o la proclamación de la república. Se reclamó a veces el reparto de tierras. Estas explosiones pasionales o incontroladas eran reprimidas con facilidad. Nunca estos motines dejaron de ser locales para extenderse por más amplia zona geográfica, ni tampoco sus cabezas visibles formularon un plan concreto y sistemático de reformas.*" *El movimiento obrero en España. La Primera Internacional (1864-1881)*. Citado por: A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 185.

<sup>529</sup> "*La sociedad tenía dos caracteres generales: uno público y humanitario, otro secreto y político. El público era algo masónico en sus fines; el secreto era carbonario en sus medios y fines. El primero era necesario a causa de la legislación restrictiva que nos regía en este particular, por más que a él nos impulsaba también el deseo de hacer el bien; el segundo era indispensable para el objeto principal de la sociedad.*" Rafael Pérez del Álamo: *Apuntes históricos sobre dos revoluciones*, Sevilla, 1872.

Citado por: Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 87.

<sup>530</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 88.

<sup>531</sup> "*Se acordó la sublevación, designándome para jefe de ella y autorizándome para designar el momento en que había de estallar.*" Pérez del Álamo: *Apuntes históricos...* En C.E. Lida: *Anarquismo...*, cit., p. 89.

¡Abajo el Papa!"<sup>532</sup>, y con un bando de Pérez del Álamo:

*"Ciudadanos: todo el que sienta el sagrado amor a la libertad de su patria, empuñe un arma y únase a sus compañeros; el que no lo hiciere será un cobarde o un mal español. Tened presente que nuestra misión es defender los derechos del hombre, tales como los preconiza la prensa democrática, respetando la propiedad, el hogar doméstico y todas las opiniones"*<sup>533</sup>.

La sublevación se extendió rápidamente: *"Las fuerzas sediciosas crecían por momentos [...] hubo momentos en que los sublevados ascendían a 10.000 hombres armados y otros tantos sin armas"*<sup>534</sup>. *"El 'ejército' de Pérez del Álamo está formado en su inmensa mayoría por campesinos"*<sup>535</sup>. Las motivaciones de los campesinos para sumarse a la revuelta no son nuevas: *"De manera espontánea, los campesinos procedieron a repartos de tierras que era su principal aspiración, aunque no está probado que este programa fuese compartido por los directores republicanos de la sublevación"*<sup>536</sup>. Viendo que no podían resistir al ejército, Pérez del Álamo decidió dispersar el suyo. Condenado a muerte, le fue conmutada la sentencia. Sin embargo otros jefes menores sí que fueron ejecutados<sup>537</sup>. Los abusos y excesos debieron ser frecuentes porque hubo muchas protestas parlamentarias. Incluso algunos diputados progresistas y demócratas pidieron la amnistía, a lo que se negó el Parlamento. Meses después -septiembre del 62- Isabel II concedería un indulto<sup>538</sup>.

Respecto a las reacciones y comentarios que la sublevación suscitó, los hubo para todos los gustos. Los liberales se desmarcaron. La prensa conservadora tachó el movimiento de *socialista* e incluso *comunista*. Fernando Garrido lo negó afirmando que la sublevación no había *"tenido nada que ver con las ideas socialistas"* y que las tierras que pretendían repartirse eran solamente *"las propiedades del Estado, considerables en las provincias poco pobladas de Andalucía y Extremadura"*. Por eso, en su opinión, la sublevación se dirigió principalmente contra la desamortización que había permitido que únicamente pudieran *"hacerse propietarios los que tienen capital"*<sup>539</sup>. Es evidente, por tanto, que no hay una intencionalidad revolucionaria y que el movimiento no responde tampoco -y en este sentido se inscribe en la línea general de los anteriormente mencionados- a una definida conciencia de clase. Pero tiene una característica -ya señalada por sus contemporáneos y repetida por historiadores posteriores- que merece destacarse: su carácter exclusivamente popular: era la primera vez que el ejército no

<sup>532</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 166. Estos gritos merecen el siguiente comentario de Tuñón: *"La mezcla de estos problemas internacionales con cuestiones de política interna se explica por el anticlericalismo reinante en ciertos sectores sociales."*

<sup>533</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., 90.

<sup>534</sup> Juan Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Alianza, AU 63, p. 80.

<sup>535</sup> *"... el grueso de las fuerzas lo constituían jornaleros y aparceros pobres, en su mayoría gente muy joven que no pasaba de los veinte años. A este vasto grupo pertenecían gran parte de los jefes y organizadores de la insurrección en el resto de los pequeños pueblos de la comarca."* C.E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, p. 88.

<sup>536</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 166-167.

<sup>537</sup> *"Aunque no conocemos exactamente la dimensión del castigo impuesto a los sublevados, Pirala calcula que los consejos de guerra juzgaron a más de seiscientas personas, absolvieron unas ciento veinte, enviaron a presidio a cuatrocientas, condenaron a muerte por rebeldía a diecinueve y ejecutaron a seis."*

Clara E. Lida: *Anarquismo...*, cit., p. 93.

<sup>538</sup> *Ibíd.*, p. 94.

<sup>539</sup> Fernando Garrido: *El socialismo y la democracia ante sus adversarios*. Citado por: Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 91.

participaba en una sublevación: *"Fue un pronunciamiento exclusivamente popular, en el cual los intereses individuales se esfuman ante el impulso colectivo"*<sup>540</sup>. Pero también es cierto que detrás de la sublevación, en la organización, no estaban los campesinos sino las sociedades secretas que van a utilizar el malestar de los jornaleros pero al servicio de unas motivaciones muy diferentes que son las suyas: *"Democratización política y establecimiento de la república"*<sup>541</sup>. Y, a la larga, siempre sucede lo mismo en este tipo de movilizaciones: que los intereses de la minoría dirigente prevalecen sobre los de las masas campesinas de tal manera que éstas terminan siendo

*"dirigidas por un pequeño grupo clandestino y bien organizado, pero cuyos intereses son ajenos a ellas. El campesino participa en la contienda atraído por ciertos objetivos, pero la definición de estas metas está dada por los líderes, no por él"*<sup>542</sup>.

Luego de las movilizaciones campesinas, se puede sacar la misma conclusión general que de las de los obreros industriales: ambos son utilizados como fuerza de choque por los partidos políticos burgueses, si bien el proletariado industrial va a ir adquiriendo a lo largo de este período un grado de conciencia de clase muy superior al del campesinado. De todos modos, hay un dato que conviene resaltar: la sublevación de Loja prendió y se extendió rápidamente adquiriendo unas dimensiones que ninguna otra había tenido hasta ese momento, lo que permite pensar que, quizás de un modo inconsciente, esconde una gran potencialidad revolucionaria -*"el espejismo de un cambio económico fue la fuerza motora de la insurrección"*<sup>543</sup> - que en los decenios siguientes se manifestaría de un modo explícito. De ahí que, como afirma Tuñón de Lara,

*"el alzamiento de Loja, como la huelga catalana de 1855, significa mucho más de lo que creían los políticos de la época. Eran los primeros signos de la participación en la vida nacional de unas clases que hasta entonces no habían contado en el juego político"*<sup>544</sup>.

Es decir, que estos dos acontecimientos son experiencias decisivas en el proceso de emancipación de los partidos burgueses que se completará tras la revolución del 68 y en contacto con las teorías marxistas y bakuninistas. Por eso, voy a exponer a continuación los antecedentes de estas teorías que ejercerán una influencia decisiva en la adquisición de la conciencia de clase al orientar todo el inconformismo y reivindicaciones anteriores hacia una meta política concreta: la revolución proletaria como superación de la burguesa.

---

<sup>540</sup> Palabras del embajador francés, recogidas en: Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 95. En esta misma página cuenta que también Pi y Margall en una serie de artículos publicados en *La Discusión* en 1864 *"reconoció la importancia del levantamiento, tanto por su dimensión y carácter populares, cuanto por ser el primero en que el Ejército no había intervenido."*

<sup>541</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 96.

<sup>542</sup> *Ibíd.*, p. 97.

<sup>543</sup> *Ibíd.*, cit., p. 91.

<sup>544</sup> *La España del siglo XIX*, cit., p. 167.



## 2.5. LAS IDEOLOGÍAS SOCIALISTAS PREMARXISTAS.

*"El auge de la industria sobre bases capitalistas convirtió la pobreza y la miseria de las masas trabajadoras en condición de vida de la sociedad. [...] ...comparadas con las brillantes promesas de los pensadores, las instituciones sociales y políticas instauradas por el "triumfo de la razón" resultaron ser unas tristes y decepcionantes caricaturas. Sólo faltaban los hombres que pusieran de relieve el desengaño y que surgieron en los primeros años del siglo XIX. En 1802, vieron la luz las **Cartas ginebrinas** de Saint-Simon; en 1808 publicó Fourier su primera obra, aunque las bases de su teoría databan ya de 1799; el 1 de enero de 1800, Roberto Owen se hizo cargo de la dirección de New Lanark"<sup>545</sup>.*

Es decir, estos autores son los que realizan las primeras reflexiones sobre la situación de miseria en que el capitalismo ha sumido al obrero y se dan cuenta de la necesidad de realizar una serie de reformas que hagan su vida más humana. Se les llama utópicos -algunos autores prefieren el nombre de socialismo premarxista o protosocialismo- porque, aunque denuncian las deficiencias del sistema capitalista, no llegan a descubrir las "leyes" que rigen su funcionamiento y, en consecuencia, proponen medidas que lo humanicen, armonizando los intereses encontrados. Por tanto, su socialismo es más bien consecuencia de su buena voluntad, de su actitud filantrópica. Mientras que para el socialismo posterior, el de Marx, llamado científico,

*"el socialismo aparece como un resultado ineluctable del proceso objetivo de desarrollo de la sociedad. De esta forma, la condenación del régimen social injusto es sustituida con la "comprensión" de las leyes y perspectivas del desenvolvimiento de la sociedad"<sup>546</sup>.*

Es decir, para Marx la llegada del socialismo, además de terminar con la propiedad privada -respetada por todos los utópicos- de los medios de producción, no depende de los buenos sentimientos de ciertos burgueses altruistas que conseguirán que se imponga la "razón"<sup>547</sup>, sino que será consecuencia ineludible de las relaciones que se establecen entre las dos clases sociales que intervienen en el modo de producción capitalista: burguesía y proletariado<sup>548</sup>.

Dos son las causas que originan el nacimiento del socialismo: la revolución industrial y

<sup>545</sup> Federico Engels: *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Madrid, Ricardo Aguilera, 1969, p. 43-44.

<sup>546</sup> E. Bescherevnif: Prefacio a: Lenin: *El socialismo utópico y el socialismo científico*, Moscú, Progreso, 1978, p. 7.

<sup>547</sup> "El socialismo es, para todos ellos, la expresión de la verdad absoluta, de la razón y de la justicia, y basta con descubrirlo para que por su propia virtud conquiste el mundo. Y, como la verdad absoluta no está sujeta a condiciones de espacio ni de tiempo, ni al desarrollo histórico de la humanidad, sólo el azar puede decidir cuándo y dónde este descubrimiento ha de revelarse."

F. Engels: *Del socialismo utópico al socialismo científico*, cit., p. 53.

<sup>548</sup> "En efecto, el socialismo anterior criticaba el modo capitalista de producción existente y sus consecuencias, pero no acertaba a explicarlo, ni podía, por tanto destruirlo ideológicamente; no se le alcanzaba más que repudiarlo lisa y llanamente, como malo. Cuanto más violentamente clamaba contra la explotación de la clase obrera, inseparable de este modo de producción, menos estaba en condiciones de indicar claramente en qué consistía y cómo nacía esta explotación. Mas de lo que se trataba era, por una parte, de exponer ese modo capitalista de producción en sus conexiones históricas y como necesario para una determinada época de la historia, demostrando con ello también la necesidad de su caída, y, por otra parte, poner al desnudo su carácter interno, oculto todavía. Éste se puso de manifiesto con el descubrimiento de la **plusvalía**." F. Engels: *Del socialismo utópico...*, cit., p. 62.

la revolución francesa. Las críticas contra ésta, porque la *Igualdad* resultó meramente teórica, comenzaron en seguida en Francia y se fueron extendiendo al resto de los países paralelamente a la propagación del sistema liberal. El proceso de industrialización que tiene lugar en las primeras décadas del siglo en los diversos países europeos se realizó en unas condiciones durísimas para la clase obrera por lo que el antagonismo entre ésta y los patronos -entre trabajo y capital- se polarizó e incrementó rápidamente.

Por lo que a las características generales -sin entrar en distinción de escuelas- del socialismo utópico se refiere se pueden señalar las siguientes: conceden una gran importancia a la cuestión social; búsqueda de la armonía entre las diversas clases sociales: nunca plantearon la cuestión de la lucha de clases; respeto al orden constituido; religiosidad; respeto a la propiedad privada (aunque Cabet y Owen la criticarán y formularán teorías comunistas); preocupación por la situación de miseria en que viven las clases trabajadoras: Saint-Simon repite una y otra vez que "*lo que a él le preocupa siempre y en primer término es la suerte de la clase más numerosa y más pobre de la sociedad ("la classe la plus nombreuse et la plus pauvre")*"<sup>549</sup>. Los utópicos pretenden mejorar las condiciones de vida de esta clase mediante la introducción de una serie de reformas y la educación: Fourier proyecta en sus *falansterios* la constitución de *écoles-ateliers* en los que se mezclaría "*el aprendizaje de oficios manuales con las disciplinas intelectuales*"<sup>550</sup>. Es, pues, un reformismo burgués que pretende superar las contradicciones de clase generadas por la propia revolución burguesa apelando al altruismo filantrópico.

En España las teorías de los socialistas utópicos se van a propagar desde la muerte de Fernando VII hasta la Revolución de Septiembre -aunque con un punto de inflexión tras los acontecimientos de 1848-, mientras que las teorías marxistas y bakuninistas comenzarán a divulgarse a raíz de los acontecimientos de 1868.

*"Los primeros brotes de socialismo utópico en España tienen lugar mediada la década de 1830. Coinciden, en pleno conflicto carlista, con los primeros movimientos serios de agitación obrera en Barcelona, durante el verano de 1835"*<sup>551</sup>.

Son los emigrados quienes, a su regreso, difunden esas teorías con las que habían entrado en contacto durante sus años de exilio<sup>552</sup>. Esta procedencia extranjera se explica teniendo en

<sup>549</sup> F. Engels: *Del socialismo utópico...*, cit., p. 46.

José Miguel Fernández de Urbina formula así las características: "*En una primera aproximación tres podrían ser las características comunes a la multitud de escuelas socialistas anteriores a Bakunin y Marx: el armonismo social, el interclasismo y el pacifismo como instrumento para conseguir sus objetivos reformadores que más concretamente, podríamos desglosar en otras siete cuestiones presentes con mayor o menor énfasis en todas ellas: continuadores de la lógica ilustrada, racionalistas, antiindividualistas, propagandistas apolíticos, confianza en la filantropía de los propietarios, desvinculación de las luchas obreras y determinismo, en gran medida generado por una fundamentación mística en su misión redentora del género humano, acorde con los designios igualitaristas del cristianismo primitivo, hasta el extremo de terminar por convertirse alguna de ellas en auténticas sectas religiosas o místicas, como en el caso de los saint-simonianos.*"

*Los pioneros del pensamiento socialista español, Tiempo de Historia*, Nº 86, enero 1982, p. 4-5.

<sup>550</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 25.

<sup>551</sup> Antonio Elorza [editor]: *Socialismo utópico español*, Madrid, Alianza Editorial, 1970, LB. 268, p. 7.

<sup>552</sup> "*En el bagaje intelectual, reunido por los liberales durante diez años de emigración en el resto de Europa, el pensamiento socialista tomado, sobre todo de los utópicos franceses: Saint-Simon, Fourier, Cabet, ocupa un lugar primordial.*" Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 23.

cuenta el insuficiente grado de desarrollo del capitalismo español; es decir, los dos hechos antes señalados -revolución burguesa e industrialización- se encuentran en una etapa incipiente. Los autores que más van a influir en los teóricos españoles son Fourier y Cabet hasta tal punto que sus seguidores "lograrán constituer escuelas autónomas"<sup>553</sup>. En un segundo plano se encuentran Lammenais y Saint-Simon. Por lo que se refiere al período de vigencia en España, Elorza lo sitúa entre 1835 y 1849-50, pues los acontecimientos de esos años, tanto en Europa como en España<sup>554</sup>, conducen a "una progresiva desilusión respecto a las salidas utópicas, que predominan en los orígenes de los distintos movimientos"<sup>555</sup>. Desde estos momentos los principales utópicos españoles se integrarán en el partido demócrata abriéndose así "unas perspectivas de acción política de orientación populista que canalizará la mayor parte de las anteriores esperanzas utópicas"<sup>556</sup>.

Respecto a la difusión de estas teorías, tres son los núcleos desde los que se van a propagar: Cádiz, Barcelona y Madrid<sup>557</sup>. Al margen de estos núcleos está la figura de Ramón de la Sagra<sup>558</sup>. Varios son los medios de difusión: prensa, sociedades secretas y traducciones de obras de pensadores extranjeros así como la publicación de otras originales de los utópicos españoles.

Las primeras manifestaciones de las ideas utópicas que aparecen en España están influenciadas por Saint-Simon y Fourier y se publicaron en un periódico de Algeciras **-El Grito de Carteya-** en octubre de 1835. Son varios artículos escritos en forma de carta y van firmados por "un proletario"<sup>559</sup>. En la primera de ellas cuenta el caso de un carpintero amigo suyo que se

<sup>553</sup> Antonio Elorza: **Socialismo utópico español**, cit., p. 8.

Respecto a Owen, la tercera gran figura del socialismo utópico, en esta misma página señala: "El papel desempeñado por Owen es, en cambio, siempre secundario, y su nombre surge sólo como punto inevitable de comparación con las doctrinas de los dos grandes teóricos del primer socialismo, Fourier y Saint-Simon."

<sup>554</sup> En 1848, además de los acontecimientos revolucionarios, ya reseñados en páginas anteriores, que tuvieron lugar en toda Europa y que estuvieron a punto de reconducir la revolución burguesa hacia una revolución popular, se publicó también el **Manifiesto comunista**.

<sup>555</sup> A. Elorza: **Socialismo utópico...**, cit., p. 12.

<sup>556</sup> A. Elorza: **Socialismo...**, cit., p.9.

<sup>557</sup> "Las enseñanzas socialistas invadieron España por las costas. [...] Un puerto andaluz, Cádiz recibió las primeras influencias fourieristas por conducto de D. Joaquín Abreu; y un puerto catalán, Barcelona, acogió los primeros avances de la doctrina de Cabet. [...] ... don Fernando Garrido, discípulo de Hugarte y de Abreu, fundaba en Madrid (1856) la revista decenal socialista **La Atracción**, al calor de la cual se reunía un grupo de fervorosos propagadores del nuevo Evangelio."

Juan Díaz del Moral: **Historia de las agitaciones campesinas andaluzas**, cit., p. 73-74.

<sup>558</sup> "Unánimemente reconocido como el más original y profundo de los pensadores sociales españoles de la primera mitad del siglo, que resulta imposible de adscribir a una ortodoxia porque es muy variada la influencia que se detecta en su copiosa obra, no exenta de un marcado cariz autodidacta."

José Miguel Fernández de Urbina: **Los pioneros del pensamiento socialista español**, cit., p. 6.

<sup>559</sup> Vide: Clara E. Lida: **Anarquismo y revolución** ..., cit., p. 25. En esta misma página afirma que estos artículos fueron posteriormente reproducidos por **El Vapor** de Barcelona.

Sin embargo, A. Elorza afirma: "En lo que hasta ahora conocemos, la historia del socialismo utópico español se abre con cinco artículos de un escritor que utiliza el pseudónimo de "Proletario" y que un diario progresista barcelonés, **El Vapor**, publica entre el 19 de noviembre de 1835 y el 27 de enero del siguiente año." [p. 19]. Aunque unas páginas más adelante dice que ante el revuelo que se formó, porque uno de los artículos justificaba el incendio de la fábrica Bonaplata "el director de **El Vapor** recordaba que los artículos procedían de un periódico de Algeciras, **El Grito de Carteya** (del que conocemos la fecha de desaparición, mayo de 1836)". A continuación afirma que el autor de los artículos podría ser Joaquín Abreu: "La citada procedencia -un periódico

mata a trabajar, lo mismo que su mujer y "sin embargo, me veo lleno de remiendos, nunca regalado, frecuentemente hambriento: miro a alrededor de mí y, con cortísimas excepciones, no veo más que compañeros experimentando la misma desgraciada suerte"<sup>560</sup>. Esta situación le hace reflexionar y preguntarse sobre la causa de sus penurias y la encuentra "en el orden social que el hombre ha establecido"<sup>561</sup>. Pasando al análisis de este orden, afirma que son tres los elementos que intervienen en la producción: "El trabajo, la ciencia, el capital; todos concurren a ella, cualquiera que falte deja en la nulidad al fruto"<sup>562</sup>. A la hora de repartir el trabajo queda en desventaja:

*"Los cálculos que con los tres elementos indicados ese pueden formar sobre cualquier establecimiento dejarán conocer que la parte del fruto retirada por el capital es muy superior a la que le corresponde; del resto saca también su ventaja la ciencia y el mísero trabajo experimenta la injusticia de los dos"*<sup>563</sup>.

La finalidad del *proletario* no es otra que la de conseguir la armonía entre todas las clases sociales en lo que coincide con José Andrés de Fontcuberta:

*"Lejos de mí, señores, la idea de querer provocar la guerra contra el rico; no quiero perjudicar los intereses de nadie, detesto los medios de la fuerza material y proscribo la violencia. Quien conserve en su corazón el menor sentimiento de antagonismo contra cualquier clase de la sociedad, no está todavía a la altura de las luces del siglo"*<sup>564</sup>.

Y, en lógica consecuencia, se defiende la propiedad privada: "La propiedad y su libre uso estarían garantidos a los dueños particulares de una manera indestructible"<sup>565</sup>. La propiedad privada no es culpable de las injusticias sociales: "Los males de que se lamentan los economistas que la atacan no proceden de ella sino de la desigualdad con que se halla dividida"<sup>566</sup>. Pero esta desigualdad en sí misma no es mala pues

*"puede favorecer a las clases inferiores, si las superiores desempeñan la santa y filantrópica misión que les está cometida. Poseedoras de las riquezas, tienen a su cargo el arduo deber de distribuir las dignamente, cooperando a la felicidad de todos. [...] Entonces, el obrero no maldecirá la suerte del rico ni envidiará su fortuna, porque recogerá los beneficios del sabio empleo de los capitales; entonces, en fin, el pobre bendecirá al rico, que aplicando sus superiores luces y sus grandes medios obtenga resultados benéficos, asombrosos, cuya*

de Algeciras- parece sugerir la paternidad de Joaquín Abreu, el único que "oficialmente" podía estar entonces en condiciones de aplicar la teoría de Fourier; de ser así, los artículos resultan de un nivel muy superior a su restante producción". [p. 22] **Socialismo utópico** ..., cit.

Àngels Solà lo da como seguro señalando que Abreu (1782-1851) entró en contacto con el fourierismo durante su exilio tras el trienio liberal.

*Socialismo utópico. Gran Larousse Universal*, vol. 32. Barcelona, Plaza & Janés, 1995, p. 11710.

<sup>560</sup> Publicado en *El Vapor*, 19-11-1835. Recogido por A. Elorza: **Socialismo utópico español**, cit., p. 27.

<sup>561</sup> *Ibíd.*

<sup>562</sup> *Ibíd.*, p. 28.

<sup>563</sup> *Ibíd.*

<sup>564</sup> Publicado en el *Propagador de la Libertad*, Barcelona, en 1836. Recogido por A. Elorza: **Socialismo utópico**..., cit., p. 44.

<sup>565</sup> Joaquín Abreu: *Sobre Fourier y su escuela*, publicado en *El Correo Nacional*, 21-12-1838. Recogido: A. Elorza: **Socialismo utópico**..., cit., p. 54.

<sup>566</sup> Ramón de la Sagra: *Lecciones de economía social, dadas en el Ateneo literario y científico de Madrid (1840)*. A. Elorza: **Socialismo utópico**..., cit., p. 75.

creación no pudiera jamás alcanzar ni comprender la inteligencia limitada del infeliz"<sup>567</sup>.

De lo contrario, el peligro de la revolución social se presenta como una amenaza real pues

*"la desigualdad de condiciones influye directamente en la miseria y en el malestar del pueblo, embrutece las naciones, desmoraliza los individuos, crea los odios recíprocos y prepara las grandes catástrofes de venganza popular que han ensangrentado los anales de la historia antigua y moderna"*<sup>568</sup>.

Mantenimiento, pues, del orden establecido evitando la confrontación<sup>569</sup> entre las clases mediante reformas -inspiradas tanto en los principios de la razón<sup>570</sup> como de la caridad cristiana-, que mejoren las condiciones de vida de la más desfavorecida.

El fourierismo dio lugar a un intento de realización práctica: la creación de un *falansterio* en Tempul, en las proximidades de Jerez, promovido por el propietario Manuel Sagrario de Veloy y bajo la inspiración de Joaquín Abreu<sup>571</sup>. Éste aglutinó un grupo de discípulos formado por Pedro Luis Huarte, Faustino Alonso, Joaquina Morla, Fernando Garrido y Veloy. Abreu, en un artículo publicado en diciembre de 1838, va a propugnar abiertamente que algún diputado proponga al gobierno la construcción de un *falansterio* para poder comprobar si las teorías de Fourier son viables o no<sup>572</sup>. Ningún diputado se hará eco de la sugerencia. Será Manuel Sagrario Veloy, propietario gaditano, quien en 1841 presente un proyecto -*Exposición dirigida a la Diputación Provincial de Cádiz*- para la creación de una colonia agrícola inspirada en el modelo de Fourier<sup>573</sup>. Espartero no dio el visto bueno y con la llegada de los moderados en el 43 el proyecto se olvidó definitivamente<sup>574</sup>. Sin embargo Veloy

<sup>567</sup> Ramón de la Sagra: *Lecciones...*, Elorza: *Socialismo...*, cit., p. 77.

<sup>568</sup> *Ibid.*, p. 78.

<sup>569</sup> Por eso es contrario al "derecho de asociación obrera en cuanto fuente de conflicto social (por ejemplo, en el informe sobre la industria belga, de 1842)". Elorza: *Socialismo...*, cit., p. 67.

<sup>570</sup> "La "igualdad social" será la consecuencia de la sumisión de la humanidad a la razón".

*Aforismos sociales*, 1849. Elorza: *Socialismo...*, cit., p. 84, aforismo nº 197.

<sup>571</sup> Para esto y lo que sigue vide: Elorza: *Socialismo...*, cit., p. 25. Iris Zavala: *Masones, comuneros y carbonarios*, cit., p. 186. Àngels Solà: *Socialismo utópico*, cit., p. 11710.

<sup>572</sup> "En un rincón de la península o de cualquiera de las islas se pudiera ensayar, ver con los ojos de la cara, y sin causar costos al Estado, si la práctica corresponde a la teoría; pero cuando el Gobierno no da un paso sin experimentar la crítica amarga de uno u otro partido, ¿cómo pudiera dar uno tan nuevo y en oposición con los pensadores de todos ellos? Conviniera, pues, allanarle el camino, y nada fuera tan eficaz para conseguirlo como la ilustrada voluntad de un miembro de nuestras Cortes. [...] ¿Qué gloria igualará a la del senador o diputado que promoviendo este examen consiguiese realizar la teoría de Fourier, y con esto causase la dicha de su patria y del mundo?". *Sobre Fourier y su escuela*, publicado en *El Correo Nacional*, 21-12-1838. Recogido por A. Elorza: *Socialismo...*, cit., p. 60.

<sup>573</sup> Vide, *ibid.*, p. 63-64.

<sup>574</sup> "Con dinero de su bolsillo y el de otros, Veloy llegó a reunir cinco millones de reales y fue a Madrid a pedir al Gobierno la entrada a España, libres de derecho de aduanas, las máquinas y los artículos necesarios a su obra. [...] Espartero se negó a sancionar la instalación del falansterio y así terminó el intento fourierista en España." A. Bernardó en *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles*, París, 1946. Recogido por M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 130, nota 1.

Fernando Garrido, que conoció personalmente a Veloy, refiere así los hechos: "En 1841 don Manuel Sagrario Veloy intentó realizar en el sitio llamado Tempul, no lejos de Jerez, una asociación armónica desmontando y poniendo en cultivo gran extensión de territorio, debía fundar un falansterio, para lo que había reunido un millón de duros de capital; pero vino a Madrid a fin de obtener del Gobierno la entrada libre de derechos de

no se desanimó y lo intentó de nuevo, esta vez en Cartagena, ciudad en la que residía y de cuyo ayuntamiento formaba parte y en mayo del 44 presentó otra *Exposición* a la reina M<sup>a</sup> Cristina<sup>575</sup>.

Termina así la que se puede denominar primera fase del fourierismo en España centrada en Andalucía. La siguiente se localizará en Madrid<sup>576</sup> y coincidirá con el período de máxima vigencia del fourierismo en España<sup>577</sup>. La figura de Fernando Garrido -que se trasladó de Cádiz a Madrid en 1845 para difundir las ideas fourieristas<sup>578</sup>- sirve como aglutinante de un grupo del que forman parte Sixto Cámara, Federico Beltrán, Francisco Ochoa, Robustiano Díez Jáuregui, Juan Sala, Ordax Avecilla, Benigno Joaquín Martínez y Francisco Javier Moya. Van a difundir sus ideas en folletos<sup>579</sup> y, sobre todo, en diversos periódicos, todos ellos de vida bastante efímera, como *El Eco del Comercio*, *La Atracción*<sup>580</sup>, *El Porvenir*, *La Organización del Trabajo*, *La Reforma Económica*, *El Eco de la Juventud*. Las dos figuras más importantes de este grupo son Sixto Cámara y Fernando Garrido, militantes ambos del partido demócrata y su pensamiento tiene más de demócrata que de socialista. Ambos van a centrar sus críticas en el hecho de que el orden burgués no ha beneficiado a todos por igual pues los principios de igualdad y libertad no han pasado del terreno teórico, por lo que sólo una minoría ha sacado provecho de ellos:

*"A pesar de la destrucción legal del derecho nuevo; a pesar de la destrucción legal del derecho antiguo, del derecho nobiliario; a pesar de la igualdad constitucional de los ciudadanos ante la ley; a pesar de todo, el orden de cosas de hoy no es todavía sino un orden aristocrático; un orden de grandes diferencias, no de principio y de derecho, más sí de "hecho", y lo mismo se me da. [...] ... nuestro estado social, "democrático en principio y en derecho", es todavía, repito, "aristocrático de hecho". Constitucional, legal, abstractamente,*

---

*aduanas, de útiles y material para la fundación y la concesión de cierto número de soldados o de presidiarios, en su defecto, a los que pagaría un plus, y el Gobierno le negó lo que pedía, con lo que abortó el proyecto".*

*Historia de las clases trabajadoras. 4 El trabajador asociado*, Madrid, Zero, 1971, Biblioteca de Promoción del Pueblo, Serie P. n<sup>o</sup> 28, p. 125.

Jutglar da noticia de otra experiencia societaria inspirada también en las ideas de Fourier y, a diferencia de la gaditana, no se quedó en proyecto: "En plena Castilla, funcionó durante tres años -de 1864 a 1867- un falansterio, **La República de los Pobres**, instalado en el pueblo vallisoletano de Pozal de las Gallinas". *Ideologías y clases...*, cit., p. 186.

<sup>575</sup> En esta *Exposición* "explica su indiferencia hacia la política y los partidos y su consagración exclusiva "a plantear en España un falansterio de ensayo de un nuevo y pacífico sistema social en que todo el género humano podrá ser bueno y feliz". Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 27.

<sup>576</sup> A. Elorza: *Socialismo utópico...*, cit., p. 142. Todos los datos, salvo indicación contraria, relativos al grupo madrileño, están extraídos de esta obra p. 142-148.

<sup>577</sup> "...entre los años 1847 y 1849, período que podemos considerar como el de mayor auge fourierista en nuestro país, con figuras de la máxima relevancia como Fernando Garrido y Sixto Cámara".

José Luis Abellán: *Historia crítica del pensamiento español. 4 Liberalismo y romanticismo (1808-1874)*, Madrid, Espasa Calpe, 1984, p. 608.

<sup>578</sup> José Miguel Fernández de Urbina: *Los pioneros...*, cit., p. 10.

<sup>579</sup> Entre ellos se pueden citar: *Del espíritu moderno, o sea, del carácter del movimiento contemporáneo* (1848) y *La cuestión social* (1849) de Sixto Cámara; *Cartas del apóstol socialista a Juanón el Bueno (a) Pueblo* (1848) y *Defensa del socialismo* (1850) de Fernando Garrido. Iris Zavala: *Masones, comuneros...*, cit., p. 189.

<sup>580</sup> Iris Zavala se refiere a él como "el primer periódico socialista de España, dirigido por Fernando Garrido, con colaboraciones de Sixto Sáez Cámara, Ordax Avecilla, y los fourieristas Javier Moya y Federico Carlos Beltrán". *Masones, comuneros...*, cit., p. 186.

*no hay castas en la nación. Práctica, positiva y realmente vivimos bajo un régimen de castas. Verdad que no es la ley, ni el derecho, ni el principio político lo que establece estas vallas entre las categorías del pueblo español o de cualquier otro pueblo; es la 'organización económica', la misma 'organización social'*<sup>581</sup>.

Por eso, el nuevo orden burgués no ha hecho nada por los obreros que son los que han resultado más perjudicados:

*"No ha fundado sistema alguno de garantías para los derechos de los débiles, y si el orden feudal tenía por sistema económico la explotación del hombre por el hombre, la servidumbre, hija más pasadera que su madre la esclavitud, el orden nuevo ha entregado a la anarquía y a la dominación de los fuertes todo el taller social e industrial"*<sup>582</sup>.

La solución está en, mediante la realización de las reformas oportunas, integrar a estas clases desfavorecidas en el sistema porque así lo exige la razón, pero, sobre todo, porque es la mejor garantía para salvaguardar los intereses de las clases altas que, de otro modo, corren el peligro de desaparecer ante la eventualidad de una revolución:

*"Y no hay remedio; si no se quiere reconocer el peligro, ni atacarlo en su nacimiento, llegará un día, y no lejano, en que las masas hambrientas y desnudas querrán dar una solución violenta, revolucionaria a la cuestión que nosotros quisiéramos resolver en la esfera de los principios y de la discusión. [...] ... no cesaremos de reclamar para el peligro los cuidados, no sólo del gobierno, sino de las clases acomodadas, cuyos intereses aparecen tan comprometidos"*<sup>583</sup>.

De los textos anteriores puede deducirse que el socialismo tanto de Cámara como de Garrido se reduce a propugnar una serie de reformas, muchas de ellas situadas en la esfera de lo posible y, por tanto, nada utópicas<sup>584</sup>, pero partiendo siempre del respeto al orden establecido<sup>585</sup>. Y es que la militancia en el partido demócrata<sup>586</sup> va a condicionar su ideología

<sup>581</sup> Sixto Cámara: *Espíritu moderno*, 1848. Recogido en: A. Elorza: *Socialismo utópico...*, cit., p. 203-204.

En la misma línea se sitúan sus críticas a la libertad: *"la 'libertad absoluta' SIN ORGANIZACIÓN no es otra cosa que el 'abandono absoluto' de LOS MÁS, 'desarmados y desprovistos', a discreción de LOS MENOS, 'armados y provistos'.*

*Este famoso principio de la 'libre concurrencia', que los modernos economistas creían dotado de un carácter de organización democrática, ha dado por todo resultado reconcentrar las riquezas nacionales en las cajas de la aristocracia nueva y fabricar en Europa legiones famélicas de pobres y proletarios."* Ibid., p. 205.

<sup>582</sup> Sixto Cámara: *Muere, muere sin remedio*. Artículo publicado en *La Organización del Trabajo*, Nº 5, 15 de marzo de 1848. Elorza: *Socialismo...*, cit., p. 166.

<sup>583</sup> Fernando Garrido: *Condición de nuestros trabajadores*, en *La Organización del Trabajo*, 1848. Elorza: *Socialismo...*, cit., p. 174.

<sup>584</sup> J. L. Abellán: *Historia crítica del pensamiento español. 4 Liberalismo...*, cit., p. 617.

Esta peculiaridad del utopismo español ha sido también señalada por José Miguel Fernández de Urbina: *"El retraso de la industrialización en España, [...] influyó lógicamente en el escaso relieve que alcanzaron las producciones teóricas de los socialistas utópicos españoles, [...]. Sin embargo, paradójicamente, [...] el retraso de la industrialización suscitó en los escasos pensadores españoles que se vincularon al naciente pensamiento socialista a examinar la problemática del nuevo orden económico capitalista con enfoques más concretos y más vinculados a las realidades inmediatas que los de sus homónimos europeos, en muchos casos entregados a fantásticas construcciones mentales, muy hermosas e imaginativas pero despegadas de las gentes que aspiraban a redimir, o, aún más, ubicadas, en lejanos paraísos redentores a los que sólo podían acceder una minoría de aventureros, como fue el caso de la Icaria cabetiana."* *Los pioneros del pensamiento socialista...*, cit., p. 5.

<sup>585</sup> *"El núcleo doctrinal de la obra de Garrido se centra en la consideración del socialismo como elemento de profundización de la democracia, para que ésta se extienda también a la clase obrera, que dentro del régimen*

socialista: "El socialismo madrileño, teóricamente fourierista, será el patrimonio de intelectuales de izquierda, vinculados desde sus primeros momentos al partido demócrata y ajenos a las acciones de la clase obrera"<sup>587</sup>. Por eso, a raíz de los acontecimientos de 1848 este socialismo va a ser completamente absorbido en el seno del democratismo -aunque muy pronto surgirá una escisión entre individualistas y colectivistas- y del republicanismo: "Quebrado el entusiasmo teórico en España por la acción represiva de Narváez y fracasada también la experiencia francesa, el pensamiento de fourieristas y cabetianos se apartará de la utopía"<sup>588</sup>.

Aparte de Fourier, Cabet fue el único de los utópicos que influyó en España. Los principios de la ideología cabetiana son el igualitarismo y el pacifismo

*"de tal manera que si escapando a sus intenciones, servía para perpetuar el orden clasista vigente al proponer la resolución de los antagonismos sociales en un marco lejano, la Icaria, cuyo influjo estaba llamado a generalizar esta experiencia y cambiar la faz de un mundo marcado por la explotación, a la vez introducía entre los trabajadores la más vehemente de las utopías igualitarias: el comunismo"*<sup>589</sup>.

Si las ideas de Fourier se difundieron por Cádiz y Madrid, las de Cabet lo harán en Cataluña, especialmente en Barcelona donde, existía un importante núcleo proletario. Estas ideas van a ser difundidas "por sectores del republicanismo catalán, pero no porque hubiera asumido tales ideas, sino como recurso para atraer a sus filas al incipiente asociacionismo obrero"<sup>590</sup>. Las primeras influencias cabetianas aparecen en 1839, año en el que se traduce una obra suya: **La Revolución francesa de 1830**<sup>591</sup>. Sin embargo, los contactos con Cabet no comenzarán hasta la década siguiente. El fracaso del levantamiento de Barcelona de noviembre del 42 tras el bombardeo de Espartero, forzó al exilio a bastantes republicanos catalanes que en Francia

*liberal-constitucional había permanecido marginada de las grandes conquistas sociales. Su socialismo se limita, pues, a defender el principio de asociación como fundamental dentro de una concepción democrática de la sociedad, por lo que se ha dudado que pueda considerársele socialista. En realidad, casi toda su obra es más que otra cosa, una lucha política contra el régimen político español, insuficientemente democrático, al objeto de conseguir una mejora de la clase obrera, sistemáticamente alejada de los derechos sociales más elementales."* J. L. Abellán: **Historia crítica...**, cit., p. 620.

Valoración muy parecida le merece la figura de Sixto Cámara: "El programa esbozado por Cámara [...] es de clara orientación pequeño-burguesa; se postula una defensa del orden burgués, abierto hacia la clase obrera, pero donde está ausente toda reivindicación obrerista. Se intenta completar la soberanía política con la social, dando así cabida a una extensión de la propiedad, mediante el acuerdo entre el capital y el trabajo." *Ibíd.*, p. 618.

<sup>586</sup> Fernández de Urbina se refiere así a esta cuestión: "Es perceptible desde los primeros ejemplares, y aún más en los periódicos posteriores de este prolífico grupo madrileño, un matiz distinto del de la ortodoxia fourierista, cada vez más impregnado de enfoques políticos. Los socialistas madrileños estarán tiempo después en la fundación del partido demócrata; Cámara y Garrido acabaron por abandonar su apoliticismo, persuadidos de que no podían introducirse reformas sociales sin antes democratizar el régimen político y esto pasaba por la proclamación de la República." **Los pioneros...**, cit., p. 10.

<sup>587</sup> A. Elorza: *Sixto Cámara y el primer socialismo español*. Cit. por J.L. Abellán: **Historia crítica...**, p. 616.

<sup>588</sup> A. Elorza: **Socialismo utópico...**, cit., p. 148.

<sup>589</sup> J. M. Fernández de Urbina: **Los pioneros...**, cit., p. 11.

"Los principios del comunismo icariano eran Fraternidad, Libertad, Solidaridad, Comunidad, llevando la exaltación de esta última hasta el punto de hacer entrega de todos los bienes propios a aquéllos que iniciasen el Viaje a Icaria." J. L. Abellán: **Historia crítica...**, cit., p. 609.

<sup>590</sup> J. M. Fernández de Urbina: **Los pioneros...**, cit., p. 11.

<sup>591</sup> J. M. Fernández de Urbina: **Los pioneros...**, cit., p. 11. Clara E. Lida añade el dato de que el traductor firma con "las iniciales D. y J". **Anarquismo...**, cit., p. 28.



fueron acogidos por los grupos cabetianos<sup>592</sup>. A su regreso se organizarán<sup>593</sup> y difundirán las ideas de Cabet a través de dos medios: la traducción y la prensa. Las obras de Cabet se traducen y publican en Barcelona en los últimos años de la década del 40<sup>594</sup>. En noviembre de 1847 aparece el semanario *La Fraternidad*<sup>595</sup> suprimido unos meses después, tras los acontecimientos de febrero del 48 en Francia, por su actitud de clara identificación con ellos. Por otra parte, estos acontecimientos, lo mismo que ya ocurriera con los fourieristas, van a suponer la desilusión y, por tanto, alejamiento, de los republicanos y de los sectores obreros de los cabetianos: la crudeza con que la burguesía en el poder reprime la revolución deja bien claro que no está dispuesta a hacer ninguna concesión que suponga compartir sus privilegios; empieza, pues, a resultar que en el recién instaurado sistema sociopolítico no hay terreno para las utopías<sup>596</sup>. Por eso, el apoliticismo y pacifismo -eran radicalmente contrarios a toda idea de revolución<sup>597</sup>- de los cabetianos difícilmente podían ser asumidos por ni por los republicanos ni por los obreros, quienes ya sabían que las escasas conquistas que habían logrado lo habían sido a base de lucha. Y, además, los cabetianos situaban la realización de su utopía no en los lugares de trabajo donde vivían los obreros sino en la lejana Icaria, que había empezado a ser construida en 1849 en Texas adonde había viajado Cabet. A los proletarios catalanes, inmersos por estos años en su lucha por el derecho de asociación, todo esto debía resultarles bastante lejano<sup>598</sup>. De ahí que los cabetianos catalanes -Monturiol, Clavé, Montaldo- terminen

<sup>592</sup> El exilio francés y su relación con los cabetianos "*impregnó a alguno de ellos de sus ideas, hasta el punto de que Terradas y otros españoles fueron detenidos en unión de otros franceses bajo la acusación de pertenecer a la asociación secreta de <<Los Comunistas>>*." J. M. Fernández de Urbina: *Los pioneros...*, cit., p. 11-12.

Clara E. Lida aporta numerosos datos sobre las actividades de los exiliados españoles en Francia. *Anarquismo...*, cit., p. 29.

<sup>593</sup> "*En el verano de 1847 quedó organizado el primer grupo cabetano en España, dirigido por el republicano Narciso Monturiol.*" Àngels Solà: *Socialismo utópico*, cit., p. 11711.

<sup>594</sup> En 1846 *Historia popular de la Revolución Francesa*, por Abdón Terradas. En 1847 *Viaje a Icaria*, por Orellana y Monturiol. En 1848 *De qué manera soy comunista* y *Mi credo comunista* por Francisco José Orellana.

A. Elorza: *Socialismo utópico...*, cit., p. 101-102; y Clara E. Lida: *Anarquismo...*, cit., p. 28. En esta misma página aporta Clara Lida otro dato: "*Al año siguiente [1849] uno de los principales discípulos de Cabet, Narciso Monturiol, da a conocer en la capital catalana una Reseña de las doctrinas sociales antiguas y modernas, en 112 páginas, en las que explica detalladamente los principios comunistas del pensador francés.*"

<sup>595</sup> Este periódico "*se presentó al lector como órgano del partido socialista español, depositario de la Verdad social*". En uno de sus primeros números declara: "*La Revolución política ha muerto para España, La Revolución social le ha sucedido, y nosotros pretendemos encaminarla al Comunismo.*" A. Elorza: *Socialismo...*, cit., p. 102-103.

<sup>596</sup> En el nuevo periódico *-El padre de familia-* fundado por Monturiol en 1849, se puede apreciar su pérdida de fe en la utopía icariana pues, como escribe Elorza: "*La fe en la revolución social a propagar deja paso a una reflexión teórica sobre los medios de incrementar el nivel intelectual de los trabajadores. Esta es, a nuestro modo de ver, la distancia que media entre La Fraternidad y El padre de familia, <<semanario de educación y moral>>*." *Socialismo...*, cit., p. 104.

<sup>597</sup> Ya en 1843 había escrito Cabet un artículo *-Bombardement de Barcelonne, ou Voilà les Bastilles!*- sobre la sublevación de Barcelona a finales del 42, en el que criticaba el levantamiento. A. Elorza: *Socialismo...*, p. 100.

"*Desde su óptica pacifista y apolítica, recusaba el insurreccionalismo republicano, llegando a insinuar que éste podía estar haciendo el juego a oscuros intereses.*" J. M. Fernández Urbina: *Los pioneros...*, cit., p. 11.

<sup>598</sup> "... *al proponer en un país lejano la resolución de los problemas sociales les ganó a los cabetianos la animadversión del clandestino asociacionismo obrero, que obviamente no estaba en condiciones de embarcarse masivamente a la búsqueda de la Icaria.*" J.M. Fernández de Urbina: *Los pioneros...*, cit., p. 12.

militando en el partido republicano que asumirá algunas de sus ideas para ampliar su base hacia los sectores obreros<sup>599</sup>.

A la vista de todo lo anterior, se puede concluir que la asunción de las teorías utópicas por parte de destacados miembros de los partidos burgueses más radicales -sin entrar a juzgar la profundidad de sus sentimientos humanitarios- es una manera de acercarse a los sectores obreros pues, por una parte, son conscientes de la necesidad de mejorar sus condiciones de vida para evitar el peligro de una revolución; y por otra, de la necesidad de su concurso para realizar plenamente la revolución burguesa que está siendo monopolizada por una minoría formada, en gran parte, por la antigua clase dominante que ha sabido beneficiarse hasta de los cambios más revolucionarios traídos por el nuevo régimen como ha ocurrido, por ejemplo, con la desamortización.

Al mismo tiempo que los utópicos españoles se hacen más "realistas" y desembocan en los partidos burgueses más "izquierdistas", como son el partido demócrata y el republicano, algunos miembros de estos partidos van a evolucionar hacia actitudes más críticas y radicales que les va a acercar hacia el socialismo, pero un socialismo que cada vez tiene menos de utópico. Es decir, en los años que van de la revolución del 54 hasta la del 68 se producen en el seno mismo del pensamiento liberal<sup>600</sup> una serie de "*diversificaciones*" que deben considerarse como "*la génesis del pensamiento socialista*" que se desarrollará en los años posteriores a la revolución de septiembre<sup>601</sup>. Entre las figuras que, saliendo de las filas del liberalismo más progresista, van a actuar como una especie de puente hacia el socialismo -además de Garrido y Cámara ya estudiados-, la más importante es Francisco Pi y Margall, lo que no quiere decir que haya que considerarlo socialista en un sentido estricto, sino más bien socialdemócrata. Una buena muestra de esta radicalización es el folleto de Pi *-La reacción y la revolución-* publicado cuando la revolución del 54 se encontraba en plena efervescencia, y en el que se dirige al pueblo con las siguientes palabras:

*"Pueblo, después de once años has roto, al fin, con noble y fiero orgullo tus cadenas [...] Este triunfo lo debes a tus propias fuerzas [...] Tuyo es el triunfo, pueblo, y tuyos han de ser los frutos de la revolución [...] Sobre ti, y exclusivamente sobre ti, pesan las cargas del Estado; tú eres el que en los alquileres de tus pobres viviendas pagas con usura al propietario la contribución de los inmuebles [...] tú, el que más trabajas, ¿no eres acaso el que más sufres? ¿Qué haría sin ti toda esa turba de nobles, de propietarios, de parásitos, que insultan de continuo tu miseria con sus espléndidos trenes, sus ruidosos festines y sus opíparos banquetes? Ellos son, sin embargo, los que gozan de los beneficios de tu trabajo; ellos, los que [...] se muestran siempre dispuestos a remachar los hierros que te oprimen. Para ellos*

<sup>599</sup> Angels Solà: *Socialismo utópico*, cit., p. 11711.

En el mismo sentido se manifiesta J. M. Fernández de Urbina quien afirma que los acontecimientos del 48 "*acabaron por inclinar a la mayoría de los cabetianos catalanes en una dirección distinta a la de su apoliticismo y pacifismo originarios: en dirección al recién constituido partido demócrata cuyo objetivo primordial era la lucha política e insurreccional para derribar el régimen isabelino. Lo mismo había sucedido con los socialistas madrileños.*" *Los pioneros...*, cit., p. 13.

<sup>600</sup> Lo mismo ocurre con la prensa pues, como afirma Jutglar, "*hasta la aparición a partir de 1855 de prensa propiamente obrerista, El Eco de la Clase Obrera, durante muchos años los periódicos avanzados del liberalismo fueron el único portavoz válido del proletariado, del mismo modo que en prensa obrerista veremos repetirse los nombres burgueses.*" *Ideologías y clases...*, cit., p. 186.

<sup>601</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 101.

*son todos los derechos, para ti, todos los deberes; para ellos, los honores; para ti, las cargas [...], eres, al fin, por no disponer de capital alguno, un verdadero paria de la sociedad, un verdadero esclavo. ¿Has de continuar así después del glorioso triunfo que acabas de obtener? [...] ¿Depende acaso de ti que tengas capitales?"<sup>602</sup>.*

Este mismo año, otras declaraciones de Pi tienen un tono menos retórico y de denuncia clara de los abusos del capital:

*"La fatalidad de las cosas quiere que no podamos aún destruir del todo la tiranía del capital; arranquémosle, por de pronto, cuando menos, esos inicuos privilegios y ese monopolio político que se presenta armado desde hace tantos años"<sup>603</sup>.*

Pero el socialismo de Pi y Margall no se puede desligar de las disensiones, a las que ya he hecho referencia en páginas anteriores, existentes en el seno del partido demócrata entre los partidarios de una alianza con los progresistas y los que estaban a favor de romper con ellos y acercarse al proletariado<sup>604</sup>. Esta división reaparece en la polémica mantenida en 1864 entre Pi y Castelar -representantes de las corrientes denominadas socialista e individualista- desde las páginas de *La Discusión* y *La Democracia* respectivamente. Entre los meses de abril y julio Pi y Margall publicó una serie de artículos en *La Discusión* en los que cuestionaba tanto el concepto de libertad individual por encima de todo como el "*carácter sagrado e inviolable de la propiedad*"<sup>605</sup> y, en consecuencia, abogaba por la intervención del estado para mejorar las condiciones de las clases trabajadoras. Estos artículos obtuvieron la réplica inmediata de Castelar quien en otros tantos, publicados en *La Democracia*, atacaba al socialismo. La polémica llegó hasta Cataluña. En Barcelona, un sector del partido demócrata

*"se sumó a la tesis de Pi, con un manifiesto en el que definieron los términos en cuestión, al decir que 'la democracia proclama la libertad de derecho, el socialismo la traduce en hecho', y propusieron como norma 'la acción colectiva empieza donde sea impotente la iniciativa individual'"<sup>606</sup>.*

Es decir, mientras Castelar va a defender el liberalismo doctrinario -la libertad individual por encima de todo sin ningún tipo de trabas que la coarten-, Pi está a favor de medidas de protección social que alivien la penosa situación en que vive el proletariado. Ahora bien,

*"el "socialismo" de Pi y Margall no iba mucho más allá del arbitraje en los salarios, un mínimo de acción estatal para mejorar las condiciones de trabajo, crédito agrícola y una "generalización de la propiedad" que habría de extender la revolución agraria más allá del "nuevo feudalismo" de los agricultores pobres"<sup>607</sup>.*

Por eso, como afirma Carr, el "socialismo" de los demócratas era más bien una cuestión

<sup>602</sup> Citado por: A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 101-102.

<sup>603</sup> Citado por Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 102.

<sup>604</sup> "La colaboración con los progresistas uncía a los demócratas a fórmulas políticas anticuadas y hacía a un lado la verdadera fuente de su fuerza: el contacto con el proletariado urbano. En contra de los revolucionarios "socialistas" estaban los demócratas con posición personal, Orense y Rivero; [...] Estaban decididos a evitar toda desviación del individualismo económico doctrinario que pudiera asustar a los progresistas." R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 229.

<sup>605</sup> M. Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 236. Todos los datos relativos a la polémica entre Castelar y Pi están extraídos de esta página y de la siguiente.

<sup>606</sup> Artola: *Ibíd.*, p. 236.

de táctica<sup>608</sup> para culminar la revolución burguesa: "El debate acerca de lo que se dio en llamar el "socialismo", [...] era menos una discusión sobre el socialismo que una divergencia en cuestiones de táctica"<sup>609</sup>. En cualquier caso, creo que se puede afirmar que el hecho de que existiese entre un sector de la democracia española la conciencia de la necesidad de acercarse los sectores obreros<sup>610</sup> indica ya con bastante claridad la importancia que el proletariado español estaba alcanzando a mediados de los años 60, si bien todavía no había terminado de darse cuenta de que su emancipación tendría que hacerse al margen de los programas burgueses.

En los utópicos hay, evidentemente una preocupación por las clases populares. Pero, ¿calaron estas ideas entre estas clases? ¿Se identificaron y lucharon por ellas? Parece que no:

*"Como en otros países europeos, estos pensadores utópicos se concentraron en España en núcleos reducidos, formados en su mayoría por intelectuales de raíz pequeño-burguesa, que permanecen al margen del naciente movimiento obrero"*<sup>611</sup>.

De la misma opinión es Díaz del Moral para quien ninguna de las actuaciones revolucionarias del pueblo que se producen en estos años tiene nada que ver con las ideas socialistas y, por tanto, no son producto de una conciencia de clase. Así, por ejemplo, refiriéndose a Cataluña escribe lo siguiente:

*"Tampoco el núcleo de teorizantes catalanes había llegado a aunar a aquellas masas obreras bajo un programa una táctica comunes; pero, como allí, a diferencia del resto de España, se habían empezado a formar el capitalismo y la gran industria y, por contragolpe el proletariado, el mundo del trabajo comenzó a luchar por sí mismo en defensa de sus intereses; se iniciaron las sordas convulsiones, el vocerío confuso e inarticulado que precedió en toda Europa a la definición y organización del proletariado como clase"*<sup>612</sup>.

<sup>607</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 286.

<sup>608</sup> No eran sólo los demócratas; incluso en el partido moderado surgieron voces inteligentes que se daban cuenta de la necesidad de hacer concesiones al pueblo para evitar las commociones violentas. Como muestra valgan estas palabras de Andrés Borrego con motivo de la discusión en las Cortes de la ley desamortización en 1855: "La historia de ningún país ofrecerá a los futuros agitadores de la especie humana, palanca tan poderosa como la que encontrarán los mal avenidos con la sociedad que actualmente se edifica, en los sistemas y en los métodos aplicados a las reformas económicas por el partido progresista, los cuales, aunque en lontananza, encierran el seguro germen de un socialismo más temible que el que ha amenazado y amenaza a las demás sociedades cultas." Recogido en: F. Tomás y Valiente: *El marco político de la desamortización...*, cit., p. 141.

<sup>609</sup> *España 1808-1975*, cit., p. 229.

<sup>610</sup> Hasta los sectores más tradicionalistas y conservadores eran conscientes de algo que los defensores del liberalismo doctrinario pretendían ignorar: que no era posible seguir sin tenerlos en cuenta por más tiempo: "La escuela liberal, enemiga a un mismo tiempo de las tinieblas y de la luz, ha escogido para sí no sé qué crepúsculo incierto entre las regiones luminosas y las opacas, entre las sombras eternas y las divinas auroras. Puesta en esa región sin nombre, ha acometido la empresa de gobernar sin pueblo y sin Dios; empresa extravagante e imposible: sus días están contados, porque por un punto del horizonte asoma Dios y por otro asoma el pueblo. Nadie sabrá decir dónde está en el tremendo día de la batalla y cuando el campo todo esté lleno con las falanges católicas y las falanges socialistas."

Juan Donoso Cortés: *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* [1851], Madrid, Editora Nacional, 1978, Col. H 30, p. 219. Edición de José Vila Selma.

<sup>611</sup> A. Elorza: *Socialismo utópico...*, cit., p. 8.

Sin embargo, Àngels Solà afirma lo contrario: "Diferentes testimonios de la época avalan la idea de la amplia aceptación de las doctrinas icarianas en los medios obreros." *Socialismmo utópico*, cit., p. 11711.

<sup>612</sup> Juan Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones campesinas...*, cit., p. 70.

E idéntica situación describe en Andalucía:

*"En cuanto al núcleo andaluz, tampoco había logrado Abreu infiltrar sus utopías en las masas populares. Aquel fourierismo ingenuo, ensoñador [...] carecía de toda aptitud para caldear a las muchedumbres yacentes en los bajos fondos sociales. En cambio, logró la entusiasta adhesión de ciertos sectores de las clases acomodadas y de los intelectuales"*<sup>613</sup>.

Por eso, las agitaciones campesinas que tienen lugar en Andalucía durante estos años -y muy especialmente la de Loja- no tienen nada que ver con ninguna teoría socialista importada. Para Díaz del Moral son fruto de *"un singular socialismo"*, *"socialismo indígena"*, que surgió *"por generación espontánea"* como consecuencia de la situación creada por las desamortizaciones, especialmente la segunda, que dejaron al proletariado campesino en una situación de absoluta desprotección<sup>614</sup>. Su reivindicación básica no era otra que la aspiración a la propiedad de la tierra: el *"hambre de tierra"* a la que ya me he referido en las páginas precedentes.

En cualquier caso, independientemente de la influencia que las ideas de los utópicos tuvieran en los sectores proletarios y en la adquisición de la conciencia de clase por parte de éstos, lo que resulta indudable es que encontraron un amplio reflejo en la novela -como analizaré en el apartado correspondiente- hasta el punto de constituir una amplia corriente de la que son autores destacados Ayguals y Fernández y González entre otros.

## 2.6. CONCLUSIÓN

El relativo proceso de industrialización que tiene lugar durante estos años provoca la aparición tanto de la burguesía -débil- financiera e industrial como del proletariado. Esta burguesía aspira a desplazar del poder a las antiguas clases dominantes. Pero, al mismo tiempo, basa su poder en la explotación de las clases trabajadoras, cuyas condiciones de vida son extremadamente penosas. De ahí su precaria situación y sus continuas oscilaciones: desde el acercamiento a las clases populares a las que necesita para que triunfe la revolución burguesa, hasta el pacto con las antiguas clases dominantes ante el menor indicio de desbordamiento de la revolución más allá de sus propios contenidos de clase, como ocurrió, por ejemplo, en la huelga general de Barcelona en 1855 o en el levantamiento campesino de Loja en 1861, dos de los casos más significativos de este desbordamiento. Por eso, las clases proletarias, presentes en todos los acontecimientos políticos del período al lado de los diferentes partidos burgueses, van a quedar una y otra vez fuera de las conquistas de éstos. Pero esta acción conjunta va a servir para que los sectores más abiertos de la burguesía se den cuenta de la potencialidad

---

<sup>613</sup> *Ibíd.*

<sup>614</sup> *"Empezaba entonces a circular por Andalucía la palabra socialismo, sin sentido preciso, sin contenido determinado, como una vaga tendencia de pobres contra ricos, [...] y desde entonces, socialismo vino a expresar, para unos y para otros, el reparto de la propiedad de los primeros entre los segundos, es decir una nueva desamortización en la que muchos propietarios sustituyan a los pocos que a la sazón la posean. Durante los primeros tiempos del movimiento republicano, esta palabra era sinónimo de socialista para el común de las gentes, y ser socialista valía tanto como aspirar al reparto. Es claro que los directores regionales del republicanismo atribuían conceptos más exactos a aquéllos términos; pero las incultas masas obreras y burguesas siguieron confundiéndolas durante muchos años. Y, disfrazado o no, con sus falsos motes, el reparto ha seguido siendo en todas las agitaciones anarquistas campesinas la mágica palabra que ha electrizado a las muchedumbres."* **Historia de las agitaciones...**, cit., p. 78.

revolucionaria de las clases trabajadoras, lo que les llevará a iniciar una política reformista para evitar la revolución, y para que las clases trabajadoras empiecen a darse cuenta -ocurrirá ya tras la revolución del 68- de que su camino es otro que el de la burguesía. La siguiente cita de Jutglar sintetiza con total precisión el papel histórico desempeñado por la clase obrera en este período:

*"Los obreros y sus débiles, impotentes y esporádicas organizaciones actuaron conjuntamente con la clase media en todas las grandes conmociones del siglo XIX. Les vemos desertar del trabajo en 1820, colaborando con los industriales de Barcelona en el triunfo de Riego y del liberalismo constitucionalista; en las barricadas callejeras durante el alzamiento progresista de 1854, y en los innumerables motines y alzamientos de Madrid, Barcelona y otras capitales. [...] Lucharon en las sublevaciones republicanas de Andalucía y Cataluña y colaboraron decididamente en el destronamiento de los Borbones. Pero nunca formularon colectivamente un plan opuesto, ni tan sólo distinto del que planteaban liberales, progresistas, demócratas o republicanos. De vez en cuando, siempre esporádicamente, una chispa, una pequeña hoguera -quema de fábricas en 1835, lucha por la Asociación en 1855- indicaba que no sería eterna la concordia entre el obrero y el industrial, ni definitiva la adaptación del trabajador en la sociedad, ni tampoco perpetua la tolerancia de éstos hacia el Estado"<sup>615</sup>.*

Es decir, que hasta 1868, el proletariado va a marchar de la mano de los progresistas, demócratas o republicanos según las circunstancias. Va a creer durante un tiempo que sus aspiraciones pueden ser satisfechas en el marco de la revolución burguesa: las ideas de los utópicos, entre otros, van a contribuir a esa creencia. Desde finales de la década del 60 caminarán solos convencidos ya de que sus intereses no coinciden con los de la burguesía.

---

<sup>615</sup> *Ideologías y clases...*, cit., p. 187.

### 3. 1868-1900. EL SURGIMIENTO DE LA CONCIENCIA OBRERA.

#### 3.1. INTRODUCCIÓN.

El período que se inicia en 1868, y se prolonga hasta la Dictadura de Primo de Rivera, se caracteriza tanto por la perpetuación de conflictos heredados de la etapa anterior, como por el surgimiento de otros nuevos:

*"Vino el prohombre financiero cuando el señor de haciendas y casi de vidas estaba lejos de desaparecer. Y surgió el alto horno frente al tallercito artesano. Y el socialismo se adueñó de las conciencias de unos, mientras otros pretendían la invulnerabilidad de estructuras caducas desde hacía siglos"*<sup>616</sup>.

Dicho más detalladamente:

*"El triunfo revolucionario de 1868 creó unas condiciones excepcionalmente favorables para la manifestación no sólo de las antiguas, sino también de las nuevas tensiones surgidas en la sociedad española para esta época. El conflicto en torno al régimen continúa teniendo, bajo nuevas denominaciones -conservadores y liberales-, los mismos protagonistas a los que enmarca, por la derecha [el] carlismo. [...] Al mismo tiempo se replantea una confrontación global de la sociedad y el sistema político a cargo de los movimientos obreros"*<sup>617</sup>.

Dos son, pues, los aspectos de la historia de esta etapa en los que interesa fijar la atención: las vicisitudes de la burguesía en su lucha -frustrada- con la aristocracia tradicional para acceder al poder y la independencia del proletariado de la tutela burguesa que tendrá como consecuencia la aspiración a la conquista de dicho poder, pero sobre la base de una nueva organización económica y social.

En lo que al primer aspecto se refiere: Revolución burguesa, cambio de dinastía, República y Restauración de la antigua dinastía son las etapas políticas de este último período del siglo XIX. El resultado final será que la antigua clase dominante -ampliada con la incorporación de algunos sectores burgueses- monopolizará el poder económico y político hasta 1917, dejando fuera del mismo a las clases medias y al pueblo.

Y en lo relativo al segundo: Condiciones de vida de las clases trabajadoras, difusión de las ideas de la Internacional, adquisición de la conciencia de clase, organización del proletariado, enfrentamiento con el poder -para conquistarlo en beneficio propio o suprimirlo (socialistas contra anarquistas)-, lo que dará lugar a escisiones en el seno de las organizaciones proletarias, y reacción defensiva de las clases conservadoras ante la organización y movilización de los trabajadores, son las notas distintivas de la fenomenología obrera del período.

<sup>616</sup> M. Tuñón de Lara: *La España del siglo XIX*, cit., p. 412.

<sup>617</sup> Miguel Artola: *Partidos y programas políticos, 1808-1936. I. Los partidos políticos*. Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 279.

## 3.2. REVOLUCIÓN BURGUESA FRUSTRADA: LA OLIGARQUÍA SIGUE EN EL PODER.

### 3.2.1. LA REVOLUCIÓN DE SEPTIEMBRE: DEBILIDAD BURGUESA

*"Se ha dicho con razón que la característica de la burguesía española del siglo XIX es que no hizo la revolución que había hecho en el siglo XVII la burguesía inglesa, a fines del siglo XVIII la francesa, pero, que además no la dejó hacer al pueblo. Éste fue el destino trágico de la primera República, que pudo haberse salvado, pero solamente ligándose al pueblo, y en cambio se opuso a él"*<sup>618</sup>.

En 1868 se produjo una conjunción de circunstancias que hicieron de esta fecha un momento adecuado para que la burguesía hubiese relevado en el poder a la aristocracia terrateniente. La activa presencia del pueblo en los sucesos de septiembre era un indicio de que las capas populares apostaban por el cambio y de que su participación en los acontecimientos de los siguientes años iba a ir en aumento: *"La acción creciente de las masas populares en el estallido de septiembre era signo de mayor participación popular en la vida política"*<sup>619</sup>. Lo cual no quiere decir que fuera una revolución popular; el pueblo actuó dirigido por una minoría:

*"La revolución de septiembre se nos aparece como un hecho de minorías, que se engendra en el interior de las élites políticas, más que como una revolución popular. Sin embargo, cuando se estudia la morfología de los hechos de septiembre de 1868, resulta evidente la importancia del elemento popular en todo el entramado"*<sup>620</sup>.

Pero una revolución burguesa no era posible en ese momento. Las circunstancias objetivas lo impedían. España seguía siendo un país predominantemente agrario. En 1877 el número total de habitantes ascendía a 17.549.405; la población activa la constituían 6.764.406 personas, de las que 5 millones se dedicaban a la agricultura y ganadería, y sólo 243.000 a la industria<sup>621</sup>. Esta tendencia no va a variar mucho a lo largo del período:

*"La población industrial de España no crece a un ritmo excesivamente elevado. Entre 1860 y 1910, y tomándola en su más amplia acepción, pasa de un millón a un millón ciento veinte mil individuos, y se mantiene en una proporción del orden del 15 por ciento en relación al conjunto de la población activa. Es poco si se admite que esta cifra incluye a la masa de artesanos, que aún es considerable en las ciudades españolas. En Barcelona, que con mucho es la mayor ciudad obrera del país y uno de los escasos centros del capitalismo industrial en España, la importancia del artesanado y de la pequeña empresa es esencial"*<sup>622</sup>.

Es decir, el poder social y económico de la burguesía es muy escaso, pues éste sigue estando en manos de la oligarquía tradicional como corresponde a un país de base agraria. Por eso, a pesar de todos los avances -que son indudbles- en construcción de ferrocarriles, minería, siderurgia, etc., que tienen lugar durante el último cuarto de siglo, *"el poder de esta oligarquía es*

<sup>618</sup> Diego Abad de Santillán: *Historia del movimiento obrero español. 1 (Desde sus orígenes a la Restauración borbónica)*. Madrid, Zyx, 3ª edc., 1968. Biblioteca de Promoción del Pueblo 16, p. 223.

<sup>619</sup> M. Tuñón de Lara: *La España del siglo XIX*, cit., p. 199.

<sup>620</sup> A. Bahamonde y Jesús A. Martínez: *Historia de España. Siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 2ª edc., 1998, p. 526.

<sup>621</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 264.

<sup>622</sup> É. Temine, A. Broder, G. Chastagnaret: *Historia de España Contemporánea. Desde 1808 hasta nuestros días*. Barcelona, Ariel, 1982. Ariel Historia, 31, p. 189.



tal que no se puede ni soñar en sustituirlo por un nuevo poder económico<sup>623</sup>. El predominio de la oligarquía no es sólo socioeconómico, sino que extiende también su influencia al ámbito de las mentalidades condicionando el comportamiento de los campesinos ricos -caciques rurales- que seguían aferrados a los usos del pasado:

*"Era incapaz de comprender la organización de las grandes explotaciones capitalistas en los terrenos agrícola, industrial y comercial. Era muy estúpida [la clase a la que pertenecían estos campesinos] absolutamente inculta y con una especie de egoísmo aldeano... Esos hombres vivían bien. No muchos tenían coche y eran pocos los que disponían de baño. Sus abuelos guardaban las monedas de oro que poseían en un calcetín o bajo una baldosa. Acumulaban en cajas fuertes sus billetes y se resistían a depositarlos en el banco, temerosos de ser despojados por una quiebra o una suspensión de pagos"*<sup>624</sup>.

La escasez y debilidad de la burguesía va a tener consecuencias nefastas no sólo para sus intereses de clase, sino para todo el país. Jaime Vera en su famoso **Informe** de 1884, entre otras cosas, escribe:

*"Nos hemos retrasado en la evolución económica; entramos tarde y mal armados en la guerra civil de la competencia y sólo llevamos como remedio contra los desastres que nos amenazan la deficiencia y los vicios de nuestra educación técnica y social, la incapacidad notoria de nuestra burguesía y la supina ignorancia de nuestros gobernantes, más o menos habilidosos en la intriga política y muy expeditos de lengua, pero vacíos y nullos como administradores"*<sup>625</sup>.

De ahí que su situación se hará insostenible, como se verá más adelante, cuando llegue la República.

La debilidad burguesa condicionará desde el primer momento de la Revolución el alcance de los cambios. Por eso, una vez derrocada la monarquía, el nuevo gobierno, constituido el 8 de octubre -el Gabinete de Serrano- se limitó a adoptar una serie de medidas que reconocían los principios elementales del liberalismo: libertad de asociación, libertad de imprenta, sufragio universal para los hombres mayores de veinticinco años. Como dice Tuñón estas medidas a la altura de 1868 *"eran ya tan insuficientes que podían ser abrazadas por los moderadísimos de la Unión Liberal"*. De aquí se desprende que la actuación de este primer gobierno revolucionario es que *"no parecía tener demasiada conciencia de esa empresa histórica que se llama la revolución burguesa"*<sup>626</sup>. Si estas primeras medidas ponen de manifiesto ya desde el inicio el carácter conservador de la Junta Provisional, otras -como la entrega de las armas en poder del pueblo- son reveladoras de su actitud claramente antipopular: *"Para el nuevo gobierno, el desarme del pueblo, que había contribuido esencialmente a la victoria, fue la tarea más importante y urgente a realizar"*<sup>627</sup>. La orden del gobierno provocará resistencias e incluso levantamientos como el ocurrido en Cádiz -bajo la dirección de Fermín Salvochea, *"el austero patriota"*<sup>628</sup>- en

<sup>623</sup> *Ibíd.*, p. 185.

<sup>624</sup> S. Casado: *The last days of Madrid*, citado por: R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 413.

<sup>625</sup> Citado por: M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 324.

<sup>626</sup> Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 199.

<sup>627</sup> D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 94.

<sup>628</sup> B. Pérez Galdós: *La Primera República, Episodios Nacionales V*, Madrid Aguilar, 2ª edc., 1990, p. 383.

octubre de 1868<sup>629</sup>. Así pues, escasamente un mes después de la Revolución aparecen los primeros signos de descontento. Éste -transformado en frustración- irá en aumento como consecuencia de los acontecimientos políticos de los meses siguientes. En junio de 1869 se aprueba una nueva Constitución, texto liberal que reconoce todos los derechos fundamentales:

*"Además de reconocer la soberanía nacional, aumenta considerablemente el catálogo de derechos y libertades fundamentales, amplía el sufragio universal hasta el máximo que permitía la época, restringe los poderes del Rey, al mismo tiempo que fortalece el papel del Consejo de Ministros, y regula, por último, la responsabilidad política del Gobierno ante las Cortes"*<sup>630</sup>.

Una constitución monárquica no podía satisfacer a los republicanos; pero se daba, además, la paradoja de que hacía menos de un año que se había destronado a la reina cabeza de una dinastía que, aunque contaba con algunos partidarios, era muy impopular; por esta razón la búsqueda de un nuevo rey se convirtió en un motivo de discordia entre los propios monárquicos<sup>631</sup>. Entre tanta gente insatisfecha algunos no se resignaron pues habían apoyado la revolución con la esperanza de cambios más profundos: *"existía un núcleo de entusiastas dispuestos a hacer una revolución mucho más radical que la consistente en la mera sustitución de la dinastía"*<sup>632</sup>. De ahí que tras la aprobación de la Constitución se produjeran manifestaciones populares en diversos lugares de España en favor de la instauración de la república: *"En Málaga, Arcos de la Frontera, Mallorca y otras localidades los medios populares respondieron por apasionadas manifestaciones al grito de ¡Viva la República!"*<sup>633</sup>. Y en septiembre de 1869 se produjeron en varias regiones españolas levantamientos republicanos armados en los que participaron alrededor de 50.000 hombres<sup>634</sup>. Con todo los disturbios más graves fueron los

<sup>629</sup> Vide: D. Abad de Santillán: Op. cit., p. 94.

<sup>630</sup> Jorge de Esteban: *Las Constituciones de España*, cit., p. 31-32.

<sup>631</sup> Galdós narra la situación con una ironía no exenta de desencanto: *"Habíamos hecho una revolución con el instrumento naval y militar, trayendo después al pueblo a que la confirmara, y apenas cogieron los nuevos estadistas el manubrio de gobernar, saltó la cuestión batallona: si quitado el Trono debíamos poner otro o constituírnos en República. [...] Los republicanos despotricarían sobre si la República debía llevar penacho unitario, federal o mixto y los monárquicos andarían a la greña por si encasquetaban la corona en ésta o en la otra cabeza".* *España sin rey, Episodios Nacionales V*, cit., p. 10.

<sup>632</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 288.

<sup>633</sup> M. Núñez y M. Tuñón de Lara: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 98.

<sup>634</sup> *Ibíd.* y A. Bahamonde y J. Martínez: *Historia...*, cit., p. 560-561.

Para Galdós estos levantamientos fueron perjudiciales para el republicanismo y hace responsable a los federalistas a quienes echa en cara sus prisas: *"Era la explosión del sentimiento republicano, el más joven y, por lo tanto, el más vigoroso de los sentimientos políticos en aquella época de pasmosa florecencia vital. Brotaban los nuevos gérmenes con fuerte empuje de la savia, y el poder y la virtud de ésta se malograban por querer crear el fruto antes de producir las flores"*. En Tarragona el populacho asesinó, arrastrándolo, al gobernador interino don Raimundo Reyes García que intentaba apaciguarlo: *"...el Gobernador interino arengaba en otra forma y con mejor sentido a la brava multitud. Ésta [...] no se enteraba de las sensatas exhortaciones de la autoridad..., se arremolinó en torno al señor Reyes; éste cayó al suelo... La fiera se inclinó sobre él... Era como el niño recogiendo el juguete que se le había caído... Los niños en sus juegos inocentes, inventan diversiones crueles y hacen simulacros de maldades. Ello fue que la iracunda caterva popular echó una cuerda a los pies del infeliz Gobernador interino y le arrastró. [...] Urries, Angulo y Solís no creyeron prudente marchar a la cola de la bárbara tragedia que se alejaba, y deseando apartar de sus oídos el espantable resuello de la plebe, mezcla de carcajada hombruna y de aullar de canes, retrocedieron calles arriba"*. *España sin rey*, cit., p. 105 y 107.

ocurridos en Valencia y Zaragoza:

*"Durante nueve días, aguardando una rebelión general que no llegaba nunca, las barricadas federales se mantuvieron firmes contra los indecisos ataques de las tropas llegadas por ferrocarril de todo el sur de España. El movimiento sólo fue socialista en Valls; en Valencia hubo más bien cooperación que guerra de clases"*<sup>635</sup>.

### 3.2.2. LA MONARQUÍA DE AMADEO I

Dominados -sin excesivas dificultades- los levantamientos se acabó con la resistencia a la implantación de nuevo de la monarquía. Sólo había que encontrar un rey. La propia coalición de gobierno, que había conseguido imponer la monarquía, se dividió, pues cada uno tenía su candidato. El de la Unión Liberal era el hijo del rey de Francia -Luis Felipe I- don Antonio María de Orleans, duque de Montpensier -"*monsieur Combien*"<sup>636</sup>- que estaba casado con la hermana de Isabel II, la infanta María Luisa Fernanda. La candidatura de Montpensier respondía a los intereses de la oligarquía conservadora<sup>637</sup>. Pero él mismo la hizo imposible al matar en duelo al infante don Enrique de Borbón, hermano del marido de Isabel II, don Francisco de Asís<sup>638</sup>. Los demócratas ofrecieron el trono al ex rey de Portugal don Fernando, pero éste no aceptó. Tras desechar otros candidatos encontraron uno -Amadeo de Saboya- dispuesto a aceptar con la condición de contar con el apoyo de las Cortes. En la votación celebrada el 16 de noviembre de 1870, Amadeo obtuvo 191 votos, Montpensier 27, Espartero 8, Alfonso de Borbón -el futuro Alfonso XII- 2, la República Federal 60 y la Unitaria 2<sup>639</sup>. Prim, que era el que más había luchado por la candidatura de Amadeo, murió antes de que éste llegase a España. La coalición de partidos que lo había apoyado se dividió con lo que el reinado del duque de Aosta va a resultar imposible. Los dos años que duró se caracterizan por

<sup>635</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 305-306.

<sup>636</sup> "...contó Halconero lo que días antes había oído de boca de uno de los dependientes del librero Durán. De vez en cuando entraba el Duque en la tiendilla de la Carrera de San Jerónimo a comprar alguna obra de historia contemporánea, o de estudios graves de Economía política. Le mostraban lo mejor que había, y su primera palabra, hojeando los volúmenes, era "Combien?"... De la repetición de esta muletilla vino el que le pusieran el nombre de "monsieur Combien". Comprara o no, siempre iba por delante la pregunta del precio".

Galdós: *España trágica*, cit., p. 142.

<sup>637</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 308.

<sup>638</sup> Según cuenta Galdós, don Enrique de Borbón fue oficiosamente enviado a España por la propia Isabel II para obstaculizar la candidatura del de Orleans. Se relacionó con los círculos liberales y progresistas, incluso un personaje -el *Carbonerín*- lo encuadra en las filas de los republicanos federales. Escribió un panfleto en el que injuriaba al Duque acusándolo de "*truhanería política*" y llamándolo "*hinchado pastelero francés*". Retado por el ofendido Duque, don Enrique murió de un balazo. El entierro fue utilizado por algunos con intención demagógica: "*Y si en las exequias del príncipe de Borbón faltó la militar pompa y enmudecieron cañones y fusiles, en cambio estalló ruidosa tempestad popular con truenos y relámpagos oratorios. Aquí y allá lanzaron sus anatemas improvisados tribunos, y de la turbamulta se destacó al fin uno [...] Empinándose sobre las ruinas de una tapia, empezó diciendo que hablaba por obedecer al pueblo soberano... Hablaba para manifestar ante el pueblo que su presencia en aquel sitio no significaba que acompañase a un Borbón a su morada postrera; significaba el respeto a un español muerto por la mano de un francés... Don Enrique había perecido de un modo misterioso, cuando ya estaba secretamente elegido presidente de la República... Griterio aterrador y palmoteo acogieron estas palabras: el aire quemaba, la tierra se estremecía con el ardiente resuello popular*". *España trágica*, cit., p. 164.

<sup>639</sup> Francisco Ruiz Cortés y Francisco Sánchez Cobos: *Diccionario biográfico de personajes históricos del siglo XIX español*, Madrid, Rubiños-1860, 1998, p.37. Galdós: *La España trágica*, cit., p 212-213.

la inestabilidad política; un simple dato lo confirma: durante su reinado hubo tres elecciones generales y se sucedieron seis gabinetes ministeriales<sup>640</sup>. Contó, además, con la oposición casi unánime de todos los sectores sociales: el clero veía en él al hijo del usurpador del poder temporal del papa, los republicanos conspiraban incesantemente, los carlistas volvieron a alzarse en armas, la nobleza -cada vez más abiertamente alfonsista- se negaba a aceptar ningún tipo de cargo palaciego; las damas aristocráticas, ataviadas con la indumentaria tradicional, llegaron incluso a ultrajar una tarde a la reina María Victoria durante su paseo en el Prado con un desfile que, pretendiendo ser un acto de reivindicación nacionalista, tuvo más de mascarada carnavalesca que de otra cosa<sup>641</sup>. Sintiéndose desautorizado por las Cortes con motivo del nombramiento del capitán general de Vascongadas, Amadeo I dimitió en febrero de 1873. En opinión de Carr se debió a las disputas internas de los que habían hecho la revolución de Septiembre<sup>642</sup>. Causa explícitamente reconocida por el rey, quien en su discurso de abdicación, leído en las Cortes, dijo refiriéndose a los partidos políticos:

*"Si fuesen extranjeros, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería yo el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra agravan y perpetúan los males de la Nación son españoles, todos invocan el dulce nombre de la Patria, todos pelean y se agitan por su bien, y entre el fragor del combate, entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible atinar cuál es la verdadera, y más imposible todavía hallar el remedio para tantos males"*<sup>643</sup>.

En una votación, celebrada a continuación, las dos cámaras -Senado y Congreso-, reunidas en Asamblea Nacional<sup>644</sup>, proclamaron la República con 258 votos a favor y 32 en contra.

<sup>640</sup> A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España. Siglo XIX*, cit., p. 571.

<sup>641</sup> "La función resultó brillante, abigarrada, jocosa. Salieron aquella tarde las alfonsinas aderezadas con sus mantillas y peinetas, creyendo realizar de este modo una protesta muda contra la nacionalidad exótica de nuestros Reyes. Ridículo, afectado y artero resultaba el españolismo de nuestras clases altas. Las que desde el segundo tercio del siglo habían renegado de todo lo castizo, arrojando al montón de las prenderías las modas españolas y vistiéndose, comiendo y hablando a la francesa, salían ahora con la tecla de adoptar preseas sacadas del Rastro indumentario". Galdós: *Amadeo I, Episodios Nacionales V*, cit., p. 325.

Luis Coloma describe este mismo acontecimiento como una muestra más del boicot de la aristocracia a la nueva dinastía: "... eran el brazo derecho de los políticos de la Restauración las señoras de la grandeza, [...]. Ellas, con sus alardes de españolismo y sus algaradas aristocráticas, habían conseguido hacer el vacío en torno a Amadeo de Saboya y la reina Victoria, acorralándolos en el palacio de la Plaza de Oriente, en medio de una corte de "cabos furrieles y tenderos acomodados", según la opinión de la duquesa de Bara; de "indecentillos", añadía Leopoldina Pastor, que no llegaban siquiera a indecentes. Las damas acudían a la Fuente Castellana, tendidas en sus carretelas, con clásicas mantillas de blonda y peinetas de teja, y la flor de lis, emblema de la Restauración, brillaba en todos los tocados que se lucían en teatros y saraos. [...] Un inmenso gentío, de todos los colores y matices, aplaudía en los jardines del Retiro *El Príncipe Lila*, grotesca sátira en que designaban al monarca reinante con el nombre de *Macarroni I*". Pequeñeces, Madrid, Cátedra, 1987, LH. 28, p. 72-73.

<sup>642</sup> *España...*, cit., p. 314.

<sup>643</sup> P. Galdós: *Amadeo I*, cit., p. 334.

<sup>644</sup> Esta sesión fue ilegal pues la Constitución de 1869 en su artículo 47 dice: "Los cuerpos colegisladores no pueden deliberar juntos ni en presencia del Rey". Jorge de Esteban: *Las Constituciones de España*, cit., p. 296.

### 3.2.3. LA REPÚBLICA INESTABLE

La I República duró diez meses escasos –desde el 11-3-73 hasta 3-1-74- y tuvo cuatro presidentes: Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar. No era el momento más oportuno para su nacimiento. Si se llegó a ella fue porque en aquellos momentos no había otra solución posible. Los republicanos no eran un partido poderoso. Su ascenso al poder se debió más que a su propia fuerza a la debilidad del gobierno que caía<sup>645</sup>. Y la República se encontró con toda clase de obstáculos: los propios republicanos estaban divididos; tuvieron la oposición de los radicales unitarios; no pudieron controlar a los monárquicos ni supieron tampoco atraerse a los sectores populares de la Internacional, cuya línea dominante en estos momentos, como se verá, era la del apoliticismo; contó, asimismo, con la oposición exterior, concretamente con la francesa al frente de cuyo gobierno se encontraba Thiers en una posición de fuerza tras haber acabado con la Comuna. En su corta trayectoria el régimen republicano tuvo que afrontar, además, las sublevaciones cantonales en las que se cometieron algunos excesos que asustaron a las sectores más conservadores de la sociedad e hicieron que el estigma del descrédito, que cayó sobre la palabra "república", durase varias generaciones. Demasiados inconvenientes "y así se fue de tropiezo en tropiezo hasta el fin"<sup>646</sup>.

Los dirigentes republicanos<sup>647</sup>, una vez proclamada la República, tenían como finalidad la organización federal de la misma. Pero todos ellos -los cuatro presidentes eran abogados- estaban preocupados por el escrupuloso respeto de la legalidad. Concretamente, "*Pi concebía la República Federal como expresión genuina de la voluntad nacional más que como imposición de una minoría*" (p. 320). Esta forma de pensar pecaba de exceso de ingenuidad e iba a suscitar una doble oposición -aparte, por descontado, de la monárquica- entre los partidos que habían apoyado el advenimiento de la república: por la derecha, los radicales, partidarios de la república unitaria; y, por la izquierda, los federales, que querían la república federal, pero inmediatamente, proclamada por la fuerza de los hechos al margen de disquisiciones legales.

Los radicales, dirigidos por Martos, conspiraron para organizar un golpe de estado que evitase la convocatoria de unas Cortes Constituyentes que pudiesen hipotéticamente proclamar la República Federal. Descubierta por Pi, fracasó y sus impulsores se vieron obligados a emigrar con lo que el régimen republicano, además de verse privado de parte de su apoyo, comenzó a ser abiertamente discutido desde otros frentes<sup>648</sup>. En esos momentos Pi controlaba

<sup>645</sup> Se puede aplicar a este momento la frase que Carr utilizará para definir la situación que tendrá lugar unos años después cuando Martínez Campos termine con el gobierno de Serrano y proclame rey a Alfonso XII: "*Las contrarrevoluciones, como las revoluciones, dependen de la fuerza o de la debilidad de los gobiernos legales más que de su propia fuerza*". *España...*, cit., p. 331.

<sup>646</sup> Diego Abad de Santillán: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 222.

<sup>647</sup> En la siguiente exposición las ideas fundamentales están extraídas del libro de Carr -*España 1808-1975*- páginas 316-335. Cuando utilizo otra fuente lo indico expresamente.

<sup>648</sup> A este respecto escribe lo siguiente B. Pérez Galdós: "*Los partidos derrotados el 23 de abril por el federalismo tomaban las posiciones que mejor les convenían. Los carlistas, envalentonados por el barullo reinante, multiplicaban sus medios de guerra. Reverdecían como planta bien fecundada las esperanzas de los alfonsinos. Los monárquicos defensores del principio en forma impersonal acrecían con la ridícula bandera del rey X el desbarajuste hispánico. En tanto, el federalismo, perdida la cohesión en que le mantuvo la lucha con un enemigo poderoso, se dividía después del triunfo, y en su seno caldeado surgieron, a más de los intransigentes y benévolo de marras, los pactistas convencionales, los comunistas, y otras variantes del intenso latir que oía*

totalmente la situación y si no proclamó la República Federal fue por su estricto respeto a la legalidad<sup>649</sup>: "*Es indudable que tras el 23 de abril yo tenía un poder inmenso; a consecuencia de los acontecimientos del 23 de abril el gobierno se había convertido en una dictadura revolucionaria*". Y justifica con la siguiente reflexión el no haber hecho uso de ese poder: "*¿Actué atinadamente? Lo dudo si atiendo a la conveniencia política. Pero lo afirmo cuando consulto mi conciencia*"<sup>650</sup>. En julio de 1873 se producen los levantamientos cantonales en Levante y Andalucía. Estos levantamientos le pusieron en una situación insostenible: por una parte, ponían en evidencia el fracaso de su política de respeto a legalidad<sup>651</sup>, pues no podía controlar a su propio partido; y, por otra, le ataban las manos ya que, si utilizaba la fuerza, sus partidarios le acusarían de traicionar los ideales federalistas. Pi, que había presentado en esas mismas fechas a las Cortes un proyecto de Constitución Federal, que no fue aprobado, no tuvo más remedio que dimitir siendo sustituido por Salmerón. Con éste la República da un giro hacia el conservadurismo.

El movimiento cantonal, salvo acciones aisladas como en Alcoy<sup>652</sup>, no tuvo un carácter social, sino que

*"fue protagonizado en general por ese conglomerado social heterogéneo compuesto de artesanos, tenderos y asalariados, las masas federales, que de forma inmediata, directa y revolucionaria intentaron trastocar el rumbo que el federalismo legalista y benévolo había imprimido a la República"*<sup>653</sup>.

Algunos obreros afiliados a la Internacional, como se verá más adelante, participaron en él, pero a título individual; los dirigentes de la Internacional mantuvieron una distancia crítica y, a su vez, los federalistas no querían que se les identificara con los internacionalistas. Sin embargo, por parte de los sectores conservadores -que tenían muy frescos en la memoria los acontecimientos de la Comuna de París- fue presentado como un movimiento social

don Francisco [Pi y Margall] desde el aparato telegráfico de Gobernación". **La Primera República**, cit., p. 363.

<sup>649</sup> Esto le va a costar un hostigamiento continuo por parte de los federalistas intransigentes que no dudarán en utilizar la demagogia: "*Las sesiones parlamentarias me proporcionaron en días sucesivos no pocos ratos de interés. Los intransigentes armaban grescas cada martes y cada lunes. Una tarde leyó el diputado Bernardo García un pasquín o cartelón que los federales del bronce habían fijado en las puertas de los clubs y en muchas esquinas. El cartel decía: <<Pueblo soberano; la República peligra. Los diputados de las Constituyentes no tienen valor cívico ni abnegación para salvar España. Si hoy mismo no se forma un Gobierno valiente, ¡salva tú a la Patria, Pueblo soberano!>>. Protestas, apóstrofes duros y espantable chillería*". Galdós: **La Primera República**, cit., p. 375.

<sup>650</sup> Citado por Carr, p. 320.

<sup>651</sup> "*A Pi y Margall se le censuraba casi unánimemente porque, investido por las Cortes de facultades extraordinarias para dominar la situación, no quiso aplicarlas en momentos tan críticos. Ante la pavorosa insurrección cantonal, limitábase a dirigir por telégrafo a los gobernadores y alcaldes amonestaciones patrióticas, o saludables máximas de buen gobierno y de respeto a la ley. Era el hombre inflexible; era la Ley misma. Pensaba como yo (lo digo sin vanidad) que la Razón y el Tiempo, las dos fuerzas eternamente disciplinadas e incontrastables, reducirían a los rebeldes a la obediencia y devolverían a los pueblos su placentera normalidad*". **La Primera República**, cit., p. 387-388.

<sup>652</sup> "*Los trabajadores de Alcoy, afiliados en su mayor parte a la Internacional, pidieron que se les aumentara el salario en un cincuenta por ciento y que se les declarase dueños de los telares en los que trabajaban. Surgió la huelga*". Galdós: **La Primera República**, cit., p. 385.

<sup>653</sup> A. Bahamonde y J. A. Martínez: **Historia...**, cit., p. 597.

Este carácter heterogéneo lo recoge Galdós tan atento siempre a todos los matices: "*Para cantones bien formados, el de Valencia -afirmó un <<silbante>>- En la Junta cantonal figuran el Arzobispo y el marqués de Cáceres, jefe de los alfonsinos*". **La Primera República**, cit., p. 385.

revolucionario<sup>654</sup>, "sobre todo por las exageraciones de la prensa conservadora"<sup>655</sup>. Salmerón asumió este planteamiento cuando en un discurso, pronunciado ante las Cortes el 30 de agosto, afirmó que había que terminar con una sublevación que atemorizaba a "las clases conservadoras, sin las cuales no puede arraigar ninguna institución"<sup>656</sup>. En dos semanas terminó con los cantones, a excepción del de Cartagena que duraría hasta enero del 74. Una de las razones (señalada por Carr, p. 324) por las que fracasó el cantonalismo fue su localismo extremo<sup>657</sup>.

Salmerón no quiso firmar unas sentencias de muerte por problemas de conciencia y dimitió siendo sustituido por Castelar en septiembre. La República se hace todavía más conservadora. Los radicales se unen con el ala derecha del federalismo y constituyen un nuevo partido -el partido republicano unitario- que sale a la luz pública con un manifiesto muy revelador de cuáles eran las preocupaciones de la burguesía<sup>658</sup>. Para que pueda terminar con la guerra carlista y con el cantón de Cartagena, que era el único que quedaba por someter, las Cortes deciden suspender las sesiones hasta enero y le autorizan a gobernar por decreto. Las divisiones entre los republicanos se agudizan<sup>659</sup>; Salmerón -con motivo del entendimiento de

<sup>654</sup> "Los conservadores presentaron el levantamiento como una revolución social; su fallo consistía en no serlo". Carr, p. 322.

<sup>655</sup> A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España...*, cit., p. 597.

<sup>656</sup> *Ibid.*, p. 323.

<sup>657</sup> Galdós lo recoge fielmente narrando cómo surgían los cantones dentro de los cantones: "Los intransigentes de Sevilla, imitando el ejemplo de sus hermanos de Málaga, [...] proclamaron con gran solemnidad la independencia de la provincia de Sevilla, formando la indispensable y tan acreditada Junta Provisional de Gobierno. Pero los de Utrera no se avenían a depender de los de Sevilla. Ésta mandó contra Utrera una columna, que fue rechazada en recio combate, en el cual sufrió 400 bajas entre muertos y heridos. Por la otra banda, Sanlúcar constituyó también su cantón, nombrando un comité de Salud Pública, y Cádiz [...] hizo lo propio. Siguió ardiendo por toda Andalucía el reguero de pólvora, y Osuna, Antequera, Loja y Granada proclamaron con solemne desahogo y algarabía su santa independencia"[p. 383]. Y, otro ejemplo:

"-También se han acantonado Castellón y Murcia -agregó un albañil-. Lo sé por el ordinario.

-Poco a poco -saltó una de las mozas del partido metiéndose en el ruedo-. Mi pueblo, que es Alhama de Murcia, no quiere depender de la capital, y ya tiene su cantoncito para él solo"[p. 385].

El narrador no puede menos que burlarse irónicamente de este fraccionamiento cantonal contando cómo él mismo quiso constituirse en cantón individual: "Aunque de mí os burléis, amados lectores, he de deciros que esta descomposición de la Patria, este desorden convulsivo, traían a mi alma un regocijo intenso, porque en mi propio ser sentía yo el frenesí de independencia; yo era también obstinado rebelde, y el impulso centrifugo me lanzaba fuera del régimen de mansedumbre y rutinas putrefactas de puro viejas. Yo era también cantón o quería serlo, fundándolo en el único pacto que mi mente concebía: el trato de amor con la mujer amada".

**La Primera República**, p. 383.

<sup>658</sup> Rechazan tanto el carlismo como el socialismo en nombre de los principios democráticos consagrados en la Constitución de 1869 y piden un gobierno fuerte que pueda terminar con ambos: "la monarquía absoluta de Don Carlos y el socialismo niegan, pues, el derecho y niegan toda la civilización moderna; y lejos de nosotros de abandonar ante estas dos negaciones, ni en poco ni en mucho, nuestro ideal, más que nunca sostenemos las libertades democráticas; y para sostenerlas contra las dos demagogias, queremos la mayor fuerza posible en los poderes públicos"[p. 86]. Y queda muy clara cuál va a ser a partir de ahora la principal preocupación de la burguesía: "Reformas parciales pueden y deben hacerse, pero digámoslo muy alto, la revolución política está hecha, y rechazamos de todo en todo las reformas socialistas, porque son la negación de la libertad y del progreso. No es el socialismo un ideal que se anticipa; es el salto atrás a la barbarie; el ideal del ser humano está en la libertad democrática que lo ennoblece, no en el absolutismo socialista del Estado que lo degrada" [p. 90]. **MANIFIESTO DEL PARTIDO REPUBLICANO-DEMOCRÁTICO**, 28-10-1873. Recogido en: Miguel Artola: **PARTIDOS Y PROGRAMAS POLÍTICOS, 1808-1936. II. Manifiestos y programas políticos**, Madrid, Alianza, 1991.

<sup>659</sup> "La más clara expresión del odio que unos a otros se tenían es la frase pronunciada por un rabioso

Castelar con el Vaticano en el asunto del nombramiento de los obispos- acusó al presidente de renunciar a los principios republicanos<sup>660</sup> y forzó su derrota parlamentaria por 120 votos contra 100. Cuando se iba a proceder a la elección de un nuevo Gobierno les llega la noticia de que el general Pavía ordenaba desalojar el parlamento. Los diputados se niegan, la Guardia Civil entra el Congreso y los diputados lo abandonan sin que ocurriera ningún incidente grave. Una vez más los militares entraban en escena y la República caía a manos del ejército; Salmerón lo presintió, pues el 2 de enero -un día antes del golpe de Pavía- dijo en el Parlamento:

*"Desgraciadamente, en España, la política que se tiene por seria y formal es la política de los militares, y se estima como la superior prenda de hombre de Estado el ser capitán general del Ejército. No habrá ciertamente ningún español tan cándido que, por mucha virtud que yo tuviera y por alta que fuera mi inteligencia, me creyese un político tan serio y respetable, y sobre todo, temible, como el duque de la Torre [Serrano], lo cual, sin duda, nace de que el duque de la Torre es capitán general del ejército, y yo un simple ciudadano"*<sup>661</sup>.

El nuevo gobierno seguirá siendo republicano pero, de hecho, la República había terminado: *"En aquel día tonto, el Parlamento y el Pueblo fueron dos malos cómicos que no sabían su papel, y el Ejército suplantó, con sólo cuatro tiros al aire, la voluntad de la Patria dormida"*<sup>662</sup>.

Se inicia -con Serrano al frente del gobierno- un período de transición, que durará hasta diciembre. Estos meses han recibido distintos nombres por parte de los historiadores: la *"República conservadora de 1874"*, *"régimen innominado que había sustituido a la república"*. En lo que todos están de acuerdo es en señalar su carácter conservador y en que su objetivo principal fue el de *"restablecer el orden -¡y ya se sabe lo que esto quiere decir en determinada jerga!"*<sup>663</sup>. De dicho carácter da idea una de las primeras medidas -10 de enero- adoptada por Serrano: la prohibición de la Internacional<sup>664</sup>. El cantón de Cartagena fue sometido inmediatamente recurriendo al uso de la fuerza: el 13 de enero el general López Domínguez entró en la ciudad. En el exterior el problema más grave es la guerra de Cuba que terminará -provisionalmente- en 1878 con la paz de Zanjón. En realidad la dictadura de Serrano no fue sino un período de transición que sirvió únicamente para preparar el pronunciamiento de Martínez Campos en Sagunto<sup>665</sup>. Existía un sentimiento generalizado de que el régimen salido del pronunciamiento de Pavía era un régimen provisional. Contaba con la oposición de todo el mundo. Por una parte, la guerra carlista continuará encarnizadamente hasta 1876<sup>666</sup>. Pero el carlismo no tenía posibilidades de triunfar: era un movimiento social y

*intransigente:*

*-Entre una República que no sea federal y la Monarquía, preferimos la Monarquía".*

Galdós: *De Cartago a Sagunto, Episodios Nacionales*, cit., p. 467.

<sup>660</sup> *"Una comisión de diputados se acercó a don Nicolás, rogándole que depusiera su actitud contra el Gobierno. Mas no lograron rendir la tenacidad del filósofo, que condenó su negativa en esta implacable sentencia: <<Sálvense los principios y perezca la República>>". De Cartago a Sagunto, cit., p. 467.*

<sup>661</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 251.

<sup>662</sup> *De Cartago a Sagunto*, cit., p. 473.

<sup>663</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 252.

<sup>664</sup> Abad de Santillán en Op. Cit., p., 243-244 reproduce el decreto.

<sup>665</sup> Vide, *ibíd.*, p. 253.

<sup>666</sup> *"...liberales y carlistas se desgarraron cruel y despiadadamente por dos ideales que luego han venido a ser uno solo. ¿Cabe mayor imbecilidad de una parte y otra?" De Cartago a Sagunto, cit., p. 509.*



geográficamente reducido; no contaba con muchos medios<sup>667</sup>; Cabrera -la figura más emblemática del movimiento- a la sazón exilado en Inglaterra, publicó un documento en el que rompía con don Carlos y reconocía a don Alfonso<sup>668</sup>; y, además, suscitaba la animadversión general, por sus continuos abusos y exacciones para poder sobrevivir, hasta el punto de que "*la erosión del apoyo popular le mantenía al nivel del bandolerismo político*"<sup>669</sup>. Por eso, la única salida posible -a la que se inclinaban la aristocracia y la burguesía conservadora- era el alfonsismo. Los más impacientes incitaban Martínez Campos a sublevarse. Pero Cánovas, el principal valedor del partido alfonsista, era partidario de la vía pacífica. Martínez Campos no era de la misma opinión. Creía que la política de dilación de Cánovas podía hacer peligrar la causa alfonsista. Aprovechando que Serrano se encontraba en el frente del Norte, buscando una victoria personal que aumentase su prestigio y consolidase su poder, se pronunció en Sagunto el 28 de diciembre proclamando a Alfonso XII rey. Serrano, tras tímidos intentos iniciales de resistencia, dijo aquello de que "*su patriotismo le prohibía dejar crear tres gobiernos en España*"<sup>670</sup>, y el golpe triunfó sin obstáculos:

*"El país permanecía en la más perfecta indiferencia. El gobernador y el alcalde de Madrid intentaron repartir armas entre la población. Primo de Rivera lo impidió. Empresa fácil. ¿Quién iba a batirse y por qué?"*<sup>671</sup>.

A estas alturas, como analizaré más adelante, las organizaciones obreras estaban ya completamente desengañadas de la política burguesa.

Cánovas estuvo durante todo el período republicano preparando la vuelta de la monarquía; pero, dado el desprestigio a que la había conducido Isabel II, no quería que volviera como resultado de un golpe militar -así fue como cayó- sino voluntariamente aceptada por los españoles; es decir, pretendía que la restauración monárquica llegase como consecuencia de una atmósfera social mayoritariamente favorable. Sin embargo, a pesar de encontrarse con unos hechos consumados que no le quedó más remedio que aceptar, no

<sup>667</sup> "Eran muchos los militantes, entre los supervivientes de la última guerra carlista en el Norte, que se adiestraban con bastones por carecer de fusiles". Carr: *España...*, cit., p. 327.

<sup>668</sup> Galdós atribuye al ambiente londinense el cambio ideológico experimentado por el antiguo guerrillero: "...contribuyó a la domesticación de la fiera el plácido ambiente de un país liberal y protestante, de un país en que imperaban la justicia y el orden, en que los ciudadanos vivían dichosos ejercitando sus derechos y sometidos al suave rigor de las leyes. A nadie pudo sorprender que un hombre tan inteligente como Cabrera evolucionase radicalmente, acabando por abominar de la salvaje guerra dinástica de su país, y se asqueara de las vesanias y horrores en que él desplegó todo su coraje. Últimas palabras de esta conversión fueron los intentos de transigir con don Amadeo y aun con la República, y por último, el acto decisivo de reconocer a don Alfonso como el único rey posible de España. [...] En un manifiesto publicado en París, dijo Cabrera a los carlistas con buenas formas que el absolutismo teocrático era una estupidez en nuestros tiempos, y que del lema de la bandera facciosa dejaba a los fanáticos el <<Rey>>, llevándose consigo el <<Dios y Patria>>. Don Carlos espetó contra su antiguo General un enfático documento, privándole de todos sus títulos, empleos y honores, castigo que al flamante alfonsino le traía sin cuidado. En cambio, don Alfonso incluyó el nombre de Cabrera en el escalafón de capitanes generales, reconociéndole el título de conde de Morella y todas las condecoraciones que ganara en los campos de batalla peleando contra la causa liberal". *Cánovas, Episodios Nacionales V*, cit., p. 568.

<sup>669</sup> Carr: *España...*, cit., p. 329.

<sup>670</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 255.

<sup>671</sup> *Ibíd.*

renunció a su idea, a la que seguiría aferrado incluso después del golpe: "*La Restauración vino como yo la había pensado: vino cuando un gran cuerpo de opinión pública... se convenció de la absoluta necesidad de la proclamación del rey*"<sup>672</sup>. Pero la realidad era muy distinta: "*De nuevo el Ejército se convertía en la principal fuerza activa de la política española. Y a partir de ahora, como brazo defensor, salvo excepciones, de las clases conservadoras, más conservadoras que nunca a despecho de su liberalismo de fachada*"<sup>673</sup>.

Termina así el ciclo revolucionario iniciado en 1868. El balance global, independientemente de logros aislados como la generalización de lo que podríamos denominar mentalidad laica<sup>674</sup>, es claramente negativo. La Revolución del 68 supuso la pérdida del poder político por parte de la oligarquía tradicional; pero su poder económico no sufrió ningún menoscabo como consecuencia de la misma. Si la burguesía quería sustituir a la aristocracia como clase rectora tenía que emprender necesariamente una serie de reformas en diferentes esferas de la sociedad, tarea que no podía llevar a cabo sola. Necesitaba apoyarse en el pueblo. No lo hizo por miedo y porque el bakuninismo -ideología predominante en esos momentos en las organizaciones obreras españolas- no estaba por la labor. Las siguientes palabras de Tuñón de Lara resumen perfectamente la cuestión:

*"La burguesía española, que tenía interés en desembarazarse de la tutela y privilegios de la aristocracia, no pasaba de tímidos ensayos por miedo al "cuarto estado". Los republicanos de 1873 no supieron llevar a cabo esa revolución burguesa, que hubiese desarraigado el poder material de la nobleza y las instituciones de carácter medieval, democratizando el Estado y sus instrumentos, apoyándose en todas las clases sociales que estuvieran interesadas en la desaparición del viejo régimen. Llamando a las cosas por su nombre, sabemos que había que empezar por transformar el sistema de propiedad de la tierra, por liquidar todo residuo feudal, [...] por transformar el Ejército [...]. La obra legislativa de la República está tan llena de contradicciones como los partidos y las ideas que representaron"*<sup>675</sup>.

De estas contradicciones -consecuencia de su debilidad<sup>676</sup>- se aprovechó la clase tradicional para retomar en 1875 el poder político.

<sup>672</sup> Carr: *España...*, cit., p. 331.

<sup>673</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 255.

<sup>674</sup> Carr cita a este respecto los debates de 1869 sobre la cuestión religiosa que tuvieron como consecuencia la aprobación del matrimonio civil y la tolerancia de las demás religiones. Estas conquistas, al margen de que en períodos posteriores, se respetasen más o menos quedaron en el subconsciente colectivo como conquistas irrenunciables. P. 331-335.

<sup>675</sup> *La España del siglo XIX*, cit., p. 250.

<sup>676</sup> Esta debilidad es claramente percibida por Engels en una carta que escribe en octubre de 1873 a los aliancistas españoles, en la que señala que, sin el concurso de la clase obrera, la burguesía no podía cambiar las cosas: "*España es un país muy atrasado industrialmente y, por lo tanto, no puede aún hablarse de una emancipación "inmediata" y completa de la clase obrera. Antes de esto, España tiene que pasar por varias etapas previas de desarrollo y quitar de en medio toda una serie de obstáculos. La República brindaba la ocasión para acortar en lo posible estas etapas y para barrer rápidamente estos obstáculos. Pero esta ocasión sólo podía aprovecharse mediante la intervención "política" activa de la clase obrera española*". Tuñón: *La España...*, p. 250-251.

### 3.2.4. LA RESTAURACIÓN

Tras el golpe de Martínez Campos y la proclamación de Alfonso XII como rey

*"la mayoría de los españoles no experimentó emoción alguna con el cambio; antes al contrario, la indiferencia más absoluta acompañó la llegada del régimen, que sólo disfrutó del aplauso de la alta sociedad de Madrid y provincias. Ya no más veleidades revolucionarias. Nació la Restauración acunada por la apatía y el deseo de tranquilidad que los sobresaltos anteriores habían hecho crecer en una sociedad completamente desmovilizada. Era el triunfo de la burguesía conservadora y provinciana, mediocre e hipócrita, radiografiada de modo admirable por Leopoldo Alas "Clarín" en su novela **La Regenta**"<sup>677</sup>.*

En síntesis el significado de la Restauración es el siguiente: la burguesía progresista es relevada en el poder por la burguesía conservadora -aliada con la aristocracia constituye la oligarquía- que va a montar un sistema parlamentario respetuoso en la forma con las conquistas burguesas, pero viciado en la práctica por los amañes caciquiles y caracterizado por la alternancia pacífica del partido conservador de Cánovas y el liberal de Sagasta. Desde el punto de vista socioeconómico son los años del afianzamiento del capitalismo y consiguiente surgimiento del antagonismo obrero. Aunque hasta finales de siglo se pueden distinguir dos etapas -reinado de Alfonso XII (1875-1885) y la regencia de María Cristina (1885-1902)- en lo que respecta al funcionamiento del sistema no hay ninguna diferencia: los gobiernos de Cánovas y Sagasta se alternan con regularidad. Incluso, tras el asesinato de Cánovas en 1897, los turnos siguieron funcionando, aunque con la creciente oposición<sup>678</sup> de los obreros, movimientos regionalistas e intelectuales; tras los acontecimientos del 98 el sistema canovista será duramente contestado por el *Regeneracionismo*.

Y digo sistema canovista porque la figura política, el inventor -por así decirlo- de la fórmula, de la Restauración es Cánovas. Este largo período, que se prolonga hasta 1917, se va a caracterizar, a diferencia de los convulsos años anteriores, por la estabilidad política aunque pagando un alto precio por ella. La Restauración -tras las encarnizadas luchas políticas del sexenio- supone la conciliación de *"las dos Españas separadas por el 1868, mediante la aceptación de la monarquía constitucional y la puesta en marcha de un orden burgués respetuoso con las libertades fundamentales"*<sup>679</sup>. Es decir, las dos clases -o al menos sus sectores más representativos- enfrentadas en la Revolución del 68 llegan a un pacto, más o menos tácito, que años más tarde sería explícito. Y es que, ante el auge que estaba tomando el movimiento obrero, las diversas facciones de la clase dirigente liman sus diferencias y se ponen de acuerdo en los aspectos fundamentales como, por ejemplo, la aceptación de la monarquía. Este nuevo clima

<sup>677</sup> Fernando García Cortázar y José Manuel González Vesga: *Breve Historia de España*, Madrid, Alianza, 9ª reimpresión, 1995, LB. 1666, p. 528-529.

<sup>678</sup> "Este sistema funcionó, más o menos discretamente, hasta los primeros años del siglo XX. Pero incluso antes de esa fecha, y a pesar de algunas reformas importantes en el sistema electoral, no fue capaz de digerir en su dinámica los graves problemas con que se enfrenta el país: guerras de Cuba y Marruecos, intensificación del movimiento obrero y campesino, movimientos regionales, rechazo del sistema por los sectores intelectuales, etc." Jorge de Esteban: *Las Constituciones de España*, cit., p. 34.

<sup>679</sup> Fernando García de Cortázar y José Manuel González Vesga: *Breve Historia...*, cit., p. 532.

de consenso se refleja en la Constitución de 1876, de carácter claramente conservador<sup>680</sup>, lo cual pone de manifiesto que dicho pacto no se construye sobre bases burguesas sino nobiliarias. Por eso, aunque formalmente incorpora los logros de la revolución burguesa, en el fondo responde a modos y hábitos aristocráticos: *"Por mucha apariencia que se le diera de dinamismo liberal y parlamentario, la simbiosis nobleza-burguesía se hacía bajo el sistema ideológico del viejo orden con sus categorías ideológicas trasnochadas"*<sup>681</sup>. De ahí que en la página siguiente estos mismos autores utilicen la expresión, para referirse al recién estrenado sistema político, *"feudalismo de nuevo cuño"*. La burguesía se "aristocratiza", se deja seducir por la forma de vida de la nobleza en cuyas filas entra, bien por la creación de nuevos títulos nobiliarios o por matrimonio<sup>682</sup>. El mantenimiento de una apariencia democrática sólo era posible -por paradójico que a primera vista pueda parecer- mientras en el conjunto de la sociedad no calase el espíritu democrático, a pesar de la aprobación del sufragio universal:

*"Como residuo del progresismo de la revolución de septiembre y después de algunos ensayos, el sufragio universal masculino entra (1890) en la historia de España a hombros de un régimen liberal-conservador, dispuesto a no tolerar que el espíritu democrático se cuele en la nación a través de las urnas"*<sup>683</sup>.

Por eso, en un primer momento, el sufragio seguirá siendo censitario y, cuando bastantes años después –en 1890 durante uno de los gobiernos de Sagasta- sea aprobada la ley del sufragio universal, la oligarquía gobernante tiene ya la suficiente experiencia para controlar que la voluntad del pueblo soberano, "libremente" expresada en las urnas, no tenga ninguna repercusión en la marcha de los acontecimientos políticos. Esta aparente paradoja fue muy bien explicada por Ganivet, cuyo pensamiento es un fiel exponente de la ideología de oligarquía gobernante: *"Yo soy ardiente partidario del sufragio universal, con una ligera limitación: la de que no vote nadie"*<sup>684</sup>. La razón por la que se recurre al sufragio con la intención de no respetar lo que

<sup>680</sup> Vide, Jorge de Esteban: *Las Constituciones...*, cit. p. 33.

<sup>681</sup> F. García Cortázar J. M González: *Breve historia...*, cit., p. 529.

<sup>682</sup> A este respecto escribe Tuñón: *"Un hecho sociológico esencial de esta época es el entronque de las familias de la alta burguesía ascendente en la aristocracia, lo que tiene lugar bien por el procedimiento de ennoblecer sistemáticamente a esas familias (los Comillas, Urquijo, Ussía, Romanones, etc.) y por los enlaces matrimoniales. [...] Estas "élites de Poder" se integraron ideológica y materialmente en las viejas estructuras". La España del siglo XIX*, cit., p. 266.

Esta inclinación de la burguesía hacia los modos de vida de la aristocracia no es nueva pues se puede apreciar desde principios de siglo: *"...desde comienzos de siglo, los nuevos potentados, los nuevos oligarcas, aspiran a recibir títulos que les permitan integrarse en la nobleza tradicional. Se vinculan a ella mediante matrimonios, porque ya están unidos por la comunidad de intereses. Bajo el régimen de Isabel II la gloria militar hace, entre otros, de O'Donnell un duque de Tetuán, y de Prim, un conde de Reus. Más tarde, Martínez Campos y los suyos emparentan con las grandes familias oligárquicas. Los grandes nombres del período isabelino o de la Restauración a menudo surgen [...] de la banca o del comercio"*.

É. Temine, A. Broder y G. Chastagnaret: *Historia de España Contemporánea*, cit., p. 192.

<sup>683</sup> F. García de Cortázar: *Breve...*, cit., p. 531.

<sup>684</sup> Y, a continuación da sus razones: el pueblo ignorante no puede intervenir en política, pero no se le puede negar su derecho a hacerlo, porque entonces se empeñará; lo mejor es concederle el derecho y convencerle para que no lo ejerza. Vale la pena reproducir sus palabras: *"Éste es mi criterio en cuestión de sufragio; a mi juicio, todos los hombres que viven en sociedad tienen derecho estricto a intervenir en el arreglo de los asuntos de interés común. Antes de reconocerle[s] a unos el derecho y a otros no, sería preferible volver al derecho divino y resumir todos los derechos parciales en el derecho de un autócrata. Si después notamos que la mayoría no sabe*

éste dictamine es muy simple: después de la revolución del 68, ningún gobierno podía presentarse bajo la bandera de la legitimidad sin haber pasado por las urnas:

*"Durante los años que fue experimentada la democracia política (1868-1873) la sociedad española había adquirido un importante nivel de conciencia de los problemas políticos. Ningún régimen político podría justificarse en adelante, ni legitimarse ante los ciudadanos, sin haber pasado por el sufragio universal masculino, directo y secreto. Instituciones y gobernantes nacidos al margen o en contra del sufragio universal carecerían de representatividad"*<sup>685</sup>.

Pero, si se el sufragio se ejercía libremente, existía el peligro de que los resultados se volvieran contra el propio entramado de la Restauración<sup>686</sup>. Para evitarlo las elecciones se controlarán y manipularán descaradamente desde el gobierno mediante el caciquismo. El cacique -terrateniente, maestro, médico, cura, farmacéutico...<sup>687</sup> - es un personaje que goza de un ascendiente económico y social sobre los habitantes del territorio que controla y lo aprovecha para conseguir -mediante la persuasión, compra<sup>688</sup>, amenaza o fraude si no hay otro

*hacer uso de su derecho, cabe aconsejarla y persuadirla a que no use de él. Y en España no habrá que molestarle mucho, porque el pueblo, reconociéndose sin inteligencia bastante para intervenir, no vota sino cuando lo espolean. Pero no se piense que es lo mismo no votar porque no se puede, que no votar porque no se quiere. Yo salgo a la calle con cinco duros en el bolsillo y vuelvo a casa sin haber gastado un céntimo, y vuelvo alegre porque he ido por todas partes con la seguridad que da el llevar cinco duros para lo que pueda ocurrir; en cambio, salgo sin un cuarto y vuelvo de mal humor, porque se me ha antojado comprar todo lo que he ido viendo y he temido verme en un compromiso que me obligara a declarar mi precaria situación".*

**Cartas Finlandesas** [1898], recogido en: Luis Rosales: *Ángel Ganivet. Antología*, Madrid, Ediciones Fe, 1948, Breviarios del Pensamiento Español, p. 96-98.

<sup>685</sup> Miguel Martínez Cuadrado: *La burguesía conservadora (1874-1931). Historia de España Almaguera VI*. Almaguera.

<sup>686</sup> Esto sucedería unos años más tarde. Cuando la oligarquía se vio incapaz de seguir controlando la situación mediante la manipulación del sistema democrático no dudó en suprimirlo apoyando la dictadura de Primo de Rivera.

<sup>687</sup> *"El cacicazgo se funda principalmente en dos bases: económica y profesional. La propiedad del suelo; un poco -o un mucho- de dinero disponible, y la prestación de algunos servicios necesarios, como la asistencia médica, son las argollas más recias que emplea el cacique. Los jornales que se dan o se niegan, la fanega de trigo para el pegujalero pobre en el rigor del invierno, la carga de leña en el monte, las tierras que se arriendan al leal y se quitan al traidor, y el recibo usurario, renovado siempre, aseguran su poderío. [...] Lo que no da la riqueza, puede darlo el ejercicio de la medicina. Sería injusto decir que todos los médicos rurales son caciques; pero los más de los caciques son médicos. Es imponderable la fuerza social de esta clase. Y si el hombre no es bastante generoso, bastante desinteresado, no tarda en convertir su influencia personal en predominio político. [...] Lo que el prestamista o el médico no toman para sí, suele disfrutarlo el cura, porque también, ¡válganos el cielo!, los hay muy poco evangélicos.*

Manuel Azaña: *Caciquismo y Democracia*, en: **Plumas y palabras**, Barcelona, Crítica, 2ª edc., 1976, p. 202.

<sup>688</sup> La literatura está llena de referencias al caciquismo y sus métodos. Sirva como ejemplo el siguiente texto de Ganivet: *"-Sin ir más lejos, hoy he leído en el diario de la capital una noticia que le interesa a usted: dice que, en vista del estado aflictivo por que atraviesan los braceros de este distrito, el señor don Romualdo Cañaverall ha dado orden a su administrador para que distribuya abundantes limosnas entre los más necesitados; y luego viene poniendo por las nubes la conducta noble y caritativa del ilustre hijo de Seronete, y expresando el deseo de que en breve se vea confirmada la noticia de su nombramiento como senador vitalicio. Pues bien, ¿sabe usted lo que hay en esto de verdad? Que don Carlos, el contrincante de usted, está comprando votos a dos y tres pesetas, y que para no descubrir el juego dan ese dinero de Judas bajo la capa de la caridad y a son de bombo y platillo, a fin de que sirva no sólo para elegir al que lo reparte, sino también para dar lustre y charol al bandido de don Romualdo".* **LOS TRABAJOS DEL INFATIGABLE CREADOR PÍO CID**. (1898). Madrid, Cátedra, 1983, L. H. 176, p. 283.

remedio- que los resultados electorales coincidan con las previsiones del gobierno. Son las condiciones socioeconómicas de la sociedad española las que hacen posible la pervivencia de este fenómeno "*supervivencia de un régimen primitivo y de horda*"<sup>689</sup>: según el censo de 1877<sup>690</sup> el 86,5% de la población vivía en zonas rurales y es en éstas donde los caciques ejercen su poder. Tuñón de Lara lo ha descrito muy gráficamente:

*"El caciquismo sólo es posible en un país de gran propiedad agraria. El cacique es el ricacho del pueblo, él mismo es terrateniente o representante del terrateniente de alcurnia que reside en la Corte; de él depende que los obreros agrícolas trabajen o se mueran de hambre, que los colonos sean expulsados de las tierras o que las puedan cultivar, que el campesino medio pueda obtener un crédito. La Guardia Civil del pueblo está en connivencia con él, el maestro -que vive miserablemente- debe someterse a él, el párroco prefiere por lo común colaborar con él; en una palabra, es el nuevo feudal, es el señor omnímodo. El caciquismo, como el feudalismo, tiene estructura piramidal partiendo del burgo o aldea; a la altura provincial hay cacique o caciques, que suelen colaborar con el "señor gobernador".*

*En la plaza de un pueblo (andaluz, extremeño, de la Mancha) se alinean los braceros que solicitan trabajo. Cuando el cacique llega (a veces no llega él mismo sino su administrador) dispone los que va a contratar. Él es al mismo tiempo el jefe político; depende de un partido, bien sea el "conservador" o el "liberal", color que puede ser diferente en los discursos parlamentarios, en la prensa o en las campañas electorales; en la vida cotidiana del campo español es siempre el mismo"*<sup>691</sup>.

En estas circunstancias resulta fácil comprender que ninguno de estos campesinos se podía negar a votar por el candidato que el cacique les "sugería". Pero, si en alguna ocasión no se dejaban convencer, el cacique disponía de otros medios más contundentes para conseguir el triunfo del candidato oficial<sup>692</sup>.

<sup>689</sup> Manuel Azaña: *Caciquismo y Democracia*, cit., p. 201.

<sup>690</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia de España I*, cit., p. 223.

<sup>691</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 266-267.

<sup>692</sup> En la literatura aparecen los múltiples subterfugios de los que se valían los caciques y sus secuaces.

*"No tardó en disolverse la asamblea alcohólico-electoral, y entonces salió Barajas a avistarse con el bando contrario. Era cosa decidida que no hubiera votación legal; de haberla, aunque Pío Cid se dedicara a insultar a los electores, habría siempre muchos que votaran por él, porque era hombre de ésos que tienen buena sombra.*

*Barajas propuso el medio hábil para triunfar, que era avanzar tres horas el reloj de las Casas Consistoriales, reunirse a las seis o antes los amigos de confianza y volcar el puchero, es decir, poner todos los votos presentes y ausentes a favor de Cañaverál. Para que no hubiera duda respecto a la hora, propuso asimismo Barajas una señal segura. Francolín, el hermano de Rosarico, era porquero del pueblo, y recogía todas las mañanas los cerdos para llevarlos al monte mediante una cantidad módica, que era de quince cuartos por cabeza al mes. Antes de que rayara el alba salía tocando su bocina por las calles del pueblo, a cuya señal los vecinos daban suelta al ganado. Barajas ideó que el toque de bocina sirviera aquel domingo para convocar a los conjurados, y el pobre Francolín prestó inocentemente un buen servicio a los enemigos del protector de su hermana, por el cual decía él que si tuviera voto votaría cuarenta veces seguidas, aunque tuvieran los marranos que quedarse en el pueblo. Todo salió a pedir de boca, y no eran aún las seis cuando ya estaba muñida la elección, en la que todo el pueblo había votado por don Carlos, excepto Barajas, que se abstuvo por prudencia inocente. Sin embargo, Pío Cid lo supo porque se levantó muy temprano, y al notar cierto movimiento de gente, se asomó a la plaza y vio el reloj que apuntaba cerca de las ocho cuando apenas se veían dos dedos de la mano".*

**LOS TRABAJOS DEL INFATIGABLE CREADOR PÍO CID**, cit., p. 309-310.

Lo que cuenta Valentí Almirall no tiene desperdicio:

*"Si no fuera por las calamidades que acarrearán al país, nuestras elecciones serían uno de los espectáculos políticos más divertidos que pudieran verse en Europa. Porque lo nuestro es, de hecho, una mala parodia de elecciones. Listas electorales, urnas, escrutinios, todo está falseado. [...] Ya se trate de sufragio universal o*

El caciquismo es, pues, una de las consecuencias del fracaso de la Revolución del 68. Así lo señaló Joaquín Costa, uno de los escritores que con más contundencia lo ha denunciado:

*"La primera sorpresa que nos guarda [...] la historia política de España es la absoluta ineficacia de la revolución de 1868; que hayan resultado defraudadas las esperanzas que hizo concebir; que haya sobrevivido el estado anterior a ella"*<sup>693</sup>.

Por eso, aunque en España se hayan instaurado instituciones similares a las de los demás países europeos, su funcionamiento no se parece en lo más mínimo: en Europa la burguesía las respeta y utiliza correctamente; en España la oligarquía las manipula y adultera: aquí no gobierna la burguesía, sino la oligarquía que las vicia:

*"No es la forma de gobierno en España la misma que impera en Europa, aunque lo haya pretendido la **Gaceta**; nuestro atraso en este respecto no es menor que en ciencia y cultura, que en industria, que en agricultura, que en milicia, que en administración pública. No es (y sobre esto me atrevo a solicitar especialmente la atención del auditorio), no es nuestra forma de gobierno un régimen parlamentario viciado por corruptelas y abusos, según es uso entender, sino, al contrario, un régimen oligárquico, servido, que no moderado, por instituciones aparentemente parlamentarias"*<sup>694</sup>.

Luego, como decía al principio, al final del siglo el poder de la clase tradicional sigue intacto. Tras unos años de miedos y vacilaciones ha conseguido reforzarse -para lo cual ha ampliado mínimamente su base social- y volver a monopolizar el poder político -el económico no lo había perdido nunca- excluyendo de él a la inmensa mayoría de la población. Pero ahora hay un hecho nuevo. Esta inmensa mayoría va a ser consciente de su situación y a reaccionar de un modo también totalmente nuevo. Ello sucederá cuando adquiera la conciencia de clase. A la adquisición de la misma contribuirán varios factores que son los que voy a analizar en los capítulos siguientes. El primero de ellos es su situación material, sus condiciones de vida, que,

---

*restringido, no hay sino un solo elector: el ministro de la Gobernación, el cual, ayudado por los gobernadores de las provincias y por un ejército de funcionarios de toda clase, sin olvidar a los altos dignatarios de la Magistratura y de la Universidad, prepara, ejecuta y lleva a cabo todas las elecciones desde su despacho, bien situado en el centro de Madrid.*

*Se confeccionan las listas de electores poniendo algunos nombres reales entre una serie de nombres imaginados y, sobre todo, nombres de difuntos que en el acto de la votación están representados por empleados subalternos vestidos con trajes civiles. El autor de estas líneas ha visto en muchas ocasiones cómo su padre, a pesar de llevar muerto muchos años, acudía a depositar su voto en la urna, en la persona de un barrendero o de un sabueso de la policía vestido para tal ocasión con un terno prestado. [...]*

*Citaremos el caso de un general de brigada, candidato ministerial por el distrito de Berga, que obtuvo más de un millón y medio de votos, a pesar de que el distrito sólo contaba con varios miles de habitantes. Ambos competidores disponían de medios para hacer subir los votos en los colegios electorales que les eran afectos, pero la victoria fue para el más audaz. [...] El vencedor se presentó muy serio en el Congreso donde, con la mayor naturalidad, confirmaron la elección. [...]*

*Lo grotesco llegó al extremo de instalar colegios electorales en el local del Círculo, propiedad del partido dominante, local cuyo acceso estaba prohibido a los que no eran socios del mismo. Otras veces se colocaba la urna en el piso superior de una casa, cuyo portal quedaba cerrado; los electores entraban por una ventana con ayuda de una escalera que sólo se facilitaba a los amigos".*

Valentí Almirall: **ESPAÑA TAL COMO ES** [1886]. Madrid, Seminarios y Ediciones, 1972, Hora H 31, páginas 102-119.

<sup>693</sup> Joaquín Costa: *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos*, Madrid, Alianza, 4ª edc., 1976, LB. 51, p. 20.

<sup>694</sup> *Oligarquía y caciquismo...*, cit., p. 25-26.

tanto en el campo como en los núcleos fabriles, se caracteriza por la carencia de lo más elemental. Este aspecto es el que me propongo analizar en el punto siguiente.

### 3.3. LA SITUACIÓN DE LA CLASE TRABAJADORA. CONDICIONES DE VIDA

*"En Francia e Inglaterra ha sido desde hace ya tiempo relativamente frecuente el hombre que asciende desde las capas más humildes de la sociedad a un nivel superior. En España esto ha sucedido rara vez. Un obrero que pueda ahorrar algún dinero, un campesino que incremente su hacienda, un artesano que se convierta en industrial resultan la excepción en el momento en que se pasan los Pirineos, y apenas si se da un caso siquiera en la porción meridional de la península. Los pocos que hayan 'mejorado de fortuna' han hecho casi siempre su dinero en América"<sup>695</sup>.*

Este juicio de Brenan es indicativo de la falta de oportunidades -consecuencia del subdesarrollo- que ofrecía la sociedad española; pero también de las duras condiciones que soportaban las clases trabajadoras que, tras una vida de trabajo, no conseguían mejorar en lo más mínimo. En este capítulo me propongo analizar la situación material en que vivían los trabajadores en el último tercio del siglo -en el que, a pesar de todo, se ponen los fundamentos del capitalismo español- como uno de los factores que contribuyen a adquirir su conciencia de clase y a proponer un modelo alternativo -socialismo o anarquismo, corrientes ambas que derivan de la A.I.T.- a un sistema que les excluía de sus beneficios.

Fernando Garrido, tras reproducir una serie de estadísticas sobre el número de edificios, minas, buques, kilómetro de líneas telegráficas, de carreteras, etc., que se han construido en los años previos a la Revolución del 68, termina concluyendo:

*"La transformación social que nos revelan las cifras contenidas en este y otros precedentes capítulos respecto al aumento de la producción y al desarrollo de todas las ramas de la riqueza pública no están en relación con el aumento del bienestar de las clases trabajadoras. Éstas, que tanto han contribuido a la creación de toda esta riqueza, sin cuyo concurso hubiera sido imposible dar a la propiedad el inmenso aumento de valor adquirido en este siglo, son las que menos han sacado de esta revolución económica. [...] ...pudiendo decirse que las clases medias y acomodadas son las que han sacado en España, como fuera de ella, las ventajas directas y personales de las revoluciones económicas y políticas de este siglo"<sup>696</sup>.*

Este crecimiento de las cifras macroeconómicas, al que se refiere Garrido, se incrementa en el último cuarto del siglo XIX -período fundamental en el proceso de acumulación del capitalismo español<sup>697</sup>-, pero no sirvió para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, tanto industriales como agrícolas; no era éste uno de los objetivos del grupo social dominante durante la Restauración como lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que no se legisló prácticamente nada en materia social -sí se hicieron encuestas a las que me referiré más adelante- hasta finales de siglo: *"La única disposición de Derecho laboral es el Reglamento de policía minera de 1897"*<sup>698</sup>.

<sup>695</sup> G. Brenan: *El laberinto español*, cit., p. 128.

<sup>696</sup> *Historia de las clases trabajadoras. 3. El proletario*, cit., p. 265. Los cuadros estadísticos están en las páginas 259-265.

<sup>697</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 277.

<sup>698</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero...*, cit., p. 277.



Para tener una idea más precisa de la calidad de vida de las clases trabajadoras, conviene repasar algunos aspectos. En la jornada laboral no existía uniformidad; era de lo más cambiante según las zonas y oficios: oscilaba entre las 10 y 15 horas. En Barcelona se consiguió un acuerdo en 1873 por el que se estableció la jornada de 11 horas en la industria textil<sup>699</sup>. Los salarios de la década de los sesenta son -en palabras de Garrido- tan escasos que

*"el resultado de tal condición económica es la miseria, la carencia de lo necesario, la desnudez y abandono de la infancia, la suciedad en las casas y en las personas, la grosería en las costumbres, males que sólo la abundancia puede curar"*<sup>700</sup>.

Tuñón de Lara aporta datos relativos a las dos décadas siguientes; para el período 1875-1887 calcula que el presupuesto diario -sin incluir los gastos de ropa- de una familia obrera de Madrid era de 3,97 pesetas, es decir, de casi 16 reales; el salario medio estaba en torno a los 10 reales, por lo que era imposible subsistir con el trabajo de uno solo de los miembros de la familia<sup>701</sup>. Asimismo, para el período 1887-1900 elabora unas tablas muy completas en las que recoge los precios de una serie de artículos básicos -pan, aceite, vino común, bacalao, calzado, etc.- y los salarios de Madrid y Barcelona de algunos de estos años; comparando unos y otros concluye:

*"...teniendo en cuenta los salarios nominales antes citados, si hay un período de alguna mejoría en el salario real, a mediados del decenio, la situación se agrava considerablemente durante los últimos años del siglo"*<sup>702</sup>;

especialmente para los trabajadores no cualificados<sup>703</sup>.

Las condiciones en las que se desarrollaba el trabajo eran de inseguridad e insalubridad, por lo que eran frecuentes las muertes por accidentes y por enfermedad. En el Congreso Obrero de Barcelona de 1869 se lee un informe sobre el trabajo en las minas:

*"Cuando veo que somos una colectividad de esclavos que nos arrastramos por esta miserable tierra, y al toque de una campana nos metemos más bien en mazmorras que en talleres, o bien salimos de éstos para descansar en mezzquinos jergones, no puedo menos que sentir indignación"*<sup>704</sup>.

Los testimonios que se refieren a la década siguiente presentan una situación que no ha variado absolutamente en nada; uno de ellos se queja de la atmósfera irrespirable de las industrias textiles pues al tener

*"que cerrar sus ventanas tanto en invierno como en verano, por exigirlo, según dicen, la*

<sup>699</sup> Tuñón: *Ibíd.*, p. 159.

<sup>700</sup> *Historia de las clases trabajadoras*. 3..., cit., p. 239. Garrido da los salarios en las distintas profesiones pero, como no recoge cifras de los precios, no se pueden sacar conclusiones sobre la capacidad adquisitiva de los primeros.

<sup>701</sup> De ahí el comentario de Tuñón: "Anotemos, en fin, la importancia que para cubrir los gastos del mínimo vital tenía siempre el trabajo de la mujer en su propio domicilio: costura (compraban a plazos las máquinas, por 10 reales semanales), encajes, bordados, pantalonerías y chalequeras, guarnecedoras, etc., sin contar aquellas que en el Noroeste (Galicia, Asturias, León) tenían telares en casa. Sin olvidar, en todas las regiones, el oficio de lavandera de tanta mujer de la clase obrera". *El movimiento en la historia...*, p. 239.

<sup>702</sup> *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 284.

<sup>703</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 419.

<sup>704</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 161.

*hiladura y la maquinaria, es el caso que la atmósfera, viciada por el polvo y las emanaciones de los aceites y de tanto cuerpo humano allí hacinado, se hace tan insalubre, que da origen a muchas desgracias en mujeres encintas y en niños de corta edad*<sup>705</sup>.

En las novelas de este período -*La Tribuna, La Espuma, Fortunata y Jacinta*, etc.-, como analizaré en el capítulo correspondiente, son frecuentes las descripciones de estos lugares de trabajo. La insalubridad se extendía también a los barrios y domicilios de los obreros. Tuñón recoge varios testimonios extraídos de informes de la época. Reproduzco uno de ellos:

*"... voy a describir el cuarto donde yo vivo, y después dejaré al juicio de la Comisión si reúne o no condiciones higiénicas. A la entrada de la habitación hay un departamento, que no sé el nombre que le corresponde, no me atrevo a llamarle cocina por más que a la izquierda tiene el fogón. Al lado opuesto, y arrimado a la pared y sin puerta alguna que le oculte, hay un sitio que el olfato os haría comprender cómo se llama. Después hay una salita, ocupada por una mesa, cuatro sillas y una máquina para coser; porque la mujer del obrero que quiere comer y vivir bajo techado tiene también la desgracia de verse obligada a trabajar; en esta sala, después de colocar los muebles indicados, no caben dos personas de pie. Sigue después la alcoba, en la cual se encuentra, como es natural, la cama, quedando para desnudarnos y vestirnos un trecho de media vara o tres cuartas*<sup>706</sup>.

Estas condiciones de insalubridad influían en la tasa de mortalidad de los barrios obreros de Madrid que era casi el doble de la media de la capital<sup>707</sup>.

Existían también otro tipo de abusos por parte de los patronos, como la obligación que tenían los mineros vizcaínos de vivir en los barracones y aprovisionarse de víveres en las cantinas de la empresa, que con frecuencia eran explotadas directamente por los capataces. Los precios eran fijados arbitrariamente por éstos y descontaban las cantidades adeudadas del salario semanal que incluso algunas veces era cobrado no en dinero, sino en vales para comprar los productos de las cantinas. Este sistema creó un gran malestar y fue la causa de fondo -el chispazo vino dado por el despido de cinco obreros- de la gran huelga -21.000 obreros se adhirieron a ella- que en el mes de mayo de 1890 paralizó la minería y la siderurgia vizcaína. El conflicto se resolvió con un bando del general Lorna en el que se reconoce el derecho de los obreros para comprar y vivir donde quisiesen. Pero no fue respetado por los empresarios pues, cuatro años más tarde hubo otra huelga para protestar por el deficiente servicio de las cantinas: *"Las cantinas siguieron existiendo y en muchos casos los obreros eran 'libres' de vivir en barracones o de no trabajar y morir de hambre*<sup>708</sup>.

Dentro de este repaso de las condiciones de vida de las clases trabajadoras hay que

<sup>705</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero...*, cit., p. 237.

<sup>706</sup> *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 238.

<sup>707</sup> *Ibid.*, p. 238. Garrido da cifras, aunque correspondientes a unos anteriores, de la mortalidad infantil en Inglaterra: *"En Mánchester morían en 1850, antes de cumplir los siete años, 20.700 niños de obreros por cada 21.000 nacimientos, mientras que de las otras clases no proletarias la mortalidad era sólo de 7.000 por igual número de nacimientos. El trabajo hecho en condiciones humanas debe equilibrar las fuerzas, conservar el vigor y la salud; hecho en las condiciones a que el capitalista somete al trabajador, es inhumano, es verdadero asesinato. Nosotros mismos, viajando en los centros manufactureros de Inglaterra, hemos sabido, de boca de los médicos más autorizados, que cuando por las huelgas voluntarias o por falta de trabajo los jornaleros abandonaban las fábricas, disminuían las enfermedades y la mortalidad"*. *Historia...* 3..., cit., p. 285-286.

<sup>708</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 289.

considerar también el nivel cultural, pues en los albores del siglo XX, éste es un factor que cuenta a la hora de evaluar el nivel de bienestar. En el año 1887 el 71,5% de los hombres y el 81,16% de las mujeres eran analfabetos. Trece años más tarde, en 1900, la media es del 63,79%. Hay algunos datos que son tremendamente reveladores del interés que existía por la cultura en el seno de la clase dirigente española:

*"De 1875 a 1904, la consignación anual presupuestaria para adquisición de instrumental y toda clase de material científico, destinado a todas las Facultades de las diez Universidades españolas, fue de 35.000 pesetas"*<sup>709</sup>.

Y en el curso 1898-1899 el Ayuntamiento de Barcelona -en esta época la enseñanza primaria era todavía un asunto municipal- gastó 877.000 pesetas en las escuelas públicas y cuatro millones en la policía municipal<sup>710</sup>. Con estos datos no puede extrañar que los trabajadores fuesen en su inmensa mayoría analfabetos, sobre todo en las zonas rurales: en 1887 la provincia con una mayor tasa de analfabetismo era Almería con un 84,15%; el índice menor lo tenía Álava con un 30,79%. Se da, asimismo, una relación directamente proporcional entre analfabetismo y latifundismo<sup>711</sup>.

Si las condiciones de los obreros industriales, que acabo de enumerar, dejan bastante que desear, las de los trabajadores agrícolas son aún peores. No hay que olvidar que en el último cuarto del siglo XIX España sigue siendo un país fundamentalmente agrario. En 1877, de un total de 6.764.406 de población activa, 5 millones se dedicaban a la agricultura y ganadería. La problemática agraria no es uniforme ni mucho menos, porque los sistemas de explotación no lo son:

*"Hay [...] en España dos grandes problemas agrarios: el del minifundio en el norte y parte del centro, minifundios que son a veces tan pequeños que no llegan a mantener a los hombres que trabajan en ellos, y el de los latifundios en el centro y sur, cultivados mediante un sistema de trabajo análogo a los de las fábricas, que mantienen los jornales lo más bajos posible, rayando en el hambre, basado en las grandes reservas de brazos en paro"*<sup>712</sup>.

El problema es especialmente agudo en el sur: en las provincias de Córdoba, Cádiz, Sevilla y Badajoz abundan las fincas de más de 3000 hectáreas y "pueblos enteros pertenecían a un solo propietario, con la única diferencia con el año 1800 de que no tenían ya potestad señorial"<sup>713</sup>.

En Sevilla más de la mitad de la provincia estaba en manos de 900 propietarios, alguno de los cuales era dueño de 30.000 hectáreas. Pero el latifundismo no era exclusivo del sur, pues en Zaragoza 88.000 hectáreas pertenecían a 55 propietarios. La otra cara de esta realidad estaba constituida, lógicamente, por la gran cantidad de trabajadores del campo que no tenían absolutamente nada: 2,5 millones<sup>714</sup>. Esta abundancia de mano de obra repercutía negativamente en los salarios; en el año 1905 el *Instituto de Reformas Sociales* hizo una encuesta entre los municipios andaluces y extremeños, de los que 732 respondieron: el salario

<sup>709</sup> Estudio del profesor Honorato de Castro, citado por: M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 307-308.

<sup>710</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 286.

<sup>711</sup> Tuñón: *Ibíd.*, p. 285.

<sup>712</sup> G. Brenan: *El laberinto español*, cit., p. 132.

<sup>713</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 265.

<sup>714</sup> Todas las cifras anteriores: M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 348-349.

medio de los trabajadores eventuales era de 1,5 ptas y los días de trabajo 285 al año; para hacerse una idea de la capacidad adquisitiva sólo hay que reproducir los precios de algunos artículos en 1900: 1 kilo de pan: 0,5 ptas.; 1 kilo de tocino: 1,75; 1 kilo de vaca: 2; 1 kilo de garbanzos: 1,05; 1 litro de leche: 0,5; un par de zapatos: 7; unas botas: 10<sup>715</sup>. Se entiende ahora el comentario de Garrido, cuando tras denunciar lo poco que ganan los trabajadores urbanos, afirma: "*A primera vista, comparado con el jornal de los trabajadores agrícolas, el de estos industriales parece grande. ¡Tan pequeño es el de sus hermanos del campo!*"<sup>716</sup>. Con estos salarios no se podía vivir por lo que se comprende que la gente del campo emigrase masivamente y que la clase dirigente temiese un estallido social:

*"La riada de la emigración a América y a las ciudades revela la dureza de una vida rural de la que los hombres sólo pensaban en escapar. [...] Una encuesta tras otra demostraba que los salarios no podían cubrir el gasto diario mínimo en alimentos de un jornalero. De ahí que se dijera que debía gastar su capital -su salud- para equilibrar su presupuesto doméstico"*<sup>717</sup>.

Sus condiciones de vida son, por tanto, bastante peores que las de los obreros industriales. Garrido, refiriéndose a los campesinos ingleses, los describe como gente embrutecida, fanática y fatalista, convencidos de su inferioridad natural respecto a otras clases de la sociedad como consecuencia de su vida miserable<sup>718</sup>. La de los campesinos españoles no era muy diferente a tenor del retrato del *gañán* de José Quevedo, recogido por Tuñón. Aunque es un poco extenso merece la pena reproducirlo:

*"Contrata... sus servicios por años y época, sin fijar más condiciones que el precio de la soldada, pero sin determinar alimentos ni trabajo y demás particulares, sobre los que no decide más que la buena voluntad del amo. Gana... la comida y dos reales diarios: a tres llega pocas veces. Come... pan a discreción y gazpachos fríos y calientes y a veces un cocido de legumbres, pero no prueba la carne en todo el año: en caso de grandes trabajos se le da un guiso de garbanzos. Duerme... en el <<poyo>> de la gañanía del cortijo, en los establos, en el pajar, en la cocina, sobre una saca de paja o en el hatillo sobre un banco, con una manta o sin ella; pero nunca en camas, porque no las hay en los cortijos, y siempre en comandita con los demás gañanes que tienen su misma desgraciada suerte. Viste... trajes de telas baratísimas y lienzos bastos, a veces con zajones que sirven para toda su vida; el traje de un gañán puede valer diez pesetas, y otro tanto el sombrero y el calzado. Vive... separado constantemente de su familia, a la que va a ver al pueblo cada quince días o cada mes si puede y se lo permiten; es muy frecuente la soltería, porque no da el oficio para sostener ni soportar el matrimonio; la familia, cuando la tiene, se busca por su cuenta la vida, por ser muy escasa la cantidad, que para ayudar a vivir a su mujer e hijos, puede proporcionar el padre de familia. Viaja... cuando quiere porque el gañán andaluz es nómada, y ello simboliza la imperfectísima agricultura andaluza"*<sup>719</sup>.

No hay que olvidar que los *gañanes* -también llamados *criados*, *yunteros*, *mozos acomodados*- se pueden considerar "privilegiados", pues sus contratos se solían ajustar anualmente y tenían, por tanto, trabajo fijo.

<sup>715</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 356.

<sup>716</sup> *Historia de las clases trabajadoras. 3...*, cit., p. 237.

<sup>717</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 400.

<sup>718</sup> *Historia de las clases trabajadoras. 3...*, cit., p. 31.

<sup>719</sup> *La España del siglo XIX*, cit., p. 359.

La aspiración secular de estas masas desposeídas -"dos millones y medio de trabajadores no tenían ni un metro cuadrado de tierra en propiedad"<sup>720</sup>- será el acceso a la propiedad: el "reparto", palabra mítica en el vocabulario del campesino andaluz, es una reivindicación constante en las numerosas convulsiones -en ocasiones acompañadas de ocupaciones de fincas y quemas de registros de la propiedad- que se producen a lo largo de estos años. Así, cuando tras la Revolución del 68, se entabla el debate acerca de la forma de gobierno -monarquía o república- los campesinos andaluces se van a decantar mayoritariamente por ésta pues "el término 'república' se equiparaba a la transformación de las estructuras de propiedad que colmara unas ancestrales esperanzas de reparto de tierras"<sup>721</sup>. La presencia de los campesinos en las diversas sublevaciones republicanas -desautorizadas por la dirección- que acaecieron en Andalucía en los meses posteriores a la Revolución, respondió básicamente a esta motivación. La frustración del intento y la desaprobación de la cúpula republicana supuso un toque de atención para el campesinado que comenzó a darse cuenta de que los republicanos tenían otras preocupaciones que las de repartir las tierras entre ellos. Cuando se proclamó la República, muchos jornaleros del sur apoyaron a los federales -el federalismo gozaba todavía de un aura mítica que suscitaba adhesiones incondicionales- pensando que ahora sí se produciría el reparto:

*"Para las masas, la República Federal es aquí un cortijo que se divide, un monte que se reparte, allá un mínimum de salarios, más lejos los colonos convertidos en propietarios; el reparto de la propiedad, todas esas utopías socialistas constituyen la esencia de la República en el pueblo"*<sup>722</sup>.

Se sucede una nueva oleada de levantamientos en apoyo del reparto de los cuales el más significativo fue el de Montilla, en la provincia de Córdoba -"movimiento revolucionario de los trabajadores locales que superó a los mismos republicanos"<sup>723</sup>- en febrero del 73 inmediatamente después del advenimiento de la República. Fue un movimiento espontáneo en el sentido de que no intervino ninguna de las tendencias de la Internacional; sin embargo, sus razonamientos podrían ser perfectamente suscritos por los ideólogos de ésta:

*"Aquellos hombres, que no conocían las propagandas internacionalistas y que ningún contacto habían tenido con los directores del movimiento obrero, decían, según un testigo presencial, 'que ellos, que sembraban, escardaban, segaban y sacaban los granos, se consideraban con mejor derecho a su disfrute que los que con dinero mal adquirido les pagan un mezquino salario, con el que no tienen para lo necesario'"*<sup>724</sup>.

Las juntas revolucionarias, que se constituyeron en diversos municipios de Andalucía y Extremadura para repartir las tierras, fueron disueltas rápidamente por Pi y Margall, pero no

<sup>720</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 349.

<sup>721</sup> A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España. Siglo XIX*, cit., p. 543.

<sup>722</sup> Declaraciones de Echegaray citadas por: A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 249. Jutglar, por su parte, escribe: "... respecto a los federales, debe destacarse que buena parte de la adhesión proletaria -especialmente entre los jornaleros del campo- se debía tanto a la simplicidad ideológica de dichos sectores sociales, como a las ambigüedades básicas del programa federal. En este sentido, por ejemplo, los campesinos de Andalucía, se limitaban a creer que la tierra era de los que la trabajaban y que, con la República, llegaba la hora del esperado reparto social". *Ibid.*

<sup>723</sup> A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España...*, cit., p. 590.

<sup>724</sup> J. Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones...*, cit., p. 91.

por eso dejaron de atemorizar a los terratenientes. Los sucesos de Montilla tuvieron así un doble efecto: inclinar hacia el conservadurismo a un sector de los republicanos y apartar definitivamente de la órbita de éstos al movimiento obrero andaluz que comenzará a decantarse hacia el bakuninismo que sí estaba dispuesto, como se verá, a asumir como propia la reivindicación del reparto. Por eso, la sublevación de Montilla ha sido señalada por los historiadores como un punto de inflexión en la adquisición de la conciencia de clase -a la que dedicaré un capítulo más adelante- del campesinado andaluz: "*Los sucesos de Montilla y la intentona cantonal de Córdoba marcan la línea divisoria entre la prehistoria y la historia de las agitaciones obreras provinciales*"<sup>725</sup>. La historia no es otra que la de la mencionada conciencia:

*"Para el campesinado andaluz terminó un ciclo revolucionario; 1873 marcó una ruptura hacia nuevas formas de consciencia y de acción, desengañados de la actitud de los partidos políticos, desde las primeras fases de la revolución liberal hasta el republicanism. De ahí que durante el sexenio se perfilen embrionariamente los pasos del campesinado andaluz hacia la versión bakuninista de la I Internacional. [...] El mensaje anarquista comenzó a calar en Andalucía, con un credo que encajaba con las seculares respuestas de rebeldía y la desconfianza hacia los partidos políticos"*<sup>726</sup>.

Tras el anterior repaso a las condiciones de vida de los trabajadores en España en el último cuarto del siglo XIX se confirma la afirmación de Brenan con la que se iniciaba este capítulo. La razón de fondo -además de la tantas veces comentada debilidad de la revolución burguesa- es que las clases trabajadoras no sacaron ningún provecho de ella; en el período inicial del desarrollo industrial su situación no cambió gran cosa respecto a la del Antiguo Régimen:

*"La entrada de la clase media en la vida política con sus oradores brillantes, sus abogados, sus escritores y periodistas, removió un tanto el quietismo de una España subyugada por una nobleza sin alientos y sin inquietudes. Para el pueblo laborioso la diferencia no fue de mucha consideración"*<sup>727</sup>.

La única diferencia es que ahora se le crea la ilusión con lemas grandilocuentes de que las conquistas del liberalismo también le beneficiarán a él:

*"Si el dogma del despotismo ilustrado era: todo para el pueblo, pero sin el pueblo, es decir, todo menos dejar al pueblo intervenir en el gobierno del país, los nuevos gobernantes de la clase media se distinguieron de la nobleza porque apelaban al pueblo para que les ayudase a conquistar el poder, pero una vez en el timón procuraban ignorarlo metódicamente"*<sup>728</sup>.

Esto ya había sido denunciado en los años 30 por liberales progresistas como Flórez Estrada y Espronceda, por ejemplo, con motivo de la desamortización. Resulta, pues, que lo que ya fue claramente percibido al comienzo de la revolución liberal es al cabo de medio siglo más evidente que nunca:

<sup>725</sup> J. Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones...*, cit., p. 92.

<sup>726</sup> A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España...*, cit., p. 564.

En el mismo sentido incide Tuñón de Lara: "...lo que se producía en Andalucía era el primer síntoma de enlace de la rebeldía secular con formas de organización moderna, tomadas de la clase obrera urbana".

*El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 215.

<sup>727</sup> D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento...*, cit., p. 89.

<sup>728</sup> *Ibíd.*

*"Los obreros y campesinos fueron dejados de lado o utilizados fríamente como instrumentos para fines extraños: jornaleros de las fábricas o de la tierra sin derechos y sin beneficios, en peores condiciones que durante la época del despotismo ilustrado"*<sup>729</sup>.

La enseñanza que las clases trabajadoras extraen de su situación material -especialmente durante el sexenio llamado revolucionario- es que esta burguesía "revolucionaria" no va a hacer nada en favor de su emancipación. Por tanto, la revolución liberal, con la que han cooperado durante bastantes años, no es la suya. Lo cual les hace llegar a la conclusión de que si quieren transformar la sociedad -hacer su propia revolución- tienen que organizarse. De ahí nace la fundación de la A.I.T.

### 3.4. LA INTERNACIONAL. SU DIFUSIÓN EN ESPAÑA.

Como decía al principio, varios son los aspectos que hay que tener en cuenta: la difusión de las ideas de la Internacional -tanto en la versión marxista como bakuninista-, la distinta incidencia de unas y otras en los ámbitos campesino e industrial, la adquisición de la conciencia de clase y la diferente manera de concebir las relaciones con el poder presente y futuro. Esto no quiere decir que la experiencia societaria y política ligada a los partidos burgueses -que quedó ampliamente analizada en el período 1834-1868- desaparezca: continuará durante todos estos años. Pero hay un hecho nuevo que es específico de esta etapa: el surgimiento de la conciencia de clase; hecho cualitativamente innegable al margen de su dimensión cuantitativa, que no es excesiva, dado el escaso desarrollo industrial de España.

En el año 1864 se reúnen en Londres representantes de los sindicatos ingleses, franceses y belgas con un grupo de exiliados de varios países entre los que se encontraba Marx. Consecuencia de esta reunión es la fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional), con el objetivo de conseguir la emancipación de los mismos. Para ello consideran indispensable la solidaridad internacional, como se recoge en el *Preámbulo a los Estatutos* redactado por Marx:

*"... la emancipación de los trabajadores no es un problema simplemente local o nacional, sino que, por el contrario, interesa a todas las naciones civilizadas, ya que su solución está necesariamente subordinada a su concurso teórico y práctico"*<sup>730</sup>.

La Asociación fue redactando y matizando su programa en los cuatro congresos siguientes: Ginebra 1866, Lausana 1867, Bruselas 1868 -el primero en el que hubo presencia española- y Basilea 1869. Ya desde el principio comienzan a perfilarse dos tendencias: una de carácter social -liderada por Carlos Marx con sede en Londres- que preconizará la intervención en la política burguesa; y otra, de carácter idealista e individualista, contraria a toda participación en política, presidida por Bakunin con sede en Ginebra<sup>731</sup>.

<sup>729</sup> *Ibíd.*, p. 90.

En otro pasaje del texto llega incluso comparar a los fabricantes con los señores feudales: *"Los fabricantes vivían en su mundo propio, como los señores feudales en sus castillos, e instalaban y administraban sus empresas con espíritu feudal, exigiendo obediencia y reverencia porque daban trabajo y pan a sus siervos. Los obreros no podían hacer reclamaciones"*. P. 127.

<sup>730</sup> A. L. Abós Santabárbara y A. Marco Martínez: *Diccionario de términos básicos para la historia*, cit., p. 550.

<sup>731</sup> Vide: Juan Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, cit., p. 93.

En España existían múltiples asociaciones obreras, que se fueron creando durante el reinado de Isabel II, si bien sólo se permitían bajo la cobertura de asociaciones de asistencia mutua. Sin embargo, las noticias sobre la fundación de la Asociación tardaron en llegar. De hecho, a los dos primeros congresos celebrados tras el de fundación -el Ginebra y Lausana<sup>732</sup>- no asistió ningún español. En el de Bruselas en 1868 estuvo presente, en nombre de una organización poco conocida -*La Legión Ibérica*- Antonio Marsal Anglora (que intervino en las sesiones bajo el seudónimo de Sarro Magallán. Leyó un comunicado titulado *Informe de las asociaciones obreras de Cataluña*<sup>733</sup>. En Madrid el desconocimiento era aún mayor<sup>734</sup>. Tras la Revolución de Septiembre, tanto la sede de Londres como la de Ginebra se dirigieron a los trabajadores españoles invitándoles a formar parte de la Asociación. Pero los dirigentes de Ginebra enviaron, además, a uno de sus más relevantes personajes, siendo así como se introdujo la Internacional en España:

*"Hasta después de la revolución de 1868, que expulsó a los Borbones, no pudo establecerse en España, y nosotros fuimos quienes recibimos el encargo de amigos del extranjero y acompañamos en octubre del citado año a internacionales de otros países para establecerla en España, poniéndolos en relación en Madrid y Barcelona con los hombres más decididos del partido republicano socialista, que echaron en ambas ciudades los comienzos de la sociedad Internacional de Trabajadores"*<sup>735</sup>.

Se refiere Garrido aquí a la llegada de José Fanelli<sup>736</sup>, amigo de Bakunin y enviado por éste

<sup>732</sup> Una organización de Barcelona -*La Liga social-republicana*- envió un manifiesto a éste celebrado en 1867. M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 93.

<sup>733</sup> *"Encadenadas después de largo tiempo por un poder despótico, las sociedades obreras de España envían un saludo cordial a sus hermanos del resto de Europa. El momento presente no es muy favorable para las asociaciones. No obstante, << sotto voce >>, en Cataluña y en Andalucía las asociaciones obreras desarróllanse poco a poco. Se arresta a los obreros que están a la cabeza de estas sociedades, pero cada día se nombran docenas de delegados nuevos. Por más que los poderes quisieran detenerlos, no pueden seguir esa vía y se ven obligados a dejarlos libres. Los obreros españoles están dispuestos a luchar con sus hermanos contra esa formidable asociación del Ejército, del Trono y del Altar, para establecer, al fin, sobre bases sólidas, la paz, la justicia y el trabajo"*.

M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 93.

<sup>734</sup> *"En 1868 los obreros más ilustrados de Madrid desconocían la fundación de la Internacional o tenían muy vagas noticias de ella. [...] [No] tenían la menor noticia del Manifiesto Comunista, ni del mitin de Saint-Martin's Hall, ni del llamado mensaje inaugural, ni de los estatutos de la Internacional, ni de la celebración de sus cuatro grandes congresos"*. J. Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones...*, cit., p. 95-96.

<sup>735</sup> Fernando Garrido: *Historia de las clases trabajadoras. 4 El trabajador asociado*, Madrid, Zero, 1971, Biblioteca Promoción del Pueblo 28, p. 143-144.

<sup>736</sup> Díaz del Moral narra los primeros contactos de Fanelli con bastante ironía. Éste no hablaba español "y sus oyentes desconocían en absoluto el italiano, y muy pocos de ellos traducían medianamente el francés, y hasta entendían algunas palabras sueltas; no obstante, nadie pensó en intérprete. Fanelli empezó a hablar en francés e italiano, indistintamente. Sus grandes ojos negros brillaban con ráfagas de cólera cuando lanzaba anatemas contra los tiranos.[...] y su público sentía escalofríos y estremecimientos de horror. A los pocos minutos el auditorio en pleno, los que conocían algo y los que nada sabían del francés eran presa de un entusiasmo delirante. En esta conferencia y en tres o cuatro más, todas con igual procedimiento, quedó circunstancialmente expuesto todo el ideario y todo el archivo sentimental de la Internacional de Trabajadores y de la Alianza de la Democracia Socialista. No dice Anselmo Lorenzo, actor e historiador del suceso, si en aquel cenáculo vio descender lenguas de fuego sobre las cabezas de los oyentes; pero es lo cierto que sin más provisión que estos discursos, los estatutos de la Internacional, los de la Alianza de la Democracia Socialista y algunos artículos de Bakunin en el Kolokol, aquel grupo de iniciados ascendieron de un golpe a las alturas de los dogmas y de los



con la misión de organizar la Internacional en España<sup>737</sup>; y para esto entregó a sus anfitriones españoles el documento fundacional redactado por Marx en el que se criticaban las injusticias y contradicciones del sistema capitalista: miseria de las masas, doctrina de las crisis industriales, transitoriedad del modo de producción capitalista al igual que otros modos anteriores, recomendación de la solidaridad internacional... y, la necesidad de conquistar el poder político ahora ejercido por la burguesía. Estas ideas fueron muy bien acogidas: "*Se aplaudió en España sobre todo la crítica al sistema capitalista, la necesidad de la asociación de los trabajadores, la vinculación internacional solidaria, el igualitarismo y la hostilidad a los privilegios como bandera de lucha y de unión*"<sup>738</sup>.

Pero Fanelli entregó también el programa de *La Alianza Internacional de la Democracia Socialista* creada y dirigida por Bakunin desde Ginebra:

*"Cuando Fanelli llegó a España, donde no existía todavía la Internacional y tampoco la Alianza, consideró que correspondía reunir a los jóvenes más activos e independientes y hablarles de esas dos organizaciones, según lo hizo en Madrid y Barcelona, y como para él la razón de ser de la Internacional eran las ideas expresadas en el programa de la Alianza, propuso a los españoles la constitución de la Alianza como centro íntimo de relación de los militantes para orientar mejor su acción política. Por otra parte, las ideas de la Alianza respondían en tal grado al sentimiento y a las aspiraciones de los españoles que no significaron para ellos más que una concreción de algo que estaba en el ambiente de los más avanzados"*<sup>739</sup>.

Aparte de otras cuestiones menores, la diferencia fundamental de la Alianza con el Consejo General de Londres radicaba en la concepción del Estado. Los marxistas pretendían conquistarlo; los aliancistas destruirlo; así en uno de los apartados de su programa se afirma:

*"Enemiga de todo despotismo, no reconoce ninguna forma de Estado, y rechaza toda acción revolucionaria que no tenga por objeto inmediato y directo el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital; pues quiere que todos los Estados políticos y autoritarios actualmente existentes se reduzcan a simples funciones administrativas de los servicios públicos en sus países respectivos, estableciéndose la unión universal de las libres asociaciones, tanto agrícolas como industriales"*<sup>740</sup>.

La ruptura -que tendría consecuencias en España- con el Consejo General sería inevitable y se produciría al cabo de poco tiempo como se verá más adelante<sup>741</sup>. Luego, como consecuencia de la visita de Fanelli se constituyen en Madrid y Barcelona los dos primeros núcleos de la Internacional en España. El grupo madrileño publicará en diciembre del 69 un *Manifiesto de los trabajadores de la sección de Madrid a los trabajadores de España* en el que

---

*principios axiomáticos e inmutables de la ciencia obrera. Y en posesión ya de las verdades absolutas, reducido todo el otro conocimiento a una deducción, se consagraron a combatir los sofismas que la falsa ciencia burguesa venía difundiendo por el mundo durante la serie de los siglos". **Historia de las agitaciones...**, cit., p. 96-97.*

<sup>737</sup> Existe una opinión generalizada acerca de que Fanelli fue el primer emisario de Bakunin. Sin embargo, Clara E. Lida habla de otros enviados anteriores que fueron preparando el terreno: Alfred Nacquet, Elie Reclus y Aristide Rey. Vide, *Anarquismo y revolución en la España del XIX*, cit., p. 139-140.

<sup>738</sup> Diego Abad de Santillán: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 104.

<sup>739</sup> Diego Abad de Santillán: *Historia del...*, cit, p. 187.

<sup>740</sup> Citado por D. Abad: *Op. cit.*, p. 105.

<sup>741</sup> Vide: M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 221.

"se combate la política y el sufragio universal, se defiende el socialismo general y se advierte cierto reflejo del programa de la Alianza de la Democracia Socialista en sus exposiciones y razonamientos"<sup>742</sup>. Asimismo fundan un periódico **-Solidaridad-** cuyo primer número sale a la calle en enero de 1870 y que se convertirá en el portavoz oficial de la organización. También el grupo de Barcelona va disponer de un periódico **-La Federación** "apartándolo del campo republicano y convirtiéndolo en órgano de la sección catalana de la Internacional"<sup>743</sup> - en el que difundirá ideas semejantes. Así pues, los primeros pasos de la Internacional en España se dieron bajo la influencia de la ideología de Bakunin con lo que

*"el proletariado español se inició en las luchas sociales bajo el auspicio del anarquismo, y las grandes masas obreras que se alistaron en la primera Internacional ostentaron siempre como lema los tres artículos de la fe del credo bakuniano: en política, anarquistas; en economía, colectivistas; en religión, ateos"*<sup>744</sup>.

El predominio de las ideas anarquistas sería fatal para la recién estrenada revolución española, pues su negativa a colaborar con los sectores interesados en el progreso de la revolución burguesa, fue una de las causas que contribuyó a su fracaso.

Al congreso de Basilea, celebrado en septiembre de 1869, asistieron dos delegados españoles enviados por el núcleo de Barcelona<sup>745</sup>. Uno de ellos, Pellicer, se declaró anarquista lo cual hizo darse cuenta a Marx y Engels -que no habían prestado hasta ese momento demasiada atención a España- cuál era el rumbo que la Asociación estaba tomando en España<sup>746</sup>, como se puede apreciar en un informe que Engels presenta un tiempo después<sup>747</sup>. Este predominio de la tendencia anarquista en los núcleos españoles -fundamentalmente en el de Barcelona- de la Internacional adquiere carácter oficial, por así decirlo, a raíz de la fundación de la sección española de la Internacional: la Federación Regional Española: F.R.E. Tuvo lugar en Barcelona en junio de 1870. Asistieron 90 delegados de toda España que representaban a unos 40.000 afiliados de 36 localidades<sup>748</sup>. Se discutieron y votaron varios puntos. El más importante el de la participación de la clase obrera en la política. La propuesta que finalmente se aprobó dice así:

*"Considerando: [...] que toda participación de la clase obrera en la organización gubernamental de la clase media no podrá producir otros resultados que la consolidación del orden de cosas existente, lo cual necesariamente paralizaría la acción revolucionaria socialista del proletariado, el congreso recomienda a todas las secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores que renuncien a toda acción corporativa que tenga por objeto efectuar la transformación social por medio de las reformas políticas nacionales y les invita a emplear toda su actividad en la constitución federativa de los cuerpos de oficio, único*

<sup>742</sup> D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento...*, cit., p. 109.

<sup>743</sup> J. Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones...*, cit., p. 98.

<sup>744</sup> J. Díaz del Moral: *Historia agitaciones...*, cit., p. 100-101.

<sup>745</sup> "El tipógrafo Rafael Farga Pellicer y el médico Gaspar Sentiñón, que establecieron contactos directamente con Bakunin y orientaron la Internacional en sentido anarquista y aliancista. En su informe afirman contar con 195 sociedades y más de 25.000 afiliados, de los cuales 7.080 en Barcelona".

M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 222.

<sup>746</sup> Vide: D. Abad de Santillán: *Op.* cit., p. 189.

<sup>747</sup> Lo reproduce Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 222.

<sup>748</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 101.

*medio de asegurar el éxito de la revolución social*<sup>749</sup>.

Las discusiones fueron muy acaloradas, pero la propuesta fue aprobada con 55 votos a favor y 14 en contra<sup>750</sup>. A algunos sectores republicanos madrileños no les satisfizo esta actitud antipolítica y protestaron<sup>751</sup>, pero, de momento, las cosas no fueron más lejos. Sobre la decisión del congreso de Barcelona Tuñón hace el siguiente comentario:

*"La negativa a la lucha por reformas y a toda coalición o alianza de clases para lograr objetivos comunes frente a un viejo régimen que continuaba sólidamente implantado, pese a transformaciones -la mayoría efímeras- de la superestructura jurídico-política, sería de graves consecuencias en aquella circunstancia histórica de España"*<sup>752</sup>.

La Federación Regional Española quedaba, pues, oficialmente constituida bajo el signo anarquista. Los partidarios de la intervención política eran una minoría y carecían aún de organización, de ahí que en España el pleito entre marxistas y aliancistas no estuviese todavía abiertamente planteado como sucedió ya en la conferencia de Londres -septiembre del 71- a la que asistió Anselmo Lorenzo a quien decepcionaron profundamente las rivalidades entre los partidarios de Marx y Bakunin. Lorenzo las atribuyó a rencillas personales que, en su opinión, primaban sobre los intereses generales del movimiento obrero<sup>753</sup>. En Londres se impusieron las tesis marxistas, pues en una de sus resoluciones se recogió explícitamente que la

*"constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su aspiración suprema: la abolición de las clases; [y que] la actuación de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política, están indisolublemente unidos"*<sup>754</sup>.

Entre marzo y mayo del 71 tuvo lugar la Comuna de París que atemorizó a toda la burguesía europea y que, como se verá en el punto siguiente, provocó un debate en el Parlamento español sobre la legalidad de la Internacional. Lafargue, que había tenido una participación activa en los sucesos de la Comuna, llegó a España huyendo de la represión de las autoridades francesas.

La llegada de Paul Lafargue a España inicia el que se puede considerar como siguiente episodio en la historia de la F.R.E. Tres años después de la venida de Fanelli, el Consejo General de Londres, aprovechando la estancia en España del yerno de Marx, decide encomendarle la tarea de contrarrestar la influencia de Bakunin en la F.R.E. e inclinarla hacia la marxista<sup>755</sup>. Lafargue reúne a su alrededor un grupo que publica el periódico *La*

<sup>749</sup> Citado en: Diego Abad de Santillán: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 124.

<sup>750</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia de España I*, cit., p. 170. Tuñón afirma, aduciendo el testimonio de Anselmo Lorenzo que estuvo presente, que los aliancistas se habían puesto previamente de acuerdo en reuniones secretas.

<sup>751</sup> D. Abad: *Op.*, cit., p. 125.

<sup>752</sup> *El movimiento obrero en la historia de España I*, cit., p. 171.

<sup>753</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento...*, cit., p. 111.

<sup>754</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento...*, cit., p. 111.

<sup>755</sup> En diciembre de ese mismo año Engels escribe a Lafargue: "*Aunque lamento las causas que le han obligado a ir a Madrid, es una verdadera fortuna que esté ahí en este momento, porque las reticencias y el silencio del Consejo español se prestan a interpretaciones poco agradables*".

M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento...*, cit. p. 111-112.

**Emancipación** en el que comienzan a aparecer artículos a favor de la intervención de la clase obrera en política. El contacto con Lafargue hace que un sector del núcleo madrileño evolucione hacia las tesis marxistas lo que provoca inmediatamente enfrentamientos en el seno de la sección. Tras el congreso de Zaragoza -celebrado en abril de 1872- en el que la F.R.E. se afirma en el bakuninismo, el grupo de **La Emancipación** es expulsado y forman la Nueva Federación Madrileña *"de tendencia marxista y reconocida por Londres. [...] Era la génesis del marxismo español"*<sup>756</sup>. De este grupo surgiría unos años después el Partido Socialista. Quedaba así consumada en España la escisión entre anarquistas y socialistas. En Europa se consumará en septiembre en el Congreso de La Haya, donde se aprobó por amplia mayoría la tesis marxista sobre *"la constitución del proletariado en partido político"*<sup>757</sup> y Bakunin fue expulsado. Sus partidarios se reunieron en Saint-Imier donde se ratificaron en sus posturas afirmando que

*"que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado", por lo que "toda organización de un poder político supuestamente provisional y revolucionario para llegar a esta destrucción no puede ser sino un engaño más, y sería tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos que existen en la actualidad"*<sup>758</sup>.

La escisión era definitiva sin posibilidad de marcha atrás y, lógicamente, redundó en perjuicio del movimiento obrero:

*"La escisión del Congreso de La Haya quebrantó profundamente el movimiento proletario. El grupo marxista, no obstante constituir la mayoría del Congreso, vio desertar de sus filas grandes masas obreras. [...] Por su parte, los partidarios de Bakunin "siguieron arrogándose el título de Asociación Internacional de Trabajadores, y celebró todavía varios congresos universales, en los que sus peculiares doctrinas fueron sustituyendo a las marxistas, inspiradoras de los anteriores"*<sup>759</sup>.

La desigual correlación de ambas fuerzas en España fue señalada por Engels en una carta de finales del 72: *"La gran masa de la Internacional española sigue bajo la dirección de la Alianza, que predomina en el Consejo Federal, así como en los Consejos locales más importantes"*<sup>760</sup>. Y, efectivamente, la corriente anarquista va a ser mayoritaria en el movimiento obrero español hasta bien entrado el siglo XX. Una prueba de ello la constituyen los acontecimientos inmediatamente posteriores. Tanto los marxistas como los bakuninistas celebraron sendos congresos. Los primeros en Toledo; contaban con 12 federaciones; los segundos en Córdoba, tenían 236<sup>761</sup>. En éste, convocado como congreso de la F.R.E. -*"cuán lejos estaban de pensar aquellos periodistas y las clases acomodadas de Córdoba que estaban presenciando la celebración del primer congreso anarquista del mundo"*<sup>762</sup>- que tuvo lugar en diciembre del 72, se aprueban las conclusiones de Saint-Imier y se rechazan las de La Haya tachándolas de autoritarias<sup>763</sup> y

<sup>756</sup> A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España. Siglo XIX*, cit., p. 580.

<sup>757</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero...*, cit., p. 190.

<sup>758</sup> D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento...*, cit., p. 204.

<sup>759</sup> J. Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones...*, cit., p. 121-122.

<sup>760</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero...*, cit., p. 190.

<sup>761</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento...*, cit., p. 119; y M. Tuñón: *El movimiento obrero...*, p. 192.

<sup>762</sup> J. Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones...*, cit., p. 112.

<sup>763</sup> *"La comisión propone al congreso que se rechace el congreso de La Haya no reconociendo sus autoritarios acuerdos"*. D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento...*, cit., p. 215.

reiterando, una vez más, los efectos negativos de la organización política de la clase obrera. Faltaba poco más de un mes para la proclamación de la República. Este tenaz apoliticismo del, en estos momentos, sector mayoritario del proletariado español no ayudaría a su consolidación: "*Resulta inútil subrayar la trascendencia de la división de los obreros españoles semanas antes de proclamarse una república que se vería cortada de las que hubieran debido ser sus más firmes raíces*"<sup>764</sup>.

Durante el breve período republicano continuarán las polémicas y escaramuzas entre ambas tendencias. Indicativa de la marxista es la carta que José Mesa, uno de los más activos colaboradores de Lafargue y de *La Emancipación*, escribe a Engels en febrero de 1873, una semana después de la proclamación de la República: "*¡Qué magnífica ocasión para fundar un partido obrero en España! Pero ¿qué hacer en la situación en que nos han puesto esos malditos aliancistas?*". Y añade, a continuación, un comentario revelador, no sólo de que los que estaban en contra de la participación en política eran mayoría, sino de la mala consideración de que gozaban entre los obreros los que estaban a favor: "*Yendo a la asamblea constituyente que se convocará dentro de algunos meses, se podría formar el núcleo de ese partido; pero no hay que pensar en ello. Aquél de nosotros que fuese, sería positivamente perdido para la causa del proletariado*"<sup>765</sup>.

Y es que los dirigentes de la F.R.E. estaban en contra de la constitución de un partido obrero para concurrir a las elecciones constituyentes. Así se recoge en una circular de la Comisión Federal. En primer lugar, muestra su complacencia por el cambio de régimen, no porque lo considere más beneficioso para los trabajadores, sino porque piensan que la República es el último impedimento hacia la desaparición del estado: "*Hemos visto con satisfacción el cambio mencionado, no por las garantías que pueda dar a la clase obrera..., sino porque la República es el último baluarte de la burguesía*". Y, a continuación, rechazan cualquier tipo de organización:

*"Nosotros, partidarios de la libertad completa del individuo y de la autonomía de todas las federaciones y secciones, no queremos ser directores ni inspiradores de nuestros hermanos los obreros, porque la gran obra de emancipación de los asalariados no puede ser dirigida ni ejecutada por nadie, sino por la acción espontánea de los mismos trabajadores"*<sup>766</sup>.

Sin embargo, el criterio de la Comisión Federal no era unánimemente compartido. Algunas federaciones locales, como la de Zaragoza<sup>767</sup>, eran partidarias de apoyar al partido demócrata. También en Barcelona hubo manifestaciones en las que se mezclaron reivindicaciones de distinto signo; incluso hubo un manifiesto -14 de julio de 1873- en el que, tras declarar que contra quien hay que combatir no es contra los republicanos sino contra los carlistas, se termina afirmando: "*Compañeros: mientras llegan las cuatro de la tarde, en que todos*

<sup>764</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 231.

<sup>765</sup> D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento...*, cit., p. 223.

<sup>766</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 193.

<sup>767</sup> La Federación de Zaragoza publicó un manifiesto el 14 de febrero en el que, en otras cosas, se podía leer: "*A pesar de las calumnias y diatribas de que venimos siendo blanco diariamente de parte de todos los que representan el mundo del privilegio, nosotros no podemos menos de significar a nuestros hermanos los republicanos democráticos federales que en la nueva senda en que parece han entrado, pueden y deben contar con nuestras simpatías, pueden y deben contar mientras en ella se mantengan, con nuestro apoyo*".

Recogido en: M. Tuñón: *Historia del movimiento...*, cit., p. 194.

nos reuniremos en la plaza de Cataluña, aprovechemos el tiempo en ir a votar las candidaturas obreras. La burguesía trata de hacer suyo el Municipio"<sup>768</sup>.

Los actos de protesta se multiplicaron por toda la geografía española. En Andalucía y Extremadura hubo intentos de ocupación de tierras. Es decir, que "los obreros, en general, consideraban [...] el advenimiento de la República [...] oportuno para el mejorar sus condiciones de vida y democratizar las instituciones"<sup>769</sup>. Sin embargo, los dirigentes de la Internacional seguían empeñados no sólo en no dar su apoyo a ningún partido burgués, sino en no participar en el sistema. Las aspiraciones de las bases no encontraban eco en sus líderes. Existía una gran confusión y desorientación que aumentó aún más cuando en el verano comenzaron a sucederse los levantamientos cantonales. La historiografía<sup>770</sup> actual considera los movimientos cantonales -excepción hecha del de Alcoy y el de Sanlúcar de Barrameda- como movimientos burgueses<sup>771</sup> en los que los obreros que pudieran participar lo hicieron a título meramente personal<sup>772</sup>, pero sin que la Internacional como institución tuviese ninguna vinculación con los mismos. De hecho, los dirigentes de la Internacional fueron muy críticos, lo cual resulta bastante lógico dada su actitud hacia cualquier tipo de acción política:

*"El movimiento cantonal ha sido empezado y dirigido por los republicanos federales intransigentes, pero en Valencia, Sevilla, Málaga, Granada y otras localidades, según los periódicos burgueses, los internacionales han tomado una parte activa... la participación ha sido espontánea y sin acuerdo previo"*<sup>773</sup>.

El de Alcoy comenzó con una huelga en la que los obreros reivindicaban una serie de mejoras económicas. Tras acusar al alcalde -Albors- de aliarse con los patronos, a pesar de haber garantizado su neutralidad, los obreros quisieron constituir una nueva junta de gobierno

<sup>768</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 199. En este caso, como matiza el propio Tuñón, se trataba de un llamamiento para votar candidaturas obreras en las elecciones municipales, no en las generales.

<sup>769</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento...*, cit., p. 120.

<sup>770</sup> Tuñón cita el testimonio del profesor Termes de quien dice que "ha demostrado, al estudiar los documentos de la Internacional, que los dirigentes de la sección española no aprobaban la participación de muchos de sus afiliados en la insurrección cantonalista".

M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento...*, cit., p. 122.

Y en otro lugar cita el testimonio de Nettlau: "Los internacionales se unen valientemente a las insurrecciones en muchos lugares, no como miembros de la Internacional..., sino como rebeldes locales, en nombre de un principio que, para ellos, se parecía al de la Comuna de París".

*El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 201.

<sup>771</sup> Sin embargo, Clara E. Lida matiza estas opiniones: "Mientras el cantón de Cartagena no se apartó de la política republicana federal que sus líderes habían defendido desde la facción intransigente, muchos de los cantones y Comités de Salud Pública andaluces llevan a cabo una insurrección de marcada tendencia socialista. Así, mientras la Junta de Cartagena, presidida por Roque Barcia, declara que su propósito fundamental era <<defender la santa causa de la República>>, el Comité de Salud Pública del Cantón Andalúz afirma que su intención es promover <<la revolución política y social>>". P. 182. Aunque, páginas más adelante, añade: "Con la excepción de Sanlúcar de Barrameda, donde el principio de la insurrección es abiertamente internacionalista, el resto de las sublevaciones no respondieron en ningún momento a consignas de la F.R.E. Ésta, en cambio, previno una y otra vez a sus asociados contra las ambiciones políticas de los republicanos, que intentarían utilizar a los obreros socialistas para fines puramente partidarios". P. 185.

*Anarquismo y revolución en la España del XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1972.

<sup>772</sup> Es la opinión de M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento...*, cit., p. 123-124.

<sup>773</sup> Carta de Francisco Tomás, uno de sus dirigentes, a la comisión de Italia. Citado por: M. Tuñón: *El movimiento obrero en...*, cit., p. 200.

en el ayuntamiento obligando al alcalde a dimitir. La Guardia Civil disparó contra los trabajadores y éstos reaccionaron armándose y adueñándose de la situación durante tres días. El ejército terminó fácilmente con el levantamiento. La mayoría de la prensa tanto española como extranjera aprovechó la ocasión para exagerar los hechos dando noticias sobre todo tipo de excesos<sup>774</sup>. En Sanlúcar de Barrameda el movimiento comenzó por la prohibición de una reunión de la Federación local de la Internacional y posterior clausura del local por orden judicial. Los obreros publican un manifiesto en el que protestan porque sus derechos han sido atropellados y proclaman consignas revolucionarias en las que la influencia anarquista resulta evidente:

*"Hasta ahora [los burgueses] se habían limitado a insultarnos y amenazarnos; hoy proclaman en voz alta, con un acto ilegal y violento, que los hijos del trabajo no pueden unirse pacíficamente. La guerra social, la guerra entre pobres y ricos, la guerra entre señores y esclavos, entre oprimidos y opresores, está declarada por el municipio actual, representante de la burguesía sanluqueña. Trabajadores, agrupémonos, organicemos nuestras huestes, templemos nuestras armas y preparémonos para una lucha más o menos próxima. ¡Abajo los privilegios! ¡Abajo la tiranía! ¡Paso a la Asociación Internacional de Trabajadores! ¡Salud, anarquía y colectivismo! ¡Viva la Revolución social!"<sup>775</sup>.*

Aunque, en líneas generales, la Internacional como organización permaneciese ajena al movimiento cantonal, fue objeto de persecución en cuanto el clima político cambió. Así, tras el golpe del general Pavía, una de las primeras disposiciones del nuevo gobierno de Serrano fue su prohibición con lo se que inicia un período de clandestinidad que dura hasta 1881. La comisión federal de la F.R.E. reaccionó con rapidez y envió inmediatamente una circular, firmada por Francisco Tomás, a las federaciones locales dándoles una serie de recomendaciones: protestas, reuniones secretas, que se reorganizasen como asociaciones de carácter cultural o de socorros mutuos, etc.

*"La Internacional española afirmó así su voluntad de sobrevivir y de continuar la obra emprendida y supo cumplirla, a pesar de la dureza de las persecuciones en los siete años que se mantuvo fuera de la ley, con procesos monstruosos como el de los sucesos de Alcoy, Cocentaina, Sanlúcar de Barrameda, etc."<sup>776</sup>.*

Los años de clandestinidad, -aunque la organización se mantuvo e incluso organizó un

<sup>774</sup> "Mucho se dijo de las innumerables víctimas, y algunos periódicos llegaron a hablar de setenta masacrados, numerosas mujeres violadas, guardias mutilados, pacíficos ciudadanos rociados con petróleo y quemados vivos. El *New York Times* se lamenta de que cosas como éstas, antes sólo vistas en países bárbaros, sucedan ahora en la cristiana España. Por su parte, el *Times* de Londres explica a sus victorianos lectores que esto ocurre porque en España el populacho está tan habituado a las corridas de toros que se ha acostumbrado a ver torturas y sangre sin el menor remordimiento". Por lo que a la prensa española se refiere: "Nuestras primeras incursiones en esta dirección nos confirman la desmedida exageración de horrores y monstruosidades en las versiones periodísticas y en las discusiones en Cortes. Así, mientras la prensa en general habla de curas ahorcados y monjas y mujeres violadas, el *Mercantil*, menos exaltado que otros, informa que no tiene noticia alguna de profanaciones de iglesias y que los conventos se respetaron <<en cuanto lo permitían las circunstancias>>. Esto se ve corroborado en el <<Índice de cargos>>, donde varias religiosas atestiguan sobre la cooperación y buena conducta de los acusados que prestaban ayuda en los hospitales". Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución en la España del XIX*, cit., p. 216-217.

<sup>775</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo...*, cit., p. 184.

<sup>776</sup> D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento...*, cit., p. 245.

congreso secreto en Madrid- debilitaron enormemente la F.R.E. Un simple dato lo demuestra: en 1874 tenía unos 50.000 afiliados; en 1881, cuando volvió a la legalidad, no llegaba a 5.000 (Abad, p. 249). La F.R.E. se autodisolvió en 1881.

Los tres aspectos que acabo de analizar: los acontecimientos políticos en los años siguientes a la Revolución del 68, condiciones de vida y A.I.T. determinan que el proletariado se dé cuenta de que, contra las pretensiones integradoras de los retóricos lemas del liberalismo, ellos han quedado fuera porque no forman parte de la clase que ha hecho la revolución. Este punto es el que me propongo analizar en el capítulo siguiente.

### 3.5. LA ADQUISICIÓN DE LA CONCIENCIA DE CLASE

Lenin da la siguiente definición de clase social:

*"Se denominan clases a grupos humanos de gran amplitud que se distinguen entre sí por el lugar que ocupan en el sistema -históricamente determinado- de producción social, por las relaciones que guardan con los medios de producción, relaciones que suelen fijar las leyes, y por su papel en la organización del trabajo. De todo ello deriva un modo peculiar para cada clase de acceder a la riqueza social y la cuantía en que participa de ella"<sup>777</sup>.*

En el caso de los obreros -tanto industriales como agrícolas- no son propietarios de los medios de producción, sino que trabajan para otros, que son los dueños de esos medios, a cambio de un salario, que es sólo una parte de la riqueza generada por su trabajo; el resto se lo queda el propietario de los medios de producción -el *capitalista*- en forma de plusvalías. La pertenencia a una determinada clase social es, pues, un hecho objetivo; sin embargo, ello no implica necesariamente la existencia de tal clase y, mucho menos, la conciencia de tal existencia y de su pertenencia a ella; es decir, no puede darse conciencia de clase sin que previamente exista esa clase; pero tampoco al revés:

*"Se dice que un grupo social cristaliza en clase cuando adquiere conciencia de sí mismo. Es un fenómeno psicocultural -indumentaria, nivel de estudios, autovaloración, sentimientos de pertenencia o exclusión-. La conciencia de clase ha llevado a la formación de un movimiento obrero y sindical y de una organización patronal, aunque se da la existencia de amplios sectores de población que no tienen dicha conciencia y que reaccionan, a veces, contradictoriamente, con actitudes de acuerdo con el ambiente y la educación recibida"<sup>778</sup>.*

Todas estos requisitos se cumplen, en el caso del proletariado español, en el último cuarto del siglo XIX. Es ahora, cuando por primera vez en la historia, son conscientes de que forman un grupo definido cuyas características se derivan de su situación en el sistema de producción; es decir, el hecho de no ser dueños de los medios de producción no sólo implica el tener un salario insuficiente, sino también verse privados -durante largos períodos- del reconocimiento de sus derechos políticos. Al conocimiento de esta situación y la actuación en consecuencia es a lo que se denomina la adquisición de la conciencia de clase.

Lo que voy a intentar en este capítulo es describir el proceso -que se podría denominar

<sup>777</sup> Recogida en: Marx-Engels: *El Manifiesto Comunista*, edición de Anselmo Sanjuán, Madrid, Alhambra, 1987, p. 116.

<sup>778</sup> A. Abós Santabárbara y A. Marco Martínez: *Diccionario de términos básicos para la historia*, cit., p. 75.



como de “*cambio de lealtad*”- por el que la clase trabajadora española pasa de alinearse al lado de los partidos burgueses -identificándose, pues, con la revolución liberal- a alejarse de ellos para defender ideologías revolucionarias que recogen sus aspiraciones de clase. El período en el que tiene lugar este *cambio*, es en el llamado sexenio revolucionario (1868-1874), pudiendo distinguirse en el mismo dos hechos puntuales: uno de inicio y, otro, de culminación. El primero es la fundación en 1870<sup>779</sup> de la F.R.E. Y, el segundo, la caída de la República. La fundación de la sección española de la Internacional “representó un hito definitivo en la concreción adulta del movimiento obrero hispano, [...] concreción de la organización clasista del obrerismo español, independiente de vínculos de raíz más o menos burguesa”<sup>780</sup>. Por supuesto, dicha concreción no fue inmediata, pues todavía durante unos años sectores importantes del obrerismo apoyarán a los partidos burgueses, especialmente a los republicanos. El final de la República supuso el final de dicho apoyo: “Con la liquidación de la república terminó un período de expansión y de esclarecimiento ideológico de la asociación obrera española, que había logrado elaborar ya un arsenal de ideas y de tácticas para un desarrollo progresivo”<sup>781</sup>.

La preparación de la Revolución de 1868, como ya se vio, fue obra de una minoría de políticos y militares, aunque lo que propició el cambio de régimen fue la participación del elemento popular urbano que lo apoyó decididamente<sup>782</sup>; sin éste el pronunciamiento de Topete probablemente no habría pasado de ser uno más de los muchos que jalonan el siglo. La oferta política se multiplica a raíz del derrocamiento de Isabel II produciéndose distintas escisiones en los partidos. Progresistas y demócratas encarnaban, en un principio, el liberalismo más avanzado y eran quienes gozaban de mayor ascendencia entre los sectores populares; cuando una parte de los demócratas se decantó por la monarquía, se produjo una escisión de la que surgió el partido republicano que, a su vez, se vio también privado de su ala izquierda: los federales. Estos partidos se disputan el voto popular<sup>783</sup> tras la Revolución del 68. La mayoría de los medios obreros eran republicanos: “La masa obrera continuaba apoyando al partido demócrata o al republicano y seguía convencida de que la república era el régimen ideal en el que se solucionarían todos sus problemas políticos y sociales, mientras se mostraba reacia a aceptar el socialismo”<sup>784</sup>. Figuras como Pi y Margall, Fernando Garrido o Sixto Cámara gozaban de un gran ascendiente entre los círculos proletarios entre los que estaba muy extendida la idea de “una república federal en la cual se tendría la libre asociación de las clases populares, una

<sup>779</sup> Ya en enero de 1869 Fanelli había organizado en Madrid el primer núcleo de la Internacional en España, bajo los auspicios de la Alianza Democrática Socialista de Bakunin, que se adhirió a los estatutos de la A.I.T. A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 264.

<sup>780</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 263.

<sup>781</sup> D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 239.

<sup>782</sup> Vide A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España...*, cit., p. 537.

<sup>783</sup> No hay que olvidar que en las elecciones para las Cortes Constituyentes, celebradas en enero de 1869, tuvieron derecho a voto todos los varones mayores de 25 años: “Era la primera aplicación en España del sufragio universal directo. [...] Hasta entonces el sufragio censitario permitía la resolución de las consultas electorales, independientemente de su mayor o menor grado de escrupulosidad, en una amplia red de relaciones personales, que no iba más allá de una elite del dinero o de la cultura, mientras que el sufragio universal significaba la irrupción en el mundo de la política de un extenso colectivo de naturaleza diversa y mayoritariamente anónima”. A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España...*, cit., p. 547.

<sup>784</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 244.

reivindicación que pasaba entonces como el desideratum del proletariado"<sup>785</sup>. Hasta tal punto se identificaba el pueblo con la república que, como ya se vio, en los meses siguientes a la Revolución hubo una serie de levantamientos republicanos. Estos levantamientos no sólo fracasaron, sino que fueron desautorizados por los dirigentes republicanos lo que provocó que, ya antes de la llegada de la república, determinados sectores obreros se sintiesen defraudados ante las enormes expectativas creadas y comenzasen a darse cuenta de que la revolución burguesa, independientemente de la forma política que adoptase, no iba satisfacer sus aspiraciones: "*Los trabajadores se decepcionaron de la política al uso de los políticos y los más despiertos comprendieron que sólo se les quería como instrumentos para el logro de finalidades ajenas a sus aspiraciones*"<sup>786</sup>.

Si entre los obreros la desconfianza hacia la política burguesa comenzó a surgir al hilo del desarrollo de los acontecimientos diarios, los dirigentes de la F.R.E. -cuyo núcleo inicial se había constituido en Madrid en enero de 1869- tuvieron muy claro desde el principio que el movimiento obrero debía seguir su propio camino al margen de los partidos burgueses:

*"El obrero de Madrid y de Barcelona estaba obsesionado por los grandes oradores de la Democracia y de la República y por los escritores de la izquierda burguesa. Preocupados por la amenaza de dicha desviación del movimiento obrero los dirigentes de la F.R.E. trataron de promover una línea revolucionaria pura que apartara la masa proletaria del republicanismo federal, que era la perspectiva política dominante sobre los obreros españoles"*<sup>787</sup>.

A este propósito responde el *Manifiesto de los trabajadores internacionales de la sección de Madrid a los trabajadores de España*, de fecha 24 de diciembre de 1869. La idea fundamental -aunque no la única- de este extenso texto, que ocupa 9 páginas de letra menuda, es que no hay que confiar a nadie ajeno a la clase trabajadora la emancipación de la misma; es más, hay que desconfiar de quien tal pretenda:

*"Queremos haceros notar que todo aquel que se propone movernos en provecho suyo siempre y cubierta con bonitas frases hábilmente combinadas, se reserva la clave que supone poseer de nuestra emancipación, para que, cuando la terrible realidad de nuestra posición nos haga desear el acabar de una vez con tantos sufrimientos como nos agobian, le encomendemos la simpática misión de redimirnos. [...] ¿Quién nos asegura que puede desear de mejor buena fe que nosotros mismos la inmediata destrucción del penoso yugo que nos oprime, de la criminal explotación a que vivimos condenados? Nosotros fabricamos los palacios, nosotros tejemos las más preciadas telas, nosotros apacentamos los rebaños, nosotros labramos la tierra, extraemos de sus entrañas los metales, levantamos sobre los caudalosos ríos puentes gigantes de hierro y piedra, dividimos las montañas, juntamos los mares..., ¡y, sin embargo, ¡oh dolor!, desconfiamos de bastarnos para realizar nuestra emancipación!"*

Critica, a continuación, todas las libertades formales del liberalismo -en cuya conquista la clase obrera ha colaborado- porque dichas libertades benefician en muy poco a ésta:

*"Pedimos como energúmenos libertad de imprenta, ¡y hacemos muy bien! Pero ¿podemos nosotros imprimir?; menos que eso, ¿podemos escribir? [...] Pedimos sufragio universal, y como por nuestra posición social somos esclavos del capital, al hacer uso de ese derecho, o*

<sup>785</sup> D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 102-103.

<sup>786</sup> D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento...*, cit., p. 95.

<sup>787</sup> A. Jutglar: *ideologías y clases...*, cit., p. 265.

*comprometemos el pan de nuestra familia o damos nuestro voto a gusto de quien, por explotarnos en todo, nos arrebatara, y sin violencia aparente, nuestra conciencia. [...] ¿Preferís el sistema constitucional o monárquico democrático? Cualquiera de los dos que escojáis os encontraréis con que no es más que una careta con que el absolutismo quiere encubrir su deformidad. [...] Tendréis libertad de comercio, pero ¿supone, por ventura, la libertad de comercio que nosotros tendremos, pobres desheredados, en qué ni con qué comerciar? [...] ¡Nos garantizará la libertad del pensamiento! ¿Acaso se la puede dar una ley al que está esclavo de la ignorancia? [...] La libertad sin absoluta igualdad de medios es la tiranía de los privilegiados. Es la libertad que tienen el cordero y el tigre de batirse en buena lid; acertad, si podéis, cuál será el vencido*<sup>788</sup>.

Es decir, sólo la autodirección puede garantizar la emancipación. Este manifiesto, en palabras de Tuñón de Lara, "produjo un gran alboroto en el partido republicano"<sup>789</sup>, lo que pone de manifiesto que la desconfianza empezaba a ser mutua. Pero no es sólo este manifiesto el único indicio de que las organizaciones obreras están comenzando a distanciarse de la política burguesa; determinados actos, promovidos por esas organizaciones, son indicativos de lo mismo. Así, por ejemplo, la protesta contra la guerra franco-prusiana de 1870, acompañada de un manifiesto en el que se invita a los trabajadores de ambos países a no participar en una lucha que, a ellos, lo único que les traerá será más opresión: "*¡Trabajadores de Prusia y Francia! Aún sería tiempo; aún podríais evitar la guerra dándoos un fraternal abrazo y arrojando al Rin esas armas que, lejos de constituir vuestra fuerza, son por el contrario el más sólido eslabón de vuestras cadenas*"<sup>790</sup>.

Ese mismo año la sección madrileña de la Internacional había protestado contra la celebración del 2 de mayo, pues la exaltación nacional implicaba un odio al extranjero que no se compadecía con el espíritu de la organización: "*La patria del obrero es el taller; el taller de los hijos del trabajo es el mundo entero. [...] Todas las ideas que se opongan a la libertad, igualdad y fraternidad de los hombres son injustas. El patriotismo que se opone a la fraternidad de los pueblos es, pues, injusto*"<sup>791</sup>.

Al año siguiente, 1871, los internacionales organizaron el 2 de mayo un té de confraternización entre españoles y extranjeros invitando a todo el pueblo al acto. Mayor calado ideológico tuvo otro acontecimiento acaecido por estas mismas fechas. La Asamblea republicana federal, cuyo presidente era Pi, se dirigió a la Internacional instándole a que planteasen sus reivindicaciones. La respuesta no deja lugar a dudas sobre la opinión que tenían de los republicanos, pues afirmaban que si éstos aspiraban a "*mejorar las condiciones de las clases jornaleras*", lo que pretendía la Internacional era "*destruir las clases, o sea realizar la completa emancipación económico social de todos los individuos de ambos sexos*". Esta respuesta mereció un comentario por parte del periódico barcelonés **La Federación** en el que, además de mostrarse de acuerdo, se manifiesta con toda claridad el final de la colaboración: "*Ya sabe ahora el partido republicano que no puede contar con el concurso de las clases trabajadoras en vista de la formal declaración del Consejo federal de la región española*"<sup>792</sup>. Es decir, las posiciones de los

<sup>788</sup> M. Artola: *Partidos y programas...II. Manifiestos y programas políticos*, cit., p. 98-102.

<sup>789</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 99.

<sup>790</sup> Recogido por: M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento...*, cit., p. 105.

<sup>791</sup> Citado por: D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento...*, cit., p. 138.

<sup>792</sup> D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento...*, cit., p. 138.

dirigentes están muy claras: independizar el movimiento obrero de los partidos políticos burgueses, especialmente del republicano que era el que les disputaba la clientela política: "*Desengáñense los burgueses, altos y bajos, liberales y absolutistas, monárquicos y republicanos, el pueblo les conoce ya y no espera ni quiere nada de ellos. Sabe que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos*"<sup>793</sup>.

Los internacionalistas españoles no sólo definen su actitud respecto a los republicanos, sino que exigen a éstos que hagan lo mismo respecto a la Internacional:

*"Seis redactores de La Emancipación enviaron una carta [febrero del 72] a la asamblea de los republicanos federales exigiéndoles que definieran su actitud en relación con la A.I.T. y 'la emancipación de los trabajadores'. La carta era conminatoria y más bien violenta, poniendo en dificultad al sector vacilante de los republicanos que consideraba el apoyo de los 'internacionales' como dañoso para su prestigio entre cierto electorado pequeño burgués"*<sup>794</sup>.

Las prevenciones, por tanto, son mutuas, pues cada vez es más evidente que los intereses no coinciden: "*La diferenciación entre actitudes y conciencias burguesas y obreras constituye, evidentemente, uno de los rasgos característicos y trascendentales de la etapa de la revolución hispana de 1868-1874*"<sup>795</sup>.

Si, como acabo de decir, entre los dirigentes obreros no existía ningún tipo de duda sobre la actitud que se debía adoptar con el partido republicano, entre el pueblo no sucedía lo mismo. La república, sobre todo la federal, gozaba de un aura mítica entre amplios sectores obreros que todavía seguían depositando en ella la esperanza de la satisfacción de sus aspiraciones: "*Para la gente del pueblo la república era la justicia social, la hora de los pobres, aunque para los republicanos dirigentes era simplemente la conquista del poder político*"<sup>796</sup>. Así, cuando en febrero del 73, se proclamó la República, la gente del pueblo la acogió con entusiasmo no compartido por los dirigentes de la Internacional quienes se limitan a saludarla con júbilo porque la consideran el último obstáculo en el camino de la revolución social: "*Hemos visto con satisfacción el cambio mencionado, no por las garantías que pueda dar a la clase obrera..., sino porque*

<sup>793</sup> *La Emancipación*, Nº 5, 17-7-1871. Citado por: A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 239.

Este periódico que, como ya he dicho, se convierte a raíz de la llegada de Lafargue en el portavoz del grupo marxista madrileño, insiste con frecuencia en esta línea. Así, en diciembre del 72, aparece un artículo en el que tras criticar al partido republicano, se afirma: "*Nosotros debemos repetir con insistencia a nuestros amigos que la emancipación del obrero no puede verificarse sino por el obrero mismo; toda revolución dirigida por burgueses a nadie más que a ellos será útil. [...] El partido republicano, burgués ante todo [...] se halla incapacitado para plantear una organización verdaderamente demócrata que consista en el gobierno del pueblo por el pueblo*". Ibid., p. 278.

<sup>794</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 185.

<sup>795</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 239.

<sup>796</sup> D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento...*, cit., p. 93.

Como ilustración de las diferentes expectativas que la república levantaba en unos y otros, cuenta Abad la siguiente anécdota: "*Significativo de la confusión que existía en muchos en torno a la interpretación de la república, es el caso que menciona Elías Reclus en su viaje de 1869 por España: cuando llegó a Jerez, encontró un escándalo producido por un tal Caro que en una manifestación del mes de noviembre arengó al pueblo, habló de las iniquidades sociales y excitó a la guerra de los pobres contra los ricos; Caro había violado la consigna del partido republicano de aplazar la cuestión social para después de implantada la república y fue expulsado por impaciencia e indisciplina*". Ibid.

la República es el último baluarte de la burguesía"<sup>797</sup>; advirtiendo que no deben ponerse excesivas ilusiones<sup>798</sup> en el cambio de régimen pues éste, para los trabajadores, supone simplemente un cambio de dueño y no va a llevar a cabo la emancipación de la clase obrera que no puede ser obra de nadie más que de ella misma:

*"Prevenidos debemos estar contra todos aquellos, llámense republicanos o socialistas, que no deseando la transformación completa y radical de la sociedad presente, procuran retardar el advenimiento de la justicia adormeciendo con paliativos a la clase trabajadora para que no continúe con vigor y energía en su marcha revolucionaria"*<sup>799</sup>.

Los dirigentes de la sección madrileña -donde, al contrario de lo que sucedía en la Comisión Federal, dominaban los marxistas- pensaban exactamente lo mismo, como se pone de manifiesto, por ejemplo, en una carta de Mesa a Engels:

*"...Yo creo también que la república burguesa tiene aquí algunas razones de ser. En este sentido escribí mi artículo del 15 (febrero) 'Ya tenemos República', pero no hay que aparentar que se acaricia esa república burguesa, sobre todo no hay que renunciar un solo momento a hacer la revolución social";*

y, a continuación, afirma que si se quiere captar a la masa obrera para que entre en la Internacional hay que realizar una dura oposición contra el gobierno republicano: *"...no hay que mostrarse demasiado republicanos. Todo lo contrario, es preciso empujarlos, hostigarlos, ponerlos al pie del muro"*<sup>800</sup>.

Las respectivas posturas van quedando, por tanto, definidas. Las sublevaciones cantonales, y sobre todo los sucesos de Alcoy, determinarán que en lo sucesivo las luchas obreras se realicen ya por completo al margen de la dirección de los partidos burgueses pues, a raíz de estos acontecimientos queda claro que los objetivos de los cantonalistas y de los internacionalistas eran totalmente distintos. Ya se vio que los movimientos cantonales no tuvieron -excepto en Alcoy y en algunos lugares de Andalucía- carácter social; fueron movimientos burgueses hasta tal punto que los republicanos federales se cuidaban de guardar las distancias respecto a los internacionalistas; y lo mismo se puede decir de éstos<sup>801</sup>; por eso, si en ocasiones, los sectores obreros apoyaron los movimientos cantonales, lo hicieron no porque no fueran conscientes de su significado, sino porque los consideraban como un paso previo que posteriormente podrían reconducir:

<sup>797</sup> Circular de la Comisión Federal, 24-2-1873. Recogida en: M. Tuñón: *El movimiento obrero...*, cit., p. 193.

<sup>798</sup> Y el desarrollo de los acontecimientos les dio la razón pues, aunque durante la presidencia de Pi se intentaron realizar una serie de reformas legales para mejorar la situación de los obreros industriales, así diversos proyectos agrarios, ninguno se llevó a la práctica. Vide: A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España...*, cit., p. 593.

<sup>799</sup> D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento...*, cit., p. 225.

<sup>800</sup> D. Abad: *Historia del movimiento...*, cit., p. 334.

<sup>801</sup> Parece, pues, que ni unos ni otros estaban a gusto juntos. "En el movimiento cantonal estuvieron presentes obreros internacionalistas por iniciativa individual y espontánea y no de la organización, [...] pero los dirigentes internacionalistas no participaron directamente, incluso adoptaron una posición crítica. Marcharon a remolque de los federales intransigentes, al tiempo que éstos trataban de evitar que se les confundiera con internacionalistas, incluso frenando actitudes revolucionarias en algunas zonas".

A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España...*, cit., p. 597.

Esta "incomodidad" mutua es una prueba más de la clarificación de las respectivas conciencias de clase.

*"Si bien nuestra aspiración es la completa y radical emancipación de la clase obrera, reconocemos hoy la necesidad solamente de apoyar este movimiento, porque él nos conducirá a la federación española, en donde podremos desarrollar libremente nuestras ideas de emancipación"*<sup>802</sup>.

Sin embargo, a pesar de la no presencia de la Internacional en la dirección de los cantones, los conservadores -ya se vio- además de exagerar los hechos, intentaron presentarlos como el resultado de una revolución social, lo que demuestra que la organización del movimiento obrero, consecuencia de la adquisición de la conciencia de clase que estoy analizando, comienza a ser considerado como un enemigo al que hay que tener muy en cuenta y contra el que no dudarán en defenderse:

*"Luchad si os empeñáis, aunque no tenéis razón, luchad; nosotros nos defenderemos; los propietarios españoles, los propietarios de todo el mundo, se defenderán, y harán bien, contra la invasión de tales ideas. Si ésta es una nueva irrupción de bárbaros, como nos indicaba el señor Salmerón..., nos defenderemos de esta nueva irrupción, lucharemos, sí, lucharemos"*<sup>803</sup>.

En el último punto analizaré esta cuestión, deteniéndome especialmente en el agrio debate -las anteriores palabras forman parte de la intervención de Cánovas- que sobre la ilegalización de la Internacional tuvo lugar en el Parlamento en octubre del 71. Tras el fracaso del cantonalismo la confianza de los obreros en el republicanismo federal se resquebraja por completo:

*"Lo que quiebra al hundirse el sueño de <<La federal>>, lo que salta por los aires destrozado, como los cuerpos de los jóvenes defensores de la barricada de Larrahondo, es la fe en la serie de utopías suministradas por los ideólogos de café, redacción y agitación; en los tópicos suministrados por la burguesía"*<sup>804</sup>.

Cuando unos meses más tarde caiga la República, las bases para el desarrollo independiente del movimiento obrero estarán ya definitivamente puestas: ya no actuarán como comparsas de ningún partido burgués.

La característica más notable del sexenio es la clarificación ideológica de las conciencias de clase: la frontera entre conciencia burguesa y conciencia obrera queda nítidamente establecida. Los sectores obreros participaron en la Revolución de Septiembre y coadyuvaron al advenimiento de la República *"defendiendo el último mito de abolengo burgués que los trabajadores españoles aceptarán"*<sup>805</sup>. La única posibilidad de supervivencia de la República residía en el pueblo; pero los dirigentes republicanos, con la excepción de Pi -que *"era de todos los republicanos oficiales, el único socialista, el único que vio la necesidad de fundar la República sobre los trabajadores"*<sup>806</sup> - no fueron conscientes de esto. Para contar con el apoyo del pueblo

<sup>802</sup> D. Abad: *Historia del movimiento...*, cit., p. 231-232.

<sup>803</sup> Palabras de Cánovas en el debate sobre la legalidad de la Internacional en octubre de 1871. Recogidas en: M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 179.

<sup>804</sup> Jover: *Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea*; citado por: A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 247-248.

<sup>805</sup> Jover: *Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea*. Citado por: A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 247.

<sup>806</sup> F. Engels: *LOS BAKUNINISTAS EN ACCIÓN. Memoria sobre los levantamientos en España en el verano de*

tendría que haber realizado una serie de reformas que lo beneficiasen. Pi las intentó<sup>807</sup>. Pero estas reformas -además de contar con la oposición de los bakuninistas- no podían tampoco satisfacer -a pesar de la favorable opinión de Engels- las aspiraciones de los círculos obreros más conscientes<sup>808</sup> y, de haberse llevado a cabo, habrían disgustado a ciertos sectores burgueses con los que los republicanos no querían enemistarse, aunque de todos modos aquéllos terminaron retirándoles su apoyo. De cualquier modo, se quedaron en proyecto, con lo que el pueblo se sintió dejado de lado y retiró su apoyo a los republicanos: la base social del gobierno, ya de por sí escasa, quedó aún más restringida. Esta experiencia de verse desprotegidos por un régimen, en el que inicialmente habían depositado sus aspiraciones de emancipación, es la experiencia decisiva -en el terreno de la praxis politicosocial- en la adquisición de la conciencia de clase. Experiencia que no hizo sino ratificar otra anterior de tipo teórico difundida y conocida a raíz de la fundación de la A.I.T. Pues al fundarse la Internacional

*"era la primera vez que se planteaba el problema de la conciencia de clase, no en el ámbito estrecho de plantear ésta o aquella reivindicación, incluso el derecho de asociación, pero aceptando los moldes generales del sistema social, como había sido el caso de las sociedades de resistencia de Cataluña. Se planteaba ahora la crítica total del sistema basado en la explotación del hombre por el hombre. El despertar de la conciencia de clase expresado en los primeros internacionalistas implicaba que se ponía en tela de juicio todo el sistema de relaciones de producción, instituciones y valores"*<sup>809</sup>.

Se puede concluir, por tanto, que dos son los hechos determinantes de la adquisición de la conciencia de clase por parte del proletariado español: uno de índole teórica: la influencia de las ideas de la Internacional; otro, de índole práctica: las experiencias vividas durante el sexenio. En éste, las circunstancias pusieron al partido republicano en el dilema de "*escoger entre convertirse en uno más de los partidos tradicionales y burgueses o en ser el verdadero representante de los intereses populares*"<sup>810</sup>. Escogieron lo primero porque los objetivos republicanos y los proletarios eran, no sólo distintos, sino irreconciliables:

---

1873; en Marx, Engels: *La revolución en España*, Moscú, Progreso, 1980, p. 239.

<sup>807</sup> Engels culpa directamente a los bakuninistas del fracaso de las medidas propuestas por Pi: "*Presentó en seguida un programa de medidas sociales de inmediata ejecución, que no sólo eran directamente ventajosas para los obreros, sino que, por sus efectos, tenían necesariamente que empujar también a mayores avances y, de este modo, por lo menos poner en marcha la revolución social. Pero los bakuninistas, que tienen la obligación de rechazar hasta las medidas más revolucionarias cuando éstas arrancan del <<Estado>>, preferían apoyar a los intransigentes más extravagantes antes que a un ministro*". *Los bakuninistas en acción*, cit., p. 239-240.

<sup>808</sup> Desde la perspectiva de la historiografía actual las reformas propuestas por Pi no gozan de una opinión tan favorable como la de Engels. Como muestra se puede citar el juicio de Jutglar: "*Se trataba de unas actitudes reformistas, de profunda raigambre liberal burguesa, muy alejadas de las perspectivas anunciadas por Marx y Engels. [...] El pretendido colectivismo de los radicalismos liberal-socialistas y anarquizantes, como el de Pi, dibujaría una trayectoria reformista muy alejada de la perspectiva revolucionaria tendente a la supresión de la propiedad privada de los bienes de producción y a la desaparición de los mecanismos y objetivos del capitalismo; pretendiendo, en cambio, superar, utópicamente, los antagonismos entre las clases sin suprimir las causas de dichos antagonismos*". *Ideologías y clases...*, cit., p. 226.

Pero también es cierto que para valorar en su verdadera dimensión el favorable juicio de Engels sobre Pi no hay que olvidar lo que en él hay de ataque a los partidarios de la *Alianza*.

<sup>809</sup> M. Arenas y M. Tuñón: *Historia del movimiento...*, cit., p. 95.

<sup>810</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 115.

"Por una parte, los núcleos liberal-burgueses se planteaban la necesidad de sustituir los restos de <<orden antiguo>> para instaurar plenamente los principios de la revolución burguesa. Por otra, los elementos populares, el proletariado (obreros industriales y campesinos), prescindiendo de consideraciones intermedias, se planteaban la posibilidad del salto a una sociedad colectivista"<sup>811</sup>.

Esta elección supuso, -además de frustrar "la revolución burguesa del sexenio, la única que hubiera sido posible entonces"<sup>812</sup>- la sustitución de un conflicto por otro: "La antítesis 'antiguo régimen' frente a 'orden liberal burgués', forzosamente pasaría a convertirse en antítesis entre 'antiguo régimen' y 'orden liberal burgués' (no conseguido plenamente) frente a 'revolución proletaria'"<sup>813</sup>.

### 3.6. LA PRÁCTICA DEL MOVIMIENTO OBRERO. SOCIALISTAS Y ANARQUISTAS.

Como ya se vio anteriormente, el congreso de La Haya de 1872 supuso la escisión del movimiento Internacional, escisión ratificada, en lo que a la sección española se refiere, en el congreso de Córdoba -el III de la F.R.E.- en diciembre de ese mismo año. Desde estos momentos el movimiento obrero español se diversifica en dos ramas, marxistas y anarquistas, -las cuales vienen a sumarse a las organizaciones societarias de ya larga tradición- separados fundamentalmente por la cuestión de la participación o no en la vida política. Los marxistas, a la vuelta de unos años fundarán un partido político y un sindicato. Los anarquistas se escindirán, a su vez, en varias tendencias, una de ellas -terrorista- partidaria de la acción directa. El socialismo -minoritario en este último período del siglo- se implantará en Vizcaya, Asturias y Madrid. El anarquismo -cuyo influjo será predominante en el movimiento obrero español hasta bien entrado el siglo XX- se extenderá por Cataluña y Andalucía fundamentalmente y también en el Levante y Aragón. Las organizaciones societarias tendrán su campo de acción fundamentalmente en Cataluña.

#### 3.6.1. EL SOCIALISMO

En 1879 se funda el Partido Socialista, "*pequeño partido arraigado en la aristocracia del proletariado de Madrid*"<sup>814</sup>. Algunos de los expulsados de la F.R.E. en 1872 eran miembros de la Asociación del Arte de Imprimir creada ese mismo año. Se reunían periódicamente en un café de Madrid y recibían propaganda de los socialistas franceses que Mesa -el principal animador de *La Emancipación*- les enviaba desde París. Por medio de Mesa comenzaron a escribirse Iglesias y Engels, quien no dejaba de aconsejar que se constituyesen en un partido político<sup>815</sup>. La asociación se constituye, así, en la cuna del partido. Su orientación ideológica es, lógicamente, marxista como queda recogida en el *Manifiesto-programa* que acompaña a su fundación. En éste se distingue entre aspiraciones y medios para conseguirlas. Las aspiraciones quedan perfectamente resumidas en el punto V:

<sup>811</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 238.

<sup>812</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero...*, cit., p. 217.

<sup>813</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 238.

<sup>814</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 427.

<sup>815</sup> Vide: M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 243-244.



*"Queremos la posesión del Poder político por la clase trabajadora, para realizar desde allí la transformación económica de la sociedad con los menos trastornos posibles. La clase trabajadora tiene derecho a la posesión del Poder político, porque representa la razón y la fuerza, y ante estos argumentos no hay resistencias posibles. Esta posesión es sólo cuestión de tiempo, y el Partido Socialista sabrá aprovechar las circunstancias para que sea un hecho en el más breve plazo posible"*<sup>816</sup>.

Para lograr esta aspiración se consideran como medios idóneos la consecución de la libertad y derechos individuales, la reducción de las horas de trabajo y la prohibición del trabajo infantil, entre otros. Las aspiraciones son irrenunciables pero, en lo que a los medios respecta, el programa no deja de hacer gala de cierto pragmatismo:

*"...hay que distinguir lo esencial de lo accidental, lo permanente de lo pasajero; aquello que constituye los principios de lo que forma la línea de conducta de toda agrupación, y en este concepto, el Partido Socialista sabrá adaptar su conducta a las circunstancias, sin que sufra en lo más mínimo la pureza de sus principios. Estos medios se reducen a la proclamación de los derechos individuales, base de todo partido democrático, y a la petición de una serie de reformas administrativas y económicas que amparen los intereses del proletariado hasta que llegue la hora ansiada de su emancipación"*<sup>817</sup>.

La aspiración a la conquista del poder político separa claramente al Partido Socialista de los anarquistas. En 1882 se celebró un congreso obrero nacional aprobándose una proposición en la que se recomendaba a los trabajadores que ingresasen en el Partido Socialista: *"La clase obrera debe organizarse en partido político distinto e independiente de los demás partidos burgueses para conquistar el poder de manos de la burguesía"*<sup>818</sup>. La organización de un partido obrero es uno de los pilares fundamentales de la teoría marxista. En este sentido la exposición teórica contemporánea más importante y completa del marxismo español es el análisis realizado por Jaime Vera. El *Informe Vera* es una síntesis de la ideología marxista. Escrito en 1884, a petición de la Comisión de Reformas sociales, se recoge en él *"una exposición total de la crítica del capitalismo de manera tan sistemática y completa como jamás se había hecho hasta entonces en España"*<sup>819</sup>. Analiza, siguiendo fielmente el pensamiento marxista, las contradicciones de todo tipo que han surgido como consecuencia del modo de producción capitalista: obrero-mercancía; las relaciones salario, valor de trabajo y fuerza de trabajo; los antagonismos de clases, el carácter clasista -que en España sólo favorece a una fracción de esa clase- del poder político; el atraso industrial de España<sup>820</sup>. Aclara los conceptos del *reparto social* y del *igualitarismo*, tan interesada y groseramente deformados por la propaganda conservadora: *"El reparto de la tierra y de la riqueza no sólo no es socialismo, como quieren hacer creer nuestros adversarios, ora ignorantes, ora malvados; es la negación del socialismo y hasta la negación del progreso económico realizado"*. Por eso, la igualdad no consiste en medir a todo el mundo por el mismo rasero, sino en

<sup>816</sup> *Programa del Partido Socialista Obrero Español*. Recogido en: Víctor Manuel Arbeloa: *Orígenes del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Zero, 2ª edc., 1973, p. 104.

<sup>817</sup> *Ibid.*, p. 103-104.

<sup>818</sup> Miguel Artola: *Partidos y programas políticos, 1808-1936. I. Los partidos políticos*, cit., p. 506.

<sup>819</sup> M. Tuñón: *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 3ª edc., 1977, p. 88.

<sup>820</sup> *"Nos hemos retrasado en la evolución económica; entramos tarde y mal armados en la guerra civil de la competencia y sólo llevamos como remedio contra los desastres que nos amenazan la deficiencia y los vicios de nuestra educación técnica y social, la incapacidad notoria de nuestra burguesía y la supina ignorancia de*

igualdad de oportunidades:

*"La sociedad queda compuesta de trabajadores, diversos en sus aptitudes, todos libres, en igualdad de condiciones sociales para su desenvolvimiento y con intereses solidarios y armónicos. La mayor o menor riqueza de cada uno está en proporción a su trabajo personal y la riqueza social crece paralelamente a la de los individuos"*<sup>821</sup>.

La desaparición del sistema capitalista tendrá lugar a manos del proletariado y Vera la ve como inevitable debido a las propias contradicciones internas del sistema. Sin embargo, el golpe final le será asestado por una revolución que vendrá tras un largo período de evolución:

*"Nosotros, que sabemos que toda revolución va precedida de una evolución, más o menos rápida, pero siempre larga, cuidaremos de no daros el gusto de que resolváis por la fuerza lo que no podáis alcanzar con la razón. Quedaremos citados para la batalla final. Entretanto, viviremos dentro de la legalidad, limitada sólo por la necesidad del orden público, lucharemos pacíficamente en la prensa, en los comicios, en las asambleas. Compararemos pacíficamente intereses con intereses, doctrina con doctrina. Veremos cuáles triunfan en la opinión pública, en la conciencia social. No pedimos, pues, más que lo que constituía nuestro criterio frente al régimen antiguo. Queremos sólo libertad"*<sup>822</sup>.

Esta línea evolucionista suponía la aceptación de una política de pequeñas conquistas, de mejoras graduales, lo que implicaba la colaboración con aquellos partidos del espectro burgués con los que, según las circunstancias, pudiera existir algún tipo de afinidad. Sin embargo, poco después la postura oficial del partido en este punto va a cambiar:

*"La línea evolucionista, representada por Vera y Mora, inspiradora de la gradación de preferencias declaradas en el informe, se encontró rebasada, dos años después, con ocasión de discutirse las normas directivas a que habría de ajustarse **El Socialista**, periódico oficial del partido, cuyo primer número es del 12 de marzo de 1886. En lugar de apoyar todas las iniciativas para promover la democratización del sistema, se prefirió combatir con el mayor rigor a los grupos más próximos, en este momento, los republicanos, por considerarlos los rivales más calificados en el reclutamiento político del proletariado"*<sup>823</sup>.

Se pasa así de la colaboración al enfrentamiento, postura ratificada en la declaración del congreso fundacional del P.S.O.E., celebrado -unos días después del que fundó la U.G.T.- en agosto del 88<sup>824</sup>: *"La actitud del partido socialista obrero con los partidos burgueses, llámense como se llamen, no debe ni puede ser conciliadora, ni benévola, sino como la viene observando desde su fundación, de guerra constante y ruda"*<sup>825</sup>. Por lo que a la U.G.T. se refiere, constituida bajo la influencia socialista, aunque su convocatoria hubiese sido realizada por un centro obrero autónomo, su finalidad declarada era la de *"mejorar las condiciones de trabajo, apelando a la huelga bien organizada y recabando de los poderes públicos cuantas leyes favorezcan los intereses del*

---

*nuestros gobernantes"*. *Ibid.*, p. 90-91.

<sup>821</sup> M. Tuñón: *Medio siglo...*, cit., p. 89-90.

<sup>822</sup> M. Artola: *Partidos y programas políticos...I*, cit., p. 506.

<sup>823</sup> M. Artola: *Los partidos políticos...*, I, cit., p. 506-507.

<sup>824</sup> El centro obrero de Mataró tuvo la iniciativa de convocar un Congreso Obrero Nacional en el año 1888 coincidiendo con la Exposición Universal celebrada en Barcelona. *"Esta iniciativa incitó a la Agrupación Madrileña, a aprovechar las circunstancias y celebrar, al mismo tiempo, un Congreso constitutivo del Partido Socialista, cuyas 28 agrupaciones locales no tenían otra coordinación que la del periódico"*.

M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 287.

<sup>825</sup> *Ibid.*, p. 507.

trabajo"<sup>826</sup>. La fundación del sindicato, con una dependencia ideológica más o menos estrecha del partido pero independiente del mismo, introduce un hecho nuevo en la historia de la clase obrera en España:

*"La definición neta y distinta entre partido de la clase obrera (que aspira al ejercicio del poder) y organización de resistencia o sindicato orientado a defender los intereses de todos los trabajadores en sus relaciones de producción (con los patronos o empresas) y, en general, de sus condiciones de vida"*<sup>827</sup>.

La política intransigente de no colaboración se mantiene en el Congreso de Bilbao de 1890 en el que se decide -la ley del sufragio universal se había aprobado en mayo y el congreso tiene lugar en agosto- participar en las elecciones:

*"1.º Que el P.S. haga uso del derecho de sufragio siempre que le convenga; 2.º. Que los candidatos que voten pertenezcan a él y, por consiguiente, no tengan más programa que el mismo que el partido se ha dado; 3.º. No tratar de aliarse ni coligarse con ningún partido burgués"*.

Refiriéndose a estos acuerdos aparece en *El Socialista* un comentario en el que se distingue entre candidato obrero y candidato de la clase obrera, quizás en un intento de justificar las relaciones nada fluidas entre los intelectuales y el partido en estos primeros años:

*"El obrero puede ser monárquico o republicano y si es elegido como tal, no será candidato que represente a su clase... Sea obrero o no, será candidato de clase que deben votar los proletarios, todo aquél que aspire a emancipar a los asalariados de la tiranía capitalista mediante la abolición del salario"*<sup>828</sup>.

La hostilidad hacia los partidos burgueses se mantiene todavía en los dos siguientes congresos -Valencia 1892 y Madrid 1894- pero en el último celebrado en este siglo -Madrid 1899- comienza a resquebrajarse declarándose que la colaboración puede ser necesaria en determinadas coyunturas pues "las libertades políticas reconocidas por el actual estado de derecho, le son necesarias al proletariado para organizarse y alcanzar aquellas mejoras posibles dentro del actual orden social"; aunque se hace una aclaración en la que se matiza el alcance de esa colaboración:

*"El Congreso declara que el Partido Socialista deberá atender a la conservación de aquellas libertades (políticas) sin que el acuerdo del Congreso de Barcelona referente a la actitud con los partidos burgueses, que en su esencia queda subsistente, pueda ser obstáculo para que el Partido preste su cooperación a otros partidos avanzados dentro del campo burgués cuando los principios democráticos corran peligro de desaparecer o sean bastardeados en la práctica, debiendo adoptar en la práctica aquellas actitudes y determinaciones que las circunstancias aconsejen"*<sup>829</sup>.

Por lo que se refiere a la implantación del socialismo en los últimos años del siglo XIX, ya dije antes que fue minoritaria y desigual. Minoritaria respecto a la de los anarquistas; y desigual porque no se extendió, como era de esperar, por todas las zonas industrializadas. En

<sup>826</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 288.

<sup>827</sup> *Ibíd.*, p. 290-291.

<sup>828</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 292.

<sup>829</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 310 y 294-295.

Bilbao, Asturias y Madrid constituyen una fuerza importante como se puede apreciar, por ejemplo, en las diversas huelgas que organizan; éstos y otros conflictos convirtieron "a los socialistas del Norte en la élite de la U.G.T."<sup>830</sup>. Al final de la década de los 90 existen núcleos socialistas también en Linares, Málaga, Játiva... Sin embargo no sólo no ha conseguido implantarse en Cataluña, sino que su desarrollo ha ido decreciendo: "El caso de Cataluña es particularmente interesante como tema de estudio; los catalanes son, en apariencia, mayoritarios dentro del P.S. y de la U.G.T. en 1888 y diez años después son una minoría sin importancia"<sup>831</sup>. Para Jutglar la escasa implantación del socialismo en España en general, y en Cataluña en particular, no tiene explicación<sup>832</sup>. Por lo que se refiere a Cataluña quizás se pueda afirmar que alguna influencia tuvo la tradición societaria existente desde los años 30. Los objetivos de las diferentes asociaciones eran simplemente gremiales y profesionales; sólo pretendían la mejora de las condiciones de trabajo mediante la adopción de medidas reformistas sin plantearse metas revolucionarias más lejanas. Claro que esto plantea un nuevo problema –al que me referiré inmediatamente–: ¿por qué tuvo, entonces, tanto arraigo el anarquismo, que se presentaba como un movimiento revolucionario, sin estar dispuesto a ningún tipo de transacción con el capitalismo burgués cuya aniquilación total es su única meta? Por otra parte, la tradicional desconfianza en España entre intelectuales y masas fue en opinión de Jutglar un factor que hay que tener en cuenta a la hora de explicar el éxito entre las masas trabajadoras de las corrientes anarquistas.

Por lo que respecta a las cifras de militantes Tuñón de Lara da las siguientes. El partido socialista pasa de tener 16 agrupaciones -no hay número de afiliados- en 1888 a 70 en 1899, aunque según Mora, uno de sus militantes, eran sólo 55. La U.G.T., que contaba en 1888 con 27 secciones y 3.355 afiliados, pasa a tener 65 secciones y 15.261 afiliados en 1899<sup>833</sup>. En los últimos años del siglo -como consecuencia de los acontecimientos de 1898- la U.G.T. multiplicó por tres el número de sus afiliados, y el Partido Socialista por dos el de sus votantes, si bien este aumento fue un hecho coyuntural y se debió a la campaña realizada contra el sistema de reclutamiento. Pero este período ya escapa al ámbito de esta tesis. Luego, a finales del siglo XIX, el socialismo es una corriente minoritaria en la clase obrera española.

### 3.6.2. LAS TENDENCIAS SOCIETARIAS

La adscripción del Partido Socialista a la ideología marxista provocó la escisión de dos sectores minoritarios -uno en Barcelona y el otro en Madrid- pero que son indicativos de las distintas sensibilidades existentes en el seno de las organizaciones proletarias: concretamente de las corrientes societarias<sup>834</sup> tan arraigadas en Cataluña, como la de *Las Tres Clases del*

<sup>830</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 430.

<sup>831</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 307-308.

<sup>832</sup> "No acabamos, por ejemplo, de encontrar la explicación a la difícil penetración del socialismo científico en España (con su prácticamente nula realidad en Cataluña, regiones levantinas y Andalucía), paralelamente a las actitudes apolíticas y ácratas de un proletariado, por ejemplo en Cataluña, que había seguido una trayectoria muy parecida a la europea". *Ideologías y clases...*, cit., p. 249.

<sup>833</sup> *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 297.

<sup>834</sup> "La situación de los socialistas en Cataluña dio lugar a una evolución muy particular, dada la preponderancia que habían tenido en la iniciación del movimiento militantes cuyo socialismo estaba mitigado

*Vapor*. Uno de estos grupos, liderado por José Pamiés, es el llamado *Partido Socialista Oportunista*, creado en 1890: "*Resolvemos declararnos Socialistas Oportunistas y como tales dispuestos a empujar constantemente hacia adelante toda situación política que mantenga enhiesta la bandera de la Libertad*"<sup>835</sup>. Su programa es reformista -en las elecciones de 1891 hizo campaña a favor de los republicanos- teniendo como objetivo la mejora gradual de las condiciones de vida de los trabajadores "*descartando toda utopía que por más dorada que sea, con estar fuera de lugar o de tiempo, el patrocinarla haya de entorpecer nuestra marcha y debilitar nuestras fuerzas*"<sup>836</sup>. Es decir, que sus reivindicaciones caben todas en el sistema burgués que, a diferencia de los socialistas, no pretenden derribar pues, como expresamente se declara en otro párrafo de su *Manifiesto*, "*sólo a la sombra de un régimen liberal han de desarrollarse las condiciones de su perfeccionamiento [de la clase obrera] intelectual y de su bienestar progresivo*"<sup>837</sup>. Cuando en el P.S.O.E. la postura predominante era la no colaboración con los partidos burgueses, los *Oportunistas* insisten en la necesidad de mantener unas relaciones cordiales con todos ellos<sup>838</sup>. Su vida -en la que no faltaron los episodios cómicos<sup>839</sup>- fue efímera, pues desapareció en 1896. Sin embargo, como apunta Tuñón de Lara, fue una de las causas de la -hasta cierto punto incomprensible dado su alto grado de desarrollo industrial- debilidad del socialismo en Cataluña. Por su parte, el grupo madrileño fundó en 1888 un partido denominado *Partido de la Democracia Social* de características similares al catalán.

*"Tenía una base intelectual y pequeño-burguesa y tiene un segundo período, en 1895, con la publicación de **Democracia Social**, dirigida por Joaquín Dicenta, que desemboca en el breve período socialista del diario **El País** (18 de octubre-31 de diciembre de 1897) también bajo la dirección de Dicenta, consecuencia de la anterior publicación de la revista **Germinal**. En verdad, estos grupos madrileños no pertenecen al movimiento obrero sino al 'obrerismo'"*<sup>840</sup>.

Si nos atenemos al juicio de Artola -"*su única actividad conocida fue la publicación del correspondiente programa*"<sup>841</sup>- no parece que tuviera mucho arraigo en el mundo laboral madrileño.

por el <<societarismo>> y se encontraban a la cabeza de *Las Tres Clases del Vapor*". P. 299.

El número de estas sociedades va a aumentar considerablemente durante estos años. Tuñón, *El movimiento obrero en la historia...*, p., 305

<sup>835</sup> *Ibíd.*, p. 300.

<sup>836</sup> *Manifiesto y programa del Partido Socialista Oportunista*, 22-12-1890, publicado en *El Obrero* 2-1-1891. Recogido en: M. Artola: *Partidos y programas políticos, 1808-1936. II. Manifiestos y programas políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 268.

<sup>837</sup> *Ibíd.*

<sup>838</sup> "*Nos proponemos de hoy en adelante hacer política propia de la clase obrera, entendiéndolo por ello el acto de reservar para nuestra agrupación la libertad de obrar como consideremos que requieren las contingencias y fases de la vida pública, sin amoldarnos, por tanto, a la línea de conducta de ninguna otra entidad política, pero sin que por ello pretendamos en manera alguna ser nota discordante en las manifestaciones de armonía del resto de la gran familia democrática, cuya unidad de acción y cordialidad de relaciones apoyaremos hasta donde alcancen nuestras fuerzas*". Artola: *Partidos y Programas...II*, cit., p. 269.

<sup>839</sup> Tuñón cuenta que Pamiés, que no ahorra ataques contra los socialistas desde las columnas de *El Obrero*, llegó incluso a retar a duelo a Pablo Iglesias. *El Movimiento en la historia...*, p. 300.

<sup>840</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 301.

<sup>841</sup> *Partidos y Programas...I*, cit., p. 508.

### 3.6.3. EL ANARQUISMO

La corriente predominante en el mundo laboral español hasta bien entrado el siglo XX será el anarquismo: en 1882 contaba con 50.000 militantes<sup>842</sup>. Ya se ha visto en el capítulo anterior cómo los primeros contactos que tuvieron los obreros españoles con la A.I.T. fueron a través de los enviados de Bakunin quienes, al mismo tiempo que daban noticia de la fundación de la Asociación, repartían también el programa de la Alianza como reconoció el propio Bakunin en una carta dirigida a los españoles en 1872 durante el Congreso de Londres, justamente en el momento en que estaba teniendo lugar el agrio enfrentamiento -que desembocaría en ruptura- entre marxistas y bakuninistas:

*"Al ayudarles a echar los primeros fundamentos tanto de la Internacional como de la Alianza en España, Fanelli cometió una falta de organización de que se sienten ahora los efectos. Confundió la Internacional con la Alianza y por eso mismo ha provocado a los amigos de Madrid a fundar la Internacional con el programa de la Alianza. A primera vista esto ha podido parecer un triunfo; en realidad, es una causa de confusión y de mala organización tanto para una como para otra"*<sup>843</sup>.

Fuese descuido o fuese cálculo el hecho es que los primeros internacionalistas españoles creyeron durante bastante tiempo que A.I.T. y Alianza Democrática eran una misma cosa, con lo que las ideas anarquistas contaron con una ventaja de salida que hizo que estuviesen ya bastante extendidas cuando las marxistas aún no habían dado sus primeros pasos. Así, antes de que Lafargue llegase a España en septiembre de 1871, la F.R.E. ya había celebrado dos congresos -Barcelona 1870 y Valencia 1871- en los que se habían impuesto por una amplia mayoría los postulados aliancistas. Éstos siguieron siendo mayoritarios cuando en 1881 la F.R.E. se disolvió y fue sustituida por la Federación de Trabajadores de la Región de España (F.T.R.E.)<sup>844</sup>. Sin embargo, la ventaja inicial -consecuencia de un equívoco casual o intencionado- no explica por sí sola "la espectacular penetración del bakuninismo entre las organizaciones adheridas a la F.R.E."<sup>845</sup>, por lo que habrá que buscar en otras razones las causas de su éxito. Prescindiendo de interpretaciones apasionadas motivadas por afinidades

<sup>842</sup> "En un congreso celebrado en Sevilla en 1882, se encontraron representados unos 50.000 trabajadores, de los cuales 30.000 pertenecían a Andalucía y la mayor parte del resto a Cataluña".

Gerald Brenan: *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Barcelona, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, 1977, p. 209.

<sup>843</sup> Citado por: D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 128-129.

Por su parte Jutglar, cita el testimonio de Termes Ardevol quien afirma que, incluso después de que fueran expulsados de la F.R.E. los que defendían las teorías marxistas "los miembros de cerca de trescientas federaciones mantuvieron fieles a los principios que creían eran los fundamentales de la Internacional: apoliticismo, federalismo y colectivismo. En general, los dirigentes internacionalistas españoles, influidos por las ideas personales de Bakunin, pensaban que la sociedad secreta más útil que el partido político para preparar teóricamente a las masas dirigiéndolas hacia la revolución social". *Ideologías y clases...*, cit., p. 272.

<sup>844</sup> La F.R.E., prohibida en 1884, llevaba siete años en la clandestinidad. Eran múltiples las escisiones internas. Por eso, a principios de 1881 decidieron autodisolverse. Pero en febrero subió al poder Sagasta quien cumplió su promesa de legalizar las asociaciones obreras. Cincuenta sociedades catalanas convocaron un congreso obrero al que acudieron 162 representantes de grupos y secciones de la extinta F.R.E. El triunfo de los partidarios del anarquismo fue completo: 110 votos contra 8 y se decidió la creación de la F.T.R.E. Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones...*, cit., p. 128. Cf.: Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...* cit., p. 240-241.

<sup>845</sup> A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 270.

ideológicas<sup>846</sup>, nos encontramos con el hecho de que el anarquismo arraigó fundamentalmente en dos zonas muy distantes tanto por la geografía como por sus circunstancias socioeconómicas: Cataluña y Andalucía, quedando constituidos dos bloques con concepciones distintas del mismo: "El catalán, representado en su mayoría por obreros urbanos e industriales, defensor de la organización sindical y la lucha pacífica, y el andaluz, campesino y partidario de la violencia como arma esencial para acelerar el proceso revolucionario"<sup>847</sup>.

¿Por qué triunfa el anarquismo en Cataluña? Una idea muy extendida entre los historiadores<sup>848</sup> es que, tras la escisión de marxistas y bakuninistas, el marxismo estaba destinado a imponerse en los países industrializados del norte y el anarquismo en los atrasados y subdesarrollados del sur. Es la tesis, por ejemplo, de Juan Díaz del Moral:

*"El socialismo se difunde en los países industriales, en las sociedades estructuradas de elevada cultura, en la Europa Central y Occidental; el anarquismo conquista los países agrícolas, individualistas, inorgánicos, de cultura retrasada, las regiones del sol, los pueblos de tipo Oriental, parte de Francia, Italia, la Península Ibérica"*<sup>849</sup>.

No es éste, sin embargo, el caso de Barcelona que había alcanzado un desarrollo industrial notable y en donde existía, además, una larga tradición de asociacionismo.

*"¿Por qué, entonces, arrolló el anarcosindicalismo esta tradición? La inmigración en los estratos inferiores de las clases trabajadoras, procedente de las zonas violentas y atrasadas del sur, el contacto de un gran puerto, la persistencia de una industria pequeña que, como en el Jura, favorecía el anarquismo, y junto con todo ello, la existencia de apretados barrios obreros en el interior de una ciudad rica, constituía un abono fértil para la violencia revolucionaria. [...] Más importante todavía eran la intransigencia de los patronos de Barcelona y la brutalidad de la represión policiaca. En estas circunstancias las antiguas tradiciones asociativas eran inadecuadas e inútiles"*<sup>850</sup>.

Termes Ardevol apunta a la sencillez de las doctrinas de Bakunin: "Las teorías de Bakunin son de conclusiones sencillas y claras, y lógicamente debemos pensar que el asalariado español no tuvo dificultades para asimilarlas y difundirlas"<sup>851</sup>. Independientemente de cuáles sean las razones hay un hecho indudable: "La figura de Bakunin ejercerá una verdadera atracción en ciertos medios españoles"<sup>852</sup>.

<sup>846</sup> Es el caso de Diego Abad de Santillán, cuyas afinidades anarquistas -y consiguientes fobias marxistas- son evidentes en su *Historia del movimiento obrero español*. Para él la rápida implantación del anarquismo se debió a que recogía el sentir innato de los obreros españoles. Así, refiriéndose al programa de la Alianza escribe: "Coincidió este programa con las aspiraciones de los mejores militantes obreros y socialistas, todos surgidos de las filas avanzadas del liberalismo, y agrupó a numerosos simpatizantes, convirtiéndose en el más firme escollo contra las futuras ambiciones de Marx y Engels". *Op. cit.*, p. 104.

<sup>847</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 242.

<sup>848</sup> "Algunos teóricos han visto, en esta división de Europa entre marxismo y anarquismo, la consecuencia de una necesidad. A sus ojos, el socialismo marxista, porque es científico y realista no podía realizarse más que en los países industriales y estructurados de la Europa occidental. Es un hecho que el marxismo ha conquistado fácilmente la Europa del Norte; por su parte, el anarquismo se ha desarrollado preferentemente en los países mediterráneos: Italia, España y América Latina".

Gilles Lapouge y Jean Bécarud: *Los anarquistas españoles*, Barcelona, Laia, 3ª edc., 1977, p. 32.

<sup>849</sup> *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, cit., p. 94.

<sup>850</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 426.

<sup>851</sup> Citado por: A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 274.

<sup>852</sup> G. Lapouge y J. Bécarud: *Los anarquistas españoles*, cit., 33.

En el congreso de Barcelona de 1881, como se ha visto anteriormente, triunfa por amplísima mayoría el anarquismo: "*Somos adversarios de toda política parlamentaria [...] El Congreso obrero se declara colectivista en cuanto a la propiedad, anarquista o autonomista en cuanto a la organización social*"<sup>853</sup>. En estos momentos ya se empezaban a perfilar dos corrientes; la que se impone en Barcelona es la *anarco-colectivista* cuyo origen está en las teorías de Bakunin. Pretenden la colectivización de los medios de producción, pero no de los frutos del trabajo, como se recoge en la frase de Bakunin: "*De cada uno según su capacidad, a cada uno según su trabajo*"<sup>854</sup>. Para la consecución de sus fines proponen medios pacíficos: las huelgas, la instrucción de los proletarios...

La otra corriente, que se impondrá en Andalucía, es la *anarco-comunista* también conocida como socialismo revolucionario. Su más conocido propagador -aunque no su iniciador<sup>855</sup>- fue Kropotkin, quien propugna la colectivización tanto de los medios como de los frutos del trabajo: "*De cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades*"<sup>856</sup>. Kropotkin acepta como medio la violencia revolucionaria, conocida en ese momento como *propaganda por el hecho*.

En el congreso de Barcelona las tesis anarco-comunistas fueron derrotadas, pero se mantuvo la unidad del movimiento. Sin embargo, en el siguiente congreso, celebrado en Sevilla en septiembre de 1882, se produjo la escisión entre los andaluces, partidarios de la violencia, y los catalanes, defensores de los medios pacíficos. Éstos declararon en el congreso sevillano que no aspiraban "*a su redención empleando medios violentos, sino por la eficacia de la revolución científica, cuya base es la instrucción y la ilustración de la clase proletaria*"<sup>857</sup>. Los escindidos, que no estaban de acuerdo con esta línea oficial, formaron un grupo denominado *Los Desheredados*, grupo extremista que, en su radicalismo, incluso sentenciaron a muerte a la Comisión Federal.

La violencia va a golpear en varias ocasiones en Andalucía. Además de la quema de cortijos y destrucción de cosechas, que fue una constante de estos años, el asunto más grave, acaecido poco después del Congreso de Sevilla, fue el de la Mano Negra, organización, todavía hoy insuficientemente conocida y sobre cuya existencia están divididas las opiniones de los historiadores<sup>858</sup>, que cometió varios asesinatos en el año 1883 en las provincias de Cádiz y

<sup>853</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en...*, cit., p. 246.

<sup>854</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 242.

<sup>855</sup> El iniciador, según Clara E. Lida, fue un francés llamado François Dumartheray que, con la colaboración de Elisée Reclus -uno de los primeros emisarios enviados por Bakunin a España- publicó en 1876 un folleto titulado *Aux travailleurs manuels partisans de l'action politique*. Estas teorías adquirieron ya una gran difusión a partir del Congreso de Londres de 1881. Aquí fue donde se decidió "*recorrir a la <<propaganda por el hecho>>, en vista de la insuficiencia de la propaganda oral y escrita*". *Anarquismo...*, cit., p. 243-244.

<sup>856</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 243.

<sup>857</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 246.

<sup>858</sup> R. Carr: "*Puede ser que los hombres más violentos de la Federación crearan una sociedad secreta revolucionaria, como sostuvo la acusación en los procesos de la Mano Negra (1883-1884). Estos procesos, que fueron divulgados por toda la izquierda europea, pusieron de manifiesto las torturas policíacas y la decisión de los jueces de encarcelar a los anarquistas destacados, fueran o no culpables de los delitos que se les imputaban*". *España...*, cit., p. 424.

Tuñón, comentando el hallazgo de unos *Estatutos* en los que se habla de que la A.I.T. está fuera de la ley cuando precisamente había vuelto a la legalidad hacía dos años, afirma: "*Todo parecer exhalar el tufo de un*



Sevilla. La represión fue muy dura: hubo centenares de detenidos y siete condenados a muerte. La F.T.R.E., en su tercer congreso celebrado en Valencia en 1883, se desmarcó abiertamente de la organización de la *Mano Negra* declarando:

*"Nuestra Federación nunca ha sido partidaria del robo ni del incendio, ni del secuestro, ni del asesinato... no hemos sostenido, ni sostenemos relaciones con lo que llaman 'Mano Negra', ni con la Mano Blanca, ni con alguna asociación secreta que tenga por objeto la perpetración de delitos comunes"*<sup>859</sup>.

Sin embargo, este suceso dañó gravemente al movimiento anarquista andaluz pues, como afirma Tuñón de Lara se le atribuyeron *"toda clase de crímenes, confundiendo voluntariamente o no la dicha organización con la Federación de Trabajadores, ya que hasta los datos de afiliados que la prensa atribuía a la 'Mano Negra' eran los de la F.T.R.E."*<sup>860</sup>. Los dirigentes de la Federación se esforzaron en condenar los métodos terroristas y violentos, pero no por eso lograron evitar la persecución que se justificaba oficialmente por la existencia de grupos radicales que rechazaban la línea pacifista de la dirección. La consecuencia fue que la F.T.R.E. desapareció en 1888; aunque los anarquistas catalanes -que siempre dominaron la F.T.R.E.- firmaron un Pacto de Unión y de Solidaridad con la intención de mantener mínimamente cohesionado el movimiento a nivel nacional, de hecho no lo consiguieron. Esto no significó, sin embargo, la desaparición del movimiento anarquista, sino simplemente el final de una etapa pues, hasta que el anarquismo se organice de nuevo, ya a comienzos del siglo siguiente, lo que caracteriza este decenio, en palabras de Tuñón, es la "desintegración organizativa". Así pues, el anarquismo -aunque carente de cualquier organización globalizadora- se mantiene vivo a través de dos líneas antagónicas: la propaganda y la violencia.

La difusión pacífica del ideal anarquista alcanza un gran desarrollo en la última década del siglo. Nacen una serie de periódicos y revistas que son expresión de ese afán de ilustración<sup>861</sup> que constituye una de las características más notables del movimiento. No en vano

*documento fabricado". p. 249. "Años después, las dudas fueron aumentando; se pudieron manejar las cartas escritas desde el penal de la Gomera por el condenado Salvador Moreno, testimoniando sobre todo de los horribles tormentos a que fueron sometidos los procesados. **El movimiento obrero en la historia...***

G. Lapouge y J. Bécarud: *"Los anarquistas niegan que desempeñen algún papel en la Mano Negra, y afirman que dicha asociación ni siquiera existe; fue inventada por el gobierno y la burguesía, que necesitan un pretexto para exterminar el movimiento libertario. De hecho, observadores serios, como el sociólogo Bernaldo de Quirós, designado por el gobierno para investigar los hechos, emite algunas dudas acerca de la existencia real de la asociación. La realidad no es tan simple. Díaz del Moral, poco sospechoso de alimentar alguna hostilidad contra los movimientos revolucionarios, ha descubierto algunos años más tarde a un antiguo miembro de la Mano Negra. Y este hombre reconoció haber recibido una vez la misión de ejecutar a un obrero delator. Sin embargo, si se ha comprobado que algunos anarquistas se adhirieron a la Mano Negra, también es cierto que ésta fue alejada y tergiversada de sus objetivos y de sus métodos por simples bandidos y asesinos". **Los anarquistas españoles**, cit., p. 39.*

<sup>859</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 252.

<sup>860</sup> *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 249.

<sup>861</sup> *"En este período podemos apreciar imágenes insólitas: la del campesino a lomos de su mula intentando descifrar alguna proclama aparecida en el periódico, o la partida por la mañana, cuando cada uno toma la precaución de introducir en sus alforjas alguna de estas valiosas hojas. Incluso los analfabetos se procuran las publicaciones anarquistas para hacérselas leer y comentar, en la primera ocasión, por un compañero más instruido. Una vez terminada la lectura, subrayaban los pasajes más interesantes, para indicárselos posteriormente a otro campesino culto. Llegan incluso a aprenderse el texto de memoria, recitándolo luego a*

afirmaba J. Grave que la tarea revolucionaria consiste fundamentalmente en "*meter ideas en la cabeza de los individuos*"<sup>862</sup>. Uno de los medios para la consecución de este objetivo será la prensa. Así, se funda el periódico anarquista *Tierra y Libertad*; surgen otros que, si bien no están orgánicamente ligados a la causa, cuentan con colaboradores de diversas tendencias ideológicas, pero que simpatizan con el movimiento; es lo que sucede con las revistas *Revista Blanca*, que aparece en 1898, y *Ciencia Social* (1895-1896).

*"Además hay que añadir la masa de folletos que difunden las ideas de los comunistas libertarios y que completan el esfuerzo de instrucción elemental emprendido por improvisados maestros itinerantes, y en condiciones difíciles, a través de las grandes regiones latifundistas"*<sup>863</sup>.

La *Escuela Moderna*, fundadas en 1900, -cuyo máximo impulsor fue Ferrer Guardia (fusilado en 1909 falsamente acusado de haber organizado los acontecimientos de la *Semana Trágica*) y que suscitaron la feroz hostilidad de la Iglesia Católica-, es, asimismo, muestra de este afán por extender la instrucción.

La violencia en la década de los noventa no tendrá lugar sólo en Andalucía, sino también en Barcelona. Los atentados perpetrados en Cataluña serán obra de los anteriormente mencionados grupos radicales aislados, pues "*las organizaciones 'societarias', de verdadera base sindical, no tienen ninguna relación -al menos, en las regiones industriales- con los grupos terroristas*"<sup>864</sup>. El período 1893-1897 va a ser especialmente sangriento. Ya en enero del año anterior había tenido lugar la insurrección de Jerez de la Frontera: "*Más de 40.000 campesinos armados con horcas se apoderaron de la población a los gritos de '¡Viva la anarquía!'*"<sup>865</sup>. Pretendían liberar a los detenidos acusados de pertenecer a la *Mano Negra*; no lo consiguen y, frustrados, descargan su rabia contra unos cuantos viandantes a los que matan; el ejército restablece rápidamente el orden y, como siempre sucedía tras uno de estos episodios, se lleva a cabo una política de mano dura con ejecuciones y múltiples penas de prisión. Por lo que a Barcelona se refiere, en 1892 Pallás atentó contra el general Martínez Campos aunque no lo mató. El acto de Pallás, que se dejó detener sin intentar siquiera huir, fue una venganza por la ejecución de dos periodistas acusados de complicidad en los acontecimientos de Jerez. A finales de ese mismo año, un amigo de Pallás -para vengar su ejecución- tira una bomba en el patio de butacas del *Liceo*; mueren 20 espectadores y otros muchos resultan heridos. Tres años después, en 1896, tiene lugar otro atentado de gran repercusión nacional e internacional; durante la procesión del Corpus un anarquista francés -aunque esto no se llegó a aclarar nunca<sup>866</sup>- lanzó desde un

---

*otro campesino. La prensa libertaria, a través de estos medios, está presente en todas partes. Los periódicos más leídos eran El Productor, Tierra y Libertad, o Iluminación. Coleccionan los panfletos de Bakunin y Anselmo Lorenzo, y releen La conquista del pan de Kropotkin. Los periódicos anticlericales obtienen el mismo éxito. Se deleitan en la lectura de libros como Las ruinas de Palmira de Volney por su carácter irreligioso". G. Lapouge y J. Bécarud: Los anarquistas españoles, cit., p. 54-55.*

<sup>862</sup> Larousse p. 649.

<sup>863</sup> Temine, Broder, Chastagnaret: *Historia de España Contemporánea*, cit., p. 206-207.

<sup>864</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 302.

<sup>865</sup> Joseph Pérez: *Historia de España*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 526.

La novela de Blasco Ibáñez *La bodega* se basa en estos acontecimientos.

<sup>866</sup> *Libertario*, uno de los personajes de *Aurora Roja*, afirma rotundamente que todos los atentados anarquistas han sido siempre aprovechados por el gobierno para perseguir el movimiento obrero y que, concretamente éste,

balcón una bomba causando 8 muertos. Una vez más, se organiza una persecución indiscriminada contra las organizaciones obreras: se detuvo a gente cuyo único delito había sido dar una conferencia en una escuela popular; "*Montjuïc se llena de nuevo de presos y la fortaleza se rodea de una funesta aureola; entra a formar parte de la leyenda de la rebelión española*"<sup>867</sup>. Se cometieron manifiestos abusos<sup>868</sup> e irregularidades en el proceso, lo que provocó un movimiento internacional de solidaridad; a pesar de todo hubo cinco ejecuciones. Al año siguiente un anarquista italiano, Angiolillo, asesinó al presidente del gobierno Cánovas para vengar las ejecuciones de Montjuich. Tras este atentado, cesan por un tiempo los actos violentos. Éstos resurgirían ya entrado el siglo XX, aunque en éste el movimiento anarquista se reorganizará de nuevo en torno a la corriente anarcosindicalista que adquirirá una gran fuerza a raíz de la fundación de la C.N.T. a finales de 1910, de tal manera que el anarquismo seguirá siendo la ideología predominante en el movimiento obrero español hasta después de la Guerra Civil.

¿A qué se debió esta preeminencia del anarquismo en España que la distingue claramente del resto de los países europeos? Se han dado explicaciones de tipo psicológico relacionando el anarquismo con el tradicional individualismo español. Pero lo cierto es que el anarquismo forma parte de una etapa de la historia de España y no una constante, pues tras la Guerra Civil comenzó un lento declive del que no se ha recuperado. Luego, las razones de su fuerza, en los 70 años que van desde la llegada de Fanelli hasta la guerra, habrá que buscarlas en las características de la sociedad española en esos años<sup>869</sup>. Los mismos motivos que dificultaron la implantación del socialismo en Cataluña -a los que ya se ha hecho referencia anteriormente- fueron los que propiciaron la extensión del anarquismo:

---

tiene todos los indicios de haber sido organizado por la policía: "...Pasados bastantes años, vienen los sucesos de Jerez, se demuestra que Busiqui y el **Lebrijano**, que eran dos bárbaros que no se habían distinguido como anarquistas, ni como nada, habían asesinado a dos personas en una noche de alboroto, y se les agarrota; pero, al mismo tiempo que a ellos, se agarrota a Lamela y a Zarzuela, que eran anarquistas, pero que no tenían participación alguna en los asesinatos. Se les mató porque eran propagandistas de la idea. El uno era corresponsal de **El Productor**, y el otro de **La Anarquía**; los dos incapaces de matar a nadie, los dos inteligentes; por eso, más peligrosos para el Gobierno, cuyo fin era exterminar a los anarquistas. Pasan años y Pallás comete, para vengar a los de Jerez, el atentado de la Gran Vía. Fusilan a Pallás, y Salvador echa la bomba desde el quinto piso del Liceo. Se prende a una porción de anarquistas, y cuando iban a condenar a Archs, Codina, Cerezuela, Sabat y Sogas, como culpables, encuentran a Salvador, el autor del atentado. Entonces, viendo que esos cinco anarquistas se les escapaban de entre las manos, ¿qué hace el Gobierno? Manda abrir nuevamente el proceso de Pallás y, como cómplices, fusila a los cinco. Agarrotan a Salvador, y luego viene una cosa estupenda: la bomba de la calle de Cambios Nuevos, que cae desde una ventana, al final de una procesión. No la echan cuando pasan los curas ni el obispo, ni cuando pasa la tropa, ni cuando pasa la burguesía: la echan entre la gente del pueblo. ¿Quién la arrojó? No se sabe; pero seguramente no fueron los anarquistas; si alguien tenía interés entonces en extremar la violencia, era el Gobierno, eran los reaccionarios, y yo pondría las manos en el fuego apostando a que el que cometió aquel crimen tenía relación con la policía".

Pío Baroja: **Aurora Roja**, Madrid, Caro Raggio, 1974, p. 234-235.

<sup>867</sup> G. Lapouge y J. Bécarud: **Los anarquistas españoles**, cit., p. 48.

<sup>868</sup> "Sigue una represión feroz de los anarquistas y el famoso proceso de Montjuich. Se detiene a unos 400 hombres. Se utilizó la tortura en gran escala. Así se arrancaron confesiones de cuyo valor dudaron no sólo los medios extremistas, sino también algunos sectores conservadores".

Jaime Castiñeiras y Javier Domínguez: **Un siglo de lucha obrera**, citado por: M. Tuñón: **El movimiento obrero en la historia...**, cit., p. 303.

<sup>869</sup> Cf. Joseph Pérez: **Historia de España**, cit., p. 431.

"En Cataluña, durante mucho tiempo la industria se caracterizó por la dispersión de las unidades de producción: la concentración en grandes fábricas era algo excepcional. Abundaban los pequeños talleres, en los que había una estrecha relación entre los patronos y los obreros, lo que confería a los conflictos sociales un carácter de lucha individualizada. En ese medio, el anarquismo encontró un caldo de cultivo favorable para su expansión, y, además, también se vio favorecido por la inmigración de un cada vez mayor número de andaluces a los que la miseria empujaba a buscar trabajo en la industria. En Cataluña, a estos trabajadores durante mucho tiempo se les llamó "murcianos", incluso aunque fueran oriundos de provincias más meridionales. Estos obreros trajeron consigo la ideología anarquista en la que habían vivido en su tierra natal"<sup>870</sup>.

Por lo que a Andalucía respecta el problema fundamental era el de la tierra, agravado como consecuencia de las distintas desamortizaciones llevadas a cabo a lo largo del siglo. Los campesinos andaluces tenían como objetivo fundamental el acceso a la tierra -el reparto- y los anarquistas -además de otras consideraciones de tipo estrictamente humano<sup>871</sup> - asumieron ésta y otras aspiraciones:

"Se difundió rápidamente por los cortijos y aldeas andaluces en parte porque el evangelio de Bakunin coincidía con las tradiciones mesiánicas de esa sociedad primitiva, pero también, y esto es más importante, porque los apóstoles anarquistas estaban dispuestos a hacer suyas las reivindicaciones de los trabajadores andaluces, incluso aunque éstas estuvieran teóricamente en conflicto con los principios del movimiento. Estas reivindicaciones abogaban desde hacía mucho tiempo por la abolición del trabajo a destajo, salarios más altos y, principalmente, por el "socialismo natural" del "reparto", palabra mágica que ha electrizado a las masas, con el lema de una división de las grandes fincas"<sup>872</sup>.

A la incapacidad de los socialistas -todo lo contrario que los anarquistas- para conectar con el campesino andaluz -tanto con sus aspiraciones sociales como con su idiosincrasia- se refiere también Díaz del Moral:

"La historia del socialismo en Córdoba, como en el resto de Andalucía, puesta en parangón con la del anarquismo, encierra interesantes enseñanzas para los hombres que aspiran a dirigir las muchedumbres y a ser escultores de pueblos. Frente a las grandes conmociones libertarias, el movimiento obrero socialista ha sido tan débil hasta hace cuatro años [la obra se publicó en 1929] que nunca rizó la más leve ola de los mares burgueses de la provincia, y salvo algún que otro gobernador miedoso, nadie estaba enterado de que existía. Y, sin embargo, sus directores e inspiradores fueron siempre hombres inteligentes, de profesiones liberales, u obreros de los más cultos de la capital, alguno con notorias aptitudes de organizador; los afiliados a la Agrupación eran generalmente trabajadores distinguidos, de los mejor enterados del movimiento societario. El anarquismo, por el contrario, no ha contado desde principio de siglo con el concurso de ningún hombre de profesiones liberales, y sus falanges se han compuesto de analfabetos, por lo menos en un 70 por 100. Y es que la cosecha depende no tanto de la calidad de la semilla como de su adaptación al suelo y al clima. Para la germinación del socialismo necesitan estos terrenos espirituales una intensa y tenaz preparación cultural, y tal vez una modificación de la simiente, excesivamente rígida e

<sup>870</sup> J. Pérez: *Historia de España*, cit., p. 532.

<sup>871</sup> "La devoción inspirada por los predicadores y propagandistas itinerantes se debía al simple hecho de que éstos apóstoles eran los primeros hombres cultos que hablaban como a un ser humano al jornalero andaluz".

R. Carr: *España...*, cit., p. 424.

<sup>872</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 423.

*inflexible hasta ahora*"<sup>873</sup>.

Anarquismo y socialismo son, pues, a finales del siglo XIX los movimientos políticos - aunque aplicar esta palabra al anarquismo resulte paradójico- a través de los que se encauza la conciencia de clase del proletariado español. Sus objetivos son acabar con el régimen burgués, aunque con las matizaciones que ya han quedado señaladas, para lo que van a utilizar diversos medios. Por ello, los choques con los poderes constituidos son continuos.

### 3.7. LAS MOVILIZACIONES OBRERAS.

La conflictividad social es una de las notas características del período. Esta conflictividad no responde a una única causa:

*"Teniendo en cuenta las diferencias regionales en el desarrollo económico y social del país, los sectores populares se desenvuelven en niveles de cultura política diferente. Desde los primeros núcleos organizativos de la industria catalana hasta el espontaneísmo más o menos visible del campo andaluz, se suceden diversas situaciones"*<sup>874</sup>;

y este diferente grado de cultura política genera

*"una multiplicidad de conflictos sociales que configuraron el período como un auténtico laboratorio de historia social donde permanecieron enraizados conflictos arcaicos, se modificaron algunos preexistentes y se gestaron otros en una compleja correlación de fuerzas sociales. Y en ello reside justamente su singularidad: la confluencia de conflictos antiguos y modernos"*<sup>875</sup>.

Es decir, encontramos, por una parte, una conflictividad que no es nueva: algaradas por las subsistencias, motines contra los consumos, protestas contra el sistema de quintas... son conflictos clásicos que estallaban esporádicamente con uno u otro pretexto. Pero, además de estos conflictos, surgen ahora otros nuevos: los que se derivan de la industrialización; del choque entre el capital -organizado de una nueva manera- y las fuerzas del trabajo, también organizadas de un modo diferente, como consecuencia de su recién adquirida conciencia de clase. Estos segundos son los conflictos modernos; los que se derivan de la organización del movimiento obrero que -en sus tres corrientes: socialismo, anarquismo y societarismo- va a plantear una serie de reivindicaciones de mayor o menor calado revolucionario en función de los objetivos últimos perseguidos: simples mejoras o sustitución del sistema socioeconómico. Para el logro de estas reivindicaciones se van a utilizar distintos medios -huelgas, atentados, lucha parlamentaria...- que generarán distintos grados de conflictividad social y provocarán también diferentes reacciones -desde el pavor apocalíptico a la propuesta de reformas que mitiguen las desigualdades sociales- en las clases conservadoras gobernantes. A continuación analizo brevemente los distintos tipos de conflicto.

#### 3.7.1. CONFLICTOS ARCAICOS

No son los específicos de este período pues, como ya se apuntó anteriormente,

<sup>873</sup> *Historia de las agitaciones...*, cit., p. 140.

<sup>874</sup> A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España siglo XIX*, cit., p. 537.

<sup>875</sup> *Ibíd.*, p. 563.

responden a motivos seculares; pero se puede afirmar que van a adquirir una significación diferente porque, en más de una ocasión, van a ser canalizados por ideologías que sí son contemporáneas, como es el caso de las sublevaciones agrarias andaluzas de carácter anarquista. Tienen lugar tanto en las ciudades como en el campo. Ejemplo de esto último puede considerarse la negativa de los campesinos de un pueblo de Orense, Maceda, quienes en 1870 "*se negaron a pagar impuestos y se atrincheraron contra 50 hombres armados que acompañaban al recaudador de contribuciones. Diversos pueblos limítrofes se unieron a la lucha, que sólo fue sofocada por la presencia del ejército*"<sup>876</sup>.

Pero es en Andalucía donde se da una mayor conflictividad agraria. Tanto en esta región como en Extremadura han sido frecuentes desde tiempo inmemorial las protestas campesinas motivadas por las malas cosechas y las consiguientes hambrunas. Asimismo, una de las aspiraciones seculares de los campesinos no propietarios ha sido la de la posesión de la tierra; aspiración incrementada a raíz de los procesos desamortizadores ocurridos a lo largo del siglo al ver cómo las tierras, en las que ellos llevaban generaciones trabajando, pasaban a manos de nuevos propietarios por precios irrisorios para su verdadero valor pero inasequibles para los campesinos. El movimiento arcaico campesino -cuya aspiración tradicional no ha sido otra que el acceso, el "hambre de tierra", a la propiedad- se verá "modificado" por la influencia de las nuevas teorías. Ya analicé en el apartado anterior cómo el éxito del anarquismo en Andalucía se debió a la capacidad de éste para dar cabida en su seno a reivindicaciones que chocaban con la propia teoría del movimiento. Ya se vio también cómo las sublevaciones en apoyo del republicanismo, las ocupaciones de tierras, quemas de registro de la propiedad, surgimiento de la *Mano Negra*... responden básicamente a esta motivación. Por eso, deslindar hasta qué punto los campesinos andaluces se movían por el objetivo de cambiar el sistema socioeconómico vigente -finalidad revolucionaria- o simplemente para satisfacer su deseo de convertirse en propietarios -con la República primero y el anarquismo después creían llegado el momento del tan ansiado reparto- resulta complicado.

Este tipo de conflicto arcaico se da también en las ciudades. "*Se trata de movimientos populares urbanos, protagonizados por las muchedumbres preindustriales [...] como reacción a problemas concretos y muchas veces cotidianos*"<sup>877</sup>. Son las ya comentadas protestas -normalmente ante los ayuntamientos- que responden a tres motivaciones básicas: carestía de la vida, impuestos de consumos y quintas. No tienen carácter político, por lo que pueden considerarse como "*una versión urbana y diferenciada de los rebeldes primitivos*"<sup>878</sup>. Los gritos: "¡Abajo los consumos!" y "¡Abajo las quintas!" se oyeron prácticamente en todos los pronunciamientos que tuvieron lugar a lo largo del siglo XIX y, por supuesto, también en la Revolución del 68. Al igual que los agrarios, los urbanos preindustriales se vieron asimismo modificados desde el momento en que fueron canalizados "*a través de un republicanismo convertido en cauce de aspiraciones*"<sup>879</sup>. Y es que, como ya se ha visto anteriormente, en estos momentos las capas populares percibían todavía el republicanismo "*como una opción válida de renovación, y no sólo de*

<sup>876</sup> M: Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 213.

<sup>877</sup> A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España siglo XIX*, cit., p. 565.

<sup>878</sup> *Ibíd.*

<sup>879</sup> *Ibíd.*, p. 566.

*aspiraciones tradicionales, era el catalizador del elemento popular en la vida política: todo un síntoma de la evolución de la conciencia política*<sup>880</sup>.

### 3.7.2. NUEVA CONFLICTIVIDAD. LAS RELACIONES CAPITAL-TRABAJO

La conflictividad social específica de este período es la que se deriva de las nuevas circunstancias: industrialización y difusión de la Internacional -tanto en su versión marxista como bakuninista- sin olvidar, por otra parte, el movimiento societario que contaba ya con bastantes años de existencia; es decir, las diversas manifestaciones del movimiento obrero. Sobre éste inciden, además, las circunstancias políticas: Revolución del 68, República y Restauración van a adoptar diferentes actitudes ante el movimiento internacionalista provocando asimismo diversas reacciones en éste. Las relaciones entre todos estos factores dan lugar a una variedad de movilizaciones cada una con unos objetivos específicos. Así, en un primer momento el partido republicano se hace eco de las reivindicaciones por la mejora de las condiciones de trabajo de los obreros industriales y éstos, a su vez, apoyan los fines políticos de aquél: "*Hasta los meses de septiembre y octubre de 1869 el asociacionismo obrero fue unido al republicanismo y al cooperativismo en la línea reformista. Durante todo el año de 1869: gran cantidad de huelgas urbanas*"<sup>881</sup>.

Entre estas huelgas destacan una que tuvo lugar en Barcelona y una manifestación en la que 4000 obreros en paro protestaron en Madrid al año siguiente<sup>882</sup>. Las causas son de tipo sociolaboral: "*La inmovilidad de los salarios y la escasez de los empleos*"<sup>883</sup>. Objetivos que no pretenden cuestionar el modelo social y económico existente; todo lo más hacerlo evolucionar hacia un régimen republicano que, dada la no total clarificación todavía de las respectivas conciencias de clase burguesa y proletaria- piensan que puede asumir éstas y otras reivindicaciones de mayor calado político y social a cuya consecución irá unida la emancipación de la clase obrera. Sin embargo, tras el fracaso -y reticencias de los dirigentes-, como ya se vio, de los levantamientos republicanos comenzó el alejamiento del movimiento obrero de los partidos políticos. A este alejamiento contribuye, asimismo, la difusión de las ideas de la Internacional que comienza por estos años. El movimiento obrero se "independiza" de la órbita de los partidos burgueses y se diversifica en tres tendencias: societaria, socialista y anarquista.

La societaria, cuya existencia se remonta a los años 30, se da fundamentalmente en Cataluña. Su objetivo es simplemente conseguir mejoras de tipo laboral. Así, por ejemplo, cuando llegó la República

*"los obreros catalanes, a través de la **Sociedad Obrera** de Barcelona, manifestaban claramente cuál debía ser la tarea inmediata de la República: reducción de la jornada laboral, aumentos salariales, enseñanza obligatoria, higiene en el trabajo y protección del trabajo infantil*"<sup>884</sup>;

<sup>880</sup> *Ibíd.*, p. 567.

<sup>881</sup> A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España siglo XIX*, cit., p. 567.

<sup>882</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 213.

<sup>883</sup> Clara E. Lida: *Anarquismo y revolución...*, cit., p. 123.

<sup>884</sup> A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España siglo XIX*, cit., p. 590.

reivindicaciones que caben perfectamente dentro del sistema. Habría que incluir aquí todo lo dicho en páginas anteriores sobre las tendencias societarias.

Por lo que se refiere a las movilizaciones de socialistas y anarquistas ya quedaron ampliamente comentadas al hablar de ambos movimientos. Recordemos simplemente, como hechos más significativos, los acontecimientos de Alcoy y las huelgas de la cuenca minera vizcaína durante la década de los 90; en los primeros tuvieron una participación activa los militantes de la Internacional; las segundas "*mostraron cómo la influencia socialista transformaba el vago descontento del pasado en 'sociedades de resistencia'*"<sup>885</sup>. En el año 1888 hubo también una huelga importante en Río Tinto en la que participaron 6000 obreros. El motivo fue que la empresa se negó a pagar la mitad del jornal que normalmente abonaba los días en que no se podía trabajar por el humo de las calcinaciones<sup>886</sup>. Según afirma Tuñón, las huelgas se convirtieron en algo habitual en la década de los 90. En 1890 se celebró por primera vez el 1 de mayo: hubo manifestaciones en Madrid, Bilbao y Valencia, y un mitin en el teatro Tívoli de Barcelona. La alarma cundió entre los sectores conservadores:

*"La propaganda de los anarcosindicalistas y la habilidad de los políticos conservadores, que se preparaban para desalojar a Sagasta del poder, agrandaron las finalidades estrictas del 1º de mayo. El peligro rojo asomó a las columnas de los periódicos, en las conversaciones y en las medidas de seguridad, que alcanzaron incluso el acuartelamiento de tropas"*<sup>887</sup>.

Una vez que el movimiento obrero se ha definido claramente como una alternativa al sistema establecido, éste se siente amenazado y reacciona a la defensiva.

---

<sup>885</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 429

<sup>886</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 311.

<sup>887</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 312.



### 3.8. EL MIEDO AL PUEBLO. LA CUESTIÓN SOCIAL.

La organización de la clase obrera y su declarada intención de subvertir el orden social existente hacen que la burguesía sea consciente del surgimiento de un nuevo problema y de la necesidad de afrontarlo. La forma de hacerlo no va a ser uniforme, sino que se pueden distinguir diferentes actitudes que van a ir desde la negación absoluta y defensa de la represión a la propuesta de medidas reformistas como una manera de evitar el enfrentamiento y, por tanto, mitigar la violencia social.

El inconformismo y exaltación de las capas populares, tras la Revolución del 68, tuvo el efecto inmediato de moderar los radicalismos revolucionarios: "*Los que tan liberales eran en la oposición y en el destierro fueron dominados, una vez en el poder, por el miedo al pueblo y, más precisamente, a los trabajadores de la ciudad y del campo, aunque su peso político aún fuera incipiente*"<sup>888</sup>.

Los alzamientos populares prorepublicanos que tuvieron lugar en los primeros meses de la Revolución no contaron con la aprobación de los dirigentes de este partido que veían cómo la situación podía escapar a su control: "*En Andalucía parece incluso que un sector republicano temía a los campesinos deseosos de apoderarse de las tierras*"<sup>889</sup>. Si la burguesía se inquietaba ante la eventualidad de que se traspasasen los límites del liberalismo, la nobleza rural se aterrorizaba simplemente ante el triunfo de éste, pues lo veía como la antesala del socialismo<sup>890</sup>. Y, cuando llegue la República, los liberales españoles volverán de nuevo a dar muestras de pusilanimidad: "*La burguesía española, que tenía interés en desembarazarse de la tutela y privilegios de la aristocracia, no pasaba de tímidos ensayos por miedo al 'cuarto estado'*"<sup>891</sup>.

El primer efecto que tiene, pues, el miedo al pueblo es moderar el alcance de la revolución burguesa, lo que conllevará, como ya se vio anteriormente, el fracaso de ésta. Pero éste no es el único. La preocupación de las clases conservadoras ante el empuje de las populares aumentó cuando empezaron a difundirse las noticias sobre la fundación de la Internacional<sup>892</sup>.

Y las noticias de la Comuna de París fueron aprovechadas por los sectores más reaccionarios para sembrar el miedo en la burguesía y alejarla de sus veleidades populistas;

<sup>888</sup> M. Tuñón: *La España del siglo XIX*, cit., p. 212.

En esta misma página reproduce Tuñón un fragmento de un discurso de Castelar en el que éste narra una anécdota que es muy significativa de la actitud de los nuevos gobernantes hacia el pueblo; por nada del mundo quieren que se pierda en lo más mínimo -a pesar del "revolucionario" cambio de régimen- el sentido de las jerarquías sociales: "*Mirad lo que ha pasado en España después de la Revolución de setiembre. Un republicano recibe de sus compañeros el encargo de comunicar al gobernador de una provincia cierta manifestación política. Mi correligionario, como oía hablar tanto de democracia, creyó que los excelencias, los usías, los ilustrísimas, todos esos vococes bizantinos, habían desaparecido ante la autoridad democrática y dio al gobernador un usted como una casa, y concluyó su oficio con esta fórmula: <<Salud y fraternidad>>. El gobernador se indignó. ¡Llamar usted a un usía! ¡Desear la salud a una autoridad que debe recibirla directamente del Dios de los ejércitos! ¡Llamarse un jornalero hermano del gobernador! [...] La respuesta al sencillo oficio fue encerrarle en la cárcel, esperando que después de muerto, Dios lo encerrara en los infiernos por haber desacatado al representante de la divina autoridad sobre la faz de la tierra*". P. 212-213.

<sup>889</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia de España...*, cit., p. 167.

<sup>890</sup> Vide, A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España siglo XIX*, cit., p. 574.

<sup>891</sup> *Ibíd.*, p. 250.

<sup>892</sup> Vide, A. Jutglar: *Ideologías y clases...*, cit., p. 318.

para apartarla, en suma, de su posible base popular y empujarla a echarse en manos de la oligarquía utilizando para ello todos los medios a su alcance con el objeto de crear "una psicosis de terror no sólo en los medios conservadores y de derecha, sino también en la mayoría de los medios burgueses"<sup>893</sup>. Los sectores más conservadores veían peligrar las bases de la sociedad, ante lo que Sagasta, que era el ministro de la Gobernación, envió en mayo de 1871 una circular a los gobernadores "concediéndoles amplios poderes para reprimir las actividades de la Internacional"<sup>894</sup>. Asimismo, en agosto la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas convocó "dos concursos extraordinarios sobre temas basados en la legitimidad de la propiedad, en las relaciones capital-trabajo y en la ilegalidad de la Internacional"<sup>895</sup>. Llegaron incluso, en abril del 72, a fundar una revista -el título, **La Defensa de la Sociedad**<sup>896</sup>, es de lo más expresivo e ilustrativo a este respecto- en cuyo primer número se podía leer: "Al presenciar lo que en Europa acontece, una involuntaria pregunta se escapa de los labios: ¿se aproximan los tiempos bíblicos con tan tremenda magnitud descritos en el Apocalipsis?"<sup>897</sup>. Incluso, un poco más adelante, cuando llegó la República se fundaron periódicos en Madrid -**El Petróleo**, **Los Descamisados**- que se hacían eco de los argumentos de los internacionalistas, pero con un lenguaje tan exaltado que existe la sospecha de que fueran manejados por gente de la extrema derecha<sup>898</sup>. En este clima de neurosis generalizada tuvo lugar el debate parlamentario sobre la ilegalización de la Internacional. Comenzó en octubre y durante 21 días se sucedieron las intervenciones a favor y en contra en un ambiente de apasionada polémica. En contra intervinieron los diputados conservadores alfonsinos y carlistas. A favor hablaron Garrido y Lostau -militantes de la Internacional- y los republicanos Salmerón, Pi y Castelar. Los primeros acusaron a la Internacional de inmoralidad, atentar contra la familia, incitar a la confrontación entre capital y trabajo, estar dirigida -y, por tanto, a su servicio- por intereses extranjeros y, sobre todo -éste será el principal caballo de batalla- atacar, con la intención de destruirla, la propiedad privada. El diputado alfonsino Jové y Hevia culpa, además, a la Internacional de ser la inductora de los sucesos de la Comuna:

*"Que la 'Commune' de París no es más que la Internacional en acción está perfectamente*

<sup>893</sup> M. Núñez y M. Tuñón: *Historia del movimiento...*, cit., p. 173.

<sup>894</sup> A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España...*, cit., p. 578.

<sup>895</sup> *Ibíd.*, p. 579.

<sup>896</sup> Aranguren sitúa el origen de esta idea en una corriente de pensamiento que arranca en Comte y llega hasta Charles Maurras: "Según tal versión derechista de la sociedad como un <<organismo>>, este organismo social necesita defenderse de sus enemigos, los que pretenden subvertir el orden social. Así surgió la idea de la <<defensa de la sociedad>> en Francia como reacción frente a las revoluciones de 1848 y 1870, y en España, tras la revolución de 1868, ante la amenaza -<<alarmadora, terrible, horripilante>>, (C. Arenal)- de la Internacional". Y, en la página siguiente, afirma que lo que subyace tras todo esto no es otra cosa que la "defensa de la propiedad y la protección del orden establecido en beneficio de los propietarios y a costa de los obreros". *Moral y Sociedad*, cit., p. 171-172.

<sup>897</sup> D. Abad de Santillán: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 159.

<sup>898</sup> Es la hipótesis de Díaz del Moral: "Elementos de la extrema derecha, interesados en desacreditar aquel régimen, procuraron acrecentar el miedo para acelerar la reacción publicando periódicos como **El Petróleo** o **Los Descamisados**, disfrazados de internacionalistas, en los que se extremaba la doctrina obrera hasta la caricatura". *Historia de las agitaciones campesinas...*, cit., p. 143.

Diego Abad, por su parte, escribe refiriéndose a estos dos periódicos que eran "de una virulencia de lenguaje que repugnaba a los internacionalistas, todos ellos de una notable cultura y de un razonamiento severo y lúcido. [...] Puede justificarse la sospecha de que han sido escritos por gentes que respondían al propósito de la reacción de dar pretextos al gobierno para represiones". *Historia del...*, cit., p. 159.

*demostrado. Todos habéis leído el manifiesto que dio el Consejo general de Londres disculpando todos los excesos de la 'Commune' de París. [...] Si queréis otra prueba, veréis que el Consejo Internacional de París da un manifiesto en mayo último, y que en ese manifiesto dice que acepta la responsabilidad de los incendios de París*<sup>899</sup>.

En otra parte de su intervención utiliza el sarcasmo para desacreditar a la Internacional bautizando los distintos congresos con epítetos peyorativos. Así al de Ginebra (1866) lo llama el de *la holganza* porque una de sus reivindicaciones fue la de la jornada de 8 horas; al de Lausanne (1867) lo denomina el de *"la avaricia porque, a pesar de haber disminuido las horas de trabajo, se acordó que en todas partes se pidiera aumento de salario"*; y también de la ortografía porque

*"la mayor parte de ellos, dedicados a trabajos manuales, naturalmente no han de manejar con gran perfección su propio idioma, ni han de ser excelentes observadores de las normas ortográficas, [...] y pidieron y decretaron que en todas partes se reformase la ortografía"*<sup>900</sup>.

Tono apocalíptico tienen las intervenciones de los carlistas; especialmente la de Cándido Nocedal -para él el actual estado de cosas es consecuencia del liberalismo- que amplía el alcance de su crítica a toda la sociedad contemporánea y plantea el siguiente dilema: *"Diputados españoles. Aquí tenéis que escoger; o don Carlos o el petróleo"*<sup>901</sup>.

Las acusaciones de los propugnadores de la ilegalización van a ser refutadas por los que están a favor de la existencia legal de la Internacional con distintos tipos de argumentos que son reveladores de sus respectivas posiciones ideológicas. Fernando Garrido niega que la intención de la A.I.T. sea la de provocar ningún enfrentamiento social; todo lo contrario: sus fines son pacíficos y los medios se atienen a la legalidad, cosa que no puede afirmar la burguesía:

*"¿A qué medios ha recurrido la clase media para llegar a adquirir la propiedad que tiene?  
¿A qué medios ha recurrido para llegar a constituir la sociedad de la manera que está hoy?  
Ha recurrido a las asociaciones secretas, a las revoluciones, al incendio de los conventos, al asesinato de los frailes, al despojo de los que poseían la propiedad por medios legales según el derecho constituido"*<sup>902</sup>.

Garrido apela, además, a su trayectoria personal, recordándoles a los que han acusado a la Internacional de atizar las luchas entre capital y trabajo que él lleva más de treinta años publicando libros y folletos en los que llama continuamente a la concordia<sup>903</sup>: *"Más de*

<sup>899</sup> Fernando Garrido: *Historia de las clases trabajadoras*. 4, cit., p. 151.

<sup>900</sup> F. Garrido: *Historia de las clases trabajadoras*. 4, cit, p. 149-150.

Veinte años después el joven Unamuno va a escribir un artículo *-La reforma de la ortografía en la sociedad burguesa-* publicado en *El Eco de Bilbao* el 7-1-1894 en el que defiende que las dificultades de la ortografía española son un instrumento de dominación clasista pues mientras los ricos -que disponen de tiempo- pueden aprenderla, los pobres no pueden hacer lo mismo. Vide: Carlos Blanco Aguinaga: *El socialismo de Unamuno*, en: *Juventud del 98*, Barcelona, Crítica, 2ª edc., 1978, p. 75.

<sup>901</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero...*, cit., p. 178.

<sup>902</sup> F. Garrido: *Historia de las clases trabajadoras*. 4, cit., p. 164.

<sup>903</sup> En otros pasajes de la obra aporta dos ejemplos que ilustran cómo acabar con los conflictos entre capital y trabajo. Uno de Inglaterra, muestra cómo acabar con las huelgas; es el caso de Mr. Briggs, jefe de una mina, que decidió repartir entre los mineros el 18% de los beneficios en dinero o en acciones: *"Los primeros seis meses no dieron los trabajadores importancia a esta oferta o proyecto; pero cuando vieron que era una realidad, que los*

*trescientas asociaciones cooperativas se han creado en España desde antes de la revolución a consecuencia de mi propaganda, y esto prueba que yo no soy el hombre que quiere encender la guerra de clases entre el trabajo y el capital".*

Y, lo que afirma a continuación, demuestra lo lejos que en este aspecto estaba el pensamiento de Garrido de la ideología de la Internacional:

*"Yo sé muy bien, y lo practico como lo digo, que nunca una clase se emancipa por sí sola y que todas las que se han elevado de una condición abyecta a otra mejor lo han debido, no sólo a sus propios esfuerzos, aunque éstos son indispensables, sino a la ayuda de otras que se han puesto a su lado para ayudarles a tomar parte en el banquete de la vida social"*<sup>904</sup>.

Precisamente uno de los axiomas, tanto de marxistas como bakuninistas, era el que la emancipación de la clase obrera tenía que ser obra exclusivamente suya. Para Garrido, si hay enfrentamientos de clases -y en esto coincide absolutamente con el pensamiento de los utópicos analizado ampliamente en la parte segunda de este trabajo- la responsabilidad es única y exclusivamente de los gobiernos por su intransigencia; y advierte: *"Las negaciones absolutas de las revoluciones en todos los tiempos han venido por las negaciones de los gobiernos"*<sup>905</sup>. La intervención de Lostau -también militante de la Internacional- coincide con la de Garrido. Su postura resulta perfectamente resumida en una de las frases de su discurso: *"¿Sabéis qué debéis hacer para destruir la Asociación? Yo que soy internacionalista os lo diré: haced que desaparezcan las causas que le han dado origen"*<sup>906</sup>.

La cuestión central del debate fue la de la propiedad. Garrido afirma -su opinión coincide básicamente con las de Castelar, Pi y Salmerón- que todas las clases sociales han introducido cambios en la organización de la propiedad cuando han accedido al poder por lo que es

*balances llegaban, que las ganancias eran efectivas y que a tan poca costa podían ser accionistas de las minas en que trabajaban, se operó en ellos una revolución moral. Ya se avergonzaron de emborracharse, se asociaron, no para las huelgas, sino para comprar en común lo que consumían. La esperanza nació en sus corazones; fueron otros hombres, mejoraron materialmente su condición, pero moralmente sobre todo, y "Mr. Briggs ha ganado más que antes", cuando sus trabajadores no eran sus socios.[...] Pero se dirá, ¿cómo ha ganado más, repartiendo parte de los beneficios? [...] Porque los trabajadores, considerando la mina y sus productos como cosa propia, han puesto más cuidado, han aprovechado más el tiempo, no han visto ya en su amo su enemigo, sino su socio, y han mirado por sus intereses. Desde 1865 hasta ahora la asociación de que nos ocupamos ha marchado bien en el doble sentido de la armonía y de los beneficios".* Ibid., p. 40-41.

El otro ejemplo es de España; Garrido lo menciona para demostrar que no sólo él, sino también las clases trabajadoras, quieren evitar a toda costa los odios de clase. Cuando las clases superiores muestran que los de abajo les importan, éstos saben corresponder. Como prueba cuenta el caso del Sr. Paúl, una especie de Mr. Briggs español. Este señor era al parecer un diputado y periodista que, a raíz de la revolución del 68, se entregó a la defensa de la causa del pueblo abandonando sus propios asuntos, concretamente una finca que poseía cerca de Jerez. Los campesinos del lugar *"sabiendo que una hacienda que tiene unas cuarenta aranzadas necesitaba una labor que precisamente había de darse en esta época, han ido espontáneamente en número de más ciento y han ejecutado esa labor en pocos días, y cuando la señora madre de Paúl les ha querido hacer un agasajo, no han querido recibir ni siquiera cigarros, diciendo que ellos no quieren repartirse la propiedad de los ricos; que son comunistas del trabajo y quieren trabajar gratuitamente en favor de aquellos ricos que a su vez trabajan generosamente por el bien del pueblo y por la causa de la libertad"*. Ibid., p. 245.

<sup>904</sup> *Historia de las clases trabajadoras*. 4, cit., p. 199.

<sup>905</sup> Ibid., p. 198.

Garrido pone como ejemplo de lo que se debería hacer a Inglaterra: *"En Inglaterra dejaron de quemar las nuevas máquinas desde que tuvieron libertad para asociarse; la libertad es la gran válvula de seguridad de todas las sociedades constituidas."* Ibid.

inevitable que el Cuarto Estado haga lo propio, pues le mueve el deseo de que la misma se extienda a más gente.

Significativas, en un doble sentido, son las intervenciones de Castelar, Salmerón y Pi. Ninguno de los tres comparte las doctrinas de la Internacional -sobre todo en lo que se refiere a la negación de la propiedad privada- pero todos defienden su derecho a la existencia en nombre de los principios jurídicos del liberalismo. Para Castelar la característica definitoria de la época actual es la "*la aparición necesaria del cuarto estado, del pueblo*"<sup>907</sup>, destinado a jugar desde estos momentos un papel paulatinamente creciente en protagonismo histórico. Desbarata, con razones especialmente brillantes y elocuentes<sup>908</sup>, la acusación de "*extranjera*" con que había sido motejada la Internacional por los diputados más conservadores. Reconoce que los intereses del capital y del trabajo son antagónicos y que los obreros tienen perfecto derecho a ocuparse y defender sus asuntos<sup>909</sup>.

Y, en estos momentos, uno de los asuntos que más les importa es el de la reducción de la jornada laboral, cosa que, a cualquiera que haya visitado alguna vez una fábrica y haya visto las lamentables condiciones en que se trabaja, no puede escandalizarle:

*"¿Quién que haya visitado una de las fábricas no conviene en que esto es una aspiración racional? Pues qué, ¿no veis cuán horribles son aquellas dieciocho horas? ¿No veis que aquel aire no es respirable, que el ruido de la máquina embota los sentidos y desgarrar los nervios y que las infelices gentes que están junto a la máquina de vapor tienen consumidas las carnes, quemados los huesos, rugosa la piel?"*<sup>910</sup>.

Por tanto, en todos estos aspectos que son de justicia, no hay más remedio que entenderse con el proletariado llegando a transacciones. El único punto discutible es para Castelar el de la propiedad. Él no está de acuerdo con la propiedad colectiva pero sí con el derecho a defenderla:

*"Yo sostengo que es inmoral el robo, el apropiarse de lo ajeno por engaño y por violencia; pero lo que no es inmoral, ni puede serlo, es el tratar de transformar la propiedad por los poderes públicos, dentro de las leyes y de los procedimientos, por decirlo así, jurídicos, que*

<sup>906</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia...*, cit., p. 181.

<sup>907</sup> F. Garrido: *Historia de...* 4, cit., p. 212.

<sup>908</sup> "*Pero el señor ministro de la Gobernación nos decía: ¿No veis el peligro que encierra una sociedad cuyos jefes residen en el extranjero? Señores diputados, ¡que tengan una idea más alta de la solidaridad humana los pobres trabajadores de la Internacional que un ministro de la Gobernación! Si yo poseyera el ingenio de un ilustre orador inglés, yo le diría al señor Ministro de la Gobernación: Rechace todo cuanto constituye su ser; rechace la lengua, esta sonora lengua española, mezcla del latín y del árabe; rechace su religión, porque el Padre es judío, el Verbo alejandrino, el Espíritu Santo platónico; rechace sus instituciones, porque una parte de ellas está copiada de los Estados Unidos, otra parte de Inglaterra, otra de Bélgica y de Francia; rechace el mismo traje que viste, porque quizá se haya tejido en una fábrica inglesa; rechace al mismo Pontífice a quien presta acatamiento porque ha nacido en Italia; rechace su rey y su dinastía porque en Italia han nacido; rechace los átomos que forman su cuerpo, porque como la química del Universo no reconoce fronteras, no sabemos cuántos átomos tártaros y sajones tendrá, ni sabemos dónde irán mañana los átomos de hoy, merced a la circulación continua de la materia: que no hay nacionalidad para la vida y para la fecundidad de la tierra*". F. Garrido: *Historia de...* 4, cit., p. 224.

<sup>909</sup> *Ibíd.*, p. 219.

<sup>910</sup> *Ibíd.*, p. 219.

*tiene autoridad para legislar*"<sup>911</sup>.

Así pues, Castelar no está de acuerdo con la ilegalización y defiende su derecho a existir. Lo mismo piensa Salmerón para quien la propuesta del gobierno -intentando prohibirla- es una manera de *"envenenar con el odio y aun la saña la lucha social entre las clases proletarias y las conservadoras"*<sup>912</sup>; y aprovecha la ocasión para presentar al partido republicano como un partido capaz de asumir y defender los intereses de las clases trabajadoras:

*"El partido republicano no es meramente un partido político; [...] no es sólo un partido doctrinario, órgano de las clases medias, que venga a discutir sólo sobre la forma de gobierno, sobre la organización de los poderes del Estado y la gestión administrativa, sino que patrocina una tendencia social para servir a la completa emancipación del cuarto Estado y preparar el libre 'organismo de la igualdad' que haya de afirmar siempre el imperio de la justicia entre los hombres"*<sup>913</sup>.

Se alegra de que, por fin, se le presente a los republicanos la oportunidad de mostrar su sensibilidad social; afirma que el internacionalismo es una sublime lección de moralidad defiende el derecho que tienen los internacionalistas a proponer reformas en la propiedad en nombre del artículo 17 de la Constitución *"que consagra la libertad del pensamiento sin restricción alguna, como un derecho absoluto"*; y lo que en mi opinión resulta más significativo es la insistencia en advertir, -no sin antes hacer una encendida loa del papel del pueblo en el proceso productivo- que la política de negar sistemáticamente las reivindicaciones del proletariado se puede volver contra la burguesía gobernante:

*"Pues hoy, ¿quién que no cierre los ojos a la evidencia no reconoce que el cuarto Estado, llamado a la vida política por ministerio del sufragio universal, única cosa que providencialmente le ha otorgado la clase media, y de la cual acaso esté, en su egoísmo, arrepentida, y seguramente se lamentará más tarde; que el cuarto Estado, que tiene ya el poder, que constituye el nervio de la sociedad contemporánea, que es no sólo el que trabaja y cultiva la tierra con sus brazos, el que ejerce la industria y el comercio, sino el que se dispone a recibir y a encarnar en sí el verbo de la civilización, y a quien acaso, por vuestra ceguera, haréis el Cristo de las nuevas ideas; qué extraño es, repito, que el cuarto Estado, prescindiendo de los medios, [...] diga con toda justicia: 'Yo quiero la propiedad, mas no para mi goce y en mi egoísta provecho, como pretenden retenerla hoy las clases dominantes, sino porque soy el que trabajo y el que produzco, y de hoy más el que comienza a tener la idea y el sentido de la nueva dirección de las sociedades'?"*<sup>914</sup>.

Es decir, es mejor conceder determinadas reivindicaciones -convenientemente dirigidas y controladas desde el poder- que arriesgarse a correr el peligro de que las tomen por su cuenta:

*"Anticipándonos a hacer esta reforma es como pueden todavía las clases conservadoras retener por el tiempo que sea necesario para su bien, y para el bien general de la sociedad, la dirección de los pueblos; vosotros tenéis el deber de ejercer esa tutela sobre las clases, hasta hoy desheredadas, de la sociedad"*<sup>915</sup>.

Porque éstas son y muy conscientes de su poder; o, lo que es lo mismo, Salmerón reconoce

<sup>911</sup> *Ibíd.*, p. 227.

<sup>912</sup> F. Garrido: *Ibíd.*, p. 233.

<sup>913</sup> *Ibíd.*, p. 239.

<sup>914</sup> *Ibíd.*, p. 252.

<sup>915</sup> *Ibíd.*, p. 257.

explícitamente que el pueblo está adquiriendo su conciencia de clase y que ésta es la última oportunidad que se le presenta a la burguesía para mantenerlo bajo su control:

*"Nada tiene de extraño que el cuarto Estado pretenda y pida con enérgica decisión, no el pan y la fiesta con que en otros tiempos han querido hacerle llevadera su servidumbre los poderosos de la tierra, que ya no quiere vivir de la sopa de los conventos ni de la caridad ni de la beneficencia pública, sino estos dos principios de su emancipación social: trabajo y justicia"*<sup>916</sup>.

Sobre la idea de la emancipación habla también Pi afirmando que esta pretensión no puede parecer a nadie inmoral<sup>917</sup> y que interesa no sólo a la clase trabajadora sino *"a todos los que nos sentamos en estos bancos"*. Claro está que Pi sólo concibe la emancipación del proletariado -y afloran aquí con más claridad si cabe que en el caso de Salmerón sus limitaciones ideológicas de clase- bajo la dirección de la burguesía; y no sólo eso: Pi propone como ejemplo que hay que imitar la reducción de la jornada laboral en Inglaterra:

*"¿Cuáles son las condiciones de trabajo para los obreros de Inglaterra? Con arreglo al 'bill' de 1857, el jornal de los adultos no puede pasar de diez horas; con arreglo al de 1844, los niños menores de ocho años no pueden trabajar más que seis horas, y deben forzosamente consagrar algunas al cultivo de su inteligencia. Esto ha hecho aquella gran nación sensata"*<sup>918</sup>.

Presentar en 1871 como un gran logro social -califica a Inglaterra de *"gran nación sensata"*- que los niños menores de ocho años "sólo" trabajen seis horas y como una medida emancipadora, no coincide con el concepto que de la emancipación tiene el proletariado. Respecto a la propiedad, su postura coincide con la de sus compañeros de partido; él es ferviente defensor de la propiedad privada, pues está convencido de que los obreros se cierran el camino de su propio progreso con la colectivización de la misma<sup>919</sup>:

*"No soy amigo de la propiedad colectiva, y creo que los obreros se cierran con esto el camino de su emancipación; creo que sería mejor que siguieran en esas reformas la marcha que vosotros habéis impreso a la propiedad; creo que deberían tender a que por una serie de reformas en las leyes civiles, sin lastimar los intereses de los actuales propietarios, fuese llevando la propiedad a las últimas clases";*

pero él, como buen liberal, no sólo no se opone al derecho de los obreros a defenderla, sino que le parece un absoluto disparate el atacarla con el argumento de inmoral: *"Decid, si os place, que la propiedad colectiva es contraria a la marcha de la civilización; consideradla, si os parece, como un*

<sup>916</sup> *Ibíd.*, p. 252-253.

<sup>917</sup> *Ibíd.*, p. 267.

<sup>918</sup> *Ibíd.*, p. 268.

<sup>919</sup> Enrique Oláiz -personaje tras el que se retrata a Baroja- expone estas mismas ideas en *La Voluntad*: *"Estamos acercándonos a la "débâcle" del socialismo doctrinario. El obrero, cuanto más instruido aparece más individualista. Y es lógico. La emancipación de la clase trabajadora podrá ser un gran ideal para el apocado, para el pobre de espíritu, para el que no se reconoce con fuerzas ni cualidades de hombre de presa; pero para el audaz, para el enérgico, la emancipación suya, que le permite desenvolver sus energías, estará siempre y en todos los actos antes que la emancipación de la clase. [...] El obrero fuerte y ambicioso ha de encontrar absurdo cerrar su porvenir arruinando a la burguesía. [...] El edificio socialista cruje, se derrumbará; el porvenir es individualista"*. *LA VOLUNTAD* [1902]. Madrid, Castalia, 1972, Clásicos Castalia Nº 3, p. 238-239

*retroceso, pero ¡decir que es inmoral! Es preciso para esto desconocer la moral humana!*<sup>920</sup>.

He expuesto con cierto detenimiento los argumentos del debate -especialmente los de los republicanos- porque me parecen muy interesantes como ilustración por una parte, del progreso en la adquisición de la conciencia de clase -desarrollada en el punto anterior- que se estaba produciendo en el proletariado; y, por otra, de la distinta actitud de los republicanos hacia el pueblo antes y después de la proclamación de la República. Las intervenciones de los republicanos defendiendo el derecho de la Internacional a existir dentro de la ley se dirigen tanto al pueblo como a los sectores más conservadores de la sociedad. Necesitan al pueblo para derribar la monarquía de Saboya y por eso asumen sus reivindicaciones sobre reducción de la jornada laboral, emancipación -palabra que no compromete a gran cosa dados los límites ideológicos bajo los que la conciben- y derecho a defender la propiedad colectiva, aunque ninguno de los líderes republicanos la comparta. Evidentemente, quieren convencer a las clases proletarias de que sus reivindicaciones caben dentro del ideario republicano y, por tanto, no es necesario que se aparten de este ideario para conseguir su emancipación. Además, así evitan el peligro de que hagan su propia revolución. Y precisamente sobre esto es sobre lo que quieren llamar la atención de los conservadores recordándoles el peligro que se avecina si se mantienen en sus posturas de intransigencia. Luego, los republicanos persiguen dos objetivos: ganarse al pueblo, demostrándole que ellos -a diferencia de todos los demás grupos- son sensibles hacia sus problemas; y atemorizar a estos últimos advirtiéndoles de los riesgos que conlleva el mantenimiento de una actitud de intolerancia en los tiempos que corren<sup>921</sup>. Los acontecimientos subsiguientes demostrarán que no consiguieron ninguna de las dos cosas: el Parlamento votó a favor de la ilegalización por 192 votos contra 38 y, como ya se vio en el punto anterior, todos los dirigentes internacionalistas propugnaban el llevar a cabo una política propia, diferenciada de la de los partidos burgueses, independientemente de que, dependiendo de la coyuntura, pudiesen colaborar o no, con lo que el proletariado se fue paulatinamente alejando de los republicanos hasta producirse la escisión definitiva precisamente durante la República; y durante ésta Salmerón y Castelar, que tan arduosamente habían defendido el derecho de la Internacional a existir legalmente, la persiguieron con sendos decretos legales: ahora el proletariado, que presionaba forzando los límites de la política burguesa, dejaba de ser un aliado -cuando había gozado de esa categoría siempre había resultado incómodo- para

<sup>920</sup> F. Garrido: *Historia de las clases...4*, cit., p. 274.

<sup>921</sup> No en vano el Consejo Federal de la Internacional Española se dirigió a sus militantes y a todos los trabajadores de españoles en un comunicado el 31-1-72 en el que se afirmaba: "*Hasta hoy la Internacional en España ha querido vivir en paz con los poderes constituidos: es más, lo quiere aún, y por eso intentaremos el último esfuerzo apelando al poder judicial de los abusos cometidos por el ejecutivo. No es la esperanza de un fallo favorable lo que nos mueve a obrar así; desgraciadamente tenemos sobradas pruebas de la venalidad de los llamados tribunales de justicia y de sus serviles complacencias, ¡con el poder!, pero de todos modos habremos cumplido una vez más con nuestro deber brindando paz a la clase media y tratando de resolver pacíficamente las pavorosas cuestiones sociales. Si después de todos nuestros esfuerzos para conseguir nuestra emancipación por las vías pacíficas se nos cierran las puertas de la legalidad, sabremos cumplir con nuestro deber; que cuando toda la clase obrera se ve privada del derecho de asociación, que es como su centro de gravedad, no le queda otro recurso que el triste de la revolución armada*".

MANIFIESTO DEL CONSEJO FEDERAL DE LA REGIÓN ESPAÑOLA A LOS FEDERADOS Y A TODOS LOS TRABAJADORES DE ESPAÑA. M. Artola: *Partidos y programas...II...*, cit., p. 108.



convertirse en enemigo. En estas circunstancias los republicanos prefirieron pactar con los conservadores lo que, por otra parte, provocó la caída de la República.

Existen, pues, -como en el debate parlamentario quedó demostrado- básicamente dos actitudes ante la Internacional y la organización del movimiento obrero: represión y tolerancia; es decir, los que se niegan a hacer las mínimas concesiones y los que comprenden la conveniencia de llevar a cabo una política de transacciones, de acercamiento al movimiento obrero, para lo que se dan distintas razones -desde la justicia a la necesidad de moralizar y recatolizar a unas clases que se estaban apartando de la Iglesia- pero que, en el fondo, responden a la misma motivación básica: controlar y encauzar dentro del sistema un movimiento que, de no conseguirlo, amenaza con arrollar al propio sistema. Dentro de esta actitud que he denominado de tolerancia se pueden distinguir, a su vez, dos líneas: una laica y otra eclesial.

La primera se caracteriza por una sensibilización hacia lo que se empieza a llamar -por parte de demócratas y republicanos en las Cortes en 1870- la *cuestión social*. Se realizan distintas propuestas, la mayor parte de las cuales no van a adquirir cuerpo legal y las que lo adquieran se quedarán en letra muerta. Así el diputado republicano Alsina presentó en abril del 70 una proposición para la creación de jurados mixtos que resolviesen los conflictos laborales en el ámbito de las empresas<sup>922</sup>. En junio de 1871 las Cortes aprueban por unanimidad nombrar una comisión "*para estudiar el estado moral, intelectual y material de las clases trabajadoras*"<sup>923</sup>. Fernando Garrido se muestra muy escéptico respecto a los resultados que dicha comisión pueda alcanzar<sup>924</sup>. Durante su breve presidencia, en junio de 1873, Pi intentó poner en marcha una serie de medidas legales para mejorar las condiciones de la clase obrera: promulgó una ley de jurados mixtos y otra regulando el trabajo de los menores de 16 años; no se llevaron a la práctica. Asimismo en 1883 se fundó el *Instituto de Reformas Sociales*; era un órgano consultivo que constaba de 12 miembros, seis de los cuales eran elegidos por los trabajadores. Refiriéndose a él ha escrito Carr que "*fue un organismo único en Europa*"; y como balance -ampliando el período del mismo 20 años más allá del límite de esta tesis- de toda esta política reformista estatal: "*En 1923 no podía decirse que ninguno de estos esfuerzos diversos por resolver la cuestión social hubiera tenido éxito. No habían alejado a las clases trabajadoras de los partidos proletarios ni conjurado la amenaza de revolución violenta*"<sup>925</sup>.

Dentro de la iglesia se pueden, a su vez, distinguir diversas matizaciones, aunque son más de forma que de contenido. El apoyo social de la Iglesia siguen siendo las clases conservadoras, concretamente -y esto es válido principalmente en las zonas rurales que son la mayoría- "*los partidos confesionalmente católicos, cuyos grupos dirigentes estaban compuestos de hidalgos rurales o, a lo más, provincianos, clase declinante, cantada nostálgicamente por Pereda, y condenada a la desaparición*"<sup>926</sup>. El predominio que la Iglesia ejerce sobre esta gente se basa en su falta de instrucción, en la ignorancia, de la que ya hemos visto encendidas apologías en épocas

<sup>922</sup> A. Bahamonde y J. A. Martínez: *Historia de España*..., cit., p. 560

<sup>923</sup> M. Tuñón: *El movimiento obrero en la historia*..., cit., p. 174.

<sup>924</sup> *Historia de las clases trabajadoras. 3. El proletario*, cit., p. 247.

<sup>925</sup> *España*..., cit., p. 440-441 y 443.

<sup>926</sup> J.L. Aranguren: *Moral y sociedad*, cit., p. 184.

anteriores identificándola con la felicidad -Fernán Caballero- y que seguirá contando con panegiristas en este último período del siglo:

*"A las masas campesinas que estos hidalgüños controlaban se pensaba mantenerlas en una sencilla y honrada ignorancia, puesto que debían ser considerados como menores de edad, y la alfabetización introduciría fatalmente, más pronto o más tarde, la actitud política y, con ella, la inquietud social"*<sup>927</sup>.

Unamuno aporta un testimonio -escrito en 1902 pero referido a varios años antes, y en el que aparece, además, el componente lingüístico- que ratifica el juicio anterior sobre los efectos perniciosos de la cultura: *"Nunca olvidaré las palabras de un cura que predicando en vascuence decía a sus feligreses: <<No enviéis vuestros hijos a la escuela, que allí les enseñan el castellano, y el castellano es el vehículo del liberalismo.>> La cultura moderna se llama liberalismo"*<sup>928</sup>.

Nos encontramos, pues, ante la clásica utilización de la religión como salvaguarda del orden social utilizando los métodos y argumentos asimismo tradicionales; es lo que Carr denomina *"Renacimiento católico"* uno de cuyos efectos más visibles es la *"recatolización de la clase alta"* que se proponía como objetivo hacer volver a las masas obreras al seno de la Iglesia fundando organizaciones de tipo caritativo: *"Estas organizaciones fueron apoyadas por la piedad femenina del 'enjambre elegante, santurrón' de las beatas que pueblan las novelas de Galdós, por las damas aristocráticas 'ostentosas e inútiles' que regentaban comités..."*<sup>929</sup>.

Cita Carr, a continuación, el caso del Marqués de Comillas que

*"financió y organizó la Peregrinación de los Trabajadores a Roma (1894), y fue acusado de emplear su influencia como director de compañía ferroviaria en apoyo de los intentos de la Asociación de Padres Católicos, censurando los libros a la venta en los quioscos de las estaciones"*<sup>930</sup>.

El recrudecimiento de la lucha social en la década de los 90 hizo que la Iglesia, ante la evidencia del crecimiento del movimiento obrero y el consiguiente alejamiento de su tutela, se replantease la forma de acercarse al mismo. En 1891 el Papa León XIII publicó la encíclica *Rerum Novarum*. El título es ya indicativo de que la jerarquía eclesiástica es consciente de encontrarse ante un problema que no se había dado nunca antes en la historia: lo nuevo no es sino la *cuestión social*. A juzgar por algunos de los párrafos de la encíclica parece que se va a afrontar esta problemática novedosa con un enfoque también novedoso, pues denuncia la situación calamitosa -aunque no puede evitar el culpar de ésta a la creciente laicización de la sociedad- en que se encuentra el proletariado como consecuencia de la explotación a que es sometido<sup>931</sup>. De ahí que Díaz del Moral afirme que este Papa

<sup>927</sup> *Ibíd.*

<sup>928</sup> Citado por: A. Tovar: *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, Madrid, Alianza, 1980, LB. 771, p. 179.

<sup>929</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 443.

<sup>930</sup> *Ibíd.*, p. 445.

<sup>931</sup> *"Como quiera que sea, veremos claramente, y en esto convienen todos, que es preciso dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la ínfima clase, puesto que sin merecerlo se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa; pues destruidos en el pasado siglo los antiguos gremios de obreros, y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la Religión de nuestros padres, poco a poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos e indefensos, por la condición de los tiempos, a la inhumanidad de sus competidores y a la desenfrenada codicia de sus competidores. A aumentar el mal vino la voraz usura, la cual, aunque más de una vez condenada por sentencia*

"colocó al catolicismo en una nueva actitud ante los problemas obreros. Se trató desde entonces de suavizar las pugnas entre capital y trabajo, poniendo a contribución la autoridad moral de la religión, y se movilizaron las milicias eclesiásticas para atraer al seno de ella a los trabajadores manuales"<sup>932</sup>.

Los *Círculos Obreros Católicos*, que habían surgido en 1876 y habían decaído en los años siguientes, renacen ahora al calor del nuevo clima creado por la publicación de la encíclica. El padre Vicent -autor de una obra titulada *Socialismo y anarquismo* (1895)- fue el principal animador de estos círculos cuyo función era principalmente de tipo moral.

Pero la "dimensión social" tanto de la encíclica papal -a pesar del entusiasmo (¿o quizás por eso?) que suscitó en el mundo católico- como el ensayo del padre Vicent -que no es sino una glosa de la encíclica- es limitadísima. Así, por ejemplo, afirma que la causa de la miseria es un misterio del que sólo Dios en su infinita sabiduría sabe los motivos:

*"La sabiduría humana es impotente para rasgar velos impenetrables a otras miradas que a las miradas de la Fe católica. El hombre, y sobre todo el hombre pobre e indigente, es un misterio que solamente Dios, autor y criador del mismo hombre, puede revelarnos; todos los esfuerzos de la filosofía y de la ciencia lograrán sólo demostrar que no pueden señalar otras causas de los males que afligen al género humano, sino el decreto supremo e irrevocable de Dios, que condenó al hombre al trabajo, a las enfermedades y a la muerte"*<sup>933</sup>.

Por tanto, lo que se ha dado en llamar *cuestión social* no tiene su origen en las duras condiciones de trabajo -el trabajo es un castigo divino- a que la burguesía ha sometido al obrero, sino en la "*apostasía de las naciones*" -éste es el título de uno de los capítulos del libro- que ha hecho que ésta se vuelvan de espaldas a las enseñanzas tradicionales del catolicismo:

*"La causa principal y el verdadero origen de la 'cuestión social', tal como la hemos expuesto y existe hoy, es la negación o el olvido absoluto del fin último del género humano. El punto de vista aun económico, cambia según que el fin último del hombre se halle en la tierra o se prolongue más allá de la tumba- Un abismo separa la teoría que hace del hombre un mono perfeccionado, de la doctrina católica que reconoce en el hombre un ser inmortal, [...] Por tanto, la 'cuestión social' se reduce en último término a la respuesta que se dé a una pregunta del Catecismo: ¿De dónde venimos y adónde vamos? ¿Cuál es origen del hombre y cuál es su último fin? [...] Porque el principio civilizador de la sociedad y la misma política será muy diferente, si todo se acaba en el sepulcro o existe una vida futura"*<sup>934</sup>.

Por eso, la solución al problema social no puede radicar en el socialismo ni tampoco en esos híbridos raros que pretenden conjugar el socialismo con el cristianismo:

*"No existe ni puede existir un socialismo cristiano, ni socialismo nazareno, porque siendo el socialismo el enemigo mortal del cristianismo, y no fundándose sino en el error, en el odio y destrucción de la propiedad, religión y de la familia, no puede unirse ni conciliarse jamás*

---

*de la Iglesia, sigue siempre, bajo diversas formas, la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos. Júntase a esto, que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte que unos cuantos opulentos hombres y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco de los esclavos".*

Recogido en: Antonio Vicent: *Socialismo y anarquismo* [1895], Madrid, Narcea, 1972, p. 39-40.

<sup>932</sup> J. Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones...*, cit., p. 143.

<sup>933</sup> A. Vicent: *Socialismo y anarquismo*, cit-. p. 44-45.

<sup>934</sup> *Ibíd.*, p. 50-51.

*con la religión, que defiende a través de los siglos la autoridad, propiedad y familia*<sup>935</sup>.

De ahí que, *"solamente en la doctrina de Jesucristo, profesada por la Iglesia católica, podremos hallar remedio a la cuestión social"*<sup>936</sup>. Nada tiene de extraño que Pablo Iglesias calificase al padre Vicent de *"celoso servidor de la burguesía"*<sup>937</sup>. En esta misma línea se mueven las ideas de Concepción Arenal que proponía como solución para resolver el problema social *"restaurar la caridad y la abnegación en el patrono y la paciencia y la resignación en el obrero"*<sup>938</sup>.

Evidentemente estos argumentos no aportan nada nuevo; pero el hecho de que se utilicen términos como patrono, obrero, cuestión social..., supone el reconocimiento de que una realidad nueva ha surgido y la necesidad de atraerla a su círculo de influencia pues se la percibe como un formidable enemigo.

### 3.9. CONCLUSIÓN

En las páginas precedentes ha quedado clara la idea que da título a este apartado: el proletariado adquiere su conciencia de clase. Pero una conciencia se define siempre por relación y oposición a otra. En este sentido se puede concluir que el hecho destacable de este período -cuyos años decisivos son los del sexenio- es la definición de las conciencias burguesa y proletaria que va a determinar un cambio de actitud en su relación mutua y la reubicación definitiva de sus respectivas clases; asistimos así a la sustitución -fenómeno señalado por Jover- de un conflicto por otro: el enfrentamiento *Antiguo Régimen* contra *Revolución Liberal* es reemplazado, como consecuencia de los acontecimientos del sexenio, por el de *Antiguo Régimen-Liberalismo* (ciertos sectores de ambos se alían formando un bloque oligárquico dominante durante la Restauración) contra *Revolución Proletaria*. Esto supone que proletariado y burguesía -aliados en tantas ocasiones a lo largo del siglo- pasan a situarse en terrenos enfrentados.

Así, por una parte, la burguesía, tras haber conseguido una serie de conquistas con la ayuda del proletariado, comienza a considerarlo como un compañero de viaje incómodo cuando éste quiere ampliar el alcance de esas conquistas; su actitud oscila entonces entre el deseo de desembarazarse de él, la necesidad de contar con su concurso para sostener las débiles estructuras liberales y el temor a que sobrepase la revolución burguesa por la izquierda. Será el miedo el que termine imponiéndose.

Y, por otra parte, el proletariado, al comprobar, que las esperanzas de emancipación que había depositado en la República, se ven frustradas, retira su apoyo al sistema liberal burgués y se organiza para forzar su transformación.

Tras haber girado -como baluarte del Antiguo Régimen- en la órbita de la nobleza en los primeros treinta años del siglo y haber contribuido al advenimiento del liberalismo en los treinta siguientes, el pueblo, convertido ahora en proletariado, comienza su andadura en solitario militando en el socialismo o en el anarquismo que se constituyen como movimientos de clase.

---

<sup>935</sup> *Ibíd.*, p. 155-156.

<sup>936</sup> *Ibíd.*, p. 159.

<sup>937</sup> R. Carr: *España...*, cit., p. 437.

<sup>938</sup> *Ibíd.*, p. 436.

## **II. EL PUEBLO EN LA NOVELA ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX**

## **1. LOS BALBUCEOS DE LA NOVELA. 1800-1833.**

## 1.1. CONSIDERACIONES PREVIAS: OBSTÁCULOS QUE IMPOSIBILITAN SU DESARROLLO.

*"Quizá pueda parecer exagerado hablar de una producción de novelas españolas para la época que nos ocupa; pero de alguna manera habrá que denominar el conjunto de libros españoles, escritos por españoles y casi siempre publicados en España y que, en su mayor parte, son novelas"*<sup>1</sup>.

Las palabras anteriores de Ferreras resumen certeramente la situación de la novela en España en el primer tercio del XIX. Durante este período se escriben y publican novelas<sup>2</sup>, pero con la salvedad de que no son novelas. La paradoja se resuelve si tenemos en cuenta que, al hacer esta afirmación, Ferreras parte del concepto de novela de Lukács: *"Una novela no es más, según ha demostrado Lukács, que la historia de un individuo problemático"*; en el Antiguo Régimen, la existencia de tales individuos es "imposible"; por eso, *"toda novela que intente "afirmar" de un modo absoluto -[como en líneas generales hace la de estos años]- tiende a negar toda problemática, tiende a negarse a sí mismo, es una antinovela"*<sup>3</sup>.

O, lo que es lo mismo, Antiguo Régimen y novela son realidades antitéticas que no pueden coexistir. De ahí que se haya convertido en una especie de axioma establecido por la crítica el afirmar que el surgimiento de la novela moderna es paralelo al ascenso de la burguesía<sup>4</sup>. La evolución de la novela española en el siglo XIX está, pues, estrechamente ligada a los avatares de la burguesía, que va a tener una penosa y difícil existencia debido a su debilidad lo que motivará que no consiga una relativa consolidación hasta 1868<sup>5</sup>.

Pero, no es menos cierto que el nacimiento de la burguesía española tiene lugar durante el primer tercio del siglo; ya se vio en la introducción histórica cómo lucha, utilizando al pueblo para ello, con todos los medios a su alcance para derrocar el Antiguo Régimen. Por eso, el nacimiento de la novela -aunque a la que se escribe en estos años le falte todavía mucho para alcanzar su madurez- se puede situar también en este período:

*"La novela decimonónica española, la novela moderna, y la que continúa informando, en buena parte, el novelar actual español, nace durante las tres primeras décadas del siglo XIX, porque también durante esta época comienza a desarrollarse la clase media española"*<sup>6</sup>.

Se puede afirmar, pues, que la persistencia del Antiguo Régimen va a impedir el normal

<sup>1</sup> Juan Ignacio Ferreras: *Los orígenes de la novela decimonónica. 1800-1833*. Madrid, Taurus, 1973, p. 95.

<sup>2</sup> Entre 1790 y 1834 se publican en España, según Ferreras, alrededor de 200 novelas originales. *Ibíd.*, p. 84.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 123.

<sup>4</sup> *"La historia nos dice que apenas ha habido novela digna de este nombre hasta el advenimiento de la burguesía al rango de clase directora y el despertar de lo que se ha llamado 'el gran público'"*.

José F. Montesinos: *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. Seguida del esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas 1800-1850*. Madrid, Castalia, 4ª edc., 1980. p. XII.

*"Burguesía y novela viven juntas en el devenir histórico"*. J.I. Ferreras: *Los orígenes...*, cit., p. 22.

<sup>5</sup> *"Los grupos burgueses, porque de alguna manera hay que llamarlos, que hicieron la Constitución gaditana, detentaban una conciencia colectiva capaz de novelar; pero la derrota de la Constitución primero, y el aplastamiento del liberalismo después, retrasaron la explosión novelesca hasta 1868"*. Ferreras: *Los orígenes...*, cit., p. 22.

<sup>6</sup> Ferreras: *Los orígenes...*, cit., p. 311.

desarrollo de la novela poniéndole toda clase de obstáculos:

a) En primer lugar, las circunstancias eran poco propicias para la cultura; no hay más que recordar la apología de la ignorancia realizada por Antonio Capmany. De ahí que, refiriéndose al ambiente cultural, haya escrito Lloréns lo siguiente:

*"Debido a las adversas circunstancias históricas que sabemos la generación romántica tuvo el infortunio de crecer intelectualmente en una etapa -la que va de la guerra de la independencia a la muerte de Fernando VII- que marca un acusado descenso cultural en la historia moderna de España. La simple comparación con los escritores de la época de Godoy basta para apreciar la diferencia"*<sup>7</sup>.

De ahí que *"lo extraordinario no es que se escriba tan mal y tan poco, lo extraordinario y casi milagroso, es que se escriba aún"*<sup>8</sup>.

b) La censura: *"El Juez de Imprentas y los censores gobernarán intelectualmente España, a excepción de los períodos gaditanos o del trienio liberal, hasta la muerte de Fernando VII"*<sup>9</sup>. La censura actuaba sobre todo con criterios morales aunque se podía prohibir una obra hasta por el estilo o -en el caso de las traducciones-, por considerarla el censor una amenaza contra la lengua castellana si abundaban los galicismos. Las razones morales hacían que se vigilasen especialmente las novelas porque éstas

*"lejos de contribuir a la educación y a la instrucción de la nación, sólo sirven para hacerla superficial y estragar el gusto de la juventud, aficionándole a aventuras amorosas y lances caballerescos, sin ganar nada las costumbres, y, por consiguiente, no se debe permitir la impresión ni publicación de semejantes obras inútiles"*<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> V. Lloréns: *El Romanticismo español*. Madrid, Castalia, 2ª edc., 1989, Literatura y Sociedad N° 48, p. 310.

<sup>8</sup> Ferreras: *Los orígenes...*, cit., p. 18.

En otro lugar de este mismo libro escribe el autor: *"Período político nefasto para la inteligencia en general y que podría resumirse así: la vuelta del rey significa el exilio para la mayor parte de los intelectuales, el gobierno del rey significa la censura para todo lo que sea novela, [...] Enviar a presidio a un Martínez de la Rosa, cerrar las universidades, prohibir periódicos, rechazar y para siempre planes de enseñanza como el de Quintana, o y para apurar los ejemplos, condenar a la horca a un librero, como Antonio Miyar, es solamente un poco de todo lo que se podía decir de tan desdichado régimen"*. p. 308.

También Mesonero Romanos recuerda este desolado ambiente cultural: *"Era, pues, la época en que, envueltas en una densa nube las letras y la ciencia, a impulsos de la ignorancia enaltecida, callaban de todo punto, sin tribuna, sin academias y liceos, sin prensa periódica ni nada que pudiera dar lugar a polémicas o enseñanza"*.

*Memorias de un setentón*, edc., cit., p. 377.

El panorama no debió ser muy diferente en los primeros años del siglo. Cándido María Trigueros en una de sus novelas *-La erudita-*, dibuja el siguiente ambiente literario que, aunque la localización temporal de su novela sea un tanto imprecisa, se refiere casi con toda seguridad al de su época, : *"...gavilla de ignorantes que pasaban por eruditos, y no eran más que pícaros. Literatos a la violeta, pedantes sopistas, escolares despilfarrados, copleros de alquiler oscuros y sin talento decidido, filósofos hambrones y antirracionales, garladores currutacos, críticos de oficio, siempre satíricos, duros y maldicientes; en una palabra, toda la extensa clase de doctos sin estudio y sin ingenio, compuesta de vichos [sic] despreciables incapaces de producir otra cosa que las telarañas del templo de las musas"*.

*Mis pasatiempos. Almacén de fruslerías agradables*. Madrid, Viuda de López, 1804, Tomo I, p. 115.

<sup>9</sup> Ferreras: *Los orígenes...*, cit., p. 18.

<sup>10</sup> Citado por: José F. Montesinos: *Introducción a una historia...*, cit., p. 38. Este texto es de 1799. Pero los criterios de la censura, respecto a la novela, seguían siendo exactamente los mismos más de treinta años después como lo demuestra el siguiente texto que es de 1833:

*"Digo, pues, que esta clase de obras o composiciones, contienen por lo común, ciertas materias cuya lectura suele ser perjudicial, especialmente a la juventud, que ve pintadas las pasiones lúbricas o rencorosas en su mayor"*



c) El destierro. Por dos veces tuvieron que emigrar los españoles opositores al régimen de Fernando VII, es decir, los representantes de la ideología burguesa. Las dos emigraciones van a resultar nefastas para la cultura y la literatura. Al desolado ambiente literario, como consecuencia de la primera, se refiere Mesonero con las siguientes palabras:

*"Brillaban por su ausencia los que, como Meléndez Valdés, Moratín, Reinoso, Lista y otros, tuvieron la desgracia de seguir el partido francés; con que quedaba el Parnaso Español desamparado y baldío, y el templo de las Musas falto de sacerdotes y entregado a los búhos y lechuzas que se albergaban en sus desvanes y quebraduras"*<sup>11</sup>.

La segunda ha sido exhaustivamente estudiada por Lloréns quien, refiriéndose a la misma, ha escrito:

*"desde el punto de vista de la continuidad nacional, el destierro viene a ser, tanto política como literariamente, un naufragio del que se salvan con el tiempo pocos restos, y no siempre los mejores. Hundimiento doble, en realidad, ya que las emigraciones disminuyen a la vez las actividades intelectuales de la nación. En España, bien pobres de suyo en aquella época, quedaron poco menos que paralizadas durante varios años después del 1823"*<sup>12</sup>.

Ello explica, a juicio de Montesinos, que las mejores novelas de estos años fueran escritas por desterrados fuera de España: *"Lo mejor que en este sentido se hizo fue tal vez obra de refugiados políticos"*<sup>13</sup>.

d) El descrédito de la novela. En los cánones estéticos del clasicismo no encajaba la novela. Como los preceptistas clásicos no se habían ocupado de ella, los modernos críticos tampoco sabían dónde encuadrarla, siendo, por otra parte, frecuente que las razones estéticas se

*exaltación y sus criminales excesos como aprobados o autorizados en los sujetos de la novela o del poema con aquellos sucesos pintorescos, en los que, bajo las cenizas de un amor imaginario, están encendidas las verdaderas llamas que se fomentan con los lascivos retratos que excitan el interés del lector incauto"*.

Citado por: Reginald Brown: **La novela española. 1700-1850**. Dirección General de Archivos y Bibliotecas, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional, 1953, p. 25-26.

Argumentos muy parecidos aduce Vicente Rodríguez Arellano, que por razones morales rechaza el **Decamerón** porque *"no es una compilación de hechos históricos, sino de unas novelas, que aunque escritas con gran pureza de estilo. [...] están llenas de las mayores obscenidades, y por tanto son sumamente perjudiciales"*. Por eso, aunque él ha escrito una obra con el mismo nombre su finalidad es únicamente *"divertir agradablemente"*.

**El Decamerón español o colección de varios hechos históricos raros y divertidos**, Madrid, Gómez Fuentenebro y Compañía, 1805, Tomo I, *Prólogo*. BN 1/24107. [Son tres tomos].

Mesonero se refiere a la censura con las siguientes palabras: *"Una censura suspicaz e ignorante dificultaba la publicación de las obras del ingenio y prohibía y anatematizaba hasta las más renombradas de nuestro tesoro literario"*. **Memorias de un setentón**, edc., cit., p. 377.

<sup>11</sup> **Memorias de un setentón**, edc., cit., p. 221.

<sup>12</sup> Vicente Lloréns: **Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)**, Madrid, Castalia, 3ª edc., 1979, p. 155.

También Mesonero Romanos habla de esta segunda emigración: *"Los escritores de más valía, los hombres más insignes en las letras, hallábanse oscurecidos, presos o emigrados: los Quintana, Gallego, Saavedra, Martínez de la Rosa, Toreno, Gallardo, Villanueva y demás eran sustituidos por autores ignorantes y baladíes, que empañaban la atmósfera literaria con sus producciones soporíferas, sus desenfreno métrico, sus cantos de búho, sus absurdos escritos religiosos e históricos, sus novelas insípidas"*. **Memorias de un setentón**, edc., cit., p. 377-378.

<sup>13</sup> José F. Montesinos: **Introducción...**, cit., p. XIV. Y, a continuación, sigue escribiendo: *"Apenas hay paridad entre las obras españolas de principios de siglo y aquellos novelones de Valentín Llanos Gutiérrez [...] Casi nada de lo publicado entre nosotros puede compararse a ciertas páginas de Blanco-White, escritas en inglés y para ingleses"*.

mezclasen con las morales:

*"La novela, como tal novela, no cuenta para los críticos más avisados del clasicismo. Las novelas son fruslerías de un interés pasajero o libros sospechosos en su moralidad y que requieren extrema vigilancia. En ello coinciden censores talentosos y adocenados"*<sup>14</sup>.

En el fondo, todas estas razones responden a una única causa que no es otra que la mencionada ausencia de burguesía. Por eso coincide con las afirmaciones de Ferreras para quien, bajo todas estas argumentaciones, se esconde la ideología del Antiguo Régimen<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> José F. Montesinos: *Introducción a una historia...*, cit., p. 32. Más detalles en las páginas 32-40 y en: J.I. Ferreras: *Los orígenes...*, cit., páginas 21-47.

En la página 40 se refiere Montesinos a esta situación de un modo irónico: *"De todos los géneros de la literatura, el novelesco es el más infeliz, porque jamás se ha podido elevar a la categoría de clásico"*.

Por otra parte, y como ejemplo claramente ilustrativo de cuáles eran los criterios neoclásicos y de su vigencia a principios del XIX, se puede citar el caso de Nicolás Pérez, quien en 1805 publicó una obra titulada *El Anti-Quixote* en la que, además afirmar que *El Quijote* es una mala obra por no respetar las reglas, "demuestra" que no se pudo haber escrito en la época en que Cervantes dice haberlo escrito, porque al principio del libro aparecen unos sonetos de Amadís, cosa imposible teniendo en cuenta que Amadís vivió en el siglo XIV y Don Quijote en el XVII. Ferreras, p. 23-24.

<sup>15</sup> *"Con Fernando VII suben al poder literario (hay un poder literario como hay un poder político, un poder económico, etc.) los celosos censores dieciochescos, los auténticos herederos del Antiguo Régimen, los que claman contra todo lo extranjero y velan por la pureza del idioma, y no por pureza misma, sino porque en esta defensa, en este casticismo, están inmersos todos los valores del nuevo mito que se forja en la Guerra de la Independencia: cruzada contra el ateo invasor, catolicismo español de raza, religión y monarquía, etc."*

*No es posible menospreciar los efectos de esta ideología literaria en el poder cuando tratamos, precisamente, de estudiar la novela de esta época. A la enemiga, antigua ya, contra la novela, se une ahora la enemiga contra todo lo extranjero, y son los ingleses y los franceses los que escriben novelas. Los censores amalgaman, consciente o inconscientemente, es lo mismo, novela con disipación, novela con imaginación sin freno, novela con inmoralidad, etc.; si la novela es inevitable, la novela ha de ser moral, si los jóvenes, y sobre todo los jóvenes, no pueden pasarse de las novelas, las novelas han de ser educativas".* J.I. Ferreras: *Los orígenes...*, cit., p. 23-24.

Sobre este mismo asunto, la mentalidad antinovelesca del Neoclasicismo, recoge y comenta Montesinos un juicio de Voltaire: *"¿No había dicho éste, refiriéndose a las novelas de Mme. de Villedieu, pero rechazando todas en general, que eran <<des productions d'esprits faibles qui écrivent avec facilité des choses indignes d'être lues par les esprits solides>>? La novela es un escamoteo de la verdad, cosa indigna de la filosofía"*.

*Introducción a una historia...*, cit., p. 32-33.

Aunque no sea el objeto de esta tesis, quisiera hacer un comentario marginal sobre esta cuestión y dejar así señalado un posible camino de investigación para trabajos futuros. Me parece que hay cierto confusionismo por parte de la crítica al meter en el mismo saco las objeciones morales y estéticas realizadas contra la novela. Aunque se encuentren juntas en textos de finales del XVIII y principios del XIX, yo creo que responden a dos ideologías distintas. No puede ser igual oponerse a la novela porque *<<es un escamoteo de la verdad>>* que hacerlo porque *<<todas las obras de esta especie están llenas de enamoramientos y galanterías>>*. Dicho de otra manera yo no me imagino a un censor Fernandino y a Voltaire coincidiendo en los argumentos para rechazar una novela.

Los censores y los defensores de la ideología tradicional no rechazan todas las novelas, sino solamente aquéllas que consideran una amenaza para esa misma ideología que ellos defienden. De ahí que consideren que hay novelas absolutamente reprobables, que son aquéllas en las que se da rienda suelta a toda una larga serie de conceptos como *"<<Humanidad>>, <<sensibilidad>>, <<principios>>, <<formación>>, y toda la restante lista de palabrotas <<vertidos>> o sin <<verter>> [traducidos o sin traducir], de la nueva gerigonza [sic] con que los filosofantes aturden inoportunamente los oídos sanos"*. (Muy ilustrativa de qué es lo que ataca resulta la oposición filósofos/oídos sanos); y, al contrario, hay otras totalmente loables, las de aquellos escritores *"que no dan á la asquerosa <<sensualidad>> el nombre de <<sensibilidad>>, y que no avergonzándose de la <<caridad>> no la disfrazan con el ambiguo título de <<humanidad>>. Tales escritos, tales escritores son dignos de toda loa, ¡pero cuántos pocos son!"*<sup>\*</sup>. Evidentemente éstos deben ser los "sanos".

Por eso, lo que rechaza Voltaire, ¿no será un determinado género de novelas por considerarlas expresión de una ideología anacrónica? No hay que olvidar que el propio Voltaire escribió obras de tipo novelesco. Y respecto a la

Ahora bien, a pesar de todos estos obstáculos y de la discutible calidad de la producción novelesca propia, es indudable que existía una gran afición por la novela. Esta gran demanda se va a satisfacer mediante las traducciones:

*"No por eso deja de mantenerse y acrecentarse la afición del gran público por la novela. En la importantísima <<Colección de Novelas>>, que publica el librero valenciano Mariano de Cabrerizo, desde 1816 en adelante, se recogen las más recientes novedades europeas en el género"*<sup>16</sup>.

De ahí que la historia de la novela en España durante estos años sea también, y sobre todo, la historia de sus traducciones:

*"El siglo XIX español, en lo referente a la novela, y para empezar, debe ser estudiado a partir de las traducciones de novelas extranjeras [...] Durante los cincuenta primeros años del siglo, por lo menos, los españoles leen o consumen más novelas traducidas que novelas nacionales o 'novelas originales españolas', como se titularon las obras de los ingenios españoles"*<sup>17</sup>; y Montesinos habla de "*chaparrón de traducciones*"<sup>18</sup>.

idea dieciochesca de utilidad, en cuyo nombre se rechazó también la novela, Ferreras ha escrito lo siguiente: "*Una de las ideas claves del XVIII era la idea de utilidad, idea que solía venir acompañada de su obligado correlato: sociedad. La sociedad del hombre, su perfeccionamiento, su progreso, el bienestar. [...] Era una posición, mírese por donde se mire, racional y progresista, que si empezó por engendrar élites de reformadores, acabó también por informar una revolución burguesa*". **Los orígenes...**, cit., p. 170.

\* Cándido M<sup>a</sup> Trigueros: **Mis pasatiempos. Almacén de fruslerías agradables**, Madrid, Viuda de López, 1804, p. X y XVII.

<sup>16</sup> Reginald Brown: **La novela española. 1700-1850**, cit., p. 24.

Como una prueba más de que durante estos años "*se leía la novela con especial deleite*", en la página 9 aduce Brown el testimonio de González Palencia quien, en su libro **La censura gubernativa en España (1800-1833)**, escribe: "*NOVELA. Es uno de los grupos más interesantes de la colección, y uno de los géneros literarios más discutidos por los censores y por los moralistas*".

<sup>17</sup> J.I. Ferreras: **Introducción a una sociología de la novela española del XIX**, Madrid, Edicusa, 1973, p. 170.

<sup>18</sup> **Introducción a una historia...**, cit., p. XIV.

Inciendiando sobre lo mismo, escribe Brown: "*La importancia de este período (1805-1826) reside, pues, no en lo que se escribe en España que, como ya se ha consignado, fue casi nada, sino en el hecho innegable de que en las traducciones publicadas por Cabrerizo se despertó el gusto del gran público y se formuló el criterio de la gente culta que pocos años después habían de juzgar las producciones románticas*". **La novela española...**, cit., p. 25.

Montesinos cuenta una pequeña anécdota que es muy ilustrativa de cómo la ausencia de novelas llega incluso a condicionar el contenido de las traducciones hasta el punto de cambiarlo: "*En 1806 La Minerva publicaba una adaptación del Jeannot et Colin, de Voltaire, sin nombre de autor, por supuesto, bajo el título de Rafael y Carlitos. Pues bien, una frase del original, que en español, dadas las circunstancias, no hubiera tenido apenas sentido: <<Faites des romans, c'est une excellente ressource à Paris>>, se ha convertido en <<Métete a traductor, que es oficio socorrido>>*". **Introducción...**, cit., p. 34.

Este clima literario es también fielmente recogido por Pérez Galdós, tan atento a todos los detalles en sus **Episodios Nacionales**: Dos frailes están realizando una especie de escrutinio cervantino con las últimas novedades que acaban de llegar a la biblioteca de una aristócrata con la que mantienen el siguiente diálogo: "*...¿Pero qué veo? ¿Ha puesto vucencia en el montón escogido esos cuatro librillos de novelas simples? Parece mentira que en esta época empleen nuestros libreros su tiempo y dinero en traducir del francés tales majaderías... ¿A ver? La marquesa de Brainville, la Etelevina, los Sibaritas, el Hipólito. [...]*

- *En esto de novelas andamos tan descaminados -dijo Amaranta-, que después de haber producido España la matriz de todas las novelas del mundo y el más entretenido libro que ha escrito humana pluma, ahora no acierta a componer una que sea mayor del tamaño de un cañamón, y traduce esas lloronas historia francesas, donde todo se vuelve amores entre dos que se quieren mucho durante todo el libro, para luego salir con la patochada de que*

La demanda del público hizo que la crítica empezase a replantearse su actitud de rechazo. En 1822 se publicó en *El Censor* un artículo en el que es perceptible este cambio de actitud:

*"Hay un hecho cierto e irremediable: La juventud lee y leerá novelas con preferencia a cualquier otro libro, porque es lo que más debe divertirla e interesarla... Desprecie, pues, el literato cuanto quiera un género que no puede aspirar a la cumbre del Parnaso; el moralista y el político cometerán un gravísimo yerro en despreciarle, pues es un medio constante y poderoso de influir sobre la juventud"*<sup>19</sup>.

De la importancia numérica de las traducciones podemos hacernos una idea si atendemos a las cifras de Ferreras. Para este período contabiliza, aproximadamente, 323 títulos traducidos en España y 226 traducidos fuera; algunos son repetidos: la misma obra se traduce dentro y fuera. Aunque es probable que los publicados en el extranjero estuvieran destinados al mercado iberoamericano. Frente a ellos contabiliza unos 200 títulos "originales"<sup>20</sup>.

Por último, creo necesario decir algo sobre quiénes eran los lectores y sus características<sup>21</sup>. En 1800 España contaba con 10 millones de habitantes. En 1830, 12. El porcentaje de los que sabían leer era del 5,96% en 1803 y 9,21% en 1841, es decir 600.000 y 1.000.000 respectivamente. El público lector era exclusivamente urbano y residía fundamentalmente en Madrid, Barcelona y Valencia que son, por otra parte las ciudades donde se imprimen la mayor parte de las novelas, ciudades que *"fueron la cuna de la clase media española, y de todos los movimientos sociales y políticos de la burguesía española"*<sup>22</sup>.

Como síntesis de todo lo anterior se puede afirmar lo siguiente: el arrancar de la novela española, como el de la burguesía, es un arrancar balbuciente e inseguro; hecho del que se desprende una doble consecuencia.

En primer lugar, la ideología dominante no puede ser otra que la tradicional, la del Antiguo Régimen. No existe, pues, una corriente novelesca -cosa distinta es que se dé alguna excepción aislada-, que refleje una visión burguesa, siendo, por otra parte, ésta la única que con toda propiedad podría ser llamada novela. Pero no conviene tampoco minimizar la importancia de este período porque:

*"En la España de 1800 a 1833 se novela mal, pero se novela, se escribe pésimamente, las más de las veces, pero se escriben novelas, y lo que es más importante, porque en definitiva es lo*

*son hermanos"*. *Napoleón en Chamartín*, Madrid, Alianza, 3ª edc., 1984, E.N. 5, p. 50.

Opinión no muy favorable es la de Mesonero, quien refiriéndose concretamente al período del Trienio Liberal escribe: *"La literatura, empero estaba de todo punto abandonada; las ocurrencias políticas llamaban a otra parte la acción de sus dignos cultivadores, y los editores de obras literarias, que hacían como siempre, de ellas una interesada granjería, dedicábanse, a falta de originales, a inundar el mercado con traducciones de las extranjeras, que, a causa del gobierno anterior, eran desconocidas entre nosotros; y aunque estas traducciones, sobre otros inconvenientes, tenían también el de contribuir a estragar el gusto y la pureza del lenguaje, los imberbes adolescentes nos entregábamos, sin embargo, con ardor a su lectura"*. *Memorias de un setentón*, edc., cit., p. 316.

<sup>19</sup> Citado por: José F. Montesinos: *Introducción a una historia...*, cit., p. 41-42.

<sup>20</sup> *Los orígenes...*, cit., p. 84.

<sup>21</sup> Los datos mencionados a continuación, en : J.I. Ferreras: *Los orígenes...*, cit., p. 49-51.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 51.

*único que interesa, en estos 33 años se echan los cimientos de toda la novela*"<sup>23</sup>.

Y en segundo lugar, la presencia del pueblo -presencia, podemos adelantarle ya, poco relevante- va a estar mediatizada por este doble condicionamiento: predominio de la ideología tradicional, que se manifestará fundamentalmente en forma moralizante, y debilidad burguesa.

---

<sup>23</sup> J.I. Ferreras: *Los orígenes...*, cit., p. 309.

## 1.2. EL PAPEL DEL PUEBLO EN EL ANTIGUO RÉGIMEN. ANÁLISIS DE LAS NOVELAS.

En las páginas siguientes voy a analizar la imagen del pueblo que transmite la novela del primer tercio del siglo, señalando y comentando los diferentes aspectos que de la misma aparecen.

### 1.2.1. PROVIDENCIALISMO.

Entiendo por providencialismo la tendencia a explicar todos los acontecimientos como consecuencia de la voluntad de Dios. Éste interviene constantemente en los asuntos humanos - tanto individuales como colectivos-, estando todos ordenados y previstos por él de tal modo que querer alterar o modificar su curso supone una rebelión contra sus designios y, tarde o temprano, el castigo. Por supuesto, Dios está siempre de parte de los valores establecidos y, por ello, sus intervenciones van siempre encaminadas al mantenimiento de los mismos y a inculcar el respeto al código moral que les sirve de soporte: en suma, al triunfo de la "virtud". La finalidad última del providencialismo no es otra, pues, que la moralización al servicio de un sistema social: el Antiguo Régimen y sus valores ideológicos. Precisamente por eso, las muestras del providencialismo aparecen en relación no sólo con el pueblo, sino también con otras clases sociales, ya que el comportamiento virtuoso es asunto que importa a todos. Pero, incluso cuando se habla de las clases altas, creo que el destinatario implícito es siempre el pueblo, pues la misión de aquéllas es la de servir de guías a éste. De ahí que, de lo que a ellas les ocurra, se pueda siempre extraer una enseñanza que aproveche a éste. Por ello, en esta ocasión los ejemplos que voy a citar a continuación no se centran exclusivamente en el pueblo.

La Providencia siempre ayuda a los que se comportan de un modo virtuoso, para lo que es imprescindible superar las pruebas que manda. En *La huérfana*<sup>24</sup>, los Marqueses del Fresno se ven obligados a dejar temporalmente a su hija en un orfanato. Polonia, mujer zafia y ruda, casada con Velázquez, pintor de gran sensibilidad, siente cómo su marido se aleja cada vez más de ella por no poder darle un hijo. Una amiga le aconseja que se finja embarazada. Cuando llega el momento del parto, por medio de una conocida, sacan una niña del Orfanato: la hija de los marqueses a la que bautizan con el nombre de Ventura que va así a parar a casa del pintor y su mujer

*"y entra entre las manos de una mujer ordinaria, que adquiere sobre ella los derechos de madre. Pero la Providencia, que vela sobre todas sus criaturas, permite alguna veces estos errores por fines dignos de su sabiduría, y para sacar un bien mayor, y más constante de otro mal aparente y pasajero"*<sup>25</sup>.

Polonia la trata muy mal, sobre todo cuando muere Velázquez, hasta el punto de que quiere casarla con un "un viejo, procurador de más de sesenta años"<sup>26</sup>. Ventura se muestra sumisa y

<sup>24</sup> Es uno de los relatos incluidos en la obra de Atanasio Céspedes y Monroy: *Lecturas útiles y entretenidas*, Madrid, imprenta de D. Joseph Doblado, 1800 [M.DCCC, en el original]. BN. 5/1903.

<sup>25</sup> Edc. cit., p. 23.

<sup>26</sup> No sólo es viejo, sino, además, deforme, lleno de vicios "y a este horror de su aspecto se debe añadir, que por

dispuesta a obedecer. Una vecina, Catalina, enterada de todo se compadece de ella y le busca un trabajo de criada en una casa noble. Cuando la señora de la casa la ve empieza a llorar y se desmaya: ha visto en ella el vivo retrato de su familia. Por Catalina se entera de la historia de Ventura y, tras las oportunas indagaciones, se aclara que es su hija. La misma Providencia que cometió el "error" de llevarla a casa de Polonia lo ha subsanado restituyéndola a su verdadera posición tras haber superado con éxito la prueba: "*En efecto, la Providencia, por medio de Catalina, había llevado a Ventura a casa de su propia madre: su fin era pedirle refugio, pero el cielo quería premiar su virtud, haciéndola recobrar una madre tan digna*"<sup>27</sup>. Es decir, la alteración social, provocada por un acto de maldad, que ha supuesto privar a una persona del lugar social que le correspondía, no ha sido sino un mínimo desorden controlado y consentido por Dios para poner a prueba a dicha persona y demostrar que la virtud siempre obtiene su recompensa.

Lo mismo ocurre en *Adelayda*<sup>28</sup>, cuyo argumento es muy parecido al de la anterior, aunque con las lógicas variantes. Adelaida, niña de cuatro años, es abandonada en una posada por su madre que huye con su amante. Su vida pasa por varios altibajos. Consigue defenderse con éxito de los asedios de un aristócrata libertino. Una viuda la protege. Tras heredar una gran fortuna de su madre que murió en América, arrepentida por haberla abandonado, y reencontrarse con su padre, termina casándose con un joven noble y rico con lo que "*en adelante vivió tan venturosa, como infeliz había vivido hasta entonces: sirviendo de ejemplo de cómo premia el cielo a los que respetan la virtud aun en medio de sus mayores desventuras*"<sup>29</sup>.

Comportamiento virtuoso, aunque en este caso con un explícito matiz de resignación social, encontramos también en *El oficial y el tejedor*<sup>30</sup>. Don Pablo de Zúñiga, descendiente remoto de un par de Francia de la época de Luis XIV<sup>31</sup>, a la finalización de la Guerra de la Independencia en la que participó, pasó a ocupar un "*destino pasivo*"<sup>32</sup>, del que fue arbitrariamente privado. Ante la necesidad de alimentar a su numerosa familia -cuatro hijos y dos hijas-, se dedican todos "*a la industria de tejidos de algodón*"<sup>33</sup>. Una mañana, paseando por las afueras de Granada, ve a un hombre que se lanza al Genil. Se tira tras él y lo salva. Resulta ser D. Ventura Bustamante, antiguo conocido suyo a cuyo lado luchó en la Guerra de la Independencia y al que D. Pablo, a su vez, le debe la vida. D. Ventura tiene una serie de problemas -está envuelto en un proceso judicial, ha sido apartado del ejército, una tía suya rica

*su antigua inveterada corrupción salía de su cuerpo un olor tan pestilencial, que no era posible acercársele sin asco*". Ibid., p. 78-79.

<sup>27</sup> Ibid., p. 118.

<sup>28</sup> "Cuento" -así lo denomina su autor- incluido en la obra de: Cándido María Trigueros: *Mis pasatiempos. Almacén de fruslerías agradables, por el último continuador de la Galatea*. Madrid, Viuda de López, Calle de las Aguas, 1804. Tomo I, XXIV + 311 págs., BN 3/2492.

Ferrerías, *Los orígenes...* p. 290, dice que hubo una primera edición en 1798. En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva ejemplar de la de 1804 sin que diga nada respecto al número de la edición.

<sup>29</sup> Edc., cit., p. 311.

<sup>30</sup> J. O\*\*\*: *El oficial y el tejedor, o la virtud recompensadas*, Barcelona, Librería de M. Saurí y Compañía, 1830. 87 págs. BN. 3/2600.

<sup>31</sup> Según los datos de la novela, si mis cálculos no fallan, es nieto de un nieto del Par; o, lo que es lo mismo, éste era su tatarabuelo. Don Pablo es español, porque tanto su abuela materna como sus abuelos paternos lo eran.

<sup>32</sup> Edc., cit., p. 64.

<sup>33</sup> Ibid., p. 67. La imagen que del mundo del trabajo aparece en la novela será comentada más adelante en un apartado específico dedicado al mismo.

le ha desheredado-, que él achaca al destino, a lo que un cura, amigo de D. Pablo, que decide ayudarle, le responde: "*Todo cuanto sucede son disposiciones de la divina providencia, cuyas altas determinaciones no están al alcance del limitado saber del hombre*"<sup>34</sup>. El cura se ofrece a interceder tanto ante su tía como ante las autoridades y le presenta a Zúñiga como ejemplo de comportamiento ante los reveses de la fortuna. Al final todo se soluciona: Ventura recibe la fortuna de su tía, se casa con una hija de Zúñiga y ayuda a toda la familia a salir de su situación de necesidad. Para que no quede ninguna duda, en la última página de la novela el autor recoge de un modo explícito la conclusión:

*"Zúñiga, este hombre singular que tantas pruebas había dado de su resignación y fortaleza de alma, debidas a su sólida religión y verdadera filosofía, hasta el punto de haber hallado en medio de los infortunios el modo de gozar de una completa tranquilidad, no quedó sin recompensa; pues por tan extraordinarios sucesos la Divina Providencia dulcificó su suerte, viviendo en el día rodeado de su fiel esposa y amados hijos, éstos en carrera proporcionada a su clase, dando esperanza con su aplicación y docilidad de grandes adelantos"*<sup>35</sup>.

Pero la Providencia no se ocupa sólo de premiar a los buenos sino también de castigar a los malos, como sucede en *Miladi [sic] Herwort y Miss Clarisa, o Bristol, el carnicero asesino*<sup>36</sup>. Bristol, personaje perverso, "*nacido para el crimen*"<sup>37</sup>, vive en Londres donde, además de participar en todo tipo de actividades delictivas, se dedica a luchar en combates brutales en los que se cruzan fuertes apuestas<sup>38</sup>. Huyendo de la policía, que anda tras sus pasos, se va de Londres y se establece como carnicero en Dowley, donde se convierte en capitán de una banda de bandoleros que se dedican a robar y asesinar a todos los viajeros que pasan por las proximidades. Preparan un golpe final que los hará ricos: asaltan a la comitiva de Milady Herwort, los matan a todos y consiguen un inmenso botín. Pero la noche antes ha llegado a la casa una sobrina de Bristol pidiendo que le diesen alojamiento. Cuando Bristol vuelve, fingiendo dormir, oye cómo éste cuenta a su mujer todos los detalles del golpe. A la mañana siguiente se dirige a la ciudad y los denuncia a la policía con lo que son detenidos y ejecutados. ¿Ha sido casualidad la llegada de la sobrina? No. Se ha debido simplemente a que "*la Providencia cuida de los incidentes más singulares*"<sup>39</sup>.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 42.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 87.

Un aspecto digno de mención, que comentaré con detenimiento más adelante, es que en esta novela la realidad contemporánea tiene una presencia bastante perceptible, por lo que la lección moral apunta a un objetivo social y político de un modo mucho más preciso y concreto.

<sup>36</sup> Relato de Agustín Pérez Zaragoza incluido en la obra publicada en 1831, *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*, Madrid, Editora Nacional, 1977, Biblioteca de Visionarios, Heterodoxos y Marginados, 20. Edición de Luis Alberto de Cuenca. La edición de 1831 consta de doce tomos. La de 1977 reproduce los seis primeros.

<sup>37</sup> *Educ.*, cit., p. 69

<sup>38</sup> No me resisto a reproducir la descripción de uno de estos combates. El ingenuo maniqueísmo de Pérez Zaragoza -Bristol y su oponente son los "malos"- alcanza cotas sublimes. Antes de comenzar el combate: "*Los criados del teatro pusieron en medio una mesa con diferentes carnes crudas, animales vivos como carneros, perros dogos grandes, dos lobos furiosos y una docena de botellas de ron, con todo lo que nuestros héroes empezaron a preludear por fraternizar, devorando cada uno siete u ocho libras de carne corriendo sangre; después, apoderándose de los animales, apenas los ahogaban con sus manos de hierro, se divertieron sonriéndose en abrirles el cráneo con sus propios dientes y comerse sus asquerosos sesos*". *Ibid.*, p. 74.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 80.



Todo está, pues, bajo su control. Hasta tal punto que incluso colabora con las autoridades. Así, en otro de los relatos de esta misma obra, *La morada de un parricida o el triunfo del remordimiento*, la Providencia las ayuda adelantándose a sus decisiones. Amedeo, hijo del barón de Altamoungnes, mata a su padre porque éste quiere imponerle un matrimonio mientras que él está enamorado de otra mujer. Ya en el momento mismo del asesinato la Providencia manifiesta su repulsa por tan monstruoso crimen: "*Se arroja ferozmente sobre el Barón, sobre su padre que soñaba, y le da en el corazón un golpe parricida que el cielo indignado mira con toda su reprobación, haciendo caer un rayo en el mismo cuarto*"<sup>40</sup>. Desde ese momento los fenómenos prodigiosos se van a suceder. Todos los años, en el aniversario del parricidio

*"a la hora justa de la mañana, se cubrían las torres de sombras lúgubres: al través de la tempestad, el rayo y los relámpagos, un espectro enmascarado, envuelto en una capa larga, asomaba un brazo teñido de sangre fuera de la ventana del barón de Altamoungnes, echando en el río un puñal ensangrentado... Los aires y las olas bramaban como heridos de este instrumento horrible"*<sup>41</sup>.

Los pueblos de la comarca estaban atemorizados y el gobierno decidió destruir el castillo. Pero, antes de que lo llevaran a cabo, en el siguiente

*"aniversario del asesinato, en el momento en que el espectro enmascarado arrojaba su puñal al Rhin, se vio caer con estrépito horroroso un terrible rayo que precipitó a las aguas aquel maldito edificio enteramente"*<sup>42</sup>.

La Providencia no interviene sólo en los asuntos individuales, como en los casos citados hasta ahora, sino también, y especialmente, en los colectivos. Es lo que ocurre en *Los bandos de Castilla o el Caballero del Cisne*<sup>43</sup>. La acción se sitúa en el reinado de Juan II de Castilla. Brillantes torneos en los que los campeones muestran su valor, rencillas entre grandes familias, guerras entre Castilla y Aragón sirven de marco para denunciar cómo D. Álvaro de Luna, para satisfacer su desmedida ambición, utiliza su inmenso poder en provecho propio cometiendo todo tipo de abusos recogidos en su sentencia de muerte divulgada por

*"la clara voz del pregonero, declarando que iban a degollar a aquel hidalgo, porque con grande orgullo e injuria de la majestad, se apoderara del rey y usurpara el lugar que no era suyo, cometiendo en notable deservicio de la república, diversos crímenes, maleficios, tiranías y cohechos"*<sup>44</sup>.

Es ejecutado y ésta es la conclusión que saca el autor:

*"En esto vinieron a parar tantas vanidades, tanto poder e insolencias: en esto aquel carácter colérico, aquella fiera y descompuesta arrogancia con que ponía pavor y enardecía el encono de sus contrarios. Tales son los portentosos sucesos con que place de cuando en cuando al Ser Supremo mover el ánimo ensoberbecido de los prepotentes hacia sentimientos más generosos y pacíficos; tal fue el aciago fin de don Álvaro de Luna"*<sup>45</sup>.

<sup>40</sup> Ibid., p. 109.

<sup>41</sup> Ibid., p. 114.

<sup>42</sup> Ibid., p. 114-115.

<sup>43</sup> Publicada en Valencia en 1830. La edición que he leído es: Madrid, Tebas, 1975, 277 págs. Col. La Novela Histórica Española 12.

<sup>44</sup> Edc., cit., p. 267.

<sup>45</sup> Ibid., p. 268.

La idea de que la Providencia rige los asuntos humanos está tan ampliamente extendida por la novela del primer tercio del siglo que los propios personajes se muestran convencidos de ello, convirtiéndose en sus portavoces afirmando, a todo el que lo quiera oír, que las cosas que les suceden se deben a los designios de Dios. **Cornelia Bororquia**<sup>46</sup>, protagonista de la novela del mismo nombre que, secuestrada y encarcelada en las mazmorras de la Inquisición de Sevilla por el arzobispo por no ceder a sus intentos de seducción, se encuentra con que la carcelera es una antigua criada suya lo que le permite gozar de un trato más amable y, sobre todo, poder comunicarse con su familia que no sabía nada de ella. En una de las cartas que le escribe a su padre le comenta esa circunstancia y hace la siguiente reflexión:

*"Yo sufro, pero soy inocente, y esta sola reflexión me consuela y tranquiliza. ¿Podrá Dios permitir que la verdad se oscurezca, que giman oprimidas las almas justas, y que triunfen orgullosos los malvados? ¡Ah! no. Yo tengo una prueba convincente de que la providencia quiere solamente probarme, pues habiendo llevado con paciencia todos los rigores y tormentos de la prisión, ha dulcificado en cierto modo mi suerte y premiado mi conformidad. Mi mayor pena era el verme privada de la correspondencia de mi querido padre, sin poderle dar parte de mi paradero y situación, y sin poder invocar su amparo y patrocinio. [...] Mas ¡cuán incomprensibles son, padre mío, los juicios del Altísimo! Cuando estaba ya casi desesperanzada de poder participaros mi infausto destino, he aquí que una noche veo entrar en mi prisión a nuestra antigua criada, la virtuosa Lucía"*<sup>47</sup>.

Cornelia, acusada de "ateísta", es quemada por la Inquisición. Su prometido, D. Bartolomé Vargas, cuando se entera

*"a pesar de las precauciones que tomamos para paliarle la noticia, si no hubiera sido por el buen anciano que le estuvo predicando contra el suicidio como un Apóstol, creo que se*

---

<sup>46</sup> Tanto el autor como la fecha de publicación de esta novela están sujetos a controversia. Para el autor -las numerosas ediciones realizadas en el XIX son todas anónimas-, la crítica ha barajado dos nombres, Fermín Araujo y Luis Gutiérrez, si bien tanto Gerard Dufour como J.I. Ferreras la atribuyen a Gutiérrez (1771-1809), exfraile afrancesado que fue ejecutado en Sevilla acusado de espionaje al servicio de Napoleón. En la fecha no hay coincidencias. Para Dufour la primera edición se publicó en París en 1801; mientras que para Ferreras en 1800 se publicó ya una segunda edición también en París. Reproduzco las citas de ambos:

*"¿Cuándo se publicó por primera vez **Cornelia Bororquia o la víctima de la Inquisición**, la novela que tanto éxito tuvo a lo largo del siglo pasado? Si nos atenemos a Palau y Dulcet, que cita una <<segunda edición corregida y aumentada>> (París 1800), en 1799 ó 1800. Ahora bien, el famoso **Manual del librero hispanoamericano** nos suministra una información errónea copiada de **Apéndice al Índice general de los libros prohibidos...** (Madrid, 1848). En realidad, la edición <<princeps>> es la que registra la Biblioteca Nacional de París con el título de **Bororquia o la víctima de la Inquisición: un volumen in 12º, de 141 páginas, publicado en la capital francesa en 1801**". **Cornelia Bororquia**, edición de G. Dufour, Alicante, Instituto de Estudios J. Gil-Albert, 1987, p. 9.*

*"En cuanto a la primera edición de esta novela, se puede suponer que data de los dos o tres últimos años del siglo XVIII. La primera edición conocida es la de París: **Cornelia Bororquia, o la víctima de la Inquisición**, París, 1800, un tomito en 16º que reza <<segunda edición corregida y aumentada>>". **Cornelia Bororquia**, edición de J.I. Ferreras, Madrid, Vosa, 1994, p. 14.*

En la Biblioteca Nacional de Madrid hay dos ejemplares: uno -U/5863-, Madrid, 1812, 156 págs., en el que dice "Nueva edición", y que consta de 30 cartas + la última; y el otro -R/7892-, Gerona, Imprenta de A. Oliva, 1820, que consta de 33 cartas + la última. Algunas de las variantes que he podido constatar en un rápido cotejo y que comentaré más adelante, me parecen muy significativas.

Las citas corresponden a esta edición o bien a la de Ferreras entre las que, en una no detenida comparación, no he observado diferencias.

<sup>47</sup> Edc. de Ferreras cit., p. 46-47.

*hubiera tirado un pistoletazo; pero con su elocuencia, con sus dulces palabras, con sus tiernas lágrimas pudo al fin lograr Casinio que se diera a partido, y que se conformara con los decretos de la Providencia*"<sup>48</sup>.

En ambos casos la apelación a la providencia sirve para sobrellevar unas circunstancias adversas.

Si se compara la presencia de la providencia en esta novela con la de las novelas anteriores, creo que se pueden observar importantes diferencias de matiz. El comportamiento virtuoso no lleva en este caso aparejada la recompensa. Cornelia y Vargas no se apartan del mismo y, a pesar de ello, el final es trágico para ambos: ella muere y él, solo y desesperado, tiene que huir de España pues la Inquisición, que lo acusa de "ateísta", anda también tras sus pasos. ¿No sucederá, pues, que, en contra de lo que creen los personajes, no es la providencia quien rige los destinos humanos, sino poderes meramente humanos?<sup>49</sup>. En este sentido me parece muy significativo que, mientras en las novelas comentadas anteriormente las referencias a la providencia están en boca del narrador, con lo que es éste quien hace de portavoz de la ideología oficial, en *Cornelia Bororquia* el autor se inhibe dejando que sean los personajes los que las expresen. Al atribuir éstos a una fuerza sobrenatural lo que es consecuencia simplemente de un poder temporal, aunque ellos crean estar dando muestras de resignación cristiana, lo que en realidad están demostrando, tanto para el narrador como para el lector, no es sino su propia alienación.

Por último, para finalizar este apartado, voy a citar un par de casos en los que es el pueblo el que aparece directamente como beneficiario de los favores de la providencia, aunque, como expuse al principio, creo que, incluso cuando no se le nombra, el destinatario último de estos mensajes moralizantes es siempre él.

En *El Valdemaro*<sup>50</sup>, Cristerno envenena a su padre Heroldo, rey de Dinamarca, para ocupar el poder. El gobierno justo de éste da paso a la arbitraria tiranía de su hijo. Valdemaro, el otro hijo de Heroldo y legítimo heredero, consigue huir. En el destierro le suceden numerosas aventuras y se encuentra con varios personajes, que le recuerdan continuamente que su obligación es volver a Dinamarca para liberar a su pueblo de la tiranía de su hermano, pues la desesperación de los "dinamarqueses" es tal que están pensando seriamente en la posibilidad de una sublevación. El encuentro con el anciano Gesner (se trata en realidad de su

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 145.

<sup>49</sup> La denuncia del carácter opresivo de la Inquisición que utiliza la religión para fines espurios es un tema que aparece reiteradamente en esta obra. Volveré sobre él más adelante y lo comentaré con más detalle al referirme a otros aspectos de la novela.

<sup>50</sup> Su autor es Vicente Martínez Colomer (1763-1820) fraile franciscano natural de Alicante. La primera edición se publicó en Valencia en 1792; fuera por tanto de los límites cronológicos de este trabajo. Sin embargo, he decidido hacer una excepción e incluirla porque, como dice Ferreras, "a partir de *El Valdemaro*, sin duda su novela más importante, Martínez Colomer se escapa del siglo XVIII y hasta se adelanta en años a una cierta novela decimonónica". *Los orígenes de la novela decimonónica. 1800-1830*. Cit., p. 209.

La novela tuvo un gran éxito y, según Ferreras [*Ibid.*, 210], para quien sólo se conserva la cuarta edición (1816), se hicieron 4 ediciones en poco más de veinte años. Sin embargo, Guillermo Carnero, que la ha editado recientemente, contabiliza hasta 1822 cinco ediciones y afirma que existen ejemplares de todas ellas.

*El Valdemaro*, edición de Guillermo Carnero, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985, Literatura y Crítica 1, p. 24 del *Estudio preliminar*.

antiguo preceptor Andrónico que vive, también desterrado, bajo este nombre) le resulta providencial pues evita que Valdemaro en un momento de desesperación se suicide. Se decide a volver. En el camino se entera de que Cristerno, lleno de remordimientos, se ha suicidado. Valdemaro ocupa pacíficamente el poder sin necesidad de violencia. En esta novela Martínez Colomer repite una y otra vez en que la providencia lo gobierna absolutamente todo. Es más, en el prólogo deja muy claro que demostrar esa verdad es la finalidad que persigue: "*me he propuesto manifestar que la providencia de Dios asiste en todos los acontecimientos de la vida humana y que el hombre, lejos de resistir a sus disposiciones, debe dejarse gobernar por ellas*"<sup>51</sup>. Y en la misma idea insiste Andrónico, que es el portavoz de Colomer; así, cuando se encuentra con Valdemaro le dice: "*Mirad de qué suerte la providencia de Dios, que es tan admirable, ha querido que yo volviera a ver a un joven que tanto amé*"<sup>52</sup>. Y continúa:

*"Ved aquí cómo el Señor nunca se ha olvidado de vos. [...] Aquel Señor, que muestra su providencia hasta en los más viles insectos de la tierra, nunca os ha perdido de vista, antes os ha cubierto con su escudo. Pensabais haber perdido la vida entre aquellos impracticables montes y el Señor os llevó indemne hasta la presencia del piadoso y sabio Gesner para esforzar vuestro descaecimiento y alentar vuestras esperanzas. Nunca deja Dios de proteger al que ama la justicia y aborrece la iniquidad, así como nunca se olvida de confundir y exterminar a los protervos que tienen la osadía de oponerse a sus leyes; por tanto confío siempre en que Cristerno será arrancado con violencia del trono que inicualemente posee, y Valdemaro entrará a ocuparlo con aplauso universal"*<sup>53</sup>.

Y no se equivoca Andrónico. Sólo que la violencia fue autoinflingida, pues Cristerno se suicidó. Pero, ¿quién sino la providencia le pudo inspirar los remordimientos que le llevaron al suicidio? Aunque en esta ocasión Colomer no lo diga explícitamente, es evidente que fue así. Tanto el prólogo como el resto de la novela lo demuestran. Teniendo en cuenta que el oportuno suicidio de Cristerno libró al pueblo "dinamarqués" de seguir sufriendo su tiranía, queda claro quién fue en este caso el beneficiario de los cuidados de la providencia<sup>54</sup>.

El pueblo aparece también en las *Tertulias de invierno en Chinchón*<sup>55</sup>. Un grupo de gentes de la buena sociedad deciden reunirse en una especie de veladas literarias para hacer más amenas las largas noches del invierno e instruirse<sup>56</sup>. En la primera historia se cuenta que un matrimonio campesino encontró a la orilla de un río una niña de meses, hija de unos condes,

<sup>51</sup> Edc., cit., p. 52.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 81.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 91-92.

<sup>54</sup> Esta intervención de la providencia, que evita una sublevación de los vasallos, tiene evidentemente otras implicaciones. Las comentaré en el apartado que dedico más adelante a las relaciones del pueblo con el poder.

<sup>55</sup> Antonio Valladares de Sotomayor: *Tertulias de invierno en Chinchón: conversaciones crítico-políticas, morales e instructivas*, Tomo I, Madrid, Imprenta de D. Francisco de la Parte, 1815, 16 + 296 págs., BN. U/9000. La obra completa son cuatro tomos, publicados en Madrid entre 1815 y 1820. Valladares (1740-1820) fue un prolífico autor dramático.

Refiriéndose a las *Tertulias*..., escribe Ferreras: "*La supongo de imitación francesa, precisamente imitación de las Tardes de la Granja (traducción de las Soirées de la chaumière, del moralizante François-Guillaume Ducray-Duminil). Los orígenes*..., cit., p. 178.

<sup>56</sup> Al principio de la obra, el cura, que es el promotor de estas reuniones, declara cuál es su finalidad: "*Aquí se dirán noticias que instruyan y deleiten: acontecimientos que admiren e inclinen los ánimos a seguir el camino de la virtud, y detestar el del vicio*"; para obligar "*a los que los oigan con corazones sensibles, no sólo a aplaudirlos con interés, sino a imitarlos con eficacia siempre que la ocasión lo exija*". Edc., cit., p. 23.

que la perdieron como consecuencia de un naufragio. El matrimonio es extremadamente pobre y, aunque junto con la niña hallaron un estuche lleno de valiosas joyas, ni por un momento piensan en quedarse con ellas porque, como dice el marido:

*"Ofenderíamos a Dios gravemente si usáramos de ellas sin hacer antes las debidas diligencias para indagar y saber a quién pertenecen. Esto es ajeno y de lo ajeno nadie puede disponer sin licencia de su dueño. Todas estas alhajas podrían mejorar nuestra miseria; pero Dios me libre que haga de ellas otro uso que el que quiere la razón";*

y, a renglón seguido, se refiere al responsable de tan virtuosísima conducta: "*¡Oh! ¡Cuánto nos quiere, cuánto nos favorece este Señor poniéndonos presentes estos justísimos reparos*"<sup>57</sup>. Al final todo se termina solucionando: aparecen los padres de la niña y los campesinos son magníficamente recompensados. El cura, antes de que los contertulios se marchen a sus casas, les dirige unas palabras "*recomendando el amor a la virtud por ser seguro su premio*"<sup>58</sup>.

Los argumentos expresados por este pobre campesino no se diferencian absolutamente en nada de los utilizados en las citas de las novelas anteriores por los autores o por otros personajes de más elevada categoría social. Su más que probable desventaja cultural en otros asuntos no es obstáculo para que en éste tenga las ideas tan claras como esas otras clases sociales más cultivadas en todos los aspectos. Luego, parece evidente que los destinatarios de las lecciones moralizantes de todas estas novelas son todas las clases de la sociedad, y el pueblo también, aunque éste no siempre aparezca explícitamente<sup>59</sup>.

### 1.2.1.1. CONCLUSIONES DEL PROVIDENCIALISMO

- El providencialismo forma parte del acervo ideológico del Antiguo Régimen.
- Su finalidad no es otra que la creación de actitudes conformistas; cuestión que desarrollaré más adelante.
- Hay una comunión en su aceptación por parte de todas las clases sociales: pueblo y clases altas manifiestan el mismo grado de conformidad; aunque estadísticamente la presencia de las últimas es mucho mayor. Se presenta así una imagen de armonía, que no se corresponde con la realidad social de estos momentos.
- La virtud es siempre premiada. Excepto en una ocasión: **Cornelia Bororquia**. En ésta los personajes, a pesar de manifestar su confianza en la providencia y comportarse de un modo virtuoso, no reciben ninguna compensación. La opinión del autor no coincide con la de los personajes. Lo cual, además de mostrar la alienación de éstos, sería una manera implícita de afirmar que los asuntos mundanos tienen causas humanas, y por tanto de negar el providencialismo. De lo que se puede deducir que esta novela, a diferencia de las restantes citadas, responde a una ideología burguesa<sup>60</sup>.

<sup>57</sup> Ibid., p. 39-40.

<sup>58</sup> Ibid., p. 96.

<sup>59</sup> En este sentido, se podría afirmar que la moral de estas novelas es "*aplicable a todo hombre en cualquier estado*", palabras de Guillermo Carnero para definir la de el **Valdemaro**. Edc., cit., p. 38.

<sup>60</sup> Más adelante al analizar otros aspectos de la novela volveré con más detalle sobre esta cuestión. Ferreras, refiriéndose a esta novela, establece un paralelismo entre anticlericalismo y mentalidad burguesa: "*Podemos concluir que a finales del XVIII, y gracias sobre todo a la agitación revolucionaria francesa, se encuentran ya en España*

En síntesis, se puede afirmar que la ideología recogida por la novela es, de un modo casi exclusivo, la del Antiguo Régimen. Aunque aparecen también algunos indicios de una ideología burguesa, no parecen muy significativos, al menos en lo que al providencialismo se refiere.

Si bien la providencia puede intervenir directamente por medio de lo que, a ojos poco avisados o poco religiosos, podría parecer simple manifestación del azar, lo normal es que lo haga valiéndose de instituciones fuertemente arraigadas que se proclaman representantes e intérpretes de sus designios; paralelamente, ellas mismas quedan sacralizadas lo que convierte en ilegítimo el más leve intento de cuestionarlas. Me refiero a la Iglesia y a la Monarquía que van a apelar continuamente a la providencia para justificar sus decisiones. Ahora bien, así como en lo tocante a la aceptación del providencialismo la unanimidad era prácticamente absoluta, no ocurre lo mismo con estas dos instituciones.

---

*grupos sociales capaces no solamente de novelar, sino también de novelar anticlericalmente; en indudable paralelo, también a finales del mismo siglo existen en España grupos económicamente burgueses más o menos desarrollados, pero detentadores ya de una conciencia burguesa racionalista, arreligiosa, individualista, etc."*  
**Los orígenes...**, cit., p. 268.

### 1.2.2. LA IGLESIA: TUTELA Y MANIPULACIÓN.

En la novela que se hace eco de la ideología del Antiguo Régimen la Iglesia aparece siempre como guía que indica cuál es el camino de la virtud. En las *Tertulias de invierno en Chinchón*, en la historia ya referida del matrimonio campesino que encontró a una niña entre los restos de un naufragio, el marido, en cuanto amanece, se dirige a pedirle consejo "*al mayor personaje de aquel pequeño territorio: a su oráculo, a su sagrado director, es decir, a su Cura Párroco. Éste era por ventura un pastor docto, y lleno de celo por las ovejas que estaban a su cuidado*"<sup>61</sup>.

En *Voyleano o la exaltación de las pasiones*<sup>62</sup>. Voyleano, personaje melancólico y taciturno, que se ha retirado al campo "*huyendo de mi especie*"<sup>63</sup>, mantiene una relación epistolar con varios personajes, entre ellos un cura. Éste le aconseja que, para no caer en la desesperación, le encuentre un sentido a su vida dedicándose, entre otras cosas, a "*enseñar la religión y sus sagrados misterios a los segadores cuando están trabajando en el campo, cuando están segando con su sudor los surcos, y convirtiendo los terrenos en pan que tan pacíficamente coméis*"<sup>64</sup>. Difícilmente la ingenuidad puede señalar de un modo más certero la utilización de la religión al servicio de unas estructuras sociales, cuya desigualdad se justifica por la caridad en la que la Iglesia juega un papel fundamental como agente estimulador y administrador; es decir, la controla de un modo casi exclusivo. Hasta el punto de que la existencia de algunas órdenes religiosas se justifica por su dedicación a ella:

*"¿En dónde encuentran socorro los necesitados en las calamidades públicas? ¿Cuántas familias y pueblos enteros subsisten porque en los años estériles los mantuvieron los monjes? ¿Y diariamente cuántas familias perecerían si no las sostuvieran los mendicantes con el sobrante de las limosnas que reciben de sus piadosos bienhechores?"*<sup>65</sup>.

Y algunos de los que acuden a pedir limosnas a los conventos puede que sean holgazanes: "*¿Pero cuántos son jornaleros pobres que no encuentran ocupación, y viéndose perecer con su familia sin remedio alguno acuden al asilo de los necesitados, al amparo de los pobres, al domicilio de la caridad y la misericordia?"*<sup>66</sup>. Y esta labor caritativa se ilustra con una referencia a los recientes acontecimientos:

*"Bien se confesaba en Madrid el año pasado, cuando por la gran carestía del pan y demás comestibles estaban las calles llenas, no sólo de mendigos moribundos, sino de cadáveres víctimas ya de la necesidad. ¿Cómo se había de ver esto, se decía generalmente en Madrid, si hubiera regulares?"*<sup>67</sup> *¿Cuántos se mantendrían en los conventos de los que ahora vemos*

<sup>61</sup> Edc., cit., p. 41.

<sup>62</sup> Estanislao de Cosca [sic] Vayo [1804-1848], Valencia, Imprenta de Ildefonso Mompie, 1827. 2 tomos, XIV + 168 y 130 págs. BN.: R/37.789 y R/37.790.

<sup>63</sup> Tomo I, edc., cit., p. 7.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 135. No puedo evitar el señalar el paralelismo entre el consejo del cura y la actitud de D. Manuel en la novela de Unamuno *San Manuel Bueno, mártir*.

<sup>65</sup> *Los frayles vindicados por Volter* [sic] *en una carta a un corresponsal de Madrid. Y demostración de la utilidad política de la existencia de los regulares en una conversación sobre la misma carta de Volter dispuestas por* Juan Cosme de Nergán. Madrid, en la imprenta que fue de Fuentenebro. Calle de Jacometrezo 1813. [Dos tomos encuadernados juntos en el ejemplar de la BN. R/60419. El segundo tomo es de 1816. Tomo I, p. 59.

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 59.

<sup>67</sup> Téngase en cuenta que Napoleón, tras la conquista de Madrid en diciembre de 1808, redujo el número de conventos a una tercera parte. Vide: Gérard Dufour: *La Guerra de la Independencia*, cit., p. 76.

*perecer por las calles con horror y asombro de la humanidad? Pero los franceses autores de la calamidad, quitaron también todos los medios de aliviarla disolviendo las comunidades religiosas*"<sup>68</sup>.

Mientras los campesinos consideren a los que les predicán la religión y les aconsejan en los demás asuntos como sus "oráculos", y se resuelva el problema de la miseria con el reparto de limosnas y la sopa de los conventos, el conformismo y el mantenimiento del orden social están garantizados. Aparece, pues, de nuevo la armonía social en estas novelas.

Sin embargo, en otras esta misma situación no se exalta sino que se denuncia. Así en *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*<sup>69</sup>. En esta obra dos fervorosos absolutistas mantienen una relación epistolar en la que comentan los cambios ocurridos como consecuencia de la reinstauración de la constitución de 1812 tras el levantamiento de Riego. Los dos son partidarios del Antiguo Régimen y, por tanto, las cartas que se intercambian son una defensa del mismo; pero, como es Miñano quien los hace hablar, tal defensa se convierte en realidad en acusación<sup>70</sup>. No otro es el objetivo al que apunta la acalorada queja de un labriego ante un eclesiástico de lo gravosos que le resultan los diezmos:

*"Es una gran picardía que los diezmos se sigan cobrando como hasta aquí; una cosa es que los ministros de la Iglesia tengan con qué vivir decentemente, sobre todo aquellos que nos suministran el pasto espiritual, y otra cosa que nos saquen los redaños bajo el nombre de diezmo. ¿Pues qué le parece a usted, que porque seamos labradores no tenemos sacada muy bien la cuenta de lo que importa esta contribución? Lo menos, menos que nos sacan es el cincuenta por ciento de lo líquido, y algunos años no es el cincuenta sino el todo".*

Debido a ello -sigue argumentando el labrador-, él tiene que pagar "una contribución tan disparatada" que "no sólo impide que jamás prospere la agricultura, sino que nunca saldremos de pobres los que cultivamos la tierra"<sup>71</sup>. Las palabras que Miñano pone en boca del eclesiástico para defenderse de las acusaciones del labrador no hacen sino ratificarlas: "Esa voz de <<contribución>> es muy impropia cuando se trata de diezmos, los cuales son de derecho divino y deben llamarse 'retribución' ". Y, por otra parte, "yo he sido algún tiempo oficial de una mesa capitular, y sé muy bien que todo lo más que se paga por vía de diezmo no pasa de un cuarenta y ocho por ciento"<sup>72</sup>. Y, si como consecuencia de todo ello y de las malas cosechas, la situación de los labradores es de escasez y extrema necesidad, "Dios sabe muy bien lo que se hace, y no nos toca a los hombres investigar sus juicios inescrutables"<sup>73</sup>. La réplica final del labrador es una acusación directa de la situación de opresión y explotación en que viven los trabajadores del campo:

<sup>68</sup> Ibid., p. 64.

<sup>69</sup> Sebastián Miñano [1779-1845]: *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán que estaba acostumbrado a vivir a costa ajena*, 1820. Existe edición a cargo de Valeriano Bozal, Madrid, Ciencia Nueva, 1968, Col. Los Clásicos 11, 186 págs. Cito por esta edición.

<sup>70</sup> Como dice Valeriano Bozal: "Se cruzan numerosas cartas comentando la nueva situación impuesta por la venida de la Constitución de 1812 y, fervorosos absolutistas, censuran acremente los nuevos tiempos, defendiendo los pasados, defendiendo, en verdad, los abusos del absolutismo, que Miñano sabe descubrir con pocos pero precisos trazos. [...] Miñano combate con este diálogo de lamentaciones las que considera lacras fundamentales del absolutismo". *Introducción* a la edc., cit., p. 14-15.

<sup>71</sup> Edc., cit., p. 57-58.

<sup>72</sup> Ibid., p. 58.

<sup>73</sup> Ibid., p. 58.



*"Yo no entiendo esas teologías señor participe; pero sé decir a usted que mientras haya tanto cuervo y nos saquen tanto grano, siempre descargará la ira de Dios sobre los pobres labradores aunque se maten a trabajar"*<sup>74</sup>.

Cuando el cura -en la cita ya comentada anteriormente-, aconsejaba a Voyleano que predicase la religión a los segadores ¿no estaría pensando en prevenir una más que probable inversión de papeles? Es decir, ¿que los labradores, hartos de sufrir las descargas de "la ira de Dios", empezasen a descargar la suya? Parece evidente que sí; las palabras que Miñano pone en boca de su personaje unas páginas más adelante lo demuestran con absoluta claridad: *"No en vano decía un hombre docto que mientras se conservara en España la afición a la teología, no había que temer alborotos ni sediciones"*<sup>75</sup>. No deja de ser significativo que precisamente el campesino que responde al fraile no entienda de "teologías" dé muestras, si no de sedicioso, al menos sí de inconformismo.

Por otra parte, tampoco escapa a la atenta mirada de Miñano que los defensores del Antiguo Régimen trataban de evitar que el pueblo fuese utilizado por los liberales al mismo tiempo que lo usaban contra ellos. En la *Carta segunda*, el corresponsal de *El pobrecito holgazán*, don Servando Mazculla, le habla de la reacción de un fraile misionero ante la Constitución:

*"En mi vida he visto hombre más fuera de sí que cuando llegó la noticia de la jura de la Constitución: yo pensé que la iglesia se venía abajo y que todo el infierno subía a ser testigo de las amenazas y pronósticos que nos hizo. Se despidió después del pueblo diciendo que ya en adelante no teníamos que esperar perdón de Dios, por haber renunciado al cristianismo, y que tuviésemos entendido que lo mismo es constitución que herejía, y lo mismo libertad que iniquidad; y que así, mientras que no supiera que todos en masa nos levantábamos para acabar con los liberales, no teníamos que contar con sus oraciones ni con las de su convento"*<sup>76</sup>.

Y que los defensores del Antiguo Régimen están dispuestos, a fin de presionar al pueblo contra la constitución liberal a algo más que prédicas desde el púlpito, lo demuestra el Duque dueño de las tierras:

*"El administrador ya ha recibido orden de su amo para quitar las tierras a todos los vecinos pobres, a fin de que griten y clamen contra las cosas del día y no tengan a quién echar la culpa del estado en que quedan sino a la Constitución; él, por su parte, apurará ahora con doble fuerza a los renteros, para que sientan lo duro que es eso de respetar la propiedad ajena. El recetor, que había venido al cobro de ciertas cantidades atrasadas, va a aprovecharse estos días para vender la mantas y las sartenes a los miserables que no han podido pagar"*<sup>77</sup>.

No es Miñano el único en denunciar que la Iglesia actúa como soporte del Antiguo Régimen utilizando al pueblo como fuerza de contención, de lo que se deriva que el pueblo no sólo lo sufre, sino que, además, lo apoya. Razones muy parecidas esgrime Brotons en *Rafael*

---

<sup>74</sup> Ibid., p. 59.

<sup>75</sup> Ibid., p. 74.

<sup>76</sup> Ibid., p. 46.

<sup>77</sup> Ibid., p. 47.

*del Riego*<sup>78</sup>. En realidad esta obra tiene poco de novelesco. Se trata de una crónica muy minuciosa de todo lo acaecido entre el 1 de enero -fecha del levantamiento- y el 21 de marzo, en que Riego entra triunfalmente en Sevilla después de que Fernando VII hubiera jurado la Constitución unos días antes. Pero hay algunos pasajes en los que Brotons da rienda suelta a su imaginación<sup>79</sup> como, por ejemplo, cuando narra un sueño que tiene Riego en el que se le aparece Padilla, con una espada en la mano izquierda y un ejemplar de la Constitución de Cádiz en la derecha, anunciándole la gloriosa misión que le está reservada<sup>80</sup>. En el *Prólogo* denuncia cómo la Iglesia manipula al pueblo utilizándolo tanto para defender el Antiguo Régimen como para atacar a los que quieren derribarlo:

*"Parece mentira que las sugerencias del sórdido interés hayan podido de tal modo alucinar al hombre, que dirigiendo la vista por el prisma de la preocupación, no vea sino derechos en los abusos más chocantes, y legitimidad y justicia en la misma violencia. Enhorabuena los fautores del despotismo cierren los ojos a la verdad, y prediquen la degradación y bajeza, en que ellos fundan su elevación y jerarquía; pero ¡vosotras, clases útiles del estado! ¡Vosotras, que condenadas al trabajo, a la miseria y al desprecio, llevabais sobre vuestros hombros las cargas onerosas, sin haber merecido una mirada grata al poder altivo y desdeñoso! ¿Quién apagó la antorcha de vuestra razón, para seguir tan temerariamente la impostura, y abrazar la causa de vuestros más crueles opresores? ¡Ah! sólo el fanatismo, y el fanatismo religioso. Aquél que armó en otro tiempo la funesta liga, que tiñó en sangre humana las aguas del caudaloso Sena; aquél que aguzó los puñales de la noche tremenda de San Bartolomé; aquél que encendió las llamas que abrasaron a los albigenses; y aquél, en fin, que degradó a un monarca español, hasta el punto de llevar en sus hombros el primer haz de leña, para formar la hoguera, que debía consumir a sus súbditos; aquél solo, imbuido por ministros infames, ha podido armar vuestras manos, y haceros abrazar la temeraria y ridícula empresa de derribar unas instituciones, cuya conservación es el interés de la nación entera"*<sup>81</sup>.

Pero, lo más significativo es que un miembro de la Iglesia denuncia, en esta ocasión, la manipulación: *"El obispo de Cádiz publicó una pastoral, en la que desenvolvió la trivial y falaz teoría de los partidarios del despotismo"*<sup>82</sup>. La religión como tal queda así libre de culpa; los culpables son los que la utilizan torcidamente poniéndola al servicio de intereses políticos:

<sup>78</sup> Francisco Brotons: *Rafael del Riego o la España liberada*, Cádiz: año de 1822. Imprenta de la Sincera Unión del Ciudadano J.G. de la Maza. XIV + 155 págs. BN.: 2/5101. El autor se presenta como: "El ciudadano Francisco Brotons, capitán graduado y teniente del Regimiento de Infantería de la Reina".

<sup>79</sup> En el *Prólogo* se refiere el autor a sus libertades imaginativas en los siguientes términos: *"Deseoso de amenizar algún tanto su lectura, me he dejado llevar de mi imaginación algo acalorada, y he adornado con algunas ficciones la relación de unos hechos, cuya veracidad someto al juicio de tantos testigos oculares. Tales son el viage [sic] del héroe a los montes de Ansená y Verdoyanta, su sueño, el vaticinio de Padilla, el discurso del genio tutelar de la España a la Verdad, y el de esta última al monarca. Las proclamas puestas en boca de Riego estarán lejos de la oportunidad, precisión y energía de las que él habrá escrito y pronunciado; pero careciendo de las originales, me he visto precisado a reemplazarlas, y las he suplido con las que me ha sugerido mi entusiasmo"*. *Etc., cit.*, p. VIII-IX.

<sup>80</sup> Padilla se dirige a Riego en estos términos: *"Hijo predilecto de la patria [...] la suerte te destina para el recobro de la libertad española, que expiró conmigo en los campos de Villalar. Otros antes que tú tentarán esta empresa; mas sólo a tu valor el logro es reservado. Tu voz aclamará este código y muchos bravos la seguirán: tu brazo blandirá esta espada y vencerás a los esbirros del poder. [...] la patria será libre; y la juventud y la belleza te ceñirán esta corona en las orillas del Guadalquivir. Ve, deja esta soledad y cumple tu destino"*. *Ibid.*, p. 17.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. X-XI.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 49.

*"Tal es el extravío de la razón, que queriendo los hombres hacer servir la religión a sus más criminales intereses, invocan sacrilegamente el nombre de Dios, al propagar aquellas doctrinas destructoras, que están en la mayor contradicción con su admirable justicia y rectitud"*<sup>83</sup>.

Por eso, el hecho de que alguien perteneciente a la jerarquía eclesiástica sea el que haya hecho esta denuncia le hace felicitarse y mirar el futuro con optimismo:

*"Felizmente va cayendo la máscara que encubría ese mentido celo por una religión que desfiguraban, y las luces de la filosofía van disipando en nuestro horizonte los densos nubarrones de la hipocresía y del error"*<sup>84</sup>.

La manipulación del pueblo mediante la alianza poder-iglesia es denunciada con más contundencia y claridad en **Cornelia Bororquia**. Bartolomé Vargas, el prometido de Cornelia, escribe a su hermano Cipriano que es inquisidor:

*"De este modo habiendo sido el apoyo del despotismo, obtuvisteis por reconocimiento el privilegio en engañar libremente al pueblo, y de enriqueceros a costa de su ignorancia; de este modo os vendisteis por los dispensadores de las gracias y castigos celestes; de este modo os apropiasteis casi todos sus bienes; de este modo sojuzgasteis en fin todo el universo. Tal fue el pacto entre el trono y el sacerdocio: <<engañar y amedrentar para dominar y robar>>. Ve aquí las condiciones y las ventajas recíprocas, el blanco y los medios de los sacerdotes y de los tiranos, de suerte que vosotros amenazáis con el infierno a los que no se someten a los últimos, y éstos amenazan con torturas y con suplicios a los que sacuden vuestro yugo"*<sup>85</sup>.

El anticlericalismo, tan evidente en **Cornelia**, está también presente, aunque a otro nivel en **La papisa**<sup>86</sup>. Se trata de una novela en verso que, en un tono cómico, se hace eco de la leyenda, según la cual en el siglo IX hubo una mujer que, disfrazada de hombre llegó a ser elegida "papisa"<sup>87</sup>. La protagonista, Juana, hija de una irlandesa y de un sacerdote inglés, nace

<sup>83</sup> Ibid.

<sup>84</sup> Ibid.

<sup>85</sup> Edc., de Gerona, cit., p. 65.

<sup>86</sup> **La Papisa. Novela orijinal, poema en tres cantos. Ilustrado con varias notas históricas. Por un espatriado.** París: Imprenta de Rignoux, calle de S. Michel Nº 8. 112 págs. BN.: 2/31447.

No lleva ni fecha ni nombre de autor. La obra va precedida de un *Prólogo* en el que el autor se justifica de por qué, siendo católico, escribe una obra como ésta: "No es mi *Filípica* contra las instituciones, pues esta solo se dirige [sic] a los sujetos, sean quienes fueren, que por su posición han abusado de ellas". Y, a continuación, explica las circunstancias en que fue escrita, presentándose él simplemente como el editor: "Las vicisitudes políticas me hicieron conocer al autor de esta obrita que como yo y otros comíamos en el extranjero [sic] el pan de la emigración; el ser compatriotas y haber conjeniado con él, me hicieron á su muerte heredero de todos sus papeles, y aunque me encargó los redujese á ceniza, no quise que un trabajo tan minucioso é instructivo sufriera una suerte como la que él le preparaba y procuré salvarla del Auto de Fé, pensando á mi vuelta á España entregarlo á sus herederos; mas como ésta cada día se va complicando más y más, no será desgraciadamente, tan pronto como quisiera y previendo además las dificultades que necesariamente ha de tocarse pra su impresión en un pais donde la libertad es problemática, me han determinado á hacerlo en este venciendo dificultades de no poca monta, donde no hay un cajista que hable español". De lo que se deduce que fue escrita en una de las dos emigraciones -1814-1820, 1823-1833-, y que es obra de un afrancesado o de un liberal; aunque a mí me parece más probable lo segundo pues el tono irreverente es bastante acusado.

Ferreras dice que "debió tener cierta aceptación pues se publicó dos veces más, por lo menos, en los años 42 y 43, en Madrid y San Sebastián". **Los orígenes...**, cit., p. 284.

<sup>87</sup> El escritor griego Emmanuel Rhoidis (1830-1904) publicó en 1866 una novela, **La Papisa Juana**, que se hace eco de esta misma leyenda, recogida por varias crónicas medievales como la **Chronica universalis Mettensis** y

en 813. Da muestras de una aguda y precoz inteligencia hasta tal punto que a los doce años ya era doctora en todas las facultades. Enamorada de un novicio, Fulda, entra en un convento, haciéndose llamar Juan el Inglés y durante quince años se dedican al estudio y a otras actividades más placenteras<sup>88</sup>. Transcurridos esos años, deciden separarse. Fulda va a Oriente donde sigue estudiando, y Juana a Roma. Se ordena sacerdote, raya a gran altura como teólogo y, a la muerte de León IV, Juan el Inglés es elegido papa<sup>89</sup>. El pueblo lo aclama:

*"Pero el pueblo romano, que tenía  
Alta opinión de Juana ya formada,  
Recibió la elección con alegría  
Y con aplausos mil fue celebrada;  
Para el vulgo razón sobrada había,  
Aunque su aprobación no importe nada;  
Pues necedad en siendo nueva,  
Siempre el pueblo fanático la aprueba"*<sup>90</sup>.

Se enamora de un cortesano llamado Baldelo. Lo nombra cardenal. Le da una habitación al lado de la suya, y ambos se entregan desenfrenadamente a su pasión<sup>91</sup>. Se queda embarazada. Baldelo se pone nervioso, pero ella lo tranquiliza, pues ha pensado en hacer el papado hereditario y, para ello, sólo tienen que propagar entre el pueblo que ha ocurrido un milagro:

*"Para que todo obstáculo cesase  
A el innovar lo que dictó su celo  
Fuera bien que un milagro se formase,  
O suponer la voluntad del cielo:  
Que de revelación algo se hablase,  
Y que la relijión diese su velo;  
Pues si tan fuertes medios empleamos,*

---

por alguna obra de teatro como *El misterio de Frau Jutten*.

Vide: *Diccionario literario*, Barcelona, Hora, 1988, tomo VII, p. 870-871.

<sup>88</sup> "Allí todo el día pasaban estudiando / y las noches placeres devorando". Lo que le parece al autor una excelente manera de emplear el tiempo: "Mas de tejas abajo, hablando en plata, / ¿pudieron adoptar cosa más grata?". Edc., cit., p. 12.

<sup>89</sup> Esta elección merece un comentario irónico del autor en el que deja traslucir tanto su anticlericalismo como cierto antifeminismo: "Mucho el mérito propio hacer podía, para que obtase [sic] aquel a la Tiara;/ Mas como al cabo Juana reunía / De fraile y de mujer la mezcla rara, / No me atrevo a afirmar que no usaría / De la intriga que el uso ya adoptara: / Femenil arte unida a la fraileasca, / ¿Qué cosa no intentará que no floresca?". *Ibid.*, p. 37.

La ironía sube de tono en las páginas siguientes: "¡Que se elevara a papa una ramera...! / ¡Y que sentase sobre el solio santo / tan inmundo <<traseo>>...! / causa espanto". Tanto que, hasta el Espíritu Santo sale huyendo: "Hay tradición que la Paloma Santa / Que precide en el alto Vaticano, / De terror y de escándalo se espanta / A el ver a una mujer Papa Romano; / Y sin mezclarse en la elección, levanta / De tal morada el vuelo soberano; / Y formando en el vuche agudo ruido / Voló veloz hasta el celeste nido". *Ibid.*, p. 38-39.

<sup>90</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>91</sup> "Desde aquel día, Juana vehemente / Probó con él la dulce tramontana, / De seis veces, lo menos, por semana". Los curiales del Vaticano sólo se preocupan de enriquecerse, "Mientras ella en sofá, o en blanda cama / Noche y día atizó la impura llama". *Ibid.*, p. 63.

*De el pueblo se obtendrá lo que queramos.  
Aunque sea en verdad cosa muy rara  
Quiero comunicarte un pensamiento:  
Que para Virgen o que el Papa para,  
¿No es igual para nosotros el portento*"<sup>92</sup>.

Le pide que haga circular entre el pueblo la noticia de que el papa se ha convertido en mujer, cosa que a Juana le resulta verosímil que pueda ser creída pues:

*"Escucha mas: de todos es sabido  
Que en algunos el secso se germina;  
En muger a Tirecias convertido  
Creyó la Grecia; diestro dicemina  
Entre el pueblo, que a mí me ha sucedido  
El mismo caso, que él no lo ecsamina;  
Que si esto lo creyeron los paganos,  
Mejor han de creerlo los cristianos*"<sup>93</sup>.

Pero, comienzan a sucederse una serie de catástrofes naturales: inundaciones, plagas y:

*"El pueblo de este azote intimidado,  
Que pestilencia y carestía predice,  
Contra su soberano incomodado,  
¿Qué hace su Santidad? uno a otro dice;  
¿De el poder celestial no se halla armado?  
¿Pues por qué la langosta no maldice?  
¡Por qué a su voz tan santa y venerada  
Esta plaga no queda esterminada!  
¿Piensa él del cielo contener las plagas,  
Acaso con tener ociosamente  
Sus santísimas manos en las bragas?  
En torno al Baticano la insolente  
Plebe con voces de furor no vagas,  
se iba uniendo tumultuosamente*"<sup>94</sup>.

Ante la presión popular no le queda más remedio que dirigirse a los sembrados para tratar de conjurar las plagas:

*"Y entre el clamor del fiel pueblo romano,  
Bajo un gran quita-sol de seda y cedro,  
iba en su mula el sucesor de Pedro.  
Confuso el populacho le seguía;  
El alto clero, y los sorchantres roncós  
Entonaban la divina Letanía;  
La turba destemplada en gritos broncos,*

---

<sup>92</sup> Ibid., p. 67.

<sup>93</sup> Ibid., p. 67.

'ora pro nobis', luego repetía"<sup>95</sup>.

Ese mismo día le vino el parto por lo que dio a luz delante de todo el pueblo que, furioso, quiso arrojarla al Tíber:

"Crece el tumulto fiero y ominoso,  
Y de el pueblo feroz la saña altiva,  
Quiere en el Tíber arrojarla viva"<sup>96</sup>.

El clero lo impide, pero ella muere como consecuencia del parto. La novela, tras relatar jocosamente las precauciones tomadas por la curia para que en lo sucesivo no se presentase un caso semejante<sup>97</sup>, termina como empezó: con la insistencia del autor en que su intención no es atacar a la Institución sino a las personas, al tiempo que manifiesta su profundo respeto por aquélla<sup>98</sup>.

Dos son los aspectos que, a mi juicio, merecen ser destacados: el alcance del anticlericalismo y el concepto del pueblo que aparece en la novela.

Aunque el autor declare, tanto al principio como al final, que su crítica solamente va contra las personas y no contra la Iglesia como institución, pienso que no hay creerle. Es evidente que la Iglesia sale muy malparada; las constantes ironías, sarcasmos e irreverencias nos presentan una imagen desmitificada de ésta y, por mucho que pretendan centrarse en los representantes, es difícil que no alcancen también al representado: la "espantada" de "la paloma santa" haciendo ruidos con el "buche" es lo suficientemente explícita<sup>99</sup>. Por tanto, los resultados van más allá de la declaración de intenciones de su autor. No se denuncian sólo los abusos de los miembros de la jerarquía, como en *Cornelia Bororquia*, sino que la legitimidad divina de la institución queda claramente en entredicho. En este sentido, esta obra, a pesar de su carácter burlesco, me parece mucho más "seria" que *Cornelia*. El tono cómico, por lo iconoclasta que resulta, le da a *La Papisa* un alcance crítico mucho más profundo.

Por lo que al pueblo se refiere, no sólo aparece manipulado, sino también como fácilmente manipulable, lo que resulta bastante fácil por su ignorancia y es la causa de su comportamiento fanático. Pero la actitud del autor ante estos hechos es totalmente diferente de la de Luis Gutiérrez<sup>100</sup> quien, como se ha visto, también los denunciaba en su *Cornelia*.

<sup>94</sup> *Ibíd.*, p. 85.

<sup>95</sup> *Ibíd.*, p. 88.

<sup>96</sup> *Ibíd.*, p. 91.

<sup>97</sup> "Para que nunca más se presentase / Igual caso, fue entonces prevenido, / Que un sillón perforado se formase, / Do sentado el Pontífice elejido / con la mano por bajo se tocasse, / Hasta dejar su secso convencido; / Prueba que muchos años fue observada, / Mas con los Papas de hoy es escusada". Y en nota, afirma, que el encargado de dichas comprobaciones, el "Cardenal Camandulence", una vez realizadas satisfactoriamente, las certificaba con la frase: "Papam virum habemus". *Ibíd.*, p. 95.

<sup>98</sup> "¿Pero qué importa todo? ¿Menos santa / será la iglesia o menos la fe pura? / Una y otra brillante se levanta / Cual luce el sol sobre cloaca impura". *Ibíd.*, p. 98.

<sup>99</sup> Lo mismo puede decirse de la "desconfianza" del cuerpo cardenalicio en el Espíritu Santo al final de la novela. Parece claro que éste no le ofrece las suficientes garantías. Para evitar que en sucesivas elecciones se vuelva a caer en el error que se cometió con Juana, en lugar de encomendarse a su protección lo hacen al tacto del "Cardenal Camandulence".

<sup>100</sup> Y, por supuesto, la de estos dos es antagónica de la de Antonio Valladares y Estanislao de Cosca quienes se mueven en otra dimensión. Esto lo comentaré más adelante.

Mientras que en ésta la que aparece en primer plano, convirtiéndose así en el centro de la denuncia es la Iglesia, es decir, la manipuladora; en *La Papisa*, es el pueblo: el manipulado. O, dicho de otro modo, el fanatismo, que en *Cornelia* se le achaca a la Iglesia, en *La Papisa* aparece encarnado en el pueblo. Por supuesto que la causante sigue siendo aquélla, pero la causa queda en segundo plano y lo que aparece en el primero es el efecto. Este cambio de perspectiva me parece importantísimo porque son los acontecimientos históricos que han ocurrido en el corto espacio de tiempo que va de 1800 a los años de la primera emigración o de la segunda -que sea una u otra, como vamos a ver es casi irrelevante-, los que la han provocado. Luis Gutiérrez en 1800 centra sus ataques en el fanatismo de la Iglesia porque, como típico representante de la mentalidad ilustrada<sup>101</sup>, ve al pueblo como víctima inocente que sufre una situación de opresión de la que, además, no es consciente. El obstáculo que dificulta el triunfo de las nuevas ideas es, por tanto, la Iglesia que se vale para ello del pueblo. Por eso, piensa que denunciándola este obstáculo tiene que desaparecer, pues es impensable que el pueblo, cuando conozca su situación, pueda seguir apoyándola. El racionalismo dieciochesco, que en España no había visto todavía al pueblo en acción<sup>102</sup> y por ello lo consideraba quizás con excesivo paternalismo, podía permitirse este optimismo. Sin embargo, el autor de *La Papisa* ha sido testigo del Motín de Aranjuez, de las motivaciones de las guerrillas, de las arengas de los frailes contra la impiedad de los franceses, ha oído el grito de "*¡Vivan las caenas!*", ha presenciado las confiscaciones y quemas de libros, la exaltación místico-patriótica de Fernando VII..., y, como consecuencia de todo ello, ha tenido que salir al destierro por lo menos una vez, puede que dos. Puestos en este caso, el número de sus experiencias sería mayor: habría visto a una turba embrutecida romper las puertas de la cárcel y linchar a Vinuesa, entregarse al saqueo de las pertenencias de los liberales en Sevilla en junio del 23 y, sin embargo, mostrar la más absoluta pasividad ante la invasión de los mismos que, quince años antes, provocaron una insurrección en todos los rincones del territorio nacional: el mismo pueblo que reaccionó tan enérgicamente contra Napoleón, se comporta con absoluta indiferencia y sumisión ante Angulema. Es decir, este "*espatriado*" que firma *La Papisa*, ha tenido -a diferencia del Luis Gutiérrez que escribía en 1800- suficientes experiencias de cómo el pueblo es un formidable baluarte del absolutismo. Luego, a sus ojos, el obstáculo principal no es el fanatismo de la Iglesia; ésta, por sí sola, poco podría si no contase con él como fuerza de choque. Por eso, como hacía el autor de *Cornelia*, no se limita simplemente a centrar los ataques en ella olvidándose de sus aliados con la esperanza de que, dada su situación de opresión, se pondrían inmediatamente al lado de los que denunciases dicha situación<sup>103</sup>. Para este autor este planteamiento es ingenuo. De ahí que el "*espatriado*" perciba al pueblo más como verdugo que como víctima y que su actitud hacia él no sea de identificación compasiva

<sup>101</sup> Afrancesado y acusado de espionaje, fue ejecutado en Sevilla en 1809. Vide nota 46.

<sup>102</sup> No obstante, ya analizaré más adelante cómo en esta misma novela sí que aparece el pueblo en acción al final de la misma cuando tiene lugar la ejecución de Cornelia. Ante tamaña barbarie, aprobada y frenéticamente aplaudida por el pueblo, la actitud del autor hacia éste no va a ser la misma.

<sup>103</sup> Entre otras cosas porque esa denuncia no podía llegar al pueblo. Ni los ilustrados ni los liberales tenían nada que ni remotamente pudiese competir con el "aparato de propaganda" de la Iglesia. El ámbito de influencia de la prensa -por poner un ejemplo-, comparado con el de los púlpitos era realmente restringido. Y a esto hay que añadir

sino de distanciamiento: las ironías sobre la credulidad popular en milagros y demás supercherías y lo fácil que resulta engañarle son ilustrativas a este respecto. Y de ahí también que, si el autor de *Cornelia* lo consideraba como un potencial aliado y utilizaba la denuncia de su opresión para socavar el Antiguo Régimen, el de *La Papisa* lo vea como un formidable aliado del despotismo y enemigo del liberalismo; desde esta perspectiva lo único que puede sentir es desprecio: no otra cosa indican términos tales como "vulgo", "populacho", "insolente plebe", "turba" y otros semejantes que para referirse a él utiliza reiteradamente en las citas precedentes.

Como síntesis de todo la anterior, se puede afirmar que, por encima de cualquier otra consideración, el autor expresa el convencimiento de que el pueblo es una rémora tremenda para hacer la revolución a la que aspiran los liberales; a este convencimiento ha llegado como consecuencia de las amargas experiencias<sup>104</sup> sufridas en los últimos años, experiencias que necesariamente han tenido que hacer de él un personaje desengañado y escéptico. El desprecio, el sarcasmo, el tono cómico, la ironía..., pueden ser interpretadas como salidas emocionales, que ejercen una función de catarsis de ese desengaño, y como una venganza contra quien se lo ha provocado. Pero la venganza no deja de ser también una forma de catarsis.

#### 1.2.2.1. CONCLUSIONES DEL TRATAMIENTO DE LA IGLESIA.

Una vez analizadas las relaciones Iglesia-pueblo en las novelas precedentes, creo que éstas se pueden clasificar en tres tendencias atendiendo a las diferentes visiones que tanto de la Iglesia como del pueblo -bien entendido que una determinada concepción de la Iglesia condiciona la del pueblo y viceversa-, se reflejan en dichas novelas.

A) Novelas que reflejan la ideología del Antiguo Régimen: *Tertulias de invierno en Chinchón* y *Voyleano o la exaltación de las pasiones*. En éstas el pueblo muestra un respeto idolátrico por la Iglesia y ésta una tutela providencialista hacia el pueblo. Ambas actitudes se basan en la aceptación por parte de unos, y la pretensión por parte de los otros, del origen divino de la institución. Estas actitudes no se agotan en sí mismas sino que transmiten la imagen de una sociedad que se caracteriza por el conformismo y la armonía: no existen ni tensiones ni conflictividad. Por supuesto, esta imagen no coincide con la realidad histórica: ya se vio en la introducción histórica cómo las agitaciones campesinas y las reivindicaciones de tipo social son constantes. Se trata, por tanto, de una imagen "interesada" encaminada a la preservación de las estructuras sociales del Antiguo Régimen.

B) En la segunda tendencia se pueden incluir un grupo de novelas en las que es esto precisamente lo que se censura. Los *Lamentos políticos de un pobrecito hablador*, *Rafael del Riego* y *Cornelia Borrorquia* denuncian la situación de opresión en que vive el pueblo. La

---

la censura y el escaso número de los que sabían leer.

<sup>104</sup> En este sentido hay un detalle que me resulta curioso y llamativo, y para el que, por ahora, no encuentro explicación. En mi opinión, es evidente que la génesis de la novela está originada por los acontecimientos contemporáneos de la historia de España. El mismo autor lo declara explícitamente en el prólogo. ¿Por qué no se centra en alguno de esos sucesos en lugar de ir a buscarlos al siglo IX? ¿Es que acaso no había en la historia reciente de España suficientes casos de fanatismo como para tener que recurrir a la Alta Edad Media?



Iglesia, aliada con el absolutismo, y extralimitándose en sus funciones pues, siendo una institución divina, se preocupa únicamente de los asuntos materiales, manipula al pueblo y lo utiliza contra el liberalismo. Estas novelas no cuestionan la institución; simplemente denuncian sus abusos; abusos cuya principal víctima es el pueblo. Por eso, mantienen hacia éste una actitud compasiva, paternalista intentando separarlo de la órbita de influencia eclesiástica para, al restarle apoyos, minar la fortaleza del Antiguo Régimen que es realmente el blanco al que apuntan. También estas novelas lógicamente transmiten una imagen de la sociedad; la uniformidad de las anteriores desaparece y nos encontramos con una sociedad más compleja: la conflictividad y las tensiones son evidentes, pero entre liberalismo y absolutismo. El pueblo como tal no les interesa; solamente se ocupan de él y denuncian su situación en cuanto "aliado"-víctima del Antiguo Régimen porque es quien más sufre sus abusos: se convierte así en "metáfora" de la denuncia de esos abusos. Por eso no se le percibe como conflictivo; no se ve que puedan tener sus reivindicaciones específicas. Yo diría que estos novelistas, el grupo social cuya ideología representan, están convencidos de que, si logran atraer al pueblo a su esfera de influencia y derribar el absolutismo, las aspiraciones de todos quedarán satisfechas: la armonía social no está en el presente, como las novelas del grupo anterior pretenden, pero sí en un futuro próximo que se divisa ya en el horizonte. Esta imagen se acerca más a la realidad histórica pero tampoco coincide exactamente con ella, entre otras cosas porque es demasiado ingenua en lo que al pueblo se refiere. Es también una imagen "interesada" que responde, en mi opinión, a la ideología de los ilustrados y liberales moderados, tal vez con un mayor componente de liberalismo que de ilustración; aunque, como analizaré en el punto siguiente, en otras cuestiones la moderación es sustituida por un tono más radical o, al menos, más retórico.

C) La tercera tendencia estaría formada por *La Papisa*. Es la que va más lejos en su crítica. Por medio del sarcasmo pone en cuestión el origen divino de la Iglesia. Ésta es una institución humana, y como tal está inmersa en todo tipo de inmoralidades y corruptelas. Tan humana es que comete errores tan tremendos como el que aquí se narra. Sin embargo, ha tenido la habilidad de fanatizar al pueblo aprovechándose de su necedad e ingenua credulidad. Precisamente por ser tan necio e ignorante es difícil que el pueblo pueda ser sacado de su influencia. El autor se muestra escéptico y desengañado respecto a la posibilidad de contar con él como aliado revolucionario porque ha dado repetidas muestras de lo contrario: el pueblo no se interesa por la revolución; lo cual es cierto, como se puso de manifiesto en la introducción histórica; pero gran parte de la culpa, como también se vio, es de la minoría liberal que no consiguió "interesarlo". ¿Responde esta visión a la ideología de un liberal exaltado desengañado? Yo creo que sí<sup>105</sup>.

En síntesis, tres visiones del pueblo: tutela providencialista en las "novelas del Antiguo

---

<sup>105</sup> Bajo la superficialidad de la anécdota y los sarcasmos triviales y en bastantes ocasiones chocarreros, yo no puedo dejar de percibir una profunda angustia. ¿Acaso no hacía Quevedo lo mismo? En este sentido el *Prólogo* me parece fundamental. En mi opinión nos sitúa en la verdadera perspectiva para entender la novela. Recordemos que declara que, después de haber guardado durante un tiempo el manuscrito porque esperaba que pronto sería su vuelta a España, se decide a publicarlo porque esa vuelta "cada día se va complicando más y más, y no será desgraciadamente, tan pronto como quisiera". ¿No encierran estas palabras una gran amargura? Amargura que recuerda la de Larra unos años más tarde.

Régimen" porque se cuenta con él como aliado<sup>106</sup>; paternalismo filantrópico en las de ideología ilustrada-liberalismo moderado porque quieren ganárselo para socavar el absolutismo; y distanciamiento sarcástico en las de ideología liberal exaltada porque lo ven como uno de los principales obstáculos para el triunfo de la revolución burguesa.

---

<sup>106</sup> Ya veremos que dentro de unos años, cuando ese pueblo sumiso empiece a concienciarse y a "independizarse" de la tutela de la Iglesia y participe activamente en la revolución burguesa o busque su propia emancipación como clase, los autores conservadores lo van a retratar también como brutal, soez, etc. Cuando ya no puedan controlarlo se dedicarán a insultarlo y menospreciarlo. Es el caso de Fernán Caballero, Pereda y otros.

### 1.2.3. RELACIONES PUEBLO-PODER.

Si, como se ha visto en el apartado anterior, no existe unanimidad en la aceptación del papel que la Iglesia pretende arrogarse, tampoco lo existe en el caso del poder; de ahí que la concepción que del mismo aparece en la novela de este período responda más o menos a las mismas opciones ideológicas señaladas en dicho apartado. Aunque, hay algo en lo que todas las novelas que voy a citar a continuación coinciden: la aceptación de la monarquía como forma de gobierno.

Voy a analizar, en primer lugar, una serie de novelas en las que aparece la defensa del poder absoluto aunque no siempre de un modo explícito. En *Voyleano o la exaltación de las pasiones* se considera de lo más natural que el pueblo se levante contra los franceses en defensa de su legítimo rey:

*"Los amigos de Voyleano, aquellos que estaban alistados para formar una partida en defensa de nuestro soberano, juzgaron ser el momento de la explosión, y gritaron denodadamente 'viva el Rey'. A este grito nacional el pueblo entero se armó"*<sup>107</sup>.

Los segadores, a los que el cura pretendía que Voyleano les predicase la religión para mantenerlos tranquilos y pacíficos, forman parte de este pueblo al que ahora el mismo Voyleano y sus amigos incitan a sublevarse contra los franceses. Tanto en un caso, trabajando en paz, como en el otro, luchando contra los franceses, el fin es el mismo: mantenimiento del Antiguo Régimen del que es garantía la ocupación del trono por Fernando. Voyleano será condenado a muerte por los franceses. Y, poco antes de ejecutarse la sentencia, hace una reflexión sobre su situación relacionándola con la de los reyes europeos que subieron al cadalso por defender el poder absoluto; ¡claro está!, Voyleano plantea la cuestión en otros términos:

*"El cadalso se convierte en altar, cuando sube a él un inocente. Mi crimen es la lealtad a mi soberano, y mi amor a la patria que me vio nacer. Los delitos de opiniones distan mucho de los delitos comunes. Por los primeros mueren hombres de bien, y por los segundos los más soeces de la sociedad. Dos Reyes ha visto ya Europa sobre un tablado; y a su inocencia y sus virtudes han dado sus verdugos el nombre de traidores a la nación que les había obedecido temblando"*<sup>108</sup>.

La defensa tanto de Fernando VII, como de Luis XVI parece evidente. Defensa explícita de Fernando VII y su gobierno encontramos en *Jaime el Barbudo*<sup>109</sup>, aunque no sea éste el tema central de la novela que comentaré más adelante: "El glorioso término de la guerra llamada de la

<sup>107</sup> Edc., cit., Tomo II, p. 14.

<sup>108</sup> *Ibíd.*, p. 122-123.

Parece claro que debe referirse a Carlos I de Inglaterra, decapitado en 1648, tras perder la guerra contra Cronwell, y a Luis XVI de Francia guillotinado en 1793. No deja de ser curioso que Voyleano, para defender los derechos del absolutismo, utilice aquí una terminología -"delitos de opiniones"- que va a ser característica del pensamiento liberal precisamente para quejarse de los abusos del Antiguo Régimen.

<sup>109</sup> *Jaime el Barbudo o sea la Sierra de Crevillente*, novela de Ramón López Soler publicada en Barcelona en 1832. Existe edición moderna de Enrique Rubio Cremades y María de los Ángeles Ayala Aracil, Sabadell, Caballo-Dragón, 1988, col. Los Inencontrables.

*Independencia preparó a España los beneficios de un reinado restaurador y pacífico*<sup>110</sup>. Y en otro pasaje declara el autor que entre las preocupaciones de "un gobierno tan celoso como el de España" se encontraba el "procurar el bien y la tranquilidad de los pueblos"<sup>111</sup>.

En *Los bandos de Castilla* nos encontramos con dos concepciones del poder o, quizás mejor, dos maneras de ejercerlo: la de quienes abusan de él en beneficio de sus propios intereses y la de quienes gobiernan mirando al interés común; el pueblo mostrará su descontento con unos y su estimación hacia los otros, pero en ningún caso se rebelará. Como ya dije el marco histórico en el que se encuadra esta novela está constituido por los conflictos entre Castilla y Aragón en tiempos de Juan II, conflictos que, desde la óptica de López Soler, fueron causados por la ambición de D. Álvaro de Luna. Las descripciones que hace el autor de las relaciones entre el poder y el pueblo en Castilla y Aragón son radicalmente antagónicas. Juan II es presentado como un buen monarca pero demasiado débil:

*"Tan a propósito era el monarca para atender a estos literarios ejercicios, como pequeño y menguado para sufrir las incomodidades y trabajos del arte de mandar a los hombres. A poco rato que se dedicase a ello se sentía oprimido y congojoso, y soltaba el gobernalle del estado, abandonándolo en manos de sus favoritos para entregarse de nuevo a la molicie y blandura, conducta bien opuesta al espíritu guerrero, robusto y varonil que siempre manifestaran los soberanos de Castilla. [...] Rey bondadoso y clemente, que acaso hiciera feliz a su pueblo en épocas de prosperidad y holganza; pero que ni pudo hacerse feliz a sí mismo luchando con los disturbios y alteraciones, que, a manera de impetuosas oleadas, inundaban por todas partes las Castillas en el siglo XV*<sup>112</sup>.

Además, los grandes llevan una vida de lujo y dispendio insensibles a la situación del pueblo que se limita a soportar estoicamente las consecuencias:

*"Verdad es que los torneos y el canto de los trovadores alternaban con las continuas enemistades y los reñidos encuentros; pero muy poco aliviaban al pueblo tales espectáculos, puesto que a ellos sucedían otra vez los alborotos y las devastaciones*<sup>113</sup>.

Precisamente esta debilidad va a propiciar el que en esa corte surjan toda clase de disensiones y banderías que intentarán sacar beneficio de la escasa energía de la corona:

*"Generalmente parecían injustas las ambiciosas pretensiones de los infantes de Aragón; pero, de todas maneras, más tolerables que el orgullo y la desenfrenada codicia de don Álvaro de Luna. La soberbia de este favorito había enconado de tal suerte los ánimos, que era por doquiera aborrecido como el tirano de su país y el enemigo de la prosperidad ajena*<sup>114</sup>.

Y el mismo comportamiento que el padre tiene el hijo, don Pelayo de Luna, quien junto con

*"otros caballeros jóvenes y disolutos, cometían los mayores desaguisados y torpezas, so color de las enemistades de los grandes, y apoyados en la debilidad del rey y en el prestigio de que gozaba en la corte el primogénito del valido. De aquí podía decirse que era aborrecido don*

<sup>110</sup> Edc., cit., p. 80.

<sup>111</sup> *Ibíd.*, p. 140.

<sup>112</sup> Edc., cit., p. 73.

<sup>113</sup> *Ibíd.*

<sup>114</sup> *Ibíd.*, p. 70. Tal vez no sea ajeno a la simpatía que, tanto en este pasaje, como en otros muchos de la novela, muestra López Soler por lo Aragonés, el hecho de fuera natural de Manresa.

*Álvaro como varón público, y su hijo, como hombre privado: Aquél se dejaba arrastrar de una ambición que no conocía freno; éste, de bajas y lujuriosas inclinaciones; el primero sembraba discordias entre los grandes, suscitaba querellas y desolaba los reinos; el segundo, insultaba a los ancianos, no respetaba a las vírgenes y cubría de luto a las familias*<sup>115</sup>.

Lógicamente, este uso abusivo que hacen del poder explica que no cuenten con las simpatías del pueblo quien, durante la celebración de un torneo en Segovia en el que participan don Pelayo y sus mantenedores, manifiesta el nulo aprecio que les tiene:

*"La arrogancia y el ceño de estos guerreros, singularmente el hijo del condestable y don Rodrigo de Alcalá, a causa de ser primogénito el primero, y grande amigo el segundo, de don Álvaro de Luna, los había hecho odiosos al pueblo, que los tenía como los tiranos de su país. Abroquelados con el favor de que gozaba en la corte este poderoso valido, despreciando siempre por inclinación y por jactancia todo principio de humanidad, y tratando a cautivos y vasallos con una aspereza de que hay pocos ejemplares; habíanse atraído con harta razón el odio de los cristianos y el aborrecimiento vengativo de los moros*"<sup>116</sup>.

Y cuando comienza el torneo *"animaba el pueblo con altas aclamaciones y otros indicios de interés a sus contrarios, deseosos de ver por tierra el orgullo de Pelayo de Luna y Rodrigo de Alcalá"*<sup>117</sup>. Sin embargo, al principio los deseos del pueblo no se cumplen; don Pelayo y sus mantenedores van venciendo a todos su rivales y, además, *"provocaban con ojos airados a la descontenta muchedumbre"*<sup>118</sup>. Por eso, cuando se presenta al torneo don Ramiro de Linares, confía en que éste le proporcione la satisfacción que están esperando: *"El pueblo empezó a aplaudirle por la esperanza de hallar en el Caballero del Cisne el único que sostuviera el honor de la jornada, y humillara la jactancia de los que se llevaban la palma del torneo"*<sup>119</sup>. Don Ramiro vence y el pueblo lo vitorea; y es que éste, al contrario que D. Álvaro y su hijo, era *"querido y ensalzado de los pueblos en razón de la nobleza de sus principios, franco desprendimiento, mansa y apacible condición"*<sup>120</sup>.

Don Ramiro forma parte del mundo aragonés y la nobleza de su carácter es la misma que impera en este mundo. Enterado de que los Luna lo persiguen, se dirige a su tierra. Se refugia en el castillo de San Servando, perteneciente al Señor de Urgel, que se encuentra preparando la guerra contra Castilla. La simple descripción del castillo nos introduce ya en un ambiente y en unas relaciones sociales que están en las antípodas de la corrompida y disoluta Castilla:

*"Ya llegaban los dos jóvenes caballeros al castillo de San Servando, vasto y grosero palacio sin ninguno de los prolijos adornos que hermozeaban en aquella época las moradas de poderosos barones. Los muros que lo rodeaban y las paredes del cuerpo del edificio eran de singular robustez: en todo se descubría la infancia del arte, y hasta las escasas labores que coronaban algunas de las ventanas, daban idea de una mano harto rústica y pesada"*<sup>121</sup>.

<sup>115</sup> *Ibíd.*, p. 71-72.

<sup>116</sup> *Ibíd.*, p. 19-20.

<sup>117</sup> *Ibíd.*, p. 21.

<sup>118</sup> *Ibíd.*, p. 21.

<sup>119</sup> *Ibíd.*, p. 22.

<sup>120</sup> *Ibíd.*, p. 71.

<sup>121</sup> *Ibíd.*, p. 83. López Soler nos está avisando aquí de que la conservación y cultivo de las virtudes tradicionales, como la rudeza de costumbres, es la mejor garantía para el mantenimiento del orden social vigente, mientras que los refinamientos y comodidades llevan directamente a su destrucción. Exactamente lo mismo hace Agustín Pérez Zaragoza un año después -1831- en la *Introducción analítica* a su *Galería fúnebre*. Tras lanzar un furibundo

El poder no se utiliza aquí, como ocurre en Castilla, abusivamente por parte de los que lo ejercen, sino como ejemplo y guía del pueblo *"Elevábase en la cumbre de la sierra desde donde dominaba un dilatado país, tan áspero e inculto, al parecer, como la arquitectura de aquel alcázar solitario"*<sup>122</sup>. Por eso, el pueblo se mantiene como una piña en torno a su señor:

*"No obstante, la rudeza de los vasallos de San Servando era en algún modo compensado por un valor a toda prueba, y una fidelidad que jamás se vio desmentida. Zafios y feroces, pero robustos y esforzados, seguían a su señor en el campo de batalla, y celebraban en versos provenzales, rebosando de energía, sus inmortales proezas"*<sup>123</sup>.

El conde Arnaldo, que tampoco en esto se parece a los Luna, vive con la misma modestia y frugalidad que sus vasallos:

*"Las salas ocupadas por Matilde de Urgel y sus sirvientas tenían muy sencillos adornos, al paso que brillaba en ellos un pulidísimo aseo y el más exquisito gusto. Parece que se habían propuesto los dos hermanos gastar lo menos posible en ornatos lujosos, a fin de que no faltasen al conde los medios de ejercer con brillantez, y aun con profusión, las virtudes hospitalarias, para aumentar de esta manera el número de sus vasallos y prosélitos"*<sup>124</sup>.

De esta manera ha conseguido el respeto de su pueblo, que siente por él una devoción que contrastan vivamente con la animadversión que provocan los Luna entre la gente castellana:

*"Apenas habían salido de la sala del festín, oyeron cómo resonaban en ella por mucho tiempo mil fervorosos brindis en honor de Arnaldo y a la prosperidad de su casa, lo cual dio al Caballero del Cisne idea de lo mucho que lo estimaban sus vasallos"*<sup>125</sup>.

Una sociedad en la que existe esta comunión poder-pueblo, es necesariamente una sociedad en la que reina la armonía. La descripción del regreso al castillo, tras haber participado todos juntos en una cacería, es paradigmática de esa armonía:

*"Los vasallos del conde rompían la marcha, llevando sujetos los canes por medio de las cadenas de bronce pendientes de sus collares; seguíanles los pajes y los palafreneros, cantando canciones báquicas en torno de rústicas andas hechas de troncos de árboles y llevadas por membrudos montañeses, sobre las cuales iban las víctimas de la sangrienta cacería, cubiertas de verdes ramas de encina y pino, en las que aún brillaba el rocío de la noche. [...] Venían después hablando, familiarmente, los feudatarios, capitanes y barones que habían tomado parte en el bélico pasatiempo; y en medio de ellos, querido y acatado, el joven conde de Urgel y su hermana Matilde, objeto universal de las atenciones, y particularmente servida por el obsequioso Ramiro de Linares. El coraje y la pertinacia de los animales que lucharon, la templanza deliciosa de la mañana, y los ricos despojos recogidos en la batida, fue constantemente el sabroso argumento de sus pláticas y agradables altercados"*<sup>126</sup>;

procesión, pues, perfectamente organizada y jerarquizada, como la sociedad a la que sus

ataque contra *"la molición de las ideas, y las costumbres afeminadas de la juventud"*, cita una máxima de Plutarco: *<<Roma de cabaña fue invencible, y Roma de mármol fue vencida>>*. Y termina diciendo: *"No hubieran cambiado muchas ciudades sus laureles por dignidades aparentes y opulentas si hubiesen sostenido el carácter de bronce que se les ciñó"*. Edc. cit., p. 58 y 59.

<sup>122</sup> *Ibíd.*

<sup>123</sup> *Ibíd.*

<sup>124</sup> *Ibíd.*, p. 87.

<sup>125</sup> *Ibíd.*, p. 86.

<sup>126</sup> *Ibíd.*, p. 105.

participantes pertenecen.

Es decir, la "debilidad" castellana y el "vigor" aragonés se corresponden con los modelos de dos tipos de sociedad: una en la que, por culpa de advenedizos ambiciosos que conciben el poder como un privilegio y hacen un uso espurio de él, la monarquía se halla debilitada y el pueblo desprotegido en manos de una camarilla de desaprensivos. Y otra, en la que el poder es ejercido a la manera tradicional por quien está legitimado para ello y el pueblo, protegido, experimenta los efectos benéficos de un poder fuerte, que se preocupa y vela por él; y, en lógica correspondencia, le sirve con lealtad. Luego, puede deducirse que cuando el poder es ejercido por sus legítimos representantes, éstos gobiernan de un modo paternal y benigno sin que el pueblo tenga que preocuparse de nada más que de obedecer, con lo que la armonía social resulta asegurada; pero, cuando son otros los que lo ejercen, arrogándose competencias que no les corresponden, se rompe esa armonía y el pueblo se convierte en la víctima principal de sus desmanes. En cualquier caso, si a veces sucede que personajes perversos como don Álvaro de Luna ocupan un lugar preeminente, se debe a los designios de la Divina Providencia quien, como ya se vio, termina provocando su caída y devolviéndole el poder a su legítimo dueño. Por eso, el pueblo debe mostrarse leal como el aragonés, cuando hay motivos para ello y, cuando no, sumiso como el castellano. La defensa del poder absoluto parece ser la conclusión implícita de esta novela aunque su autor no lo declare de un modo palmario<sup>127</sup>.

Lo mismo ocurre en *El Valdemaro*, aunque en este caso la defensa del poder absoluto ligada a la idea del pueblo sumiso aparece de un modo explícito. Cristerno ha matado a su padre y ocupado el trono que le correspondía a su hermano Valdemaro, que huye fuera del país. Sus súbditos hartos de sus tiranías "estaban resueltos a fomentar cualquier empresa facciosa que pudiera conspirar a su ruina"<sup>128</sup>. Pero no fue necesario, pues la providencia "intervino" haciendo que Cristerno se suicidase:

*"Lo cierto es que el infeliz Cristerno, antes que experimentase ninguna rebeldía en sus vasallos, se pasó el infame pecho con su espada y lanzó su abominable alma envuelta en la*

---

<sup>127</sup> La ideología tradicional de López Soler parece evidente tanto en ésta como en otras novelas suyas. Intentando apurar las semejanzas entre la situación política retratada en la novela y la contemporánea vivida por el autor, se me ocurre aventurar que tal vez se puedan establecer algunas: Juan II había hecho dejación de sus obligaciones "delegando" en su favorito Luna. Los *Agraviados* pensaban en 1827 más o menos lo mismo de Fernando VII que, para ellos se había convertido en un masón liberal. El "programa" de los *Agraviados* miraba hacia ese mismo pasado que tan nostálgicamente describe Soler centrado en el castillo de San Servando. Baste recordar que entre los puntos de ese "programa" se encontraban la "abolición de <<novedades>> como la instrucción pública, destitución del gobierno y restauración de la Inquisición". Ese movimiento tuvo especial incidencia en Vic y Manresa, lugar de nacimiento de López Soler. [R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 155].

Por otra parte, la rudeza, zafiedad y ferocidad de los vasallos del conde de Urgel, que tan candorosamente idealiza Soler son las mismas que, con bastante menos candor, describe Galdós en los campesinos, remotos descendientes de esos vasallos, que en 1827, durante la *Revolución de los Agraviados*, tomaron Manresa: "La ciudad fue al punto dominada por los payeses, voluntarios realistas y guerrilleros, que unían sus berridos a los de la plebe, ya sobornada para dar a aquel acto de civilización todo el esplendor posible". *Un voluntario realista*, Madrid, Alianza-Hernando, 1976, EN 18, p. 76.

Evidentemente, la apología de la ignorancia y su denuncia corresponden a actitudes ideológicas bastante divergentes.

<sup>128</sup> Edc., cit., p. 246.

*sangre que le salía por la herida*<sup>129</sup>.

Un enfoque diferente encontramos en el *Viage de un filósofo a Selenópolis*<sup>130</sup>. La obra está escrita en primera persona. Cuenta que, estando un día en lo alto de una montaña, vio un extraño barco en el que subía mucha gente que estaba embarcando para la luna<sup>131</sup>. Él también embarca y llega a la luna. Se pone muy contento porque así podría opinar de todo "lo que había visto 'con mis propios ojos, tocado con mis propias manos, oído con mis propias orejas, y observado con mi propio juicio'"<sup>132</sup>. Sin embargo, pronto se desilusiona porque todo lo que hay en la luna es un calco exacto de la tierra<sup>133</sup>. Conoce al sabio Arzames que lo instruye en todo lo relativo a sus costumbres: educación pública, educación doméstica, literatura, comercio, etc. Después de pasar seis meses en Selenópolis, decide regresar a la tierra. Pero, antes plantea todas sus dudas al sabio Arzames quien le da las respuestas en un sobre cerrado con la condición de no abrirlo hasta que llegue a la tierra. Justamente en ese momento siente un fuerte temblor; asustado, se arroja por la ventana y aparece en su cuarto debajo de su cama: todo había sido un sueño<sup>134</sup>.

Una de las máximas preocupaciones de los gobernantes de Selenópolis es la educación de la juventud:

*"El príncipe, ocupado como padre de familias, de la felicidad de sus pueblos, no ha omitido diligencia alguna para que los niños recibiesen una buena educación, y que mamaran con la leche los principios dirigidos a formar buenos, fieles, y útiles vasallos"*<sup>135</sup>.

Y, a juzgar por los resultados, lo consiguen pues:

*"El respeto y la sumisión a las órdenes del Príncipe, imagen de la inteligencia soberana sobre la tierra, estaban tan profundamente grabadas en todos los corazones, que la vida de los Monarcas tenía en ellos la mayor seguridad contra los accidentes más funestos. Así es que iban siempre sin guardias, y sin este aparato que en su origen no demostraba tanta grandeza como la desconfianza del que gobierna. El amor de los vasallos para con el padre de la*

<sup>129</sup> *Ibíd.*

<sup>130</sup> *Viage de un filósofo a Selenópolis, corte desconocida de los habitantes de la tierra, escrito por él mismo y publicado por D. A. M. y E.* Madrid: Por Gómez Fuentenebro y Compañía, 1804. 128 p. BN.:1/40033. Ferreras afirma que las iniciales probablemente correspondan a Antonio Marqués y Espejo [1775-1826]. *Los orígenes...*, cit., p. 155.

<sup>131</sup> "Una infinita multitud de personas, las más del bello sexô, se estaban embarcando con mucha alegría para el país que suple algunas veces benignamente a la falta del sol sobre la tierra, y que en lenguaje astronómico y común, se llama la luna". Edc., cit., p. 11.

<sup>132</sup> *Ibíd.*, p. 14.

<sup>133</sup> "Pero ¡ay de mí! cuánta distancia hay de la imaginación a la verdad. [...] llegué a conocer que había emprendido un viage inútil: que la luna como satélite de la tierra, a la qual está sometida por las leyes de la gravitación, y tal vez por el aspecto continuo de su figura, tenía necesariamente las mismas leyes, los mismos gustos, usos costumbres, preocupaciones, en fin, que todo era allí lo mismo que en nuestra tierra.

Su mapa-luni contenía un mar Mediterráneo, un puente Euxino, un Peloponeso, una Sicilia, un Apenino, &c." *Ibíd.*, p. 14-15.

<sup>134</sup> "Tendido sobre los ladrillos, con todos mis miembros quebrantados, y casi sin movimiento: sin embargo, sintiendo menos el dolor que me procuraba mi caída, que la pena de saber que la mayor parte de mis dudas quedarían por siempre para mí sin solución, y que quanto había visto y oído no era más que el efecto de un sueño vano: imagen triste pero fiel de la mayor parte de las felicidades de la vida, exclamé así: <<Eppur troppo é la vita un sogno>>". *Ibíd.*, p. 177-178.

<sup>135</sup> *Ibíd.*, p. 23.



*patria había destruido el germen de las guerras civiles*<sup>136</sup>.

¿Cómo interpretar la relación príncipe-vasallos que se describe en las citas precedentes? En un principio parece muy similar a la de las novelas anteriores: príncipe justo preocupado por el bienestar de su pueblo y, en recíproca correspondencia, pueblo fiel y sumiso; todo lo cual se traduce en la más perfecta armonía social. Sin embargo, creo que, para situar esta relación en su justo término, hay que comentarla teniendo en cuenta el conjunto de la novela. ¿Cuál es el sentido de ésta, o en qué coordenadas ideológicas se mueve su autor? Ferreras no duda en clasificarla como "*una utopía social y política*"<sup>137</sup>. Sin embargo, yo no estoy tan seguro y me atrevería a decir que quizás estemos ante la ironía de una utopía social<sup>138</sup>. En todo caso, la obra refleja una corriente ideológica, sea para afirmarla o sea para negarla. Si es realmente una utopía social, estamos ante una obra que defiende la ideología de la ilustración. Si es una ironía, evidentemente la ataca, pero al atacarla nos deja el testimonio de que esa corriente existía. Luego, tanto en un caso como en otro, en esta obra se evidencia la concepción que del poder tenían los ilustrados<sup>139</sup>. Concepción que se iría haciendo cada vez más conservadora, pues estos ilustrados, muchos de ellos afrancesados durante la invasión napoleónica, andando el tiempo -concretamente durante el Trienio Liberal-, pasarían a formar el grueso del partido

<sup>136</sup> *Ibíd.*, p. 71.

<sup>137</sup> "*El libro se presenta como una verdadera utopía social y política. [...] Falta en la obra todo lo referente a la organización política de Selenópolis y, como de costumbre en esta clase de obras, no hay ninguna alusión personalizada.*

*¿Nos encontramos ante una verdadera novela utópica liberal? Nada existe en la obra, en cuanto a lo económico se refiere, que no pudiera ser firmado por un liberal, por un futuro constitucionalista, pues seguimos en 1804". Los orígenes...*, cit., p. 156-157.

<sup>138</sup> Al principio de la novela el autor remarca, incluso lo resalta poniéndolo en cursiva, que se puso muy contento de poder realizar este viaje, porque así podría opinar de cosas observadas directamente por él: "*visto con mis propios ojos, tocado con mis propias manos, oído con mis propias orejas, y observado con mi propio juicio*". Es decir, él, a diferencia de los autores de utopías que escribían sobre cosas que no habían podido ver, va a hacerlo sobre experiencias vividas. O, lo que es lo mismo, va a tener ocasión de comprobar si las utopías existen. Al final resulta que todo ha sido un sueño del que lo único que ha sacado han sido unos cuantos huesos rotos al caerse de la cama. La conclusión parece evidente: imaginar sociedades perfectas es fácil, pero no son más que imaginaciones y la vuelta a la realidad es siempre dura. Pero también es cierto, y esto no puede dejar de desconcertarme, que en la descripción que hace de Selenópolis, su funcionamiento, etc., no percibo ningún tono irónico.

<sup>139</sup> La importancia que los ilustrados daban a la educación para conseguir la aceptación del sistema por parte del pueblo, ha sido destacada por Antonio Domínguez Ortiz: "*Con certera visión se dieron cuenta de que la clave de la transformación estaba en la educación a todos sus niveles. Sin mezclar las clases, por supuesto; habría una Educación Popular distinta en sus fines y métodos de la que recibirían las clases altas; pero en todos los niveles educativos se impondrían ciertas normas comunes: una religiosidad ilustrada, exenta de supersticiones; amor a la nación, obediencia a su representante, el Soberano, y a las leyes civiles*". *Carlos III y la España de la Ilustración*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p. 161.

Como prueba de que en esta obra se refleja la ideología ilustrada se puede citar entre otros el concepto de religión comparándolo con lo que acerca de la misma dice Domínguez Ortiz. Escribe Éste en la misma página a la que pertenece la cita anterior: "*En su sentido más radical esto [la Ilustración] suponía la sustitución de la Revelación con un Antropocentrismo compatible, a lo sumo, con un vago deísmo, no con una religión positiva. En España muy pocos dieron este paso; nuestros ilustrados trataron de mantener la compatibilidad secular entre la libre especulación y las verdades reveladas, y en esta empresa contaron con la adhesión de la porción más ilustrada del clero*". Sobre esta misma cuestión escribe el autor del *Viage*: "*El gusto de las ciencias y de la verdadera filosofía, juntamente con el estudio de la naturaleza, había producido el mayor de todos los bienes entre los selenitas, que es el de que no hubiese quedado entre ellos ni un sólo ateaista. Había llegado a un punto muy alto su ilustración para que pudieran serlo*". Edc., cit., p. 100.

moderado. Sus aspiraciones quedaban plenamente satisfechas en el marco de la Constitución de 1812, pero ésta en 1823 era ya bastante poco radical, hasta el punto de que un absolutista recalcitrante piensa así de ella:

*"Bien sabe Dios, que ya tres o cuatro veces me he puesto a ver si la podía leer, y nunca pude pasar del primer capítulo, hasta ayer por la mañana, que acabé de resolverme a tragarla toda entera. A pesar del gran disgusto con que la fui tatarando, no dejé de conocer que la tal Constitución, o como quiera llamarse, es esencialmente <<monárquica>>, y que ni siquiera hay un artículo que suene a <<democracia>>"<sup>140</sup>.*

Luego, la fidelidad y sumisión del pueblo tiene en este caso el matiz de que no es impuesta, sino consentida, lograda por medio de los efectos benéficos que una educación "adecuada" ha ejercido sobre el pueblo.

Un tono muy diferente encontramos en *Rafael del Riego o la España libre*. Se plantea abiertamente la cuestión del origen del poder y se defiende con toda claridad que éste reside en el pueblo. Para Brotons, la invasión napoleónica es el punto culminante de un período de tiranía que empezó con la llegada de los Austria, y que se había acentuado en los últimos años con el gobierno de Godoy: *"Veinte y un años víctima de la ambición de un favorito habían colmado la degradación y los males, que trajo consigo la dominación de la Casa de Austria"*<sup>141</sup>. Por eso, la presencia de los ejércitos de Napoleón fue percibida por el pueblo como la ocasión propicia para recuperar su libertad: *"Creyó que era llegado el momento de su regeneración, que debía darse leyes fundamentales, levantar diques al poder absoluto, reconquistar la soberanía del pueblo, y ponerse al abrigo de sus anteriores desgracias"*<sup>142</sup>. Con la promulgación de la Constitución se consiguió recuperarla<sup>143</sup>. La vuelta de Fernando VII supuso que se volviera a perder; pero, pérdida

<sup>140</sup> *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*, edc., cit., p. 114-115. Evidentemente es Sebastián Miñano quien pone estas palabras en boca del "holgazán", por lo que pueden ser interpretadas como una acusación: a pesar de su moderación los absolutistas no escatiman esfuerzos para echarla abajo; pero también como una queja: son necesarios cambios muchos más radicales. Tanto si es una queja como una acusación el blanco es el partido ilustrado-moderado cuya concepción del poder vuelve a aparecer en este texto.

<sup>141</sup> Edc., cit., p. 2.

<sup>142</sup> *Ibíd.*

<sup>143</sup> La idea de que los Austrias acabaron con las antiguas libertades castellanas, siendo la Constitución del 12 una recuperación de las mismas, fue esgrimida por los diputados liberales de las Cortes. En el caso de la novela que nos ocupa no se puede presentar de un modo más gráfico, pues, como ya he señalado, nada menos que Padilla se le aparece y le regala un ejemplar de la Constitución de Cádiz.

Los juicios de los historiadores modernos sobre esta cuestión son bastante unánimes.

R. Carr escribe: *"Esta vaga noción de la conveniencia de una Constitución se vio respaldada por un mito poderoso al cristalizar en una versión de la historia de España la teoría contractual contemporánea y las ideas de Montesquieu. Divulgose este mito más adelante por medio de la Teoría de las Cortes de Martínez Marina en la que afirma el autor que la supresión de las cortes medievales por los Habsburgo, destrucción completada con la represión del levantamiento comunero de Padilla (1520), fue el preludio y la premisa de tres siglos de <<esclavitud y despotismo>>. Restablecer la libertad equivalía a restablecer las cortes"*. [p. 85]. Y unas páginas más adelante explica por qué: *"El respeto a los precedentes medievales fue un artificio táctico, un tinte protector para hacer que la Constitución fuera respetable a ojos de la España conservadora"*. R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 105.

Marx-Engels afirman: *"Lo cierto es que la Constitución de 1812 es una reproducción de los fueros antiguos, pero leídos a la luz de la revolución francesa y adaptados a las demandas de la sociedad moderna"*. *La revolución en España*, cit., p. 42.

Javier Herrero deice: *"El violentísimo tono emocional del pueblo español tras la ocupación napoleónica, el odio*

momentánea, pues hay pasos que, una vez dados son irreversibles porque "cuando los pueblos llegan a conocer sus derechos y sus intereses; cuando llegan una vez a poseerlos y saborean sus dulzuras. ¡Ay de la fuerza que se atreva a usurpárselos!"; el disfrute de la libertad les ha enseñado que

*"la opresión y el engaño pudieron sólo sumir los pueblos en la degradación y la servidumbre; que el derecho de los déspotas es el de la fuerza, y que la fuerza está en el número y el número en el pueblo. En vano el fanatismo emplea ya sus paradojas para persuadir a los hombres que son el patrimonio de sus reyes. [...] El pueblo se alza y entonces recobra el derecho de los déspotas, porque tiene la fuerza, y el derecho de la justicia, porque tiene la razón. Temblad, pues, sobre vuestro trono vacilante, déspotas de la tierra: la suerte está echada: el reino de los tiranos se acaba: se colmó la medida del sufrimiento de los pueblos: todas vuestras agresiones no harán sino apresurar vuestra caída"*<sup>144</sup>.

En el caso de España, eso es lo que va a ocurrir en enero de 1820, cuando que Riego se subleva empleando contra el despotismo la misma fuerza que éste utilizaba para reprimir la libertad<sup>145</sup>. Sin embargo, a pesar de todas las afirmaciones anteriores la actitud del pueblo no va a ser unánime. Algunos no se van a caracterizar precisamente por su entusiasmo a la hora de apoyar la sublevación; así, el día en que se inicia el levantamiento en Las Cabezas de San Juan,

*"la tropa y oficiales corresponden con entusiasmo a este rasgo de valor y patriotismo, pueblan el aire los vivas y aclamaciones a la Constitución, a la libertad y al intrépido Riego; y el pueblo, espectador de esta grandiosa escena, manifiesta con un silencio estúpido su admiración y asombro"*<sup>146</sup>.

La misma actitud mantiene en otras localidades:

*"El pueblo de Jerez de la Frontera presentó a los batallones de patriotas a su entrada la imagen del asombro y de la estupefacción. [...] ... aquel numeroso vecindario enmudeció*

---

*contra todo lo procedente del país vecino, les forzaré [a los liberales] a considerar las reformas, en gran parte inspiradas en el pensamiento francés, como una resurrección de las antiguas libertades castellanas destruidas por la Casa de Austria. De acuerdo con el espíritu del naciente romanticismo, la reconquista de nuestras libertades será un retorno a la Edad Media y un inmersión en aquellos principios que formaron el alma castellana y que fueron más tarde destruidos por el despotismo austriaco. Tal fue la justificación patriótica que permitió formular el pensamiento renovador de la Constitución de 1812, y que de no haber sido destruido por las fuerzas reaccionarias, hubiera permitido la instauración de un régimen liberal en 1814". **Los orígenes del pensamiento reaccionario español**, cit., p. 237-238.*

<sup>144</sup> *Rafael del Riego*..., cit., p. 4-5.

<sup>145</sup> La noche anterior al pronunciamiento -31-12-1819-, Riego se dirige a los oficiales del Batallón de Asturias utilizando los mismos argumentos que poco antes ha utilizado el autor: "Compañeros de armas, hace siete años que la nación española abandonada a sí misma, y legalmente representada en Cortes, promulgó la Constitución política, que debía asegurar su felicidad e independencia. [...] El pueblo la abrazó como una garantía de sus derechos, y nosotros mismos pronunciamos el juramento de morir en su defensa. Sin embargo, el monarca engañado, después de su rescate, echó por tierra esa sagrada Carta [...] y el día 4 de mayo de 1814 perdió el pueblo español su libertad y fueros. Estos fueros, los mismos que arrebató Carlos V a Castilla, con la muerte de sus comuneros valientes, y Felipe II al Aragón, con la de su último justicia mayor el insigne Lanuza, son los que distinguen al hombre libre de los viles esclavos. Su pérdida ha convertido la nación, que hace poco excitaba la admiración del mundo, en un objeto de la befa y escarnio de las potencias cultas". A continuación les muestra el ejemplar que le regaló y Padilla y todos lo juraron. *Ibíd.*, p. 21-22.

No escapa Brotons a lo que me atrevería a llamar la esquizofrenia del liberalismo español: la obcecación en separar el absolutismo de la persona de Fernando VII: "el monarca engañado".

<sup>146</sup> *Ibíd.*, p. 25.

*admirado a la vista de la intrepidez y osadía de aquella heroica tropa*<sup>147</sup>.

Aunque en otros lugares ocurre lo contrario:

*"El día 8 se publicó la constitución en la ciudad de San Fernando, con toda solemnidad y pompa: se colocó la lápida y se instaló el ayuntamiento constitucional. Un inmenso concurso, en el que todas las clases de la sociedad confundidas mezclaban los gritos de aclamación al nuevo código y a sus heroicos restauradores, y la alegría y regocijo de un pueblo que en aquel glorioso día levantaba el monumento de su felicidad"*<sup>148</sup>.

Y, a continuación, Brotons expone las razones del porqué de ese apoyo: la Constitución ha hecho que el pueblo se dé cuenta de la situación en que lo mantiene el régimen absolutista:

*"Abrumado el pueblo de tantas calamidades, había abierto los ojos a las degradaciones y vicios del anterior sistema, y al desenfreno y conducta escandalosa de los primeros funcionarios. [...] El abuso de la autoridad, la nulidad e inercia del gobierno, la acumulación de propiedades en manos muertas, los cuantiosos mayorazgos, las clases privilegiadas, y finalmente, los gravámenes públicos, pesando sobre la clase más útil del estado, habían privado al pueblo de los medios de subsistencia; y reducido a la más triste mendiguez, no podía menos de desear un cambio, que mejorase su deplorable suerte"*<sup>149</sup>.

Lo mismo sucede en El Puerto de Santa María:

*"El vecindario de esta ciudad, testigo de tanto valor y tanta audacia, corre presuroso a auxiliar a la columna para restablecerla, y el heroico Riego, triunfante ya de fuerzas superiores, y embriagado de gloria y entusiasmo, verifica su entrada en la ciudad en medio del regocijo y los sinceros aplausos de sus liberales habitantes"*<sup>150</sup>.

De todos modos, en estos primeros días, la actitud general del pueblo es más bien de indiferencia: *"El pueblo lleno de desconfianza por el malogro de tantas tentativas, aterrado por tan crueles y sangrientas venganzas, no se atrevió aún a pronunciarse"*<sup>151</sup>. A pesar de esta falta de apoyo, la moral de Riego no decae; cree en su causa y está absolutamente convencido de que el respaldo del pueblo es imprescindible para su triunfo: *"La idea de la gratitud, que merecían sus esfuerzos, reanimaba la esperanza de que el pueblo abrazase su partido"*; por lo que sin ese respaldo es imposible que dicho triunfo se produzca: *"La indiferencia, por el contrario, y el estado pasivo de los pueblos debilitaban en aquellos soldados la esperanza de ver terminada felizmente su obra"*<sup>152</sup>. Decide hacer una columna móvil que vaya por los pueblos explicando y proclamando la Constitución en un último intento para conseguir implicar al pueblo en la revolución. Y, con estas intenciones llega a Málaga:

*"Lleno, pues, de esta idea el comandante general, y tratando de emplear todos los medios que estuviesen a su alcance, para inflamar al pueblo, cuyas disposiciones le habían pintado tan buenas, tomó la pluma y extendió una proclama, en la que poniendo en acción toda su elocuencia natural, presenta con precisión, energía y laconismo las principales ventajas del sistema; demostraba cuánto la decisión de aquellos habitantes podía influir en su recobro, y*

<sup>147</sup> *Ibíd.*, p. 37.

<sup>148</sup> *Ibíd.*, p. 46-47.

<sup>149</sup> *Ibíd.*, p. 47-48.

<sup>150</sup> *Ibíd.*, p. 69.

<sup>151</sup> *Ibíd.*, p. 74.

<sup>152</sup> *Ibíd.*, p. 81.

*les exhortaba de un modo irresistible al alzamiento en masa". [...]*

Para conseguirlo "la mañana del día 19 fue empleada en avistarse con las personas más adictas al sistema, conocer el verdadero estado del espíritu público, y promover la insurrección del pueblo"<sup>153</sup>. Dado que el pueblo malagueño no muestra ningún entusiasmo por la Constitución, "todo parecía conspirar contra estos celosos y bizarros defensores de los fueros del pueblo, y su situación, empeorando cada día, los amenazaba un por-venir desgraciado y borroso"<sup>154</sup>. Pero la sublevación de Galicia cambió el curso de los acontecimientos:

*"La noticia del alzamiento de Galicia, difundida y confirmada por todas partes, acabó de exaltar a los buenos, determinó a los indecisos, y fue la señal para abrazar toda la nación la gloriosa lucha que provocó nuestro héroe el primero de enero del año de 1820 en las Cabezas de San Juan. El Aragón, la Mancha y Murcia se pronunciaron sucesivamente, y los pueblos todos fijaron ya la vista en su degradación y oprobio, y el furor y la indignación los mueven y arrebatan"*<sup>155</sup>.

Para evitar la guerra civil, que estaba a punto de estallar, "el genio tutelar de la España" se dirige a "la Verdad"<sup>156</sup> y, entre otras cosas, le pide que vaya a hablar con Fernando VII, pues no es posible que éste, una vez que la oiga, dado su bondadoso corazón, se oponga a algo de lo que solamente se pueden derivar beneficios para todo el pueblo. "La Verdad" va a palacio, se presenta ante el rey y pronuncia un largo discurso en el que defiende la idea de que el poder reside en el pueblo y, por ello mismo, en la Constitución:

*"Príncipes de la tierra: la sacrilega lisonja ha osado persuadirnos de que vuestro poder procede inmediatamente del cielo; y que no siendo otorgado y conferido por el libre consentimiento de los pueblos, no debéis reconocer en ellos derecho ni potestad alguna. La vanidad humana os ha hecho tener por más glorioso el recibirlo de la divinidad que de la voluntad de los hombres. [...] Y habéis deprimido la dignidad del hombre: le habéis usurpado*

<sup>153</sup> *Ibíd.*, p. 103-104.

<sup>154</sup> *Ibíd.*, p. 108-109.

<sup>155</sup> *Ibíd.*, p. 136.

<sup>156</sup> La línea argumental de "el genio tutelar de la España" vuelve a incidir en la idea expuesta por Padilla al comienzo de la novela: ligar la Constitución de Cádiz con las antiguas libertades suprimidas por los Austrias. A pesar de su longitud, no me resisto a reproducir algunos párrafos pues me parecen muy interesantes para ilustrar la mentalidad de un sector de los liberales españoles: el "racionalismo" alcanza cotas de inocencia que resultan sublimes. "La más noble y poderosa de las potencias europeas, la nación española gozaba en paz de sus prerrogativas y fueros, elementos admirables de la antigua monarquía visigoda, cuando la ambición de los príncipes de la casa alemana le usurpó sus libertades y arrebató su verdadera dignidad. Celosos y valientes ciudadanos hicieron frente a los desafueros del poder y lucharon más de una vez por el procomunal de su patria; pero la fuerza y la ambición triunfaron en Villalar de la razón y la justicia, y la patria de los valientes comuneros vio expirar con éstos sus derechos más sagrados. No hay que decir sus trabajos y miserias en trescientos años de afrenta y servidumbre. Aquella nación, que hasta fines del siglo 12 nombraba y elegía sus reyes; aquella, que con pompa y majestad, exigía de ellos el juramento de guardar sus preeminencias y fueros, antes de reconocerlos y jurarlos [...] ha visto arrancar con sacrilega mano las mejores páginas de su código" [p. 137-138]. Pero, claro está, Fernando VII no tiene culpa absolutamente de nada y si se opone denodadamente a la Constitución se debe únicamente a que "engañado no quiere reconocer ni los derechos de sus pueblos, ni sus mismos intereses". Por eso, "el genio tutelar" le insiste a "la Verdad": "Ve, corre al palacio de ese príncipe, cuya bondad misma lo hace juguete de la adulación [la ingenuidad de Brotons es tal que no se da cuenta de que él mismo se está convirtiendo en un adulator] y el artificio; arranca de sus ojos ese velo impostor que los cubre: haz resonar tus acentos en sus regios salones; vea por la primera vez la luz del desengaño; conozca la conveniencia de una nación, que le ha confiado su felicidad y su gobierno; y su corazón me asegura que le tributará justicia". [p. 139].

*su libertad, y con el abuso de poder habéis provocado revoluciones que han asolado ciudades, arruinado provincias, y devastado imperios. [...] Tú, pues, el más querido y engañado de los príncipes: ya ha llegado la hora de que oigas los clamores de tu pueblo y reconozcas sus derechos. Sabe que las naciones son árbitras en constituirse de aquel modo que más convenga a su felicidad. [...] Sabe también que el ejercicio de la real autoridad es conferido por los hombres: sabe que estriba en un contrato, y que, con el abuso del poder, faltando los reyes a la primera de las condiciones de él, rompen el pacto que le confería la autoridad, disuelven todos los vínculos que los unían a sus pueblos, y quedan éstos relevados de la sumisión y la obediencia. Finalmente, sabe que has nacido igual a éstos que llamas tus vasallos, que su consentimiento es el único título que puedes presentar a ese trono, que ocupas, y que ese consentimiento sólo existe expreso en el código sabio y admirable que arrebataste a la nación"<sup>157</sup>.*

A continuación "*la Verdad*" exhorta a Fernando a que reconozca la constitución. Éste ha quedado aturdido, pero inmediatamente se recupera

*"y pasando a meditar el discurso de la Verdad, cuyo nuevo lenguaje había herido profundamente su corazón, y se había impreso de un modo indeleble en su memoria, vio caer de sus ojos el velo con que la lisonja los había fascinado; y un rayo de luz ilustró su razón, ofuscada hasta allí por las sugerencias del egoísmo, y la pérfida impostura. Entonces le pareció oír la voz leal y generosa de sus pueblos, y sin escuchar más que sus justos y sagrados intereses, se levanta precipitado; busca con ansia el cuaderno precioso de la Constitución; lo lee con la imparcialidad de la pura justicia; admira su sabiduría y rectitud, y tendiendo su real mano sobre él, jura guardar y hacer guardar sus leyes a la nación entera"<sup>158</sup>.*

Cuando Riego se entera de que el rey ha jurado la Constitución se dirige a Sevilla. La anterior indiferencia y pasividad del pueblo es ahora sustituida por el más fervoroso entusiasmo:

*"A su llegada a Castilleja de la Cuesta se le reunió un gentío inmenso, que en medio de aclamaciones y de vivas, y atropellándose por llegar a su persona, lo acompañaron las dos leguas que dista este pueblo de aquella capital"<sup>159</sup>.*

Y al entrar en Sevilla la gente lo recibe como un héroe y lo aclama enardecidamente sintiéndose obligado a salir "*varias veces al balcón para satisfacer la noble curiosidad del pueblo"*<sup>160</sup>.

Como se puede apreciar en las páginas anteriores, los pasajes que se refieren a las relaciones poder-pueblo son numerosos en esta novela; no podía ser de otra manera dado el tema estrictamente político de la misma. Como síntesis general de estas relaciones se puede afirmar lo siguiente: Destaca, por encima de cualquier otra consideración, la apasionada defensa de la soberanía popular y, por ello mismo, la expresa negación del origen divino del poder. Ahora bien, yo creo que en la novela esta defensa se estructura y desarrolla en dos

<sup>157</sup> *Ibíd.*, p. 139-141.

<sup>158</sup> *Ibíd.*, p. 142.

<sup>159</sup> *Ibíd.*, p. 150.

<sup>160</sup> *Ibíd.*, p. 153.

Y la novela termina considerando, una vez más, la libertad de la Constitución como una recuperación de las antiguas libertades medievales: "*Entonces recordó Riego el sueño de la cueva de Ansená; y viendo cumplimentada la última parte del presagio de Padilla, juró por su memoria llenar el sublime destino de defensor de los fueros del pueblo, y ser el más firme apoyo de la libertad española*". p. 153.

planos -uno ideológico y otro histórico<sup>161</sup>-, que confluyen precisamente en la Constitución, pues ésta va a ser presentada como la realización histórica -en 1812 primero, y en 1820 ahora, en el momento en que escribe el autor-, de esa ideología. Precisamente va a suceder que, en contra de lo que espera el autor, los acontecimientos históricos no se ajustan del todo a los presupuestos ideológicos; este "desajuste" condiciona, al menos en parte, la imagen que del pueblo se recoge en la novela.

La soberanía popular -y éste sería el que he denominado plano ideológico-, no es presentada como una conquista traída por los nuevos tiempos, es decir, como un logro de la Revolución Francesa, sino como una recuperación de algo que ha existido secularmente en la tradición española<sup>162</sup>. Como los príncipes -no por mala voluntad ni porque defiendan determinados intereses sino porque viven engañados por aduladores- se niegan a reconocer -y aquí empieza a hacer acto de presencia el plano histórico- este derecho de los pueblos, éstos no tienen más remedio que emplear la fuerza para recuperarlo, cosa que es lamentada por el "ilustrado-moderado liberal" Brotons. Afortunadamente, en el caso de España, las cosas no van a derivar en tragedia, porque Fernando VII, "*el más querido y engañado de los príncipes*", cuando escucha a "*la Verdad*" se convence inmediatamente de la justicia de sus razonamientos y actúa en consecuencia. Es decir, los beneficios de la Constitución son tan evidentes que cualquiera, que se sitúe ante ella de buena fe y sin prejuicios, no puede menos de acatarla. Además, estos beneficios alcanzan a todos por igual sin diferencia de clases, pero especialmente al pueblo que es quien más sufre las consecuencias del despotismo. Por eso, el Brotons "ideólogo" espera que el pueblo se levante inmediatamente apoyando a Riego, pues él será el principal beneficiado de su triunfo. Sin embargo, no sucede así; el pueblo reacciona con indiferencia y pasividad. El Brotons historiador deja constancia de ello, pero, como es consciente de que lo necesita para el triunfo liberal, lo trata con cierto paternalismo atribuyendo su inacción al miedo por el fracaso de intentos anteriores; lo cual no es obstáculo para que, en alguna ocasión -quizás como un desliz inconsciente producto del "enfado" que la actitud del pueblo le provoca- se le "escape" la verdadera opinión que esa actitud le merece: "*el pueblo, espectador de esta grandiosa escena, manifiesta con un silencio estúpido su admiración y asombro*". El pueblo únicamente dará su respaldo sin reservas a Riego cuando se entere de que Fernando VII ha jurado la Constitución, lo cual indica que sigue bajo la influencia de los poderes establecidos.

Luego, como conclusión última se puede afirmar exactamente lo mismo que en el punto anterior cuando analizaba las relaciones con la Iglesia: se recoge en esta novela la ideología del liberalismo moderado y concretamente el deseo por parte de éste de atraerse a su esfera de influencia al pueblo para derribar al absolutismo. Para conseguirlo se le presenta

---

<sup>161</sup> Con la expresión de "plano ideológico" pretendo denominar la exposición de un determinado postulado -en este caso la defensa de la soberanía popular- desligándola de las circunstancias concretas en que surge y presentándola de tal manera que, aunque se localice en otro tiempo concreto -la Edad Media- se hace de tal manera que pierde sus perfiles temporales, sus límites cronológicos precisos y, por tanto su ligazón a unas circunstancias históricas, para convertirse en algo consustancial de un determinado país o de la naturaleza humana. Estamos así ante un concepto de la historia no como evolución, sino como reanudación. El "plano histórico" sería el momento de esa reanudación: en este caso, 1820.

<sup>162</sup> Ya se vio en páginas anteriores cómo, en opinión de varios historiadores, esto es simplemente un subterfugio para conseguir la aceptación de la Constitución por parte de los sectores más conservadores de la sociedad.

como la principal víctima del absolutismo y como el primer beneficiado por el triunfo de la Constitución.

### 1.2.3.1. CONCLUSIONES PUEBLO-PODER

Las novelas analizadas en este apartado se pueden agrupar también en tres tendencias que no coinciden exactamente con las señaladas en el punto anterior<sup>163</sup>.

<sup>163</sup> Tengo notas extraídas de otra novela en la que también se plantea abiertamente la cuestión del poder, que, de momento no sé cómo comentar pues me tiene un tanto desconcertado por las razones que ahora expondré. Se trata de *El incógnito en el subterráneo, ó sean las persecuciones. Entrevistas compuestas en diálogo* por D. J. del Castillo. Barcelona: Imprenta de INDAR, C. de Escudellers, julio de 1833. 209 págs., BN 3/2614.

El argumento es el siguiente: Eusebio, vuelve una noche a su casa y le comenta a su padre Lidoro que no se ha atrevido a ir al café porque, en los tiempos que corren, todos los que asisten a estos lugares son sospechosos para la policía y, por ello, en la noche anterior más de quince personas fueron detenidas simplemente "porque a los que gobiernan les da la gana. [...] Los infelices presos ignoran la causa de su prisión; el pueblo tampoco las sabe" [p.12]. Llega el otro hijo, Delmiro, asustado porque ha visto cómo detenían a un hombre, cuando llama la policía. Lidoro y Eusebio escapan, pero Delmiro se niega a hacerlo porque no tiene nada que ocultar. Es detenido y encarcelado. Lidoro se refugia en casa de un amigo, Eusebio huye a Gibraltar y después a Malta. Cuando cambia la situación, vuelve Eusebio, pero para entonces su hermano Lidoro, desesperado, se ha suicidado en la cárcel y el padre, ha muerto de pena al enterarse de la noticia. La obra termina con el siguiente comentario de un médico amigo de la familia: "¡Oh cuán desgraciada suerte ha cabido a esta malhadada familia". [p. 209].

El tema de la obra es la denuncia de la tiranía y de la arbitrariedad del poder, pero hecha de un modo un tanto peculiar: todo se mantiene en una atmósfera abstracta, intemporal sin que haya la más mínima referencia que permita una localización de la novela. Así, por ejemplo, cuando detienen a Delmiro y en el interrogatorio policial le preguntan que de dónde es, responde: "Soy natural de esta ciudad" [p. 145]. En otro pasaje, Rosendo, el amigo en cuya casa se ha refugiado Lidoro, le da a éste la noticia de que ha habido varias ejecuciones en los siguientes términos: "Esta madrugada, al hórrido estruendo del cañón que ha hecho estremecer la ciudad y sus contornos, verídica señal del sacrificio, han sido lanzados a la eternidad algunos infelices, sin que se sepa a punto fijo la causa de atrocidad semejante, que tanto ellos, como el pueblo han ignorado"; [p. 163-164] siendo la causa de estas atrocidades, continúa Rosendo, que "nos ha cabido la suerte de ser gobernados por algunos desleales... Un verdadero patricio no habría cometido atentado semejante". [p. 165].

Evidentemente se podría interpretar como una "alegoría" de la situación española; máxime si tenemos en cuenta que los dos únicos lugares que se mencionan -Gibraltar y Malta- son tradicionales puntos de destino de los emigrados liberales españoles, y que estamos todavía en plena "Década Ominosa", aunque no precisamente en sus momentos más duros, pues Fernando, que ya se encuentra muy enfermo (la novela está fechada en julio y él morirá en septiembre de este mismo año), ha remitido bastante en su furor absolutista: en octubre del 32, cuando Fernando VII cayó gravemente enfermo por primera vez, hasta el punto de que todo el mundo pensaba que su muerte era inminente, María Cristina fue nombrada regente y forzó la sustitución de Calormarde por Cea Bermúdez quien tomó una serie de medidas de tono "liberal": abrió las universidades, concedió una amnistía que permitió regresar a más de diez mil liberales; "Y, lo que es más importante, el rey al recuperarse, condenó la intentona carlista de imponerse al país en La Granja, alabó lo hecho por la reina, y volvió a publicar solemnemente la Pragmática Sanción". [R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 158].

Luego, si la novela tiene como punto de referencia la situación española, no sería la actual sino la de unos años antes, pues la situación política que aquí se denuncia ya no existía, dado que desde hacía nueve meses se había decretado una amnistía. A pesar de ello, cabe preguntarse ¿cómo la dejó pasar la censura? Al fin y al cabo, los responsables de los acontecimientos de los años anteriores estaban todavía en el poder. Parece claro, por tanto, que la censura no vio ninguna relación con los recientes acontecimientos españoles y que la interpretó en el sentido que su autor quería que se interpretase, pues en el *Prólogo* escribe lo siguiente: "El deseo de hacer patentes algunos abusos que por desgracia se introdujeron en otros tiempos en ciertas partes, me ha movido a escribir las presentes Entrevistas, sin pretender en ellas satirizar a los funcionarios que desempeñaron sus destinos con providad, [sic] exactitud y decoro, y sin abusar de la autoridad que les fue confiada. [...] Como hombres estamos todos sujetos a pasiones y deslices, y por lo mismo no me limito en mi obrita a época, individuo, pueblo ni nación. Esto sólo creo garantizará lo bastante mis puras intenciones al escribirlo". [p. 5-6]

Y, si no se refiere a ninguna circunstancia política concreta, ¿qué sentido tiene esta denuncia de la tiranía? Las



A) Defensa del Antiguo Régimen. *Voyleano, Valdemaro, Jaime el Barbudo y Los Bandos de Castilla*, de un modo más o menos explícito, defienden el absolutismo. El poder viene de Dios y no necesita contar con la aquiescencia del pueblo: se da por supuesta pues, cuando lo ejerce quien tiene "derecho" a ello, no cabe otra posibilidad que la de que lo ejerza correctamente; en caso contrario, si se cometen abusos, porque haya hecho dejación de sus responsabilidades, el pueblo se limita a mostrar su descontento, o más bien, su desamor contra los que detentan un poder que no les corresponde y, por lo tanto, abusan de él; pero nunca se rebelará: no es necesario, la Providencia se lo devolverá a su legítimo dueño.

B) Despotismo ilustrado. *Viage de un filósofo a Selenópolis*. Quieren contar con el respaldo del pueblo: no persiguen tanto la sumisión del pueblo ante el poder como la aceptación del mismo. La educación, que pretende sustituir los vasallos por ciudadanos, es el medio de conseguirlo.

C) Liberalismo moderado. *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán y Rafael del Riego*. El rasgo ideológico definitorio de esta tendencia es la defensa explícita de la soberanía popular. Ahora bien, Bajo un tono retórico y apasionado se esconde una ideología bastante más moderada de lo que a primera vista pueda parecer<sup>164</sup>. El pueblo es considerado como un

---

siguiente reflexión, realizada por Lidoro, en su escondite quizás puedan servir como respuesta: "*¡Y que haya seres tan viles, tan infames que por mala querencia, por rencor o envidia me acusen tal vez de revoltoso y mal patricio! ¡Oh seres viles, oh verdugos del género humano...! Vosotros, sí; vosotros, dominados del interés tramáis descabelladas conspiraciones que sólo existen en vuestras obcecadas mentes con el único fin de dominar el universo y ser dueños absolutos de los humanos corazones: vosotros habéis infames introducido la desunión, el encono y las persecuciones; y vosotros, en fin, hombres desmoralizados, (o más bien) monstruos sin religión, olvidados de aquellas doctrinas que nos dejó el unigénito hijo de Dios selladas con su preciosa sangre, lejos de imitar las amonestaciones a la reconciliación y al perpetuo olvido, habéis puesto vuestra sola mira en la atroz venganza, cometiendo bárbaros asesinatos con mengua y vilipendio del nombre cristiano*". [p. 117-118] Parece que el autor se mueve en el tema de la maldad humana desarrollado después por el Romanticismo.

<sup>164</sup> Aunque la obra de Brotons insista una y otra vez en que el poder reside en el pueblo, no hay que entender esta expresión en el sentido que actualmente tiene. La Constitución de Cádiz habla de "soberanía nacional". El artículo 3 dice: "*La soberanía reside esencialmente en la Nación, y por lo mismo pertenece a ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales*". No todos formaban parte de la nación; por eso, en la misma página en la que recoge esta cita, comenta G. Dufour: "*No convendría exagerar el grado de democracia alcanzado por esta Constitución: si <<Son ciudadanos aquellos españoles que por ambas líneas traen su origen de los dominios españoles de ambos hemisferios y están vecindados en cualquier pueblo de los mismos dominios>> (art. 18), sólo eran españoles los <<hombres libres>> y los <<libertos>> (art. 5) con exclusión de los esclavos, que en América representarían un 6% de la población. Asimismo, se le suspendían los derechos de ciudadano al que servía como doméstico (el 7% de la población en España) y se especificaba que, a partir de 1830, deberían <<saber leer y escribir>> los que entraran en el ejercicio de los derechos de Ciudadano (art. 25). Lo que era una prueba de confianza ciega en los resultados de las creaciones de escuelas de primeras letras que la Constitución prometía establecer <<en todos los pueblos de la monarquía>>(art. 366). O una manera muy eficaz de limitar el número de ciudadanos. Y ¿qué decir del artículo 92 que exigía <<para ser elegido diputado de Cortes, tener una renta anual proporcionada, procedentes de bienes propios?>>". G. Dufour: *La Guerra de la Independencia*, cit., p. 123-124.*

El carácter "moderadamente" democrático de la Constitución del 12 resulta todavía más evidente durante el Trienio Liberal en el que se van a promover una serie de medidas que, en lugar de ampliar el número de votantes, lo restringen: "*El proyecto de código civil que entonces se prepara, y que no se ultimaría, contiene la declaración de que <<se reputa sirviente doméstico>> a los efectos constitucionales de privación de voto <<el que presta servicios puramente mecánicos en favor de otras personas como objeto principal de su ocupación>>, esto es, el trabajador asalariado*".

Bartolomé Calvero: *Evolución histórica del constitucionalismo español*, Madrid, Tecnos, 2ª reimp., 1986,

instrumento necesario para acabar con el absolutismo, pero en ningún momento se piensa que pueda tener necesidades y problemas específicos: el enemigo común es el Antiguo Régimen. Si éste desaparece -lo que ocurrirá si triunfa la Constitución-, todos saldrán beneficiados por igual.

En síntesis, volvemos a encontrar también en este punto tres visiones del pueblo: Incitación al conformismo pasivo, al conformismo activo y a la "militancia política"<sup>165</sup>; pero con una diferencia de matiz: el radicalismo exaltado no aparece en ninguna de las novelas analizadas. Y, en relación con dos de esas visiones, la aparición de dos manifestaciones diversas del medievalismo -que tan vasto tratamiento tendrá unos años después en el Romanticismo-: tratamiento arcaizante al servicio del absolutismo y "disfraz" para darle "respectabilidad histórica" a una idea que es estrictamente contemporánea.

---

Temas clave de la constitución española, p. 44-45.

<sup>165</sup> Si se analizan estas tres visiones conjuntamente, creo que se puede afirmar que existe una línea de unión -y sería ésta una prueba más de la moderación a la que me refería al hablar de la "soberanía popular"-, que va desde el absolutismo, pasando por el tamiz de la Ilustración, hasta desembocar en el liberalismo moderado: la exculpación del rey en los abusos del poder. En *Los Bandos de Castilla*, Juan II aparece como un rey bondadoso de lo que se aprovecha su privado Luna. En *Rafael del Riego* ocurre exactamente lo mismo: Fernando, "el más querido y bondadoso de los monarcas", se ha negado a jurar la Constitución porque una camarilla de aduladores lo ha mantenido permanentemente engañado. Cuando "la Verdad" se presenta en su palacio y le hace ver el engaño en el que ha vivido, el rey no lo duda ni un momento: inmediatamente jura la Constitución. Esta confianza en que lo razonable se impone por la pura fuerza de sus argumentos es consecuencia, por una parte del influjo del racionalismo dieciochesco; y, por otra, de la debilidad de la burguesía que no tiene más remedio que seguir aceptando la monarquía. La consecuencia es que la monarquía es presentada, aunque con distintos argumentos, como una institución intocable por "irresponsable".

#### 1.2.4. EL PUEBLO: ESPECTADOR PASIVO Y CONFORMISTA

Las dos instituciones analizadas en los puntos precedentes, Iglesia y Monarquía Absoluta, que son las que ejercen el poder en el Antiguo Régimen, pretenden mantener al pueblo en una actitud de pasivo conformismo y a ello van a dedicar todos sus medios "propagandísticos". Ya he analizado en los puntos anteriores cómo buscan su propia legitimidad en su origen divino y cómo apelan a la providencia para justificar y mantener la situación inamovible. Lo que voy a analizar ahora es el estado de pasividad y conformismo en que aparece el pueblo. Queda claro, por tanto, que este estado no es sino la otra cara, su consecuencia lógica, de todo lo analizado en los tres puntos anteriores<sup>166</sup>.

En *El Valdemaro*, como ya se vio, el trono de Dinamarca ha sido ocupado por un usurpador Cristerno, viéndose el legítimo heredero del trono, Valdemaro, obligado a huir. La manera despótica de ejercer el poder por parte de Cristerno es continua causa de "*Las desgracias del pueblo que gemía bajo tan tirano yugo*"<sup>167</sup>. Valdemaro se encuentra en el exilio con su viejo preceptor Andrónico que lo anima a que intente recobrar su corona porque es preciso recuperar "*la felicidad de un pueblo que gime sin consuelo al maligno influjo de un rey tirano*"<sup>168</sup>. Valdemaro, que un principio no está muy decidido, cuando se entera con más detalle de lo que está ocurriendo en Dinamarca, vence sus últimas dudas haciéndose las siguientes reflexiones:

*"Mira Valdemaro, que no puedes vivir tranquilamente un instante hasta que llegues a libertar a tu pueblo de las opresiones de Cristerno. Él es tu pueblo y no puedes dejar de redimirlo aunque sea a costa de tu misma sangre. ¿Será razón que tus legítimos vasallos vivan esclavos de las crueldades del intruso rey?"*<sup>169</sup>.

Es decir, el pueblo sufre resignadamente los abusos del usurpador hasta que es "redimido" por Valdemaro, manteniendo en todo momento una actitud pasiva ante unos acontecimientos que le afectan directamente, pero sin que haga nada para intervenir en ellos, siendo otros los que siempre deciden por él.

Múltiples muestras de esta pasividad, con otros matices, aunque su significado básico es el mismo, encontramos en *Los Bandos de Castilla*, donde el pueblo aparece como espectador en el sentido literal del término. La novela comienza con una *Introducción* en la que el autor, después de invocar a las musas, invita a los jóvenes a conocer una época heroica por cuya desaparición siente una evidente nostalgia:

*"Venid, ¡oh jóvenes que ocultáis bajo del casco vuestros rizados cabellos!, llegaos a escuchar las proezas de los antiguos paladines. ¡Ah! Tal vez en ellos deberíais estudiar aquella mezcla*

<sup>166</sup> En realidad entre lo que voy a tratar en este apartado y lo analizado en los tres anteriores, sobre todo en el primero -providencialismo-, hay sólo una diferencia de enfoque y de matiz. Es evidente que Iglesia y poder temporal utilizan el providencialismo para mantener al pueblo en una actitud pasiva y conformista. Pero, mientras en los puntos anteriores analicé todo esto desde una perspectiva en la que Iglesia y Monarquía aparecían en primer plano y el pueblo en segundo, ahora lo analizaré desde la perspectiva opuesta: será el pueblo -su pasividad y conformismo- el que quede en el primer plano. O dicho de otra manera, lo que pretendo es demostrar hasta qué punto Iglesia y Monarquía han sido "eficaces" utilizando el providencialismo y el derecho divino.

<sup>167</sup> Edc., cit., p. 69.

<sup>168</sup> *Ibíd.*, p. 91.

<sup>169</sup> *Ibíd.*, p. 116.

*de fiereza y de dulzura, de cortesanía y de valor, que los hacía tan amables ante las damas como temibles en el campo de batalla. Sometíalos el blando acento de una voz querida, y enardecíalos el eco de una trompa guerrera; la patria les inspiraba valiente energía; el amor, pura y constante ternura, los aplaudían los pueblos, recompensábalos la belleza, y los respetaban sus enemigos*<sup>170</sup>.

Y, cuando se anuncia que se va a celebrar un torneo:

*"Todos aguardaban con notoria impaciencia que llegase el día de las justas, y el pueblo, entonces entusiasmado admirador de aquellos terribles espectáculos, anunciaba ya en un sinnúmero de romances y canciones vulgares los famosos hechos de armas que preparaba a los reyes de Castilla la flor ilustre de la caballería".*

Llega el día del torneo: *"Por último, lució la deseada aurora y una muchedumbre inmensa ocupaba desde el amanecer todos los sitios de donde podía verse la contienda"*<sup>171</sup>. Exactamente la misma situación encontramos en otra novela que es, además estrictamente contemporánea: **Gómez Arias, o los moros de las Alpujarras**<sup>172</sup>. Los Reyes Católicos acaban de conquistar Granada. Para celebrarlo convocan un torneo que dura varios días. El público admira el valor de los combatientes: *"Los caballeros volvieron a tomar su puesto entre el ruidoso aplauso de la muchedumbre"*<sup>173</sup>; y se muestra ávido y expectante: *"La mañana siguiente amaneció tan brillante i risueña como la anterior, i no era menor la ansiedad del público por ver la función de este día"*<sup>174</sup>. Volviendo a **Los Bandos**, no parece que el autor tenga un alto concepto de la sensibilidad de este público pues, cuando comienza el espectáculo, el pueblo lanza *"alegres alaridos"*<sup>175</sup>. Y cuando se enfrentan dos de los más aguerridos campeones:

*"Un silencio el más profundo reina en los concurrentes; píntanse en los semblantes la agitación y el temor: las damas no tremolan sus cintas, bandas ni pañuelos; los caballeros contemplan atónitos aquel combate singular, y hasta el pueblo se estremece al ver los recios y denodados golpes que se descargan los dos encarnizados combatientes"*<sup>176</sup>.

Y, una vez terminado,

*"hablase durante mucho tiempo del torneo de Segovia, y fueron sus grandes hechos de armas el objeto universal de la admiración de los pueblos, del respeto de los guerreros, y de la musa de los trovadores"*<sup>177</sup>.

El autor se extraña de que el pueblo pueda dar muestras de sensibilidad<sup>178</sup> y, por otra parte, el

<sup>170</sup> Edc., cit., p. 13.

<sup>171</sup> *Ibíd.*, p. 16.

<sup>172</sup> **Gómez Arias, o los moros de las Alpujarras. Novela histórica.** Escrita originalmente en inglés por el español don Telesforo Trueba y Cosío. Traducida libremente al castellano, por D. Mariano Torrente. Madrid, marzo de 1831. Oficina de Moreno, Plazuela de Afligidos. 3 tomos, 263, 283 y 240 págs. BN 3/2526-28. Esta novela se publicó en Londres en inglés en 1828.

<sup>173</sup> Edc., cit., tomo I, p. 44.

<sup>174</sup> *Ibíd.*, p. 58.

<sup>175</sup> Edc. cit., p. 20.

<sup>176</sup> *Ibíd.*, p. 23.

<sup>177</sup> *Ibíd.*, p. 27.

<sup>178</sup> No parece, pues, que el pueblo esté capacitado para apreciar y valorar el espectáculo que tienen delante; éste les sobrepasa. Ni lo está tampoco para degustar la literatura, al menos cierto tipo de literatura. Por eso, ésta no se escribe pensando en él. Agustín Pérez Zaragoza -en 1831, un año después de la publicación de **Los bandos**-, en la **INTRODUCCIÓN ANALÍTICA** a su **Galería Fúnebre de Espectros y Sombras Ensangrentadas** afirma que

papel de éste consiste simplemente en admirar, aplaudir y asistir, deslumbrado a los triunfos de los poderosos, como sucede en las escenas precedentes, o sobrecogido a sus desgracias, como ocurre cuando tiene lugar la ejecución de don Álvaro de Luna:

*"Desde que amaneció el día en que debía darse cumplimiento a la terrible sentencia, el pueblo de Valladolid, y el de muchos lugares circunvecinos, corría tumultuosamente las calles, y colocábase en la espaciosa plaza preparada de antemano para recibir al noble reo. [...] Y aunque este poderoso valido era generalmente odiado, no se advertía en los semblantes la complacencia del triunfo o el gozo de la venganza satisfecha, sino mustio y compasivo silencio, cual si tan notable escarmiento llenase de desconocido terror sus corazones"*<sup>179</sup>.

Y tras la ejecución:

*"El pueblo, los grandes y hasta los mismos enemigos de aquel varón célebre permanecieron como suspensos y mudos de terror: los unos no cesaban de admirar la inestabilidad de las cosas humanas; los otros sacaban de aquel ruidoso escarmiento ejemplos contra las guerras civiles; y los últimos, cual si viesen en ello un sueño engañoso, volvían los ojos al enlutado patíbulo, y asombrábanse de su propia victoria"*<sup>180</sup>.

Es decir, cada uno de los grupos saca sus propias conclusiones, y no deja de ser significativo que las del pueblo induzcan a la resignación y conformismo.

La misma admiración que por los "antiguos paladines" muestra el pueblo por un tipo social que el romanticismo va a idealizar y convertir en héroe: el bandolero. En *Jaime el Barbudo*<sup>181</sup> se cuenta la vida, o mejor dicho un período de la misma, del que fuera famoso bandolero durante el reinado de Fernando VII<sup>182</sup>. López Soler, en clara contradicción con lo

escribe "*sólo para las personas de una imaginación y exaltada por las pasiones fuertes, y de un alma sensible*". [p. 54] Y unas páginas más adelante se imagina a una de sus lectoras asustada y temblando de miedo mientras lee las historias de este libro porque su exceso de imaginación y sensibilidad le hará confundir los objetos y personas que la rodean con los acontecimientos trágicos y horrorosos que en el libro se cuentan. La descripción de esta lectora deja bien claro la clase social a la que pertenecen las "almas sensible": "*...la joven que, hallándose sola en su cuarto y casa de retiro, [como consecuencia de lo que está leyendo] verá cruzar duendes por todas partes, y hasta en la chimenea resonará el ruido sorprendente de cadenas estrepitosas... [...] En momento tan crítico llegará Jazmín, el criado, con la cena... Josefina, la doncella, se presentará con el traje que su señorita acostumbra ponerse de noche, [...] hasta su harpa en la oscuridad se la transformará en una horrorosa prisión con grandes cerrojos*". [Edc., cit., p. 61-63]

<sup>179</sup> Edc., cit., p. 266.

<sup>180</sup> *Ibid.*, p. 268.

<sup>181</sup> Vide nota 105.

<sup>182</sup> Jaime José Cayetano Alfonso, conocido por el sobrenombre de El Barbudo, que empezó sus actividades como bandido hacia 1806 [p. 25 *Introducción* edc., cit]. Durante la Guerra de la Independencia luchó como guerrillero contra los franceses, lo que le valió el indulto en 1814 [p. 193, nota 54]. En 1818 volvió a echarse al monte. En el Trienio Liberal se dedicó a perseguir liberales dirigido por el obispo de Orihuela quien le había prometido a cambio gestionarle el indulto; lo consiguió y, según Ferreras, también el cargo de sargento. Sin embargo, un año después, en 1824 fue ejecutado, por causas que no están tampoco claras, en Murcia.

Vide: J.I. Ferreras: *Los orígenes de la novela decimonónica*, cit., p. 302-303; y Enrique Rubio y M<sup>a</sup> de los Ángeles Ayala: *Introducción* a la edición citada de la novela, p. 22 y ss.

No fue ésta la única novela que se escribió sobre este personaje; en esta misma *Introducción* se citan dos novelas: Francisco de Sales Mayo: *Jaime el Barbudo o los bandidos de Crevillente. Novela histórica*, Madrid, 1867; Florencio Luis Parreño: *Jaime Alfonso el Barbudo (El más valiente de los bandidos españoles)*. Novela histórica. Corregida y aumentada por [...], Madrid, 1895, 2 vols.; y una obra de teatro: Sixto Cámara: *Jaime el Barbudo y la cámara ardiente. Melodrama fosfórico de gran aparato*. Estrenada en Madrid en 1853. Asimismo se ocupó de él Fernando Garrido: *Escenas de la vida de Jaime el Barbudo*, en *Obras escogidas*, Barcelona, 1859.

que afirma en el *Prólogo*<sup>183</sup>, idealiza al protagonista. Jaime aparece como un personaje que goza de una gran ascendencia -sea por miedo, agradecimiento o interés-, entre los habitantes de la región, y como un bandido bastante atípico, de talante moderado, poco sanguinario, que se disculpa ante sus víctimas por tener que robarles y les explica en qué va a emplear el dinero, llevando así a cabo su labor recaudatoria con total transparencia<sup>184</sup>. Incluso se muestra como un auténtico caballero cuyo sentido del honor le lleva -y éste es el argumento básico de la novela-, a favorecer los amores de D. Rodrigo de Portoceli con Julia, hija del Conde de La Carolina, también pretendida por el malvado D. Leopoldo de Moncadí. Y no sólo eso, sino que, enterado por su red de espías de una conjura de éste contra aquél, le salva la vida. Y a uno de los bandidos de su partida, Crispín, que le había traicionado, cometido un crimen y escapado de la horca, el mismo Barbudo lo envía de nuevo a ella. Jaime aparece, pues, como protector de los buenos y los débiles y enemigo implacable de los malvados que no escapan ni a su control ni a su sentido de la justicia. Exagerando un poco casi se podría afirmar que el papel que Jaime desempeña en esta novela es similar al de la Providencia ya analizado en

---

<sup>183</sup> "No sólo nos hemos propuesto publicar en este libro algunos rasgos de un hombre desgraciadamente célebre, y trazar un débil bosquejo de las costumbres de su cuadrilla, sino ofrecer el cuadro de sus agitaciones, desasosiegos y vigiliias a los que en encomiar se complacen sus ilícitas hazañas". *Ibid.*, p. 78. El mismo tono de denuncia aparece en el arranque de la novela, aprovechando de paso para adular a Fernando VII: "El glorioso término de la guerra llamada de la Independencia preparó a España los beneficios de un reinado restaurador y pacífico, pero dejóla al mismo tiempo sumergida en los desórdenes que no pudieron menos de causar a su territorio tantos años de encarnizamientos y combates. A la sombra de las anteriores discordias y revueltas creáronse ciertas partidas guerrilleras que, so calor de su celo patriótico, devastaban los campos, saqueaban las alquerías y exigían contribuciones de los pueblos. En balde quisieron reprimir los magistrados esas bandadas de aventureros formadas de la hez del pueblo y sostenidas con astucia y pillaje; pues como hacían alarde de oponerse a los enemigos de su país, y exceder en patriotismo a los demás españoles, era preciso tolerarles, ya que la humanidad y la justicia no permitían aplaudirles". P. 80.

<sup>184</sup> "López Soler tiene en cuenta en su novela el carácter no sanguinario del Barbudo, tal como corresponde a la realidaed y como sustentan las fuentes documentales y las novelas consultadas al respecto, en especial la de Florencio Luis Parreño. La única excepción la constituye un informe de la Audiencia de Granada que le acusaba de cometer dos homicidios en una reyerta contra la Milicia Nacional". *Introducción*, edc., cit., p. 27.

Como ilustración del carácter racional, comprensivo y caballeroso del Barbudo puede servir el siguiente hecho de la novela. Un carretero es asaltado e intenta disparar contra Jaime; sus compinches quieren matarlo, pero Jaime se opone: "¡Alto, alto, muchachos, que si a mí me robasen, voto al diablo que había de hacer lo mismo!". El carretero le dice: "Dos mil duros en metálico me han entregado este viaje fiados en mi exactitud y valentía. Si me los quitas [...] me tendrán por un embustero o un babioca y no habrá quien me confie una hilacha. Sin encargos, adiós salario; sin salario, adiós mulas; por consiguiente, adiós carro, y lleve el diablo al carretero". Jaime no se muestra insensible a los razonamientos del carretero y, tras disfrutar un rato con los apuros de éste, le responde: "Alienta ese espíritu, que no es mi ánimo hacerte perder lo uno ni lo otro: no has de decir de Jaime que es menos generoso de lo que la fama lo pinta, [...] Cien duros me reservo para mi gente, de lo cual te haré recibo al efecto de que puedas asegurar a esos señores que deben a tu valor la conservación de la partida. Pero cuenta con pagar de aquí en adelante la contribución de veinte reales por mula, porque si andas todavía con subterfugios y rodeos yo te juro que no han de pasar quince días sin que te entierre vivo en subterránea cueva". Ante tal "generosidad" el carretero no puede menos de mostrar su reconocimiento. *Edc.*, cit., p. 115-117.

En otra ocasión se dirige al Conde de La Carolina al que acaba de asaltar y secuestrar pidiéndole que comprenda la necesidad de pedir un alto rescate por él: "Sólo siento -respondió Jaime- que los gastos a que me obliga el espionaje establecido y la manutención de mis gentes, no me dejen ser más sobrio en punto a lo que me veo obligado a pedir para la libertad de las personas que cautivo. No obstante, yo haré de modo que el conde de La Carolina se acuerde de mí, ya que no sin algún rencor, modificado siquiera por los estímulos de cierto agradecimiento". *Ibid.*, p. 136.

otras. Nada escapa al control de la Providencia y nada a la atenta mirada del Barbudo. Si en otra novela de López Soler, *Los bandos de Castilla*, es el "Ser Supremo" el que causa la caída de D. Álvaro de Luna, en ésta, de no ser por Jaime, Moncadí habría conseguido sus propósitos<sup>185</sup>. La consecuencia lógica es el reconocimiento y admiración de todos:

*"La superioridad de la fuerza y del talento, la práctica de recorrer desde muchos años la sierra, un natural poco sanguinario, y ciertos rasgos de inesperada nobleza y generosa cortesanía, daban a este célebre bandolero irresistible ascendiente con los ladrones y los pueblos. Los unos querían servir a sus órdenes, los otros aspiraban a su protección; aquéllos sólo se creían seguros bajo sus banderas, éstos no estaban tranquilos sino con la buena fe de sus promesas; los primeros defendían su persona, asaltaban a los transeúntes, percibían la contribución de los mayores; los segundos le daban avisos, indicábanle el peligro que corría y hasta los pensamientos de sus contrarios por medio de señas tan ingeniosas como sencillas"*<sup>186</sup>.

Admiración que vuelve a reiterarse al final de la novela, una vez que todos los problemas se han resuelto favorablemente y el Barbudo ha obtenido el indulto:

*"Cobraron estos peregrinos lances repentinamente en Murcia una publicidad tan desmedida, que nadie hablaba de otra cosa que de la constancia de Julia, del valor de don Rodrigo, de la envenenada condición de Leopoldo, y de la gratitud y generosos rasgos del Barbudo"*<sup>187</sup>.

El pueblo siempre aparece en la lejanía, como telón de fondo; se le adivina, pero nunca ocupa el primer plano. De hecho, como ya se vio, la peripecia argumental de la novela está formada por los amores de Rodrigo y Julia favorecidos por Jaime quien los defiende de las insidias de Moncadí; los defiende por puro espíritu caballeresco, porque su sentido del honor le

---

<sup>185</sup> Incluso el propio Barbudo se compara con un monarca que actúa en su pequeño reino gobernando e impartiendo justicia: *"Reinando en este distrito desde que me obligó a refugiarme en los bosques un accidente desgraciado, prodigo la recompensa y quizás el escarmiento, como también acontece a los mejores monarcas"*. [p. 143] Y el autor sugiere que es el instrumento de la Providencia, pues es el Barbudo quien posibilita que Portoceli se vengue de Moncadí: *"...no dejó de jurar Portoceli la venganza de Leopoldo y de don Judas, apresurándose a retar al primero desde que por medio de Jaime averiguó su domicilio. Ya ha visto el lector cómo se aprovechó Moncadí de la tardanza de su desesperado rival para no exponerse sin duda a la exaltación de su furia y al justo castigo, que anunciaban los remordimientos de su conciencia; bien que la suprema justicia que gobierna el mundo le hizo hallar una mutilación vergonzosa en el propio instante que se jactaba de quitar los obstáculos a su amor y a su lujuria asesinando cobardemente a su contrario"*. [p. 147-148]

<sup>186</sup> *Ibíd.*, p. 130-131.

<sup>187</sup> *Ibíd.*, p. 193.

Precisamente este final puede interpretarse como una prueba más de la idealización del protagonista por parte del autor. La novela, publicada en 1832, termina en el momento de "máxima gloria" del bandido. Sin embargo hacía ya ocho años que Jaime, tras haber vuelto a la vida de bandolero y haber obtenido un segundo indulto, había sido ajusticiado. Del ajusticiamiento no dice nada y por el asunto de la reincidencia pasa López Soler "de puntillas", si bien es cierto que promete escribir otra novela, cosa que nunca hizo: *"El conde salió del salón y volvió a entrar al instante trayendo de la mano al sonrojado Barbudo. Alegráronse unánimemente al verlo, como gentes sabedoras de lo mucho que debían los novios a su honradez y esfuerzo; y así que oyeron de la boca del duque que su majestad se había dignado concederle el indulto, prodigáronsele vivas, felicitaciones y aplausos invitándole de mancomún a que se aprovechara de la clemencia del soberano para vivir en honrado y pacífico retiro. Prometiolo Jaime con muestras de mucha cortesía y agradecimiento; y si bien se pasó corto espacio hasta volver a capitanear los bandidos de la sierra, haciéndose notoriamente ingrato a la real clemencia, agujoneáronle ocultas y peregrinas desazones, que acaso tendremos lugar de desenvolver algún día en otra novela del mismo tono"*. *Ibíd.*, p. 193-194.

impulsa a corresponder un gesto anterior de D. Rodrigo<sup>188</sup>. El pueblo todo esto lo "presencia" pero se limita a ser sujeto pasivo de las actuaciones del Barbudo sin que éstas le beneficien ni le perjudiquen; en la novela Jaime se relaciona con los de arriba, poniendo sus recursos al servicio de los que, entre ellos, muestran sentimientos nobles. El pueblo, cuyas apariciones son bastante fugaces, se limita a mostrar su admiración, exactamente igual que cuando asistía como espectador a los torneos en *Los bandos de Castilla*, la otra novela ya citada de López Soler. De ahí que, aunque los personajes de la que ahora nos ocupa sean contemporáneos, siguen haciendo gala de una "mentalidad medieval". Yo diría que López Soler, bajo un ropaje contemporáneo, trata un típico tema de honor; o lo que es lo mismo, la realidad contemporánea es una simple excusa para seguir recreando una idealizada Edad Media en la que el pueblo juega un mero papel de comparsa. La "historia" es contemporánea, pero la "intrahistoria" no difiere de la reflejada en *Los Bandos de Castilla*. Por eso, yo no creo que Jaime responda a las características del bandido social que roba a los ricos para entregarlo a los pobres y contribuir así a paliar las injusticias sociales<sup>189</sup>. Jaime no roba para redistribuir; ya se ha visto que, tanto

<sup>188</sup> El Conde de La Carolina es asaltado por la partida del Barbudo. Don Rodrigo de Portoceli, que va dándole escolta a la comitiva del Conde, se enfrenta cara a cara con el bandido: "*Empezó el combate: ambos manejaban el sable con igual destreza y osadía; ambos tenían un alma impávida, pundonor varonil, noble deseo de nunca encontrar rival*". Como se acercan los soldados y a D. Rodrigo le parece que no es muy caballeroso valerse de la superioridad que le da el número para capturar al bandido, lo deja escapar: "*Aprovecha para huir el tiempo que habías de emplear en resistirme; y aunque no sé si obro bien en dejarte libre el campo, siento acá en lo íntimo de mi pecho cierto impulso de heroicidad, al que negarme no puedo después de que acabas de hacer y de decirme*". El Barbudo no puede menos que corresponder a este gesto con cortesías y razones y el ofrecimiento de su amistad: "*¡Noble y valiente joven! -exclamó Jaime- si una amistad ciega pudiera recompensar ese rasgo de generosa hidalguía nunca habrías de arrepentirte de obrar como caballero con un miserable bandido*". [p. 137-138]. Extraña manera, en verdad, por no decir irresponsable, la que tiene el capitán de resolver lo que eran un grave problema de orden público.

Poco antes El Conde trata de evitar el enfrentamiento, pues está muy agradecido a Jaime por haber respetado su vida y tratarles con toda consideración a él y a su hija si acceden a pagar un rescate. Las palabras del Conde no tienen desperdicio: "*Deténgase usted, señor caballero -gritó a la sazón el conde metiéndose entre los dos combatientes- ese hombre acaba de salvar mi vida y el honor de mi hija... Ruego a usted que no se empeñe en un combate, cuyas resultas han de afligir mi corazón sin ser ventajosas para la patria. Si usted sucumbe, pierde un militar valiente; si perece Jaime, quedan en cierto abandono las propiedades del reino...*" [p. 137]. Peculiar manera de proteger las propiedades robándolas. Evidentemente estos personajes, aunque vivan en el siglo XIX, encarnan mentalidades y valores que son de otra época.

<sup>189</sup> Es la opinión que sustentan Enrique Rubio y M<sup>a</sup> de los Ángeles Ayala en su ya citada *Introducción*: "*En la novela de Ramón López Soler se cumple prácticamente todos los presupuestos básicos establecidos por Hobsbawm en su análisis sobre el bandolero social o noble. [...] Es un bandido generoso que roba a los ricos para dar buena parte del botín a los pobres. [...] Su lucha va dirigida contra los opresores de la sociedad, de ahí que el bandido de López Soler combata con toda su astucia y poderío a los seres perversos que aparecen en la novela*". [p. 33-34]. Pero en la novela no hay un solo episodio en que el Barbudo aparezca repartiendo dinero a los pobres\*: sus generosidades son siempre a título individual y para pagar favores o servicios: le ofrece unas tierras al joven Santiago a cambio de que le mantenga informado sobre las actividades de Judas Rosell, declara que tiene que pagar a sus espías... Tampoco la lucha contra Moncadí y la ayuda Portoceli la realiza porque aquél sea un "opresor social"; se realiza en un plano estrictamente individual en el que Jaime se mueve por simpatías y por agradecimiento: no olvidemos el ya citado comportamiento caballeroso que D. Rodrigo Portoceli tuvo con él dejándolo escapar. Yo insisto en la idea ya repetida: el pueblo no es el objeto de los favores del bandido, es simplemente su público: elemento indispensable para que sus hechos adquirieran el lustre necesario.

\* Solamente en el *Prólogo* se hace una ligerísima alusión a esto: "*Varias veces tendió un brazo de salud a los débiles, protegió a los inocentes*". [p. 79]. Pero, como ya dije, prólogo y novela se contradicen. Una cosa es el personaje histórico y otra el novelesco.



cuando asalta al carretero Roque como al Conde de La Carolina (los dos únicos robos que suceden en la novela), Jaime les explica que necesita el dinero para pagar su red de espías<sup>190</sup>. Y éstos, que actúan únicamente por dinero<sup>191</sup>, son necesarios para el desempeño de una actividad que es considerada por Jaime como una auténtica profesión, hasta tal punto que la define como "mi industria"<sup>192</sup>; y las actividades de ésta son variadísimas: secuestros, extorsión, "protección"<sup>193</sup>. Y, como tal industria, se preocupa de que el cliente reciba el servicio que ha pagado<sup>194</sup>. Luego, parece claro que la finalidad de las extorsiones del Barbudo no es la redistribución de la riqueza, sino su propio beneficio; si algunos -los espías- reciben una parte, no es a título de reparto, sino como salario por realizar un trabajo indispensable para el buen funcionamiento de la empresa. No es ésta la única característica en la que Jaime se aparta del modelo de bandolero social. Otra, señalada por Hobsbawn, es la siguiente:

*"Es una forma más bien primitiva de protesta social organizada, acaso la más primitiva que conocemos. En cualquier caso, en no pocas sociedades, lo ven así los pobres, que por lo mismo protegen al bandolero, le consideran su defensor, le idealizan, y le convierten en mito"*<sup>195</sup>.

Lo cual implica que entre pueblo y bandido tiene necesariamente que establecerse una estrecha relación, cosa que no sucede en esta novela: el Barbudo no sólo no protege a los pobres; ni

<sup>190</sup> Red numerosísima, de lo que se jacta el Barbudo, pues ante la pregunta de Santiago de cómo ponerse en contacto con él responde: "No saldrías a paseo donde no hallases algún pordiosero que se te diese a conocer por mi emisario; no entrarías en iglesia sin que algún fingido ermitaño te entregase cartas mías; y si sucumbieses al pasajero rigor de una dolencia, el médico que te recetara, el barbero que te sangrase, la dueña que te aplicara los empastos, todos, en fin, te hablarían del Barbudo y te comunicarían sus órdenes". [p. 94] Y disponen de un sistema de comunicación perfectamente organizado: "Se ponderó la traza dada por Jaime al efecto de establecer por medio de ramas, de ropas colgadas en las ventanas, de piedras puestas al margen de los caminos, una especie de telégrafo más variado y sutil que los que tanto se admiran en las altas torres de Montjuic y de Tabira". [p. 113]

<sup>191</sup> Así se lo recuerda el Barbudo a su gente: "¡Como si no supierais que del espionaje depende nuestra existencia, y que es imposible sostenerlo sin una cantidad fija y segura!". [p. 110]

<sup>192</sup> En un momento determinado, hacia la mitad de la novela, D. Rodrigo Portoceli le propone que se retire a otro lugar y se busque un trabajo honrado. El Barbudo le responde: "¿Cómo quieres que se doblegue al trabajo un hombre acostumbrado a vida activa y errante, holgazana y caprichosa? A lo menos me ha proporcionado mi industria cierta seguridad y dominio en esta sierra". [p. 147].

<sup>193</sup> "Al mismo tiempo no se contentaban los ladrones con aligerar a los pasajeros, sino que por medio de tropelías e insolencias exigían contribuciones de los propietarios. Una carta enviada al dueño de una hacienda amenzándole con que pegarían fuego a su olivar o a su cortijo como no aportase tal cantidad de dinero; el medio, aún más diabólico, de coger a un individuo de la familia y exigir asimismo otra cantidad para soltarlo; con otros del mismo jaez acompañado siempre de blasfemias y de insultos, hacía que tuviesen muchas gentes comunicación con el Barbudo al efecto de que les garantizase la seguridad de sus haciendas y personas, mediando la mensual asignación en que se convenía". [p. 130].

<sup>194</sup> Por eso no duda en enfrentarse a su gente cuando alguno de ellos se propasa con los "protegidos": "¿Quién de vosotros -dijo el Barbudo rompiendo bruscamente el silencio- quién de vosotros ha maltratado las yeguas del Tesorero de Murcia? [...] Si vuelvo a oír la menor queja de los que pagan la contribución debida -prosiguió el bandolero- yo os juro que sabré dar con el pícaro que así contraviene a mis mandatos. [...] Ahora bien: no estoy de humor de romperme los cascos en andar tras el judas de esta compañía, pero separaré el valor de tan injusta violencia de lo que se vaya recogiendo por esos caminos reales. Uno de vosotros lo llevará escrupulosamente a su dueño". [p. 110]

<sup>195</sup> Eric J. Hobsbawn: *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona, Ariel, 1983, p. 27.

siquiera se relaciona con ellos<sup>196</sup>; como ya se ha dicho, sus relaciones son con los de arriba; y es que el Barbudo no está contra el sistema sino que busca por todos los medios integrarse en él, lo que conseguirá gracias a la privilegiada relación que mantiene con los poderosos<sup>197</sup>.

¿Cómo es posible que un bandido, cuyas actividades no se ocultan en la novela, resulte al mismo tiempo idealizado? Pues porque los latrocinios y delitos del Barbudo no constituyen la trama fundamental de la novela. Ésta, como ya he dicho, está formada por la ayuda que el Barbudo presta a Portoceli en la feliz resolución de sus amores. Todo ello envuelto en una aureola de honor y caballerosidad, destacada una y otra vez, que, además de mitificar al personaje, oculta sus delitos. Éstos quedan en segundo plano, como hechos insignificantes<sup>198</sup> y como contrarios a la naturaleza, "la natural hidalguía", del personaje, de la que tanto los demás personajes como el propio Barbudo están absolutamente convencidos<sup>199</sup>. Es decir, López Soler presenta una imagen del bandido en la que destaca su caballerosidad, hidalguía y sentido del honor. Luego, como afirma el autor de la cita reproducida en la nota 196, López Soler, al convertir en "héroe de trabuco" a un bandido, está mitificando esos valores, que son valores tradicionales, para que el pueblo los admire como admiraba a los "paladines" medievales. Lo cual es un dato más que prueba el tradicionalismo de este autor<sup>200</sup>.

---

<sup>196</sup> Si en la novela Jaime el Barbudo no se preocupa del pueblo, en la realidad no parece que mantuviera una relación muy amistosa con él a juzgar por la reacción del público murciano cuando se estrenó en esa capital la obra teatral ya citada de Sixto Cámara. Esta obra se había estrenado en Madrid en mayo de 1853 y poco después se representó en Murcia. En Madrid tuvo un gran éxito "sin embargo, en Murcia, a partir del segundo acto se inició un murmullo de desaprobación que desembocó en denuestos y amenazas. Hasta tal punto que el público de Murcia quiso linchar al propio Parreño por confundirlo con el autor del melodrama. Las causas del profundo fracaso aparecen referidas por un interlocutor amigo de Parreño: <<Estaba el teatro lleno de hijos y parientes de las víctimas de Jaime; todos sabemos aquí que no tenía barba, que no lo indultaron para que se hiciese guerrillero contra los franceses, que no se hizo, y que no fue realista, ni liberal, ni menos demócrata, por más que a últimos del 23 y el año 24, persiguiera a los liberales por orden de la autoridad. Jaime fue sólo un bandido que sacó contribuciones a los propietarios, arrieros y carreteros; que mató en algunas ocasiones, y que si tuvo talento lo empleó en el mal y no para hacer bien. Éste fue Jaime, ahorcado luego, y así quería el público que se lo presentaran; porque así es la verdad. Más os valiera a los autores de Madrid -añadió con ira- aprender lo mucho que ignoráis y sacar provechoso ejemplo de esos facinerosos contra nuevos crímenes, y no convertir en héroes de trabuco a lo más abyecto de la sociedad, disculpando sus hechos y hasta adornándolos tanto que da gana de imitarlos>>".

Enrique Rubio y M<sup>a</sup> Ángeles Ayala: *Introducción*, edc., cit., p. 22, nota 42.

<sup>197</sup> Relaciones "interesadas" por ambas partes. Sirva como un ejemplo más la siguiente conversación con el "duque de Berganza, poderoso señor de Murcia, muy interesado en su conversión, y de quien custodiaba las haciendas" [p. 180], quien dice a Jaime: "Pues atiende a lo que voy a hacer por ti. Quiero lograr tu perdón, y apoyarme para ello en la especie de honradez que te ensalza por la sierra, y en los especiales favores que a tu moderación debemos los propietarios de Murcia". [p. 182].

No deja de ser curiosa esta insistencia en agradecer al Barbudo que, previo pago, se digne protegerlos de sí mismo. El ensalzamiento del verdugo por parte de sus víctimas es uno de los procedimientos más eficaces en la idealización del bandolero.

<sup>198</sup> Los delitos casi corren el riesgo de pasar desapercibidos para el lector. El autor no se detiene en ellos; los relata casi de pasada. Y las dos únicas ocasiones en que se detiene -asalto del carretero y del conde de La Carolina (ya comentados)- los cuenta de tal manera que hasta los asaltados terminan dándoles las gracias por haberles robado.

<sup>199</sup> En una ocasión le dice a Portoceli: "¡Ah! Si pudieras descender de tiempo en tiempo en lo íntimo de mi pecho, hallarías tal vez un corazón digno de ti, justamente horrorizado de no descubrir en torno sino miserias, latrocinios y desastres". [p. 146]

<sup>200</sup> Tradicionalismo que analizaré en otras cuestiones, como, por ejemplo, cuando se ocupe de la educación de la mujer en *Las señoritas de hogaño y las doncellas de antaño*.

La misma actitud de admiración pasiva mantiene el pueblo ante la Iglesia. En *Cornelia Bororquia* se describe cómo muestra un respeto poco menos que idolátrico por el obispo "a cuya presencia se prosterna humildemente el pueblo entero, esperando con ansia su santa bendición"<sup>201</sup>.

Aspecto particular de la pasividad es el conformismo. Se puede afirmar que en todas las novelas anteriores aparece de un modo implícito. Pero también lo encontramos explícito. En *El oficial y el tejedor*, novela ya citada, se vio que D. Pablo de Zúñiga, antiguo oficial del ejército, se ve obligado, lo mismo que su familia, a desempeñar un trabajo manual, lo que acepta con total resignación y entereza:

*"Creo no tener enemigos, porque no tengo ningún empleo que puedan desear; hago el bien que puedo a mis semejantes, y en mi nuevo estado de menestral, con el que estoy conforme, sin conexiones, y reducido al círculo de mi familia, he encontrado por un efecto de la desgracia la tranquilidad que apetecía"*<sup>202</sup>.

Si Zúñiga, que tendría "derecho", no se queja, ¿va a hacerlo el pueblo?

Las tres novelas analizadas en este apartado presentan una imagen del pueblo que se caracteriza por la pasividad, por asistir a los acontecimientos como espectador. Estas novelas se inscriben ideológicamente en la esfera del Antiguo Régimen. Por eso, la conclusión que se puede sacar es la misma que en los puntos 1.2.2 y 1.2.3: Esta imagen responde a la ideología de los poderes establecidos. Como ya dije no se corresponde exactamente con realidad histórica. Por eso, una vez más, hay que concluir que se trata de una imagen "interesada" que fundamentalmente refleja el comportamiento que esperan de él.

---

<sup>201</sup> Edc. de Gerona, 1820, cit., p. 9.

La frase citada, en el pasaje en el que se encuentra, se limita a testimoniar cuál es la actitud del pueblo ante la jerarquía eclesiástica. Sin embargo, en el contexto general de la novela, ya se verá más adelante, tiene una clara intención de denuncia.

<sup>202</sup> Edc., cit., p. 69. Y, como ya se vio, Zúñiga acepta resignadamente su situación gracias "a su sólida religión y verdadera filosofía" [p. 87]. La incitación al conformismo social por parte de la Iglesia resulta evidente.

### 1.2.5. LA IGNORANCIA: APOLOGÍA Y DENUNCIA.

La mejor garantía para el conformismo y resignación del pueblo, y el consiguiente mantenimiento del Antiguo Régimen, es la ignorancia. De ahí que ésta sea defendida por los partidarios de mantener la situación inamovible y denunciada por los ilustrados y liberales.

En *La Huérfana*, ya citada, Velázquez se empeña en darle una esmerada educación a su hija, pero su mujer, Polonia, se opone frontalmente:

*"Polonia llevaba a mal esa especie de enseñanzas, porque decía, que no era bueno más que para las damas; que Ventura y ella no lo eran; que si él les faltaba sería necesario que una y otra ganasen el pan con su trabajo: que así lo que Ventura debía hacer era trabajar con ella en la cocina, lavar, barrer, y las demás haciendas de la casa, tanto para ayudarla, pues ella no lo podía hacer todo, como para acostumbrarse cuando fuera tiempo; porque si su padre quería educarla como una señorita, después no sería buena para nada"*<sup>203</sup>.

Es decir, Polonia, personaje popular y, además, mujer, no sólo es ignorante, sino que tiene perfectamente asumido que así debe ser. Cuando ocurre lo contrario, tales pretensiones llevan aparejado su correspondiente castigo. *La erudita*<sup>204</sup> recoge la historia de Margarita contada por la propia protagonista. Desde pequeña tuvo una gran afición al estudio y a todo tipo de lecturas, de tal manera que su casa, que siempre estaba llena de admiradores, parecía una academia. Uno de ellos, don Juan, pide su mano. Ella, a pesar de que es el que más le gusta de todos sus admiradores, lo rechaza. Despechado, se fue a Andalucía y, entonces, ella lo amó en vano. Y no sólo eso, sino que los hombres instruidos fueron paulatinamente abandonando su tertulia dejándola

*"rodeada, y como sitiada por una gavilla de ignorantes que pasaban por eruditos, y no eran más que pícaros"*<sup>205</sup>. Todas las actividades literarias que emprende fracasan: *"Corrida de haber tenido tan mala suerte en las bellas letras quise desquitarme con las ciencias útiles"*<sup>206</sup>;

pero sigue cosechando fracasos. Entonces:

*"Escribí [...] y publiqué gran número de trataditos crítico-filosóficos, sobre muy diversas materias, y en todas tuve igual fortuna: lenguas, historia, navegación, arte militar, hasta novelas"*<sup>207</sup>; *de todo escribí, todo lo publiqué; pero ni aún las novelas pude vender, no obstante que hoy todas se compran, y que las mías eran tan largas y escritas con el mismo estilo que la Casandra y sus compañeras"*.

Tras tantos desengaños, sale en busca de su hermano para que le administre sus bienes;

<sup>203</sup> Novela incluida en la obra de Atanasio Céspedes y Monroy: *Lecturas útiles y entretenidas*, edc., cit., p. 33-34.

<sup>204</sup> Forma parte de: *Quatro cuentos en un cuento. Novela*; incluida en la obra de Cándido María Trigueros: *Mis pasatiempos. Almacén de fruslerías...*, cit. supra.

<sup>205</sup> Edc., cit., p. 115.

<sup>206</sup> *Ibíd.*, p. 119.

<sup>207</sup> Reaparecen en boca del personaje los prejuicios antinovelescos del autor quien, como ya se vio en la nota 15, lanza en el *Prólogo* un furibundo ataque contra las novelas. Además de lo recogido en la mencionada cita dice: *"Se compran y se leen unos inmensos conjuntos de mentiras insulsas, frías, monstruosamente filosóficas, y que para nada pueden servir, sino para acabar de apestar las costumbres, que ha largo tiempo que no están muy sanas"*. *Ibíd.*, p. VI.

Nada tiene, pues, de extraño que haga fracasar a su protagonista tomándose así cumplida venganza por atreverse a escribir novelas.

casualmente se encuentra con D. Juan con el que se casa renunciando a sus pretensiones intelectuales.

Esta novela es la historia del fracaso de una mujer que intentó hacer cosas impropias de su condición, lo que casi la lleva a perder definitivamente al hombre que amaba. Pero por debajo de este tema, se percibe una ironía del autor hacia todas las actividades intelectuales, especialmente la filosofía: las expresiones "*trataditos filosóficos*", utilizada por la protagonista, y "*monstruosamente filosóficas*" por el propio autor en el *Prólogo*, son lo suficientemente significativas. Si, por otra parte, tenemos en cuenta que en dicho *Prólogo* (vide nota 15, p. 204) se refiere a estas 'monstruosidades filosóficas' como "*la nueva gerigonza con que los filosofantes aturden los oídos sanos*", y que entre los poseedores de sanos oídos está sin duda alguna Zúñiga, protagonista de *El oficial y el tejedor*, pues éste sólo los tenía prestos para "*la verdadera filosofía*", queda planteada una interesante dicotomía -'filosofía monstruosa' / 'filosofía verdadera'-, que resulta muy significativa tanto de las coordenadas ideológicas en que se mueven los que la formulan, como de la estima que sienten hacia las actividades intelectuales.

La educación de la mujer constituye también el tema de *Las señoritas de hogaño y las doncellas de antaño*<sup>208</sup>. La novela se sitúa en la época de la Guerra de la Independencia, pero sin que ésta tenga ninguna influencia en la trama. El autor se limita a nombrarla como mera referencia cronológica. Matilde es una joven moderna cuyo carácter responde a "*lo que se llama en la moderna solfa sentimental y romántico*"<sup>209</sup> y que, además, ha tenido "*la maldita ocurrencia de educarse en París [...] verdadero centro de la lechuguinería y el sentimentalismo*"<sup>210</sup>. Como consecuencia de esta educación Matilde es "*una joven muy culta, almibarada y leída*"<sup>211</sup>. Su padre, D. Alberto, quiere casarla con su sobrino Luis, oficial que ha luchado valerosamente en la guerra, lo que le ha valido la concesión de un título nobiliario<sup>212</sup>, y del que han recibido carta comunicándoles su inminente vuelta. Pero Matilde lo rechaza, porque no le parece que esté a la altura de su refinada sensibilidad<sup>213</sup>, y se casa en secreto con Perceval, un "elegante" cazafortunas que ha conseguido enamorarla mediante la adulación y haciendo gala de una sensibilidad pareja a la suya. Luis se casa con Leonor, joven modesta, de educación tradicional y que nunca intentó salirse del papel que le correspondía. Cuando Matilde se apercibe de la verdad ya es demasiado tarde y lo único que le queda es lamentarse<sup>214</sup> y arrepentirse pues se da

<sup>208</sup> Novela de Ramón López Soler, publicada en Barcelona en 1832. Existe edición moderna -en el mismo volumen que la de *Jaime el Barbudo*. Enrique Rubio Cremades y María de los Ángeles Ayala Aracil, Sabadell, Caballo-Dragón, 1988.

<sup>209</sup> Edc., cit., p. 217.

<sup>210</sup> *Ibíd.*

<sup>211</sup> *Ibíd.*, p. 218.

<sup>212</sup> López Soler no pierde ocasión para adular a Fernando VII. Cuando sus familiares se enteran de que le han concedido un título nobiliario, se muestran alegres y orgullosos. El comentario de Luis: "*¡No por mis méritos, tío -respondió Luis- sino en fuerza de la bondad de un monarca sobrado magnánimo y generoso*". [p. 233]

<sup>213</sup> "*...no puedo dejar de repetir que nunca me inspira el primo Luis una de aquellas irresistibles inclinaciones que nacen de la conformidad de los caracteres. Y no dejo de reconocer en él calidades excelentes... es honrado, cortés, fornido... pero nada de elevación en las ideas, nada de entusiasmo varonil, nada de vehemencia en la imaginación... en una palabra, nunca pasará de hombre de bien*". [p. 224].

<sup>214</sup> "*Matilde, permaneció allí largo rato llorando su desventura, y maldiciendo en su interior ese humor sentimental y novelesco que, apoderándose de las jóvenes de nuestro siglo, las hace caer en las garras del primer descabellado espadachín que se propone seducirlas*". [p. 246]

cuenta de que el comportamiento correcto es el seguido por Leonor y así lo reconoce ante ella:

*"¡Ojalá -exclamó Matilde- hubiese sido tan modesta y tan mirada como tú! Presumía demasiado de mí misma, y creí que las mujeres debían ser obsequiadas en el mundo con no menos arrebatos, mimos y genuflexiones que en las comedias"*<sup>215</sup>.

Mientras Leonor es plenamente feliz con su marido, Matilde resulta invadida por una creciente melancolía. La conclusión moralizante, ya de por sí clara en el desenlace de los hechos, es remarcada explícitamente por el autor. Éstas son las últimas palabras de la novela:

*"¡Sirva a lo menos su desgracia [la de Matilde] de aviso a los padres y de ejemplo a los tutores para que prefieran a la brillante y peregrina cultura de las señoritas de hogaño, la honesta, sencilla y piadosa educación de las doncellas de antaño"*<sup>216</sup>.

Es decir, Leonor que encarna las virtudes tradicionales, recibe el justo premio de un matrimonio dichoso y Matilde, la joven que encarna la educación y los valores del día, el castigo de un matrimonio infeliz. Aunque el tema central es, evidentemente, el del papel de la mujer en la sociedad, yo creo que subyace, al igual que en *La erudita*, un desprecio contra todo lo que huelva a modernidad y cultura: Ya se vio cómo López Soler al principio de la novela, cuando traza el retrato de Matilde, la define, con evidente intención irónica, como "*una joven muy culta*"; pues bien, la cultura solamente le ha servido para equivocarse en su elección y labrarse su infelicidad<sup>217</sup>. Y, algunas veces, las consecuencias son bastante más trágicas, pues a Cornelia, la joven protagonista de *Cornelia Bororquia*, la cultura la llevó a las mazmorras de la Inquisición: "*Doña Cornelia según las trazas es sabia y leída, y esto solo basta para tenerla bien sujeta*"<sup>218</sup>.

En *Los Bandos de Castilla*, López Soler se refiere en varias ocasiones a la rudeza e ignorancia del pueblo. Describe el lujo, la galantería, esplendidez y refinamiento cultural de la corte de Juan II, pero todas estas cosas "*suavizaban apenas la ruda grosería del pueblo*"<sup>219</sup>. En otro pasaje se hacen repetidas y chistosas referencias a la necedad del vulgo; Roldán y Ramiro han llegado a la ermita de un anacoreta y realizan las respectivas presentaciones:

*"-Llámanme el caballero del pájaro: hay quien añade el epíteto de medroso; pero nada creáis, os aconsejo, pues que antojos son del vulgo. Y a vos, padre mío, ¿cómo os llaman por la sierra?*

*-El ermitaño de Arlanza -replicó con el mismo aire socarrón el jovial anacoreta-; hay quien le añade el epíteto de santo, pero nada creáis, os aconsejo, pues que antojos son del vulgo.*

*-Caiga sobre mí un convento -exclamó el veterano- si entiendo esa ridícula jerigonza.*

<sup>215</sup> *Ibíd.*, p. 263.

<sup>216</sup> *Ibíd.*, p. 272.

<sup>217</sup> Como dicen E. Rubio y M<sup>a</sup> Ángeles Ayala en la *Introducción*: "*El recogimiento, la razón y la práctica de labores domésticas propias de la mujer, serán los elementos básicos de toda buena educación*" [p. 58]. Es decir, el mismo plan que Polonia quería para su hija en *La huérfana*.

<sup>218</sup> Edc. de Gerona, 1820, cit., p. 62.

El argumento de Cipriano Vargas para justificar la prisión de Cornelia, recuerda la respuesta del personaje cervantino Humillos cuando el Bachiller le pregunta si sabe leer: "*No, por cierto, /Ni tal se probará que en mi linaje / Haya persona tan de poco asiento, / Que se ponga a aprender esas quimeras / Que llevan a los hombres al brasero, / Y a las mujeres a la casa llana*".

*La elección de los alcaldes de Daganzo*, Madrid, Castalia, 1970, Clásicos Castalia 29, p. 112-113.

<sup>219</sup> Edc., cit., p. 29.

*Roberto de Maristany me pusieron en la cuna, llámanme Roldán por sobrenombre no solamente el vulgo necio, sino hidalgos y plebeyos, hombres de ingenio y mentecatos*<sup>220</sup>.

Pero la necedad y rudeza no es ninguna lacra; todo lo contrario, es una virtud, pues gracias a ella se dejan conducir dócilmente por quien tiene autoridad para ello. Antes del enfrentamiento con los castellanos el Infante D. Enrique pasa revista a sus tropas:

*“Brillaban en larga perspectiva los que se muestran ufanos de haber nacido en la inmortal Sagunto, y los que danzan en las riberas fértiles del Ebro: aquellos pueblos zafios y salvajes que apacentan numerosísimos ganados y luchan con en oso en las enriscadas cumbres del Moncayo, los que beben las aguas del venerable Turia y los que respiran el aire puro de la gentil valencia, iban sucesivamente desfilando, armados de aquel espíritu marcial, infalible precursor de la victoria*<sup>221</sup>.

Es decir el vulgo es necio cuando está desorganizado, no tiene nadie que lo dirija y "piensa" por su cuenta. Pero, desde que renuncia a "pensar", asume los valores establecidos y, como una piña con su señor natural, se deja guiar, la necedad se convierte en una ventaja, pues es la mejor garantía de su docilidad y sumisión: de que no van a cuestionar los valores tradicionales que, en la reciente Guerra de la Independencia, no lo olvidemos, se han identificado con el patriotismo<sup>222</sup>. Luego, la ignorancia del pueblo es positiva, porque la enorme fuerza potencial que encierra puede ser utilizada para la defensa del orden tradicional; y la cultura es peligrosa, porque lo pone en peligro: la idílica estampa de los 'salvajes del Moncayo' marchando marcialmente a la victoria y los lamentos de la "cultura" Matilde sumida en la desesperación y la infelicidad evidencian las consecuencias de una y de otra. Todo lo cual coincide con la animadversión hacia la cultura que quedó señalada en la *Introducción histórica* como característica del Antiguo Régimen<sup>223</sup>.

Hay una forma más sutil de defender el orden tradicional valiéndose de la ignorancia: negando que ésta exista. Es lo que sucede en *Los frailes vindicados por Volter* [sic]<sup>224</sup>, Juan Cosme de Nergán defiende la utilidad del clero tanto regular como secular. La obra está escrita en forma de diálogo. Cuatro personajes se reúnen para comentar una supuesta carta de Voltaire en la que éste se queja de que cierto *Autor* haya sacado una serie de conclusiones de sus obras

<sup>220</sup> *Ibíd.*, p. 44.

<sup>221</sup> *Ibíd.*, p. 175.

<sup>222</sup> Recordemos la frase de Capmany en su obra *Centinela contra los franceses* [1808], citada en la *Introducción histórica*, en la que se refiere al comportamiento del pueblo durante la guerra: "*La falta de lectura de nuestro pueblo le ha preservado del contagio [de las ideas modernas] y este estado es... el que seguramente nos ha salvado*". Vide *Introducción histórica* p. 34, nota 90. Esta misma falta de lectura es la que hace que estos "pueblos zafios y salvajes" sean la salvaguarda del Antiguo Régimen.

<sup>223</sup> Recordemos como muestra la declaración del Colegio de Santo Tomás de Sevilla y el lema de la Universidad de Cervera: "*Más queremos errar con Basilio y San Agustín que acertar con Descartes y Newton*"; "*Lejos de nosotros la funesta manía de discurrir*". Notas 89 y 171 de la *Introducción histórica*.

<sup>224</sup> Vide nota 65, p. 217. El segundo tomo lleva por título: *Conversación segunda sobre la utilidad política del clero secular y regular y de sus rentas*. Lleva el mismo pie de imprenta, pero con la fecha de 1816. A continuación, en el mismo volumen, se encuentra una especie de apéndice, sin nuevo pie de imprenta, de 64 páginas, con el título: *Respuesta verdadera y sólida que dan "los que tienen vista" a dos Cartas que condujo el Correo de los Ciegos de Madrid del Martes 6 de enero (debieron decir Febrero) N° 35. Prudente aviso y consejo dirigido a los mismos Ciegos, para que no admitan más en su correo semejantes papelejos*.

en defensa de los frailes, cuando en realidad se trata de todo lo contrario<sup>225</sup>. En el tercer tomo del volumen *-Respuesta verdadera y sólida...*- es donde aparecen referencias a la ignorancia del pueblo. Reproduce dos cartas publicadas en el *Correo de los Ciegos* en las que su autor se queja de que un predicador en un sermón ha criticado unas *Conclusiones de Economía Civil y Comercio* que habían sido impresas con la aprobación de la sociedad correspondiente. En la primera se queja de que el predicador haya afirmado desde el púlpito que dichas conclusiones "contenían cuatro proposiciones erróneas y próximas a la herejía"<sup>226</sup>. Eso no es verdad, por lo que dicha sociedad se ha visto calumniada y, lo que es más importante: "Será difícil desimpresionar al público compuesto de un vulgo que no pensará en leer las *Conclusiones*, para ver por sus ojos si se hallan las proposiciones fatales"<sup>227</sup>. Y en la segunda se queja de que desde el púlpito se pueda decir cualquier cosa, aunque se atente contra la verdad, amparándose en la religión:

*"Afánase el Gobierno, y aun el Soberano, logra despertar el patriotismo, y la aplicación en los vasallos; y en medio de los progresos que consiguen, atraviésase un hombre, que sin más derecho que su elocuencia y el concepto universal, derriba el principiado edificio con sola la voz de la religión. ¡Oh tú, profundo Español político Saavedra, qué bien conocías los males que podían destrozarse una república baxo del aspecto o capa de religión! Tus pasos mismos, elocuente Padre, indican la reforma que necesita vuestra libertad en la instrucción que dais al pueblo. No se imprime libro sin que sea aprobado antes, porque es ramo que toca al Gobierno la pública instrucción; ¿y se dexa que prediquen sermones no revisados antes? ¿Quién nos liberta de la ignorancia o de los errores de los que suben a los pulpitos, y son mirados como oráculos de la verdad?"<sup>228</sup>.*

Es decir, el autor de las dos cartas se queja de que, valiéndose de la autoridad que le da el hablar en nombre de la religión así como de la credulidad del "vulgo", la Iglesia fomenta y se aprovecha de la ignorancia del pueblo, siendo el gobierno responsable de esta situación por su excesiva permisividad con la Iglesia. Preocupación por la educación y responsabilidad del gobierno en la misma son, pues, las ideas centrales de las cartas, ideas que coinciden con el credo ilustrado<sup>229</sup>.

A continuación Nergán refuta los argumentos vertidos en las cartas con las siguientes razones:

*"Se le atribuye [el sermón] a un 'predicador venerado del pueblo, por su vida', y he aquí ya una porción de equivocaciones; porque el 'predicador' de que se habla es 'venerado' (como es notorio) no sólo 'del pueblo' (si éste malamente se toma por el vulgo), sino de todos los sabios, y verdaderamente virtuosos; y esto no sólo 'por su vida' santa e irreprehensible, sino aún más (si cabe más) por su doctrina, que ha arrastrado la admiración y el asombro de*

<sup>225</sup> En la supuesta carta de Voltaire, que Nergán reproduce, se dice: "Hasta de mis obras se ha valido el Autor, pues de éstas ha sacado la especie de hacer útiles a la patria un millón de zánganos encerrados en los claustros. ¿Pero qué le sucedió? Lo mismo que a Patouillet y Monote y otros ignorantes que tomaron por verdades lo que solamente escribí por pasatiempo". Y, a continuación, el Voltaire apócrifo deja muy claro que él nunca los ha defendido pues "los frailes son unos mismos en el mundo, y con todo no todos los reynos donde residen son holgazanes como la España". Edc., cit., tomo I, p. 8-9.

<sup>226</sup> Edc. cit., p. 4.

<sup>227</sup> *Ibíd.*

<sup>228</sup> *Ibíd.*, p. 11-12.

<sup>229</sup> Recordemos el *Viage a Selenópolis*.



*todos los verdaderamente sabios que le han oído*"<sup>230</sup>.

Y respecto a "*desimpresionar al público*" no es posible:

*"No porque el 'público' mismo sea 'compuesto de un vulgo que no pensará en leer las Conclusiones & c.' sino porque además de ese vulgo, se compone de tantos sabios verdaderos, quantos no puede negarse hay en nuestro Reyno; y de ellos se cuentan ya muchísimos que han procurado leer las Conclusiones muy despacio, y han hallado y anatematizado en ellas fuera de las proposiciones fatales, otras"*<sup>231</sup>.

Es decir, no es verdad que el público sea ignorante y que no piense por sí mismo, pues no sólo está formado por el vulgo, como maliciosamente el autor de las *Cartas* parece sugerir, sino por sabios a los que no es posible engañar. Me parece muy significativo que Nergán recoja argumentos que vamos a encontrar en las novelas que atacan al Antiguo Régimen y que los rebata entrando en su mismo terreno. Es decir, no apelando a criterios de autoridad o providencialistas, sino simplemente negando que el público sea ignorante. Nergán pretende demostrar así que si el pueblo apoya el orden social establecido no es porque esté manipulado y engañado, pues ese orden es apoyado también por otros -"sabios"- de cuya capacidad intelectual no es posible dudar. Nergán estaría así apelando a la opinión pública como una razón de peso para respaldar un orden social que hasta ahora encontraba su legitimación solamente en la voluntad divina. O, lo que es lo mismo, Nergán es muy consciente de que ya no se puede gobernar ni mantener el sistema sin tener en cuenta la opinión del pueblo<sup>232</sup>. Y, por otra parte, es también digno de resaltar que el "ilustrado" autor de las *Cartas* "rebaje" al público considerándolo "vulgo" y que sea Nergán quien lo "eleve" haciendo que la mayor parte sean "sabios". ¿No es esto, además de lo ya señalado, un manera de asimilar al pueblo, de integrarlo para que éste se sienta protagonista -y no parte meramente pasiva como se vio anteriormente- del sistema? Es decir, se halaga al pueblo "dignificándolo" para que se sienta elemento decisivo del sistema y se identifique más estrechamente con él. Lo cual no deja de ser una forma más sofisticada de manipulación consistente en hacerles creer que no están manipulados. Los que manipulan siempre quieren hacer creer que la manipulación no existe.

Si la novela del Antiguo Régimen presenta una imagen positiva tanto de la ignorancia como de la sumisión, o bien pretende ocultarlas, porque son la garantía de su propia supervivencia, la novela que se puede denominar de "ideología burguesa" -con toda su gama de

<sup>230</sup> *Ibíd.*, p. 15.

<sup>231</sup> *Ibíd.*, p. 25.

<sup>232</sup> José Antonio Maravall ha descrito este mismo fenómeno, aunque refiriéndose al barroco, con palabras que precisan certeramente el alcance de esa opinión y la importancia que a la misma conceden las clases dirigentes. Creo que, salvando las distancias, podrían ser válidas aplicadas a la situación que nos ocupa: "*La opinión, quizá tornadiza, pero arrolladora, es el parecer de la masa. [...] Con ella hay que contar, en cierto modo seguirla y sólo tratar de gobernarla por resortes complejos que, si en algún caso reclaman la fuerza, hay que procurar encauzarla con artificios que proporcionen las técnicas de captación. [...] Las clases altas, en esta sociedad que empieza a manifestarse con caracteres masivos, están atentas siempre a tomar en cuenta -no a seguir, desde luego, más bien lo contrario- los pareceres de las clases que ven debajo de ellas. [...] ...para tratar de conducir las en una dirección determinada y, en cualquier caso, manipularlas al servicio de lo que los de arriba quieran hacer*".

*La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*, Barcelona, Ariel, 3ª edc., 1983, p. 219-221.

matices: ilustración, liberalismo moderado, liberalismo progresista-, va a combatir las recomendando la instrucción o, incluso, a denunciarlas abiertamente como sostenedoras de un orden social y una ideología que intentan derribar y, por ello mismo, como obstáculos formidables que impiden el triunfo de un nuevo modelo social y unas nuevas ideas.

En el *Viage de un filósofo a Selenópolis* ya se vio, al tratar el tema del poder, que la educación era una de las cuestiones prioritarias para el poder:

*"...el príncipe, ocupado como padre de familias, de la felicidad de sus pueblos, no ha omitido diligencia alguna para que los niños recibiesen una buena educación, y que mamaran con la leche los principios dirigidos a formar buenos, fieles, y útiles vasallos"*<sup>233</sup>.

La educación tiene como finalidad, lógicamente, elevar la cultura y la "capacidad crítica" del pueblo, a lo que se encaminan también otras medidas de este previsor gobierno:

*"Para acostumbrar al pueblo a no dar a las noticias públicas más que un cierto grado de creencia, a lo último de cada año se reparte una gazeta con todas las falsas que habían corrido en aquel espacio de tiempo"*<sup>234</sup>,

y también redimirlo de su estado de 'grosería y salvajismo' -tan alabado por autores castizos- refinando su sensibilidad: *"Se habían prohibido también los espectáculos de fieras que no pueden producir otro efecto más que el de familiarizar al pueblo con el derramamiento de la sangre"*<sup>235</sup>. Claro está que no hay que exagerar, y el "sentido crítico" que el poder pretende despertar en el pueblo tiene sus límites:

*"El gusto de las ciencias y de la verdadera filosofía, juntamente con el estudio de la naturaleza, había producido el mayor de todos los bienes entre los selenitas, que es el de que no hubiese quedado entre ellos ni un solo ateísta. Había llegado a un punto muy alto su ilustración para que pudieran serlo"*<sup>236</sup>.

La moderación del pensamiento ilustrado reflejado en esta novela, y ya comentado en puntos anteriores, vuelve a quedar patente.

En *Los lamentos políticos de un pobrecito holgazán* se confía esa tarea educadora del pueblo a la Constitución. Pero sucede que los defensores de ésta y de la idea de divulgarla entre el pueblo tienen ante sí una difícil misión, pues no es fácil que el pueblo, reducido a una sistemática ignorancia desde el poder, se percate de sus ventajas:

*"Pero no es de esperar que una gente que tiene puestos sus cinco sentidos en la vil ocupación de cultivar la tierra se vaya a penetrar de las ventajas que les ofrece la Constitución, ni que deje de mirar con respeto a los que siempre los han tenido a los pies de los caballos. No en vano decía un hombre docto que mientras se conservara en España la afición a la teología, no había que temer alborotos ni sediciones"*<sup>237</sup>.

<sup>233</sup> Edc. cit., p. 23.

<sup>234</sup> *Ibíd.*, p. 85.

<sup>235</sup> *Ibíd.*, p. 101. Yo creo que ésta es una prueba más de la ideología ilustrada de esta novela. Basta recordar las opiniones de Jovellanos sobre las corridas de toros en su *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos diversiones públicas y sobre su origen en España*, de 1796, por tanto solamente ocho años anterior a la novela que nos ocupa.

<sup>236</sup> *Ibíd.*, p. 100. Vide nota 139 en la página 234

<sup>237</sup> Edc. cit., p. 73-74. No olvidemos que Sebastián Miñano no es el que habla directamente. Cede la palabra al "pobrecito holgazán", absolutista y anticonstitucionalista confeso, con lo cual no sólo denuncia una situación, sino

En esta misma línea ideológica de denuncia de la ignorancia y confianza en las virtudes educadoras de la Constitución se sitúa la novela de Brotons *Rafael del Riego o la España libre*, algunos de cuyos aspectos ya han sido comentados. Brotons señala sin ambages la ignorancia y rudeza del pueblo. La primera reacción de éste ante la sublevación de Riego es de "silencio estúpido"<sup>238</sup> y de "estupefacción" porque no comprende qué es lo que está en juego. Pero la culpa de que no lo comprenda no la tiene él, sino la manipulación de que ha sido objeto por parte del poder, del que, naturalmente, forma parte la Iglesia: "¿Quién apagó la antorcha de vuestra razón, para seguir tan temerariamente la impostura, y abrazar la causa de vuestros más crueles opresores? ¡Ah! Sólo el fanatismo, y el fanatismo religioso"<sup>239</sup>. Las consecuencias son evidentes: "...la opresión y el engaño pudieron sólo sumir los pueblos en la degradación de la servidumbre"<sup>240</sup>. Y, lo que es peor, después de tantos siglos, en el "hábito de la servidumbre"<sup>241</sup>. Precisamente a la Constitución se debe que el pueblo se haya dado cuenta de su situación: "Abrumado el pueblo de tantas calamidades, había abierto los ojos a las degradaciones y vicios del anterior sistema", y, por ello mismo, "no podía menos de desear un cambio, que mejorase su deplorable suerte"<sup>242</sup>. Es decir, el culpable de la situación de incultura e ignorancia, que los defensores de la Constitución confían, una vez que ésta se aplique, en remediar en un corto período de tiempo<sup>243</sup> es el Antiguo Régimen.

La Iglesia como activa fomentadora, de la ignorancia es duramente denunciada en *Cornelia Bororquia*. El inquisidor Cipriano Vargas escribe a su hermano Bartolomé una carta en la que realiza una de las más claras apologías de la ignorancia<sup>244</sup> que se puede encontrar en

---

también el cinismo de los que se aprovechan de ella, como ocurre en el texto citado.

Por otra parte, no es sólo la ignorancia del pueblo la que obstaculiza el triunfo de la Constitución. En este caso, a juicio de Miñano, algunos de los que la defienden dan muestras también de una gran ignorancia: "Otros, con fines contrarios, piensan que, porque los españoles se puedan llamar ciudadanos y elegir representantes, no hay sino que arrear con ello, y tomar las mismas formas de gobierno que en Atenas o en Esparta. Eso es lo que yo quisiera, que se extraviaran hasta ese punto, y extraviaran la opinión de los demás, porque yo les aseguro que como ellos republicanicen un poco, no nos faltará muy pronto quien nos vengue con usuras de sus gritos inconsiderados. La Constitución, tal cual es, nos ha de hacer sudar a los que queremos echarla abajo; pero si por purísima ignorancia nos ayudan a destruirla los mismos que la sostienen, nos hacen el caldo gordo y les debemos estar muy agradecidos". [p. 115]

El objeto del ataque de Miñano son en esta ocasión los exaltados, quienes, en su opinión, estaban poniendo en peligro las conquistas revolucionarias durante el Trienio por su radicalismo maximalista. Lo cual, es una muestra más del talante templado de este autor.

<sup>238</sup> Edc. cit., p. 22.

<sup>239</sup> *Ibid.*, p. XI.

<sup>240</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>241</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>242</sup> *Ibid.*, p. 47-48.

<sup>243</sup> Una prueba de esta confianza es el *Capítulo IV, De los ciudadanos españoles*. Sólo los ciudadanos españoles que estén en ejercicio de sus derechos podrán elegir y ser elegidos. Y entre los requisitos para poder ejercer dichos derechos se encuentran los recogidos en el artículo 25, sexto: "Desde el año de mil ochocientos treinta deberán saber leer y escribir los que de nuevo entren en el ejercicio de los derechos de ciudadano".

*Las Constituciones de España*, edición de Jorge de Esteban, Madrid, Taurus, 1981, p. 49.

Optimistamente interpretado habrá que deducir -como dice G. Dufour (nota 164)- que el gobierno liberal se daba un plazo de dieciocho años para que todos los españoles aprendiesen a leer y a escribir.

<sup>244</sup> Este texto lo podría haber incluido entre las novelas que defienden la ideología del Antiguo Régimen. Lo incluyo aquí porque, aunque aisladamente considerado realiza una defensa de la ignorancia, en el conjunto de la novela su significado es el contrario: ataque a la misma. La intención del autor al poner estas ideas en boca del

la novela de este período:

*"Te he oído hablar varias veces del atraso en que se hallan entre nosotros las artes mecánicas y liberales, y ensalzar el ingenio e industria de los extranjeros. Los Apóstoles, hermano mío, cuidaron muy poco de las artes, manufacturas, comercio, legislación, ciencias y artes, porque sabían muy bien lo poco importante que era todo esto para conseguir la vida eterna. Así que no dijeron a las naciones: <<Procuraos una buena legislación, labrad los campos, cultivad las artes, fomentad la navegación y el comercio, etc.: bautizaos y creed>>, he aquí lo que predicaron con tan feliz éxito. La fe sola es la que nos puede hacer eternamente dichosos, Y lo cierto es que la sabiduría nunca se ha hermanado bien con ella. Doña Cornelia según las trazas es sabia y leída, y esto solo basta para tenerla bien sujeta"*<sup>245</sup>.

Conscientes de que la sabiduría es un peligro para la fe no han escatimado medios para mantener engañado al pueblo, entre ellos -y éste es el tema central de la novela-, la alianza con el absolutismo, claramente denunciada en la respuesta de Bartolomé a su hermano:

*"...habiendo sido el apoyo del despotismo, obtuvisteis por reconocimiento el privilegio de engañar libremente al pueblo, y de enriqueceros a costa de su ignorancia. [...] Tal fue el pacto entre el trono y el sacerdocio: engañar y amedrentar para dominar y robar". Y esta alianza, lógicamente, redundaba en beneficio de ambos: "Ve aquí las condiciones y las ventajas recíprocas, el blanco y los medios de los sacerdotes y los tiranos, de suerte que vosotros amenazáis con el infierno a los que no se someten a los últimos, y éstos amenazan con torturas y con suplicios a los que sacuden vuestro yugo"*<sup>246</sup>.

Es decir, la Iglesia utiliza la religión para, valiéndose de la ignorancia del pueblo, sostener el Antiguo Régimen, aunque la realmente favorecida de la situación es ella, pues, no sólo el pueblo, sino incluso los reyes son utilizados al servicio de sus intereses:

*"...los príncipes son los seres más dignos de lástima que hay sobre la tierra. Ellos quieren por lo común el bien de sus pueblos, [...] ésta es su voluntad, éstos son sus ardientes deseos; pero rodeados siempre de clérigos que en todo y por todo los ponen mil trabas, hacen el mal sin saberlo"*<sup>247</sup>.

Por eso, se pregunta que hasta cuándo va a durar esta situación:

*"¿Hasta cuándo querrán estos malvados abusar de la paciencia y credulidad del pueblo? ¿Cuándo será el día en que desengañados los Príncipes de la maldad de estos horribles monstruos, y atentos a sus intereses y a los de sus Pueblos, mandarán poner fuego a los tremendos edificios donde se albergan majestuosamente estos perversos, escándalo de la humanidad y deshonor de la razón y la justicia? Mas ¡ay de mí! esta dichosa época está muy remota y lejana: en los países supersticiosos los sacerdotes son los soberanos absolutos, y los Reyes sus viles esclavos"*<sup>248</sup>.

La influencia de la Iglesia en el pueblo es tan nociva que incluso ha llegado a alterar su natural forma de ser. Cuando Cornelia es conducida por las calles camino del patíbulo, el pueblo se apiada de ella: *"La serenidad de su alma pintada al vivo en su rostro, todo coadyuvó a fijar*

personaje es atacarlas.

<sup>245</sup> Edc. de Gerona 1820, cit., p. 61-62.

<sup>246</sup> *Ibíd.*, p. 65.

<sup>247</sup> *Ibíd.*, p. 126-127.

<sup>248</sup> Edc. de Vosa, cit., p. 144.

la atención de un pueblo naturalmente humano y compasivo"<sup>249</sup>. Pero toda la humanidad y compasión se convierten en fiereza cuando el verdugo lee ante el "numeroso gentío" los "delitos" cometidos por Cornelia:

*"Mas la bronca y triste voz del verdugo que le hizo conocer 'los enormes delitos de la impía Cornelia Bororquia', extinguió al instante la primera impresión, y substituyó otra muy diferente. La pertinacia en el ateísmo era el crimen principal que resultaba de sus autos. A esta relación, el pueblo irritado clama, respira venganza, no de otro modo que un fogoso caballo cuando oye la trompeta guerrera, o ve relucir el tajante acero, debate severo y rabioso la tierra, y se desboca ciego y enfurecido al combate. En consecuencia la triste joven fue conducida en un serón a las rastras [...] entre los vivas y aplausos de un populacho sanguinario y desenfrenado, que gritaba y clamaba con el mayor entusiasmo y regocijo: 'Viva la santa fe de Dios y mueran los Hereges y Judíos'. [...] Llegada al cadalso, se oye el confuso murmullo de un pueblo furioso y sanguinario que desea con ansia la muerte de Cornelia, llamándola a voces 'malvada y Ateísta'"<sup>250</sup>.*

Este repentino cambio de opinión demuestra que el pueblo es fácilmente manipulable. Por eso, los inquisidores aprovechan la ocasión de tener tanta gente reunida para impresionarla aún más si cabe:

*"Terminado el sacrificio, un Religioso Dominicó comenzó a vocear desde un púlpito portátil, haciendo mil insulsas reflexiones sobre los crímenes de la incrédula Cornelia, confirmándolos todos con la divina escritura. El Pueblo le oyó con interés, vio con horror las cenizas de la difunta, y quedó muy satisfecho de la severidad de sus jueces"<sup>251</sup>.*

La reflexión subsiguiente que realiza el autor de la carta deja bien claro, por si no lo estaba ya en el simple relato de la ejecución, que es la religión la culpable de todas estas brutalidades:

*"¡Oh Religión! ¡religión! ¡Cuántos bienes has producido a los hombres! Pero ¡cuántos males les has igualmente ocasionado! En tu seno halla el triste mortal asilo contra el vicio, consuelo en la adversidad, apoyo en las mayores aflicciones: mas también con tu velo se cubre la maldad, en tu nombre corren arroyos de sangre, y se autorizan los crímenes más horribles, con tu égida se defiende el poder arbitrario de los Tiranos, con tus armas se enciende la guerra, se fomenta la discordia, se desahoga la venganza, y tú sirves de sagrado pretexto para justificar las pasiones más horribles y vergonzosas"<sup>252</sup>.*

Es decir, la religión produce efectos ambivalentes: "positivos" y "negativos", por lo que atacarla a la ligera, sin haber meditado previamente las consecuencias de ese ataque, además de imprudente, puede resultar hasta "irresponsable":

*"Las gentes ilustradas saben muy bien los embustes, trazas y trampatojos de que se han valido en todo tiempo los sacerdotes de todas sectas para engañar al pueblo. [...] A los hombres instruidos no se les oculta que las pasiones más vergonzosas se cubren a menudo con el nombre de piedad y aun con la máscara de religión en los hechos más detestables, aun en los juicios los más injustos"<sup>253</sup>.*

<sup>249</sup> *Ibíd.*, p. 140.

<sup>250</sup> *Ibíd.*, p. 140-142.

<sup>251</sup> *Ibíd.*, p. 143.

<sup>252</sup> *Ibíd.*, p. 143.

<sup>253</sup> *Ibíd.*, p. 99-100. Todo este fragmento no aparece en la edición de Madrid, 1812, de la que existe ejemplar -U/5863- en la BN.

Las palabras anteriores corresponden a una carta que Meneses, amigo y confidente de Bartolomé Vargas, le dirige a éste. Pero Meneses no se limita a denunciar el engaño y manipulación de que es objeto el pueblo. Es muy consciente de lo peligroso que puede resultar el que el pueblo llegara a darse cuenta de su situación. Por eso, en la misma carta, reprocha a Vargas su imprudencia por no haber tenido en cuenta las posibles consecuencias negativas que de la denuncia de dicha situación podrían derivarse:

*"Pero no por eso se ponen a predicar ["los hombres instruidos"] y exponer en público sus sentimientos, pues conocen muy bien que los sacerdotes protegidos por los soberanos y árbitros absolutos de las conciencias, deben tener necesariamente un grande ascendiente sobre el pueblo que es casi incapaz de conocer su verdadero bien, y que esclavo y víctima de las preocupaciones de su ignorancia, se deja arrastrar de ellas, no teniendo otras luces, ni otra norma para creer que la ciega fe de sus mayores; y que si alguno intenta sacarlo del todo de la rudeza en que ha sido criado, lo verá semejante a la ingrata fiera que se irrita y debate contra la mano benéfica que atiende y se esmera en curar su llaga. No nos cansemos, amigo: la Religión siempre ha sido y será un objeto de veneración para los hombres, y jamás se los podrá desengañar en esta parte. El pueblo es tenaz en su creencia porque es ignorante y desgraciado, y la perspectiva de la otra vida le consuela en sus desgracias: el rico la respeta porque en medio de su misma opulencia experimenta frecuentemente ciertos disgustos que le hacen miserable: el soldado la teme por cuanto siempre vive cercado de peligros: los Príncipes, los Grandes, los cortesanos la juzgan útil no solamente para poder oprimir a su arbitrio a los pueblos, sino porque la encuentran también dispuesta a calmar sus remordimientos. [...] Nadie examina sus fundamentos porque todo el mundo los da por asentados: ninguno ve sus absurdos porque a nadie le ocurre verlos. [...] Contempla pues si a vista de la ciega tenacidad de la multitud, siempre esclava de la costumbre y educación, si a vista de los clamores continuos de los clérigos, árbitros absolutos de las conciencias [...], y si a vista de las amenazas, torturas y suplicios de los tiranos, no es un necio el simple particular que murmura altamente contra la Religión"<sup>254</sup>.*

Es decir, en las palabras de Meneses puede apreciarse una mezcla de escepticismo, pragmatismo y temor. Escepticismo en que los ataques contra la religión puedan prosperar, pues ésta se encuentra muy arraigada entre todas las clases sociales por razones de diverso tipo, entre las que las de índole irracional no son las menos importantes. Pragmatismo, porque es consciente de la "utilidad social" de la religión, de ahí que Meneses no parezca tener -a diferencia de Bartolomé Vargas- especial interés en destruirla: probablemente quisiera utilizarla como soporte de otro sistema social en el que la clase dirigente fuese la suya: la burguesía moderada. Y temor, porque el pueblo, que ahora se encuentra "dormido" por el Absolutismo, si "despierta" quizás no sólo eche abajo el Antiguo Régimen, sino que arrolle conjuntamente a los que, desde otros intereses de clase, luchan también contra él. Es decir, lo que viene a afirmar el autor por boca de Meneses es que no se pueden atacar imprudentemente algunos de los pilares que sostienen el Antiguo Régimen, porque si estos se derrumban se corre el peligro de que no sólo sea el Antiguo Régimen el que caiga, sino también los que, desde una actitud moderada, se oponen a él<sup>255</sup>.

<sup>254</sup> Ibid., p. 100-102.

<sup>255</sup> Esta conclusión no está claramente explicitada por el autor, pero, cuando se refiere al pueblo afirmando "*que si alguno intenta sacarlo del todo de la rudeza en que ha sido criado, lo verá semejante a la ingrata fiera que se irrita y debate contra la mano benéfica...*", a mí me parece evidente. Sobre todo si se la compara con lo que,

A la luz de todo lo anterior, la conclusión que se puede sacar de esta novela es la siguiente: la Iglesia, aliada con el poder político, utiliza la religión, fomentando la ignorancia del pueblo, para mantener el Antiguo Régimen. O, dicho de otro modo, en esta novela se realiza, desde una perspectiva burguesa, una denuncia de cómo el Antiguo Régimen se aprovecha de la ignorancia del pueblo, pero no con el objetivo de acabar con dicha ignorancia; no parece que se piense en el pueblo: no se denuncia la ignorancia porque se persiga "redimirlo" de ella -de hecho esto puede resultar peligroso-, sino porque favorece al Antiguo Régimen y es, por tanto, un obstáculo antiburgués. No se trata tanto de terminar con la ignorancia como de reconducirla al servicio de una causa distinta.

El pueblo ignorante pasa a ser vulgo fanatizado en *La papisa*. Fanatizado por la religión no es consciente de nada de lo que ocurre:

*"El vulgo sin saber lo que pasaba,  
Siempre en sus juicios rudo e ignorante,  
Abstraído a su Papa contemplaba"*<sup>256</sup>.

Por eso, saben que con la ayuda de la religión se puede obtener de él cualquier cosa:

*"Fuera bien que un milagro se formase,  
O suponer la voluntad del cielo:  
Que de revelación algo se hablase,*

hablando de este mismo asunto, escribe unos años antes un contemporáneo de Luis Gutiérrez, Cadalso: "Mira, Gazel, los que pretenden disuadir al pueblo de muchas cosas que cree buenamente, y de cuya creencia resultan efectos útiles al estado, no se hacen cargo de lo que sucedería si el vulgo se metiese a filósofo y quisiese indagar la razón de cada establecimiento. El pensarlo me estremece, y es uno de los motivos que me irritan contra la secta hoy reinante, que quiere revocar en duda cuanto hasta ahora se ha tenido por más evidente que una demostración de geometría. De los abusos pasaron a los usos, y de lo accidental a lo esencial. No sólo niegan y desprecian aquellos artículos que pueden absolutamente negarse sin faltar a la religión, sino que pretenden ridiculizar hasta los cimientos de la misma religión. La tradición y revelación son, en dictamen de éstos, unas meras máquinas que el Gobierno pone en uso según parece conveniente. [...] Pero yo les digo: aunque supongamos por un minuto que todo lo que decís fuese cierto, ¿os parece conveniente publicarlo y que todos lo sepan? La libertad que pretendéis gozar no sólo vosotros mismos, sino esparcir por todo el orbe, ¿no sería el modo más corto de hundir al mundo en un caos moral espantoso, en que se aniquilasen todo el gobierno, economía y sociedad? [...] Aun cuando vuestro sistema arbitrario y vacío de todo fundamento de razón o autoridad fuese evidente con todo el rigor geométrico, debiera guardarse oculto entre pocos individuos de cada república. [...] O lo que los libertinos se han esmerado en predicar y extender es verdadero, o es falso. Si es falso, como yo lo creo, son reprehensibles por querer contradecir a la creencia de tantos siglos y pueblos. Y si es verdadero, este descubrimiento es al mismo tiempo más importante que el de la piedra filosofal y más peligroso que el de la magia negra; y por consiguiente no debe llegar a oídos del vulgo". *Cartas Marruecas*, Carta LXXXVII, Madrid, Cátedra, 4ª edc., 1980, LH 78, p. 293-295.

Y, por otra parte, unos años más tarde, Valera vuelve a insistir en la conveniencia de que ciertas verdades no trasciendan al pueblo: "Hoy priva el empeño de que no haya ni metafísica ni religión. El abismo de lo incognoscible queda así descubierto y abierto; y nos atrae y nos da vértigo, y nos comunica el impulso, a veces irresistible, de arrojarnos en él. La situación, no obstante, no es incómoda para la gente sensata de cierta ilustración y fuste. Prescinden de lo trascendente y de lo sobrenatural para no calentarse la cabeza ni perder el tiempo en balde. Esta inclinación les quita no pocas aprensiones y cierto miedo, aunque a veces les infunde otro miedo y sobresalto fastidiosos. ¿Cómo contener a la plebe, a los menesterosos, hambrientos e ignorantes, sin ese freno que ellos han desechado con tanto placer?"

Crítica de Juan Valera a *AZUL*, en *LOS LUNES DEL IMPARCIAL*, Madrid, 22 de octubre de 1888. Recogida como *CARTA-PRÓLOGO* en: Rubén Darío: *AZUL*, Madrid, Espasa Calpe, 18ª edc., 1979, Austral N°19, p. 15.

<sup>256</sup> Edc. cit., p. 63.

*Y que la religión diese su velo;  
Pues si tan fuertes medios,  
De el pueblo se obtendrá lo que queramos*"<sup>257</sup>.

El sarcasmo, ya analizado en páginas precedentes, hacia el pueblo, evidente en toda la novela y perceptible también en la cita anterior, indica que estamos ante una actitud radicalmente escéptica sobre las posibilidades de que el pueblo pueda colaborar en un cambio revolucionario de la situación. Como ya señalé, estamos probablemente ante la obra de un exaltado desengañado por los acontecimientos del Trienio.

Las novelas analizadas en este apartado siguen reflejando las tres tendencias ideológicas ya señaladas en los puntos anteriores. Pero con la particularidad de que predominan abrumadoramente las que recogen la ideología del Antiguo Régimen, y la ilustrada-burguesa-moderada.

---

<sup>257</sup> *Ibíd.*, p. 67.



### 1.2.6. RELACIONES PUEBLO-OTRAS CLASES SOCIALES.

Las relaciones sociales reflejadas en la novela de este período responden a las opciones ideológicas señaladas en los apartados anteriores, aunque es en las novelas que reflejan la ideología del Antiguo Régimen donde se encuentran más referencias sobre este asunto; las demás lo tratan bastante menos. Quizás se deba a que, como el modelo tradicional de sociedad se resquebraja, sus defensores sienten la urgente necesidad de acudir en su ayuda haciendo abierta propaganda del mismo.

La desigualdad –que casi se podría denominar “natural”- es la característica básica de esta sociedad. Viene dada por el nacimiento y condiciona y predetermina al individuo: su comportamiento, temperamento, las aspiraciones... están ya asignados de antemano por su pertenencia a una determinada clase social<sup>258</sup>. En *Tertulias de invierno en Chinchón*, en una historia ya referida (p. 214-215), unos campesinos encuentran a una niña de cortísima edad, hija de unos condes, entre los restos de una naufragio. La recogen y la crían dándole la clase de vida que sus limitadísimos medios les permiten por lo que

*"la delicadeza de su temperamento no podía conformarse con las incomodidades de la vida campestre; y esto era muy perjudicial a la suya, mayormente en medio de tanta pobreza. La belleza de su rostro, su talento despejado, y otras muchas gracias con que la adornó la naturaleza, no tenían aquel esplendor que prometían, porque se le hacía obscurecer la miserable situación de los que llamaba padres, y esto la causaba algunas dolencias que en otro mejor estado no las padecería"*<sup>259</sup>.

Es decir, la niña no puede soportar esta clase de vida porque, a diferencia de los campesinos, la naturaleza la ha dotado para otra muy distinta. La nobleza imprime carácter y, cuando alguien pertenece a ella por nacimiento, necesariamente se comporta como quien es: en *El casado que lo calla* un duque se enamora de Águeda sin saber que está casada con Altamonte, amigo suyo, pues éste ha mantenido en secreto su matrimonio. Cuando se entera, aunque delante de Altamonte continúa haciéndole la corte para darle un escarmiento a éste, su comportamiento con Águeda es siempre de lo más exquisito: *"Se portaba de un modo muy digno de su nacimiento"*<sup>260</sup>. De igual manera actúa Agustín, el protagonista de *El naturalista en América* sobrino del gobernador de La Florida. Regresa a España y en Cádiz se enamora de la gitana Salerosa -las reminiscencias de *La gitanilla* cervantina son evidentes-, quien acepta su cortejo con la condición de que *"mudase de traxe, y vistiese el suyo"*<sup>261</sup>. Los gitanos se dedican a robar, pero él, a pesar de que se ha convertido en uno de ellos, en todo momento se mantiene al margen; es más, incluso intenta hacerles cambiar de conducta:

<sup>258</sup> En este punto, al igual que en el 1.2.1 y por razones parecidas, creo necesario comentar no sólo las citas que se refieren específicamente al pueblo, sino también otras en las que éste no aparece, pues me parece igual de significativa tanto su presencia como su ausencia. O, dicho de otra manera, la imagen que se da una clase social no sólo informa sobre la opinión que el autor tiene de ella, sino también de lo que piensa sobre otra aunque no hable de ella. Si determinadas virtudes se atribuyen siempre a la nobleza, evidentemente el pueblo no participa de ellas.

<sup>259</sup> Obra de Antonio Valladares de Sotomayor. Edc. cit., p. 47.

<sup>260</sup> Novelita incluida en la obra de Cándido María Trigueros *Mis pasatiempos. Almacén de fruslerías agradables*. Edc. cit., p. 251.

<sup>261</sup> Novela también de *Mis pasatiempos...*, cit., p. 192.

*"En compañía de los gitanos he sido un desazonado y molesto testigo de sus raterías, que jamás he tenido parte en ninguna de ellas: aun menos que un cero he valido en sus ruines empresas, pues he modificado y suavizado muchas, estorbando del todo otras, y logrando que ninguna haya sido sangrienta"*<sup>262</sup>.

Al final resulta que Salerosa se llama Leocadia y es la hija de un marqués que fue raptada por los gitanos cuando era apenas un bebé. Siendo de tan esclarecido origen su conducta es en todo momento "*comedida y honesta*"<sup>263</sup>; relación de iguales y por eso sus aspiraciones son coincidentes. Lo contrario sucede en *Jaime el Barbudo*. Leopoldo Moncadí, herido por Rodrigo Portoceli, es curado por Rosell que le incita a la venganza. Moncadí se extraña de que Rosell se lo tome poco menos que como asunto personal y le pregunta qué interés tiene en ello. Rosell responde:

*"Para hablar con toda franqueza, ser uno mismo el objeto de nuestros implacables rencores. -¡Cómo! -exclamó el caballero- Pues ¿qué tienes tú que arreglar con don Rodrigo? Yo creí que del mismo modo que ocupamos distinto lugar en el mundo, habían de ser distintas nuestras miras y venganzas"*<sup>264</sup>.

No puede existir ninguna coincidencia entre personas de tan distinta calidad social; y, si por casualidad, se diese alguna, no hay que reconocerla:

*"Aprobó la estratagema de Roque, si bien tuvo buen cuidado de no dar su pública aprobación, guiado por la máxima de que la conducta de los inferiores y dependientes, nunca debe ser alabada aun cuando tengan el éxito más feliz en el desempeño de sus encargos"*<sup>265</sup>.

Precisamente por ello hay virtudes que son exclusivas de los nobles:

*"En vano quisierais extinguir la pura llama del valor caballeresco, aquella llama que distingue el noble del plebeyo, y al caballero del villano, que nos hace anteponer el limpio honor a la vida, sobrellevar mil fatigas, sufrimientos y asperezas y que nos enseña a no tener miedo sino a la vileza y a la infamia"*<sup>266</sup>.

Las armas, y la valentía necesaria para manejarlas, no son cosa de plebeyos: "*Angélica debía ser una admiradora de prendas opuestas a las ya descritas cuando dio la preferencia a un oscuro plebeyo,*

<sup>262</sup> *Ibíd.*, p. 192.

<sup>263</sup> *Ibíd.*, p. 192.

<sup>264</sup> Edc. cit., p. 121. Recuerda este diálogo uno de *El alcalde de Zalamea* en el que el capitán se extraña de que Juan esté dispuesto a "perder la vida por la opinión" preguntándole "¿Qué opinión tiene un villano?".

<sup>265</sup> *Gómez Arias o los moros de las Alpujarras*, tomo I. cit., p. 101.

Roque, criado de Gómez Arias, aprovechándose de la oscuridad da un grito y se hace el muerto, con lo que evita un duelo, pues el contrincante de su señor huyó creyendo haberlo matado. Todo esto sucede en casa de Don Manuel de Montebanco, con lo que Roque salva también a éste de una situación comprometida. La reacción de Montebanco es, sin embargo, la que queda recogida en las palabras citadas.

<sup>266</sup> Palabras de Ramiro de Linares a Matilde de Urgel en *Los Bandos de Castilla*. Edc. cit., p. 253.

No es difícil reconocer en estas palabras el eco de unas ideas que van a dominar la sociedad española desde los albores de la edad moderna: la obsesión por la hidalguía. Lo que unido a la limpieza de sangre explica por qué los hidalgos son considerados superiores. Como ilustración del origen de la cuestión sirvan las siguientes palabras: "<<Todos -dice Guicciardini- presumen de nobles. En el año 1523, las Cortes elevaron al rey la petición de que se permitiera a todo español llevar espada. Dos años más tarde se llega incluso a decir que los hijosdalgo son mejor que los [p]echeros>>" [En el original dice "fecheros"].

Werner Sombart: *El burgués. Contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno*. Madrid, Alianza, 4ª edc., 1982, AU 27, p. 148.

a quien la sola vista del acero de Toledo le ponía en mortal agonía"<sup>267</sup>. Y, en consecuencia, miedo atroz, a diferencia de su señor, es lo que siente el criado Roque ante la eventualidad de tener que enfrentarse con los moros, lo que le hace mostrarse cómicamente cobarde:

*"No, amor mío respondió Gómez Arias; el peligro no es tan grande como quiere hacernos creer este mentecato.*

*No, señora mía, replicó Roque; el peligro no es tan grande, porque después de todo, lo peor que nos puede suceder es que nos cuelguen de un árbol para bailar en él al sonido del viento fresco de media noche, y para ofrecer una apetitosa comida a los grajos y a otros carnívoros campeones de estos enmarañados desiertos"<sup>268</sup>.*

Y en otro pasaje el propio Roque reconoce sin ambages que la valentía no es lo suyo:

*"¡Pelear! dijo Roque, ¡pelear! ¡Buen Dios! no creo que pretendáis que debía yo entrar en lucha con un ejército de despechados moros [...] y exigir que el pobre Roque, a quien el cielo ha dotado de un temperamento el más pacífico, vaya a pelear con mil moros, es querer lo mismo que resistir a Satanás escoltado por una legión de demonios"<sup>269</sup>.*

Las palabras de Roque le dan, pues, la razón a Ramiro de Linares: el pueblo no es capaz de sentimientos sublimes ni tiene sensibilidad para ciertas emociones; de ahí que, cuando excepcionalmente se conmueve ante un espectáculo grandioso, -un espectacular torneo en este caso- el novelista muestre su extrañeza: "Los caballeros contemplan atónitos aquel combate singular, y hasta el pueblo se estremece al ver los recios y denodados golpes que se descargan los dos encarnizados combatientes"<sup>270</sup>. Dada esta diferencia de sensibilidad, los nobles deben evitar el trato con las clases inferiores:

*"Don Rodrigo de Alcalá, señor del Alcázar de Arlanza, y los caballeros de hidalga cuna que en su compañía se hallan, no reciben carteles provocativos de siervos ni de vasallos. Si hay entre ellos alguno que aspire al derecho de caballero, debe saber que se degrada con mezclarse entre gente de baja y perversa ralea"<sup>271</sup>.*

Es lo que hace el carnicero Bristol, quien llevaba su perversidad hasta el punto de divertirse con criados: "¿Quiénes eran sus compañeros en los vicios y en la disolución?... ¡Hasta los criados del verdugo, cuya compañía buscaba con una pasión particular!"<sup>272</sup>. Incluso existen ciertas enfermedades que sólo se pueden contraer si se posee una refinada sensibilidad; por eso, no están al "alcance" del pueblo, sino que son exclusivas de la nobleza:

*"¿Hasta qué punto de extravagancia lleva la moda la tiranía? Ha habido algunas épocas en que ella ha influido en la salud. [...] Un estómago arruinado, un ayre de debilidad anunciaban una persona de condición, un tono de nobleza, que hacía distinguirse del baxo pueblo, privado de demasiada delicadeza de sentimientos, y aun de bienes, para adquirir*

<sup>267</sup> *Gómez Arias...*, cit., tomo I, p. 107.

<sup>268</sup> *Ibíd.*, p. 203.

<sup>269</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 126.

No se puede dejar de tener en cuenta que la figura del criado tiene mucho de literario: su modelo indiscutible es el del teatro del XVII.

<sup>270</sup> *Los Bandos de Castilla...*, cit., p. 23.

<sup>271</sup> *Ibíd.*, p. 223.

<sup>272</sup> *Miladi Herwort y Miss Clarissa, o Bristol, el carnicero asesino*. Una de las historias de la *Galería fúnebre* de Agustín Pérez Zaragoza. Cit., p. 70.

*estas nobles enfermedades*<sup>273</sup>.

De la desigualdad se derivan derechos y privilegios para unos y obligaciones para otros. Lo cual es perceptible, por ejemplo, en la concepción del trabajo<sup>274</sup>. Como no podía ser de otra manera, dada la influencia de la mentalidad nobiliaria-feudal, el trabajo tiene una consideración social muy negativa:

*"Federico Perceval, hijo de una familia de Cádiz bastante conocida por tener tienda abierta de varios géneros, disipó en poco tiempo su legítima hacienda haciendo frecuentes viajes a Madrid y gastando en el regimiento con una esplendidez poco correspondiente a sus haberes. Parece que llevado de la esperanza de casarse con una señora, aunque muy entrada en años, extremadamente rica, dejó el servicio militar, queriendo por medio de este himeneo recuperar las riquezas que había desperdiciado; pero la tienda de su padre echó tal borrón a su alcurnia, que desvaneció en un momento la pasión de la insensata dueña, y quedó mi hombre, como suele decirse, sin hogar y sin bandera"*<sup>275</sup>.

Si las actividades de la clase media, a las que se refiere el texto anterior, no resultan atractivas a los ojos de la ideología del Antiguo Régimen, evidentemente las del pueblo lo son menos. En otra novela, Bustamante le pregunta a uno de los hijos de su amigo D. Pablo de Zúñiga que a qué se dedica y

*"El joven algo encendido, pero con un semblante risueño, le contestó que ya que por las vicisitudes de sus amados padres no le era posible continuar la carrera que emprendió, a la que tenía la mayor inclinación; se había dedicado con sus otros hermanitos al arte de tejidos de algodón"*<sup>276</sup>.

Su primera reacción –“algo encendido”, aunque luego la supere, es de vergüenza por tener que trabajar. De ahí que aquéllos, que perteneciendo a esa clase pueden vivir sin tener que trabajar, se muestren agradecidos a Dios:

*"Si la comparación se hiciese juiciosamente con la mayor parte de nuestros semejantes que sujetos a mil privaciones, y precisados a subsistir de su trabajo, a pesar de esto viven resignados y aun felices, conoceríamos cuán agradecidos debemos estar al Ser Supremo que nos ha colocado en un estado medio, siendo a mi parecer el más a propósito para la tranquilidad del hombre"*<sup>277</sup>.

"La mayor parte de nuestros semejantes" es, evidentemente el pueblo. El cura le da gracias a Dios

<sup>273</sup> *Viage de un filósofo a Selenópolis*. Edc. cit., p. 144-145.

<sup>274</sup> Más adelante dedicaré un apartado a las "relaciones laborales" -si es que puede utilizarse esta expresión en estos momentos. Ahora simplemente me centro en la consideración social que tenía el trabajo.

<sup>275</sup> *Las señoritas de hogaño y las doncellas de antaño*. Edc. cit., p. 237.

<sup>276</sup> *El oficial y el tejedor, ó la virtud recompensada*. Cit., p. 21.

<sup>277</sup> *Ibid.*, p. 43.

La aspiración de la clase media española, tal y como se recoge en esta novela, es vivir sin tener que trabajar. Lo cual prueba hasta qué punto sigue presente en la sociedad española de 1830 el espíritu nobiliaria-feudal surgido varios siglos antes y descrito así por Sombart: "Luego llega el siglo XVII y con él la paralización total de la que tantas veces se ha hablado. El espíritu de empresa se paraliza, el interés por los negocios se extingue: la nación vuelve la espalda a todo lo que tenga relación con la economía, y su atención se fija en los asuntos eclesiásticos, cortesanos o caballerescos. El ocuparse en el comercio o en la agricultura representaba un oprobio que no convenía al hombre de buena cuna". *El burgués*, cit., p. 148.

Por otra parte, que esa clase burguesa, al menos un sector significativo de ella, se identifique y haga suyos los ideales de la nobleza es indicativo de su escaso espíritu revolucionario: no se consideran antagonistas del Antiguo

por haberle evitado las penurias anejas al trabajo. Con lo que queda claro que la desigualdad social es una decisión, como todo lo que atañe a los asuntos humanos, de la Providencia. Por eso, el trabajo sólo es aceptable cuando es considerado como una prueba de Dios, que es lo que sucede en esta novela:

*"Pues por tan extraordinarios sucesos la Divina Providencia dulcificó su suerte, viviendo en el día rodeado de su fiel esposa y amados hijos, éstos en carrera proporcionada a su clase, dando esperanza con su aplicación y docilidad de grandes adelantos"*<sup>278</sup>.

Es decir, Zúñiga antiguo oficial del ejército, por cuyas venas corre sangre noble, se ve obligado junto con sus hijos a ejercer un trabajo humillante, un trabajo propio de las clases bajas. Lo acepta por virtud y la Providencia lo premia haciendo que cambie su suerte y le restablece en la situación que por su clase le corresponde. Hay que destacar que el mejoramiento de su situación no es consecuencia de su trabajo, sino un premio a su comportamiento virtuoso, entendiéndose resignación. O, lo que es lo mismo, el trabajo en las clases acomodadas -en las no populares- no es una obligación, es una virtud<sup>279</sup>. Virtud que, si en el caso de Zúñiga se debe a "la sólida religión y verdadera filosofía"<sup>280</sup>, en el de un Coronel que durante la guerra de la Independencia lucha contra los franceses se debe al patriotismo; aunque el patriotismo, sobre todo durante la invasión napoleónica, no deja de ser una manifestación de la virtud, pues el auténtico patriota es el que lucha por la religión y la verdadera filosofía contra la nefasta influencia en todos los órdenes traída por los franceses<sup>281</sup>. Como ya se vio, religión, verdadera filosofía y patriotismo constituyen en el pensamiento del Antiguo Régimen un triunvirato indisoluble<sup>282</sup>. "Antes que ahogar mi amor propio infamando mi carácter, antes que arrancar mercedes adulando, vivo con nombre supuesto; me despojo de este vestido, y por las mañanas tomo un azadón y gano mi jornal" le confiesa el militar a Voyleano y éste, impresionado, hace la siguiente reflexión:

*"Verdadero héroe español, ¿Será posible que el hijo de una de las primeras casas de la nación, que el valiente militar con veinte años de servicio y veinte mil cicatrices honrosas, prefiera al lujo con deshonor la última pobreza, y los trabajos de la clase más infima?"*<sup>283</sup>.

Ésta es la que tiene que trabajar. Los caballeros, si por alguna circunstancia extraordinaria realizan trabajos que no se corresponden con su situación social, lo hacen como muestra de

Régimen sino candidatos a integrarse en él.

<sup>278</sup> *Ibíd.*, p. 87.

<sup>279</sup> El subtítulo de la novela lo destaca con toda claridad: *La virtud y la constancia recompensadas*.

<sup>280</sup> *Ibíd.*, p. 87.

<sup>281</sup> "Si el español hubiese tomado siempre las precauciones necesarias para que los franceses no hubieran infestado sus costumbres, y alucinado sus entendimientos, no nos hubiéramos visto en esta época (que sólo la Providencia Divina ha podido convertir en la de nuestras glorias) tan próximos a nuestra total ruina". P. 14-15.

"El buen español, de cualquiera condición o sexo, debe evitar, a ejemplo de nuestros antepasados, toda correspondencia, imitación, o apariencia de ventaja que provenga de los franceses". P. 21-22.

**Higiene política de la España o medicina preservativa de los males morales con que la contagia la Francia.**

Por el doctor don Antonio Marqués y Espejo, presbítero pensionado por SM. Madrid, por Repullés, 1808. 154 p. BN: R/60623.

<sup>282</sup> Recuérdense todas las citas del libro de Javier Herrero *-El pensamiento reaccionario español-* recogidas en la primera parte de esta tesis.

<sup>283</sup> *Voyleano o la exaltación de las pasiones*, de Estanislao de Cosca Vayo, cit., p. 17-18.

virtud porque entienden que es una prueba enviada por la Providencia, quien al final los terminará restituyendo a su verdadero lugar.

Si los que no tienen obligación de trabajar aceptan resignadamente el hacerlo y reciben el premio a su virtud, con más razón deberá aceptarlo "la mayor parte de nuestros semejantes" que son los que constituyen "la clase más ínfima". O, lo que es lo mismo, el fin último al que apunta el comportamiento virtuoso de los caballeros no es otro que el de preservar la desigualdad induciendo al conformismo: "*La felicidad de un hombre no consiste en elevarse más que lo que es, sino en tener una vida dulce y tranquila, según su clase y lo que sea*"<sup>284</sup>.

La desigualdad condiciona también las relaciones amorosas. La pasión puede surgir entre individuos pertenecientes a distintas clases sociales. Pero, socialmente, sólo son aceptables las relaciones entre iguales; sólo éstas terminan en matrimonio acatado por la sociedad. Si, excepcionalmente, se celebra un matrimonio entre individuos de diferente clase social, procurarán guardarlo en secreto o se mantendrán en lo sucesivo al margen de la vida pública. En una novela ya comentada en las páginas precedentes *-La huérfana-*, el pintor Velázquez, padre de una hermosísima e inteligentísima joven *-Ventura-* a la que se empeña en darle una esmerada educación, invita a su casa a jóvenes distinguidos para rodear a la joven de un elegido círculo social:

*"Pero todo este aparato no podía producir nada más que contentar por un momento su loca ambición; porque la mayor parte no tenía más intención que divertirse con la hermosura y los talentos de Ventura. Personas de su clase no podían pensar en casarse con la hija de un pintor privado de los bienes de la fortuna"*<sup>285</sup>.

Alonso, joven noble hijo del Conde de la Vega, se enamora de ella pero no se atreve a declararle su amor porque sabe que sus padres no consentirían "*jamás la unión de una persona, que aunque llena de mérito, y muy estimable por su virtud, era hija de un hombre obscuro, y de una mujer tan baja y grosera como lo era su madre*"<sup>286</sup>. Ventura también se enamora de él, pero se da cuenta de que es un amor imposible. Convencido de lo mismo, Alonso se va a París. Al cabo de un tiempo su padre lo hace volver para pedir la mano de la hija de los Marqueses del Fresno. Alonso no quiere porque sigue enamorado de Ventura. Pero cuando van a casa de los Marqueses, se encuentra con que la hija de éstos es Ventura que, siendo muy pequeña, había sido secuestrada de un orfanato, donde sus padres se habían visto obligados a dejarla temporalmente, y criada por el pintor. Desaparecido el obstáculo del linaje, se casan. La "sangre" no engaña, y el que es noble no puede ocultarlo por muy adversas que sean las circunstancias en que transcurre su vida, como le ocurre a Ventura. Tema idéntico, aunque el

<sup>284</sup> *La virtud, o sea, retrato perfecto de un hombre honrado*. Por D.A.P. Zaragoza Godínez. Madrid, Imprenta de Repullés. 1826. 260 p. BN: 1/23857. p. 45.

Me da la impresión de que este libro es un refrito de las más diversas fuentes pues, aunque la frase citada se ajusta perfectamente al pensamiento de Pérez Zaragoza analizado en una obra ya citada *Galería fúnebre...*, hay otras que resultan contradictorias con la anterior: "*Es preciso juzgar del hombre por su persona, y no por su nacimiento ni por sus empleos: estimarle, no por ser magistrado o general, pues otros muchos hay como él, sino porque llena sus deberes con honor*". P. 252.

<sup>285</sup> Novela incluida en la obra de Atanasio Céspedes y Monroy: *Lecturas útiles y entretenidas* (1800). Cit., p. 38.

<sup>286</sup> *Ibíd.*, p. 42.

argumento sea diferente, es el de otra novela también ya comentada *-El naturalista en América*<sup>287</sup>. D. Agustín de Vargas, caballero toledano, haciéndose llamar *Gallardo*, sigue a una tribu de gitanos pues se ha enamorado de *Salerosa*. Pero, termina descubriéndose que ella no pertenece a la tribu. Es hija de un marqués, su verdadero nombre es Leocadia, y había sido raptada siendo una niña de corta edad. Aclarado su origen, no hay ningún impedimento para la celebración de la boda. Otras veces, la pasión es tan fuerte que no puede ser olvidada, y la virtud tan sólida que es imposible que pueda ser satisfecha en una relación ilícita. El Marqués de San Leandro se enamora de Paulina, niña abandonada que fue criada por un pintor y su mujer. El Marqués, perdidamente enamorado, va todos los días a la casa del pintor con el pretexto de recibir clases de dibujo y, de un modo anónimo, les ayuda económicamente, manteniendo en todo momento un comportamiento exquisito, aunque comprende que ese amor no tiene salida porque

*"la diferencia del nacimiento le quitaba toda esperanza de obtenerla por medio de un matrimonio, y la honestidad de su alma, y la serenidad de los principios religiosos, no le permitían envilecer una joven tan pura y tan estimable, ni comprar su honor con beneficios"*<sup>288</sup>.

Como no se puede casar con ella por razones sociales y tampoco convertirla en su amante, por escrúpulos morales, el Marqués

*"se resolvió seriamente a combatir su pasión. Él se decía: ni yo puedo hacerla feliz, ni es posible que lo sea con ella. Seducido por mi inclinación me he dejado llevar de mi gusto, y cada día me hallo más enamorado; ¿pero en qué puede parar esta pasión? ¿Puedo yo desposarme con ella sin echar por tierra todas las esperanzas de mi fortuna, sin perder la gracia de mi pariente el Ministro, que no podrá aprobar esta boda, y sin irritarle, viendo que la prefiero a la alianza ilustre y ventajosa que me propone con una familia distinguida?"*<sup>289</sup>.

Cae enfermo y desaparece. Paulina se entera y, también anónimamente, le ayuda. Enterado el Marqués se casa con ella, lo que implica la renuncia a toda su vida social anterior. En este caso la inclinación individual se impone sobre el código social pero a costa del sacrificio de la dimensión social del individuo. O, lo que es lo mismo, el que no respeta las normas tiene que "dimitir" como persona pública.

Nos encontramos también con algún que otro caso en que se llega a celebrar un matrimonio entre personas pertenecientes a clases sociales distintas, aunque concurren circunstancias especiales. Es lo que ocurre en una novela a la que ya he hecho referencia. Unos campesinos encuentran a una niña entre los restos de un naufragio. Hija de una familia noble, su delicado temperamento, como se vio, no puede soportar las privaciones. El párroco del pueblo consigue que sea admitida en un colegio de huerfanos de Ferrara. En esa ciudad conoce a Ricardo, un eminente relojero, amigo de sus verdaderos padres; se casa con él. Después de celebrada la boda se descubre quién es su familia. Ricardo se lamenta de haber sido, aunque involuntariamente el causante de la desgracia de Águeda -es el nombre de la joven- pues él no

<sup>287</sup> Incluida en *Mis pasatiempos. Almacén de fruslerías agradables* (1804), de Cándido María Trigueros.

<sup>288</sup> *El amor desinteresado*, novela de Atanasio Céspedes y Monroy incluida en *Lecturas útiles y entretenidas* (1800). Cit., p. 221.

<sup>289</sup> *Ibíd.*, p. 267-268.

tiene ningún título de nobleza. Pero el padre de Águeda lo tranquiliza:

*"Tú Ricardo, continúo el Conde abuelo, si no eres de noble familia, eres nobilísimo por tu espíritu, por tu trato, por tus acciones, por tu genio, por tu profesión y por tu virtud. La desgracia sería si mi querida hija fuera consorte de un noble sumamente rico, pero sumamente de mala conducta. Caso ciego fue que naciesen nobles los que con sus obras no saben serlo. Poco tuvieron que hacer para lograr este honor. Más mérito es hacerse, que hallarse hecho. Nacer ilustre es un acaso: llegar a serlo por las propias obras es más glorioso"*<sup>290</sup>.

Palabras que coinciden con las de Pérez Zaragoza cuando afirma que *"si la virtud puede residir en los palacios, y ser engalanada por la fortuna, acaso sea más común hallarla en la mediocridad, como también en la clase humilde"*<sup>291</sup>. Ningún sistema social es tan cerrado que no admita la posibilidad de un ascenso social restringido<sup>292</sup>: siempre minoritario y reservado a individuos de probado mérito. El hecho de que algunos individuos excepcionales puedan ascender vendría a ratificar las bondades del sistema siempre dispuesto a reconocer el verdadero mérito cuando se encuentra con él. Lo cual se convierte, además, en una razón más, para conseguir el acatamiento de todos.

Hay otros nobles que no tienen tantos escrúpulos morales como el Marqués de San Leandro. Es el caso de Gómez Arias, que prometido a Doña Leonor de Aguilar hace la corte al mismo tiempo a Doña Teodora de Monteblanco lo que le merece una suave reconvención de su criado Roque:

*"Esto es pues que yo no concibo cómo podáis componer; y como preveo que tiene que resultar algún serio lance, me permitiréis antes que se haya hecho inevitable. Si ambas damas, o a lo menos una, fuesen plebeyas, se disiparían mis aprensiones; pero siendo las dos de rango distinguido es un gran laberinto, señor amo, en el que os habéis metido"*<sup>293</sup>.

Estas preocupaciones de Roque merecen el siguiente comentario del autor:

*"Roque tenía sentimientos de buena moral, aunque confundía sus verdaderos principios por falta de competente instrucción. No pretendía que un bizarro caballero llevase la vida de un monje, ni creía que pudieran ser imperdonables las intrigas amorosas, pero hallaba muy mal el que éstas no fueran contenidas en los límites de una regular prudencia. Gómez Arias, según Roque, podía haber limitado su galantería a seducir las muchachas de medio pelo, y en tal caso no se hubiera opuesto a este gracioso pasatiempo, porque su amo no habría hecho más que sostener el derecho hereditario peculiar de la gente de su clase; pero estar engañando a dos señoras de distinción, era ciertamente un horrible atentado que él no podía sufrir en paz"*<sup>294</sup>.

Resulta muy significativo que sea el criado quien tiene asumido que, en atención a su reconocida superioridad social, los caballeros tengan poco menos que el "derecho" de seducir a las muchachas del pueblo.

Dados los buenos sentimientos de las clases superiores y la inferioridad del pueblo, éste

<sup>290</sup> *Tertulias de invierno en Chinchón*, (1815), Antonio Valladares de Sotomayor, tomo I, cit., p. 93.

<sup>291</sup> *La virtud, o sea, retrato perfecto de un hombre honrado* (1826), cit., p. 254.

<sup>292</sup> Ya ocurría en la comedia del XVII, en la que algunos campesinos, en reconocimiento a sus virtudes, eran elevado hasta los escalones superiores de la pirámide social.

<sup>293</sup> *Gómez Arias, o los moros de las Alpujarras*. Tomo I, cit., p. 68.

<sup>294</sup> *Ibíd.*, p. 69-70.



actúa como receptor de esos sentimientos. Es decir, sirven para que aquéllos den muestras de su buen corazón. A Voyleano la contemplación de los personajes sencillos del pueblo le despierta la ternura:

*"Sálgome a visitar a los infelices, o a recorrer las márgenes del río, y veo a un labrador que pasa junto a mí con sus pies descalzos. Comienzo a pensar si será desdichado, y en un momento me pongo triste: de buena gana le sacrificaría gustoso cuanto tengo y cuanto espero. Tras de éste viene una humilde zagalilla que huye mi vista avergonzada, y yo la amo sin saber por qué: mi imaginación me sugiere que la tome por esposa"*<sup>295</sup>.

Pero la ternura y compasión que siente por los labradores no es superior a la que suscitan en él otras humildes criaturas de la naturaleza:

*"Sentado en una colina percibo a los peces que infelizmente caen en la red que tienden los industriosos pescadores, y hasta en su infortunio se interesa mi corazón. Una hormiga que involuntariamente pise reclama mi amor"*<sup>296</sup>.

Si no existieran seres inferiores, los superiores no podrían dar rienda suelta a su buen corazón. No podrían aliviar sus penas haciendo el bien y ayudando a los demás, que es lo que le aconseja el cura que haga en una cita ya comentada en páginas anteriores, pero que puede también ser analizada en este punto:

*"¿No veis tantos infelices pereciendo que reclaman vuestra humanidad, vuestros consejos, vuestra ayuda? ¡Qué satisfacción tan dulce probariais en curar las llagas del enfermo, sostener al convaleciente, y enseñar la religión y sus sagrados misterios a los segadores cuando están trabajando en el campo, cuando están regando con su sudor los surcos, y convirtiendo los terrenos en pan que tan pacíficamente coméis"*<sup>297</sup>.

Es decir, una forma de canalizar esos buenos sentimientos es haciendo algo útil que redunde en beneficio del pueblo. En este caso, de guías espirituales para ayudarle a sobrellevar las amarguras de la vida. Pero la función de guía puede aplicarse también a tareas más prácticas en las que, sin descuidar lo moral, se obtiene un rendimiento económico. Melidor, joven noble que ha llevado durante muchos años una vida de lujo y derroche en París, se retira, junto con su esposa Adelia, al campo con la intención de dirigir personalmente sus tierras y hacerlas productivas y para ello, entre otras medidas:

*"Se propuso formar un Consejo de agricultores. Este Consejo lo formó de siete buenos labradores, llenos de honradez, a los cuales todos los domingos y días de fiesta tenía a su mesa. En ella, asistiendo Melidor, el Ayo de sus hijos y su primogénito y éste, para que tomase conocimiento a fondo de la Agricultura, se trataba todo lo que a ella correspondía, [...] la elección de las plantas y semillas, del establecimiento de nueva administración, de la división de sus bosques, praderías, mieses, distribución de los rebaños, [...] y hasta la más mínima economía rural, era tratada en este Consejo, al que llamaba Adelia de los siete Sabios de Grecia. [...]"*

*Melidor, lleno de esta esperanza, y sobre todo, entusiasmado con la especie de dominio que ejercería sobre la conducta de muchos trabajadores que allí se ocuparían, se le hacían siglos*

<sup>295</sup> *Voyleano o la exaltación de las pasiones* (1827), Estanislao de Cosca Vayo, cit., tomo I, p. 53.

<sup>296</sup> *Ibíd.*, p. 53-54.

<sup>297</sup> *Ibíd.*, p. 135.

*los instantes que transcuraban en conseguirlo*<sup>298</sup>.

Y la labor de Melidor pronto da sus frutos:

*"Apenas Melidor vio la tierra vivificada por su influencia, y una multitud de hombres ocupados en fertilizarla para él, se vio elevado sobre sí mismo, y tuvo el gusto de ver la primera cosecha. Su regocijo se le renovaba todos los días en ver que los mismos campos que dos años antes gemían incultos y despoblados, se cubrían de cultivadores, de ganados, de bosques, de montes, de prados, de mieses, de frutas exquisitas, viñeros, aguas cristalinas, y peces delicados de varias calidades y en distintos estanques; y sentía en extremo llegase la estación de volver a París*<sup>299</sup>.

Los efectos benéficos de su dirección sobre la producción agrícola son evidentes. Pero estos beneficios no se reducen sólo a las mejoras en la agricultura, sino que el joven Melidor ha servido de ejemplo para toda la gente sencilla que vive y trabaja en sus tierras. Es precisamente el ayo de sus hijos quien lo reconoce en una conversación con Adelia, en la que habla de la importancia que la conducta de los superiores tiene sobre los inferiores y la responsabilidad que aquéllos tienen de servir de guías de éstos:

*"Examinemos con toda atención las acciones, modales y trato de un Juez de sólo un pueblo, y a pocos días veremos a éste imitar en todo aquel ejemplo. Si es su carácter mantener el lujo en su persona, todos los vecinos pudientes se compiten en igualarle, o en excederle. Si en su mesa es frugal, todos en ella son contenidos. Si gusta de bailes, el pueblo piensa sólo en funciones, y si de asistir a los templos, jamás se ven más frecuentados, aunque para algunos sea violenta tanta función. Sí, señora, se extienden a mucho más los prodigios del ejemplo de los superiores para los inferiores*<sup>300</sup>.

Hasta tal punto se extiende ese ejemplo que consigue transformar la tradicional cobardía y apocamiento de criados y plebeyos ante situaciones comprometidas -ya señalados- en comportamiento heroico; Narcisa, criada de la Princesa de Lipno, se presenta, azorada y llorosa, ante su señora a darle la noticia de que el castillo está siendo atacado por una partida de bandoleros. La Princesa mantiene la calma y

*"reuniendo todas sus fuerzas, toma una luz, y demuestra esta vez un valor superior a su sexo [...] se dirigió a la arca de nácar, se apoderó de un par de pistolas y de dos ricos puñales que había visto en ella"*

y se los da a la criada al mismo tiempo que la arenga con encendidas palabras. La reacción de Narcisa no se deja esperar:

*"Narcisa, al oír estas palabras llenas de una celeste energía, se halla repentinamente reanimada de un espíritu varonil, su entusiasmo se electriza y, al ver a la Princesa haciendo brillar un puñal y una pistola en la cintura, nota inflamarse más su valor*<sup>301</sup>.

Y es que los señores emanan poco menos que una especie de virtud que protege y hace cambiar de conducta a los que se mantienen bajo su área de influencia; unos gitanos, que durante

<sup>298</sup> *La Muger Singular*, relato incluido en *Tertulias de invierno en Chinchón* (1815), tomo II, cit., p. 81-82.

<sup>299</sup> *Ibíd.*, p. 94-95.

<sup>300</sup> *Ibíd.*, p. 92-93.

<sup>301</sup> *La Princesa de Lipno o el retrete del placer criminal*, en *Galería fúnebre...*, cit., p. 131-132.

años han vivido dedicados al robo, entran al servicio de unos noble y se regeneran: "*Vivieron en adelante honradamente sin recaer en sus fragilidades*". Sin embargo, otros prefirieron vivir su vida sin servir a nadie y así les fue:

*"Los demás gitanos se separaron, y habiendo el cabo de algún tiempo vuelto a sus andadas, aun con más desenfreno que antes, consiguieron fácilmente ocupar varias cárceles, y parar unos en Puertorico, y otros en la horca"*<sup>302</sup>.

Solamente los valores tradicionales y sus legítimos representantes garantizan la seguridad<sup>303</sup>.

La jerarquía social -y la desigualdad inherente a ella- se justifica también por la labor caritativa que las clases superiores pueden ejercer sobre el pueblo. El cura, en una carta a Voyleano, tras criticar a los héroes novelescos por ser irreales, afirma:

*"Amigo mío, mis héroes son aquéllos que dolidos de las penas que afligen a la humanidad procuran aliviarlas. Cuando hallo un hacendado que vive parcamente y con moderados gastos, para distribuir entre los pobres la mitad de su hacienda, que hace felices tres o cuatro familias, que recoge una doncella huérfana y la educa, que mira a sus criados como sus semejantes, que con su elocuente y dulce persuasión convierte los malvados en buenos, y les evita así su ruina, creo haber hallado un verdadero héroe, y me afano en imitarle cuanto puedo"*<sup>304</sup>.

La caridad es una virtud que hasta los nobles poco edificantes poseen. Es el caso de D. Álvaro de Luna quien poco antes de morir le dirige al religioso que lo atiende el siguiente ruego:

*"Prometedme amparar a los criados de mi casa que han permanecido fieles a su infelícísimo señor. Si los arrojaran de sus miserables moradas los satélites de mis enemigos, acordaos de mis últimos momentos, y haced de modo que les alcancéis del rey don Juan la benevolencia que me niega"*<sup>305</sup>.

D. Álvaro, al menos al final de su vida, sigue el consejo que el cura le daba a Voyleano de considerar a sus criados como semejantes. Como virtud que repara, y por tanto justifica las desigualdades sociales, la caridad tiene que estar universalmente extendida: hasta los "malos" como D. Álvaro de Luna hacen gala de ella.

La aceptación de la superioridad y el reconocimiento por los múltiples favores recibidos conllevan por parte de las clases inferiores una actitud de agradecimiento y subordinación que es recompensada, a su vez, con un trato paternalista y protector:

*"Dourlinski volvió de la caza al día siguiente, y sus lacayos y monteros hicieron entrar en los patios del castillo en triunfo sobre unos troncos de pino el enorme oso que habían muerto a flechazos y tiros; y el Conde, haciendo salir a su esposa a las ventanas, la hizo un presente*

<sup>302</sup> *El naturalista en América*, de Cándido María Trigueros, en: *Mis pasatiempos. Almacén de fruslerías agradables*, cit., p. 195-196.

<sup>303</sup> Refiriéndose a las relaciones sociales en el siglo XVII entre las clases superiores y los "no distinguidos" escribe Maravall unas palabras que creo pueden aplicarse a la situación que nos ocupa: "*Éstos últimos* ["los no distinguidos"] *no saben comer, no saben amar, no saben hablar, no saben pelear, a menos que hayan recibido una cierta comunicación de estos saberes, por su proximidad a los señores, procedente de su efluvio carismático recibido de la superioridad de éstos (la sociedad estamental conserva un buen fondo de pensamiento mágico)*".

José Antonio Maravall: *Relaciones de dependencia e integración social. Criados, graciosos y pícaros*, en *Teatro y literatura en la sociedad barroca*, Barcelona, Crítica, 1990, p. 142.

<sup>304</sup> *Voyleano o la exaltación de las pasiones*, cit., p. 143-144.

<sup>305</sup> *Los Bandos de Castilla*, edc., cit., p. 266.

*con el objeto de su pretendida victoria, haciendo más satisfactorio aquel obsequio la concurrencia de muchos aldeanos y aldeanas de aquellas inmediaciones, cuyas circunstancias reunidas daban a esta particularidad el aspecto de una fiesta campestre. La Condesa, deseosa de granjearse el amor de sus vasallos, les hizo distribuir con profusión muchas cosas de comer y buenos vinos, sin retirarse a su cuarto hasta que todos los aldeanos se marcharon cantando su despedida con la grata idea que llevaban de su señora*<sup>306</sup>.

Reina la armonía entre señores y vasallos porque cada uno se mantiene en su lugar cumpliendo con sus obligaciones. Esta armonía hace que el pueblo se muestre de acuerdo, actuando al unísono, con las decisiones de la nobleza:

*"Y como ya se ha dicho que la grandeza y el pueblo consideraban la unión de Blanca de Castromerín y el Caballero del Cisne como la base de la alianza que había de poner término a los bandos de Castilla, era general el contento que manifestaban por su llegada, y lo mucho que ardían en deseos de verle dispuesto para partir a la Corte, donde debía celebrarse aquel suspirado enlace*<sup>307</sup>.

El pueblo se alegra y hace suya la felicidad de sus protectores y así lo manifiesta públicamente:

*"Pocos días después [...] oyéronse en una de las puertas de Valladolid alegres vivas y numerosos vítores, prodigados por el pueblo a dos guerreros que, armados de punta en blanco, iban entrando por ella*<sup>308</sup>.

La desigualdad es, pues, uno de los fundamentos básicos de la sociedad del Antiguo Régimen. Por eso sus defensores dan la voz de alarma ante el menor indicio de con-fusión de las clases y difuminación de sus diferencias por muy superficiales que éstas sean, como, por ejemplo, sucede con la forma de vestir en las ciudades; en Madrid la gente viste de tal manera que nadie es lo que parece; por la ropa es imposible saber a qué clase social pertenece nadie:

*"Contemple vmd.: quando yo creí fuese, según su porte algún Embaxador o Enviado extrangero, salimos con que es un sirviente ordinario. Lo mismo pasará respecto a las mugeres. Lo propio, dixé yo, pues una carnicera, salchichera, tripicallera o moza de fortuna no se distingue por el traje en los bayles, paseos y demás concurrencias de las de alta esfera y circunstancias, siendo éste por lo general el origen de la ruina de las familias*<sup>309</sup>.

A lo mismo se refiere Vicente Martínez Colomer, cuando critica la inmoralidad de las mujeres, en los siguientes términos:

<sup>306</sup> Agustín Pérez Zaragoza: *La Princesa de Lipno o el retrete del placer criminal*, novela incluida en: *Galería fúnebre...*, cit., p. 124-125.

<sup>307</sup> *Los Bandos de Castilla*, cit., p. 265.

<sup>308</sup> *Ibíd.*, p. 269.

<sup>309</sup> *El Alcarreño en Madrid. Obra jocoseria en prosa y verso. En la que se describe el estado actual de las corridas de toros, el de los bayles y algunos paseos y concurrencias públicas de esta Corte*. Por D. Antonio de San Román. Madrid en la Imprenta Real. Año de 1803. 93 p. BN: 1/39710. P. 34.

El carácter general de esta obra es el de atacar con una ironía amable la vida de la ciudad por su artificiosidad, a la que se contrapone la naturalidad del mundo rural. Nos encontramos, pues, ante una muestra de un tema tradicional: Menosprecio de corte y alabanza de aldea. Sirva como muestra el soneto que el Alcarreño dedica a Madrid al volverse a su tierra: " *A Dios Madrid, confusa tropelía / De gentes, de peligros y ocasiones, / Que me vuelvo gustoso a mis terrones, / Donde hay con menos voz más armonía. / Reyna allí siempre el gozo y la alegría / De inocentes y sanos corazones, / Viviendo tan distantes de trayciones, / Que de qualquiera con razón se fia. / Allí se aman constantes los esposos, / Logrando en sana paz y fe sencilla / De su continuo afán frutos gustosos; / Y el labrador sin ansia ni rencilla, / Después de disfrutar días dichosos, / Su aliento al Criador conforme humilla*". *Ibíd.*, p. 93.

*"¿Por qué no debían destinarse algunos magistrados para que velasen a la conducta de las mugeres, que se informasen sobre sus costumbres, que castigasen a las que atropellan las leyes de la modestia y del pudor, y escribiesen sus nombres en carteles y los fijasen en las esquinas, como se hacía en Atenas? ¡Con qué desvergüenza se presentan en las calles, en las plazas y hasta en el templo del Señor! Y lo peor es el verse confundidas las clases y las personas"*<sup>310</sup>.

Y unas páginas más adelante, en un capítulo titulado *Doña Teágena y Doña Filomena ó las Doñas por antífrasis*, insiste sobre lo mismo criticando el uso impropio del 'Don':

*"Va muy bien esto, dije yo entonces. ¡Con que Doña la hija de un Pedro Fernández, Doña la viuda del Maestro Zancas Largas, Don un mono cascaciruelas! ¡Válgame Dios con tantos Dones y Doñas, que ya no podemos distinguir ni las personas, ni las calidades, ni las clases, ni los puestos! Es un abuso muy grande, me dijo D. Tirsis. [...]... en el abuso de los tratamientos, debía ponerse remedio... [...] Ya se sabe que los tales Dones y Doñas son vocablos rebesados, que deben entenderse al rebés de lo que significan"*<sup>311</sup>.

Hay, pues, que mantener las diferencias a toda costa.

Existe otra corriente novelesca en la que, al igual que en los puntos anteriores, las relaciones del pueblo con la clase superior son consideradas desde una óptica diferente. Si la novela que he definido como portadora de la ideología del Antiguo Régimen insiste reiteradamente en las diferencias entre las clases, en la de inspiración burguesa aparecen atenuadas, ignoradas o duramente cuestionadas. En *Selenópolis* el nacimiento no predetermina la categoría de la persona: *"El hombre más obscuro, del nacimiento más baxo, con talentos y virtud podía aspirar a los puestos más altos"*<sup>312</sup>. A pesar de lo cual sigue existiendo la nobleza, aunque no es una nobleza cerrada, sino que permite, con las debidas "precauciones", la ampliación de sus filas con la inclusión de nuevos miembros:

*"Para evitar el desorden y la confusión en las genealogías, se juntaba siempre el apellido con el nombre del feudo o dominio que se tomaba: la vanidad de los nuevos nobles debía sentir esto sin duda, pero no confundiéndose los estados con la usurpación de un nombre ilustre, inxerto en una familia plebeya, los árboles genealógicos se formaban sin dificultad ni error, y los grandes disputaban sin orgullo ni inquietud la consideración debida al nacimiento noble, que realza el mérito y virtudes de los que lo sostienen con honor"*<sup>313</sup>.

Es decir, la desigualdad natural se ve matizada por el mérito, con lo que la sociedad descrita en esta novela permite ciertos cauces de ascenso social. En otras ocasiones las diferencias se pasan por alto, se dejan de lado intentando ignorarlas:

*"El día 8 se publicó la Constitución en la ciudad de San Fernando, con toda solemnidad y pompa: se colocó la lápida y se instaló el ayuntamiento constitucional. Un inmenso concurso, en el que todas las clases de la sociedad confundidas mezclaban los gritos de aclamación al nuevo código y a sus heroicos restauradores, y la alegría y regocijo de un pueblo que en*

<sup>310</sup> *Reflexiones sobre las costumbres*. 2 tomos encuadernados juntos en el ejemplar de la Biblioteca Nacional 5/3113. 192 y 126 p. El primero no lleva pie de imprenta; el segundo sí: Valencia, Imprenta de D. Francisco Brusolas, año de 1818. Tomo I, p. 75.

<sup>311</sup> *Ibíd.*, p. 120.

<sup>312</sup> *Viage de un filósofo a Selenópolis...*, cit., p. 103.

<sup>313</sup> *Ibíd.*, p. 110.

*aquel glorioso día levantaba el monumento de su felicidad*"<sup>314</sup>.

Las desigualdades sociales se difuminan; es mérito de la Constitución el haberlas hecho desaparecer; por eso es lógico que la aclamen todos. Si en el texto anterior la igualdad aparece de un modo implícito, otras veces se afirma explícitamente y, por tanto, se critican abiertamente las desigualdades:

*"Hoy en día empezarán con la igualdad a vueltas, y con que tan bueno es uno como otro, y con que tan apreciable es para la patria la sangre del humilde labrador como la del rico mayorazgo, y otras majaderías de este jaez"*<sup>315</sup>.

Y se denuncia, asimismo, que la subordinación del pueblo no es voluntaria ni mucho menos, como los defensores del Antiguo Régimen quieren hacer creer, sino forzada por la situación de privilegio de la que las clases dominantes han gozado durante siglos; por ello el pueblo no puede dejar *"de mirar con respeto a los que siempre los han tenido a los pies de los caballos"*<sup>316</sup>. Unida a la idea de la igualdad, como una consecuencia lógica de la misma, empezará a extenderse la consideración positiva del trabajo<sup>317</sup>. El trabajo es un remedio contra el crimen y la inmoralidad:

*"Las prudentes medidas tomadas por el Gobierno para acostumar sin violencia al mendigo al trabajo, los socorros concedidos al agricultor, el oprobio, y el desprecio aplicados a la ociosidad, habían hecho desaparecer los crímenes que ocasionan la indigencia y la pereza"*.

Y no sólo eso, sino que los que son pobres es porque son unos viciosos que no quieren trabajar:

*"En el supuesto de que la pobreza es un vicio, y de que no falta el pan sino a los holgazanes, se había disipado la raza de esos mendigos de profesión á quienes no hay cosa que pueda reducir al trabajo, encerrándolos en unos parages donde se sujetaban á ciertas faenas según sus fuerzas o aptitud"*<sup>318</sup>.

D. Pablo de Zúñiga, protagonista de una novela cuyo argumento ya he resumido en páginas anteriores, tras haber venido a menos no sólo acepta trabajar por "resignación cristiana" -como ya comenté-, sino también porque, tras intentar varias fórmulas para mantener

<sup>314</sup> *Rafael del Riego*, cit., p. 46-47.

<sup>315</sup> *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*, cit., p. 42. Es, como ya vimos en páginas precedentes, D. Servando Mazcualla, absolutista empedernido, quien así habla. Miñano, evidentemente, defiende las ideas contrarias a las expresadas por D. Servando.

<sup>316</sup> *Ibíd.*, p. 73.

<sup>317</sup> Igualdad y valoración positiva del trabajo son, evidentemente, consecuencias del paulatino afianzamiento de una mentalidad burguesa. Lo cual empieza a ser perceptible ya desde finales del XVIII: *"La estructura social del antiguo régimen se encontraba así quebrantada, aunque todavía no modificada, y las nuevas ideas iban abriéndose paso, sobre todo en las regiones periféricas. No sólo aumentó la población, sino también la población activa, y la vieja concepción de que el trabajo "deshonra" fue perdiendo terreno; aparecieron, pues, los signos precursores de una nueva época, en medio de la antigua estructura de derechos señoriales, dominio eclesiástico, resistencia a desaparecer de la vieja sociedad"*.

Manuel Núñez de Arenas y Manuel Tuñón de Lara: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 21.

<sup>318</sup> *Viage de un filósofo a Selenópolis* [1804], cit., p. 91 y 92.

Encontramos aquí una nueva muestra de cómo la mentalidad burguesa se está abriendo camino. Como rasgo definitorio de la misma señala Jutglar precisamente el desprecio de la pobreza: *"...los burgueses catalanes adquirieron conciencia de su potencialidad y posibilidades, y repetían, engreídos, el slogan de que <<la pobreza es signo de idiotez>>"* *Ideologías y clases en la España contemporánea*, tomo I, cit., p. 90.

a su familia, terminó convenciéndose de que lo mejor era desechar viejos prejuicios:

*"Tenté algunos medios para proporcionarla [a su familia] la subsistencia y los resultados no correspondieron; lo que me hizo dejar vanas preocupaciones, y sepultando en el fondo del baúl los papeles que a ustedes he leído, mirando todo lo pasado como un sueño pasajero, y convencido de que el hombre es hijo de sus obras, que el nacimiento es un acaso, que las familias unas se elevan de la nada y otras por el contrario descienden hasta confundirse con la multitud, siendo yo uno de tantos; formé mi plan, llamé a mis hijos a quienes se lo propuse, y al que con su natural docilidad se prestaron gustosos y lo llevé a debido efecto dedicando los cuatro mayores a la industria de tejidos de algodón y las dos niñas a las labores propias de su sexo: todos ellos con su aplicación han aprendido y hecho progresos, y contribuyen con el producto de su trabajo para cubrir nuestras precisas necesidades, las que son menos por la rigurosa y prudente economía de mi Esposa, que es la administradora"*<sup>319</sup>.

Esta cita demuestra cómo las nuevas ideas iban penetrando -y siendo "asimiladas", aunque de un modo un tanto "sui generis"- en el entramado ideológico del Antiguo Régimen.

En el apartado de las relaciones del pueblo con otras clases sociales, a diferencia de lo visto en otros puntos, la presencia de la ideología del Antiguo es abrumadoramente mayoritaria, siendo la de inspiración burguesa casi meramente testimonial.

---

<sup>319</sup> *El oficial y el tejedor*, [1830], cit., p. 67.

### 1.2.7. EL TRABAJO. LAS RELACIONES LABORALES.

El trabajo que pretendo analizar en este apartado es el trabajo asalariado. Las relaciones laborales son, por tanto, las que se establecen entre los propietarios de los medios de producción y los que les venden su fuerza de trabajo. Dadas las características de la sociedad española de los primeros treinta años del siglo, con una población eminentemente rural y en muy escasa medida industrial, solamente hay dos ámbitos de la actividad económica en los que estas relaciones se producen de un modo significativo: la agricultura y el servicio doméstico<sup>320</sup>. Y, efectivamente, las referencias al mundo laboral que se pueden encontrar en la novela de este período se localizan en estos dos sectores.

Los criados aparecen siempre que lo hacen sus amos. Éstos no pueden vivir sin servidumbre; el número sigue siendo, como en el pasado, un elemento de ostentación mediante el que el señor hace gala de su poder<sup>321</sup>. Pero la relación que se establece entre sus señores y ellos es más de tipo personal que laboral. No existe una vinculación contractual, sino de protección-fidelidad. Los criados son en la inmensa mayoría de los casos fieles y, en contrapartida, gozan del amparo de sus señores. En la siguiente conversación las criadas se preocupan de la salud de su señor, don Alberto, que, como consecuencia de una serie de disgustos familiares, se halla un tanto quebrantada:

*"Más valiera cuidares de que nunca a las once faltasen las sopitas al amo, que si no procuramos sostenerle a fuerza de vigilancia y de método, pareceme nos pega un chasco cuando menos lo esperemos.*

*-Y mire usted, señora Margarita, sería una desgracia para todos, porque señor más bueno y concienzudo no pienso servirle en todos los días de mi vida. Aquí para entre las dos, mejor querría que se muriese el amo joven, que rabia por hacerse servir como un marqués, siendo así que públicamente dicen se vino a la quinta sin un cuarto"*<sup>322</sup>.

Y, aunque muchas veces la fidelidad conlleva molestas consecuencias para el criado, éste no se arredra ni mucho menos:

*"Uno no puede remediar su repugnancia de empeñarse en riñas i combates si su estrella no le*

<sup>320</sup> Recordemos las cifras citadas en la *Introducción Histórica*. En 1826 la población española era de 13.712.000 personas. De las cuales: 8.613.460 población agraria (1.836.320 activa), 2.318.256 población industrial (515.168 activa, pero incluyendo artesanos, patronos, obreros, comerciantes...), obreros asalariados industriales solamente había unos 34.000. Arenas y Tuñón: *Historia del movimiento obrero español*, cit., p. 34.

F. Garrido da, para 1797, la cifra de 840.276 criados. *Historia de las clases trabajadoras*, tomo 3, p. 221,

<sup>321</sup> Referente a esta asunto, la tenencia de criados que no cumplían otra función que la de demostrar que podían ser mantenidos por su señor, encuentro una breve referencia en una de las novelas consultadas, precisamente para criticarla: *"Para sostener el fausto hay quien se niega á los votos de la naturaleza: se quiere más aumentar el número de sus criados que el de sus descendientes"*. *Viage de un filósofo a Selenópolis*, cit., p. 140.

Los legisladores de Cádiz debieron ser muy conscientes de esta situación, del desaprovechamiento económico que suponía la existencia de tantos brazos improductivos, pues una de las causas por las que se pierden los derechos ciudadanos, es: *"Por el estado de sirviente doméstico"*. (Artículo 25, Tercero).

Jorge Esteban, (editor.): *Las Constituciones de España*, Madrid, Taurus, 1981, p. 49.

<sup>322</sup> *Las señoritas de hogaño y las doncellas de antaño*, cit., p. 267. Don Alberto es el amo de toda la vida que siempre las ha tratado de un modo paternalista, mientras que "el amo joven" no es otro que Perceval quien, como ya se vio, llevaba sobre sus espaldas 'el borrón de la tienda de su padre'. Vuelve, pues, a aparecer la contraposición entre los señores legítimos y los advenedizos. Hay virtudes que son exclusivas de los primeros.



*inclina a ellos; i esto ha sido verdaderamente lo que a mí me ha sucedido; pero si alguno quisiera poner en duda mi fidelidad, este miserable cuerpo desmentirá la acusación haciendo ver los honrosos golpes que ha recibido al servicio de su amo. Si yo hubiera sido menos constante en seguir a mi señor Gómez Arias, me habría ahorrado innumerables pescozones, cintarazos, i torniscones*"<sup>323</sup>.

Fidelidad que abarca todos los aspectos tanto materiales como morales: "*Defraudar yo a mi amo un tesoro tan apreciable como es un nombre glorioso cuando no soi capaz de enagenarle un maravedí?*"<sup>324</sup>. La fidelidad llega incluso hasta la muerte. Elvira, princesa de Lipno, que se ha casado con un sádico criminal, el príncipe ruso Dourlinski, está encerrada en su habitación resistiendo como puede el ataque de su marido y sus secuaces. Cuando Narcisa, la criada, ve a su señora en este trance "*lejos de temer la muerte, se contempla muy conforme y resuelta a perder la vida, defendiendo la preciosa existencia de la princesa de Lipno*"<sup>325</sup>. El comportamiento heroico de la criada hace que el autor no pueda menos que conmovirse y le conceda el homenaje de "igualarla" con su señora:

*"Narcisa y Elvira (pues ya no la llamaremos Condes ni Princesa, respecto a que el peligro nivela las condiciones y los más altos personajes descienden hasta nosotros en la adversidad), Narcisa y Elvira esperaban a cada instante ver cuál sería el asesino" ...*<sup>326</sup>.

En *El criado de su hijo* se produce una situación curiosa: Anselmo, caballero que se queda viudo, tiene un único hijo que se llama Felipe. Éste pasa su infancia con una tía. Llega un momento en que su padre decide entregarse en cuerpo y alma a la educación del niño que tiene un carácter bastante difícil. Lo manda a un colegio bajo la dirección de un ayo y un criado: él mismo, que se hace pasar por tal, sin decirle por el momento que es su padre. Las razones para tan extraña conducta:

*"... Deseaba no perder ocasión alguna de serle útil, y creyó que para esto convenía permanecer desconocido: por tanto, aunque su primera idea había sido ser en adelante su maestro, las malas disposiciones que se manifestaron en el niño [...] le hicieron abandonar este sistema: conociendo que un preceptor ignora forzosamente muchas interioridades que no pueden estar ocultas a un criado que las observa con el celo y esmero conveniente*"<sup>327</sup>.

Supongo que, como la fidelidad es a toda prueba, los señores no se recatan lo más mínimo delante de sus servidores, pues dan por supuesto que éstos nunca los van a traicionar. Precisamente por eso sus señores los convierten a veces en confidentes y en instrumentos de sus pasiones sin que los criados se atrevan a contradecirles aunque comprenden que lo que hacen sus amos no está del todo bien. Así Roque respecto a su señor Gómez Arias:

*"Sentía, con efecto, una invencible repugnancia en ser el mensajero de tan terribles nuevas, porque si bien se había acostumbrado a las irritantes calaveradas de su amo, no estaba sin embargo totalmente desprovisto de virtud, i no podía menos de lastimarse de la desdichada suerte de Teodora*"<sup>328</sup>.

<sup>323</sup> *Gómez Arias...*, cit., tomo II, p. 127.

<sup>324</sup> *Ibíd.*, p. 129.

<sup>325</sup> *La princesa de Lipno o el retrete del placer criminal*, en *Galería fúnebre...*, cit., p. 131.

<sup>326</sup> *Ibíd.*, p. 132.

<sup>327</sup> *Mis pasatiempos. Almacén de fruslerías agradables*, Cándido María Trigueros, cit., p. 5.

<sup>328</sup> *Gómez Arias...*, cit., tomo I, p. 229.

Pero sigue los dictados de su amo porque:

*"Roque era un pobre mozo de temperamento suave i compasivo; su aquiescencia a las libertinas disposiciones de su amo procedía más bien de la timidez de su carácter que de la perversidad de su corazón: se hallaba por lo tanto en la más penosa confusión al pensar en el desastroso resultado del encuentro de Gómez Arias con la abandonada víctima de su satisfecha pasión"*<sup>329</sup>.

Es decir, que cuando se plantea un conflicto entre comportamiento ético y fidelidad prevalece ésta última. Pero la función de Roque no es sólo la de criado conocedor y colaborador en los devaneos y debilidades de su señor, sino también la de bufón. Y en el desempeño de este papel sí puede permitirse ciertas libertades: *"A esta bravata [de su amo] dio Roque una chocarrera contestación, porque en su cuerda de gracioso parece que le era permitido decir cuanto le viniese a las mientes"*<sup>330</sup>. Aunque estas libertades tienen un límite, y así se lo recuerda, con argumentos contundentes, su amo: *"Ahora pues, Roque, convendrás en que he oído atentamente tu sermón; pero me cansan ya tantos dislates, i si no cesas de despotricar te honraré con una respuesta más espresiva, haciendo alusión al flexible mimbre que blandía en la mano"*<sup>331</sup>. Amenazas que, a veces, se cumplen:

*"Gómez Arias exasperado fuertemente con las insinuaciones de Roque, se volvió de repente, i corriendo sobre él le interrumpió su discurso con un fiero golpe 'si te atreves, bellaco, a proferir semejantes expresiones, por vida mía que les he de ahorrar a los moros el trabajo de ahorcarte. Así pues cuidado con lo que dices'"*.

Golpes que son aceptados por Roque sin la más mínima muestra de rebeldía o resentimiento: *"¡Decir! replicó el criado. ¡Virgen Santa! nada tengo que decir; vuestros argumentos, señor don Lope, son demasiado convincentes, pero a lo menos me permitiréis que rece"*<sup>332</sup>. El criado no sólo carga con los golpes, también con las culpas de actos en los que no ha tenido ninguna responsabilidad. Ya me referí a cómo D. Manuel de Monteblanco, a pesar de darse cuenta de que el criado había obrado correctamente, tenía buen cuidado de no reconocerlo en público. Pues en ese mismo pasaje, D. Lope, después de disculparse ante D. Manuel, no tiene el menor empacho en culpar a Roque, cuando es él el único culpable: *"Haré por otra parte todo lo posible para desagraviaros; i como es obvio que a mi criado debe atribuirse la causa principal de esta funesta aventura, os prometo que no escapará de una corrección adecuada a su delito"*<sup>333</sup>. Ahora bien, Roque es un criado en el que son evidentes los parecidos -y lo mismo puede afirmarse de las

<sup>329</sup> *Ibíd.*, tomo II, cit., p. 132.

Reaparece aquí tema ya comentado: la influencia de la conducta de los de arriba; el influjo que ejerce en las clases inferiores. Aunque en este caso sea para mal, ya que nos encontramos ante un noble no ejemplar.

<sup>330</sup> *Ibíd.*, tomo I, p. 79.

<sup>331</sup> *Ibíd.*, p. 68-69.

<sup>332</sup> *Ibíd.*, p. 203-204.

De nuevo unas palabras de Maravall referidas a la situación del Siglo XVII, creo que son adecuadas para definir la relación Señor-criado doscientos años después. Dice Maravall que nunca el criado, aunque se permita dar algún consejo, puede pretender el tener alguna ascendencia sobre su señor y continúa escribiendo: *"La literatura política y moral de la época discutió el caso de que si era posible la amistad entre los socialmente desiguales, aplicándolo, incluso, a la relación rey-criado. Se trataba, a lo sumo, de un deber de advertencia (que le exponía a severas represalias por parte de su joven amo iracundo, las cuales tenía que sufrir), en virtud de un vínculo de apego y dependencia, constituido y legitimado por naturaleza". Relaciones de dependencia...*, cit., p. 127-128.

relaciones que establece con su señor- con su modelo del teatro barroco<sup>334</sup>. Pero no creo que las relaciones de Roque con su señor se puedan explicar apelando solamente a sus modelos literarios. Estas relaciones responden a un modelo de sociedad que, aunque ya en franca decadencia, sigue vigente: la sociedad del Antiguo Régimen en el que, como se ha visto en el apartado dedicado al análisis de las relaciones sociales, la subordinación y sometimiento son fundamentales para su mantenimiento. Es evidente que en la España del primer tercio del Siglo XIX una parte importante de la población vive bajo este tipo de relaciones tradicionales. Pero también lo es que en otros sectores esas relaciones entre señores y criados -es el signo de los tiempos- están cambiando sustancialmente; que ese vínculo que los ideólogos del Antiguo Régimen se empeñan en conservar, a pesar de todos sus esfuerzos, se está rompiendo. Y en esta misma novela se encuentran indicios de ello. Gómez Arias, que ha incitado a Teodora a escaparse con él de la casa de su padre, le echa, cínicamente, la culpa de la fuga a su rival D. Manuel de Leiva y le pregunta a Monteblanco si ha interrogado a los criados sobre la fuga pues "*ellos son generalmente los instrumentos i aun los autores de la rebeldía de los hijos contra sus padres*". A lo que responde Monteblanco: "*Tenéis razón, replicó don Manuel, los criados son enemigos de quien les da el pan*"<sup>335</sup>. Precisamente por eso desconfían de ellos; de ahí que, un amigo de la familia, en cuya casa se ha refugiado huyendo de una persecución política, advierta a Eusebio:

*"Ya estamos en la quinta: venga usted por aquí y entraremos por la puerta falsa que ha quedado esprofeso ajustada. Entremos sin recelo que nadie nos verá, pues ya estoy acordado con el colono y sólo él entrará aquí: de modo que ni mozos ni peones puedan sospechar cosa alguna"*<sup>336</sup>.

Y las mismas precauciones toman Rosendo y Leocadia en cuya casa y por idénticos motivos se ha refugiado su padre Lidoro: "*Pues vamos á cenar, y mudemos la oja, no sea que adviertan nuestras disposiciones los criados. [...] Id con disimulo, no sea que los domésticos lo adviertan*"<sup>337</sup>. Es decir, los señores son conscientes de que se han roto los vínculos "naturales" por lo que ya no pueden confiar ciegamente en sus servidores. Y también lo son éstos que, por lo mismo, no se sienten obligados a actuar siempre en beneficio de sus amos. Por eso, son frecuentes los casos en los que se venden al mejor postor. Feliciano, enamorado de una mujer casada, se va a valer de los criados de ésta para conseguir sus propósitos:

*"...soborna a los criados*

<sup>333</sup> *Ibíd.*, p. 102.

<sup>334</sup> Tan evidentes son los parecidos que el traductor -Mariano Torrente- tras reproducir un breve diálogo en el que el bufón se muestra como tal, pone una nota a pie de página en la que aclara: "*Aquí se omiten algunas páginas que el autor empleó en un diálogo difuso i poco interesante entre amo y criado, a imitación de nuestros antiguos autores, i cuya costumbre, viciosa en nuestro concepto, vemos repetida en varias de sus comedias con poca verosimilitud con menor aceptación de público. No deberá pues extrañarse esta libertad que nos hemos tomado para que el presente romance histórico quede arreglado al gusto de los modernos, en los que es mui diferente el efecto que forman las invenciones del ingenio, ya sea por la variedad de usos i costumbres, ó ya por el refinamiento del gusto i aumento de ilustración*". *Ibíd.*, p. 67.

¿Le parecían al traductor poco refinadas las "familiaridades" que Roque se tomaba con su señor?

<sup>335</sup> *Ibíd.*, p. 175.

<sup>336</sup> *El incógnito en el subterráneo* [1833], de J. del Castillo, cit., p. 67.

*De Luciana; y así todo dispuesto  
Logra un muro poner impenetrable  
De intrigas entre aquellos objetos,  
Víctimas del amor y del engaño,  
Su yugo triste a padecer dispuestos*<sup>338</sup>.

Y en **Cornelia Bororquia** el gobernador es traicionado por un criado suyo, Pedro Valiente, que se vende al arzobispo de Sevilla quien, a juzgar por sus propias palabras, le ha recompensado magníficamente por sus servicios:

*"Yo me hallo colocado de Portero mayor en el palacio del Arzobispo de esta ciudad, y mi única obligación es estarme desde por la mañana hasta la noche repantigado en una silla, mirando quien entra y quien sale, y mi salario además de la casa, ropa limpia, comida, etc. son tres reales de vellón diarios cobrables cada mes o cada semana, según me parece conveniente. ¿Qué tal? ¿es buena plaza? A lo menos ya he salido de las zarandajas que tenía que manejar cuando estábamos juntos"*<sup>339</sup>.

Las motivaciones de estos criados son, pues, muy distintas a las de Roque, y las relaciones que establecen con sus amos -los móviles económicos aparecen explícitos- dejan traslucir unas estructuras sociales que no son las del Antiguo Régimen, independientemente de que éste siga existiendo. Aunque no sea su intención, quizás de un modo involuntario, o quizás como ejemplo pernicioso que se debería erradicar, lo que parece claro es que los últimos casos comentados dejan escapar un inconfundible aire de hostilidad social.

Se puede afirmar, por tanto, que las relaciones de fidelidad responden a un modelo de sociedad que se quiere conservar, mientras que las infidelidades son traídas por el nuevo modelo que lucha por abrirse paso. Y la figura del gracioso -Roque tiene mucho de él -jugaría, lo mismo que en el barroco, un papel negador de esas nuevas relaciones traídas por la nueva sociedad. Por eso, el comentario que Maravall hace sobre la función del gracioso en el teatro del XVII, se puede aplicar a Roque:

*"A mi modo de ver, responde a la fidelidad de integración social que inspira todo el teatro barroco. Como con otros grupos sociales, había que asegurar el mantenimiento en el orden establecido del extenso grupo de los criados entre los que, en la crisis de novedad, de movilidad, de insatisfacción, que sacude al Renacimiento, no dejó de iniciarse una nueva actitud hostil, a resultas de los cambios operados en la mentalidad de la época [...]. Se trata de una actitud tanto más peligrosa, cuanto mayor era la proximidad al grupo de los privilegiados, esto es, la domesticidad de ese otro sector de población subordinada"*<sup>340</sup>.

El otro ámbito de la actividad económica que aparece recogido en la novela de este período es, como dije al principio, la agricultura. No abundan las referencias a la situación material de los trabajadores del campo, pero de las pocas que hay se puede deducir que llevaban, especialmente los jornaleros, una vida miserable. El coronel, que en **Voyleano**

<sup>337</sup> *Ibíd.*, p. 96-97.

<sup>338</sup> **La Luciana en cinco períodos**. Novela escrita en verso castellano por D. Antonio Farigola y Domínguez, Oficial de infantería. Madrid: en la oficina de D. Francisco Martínez Dávila, impresor de Cámara de S. M. 1819. 176 páginas. BN 3/2445. Pág. 63.

<sup>339</sup> **Cornelia Bororquia**, edc. Gerona 1820, cit., p. 38.

<sup>340</sup> **Relaciones de dependencia...**, cit., p. 147.

prefiere trabajar con un azadón en el campo antes que adular al invasor de su patria, después de pasar todo el día cavando en el campo el jornal apenas tiene para mal comer:

*"Sí, amigo, me contestó. Cuando pongo en manos de mi infeliz esposa un pan negro, un pan de dolor que he regado aquel día con mi sangre, pues mi cuerpo no acostumbrado a las tareas del campo la derrama en abundancia; cuando ella lo toma para componer unas desdichadas sopas, único alimento que probamos, creo que cumplo con todos los deberes que me han impuesto la naturaleza y la patria"*<sup>341</sup>.

En otro pasaje refiere Voyleano lo que ve cuando sale a pasear por el campo: *"Veo a un labrador que pasa con los pies descalzos"*<sup>342</sup>. En la misma situación de pobreza viven los campesinos que encuentran, en una novela ya comentada, a una niña entre los restos de un naufragio. Tanto es así que la niña, noble de nacimiento, no podía adaptarse a la nueva situación: *"La delicadeza de su temperamento no podía conformarse con las incomodidades de la vida campestre; y esto era muy perjudicial a la suya, mayormente en medio de tanta pobreza"*<sup>343</sup>. Ilustrativas de esa pobreza son las aspiraciones del campesino: se lamenta de no saber quiénes son los padres para poder devolver la niña, pues si la devolviera seguro que recibiría una buena recompensa:

*"¡Y qué comida tan delicada y abundante no me darían!... Desde luego aseguro que con lo que me sobrase, y recogería en las alforjas, tendrías tú y mis hijos para comer bien lo menos, lo menos, sí, un par de días. Y que ¿faltarían a darme, después de ver a su hija algunos deshechillos [sic] para mí, para ti y para aquéllos, y algunos reales con los que tal vez podría comprar una borriquilla y cuatro gallinas, y cádate hecha nuestra fortuna?"*<sup>344</sup>.

En estas dos novelas que, como ya se ha visto se inscriben dentro de la órbita ideológica del Antiguo Régimen, no hay ningún ánimo de denuncia al señalar estas situaciones. La existencia de las mismas se debe a los designios de la Providencia. Por eso, como también quedó ya recogido, el cura recomienda, en la primera, a Voyleano que predique la religión a los segadores para ayudarles a sobrellevar con resignación su triste condición. Se está, pues, defendiendo y justificando la situación establecida, en la que la inmensa mayoría de la población campesina son jornaleros, siendo los propietarios, en su mayoría, la Iglesia y la nobleza<sup>345</sup>. Justificación que, si en las novelas anteriores se hacía atendiendo a razones morales, se va a realizar en otros casos apelando a motivos económicos. Es lo que sucede en *Los frailes vindicados por Volter* [sic]. Ya me he referido en páginas anteriores a esta obra, en la que varios personajes dialogan comentando una supuesta carta de Voltaire sobre la utilidad o inutilidad de los frailes. Intervienen cuatro personajes: Don Ignacio, hidalgo, su confesor Fray Antonio, su médico y un amigo. Don Ignacio, poseedor de importantes cantidades de tierras, se considera poco menos que un benefactor: *"A más el Señor con su facultad conserva la vida a*

<sup>341</sup> Estanislao de Cosca Vayo: *Voyleano o la exaltación de las pasiones*, tomo I, cit., p. 18-19.

<sup>342</sup> *Ibíd.*, p. 53.

<sup>343</sup> Antonio Valladares y Sotomayor: *Tertulias de invierno en Chinchón*, tomo I, cit., p. 47.

<sup>344</sup> *Ibíd.*, p. 39.

<sup>345</sup> En el censo de 1787: 364.000 propietarios que labraban sus tierras; 507.000 arrendatarios; 800.000 jornaleros. M. Arenas y M. Tuñón: *Historia del movimiento obrero...*, cit., p. 19.

No he encontrado las cifras correspondientes al primer tercio del XIX, pero supongo que no diferirán mucho de las de 20 ó 30 años antes.

*muchos, que perecerían sin su asistencia: y yo la conservo también a otros, porque empleándolos en las labores de mis tierras, les proporciono medios para subsistir*<sup>346</sup>. El fraile se muestra de acuerdo con él y le da la razón insistiendo en los mismos argumentos:

*"¿Qué sucede en su casa de vm. señor Don Ignacio? Que vm. y su mayordomo cuidan de la administración de sus tierras, de que trabajen los criados, que lo hagan bien y con oportunidad: de que las mulas y los ganados estén bien cuidados, de que se busquen jornaleros cuando las circunstancias lo requieren; con todo lo demás que es necesario, y de este modo vm. y su mayordomo, sin arar ni cavar materialmente, cultivan su mayorazgo, mantienen su casa y contribuyen a la felicidad pública"*<sup>347</sup>.

Y añade que exactamente lo mismo que Don Ignacio en sus tierras hacen las comunidades de regulares en las suyas:

*"En ambas sólo los criados y jornaleros se emplean en el trabajo material del campo, los demás unos tienen la dirección, otros el cuidado de lo económico", precisamente por lo cual "sus haciendas están por lo común más bien cuidadas"*<sup>348</sup>.

Por otra parte los dueños eclesiásticos son mucho más comprensivos e indulgentes con los campesinos que los seculares:

*"¿Y quién por lo regular es más indulgente con el colono, quién le exige menos por el arriendo, quién le da más esperas para el pago con necesidad o sin ella, quién le da más auxilios para que se sostenga y fomente el eclesiástico o el mayorazgo?"*<sup>349</sup>.

Tratan también de los diezmos que son defendidos por el representante de la Iglesia: *"Temamos pues señores los terribles efectos de su enojo soberano [de Dios] si no le ofrecemos la parte que se reserva, y nos pide de nuestras cosechas y nuestro ganados"*<sup>350</sup>. Precisamente por eso los diezmos no son un impuesto más; de hecho, y hablando en propiedad, ni siquiera puede llamársele impuesto:

*"no debe llamarse contribución a los diezmos, como no se llama a lo que el colono o el arrendador da al propietario por el disfrute de su posesión. Ni puede llamarse injusticia dar a cada uno lo que le pertenece, o la parte que tiene en la cosecha así al propietario por la finca, como al jornalero por su trabajo, y mucho menos lo es, el dar al Señor la parte que se reserva como dueño de todo, sino más bien una obligación, un reintegro, un pago de rigurosa justicia"*<sup>351</sup>.

Pero la percepción de los diezmos no se justifica sólo con razones de tipo teológico sino también con otras de tipo económico, pues rebate la acusación de que son un obstáculo contra la prosperidad de la agricultura con los argumentos de que son una cantidad insignificante, comparada con lo mucho que ganan los colonos por cada jornalero que ocupan, y que esas rentas en manos de la Iglesia son un estímulo para el consumo<sup>352</sup>.

<sup>346</sup> Tomo I, cit., p. 21.

<sup>347</sup> *Ibíd.*, p. 40-41.

<sup>348</sup> *Ibíd.*, p. 45-46.

<sup>349</sup> Tomo II, cit., p. 53.

<sup>350</sup> *Ibíd.*, p. 17.

<sup>351</sup> *Ibíd.*, p. 26.

<sup>352</sup> Lo cual, al igual que se vio en páginas anteriores al referirme a esta misma novela, es una prueba más de que el Antiguo Régimen no sólo se defiende con los argumentos tradicionales, sino que utiliza los del "enemigo"

No ocurre lo mismo en las novelas que se mueven en la órbita ilustrado-burguesa. Encontramos testimonios en los que se denuncia la situación miserable en que viven los campesinos como consecuencia de las excesivas exacciones que recaen sobre ellos, concretamente los diezmos, limosnas y contribuciones de todo tipo. Así, un labrador se queja airadamente de los diezmos:

*"¿Pues qué le parece a usted, que porque seamos labradores no tenemos sacada muy bien la cuenta de lo que importa esa contribución? Lo menos, menos que nos sacan es el cincuenta por ciento de lo líquido, y algunos años no es el cincuenta sino el todo"*<sup>353</sup>.

Y, además, tienen que pagar el arriendo de las tierras:

*"Claro es que con estas idas y venidas el granero ha llevado un toque más que mediano; pero ni siquiera hemos empezado a contar las socaliñas. Aún falta pagar la renta de las tierras arrendadas a los monjes del desierto, pues aunque su instituto sea el de orar y trabajar con sus manos para ganar el alimento, hace ya algunos siglos que se resolvió el problema de que era mucho más cómodo y más sencillo que trabajasen los seglares de alrededor que no el que se llenasen de callos las manos de sus reverendísimas. Fuera de que no es fácil levantar el corazón a Dios teniendo el cuerpo agobiado, ni viene al caso andar a pie por el campo con la azada al hombro, pudiendo ir a ver los trabajadores montados sobre una mula como un dromedario. Verdad es también que estos anacoretas suelen ser muy suavécitos con los que retrasan sus pagos, pues lo más que hacen es ponerles por justicia, hacer que los metan en la cárcel, embargarles hasta la cama en que duermen, y dejar a la inclemencia toda la familia. Esto sólo se verifica cuando no tienen el señorío temporal del pueblo, pues en este caso, que es el más frecuente, no necesitan interpelar otra autoridad que la suya. Suele, sin embargo, hacerse alguna excepción en favor de los padres que tienen hijas bonitas o de los maridos que tienen esposas de buen genio y parecer"*<sup>354</sup>.

La consecuencia de todo esto no es otra que la pobreza, queja puesta en boca de uno de los campesinos: *"Nunca saldremos de pobres los que cultivamos la tierra"*<sup>355</sup>. Y la misma situación se denuncia en otra novela estrictamente contemporánea de la anterior:

*"La acumulación de propiedades en manos muertas, los cuantiosos mayorazgos, las clases privilegiadas, y finalmente, los gravámenes públicos, pesando sobre la clase más útil del estado, habían privado al pueblo de los medios de subsistencia; y reducido a la más triste mendiguez"*<sup>356</sup>.

Hay un tercer ámbito de la actividad económica que aparece también mencionado: el industrial. Encontramos una breve referencia a las condiciones de trabajo. Don Pablo de Zúñiga, habla de su hijo Fidel quien trabaja en la industria textil

*"haciendo el sacrificio de levantarse a las tres de la mañana en lo más riguroso del invierno y trabajar hasta las nueve de la noche en tales términos, que sus amos cuando le satisfacían el estipendio semanal admiraban a un joven de dieciséis años, cuyo trabajo superaba en dos*

---

entrando en su mismo terreno, precisamente en un intento de vencerlo no tanto aniquilándolo como asimilándolo. Esto quizás sea una prueba de hasta qué punto estaban extendiéndose y calando las nuevas ideas.

<sup>353</sup> Sebastián Miñano: *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*, cit., p. 57-58.

<sup>354</sup> *Ibíd.*, p. 82-83.

<sup>355</sup> *Ibíd.*, p. 58.

<sup>356</sup> Francisco Brotons: *Rafael del Riego ó la España libre*, cit., p. 47-48.

*tantos al de los demás operarios*<sup>357</sup>.

El "estipendio" no debía ser muy grande, pues sólo gracias a las dotes ahorradoras de su esposa se puede permitir don Pablo invitar un día a sus amigos:

*"Creo me haréis la justicia de no creerme, a pesar de mi estado de menstrual, tan exhausto de medios que con la economía de mi esposa carezca de facultades para obsequiar un día a mis dos únicos y buenos amigos, los que espero serán indulgentes, y conocerán que si no puedo llenar del todo mis deseos, suplirá a ellos mi buena voluntad y afecto"*<sup>358</sup>.

Pero, como ya se vio, el autor de esta novela no pretende denunciar las duras condiciones de trabajo, sino poner a don Pablo como ejemplo de abnegación porque acepta con absoluta resignación su situación de decadencia económica. En el Antiguo Régimen los bajos salarios y las largas jornadas laborales son una prueba de Dios, no un problema social.

---

<sup>357</sup> *El oficial y el tejedor*, cit., p. 68-69.

<sup>358</sup> *Ibíd.*, p. 48-49.



### 1.2.8. LOS GRUPOS MARGINALES.

Son aquéllos que viven sin integrarse en la sociedad, de espaldas a sus normas y, a veces, incluso transgrediéndolas abiertamente. Son fundamentalmente tres: mendigos, gitanos y bandoleros.

La mendicidad ha sido una lacra social desde tiempo inmemorial, pero no siempre ha tenido la misma consideración ni ha provocado la misma reacción social; ésta ha ido desde la persecución hasta la protección pasando por la tolerancia, aunque ha predominado la primera, pues en muchas épocas han sido perseguidos<sup>359</sup>. En la novela de este período predomina, aunque con alguna excepción, el sentido paternalista. No podía ser de otra manera. En una sociedad en la que la caridad tiene una alta consideración como forma de paliar las desigualdades, los mendigos son los receptores de la misma. Los que la ejercen son las clases pudientes.

*"En cuanto la campana del castillo -continuó la muchacha- anunció el fallecimiento de la duquesa, vinieron un tropel de mendigos de las cercanías, que vivían a expensas de su liberalidad, para tener el consuelo de llorar sobre su cadáver"*<sup>360</sup>.

Liberalidad que consiste, entre otras cosas, en repartirles las sobras de la comida de los señores; y en esto son tratados como los vasallos del castillo:

*"Amén de estas prolongadas hileras de huéspedes, notábase sobre la hierba, más allá de la puerta grande del castillo abierta de par en par, multitud de montañeses que recibía las sobras del abundoso festín. Veíanse, formando a lo lejos, grupos inquietos y movedizos de mujeres, niños, soldados y mendigos, por entre los cuales igualmente se agitaban enormes perros de caza, prontos, obedientes y ligeros"*<sup>361</sup>.

Y acuden especialmente en ciertos días como, por ejemplo, cuando se celebra alguna boda: *"Tampoco dejaron de concurrir los más acreditados violinistas de cuatro leguas a la redonda, y bandadas de mendigos que hacía tiempo esperaban aquel día de universal solaz y refocilo"*<sup>362</sup>. En todas estas citas la mendicidad aparece como un hecho "natural": no se indaga en las causas ni tampoco se piensa que sea un problema. Los mendigos desempeñan una función: dar brillo a la magnanimidad y esplendor de los señores; son casi un objeto más de ostentación. Pero quien con más dedicación se ha ocupado siempre de los mendigos ha sido la Iglesia, a través de diferentes instituciones de caridad y, sobre todo de los conventos. Por eso, Napoleón al reducir drásticamente el número de éstos, es el principal culpable de que su situación haya empeorado:

*"Bien se confesaba en Madrid el año pasado, [1812] cuando por la gran carestía del pan y demás comestibles estaban las calles llenas, no sólo de mendigos moribundos, sino de cadáveres víctimas ya de la necesidad. ¿Cómo se había de ver esto, se decía generalmente en Madrid, si hubiera regulares? ¿Cuántos se mantendrían en los conventos de los que ahora*

<sup>359</sup> A título de ilustración se pueden citar las siguientes palabras de Fernando Garrido, pues recogen algunas características que van a persistir a lo largo del tiempo: *"Ya en 1351 don Pedro de Castilla mandaba a los ayuntamientos que dieran trabajo a los mendigos, condenando a éstos a la pena de azotes si no querían trabajar. Rasgo curioso que indica la repugnancia del mendigo al trabajo forzado y la facilidad relativa de vivir mendigando, al mismo tiempo que la tendencia socialista que implicaba el que el Estado diera trabajo a los que de él carecían"*. *Historia de las clases trabajadoras. 3. El obrero*, cit., p. 220.

<sup>360</sup> *Los bandos de Castilla*, cit., p. 55.

<sup>361</sup> *Ibíd.*, p. 84.

<sup>362</sup> *Las señoritas de hogaño y las doncellas de antaño*, cit., p. 269.

*vemos perecer por las calles con horror y asombro de la humanidad? Pero los franceses autores de esta calamidad, quitaron también todos los medios de aliviarla disolviendo las comunidades religiosas*"<sup>363</sup>.

La mendicidad tiene unas causas sociales muy claras, fundamentalmente la miseria<sup>364</sup>. Pero interesa mantenerla porque siempre hay alguien dispuesto a capitalizarla en beneficio propio:

*"¿Cómo había de concluirse con la vagancia, cuando por todas partes se multiplicaban los asilos de beneficencia para los pobres, la sopa de los conventos, las limosnas y los socorros de todos los géneros? El clero explotaba a los ricos, pidiéndoles para los pobres, y repartía a éstos, para justificar sus demandas, parte de lo que para ellos pedía*"<sup>365</sup>.

Y no sólo eso, sino que se va a elaborar una ideología que se podría denominar como "mística de la pobreza":

*"En lugar de ser rechazados y despreciados, vagabundos y mendigos eran mirados con respeto y hasta con veneración en muchos casos, pareciendo que honraban a quien pedían por hacerlo en nombre de Dios. La mendicidad no degradaba; el espíritu de fraternidad, aliado al de la caridad, ha predominado de tal manera que puede asegurarse que en ningún país se ha dado más a los pobres ni se han fundado más obras piadosas*"<sup>366</sup>.

Ideología elaborada y divulgada por la Iglesia que, como administradora de la pobreza, va a resultar la gran beneficiada:

*"Este estado de cosas que podríamos llamar predominio de la pobreza e imperio de la miseria, era el resultado de la fe católica y de la preponderancia del clero, verdadero señor y dueño del país. [El clero] inspiraba a los españoles desprecio de los bienes de la tierra y se los apropiaba, ofreciendo en cambio los del cielo. A esto llamaba la gente de Iglesia trabajar en la 'viña del Señor', que era en realidad la única que se cultivaba en España y que daba a los cultivadores ópimo fruto*"<sup>367</sup>.

Resulta, por tanto evidente, que el binomio mendicidad-caridad forma parte del acervo ideológico del Antiguo Régimen y ésta última debe encontrarse ineludiblemente entre las virtudes de cualquier caballero que aspire a ser considerado como tal: Blanca de Castromerín, destinada a casarse con don Pelayo, el hijo de don Álvaro de Luna, admira en él sus virtudes guerreras, pero echa de menos "*aquellas prendas del amor a la Humanidad, de protección al desvalido, que tanto ensalzan la noble institución de la caballería*"; cualidades que sí posee su rival, el caballero del Cisne y que, a los ojos de Blanca, son más admirables que el valor:

*"Perdonadme, amada Leonor, si os digo que cuando oigo contar las bellas acciones del caballero del Cisne, llego hasta derramar lágrimas por tan humano, valiente y pundonoroso caballero. Al ver tremolar a lo lejos su penacho blanco en los torneos, ya sabemos quién ha de ser el vencedor; y, sin embargo, no admiramos tanto su pujanza y gallardía como su*

<sup>363</sup> *Los frayles vindicados por Volter*, tomo I, cit., p. 64-65.

<sup>364</sup> "*La miseria del país en general, y de las clases trabajadoras en particular, era tan extremada que Ustáriz, Campomanes y Moncada decían, alguno de ellos a mediados del último siglo, que tres millones de españoles no llevaban camisa porque no tenían con qué comprarla*".

Fernando Garrido: *Historia de las clases...*, cit., p. 220.

<sup>365</sup> *Ibíd.*, p. 220.

<sup>366</sup> *Ibíd.*, p. 224.

<sup>367</sup> *Ibíd.*, p. 224-225.

*comedimiento y generosidad*<sup>368</sup>.

Sentimientos que también posee Voyleano quien confiesa a su interlocutor: "*Nunca he podido ver con ojos enjutos llorar a un mendigo*"<sup>369</sup>. Los mendigos, seres desvalidos, protegidos por la caridad del Antiguo Régimen se cuentan lógicamente entre sus defensores. Constituyen, por ello, una inmensa masa cuyo carácter contrarrevolucionario va a ser denunciado por la novela de inspiración burguesa, para quien, entre los principales enemigos de la Constitución, se cuentan "*la inmensa multitud de 'vagos' que se advierten por todas partes, especialmente en esta corte*". De ahí que el autor no deje de manifestar extrañeza ante la pasividad del gobierno para terminar con esta plaga, máxime cuando dispone de los instrumentos legales para ello:

*"No hay cosa más extraña a la verdad, que debiendo haber despertado el gobierno a las repetidas voces de los enemigos del sistema, con que desde luego han persuadido, que la constitución es capa de aquéllos [de los vagos] por los embarazos que dicen que ofrece para prenderlos, no haya hecho entender en su cabal significación el artículo 25, en que se manifiesta todo lo contrario; pues el hombre sin empleo, oficio o modo de vivir conocido, como allí se contiene, está por el mero hecho suspenso de los fueros de ciudadano"*<sup>370</sup>.

Los mendigos y los que no trabajan son también potencialmente futuros delincuentes; por eso, en una sociedad bien organizada, como lo es la de *Selenópolis*, se les intenta convencer para que trabajen, pues ésta es la mejor manera de prevenir el crimen: "*Las prudentes medidas tomadas por el Gobierno para acostumar sin violencia al mendigo al trabajo [...] habían hecho desaparecer los crímenes que ocasionan la indigencia y la pereza*". Y si no acceden se les obliga con medios más contundentes:

*"En el supuesto de que la pobreza es un vicio, y de que no falta el pan sino a los holgazanes, se había disipado la raza de esos mendigos de profesión á quienes no hay cosa que pueda reducir al trabajo, encerrándolos en unos parages donde se sujetaban á ciertas faenas según sus fuerzas o su aptitud"*<sup>371</sup>.

La burguesía es consciente de que el país no puede avanzar por la senda del progreso manteniendo a tanta gente improductiva, que, además, constituyen una masa de parásitos fácilmente utilizable por el Antiguo Régimen para seguir garantizándose su supervivencia.

La imagen de los gitanos es bastante más negativa. Aunque algunas veces aparecen en escenas de costumbrismo romántico, lo más frecuente es que se les trate como seres asociales dedicados al engaño y la delincuencia. En *Quatro cuentos en un cuento* una tribu de gitanos vive del robo. Sorprendidos y hechos presos, una gitana cuenta cómo secuestró de su cuna a una niña, Salerosa, que ahora se descubre que es hija de un marqués. La gitana pide clemencia en una escena a la que el autor intenta dar verismo colorista mediante la reproducción de lo que se supone que es el lenguaje del personaje:

<sup>368</sup> *Los bandos de Castilla*, cit., p. 15.

<sup>369</sup> *Voyleano o la exaltación de las pasiones*, cit., p. 128.

<sup>370</sup> Pedro Nolasco Martín Carramolino: *El tostoneo, meneo y mosqueo*, [1821], cit., p. 69.

Efectivamente, el artículo 25, cuarto, de la Constitución de 1812 dice que los derechos ciudadanos se suspenden: "*Por no tener empleo, oficio o modo de vivir conocido*".

Jorge Esteban, (editor.): *Las Constituciones de España*, cit., p. 49.

<sup>371</sup> *Viage de un filósofo a Selenópolis*, cit., p. 90-91.

*"Asegúrole á su Soñoría que he hechado ménos y muy ménos aquellos dias venturosos en que con nuestras trévedes y paletas, con nuestras agencias, con nuestras ferias, con nuestros jumentillos y nuestros trapitos de por alto, pasábamos una vida de canónigos machos. ¿Pero qué se le ha de hacer? á lo que Dios hace no hay que aquellarse: los cuidados caminan á la par con las autoridades"*<sup>372</sup>.

El marqués le responde que nada puede hacer por ellos pues los ha cogido asaltando a los viajeros. Su hija Leocadia, que ha vivido muchos años con los gitanos bajo el nombre de Salerosa, le replica con unas razones que ponen de manifiesto las causas profundas de que tengan que dedicarse a la delincuencia: *"¿Cómo podrían ganar el pan? La gente es loca, y para nada bueno los quiere, aunque ellos trabajarían de buena gana: no les permiten ganar la vida con el sudor de su frente"*<sup>373</sup>. Llegar a este grado de análisis, sobre todo en novelas que se hacen eco de la ideología del Antiguo Régimen, es una excepción que, además y en esta misma novela, va a ser desmentida por los hechos posteriores. El marqués termina teniendo clemencia y los gitanos son indultados. Se les ofrece entrar al servicio de su casa. Pero sólo algunos aceptaron; los demás prefirieron no renunciar a su libertad por lo que *"habiendo al cabo de algún tiempo vuelto á sus andadas, aun con más desenfreno que ántes, consiguiéron fácilmente ocupar todos varias cárceles, y parar unos en Puertorico, y otros en la horca"*<sup>374</sup>. Lo cual es lógico teniendo en cuenta que se trata en todos los casos de personajes absolutamente indeseables:

*"En cuanto al otro personaje formaba extraña contraposición con los dos hombres de armas que acabamos de describir; pues sobre ser bajo de cuerpo, suelto de miembros, y en sus gestos y ademanes inquieto y vivaracho como un mico, llevaba un traje más semejante al de los moros que al de los fieles castellanos. Su turbante amarillo y túnica verde lo daban a conocer por uno de los bárbaros que en aquel siglo inundaron la península, la Francia y la Inglaterra, conocidos en Castilla con el nombre de gitanos, los cuales embaucaban a los sencillos y crédulos diciéndoles lo que llaman buenaventura, cantaban letras impúdicas y ejercían, finalmente, ratera y baja rapiña con toda suerte de bellaquerías"*<sup>375</sup>.

Se trata del gitano Merlín quien actúa como espía doble -circunstancia que acentúa su carácter mentiroso- vendiendo sus servicios tanto a los castellanos como a los aragoneses. Páginas más adelante vuelve a aparecer y el autor continúa trazando de él un retrato en el que abundan los rasgos desfavorables:

*"Era de mediana estatura, y se notaba en sus menudas facciones cierto aire de independencia indómita y salvaje. [...] En cuanto al rostro, era muy tostado de los rayos del sol, rematando en negra barba sucia, puntiaguada y revuelta. [...] En resolución: toda su persona despojado de una carnosidad superflua, pero llena de nervios y músculos, dotados de extraordinaria flexibilidad y vigor, hubiera hecho pasar al gitano por un mozo bastante agraciado, a no ser por el cabello áspero y cerdoso que sombreaba sus facciones, y cierto aire feroz que le asemejaba más a un gato montés que a un hombre civilizado"*<sup>376</sup>.

Don Álvaro de Luna no lo trata mucho mejor pues, después de llamarlo "racimo de la horca" y "bribón", mantiene con él la siguiente conversación:

<sup>372</sup> Cándido María Trigueros: *Mis pasatiempos. Almacén de fruslerías agradables*, cit., p. 167.

<sup>373</sup> *Ibíd.*, p. 173.

<sup>374</sup> *Ibíd.*, p. 196.

<sup>375</sup> *Los bandos de Castilla*, cit., p. 36.

<sup>376</sup> *Ibíd.*, p. 189.

*“-¿Es verdad que tu pueblo, aunque grosero e ignorante, tenga conocimiento de lo futuro, ciencia que no poseen los sabios y doctores de la Europa?*

*-No cabe duda -respondió-; y es aún más natural ese talento entre nosotros que el furor de las disputas en los cristianos.*

*-¿Y cómo es posible -interrumpió don Álvaro- que el don celestial del vaticinio se haya conducido [¿concedido?] a linaje tan ruin y pordiosero como el vuestro?”<sup>377</sup>.*

La metáfora que para referirse a su pueblo utiliza el gitano en su respuesta indica hasta qué punto tiene asumida su condición de inferioridad y marginalidad:

*"Yo no puedo decir por qué así sea -replicó el gitano- por la razón misma que no me es posible explicar por qué el perro sigue las huellas del hombre por el olfato, mientras no puede el hombre olfatear las pisadas del perro"<sup>378</sup>.*

Comentando y discutiendo entre ellos sobre sus respectivas dotes para adivinar el futuro aparecen también en otra novela de López Soler:

*"Cuando todos estuvieron dentro, volvióse Marta a sus comadres, y preguntoles en voz baja si les había engañado en el anuncio de la boda.*

*-Verdad de Pero Grullo -respondió Brígida- harto era de prever que esta caritativa muchacha tarde o temprano había de hallar un esposo.*

*-Pues ahí está la cosa, pese a mí, que yo os dije se casaría con ese mismo militar que la introduce en la Iglesia.*

*-Con todo eso, hermana, lo mismo dijo en otra ocasión la Tía Margarita sin que pretenda pasar por adivina ni hechicera.*

*-¿Sabes cómo te acreditaras un poco? -replicó la Úrsula- haciendo que tras la boda viniese aquel entierro que también nos prometiste.*

*-Pues no lo dudes, sucederá ni más ni menos de como dije; y si quieres que te hable claro, repara cuando salgan en lo más lucido de la comitiva, y verás cómo viene entre los mismos novios el difunto"<sup>379</sup>.*

Se dedican también a la práctica de la brujería compitiendo entre ellas mismas sobre quién es más ducha en tales menesteres:

*"Como no tuviera yo aliento para empresas de más sustancia, maldito si me valía tres ducados al año este peligroso oficio. A la media noche quisiera yo ver a la tía esa corriendo los campos como yo en tiempos que cuelgan a algún malhechor para sacarle los dientes y arrancarle los cabellos. Porque has de saber, boba, que la que logra quedarse con tales ingredientes antes que penda el cadáver veinticuatro horas en la horca, no hay para qué recele que desligue alma viviente sus venenosos maleficios"<sup>380</sup>.*

Por lo que la gitana estaba deseando que ahorcaran a alguien para conseguir los materiales necesarios para sus conjuros:

*"Todo mi afán era que hubiese ahorcado por las cercanías, a fin de preparar mis conjuros. Favoreciome la suerte con haber echado la garra la señora justicia al intrépido Talega, ladrón el más bellaco y el más cruel de esta comarca"<sup>381</sup>.*

<sup>377</sup> *Ibíd.*, p. 190.

<sup>378</sup> *Ibíd.*

<sup>379</sup> *Las señoritas de hogaño y las doncellas de antaño*, cit., p. 269.

<sup>380</sup> *Ibíd.*, p. 253-254.

<sup>381</sup> *Ibíd.*, p. 255.

Y, a pesar del miedo que sintió, una noche

*"hostigada por el cebo de la maldita ganancia arrojéme furiosa al cadáver fétido, y cual si luchase con él a puros bocados le desgarré los vestidos, y arraquele los dientes y los cabellos, y un pedazo de la pringada soga con que le apretaron los verdugos el gáznate"*<sup>382</sup>.

No sienten ningún agradecimiento por sus protectores. Si muere don Alberto, que hasta el momento presente ha sido quien las ha socorrido: *"Pues ¿qué pena tienes de ello? ¿Habrás más que levantar el campo y plantar también nuestros ranchos en otro punto?..."*<sup>383</sup>.

Todas las citas reproducidas en páginas anteriores sobre los gitanos pertenecen a novelas que se pueden considerar ideológicamente afectas al Antiguo Régimen. Y en todas ellas la imagen que se presenta de ellos es bastante negativa. Diferente, por tanto, de la de los mendigos. La razón de esta distinta consideración quizás esté en que los gitanos, por su vida nómada, peculiaridades raciales y culturales -además de su origen extranjero explícitamente señalado en *Los bandos de Castilla*- son, por una parte, difíciles de "asimilar"; pero, por otra, tampoco interesa "asimilarlos", pues esas mismas diferencias los convierten en un blanco perfectamente reconocible que puede servir de chivo expiatorio para descargar sobre ellos la agresividad de otros grupos sociales en épocas de crisis. Es decir, forman un grupo bastante homogéneo lo cual es un obstáculo para integrarlos, pero al mismo tiempo es una ventaja para desviar la atención hacia ellos si las circunstancias así lo requieren. Los mendigos, por el contrario, no gozan de esa homogeneidad por lo que son más dóciles y fácilmente manipulables, especialmente mediante la caridad que los convierte en una clientela fija y fiel, por su dependencia, de la Iglesia.

Los bandoleros son el tercero de los grupos marginales que aparecen en las páginas de la novela de este período. Se trata de bandas que viven y actúan en descampado aprovechándose de su conocimiento del terreno para asaltar a los viajeros. Los individuos que forman parte de ellas son *"hordas de gente holgazana, que en vez de ganar honradamente su vida, pásanla por bosques y encrucijadas a expensas de los ciervos que matan, y de los pasajeros que limpian"*<sup>384</sup>. A veces, no sólo asaltan sino que se divierten a costa de los viajeros

*"como sucedió a mi compadre el sacristán de Santa Engracia. En cuanto le echó mano esa gente alegre, maleante y juguetona, amarrolo contra un árbol y divertíase en hacerle cantar como el gallo de nochebuena, mientras andaba repasando a sus mismas barbas su flaca y humilde valija"*<sup>385</sup>.

Es Roldán quien así habla de los bandidos a su amigo el caballero del Cisne. Pero esos mismos bandidos han participado dando muestras de un gran valor al lado de las tropas aragonesas en la toma del castillo de Arlanza, por lo que el del Cisne muestra su extrañeza ante las críticas de Roldán: *"-Pues si tan perversa es la intención que les anima, ¿cómo diablos se interpreta la generosa bravura de que han dado tantas muestras en los asaltos de Arlanza?"*<sup>386</sup>. A lo

<sup>382</sup> *Ibíd.*, p. 256.

<sup>383</sup> *Ibíd.*, p. 270.

<sup>384</sup> *Los bandos de Castilla*, cit., p. 220.

<sup>385</sup> *Ibíd.*, p. 262.

<sup>386</sup> *Ibíd.*

que responde Roldán que compensan unas acciones con otras:

*"¿Y es posible que no comprendas que esas honradas gentes casan y contrapesan una buena acción con otra que no lo es tanto? Por ejemplo: si pillan cien doblas a un hidalgo, dan dos maravedíes a un mendigo; si roban el anillo de un obispo, regalan una vela a san Antonio; [...] ...cuando los ballesteros de que hablamos incendian un castillo, construyen una cabaña; si desadornan una iglesia, alargan pobre limosna para reparar una capilla; si asesinan a un alcaide, dan libertad a un preso; y, en fin, si hacen arder en ardiente hoguera a un perverso hidalgo de Castilla, dan socorro inesperado a un paladín extranjero. Ya ve, Ramiro, que en su singular sistema todo tiene cierta compensación, por lo cual convendrás en la idea de que magüer [sic] algo honrados, y villanos un poco caballeros, es bueno topar con sus mercedes cuando no se inclina la balanza por el cielo, y nunca en el caso contrario. [...] Yo te aseguro, discípulo, que después de lo que han hecho ante los muros de Arlanza, se creerán facultados para dejar más limpio que una patena al primer pasajero que caiga en sus rapantes manos"*<sup>387</sup>.

Es decir, que la actitud tanto del autor como de los personajes ante los bandoleros se mueve entre la condena y la admiración. Condena porque se dedican a actividades delictivas; admiración porque encarnan una serie de virtudes -honor, heroísmo, caballerosidad- que forman parte del acervo ideológico del Antiguo Régimen. Por ello, en los momentos decisivos siempre están en el lugar adecuado: la reciente guerra contra los franceses es una muestra de ello. Es decir, aunque lleven una vida de desorden, son "gente de orden". La prueba evidente la tenemos en *Jaime el Barbudo*, novela en la que el autor comienza dando una definición de los bandidos que se ajusta con total exactitud a lo que acabo de afirmar:

*"A la sombra de las anteriores discordias y revueltas creáronse ciertas partidas guerrilleras que, so color de su celo patriótico, devastaban los campos, saqueaban las alquerías y exigían contribuciones a los pueblos. En balde quisieron reprimir los magistrados esas bandadas de aventureros formadas de la hez del pueblo y sostenidas con astucia y pillaje; pues como hacían alarde de oponerse a los enemigos de su país, y exceder en patriotismo a los demás españoles, era preciso tolerarles, ya que la humanidad y la justicia no permiten aplaudirles"*<sup>388</sup>.

Y, como ya se vio, esta ambigüedad con que comienza la novela, va progresivamente desapareciendo, pues a lo largo de toda ella la figura de Jaime resulta enaltecida. Es un bandido tan respetable -"honrado proscrito"<sup>389</sup> lo llama el autor- que, por estar siempre del lado correcto, termina consiguiendo el indulto.

---

<sup>387</sup> *Ibíd.*, p. 263-264.

<sup>388</sup> *Cit.*, p. 80.

<sup>389</sup> *Ibíd.*, p. 183.

### 1.2.9. CONCLUSIONES DEL PERÍODO 1800-1833

Las 31 novelas analizadas en las páginas precedentes se pueden clasificar en dos grandes grupos atendiendo a las coordenadas ideológicas en que se mueven: Antiguo Régimen y novelas de inspiración burguesa, teniendo en cuenta que en ésta última caben diversos matices: Ilustración, liberalismo moderado, liberalismo exaltado; matices que, a veces, no es fácil distinguir en la práctica pues aparecen entremezclados. Cada una de estas tendencias tiene su propia ideología que va a condicionar la imagen del pueblo que en ellas se encuentra.

La primera tendencia es abrumadoramente mayoritaria, pues 26 de las 31 se pueden incluir sin ningún género de dudas dentro de ella. Los elementos ideológicos del Antiguo Régimen que aparecen recogidos son los siguientes: providencialismo, poder absoluto monárquico de origen divino, monopolio de la verdad ostentado por la Iglesia, apología de la ignorancia, consideración de la desigualdad social como un hecho natural proveniente de la voluntad divina, exaltación de la caridad como medio de paliar las miserias sociales, trabajo como una obligación del pueblo. Poder político e Iglesia, legitimados por su origen divino, se convierten en los garantes de este estado de cosas. El pueblo, que recibe los beneficios, de la tutela de esas dos instituciones acata pasivamente todo lo que de ellas provenga, porque reconoce tanto la superioridad como los buenos sentimientos que inspiran a las clases dirigentes. El objetivo perseguido es la aquiescencia de todos en torno a los valores establecidos: la imagen social que transmiten estas novelas es de perfecta armonía interclasista. La del pueblo es de pasividad, conformismo y resignación; lo que no se corresponde con la realidad histórica: las agitaciones sociales no eran del todo infrecuentes. Por ello, aunque algunas veces, aparezca como telón de fondo la realidad contemporánea, estas novelas no plantean nunca una problemática contemporánea. Se mantienen siempre en un plano puramente ideológico moralizando de un modo que se puede denominar "abstracto". Es decir, se quedan en el plano de las ideas sin atreverse a confrontarlas con la realidad contemporánea. Aunque existen algunas excepciones en las que la temática contemporánea es "asimilada" presentándola en los moldes ideológicos tradicionales: trabajo como virtud y negación de que el vulgo sea ignorante.

Las novelas que he denominado de inspiración burguesa son muchísimas menos: 5 de las 31. Los presupuestos ideológicos no son uniformes sino que hay, como se ha puesto de manifiesto en los diferentes apartados, toda una gama de matices que van desde posturas templadas a la más extrema radicalización. Ninguna cuestiona la monarquía, aunque sí su origen divino. Es más se empeñan en separar el absolutismo de quien lo representa: así, es frecuente que se denuncie la tiranía y sin embargo se exculpe a Fernando VII, lo que es una prueba de la debilidad burguesa. Y esta debilidad condiciona la imagen del pueblo que aparece en las novelas. La burguesía es consciente de que nunca podrá terminar con el Antiguo Régimen sin contar con el pueblo. Por eso, denuncia la utilización que de él hace el absolutismo aprovechándose de su ignorancia. Por eso, intenta atraérselo a su órbita de influencia convenciéndolo de las excelencias de la Constitución gaditana e, ingenuamente, cree



que la educación y la simple denuncia de la situación inclinarán al pueblo a la defensa de la Constitución, que es presentada como la solución para todos: pueblo y burguesía entre los que no se hace ningún tipo de distinción. Pero no toda la burguesía es tan ingenua; hay un sector que, después de los últimos acontecimientos históricos, es profundamente escéptico respecto a la posibilidad de poder contar con el pueblo como aliado para derribar al Antiguo Régimen.

En cualquier caso el pueblo aparece siempre como un convidado de piedra. El Antiguo Régimen lo mantiene en la ignorancia para que nada cambie. La burguesía quiere valerse de él para acabar con el Antiguo Régimen. Falta mucho para que intente intervenir en los asuntos sociales en nombre propio.

**2. 1833-1868. LA REHABILITACIÓN DE LA  
NOVELA: HACIA LA CONQUISTA DE LA  
CONTEMPORANEIDAD**

## 2.1. INTRODUCCIÓN: DESAPARICIÓN DE OBSTÁCULOS

Si comenzaba el capítulo anterior afirmando que en el primer tercio del siglo no hay novela digna de tal nombre debido a la permanencia de una serie de obstáculos que imposibilitan su desarrollo, lo contrario se puede afirmar al inicio de este nuevo capítulo: en los treinta y cinco años, que van desde la muerte de Fernando VII a la Revolución de Septiembre, esos obstáculos desaparecen o, al menos, se atenúan. En estos años el Antiguo Régimen deja paso a las instituciones liberales burguesas. El paso será paulatino y con varios puntos de inflexión -tanto de reacción como de radicalización, siendo el 68 el más importante de ellos-, pero imparable. Paralelamente la novela crece y se robustece durante estos mismos años y fructificará después del 68. Pero, si bien es indudable que la gran novela decimonónica no va a surgir hasta después de 1868, no lo es menos que ésta no surge de la nada, sino que se va a ir gestando en las páginas de los distintos tipos de novelas -*históricas, sociales, folletines, por entregas*- que, con desigual fortuna, cultivaron varios cientos de autores. Avance burgués y desarrollo novelesco marchan, pues, al unísono. Y el pueblo, que desempeña un papel de comparsa en el ascenso social de la burguesía -lo que no es óbice para que a veces escape a su control-, representa también un papel instrumental en la novela y, aunque en muchas de ellas aparezca como protagonista, siempre responde a la imagen que del mismo le interesa presentar a la burguesía. Por supuesto, aparece también el pueblo visto por los sectores ultraconservadores -Fernán Caballero es la principal valedora-, pero lo realmente nuevo y significativo de este período es su abundante presencia en la novela de ideología burguesa liberal.

Así pues, en las páginas siguientes voy a trazar una síntesis general de la evolución de la novela en estos treinta años largos partiendo del siguiente planteamiento: Desde los años treinta España camina hacia una sociedad liberal de economía capitalista regida por la burguesía, sociedad que se consolidará a mediados de los 50<sup>1</sup>; paralelamente, desde el romanticismo la novela española -además de consolidarse como género- camina hacia el realismo, que se va a entender de forma diferente en la novela de la década del 40 y en la del 60. La burguesía es en ambos casos el factor determinante.

La desaparición, al menos jurídica, del Antiguo Régimen repercute positivamente en la cultura; si durante el reinado de Fernando VII se cerraban las universidades y se despreciaba abiertamente la cultura desde las esferas oficiales, tras su muerte las cosas comienzan a cambiar:

*"Las circunstancias vigentes en la España isabelina no fueron óptimas para el desarrollo del saber científico, pero su mejoría respecto a la situación anterior fue innegable. El retorno de los exiliados liberales y las mayores facilidades para la publicación de libros y de revistas científicas fueron factores que pesaron en dicha mejoría. Los exiliados importaron los conocimientos y la experiencia adquiridos durante la ausencia, las traducciones aumentaron*

---

<sup>1</sup> Evidentemente no es la burguesía liberal la que toma las riendas. Pero que la base social de la burguesía sea más o menos amplia es una cuestión que lo único que pone de manifiesto son las limitaciones del desarrollo y modernización española, pero no que ésta no existiera.

*de forma espectacular, los libros extranjeros circularon en abundancia y el periodismo científico empezó a desarrollarse*<sup>2</sup>.

Hay una mayor tolerancia:

*"Entre las primeras medidas tomadas en 1834 por Javier de Burgos, Secretario del Despacho de Fomento, figura un cambio en la legislación de imprenta. Las trabas e imposiciones de la censura gubernativa de la época de Fernando VII desaparecieron"*<sup>3</sup>.

Esta nueva coyuntura es un factor muy importante para el desarrollo de la novela: "Los cambios sociopolíticos de España determinan el nuevo novelar, ya que la fecha de 1833 es decisiva a este respecto"<sup>4</sup>. Tres son los rasgos distintivos, en comparación con el período anterior, de este "nuevo novelar": Cantidad, prestigio y contemporaneidad.

### **Cantidad.**

El número de novelas que se publican aumenta considerablemente. Las siguientes cifras resultan ilustrativas al respecto: en el período 1826-1850 se publicaron en España alrededor de 560 ediciones de novelas, mientras que en el de 1700-1826, el número asciende a unas 180<sup>5</sup>. Estas cifras generales se pueden completar con otras particulares: entre los años 1830 y 1870 se publicaron, según Ferreras, más de 430 novelas históricas<sup>6</sup>. Y refiriéndose a otra modalidad -la novela por entregas- da la cantidad de 2000 a 3000<sup>7</sup>. Es decir, que "de 1830 en adelante comenzó el "boom" novelístico"<sup>8</sup>. Evidentemente un desarrollo novelístico de estas magnitudes es impensable sin el correspondiente correlato editorial. En Madrid, Barcelona y Valencia se siguen ubicando la mayor parte de los editores; pero lo que resulta novedoso es que ahora se publican novelas en cualquier sitio:

*"En ciudades muertas hacia siglos, donde nadie sospecharía que pudieran editarse libros, se imprimen novelas, y no siempre son las que allí se imprimen las peor escogidas. [...] ...el catálogo de la novela romántica nos hace ver que la provincia española despliega entonces un espíritu emprendedor -sobre todo por los años de 1830 a 1850- que ha perdido después"*<sup>9</sup>.

<sup>2</sup> Miguel Artola (director): *Enciclopedia de historia de España. 3 Iglesia. Pensamiento. Cultura*. Madrid, Alianza, 1988, p. 315.

<sup>3</sup> Iris M. Zavala: *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*. Salamanca, Anaya, 1971, p. 43.

<sup>4</sup> Juan Ignacio Ferreras: *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica*. Madrid, Taurus, 1976, p. 63.

<sup>5</sup> R. Brown: *La novela española. 1700-1850*. Cit., p. 18.

<sup>6</sup> Ferreras da exactamente las siguientes cifras: 1830-1844: 110 novelas; 1844-1855: 117; 1856-1870: 201. Pero, a continuación, afirma: "Digamos inmediatamente que estas cifras son solamente aproximadas. Durante cuarenta años se escribe, o mejor se publican, en volumen suelto o por entregas, más de 400 novelas históricas." *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica*. Cit., p. 208.

<sup>7</sup> J. I. Ferreras: *La novela por entregas 1840-1900. (Concentración obrera y economía editorial)*. Madrid, Taurus, 1972, p. 12.

Aunque estas cifras se refieren al período 1840-1900, la mayor parte de las novelas se publicaron en los años objeto de estudio de este capítulo, pues, como el propio Ferreras afirma en otro pasaje de este mismo libro: "Habría que hacer una distinción muy clara a partir de 1868, o mejor a partir de la Comuna francesa de 1871 y de las Comunas, que se llamaron Cantones, españoles de 1873. Precisamente a partir de estos años la producción por entregas disminuyó o decayó en importancia." *Ibíd.*, p. 310.

<sup>8</sup> Iris M. Zavala: *El triunfo del canónigo: Teoría y novela en la España del siglo XIX (1800-1875)*, en: *El texto en la historia*. Madrid, Nuestra Cultura, 1981, p. 41.

<sup>9</sup> José F. Montesinos: *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX...*, cit., p. 117.

En la página siguiente aporta más datos: "Si Gautier se maravillaba de ver en Jaén, en 1840, el anuncio de una representación de *El campanero de San Pablo*, de Bouchardy [...], ¿qué no hubiera dicho al ver la *Rose et*

Son varios los editores que en los primeros años treinta inician colecciones de novelas como, por ejemplo, Manuel Delgado y Repullés en Madrid, Antonio Bergues en Barcelona, continuando así la costumbre iniciada por Cabrerizo en Valencia unos años antes<sup>10</sup>. Es decir, que tras la muerte de Fernando VII el número de publicaciones, y no sólo novelas, aumenta de tal modo que "se inicia entonces una era de euforia editorial"<sup>11</sup>.

### **Prestigio: reconocimiento de su importancia.**

Este aumento cuantitativo va acompañado -quizás en cierta medida sea consecuencia suya- de un cambio de mentalidad en lo que a la consideración de la novela se refiere. De género desacreitadado y desprestigiado se convertirá, a lo largo de estos años, en género "respetable": "La novela, despreciada antes como género inferior, para el entretenimiento de mujeres y jóvenes, alcanza ahora gran prestigio y reconocimiento"<sup>12</sup>. Lo cual no quiere decir que ahora no tenga sus detractores, sino que son muchos más los defensores. Y, lo que es más importante, las razones esgrimidas por los primeros van a cambiar significativamente conforme la novela se vaya haciendo eco de los problemas contemporáneos: los argumentos sociales y políticos desplazarán a los morales.

Un indicio externo, pero significativo, es que el término novela se emplea sin "pudor". Mientras que en los años inmediatamente anteriores los escritores utilizaban términos como *lecturas, pasatiempos, anécdotas históricas, aventuras* y otras denominaciones por el estilo<sup>13</sup> para referirse a obras que tienen un carácter más o menos novelesco, ahora son bastantes los autores que comienzan a calificar como *novelas* las obras que escriben, si bien es cierto que esta palabra suele ir acompañada de algún adjetivo como "*original, histórica, moral o divertida*"<sup>14</sup>. El hecho de que se "atrevan" a utilizar esta palabra indica una actitud claramente reivindicativa de un género copiosamente denostado por la crítica neoclásica<sup>15</sup>. Otro dato significativo de la relevancia que adquiere la novela es que todos -defensores y detractores- reconocen su importancia. Antonio Alcalá Galiano propugna, en 1833, la necesidad de cultivar tanto la novela histórica como la que él denomina *corriente*<sup>16</sup>. Su amigo el Duque de Rivas escribirá unos años después, en 1860:

---

*Blanche, de G. Sand, traducida e impresa en Ronda, 1843, novelas atribuidas a Mrs. Radcliffe salir de las prensas del Puerto de Santa María, 1839, o que en Granada el librero Benavides se atreviera a lanzar una colección de novelas francesas y que Balzac se publicara en Cádiz. El fervor publicitario origina los más divertidos despropósitos. Nadie sospecharía que uno de los más activos agentes de difusión de novelas románticas y folletines fuera la **Revista médica de Cádiz**."*

<sup>10</sup> Vide: Iris M. Zavala: *El triunfo del canónigo...*, cit., p. 40; y Manuel F. Montesinos: *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*, cit., 9, 49.

<sup>11</sup> Iris M. Zavala: *Ibid.*, p. 36.

<sup>12</sup> Iris M. Zavala: *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*. Cit., p. 43.

<sup>13</sup> Vide: R. Brown: *La novela española. 1700-1850*. Cit., p. 12.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>15</sup> Recordemos, no obstante, que algunos de los más lúcidos críticos neoclásicos ya se dieron cuenta en su momento de que la novela era un género imparable y que, por tanto, de nada servía una oposición frontal a la misma. Así, por ejemplo, Alberto Lista defendió lo que podríamos llamar una "reconducción" de la novela: ya que no se podía evitar que la juventud leyese novelas, era mucho más sensato e inteligente hacerlas portadoras de contenidos morales que atacarlas e intentar prohibirlas. Véanse a este respecto las páginas 204-5 del capítulo anterior.

<sup>16</sup> "Según parece se han publicado ya en España algunas novelas históricas. Por grandes que sean las reservas

"La novela, tal como la conocemos hoy, y aunque poco cultivada todavía en España, es sin disputa el ramo de literatura más importante y trascendental que reconoce la sociedad moderna; el ramo de literatura que ha desbancado y oscurecido a todos los demás"<sup>17</sup>.

Pero el Duque de Rivas no sólo reconocerá la importancia que ha adquirido la novela; también la lamentará por razones que se verán más adelante. Distinta es la postura de los que podemos denominar defensores incondicionales pues, además de insistir en la relevancia como género literario, destacan entusiásticamente todas las posibilidades que la novela encierra: desde arma de conocimiento hasta instrumento de concienciación política. A la primera de las características -la altura que como género está alcanzando- se refiere Leopoldo Augusto Cueto en 1843, al comentar la novela -lo cual no será obstáculo para que la censure por su contenido- de Ramón de Navarrete *Creencias y desengaños*:

"No hace muchos años era la novela considerada por la gente docta y sesuda como fútil recreo indigno de la literatura de alta ley, como pábulo pernicioso de imaginaciones frívolas o visionarias. Pocos ejemplos había entonces en verdad que pudiesen servir de argumentos contra aquella prevención desdeñosa, habiendo muchos por el contrario que justificándola la robusteciessen"<sup>18</sup>.

Que la novela se haya elevado hasta las cimas del arte se debe a Walter Scott, quien la ha dotado, además, de un alto contenido didáctico:

"Walter Scott es sin disputa el que mejor ha acertado a dar a la novela su forma, sus caracteres propios, sus prendas genuinas y esenciales. En sus manos no es la novela únicamente un arte de amenidad, un blando esparcimiento de ánimo; es además un medio de propagar ideas de alta importancia moral, histórica y nacional"<sup>19</sup>.

Por su parte, el autor de la novela comentada, al comienzo de la misma escribe:

"En nuestros días, en que las hadas y los magos han desaparecido, los verdaderos duendes somos nosotros (los novelistas), que escudriñamos los misterios, que investigamos las causas de todos los sucesos, que nos introducimos en medio de todas las familias para revelar al mundo la historia de sus debilidades o de sus dolores"<sup>20</sup>.

Eugenio de Ochoa, en 1844, va más lejos en sus afirmaciones, pues viene a decir que, para que algo interese y llegue al público de hoy en día, tiene que estar escrito en forma novelesca:

---

que puedan hacerse contra esta clase de composiciones, están sobrepujadas, en la opinión de quien esto escribe, por las ventajas que poseen. Merecen, pues, ser favorecidas particularmente en España, para que tanto los autores como los lectores se aparten de una vez de los lugares comunes de una poesía insípida, monótona y sin carácter.

Tampoco hay que desalentar la producción de la novela corriente, a pesar de la hojarasca que con seguridad traerá consigo el cultivo de este género. Podría dirigir la atención de los españoles hacia su propio país y las realidades de la vida cotidiana, lo cual tendría a su vez otra consecuencia beneficiosa: la de hacer conocer mucho mejor a los extranjeros la vida española tal como es. " *Literatura española siglo XIX*. Madrid, Alianza, 1969, LB 170, p. 134. [Este trabajo fue publicado en la revista londinense *The Athenaeum* en 1834.]

<sup>17</sup> *Discurso de contestación a don Cándido Nocedal, del Excmo. Sr. Duque de Rivas*. Recogido por: Iris M. Zavala: *Apéndice documental*, en: *Ideología y política...*, Cit., p. 308.

<sup>18</sup> Publicado en: *Revista de Madrid*; recogido por Iris M. Zavala: *Ibid.*, p. 241.

<sup>19</sup> *Ibid.*

<sup>20</sup> Citado por: Reginald Brown: "La novela realista dentro del romanticismo", *Acta Salmanticensia. Sección de*

"La Historia, como hoy se escribe, en sus formas y hasta en su esencia, es novela histórica; novela dialogada es el drama moderno, con sus dimensiones exuberantes, con sus lances imposibles; la filosofía misma y aun la política, cosas de suyo tan poco novelescas, tienen hoy en las publicaciones de nuestros publicistas... mucho de novela. La novela es realmente la fórmula de nuestra literatura, la expresión de nuestra sociedad; todo lo que se escribe, todo lo que sucede, es o parece novela. A no serlo o no parecerlo, lo que se escribe es como si no se escribiese, pues no se lee; lo que sucede es como si no sucediese, pues no llama la atención"<sup>21</sup>.

Parece, pues, evidente que ya nadie desprecia la novela ni la considera un género trivial y superficial como sucedía pocos años antes; de ahí que un crítico afirmase en 1869, cuando todavía Pérez Galdós no había publicado ninguna: "nuestro siglo es el siglo de la novela"<sup>22</sup>.

El hecho de que nadie discuta su importancia no quiere decir que hayan desaparecido las reticencias. Hay -los menos- quienes todavía siguen apelando a razones morales:

"Esta clase de obras o composiciones contienen por lo común ciertas materias cuya lectura puede ser perjudicial, esencialmente a la juventud, que ve pintadas las pasiones lúbricas o rencorosas en su mayor exaltación y sus criminales excesos"<sup>23</sup>.

Pero lo característico de este período es que los detractores de la novela se oponen a ésta no como género, sino por las ideas -ideas liberales burguesas- de que se está haciendo portadora. Mesonero, en 1839, afirmaba que el propósito de los románticos franceses era:

"Sublevar al hombre contra el hombre, a la sociedad contra las leyes, a las leyes contra la creencia religiosa. [...] Fuerza es repetirlo: a tan criminal empeño, a tan formidable resultado, conspira hoy la novela en las empozoñadas plumas de los Hugos y Dumas, Balzac, Sand y Soulié; admiremos su peregrino ingenio y las galas abundantes de su estilo; pero si estimamos en algo las costumbres austeras de nuestra patria, si participamos y respetamos de su creencia religiosa, si nos sentimos animados de un noble entusiasmo al poder expresar nuestras ideas en el armonioso lenguaje, no pretendamos imitar tan inmorales extravíos"<sup>24</sup>.

Aunque Mesonero recurra al tópico de la inmoralidad, queda claro en el contexto de la cita que la moralidad que a él le preocupa no tiene nada que ver con la salvación eterna del alma, sino con el mantenimiento de unas determinadas estructuras sociales que estaban comenzando a ser denunciadas por la novela. Por eso, a partir de estos momentos el planteamiento anterior de "novela-sí" frente a "novela-no" deja paso a una polémica sobre los temas de los que debe o no debe ocuparse la novela. Mientras unos defienden que la novela debe reflejar la realidad por conflictiva y problemática que ésta sea, otros abogan por que

*Filosofía y Letras, X, 1956*, p. 503.

<sup>21</sup> R. Brown: *La novela española. 1700-1850*. Cit., p. 35.

<sup>22</sup> José España Lledó: *Estudio histórico-crítico sobre la novela contemporánea*; recogido por: Iris M. Zavala: *Apéndice documental*, cit., p. 315.

<sup>23</sup> Observación de la Censura sobre la novela -aunque fue autorizada- de Rafael de Húmara Salamanca: *Los amigos enemigos o las guerras civiles* (1833). Iris M. Zavala: *Ideología y política...*, cit., p. 32.

No deja de resultar curioso que el mismo Húmara comparta estos prejuicios contra las novelas, pues en el prólogo de la que precisamente, es considerada por la crítica como la primera novela histórica española, *Ramiro, conde de Lucena*, escribe: "Las novelas, aunque buscadas por los seductores como libros de instrucción, y por las víctimas como autoridades y disculpas, sufrieron justamente el anatema de la religión y la moral." [Ibíd., p. 21].

<sup>24</sup> Citado por: Iris M. Zavala: *Ideología y política...*, cit., p. 60.

presente únicamente la cara amable. Entre los primeros se encuentran los editores de la *Revista gaditana* quienes en 1839 consideran que:

*"Para describir la sociedad presente con sus innumerables matices, con el carácter que la distingue, con las clases que la componen, con los intereses que la dividen, con las ideas que la iluminan [...] es necesario la novela con la realidad infinita de sus formas"*<sup>25</sup>.

Y la "sociedad presente" tiene unas características perfectamente reconocibles; por eso, como afirma Gil Carrasco en 1840: *"Si la literatura ha de ser reflejo y expresión de su siglo, para corresponder a su misión, forzoso es que la nuestra retrate las guerras, los temores, las esperanzas y disgustos que sin cesar nos trabajan. De otro modo no la comprenderíamos"*<sup>26</sup>.

Entre los que, por el contrario, pretenden que la novela evite ciertos aspectos de la realidad y se centre en otros, se encuentra Leopoldo Augusto Cueto que, comentando la novela de Ramón de Navarrete, *Creencias y desengaños*, escribe en 1843:

*"Nosotros no creemos ni queremos creer que la sociedad sea hasta ese punto presa de la perversidad o de la desventura: Aún hay virtudes, aún hay nobles sentimientos, aún hay bellas acciones; y si fuese cierto que la virtud y su galardón no son en el mundo más que excepciones, todavía opinamos que debiera el novelista buscar cuidadosamente esas excepciones para oponerlas victoriosamente a la corrupción y a la inmoralidad"*<sup>27</sup>.

Parece claro, pues, que ya nadie se opone a la novela como tal, pero también que, en lo que a su contenido se refiere, nos encontramos ante dos grupos: uno que reivindica la necesidad de que la novela sea -utilizando la expresión de Iris Zavala- *expresión de la sociedad*; y otro, asustado y atemorizado ante las consecuencias que de ello se podrían derivar. No hay que olvidar, por ejemplo, que en 1842 tuvo lugar el bombardeo de Barcelona y que los conflictos laborales de esos años fueron uno de los motivos que llevaron a Espartero a bombardear la ciudad; para este segundo grupo, estos temas -y otros por el estilo- no deberían ser bajo ningún concepto objeto de atención de la novela. Pero precisamente ésta es la nota más novedosa y definitoria de la novela de estos años. Llegamos, así, al tercero de los rasgos que señalado anteriormente como identificativos de la novela de este período:

---

<sup>25</sup> Ibid., p. 45.

<sup>26</sup> Ibid.

Estos propósitos son muy semejantes a los expuestos en 1842 por Balzac en su *Proemio a La comedia humana*. Empieza diciendo que su intención es retratar lo que llama la *historia de las costumbres*, pero que se le planteaba el problema de cómo hacerlo "porque hasta nuestra época, los narradores más famosos gastaron su talento en crear uno o dos personajes típicos, en pintar una sola faceta de la vida"; pero este problema empezó a resolverse cuando leyó las obras de Walter Scott, verdadero renovador de la novela, pues "ese trovador moderno imprimía entonces un aire gigantesco a un género de composición injustamente reputado secundario." Walter Scott le enseñó cuál era el método adecuado para la consecución de sus fines: "La sociedad francesa sería el historiador y yo no tendría que ser sino su secretario. Al hacer el inventario de vicios y virtudes, al reunir los principales hechos de las presiones, pintar los caracteres, elegir los principales acaecimientos de la sociedad, componer tipos mediante la fusión de los rasgos de varios caracteres homogéneos, quizá podría yo llegar a escribir esa historia olvidada por los historiadores, la de las costumbres. Con mucha paciencia y valor haría yo sobre la Francia del siglo XIX ese libro que todos echamos de menos, que desgraciadamente no nos han legado Roma, Tiro, Menfis, Persia, la India sobre sus sendas civilizaciones." *La comedia humana I*. Madrid, Aguilar, 1987, p. 12-14.

<sup>27</sup> Recogido por: Iris M. Zavala: *Ideología y política...*, cit., p. 67.



### La contemporaneidad.

El realismo -entendiéndolo no como un movimiento estético definido y constituido, sino como una tendencia a "la penetración de lo literario por lo social contemporáneo"<sup>28</sup> - no comienza tras la revolución del 68; ya en el romanticismo se inicia el camino que conducirá a él; tras la revolución del 68 alcanzará su madurez y plenitud. Incluso la palabra surge por estos años<sup>29</sup>. Es decir, en pleno romanticismo. En el romanticismo se desarrollan diversas tendencias novelescas, siendo la novela histórica una de las más extensamente cultivadas; una parte importante de estas novelas históricas se sitúan en la Edad Media y, por tanto, lejos de la época contemporánea; no obstante, también es cierto que en ocasiones, aunque la localización sea medieval, se proyectan sobre ella situaciones que son estrictamente contemporáneas. Ahora bien, todavía en pleno romanticismo -concretamente en los diez años que van de 1834 a 1844- se publican ya una serie de obras que pueden ser consideradas como "esbozos de la novela realista de costumbres"<sup>30</sup>. Esta evolución hacia lo contemporáneo se acentúa en los años siguientes y así: "En la década del 40 novela es sinónimo de costumbres" y: "De los temas históricos se pasó a los contemporáneos, algunos novelaron situaciones históricas inmediatas"<sup>31</sup>. O, en palabras de R. Brown: "La única historia que satisface a los novelistas después de 1845 es la contemporánea, y, dentro de ésta, no la historia colorista y caballeresca, sino, [...] la política, satírica y crítica"<sup>32</sup>. Nos encontramos, pues, ante una novela que comienza a hacerse eco de los problemas sociales del momento; y en este sentido la influencia del folletín va a ser decisiva. En la década de los 40 comienzan las traducciones de Sue<sup>33</sup>, Soulié, Kock y otros folletinistas franceses. Comienza a cultivarse la llamada literatura de *folletín*. La palabra *folletín*, que en un principio se utilizaba

<sup>28</sup> R. Brown: *La novela realista dentro del romanticismo*, cit., p. 499.

<sup>29</sup> "El vocablo apareció por primera vez en 1835 para defender la "verité humaine" de los cuadros de Rembrandt. Luego comenzó a utilizarse en literatura para identificar el retrato o pintura de lo cotidiano con las fuerzas democráticas y revolucionarias."

Iris M. Zavala: *El triunfo del canónigo...*, cit., p. 29. Por lo que se refiere a España, en la página 54, afirma la autora que el primero en emplearla fue Alarcón para atacar una novela -*Fanny*- de Ernst Feydeau, porque: "Para el joven Alarcón "realismo" significa pintura fotográfica de vicios, que revela el mal gusto del autor al retratar las miserias morales".

<sup>30</sup> R. Brown: *La novela española. 1700-1850*, cit., p. 32. En esta misma página afirma que son "hasta veinte obras"; en el artículo citado -"La novela realista..." dice "de unas veinte a treinta novelas". P. 499.

Cita algunos títulos como más significativos: Ros de Olano: *El diablo las carga* (1840); Pedro Mata: *El poeta y el banquero* (1842); Jacinto Salas y Quiroga: *Los habitantes de la luna* (1844). Ésta Brown la cita como anónima, pero Ferreras en su *Catálogo de novelas y novelistas...*, la atribuye a Salas.

Refiriéndose no a la novela en particular, sino a la literatura escribe Cecilio Alonso: "Los años treinta del siglo XIX suponen en toda Europa el triunfo de la tendencia política en la literatura, que se atenuará considerablemente a partir de 1848. La aportación de España fue corta pero intensa. Una realidad tan problemática como la española tras la muerte de Fernando VII debía haber ofrecido en mayor proporción análisis de unos conflictos internos, que tanto llamó la atención de los viajeros románticos que recorrieron por aquellos años la Península. No fue así porque la guerra civil, la timidez de los liberales "escarmentados" (futuros moderados) y el espíritu logrero de una burguesía especialista en jugar sobre seguro malograron toda tentativa de auténtica reforma." *Literatura y poder*. Madrid, Alberto Corazón editor, 1971, p. 55.

<sup>31</sup> Iris M. Zavala: *El triunfo del canónigo...*, cit., p. 49 y 50.

<sup>32</sup> *La novela española...*, cit., p. 36.

<sup>33</sup> Es lo que afirma Brown refiriéndose a Sue (p. 31); sin embargo, F. Montesinos en *Esbozo de una biblioteca española de traducciones de novelas* recoge dos de 1835 y 1836; aunque ciertamente el grueso de las mismas comienza en 1843. Op. cit., p. 249.

simplemente para referirse a cualquier colaboración de tipo literario que se publicaba en la parte inferior de los periódicos<sup>34</sup>, terminó aplicándose a la novela y, concretamente, a un tipo determinado de novela: la que se hace eco del mundo de miseria y marginación que surge en las ciudades como secuela de la industrialización: "*El novelista capta los desperdicios arrojados por la gran máquina industrial: el pícaro, el hampa, el obrero sin trabajo, el hambre, la miseria*"<sup>35</sup>. La década de los cuarenta es la década de **Los misterios**. En todas sitios se publican novelas con el título de: *Los misterios* de París, Madrid, Barcelona... Incluso se publica una con el título de **Los misterios del pueblo español durante veinte siglos. Novela histórico-social**<sup>36</sup>. La más famosa de todas fue **Los misterios de París**, de Eugène de Sue, hasta el punto de que F. Montesinos registra 13 ediciones diseminadas por toda la geografía española: Vitoria, Barcelona, Madrid, Valencia, Málaga, Cádiz...<sup>37</sup>. Como dice Iris Zavala, estas obras son como

*"especies de fisiologías humanas que le permiten al autor pasar revista por la sociedad de la época, mostrándola como injusta y desigual. [...] ...los misterios registran la realidad cotidiana, los agravios y resentimientos sociales"*<sup>38</sup>.

En líneas generales estos escritores van a propagar las ideas de los socialistas utópicos<sup>39</sup>, principalmente las de Saint-Simon y Fourier. En España el autor más significativo, aunque no el único, es Ayguals de Izco. Las conexiones socialismo utópico-novela van a ser rápidamente detectadas y denunciadas por los críticos y novelistas de ideología conservadora, que ponen el grito en el cielo ante lo que consideran feroz amenaza contra los valores constituidos. Así, para Sabino de Armada estos autores "*bajo la trabazón de una novela presentan con el mismo fin de perfeccionar la sociedad principios trastornados [y] no hacen más que delirar provocando una nueva*

<sup>34</sup> Vicente Salvá en su **Diccionario** (1851) la define así: "*Los artículos de algunos periódicos impresos de letra más menuda en la parte inferior de sus páginas, que versan sobre puntos de literatura, o contienen cuentos, novelas o extractos de las obras recién publicadas, con el fin de hacer ver su objeto e importancia.*"

Cit. por: C. Blanco Aguinaga et al.: **Historia social de la literatura española. II**, Madrid, Castalia, 1979, p. 107.

<sup>35</sup> Iris M. Zavala: *El triunfo del canónigo...*, cit., p. 22. En las páginas 19-22 describe con amplitud de detalles las "características formales" de este tipo de novelas que, además de en los periódicos, se publicaban también por entregas y, cuando tenían éxito, como volúmenes.

Vide también: Juan Ignacio Ferreras: **La novela por entregas...**, cit., especialmente p. 23-37 y 257-259.

<sup>36</sup> De Manuel Angelón; son tres tomos -666,708 y 420 págs.- publicados en Barcelona entre 1858 y 1860.

<sup>37</sup> Esta abundancia de traducciones le lleva a Montesinos a preguntarse "*cómo fue posible que el mercado de libros de un país donde, según los satíricos, nadie compraba libros y todos los pedían prestados, pudiera absorber*" tan tremenda cantidad de ediciones, pues Sue no fue el único que gozó del favor del público.

**Introducción a una historia de la novela...**, cit., p. 121.

<sup>38</sup> **Ideología y política...**, cit., p. 93 y 94.

Un dato más que avala la contemporaneidad de estas novelas son las siguientes palabras de Brown, refiriéndose no sólo a las que llevan el título específico de *misterios*, sino también a otras que se inscriben dentro de la misma orientación ideológica: "*La sociedad que se retrata en estas novelas es totalmente sórdida, intrigante y desmoralizada: maridos complacientes, mujeres casadas relacionadas públicamente en sociedad con los poderosos de nuevo cuño, dueñas que mantienen casas de buen gusto para los juegos de azar, así financieros como amatorios: todo tiene su precio y nadie piensa más que en venderse lo más caro posible, o en vender al amigo, a la hija o al principio.*" *La novela realista dentro del romanticismo*, cit., p. 501.

<sup>39</sup> Aunque también los sectores conservadores aprovecharon el género para difundir sus ideas. Es el caso por ejemplo de José Mariano Riera y Comas: **Misterios de las sectas secretas o el francmasón**, publicada en Barcelona en 1847-1851. El título anterior lo cita Iris Zavala. Sin embargo Ferreras, en su **Catálogo** da otro título con ligeras variantes: **Historia de las sectas secretas o el fracmasón proscripto. Novela histórica interesante por**

revolución social". Y en un artículo, aparecido en *La Censura* en 1847, se rechazaba *Los misterios de Madrid* de Martínez Villergas por tratarse de una novela "escrita a impulsos de la antipatía, cuando no de odio a nuestra religión"<sup>40</sup>. En otro artículo publicado en esta misma revista tres años antes, el articulista arremetía contra los folletines por propagar "doctrinas escandalosas, inmorales, anticristianas y antisociales que se publican en París"<sup>41</sup>. Me parece importante destacar la tercera de las razones por las que ataca a estas novelas: por considerarlas "antisociales", es decir, una amenaza para el orden social vigente. ¿Quién podía amenazarlo? El articulista lo deja traslucir cuando critica la intención de estas novelas, que no es otra, según él, que "poner al alcance de todas las fortunas" esas ideas antisociales. Argumento éste desarrollado de un modo mucho más explícito en otro artículo de 1850 en el que se comenta el anuncio de una colección de libros: la *Biblioteca Universal*, en la que se iban a publicar tanto libros antiguos como modernos al precio de un real y medio, en provincias, cada tomo. Este precio es calificado por el articulista como de "baratura extraordinaria", lo cual va a posibilitar que estos libros "lleguen quizá a manos de los que no los hubieran adquirido jamás"<sup>42</sup>. *La Censura*<sup>43</sup>, como órgano del conservadurismo, se distinguió por su actitud combativa ante este tipo de novelas. Las citas se podrían multiplicar. Significativa -por la importancia alcanzada en su momento por la novela- es la reseña sobre *María*, de Ayguals, novela que comentaré más adelante:

"Su objeto es ensalzar a las clases inferiores del pueblo sobre todas las demás de la sociedad y sobre los reyes, adulando a las primeras, no muy noblemente las más veces, y zahiriendo de continuo a las otras y en especial a los príncipes, impelido de sentimientos quizás republicanos"<sup>44</sup>.

A pesar de su, a veces, tono apocalíptico, no les faltaba razón a los defensores del orden tradicional cuando veían en estas novelas una amenaza para el mismo:

*su plan y su objeto, adecuada a los sucesos políticos de estos últimos años en España.*

<sup>40</sup> Iris M. Zavala: *Ideología y política...*, cit., p. 87 y 92.

<sup>41</sup> Iris M. Zavala: *Apéndice documental*, cit., p. 267.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 54.

La baratura, sin embargo, es relativa; por lo menos en lo que se refiere a la novela por entregas, según los estudios de Ferreras, no se puede hablar de tal, pues mientras "un libro suelto puede valer de 6 a 10 reales, por entregas puede alcanzar el precio de 100 ó 150 reales", lo cual lleva a Ferreras a afirmar que "encontramos ante uno de los más florecientes negocios editoriales y también ante una de las más grandes estafas".

*La novela por entregas*, cit., p. 30.

<sup>43</sup> *Revista mensual. Publicanla el editor y socios de la Biblioteca Religiosa. Madrid, 1844-1853.*

Iris M. Zavala: *Románticos y socialistas. Prensa española del siglo XIX*. Madrid, Siglo XXI, 1972, p. 88.

Pero no fue la única revista en la que aparecieron ataques; el siguiente, aparecido en el *Semanario pintoresco* (1839, IV), ironiza contra la moda del folletín que ha llevado incluso a darle esta forma a obras que no nacieron como tal: "Siguiendo la influencia periodística, hasta las obras de más unidad y trabazón, han dado en publicarse en entregas mensuales, quincenales... Colecciones de novelas, colecciones de viajes..., todo se pliega a la forma común, todo se achica y estruja lo suficiente para poder entrar por debajo de las puertas..., y los más abultados mamotretos, divididos en cuadernillos-escrúpulos... filtran insensiblemente su quinta esencia en los más indiferentes lectores... A favor de esta división infinitesimal, van inundando los tocadores, las chimeneas y hasta las alcobas las novelas de Balzac, Soulié, G. Sand..., las cuales apoderándose de las imaginaciones acaloradas, van inoculando en los corazones sencillos su dulce ponzoña."

Citado por: José F. Montesinos: *Introducción a una historia de la novela...*, cit., p. 119, nota 305.

<sup>44</sup> *La Censura* (1848). Iris M. Zavala: *Apéndice documental*. Cit., p. 270.

"Afirmamos sin temor a equivocarnos que los editores de esta época sabían lo que hacían, que esas publicaciones son obras de un militantismo activo y consciente. Ya en la misma época se había planteado este problema. En la interesante obra de autor anónimo publicada en 1846 por la Sociedad Tipográfica de Hortelano bajo el significativo título de **De la novela folletín, su origen, progresos e influencia social**, leemos: 'No es sólo el espíritu especulador de nuestra época, como ha sentado con sobrada ligereza algún crítico, el que ha creado la novela folletín, ni tampoco el que ha generalizado en todas las clases el gusto de este género de leyendas, [...] ha sido preciso apelar al artificio de la fábula para preparar al pueblo a la instrucción, arrojando en él por este medio la semilla que ha de producir el saludable y benéfico resultado, tanto más humanitario y filantrópico, cuanto es mayor la resistencia que le opone el antiguo sistema de ideas y costumbres'<sup>45</sup>.

"Preparar al pueblo a la instrucción" me parece la frase clave de toda esta cita. Sus autores pertenecen a la burguesía liberal de ideas progresistas<sup>46</sup>, y sus protagonistas son de clase humilde<sup>47</sup>, costureras, jornaleros...; la burguesía progresista coquetea con el pueblo -ya analizaré más adelante las limitaciones de la imagen que del mismo presenta- para derribar del poder a la clase conservadora. Son las circunstancias de los años -acercamiento de los sectores liberales y progresistas y surgimiento de un proletariado que comienza a organizarse- las que hacen posible una literatura de estas características; por eso,

*"historia y política están estrechamente ligadas en la obra de estos autores. Confiaron provocar una toma de conciencia, o, cuanto menos, mantener a la burguesía y al pueblo en un estado de vigilancia crítica frente a la realidad española"*<sup>48</sup>.

Y, a juzgar por las reacciones de los sectores conservadores, consiguieron parcialmente sus propósitos, pues éstos culparon a la novela de los acontecimientos del 48; incluso más de uno de sus antiguos defensores dio marcha atrás en sus anteriores "veleidades revolucionarias:

*"Eugenio de Ochoa, que en la década del 30 destacaba como traductor del francés y propagandista del romanticismo (aunque un romanticismo matizado), irrumpe después del 48 contra los novelistas sociales, a quienes culpa de las discordias civiles"*<sup>49</sup>.

---

<sup>45</sup> Víctor Carrillo: "Radiografía de una colección de novelas a mediados del siglo XIX (*"El Novelista Universal"* de la Sociedad Literaria), en : **Movimiento obrero, política y literatura en la España contemporánea. Universidad de Pau. Centro de investigaciones hispánicas. IV Coloquio del Seminario de Estudios de los Siglos XIX y XX.** Madrid, Edicusa, p. 166.

<sup>46</sup> "Ayguals, Pablo AVECILLA, Antonio Flores, Rafael del Castillo, Juan Martínez Villergas [...] escribieron una literatura comprometida, anticlerical, democrática y progresista que se difundió mucho entre los diversos grupos sociales." I.M. Zavala: **Ideología y política...**, cit., p. 83.

<sup>47</sup> Estos escritores fueron ensalzados por Marx y Engels, que destacaron la denuncia social que sus obras encerraban: "El mejor homenaje a Dickens, Sand y Sue vino de la pluma de Federico Engels, que en 1843 escribía que estos autores tuvieron la virtud de elevar las clases más despreciadas al rango de héroes. El tributo de Carlos Marx a Dickens es más extenso; según él, a las gráficas y elocuentes páginas de la novela inglesa se le deben más verdades sociales y económicas que a todos los políticos, publicistas y moralistas del mundo." Iris M. Zavala: *El triunfo del canónigo...*, cit., p. 27.

<sup>48</sup> Iris M. Zavala: **Ideología y política...**, cit., p. 80.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 131. En otro lugar de este mismo libro aporta la autora abundantes datos sobre las reacciones de los sectores conservadores, tanto en Francia como en España, tras los acontecimientos del 48: "En Francia en 1848 la prensa moderada inició sus ataques contra los "socialistas" más destacados. Hugo, Sand y Sue fueron los blancos principales. [...] En España donde se seguía muy de cerca la situación política y cultural francesa, también se redoblaron los ataques contra la burguesía progresista y contra la novela social. [...] En Barcelona apareció **La parodia del Judío errante, jeremiada constitucional en diez parte.** [...] Los editores de **La Censura**

I. Zavala afirma incluso que las ideas difundidas en estas novelas, concretamente en la trilogía de la que forma parte *María*, influyeron en la revolución del 54<sup>50</sup>. De ahí que, como ya dije anteriormente, fuera tan duramente atacada por *La Censura*. Los acontecimientos del 48 y -en el caso de España- los del 54 marcan un punto de inflexión en la trayectoria de muchos escritores<sup>51</sup>. Los sucesos parisinos de julio del 48 no sólo atemorizaron al gobierno, aunque éste tomó sus medidas:

*"El 15 de noviembre de 1851 La Esperanza informaba que el Gobierno había llamado a algunos librereros para prevenirles contra la venta de libros extranjeros, en especial los que tendían al socialismo. El 2 de agosto de 1852 El Heraldó notificaba a sus lectores que, como resultado de la férrea censura establecida para los novelas en el último decreto de imprenta, casi había desaparecido este género de folletines de la prensa periódica"*<sup>52</sup>.

Ayguals sufrió en carne propia las consecuencias de este decreto, pues su novela *Pobres y ricos o la bruja de Madrid* fue prohibida en 1853 con el argumento de que el autor insistía en ella en

*"la manía ya muy añeja de que sólo las últimas clases del estado pueden ser virtuosas y útiles a la patria y que los grandes y los nobles son todos viciosos y corrompidos, zánganos perjudiciales de la sociedad civil y dignos por consecuencia de exterminio, y la máxima falsa, errónea y perniciosa de la igualdad de todos los hombres"*<sup>53</sup>.

Con el ascenso al poder de Narváez tras el fracaso de la revolución del 54 las "precauciones" del gobierno aumentan. Así, el Ministro de Gobernación Cándido Nocedal -elegido académico de la lengua unos años después- elaboró "una ley de prensa que hizo imposible toda crítica al gobierno"<sup>54</sup> y que, por tanto, fue un obstáculo para la difusión de estas ideas. Esta ley fue especialmente severa con la prensa pues, además de aplicar la censura previa, exigía una fianza a todos los periódicos<sup>55</sup>. Cuando en 1860 ingresó en la Academia su discurso versó

---

publicaron *El Anticristo* de Jules Tournefort, escrita, según añade el título, "en contraposición de *El judío errante*.

El 23 de mayo aparecía en el *Diario de Madrid* una citación para los "editores impresores" de *El judío*. [...] Ayguals se burlaba de esta convocatoria desde las páginas de *El Dómine Lucas* y apuntaba: 'Se cita, llama y emplaza por primero y único término de quince días a los interesados en que no se digan las verdades que contra los avechuchos de faldas dice *El judío*.'" p. 99-101.

<sup>50</sup> Ibid., p. 110.

<sup>51</sup> Por lo que se refiere a Francia escribe Iris M. Zavala: "Después de 1848 pocos escritores permanecerán en las filas del progresismo. Sólo Hugo, Sand y los folletinistas se mantendrán firmes. En 1851 Sand seguía diciendo que 'l'art est aujourd'hui necessairement sociale'. Hugo añadía con una profesión de fe progresista: 'l'art peut être beau, mais l'art pour le progrès est plus beau encore'. En 1851, Gautier, en cambio, escribiría en la *Revue de Paris* que el arte era lo importante. Baudelaire también combatiría con ironía esta época romántica a la que llama 'romanticismo honesto'." *Ideología y política...*, cit., p. 113.

<sup>52</sup> Iris M. Zavala: *El triunfo del canónigo...*, cit., p. 53.

<sup>53</sup> *Ideología y política...*, cit., p. 117. En esta misma página recoge Iris M. Zavala la noticia de un periódico -*La España*- que ilustra hasta qué punto los ideólogos conservadores aprovechaban cualquier acontecimiento para atacar al contrario: "Suceso horroroso ocurrido en esta corte, producido por los rabiosos celos de una mujer frenéticamente enamorada. Arrojó un jarro de vitriolo en su infiel amante y escapó." Lo realmente significativo es el comentario que hace el articulista calificando a esta mujer de "alumna de Eugenio de Sue".

<sup>54</sup> R. Carr: *España 1808-1975*, cit., p. 255.

<sup>55</sup> Vide: Francisco Ruiz Cortés y Francisco Sánchez Cobos: *Diccionario biográfico de personajes históricos del siglo XIX español*. Madrid, Rubiños, 1998, p. 270.

Por su parte, Iris Zavala afirma que se trataba de una ley "dirigida a la recatolización de la sociedad. Se exigía

precisamente sobre la novela social a la que acusa de difundir "*desventuradas utopías*"; y a sus temas -prostitución, emancipación de la mujer, adulterio- los califica de "*insensatos*". La constestación corrió a cargo del Duque de Rivas que, con argumentos análogos, insiste sobre lo mismo. Tras reconocer la importancia que la novela ha adquirido y el interés que despierta entre todo el mundo, se lamenta de que las novelas estén siendo utilizadas para difundir todo tipo de ideas:

*"De esta prodigiosa lectura que encuentran las novelas se han apoderado, como de un eficaz y seguro medio de propaganda, todas las tendencias de este siglo de novedades, de movimiento y de discordia. Y en novelas predicán su doctrina los partidos encontrados, y en novelas inculcan las más erróneas ideas, y en novelas las esparcen por la redondez de la tierra, haciendo de lo que debiera ser un entretenimiento inocente del género humano, la lectura más peligrosa y envenenada y el más seguro medio de corrupción y de trastornos".*

A continuación empieza a enumerar las "*erróneas ideas*"; de ellas las peores son las que tienden a la subversión social, de la que son una prueba los todavía recientes acontecimientos del 48:

*"¿Quién infiltró en las masas los deletéreos principios del socialismo y de la democracia que estallaron, como la lava de los volcanes, en medio de la revolución del 48, conmoviendo todos los tronos de Europa? No diré ciertamente que los novelistas fuesen sólo los autores de esos males; pero, ¿quién duda que la novela penetra allá donde no llegan las discusiones de partido ni las polémicas de periódico?"*

Y lo más grave es que han planteado -poniéndolas al alcance del pueblo- cuestiones que antes no le preocupaban: "*La ignorancia de las masas se encuentra a cada paso sorprendida por cuestiones que sólo deben estar al alcance de personas muy ilustradas*". Y estas cuestiones, cuando salen del reducido círculo dirigente, corren el peligro de quedar "*vulgarizadas hasta envilecerlas, manoseadas hasta ensuciarlas, y debatidas en las plazas, en los cafés y hasta en las tabernas*"<sup>56</sup>. Estas palabras de Rivas, quejándose de que determinados asuntos entren en la esfera de interés del pueblo, recuerdan la "apología de la ignorancia" analizada en la novela del Antiguo Régimen. Y es que una de las funciones que cumplió la novela folletín fue "*instruir al pueblo*"<sup>57</sup>, siendo al mismo tiempo causa y consecuencia de esa instrucción. En la nueva sociedad urbana e industrial que está surgiendo, la instrucción de las capas populares es una necesidad del propio sistema productivo; se necesitan obreros con un cierto nivel de especialización, pues de éste depende la eficiencia de dicho sistema. Por eso, el surgimiento de esta novela va unido a una mayor preocupación por la educación, a la fundación de escuelas para obreros y a la creación de gabinetes de lectura<sup>58</sup>. Lo que necesariamente nos lleva a preguntarnos quiénes eran los

*una literatura que moralizara en favor de los intereses de la clase dirigente y de la aristocracia, revitalizando, al mismo tiempo la devoción católica." Ideología y política...*, p. 137.

<sup>56</sup> Iris M. Zavala: *Apéndice documental*, cit., p. 309-311.

<sup>57</sup> Víctor Carrillo: *Radiografía de una colección de novelas...*, cit., p. 177.

<sup>58</sup> "*Centros que tendremos que llamar culturales y que se organizan en las grandes ciudades. Un gabinete de lectura agrupa a una serie de socios que por un módico precio o cuota mensual pueden leer periódicos españoles o extranjeros, en un centro habilitado para estos menesteres; generalmente las librerías y los editores inauguraban gabinetes de lectura con fines propagandísticos, en este caso estos gabinetes solían ser gratuitos.*" J. I. Ferreras: *La novela por entregas*. Cit., p. 40.

Vide también: Iris M. Zavala: *El triunfo del canónigo*, p. 22.

lectores. Ferreras distingue entre la novela histórica que se publicó durante el romanticismo y la novela folletín que se empezó a cultivar en los años cuarenta. El público lector de la primera tuvo que ser necesariamente minoritario porque "el libro romántico fue un libro caro, al alcance solamente de ciertos grupos sociales"<sup>59</sup>. Grupos sociales entre los que no se encuentran las clases populares: "En cuanto a la clase obrera, podemos resumir que nunca estuvo exactamente con la novela histórica de origen romántico. O de otra manera más explicativa, el movimiento romántico sólo tuvo bases aristocráticas y burguesas"<sup>60</sup>.

Sin embargo Zellers opina lo contrario: "La novela histórica nunca arraigó en las mejores clases de la población, sino que tuvo su mayor número de adeptos en las clases de escasa instrucción y pocos recursos"<sup>61</sup>. En lo que a la novela folletín se refiere, la situación es diferente: "La gran revolución lectoral efectuada por la entrega [permitió] por un real a la semana, la lectura de obras que hasta entonces, hasta 1840-44 aproximadamente, tuvieron que ser "prohibitivas" para muchos lectores"<sup>62</sup>. Ferreras insiste también en el hecho de que esta literatura está directamente relacionada con la industrialización, pues el número de ejemplares tirados por edición no habría podido alcanzarse sin la concentración obrera de los núcleos industriales. Lo que nos lleva de nuevo al tema de la "instrucción" señalado anteriormente y permite afirmar que "todas estas obras son el portavoz de una clase social burguesa más avanzada, es decir, el ala izquierda de los progresistas o el naciente espíritu democrático"<sup>63</sup>. Éstos serían los "instructores" interesados en educar al pueblo, porque ésta era

*"una manera de luchar por sus ideas. O como diría el autor anónimo de **De la novela folletín**: 'Como no es una clase sola de la sociedad la que se muestra adherida a los antiguos hábitos, y es aún presa de añejas preocupaciones, ha sido preciso que la novela-folletín, para surtir el buen efecto que se propone, se presente engalanada con todos los atractivos del arte y con todos los encantos de la ilustración'"<sup>64</sup>.*

Luego, y esto quedará claro cuando analice el contenido de estas novelas, son las necesidades propias del sistema burgués, su propia dinámica de desarrollo, las que le llevan a impulsar la educación del pueblo, y razones de clase las que se esconden detrás de la denuncia

<sup>59</sup> J. I. Ferreras: *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica*. Cit., p. 50.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>61</sup> Guillermo Zellers: *La novela histórica española 1828-1850*. Cit., p. 153.

<sup>62</sup> J.I. Ferreras: *El triunfo del liberalismo...*, cit., p. 50.

Para el Duque de Rivas las lectoras de novelas eran sobre todo: "Las mujeres, estos ángeles de la tierra que tan poderoso ascendiente ejercen en el corazón del hombre, en su mayor número no leen periódicos políticos ni asisten a las lides parlamentarias; pero la novela es otra cosa; es su lectura favorita, es el encanto de su imaginación, es el embeleso de sus potencias. ¿Qué costurera de París no odia a los jesuitas porque ha leído **El judío errante**? ¿Qué cortesana no admira a Ninnon de Lanolos como tipo perfecto de hermosura física y moral, y las orgías de la Regencia como el más vivo y deleitoso entretenimiento a que puede dedicarse la vida? ¡Ah! los propagadores de la mala semilla han calculado bien: las mujeres tienen la razón más flaca y el corazón más impresionable; pero sus medios de persuasión son poderosos. Eva convenció a Adán de que debía comer la fruta velada; hagamos nosotros, dijeron, de Evas actuales, misioneros indirectos de nuestras satánicas doctrinas. Sirvámosles, pues, la hiel de nuestras almas en tallada copa de cristal y de oro. Las mujeres gustan de relumbrón, y la belleza de la forma hechiza sus ojos; al fin beberán; el germen del mal se desarrollará en sus desprevenidos corazones, y los hombres comerán del fruto prohibido." Iris M. Zavala: *Apéndice documental*, cit., p. 310.

<sup>63</sup> Víctor Carrillo: *Radiografía de una colección de novelas...*, cit., p. 177.

<sup>64</sup> *Ibid.*

de las condiciones de vida de los obreros que aparecen en muchas de estas novelas; de ahí la limitación de estas denuncias, aspecto que también estudiaré en el análisis de las novelas.

Pero la burguesía progresista y democrática no va a ser la única que intente ganarse la adhesión del pueblo. Los sectores tradicionales harán lo propio: Fernán Caballero es el caso más representativo pero no él único. Doña Cecilia, en un artículo, en el que responde al comentario crítico que Vicente Barrantes hizo de su novela *Clemencia*, afirma que su intención no es escribir novelas, sino combatir las:

*"He repetido varias veces que no escribo novelas, puesto que la tendencia de mis obritas es combatir lo novelesco, sutil veneno en la buena y llana senda de la vida real. Esto es hacer una innovación dando un giro nuevo a la apasionada novela, trayéndola a la sencilla senda del deber y de la naturalidad"*;

es decir, que lo que intenta es contrarrestar el daño que la novela está causando: *"Mi instintiva y natural tendencia es espiritualizar el sentir que las novelas modernas han materializado tan escandalosamente"*; espiritualización que se sitúa en la línea ideológica de Donoso Cortés: *"Bajo este punto de vista admiro y simpatizo con el señor marqués de Valdegamas, que con tan seguro pie camina por su alta senda"*<sup>65</sup>. De ahí que las novelas de Fernán Caballero sean presentadas por los críticos conservadores como el antídoto contra las *"absurdas elucubraciones"* de *"los utopistas sociales"* y, por tanto, como el único modelo válido:

*"¿Quién no ve en nuestro célebre compatriota Fernán Caballero ese pincel tan feliz para los rasgos bellos del cuerpo, como para los divinos del alma, en cuyos cuadros retrata con viva y candorosa naturalidad nuestros usos y costumbres, aun los de las clases humildes; en que el horror de la miseria se dulcifica por el trabajo y la tranquilidad de una fe resignada, en que el furioso embate de las pasiones se estrella en el respeto al deber y en el ejercicio de las virtudes, y en que si halla colores para el vicio encuentra consejos que lo templen, o arrepentimiento que lo destruya, o penas que lo castiguen?"*.

Por eso, si hay una novela que está causando un gran daño, es posible hacer otra que lo contrarreste y acarree el bien: *"Si su abuso trae el mal, el uso legítimo de inspirados ingenios infunde en nuestro corazón la idea purísima de la verdad, del bien y de la belleza"*<sup>66</sup>.

Luego, la novela folletín -identificada con realismo y socialismo- es defendida en la década del 40 por las fuerzas democráticas y revolucionarias, y atacada por los conservadores. Pero tras los acontecimientos del 54 -equivalentes en España a los del 48 europeo- los defensores van a disminuir y los ataques al realismo van a arreciar tanto de un modo directo como indirecto. Éste último se llevará a cabo atrincherándose en la defensa del arte; o, lo que

<sup>65</sup> Respuesta al Sr. D. Vicente Barrantes. *La Ilustración*, 22-1-1853. Recogido en: Iris M. Zavala: *Apéndice documental*, cit., p. 292.

Vicente Barrantes -*Carta a Fernán Caballero*- publicada en esa misma revista había ironizado sobre algunas de las ideas vertidas en la novela y sobre los temores de la novelista, concretamente sus diatribas contra el socialismo *"Esto sin contar que de los que en España combaten utopías sociales, se puede decir lo de aquellos valentones que pelean con su sombra. ¿En dónde están los filósofos y los innovadores que nos pervierten? ¿Qué libro maldito emponzoña la atmósfera moral de nuestro pueblo, aquí donde no hay libro ni pensamiento, ni cosa alguna que al nacer no se ahogue? Y si usted me replica que alude a los escritores franceses, yo le responderé que a esos tan dañinos no les leería nuestro pueblo si escritores asustadizos por ensañarse en algo no les hubieran dado el atractivo de la fruta velada."* *Ibid.*, p. 290-291.

<sup>66</sup> José Fernández Espino: *La influencia de la novela en las costumbres*. Discurso leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. (1857). Recogido en: Zavala: *Apéndice documental*, cit., p. 306-307.



es lo mismo, reclamando para la literatura una existencia autónoma, independiente de la realidad social:

*"Aquellas primeras polémicas hacia 1835 contra el romanticismo como divulgadoras de ideas disolventes se recrudecen ahora. Los escritores que eran leídos con fervor, comienzan después del bienio progresista a perder público y lectores. Ya desde 1852 se había venido perfilando un nuevo criterio estético, análogo al que propugnarán idealistas y krausistas luego; en 1862 Giner escribía que era necesario 'reconocer que el arte consiste en el poder de realizar libre y hábilmente las ideas del espíritu'"<sup>67</sup>.*

Valera, otro de los abanderados de esta tendencia, escribe en 1860:

*"Yo soy más que nadie partidario del 'arte por el arte'. Creo que la poesía tiene en sí un fin altísimo, cual es la creación de la hermosura. Creo que la poesía, y por consiguiente la novela, se rebajan cuando se ponen por completo a servir a la ciencia, cuando se transforman en argumento para demostrar una tesis"*<sup>68</sup>.

Parece que la burguesía -al menos el sector que ya logró acomodarse entre los círculos privilegiados- está arrepentida y escarmentada de sus veleidades revolucionarias de años anteriores; se ha dado cuenta de que, contando con los sectores obreros como compañeros de viaje en un plano de igualdad, han puesto en peligro sus propios logros de clase. Refugiarse en el arte es una manera elegante de cantar la palinodia sin necesidad de recurrir a histerismos apocalípticos, a los que tan dados son las clases conservadoras. Pero el rechazo del realismo, movimiento que, a pesar de sus limitaciones, hace una denuncia de las miserias de la revolución industrial, no se realiza sólo mediante una "pulcra retirada", sino también desde una actitud beligerante en clara defensa de unos intereses de clase: los de la burguesía; o, mejor dicho, de un reducido círculo de la misma. Es el caso de Alarcón y de Galdós, que atacan al folletín con distintos argumentos pero, en el fondo, por no ocuparse de la que para ellos debe ser la clase rectora de la sociedad: la clase media. Alarcón, en 1858, censura éstas -que para él no deberían llamarse novelas- por tratar de "*historias particulares que antiguamente se contaban al confesor*"<sup>69</sup>. Aunque en esta cita las razones de Alarcón para oponerse al realismo parecen ser de tipo moral, en el *Prólogo* a *La Comendadora* resultan evidentes sus verdadero motivos, pues, como escribe Iris Zavala: "*Expresa aquí sin subterfugios lo que entiende por revolución: ciudades uniformadas, casas prefabricadas, [...] igualdad civil, expropiación forzosa, desamortización civil y eclesiástica*"<sup>70</sup>. Galdós ataca también la novela social en 1866 porque "*rebusca inmundicias*"<sup>71</sup>. Galdós satiriza la novela folletín porque todas están hechas con los mismos ingredientes:

*"Traidores pálidos y de mirada siniestra, modistas angelicales, meretrices con aureolas, duquesas averiadas, jorobados románticos, adulterios, extremos de amor y odio, [...]. Y estas máquinas se forjan con asombrosa facilidad por cualquiera que haya leído una novela de Dumas y otra de Soulié"*<sup>72</sup>.

<sup>67</sup> Iris M. Zavala: *Ideología y política...*, cit., p. 167-168.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 169.

<sup>69</sup> Iris M. Zavala: *El triunfo del canónigo...*, cit., p. 54.

<sup>70</sup> *Ideología y política...*, cit., p. 188.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 180.

<sup>72</sup> *Observaciones sobre la novela contemporánea en España. Revista de España, XV, 1870.*

Pero el verdadero motivo es porque no la considera representativa de lo que está ocurriendo, ya que deja al margen a la clase media: "*Pero la clase media, la más olvidada por nuestros novelistas, es el gran modelo, la fuente inagotable.*" Lo cual se debe a que ella es la que lleva el peso de la sociedad:

*"Ella es hoy la base del orden social; ella asume por su iniciativa y por su inteligencia la soberanía de las naciones; y en ella está el hombre del siglo XIX con sus virtudes y sus vicios; [...] La novela moderna de costumbres ha de ser la expresión de cuanto bueno y malo existe en el fondo de esa clase, de la incesante agitación que la elabora, de ese empeño que manifiesta por encontrar ciertos ideales y resolver ciertos problemas que preocupan a todos, y conocer el origen y el remedio de ciertos males que turban las familias. La grande aspiración del arte literario en nuestro tiempo es dar forma a todo esto"*<sup>73</sup>.

Ejerce el liderazgo en todos los ámbitos:

*"Esa clase es la que determina el movimiento político, la que administra, la que enseña, la que discute, la que da al mundo los grandes innovadores y los grandes libertinos, los ambiciosos de genio y las ridículas vanidades: ella determina el movimiento comercial, una de las grandes manifestaciones de nuestro siglo, y la que posee la clave de los intereses, elemento poderoso de la vida actual, que da origen en las relaciones humanas a tantos dramas y tan raras peripecias"*<sup>74</sup>.

Mientras en España no surja una novela que se ocupe de la clase media no habrá propiamente novela, aunque Galdós confía en que no tardará mucho en aparecer:

*"No ha aparecido aún en España la gran novela de costumbres, la obra vasta y compleja que ha de venir necesariamente como expresión artística de aquella vida. [...] Pero es inevitable su aparición, y hoy tenemos síntomas y datos infalibles para presumir que sea en un plazo no muy lejano"*<sup>75</sup>.

Y, continuación, Pérez Galdós pone como ejemplo de lo que debe ser la novela que él propugna ***Proverbios ejemplares***, publicada en 1864, de Ventura Ruiz Aguilera. El mundo de esta novela

*"es el que formamos todos nosotros en la vida ordinaria y real. De la clase media han salido todos aquellos caballeros y señoras, y aunque también veamos alguna gente del pueblo y tal cual aristócrata, considerada en conjunto la colección, estos tipos parecen como de segundo término, [...] En aquella sociedad imaginaria domina la clase que domina en la real"*<sup>76</sup>.

Es decir, que Galdós, al mismo tiempo que ataca el folletín porque presenta una imagen falsa y deformada de la realidad, pone en este artículo las bases de lo que va a ser su forma de novelar. Y lo que importa para esta tesis: el pueblo no es el protagonista de la historia. Como dice Zavala, Galdós es defensor del pensamiento liberal y, como tal, propone una novela de tema urbano porque las ciudades -sólo algunas: Madrid, Barcelona, Sevilla y Cádiz- son liberales, pues el campo está en manos de las fuerzas reaccionarias. Pero, claro está, esta imagen de la realidad tampoco es completa, pues es estrechamente clasista:

Recogido por Iris M. Zavala: *Apéndice documental...*, cit., p. 319-320.

<sup>73</sup> Ibid., p. 323.

<sup>74</sup> Ibid., p. 324.

<sup>75</sup> Ibid., p. 324.

<sup>76</sup> Ibid., p. 326-327.

*"Los liberales glorifican los valores burgueses y hacen constantes apologías de la riqueza. La clase obrera es portadora del mal, en cambio la burguesía progresista y emprendedora representa el futuro de España. [...] Las obras dan cuenta del mundo burgués, cuya vida y vicisitudes se registran minuciosamente. Sin embargo, cierran los ojos a la otra cara de España. La que emerge con la revolución de 1868: la España proletaria, el mundo obrero, las huelgas, el hambre, las revueltas rurales"*<sup>77</sup>.

Es decir, Galdós cae en una contradicción, pues incurre en el mismo defecto que censura, ya que critica una novela por incompleta y propone otra que tampoco es completa. La actitud de Galdós coincide con la de la nueva generación que va a atacar el folletín -hasta ahora identificado con el realismo- precisamente en nombre de éste. Lo cual quiere decir que para esta generación realismo significa otra cosa y que lo que sus detractores atacaban no era una estética, sino el objeto a que ésta se aplicaba. En la década del 40 realismo era la denuncia -con todas las limitaciones y deformaciones que analizaré en el siguiente capítulo- de la situación de miseria de las clases populares. Encerraba, por tanto, una cierta dosis de contenido antiburgués. Desde 1854 -tendencia que se va desarrollando en los sesenta y se consolida tras la Revolución del 68- realismo es la literatura que recoge una visión burguesa del mundo. La subversión potencial que encerraba el realismo folletinesco desaparece en el burgués. Pero la pregunta que podemos hacernos es la siguiente: ¿Acaso los escritores de folletín no reflejaban también una visión burguesa del mundo? Es evidente que de sus críticas de la confrontación de clases y defensa de la armonía social quien sale favorecida es la burguesía. ¿Qué ha ocurrido para que en poco más de un decenio se pase de halagar al obrero a anatematizarlo? Pues, además de todas las luchas por el derecho de asociación y otras reivindicaciones analizadas en el capítulo anterior, los acontecimientos de 1848 a nivel europeo y 1854 en el ámbito español. Ha quedado claro que si, hasta ese momento burguesía y proletariado podían caminar juntos, ahora ya no. La burguesía buscaba -mediante la imagen que del proletariado presentaba en el folletín- dos objetivos: Uno, que el proletariado le ayudase a hacer su propia revolución; y el otro, una vez hecha ésta, conciliar los intereses de ambos para consolidar la revolución y evitar que el proletariado hiciese la suya; 1848 y 1854 empezaron como revoluciones burguesas, pero corrieron el peligro de ser reconducidas como proletarias. Ambos aprendieron de estos acontecimientos: la burguesía que el proletariado no era un compañero adecuado de viaje; y el proletariado a no fiarse de la burguesía. A partir de ahora irán por caminos separados. La burguesía relativamente satisfecha<sup>78</sup> porque ha conseguido una situación de predominio -no completo todavía- pero que ya no tiene marcha atrás. El proletariado, radicalizado porque definitivamente se ha dado cuenta de que ésta no es su revolución. Luego, la actitud pro

<sup>77</sup> *Ideología y política...*, cit., p. 185.

<sup>78</sup> Como ya quedó citado en páginas anteriores, Raymond Carr utiliza, para referirse al período 1856-1866, expresiones como "la sociedad satisfecha" y "la sociedad opulenta". *España 1808-1975*, cit., p. 272 y ss.

Ferreras, refiriéndose a este mismo asunto, escribe: "La burguesía es lo suficientemente fuerte como para inspirar un nuevo credo: el progreso económico. [...] El ideal económico como ideal de vida se ha infiltrado en todas las capas de la sociedad. [...] En 1850 la burguesía se encuentra ya asegurada, tiene el porvenir del país en sus manos". Situación muy distinta de la de años anteriores: "Todo lo contrario parece ocurrir en la década de los años treinta, en la que el antiguo régimen no ha sido liquidado aún, en la que la Iglesia conserva toda su fuerza, en la que las leyes desamortizadoras no han llegado todavía y en la que el carlismo teocrático parece aún ofrecer una solución". *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica*, cit., p. 183.

burguesa de la nueva generación -la llamada realista por antonomasia- se debe a que recelan de la presencia del proletariado en las filas del liberalismo por el peligro que supone para éste y, por eso, no están dispuestos a seguir dándole alas. Y el proletariado tampoco está dispuesto a seguir haciendo de comparsa ni a aceptar por más tiempo la visión sentimental y dócil que de él se presentaba en el folletín. Los acontecimientos posteriores al 68 demostrarán palmariamente hasta qué punto esta imagen era falsa y anacrónica. De ahí que la producción de novelas por entrega decaiga después de la Revolución, porque "*las ideologías ofrecidas a través de las novelas "sociales" por entrega habían sido claramente rebasadas por la acción social de los lectores*"<sup>79</sup>.

De lo expuesto en las páginas precedentes se pueden extraer las siguientes conclusiones generales: la consolidación de la burguesía -sin olvidar en ningún momento que la debilidad es una de las características consustanciales de la revolución burguesa española- es el factor determinante en la aparición de una novela que ya sí puede considerarse burguesa. El rasgo definitorio de esta novela es su evolución hacia los temas contemporáneos: industrialización, cuestión obrera, liberalismo. Aspectos todos ellos enfocados desde la óptica de la revolución burguesa. Para lograrla necesitan implicar al pueblo que es convenientemente "instruido"; instrucción limitadísima, pues busca únicamente convertir al pueblo en un apéndice armónico propio. La burguesía viene, pues, a desempeñar ahora respecto al pueblo la función que en el Antiguo Régimen desempeñaba la Iglesia; la instrucción religiosa es sustituida por la laica. La novela folletín, llena de lo que ha sido denominado "*puro obrerismo sentimental*"<sup>80</sup>, cumple esa función. Una vez que la burguesía se ha consolidado, esa visión sentimental desaparece, tanto por anacrónica como porque es la propia burguesía quien se va a convertir en protagonista. La presencia del pueblo en la novela burguesa de este período va de la instrucción a la desaparición, que se completa en el siguiente -último del que se ocupa esta tesis- en el que se llegará incluso a la anatematización.

---

<sup>79</sup> J. I. Ferreras: *La novela por entregas*. Cit., p. 310.

<sup>80</sup> J.I. Ferreras: *La novela por entregas*. Cit., p. 29.

## 2.2. EL PUEBLO EN LA NOVELA DE LA BURGUESÍA LIBERAL. ANÁLISIS DE LAS NOVELAS.

Aunque, como de lo expuesto anteriormente se deduce, la imagen que del pueblo aparece en la novela de este período responde mayoritariamente a los intereses de la burguesía, eso no quiere decir que desaparezca la que se hace eco de los de la clase tradicional; de ahí que vuelvan a aparecer algunos de los significados ideológicos analizados en la etapa anterior como típicos de las clases tradicionales, aunque con diferencias de matiz; es el caso del

### 2.2.1. PROVIDENCIALISMO.

Como ya se vio en el estudio de este mismo punto en el período anterior, es la tendencia a explicar los acontecimientos humanos como consecuencia de la voluntad divina que suele actuar protegiendo a los virtuosos y castigando a quienes no lo son. Así, Sancho Saldaña ha ordenado que unos bandidos rapten a Leonor de Iscar con la intención de rescatarla después y conseguir que ésta, en agradecimiento, acceda a un matrimonio que, de otra manera, se presenta como inviable debido a las rivalidades políticas de sus familias,

*"pero el cielo, que vela sobre la inocencia y convierte en humo las asechanzas y los pensamientos del impío, hizo que en medio de la agonía de Leonor se presentara a deshora un ser en apariencia sobrenatural que, aterrando con su vista a aquellos hombres supersticiosos y crédulos, la libertó por entonces de sus enemigos y desbarató los planes del tétrico y desesperado Saldaña"*<sup>81</sup>.

El "ser sobrenatural" del que se vale el cielo no es sino una pobre loca, Elvira, tenida por bruja. En *Ni rey ni roque*, el alcalde don Rodrigo de Santillana, que ha mandado ejecutar a Gabriel de Espinosa, pastelero de Madrigal, acusado de intentar suplantar al rey don Sebastián de Portugal, es, a su vez, condenado a garrote por Felipe II para guardar el secreto; condena que suscita el siguiente comentario por parte del autor de la novela: "*Si así fue, debemos admirar la Sabiduría de la Providencia, que castigó a don Rodrigo, haciendo que el crimen de que para engrandecerse fue instrumento ocasionara su ruina*"<sup>82</sup>. No deja de ser curioso este comportamiento un tanto caprichoso de la Providencia castigando al que cumplía órdenes y dejando impune al que las dio. Especialmente si tenemos en cuenta que, dado el carácter despótico y tiránico con que aparece retratado Felipe II -Escosura no se aparta de la imagen que los escritores liberales transmiten de este rey- si el alcalde se hubiera negado a cumplir las órdenes su final no hubiera sido muy distinto. Claro que, en este segundo caso el alcalde -no olvidemos la ideología liberal de Escosura y la consiguiente animadversión hacia Felipe II- habría hecho lo correcto y el castigo quizás sólo le habría sido infligido por el rey sin la participación de la Providencia. En otra novela, que trata este mismo tema, *El pastelero de Madrigal*, el alcalde muere de una fiebre que le devora al mismo tiempo que está lleno de remordimientos; no se dice explícitamente si esta fiebre es o no un castigo de la Providencia, aunque parece sugerirse que sí lo es: "*Debe ser cierto que le emplazó en la horca el pastelero de Madrigal; apenas hace cuatro meses que*

<sup>81</sup> José de Espronceda: *Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar* [1834]. Edición de Ángel Antón Andrés, Barcelona, 2ª edc., Barral, 1975, volumen I, p. 133.

<sup>82</sup> Patricio de la Escosura: *Ni rey ni roque* [1835]. Madrid, Ediciones Giner, 1975, p. 195-196.

aquel triste murió, y desde entonces no tuvo paz don Rodrigo de Santillana"<sup>83</sup>. Incluso en las obras de los autores más "progresistas" se encuentran referencias a las intervenciones de la Providencia; así, Ayguals, tras describir una penosa enfermedad y consiguiente recuperación del cabecilla carlista Cabrera, comenta: "*Siempre que Cabrera queda libre de algún peligro después de haber sufrido prolongadas torturas nos acordamos de que hay un poder invisible que castiga a los malvados*". Y, a renglón seguido, le advierte:

*"No olvide Cabrera, que el sanguinario conde de España, sin ser tan criminal ni tan feroz como el tigre del Maestrazgo, fue atado de pies y manos, cosido a puñaladas y su cadáver precipitado al Segre desde las escarpadas alturas del Coll de Nargo"*<sup>84</sup>.

En otra novela de este mismo autor *-La bruja de Madrid-* son varias las intervenciones de la Providencia, unas veces para premiar y otras para castigar. Juanilla, joven gitana que hace de modelo para un pintor, le comunica a éste que se va a casar con un joven estupendo. El artista, tras manifestar su alegría, le responde: "*Ya ves cómo la Providencia premia la virtud. Sigue siempre siendo mujer de bien si quieres que no te abandone la fortuna*"<sup>85</sup>. Sin embargo el comportamiento de la modelo no es tan virtuoso como el pintor supone. Valiéndose de su belleza se ha dedicado a coquetear con varios caballeros de la alta sociedad que, con la esperanza de alcanzar sus favores, la han ido colmando de regalos. Su novio Manolo acaba de salir de la cárcel donde ha cumplido condena por contrabando. Ambos intentan salir de Madrid, pero son descubiertos y tienen que huir abandonando los baúles donde guardaban las riquezas adquiridas con medios poco lícitos:

*"Los miserables que tan bellas esperanzas habían concebido, tuvieron que abandonar unas riquezas por ruines medios alcanzadas, y huir más pobres que nunca a mendigar el sustento en tierras extrañas, perseguidos y deshonorados. No parece sino que la Providencia quisiera enseñar a la sociedad por estos ejemplos, que los tesoros mal adquiridos no engendran dicha duradera"*<sup>86</sup>.

Y donde el castigo divino se manifiesta con total contundencia es al final de la novela. Los protagonistas, Eduardo y Enriqueta, tras superar innumerables obstáculos -como suele ser frecuente en las novelas folletinescas- se van a casar. Pero, justo en el último momento, cuando todo está ya preparado, se descubre que son hermanos de padre; el Duque de la Azucena sedujo en su juventud a una joven de la que estaba locamente enamorado, pero la abandonó porque no era de su mismo rango social. De esa aventura nació Enriqueta, que ha estado a punto de casarse con su hermano sin saber que lo era. La felicidad se torna en tristeza, lo que suscita el siguiente comentario del autor:

*"¡Hombre presuntuoso y mísero! ¡Cuán efímeros son tus goces! ¡Cuán limitada tu penetración! ¡Cuán reducidos tus alcances! En medio de los transportes de una loca alegría, ignoras si será duradera tu felicidad, si tus bellas esperanzas quedarán de repente*

<sup>83</sup> Manuel Fernández y González: *El pastelero de Madrigal* [1862]. Madrid, Círculo de amigos de la historia, 1968, p. 299.

<sup>84</sup> Wenceslao Ayguals de Izco: *El tigre del Maestrazgo, o sea de grumete a general. Historia-novela*. [1845], Madrid, 2ª edc., Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco, Calle de Leganitos, Nº 47. 477 p. BN: 3/1164.

<sup>85</sup> *Pobres y ricos o la bruja de Madrid* [1849-1850], Barcelona, Taber, 1969, colección *La novela gótica y folletinesca*, p. 285.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 367.

*desvanecidas por algún incidente funesto que no te es dado prever. Dios, en su inmensa sabiduría lo ha decretado así, y en vano se agitan sus criaturas por penetrar los arcanos de un sombrío porvenir, velado siempre de nubes densísimas, que a veces transparentan engañosas ilusiones para hacer luego más acerbo el desengaño. Sólo para Dios está abierto el libro del destino, y lo que al bruto oculta, lo revela al hombre, lo que oculta al hombre lo revela sólo a los ángeles, porque sin esta oscuridad nadie viviría tranquilo. El corderillo inocente, que la ferocidad del hombre condena a una muerte cruel por saciar un desordenado apetito, ¿aguardaría tranquilo el momento fatal, el último y desastroso instante de su vida? ¡Vedle pues retozar alegre y pacer la fresca yerba con sosiego, sin recelo alguno, y acariciar hasta el último momento la mano levantada ya para degollarle! ¡Dichosa ceguera la que oculta a los vivientes su mísero destino!*<sup>87</sup>.

El duque se vuelve loco, Eduardo se suicida y Enriqueta entra en un convento, con lo que nuevamente nos encontramos ante una curiosa forma de actuar de la Providencia pues todos, culpables e inocentes, resultan igualmente castigados. Si tenemos en cuenta, como se verá más adelante en otro apartado –el de la desigualdad social- que es la torpe conducta del Duque la que, al negarse éste a casarse con la madre de Enriqueta, ha desencadenado todas las desgracias quizás pueda afirmarse que, cuando Ayguals habla de la Providencia se está refiriendo a ella más desde una dimensión laica que trascendente; o, lo que es lo mismo, más desde una dimensión social que moral; es decir, lo que le interesa es destacar las funestas consecuencias que en las relaciones sociales ocasionan las conductas inapropiadas. Por eso, los "castigados" no son sólo los que cometen los errores, sino también los que se mueven en su círculo de influencia que, en algunos casos, se extiende bastante más allá de las relaciones familiares. Es lo que ocurre en *Un Corpus de sangre*, novela en la que se presenta la sublevación catalana de junio de 1640 como consecuencia de la equivocada política del Conde-Duque de Olivares y del virrey -Conde de Santa Coloma- en el Principado: "*¿No creéis que esto lleva el sello de la justicia de Dios?*"<sup>88</sup> le pregunta don Juan de Toledo al Conde de Santa Coloma cuando se precipitan los acontecimientos. En *El Dios del siglo* una botella de jerez envenenada, preparada para don Félix de Montelirio, es probada casualmente por el inmoral y malvado Serapio Sardina; cae fulminado y el novelista escribe:

*"Dios había empezado ya su venganza. Semejantes escenas reconcilian al hombre con la vida, porque ellas revelan a los menos perspicaces que el dedo misterioso de la Providencia protege al inocente y castiga al criminal, siempre que conviene a los altos designios de la Omnipotente y oculta voluntad. Aquel veneno preparado para Félix, sin duda por el malvado Soto, causó la muerte del mezquino que de él se había servido en otra ocasión para dar muerte a un respetable anciano"*<sup>89</sup>.

Sardina, como el asesino al que se le dispara el arma y muere en lugar de su víctima, sufre su propia perfidia. No deja de ser significativo que la Providencia intervenga en todos los casos anteriores para castigar a gente cuyas pautas de comportamiento no se ajustan al ideario

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 845-846.

<sup>88</sup> Manuel Angelón: *Un Corpus de sangre o los fueros de Cataluña* [1857]. Barcelona, imp. de L. Tasso, Calle de Guardia, núm. 15, 1857. p. 595. BN: 4/42678. 438 págs. 20 láminas.

<sup>89</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo. Novela original de costumbres contemporáneas, por D. Jacinto...* Madrid, Imprenta de D. José María Alonso, Salón del Prado, núm. 8, p. 188-189. BN: 3/2217. [Dos tomos encuadernados juntos: 283 y 235 págs.]

del liberalismo burgués, como analizaré con más detenimiento en la conclusión de este apartado. De ahí que en otra novela *-El auto de fe-* en la que se ataca vivamente al fanatismo religioso y a la monarquía absoluta uno de los principales valedores de ésta sea un clérigo, el padre Ambrosio que, enterado de la conspiración del príncipe don Carlos contra su padre Felipe II, en la que se encuentra implicada la propia reina Isabel de Valois, le dice a ésta:

*"No olvidéis, señora, que los reyes sobre la tierra no son más que un instrumento de la voluntad de Dios, y que el hombre no tiene derecho para oponerse a lo que tolera Dios. [...] V. M. se ha dejado alucinar por las palabras melosas de los impíos, y me atrevo a asegurar que lo mismo le ha sucedido al joven príncipe. Si Felipe II ha cometido algunos desaciertos inseparables de la miseria humana, tiempo llegará en que tenga que dar cuenta de ellos al que es rey de reyes; pero no le toca a ninguno de sus vasallos, y mucho menos a su propio hijo, juzgarle como a un culpable"<sup>90</sup>.*

Es decir, la Providencia no actúa para castigar en esta vida conductas supuestamente culpables -ya las castigará en la otra- porque eso implicaría cuestionar el orden que se supone establecido precisamente por esa Providencia.

Si la Providencia aparece interviniendo en los asuntos humanos en las novelas de ideología liberal -todas las anteriores se pueden considerar como tales- con más motivos la encontramos en las que se mueven en la órbita conservadora. Es el caso de Fernán Caballero. En *La familia de Alameda*, María, tras una noche de tormenta, comenta al día siguiente:

*"¡Qué espantosa tormenta hubo esta noche! Tanto miedo he tenido, que hasta mi cama temblaba conmigo! Junté todos mis pecados y se los confesé a Dios. He rezado tanto, que me parece haber despertado a todos los muertos, y en voz alta, porque siempre he oído decir que donde alcanza la voz de la oración, pierde su fuerza el rayo. ¡A los moros! ¡A los moros! le gritaba a la tormenta. ¡A los moros para que se conviertan, y tiemblen de la ira de Dios. Sólo al amanecer, cuando vi el arco iris, me consolé, porque él es la señal que dio Dios al hombre, de que no le castigaría con otro diluvio. ¡Jesús! ¡Y que no tiemblen los hombres ante estos avisos de Dios!"*

Ante la réplica de su hija de que la tormenta es una cosa natural, le responde:

*"¿Natural? repuso María. ¿También dirás que lo son la peste y la guerra? ¿Tú sabes lo que es el rayo? Pues a un aperador le oí, que es "un pedazo del aire encendió y la ira de Dios que le va empujando". ¿Y dónde no entra el aire, y dónde no alcanza la ira de Dios? ¿Pues y el trueno? El trueno decía un predicador que es la voz de Dios y su magnificencia, y hay que temer a Dios, sobre todo cuando truena. Así, hijos míos, no echéis en olvido nunca que una tormenta es un aviso del Señor que su Majestad consiente, pero no para siempre"<sup>91</sup>.*

<sup>90</sup> *El auto de Fé*, novela por Don Eugenio de Ochoa, 1568. Madrid, Imprenta de I. Sancha, 1837. Tomo I, p. 274-275. [3 tomos, 312,335 y 319 págs. BN: Usoz 7876, 7877 y 7878.]

Otro personaje que se hace eco de las mismas ideas que el padre Ambrosio es el forajido Embrollo quien, ante el encarcelamiento del príncipe por su padre, afirma: *"El hombre debe resignarse a la voluntad de Dios, [...] Si el príncipe ha quedado en manos de sus enemigos, es porque tal era la voluntad del cielo, y lo que el cielo dispone es siempre lo mejor"*. *Ibid.*, p. 299.

La figura del bandolero aparece con relativa frecuencia en la novela de este período y su papel es contradictorio. La trataré más adelante. Me limito a dejar constancia de que su opinión coincide con la de uno de los personajes portavoces de la ideología que se ataca en la novela, aunque, curiosamente, el bandido forma parte de los partidarios de don Carlos.

<sup>91</sup> *La familia de Alameda* [1849], edición de Julio Rodríguez-Luis, Madrid, Castalia, 1979, Clásicos Castalia 88,



María, al igual que la autora, está más preocupada del mundo moral que del social, aunque ambos están estrechamente relacionados, pues la moral de cada momento es consecuencia directa de las estructuras sociales vigentes. La ingenuidad y candidez de María -que Fernán Caballero hace extensivas a todo el pueblo- son posibles porque "*gracias al cielo nuestro bendito suelo no cría Cromwels, Marats ni Robespierres*"<sup>92</sup>. Pues en los sitios en los que han surgido este tipo de gente "*la soberbia del hombre [...] ha llegado en nuestros días hasta creer que puede arrebatarse de las manos del que lo crió, el poder que guía al universo*"<sup>93</sup>. Lo que equivale a decir que las estructuras sociales vigentes han sido establecidas por Dios.

El providencialismo forma parte originariamente del acervo ideológico del Antiguo Régimen; sin embargo, como se acaba de ver, es recogido en novelas que ideológicamente son contrarias al mismo. Ambos tipos de novelas persiguen lo mismo: "educar" al pueblo. La finalidad, pues, del providencialismo es educativa y el destinatario es el pueblo. Pero dicho esto, podemos hacernos la siguiente pregunta: ¿por qué un contenido ideológico formulado y difundido por el Antiguo Régimen -y que por tanto está en función de los intereses del mismo- es recogido y utilizado por la novela liberal? La explicación es doble: La educación es más efectiva si se realiza utilizando conceptos familiares para el pueblo, pero dotándolos de un nuevo contenido.

Durante siglos la instrucción religiosa ha sido la única recibida por el pueblo. El providencialismo le es un concepto conocido. La burguesía sabe que no se puede romper radicalmente con conceptos profundamente arraigados a través de generaciones porque esa ruptura acarrearía un rechazo automático de las nuevas ideologías. Por otra parte, el liberalismo español, sobre todo el moderado que es el que se va a imponer durante estos años, no se caracteriza tampoco por su radicalismo<sup>94</sup>. Están más interesados en pactar que en romper con el Antiguo Régimen. De ahí que sigan apelando al providencialismo pero dotándolo de un contenido ligeramente diferente.

Este cambio de contenido se va a producir mediante un desplazamiento de la moral individual hacia la social. El campesino de una de las novelas comentadas en el apartado anterior -*Historias de invierno en Chinchón*- que encontraba una bolsa llena de joyas valiosísimas no quería quedarse con ella sin agotar antes todos los medios para encontrar a su legítimo dueño porque eso sería una gran ofensa a Dios<sup>95</sup>. Es decir, le preocupaba única y exclusivamente la idea de pecado que es algo que se circunscribe a la esfera individual de la moral. Por el contrario, en la novela de ideología liberal, sin desaparecer del todo esta dimensión individual de la moral, se insiste, sobre todo en la social. Así, en *La Bruja de Madrid* los errores del duque -sus absurdas preocupaciones por las jerarquías sociales- los sufren sus hijos. Y en *El Corpus de sangre* las consecuencias de la nefasta política del Conde-Duque de Olivares y del Virrey termina pagándolas el pueblo catalán. Pero incluso la

p. 117-118.

<sup>92</sup> *Clemencia* [1852], edición de Julio Rodríguez-Luis, Madrid, Cátedra, 3ª edc., 1984, L.H. 23, p. 321-322.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 322.

<sup>94</sup> Ya veremos más adelante cómo incluso la novela socialmente más avanzada -la que difunde las ideas de los teóricos del socialismo utópico- se muestra respetuosísima con determinadas instituciones y principios.

<sup>95</sup> Vide página 214.

concepción del providencialismo, que aparece en las novelas ideológicamente afines al Antiguo Régimen que se escriben en este período, no es ya la misma que aparecía en las del período anterior: está "contaminada" por las ideas del liberalismo burgués. Cuando en *Clemencia* se afirma que gracias a Dios en España no han surgido Robesbierres ni Marats, y en *El Corpus de Sangre* que el Conde-Duque de Olivares es el culpable de la sublevación de Cataluña, aparentemente se está diciendo lo mismo: que los malos gobernantes son los culpables de los desórdenes del pueblo. Pero, sólo aparentemente, pues en el caso de Fernán Caballero la ausencia de tales personajes en el suelo español es un "premio" de la Providencia a una conducta moralmente correcta<sup>96</sup> -y viceversa-, mientras que en el de Manuel Angelón la presencia es consecuencia directa de los errores de los gobernantes: la Providencia se limita a "legitimar" -al no intervenir para evitar la tragedia implícitamente la está autorizando- algo que tiene un origen estrictamente humano, no sobrenatural. O, lo que es lo mismo, en Fernán Caballero los desórdenes sociales -y en esto se aleja de la moral exclusivamente individual del período anterior- son un castigo infligido directamente por Dios por haberse rebelado contra Él para "arrebatar de las manos del que lo crió, el poder que guía el universo". En los otros casos son consecuencia de conductas humanas equivocadas; Dios no los envía, simplemente los consiente.

### 2.2.1.1. CONCLUSIÓN PROVIDENCIALISMO

Como conclusión general de todo lo expuesto, comparándolo con el tratamiento de que este tema era objeto en el período anterior a 1833, se puede afirmar que las referencias al providencialismo son bastante más escasas y que ponen el énfasis en la parte humana del mismo. Como consecuencia del auge de la ideología burguesa la sociedad es cada vez más laica y los asuntos sociopolíticos tienden a encuadrarse en los límites estrictamente humanos. Esto repercute en la actitud frente a las dos instituciones que en primer tercio del siglo representaban e interpretaban en exclusiva la voluntad de Dios: Iglesia y Monarquía. Ya no suscitan una aceptación tan generalizada. La sumisión casi uniforme es reemplazada por una crítica mucho más amplia y directa. La desamortización, como ya se vio, puso de manifiesto que la Iglesia no es intocable.

---

<sup>96</sup> Ejemplo de la cual es la Tía María en *La familia de Alvareda* con su ingenuidad derivada del santo temor de Dios.

### 2.2.2. LA IGLESIA Y LA RELIGIÓN.

En las novelas que voy a analizar a continuación la actitud ante los clérigos, especialmente los frailes, es, por abrumadora mayoría -la excepción es Fernán Caballero- de crítica acerba. Estas críticas se extienden, a veces, a la Iglesia como institución, pero siempre sale indemne la religión. Es decir, la novela de ideología liberal va a distinguir entre el componente humano y el espiritual de la Iglesia. Con el primero no tiene compasión, pero el segundo le parece incuestionable. Por el contrario, Fernán Caballero sólo se centra en el segundo y evita por completo el primero. Estamos, pues, ante el mismo procedimiento que en el providencialismo: el interés en demostrar que las instituciones humanas responden a móviles estrictamente humanos.

La burguesía española se encuentra ocupada en la tarea de derribar al Antiguo Régimen. Debilitar a sus aliados naturales forma parte de la estrategia. La denuncia de la alianza de la Iglesia con los sectores más reaccionarios de la sociedad y de los excesos y corruptelas va dirigida precisamente a minar la autoridad de que esta institución goza entre el pueblo.

Las relaciones y apoyos al carlismo son una constante de estas denuncias:

*"En los siete años de guerra sangrienta en que un príncipe estúpido y fanático pugnó por restablecer en España el ominoso tribunal de la Inquisición, a costa de millares de víctimas, muchos clérigos fanáticos y estúpidos también empuñaron el sable que tan mal sienta en manos de hombres que predicán la paz y la concordia, y estos terribles guerrilleros son los que más espectáculos de desolación han ofrecido a la espantada Europa"<sup>97</sup>.*

En la misma línea incide Ayguals, quien culpa al clero de que las ideas absolutistas estén arraigadas entre el pueblo. Refiriéndose al de Tortosa dice que *"en medio de sus generosos y bellos sentimientos adolece en demasía de cierto apego a rancias preocupaciones, que se oponen a los progresos de las ideas liberales"* por lo que *"en su mayor número son teóricamente absolutistas por haberse visto sobrado subyugados por el poder clerical"<sup>98</sup>*. En otro pasaje ironiza sobre el carlismo y sus apoyos eclesiásticos:

*"De mal talante hubo de poner al bueno de don Carlos V la retirada de su ejército del territorio español, pues conociendo que la Divina Providencia no le tenía reservado para restablecer en España la dominación teocrática con todos los apéndices de la "santa inquisición", los jesuitas y la intolerancia frailuna, y anhelando evitar que en lo sucesivo volvieran los apostólicos a exigir de él nuevas cabalgatas entre zarzas y matorrales, haciendo desaparecer para siempre el asqueroso pingajo que servía de estandarte a las fanáticas huestes de la hipocresía monacal, creyó prudente transmitir su "regia soberanía" al que era llamado a sucederle por los decretos del Altísimo"<sup>99</sup>.*

En otras ocasiones, Ayguals -que tenía además motivos personales pues un hermano suyo, capitán de la milicia nacional de Vinaroz, fue fusilado por Cabrera- abandona la ironía y recurre al insulto llamando a los partidarios del carlismo *"repugnante langosta de asquerosos"*

<sup>97</sup> Juan Martínez Villergas [1816-1894]: *Los misterios de Madrid. Miscelánea de costumbres buenas y malas con viñetas y láminas a pedir de boca*. Tomo III. Madrid: Establecimiento Artístico-Literario de Manini y Compañía, 1844, p. 169-170. [Son tres tomos encuadernados en dos volúmenes, el primer volumen contiene los tomos I y II. 309, 167 y 317 págs. BN: 7/21063-4]

<sup>98</sup> *El tigre del Maestrazgo...*, cit., p. 15.

<sup>99</sup> *Ibid.*, p. 383.

*frailes*" y lamentando que, aunque haya terminado la guerra, el pueblo seguirá sufriendo por su culpa: "Años y años durarán esas gavillas de bandoleros, que con sus rapiñas y asesinatos llenan de luto, de espanto y consternación a los infelices pueblos"<sup>100</sup>. En otra novela -*María*- este mismo autor denuncia -sin ahorrarse tampoco insultos- que con el apoyo al carlismo lo que buscan es, con pretextos hipócritas, seguir disfrutando del poder:

*"So capa de caridad evangélica, de mansedumbre apostólica, y de anhelos de fraternidad, pretenden ahogarnos en un lago de sangre para entronizarse sobre nuestros restos y erigirse en árbitros del pueblo.*

*Esta verdad es bien conocida de todo el país, que ha presenciado la feroz conducta de los Merino, Tristany y otros cien tigres con hopalandas que trocaron el hisopo por el trabuco del salteador"*<sup>101</sup>.

Para conseguir sus objetivos no dudan en fingir que asumen causas ajenas, como la defensa de los fueros vascos y navarros:

*"Pero no eran los **fueros** de aquellos habitantes lo que sacaba del sagrado templo a los sacerdotes de un Dios de paz para lanzarlos al campo de la guerra [...] sino el deseo de entronizar a don Carlos para subyugar ellos después trono y pueblo, y enseñorearse sobre los escombros de la libertad"*<sup>102</sup>.

Y, lo que es peor, han permitido y alentado todo tipo de barbaridades:

*"Si algunos actos espantosos se cometieron en la lucha de los siete años, si hubo inauditas atrocidades que hacen estremecer a la humanidad entera, si no contentos con fusilar a los vencidos, les mutilaban antes, les arrancaban los ojos y la lengua... si se violaba a las mugeres, [sic] y se les cortaba inhumanamente los pechos... si se degollaba a sus hijos en sus regazos... si se talaban campos y se incendiaban poblaciones enteras... rara vez dejaba de presidir un maldito fraile estos crímenes horrendos".*

Tras esta relación de desmanes termina concluyendo: "LOS FRAILES NO SON PUES COMPATIBLES CON LA CIVILIZACIÓN Y LIBERTAD DE LOS PUEBLOS"<sup>103</sup>.

Otro de los elementos que se denuncian, -íntimamente unido al anterior- es el fanatismo. Éste no es sino un instrumento para dominar y utilizar al pueblo:

*"Fanatismo religioso que reina en Tortosa, particularmente entre las clases proletarias. Los jefes del bando teocrático han procurado en todas épocas sacar el partido posible en su provecho de ese fanatismo religioso de los habitantes de Tortosa, y es preciso confesar que no han sido infructuosos sus afanes. La mayoría de aquellos moradores ha sido siempre más adicta al absolutismo que a las ideas civilizadoras de progreso y libertad"*<sup>104</sup>.

La denuncia del fanatismo es el tema central de *Pizarro y el siglo XVI*. Éste fue el causante de los numerosos abusos y matanzas que los españoles y europeos cometieron con los indios durante la conquista instigados por los religiosos que acompañaban a los

<sup>100</sup> *Ibíd.*, p. 422.

<sup>101</sup> *María la hija de un jornalero. Historia-novela original* [1845-1846]. Madrid, 6ª edc., 1849, Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco. Calle de Leganitos, Núm. 47, Tomo I, p. 332. [ Dos tomos, 413 y 379 págs. BN: 3/1184-5]

<sup>102</sup> *Ibíd.*, p. 333.

<sup>103</sup> *Ibíd.*, p. 55. La última frase está con mayúsculas en el original.

<sup>104</sup> *El tigre del Maestrazgo...*, cit., p. 81.

conquistadores<sup>105</sup>. La Iglesia, sumisa a la política de Fernando, contribuyó a la esclavización de los indios:

*"Después de la caída de Colón y de la muerte de Isabel, los insulares comenzaron a sentir todo el horror de la suerte que les amenazaba. La religión [sic] y la política del siglo XVI sirvieron de velo a la impía ley que en 1506 dio Fernando el Católico repartiendo los indios entre los conquistadores para que los empleasen en las explotaciones [sic] de las minas, y en todos los trabajos más penosos"*<sup>106</sup>.

Luque utiliza espuriamente el nombre de Dios para justificar el pillaje:

*"Estos tres célebres hombres formaron una solemne asociación para la conquista del Perú por partes iguales, encargándose Pizarro y Almagro de la parte militar, y Luque de la religiosa. Habían entre sí de dividirse el imperio peruano, y este plan ambicioso fue sellado aun por el fanatismo, consagrando Luque públicamente una hostia, que dividió en tres partes para él y sus compañeros; y una asociación que tenía por objeto el pillaje y la destrucción fue ratificada en nombre del Dios de paz, jurando por la sangre divina enriquecerse a costa de torrentes de sangre humana. ¡Oh criminal abuso del cristianismo en el siglo XVI!"*<sup>107</sup>.

Lo peor de todo fue que no se limitaron a esclavizarlos físicamente: *"Pero no bastara al siglo XVI la esclavitud material del género humano, era también preciso esclavizar las conciencias"*<sup>108</sup>. Aunque las palabras de Avecilla parecen muy vehementes, es importante señalar que no hay ningún ataque ni contra la Iglesia como institución ni, mucho menos, contra la religión. Es más, al final de la novela declara explícitamente que, en un balance global, la conquista fue beneficiosa, pues la nueva religión hizo desaparecer antiguas supersticiones: *"Sacudieron sus preocupaciones de mirar como dioses a sus Incas"*<sup>109</sup>. Los móviles económicos de la colonización americana, encubiertos bajo pretextos religiosos, son asimismo denunciados en *La criolla y los jesuitas*<sup>110</sup>. En este caso se trata de las ricas minas de México explotadas

<sup>105</sup> Pablo Avecilla: *Pizarro y el siglo XVI, novela histórica*. Madrid, 1845. Imprenta de D. Severiano Omaña, Calle de Cervantes, núm. 34. Empresa Hispano-literaria. VIII + 312 págs. BN: 1/42493.

La actitud del autor a lo largo de toda la novela no deja de ser ambigua pues, aunque la denuncia de los abusos es constante, constante es también la apología de los beneficios que se derivaron de la conquista. Ya en la introducción escribe: *"Si las primeras páginas [sic] de la historia del Nuevo Mundo pudieran sernos enojosas, a los españoles debieron al fin aquellas regiones [sic] el amor a la libertad y la pureza del cristianismo que los han conducido a la civilización e independencia, y hoy podemos decir satisfechos a la Europa entera 'nos llaman nuestros hermanos'"*. p. VII-VIII.

<sup>106</sup> Edc., cit., p. 14.

<sup>107</sup> *Ibíd.*, p. 34.

<sup>108</sup> *Ibíd.*, p. 239.

<sup>109</sup> *Ibíd.*, p. 310.

No deja de ser curiosa la actitud de Avecilla defendiendo el cristianismo y atacando el fanatismo con que sus ministros lo extendieron. Ataca el fanatismo en nombre de la libertad, pero se alegra de que el cristianismo terminase desterrando las creencias de los peruanos haciendo triunfar la religión del *"Dios verdadero"* p. 268. Acata los mismos prejuicios que ataca.

<sup>110</sup> *La criolla y los Jesuitas. Novela histórica, agridulce, joco-seria ó como si digéramos escrita entre risa y llanto. Original del Tío Fidel\**. 2 tomos. Madrid, Imprenta de D. W. Ayguals de Izco, El Novelista Universal. Colección de las novelas de los más célebres escritores de Europa. Publicación de la Sociedad Literaria, Tomos V y VI; 210 y 272 págs. BN: 5/1947. La novela localizada a mediados del XVIII, y sobre la que tendré que volver en varias ocasiones, es un feroz ataque contra los medios de que se valen los jesuitas para dominar voluntades y fortunas.

\*Seudónimo de Francisco Robello y Vasconi, Ferreras: *Catálogo de novelas y novelistas...*, cit., p. 397.

"no como es natural por los naturales del país, que éstos esclavos eran y aun se les decía que debían darse con un canto en los pechos por tanta ventura, sino por otros prógimos [sic] nacidos a dos mil y más leguas, que con pretexto [sic] de civilizar a aquellas pobres gentes y de hacerles conocer las máximas de virtud y moralidad, eran tan virtuosos y tan morales que les llevaban cadenas por civilización, y grillos por supersticiones, trayéndose en cambio barras de plata y panes de oro"<sup>111</sup>.

En el contexto parece claro que con la palabra "supersticiones" se está refiriendo a las creencias religiosas lo que indica una actitud bastante más radical que la de Avecilla respecto al cristianismo. En otro orden de cosas, el fanatismo tiene también consecuencias negativas para la literatura; concretamente, es el culpable de la decadencia del teatro:

"Y no se culpe al pueblo español del deplorable decadencia de su teatro. Unido a las vicisitudes políticas el fanatismo de sus gobernantes, vergonzosamente sometidos a la tiranía monástica, la ineptitud de algunos reyes que no han tenido más voluntad que la que su confesor les permitiera, las inquisitoriales tendencias de los teócratas que trataban de sumir al pueblo en la más degradante ignorancia para enseñorearse sobre sus despojos, éstas son las causas primordiales de la decadencia del teatro español"<sup>112</sup>.

En última instancia el más perjudicado por el fanatismo religioso es el pueblo<sup>113</sup>, a cuyo embrutecimiento se dedicaron en otras épocas determinados "espectáculos", como los *Autos de fe* de la época de los Austrias -especialmente de la época de Felipe II- que no eran sino

"espectáculos infernales [...] inventados por el espíritu del fanatismo para eterno vilipendio de nuestra patria"; utilizados como un instrumento por el poder que así "alucinaba y seducía a la ignorante multitud para que luego, segura de ganar por ello el cielo, mirase con indiferencia cómo tostaban a sus semejantes"<sup>114</sup>.

El fanatismo no es gratuito. Busca unos fines muy concretos: el dominio económico y político. Preocupación por el dinero y alianzas con el poder establecido -lo que redundaría en perjuicio del pueblo- son otras dos constantes que aparecen en las críticas a la Iglesia.

Ya se ha visto que en *Pizarro y el siglo XVI* la Iglesia aparecía como cómplice del enriquecimiento de aventureros sin escrúpulos. Pero son frecuentes también las acusaciones, sobre todo contra los jesuitas, de buscar su propio enriquecimiento. En *Los misterios de Madrid* el Marqués de la Calabaza que se ha apoderado de los bienes del duque de Castro-Nuño, padre de Laura, es un simple instrumento de la Compañía de Jesús en cuyo nombre ha

<sup>111</sup> Edc., cit., tomo I, p. 32.

<sup>112</sup> W. Ayguals: *María...*, cit., Tomo I, p. 198.

<sup>113</sup> El tema de la ignorancia/instrucción del pueblo, que aparece aquí relacionado con el fanatismo, tiene otras implicaciones que estudiaré más adelante en un apartado dedicado al mismo.

<sup>114</sup> Eugenio de Ochoa: *El auto de fe*, cit., p. 298-299.

Aunque esta novela, como otras históricas, se sitúe cronológicamente en el siglo XVI, es evidente que utilizan el pasado para hablar del presente, como lo demuestra el hecho de que en todas ellas aparezcan una y otra vez referencias a acontecimientos -que se relacionan con los pretéritos- de la época del autor. Así, en la página siguiente a la que pertenece la cita anterior, describiendo a los inquisidores y familiares de la Inquisición dice que "formaban lo que entendemos en el día por el partido apostólico". O, en la página 8 del tomo I, al hablar de los planes del hijo de Felipe II, don Carlos, escribe el autor: "Las intenciones de éste último eran sin duda más halagüeñas para la masa de la nación que las del rey, pues se reducían a destruir las persecuciones religiosas y a establecer la libertad de conciencia, como base fundamental o como se dice en el día programa de gobierno". Teniendo en cuenta el momento en que se escribe esta novela -plena guerra civil entre carlistas y liberales- parece claro que el enfrentamiento Felipe II/Carlos es una forma indirecta de referirse al actual.

actuado, como reconoce Fray Toribio: *"Tú has sido un buen instrumento durante veinte años. Has proporcionado criados de tu confianza en las casas de dinero, logrando de este modo hacernos dueños de las casas más principales"*<sup>115</sup>. **La criolla y los jesuitas** narra con todo detalle las maquinaciones de éstos para quedarse con todos los bienes de Timoteo López, rico comerciante viudo que hace una fortuna en México. Valiéndose del dominio que ejercen sobre su conciencia consiguen, que haga voto de castidad para evitar que pueda volver a casarse y tener herederos, y que teste a favor de los jesuitas. Un conocido de López muere y éste se hace cargo de la viuda y la hija. Regresa con ellas a España; muere la madre y López se enamora de la hija, Cecilia. López quiere romper sus votos y casarse, pero los padres de la Compañía ejercen sobre él todo tipo de presiones psicológicas amenazándole con la condenación eterna. Tras múltiples peripecias López se casa, muere y su viuda se vuelve a casar perdiendo los jesuitas la herencia. Éstos jesuitas aparecen como una auténtica mafia, perfectamente organizada que capta adeptos entre todas las clases sociales explotando las debilidades y ambiciones de cada uno<sup>116</sup>, con su red de espías tanto en México como en España<sup>117</sup>, de tal manera que todo el mundo empezaba ya a darse cuenta de su desmedido afán por acumular riquezas: *"Iba siendo proverbial en España ya por aquella época, y entre las personas pensadoras y menos preocupadas, la ambición desmedida de los padres de la compañía de Jesús"*<sup>118</sup>. En otra novela ya citada **-María la hija de un jornalero-** Anselmo, el padre de María, es encarcelado y condenado a muerte por una acusación falsa de Fray Toribio. El sacerdote que lo atiende, tras pedirle que haga testamento y responderle Anselmo que nada tiene, mantiene con él el siguiente diálogo:

*- "Sí, hijo mío -le dijo el confesor- puede usted disponer de la tercera parte de la limosna que se está recogiendo por su alma.*

*- ¿Y por qué no he de disponer de todo? -dijo inocentemente Anselmo.- Con esa suma podrían acaso mis hijos pasarlo sin necesidad de deshonrosos auxilios. La pobre ciega lo necesita seguramente más que mi alma. Las almas no necesitan dinero.*

*-Pero es preciso para las misas que se dicen en su sufragio.*

*-Las misas... es verdad... cuestan dinero... y este dinero engordará a los curas... mientras se mueren tal vez de hambre los hijos de un ajusticiado"*<sup>119</sup>.

Hasta de la pena de muerte hacen negocio. Como una empresa a la que hay que sacar el mayor rendimiento posible conciben la religión los frailes de un convento de Huesca cuando contratan a un pintor para que les pinte la capilla del convento:

*"Pues a fe, dijo Pedro Saputo, que no quedéis descontentos la comunidad ni la orden, porque voy a pintaros allí tales milagros, que no entre hombre con vista en la capilla, que no se*

<sup>115</sup> Cit., tomo II, p. 171.

<sup>116</sup> El Marqués de Puerta-falsa no duda en casar a su hija con un retrasado mental -recomendado de los jesuitas, quienes, a cambio le consiguen una mitra para su otro hijo.

<sup>117</sup> De la que forman parte los mendigos. Uno de éstos se presenta al prepósito al que le dice: *"El padre por cuyo conducto recibo las órdenes de vuestra reverencia, me ha dicho que esta vez tenía que recibirlas de su misma boca, pues se trataba de cierto negocio reservadísimo. Aquí estoy ya todo entero, y a la disposición del reverendísimo padre prepósito general, de la santa compañía de Jesucristo, bien y señor nuestro"*. Edc., cit., tomo II p. 34.

<sup>118</sup> *Ibíd.*, p. 149.

<sup>119</sup> Edc., cit., tomo II, p. 262.

*espante.- Pues eso necesitamos y no otra cosa, concluyó el Lector, porque así se inflama la caridad de los fieles y carga el pueblo al convento.*

*Un poco sospechosa le pareció a Pedro Saputo la religión, o más bien la filosofía del Lector"<sup>120</sup>.*

Conclusiones muy parecidas saca de su visita al Monasterio de Montserrat:

*"Se internó en el Principado, y visitó el famoso monasterio de Monserrate, donde los monjes le contaron la historia del célebre Juan Garín con la hija de Jofré el Velloso (Gofredo o Uvifredo), y la oyó con mucha formalidad por respeto a los presentes. Después se admiró de la penitencia de que le hablaban y del regalo con que vivían" (p. 195).*

En *El auto de fe* se apunta mucho más alto: a Roma. D. Fernando Valor -Abén Humeya que prepara la sublevación de los moriscos contra Felipe II- y doña Elvira de Maldonado se enamoran. Un fraile le dice que su padre nunca le daría el consentimiento para ese matrimonio y que desobedecerlo es un grave pecado. El jefe morisco responde: "*No temas Elvira, [...] Aun cuando ese fraile no mintiera, como miente, el oro de tu marido [el propio Humeya si ella accede a ello] compraría de la Corte de Roma la remisión de tus culpas*"<sup>121</sup>. No se trata sólo de casos aislados; la propia institución ha convertido la religión en un negocio.

La alianza con el poder es el mejor medio de asegurarse la consecución de sus fines. Ya se ha visto en páginas anteriores una cita de *El auto de fe* en la que el padre Ambrosio hacía una defensa de Felipe II y condenaba cualquier intento de rebelión<sup>122</sup>. Esta alianza es denunciada irónicamente en *La criolla y los jesuitas*. Un cura de un pueblo de Santander, Restituto Atraganta, "*hombre de buena pasta y asaz gordo y rollizo, no cómo párroco de aldea, sino cual canónigo de catedral o abad de monasterio de Bernardos*"- durante la Guerra de Sucesión no toma partido ni por Carlos ni por Felipe, pues decía para sí:

*"Ninguno de los dos pretendientes atenta contra los diezmos, ni contra los bienes, privilegios e inmunidades del clero. [...] Cuando las tropas de Felipe sean dueñas de este pueblo yo diré en el ofertorio de la misa: 'Per Filipum catholicum hispaniarum regem', y todo el tiempo que dominen en él las huestes de Carlos, trocaré la oración de este modo: 'Per regem nostrum catholicum carolum'"<sup>123</sup>.*

La defensa incondicional del poder, sin importarles quién lo ejerza siempre que sus intereses estén salvaguardados, les lleva a justificar situaciones injustas. Sab, el esclavo protagonista de la novela del mismo nombre de Gertrudis Gómez de Avellaneda, se lamenta en una carta que escribe a Teresa poco antes de morir:

*"Me acuerdo que cuando mi amo me enviaba a confesar mis culpas a los pies de un sacerdote, yo preguntaba al ministro de Dios qué haría para alcanzar la virtud. La virtud del*

<sup>120</sup> Braulio Foz: *Vida de Pedro Saputo, natural de Almudévar, hijo de mujer, ojos de vista clara y padre de la agudeza. Sabia naturaleza su maestra* [1844]. Barcelona, Laia, 7ª edc., 1982, Laia B 56. Introducción: Sergio Beser. Edición y epílogo: Francisco Ynduráin. P. 86-87

<sup>121</sup> Cit., tomo III, p. 54.

<sup>122</sup> Se dirige a la reina -Isabel de Valois-, con estas palabras: "*Los reyes sobre la tierra no son más que un instrumento de la voluntad de Dios. [...] No le toca a ninguno de sus vasallos, y mucho menos a su propio hijo, juzgarle como un culpable*". Tomo II, p. 274-275.

<sup>123</sup> *Ibíd.*, tomo I p. 6-8.



*esclavo, me respondía, es obedecer y callar, servir con humildad y resignación a sus legítimos dueños, y no juzgarlos nunca*<sup>124</sup>.

Por las mismas razones que defienden el orden establecido atacan a quienes lo atacan:

*"No hace muchos días que en una iglesia de esta corte se dijo por un predicador fanático que todos los que leyesen **El judío errante** y **Nuestra Señora de París** estaban escomulgados [sic], y concluyó por invitar a todos sus oyentes a que si tenían alguna de estas obras y otras semejantes se las llevaran a él para quemarlas, bajo la pena de morir condenados los que no cumplieren su mandato*<sup>125</sup>.

La Iglesia no sólo está aliada con el poder, goza también de una gran ascendencia sobre él y sobre los que actúan a las órdenes del mismo:

*"Verdad es que los conquistadores del Nuevo Mundo eran en lo jeneral [sic] aventureros desmoralizados que corrían a la muerte surcando los mares por saciar su ambición, pero eran al fin hombres del siglo XVI que humildes se postraban al hablar el sacerdote, y que callaban sus pasiones si hablaba el furor del malentendido cristianismo: Luque exhortaba en nombre de Dios, y Luque todo-poderoso dominaba los corazones y encendía las iras*<sup>126</sup>.

Si goza de ascendencia entre estos "aventureros desmoralizados" con mucha más razón la disfruta entre el pueblo ingenuo y sencillo. En *La criolla y los jesuitas*, como consecuencia de las maquinaciones de éstos, Dominica, criada de Cecilia, es detenida por los alguaciles ante la oposición, primero, y la algazara, después, del pueblo. Pero llega un sacerdote, Caraciolo Milla, que la conoce y pide hacerse cargo de ella; ni el pueblo ni los alguaciles ponen la más mínima objeción:

*"El sacerdote la miró, y abriéndose paso por medio de la multitud, que le hizo calle respetando su sagrado carácter, se fue aproximando. [...] Muy bien repuso el presbítero, ahora, señores, prosiguió, dirigiéndose a la muchedumbre; suplico a ustedes que se retiren y no nos sigan.*

*-Sí, sí; dijo una voz, cada uno a su casa.*

*-Viva el cura bueno.*

*-Viva la negrita: y dando voces se deshizo la concurrencia*<sup>127</sup>.

Respetuosísimo con los ritos del culto aparece en *El tigre del Maestrazgo*. Es el día de Nochebuena; hay una fiesta popular en la plaza en la que están cantando y bailando los sujetos más bullangueros de la localidad. El ambiente ha ido subiendo de tono y el bullicio es general; pero, se oye una campanilla y todo el mundo se queda inmediatamente en silencio; es el viático que pasa: *"Todo el mundo se postró de rodillas y la plaza apareció de improviso iluminada"*<sup>128</sup>.

Todas las citas anteriores pertenecen a novelas que se pueden adscribir a la órbita ideológica del liberalismo. La Iglesia es un obstáculo formidable, por su poder económico y político, para su triunfo. El respeto que inspiran en el pueblo es una de las principales razones que les permite seguir beneficiándose de ese poder.

<sup>124</sup> Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Sab* [1841]. Madrid, Cátedra, 1997, LH 437, edición de José Servera, p. 265.

<sup>125</sup> *Los misterios de Madrid*, cit., tomo III, p. 315.

<sup>126</sup> *Pizarro y el siglo XVI*, cit., p. 166-167.

<sup>127</sup> Cit., tomo II, p. 196-199.

<sup>128</sup> Cit., p. 350.

La vida relajada e inmoral es otro de los blancos señalados por la crítica. Los frailes llevan una vida regalada y comodona al margen de las reglas de sus respectivas órdenes. El siguiente diálogo de frailes de *La criolla y los jesuitas* es una buena muestra no exenta de ironía:

*"-Escelente Caracas! dijo fray Antonio de Almagro, al paladear la confección de los frutos ultramarinos.*

*-Perdone padre, contestó fray Matías el mercenario, no es Caracas, sino riquísimo Soconusco: en esta materia soy, aunque me esté mal el decirlo, un escelente perito. A mí se me encargan siempre las tareas de este género que para la comunidad se elaboran, y jamás quedan descontentos los padres.*

*-Cedo, contestó el capuchino, nosotros pobres y miserables hijos de Francisco, como nunca elaboramos tareas de chocolate ni cosa que lo valga, y sólo tomamos lo que la caridad de los fieles quiere buenamente ofrecernos, no disfrutamos de paladar tan esquisito, y solemos confundir el salmón con las perdices; bien sabe el padre que uno de nuestros votos es la pobreza.*

*-Cónstame así, repuso el mercenario, sin embargo que las malas lenguas han dado en decir que el voto de pobreza de las órdenes mendicantes no se entiende con la comida, vestido, casa y cama, y que con estos auxilios cualquiera haría voto de ser pobre toda su vida"<sup>129</sup>.*

Esta afición a la buena mesa es presentada con trazos casi esperpénticos por Ayguals, quien describe así lo que fray Patricio en su vocabulario denomina "un bocadito":

*"Un gran plato de macarrones, buena ración de puchero con un cuarto de gallina, ricos garbanzos del saúco, patatas manchegas, jamón de Avilés, tocino y chorizo de Extremadura, un pollo con pimientos y tomates, un trozo de cabrito asado, ensalada, media docena de albaricoques, vaarios dulces y el correspondiente pan y el legítimo Valdepeñas, fueron el bocadito que probó fray Toribio para no desmayarse"<sup>130</sup>.*

Las acusaciones de lujuria son, asimismo, constantes. Del mismo fray Patricio afirma Ayguals al comienzo de la novela que *"era el santo varón lujurioso como un mico"<sup>131</sup>*. Hasta tal punto está dominado por la lujuria que, habiendo sido escondido por Anselmo en su casa para librarlo de la matanza de frailes que tuvo lugar en Madrid en julio del 34, se dedica a requebrar a su hija María, alegrándose, además, de que probablemente a Anselmo tengan que amputarle un brazo, como consecuencia de las heridas recibidas cuando intervino, precisamente, para salvar al fraile de las turbas enloquecidas: *"Lejos de olvidar los impúdicos deseos de su brutal apetito, fundaba su esperanza en aquellos tristes acontecimientos, que hubieran hecho estremecer a cualquiera que no tuviese corazón de fraile"<sup>132</sup>*. Fray Toribio empleará gran parte de su tiempo, a lo largo de los tres tomos de la novela, en maquinando todo tipo de asechanzas, con la colaboración de personajes de la hez madrileña, para conseguir seducir a María. En esta misma novela *Curro el Desalmao*, personaje del hampa madrileña, vende su hija a un fraile después de haber explotado del mismo modo a su mujer:

*"Tuvimos por fin entre todos una hija, que fue haciéndose tan buena moza como su madre, y esta hija es la que ha completado mi fortuna.*

<sup>129</sup> Cit., tomo I, p. 134-136.

<sup>130</sup> *María...*, cit., tomo II, p. 211.

<sup>131</sup> *Ibíd.*, tomo I, p. 17.

<sup>132</sup> *Ibíd.*, p. 63.

-¿Cómo es así? -preguntó uno de los concurrentes.

-La vendí hace pocos años por un talego a otro colaborador matrimonial...-prosiguió el tío Curro- a un joven franciscano que camelaba también a mi muger"<sup>133</sup>.

En **Pedro saputo** un fraile es amante de la hermana de la priora de un convento:

"Le dio a coser dos pares de calzoncillos de un reverendo exguardián que malas lenguas decían había sido y era en el día el amor más amartelado de una hermana de la priora, casada en el pueblo y ya viuda a la sazón"<sup>134</sup>.

Todas las monjas de un convento tienen sus enamorados:

"Porque has de saber que fuera de algunas de gusto muy soberbio, como la priora y sor Mercedes, todas tenemos cada una su cada uno, y tratamos cuál con un fraire, cuál con un beneficiado, cuál con otro que se le previene, y así, hija mía, tenemos ocupado el corazón y entretenido el pensamiento"<sup>135</sup>.

En **El auto de fe**, Embrollo, enviado a ver un fraile por el padre Ambrosio, le cuenta a éste lo que estaba haciendo el portero cuando llamó a la puerta del convento:

"El padre Ángel, portero indigno de este convento, estaba cuando yo llamé a la portería, más agradablemente ocupado que vuestra reverencia y yo en este momento, porque el viejo hipócrita tenía en su covacha un despertador mejor que mis aldabazos; esto es, un buen cántaro de vino y una buena moza, no nada fea pardiez, que yo la vi al entrar y tenía un palmito que era una bendición"<sup>136</sup>.

En **Men Rodríguez de Sanabria**, novela de Manuel Fernández y González, el arcedianio de San Gil de Sevilla estaría dispuesto a enterrar a maese Sancho, cuya familia no tiene dinero para costear el entierro, si su hija Beatriz accediese a ser amable:

"Cuando la pobre niña fue a suplicarle que pusiera en práctica la obra de misericordia que manda enterrar a los muertos, el arcedianio le contestó pidiéndola otra obra de misericordia que la Iglesia no enseña; esto es: consolar a los enamorados"<sup>137</sup>.

Y, un último caso: en las últimas páginas de **El auto de fe** el autor efectúa veladas, pero inequívocas alusiones a abusos sexuales por parte de los inquisidores:

"Sorprende y escandaliza leyendo los registros en que nos ha transmitido la historia los nombres y señas individuales de los infelices perseguidos por la Inquisición, el infinito número de mugeres jóvenes y hermosas, condenadas a prisión perpetua en las cárceles secretas del tribunal. De casi todas se lee 'alta de cuerpo, ojos negros y grandes, delgada,

<sup>133</sup> *Ibíd.*, p. 121.

<sup>134</sup> *Cit.*, p. 109.

<sup>135</sup> *Ibíd.*, p. 113. En la página anterior esta misma monja cuenta que se comunica con su enamorado, un cura, mediante cartas que le envía dentro de pichones cocidos, dulces, bizcochos... Le deja leer una de sus cartas: "Dulcísima y graciosísima paloma mía: me hacen ir a predicar tres sermones, y tardaré dos siglos a volver, que dos siglos y más serán para mi enfermo corazón dos semanas que estaré sin ver tus ojos amorosos, sin oír tu voz encantadora, sin contemplar tu rostro hechicero, sin darte y recibir aquellos aspirados abrazos de ti y de mí solos entendidos. Si puedo, iré a despedirme; pero por si acaso escíbeme esta tarde, y aplica al papel una docena de besos como yo se los doy a éste para que tú los recojas. ¡Prenda mía! ¡Dueño mío! Tu imagen, que siempre tengo presente, será mi ídolo en esta ausencia, así como tú, ausente y presente, eres mi vida y mi alma. Tuyo, N".

<sup>136</sup> *Cit.*, tomo I, p. 295.

<sup>137</sup> Manuel Fernández y González: **Men Rodríguez de Sanabria** [1853]. Barcelona, Orbis, 1984, col. Historia de la literatura española 92, p. 53.

*morena clara, buena nariz, edad diez y ocho años, soltera-', 'por observante de la ley de Moisés', o por 'hechicera', o por 'melancólica', o por cualquier otro pretexto semejante. Y cuando se considera que sólo a los inquisidores les era dado entrar en las cárceles secretas para 'comunicar' con los presos o para entretenerse en darles tormento, las más amargas ideas se agolpan a la imaginación"<sup>138</sup>.*

Profundamente anticlerical -antifraile sobre todo- es el *El pilluelo de Madrid*<sup>139</sup> donde, haciendo gala de una gran variedad de registros, alternan la crítica festiva, chusca incluso, con la seria. Un fraile lujurioso es objeto de la siguiente sátira en verso:

*"Que te la quito, bribón!.../ un fraile tuno gritaba/ a un muchacho que chupaba/ de un lindo pecho el pezón./ La madre con intención,/ y con astucia no poca,/ le dijo: ponga la boca,/ donde la tiene el niño./ Iba el fraile con cariño/ a darla un beso amoroso,/ cuando aparece su esposo,/ y asiéndole del cogote/ le gritaba: ¡hola! infame,/ ahora le haré yo que mame/ la punta de este garrote!..."<sup>140</sup>.*

Esta vida regalada, inmoral e inútil de los frailes quien más la sufre es el pueblo. En esta misma obra el autor pone en boca de un fraile, que en un momento de sinceridad habla con otro, las siguientes palabras:

*"Me pesa también el no ser útil a mis semejantes. Porque hablando con llaneza ¿qué bienes reportamos a la sociedad los que a todo el mundo aborrecemos sin exceptuar a veces nuestras mismas familias? Nuestras órdenes monásticas, padre Rafael ¿de qué sirven a la humanidad? Por el contrario, la perjudican; son relativamente a ella lo que la noche al día: es decir, que la roban la luz de la razón y de la verdad, como las sombras de la noche esparcen su oscuro velo por la tierra, robándole su alegría y su esplendor. [...] Nosotros arrancamos violentamente a los moribundos codicilos en favor de nuestros monasterios dejando a las familias en la orfandad y en la miseria"<sup>141</sup>.*

Ideas que coinciden con las de Ayguals de Izco quien, refiriéndose al convento de San Francisco el Grande escribe:

<sup>138</sup> *El auto de fe*, tomo II, cit., p. 305-306.

De esta novela, aunque se sitúe en el reinado de Felipe II, se puede afirmar lo mismo que de *Juana y Enrique*: el autor localiza en el pasado una problemática contemporánea. Mi opinión coincide con la de Juan Ignacio Ferreras: "Si recordamos que en 1837 ocurrieron entre otras cosas el ensayo de una primera constitución. Si sabemos que en este año la burguesía liberal, moderada y progresista intenta ensayar un nuevo régimen, que se ataca a la Iglesia, que se lucha contra los carlistas, el significado de la novela se nos aparecerá un poquito más claro que si acudimos a Schiller, o a la obra que le haya servido de modelo. [...] Es natural que los burgueses progresistas, y hasta muchos de los moderados, vieran en la novela un medio de extender sus ideas y convirtieran la novela misma en un alegato político". *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica*, cit., p. 63 y 128.

<sup>139</sup> Alfonso García Tejero: *El pilluelo de Madrid, biblioteca pintoresca, original, curiosa y entretenida*, Madrid, Imprenta de D. W. Ayguals de Izco, 1848. El Novelista Universal, colección de las novelas de los más célebres escritores de Europa, tomo XXVIII. [3 tomos encuadernados juntos, 320, 215 y 224 págs. BN: 5/1947]

Se trata de una obra miscelánea en la que encontramos cuentos, canciones, poemas... En el prólogo declara cuáles son sus propósitos: "Mi obrilla será en extremo española, y contendrá leyendas, aventuras, recuerdos históricos de las glorias de nuestros antepasados y contemporáneos, novelitas, costumbres populares, poesías y este pensamiento político-filosófico: EL ESCLAVO etc., etc., etc., etc. [p. 20] Y un poco más adelante en verso: "EL PILLUELO, mi lector,/ se propone deleitar,/ y los vicios censurar/ de este mundo pecador/ [...] Acude, lector, gozoso,/ y sus faltas disimula;/ ten cuenta que a nadie adula,/ y del plebeyo hasta el rey/ la verdad es su santa ley/ y a nadie valdrá la bula./ P. 23-24.

<sup>140</sup> *Ibíd.*, tomo I, p. 158-159.

<sup>141</sup> *Ibíd.*, p. 273-274.

"Es curiosísimo el origen de este convento, suntuoso y magnífico, como solían ser todos los nidos de aquellos avechuchos con faldas, a quienes la ilustración del siglo lanzó de la sociedad, donde pretendía ejercer su despótico dominio, y en la cual parece tratan nuevamente de introducirse, para mengua de la civilización europea, seguramente con no menos santas intenciones de avasallar al pueblo y saciar en él su hidrópica sed de riquezas, de placeres y de venganzas"<sup>142</sup>.

Ayguals, que no ahorra apelativos insultantes -una página más adelante los llama "*langosta destructora*"- denuncia asimismo que el principal perjuicio que causan al pueblo es predicar en contra de la libertad alineándose junto a los sectores más reaccionarios de la sociedad:

"Lo que ellos querían era fascinar a los pueblos con su infernal gazmoñería [...] para afianzar el trono del despotismo teocrático", convirtiéndose así en instrumento "no sólo de la opresión teocrática, sino del dominio estúpido de las bayonetas, de esas bayonetas que paga el pueblo para que le sirvan, no para que le esclavicen"<sup>143</sup>.

Si Ayguals los llama "avechuchos" y "langostas", García Tejero utiliza otra imagen que profundiza en el efecto depredador:

"Un fraile puede considerarse, generalmente hablando como un leopardo que abandona la gruta para recorrer las campiñas, respirar su aire fresco y embalsamado y proporcionarse al mismo tiempo todos los placeres inherentes a su raza, es decir, el contacto sensual con la hembra, y el necesario alimento para la vida"<sup>144</sup>.

Las últimas citas, tanto de Ayguals como de G. Tejero, rebasan los límites de la crítica para entrar en los del anticlericalismo que me atrevería a llamar superficial, tosco y, ¿por qué no?, populista<sup>145</sup>. En la obra de Ayguals sobre todo, abundan los retratos de frailes de personalidad monocorde, sin matices, incapaces de un sólo sentimiento noble o altruista y que sólo utilizan su inteligencia para fines perversos. El siguiente retrato de fray Patricio, situado además al comienzo de la novela, -con lo que la opinión del lector sobre el personaje queda formada de antemano-, es prototípico:

"Fray Patricio rayaba en la edad de los 30 años. Era bajo de estatura y estúpidamente gordo. El pelo que formaba su cerquillo era rojo. Los ojos, sumamente pequeños, estaban acentuados por sendas cejas que parecían de cáñamo, y la pupila era de un verde claro que hacía su mirada traidora como la de los gatos. El conjunto de su rostro era grande, redondo y extremadamente encarnado, particularmente la punta de la nariz que parecía un pequeño tomate maduro. En una palabra, aunque su facha era la más estrambótica del convento, era el santo varón lujurioso como un mico, osado si los hay, presumido, hipócrita como los más de los frailes; y seguramente a fuerza de penitencias, ayunos, disciplinas y cilicios, manteníase frescote y rollizo como otros muchos siervos del Señor. Es inútil decir que Fray Patricio sorbía tabaco amarillo incesantemente, porque siendo esto un vicio, no podía haber ninguno que no lo tuviese un fraile"<sup>146</sup>.

<sup>142</sup> *María...*, cit., tomo I, p. 12.

<sup>143</sup> *Ibíd.*, p. 14.

<sup>144</sup> *El pilluelo...*, cit., tomo I, p. 272.

<sup>145</sup> Ya veremos más adelante en los apartados que voy a dedicar al poder, a la desigualdad social, soberanía popular y otros, cómo la actitud de Ayguals es de claro halago al pueblo, cuya adhesión intenta ganar a toda costa, para comprometerlo con la política liberal en la que, según él, puede sentirse perfectamente cómodo.

<sup>146</sup> *María...*, cit., tomo I, p. 17.

Imagen de tono muy parecido encontramos también en *El pilluelo de Madrid*:

*"El ser fraile es una ganga.  
Tenían por recompensa  
'sopa boba' y ancha manga  
provista como despensa.  
Su asilo no era un encierro,  
fingían votos profundos,  
y andaban por esos mundos  
como vacas sin cencerro"<sup>147</sup>.*

Al mismo nivel de anticlericalismo superficial se sitúan las sátiras caricaturescas de la excesiva religiosidad que ha vuelto a imponerse tras la caída del gobierno liberal de Espartero en 1843 y el inicio de la década moderada con la subida al poder de Narváez:

*"Tanto encender sacros cirios...  
confesión y procesiones...  
y tanto rezo y sermones  
y novenas y martirios ¡¡"*

Pero la crítica no es contra la beatería en sí misma, sino contra la nueva atmósfera de represión, de la que la beatería es un mero síntoma:

*"¡Ay madre! poco me gusta  
'esta marcha'... este jaleo:  
tanto ganar jubileo...  
en verdad madre me asusta.  
Una idea me estremece...  
'las horcas'!!! ¡pobres hermanos!...  
desde que no hay milicianos  
toda inquisición parece"<sup>148</sup>.*

Y es que lo que está ocurriendo ahora le recuerda al autor otras épocas de triste memoria y, por ello mismo, es consciente de que todos los avances realizados tras la muerte de Fernando VII se pueden perder y volver situaciones del pasado que parecían definitivamente superadas:

*"¿Quién hubiera de decir que el año de 1844 sería parecido al 24 ó al 34? Las beatas están contentísimas considerando que en lugar de revistas en el Prado y fiestas cívicas y bailes de máscara, tienen hoy largas novenas, cuarenta horas, procesiones, sermones, oraciones, estaciones, confesiones, absoluciones, contriciones y demás actos de santidad y de penitencia"<sup>149</sup>.*

La intención de Ayguals es también la de advertir contra el peligro que se deriva de las nuevas circunstancias; por eso, hacia el final de *María* escribe: "*Fray Patricio no tiene de fabuloso más que su nombre: su carácter, sus crímenes, su ambición, su hipocresía, forman el tipo histórico de la mayor parte de los enemigos de nuestra prosperidad*"<sup>150</sup>. Para que el pueblo que es el verdadero destinatario -no lo olvidemos- de estos mensajes los capte y retenga de un modo eficaz es necesario que sean lo más gráficos posibles, elementales; el pueblo no entiende de

<sup>147</sup> Cit., tomo I, p. 265.

<sup>148</sup> *Ibíd.*, p. 125-126.

<sup>149</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 92-93.

<sup>150</sup> Cit., tomo II, p. 332.

sutilezas. Dado que lo que se pretende es alejarlo de la influencia excesiva y funesta de la Iglesia -que no de la religión, como se verá- la exageración caricaturesca va encaminada a esta finalidad. Lo mismo que la conducta desagradecida y mezquina de Fray Patricio quien, a pesar de deber su vida a Anselmo, que arriesgó la suya para salvarlo de las matanzas de frailes en julio del 34, lo acusó de haber tomado parte en esas matanzas.

El anticlericalismo en todas sus facetas, desde las más superficiales y caricaturescas hasta las más serias y profundas, forma parte de una campaña de desprestigio de la Iglesia para alejar al pueblo de su órbita de influencia. Los liberales, empeñados en una revolución burguesa que se abre camino a trancas y barrancas, conocen el empeño y la capacidad de la Iglesia para obstaculizarla. Mediante la sátira, sobre todo la gruesa, buscan ridiculizarla ante el pueblo para ir así poco a poco minándola mediante una labor de zapa perfectamente calculada. Pero debe quedar muy clara una cosa: sus ataques van siempre contra la Iglesia, nunca contra la religión. Son frecuentes declaraciones del más profundo sentimiento religioso y de defensa del auténtico cristianismo<sup>151</sup>. Precisamente ésta va a ser -al menos en el plano superestructural- una de las razones por las que justifican sus críticas a la Iglesia. De ahí que en *Los misterios de Madrid*, Martínez Villergas, tras contar detenidamente las muchas inmoralidades y casos de corrupción en que se ha visto envuelto el clérigo D. Toribio -acaba de descubrirse que una falsa marquesa, a la que utiliza como tapadera para sus manejos, es hija suya- comenta: "*Mucho más daños hace a la religión un D. Toribio que la defiende que un Voltaire que la combate*"<sup>152</sup>. Y es que la burguesía se va a dar cuenta inmediatamente de que la religión le es imprescindible para levantar las nuevas estructuras sociopolíticas a cuya tarea se encuentran aplicados. Es más, conforme avance el siglo, se darán cuenta de que también necesitan a la Iglesia para combatir el ateísmo de socialistas y anarquistas en cuyas órbitas de influencia se moverán las clases trabajadoras.

Si el liberalismo critica a la Iglesia porque ve en ella un enemigo para sus intereses de clase y considera perjudicial la influencia que ejerce sobre el pueblo, antagónica es la actitud de Fernán Caballero: la defiende como garante de un orden social que amenaza ruina. Para

<sup>151</sup> Este aspecto será tratado más adelante en el apartado relativo a las desigualdades sociales. Ayguals, por ejemplo, apelaré continuamente a la caridad cristiana, a la pureza del mensaje evangélico, como modo de atenuar y atemperar las desigualdades entre ricos y pobres y contribuir así a hacer más soportables las condiciones de éstos y, sobre todo, evitar el rencor social.

<sup>152</sup> Cit., tomo III, p. 166.

Sin embargo, dos páginas más adelante, lo que empieza pareciendo una defensa de Voltaire y un ataque a la religión, se convierte en lo contrario: "*Los que acusan a Voltaire no son muy dignos de consideración, porque hacen tan malas obras como él aunque con mejores palabras; y en Voltaire, hombre a quien respetamos por su erudición y talento, compadecemos el pésimo uso que hizo de tan brillantes dotes, y le condenamos al desprecio como hombre por la inmoralidad de sus inconsecuencias, de sus extravíos, de sus licencias, en una palabra, de su lujo de corrupción*". Ibid., p. 168.

En esta cita no quedan muy claros los motivos por los que ataca a Voltaire. Pero es evidente que la crítica de éste no apunta sólo contra la Iglesia, sino que ponen en duda los propios fundamentos de la religión. El siguiente juicio de un historiador de la filosofía lo reconoce: "*Teóricamente, Voltaire fue un deísta y admitió una religión de razón, al estilo de los librepensadores ingleses, [...]. [Pero] la metafísica del deísmo no es ya una verdadera metafísica, y su manera de hablar de la fe no contribuye precisamente a apoyar la religión, sino a destruirla, ya que la deja al aire, sin el apoyo de los preámbulos racionales de la fe.*"

Johannes Hirschberger: *Historia de la filosofía. II Edad moderna, edad contemporánea*, Barcelona,

Fernán Caballero la religión únicamente proporciona beneficios al pueblo. En *La familia de Alvareda* Perico mata a Ventura cuando descubre que éste tiene relaciones con su mujer Rita. Perico huye y pasa a formar parte de una partida de bandoleros. Cae gravemente enfermo y lo dejan en una venta para que lo cuiden. Marta, la ventera, en un principio se muestra reacia a atenderlo, pero todos sus recelos desaparecen al observar que Perico lleva un escapulario al cuello. Cuando, una vez restablecido, Perico le da las gracias, la ventera responde:

*"No me lo tienes que agradecer a mí, le dijo la buena mujer, sino al que te trajo aquí; por cierto que no puse muy buena cara cuando te vi llegar; pero te he tomado buena voluntad porque he visto que eres buen cristiano y buen hijo"*<sup>153</sup>.

La religión actúa, pues, como un impulso incontenible que cambia los corazones e impele a hacer el bien. Como es lógico las familias de Perico y Ventura se enemistan. Pero tras asistir a un sermón de un misionero sobre el perdón, Pedro, padre de Ventura va a casa de Ana, madre de Perico, y se reconcilian ante la alegría de todo el pueblo de Dos Hermanas. La autora, en nota a pie de página, comenta:

*"La persona que escribe esto, ha presenciado y da testimonio de una misión semejante. ¡Qué religión la que a la voz de un pobre misionero ablanda los altivos y tenaces corazones españoles y obliga a los más encarnizados enemigos a abrazarse! ¿Ha cambiado jamás la ilustración del siglo un corazón lleno de odio en uno lleno de amor?"*<sup>154</sup>.

Y Rita, la culpable de todo desde la perspectiva de la autora, porque ella con su conducta casquivana fue la que provocó la conducta violenta de su marido, también se arrepiente:

*"El pueblo todo miró a la franca y públicamente arrepentida con caridad [porque] el pueblo, más generoso y más justo, honra las señales públicas de arrepentimiento y humillación, y así no hubo quien al ver a Rita postrarse y llorar, no trocase su indignación en lástima y la imprecación "¡infame!" a la suave voz de ¡pobrecita!"*<sup>155</sup>.

No es sólo el pueblo quien actúa noblemente movido por la religión: lo mismo sucede en las clases altas. En *Elia* la marquesa de Valdejara, doña Inés de Córdova, maldice a su hijo Carlos porque se quiere casar con una mujer de inferior rango social en contra de la opinión de su madre. El director espiritual le pide a la marquesa que retire su maldición; aunque en un principio se resiste, termina cediendo: *"La mujer religiosa había triunfado de sus pasiones; ¡la católica pisaba la cerviz de la serpiente!"*<sup>156</sup>. Claro que, al final, aunque por caminos indirectos, la marquesa se sale con la suya, pues la propia Elia renuncia al matrimonio y profesa en un convento. Las razones que utiliza Elia para convencer a Carlos son reveladoras: *"Carlos, todo lo que lleva a arrostrar la opinión y arrollar el orden establecido es ciega pasión; y ésa no guía bien y debe ser guiada"*<sup>157</sup>. Es difícil reconocer de un modo más claro que la religión está actuando al servicio del orden establecido. Aunque las palabras de Elia estén pronunciadas desde la

Herder, 2ª edc., 1967, p. 149.

<sup>153</sup> *La familia de Alvareda* [1849]. Madrid, Castalia, 1979, Clásicos Castalia 88, edición de Julio Rodríguez-Luis, p. 164.

<sup>154</sup> *Ibíd.*, p. 169.

<sup>155</sup> *Ibíd.*, p. 170.

<sup>156</sup> *Elia o España treinta años ha (1814)* [1849]. Madrid, Alianza, 1968, p. 146.

<sup>157</sup> *Ibíd.*, p. 207.



ingenuidad -el personaje asume que las cosas son como son porque todo responde a un orden establecido por Dios- críticamente analizadas resultan cínicas: Fernán Caballero está admitiendo implícitamente las acusaciones que los liberales hacen a la Iglesia de estar actuando al servicio del Antiguo Régimen. Lo que ocurre es que Fernán Caballero plantea en términos morales -necesidad de dominar la pasión- lo que es un problema social: matrimonios desiguales. Al solucionar la primera cuestión -Elia está dispuesta a dominar la pasión metiéndose a monja- ya no es necesario plantearse la segunda: el orden social queda intacto sin ni siquiera haberse planteado su validez. Fernán Caballero supera las críticas de los liberales eludiéndolas al plantear las cuestiones en otra dimensión: la sociedad debe permanecer como está porque pretender cambiarla es una muestra de insana pasión que pone en peligro la salvación del alma<sup>158</sup>. La autora siempre va a tratar la cuestión religiosa en el terreno puramente espiritual. En este sentido, los beneficios que ejerce sobre el pueblo en su conjunto son inmensos pues la religión -la católica por supuesto- sirve de luz y guía. En *La Gaviota*, cerca de Villamar, en una colina próxima al pueblo, camino natural por el que entran y salen todos sus habitantes, hay una capilla y una cruz, que se divisan tanto desde el mar como desde tierra, presidiendo las vidas de todos ellos tanto en tierra como en el mar:

*"Delante de la cruz pendía un farol, siempre encendido; y la cruz, emblema de salvación, servía de faro a los marineros; como si el señor hubiera querido hacer palpables sus parábolas a aquellos sencillos campesinos, del mismo modo que se hace diariamente palpable a los hombres de fe robusta y sumisa, dignos de aquella gracia"*<sup>159</sup>.

La religión es capaz de conseguir que aflore lo mejor de cada cual a diferencia de lo que ocurre con modernos conceptos acuñados por las tendencias filosóficas del día; de ahí que el pueblo que es religioso se comporte siempre de un modo fraternal con los demás *"porque el pueblo rudo no sabe lo que es filantropía; pero sabe, porque se lo enseña la religión, lo que es caridad cristiana"*<sup>160</sup>. Además, la acuñación del neologismo no ha supuesto la invención de nada nuevo:

*"¿A qué tanto recalcar y acudir a la voz filantropía, cuando hay una voz más propia, más fuerte, más simpática, más escuchada, que siempre ha existido y ejercido su inmenso poder entre cristianos, que es la de caridad? ¡No parece sino que con la voz han inventado la cosa!"*<sup>161</sup>.

<sup>158</sup> La siguiente conversación es un ejemplo más de este intento de mantener el orden social a toda costa, defendiéndolo de las críticas aduciendo que éstas son consecuencia de turbios sentimientos e ilícitas pasiones individuales: *"Decís, don Federico -observó la marquesa-, que en España cada cual está satisfecho con lo que le ha tocado en suerte. ¡Ah doctor! ¡Cuánto siento decir que ya no somos en esa parte lo que éramos! Mi hermano dice que en la jerigonza del día hay una palabra inventada por el genio del mal y del orgullo, especie de palanca a que no resisten los cimientos de la sociedad, y que ha ocasionado más desventuras a la especie humana que todo el despotismo del mundo.*

*-¿Y cuál es esa palabra -preguntó Rafael- para que yo le corte las orejas?*

*-Esa palabra -dijo la marquesa suspirando- es la noble ambición.*

*-Señora -dijo Rafael-, es que a la ambición le ha entrado la manía general de la nobleza."*

*La Gaviota* [1849]. Barcelona, Orbis, 1988, Grandes Escritoras 21, p. 172.

<sup>159</sup> Cit., p. 37.

<sup>160</sup> *La familia de Alameda*, cit., p. 170.

<sup>161</sup> *Elia*, cit., p. 38.

En consonancia con estas ideas las estampas que presenta Fernán Caballero del pueblo sencillo están siempre impregnadas de profunda religiosidad. En *La familia de Alvareda*, varias mujeres van de visita a la ermita de Santa Ana, próxima a Dos Hermanas. Allí la santera les cuenta varias historias de milagros<sup>162</sup> a cuya narración atienden con auténtico fervor:

*"Oían Ana, Elvira y Marcela a la santera, enternecido y fervoroso el corazón y humedecidos los ojos. Con estos sentimientos se ha trasladado el relato al papel. ¡Haz, Dios mío, que con los mismos se lea!"<sup>163</sup>.*

En otro pasaje de esta misma novela la abuela María adoctrina a sus nietos contándoles relatos bíblicos y, a su vez, los niños recitan las lecciones del catecismo con un desparpajo que parecen doctores en teología:

*"Mae María, dijo la niña, ¿me quiere Vd. contar un cuento y le diré la doctrina? Mire Vd.; los enemigos del alma son tres: demonio, mundo y carne.*

*-Ese enemigo me gusta a mí, dijo el niño.*

*-¡Calla, chiquillo! le dijo su abuela, que no se trata de la carne de la olla.*

*-¿Pues de cuál, mae María? preguntó el niño.*

*-Por ahora aprende la letra, contestó su abuela, que cuando tus alcances te lo permitan, aplicarás lo aprendido. Por lo pronto, sépate que tu carne, es decir, tus apetitos te llevan a ser tan goloso como eres, y que la gula es pecado mortal*

*-Siete son éstos, saltó diciendo la niña, y los recitó.*

*-Yo, mae María, dijo Ángel, sé las tres Personas. El Padre, que es Dios, el Hijo que es Dios, y el Espíritu Santo, que es paloma".*

El comentario de la abuela a su hija ante estas demostraciones de los nietos no puede ser más elocuente: "*¿Es posible, dijo con dolor María, que había estado en sus glorias oyendo a los niños; es posible, Rita, que no te guste oír la palabra de Dios, y que no te enajene en la boca de tus hijitos?"<sup>164</sup>*. La abuela se siente "enajenada" oyendo a sus nietos estas demostraciones de conocimiento de la doctrina cristiana. Es evidente que la autora participa de este mismo enajenamiento; a veces tanto que incluso da aclaraciones en notas a pie de página con las que pretende adelantarse a posibles objeciones o críticas. Así, tras reproducir otro de estos relatos milagrosos y sensibleros, escribe en una nota:

*"Este relato es mucho más largo; pero no nos atrevemos a proseguir, por no abusar de los lectores con pueriles cuentos de niñas o de viejas, epíteto que no dejaría de aplicárseles. Día*

<sup>162</sup> A través de todos estos milagros se trasluce la candidez, ingenuidad y conformismo del pueblo. Uno de ellos es el siguiente: las visitantes le preguntan a la santera por unas espigas colgadas en la capilla. La santera les responde que fueron llevadas por una mujer del pueblo, Petrola, en agradecimiento a un milagro de Santa Ana: "*Esas pobres gentes no tienen sino la peonada (lo que se gana de jornal) del padre para ocho hijos. Habían podido agenciar para sembrar un pegujalillo. En él tenían puestas sus esperanzas, en él se estaban mirando como en un espejo, y con razón, porque el pegujal lo agradecía; crecía lozano que no parecía sino que lo regaban con agua bendita. Un día entra su vecina, venía del campo, y le dijo que está la langosta en su trigo; ¡la langosta, una de las plagas de Egipto! Ni un rayo que hubiese caído del cielo, hubiese dejado más aterrada a la infeliz. Sale despavorida sin saber lo que hacía, abandonando su casa y sus hijos, corre desatentada, con los brazos abiertos y gritando a voces: ¡Santa Ana! ¡Santa Ana! ¡que es el pan de mis hijos! ¡el pan de mis hijos!.*" Cuando llega a su sembrado y la langosta había pasado de largo sin tocarlo. "*Ya podéis graduar el enajenamiento y gratitud de la buena mujer; pero como era tan pobre, no lo pudo demostrar sino trayéndole estas espiguitas a la santa.*" P. 108-109.

<sup>163</sup> Cit., p. 109.

<sup>164</sup> Cit., p. 119-120.

*llegará en que en España, como en los países más cultos del mundo, se les dé un valor inmenso a estos hijos del corazón ferviente y lleno de fe del pueblo, que hacen sonreír y enternecerse a la vez, como lo hace la infancia*<sup>165</sup>.

La gente del pueblo da constantemente muestras de religiosidad y respeto hacia la Iglesia:

*"Cuando entraron en su calle, dos hermosos chiquillos volaron al encuentro de Perico. Pero en el momento de llegar, una sonora y solemne campanada anunció la oración. Perico se paró y se quitó el sombrero. La burra y el perro, que por un largo hábito conocían el toque, se pararon igualmente, y los niños quedaron inmóviles".*

El niño, que se ha quedado inmóvil como todo el mundo, cuando termina la oración pregunta a su padre que por qué hay que pararse. Su hermana se adelanta en la respuesta: "*¿No te acuerdas, le dijo su hermana Angelita, de lo que dice tía Elvira, que cuando toca esta hora dedicada a la Virgen, se paran nuestros ángeles de la guarda por respeto, y que si entonces anduviéramos, sería solos y sin ellos?*"<sup>166</sup>. La tía María **-La gaviota-** le confiesa a Stein, tras recordar que su difunto esposo era hermano de la cofradía del Rosario de la Aurora, que la única razón por la que no se encuentra completamente a gusto viviendo en el campo es porque no puede cumplir con todas sus devociones religiosas. Su celo por la religión le lleva incluso a preocuparse -lo que le parece inconcebible- por que haya gente sin fe:

*"-Don Federico -dijo la tía María después de un rato de silencio-, ¿es verdad que hay por esos mundos de Dios hombres que no tienen fe?*

*Stein calló.*

*-¡Que no pudiera usted hacer con los ojos del entendimiento de los tales, lo que ha hecho con los de la cara de Momo! -contestó con tristeza la buena anciana*<sup>167</sup>.

Fernán Caballero, firme defensora de la religión por los efectos saludables que la fe ejerce en el pueblo y en toda la sociedad, sólo le reconoce esos efectos a una: la católica:

*"El espiritualismo existe, pero aun en literatura existe sencillo, natural, real y estable en su firme y única base: la religión católica. Fuera de esto, es alambicado, metafísico, afectado, y se eleva cual un globo sin dirección, expuesto a caer si le falta el ligero gas que le hincha*<sup>168</sup>.

Por eso, el comentario de la marquesa de Guadalcanal, cuando se entera de que Rita ha rechazado la proposición de matrimonio de un noble inglés, es de total aprobación: "*Bien hecho -añadió la marquesa-. ¡Un protestante! Dios nos libre*"<sup>169</sup>. Pero los sentimientos religiosos, la fe, sólo caben en corazones altruistas y magnánimos. De ahí que en este mezquino siglo XIX no sea precisamente un valor en alza y no se comprenda, por ejemplo, que una mujer que se encierra en un convento lo haga impulsada por un sentimientos generosos:

*"Todo se comprende en el mundo, todos los vicios, todas las irregularidades, las inclinaciones más atroces, hasta las de los antropófagos; pero se niega la de la vida tranquila y retirada, sin cuidado de lo presente ni de lo porvenir. En el mundo todo se cree; se cree en la mujer libre, en la moral del robo, en la filantropía de la guillotina; se cree en los*

<sup>165</sup> *Ibíd.*, p. 121, nota 1.

<sup>166</sup> *La familia de Alvarada*, cit., p. 115-116.

<sup>167</sup> *La gaviota*, cit., p. 61.

<sup>168</sup> *Elia*, cit., p. 31.

<sup>169</sup> *La gaviota*, cit., p. 146.

*habitantes de la luna, y en otros puffs, como dicen los ingleses, o canards, como dicen nuestros vecinos, o bolas y patrañas, como llamamos nosotros. Todo se lo traga el escéptico sátiro llamado mundo, porque nada hay tan crédulo como la incredulidad, ni tan supersticioso como la irreligión. Pero no cree en los instintos de pureza, en los deseos modestos, en corazones humildes, ni en sentimientos religiosos: eso no. La existencia de éstas es un puff, un canard, una bola que no le cuela. No tiene nuestro Minotauro tales tragaderas. Para esos filósofos que pretenden guiar la opinión, una religiosa es, o una víctima inmolada o un monstruo que se sustrae a las leyes de la naturaleza y a sus sagrados instintos. Nobles y elevados son por cierto vuestros sagrados instintos, si engendran la mujer libre, y niegan la mujer religiosa, sumisa y casta<sup>170</sup>.*

Afortunadamente estas ideas disolventes de los sentimientos religiosos solamente campan a sus anchas allende los Pirineos: "Guardad allá vuestras máximas impías y disolventes, que en España no son los entendimientos bastante obtusos para que los engañéis, ni las almas bastante innobles para que las pervirtáis<sup>171</sup>". En *Elia* aparece un personaje, don Narciso Delgado -filósofo (con todas las connotaciones negativas que para la autora conlleva la palabra) y médico de la Condesa de Palma- que sostiene estas mismas ideas:

*"-¿Pobres monjas?... -exclamó el señor Delgado-. Entes egoístas, cuando no débiles víctimas, que por capricho, despecho o pereza, se separan de la sociedad, figurándose, entre sus cuatro paredes, elevadas sobre el género humano; envidiosas, maliciosas, murmuradoras, muy anchas por llevar a Dios un corazón que nadie ha querido<sup>172</sup>.*

Exactamente lo mismo que don Narciso piensa el autor -Francisco Robello- de otra novela estrictamente contemporánea de la de Fernán Caballero:

*"Si las madres monjas hubieran sido efectivamente madres, pero madres de familia, sin duda se compadecieran, acordándose de sus hijas, de aquella joven infortunada; pero la carencia de este afecto tan íntimo como sublime, y la venda del fanatismo y de las preocupaciones cierran al corazón el camino de las afecciones compasivas y sensibles<sup>173</sup>.*

No hay que olvidar que las críticas al excesivo número de conventos es una de las constantes de los liberales quienes, además de suprimir muchos de ellos, expropiaron los inmuebles con las distintas leyes desamortizadoras. El liberalismo es, pues, el culpable de que los valores espirituales no gocen en los tiempos que corren del aprecio que tuvieron hasta hace relativamente poco y de que las preocupaciones por las cuestiones trascendentales se consideren -desgraciadamente- anacrónicas, como se pone de manifiesto en la consideración que el toque de agonía merece para los sostenedores de las modernas ideas:

*"Toque solemne, toque lúgubre, voz de la iglesia que avisa al hombre que uno de sus hermanos lucha entre angustias, fatigas y congojas, y va a comparecer ante el tremendo tribunal. Grave saeta con que la iglesia dice a la multitud que bulle encenagada en intereses frívolos que tiene por importantes, en pasiones pasajeras que sueña eternas: 'Paraos un momento por respeto a la muerte, por consideración a vuestro semejante que va a desaparecer de la tierra, como desapareceréis vos mañana'. Pero esa voz que hablaba de muerte, esa voz que decía: '¡rogad y acordaos!' era intempestiva en el siglo de las luces. ¡La*

<sup>170</sup> *La familia de Alvareda*, cit., p. 102-103.

<sup>171</sup> *Ibíd.*, p. 103.

<sup>172</sup> *Cit.*, p. 63.

<sup>173</sup> El Tío Fidel [Francisco Robello y Vasconi]: *La criolla y los jesuitas* [1848], tomo II, cit., p. 187.

*ilustración acordarse de la muerte! ¡Eso queda bueno para los cartujos! Y la ilustración mandó callar a la iglesia, porque su voz le importunaba*<sup>174</sup>.

Sobre la misma cuestión, pero de un modo más explícito, insiste en el siguiente texto:

*"Ya había anochecido cuando llegó. El edificio era un convento como los que construían en los siglos pasados, cuando reinaba la fe y el entusiasmo: virtudes tan grandes, tan bellas, tan elevadas, que por lo mismo no tienen cabida en este siglo de ideas estrechas y mezquinas; porque entonces el oro no servía para amontonarlo ni emplearlo en lucros inicuos, sino que se aplicaba a usos dignos y nobles, como que los hombres pensaban en lo grande y en lo bello antes que pensar en lo cómodo y en lo útil. Era un convento que, en otros tiempos, suntuoso, rico, hospitalario, daba pan a los pobres, aliviaba las miserias y curaba los males del alma y del cuerpo; mas ahora, abandonado, vacío, pobre, desmantelado, puesto en venta por unos pedazos de papel, nadie había querido comprarlo ni aun a tan bajo precio*<sup>175</sup>.

Las penas del corazón las aliviaba la Iglesia predicando las enseñanzas del cristianismo y el pueblo caminaba seguro, pero los acontecimientos que están teniendo lugar últimamente no son en absoluto consoladores:

*"Los misioneros predicaban de noche, y la iglesia se llenaba de un pueblo que venía a oír la palabra de Dios que enseña al hombre a ser bueno. Ahora hay **clubs** en que se enseña al hombre a ser libre y más **digno**. ¡Pobre pueblo!*<sup>176</sup>.

En las últimas citas han comenzado a deslizarse -aunque indirectamente pues, como ya se ha visto, la autora nunca lleva la discusión a este terreno- las motivaciones socio-económicas y políticas, tras las que se encuentra el desarrollo capitalista burgués. Las reticencias hacia el progreso son, en consecuencia, continuas. Así, en la tertulia de la Marquesa de Gudalcanal se habla de las modernas teorías; su sobrino Rafael Arias realiza continuos comentarios irónicos que merecen la aprobación del hermano de la Marquesa, el general Santa María:

*"-¡Bien dicho, sobrino! -exclamó el anciano general-. ¡Tanto nuevo maestro, y cada cual enseña una cosa y predica una doctrina a cuál más nueva y más peregrina! ¡El progreso! ¡El magnífico y nunca bien ponderado progreso!*<sup>177</sup>.

Progreso ideológico que acompaña al tecnológico que es, por ello, igualmente rechazado. *Un servilón y un liberalito*, localizada en el Puerto de Santa María, comienza describiendo el paisaje contemplado desde el castillo de Mnesteo; una de las cosas que se divisan:

*"Vese también en la vega otro objeto lleno de **actualidad y palpitante de interés** (según se expresan en francés traducido los periódicos de la corte y sus socios de las provincias), se ve, sí, se ve, poniendo cuidado o sacando un antejo de larga vista, el camino de hierro; pero... ¡qué chico! ¡qué mezquino! Cuando en seguida se baja la vista, y se mira aquel castillo de otras edades, tan grandes, tan fuerte y sólido; cuando se miran las iglesias seculares, allí en Cádiz, en Puerto Real, serenas e inmutables entre huracanes, vicisitudes, guerra y siglos... y se comparan a esa moderna **obra magna**, no puede uno menos de considerar que mientras*

<sup>174</sup> *La familia de Alvarada*, cit., p. 152.

<sup>175</sup> *La gaviota*, cit., p. 20-21.

<sup>176</sup> *La familia de Alvarada*, cit., p. 168.

<sup>177</sup> *La gaviota*, cit., p. 144.

*más se emancipa el hombre de Dios, más mezquinas, efímeras, e inconsistentes son, no solamente sus ideas, sino también sus obras*<sup>178</sup>.

En esta misma novela, cronológicamente situada en 1823, Leopoldo Ardaz, joven liberal y anticlerical<sup>179</sup> entra, huyendo del ejército de Angulema, en el castillo donde viven D. José, viejo maestro, su mujer Escolástica y su hermana Liberata: "tres almas de Dios". A pesar de su ideas conservadoras protegen al joven, quien paga la protección con continuas travesuras, como escribir bajo la lámina de un libro en la que Santa Ana enseñaba a leer a la Virgen: "Código de la Constitución"<sup>180</sup>. Leopoldo huye. Pasados doce años vuelve al castillo convertido en general. Se ha olvidado por completo de sus veleidades revolucionarias y ante las dos mujeres -D. José había muerto- declara:

*"Soy español, soy cristiano, soy católico: creo por lo tanto en las gracias espirituales y materiales que obtiene la fe, esa fe que nos une a Dios, a su redil, a nuestros hermanos. Si la hallo en almas puras y en corazones sanos más robusta, más ciega, más cándida y confiada que lo es la mía, lejos de condenarla o burlarme de ella, la venero y la admiro".*

Palabras que conmueven tanto a las ancianas -que se acuerdan de las irreverencias anteriores de su antiguo huésped-, como a su mujer Margarita:

*"-Oh Leopoldo! exclamó con dolor Margarita, cuando hubieron salido: -¡Y habrá hombres de ideas rectas y de corazón sano que se atrevan a decir a los creyentes y a imbuir en el pueblo: 'Vuestra fe es necia, vuestra confianza es vana: no hay esfera espiritual: el mundo es una bola material y estúpida, que no tiene Criador; sin más luces que la de los hombres; sin más motor ni más poder que el de la casualidad!...' "*<sup>181</sup>.

Para Fernán Caballero religión y progreso son incompatibles. Y lo son porque los ve como pertenecientes a dos sistemas socio-económicos antagónicos: Antiguo Régimen y liberalismo burgués, de cuyo enfrentamiento deriva toda la problemática que en estos momentos tiene planteada la sociedad española. La autora está claramente a favor del primero, al que intenta "salvar" en todas estas novelas mediante la presentación apologética de los beneficios materiales y espirituales que para el pueblo suponen los valores religiosos.

<sup>178</sup> Fernán Caballero: *Un servilón y un liberalito o tres almas de Dios* [1857], Puerto de Santa María, Publicaciones de la Casa de la Cultura, 1975, p. 8-9.

<sup>179</sup> "Leopoldo estaba entonces, por desgracia imbuido en las acerbas máximas anti-religiosas que de la mano traía consigo el liberalismo, que, -por ese instinto de verdad que hay en todo corazón recto- rechazaban las gentes religiosas, a las que tan ampliamente ha dado la razón el tiempo". *Ibid.*, p. 36-37.

<sup>180</sup> Otras veces en que los tres habitantes del castillo se ponían a rezar por el rey, Leopoldo les interrumpía gritándoles: "-¿Qué les importa a Vds. el Rey? ¡El Rey es un pecador como yo, y un zoquete, tan zoquete como los que rezan por él!". Burlas que escandalizaban a D. José, quien respondía ingenuamente: "Al Rey lo ha puesto Dios en el trono, y debemos acatarle, ¿está Vd.; mocito? Hemos de ser mandados, no hay tu tía; y para eso está ahí el Rey legítimo, que lo tiene de derecho, por herencia, y en la masa de la sangre. Y esto vale más que cien reyezuelos, a cual más malo, a cual más amigo de destruir, que están abriendo una puerta... por la que se nos entrarán muchos males!". *Ibid.*, p. 38.

<sup>181</sup> *Ibid.*, p. 97-98-

### 2.2.2.1. CONCLUSIONES DE LA IGLESIA Y LA RELIGIÓN.

Las novelas se pueden clasificar en dos grupos que reflejan dos ideologías -Antiguo Régimen y Liberalismo- que responden a su vez a los intereses de dos clases distintas. Las de ideología liberal atacan a la Iglesia denunciando la corrupción de todo tipo de la institución y sus ministros. Pero nunca a la religión; ninguna de ellas pone en duda la necesidad de la existencia de la religión, que es, por supuesto, la católica<sup>182</sup>. Fernán Caballero, por el contrario, elude por completo el componente material y humano de la Iglesia destacando únicamente el espiritual. Es decir, mientras las novelas liberales se ensañan con la dimensión humana de la Iglesia dejando intacta la espiritual, Fernán Caballero sólo ve esta. La razón por la que los liberales critican la primera es porque ven que la Iglesia es un firme sostén de unas estructuras sociales que obstaculizan el avance del liberalismo, y gran parte de su fuerza se basa en la influencia que tienen sobre el pueblo. Fernán Caballero no lo dice abiertamente, pero asocia también, como se ha visto, denunciándolo, que el avance del progreso y de las ideas liberales conlleva el retroceso de la religiosidad. Y lamenta las consecuencias que para el pueblo puede tener la divulgación de las ideas irreligiosas. Luego, tanto unos como otros, los que atacan y los que defienden a la Iglesia, hacen sus críticas o sus panegíricos para atraerse al pueblo a su órbita de influencia o para evitar su deserción. ¿Qué otra intención puede haber detrás de esa sátira anticlerical que presenta a los frailes como "langostas" o "tigres" que arrasan y depredan al pueblo? Frailes que son, además, los más fanáticos defensores del absolutismo. Y lo mismo puede decirse de Fernán Caballero: ¿Qué otra finalidad que no sea evitar que el pueblo deserte de las filas de los defensores de la sociedad tradicional, tienen sus quejas de que en los tiempos que corren el pueblo no asiste a los sermones y sí a los clubs que están así acabando con el "monopolio instructor" de la Iglesia? ¿O la candidez de Margarita cuando se asombra, resistiéndose a creerlo, de que haya gente que se dediquen a propagar entre el pueblo máximas contra la fe? Es decir, Fernán Caballero se está quejando de lo que señalaba en la introducción de este capítulo: la instrucción laica -que desde su óptica no es tal- impartida por la burguesía liberal está sustituyendo a la religiosa tradicionalmente en manos de la Iglesia. El destinatario de la instrucción es en ambos casos el pueblo. Luego, tras la defensa de la Iglesia lo que subyace es la oposición al liberalismo y al desarrollo burgués; y viceversa. O, dicho de otro modo: ambos se están disputando al pueblo para utilizarlo en defensa de sus respectivos intereses de clase.

---

<sup>182</sup> Recordemos que incluso en la liberal Constitución de Cádiz, tan atacada por los conservadores como germen de impiedad, se reconoce como única religión la católica. En el Artículo 12 se dice textualmente: "*La religión de la Nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera. La Nación la protege por leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquier otra.*"

Jorge de Esteban: *Las constituciones de España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998, Textos y Documentos 1, p. 104.

### 2.2.3. EL PODER Y LA AUTORIDAD.

Lo mismo que afirmaba al comienzo del punto anterior, se puede afirmar al comienzo de éste: ya no hay institución indiscutida. El acatamiento casi general de la novela del período anterior del origen divino del poder y, por tanto, del absolutismo, es sustituido por la defensa, también casi general, de la soberanía popular o, al menos por la denuncia de los abusos del poder. Lo cual es otra consecuencia de la laicización y aburguesamiento de la sociedad española. En este apartado me voy a centrar en el análisis de los abusos del poder dejando el de la soberanía popular para un apartado posterior.

No obstante la afirmación que acabo de hacer, existen todavía una serie de novelas que siguen defendiendo el absolutismo. La autora más significativa es Fernán Caballero. Al comienzo de *Elia* describe los actos de acción de gracias que tuvieron lugar en Sevilla en 1814 por el regreso de Fernando VII. Todo el mundo se dirige a la catedral a un *Te Deum*:

*"Todo aquel gentío enajenado se dirigía hacia la catedral, cuyas grandiosas puertas, abiertas de par en par, daban salida a los sonidos de su magnífico órgano, que alzaban al cielo las solemnes notas del 'Te Deum'"*<sup>183</sup>.

A continuación se celebra una procesión patriótica en la que, al paso del retrato del rey, todos gritan con entusiasmo y arrojan flores. Dos soldados mantienen esta conversación:

*"-¡Oh! -prosiguió con expresión-. El entusiasmo no mata, pues de lo contrario no habría un español vivo. ¡Viejos, niños, hombres, mujeres, religiosos, seglares, ricos y pobres, todos, todos un sólo grito!... ¡Oh, Fernando! ¡Un grito así llega al cielo!"*<sup>184</sup>.

Este entusiasmo popular por la vuelta de *El Deseado*, las procesiones patrióticas, las fiestas, etc., tuvieron lugar en toda España<sup>185</sup>; no son una invención de Fernán Caballero. Pero al recordarlo en 1849 no pretende Fernán Caballero convertirse en cronista de un período de la historia de España de un modo imparcial y científico, sino consolarse de nostalgias recordando un tiempo en el que el pueblo acataba el poder absoluto, y a quien lo representaba, entusiásticamente y sin cuestionarlo. Ni siquiera en plan de chanza, como ocurre unas páginas más adelante en esta misma novela. Los hijos de la Marquesa de Valdejara -Carlos y Fernando- regresan de la guerra contra Napoleón. Carlos, bromeando, llama narigudo a Fernando VII. Su tía le reprende por hacerse eco de un mote que ha tenido que ser invento de un liberal, de quien hace la siguiente definición:

*"El que quiere destruir el trono con los derechos de la corona; el que quiere destruir la religión con los conventos; la nobleza con los mayorazgos; la España con la imitación de todo lo inglés y francés; las leyes de la naturaleza queriendo que seamos todos iguales. ¡Caramba con ellos!..."*.

Y su madre, la Marquesa de Valdejara- le hace la siguiente pregunta: "*¿Con quién has tratado?* -dijo con voz severa la Marquesa-. *¿Has estado acaso en Cádiz, cuna de esos enemigos, harto más*

<sup>183</sup> Cit., p. 33.

<sup>184</sup> *Ibíd.*, p. 40.

<sup>185</sup> Vide págs. 14 y ss.



*temibles que los franceses que empozoñaban la España mientras sus leales hijos derramaban su noble sangre por defenderla?*<sup>186</sup>.

Las opiniones de la marquesa y de su hermana sobre el liberalismo coinciden con las de Fernán Caballero vistas en el punto anterior sobre la religión y la Iglesia. Por eso decía antes que la narración del entusiasmo popular por el regreso del rey era algo más que historia. Las razones por las que doña Cecilia defiende el absolutismo son las mismas por las que defiende a la Iglesia: ambos protegen al pueblo. Mientras la Iglesia le garantiza el auxilio espiritual -a veces también el económico mediante la caridad- las relaciones sociales del absolutismo le garantizan la seguridad material. Don Martín -personaje de *Clemencia*- es uno de esos anónimos hidalgos rurales que encarnan las virtudes del Antiguo Régimen cuyo ejercicio derrama continuos beneficios sobre el pueblo que se siente así seguro, agradecido y respetuoso. Por eso, cuando muere el dolor es incontenible e inconsolable:

*"Es indescriptible el desconsuelo que como una lúgubre noche se esparció en la casa y por todo el pueblo. Era una aflicción tan profunda y general como no pueden concebirla aquéllos que no han visto a un rico, a un poderoso, invertir sus pingües rentas, no en gozar, brillar ni "darse tono", sino en obras de caridad y llegar a ser por este medio el padre y el amparo de todo un pueblo humilde. Así fue, que la noticia de la muerte de don Martín no vino en los periódicos, pero corrió de boca en boca como un prolongado lamento. En su entierro no hubo una larga fila de vistosos coches; pero sí una larga fila de pobres desconsolados. [...] No se le puso un elocuente epitafio compuesto por un sabio latino; pero en boca de todos estaba este epitafio: Aquí yace el Padre del pueblo"*<sup>187</sup>.

La tristeza del pueblo se comprende: se ha quedado institucionalmente huérfano al morir don Martín. Pero será por poco tiempo. Su sobrino Pablo se casa con Clemencia<sup>188</sup>. La alegría del pueblo, que ve en este matrimonio la continuación del sistema de poder interrumpido por la desaparición de don Martín -vuelve así a sentirse seguro y protegido- es inmensa:

*"Al llegar hallaron reunidos, no sólo a los muchos criados de la casa, pero a casi todo el pueblo, que los recibió con las más marcadas y sinceras muestras de adhesión y cariño. Juana lloraba de alegría. Sus nietas se abalanzaron a Clemencia besando su vestido. Miguel y Gil y los demás criados, enternecidos, bendecían a los novios y repetían: -¡Tal para cual! ¡Si no podía dejar de suceder!"*<sup>189</sup>.

Para Fernán Caballero el poder en el Antiguo Régimen -las relaciones sociales que se derivan del mismo- garantizan la protección del pueblo. En consecuencia, éste mantiene una actitud acatamiento y sumisión. Sin embargo, Fernán -y en esto se diferencia de la novela liberal que analizaré un poco más adelante- no relaciona de un modo explícito ambos términos: para ella el conformismo del pueblo no es la consecuencia de un buen gobierno. Y no lo hace

<sup>186</sup> *Ibíd.*, p. 44.

<sup>187</sup> *Clemencia*, cit., p. 252-253.

<sup>188</sup> Clemencia que, antes de volver definitivamente al pueblo y casarse con Pablo, pasa una larga temporada en Sevilla, es pretendida por dos nobles extranjeros: uno francés, el Vizconde Carlos de Brian; y otro inglés, Sir George Percy. Ambos son muy modernos y de ideas avanzadas. La elección de Pablo, cuyas muchas virtudes pasaron durante largo tiempo inadvertidas para ella, y el rechazo de los otros dos tiene un claro significado simbólico: España, como Clemencia, debe volverse de espaldas a esas ideas disolventes que vienen de fuera y pretenden conquistarla, para comprometerse con la defensa de los valores tradicionales, que se conservan puros e incontaminados -todavía- en el pueblo.

<sup>189</sup> *Ibíd.*, p. 372.

por una razón muy sencilla; porque de hacerlo, lo contrario también sería válido: un mal gobierno justificaría la revolución y la rebeldía. En las relaciones sociales que ella defiende esto es impensable. El sistema es bueno "per se". Luego, el conformismo no es consecuencia del buen gobierno porque el gobierno no puede ser de otra manera. De ahí que toda la agitación que en estos momentos existe en el campo andaluz y que estallará en sucesos como los de Loja en 1861, sea sistemáticamente silenciada en su obra.

El Antiguo Régimen, defendido directamente por Fernán Caballero al situar sus novelas en la época contemporánea, es asimismo defendido indirectamente por otros autores cultivadores de la novela histórica. Aunque las novelas se desarrollen en épocas pretéritas, las relaciones entre el poder y el pueblo son iguales; y -lo que resulta especialmente significativo- siempre hay algún comentario "moralizante" del autor que indica con toda claridad que la perspectiva desde la que escribe es la de su época por lo que se pueden sacar conclusiones aplicables a la actualidad. Son novelas que, aunque defienden las mismas ideas que las de Fernán Caballero, las desarrollan y, por ello mismo, las matizan. En *Juana y Enrique* -novela de Estanislao de Cosca Vayo- el rey Enrique IV de Castilla, mal aconsejado por el ambicioso e intrigante don Juan Pacheco, Marqués de los Valles, repudia a su esposa Blanca de Navarra para casarse con Juana de Portugal, instrumento, a su vez de otro intrigante, don Beltrán de la Cueva. El anterior amor del pueblo hacia su rey legítimo se torna en despego:

*"El repudio de su primera esposa la desgraciada Blanca de Navarra fue como un talismán que separó del solio las voluntades de los grandes y de los plebeyos. [...] El desenfreno y ninguna virtud de la nueva Reina doña Juana de Portugal, con quien el Rey de Castilla contrajo segundas nupcias, dieron en tierra con el amor y el entusiasmo que en todos los tiempos han inspirado a los españoles sus Príncipes, cuando ha brillado en sus manos la espada de las victorias y reinado en sus corazones las virtudes de la paz"*<sup>190</sup>.

El rey, pues, ha actuado mal y eso le ha acarreado la pérdida del afecto del pueblo. Ahora bien, el rey no es responsable de nada. Si ha actuado mal ha sido por culpa de sus pérfidos ministros a cuya influencia él no puede escapar. Así lo reconoce él mismo ante Isabel<sup>191</sup>, declarándole, además, que se encuentra tan harto de todo que está dispuesto incluso a abdicar en su favor:

*"Si tú me acompañas al ejército, estoy resuelto; abdicaré el trono en favor tuyo, me separaré de esa negativa mujer que por desgracia ejerce un poder tiránico en mi alma, y haré cuanto exijan de mí, con tal que no vuelvan a mirar mis ojos ni a Juana ni al marqués. Un espíritu infernal pone almibar y convencimiento en sus labios para arrastrarme adonde les place, tornarían a abismarme en los delitos de que quiero huir a tanta costa"*<sup>192</sup>.

Pero el pueblo no sólo le ha retirado su amor al rey; se subleva ¿contra él? La sublevación es encabezada por los enemigos del Marqués de los Valles y es secundada por el

<sup>190</sup> Cit., p. 121-122.

<sup>191</sup> Y así lo reconoce también el propio autor en el prólogo -*A mis lectores*- donde, tras declarar cuáles eran sus intenciones en otra novela histórica suya -*La conquista de Valencia por el Cid*- sigue diciendo: "*En aquella novela [La conquista...] descuella un amigo verdadero del Rey calumniado por los palaciegos; en ésta, un ministro ambicioso y con los talentos necesarios para seducir y fascinar al desgraciado Monarca que le confía las riendas del gobierno*". P. III.

<sup>192</sup> *Ibíd.*, p. 245.

pueblo, pero, si tenemos en cuenta que los móviles de la misma son proclamar legítima soberana a Blanca y heredera a Isabel, no se puede decir que sea contra el rey; por eso:

*"Apoderados del jardín y de los anchurosos patios gritaban que se presentase el Rey a su pueblo, que prestase oídos a las públicas calamidades, que dejase de ser el órgano de sus mandatos el alevé monstruo cuya ambición y encubiertas maldades habían encendido la guerra civil"<sup>193</sup>.*

El pueblo no se subleva, por tanto, contra el rey sino a su favor. El rey así lo entiende, pues cuando don Beltrán de la Cueva le ofrece enviar a la guardia a reprimir la rebelión, el monarca, dando por una vez muestras de autoridad, le responde:

*"¡Siempre sangre, respondió Enrique mirándole con airado semblante! Di a mi guardia que desgraciado del que enristre su pica contra el pueblo. [...] Harto tiempo ha tolerado Castilla no el despotismo de su Rey, que también ha sido esclavo, sino la tiranía de sus ministros: déjanos respirar, don Beltrán, y huye de las garras de ese león iracundo que te amenaza con sus rugidos"<sup>194</sup>.*

A continuación una comisión del pueblo es recibida por el rey. Le exponen sus peticiones: alejamiento de Juana de la corte<sup>195</sup>, restablecimiento en el trono de Blanca, nombramiento de Isabel como heredera y destierro de don Beltrán y del Marqués de los Valles. El rey las acepta todas. Es más, a Juana, que ha envenenado a Blanca, la repudia y la envía a Portugal bajo la amenaza de entregarla al pueblo: *"Vuelve a Portugal, o te entrego a ese pueblo fiel a sus legítimos monarcas que va a precipitarse sobre este alcázar al momento que hiera sus oídos la fatal nueva"<sup>196</sup>.* Me parece muy interesante insistir en el sentido de la sublevación del pueblo, sobre todo porque, como se verá, éste es un tema ampliamente tratado por la novela liberal. El pueblo no se rebela contra el poder establecido, contra el sistema, -en la última cita el propio rey

<sup>193</sup> *Ibíd.*, p. 246.

<sup>194</sup> *Ibíd.*, p. 248.

<sup>195</sup> Me parece bastante verosímil que bajo la figura histórica de la reina Juana, segunda esposa de Enrique IV esté retratando a María Cristina de Nápoles, última esposa de Fernando VII, madre de la futura Isabel II y, en estos momentos, regente. Las acusaciones de inmoralidad contra Juana son constantes en la novela. Por ejemplo: *"¡Ojalá pudiéramos pasar en silencio los vicios de una mujer tan funesta a nuestra Patria; de una mujer que osó manchar el tálamo real de Castilla, y exponer a los españoles a ser gobernados por el adulterino fruto de su liviandad!"*. P. 122.

La viuda de Fernando VII se casó en secreto apenas tres meses después del fallecimiento del rey. Este matrimonio, así como sus múltiples embarazos, fue objeto de críticas y sátiras, algunas de ellas no muy respetuosas como ésta que le cantaban los carlistas: *"Clamaban los liberales/ que la reina no paría,/ y ha parido más Muñozes/ que liberales había"*. \* Asimismo, son frecuentes las acusaciones de corrupción por su desmedido afán de enriquecimiento. Véase, por ejemplo, lo que escribe R. Carr: *"María Cristina se casó en secreto con un ex sargento, hijo de un tendero; los radicales siempre podían amenazar con hacer público este matrimonio morganático (le costó mucho trabajo ocultar sus repetidos embarazos) y privarla de este modo de su derecho legal a la regencia y sus rentas. [...] Por otra parte, debilitó todavía más su posición por su codicioso empeño de reunir una fortuna privada segura. Echó mano de todos los fondos disponibles en el extranjero (de ahí su interés por los ingresos procedentes de Cuba) y se la acusaba de haber sustituido las vajillas de plata del Estado por duplicados de estaño. Interventía como empresario privado en el comercio cubano de esclavos y fueron las especulaciones conjuntas con su marido Muñoz (al que convirtió en duque de Riánsares), las que la hicieron tan impopular en 1853-54"*. *España 1808-1975*, cit., p. 212.

\* Carlos Fisas; *Historias de las reinas de España* \*\*, Barcelona, Planeta, 3ª edc., 1991, Memoria de la Historia 32, p. 178-179.

<sup>196</sup> *Ibíd.*, p. 298.

reconocía su fidelidad al poder "legítimo"- sino contra la utilización espuria que están haciendo de él ambiciosos intrigantes<sup>197</sup> que lo emplean en beneficio propio y no del pueblo<sup>198</sup>. La sublevación es precisamente para devolverle al rey el poder que estos intrigantes le habían arrebatado para que lo ejercerza de nuevo en beneficio del pueblo. No es una revolución sino una restitución. En su entrevista con Isabel el propio rey se mostraba dispuesto a renunciar porque se sentía débil y sin las fuerzas suficientes para terminar con las causas del mal. El pueblo le presta su energía y así ya no tiene que abdicar. Puede seguir en el trono hasta el final de sus días. El pueblo aparece, por tanto, como el baluarte del Antiguo Régimen. Es muy significativo que sea el pueblo, y no el ejército por ejemplo, quien "restituya" sus poderes al rey: estamos ante la misma tesis de Fernán Caballero pero expuesta de una manera más "moderna". Para Fernán Caballero los valores verdaderos, eternos, residen en su estado prístino y puro en el pueblo<sup>199</sup> quien en su ingenuidad y sencillez no se aparta de ellos; si lo hace es por culpa de los modernos empozoñadores que encenagan su alma cándida. Clemencia, al casarse con Pablo, recuperaba unos valores que habían estado amenazados durante su estancia sevillana por las relaciones que mantuvo con el francés y el inglés. Es decir, las clases dirigentes, que a veces se dejan seducir por los modernos cantos de sirena que vienen de fuera, están perdiendo el norte: los valores auténticos languidecen; pero el contacto con el pueblo los vivifica inmediatamente. El pueblo devuelve la seguridad a Clemencia y el poder a Enrique a IV. En ambos casos es, pues, el depositario de la tradición eterna. Ahora bien, mientras el pueblo de Fernán Caballero se mantiene completamente al margen de los acontecimientos de la vida política y social -el alejamiento es la mejor garantía de incontaminación- en la novela de Estanislao de Cosca interviene activamente en el desarrollo de los hechos; su intervención es decisiva para que el rey "recupere" el poder. En unos momentos en que la teoría de la soberanía popular es una de las reivindicaciones del liberalismo, ¿no es lo que ocurre en la novela de Estanislao de Cosca Vayo una manera de legitimar el poder absoluto, el Antiguo Régimen, otorgándole el refrendo popular? Los motines y revoluciones, que tantas veces van a utilizar y justificar los liberales para intentar derrocar el poder establecido, sirven en esta novela para apoyar a ese mismo poder<sup>200</sup>. Se esté o no de acuerdo con la soberanía popular, -y

<sup>197</sup> Recordemos que este mismo tema ya apareció en una novela -*Los bandos de Castilla o el caballero del cisne* de Ramón López Soler. En esta novela, localizada en el agitado reinado de Juan II -muy próxima por tanto a la que ahora nos ocupa, el rey, que tampoco tiene ninguna responsabilidad en todo lo que está ocurriendo, es instrumento de los manejos del ambicioso don Álvaro de Luna. Vide p. 230-232 de la primera parte.

<sup>198</sup> Así se lo dice con toda claridad la propia Blanca al Marqués quien en una visita que le hace a su prisión, le propone que se una a él para derrocar a Enrique: "*Un placer único disfrutan los Reyes, el de hacer venturosos a sus súbditos; y si el cielo permite para tu ruina que te sientes por algún tiempo bajo el dosel de Castilla, no experimentarás ese consuelo, porque un usurpador es siempre un tirano*". P. 99.

<sup>199</sup> El concepto de romanticismo que va a defender el padre, identificándolo con la tradición cristiana y los valores monárquicos y tradicionales, profundamente arraigados en el pueblo desde la Edad Media y que tienen su punto culminante en el Siglo de Oro, sobre todo en el teatro de Calderón, guarda una gran similitud con las tesis de su hija.

<sup>200</sup> Este mismo fenómeno es el que ocurre en algunas obras del teatro del Siglo de Oro, como *Fuenteovejuna* o *Peribáñez*: el pueblo se subleva, pero nunca contra el sistema, sino contra personajes individuales que, aunque institucionalmente formen parte del sistema, sus abusos hacen que queden, primero, moralmente desautorizados y, después, jurídicamente castigados. Un sistema que es capaz de corregir los excesos que algunos desaprensivos han cometido con el pueblo sale reforzado a los ojos de éste.

no parece que Estanislao de Cosca la defienda- hay algo que resulta evidente: en lo sucesivo será cada vez más difícil gobernar sin tenerla en cuenta<sup>201</sup>. En este caso nos encontramos ante una apropiación de la misma por sus antagonistas naturales que la ponen así al servicio sus propios intereses. Pero esto nos introduce en un tema -democracia y soberanía popular- que será objeto de análisis en un apartado posterior.

Otra novela -también histórica- en la que las relaciones poder-pueblo son presentadas desde la óptica del Antiguo Régimen es en *El señor de Bembibre* de Enrique Gil y Carrasco. Sobre el fondo histórico de las luchas nobiliarias durante el reinado de Fernando IV de Castilla -(1295-1312)- y la disolución de la Orden del Temple (1312) por el papa Clemente V a instancias de Felipe el Hermoso de Francia, se narran los amores desgraciados de Álvaro Yáñez con Beatriz Ossorio. Beatriz es la única hija que le queda a don Alonso, Señor de Arganza. Como heredera del título y autoridad que su padre ejerce sobre sus vasallos goza del respeto de éstos:

*"Así, crecía doña Beatriz como una azucena gentil y fragante al calor del cariño maternal, defendida por el nombre y poder de su padre y cercada por todas partes del respeto y amor de sus vasallos que contemplaban en ella una medianera segura para aliviar sus males y una constante dispensadora de beneficios"*<sup>202</sup>.

Beatriz estaba prometida en matrimonio con Álvaro, pero la intromisión del poderoso Conde de Lemos que solicita su mano, lleva a don Alonso, tentado por la ambición, a concedérsela rompiendo su antigua promesa. Beatriz se resiste a este matrimonio y su padre la manda a un convento durante una temporada para que reflexione tratando así de doblegar su voluntad. Desde allí Beatriz envía una carta a don Álvaro concertando una entrevista. Don Álvaro está dispuesto a todo pero doña Beatriz le pide que no haga ningún acto de violencia: *"No quiero que os volváis contra el cielo, cuya autoridad ejerce mi padre, porque ya os dije que yo jamás mancharía mi nombre con una desobediencia"*<sup>203</sup>. A pesar de que la voluntad de su padre choca con sus más íntimos deseos, Beatriz no quiere que Álvaro se rebele contra él pues su autoridad le viene de Dios. Sin embargo don Álvaro, aprovechando un desmayo de Beatriz, la saca del convento, pero el Abad de Carracedo se interpone en el camino y, haciendo uso de su autoridad, consigue que la devuelva al claustro. Beatriz, creyendo que don Álvaro ha muerto, accede finalmente, ante los ruegos de su madre en el lecho de muerte, a casarse con Lemos. Cuando Beatriz se entera de que don Álvaro sigue vivo, muere de dolor y éste entra -después de una peregrinación a Tierra Santa- en un convento. Los vasallos de doña Beatriz, cuando se enteran de que está agonizando, no pueden reprimir su dolor:

<sup>201</sup> Veo aquí otro paralelismo con el papel que el pueblo juega en la literatura barroca, papel ampliamente estudiado por Maravall. Las siguientes palabras, referidas a la sociedad del siglo XVII se pueden aplicar a la situación que nos ocupa: *"Las clases altas, en esta sociedad que empieza a manifestarse con caracteres masivos, están atentas siempre a tomar en cuenta -no a seguir, desde luego, más bien lo contrario- los pareceres de las clases que ven debajo de ellas"*. *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 3ª edc., 1983, p. 221.

Por otra parte, no todos los personajes de la novela de Estanislao de Cosca y Vayo han aprendido esta lección. Don Juan Pacheco, Marqués de los Valles, cuando todo está perdido y ve que va a ser desterrado, contesta altaneramente al rey: *"Al pueblo no se le debe temer, sino por el contrario despreciarle"*. P. 302-303.

<sup>202</sup> Enrique Gil y Carrasco: *El señor de Bembibre* [1844], Barcelona, Barral Editores, 2ª edc., 1977, edición y prólogo de Ramón Carnicer, p. 26.

<sup>203</sup> *Ibíd.*, p. 63.

"La heredera de Arganza, lo mismo en medio de sus vasallos que lejos de ellos, era la madre de los menesterosos y el ángel consolador de las familias. La noticia de su peligro llenó, por lo tanto, de desolación los pueblos de Lago, Villarrando y Carucedo, de los cuales acudieron infinitas gentes a la quinta.

En una especie de plazuela que había delante de la puerta principal, se fueron juntando todos, y aunque se les encargó el silencio, era tal su ansiedad que no podían acallar un rumor sordo, sobre el cual se alzaba de cuando en cuando un grito de algún recién venido que ignoraba el encargo, o de otro que no podía reprimirse"<sup>204</sup>.

Don Álvaro, antes de partir para Tierra Santa, da muestras una vez más de la preocupación y cariño que le merecen también sus vasallos y criados pues les reparte todos sus bienes: "Hizo dejación de todos los bienes que poseía en feudo, y mejorando considerablemente la herencia de su escudero, repartió lo demás entre sus criados y vasallos más pobres"<sup>205</sup>. La conclusión es meridiana: el pueblo se mantiene fiel a sus señores naturales y éstos cuidan de él dándole protección y seguridad. Gil y Carrasco, aunque localice su novela a comienzos del siglo XIV<sup>206</sup>, defiende las estructuras sociopolíticas del Antiguo Régimen que, cada vez más, se encuentran en plena decadencia:

"La disolución de los Templarios, fácil es comprobarlo, es solamente un trasunto de la liquidación de la Iglesia como fuerza social, a partir de Mendizábal, y Gil y Carrasco, católico y artista, materializa esta decadencia afirmando lo que su sociedad niega. De acuerdo, parece decir el autor, en 1840 el orden antiguo está siendo destruido, avanzan y suben nuevas fuerzas, nuevos valores, pero los antiguos, los que estáis matando, viven todavía, aunque para que vivan, mi héroe haya de morir, pero ¿no es su muerte una afirmación de los valores?"<sup>207</sup>.

El tema -analizado anteriormente en *Juana y Enrique*- y que se podría denominar como "la revolución a favor del poder, lo encontramos también, aunque con otros matices, en la novela de Manuel Angelón, ya citada, *Un Corpus de sangre o los fueros de Cataluña*"<sup>208</sup>. Esta novela tiene algunas similitudes con la de Estanislao de Cosca y Vayo: el pueblo sufre como

<sup>204</sup> *Ibíd.*, p. 340.

<sup>205</sup> *Ibíd.*, p. 342.

<sup>206</sup> como ya he dicho en páginas precedentes, en todas estas novelas hay siempre datos que indican que la perspectiva desde la que escribe el autor es la de su época. Por ejemplo, cuando se refiere a las acusaciones formuladas contra los Templarios: "Cargos que en nuestros días moverían a risa, pero que en aquella época de tinieblas..." (P. 278). O, cuando Beatriz le dice claramente al Conde Lemos, el marido impuesto por su padre, que no le ama: "Tal era en aquel tiempo el rigor de la disciplina doméstica, y tal la sumisión de las hijas a la voluntad de los padres, que el conde se pasmó al ver lo profundo de aquel sentimiento, que así traspasaba los límites del uso en una doncella tan compuesta y recatada". (P. 70).

<sup>207</sup> J.I. Ferreras: *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica (1830-1870)*, cit., p. 33.

Ferreras, que distingue entre novela histórica *progresiva* y *regresiva*, clasifica a ésta dentro de la segunda categoría: "Una novela histórica "regresiva" intentará recrear un universo pasado en el que los valores, que la sociedad ha desplazado o destruido, continúan vigentes. Por el contrario, una novela "progresiva" utilizará el pasado como universo libre y voluntario, donde libre y voluntariamente el protagonista se escapará del mundo presente". *Ibíd.*, p. 32.

<sup>208</sup> Unas páginas más adelante voy a analizar una serie de novelas cuyo tema central es la denuncia de la tiranía de los Austrias. Esta novela, localizada en el reinado de Felipe IV, se podría incluir en el mismo grupo. No lo hago porque, en mi opinión, ésta tiene un matiz que la diferencia por completo de las otras. Mientras en éstas son los reyes los responsables y los que ejercen la tiranía, en la de Angelón el único responsable es el Conde-Duque de Olivares. Es decir, mientras en ésta se denuncia al *mal ministro*, en las otras es al *mal rey*. Matiz que me parece importante como indicador de una ideología conservadora o liberal.

consecuencia de la arrogancia, ambición e insensibilidad de unos gobernantes -el Conde-Duque de Olivares y el Conde de Santa Coloma- que ejercen el poder por delegación y no son en realidad sus legítimos depositarios, pues éstos son Felipe IV y *las autoridades populares catalanas*. Pero también hay diferencias: el ministro opresor es castellano y el pueblo oprimido -el catalán- lo es, entre otras cosas, por defender e identificarse con sus fueros. Es decir, en la novela se tratan dos temas: la denuncia del ministro que abusa, en perjuicio del pueblo, del poder que el rey ha puesto en sus manos y el atropello de los fueros catalanes por parte de los castellanos. Aunque con un matiz importante: el planteamiento de este segundo tema no se hace nunca en un plano político, sino personal; los únicos responsables son Olivares y Santa Coloma, virrey de Cataluña; nunca Felipe IV. Veamos todo esto con un poco más de detenimiento entresacando algunas citas de la novela. El pueblo catalán es amante de sus fueros: "*Existía el histórico Salón del Ciento que hasta entonces el pueblo había mirado como el santuario donde se guardaban sus fueros, que los catalanes amaban en más que su existencia*"<sup>209</sup>. El mismo amor les profesan sus dirigentes: "*En el corazón de Pablo de Claris había una dosis sobrehumana de nacionalismo, y para un catalán ultrajado en sus sacrosantos fueros, la patria era Cataluña; Cataluña la nación aliada, no Cataluña la provincia unida*"<sup>210</sup>.

Pero este amor desmedido por sus fueros no les impide -ni al pueblo ni a sus dirigentes- ser absolutamente fieles a Felipe IV: "*Felipe IV era sagrado en Cataluña*"<sup>211</sup>. La misma actitud mantienen las autoridades locales hacia el monarca. Así, uno de los diputados, Tamarit, que ha ido a casa del virrey, a pesar de que éste lo ha tratado con altanería e incluso desprecio manifiesto, antes de salir "*se adelantó resuelto hacia el fondo de la sala, y doblando la rodilla ante el retrato del monarca [se dirige a él en estos términos]: Un pueblo que os adora es víctima de aquéllos que abusan de vuestro nombre, y hoy se dirige a vos como un hijo pudiera dirigirse a su padre*"<sup>212</sup>.

Otro de los diputados, Claris, está muy preocupado ante la posibilidad de que el pueblo catalán pueda ser tachado de rebelde:

*"Tribuno del pueblo por su elocuencia persuasiva e insinuante. Nunca, al hablar a los catalanes de sus derechos, dejó de trazarles el cuadro de sus deberes, nunca, al decirles que la primera condición de los reyes es ser justos, olvidó decirles que la primera condición de los pueblos era ser leales. Así es que catalán de todo corazón, se estremecía al pensar que la historia pudiera llamar rebeldes a los hombres cuya agotada paciencia diera por resultado un estallido sangriento*"<sup>213</sup>.

Ellos no quieren romper con el rey porque saben que éste no es culpable de la situación: "*Bien conocían que el monarca era ajeno directamente a sus males*" (p. 22); de ahí que sus quejas no vayan contra él; como Tamarit le dice a Santa Coloma:

---

<sup>209</sup> *Un Corpus...*, cit., p. 20.

<sup>210</sup> *Ibíd.*, p. 199.

<sup>211</sup> *Ibíd.*, p. 112.

<sup>212</sup> *Ibíd.*, p. 45.

<sup>213</sup> *Ibíd.*, p. 305-306.

*"Cataluña no se opone a la voluntad del rey, [...] se opone a la voluntad del tiranuelo de España, del conde-duque de Olivares, que dice y manda en nombre del rey, lo que el rey nunca mandara por su propio nombre"*<sup>214</sup>.

Pero las justas y pacíficas peticiones de los catalanes -"porque ningún pueblo del mundo como el catalán está más contento de su suerte, cuando se le da únicamente un medio honroso para ganar su subsistencia"(p.163)- chocan con la intransigencia e insensibilidad de Olivares cuyas disposiciones son ejecutadas al pie de la letra por el virrey:

*"El 3 de octubre del mencionado año 1639, este ministro cuyo gobierno hizo perder a España más tierra que la [sic] habían conquistado las vencedoras espadas de Carlos I y Felipe II, escribía en los siguientes términos a D. Dalmacio de Queralt conde de Santa Coloma, lugar-teniente, Virrey y capitán general del Principado: 'En punto a forrajés, si no hay bagajes para transportarlos, cargue el catalán sobre sus hombros trigo, paja, cebada y cuanto necesario sea. Los nobles cedan sus camas a los soldados y ellos duerman en el suelo'"*(p.21-22).

El virrey, cuando su propia hija se queja de estos excesos, le responde: *"El pueblo, contestó el conde, siempre ha sido, es y será pueblo; es decir, siempre estará descontento de aquéllos que le manden, y no obstante siempre tendrá que obedecer a unos o a otros"* (p.32). Incluso lleva su insensibilidad hasta el punto de celebrar una gran fiesta para festejar la onomástica de Olivares, lo que es considerado por el pueblo catalán como una provocación y un insulto. Claro que esto, a Santa Coloma, le trae sin cuidado: *"Verdad es que el virrey nunca había contado con el parecer de los villanos, cuyo favor o contra [...] le importaba muy poco"* (p.396). El virrey, dando una muestra más de su intransigencia, decide prohibir la entrada de los segadores en Barcelona,

*"cosa practicada de tiempo inmemorial pues en la Rambla de la ciudad, donde aquéllos se hallaban como acampados, tenían lugar todos los contratos que eran menester para la próxima siega. Por consecuencia de todo, sucedió lo que era muy natural que sucediese, esto es, el descontento se generalizó en todas las clases; recurrían éstas a las autoridades populares, las autoridades populares al virrey, y en el virrey se estrellaban todos los esfuerzos"*<sup>215</sup>.

La cerrazón de éste desencadenó finalmente la sublevación del pueblo de Barcelona. Pero, incluso en este momento en el que los ánimos se encuentran totalmente exacerbados, el pueblo catalán se muestra absolutamente fiel a la corona española, como lo prueban los gritos de los sublevados: *"¡Viva la Santa Fe Católica! ¡Viva Felipe IV! ¡Vivan los Fueros de Cataluña! ¡Abajo el mal gobierno! ¡Muera el Conde Duque de Olivares! ¡Mueran Santa Coloma!"*<sup>216</sup>. Es decir, el rey queda libre de toda culpa. No deja de ser curioso que en una época de gobierno absoluto –como es en la que se localiza la novela- el rey no tenga ninguna responsabilidad en el mal gobierno. Este empeño en exculpar al rey se debe a que lo contrario llevaría inevitablemente a la justificación de la rebelión popular<sup>217</sup>; dadas las coordenadas ideológicas en las que

<sup>214</sup> *Ibíd.*, p. 39.

<sup>215</sup> *Ibíd.*, p. 584.

<sup>216</sup> *Ibíd.*, p. 611. Estos gritos coinciden con la realidad histórica: *"Visca el rei i muiren traidors!": tales eran los gritos de los insurgentes, que se autoproclamaban defensores de la justicia del rey frente a la tiranía de sus ministros*". J.H.Elliot: *El Conde-Duque de Olivares*, Barcelona, Crítica, 3ª edc., 1990, Serie Mayor, p. 563-564.

<sup>217</sup> Este tema, al que ineludiblemente llevan los acontecimientos planteados, lo estudiaré más adelante. El tema de la revolución popular es muy espinoso; a los autores les quema en las manos, caen en numerosas contradicciones sin saber muy bien cómo tratarlo. Se les plantea una situación un tanto esquizofrénica, pues, por



se mueve este autor —e incluso todos los demás de este período por muy liberales que sean— eso es totalmente inaceptable. De ahí que el descontento y malestar popular provocado por el sistema, se resuelva con una "revolución" en la que los descontentos reafirman el sistema al adoptar como consigna los vivos al rey. Por eso, creo que esta novela responde a una ideología conservadora, aunque no absolutista. Olivares asedió Barcelona en junio de 1641. Espartero la bombardeó en noviembre de 1842<sup>218</sup>. Espartero, perteneciente al partido liberal y decidido librecambista frente a los proteccionistas catalanes, tras perder el poder a raíz de los acontecimientos de 1842 y acceder de nuevo a él en 1854, lo había vuelto a perder en 1856. La novela se publicó en 1857. Luego es más que probable que bajo la sublevación de 1640, Angelón se esté refiriendo a los acontecimientos relativamente recientes de 1842 en los que Espartero desempeñó el papel de Olivares. Y que bajo la cuestión de los fueros subyazca muy bien la defensa de los intereses de una determinada burguesía a la que las relaciones con la corona española no sólo no le estorban, incluso la benefician; eso sí, siempre que se tengan en cuenta esos intereses. Es decir, siempre que no se tomen medidas librecambistas. Las siguientes palabras de Elliot, aunque referidas a la burguesía catalana que se sublevó contra Olivares, podrían muy bien aplicarse a la de 1857:

*"Mientras la Corona española dejase intactos los fueros [aranceles en 1842] y actuase como guardián del orden social existente, la lealtad al rey de España no dejaba de tener sus ventajas prácticas para las clases altas de la sociedad provincial"*<sup>219</sup>.

Queda claro el porqué de la insistencia en la fidelidad del pueblo catalán al rey<sup>220</sup>.

Luego, de estas cinco novelas, cuatro defienden expresamente el absolutismo y una responde a la ideología del liberalismo conservador. Las dos de Fernán Caballero, que se localizan en la época contemporánea, y las dos históricas, que se desarrollan en la Edad Media, reflejan y defienden la concepción del poder del Antiguo Régimen. Las primeras van a buscarla al pueblo rural que, incontaminado por las modernas teorías disolventes, sigue fiel a los valores tradicionales. Las segundas a la Edad Media, recreando así una época en la que esos valores eran incuestionados. A Manuel Angelón, cuya novela se localiza en el siglo XVII, no

una parte, la revolución es la consecuencia lógica de los acontecimientos narrados en las novelas; pero, por otra, sus intereses de clase les hacen temerla y les impiden justificarla. Por eso, como mucho, la van a presentar como un castigo, como una especie de escarmiento -de mal necesario- para que los gobernantes aprendan la lección y rectifiquen sus errores, pero nunca como un medio válido para cambiar las cosas.

<sup>218</sup> Vide páginas 69-72 de la segunda parte de la introducción histórica donde se recogen detalladamente las razones del conflicto que llevaron al liberal Espartero a bombardear la industrial y burguesa Barcelona.

<sup>219</sup> J.H. Elliot: *La España Imperial 1469-1716*, Barcelona, Vicens Vives, 4ª edc., 1972, Colección U, p. 386.

<sup>220</sup> Sobre todo si se tiene en cuenta que en este punto la novela no es totalmente fiel a la historia. El asedio de las tropas de Olivares -mandadas por el Marqués de Los Vélez- fracasó en el asedio de Barcelona. Esto supuso que Cataluña, que previamente se había constituido en república, se acogiese posteriormente a la protección del rey de Francia. Esta situación duró hasta octubre de 1652 en que Barcelona se rindió al nuevo ejército enviado por Felipe IV, on lo que "*tras doce años de separación Cataluña volvía a formar parte de España*". Elliot: *La España imperial*, cit., p. 385. Para una exposición detallada vide p. 371-390.

Pues bien, se nota que a Angelón todo este asunto de la separación y de la protección francesa debe resultarle muy peliagudo porque lo pasa por alto narrando el desenlace del conflicto en unas escuetas líneas: "*Barcelona era indudablemente el punto donde la revolución había dejado unas funestas huellas, pero la presencia de las autoridades populares y las enérgicas medidas que en seguida se tomaron, contribuyeron a hacer cesar el anormal estado del pueblo*". Cit., p. 634.

parece preocuparle demasiado si el rey lo es por derecho divino o por refrendo popular siempre que garantice los intereses de un determinado sector de la burguesía.

La denuncia de la tiranía va a ser el tema central y común de las novelas de ideología liberal, tanto históricas como contemporáneas. Las primeras -mayoritariamente localizadas en los siglos XVI y XVII, aunque también las hay que se desarrollan en la Edad Media- denuncian el pasado como una época de fanatismo religioso -ya lo analicé- y tiranía política. Las segundas van a denunciar, con más o menos énfasis, cómo el poder actúa de espaldas a los intereses del pueblo, utilizándolo al servicio de los propios y sin que el pueblo pueda pedirles cuentas.

Voy a analizar primero las novelas históricas y posteriormente las de temas contemporáneos. Una idea bastante extendida en todas ellas es la fidelidad del pueblo hacia el poder, resaltando su carácter de por sí pacífico y capacidad de aguante. En *Sancho Saldaña* el pueblo está con el rey, cuyas tropas desfilan ante sus aclamaciones: "*Entre tanto acabaron de desfilar las tropas en medio de los gritos y algazara del pueblo que se confundía con la estrepitosa fanfarria de las músicas*"<sup>221</sup>. Festeja sus victorias:

*"Celebraban ya en el castillo la vuelta del rey y las victorias que había alcanzado, y todo era algazara, gustos y regocijo de sus habitantes. Veíanse coronados los cerros e inundados los llanos de labradores, soldados y mujeres, juntos en diferentes corrillos. Bailaban allí, allí comían y bebían, acullá jugaban a las bochas, tiraban la barra*"<sup>222</sup>.

En *El doncel de don Enrique el doliente* celebran y felicitan al rey Enrique III por el nacimiento de su hijo: "*Los fieles habitantes de mi real villa de Madrid se ha apresurado a felicitarme sobre tan feliz acontecimiento*". Palabras regias ratificadas por el narrador añadiéndole un comentario al que no le falta su punto de ironía: "*Oíanse, en efecto, ya más distintamente los repetidos vivas con que de buena fe manifiesta el pueblo su entusiasmo al saber que había nacido un Rey, y que no podía faltarle ya en ningún caso quien le mandase*"<sup>223</sup>. Muestra un devoto respeto ante la justicia, asistiendo a la celebración de un juicio con total recogimiento:

*"En un gran salón del edificio en que celebraba sus sesiones el tribunal eclesiástico, dividido en dos partes por una baranda de hierro de tres pies de altura, que se abría en su mitad, veíase de un lado al pueblo agrupado y atento, puestos muchos de puntillas y con los ojos fijos al frente, y encargándose mutuamente el silencio con repetidos siseos. [...] El pueblo escuchaba con devoción y recogimiento*".

Y, cuando el secretario del tribunal lee en latín los cargos, "*lo más gracioso es que el pueblo, sin entenderle, le oía tan atentamente como si cada uno de los que allí estaba fuese un dómine*

<sup>221</sup> Cit., tomo II, p. 118.

<sup>222</sup> *Ibíd.*, p. 171.

<sup>223</sup> Larra: *El doncel de don Enrique el Doliente* [1834]. Madrid, Cátedra, 3ª edc., 1984, LH 76, p. 317. Edición de José Luis Varela.

También en la novela de Larra sucede lo que repetidamente vengo señalando: que el tiempo del narrador es el del autor. Por ejemplo, a continuación sigue escribiendo: "*Salió su Alteza a una de las **fenestras** de su alcázar, como se llamaban entonces las ventanas en castellano, sin que se pudiera achacar eso a galicismo, pues no había entonces en la pobre villa de Madrid tantos traductores como en los tiempos que alcanzamos de dicha y de ilustración*".

examinado<sup>224</sup>. La juzgada es una musulmana, Zoraida, a la que acusan de brujería, pacto con el demonio<sup>225</sup> y otras cosas por el estilo. Aunque el pueblo es muy sensible a estos temas, cuando aparece un caballero, que según los usos de la época está dispuesto a defender en un duelo la inocencia de Zoraida batiéndose con su acusador al que vence, el pueblo se alegra:

*"Luego que Esther o Zoraida fue declarada inocente, prorrumpió el pueblo en infinitos vivas y estrepitosas aclamaciones, dando el parabién por su victoria al guerrero que tan generosamente había tomado a su cargo salvar aquella mujer desvalida. Los que ocupaban los tejados se desprendieron todos, a cuál más ligeros, con intención de verle de cerca, palparle si era posible, y satisfacer su curiosidad conociendo a tan intrépido caballero. Los que habían tomado puesto en el llano se empujaron y comprimieron para acercarse más al palenque, y en todas partes resonaban los aplausos, crecía el entusiasmo, los vivas, los bravos llenaban confusamente los aires y el espacioso Campo retemblaba sacudido con tanto estruendo"<sup>226</sup>.*

Al compadecerse y solidarizarse con el débil, el pueblo ha dado muestras de sus buenos sentimientos, lo que es reconocido explícitamente por el autor: *"El pueblo de Valladolid, así como el de toda España [es] sensato, pacífico y sufridor por naturaleza"<sup>227</sup>*. Sin embargo, esta fidelidad, respeto y buenos sentimientos no son correspondidos por las autoridades quienes, por el contrario, se comportan siempre de un modo tiránico con el pueblo que, en esta ocasión había acudido a las puertas de palacio ante la noticia de que habían querido asesinar al rey:

*"El tumulto fue poco a poco aplacándose, y los hombres de armas se retiraron después de haber puesto en orden a palos, según costumbre, al leal pueblo de Valladolid, que había corrido en grupos a las puertas de palacio, dejando lo que le importaba, solícito y cuidadoso, como sucede siempre, del que le gobierna"<sup>228</sup>.*

Palos que se repiten en más de una ocasión, pues hacia el final de la novela un pequeño alboroto con motivo de una ejecución es resuelto del mismo modo: *"En este momento gran fuerza de soldados cayó sobre los alborotadores con aquel encarnizamiento con que los satélites que usan librea del despotismo, acometen siempre, con razón o sin ella, a sus indefensos hermanos"<sup>229</sup>*.

Espronceda denuncia, pues, cómo el pueblo, a pesar de mostrarse fiel, sumiso y respetuoso es despóticamente tratado con lo que su actitud es injustamente correspondida por los que le gobiernan. Esta actitud tiránica le provoca temor, como sucede con la simple mención del rey don Pedro el Cruel:

*"Para explicar la soledad que rodeaba al castillo de Triana, bastará indicar que era objeto del terror de la plebe, que se estremecía de espanto al solo nombre del rey don Pedro, y sabía demasiado que era imprudente acercarse a cualquiera de los lugares murados de su*

<sup>224</sup> *Sancho Saldaña*, tomo II, cit., p. 187-190.

<sup>225</sup> Introduce aquí Espronceda un comentario que es una muestra más de lo que insistentemente vengo señalando: la presencia en la novela del tiempo -y, por tanto, la problemática- de la época del autor: *"Consistía éste, [el pliego de cargos] como todos los de su jaez, en un enjambre de desatinos, testimonios falsos y acusaciones ridículas, que si bien en el día pudieran tal vez hacernos reír al leerlas, servían en aquellos tiempos, y aun sirvieron muchos siglos después, para llevar al patíbulo infinidad de inocentes"*.

Tomo II, p. 189-190.

<sup>226</sup> *Ibíd.*, p. 215.

<sup>227</sup> *Ibíd.*, p. 202.

<sup>228</sup> *Ibíd.*, p. 90.

<sup>229</sup> *Ibíd.*, p. 304.

*pertenencia, a los que bastaba mirar de una manera curiosa para ser encerrado en ellos. Sabíase, además, que era muy fácil pasar vivo sobre el puente y bajo el rastrillo de cualquiera de aquellas negras fortalezas, pero no era muy común que se saliese de ellas como se había entrado, pudiendo darse por satisfecho el que sólo se dejaba dentro las manos, las orejas, la lengua o los ojos*"<sup>230</sup>.

Pero en esta novela, cuyo trasfondo histórico lo constituyen las luchas por el poder entre don Pedro y sus hermanastros Trastámara, el pueblo aparece, por encima de cualquier otra consideración, manipulado por unos y por otros. Los Trastámara han comprado todo el trigo de los pueblos cercanos a Sevilla, haciendo correr el rumor de que ha sido una maniobra acaparadora de los judíos para que suban los precios, con la intención de provocar un levantamiento contra don Pedro que se encuentra en el Alcázar:

*"Cuando Men Rodríguez llegó al pie de la torre, estaba el motín en todo su esplendor. Ya no se gritaba; se aullaba: "¡Pan! ¡Pan! ¡Que nos entreguen los judíos! ¡Al alcázar! ¡Muera don Simuel!", atronador estruendo que surgía de mil bocas congregadas por el hambre y excitadas por la traición*"<sup>231</sup>.

Pero don Pedro utiliza los mismos métodos: *"¿Qué dirías, Pero Lope, si supieras que me he rebelado contra mí mismo, que he andado en el motín y que he gritado como el primero: '¡Muera el rey! ¡Pan para los pobres y cuerda para los judíos!'"*<sup>232</sup>. Lo hizo para descubrir a los traidores que provocaron el motín. Una vez aplacado, con el consiguiente reparto de pan por parte de la gente del rey, se teme que las tropas del Conde de Trastámara puedan atacar Sevilla. Men Rodríguez acude al Alcázar. En los pasillos se encuentra con el judío don Simuel con el que mantiene la siguiente conversación en la que le propone utilizar al pueblo contra los Trastámara lo mismo que éstos hicieron contra el rey:

*"-Pluguiera a Dios que tuviera tiempo para verle..., [al rey] el peligro urge...  
-¡El conde de Arcos, el de Medina-Sidonia y el de Alba, están a las puertas de Sevilla con quinientas lanzas.  
-¡Diablos!; pero tenemos contra ellos...  
-Un pueblo que está cansado de impuestos, y que se estará quieto sin defender a los que le desuellan; trescientos ballesteros que están repartidos en Triana, en la Torre del Oro y en el alcázar, y cien hombres de armas que no me inspiran gran confianza.  
-Y creéis que lo que no puedan hacer las lanzas...  
-Lo hará el oro.  
-No lo entiendo. [...]  
-Salid y buscad algunos de esos hombres que conoce todo el mundo: dadles dinero; haced que recorran las tabernas; que den armas y vino a todo el que se presente, y que hagan correr la voz de que se van bajar los tributos y que se hará justicia.  
-Si el popular se consiente y luego no se le cumple lo ofrecido, habrá una rebelión.  
-Ganemos tiempo: demos lugar a que venga el rey, a quien he enviado corredores a Carmona, y luego Dios dirá.  
-¿Y creéis que eso es bastante?  
-Además, haced que parte de esos hombres que vais a poner en campaña, divulguen que los rebeldes saquearán y profanarán y se ensangrentarán en Sevilla en venganza de lo que se ha demostrado leal al rey.*

<sup>230</sup> Manuel Fernández y González: *Men Rodríguez de Sanabria*, cit., p. 13.

<sup>231</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>232</sup> *Ibid.*, p. 93.

-El resultado es dudoso.

-La esperanza y el temor pondrán a Sevilla de parte del rey don Pedro<sup>233</sup>.

Es decir, tanto los partidarios del conde de Trastámara como los de don Pedro utilizan al pueblo especulando con sus necesidades más primarias y sobornándolo. El pueblo es siempre víctima de los intereses de los poderosos. De ahí que, ante la contemplación de tantos desafueros cometidos por unos y otros, y ante la observación de un incógnito personaje que afirma que quien escape "a la justicia del rey, no escapará, ciertamente, a la justicia de Dios", Men Rodríguez le responde: "¡Desgraciado el pueblo que teniendo un rey que debe ser la imagen de Dios sobre la tierra, se ve precisado a recurrir a Dios para que castigue sus ofensas y satisfaga sus miserias"<sup>234</sup>. Frase que encierra bastante escepticismo respecto a la posibilidad de que se puedan resolver en otro mundo los problemas que el poder debiera haber resuelto en éste. De todos modos las simpatías del autor están con don Pedro, que aparece poco menos que maniatado sin poder hacer nada contra las excesivas exigencias de la nobleza, cuya desmedida ambición es la verdadera culpable de la situación:

*"Cansado estoy de oír hablar de derecho... Tantos son los derechos de la nobleza, que no se encuentran bajo ellos los del rey, según están de sepultados... ¡Derecho!, ¡sí!, ¡Derecho de horca!, ¡derecho de cuchillo!, ¡derecho de tercias y de diezmos!, ¡derecho, en fin, de matar y de robar a los pueblos, de modo que cuando el rey necesita una hueste se ve obligado a buscar aventureros o a recibir como de limosna las mesnadas de sus vasallos, y si necesita dineros, encuentra tan esquilados los pueblos, que se ve reducido a apelar a los judíos!..."*

Es el propio rey el que se está quejando de que se encuentra a merced de la nobleza; por eso, si alguna vez tiene que castigar a alguno que ha ido demasiado lejos, la culpa es del castigado y no del castigador:

*"Los verdaderos reyes son nuestros buenos vasallos, [los nobles] y de tal manera lo conocen, que para demostrar alguna vez nuestro señorío, nos vemos obligados a cazar algún noble que se descuida, como un gato puesto en acecho se apodera de un ratón imprudente, y a cortarle la cabeza por mano de nuestro verdugo! ¡Y aún así, se pone el grito en las nubes y se nos llama cruel, y se nos insulta y se levanta un torbellino de rebeldía en el que solemos cazar algunas otras cabezas!... ¡Y todo viene de esa palabra, de ese pensamiento! ¡Derecho! ¡Ira de Dios! ¡Pues bien! ¡Nosotros interpondremos también nuestro derecho! ¡Mataremos, exterminaremos, le sellaremos con sangre, hasta que el terror robustezca un solo y único derecho: la autoridad del rey!"<sup>235</sup>.*

Los privilegios de la nobleza son, pues, los verdaderos culpables del sufrimiento del pueblo. Si éste es un juguete en manos de los nobles, el autor viene a decir por boca del propio monarca que a él le sucede lo mismo; la inercia del pasado es un obstáculo difícilmente salvable:

---

<sup>233</sup> *Ibíd.*, p. 289-290.

<sup>234</sup> *Ibíd.*, p. 74-75.

<sup>235</sup> *Ibíd.*, p. 127-128.

Hay otros detalles en la novela que prueban que las simpatías del autor están con don Pedro: se muestra generoso con su hermano al menos en dos ocasiones. La primera, habiéndolo cogido prisionero, lo perdona con la condición de que lo reconozca como rey. La segunda, lo vence en un duelo pero se niega a matarlo.

*"¡Buena herencia nos dejó nuestro padre!... Una nobleza llena de absurdos privilegios; un pueblo embrutecido; una corte intrigante; unas arcas vacías..., es decir, la insolencia, la abyección, el robo, la impotencia..."<sup>236</sup>.*

¿No son éstos los obstáculos con los que están luchando los liberales que no terminan de hacer triunfar la revolución burguesa? No hay que olvidar que, cuando se escribe esta novela -1853-, España, aunque en vísperas de la revolución del 54, se encuentra en plena década moderada. Pedro I, tan denostado en tantos libros de historia, es en la obra de Fernández y González, por su política contraria a los privilegios de los nobles, el portavoz de las reivindicaciones burguesas<sup>237</sup>, y los realmente culpables -los que tienen el poder- son los nobles. El escenario medieval es utilizado por el autor para denunciar que el pueblo es víctima del poder.

Aunque tanto en la novela de Espronceda como en la de Fernández y González, según acabamos de ver, se identifica Edad Media con tiranía, lo más frecuente en la novela de orientación liberal de estos años es que la Edad Media sea vista como una época de libertad, concretada en las antiguas Cortes; se pretende así presentar la libertad traída por la Constitución de Cádiz no como una novedad, sino como una reinstauración de la tradición medieval interrumpida por los Reyes Católicos y, sobre todo, por los reyes de la casa de Austria<sup>238</sup>. Éstos -con Felipe II a la cabeza- son presentados como la encarnación de la tiranía. Pablo Avelilla es uno de los autores que sitúa el inicio del proceso de la pérdida de las libertades del pueblo español en el reinado de los Reyes Católicos o, mejor dicho, de Fernando, pues Isabel es curiosamente exculpada a pesar de que la conquista americana -la denuncia de sus abusos es como se vio el tema central de esta novela- fue obra de Castilla:

---

<sup>236</sup> *Ibíd.*, p. 128.

<sup>237</sup> En este caso se puede afirmar que Fernández y González eligió un figura histórica, cuyos problemas en el siglo XIV, coinciden con los que tiene planteados la burguesía progresista a mediados del siglo XIX. La política de Pedro I -intento de centralización del poder y recorte de los privilegios nobiliarios- era una política progresista. En su oposición a la nobleza se apoyó, además, en la burguesía de las ciudades: "*Al amparo de la firmeza y tenacidad paternas, Pedro I (1350-1369) confía en sujetar a los nobles, pero, con peste por medio, resulta imposible y la derrota le obliga a aceptar todas las pretensiones de la nobleza que hasta tal punto asustan a las ciudades que levantan un ejército en favor del rey. Con su concurso y a golpe de purga, lo que le valdría el apodo de "cruel", el monarca castellano busca quitarse el lastre de la prepotencia nobiliaria para poner la administración en manos de burócratas ciudadanos y expertos judíos*".

Fernando García de Cortázar y José Manuel González Vega: *Breve historia de España*, Madrid, Alianza Editorial, 9ª reimpresión, 1995, LB 1666, p. 201-202.

Es decir, el conflicto Monarquía/nobleza del siglo XIV guarda un perfecto paralelismo con el planteado a mediados del siglo XIX en la sociedad española entre liberalismo y Antiguo Régimen

<sup>238</sup> Son bastantes los historiadores que coinciden en que este anacronismo de considerar el liberalismo poco menos que como una continuación de la Edad Media fue una artimaña conscientemente utilizada por los liberales para acallar las protestas de los sectores conservadores:

*"El respeto a los precedentes medievales fue un artificio táctico, un tinte protector para hacer que la constitución fuera respetable a ojos de la España conservadora"*. R. Carr: *España (1808-1975)*, cit., p. 105.

*"La gran mayoría de los liberales se enfrentarán con el ejército francés, pero buscarán en las Cortes la posibilidad de realizar las reformas que el pensamiento de la Ilustración propuso como necesarias para la regeneración de España. [...] De acuerdo con el espíritu del naciente romanticismo, la reconquista de nuestras libertades será un retorno a la Edad Media y una inmersión en aquellos principios que formaron el alma castellana y que fueron más tarde destruidos por el despotismo austriaco. Tal fue la justificación patriótica que permitió formular el pensamiento renovador de la Constitución de 1812"*.

Javier Herrero: *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, cit., 237-238.

"Fue [Fernando] constantemente un tirano sutil para ir robando las libertades al pueblo; si bien aun su poder era menor que el de otros soberanos de Europa. España fue libre hasta la aciaga derrota de los campos de Villalar"<sup>239</sup>.

El poder despótico de Fernando donde primero se manifiesta es en el Nuevo Mundo:

"Después de la caída de Colón y de la muerte de Isabel, los insulares comenzaron a sentir todo el horror de la suerte que les amenazaba. La religión y la política del siglo XVI sirvieron de velo a la impía ley que en 1506 dio Fernando el Católico repartiendo los indios entre los conquistadores para que los empleasen en las explotaciones de las minas y en todos los trabajos penosos"<sup>240</sup>.

No es ésta la única novela que denuncia la explotación económica; México, que era también muy rico en minas vio cómo éstas eran explotadas

"no como es natural por los naturales del país, que éstos esclavos eran y aun se les decía que debían darse con un canto en los pechos por tanta ventura, sino por otros prójimos nacidos a dos mil y más leguas, que con pretexto de civilizar a aquellas pobres gentes y de hacerlas conocer las máximas de virtud y moralidad, eran tan virtuosos y tan morales que les llevaban cadenas por civilización, y grillos de supersticiones, trayéndose en cambio barras de plata y panes de oro"<sup>241</sup>.

Esta explotación económica -que es en este caso el objetivo principal a que se aplica el despotismo- aumenta en los reinados siguientes: "La corte de los Felipes sólo quería tesoros y prosélitos del cristianismo. Pizarro les derramaba torrentes de oro, y las hogueras inquisitoriales ardían eternamente"<sup>242</sup>. El oro llega en torrentes, pero se derrocha en lujos sin que a ninguno de los gobernantes se le pase por la imaginación invertir un sólo maravedí en algo útil:

"Jamás pensaron los Felipes ni sus cortesanos en destinar ni el menor superfluo de tan exorbitantes tesoros, a desarrollar la riqueza pública de su patria, a facilitar las comunicaciones, ni a proteger su comercio. Opulentos templos y torreones en que descollará la soberbia y el orgullo del fanatismo del siglo XVI; alcázares magníficos y ostentosos, fantásticos y deliciosos jardines y obeliscos entre estériles montañas, en que los reyes se dieran al solaz, y sus pobres cerebros se disipasen entre la voluctuosidad [sic] y el orgullo; he aquí las brillantes memorias que nos legaron nuestros padres, por los torrentes de oro, de sudor y de sangre, que arrebataron a los adoradores del sol, a los súbditos de los Incas, a los desgraciados habitantes del Nuevo Mundo"<sup>243</sup>.

El pueblo español no sólo no disfrutó lo más mínimo de los beneficios económicos de la conquista, sino que, como el peruano, fue objeto de explotación, pues esos tesoros que vinieron del otro lado del Atlántico costaron mucha sangre de las clases populares:

"La corte de Castilla en tanto, lánguida desfallecía en su misma grandeza; en retorno de los tesoros del Nuevo Mundo mandaba sus galeras cargadas de sangre española, que se derramaba estérilmente en las nuevas playas. El pueblo español era el que daba esa sangre, pero los tesoros en que se vendía eran sólo para los Felipes y los Carlos y sus cortesanos. Por torrentes de sangre del pueblo español se levantaban con los tesoros de las playas del mar del sur esos soberbios alcázares de los reyes de Castilla, [...] esos templos orientales

<sup>239</sup> Pizarro y el siglo XVI, cit., p. 5.

<sup>240</sup> Ibíd., p. 14.

<sup>241</sup> El Tío Fidel [Francisco Robello y Vasconi]: *La criolla...*, cit., p. 32-33.

<sup>242</sup> Pizarro..., cit, p. 244.

<sup>243</sup> Ibíd., p. 245-246.

*dedicados al Dios de Luque; y el pueblo español desfallecía, y los nietos de Carlos V, los vencedores de la Europa, se desangraban envilecidos entre estériles montañas de oro*<sup>244</sup>.

Lo mismo que en la novela de Espronceda, analizada anteriormente, el pueblo está al lado del poder -en este caso es que el lleva el peso de la conquista- pero, a la hora del reparto de beneficios éste se olvida completamente de él: el poder del Antiguo Régimen actúa de espaldas al pueblo. Esta misma acusación se hace de un modo irónico en *La criolla y los jesuitas*. El inicio de la novela se sitúa en la Guerra de Sucesión, en la que se peleaban los españoles

*"por si el déspota que había de dominarlos habría de llamarse Felipe de Borbón o Carlos de Austria, cuyos dos príncipes ofreciendo iguales garantías a los pueblos, que a fe no eran muchas, contendían con las vidas y haciendas de éstos la regia prebenda de la corona de España, encontrando ambos sin embargo, servidores y vasallos"*<sup>245</sup>.

Las referencias generales al despotismo de los Felipes, que acabamos de ver en la novela de Avecilla, se concentran en otras en Felipe II al que hacen objeto de una durísima crítica por su crueldad tanto en la vida privada como en la pública. Así, en la novela de Patricio de la Escosura *Ni rey ni roque*, cuando, tras la muerte de su hermano don Juan de Austria, se entera de que éste tenía dos hijas:

*"La conducta del rey fue en aquella ocasión precisamente la misma que había sido la de don Juan de Austria. Recibió la noticia con agrado, acogió a las huérfanas con hipócrita habilidad, y al poner su mano sobre sus cabezas, como para bendecirlas, puede asegurarse que impuso sobre el cuello de aquellas inocentes el yugo de hierro que había de agobiarlas toda su vida"*.

Y, tras describir brevemente este acontecimiento familiar, pasa el autor a emitir el siguiente juicio general sobre el monarca:

*"Cobarde, como su padre valiente; cruel, como aquél generoso; y fanático como religioso era Carlos; ningún crimen arredraba a Felipe cuando se trataba de su seguridad, de su venganza, o de los mal entendidos intereses de su religión. Parricida en el príncipe don Carlos, fratricida en don Juan de Austria, ¿qué podía esperarse que hiciese con sus sobrinas? Relativamente hablando, su conducta con ellas fue excelente, pues se limitó a sepultar a ambas en el claustro, contentándose con extinguir así la descendencia de un hombre que aun muerto le causaba celos"*<sup>246</sup>.

Esta misma conducta mezquina la emplea con su propia esposa. Isabel de Valois, destinada en principio a casarse con su hijo Carlos (según la novela), ha terminado casándose con el rey.

---

<sup>244</sup> *Ibíd.*, p. 310-311.

En esta novela la introducción del tiempo contemporáneo se hace de un modo muy curioso: Almagro pide perdón al Inca Huascar por los abusos cometidos por los españoles: *"Nacido en el Oriente vine a conturbar vuestra ventura; el Dios de misericordia quiso dotarme de menos ambición, o de más sensibilidad que a mis compañeros, [...] perdonad los crímenes de mis compañeros, no maldigáis su memoria... sus crímenes han sido crímenes de su siglo"*. P. 300. El personaje se sitúa en el tiempo del narrador haciéndose portavoz de ideas que surgirán trescientos años después.

<sup>245</sup> *Cit.*, p. 6.

<sup>246</sup> *Cit.*, p. 84-85.



Celoso, la obliga a asistir a un *auto de fe* disfrutando con la repugnancia que la reina siente por este tipo de espectáculos:

*"Y por eso resolvió vengarse. Pocos días después hizo que se celebrara un auto de fe a presencia de su joven esposa. ¡Oh! ¡Cómo se complacía el cruel Felipe en mirar la angustia pintada en el bello semblante de la reina! Yo estaba entonces a su lado y pude ver la horrible sonrisa con que iba saboreando una a una las amargas sensaciones que revelaba el rostro pálido de Isabel. De este modo le hacía el tirano expiar los tormentos que ella inocentemente le causaba"*<sup>247</sup>.

Como persona no posee ninguna virtud: "Era tan **hipócritamente hipócrita** Felipe II, que como aquel ladrón de quien cuentan que se robaba a sí mismo, así se engañaba él y se mentía a su propia persona por efecto de una costumbre inveterada"<sup>248</sup>. Es, además, un asesino que mata personalmente al marido de la princesa de Éboli, su amante. Aunque no ciertamente por amor, pues Felipe no sabe lo que es ese sentimiento:

*"Seguía entre tanto la conversación entre el rey y la de Éboli, en la cual fue el primero animándose poco a poco e introduciendo por su parte el lenguaje del amor; pero el amor en boca de Felipe era terrible como la armonía de la tempestad. Hay además en el impuro amor de un viejo libertino un **no sé qué** repugnante y odioso que ofende aun a las almas menos castas. Amaba el rey a su antigua querida con aquella predilección de instinto con que miran los animales carnívoros a la carne y los herbívoros a las yerbas; es decir que la amaba como ama el tigre a la gacela"*<sup>249</sup>.

Sin embargo, esta relajada conducta privada -lo cual, entre otras cosas, es una muestra más de su hipocresía- no le impide mostrarse en público como un celoso guardián de la moral hasta extremos ridículos; así, escandalizado porque el hijo del marqués de L... -don Félix de Maldonado- está delante de la ventana de la reina hablando con una menina, les ordena que suba y que un capellán los case inmediatamente:

*"La política interior de aquel monarca consistía en aparentar delante de sus cortesanos una conducta ejemplar, que motivara los actos de tiránica severidad que tanto complacían a su condición naturalmente inclinada a hacer daño; y así, aprovechándose del influjo que obtenía en el ánimo de cuantos le rodeaban, conseguía siempre obligarlos a que obedecieran sin réplica sus más descabellados caprichos, con el objeto de inspirar al pueblo, a quien llegaban estas noticias abultadas con todas las exageraciones de la ignorancia y la adulación, un saludable terror que le hiciera mirar como peligrosísima la sola intención de resistir a las órdenes de un monarca tan severo"*<sup>250</sup>.

<sup>247</sup> Eugenio de Ochoa: *El auto de fe*, cit., tomo I p. 206-207.

<sup>248</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 246.

<sup>249</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 201.

Otra cita que incide sobre lo mismo: "Bien que tuviera muchas queridas, o como se llamaban entonces **barraganas**, a ninguna de ellas, ni a ninguno de los muchos hijos naturales que de ellas tuvo, dio muestra alguna de cariño en los largos años de su reinado". Tomo III, p. 7.

En *El pilluelo de Madrid* se acusa a Carlos IV de lo mismo: "¡Crueldad maldita! ¡Baldón ignominioso! Déspotas reyes, no contentos con oprimir a los pueblos, cometéis la infame impiedad de arrojar a vuestros hijos para que os maldigan, viéndose sin amparo y perdidos por el mundo como las florecillas por el desierto. Tiranos reyes, vos sois los únicos mortales a quienes está prohibido el reino de la gloria celestial, y os tiene cerradas las puertas por miedo de que manchéis su brillo con vuestros crímenes y maldades". Cit, tomo I, p. 307.

<sup>250</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 37-38.

Si el retrato, que como hombre presenta de él Ochoa no puede ser más desfavorable, como rey no sale mejor parado. Felipe II es la encarnación del absolutismo más despótico y cruel hasta el punto de que va a ordenar la muerte de su propio hijo. Pero vayamos por partes. En la novela hay una constante contraposición entre el príncipe don Carlos y su padre. La figura del primero es constantemente idealizada, así como la de su padre es denigrada. El príncipe, que posee todas las virtudes que le faltan al rey, es, por encima de todo, la personificación de la libertad. Los opositores al gobierno de su padre han depositado en él esperanzas de lo más variado. Unos, los más idealistas, que actúe como libertador del pueblo de Flandes oprimido por el despotismo de su padre. Escobedo, en una conversación con don Carlos, le dirige las siguientes palabras: *"Un pueblo desgraciado gime bajo la espada de sus verdugos, y V. A. está destinado por el cielo para enjugar sus lágrimas"*<sup>251</sup>. En términos parecidos se dirige a él la reina, Isabel de Valois, que también forma parte de los conspiradores:

*"La sublime misión que estáis destinado a cumplir debe haceros sobrellevar con paciencia muchos pesares. Cuando un pueblo entero bendiga vuestro nombre; cuando las madres digan a sus hijos con ternura: -"A ése debemos nuestra felicidad, a ése deberéis vosotros la vuestra". Cuando encontréis por todas partes en vuestros estados bocas que os bendigan, ojos bañados en lágrimas de agradecimiento y de amor... Oh! entonces seréis feliz, entonces disfrutaréis la paz del corazón!"*<sup>252</sup>.

Algunos esperan que termine con la opresión religiosa:

*"Las intenciones de éste último [Carlos] eran sin duda alguna más halagüeñas para la masa de la nación que las del rey, pues se reducían a destruir las persecuciones religiosas y a establecer la libertad de conciencia"*<sup>253</sup>.

Sin embargo, otros de sus partidarios no se mueven por razones tan elevadas; son simplemente gente vitalista que se ahoga en la atmósfera rígida del gobierno de Felipe II y buscan otro ambiente en el que puedan vivir un poco más alegremente:

*"Era en efecto el hijo del duque de L... uno de los más acérrimos partidarios de la emancipación de los Países Bajos, no seguramente por motivos de humanidad ni de alta política, sino porque entreveía un porvenir más alegre y lisonjero bajo el reinado de un monarca de veinte años, que el que le aguardaba en la corte del más severo y supersticioso de los reyes"*<sup>254</sup>.

Tampoco faltaban quienes militaban en el partido del príncipe por motivos totalmente censurables:

*"Desacreditaban son su mala conducta y acciones descompasadas la causa misma que defendían, los muchos jóvenes imprudentes, a quienes como a don Félix de Maldonado, había hecho abrazar el partido del príncipe la esperanza de poderse entregar en Gante o en Bruselas con más libertad que en Madrid a toda clase de tropelías y desafueros"*<sup>255</sup>.

---

<sup>251</sup> *Ibíd.*, tomo I, p. 200.

<sup>252</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 180.

<sup>253</sup> Tomo II, p. 8.

<sup>254</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 52-53.

<sup>255</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 53-54-

Es decir, que son unos auténticos libertinos<sup>256</sup>. Los partidarios de don Carlos se reúnen en las proximidades de la sierra de Guadarrama adonde se dirigen las tropas del rey. Éste ha enviado por delante a la reina para que haga de intermediaria y convenza a Carlos, a cambio del perdón, de que renuncie a sublevarse. Pero esta embajada es una estratagema -otra prueba de su maldad natural- urdida por Felipe II para "sorprenderlos" juntos y acusar así a su propia esposa de infidelidad<sup>257</sup>. Tras una escaramuza entre ambos bandos Carlos es cogido prisionero. La crueldad de su padre llega hasta el extremo de condenarlo a la hoguera junto a otros muchos reos. Carlos va con la cara tapada, pero la reina, obligada a asistir al espectáculo, lo reconoce y se desmaya. Cuando Carlos pasa bajo el balcón en el que se encuentra el rey le suplica:

*"-¡Padre mío, piedad!...*

*-¡Al brasero! respondió la voz triste y severa del rey sin dar la más leve señal de turbación.*

*Pronto extendieron la voz por el pueblo algunos viles cortesanos de que entre los reos había un insensato cuya manía era creerse hijo del rey"<sup>258</sup>.*

Pero Carlos no es ejecutado. Su padre, en un acto de refinado sadismo, lo había llevado para darle un susto de muerte y, sobre todo, para que viera morir a sus partidarios que fueron todos quemados en su presencia. La que sí muere es la reina. El rey le dio una bebida para que se recuperara del desmayo. En realidad era un veneno que momentáneamente la reanimó, pero, unas horas después, le causó la muerte. Carlos es encarcelado de nuevo. Ochoa, que dice basarse en un escritor contemporáneo, afirma que fue degollado por orden de su padre y, aunque haya otros que se empeñen en justificarla,

*"Todo el mundo conoce la temprana y secreta muerte del desdichado príncipe Carlos; enhorabuena los historiadores contemporáneos la pinten como una prueba de la sublime virtud de un padre que castiga severamente a un hijo delincuente; pero a los ojos de la posteridad imparcial, la muerte de aquel joven príncipe, no es ni puede ser más que un gran crimen del padre desnaturalizado que derrama la sangre de su hijo, y que la derrama en secreto porque así lo manda la imperiosa razón de estado"<sup>259</sup>.*

Felipe II, aparece, pues, como un tirano cruel, despótico y arbitrario. Sus actos no tienen otra finalidad –como se vio en una cita anterior- que la de provocar en el pueblo "*un saludable terror que le hiciera mirar como peligrosísima la sola intención de resistir a las órdenes*". Y no hay duda de que lo conseguía, pues, como dice Patricio de la Escosura, tras narrar una entrevista del alcalde don Rodrigo de Santillana -que asiste a ella aterrorizado- con el monarca: "*No hay cosa como ser vasallo de un rey absoluto para dar gracias a Dios cada día de hallarse con la cabeza sobre los hombros*"<sup>260</sup>.

<sup>256</sup> No puedo dejar de ver bajo esta variedad de motivaciones un paralelismo con los diversos motivos, algunos nada altruistas por cierto, de los que van apoyar las múltiples algaradas y revoluciones que van a tener lugar a lo largo del siglo. Subconscientemente el autor las está poco menos que desautorizando. Es un tema que desarrollaré más adelante.

<sup>257</sup> Afortunadamente para ella, la reina se da cuenta a tiempo y huye: "*¡Dios mío! ahora vendrá con sus cortesanos y todos encontrarán a la reina de España, olvidada de su decoro y de su decoro y de su virtud, con el príncipe a quien dirán ellos ha venido seguido voluntariamente*". Tomo III, p. 155.

<sup>258</sup> *Ibíd.*, tomo III, p. 316.

<sup>259</sup> Tomo I, p. 33-34.

<sup>260</sup> *Ni rey ni roque*, cit., p. 173.

Pero, para Ochoa el absolutismo no es un sistema reprobable solamente por aterrorizar y reprimir al pueblo, sino sobre todo por adular al populacho. Éste asiste al auto de fe empujándose, gritando, alborotando e implicado en todo tipo de grescas y disputas, pero

*"no había que temer que empleara la fuerza armada para terminarlas más que la dulzura y la persuasión; en los tiempos de absolutismo, de cualquier género que éste sea, el populacho que ni piensa ni posee, es soberano, y se le respeta, y se le teme y se le adula coma a tal"*<sup>261</sup>.

Si he venido repitiendo -y aduciendo ejemplos de ello- que las novelas históricas hay que leerlas siempre en clave contemporánea, la simbiosis absolutismo-populacho es una de las pruebas más fehacientes de esta "contemporaneidad". Hasta tal punto está Ochoa hablando de temas contemporáneos, aunque sea cubriéndolos bajo sucesos que ocurrieron tres siglos atrás que, unas páginas antes, identifica a la Inquisición con el *Partido Apostólico*;

*"Pero por mucho [júbilo] que sintiera el populacho, nunca igualaba ni aun por asomo a aquél en que rebosaba el corazón de los inquisidores, de los familiares del Santo Oficio y de todos los nombres que formaban lo que entendemos en el día por el partido apostólico"*<sup>262</sup>.

Y una identificación similar hace Patricio de la Escosura: *"No conocíamos en aquella época los españoles la sutil invención de la policía; mas en cambio teníamos la inquisición, que no le va en zaga, y aun le lleva ventajas y no pocas"*. Si se tiene en cuenta que la policía fue creada por Fernando VII en 1824 -primer año de represión (*El terror de 1824* tituló Galdós uno de sus episodios nacionales) tras el trienio liberal- se comprenden perfectamente las prevenciones del autor respecto de la misma. No hay que olvidar tampoco que pertenecía a la sociedad secreta *Los Numantinos*, cuyo descubrimiento movió a su padre a enviarlo a París para evitar que sufriera las represalias del absolutismo recién reinstaurado<sup>263</sup>. Quizás por todo esto, porque sufrió de alguna manera en carne propia la persecución de la policía absolutista, a pesar de la identificación entre inquisición y policía es mucho más duro con ésta:

*"Gracias a las luces del siglo, la policía encuentra pocos delatores fuera de la clase abyecta de la sociedad, y aun en ella se avergüenzan los hombres de ser ministros de tal institución"; de ahí que "la mayor afrenta que hoy pude hacersele a un hombre es llamársele esbirro"*<sup>264</sup>.

<sup>261</sup> *El auto de fe*, cit., tomo III, p. 302. La distinción entre *pueblo* y *populacho* va a aparecer -ya lo veremos más adelante- con bastante frecuencia en la novela de este período, tanto en la liberal como en la conservadora. Ambas van atribuir al *populacho* todo lo condenable del partido contrario. Por ejemplo, para la liberal es el principal baluarte del absolutismo; para la conservadora es quien apoya los motines y revoluciones.

<sup>262</sup> *Ibíd.*, tomo III, p. 300. Son muchas las referencias que demuestran a lo largo de toda la novela que Ochoa escribe desde la perspectiva de su época; refiriéndose al siglo XVI: *"Aquel aciago siglo tan injustamente decantado"*, tomo III, p. 299. El duque de Egmond, Carlos y sus partidarios *"pertenecían a lo que en la época pudiéramos llamar el partido de la oposición"*, tomo I, p. 187. Otras veces se burla de la idealización romántica de épocas pasadas: *"No puede menos el hombre que piensa y mira con amor a la humanidad, de dar gracias al cielo por haberle hecho nacer en este siglo de civilización, y de escuchar con risa los injustos elogios que tributan algunos hombres, o necios o atrabiliarios, a las generaciones y a los tiempos que pasaron. Es una verdad eterna, inconcusa, que los hombres son tanto mejores cuanto más saben y ¿quién podrá negar que se sabe más en el siglo XIX de lo que se sabía en tiempo de Felipe II? Los que estén interesados en hacernos retroceder a aquella era de horrores y miseria"*, tomo III, p. 140. Reproduce, asimismo, unos versos de Quintana sobre Felipe II: *"Su rostro enjuto y miserables facciones/ de su carácter vil eran señales,/ y blanca y pobre barba la cubría/ cual yerva [sic] ponzoñosa entre arenales"*. Tomo III, p. 3.

<sup>263</sup> Juan Luis Alborg: *Historia de la literatura española. IV El romanticismo*, cit., p. 619.

<sup>264</sup> *Ni rey ni roque*, cit., p. 88.

Patricio de la Escosura considera a la policía, por su origen y la experiencia que de su funcionamiento tiene -la novela se publicó en 1835- no como una fuerza al servicio de los ciudadanos, sino como un instrumento represivo del absolutismo moderno al que, lo mismo que Eugenio de Ochoa, ve como una pervivencia todavía en el siglo XIX de un sistema social tan anacrónico que ya existía hace trescientos años. Luego, resulta evidente que estas dos novelas son expresión de la ideología de la burguesía liberal<sup>265</sup>, que denuncia la opresión que el absolutismo ejerce no sólo sobre el pueblo sino sobre toda la sociedad: "*Veían al pueblo embrutecido, a la grandeza humillada o envilecida, a la clase media reducida a una completa nulidad*"<sup>266</sup>. Ahora bien, a pesar de esta dura crítica del absolutismo y de la ideología liberal de Ochoa a veces se le escapan, a modo de desahogos emocionales, ciertas muestras de desconfianza en el liberalismo (ya analizaré cómo esta desconfianza aparece con más frecuencia en las novelas de tema contemporáneo); Carlos había prometido

*"establecer la libertad de conciencia, como base fundamental o como se dice en el día programa de gobierno; promesa que acaso nunca hubiera llegado a realizarse si los que la hacían hubieran llegado a alcanzar el poder del que habrían también abusado probablemente ni más ni menos que sus predecesores"*<sup>267</sup>.

En las novelas de tema contemporáneo se critican los mismos temas aunque de un modo más preciso y detallado, pues hay referencias a acontecimientos coetáneos. El absolutismo - personificado ahora por Fernando VII y no por los Austrias- es contundentemente condenado por Ayguals de Izco. En *La bruja de Madrid*, cuyo inicio se sitúa en 1823, cuenta cómo Fernando VII, rompiendo la promesa<sup>268</sup> de no tomar ningún tipo de represalia contra los liberales, inició inmediatamente una feroz represión:

*"El 13 de noviembre a la una de la tarde llegó Fernando VII a Madrid, tan sediento de sangre, que no titubeó un momento en mandar establecer, en todas las capitánías generales, comisiones militares para llevar víctimas en abundancia al patíbulo"*.

Una de las muchas víctimas del furor de *El Deseado* fue el ayuntamiento de Madrid:

La policía fernandina debía ser muy eficaz pues estaba al tanto de las andanzas eróticas nocturnas del rey como lo prueba la siguiente anécdota: "*Recientemente establecida la policía en España, habíase organizado una sección para los sitios, hallándose la de Aranjuez a cargo del entonces coronel y más tarde general don Trinidad Balboa, que pretendía hacer creer al rey que ni él mismo escapaba a su vigilancia. Cierta día Balboa, a quien S.M. le hacía dar diariamente noticias de la chismografía del Sitio, escribió en uno de sus partes "que no ocurría más novedad que la alarma en que vivían los fieles súbditos de S.M. temiendo que los aires fríos y húmedos de la noche en los jardines atacaran su preciosa salud". Descontento el rey de injerencia tan incómoda en sus interioridades, se apresuró a advertirle con adusto ceño que "cierta clase de indagaciones podrían concluir con un viaje a Ceuta"*". Carlos Fisas: *Historias de las reinas de España* \*\*, cit., p. 142.

<sup>265</sup> Ya cité unas palabras de Ferreras en las que establecía un claro paralelismo entre *El auto de fe* y los acontecimientos de la sociedad española en la década de los 30. Vide nota 140 en la página 35.

<sup>266</sup> *El auto de fe*, tomo III, p. 300.

<sup>267</sup> *Ibíd.*, tomo III, p. 8.

<sup>268</sup> "*En tan apurado trance, [las tropas de Angulema asediando Cádiz] siendo toda resistencia inútil y aun precursora de horrendas catástrofes, dejase en libertad al monarca bajo solemne y espontánea promesa de que daría al olvido todo resentimiento, ofreciendo además reconocer y acatar los intereses creados por el régimen constitucional, y no permitir que se persiguiera, castigase, ni molestase por opiniones ni actos pasados a ningún español"*. Cit., p. 39.

"Los individuos del ayuntamiento de Madrid en los varios años del régimen constitucional, fueron presos y conducidos a la cárcel, siendo arrebatados de sus camas a las altas horas de la noche. Tratóseles peor que a forajidos, cometiéndose mil monstruosidades en la escandalosa causa que se les formó"<sup>269</sup>.

Pero también hay quien se alegra de su vuelta. En el café la *Cruz de Malta* están celebrando un banquete por la vuelta de Fernando VII un grupo de jóvenes aristócratas; el mozo del café se lo cuenta así al Duque de la Azucena:

"El que más y el que menos es marqués, o dinamarqués, o... Exceptuando don Agapito, que todo el mundo sabe que no tiene el pobrecillo sobre qué caerse muerto... Con todo... dígoles a usted... que me gusta ese muchacho... ¡Y cómo le sopla a la musa! Si viera su merced qué coplas enjareta a lo mejor... Ahora mismo ha echao una décima a **Fernandito el deseo**, que no hay más que ver, porque ha de saber usía, que toda la groma es en celebridad de la güelta del rey"<sup>270</sup>.

Es decir, insensibles a la represión, estos jóvenes aristócratas están celebrando la vuelta del verdugo. No hace lo mismo el pueblo, entendiendo que a algunos se les incluye dentro del mismo sin merecerlo:

"La indignación y el terror de la parte sensata del pueblo de Madrid contrastaba con el alborozo y entusiasmo de algunas turbas de miserables, interesados en aquella espantosa cuanto impolítica y denigrante restauración"<sup>271</sup>.

Para Ayguals el pueblo auténtico, el genuino, es el que se batió por la libertad durante la Guerra de la Independencia; de ahí que la conducta del rey sea percibida como un "guante arrojado a la faz del pueblo del DOS DE MAYO [...] un horrible destello de la más negra ingratitud"<sup>272</sup>. Versión ultramontana del absolutismo es el carlismo. En *Los cortesanos y la revolución*, novela en la que se denuncia el oportunismo y falta de escrúpulos de una serie de personajes que medran al calor de los acontecimientos políticos sin tener otra ideología que su provecho personal, nos encontramos con una sátira del carlismo. Concretamente de la expedición que hizo el pretendiente don Carlos y que llegó hasta las puertas de Madrid en septiembre de 1837: "El pretendiente llegó con felicidad a la esclarecida corte de Arganda, desde donde salió su vanguardia mandada por el "piadoso" Cabrera para conquistar Madrid". No pudieron y, ante el fracaso:

"Los siervos del Señor hubieron de quedarse por esos cerros, mirando por detrás de las tapias los árboles del Retiro, como don Quijote veía tras las bardas del corral el manteamiento de Sancho sin poder socorrerle".

No les queda más remedio que emprender la retirada, en la que las tropas carlistas no destacan por su marcialidad precisamente:

"Con la llegada a Alcalá del bizarro Espartero se desvanecieron como el humo aquellos atrevidos pensamientos de conquista; y desapareciendo repentinamente los defensores de la fe, y consumidores de los vinos de Arganda, tomaron el trote a Guadalajara. Acosados allí por el esforzado ejército que los perseguía, retrocedieron a la Alcarria, y en las

<sup>269</sup> *La bruja...*, cit., p. 39. Resulta muy esclarecedor, como ilustración de su distinta ideología, comparar este relato del regreso de Fernando VII con el de Fernán Caballero en *Elia*, citado unas páginas antes.

<sup>270</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>271</sup> *Ibid.*, p. 39. El subrayado es mío.

<sup>272</sup> *Ibid.*, p. 56.

*inmediaciones de Aranzueque les dieron tal zurra los soldados constitucionales, que no quedó títere con cabeza. Dispersos y arrollados, los unos fueron a esconder su humillación en Cantavieja; y los otros llevando al asendereado Rey a mata-caballo, no pararon hasta trasponer el Ebro*"<sup>273</sup>.

Cuando se publicó esta novela todavía no había terminado del todo la Guerra Carlista<sup>274</sup> en la que se cometieron todo tipo de desmanes cuya víctima principal fue el pueblo. Por eso me llama un tanto la atención que Eugenio de Tapia ponga el acento más en el aspecto ridículo del bando del *pretendiente* que en las múltiples tragedias que causaron. Esto último es lo que hace Ayguals<sup>275</sup> de Izco, para quien el gobierno abandonó al pueblo dejándolo indefenso ante los atropellos de Cabrera:

*"El pueblo que en semejante abandono ni un solo acento oyó resonar en el santuario de las leyes, con la energía que las circunstancias reclamaban para que la facción desoladora fuese aniquilada para siempre, el pueblo que veía en cada esquina un cadalso para degollar a sus autoridades más inmediatas y protectoras, que oía los desgarrados lamentos de los honrados individuos de su municipalidad, [...] el pueblo despreciado y escarnecido por los que debían salvarle, avasallado por el verdugo tortosino, entregadas al incendio sus pacíficas moradas, talados sus campos, segadas sus mieses, robadas sus humildes fortunas y destruidas para siempre sus esperanzas, entregábase en medio de los horrores de la guerra a los impulsos de la más cruenta desesperación"*<sup>276</sup>.

Ayguals denuncia, pues, que durante la Guerra Carlista el gobierno no se ha preocupado de proteger al pueblo. Pero el abandono no es algo coyuntural que haya sido motivado por la guerra, sino característica permanente de todos los gobiernos que sólo piensan en utilizarlo en beneficio de ellos mismos:

*"Explotan la credulidad del pueblo, y una vez encumbrados en el mando, sólo tratan de enriquecerse aunque sea sobre los escombros de su patria. ¡Pueblos! ¡abrid los ojos! Todos los hombres que han alcanzado el poder... os han engañado. TODOS"*<sup>277</sup>.

Por eso los malos gobernantes son los culpables directos de la pobreza en que viven las clases trabajadoras. Ayguals describe así la Nochebuena de una familia trabajadora sumida en la miseria por culpa del paro:

*"La familia del mísero artesano sumido en la indigencia porque los magnates hanle expoliado del fruto de sus fatigas para alimentar palaciegas vanidades, siente todos los horrores del hambre y de la desnudez. Sin medios de mitigar el rigor de los elementos, agrúpanse los tiernos hijos en derredor de su afligida madre, que con sus brazos oficiosos*

<sup>273</sup> Eugenio de Tapia: *Los cortesanos y la revolución*, Tomo I. Imprenta de los Hijos de D. Catalina Piñuela, 1838, Calle del Amor de Dios, núm. 7. 239 p. BN: 3/3200. P. 156-157.

<sup>274</sup> El Tratado de Vergara se firmó en agosto de 1839, con lo que terminó la guerra en el norte. Pero Cabrera la continuó en el Levante hasta julio de 1840.

<sup>275</sup> Ayguals denuncia también que el carlismo es el absolutismo duro y puro y que, por eso mismo, el pueblo español ya suficientemente escarmentado, nunca lo apoyará: "*Sépanlo los carlistas, el pueblo español, como libre, como independiente y como soberano, jamás doblará la cerviz a la coyunda que un rey absoluto quiere imponerle, y si vive en degradante y violenta esclavitud porque le han engañado cuantos han jurado gobernarle con arreglo a las leyes, no por eso apelará nunca para salvarse a ese bando de hipócritas que pretende ahora fascinarle con hlagüeñas cuanto falaces promesas de tolerancia, de paz, de ventura y hasta de libertad consoladora*". *El tigre del Maestrazgo*, cit., p. 398.

<sup>276</sup> *El tigre del Maestrazgo*, cit., p. 214.

<sup>277</sup> *Ibíd.*, p. 22.

*pretende en vano guarecer del frío a las infelices criaturas, mientras falto de trabajo su desconsolado padre, mendiga de puerta en puerta el pan que los malos gobernantes le han arrebatado para consolidar su inicuo sistema de infamia, dolor y opresión*<sup>278</sup>.

La despreocupación del gobierno es también la culpable de que algunos no quieran trabajar porque "sólo hay vagos donde se gobierna mal"<sup>279</sup>. El gobierno no sólo no se ocupa del pueblo, sino que lo desprecia, como se puede apreciar en su actitud "hacia las clases pobres, a las cuales con insultante orgullo llaman **plebe**"<sup>280</sup>. Vamos viendo, pues, que con respecto a las novelas históricas liberales que atacaban al absolutismo en nombre del liberalismo, presentando a éste como una garantía de preocupación por el pueblo olvidado por aquél, aparece un matiz nuevo en las de tema contemporáneo: no sólo los gobiernos absolutistas han olvidado al pueblo, todos los gobiernos han hecho lo mismo. Es decir, que dentro de la propia burguesía surgen intelectuales que comienzan a darse cuenta y a señalar que el liberalismo no gobierna para todos. En esta misma línea insiste Alfonso García Tejero, amigo por cierto de Ayguals. García Tejero denuncia las diversas consecuencias que para el pueblo tiene el abandono por parte del poder. Los reyes derrochan a costa del sudor del pueblo; por ejemplo, las visitas que se hacen unos a otros ocasionan cuantioso gastos:

*"Buen ejemplo tenemos en la visita del muy célebre Luis Felipe a la reina Victoria, en cuyo viaje, según los periódicos de París, se ha gastado el **rey ciudadano** 24 millones. ¡Caro Viaje! El pueblo paga, sufre la carga... Infelices pueblos*<sup>281</sup>.

Como se ve en esta cita, García Tejero no se ocupa sólo del pueblo español, sino que extiende su crítica a otros países concluyendo con una afirmación de tipo general que es válida para todos. El derroche de los reyes es también censurado por Ayguals. En una de las frecuentes digresiones de su novela **María** describe con todo lujo de detalles la construcción del Monasterio de El Escorial, poniendo especial énfasis en los gastos de cada partida:

*"Sólo falta ahora, para que sepa el pueblo trabajador adónde van a parar las riquezas nacionales, sólo falta para que esa masa de infelices jornaleros comparen sus escaseces con el fausto de sus palacios, sólo falta repetimos, que demos leve idea de una parte de los millones invertidos únicamente en este real sitio. [...] En los treinta y ocho años que duró la obra, se gastaron dos millones sesenta mil quinientos ducados, e importaron seis millones doscientos mil ducados el coste de las sedas, brocados, plata, oro, holandas, lienzo y librería".*

<sup>278</sup> *Ibíd.*, p. 340-341.

<sup>279</sup> Ayguals: **La bruja de Madrid**, cit., p. 232.

En **María** recoge Ayguals la intervención del diputado Eseban Collantes en las Cortes el 4-3-1845, en la que hace una denuncia del número y clases de vagos que hay en Madrid: "Decía, señores, que no podía dar detalles sobre el número de vagos que hay en Madrid, pero sí se los daré respecto de sus clases, y el Congreso conocerá que no están todos comprendidos en la denominación de vagos. Sabido es que en Madrid muchos se procuran su subsistencia con el robo y con la estafa, y así tienen distintas denominaciones. Hay ladrones del trun, espadistas, santeros, estampistas, ladronas, ladronas viandantas, peristas, ladrones del atraco, ladrones de la sociedad secreta, barateras, pasteleros, petardistas, monederos falsos, falsificadores y expendedores de documentos del estado". Tomo I, cit., p. 47.

<sup>280</sup> **María**, tomo I, p. 24.

<sup>281</sup> **El pilluelo de Madrid**, cit., tomo III, p. 127-128.



Sigue Ayguals dando cifras precisas sobre el coste de la iglesia, la sacristía, las estatuas... Y concluye: "*¡Cuán costosos han sido siempre los reyes al pobre pueblo!*"<sup>282</sup>. El pueblo no sólo paga la vida fastuosa de los reyes; también sostiene sobre sus hombros al ejército: "*esas bayonetas que paga el pueblo para que le sirvan no para que le esclavicen*"<sup>283</sup>. Los gobiernos tienen que recurrir a la fuerza porque "*sus violencias e injusticias de modo alguno inspiran ese amor del pueblo que es el diamantino escudo de un buen gobierno*"<sup>284</sup>. Un matiz interesante, consecuencia de la contemporaneidad, es que las críticas contra el poder dejan a veces de tener carácter general y apuntan a blancos precisos; concretamente al partido moderado: el pilluelo que ha hecho un viaje a Toledo, cuando regresa a Madrid se ve mezclado en un altercado con el guardia de consumos que está discutiendo con unas *manolas* madrileñas, quienes utilizan más que palabras:

*"Era cosa digna de oír a las manolas cómo le zumbaban al guarda.*

*-Dale, tunillo, decían: dale a ese perro que a veces nos quieren registrar hasta lo más sagrado de nuestras limpias carnes. [...] Por este estilo cayó sobre el carabinero una granizada de insultos que no había más que pedir. son muchas las simpatías que tienen los guardas de puertas. Las mismas que tienen los moderados en el pueblo*"<sup>285</sup>.

El pueblo, después de haber soportado el absolutismo, tiene que sufrir ahora a los moderados que muestran por él tanto interés como aquel:

*"Se encuentra usted muy aniquilado, porque teme que se hunda la libertad y se alce sobre sus escombros el negro alcázar de la tiranía. Si tan funesta calamidad acontece, no culpe usted al pueblo, porque el pueblo tiene manifestado muy de veras sus intenciones de progresar rápidamente por el camino de las reformas. El pueblo nunca será culpable... y sí los que no han sabido o querido dirigirle*"<sup>286</sup>.

También García Tejero está culpando a la burguesía del fracaso del liberalismo. Lo mismo hace Ayguals, que reponsabiliza a los moderados de las matanzas de frailes que tuvieron lugar en Madrid en julio de 1834; el pueblo no es culpable a pesar de haber hecho caso a unos cuantos "*malvados [que] empezaron a esparcir voces absurdas sin respeto a la humanidad doliente. Entonces lograron extraviar los ánimos de la multitud; pero no se la culpe, no, de haber dado momentáneamente crédito a las más abominables imposturas*".

El verdadero culpable fue el gobierno moderado a cuya cabeza estaba en esos momentos Martínez de la Rosa:

*"Habló por fin el gobierno; pero habló tarde!... Dio señales de vida, cuando ya multitud de frailes habían sido bárbaramente degollados! La sangre de estos infelices caerá gota a gota sobre la cabeza del hombre funesto que presidía el fatal gabinete en aquellos aciagos días*"<sup>287</sup>.

No toda la culpa es de los moderados. Éstos cargan con la mayor parte de la culpa, pues lo son por acción, pero los progresistas lo son por omisión:

<sup>282</sup> *María*, cit., tomo II, p. 205-206.

<sup>283</sup> *Ibíd.*, tomo I, p. 14.

<sup>284</sup> Ayguals: *La bruja de Madrid*, cit., p. 27.

<sup>285</sup> *El pilluelo de Madrid*, cit., tomo II, p. 171-172.

<sup>286</sup> *Ibíd.*, tomo III, p. 148-149.

<sup>287</sup> Ayguals: *María*, cit., tomo I, p. 52-53.

*"Porque si bien han contribuido a crearla [la situación actual] la credulidad de ciertos progresistas, y la falta de valor cívico en otros, no estaba sin embargo al alcance de la buena fe y nobleza de ciertos patriotas la hipocresía y perfidia con que sus adversarios los MODERADOS se han conducido posteriormente"<sup>288</sup>.*

Todos, pues, han engañado y se han aprovechado del pueblo:

*"¡Qué robar, Virgen María!  
¡Oh pueblo, qué simplecillo!...  
Cuántos hay que te halagaron,  
y después te abandonaron  
como el hombre de portillo!"<sup>289</sup>.*

Los ministros y diputados traicionan constantemente al pueblo. Lo mismo ocurrió en el año 1522 con el diputado Tordesillas que participó, en representación de la ciudad de Segovia, en las Cortes que Carlos V celebró en Galicia. A su regreso, cuando contó lo ocurrido, el pueblo segoviano se sintió estafado y lo ahorcó. Pero esto conduce a un tema -la revolución- que trataré más adelante en otro apartado.

Contra los liberales progresistas carga también duramente las tintas Ayguals, concretamente contra Mendizábal. Cuando forma gobierno en septiembre del 35, sus promesas crean grandes expectativas:

*"Frisaba en tan elevada altura la confianza que inspiraba el nuevo gobierno, que todo el mundo, desde la reina Gobernadora, hasta el más infeliz empleado, desde el acaudalado capitalista hasta el menesteroso jornalero, apresurose a contribuir con generosos y espontáneos donativos al sostén de tan halagüeña situación, porque jamás el pueblo había sido fascinado por tan lisonjeras esperanzas"<sup>290</sup>.*

Estas esperanzas llegan a su punto culminante cuando en noviembre la reina lee el discurso de apertura en la constitución de las nuevas cortes:

*"El estampido del cañón confundíase con el lejano clamoreo de las masas del pueblo, que vitoreaban a la reina madre doña María Cristina. [...] Este entusiasmo era sincero, nacía del corazón, era hijo de la dulce esperanza que alimentaba el pueblo de ver en breve el término de todos sus males. Contemplaba en aquella solemnidad el venturoso anuncio de un porvenir risueño. Embriagábase de ilusiones tan dulces como falaces, y sentía anticipadamente la felicidad que esperaba de los nuevos gobernantes"<sup>291</sup>.*

Pero estas esperanzas se vieron pronto defraudadas: *"Continuaron los abusos [...] y el pueblo gimió, también como siempre, esclavo de la ambición e inmoralidad de hipócritas pandillas"<sup>292</sup>*. Por eso, los que se quejan de haber perdido su apoyo, cuando antes contaban con él, no tienen razón al tachar al pueblo de voluble y veleidoso:

*"Si el pueblo sacrifica a los que fueron sus ídolos cumple con un deber, cuando los depositarios de su confianza han abusado de ella. [...] Es cierto que los hombres más*

<sup>288</sup> *Ibíd.*, tomo III, p. 155-156.

<sup>289</sup> *Ibíd.*, tomo I, p. 139. Estos versos son la moraleja de un cuento que acaba de contar en el que un centinela hambriento deja pasar a los enemigos que le han dado un puñado de higos. Lo mismo ocurre con los ministros: adjudican las obras al que les da a ellos algo.

<sup>290</sup> *María*, cit., tomo I, p. 126-127.

<sup>291</sup> *Ibíd.*, p. 128.

<sup>292</sup> *Ibíd.*, p. 130.

*aplaudidos por el pueblo han sido después los más silbados por el pueblo; que a las más expresivas aclamaciones han sucedido los más pronunciados anatemas y algunas veces repetidas muertes a repetidos vivas. Pero estas mudanzas, pregunto: ¿se deben a la transformación caprichosa del pueblo, o a la transformación inexplicable de los hombres?*<sup>293</sup>.

Evidentemente a esto último. Luego, la culpa de que el pueblo les haya vuelto la espalda la tienen ellos por haber defraudado las esperanzas que le hicieron concebir, como lo demuestra el hecho de que los que se quejan son

*"aquéllos que han vendido su independencia por uno de esos destinos que envilecen al que los ejerce; aquéllos que han trocado su puesto de capitanes de las masas por el de subalterno de la policía; aquéllos, por último, que han sepultado su corazón demócrata bajo el contraste singular de una cinta y una cruz"*<sup>294</sup>.

Hasta tal punto se han olvidado los liberales de sus promesas y se han vuelto de espaldas a sus programas que, cuando alguien pretende realmente cambiar las cosas y gobernar para el pueblo, se va a encontrar con muchas dificultades. Es lo que le ocurre, en esta misma novela, a Miguel Ángel que llega a ministro de hacienda y propone una reforma:

*"Para los ingresos proponía una contribución directa, tan insignificante como llevamos dicho, y abolía enteramente por inmorales las contribuciones indirectas, tal como los derechos de puertas, los estancos, las alcabalas, pasaportes y otras muchas cosas que subsisten con mengua de la civilización y para escarnio de la libertad que tanto se vocifera y que todavía no hemos saludado ni visto"*.

Los planes de Miguel Ángel no se realizan porque se encuentra con la oposición de gente de su propio partido que intrigan contra él hasta que consiguen que lo cesen. Miguel Ángel reflexiona amargamente:

*"Los intrigantes han podido más que yo, ¡paciencia! Ellos temían ver realizados mis planes, porque con ellos el pueblo sería verdaderamente libre y feliz, y no habría medio de jugar en adelante con la bolsa y la seguridad individual del ciudadano. ¡Paciencia! [...] Lo siento únicamente por el pueblo español, a quien yo quería libertar para siempre del yugo y la rapiña; pero puesto que no hay otro remedio... me resigno con mi suerte"*<sup>295</sup>.

Miguel Ángel, después de su experiencia de gobierno, termina sumido en el escepticismo y el pesimismo. Éste ha perdido todas sus ilusiones. Lo mismo les va a ocurrir a otros jóvenes entusiastas animados por un sincero deseo de que cambien las cosas: *"En este período de ilusiones se hallaban todavía Félix y sus amigos, jóvenes como él, que sólo apetecían el logro de las reformas"*<sup>296</sup>. Se trata de don Félix de Montelirio que funda un periódico para luchar por la mejora de las condiciones de vida del pueblo; en este caso es el autor el que muestra su escepticismo antes de que don Félix llegue siquiera a iniciar su tarea:

*"Pero, yacía arraigado un error gravísimo en el corazón de don Félix; creía inocentemente que sus trabajos mejorarían de un modo visible la condición del pueblo, cortarían los abusos, y contribuirían a destruir todo despotismo. Equivocación grave que ha perdido a muchos"*.

<sup>293</sup> Juan Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid*, cit., tomo II, p. 237.

<sup>294</sup> *Ibíd.*, p.238.

<sup>295</sup> *Ibíd.*, tomo III, p. 310-311.

<sup>296</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El dios del siglo*, cit., tomo I, p. 185.

El porqué del escepticismo del autor lo tenemos en la última frase. Él ha visto -lo hemos comprobado en las páginas precedentes- a muchos, una vez que se han situado cómodamente en el sistema, olvidarse de sus programas reformistas y de sus intenciones de trabajar para el pueblo, dedicándose únicamente al medro personal. Y ha visto también que han utilizado la prensa -que comienza a tener un gran poder- para encumbrarse:

*"Oh! la prensa, si fuera siempre un sacerdocio, merecería tener altares; pero, si lo es algunas, aunque pocas veces, otras es sólo un escalón para subir al poder, es una mercancía que compran las pasiones, es un azote de la verdad"<sup>297</sup>.*

### **2.2.3.1. CONCLUSIONES DEL TEMA DEL PODER**

Las referencias al pueblo son constantes en todas las novelas independientemente de su orientación ideológica. Atendiendo a ésta se pueden hacer dos grandes grupos: tradicionalistas y liberales, aunque dentro de éste último caben matices.

En las dos tendencias ideológicas se cultiva la novela histórica. En todos los casos estas novelas -se localicen en la época que sea- el tiempo del narrador no coincide con el de la narración. El narrador escribe desde la actualidad introduciendo la problemática contemporánea, por lo que los acontecimientos históricos funcionan como metáforas del tiempo presente.

Las novelas que defienden el Antiguo Régimen presentan al pueblo fiel y sumiso al poder. Éste corresponde con su protección, por lo que aquél se siente agradecido y, lo que es más importante, seguro. Seguridad que se extiende tanto al plano material -caridad- como al espiritual. Asimismo, el pueblo desempeña en estas novelas otro papel importantísimo: es el depositario fidedigno de los valores tradicionales, valores eternos, que se encuentran así a salvo. De este modo el pueblo se convierte en garante de esos valores que se están viendo amenazados por ideas disolventes ajenas a la tradición. El pueblo, incluso, adopta a veces un papel activo en la defensa de esos valores "rebelándose" a favor del poder que, momentáneamente, se ha apartado de ellos por el uso espurio que del mismo están haciendo quienes no son sus legítimos dueños. Con esto se persiguen dos objetivos: exculpar al sistema de los abusos e implicar al pueblo en la defensa del mismo. Es decir, la culpa no es del Antiguo Régimen -que no tiene nada de anacrónico por más que sus detractores se empeñen en lo contrario- sino de individuos que actúan movidos exclusivamente por su ambición personal ajenos por completo al espíritu fraternal y paternalista del régimen. El sistema, con la ayuda del pueblo, los castiga demostrando así su bondad. Además, la implicación del pueblo en la defensa del Antiguo Régimen demuestra que el pueblo es una parte importante del mismo; que tiene voz y voto desde mucho antes de que surgieran los modernos apóstoles del sufragio y la soberanía popular. Éstos pretenden estar luchando para conseguirle al pueblo unas ventajas de las que éste ya disfrutaba<sup>298</sup>. Estamos ante la apropiación por parte del Antiguo Régimen de la teoría de la soberanía popular.

---

<sup>297</sup> Ibid., p. 183.

<sup>298</sup> Aunque expresándola de otro modo y referida a otra esfera, Fernán Caballero se hace eco de esta misma idea cuando afirma que el pueblo no necesita para ser virtuoso y humanitario saber qué es la filantropía porque ya sabe lo que es la caridad: "*Esto es porque el pueblo rudo no sabe lo que es filantropía; pero sabe, porque se lo*

El tema de *la rebelión en apoyo del poder* -que se podría denominar también del *buen rey y mal ministro*, pues una cosa implica la otra- tan típico del Antiguo Régimen para justificar las deficiencias del sistema, adopta unos matices diferentes en la novela de Manuel Angelón *Un Corpus de sangre*. En ésta la fidelidad del pueblo no es hacia un sólo poder, sino hacia dos: el central y el local. Tiene que sublevarse contra el mal ministro del gobierno central -Olivares- y su lugarteniente en el local -Santa Coloma- para que el legítimo gobernante -Felipe IV- reconozca al gobierno local lo que su valido le negaba. En *Juana y Enrique* el conflicto es entre el poder legítimo, representado por el rey, y el espurio, detentado por el valido. Lo novedoso del planteamiento de Manuel Angelón es que el conflicto se presenta ahora entre dos poderes para él igualmente legítimos. La adhesión al local -que está por encima de toda duda- exige el arrancar concesiones al central. Es decir, que la fidelidad al primero conlleva casi ineludiblemente la rebelión contra el central. El autor se ve ante la necesidad de conciliar dos situaciones antagónicas: sublevarse pero sin ser rebeldes. O, lo que es lo mismo, conseguir que la sublevación no sea considerada un acto de rebeldía. Al hacer cargar a Olivares con todas las culpas y levantarse dando vivas a Felipe IV, se resuelve el problema. La sublevación no es contra el rey sino contra el ministro; no contra el poder central, sino contra la política ambiciosa de un valido que actúa por cuenta propia sin tener en consideración los intereses generales del país. Esto, trasplantado a la coyuntura de mediados del XIX, significa que la burguesía proteccionista catalana no tiene nada contra el gobierno de Madrid -es más, éste es garantía de su propia supervivencia y de la defensa de sus intereses-, pero sí contra la política de quien ha ocupado el poder en varias ocasiones -el progresista y librecambista Espartero- y ha gobernado en contra de los intereses de esa burguesía conservadora. Es decir, estamos ante una novela en la que lo que se refleja es la reclamación de la burguesía conservadora catalana de que sus intereses particulares sean asumidos por el conjunto del país. De hecho, necesita que sean asumidos; por eso ni puede ni le interesa romper con él<sup>299</sup>. El pueblo, al "sublevarse", los asume, quedando así implicado en su defensa.

Las novelas liberales arremeten duramente contra el absolutismo y su versión moderna el carlismo. El pueblo que lo apoya no es considerado como tal, sino como populacho. Coinciden con las novelas de ideología tradicional en recoger la fidelidad y sumisión del pueblo al poder, pero con una finalidad totalmente distinta. Si en la novela de ideología tradicional la sumisión del pueblo era una prueba de la bondad del sistema, en la liberal se convierte en una denuncia del mismo. El pueblo es fiel, sin embargo el poder no le corresponde pues continuamente lo olvida, gobierna sin tenerlo en cuenta y defrauda una vez tras otra su

---

*enseña la religión, lo que es caridad cristiana". La familia de Alvareda, cit., p. 170.*

Es decir, es una manera de desautorizar los modernos conceptos alegando que los nuevos filósofos lo único que han hecho es inventar palabras nuevas para realidades antiguas.

<sup>299</sup> De nuevo, las palabras con las que Elliot se refiere a la integración de Cataluña en la corona española en 1652, tras 12 años de separación, me parece que pueden sintetizar la situación de mediados del XIX que, metafóricamente, refleja esta novela: "*El fracaso de los catalanes en su intento de cortar para siempre los lazos que los unían a Madrid refleja, a la vez una desorientación en cuanto a los objetivos, ya desde el comienzo de la revolución, y un fracaso permanente en la tarea de crear un sentido de la unidad y el destino nacional que trascendiese las tradicionales divisiones de clase*". *La España imperial*, cit., p. 385-386.

confianza. La ingratitud del poder resulta así evidente. Pero no sólo el absolutismo se despreocupa del pueblo. Lo mismo está ocurriendo con los gobiernos liberales. De ahí que los autores comiencen a ser conscientes de que una cosa son los lemas grandilocuentes de las revoluciones liberales -igualdad, libertad, fraternidad- y otra muy distinta la realización práctica de los mismos. Es decir, que el liberalismo es una ideología de clase en la que el pueblo no cabe. La denuncia de estas contradicciones, como se verá en el análisis de otros temas -clases trabajadoras, desigualdades sociales, etc.-, comienzan a aparecer en estas novelas. Empiezan así a germinar dentro del propio liberalismo los intentos de corrección, socialismo utópico, primero, y de negación -marxismo- después.

Antiguo Régimen, liberalismo conservador y liberalismo progresista apelan al pueblo para implicarlo en la defensa de sus propios intereses. Esto coincide en líneas generales con lo expuesto en la introducción histórica. Aunque con un matización: en la historia el pueblo por estos años ya había dado algunas muestras -1848 por ejemplo- de actuar en nombre propio. En la novela todavía no.

## 2.2.4. SITUACIÓN GENERAL DEL PUEBLO. ESTADO EN QUE SE ENCUENTRA COMO CONSECUENCIA DE LA ACCIÓN DEL PODER SOBRE ÉL.

Las actitudes del poder hacia el pueblo analizadas en el apartado anterior se pueden reducir a dos: protección para la novela de ideología tradicional, abandono para la liberal. Lo que me propongo en este apartado es analizar los rasgos generales que en estas novelas se recogen del pueblo -costumbres, cultura, preocupaciones, bondad natural, supersticiones, etc.,- en la medida en que respondan a las actitudes mencionadas, o bien se den, de un modo natural, al margen de ellas.

Voy a empezar con una afirmación general que iré matizando a medida que vaya recogiendo textos para ilustrar sus distintos aspectos: toda la novela de este período busca "congraciarse" con el pueblo. Hay un "culto" a lo popular. De ahí que se indague, se "investiguen" muchas de sus facetas. Fernán Caballero declara en el prólogo de su novela *La familia de Alvareda* que su única intención al escribirla ha sido acercarse y recoger las costumbres y formas de vida del pueblo, limitándose a contar las cosas tal y como sucedieron sin más que algunos breves retoques de estilo:

*"El Argumento de esta novela, que hemos anunciado como destinada exclusivamente a pintar al pueblo, es un hecho real, y su relación exacta en lo principal, hasta el punto de haber conservado las mismas expresiones [sic] que gastaron los que en ella figuran, sin más que haber quitado a alguna que otra su crudeza.*

*No se nos oculta que, con los elementos que presta el asunto, se hubiera podido sacar más partido literario, tratándolo con el énfasis clásico, el rico colorido romántico o la estética romancesca.*

*Pero como no aspiramos a causar efecto, sino a pintar las cosas del pueblo tales cuales son, no hemos querido separarnos en un ápice de la naturalidad y de la verdad. El lenguaje, salvo aspirar las **h**, y suprimir las **d**, es el de las gentes del campo andaluzas, así como lo son sus ideas, sentimientos y costumbres*<sup>300</sup>.

Al pueblo, aunque a otra parte del mismo, dedica también su novela *-Los misterios catalanes o el obrero de Barcelona-* Rafael del Castillo. En el prólogo -titulado A LA CLASE OBRERA DE CATALUÑA- escribe:

*"Admirador de tus costumbres, he venido a este país exclusivamente a estudiarlas. El carácter de originalidad que te distingue, la distancia que entre tus ideas y las de las mismas clases de otros pueblos he encontrado, todo te hacen a mis ojos una clase excepcional y única en su género.*

<sup>300</sup> UNA PALABRA AL LECTOR, cit., p. 72.

Declaraciones parecidas hace al comienzo *-CARTA A MI LECTOR DE LAS BATUECAS-* de **Clemencia**: "Y me decías que que quedaban ustedes aguardando otra producción mía: 'Cuéntanos en lisa prosa castellana lo que realmente sucede en **nuestros** pueblos de España, lo que piensan y hacen **nuestros** paisanos en las diferentes clases de **nuestra** sociedad'. Sábetete pues que éste ha sido (atiende bien) el **sólo y único** móvil que me ha hecho tomar la pluma para escribir la novela que te remito. Ya sabes que lo que escribo no son novelas de fantasía, sino una reunión de escenas de la vida real, de descripciones, de retratos y de reflexiones". Edc., cit., p. 67.

*Mi admiración hacia ti ha sido tal, que no sabiendo de qué otra manera expresártela, te he compuesto una novela*<sup>301</sup>.

Evidentemente, aunque los dos declaran que el objeto de su interés lo constituye el pueblo, no se acercan a él con la mente en blanco, libre de juicios previos, sino que lo hacen desde una actitud ideológica determinada y, por tanto, no van a "ver" lo mismo. Eso que "ven" los distintos autores es lo que me propongo analizar en este apartado.

#### 2.2.4.1. Costumbrismo.

Encontramos en estas novelas bastantes escenas costumbristas, tanto del pueblo rural como del urbano. Algunas sin otra aparente intención que la de recoger un especie de instantánea fotográfica de algún acto popular como, por ejemplo, la siguiente descripción que de una tarde dominical hace Joaquín Estébanez Calderón:

*"Fresca y apacible tarde del otoño hacía, y como domingo alegre después de visperas por gustoso recreo se derramaban allá en los ruedos y ejidos del lugar los habitantes rústicos de cierta aldea. [...] Aquellas buenas gentes, digo, unas subían a las más altas crestas de los montes. [...] Otras se entraban por entre las arboledas y frutales de tanto huerto y jardín como cercaban la aldea, y aquí o allá grupos de mancebos granados o muchachos de corta edad se entretenían en jugar al mallo y en tirar la barra, o en soltar al aire pintadas pandorgas con la mayor alegría del mundo*<sup>302</sup>.

Sana alegría y diversiones naturales desprenden evidentemente unas connotaciones ideológicas. Las mismas que las novelas de Fernán Caballero, que siente también especial predilección por los ambientes rurales e introduce en sus novelas algunas escenas que son como auténticos cuadros de costumbres en miniatura. En *La familia de Alvareda* el tío Pedro y la tía María, que se dirigen a Alcalá de Guadaíra a encargarse de los preparativos para la boda de sus hijos, paran en una venta y allí son objeto de pullas y chanzas por parte de un grupo de soldados:

*"A medio camino se hallaba una venta. Cuando llegaron, estaban algunos soldados tirados sobre los bancos de ladrillo, que a ambos lados de la puerta se hallaban bajo el cobertizo. Desde que vieron acercarse a nuestra pareja, empezaron a acribillarla de dichos, provocaciones burlescas y zumbas, las que tan usuales son en el pueblo, y en particular entre los soldados.*

*-¡Tío! ¿Dónde Vd. con esa cuaresma? decía el uno.*

*-¡Tía! decía el otro, ¿está todavía en pie la iglesia en que os bautizaron?*

*-¡Tía! decía el otro, ¿se acuerda todavía su mercé de la noche de novios?"*

Pero ni hay intención de ofender entre los bromistas ni los que sufren las bromas se sienten ofendidos. Lo cual demuestra la nobleza de carácter de unos y otros. Así, cuando la tía María les dice que la ayuden a bajar de su burro, no lo dudan un instante: *"Los soldados se acercaron y la ayudaron a bajar de un modo bondadoso y atento"*<sup>303</sup>. Las mismas características

<sup>301</sup> Rafael del Castillo: *Los misterios catalanes o el obrero de Barcelona*. Novela de costumbres. Barcelona, Imprenta Hispana de Vicente Castaños, Asalto 20, 1862. 585 págs. BN: 3/622.

<sup>302</sup> Joaquín Estébanez Calderón: *Cristianos y moriscos* [1838]. Editada por: Felicidad Buendía: *Antología de la novela histórica española*, Madrid, Aguilar, 1963, p. 1600.

<sup>303</sup> Edc., cit., p. 95-96.



costumbristas tiene la descripción de la boda de Stein y Marisalada en *La Gaviota*. Los brindis a la salud de los novios son de lo más tópico:

*"La reunión se animaba por grados.*

*-¡Bomba! -gritó el sacristán, que era bajito, encogido y cojo.*

*Calló todo el mundo al anuncio de este brindis.*

*-Brindo -dijo- a la salud de los recién casados, a la de toda la honrada compañía y por el descanso de las ánimas benditas.*

*-¡Bravo! ¡Bebamos y viva la Mancha, que da vino en lugar de agua!"*

El mismo cariz de tradicionalismo ritual tienen las canciones:

*"-A ti te toca, Ramón Pérez; echa un copla y no guardes tu voz para mejor ocasión.*

*Ramón cantó:*

*Parabién a la novia*

*le rindo y traigo;*

*pero al novio no puedo*

*sino envidiarlo."*

A continuación todos empiezan a bailar fandangos. El adjetivo con el que Fernán Caballero califica al baile –“nacional”- es muy significativo:

*"Al oír el preludio del baile eminentemente nacional, un hombre y una mujer se pusieron simultáneamente en pie, colocándose uno frente de otro. Sus graciosos movimientos se ejecutaban casi sin mudar de sitio, con un elegante balanceo de cuerpo, y marcando el compás con el alegre repiqueteo de las castañuelas. Al cabo de un rato, los dos bailarines cedían sus puestos a otros dos, que se les ponían delante, retirándose los dos primeros. Esta operación se repetía muchas veces según la costumbre del país".*

Tampoco podían faltar las tópicas alusiones a la esclavitud que supone el matrimonio:

*"Entretanto el guitarrista cantaba:*

*Por el sí que dio la niña*

*a la entrada de la iglesia,*

*por el sí que dio la niña,*

*entró libre y salió presa".*

Ni el chistoso de turno que bromea sobre el propio matrimonio:

*"-¡Bomba! -gritó de pronto uno de los que la echaban de graciosos.- Brindo por ese curalotodo que Dios ha enviado a esta tierra para que todos vivamos más años que Matusalén; con condición de que cuando llegue el caso no trate de prolongar la vida de mi mujer y mi purgatorio.*

*Esta ocurrencia ocasionó una explosión de vivas y palmadas"<sup>304</sup>.*

Es asimismo frecuente que los personajes refieran cuentos tradicionales que guardan algún paralelismo con el asunto que estén tratando<sup>305</sup>. Fernán Caballero recoge también

<sup>304</sup> Edc., cit., p. 119-120. En estas mismas páginas recoge varias más de estas canciones tradicionales, como ésta del amante despechado: "Tú me diste calabazas;/ me las comí con tomate;/ más bien quiero calabazas/ que no entrar en tu linaje". O sobre el vino: "Ven acá, quitapesares,/ alivio de mi congoja,/ criado entre verde hoja, /y pisado en los lagares;/ te pido que me aclares/ esta garganta y galillo/ para brindar a los novios/ empinando este vasillo".

<sup>305</sup> El tío Pedro en *La familia de Alvareda* cuenta varios. Cuando está con la tía María negociando la dote que va

multitud de refranes y metáforas de raíz popular. Un campesino define el rayo como: "*Un pedazo del aire encendió y la ira de Dios que le va rempujando*"<sup>306</sup>. El tío Pedro describe un día de primavera cuando el sol ya empieza a calentar: "*El rubio se ha lavado la cara, y ha afilado sus rayos, que pican como alfileres*"<sup>307</sup>. Este aprecio por el lenguaje popular es para Fernán Caballero un antídoto contra la invasión de palabras extranjeras. *Puff, fashionable, debut*, son algunas de las palabras que Eloísa y Polo -otro *elegante*- utilizan en una conversación ante el asombro de algunos que les escuchan. El general Santa María, que es uno de los sorprendidos, no puede callarse por más tiempo cuando escucha de los labios de Eloísa la expresión *bravo militar*:

*"-¿Qué estáis diciendo, señorita? -preguntó el general, que, absorto, escuchaba la conversación de los dos jóvenes de buen tono.*

*-Digo, señor, que vuestro sobrino es un bravo oficial.*

*-¿Y qué queréis decir con eso?*

*-Señor, lo que dice su hoja de servicio, y repiten todos los que lo conocen: que se ha distinguido en la guerra como un hombre de honor.*

*-Pues... si lo habéis querido decir, ¿por qué no lo habéis dicho, según la célebre expresión de don Juan Nicasio Gallego, el cual, así como el duque de Rivas, Quintana, Bretón, Martínez de la Rosa, Hartzzenbusch y otros muchos, han cometido la pifia de ser hombres eminentes, y poetas de primer rango sin dejar de ser españoles en la forma ni en la esencia? ¿Habéis, por ventura, querido decir valiente?*

*-Pues es claro, general, ¿acaso no lo he dicho?*

*-No, señorita -dijo impaciente el general-, lo que habéis dicho es **bravo**, epíteto que sólo he oído aplicar a los toros montaraces, y a los medio salvajes para ponderar su brutal fiereza. No usáis, a fe mía, tal palabra, por falta de voces adecuadas al caso, pues además, de valiente, tenéis puestas en uso otras muchas, como son: bizarro, valeroso, denodado, etcétera.*

*Jesús, señor, ésas son voces anticuadas, muy vulgares y muy gansas: es preciso admitir las que introduce la elegancia y el buen tono, pésele al diccionario y a sus ramplones compiladores y secuaces*"<sup>308</sup>.

Lo mismo sucede con la vestimenta popular. El aprecio que siente Fernán Caballero por ella le lleva a satirizar a quienes, en nombre de las modas extranjeras -entiéndase francesas- la desprecian porque la consideran atrasada y de mal gusto. En el siguiente diálogo Rafael Arias le cuenta a Eloísa la opinión laudatoria que tiene un inglés sobre la vestimenta tradicional de las mujeres españolas. Eloísa -una elegante rendida incondicionalmente a todo lo francés- reacciona con auténtico horror:

*"Dice -continuó Rafael- que no hay cosa más bonita en el mundo que una española con su mantilla, que es el traje que más favor les hace.*

---

a llevar su hija le refiere éste: "*Cuando S.M. Carlos IV vino a Jerez, y vaya de cuento, le presentaron un rico vino; ¡pero qué vino, comadre! un poco mejor que el de la viña de VD. S.M., que parece que lo entendía, celebró el vino a voces. Señor, dijo el alcalde, que no cabía en el pellejo de ancho (porque han de saber Vds. que los jerezanos están más envanecidos de su vino que yo de mi hijo); Señor, sepa V.R.M. que todavía lo tenemos mejor. ¿Sí? dijo el Rey, pues guardarlo para mejor ocasión. Así, comadre, esta carta te escribo; aplique Vd. el cuento*". P. 91.

<sup>306</sup> *La familia de Alvarada*, cit., p. 118.

<sup>307</sup> *Ibíd.*, p. 94.

<sup>308</sup> *La Gaviota*, cit., p. 204-205.

-¡Qué injusticia! -exclamó la joven-. ¿Creen acaso que el sombrero es demasiado elegante para nosotras?

-Dice -prosiguió Rafael- que manejáis el abanico con una gracia incomparable.

-¡Qué calumnia! -dijo Eloísa-. Ya nos lo usamos las **elegantas**.

-Dice que esos piecitos tan monos, tan breves, tan lindos, están pidiendo a gritos medias y zapatos de seda, en lugar de esas horrendas botas, borceguíes, **brodequins**, o llámense como quiera.

-Eso es insultarnos -exclamó Eloísa-; es querer que retrocedamos medio siglo, como dice muy bien la ilustrada prensa madrileña.

-Que los ojos negros de las españolas son los más hermosos del mundo.

-¡Qué vulgaridad! Esos son ojos de las gentes del pueblo, de cocineras y de cigarreras"<sup>309</sup>.

El pueblo es también quien mejor conserva e interpreta los cantos tradicionales: "María, además de su hermosa voz y de su excelente método, tenía, como hija del pueblo, la ciencia infusa de los cantos andaluces"<sup>310</sup>. Por eso, Eloísa manifiesta la misma actitud de desprecio hacia estos cantos. Cuando se entera de que Marisalada va a cantar en casa de la marquesa canciones españolas reacciona airadamente:

"-¡Canciones españolas! -clamó Eloísa indignada-. ¡Qué horror! Eso es bueno para el pueblo, no para una sociedad de buen tono. ¿En qué está pensando Gracia? Ved por qué los extranjeros dicen con toda razón que estamos atrasados, porque no queremos amoldar nuestros modelos y nuestras aficiones a las suyas".

Y, como algunos de los presentes la contradicen, abandona muy enfadada la reunión: "Sébase, a lo menos, que hay señoritas en España bastante finas y delicadas para huir de semejantes chocarrerías"<sup>311</sup>. Como se verá más adelante, Eloísa pagará muy caro su desprecio por todo lo popular que es lo mismo que decir todo lo español. Porque la desaparición de las costumbres tradicionales, por muy superficiales que puedan parecer -y esto da la clave par entender qué es lo que subyace tras el costumbrismo aparentemente "inocente" de la autora- arrastrará consigo valores bastante más trascendentales:

"Puede que ese digno orgullo, esa noble franqueza mujeril, que hace despreciar a la española el aparecer otra de lo que es, desaparezca dentro de poco con la saya y la mantilla, a fuerza de capotas y de novelas francesas, sin que tengan presente las mujeres que cada monería les

<sup>309</sup> Cit., p. 151-152.

<sup>310</sup> *Ibíd.*, p. 201.

En otro pasaje de la novela realiza una auténtica apología del folclore andaluz: "El pueblo andaluz tiene una infinidad de cantos; son éstos boleras, ya tristes, ya alegres; el ole, el fandango, la caña, tan linda como difícil de cantar, y otras con nombre propio, entre las que sobresale el **romance**. [...] Es tan peculiar del pueblo, que sólo a estas gentes, y de entre ellas a pocos, se lo hemos oído cantar a la perfección; parécenos que los que lo hacen, lo hacen como por intuición. Cuando, a la caída de la tarde, en el campo, se oye a lo lejos una buena voz cantar el romance con melancólica originalidad, causa un efecto extraordinario, que sólo podemos comparar al que producen en Alemania los toques de corneta de los postillones, cuando tan melancólicamente vibran suavemente repetidos por los ecos, entre aquellos magníficos bosques y sobre aquellos deliciosos lagos. La letra del romance trata generalmente de asuntos moriscos o refiere piadosas leyendas o tristes historias de reos.

Este famoso y antiguo romance que ha llegado hasta nosotros, de padres a hijos, como una tradición de melodía, ha sido más estable sobre sus pocas notas confiadas al oído que las grandezas de España apoyadas en cañones y sostenidas por las minas del Perú". P. 87.

<sup>311</sup> *Ibíd.*, p. 200-201.

*quita una gracia, y cada afectación un encanto, y que de airosas y frescas flores naturales, se convierten en tiesas y alambradas flores artificiales*<sup>312</sup>.

Folklore, lenguaje, costumbres, vestimenta... Todas las facetas populares son recogidas y ensalzadas por Fernán Caballero. Es decir, todo lo *nuestro*, como tan enfáticamente resalta en el prólogo de *Clemencia*<sup>313</sup>. Pero no lo son a título de inventario. La intención de la escritora no es la de hacer de notaria de una serie de usos y costumbres que se encuentran amenazados de desaparición como consecuencia del hondo proceso de transformación que está experimentando la sociedad. No pretende dejar un testimonio documental para que pase a la posteridad. Su intención es utilizar esos usos y costumbres para frenar el proceso de transformación que amenaza con tragárselos. Para Fernán Caballero lo que está en peligro es la esencia misma de España<sup>314</sup>, y ésta en el único sitio que se conserva todavía incontaminada es en el pueblo -por supuesto, el rural-: "*He escrito dos novelas largas -una, La familia de Alvareda, dibuja el pueblo, aquella parte de los españoles que es auténticamente español*" [sic]<sup>315</sup>. Es decir que muchas de las cosas que se están introduciendo en la sociedad española no son "auténticamente españolas"; como el concepto de *filantropía* que pretende sustituir a la caridad, el de *Supremo Hacedor* que quiere relegar al de Dios, el de *liberalismo* que obliga a los reyes a jurar constituciones, el de *soberanía popular* que, sembrando ideas disolventes entre el pueblo, los incita a sublevarse... Luego, el fandango sirve para proclamar estos valores a los cuatro vientos y la mantilla para resguardarlos de las inclemencias de una atmósfera que se les está volviendo claramente hostil. Fandango y mantilla siguen siendo el folclore y la vestimenta del pueblo que ni entiende ni se deja seducir por modas extranjeras. No sucede lo mismo con muchos

<sup>312</sup> *Clemencia*, cit., p. 76-77.

<sup>313</sup> Esta celosa defensa de lo *nuestro* le lleva incluso poco menos que a "reivindicar" en exclusiva para los españoles el "derecho" a ejercer de cronistas. En este sentido se podría interpretar la ironía sobre los libros de viajes escritos por extranjeros, como el que, según cuenta Rafael Arias, está escribiendo el barón de Maude de visita en Sevilla: "*Ahora está escribiendo un libro serio, como él dice, el cual debe servirle de escalón para subir a la Cámara de los diputados. Se intitula: Viaje científico, filosófico, fisiológico, artístico y geológico por España (a) Iberia, con observaciones críticas sobre su gobierno, sus cocineros, su literatura, sus caminos y sus canales, su agricultura, sus boleros y su sistema tributario*". *La Gaviota*, cit., p. 143.

<sup>314</sup> Los cantos populares son también portadores de esa esencia: "*Entre las gentes del pueblo de Andalucía, cada cual tiene en su memoria tal archivo de coplas y tan variadas en sus conceptos, que sería difícil se diese una cosa que se quisiese expresar y no se hallase en una copla el modo de hacerlo*". *La familia de...*, cit., p. 134-135.

<sup>315</sup> Carta al doctor Julius de Hamburgo. Citada por Julio Rodríguez-Luis en la *Introducción a La familia de Alvareda*, cit., p. 37.

El Duque de Rivas se deshace en elogios de la novela señalando como su principal virtud el beneficioso papel que puede desempeñar en la defensa de esos valores tradicionales que, por supuesto, también identifica con el pueblo que es quien conserva lo genuinamente español: "*Cuando el aluvión de novelas extranjeras, [...] inunda nuestro desgraciado país, y lo desnaturaliza y corrompe, ora introduciendo hábitos y costumbres que nos desfiguran, ora vulgarizando máximas peligrosas y doctrinas socialistas, ora presentando escenas de pernicioso ejemplo; no puede menos de celebrarse por las personas sensatas la aparición de una novela original española y verdaderamente española, en que se pintan costumbres nuestras, en que se presentan afectos naturales y sencillos, en que se inculcan sanas y consoladoras creencias, y en que se describen escenas verdaderas y muy interesantes de la vida íntima de los habitantes de nuestras aldeas, donde afortunadamente aún no han penetrado del todo las modas de allende, ni alterado las modernas predicaciones*". Sigue destacando las lecciones moralizantes que se pueden extraer de lo que le ocurre a los diversos personajes y termina felicitando a la autora de la novela sobre todo "*por el espíritu verdaderamente español y religioso que reina en toda ella*". *Prólogo*, p. 69-71.

miembros de las clases elevadas como Eloísa, el personaje de *La gaviota*. Su final es de lo más aleccionador. Enamorada de un aventurero francés, que, para más inri, se llamaba Abelardo, se casó en secreto con él. La Condesa de Algar cuenta los detalles y el general saca las pertinentes lecciones moralizantes:

*"Ella encontró en su nombre y en el de su amante la indicación de su unión marcada por el destino"<sup>316</sup>. En él vio un hombre que era al mismo tiempo literato, artista y de familia de príncipes, y creyó haber encontrado al ser ideal que había visto en sus dorados ensueños. A sus padres, que se oponían a aquella unión, los miraba como tiranos de melodrama, de ideas atrasadas y sumidos en el oscurantismo...*

*-Y en el **españolismo** -añadió el general en tono de ironía-, y la señorita ilustrada, **nutrida** de novelas y de poesías lloronas, se unió con aquel gran bribón, casado ya dos veces, como después lo supimos. Pasados algunos meses, y después de haber gastado todo el dinero que ella le llevó, la abandonó en Valencia, adonde fue a buscarla su desventurado padre para traerla deshonorada, ni casada, ni viuda, ni soltera. Ved ahí, sobrinos míos, adónde conduce el extranjerismo exagerado y falso"<sup>317</sup>.*

Por algo Clemencia rechazó las proposiciones de dos nobles -uno francés y otro inglés- y se casó con un hombre del pueblo. Lo genuinamente español son los valores tradicionales, los del Antiguo Régimen. Los demás son totalmente ajenos al alma española. Ésta es la ideología que transmite el costumbrismo de estos autores por más que en ocasiones sus cuadros parezcan o pretendan ser escenas artísticamente asépticas.

El costumbrismo urbano lo cultivan Ayguals, Espronceda, Salas y Quiroga y otros. Ayguals introduce en sus novelas escenas que recogen costumbres y tipos populares. En el costumbrismo de Ayguals se pueden distinguir dos vertientes: una, la que retrata lo que para él es el auténtico pueblo -pues también tiene su concepto de quién forma parte del mismo- y, otra, en la que se fija en tipos marginales, delincuentes, prostitutas, gente que vive del cuento.

En la primera de las vertientes señaladas encontramos al pueblo de Madrid divirtiéndose pacíficamente en la romería de San Isidro:

*"El día de San Isidro, todo el pueblo de Madrid, exceptuando los ridículos entes que se vanaglorian de no pertenecer al pueblo, se abandona a la romería del Santo Patrono. [...] En la pradera de San Isidro no había distinciones ni privilegios, todo el bello ideal de una república hacíase ostensible en la fraternal alegría que animaba a todos los habitantes de aquella momentánea colonia. La fastidiosa etiqueta de la corte estaba allí prohibida, confundíase el frac con la chaqueta, el chal con la mantilla de manola, no había distinción de sexos ni edades"<sup>318</sup>.*

Descripción que coincide en lo esencial con la que de la misma romería realiza Rafael del Castillo:

*"Es una romería socialista, por decirlo así. En ella se salvan todas las barreras que la sociedad ha puesto para dividir sus clases. Allí se confunde la marquesa con la modista de su casa, y el opulento capitalista con el escribiente más ínfimo de su escritorio. Allí no hay jerarquías, no hay más que una multitud que se codea, grita y se afana por contemplar de cerca la ermita del santo, o beber el agua de la milagrosa fuente. La población entera de*

<sup>316</sup> Era muy aficionada a leer novelas, sobre todo francesas.

<sup>317</sup> *La gaviota*, cit., p. 265.

<sup>318</sup> *María...*, cit., tomo I, 235-236.

*Madrid podemos asegurar que el día 15 de mayo se traslada a la inmensa pradera que se extiende al pie de la ermita*<sup>319</sup>.

El costumbrismo le sirve a estos dos autores, sobre todo a Ayguals, para predicar la concordia entre las clases sociales, una de las ideas que aparece insistentemente a lo largo de sus novelas. Otra escena costumbrista, también de esta misma novela, es la que describe la Verbena de San Juan:

*"En el Prado eran donde principalmente se aglomeraban todas las cuadrillas de gente alegre, y debe decirse en obsequio de los honrados habitantes de Madrid, que ni un solo lance desagradable suele turbar en semejantes noches el general regocijo a que se entregan las masas trabajadoras de un pueblo virtuoso, que contempla en estos inocentes solaces una tregua a sus sufrimientos, que le da aliento para sobrellevarlos con heroica resignación*<sup>320</sup>.

El comportamiento virtuoso, honrado y pacífico de las clases trabajadoras -que son las que constituyen para Ayguals el pueblo auténtico- es otra de las ideas continuamente repetida en sus novelas. Pueblo auténtico que es representativo no sólo del madrileño sino de todo el español, como puede apreciarse en la siguiente descripción que hace de la calle de Toledo:

*"Mejor que en el Congreso de los padres de la patria, vense en ella representadas todas las provincias que constituyen la nación española.*

*Por ella aparecen el macareno hijo de la tierra de **maría zantísima** con la rica aceituna sevillana; el indomable carromato catalán con su excitante salchicha de Vich; el extremeño con sus picantes chorizos, que tan ricamente condimentan la sabrosa y nunca bien ponderada olla nacional, y enardecen la sangre de los descendientes de Atanarico; el cartaginés y el murciano con sus carros atestados de naranjas y granadas. [...] En una palabra, por la calle de Toledo suelen transitar cuantos se descuelgan de las provincias todas, con intento de abastecer a Madrid de todos los regalos **manducables** que produce el fértil suelo español, fruto de los afanes y sudores del honrado labriego, para que se refocile acaso en su sabor el haragán de los palacios*<sup>321</sup>.

<sup>319</sup> Rafael del Castillo: *Los misterios catalanes o el obrero de Barcelona* [1862], cit., p. 22.

<sup>320</sup> *Ibíd.* tomo I, p. 317.

Esta apología de las romerías y verbenas populares, insistiendo en los efectos beneficiosos que este tipo de diversiones inocentes y saludables tienen para el pueblo, recuerda la actitud de que, en el siglo anterior, mantenían los ilustrados -recuérdese a Jovellanos- sobre las diversiones populares. El despotismo ilustrado quería conciliar los intereses de la nobleza y de la burguesía. El liberalismo que predica Ayguals -socialismo utópico- pretende hacer lo mismo con los de la burguesía y el proletariado.

<sup>321</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 338-339.

La suave denuncia que realiza Ayguals en este texto es parecida a la realizada unos años antes, aunque de un modo mucho más duro, por Larra en su artículo *La Nochebuena de 1836*. Larra contrasta la abundancia de comestibles y la alegría de Madrid con la necesidad que Bilbao -sometida al sitio carlista desde principios de noviembre- está padeciendo: "*Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao: figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada; una mano seca y roída llevaba a una boca cárdena, y negra de morder cartuchos un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía a los bulliciosos liberales de Madrid. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvención y la culpa, aquélla agria y severa, ésta indiferente y descarada*". Y termina señalando asimismo la voracidad de Madrid sobre el resto de las provincias: "*Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad a las demás*". *Artículos*, edición de Carlos Seco Serrano, Barcelona, Planeta, 1981, p. 572-573.

Una vez más, como puede apreciarse en esta cita, es el pueblo trabajador el objeto de la atención de Ayguals. Luego, vamos viendo que el costumbrismo de Ayguals tampoco es un costumbrismo artístico y aséptico. Concordia interclasista y necesidad de fomentar las virtudes que de por sí existen en las clases trabajadoras forman parte de la ideología de la burguesía liberal que quiere evitar a toda costa las revoluciones que se derivan de la lucha de clases<sup>322</sup>.

Por su parte, Jacinto de Salas en *El Dios del siglo* fija su atención en uno de los barrios populares de Madrid:

*"Hay barrios en Madrid donde jamás se estampó la huella de una bota de charol, y no son, por cierto, los barrios peores. Allí se vive de distinto modo que en lo interior de la capital, se toma el sol en medio de la plaza, e baila en la calle, se holgazanea en todas partes y se come lo que Dios da, cuando Dios lo envía. Ni allí se sabe lo que es teatro, ni hipódromo, ni circo, ni tertulias ni coches"*<sup>323</sup>.

Estos barrios no sólo carecen de lujos y cosas superfluas, carecen también de otras más necesarias:

*"Las casas de esos barrios son grandes como pueblos, con celdas como conventos, sucias como aduanares árabes y oscuras como mazmorras. Ni hay vidrios en todas las ventanas, ni maderas en todas las puertas. [...] El viento silba por aquellos corredores, y se pasea como una culebra de cuarto en cuarto, azotando los pies, rara vez resguardados, de los infelices habitantes de tales casas".*

A éstos, a los habitantes se refiere un poco más adelante explicando por qué los llama infelices: *"Llamamos infelices a aquellas buenas gentes por los goces que no conocen, más bien que por las miserias que pasan"*. Este desconocimiento de que existen otras formas de vida que ellos ni sospechan se traduce en una total indolencia por todo lo que les rodea:

*"Allí los niños se crían para vagos y las mujeres para... mendigas, sin que el trabajo aligere el peso de las horas y asegure una existencia constante y tranquila. Nadie allí interrumpe su sueño, ni deja su asiento al sol de enero por las faenas domésticas; mejor les parece consagrar un día al recreo y el siguiente a las lágrimas, que pasar una vida monótona y uniforme. Hoy pan y toros; mañana ni toros ni pan". Ellos no son culpables de la situación en la que viven: "En una de aquellas casas de vecindad, que los celadores de policía urbana no han visitado jamás, en que los protectores de la humanidad nunca han pensado".*

Con todo, son buena gente que no caen en la delincuencia: *"No hay crímenes, pero sí incuria"*. El autor ve a todas estas gentes como víctimas. Por eso, toda la descripción anterior, que en manos de un romántico al uso se habría convertido en una manifestación de tipismo, -el pan y los toros podrían dar mucho juego en este sentido- adquiere en la pluma de Jacinto de Salas una clara dimensión de denuncia social del abandono del pueblo, de la despreocupación que sufre por parte de las clases dirigentes.

Ventura Ruiz Aguilera *-Proverbios ejemplares-* describe también uno de estos barrios, pero con una óptica bastante diferente:

<sup>322</sup> Este tema lo analizaré en otro apartado -desigualdades sociales y revolución- más adelante. Pero sí que me gustaría insistir en cómo incluso en las escenas con menor contenido ideológico, éste, más o menos explícitamente, aparece.

<sup>323</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo*, cit., p. 73. Todas las citas de esta novela que reproduzco a continuación pertenecen a las páginas 73-75.

*"No hace muchos años, la persona decentemente vestida que se atrevía a pasar por ciertos barrios de Madrid era objeto de diversión y de chacota para sus moradores, los cuales tenían siempre a mano un repertorio interminable de chistes, generalmente de grueso calibre, pero de originalidad e intención pasmosas, bajo cuyo peso abrumaban al transeúnte incauto. Este salvajismo social ha ido desapareciendo, y dentro de poco tiempo es de creer que pertenecerá a la historia; pero todavía en algunos puntos de la corte a veces se advierte que la tradición se conserva, aun sin motivo"<sup>324</sup>.*

Parece evidente que la atmósfera humana y social de este barrio es bastante similar al anterior. Sin embargo lo que "ven" uno y otro no es lo mismo. Ventura Ruiz no ve abandono e incuria, sino mala educación, "*salvajismo social*". Jacinto de Salas señalaba a los culpables. Ruiz Aguilera no se plantea la cuestión de la culpabilidad. Se limita a constatar una determinada situación en la que el pueblo no sale muy bien parado. Es decir, no parece que Ventura Ruiz tenga una idea muy positiva del pueblo. Recordemos, como ya se vio en la introducción a este capítulo (p. 316-317), que esta obra *-Proverbios ejemplares-* fue muy alabada por Galdós por encabezar lo que denominamos reacción antifolletinesca; o, lo que es lo mismo, por ocuparse de la clase media en detrimento del pueblo. La burguesía liberal, que había halagado al pueblo en la novela folletín presentando de él una imagen sentimental y paternalista, se está dando cuenta de que sus intereses son distintos por lo que el pueblo no es el aliado adecuado. En consecuencia comienza a distanciarse de él. La actitud un tanto displicente que adopta el autor en esta novela es una muestra de ese alejamiento.

La segunda de las vertientes señaladas al referirme al costumbrismo de Ayguals es la que retrata a tipos marginales. Cuando se centra en estos ambientes, Ayguals se mueve entre la condena y la mirada regocijada. Cuando se fija en ellos de un modo global -sin pararse en personajes individuales- la condena es rotunda:

*"Una de las calles de más nombradía por la gente de trueno que acude a ella en el célebre barrio de las Maravillas, es la calle de la Palma Alta. Las tabernas abundan en proporción de los aficionados que del verdadero populacho de Madrid acuden a revolcarse en el cenagal de la inmoralidad.*

*Hemos dicho el verdadero populacho, porque nosotros no confundiremos nunca a las clases pobres del pueblo, a las masas laboriosas, a los jornaleros honrados, a los artesanos virtuosos, con la hez de esas turbas soeces y repugnantes, hijas de la holganza, de la prostitución y del crimen.*

*Abundan por desgracia en Madrid, como en todas las capitales populosas de los países más civilizados, entes salvajes, cuyas bárbaras y depravadas costumbres horrorizan. Esta asquerosa sociedad suele componerse de mozalbetes rateros, mozuelas pervertidas, barateros, viejas inmorales, tahúres, mujeres adúlteras, rufianes, presidiarios, desertores, asesinos y malhechores que no debieran existir donde tanto oro cuesta la policía civil"<sup>325</sup>.*

Ayguals distingue entre pueblo y populacho. Los individuos que asisten a este clase de establecimientos pertenecen al segundo. La actitud de Ayguals es de total rechazo porque esta

<sup>324</sup> Ventura Ruiz Aguilera: *Hasta los gatos quieren zapatos, Proverbios ejemplares*, Primera serie. Madrid, Librería de don Leocadio López, Calle del Carmen, Núm. 15, 1864. [ Sin embargo, en esta misma hoja por detrás dice: Madrid, 1863-. Imp. de Rivadeneyra] XI + 291 págs. BN: 1/34.368. p. 156.

Esta obra consta de una serie de narraciones cortas, de carácter moralizante, cada una de las cuales lleva por título un refrán.

<sup>325</sup> *María....* cit, tomo I, p. 116-117.



gente -lo analizaré con más detalle en el apartado de la revolución-, que no tiene ninguna conciencia de clase ni valores cívicos, siempre le hace el juego de una manera u otra a los sectores reaccionarios. Concretamente, en una de estas tabernas -la del *Tío gazpacho*- está corriendo abundantemente el vino sufragado por la sociedad secreta absolutista *El Ángel Exterminador*. Ayguals retrata a algunos de los parroquianos y cuando esto sucede -cuando de la visión de conjunto pasa a centrarse en individuos concretos- su actitud oscila entre la crítica y el regocijo.

*"-No hay cudiao -añadió la tía **Espinilla**, vieja tan contrahecha como descocada y feroz-dende que esos flamasones degollaron a los probes frailes como si fueran marranos, les tengo unas ganas que me parece voy a hacer hoy morcillas con sus mondongos. La tía **Espinilla** fingía olvidar que también ella y sus amigos figuraron en los asesinatos y profanación de los templos"<sup>326</sup>.*

Esta mujer, personaje poco recomendable, resulta rechazable tanto por la caracterización moral como física que de ella hace el autor. Como miembro del populacho participó en las matanzas de frailes que tuvieron lugar en Madrid en julio del 34. Ayguals, a pesar de su profundo anticlericalismo, condenó con toda claridad estas matanzas. Sin embargo, otros de estos personajes, aunque igualmente negativos, parecen estar mirados con cierta complacencia regocijada. Es lo que ocurre en el siguiente diálogo entre el *tío Palique* y la *tía Pelona*; ésta, que entre sus muchas ocupaciones cuenta la de Celestina, va a casa del primero a proponerle un "negocio":

*"-¿Quién es? preguntó el rostro antes de abrir.  
-Gente de paz -respondió en tono muy humilde la tía **Pelona**, que cubría casi enteramente su cara con un negro mantón de estameña.  
-Narís de pas, podrá ser, alma mía, pues naa más se ve dende aquí que una narís bastante intrincaa por sierto. [...] No tabía conosío, **Pelona** -dijo el tío **Palique**-. ¿Qué embajaa te trae por estos andurriales? Vendrás sin duda a darme los días... cabalito... ya debía yo suponerlo; pero ¿qué le hemos de haser?... creo que mi pregunta naa tiene de chocante. Hase años que nos conocemos, y jamás ta dao la humoraa de visitarme el día de mi santo.  
-¡Pues qué! ¿Es hoy san **Palique**?  
-Es que aunque me yaman **Palique**, yo no me yamo **Palique**. Me han plantao este apoo como una banderiya a toro parao, pero el nombre que me puso mi padrino, cuando el cura me rosió la crisma fue el de Ángel, porque cuando yo era criaturiya, disen toos cuantos man conosío, que era rubio y gordinflón como esos angelitos que pintan en las iglesias.  
-Celebro saber que es hoy tu santo, que de veras no lo sabía, pues la hora es a propósito para tomar chocolate.  
-Aquí no se gasta cuchuflate. Esa purga podrá ser muy güena para el estómago de un marqués, pero la gente crúa preferimos un gaspacho condimentao como solemos haserlo los hijos de la tierra de Mariasantísima, a toiticos los cuchuflates de los usías. [...]  
-Pero ¿cómo demonios permites que te llamen **Palique**, teniendo tan bonito nombre?  
-¿Qué quieres? Me levantaron una calumnia... empesaron algunos a desir que en soltando la sin güeso no paresía sino que se mabía roto el freniyo... y naa más que eso... por hablaor y amigo de conversaciones me clavarón el rehilete susodicho. Al prinsipio, cada ves que oía el nombre de **Palique** me ponía furioso como el toro que siente la puya del picaor; pero cuanto más bramaba, tanto más se reían de mí los condenaos que no me yamaban ya por otro*

<sup>326</sup> *María...*, cit, tomo I, p. 119.

*nombre. Yo no soy un mandria... Como que tengo mandaos setesientos ochenta y tres defuntos a la eterniá, muertos por mis propias manos pecaoras".*

Ante el escándalo y el susto que se lleva la *tía Pelona* tras esta confesión, el *tío Palique* aclara:

*"Setesientos ochenta y tres; no de presonas, que tengo yo religión como caa hijo de vesino, porque soy hombre de esperensia. He muerto setesientos ochenta y tres toros que entoavía son de peor caliá que los hombres más valientes"<sup>327</sup>.*

El *tío Palique* ha sido puntillero y ha alternado con todos los toreros de la época. No para de hablar ni un momento. Cuenta constantemente la cogida del famoso torero José Delgado Hillo, alias Pepe Hillo. Esta historia, que cuenta a todo el que se le pone por delante, se convierte en un recurso humorístico para caracterizar al personaje. Por otra parte, utiliza constantemente metáforas de tipo taurino, como la siguiente con la que responde a la negativa de la *tía Pelona* a entrar en una habitación porque está llena de hombres: *"Esa reflisión me convense... No espongas tu virginiá... podrían darte una estocaa a volapié... y asertarte en los mismos rubios"<sup>328</sup>*. Estos personajes, a través de las descripciones y diálogos, provocan, en principio al menos, más la risa que el rechazo. Pero no son personajes positivos y no gozan de las simpatías del autor. De ahí que la intención última de éste sea la de rechazo que se lleva a cabo mediante un doble procedimiento: deformación grotesca y final moralizante. La descripción que hace, por ejemplo de la *tía Pelona* rebaja y degrada por completo al personaje. La *tía Pelona* -utilizando la expresión que ochenta años después acuñaría Valle-Inclán- está contemplada desde el aire sin que el autor muestre por ella la mínima compasión o simpatía manifestada tanto en el relato de sus antecedentes como de su aspecto físico propiamente dicho:

*"Hacia pocos años que se la había bautizado con este apodo, por cierto paseo que le mandó hacer la autoridad. Sus proezas habían merecido los honores de ser llevada en triunfo por las principales calles de Madrid, con la cabeza rapada, caballera en un mansísimo jumento, y entornada de un lucido cortejo de ministriles y corchetes".*

El aspecto físico es absolutamente repugnante:

*"Aunque habíanse deslizado años después de este repugnante espectáculo, la vejez había hecho seguramente poco fértil el terreno de la siega, por manera que la cabeza de la heroína se cubrió de un cáñamo muy poco crecido, y esto dio margen a que se le concediera el título de Pelona. Su frente formada a pliegues, asemejábase a una persiana sin pintar. Por debajo de esta persiana asomaban dos ojos de gato entoldados de algodón y divididos por una nariz de gran mérito arquitectónico, puesto que su delgada punta formaba unos alicates con la punta de la barba. Hacia años que la tía Pelona disfrutaba el ahorro de los mondadientes. El marfil había desaparecido de sus encías, y esta circunstancia daba cierta expresión a sus labios que aumentaba la dificultad del diminuto rostro. Éste campeaba trémulo sobre un cuello que pudiera parecer de cisne... ya que no por lo blanco, por lo prolongado y erguido"<sup>329</sup>.*

<sup>327</sup> *La Bruja de Madrid*, cit., p. 191-192.

<sup>328</sup> *Ibíd.*, p. 194.

<sup>329</sup> *La Bruja...*, cit., p. 168.169.

Para demostrar que Ayguals utiliza el costumbrismo para retratar a sus personajes de un modo positivo o negativo según pertenezcan al pueblo o al populacho, podemos comparar la descripción de la *tía Pelona* con el retrato, que a través de las propias palabras del personaje, traza de la Señora Cipriana: *"Mi difunto solía tener más miedo a los médicos que a las enfermedades. También a mí se me ha pegado algo de su manía. Decía*

La degradación descriptiva se corresponde con la degradación moral del personaje. Ésta recibirá su castigo en un final ejemplarizante. Manolo, de oficio contrabandista y yerno del *tío Palique*, la matará por haberlo delatado a la policía. Manolo y su suegro, tras perderlo todo y quedar en la más completa miseria, tendrán que huir a "mendigar a tierras extrañas"

Espronceda introduce, utilizando un procedimiento parecido, una escena de similares características: una ejecución. Comienza describiendo al variopinto público que asiste a la misma:

*"Discutían en otro corrillo si quemarían viva a la bruja o el verdugo le cortaría la cabeza primero; hablaban los estudiantes a voces desde dondequiera que estaban, aturdiendo a todo el mundo con sus desentonados gritos que retumbaban sobre el bullicio de la multitud, mezclando latinajos en su atronadora conversación y mofándose de cuantos hombres formales y mujeres de cierta edad acertaban a pasar por delante de sus ojos por su desgracia. Oíase la voz melancólica de los asquerosos pobres que pedían limosna con su acostumbrada pesadez, enojando y fastidiando a los que en aquel aprieto mal de su agrado no podían alejarse de ellos. Lloraban los chiquillos, que, medio ahogados, no podían salir de la apretura en que su curiosidad les había metido; pellizcaban otros en las piernas a los que los sofocaban, haciéndoles saltar bruscamente a cada picotazo que inesperadamente sentían; en fin, todo era ruido, disputas, voces, quimeras y juramentos, y sin poder siquiera rebullirse ni menearse, era cosa de ver aquel sinnúmero de cabezas en movimiento, que, como nos pintan las ánimas del purgatorio, juntas y embudidas unas con otras ni aun podían volver a mirar atrás"<sup>330</sup>.*

A continuación se recoge un diálogo entre el antiguo verdugo -Soguilla- y uno de los bandidos de la partida del Velludo:

*"-Hola, señor Soguilla, parece que todavía le queda a vuesa merced la afición -dijo un hombre gordo y que sudaba a chorros, medio ahogado en aquel conflicto, otro medio bizco, pequeño de cuerpo, de quien el lector no es difícil que se acuerde si no ha olvidado aún las figuras de los satélites del Velludo.*

*-Amigo -respondió el verdugo cesante-, cada cosa a su tiempo y los nabos en adviento; a mí me toca ahora ver como otras veces me tocó lucirme; pero allí está mi sobrino, que parece un rey. Ved con qué serenidad está; vamos, da gusto; bien puedo decir que es sobrino mío sin avergonzarme.*

*-Así es efectivamente -respondió el bizco-; pero voto a tal que no quisiera yo que él se luciese conmigo.*

---

*siempre que el cuerpo humano es una caja cerrada y nadie es capaz de averiguar lo que hay dentro de ella. Así es que todas sus dolencias se las curaba él mismo. Y tenía un acierto... Tuvo bastantes alifafes el pobrecillo; pero se los curaba con la mayor facilidad. Verdad es que apenas estuvimos casados, acometiéronle con mucha violencia unas calenturas intermitentes que no le dejaban parar ni a sol ni a sombra, y le tenían postrado en cama largas temporadas. Perdió el color y se puso tan flaco que daba lástima verle; pero él siempre animoso, sin permitir que se llamase a ningún facultativo. Ya se ve, como conocía que no tenía necesidad alguna de semejante auxilio, poseyendo él la habilidad de curarse por sí solo, iba alargando y pasando días con las medicinas de su invención.*

*-¿Y se curó al fin?*

*-Se hubiera curado sin duda; pero tuve la desgracia que cuando ya empezaba a notar alguna mejoría, se me murió de buenas a primeras como un pollito. ¡Dios le tenga en su gloria! Ibid., p. 658-659.*

En este caso no hay reproducción fonética del lenguaje que es uno de los procedimientos que utiliza Ayguals para deformar a los personajes del populacho.

<sup>330</sup> *Sancho Saldaña*, cit., tomo II, p. 185.

*-Pues yo os juro -repuso el saludador con su voz bronca- que no sois hombre de gusto. Pero hablando de otra cosa, ¿cómo habéis dejado a mi compadre el Velludo, o traéis quizá algún encargo?*

*-Nada de eso, señor Soguilla; he dejado al Velludo por cosas muy largas de contar, y he venido acompañando al señor Zacarías, que también ha de representar aquí su papel.*

*-Y entiendo, sí -repuso Soguilla-; es aquel buen hombre flaco que sabe latín y tiene un pescuezo tan largo y delgado que más de una vez me han dado ganas de ahorcarle; porque a hablar verdad, está diciendo comedme"<sup>331</sup>.*

El diálogo tiene reminiscencias quevedescas, pues este verdugo que presume de dominar cómo nadie su oficio recuerda a Alonso Ramplón que, en la carta que le escribió a su sobrino, manifestaba su orgullo y satisfacción por la "negra honrilla" de "servir al Rey". Si Quevedo degradaba a su personaje haciendo que se jactase de unas habilidades y una conducta que lo deberían avergonzar, lo mismo sucede con los de Espronceda.

### **Conclusiones del costumbrismo.**

De lo expuesto en las páginas precedentes sobre el enfoque costumbrista del pueblo se pueden sacar las siguientes conclusiones generales. El costumbrismo de la novela de ideología tradicional es de tipo rural. Bajo la descripción de la forma de vivir del pueblo -trajes, usos, lenguaje, canciones- se difunde la defensa de *lo nuestro*, tan enfáticamente destacado por Fernán Caballero. Lo *nuestro* implica el rechazo de lo que viene de fuera: las modas, las costumbres, las ideas... en definitiva el progreso burgués. Lo *nuestro* son, pues, los valores tradicionales del Antiguo Régimen de los que se hace portador y depositario intemporal al pueblo.

Por el contrario, el costumbrismo liberal es urbano. Distingue entre pueblo y populacho.

El pueblo es el pueblo trabajador que vive, con muchas estrecheces, de su esfuerzo y totalmente abandonado del gobierno que no se ocupa de él para nada. Aparece, pues, como víctima inocente. Este costumbrismo se convierte en una denuncia, como ya señalé en las conclusiones del punto anterior, de las miras estrechamente clasistas del liberalismo. De ahí que, implícitamente, quede planteada la lucha de clases que -lo analizaré más adelante- intentarán evitar predicando la concordia social. La actitud paternalista tiene como objeto alcanzar esa concordia. Pero no todos los autores van adoptar una actitud de paternalismo compasivo hacia el pueblo. La de Ventura Ruiz Aguilera es distante, de prevención; representa a un sector de la burguesía que ya es consciente de que el pueblo no podrá ser nunca su aliado natural.

El populacho -matones, alcahuetas, la masa anónima- es considerado de un modo negativo. El rechazo se produce a través de una presentación degradante. Ello se debe a que para el liberalismo progresista el populacho siempre actúa como sostén de la reacción.

---

<sup>331</sup> *Ibíd.*, p. 185-186.

#### 2.2.4.2. Ingenuidad, bondad natural, sentido de la justicia.

Otro de los rasgos generales que aparece como característico del pueblo es la ingenuidad, bondad natural y sentido innato de la justicia. En esto coinciden la novela de ideología tradicional y la liberal. Aunque, evidentemente, no por las mismas razones; y tampoco van a sacar las mismas conclusiones.

El pueblo posee una bondad natural que le lleva, por ejemplo, a comportarse solidariamente cuando algún vecino pasa apuros. Don Modesto Guerrero -personaje de *La Gaviota*- es un militar retirado a causa de haber quedado inútil para el servicio por una herida de guerra. El gobierno le "recompensó" sus servicios nombrándolo comandante de un fuerte abandonado en el que lo único que tiene bajo sus órdenes es "una guarnición de lagartos" que campan a sus anchas por las ruinas del castillo. En los cuarenta años que lleva ocupando este puesto no ha recibido una sola paga por lo que su situación económica es más bien precaria. Pero

*"los vecinos del pueblo, que miraban al comandante, o, más bien, al **comendante**, que era como le llamaban, y que al mismo tiempo conocían sus apuros, hacían cuanto podían para aliviarlos. No se hacía matanza en casa alguna sin que se le enviase su provisión de tocino y morcillas. En tiempo de la recolección, un labrador le enviaba trigo, otros garbanzos; otros le contribuían con su porción de miel o de aceite. Las mujeres le regalaban los frutos del corral; de modo que su beata patrona tenía siempre la despensa bien provista, gracias a la benevolencia general que inspiraba don Modesto; el cual, de índole correspondiente a su nombre, lejos de envanecerse de tantos favores, solía decir que la Providencia estaba en todas partes, pero que su cuartel general era Villamar"<sup>332</sup>.*

Claro que, si don Modesto despierta la bondad natural de sus convecinos, se debe a que él tiene idénticos sentimientos:

*"Bien es verdad que él sabía corresponder a tantos favores, siendo con todos, por extremo, servicial y complaciente. Levantábase con el sol, y lo primero que hacía era ayudar a misa al cura. Una vecina le hacía un encargo, otra le pedía una carta para un hijo soldado, otra, que le cuidase los chiquillos, mientras salía a una diligencia. Él velaba a los enfermos, rezaba con sus patronas; en fin, procuraba ser útil a todo el mundo, en todo lo que no pudiese ofender su honradez y su decoro" (P. 48).*

Y, lo más interesante, es el comentario final de la autora por la dimensión generalizadora que le da a las conductas de don Modesto y sus convecinos:

*"No es esto nada raro en España, gracias a la inagotable caridad de los españoles, unida a su noble carácter, el cual no les permite atesorar, sino dar cuanto tienen al que lo necesita; díganlo los exclaustros, las monjas, los artesanos, las viudas de los militares y los empleados cesantes" (p. 48).*

Es decir, de camino que lanza una andanada contra las consecuencias de la política desamortizadora de los liberales, liga la bondad natural a la caridad y ésta, ya se ha visto páginas atrás, es un valor del cristianismo. A éste se debe también la solidez de la virtud: "El que una mujer casada olvidase su deberes, el que un novio dejase de amar los suyos, es cosa casi del

---

<sup>332</sup> *La Gaviota*, cit., p. 47-48.

todo desconocida en los pueblos"<sup>333</sup>. En ellos la vida familiar transcurre pacíficamente y sin sobresaltos, de un modo idílico:

*"Dolores, sentada en una silla baja, remendaba una camisa de su marido. Sus dos niñas, Pepa y Paca, jugaban cerca de la madre. Eran dos lindas criaturas de seis y ocho años de edad. El niño de pecho, encanastado en su andador, era el objeto de la diversión de otro chico de cinco años hermano suyo, que se entretenía en enseñarle gracias que son muy a propósito para desarrollar la inteligencia, tan precoz en aquel país"*<sup>334</sup>.

La bondad se traduce asimismo en ingenuidad; la mayor parte de estos personajes son candorosamente ingenuos. Cuando Ventura -en *La familia de Alvareda*- cuenta a su familia, al regresar de la campaña del norte donde ha estado luchando durante la Guerra de la Independencia, que allí no comen gazpacho ni pan blanco, que está todo cubierto de nieve, que no hay frailes ni monjas y muy pocas iglesias, la tía María se queda de piedra; y, tras un momento de estupefacción, reacciona llena de fervor dirigiéndose al cielo:

*"¡Ay mi sol! ¡Ay mi pan blanco! mi iglesia, mi Madre Santísima, mi tierra, mi fe y mi Dios Sacramentado. Dichosa mil veces yo, que he nacido, y, mediante la misericordia divina, he de morir en ella. Gracias a Dios que no fuistes [sic] a esta tierra, hijo mío, ¡Tierra de herejes! ¡Qué espanto"*.

El tío Pedro se muestra de acuerdo y añade: *"Todo se pega menos lo bonito, dijo Pedro, y mejor se está uno en su tierra. Mis manos pongo a que nada de bueno nos traen los que hayan ido por allá"*<sup>335</sup>. Esta reacción, como expresión individual del personaje, es lógica dada su ingenuidad. Pero su significado va más allá de la simple caracterización del personaje. A través de estas palabras se manifiesta uno de los pilares de la ideología de la autora: la defensa de *lo nuestro*. Pero con un matiz: los límites se cierran y reducen; *lo nuestro* se va convirtiendo en un círculo paulatinamente más exclusivo y excluyente en el que cada vez son menos las cosas que caben.

Ingenua hasta la simplicidad es también la otra tía María -la de *La Gaviota*. Cuando Stein, que ha sido recogido inconsciente por ella a la puerta del convento, comienza a delirar en alemán, la buena mujer se lleva un buen susto:

*"-¿Qué ha hablado? -preguntó la tía María.  
-Será hebreo como sus libros -respondió fray Gabriel-. Quizá será judío, como usted ha dicho, tía María.  
-¡Dios nos asista! -exclamó la anciana-. Pero no, si fuera judío, ¿no le habríamos visto el rabo cuando le desnudamos?  
-Tía María -repuso el lego-, el padre prior decía que eso del rabo de los judíos es una patraña, una tontería, y que los judíos no tienen tal cosa.*

<sup>333</sup> *La familia de Alvareda*, cit., p. 133. Sin embargo en esta novela se va a producir una excepción. Tanto Rita como Ventura se van a olvidar de esos deberes. Pero ello se debe a que Rita fue una niña consentida y mal criada por una madre débil y a que Ventura, que fue militar, adquirió en el ejército -lejos del pueblo-refugio de las virtudes tradicionales- unas costumbres licenciosas ajenas por completo a los valores que le inculcaron desde su niñez.

<sup>334</sup> *La Gaviota*, cit., p. 51. Esta atmósfera pacífica se contagia incluso a los animales haciendo que hasta el perro y el gato se lleven bien: *"Un enorme y lanudo perro blanco, llamado Palomo, de la hermosa casta de perro pastor de Extremadura, dormía tendido cuan largo era, ocupando un gran espacio con sus membrudas patas y bien poblada cola, mientras que Morrongo, corpulento gato amarillo, privado desde su juventud de orejas y de rabo, dormía en el suelo, sobre un pedazo de la enagua de la tía María"*. P. 52.

<sup>335</sup> *La familia de Alvareda*, cit., p. 130-131.

*-Hermano Gabriel -replicó la tía María-, desde la bendita Constitución, todo se vuelven cambios y mudanzas. Esa gente que gobierna en lugar del rey no quiere que haya nada de lo que antes hubo, y por eso no han querido que los judíos tengan rabo y toda la vida lo han tenido, como el diablo. Si el padre prior dijo lo contrario, le obligaron a ello, como le obligaron a decir en la misa rey constitucional"<sup>336</sup>.*

El pueblo de Fernán Caballero es pro-absolutista y anticonstitucionalista. Ya se verá que el de Ayguals da vivas a la Constitución. Ahora bien, la bondad, inculcada por la caridad cristiana, de la tía María es muy superior a su miedo a los herejes que, siguen siéndolo, por más que la falta del rabo les haga pasar un tanto desapercibidos. Por eso no duda en cumplir con su deber cristiano:

*"-Pero más que sea judío o moro, no importa; socorrámosle.  
-Socorrámosle aunque sea judío o moro -repitió el hermano" (p.28).*

Hay otras muchas muestras del candor popular en las canciones y creencias religiosas que la autora reproduce, algunas de ellas caen incluso en la ñoñería, como las analizadas al hablar de la religiosidad. Hasta en lo humorístico, como la reacción de Momo que, al ver a Marisalada morir en escena, fue corriendo a Villamar a dar la noticia creyendo -al igual que su madre y su abuela- que había muerto de verdad<sup>337</sup>. Este candor es para la autora la mejor garantía de que no van a ser seducidos por ideas perversas.

La bondad, ingenuidad y sencillez del pueblo crean una atmósfera que es contagiosa y que hace recuperar la paz de espíritu a quien la haya perdido. Es el caso de Stein. Ha estado trabajando como médico en la primera guerra carlista en el ejército isabelino. Lo expulsaron por haber curado a un soldado del bando contrario. Después de dos años contemplando

<sup>336</sup> *La Gaviota*, cit., p. 27.

<sup>337</sup> Momo cuenta así a su abuela y a su madre lo que vio en el teatro: "Se puso a cantar, y sacó una guitarra muy grande que puso en el suelo y tocó con las dos manos (¡qué no es capaz de inventar esa Gaviota), y ahora viene lo gordo, pues de repente sale un moro.

-¿Un moro?

-Pero ¡qué moro!: más negro y más feróstico que el mismísimo Mahoma; con un puñal en la mano, tamaño como un machete. ¡Yo me quedé yerto! [...] El moro le dijo a la Gaviota que la iba a matar.

-¡Virgen del Carmen! -exclamó la tía María-, ¿era acaso el verdugo?

-No sé si era el verdugo, ni sé si era un matador pagado, -respondió Momo-; lo que sí sé es que la agarró de los cabellos y la dio de puñaladas; lo vi con estos ojos que ha de comer la tierra; y puedo dar testimonio.

Momo apoyaba dos dedos debajo de sus ojos, con tal vigor de expresión, que aparecieron como queriendo salirse de sus órbitas.

Las dos buenas mujeres lanzaron un grito. La tía María sollozaba y se retorció las manos de dolor.

-Pero ¿qué hicieron tantos como presentes estaban? -preguntó Dolores llorando-, ¿no hubo nadie que prendiese a ese desalmado?

-Eso es lo que yo no sé -contestó Momo-, pues al ver aquello cogí dos de luz y cuatro de traspón, no fuese que me llamasen a declarar, y no paré de correr hasta no poner algunas leguas entre la villa de Madrid y el hijo de mi padre.

-Preciso es -dijo entre sus sollozos la tía María- ocultarle esta desdicha al pobre tío Pedro. ¡Ay qué dolor, qué dolor! *La Gaviota*, cit., p. 229-230.

Momo, que es más bruto que ingenuo, todavía al final de la novela, cuando Marisalada ha vuelto al pueblo y lo llama animal por haber confundido una representación con la realidad, le responde: "¡Representación! -repuso Momo-; siempre dices que aquello era fingido. Lo cierto es que si aquel Telo hubiera sabido darte la puñalada en regla, y si no te hubiera curado tu marido, a quien todo el mundo llora, menos tú, estarías ahora roída de gusanos, para descanso de cuantos te conocen. Lo que es a mí, no me la cueles, pedazo de embustera". P. 278.

atrocidades y crueldades, se encuentra moralmente destrozado y ha perdido toda su confianza en el ser humano<sup>338</sup>. La convivencia con esta gente sencilla le hace, al poco tiempo, recuperar la paz:

*"Stein estaba completamente restablecido. Su índole benévola, sus modestas inclinaciones, sus naturales simpatías le apegaban cada día más al pacífico círculo de gentes buenas, sencillas y generosas en que vivía. Disipábase gradualmente su amargo desaliento, y su alma revivía y se reconciliaba cordialmente con la existencia y con los hombres"* (p. 69).

Es decir, el contacto con el pueblo cura de las tragedias y sinsabores provocados por el mundo moderno. Por eso, cuando el Duque de Almansa, convertido en mentor artístico de Marisalada, se empeña en sacarla de Villamar para que cante en los teatros de las grandes ciudades, Stein no se opone, pero tanto él como sus amigos se muestran completamente abatidos y apesadumbrados:

*"-¡Ah, don Federico, está usted tan bien aquí! ¿Va usted a ser como el español que estando bueno quiso estar mejor?  
-No espero ni creo hallarme mejor en ninguna parte del mundo, mi buena tía María -dijo Stein".*

Y la anciana le contesta con unas palabras que resultarán proféticas: *"-Algún día -repuso ella- se ha de arrepentir usted. ¡Y el pobre tío Pedro! ¡Dios mío! ¿Por qué ha llegado acá el barullo del mundo?"*<sup>339</sup>. Sólo los que se han alejado de él o nunca lo han conocido conservan la paz y serenidad de espíritu:

*"Pedro venía acompañado de su hija, que se echó al cuello de María con esa expansión tierna de las religiosas y de los niños, es decir, de los seres cuyo corazón no ha sido magullado herido o enfriado por el roce con la sociedad"*<sup>340</sup>.

El pueblo tiene unas virtudes muy loables. Pero no hay que olvidar que éstas son consecuencia de haber sido educados en los valores tradicionales y el aislamiento. Por eso, en los tiempos que vivimos en que esos valores se cuestionan por doquier, éste es su única garantía. Hay que mantener al pueblo aislado para que no se contamine de las modernas ideas disolventes. Pero el aislamiento del pueblo -quien es, en palabras de la autora, "lo auténticamente español"- no es sino una metáfora bajo la que se propugna el aislamiento de España:

*"[El Duque de Almansa] era uno de aquellos hombres elevados y pocos materiales en quienes no hacen mella el hábito ni la afición al bienestar físico; uno de los seres privilegiados que se levantan sobre el nivel de las circunstancias, no en ímpetus repentinos y accidentales, sino constantemente, por energía de carácter y en virtud de la inatacable coraza de hierro que se*

<sup>338</sup> *"¡Oh Dios mío! ¡Yo amaba tanto a mis semejantes!... Hace dos años que, lleno de vida, de esperanza, de buena voluntad, llegué a este país, y les ofrecí mis desvelos, mis cuidados, mi saber y mi corazón. ¡He curado muchas heridas, y en cambio las he recibido muy profundas en mi alma! ¡Gran Dios! ¡Gran Dios! Mi corazón está destrozado".* **La Gaviota**, cit., p. 18.

<sup>339</sup> **La Gaviota**, cit., p. 130. El día de la partida todo el mundo se encuentra triste. Hasta los animales muestran su desacuerdo: *"Morrongo se subió al tejado más alto y se recostó al sol, echando una mirada de desprecio al tumulto que había en el patio. Palomo ladró, gruñó y protestó tan enérgicamente contra la invasión extranjera, que Manuel mandó a Momo que lo encerrase"*. P. 131.

<sup>340</sup> **La familia de Alvarada**, cit., p. 101.



simboliza en el *¿qué importa?*; uno de aquellos corazones que palpitaban bajo las armaduras del siglo XV, y cuyos restos sólo se encuentran hoy en España<sup>341</sup>.

Estos valores tradicionales -en franco retroceso en Europa- sólo se encuentran ya en España, concretamente en el pueblo y en algunos corazones nobles. Para que sigan perviviendo hay que aislar a España de la influencia europea<sup>342</sup>. El pensamiento de Fernán Caballero en este tema se puede formular así: En el aislamiento reside la virtud. El pueblo -concretamente el rural- que se ha mantenido, y todavía lo sigue estando, aislado, es, por eso, virtuoso.

En la novela que he denominado de orientación liberal, el pueblo aparece asimismo investido múltiples virtudes, si bien no son exactamente las mismas o presentan matices diferentes.

Tiene un innato sentido de la justicia que le hace, por ejemplo, reaccionar contra los delincuentes, aunque a veces lo engañan. En *Los misterios de Madrid* abuchean y recriminan a una anciana porque piensan que es una falsificadora:

*"A todo esto la desgraciada mujer sufría mil ultrajes de la encolerizada muchedumbre, que creyéndola en efecto criminal o cómplice, quería atropellarla, porque en honor de la verdad, si el pueblo está sujeto a errores no se podrá negar que es enemigo de criminales. Podrá ser alucinado demasiado pronto por las apariencias, pero todos sus actos son guiados por el más profundo respeto a la virtud y por la rectitud de su leal conciencia"*<sup>343</sup>.

Precisamente esta rectitud le hace recapacitar y cambiar de actitud ante las palabras de la marquesa y de Fray Toribio:

*"El pueblo, que tan decididamente había declarado la guerra a Isabel, a las primeras palabras de la marquesa empezó a dudar, y a las últimas palabras del jesuita acabó por compadecerse de la desgraciada mujer y defenderla. Esto es natural en el pueblo"* (p.236).

Es decir, sus reacciones son instintivas, por lo que tiende siempre a reconocer inmediatamente la verdad y *"jamás niega la razón al que la tiene; [lo cual se debe a que] el pueblo ama la virtud, porque no puede vivir sin ella, tanto como detesta el vicio porque no puede vivir con él"* (p. 237). Que el pueblo sabe discernir lo bueno de lo malo es la conclusión que se puede sacar de los argumentos anteriores. Conclusión orientada en este caso a un objetivo concreto, que no es otro que la defensa de la libertad de imprenta:

*"¿Debe un gobierno bueno temer los ataques de la prensa? ¿Debe un partido político temer la circulación libre de ideas opuestas? No por cierto: Cuando el poder descansa en su conciencia no tiene adversarios formidables: cuando un partido tiene fe en sus principios, cuenta con la posición y los elementos que necesita para sostener sin pérdida y acaso con ventajas el combate. ¿Qué me importa a mí que otros reprueben mis ideas mientras me crea capaz de defenderlas? El pueblo que vea una obra republicana y otra absolutista, no se hará*

<sup>341</sup> *La Gaviota*, cit., p. 127.

<sup>342</sup> Esta idea -una de las constantes del "pensamiento reaccionario español" durante todo el siglo XIX- seguirá plenamente vigente en el primer tercio del XX. Recordemos el *Idearium español* de Ganivet con su formulación de lo "español puro" y la defensa de la tradición nacional; o al Unamuno que hablaba de españolizar a Europa. Valverde de Lucerna, recóndita y aislada aldea en la que se desarrolla *San Manuel Bueno, mártir*, y en la que el pueblo es "feliz", es asimismo una metáfora de la necesidad del aislamiento, por otra parte explícitamente defendido en muchos pasajes de la novela.

<sup>343</sup> Juan Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid*, cit., tomo II, p. 234.

*partidario de la segunda porque es absolutista, ni de la primera porque es republicana; leerá, juzgará, y el que tenga más razones le convencerá más pronto. Así se conseguirá ilustrar al pueblo, acaso seducirle y dominarle demasiado; pero de verle dominado alguna vez vale más que sea por la inteligencia que por otra fuerza menos razonable y más dura*<sup>344</sup>.

La defensa de la libertad de imprenta responde a unas coordenadas ideológicas muy claras como se puede apreciar en el siguiente ataque que lanza contra sus detractores:

*"No hace muchos días que en una iglesia de esta Corte se dijo por un predicador fanático que todos los que leyesen el **Judío Errante** y **Nuestra Señora de París** estaban excomulgados, y concluyó por invitar a todos sus oyentes a que si tenían alguna de estas obras y otras semejantes se las llevaran a él para quemarlas, bajo la pena de morir condenados los que no cumpliesen su mandato"* (tomo III, p. 315).

La libertad de imprenta<sup>345</sup> y el socialismo utópico -ya lo he señalado y lo desarrollaré más adelante en otros puntos- son reivindicaciones del sector más progresista de la burguesía. Martínez Villergas, al apelar a la madurez y capacidad de discernimiento del pueblo, está implicando a éste en defensa de esas reivindicaciones.

Ayguales de Izco coincide básicamente con Villergas, cuando describe el comportamiento del pueblo madrileño tras la sublevación, en julio de 1836, de los sargentos de La Granja:

*"Unos cuantos nacionales bajaban entusiasmados por la calle de la Concepción Gerónima en dirección a la de Toledo. Así que llegaron a donde estaba fray Patricio, cedióles éste la acera, y quitándose el sombrero y agitándolo en el aire, exclamó con voz sonora:  
-¡Patriotas! ¡Viva Riego! ¡Viva la Constitución del año 12!  
Estos vivas fueron repetidos por una inmensa multitud. Luego añadió fray Patricio:  
-¡Mueran los pasteleros!  
-No, ciudadanos -exclamó uno de los milicianos nacionales- no se oigan entre nosotros más que vítores. No manchemos con sangre el glorioso triunfo que nos aguarda*<sup>346</sup>.

La sensatez y sentido de la moderación hacen que no secunden la demagógica provocación de fray Patricio que es un agente del absolutismo, aunque ellos no lo saben.

El pueblo posee, asimismo, un gran corazón, un gran sentido de la generosidad que le lleva a veces, equivocadamente, a tomarse la justicia por su mano. El malvado Conde del Llano -**La bruja de Madrid**- reta a Eduardo, Duque de la Azucena, amigo y benefactor de los más desvalidos. Cuando a éstos les llega la noticia -que luego resultó ser falsa- de la muerte de Eduardo

*"la indignación fue subiendo de punto en términos que no tardaron en dirigirse a la casa del Conde del Llano, donde no hallaron a nadie y satisficieron [sic] sus deseos de venganza*

<sup>344</sup> *Los misterios de Madrid*, cit., tomo II, p. 246.

<sup>345</sup> Fernán Caballero, en cambio, ironiza -y trivializa- sobre la cuestión. Tras describir una corrida de toros, comenta en una nota a pie de página: "*Damos un sincero parabién a los periódicos que han tomado la iniciativa en la prensa española, en contra de la inaudita crueldad con que aquí se trata a los pobres animales, y que han pedido se diese fin a la agonía de los miserables caballos por medio de la puntilla. Como para nada de lo <<bueno>> (para qué podría servir) sirve la libertad de imprenta, tan justa y caritativa advertencia no ha sido atendida*". *La Gaviota*, cit, p. 156.

<sup>346</sup> *María...*, cit., tomo II, p. 209.

*rompiendo algunos muebles y los cristales de los balcones, hasta que la fuerza armada disipó a los amotinados*<sup>347</sup>.

Ayguals condena sin paliativos "estos punibles desahogos" de la muchedumbre, pero invita a las autoridades a reflexionar sobre sus causas porque

*"cuando [la muchedumbre] se agita, rara vez deja de haber un motivo justo que la provoca, rara vez dejan de fundarse sus excesos en algún sentimiento generoso, en algún deseo de justicia u otras cosas que prueban hasta la evidencia la buena índole del pueblo, puesto que hasta sus excesos tienen un origen noble"* (p. 755).

Es decir, no hay maldad alguna en el pueblo; si alguna vez se excede se debe a que no soporta las injusticias. En palabras de Martínez Villergas, "detesta el vicio"; el Conde del Llano los tiene todos. Por eso, asaltan su casa.

Manuel Angelón *-Un Corpus de sangre-* destaca también los buenos sentimientos del pueblo, de tal manera que, si alguna vez no se comporta correctamente, se debe a oscuras manipulaciones:

*"En los pueblos, generalmente hablando, hay tanta dosis de buena fe como carencia de malicia: obran el bien por instinto propio y el mal por impulso ajeno. [...] El pueblo siempre será cándido. Nos referimos al pueblo español que es el primer pueblo del mundo por su honradez, y que abandonado muchas veces a sí mismo, jamás se ha manchado con la sombra de una infamia. Por lo que toca a otros pueblos, bien dijo el otro, que el cuento era muy largo de referir"*<sup>348</sup>.

Dos son los aspectos -aunque relacionados entre sí- que destacan en el texto anterior y que merecen ser resaltados. El primero es que Manuel Angelón, al igual que Fernán Caballero, distingue entre el pueblo español y el de otros países; el segundo, la honradez. De ésta tenemos una demostración práctica hacia el final de la novela. Los bandidos de Guinart, aprovechando la confusión de la sublevación, quieren saquear la ciudad, a lo que el pueblo se opone:

*"No hay que decir que esta idea de saqueo nació de los bandidos de Guinart y se estrelló en la honradez del pueblo, que ardía enhorabuena en deseos de venganza, pero que nunca pudo hacerla dependiente del robo y de la expropiación por fuerza. Quizás sea éste el más glorioso timbre del pueblo barcelonés"* (p. 540).

Estos honrados ciudadanos, al negarse a secundar los planes de los bandidos, "se constituyeron en baluarte de las propiedades amenazadas" (p. 541). El pueblo, que en páginas anteriores aparece comprometido en la defensa de los fueros, se implica ahora, hasta el punto de convertirse en su principal baluarte, en la defensa de la propiedad. Si se tiene en cuenta que Cabet había publicado su *Viaje a Icaria*, en el que propugna la colectivización de los medios de producción en 1840; y que las teorías de Blanqui, asimismo defensor del paso del capitalismo al comunismo, se habían difundido en Francia y otros países durante la década del 40, quedan claros los motivos por los que Angelón se empeña en diferenciar al pueblo español de otros. El pueblo español no cuestiona la propiedad privada; otros sí. Si Fernán Caballero veía al pueblo español, a diferencia de otros, como el principal baluarte del Antiguo Régimen, Manuel

<sup>347</sup> W. Ayguals de Izco: *La bruja de Madrid*, cit., p. 754.

<sup>348</sup> *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 177-178.

Angelón lo ve como el bastión del principal pilar del sistema burgués: la propiedad privada<sup>349</sup>. Luego, aunque sin formulación explícita, nos aparece aquí otra dimensión de lo que he denominado en páginas anteriores la defensa de "lo nuestro".

A esta enumeración de virtudes del pueblo español, Ventura Ruiz Aguilera añade el patriotismo. La reacción del pueblo ante la guerra de Marruecos, comenzada en 1859, es descrita de este modo:

*"El laurel de los siete siglos, que había reverdecido con lozana pompa en la guerra de la Independencia española, a principios del presente, daba ahora coronas para los héroes que vengaban en el imperio de Marruecos la funesta memoria de Guadalete. La voz de España ultrajada conmovió profundamente el corazón de todos sus hijos, y el labrador dejaba el arado, y el artesano el taller, y el estudiante los libros, para alistarse en los ejércitos nacionales o ayudar de alguna manera a sus hermanos. Las damas de la nobleza, las señoras de la clase media y las mujeres del pueblo bordaban banderas, cosían vendajes, preparaban hilas; y todas las municipalidades, hasta las más pequeñas, y todos los ciudadanos, hasta los indigentes, corrían a depositar grandes ofrendas o el humilde óbolo en el altar de la patria"*<sup>350</sup>.

Me parece muy significativo que este autor, al que se ha visto páginas atrás adoptar una actitud distante y displicente hacia el pueblo al calificar las costumbres de algunos barrios populares madrileños de "salvajismo social", ahora dignifique al pueblo haciéndolo participar en la guerra en un plano de igualdad y desempeñando un papel equiparable al de las demás clases sociales. El pueblo, antes discriminado y despreciado, es ahora integrado y halagado. La explicación reside en algo que ya señalé al referirme anteriormente a este mismo autor. Un sector de la burguesía comienza a manifestar ciertas prevenciones hacia el pueblo; dentro del país lo consideran como un antagonista, como un enemigo. Pero fuera, lo necesitan para unas guerras coloniales cuyo principal beneficiario no es otro que la burguesía<sup>351</sup>. Por eso los antagonismos sociales desaparecen bajo la bandera del patriotismo.

### **Conclusiones de las virtudes del pueblo.**

Tanto la novela que refleja la ideología tradicional -Fernán Caballero- como la que responde a la del liberalismo conservador -Angelón- coinciden en que el pueblo español posee virtudes que ya no se encuentran en ningún otro sitio. Para Fernán Caballero, la principal es bondad, consecuencia de la educación en los valores cristianos, concretamente en la caridad evangélica. Ésta subsistirá mientras el pueblo se mantenga al margen de las modernas ideas que se están difundiendo por esos otros países y que, desgraciadamente, también están llegando a España, aunque todavía no al pueblo. Angelón destaca la honradez, que se manifiesta en el escrupuloso respeto que adopta ante la propiedad privada. Implícitamente también está latente la idea del aislamiento. Aunque una pone el acento en lo moral y el otro en

<sup>349</sup> Este punto también lo desarrollaré más adelante al analizar las desigualdades sociales. Se verá entonces cómo Ayguals, tan avanzado en otras cuestiones, pone el grito en el cielo descargando toda su retórica contra los que ponen en duda el sagrado derecho a la propiedad privada.

<sup>350</sup> Ventura Ruiz Aguilera: *Al que escupe al cielo en la cara le cae*, en: **Proverbios morales**, cit., p. 232-233

<sup>351</sup> La de Marruecos no fue la única: "*La característica más notable del gobierno de O'Donnell fue su serie de aventuras exteriores. Se llevó a cabo una expedición a la Conchinchina, la guerra africana, la vuelta temporal al dominio español de Santo Domingo y la expedición mejicana de 1861*". R. Carr: **España...**, cit., p. 257

lo social, sus ideologías no están muy distantes; los dos quieren preservar al pueblo incontaminado de ideas que amenazan sus respectivos intereses.

La novela de ideología progresista que se mueve en la órbita del socialismo utópico -Ayguals, Martínez Villergas- destaca el sentido de la justicia y los valores cívicos que llevan al pueblo a comportarse con madurez y responsabilidad en los momentos delicados. Le "conceden" una capacidad crítica y de discernimiento que está, de hecho, muy por encima de su situación real; éstos autores están preocupados fundamentalmente por evitar la confrontación social. Por eso, Ventura Ruiz Aguilera alaba su comportamiento patriótico. La burguesía pragmática y exclusivista -en el sentido de que defiende pura y llanamente sus intereses de clases sin romanticismo ni sentimentalismos de ningún tipo- necesita crear una conciencia nacional para implicar a todos los sectores de la sociedad en la defensa de sus intereses. El patriotismo -que tan bien sabe mover todos los resortes emotivos<sup>352</sup>- juega un papel fundamental como elemento aglutinador. Es decir, tanto los sectores ultraconservadores como burgueses destacan y alaban aquellas virtudes del pueblo que favorecen sus respectivos intereses.

#### 2.2.4.3. Superstición y credulidad.

Las supersticiones, creencias y afirmaciones de las religiones tienen el mismo grado de certeza: ninguna, pues todas ellas se sitúan en la esfera de la irracionalidad. Podrían, pues, estudiarse juntas en el mismo apartado. El motivo que me lleva a hacerlo por separado -la religiosidad popular ya fue analizada en páginas anteriores- es la distinta consideración que merecen a los novelistas. La religiosidad es siempre una virtud; siempre suscita alabanzas y juicios positivos, incluso en los autores más progresistas y avanzados. Hasta la novela que difunde las ideas del socialismo utópico es respetuosa con la religión; Ayguals de Izco, furibundo anticlerical que no ahorra insultos contra los frailes, es devotamente católico. No digamos nada de Fernán Caballero. Nadie discute ni cuestiona la religión. No ocurre lo mismo con las supersticiones y otro tipo de creencias que se sitúan en el borde o al margen de la ortodoxia religiosa. Éstas no son una virtud, sino un defecto. No merecen por tanto una mirada complaciente ni una consideración positiva, sino una actitud distante y una recriminación, bien de las supersticiones en sí o de quien las cree y las divulga. Además, mientras la religiosidad es una virtud del pueblo, las supersticiones son un vicio del populacho o, en el mejor de los casos, algo que el pueblo difunde inocentemente. Por eso, voy a analizar en este apartado solamente aquellas citas en las que estos rasgos de la personalidad del pueblo-populacho se presentan como cualidades negativas, frecuentemente como consecuencia de su ignorancia y embrutecimiento<sup>353</sup>. Las muestras más abundantes de supersticiones y creencias populares se encuentran

<sup>352</sup> La función del patriotismo como aglutinador de la conciencia nacional -y su necesidad por parte de la burguesía española que en estos momentos se encuentra en el poder- ha sido destacada por R. Carr: "*La conquista* [de Tetuán en febrero de 1860] *suscitó una gran apoteosis nacional del Ejército, con la reina como heredera de Isabel la Católica. La guerra [...] justificó la misión española contra el infiel y calmó la sed de regeneración nacional. En palabras de O'Donnell, consiguió "levantar a España de su postración". [...] La guerra marroquí fue, como muchas guerras una emoción política unificadora, eslabón entre el patriotismo que más tarde arriesgaría una guerra con Alemania y se enfrentaría a los Estados Unidos y el mito patriótico de 1808. Fue la única satisfacción del orgullo nacional español, en la época moderna*". *España...*, cit., p. 257-258.

<sup>353</sup> Algunas de las creencias del pueblo en las novelas de Fernán Caballero -como que los judíos tienen rabo,

en la novela de ideología liberal, que la va a utilizar para denunciar la utilización que de ellas hace el poder. No obstante, también aparecen algunas referencias en la novela de ideología tradicional. En este caso sirve a los oscuros intereses de algún grupo que sólo busca satisfacer una espuria ambición en contra del bien general. Cuando esto ocurre, el pueblo es más víctima que protagonista, pues al hacerse eco y divulgarlas presta involuntariamente su colaboración a esos antedichos oscuros intereses.

En *El señor de Bembibre* Enrique Gil y Carrasco -como ya se vio- denuncia la, para él, injusta persecución y consiguiente disolución de que fueron objeto los Templarios a comienzos del siglo XIV. Los enemigos de la Orden, para conseguir que el Papa la prohibiera, propagaron todo tipo de acusaciones y calumnias, que Millán, escudero de don Álvaro, comenta con un criado: "*Dicen que adoran un gato y le rinden culto como a Dios, que reniegan de Cristo, que cometen mil torpezas, y que por pacto que tienen con el diablo, hacen oro, con lo cual están muy ricos*"<sup>354</sup>. Por eso, cuando se entera de que su amo ha profesado en la orden del Temple se asusta y su primera reacción -después no lo hará- es abandonar el servicio de don Álvaro:

*"¡Dios de mi alma! -exclamó el mozo consternado- ¿No valía más que de veras hubiera muerto, que no guardarle para la hoguera con todos esos desdichados descomulgados por el Papa? No, pues en eso, perdóneme; si él quiere perder su alma, yo estoy bien avenido con la mía, y no será el hijo de mi madre quien se quede a servirle para que después le tengan a uno por nigromante y hechicero*"<sup>355</sup>.

Exactamente igual reacciona Mendo, criado de doña Beatriz cuando dos caballeros del Temple se presentan a visitarla y ella le ordena que les haga pasar:

*"El diablo es nuestra ama -iba diciendo entre dientes el caballero-; ¡ella no tiene miedo ni aunque sea un vestiglo! ¡Cuidado con fiarse de los templarios que son unos brujos declarados y serán capaces de convertirla en rata! No, pues yo, en cuanto les dé el recado, por sí o por no, voy a avisar a la gente de casa, por lo que pueda suceder"* (p. 148).

Que los criados reaccionen así no tiene nada de extraño. Son personas incultas, ignorantes y se sienten completamente intimidados por la autoridad religiosa: ellos han oído que nada menos que el Papa está detrás de todas estas acusaciones. Pero no es sólo el pueblo quien se hace eco de estas acusaciones. También algunos nobles; pero, la divulgación por éstos, no se debe, como en el pueblo, sólo a ignorancia supersticiosa, sino que responde a otras motivaciones. Es el caso de don Juan Núñez de Lara, quien, tras una conversación con don Álvaro, se pregunta:

apariciones de difuntos, etc.- se sitúan a medio camino entre la superstición y la religión. Pero están siempre en función de una caracterización positiva del personaje -la ingenuidad es una virtud altamente admirada- mientras que en los casos que voy a considerar en este apartado ocurre todo lo contrario.

<sup>354</sup> *El señor de Bembibre*, cit., p. 35.

<sup>355</sup> *Ibíd.*, p. 195. Sin embargo, no todos los personajes del pueblo se creen lo que se cuenta de los templarios. Es el caso de Martina, criada de doña Beatriz y novia de Millán, que responde así a las anteriores palabras de su novio: "*¿Sabes lo que te digo, Millán? -repuso la muchacha-. Es que debe haber mucha mentira en eso de los templarios, porque cuando se ha entrado en la orden un señor tan cristiano y principal como tu amo, se me hace muy cuesta arriba creer esas cosas de magia y de herejía que dicen*" (p. 196).

De todas formas, Martina es un personaje excepcional que -ya se verá cuando analice las relaciones entre señores y criados- representa siempre la voz del sentido común.

*"¿Estaba realmente convencido de la culpabilidad de los templarios, o no eran sus palabras sino el fruto de la ambición y de la política? Ambas cosas se disputaban el dominio de su entendimiento, pues aunque su ambición era grande y su educación no le permitía acoger las groseras creencias del vulgo, al cabo tampoco sabía elevarse sobre el nivel de una época ignorante y grosera, que acogía las calumnias levantadas al Temple con tanta mayor facilidad cuanto más torpes y monstruosas se presentaban" (p. 171-172).*

Es decir, éste sabe que la ignorancia del "vulgo" está siendo utilizada conscientemente por los enemigos de la Orden para satisfacer su propia ambición. Entre éstos se encuentra el Conde de Lemos quien,

*"era además capitán muy hábil, y aunque odiado en el país, su liberalidad y desprendimiento, siempre que la ocasión lo requería, le granjeaban la voluntad de la gente de guerra. Su astucia, además, había sabido aprovecharse de la crédula superstición de los montañeses, pintando a los templarios con los más negros colores y atizando más y más aquel horror secreto con que miraban las artes diabólicas y maravillosas y los ritos impíos a que suponían entregados a los caballeros de la orden" (p. 208).*

Esta demonización de los templarios tiene efectos contundentes, pues provoca una inmediata movilización en su contra:

*"Con semejantes voces y estímulos, no parecía sino que iban a emprender una cruzada contra infieles, según el tropel de soldados que corrían a ponerse debajo de sus banderas, deseosos algunos de servir al rey, codiciosos otros de botín y ganancias, y todos aguijados del deseo de poner pronto fin a un mal que tan grande les pintaban" (p. 208).*

En la última frase queda patente la denuncia de la manipulación de que está siendo objeto el pueblo debido a *"la envidia que ocasionaban sus riquezas, y los recelos que inspiraba su poder"* (p. 43). Esta envidia levanta toda una conspiración internacional contra ellos, pues en el origen de la persecución se encuentra la aspiración frustrada de Felipe el Hermoso de Francia a ser nombrado Maestre general de la Orden:

*"El desaire que recibió, junto con la codicia que le inspiró la vista del tesoro del Temple en los días que le dieron amparo contra una conmoción popular, acabó de determinar su alma vengativa a aquella atroz persecución que tiznaré eternamente su memoria" (p. 43).*

Ambición que se vio favorecida por la debilidad y pasividad del pontífice que no estuvo a la altura de las circunstancias:

*"El Papa, que como único juez de una corporación eclesiástica debía oponerse a las ilegales invasiones de un poder temporal, que no se atrevía a contrariar al rey de Francia, temeroso de ver sujeta a la residencia de un concilio general la vida y memoria de su antecesor Bonifacio, como Felipe con toda vehemencia pretendía. De aquí resultaba que muchas gentes, y en especial los eclesiásticos, que veían la tibieza con que defendía la cabeza de la Iglesia la causa de los templarios, se inclinaban a lo peor, como generalmente sucede, y de este modo las viles y monstruosas calumnias de Felipe cada día adquirían más popularidad y consistencia entre una plebe supersticiosa y feroz"<sup>356</sup>.*

<sup>356</sup> *El señor de Bembibre*, p. 43-44. El tema de la peculiaridad de lo español, que se ha visto en Fernán Caballero y Manuel Angelón, también aparece en esta novela: *"Aunque entre los templarios españoles la continua guerra con los sarracenos conservaba costumbres más puras y acendradas y daba a su existencia un noble y glorioso objeto de que estaban privados en Francia, también es cierto que los vicios consiguientes a la constitución de la Orden no dejaban de notarse en nuestra patria"*. P. 44.

Gil y Carrasco denuncia la supersticiosa credulidad tanto del pueblo -los criados Millán y Mendo- como del populacho: la plebe, a la que se refiere en varias ocasiones despectivamente<sup>357</sup>. Pero la denuncia de Gil y Carrasco no es tanto contra la existencia de esas supersticiones<sup>358</sup> entre el pueblo, como contra la utilización que de la misma hacen algunos en pro de su provecho personal. Gil y Carrasco no se lamenta de la incultura e ignorancia del pueblo, que son el caldo de cultivo de la superstición, sino de que esa ignorancia se utilice para perseguir y derribar instituciones nobles y altruistas. No hay que olvidar lo que señalé páginas atrás: según Ferreras bajo la disolución de los templarios Gil y Carrasco está denunciando el derrumbe de la Iglesia como fuerza económica y social a raíz de la desamortización de Mendizábal<sup>359</sup>.

También el Marqués de los Valles -*Juana y Enrique reyes de Castilla* de Estanislao de Cosca Vayo- se aprovecha de la superstición del vulgo -haciendo pasar por magia lo que no es sino ciencia- para acceder al poder y ejercer una nefasta influencia sobre Enrique IV:

*"El vulgo que reputaba la magia en aquel siglo un arte diabólico, aunque no era como acabamos de decir sino el estudio de las ciencias naturales, tenía para sí que estaba reducido su conocimiento a entablar misteriosas relaciones con el demonio. Si reflexionamos sobre esta circunstancia y sobre los talentos del Marqués de los Valles, daremos quizás en el acierto de por qué el Monarca de Castilla depositó durante su vida toda la confianza en un ministro aborrecido del pueblo y la grandeza, y que tantos disgustos acarreó a su señor en los días de su privanza. Necesario es prevenir así a los lectores, para que en las extraordinarias combinaciones y sobrenaturales acontecimientos de este hombre vean sólo un resultado de su magia, o por mejor decir, de sus conocimientos científicos, tan raros en la época de que hablamos"*<sup>360</sup>.

Es decir, el Marqués de los Llanos es un mistificador pues presenta como mágicos fenómenos que tienen una explicación natural y científica. Al ocultar ésta, aparece ante el pueblo y el rey investido de unos poderes sobrenaturales que le permiten disfrutar de una inmensa influencia. Me parece también muy sintomática la sutil diferencia que establece el autor entre *vulgo* y *pueblo*. El primero -que atribuía los conocimientos del Marqués poco menos que a un pacto con el diablo- le teme. El segundo, le aborrece. Éste, como ya se vio al hablar del poder, terminará sublevándose contra el privado y a favor del rey para devolverle el poder que aquél le había usurpado. Llegamos a la misma conclusión que con Gil y Carrasco: lo que se denuncia no es la ignorancia del vulgo, sino a los ambiciosos que se aprovechan de ella

<sup>357</sup> Tanto unos como otros se hacen eco de las calumnias que se cuentan de los templarios. Sin embargo el tratamiento por parte del autor no es el mismo. El populacho, plebe, vulgo -pues son varias las denominaciones que utiliza- siempre aparece despreciado. Los criados no. Pienso que se debe a que éstos -como analizaré en el análisis de las relaciones con sus señores- son siempre fieles y leales hacia sus amos naturales. No se puede hacer apología de la jerarquía social despreciando a los que tienen que obedecer.

<sup>358</sup> El tiempo del autor -característica que, como ya he señalado aparece en todas las novelas históricas- interfiriendo y condicionando el de la narración lo encontramos en más de una ocasión al referirse a estas supersticiones: "*Abrióse por fin el juicio, y el maestro don Rodrigo Saldaña y los más ancianos caballeros comparecieron delante de los obispos a oír los cargos que se les hacían, cargos que en nuestros días moverían a risa, pero que en aquella época de tinieblas encontraban en la muchedumbre un eco tremendo, tanto mayor cuanto más se acercaban a lo maravilloso*". P. 278.

<sup>359</sup> Vide págs. 53-54.

<sup>360</sup> *Juana y Enrique...*, cit., p. 104-105.



en beneficio propio. Pero -detalle importantísimo- el pueblo no es víctima de su ignorancia y credulidad- sino de la maldad de los que sólo piensan en colmar sus ambiciones. Lo cual quiere decir que el mal no reside en la ignorancia.

Con matices ligeramente distintos aparecen tratadas la credulidad y supersticiones populares en *Un Corpus de sangre*, la novela de Manuel Angelón. Sus referencias se mueven entre la descripción costumbrista y la prevención no exenta de temor. Bigotazos -uno de los bandidos de la partida de Guinart- ha conseguido entrar disfrazado de monje en la celda en la que éste se encuentra encarcelado. Cuando sale, los curiosos se arremolinan a su alrededor haciéndole las más extrañas preguntas:

*"-Nos han contado que su boca parece la boca del infierno.  
-Y que dentro del calabozo había comedido ya dos muertos y cinco tentativas de asesinato.  
[...]. -Dicen que tiene los ojos de basilisco, dientes de jabalí uñas de gato"<sup>361</sup>.*

El comentario que a continuación realiza el autor indica con toda claridad la opinión que estas imaginaciones populares le merecen; Bigotazos aceleraba el paso y no hacía ningún caso de la multitud de curiosos que le rodeaba porque no estaba dispuesto a plegarse a "*las exigencias de su curiosidad estúpida*" (p. 590). El autor desprecia estas habladerías por considerarlas absurdas, al igual que las relaciones que el Marqués de Villafranca mantiene con el demonio al que hospeda en su casa bajo la forma de mono:

*"Y a propósito de este mono, queremos indicar lo que de él se dice entre el pueblo bajo de Barcelona, y aun ha llegado a los caseríos y aldeas del llano. ¿No se le ha ocurrido a alguno que el marqués de Villafranca tenía al diablo en su casa bajo la forma de uno de aquellos animalejos oriundos de Tetuán?..."* (p. 384).

Y, de nuevo, el comentario del autor es de lo más explícito: "*El tal absurdo no deja de ser de regular calibre, pero ¿qué absurdo no prohija un pueblo dominado por la ignorancia?*" (p. 384). La ignorancia es la causa de que las "*gentes del pueblo [estén] siempre dispuestas a creer en todo lo maravilloso*" (p. 503). Esta última cita se refiere a la reacción que la aparición de don Pedro de la Rocha -Roque Guinart-, al que creían muerto, provoca en la multitud, quien al verlo de nuevo

*"comenzó a considerar a Guinart como un hombre sobrenatural, o al menos como uno de aquellos vengadores que de tarde en tarde aparecen para encaminar los pasos de toda una generación o para aguzar los puñales de miles de conspiradores"* (p.503).

Es decir, dado el alto grado de insatisfacción que en estos momentos existe entre la multitud -ya se vio en páginas anteriores por qué- y el clímax de excitación, cualquier cosa que pueda canalizarlos en un determinado sentido y convertirlos en una acción organizada resulta peligrosísima, que es, precisamente, lo que está sucediendo con Guinart:

*"En un minuto había adquirido un imponderable ascendiente moral sobre aquellos hombres que representaban miles de brazos, pero que carecían de una cabeza. Esta cabeza era desde aquel instante D. Pedro Luis de Rocha: Roque Guinart pasaba de capitán de una compañía de bandoleros a jefe de un ejército de descontentos"* (p. 503).

Aparecen aquí con toda claridad las razones de los temores -a los que me refería anteriormente- de Angelón a la credulidad popular. Una muchedumbre crédula es el perfecto

<sup>361</sup> Manuel Angelón: *Un corpus de sangre...*, [1857], cit., p. 590.

caldo de cultivo para que prosperen cualquier tipo de ideas, no sólo religiosas sino también sociales. Esta novela es de 1857. Dos años antes -vide p.85 y ss de la introducción histórica- hubo en Cataluña una importante huelga que puso de manifiesto la importancia que las clases obreras estaban empezando a adquirir en el rumbo de los asuntos público. Angelón -obsesionado como se vio con la idea de que el pueblo catalán no pasase por revolucionario bajo ningún concepto- considera las ideas sociales que -sobre todo a raíz del 48 francés- se están divulgando, como una nueva y -desde su óptica de burgués moderado- peligrosísima forma de fanatismo. Un pueblo capaz de creer que un mono es el diablo, siempre dispuesto a dejarse seducir por lo que considera maravilloso y sobrenatural, el día menos pensado -arrastrado por los cantos de sirena de demagogos exaltados- comienza a reivindicar el derecho de asociación -principal petición de la huelga de 1855- o la abolición de la propiedad privada de los medios de producción<sup>362</sup>.

Larra -*El doncel de don Enrique el doliente*- hace múltiples alusiones a la credulidad popular, casi todas ellas referidas al conocimiento y dominio que don Enrique de Villena tiene sobre las más diversas materias, que el vulgo siempre achaca a brujería. Ya en las primeras páginas de la novela describe las variadas aficiones científicas de Villena:

*"Más cortesano que guerrero y más ambicioso que cortesano, había desdeñado las armas, para las cuales no era su carácter muy a propósito, y su afición marcada a las letras le había impedido adquirir aquella flexibilidad y pulso que requiere la vida de Corte. Las lenguas, la poesía, la historia, las ciencias naturales habían ocupado desde muy pequeño toda su atención. [...] Una erudición tan poco común en aquel siglo, en que apenas empezaban a brillar las luces en este suelo, debía elevarle sobre el vulgo de los demás caballeros sus contemporáneos"*<sup>363</sup>.

Estas "raras" aficiones, que chocan con la atmósfera de ignorancia general, van a ser la causa de que surjan sobre él los más extraños comentarios:

*"Pero fuese que la multitud ignorante propendiese a achacar a causas sobrenaturales cuanto no estaba a sus alcances, fuese que efectivamente él tratase de prevalecerse y abusar de sus raros conocimientos para deslumbrar a los demás, el hecho es que corrían acerca de su persona rumores extraños"*<sup>364</sup>.

A Villena esa fama que tiene de hechicero y nigromante no sólo no le molesta, sino que la utiliza al servicio de su ambición. Manda llamar al judío Abraham Abenzarsal porque necesita de sus servicios. El judío que se dedica, entre otras actividades, a la observación de las estrellas,

---

<sup>362</sup> En este sentido me parece esclarecedora -como revelación subliminal de la ideología del autor en este punto- la conversión inconsciente que el pueblo hace de la figura de Guinart: "*Roque Guinart pasaba de capitán de una compañía de bandoleros a jefe de un ejército de descontentos*". Si los descontentos no pueden distinguir entre un bandido y un líder capaz de canalizar su insatisfacción, cualquier demagogo puede utilizar al pueblo para fines particulares. O incluso peor: si el pueblo descontento sigue incondicionalmente a un jefe de bandidos, todos aquellos que utilicen estos métodos para manifestar su desacuerdo son unos bandidos.

<sup>363</sup> *El doncel...*, cit., p. 71.

<sup>364</sup> *Ibíd.*, p. 71.

El pueblo, como es natural se hace eco de estos rumores que, como siempre, son de lo más disparatado. Por ejemplo: "*Hay quien dice que entre el judío y el de Villena han echado un conjuro al señor doncel, aquel caballero tan cumplido, y le tienen en una redoma más larga que la cigüeña de la torre, donde ha menester cuarenta días para convertirse luego en un cuervo, como el rey Artús*". P. 398.

piensa que los servicios que Villena precisa de él son de este tipo. Pero son bastante menos sobrenaturales. El Maestre de Calatrava ha muerto. En la corte el único que lo sabe -tiene su propia red de informadores- es Villena. Antes de que llegue la noticia oficial de esa muerte, Villena la comunica al judío Abrahem Abenzarsal para que la "adivine" delante del rey y le encarga asimismo que "adivine" también el nombre del próximo Maestre que, por supuesto, debe ser él. Por eso, cuando antes de saber qué es lo que Villena quiere de él, Abrahem llega alardeando de su "ciencia", Villena le responde:

*"¿Creéis, por ventura, que tengo yo mi tiempo libre para oír vuestras impertinencias? ¿Creéis que habláis con el imbécil don Enrique el Doliente, a quien su débil contextura arroja como una víctima inerte en vuestros groseros lazos? ¿Creéis que he pasado años enteros sobre los triángulos y los crisoles, llamando inútilmente a ese espíritu de las tinieblas, para dejarme deslumbrar de vuestra charlatanería? Guardad para el vulgo esa necia ostentación y acordaos de que es más fácil oír que adivinar"* (p. 180-181).

Villena, pues, se ríe y desprecia a todos los que creen en supersticiones y patrañas situándose muy por encima de ellas. Pensaba sobre este asunto probablemente lo mismo que Patricio de la Escosura:

*"Siempre que la ignorancia no halla la explicación de un fenómeno cualquiera, acude a las causas sobrenaturales. Semejantes supersticiones son una calamidad por la que han pasado todos los pueblos de la tierra"*<sup>365</sup>.

Y ésta es también la opinión de Larra, pues, tras comentar que el origen de todos los chismes que corren sobre Villena es su dedicación al estudio en una época en que éste contaba con escasa consideración, apostilla: *"Entonces como ahora es siempre una triste recomendación la de ser extraordinario"* (p. 71).

Larra considera las supersticiones como un obstáculo, una rémora para el avance del progreso. Por eso, su actitud hacia el pueblo -casi siempre se refiere a él como vulgo- es más bien distante y displicente<sup>366</sup>. Lo mismo que Villena, al que no le importan lo más mínimo las

<sup>365</sup> *Ni rey ni roque*, cit., p. 43. Escosura pone esta frase como una cita, de un *discurso inédito sobre duendes y brujas*, al comienzo del capítulo V del *LIBRO PRIMERO*.

<sup>366</sup> Esta misma actitud aparece en alguno de sus artículos como, por ejemplo, en la descripción que hace de su criado: *"Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los pies, si no fuera por los zapatos y porque anda casualmente sobre los últimos; a imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están a uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una consola, de adorno, o como los balcones figurados por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y a la rústica. Mi criado pertenece al surtido"*. *La Nochebuena de 1836, Artículos*, cit., p. 573-574.

Retrato también bastante desfavorable -aunque, por otra parte, ambiguo- del pueblo es el que aparece en *El hombre globo*. Divide a los hombres en tres categorías: sólidos, líquidos y gaseosos. *"El hombre-sólido cubre la faz de la tierra; es la costra del mundo. Es la base de la humanidad, del edificio social. Como la tierra sostiene todos los demás cuerpos, a los cuales impide que se precipiten en el centro, así el hombre-sólido sostiene a los demás que se sostienen sobre él. De esta especie sale el esclavo, el criado, el ser abyecto; en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él. No raciocina, no obra, sino sirve. Sin hombres-sólidos no habría tiranos; y como aquéllos son eternos, éstos no tendrán fin. Es la muchedumbre inmensa que llaman*

sandeces que corren sobre él. Larra y Villena se sitúan los dos muy por encima del pueblo. Éste no cuenta y, por ello, no le otorga ningún papel relevante en la historia:

*"Larra no ve en los estratos inferiores, como Lukács supone en Scott, "la base material y el fundamento explicativo de la configuración de lo que ocurre arriba", ni es su tema o problema el final de la sociedad gentilicia. Por el contrario, no advierte más tensión sociopolítica [...] que la existente entre el Príncipe y la nobleza. [...] Lo que nos ha dejado no permite, ni de lejos, suponer que -como mantiene sobre Walter Scott la historiografía socialista- Larra sienta una especial simpatía por el papel histórico del pueblo"<sup>367</sup>.*

Esta afirmación es válida referida únicamente a *El doncel*, pero no lo es si nos atenemos a lo que escribe en algunos de sus artículos, como *Los barateros* o *El Ministerio de Mendizábal*<sup>368</sup>. ¿Por qué esta discrepancia? Por varios motivos. Larra escribió esta novela a principios de 1834. A partir del verano de ese año se producirá una radicalización en su pensamiento que lo alejará de las ideas de la Ilustración en las que todavía sigue creyendo. La actitud de los ilustrados hacia las costumbres populares -entendidas en toda su amplitud- no era precisamente de simpatía ni de identificación. Al contrario, se desmarcan de ellas, tanto criticándolas abiertamente, como mediante el cultivo de la distinción como norma de conducta. Larra coincide con ellos en ambos aspectos:

*"En esto, se inscribía firmemente dentro de la tradición de los reformistas de la Ilustración, quienes emprendieron una larga campaña contra el culto del vestido, estilo y diversiones populares, que consideraban como reflejo de la burda ignorancia e inhumanidad propias de la vieja sociedad que intentaban cambiar. Para Larra, como para ellos, la limpieza, el confort, el gusto y la gentileza eran expresiones universales de la razón y la humanidad"<sup>369</sup>.*

---

*pueblo, a quien se fascina, sobre el cual se pisa, se anda, se sube; cava, suda, sufre. Alguna vez se levanta, y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto. Entonces dicen que abre los ojos. Tanto valdría llamar ojos de la tierra a las grietas que produce un volcán. Ni más ni menos que una piedra, no se mueve de su sitio si no le dan un empujón; de la aldea donde nació ( si es que un **hombre-sólido** nace; yo creo que al nacer no hace más que variar de forma), del café donde le pusieron a servir sorbetes, del callejón donde limpia botas, del buque donde carga las velas o les toma rizos; del regimiento donde dispara tiros; de la cocina donde adereza manjares; de la esquina donde carga baúles; de la calle donde barre escoria; de la máquina donde teje medias; del molino donde hace harina; de la reja con que separa terrones. Es el primer instrumento, adherido siempre a los demás instrumentos". P. 352-353.*

En este artículo Larra señala con toda claridad la división de la sociedad en clases. Aunque, en sí mismo considerado, el retrato del pueblo es negativo, al ponerlo en la base está reconociendo su importancia y que las demás clases se aprovechan de él.

<sup>367</sup> José Luis Varela: *Introducción a El doncel...*, cit., p. 31-32.

<sup>368</sup> En *Los barateros* denuncia el distinto rasero que utiliza la ley para juzgar un mismo delito según haya sido cometido por alguien del pueblo o de las clases altas: "*Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquistéis*". Pero esto no será posible hasta que el pueblo tome conciencia de su situación y luche por salir de ella: "*Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender, y como su día no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto a la justicia de la que se llama su sociedad*". *Artículos*, cit., p. 530 y 531.

En *El Ministerio Mendizábal* señala que, si el pueblo no apoya la revolución burguesa, es porque no tiene nada que ganar en ella: "*El escritor, por último, se esfuerza en hacer comprender que la guerra misma de Navarra es, más que hija del fanatismo, un efecto de lo poco o nada que se ha tratado de interesar al pueblo en la causa de la libertad; hágansele palpar las mejoras del sistema de que somos partidarios, vea él su bienestar en la causa que defendemos, y el pueblo será nuestro en todas partes*". P. 539.

<sup>369</sup> Susan Kirpatrick: *Larra: El laberinto inextricable de un romántico liberal*, Madrid, Gredos, 1977, Biblioteca Románica Hispánica 268, p. 113.

A esto se podría añadir que si ciertas diversiones populares son muestras de "burda ignorancia", lo mismo ocurre con las supersticiones y creencias de todo tipo. Luego, es lógico que se distancie de unas y de otras. Es más, Larra que dedicó palabras muy duras a los carlistas<sup>370</sup>, está convencido de que el carlismo encuentra su apoyo principal en la ignorancia y el fanatismo del pueblo:

*"La desconfianza de Larra respecto de las clases bajas, su vacilación en considerarlas como seres racionales, tal como lo predicaba el humanismo ilustrado, surgía en gran parte, de que, en su opinión, éstas constituían el soporte inerte del antiguo régimen en España"*<sup>371</sup>.

Por otra parte, no es la intención de Larra en esta novela la de plantear un tema histórico o social, sino, más bien, hablar de su situación personal: la relación Macías-Elvira es un trasunto de la suya con Dolores Armijo. Por eso, "Macías carece de toda representación y significación histórica que no sea su singularidad individual-sentimental"<sup>372</sup>. Y, por los mismos

La distinción como modo de crítica de una sociedad zafia ha sido destacada por Francisco Umbral: "Desde muy joven -desde niño en realidad- Larra se descubre diferente. El narcisismo mental trae acarreado un narcisismo físico, ya que para amar a un alma no hay otro camino que amar a un cuerpo. Las almas no se ven, no se tocan. [...] Larra, fatalmente, va a ser un elegante. [...] Sueña una España mejor ordenada, una sociedad mejor vestida espiritualmente. A medida que pasa el tiempo y sus sueños de perfección social le van siendo negados, su dandismo va acendrándose: está realizando en sí mismo el orden estético que deseaba para el país. Gómez de la Serna ha escrito que Larra parecía "el único morador decente de Madrid". Larra ha hecho en sí mismo la revolución que soñó para España. Se ha europeizado al máximo, ya que España no quiere hacerlo en lo más mínimo.

*El dandismo de Larra [...] es su respuesta a una sociedad mal ventilada y a una juventud en plena orgía romántica. Corrige sin palabras a unos y otros. Sus chalecos de seda valen tanto como sus crónicas. Diríamos que sus crónicas van escritas de algún modo sobre la seda de su chaleco, para que todo Madrid pueda leerlas cuando él baja por Mayor hacia Sol y Montera".*

**Larra. Anatomía de un dandy.** Madrid, Alfaguara, 1965, col. Los ojos abiertos, p. 159-160.

<sup>370</sup> "El faccioso es en el reino vegetal la línea divisoria con el animal, y así como la mona es en éste el ser que más se parece al hombre, así el faccioso en aquél es la producción que más se parece a la persona; en una palabra, es al hombre y a la planta lo que el murciélago al ave al bruto; no siendo, pues, muy experto, cualquiera lo confunde; pondré un ejemplo: cuando el viento pasa por entre las cañas silba; pues cuando pasa entre los facciosos habla; he aquí el origen del órgano de la voz entre aquella especie. El faccioso echa también, a manera de ramas, dos piernas y dos brazos, uno a cada lado, que tienen sus manojos de dedos, como púas una espiga; presenta faz y rostro, y al verle, cualquiera diría que tiene ojos en la cara, pero sería grave error; distínguese esencialmente de los demás seres en estar dotado de **sinrazón**".

**La planta nueva o el faccioso. Artículo de historia natural,** cit., p. 176.

En otro artículo lanza una feroz sátira contra el Pretendiente: "Si hemos de creer un decreto firmado en Villarreal, a 3 del pasado, por el obispo de León, hay tres Majestades distintas para una sola Monarquía verdadera: Sus Majestades (que Dios guarde) la Reina nuestra señora y la Reina Gobernadora; y Su Majestad (de que Dios nos guarde) el Rey desgobernador. Preguntar qué hacen acá Sus Majestades verdaderas fuera inútil; claro está: **la felicidad** de España.

*Ahora bien: sépase lo que hace S. M. (de que Dios nos guarde). "¡Hola! -me preguntarán mis lectores-, ¿hace algo S. M.?" ¿No ha de hacer? **Hace** castillos en el aire; **hace** tiempo, **hace** que **hace**, **hace** ganas de reinar, **hace** la digestión, **hace** antesala en Portugal, **hace** oídos de mercader, **hace** cólera, **hace** reír, **hace** fiasco, **hace** plantones, **hace** mal papel, **hace** ascos a las balas, **hace** gestos, **hace** oración, se **hace** cruces... ¿**Hace** o no **hace**? Es el hombre más activo: siempre está haciendo algo". **¿Qué hace en Portugal Su Majestad?** cit., p. 227.*

<sup>371</sup> Susan Kirpatrick: **Larra: el laberinto inextricable...**, cit., p. 130.

<sup>372</sup> José Luis Varela: **Introducción**, cit., p. 31.

motivos, "*Larra no intenta una reconstrucción histórica, sino que se sirve de un marco histórico para contar una aventura, una pasión personal*"<sup>373</sup>.

En síntesis, bien porque le preocupen más sus obsesiones personales, bien porque no le conceda ningún papel en la marcha de la historia, el resultado es que apenas se ocupa del pueblo -más propio sería decir del populacho- más que para despreciarlo.

Ironía y burla hacia la credulidad popular muestra Braulio Foz en su *Pedro Saputo*. Pedro Saputo, que es un personaje extraordinario por su asombrosa capacidad para aprender hasta el punto de que domina todos los oficios que se propone no necesitando más que un día para cada uno de ellos; la fama de sus múltiples habilidades se divulga y Pedro se convierte en todo un personaje. En alguna ocasión va a utilizar esta bien ganada reputación para su propio lucro engañando a todo un pueblo. En una de ellas se presentaron en su casa "dos ricachos" de un pueblo vecino para pedirle consejo sobre cómo poder vender un vino que se les estaba estropeando. Pedro Saputo, después de exigirles que le dieran por adelantado la cuarta parte del producto de la venta, les dijo que propagasen por toda la comarca que él saltaría el día de San Miguel sobre las Ripas de Alcolea y que llevasen todo su vino a ese lugar. Ese día se junta una gran multitud, pero Pedro, con la excusa de que el señor cura le ha recomendado que haga una confesión general, retrasa el salto dos días, dando así tiempo a que los comerciantes vendan todo su vino. Una vez vendido, Pedro se dispuso a realizar el salto prometido:

*"Subió a las Ripas, dándoles vuelta por el norte del lugar; presentose en la más alta y con grande voz preguntó a la multitud: -¿Conque saltaré de esta ripa? -Sí, respondieron todos, resonando el grito un cuarto de hora por las mismas ripas y el río. Y ya del susto, ya de la imaginación malparieron cinco mujeres, que fue un gran trabajo para los maridos y allegados. ¿Por qué iban si habían de asustarse?, dirá alguno; y yo le respondo, que fueron porque a no ir se hubiesen muerto de deseo; y más vale malparir que morirse. Tornó a decirles Pedro Saputo: -Mirad que no haya entre vosotros quien lo contradiga, porque uno solo que haya que se oponga diciendo que no, ya no puedo saltar. Y respondieron: - ¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!, con un grito general y unánime. Y dijo él entonces: -Pues allá voy... ¡allá voy!... ¡que voy!... que salto... (haciendo grandes conatos y ademanes), pero por si acaso y porque aquí hay uno que dice que no, ahí va mi gabán, mirad cómo vuela. Y al mismo tiempo le arrojó con fuerza, y echó a correr hacia el monasterio de Sigena donde había inmunidad y salvaguardia, y dejó a aquella multitud de gentes, más crédula aún y llevadera que los de su pueblo, mirándose de unos a otros y midiéndose las narices que a todos les quedaron tan largas como fue el vuelo del gabán; mientras su dueño se moría de risa, aun corriendo como iba a tomar puerto de seguro".*

Y lo más curioso de todo es que los burlados no se enfadaron, sino que les pareció divertido que Pedro les hubiese tomado el pelo de esa manera: "*Mas no se dieron por ofendidos de la burla; antes les cayó en gracia; y se volvieron muy contentos a sus casas*"<sup>374</sup>. Si de la historia anterior no salen muy bien parados los habitantes de Alcolea, en la siguiente ocurre lo mismo con los de su propio pueblo: Almudévar. Estando Pedro de viaje sus paisanos pusieron un pleito al sol

*"porque siempre nos fiere de frente en el camino de Huesca. ¿Vamos allá? Nos fiere de cara; ¿venimos de allá?, nos torna a ferir de cara. Y el otro día a Simaco Pérez y a Calisto Espuendas les sucedió que de así ferirles el sol se tornaron cegatos; y como esto aconteció ya*

<sup>373</sup> J.I. Ferreras: *El triunfo del liberalismo...*, cit., p. 123.

<sup>374</sup> *Pedro Saputo...*, cit., p. 221-222.

*a otros en otras ocasiones pasadas no queremos que nos acontezca a todos, hoy uno mañana dos, porque después los de otros lugares nos harán mueca y nos llamarán ojitos guiñosos" (p. 275-276).*

Pedro les pregunta que cómo se les ha ocurrido hacer semejante cosa, que qué van a decir los de los pueblos vecinos, y obtiene la siguiente respuesta: "*Que digan lo que quieran, respondió otro bárbaro de la turba" (p. 276).* Como no puede convencerlos les promete ir a Huesca para ganar el caso y, efectivamente,

*"se estuvo paseando por allí dos días, y al tercero por la tarde se volvió a Almudévar discurriendo antes el modo de salir del paso, dejando a los de su lugar por tontos hasta la consumación de los siglos" (p. 277).*

Cuando vuelve de Huesca, saca el documento de la sentencia y lo lee a todo el pueblo:

*"Declaro y fallo en justicia, ley, conciencia, y razón, y en nombre y voz de la católica majestad del rey nuestro señor (que Dios guarde), que el Concejo y Villa de Almudévar no pide ninguna gollería ni lo que dicen cotufas en el golfo, sino lo que hace muchos años y aun siglos que pudieron pedir con el mismo derecho y justicia que agora, y que el sol en adelante no sea osado de ferilles de cara cuando vengan de Huesca y se vuelvan a su lugar, con sólo y tanto que vengan por la tarde y se vuelvan por la mañana...! Aquí no pudo ya contenerse la multitud, y tiraron los sombreros al aire gritando: ¡Viva Almudévar! ¡Viva Pedro Saputo! Y duró un rato la algazara y jubilación de la victoria" (p. 278).*

El relato termina con un comentario irónico del autor:

*"El lector debe atenerse a lo que he dicho al principio: a saber, que este hecho es puro cuento, porque tanta simplicidad, tan gran tontería, no cabe en hombres que andan con dos pies y tienen los ojos en la cara. Hay quien asegura que fueron los de Loharre los del pleito al sol; digo lo mismo. Y también lo he oído de un pueblo de Galicia y de dos de Andalucía. Pero de éstos y de todos, lo dicho, dicho. Conque el lector se servirá tener este capítulo por no escrito; o de lo contrario le mando desde aquí para malévolo y le acuso de burlón y enemigo de la paz de los pueblos"(p. 279).*

Este comentario, so pretexto de exculpar, lo que hace es generalizar la acusación.

Todas las citas anteriores tienen un indudable carácter satírico. El pueblo, la masa -los casos abundan y las citas podrían multiplicarse- aparece siempre como excesivamente crédulo, lleno de prejuicios y no sobrado de inteligencia. Saputo -que significa sabio en el dialecto aragonés- ha sido considerado como símbolo de la razón<sup>375</sup>, que denuncia la irracionalidad y estupidez humana extendidas por doquier. El propio Pedro Saputo lo declara expresamente ante sus paisanos que escuchan el relato de las aventuras de uno de sus viajes:

*"Sabed pues, amigos y compatriotas míos, que en todas partes he encontrado hombres agudos, y hombres tontos; de éstos más que de aquéllos; hombres que creerán lo que se dice*

<sup>375</sup> "*¿Se trata de un símbolo? Ésta es la explicación que ha propuesto nuestro buen amigo, don Rafael GASTÓN BURILLO (caracteres espirituales en la obra de don Braulio Foz, discurso en la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, Zaragoza [1951]). Saputo sería el símbolo de la razón, según esta tesis, y por ello ejemplar típico del carácter aragonés, en tanto éste admira y usa de la razón. En muchas de las aventuras de Saputo, en efecto, es la razón o el buen sentido lo que se exalta, oponiéndolos a la necesidad humana en sus distintas manifestaciones, corrigiendo errores a que nos inducen nuestras pasiones o nuestra estupidez". Francisco Ynduráin: Vida y obra de Braulio Foz, Edc., cit., p. 422-423.*

*a los niños, que el cielo es de cebolla y que los comulgariades con más que ruedas de molino. Lo cual os digo para que veáis con qué razón podrán decir por esos pueblos vecinos que sois los más tontos del mundo. ¡Cuántos lo son más que vosotros!"* (p. 223).

Y, lo peor de todo, es que la credulidad y estupidez no es exclusiva de la gente humilde e inculta pues, cuando hizo difundir la noticia de que iba a saltar en Alcolea, entre los espectadores que fueron a verlo había "*muchos doctores de la universidad de Huesca, y aun colegiales de Santiago y de San Vicente, algunos canónigos, muchos caballeros y damas principales*" (p. 224). Por eso -a sus paisanos que no fueron a verle saltar- sigue diciéndoles: "*Bien podéis consolaros y no teneros por más tontos que otros, porque no lo sois, como estáis oyendo*" (p. 224). Con lo que no les está diciendo que sean inteligentes, sino simplemente que son tan tontos como en todas partes donde "*el más tonto es el alcalde y el más ciego el que los lleva*"(p. 225). Foz se sitúa así en un nivel generalizador en el que el pueblo no es un grupo social específico, sino un símbolo del género humano. El ser humano<sup>376</sup> -excepción hecha de unos cuantos como Pedro Saputo- se caracteriza por la irracionalidad, credulidad y borreguismo.

Aunque tanto Larra como Braulio Foz –entre 1823 y 1834 estuvo en el exilio y volvería a ser desterrado en 1848- son autores de ideología liberal progresista, la actitud hacia el pueblo mostrada en estas novelas no se corresponde con lo que de dicha ideología cabría esperar. En el caso de Larra ya apunté una posible explicación<sup>377</sup>. En el de Foz quizás se deba -lo analizaré más adelante cuando trate de la igualdad social- a que uno de los temas centrales de la novela es el de la apología del hombre hecho a sí mismo, el que consigue ascender por sus propios méritos; o, lo que es lo mismo, la exaltación del individualismo burgués. Lo cual conlleva inevitablemente una actitud, al menos displicente, hacia la inmensa mayoría que nunca lo conseguirá.

La actitud de los autores de ideología liberal -como ya se ha visto en otros apartados- es en general de denuncia. Es el populacho fanatizado el que se hace eco y actúa movido por las supersticiones. El pueblo, lógicamente, no escapa a ellas, pero aparece más como víctima pasiva que como culpable. Espronceda -**Sancho Saldaña**- recoge bastantes muestras de credulidad y superstición, sobre todo entre los bandidos de la partida del Velludo. Han secuestrado a Leonor de Iscar por orden de Sancho Saldaña. Están en el campamento. Es de noche y ha estallado una gran tormenta. Los bandidos, atemorizados, hablan de *la maga*, una

---

<sup>376</sup> Si no la humanidad, al menos sí los españoles, pues a estas conclusiones generalizadoras ha llegado Pedro Saputo tras su viaje por España, pues aclara que de aquí no ha salido: "*Pues en cuanto a mi viaje, habéis de saber que he recorrido el principado de Cataluña, el reino de Valencia, los cuatro de Andalucía y las Castillas; y he venido a ver en suma lo que vosotros veis sin moveros de casa, fuera de los ríos, montes, ciudades y otras cosas que al fin poco más o menos también son como las que vosotros tenéis vistas de lejos o de cerca. Así mismo en todas partes el sol sale por la mañana y se pone por la tarde, y siempre la luna alumbra de noche y a las doce es mediodía si no es en la corte, que mediodía es a las cuatro de la tarde, y media noche es a las seis de la mañana. Porque en las tierras que es de día cuando aquí de noche, invierno cuando verano, y verano cuando invierno, yo no he estado, porque hay que andar mucho al frente o a la espalda, a la derecha o a la izquierda*". P. 224-225.

<sup>377</sup> De todos modos ya se verá más adelante, al tratar el tema de la cultura, que Larra, aunque indirectamente, culpa a las clases dirigentes de la incultura del pueblo, pues presenta en algún pasaje de la novela esta incultura -y la consiguiente superstición- como consecuencia del desprecio por el saber que sienten los de arriba.



misteriosa mujer que vive en una cueva cercana y a la que atribuyen los más fantásticos hechos:

*"Ella será quizá la que habrá movido la tempestad -dijo otro-, que ya la he visto yo en noches como ésta volar de pino en pino sobre una nube de fuego dando unos alaridos que os confieso que me estremecía al oírlos.*

*-Un noche me la encontré yo -dijo un tercero-, y llevaba tantas luces detrás y delante de ella, que parecía un entierro. Por cierto, que mientras pasó, que no iba media vara de mí, me acordé de los rezos del señor Zacarías y me pesó de no haber aprendido algunos, por lo que no pudiendo hacer más me estuve santiguando hasta que la perdí de vista"<sup>378</sup>.*

La que los bandidos llaman *la maga* es Elvira Saldaña, la hermana de Sancho, que lleva una vida de ermitaña en una cueva haciendo penitencia para salvar a su hermano -entregado a la lujuria- de las llamas del infierno. Esta vida retirada y llena de privaciones ha originado que surjan sobre ella las más extrañas murmuraciones y que la consideren una bruja. Entre los bandidos despierta tal temor que, cuando esa noche aparece en medio de la tormenta "*aterrando con su vista a aquéllos hombres supersticiosos y crédulos*" (p. 133), se lleva tranquilamente a Leonor cogiéndola de la mano sin que ninguno de los bandidos se atreva a impedirlo. Cuando el de Cuéllar se entera de lo ocurrido monta en cólera. Quiere ir inmediatamente a buscar a Leonor; pero es tal el pánico que la bruja provoca en los bandidos, que todos se niegan a acompañarle:

*"En fin, por más que les rogó, mandó, amenazó y ofreció el Velludo, no pudo lograr otra cosa sino la promesa de uno de ellos, que ofreció proporcionar un paisano de Olmedo, hombre muy temido de las brujas por ser de oficio saludador, que los llevaría donde quisieran, si la paga era correspondiente al peligro a que se exponía"* (T. I, p. 171).

El más supersticioso de todos los bandidos es Zacarías, personaje además fanáticamente religioso. Hay un largo pasaje, al comienzo del tomo II, en el que Zacarías y varios de los bandidos de la partida asaltan a un mercader judío que viaja acompañado de sus criados. Aunque la escena es bastante larga, pues ocupa más de diez páginas, merece la pena reproducir algunos fragmentos, sobre todo por las continuas ironías del autor que apuntan, sin duda, a objetivos más profundos que la simple caracterización de los bandidos. Al registrar el equipaje, una de las cosas que ven es una bola de cristal. Zacarías, que es quien la encuentra, comienza a lucubrar:

*"Una bola de cristal muy pequeña, dentro de la cual vivía y al parecer se agitaba un animal disforme, un elefante de desmesurada grandeza, un demonio sin duda, porque sólo un demonio podía habitar en tan pequeño espacio, infinitamente reducido para dar cabida a tan desproporcionada y extraña bestia. Sus ojos, de extraordinario tamaño, parecían quererse tragar al que lo miraba; su trompa inmensa podía sin trabajo alguno sepultar un hombre de una vez en su vientre; su piel, de un color oscuro con algunas manchas, era sin duda impenetrable al arma más bien templada; y un infinidad de pies y piernas sostenían como columnas aquella mole ponderosa que al mismo tiempo gozaba sin duda de tanta comodidad en aquella estrecha vivienda, como si se hallase en un anchuroso palacio. No creyó menos Zacarías sino que allí estaba encerrado algún diablo, y tirando la bola de cristal con la prontitud de aquel que se quema, se hincó de rodillas, se persignó mil veces, besó el suelo, y empezó a rezar y a darse golpes de pecho con la mayor devoción, pidiendo a Dios que apartase aquel mal espíritu de su presencia"* (T. II, p. 20-21).

<sup>378</sup> José de Espronceda: *Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar*, cit., tomo I., p. 105-106.

Descubre a continuación un péndulo que, como consecuencia del impulso recibido al sacarlo, comienza a moverse rítmicamente. Zacarías grita aterrorizado: "*¿No os lo dije yo que era un judío? Hermanos míos, este hombre tiene hecho pacto con el demonio -gritó Zacarías pálido de temor-; aquí lo tiene encerrado, es menester matarlo, hacerlo quemar aquí mismo*" (Ibíd., p. 21). Y eso que, según afirma irónicamente el autor, Zacarías era el "*hombre de sangre más fría que había entre*" los bandidos. A sugerencia de éste deciden quemarlo por judío y por mago: "*Todo el mundo le miraba ya con horror, le maldecía, y hasta el mejor intencionado de los bandidos deseaba ya verle arder y se preparaba a derribar árboles y a formar la hoguera*" (Ibíd., p. 22). Todos los intentos del judío por explicarles en qué consiste el "misterio" de la bola resultan baldíos:

*"En vano el pobre hombre se esforzaba a persuadirles que aquel animal tan estupendo y prodigioso no era más que una pulga, en vano pedía que no le rompiesen el hierro que andaba solo, pues no era sino un reloj, como cualquiera otro, de sol, sino de distinta construcción y hechura, en vano les rogaba encarecidamente que no le matasen. [...] Y era lo bueno que los más de ellos aún no sabían por qué era aquella ansia que había de quemar a aquel hombre, ni se cuidaban de preguntarlo, y eran los que más voceaban y le maldecían, y empezaban ya a partir leña"* (Ibíd., p. 22-23).

Pero si en un principio no saben por qué quieren matarlo, cuando todos ven la bola de cristal -tras el asombro y la consiguiente reflexión (como irónicamente apunta Espronceda)- ya lo saben:

*"Pero luego que dio lugar el pasmo y asombro del primer momento a la reflexión, y cada uno echó sus cálculos entre sí, y pesó y examinó la enormidad del crimen, y con lo que añadía cada cual de suyo y el odio natural en toda alma cristiana contra la brujería y el demonio, se irritó la cólera de aquella gente feroz, que sin verdadera religión estaban llenos de todas las supersticiones posibles, empezó un murmullo semejante al que hacen los árboles del bosque en señal del huracán que se acerca, y luego alzaron el grito, y todos corrieron a hacinar leña para formar la hoguera"* (P. 23).

No sólo quieren quemarlo a él sino también todas sus pertenencias. Hay varios diálogos más en los que siempre aparece la ironía de Espronceda poniendo de manifiesto la brutalidad e ignorancia de los bandidos que queda sutilmente asociada a la religión, al caracterizarlos también como celosos defensores de la ortodoxia. El judío, que es un observador perspicaz, se da cuenta de que Zacarías es más avaricioso que religioso. En un intento desesperado de salvar su vida le ofrece dinero. En el diálogo que mantienen, el narrador utiliza su punzante ironía para revelar cómo tras la "religiosidad" del personaje -simple manifestación, por otra parte, de un fanatismo vacío y externo- se encubre únicamente la avaricia del bandido:

*"Sí, sin duda, lo que es doce y aun quince mil besantes bien podía yo dar por mi vida.  
-¡Quince mil besantes! Rico sois. Padre nuestro -prosiguió Zacarías entre dientes.  
-Aquí mismo podría yo hallar quien me prestara por lo menos la mitad de esa cantidad.  
-La mitad, ¡eh!, ¡jem! -respondió Zacarías como si tuviese carraspera-. Hijo mío, no perdáis tiempo, mirad que es preciso que os encomendéis a Dios, porque vais a morir quemado. Dios te Salve María -continuó, bajando la voz.  
-Mi vida -prosiguió el judío-, no la perdería yo por tan poco precio si entrásemos en tratos; por otra parte, ¿qué fruto sacarías de quemarme? Un hombre como tú...  
-¿Por quién me tomas tú, vil judío? -repuso Zacarías irritado. ¡Ave María!, sufrir yo un insulto semejante, entrar yo en tratos con este Jeroboán, **Jeroboanis Rex**, como dice el texto:*

*conque ¡quince mil besantes! Santa María, ora pro nobis -murmuró de nuevo, continuando su rezo.*

*-Quince mil y aun algo más -prosiguió el judío sin alterarse-, en monedas de oro de buena ley. [...]*

*-Mira, yo no te quiero mal, te he pinchado antes y voy a hacerte quemar, no tengas duda. **Tu est in conciliabulo demoniorum**, y es el latín más corriente que te he dicho en todo el día de hoy. Quiero decir, tú eres brujo, y además tú mismo lo has dicho, estás circuncidado. **Circuncidatus fuisti**, por lo cual, y por los crímenes que has referido, mereces la muerte. ¡Cómo ha de ser! ¿Estás ya arrepentido? Con todo has de saber que yo no soy hombre de usuras ni de contratos, sino un humilde gusano, como debo ser, que no soy avaro... ni... ¡qué! el dinero para mí es lo mismo que si fuese tierra. ¿Con cuánto dijiste que podías contar? ¿Con quince mil besantes?" (p. 35-36).*

La oportuna llegada del Velludo termina con los sinsabores que estaba pasando el judío. Éste le dice una contraseña al oído y el Velludo reconoce en él a un espía del rey de Aragón a cuyo servicio trabaja en estos momentos el bandido.

En las citas anteriores Espronceda presenta a unos personajes que, como consecuencia de su carácter supersticioso y fanatismo religioso no sólo son unos absolutos ignorantes, sino que sienten auténtico horror ante cualquier signo de cultura por considerarla actividad diabólica. Desde luego, como una actividad incompatible con los valores cristianos. La situación en el primer tercio del siglo XIX no era muy diferente. Por eso, aunque la novela se localice en la Edad Media resulta evidente -como ya se ha visto en múltiples ocasiones- que Espronceda está hablando de su época; la siguiente cita es, por si hubiera alguna duda, lo suficientemente explícita:

*"Estaba entonces la ciencia de la medicina, con corta diferencia, como está hoy día, en la infancia; pero particularmente entre los cristianos se hallaba tan abandonada, que apenas se encontraba un médico para un remedio. [...] Sólo en aquellos tiempos puede decirse que cultivaban la tal ciencia homicida con algún fruto los ilustrados árabes y los judíos, que así en esto como en todo lo que toca a ciencias y artes, en particular los primeros, nos han dejado profundas huellas de su asombrosa sabiduría. Los Avicenas, los Averroes, sirven aún de regla a nuestros más presumidos galenos, y justamente en el siglo de don Alfonso el Sabio, que protegía el talento donde quiera que se encontraba, comentaron la Biblia, escribieron de medicina, de astrología, etc., y se les debieron muchos y muy curiosos inventos" (T. II, p. 10-11).*

Pero, precisamente, por ser los judíos quienes cultivaban las ciencias los cristianos sentían un profundo recelo hacia ellas y, concretamente, hacia la medicina:

*"Sucedía, no obstante, que siendo que un cristiano viejo se dejase curar por un judío, a quien todos o la mayor parte, de común acuerdo, hubieran querido quemar en honra y gloria de Dios, había hombre que prefería morir a deber la vida a los hechizos y cabalísticas palabras que se creía que usaba aquella maldita raza" (p. 11).*

Si el fanatismo religioso y la superstición llevaban en la Edad Media a la anatematización de la ciencia y persecución de sus cultivadores, en el primer tercio del siglo XIX también se va a estigmatizar el progreso en nombre de los principios religiosos y de lo genuinamente español. La sátira de Espronceda apunta al fanatismo ultramontano del que los

carlistas son en estos momentos unos de sus más caracterizados representantes<sup>379</sup>. El fanatismo y superstición extremas sólo caben en gente absolutamente irracional, como los bandidos, o el populacho que siente el mismo desprecio que ellos por la ciencia: *"El vulgo bárbaro y lleno de supersticiones ora ridiculizaba a su rey, ora llamaba inquietud a su sabiduría"*(T. I, p. 116). El pueblo sólo aparece una vez en relación con este tema. Zoraida, acusada de bruja y hechicera, está siendo juzgada públicamente en Valladolid. En medio del juicio uno de los espectadores grita que es su hija. Se trata de Abraham, el judío que estuvo a punto de ser quemado por Zacarías. El pueblo se enternece y compadece a Zoraida, pero estos sentimientos de compasión duran poco: *"El pueblo, aunque en un principio había tomado cierto interés, deseaba que prosiguiese la tragedia"*(T. II, p. 195). La razón de este cambio reside en que les es imposible escapar a la presión psicológica de lo que se podrían llamar *consignas oficiales*:

*"El horror que el leal pueblo de Valladolid tenía a la magia y a los que por influjo del diablo la ejercían, venció por último la sensación que el encuentro de un padre con su hija en situación tan triste había producido al principio"*.

Sin embargo, no todos reaccionaron igual, pues algunos se fueron a sus casas profundamente impresionados: *"Con todo, y para decir verdad, muchos hubo que, sin poder resistir más, se salieron del tribunal llenos de lástima y pesadumbre"* (T. II, p. 196). Pero, incluso los que llenos de sentimientos justicieros querían que una bruja no quedase sin castigo, cuando, tras un combate ganado por su mantenedor, es declarada inocente, no pueden contener su entusiasmo:

*"Luego que Esther o Zoraida fue declarada inocente, prorrumpió el pueblo en infinitos vivas y estrepitosas aclamaciones, dando el parabién al guerrero que tan generosamente había tomado a su cargo salvar aquella mujer desvalida"*(T. II, p. 215).

Es decir, el pueblo la considera sucesivamente una huérfana que acaba de encontrar a su padre, una bruja y una mujer desvalida. Huérfana y desvalida, cuando se imponen sus sentimientos; bruja, cuando la miran con unos prejuicios que se imponen sobre esos sentimientos. El pueblo, pues, es víctima de unas supersticiones que le obligan a actuar en contra de sus sentimientos naturales. El poder no sólo tiraniza utilizando medios represivos; también sojuzga con esquemas mentales. O, lo que es lo mismo, utiliza la superstición como forma de tiranía; es lo que sobre el tema piensa Eugenio de Ochoa. En su novela, el príncipe Carlos, que conspira contra su padre Felipe II, se relaciona con todo tipo de gentes, entre ellas con individuos que viven de la astrología, hechicería y otras prácticas semejantes:

*"No es de admirar que la extraordinaria situación en que se hallaba colocado por la suerte, le hiciese participar de una debilidad de que pocos estaban exentos en un siglo en el que el*

---

<sup>379</sup> Entre los postulados del ideario carlista se encuentran los siguientes: *"Antimaquinismo y odio hacia la revolución industrial. Las invenciones modernas, luz de gas, máquina de vapor, ferrocarril, etcétera, se consideraban diabólicas. [...] Intransigencia e integrismo religioso: restitución de la Inquisición. Retorno a las formas de vida y producción anteriores a la revolución industrial.*

*Estos principios informaron la ideología carlista hasta 1874. Carlos III, en su manifiesto de Morentín, perfiló ya algunos cambios de postura, que serían repudiados por los más intransigentes"*.

Juan Antonio Hormigón: **Ramón del Valle-Inclán: la política, la cultura, el realismo y el pueblo**. Madrid, Alberto Corazón Editor, 1972, Comunicación, serie B N° 23, p. 137.

Las similitudes con la reacción de Zacarías, quien consideraba el péndulo y la bola con cristal de aumentos como artilugios diabólicos, son evidentes.

*atraso de las ciencias, unido al intolerable despotismo del monarca reinante, constituía a la ignorancia en el más riguroso deber de todo buen ciudadano*<sup>380</sup>.

El poder, por tanto, es el principal beneficiario de la superstición; aunque no él único; siempre hay espabilados que la utilizan para beneficios más prosaicos como el *Licenciado Cazules*, que ha cambiando su antiguo oficio por el de la hechicería que le resulta bastante más lucrativo:

*"Aquel redomado bribón, en efecto, cansado de enseñar el quis vel qui y de dar azotes a sus discípulos, había resuelto aprovecharse de la ignorancia general de su siglo para vivir a costa ajena, diciendo la buena ventura, sacando horóscopos y vendiendo a precio de oro filtros y bebedizos"*<sup>381</sup>.

En otro pasaje de la novela, en el que refiere la leyenda del castillo de los espectros, al mismo tiempo que vuelve a insistir en que las supersticiones siempre benefician a alguien, se burla irónicamente de los que creen en ellas:

*"Todas las noches aparecía un guerrero montado en un asno. Interpretando esta visión enigmática como el sueño de don Magnífico, resultará que el guerrero debía ser sin duda el antiguo señor de aquel castillo; por lo que hace al asno, nada se ha podido averiguar de positivo, pero es de presumir que fuera la vera efigies del primero que dio crédito a las leyendas supersticiosas imaginadas por algún castellano trovador para hacer pasar a sus faldriqueras una parte del dinero que en las suyas tenían los habitantes de las aldeas circunvecinas del venerable castillo del Espectro"*<sup>382</sup>.

Ochoa, siguiendo en esto la tradición liberal, denuncia que la superstición beneficia a la tiranía que tiene en ella un instrumento más de dominio.

En la otra línea de la tradición liberal -la que identifica superstición con populacho- se inscribe Ayguals de Izco. En *La Bruja de Madrid* Enriqueta habla con una pordiosera, Inés, conocida como *la bruja*, de la que se ha convertido en protectora. Ante la pregunta inocente de la joven de si ella lo averigua todo, la pordiosera responde: "*Así lo cree el vulgo en sus necias supersticiones*"(p.150). Es el vulgo, también, quien la considera una bruja; por el contrario, Enriqueta era "*demasiado ilustrada para incurrir en las groseras supersticiones del vulgo; [...] no daba crédito a las brujerías que se contaban de su protegida*"(p. 152). Y de esta misma opinión es Manuel Fernández y González quien, tras contar la historia de un misterioso monje, que vive en una ermita cerca de Sevilla acompañado de diez hermanos legos practicando la caridad con

<sup>380</sup> Eugenio de Ochoa: *El auto de fe* [1837], cit., tomo II, p. 60.

<sup>381</sup> *Ibíd.*, p. 58

<sup>382</sup> *Ibíd.*, tomo III, p. 193-194. Al comienzo del tomo reproduce un diálogo entre un arriero y un ventero en el que satiriza a éste por creer en esta leyenda. Discuten si los habitantes del castillo son o no duendes. "*Si pueden o no pueden serlo es cosa que no le toca decir a un hombre como yo, más acostumbrado a arrear caballerías que a calentarse los sesos estudiando libros; y no es eso decir que me tenga yo, a Dios gracias por un bruto, pues ahí está mi hijo Pancho que ha estudiado en Alcalá y es ya bacalo o bacalato o como ellos dicen, y se las tiene tiesas con el mismo señor cura del lugar, ni más ni menos que si fuera un hombre derecho, a pesar de que el angelito de mis entrañas, Dios le bendiga, no tiene más que diez y nueve años, que el mes pasado los cumplió el día de San Vito a las ocho de la mañana, que es la hora en que lo parió su señora madre que esté en gloria; y dice que hay duendes.*

*-Pues yo digo, respondió el arriero incrédulo, que aunque digan lo contrario todos los bacalaos del mundo, así son duendes los que habitan el castillo, como yo comisario del Santo Oficio. Y no habrá quien me apee del burro hasta que yo los vea con mis ojos y los toque con mis manos".* P. 10-11.

todo el que se acerca por la ermita, pero permaneciendo en el más absoluto misterio para todos ellos, añade el siguiente comentario:

*"Estas circunstancias, unidas a sus virtudes practicadas, hicieron que la plebe, cediendo a sus instintos supersticiosos, le tuviese por un santo, y que recurriese a él en sus adversidades en busca de milagros"*<sup>383</sup>.

También Alfonso García Tejero hace una crítica muy dura de todas las supercherías desde la óptica de una mentalidad racional. Así se expresa maese Nicolás, maestro barbero-cirujano: *"Yo mismo me sonrojo, decía maese Nicolás, de que haya gentes en el mundo tan fanáticas y estúpidas que den crédito a brujerías y cuentos de viejas"*<sup>384</sup>. Estas creencias siguen teniendo tanta vigencia en la época actual como en el pasado: *"Es una mengua que en el siglo XIX haya semejante superstición e ignorancia"*(T.I,p.254). Y no es sólo patrimonio del vulgo, como en la mayoría de los autores vistos, sino que está extendida entre todas las clases sociales:

*"A mí se juzga un mago-alquimista, **Omni-sapiente**, y no hay mujer en Madrid, desde la más noble señora hasta la más humilde verdulera, que no acuda a mi despacho por recetas y brebajes, que son una pura escoria, capaz de producir, no sólo el efecto contrario de lo que se proponen, sino la misma muerte"*(Ibíd).

Entre los consumidores de esos brebajes se encuentran nada menos que personajes reales:

*"Aquí están las cuatro onzas de oro que María Luisa en persona, disfrazada de caballero, me trajo hace algunas noches en recompensa de haber confeccionado unas pildoras estimulantes, que la reina dijo ser para ella con objeto de remediar la debilidad de sus fuerzas: afección asténica o deponente de la sensibilidad, que debía sin duda al abuso de sus amores. Después supe que no eran para María Luisa, sino para un joven militar que debía hacer con ella una partida de caza en el Pardo. El bizarro doncel yace hoy en cama con una fiebre gástrica, que tal vez le arroje al sepulcro"* (Ibíd. p. 254-255).

Y de tal madre, tal hijo:

*"Este cartuchito de ochentinas recientemente acuñadas, le debo a la generosidad del príncipe Fernando, por haberle cedido unos simples polvos de cantáridas disueltos en un poco de agua azulada, con el fin de mezclarlos en unas peras en dulce. Le han traído una niña de quince años de Valencia... dice que tiene la sangre helada, y que es preciso darla calor y vida"* (Ibíd., p. 255).

García Tejero denuncia la existencia de la superstición no sólo entre el pueblo sino entre todas las clases de la sociedad. Es más; del pueblo es de quien menos se ocupa: únicamente una rápida mención de una "humilde verdulera". El grueso de su denuncia lo centra en la alta sociedad, concretamente en Fernando VII y su madre. Y, al ocuparse de éstos, lo que les censura no es tanto las creencias en remedios maravillosos como la inmoralidad. En cualquier caso encontramos en esta novela una similitud con las demás de ideología liberal ya comentadas. El poder, que en éstas es denunciado por aprovecharse de la credulidad popular, en la de García Tejero participa de esa credulidad. Si se tiene en cuenta que en esas novelas superstición y populacho se identifican y que Fernando VII era muy aficionado -tenía una

<sup>383</sup> *Men Rodríguez de Sanabria*, cit., p. 272.

<sup>384</sup> *El pilluelo de Madrid*, cit., tomo I, p. 254.

tertulia de la que formaba parte un aguador, eran frecuentes sus visitas nocturnas a los barrios bajos- a los ambientes del populacho, ya tenemos otro punto en el que coinciden.

Hay un autor, Pablo Avecilla, que distingue entre supersticiones beneficiosas y dañosas:

*"Siempre que el hombre contemplando el orden y la magnificencia que realmente existe en la naturaleza adora un poder superior, el espíritu de la superstición es dulce y apacible; pero al contrario, cuando se han supuesto rigiendo al universo obras de la imaginación y del terror de los hombres, la superstición toma las formas más crueles y atroces"<sup>385</sup>.*

La pregunta que se plantea es cuáles son unas y cuáles son otras. En el contexto al que pertenece la cita el autor está hablando de la civilización Inca, en la que el soberano era considerado de origen divino. Los incas creían, por tanto, en un poder superior creador del mundo al que adoraban. Al autor esto le parece positivo; pero, como juzga y escribe desde la perspectiva de la "religión verdadera" no puede llamar a las creencias de los incas religión, sino superstición; a lo más que llega su espíritu condescendiente es a concederles los calificativos de "dulce y apacible". Avecilla muestra aquí una de las limitaciones -ya mencionada- del liberalismo español: su ortodoxia católica.

El tema de la superstición aparece, pues, en novelas de todas las ideologías pero, lógicamente, no con el mismo enfoque.

En la de ideología tradicional -Gil y Carrasco, Manuel Angelón- el pueblo, aunque la sufre, no es víctima de ella. Lo que se denuncia no es que el pueblo viva en la ignorancia -ya veremos que eso es una virtud- sino que una serie de desaprensivos se aprovechen de ella. O, dicho de otro modo, la denuncia se realiza contra la difusión entre el pueblo -que actúa de transmisor inocente e inconsciente- de supercherías -metafóricamente teorías sociales y políticas- que atacan a valores e instituciones cuyo único fin es el bienestar, fundamentalmente espiritual, del pueblo. Es decir, la credulidad popular -cuyo caldo de cultivo es la ignorancia- sólo es peligrosa si es utilizada por los enemigos del Antiguo Régimen; se da por descontado que quien representa legítimamente la autoridad nunca va a hacer mal uso de ella.

En la de ideología liberal aparece una doble línea de pensamiento: el pueblo como víctima y, sobre todo, la identificación de superstición con populacho. En ambos casos es un instrumento que el poder utiliza para tiranizar.

#### **2.2.4.4. Ignorancia, cultura y consciencia.**

El tema de la superstición se encuentra estrechamente ligado al de la cultura y consciencia de la realidad; o, lo que es lo mismo, la capacidad para juzgar críticamente el entorno social y político así como el interés e implicación en los asuntos públicos. En líneas generales se puede adelantar ya que la novela de ideología tradicional va a realizar una verdadera apología de la ignorancia, mientras que la liberal la va a denunciar con el argumento de que el mejor aliado que tiene el Antiguo Régimen es el desconocimiento de sus derechos por parte del pueblo.

Para Fernán Caballero el pueblo no necesita saber leer porque los valores fundamentales -que son los únicos que le hacen falta- se transmiten y aprenden por otros medios que han

---

<sup>385</sup> Pizarro y el siglo XVI, cit., p. 49.

demostrado su eficacia a través de los siglos. Un barón francés está ironizando en una tertulia sevillana sobre el cocodrilo colgado en el techo de la catedral. La condesa le responde:

*"Ese cocodrilo fue presentado al rey don Alfonso el Sabio por la famosa embajada que le envió el soldán de Egipto. También están colgados de la misma bóveda un colmillo de elefante, un freno y una vara. Y estos objetos, juntamente con el lagarto, representan las cuatro virtudes cardinales. El lagarto es símbolo de la prudencia; la vara de la justicia; el colmillo de elefante, de la fortaleza; el freno, de la templanza. Así, pues, hace seiscientos años que estos símbolos están a la entrada de aquel grande y noble edificio que el pueblo comprende sin saber leer"*<sup>386</sup>.

Y es mejor que no aprenda nunca, pues la cultura corrompe al pueblo:

*"Se levanta hoy en día la voz **oscurantismo** como pendón de vilipendio, contra aquellos que creen que en el **saber** no está la **moral**, sino la corrupción del vulgo. El mismo Byron ¿acaso no ha dicho: sabemos que el saber no es la felicidad, y que la ciencia no es más que un cambio de ignorancia por otra ignorancia? ¿Pues para qué trocar la ignorancia humilde y feliz por la ignorancia soberbia y descontentadiza?"*<sup>387</sup>.

Pero no basta con ejercer una influencia contraria, pues la cultura es una enfermedad tan peligrosa que una vez que se contagia es imposible su curación:

*"Es tal el encanto sublime de la inocencia, que hasta da un reflejo simpático de sí a la ignorancia. Pronto se aprende, pronto se sabe, pero nunca se olvida; el corazón se purifica; la cabeza no. La fe que ha tenido que defenderse y luchar con argumentos impíos, es como la virgen que ha tenido que defenderse de los ataques de un seductor violento; conoce el mal aunque lo deteste, y más vale aun ignorarlo que detestarlo"*<sup>388</sup>.

Tan feliz es el pueblo por ser ignorante -[a Mendo] "la ignorancia le hacía dichoso, como a tantos otros"<sup>389</sup> que incluso es envidiado por los que tienen la desgracia de ser un poco más cultos:

*"¿Cuál de los hombres, realmente superiores, sean cuales fuesen sus creencias, no ha envidiado alguna vez la sencilla ignorancia? ¿Qué marino luchando en el mar, sin senda, agitado siempre por furiosos y encontrados vientos, buscando, sin hallarlo, fondo seguro en que echar el ancla, no ha envidiado la barquilla del pescador, que sin salir de su tranquila ensenada, no pierde de vista el faro, que le hace inútil la brújula y otros instrumentos de la ciencia?"*<sup>390</sup>.

La metáfora es transparente: sólo el que transita por terreno conocido -los valores tradicionales y cristianos consustanciales al Antiguo Régimen- está seguro. La idea de que la ignorancia produce la felicidad tiene en Fernán Caballero unas indudables implicaciones políticas. Con un sentido ligeramente distinto la encontramos en Salas y Quiroga. Angustias, joven obrera, está enamorada de don Félix de Montelirio. Se trata de un amor imposible por la diferencia social y cultural existente entre ambos y porque, además, don Félix ama a Otelina. En consecuencia Angustias sufre tremendamente pero

<sup>386</sup> *La gaviota*, cit., p. 212.

<sup>387</sup> *Clemencia*., cit., 198.

<sup>388</sup> *Ibid.*, p. 197.

<sup>389</sup> *El Señor de Bembibre*, cit., p. 117.

<sup>390</sup> *Clemencia*, cit., p. 197-198



*"por fortuna suya, Angustias educada en la ignorancia afortunada que preserva de tanto mal a las gentes del pueblo, se entregaba a la vaguedad del sentimiento, martirizador sí, pero no ingenioso y analizador. Con deducciones que la educación saca, con sofismas que el mundo enseña, con inspiraciones que la ambición saborea, no desgarraba ella propia su alma, agujas empozoñadas que nos regala el saber, que nosotros mismos cavamos en el corazón, aumentando así el dolor, tortura moral que nos mata descuartizándonos"*<sup>391</sup>.

Y esta menor sensibilidad, en algunas ocasiones envidiable, se debe al trabajo que no les deja tiempo para cultivarse:

*"y cual compensación a otras mil molestias de que se ve aquejada sus existencia, las gentes del pueblo padecen menos las afecciones morales, y, cuando la desgracia aqueja a un príncipe, lo que más podría desearle su mayor amigo, es que se volviese humilde jornalero en el instante aquel. El trabajo del cuerpo debilita la acción devoradora del espíritu, cabalgador eterno que es preciso cansar en la veloz carrera de la fantasía, o sujetar con el freno de la pena material y corpórea"*<sup>392</sup>.

Si los cultos -retomando el pensamiento de Fernán Caballero- sienten envidia de la felicidad que se desprende de la ignorancia del pueblo, Leonor, marquesa de Almansa, no tenía nada que envidiar: *"Leía poco y jamás tomó en sus manos una novela"*<sup>393</sup>. Y lo mismo le ocurre a la Asistentá, hermana de la marquesa de Valdejara, lo cual no es obstáculo para que refute los argumentos de los cultos: *"¿No ve usted, Pedro -le dijo María cuando hubieron salido los señores- cómo la señora, que en su vida ha leído un libro, deja aplastado siempre a ese monteruca que no hace más que leer?"*<sup>394</sup>. No leer tiene sus ventajas:

*"Jamás habría llegado a creer, si se lo hubieran dicho, que estaba levantado en el mundo un estandarte bajo el cual se proclama la emancipación de la mujer. Más es: aun creyéndolo, jamás lo hubiera comprendido, como no lo comprenden muchas que ni viven tan retiradas ni son tan estrictas como lo era la duquesa"*<sup>395</sup>.

Pero, con la educación que reciben las mujeres españolas -que cuenta con la aquiescencia de la autora-, no hay peligro de que aspiren a emanciparse:

*"Desde la muerte de su madre, seña Rosita había establecido una escuela de niñas, a que en los pueblos se da el nombre de **amiga**, y en las ciudades el más a la moda de academia. Asisten a ella las niñas en los pueblos desde por la mañana hasta el mediodía, y sólo se enseña la doctrina cristiana y la costura. [...] Claro es que estas casas no pueden crear pozos de ciencia, ni ser semillero de artistas, ni modelos de educación cual corresponde a la **mujer***

<sup>391</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo* [1848], cit., tomo II, p. 226.

<sup>392</sup> *Ibíd.*, p. 81.

Salas y Quiroga, como ya se ha visto en páginas precedentes, adopta una actitud bastante crítica ante los gobiernos liberales denunciando su despreocupación por el pueblo. Por eso las citas precedentes, en las que se envidia al pueblo por vivir en la ignorancia, no se corresponden con esa actitud crítica. Quizás sea una consecuencia del pesimismo -observable en algunos pasajes de la novela- provocado por la observación de las contradicciones del liberalismo. Salas y Quiroga se da cuenta de que la práctica del liberalismo -en contra de sus grandilocuentes afirmaciones teóricas- no gobierna para el pueblo. Pero no ve alternativa al liberalismo. Desde estas premisas se puede comprender que denuncie las injusticias del liberalismo y que envidie al pueblo por no darse cuenta de ellas.

<sup>393</sup> *La Gaviota.*, cit., p. 218.

<sup>394</sup> *Elia*, cit., p. 89.

<sup>395</sup> *La Gaviota.*, cit., p. 218.

*emancipada. Pero suelen salir de ellas mujeres hacendosas y excelentes madres de familia, lo cual vale algo más*<sup>396</sup>.

Lo que es una ventaja, pues la instrucción siempre trae malas consecuencias. Don José, maestro bonachón, por una parte, porque andaba escaso de recursos y por otra, porque estaba animado de las mejores intenciones, entre sus varias ocupaciones se dedicaba a dar "algunas lecciones de leer y escribir [...] a las Maritornes con pretensión de ilustrarse, con lo que lograban leer novelas perversas, descuidar sus quehaceres y la aguja, y llevar calcetas con puntos"<sup>397</sup>. La cultura, por elemental que sea, no produce mujeres hacendosas. Por eso el pueblo no sólo no la necesita, sino que además es contraproducente que tenga acceso a ella. Pero no es sólo el pueblo el que no la necesita: la prueba está en don Martín Ladrón de Guevara, terrateniente e hidalgo lugareño, compendio de todas las virtudes nacionales, quien

*"por descontado no había recibido ninguna clase de instrucción, exceptuando la religiosa, por aquella regla de: si es el mayorazgo, ¿a qué ha de estudiar, y de qué le ha de servir el saber? Por consiguiente no había abierto un libro en su vida; pero esto no le impedía ser instintiva y tradicionalmente caballeroso, y tener, como generalmente los andaluces, talento y gracia; con el privilegio que tienen los magnates, de aguzarlos y lucirlos, diciendo cuanto se les viene a las mientes"*<sup>398</sup>.

Don Martín, lógicamente, desprecia la cultura. Lo mismo le sucede a la Asistenta, personaje de *Elia* ya visto anteriormente. En una excursión a una finca de su propiedad, don Narciso Delgado, hombre culto y leído -y por lo mismo continuamente ridiculizado por la autora- descubre una lápida de una tumba romana. Alborozado le da la noticia a la propietaria: "¡Señora -exclamó con énfasis-, acabo de descubrir un tesoro! ¡Es la lápida de un sepulcro romano, con su inscripción! Señora, ¿sabía usted que poseía semejante joya?". La respuesta de la señora no puede ser más significativa: "No -respondió la Asistenta-, ni me importa. ¿Qué se me da a mí de lo que haya estado puesto sobre el sepulcro de un pagano?" (p. 103). Los valores cristianos son los que están en la base del desprecio de la cultura. Por eso lo que se desprecia no es tanto la cultura como la cultura moderna por volverse de espaldas a la religión, por su laicismo:

*"¡Y llamarán los hijos del siglo de las ficticias luces **reacción** a las voces que gritan y gimen contra la tendencia que se afana en desolemnizar cuanta creencia y culto conserva el hombre en su alma, y cuanta poesía conserva en su corazón! ¡Dios Santo! ¿Dónde querrán llevarnos los enemigos de la religión y de todo lo existente, que empezando por los filósofos del siglo XVIII, pasando por Marat, Robespierre y Proudhom, tremolan el rojo pendón?"*<sup>399</sup>.

<sup>396</sup> *Ibíd.*, p. 92.

<sup>397</sup> *Un servilón y un liberalito*, cit., p. 14.

<sup>398</sup> *Clemencia*, cit., p. 165.

Unas páginas más adelante se mencionan otra serie de rasgos muy interesantes para completar el retrato del personaje: "En su juventud había ido don Martín alguna vez a Sevilla, y siempre había vuelto con las manos en la cabeza, diciendo: -¡Cristianos! aquello es una babilonia; allá lo que vale es lo que relumbra -y añadía-: A tu tierra, grulla, mas que sea con un pie.

*Excusado es decir que tenía don Martín por toda innovación y por todo lo extranjero la misma clase de repulsa con tedio y coraje que conservaba desde la guerra de la independencia por todo lo francés*". P. 167.

<sup>399</sup> *Clemencia*, cit., p. 313.

En otro pasaje de la novela critica asimismo el espíritu racional derivado de la Ilustración pero en clave satírica: "Dijose en una época calamitosa: ¡Los dioses se van! Ahora en una ídem, ídem, diremos: ¡Los cabellos se van! ¿Por qué será que en este siglo de las luces hay tantos calvos y tantos cortos de vista? Los cortos de vista, se

La cultura moderna, además, no ha inventado nada; únicamente ha bautizado con nuevas palabras sentimientos inculcados por la religión pervirtiendo así su verdadero significado:

*"¡Cuántos jóvenes hay que dicen al perdonar una injuria, y favorecer a un enemigo: Hago esto porque soy filósofo! No; lo haces porque te criaste católico.*

*Que dicen: Huyo del fango de los vicios, porque soy moral. No; lo haces porque te criaste religioso.*

*Que dicen: He hecho un sacrificio, me he privado de un goce, por tal de aliviar una miseria, porque soy filantrópico. No; lo has hecho porque te criaste cristiano.*

*Esto es si son sinceros en dar un noble origen a sus acciones buenas y no ocultan bajo aquellas palabras la vanidad, el respeto humano y la hipocresía, pues sólo la religión crió aquellas virtudes, hijas ingratas que se emancipan, vuelven la espalda a su madre, y se unen a sus enemigos para combatirla, todo por espíritu de rebeldía, ese frenesí del entendimiento<sup>400</sup>.*

La cultura ataca a la religión; la ignorancia la respeta. Y respeta también las estructuras sociopolíticas establecidas. De ahí las ironías de Fernán Caballero contra los que pretenden introducir reformas liberales e interesar al pueblo en las mismas, como el alcalde de Villamar, don Perfecto Cívico, que después de rebautizar la Plaza de la Iglesia como Plaza de la Constitución, hace lo mismo con algunas calles del pueblo: *"El nombre de la calle Real ofendía sus orejas representativas. Quiso patriotizarla, y publicó un bando para que aquel nombre malsonante se cambiase en el de calle de los Hijos de Padilla<sup>401</sup>*. Pero estos cambios chocan con la incompreensión y oposición del pueblo:

*"Era el caso que había muerto uno de los habitantes de la misma calle, llamado Cristóbal Padilla, y sus hijos heredaron naturalmente la casa que en la misma localidad poseía. Pero en el mismo caso se hallaban los López, los Pérez y los Sánchez, los cuales protestaron enérgicamente contra tan infundada preferencia. En vano quiso explicarles el alcalde que los llamados hijos de Padilla compusieron en otro tiempo una asociación de hombres libres; a esto respondían ellos que ya sabían que los Padilla eran hombres libres, y que nadie pensaba disputarles este título. Pero que también lo eran, y lo habían sido desde la creación del mundo, los López, los Pérez y los Sánchez; que ellos no pasaban por la humillación de verse pospuestos a los Padilla<sup>402</sup>.*

Y todavía se le ocurrió al alcalde otro cambio para darle a Villamar un aire moderno y antiobscurantista, sustituir el nombre del camino del cementerio -*Vía Crucis*- por el de *Camino de Urdax*:

*comprende que lo sean, por lo que deslumbra tanto resplandor como dan las luces; ¿pero el cabello? ¿qué tiene que ver con las luces? A esto dicen los dueños de ingratos cabellos, que la emancipación de éstos es debida a la actividad, a la fuerza, al vigor del pensamiento que le roba el suyo al pelo. Así es, por lo visto, que el pensamiento que fecunda tantas cosas, parece que tiene el mal tino de secar las raíces del cabello, a cuya sombra se cría: ésta es una mala partida que no pueden disculpar sus admiradores los más frenéticos.*

*El siglo XIX, que no es el siglo del oro, por más que se empeñen en que lo sea California, Cabet y Granada, es en cambio el siglo de las ideas; lo que es muy preferible, aunque no sea de nuestra opinión el ministro de Hacienda. Lo que tiene es que hay tal abundancia, que es una vía láctea de ideas luminosas; son un enjambre zumbón, como los que halló el famoso viajero Humboldt de mosquitos en los ríos de América; en cambio han acabado con los cabellos: los Absalones y Sansones quedan en la categoría de especies perdidas o razas agotadas, como los centauros y las sirenas". P. 110-111-*

<sup>400</sup> Clemencia, cit., p. 137-138.

<sup>401</sup> La Gaviota., cit., p. 270.

<sup>402</sup> Ibid.

*"Pero entonces le salió peor la cuenta. Hubo un motín de mujeres; motín en regla, capitaneado por Rosa Mística en persona. Sus gritos y sus lamentaciones habrían aturcido a los sordos.*

*-¿Qué quiere decir Urdax? -gritaba una.*

*-¿Qué tenemos nosotros que ver con Urdax? -clamaba la otra.*

*-¿Quién ha de querer enterrarse en Urdax? -chillaba una vieja. [...]*

*-Señor -dijo gravemente Rosa Mística-, ese camino es el de la **Vía Crucis**, y usted lo profana con ese nombre"<sup>403</sup>.*

Ante la oposición y protestas de los vecinos al alcalde no le queda más remedio que darse por vencido:

*"Frustradas tan bellas ideas, declaró que los habitantes de Villamar eran unos animales, unos brutos estólidos, partidarios del abominable tiempo del absolutismo, sin otro móvil que el bajo interés pecuniario; enemigos de todo progreso social y de toda mejora; despreciables rutineros, que no merecían llamarse aldeanos y mucho menos ciudadanos libres" (p. 271).*

Pero a los habitantes de Villamar, que no necesitan para nada la política, les traen sin cuidado las opiniones del alcalde: *"Y después de este formidable anatema, Villamar y sus habitantes continuaron pasándolo tan bien como antes"* (p. 271). El pueblo se opone a los cambios que quieren alterar su modo tradicional de vida. Los intentos del alcalde -ridiculizados por la autora- de llevar la cultura contemporánea, aunque sólo fuera en los rótulos de las calles, son frontalmente rechazados por sus convecinos que ni los entienden ni los necesitan. Y también en este caso -a Rosa Mística le resulta una profanación- aparece la religión como telón de fondo. Resulta una constante el que la novela de ideología tradicional -y las de Fernán Caballero en particular- apele siempre en última instancia a la religión como valor absoluto indiscutible. Pero la religión no es sino el soporte -como se ha dicho ya en más de una ocasión- del Antiguo Régimen cuyas estructuras quieren ser mantenidas inalterables por sus defensores<sup>404</sup>. Es a éste a quien la ignorancia del pueblo beneficia.

Precisamente por esto la novela de ideología liberal va a atacar y a denunciar la ignorancia. Es el caso de Ayguals de Izco que clama contra la despreocupación de las autoridades por promocionar la cultura. Concretamente las culpa de la decadencia del teatro:

*"Unido a las vicisitudes políticas el fanatismo de sus gobernantes, vergonzosamente sometidos a la tiranía monástica, la ineptitud de algunos reyes que no han tenido más voluntad que la que su confesor les permitiera, las inquisitoriales tendencias de los teócratas*

<sup>403</sup> *La Gaviota*, cit., p. 271.

<sup>404</sup> En la obra de Fernán Caballero hay numerosos pasajes en los que simbólicamente se refleja su oposición al cambio, al progreso y, en consecuencia, la defensa de lo establecido. Por ejemplo, la siguiente descripción de don Martín Ladrón de Guevara: *"Don Martín nunca había variado nada, ni en su casa, ni en su labranza, ni en su modo de vivir, ni en su modo de ver, ni aún en su manera de vestirse. Llevaba siempre media de seda azulada, zapatos de una especie de paño recio o feltre gris, llamado piel de rata, con hebillas de plata, calzón de casimir negro, igualmente con hebillas de plata en las rodillas, un gran chaleco de rico género de seda, algunos bordados en colores, una amplia chaqueta o chupa, igualmente de seda, con faldones; y se ponía redecilla en que encerraba su cabello, que nunca quiso cortarse; sólo que la redecilla era corta, y no llegaba sino poco más abajo de la nuca. Cuando salía por la mañana, se ponía un capote de rico paño negro, adornado con pasamanería y caireles de seda, y por las tardes una capa de grana, forrada de raso de color, y en la cabeza un sombrero a la chamberga, parecido al que llevan los picadores en las fiestas de toros"*.

*Clemencia*, cit., p. 168. La indumentaria de don Martín pertenece al pasado, como el modelo social defendido por la autora.

*que trataban de sumir al pueblo en la más degradante ignorancia para enseñorearse de sus despojos, éstas son las causas primordiales de la decadencia del teatro español, porque el teatro es la escuela de la sociedad... en él aprende el hombre lo que vale, y esto no puede interesar a los que pretenden erigirse en señores para que el pueblo esclavo y envilecido lama sus pies, cual miserable can arrastrándose ante el amo que le azota*<sup>405</sup>.

Ayguals, al mismo tiempo que señala con toda claridad que la ignorancia del pueblo favorece los intereses de un grupo social concreto, propone medidas para elevar la cultura del pueblo: el teatro como medio de instrucción. Ya se vio en la introducción histórica que la preocupación por la educación no se debe a motivos altruistas, sino que responde fundamentalmente a la necesidad que tiene la burguesía industrial de una mano de obra con un cierto grado de conocimientos y de capacitación. Por eso, en la novela liberal hay una auténtica cruzada en defensa de la educación, que se manifiesta atacando y satirizando a los que desprecian la cultura y presentando de una forma positiva y laudatoria a los que la aprecian. El judío Abraham **-Sancho Saldaña-** le da unos papeles en los que viene escrito el motivo de su embajada a Hernando de Iscar. Cuando éste le responde que no sabe leer

*"el judío le echó una mirada entreverada de desprecio y lástima como apiadado de su ignorancia.*

*-Así es -le dijo-; vosotros los caballeros cristianos, desdeñáis cultivar la parte más noble y que más semejanza tiene el hombre con la divinidad, y os ejercitáis en juegos de fuerza y en los demás oficios en que más relaciones tiene con los animales" (T. II, p. 53).*

En este caso Abraham se convierte en portavoz de las ideas de Espronceda que no puede ser más duro y contundente pues llama poco menos que animal al noble castellano. Cuando un poco más adelante -dado que el judío tiene que escribir un documento- Hernando pregunta si hay un tintero en el castillo a su criado Nuño, éste le responde:

*"¿Tintero? -repitió con mucha extrañeza Nuño-. Por vida mía que es instrumento de que he hecho muy poco uso en mi vida. Tengo cerca de setenta años y creo que no he visto más que uno, que es el que tiene nuestro capellán" (p. 60).*

El mismo aprecio por la cultura siente don Luis de Guzmán:

*"Todos sus conocimientos estaban reducidos a los de un caballero de aquellos tiempos; habíanle enseñado, en verdad, a leer y escribir, merced a la clase elevada a que pertenecía; pero cuando no tenía olvidado él mismo que poseía tan peregrinas habilidades, que era la mayor parte del tiempo, no comprendía por qué se habrían empeñado sus padres en hacerle perder algunos años en aquellos profundísimos estudios, que no le podían ayudar, decía, a rescatar una espuela ni el guante de su dama de un paso honroso. ¿Qué cota, por débil que fuera, qué almete por mal templado, había cedido nunca a la lectura de un pergamino, por bien dictado que estuviese, o al rimado de una trova, por armoniosa que sonase. Despreciaba, asimismo, las galas del decir y el elegante artificio de la oratoria, porque solía repetir que él llevaba la persuasión en la punta de su lanza; y efectivamente había convencido con ella a más moros que los misioneros que iban continuamente a Granada; éstos no solían sacar otro fruto de su peregrinación cristiana que la palma del martirio, la cual podía ser muy santa y buena para su alma, pero no daba un sólo súbdito a la corona de Castilla, sino que se los quitaba*<sup>406</sup>.

<sup>405</sup> *María, la hija de un jornalero*, tomo I, cit., p. 198.

<sup>406</sup> Larra: *El doncel de don Enrique el Doliente*, cit., p. 218.

Aunque Larra esté describiendo a un personaje de principios del siglo XV está, también en ésta, como en otras ocasiones, hablando de su época: "*Bien se ve por este ligero bosquejo que era don Luis hombre positivo y que no hubiera hecho mal papel en el siglo XIX*" (p.218). Precisamente por poseer estas cualidades, don Luis era representante arquetípico de la sociedad del siglo XV tanto como lo es de la del siglo XIX:

*"En esta candorosa ignorancia y en la fuerza de su brazo, consistía su popularidad, porque entonces, como ahora, se pagaba y paga la multitud de las cualidades que le son más análogas y que le es fácil tener"* (p. 218).

Un ejemplo de esta similitud con la multitud es Ferrús, criado de Villena, quien, a pesar de que no le falta inteligencia, no puede desarrollarla como consecuencia del desprecio general que se tiene por la cultura:

*"Ferrús discurría un tanto más de prisa, y aun un buen fisonomista al ver sus ojos inciertamente fijos en el conde y sus labios moverse por sí solos maquinalmente, hubiera conocido cuán importantes reflexiones ocupaban su cabeza, que era en realidad mejor y más firme de lo que a él le convenía aparentar. Bajo el velo de una lealtad ciega y de una estupidez atolondrada, ocultaba vastos planes, que sin duda hubiera llegado a realizar si la educación ignorante que había recibido en la clase ínfima de la sociedad no le hubiera rodeado de preocupaciones y supersticiones vulgares en el camino de su ambición"* (p.92).

Es decir, que el pueblo bajo está sufriendo directamente las consecuencias del desprecio de la cultura por parte de la clase dirigente. Por eso, al igual que don Luis de Guzmán el bandido Embrollo también presume de que no necesita comprender lo que dicen los pergaminos para que triunfen los intereses de la religión:

*"Ved aquí una orden expresa para que salgan de la Inquisición esta misma noche los dos reos que ahí en la orden se expresan. Leedla si sabéis leer, que yo por lo que a mí toca, nunca tal cosa aprendí, creyendo que no se necesita ser muy leído para apretar gaznates, romper huesos y freír carne de judíos"*<sup>407</sup>.

En una sociedad, en la que priman estos valores, la juventud no cuenta con alicientes ni ejemplos que la impulsen a estudiar y a interesarse por la cultura:

*"Era entonces el saber leer y escribir inteligentemente habilidad no muy común, y un mediano caudal de palabras latinas y reglas de gramática solía pasar entre la juventud por riqueza literaria. No es de extrañar que con entendimientos tan incultos, y tan absoluta ignorancia, no tuviese su ambición más alto objeto que capear bien un toro, o andar por la noche a tiros con la justicia"*<sup>408</sup>.

<sup>407</sup> Eugenio de Ochoa: *El auto de fe*, cit., tomo III, p. 238.

<sup>408</sup> José García de Villalta: *El golpe en vago. Cuento de 18ª centuria* [1835] en: Felicidad Buendía: *Antología de la Novela Histórica Española (1830-1844)* (p. 822-1121), p. 896.

A la juventud de la generación de Larra y Espronceda se refiere Galdós con términos muy parecidos: "*Entonces la juventud no tenía más que dos medios para dar desahogo a su ardor y eran hacer versos o hacer diabluras. Los estudios estaban muertos, la prensa no existía, las letras mismas y el teatro principalmente yacían encadenados por una censura bestial y vergonzosa, el conspirar olía a cáñamo, la política era patrimonio de las camarillas, las bellas artes, música y pintura estaban en su primera alborada. Los muchachos que no sentían gusto por los soeces ejercicios de la tauromaquia se entretenían en trepar por las asperezas del Olimpo, y como la mayor parte carecían de estro, no tenían más recurso que la murmuración y las travesuras. [...] Su instinto de grandes empresas con la palabra o con la acción les llevaba derechamente a las travesuras, y aquellos rapaces*

De la juventud inculta se ocupa también Ayguals de Izco, pero añadiéndole un nuevo matiz: su ideología retrógrada. Un grupo de jóvenes de la aristocracia se encuentran en el café de la *Cruz de Malta* celebrando el triunfo de las tropas de Angulema y la recuperación por parte de Fernando VII de sus poderes absolutos: "*Los [...] señoritos de aquella selecta reunión apenas sabían leer y escribir, pues su educación esmerada habíase concretado a ciencias más útiles... por ejemplo: la equitación, el baile y la esgrima*"<sup>409</sup>. Sin embargo no todos son incultos. Entre ellos se encuentra don Agapito que hasta compone versos<sup>410</sup>: "*Don Agapito era el ente que con ciertos chistes y agudezas de mal gusto, pero que no dejaban de caer en gracia a sus admiradores, animaba en primer término aquella reunión de mentecatos*" (p. 41). Don Agapito se diferencia de los demás en que él lee:

*"La biblioteca de don Agapito se reducía a un tratado de mitología que había comprado en las ferias y sabía de coro. Siquiera tenía conocimiento de la fábula, que no todos los que pasan por literatos conocen"* (p. 41).

Pero Eduardo, duque de la Azucena, aunque amigo de todos ellos, ideológicamente estaba en las antípodas: "*Debemos hacer presente a nuestros lectores, que aunque don Eduardo era amigo de todos los concurrentes, disentía de opinión política, porque habíase proporcionado mejor instrucción*" (p. 41). Ayguals suscribe la opinión liberal que denuncia que la ignorancia favorece a la reacción. Es más, los sectores reaccionarios no sólo utilizan al populacho, sino que se aprovechan también de la buena fe -otra manifestación de la ignorancia y credulidad- del pueblo. Es lo que ocurrió en Madrid en julio de 1834. La multitud asaltó los conventos y asesinó a numerosos frailes porque corrió el rumor de que la epidemia de cólera, que en esos momentos assolaba la ciudad, se debió a que los frailes envenenaron el agua de las fuentes. Según Ayguals estos rumores partieron de los círculos de la reacción:

*"Entonces fue cuando los malvados empezaron a esparcir voces absurdas sin respeto a la humanidad doliente. Entonces lograron extraviar los ánimos de la multitud; pero no se la culpe, no, de haber dado momentáneamente crédito a las más abominables imposturas"*<sup>411</sup>.

La ignorancia del pueblo nos lleva al planteamiento de la siguiente cuestión: ¿Es el pueblo consciente de su situación? ¿Cuál es su grado de concienciación y, por tanto, su capacidad de reacción contra un régimen político y social que únicamente lo tiene en cuenta para utilizarlo?

La novela de ideología tradicional esta cuestión ni siquiera se la plantea. Mejor dicho se plantea la contraria: crítica e ironiza -es la otra cara de la apología de la ignorancia- contra

*inspirados se ocupaban de noche en salir por ahí a romper faroles y a dar bromazos a los vecinos pacíficos. [...] Otras veces se entretenían en llamar con fuertes aldabonazos a las puertas, y daban aviso a media docena de médicos, diciéndoles con mucho apuro que tal o cual enfermo se hallaba en crisis. Enviaban a la partera a casa de quien menos la necesitaba y la caja de muerto a quien gozaba de excelente salud". **Los Apostólicos**, Madrid, Alianza, 1976, EN 19, p. 39-41.*

<sup>409</sup> *La Bruja de Madrid*, cit., p. 40.

<sup>410</sup> Cuando Eduardo entra, improvisa unos en su honor: "*Con fausta musa y abundante vena,/ libando la dulce copa/ de agradable cariñena,/ digo a la faz de Europa/ que viva el duquecito de la Azucena*". P. 40.

<sup>411</sup> *María, la hija de un jornalero*, cit., tomo I, p. 52.

De todos modos ya veremos más adelante que Ayguals insiste en varias ocasiones en que la matanza de frailes no fue obra del pueblo sino del populacho.

aquéllos que pretenden predicarles al pueblo -como don Perfecto Cívico el alcalde de Villamar- ideas que no entienden e implicarlos en asuntos que no les importan. Sin embargo, la novela de ideología liberal denuncia la inconsciencia como una consecuencia más de la ignorancia al tiempo que insiste en que la situación cambiará el día que el pueblo sea consciente de sus derechos; incluso ya encontramos algunos casos en los que el pueblo los conoce y actúa en consecuencia; esto es, abominando del absolutismo e identificándose con la libertad representada por la burguesía liberal.

Este tema aparece en la obra de Francisco Robello, para quien la situación en la que vive el pueblo es consecuencia de su falta de conciencia de clase. Unos alguaciles llevan detenida a una mujer negra. Las vejaciones de que es objeto por parte del pueblo suscitan el siguiente comentario del autor:

*"Ese pueblo que parece deleitarse cuando ve que el vejamen y la opresión caen sobre la cabeza de uno de sus hermanos, sin calcular que no es la persona de aquel desgraciado la que se veja y se oprime, sino la clase entera a que pertenece: esa clase múltiple que muchas veces es ella misma la principal causa de sus desgracias, porque no conoce su dignidad, ni su omnipotente poderío"*<sup>412</sup>.

Mientras eso no ocurra será objeto de abusos como, por ejemplo, el trato desigual ante la justicia:

*"A un carpintero que debe, tal vez se le embargue la sierra y el escoplo, a un pobre zapatero las hormas y el tirapié, pero ¿a un aristócrata? ¡Oh! un aristócrata tiene seguridad de la impunidad, porque sus títulos pueden más que la justicia, y la ley es inferior a sus trampas. [...] Mientras el pueblo no conozca sus derechos y sus deberes, la estatua de la justicia sonríe a los poderosos con la espalda vuelta hacia los artesanos y jornaleros"*<sup>413</sup>.

Sin embargo, para otros autores, el problema radica más que en el desconocimiento de su situación en la falta de dirección: "El pueblo está instruido en sus derechos: lo que necesita es dirección para ser conducido al triunfo de sus legítimas inmunidades o fueros"<sup>414</sup>. También Ayguals es de la opinión de que el pueblo está empezando a conocer sus derechos: "Los pueblos conocen su dignidad y sus derechos. No quieren ser patrimonio de las testas coronadas"<sup>415</sup>. Y, precisamente por ello, se acerca el momento en que van a terminar las arbitrariedades:

*"Y cuanto más avanzan en ilustración las masas populares, más efímera es la permanencia de semejantes abusos, más próximo y ruidoso su total hundimiento, porque cuando el hombre llega a conocer su dignidad, de ningún modo consiente que se le trate como esclavo"*<sup>416</sup>.

Ayguals, que en la siguiente cita se dirige al pueblo arengándolo, está implícitamente adoptando el papel de conductor y canalizador de esa conciencia: "¡Pueblos! ¡Abrid los ojos! Todos los hombres que han alcanzado el poder... os han engañado... TODOS. Si ansiáis vuestra prosperidad, buscadla en hombres **nuevos** y en doctrinas verdaderamente populares" (ibíd., p. 22). Naturalmente las *doctrinas verdaderamente populares* que facilitarán que el pueblo conozca su

<sup>412</sup> El Tío Fidel [Francisco Robello y Vasconi]: *La criolla y los jesuitas*, cit., tomo II, p. 191-192.

<sup>413</sup> Juan Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid* [1844], cit., tomo I, p. 68.

<sup>414</sup> Alfonso García Tejero: *El pilluelo de Madrid* [1848], cit., tomo III, p. 166.

<sup>415</sup> *La Bruja de Madrid* [1849-1850], cit., p. 29.

<sup>416</sup> W. Ayguals de Izco: *El tigre del Maestrazgo*, cit., p. 56.



dignidad son las ideas demócratas: "Una vez que España palpase la utilidad de un gobierno barato, no habría confesonarios ni jubileos capaces de arrancar al pueblo sus ilusiones democráticas"<sup>417</sup>. Esas ilusiones existen ya, si no como conciencia de clase, sí individualmente, como lo demuestra el siguiente monólogo de una criada:

*"Estos señorones de Corte, en decir que ven una pobrecita aldeana la miran con desprecio... a no ser que tengan buenos y hermosos ojos, porque en este caso ya la miran risueños, la adulan, y aun la besan los pies como si fuese una reina. Entonces ya no se acuerdan de las cruces que llevan prendidas en los fraques y en los uniformes, y se humillan los altivos cortesanos tan servilmente como el mísero mendigo que pide limosna. Es mucho lo que puede el encanto de una mujer, y más si es aldeana [porque] el mayor número de mujeres en la corte y las ciudades, no tiene la frescura ni la sanidad de nosotras las lugareñas"*<sup>418</sup>.

Razonamientos un tanto confusos. Pero, si en el último párrafo la superioridad de las aldeanas parece consistir en su mejor salud, en el primero queda bastante clara la denuncia de las rijosidades de los señoritos de la ciudad.

He dicho que esa conciencia tiene que ser dirigida y canalizada por la burguesía liberal-democrática<sup>419</sup>. Hay una cita muy interesante, precisamente de uno de los autores más progresistas, que deja patente que el empeño de la burguesía por liderar la conciencia popular lo único que persigue es salvaguardar los intereses de la propia burguesía:

*"Mucho más daño hace a la religión un D, Toribio que la defiende que un Voltaire que la combate. Materia es ésta muy ardua y por lo tanto vamos a detener un poco nuestra pluma, porque escribimos para la multitud, y la multitud, que generalmente aplaude o condena sin conocimiento de datos, no tiene obligación de saber tanto como los eruditos"*<sup>420</sup>.

Es decir, el pueblo no tiene que saberlo todo, no hay por qué darle toda la información. Sobre todo aquella que atañe a asuntos tan peliagudos como la religión. Porque, si bien es cierto, que la Iglesia Católica hoy por hoy está aliada con las fuerzas sociales reaccionarias, no podemos atacar los fundamentos de la religión, porque con toda seguridad la vamos a necesitar en el futuro<sup>421</sup> para contener, cuando se levante contra nosotros<sup>422</sup>, a este pueblo, que ahora pretendemos movilizar contra el Antiguo Régimen.

<sup>417</sup> Juan Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid*, cit., tomo I, p. 256.

<sup>418</sup> *Los misterios de Madrid I*, cit., p. 224-225.

<sup>419</sup> Ya se verá más adelante, en el apartado dedicado a la revolución, que es precisamente ésta la que se trata de evitar; o, al menos, que no se escape del control de la burguesía.

<sup>420</sup> *Los misterios de Madrid*, cit., tomo III, p. 166.

<sup>421</sup> La burguesía francesa había dado ya muestras de evolucionismo conservador en materia de religión. Andrés Borrego en un artículo del 18 de mayo de 1836 se refiere con las siguientes palabras a las diferencias entre la burguesía francesa de finales del XVIII y la de los años 30 en el XIX: "Los republicanos de 1782 abjuraban el culto y guillotinan a los sacerdotes; los republicanos de 1835 invocan el Evangelio por texto y escogen a Mr. Lamennais por su defensor". José Luis Varela: *Larra, entre pueblo y corona*, en: **Entre pueblo y corona. Larra, Espronceda y la novela histórica del romanticismo**. *Actas de las Jornadas de la Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos (Zurich, noviembre de 1984)*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, p. 30.

<sup>422</sup> Esta precaución por parte del autor por ocultar ciertos temas trascendentales es exactamente la misma que Valera recomendará a Rubén Darío cuarenta y cuatro años después al reseñar el libro de éste *Azul*. Valera, tras referirse a lo orgulloso de sí mismo que se siente el hombre del siglo XIX por los avances logrados en todos los campos de la ciencia, escribe: "Hoy priva el empeño de que no haya ni metafísica ni religión. El abismo de lo incognoscible queda así descubierto y abierto; y nos atrae y nos da vértigo, y nos comunica el impulso, a veces

Distinto es el caso de Salas y Quiroga. Por una parte porque no cree que la inconsciencia del pueblo tenga remedio y, por otra, por su escepticismo irónico hacia el liberalismo. Describe a una mujer del pueblo: Angustias, a la que ya me referí anteriormente en el apartado de la ignorancia. Se trata de una joven obrera que

*"para vivir trabajaba honradamente, unas veces cosiendo ropa para las tiendas o la tropa, y otras haciendo guantes. Como sus necesidades eran pocas, ganaba lo suficiente para vivir y vestirse. [...] Su único defecto, preciso es confesarlo, consistía en que se cansaba pronto de sus galanes y que cambiaba con sobrada frecuencia. [...] Si su querido ganaba en tres días con qué vivir siete, nada le parecía más lógico que el que se divirtiese cuatro, y aun esto era a sus ojos un título de recomendación"<sup>423</sup>.*

La inconsciencia mezclada con la indolencia les hace vivir completamente al día sin preocuparse lo más mínimo por el futuro. De esta inconsciencia se aprovechan algunos espabilados que, valiéndose de una fama no siempre adquirida con medios honestos, medran a costa del pueblo:

*"¡Cuántos en estos tiempos de escándalo, no han traficado con un nombre vano, y, creando sociedades sin objeto, empresas sin consistencia, han robado los ahorros del mezuquino propietario sin responsabilidad ante los tribunales! Un nombre, sí, basta al agio, que la multitud, crédula siempre y en su generalidad honrada, se dirige atrevida a la luz de un faro, con desprecio de las consideraciones que impone la prudencia"<sup>424</sup>.*

Es decir, está denunciando que muchos de los grandes "empresarios" capitalistas, que a los ojos de la multitud pasan por grandes hombres, han acumulado inmensas fortunas simplemente especulando en la bolsa. Estas especulaciones en nada benefician al pueblo. En consecuencia éste no debe esperar nada de él. Por eso, don Félix de Montelirio -alter ego del autor- se maravilla de que todavía haya gente del pueblo que sea liberal, como el carcelero que lo cuida -don Félix está preso precisamente por liberal- con el que mantiene la siguiente conversación:

*"Es que otros me han ofrecido lo mismo y no han cumplido. Vea V. a don Roque de Matachel, que ahora es ministro; pues ése ha estado preso como V., y ha vivido en este mismo cuarto. ¡Qué tiempos aquellos! Era de ver cómo me ofrecía el oro y el moro para cuando mandasen los suyos; ahora mandan, y segundo alcaide era entonces, segundo alcaide soy ahora. -Y es V. liberal ¿eh? preguntó con malicia Montelirio. -Después de ese desengaño ¿qué quiere V. que sea? Admirado quedó Félix de este extremo de ingenuidad que daba la medida exacta de la condición del carcelero"<sup>425</sup>.*

---

*irresistible, de arrojarnos en él. La situación, no obstante, no es incómoda para la gente sensata de cierta ilustración y fuste. Prescinden de lo trascendente y de lo sobrenatural para no calentarse la cabeza ni perder el tiempo en balde. Esta inclinación les quita no pocas aprensiones y cierto miedo, aunque a veces les infunde otro miedo y sobresalto fastidiosos. ¿Cómo contener a la plebe, a los menesterosos, hambrientos e ignorantes, sin ese freno que ellos han desechado con tanto placer?"*

Juan Valera: *A Rubén Darío, LOS LUNES DEL IMPARCIAL*, Madrid, 22 de octubre de 1888. Recogida como CARTA-PRÓLOGO en: *AZUL*, Madrid, Espasa Calpe, 18ª edc., 1979, Austral N°19, p. 15.

Se ve, por tanto, cuánta razón tiene Martínez Villergas al afirmar que no se puede jugar irresponsablemente con ciertos temas al prever con casi cincuenta años de antelación el papel que la religión va a jugar en defensa de los intereses de su propia clase.

<sup>423</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo* [1848], cit., tomo I, p. 76.

<sup>424</sup> *Ibid.*, tomo II, p. 112.

<sup>425</sup> *Ibid.*, p. 18-19.

Salas y Quiroga da muestras de un profundo escepticismo sobre el liberalismo. ¿A qué se debe este escepticismo? En páginas precedentes me he referido al surgimiento en las filas de la propia burguesía de una actitud crítica contra el liberalismo porque se dan cuenta de que éste, en contra de sus proclamas teóricas, no integra al pueblo<sup>426</sup>. Ante este descubrimiento caben tres reacciones diferentes: la aceptación cínica y restrictiva del liberalismo como un sistema que defiende exclusivamente los intereses de la burguesía; la radicalización saltando por encima de las propias barreras de clase; o el pesimismo, porque al concebir el liberalismo como el único sistema realmente revolucionario<sup>427</sup> -revolución en beneficio de toda la sociedad-, y constatar que el pueblo queda fuera, desembocan en el más profundo escepticismo<sup>428</sup>. Pues bien, éste es el caso de Jacinto Salas y Quiroga, de cuyo escepticismo y

---

<sup>426</sup> Ésta es la actitud de Espronceda y Larra (aunque Larra terminaría cayendo en un profundo pesimismo). Ambos van a denunciar en términos inequívocos cómo el liberalismo se desentiende por completo del pueblo. Así, por ejemplo, dedicaron duras palabras a los especuladores de la bolsa y concretamente a Mendizábal que confiaba en la subida de la bolsa para allegar recursos para el estado. Sobre este asunto escribe Espronceda: "*Todo el mundo aguardaba el alza de los fondos, y los fondos no subían; y aun suponiendo que hubiera salido todo a medida de su deseo, [del de Mendizábal] ¿qué hubiéramos ganado con eso los españoles? Algunos jugadores se habrían enriquecido sin duda, pero los pueblos no se hallarían menos infelices por eso. [...] ¿Qué provecho redundaba para el labrador, que nada sabe de bolsas, sino que tiene la suya vacía y se ve obligado a pagar contribuciones que nunca han de refluir en su beneficio?* La bolsa sólo interesa y aprovecha a unos cuantos. Se convierte, por ello, en un índice del desinterés del gobierno por las masas populares: "*¿Qué decretos han salido del taller del Gobierno que interesen las masas populares en nuestra regeneración política y les hagan identificarse con la causa que defendemos? Y no debiera olvidar el señor ministro que uno de los errores más perjudiciales cometidos el año de 20 fue, que nuestros gobernadores no hicieron aprecio de ese pueblo que llaman bajo, y que sólo no es alto porque se le niegan los medios de subir, y al cual vimos haciendo una contrarrevolución democrática en favor de un trono absoluto. La palabra libertad es hermosa y sonora, pero vacía de sentido para el pueblo rudo, que sólo comprende intereses materiales y no puede apreciarla cuanto merece sino por los beneficios que le produzca*". **El ministerio Mendizábal**, en: Guillermo Carnero: *Espronceda*, Madrid, Júcar, 1974, Col. Los Poetas 11, p. 105-106.

Larra, que escribió un artículo reseñando el de Espronceda, insiste sobre las mismas ideas denunciando al gobierno porque las medidas que está tomando no benefician al pueblo y, por consiguiente, éste no se va a identificar con la revolución burguesa: "*¿Cómo se quiere lograr este fin [que el pueblo se interese por la causa de la libertad] no viendo más termómetro del público bienestar que el alza o baja de los fondos en la Bolsa, en cuyo movimiento sólo se interesan veinte jugadores, y que el labrador no entiende ni plegue al cielo que entienda nunca?*" **Artículos**, cit., p. 539.

<sup>427</sup> Esta situación no es exclusiva de España, sino que es general a toda Europa, como lo demuestran las siguientes palabras de Lukács: "*Los principales humanistas burgueses de este período se encuentran en la paradójica situación de entender, ciertamente, la necesidad de las revoluciones del pasado y ver en ellas el fundamento de todo lo razonable y aceptable del presente, pero sin poder entender el desarrollo futuro más que como una tranquila evolución sobre la base de aquellos logros. Esos humanistas buscan [...] lo positivo de la nueva situación del mundo producida por la revolución francesa, y creen que no hace falta ninguna revolución más para realizar definitivamente esos elementos positivos*". Georg Lukács: **La novela histórica**, Barcelona, Grijalbo, 1976, p. 27.

Es decir no conciben que el proletariado tenga que hacer con la burguesía lo mismo que la burguesía está haciendo con la nobleza, porque están convencidos de que los cambios de la revolución burguesa beneficiarán por igual a la burguesía y al pueblo. Al darse cuenta de que no es así algunos de ellos caen en el nihilismo pesimista.

<sup>428</sup> Éste es el caso de Larra perfectamente estudiado por Susan Kirpatrick. La autora afirma que Larra, inicialmente defensor de la Ilustración, tiene en principio un concepto del pueblo *abstracto* "*que englobaba a todas las clases no aristocráticas de manera indiscriminada*". Pero los acontecimientos políticos de los años 1835 y 1836 le hicieron darse cuenta de los conflictos de clase subyacentes a los mismos. Por eso: "*En 1836, sus ataques a Mendizábal se apoyaban en la crítica de la apropiación de los ideales liberales por parte de la*

pesimismo ya he citado otras muestras en páginas precedentes, concretamente en el apartado dedicado a la ignorancia. Salas y Quiroga se congratulaba de que el pueblo, por estar educado en la ignorancia, sufría menos y se encontraba a salvo de muchos males. Si el liberalismo no puede resolver los problemas del pueblo, mejor que él no lo sepa.

#### 2.2.4.5. CONCLUSIONES DE LA SITUACIÓN GENERAL DEL PUEBLO

Una vez expuesta la situación general del pueblo en las páginas precedentes, es el momento de sacar una serie de conclusiones generales que permitan una visión de conjunto de todos los aspectos y matices tratados en este último punto.

La novela de ideología tradicional se resiste a perder al pueblo, a que éste se escape de su área de influencia; la liberal aspira a ganárselo, a implicarlo en la revolución burguesa.

La primera fija su atención en el pueblo rural. Éste es el verdadero, el genuino, pueblo. Su autenticidad radica en que sigue conservando y siendo fiel a los valores tradicionales religiosos, políticos y sociales. En consecuencia es profundamente católico, devotamente monárquico y sumisamente respetuoso con las jerarquías sociales. Este pueblo sólo existe ya en España. Por eso, para que no desaparezca es necesario mantenerlo aislado, incontaminado de las modernas ideas y teorías que han surgido allende los Pirineos pero que están penetrando ya en España. Esas ideas, nacidas al socaire del progreso, son una amenaza para el orden establecido e intrínsecamente perversas, pues no proporcionan la felicidad. Ésta radica únicamente en la ignorancia, en la ingenuidad; ambas son inseparables. El pueblo -mientras siga conservando su ignorancia e ingenuidad- será feliz. De ahí la necesidad del aislamiento pues, de lo contrario, debido precisamente a su cándida ignorancia, puede ser fácil presa de demagogos profesionales que lo manipulan al servicio de sus oscuros intereses. Para evitarlo, nada mejor que el mantenimiento de su desinterés por los asuntos políticos y sociales, como sucede con los vecinos de Villamar. Es evidente que esta imagen del pueblo responde al deseo de seguir contando con él como aliado para el mantenimiento del Antiguo Régimen. Fernán Caballero es el ejemplo paradigmático. El modelo social presentado como arquetipo en todas sus novelas es el correspondiente a una sociedad agraria, católica y monárquico-absolutista. La defensa del catolicismo como propagador de valores morales imprescindibles para el mantenimiento de la cohesión social aparece continuamente en sus obras. La defensa de la Iglesia -en un momento en el que su poder económico y social está siendo socavado como consecuencia de la desamortización- es también el tema subyacente de la novela de Enrique

---

*burguesía, como instrumentos exclusivos de sus intereses económicos y políticos". A pesar de todo siguió creyendo en el liberalismo porque "aunque era consciente de que existían contradicciones en el programa liberal y en sus principios, que para él eran la base innegable del cambio positivo, por razones históricas no pudo separarse de su clase lo bastante como para analizar sus errores. Sus dudas acerca del potencial del éxito del proyecto de su clase -e implícitamente, su validez-, lo condujeron al pesimismo y desesperanza que caracterizaron sus últimos meses. [...] Llegado el momento de poner en cuestión su herencia liberal burguesa e ilustrada, no pudo encontrar en esta crisis los elementos necesarios para trascender sus paradojas. Las rupturas observadas poco de positivo podían representar para un español de su generación, cuando esa herencia constituía el único instrumento para el cambio. En consecuencia, Larra reaccionó a sus intuiciones con una angustiada desesperanza: si esos valores no eran sólidos, consistentes, reflejos de lo real, ningún otro podía serlo". Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal, cit., p. 117-118.*

Gil y Carrasco. Es decir que estos dos autores defienden expresamente el mantenimiento de un *statu quo* amenazado y en trance de descomposición, que para ellos es el Antiguo Régimen. Éste se encuentra en retroceso como consecuencia del desarrollo industrial auspiciado por la burguesía. De ahí que la defensa del Antiguo Régimen conlleve inevitablemente el ataque al progreso como es el caso de Fernán Caballero. Luego, tras la enfática exaltación de lo genuino español y de los valores cristianos se encuentra la defensa de los intereses de una clase social -la nobleza terrateniente tradicional- a quien la burguesía industrial le está arrebatando el papel de clase dirigente<sup>429</sup>. Esta clase basa su poder en el campo y su área de influencia se extiende sobre todo por el sur de la Península<sup>430</sup>. No es casual que las novelas de Fernán Caballero se centren en Andalucía. El enemigo de la oligarquía agraria es, por tanto, la burguesía y, en lo que se refiere al pueblo -rural- su principal quebradero de cabeza es conseguir que le siga siendo fiel y no se escape de su área de influencia para pasarse al bando enemigo.

La situación de la burguesía es más problemática. Tiene un enemigo real y otro potencial que empieza a dibujarse como tal cada vez con más nitidez. El real, al que quiere derribar del poder, es la oligarquía agraria. Pero para hacerlo necesita al pueblo que es el potencial. La actitud de la novela liberal hacia el pueblo se mueve entre la desconfianza, la necesidad de contar con él, el pesimismo escéptico y desengañado y el temor.

La desconfianza es la actitud de Larra en *El Doncel de don Enrique el Doliente*. El fanatismo y la ignorancia son obstáculos que frenan el progreso. Larra, en cuya actitud de estos momentos se encuentran todavía bastantes reminiscencias de la Ilustración, mira al pueblo desdeñosamente sin apenas ocuparse de él porque para "*las más de las gentes [...] entonces como*

<sup>429</sup> Esta situación va a continuar sin resolver en la última década del siglo. De ahí que la defensa de la esencialidad española como sustentáculo de los intereses de la clase tradicional vuelva a reaparecer, por ejemplo, en Ganivet quien va a proponer *-Idearium español* (1896)- como solución a la decadencia española el volver a la tradición española, concentrándose y encerrándose en lo propio, para propiciar el surgimiento de lo que él denomina un "*un período español puro*". Ganivet se opondrá también enfáticamente al progreso -lo mismo que Fernán Caballero- en nombre de los valores espirituales: "*Quiere usted vida industrial intensa, comercio activo, prosperidad general, y no se fija en que esto es casi indiferente para un buen cristiano. Pregunte usted a todos esos hombres que se afanan por ganar dinero, y por cuyo bienestar usted se interesa, qué piensan hacer cuando tengan un gran capital, y le contestarán: "Darme buena vida; comer mejor, tener buena casa y muchas comodidades; coche, si a tanto alcanza; divertirme cuanto pueda y -esto en secreto- cometer algunas tropelías." Los montes dan grandes gemidos para dar a luz un mísero ratón. No pienso molestarte jamás para ayudar a ganar dinero a la gente que se mueva por rutina. Me es antipático el mecanismo material de la vida, y lo tolero sólo cuando lo veo a la luz de un ideal; así, antes de enriquecer a una nación, pienso que hay que ennoblecerla, porque el negocio por el negocio es cosa triste*".

Carta a Unamuno, 1898. Recogido en *El porvenir de España*. Madrid, Espasa Calpe, 10ª edc. Austral N° 139, p. 201.

<sup>430</sup> Fenómeno inherente es el latifundio. Pierre Vilar se refiere a él con las siguientes palabras: "*El problema del latifundio se plantea en todo el sur del país: el esfuerzo del siglo XIX en materia de individualismo agrario no supo obtener buenos resultados*". A continuación da unas cifras que, aunque pertenecientes al siglo XX, nos permiten hacernos una idea de cuál era la situación cincuenta años antes. "*A comienzos del siglo XX, 10.000 familias poseían 50 por 100 del catastro, y el 1 por 100 de propietarios 42 por 100 de la propiedad territorial. [...] (en Cádiz 30.000 hectáreas por 10 propietarios); se considera como latifundio una propiedad de más de 250 hectáreas, pero no se trata siempre de malos terrenos. En los viñedos de Jerez, el 3 por 100 de los propietarios poseen el 67 por 100 de la fortuna estimada. Municipios ricos, como Carmona, Écija, Utrera, Sevilla, tienen del 45 al 81 por 100 de sus tierras en grandes fincas. Estas mismas son explotadas extensivamente. [...] Los Medinaceli consagraron a la caza durante mucho tiempo 15000 hectáreas sobre 16.000 de buenos terrenos*". *Historia de España*, cit., p. 98-99.

ahora es siempre una triste recomendación la de ser extraordinario" (cit., p. 73). Desdén parecido muestra Braulio Foz en cuya novela hay un marcado contraste entre el individuo superior inteligente y la masa crédula, ignorante y, en ocasiones, imbécil. El pueblo es en esta novela también un obstáculo que reprime al individuo superior, quien -ésta parece ser una de las ideas vertebrales de la novela- debe saltar por encima sin tenerlo en cuenta.

Ahora bien, si esto es válido como plan de vida individual, no lo es como programa colectivo. La burguesía no puede realizar las transformaciones que desea ignorando al pueblo. Y, además, son perfectamente conscientes de ello. Por eso, como se ha visto, existe una corriente novelesca que refleja la necesidad que tiene la burguesía de interesar al pueblo en su revolución. Esta corriente distingue entre pueblo y populacho. El pueblo del que se ocupa esta novela es el urbano, trabajador, honrado y pacífico. Éste es el pueblo genuino y auténtico (también esta novela utiliza este concepto). Su situación es deplorable como consecuencia del abandono de los gobernantes. La ignorancia, exaltada por la novela tradicional, se denuncia duramente en ésta señalando que es promovida desde el poder que resulta el único beneficiado. Ayguals critica acerbamente a unos jóvenes nobles incultos y retrógrados sin la menor inquietud por el saber. También Larra y, sobre todo Espronceda, se refieren con acre ironía a lo que podríamos denominar "*horror a la cultura*" existente entre las clases dirigentes y que, en buena lógica, extiende su contagio al pueblo. El fanatismo religioso es para Espronceda el culpable de la anatematización de la ciencia imperante en la sociedad que nos describe. Ya hemos visto que, aunque la novela se sitúe en el siglo XIV, Espronceda habla de su época<sup>431</sup>. Es especialmente duro con la nobleza pues, como clase dirigente, es la culpable de la situación. Espronceda va más lejos: sitúa a la nobleza al mismo nivel del populacho. Los bandidos a los que se refiere la nota anterior "trabajan" al servicio de Sancho Saldaña. También García Tejero *-El pilluelo de Madrid-* señala las relaciones entre Fernando VII y el pueblo bajo madrileño (que fue el que gritó -no lo olvidemos- "*¡Vivan las caenas!*" y se enganchó a la carroza en lugar de los caballos). El populacho -supersticioso, ignorante e inculto por excelencia- es el principal apoyo y soporte de la ignorancia. Queda claro, pues, a quién beneficia ésta. El pueblo, por el contrario, la sufre como víctima pasiva<sup>432</sup> y alienada, hasta el punto de que,

---

<sup>431</sup> "El hecho de que presente a los caballeros como ignorantes que no saben -o lo hacen a duras apenas- leer, no creo que obedezca a un prurito de extremar el "color local", como parece ser el caso en *Los Bandos de Castilla* de López Soler. Es demasiado contundente la apología de Alfonso X el Sabio como monarca intelectual, para poder aceptar tal interpretación. Por otra parte insiste también en la superioridad de los médicos de ascendencia judaica, sabios y entendidos, con respecto a sus colegas castellanos, ignorantes y torpes. [...] Ello viene a corroborar de modo elocuente, que el poeta veía en los nobles de la corte castellana de aquellos siglos un antecedente de la intelectualmente desmedrada aristocracia de su época. Tal y como presenta también, por otra parte, la ignorancia supersticiosa del pueblo, denostador de los libros y aparatos científicos". Tengo que matizar la última afirmación. No es el pueblo el que aparece denostando los libros y los aparatos científicos, sino un grupo de bandidos dirigido por Zacarías. El pasaje al que se refiere la cita ya fue comentado ampliamente. Vide p. 112-114. Ángel Antón Andrés: *Prólogo a Sancho Saldaña*, cit., p. 30, nota 45.

<sup>432</sup> "El pueblo es magnífico. [...] La personalización del concepto de pueblo vendría dada por una serie de figuras honradas y fieles, atentos cumplidores de sus deberes y unidos por vínculos de amistad y camaradería. Son los escuderos Nuño, el Cantor, Duarte, García. Sujetos, como están a la obediencia de sus señores, su actuación no reviste trascendencia. Son los representantes de ese pueblo sufrido y paciente, estoico y resignado, 'sensato, pacífico y sufridor' (cap. XXXV). Les falta la dimensión de rebeldía".

Ángel Antón Andrés: *Prólogo*, cit., p. 31.

como ya se ha señalado, se ve impulsado a actuar en contra de sus propios sentimientos. Esta contradicción no se da nunca en el populacho. Éste ni piensa ni duda ni tiene sentimientos: actúa irreflexivamente como un resorte que responde automáticamente a los señuelos que le envía el poder por medio de sus agentes. En el pueblo, sí. Hay algo instintivo -manifestación de sus buenos sentimientos y sentido de la justicia- que les dice que aquello no está bien; pero –por culpa de la ignorancia- no poseen el bagaje de conocimientos que les permita racionalizar el porqué. La ignorancia y la superstición se convierten así en instrumentos psicológicos de sometimiento. Ésta es también la opinión de Eugenio de Ochoa -*El auto de fe*- que acusa al poder de tiranizar al pueblo fanatizándolo con la religión. Estos autores que denuncian la ignorancia como instrumento del que se vale el Antiguo Régimen para tiranizar al pueblo, lo que pretenden es educar, concienciar al pueblo convenciéndolo de que la causa de la libertad, cuya bandera porta la burguesía, es también la suya. De ahí que uno de los aspectos más relevantes de esa educación, en el que –como se verá más adelante- insiste constantemente Ayguals de Izco sea la predicación de la concordia entre las distintas clases sociales<sup>433</sup>. Luego, éstos denuncian la ignorancia porque quieren -necesitan- "educar" al pueblo. Porque, según repiten una y otra vez, las cosas cambiarán el día que el pueblo conozca sus derechos; de ahí la necesidad de implicarlo en los asuntos públicos que Espronceda defiende ardientemente en su artículo *El Ministerio Mendizábal*. Pero esta educación y participación política tiene sus límites: debe cenirse a la asunción por parte del pueblo de los presupuestos del liberalismo. La burguesía, a cuya ideología responde esta novela, confía en poder asimilar al pueblo.

Sin embargo, estas mismas contradicciones del liberalismo -el darse cuenta de que es una ideología cerradamente clasista- llevan a otros al desengaño. Es el caso de Salas y Quiroga, Martínez Villergas y, también, del Larra articulista como ya cité anteriormente. Al constatar que las realizaciones prácticas del liberalismo no coinciden con la teoría -pues el liberalismo, lo mismo que el Antiguo Régimen, utiliza al pueblo en su propio provecho<sup>434</sup>- y considerar a aquél como la última revolución, caen en el pesimismo. Éste, en Salas y Quiroga se manifiesta en la ironía -se admira de que el pueblo siga creyendo en el liberalismo- y en el escapismo hacia la solución individual: al final de la novela -*El Dios del Siglo*- don Félix de Montelirio se casa con Otelina y se retira desengañado de la vida pública después de haber

<sup>433</sup> La predicación de la concordia interclasista responde también a otra causa -todavía no estudiada, aunque sí señalada en varias ocasiones- la percepción por parte de un sector de la burguesía liberal de las contradicciones del liberalismo: el pueblo no cabe. La concordia -mezcla de utopismo y cristianismo- es un intento de superar - en realidad dulcificar- la lucha de clases originada por el propio liberalismo. Esto lo estudiaré más adelante al analizar puntos como la desigualdad social, mundo laboral y la revolución.

<sup>434</sup> Estando preso don Félix de Montelirio, el periódico de su partido -*El Liberal*- publica un artículo denunciando su encarcelamiento en los siguientes términos: "*El gobierno, tenaz en su propósito de persecución, ha mandado prender al señor Montelirio. El pretexto de esta vandálica medida es una supuesta conspiración fraguada por los agentes mismos del gobierno. [...] Españoles! Esto es ya insufrible. ANTES MORIR QUE TOLERAR SEMEJANTE DESPOTISMO. Juremos sobre los manes de las víctimas del Dos de mayo romper nuestras cadenas. MUERTE O LIBERTAD*". Cuando don Félix lee el artículo siente un profundo disgusto "*pues veía que algunos de sus colegas liberales, menos atentos al esclarecimiento de los hechos, apelaban tan sólo a las pasiones, deleznable cimiento en que no tiene sólido asiento ninguna idea elevada de regeneración. Harto conocía que su prisión llenaba de júbilo a sus amigos políticos, quienes deseaban que hubiesen más víctimas para tener un pretexto legítimo de violento ataque*". *El Dios del siglo*, tomo II, cit., p. 48-49. Queda claro que se apela al pueblo para conseguir intereses exclusivamente partidistas.

fracasado en sus intentos reformistas<sup>435</sup>. La misma resignación muestra Miguel Ángel -*Los misterios de Madrid* de Martínez Villergas- cuando los dirigentes de su propio partido lo cesan por haber concebido una reforma administrativa demasiado avanzada: "*Paciencia [...] lo siento únicamente por el pueblo español, a quien yo quería libertar para siempre del yugo y de la rapiña; pero puesto que no hay otro remedio... me resigno con mi suerte*". Larra no se resignará. Se pegará un tiro.

Por último, el temor. Nos encontramos también con otra ideología que responde a un sector de la burguesía que es ya consciente de que el pueblo no podrá ser nunca su aliado natural. Sus reivindicaciones en las zonas industrializadas para mejorar las condiciones de trabajo así lo demuestran. Manuel Angelón -*Un Corpus de sangre*- escritor catalán, se muestra muy preocupado ante la eventualidad de que el descontento del pueblo pueda ser aprovechado al servicio de ideas peligrosas. Por ello se congratula de la sensatez del pueblo español, diferente en esto de otros pueblos:

*"El pueblo siempre será cándido. Nos referimos al pueblo español que es el primer pueblo del mundo por su honradez, y que abandonado muchas veces a sí mismo, jamás se ha manchado con la sombra de una infamia. Por lo que toca a otros pueblos, bien dijo el otro, que el cuento era muy largo de referir"*(p. 177-8).

Es decir, se alegra de que el pueblo catalán -en la cita habla del español, pero es el único caso pues siempre se refiere al catalán- sea respetuoso con la propiedad privada, obedezca sumisamente a las autoridades y dé siempre muestras de sensatez. Viene a afirmar, por tanto, al igual que Fernán Caballero la singularidad del pueblo español. Sólo que en el caso de Angelón las virtudes -en trance de extinción en otras latitudes- del pueblo español no son religiosas, sino cívicas; las que interesan a la burguesía conservadora catalana. Implícitamente, Angelón está también afirmando, lo mismo que Fernán Caballero, la necesidad de mantener aislado al pueblo español; pero no del ideario liberal, sino del socialista. Luego, Angelón también está preocupado por el mantenimiento del *statu quo*. Lo que ocurre es que el *statu quo* catalán es distinto del andaluz: son los intereses de la burguesía industrial y no los de la oligarquía terrateniente. Por eso no ataca al progreso. Pero, hecha esta salvedad, tiene del pueblo una visión tan conservadora como la de Fernán Caballero. La candidez del pueblo -gracias a que no posee el grado de conciencia de clase de otros pueblos europeos- es una garantía para el mantenimiento del orden social establecido. También lo es la religión. Por eso nadie la discute. Es más, ya se vio cómo Pablo Avelilla distinguía entre las supersticiones "*dulces y apacibles*" y las "*crueles y atroces*". Las primeras son las que contribuyen a crear un clima de

---

<sup>435</sup> El final de la novela subraya también simbólicamente que, dado que el liberalismo no puede redimir al pueblo, no existe para éste redención posible. Angustias, mujer trabajadora, enamorada sin esperanzas de don Félix de Montelirio, muere de amor, lo cual, dicho sea de paso, contradice la afirmación del autor referida a la propia Angustias -ya comentada- de que, gracias a haber sido educada en la ignorancia, podía sobrellevar mejor las afecciones morales. Muere resignadamente, diciendo "*amo a Félix hasta la hora de la muerte*". Acepta gustosa su muerte, como una especie de inmolación, para que don Félix y su amada Otelina, que conoce la pasión de Angustias, sean felices sin sentirse culpables al no tener que soportar continuamente delante de sus ojos el haber causado una desgracia por no corresponder a los sentimientos de Angustias. El pueblo, sacrificado, acepta el sacrificio para la felicidad de los arriba. El papel del pueblo es el del eterno sacrificado; antes, al servicio del Antiguo Régimen; ahora, al del liberalismo.



conformismo social. Función parecida ejerce el patriotismo. Crea una conciencia nacional consiguiendo que el individuo -independientemente de la clase social a la que pertenezca- se sienta orgulloso de formar parte de la comunidad y, en consecuencia, se identifique con los intereses de la clase dominante, los haga suyos y se apreste a defenderlos cada vez que se le presenten como amenazados. Ventura Ruiz Aguilera *-Proverbios ejemplares-*, que resalta las diferencias entre el pueblo y la clase media (objetivo central de su obra) marcando las distancias, presenta al pueblo en un plano de igualdad con todas las demás clases sociales pues, cuando se trata de defender el honor nacional, "*hasta los indigentes, corrían a depositar [...] el humilde óbolo en el altar de la patria*"(p. 233).

Pueblo rural cándido y aislado -feliz por ignorante- es la imagen central de la novela de ideología tradicional. Desconfianza, reminiscencia de la Ilustración; llamada a la participación, por necesidad de la revolución burguesa; desengaño, por las contradicciones del liberalismo; temor, al verlo ya como enemigo: éstas son las conclusiones generales que se pueden extraer del análisis de *la situación general del pueblo*.

## 2.2.5. EL MUNDO LABORAL: CRIADOS Y PROLETARIOS.

### 2.2.5.1. Relaciones señores-criados.

Al igual que en el primer período del siglo, el trabajo que voy a analizar en este apartado es el trabajo asalariado. Si en el período anterior sólo había muestras de estas relaciones laborales en los ámbitos doméstico y agrícola, en este segundo período aparecen ya algunas referencias al sector industrial. De todos modos las más abundantes son las relativas al servicio doméstico.

En la novela de ideología tradicional -la que defiende explícitamente el modelo social del Antiguo Régimen- únicamente he encontrado muestras de trabajo asalariado referidas a la agricultura y, sobre todo, a las relaciones entre criados y señores. Estas relaciones se desenvuelven casi siempre en una atmósfera de armonía -con alguna excepción que analizaré- y cordialidad. Los criados sienten auténtica devoción por sus señores, y éstos, a su vez, se muestran protectores y paternalistas. La principal virtud de los sirvientes es la fidelidad; todas las demás, que no son pocas, derivan de ahí. Así, en *El Señor de Bembibre* la hija de don Alonso de Ossorio, Beatriz, a quien su padre quiere casar en contra de su voluntad con el Conde de Lemos, pide a su criado Nuño que lleve una carta a don Álvaro, que es de quien ella está enamorada. Nuño, a pesar de que el cumplimiento de este encargo puede acarrearle complicaciones, no lo duda ni un instante:

*"Venga la carta, que yo se la llevaré, aunque hubiera que atravesar por medio de la morería. Si el amo lo llega a saber, me mandará azotar y poner en la picota y me echará de casa que es lo peor; pero don Álvaro, que es el mismo pundonor y la misma bondad no me negará un nicho en su castillo para cuidar de sus halcones y gerifaltes"* (cit., p. 57).

Elia, protagonista de la novela de Fernán Caballero del mismo nombre, es de origen desconocido, aunque a los ojos de todos pasa por ser hija de la Asistentita. Se sospecha que hay algo oscuro en su nacimiento, pero es un misterio para todos, porque los criados, que son los únicos que lo saben, se mantienen en el más absoluto silencio:

*"Todos han guardado sobre esto un silencio inviolable. Cuando la epidemia grande, se fue Isabel al campo, y a su vuelta la traje consigo: no sé más. María, que crió a la niña y la adora, es un arca cerrada. Pedro, el mayordomo, un candado; Juan, el cochero, un pez; don Benigno, por supuesto, mudo; e Isabel, que es boquifresca, me dijo un día que la preguntaba, que la niña era hija del Gran Turco; y al ver mi asombro añadió: 'Marianita, al que quiere saber, mentiras en él'"* (cit., p. 64-65).

La que así habla es la baronesa que, como se ve, no consigue satisfacer su curiosidad. Lo mismo le ocurre a la comadre de una de las criadas María. Ante los intentos de aquélla por sonsacarle lo que ocurre en la casa, María le responde:

*"Comadre, si usted desea saber algo que me concierna le abriré de par en par como a amiga; pero en tocando a cosas de mi señora perdone usted que calle; porque mis faltas tendré, pero leal soy como el oro, fiel como el peso y de fiar como el sello"* (p. 157).

Los criados son fieles porque tienen una confianza ciega en sus señores. Cuando Millán, criado de don Álvaro -*El Señor de Bembibre*- se entera de que su señor ha profesado en la

Orden del Temple, dados los rumores extraños que circulan, se atemoriza y está decidido a abandonar su servicio. Pero su novia, Martina, le replica:

*"¿Sabes lo que te digo, Millán? -repuso la muchacha-. Es que debe haber mucha mentira en eso de los templarios, porque cuando se ha entrado en la Orden un señor tan cristiano y principal como tu amo, se me hace muy cuesta arriba creer esas cosas de magia y de herejía que dicen" (p. 195).*

Estas palabras de Martina, que, como se verá más adelante, es el sentido común personificado, unidas al recuerdo de la conducta de su amo con él, consiguen que Millán reconsidere su decisión:

*"La resolución que tan terminantemente anunció en el principio, de no servir a don Álvaro, según hemos visto, se iba debilitando poco a poco, y a medida que se acercaba a la bailía se iba deshaciendo como la nieve de las sierras al sol de mayo. [...] Así fue que cuando llegó al castillo, su determinación se la había llevado el viento y sólo pensó en asistir y servir a su antiguo dueño mientras durasen aquellos tiempos revueltos, a despecho de supersticiones, recelos y antipatías de toda clase. Muy de estimar era este sacrificio en un hombre preocupado con las groseras creencias de la época, y que, de consiguiente, sólo a costa de un terrible esfuerzo podía determinarse a saltar por todo" (p. 196).*

Ni que decir tiene que la confianza, unida al agradecimiento, que Millán tiene en su amo le sirvió de gran ayuda para realizar dicho salto. Pero los criados no sólo son fieles y confían en sus señores; sienten por ellos un gran cariño, originado en la familiaridad de que son objeto; los señores los tratan como si fuesen miembros de la familia. Cuando los hijos de la Marquesa de Valdejera -*Elia*- regresan de la Guerra de la Independencia, los criados acuden a recibirlos junto con toda la familia: *"Todos los criados, que eran antiguos, habían acudido y rodeaban a los recién venidos con esa familiaridad a la que les lleva su orgullo"* (p. 42). Y, en esta misma novela, el día del santo de la Asistentita, todos acuden a expresarle su cariño llevándole regalos:

*"Todos los criados de las haciendas habían acudido trayendo sus regalos, que consistían en pollos, conejos, frutas, tortas de aceite y masa frita. [...] El fin y anhelo de esas buenas gentes era agradarla, complacerla; y lo lograron por completo"<sup>436</sup>.*

El cariño que Martina siente por su señora doña Beatriz es tan grande que, cuando ésta cae enferma, no sólo se preocupa y sufre, sino que origina que también se resienta su salud:

*"Martina se había quedado en la quinta, y meneando la cabeza, y con ojos no muy alegres, seguía la falúa en que su señora, cubierta con una especie de almalafa blanca muy sutil, que se mecía al son del viento, y con los cabellos sueltos, parecía una nereida del lago. La pobre muchacha, que con tanto amor y discreción la había servido y acompañado, no acertaba a verse libre de zozobra y ansiedad, pues como la más cercana a doña Beatriz, mejor que nadie conocía su estado. [...] Por otra parte, como la tristeza es harto más contagiosa que la alegría, la buena de Martina había perdido no poco de su belleza y donaire, y hasta el brillo de sus ojos azules e había amortiguado algo"<sup>437</sup>.*

El cariño tiene efectos beneficiosos para los propios criados: *"Nuño y Mendo se despidieron de su joven ama con más enternecimiento del que pudiera esperarse de su sexo y educación"<sup>438</sup>. Es*

<sup>436</sup> *Elia*, cit., p. 75.

<sup>437</sup> *El señor de Bembibre*, cit., p. 290.

<sup>438</sup> *Ibid.*, p. 58.

decir, que el amor los eleva y los hace ser y sentirse mejores<sup>439</sup>. Se elevan, pues, por encima de sus instintos groseros y se sienten capaces de actos altruistas, como sacrificarse por sus señores. Martina y Millán, que son novios desde hace tiempo, lo tienen todo preparado para casarse. Ante la enfermedad de doña Beatriz, Martina decide posponer la boda: "*La pobre muchacha no había querido separarse de su ama en la hora de la amargura, porque habiéndose criado en la casa, tenía por ella toda la ternura de una hermana.*" Por supuesto, Millán, aunque tiene grandes deseos de casarse, comprende y comparte la decisión de Martina, pues él habría hecho lo mismo por su amo:

*"Millán, establecido ya y deseoso de coronar con el matrimonio sus sinceros amores, siempre había encontrado aplazamientos y dificultades, que si bien no eran muy de su gusto, siempre encontraban, sin embargo, disculpa a sus ojos, porque se hacía cargo de que si su amo viviese y hubiese menester su ayuda o compañía, bien podían esperar todas las Martinas del mundo hasta el mismo día del juicio"* (p. 146).

Por eso, si Millán comprende que Martina anteponga los cuidados de doña Beatriz a la boda, cuando, un tiempo después, aparece don Álvaro, al que todos creían muerto, es él quien pide a Martina que comprendan que ahora tampoco se pueden casar pues su obligación es buscar a su señor y ponerse a su servicio:

*"¡Conque vive mi señor, el mejor de los amos, el caballero más bizarro de España! ¿Dónde está Martina?, ¿dónde está?, ¡que aunque sea al cabo del mundo iré en busca en suya!  
-¡Pues -repuso la muchacha tristemente-, [...] te vas a quedar como antes y nuestra boda Dios sabe para cuándo será!  
-En verdad que tienes razón -contestó en el mismo tono-, ¡y yo que había arrendado tan bien el prado de Ygüña al tío Manolón y había comprado unas vacas que daba gusto verlas! Pero ¿qué le hemos de hacer? -añadió después de un rato de silencio-, ¿no me he de alegrar yo por eso de la vuelta de mi amo? Váyanse muy enhoramala todos los prados del Bierzo y todas las vacas del mundo, y viva mi don Álvaro, que es primero. Martina -le dijo después con seriedad-, ya sabes que primero es la obligación que la devoción, y por eso yo, aunque me corría priesa, bien lo sabe Dios, nunca quise que dejaras a doña Beatriz..."*<sup>440</sup>.

Los dos están, por tanto, dispuestos a posponer su amor al servicio y las necesidades de sus respectivos amos. Pero Millán está dispuesto a sacrificar mucho más por su señor; es capaz de renunciar incluso a la libertad:

*"El fiel Millán, que había peleado como correspondía al lado de su amo en aquella noche fatal, separado de él por el tropel de los fugitivos en el momento crítico, por la mañana muy temprano se presentó a las puertas de Tordehúmos, pidiendo que le tomasen por prisionero con su amo, de quien venía a cuidar durante sus heridas"* (p. 120).

Los servicios que los criados prestan a sus señores no son sólo de tipo material. A veces actúan también como consejeros. Es el caso de Martina. En las problemáticas relaciones sentimentales, que su señora doña Beatriz mantiene con don Álvaro, ella le aconseja siempre certeramente lo que hay que hacer en cada momento. Ya hemos dicho que el padre de doña Beatriz -don Alonso Ossorio- se opone a las relaciones de su hija con don Álvaro y, para

<sup>439</sup> Se podría afirmar, parafraseando a Salinas, que el amor que los criados sienten hacia sus amos *saca de ellos su mejor "su"*.

<sup>440</sup> *El señor de Bembibre*, cit., p. 194-195.

alejarse de él, la encierra en un convento. Martina, que la acompaña en el encierro, urde un plan para que escape con don Álvaro. Como su señora se resiste: "*¿Y cómo, loca, aturdida, le sugeriste semejante traza? ¿Te parece a ti que son éstos juegos de niño?*"-, la convence pintándole con vivas palabras lo que le espera si no se decide a secundar su plan:

*"A mí, no -contestó con despejo la aldeana-; a quien se lo parece es al testarudo de vuestro padre y al otro danzante de Galicia. Ésos sí que miran como juego de niños echaros el lazo al pescuezo y llevaros arrastrando por ahí delante. ¡Miren qué aliño de casa estaría, la mujer llorando por los rincones y el marido por ahí urdiéndolas, y luego regañando si le salen mal"* (p. 92-93).

Cuando llega don Álvaro a buscarla al convento, doña Beatriz se desmaya. El caballero, asustado e indeciso pregunta:

*"¿Y qué haremos ahora?  
-¿Qué hemos de hacer -contestó la criada-, sino acomodarla delante de vos en vuestro caballo y marcharnos lo más aprisa que podamos? Vamos, vamos, ¿no habéis oído sus últimas palabras? Algo más suelta tenéis la lengua que mañosas las manos"* (p.97).

Martina, como se ve, tiene un gran sentido práctico, pues mientras sus amos están en las nubes, ella siempre se encuentra pendiente, y acierta, de los detalles de organización. Posee, pues, una gran dosis de sentido común que se manifiesta también en la capacidad intuitiva para conocer a la gente; por eso, el Conde de Lemos -que es con quien don Alonso quiere casar a su hija- le produce una instintiva antipatía, a pesar de que ha intentado ganarse su simpatía con regalos:

*"Por fin hoy -decía para sí, contemplando a su ama- estará un poco más a sus anchas la pobrecilla, porque el viejo y el otro pájaro [el Conde de Lemos] andan por las montañas en no sé qué manejos. Dios me perdone, ya es mi amo y me ha regalado las arracadas y cadena que guardo en mi cofre, y sin embargo, ni con esas me pasa de los dientes para dentro. Es verdad que el que conoció a don Álvaro, por maldito que fuese su genio en ocasiones, bien creerá que este señor con todo su condado y su fachenda, no le llega a la suela del zapato<sup>441</sup>. Así me hubiera yo casado con él, como volar"* (p. 146-147).

Que una criada sea tan perspicaz, inteligente y rápida de pensamiento, hasta el punto de adelantarse siempre a sus amos en el descubrimiento de la mejor solución en cada momento, puede parecer extraño, pues le otorga un papel extraordinariamente relevante al servidor en detrimento de su señor. Pero no lo es tanto si nos atenemos a las siguientes palabras de Maravall que, aunque referidas a la Edad Media, bien podrían aplicarse a la presente situación pues, al fin y al cabo, la ideología que estamos analizando no deja de ser una pervivencia arcaica de los valores medievales:

---

<sup>441</sup> La comparación entre don Álvaro y el Conde de Lemos introduce, indirectamente, un tema frecuente -ya analizado en más de una ocasión- en la novela de ideología tradicional: las tensiones y problemas que se producen como consecuencia de la ambición desmedida de algunos – como Lemos- que les lleva a conspirar contra los que legítimamente se encuentran en puestos de gobierno y responsabilidad -don Álvaro. Los móviles de Lemos -deseo de poder y riquezas- contrastan vivamente con el altruismo de don Álvaro. Si, como se ha visto, en páginas anteriores, esta novela, metafóricamente, defiende a la Iglesia en un momento en el que su poder económico y social está siendo minado como consecuencia de la desamortización, se podría ver muy bien en la figura de Lemos la personificación de esa clase social, que haciendo gala de una absoluta falta de escrúpulos, se enriquecerá extraordinariamente a costa de los bienes eclesiásticos desamortizados. Es lo que pretende conseguir, entre otras cosas, el Conde de Lemos de la desintegración de los Templarios.

*"En la sociedad medieval, el juicio popular se consideraba como un elemento natural, de carácter originario y sano, dotado de virtudes elementales, un apoyo seguro y fiable de orden heredado secularmente en la sociedad: una manifestación de razonabilidad, en la que se expresaba el testimonio por vías naturales de la razón divina ordenadora de la vida en común de los hombres, a través de la misma naturaleza en que ésta se halla insita. El juicio popular era como el cauce espontáneo de la razón moral. Tal es el sentido del aforismo **vox populi, vox dei**"<sup>442</sup>.*

Es decir, estamos ante un nueva formulación de la idea ya analizada del pueblo como depositario de los valores auténticos, genuinos; en una palabra, de la esencialidad del alma nacional. Los criados son en este caso los representantes de ese pueblo sano y tradicional.

Ahora bien, la fidelidad, cariño y sacrificio no suponen que se rompan las barreras sociales. Los criados son en todo momento conscientes de su inferioridad social y mantienen, por ello una actitud de sumiso respeto. Martina por su señora *"toda la ternura de una hermana, junto con el respeto y sumisión completa propios de su estado"*<sup>443</sup>. Los criados de la Marquesa de Valdejara -en una escena ya referida- cuando los hijos de ésta llegan de la guerra, los reciben con cariño y familiaridad pero, al mismo tiempo, con una *"innata delicadeza y buen tacto que impiden [a la familiaridad] ser grosera y salirse de sus límites"*<sup>444</sup>. Aunque sutilmente, estas dos últimas citas remarcan bien claramente las diferencias sociales.

Una vez analizada la actitud de los criados hacia sus señores nos podemos preguntar cuál es la de éstos hacia ellos. Los señores, los auténticos -si hay un pueblo genuino, lo mismo ocurre con los señores- son delicados, protectores y paternalistas y, también, conscientes de los "derechos", que como tales señores tienen sobre sus criados. Cuando el día de su santo los criados de la Asistentita se presentan en la casa con sus rústicos agasajos:

*"Todo lo admitió la señora con suma complacencia. Era demasiada la delicadeza de su corazón para sentir, ni menos demostrar disgusto, como lo suelen hacer los ricos, ya por orgullo, ya por lo que les cuesta el haber de retribuir, al ver a los pobres meterse en gastos y hacer sacrificios para obsequiarlos con cosas superfluas para ellos"*<sup>445</sup>.

La señora aprecia y valora, pues, el gesto de sus campesinos. También Lara reconoce el gesto de Millán cuando se presenta en su castillo para que lo haga prisionero y poder cuidar de su amo:

*"Lara mandó recibirle al punto, y llamándole a su presencia, le alabó mucho su fidelidad y le regaló una cadena de plata, encargándole encarecidamente la asistencia de un caballero tan cumplido como su amo"*<sup>446</sup>.

Mezcla de paternalismo y autoritarismo es la actitud de don Martín, quien

*"habiase casado por poderes, y el día que llegó la novia, hizo [...] formarse en rueda la enorme cantidad de criados de casa y de campo que le servían, y cogiendo a la recién llegada*

<sup>442</sup> José Antonio Maravall: *La cultura del Barroco*, cit., p. 218.

<sup>443</sup> *El Señor de Bembibre*, cit., p. 146.

<sup>444</sup> *Elia*, cit., p. 42.

<sup>445</sup> *Elia*, cit., p. 75.

<sup>446</sup> *El Señor de Bembibre*, cit., p. 120.

*por la mano, se la presentó diciendo: -Ésta es vuestra señora y... la mía; lo que ella mande, se ha de hacer antes que lo que mande yo; ya estáis advertidos*"<sup>447</sup>.

Se ha visto antes que los criados se sienten obligados a renunciar a su vida privada cuando los señores los necesitan; consideran un deber posponer el matrimonio si éste es incompatible con el servicio. Nada tiene, por tanto de extraño que Don Martín reclame esa renuncia como un derecho:

*"Juana -prosiguió sin pasarse don Martín-, dile a la guisandera que esos conejos dan en la nariz, que es mal camino para la boca. Estos descuidos son porque tiene un novio, dile que lo sé, y que a dos amos no se puede servir a un tiempo; que **asna con pollino no va derecha al molino**; hazle saber que se deje de devaneos y laberintos; o se vaya con la música y el almirez a otra parte*"<sup>448</sup>.

De lo mismo se queja la Marquesa de Cortegana:

*"Pues agregue usted a esto, que a Juan, ese necio e ingrato criado, después de estar tantos años en mi casa, le ha entrado la locura de casarse. ¿Podrá darse semejante disparate? [...] ¿Que ese ingrato estúpido me deje a mí, después de tantos años, por una muchachuela de enaguas de bayeta?"*<sup>449</sup>.

Estos dos últimos casos son un tanto atípicos en el sentido de que los señores no salen muy bien parados, pues su comportamiento resulta bastante egoísta. Lo normal es que el altruismo de los criados sea reconocido y recompensado. La afición que Millán siente hacia su señor es precisamente consecuencia de las atenciones que don Álvaro ha tenido siempre con él:

*"El buen Millán era de una índole excelente, y luego los hábitos de amor y de fidelidad hacia don Álvaro se confundían en su imaginación con los recuerdos de sus primeros años, porque se había criado en su castillo y sido el compañero de su infancia. Las hidalgas prendas de don Álvaro, la largueza con que en su testamento había atendido a su suerte, eran otros tantos eslabones que le unían a él"*<sup>450</sup>.

La misma preocupación por el bienestar de su fiel Martina manifiesta doña Beatriz, quien en su lecho de muerte hace el siguiente ruego a don Álvaro:

*"Y, vos, don Álvaro, dulce esposo mío, tomadla a ella y a su marido bajo vuestro amparo, pues su lealtad y ternura hacia vos no han sido menores, y ya que el mundo no se ha puesto de por medio en el camino de su sencilla educación, gocen en paz de una vida que tal vez hubiéramos gozado nosotros si hubiéramos vestido su humilde hábito"*<sup>451</sup>.

En la novela de ideología liberal las relaciones entre señores y criados no son siempre tan idílicas. Hay bastantes casos de fidelidad y -en contrapartida- protección; pero también de lo contrario. Pero, incluso la fidelidad presenta matices ligeramente distintos. Duarte, criado de Saldaña, encargado de vigilar a Hernando de Iscar encarcelado por su señor, se muestra incorruptible. Hernando le promete una cadena de oro a cambio de información y él responde:

<sup>447</sup> *Clemencia*, cit., p. 168.

<sup>448</sup> *Clemencia*, cit., p. 227.

<sup>449</sup> *Ibid.*, p. 79.

<sup>450</sup> *El Señor de Bembibre*, cit., p. 196.

<sup>451</sup> *Ibid.*, p. 399. Aparece aquí, colateralmente, un tema ya estudiado: la apología de la ignorancia, mezclada con la felicidad que produce la vida sencilla y falta de ambiciones. Millán y Martina son dichosos porque, además de ingenuos, son pobres.

"A mí no me seduce nadie. [...] ¡Vive Dios! Bueno es que anduvo el maldito paje, que está en los infiernos, tras de ganarme y no lo pudo conseguir nunca"<sup>452</sup>.

Hernando violenta y airadamente: "¡Por Santiago! ¡Villano! -exclamó el caballero, crujéndole todos los huesos de su cuerpo de cólera y haciendo un esfuerzo para romper la cadena-, que me has de decir cuanto sepas o..." (p. 271). Duarte es fiel a su señor: como en la novela de ideología tradicional; pero, Hernando no lo acepta. Esto no ocurre en la novela de ideología tradicional; Lara *-El Señor de Bembibre-* no sólo deja que Millán atienda a su señor preso, sino que lo recompensa por su fidelidad. Es decir, el señor comprende que hay ciertas normas del código social imperante que son inamovibles, como las que se derivan de una relación de jerarquía. La relación jerárquica obliga siempre a un determinado comportamiento. Mientras éste se mantenga inalterable ocurrirá lo mismo con las estructuras sociales y, por consiguiente, no existirá peligro de tensiones que las amenacen. Para los defensores del Antiguo Régimen, en éste no existen tales tensiones; por eso, la novela que responde a su ideología las ignora. Por el contrario, la novela de ideología liberal reconoce que existen estas tensiones -precisamente el liberalismo se presenta en estos momentos como un sistema integrador que pretende acabar con ellas. La conducta de Hernando, pretendiendo comprar la fidelidad de Duarte -o, lo que es lo mismo, que traicione a su señor- no responde a los parámetros de la mentalidad tradicional - en ésta la fidelidad es un valor absoluto-, sino a la burguesa, consciente de que, como consecuencia de los conflictos de clase, las "fidelidades" están condicionadas por los intereses<sup>453</sup>. Fidelidad extrema es la que muestra también Hernando, criado de Macías. El Doncel ha sido encarcelado en un castillo en Arjoncilla. Hernando descubre el lugar y, con otro compañero -ambos disfrazados de frailes- consigue entrar. Empiezan a buscar a Macías por las dependencias del castillo; pero encuentran a doña María, la esposa de Villena, que también ha sido encarcelada. Rápidamente, Hernando decide que doña María se ponga su ropa y salga a la mañana siguiente con el otro "fraile" mientras él sigue buscando a Macías. Intentan convencerle de que no se quede solo pero "se aferró en decir que él no saldría del castillo sino muerto o con su amo"<sup>454</sup>. Macías, al salir del castillo cae en la trampa del rastrillo del foso y muere. Hernando queda sumido en un estado de profundo abatimiento y desaparece de la corte:

*"Se presume que privado de su amo, que era el único que podía hacerle soportable la existencia en la corte, se hundió para siempre en los montes, y hay cronista que afirma que años más adelante murió a manos de un oso más feroz que él"* (p. 421).

La figura de Hernando tiene un valor simbólico: "Cazador nato y figura por excelencia de la 'Naturaleza', sin cuyo escenario sería imposible concebir la caza"<sup>455</sup>. De oficio montero, es un personaje solitario y hurraño: "No conocía más amistad que la que con los venados del monte hacía

<sup>452</sup> *Sancho Saldaña*, tomo II, cit., p. 271.

<sup>453</sup> Desde estos presupuestos la fidelidad a ultranza de algunos criados, incluso cuando sus amos no los tratan muy bien, se puede interpretar como una muestra de alienación, de falta de conciencia de clase.

<sup>454</sup> *El doncel de Don Enrique el Doliente*, cit., p. 384.

<sup>455</sup> María Paz Yáñez: <<El doncel de Don Enrique el Doliente>>: *De la caza política a la caza literaria*, en: *Entre pueblo y corona. Larra, Espronceda...*, cit., p. 64. En este artículo la autora interpreta el motivo de la caza como una metáfora de, entre otras, la intriga política y amorosa.

El propio Larra asocia la caza con el amor en uno de sus artículos: "La afición a la caza es como el amor, que donde está ha de dominar". *La caza, Artículos*, cit., p. 452.



tantos años tenía establecida, ni más amor que el de su fiel **Brabonel** -tal era el nombre del poderoso alano que a sus pies roncaba"<sup>456</sup>. El amor que el dueño siente hacia el perro es correspondido por el animal: "*Pagábale, en verdad, el leal Brabonel con usura su marcada afición, y conocíase esto más que en nada en no querer recibir el alimento sino de la propia mano del laborioso montero*"(p.98). Además de con su perro, con quien únicamente se muestra sociable es con Macías por el que, como ya se ha visto, siente auténtica devoción:

*"Sólo se conocía a Hernando un flaco, que contrapesaba casi siempre con ventaja el cariño que a su perro tenía, a saber, la fidelidad a su amo, único hombre a quien manifestaba respeto y deferencia, y para quien moderaba y suavizaba la condición agreste que en los bosques se había formado con no poco perjuicio de sus adelantos e intereses, pues solía responder a un cumplimiento con palabras tan duras y ofensivas como la ballesta que en la diestra llevaba las más horas del día, en muestra de su pasión montaraz"* (p. 98).

Es decir, que, aparte de su perro, al único que quiere es a Macías, hacia el que manifiesta la misma fidelidad que Brabonel hacia él. Se podría decir que, sin formularlo explícitamente, es un misántropo hastiado del mundo y de los hombres. Al menos ése es el caso de Macías, quien declara al montero que aborrece la Corte. Hernando le responde con una metáfora cinegética en la que se traslucen los motivos del aborrecimiento: "*Sólo desde que levantaste la caza... porque antes la amabas como yo amo el monte*" (p. 99). Es decir, desde que se enamoró de Elvira la atmósfera de la Corte se le hace insoportable; Macías reconoce que es así:

*"Como quieras; no por eso dejará de ser verdad que en el día la aborrezco. La muerte es la que me espera en la Corte; una estrella fija que la acompaña siempre y que luce en medio de ella como Venus entre los demás planetas, deslumbra mis débiles ojos..."* (p. 99).

Macías, enamorado de una mujer casada, y sin esperanza de poder ser correspondido quiere huir, apartarse de la Corte. Prisionero de su pasión quiere escapar. Su muerte, simbólicamente, es la prueba evidente de que no lo consigue. Sí su criado. Cuando Macías muere, Hernando se "*hunde*" en el monte y desaparece para siempre. Consigue así lo que Macías no consiguió: huir. Si se tiene en cuenta que Hernando prácticamente sólo tiene relaciones con Macías -al menos es al único al que respeta-, no parece aventurado afirmar que Hernando y Macías son un desdoblamiento del propio Larra. Ambos tienen características de su personalidad. Y por eso, cuando muere uno, desaparece el otro. Macías, enamorado, trovador culto y sensible, representa la cara amable de Larra. Hernando, hosco, antisocial, que solía responder con palabras duras y ofensivas, corresponde al Larra satírico y de acerada lengua -Hernando siempre llevaba la lanza en la diestra- que se acarrea múltiples enemigos<sup>457</sup>.

<sup>456</sup> *El doncel de Don Enrique...*, cit., p. 98.

<sup>457</sup> Algunos de los rasgos del retrato que Pérez Galdós hace de Larra coinciden con la personalidad de Hernando: "*Había en su tono y en su lenguaje un doble sentido que aterraba y un epigramático gracejo que seducía. [...] Educado en Francia, afectaba a veces desprecio de su nación y la censuraba con acritud, quejándose de ella como el prisionero que se queja de la estrechez incómoda de su jaula. Frecuentemente, después de alborotar en el grupo de un café con palabras impetuosas o mordaces, se retiraba a un rincón rechazando toda compañía, o despidiéndose a la francesa, huía.* (p. 38-39) Páginas más adelante se refiere a los juicios burlescos que hacía de Hartzenbusch: "*Pocos años después, la víspera del estreno de su gran obra original que le llevó de un golpe a las alturas de la fama, el lenguaraz satírico de la época, el malhumorado y bilioso escritor, a quien ya conocemos, decía: 'Pues si el autor es sillero, la obra debe tener mucha paja'*". (p.88). *Los Apostólicos*, Madrid, Alianza, 1976, EN 19.

Llegamos así en este punto a la misma conclusión que en otros anteriores: Larra está hablando de sí mismo, de su tormentosa relación con Dolores Armijo<sup>458</sup>.

También en la novela de Patricio de la Escosura encontramos un par de casos de fidelidad a toda costa. Don Juan de Vargas emprende un viaje acompañado de su criado Pedro

*"que era el que siempre le seguía y estaba a su servicio desde la niñez. Callado fiel y obediente, Pedro no conocía más ley que la voluntad de su señor, de cuyas acciones nunca veía más de lo que se quería que viese. Tan fácil hubiera sido saber por boca de un cadáver la enfermedad que le redujo a tal, como de la de Pedro nada de los asuntos de su dueño. Éste, pues, le estimaba como a una joya preciosa, que no tenía reemplazo si una vez llegaba a perderse, y depositaba en él sus secretos con una confianza sin límites"*<sup>459</sup>.

Edificante resulta el caso de Domingo, el criado mulato de Miguel de Espinosa. Éste fue ajusticiado por Felipe II acusado de hacerse pasar por el rey don Sebastián de Portugal. La prueba determinante fue una carta que le encontraron a Domingo por haberse comportado con cierta negligencia en el cumplimiento de una misión. Cuando Espinosa murió *"Domingo, desesperado de haber sido causa de la pérdida de su amo, se dejó morir de hambre en el calabozo, después de haber sufrido tres veces el tormento sin pronunciar una sola sílaba"*<sup>460</sup>. No hay que olvidar que el tema de esta novela es la denuncia de la tiranía de Felipe II. Si se tiene en cuenta que tanto Pedro como Domingo son criados de los perseguidos por el monarca, la fidelidad se podría interpretar como una forma de solidaridad contra la tiranía. Lo mismo se puede decir de Dominica, la criada de Cecilia, personajes de *La criolla y los jesuitas*. Éstos, como ya se ha visto visto, andan detrás de la fortuna de López y tienden una serie de trampas a su novia, Cecilia, para que el amante se crea engañado y del disgusto -dado que padece del corazón- probablemente muera. Dominica se da cuenta y previene a Cecilia. Cuando ésta le pregunta que en qué se basa, responde:

*"Lo primero, en mi corazón que aunque yo soy negra, él es muy leal: lo segundo, en que a D. Venancio y la Orosia, por dos veces los he visto hablar en secreto y hacerse señas; y en cuanto a Manuel, en que siempre parece que anda observando a todos y en algunas ocasiones sin salir de casa"*<sup>461</sup>.

El cariño que siente por Cecilia le hace presentir -precisamente cuando las cosas parece que empiezan a arreglarse, pues López se ha decidido, en contra de la opinión de los jesuitas, a casarse con Cecilia- que algo malo va a ocurrir:

*"La negrita al tiempo de irse a acostar dijo a Cecilia:  
-¿Sabe usted, señorita, que mi corazón está muy triste?  
-Calla tonta, no seas pájaro de mal agüero; ya ves que vamos a ser felices.  
-Dios lo quiera"(t. II, p. 182).*

<sup>458</sup> Recordemos la ya citada opinión de Ferreras sobre este asunto: *"La figura de Macías, que no corresponde a la época, está íntimamente intrincada con la tradición de Macías el enamorado; lo que atrae al autor es esa muerte por amor del Macías gallego de la leyenda, y su Macías el Doncel de don Enrique, va a morir también por amor, un amor culpable, [...] Larra no intenta una reconstrucción histórica, sino que se sirve de un marco histórico para contar una aventura, una pasión personal"*. *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica*, cit., p. 123.

<sup>459</sup> *Ni rey ni roque*, cit., p. 56.

<sup>460</sup> *Ibid.*, p. 192.

<sup>461</sup> El Tío Fidel [Francisco Robello y Vasconi]: *La criolla y los jesuitas*, tomo II, cit., p. 120.

Y efectivamente, no se equivocó Dominica, pues el matrimonio había sido un engaño urdido por los jesuitas para secuestrarla y hacerla desaparecer. Si en la novela anterior los criados hacían causa común con sus señores contra Felipe II, en ésta Dominica hace lo mismo con su señora contra los jesuitas. En los dos casos, los personajes del pueblo se mantienen al lado de la burguesía en su lucha contra las fuerzas reaccionarias.

En otros autores, como Rafael del Castillo, Manuel Angelón y Ayguals de Izco las relaciones señores-criados presentan distintas manifestaciones. Aparecen en la misma novela con criados fieles e infieles. Lucas *-Los misterios catalanes-* criado del Duque de la Unión es el único que sospecha que Rafael, que ha vuelto a casa después de muchos años afirmando ser el hijo del Duque que fue secuestrado siendo niño, no es tal. A pesar de que, si comunica sus sospechas, va a frustrar la alegría de todos los de la casa, la fidelidad, en este caso en forma de franqueza, se impone sobre cualquier otra consideración: "*Yo siempre he sido claro y lo digo tal como lo siento*"<sup>462</sup>, son las palabras con las que comunica a la señora sus recelos. En otra novela de estos mismos años, también desarrollada en Cataluña *-Un Corpus de sangre-*, Gastón, criado del diputado Tamarit es todo un modelo de fidelidad:

*"Era un anciano fornido y aun capaz de resistir cualquiera fatiga, que se había criado en el solar de los señores de Tamarit, y que amaba como a un hijo a don Francisco, a quien servía de criado, paje, lacayo, escudero y mayordomo"*<sup>463</sup>.

Dado el clima de crispación -como ya comenté- existente contra Olivares, se encuentra preocupado por su amo:

*"Hacia muchos días que el tal ómnibus de los servicios domésticos, el tal fénix de los criados, se hallaba inquieto por su joven amo, cuyo secreto no descubría, pero cuya tristeza harto se reflejaba en su apesadado rostro. Gastón, que así se llamaba el buen hombre, hubiera dado la mitad de su vida por hallarse en el caso de consolar a medias a don Francisco, y su vida entera por consolarle del todo"* (p. 297).

Gastón es compendio de virtudes:

*"Modelo de aquellos antiguos criados a machamartillo leales, hablaba a sus amos con respetuosa veneración y recordaba a menudo con lágrimas en los ojos las últimas palabras que le había dirigido el difunto padre de Tamarit. -'Cuida mucho a mi hijo, y aleja de él los peligros que le asalten en la vida'"* (p. 297).

Gastón es, por tanto, mucho más que un criado, y siente una gran responsabilidad por la promesa hecha al padre de Tamarit en su lecho de muerte:

*"Gastón juró hacerlo y lo hizo mientras su joven amo le franqueara su corazón; mas desde el momento en que tuvo que adivinar lo que don Francisco no quería decir, el honrado Gastón se perdió en absurdas reflexiones y concluyó por averiguar que nada había averiguado. Si se hubiese tratado de quitar una estocada dirigida al pecho de Tamarit, ya hubiera sido muy distinta cosa"* (p. 297).

Este criado -que afirma: "*Una orden de mi amo es una ley para mí*" (p. 625)- por amor a su amo, está dispuesto incluso a participar en la revuelta contra Olivares: Tamarit está en la cárcel por orden del Virrey; el bandido Santa Cilia, que tiene sus propios motivos para desear que

<sup>462</sup> Rafael del Castillo: *Los misterios catalanes* [1862], cit., p. 156.

estalle la revuelta, explota la fidelidad de Gastón diciéndole que para liberar a su amo debe "*preparar en secreto al pueblo, excitar su entusiasmo, mantenerle en continua efervescencia*" (p. 319). Gastón no lo duda ni un instante: "*No faltará el pueblo de Barcelona y Gastón al frente del pueblo, yo os lo juro*" (p. 319). Pero, y de esto se lamenta el novelista, criados como Gastón ya no quedan, son figuras del pasado:

*"Ahora no existen criados de aquel calibre, y cuando se ha de referir algún rasgo célebre en los anales de los **fámulos**, hemos de recurrir a una sociedad que se ha propuesto premiarlos como una cosa que en realidad tiene un gran mérito, pero de la cual la historia de tiempos no muy remotos nos ofrece tan numerosos como admirables ejemplos"* (p. 297).

Es decir, el "liberal" Angelón describe a un criado como prototipo de unas determinadas relaciones socio-laborales de cuya desaparición se lamenta. O, lo que es lo mismo, Angelón - que vive y escribe en la industrializada Cataluña- añora un época en la que las relaciones señores-criados se caracterizaban por la concordia social. ¿No sucederá que le gustaría trasplantar las relaciones sociales del Antiguo Régimen al nuevo modelo económico implantado por el capitalismo? Progreso capitalista sí, pero con unos obreros que adopten ante los patronos la misma actitud que en el Antiguo Régimen los criados ante los señores<sup>464</sup>. Aunque con matices ligeramente distintos, no es muy diferente la postura de Ayguals, como se puede comprobar en los siguientes ejemplos. Ambrosio -mucho mayor que su señor el Duque de la Azucena- mantiene con éste un trato familiar e, incluso, adopta muchas veces un "*cierto aire de superioridad que suelen adquirir sobre sus amos los criados viejos, después de haberles servido luengos años con lealtad*"<sup>465</sup>. El Duque cometió una grave falta en su juventud y Ambrosio -que es como su conciencia moral- cada vez que sale el tema le reprocha su conducta pasada:

*"Perversa. ¡Seducir a una pobre niña, de humilde condición, sacarla del hogar paterno, establecerla en un palacio, y después de haberla hecho dos veces madre, abandonarla sin piedad! No tiene usted derecho a quejarse si es usted toda su vida infeliz"* (p. 81).

El Duque hay veces que no soporta que el criado le hable con tanta claridad y pretende hacer valer su autoridad para hacerlo callar, pero éste está dispuesto:

*"Señor -alegó el criado con dignidad-, si le ofende a usted mi franqueza, arrójeme de su lado como arrojó a la pobre señorita: iré a pedir limosna; pero estará tranquila mi conciencia. Llamaré a todas las puertas para pedir pan, menos a la del palacio del duque de la Azucena. Su dueño tiene un corazón empedernido"* (p. 82).

Ambrosio le aconsejó que se casase con ella, pero el Duque no le hizo caso. Como Ambrosio también participó en la seducción -aunque convencido de que el Duque se casaría-

<sup>463</sup> Manuel Angelón: *Un Corpus de sangre o los fueros de Cataluña* [1857], cit., p. 297.

<sup>464</sup> Esta conclusión coincide con la sacada en puntos anteriores en los que afirmé que Manuel Angelón, socialmente, es tan conservador como lo pudiera ser Fernán Caballero. Económicamente no. De lo que se puede deducir que la actitud adoptada ante el progreso económico no es criterio suficiente para adscribir ideológicamente a un autor. Defender, en estos momentos la industrialización desde Extremadura, por ejemplo, es un acto que en sí mismo define a un autor como progresista. Pero, en Cataluña se puede hacer desde una posición netamente conservadora. Los grandes empresarios catalanes eran todos partidarios de la industrialización y el progreso.

<sup>465</sup> *La Bruja de Madrid*, cit., p. 79.

se siente culpable, pero también con la suficiente autoridad moral para censurar continuamente la conducta de su señor:

*"fui su cómplice de usted para seducir a la inocencia; esto nos hace iguales siempre que se trata de un crimen perpetrado entre los dos, y esta igualdad me autoriza a vituperar la conducta de usted. Cuando ya no hay en el mundo más que una sola persona que está en el horrible secreto, ¿quiere usted que esta persona enmudezca y no le arroje a usted continuamente en rostro su iniquidad? Esto sería hacer también a Dios cómplice de nuestro crimen; Dios no puede permitir que viva usted tranquilo, y por eso exalta mi fantasía hasta el frenesí con el recuerdo de la desastrosa muerte que sufrió mi señorita" (p. 82).*

Ambrosio reconviene continuamente a su amo. Su actitud resulta en ocasiones bastante atrevida, pero está movida por el amor, como se pone de manifiesto con motivo de una grave enfermedad del Duque que casi le lleva a la tumba. Vela noche y día sin separarse ni un momento de la cabecera de su cama y, cuando el hijo del Duque, le ordena que se vaya a descansar, responde: *"Yo no necesito descanso alguno, señorito -alegó el honrado viejo-. Lo que quiero es que mi buen amo se restablezca... Y si él se muere, no tardaré ocho días en seguirle" (p.708).* Este cariño es mutuo y a él apela, precisamente, en alguna ocasión el Duque para rogarle que no le afee continuamente su pasada conducta: *"Tú, Ambrosio, a quien he querido siempre como hermano... me estás martirizando... Ten, por Dios, compasión de mí" (p. 83).* Una cosa resulta evidente: Ambrosio moralmente es muy superior a su señor. Éste, a lo largo de toda la novela, aparece como un ser sin voluntad, no exento de bondad, pero en cuya conducta pesan los convencionalismos sociales por encima de cualquier otra consideración. No se casó con la joven seducida, a pesar de estar locamente enamorado de ella, porque no era noble y, de haberlo hecho, habría provocado un gran escándalo social. Para Ambrosio los prejuicios del Duque son cuestiones menores. Se ve, pues, que el noble no está a la altura del criado, del hombre del pueblo<sup>466</sup>. Precisamente por estar tan preocupado de los convencionalismos sociales trata a todos sus criados -excepción hecha de Ambrosio<sup>467</sup>- con frialdad y altanería. De esto se queja Andrés, el jardinero, al hijo del Duque, don Eduardo, que es en esto, y en otras muchas cosas, muy distinto de su padre:

*"Pierda V. E. cuidado que todo se hará como desea, y estoy cierto que S. E. el señor duque no sabrá nada hasta que V. E. determine decírselo, porque nunca visita las habitaciones que están bajo el dominio de este pobre jardinero. Si no fuera porque tengo repetidas pruebas de su bondad, diría que no está contento de mí. Jamás me saluda.*

*-Es su genio; pero me consta que mi padre te quiere, Andrés.*

*-A lo menos veo que hace cosas que así lo indican; pero lo que es visitar mi humilde morada... hablarme una sola vez... ¡oh!, eso nunca. Y a nosotros los pobres, nos halaga tanto que los ricos nos traten con amabilidad... así como V. E. que no parece que sea un amo, sino*

<sup>466</sup> Ya se verá, sin embargo, que eso no supone que Ayguals cuestione la nobleza como clase social. Ayguals presenta casos individuales. En consecuencia, hay nobles cuya conducta es vituperable, pero la de otros es totalmente loable. La de éstos últimos será utilizada como argumento a favor de la concordia de las clases.

<sup>467</sup> La familiariada en el trato con Ambrosio podría deberse, además de a todos los factores señalados, a que Ambrosio es el único que conoce su terrible secreto y esto le concede una gran ascendencia y poder de intimidación. Este conocimiento, a los ojos del Duque, actúa como una amenaza latente. Aunque, por supuesto, a Ambrosio, dada su bondad y cariño que siente por su señor, nunca se le ocurriría utilizar ese secreto para causar ningún mal al Duque, lo que es una prueba más de su superioridad moral sobre el aristócrata.

*un amigo... un padre... Esto, créalo V. E., señorito, acrece el amor y respeto de los criados. Yo de mí sé decir, que mil vidas que tuviese las sacrificaría por V. E., señorito..."* (p. 241).

Me parecen muy significativas dos de las afirmaciones que hace el jardinero. Una, que los pobres sólo reclaman un poco de amabilidad; otra, que él estaría dispuesto a dar su vida por don Eduardo por comportarse amablemente. La primera la comentaré más adelante<sup>468</sup>. La segunda, implícitamente, conlleva la afirmación contraria: si Andrés está dispuesto a morir por su señor porque éste se comporta con él correctamente, el caso opuesto también puede darse: cuando el señor no tiene los debidos miramientos por sus criados, éstos pueden muy bien no serle fieles, sino mirar única y exclusivamente por su propio beneficio. Y, en efecto, son bastantes los casos de criados infieles que no guardan la debida consideración hacia sus amos:

*"Todas las tardes solían salir a paseo en coche la marquesa y su hija, y entonces era cuando el mayordomo Ambrosio<sup>469</sup> y la camarera principal, llamada Inés, entre quienes mediaban relaciones más que amistosas, mezclaban en sus amorosos coloquios los más atrevidos sarcasmos contra la reputación de sus dos amas"<sup>470</sup>.*

No sólo dan rienda suelta a su desahogo criticando, sino que traman también sacar provecho del conocimiento que tienen del pasado borrascoso y nada claro -Turbias-Aguas- de sus amas. Convencidos de que la Marquesa no los denunciará ante el temor de que salgan a la luz sus trapos sucios, planean robar, sin que a esto se le pueda llamar un robo porque

*"... el robar con talento... no es robar.  
-¿Pues qué es?  
-Conquistar  
-Conquistemos, pues, mucho, y luego que el fruto nuestras conquistas pueda proporcionarnos un decente porvenir nos casamos..."<sup>471</sup>.*

En la novela de Espronceda, también Jimeno está dispuesto a traicionar su señor Saldaña para conseguir a Zoraida:

*"¡Oh día feliz! ¡Día feliz! -exclamó Jimeno: habla, di; mi brazo y mi corazón es tuyo; pronto estoy a vengarte, habla, y este puñal te vengará de Saldaña.  
-Tú contra tu propio señor...  
-Zoraida, yo te adoro -replicó el paje"<sup>472</sup>.*

También en la novela de Larra, el criado de Villena finge no entender nada para incitar a su señor a hablar y poder tener así conocimiento de todas sus cosas:

*"Villena, acostumbrado a no ver en Ferrús sino un juglar grosero e incapaz de planes para sí, lo tenía a su lado y en su favor con preferencia a cualquier otro; contaba con que era bueno para ejecutar, y a la par incapaz de penetrar los motivos de sus acciones. [...] Así que,*

<sup>468</sup> Solamente me gustaría ahora dejar apuntado que, cuando ya ha tenido lugar el 48 europeo (esta novela se publicó en 1849-50) -que, como se vio en la introducción histórica tuvo repercusiones en España- el remedio que preconiza Ayguals para eliminar las tensiones sociales es la amabilidad.

<sup>469</sup> Éste es otro Ambrosio, muy distinto del que aparece en *La Bruja...*

<sup>470</sup> *María... I*, cit., p. 154.

<sup>471</sup> *Ibid.*, p. 155-156.

<sup>472</sup> *Sancho Saldaña*, tomo I, cit., p. 313-314.

El criado Jimeno ya desde el principio de la novela es retratado como un personaje morlamente poco recomendable: "*Había logrado la privanza del conde por su indiscreción que rayaba en la desvergüenza*". *Ibid.*, p. 177.

*en muchas ocasiones en que no esperaba nada de la inventiva de su confidente, contábale, sin embargo sus cuitas y hablaba alto delante de él, depositando en el taimado Ferrús sus más importantes secretos. [...] Si quería Ferrús influir en las determinaciones de su señor, soltaba las ideas que a su entender había de aprovechar; pero soltábalas como ideas ocurridas al acaso, sin plan ni conocimiento y riéndose él primero de su supuesto desatino; tenía de este modo la habilidad de hacer que creyese don Enrique que eran suyas propias las ideas que más de una vez le hacía él solo adoptar. Las más veces se contentaba con escuchar, afectando una completa inmovilidad e indiferencia en sus facciones, actitud que le favorecía mucho para no perder una sola palabra; y en estas ocasiones se hubiera creído que don Enrique y su juglar eran un solo ente compuesto de dos personas: la una sublime e inteligente que debía discurrir, hablar y proponer, y la otra material y brutal encargada de escuchar*<sup>473</sup>.

Y, en consonancia con esta política de buscar siempre su propio beneficio, cuando don Enrique de Villena conspira para conseguir el maestrazgo de Calatrava, el criado calcula las ventajas que puede tener para él la nueva situación: "*En la circunstancia actual revolvía Ferrús aceleradamente en su imaginación las ventajas que de lograr Villena el maestrazgo le podrían resultar, y cierto que no eran pocas*" (p. 93). Ferrús piensa exclusivamente en su propio beneficio; lo mismo le ocurre a la criada de la cortesana Violante. Ésta ha conseguido que el marqués, hermano de don Juan Vargas, se enamore de ella teniéndola por viuda de un alto funcionario de Indias. Pero la criada la traiciona e informa al marqués de quién es realmente Violante. Sin embargo, ésta compra a la criada para que jure que su anterior declaración fue falsa obligada por los enemigos del marqués. La criada, por tanto, se vende dos veces al mejor postor:

*"Violante buscó a la misma criada que la había vendido a ella al comendador Hinojosa; y aquella mujer, que sólo aspiraba a ganar dinero, importándole poco que para lograrlo se tratase de engañar o desengañar a un marqués tonto, convino, desde luego, en representar el nuevo papel que se le propuso"*<sup>474</sup>.

Y es que el dinero en esta sociedad mercantilizada, que se está imponiendo, acaba con casi todas las fidelidades:

*"No hay un criado en el mundo que no desee referir lo que sabe y lo que no sabe a un caballero que regala monedas de oro, y el del marqués de Villafranca no era una excepción de una regla que tiene muy pocas"*<sup>475</sup>.

El hecho de que en la novela de ideología liberal comiencen a aparecer casos de infidelidad por parte de los criados, da la clave para entender, en general, el porqué de la fidelidad. La fidelidad -de la que, como se ha visto, aparecen también bastantes muestras en la novela liberal- tiene unas características distintas a la de la novela de ideología tradicional. En ésta es un hecho natural, que se desprende de la simple relación de un superior con un inferior. El criado "no se puede" comportar de otra manera. Por el contrario, en la novela liberal es un hecho contractual. Es decir, no se da por supuesta, sino que depende del trato; según sea éste, así es la correspondencia. La cohesión social del Antiguo Régimen se está desintegrando; las obligaciones personales están siendo sustituidas por contraprestaciones laborales que se mueven en el terreno estrictamente económico; en éste cada uno tiene sus intereses. En la

<sup>473</sup> *El doncel de Don Enrique el Doliente*, cit., p. 92-93.

<sup>474</sup> Patricio de la Escosura: *Ni rey ni roque* [1835], cit., p. 111.

<sup>475</sup> Manuel Angelón: *Un Corpus de sangre o los fueros de Cataluña* [1857], cit., p. 51.

novela de ideología tradicional las relaciones nunca se plantean en el nivel de los intereses, sino de los sentimientos. Los intereses, por supuesto, existen, pero nunca se habla de ellos: siempre quedan encubiertos por algún tipo de valor. En la novela liberal, aparecen asimismo los sentimientos -ya se ha visto el cariño mutuo entre el Duque de la Azucena y Ambrosio- pero también criados que odian a sus señores y les roban. El que los criados adopten una u otra conducta depende del comportamiento hacia ellos de los señores. Luego, si se comparan infidelidad y fidelidad en la novela de ideología liberal la conclusión resulta evidente: si los señores quieren que sus criados les sean fieles, respetuosos y cariñosos deben comportarse del mismo modo con ellos:

*"La conducta de los amos sirve generalmente de norte a los criados. Con frecuencia suelen verse, entre las familias honradas, a esos criados fieles, de una probidad a toda prueba, que más por amor que por interés, sirven con esmero y cariño a los que saben tratarles con la dignidad que toda humana criatura se merece. Pero cuando los que mandan, engreídos de su alta posición en la sociedad, por su riqueza o por una vanidad insensata, se erigen en señores para tratar como esclavos a sus sirvientes, lejos de granjearse gratitud y respeto, son el objeto de secretas murmuraciones, el blanco de la maledicencia y del escarnio de las personas que se ven humilladas porque nacieron más pobres"<sup>476</sup>.*

Por eso Andrés, aunque respetaba al Duque de la Azucena pues éste nunca se portó mal con él, sentía mucho más cariño y devoción por su hijo. Y, por la misma razón, los criados de la Marquesa de Turbias-Aguas, que son vejados y tratados con displicencia y altanería, la critican. Es decir, Ayguals está advirtiendo a las clases poseedoras cuál debe ser su conducta con los desposeídos si quieren evitar las tensiones sociales. Y ésta es la diferencia fundamental entre las dos fidelidades: la liberal tiene en cuenta que la infidelidad, dado el clima de tensión social existente, es una posibilidad que hay que tomar en consideración para, mediante la conducta apropiada de los señores, evitarla; en la tradicional, la infidelidad no se tiene en cuenta: no forma parte del sistema; mientras éste se mantenga es imposible que se dé. De eso es de lo que se están dando cuenta los liberales: de que el Antiguo Régimen no se mantiene, y tratan de evitar que la desintegración salpique al nuevo sistema. Llegamos a la misma conclusión que cuando páginas atrás comentaba la novela de Manuel Angelón: la burguesía quiere que el proletariado industrial adopte ante los patronos la misma actitud que el pueblo ante los señores del Antiguo Régimen.

Las infidelidades de los criados, cuyo móvil no es otro que la búsqueda del propio provecho pueden considerarse como una manifestación -primaria y, si se quiere, inconsciente- de la lucha de clases. El mismo carácter, pero de un modo bastante más explícito tendrían otros hechos como el trato despótico, los juicios negativos del autor o, incluso, la descripción humorística de los criados, como se puede apreciar en los siguientes casos, en los que las tensiones de clase -aunque con diferentes matices en cada uno- son la nota distintiva de todos ellos. Los criados de Isabel -**Proverbios ejemplares**- se van a quejar a ésta de que, por lo mucho que deben, no quieren ya fiarle en ninguna tienda:

*"... en ningún almacén quieren ya fiarnos aceite, jabón, tocino...  
-Bien, bien, estoy enterada. ¡Nunca piensan ustedes más que en comer! ¿Hay más?"*

<sup>476</sup> *María, la hija de un jornalero*, tomo I, cit., p. 153-154.



*-Se ofrece que Juan, y Luisa, y yo, pobres criados, hemos ido supliendo con nuestros propios ahorros una porción de gastos, sin decir hasta ahora oste ni moste, y que va para cinco meses que no vemos salario. [...] ...mañana no habrá qué comer. Y ocurre que... En fin, señora, yo no sé explicarme, pero aquí dejo la cuenta de todo"<sup>477</sup>.*

Aunque el objetivo del autor no es describir las relaciones señores-criados, -sino llamar la atención contra una conducta que se aparta de la moderación necesaria en la clase media- es evidente que esas relaciones resultan reflejadas. Los criados aparecen en una situación de inferioridad; apenas si se atreven a plantearle a la señora un problema del que ella es la única culpable. Si, por fin, se han decidido a hablar es porque la situación es insostenible por más tiempo. Es más, durante un tiempo han estado tapando con sus propios sueldos la desastrosa situación económica -por gastar más allá de sus propios recursos (ésta es la "moraleja" de la obra)- de la familia. Y la señora, en lugar de asumir su responsabilidad y agradecer a los criados su esfuerzo, poco menos que les echa a ellos la culpa. Es decir, está viviendo por encima de sus posibilidades porque se las quiere dar de gran señora imitando los dispendios de la alta sociedad, trata tiránicamente a sus criados y encima no les paga. También Martínez Villergas denuncia, como bastante frecuentes, los casos en que los señores, en esta ocasión de la alta sociedad, adeudan los salarios a sus sirvientes:

*"Más diré; mientras los poderosos despilfarran sus caudales en una hora de mala suerte, sus criados, todos sus dependientes participan de esta desgracia; porque duque hay en Madrid cuyas posesiones vendidas a buen precio, no bastarían acaso para pagar lo que debe a sus cocheros y lacayos, al carnicero, a la tahona y a la lavandera"<sup>478</sup>.*

La reacción lógica de todos ellos no puede ser otra que el rencor. Luego, parece evidente que la conducta despótica y abusiva es la causa -¿o la consecuencia?- de las tensiones sociales. Conducta despótica de los señores, así como injusticias, encontramos también en la novela de Martínez Villergas. Teresa, una joven criada hija de un proletario, es despedida por su señora por haber llegado tarde un día. Teresa, que tenía una causa justificada para su retraso, pues habían detenido a su novio Francisco y fue a interesarse por él, se queja amargamente de la arbitrariedad de su señora:

*"Nada más que por eso, dijo afligida Teresa: y eso que la señora estaba contentísima conmigo, porque la he servido muy bien siempre; pero, ya, ya, los señores... hazme ciento y yérrame una... no tienen ninguna consideración a los pobres"<sup>479</sup>.*

En esta misma novela Lorenzo, criado de Laura, hija del duque de Castro-Nuño, le confiesa a su señora que está enamorado de ella:

*"Todos los circunstantes dieron una carcajada al oír esto al de la cabeza torcida, inclusa Laura, que con indefinible desdén dijo:  
-A criados tan atrevidos como tú, por única respuesta les despido. [...] Les despido añadió Laura con tono ducal; porque entre la sangre noble de mis venas y la sangre plebeya de los que me sirven, hay una absoluta incompatibilidad"<sup>480</sup>.*

<sup>477</sup> Ventura Ruiz Aguilera: *Al freír será el reír en Proverbios ejemplares* [1864], cit., p. 51.

<sup>478</sup> *Los misterios de Madrid*, tomo I, cit., p. 68.

<sup>479</sup> *Los misterios de Madrid* [1844], tomo I, cit., p. 233.

<sup>480</sup> J. Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid I* [1844], cit., p. 13.

La situación descrita en este pasaje es un tanto insólita, pues que un criado se atreva a declararse a una aristócrata resulta poco creíble. Pero tampoco resulta creíble que un criado se deje morir de hambre por haber sido causa indirecta de la perdición de su señor o que otro esté dispuesto a encabezar una revolución popular para libertar al suyo. Es decir, si la escena de Villergas resulta inverosímil, las fidelidades extremas, analizadas sobre todo en la novela de ideología tradicional, lo son igualmente. Pero con una diferencia: mientras los casos de idílicas relaciones señores-criados son inverosímiles en todos sus aspectos, en la cita de Villergas no sucede lo mismo. Resulta poco verosímil que el criado se atreva a declararse, pero la reacción de Laura es de lo más normal. Es decir, ante un atrevimiento del inferior, el superior reacciona poniéndolo en su sitio, mientras que en algunas de las novelas analizadas anteriormente los "atrevimientos" de los inferiores eran tolerados por los señores. Luego, en la novela de Villergas, aunque se parta de una situación inverosímil, el resultado final es absolutamente real: refleja la tensión social existente entre criados y señores, denunciando el despotismo y tiranía de éstos últimos<sup>481</sup>, cosa que realiza el autor con palabras inequívocas en otro pasaje de la novela:

*"Nada hay más injusto que los amos con sus criados. Parece que en el hecho de pagar salario a un sirviente compra el amo el derecho de maltratarle. Por de pronto no deja de ser extraño que desde el momento en que un hombre o una mujer se ajustan para servir sean tratados de tú por los amos, aunque éstos sean menores de edad y aunque los criados se conozcan por sus canas que les pueden servir de abuelos. Si yo dijera que conozco a muchos que blasonan de republicanos y hacen esto que condeno altamente, diría una necedad; porque lo raro sería encontrar un amo que no haga otro tanto, sean cualesquiera sus doctrinas. Esto es infame para mí; porque no lo sé calificar de otro modo. Creo que el paga su dinero para que le sirvan está en su derecho al exigir que le sirvan bien; pero el dinero que basta a pagar los servicios de un criado, no alcanza en mi concepto a comprar la dignidad de un hombre"*<sup>482</sup>.

En este pasaje aparecen explícitamente denunciadas la desigualdad y la tiranía, a las que antes me referí como las causas de las tensiones sociales, que quedaban ocultas tras la idealización de que las relaciones señores-criados eran objeto en otras de las novelas analizadas. Es decir, la conclusión que se deriva de estas escenas de la novela de Villergas -vivimos en un sociedad, en la que como consecuencia de las tensiones de clase existentes, los de arriba tratan despóticamente a los abajo- se acerca mucho más a la verdad que la idílica imagen de cohesión que se desprende de las novelas de ideología tradicional. Esta conclusión queda, además, resaltada por un matiz muy interesante que el autor introduce en la última cita: sitúa las relaciones entre señores y criados en el plano puramente económico, en el de la simple relación laboral. Deja muy claro que lo que el criado vende es única y exclusivamente su fuerza de trabajo, pero nada más; de ahí que las "familiaridades", tan caras a algunos de los novelistas analizados, le molesen. Resulta ahora, por tanto, mucho más claro que la imagen de igualdad,

<sup>481</sup> Esta tensión en las relaciones es consecuencia de la desigualdad social, como la inmediata intervención de Miguel Ángel pone de manifiesto: "*Mal dicho, replicó Miguel Ángel, la diferencia no está en la sangre, ni la nobleza se adquiere por la cuna, señorita. Yo no conozco a mis padres; pero con tal de que ellos fueran honrados, tanto me da saber que soy hijo de un príncipe como del pregonero de Alcalá*". P. 13.

La desigualdad social la analizaré más adelante.

<sup>482</sup> *Los misterios de Madrid*, tomo II, cit., p. 300-301.

que transmiten las novelas de ideología tradicional, no se corresponde en absoluto con la realidad. En el mundo real el papel de unos y otros está claramente definido:

*"-Señor Gerónimo, más de una vez me he visto obligada a deciros que soy el ama.  
-Demasiado lo sé, señora, contestó el mulato con alguna amargura; mi hija ha llevado al otro mundo las sangrientas huellas de los latigazos que la mandasteis dar como dueña que erais.  
-Ella tuvo la culpa, o mejor dicho tú, contestó la joven con dureza.  
-Tenéis razón"<sup>483</sup>.*

Este pasaje es lo suficientemente explícito: la señora le recuerda al criado quién es quién y el criado lo acepta sin rechistar, lo que, por otra parte, es señal inequívoca de la falta de conciencia de clase. Quizás sea ésta la explicación de una serie de testimonios en los que el trato que reciben los criados es humillante e insultante, como sucede en la feria descrita por Braulio Foz:

*"En esa feria, señor caballero, no se vende lo que de ordinario se vende en todas, aunque no falta, sino que es feria de criados y criadas. Allí acuden de toda la Ribagorza los mozos y mozas que quieren afirmarse, ellos para mozos de labor o de mulas, y también para pastores u otra cosa, y ellas para criadas, niñeras, caseras de curas, lo que les sale y según la persona"<sup>484</sup>.*

El mesonero, que es quien da la noticia de la existencia de dicha feria a Pedro Saputo, presume de tener muy buen ojo para elegir a las mejores: *"Dos criadas que tengo y tres que se me han casado, dos en tiempo de mi mujer y una después, todas las he traído de allí, y todas buenas, porque tengo ojo y no me engaño"*(p. 342). Además, pícaramente, da a entender que los servicios que de ellas se pueden obtener no son exclusivamente domésticos:

*"Todas se ponen en un sitio, que es la Cruz y cuando se acercan a mirallas hacen unos ojos... Yo por la mirada las calo, y la que es aguda también me cala a mí, y sin hablar nos entendemos. Llevan cosida por dentro en el jubón o ropilla debajo del brazo o delante una estampa de Santa Romera, abogada de los resbalones; que regularmente se las cosen las abuelas, encargándoles mucho que se encomienden a la santa. Y si les vais a hacer cosquillas, fuyen y dicen que les ajáis la estampa; pero esto es en la plaza y a los principios"<sup>485</sup>.*

Pedro y el mesonero, Juan Simón, van a la feria y realizan una especie de juego a ver si cada uno acierta con los gustos del otro. Pedro elige una para el mesonero, pero le señala a otra. El mesonero le contesta:

*"Mejor es la del lazo verde, aquélla que nos mira, y que aunque vergonzosilla ya me ha dicho con los ojos todo lo que yo quería saber. Y veis, ya me la está acechando aquel cura, que es el de Salas Altas, y me la va a soplar y dejarme a la luna de Valencia. [...] Quedó admirado Pedro Saputo del conocimiento del Mesonero, pues en efecto era la misma que él le había marcado"* (p. 343-344).

También Pedro Saputo elige una criada para la casa de sus padres pero, como de momento se dirige a otro sitio, le encarga al mesonero que cuide de ella:

<sup>483</sup> Rafael del Castillo: *Los misterios catalanes o el obrero de Barcelona*, cit., p. 50.

<sup>484</sup> Braulio Foz: *Pedro Saputo* [1844], cit., p. 341-342.

<sup>485</sup> *Ibid.*, p. 342-343.

"-Y mirad, le dijo... -Entiendo, entiendo, respondió Juan Simón; buen ojo habéis tenido; pero id descansado, que yo, señor, lo mío mío y lo de otri de otri. ¡Malditilla! Mejor es que la mía; pero nada, lo dicho dicho; como si le dejaseis puestas armas reales. Se la mandaré a vuesa merced lo mismo que la parió su madre, salvo error de cuentas pasadas" (p. 344).

Es decir, mediante la implícita comparación con una feria de ganado, que subyace a lo largo de todo el texto, las criadas quedan reducidas al nivel de los animales. La degradación resulta evidente, degradación que vendría a ser una manifestación más del escepticismo, ya comentado en páginas anteriores, de este autor respecto no sólo sobre el pueblo, sino sobre el ser humano en general. Escepticismo en todo caso risueño y contenido. Mucho más duro es otro autor, Eugenio de Ochoa, que describe así a los criados -y no criados- cortesanos:

*"En la fisonomía del personaje que ahora nos ocupa estaban escritas con letras claras como el sol a mediodía estas palabras: 'yo gozo del favor del dueño de estas salas'; y no había uno solo de sus movimientos que no comprobara la susodicha frase. Contrastaban con ella muy singularmente las que con no menos claridad se leían en los rostros de todas aquellas sabandijas que componían la servidumbre; en todos aquellos estúpidos semblantes, de aquel género de estupidez satisfecha y radiante que sólo se conoce en los palacios, hubiera podido leer cualquiera: 'con ése somos humildes porque goza del favor del amo'"<sup>486</sup>.*

No menos contundente es Martínez Villergas: *"Lacayo, el papel más servil y más degradante que puede desempeñar un esclavo envilecido"*<sup>487</sup>. De la misma opinión es García Tejero quien, aunque no se refiere a los criados, sino a los mozos de cuerda, no parece tampoco que tenga una muy buena opinión de ellos; así, cuando el Pilluelo necesitó amueblar su casa, cuenta que se dirigió a un almacén *"llevando en mi compañía dos mozos de cordel, acémilas-semirracionales al servicio de los ejércitos cortesanos"*<sup>488</sup>. Jacinto de Salas se queja de la pereza y poca profesionalidad de los criados:

*"Desde niño servía Serapio Sardina al Señor de Zúñiga; pero, servíalo con esa flojedad y poco interés que suele ser peculiaridad de los criados españoles. [...] Por, hábito, que no por cariño, conservábalo a su lado Zúñiga, y, aun cuando veía el poco esmero con que Serapio trabajaba, no lo despedía por compasión"*<sup>489</sup>.

En otro pasaje de esta misma novela describe así a la criada de don Sisebuto:

*"Le interrumpió Gabriela, criada venida de tierra de Valladolid tan fea como su nombre era lindo, tan sucia como cuanto la rodeaba; la cual, sin anuncio de ninguna clase, abrió la puerta y entró en el despacho con una carta en la mano" (p. 11).*

A pesar de que la carta -por proceder de una dama- era perfumada *"ni los aromas de aquel billete bastaron para encubrir el olor de aceite y ajos que despedía la mensajera"* (p.13). Estamos muy lejos de aquellos textos en los que se destacaba la devoción de los criados -se desvivían- hacia sus señores y el paternalismo y protección de éstos hacia sus servidores. considerando las cinco últimas citas en conjunto, se ve que tienen en común la poca simpatía que los cuatro autores sienten hacia los servidores domésticos, hasta el punto de que aparecen tratados poco menos que como chusma; es decir, con la misma consideración que en páginas atrás se vio que les

<sup>486</sup> Eugenio de Ochoa: *El auto de fe* [1837], tomo II, cit., p. 41-42.

<sup>487</sup> *Los misterios de Madrid*, tomo I, cit., p. 48.

<sup>488</sup> Alfonso García Tejero: *El pilluelo de Madrid* [1848], tomo II, cit., p. 202.

<sup>489</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo* [1848], cit., p. 190.

merecía el populacho; incluso algunos de los términos utilizados -*acémilas semirracionales, estupidez satisfecha, sabandijas*- les atribuyen las mismas características de brutalidad e irracionalidad con las que definían a la plebe. Las tres primeras tratan de los lacayos, los criados de los nobles palaciegos, ante los que mantienen la misma actitud servil y adulatora que el populacho ante el absolutismo. Si la novela liberal -como se puso de manifiesto- denuncia que el populacho, -por su inconsciencia e irracionalidad- es el principal sostén del absolutismo, lo mismo se puede decir de los lacayos, pues su constante contacto con los señores y palaciegos, así como su desconexión entre sí, repercute en que no tengan conciencia de clase<sup>490</sup>, como lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que Antonio, el portero de la casa donde vive don Sisebuta, en lugar de formar causa común con la criada contra el amo que los explota, engaña y maltrata a los dos, se dedica a insultarla: "*Un cuarto de hora después de esta escena llamó Antonio a la puerta de su amo, y entregando un papel doblado a Gabriela la dijo: -Oye, puercaza, entregarás este papel a don Sise-bruto. ¿Entiendes?*"<sup>491</sup>. El portero desahoga su mal humor y resentimiento contra el amo -puesto de manifiesto en la deformación chistosa de su nombre- metiéndose con la criada. Las tensiones sociales latentes estallan no contra quien las provoca, sino contra el más débil. Por lo que a la novela de Salas y Quiroga se refiere, la degradación de que hace objeto a los criados -que no son los únicos pues ya hemos visto que el tema central de la novela es la denuncia del desmedido afán de enriquecimiento sin ningún tipo de escrúpulos- es una manifestación más del desilusionado escepticismo del autor -ya analizado- al observar el papel que el pueblo está desempeñando en las nuevas estructuras sociales que están siendo creadas por la burguesía. Y cada vez parece más evidente que, a juicio de Salas, la culpa no es toda de la burguesía.

Todavía encuentro un último tratamiento de los criados: el humorístico. Y lo curioso es que hay muestras tanto en la novela de Fernán Caballero como en la de Espronceda. En *Clemencia* el nuevo criado de la Marquesa de Cortegana es un ejemplar bastante singular, tanto por su aspecto físico como por su forma de comportarse y de entender las cosas. Aunque el texto completo es muy largo, pues le dedica todo un capítulo, entresaco algunos fragmentos. Por su aspecto físico parece un payaso:

*"Siendo el que se presentó un hombre sin deformidad alguna, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, con facciones regulares, buenos ojos y buena dentadura, nadie podía mirarlo sin reírse, menos aquéllos que tienen la desgracia de no reírse nunca. Estaba basta, pero aseadamente vestido, sólo que los pantalones eran demasiado cortos, y en cambio los zapatos demasiado largos; la chaqueta era demasiado angosta, y el corbatín negro de charol demasiado ancho, lo que le obligaba a levantar la cara con inusitada arrogancia"*<sup>492</sup>.

La marquesa le hace una serie de preguntas:

"-¿Y cómo te llamas?"

<sup>490</sup> Se podría afirmar del servicio doméstico lo que Hobsbawm afirma del campesinado: que se trata de una clase social de baja claridad. Vide Introducción histórica, p. 54, nota 202.

<sup>491</sup> *El Dios del siglo*, cit., p. 19.

<sup>492</sup> Fernán Caballero: *Clemencia*, cit., p. 96. La descripción completa del criado y relato de sus majaderías ocupa las páginas 96-103.

*-José Fungueira para servir a Dios, a usía y a la compañía [no había nadie más que la marquesa]; pero mis amos siempre me han llamado Pepino.*

*-¿Y de qué tierra eres?*

*-Gallego de Galicia, más acá de Vigo, pasada la puente de San Payo y Pontevedra, antes de llegar a Caldas, a mano derecha, se tira para la ría... [...]*

*-Pero ¿sabes limpiar a la perfección la plata, el cristal y los cuchillos? ¿Eres prolijo en el aseo?*

*-Señora, yo lavo el agua.*

*-Es que yo soy muy extremada en este punto.*

*-Más lo soy yo, usía, que de tanto frotar dejé en casa de mi amo los cuchillos sin mango, hasta que tuvo que decirme el Coronel: Pepino, animal, más vale maña que fuerza"(p. 97).*

Sin embargo no da una a derechas, lo mandan por *merengues* y trae *arenques*, a la *corbina* la llama *corbeta*, y cuando quiere decir de algo que no es *artículo de fe*, dice que no es *voto de castidad*, con lo que es el hazmerreír de todos los que viven en la casa, señores y criados. Para terminar de completar sus gracias actúa como confidente de la señora a la que informa de que la cocinera fuma, la costurera le roba los comestibles, la doncella tiene novio... ¿Consecuencia?:

*"Algún tiempo después tuvo la Marquesa el dolor de ver a su favorito venir a servir el almuerzo en un doloroso estado. Cojeaba y estaba medio derrengado; uno de sus ojos yacía oculto en una prominente hinchazón, del fondo de la cual salía su triste mirada como un rayito de luna por una rendija.*

*La noche antes, al ir a llevar una carta al correo, manos invisibles por la oscuridad le habían apaleado a su sabor, diciéndole que era por la primera vez; que a la segunda se le cortaría la lengua"(p. 103).*

¿Qué interpretación se puede dar de este criado que se aparta totalmente de la imagen usual que de los mismo transmite la novela de ideología tradicional, en general, y la de Fernán Caballero en particular? El tratamiento humorístico no contribuye a la dignificación del personaje; pero, éste, a pesar de todo, está lleno de buena voluntad, siempre dispuesto a ayudar y, como todos, es de una fidelidad a toda prueba. Quizás se trate simplemente de un cuadro costumbrista, en el que aparecen reminiscencias del *gracioso* tradicional, sin más intención que la de divertir.

### **Conclusiones de las relaciones señores-criados.**

En la novela de ideología tradicional estas relaciones son idílicas. Los criados sienten por sus señores auténtica devoción, se mantienen absolutamente fieles y están dispuestos a sacrificar su bienestar personal siempre que sus señores naturales los necesiten. Éstos, a su vez, corresponden con una actitud protectora y paternalista. De ahí que, aunque unos sean sirvientes -trabajadores por cuenta ajena-, y los otros señores -dueños de los medios de producción-, la relación que se establece entre ambos se sitúa más en la esfera personal que en la laboral. Por eso, los criados, que son como de la familia, actúan muchas veces como consejeros y se permiten "atrevimientos" que sólo a personas muy allegadas se les consienten. En estas circunstancias la fidelidad -y su correlato la protección- son hechos naturales. Es impensable que pudieran no existir. Se desprenden, por decirlo así, de la bondad del sistema. De ahí que la infidelidad ni se plantee; es poco menos que un imposible metafísico. Esta novela transmite así

la imagen de una sociedad fuertemente cohesionada sin que exista la más mínima grieta en las relaciones entre sus miembros<sup>493</sup>.

En la novela de ideología liberal aparecen casos de fidelidad pero también de infidelidad. Para que se dé una u otra el comportamiento de los señores es determinante. Un comportamiento cariñoso y comprensivo conlleva -como en el caso de la novela de ideología tradicional- el cariño y la adhesión incondicionales por parte de los criados. Una actitud despótica por parte de los señores conlleva -entre otras cosas- el alejamiento y la infidelidad de los criados. Fidelidad e infidelidad podríamos decir que funcionan dialécticamente. Precisamente ésta última actúa para definir y delimitar las características con que se presenta la primera. La fidelidad no es un hecho "natural" sino "contractual". No se da por supuesta, hay que ganársela. Esta novela moraliza para evitar la infidelidad y lograr la fidelidad. O, dicho de otro modo, si la novela tradicional ignora la infidelidad, porque las tensiones de clase "no pueden darse", la novela liberal sabe que "puede darse" precisamente porque es consciente de que existen esas tensiones de clase. La moralización de estos autores tiene como objetivo el evitarlas. Espronceda, Angelón y, sobre todo, Ayguals están convencidos de que el liberalismo es un sistema socio-económico lo suficientemente amplio y generoso como para que en él encuentren cabida todas las clases sociales. Por eso, se esfuerzan una y otra vez en repetir una serie de consignas<sup>494</sup>, en aconsejar a los nuevos dueños de la situación -la burguesía- cómo tienen que comportarse para que el proletariado forme causa común con ellos, les sea "fiel". O, lo que es lo mismo, su objetivo es conseguir que el proletariado se rinda tan incondicionalmente a la burguesía como el pueblo a los señores en el Antiguo Régimen. Pero saben -es el signo de los tiempos- que esa rendición no es ni incondicional ni "natural". De ahí la enfática advertencia de Ayguals de que "*la conducta de los amos sirve generalmente de norte a los criados*"<sup>495</sup>. Ahora bien, ya se ha visto en puntos anteriores que el pensamiento liberal no es monolítico, sino que hay diversidad de corrientes que, como no podía ser de otra manera, también en este caso se manifiestan. Los liberales escépticos y desilusionados son perfectamente conscientes de la existencia de las tensiones sociales. Pero, a diferencia de los que ven en el liberalismo un movimiento integrador -Ayguals y otros- que puede superar esas tensiones, éstos no ven manera de que puedan ser obviadas. De ahí que se limiten a denunciarlas poniendo al descubierto el despótico comportamiento de los señores y la pasividad de los criados ante el mismo. Pasividad que se debe a la falta de conciencia de clase; pero ésta se intuye más que se señala. A veces, incluso, se intuye con bastante claridad como en el caso de Larra:

---

<sup>493</sup> Lo cual no quiere decir que no sean conscientes de que existe el peligro de resquebrajamiento. Pero éste es un peligro "externo" no del sistema. Es decir no se debe a las contradicciones internas de un modelo social ya anacrónico, sino a los que desde fuera del mismo se complacen, por maldad o por oscuros motivos, en intentar dinamitarlo. De ahí el empeño de estos autores por defender lo auténtico y genuino.

<sup>494</sup> Estas ideas, aunque ya han ido apareciendo en los distintos puntos analizados, aparecen especialmente concentradas en dos puntos que analizaré más adelante: la desigualdad social y la revolución.

<sup>495</sup> *María*, tomo I, cit., p. 153.

*"Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender, y como su día no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto la justicia de lo que se llama su sociedad"*<sup>496</sup>.

Larra va más lejos que el resto de estos autores porque intuye que, aunque todavía no ha llegado el día del pueblo, llegará. Los demás, precisamente por no ver que el liberalismo -y esto nos lleva a la idea de Lukács ya comentada- es una más de las revoluciones de la historia y no la última, ni siquiera sospechan que el día del pueblo pueda llegar. Por eso, al ver frustradas sus esperanzas de redención dentro de revolución burguesa, concluyen que no hay posibilidad de redención y caen en el pesimismo y el desengaño.

### **2.2.5.2. Trabajo asalariado. El proletariado.**

Voy a analizar en este apartado la imagen que presenta la novela de todos aquellos trabajadores, que percibiendo un salario, no son criados. Evidentemente los criados son también trabajadores asalariados, pero no forman parte de la clase obrera propiamente dicha<sup>497</sup>; además, en casi todas las citas anteriores se ponía más el énfasis en el aspecto personal que en el laboral y salarial. Por eso voy a estudiar la imagen que ofrece la novela de todos aquellos trabajadores por cuenta ajena, industriales y agrícolas, entendiendo lo de industrial en un sentido amplio de tal manera que tengan cabida los artesanos e incluso, porque alguna referencia hay, los asalariados del sector servicios como horteras y camareros. La mayor parte de las referencias son relativas a los proletarios y artesanos, muy escasas las que aluden a los campesinos. Lo cual es lógico porque artesanos y trabajadores industriales pertenecen al mundo urbano. De ahí que todas las citas -excepto una, bastante explícita, y dos ligeras alusiones- pertenezcan a autores que -con uno u otro matiz- se pueden adscribir al liberalismo.

En España el trabajo, entre las clases altas, sigue gozando todavía de una bajísima reputación social:

*"En otras naciones la grandeza se aplica al trabajo, invade las artes, las ciencias, la literatura y la milicia. [...] En España nada de esto; se tiene por plebeyo el estudio: el trabajo es propio de gente soez y necesitada"*<sup>498</sup>.

Por eso, Laura, hija del Conde de Castro-Nuño, que aprendió a coser y bordar, aunque por diversión, es "*una excepción de la regla general*" (p. 88). Esta baja consideración es, evidentemente, consecuencia del insuficiente y débil desarrollo capitalista. Mientras más débil es este desarrollo, más duras son las condiciones de trabajo. Hasta tal punto que sigue existiendo todavía la esclavitud<sup>499</sup>, de la que -pero en el siglo XVI- se hace eco la novela de Pablo Avelilla. El origen del problema lo sitúa en el reinado de Fernando el Católico que repartió a los indios entre los conquistadores para que éstos los empleasen en "*los trabajos más*

<sup>496</sup> *Los Barateros, Artículos*, cit., p. 531.

<sup>497</sup> Para Tuñón de Lara, como ya se vio, la clase obrera está formada por los trabajadores, por cuenta ajena, industriales y agrícolas. Vide *Introducción histórica 1833-1868*, p. 54.

<sup>498</sup> J. Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid*, tomo I, cit., p. 88.

<sup>499</sup> Aunque dije al principio que me iba a ocupar del trabajo asalariado y, evidentemente, los esclavos no reciben ningún salario, incluyo aquí este tema por dos razones; la primera porque puede servir de introducción al punto siguiente: las duras condiciones de trabajo; y, la segunda, porque el término esclavitud será utilizado metafóricamente en más de una ocasión para describir la situación de los trabajadores asalariados.



penosos", especialmente en las minas que necesitaban gran cantidad de mano de obra que era tratada como animales:

*"El señor tenía el derecho de vida y muerte en todas las sucesiones y se procuraba la regeneración [reproducción] con la misma actividad, los mismos medios, y los mismos fines que los de otros cualesquiera animales domésticos que aumentaban el patrimonio del señor"*<sup>500</sup>.

Los empleaban para excavar la tierra y sacar los minerales, pero les ocultaban celosamente lo que se podía hacer con esos minerales como, por ejemplo, la fabricación de armas, que después eran utilizadas para esclavizar a los mismos que habían extraído los minerales:

*"Sacaban las primeras materias de las entrañas de la tierra, y después los europeos las fundían y elaboraban por sí solos, para que sus esclavos no aprendiesen a fabricar armas destructoras. ¡Los infelices peruanos labraban sus mismas cadenas" (p. 169).*

Pero lo peor de todo es que la esclavitud no es, desgraciadamente, un hecho del pasado, sino que sigue existiendo todavía en los tiempos presentes: *"Aún subsisten en nuestros dominios de Asia y América en el siglo XIX, palpantes huellas de esa humana servidumbre"* (p. 171-172). Esta subsistencia en el siglo XIX es lo que denuncia la novela de Gertrudis Gómez de Avellaneda **Sab**, que es un fuerte alegato antiesclavista<sup>501</sup>. En las primeras páginas se empieza denunciando ya la dureza de la vida de los esclavos. Un viajero que va a caballo por la isla de Cuba se encuentra con un labriego que le dice que en el ingenio que está ante su vista, hubo un tiempo en que trabajaron más de cien esclavos negros y que, todavía en el momento actual, trabajan unos cincuenta. El viajero hace la siguiente reflexión: *"Vida muy fatigosa deben de tener los esclavos -observó el extranjero, y no me admira que se disminuya tan considerablemente su número"*<sup>502</sup>. El labriego asiente; le describe sus múltiples penalidades: trabaja día y noche, apenas duerme dos horas:

*"Es una vida terrible a la verdad [...]: bajo este cielo de fuego el esclavo casi desnudo trabaja toda la mañana sin descanso, y a la hora terrible del mediodía jadeando, abrumado bajo el peso de la leña y de la caña que conduce sobre sus espaldas, y abrasado por los rayos del sol que tuesta su cutis, llega el infeliz a gozar todos los placeres que tiene para él la vida: dos horas de sueño y una escasa ración"*<sup>503</sup>.

Porque por la noche no descansa, sino que tiene que seguir trabajando en otras actividades:

*"Cuando la noche viene con sus brisas y sus sombras a consolar a la tierra abrasada, y toda la naturaleza descansa, el esclavo va a regar con su sudor y sus lágrimas el recinto donde la noche no tiene sombras, ni la brisa frescura; porque allí el fuego de la leña ha sustituido al fuego del sol, y el infeliz negro girando sin cesar en torno de la máquina que arranca a la caña su dulce jugo, y de las calderas de metal en las que este jugo se convierte en miel a la acción del fuego, ve pasar horas tras horas, y el sol que toma le encuentra todavía allí..."*

Tras esta precisa y apasionada exposición de las calamidades de los esclavos, el labriego concluye: *"¡Ah! sí; es un cruel espectáculo la vista de la humanidad degradada, de hombres*

<sup>500</sup> Pablo Avecilla: *Pizarro y el siglo XVI* [1845], cit., p. 171.

<sup>501</sup> Recordemos que España no abolió la esclavitud en la isla de Cuba hasta 1886.

<sup>502</sup> Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Sab* [1841], Madrid, Cátedra, 1997, Letras Hispánicas 437, p. 106. Edición de José Servera.

*convertidos en brutos, que llevan en su frente la marca de la esclavitud y en su alma la desesperación del infierno*" (p. 106). También Ayguals denuncia la existencia de la esclavitud a mediados del siglo XIX. El negro Tomás cuenta a María la historia de su familia: apresados por unos traficantes en África, los llevaron a Cuba en un barco negrero y los vendieron como esclavos. María comenta: "*Los europeos hacen alarde de su decantada civilización, pero esta civilización es una mentira donde se ultraja impunemente a la virtud, y donde sólo medran los malvados*"<sup>504</sup>. El propio Ayguals hace a continuación un duro ataque contra el comercio de esclavos y termina concluyendo: "*Los productos de la Isla de Cuba no han tenido más riego que el sudor, las lágrimas y la sangre de los negros*" (p. 288).

En España no hay esclavos pero hay proletarios y la situación de éstos deja también, como se vio en la introducción histórica, bastante que desear, pues los obreros tienen que trabajar durante largas jornadas, los salarios son escasos y las condiciones de trabajo tampoco son las más idóneas. Explotación y miseria son, en síntesis, las características generales que se pueden extraer de la descripción de la situación de la clase obrera que se presenta en estas novelas. Eso sí, como ya he repetido varias veces, la presentación de esta realidad no va a llevar a ninguno de estos autores a cuestionar el sistema socioeconómico que ha originado esta situación. Todo lo más, propondrán una serie de reformas con el objetivo de mejorar las condiciones de vida del proletariado, pero siempre dentro del marco del más escrupuloso respeto al orden establecido.

Un autor que se ocupa ampliamente de la situación de las clases trabajadoras -los artesanos suele ser la denominación usualmente utilizada por él- es Ayguals de Izco. El propio Eugène de Sue reconoce y alaba la preocupación del autor madrileño por las clases más desfavorecidas de la sociedad al señalar como notas características de *María* las siguientes:

*"Un patriotismo ardiente e ilustrado, un profundo sentimiento del derecho, de la justicia y del deber, un generoso y santo amor a la humanidad, una fe sincera en el advenimiento del progreso social y político en su país, un odio vivo, implacable contra la explotación del hombre por el hombre, bajo cualquiera forma que se presente y en nombre de cualquier despotismo de raza, de casta o de privilegio que quiera imponerse"*<sup>505</sup>.

En *El Tigre del Maestrazgo* describe al "miserable artesano, sumido en la indigencia porque los magnates hanle expoliado del fruto de sus fatigas para alimentar palaciegas vanidades"<sup>506</sup>. En las mismas ideas, aunque de un modo mucho más detallado y explícito, insiste *La canción del jornalero*. Comienza quejándose de cómo, a pesar de trabajar continuamente, no consigue satisfacer sus necesidades más elementales porque otros se aprovechan de su trabajo:

*"De noche y día sudando  
para ganar el sustento,  
y con todo estoy hambriento  
y agobiado de dolor...  
Sin cama en donde descansar*

<sup>503</sup> Ibid., p. 106

<sup>504</sup> *María*, tomo I, cit., p. 286.

<sup>505</sup> *Carta de Sue, María*, tomo I, cit., p. 10.

<sup>506</sup> *El Tigre del Maestrazgo* [1845], cit., p. 340.

*mi cuerpo triste y doliente,  
paso la noche inclemente,  
yerto del frío al rigor. [...]   
¡Cuántos allá en sus palacios  
disfrutan de mis sudores,  
y luego son opresores  
del que trabaja sin fin*<sup>507</sup>.

Los mismos que lo explotan lo desprecian, por lo que reclama un poco de respeto:

*"No sea maltratado  
el infeliz que trabaje,  
como el mísero salvaje  
que arrastra hierro y dogal.  
No merezca ese desprecio  
ni el dictado de **canalla**,  
el que indigente se halla  
y no es un vil criminal".* (P. 143-144).

Sufre las contribuciones y las obligaciones militares:

*"Y pago contribuciones  
siendo pobre... ¡qué maldad!  
... Y me roban... ¡oh impiedad!  
un hijo a nombre del rey".* (P. 144)

Ayguals alza también su voz contra el exceso de impuestos que pagan los trabajadores: "*Lloran mil artesanos laboriosos en la indigencia, porque un gobierno estúpido les arranca el fruto de sus afanes*"<sup>508</sup>. Muchos de esos impuestos se podrían evitar si la administración del estado estuviese mejor organizada y no se despilfarrase tanto dinero:

*"Esas exacciones arbitrarias, esos impuestos descabellados, esos desatinados aranceles y tarifas, esas contribuciones onerosas que consumen tantos millones, pudieran modificarse hasta el punto de hacerse llevaderos, si hubiese una milicia bien organizada que sustituyese al ejército, si se redujesen los empleados al número preciso..."*<sup>509</sup>.

<sup>507</sup> Alfonso García Tejero: *El Pilluelo de Madrid*, tomo II, cit., p. 143.

<sup>508</sup> *María*, tomo I, cit., 93.

<sup>509</sup> *Ibíd.*, p. 93. La crítica del excesivo número de empleados públicos es un tema que aparece también con cierta frecuencia y con diferentes matices. Por ejemplo, García Tejero, además de quejarse de lo mismo que Ayguals, que el pueblo tiene que pagar muchos impuestos porque hay demasiados empleados, añade que esto es malo en general para la economía pues todo el mundo busca los empleos públicos lo que origina la ruina de la nación: "*El descrédito y la ruina, porque dan margen a que mañana sus hijos en vez de dedicarse al comercio, la marina, la agricultura o las artes, se dediquen a la lucrativa carrera de los empleos, y esta circunstancia es por cierto bien triste, puesto que se crean nuevas ambiciones, que para satisfacerlas es preciso agobiar a los pueblos, robándoles el fruto de sus afanes*". *El Pilluelo...*, tomo III, cit., p. 130-131.

Martínez Villergas ironiza sobre el clientelismo: la práctica de distribuir los empleos públicos entre los partidarios del gobierno: "*...un hombre que no tiene las ideas del gobierno ¿con qué gusto ha de hacer barro y andar por los andamios y tabiques expuesto a romperse el bautismo por una causa que no es la suya? [...] Un empleado en la biblioteca ¿cómo ha de saber dónde están los libros si no tiene las ideas del gobierno? Un empleado en ventas ¿cómo puede hacer un acta de arqueos, ni expedir una carta de pago, si no tiene las ideas del gobierno? Pues del mismo modo se debe privar del pan a los albañiles y carpinteros en obras públicas,*

Pues muchos de estos puestos burocráticos están desempeñados por gente que ha convertido en una ocupación el simple hecho de ocuparlos:

*"Nosotros no somos más  
que aspirantes a destinos,  
holgazanes sempiternos,  
odiosos y apestadizos,  
y del pueblo sanguijuelas,  
y del pueblo verduguillos"<sup>510</sup>.*

El exceso de impuestos tiene también otros efectos perjudiciales:

*"Lo más acerbo y desgarrador para el pobre pueblo, [...] es que mientras estos improvisados magnates insultan la miseria de las masas trabajadoras con el lujo fascinador de sus soberbios trenes, la industria, las artes y el comercio yacen en el más lamentable estado de postración, heridas de muerte por esas exorbitantes contribuciones con que se las abrumba"<sup>511</sup>.*

Por eso, ante la contemplación de su situación miserable nada más lógico que el trabajador proletario caiga en la desesperación y desee la muerte:

*"¡Triste de mí... jornalero!  
porque a pesar que trabajo  
me visto de un pobre andrajo,  
y no ceso de gemir!...  
Para esta vida rastrera,  
antes que tal padecer,  
si esclavo y pobre he de ser  
¡Dios mío, quiero morir!!..." (P. 145).*

Otras veces, como escape, los proletarios se entregan a la bebida, cosa que el autor comprende y disculpa porque, aunque el vicio de la borrachera es un gravísimo vicio

*"únicamente exceptúo y les perdono esta grave, gravísima falta a los hombres de probidad conocida, a los infelices jornaleros que después de ocho días de inmenso trabajo se zampan en la taberna, **refugium potatorum**, refugio de bebedores, y allí se amostagan y salen beodos"<sup>512</sup>.*

Estos autores no se limitan a hablar de la situación general de necesidad y estrecheces en que vive la clase obrera, sino que dan también algunas cifras concretas que permiten hacernos una idea más precisa de sus circunstancias económicas. Ayguals dice que Anselmo, el padre de María, que es maestro albañil gana 14 reales diarios; su mujer, trabajando como costurera gana 5 reales. Ahora bien, el trabajo de albañil no es fijo, sino que escasea

*porque si no tienen las ideas del gobierno es imposible de toda imposibilidad que sepan poner un pie derecho a manejar el escoplo y la paleta. Si fuera otra clase de empleados, como jefes políticos y capitanes generales, ya varía de aspecto; porque estos funcionarios maldita la influencia que tienen en los negocios públicos". **Los misterios de Madrid**, t. I, cit., p. 26.*

<sup>510</sup> Alfonso García Tejero: *El pilluelo de Madrid*, tomo I, cit., p. 143.

<sup>511</sup> *El Tigre del Maestrazgo* [1845], cit., p. 213.

<sup>512</sup> *El Pilluelo...*, tomo III, cit., p. 10-11.

"particularmente en invierno, pues con motivo de ser iguales los jornales que se pagan en esta época a los del verano, los dueños de los solares no construyen edificio alguno hasta que llegan los más largos días"<sup>513</sup>.

Francisco Robello -*El Tío Fidel*- dice que una persona sola necesita diariamente 6 reales para sufragar las necesidades básicas<sup>514</sup>. Ésa es precisamente la cantidad que cobran los trabajadores que en 1836 trabajan en la construcción del Teatro Real:

"Pero yo veo muchos operarios, dijo Laura.  
-Sí señora, y no están mal pagados, seis reales diarios ya bastan para un hombre solo"<sup>515</sup>.

El trabajo femenino, aparte de más escaso, está peor remunerado, pues

"Joaquina y Consuelo mantenían a su hermano Carlos con el mezquino fruto de sus labores. Cuando no les faltaba obra, necesitaban trabajar todo el día y parte de la noche para ganar escasamente doce reales [entre las dos]; alguna temporada solían también estarse brazo sobre brazo, y entonces pasaban las infelices lo que no es decible"<sup>516</sup>.

Es decir, que ganaba cada una el sueldo medio normal, 6 reales diarios, pero trabajando mucho más. Infinitamente peor pagado estaba el trabajo de criada, pues en la página siguiente de esta misma novela se dice que ganaba 25 reales al mes<sup>517</sup>. En esta novela se da además un dato muy interesante que permite hacer comparaciones: un palco en el Teatro Real costaba de 12 a 15 duros por noche; es decir, el sueldo de 40 o 50 días de un asalariado. De las dificultades de las mujeres para acceder a un trabajo regular y fijo da noticias también Salas y Quiroga: Angustias "para vivir trabajaba honradamente, unas veces cosiendo ropa para las tiendas o la tropa, y otras haciendo guantes"<sup>518</sup>. Es decir, trabaja en lo que cae. También Ayguals de Izco se refiere al trabajo femenino cuando describe las condiciones laborales de las trabajadoras de la fábrica de tabacos de Madrid:

"Las tres mil infelices operarias que en la **fábrica de tabacos** de Madrid elaboran cigarros y rapé, son una prueba ostensible de la inclinación que hay en las hijas del pueblo al trabajo y a la virtud, pues a pesar del mezquino salario con que se recompensa una labor tan productiva para el Estado como penosa para las operarias, a quienes tiene en incesante sujeción, prefieren ganar un jornal incapaz de saciar el hambre, a entregarse a una desmoralización torpemente vergonzosa"<sup>519</sup>.

En este caso Ayguals no da cifras concretas de cuánto ganaban las operarias pero, evidentemente -habla de "mezquino salario"-, no sería más de 6 reales. Lo cual -dicho sea de paso, pues aparece como tema secundario en la cita precedente- pone de manifiesto hasta qué punto brilla la virtud de María, la protagonista, pues fray Patricio le ofrece nada menos que 20

<sup>513</sup> *María*, tomo I, cit., p. 31.

<sup>514</sup> *La Criolla y los jesuitas* [1848], tomo II, cit., p. 19.

<sup>515</sup> J. Marínez Villergas: *Los misterios de Madrid* [1844], tomo I, cit., p. 14.

<sup>516</sup> Ventura Ruiz Aguilera: *Al freír será el reír*, en *Proverbios ejemplares* [1864], cit., p. 32.

<sup>517</sup> Es la única referencia que he encontrado relativa al salario de los criados. Me parece muy significativa por la fecha -1864- de esta novela. Es decir, es una fecha cercana a la revolución de septiembre, lo que indica que la mentalidad burguesa -hacer más hincapié en el aspecto laboral y contractual de las relaciones que en el personal- se va abriendo camino.

<sup>518</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo* [1848], cit., p. 76.

<sup>519</sup> *María*, tomo I, cit., p. 24.

reales diarios si corresponde a su solicitud amorosa<sup>520</sup>. Anselmo, el padre de María gana 14 reales, pero sólo tenía trabajo la mitad del año. Si 6 reales es lo que necesita una persona para cubrir sus necesidades más elementales, un obrero casado difícilmente podía subsistir con ese salario. Es la conclusión a la que llega Ildefonso Cerdá que, en su estudio sobre los salarios y precios del año 1856, calcula que un obrero casado y con dos hijos necesitaba para atender a sus necesidades primarias 4.176 reales anuales, siendo sus ingresos de tan sólo 2.300<sup>521</sup>. Esta situación es todavía más lamentable si se tiene en cuenta que el pueblo, que tan escasos salarios recibe, es precisamente el que crea todas las riquezas:

*"El pueblo pobre, pero honrado; el pueblo pobre, pero industrioso; el pueblo pobre, que con sus afanes y sudores, con su talento, con su aplicación y su incesante fatiga crea las riquezas, sin que recoja de ellas más que una mezquina parte que no sufraga para las más sagradas atenciones"*<sup>522</sup>.

Esta falta de reconocimiento de la clase trabajadora le lleva a Ayguals a pedirlo explícitamente a los cortesanos a los que se dirige exhortándoles a que respeten a

*"ese hombre, imagen del pueblo laborioso a quien debéis toda vuestra grandeza. ¿No veis esos fascinadores objetos de lujo que os rodean? Todo es obra suya. ¿No admiráis esos alcázares regios en que se ostentan primorosas arquitecturas de pórfido, con artefactos de bronce, plata y oro? Todo es obra suya también. [...] En una palabra, tended por doquiera la vista, y cuanto ella abarque es obra del hombre trabajador"*<sup>523</sup>.

Luego, el lujo de los poderosos es producto de los sudores y causa de la miseria del pueblo, pues éste es quien crea todos los bienes con su trabajo, pero apenas disfruta de ellos ya que son acaparados por los ricos. Mientras unos pasan estrecheces, otros, como el duque de la Azucena, derrochan dando espléndidas fiestas:

*"Eran las nueve de la noche. Multitud de lujosos carruajes rodaban en todas direcciones, conduciendo a la plazuela del Ángel lo más distinguido de la aristocracia española. La casa del duque de la Azucena ofrecía el aspecto de un palacio encantado. Abiertos los balcones por exigirlo así la crudeza de la estación, aumentada por el ardor que despedían millares de luces, ponían en evidencia el asiático lujo de las magníficas salas donde reinaba el fausto, la suntuosidad y la alegría"*<sup>524</sup>.

Este lujo contrasta, haciendo que resulte todavía más evidente, con la necesidad del pueblo:

*"La pobre gente artesana agrupábase en la calle para contemplar absorta aquella mágica mansión de placeres; y después de haber dedicado todo el día a un trabajo penoso, el deslumbrador espectáculo que ante sus ojos tenía, no podía menos de formar doloroso contraste con el recuerdo de sus penalidades y escaseces"* (ibíd.).

Esta demostración de opulencia suscita entre el pueblo que la observa comentarios de lo más variado, que van desde la admiración a la indignación:

<sup>520</sup> Le entrega una nota en la que va escrito: "Corresponde a mi amor y cuenta con veinte reales diarios". T. I, p. 22.

<sup>521</sup> Vide p. 57 de la introducción histórica.

<sup>522</sup> Ayguals: *María*, tomo I, cit., p. 47-48.

<sup>523</sup> *El Tigre del Maestrazgo*, cit., p. 51-52.

<sup>524</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 683.

*"Semejante profusión de lujo y esplendidez no podía menos de cautivar la atención de la muchedumbre, y excitar todo género de reflexiones. Unos manifestábanse gozosos de ver aquel magnífico espectáculo, como suele agradar al espectador la vista de un maravilloso panorama. Otros hacían burla de las cortesías con que algunos concurrentes se cambiaban sus cumplimientos. Las mujeres se reían a grandes carcajadas de los preciosos adornos con que las viejas pretendían ocultar su fe de bautismo. La mayor parte lanzaban groseros sarcasmos contra semejantes destellos de la opulencia, porque atosigábales el ver que aquellos magnates disfrutaban todo linaje de goces, mientras ellos arrastraban una vida penosa y miserable"* (ibíd. p. 684-685).

Es decir, existe ya -aunque bastante primaria en la mayor parte de los casos como las burlas y los sarcasmos lo demuestran- una conciencia social que llega a ser claramente formulada por alguno de los espectadores:

*"También es duro -dijo el pintor de brocha gorda dándose una palmada en la rodilla- que tenga uno que trabajar todo el día como un negro para ganarse un mal pedazo de pan, y esos señores se estén regalando con el sudor del pobre"* (ibíd. p. 686).

Sin embargo, esta observación del pintor va a ser inmediatamente matizada por un arquitecto, que también se encuentra entre los espectadores, y que va a aplicar en todos sus juicios la postura del justo medio que es, por otra parte, la que siempre sostiene Ayuguals:

*"No sé yo si todos esos palaciegos -replicó el arquitecto dándose importancia de hombre entendido- habrán adquirido su elevada posición por medios honrados, porque de todo hay en la viña del Señor; pero los que por sus méritos han logrado altos destinos, o han adquirido riquezas por su talento y sus afanes, hacen muy bien en proporcionarse placeres que no estén reprobados por la sana moral. Su fortuna es también hija del trabajo"*<sup>525</sup>.

Incluso el lujo -denostado tantas veces por Ayuguals, especialmente cuando denuncia los derroches de los Austrias en la construcción de los Reales Sitios- es justificado por el arquitecto porque desempeña una importantísima función social:

*"-¿Querrá usted también aprobar -preguntó el pintor de brocha gorda- los festines con que esos grandes señores insultan la miseria del pueblo?  
-Ya se ve que sí -respondió el arquitecto-; pues lejos de ver un insulto a las clases pobres en esos saraos, son indudablemente un medio de aliviar en parte su miseria"*<sup>526</sup>.

El arquitecto sigue argumentando que todos a los que se les ha encargado la preparación de la fiesta han salido beneficiados, pues han hecho un buen negocio; entre ellos, la señora Fermina, la naranjera, que ha vendido toda su mercancía al encargado de suministrar los refrescos:

*"Esta mañana, sin ir más lejos, todas las naranjas y limones que no pensaba yo despachar en quince días, me los ha comprado, y ha cargado con ellas sin reparar en el precio, y pagándome al contado y en buena moneda. Hoy he hecho un gran negocio. [...] de modo que si todas las noches diese un baile el señor duque, también sería yo millonaria dentro de poco tiempo"* (p. 687).

<sup>525</sup> Ibíd., p. 686. En la distinción entre riquezas lícita e ilícitamente adquiridas aparece ya un tema que voy a tratar un poco más adelante: la nobleza. La actitud, en general, de la novela de este período ante la nobleza es básicamente la misma que el arquitecto sostiene aquí: hay una nobleza parásita y perjudicial que vive a costa del pueblo y lo desprecia; pero hay otra que se preocupa de él y lo valora.

<sup>526</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 687.

El arquitecto, feliz por ver corroborada su teoría sobre las beneficiosas repercusiones económicas de los saraos en el pueblo trabajador, añade:

*"Ahora preguntad a los músicos que están tocando [...], y al cerero que ha suministrado los millares de velas que están ardiendo, y veremos si son de la opinión que esos saraos son un insulto hecho al pueblo"*(p. 687-688).

Estos argumentos no convencen al pintor que es quien tiene una conciencia social y un sentido crítico más desarrollados:

*"De todos modos -replicó el pintor-, son muy pocas las personas del pueblo que sacan provecho de las diversiones de los magnates, y en cambio de eso, ¿de dónde salen los millones que así se despilfarran en los palacios? De las contribuciones que paga el pueblo"* (p. 687).

El arquitecto, que no se da por vencido, pregunta maliciosamente: "*¿Y pagáis vosotros mucha contribución?*". Pero el pintor vuelve a dar muestras de su capacidad crítica y le responde precisamente por el flanco contrario al que pretendía atacar el arquitecto:

*"Más que nadie -respondió el ladino pintor de brocha gorda-, pues aunque no figuramos en las listas de contribuyentes, están en ellas el zapatero que nos calza, el sastre que nos viste, el tendero que nos vende el aceite, y lo que es peor de todo, el tabernero, que cada vez que recibe la papeleta de la contribución añade media docena de cubas de agua a su depósito de vinos. El tendero que no puede poner agua en el aceite, aumenta su precio, y el sastre y el zapatero venden también más caras sus prendas, de manera que en último resultado vienen siempre a pagar las contribuciones, precisamente los que no están en las listas de contribuyentes"*<sup>527</sup>.

Lo más significativo de este largo diálogo entre el arquitecto y varios personajes del pueblo sobre el lujo es que Ayguals, que siempre interviene directamente para moralizar, en esta ocasión se mantiene al margen. Deja que sean los personajes los que hablen y expongan sus distintas opiniones que no coinciden. Con esto consigue dos cosas: que su, en otras muchas ocasiones, frontal crítica al lujo quede matizada; y, por otra parte, plasmar que no todos los personajes del pueblo tienen los mismos intereses, lo que se manifiesta en su diferente grado de conciencia social. En cualquier caso, la última intervención del pintor no es respondida por el arquitecto, lo que lleva a pensar que, aunque se haga eco de otras opiniones, ésta es la que se encuentra más cerca de su pensamiento: que los trabajadores, aunque son los que crean todas las riquezas, sólo disfrutan una ínfima parte de ellas. ¿Cómo terminar con esta situación de flagrante injusticia? ¿Qué remedios proponen estos autores? Fundamentalmente dos: fomento de medidas por parte de las instituciones públicas y privadas y la caridad. La primera es propugnada por los liberales; la segunda, fundamentalmente por los conservadores pero, en alguna ocasión, también por los liberales.

Éste es el plan de García Tejero, que forma parte de los primeros:

---

<sup>527</sup> *Ibíd.*, p. 688. Vuelven a aparecer aquí, aunque ahora puestas en boca de un proletario, las críticas contra el exceso de impuestos indirectos que sufren las clases populares.



*"Yo desearía ver a las naciones organizadas de tal modo que se constituyese cada uno a vivir de su trabajo, sin ambición ni lujo, y de suerte que no pudiesen engrandecerse ni destruirse los unos a los otros, y que la igualdad y la justicia se viesen cumplidamente observadas"<sup>528</sup>.*

Para llevar estos principios generales, con los que es imposible no estar de acuerdo, nada mejor que ciertas medidas reformistas, o incluso paternalistas, tanto por parte de los empresarios como del propio estado. Entre las reformas, Ayguals propone, por ejemplo, la construcción por parte del gobierno de más instituciones como la fábrica de tabacos y, claro está, el aumento de los salarios:

*"Si el gobierno fomentase esta clase de establecimientos, mejorando los jornales de los trabajadores, cualquiera que sea el sexo a que pertenezcan, disminuirían en gran manera los vicios y crímenes a que conducen la miseria y la vagancia"<sup>529</sup>.*

Y, además, *"al paso que proporcionaría pan a las masas populares, aumentaría la riqueza del país"*(p. 24). También el fomento de las obras públicas le parece un excelente medio para crear puestos de trabajo y aliviar la miseria de las clases trabajadoras. De ahí que no escatime elogios cuando ve que éstas se emprenden:

*"Bueno es que se hermosteen las calles céntricas, que se dé mayor latitud a las aceras y se manden quitar las rejas que sirvan de obstáculo a los transeúntes. [...] Todo esto es muy bueno, es excelente, es laudable, porque al paso que contribuye al mayor hermosteo de Madrid, acredita el celo e ilustración de sus autoridades, y sobre todo, proporciona trabajo a las clases menesterosas, ocupa brazos de honrados jornaleros, a quienes acaso el hambre y la desesperación podrían extraviar de la senda de la virtud"<sup>530</sup>.*

Claro, que tampoco estaría mal que el gobierno se preocupase de adecentar también un poco los barrios populares y no dedicase todos sus esfuerzos a los lugares céntricos de la ciudad: *"Pero entre estas mejoras y el criminal abandono en que se tienen los barrios excéntricos, hay un contraste indecoroso que acusa de injusta e indolente a la autoridad de Madrid encargada del ramo de policía urbana"<sup>531</sup>.*

Como forma de socorrer a los trabajadores en las largas temporadas de paro, Ayguals propone también la creación de sociedades benéficas:

*"¿Por qué no se han de crear en Madrid y en todos los puntos populosos, sociedades benéficas en favor de los beneméritos jornaleros, parecidas a la que con el título de **Caja de socorros agrícolas de la provincia de Castilla la Vieja**, se ha establecido en la ciudad de Valladolid? El pensamiento de facilitar a los pobres socorro en sus apuros, enfermedades y escaseces, no puede ser más hermoso y humanitario"<sup>532</sup>.*

Páginas más adelante exhorta abiertamente a los ricos para que patrocinen este tipo de sociedades:

<sup>528</sup> Alfonso García Tejero: *El Pilluelo de Madrid* [1848], tomo III, cit., p. 129.

<sup>529</sup> *María*, tomo I, cit., p. 24.

<sup>530</sup> *María* II, cit., p. 39.

<sup>531</sup> *Ibid.*

Ayguals no deja de caer en contradicciones, pues si en este pasaje elogia el fomento de las obras públicas por parte del gobierno, ya he comentado otro en el que criticaba la construcción de El Escorial y otros Reales Sitios por parte de los monarcas por lo que suponían de dispendio y derroche de los recursos del estado. Vide supra p. 370-371.

<sup>532</sup> *Ibid.*, I, p. 32.

*"Invitamos a los capitalistas españoles a que concilien sus beneficios con los que el pueblo reportaría de la propagación de tan provechosas instituciones. Dedicuen siquiera a tan filantrópico objeto una pequeña parte de esos millones que consumen los cantores y bailarines extranjeros... y su patria les bendecirá" (t. I, p. 213).*

Cuando tiene noticia de la fundación de alguna de estas instituciones, la celebra encarecidamente como la "*SOCIEDAD AMIGA DE LA JUVENTUD [que] acaba de instalarse en Madrid con el objeto de libertar a los mozos de las quintas, y dotar a las jóvenes cuando contraigan matrimonio*"(p. 214). Lo mismo sucede con las cajas de ahorros:

*"También debemos encarecer la utilidad de las cajas de ahorros. Verdad es que para alcanzar los beneficios de semejantes establecimientos es preciso haber ahorrado antes alguna cantidad; pero esto no disminuye las ventajas que ofrecen al artesano económico. [...] En 1839 establecióse en Madrid una **caja de ahorros** y ha dado muy buenos resultados. Ojalá no tuviésemos que lamentar su falta en las capitales de provincia, puesto que hasta el día no contamos en toda la Península más que con tres o cuatro" (p. 217).*

Estos establecimientos, que ya existen en otros países más adelantados, han probado ser muy beneficiosos para los obreros:

*"En todos los países civilizados han producido grandes ventajas las **cajas de ahorros**, y el jornalero que una vez las experimenta compara sus necesidades con el producto de su trabajo y se afana por economizar. Arregla su conducta, se moraliza, y he aquí un gran paso hacia la civilización del pueblo, porque las costumbres se mejoran, el amor al trabajo crece y se propaga, la vagancia disminuye y se evitan crímenes horrendos" (p. 217).*

Vemos, pues, que estos autores, aunque critiquen duramente el sistema liberal porque las condiciones de vida de los trabajadores son muy precarias, proponen al mismo tiempo una serie de medidas que caben dentro del propio sistema dejándolo a salvo por lo que el fin último es sólo corregir algunos abusos del mismo; de ahí que Ayguals se oponga enfáticamente a los que, llevando su crítica mucho más lejos, pretenden acabar con el propio sistema:

*"Lo que esta magnánima nación necesita para su prosperidad es un gobierno puramente democrático. Y no se crea que al aventurar nuestra concienzuda opinión en tan grave materia tratemos de abogar por ese **comunismo** incomprensible, por ese **socialismo** palpitante, que lejos de constituir a los hombres en fraternal sociedad, vendría a convertirlos en dos bandos beligerantes, que alimentarían una lucha incesante y cruenta, una lucha a muerte entre pobres y ricos, una pelea continua entre los pordioseros y los propietarios, un odio inextinguible entre el honrado trabajador y el crapuloso haragán"<sup>533</sup>.*

En estas palabras está sintetizada toda la "doctrina social" de Ayguals y de los demócratas españoles: no al comunismo -utiliza indistintamente las palabras comunismo y socialismo- porque incita a la lucha de clases y los demócratas, en cuyo pensamiento se encuentran influencias de los utópicos, predicán la concordia social como uno de los puntos fundamentales de su ideario. Por eso,

*"Nosotros, demócratas desde nuestra niñez por convicción y que apetecemos que el triunfo de nuestros principios se deba al progreso pacífico y legal de la humana inteligencia; pero*

---

<sup>533</sup> *El Tigre del Maestrazgo*, cit., p. 399.

*nunca a sangrientas maquinaciones tomadas las más veces por ambiciosos desmoralizados*<sup>534</sup>.

Por el contrario, los que predicán el comunismo son unos desalmados porque fomentan el odio interclasista: "¿Creen poderse llamar benéficos defensores de los pobres porque excitan a éstos a sublevarse contra los ricos? ¡Delirio! ¡Delirio horrible!"<sup>535</sup>. Pero el comunismo no es sólo perverso por incitar al odio, sino que predica también la abolición de la propiedad privada:

*"Anárquico, disolvente y criminal es el aserto de los flamantes abogados de los pobres que aseguran que la propiedad es un robo hecho al pueblo y que este pueblo tiene derecho a exigir la restitución de lo que se le ha arrebatado y apoderarse de las fortunas de cuantos poseen para repartirlas entre la comunidad"*<sup>536</sup>.

Para Ayguals lo que resulta un robo es atentar contra la propiedad. Por eso,

*"jamás nos cobijaremos bajo el estandarte anárquico del comunismo, porque no cabe en nuestra comprensión que se pueda autorizar el robo de la propiedad ajena como una medida justa y civilizadora. Los apóstoles de la anarquía no son nuestros correligionarios. Los patronos de la expoliación de manera alguna pueden blasonar de amantes del progreso"*<sup>537</sup>.

Hasta tal punto resulta un robo atentar contra la propiedad privada que Ayguals califica de bandoleros a los que pretenden su abolición:

*"¡Díganlo sin ambages! 'ASPIRAMOS A LA MENGUADA GLORIA DE SER CAPITANES DE BANDOLEROS', y entonces reconoceremos la veracidad de sus palabras. En efecto, no son los pobres honrados los que resultan protegidos por las disolventes máximas de los comunistas, porque los pobres honrados, son amantes del trabajo, y el trabajo y la honradez son las más sólidas bases de la propiedad. Únicamente los vagos, los crapulosos holgazanes dispuestos a perpetuar todo linaje de crímenes, constituyen la asquerosa clientela de los apóstoles del comunismo, de la expoliación de la propiedad"*<sup>538</sup>.

Es un atentado también contra el trabajo "porque, claro es que nadie querrá sujetarse a molestas fatigas si ha de partir sus beneficios con el estúpido holgazán"<sup>539</sup>. Los principales perjudicados, por tanto, son los trabajadores honrados porque los comunistas lo único que "quieren [es] robarles el fruto de su trabajo"(p. 400). De lo que se deduce que, cualquiera que esté realmente interesado en la defensa de las clases trabajadoras, necesariamente tiene que condenar el comunismo:

*"Impelidos por una generosa emoción de humanidad nos hemos lanzado espontáneamente a la arena para apadrinar a las clases menesterosas; pero si bien reclamamos siempre con ardor cuantas medidas alcancen a mejorar la suerte del artesano laborioso, del infeliz jornalero y de toda criatura desvalida, jamás nos erigiremos en patronos de la vagancia y del crimen, confundiendo a los hombres del trabajo con esos miserables encharcados en el lodazal de la pereza y de los vicios" (p. 405).*

<sup>534</sup> *El Tigre del Maestrazgo*, cit., p. 399.

<sup>535</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 67.

<sup>536</sup> *Pobres y ricos...*, cita., p. 66-67.

<sup>537</sup> *El Tigre del Maestrazgo*, cit., p. 399.

<sup>538</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 67.

<sup>539</sup> *El Tigre del Maestrazgo*, cit., p. 400.

Trabajo y propiedad -que están interrelacionados pues uno es el medio de conseguir la otra- son las bases sobre las que descansa la sociedad, por lo que atacarla es poner en peligro los fundamentos mismos de la sociedad:

*¿Quién osará negar que la propiedad del artesano es el fruto de sus fatigas, la recompensa de su talento, el galardón de su trabajo? El trabajo es pues el origen de la propiedad, y la propiedad es un instrumento de civilización, una garantía de orden, un baluarte de la libertad. El trabajo, en una palabra, es la base de la sociedad misma. [...] En este punto estamos de acuerdo con las ideas que expuso ante la Asamblea en la sesión del 13 de setiembre de 1848 el ciudadano Thiers. Sobre tres bases descansa la sociedad, (ha dicho), LA PROPIEDAD, LA LIBERTAD, LA CONCURRENCIA" (p. 401).*

El comunismo ataca a las bases de la sociedad también por otras razones: por su irreligiosidad. Ya se vio en el apartado dedicado a la religión que ninguno de los autores, por muy liberal que fuera, la ponía en cuestión; todos estaban convencidos de su absoluta necesidad. De ahí que Ayguals ponga el grito en el cielo ante el ateísmo defendido por los teóricos del movimiento:

*"Y estos hombres que empiezan la regeneración del orbe por negar la existencia de su Criador, estos hombres que pretenden abolir la religión, el matrimonio y la familia, se dan a sí mismos el título de filósofos humanitarios, de celosos abogados de las clases desvalidas"<sup>540</sup>.*

Y, en otro pasaje, insiste sobre lo mismo:

*"Estos hombres [...] a nombre de la filosofía derraman sin cesar en el alma todo el veneno del materialismo y del ateísmo. El primer deber del hombre consiste, según estos insensatos, en arrojar del ánimo y de la conciencia la idea de Dios!!!"<sup>541</sup>.*

Ateísmo y democracia son principios incompatibles, porque no puede existir ninguna sociedad sin Dios:

*"Estos principios de eterna execración distan de los que profesar debe un buen demócrata, como de la benéfica luz de la razón se diferencia la pavorosa oscuridad del caos. El verdadero demócrata ama a Dios sobre todo. [...] Sí, sí; para derrumbar a la sociedad entera, para destruir la familia y santificar el robo de la propiedad, para armar el brazo de los mendigos contra los que poseen, para excitar a los holgazanes a que despojen y degüellen sin remordimientos a los artesanos virtuosos que con su mérito, su aplicación y su trabajo incesante han adquirido una modesta fortuna, es necesario renegar de Dios" (p. 400).*

Y, lo más grave de todo, el comunismo es igual al absolutismo. Porque, si la democracia se opone al absolutismo y el comunismo es contrario a la democracia, es evidente que el comunismo busca la vuelta del absolutismo: *"Estos hombres del retroceso, estos instrumentos enmascarados de la reacción, estos agentes del absolutismo y de la tiranía de los reyes, tratan de desacreditar la SANTA DEMOCRACIA" (p. 400)* para lo que predicán ideas disolventes que, como ya se vio, incitan a la chusma a expoliar al verdadero pueblo del fruto de su trabajo, por lo que *"lo mismo aborrecemos el despotismo de los reyes que el desenfreno del vulgo" (p. 405).* Semejantes

<sup>540</sup> *Pobre y ricos...*, cit. p. 67,

<sup>541</sup> *El Tigre del Maestrazgo*, cit., p. 400.

teorías sólo han podido ocurrírsele a auténticos locos y sus partidarios necesariamente son unos insensatos que no andan muy sobrados de inteligencia:

*"Imposible parece que haya en el día jóvenes de tan limitados alcances que se dejen fascinar por las chocheas de dos decrépitos dementes como Roberto Owen y Mr. Cabet patriarcas del comunismo en Inglaterra y Francia"*<sup>542</sup> (p. 403).

Ayguals, por tanto, critica lo que llama abusos del sistema liberal burgués, pero está convencido de que, si se llevan a la práctica las reformas que él propone, la situación del pueblo honrado y trabajador que él distingue del vulgo holgazán, mejorará notablemente. Pero es necesario que se esfuerce, trabaje y luche por salir adelante. Ayguals pone como ejemplo a Manuel, el hermano mayor de María, que entra en una imprenta ganando un real. Toma verdadero interés en aprender y progresar de tal manera que los jefes están encantados con él y al poco tiempo le suben el sueldo a cuatro reales. En este mismo sentido Braulio Foz cuenta en su novela la historia de un mesonero que es una auténtica apología del hombre hecho a sí mismo gracias al trabajo. Se trata de Juan Simón, hombre emprendedor que, utilizando su ingenio y a base de esfuerzo, consiguió salir de pobre. Él mismo refiere orgullosamente cómo lo hizo:

*"Y aquel mismo día, cojo y vendo los dos campos, el mío y el de mi mujer. [...] ¡Qué loco, decían las gentes, qué perdido! Y tú también, Silvestre, lo decías, y tu padre más, que vino y se me quiso comer, e hizo llorar a Felipa. Mas yo callar y a la mía. Conque voy y me compro un burro (con perdón de vuesa merced), y ¡qué tieso que era!, y bajo a Barbastro y me lo traigo cargado de tienda. Y a la hora que suelen venir los arrieros salí a la plaza y les dije: a mi casa, que yo soy mesonero. Ya hace de esto catorce años, cerca de quince, y cuatro que se murió mi mujer, bien rica (a Dios no sea retraído), y con otras carnes que vosotros me la disteis, cuñado, con toda vuestra sopopeya, que al fin, con que venís de buenos, tienes una burra, y mala, que si se te muere te quedas tan de a pie, que no has de montar ya más cabalgadura que la azada, si yo no te lo presto. Y yo tengo par de mulas, y campos y olivares, y jaco que se bebe el viento, y gracia de Dios que no sé dónde metella; y por eso tan de buenos vengo ahora como cuando me casé y era pobre"*<sup>543</sup>.

Ayguals presenta también el caso contrario: el del que se queja de que las cosas le vayan mal cuando él no pone de su parte todo lo que debiera. Se trata de un mozo de café en paro, que mantiene con un arquitecto la siguiente conversación:

*"-Unos deseos tengo de ser rico -dijo el mozo de café meciendo la cabeza.  
-Ese deseo lo tenemos todos -añadió el arquitecto-; pero creo que ninguno de los que estamos aquí lo verá satisfecho... y tú menos que nadie.  
-¿Por qué razón?  
-Porque eres un holgazán.  
-¡Holgazán yo!  
-Ya se ve que sí, y si no, dime, ¿en qué te ocupas ahora?  
-En buscar trabajo.  
-Pero lo cierto es que pasas el día holgando.  
-¿Y qué quiere usted que haga si no encuentro colocación? Desde que me despidieron del café me veo apuradísimo. Si no fuera por la señora Fermina que me da algún socorrillo...*

<sup>542</sup> Contrastan estos insultos con los elogios -gentilmente correspondidos- que en el Prólogo de *María* dedica a Sue.

<sup>543</sup> *Vida de Pedro Saputo* [1844], cit., p. 341.

- ¿Y por qué te despidieron del café?  
 -Decía el amo que andaba poco listo; pero no era ésa la verdadera causa, porque yo he sido siempre muy activo y laborioso, sino que el hombre más honrado tiene enemigos, y sin duda alguna mala lengua...  
 -¿De veras eres amante del trabajo?  
 -Muchísimo... estoy en brasas cuando me veo con los brazos cruzados.  
 -Pues bien, yo te proporcionaré lo que desees.  
 -Yo no deseo más que trabajar.  
 -Trabajarás en ciertas obras que estoy dirigiendo.  
 -Pero es el caso que no sé oficio ninguno.  
 -¿Quién no sirve para peón?  
 -¿Peón de albañil? ¡Dios me libre!  
 -¿Por qué?  
 -Porque no he nacido yo para tan **altos** destinos..., suelo tener ciertos mareos y no me encuentro en disposición de encaramarme por los andamios.  
 -Trabajarás en piso firme.  
 -¡Quiá! ¡Quiá! No quiero yo que me caiga encima alguno de los que andan haciendo los volatines por aquellas tablas angostas... y que me aplaste.  
 -Confiesa que eres un holgazán.  
 -Yo he nacido para un empleo de buena sociedad, y por lo mismo me dedico a mozo de café"<sup>544</sup>.

Estos autores elogian, pues, la honradez y el espíritu emprendedor, de los que Manuel y Juan Simón son dignos ejemplos. Ambos ilustran a la perfección la afirmación de Braulio Foz: "Los hombres que nacen de su cuenta no deben procurar ser hijos sino de sí mismos, de su aplicación y de sus obras"<sup>545</sup>. El mozo de café es ejemplo de lo contrario. Los primeros son pruebas evidentes de las virtudes del liberalismo. La propaganda de que el que se esfuerza obtiene el premio y la apelación a los buenos sentimientos de los poderosos, como forma de corregir sus abusos, son los principales argumentos en defensa del sistema. Como recapitulación global de esta defensa, que conlleva el atacar a los que no quieren reformar sino subvertir el orden establecido, me parece ilustrativa la siguiente cita de Ayguals, en la que aparece, una vez más, una llamada a la concordia social:

*"Los comunistas dicen a los pobres: no tenéis nada porque os lo han robado los ricos. Vuestras escaseces, vuestras privaciones, vuestra insoportable indigencia tienen su origen en el actual estado de la sociedad, en que el rico lo es todo, y se desprecia al pobre como a un negro esclavo.  
 ¡Hombres de las riquezas! ¡Hombres del gobierno y del poder! Desmentid con vuestros actos estas abominables acusaciones. Vean los pobres que lejos de ser sus opresores los ricos, son sus benéficos hermanos, y se evitará el sangriento panorama que presenta a vuestra vista Mr. Thiers en su famosa defensa de **La Propiedad**. [...] Convénzanse los menesterosos de que lejos de proceder sus desgracias de la maldad de los ricos, hay ricos honrados, que se afanan por aliviar la suerte de los desvalidos. Convénzanse también a los ricos de que sus tesoros no les dan superioridad ninguna sobre las masas trabajadoras"*<sup>546</sup>.

<sup>544</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 685-686.

<sup>545</sup> *Pedro Saputo* [1844], cit., p. 382.

<sup>546</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 69-70.

Carácter muy distinto, a pesar de toda su enfática retórica, tiene el tratamiento que de la clase obrera catalana presenta Rafael del Castillo. En el prólogo -dedicado *A LA CLASE OBRERA DE CATALUÑA*- expresa ditirámbicamente la admiración que por ella siente:

*"Admirador de tus costumbres he venido a este país exclusivamente a estudiarlas. El carácter de originalidad que te distingue, la distancia que entre tus ideas y las de las mismas clases de otros pueblos he encontrado, todo te hacen a mis ojos una clase excepcional y única en su género.*

*Mi admiración hacia ti ha sido tal, que no sabiendo de qué otra manera expresártela, he compuesto una novela.*

*A ti que me has inspirado, a ti es a quien se la dedico. [...] Si al retratar el obrero honrado y pobre llega un momento en que tú digas "ése es el tipo de nosotros" mi ambición, mi gloria estará conseguida.*

*He escrito por ti y para ti, si tú lo aceptas habrás llenado los deseos de Rafael del Castillo"<sup>547</sup>.*

Aunque de este arranque cabría esperar algo más que lo que después se encuentra en las casi seiscientas páginas de la novela<sup>548</sup>, también es verdad que, leído con atención, ya están presentes en el prólogo, aunque en germen, las características que en las páginas siguientes se desarrollarán ampliamente: paternalismo protector hacia los obreros que, por otra parte, aparecen poquísimos a lo largo de toda la novela. El único pasaje en el que lo hacen es en la larga descripción de una fábrica textil que realiza hacia la mitad de la novela. Se trata de *La España Industrial*, situada en Sans, pueblo cercano a Barcelona. La cita es bastante larga, pero pienso que merece la pena reproducirla casi completa porque da una visión del mundo industrial -trabajadores incluidos- bastante distinta de la que se ha visto en las páginas precedentes. Comienza con una descripción de la entrada en la que muestra su sorpresa por los modales del portero:

*"Pasemos por la puerta de hierro que sirve de entrada, atravesemos un ancho patio, y al final de él nos encontraremos con otra puerta y un portero que nos demandará con cierta política, que nos sorprenderá en las gentes de su clase, la tarjeta por la cual se nos concede el permiso para penetrar en el establecimiento. Se la entregaremos, y sirviéndonos él de guía, atravesaremos de nuevo otro patio destinado para tender las telas confeccionadas en aquellos vastos talleres" (p. 192).*

A continuación realiza un canto casi épico, digno de un poeta futurista, a la modernidad introducida por la maquinización:

*"El ruido de los cilindros, el rechinar de las ruedas y el crujido de las máquinas nos demostrarán que penetramos en la fábrica. [...] ...trescientos trabajadores, entre hombres, mujeres y niños, ayudan, si se nos permite esta frase, al hilado del algodón. Y decimos que ayudan, porque la mecánica moderna ha inventado tanto, que ya la mano del hombre, en vez de impulsar a las máquinas es impulsado por ellas" (p. 192).*

<sup>547</sup> *Los misterios catalanes o el obrero de Barcelona* [1862], cit., p. 1.

<sup>548</sup> El título de la obra *-Los misterios catalanes o el obrero de barcelona-* sobre todo en su segunda parte no tiene nada que ver con el contenido. Se trata de una novela de nobles perversos y nobles buenos que tienen mil y una aventuras folletinescas cada cual más inverosímil. No es un retrato del mundo industrial de Cataluña, ni mucho menos, como del título podría engañosamente deducirse. El pueblo apenas aparece. Cuando lo hace, el autor muestra hacia él un sentido paternalista acompañado de una profunda admiración hacia la nobleza.

No falta el elogio a los empresarios que de esa manera han impulsado la industria de nuestro país equiparándola a la de los más avanzados:

*"Pero lo que sí podemos decir a nuestros lectores es que la España Industrial es una fábrica-modelo, y que la empresa que la dirige puede estar satisfecha por la altura a que ha sabido colocar la industria nacional"* (p. 193).

Y, lo más importante, realiza un encendido elogio de todos sus trabajadores:

*"Mil quinientos o mil ochocientos operarios hemos visto en ella, y desde luego lo que nos ha sorprendido extraordinariamente, ha sido la compostura, la circunspección que guardan en medio de su trabajo, y la urbanidad y atención con que saludan y atienden a las personas que entran en sus talleres"* (p. 193).

Precisamente por eso es por lo que en el *Prólogo* afirmaba que la clase obrera catalana es única en el mundo, idea en la que vuelve a insistir ahora pormenorizadamente: *"Lo hemos dicho ya y volvemos a repetirlo, la clase obrera de Cataluña es indudablemente la más civilizada, no solamente de España, sino hasta de mucha parte del extranjero"* (p. 193). Las razones por las que los obreros catalanes son más civilizados demuestran hasta qué punto el autor es defensor del liberalismo burgués, pues con "cándida ingenuidad" viene a decir que lo que hace tan atractiva a sus ojos a la clase obrera catalana es su menor capacidad reivindicativa comparada con la de otros países:

*"En casi todos los puntos la clase obrera es un autómatas, es una máquina viviente que trabaja por costumbre o necesidad.*

*En Cataluña es una clase que piensa, que siente, que tiene su dignidad especial, y en la que se encuentra un cierto amor propio<sup>549</sup> que le impide rebajarse hasta cometer cualquiera de esas acciones feas e indecorosas que manchan las mismas clases de otros países"* (p. 193-194).

Lo cual no significa que entre los obreros catalanes no haya alguna excepción, pero son casos individuales que en nada manchan la reputación general tan merecidamente ganada:

*"No queremos nosotros por eso que la clase obrera catalana sea una clase impecable. Pero los que sí desde luego aseguraremos es que si entre sus individuos puede haber uno que degenera de sus compañeros, éste ni formará regla, ni por él se puede ni se debe juzgar a los demás"* (p. 194).

Es decir nos encontramos, por una parte, ante una apología del progreso en su aspecto puramente técnico. El autor se hace lenguas de las maravillas de la maquinización hasta el

---

<sup>549</sup> Se puede ver aquí una vez más, como en otros aspectos señalados en páginas anteriores, un antecedente del pensamiento conservador e incluso reaccionario de algunos autores de la burguesía de finales del XIX y principios del XX como, por ejemplo, Ganivet cuyo elogio del trabajador manual por su amor a la obra bien hecha y no a la ganancia se parece bastante al de Rafael del Castillo: *"Para valerme de una demostración más vulgar y, por lo tanto más enérgica, compararé el zapatero de portal con el fabricante de zapatos. Si pregunto cuál de los dos es más meritorio en su oficio, se me dirá que el fabricante, porque éste trabaja en grande escala, con mayor delicadeza y elegancia y acaso a más bajo precio. Yo estoy por el zapatero de portal, porque éste trabaja sólo para unos cuantos parroquianos y llega a conocerles los pies y a considerar estos pies como cosa propia; cuando hace un par de botas no va sólo a ganar un jornal: va a afanarse cuanto pueda para que los pies encajen en las botas perfectamente, o cuando menos con holgura; y esta buena intención basta ya para levantarle a mis ojos muy por encima del fabricante, que mira sólo a su negocio y del obrero mecánico que atiende sólo a su jornal"*.

*Idearium español*. (1896). Madrid, Espasa Calpe, 10ª edc., col. Austral N° 139, páginas 48-49.



punto de que el hombre es un mero auxiliar de la máquina a la que simplemente "ayuda". Y, por otra, ante un elogio interesadamente sentimental de las virtudes del obrero catalán: sumisión, interés y aplicación en el trabajo. Es decir, las que convienen a la burguesía. Por si fuera poco estas virtudes se encarnan a título individual en Manuel del Bosch *-el obrero catalán* del título- que, no sólo salva a una aristócrata de una muerte segura cuando iba cabalgando en un caballo desbocado, sino que a un obrero que perdió un brazo en un accidente laboral en la fábrica, le promete cederle en adelante parte de su propio sueldo para que ni él ni su familia sufran necesidades: "*No pase cuidado alguno respecto a su familia, que le prometo desde ahora cederles una parte de mi jornal, y creo que mis compañeros harán también lo que puedan por V.*"(p. 199). Pues bien, Manuel que, como he dicho, es el paradigma de todas las virtudes y de quien está locamente enamorada la aristócrata Rosario Cárdenas -pero como lo cree un obrero textil es un amor irrealizable- resulta que es hijo del Marqués de la Esperanza. Fue secuestrado siendo niño y enviado a Cuba por un mayordomo de su padre con la ayuda de un escribano para quedarse con la fortuna del marqués. Afortunadamente todo se aclara a tiempo y, dado su elevado rango social, ya no hay ningún obstáculo que impida su enlace con Rosario, como un amigo de ésta le hace ver: "*¡Oh, Rosario!, prosiguió, puede V. amarlo porque ese hombre es digno de todo su cariño*"(p. 318). Que un obrero textil, que encarna en su persona todas las virtudes humanas y laborales posibles, que se ha pasado todos los años de su juventud trabajando como tal y ejerciendo un liderazgo reconocido por todos sus compañeros de trabajo entre los que gozaba de una indiscutida ascendencia y reconocimiento, resulte ser el hijo de un marqués es una manera simbólicamente muy gráfica de asociar sutilmente virtudes y nobleza, de predicar la concordia entre las clases sociales y de reconocer implícitamente que la nobleza está dotada de una capacidad natural para dirigir, cosa que es inmediatamente percibida, reconocida y aceptada por todos los que la rodean<sup>550</sup>.

Por lo que al trabajo agrícola respecta son poquísimas las referencias que encuentro en estas novelas. Tan sólo cuatro y, de ellas, únicamente dos relativas al trabajo asalariado; las otras dos hablan de lo que podríamos denominar trabajadores autónomos, pequeños propietarios, cuya situación en realidad difiere en poco de la de los jornaleros del campo. Es más, la situación de un trabajador del campo que tenga trabajo fijo es casi siempre bastante mejor que la del pequeño propietario, aunque éste sea dueño de las tierras y el otro no posea nada más que su fuerza de trabajo. El pequeño propietario puede perfectamente arruinarse en un año de mala cosecha y verse obligado a vender su tierra para hacer frente a las deudas. El trabajador por cuenta ajena cobra su sueldo seguro, por muy escaso que éste sea.

Uno de los casos de trabajo agrícola autónomo ya lo analicé en páginas anteriores. Se trata de Juan Simón -en la novela de Braulio Foz *Pedro Saputo*- que vendió sus dos pequeñas parcelas de terreno -una suya y otra de su mujer- para iniciar el negocio de mesonero. Pequeño agricultor, pues, que enajena sus tierras para con el capital conseguido comenzar una empresa

---

<sup>550</sup> Como se verá en el apartado dedicado a la igualdad social, ninguno de estos autores -y en ello se parecen a los ilustrados del siglo XVIII, discute la existencia de la nobleza como tal. Lo que critican es a los malos nobles. Por eso estas novelas están llenas de nobles malos y buenos. Incluso son bastante más críticos con lo que llaman la aristocracia del dinero que con la de la sangre. A ésta tienden a disculparla en muchas ocasiones; a la otra, nunca.

en otra actividad económica. El segundo caso pertenece también a esta misma novela. Pedro, que de todo entiende, va por el campo y se encuentra con un labrador y sus hijos haciendo unos hoyos profundos en la tierra. Les pregunta que para qué son los hoyos y le responden que para plantar una viña.

*"Miró él un rato y dijo: -Buenos labradores, ¿no sería mejor en vez de esos hoyos abrir una zanja tan larga como la tira de la viña, y las hariades con más facilidad, y después de oreada y soleada poniades vuestros sarmientos atravesados y los enterrábades con la tierra ya curada que sacastes primero?"*<sup>551</sup>.

Uno de los hijos se dirige a su padre diciéndole que en su opinión Pedro tiene razón, pero el padre le contesta que no, porque las cosas siempre se han hecho desde hace generaciones como las está haciendo él: *"Así me enseñó vuestro abuelo a plantar la viña, y así os enseñó yo a vosotros"* (p. 89). Pedro le responde que si todo el mundo pensara igual nunca se avanzaría en nada: *"siempre el mundo estuviera en el primer día, y todas las cosas en la primera rudeza"* (p. 91). Pero el labrador no se da a razones y, hartado de que Pedro le diga cómo tiene que hacer las cosas, le insulta y despide de mala manera:

*"sois un rapaz que aún hedéis a la leche del ama, ¿Y os venís dándome lecciones y queriendo persuadir de modas nuevas? Andad hi-de-puta, y seguid vuestro camino, si es que sabéis a dó is, que por cierto no os hemos llamado"* (p. 90).

En este pasaje Braulio Foz -siguiendo el tema general del libro- critica la rutina mecánica<sup>552</sup> en la forma de hacer las cosas lo que, en el fondo, es fruto de la ignorancia.

Ayguals de Izco menciona en una ocasión a los labradores, cuando describe una fiesta palaciega ofrecida por el advenedizo Marqués de Casa-Cresta, para afirmar, al igual que en el caso de los trabajadores industriales, que son expoliados del fruto de su trabajo:

*"Riquísimos uniformes galoneados de oro, grandes cruces, bandas, placas y toda suerte de condecoraciones las más distinguidas engalanaban algunos pechos, seguramente menos generosos que el del mísero y atezado labrador que cultiva la tierra encorvado bajo los abrasadores rayos del sol; y la siega con el sudor de su frente, para que produzca esos frutos que saborea el poderoso en medio de la holganza y de los deleites"*<sup>553</sup>.

El comentario que se puede hacer es exactamente el mismo que anteriormente: Ayguals denuncia con dureza la explotación de que son objeto los trabajadores, en este caso agrícolas, pero no saca las conclusiones que cabría esperar pues, dando un salto en el vacío, apela a los buenos sentimientos para resolver el problema social planteado. Eso sí, buenos sentimientos laicos. Distintos, en ese sentido, de los que podríamos denominar religiosos. Éstos están directamente relacionados con la caridad que, como ya quedó reseñado páginas atrás, es el remedio que, fundamentalmente los autores conservadores, proponen para remediar las estrecheces de la clase trabajadora. En las novela de Fernán Caballero se encuentran bastantes

<sup>551</sup> Braulio Foz: *Pedro Saputo* [1848], cit., p. 89.

<sup>552</sup> Este pasaje se podría muy bien incluir en el apartado dedicado páginas atrás a la ignorancia. Si lo he incluido aquí ha sido simplemente por las ligeras referencias que se hacen a los trabajos agrícolas lo que permite hacernos una somera idea de la vida del campo y, sobre todo, contrastarla con la visión que de la misma da Fernán Caballero.

<sup>553</sup> *María* [1849], tomo I, cit., p. 95.

ejemplos. El personaje prototipo de la caridad es don Martín Ladrón de Guevara quien "*miraba sencilla y cristianamente el dar los ricos a los pobres, no como una virtud, sino como un deber. Dejar de hacerlo era para él una villanía*"<sup>554</sup>. Don Martín no se queda en la teoría, sino que lleva continuamente esta filosofía a la práctica:

*"En el año denominado **del hambre**, esto es, el de 1804, año en que perecían los pobres de necesidad, y en que valían los granos y semillas sumas fabulosas, tenía don Martín sus graneros atestados con el producto de una pingüe cosecha de garbanzos. Cada día hacía que en su presencia se distribuyesen a los pobres; cada niño llevaba una taza, cada mujer dos, y cada hombre que se presentaba, tres*"<sup>555</sup>.

Llegan al pueblo unos arrieros de Sevilla que quieren comprarle los garbanzos:

*"-¿Con que se quieren ustedes llevar los garbanzos, eh?*

*-Sí, señor don Martín, y por el precio no hemos de reñir; que acá traemos plata para pagarlos, mas que fuesen de oro.*

*-Y pueden ustedes poner que de oro son -observó el mayordomo-. A seiscientos reales fanega se los acaban de pagar a don Alonso Prieto.*

*-Ya lo sabemos -contestaron los arrieros-. Señor don Martín, se puso su mercé las botas hogaño.*

*-Pues, señores, siento decir a ustedes que han echado el viaje en balde, puesto que no puedo vender los garbanzos, porque no son míos. [...]*

*-¿Pues de quién son, señor?*

*-De éstos -respondió don Martín, señalando a los pobres-: preguntadles a ellos si los quieren vender. ¿Se venden los garbanzos, hijos? -gritó con la voz de bajo que siempre tuvo.*

*Un clamoreo de angustia y súplica se alzó al cielo*"<sup>556</sup>.

En otra ocasión hay un incendio y se queman todas las mieses de los pobres y la mitad de las de don Martín. Cuando éste se entera le ordena a su sobrino: "*Diles que nada han perdido. [...] Diles que la mitad de mis mieses está ahí para suplir a cada cual lo que haya perdido*" (p. 241). Todos los años, el día de Navidad, reparte la matanza. Le manda diariamente la comida a todos los presos que hay en la cárcel. Incluso se molesta en probarla personalmente reconviniendo públicamente a la cocinera cuando no la encuentra de su gusto. La misma Clemencia se dedica a aleccionar a las nietas de Juana, la criada de la casa, instruyéndolas sobre los beneficios de la caridad:

*"¿No sabes que la caridad es la primera de las virtudes, y se extiende sobre todo lo que sufre, como el sol de Dios por el mundo entero?*

*-La caridad es dar limosna, ¿no es verdad, señorita? -preguntó la mayor.*

*-Por supuesto, la limosna es uno de sus efectos, y así hijas mías, dad, dad, dad sin pararos; que con el corazón en la mano, se pinta la caridad, porque vacías ya, no tienen otra cosa que dar.*

*-¿Y el que no tiene nada? -dijo la niña.*

*-Raro es el que no halle otro más desdichado que él, a quien pueda dar algo, por poco que sea; y lo poco en el que tiene poco, y la intención en quien no tiene nada, consuelan al pobre y agradan a Dios" (p. 200).*

<sup>554</sup> *Clemencia* [1852], cit., p. 166.

<sup>555</sup> *Ibíd.*, p. 166.

<sup>556</sup> *Clemencia*, cit., p. 167.

Y, para ilustrar esta filosofía de la caridad, les cuenta un cuento en el que una reina instituyó un premio anual para la mayor obra de caridad practicada en su reino. Se presentan diversos candidatos. Uno había mandado construir un gran hospital, al que lo único que le faltaba para estar completamente terminado era una lápida con el nombre del benefactor. Otro, había costado la construcción de un cementerio, pendiente sólo del gran panteón que había mandado erigir en el centro para él y su familia. Finalmente se presenta un niño arrastrando a una vieja pordiosera y reclamando el premio para ella. La anciana, avergonzada, dice:

*"Nada he hecho, nada puedo hacer, soy una infeliz que vivo de la bolsa de Dios. Y no obstante -dijo el niño con voz grave-, has merecido el premio. Pues ¿qué ha hecho? -preguntó la noble Reina, que antes de todo quería ser justa-. Me ha dado un pedazo de pan -dijo el niño-. Ya veis, señora -exclamó apurada la anciana-, ya veis, ¡un mendrugo de pan! Sí, -repuso el niño-, pero estábamos solos, y era el único que tenía. La Reina alargó conmovida el premio a la buena pordiosera, y el niño, que era el Niño Dios, se elevó a las alturas, bendiciendo a la gran Reina, que daba premios a la virtud, y a la buena y humilde anciana que lo había merecido"(p. 202).*

Hacia el final de la novela, poco antes de abandonar definitivamente Sevilla, Clemencia vuelve exponer su "programa social" en una larga conversación que tiene con Sir George -p. 320-333- y que comentaré más adelante en el apartado de la revolución. La línea central de ese "programa" es la insistencia en la caridad como medio de lograr el conformismo social. Un personaje de la escuela de Clemencia es la Asistente **-Elia-**; cuando el administrador de su finca le hace ver que sobra personal y que, por tanto, será necesario despedir a algunos, le responde:

*"Es verdad -contestó la Asistente-; llevan ustedes razón; sólo que no han caído en una cosa. -¿Y cuál es? -preguntaron ambos a la vez. -Es -contestó la Señora- que si yo no los necesito a ellos, ellos me necesitan a mí. Quédese, pues, todo como está"<sup>557</sup>.*

Este espíritu paternalista no es gratuito. Busca y consigue la resignación de los económicamente débiles que, al sentirse comprendidos y objeto de la atención de los poderosos, aceptan su situación con cristiano estoicismo. El siguiente diálogo de la Asistente con uno de sus peones es un buen ejemplo de ambas cosas:

*"¿Tienes muchos hijos, José? -decía la Asistente a su borriquero, que era primo del capataz, y muy pobre. -Ocho, Señora. -¡Tal cual!... y los que vengan. -¡Y los que vengan! -repitió el pobre con resignación. -¿Y los quieres mucho? -¡Señora, tantos son nacidos, tantos son queridos (p. 96-97).*

El peón, animado por la familiaridad de la Señora, comienza a contarle sus penalidades. Se queja de que todo le sale mal, pero lo acepta con mansedumbre porque es la voluntad de Dios:

*"...en el cojumbrial nos sacudieron unas tercianas, que nos han tenido a todos doblados hasta ahora poco; pocos fueron los melones que cogimos. Su Divina Majestad no sabe decir sino ¡Denle más! "Señor, le dice San Buenaventura: a Fulano, que es rico, le cayó la lotería.*

<sup>557</sup> Fernán Caballero: *Elia*, cit., p. 108.

-¡Denle más!, dice Su Majestad. Señor, dice el Santo: a Mengano, que es un infeliz, le han dado de palos. -¡Denle más!, dice Su Majestad." Y no sale de ahí.

-José -dijo la Asistenta-, de todo lleva y cuenta razón Su Majestad.

-Ya se ve, Señora, -contestó el borriquero-; pues si no fuera por eso..." (p. 97)<sup>558</sup>.

La protección paternalista, de la que se han visto diversas manifestaciones al hablar de la Iglesia y del poder, vuelve a reaparecer aquí en forma de preocupación por el bienestar económico de los campesinos y de interés por su situación familiar y personal. Me parece muy importante destacar el detalle de que la Asistenta concibe el trabajo poco menos que como una manifestación de su sentido caritativo: son los campesinos -los que trabajan y hacen producir la tierra- los que la necesitan a ella, que es precisamente la que vive a costa del trabajo ajeno.

Como quedó señalado páginas atrás, también se encuentran apelaciones a la caridad entre los autores liberales, aunque con un matiz distinto. Es el caso de la novela de Martínez Villergas en la que Miguel Ángel -personaje que como se vio llega incluso a ocupar una cartera ministerial- habla de la manera de resolver el problema social:

*"La primera obligación social de un buen ciudadano considero yo que es socorrer a los necesitados cada uno según sus fuerzas. A buen seguro que si todos profesáramos esta doctrina, la sociedad no estaría dividida en dos porciones que son ricos y pordioseros, abundancia y miseria. [...] Sería feliz porque nadie moriría en la miseria, nadando tantos en la abundancia; sería feliz porque se evitarían muchos crímenes, puesto que la necesidad de comer induce a los ladrones a apoderarse del dinero ajeno. ¿Y qué derecho tiene un rico para quejarse cuando le roban, si no ha dado limosna o ha dado menos de la que podía a los necesitados?"*<sup>559</sup>.

El matiz distinto es que Martínez Villergas, aunque hable de limosna, lo hace desde una perspectiva social, laica, mientras que Fernán la enfoca desde la óptica religiosa, trascendente. Villergas está preocupado de evitar desórdenes sociales; Fernán Caballero de salvar almas, aunque, evidentemente, éstas, al mismo tiempo que se salvan, hacen lo propio con el orden social establecido.

Si Ayguals -y Villergas con los matices señalados- denuncian que nobles, como el Marqués de Casa-Cresta, viven del sudor de los campesinos -se pone, por tanto, el énfasis en el aspecto socio-económico- Fernán Caballero invierte doblemente la situación: por una parte, lo sentimental predomina sobre lo económico: son los buenos sentimientos de la Asistenta, de Clemencia o de don Martín los que ocupan el primer plano; y, por otra, son los campesinos los que viven a costa de ellos.

Por último, he encontrado un caso de una relación laboral diferente a las dos analizadas: la de los dependientes de una tienda de chocolates. La relación que se establece entre propietario y trabajadores tiene similitudes tanto con la de señor-criado como con la de empresario-proletario, pues viven en la misma casa que el dueño, que tiene así sobre ellos una autoridad que trasciende el plano meramente laboral, pero también realizan un trabajo

<sup>558</sup> Aunque no sea ésa la intención de Fernán Caballero, es evidente que este pasaje se puede utilizar también para comentar el papel de sostenedor del régimen establecido que desempeña la religión. Queda claro que, si el borriquero no estuviera convencido de que alguien está tomando nota de todos sus sufrimientos para compensarle por ellos, no se resignaría tan fácilmente.

<sup>559</sup> *Los misterios de Madrid*, tomo I, cit., p. 35.

productivo que es remunerado. Es el caso del negocio de don Hermenegildo Santistebán, cuyos dependientes viven todos en su casa llevando una vida perfectamente regulada y con unas jerarquías claramente establecidas: "*Don Hermenegildo gustaba sombrero, desde que se levantaba hasta que se acostaba, en señal de autoridad; el dependiente mayor gorra, como signo de influjo y los demás mancebos no se cubrían jamás en casa*"<sup>560</sup>. La jerarquía se observa en todas las actividades como, por ejemplo, en las comidas: "*El amo se servía el primero, y su lugarteniente hacía en seguida plato a sus jóvenes colegas y subalternos*" (t. I, p. 157). Por la tarde, después de cerrar la tienda, rezan todos juntos el rosario, cenan y se van a dormir. Los mancebos tienen estrictamente prohibido salir de casa. Solamente los domingos y días de fiesta se les autorizaba a dar un paseo después de comer: "*Distingúanse éstos de los demás en que se servía, para postres en la comida, un plato de arroz con leche, y en que, después de comer, se permitía a los dependientes que fuesen a dar un paseo*"<sup>561</sup>. Relaciones, pues, también presididas por el paternalismo patriarcal.

### **Conclusiones del trabajo asalariado.**

Dos son las cuestiones que se pueden destacar: La aparición de un modo relevante del mundo industrial y la perspectiva desde la que éste se contempla.

Encontramos una significativa presencia de referencias al mundo industrial -o artesanal según la terminología de los autores-, capitalista, en suma, lo cual es perfectamente lógico si tenemos en cuenta, como se vio en la introducción histórica- que en España, aunque lentamente y circunscrito a determinadas zonas geográficas, se está llevando a cabo un proceso de desarrollo industrial. En cambio, las referencias al trabajo agrícola son bastante escasas; esto ya no es tan lógico si pensamos que España sigue siendo un país eminentemente agrícola. ¿Cuál es la razón de este desequilibrio? Pues que la burguesía, para culminar y "asegurar" -una vez iniciada- su revolución, considera imprescindible al trabajador industrial, al pueblo urbano e innecesario -o un estorbo- al campesino, al pueblo rural. El proletariado industrial -sobre todo el catalán-, que lleva ya treinta años luchando por el derecho de asociación, que ha quemado fábricas en 1835 en defensa de su puesto de trabajo, que ha hecho una huelga general en 1855 en defensa de éstas y otras reivindicaciones, ha dado sobradas muestras de su capacidad de organización, adquisición de conciencia de clase y potencialidad revolucionaria. La burguesía es, pues, consciente de que esa fuerza, canalizada como aliada, es inapreciable; pero también de que, como contrincante, resulta temible. Por el contrario, los obreros del campo no han dado todavía pruebas ni de capacidad organizativa ni reivindicativa<sup>562</sup>. La burguesía ni los aprecia

<sup>560</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo* [1848], tomo I, cit., p. 157.

<sup>561</sup> *Ibíd.*, p. 163.

Pérez Galdós ha escrito numerosas páginas en las que describe este tipo de tiendas y de relaciones entre propietarios y trabajadores como, por ejemplo, los Requejo -Mauro y Restituta- y su mancebo Juan de Dios, personajes todos ellos caricaturizados como ejemplos de tacañería, mezquindad y sordidez en *El 19 de marzo y el 2 de mayo*. O, también, don Benigno Cordero, éste retratado de una forma positiva y que aparece en varios episodios de la segunda serie.

<sup>562</sup> Aunque en la introducción histórica se vio que a partir de 1855 hubo revueltas campesinas en diversos lugares de España, éstas fueron respuestas puntuales a la situación de desprotección en que quedaron los campesinos tras la segunda desamortización. Por otra parte, la más importante de estas protestas, fue la sublevación de Loja

como aliados ni los teme como enemigos. Por eso, la novela liberal de este período se ocupa ampliamente de los obreros industriales y, prácticamente ignora a los del campo.

Por lo que a la perspectiva se refiere dos son los aspectos destacables: la denuncia de la explotación y la apología de la mecanización y el progreso. Los autores liberales en general -y Ayguals de Izco en particular- insisten continuamente en la contradicción de que, siendo los trabajadores los que crean la riqueza, vivan en una situación de penuria pues son expoliados de la mayor parte de los frutos de su trabajo al recibir unos sueldos miserables que no les llegan ni para mal vivir. Ahora bien, esta situación no es directamente imputable al sistema liberal, pues dentro de él cabe todo el mundo, sino a los abusos del mismo. Estos abusos son subsanables: Ayguals propone un completísimo sistema de reformas para ello. Pero, si bien se reconoce la necesidad de las reformas del sistema liberal, que se consideran, además, muy convenientes, los intentos de subversión del mismo resultan absolutamente inadmisibles. De ahí el rechazo frontal y visceral del comunismo por parte de Ayguals. La pregunta que nos podemos hacer es la siguiente: ¿Qué es lo que hace tan excelente al sistema liberal -Ayguals siempre habla de la Democracia- y rechazable al comunismo? Pues que el liberalismo, siempre que desaparezcan los abusos, premia al que trabajando y esforzándose consigue ascender, al hombre hecho a sí mismo. El premio fundamental es el acceso a la propiedad privada que el comunismo pretende abolir. Pero el comunismo pretende también acabar con Dios lo que es un atentado contra los fundamentos de la sociedad<sup>563</sup>. Ayguals se ocupa, pues, ampliamente del proletariado, pero considerándolo siempre como una pieza -importante- del sistema montado por la burguesía.

Rafael del Castillo también se ocupa del proletariado pero concibiéndolo como un apéndice de la máquina. Este autor ensalza el progreso industrial en el que la maquinización ha desempeñado un papel primordial. Los obreros son simplemente los que manejan las máquinas. Evita toda alusión a la explotación -palmaria en Ayguals. Pero, en el fondo, los dos buscan lo mismo: la concordia social. Se podría afirmar que la "armonía" máquina-obrero descrita por Castillo es una metáfora de la armonía interclasista pretendida por todos estos autores.

---

dirigida por Rafael Pérez del Álamo en 1861. De las novelas analizadas en este apartado sólo tres son posteriores a esa fecha.

<sup>563</sup> Ya se ha visto en más de una ocasión cómo la burguesía, aunque en ocasiones dé muestras de un profundo anticlericalismo -Ayguals es un buen ejemplo de ello- es muy consciente de la necesidad de la religión; Ayguals, que pone el grito en el cielo ante el ateísmo del comunismo, vuelve a ser un buen ejemplo. Mientras más moderada sea la burguesía, más convencida de la conveniencia de la existencia de la religión. Galdós lo captó perfectamente: *"El marqués de Falfán de los Godos, hablándome de política, me distrajo de esta batalla que yo daba a la taciturna reserva de Andrea. Las aficiones que yo había mostrado en Madrid a las cosas públicas me perdieron entonces, porque el buen marqués me atacó con verdadera ferocidad de charlatanismo, deseando saber mi opinión sobre sucesos y personas. Mi fastidioso interlocutor era liberal templado, partidario de un justo medio muy justamente mediano, y de las dos Cámaras y del veto absoluto. Había tenido sus repulgos de masón, repetía los dichos de Martínez de la Rosa y era bastante volteriano en asuntos religiosos. Defendía el clero como fuerza política; pero se burlaba de los curas, del Papa y aun del dogma mismo, sin que esto fuera obstáculo para creer en la conveniencia de que hubiese muchos clérigos, muchos obispos, muchísimas misas y hasta Inquisición. En suma: las ideas del marqués eran el capullo de donde, corriendo días, salió la mariposa del partido moderado"*.

*Los cien mil hijos de San Luis*, Madrid, Alianza, 1987, EN 16, p. 99-100.

## 2.2.6. LA DESIGUALDAD SOCIAL.

El trato despótico y la explotación, que acabo de analizar en el apartado anterior, son consecuencia directa de vivir en una sociedad desigual. Cuando los autores -y los individuos, pues la literatura no es sino un reflejo de lo que la sociedad piensa de sí misma- se enfrentan con la desigualdad pueden aceptarla como un hecho natural o criticarla abiertamente achacándola a la injusta organización de la sociedad. En el primer caso se admiten todas las implicaciones que la desigualdad conlleva: superioridad natural de determinados individuos, oposición a los matrimonios interclasistas, conformismo social. En el segundo caso, se afirma el valor y dignidad del individuo como tal, se critica el orgullo y engreimiento nobiliario y se denuncia la discriminatoria aplicación de la ley. Éstos son los aspectos que me propongo estudiar en las páginas siguientes analizando sus múltiples variantes y matices. Sí puedo adelantar que éste es el punto -junto con el de la revolución- sobre el que más referencias he encontrado en las novelas analizadas.

### 2.2.6.1. Superioridad natural.

En una sociedad desigual la desigualdad se nota hasta en los detalles más nimios. Hay toda una serie de signos externos que se convierten en señal de diferencia y distinción. Entre ellos, el más importante, por todas las implicaciones que conlleva -delimitación de jerarquías, muestra de buen gusto, manifestación ostensible y ostentosa de capacidad adquisitiva- es el vestido. Durante siglos el vestido ha marcado las fronteras entre las diferentes clases sociales. La novela, como no podía ser menos, recoge esta peculiaridad. El vestido nos da, de un modo global y directo, una información sobre la persona que lo lleva. En *El golpe en vago* se describe la vuelta de una partida de cazadores al pueblo tras la batida:

*"Precedía la rústica comitiva un joven a caballo, de gallarda presencia, alegre semblante, serena frente y ligeros movimientos. [...] Brillaba en su traje cierto crepúsculo o desmayado lustre de lujo hidalgo, que si bien lo distinguía de la clase llana, no alcanzaba indicar que fuese de la ilustre"*<sup>564</sup>.

Ahora bien, existen ciertas cosas que el vestido, sea el que sea, no puede esconder. Hay ciertos individuos cuya sola presencia desprende un aura de superioridad, dignidad o autoridad que, sin necesidad de que hagan nada, sugestionan a los que están a su alrededor, que les reconocen inmediatamente una preeminencia que todos se muestran siempre dispuestos a acatar. Este conjunto de sensaciones, que transmiten esa impresión de superioridad social o espiritual -y que lo podríamos denominar *porte natural*- es algo imposible de disimular ni de ocultar, aunque traten de pasar desapercibidos utilizando un vestido que no se corresponde con su clase social. Don Juan de Vargas entra en la pastelería de Madrigal y, mientras la pastelera le prepara lo que ha encargado para comer, se dirige a la iglesia *"repasando en su memoria el gracejo de la pastelera, y tratando, por decirlo así, de casar lo plebeyo de su condición con la nobleza de su porte"*<sup>565</sup>. Vargas no se equivocó en su apreciación intuitiva, pues la pastelera no es tal, sino que se llama Inés y es hija de un noble portugués que fue con el rey don Sebastián a

<sup>564</sup> José García Villalta: *El golpe en vago. Cuento de la 18ª centuria* [1835]. En: Felicidad Buendía: *Antología de la novela histórica española (1830-1844)*, Madrid, Aguilar, 1963, p. 882-1121, p. 895.

<sup>565</sup> Patricio de la Escosura: *Ni rey ni roque* [1835], cit., p. 9.



África. Ahora forma parte del partido sebastianista que conspira en la clandestinidad para que vuelva a ocupar la corona de Portugal en manos de Felipe II. Si a Vargas no se le escapa que el porte natural de la que pretende pasar por pastelera no se corresponde con tan humilde oficio ni traje, lo mismo sucede con el Conde de Egmond, cuya superioridad social no resulta inadvertida para nadie, a pesar de ir disfrazado con humildes vestidos:

*"Hicieron todos los presentes una profunda reverencia al recién llegado, a que respondió él alargándoles la mano sucesivamente con la mayor cordialidad y con cierto aire de amable protección peculiar en todos tiempos a las personas de ilustre cuna. Aunque el traje del ilustre flamenco no correspondía entonces ni con mucho a su elevada categoría, [...] se traslucían por entre la humildad de su vestido las prendas exteriores de un grande y muy poderoso personaje"*<sup>566</sup>.

La nobleza, pues, como en el caso anterior, no se puede disimular por más que el vestido no se adecue al que debería corresponderle. Otras veces, es la dignidad, consecuencia entre otras cosas de la inteligencia, la que contradice al traje:

*"El aire de aquel labriego parecía revelar algo de grande y noble que llamaba la atención, y lo que acababa de oírle el extranjero en un lenguaje y con una expresión que no correspondía a la clase que denotaba su traje pertenecer, acrecentó su admiración y curiosidad"*<sup>567</sup>.

De las tres citas se pueden extraer, al menos, dos conclusiones comunes: una -la desarrollaré más adelante-, que las diferencias sociales son tan acentuadas que se reflejan incluso en el vestido; es decir, que se acepta, como una convención social más, que cada clase social se debe vestir de una manera diferente; y la otra, que el vestido no puede ocultar la verdadera personalidad de cada uno. El vestido -lo más externo de lo externo- no puede imponerse ni cubrir falseándolos otros aspectos que, aunque sean también externos, son indicativos de la verdadera personalidad. Estos otros aspectos son los que constituyen el *porte natural*, que siempre aflora, se vaya como se vaya vestido. Por eso, Fernán Caballero no necesita describir cómo un personaje va vestido para transmitirnos que se trata de alguien muy por encima del común de los mortales:

*"Ana, su viuda, era una mujer distinguida en su esfera, y lo hubiese sido igualmente en otra más elevada. Criada por su hermano, que era cura, su entendimiento era culto, su carácter grave, sus maneras dignas, su virtud instintiva. Estos méritos, unidos a su posición acomodada, le daban una superioridad real sobre todos los que la rodeaban, que admitía sin abusar de ella"*<sup>568</sup>.

Exactamente lo mismo que la Asistente, que tampoco necesita hacer ostentación de esa misma superioridad -todo lo contrario- para que se la reconozcan. En una excursión, a la que me referiré un poco más adelante, que realiza a una de sus fincas, se comporta familiarmente con su borriquero interesándose por su familia. El borriquero del pedante erudito don Narciso -quien es además de ideas liberales- intenta hacer lo mismo. Pero, don Narciso lo corta secamente diciéndole que su conversación le importuna. El campesino reflexiona:

<sup>566</sup> Eugenio de Ochoa: *El auto de fe* [1837], tomo I, cit., p. 188-189.

<sup>567</sup> Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Sab* [1841], cit., p. 107.

<sup>568</sup> *La familia de Alvarada*, cit., p. 81.

*"El pobre borriquero volvió los ojos con harta envidia hacia el borriquero de la Asistenta, de la gran señora tan encopetada y poderosa, que le iba preguntando por sus hijos y por su pegujar.*

*-¡Qué pronto -dijo para sí- se dan a conocer el que es algo y el que es nada!"<sup>569</sup>.*

En alguna ocasión Fernán Caballero va todavía más lejos al ampliar la lista de estos valores que se poseen de un modo natural y, por lo tanto, es imposible ocultar. Al comienzo de *La Gaviota* describe a los pasajeros que se encuentran en un barco entre los que

*"se distinguía un joven como de veinticuatro años, cuyo noble y sencillo continente y cuyo rostro hermoso y apacible no daba señales de la más pequeña alteración [los demás andaban todos mareados] ... y en toda su persona, en su modo de andar y en sus gestos se traslucía la elevación de clase y la del alma, sin el menor síntoma del aire desdeñoso que algunos atribuyen injustamente a toda especie de superioridad. Su fisonomía, su garbo, la gracia con que se embozaba en su capa, su insensibilidad al frío y a la desazón general, estaban diciendo que era español"<sup>570</sup>.*

No sólo es español, sino que también es noble, pues se trata del duque de Almansa, "*uno de aquellos corazones que palpitaban bajo las armaduras del siglo XV, y cuyos restos sólo se encuentran hoy en España*"(p.127). Es decir, que para Fernán Caballero, tan defensora de los valores tradicionales, en trance de desaparición en toda Europa y cuyos últimos restos sólo se pueden encontrar ya en España, no sólo la nobleza imprime un carácter indeleblemente marcado en lo que he denominado porte natural, sino que lo mismo ocurre con la españolidad<sup>571</sup>. El que es español -pero auténtico- no lo puede disimular.

### 2.2.6.2. La desigualdad social: aceptación y denuncia

Hemos visto, pues, que tanto los autores de tendencia liberal como la conservadora Fernán Caballero coinciden en que existen desigualdades y que éstas se perciben en las sensaciones que del *porte natural* de la persona se desprenden. Lo que podemos preguntarnos ahora es ¿a qué se debe este *porte*? ¿Qué es lo que hace que ciertos individuos transmitan un aura de dignidad, superioridad, y otros no? ¿El lugar en el que se nace o es algo que cualquiera puede conseguir mediante la educación adecuada? O, dicho de otro modo, ¿es una característica estamental o individual? La respuesta a esta pregunta será diferente según nos encontremos ante un autor de tendencia conservadora o liberal. Uno de los personajes de Fernán Caballero -cuya forma de pensar coincide bastante con la de la autora- critica que a Elia -una expósita de origen desconocido- se le dé una educación por parte de su protectora que no se corresponde con su origen social:

*"¿Conque es portarse como madre -repuso la baronesa- criar a una expósita como a una señorita, sacarla de su esfera, darle tales humos, distraerla de la vida monástica, para luego casarla con un lacayo... como es de presumir?"<sup>572</sup>.*

<sup>569</sup> *Elia*, cit., p. 100.

<sup>570</sup> *La Gaviota* [1849], cit., p. 10-11.

<sup>571</sup> Esta cita -mucho más larga- ya fue comentada páginas atrás al analizar ciertas virtudes que ya sólo se encontraban en España en el pueblo y en algunos nobles. Vide p. 394-395.

<sup>572</sup> Fernán Caballero: *Elia* [1849], cit., p. 64.

Por las mismas razones, como veremos en el epígrafe dedicado al matrimonio, la marquesa se opondrá frontalmente a que su hijo Carlos -que tras haber luchado contra Napoleón ha vuelto del ejército con ciertos

Justamente lo contrario, que no se imparta al pueblo la misma educación que a las clases altas, es lo que critica Salas y Quiroga; Angustias, mujer trabajadora perteneciente al pueblo llano, está enamorada del aristócrata D. Félix. Cuando descubre que éste quiere a Otelina, mujer también de alto rango social, Angustias "renuncia" cediendo todo el terreno a su rival: "*Es digna que usted la ame*" le dice a D. Félix refiriéndose a Otelina. Ante esta renuncia sin siquiera luchar el autor comenta:

*"¿Por qué se infiltra en el corazón de una sencilla joven la pasión despojada de sus terribles atributos de exclusivismo y altivez? ¿Por qué la manola no se cree purificada de la mancha del nacimiento pobre ni siquiera con el bautismo del amor? Porque la educación social, repartiéndola a los hombres en grupos de casta distinta, sofoca todos los gérmenes de dignidad en el corazón, y nos rebaja hasta el punto de oscurecer a nuestros ojos la verdad santa de la igualdad en la pequeñez humana"*<sup>573</sup>.

Es decir, la "educación" que se le da al pueblo es -como orientada que está al mantenimiento del sistema establecido- absolutamente alienante, pues les lleva incluso a aceptar de buen grado y como completamente naturales situaciones que les perjudican. De ahí que no hagan nada para cambiarlas: "*No se ocurrió a la imaginación de Angustias que le fuera lícito luchar con Otelina, ni extrañó siquiera que don Félix la amase, ni casi le pesó*"<sup>574</sup>. La educación que se recibe es determinante porque "*todos los seres vienen al mundo dotados de buenas y malas inclinaciones, y éstas se modifican y transforman enteramente con la educación*"<sup>575</sup>. Si la educación fuese la adecuada, la que pretenden los liberales, nadie se creería inferior a nadie, sino que todo el mundo estaría convencido de su dignidad como individuo. Ante la posibilidad de que esto pueda ocurrir la Asistentita -que llama, además, a los liberales "descamisados"- pone el grito en el cielo porque eso sería ir nada menos que contra las leyes de la naturaleza: "*Un liberal [...] es el que quiere destruir [...] las leyes de la naturaleza queriendo que seamos todos iguales. ¡Caramba con ellos!...*"<sup>576</sup>. Cuando es evidente que no lo somos como lo demuestra el hecho, por ejemplo, de que los criados no tienen la misma sensibilidad que sus señores porque la naturaleza ha hecho a unos más groseros y ha dotado a otros de delicadeza: "*El mismo Mendo, cuyos instintos torpes y groseros solían alejarle de ciertas emociones, propias tan sólo de organizaciones más delicadas, parecía mustio y apesadumbrado en aquella ocasión*"<sup>577</sup>. Pero, si la Asistentita apela a la naturaleza para reivindicar el derecho a la desigualdad, lo mismo hace Braulio Foz para lo contrario: "*Iguales en lo esencial y desiguales en lo accidental hizo a los hombres la naturaleza*"<sup>578</sup>. Luego, si la naturaleza hizo a todos los seres humanos iguales, el origen de la desigualdad debe estar en la sociedad, que es la conclusión a la que llega el esclavo mulato Sab, enamorado sin esperanza de su ama Carlota, en la siguiente confesión que le hace a su amiga y confidente:

*"¡Teresa! ¡Entonces recordé también que era vástago de una raza envilecida! ¡Entonces recordé que era mulato y esclavo! Entonces mi corazón abrasado de amor y de celos, palpitó*

---

resabios liberales- se case con Elia.

<sup>573</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo* [1848], tomo I, cit., p. 241.

<sup>574</sup> *Ibíd.*, p. 241.

<sup>575</sup> Juan Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid* [1844], tomo I, cit., p. 216.

<sup>576</sup> Fernán Caballero: *Elia* [1849], cit., p. 44.

<sup>577</sup> Enrique Gil y Carrasco: *El señor de Bembibre*, cit., 203.

<sup>578</sup> Braulio Foz: *Pedro Saputo* [1844], cit., p. 45.

*también por primera vez de indignación, y maldije a la naturaleza que me condenó a una existencia de nulidad y oprobio; pero yo era injusto, Teresa, porque la naturaleza no ha sido menos nuestra madre que la vuestra. ¿Rehúsa el sol su luz a las regiones en que habita el negro salvaje? ¿Sécanse los arroyos para no apagar su sed? ¿No tienen para él conciertos las aves, ni perfumes las flores?... Pero la sociedad de los hombres no ha imitado la equidad de la madre naturaleza, que en vano les ha dicho: "¡Sois hermanos!" ¡Imbécil sociedad, que nos ha reducido a la necesidad de aborrecerla, y fundar nuestra dicha en su total ruina!"<sup>579</sup>.*

Fernán Caballero muestra su ironía ante la idea -y uno de sus teóricos, Rousseau- de que es la sociedad la que causante de las desigualdades sociales. Los aristócratas de *Elia* hacen una excursión -ya mencionada anteriormente- a una finca de la Asistenta. Uno de los arrieros, contratados para la ocasión, pega al burro. La Asistenta, que lo ha visto, le reprende y ordena que se vaya. Pero el mayordomo intercede por él, haciéndole ver a la Asistenta que es un pobre hombre con seis hijos que necesita ganarse la vida. La Señora consiente en que se quede. Sin embargo el arriero, herido en su orgullo, aunque pierda el jornal -cosa que no ocurre porque la caritativa Asistenta se lo hace llegar a su mujer sin que el soberbio arriero se entere- prefiere irse:

*"¡Genuina andaluzada! -dijo con su risita el señor Delgado-. Pobres como Job, soberbios como Tarquino.*

*-Y eso, -dijo la condesa riéndose- que no han leído vuestro querido **Contrato social**, ni les habéis hecho una arenga sobre la **dignidad del hombre**.*

*-¡Cómo ha de ser! -dijo el capataz, que quería disculpar a su paisano-. Honra y provecho no caben en un saco.*

*-No hay duda -exclamó entusiasmada la condesa-; son almas de príncipes bajo paño burdo-Frasco, déle usted media onza de mi parte"<sup>580</sup>.*

Todos son, pues, conscientes de vivir en una sociedad en la que existen profundas desigualdades. Los autores de ideología conservadora -en realidad los únicos testimonios (escasos por cierto) que tengo sobre este punto son de Fernán Caballero, pues los demás no lo tratan- intentan -aunque con bastante timidez (más adelante veremos por qué)- justificar la situación; los liberales, por su parte, la fustigarán con acritud. Por eso se encuentran muchas más referencias sobre la denuncia de la desigualdad que sobre su justificación.

La denuncia de la desigualdad implica la aparición y tratamiento de otras ideas como la valoración del individuo, el papel de la nobleza, las discriminaciones legales y de otro tipo, y los límites de la igualdad.

### 2.2.6.3. La dignidad del individuo.

Si, como se ha visto antes, la naturaleza hace a todos los seres humanos iguales y es la sociedad la que construye barreras entre unos y otros, eso quiere decir que todos los individuos, por el simple hecho de serlo, tienen la misma dignidad independientemente de la clase social a la que pertenezcan. Abundan las declaraciones referidas a este punto: "*Al hombre debe juzgársele por sus obras y no por su nacimiento. [...] Un plebeyo es susceptible de abrigar*

<sup>579</sup> Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Sab* [1841], cit., p. 206.

En las últimas palabras de Sab queda implícita la amenaza de la revolución que analizaré más adelante en otro punto aparte.

<sup>580</sup> *Elia* [1849], cit., p. 95.

*pensamientos nobles y caballerescos como el primer aristócrata del mundo*<sup>581</sup>. Y ello se debe a que "todos los hombres somos iguales al nacer; no se diga que la condición más o menos elevada del alma es inherente a la condición de la sangre"(p. 216). Elena -criada que aparece en *El pilluelo*- cuando se entera por su amigo Julio de que le ha conseguido trabajo en una casa importante, le responde: "Según contaba mi abuelo, fuera de que cada uno es cada uno en el saber y el valimiento... en lo demás toditos somos iguales"<sup>582</sup>. Manuel, el hijo de Anselmo y hermano de María, que se ha alistado en la Milicia Nacional canta una canción que se hace eco de estas mismas ideas:

*"Todo conde o marqués nace hombre;  
sus dictados vinieron después;  
por sus prendas al hombre estimemos,  
no tan sólo por conde o marqués"*<sup>583</sup>.

La naturaleza, pues, en contra de lo que pensaba la Asistente, no hace distinciones entre los individuos, ni Dios tampoco: "Convénzanse los que se apellidan aristócratas, los magnates los poderosos, los ricos, de que entre ellos y los demás hombres, Dios y la naturaleza establecieron la más perfecta igualdad"<sup>584</sup>. Federico -el pintor que aparece en esta misma obra- va mucho más lejos, pues hablando con su hija Enriqueta, le dice que el mérito adquirido es superior al nacimiento: "Eres hija de un artista honrado, y la nobleza del ingenio y de la virtud, son superiores a los vanos títulos que surgen de una necia vanidad"<sup>585</sup>. Federico, que tiene muy clara la conciencia de su dignidad como hombre, no se arredra ante nadie. Estas misma ideas que expresa ante su hija las defiende con absoluta entereza ante el orgulloso Duque de la Azucena con el que mantiene un largo diálogo con motivo de una visita que el presuntuoso aristócrata hace a la casa del artista. Ante las ironías del Duque sobre su educación, Federico le responde:

*"La educación que he recibido de mis padres y que procuro dar a mis hijos, tiene por base la virtud, nunca la ambición. [...] Nos enseña a enorgullecernos de vivir con el fruto de nuestros afanes, y compadecer las preocupaciones de los magnates que nos miran con insultante desdén. Nuestra educación no apadrina la ridícula vanidad, pero es suficiente a darnos a conocer los sacrosantos derechos del hombre"* (p. 456).

El diálogo se extiende a lo largo de varias páginas y -hacia el final- Federico le dice al Duque lo mismo que le había dicho a su hija, que el talento está por encima del nacimiento:

*"La aristocracia más respetable para la sana razón es la del talento. Entre un sabio artista y un orgulloso magnate, hay la misma distancia que entre el ente racional y el autómatas. El primero es el hombre de la inteligencia, del trabajo, de las virtudes. El segundo es un maniquí que se mueve al impulso de la rastrera adulación, un títere que se lanza a la escena cuando toca su alambre la intriga de los palaciegos"* (p. 462).

La honradez es también para Miguel Ángel -el personaje de Martínez Villergas- la cualidad fundamental de la que se deriva la dignidad del individuo: "Ya sabes que yo soy demócrata, y para

<sup>581</sup> Juan Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid* [1844], tomo I, cit., p. 216.

<sup>582</sup> Alfonso García Tejero: *El pilluelo de Madrid*, tomo I, cit., p. 228.

<sup>583</sup> W. Ayguals de Izco: *María*, tomo II, cit., p. 95.

En nota a pie de página escribe Ayguals que el autor de esta canción es D. Francisco Altés y Gurena.

<sup>584</sup> Ayguals: *Pobres y ricos...*, cit., p. 66.

<sup>585</sup> *Ibíd.*, p. 439.

*mí nadie es alto ni bajo cuando gana de comer honradamente*<sup>586</sup>. Incluso la Baronesa del Lago, personaje de la más rancia aristocracia, le dice a María:

*"Todas las personas virtuosas son iguales; sólo hay una barrera que divide el vicio de la virtud. [...] Sólo los orgullosos miran con desdén a los pobres; pero su necio orgullo es mil veces más deshonoroso y despreciable que la pobreza"*<sup>587</sup>.

Precisamente por eso Sab, aunque es esclavo, no se siente inferior a nadie:

*"¿Conque eres mulato? -dijo el extranjero tomando oída la declaración de su interlocutor, el tono de despreciativa familiaridad que se usa con los esclavos-. Bien lo sospeché al principio; pero tienes un aire tan poco común en tu clase, que luego mudé de pensamiento. El esclavo continuaba sonriéndose; pero su sonrisa era cada vez más melancólica y en aquel momento tenía también algo de desdeñosa. -Es -dijo volviendo a fijar los ojos en el extranjero- que a veces es libre y noble el alma, aunque el cuerpo sea esclavo y villano"*<sup>588</sup>.

De la misma opinión es don Félix de Montelirio, que describe así a una mujer del pueblo:

*"Supongo que no tendrá V. inconveniente en recibir aquí a la sobrina de Serapio Sardina; aunque mujer del pueblo y sin cultura de entendimiento, reúne mil circunstancias notables y extrañas en las de su clase"*<sup>589</sup>.

Incluso la propia Fernán Caballero se hace eco de alguna manera de estas ideas cuando escribe: *"Se engañan mucho los que creen que la modestia y la humildad se ocultan siempre bajo la librea de la pobreza. No: los remiendos y las casuchas abrigan a veces más orgullo que los palacios"*<sup>590</sup>.

#### 2.2.6.4. Crítica de la nobleza.

Una consecuencia lógica que se deriva de la valoración del individuo es la crítica a la nobleza -no se puede valorar al individuo sin denunciar el orgullo de los que se creen superiores por haber nacido en una más alta cuna-, tanto la de la sangre como la del dinero, aunque para referirse a ésta los autores prefieren utilizar el término aristocracia. Ahora bien, esta crítica no es absoluta; aunque muchas veces se denuncie el orgullo, el engrعيمiento nobiliario, así como el desprecio con que algunos nobles tratan al pueblo, la existencia de la nobleza como clase social no se discute; en última instancia queda a salvo porque el tema termina llevándose al plano individual y planteándose como un problema de buenos y malos, pues de las dos clases de nobles se nos ofrecen ejemplos; incluso, encontramos un caso en el que se hace una valoración general positiva de la nobleza española. Veamos todo esto con detenimiento analizando casos concretos de las diferentes novelas y teniendo en cuenta también de antemano que la contundencia de la crítica no es la misma en todos los autores.

El más radical de todos ellos es Martínez Villergas. Éste habla de los distintos tipos de aristocracia. Aparte de la del mérito -que la analizaré más adelante- distingue dos: La aristocracia

<sup>586</sup> *Los misterios de Madrid*, tomo II, cit., p. 14.

<sup>587</sup> *María*, tomo I, cit., p. 404.

<sup>588</sup> Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Sab* [1841], cit., p. 108.

<sup>589</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo* [1848], tomo I, cit., p. 253.

<sup>590</sup> *La Gaviota* [1849], cit., p. 30. Claro que Fernán Caballero no está hablando del pueblo, sino describiendo las ruinas de un convento que, en sus mejores tiempos, *"había sido digna morada de muchos varones ricos e*

*"puede dividirse en dos partes, a saber: la aristocracia de la sangre y la del dinero. [...] El aristócrata por herencia, es decir, el aristócrata de sangre azul puede ser, y en España lo es de hecho, un mentecato que, como dice el vulgo, no sabe dónde tiene la mano derecha, un tonto preocupado con sus títulos aunque no tenga dinero, y que no porque tenga dinero se casa más con él que con sus títulos"*<sup>591</sup>.

No es mucho mejor la opinión de Ayguals quien -aunque ya se verá más adelante cómo él mismo la matiza,- cuando se refiere a ellos en conjunto, los define como *"momias que están en perenne rebelión contra el tiempo y le hacen una guerra sin treguas con los proyectiles de dentaduras postizas, rizos comprados, colorete, blondas y brillantes"*<sup>592</sup>. Ésta es una aristocracia inútil, parásita entregada al lujo y las francachelas y que, encima se permite la desfachatez de despreciar al pueblo a cuya costa vive. Lo único que tiene es orgullo:

*"Si separáis a esos magnates de sus palacios porque sus palacios son obra de la plebe, si les despojáis de sus propios trajes, porque todo es obra de la asquerosa plebe, quedará el orgulloso palaciego reducido al miserable emblema del hombre salvaje, mientras la plebe escarnecida y despreciada, esa plebe que constituye el pueblo trabajador, puede exclamar con la frente erguida: 'Hombres de la ignorancia y del bastardo orgullo, humillaos ante nosotros, supuestos que nada sois sin nuestra inteligencia, y reconoced la superioridad inmensa que lleva el hombre útil, el sabio, el artista y hasta el infeliz jornalero, al que no tiene más mérito que haber heredado mucho oro, y unos ridículos pergaminos que prolongan de generación en generación la vacuidad de los necios"*<sup>593</sup>.

Hombre útil/pergamino son los dos conceptos clave que se oponen en la cita anterior. Los que no tienen otra cosa que ofrecer que los pergaminos de sus antepasados, además de no ser nada por sí mismos, han olvidado -y por eso desprecian al pueblo- que su origen pudo haber sido también muy humilde:

*"Es un mal miserable en la gente llamada de la **sangre azul** la aversión a los que ellos califican de plebeyos. Un artesano, y quien dice un artesano dice un artista o un literato, es a los ojos de los aristócratas un ente despreciable por no haber nacido entre ejecutorias y pergaminos; sin acordarse jamás de su origen que puede ser bien humilde. Una pobre casa de campo llega con el tiempo a ser una ciudad y una ciudad acaba en aldea con el transcurso de los años: del mismo modo que muchos descendientes de reyes serán hoy día verdugos y acaso más de un descendiente de verdugo estará desempeñando el papel de rey en el teatro del mundo. Estas consideraciones que habían ocupado tantas veces a Miguel Ángel antes de saber la calidad de su sangre, le decidieron a adoptar las ideas democráticas, siendo constantemente su divisa estos dos versos: No es noble quien noble nace // sino quien lo sabe ser"*<sup>594</sup>.

Un ejemplo de esta nobleza, que lo único que puede ofrecer es el orgullo del nacimiento, es el Conde del Llano. Para empezar, ha recibido una -por llamarla de alguna manera- pésima educación:

*"Había perdido a sus padres siendo niño, y desde los primeros años de su adolescencia había vivido sin la menor sujeción, bajo la tutela de una hermana de su madre, vieja tan presumida*

---

*ilustres"*.

<sup>591</sup> Juan Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid* [1844], tomo III, cit., p. 35-36.

<sup>592</sup> *Pobres y ricos...* [1849-50], cit., p. 41.

<sup>593</sup> *Ibíd.*, p. 462-463.

<sup>594</sup> Juan Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid* [1844], tomo I, cit., p. 14.

*como imbécil, que además de tía era su madrina, le quería locamente, y no había querido molestarle con estudios que, según ella decía, para nada necesitaba siendo tan rico y teniendo tanto talento natural*<sup>595</sup>.

Con esta educación sus únicas inquietudes son las diversiones, en las que destacan en todas:

*"Los cafés, el tiro de pistola, la sala de esgrima y el picadero habían sido las cátedras que formaron su educación, y en todas ellas había descollado, pues al paso que no había vicio que no poseyera, tan diestro era en el manejo de las armas como del caballo y del cabriolé"* (p. 470).

Estas habilidades unidas a su orgullo hacen que no respete nada ni a nadie:

*"Fiado en su destreza en el manejo de todas armas, llevaba su buen humor hasta la insolencia. Era burlón y provocador, circunstancias que le habían acarreado muchos desafíos, y de todos había salido triunfante. Esto no sólo aumentaba de día en día su insolente audacia, sino que había logrado adquirir tal nombradía, que generalmente se le respetaba"* (p. 469-70).

Y, entre tantas cualidades, no podía faltar la de Don Juan, lo que, por una parte le convertía en el terror de todos los maridos con esposas jóvenes y bonitas; y, por otra, le hacía especialmente atractivo a los ojos de las mujeres:

*"La misma celebridad que le habían granjeado sus frecuentes calaveradas, presentábale a los ojos del bello sexo como un interesante héroe de aventuras amorosas, y unido este aliciente a la finura con que prodigaba sus galanteos, a su elegante presencia y bellos modales para con las damas, y a su título y riquezas, hacíanle afortunado en sus románticas aventuras"* (p. 470).

Orgullo y riquezas le hacen también creerse superior al hidalgo del pueblo de Pedro Saputo. Un día ultrajó a la madre de éste públicamente. Cuando Pedro se enteró comentó que el hidalgo de comportaba así como consecuencia de la *"soberbia del nacimiento y confianza en las riquezas"*<sup>596</sup>. Otro ejemplo de noble poco recomendable, también por su orgullo, es la Condesa de la Estrella. Decidida partidaria de la desigualdad, ante las objeciones que su hija le pone al marido que le ha buscado porque lo único que tiene son títulos pero le faltan buenos sentimientos, responde: *"¿Pero quién te ha inculcado esas ideas tan plebeyas, Elisa? ¿Qué más puedes desear, que tener a tu lado un hombre rico y noble?"*<sup>597</sup>. De la misma opinión es el Duque de la Azucena, padre de Eduardo; cuando se entera de que su hijo mantiene un excesivo interés y familiaridad con algunos pobres a los que ayuda económicamente, le reprende diciéndole que *"se puede socorrer a los pobres sin necesidad de rozarse con ellos. La dignidad de nuestra nobleza se degrada con semejante humillación"*<sup>598</sup>. Lo mismo le sucede con otros, nobles amigos suyos, en una ocasión que recurre a ellos buscando la ayuda de su influencia para poder liberar a dos pobres mujeres injustamente encarceladas:

*"Quiso poner en movimiento sus vastas relaciones para alcanzar la libertad de sus protegidas; pero si bien es verdad que mil personas de grande influjo le prometieron*

<sup>595</sup> Ayguals: *Pobres y ricos...*, cit., p. 470.

<sup>596</sup> Braulio Foz: *Pedro Saputo* [1844], cit., p. 43.

<sup>597</sup> Rafael del Castillo: *Los misterios catalanes* [1862], cit., p. 80.

<sup>598</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 234.



*gestionar para facilitarle el logro de su intento, cierto es también que ninguna de ellas osó dar un solo paso en este asunto por temor de comprometerse. Además, tratábase de dos pobres mujeres indigentes, y lejos de interesarse por ellas los magnates, ridiculizaban en la ausencia del duquecito, su excesiva caridad para con unas miserables nacidas de la hez del populacho" (p. 56).*

Fernán Caballero es de la misma opinión cuando afirma, y no por boca de ningún personaje sino de la propia narradora:

*"La tolerancia llevada hasta sus últimos límites, esto es, hasta hacerse extensiva, no sólo a gentes sin educación e inferiores en la jerarquía social, sino hasta personas cuya conducta es mala o deshonrosa con escándalo, es una falta de decoro y de distinción en la sociedad española, que con copiosos y justos argumentos censuran los extranjeros distinguidos"<sup>599</sup>.*

Sin embargo este orgullo, ante el signo de los nuevos tiempos, resulta cada vez más anacrónico; en la novela de Manuel Angelón, el diputado Tamarit mantiene una entrevista con el bandido Roque Guinart. Éste es también noble -don Antonio Rocha- pero se ha convertido en un proscrito como consecuencia de un desgraciado asunto familiar. Cuando termina la entrevista Guinart le tiende la mano a Tamarit, que no se la estrecha. Guinart hace la siguiente reflexión:

*"Es mucho lo que cambian los hombres: en otro tiempo me hubiera cortado la mano que un noble no hubiera querido estrechar... Ahora compadezco al pobre diputado, y me río de esa humanidad tan estúpida y tan enfatuada que quiere establecer condiciones en las jerarquías sociales. La cuna... hermosa palabra y más hermoso sueño... La cuna de un noble... ¿Quién dijera que muchas veces debe convertirse en cadalso de un criminal!"<sup>600</sup>.*

Es decir, las jerarquías sociales no tienen ya el carácter absoluto que tenían. Como todo lo demás, son bastante relativas. Tan relativas que hasta los que -desde su simple ingenuidad- creían, como si de un dogma de fe se tratase, que nobleza y caballerosidad eran inseparable, están descubriendo que no siempre es así. Es el caso de Mendo quien

*"iba cayendo en la cuenta de que por muy conde y muy señor que fuese el de Lemos, no llegaba a juntar otras cosas que no hacen menos falta, como la hombría de bien y la bondad de carácter. Acostumbrado a ver en sus amos entrambas cualidades, y aun muchas más, el cuitado Mendo las creía anejas a toda nobleza y poderío, y ahora, desengañado ya en fuerza de reflexiones y evidencias, se le oyó exclamar más de una vez desde la aventura del soto, provocada por su imprudencia: '¡Qué demonio de hombre..., tan señor y tan pícaro...! ¡Quién lo hubiera creído, con tanto oro y unos vestidos tan ricos...! ¡Vaya una grandeza bien empleada...! ¡Y yo, necio de mí que lo prefería al valeroso don Álvaro!"<sup>601</sup>.*

Esta relatividad adquiere un sentido gneral, que va más allá del tema específico de las jerarquías sociales, en las siguientes palabras del hidalgo don Alfonso López, personaje de la novela de Foz:

*"Mi padre me había dicho que el suyo, es decir, mi abuelo, fue hombre muy sabio y que le habló muchas veces de la condición de los caballeros, de la diferencia de los tiempos, de la mudanza de las costumbres, del olvido de los usos antiguos, todo por causa que ya no estaba*

<sup>599</sup> *Clemencia* [1852], cit., p. 85.

<sup>600</sup> *Un Corpus de sangre* [1857], cit., p. 248.

<sup>601</sup> Enrique Gil y Carrasco: *El señor de Bembibre* [1844], cit., p. 203.

*en manos de los hombres detener, y cuyos efectos serían aún mayores de sí mismos y por el solo curso de las cosas, porque en un siglo había corrido mucho el mundo y mudándose de modo que no se conocía. Que por consiguiente el hombre que sabía descostarse del vulgo juzgando sanamente las cosas, y tenía valor para obrar conforme a la razón venciendo las falsas opiniones recibidas, no debía fundar la felicidad en causas ajenas y tal vez contrarias al orden y fin de la naturaleza*<sup>602</sup>.

En síntesis, en todas las citas anteriores la nobleza resulta criticada, pero especialmente en las de Ayguals y Martínez Villergas queda claro que esta aristocracia les merece una opinión totalmente negativa, opinión contundentemente expresada por el último: "*Soy enemigo de la aristocracia y de los aristócratas, tan enemigo que no puedo serlo más, y dificulto que haya nacido y pueda nacer criatura que me exceda en este punto*"<sup>603</sup>.

Pero no todos los aristócratas de nacimiento son como los que acabamos de ver. Si éstos sólo tienen cualidades negativas, hay otros que poseen numerosas virtudes. El propio Martínez Villergas, reconoce que "*no por ser un hombre aristócrata de nacimiento está imposibilitado de ser buen ciudadano*". Eso sí, inmediatamente añade una coletilla irónica que atenúa un tanto la anterior afirmación: "*Si bien todas las probabilidades rechazan esta suposición*"<sup>604</sup>. Ya hemos visto cómo tanto Elisa, la hija de la Condesa de la Estrella, como Eduardo, el hijo del Duque de la Azucena se relacionan e interesan por el pueblo sin que les preocupara lo más mínimo el deterioro que su lustre aristocrático pudiera sufrir, según expresión de sus orgullosos progenitores; y también que la Baronesa del Lago reconoce ante María que la virtud hace a todas las personas iguales. No son los únicos casos. Ayguals -en concordancia con su cruzada en pro de la concordia social y en contra de la radical opinión citada previamente- presenta bastantes ejemplos. Hay nobles que se encuentran en las antípodas de los inútiles, fatuos y engreídos descritos anteriormente. Los hay que, haciendo gala de una gran campechanía alternan con todo el mundo como ocurre con los de Tortosa:

*"Aunque los naturales de Tortosa en su mayor número son teóricamente absolutistas por haberse visto sobrado subyugados por el poder clerical, sus prácticas son democráticas en sumo grado. Así es que los nobles demuestran con su conducta que tienen más nobleza en su corazón que en sus pergaminos, y no se desdeñan en alternar con las demás clases*"<sup>605</sup>.

Lo cual demuestra que los buenos sentimientos se imponen a las influencias ideológicas, por muy perversas que éstas sean. Otros dedican sus esfuerzos a menesteres bastante más beneficiosos para la sociedad que el simple alternar con las clases inferiores:

*"En prueba de que hay en la aristocracia de Madrid almas benéficas que contrastan con los corrompidos cortesanos, con los palaciegos aduladores, con los ambiciosos venales, con los fatuos envilecidos que sólo respiran ignorancia, perversidad y orgullo*"<sup>606</sup>,

se pueden citar los casos de aquéllos que fundan y presiden sociedades benéficas:

<sup>602</sup> *Pedro Saputo* [1844], cit., p. 297-298.

<sup>603</sup> *Los misterios de Madrid* [1844], tomo III, cit., p. 41.

<sup>604</sup> *Ibid.*, tomo I, cit., p. 216. A pesar de esta ironía, ya veremos más adelante que él, no sin caer en algunas contradicciones, hace ciertas concesiones a la aristocracia de la sangre, sobre todo por comparación con la del dinero.

<sup>605</sup> *El Tigre del Maestrazgo* [1845], cit., p. 15.

<sup>606</sup> *María* [1849], tomo I, cit., p. 318.

*"Hace un año que se estableció en Madrid una **Junta de Beneficencia domiciliaria** bajo la presidencia de la señora duquesa de Gor, y esta sociedad filantrópica, compuesta exclusivamente de señoras de la aristocracia, ha hecho tales progresos, que durante el corto tiempo de su existencia, ha repartido más de CIEN MIL REALES a las familias menesterosas de la corte"*<sup>607</sup>.

A esta nobleza no hay nada que reprocharle; al contrario, estos actos filantrópicos le dan una superioridad infinitamente mayor que los títulos: *"Celebramos tener esta ocasión de tributar merecidos elogios a estas personas benéficas, a quienes más que sus vanos títulos, colocan en posición noble y elevada sus bellos sentimientos de humanidad"* (p. 213). Lo cual demuestra que sus críticas no van ni contra la nobleza como tal ni tampoco contra los que tienen dinero, sino contra los que hacen mal uso de su preponderancia social: *"Véase, pues, cómo no tenemos empeño en humillar a los ricos para ensalzar a los pobres. Nuestra severa censura sólo se dirige contra la maldad, do quiera que se oculte"*<sup>608</sup>. O, lo que es lo mismo,

*"Nosotros que con tanta energía censuramos a los que a la sombra de sus riquezas y de sus títulos se enaltecen hasta mirar con desprecio a las clases menesterosas, no podemos menos de tributar elogios a las personas de elevada posición que no se desdeñan de tender una mano generosa al desvalido"* (t. I, p. 318).

Es el caso también de la Baronesa del Lago, que se ha erigido en protectora de María, la hija del jornalero Anselmo, hasta tal punto que se la ha llevado a vivir a su casa. María, creyéndose traicionada -el malvado fraile D. Patricio ha urdido una serie de tramas y conspiraciones que así se lo han hecho creer- sufre un ataque de locura y se escapa de la casa. El hermano de la baronesa, enterado de todo y de las estrecheces que la familia de María está pasando por culpa del pérfido fraile, pone al corriente a su hermana. La reacción de la baronesa es salir inmediatamente a buscarla:

*"No hables más, Antonio, te comprendo -exclamó la baronesa con sincera alegría-. Cuando gustes iremos los dos en busca de la pobre demente. ¡Oh!... Yo soy muy envidiosa... quiero hacer tanto como tú en favor de esas pobres gentes... quiero, en una palabra, que esa niña me llame **la otra madre**"* (ibíd., p. 317).

Que haya gente tan altruista que proteja a una joven hermosa con la que no les une ningún tipo de relación, despierta lógicamente las sospechas de Anselmo, su padre. Pero Luisa, su mujer, le disipa sus dudas diciéndole que se trata de una pareja de hermanos, muy caritativa, en la que nada hay de raro y que, por tanto, tampoco tiene nada de extraño que se erijan en protectores de jóvenes desvalidas: *"Es una señorita casada, muy amable, en cuya casa está María, querida y respetada como si fuese hermana de su protectora. Esto no tiene nada de particular, Anselmo"*<sup>609</sup>. Cuando tan normal le parece esta situación a Luisa, deberían ser muy abundantes estos casos los que vendría a ratificar la opinión de Ayguals sobre la existencia de una nobleza benéfica y filantrópica. Algunos lo son hasta el punto de que, cual modernos caballeros andantes, han puesto su vida al servicio de un único fin: ayudar a los que más lo necesitan

<sup>607</sup> *María* [1849], tomo I, cit., p. 213.

<sup>608</sup> Ibíd., p. 213. Estas justificaciones son continuas. Por nada del mundo quiere Ayguals que se le confunda con uno de esos demagogos subversivos cuyo objetivo es dinamitar el orden liberal que tan a duras penas se está consiguiendo.

<sup>609</sup> Tomo II, cit., p. 305.

como el hijo del Duque de la Azucena que "sólo se creía feliz cuando ejercía algún acto de generosidad en beneficio de los menesterosos"<sup>610</sup>. Por eso, hasta Anselmo, que, como se vio tuvo sus dudas acerca del altruismo de estos nobles, no tiene más remedio que rendirse ante la evidencia y, cuando los protectores de su hija descienden incluso hasta visitar su humilde morada,

*"se arrojó a sus pies y los besó como un miserable esclavo. Anselmo el Arrojado, el veterano valiente, el indomable republicano que en su vida se había postrado ante el poder, que jamás había cometido bajeza alguna, que hasta agobiado por todos los horrores de la indigencia no había querido mendigar la caridad ajena, [...] este hombre incorruptible, este liberal a toda prueba, cuya altivez era hija de la virtud, y que hubiera preferido la muerte a la más ligera humillación, arrastrábase por el suelo y bañaba con su amargo llanto los pies de sus semejantes, y esta humillación, lo mismo que su altanería, era también hija de la virtud"*<sup>611</sup>.

La actitud de Anselmo es ideológicamente muy significativa por ser el prototipo de obrero honrado, pacífico y virtuoso. Si el Duque de la Azucena encarna las virtudes ideales que a Ayguals le gustaría que tuviera la nobleza, lo mismo se puede decir de Anselmo respecto del proletariado. La actitud del jornalero -postrado de rodillas y llorando de agradecimiento- ante el noble es una metáfora muy gráfica de la concepción que la burguesía liberal tiene de las relaciones sociales<sup>612</sup>. El caso más representativo de estos nobles ejemplares -por la relevancia que tiene el personaje en el conjunto de la novela- es don Luis Mendoza, Marqués de Bellaflor. No es sólo un noble lleno de buenos sentimientos, sino -lo que es más importante- un perfecto ejemplo de civismo patriótico, pues don Luis es un decidido defensor de las ideas democráticas; Ayguals incluso lo califica de republicano en alguna ocasión, aunque no creo que haya que entender el término como sinónimo de partidario de un gobierno no monárquico, sino simplemente como el de defensor de ideas sociales avanzadas. Su hijo ha conseguido un acta de diputado por el partido progresista en las elecciones de julio de 1836 -escasamente un mes después tendría lugar el motín de sargentos de La Granja- y están celebrándolo. El padre se desvive por atender a todos los que han ido a felicitarle tanto a él como a su hijo:

*"Con lágrimas de regocijo en los ojos mostraba su reconocimiento a cuantos le rodeaban. Desde las personas de la más elevada aristocracia hasta los más humildes artesanos recibían sus eficaces obsequios. Su mano generosa estrechaba amistosamente y aun con orgullo la callosa diestra del honrado jornalero"*<sup>613</sup>.

Ni el padre ni el hijo tienen ningún tipo de prejuicio aristocrático que les impida acercarse al pueblo. Por eso, si en esta ocasión estrecha las manos callosas de los jornaleros, en otra los abraza en un acto, que se puede considerar como una muestra simbólica más de la concordia social tan cara a nuestro autor. Es lo que ocurre cuando Manuel, el hermano de María -ya novia de don Luis (amante según la terminología de la época)- va a visitar a éste que se encuentra con su padre. Manuel ha ingresado en la Milicia Urbana, de la que es comandante don Luis. En esta visita se declara republicano. Don Luis hace lo mismo:

<sup>610</sup> Ayguals: *Pobres y ricos...*, cit., p. 311

<sup>611</sup> *María*, tomo II, cit., p. 308.

<sup>612</sup> Sobre esta cita volveré más adelante cuando analice el tema de la revolución, pues ejemplifica perfectamente cómo evitarla: con un gobierno justo y protector.

<sup>613</sup> *María*, tomo II, cit., p. 120-121.

*"Ahora un abrazo como camarada -dijo afectado don Luis.  
-Con mucho gusto, mi comandante -exclamó Manuel abrazando con entusiasmo al amante de su hermana.  
-Y a mí otro -dijo el marqués- que también yo soy republicano.  
-Pues entonces con el alma -respondió el despejado joven" (ibíd., p. 102).*

Se ve, pues, que la nobleza de la sangre no se puede medir toda por el mismo rasero. Estos últimos nobles son el ejemplo que hay que imitar, como expresamente se dice de Eduardo, el hijo del Duque de la Azucena: *"He aquí el joven que presentamos por tipo de la juventud aristócrata. Así deseamos que sean los que se apellidan nobles"*<sup>614</sup>. Los deseos de Ayguals se cumplen; los buenos ejemplos terminan siendo eficaces. Una demostración palpable -que se convierte, además, en una prueba más de que entre la nobleza no escasean los buenos sentimientos- es que algunos cambian de opinión y se arrepienten de anteriores actitudes de orgullo y engreimiento, lo que evidencia que estos prejuicios eran debidos a la educación que recibieron y no a mala voluntad por su parte. Es el caso del Duque de la Azucena, el padre de Eduardo, quien, después de haber reprochado -como se vio- a su hijo la excesiva familiaridad con gentes menesterosas y no haberse querido casar -también se ha hecho referencia a ello páginas atrás- con una joven de la que estaba enamorado por no ser noble, reconoce que estaba equivocado:

*"Tan avergonzado estoy de mis pasadas preocupaciones, que deseo enmendarlas dando un testimonio público de la predilección que en el día me merecen las clases laboriosas que componen la mayoría del pueblo"*<sup>615</sup>.

Adelantaba al principio de este apartado que había encontrado una cita en un autor liberal en la que se presenta una visión general positiva de la nobleza española. Se trata de Salas y Quiroga. Según él la nobleza española nunca ha sido, a lo largo de la historia, una clase encerrada en sí misma y pagada de sus privilegios, sino abierta al resto de la sociedad:

*"La aristocracia española, sin formar precisamente por desgracia suya, lo que pudiera llamarse una clase aparte en la sociedad, con carácter especial e instintos propios, ha sido en todos tiempos muy apreciable. Desdeñando las ventajas que podrían sin duda alguna acarrearle el nacimiento y la riqueza, ha tenido la sensatez de considerar los privilegios al través del prisma de la razón más escrupulosa, y de pesarlos en la balanza de la filosofía y de la religión. De aquí cierta llaneza y sencillas costumbres, que, inspirando más amor que miedo, ha generalizado entre nosotros la cultura de las clases inferiores y ha destruido la envidia que es el cáncer más horroroso de las naciones modernas"*<sup>616</sup>.

Y estas mismas características se pueden observar en la actualidad, pues

*"si venimos a los presentes tiempos, de igual modo veremos, en los primeros días del Liceo de Madrid, unidos a duques y plebeyos, llenos unos y otros del santo afán de propagar las luces, y contribuyendo todos, cada cual según sus recursos intelectuales, a fin tan santo" (ibíd., p. 177).*

Se ve, pues, como dije al principio, que, en lo que a la nobleza de la sangre se refiere, los autores liberales adoptan una actitud bastante benévola; ni siquiera el más radical de los autores citados -Martínez Villergas- la cuestiona totalmente como clase; por el contrario,

<sup>614</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 66.

<sup>615</sup> Ayguals: *Pobres y ricos...*, cit., p. 766.

<sup>616</sup> *El Dios del siglo* [1848], tomo I, cit., p. 176.

distinguen entre nobles malos y buenos. Y, por lo que de las citas anteriores se deduce, parece que abundan más los segundos.

#### 2.2.6.5. Los nuevos ricos.

No ocurre lo mismo con la aristocracia del dinero. Las críticas hacia ésta -sobre todo las de Martínez Villergas- son muchísimo más duras, hasta el punto de que no encuentra a ninguno que sea salvable. Cuando este autor compara las dos aristocracias, aunque ninguna de las dos le gusta, la de la sangre le parece infinitamente mejor: "*Hago la oposición a las dos aristocracias, pero estableciendo comparaciones, no puedo menos de parecer más indulgente (siendo justo) con la aristocracia vieja*"<sup>617</sup>. La razón es que el aristócrata del dinero ha hecho su fortuna por medios ilícitos, robando con medios refinados y sin exponer nada:

*"Un aristócrata que debe su fortuna a la revolución es por de pronto a mis ojos un Jaime el Barbudo de la política: un ente miserable que ha medrado a costa del prójimo, haciendo con finos modales y sin exposición lo que con exposición y modales bruscos hace un bandido de los caminos"*<sup>618</sup>.

Y en esto se diferencian de los aristócratas de la sangre que, por haberlo heredado, no han se han manchado las manos robando su dinero:

*"Un aristócrata viejo, defendiendo sus privilegios lo mismo puede ser un bribón que un hombre de bien, porque a eso estamos expuestas las criaturas humanas; pero no se puede decir que sea un bribón en el sólo hecho de ser rico, porque su riqueza, siendo heredada, tiene un origen natural y por todos conceptos respetable, al paso que los que han sido pobres y se han enriquecido de pronto, podemos decir sin titubear que han apelado a malos medios, que han satisfecho su ambición a costa de su conciencia"* (ibíd., p. 42).

Curioso razonamiento en un autor de ideología liberal que se supone debe defender los valores individuales: al hombre hecho a sí mismo en contra de los privilegios de la herencia; sin embargo, éstos le parecen más razonables que los que proceden del dinero -lo cual, insisto, es una contradicción con la ideología liberal, pues al fin y al cabo el dinero adquirido se debe al "mérito" de cada cual mientras que en el heredado el mérito no interviene para nada:

*"Un aristócrata viejo, defendiendo sus privilegios, es consecuente con los principios que le han imbuido en la niñez, y sobre todo es defensor de sus intereses. Un aristócrata nuevo, invocando los mismos privilegios, es un renegado miserable que maldice la cuna que lo mecío y proclama prerrogativas conquistadas por la inmoralidad. [...] Por consiguiente está más cerca de la igualdad social un aristócrata antiguo que un aristócrata moderno"* (ibíd., p. 42-43).

A éste, su antigua clase lo ve como un renegado, y la nueva como un advenedizo, por lo que no pertenece a ninguna de las dos:

*"... y así es un ente que pertenece a todas las clases sin pertenecer a ninguna; ni es enteramente de la plebe, ni es enteramente aristocracia; para aristócrata le falta la ciencia de los cumplimientos, para plebeyo le sobra el oro y le falta la virtud; no puede ser plebeyo, porque para plebeyo tiene mucho de aristócrata; no puede ser aristócrata, porque para aristócrata tiene mucho de plebeyo"* (p. 43).

<sup>617</sup> *Los misterios de Madrid* [1844], tomo III, cit., p. 41.

<sup>618</sup> Ibíd., p. 41-42.

Y, lo peor de todo, es que en esta clase, a diferencia de las demás en que, aunque hay vicios también se encuentran virtudes, sólo se hallan los primeros careciendo completamente de las segundas:

*"En todas las clases hay cosas malas y buenas: la gente del pueblo tiene virtudes y también tiene vicios; sólo la aristocracia del dinero, esa aristocracia improvisada, advenediza y anómala es la que abunda en vicios careciendo de virtudes, porque ha olvidado las virtudes sin olvidar los vicios de la plebe, porque escoge los vicios más bien que las virtudes de la alta clase, porque en fin, sin aprender las virtudes de la aristocracia ni conservar las del pueblo, tomando únicamente de cada cual lo que cada cual tiene de malo, reasume los vicios de todas las clases de nuestra sociedad viciosa" (t. III, p. 44).*

No es Martínez Villergas el único autor para quien la aristocracia de la sangre -por la que no siente ninguna simpatía- es preferible a la del dinero. De la misma opinión es Manuel Angelón quien, aunque tampoco está de acuerdo con los privilegios del nacimiento, cuando los compara con los del dinero, no se atreve a criticarlos de un modo abierto:

*"Guinart estaba elegante y bello, y estamos seguros que en aquel talante, montado sobre un brioso corcel negro como la noche, que había dejado al pie del monte, los mismos cuadrilleros de la Santa Hermandad le hubieran saludado con el mismo profundo respeto con que saludaban los villanos a los nobles de aquellos tiempos, en que aún había nobles y villanos, es decir, en que los hombres valían más o valían menos, según que nacieran de unos padres o de otros. Esto no es muy honorífico que digamos para los hombres a quienes se hacía el obsequio de equipararles con los caballos de raza o las frutas de un árbol acreditado; pero así les iba bien a unos y a otros; y no seremos nosotros, hijos del siglo diez y nueve y rinde cultistas de la aristocracia del dinero, los que podemos criticar ciertas antiguas prácticas de los tiempos de la aristocracia de la sangre. La palabra progreso es una palabra que en la práctica se ha definido bastante mal por ahora"<sup>619</sup>.*

Ni tampoco es Martínez Villergas el único autor que denuncia la inmoralidad y corrupción como características de los nuevos ricos surgidos al socaire del liberalismo; también lo hacen otros. Así, en los salones de estos nuevos ricos se juega, se especula y se hacen todo tipo de chanchullos de tal manera que los que allí se reúnen son "*dignos de José María de los niños de Écija*"<sup>620</sup>. También este autor piensa que los nuevos ricos son infinitamente peores que los antiguos, pues lo que ocurre en los salones de éstos no se parece en nada a lo que sucede en los de aquéllos:

*"Otros hay, reducidos en número, en que reina el buen tono, no sólo en la forma, sino en la esencia, donde las malas máximas, no hallan apologistas, ni las ruines ideas del mercantilismo tienen entrada. Son éstos, por lo general, los pocos que abren los descendientes de los nombres históricos con que en su escasez de glorias contemporáneas, puede todavía envanecerse España" (t. II, p. 121).*

También este autor, escandalizado ante las dimensiones que estaba alcanzando la corrupción, clama contra los nuevos ricos, los que han surgido con el liberalismo. Las siguientes palabras vuelven a ser gráficamente descriptivas del fenómeno que modernamente se conoce como la *cultura del pelotazo*; el paralelismo con lo que en este país ha venido ocurriendo en los últimos años no puede ser más exacto:

<sup>619</sup> *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 342.

*"La prosperidad de los malos se hace a la sombra de la industria y del comercio. ¡Cuántos en estos tiempos de escándalo, no han traficado con un nombre vano, y, creando sociedades sin objeto, empresas sin consistencia, han robado los ahorros del mezquino propietario sin responsabilidades ante los tribunales!"* (t. II. p. 112).

El enriquecimiento rápido con jugadas arriesgadas en la bolsa está a la orden del día: *"Un nombre, sí, basta al agio, que la multitud, crédula siempre y en su generalidad honrada, se dirige atrevida a la luz de un faro, con desprecio de las consideraciones que impone la prudencia"*(p. 112). Abundan los tipos acostumbrados a ganar el dinero fácilmente sin esfuerzo:

*"De las veinte y cuatro horas que tiene el día, bastábale una a D. Julián para sus ocupaciones cuotidianas, o hablando el lenguaje hoy corriente, para sus **negocios**, los cuales consistían sólo en concurrir sesenta minutos a la Bolsa, mezquino templo, donde se adora el becerro de oro"*<sup>621</sup>.

También Fernán Caballero se refiere, condenándolo, a este nuevo tipo que ha hecho del enriquecimiento rápido, a base de atrevimiento, una religión:

*"Las gentes osadas gozan en sociedad unos privilegios y primacías que hacen poco favor a los individuos que la forman, pues esto prueba que son tan fáciles en dejarse imponer, como difíciles son en dejarse guiar, tan dóciles a la presunción desfachada como rebeldes y mal sufridos a la persuasión razonable y modesta. El vapor y la osadía son los dos motores, físico y moral, de la época"*<sup>622</sup>.

Osadía que se está extendiendo por toda la sociedad española como un cáncer que arrasa los antiguos modos de vida:

*"Decís, don Federico -observó la marquesa-, que en España cada cual está satisfecho con lo que le ha tocado en suerte. ¡Ah doctor! ¡Cuánto siento decir que ya no somos en esa parte lo que éramos! Mi hermano dice que en la jerigonza del día hay una palabra inventada por el genio del mal y del orgullo, especie de palanca a que no resisten los cimientos de la sociedad, y que ha ocasionado más desventuras a la especie humana que todo el despotismo del mundo. -¿Y cuál es esta palabra -preguntó Rafael- para que yo le corte las orejas? -Esa palabra -dijo la marquesa suspirando- es la **noble ambición**"*<sup>623</sup>.

Ésta, desconocida en los ámbitos rurales, está a la orden del día en las ciudades; por eso, cuando el general Santa María se entera de que Stein y Marisalada han abandonado Villamar, donde vivían plácidamente con todas sus sencillas aspiraciones satisfechas, no puede menos que lamentarlo por ellos: *"Vivían contentos y sin ambición, y desde ahora en adelante no podrán decir otro tanto, y, según el título de una comedia española, que es una sentencia, **Ninguno debe dejar lo cierto por lo dudoso**"*<sup>624</sup>. Pero lo "cierto" ahora es que las nuevas circunstancias ofrecen muchas posibilidades para los osados, los ambiciosos y aprovechados *hombres de negocios*, como don Sisebuto Soto que, medita de la siguiente manera sobre las múltiples oportunidades de lucro que se le presentan:

<sup>620</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo* [1848], tomo II, cit., p. 120.

<sup>621</sup> Ventura Ruiz Aguilera: *Al freír será el reír*, en: *Proverbios ejemplares* [1864], cit., p. 51.

<sup>622</sup> *Clemencia*, cit., p. 83.

<sup>623</sup> *La Gaviota*, cit., p. 172.

<sup>624</sup> *La Gaviota*, cit., p. 140.



*"Todos los elementos son ahora favorables: de las provincias viene a Madrid mucha gente; los más son ricos hacendados, no carecen de dinero... de esto se puede sacar partido. El papel ha bajado, compremos, él subirá. Aumenta la población, hagamos casas. La guerra civil sigue, compremos fusiles, que unos u otros combatientes pagarán bien"*<sup>625</sup>.

Pero no sólo los cambios económicos ofrecen oportunidades para los osados faltos de escrúpulos. También en la política se puede medrar. Nos encontramos así con tipos que se adaptan a todas las circunstancias con tal de obtener un destino. Es el caso, por ejemplo, de don Pantaleón Melero, antiguo partidario de Fernando VII que, para sobrevivir en el proceloso mundo de la política, se hace liberal moderado:

*"Resignose no obstante a obedecer, jurar el Estatuto Real, con la esperanza de ser nombrado ilustre Prócer, para lo cual hizo las más exquisitas diligencias; pero habiéndole salido fallida esta esperanza, se declaró anti-estatutista"*<sup>626</sup>.

Pero si a don Pantaleón, representante de los liberales moderados, no le mueve ningún ideal, lo mismo ocurre con don Serapio, liberal progresista: *"Era en efecto uno de los que más trabajaban a la sordina y traidoramente para promover alborotos, con el fin de echar abajo a los gobernantes, y ponerse en lugar de uno de ellos"*<sup>627</sup>. Eso sí, él pretende hacerlo desinteresadamente en beneficio del pueblo: *"La pandilla estatutera me tiene ojeriza por defender con tanta independencia los derechos del pueblo"* (p. 33). Tan interesado está en la causa del pueblo que, viendo que el ser progresista no le trae ninguna ventaja, se hace moderado:

*"Hallábase a la edad de cincuenta años sin destino, con una hija casadera, sin otro patrimonio que su escasa hacienda, y el sueldo de cesante, mal pagado, y dijo para sí: estoy perdido si no mudo de conducta: no saldré de este mísero estado de cesante; lo pasaremos con estrechez: mi hija no encontrará novio por falta de dote en estos malaventurados tiempos. [...] ¿Qué importa cambiar de política cuando se trata de medrar?"*<sup>628</sup>.

Consigue un puesto de redactor en un periódico conservador y, debido a su cambio ideológico, otro redactor de la oposición le obsequia con los calificativos de: *"retrógrado, enemigo del pueblo soberano, benal, abyecto"*. Y él, tan progresista antes, responde a su antagonista tachándolo de: *"desorganizador, anarquista, demagogo, sansimoniano y bárbaro nivelador"* (t. II, p. 71).

La principal víctima de esta inmoralidad aneja al desmedido afán de enriquecimiento es el pueblo porque la sufre doblemente; por una parte, porque el dinero fácil ganado por otros sale de su sudor:

*"Muchos de esos coches que ruedan por las calles representan las lágrimas de cien familias, y el fruto de las sagradas economías de un artesano ha servido quizá para comprar las trenzas carmesíes que ve el triste tal cual domingo flotar sobre el lomo de las rozagantes yeguas de Mecklemburgo"* (t. II, p. 112).

Al sudor del pueblo se refiere también Ayguals:

<sup>625</sup> *El Dios del siglo*, tomo I, cit., p. 10.

<sup>626</sup> Eugenio de Tapia: *Los cortesanos y la revolución* [1838], tomo I, cit., p. 3.

<sup>627</sup> *Ibíd.*, p. 31.

<sup>628</sup> *Los cortesanos y la revolución*, tomo II, cit., p. 4-5.

*"En estos años de revolución particularmente, se han improvisado fortunas colosales, y los ladrones del pueblo virtuoso, de esas masas honradas y trabajadoras, se han erigido en magnates para hundirle en la esclavitud"*<sup>629</sup>.

Ideas parecidas expone en otra novela, aunque apuntando directamente a la especulación de la bolsa: *"Los trabajadores perecen de hambre, mientras los holgazanes erigen palacios a su orgullo con el oro que les proporciona una traición, una apostasía o una fraudulenta jugada bursátil"*<sup>630</sup>. Y, por otra parte, el pueblo es asimismo víctima, porque sufre -también doblemente- el contagio de la inmoralidad: inmoralizándose él mismo y justificándola al convertirse en víctima alienada de la moral del éxito:

*"Así, el pobre sin moralidad se erige pronto en señor del pobre honrado y el desnivel engendra en aquél soberbia, en éste rabia. De aquí esa sorda y constante lucha entre las clases todas de que se compone el pueblo: impotencia de parte de la víctima y jactancia de parte de aquéllos que hallan abrigo entre los que debieran rechazarlos con desprecio"*<sup>631</sup>.

Es decir -y a eso es a lo que me refiero con alienación ante la moral del éxito- a las propias víctimas de la inmoralidad -en este caso el pueblo- les parece muy bien que sus victimarios hagan lo que hacen; no sólo no les parece mal<sup>632</sup>, sino que procuran aprender para, si se les presenta la ocasión, hacer ellos lo mismo; por eso es por lo que acaban también contagiándose, pues la inmoralización y alienación funcionan asimismo en forma de lo que podríamos denominar presión social. El ambiente general de ostentación y lujo que domina entre los nuevos ricos "obliga" a la emulación; Orosia, en la novela de Francisco Robello, le dice a la ingenua Cecilia:

*"Era necesario, señorita, inmediatamente que su señor tío le diera licencia para variar todos los trajes que de América ha traído; y que le comprara otros nuevos con arreglo a la última moda; en Madrid una joven rica como usted lo es, se pone en ridículo si no se nivela en su porte con las demás de su clase"*<sup>633</sup>.

<sup>629</sup> *María*, tomo I, cit., p. 165.

<sup>630</sup> *El Tigre del Maestrazgo*, cit., p. 55.

<sup>631</sup> *Ibid.*

<sup>632</sup> Baroja narra en una de sus novelas un episodio que puede servir muy bien para ilustrar la alienación -y en consecuencia pérdida del sentido moral- ante la moral del éxito: *"Victorito, el sobrino del prestamista, prometía ser un gerifalte como el tío, aunque de otra escuela. El tal Victorio era un donjuán de casa de préstamos. Muy elegante, muy chulo, con los bigotes retorcidos, los dedos llenos de alhajas y la sonrisa de hombre satisfecho, hacía estragos en los corazones femeninos. Este joven explotaba al prestamista. El dinero que el tío Miserias había arrancado a los desdichados vecinos pasaba a Victorio, que se lo gastaba con rumbo.*

*A pesar de esto, no se perdía, al revés, llevaba camino de enriquecerse y de acrecentar su fortuna.*

*Victorio era dueño de una chirlata de la calle del Olivar, donde se jugaba a juegos prohibidos, y de una taberna de la calle del León.*

*La taberna le daba a Victorio grandes ganancias, porque tenía una tertulia muy productiva. Varios puntos entendidos con la casa iniciaban una partida de juego, y cuando había dinero en la mesa, alguno gritaba: ¡Señores, la policía! Y unas cuantas manos solícitas cogían las monedas, mientras que los agentes de la Policía, conchabados, entraban en el cuarto.*

*A pesar de su condición de explotador y de conquistador de muchachas, la gente del barrio no le odiaba a Victorio. A todos les parecía muy natural y lógico lo que hacía".*

*El árbol de la ciencia* [1911], Madrid, Cátedra, 2ª edc., 1985, LH.225, p. 128.

<sup>633</sup> "El Tío Fidel": *La criolla y los jesuitas* [1848], tomo II, cit., p. 65.

Cecilia le responde que, como ella no piensa hacer vida social, con ir decente le basta. Orosia le replica: "*¿Y qué llama usted ir decente? He examinado toda su ropa, y le aseguro que en Madrid la más infeliz criada tiene mejor equipaje*" (p. 66). Lo realmente perverso de este deseo de emulación es que lleva a algunos a vivir muy por encima de sus posibilidades reales. Es el caso **-Proverbios ejemplares-** de Isabel, mujer de la clase trabajadora que, gracias a un matrimonio ventajoso, ha conseguido ascender a la media. Goza de una posición económica desahogada, pero queriendo destacar por encima de todos sus conocidos *"eso desearían más de cuatro: que anduviéramos hechas una pordioseras, cuando ya en este bendito Madrid hasta las criadas de servicio nos afrentan a las señoras"*, le dice a su marido- lleva una vida de lujo y boato gastando dinero a manos llenas:

*"Isabel no se hallaba lejos de creer que hacía una obra de caridad derrochando lo que su marido, a fuerza de años, de honradez y de sudores, había ido reuniendo. El gran problema que ella tenía que resolver en el mundo era superar en fausto y ostentación, ya que no a las familias más opulentas, por lo menos a lo más florido y encopetado de sus relaciones"*<sup>634</sup>.

A pesar de las continuas advertencias de su marido, se niega a renunciar a ninguno de estos lujos porque *-y ésta es otra característica del clima general de inmoralidad-* son para ella verdaderas necesidades:

*"¿Creéis que para el mendigo es una necesidad el pan que va pidiendo de puerta en puerta? ¡Qué error tan lastimoso! Oíd a los que viven en el polo opuesto, y os dirán que las verdaderas necesidades son habitar palacios suntuosos, tener una docena de criados, un par de carruajes, algunos troncos de caballos o de yeguas normandas [...] y en fin, abono en el Teatro Real, en donde por la módica suma de doce o quince duros cada noche se puede pasar un ratito muy agradable. Todas estas cosas, y otras muchas, son necesidades de que no pueden absolutamente prescindir los que una vez se habitúan a ellas"*<sup>635</sup>.

Las reflexiones de su marido encierran una denuncia, una vez más, de que el lujo conlleva las estrecheces de otros:

*"¿No es un cargo de conciencia para nosotros el que nuestros caballos vayan cubiertos de ricas mantas y tengan espaciosas cuadras, y hombres que les sirvan y cuiden, mientras haya criaturas humanas desnudas, tiritando de frío, que nos alarguen su mano seca y amarilla, como para recibir una limosna, que no les damos, o reclinen la cabeza, si se lo permiten, sobre las duras piedras de la calle?"* (p. 78-79).

Volviendo a la moral del éxito, un ejemplo ilustrativo *-entre muchos otros-* de cómo funciona es el juego:

*"Una capital, por reducida que sea, como a Madrid sucede, encierra en sus muros mucha gente advenediza y sin oficio, rufianes y mujerzuelas que andan a caza de aventuras y de dinero, unos sucumben y, descendiendo rápidamente los escalones del vicio, van a sumirse en el cieno de la miseria y humillación; éstos son los más; otros, diestros cual aves de presa o afortunados o atrevidos, navegan con próspera fortuna, y se alzan sobre los cadáveres de sus víctimas, sobrenadando por entre tropiezos y dificultades. Los primeros se llaman jugadores, nombre de oprobio que lleva en sí envuelta el símbolo de la pobreza, de la holgazanería, de la trampa; son como los parias, a quienes todo el mundo puede insultar impunemente, mal*

<sup>634</sup> Ventura Ruiz Aguilera: *Al freír será el reír*, en *Proverbios ejemplares* [1864], cit., p. 20 y 25.

<sup>635</sup> *Ibíd.*, p. 54.

vistos, peor recibidos, despreciados, vilipendiados, incapaces hasta de protección. Los segundos pasan por caballeros muy cumplidos, generosos, casi pródigos, incapaces de faltar a su palabra, prontos siempre para socorrer la indigencia, sobre todo de las huérfanas desvalidas; [...] si juegan es por pasatiempo, y no necesitan ocultarse como los **jugadores**; el dinero les sobra, ¿por qué no han de hacer de él el uso que les parece?"<sup>636</sup>.

Moral del éxito que Salas sintetiza en la siguiente frase: "*Vida del hombre malo: 'juega y pierde'. Vida del hombre bueno: 'juega por pasatiempo... y gana'*" (p. 39). Es decir, lo moral es el triunfo, lo inmoral la derrota.

Los ricos, especialmente los nuevos, además de haber adquirido sus riquezas por medios poco lícitos, son también unos fatuos que se creen superiores no sólo al pueblo sino a la aristocracia de la sangre, cuando su único mérito consiste en la "habilidad" con que han sabido aprovecharse de las desgracias de los demás en su propio beneficio. A ambas cosas se refiere Ayguals poniendo de manifiesto la admiración que le produce el pueblo que es el único que trabaja en pro del bien común:

*"Mientras admiramos las virtudes de los artesanos que no tienen otra ambición que la de atender con su trabajo a las precisas urgencias de sus familias, y sacrifican su reposo y escasos recursos en aras de la patria para verla libre de toda dominación, vemos con indignación que una turba de miserables especuladores que han sabido aprovecharse de las públicas calamidades para atesorar riquezas, quieren probar que no hay más positiva aristocracia que **la del oro**, y lanzan una mirada de desdén a la aristocracia **de la sangre**. [...] Estos mentecatos llegan a figurarse que porque desprecian a la multitud, porque no saludan a los que nacieron en humilde cuna sin las riquezas que ellos despilfarran, han alcanzado tan elevada posición en el mundo, que les debe el pueblo el mismo respeto y veneración con que acata la efigie de la Divinidad"*<sup>637</sup>.

La denuncia de la inmoralidad de los ricos conlleva siempre, directa o indirectamente, la positiva valoración del pueblo que es, como se ha visto, quien la sufre. Esta valoración se lleva a cabo también reconociéndole al pueblo trabajador virtudes que estos nuevos ricos no tienen. Martínez Villergas afirma que una de las causas de la inmoralidad de los ricos es que reciben una pésima educación pues los que están a su alrededor los adulan continuamente y les conceden todos sus caprichos, cosa que no sucede entre las clases humildes de la sociedad: "*Por eso concedemos más virtudes a los pobres que a los poderosos*"<sup>638</sup>.

En las citas anteriores las críticas contra los nuevos ricos proceden tanto de las filas conservadoras como de las liberales, aunque son más abundantes éstas últimas. Que Fernán Caballero critique a los nuevos ricos es lógico dado su enfrentamiento frontal al liberalismo. Incluso que lo hagan los autores de ideología liberal tampoco tiene nada de extraño. Es más guarda una perfecta coherencia tanto con la denuncia -éste sería el caso de Ayguals- como con el escepticismo -sería el caso de Villergas y Salas-, ya señalados en capítulos anteriores, ante la revolución burguesa por excluir de sus beneficios al pueblo y a la inmensa mayoría de la clase media. Es lógico, por tanto, que se escandalicen ante los numerosos casos de inmoralidad y corrupción que se observan por doquier; es natural que se indignen ante -quizás sea ésta su

<sup>636</sup> Salas y Quiroga: *El Dios del siglo*, tomo I, cit., p. 38-39.

<sup>637</sup> *María*, tomo I, cit., p. 152-153.

<sup>638</sup> *Los misterios de Madrid*, tomo I, cit., p. 217.

primera aparición en la sociedad española- lo que después se ha denominado la cultura del *pelotazo*. Sobre todo porque, como hemos visto también en las citas precedentes, el principal perjudicado es el pueblo. No olvidemos que *moralidad* fue el lema de la revolución del 54<sup>639</sup>. Lo que, a primera vista, ya no parece tan lógico es que a la hora de denunciar estos hechos se mire más hacia el pasado que hacia el futuro. O, dicho de otro modo, en lugar de intentar superar<sup>640</sup> -o, desde una actitud egoístamente burguesa, ¿por qué no?, "justificar"- la inmoralidad generalizada que ha traído el liberalismo burgués<sup>641</sup>, se contraponen como ejemplo una época en la que, como los que eran ricos no se habían manchado personalmente las manos -otra cosa, que no parece tenerse en cuenta, es que lo hicieran sus antepasados- la inmoralidad no estaba tan extendida como ahora y el pueblo no sufría una explotación tan feroz porque no existía esa ansia tan desmedida de enriquecimiento. Es decir, aunque el pueblo aparece como víctima de la nueva aristocracia del dinero, al mismo tiempo ésta sale muy desfavorecida en su comparación con la aristocracia de la sangre, de lo que implícitamente se deduce que la antigua aristocracia trataba al pueblo mejor que la nueva. Nos encontramos así con que autores de ideología burguesa critican a la burguesía que está haciendo la revolución. Y en esa crítica miran tanto hacia la derecha como hacia la izquierda. Hacia la derecha ven virtudes que la nueva clase dirigente no tiene. Hacia la izquierda ven al pueblo, al que contemplan sentimentalmente, convertido en víctima del depredador egoísmo burgués cuya dureza les gustaría paliar. Pues bien, tanto el mirar hacia el pueblo de esta manera, como la nostalgia de las virtudes de la antigua nobleza, se pueden explicar por las mismas razones por las que se denuncia la inmoralidad. El mirar hacia el pueblo de un modo sentimentalmente paternalista -y no considerando, por tanto la posibilidad de que algún día pueda hacer su propia revolución- responde a varias motivaciones: por una parte, deseo de implicarlo en los cambios, para garantizar que éstos lleguen a sectores más amplios incluso dentro de la propia clase media; y por otra, es tanto una manifestación del pesimismo nihilista en el que se refugian, cuando descubren el exclusivismo burgués del liberalismo, todos los que habían visto en él la última revolución de la historia dentro de la cual cabía todo el mundo, como una prueba implícita del temor ante la eventualidad de una revolución popular; de ahí las continuas prédicas de concordia social por parte de Ayguals para prevenirla. Y el reconocimiento de las virtudes de la antigua nobleza sería un presagio de la futura alianza de esa misma burguesía, tanto de la criticada como de la que critica, con la oligarquía conservadora, cuyas virtudes se alaban. Alianza que va a caracterizar el último tercio del siglo y que, motivada por el temor hacia el pueblo -mirado entonces con bastante menos paternalismo-, llevará a la burguesía a

<sup>639</sup> Vide p. 78-79 de la introducción histórica donde se habla de los escándalos que las concesiones de los ferrocarriles -en las que estaban implicados María Cristina y su marido Fernando Muñoz- así como las especulaciones de bolsa de Salamanca, provocaron en la sociedad española.

<sup>640</sup> Las sociedades filantrópicas, ya mencionadas, la caridad así como las continuas apelaciones de Ayguals a la buena voluntad de los ricos, serán las soluciones, si no para superar, sí para paliar las consecuencias negativas que para el pueblo está trayendo la revolución burguesa.

<sup>641</sup> Claro que quizás en estos momentos esto no sea posible -y ésta sería otra de las razones del descontento y las quejas de estos autores- porque la revolución liberal ni siquiera favorece a toda la burguesía, sino a una mínima parte de ella. Por tanto, en las críticas contra la inmoralidad y la corrupción, enterviene también el resentimiento y la envidia de los que, formando también parte de la burguesía, no han conseguido entrar en el reparto de

hacer causa común con la antigua clase dominante. Y es que la burguesía española, dada su debilidad, no se va a ver con fuerzas suficientes ni para romper con la nobleza ni para dominar al pueblo. Antes que verse desbordada por éste, preferirá echarse en brazos de aquélla. Luego, todas las críticas anteriores contra los nuevos ricos responden a un sentimiento de insatisfacción ante la revolución burguesa. Ésta es tan restrictiva, debido a su debilidad, que sus beneficios no sólo no llegan al pueblo, ni siquiera lo hacen a la inmensa mayoría de la clase media. Pero la propia debilidad le lleva a preparar el terreno para granjearse las simpatías de la oligarquía tradicional porque intuye que, si se le escapa de las manos, va a necesitar aliados sólidos.

#### 2.2.6.6. Los casos concretos de desigualdades.

Ésta segunda posibilidad está todavía lejana. Por de pronto la burguesía va a seguir jugando con la primera, intentando extender los beneficios de la revolución liberal. Y para ello nada mejor que la lucha por conseguir la igualdad.

Si en el apartado anterior he analizado la denuncia de la aristocracia de la sangre y, sobre todo, de la del dinero, es evidente que la presencia de estas aristocracias en la sociedad española, sobre todo de la segunda, conlleva discriminaciones y tratos de favor, pues el dinero consigue torcer muchas voluntades. En este apartado lo que voy a analizar son los casos concretos de desigualdades que se denuncian.

Las desigualdades se observan en todo, hasta en los aspectos más superficiales como el vestido o las diversiones. Cada clase social utiliza el vestido adecuado a su categoría: María *"iba modestamente vestida como hija de un honrado jornalero; pero en extremo aseada, merced a los officiosos afanes de una madre cariñosa"*<sup>642</sup>. Hecho éste también señalado por Patricio de la Escosura:

*"Todo en aquel tiempo llevaba en España el sello del carácter severo y sombrío de su monarca. Cada una de las clases del Estado se distinguía en todo género de actos por sus insignias, por la calidad y hechura de sus vestidos"*<sup>643</sup>.

Hasta tal punto se identifica a cada clase social con una determinada forma de vestir que, si alguna vez alguien, especialmente de la clase baja, se pone vestidos que no le corresponden, resulta irreconocible incluso para sus amigos. Angustias *-El Dios del siglo-* se encuentra en un jardín público con una mujer elegantemente vestida: *"Era Juana Cabezón, hija de un cerrajero de sus antiguos barrios de Lavapiés y compañera suya de infancia. Iba vestida con traje tan superior a su clase, que no la hubiese conocido si no la hubiese hablado"*<sup>644</sup>. Las diversiones de cada clase también son diferentes: *"La barra, la carrera y la lucha para los plebeyos; montar a caballo, arrojar una lanza, tirar al blanco y correr sortijas para los nobles"*<sup>645</sup>. Lo mismo sucede con la música: *"¡Canciones españolas! -clamó Eloísa indignada-. ¡Qué horror! Eso es bueno para el pueblo, no para una sociedad de buen tono"*<sup>646</sup>.

---

prebendas y concesiones. Vide p. 78-79 de la introducción histórica.

<sup>642</sup> W. Ayguals de Izco: *María, la hija de un jornalero* [1849], tomo I, cit., p. 16.

<sup>643</sup> *Ni rey ni roque* [1835], cit., p. 9.

<sup>644</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo* [1848], tomo I, cit., p. 202.

<sup>645</sup> Patricio de la Escosura: *Ni rey ni roque*, cit., p. 32.

<sup>646</sup> Fernán Caballero: *La gaviota* [1849], cit., p. 200.

Pero la desigualdad más importante es la económica. Existe una evidente desigualdad económica no sólo porque, como vimos en el apartado dedicado al trabajo, los salarios son bajos, sino también por el desigual reparto de la propiedad. Así lo denuncia Martínez Villergas:

*"La Moncloa, ese inmenso campo de recreo, posesión de los reyes de España, es una de las preciosidades de Madrid que los ciudadanos miran con asombro y repugnancia; porque al mismo tiempo que admiran la riqueza, el lujo de vegetación con que la naturaleza parece haber querido embellecer las cercanías de un gran pueblo; esta posesión como otras muchas es de una sola persona y sólo se puede entrar en ella mendigando un pase por una escala de compromisos, desde un portero hasta el mayordomo mayor de S. M. La propiedad bien adquirida es muy digna de respeto, me libraré yo de atacarla; pero mis lectores perdonarán si les digo que la propiedad está mal repartida, y que hay ocasiones en que el hombre sensato se avergüenza de vivir en una sociedad escandalosamente sufrida y desagradecida, envidiando la agreste libertad de los hotentotes"*<sup>647</sup>.

Este desigual reparto de la propiedad es la causa fundamental de que unos vivan en la opulencia y otros en la más completa miseria:

*"Yo he visto muchos centenares de mendigos quedarse a dormir en el paseo de la Puerta de San Vicente en el mes de enero, cuando la respiración forma carámbanos al salir. Y los he visto temblar y gemir por falta de abrigo para resistir la fuerza de los hielos, al mismo tiempo que contemplaban con dolor el soberbio edificio de las Caballerizas, digno palacio de soberanos destinado a los bajos oficios de una cuadra"*<sup>648</sup>.

A la desigual distribución de la propiedad se refiere también Salas y Quiroga cuando afirma que *"no siempre, en el reparto de los bienes, ha andado equitativa la mano de la Providencia"*<sup>649</sup>. Precisamente el pueblo, que es la clase fundamental de la sociedad, no tiene acceso a la propiedad concentrada en muy pocas manos:

*"La propiedad está muy mal repartida. Entre los reyes, los altos empleados, los grandes de España y los contratistas está dividida la propiedad de los edificios, de los paseos, de los jardines; y el pueblo que es el alma de la sociedad, si quiere un momento de recreo, sólo puede elegir entre el bullicio de las calles y la triste soledad de los campos. Éste es el equilibrio social del siglo XIX"*<sup>650</sup>.

La ley tampoco es igual para todos. Cosas que a un aristócrata se le perdonan se castigan duramente en el pueblo:

*"A un carpintero que debe, tal vez se le embargue la sierra y el escoplo, a un pobre zapatero las hormas y el tirapié, pero ¿a un aristócrata? ¡oh! un aristócrata tiene seguridad de la impunidad, porque sus títulos pueden más que la justicia, y la ley es inferior a sus trampas. [...] La estatua de la justicia sonríe a los poderosos con la espalda vuelta hacia los artesanos y jornaleros"*<sup>651</sup>.

---

Esta frase sacada de su contexto, como aquí, ilustra las desigualdades sociales. Pero en su contexto -vide p. 381-382, donde fue comentada ampliamente- tiene otro significado: aprecio de lo genuinamente popular por la verdadera nobleza.

<sup>647</sup> *Los misterios de Madrid*, tomo I, cit., p. 49-50.

<sup>648</sup> *Ibíd.*, p. 50.

<sup>649</sup> *El Dios del siglo* [1848], tomo II, cit., p. 194-195.

<sup>650</sup> *Los misterios de Madrid*, tomo I, cit., p. 50.

<sup>651</sup> J. Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid* [1844], tomo I, cit., p. 68.

También Ayguals clama contra el desigual trato de la justicia. Así, comentando el duelo entre Mendizábal e Istúriz<sup>652</sup>, afirma:

*"Estos dos ministros disputáronse el poder a pistoletazos. Permítasenos Exclamar con nuestro amigo el ilustrado autor de la historia de Espartero D. José Segundo Flórez: "¡Brillante ejemplo de moralidad y de respeto a las leyes, dado por dos primeros ministros o consejeros de la corona!" Nosotros añadiremos: si hubieran sido dos pobres artesanos se les hubiera condenado a presidio"*<sup>653</sup>.

En la cárcel hay distintos alojamientos, unos mejores que otros; los que pagan obtienen los mejores<sup>654</sup>. La sociedad al mismo hecho lo denomina de distinta manera y las autoridades le dan diferente trato. Por ejemplo, lo que en las clases altas se denomina eufemísticamente "coquetería" y, entre las señoras de la aristocracia se, considera incluso de buen gusto, en el pueblo se llama prostitución y merece un severo trato por parte de la justicia:

*"si una hija del pueblo olvida un momento sus obligaciones, para cumplir acaso otra más sagrada, cual es el dar alimento a sus hambrientos hijos, se la encierra en la casa galera. No abogamos por la prostitución... de ningún modo; pero haya a lo menos igualdad en la justicia"*<sup>655</sup>.

---

<sup>652</sup> En la página 755 de *Pobres y ricos*, en nota al pie, reproduce Ayguals un texto de *Los anales del reinado de doña Isabel II* de Francisco Javier de Burgos. Todo comenzó con una discusión de tipo político. Los ánimos se fueron enconando hasta que terminaron en un desafío. "En la mañana del 15, Istúriz, acompañado del conde de las Navas, y Mendizábal del general Seoane, salieron a la ermita de San Isidro, donde, a veinticuatro pasos de distancia, canjearon dos tiros, de que, como era presumible tratándose de tiradores inexpertos, no resultó daño a ninguno. Los testigos declararon satisfecho el honor de los paladines, y aun hicieron insertar en los periódicos la retractación mutua de las expresiones que motivaron el combate; pero sin que por eso renunciase Istúriz a continuar en su oposición. Mendizábal, ufano de haber realzado su victoria parlamentaria con la aureola de un desafío, se creyó tanto más seguro en su silla, cuanto que el partido de Caballero, elevado en poco tiempo al número de sesenta procuradores, le prometió un apoyo ilimitado, bajo la condición de que el ministro se prestase a sus exigencias de progreso rápido, es decir, a completar el trastorno que muy de antemano meditaba el campeón de la Constitución de Cádiz, últimamente erigido en corifeo de la mayoría del Estamento popular".

<sup>653</sup> *María*, tomo I, cit., p. 210-211.

Ayguals se contradice en el tema del duelo, pues si en este pasaje lo condena abiertamente, en otro de esta misma novela lo defiende. Fray Patricio es desenmascarado por don Luis, pero en vez de denunciarlo a la justicia, lo reta a un duelo: "Descubiertas ya por fin todas las iniquidades de su indigno cuanto insolente rival, hubiese podido don Luis saciar su venganza y deshacerse de él entregándole a la justicia; pero el ejercicio de vil delator no es compatible con los sentimientos de un pecho liberal. Don Luis era además muy caballero, y conocía perfectamente que hay para ciertos casos leyes superiores a las de los códigos, del honor.

Lejos de nosotros la idea de abogar por la barbarie de terminar todas las cuestiones a estocadas; pero así como toda persona de discreción debe despreciar soberanamente las necias provocaciones de cualquier soez espadachín que por pueriles incidentes trate de lucir su destreza en la esgrima; compromisos hay en el mundo que hacen del duelo una lamentable necesidad". Don Luis era de los que pensaba así y, por eso, decide pedirle una satisfacción a fray Patricio pues "...hay ocasiones en que arguye cobardía y vileza apelar a medios judiciales". *Ibíd.*, tomo II, p. 67-68.

Estas pervivencias del código nobiliario del honor -éste no es el único caso- ilustran hasta qué punto la burguesía ha asumido muchos de los valores de la antigua clase dominante, lo cual influirá en su actitud transaccionista y escasamente rupturista.

<sup>654</sup> *El Dios del siglo*, tomo II, p. 11. Antes de comenzar la descripción de la cárcel, en la p. 7, hay una ironía sobre quiénes eran los inquilinos que solían ocuparla: "Hasta los primeros años de la época venturosa en que nos hallamos, pocos de nuestros lectores conocían la cárcel de corte de Madrid, más que por fuera; en el día, los tuviéramos por personas de escasa valía si no la conociesen también por dentro".

<sup>655</sup> Ayguals: *María*, tomo I, cit., p. 25.



Y lo mismo ocurre con otros delitos mucho más graves. El pilluelo es detenido y encarcelado. En las paredes de su celda encuentra una inscripción en la que se denuncia que Pedro Zurronez murió a manos del verdugo por haber robado una cabra para dar de comer a sus hijos. El pilluelo glosa la noticia en una canción:

*"Por robar Pepe Zurronez  
una cabra en despoblado  
sin más consideraciones...  
Roban otros mil millones  
y nadie les dice nada,  
porque es gente encopetada,  
y se dan tono y provecho  
con grandes cruces en el pecho...  
¿Y la justicia? Bobada!!!"<sup>656</sup>.*

De ahí que este mismo autor se lamente, generalizando la situación, en otra de las canciones que aparecen en la novela:

*"¡Horrible desigualdad!...  
¡Qué desnivel tan profundo!  
¡Oh maldita sociedad!...  
¡Oh mundo... pícaro mundo!"<sup>657</sup>.*

Una situación similar se presenta en *La criolla y los jesuitas*. Esta novela, como ya se ha visto, denuncia la conspiración de los jesuitas para apoderarse de la fortuna de López, un rico indiano que, después de haber liquidado todos sus negocios, vive en Madrid dominado por los curas de la orden que ejercen sobre él una atosigante influencia psicológica. Pero uno de los secuaces de los jesuitas, Valbuena, comienza a conspirar por su cuenta para apoderarse en beneficio propio del dinero de López. Le cuenta sus planes -casar a la viuda de López con un sobrino- a la criada, que es su amante. Ante el temor de ésta, de que si son descubiertos, los jesuitas los hagan ahorcar, Valbuena le responde:

*"Calle usted, santa mujer, ¿ha visto usted ahorcar nunca a ningún sujeto que posea bien o mal adquiridos, siete millones de reales? El patíbulo se hizo para los pobres, para los hijos de Caín, como yo les llamo"<sup>658</sup>.*

No sólo existe trato desigual ante la ley, sino desigualdad ante la misma, pues no todos los ciudadanos tienen los mismos derechos. No todos pueden participar de la misma manera en los asuntos públicos. No todos pueden votar ni ser elegidos. De esto se queja Ayguales cuando afirma de los artesanos que

*"su pobreza no es fundado motivo para que se les excluya de tomar parte en los negocios públicos, y reclaman con justicia sus derechos, de los cuales no hay poder que a despojarles alcance sin incurrir en abominable tiranía. Niéguese en buen hora al crimen el uso precioso que la razón concede a todo ciudadano de emitir el voto en las urnas electorales; pero las*

<sup>656</sup> Alfonso García Tejero: *El pilluelo de Madrid* [1848], tomo I, cit., p. 96.

<sup>657</sup> *Ibíd.*, tomo III, p. 123.

<sup>658</sup> El Tío Fidel [Francisco Robello y Vasconi]: *La criolla y los jesuitas* [1848], tomo II, cit., p. 181.

*clases trabajadoras, las que proporcionan tesoros al Estado, por ninguna razón debieran ser excluidas del más sagrado ejercicio*<sup>659</sup>.

El sufragio censitario favorecía a las clases pudientes, entre las que se encontraba la nobleza. Por eso, la queja del rey don Pedro sobre los excesivos derechos de la nobleza se puede interpretar, aunque se sitúe en la Edad Media, como una referencia metafórica a esta misma situación:

*"Tantos son los derechos de la nobleza, que no se encuentran bajo ellos los del rey, según están de sepultados... ¡Derecho!, ¡sí! ¡Derecho de horca!, ¡derecho de cuchillo!, ¡derecho de tercias y de diezmos!, ¡derecho, en fin, de matar y de robar a los pueblos, de modo que cuando el rey necesita una hueste se ve obligado a buscar aventureros o a recibir como de limosna las mesnadas de sus vasallos, y si necesita dineros, encuentra tan esquilados a los pueblos, que se ve reducido a apelar a los judíos!... ¿Y a esto se llama ser rey?... ¡Los verdaderos reyes son nuestros vasallos!. [...] ¡Poder de Dios! -exclamó, parándose de repente y lanzando ante sí una furiosa mirada sin objeto-. ¡Buena herencia nos dejó nuestro padre!... Una nobleza llena de absurdos privilegios; un pueblo embrutecido; una corte intrigante; unas arcas vacías..., es decir, la insolencia, la abyección, el robo la impotencia*<sup>660</sup>.

También Martínez Villergas denuncia, aunque de un modo general, la existencia todavía de privilegios -si bien afortunadamente en trance de desaparición- que conllevan discriminaciones legales:

*"Antiguamente era muy crecido el número de los pecadores a quienes leyes absurdas consideraban impecables. La responsabilidad ante la ley se ha extendido bastante en nuestros días, pero aún quedan algunas hojas del viejo tronco social que a la sombra de mal entendidos respetos tradicionales, impiden el desarrollo de arbustos saludables, sin temor a la podadera que no las puede herir, prevalidas de su fortaleza excepcional. Pero esto es desconocer la naturaleza de las cosas. Pero esto es desconocer la naturaleza de las cosas.*

<sup>659</sup> *María*, tomo II, cit., p. 103.

El artículo 22 de la **Constitución de 1845** dice lo siguiente: "Par ser Diputado se requiere ser español, del estado seglar, haber cumplido veinticinco años, disfrutar la renta procedente de bienes raíces, o pagar por contribuciones directas la cantidad que la ley electoral exijan y tener las demás circunstancias que en la misma ley se prefijen". Jorge de Esteban: **Las Constituciones de España**, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998, p. 182.

En el **PROYECTO DE LEY PARA LAS ELECCIONES DE LOS DIPUTADOS A CORTES** del año 1856, entre los requisitos para poder ser elegido diputado, en el artículo tercero se recogen los siguientes: "Pagar con dos años de antelación al día en que la elección se verifique, 3.000 reales de contribución directa, o 2.000 reales, siempre que 500 de ellos sean procedentes de contribuciones de inmuebles, o bien 1.000 reales, con tal que proceda de la misma contribución de inmuebles la totalidad de esa cuota".

Jorge de Esteban (editor.): **Constituciones españolas y extranjeras I**, Madrid, Taurus, 1977, Biblioteca Política Taurus 38, p. 180.

Vicens Vives aporta una serie de datos que, aunque referidos a unos años después, nos permiten hacernos una idea bastante exacta del porqué de la queja de Ayguals sobre este punto. "Según las leyes de 1858 y 1865, tenían derecho a voto, respectivamente, las personas que pagaban más de 400 y 200 reales de contribución directa. Éstos eran realmente los que detentaban el poder económico y la influencia política. Pues bien, en 1858 los votantes reconocidos eran 157.931, lo que, en una población de 15.400.000 habitantes, significa exactamente el 1 por 100; en 1865, cuando se dio el voto a los que pagaban más de 200 reales, el número de electores aumentó a 418,271, lo que, para una población de 16.600.000 habitantes, representa algo menos del 3 por 100. La realidad es que a mediados del siglo XIX, como a principios del siglo XVI, del 1 al 3 por 100 de la población española, llamárase duque, general o burgués, propietario o funcionario, dominaba al 99-97 por 100 restante, a través del voto electoral o del ejercicio del poder". **Historia económica de España**, cit., p. 567.

<sup>660</sup> Manuel Fernández y González: **Men Rodríguez de Sanabria** [1853], cit., p. 127.

*Los árboles viejos habrán de desaparecer por inútiles para pasar al taller del artesano o a la hoguera de una chimenea, y si una pueril consideración del hombre aconseja su conservación, ellos desaparecerán también, oscurecidos y arrinconados por el vigoroso y múltiple acrecentamiento de las jóvenes plantas*<sup>661</sup>.

El trato desigual puede observarse también en otros hechos bastante más triviales, pero no por eso menos importantes, como el diferente aspecto de los barrios céntricos y populares de Madrid:

*"Bueno es que se hermosteen las calles céntricas, que se dé mayor latitud a las aceras y se manden quitar las rejas que sirven de obstáculo a los transeúntes. [...] Todo esto es muy bueno, es excelente, es laudable, porque al paso que contribuye al mayor hermosteo de Madrid, acredita el celo e ilustración de sus autoridades. [...] Pero entre estas mejoras y el criminal abandono en que se tienen los barrios excéntricos, hay un contraste indecoroso que acusa de injusta e indolente a la autoridad de Madrid encargada del ramo de policía urbana*"<sup>662</sup>.

### **2.2.6.7. Reivindicación de la igualdad. Sus límites.**

La denuncia de las desigualdades tiene como objetivo el terminar con ellas. Por eso aparecen en estas novelas bastantes referencias cuya finalidad es la consecución de la igualdad ante la ley. En segundo lugar, hay otras en las que se ironiza ante ciertas muestras de lo que se podría denominar "confusionismo social", es decir la difuminación -más superficial que otra cosa- de las barreras sociales. Y, por último, no faltan tampoco los lamentos -más o menos velados- ante el resquebrajamiento, lento pero evidente, de las antiguas jerarquías sociales.

Al comienzo de *El Pilluelo* hay una larga canción en la que el protagonista hace su presentación. Aunque en este caso concreto no menciona ninguna vez la palabra igualdad -ya se han visto otras citas en que sí lo hace- ésta aparece implícitamente en todas sus afirmaciones, pues cada una de las mismas se convierte en una reivindicación de las muchas virtudes del pueblo -que no son reconocidas ni conocidas, pues carecen de todas ellas- por las clases poderosas. Dichas reivindicaciones se convierten así en otras tantas acusaciones contra los vicios de éstas. Es más, el Pilluelo convertido en una especie de pícaro decimonónico, alardea presentando como cualidades dignas de elogio lo que, a los ojos de las clases pudientes, son defectos. Comienza presumiendo de ganarse la vida con su trabajo:

*"Yo nací del pueblo bajo,  
y de la gente vasalla,  
y aunque soy de la canalla  
vivo [a] costa del trabajo.  
Soy de la gente perdida,  
como dicen los señores,  
[de] los que a fuer de sudores  
se ganan la honrada vida"*<sup>663</sup>.

<sup>661</sup> J. Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid* [1844], tomo III, cit., p. 198.

<sup>662</sup> Ayguals: *María*, tomo II, cit., p. 39.

<sup>663</sup> Alfonso García Tejero: *El Pilluelo de Madrid*, tomo I, cit., p. 45. Todas las citas siguientes, pertenecientes a esta misma canción, están comprendidas entre las páginas 45 y 53.

A pesar de su bajo origen no se humilla ante nadie, diferenciándose en eso de otros que están más altos:

*"Aunque soy de la gentuza  
no adulo, ni soy protervo:  
yo maldigo a todo siervo...  
¡Vivan Padilla y Lanuza!  
Aunque me vista de andrajos,  
y ande así como se quiera,  
otros hay en alta esfera  
más serviles y más bajos" (p. 46).*

Frente al engolamiento y solemnidad de los de arriba, el pilluelo se caracteriza por la espontaneidad:

*"Cuando el PILLUELO va al Prado,  
al ver tanto monigote,  
se le eriza su bigote  
y le da angustia y enfado.  
Yo entre las turbas paseo  
del barrio de la Paloma,  
tras un belén otra broma,  
tras un baile otro jaleo" (p. 47).*

Pero la naturalidad y el desenfado no le impide poseer sentimientos sublimes como, por ejemplo, el patriotismo:

*"Esa gentuza **Sin Don**,  
que viste feos harapos,  
un día venció a sopapos  
al fuerte Napoleón.  
Esa canalla es de nervio:  
ahí tenéis el dos de mayo,  
en el que hundió como el rayo  
al coloso más soberbio" (p. 49).*

Después de la enumeración de tantas virtudes se siente orgulloso de sí mismo, hasta el punto de que la canción termina con una retórica proclamación de su independencia y un no menos romántico desprecio del dinero en lo que parece una peculiar paráfrasis de *la vida retirada*:

*"Con mi mugrienta chaqueta  
me cubre el rostro mi dueño,  
y disfruto dulce sueño  
sin tener una peseta.  
Otros que tienen caudales,  
lujoso y dorado asilo,  
no gozan sueño tranquilo  
porque temen los puñales.  
Soy un rarísimo aborto:  
perdido, PILLUELO y pobre,  
sin oro, plata, ni cobre:  
omnia mea mecum porto.*

*Jamás he tenido ceño,  
y mi vida aventurera  
corre feliz, placentera,  
sin otro Dios que mi Dueño" (p. 52-53).*

El pueblo, pues, por su comportamiento y papel real desempeñado en la vida de la nación no es inferior a las demás clases sociales. Por eso, Ayguals reclama la igualdad para él. Pero igualdad no significa uniformidad, sino simplemente igualdad ante la ley. Tras condenar una serie de desigualdades que califica de *horribles* continúa:

*"Y decimos **desigualdades horribles**, no porque abogemos por una imposible **nivelación** de fortunas: sino porque son desigualdades hijas de la injusticia. Nosotros concedemos ventajas al talento, al valor, a la virtud, y queremos que sea respetada toda fortuna honrosamente adquirida. [...] El sabio, el laborioso, el hombre de reconocido mérito en cualquiera ciencia, arte u oficio, descollar debe siempre sobre el haragán, el vicioso o el ignorante, pero cabalmente no sucede esto, sino todo lo contrario"<sup>664</sup>.*

Por eso la igualdad a la que Ayguals aspira y reclama

*"no es esa igualdad quimérica, esa igualdad material, irrealizable, que sólo fascinar puede a los que adolecen de alguna desorganización mental, la que ambicionamos para nuestra patria, la igualdad que cautiva nuestro respeto y a la que consagramos todos nuestra veneración, es LA IGUALDAD ANTE LA LEY" (p. 405).*

Y sobre estas mismas ideas insiste en *María*:

*"No es nuestro ánimo abogar por esa igualdad absoluta, por esa nivelación de fortunas con que alguno frenéticos han querido halagar a las masas populares. Lo que nosotros deseamos en favor del pueblo, es igualdad ante la ley: castigo contra el delincuente, no contra el pobre: justicia en pro de la inocencia, y no consideraciones al rico: derechos sociales en todos los españoles: voto en todas las cuestiones para los hombres honrados. Nadie con más convicción que nosotros califica de absurdo crasísimo, de ridículo imposible, la idea de querer nivelar las fortunas de todos los ciudadanos"<sup>665</sup>.*

La opinión de Ayguals coincide con la de un periódico ministerial que, refiriéndose al programa de la oposición liberal, escribe que éste "*ocultaba pensamientos anárquicos y niveladores*"<sup>666</sup>. La igualdad aquí propuesta se conseguirá el día que se imponga el programa del partido demócrata:

*"Nosotros quisiéramos para el país que nos dio el ser, (y esto lo hemos dicho mil veces) un gobierno democrático emanado de la soberanía nacional, no de sangrientos motines, basado en el sufragio de todos, sobre la libertad del pensamiento y de su emisión, sobre la libertad de conciencia, sobre la libertad de cultos"<sup>667</sup>.*

La igualdad a la que aspira Ayguals es, por tanto, la igualdad burguesa, la compañera de viaje de la libertad y la fraternidad. Una igualdad que no conlleva la desaparición de las clases sociales, sino que simplemente lima asperezas permitiendo una convivencia pacífica y civilizada entre todas ellas, como ocurre en la romería de San Isidro:

<sup>664</sup> *El Tigre del Maestrazgo*, cit., p. 54.

<sup>665</sup> *María*, tomo I, cit., p. 92.

<sup>666</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo* [1848], tomo II, cit., p. 45.

<sup>667</sup> *El Tigre del Maestrazgo*, cit., p. 407.

*"En la pradera de San Isidro no había distinciones ni privilegios, todo el bello ideal de una república hacíase ostensible en la fraternal alegría que animaba a todos los habitantes de aquella momentánea colonia. La fastidiosa etiqueta de la corte estaba allí prohibida, confundíase el frac con la chaqueta, el chal con la mantilla de manola, no había distinción de sexos ni de edades"*<sup>668</sup>.

Rafael del Castillo tiene exactamente la misma visión de esta romería:

*"Es una romería socialista, por decirlo así. En ella se salvan todas las barreras que la sociedad ha puesto para dividir sus clases. Allí se confunde la marquesa con la modista de su casa, y el opulento capitalista con el escribiente más ínfimo de su escritorio. Allí no hay jerarquías, no hay más que una multitud que se codea, grita y se afana por contemplar de cerca la ermita del santo, o beber el agua de la milagrosa fuente"*<sup>669</sup>.

La descripción que ambos autores hacen de la romería de San Isidro nos transmite metafóricamente la concepción que tienen de una sociedad igualitaria: no una sociedad en la que desaparezcan las desigualdades materiales ni jerárquicas, sino una sociedad en la que éstas no se manifiesten en forma de soberbio desdén por parte de los de arriba y, en consecuencia, no sean sentidas como un insulto por los de abajo suscitando en ellos el recor social. Una sociedad como la catalana que describe Manuel Angelón:

*"En las asambleas catalanas no prevalecía elemento alguno: la cuna con la espada, la ciencia con el arte compartían buenamente el gobierno de Cataluña, y en honor de la verdad sea dicho, ni el pechero tuvo que sufrir jamás humillación del gran señor, ni el noble hubo de sonrojarse una vez sola de la conducta del pechero"*<sup>670</sup>.

Tanto las dos descripciones de la romería como la de las asambleas catalanas son ejemplos paradigmáticos de la igualdad por la que luchan estos autores: una igualdad controlada y administrada en todo momento por la burguesía, deseo inequívocamente recogido en las palabras de uno de ellos: *"Aspiramos a la igualdad, a una igualdad racional, equidistante de la anarquía y de la oligarquía"*<sup>671</sup>. La expresión *igualdad racional* me parece que ilustra perfectamente lo afirmado anteriormente de que se trata de una igualdad tutelada por la burguesía; en la que los derechos fundamentales estén garantizados para todo el mundo, pero sin que eso suponga ni la desaparición ni la difuminación de las fronteras entre las diversas clases sociales, como lo prueba el hecho de que este mismo autor ironice ante los síntomas de confusión social -aunque esto puede interpretarse en más de un sentido- que observa en la sociedad madrileña, confusión que es un signo de los nuevos tiempos. Así, al inicio de la obra, al mismo tiempo que expone sus intenciones, satiriza que se estén desvaneciendo los límites sociales hasta el punto de que resulta muy difícil distinguir quién es quién:

*"...con impávida saña  
en rasgos chuscos o serios  
de la capital de España*

<sup>668</sup> Ayguals: *María*, tomo I, cit., p. 236. Este pasaje y los demás que cito ya fueron comentados desde otra perspectiva -la del costumbrismo-, aunque las conclusiones finales que se pueden sacar son las mismas: la búsqueda de la concordia social. Vide p. 383.

<sup>669</sup> *Los misterios catalanes* [1862], cit., p. 22.

<sup>670</sup> *Un Corpus de sangre o los fueros de Cataluña* [1857], cit., p. 116.

<sup>671</sup> J. Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid* [1844], tomo I, cit., p. 218.

voy a pintar los misterios.  
 Sin perdonar en mis tajos  
 a los grandes ni a los chicos,  
 a los altos ni a los bajos,  
 a los pobres ni a los ricos. [...]

Voy a enderezar las piernas  
 y a recorrer los palacios  
 y a conocer las tabernas.  
 Alternaré muchos días  
 hablando a mil ciudadanos  
 con excelencias y usías  
 y toreros y gitanos.  
 Aunque si bien se medita  
 en esta infernal caverna  
 hay gitanos de levita  
 y hay señores de taberna<sup>672</sup>.

La misma actitud irónica que Martínez Villergas adopta ante este fenómeno de la *confusión social* otro autor también muy crítico, como hemos visto, con las desigualdades sociales: Alfonso García Tejero. En uno de los primeros episodios de su obra unos ciegos, que han oído que en su buhardilla se van a dar funciones, llegan hasta allí para ofrecerse a cantar. Uno de ellos se dirige a él en los siguientes términos:

*"Crea usted, señor Pilluelo... (mal venía el señor con lo pillo), pero en este Madrid se dice señor aunque sea a las más asquerosas mujercillas y hasta el zapatero más roto y remendado). Relativamente a esta clase del pueblo está muy bien, porque tan señores son como doña María la Gloria de Portugal, con sólo ser racionales, por la dignidad y derechos con que todos nacieron; pero respecto de mí no podía consentirlo, porque soy una excepción a la regla; y así es que le advertí me tutease como si hubiésemos comido juntos toda la vida. Les expuse estas observaciones, y el ciego no se hizo de rogar, que al instante me dirigió un tú tan grande como una casa"*<sup>673</sup>.

Tanto la generalización del tratamiento como la ausencia del mismo son indicativas de que las barreras interclasistas -al menos superficialmente- son cada vez más imprecisas. Distinta es la actitud de Fernán caballero que, mientras estos dos autores ironizan, ella moraliza:

*"La tolerancia llevada hasta sus últimos límites, esto es, hasta hacerse extensiva, no sólo a gentes sin educación e inferiores en la jerarquía social, sino hasta personas cuya conducta es mala o deshonrosa con escándalo, es una falta de decoro y de distinción en la sociedad española, que con copiosos y justos argumentos censuran los extranjeros distinguidos"*<sup>674</sup>.

Fernán Caballero se refiere a la costumbre de la nobleza -surgida en el siglo anterior, conocida como plebeyismo, y gráficamente satirizada por Jovellanos- de alternar con individuos de lo más bajo de la sociedad, practicada por Fernando VII tanto en su famosa camarilla como en sus no menos famosas correrías nocturnas por los arrabales madrileños<sup>675</sup>. Encuadradas en este contexto, las palabras anteriores de Fernán Caballero se pueden entender como una acusación

<sup>672</sup> *Ibíd.*, tomo I, p. VIII.

<sup>673</sup> *El Pilluelo de Madrid*, tomo I, cit., p. 38-39.

<sup>674</sup> *Clemencia* [1852], cit., p. 85.

<sup>675</sup> Vide *Introducción histórica I*, p. 32, nota 83.

contra una nobleza que, contagiada de las ideas del siglo y excesivamente influenciada por costumbres extranjeras, está abdicando de la que debiera ser su misión en relación con las demás clases sociales<sup>676</sup>. Esta "renuncia" a su papel va lógicamente acompañada de la pérdida de los modales: "*Como gracias a los progresos de la igualdad y fraternidad los chocantes aires aristocráticos se van extinguiendo, en breve no se hallarán sino en España, entre las gentes del pueblo*"<sup>677</sup>. Fernán Caballero lleva sus críticas a la igualdad incluso al terreno familiar. El general Santamaría escucha al hijo de su sobrina la condesa de Algar tutearla. Reprende a la madre por permitirlo y se establece entre ambos la siguiente conversación:

*"-Pero, tío -dijo la condesa-, yo quiero que mis hijos me tuteen.  
-¿Cómo, sobrina! -exclamó el general-. ¿También quieres tú entrar en esa moda, que nos ha venido de Francia, como todas las que corrompen las costumbres?  
-¿Conque el tuteo entre padres e hijos corrompe las costumbres?  
-Sí, sobrina; como todo lo que contribuye a disminuir el respeto, sea lo que fuere. Por esto me gustaba la antigua costumbre de los grandes de España, que exigían el tratamiento de excelencia a sus hijos.  
-El tuteo, que pone en un pie de igualdad que no debe existir entre padres e hijos, no hay duda que disminuye el respeto -dijo la marquesa-. Dicen que aumenta el cariño; no lo creo"*<sup>678</sup>.

El tuteo, la "con-fusión" de los modales son aspectos de lo más superficial, pero significativos, como síntomas, de una tendencia hacia la igualdad que paulatinamente se está imponiendo. Y, por otra parte, tanto Martínez Villergas, García Tejero como Fernán Caballero muestran sus reticencias ante estos fenómenos, si bien Fernán lo hace manifestando abiertamente su desacuerdo, y los otros dos de un modo irónico. Fernán Caballero los critica porque son síntomas que evidencian el derrumbe de las jerarquías tradicionales. Pero ¿qué significa la ironía de García Tejero por la generalización del tratamiento de *señor*? ¿Que no está de acuerdo con la tendencia igualatoria de la que es consecuencia? Evidentemente no, pues entonces coincidiría con Fernán Caballero y hemos visto en las páginas anteriores que en bastantes pasajes de su libro critica las desigualdades. Si comparamos las reivindicaciones de la igualdad hechas en un tono completamente serio y las ironías sobre el tuteo y el tratamiento de señor -manifestaciones externas y, al fin y al cabo, bastante superficiales de igualdad- la conclusión es que en una sociedad en la que existen desigualdades tan graves como las denunciadas, la existencia de estas igualdades aparentes actúa como una cortina de humo que encubre las primeras. De ahí la ironía.

#### **2.2.6.8. El matrimonio y las relaciones sentimentales.**

El matrimonio entre desiguales se presenta como imposible en todas las novelas de este período que estoy analizando. Sólo hay dos excepciones: Ayguals y Braulio Foz. En las novelas de Ayguals aparecen dos casos de matrimonios interclasistas, si bien uno de ellos

<sup>676</sup> Ya en páginas anteriores -381-4- se vio cómo satirizaba a esta nobleza que, atraída por lo francés, había renunciado a las rancias y tradicionales costumbres españolas que, afortunadamente, seguían sin embargo vivas en el pueblo convertido así en salvaguarda de los genuinos valores españoles. La igualdad no se encuentra, precisamente, entre éstos.

<sup>677</sup> *La Gaviota*, cit., p. 15.

<sup>678</sup> *La Gaviota*, cit., p. 261-262.



termina frustrándose pues, aunque todos los obstáculos derivados de la desigualdad social de los enamorados se resuelven, aparece, en el último momento, uno irresoluble: se descubre que son hermanos. En la de Foz encontramos otro. Estos matrimonios se presentan como imposibles porque la presión social -casi siempre en forma de padres autoritarios- los impide. Por ello, los autores, dependiendo de su ideología, suscribirán que las relaciones sentimentales sean únicamente entre iguales o denunciarán críticamente los obstáculos que impiden las relaciones desiguales.

En la novela de ideología tradicional se presenta como un hecho natural el que los matrimonios se celebren entre personas de la misma categoría social. Así, don Alonso Ossorio, Señor de Arganza a la hora de casar a su hija Beatriz pensó en "*un esposo digno de su clase y elevadas prendas*". Y ese esposo no puede ser otro que don Álvaro Yáñez pues

*"en el Bierzo entonces no había más que dos casas cuyos estados y vasallos estuviesen al nivel: una, la de Arganza; otra, la de la antigua familia de los Yáñez, cuyos dominios comprendían la fértil ribera de Bembibre y la mayor parte de las montañas comarcanas"*<sup>679</sup>.

En esta novela ni siquiera se plantea la posibilidad de que doña Beatriz o don Álvaro puedan casarse fuera de su círculo, posibilidad que sí se plantea en algunas de las novelas de Fernán Caballero causando los lógicos problemas y, por supuesto, no llegando a realizarse. Carlos, hijo de la marquesa de Valdejara se enamora de Elia siendo correspondido. La marquesa se opone a estos amores alegando el origen desconocido de Elia. A Carlos eso no le importa lo más mínimo, lo que provoca la reprimenda de su madre:

*"¡Está demente! -dijo la marquesa con voz sofocada-. Ni oye razones..., ni escucha a su madre..., ¡ni atiende a nada! Vuelve en ti, Carlos; habla como hombre cuerdo a tu madre, y deja las novelas para circunstancias menos graves"*<sup>680</sup>.

Como Carlos no está dispuesto a renunciar a su amor, aunque sí a marcharse de Sevilla obedeciendo la orden de su madre, ésta le revela el origen de Elia. Es hija de una mujer, que se encontraba entre una pandilla de ladrones y murió al dar a luz, siendo la niña adoptada por su hermana Isabel: "*Pesa bien si la hija de un facineroso y de una mujer perdida puede pensar en unirse a las dos primeras casas de Andalucía*"(p. 139). Su hermano Fernando piensa lo mismo que su madre en una intervención muy interesante, porque pone de manifiesto muy claramente cómo las consideraciones sociales se imponen sobre cualquier otra estimación afectiva o amorosa:

*"Considera, Carlos, si haría bien madre en tolerar un enlace, que bien pueden aprobar hoy tus correligionarios"*<sup>681</sup>, *apóstoles de la igualdad, a pesar de que mañana serían los primeros*

<sup>679</sup> Enrique Gil y Carrasco: *El Señor de Bembibre* [1844], cit., p. 27. Esta unión, que todo el mundo ve como natural porque, además, don Álvaro y doña Beatriz están enamorados, no se llevará a cabo por la ambición de don Alonso que prefiere casar a su hija con un alto aristócrata, el Conde de Lemos, pero que resulta ser un malvado. La ambición de don Alonso -éste es un tema ya analizado en el apartado del poder (p. 351 y s.)- causará la desgracia de su hija. Por eso, cuando don Alonso muere ya la final de la novela, comenta el autor: "*Con su muerte se extinguió aquella casa ilustre, que pasó a unos parientes muy lejanos, y quedó un vivo cuanto doloroso ejemplo de la vanidad, de la ambición y de los peligros que suelen acompañar a la infracción de las leyes más dulces de la naturaleza*". P. 343.

<sup>680</sup> *Elia* [1849], cit., p. 133.

<sup>681</sup> Carlos al comienzo de la novela se declara liberal, aunque su liberalismo es un tanto peculiar, pues según él, "*Los verdaderos liberales jamás reconocemos otro gobierno que aquél a cuyo frente está el rey y que sólo*

*en mirar a tu mujer con desdén. Porque, Carlos, las teorías aunque admitidas y otorgadas, son acerca de lo existente, establecido y sancionado por la mano de los siglos, lo que el papel moneda acerca del oro: formó el uno un rasgo de pluma; salió el otro de las entrañas de la tierra" (p. 193).*

El problema se "resuelve" porque Elia decide entrar en un convento, no sin antes haber asumido y aceptado las consideraciones sociales de Fernando, aunque dándole una envoltura religiosa que termina por convencer a Carlos: "*Porque, Carlos, todo lo que lleva a arrostrar la opinión y arrollar el orden establecido es ciega pasión; y ésta no guía bien y debe ser guiada*"(p. 207). Una vez más encontramos la religión al servicio del orden establecido. Lo mismo va a suceder en **Clemencia**. Constanza, la hija de la marquesa de Cortegana, está enamorada de Bruno de Vargas, pariente lejano y oficial del ejército, pero sin título y sin dinero. Sabedores de las dificultades de su relación, la mantienen en secreto:

*"La absoluta imposibilidad que existía en el enlace del joven subalterno y la hija de la marquesa de Cortegana, les había llevado a ocultar profundamente sus amores, por no verlos combatidos. Contaban con el tiempo, que tanto hace y deshace para allanar dificultades; con su constancia para vencerlas, y con la esperanza para vivir entre tanto tranquilos y contentos. La esperanza no siempre tiene palabra de Rey, pero sí tiene siempre consuelos de madre"*<sup>682</sup>.

Como del tono irónico de las últimas palabras de la autora se puede fácilmente deducir, la esperanza de los enamorados tampoco en este caso se vio realizada. La marquesa termina descubriendo el noviazgo y actúa expeditivamente: a su hija la envía a una finca en el campo y, moviendo sus influencias, consigue que el militar sea destinado a Melilla. Clemencia, que es su prima y acompaña a Constanza al campo, desempeña el papel de la moderación y la "sensatez" intentando convencer a Constanza con razonamientos de tipo religioso:

*"Cuanto hace tu madre es porque te quiere. Sosiégate, prima; piensa que no ha sido la voluntad de Dios que te cases con Bruno, y que de esta suerte quizás te libras de muchas penas y de males sin fin, y confórmate con ésta que es transitoria. Ten presente que dice San Agustín que agradamos a Dios cuando su voluntad nos agrada" (p. 152).*

Como de costumbre, Fernán Caballero acaba dándole una dimensión religiosa a lo que es un problema estrictamente social, a diferencia del planteamiento de los autores liberales. En la novela de Espronceda Usdróbal, joven de gran mérito pero de baja extracción social, se enamora de la aristócrata doña Leonor de Iscar. Él es perfectamente consciente de que se trata de un amor imposible: "*Mi nacimiento y mi posición en el mundo son obstáculos insuperables para que nunca se realice mi atrevimiento*"<sup>683</sup>. Conocedor de su inferioridad social, no sólo no tiene esperanzas, sino que por respeto a su amada no permitirá que se entere. Así se lo hace saber a la mora Zoraida que le pregunta si ama mucho a Leonor:

---

*profesa y consiente la religión católica". P. 44.*

<sup>682</sup> *Clemencia* [1852], cit., p. 90.

<sup>683</sup> *Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar* [1834], tomo I, cit., p. 349.

*"Señora -respondió Usdróbal sonrojándose-, yo amo a Leonor con toda mi alma, pero ella no sabe ni sabrá nunca que yo la amo. No -prosiguió como si hablara consigo mismo-, no se lo diré jamás; hay mucha distancia de mí a ella, y perdería hasta el consuelo de verla"<sup>684</sup>.*

El hecho de que un joven de gran mérito -al final de la novela será ascendido a caballero- no tenga la más mínima posibilidad -situación asumida y aceptada con total resignación- de que su amor sea correspondido, se convierte en una denuncia contra una sociedad en la que siguen contando más los privilegios de la herencia que la valía personal<sup>685</sup>. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en otros casos en los que son los propios autores los que sacan explícitamente las conclusiones, en la novela de Espronceda éstas se desprenden de los hechos. El autor no ataca directamente a la sociedad echándole la culpa de que Usdróbal no pueda casarse con Leonor, pero queda claro que es la verdadera culpable pues sus normas lo impiden. Usdróbal, aunque esas normas le perjudiquen, las acata sin manifestar el más mínimo desacuerdo. Un comportamiento similar adopta en la novela de Patricio de la Escosura -aunque en este caso más por cálculo<sup>686</sup> que por amor- Violante, la amante del marqués de X. Éste, que es bastante inocente<sup>687</sup>, se ha enamorado locamente sin darse cuenta de que Violante es una cortesana. Le propone matrimonio, pero su amada

*"se negó abiertamente, diciendo que prefería sacrificar su virtud para hacer la felicidad de su amante, a exponer a éste a romper con su familia e iguales, como en efecto sucedería a causa de tan desigual matrimonio"<sup>688</sup>.*

Es decir, -aparentemente- está dispuesta a sacrificarse por amor antes que poner a su amante en una situación incómoda por obligarlo a enfrentarse a las normas de la sociedad; lo que quiere decir que, aunque no las comparta, las acata. Del mismo modo reacciona Angustias, mujer

<sup>684</sup> *Sancho Saldaña*, tomo II, cit., p. 239.

<sup>685</sup> Ya se vio en páginas anteriores -vide p. 432 nota 432- que en esta novela Espronceda presenta a una nobleza corrupta e inmersa en luchas intestinas, y a un pueblo sufrido y honrado, con lo que el pueblo sale favorecido en su comparación con la nobleza. Usdróbal es uno de los componentes de ese pueblo digno de mejor suerte y que, a buen seguro, no se sentiría indigno de aspirar al amor de nadie si hubiera vivido en una sociedad más abierta, aunque, en este caso, de alguna manera su mérito terminará siendo reconocido: "En la **Conclusión** se nos dice que Usdróbal -al que cabría considerar como auténtico protagonista de la novela- terminó siendo armado caballero. Desde sus orígenes maleados de pícaro ha sabido elevarse a una categoría superior, a lo máximo a que él podía aspirar. Tal ascensión es fruto de su esfuerzo personal, del empleo adecuado de su carácter firme y sus buenas cualidades. Se ve premiado porque ha sido hombre honrado, valiente, justo, independiente e insobornable. No ha aceptado la maniobra turbia ni la doblez interesada. Llega a caballero porque toda su vida ha actuado como tal".

Ángel Antón Andrés: *Prólogo* a su edición de *Sancho Saldaña*, cit., p. 32.

<sup>686</sup> Este caso es susceptible de ser comentado desde dos puntos de vista: imposibilidad del matrimonio entre desiguales y seducción con engaño, aunque en esta ocasión nos encontramos con una seductora y no un seductor.

<sup>687</sup> "Sólo conocía el amor por oídas; pero es de advertir que le había caído en las manos tal cual libro de caballería, en el cual aprendió que una mujer puede ser muy honrada corriendo por montes y valles en compañía de un hombre, y que primero morirá que faltar a la fe jurada a su amante".

*Ni rey ni roque* [1835], cit., p. 44.

<sup>688</sup> *Ibíd.*, p. 45. En realidad los motivos de Violante -aunque esto no cambia lo que estamos comentando- son otros: "La verdad es que Violante, cuya reputación estaba ya hecha, conoció que en el momento en que el marqués anunciase su casamiento no abría en la corte quien no se apresurara a abrir los ojos del ciego amante; [...] Mas como estas reflexiones no se le alcanzaban al interesado, no vio en la conducta de su dama sino un proceder sobre manera generoso y noble, y no perdonó sacrificio alguno para compensar el que suponía que prestándose a sus deseos hacía Violante ". P. 45.

trabajadora, enamorada de don Félix de Montelirio. Hablando de él mantiene la siguiente conversación con su amiga Juana:

*"¿Amigo, nada más, eh? interrumpió la maliciosa Juana.  
-Nada más, porque no es uno de nuestra clase, sino que es caballero y muy caballero"*<sup>689</sup>.

Angustias, dado su comportamiento virtuoso, otro tipo de relaciones ni se las plantea. Otros, además de aceptar las normas sociales, se identifican totalmente con ellas, como Laura, hija del duque de Castro-Nuño, que rechaza con dureza la declaración de un criado suyo que se ha atrevido a manifestarle su amor, justificando la brusquedad del rechazo *"porque entre la sangre noble de mis venas y la sangre plebeya de los que me sirven, hay una absoluta incompatibilidad"*<sup>690</sup>. La repulsa de esta actitud la realiza Miguel Ángel -portavoz de la ideología del autor- quien le responde que *"la diferencia no está en la sangre, ni la nobleza se adquiere en la cuna"* (p.13). Exactamente lo mismo piensa Sab, cuyas críticas sobre la desigualdad social, concretamente sobre la esclavitud, vimos anteriormente. Sab está profundamente enamorado de su ama Carlota. Ésta, hija de un rico hacendado, ha sido pedida en matrimonio por Jorge Otway, próspero comerciante inglés, para su hijo Enrique. Carlota, que es una criatura angelical hasta el punto de que piensa libertar a todos sus esclavos cuando se case, está profundamente enamorada de Enrique. Lo que no sabe es que su prometido es un miserable que, aconsejado por su padre, busca únicamente su fortuna, pues va a heredar, además de los bienes de su padre, otros más cuantiosos procedentes de otra rama de la familia. Sin embargo esta herencia se frustra por lo que los Otway están buscando una excusa para deshacer el compromiso, aunque nada han dicho todavía. Sab, alma pura donde las haya, consciente de que como hombre no es inferior a nadie, pero que, dado que vive en una sociedad injusta que lo ha hecho esclavo, no podrá nunca aspirar a ser correspondido por Carlota, quiere conseguir al menos que ésta no se case con Enrique pues sabe que será infeliz. El amor de Sab es tan puro que le atormenta mucho más que no ser correspondido el que Carlota se pueda casar con alguien que no la merece, con alguien totalmente indigno de ella como es Enrique Otway:

*"¡Indigno de ella! -añadió con tristeza el mulato-. Sí, Teresa cien veces más indigno que yo, no obstante su tez de nieve y su cabellera de oro. Si no lo fuese, si ese hombre mereciese el amor de Carlota, creedme, el corazón que se encierra en este pecho sería bastante generoso para no aborrecerle. "¡Hazla feliz!", le diría yo, y moriría de celos bendiciendo a aquel hombre. Pero no, él no es digno de ella: ella no puede ser dichosa con Enrique Otway... ¡Ved aquí el motivo de mi desesperación! Carlota en brazos de un hombre era un dolor... ¡un dolor terrible!, pero yo hubiera hallado en mi alma fuerzas para soportarlo. Mas Carlota entregada a un miserable... ¡Oh, Dios! ¡Dios terrible!... ¡Esto es demasiado! Había aceptado el cáliz con resignación y tú quisiste empozoñar su hiel"*<sup>691</sup>.

Para desenmascarar a Enrique ante Carlota se le ocurre una estratagema que propone a Teresa prima de la anterior. Cada uno de ellos juega un número en la lotería. El número agraciado ha sido el de Sab. Está dispuesto a regalárselo a Teresa para demostrarle que, en el momento en que Enrique se entere de que ella ha sido la afortunada, pedirá su mano. Pero Teresa no quiere

<sup>689</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo* [1848], tomo I, cit., p. 205.

<sup>690</sup> J. Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid* [1844], tomo I, cit., p. 13.

<sup>691</sup> Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Sab* [1841], cit., p. 214.

porque eso causaría tal desilusión a Carlota que la llevaría a la tumba. Sab entonces lo cambia por el de Carlota sin que ella lo sepa. Enrique y Carlota se casan y Sab muere justamente en el mismo momento en que se está celebrando la boda. Sab, a diferencia de Usdróbal o Angustias, es un rebelde aunque su rebeldía no trasciende más allá del terreno mental o ideológico. Es decir, es un rebelde en el sentido de que no acepta las estructuras sociales existentes denunciándolas como injustas; así se pregunta que, si Dios le ha dotado de una inteligencia y de una sensibilidad que le sitúan por encima de la mayoría de los hombres, por qué la sociedad no se lo reconoce:

*"Es culpa mía si Dios me ha dotado de un corazón y de un alma? ¿Si me ha concedido el amor de lo bello, el anhelo de lo justo, la ambición de lo grande? [...] ¿Por qué establecen [los hombres] grandezas y prerrogativas hereditarias? ¿Tienen ellos el poder de hacer hereditarias las virtudes y los talentos? ¿Por qué se rechazará al hombre que sale de la oscuridad, diciéndole 'vuelve a la nada, hombre sin herencia, y consúmeme en tu cieno, y si tienes las virtudes y los talentos que faltan a tus sueños, ahógaes, porque te son inútiles'?" (p. 269-270).*

Pero su rebeldía no va más allá de estos desahogos confidenciales con Teresa. Estas ideas pierden así la capacidad que podrían tener de actuar como detonante revolucionario si fueran conocidas por los demás esclavos. A Sab su amor sin esperanzas le hace darse cuenta de las injustas desigualdades sociales, pero, sumido en el dolor que le provoca su insoluble problema personal, la dimensión social del mismo queda en un segundo plano:

*"Sab está más preocupado por su amor que por la tarea social. Tula crea un personaje romántico, no un revolucionario en cuestiones sociales, aunque se dé cuenta de que el sistema esclavista es injusto y vergonzoso y de que es necesario abolirlo, pero esa lucha no va con él"<sup>692</sup>.*

Si el matrimonio entre desiguales se presenta como imposible -salvo en los dos casos citados -Ayguals y Foz- que comentaré más adelante- con las relaciones extramatrimoniales no ocurre lo mismo. Lo más normal es que asistamos a intentos de seducción, logrados o frustrados, de jóvenes del pueblo por parte de aristócratas sin escrúpulos; aunque también ocurre lo contrario, que algún noble bobalicón e inexperto sea engañado por alguna cortesana zalamera como sucede con Violante en la novela de Patricio de la Escosura ya citada. Entre los primeros se encuentra el corrompido barón del Lago que hace la corte a María prometiéndole matrimonio. Afortunadamente para ella, María se entera a tiempo de que el barón ya está casado y se salva de ser engañada por él. No menos corrompido es el conde del Llano, personaje de otra novela de Ayguals, que entre sus muchas habilidades, muestras todas ellas de libertinaje, "poseía un singular talento para seducir a las incautas"<sup>693</sup>. En esta misma novela encontramos un caso que ilustra las dos manifestaciones de relaciones sentimentales entre personas socialmente desiguales que venimos considerando hasta ahora: seducción extramatrimonial y matrimonios imposibles, aunque finalmente uno de ellos tenga lugar cuando ya no arregla nada excepto tranquilizar la conciencia del personaje. El duque de la Azucena sedujo en su juventud a una joven del pueblo, lo que en palabras de su mayordomo

<sup>692</sup> José Servera: *Introducción* a su edición de *Sab*, cit., p. 64.

Ambrosio fue una acción: *"Perversa. ¡Seducir a una pobre niña, de humilde condición, sacarla del hogar paterno, establecerla en un palacio, y después de haberla hecho dos veces madre, abandonarla sin piedad!"*<sup>694</sup>. Y en esto -sigue hablando el mayordomo- el duque de la Azucena se comportó como otros muchos nobles, pues

*"los grandes señores, los hombres que atesoran riquezas bien o mal adquiridas, créense autorizados para cometer impunemente todo linaje de excesos. Ven a una linda joven, y les basta saber que es pobre para no arredrarse por los medios de seducirla. Le juran ternezas, prodigan el oro, la fascinan con promesas de fingida honradez... cede la incauta niña a tantos halagos, se perpetra el crimen, y Cristo con todos. Satisfecho ya el brutal apetito, las molestias del hastío remplazan los gérmenes de la pasión que se marchita a la par que la purpurina rosa del honor de la niña"* (p. 82-83).

El duque era consciente de que lo que estaba haciendo no era correcto; pero, por una parte, su pasión era demasiado fuerte para poderla dominar; y, por otra, era incapaz de romper con los prejuicios sociales que desaprobaban el matrimonio con una inferior, como él mismo reconoce en el siguiente diálogo con Ambrosio:

*"Cuando vivía podía usted haberla desagaviado.  
-No era posible.  
-¿Porque era pobre?  
-Pobre y de humilde condición.  
-Era virtuosa.  
-Pero no era noble"*(p. 83).

Como no puede dejar de pensar en lo que hizo, sufre terribles remordimientos de conciencia y se encuentra arrepentido. Pero ya no hay nada que pueda hacer pues Adela, así se llamaba la joven seducida, ha muerto; al menos así lo creen todos. Ahora bien, este arrepentimiento no significa que, de momento, el duque haya cambiado de opinión sobre el matrimonio entre personas de diferente rango social, como se pone de manifiesto en el caso de su hijo Eduardo. Éste se encuentra enamorado de Enriqueta, hija de un pintor y es correspondido por la joven pero sin que ninguno de los dos tenga noticias de los sentimientos del otro, pues se trata de un amor a primera vista con motivo de un encuentro casual en un café; no han vuelto a verse desde entonces, pero ambos son continuamente objeto de sus mutuos pensamientos. Estas relaciones se presentan en la novela desde la perspectiva de las dos familias. La del pintor no pone obstáculos, aunque están convencidos de que el padre de Eduardo, el orgulloso duque de la Azucena, no dará su consentimiento, cosa que efectivamente sucede. Enriqueta, antes de comunicárselo a nadie, es consciente de los obstáculos:

*"¡Pobre niña!, sentíase enamorada, ciegamente enamorada de un joven de la aristocracia más distinguida, y ella pertenecía a una familia plebeya..., era hija de un pintor, y esto la sumergía en tristes reflexiones"* (p. 70).

Su madre, cuando se entera, procura que no se haga ilusiones:

---

<sup>693</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 470.

<sup>694</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 81.

*"¿Cómo quieres tú que un duque vaya a enamorarse de ti? Tú eres pobre, hija mía, y a esos grandes señores no puede inspirarles un amor puro la hija de un artista, por acreditado y honrado que éste sea"(p. 75).*

Y en los mismos términos le habla su padre diciéndole *"que era una locura imaginar siquiera que un apuesto y gallardo joven de la más elevada jerarquía, pudiese amar con sanas intenciones a la hija de un pintor"*(p. 142). La casualidad hace que Eduardo vaya a casa de Federico, que así se llama el pintor padre de Enriqueta, a hacerse un retrato. Enriqueta, que es una joven romántica y soñadora, cree que el retrato es simplemente una excusa para visitar la casa porque Eduardo está enamorado de ella. Su padre, sin embargo, insiste en sus anteriores razones y la convence de que no es así, argumentos que ella acepta resignadamente: *"Tiene usted razón -repuso con rubor y melancolía la desgraciada joven-, nosotros somos plebeyos"* (p. 303). Pero, efectivamente, Eduardo está enamorado de Enriqueta y así se lo hace saber al pintor. Éste le hace ver que la alta sociedad no le perdonaría nunca un enlace como ése. Eduardo que, como ya hemos visto, es una persona de ideas democráticas e igualitarias, le responde:

*"concedo que el orgullo de los palaciegos es insultante; pero afortunadamente no todos adolecen de este grave defecto, y no han faltado algunos aristócratas que han emparentado con personas de humilde condición"* (p. 405).

Federico, que sobre todo no quiere que su hija se haga ilusiones, le objeta que su padre no consentirá nunca *"que su único hijo, el heredero de sus blasones, el que iba a contraer matrimonio con una señorita de la más elevada aristocracia, escandalice a la corte con un acontecimiento degradante para él, como sería el despreciar la hija de una marquesa por una niña nacida entre la plebe"* (p. 406). Él, por su parte, si el duque consiente, no pondrá ningún impedimento. El duque, que a pesar de su arrepentimiento, sigue lleno de prejuicios aristocráticos, no consiente. Federico, enterado de la prohibición del duque, le ruega a Eduardo que no visite más su casa: *"Espero que obedecerá usted a su padre, evitando el roce con una familia del pueblo"* (p. 453). Una vez más, como en todos los casos anteriores, el personaje popular acepta resignadamente la situación sin rebelarse ni hacer nada porque las cosas sean de otra manera. Y en el caso de Federico no se debe a ignorancia o falta de conciencia, pues ya se vio en el apartado dedicado a la nobleza cómo defendía frente al orgulloso duque la dignidad del ser humano y que la aristocracia del talento y del mérito es muy superior a la de la sangre. Las normas de la sociedad, una vez más también, se imponen y reprimen los sentimientos:

*"Dos jóvenes se adoran; dos almas candorosas avasalladas por una pasión frenética, han jurado amarse eternamente, y a esta fogosa pasión se oponen con inflexible energía las preocupaciones de la sociedad. ¿Vencerán estas preocupaciones? ¿Triunfará el amor?"* (p. 463).

Después de múltiples peripecias y conversaciones de Ambrosio con el duque en las que le recuerda continuamente las desgracias que su orgullo acarreó en el caso de Adela, y le insta para que no cometa los mismos errores con su hijo, a lo que se une una grave enfermedad que casi lleva al duque a la tumba, éste consiente en el matrimonio. Va a casa del pintor y mantiene con él una larga conversación en la que se arrepiente y pide perdón por su comportamiento anterior. Aunque es bastante extenso, reproduzco un fragmento de dicha conversación porque me parece muy significativo del cambio producido en la forma de pensar del duque, lo que es

una ilustración más de la teoría de Ayguals sobre cómo se puede llegar a la concordia social basándose en la racionalidad:

*"-Sí, amigo mío, para Eduardo pido la mano de la hija de usted. Conozco que es hacerle infeliz el oponerme a su pasión, y sería yo un padre muy cruel si me holgara en la infelicidad de mi hijo. Eduardo y Enriqueta se aman, no pueden ser dichosos el uno sin el otro. A nosotros, pues, nos toca labrar su dicha.*

*-¿Habla usted formalmente, señor duque?*

*-Hablo con toda sinceridad, y si usted no se opone al enlace de nuestros hijos, bendeciré a Dios por ver colmados todos mis deseos.*

*-¿Ha olvidado usted la distancia que nos divide?*

*-De hombre a hombre no va distancia alguna.*

*-Pero de un pobre artista a un rico aristócrata...*

*-Hay la misma distancia que de un hombre útil a un pernicioso holgazán -repuso el duque sonriéndose-. Me acuerdo mucho de nuestra primera polémica... Usted tenía entonces sobrada razón. [...] En una palabra, amigo mío, tan avergonzado estoy de mis pasadas preocupaciones, que deseo enmendarlas dando un testimonio público de la predilección que en el día me merecen las clases laboriosas que componen la mayoría del pueblo.*

*-Pero esa predilección...*

*-Esa predilección me induce a casar mi hijo con la hija de un pintor, siempre que este honrado artista apruebe el enlace. [...] Esto es dar a la virtud el galardón que se merece... esto es enmendar una falta... esto es labrar la felicidad de nuestros hijos, y con ella la de sus padres" (p. 765-766).*

Es decir, el duque ha hecho suyas todas las ideas que Federico defendía -y él con orgulloso desdén rebatía- en su anterior entrevista. El aristócrata ha terminado dándole la razón al pueblo y valorándolo. Ha reconocido, por tanto, que éste estaba infravalorado y que debe desempeñar un papel acorde con su verdadera capacidad. Y todo ello sin necesidad de rebeldías ni insubordinaciones. Tanto Federico como Eduardo, aunque no estaban de acuerdo con ella, acataron la decisión del duque y, sin embargo, éste ha terminado cambiando de opinión. No sólo ha cambiado de opinión en el caso de su hijo sino también en el suyo propio. Adela no había muerto como creían todos, sino que vivía mendigando siendo conocida por todos como la *bruja*. El duque se casa con ella, aunque Adela muere inmediatamente después de celebrada la boda. Este cambio tan radical en la forma de pensar y actuar del duque se debe a que las ideas justas y racionales -la igualdad de todos los hombres es una de ellas- cuando se exponen a personas de buenos sentimientos -el duque lo es, sólo que tuvo una educación equivocada<sup>695</sup>- terminan necesariamente siendo aceptadas. La tesis de Ayguals es que no hay necesidad de revoluciones para que al pueblo le sean reconocidos sus derechos. Poniendo un poco de buena voluntad por ambas partes la concordia social es posible: el consentimiento de este matrimonio -aunque después no se celebre<sup>696</sup>- lo prueba; y es también el ruego que dirige al cielo el sacerdote que ha presenciado todas las anteriores desgracias:

<sup>695</sup> El propio duque lo reconoce en esta misma conversación con Federico: *"Hay preocupaciones que germinan en la mente desde la infancia, y es difícil desarraigadas de allí. [...] Mi juicio estaba ofuscado, es verdad; pero las nieblas del error han desaparecido de él para siempre"*. P. 767.

<sup>696</sup> Cuando ya todo estaba preparado para que se llevase a cabo el matrimonio entre Eduardo y Enriqueta se descubre que son hermanos. Son los dos hijos que el duque tuvo con Adela a la que abandonó. Eduardo siguió viviendo con su padre, pero todo el mundo pensaba que la niña y la madre habían muerto, pero no fue así. La niña fue adoptada por Federico y la madre se convirtió en pordiosera. Aunque Ayguals está a favor de la



*"En medio de este grupo desgarrador, dirigiendo el sacerdote la vista al cielo, imploraba la divina clemencia en favor de aquellas víctimas de ruines preocupaciones, de esas preocupaciones insensatas que se oponen a la fraternidad que debe reinar entre pobres y ricos, entre nobles y plebeyos, fraternidad sublime, evangélica, sin la cual no podrá haber nunca felicidad para los pueblos" (p. 852).*

En la novela de Braulio Foz no tiene ningún tipo de prejuicios clasistas, a la hora de casarse, el padre del hidalgo don Alfonso López de Lúsera pues, según recuerda éste, le daba los siguientes consejos:

*"Decía que en la mujer para casarse no se debía buscar sino dos cosas, talento y agrado; y del nacimiento decía que sin despreciarlo de ningún modo, no era de las primeras causas que contribuyen a hacellas más o menos dignas. Así es que mi padre imbuido de estas sabias máximas se casó con una labradora hija de una familia honrada, sí, pero casi pobre, y fue muy feliz con ella; y lo fuimos sus hijos también, porque era mujer muy amable, y solícita y advertida en todo. Y a mí me decía que si me parecía bien una mujer plebeya, no reparase en preferilla a otra de nacimiento, si por sus prendas solas y puramente personales no fuese tan digna como aquélla"<sup>697</sup>.*

Don Alfonso, después de múltiples vicisitudes, terminará llevando a la práctica los consejos de su padre. Si la anterior novela de Ayguals ilustra cuál no debe ser el comportamiento de los nobles, en la de Foz se ilustra lo contrario. Lo mismo sucede en *María*, donde volvemos a encontrarnos con un noble ejemplar. Si el duque de la Azucena, aunque arrepentido al final de su vida, es el ejemplo de conducta soberbia y fatua que le lleva a despreciar al pueblo, el marqués de Bellaflor es justamente lo opuesto: su título y ascendencia social no le impiden valorar y apreciar las virtudes de las clases trabajadoras:

*"El marqués, cuya hereditaria nobleza tenía su origen en la más remota antigüedad, cifraba su ORGULLO, repetimos, en adquirir vínculos de parentesco y de amor con la familia de un pobre albañil, sólo porque atesoraba virtudes más apreciadas que la necia vanidad de algunos aristócratas improvisados"<sup>698</sup>.*

Por eso, desde que se enteró que su hijo estaba enamorado de la hija de un albañil, no sólo no se opuso, sino que se mostró en todo momento entusiasmado con esas relaciones pues el marqués es una persona de ideas socialmente avanzadas; ya se vio páginas atrás que se califica a sí mismo de republicano y abraza calurosamente al hermano de María cuando éste decide ingresar en la Milicia Nacional. La novela termina con la boda de los dos enamorados: *"La hija de un pobre jornalero y el hijo de un rico marqués, María y don Luis de Mendoza, acababan de recibir la bendición de un sacerdote, y salían rebosando júbilo"<sup>699</sup>*. La descripción de sus respectivas familias se convierte en todo un símbolo de la concordia social tantas veces propugnada por Ayguals: *"Seguíanles el respetable Bellaflor asido del brazo del honrado jornalero Anselmo, a quien el demócrata marqués cedía la derecha. [...] Luisa y la baronesa del Lago iban también de*

---

igualdad y la concordia, en este caso el final no es feliz, porque la tesis de la novela es que los prejuicios sociales llevados a sus últimas consecuencias causan terribles desgracias. El duque se arrepiente y se casa con Adela con lo que repara el daño moral, pero las funestas consecuencias sociales que se derivaron de su conducta ya no tienen remedio. Él se vuelve loco, Adela muere, Eduardo se suicida y Enriqueta entra en un convento.

<sup>697</sup> *Pedro Saputo* [1844], cit., p. 298.

<sup>698</sup> *María*. tomo II, cit., p. 346.

<sup>699</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 344.

*bracero*"(p.344). Anselmo, el padre de María, declina la invitación para ir a vivir en el palacio de su hija y abandonar su profesión: "*no quiero abandonar la honrada profesión de albañil. Quiero ser siempre jornalero*" (p.345). Lo cual es también significativo del conformismo social que conlleva la concordia.

### **Conclusiones de las relaciones sentimentales.**

En la novela de ideología tradicional -Gil y Carrasco y Fernán Caballero- estas relaciones se presentan poco menos que como antinaturales. Gil y Carrasco ni siquiera se plantea su posibilidad. Es impensable que los matrimonios no sean entre iguales. El hecho de que la novela se sitúe en la Edad Media se puede considerar hasta cierto punto como un factor coadyuvante para el predominio de esta ideología, aunque no determinante, pues también la novela de Espronceda se sitúa en la Edad Media y su postura es muy distinta. En Fernán Caballero, cuyas novelas son todas de tema contemporáneo, sí aparecen las relaciones entre desiguales. Nunca se llevan a cabo. Se establece un conflicto entre las aspiraciones del individuo y las estructuras sociales. Éstas se imponen siempre; y lo hacen doblemente. Por una parte, los que ejercen la autoridad -madres- actúan con contundencia alejando a sus hijos; y, por otra, porque éstos obedecen sin rechistar, limitándose todo lo más a manifestar su dolor, pero sin que haya nunca el más mínimo conato de rebeldía. Incluso personas próximas a ellos actúan como consejeros indicándoles la conveniencia de que esos matrimonios no se celebren, dándoles a las decisiones de sus mayores una trascendencia religiosa, lo cual muestra su grado de alienación ante esas estructuras sociales. La sociedad no sólo impone sus normas, sino que los individuos las acatan mostrando su acuerdo con ellas. El modelo social vigente sale reforzado de las novelas de Fernán Caballero y Gil y Carrasco.

En la novela de ideología liberal las relaciones entre desiguales adoptan dos manifestaciones: al margen del matrimonio y matrimoniales. Las primeras se denuncian como una forma más de opresión de los poderosos sobre el pueblo. Las segundas aparecen como irrealizables, salvo en los casos de Ayguals y Foz. No son posibles porque en esta sociedad sigue primando la desigualdad. Esta sociedad, por no reconocer el verdadero mérito, obliga a los que lo poseen -Usdróbal, Sab- a renunciar, a retirarse cediendo su lugar a otros que valen infinitamente menos, pero que están llenos de fatuidad y soberbia, tema en el que se centran las denuncias de Villergas y Ayguals en *Pobres y ricos*. Estos personajes son conscientes de su valía y dignidad; sin embargo, tampoco hacen nada por cambiar la situación, lo cual es una forma resignada de aceptación. En este sentido se parecen a los personajes de Fernán Caballero, pero, a diferencia de éstos, no muestran su acuerdo con dicha situación. Sab la critica abiertamente. Luego, son víctimas de una situación contra la que no hacen nada, pero con la que no están conformes. Éstos, al menos, son conscientes de su valor como individuos. Otras veces, sin embargo, los personajes -sería el caso de Angustias- no parecen ser conscientes de su dignidad como personas. Asumen su inferioridad como un hecho natural. Éstos son dos veces víctimas: de la situación y de su alienación. Ahora bien, en todas estas novelas se critica la situación reflejada. Todos los casos anteriores se convierten en una denuncia de la desigualdad y, en consecuencia, en un alegato a favor de la igualdad. Si en las novelas anteriores este alegato se lleva a cabo presentando cómo no deben ser las cosas, o, lo que es lo mismo,

las consecuencias negativas de una sociedad llena de prejuicios del pasado, en *María* sucede lo contrario: se muestran los beneficios que conlleva para toda la sociedad la desaparición de esos prejuicios. En la novela liberal nos encontramos, por tanto, con dos enfoques de los matrimonios entre personas de diferente categoría social: uno negativo y otro positivo. En el negativo, una sociedad, que se niega a reconocer que el verdadero mérito no tiene nada que ver con el nacimiento, los impide, lo que genera injusticias y rencores de todo tipo. En el positivo se muestra cómo, cuando estos prejuicios desaparecen, reinan la armonía y la concordia entre todas las clases que componen la sociedad. Para que desaparezcan únicamente hace falta que las ideas liberales sean conocidas, pues entre los poderosos, aunque haya algunos fatuos, abundan las personas de buena voluntad dispuestas a aceptar la igualdad básica de todos los seres humanos. El matrimonio de la hija de un albañil con uno de los nobles de la más rancia aristocracia española es una prueba evidente de ello; es, trasladándolo a otro nivel, una prueba determinante de que en el liberalismo cabe todo el mundo, sin necesidad de revoluciones -de ahí que ninguno se subleve, ni siquiera Sab. No deja de llamar la atención la resignación con que todos los personajes populares -Federico es un caso especialmente significativo por la contundencia y claridad con que en sus primeras conversaciones con el duque defiende la igualdad- aceptan la situación. Federico, que sabe que Eduardo es un joven digno que quiere casarse con su hija, cuando el duque se opone, en lugar de favorecer ese amor, le prohíbe a Eduardo que siga visitando su casa. Él no se cree bajo ningún concepto inferior al duque, considera que su hija tampoco es inferior a Eduardo y, sin embargo, sólo cuando el duque accede al matrimonio da él también su consentimiento. Es decir, al pueblo le corresponden unos derechos que todavía no disfruta plenamente porque no todo el mundo se los reconoce, pero el acceso a los mismos tiene más de concesión por parte de los que ocupan el poder que de adquisición por parte propia, pues esto último implicaría la rebelión contra ese poder. Pero, como veremos al analizar el tema de la revolución, todos estos autores son contrarios a ella, aunque a veces esgriman su posibilidad como una especie de amenaza apocalíptica. Por eso, el pueblo aparece siempre sumiso y, aunque sea consciente de sus derechos, no lucha por ellos. Si las novelas de Fernán Caballero inducen a la aceptación y conformismo con las estructuras sociales vigentes, las liberales pretenden lo mismo, pero con el liberalismo, aunque éste no ha triunfado todavía plenamente.

#### **2.2.6.9. La felicidad de los pobres.**

De la última afirmación hecha en el punto anterior se puede deducir que, en el fondo, ambas corrientes novelísticas incitan al pueblo al conformismo: una, con la situación en la que vive; otra, con un sistema socioeconómico -el liberalismo- que se encuentra en trance de desarrollo y que se presenta como emancipador. De ahí que se encuentren en las dos -aunque no en un número excesivo- varias citas cuyo contenido común es la envidia que, de la paz y tranquilidad que en medio de sus estrecheces goza el pueblo, sienten en algunas ocasiones los poderosos. En la novela de Gil y Carrasco, Don Alonso Ossorio, cuya ambición le llevó a romper el matrimonio con don Álvaro por otro más "ventajoso" que acarreó la desgracia de su hija, cuando se da cuenta del daño ocasionado exclama:

*"¡Quiera el cielo perdonarme! Siempre le había agradecido la cuna ilustre en que nací y las riquezas de que me rodeó desde la niñez, pero ahora, con el pie dentro del sepulcro, reconozco lo funesto del don, y muchas veces me he dicho en mis desvelos nocturnos: ¡Cuánto más dichosa hubiera sido mi hija con nacer en una cabaña de estos valles...!"*<sup>700</sup>.

Palabras ratificadas por doña Beatriz en su lecho de muerte en el que, refiriéndose a su fiel criada Martina, dice lo siguiente:

*"Y, vos, don Álvaro, dulce esposo mío, tomadla a ella y a su futuro marido bajo vuestro amparo, pues su lealtad y ternura hacia vos no han sido menores, y ya que el mundo no se ha puesto de por medio en el camino de su sencilla inclinación, gocen en paz de una vida que tal vez hubiéramos gozado nosotros si hubiéramos vestido su humilde hábito"* (p.339).

Parece lógico, pues, que, cuando el pueblo ve a los grandes sufrir por circunstancias que se derivan de su propia grandeza, sienta una sensación de alivio producida por la seguridad de que nunca va tener preocupaciones de esa naturaleza. La aceptación de su situación miserable es así más fácil. En la novela de Patricio de la Escosura, doña Ana de Austria ha sido recluida en un convento de Madrigal por su tío el rey Felipe II quien, celoso de su hermanastro don Juan de Austria, quiere así extinguir su descendencia. Doña Ana no tiene vocación alguna para monja pues *"la naturaleza la había hecho más para madre de familia que para religiosa"*<sup>701</sup>. Por eso, al ver que, siendo ella una dama de la aristocracia, no puede disfrutar de algo al alcance de cualquier sencilla mujer del pueblo, siente envidia de éstas: *"Entonces hubiera querido haber debido el ser a un oscuro jornalero y ser dueña de su persona, más bien que ser hija de un príncipe de la ilustre casa de Austria a tanta costa"* (p.86). La privación de libertad de doña Ana se convierte en esta novela -cuyo tema principal, como ya vimos al analizar el poder, es la denuncia del gobierno despótico de Felipe II- en un acto más del tiránico monarca que confirma así la opinión que de él tiene Escosura. La reacción que provoca en el pueblo es, por una parte, de conformismo como en el caso anterior. Pero también de identificación con la víctima y de rechazo del tirano. Es decir, el pueblo, al ver que el tirano no tiene consideración con nadie, ni siquiera con su propia familia, se solidariza con la víctima al mismo tiempo que aumenta su animadversión hacia un poder que tan mal trata a todos sus súbditos. El mismo sentido de denuncia contra un poder tiránico, aunque en este caso local, adquiere la envidia que en la novela de Manuel Angelón siente el conde de Santa Coloma del pueblo catalán sublevado contra él:

*"Lo cierto es que con todo su fausto y su grandeza, su condado y su virreinato, su brillante parentela y su intimidad con el favorito de Felipe IV, D. Dalmacio de Queralt envidiaba la suerte del último de aquellos hombres del pueblo, que a despecho de sus amenazas le miraban al rostro como llamándole mal repúblico y peor padre"*<sup>702</sup>.

El pueblo, víctima del mal gobierno del virrey, se desquita, al menos moralmente, en esta escena, pues tiene la satisfacción de poder mirar con la cara bien alta, y sin sentir ningún miedo, al principal causante de todas sus desgracias. Su dignidad queda resarcida y por encima de la del virrey. También para Ayguals tiene más dignidad un humilde artesano que los

<sup>700</sup> Enrique Gil y Carrasco: *El señor de Bembibre* [1844], cit., p. 202.

<sup>701</sup> Patricio de la Escosura: *Ni rey ni roque* [1835], cit., p. 86.

<sup>702</sup> Manuel Angelón: *Un corpus de sangre o los fueros de Cataluña* [1857], cit., p. 526-527.

palaciegos corruptos -idea ya comentada en el apartado dedicado a la nobleza- por lo que exhorta a estos cortesanos a que envidien la paz y tranquilidad de un jornalero que duerme plácidamente la siesta: "*Su sueño era dulce y apacible como lo es siempre el sueño de la inocencia*"<sup>703</sup>. Esa paz, desconocida para los ambiciosos hombres de los palacios se debe a que es pobre:

*"¡Hombres de los palacios! ¡Magnates orgullosos! Vosotros que insensatos os rodeáis de fausto deslumbrador para ser felices, porque en la mezquindad de vuestro raciocinio no es posible concebir dicha alguna en la pobreza, [...] decidnos vosotros mismos ¿no sois mil veces más infelices que él?"* (p. 51).

Para Ayguals el jornalero es más feliz, porque la felicidad reside en la virtud aneja a la pobreza:

*"En el duro suelo, y a merced de la intemperie, duerme feliz en tanto que vosotros os agitáis insomnes en lecho de mullida pluma, sobre la fina Holanda, y como los dioses, de suavísimos perfumes incensados. Y esto ¿por qué? Porque el honrado jornalero, el artesano laborioso, el aplicado artista, con la conciencia tranquila y pura, hallan solaz en el apetecido descanso de sus fatigas, mientras vosotros, atormentados por crueles ideas de insaciable ambición, rechazáis el sueño mal que os pese, y aviváis la úlcera de los remordimientos que hace germinar el crimen en vuestro corrompido corazón"* (p.51).

De ahí que sean los ricos los que deben envidiar a los pobres: "*Postraos de hinojos, repito, ante el hombre del trabajo y envidiad su sueño*" (p.51). Ayguals repite estas mismas ideas cuando las pone en boca de Adela quien da los siguientes consejos a Enriqueta:

*"Procure usted alejar de su fantasía esas quiméricas ilusiones de grandeza, y no dude usted que será feliz, porque la felicidad no germina precisamente entre el fausto de oropelados salones. La morada del honrado artesano, el taller del laborioso artista, y hasta la choza del jornalero pueden cobijar la verdadera felicidad"*<sup>704</sup>.

¿Cómo compatibilizar la denuncia de las estrecheces económicas, desigualdades y miserias del pueblo analizadas páginas atrás con esta apología de la pobreza porque en ella reside la auténtica felicidad? ¿En qué se diferencia esta apología de la noble ambición tan irónicamente criticada por Fernán? Ambos pretenden lo mismo: conservar al pueblo bajo su influencia. La diferencia está en que Fernán se dirige al pueblo rural, base del poder de la oligarquía tradicional, y los liberales al urbano, base a su vez del creciente poder económico y político de la burguesía. Estos autores son conscientes de que la miseria del pueblo urbano es consecuencia de la industrialización, ideológicamente sustentada en el liberalismo económico. Saben, pues, muy bien que el sistema liberal origina la explotación del obrero y crea desigualdades de tipo práctico tan graves como las que desaparecen en la letra de las nuevas constituciones. Pero, precisamente por esto, porque el liberalismo se ampara en lemas grandilocuentes -libertad, igualdad, fraternidad- creen que puede redimir a los mismos que ha condenado a la explotación. Sólo es necesario que se lleve a la práctica la igualdad teórica consagrada en los códigos. Y eso se conseguirá fácilmente si cada clase social pone la suficiente buena voluntad de su parte: los ricos no despreciando a los pobres, sino colaborando

<sup>703</sup> *El Tigre del Maestrazgo*, cit., p. 51.

<sup>704</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 154-155.

con sus riquezas para contribuir al bienestar de éstos; y los pobres aceptando el sistema -los altruismos filantrópicos de los poderosos son una prueba de la bondad del mismo- sin aspirar a utópicos y traumáticos cambios; o, dicho con sus propias palabras, a "*anárquicas nivelaciones*". En síntesis, los autores de ideología liberal lanzan al pueblo un doble mensaje: por una parte denuncian desigualdades, debidas más que a las contradicciones del sistema a la mala voluntad de algunos, para que el pueblo cierre filas en torno a lo que podríamos llamar el liberalismo auténtico y se implique en su consolidación; por otra parte, hacen apología de la pobreza para fomentar un clima de conformismo social que evite cualquier tentación de veleidades revolucionarias.

#### **2.2.6.10. Conclusiones de la desigualdad social**

La novela de ideología conservadora defiende la desigualdad social; la liberal, la ataca. En ésta son frecuentes tanto las declaraciones teóricas a favor de la igualdad, como la denuncia de múltiples casos concretos de desigualdades. En la conservadora, las declaraciones teóricas son escasas. Es decir, mientras los liberales no se cansan de clamar contra las desigualdades en nombre la dignidad humana, los conservadores pasan como de puntillas por la justificación teórica de sus puntos de vista. Da la impresión de que en los tiempos que corren hay cosas que se pueden seguir pensando pero no parece muy conveniente afirmarlas abiertamente pues ya no resultan "política y socialmente correctas". Si encontramos bastantes más casos en los que se defiende la desigualdad de un modo que podríamos denominar práctico: no permitiendo aquéllos actos que supondrían un ataque contra las barreras sociales, como los matrimonios entre personas socialmente desiguales.

Tanto la denuncia como la defensa de las desigualdades tienen como finalidad la defensa de un sistema social concreto: la pervivencia del Antiguo Régimen con el mantenimiento de su sistema de privilegios en el primer caso; y la instauración del liberalismo, que persigue la desaparición de esos privilegios, en el segundo.

La desaparición de los privilegios conllevaría la pérdida de influencia y poder de la clase que tradicionalmente lo ha ejercido. Y, viceversa: el ascenso de la burguesía que es quien necesita romper barreras. Luego, si unos aspiran al mantenimiento de las desigualdades y otros a su desaparición, ambos son conscientes de su existencia. Pero también son conscientes de que el inflexible mantenimiento de sus respectivas posturas sería perjudicial para ambos. No resulta conveniente afirmar ni la desigualdad ni la igualdad hasta sus últimas consecuencias. Por eso, los defensores de la ideología tradicional apelarán a la caridad para paliar la situación de los más desfavorecidos en un sistema social cuyas bases han sido diseñadas por Dios. Por su parte, los liberales aspiran a una igualdad meramente teórica, para lo cual sólo hace falta que desaparezcan los últimos obstáculos que impiden el pleno triunfo del liberalismo con lo que los beneficios de éste se extenderán a círculos más amplios de las clases medias e incluso al pueblo. Pero, al mismo tiempo, son conscientes de que el liberalismo origina numerosas desigualdades de tipo económico, pues la situación material de las clases obreras deja bastante que desear. Estas desigualdades conllevan un doble peligro para la burguesía, que es la principal beneficiada del nuevo sistema: que el pueblo se distancie del liberalismo y se eche en brazos de la clase tradicional, con lo que éste no podrá nunca consolidarse y, lo que es peor,

que se conciente de que en este sistema- en contra de lo preconizado por la burguesía- no cabe todo el mundo y lo desborde por la izquierda. Para conjurar estos peligros la burguesía liberal apelará a la beneficencia institucional. Las sociedades filantrópicas -privadas o públicas- se convierten así en una versión laica de la caridad, en un intento por parte de la burguesía de distraer al pueblo de la influencia de la clase tradicional y de la Iglesia, en cuyas manos había estado tradicionalmente su ejercicio, aunque la práctica de la caridad también forma parte de las recomendaciones de los autores de ideología liberal. En cualquier caso, cuando reclaman la colaboración de los poderosos para paliar las desigualdades esgrimen razones de tipo social más que religiosas. Al arrebatarse a las clases tradicionales el monopolio de la caridad, que ahora se ejerce -repito- bajo una cobertura más laica, conjuran el peligro de que el pueblo se le escape "por la derecha". Y también que les desborde por la izquierda, pues mediante la machacona presentación de nobles demócratas a los que preocupa el bienestar del pueblo, y de instituciones encaminadas a mejorar su situación material se pretende abortar el peligro de una revolución popular. Los continuos sermones sobre la concordia social y las contundentes condenas de los "anárquicos niveladores" pretenden precisamente esto: evitar que el pueblo se les escape de su control y busque su propio protagonismo. Por eso, la imagen de los nobles demócratas -e incluso republicanos- encuentra su correlato -es la otra cara de la concordia- en un pueblo abnegado y sumiso que, aunque a veces exprese sus quejas contra las discriminaciones de todo tipo que sufre, nunca se rebela para cambiar la situación. No es necesario que haya más revoluciones. Cuando la liberal termine de consolidarse el pueblo abnegado recibirá su premio. Ayguals presenta ejemplos significativos de ello.

La novela liberal apela al pueblo urbano para consolidar la revolución liberal intentando atraerlo con el señuelo de la igualdad, y la tradicional se refugia en el rural como último reducto para no perder su papel preponderante en la sociedad.

### 2.2.7. LUCHA DE CLASES Y RENCOR SOCIAL.

El mantenimiento de las desigualdades sociales -habida cuenta de que el pueblo es cada vez más consciente de sus derechos- conlleva el peligro de suscitar el rencor y la lucha de clases. Como ya ha quedado señalado en más de una ocasión en las páginas precedentes, estos novelistas -principalmente los de ideología liberal pues los conservadores no plantean abiertamente la cuestión- persiguen a toda costa la confraternización interclasista. De ahí que dediquen gran cantidad de esfuerzos a predicar la concordia presentando ejemplos positivos de la misma y negativos de su inexistencia.

Que la sociedad está dividida en clases es un hecho recogido y reconocido por los novelistas de todas las tendencias. Fernán Caballero en el prólogo -*Carta a mi lector de las Batuecas*- a **Clemencia** afirma que su intención al escribir esta novela ha sido la de testimoniar "lo que realmente sucede en **nuestros** pueblos de España, piensan y hacen **nuestros** paisanos en las diferentes clases de **nuestra** sociedad"<sup>705</sup>. Ahora bien, lo realmente relevante es analizar cómo conciben los diversos autores la relación entre esas clases sociales. Concepción que en el fondo no es tan divergente como a primera vista pudiera parecer pues tanto conservadores como liberales buscan alinear al pueblo al lado de sus respectivos intereses.

Para Fernán Caballero, la más característica representante del pensamiento conservador, el pueblo debe adoptar una actitud de sumisión y obediencia ante los que son sus superiores naturales. Si últimamente esta actitud empieza a resquebrajarse, se debe a la influencia malsana de doctrinas disolventes que están amenazando los valores tradicionales. En una excursión que realizan los aristocráticos personajes de **Elia** a la propiedad de uno de ellos un arriero es despedido por la Asistenta. Dándose cuenta de que tiene mujer y seis hijos, reconsidera su postura, pero el arriero, herido en su orgullo, no acepta quedarse. La soberbia del arriero suscita el siguiente comentario del "intelectual" del grupo, el señor Delgado: "*Pobres como Job, soberbios como Tarquino*"; comentario que es inmediatamente por la Condesa para ironizar acerca de las modernas teorías sobre la igualdad y sus defensores: "*Y eso -dijo la condesa riéndose- que no han leído vuestro querido Contrato social, ni le habéis hecho una arenga sobre la 'dignidad del hombre'*"<sup>706</sup>. La ironía de la condesa, portavoz de las ideas de la autora, indican con toda claridad la opinión que sobre la igualdad social tienen ambas. Lo peor de todo es que estas modernas teorías se están propagando gracias a "*la libertad de imprenta, ese punto culminante de las modernas exigencias, la que va introduciendo las luces que es un contento*"<sup>707</sup>.

Fernán Caballero presenta, pues, una sociedad dividida en clases. Pero para ella las relaciones entre las mismas no plantea ninguna conflictividad. Se limita a reflejar -muy de pasada- la existencia de modernos teóricos empeñados en alterar con sus doctrinas el *statu quo*

<sup>705</sup> Cit., p. 67. La insistencia y resalte de la palabra "nuestro" subrayan un aspecto ya comentado: la defensa de lo propio, de lo genuino, que reside en el pueblo, frente a los valores importados.

<sup>706</sup> Cit., p. 95.

<sup>707</sup> *Ibíd.*, p. 183. No es el único lugar en el que Fernán Caballero arremete contra la libertad de imprenta. Por ejemplo, en una nota a pie de página en **La Gaviota** escribe: "*Damos un sincero parabién a los periódicos que han tomado la iniciativa en la prensa española, en contra de la inaudita crueldad con que aquí se trata a los animales y que han pedido se diese fin a la agonía de los miserables caballos por medio de la puntilla. Como para nada de lo "bueno" (para qué podía servir) sirve la libertad de imprenta, tan justa y caritativa advertencia no ha sido atendida*". Cit., p. 156.



vigente. Pero esas teorías quedan muy lejos de su universo novelesco -rural y aislado- por lo que el peligro de contaminación es bastante remoto. En el mundo retratado por Fernán los desfavorecidos de la fortuna no se quejan nunca -no tienen motivo pues la caridad de los poderosos, como ya se vio, se encuentra siempre pronta a satisfacer sus necesidades-; no hay, por tanto, lugar para el rencor social ni la lucha de clases, temas éstos ajenos a su temática novelística. Pero de su ausencia se desprende una conclusión evidente: el mundo del progreso, el desarrollo y las modernas teorías que incitan al inconformismo y a la subversión de las estructuras sociales, es el que provoca el enfrentamiento entre las clases sociales. En la sociedad tradicional este enfrentamiento es inconcebible ya que el pueblo no tiene ningún motivo de queja. Para Fernán Caballero es, pues, impensable que el pueblo, dado que está absolutamente conforme con su situación, pueda volverse contra las clases dirigentes que son sus ángeles tutelares incapaces de tratarlos mal.

Y es aquí donde radica la divergencia fundamental con los autores de ideología liberal. Éstos sí que admiten la posibilidad de que el pueblo pueda tener -de hecho ellos presentan múltiples casos en sus novelas- razones para mostrarse insatisfecho con su situación. Precisamente estas novelas lo que persiguen es corregir esas situaciones de injusticia para quitarles los motivos de queja, evitar así el rencor entre los de arriba y los de abajo y, lo que es más importante, soslayar la amenaza de una revolución que sería la consecuencia última e ineludible de ese rencor. Veamos todo esto con un poco más de detenimiento.

Que los de arriba, tanto la aristocracia de la sangre como la del dinero -especialmente ésta- cometen múltiples abusos y atropellos con las clases humildes de la sociedad es algo que ya ha quedado recogido extensamente en algunos de los apartados anteriores como el dedicado a analizar las relaciones del pueblo con el poder, o el del mundo laboral. Tantos y tan repetidos son estos abusos que algunos

*"llegan a figurarse que porque desprecian a la multitud, porque no saludan a los que nacieron en humilde cuna sin las riquezas que ellos despilfarran, han alcanzado tan elevada posición en el mundo, que les debe el pueblo el mismo respeto y veneración con que acatan la efigie de la divinidad".*

Pero el pueblo se está hartando ya de esta actitud de prepotencia por lo que, de persistir, es muy posible que termine reaccionando con violencia:

*"Pero el pueblo, que ha compadecido hasta ahora la demencia de tan vacuos como estúpidos personajes, va cansándose ya de los crímenes a que les conduce su orgullo, y acaso no está lejos de convertirse en ira y venganza el desprecio que a su vez ha prodigado hasta ahora el insomne delirio de los magnates opulentos que le oprimen para divinizarse"<sup>708</sup>.*

El orgullo de los magnates carece de sentido y, por lo tanto, hiere la sensibilidad del pueblo sobre todo si tenemos en cuenta que son aquéllos los que dependen de éste absolutamente para todo: *"Hasta esos mismos palacios que tanta grandeza cobijan, están contruidos por los haraposos jornaleros a quienes los aristócratas desprecian e insultan"<sup>709</sup>*. Hasta tal punto es esto así que esos

<sup>708</sup> Ayguals: *María...*, tomo I, cit., p. 153.

<sup>709</sup> Ayguals: *Pobres y ricos...*, cit., p. 462.

aristócratas son unos completos ignorantes que por sí mismos serían incapaces de sobrevivir, por lo que

*"esa plebe que constituye el pueblo trabajador puede exclamar con la frente erguida: 'Hombres de la ignorancia y del bastardo orgullo, humillaos ante nosotros, supuesto que nada sois sin nuestra inteligencia, y reconoced la superioridad inmensa que lleva el hombre útil, el sabio, el artista y hasta el infeliz jornalero, al que no tiene más mérito que haber heredado mucho oro, y unos ridículos pergaminos que prolongan de generación en generación la vacuidad de los necios'"*<sup>710</sup>.

Pero algunos incluso van más lejos; no sólo desprecian a los pobres sino que los odian. Es el caso del Duque de la Azucena que recrimina a su hijo por la excesiva condescendencia que muestra con los necesitados en los siguientes términos:

*"Para ser caritativo no ha necesidad [de] rozarse con los pobres. Además, la mayor parte de los que se ven en la indigencia, deben sufrir este infortunio porque así lo decreta Dios en castigo del odio que profesan al trabajo. La miseria es muchas veces la expiación del vicio, y el que socorre a los holgazanes, lejos de hacer una obra meritoria, destruye los efectos de la justicia divina"*<sup>711</sup>.

Si los ricos adoptan esta actitud de desprecio y odio hacia los pobres es lógico que los pobres hagan lo propio. Eduardo, el hijo del Duque de la Azucena, reflexiona de la siguiente manera ante la conducta de su padre:

*"Así son la mayor parte de los ricos... les repugna y molesta oír hablar de los pobres... les niegan su protección y hasta el título de hermanos, porque creen envilecerse con su roce. No es extraño que los pobres a su vez se quejen de los ricos y les prodiguen 'odio por odio'"*<sup>712</sup>.

Adela, la protagonista de la novela conocida como la *Bruja* es un ejemplo que demuestra que Eduardo tiene toda la razón. Hablando con él afirma:

*"Repetidas veces he dicho a usted, señorito, que mi odio a los señores de los palacios es inextinguible y que usted es la única persona que excluyo de mi anatema. ¡Debo a usted tantos beneficios! Es usted tan generoso..., tan bueno..., que me parece imposible haya nacido usted en un palacio"*<sup>713</sup>.

Lo mismo le sucede a Juana, mujer del pueblo, que se deja querer por un aristócrata dándole largas con la intención de aprovecharse de su dinero y vengar no tanto afrentas propias como ajenas:

*"Soy una mujer de bien que hago tres buenas acciones de un solo golpe, a saber: proporciono, al que de ser mi marido cuando se le desenjaule, riquezas para poder vivir tranquilo sin necesidad de volver a las andadas, castigo a uno de esos ricachos que porque tienen dinero se creen con facultades para seducir y deshonar a las doncellas de humilde condición, y vengo a muchas mujeres que han sido víctimas de los hombres"*<sup>714</sup>;

opinión suscrita por su suegra para quien "es muy laudable desollar al rico para socorrer al pobre, mayormente cuando el rico lleva una intención perversa aunque viva en un palacio, y el pobre es

<sup>710</sup> *Ibíd.*, p. 462-463.

<sup>711</sup> *Ibíd.*, p. 609.

<sup>712</sup> *Ibíd.*, p. 235.

<sup>713</sup> *Ibíd.*, p. 226.

<sup>714</sup> *Ibíd.*, p. 254.

honrado aunque venga de presidio"<sup>715</sup>. Asimismo en la novela de Martínez Villergas la engreída conducta de Laura con su criado, presenciada por el demócrata Miguel Ángel, provoca en aquél deseos de venganza y en éste la siguiente reflexión:

*"También en el ánimo de Miguel Ángel decidieron mucho aquellas palabras del fatuo orgullo aristocrático. Es un mal miserable de la gente llamada de "sangre azul" la aversión a los que ellos califican de plebeyos. Un artesano, y quien dice un artesano dice un artista o un literato, es a los ojos de los aristócratas un ente despreciable por no haber nacido entre ejecutorias y pergaminos"*<sup>716</sup>.

Este rencor acarrea funestas consecuencias como los desastres, ya comentados, que tienen lugar al final de **Pobres y ricos**: muerte de Adela, suicidio de Eduardo, locura del Duque, con lo que todos terminan siendo

*"víctimas de ruines preocupaciones, de esas preocupaciones insensatas que se oponen a la fraternidad que debe reinar entre pobres y ricos, entre nobles y plebeyos, fraternidad sublime, evangélica, sin la cual no habrá nunca la felicidad de los pueblos"*<sup>717</sup>.

Y, lo que es peor, si alguna vez todos estos resentimientos acumulados llegan a explotar las consecuencias serán mucho peores porque *"cuando los de abajo suben alguna vez arriba, olvidan frecuentemente que salieron de abajo"*<sup>718</sup>.

En todos los casos anteriores es la inapropiada conducta de los ricos la que provoca el rencor y el resentimiento. Pero con la denuncia de estas conductas

*"no tratamos de excitar el encono del pueblo contra ciertos monopolistas... nuestro objeto es advertir a estos ambiciosos del peligro que corren para que moralicen sus costumbres, porque lo que ellos llaman "costumbres del buen tono", son bacanales de asquerosas "orgías", nombre que han dado los palaciegos al espectáculo de sus indecentes crápulas"*<sup>719</sup>.

Es decir, que Ayguals, lo mismo que los demás autores, presenta en estos casos ejemplos de lo que no hay que hacer; de las conductas que hay que evitar. Ayguals alterna la crítica de las conductas inadecuadas con la exhortación a los poderosos para que contribuyan, por ejemplo, en la fundación de sociedades benéficas para mitigar las carencias del pueblo y evitar así motivos de rencores:

*"Invitamos a los capitalistas españoles a que concilien sus beneficios con los que al pueblo reportaría de la propagación de tan provechosas instituciones. Dediquen siquiera a tan filantrópico objeto una pequeña parte de esos millones que consumen los cantores y bailarines extranjeros... y su patria los bendecirá"*<sup>720</sup>.

Esto no quiere decir que los ricos deban renunciar a su vida de lujo y comodidades -"el lujo de las clases altas es el pan del mayor número de las clases bajas"<sup>721</sup>-, sino que basta con que ejerzan la

<sup>715</sup> *Ibíd.*, p. 259.

<sup>716</sup> *Los misterios de Madrid* [1844], tomo I, cit., p. 13-14.

<sup>717</sup> *Cit.*, p. 852.

<sup>718</sup> Manuel Angelón: *Un corpus de sangre o los fueros de Cataluña* [1857], cit., p. 368.

<sup>719</sup> Ayguals: *María*, tomo I, cit., p. 153.

<sup>720</sup> *María*, tomo I, cit., p. 213.

<sup>721</sup> M. Angelón: *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 396.

Esta idea, contradictoria por cierto con otra -la de que el trabajo de los pobres es lo único que produce la riqueza-, que hemos visto recogida en más de una ocasión las obras de estos novelistas, aparece también en otros pasajes

caridad y traten con deferencia a los pobres, como hace Eduardo, el hijo del orgulloso Duque de la Azucena, quien no se parece en nada a su padre. Consciente de que la conducta altanera y despótica de éste y de otros como él con los pobres es la culpable del resentimiento de éstos, se convierte en su protector con el objeto de que Adela cambie la mala opinión que tiene sobre los ricos. Así, cuando Adela le pregunta que por qué se toma tantas molestias para socorrerla le responde: "*Porque soy rico y quiero que se reconcilie usted con los ricos*"<sup>722</sup>. Algunos de los hechos de la novela dan la razón a Eduardo demostrando que ése es el comportamiento adecuado para conseguir este objetivo; por ejemplo, la devoción que le guarda su criado Andrés quien le declara:

*"A nosotros los pobres nos halaga tanto que los ricos nos traten con amabilidad... así como V.E. que no parece que sea un amo, sino un amigo... un padre... Esto, créalo V.E., señorito, acrece el amor y respeto de los criados. Yo de mí sé decir, que mil vidas que tuviese las sacrificaría por V.E., señorito"*<sup>723</sup>.

Pero la intención de Eduardo trasciende el ámbito individual. No sólo pretende que Adela se reconcilie con los ricos, sino que sean las dos clases sociales las que lo hagan, convirtiendo su proyectado matrimonio en un símbolo de la misma. Así se lo hace saber a Federico, pintor plebeyo con cuya hija quiere casarse:

*"Es preciso, pues, que todos los hombres de bien trabajemos por reconciliar estas dos clases. Declaremos la guerra a las preocupaciones que las dividen, y no tardará el día en que nos abracemos todos como hermanos. Concedo que el orgullo de los palaciegos es insultante; pero afortunadamente no todos adolecen de este grave defecto, y no han faltado algunos aristócratas que han emparentado con personas de humilde condición"*<sup>724</sup>.

El duquecito se convierte aquí en el portavoz de las ideas del autor pues su programa coincide exactamente con el de éste, como se pone de manifiesto en la dedicatoria -A LOS ARTESANOS- de la novela:

*"Mi amor a la sociedad me inspira palabras de reconciliación entre las diferentes clases que la dividen; mas no sé pronunciarlas sin combatir cuantas preocupaciones se oponen a que luzca el día de la fraternidad que el Evangelio prescribe"*<sup>725</sup>.

### 2.2.7.1. Conclusiones del rencor social.

Del análisis anterior del rencor social se derivan las siguientes conclusiones. Para la novela tradicional simplemente no existe porque en la sociedad tradicional los ricos ejercen una función tutelar, estando siempre dispuestos a atender a las necesidades de los desfavorecidos de la fortuna. Es imposible que un caballero cristiano, imbuido de los valores tradicionales de la caridad y el amor al prójimo, no se compadezca ante la vista de un necesitado o que lo trate con altanería. Los pobres nunca están desprotegidos y, por tanto, no tienen motivos de queja. Éstas sólo surgen en el nuevo sistema social preocupado por el

---

de la novela. Concretamente en la página 163 el autor escribe que el lujo de los grandes "*era la única esperanza de trabajo y ocupación que tenían las clases productoras*".

<sup>722</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 228.

<sup>723</sup> *Ibíd.*, p. 241.

<sup>724</sup> *Ibíd.*, p. 405.

<sup>725</sup> *Ibíd.*, p. 23.

progreso y los valores materiales. La ausencia de este tema en la novela de ideología tradicional se convierte, pues, en un argumento más para la defensa de las estructuras sociales del Antiguo Régimen y el ataque del modelo liberal. Los autores liberales, por el contrario, conscientes de las contradicciones del nuevo sistema, sí que plantean la posibilidad de que los ricos cometan todo tipo de excesos con las clases populares. Pero presentan estos casos no como consustanciales al liberalismo, sino como abusos de desaprensivos que se aprovechan de su poder, que utilizan egoístamente de un modo exclusivo un sistema en el que caben todos. Con la denuncia, apasionada y no exenta de retórica, de estos casos se persigue corregirlos; y con la presentación, como contrapeso compensador, de conductas opuestas trazar el camino correcto a seguir con el fin de alcanzar la confraternización de todas las clases sociales. Esta confraternización es perfectamente posible en el marco de las estructuras del liberalismo económico y político. Del primero -el económico- ya me ocupé al analizar la encendida defensa que de la propiedad privada se encuentra en muchas de estas novelas. Es ahora el momento de hablar del segundo: del político.

### 2.2.8. LA DEMOCRACIA Y LA SOBERANÍA POPULAR.

Si la base económica del sistema liberal es el progreso y la propiedad privada, la política reside en la soberanía popular. Es éste un tema sobre el que se encuentran bastantes referencias en las novelas de ideología liberal cuya actitud es unánimemente a favor. No sucede lo mismo en las de ideología tradicional. En el corpus de novelas que estoy analizando no he encontrado ninguna alusión directa a esta cuestión. Evidentemente de lo expuesto en los puntos anteriores sobre su actitud hacia el progreso y las modernas ideas liberales, de los ataques de Fernán Caballero hacia la libertad de imprenta y de las ironías de la Condesa hacia el *Contrato social* es fácil deducir cuál es el pensamiento de la autora sobre este tema. Pensamiento que se puede inferir, asimismo, del distinto comportamiento de los nobles -todos ellos de ideas tradicionales- y de don Narciso, liberal de ideas avanzadas, en el caso del borriquero que, readmitido por la Asistenta tras haberlo despedido, se niega orgullosamente a seguir prestando sus servicios. Los aristócratas comprenden y admiran su reacción. En consecuencia, ordenan que le manden el dinero a su familia pues, compadecidos, piensan que ésta no debe pagar las consecuencias de su soberbia. Por el contrario don Narciso, que lee a Rousseau y está muy al tanto de las modernas teorías sobre la igualdad y la dignidad de todos los hombres, además de mostrarse absolutamente insensible por la suerte del borriquero y su familia, no entiende en absoluto lo que en el fondo es un digno comportamiento del trabajador: "*¡Genuina andaluzada! -dijo con su risita el señor Delgado*"<sup>726</sup>. Es decir, el "democratismo" de don Narciso es meramente teórico como se pone también de manifiesto en el modo de tratar al borriquero que lo acompaña. Mientras la Asistenta conversa con el suyo haciéndole toda clase de preguntas sobre su familia, la cosecha e interesándose por su vida, don Narciso, ante los intentos de su acompañante de entablar conversación, lo corta secamente diciéndole que su conversación le importuna, de tal manera que

*"el pobre borriquero volvió los ojos con harta envidia hacia el borriquero de la Asistenta, de la gran señora tan encopetada y poderosa, que le iba preguntando por sus hijos y por su pegujar.*

*-¡Qué pronto -dijo para sí- se dan a conocer el que es algo y el que no es nada*"<sup>727</sup>.

La conclusión, sin necesidad de que la autora se explaye en disquisiciones teóricas sobre la opinión que le merecen las modernas teorías de la igualdad y dignidad, es evidente: para dispensar al pueblo un trato digno no hacen falta nuevas filosofías; los señores lo han hecho siempre y siguen haciéndolo sin necesidad de ellas. Es más, los que las conocen y las defienden se caracterizan precisamente por no adecuar su comportamiento a ellas. La anterior reflexión del campesino indica con quién están sus simpatías: no con quien teoriza sobre su *dignidad* como ser humano, sino con quien lo trata como tal<sup>728</sup>. Una vez más llegamos a la

<sup>726</sup> *Elia*, cit., p. 95.

<sup>727</sup> *Ibíd.*, p. 100.

<sup>728</sup> No es la única vez que a lo largo de la novela se contraponen las figuras de don Narciso, erudito y lector atento a las últimas novedades del pensamiento, y las de la Asistenta o la Condesa, portavoces de los valores castizos y tradicionales. Los campesinos, que en más de una ocasión asisten a sus conversaciones o son testigos de sus conductas, invariablemente se inclinan siempre del lado de las señoras. Por ejemplo, tras una discusión con la Asistenta, María, la criada, comenta: "*¡No ve usted, Pedro -le dijo María cuando hubieron salido los*

misma conclusión que en algunos de los apartados anteriores: para los defensores de los valores tradicionales el liberalismo -como cuando sustituye la palabra caridad por filantropía- no ha inventado nada nuevo: simplemente acuña nuevas acepciones para realidades ya existentes. La actitud contraria de Fernán Caballero hacia la soberanía popular se manifiesta, pues, de un modo indirecto, retratando de un modo negativo a uno de sus defensores.

Los autores de ideología liberal son todos ellos partidarios decididos de la soberanía popular a la que le conceden el papel de instrumento político indispensable para estructurar la sociedad liberal y llevar a cabo la confraternización de todas las clases de la sociedad que fue analizada en el punto anterior. Es en *"el pueblo en quien reside únicamente la autoridad soberana"*<sup>729</sup>, porque solamente *"esa inmensa mayoría industrial"*, la que con su trabajo sostiene y hace progresar al país, es la *"que constituye la verdadera nación"* y, en consecuencia, su voluntad *"debe ser acatada como don de la Divinidad"*<sup>730</sup>. Ningún gobierno puede considerarse legítimo si no se basa en la voluntad del pueblo, pues es éste quien los paga:

*"LA SOBERANÍA DEL PUEBLO ES LA QUE TODO LO LEGITIMA, decía don Luis de Mendoza. La exactitud de este aserto es de todo tipo incuestionable. Cualquiera que sea la forma de gobierno que rija a las naciones, llámanse autoridades los hombres a quienes desde el rey hasta el último funcionario público reciben salario del pueblo".*

Y, por ello, mismo *"los pueblos son árbitros de elegir a su antojo el sistema de gobierno que mejor cuadre a su soberana voluntad"*<sup>731</sup>. El ejercicio de esta soberanía es indispensable *"Lo que esta magnánima nación necesita para su prosperidad es un gobierno puramente democrático"*<sup>732</sup> - para el progreso del país que es inseparable de la conquista de la libertad por parte del pueblo, cosa que ya está sucediendo porque estas ideas se están extendiendo por toda Europa, siendo apoyadas y difundidas por pensadores de auténtica talla intelectual, lo que es una prueba irrefutable de su bondad:

*"Los varones ilustres de todos los países, los verdaderos sabios predicán por doquier la democracia, y el valor se une a la sabiduría, y con estos dos grandes elementos de triunfo colíganse todos los talentos y virtudes que germinan en las masas populares, y desde el Sena hasta el Nawa derrúmbanse los palacios de los opresores al grito de ¡LIBERTAD! y el mundo será libre a pesar de todos los déspotas que vomitó el Averno"*<sup>733</sup>.

Como prueba a favor de que los verdaderos sabios apoyan la democracia se puede citar el caso de don Luis Mendoza, rico aristócrata andaluz, que desechando cualquier prejuicio nobiliario celebra la elección de su hijo como diputado por el partido progresista:

*señores- cómo la señora, que en su vida ha leído un libro, deja aplastado siempre a ese monteruca, que no hace sino leer?*

*-¡Porque lleva razón, María, porque lleva razón!" Elia, cit., p. 89.*

<sup>729</sup> W. Ayguals: *El tigre del Maestrazgo* [1845], cit., p. 231.

<sup>730</sup> W. Ayguals: *María...*, tomo II, cit., p. 78.

<sup>731</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 193.

<sup>732</sup> *El tigre del Maestrazgo*, cit., p. 399.

<sup>733</sup> *El tigre del Maestrazgo*, cit., p. 54.

*"Brindose por la libertad, por la independencia nacional, por el pueblo soberano, por la democracia pura, por los padres de la patria..., en fin, no se omitió ninguno de los brindis que suelen oírse en las reuniones de los patriotas más avanzados"*<sup>734</sup>.

A pesar de todos estos factores favorables la soberanía popular no está consolidada ni mucho menos. Hay todavía obstáculos que impiden su triunfo. Éstos son fundamentalmente dos -tres en realidad<sup>735</sup>-. Por una parte, aún son muchos los adversarios que se oponen tenazmente a ella; y, por otra, incluso quienes no la discuten en el terreno de los principios, la someten a estrechas restricciones a la hora de plasmarla en la práctica.

Los primeros son los defensores del Antiguo Régimen, entre los que se cuentan bastantes aristócratas llenos todavía de rancios prejuicios, como el Duque de la Azucena que reprende a su hijo por participar de las nuevas ideas: *"Tú siempre sacando a relucir tus ideas democráticas. [...] Déjate de bobadas, hijo mío, y no quieras apadrinar a la plebe"*<sup>736</sup>. Muchos de los partidarios del Antiguo Régimen se han aglutinado actualmente en torno al carlismo. Éstos no sólo se oponen al progreso, sino también a que el pueblo sea dueño de su destino, a que sea libre. Y algunos son tan cínicos que atacan la libertad presentándose como campeones de la misma. Es el caso del cabecilla carlista Cabrera quien se ha atrevido a publicar un bando en el que afirma nada menos que *"la verdadera libertad y el glorioso porvenir están contenidos en la bandera del rey Carlos Luis que tremola nuestro campo"*. El comentario de Ayguals -en el que no faltan ni la ironía ni los ataques a algunos de sus demonios personales- lo acusa de intentar utilizar el concepto de libertad para destrozarlo:

*"Lanzarse Cabrera al palenque proclamando la LIBERTAD, es cuanto nos faltaba que ver para estremecernos... de risa. De recelar es que de acuerdo con Mr. Blanqui y Barbés trate de introducir el **socialismo** en España. Ya sospechábamos nosotros que Cabet sería **comunista** al verle apoderarse sin el menor escrúpulo de las ajenas propiedades y destruir las familias. Vamos a ver el resultado de la aparición en liza de este flamante alumno de Cabet"*<sup>737</sup>.

Estos partidarios del absolutismo disfrutaban de la alianza incondicional de los frailes a quienes por ser *"los más encarnizados enemigos de su libertad, de su soberanía"*<sup>738</sup>, el pueblo guarda escasas simpatías. Los frailes, porque saben que es el medio más adecuado para tiranizar al pueblo, apoyan el carlismo con más entusiasmo que nadie:

*"Ellos conocían que sólo un rey absoluto, con los horrores de la horca, con las hogueras de la Inquisición y todos los martirios que inventó el Averno, podía entronizar el fanatismo sobre la tumba de la libertad. Por primera vez resonó el fatídico nombre de **Carlos V** en un convento de Bilbao, y todos los demás conventos se convirtieron en clubs de frenéticos conspiradores". Por eso, en los tiempos que corren "LOS FRAILES NO SON PUES COMPATIBLES CON LA CIVILIZACIÓN Y LIBERTAD DE LOS PUEBLOS"*<sup>739</sup>

<sup>734</sup> *María...*, tomo II, cit., p. 123.

<sup>735</sup> El tercero es la revolución mediante el motín popular que analizaré en el apartado siguiente.

<sup>736</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 232.

<sup>737</sup> *El tigre del Maestrazgo*, cit., p. 396.

<sup>738</sup> *María...*, tomo I, cit., p. 54.

<sup>739</sup> *Ibíd.*, p. 55.



pues, en estos tiempos que corren, "no puede haber honra y prosperidad en ningún sistema gubernativo, cualquiera que sea su denominación y su forma, que no emane de la SOBERANÍA DEL PUEBLO"<sup>740</sup>. Los habitantes de los conventos dan así muestras una vez más de lo lejos que se encuentran no sólo de la realidad contemporánea, sino incluso del mensaje evangélico pues Jesucristo fue "el primer APÓSTOL DE LA DEMOCRACIA"<sup>741</sup>. Los partidarios del absolutismo, para desacreditar las ideas democráticas, se dedican además a calumniar al pueblo calificando como anárquicos todos los actos que proceden del ejercicio de su soberanía: "Vosotros llamáis anarquía a todos los actos que emanan de la soberanía popular, y mentís, porque sois vosotros los verdaderos anarquistas de España"<sup>742</sup>. Pero, para Ayguals el carlismo está condenado al fracaso porque el pueblo español es ya lo suficientemente maduro para no dejarse engañar:

*"Sépanlo los carlistas, el pueblo español, como libre, como independiente y como soberano, jamás doblará la cerviz a la coyunda que un rey absoluto quiere imponerle, y si vive en degradante y violenta esclavitud porque le han engañado cuantos han jurado gobernarle con arreglo a las leyes, no por eso apelará nunca para salvarse a ese bando hipócrita que pretende ahora fascinarle con halagüeñas cuanto falaces promesas de tolerancia, de paz, de ventura y hasta de libertad consoladora"*<sup>743</sup>.

El segundo obstáculo es la concepción restrictiva que de la soberanía popular tiene el sector conservador de los liberales, la cual dificulta enormemente el triunfo de las ideas democráticas. La soberanía popular no es más que un principio general, una afirmación teórica. Entre los liberales nadie la cuestiona. Las diferencias afloran a la hora de llevarla a la práctica. Mientras los conservadores le reconocen el derecho a ejercerla sólo a una mínima parte de los ciudadanos, los progresistas quieren hacerla extensiva a todo el mundo. Y la única forma admisible -hay otras como la revolución rechazada de plano- que tiene el pueblo de ejercer su soberanía es mediante el voto, que es un derecho de todos, incluida la clase trabajadora que

*"compuesta de humildes hijos del pueblo, que en su pureza de sentimientos, no empañada jamás por bastardas ambiciones, e impelidos por el amor de patria y libertad, aspiran con noble entusiasmo al glorioso título de ciudadanos libres"*.

Precisamente por ello, "su pobreza no es fundado motivo para que se les excluya de tomar parte en los negocios públicos", por lo que "reclaman con justicia sus derechos, de los cuales no hay poder que a despojarles alcance sin incurrir en abominable tiranía". Es decir, que no hay ninguna razón para negar el derecho al voto a las clases trabajadoras:

*"Niéguese en buen hora al crimen el uso precioso que la razón concede a todo ciudadano de emitir su voto en las urnas electorales; pero las clases trabajadoras, las que proporcionan tesoros al Estado, por ningún concepto debieran ser excluidas del más sagrado ejercicio"*<sup>744</sup>.

Sin embargo, no es esto lo que está ocurriendo. Los liberales conservadores -como ya he comentado en más de una ocasión- están utilizando el liberalismo de un modo egoístamente

<sup>740</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 31.

<sup>741</sup> *El tigre del Maestrazgo*, cit., p. 341.

<sup>742</sup> *Ibíd.*, p. 285.

<sup>743</sup> *El tigre del maestrazgo*, cit., p. 398.

<sup>744</sup> *María...*, tomo II, cit., p. 103.

restrictivo. Como muestra tenemos, por ejemplo, el gobierno de Martínez de la Rosa y su famoso *Estatuto* de triste recuerdo:

*"En hora menguada hubo de regalar al país la imaginación enferma ya y delirante de un poeta de más presunción que mérito, ese fárrago incalificable de insolentes adulaciones a la corona, de mezquinos halagos al pueblo, de máximas absurdas e insuficientes, de principios erróneos, contradictorios y degradantes, que constituyen el Estatuto Real, parto del servilismo y del engaño, libelo infamatorio contra la dignidad de la nación soberana"*<sup>745</sup>.

Es decir, es una burla de la soberanía nacional porque no la tiene en cuenta para nada. Contra los gobiernos que "reforman" sin contar con la voluntad popular lanza también su crítica irónica García Tejero. En un esfuerzo por resultar didáctico comienza describiendo una ilustración: "En el encerado tienen ustedes a un rico de cierta villa riñendo a su mayordomo o administrador porque sin su consentimiento y con pretexto de "reforma" le ha destruido su hacienda". Y, a continuación, extrae la pertinente lección política aplicada a los acontecimientos españoles, que termina compendiando en verso:

*"Apliquen ustedes el cuentecillo: ya, ya estamos frescos y afortunados con los intrusos **reformadores** de nuestras leyes sin que el **pueblo soberano** los autorice... en fin; tiempos calamitosos...*

*El demonio que lo entienda:  
sin permiso del señor  
vende su administrador  
la rica y brillante hacienda.  
No es extraño que la venda,  
porque hay administradores,  
**pícaros reformadores,**  
que sin permiso legal  
arruinan un caudal  
por hacerse ellos señores"*<sup>746</sup>.

Si Ayguals se opone al *Estatuto Real*, por considerarlo un "parto del servilismo", por las mismas razones critica el proyectado matrimonio de Isabel II con el Conde de Montemolín porque, en contra de lo que afirman sus promotores -los absolutistas- no supondría la reconciliación nacional, sino la restauración del absolutismo y la renuncia, por tanto, del pueblo a su libertad después de tantos esfuerzos para conseguirla:

*"Un escándalo horroroso fuera el enlace de Isabel II con el conde de Montemolín, después de tantos sacrificios de oro y de sangre como ha derramado el pueblo para reconquistar su incuestionable SOBERANÍA, su adorada LIBERTAD"*<sup>747</sup>.

Si el voto -el sufragio universal- es el instrumento para ejercer la soberanía popular, la Milicia Nacional es el que lo garantiza. La Milicia Nacional fue creada en la Constitución de Cádiz con la finalidad de defender el "*régimen contra sus enemigos interiores*"<sup>748</sup>. Va a contar con el apoyo decidido de los sectores progresistas y con escasas simpatías por parte de los conservadores que van a "*temer cada vez más una revolución social primitiva que se valiera de los*

<sup>745</sup> *María...*, tomo II, cit., p. 157.

<sup>746</sup> *El pilluelo de Madrid* [1848], tomo I, cit., p. 157-158.

<sup>747</sup> *María...*, tomo II, cit., p. 330.

<sup>748</sup> M. Artola: *La burguesía revolucionaria*, cit., p. 33.

ayuntamientos elegidos democráticamente y de la Milicia Nacional<sup>749</sup>. En 1836 el gobierno la disolvió y los sargentos, que se sublevaron en La Granja, obligaron a María Cristina a restaurarla<sup>750</sup>. Es, pues, lógico que Ayguals muestre su apoyo a la Milicia atacando a los que pretenden eliminarla, denunciando con claridad los motivos por los que quieren suprimirla:

*"Fray Patricio conocía bien que esta benemérita institución, compuesta de las masas laboriosas, tan interesadas en la conservación del orden público, como en la extirpación de los abusos que hiciesen ilusorios los efectos de las leyes, de esas leyes sabias, equitativas, en que deben basarse los gobiernos representativos, era un baluarte inexpugnable contra el cual estrellarse debían cuantas tentativas se hiciesen para aherrojar al pueblo y sumirle en el estado de ignominiosa abyección que cumple a las torcidas miradas de sus opresores"*<sup>751</sup>.

La Milicia es, pues, garantía de leyes justas y salvaguarda de la libertad; idea ésta en la que vuelve a insistir en el epílogo de la novela en el que hace una encendida defensa de la Milicia Nacional de todas las ciudades españolas, pero especialmente de la de Vinaroz, de la que su hermano Joaquín<sup>752</sup> fue capitán: *"Por esta misma razón que el baluarte más inexpugnable de la libertad del pueblo es la Milicia Nacional, no conviene que ésta exista donde no se quiere que el pueblo tenga libertad"*<sup>753</sup>. Y de ahí también que manifieste su entusiasmo ante los acontecimientos habidos en el Real Sitio en donde los sargentos obligaron -en el gobierno de Istúriz- a la reina regente a rectificar en su intento de disolverla:

*"Un ministerio de tan degradante origen no podía ser duradero. Empezó la marcha anti-liberal y retrógrada que hubiera tal vez terminado en una transacción vergonzosa con don Carlos, fraguada en el club del Ángel Exterminador a no ser el heroísmo de un sargento, que erigiéndose en intérprete de la soberanía nacional, como más tarde explicaremos, en premio de haber salvado el trono de Isabel II y la libertad de su patria, murió abandonado, despreciado, escupido por los que acaso se reparten los tesoros de la nación para despilfarrarlos en bacanales y orgías, mientras suda el pueblo gotas de sangre para pagar espantosas contribuciones"*<sup>754</sup>.

La acción de este sargento salva la libertad del pueblo, que reacciona con gran entusiasmo al enterarse de lo ocurrido: *"Confiriose la capitania general a don Antonio Seoane, quien al transitar con sus ayudantes por la Puerta del Sol, anunció el triunfo del pueblo y fue saludado por la multitud con entusiastas vítores"*<sup>755</sup>. Lo mismo sucede cuando se proclama la Constitución:

*"Escortado el Ayuntamiento por un brillante escuadrón de la Guardia Nacional, celebró este acto solemne con toda pompa, y fue tan general el júbilo en Madrid, fue tan ardiente el entusiasmo, que bien pudo conocer el partido retrógrado, que jamás su bandera ha representado la opinión general"* (p.293).

<sup>749</sup> R. Carr: *España. 1808-1975*, cit., p. 163.

<sup>750</sup> Cf., *Ibid.*, p. 181.

<sup>751</sup> *María...*, tomo I, cit., p. 365.

<sup>752</sup> Su hermano fue asesinado por el cabecilla carlista Cabrera. Precisamente la novela *El Tigre del Maestrazgo* se la dedica como homenaje en el 11 aniversario de su muerte: *"A la memoria del malogrado joven DON JOAQUÍN AYGUALS DE IZCO, capitán de la milicia nacional de Vinaroz, cobardemente asesinado con otros sesenta y dos valientes, en los campos de Alcanar, por el feroz Cabrera, dedica esta obra, en el XI aniversario de tan inaudita catástrofe, su inconsolable hermano. Madrid 18 de octubre de 1846"*. Cit.

<sup>753</sup> *María...*, tomo II, cit., p. 358.

<sup>754</sup> *Ibid.*, p. 211.

<sup>755</sup> *Ibid.*, p. 292.

Queda claro, pues, con quién están las simpatías del pueblo y quién defiende los intereses de éste. El pueblo no está del lado de los "gobiernos retrógrados" porque éstos, al representar los intereses de una minoría -por eso se oponen a la generalización de la soberanía nacional- son incapaces de ilusionar al pueblo. Contra éstos Ayguals lanza una advertencia: "*¡Ay del gobierno que no sabe entusiasmar a las masas! ¡Ay de los reyes que no merecen una mirada de gratitud de los pueblos!*"<sup>756</sup>. Pero Ayguals no desea que se cumpla la amenaza latente en esta frase; todo lo contrario: la teme. Sus palabras pretenden simplemente advertir a los gobiernos de que, si persisten en no conceder estos derechos que él está reclamando para el pueblo, existe un serio peligro de que se produzcan revoluciones. Lo cual no quiere decir que él las desee. Él, al igual que todos los militantes del partido demócrata, es un decidido defensor de que el pueblo ejerza su soberanía, pero a través de los cauces legales, es decir, a través del sufragio; nunca a través de revueltas:

*"Nosotros quisiéramos para el país que nos dio el ser, (y esto lo hemos dicho mil veces) un gobierno democrático emanado de la soberanía nacional, no de sangrientos motines, basado en el sufragio de todos, sobre la libertad de pensamiento y de su emisión, sobre la libertad de conciencia, sobre la libertad de cultos"*<sup>757</sup>.

Ayguals de Izco es un entusiasta vindicador de la soberanía, de la libertad y de todos los derechos políticos del pueblo; denuncia la resistencia de los gobiernos a concedérselos y, por eso, no disimula su alegría cuando un pronunciamiento progresista del ejército obliga a reconocérselos. Es más, reivindica como garantía de los mismos la organización efectiva de la Milicia Nacional. Sin embargo, como analizaré detenidamente en el punto siguiente, rechaza rotundamente cualquier conato de motín o revolución popular. Es decir, no muestra ningún reparo ante el hecho de que el ejército se subleve para defender los derechos del pueblo ni ante la existencia de una fuerza -la Milicia- que los salvaguarde, pero le resulta inadmisibles que sea el pueblo el que se rebele para conseguirlos. O, lo que es lo mismo, le parecen perfectamente legítimas las sublevaciones de terceros para arrancar para el pueblo los derechos que el gobierno se niega a reconocerle, y que la milicia los garantice por la fuerza, pero no que sea el pueblo quien la utilice para conquistarlos. La conclusión -señalada ya en más de una ocasión en los puntos precedentes- es evidente: la burguesía -liberal- debe y tiene que tutelar al pueblo para que éste contribuya -siempre bajo la batuta de aquélla- al triunfo y consolidación del liberalismo. No hay que olvidar que tanto el ejército como la Milicia están controlados por la burguesía. Los oficiales, a pesar de la renovación democrática que supuso la Guerra de la Independencia, pertenecían a las clases medias. La Milicia Urbana era "*una fuerza abierta a todos los propietarios de fincas urbanas y comerciantes 'que se ganaran la vida de un modo satisfactorio para la autoridad municipal'*"<sup>758</sup>. Luego, mientras sean éstos los que se subleven o utilicen la fuerza, la revolución liberal no corre ningún peligro. Pero, si lo hace el pueblo, existe el riesgo de que esa revolución se desborde más allá de los límites admisibles para la burguesía. Es decir, la actitud de Ayguals -y, por extensión, del liberalismo progresista y democrático- hacia el pueblo se mueve entre la necesidad de ganárselo y el temor a ser

<sup>756</sup> *María...*, tomo I, cit., p. 128.

<sup>757</sup> *El tigre del Maestrazgo*, cit., p. 407.

<sup>758</sup> R. Carr: *España. 1808-1975*, cit., p. 163.

desbordados por él. Por una parte, le gustaría que se comportase siempre como un apéndice de la burguesía. En este sentido la soberanía popular, tan enfáticamente reclamada, no es sino una manera de implicarlo en la revolución burguesa, de tenerlo como aliado para derribar los últimos vestigios del Antiguo Régimen representado en estos momentos por el Carlismo, pues los liberales progresistas están convencidos de que el pueblo les otorgará el voto a ellos. Sufragio universal y pronunciamientos como el de La Granja son dos medios -sin olvidar que éste es además, entre otras cosas, una manera de conseguir aquél- que persiguen el mismo fin: la consolidación del liberalismo bajo el que, ya lo hemos mencionado en más de una ocasión, caben los intereses de todas las clases de la sociedad; es más, es el único medio de conseguir la fraternidad de las mismas acabando con los odios y rencores. Precisamente por eso, el sufragio censitario, al restringir egoístamente el número de beneficiarios, es una adulteración del verdadero liberalismo, que es lo que pretenden los conservadores al propugnarlo. Éstos no representan a nadie más que a ellos mismos. Por eso, cuando Ayguals se fija en el parlamento elegido de esta manera y lo compara con lo que ve en la calle de Toledo, llega a la conclusión de que el pueblo español se encuentra en ésta y no en aquél: *"Mejor que en el Congreso de los padres de la patria, vense en ella [la calle de Toledo] representadas todas las provincias que constituyen la nación española"*. Y a continuación se extiende en una enumeración, no exenta de rasgos costumbristas, pero que se puede interpretar muy bien como una valoración positiva del verdadero pueblo, el pueblo trabajador, del que los gobiernos y los políticos se aprovechan y, sin embargo, no lo dejan participar en decisiones sobre asuntos que le interesan:

*"Por ella [por la calle de Toledo] aparecen el macareno hijo de la tierra de **María Zantísima** con la rica aceituna sevillana; el indomable carromato catalán con su excitante salchichón de Vich; el extremeño con sus picantes chorizos, que tan ricamente condimentan la sabrosa y nunca bien ponderada olla nacional, [...]. En una palabra, por la calle de Toledo suelen transitar cuantos se descuelgan de las provincias todas, con intento de abastecer a Madrid de todos los regalos **manducables** que produce el fértil suelo español, fruto de los afanes y sudores del honrado y pobre labriego, para que se refocile acaso en su sabor el haragán de los palacios"*<sup>759</sup>.

Reivindicación del sufragio universal y valoración del pueblo trabajador frente a un parlamento en el que no se encuentra representado por no gozar de aquél son dos maneras de implicar al pueblo en el progresismo frente a los que ni lo valoran ni le reconocen sus derechos: Antiguo Régimen y conservadores; es decir, los que tienen una concepción exclusivista y restrictiva del liberalismo. Pero los que defienden esta concepción no sólo son un obstáculo para la consolidación definitiva del liberalismo; son también un peligro. Son un obstáculo porque sus transacciones y amañes con el Antiguo Régimen, como el *Estatuto Real*, van a terminar abortando la revolución burguesa al darles el poder a aquél. Y son un peligro, lo cual es peor, porque esa obstinación en negarle al pueblo el ejercicio de unos derechos, que son de justicia, puede ser el detonante que obligue al pueblo a hacer su propia revolución. Y, ante esta posibilidad, siente temor. Si la necesidad de ganar al pueblo para la propia causa conlleva, como acabamos de ver su valoración positiva, el temor lleva aparejado el alejamiento que a veces se manifiesta en la mirada displicente y sin identificarse en lo más mínimo, a diferencia

<sup>759</sup> *María...*, tomo II, cit., 338-339.

de lo que ocurría en la cita anterior, con que contempla algunas escenas populares, como la siguiente descripción en la que recoge algunas reacciones del pueblo madrileño ante una lujosa fiesta ofrecida por el Duque de la Azucena en su palacio:

*"Semejante profusión de lujo y esplendidez no podía menos de cautivar la atención de la muchedumbre, y excitar todo género de reflexiones.*

*Unos manifestábanse gozosos de ver aquel magnífico espectáculo, como suele agrandar al espectador la vista de un maravilloso panorama. Otros hacían burla de las cortesías con que algunos concurrentes se cambiaban sus cumplimientos. Las mujeres se reían a carcajadas de los preciosos adornos con que las viejas pretendían ocultar su fe de bautismo. La mayor parte lanzaban groseros sarcasmos contra semejantes destellos de la opulencia, porque atosigábales el ver que aquellos magnates disfrutaban todo linaje de goces, mientras ellos arrastraban una vida penosa y miserable.*

*Vivía en frente del palacio del duque de la Azucena, ocupando el piso bajo de una humilde casa, una naranjera de muy buen humor, que desde las oraciones, con perjuicio de los transeúntes, solía obsequiar a sus tertulianos en la acera de su casa, y estaba tomando el fresco en amistosa plática hasta las once. Aquella noche se dilató la tertulia una hora más, merced al baile aristocrático que tenían a la vista, y era natural que sobre él recayera toda la conversación.*

*Cinco eran, incluso la señora Fermina, que así se llamaba la naranjera, los personajes que formaban aquel corro democrático"<sup>760</sup>.*

En primer lugar, es evidente que la visión que del pueblo presenta Ayguals en esta cita no es en absoluto idealizadora. Es más, algunas de las expresiones, como "groseros sarcasmos", implican un claro rechazo de lo que está contemplando. Y, en segundo lugar, hay otro dato que me parece tremendamente significativo. A continuación recoge pormenorizadamente a lo largo de varias páginas las conversaciones de estos personajes. Conversaciones tan llenas de simplicidades que el autor en más de una ocasión las califica de "necias". En este contexto la expresión "*corro democrático*", que utiliza para referirse a los tertulianos adquiere un inequívoco matiz irónico. Es decir, nos encontramos ante una minusvaloración del pueblo y de la democracia. Y yo creo que esta minusvaloración es una manifestación implícita de la prevención que la burguesía comienza a sentir ante el pueblo cuando lo mira como posible promotor de una revolución popular; la degradación de los personajes es una manera de desacreditarla. Una gente que discurre tales necedades y se comporta de una manera tan poco educada no puede tener capacidad para erigirse en protagonista de los cambios.

En síntesis. Nos encontramos en la novela de ideología liberal con una doble visión del pueblo. Reivindica el sufragio universal lo que supone la exaltación de la democracia y, al mismo tiempo, se ironiza sobre su sentido democrático. O, lo que es lo mismo, unas veces se le ennoblece y otras se le degrada. Pero esta doble visión no implica ninguna contradicción sino que es manifestación del doble sentir de la burguesía hacia él: lo necesita y lo teme. Porque lo necesita para desplazar a los que se oponen y a los que han monopolizado el liberalismo, lo exalta; porque teme que pueda realizar su propia revolución más allá de los límites del liberalismo, lo degrada desautorizando así cualquier cambio fuera de los mismos. Y es que para estos autores el liberalismo es la etapa final de la historia. Están convencidos de que con él

<sup>760</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 684-585.

se superarán todas las contradicciones y rencores de clase y se alcanzará la confraternización universal. La soberanía popular es el medio para ello para lo cual es necesario que los gobiernos se convenzan de sus excelencias y dejen de oponerse a su generalización. El día que eso suceda se abortará definitivamente la eventualidad de una revolución popular.

### 2.2.9. LA REVOLUCIÓN.

El concepto de revolución podría ser definido de la siguiente manera: "*En sentido amplio designa a aquellos fenómenos -políticos, sociales, económicos y culturales- que originan cambios, generalmente rápidos y profundos, en las estructuras globales de la sociedad*"<sup>761</sup>. Y si restringimos su significado al ámbito político -aunque evidentemente éste no se puede aislar de los demás- que es el que fundamentalmente nos interesa, ya que en él se centra principalmente la novela, "*es aquel proceso, generalmente rápido y violento, encaminado a producir un cambio radical en las estructuras de poder a través de la intervención de las masas*"<sup>762</sup>. Esto es lo que sucede en el siglo XIX con las revoluciones burguesas que tienen lugar en toda Europa. Estas revoluciones producen profundos cambios en todas las esferas de la sociedad y en ellas intervienen activamente los sectores populares.

Si, como se acaba de ver en el apartado anterior, la novela de ideología tradicional se ocupa escasamente del tema de la soberanía popular, lo mismo sucede, lógicamente, con el de la revolución que, en gran medida, está relacionado con él, pues la consecución de aquélla se encuentra entre los objetivos prioritarios de ésta. Sin embargo no está totalmente ausente: poco, pero aparece. Por el contrario, la novela de ideología liberal lo trata con gran amplitud.

En líneas generales podemos adelantar que en la tradicional es objeto de un doble enfoque: en el primero el pueblo se subleva a favor de las autoridades legítimas para devolverles un poder que les había sido arrebatado, aunque nominal y legalmente siguiesen figurando como sus únicos poseedores, por algún usurpador falto de escrúpulos: es el caso de los privados, validos o favoritos, como D. Álvaro de Luna, Conde-Duque de Olivares, Godoy, etc. En un sentido estricto no se le puede aplicar a estas intervenciones del pueblo la palabra *revolución* pues su acción no va encaminada a propiciar ninguna transformación. Se trata sólo de forzar una vuelta al *orden* tras un momentáneo *desorden* que, por otra parte, tampoco supuso ningún cambio de estructuras, sino simplemente la utilización de éstas por quien no estaba moralmente legitimado para ello y con unos objetivos que se alejaban de su recto uso. Estos casos ya fueron analizados en páginas anteriores y, por tanto, no me voy a ocupar nuevamente de ellos<sup>763</sup>. Y en el segundo de los enfoques mencionados, que es el que se centra en la revolución propiamente dicha, los autores de ideología tradicional se limitan a condenar lo que está ocurriendo en el extranjero -reducido casi en exclusiva a Francia- y niegan que esas cosas puedan suceder en España.

En la novela liberal el tema de la revolución, además de aparecer con bastante más frecuencia, adopta multitud de aspectos, que matizaré más adelante. Pero hay una idea básica, a la que de una forma u otra se refieren todos los autores: la revolución (sus aspectos violentos, la vocinglera participación del pueblo, etc.) -aunque alguno de ellos la celebre con retórico

<sup>761</sup> A. L. Abos Santabárbara y A. Marco Martínez: *Diccionario de términos básicos para la historia*, Madrid, Alhambra, 1983, p. 508.

<sup>762</sup> *Ibíd.*, p. 524.

<sup>763</sup> En el apartado dedicado al **Poder** analicé esta cuestión en las novelas *Juana y Enrique, reyes de Castilla* de Estanislao de Cosca Vayo, y *Un Corpus de sangre o los fueros de Cataluña* de Manuel Angelón. Vide p. 352 y ss.



entusiasmo- es, incluso en el mejor de los casos, un mal que hay que procurar evitar. De ahí que su objetivo último cuando se ocupan de este tema sea el de advertir a los gobiernos que vale más prevenir que curar. Es decir, que si llevan a cabo una adecuada política de concesiones no tendrán que lamentarse después; de lo contrario, ellos serán los únicos responsables de la más que posible revolución, que viene a convertirse así en una especie de castigo por su conducta equivocada. Pero veamos todo esto con más detenimiento.

### 2.2.9.1. LA REVOLUCIÓN EN LA NOVELA CONSERVADORA

Fernán Caballero se opone frontalmente a cualquier tipo de revolución. En una narración, en la que refiere las consecuencias que las revoluciones de 1789 y de 1848 tuvieron para el vizconde francés Carlos de Brian, se trasluce nítidamente su actitud:

*"El Vizconde había nacido aún en el destierro de un padre que había perdido los suyos en el cadalso. Vuelto a su patria, había perdido a su hermano por un puñal homicida en Roma, y a su padre a su lado defendiendo el orden en las jornadas de febrero, y entonces abandonó desesperado y abatido la patria que amaba para no presenciar su suicidio"*<sup>764</sup>.

La expresión "*defendiendo el orden*" es sobradamente indicativa de cuál es la posición de la autora, que ella misma se encarga de explicitar por boca de la protagonista, Clemencia, en otro pasaje de la novela. Éste es el siguiente: Sir George, el descreído noble inglés, la encuentra leyendo un libro y le pregunta sobre él; "*Os responderé lo que Hamlet a Polonio, que le hacía la misma pregunta -contestó Clemencia-: palabras, palabras, palabras*"<sup>765</sup>. Se trata de un folleto en el que se defienden las modernas ideas de igualdad, soberanía y demás derechos del pueblo. Sir George, irónicamente, le replica que esas ideas no deben chocarle dado que ella es "*la ferviente abogada y la constante protectora de los pobres*". Clemencia se expone en una larga disquisición en la que expone, una vez más, las diferencias que existen entre la caridad cristiana y las modernas ideas filantrópicas, para ella disolventes:

*"¿Queréis confundir la santa voz cristiana que dice al rico: da, da, da; tus riquezas son un préstamo, y te harán la entrada en la mansión de los justos, difícil como al camello el pasar por el ojo de una aguja, y la voz que grita al pobre: fuera la pobreza, aunque es tu herencia; fuera la santa conformidad, aunque es tu galardón, tu mérito y tu virtud; fuera tu alegría y moderación, que son tu instintiva filosofía; hay ricos y tú no lo eres, pues rebélate, indignate, desenfrena tus malas pasiones, la envidia, la soberbia, la ambición y la rabia; pierde todo respeto, roba, y si te lo impiden los gendarmes, roba con el deseo y el propósito; que el mandamiento de Dios que lo hace delito, yo lo anulo con mi poder?"*.

Es decir, los ricos lo son por voluntad de Dios, lo mismo que los pobres. Ambos deben, por tanto, acatar sus designios. Pero porque, en los tiempos que corren, hay gente empeñada en no respetar nada, Dios permite las revoluciones como un castigo por su rebeldía:

*"Dios permite que de cuando en cuando se levanten hombres funestos del seno de las tinieblas como una gran calamidad, como las pestes y las tempestades; estos hombres, cual teas del abismo, encienden una hoguera; esa hoguera alumbra a los ciegos, alienta a los tibios, purifica a los prevaricadores, y de sus cenizas, cual fénix, sale más bella y más lozana*

<sup>764</sup> Clemencia, cit., p. 275.

<sup>765</sup> *Ibíd.*, p. 320.

*la eterna verdad que yacía débil e inerte en el corazón del hombre. Dobleemos pues la cerviz, pues tales castigos merecemos. ¡Triste humanidad que decae y se enerva, y que necesita de cuando en cuando que el fuerte brazo de Dios la sacuda! Peleemos pues en esta gran lucha moral, pero con nuestras armas: la caridad, la moderación, el santo celo y valerosa ostentación de santas creencias y sanas doctrinas*<sup>766</sup>.

La revolución es, pues, un mal consentido por Dios para que salga triunfante el bien. Y éste vencerá ya que no en todos sitios se han vuelto de espaldas a las "santas creencias". En España, sin ir más lejos, esas ideas ni han prendido ni prenderán porque "gracias al cielo nuestro bendito suelo no cría Cronwels, Marats, ni Robesbierres, esos acólitos de lo que llamáis **pasos de la humanidad**"<sup>767</sup>. Y no prenderán nunca porque España sigue apegada a los valores tradicionales que, como se vio páginas atrás, perviven fundamentalmente en el pueblo. Pero también porque "por suerte no existe ese altivo, insultante y despreciativo espíritu aristocrático que da margen a las revoluciones"<sup>768</sup>. Es decir, resulta muy interesante que Fernán Caballero en esta ocasión reconozca, aunque no sea ésa su intención y afirme además que esas condiciones no se dan en España, que las revoluciones responden a causas sociales apartándose así del ámbito moral que es en el que ella siempre pone el énfasis. Claro, que también se puede afirmar que las disensiones sociales son la consecuencia de haberse apartado de la recta moral marcada por Dios. En cualquier caso, para Fernán Caballero, las revoluciones son algo que ocurre fuera de España porque aquí el pueblo no tiene motivos de queja, pues la aristocracia, como se vio al analizar el tema de la caridad, está siempre atenta a resolver las necesidades del pueblo sin dejarse llevar por actitudes de necio orgullo aristocrático como lo demuestra, por otra parte, la conducta de los nobles que pueblan las páginas de sus novelas. Ahora bien, no todos los autores conservadores coinciden en la idea de que en España no existen motivos de discordias. Estanislao de Cosca Vayo *-Los espatriados [sic] o Zulema y Gazul-* recoge metafóricamente, aunque desde una óptica peculiar que termina desdibujándolas, las disensiones existentes en los últimos años del reinado de Fernando VII. La novela, localizada en el siglo XIII, narra la expulsión de los moros del reino de Aragón llevada a cabo por el rey Jaime I tras haberles declarado la guerra. El autor pretende trazar un paralelismo entre esta expulsión y el forzado exilio de numerosos liberales españoles tras la intervención de Angulema en 1823.

Para comprender y comentar mejor todos estos aspectos de la novela voy a empezar resumiendo el argumento. Los protagonistas son dos jóvenes musulmanes llamados Zulema y Gazul. Cuando comienza la novela Gazul está lamentándose porque su amada Zulema ha abjurado de su religión musulmana. Aliatar, amigo de Gazul, le dice que Zulema no ha hecho sino secundar la conducta de su padre Muley que se ha rendido a los cristianos. Entre los musulmanes hay dudas y divisiones: mientras unos son partidarios de resistir y luchar contra el rey cristiano invasor, otros lo son de rendirse. Estas discrepancias cristalizan en la formación de varios partidos. Aliatar es partidario de rendirse y pactar con los cristianos hasta tal punto que salva al rey don Jaime, que había caído en poder de los moros, facilitándole la fuga con la ayuda de Zulema que le acompaña en la misma. El jefe de los moros, Abdelasis, condena a

<sup>766</sup> *Clemencia*, cit., p. 320-321.

<sup>767</sup> *Ibíd.*, p. 321-322.

<sup>768</sup> *Ibíd.*, p. 328. Ya veremos más adelante que un autor liberal, Jacinto de Salas y Quiroga en *El Dios del siglo*,

muerte a Aliatar por traidor y encarga su ejecución a Gazul, al que no le queda más remedio que cumplir la orden en contra de su voluntad, pues Aliatar es íntimo amigo suyo desde la infancia. Entre tanto, Muley ha sido hecho prisionero en un castillo musulmán acusado de traidor por sus antiguos correligionarios. Tomado el castillo por los cristianos, Muley tiene que pagar un alto rescate a éstos para escapar de la muerte. A pesar de ello, el jefe cristiano incita a la plebe contra él diciéndoles que se había hecho cristiano sólo para engañarlos. La oportuna llegada del rey don Jaime, vestido de árabe, salva al anciano de morir a manos de la enfurecida muchedumbre, que cambia su anterior animadversión por vítores y admiración. Zulema intenta convencer a Gazul para que rinda el ejército musulmán a don Jaime y salve así a su pueblo de una muerte segura. En principio se opone, pero termina cediendo. Gazul se rinde. Abdelasis, en venganza, ejecuta a Zulema y Muley y la muchedumbre musulmana termina matando a su propio jefe Abdelasis cuando entran los cristianos. Ante tal cúmulo de desgracias Gazul acaba envenenándose.

Como decía al principio, Vayo pretende convertir la expulsión de los moros en una metáfora del exilio de los liberales:

*"Escribí en 1831 esta novela con ánimo de recordar a los españoles en la expulsión de los mauros otra desgraciada expatriación que todos habían presenciado. El cuadro de ciudades enteras huyendo de sus muros al acercarse un ejército que había proclamado las cadenas y la tiranía; los heroicos esfuerzos de tantos valientes, [...] todo quise retratarlo en esta obrita, que [...] compuse únicamente para despertar el entusiasmo nacional"*<sup>769</sup>.

Si nos atenemos a esta declaración -y nos fijamos en frases como la del "ejército que había proclamado las cadenas y la tiranía"- puede parecer que estamos ante una novela política cuya finalidad es la de denunciar la represión de Fernando VII sufrida especialmente por los liberales y, en esta línea, se pueden establecer bastantes paralelismos entre las situaciones planteadas en la novela y la realidad española contemporánea. Sin embargo, el sentido último de la novela, como veremos al final de este análisis, es otro totalmente distinto. Por lo que a los paralelismos se refiere, se pueden señalar los siguientes: identificación, explícitamente destacada por el autor en el prólogo, de la expulsión de los musulmanes con el exilio de los liberales; reconocimiento de los adelantos de la civilización musulmana respecto a la cristiana, por lo que los efectos de su expulsión fueron lamentables para la sociedad española:

*"Su agricultura, su sistema de riego [...] dilataron el cultivo del moral, de la palmera, de los nopales, de las berenjenas, de las sandías y de los melones. En la física y en las artes hicieron rápidos progresos, que inutilizó la especie de exterminio que sufrieron, y si hubo un tiempo en que se los creyó bárbaros e ignorantes, los manuscritos de aquella época que existen en la biblioteca real de París, y los encontrados en El Escorial por Casiri y otros sabios, han destruido y pulverizado tan errada opinión"*<sup>770</sup>;

si el nivel cultural de los musulmanes estaba muy por encima del de los cristianos, lo mismo se puede decir de los liberales respecto de la sociedad española. Muley, hecho primero prisionero

---

recoge esta misma idea.

<sup>769</sup> AL PÚBLICO, *Los espatriados o Zulema y Gazul. Novela histórica original perteneciente al año 1254*. Madrid, imprenta de Repullés, año de 1834, VI + 162 págs. BN:3/2318.

<sup>770</sup> AL PÚBLICO, *Los espatriados...*, cit.

por los suyos, acusado de haberse pasado al bando cristiano, y obligado después por los cristianos, cuando lo "liberan", a pagar un cuantioso rescate, hace la siguiente reflexión:

*"En extremo quejoso de los suyos por el trato que de Alfez había recibido, y de los cristianos por el rescate que le habían obligado a desembolsar, miraba a los dos partidos con recelo y desconfianza, persuadido que de uno y otro debía temer los mayores insultos"*<sup>771</sup>;

tras esta desconfianza de Muley ante cristianos y musulmanes es fácilmente adivinable la del autor -y con esto nos vamos acercando al verdadero sentido de la novela- tanto de los liberales como de los absolutistas. Y, cuando uno de los jefes cristianos instiga a la plebe contra él, su soliloquio adquiere un tono mucho más sombrío -que nos aproxima todavía más a ese sentido- en el que se percibe una profunda desilusión no sólo por la lucha política, sino por todo:

*"Enfurecida la plebe y entusiasmada por un celo mal entendido, cercó la cárcel donde habían sumido al desgraciado Muley, y apoderándose de su persona condenáronle sin ceremonia ni formalidad alguna a ser quemado vivo. 'Aquéllos, decía entre sí, le quitarán la vida [a su hija Zulema] juzgándome cristiano, y éstos me entregan a las llamas creyéndome adorador del profeta: ¿Qué deberé ser en la tierra para que me dejen en paz?'"*<sup>772</sup>.

La desilusión política va dejando paso a la existencial. Por otra parte, el pueblo cristiano, que debemos suponer representa a las masas absolutistas, no sale muy bien parado en la cita precedente; lo llama despectivamente "plebe" y su comportamiento es de lo más brutal, pues pretende quemar vivo al indefenso anciano. En la huida de los liberales, ante el avance del ejército de la Santa Alianza, el populacho cometió numerosos desmanes con ellos y sus propiedades. No hay nada más que recordar lo que sucedió en Sevilla en la famosa noche de San Antonio en la que Gallardo perdió cuantiosos y valiosísimos libros así como abundante material de trabajo. Pero la plebe es mudable; sus opiniones no tienen ninguna consistencia; cuando llega don Jaime, vestido de árabe y libera al prisionero, su actitud cambia por completo: *"Al frenesí y al espíritu de atroz venganza que reinaban en el pueblo sucedieron la admiración y el entusiasmo al ver al valeroso Conquistador don Jaime en aquel traje"*<sup>773</sup>. No sale mejor parado el pueblo musulmán, representante de los liberales. Marcha a la batalla conducido por Gazul sin ningún entusiasmo ni fe en la victoria:

*"A las veces solían las palabras de Gazul despertar una centella de gozo en sus almas del mismo modo que los soplos del viento suelen sacar relucientes chispas del moribundo fuego. Pero apáganse apenas nacen, y no podía dudarse de que el pueblo mahometano, despojado de valor y sin confianza en los autores de la rebelión, veía abierto bajo sus plantas el abismo donde iba a sepultarse.*

*Partieron por fin los moros, no en ordenadas haces y como convenía para medirse con los valerosos adalides del ejército enemigo, sino tumultuosamente y cual numeroso rebaño, cuyas reses se precipitan unas tras otras con tal desorden y con tanto ímpetu que parece que hayan de confundirse a oleadas..."*<sup>774</sup>.

Es precisamente la contemplación de esta actitud de su pueblo lo que decide a Gazul a rendirse al invasor cristiano -la incursión de Angulema fue un auténtico paseo triunfal de norte a sur en

<sup>771</sup> *Los espatriados...*, cit., p. 80.

<sup>772</sup> *Ibíd.*, p. 82-83.

<sup>773</sup> *Los espatriados...*, cit., p. 86.

<sup>774</sup> *Ibíd.*, p. 144.

el que no encontró ninguna resistencia- sin presentar batalla porque "*esta generación cobarde y corrompida ni tiene arrojo para recobrar la libertad, ni virtudes para tolerar la servidumbre*" (Ibíd.). Si la plebe cristiana era voluble y veleidosa, ensalzando al que instantes antes quería linchar, lo mismo sucede con la musulmana; siempre de parte del vencedor, asesina a su jefe Abdelasis cuando el ejército de don Jaime conquista la ciudad: "*La muchedumbre, amante de conservar su vida por todo medio, y enemiga hoy del que ayer ensalzaba, le quitó la vida a pedradas, apresurándose después a correr al encuentro del vencedor*"<sup>775</sup>. Es decir, el pueblo pierde su libertad y aclama al que se la ha quitado: "*Vivan las caenas*". Recordemos que la razón definitiva que decidió a Gazul a rendirse sin luchar fue su convencimiento de que la presente generación no tenía arrojo para recobrar su libertad. La pregunta que podemos hacernos es de qué libertad se trata. ¿De la abolida por Fernando VII? A primera vista, teniendo en cuenta, como vimos anteriormente, que los musulmanes son identificados con los liberales, podría parecer que sí. Pero, si volvemos al prólogo *-AL PÚBLICO-* vemos que el concepto que de la libertad tiene Vayo se parece bastante poco al de los liberales:

*"La desgraciada España en la época que nos sirve de comparación se vio entregada por sus jefes a las bayonetas enemigas con el laudable designio por parte de éstos de que no se derramara sangre, y los cadalsos pueden responder si se cumplió o no su deseo. ¡Cuánto más dulce hubiera sido a los jóvenes españoles morir defendiendo el honor nacional y las venerandas leyes de los Alfonsos, que verse después proscriptos, infamados, errantes, civilmente muertos y mendigando una miserable subsistencia por espacio de tantos años".*

Es decir, si relacionamos esta frase con la intención, declarada unas líneas más arriba, de que su propósito al escribir esta novela era el "*despertar el entusiasmo nacional*", parece claro que lo que echa de menos Vayo es que en 1823 los españoles no reaccionaran del mismo modo que en 1808: levantándose contra los franceses, no por razones ideológicas, sino patrióticas. O, dicho de otro modo, lo que le duele no es el giro ideológico del régimen tras la intervención de Angulema -al fin y al cabo éste no hizo más que restaurar "*las venerandas leyes de los Alfonsos*" por las que el autor está suspirando-<sup>776</sup>, sino que los españoles no fueran capaces de olvidar sus diferencias ideológicas subordinándolas al "*honor nacional*" -como hicieron en 1808- para oponerse todos como una piña al invasor extranjero. Para Vayo el honor nacional es un valor que está por encima de cualquier otra consideración. Las disensiones políticas internas -no olvidemos que Muley se muestra profundamente desencantado tanto con los musulmanes como con los cristianos (representantes respectivamente de liberales y absolutistas)- son de todo punto rechazables pues no se detienen ni ante valores fundamentales -como la patria- que debieran estar fuera de toda discusión. Pero no sólo eso, -y llegamos así al que para mí es el verdadero sentido de la novela- sino que además envenenan las relaciones personales convirtiendo a los amigos en enemigos, enfriando las relaciones amorosas y, finalmente, originando tremendas catástrofes: Gazul tiene que ejecutar a su amigo Aliatar por orden de Abdelasis; éste ejecuta a Zulema y Muley y es apedreado por la multitud; Gazul se suicida; todo lo cual tiene su correlato en la España contemporánea: muchos fueron ejecutados y, los

<sup>775</sup> Ibíd., p. 144.

<sup>776</sup> Difícilmente podrían, por tanto, los jóvenes españoles oponerse a los franceses en nombre de unas ideas que precisamente el ejército de la Santa Alianza venía a restaurar.

que consiguieron escapar, se vieron "*proscriptos, infamados, errantes, civilmente muertos y mendigando una miserable subsistencia*" durante muchos años.

La novela tiene, pues, dos niveles -aunque ambos fuertemente interrelacionados y fundidos-: uno político y otro existencial. Políticamente Vayo es defensor de los valores tradicionales -eso sí, convenientemente enmascarados tras la cortina del nacionalismo (el honor nacional)- que él llama las "*venerandas leyes de los Alfonsos*": éstos están por encima de cualquier eventualidad cotidiana. De ahí que Vayo sienta nostalgia de aquellos tiempos en que éstos valores no eran cuestionados, como ocurre ahora, con el lamentable fenómeno de la lucha política. Existencialmente viene a afirmar que es inhumano someter la vida a los vaivenes de la lucha política, pues ésta arruina la convivencia personal<sup>777</sup>. La reflexión final de Gazul, ante el cadáver de Zulema poco antes de quitarse, la vida sintetiza perfectamente ambos niveles:

*"Frio temblor se apoderó de los miembros de Gazul al descubrir los restos mortales de la mujer por cuya salvación había cometido en su concepto el horrendo crimen de entregar las armas. [...] Representósele entonces que por fomentar y dar pábulo a la insurrección que había apagado de golpe despojó de la vida a su mejor amigo, y que aquella víctima inmolada en las aras del amor patrio, lejos de reanimar su valor para aplacarla en el momento crítico de nada había servido, cuando inutilizada la insurrección había caído en el mismo delito que castigó en su amigo. Luego todos sus crímenes cometidos en sentido contrario habían sido inútiles, y ni aun el triste consuelo tenía de que hubieran producido una sombra de bien. Por salvar a la patria de la esclavitud había derramado la sangre de Aliatar y había contribuido a la prisión de su amante, y vendiendo a esta misma patria había acelerado el fin de Zulema y encadenado para siempre a su pueblo"*<sup>778</sup>.

Luego, si para Fernán Caballero en España no existen motivos de disensiones, Vayo lamenta que éstas existan por lo que su obra es una llamada a todos los españoles para superarlas presentándoles las desgracias que éstas ocasionan tanto al honor nacional como a las relaciones personales. Por ello, no estamos ante una alegato proliberal -como de las primeras palabras del prólogo se podría deducir- denunciando el exilio de los liberales bajo la metáfora de la expulsión de los musulmanes, sino ante el lamento de las desgracias causadas por las luchas políticas de los partidos. La única forma de evitar estas desgracias es renunciando a las ideologías políticas para defender todos a una los valores tradicionales. Para Vayo, lo mismo que para Fernán Caballero, éstos están fuera de toda discusión. Ambos, pues, ponen su novela al servicio de la misma causa. Pero la novedad de Vayo es que lo hace con razones modernas,

<sup>777</sup> No estoy en absoluto de acuerdo con la interpretación que del componente existencial de la novela hace Zellers: "*En esta obra Vayo se transforma de novelista que pinta el heroísmo y la felicidad, como lo hace en La conquista de Valencia por el Cid, en escritor que sigue las ideas del fatalismo que abundan tanto en la época romántica. En estos amores sin esperanza quizás aparece alguna influencia de Werther o de La Nueva Heloísa.*" Guillermo Zellers: *La novela histórica española 1828-1850*, Nueva York, Instituto de Las Españas en los Estados Unidos, 1938, p. 38.

De estas palabras parece deducirse que las desgracias de los protagonistas provienen de un fatalismo meramente literario que estaba de moda y que el autor se limita a seguir. No existen "fatalismos abstractos" que causen desgracias. Los personajes no están sometidos a ningún fuerza externa que los obligue a actuar en un determinado sentido, sino que son ellos con sus propios errores los causantes de su desgracia. Y esos errores son errores políticos. Hablar de fatalismo sin más es descontextualizar la novela, desarraigarla de la realidad contemporánea española sin tener en cuenta la explícita e inequívoca declaración que hace su autor en el prólogo de la misma.

<sup>778</sup> *Los espatriados...*, cit., p. 159-160.

dando entrada a la contemporaneidad, aunque sea de forma metafórica. Fernán sigue utilizando razones religiosas. En suma, uno hace de la literatura un uso didáctico; Fernán sigue haciendo un uso moralizante.

### 2.2.9.2. LA REVOLUCIÓN EN LA NOVELA LIBERAL

En la novela de tendencia liberal el tema de la revolución se plantea con gran amplitud y variedad de matices. Antes de comenzar el análisis detallado de éstos en las diversas novelas señalaré las líneas generales comunes a todas ellas. Se reconoce que el pueblo está desempeñando un importante papel en la agitada realidad contemporánea unas veces a favor y otras en contra de la revolución liberal. Cuando es en contra, se denuncia su utilización por parte del Antiguo Régimen; cuando es a favor, aunque utilice métodos contundentes, se tiende a justificar la acción del pueblo siempre que éste actúe bajo el control burgués. Si, en estas circunstancias, se produce algún exceso, se lamenta pero se le echa siempre la culpa al gobierno acusándolo de ser el verdadero culpable por su intransigencia. Si, por el contrario, el pueblo realiza alguna acción que escapa al control de los liberales, se la rechaza por completo. Es decir, que la palabra revolución tiene un significado positivo cuando el pueblo actúa como instrumento de la burguesía y totalmente negativo -en este caso se suele utilizar la palabra motín o alguna similar- cuando su acción escapa al control de los dirigentes liberales. En resumen, el pueblo puede desempeñar un triple papel: reaccionario, revolucionario y anárquico. Éste último caso se equipara con el primero, pues para los liberales las turbas absolutistas y las anárquicas vienen a ser la misma cosa y responden a los mismos intereses. Por último nos encontramos también con el escepticismo-pesimismo -ya señalado en puntos anteriores- respecto al alcance y motivaciones de la revolución liberal.

#### A) La fuerza del pueblo.

La época contemporánea se caracteriza por una gran agitación en todos los sentidos y el pueblo desempeña un papel activo en la misma. Eugenio de Sue lo reconoce explícitamente en una *Carta a Ayguals* con motivo de la publicación de su novela *María*:

*"El objeto del señor Ayguals es pintar un episodio de la vida social y política de la España, desde 1834 a 1838. Así es que el lector ve con creciente curiosidad pasar ante sus ojos casi todos los tipos que han figurado en esta época histórica, tan fecunda en grandes emociones populares"*<sup>779</sup>.

Sue se refiere evidentemente, dada su ideología, a las intervenciones progresistas del pueblo, lo cual es posible gracias a la enorme fuerza potencial que éste encierra. Pero esta fuerza puede utilizarse también en sentido contrario. De ahí que según se vea la posibilidad de utilizar esa fuerza como instrumento propio o ajeno -se la controle o la controlen otros- la reacción de los distintos autores será de confianza o desconfianza; en el primer caso porque la consideran como una aliada para la revolución burguesa; y, en el segundo, como un obstáculo.

<sup>779</sup> CARTA DE SUE, reproducida como prólogo a *María...*, cit., p. 9.

### B) El pueblo: obstáculo de la revolución liberal.

El liberalismo conlleva una serie de profundos cambios que chocan no sólo con los intereses de las clases arraigadas en el poder sino también con los hábitos mentales de un pueblo acostumbrado a la rutinaria inmovilidad:

*"Con hombres tan poderosos y pueblos avezados a sus antiguos usos y a seguir el movimiento de sus señores, tenía que lidiar Alfonso el Sabio al ceñirse la diadema de sus antepasados. Sus leyes, admiradas de las naciones extrañas y seguidas hasta hoy mismo en la nuestra, hallaron entonces tantos obstáculos, cuantos que todos temían que a su sombra el rey atropellase sus antiguos fueros y sus franquezas. El pueblo no consideró que de ellas emanase acaso su emancipación de los derechos del feudalismo; todos las miraron como enemigas, y el vulgo bárbaro y lleno de supersticiones, ora ridiculizaba a su rey, ora llamaba inquietud a su sabiduría"*<sup>780</sup>.

Los problemas con los que tiene que enfrentarse Alfonso X para imponer sus reformas son los mismos con los que se encuentran los liberales para llevar a cabo las suyas. Esta inercia del pueblo, que le lleva instintivamente a oponerse a todo cambio, es producto de su incultura, la cual lo hace, además, especialmente manejable como lo demuestra la facilidad con que se encienden las iras populares. En *Ni rey ni roque* -de Patricio de la Escosura- Fray Miguel de los Santos se desmaya mientras don Juan de Vargas habla con él. Se corre la voz de que éste lo ha asesinado. Cuando la justicia lo conduce detenido, alguien grita entre la multitud: "*¡Matadle, matadle, al asesino, al sacrílego!*". La reacción del pueblo, que siente una especial predilección por el clérigo, no se deja esperar:

*"Un momento después, la voz de ¡muera!, ¡matadle!, ¡a la hoguera! es general; los alabarderos, los alguaciles y el escribano bastan apenas con amenazas, con razones y ruegos, a contener aquellos furiosos que más de una vez estuvieron a punto de arrojarse sobre la persona de don Juan y de hacerle pedazos. Decir que este caballero iba tranquilo en tan amargo trance sería falso, inverosímil. El amor a la vida es natural, y perderla inocente, sin esperanza de gloria, y por el necio capricho del vulgo ignorante, será siempre muy cruel, por más que suceda alguna vez en todos los siglos y épocas"*<sup>781</sup>.

Precisamente al comienzo del capítulo antepone el autor unos versos anónimos que sintetizan esta idea:

*"Como de leve chispa al solo fuego  
se inflama el bronce vomitando muertes,  
al torpe influjo de la calumnia impía  
así la furia popular se enciende"*<sup>782</sup>.

Por eso, al pueblo se le puede utilizar para lo que se quiera siempre que se tenga la suficiente habilidad para canalizar sus aspiraciones, quejas o resentimientos. Así lo declara, en esta misma novela, uno de los nobles que preparan la sublevación del pueblo portugués a favor del supuesto rey don Sebastián y contra Felipe II:

<sup>780</sup> Espronceda: *Sancho Saldaña...*, tomo I, cit., p. 112-113.

<sup>781</sup> Patricio de la Escosura: *Ni rey ni roque*, cit., p. 21.

<sup>782</sup> *Ibíd.*, p. 15.



*"Los portugueses están ya impacientes por romper el yugo de hierro que los oprime. Apenas hay uno de todos ellos que no haya sufrido alguna vejación del monarca español. La masa no puede estar mejor dispuesta; trátase sólo de inflamarla, de dar a la indignación pública el conveniente impulso"*<sup>783</sup>.

Esta facilidad para dejarse manipular, sobre todo por lo que al bajo pueblo se refiere, es de sobra conocida y perfectamente manejada por los sectores tradicionales que la aprovechan para oponerse a los cambios:

*"Muchos eran, no obstante, los partidarios, ya ocultos, ya declarados, de los nietos de Alfonso el Sabio, particularmente en Castilla, donde había de romper la revolución, por lo cual y las buenas tropas que podían aquéllos poner en armas, así como el populacho, en todos tiempos amigo de alborotos y mudanzas, que sin duda engrosaría sus filas, era dudoso a cuál de los dos partidos daría razón la victoria"*<sup>784</sup>.

No deja de ser significativo que Espronceda sitúe al pueblo -en realidad al populacho- en el bando de los enemigos de Alfonso. Y es que no parece que Espronceda crea mucho en la capacidad revolucionaria del pueblo. Él no se hace ilusiones sobre los entusiasmos liberales de éste. Claro, que eso no quiere decir que le eche la culpa al pueblo pues, como ya vimos al analizar su artículo *El ministerio Mendizábal*, la responsabilidad de que el pueblo no se implique en la revolución liberal la tienen para él los gobiernos liberales que no han tomado ninguna medida que lo beneficie y le haga, así, considerar el liberalismo como algo propio en donde caben sus propios intereses<sup>785</sup>.

### **C) El pueblo motor de la revolución. Su identificación con el liberalismo.**

No todos los autores liberales comparten el escepticismo de Espronceda sobre el fervor revolucionario del pueblo. Al frente de los que creen firmemente en él se sitúa -como tantas otras veces- a Ayguals para quien el pueblo está desempeñando un papel fundamental en las modernas revoluciones con lo que está dando muestras de su profunda e inequívoca identificación con el liberalismo. Para Ayguals sólo existe una revolución digna de tal nombre: la revolución burguesa. Por eso, para él la palabra tiene un significado -aunque más adelante matizaré esta afirmación cuando analice los excesos- eminentemente positivo, como se pone de manifiesto, por ejemplo, en el entusiasmo con que se refiere a la rapidez y amplitud con que se está extendiendo la revolución liberal gracias, entre otras cosas, al compromiso con la misma de las masas populares:

*"Los varones ilustres de todos los países, los verdaderos sabios predicán por doquier la democracia, y el valor se une a la sabiduría, y con éstos dos grandes elementos de triunfo colíganse todos los talentos y virtudes que germinan en las masas populares, y desde el Sena*

<sup>783</sup> *Ibíd.*, p. 156.

<sup>784</sup> *Sancho Saldaña...*, tomo II, cit., p. 54-55.

<sup>785</sup> Recordemos simplemente este fragmento: "*¿Qué decretos han salido del Gobierno que interesen las masas populares en nuestra regeneración política y les hagan identificarse con la causa que defendemos? Y no debiera olvidar el señor ministro que uno de los errores más perjudiciales cometidos el año de 20 fue, que nuestros gobernadores no hicieron aprecio de ese pueblo que llaman bajo, y que sólo es alto porque se le niegan los medios de subir, y al cual vimos haciendo una contrarrevolución democrática en favor de un trono absoluto. La palabra libertad es hermosa y sonora, pero vacía de sentido para el pueblo rudo, que sólo comprende intereses materiales y no puede apreciarla cuanto merece sino por los beneficios que le produzca*". *El ministerio Mendizábal* en: Guillermo Carnero: *Espronceda*, cit., p. 106.

*hasta el Newa derrúmbanse los palacios de los opresores al grito de ¡LIBERTAD! y el mundo será libre a pesar de todos los déspotas que vomitó el Averno".*

Y, un poco más adelante, se refiere a la participación que en esta revolución ha tenido el pueblo sin cuyo concurso hubiera sido irrealizable: "*Lejos de sorprendernos este cataclismo universal, nosotros le esperábamos como consecuencia precisa de los progresos de la ilustración en las masas populares*"<sup>786</sup>. El pueblo, pues, convencido de las excelencias del liberalismo, está siendo el motor principal de los cambios revolucionarios que han tenido un importantísimo punto de inflexión en los recientes acontecimientos de 1848. Al referir estos sucesos el entusiasmo de Ayguals alcanza cotas inigualables; califica a la revolución de sublime, inspirada por Dios que fue quien impulsó a los pueblos a levantarse contra los tiranos que seguían oponiéndose a este colosal movimiento regenerador:

*"Los pueblos conocen su dignidad y sus derechos. No quieren ser patrimonio de las testas coronadas, y se lanzaron a una revolución sublime, impulsada por la mano de Dios. [...] Por doquiera se alzaron las naciones para derribar a los tiranos que se oponían al movimiento regenerador. Entes de corvo espíritu, de tímida condición y reducidos alcances, se estremecieron ante las grandes oscilaciones del año 1848. [...] Sellad los labios, criaturas pusilánimes. El año de 1848, ese año que imprudente maldecís porque sois miopes, fue un año de gloria y de bendición, fue el año más feliz de cuantos ha devorado el tiempo, fue el año en que, despertando el mundo entero de un letargo vergonzoso, ha colocado la piedra fundamental del templo de su gloriosa regeneración. [...] Sucedió así a pesar de cuantos diques se levantaron contra el torrente de la revolución, porque la causa de la justicia es la causa de Dios*"<sup>787</sup>.

Y, aunque posteriormente se han dado pasos atrás, para Ayguals el proceso iniciado en 1848 es imparable:

*"La avasalladora humanidad, rompiendo sus cadenas, dio un paso gigantesco hacia su gloriosa emancipación. [...] Los ejércitos de los tiranos lograrán retrasarla, pero no vencerla y exterminarla para siempre. [...] No han de volver a entronizarse esos déspotas que apelan a la ridícula sandez de su **derecho divino**"*<sup>788</sup>.

Es decir, estamos ante una revolución contra el derecho divino auspiciada nada menos que por el mismísimo Dios. No deja de ser paradójico que Dios se rebele contra su propia causa, aunque, hay veces en las que de la retórica populista de Ayguals se puede esperar cualquier cosa<sup>789</sup>. Cuando Ayguals publica esta novela -entre los ños 1849 y 1850- ya habían tenido

<sup>786</sup> *El tigre del Maestrazgo* [1845], cit., p. 54.

<sup>787</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 29-30.

<sup>788</sup> *Ibíd.*, p. 31.

<sup>789</sup> El popularismo es una de las características fundamentales de las novelas de Ayguals. Básicamente consiste en la adopción del punto de vista del pueblo. Es decir, refleja la realidad tal y como el pueblo la percibe olvidándose momentáneamente de su propia ideología. Esta característica ha sido muy bien estudiada por Rubén Benítez: "*Lo más importante en estas descripciones es el empeño de Ayguals de reflejar siempre el punto de vista de la masa y el sentimiento particular que los hechos despiertan en la muchedumbre. A veces se siente cierto esfuerzo o repugnancia. Cuando se trata del ajusticiamiento de Diego León, Ayguals manifiesta su pensamiento sobre las asonadas militares que intereses partidistas; pero la romántica figura del soldado ha ganado ya la simpatía de la población. Las páginas de **La marquesa de Bellaflor** en que se narra la muerte de diego de León constituyen un emotivo testimonio de su contradictoria actitud ante el suceso. Lo mismo ocurre con la muerte del cura Merino, sentenciado a garrote vil por el intento de asesinar a Isabel II: Ayguals no acepta la solución violenta de los problemas políticos. Pero la arrogancia de Merino, su desafío ante la*

lugar los dos actos -en Francia que es donde alcanza mayor trascendencia- de la revolución de 1848: el de febrero y el de junio. Dada su ideología, es lógico que se muestre entusiasmado por los sucesos de febrero, cuando el pueblo marchando al lado de la burguesía derrocó la monarquía de Luis Felipe y consiguió el sufragio universal; pero no por los de junio, en que ese mismo pueblo, desengañado de su alianza con la burguesía, se levanta en las barricadas contra el mismo sistema burgués que había ayudado a consolidar unos meses antes. Y, con toda probabilidad, estaba pensando en las barricadas de junio cuando, a continuación, escribe:

*"Sentada la imposibilidad de triunfo duradero de la reacción ¿no pueden los pueblos ser víctimas de esas sectas de insensatos demagogos, que adulan a las masas con lisonjeras utopías para explotar su credulidad y buena fe?*

*He aquí el peligro de la actual crisis europea; peligro grave, pero no inminente de todo punto, y hay debates de tal importancia, que es punible en todo escritor concienzudo no lanzarse al palenque para contribuir al triunfo de la humanidad"*<sup>790</sup>.

Pero de momento el entusiasmo se impone sobre el temor que en esta última cita parece traslucirse. Volviendo al entusiasmo, Salas y Quiroga también insiste en la idea de que las antiguas instituciones están cayendo ante el empuje arrollador del pueblo, lo cual es una prueba de su fuerza:

*"Consiguió Zúñiga el ser nombrado en clase de agregado para acompañar al señor Labrador al congreso de Viena. Este primer paso le sirvió para mucho; pues, si no podía serle de gran provecho la escuela del plenipotenciario español, allí pudo ver de cerca a ese príncipe de Meternich, cuyo trato fascinaba, a Talleyrand, que se valía para el triunfo de toda clase de armas, vedadas o no, [...] a todos esos hombres eminentes en bien o en mal, que asistieron al célebre congreso, y que forjaron esos memorables tratados que a todo han resistido menos a las barricadas"*<sup>791</sup>.

El pueblo participa tan activamente en estas revoluciones porque se identifica plenamente con el liberalismo, ya que es profundamente liberal, como se pone de manifiesto con motivo del motín de los sargentos en 1836, cuando no se deja amedrentar por las tropas que pretendían reprimir la revolución:

---

*sociedad que lo condena, la valentía con que afronta la muerte, inclinan al pueblo a la compasión. Y Ayguals está allí, transmitiendo el admirativo asombro de la muchedumbre.*

*Quiero insistir en este aspecto. El **popularismo** de Ayguals puede resultar un poco falso; a veces es evidente que lo único que pretende el autor es complacer a sus lectores y compradores. Los conocidos y amigos que lo han visto y oído en la escena política, sosteniendo otros puntos de vista, verían con explicable desagrado esos cambios de dirección provocados, sobre todo por un interés pecuniario. Pero no se trata de juzgar moralmente. El resultado de esa actitud ha sido otro. Pocos autores de la primera mitad del siglo XIX, con la excepción quizá de Espronceda, han tenido la suficiente sensibilidad como para reflejar en sus escritos **los estremecimientos del alma social**, según la cristalina frase de Galdós".*

Rubén Benítez: *Ideología del folletín español: WENCESLAO AYUALS DE IZCO (1801-1873)*, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1979, p. 129-130.

Es decir, que el entusiasmo que aparece cuando describe determinadas acciones del pueblo que entran en contradicción con su propio pensamiento, no es su entusiasmo, sino el del pueblo que él se limita a reflejar participando del mismo como un espectador popular más. Por otra parte, además de las razones aducidas por Benítez, creo que se puede señalar otra sobre la que volveré más adelante: el deseo de congraciarse siempre con el pueblo que le lleva a no desaprobado casi nunca sus actos.

<sup>790</sup> *Ibíd.*, p. 31.

<sup>791</sup> *El Dios del siglo* [1848], tomo I, cit., p. 177-178

*"El general Quesada, capitán general de Madrid, al frente de sus tropas recorre también la capital, queriendo imponer miedo con el aspecto militar de sus subordinados a un pueblo que por doquier le recibe con silbidos y otras manifestaciones no menos ostensibles de odio y de desprecio"*<sup>792</sup>.

Pero no sólo no se deja intimidar, sino que interviene arduosamente en defensa de la revolución:

*"En la plazuela de Santa Ana hay un grupo de paisanos que gritan desaforadamente: ¡A las armas ciudadanos! ¡A las armas! ¡Viva la libertad!!! Y, como por encanto, la plaza se va llenando de jóvenes valientes, de liberales bravos, que abandonando los unos a sus padres, los otros a sus familias, a sus hermanos, a sus queridas, corren a empuñar denodados las armas de la patria, ansiosos de medirlas con los enemigos de la libertad, proclamando con ardor los santos derechos del pueblo. Otro tanto sucede en la plazuela de Santo Domingo, en la plaza Mayor, en la calle del Desengaño y frente al convento de los Basilios, donde se dice que hay artillería y un gran depósito de fusiles que entregar a los defensores del pueblo"*<sup>793</sup>.

Todo el pueblo de Madrid se compromete en la lucha por la libertad; viéndola tan cerca dan muestras de entusiasmo y, lo que es más importante, de generosidad lo cual, dicho sea de paso, es una muestra más de las excelencias de los liberales y del liberalismo:

*"Unos cuantos nacionales bajaban entusiasmados por la calle de la Concepción Gerónima en dirección a la de Toledo. Así que llegaron a donde estaba fray Patricio, cedioles éste la acera, y quitándose el sombrero y agitándolo en el aire, exclamó con voz sonora:  
-¡Patriotas! ¡Viva Riego! ¡Viva la Constitución del año 12!  
Estos viva fueron repetidos por la inmensa multitud. Luego añadió fray Patricio:  
-¡Mueran los pasteleros!  
-No, ciudadano -exclamó uno de los milicianos nacionales- no se oigan entre nosotros más que vítores. No manchemos con sangre el glorioso triunfo que nos aguarda"*<sup>794</sup>.

Ni que decir tiene que fray Patricio -de quien ya se habló detenidamente en el capítulo dedicado a la Iglesia- es un agente absolutista que pretende provocar al pueblo para que cometa actos vandálicos y así desautorizar la revolución. La negativa del miliciano a secundar su provocación no sólo demuestra los buenos sentimientos de éste -de un verdadero liberal no cabe esperar otra cosa- sino también su madurez; o, lo que es lo mismo, el pueblo, una vez que está experimentando las excelencias del liberalismo, no se deja utilizar por sus enemigos:

*"En el cuartel de los Basilios o en sus inmediaciones se trataba de producir un alboroto por las mismas autoridades para tener el placer fusilar a los prisioneros. Para esto el marqués de la Calabaza había buscado gente que se prestara por dinero a hacer la farsa, pero todo fue inútil; porque todos los hombres honrados desecharon con indignación la proposición del marqués"*<sup>795</sup>.

<sup>792</sup> J. M. Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid* [1844], tomo III, cit., p. 6.

<sup>793</sup> *Ibíd.*

<sup>794</sup> Ayguals: *María...*, tomo II, cit., p. 209.

<sup>795</sup> J. M. Villergas: *Los misterios de Madrid*, tomo III, cit., p. 113.

Aparece aquí -son los hombres honrados los que se niegan a participar en esta farsa- en germen una idea que desarrollaré más adelante: el pueblo raramente -cuando lo hace, son otros los culpables- comete excesos dejándose arrastrar por las bajas pasiones. Los que llegan a esos excesos pertenecen al populacho fácilmente manejable por los agentes absolutistas.

La negativa a secundar al marqués de la Calabaza, el enfrentamiento con Quesada son pruebas inequívocas de que el pueblo está del lado del liberalismo. Por eso cuando el general Seoane les anuncia el triunfo, es aclamado y vitoreado por la multitud: "*Confíose la capitania general a don Antonio Seoane, quien, al transitar con sus ayudantes por la Puerta del Sol, anunció el triunfo del pueblo y fue saludado por la multitud con entusiastas vítores*"<sup>796</sup>. Y este entusiasmo crece de tono cuando el Ayuntamiento proclama solemnemente la Constitución:

*"Escortado el Ayuntamiento por un brillante escuadrón de la Guardia Nacional, celebró este acto solemne con toda pompa, y fue tan general el júbilo en Madrid, fue tan ardiente el entusiasmo, que bien pudo conocer el partido retrógrado que jamás su bandera ha representado la opinión nacional"*<sup>797</sup>.

Así pues, estos dos autores -Ayguals y Martínez Villergas- creen en el liberalismo como medio libertador del pueblo -ya veremos más adelante que Villergas muestra algunas reticencias a este respecto- y en el espíritu revolucionario (liberal) de las masas populares cuya contribución es decisiva para el triunfo del mismo.

#### **D) La revolución provocada por el desgobierno.**

¿Por qué el pueblo español que, como quedó expuesto en páginas anteriores<sup>798</sup>, es de suyo pacífico, amante del orden, sumiso y acostumbrado a soportarlo todo con resignado estoicismo, se rebela y toma parte tan activa en las revoluciones? Por la situación de miseria, necesidad extrema y falta de libertad en que vive:

*"El pueblo pobre, pero honrado; el pueblo pobre, pero industrioso; el pueblo pobre, que con sus afanes y sudores, con su talento, con su aplicación y su incesante fatiga crea las riquezas, sin que recoja de ellas más que una mezquina parte que no sufraga para las más sagradas atenciones... este pueblo heroico, contempla con paciencia a los magnates que le insultan, que le roban, y en escandalosas orgías, en festines báquicos, en opíparos banquetes, en magníficas carrozas tiradas por lujosos alazanes, enjaezados de oro y ornados de riquísimos penachos, despilfarran el fruto del sudor del artesano infeliz!... Pero todo tiene sus límites y acaso no está lejos el día de la expiación"*<sup>799</sup>.

Son, pues, las injusticias sociales las que empujan al pueblo a la sublevación:

*"Cuando abandonadas del gobierno vense las clases laboriosas sumidas en la indigencia, porque lejos de fomentar el amor al trabajo con el galardón a que el mérito y la virtud son acreedoras, se roba a los artesanos el fruto de sus afanes [...] esa inmensa mayoría industriosa, que constituye la verdadera nación [...], se agita y se conmueve"*<sup>800</sup>.

Otras veces se amotina:

*"Cuando Men Rodríguez de Sanabria llegó al pie de la torre, estaba el motín en todo su esplendor. Ya no se gritaba; se aullaba. ¡Pan! ¡Pan! ¡Que nos entreguen a los judíos! ¡Al alcázar! ¡Muera don Simuel!", atronador estruendo que surgía de mil bocas congregadas por el hambre y excitadas por la traición*<sup>801</sup>.

<sup>796</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 292.

<sup>797</sup> *Ibíd.*, p. 293.

<sup>798</sup> Vide 2.2.3, especialmente p. 357 y ss.

<sup>799</sup> Ayguals: *María...*, tomo I, cit., p. 47-48.

<sup>800</sup> *María...*, tomo II, cit., p. 78.

<sup>801</sup> Manuel Fernández y González: *Men Rodríguez de Sanabria* [1853], cit., p. 61.

Por eso, cuando los pueblos se rebelan realizan un acto de justicia pues poseen

*"el incuestionable y santo derecho [...] no diremos de rebelarse contra sus opresores, porque cuando las naciones se alzan en masa para castigar insolentes déspotas, ejercen un acto su justicia soberana"<sup>802</sup>.*

Es lo que está sucediendo en España, donde el pueblo se ha levantado últimamente en varias ocasiones como en el verano del 36, cuando la sublevación de los sargentos provocó una cadena de ellas de tal manera que *"bien pronto se hizo aquel glorioso movimiento verdaderamente nacional, bien pronto resonó imponente por toda España EL GRITO DEL PUEBLO"*<sup>803</sup>. Pero los gobiernos reaccionarios se oponen a las revoluciones no sólo reprimiéndolas con la fuerza, sino tratando de deslegitimarlas y desprestigiarlas para lo que no dudan en calificarlas de actos anárquicos, lo que les sirve, además, de excusa perfecta para negarse sistemáticamente a armar al pueblo y poner todo tipo de trabas a la creación de la Milicia Nacional:

*"No, exclaman con inaudita insolencia sus explotadores [del pueblo], no deben entregarse las armas a esa desenfrenada multitud cuyos salvajes instintos propenden siempre a la anarquía.*

*-¡Que propende a la anarquía el pueblo del trabajo! [...] No arméis al pueblo si queréis seguir ejerciendo la profesión de verdugo. No le arméis si ansiáis robarle impunemente. No le arméis si apetecéis burlaros de sus desgracias, porque el pueblo armado sería también inexorable a su vez el día de la justicia. De LA JUSTICIA ¿lo entendéis? Vosotros llamáis anarquía a todos los actos que emanan de la soberanía popular, y mentís, porque sois vosotros los verdaderos anarquistas de España. En el pueblo armado no ha habido en España nunca más que héroes. Las virtudes de la Milicia Nacional, de esa institución salvadora de los países libres, atestiguan la veracidad de nuestro aserto"<sup>804</sup>.*

El pueblo y su brazo armado, la Milicia, no sólo son el instrumento de la revolución por la contribución decisiva que en ella han tenido, son también su garantía; por eso la temen tanto los enemigos del liberalismo:

*"Vosotros, los que osáis calumniar a la virtuosa Milicia Nacional, volved la vista atrás, contemplad de hinojos tantas ruinas gloriosas, tantos escombros venerandos, y oíd la estentórea voz de la justicia que de eco en eco resuena entre sus concavidades... Oídla con estupor... A las blasfemias con que insultáis al pueblo armado, ella responde: MENTIRA... BIEN LO SABÉIS... LAS ARMAS EN MANOS DEL PUEBLO SON LA MEJOR GARANTÍA DE TRIUNFO, DE ORDEN Y DE LIBERTAD"<sup>805</sup>.*

Una prueba de que el pueblo, el auténtico -y de las últimas citas de Ayguals queda bastante claro que sólo los que se identifican plenamente con el liberalismo entran dentro de esa categoría- no comete actos anárquicos la tenemos en su comportamiento tanto en algunas sublevaciones ocurridas en el pasado como en los recientes acontecimientos históricos. García Tejero recuerda la conducta del pueblo durante la revuelta de los Comuneros a principios del siglo XVI:

<sup>802</sup> *María...*, tomo I, cit., p. 14.

<sup>803</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 159.

<sup>804</sup> Ayguals: *El tigre del Maestrazgo*, cit., p. 284.

<sup>805</sup> *Ibíd.*, p. 298-299.

*"En Burgos, Zamora, Valencia y Mallorca y otras ciudades fueron expulsados los nobles, y muchos de ellos muertos, viéndose la circunstancia notabilísima de que el pueblo insurreccionado no cometió el más leve robo en los bienes y preciosidades que aquellos tenían, pues profesaban horror a todo lo que fuese de la pertenencia de los traidores a su patria".*

A continuación pasa Tejero a referirse a la realidad contemporánea justificando, lo mismo que Ayguals, la revolución y aduciendo en su defensa que siempre el pueblo se ha comportado civilizadamente: *"Además el pueblo está justificado en parte, porque jamás se alza para entregarse al robo ni a inmorales escenas, sino a la reconquista de sus derechos"*. Sin embargo -y esto incide en la idea de que el pueblo auténtico sólo puede ser liberal- no se comportó del mismo modo el populacho absolutista:

*"Los que siempre asaltaron las propiedades fueron las **turbas realistas**, instrumento servil de frailes impíos o clérigos relajados: pero semejantes con los infernales principios que representan, distan un abismo de esas masas laboriosas, honradas y libres, como la **"heroica plebe"** de Barcelona, Madrid, Zaragoza, Cartagena y otras ciudades"*.

A pesar de estas repetidas muestras de comportamiento responsable y civilizado, el gobierno lo sigue tratando con absoluto desprecio:

*"Sin embargo, tenemos el disgusto de oír a ciertas personas del supremo gobierno, que hoy domina, que el pueblo es **vil canalla, plebe asquerosa, gentuza mal nacida...** y otros groseros dictados que deshonoran los labios que los pronuncian"<sup>806</sup>.*

Con estas descalificaciones lo único que pretenden es desviar la atención para eludir su responsabilidad, pues ellos son los únicos culpables de que ocurran estas cosas: *"El gobierno y sólo el gobierno es SIEMPRE el culpable de las revueltas políticas"*. Es él, quien con sus actos, las provoca, como sucedió en España en 1836:

*"El gabinete de mayo de 1836 tuvo la desgracia de no merecer las simpatías de la nación, porque se anunció reaccionario y despótico antes de nacer, y habiéndose precipitado con soberana imprudencia algunos de sus individuos en hacer alarde de su audacia, recibieron una lección tan severa como justa"<sup>807</sup>.*

Y, por el contrario, *"bien gobernados, los pueblos que prosperan y son felices bajo el amparo de leyes sabias y protectoras, jamás se arrojan a insensatas conmociones"* porque *"donde se gobierna bien el pueblo calla, obedece y bendice a las autoridades que velan por su prosperidad"<sup>808</sup>*. Los gobiernos son, por tanto, los causantes de las revoluciones y sus consecuencias<sup>809</sup>. Así que ellos son los que provocan la anarquía: *"Es una calumnia infame atribuir el origen de la anarquía a la rebelión de las masas populares; rara es la vez que si éstas se rebelan no sea contra los abusos del*

<sup>806</sup> Alfonso García Tejero: *El pilluelo de Madrid*, tomo III, cit., p. 163-164.

<sup>807</sup> *María...*, tomo II, cit., p. 79.

<sup>808</sup> *Ibíd.*, p. 78 y 79.

<sup>809</sup> Nos vamos acercando así a una idea que comentaré más adelante, pero que conviene señalar desde ahora, pues se deduce de lo que acabo de exponer: las revoluciones, aunque produzcan beneficios, son un mal por lo que habría que hacer todo lo posible por evitarlas. Lo cual, en el fondo, es indicio de prevención y temor hacia las mismas. Es decir, que en un mismo autor -Ayguals- nos encontramos con dos actitudes distintas: entusiasmo y reticencias.

poder<sup>810</sup>. Y así se lo hace saber Higinio García -sargento portavoz de los insurrectos de La Granja- a María Cristina cuando se entrevista con ella:

*-Habla -contestó la reina respirando destellos de comprimida indignación. -¿Qué quieren los insurrectos?*

*-Señora: los insurrectos quieren hacer que el trono de vuestra augusta hija doña Isabel II se desquicie y se hunda en un abismo sin fondo.*

*-¡Atrevido!*

*-Pero los insurrectos, señora, no somos nosotros, sino vuestros consejeros. La nación en masa quiere ser libre, y es inútil oponer diques al torrente de su voluntad impetuosa<sup>811</sup>.*

Los insurrectos son, pues, los que reprimen la libertad porque

*"no se olvide nunca esta incuestionable verdad: LOS PUEBLOS LIBRES E INDEPENDIENTES JAMÁS SE REBELAN CONTRA UN GOBIERNO JUSTO Y PROTECTOR QUE LABRA LA FELICIDAD DE TODAS LAS CLASES DEL ESTADO"<sup>812</sup>.*

En términos parecidos se expresa el diputado Claris *-Un Corpus de sangre-* ante el virrey Santa Coloma responsabilizándolo de lo que pueda ocurrir:

*"Os repito que la revolución llama a nuestras puertas, que como autoridad responsable de la tranquilidad de Cataluña, habéis de dar cuentas a Dios y al rey de no haber adoptado aquellas medidas que podían precaver el trastorno; que irritando al pueblo con vuestra pertinaz e injustificada negativa, le ponéis en el caso de que tome por sí lo que vos no queréis darle"<sup>813</sup>.*

Evitar que el pueblo tenga que tomar las cosas por sí consiguiendo así la felicidad de todos, como decía Ayguals, es lo que pretende el liberalismo. Pero, mientras los gobernantes no se vuelvan más condescendientes, el pueblo no duda ya en sublevarse cada vez que observa una injusticia como, por ejemplo, la ejecución de Anselmo. Este honrado proletario, del que hablamos páginas atrás al analizar el tema del trabajo, fue acusado falsamente por el inicuo fraile don Patricio de haber participado en las matanzas de frailes del año 34, cuando lo que hizo fue, precisamente, arrancarlo a él de las manos de las turbas enfurecidas. Anselmo es condenado a muerte. El pueblo de Madrid, enterado de su caso por don Luis de Mendoza, Marqués de Bellaflor, participa en un motín dirigido por éste, se enfrenta con las tropas dando vivas a la Constitución:

*"-¡Españoles!- exclamó don Luis con voz sonora- ¡Viva la Constitución.*

*Al resonar este grito, que fue repetido por una multitud inmensa, empezóse una sangrienta lucha entre la tropa y el paisanaje"<sup>814</sup> que termina con la liberación de Anselmo.*

Ayguals pues, -como el más representativo de los escritores liberales- justifica las sublevaciones populares culpando a los gobiernos reaccionarios de las mismas. No sólo las justifica sino que las aplaude entusiásticamente. Es decir, aprueba la utilización de la fuerza para conseguir objetivos políticos y sociales. O, al menos, no la reprueba. Pero no reprueba

<sup>810</sup> *María...*, tomo II, cit., p. 77.

<sup>811</sup> *María...*, tomo II, cit., p. 252.

<sup>812</sup> *Ibíd.*, tomo I, cit., p. 220.

<sup>813</sup> Manuel Angelón: *Un Corpus de sangre o los fueros de Cataluña* [1858], cit., p. 532-533.

<sup>814</sup> *María...*, tomo II, cit., p. 290.



estos actos violentos -aunque enseguida vamos a ver que hay veces en que muestra sus reservas y otras los condena sin reserva- porque el pueblo al cometerlos actúa siempre bajo el control de algún dirigente liberal. Sin embargo, las actuaciones del pueblo por cuenta propia al margen de ese control merecen una inmediata y rotunda condena por parte de Ayguals -aunque éste siempre condena los actos e intenta justificar a quienes los cometen- y de los liberales. Los motivos son varios, pero creo que el más importante es que son perfectamente conscientes de que en esos casos la revolución burguesa -que es su aspiración y, por tanto, la única justificable para ellos- corre el peligro de ser reconducida más allá de los límites del liberalismo. O lo que es lo mismo, son conscientes de que la participación del pueblo en la revolución burguesa, que es imprescindible pues de otro modo ésta sería inviable, tiene innegables ventajas, pero no está tampoco exenta de inconvenientes.

### E) Los inconvenientes de la revolución.

En las citas de Ayguals reproducidas en el apartado anterior hay frases que encierran una implícita pero inequívoca amenaza como que los gobiernos "*recibieron una lección tan severa como justa*" o, más claramente, "*no está lejos el día de la expiación*". Esta amenaza son producto más del temor que del deseo. Revelan no tanto las ganas de que ocurran como el miedo de que puedan llegar a ocurrir. O lo que es lo mismo, bajo el entusiasmo grandilocuente y retórico se puede vislumbrar una actitud de reserva y temor ante las conmociones populares. Las revoluciones tienen, pues, sus efectos secundarios -sus **inconvenientes**-, por lo que sería deseable que no se produjesen. Pero, dado que son inevitables -aunque se podrían evitar si los gobiernos no se negasen tan obstinadamente a mejorar las condiciones de vida de las clases populares- hay que procurar que no escapen al control de los dirigentes liberales.

#### e<sub>1</sub>) Dificultades para controlar sus excesos.

Como hemos visto -y recordado- en páginas anteriores, el pueblo español es por naturaleza pacífico, hasta tal punto que, como dice Claris, "*se le conduce como se quiere mientras está tranquilo*"<sup>815</sup>. Sin embargo, la revolución implica -es inevitable por mucho interés que se ponga en evitarlo- violencia, excesos, sangre, como se pone de manifiesto en la continuación de la cita anterior: "*Desde el momento en que rompe la primera valla, él es quien conduce a los demás por vías que nunca pensarán recorrer*". O, como afirma Ayguals, cuando estalla no es fácil de extinguir porque "*no hay diques contra el furor de un pueblo justamente indignado*"<sup>816</sup>. La culpa, como acabamos de ver, la tienen los gobiernos. Pero las injusticias sociales y actitudes despóticas de éstos no sólo provocan las revoluciones "beneficiosas", sino que llevan al pueblo a una situación de excitación y descontrol que puede resultar muy peligrosa porque, como dice Tamarit en *Un Corpus de sangre*, "*no puedo responder de un pueblo levantado*"<sup>817</sup>. Por eso, Claris, otro de los diputados de la Generalitat catalana, aunque está convencido de que sus reivindicaciones son justas, no quiere la revolución y todos sus esfuerzos se orientan a evitarla:

*"Tribuno del pueblo por su elocuencia persuasiva e insinuante, nunca al hablar a los catalanes de sus derechos dejó de trazarles el cuadro de sus deberes, nunca al decirles que la*

<sup>815</sup> Manuel Angelón: *Un Corpus de sangre o los fueros de Cataluña* [1857], cit., p. 533.

<sup>816</sup> Ayguals: *María...*, tomo II, cit., p. 6.

<sup>817</sup> Manuel Angelón: cit., p. 59.

*primera condición de los reyes es ser justos, olvidó decirles que la primera condición de los pueblos era ser leales. Así es que catalán de todo corazón, se estremecía al pensar que la historia pudiera llamar rebeldes a los hombres cuya agotada paciencia diera por resultado un estallido sangriento. Porque Pablo de Claris no se ocultaba que en semejantes casos las revoluciones son horribles y que rota una vez la valla, los discursos de la autoridad son ahogados casi siempre por los gritos de venganza*"<sup>818</sup>.

Y, consecuente con esta forma de pensar, va a ver al virrey Santa Coloma y le pide angustiada e insistentemente que no persista en su actitud de negar las reivindicaciones de los catalanes para lo cual le hace una exposición muy gráfica de los peligros que conllevaría la revolución:

*"Por la última vez os lo repito: cuanto antes, hoy tal vez, dentro de un instante quizás, el pueblo revolucionado, minado, lanzado por una mano oculta, correrá a la cárcel y arrancará de ella a los que llama sus padres, sus mártires. Nada os dijera si aquí hubiese de acabar todo, pero ni yo ni persona alguna os responderán de un pueblo que ha dado el primer paso en el camino de la revolución*"<sup>819</sup>.

Y así ocurre; los acontecimientos posteriores acaban dándole la razón al diputado. Cuando estalla la revolución y Santa Coloma comienza a impartir órdenes, comenta el autor:

*"¡Pobre conde!... Ignoraba que en la populosa metrópoli del Principado ya nadie daba órdenes, y que el puñal y la tea, la sangre y el fuego habían derribado el principio de autoridad; ignoraba que los pueblos espoleados por la sed de venganza son como los mares que la tempestad azota, y que cuando el piloto no suelta la caña voluntariamente, tiene que ver muy a menudo cómo las embravecidas olas le lanzan violentamente de su puesto de honor, en tanto que el fuego del cielo troncha aquel timón mediante el cual había domado tantas veces el océano, montado intrépidamente sobre un frágil leño*"<sup>820</sup>.

Y, cuando Santa Coloma le pide a los diputados catalanes que utilicen su autoridad pues a ellos sí que los obedecerá el pueblo, Claris le responde:

*"Señor conde, desgracia es para vos que de continuo caminéis de un error en otro [...] el pueblo se ha cansado de ser víctima [...] hemos dejado de ser diputados y consellers como vos habéis dejado de ser virrey, quiero decir que ya vuestra voz no es oída como no es obedecida vuestra autoridad*"<sup>821</sup>.

En consecuencia, se puede esperar de él que cometa cualquier desmán; porque, *"una vez rota por el pueblo la barrera del orden, ¿adónde pararán sus extravíos?"*<sup>822</sup>. En **Men Rodríguez de Sanabria** comenzaron pidiendo pan y terminaron gritando: *"¡Fuego! ¡Prendamos fuego! ¡Abajo los nobles y los ricos!"*<sup>823</sup>. Es decir, que no paran nunca ya que, y ésta es otra de las características de las revoluciones, una vez que estallan no se detienen ante ningún tipo de concesión ni promesa:

*"Tal es el efecto de las conmociones populares, movidas a veces por un solo fin, nunca muy honrado, pero que, por circunstancias, podrá ser provechoso en un momento dado, y jamás se contentan con lograrlo; como los graves aumentan de velocidad en cada instante sucesivo*

<sup>818</sup> *Ibíd.*, p. 305-306.

<sup>819</sup> *Ibíd.*, p.534.

<sup>820</sup> *Ibíd.*, p. 613

<sup>821</sup> *Ibíd.*, p. 614.

<sup>822</sup> Patricio de la Escosura: *Ni rey ni roque* [1835], cit., p. 22.

<sup>823</sup> Manuel Fernández y González: *Men Rodríguez de Sanabria* [1853], cit., p. 63.

*de su descenso, y como este aumento de velocidad acrecienta la fuerza de la masa que desciende, así el tumulto aumenta continuamente sus exigencias, se aumenta también sin cesar una especie de fuego eléctrico que se comunica de hombre a hombre, los inflama a todos, los funde por decirlo así, en un solo cuerpo monstruoso, capaz de todo lo malo, y nunca de nada bueno*<sup>824</sup>.

Las novelas que estoy comentando, recogen varios de estos casos. En la de Angelón asaltan la litera de la hija de Santa Coloma, si bien las cosas no llegan a mayores porque los asaltantes son sólo unos pocos de los más exaltados pues los ánimos no están todavía, a diferencia de lo que va a suceder conforme vaya pasando el tiempo, lo suficientemente exacerbados; pero, como *"todo objeto que trajera las armas de Santa Coloma, todo lo que perteneciera al Virrey, todo lo que recordaba su autoridad al pueblo era objeto de odio o de desprecio para éste"*, en cuanto ven aparecer la litera con las armas de Santa Coloma hay unos cuantos que no se pueden contener y la asaltan:

*"El pertenecer la litera a la casa del conde y venir dentro de ella su hija, sirvió de pretexto para intentar uno de aquellos atropellos a que a veces se entregan los pueblos cuando la prepotencia de su fuerza no está contrabalanceada por la fría razón"*.

Los que esto hacen eran una minoría, pero la presencia de los soldados exaltó los ánimos de los demás. Aparecieron unos cuantos

*"arcabuceros prontos a hacer fuego sobre la muchedumbre. No era ésta para dejarse imponer de todo el cuerpo de guardias juntas, y aun cuando la generalidad no había tomado parte en el insulto hecho a la hija de Santa Coloma, sin embargo todos se hallaban dispuestos a medir sus fuerzas con las de los arcabuceros, no en defensa de los atropellados de la litera, pero sí por uno de esos instintos que hacen de un pueblo una masa compacta que se bate colectivamente contra aquellos a quienes considera como opresores suyos"*<sup>825</sup>.

En esta ocasión la hija de Santa Coloma terminó salvándose *in extremis*. No tuvo tanta suerte el diputado Tordesillas, quien en 1522 fue ejecutado por el pueblo segoviano por su comportamiento en las Cortes convocadas por el emperador:

*"Tordesillas era petulante y altanero (como lo son muchos de los que tenemos el desagrado de oír en las cortes reformadoras) y a su regreso de las que entonces se celebraron en Galicia, y en las que se concedió al emperador un donativo exorbitante e injusto, se presentó en la catedral de la referida ciudad, y dio cuenta al pueblo de su conducta con una desfachatez que no pudo menos de irritarle, y el pueblo segoviano, indignado al ver que trataba de justificarse un traidor... cogió a Tordesillas, le arrastró por las calles, y por último le condujo a la plaza en que daban muerte a los reos"*.

Y lo hizo sin atender a los ruegos de ninguna autoridad ni civil ni religiosa. Es más, cuando los frailes le rogaron que le permitiesen confesarse, la multitud contestó: *"Sólo el verdugo puede absolver a un traidor a su patria"*. El relato del suceso termina con una reflexión por parte del autor que es tanto una acusación contra los gobiernos a los que considera los verdaderos culpables de que se produzcan las revoluciones -idea que incide en lo comentado en el apartado anterior- como un lamento por los excesos que éstas acarrear: *"¡Desgraciados los pueblos, que son condenados a tan terribles sacudimientos!! ¡Malditos los déspotas que las*

<sup>824</sup> *Ibíd.*, p. 27.

provocan!!!". Y, como dice Patricio de la Escosura, la historia de todos los tiempos está llena de excesos cometidos al socaire de las sublevaciones populares: "*Dígalo la historia, y no hay necesidad de ir a buscar a la antigua*"<sup>826</sup>. En la contemporánea es donde más abundan. El protagonista de *El pilluelo*, Mendrugillo, a continuación del relato de la ejecución de Tordesillas lee un memorial presentado por la Junta de Castilla a los consejeros del emperador; las quejas son exactamente las mismas que tiene el pueblo en 1848, con lo que el paralelismo entre las dos épocas es evidente:

*"Leeré los puntos esenciales, porque es demasiado extenso, y no haré tampoco mérito del larguísimo preámbulo, en el cual los representantes del pueblo exponen los males de éste, y las causas que los produjeron: es decir: las mismas fundadas quejas que diariamente vemos en las columnas del Eco del comercio, Clamor público, Espectador y otros independientes órganos de la Nación, respecto de los desmanes, iniquidades y abusos de los tiranos dominadores del día*"<sup>827</sup>.

Con este paralelismo entre el Siglo XVI y el XIX García Tejero deja latente la idea de que si, entonces el pueblo se descontroló y cometió excesos, lo mismo podría ocurrir ahora. Ayguals también recoge en sus obras algunos de estos excesos, como el asalto a la casa del Conde del Llano:

*"La indignación fue subiendo de punto en términos que no tardaron en dirigirse a la casa del conde del Llano, donde no hallaron a nadie y satisficieron [sic] sus deseos de venganza rompiendo algunos muebles y los cristales de los balcones, hasta que la fuerza armada disipó a los amotinados*"<sup>828</sup>.

Si en esta ocasión las cosas no fueron a mayores, no sucedió lo mismo en el verano de 1834, cuando varios conventos de Madrid fueron asaltados y numerosos frailes asesinados porque se hizo correr el rumor de que el brote de cólera que surgió por esos días se debió a que los frailes envenenaron el agua. Ayguals va a condenar con rotundidad los asesinatos empezando por atribuir el origen del rumor a oscuros intereses: "*Entonces fue cuando los malvados empezaron a esparcir voces absurdas sin respeto a la humanidad doliente*"<sup>829</sup>. Pero, al mismo tiempo, va a disculpar al pueblo mediante un triple procedimiento; en primer lugar, presentándolo como engañado y manipulado, siendo el único culpable el gobierno:

*"Entonces lograron extraviar los ánimos de la multitud; pero no se la culpe, no, de haber dado momentáneamente crédito a las más abominables imposturas. ¡Habló por fin el gobierno; pero habló tarde!... Dio señales de vida, cuando ya multitud de frailes habían sido bárbaramente degollados! La sangre de estos infelices caerá gota a gota sobre la cabeza del hombre funesto que presidía el fatal gabinete en aquellos aciagos días*"<sup>830</sup>;

en segundo lugar, porque el pueblo se limitó a adoptar una actitud pasiva; es decir, aunque no estaba de acuerdo con las matanzas, no defendió a los frailes, limitándose a mantenerse al

<sup>825</sup> *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 24-25.

<sup>826</sup> Patricio de la Escosura: *Ni rey ni roque*, cit., 28.

<sup>827</sup> Alfonso García Tejero: *El pilluelo de Madrid*, tomo III, cit., p. 161-162.

<sup>828</sup> *La bruja de Madrid* [1849-50], cit., p. 754.

<sup>829</sup> *María...*, tomo I, cit., p. 52.

<sup>830</sup> *Ibíd.*, p. 52-53.

margen sin intervenir; esta actitud se debió -y reaparece así una vez más el inveterado anticlericalismo de Ayguals- a la poca simpatía que los frailes despertaban entre el pueblo:

*"Otra poderosísima razón hizo que a pesar de que todas las personas honradas de Madrid desaprobaban altamente los asesinatos del 17 de julio de 1834, nadie saliese en defensa de los frailes. Esta razón era la ninguna simpatía que estos siervos de Dios tenían en el pueblo. ¿Por qué? Porque ellos eran los más encarnizados enemigos de su libertad, de su soberanía"*<sup>831</sup>;

y, en tercer lugar, presentando como ejecutores materiales a las masas del populacho:

*"No había entre aquella turba de entes desalmados uno solo cuyo semblante feroz no arrojase destellos iracundos de frenética rabia. [...] No se diga, no, que eran hijos de Madrid tan bárbaros asesinos. Aquellos cafres eran furias del Averno, escoria de la maldad que no pertenece a sociedad alguna, y menos al virtuoso pueblo de Madrid, siempre heroico y valiente... y un pueblo valiente no asesina a hombres indefensos, ni profana los alcázares de Dios"*<sup>832</sup>.

También Eugenio de Tapia señala al populacho como el ejecutor material de estas muertes:

*"En medio de este lastimoso espectáculo la plebe enfurecida, y excitada por pérfidas sugerencias, atribuía la asoladora enfermedad a envenenamientos haciendo autores de él a los frailes. Validos de este infernal pretexto, numerosos grupos de malvados, ansiosos de entregarse al pillaje, corrieron armados a San Isidro, donde robaron hasta las cosas más sagradas, y cobardemente asesinaron a muchos religiosos pacíficos"*<sup>833</sup>.

Volviendo a Ayguals, hay todavía dos muertes violentas más en su obra que me parecen muy interesantes para poder sacar una serie de conclusiones generales sobre su postura ante los excesos de las revoluciones. Una tiene lugar durante la sublevación dirigida por el marqués de Bellaflor para liberar a Anselmo del cadalso; tras los vítores a la Constitución

*"empezóse una sangrienta lucha entre la tropa y el paisanaje, de la cual fue una de las víctimas el comandante del batallón de la reina Gobernadora don Juan Calvet, valiente militar que había luchado con gloria en la Campaña de Cataluña"*<sup>834</sup>.

La otra es la del general Quesada que se caracterizó por su comportamiento represivo contra el pueblo de Madrid al sublevarse los sargentos de la Granja. Tras el triunfo de éstos intentó huir de Madrid y

*"llegó no obstante sin contratiempo alguno a Hortaleza el hombre fugitivo, en donde quiso el destino fatal que, conocido por el alcalde, le intimara al arresto. ¿Lo creyeráis lectores? Sometido a la autoridad, bajo el amparo de las leyes, fue aquel infeliz despedazado por una horda de cobardes asesinos, cuya barbarie rechaza todo hombre de bien que siente circular por sus venas sangre liberal"*<sup>835</sup>.

Si se comparan los diversos casos de violencia recogidos por Ayguals se ve que su actitud no es siempre la misma. Cuando el pueblo actúa bajo el control de la burguesía, la violencia es exaltada como el instrumento necesario para llevar a cabo la revolución liberal.

<sup>831</sup> *Ibíd.*, p. 53-54.

<sup>832</sup> *Ibíd.*, p. 56-57.

<sup>833</sup> Eugenio de Tapia: *Los cortesanos y la revolución* [1838-1839], primera parte, cit., p. 8-9.

<sup>834</sup> *María...*, tomo II, cit., p. 290.

<sup>835</sup> *Ibíd.*, p. 293.

Tanto en todos los casos analizados en el apartado de **el pueblo motor de la revolución**, como en la narración de la muerte del comandante Calvet el pueblo adquiere un papel activo y heroico. Pero, además, este último caso me parece paradigmático para explicar la distinta actitud de Ayguals al enjuiciar los actos de violencia del pueblo: el militar actúa contra el pueblo, pero su figura es exaltada y su muerte, como consecuencia de la sublevación popular, adquiere tintes de heroica. Tanto la víctima como los ejecutores quedan envueltos en un aura de nobleza. Es decir, no provoca ninguna reacción de condena por parte del autor. No ocurre lo mismo con la de Quesada que, al igual que Calvet, lo único que hizo fue defender al gobierno de María Cristina contra la sargentada de La Granja. Quesada es calificado de "infeliz" y sus ejecutores de "hordas de cobardes asesinos". ¿Por qué esta diferencia cuando el motivo de la muerte fue en ambas ocasiones la actuación antiliberal de ambos? Pues, porque en el primer caso, el pueblo actúa bajo las órdenes del Marqués de Bellaflor quien, como ya hemos tenido ocasión de ver, es, a pesar de su título, un liberal de pro. Mientras que en el segundo caso, sin olvidar las diferencias que hay entre un combate y un linchamiento, el pueblo actúa por su cuenta, fuera de todo control; el alcalde que lo detuvo no pudo garantizar su seguridad. O lo que es lo mismo, en el primer caso las violencias del pueblo están dirigidas por la autoridad; en el segundo, ésta es rebasada. En el primer caso Ayguals siempre lamenta la violencia, pero no la condena. En el segundo la condena sin ambages. Pero hay, además, otro detalle. Cuando el pueblo se desmanda y escapa al control de los dirigentes liberales, el que comete los excesos no es el pueblo, sino el populacho. Y, si alguno comete el pueblo, lo hace desempeñando un papel pasivo. Es decir, ahora no es el motor de la sublevación, sino que es arrastrado a ella por algún malvado que se aprovecha de su buena fe. Ayguals nunca critica al pueblo -siempre intenta congraciarse con él- porque éste es para él auténticamente liberal y, por tanto, no puede hacer conscientemente nada que vaya contra el liberalismo. Cuando el pueblo marcha de la mano de la burguesía, luchando a favor de sus intereses, el pueblo actúa con perfecto conocimiento de causa. Pero si lo hace al margen de los dirigentes liberales, entonces o es calificado de populacho, o se le echa la culpa a la manipulación de elementos extraños o al gobierno<sup>836</sup>. En otras palabras, cuando el pueblo actúa contra los intereses de la burguesía -sea por la derecha o por la izquierda- es porque lo manipulan. Cuando lo hace a favor, es por profundo convencimiento de las excelencias del sistema liberal. Conclusión: los intereses del pueblo coinciden con los de la burguesía. Idea que está en perfecta concordancia con el eje central de su pensamiento social: la armonía entre las distintas clases de la sociedad. Idea ésta

---

<sup>836</sup> Como se ha quedado demostrado a través de varias citas Ayguals, aunque condene la violencia, siempre trata de disculpar al pueblo. Valga un ejemplo más. Creyendo que el duque de la Azucena ha muerto en un duelo a manos del malvado conde del Llano, el pueblo de Madrid asalta la casa de éste. Tras narrar el suceso, Ayguals comenta: *"Estos punibles desahogos, que reprobamos altamente, suelen ser más frecuentes de lo que exige la cultura de los pueblos. Las naciones que marchan al frente de la civilización europea no se ven aún libres de escenas semejantes, y esto es lo que hace creer a muchos que las masas populares no son más que hordas de estúpidos salvajes a quienes sólo se puede gobernar con leyes represivas y tiránicas. Los que así piensan no quieren tomarse el trabajo de reflexionar acerca de las causas que suelen poner en conmoción a la muchedumbre. Cuando ésta se agita, rara vez deja de haber un motivo justo que la provoca, rara vez dejan de fundarse sus excesos en algún sentimiento generoso, en algún deseo de justicia u otros casos que prueban hasta la evidencia la buena índole del pueblo, puesto que hasta sus excesos tienen un origen noble"*.

*Pobres y ricos...*, cit., p. 754-755.

que se acentúa si cabe cuando observa estos desmanes que no duda en equiparar con la tiranía de los reyes: "*Lo mismo aborrecemos el despotismo de los reyes que el desenfreno del vulgo*"<sup>837</sup>.

Si Ayguals exculpa al pueblo de los excesos achacándoselos al populacho o culpando al mal gobierno se debe a que está convencido de que el pueblo puede ser contenido dentro de los límites del liberalismo, lo que le hace no temer ni dar demasiada importancia a dichos excesos. Por eso, aunque la contemplación de lo que he denominado **inconvenientes de la revolución** haga que se enfrién un tanto sus entusiasmos revolucionarios, no por ello desaparecen. No sucede lo mismo con Angelón para quien hay que evitar a toda costa que estalle la revolución. Ya he citado anteriormente algunos pasajes en los que los diputados catalanes advertían de la imposibilidad de contener a la multitud una vez que la marea revolucionaria hubiese estallado. O, lo que es lo mismo, uno de los mayores peligros que conllevan las conmociones populares es que los dirigentes se vean desbordados y tengan que marchar a remolque de los acontecimientos. Es decir, que el pueblo tome la iniciativa como está sucediendo con el de Barcelona que, reunido ante el ayuntamiento, pedía a sus representantes que pusiesen "*término a los males del Principado, siquiera fuese preciso armarle en masa y conducirle a luchar con ventaja o sin ella contra todos los tercios del Conde-Duque*"<sup>838</sup>. Las autoridades catalanas no van a secundar estas peticiones del pueblo. El diputado Claris se dirige a la multitud para hacérselo saber: "*Catalanes, Pablo de Claris nunca incitará al pueblo a la revolución, nunca se negará a la majestad de Felipe IV*"<sup>839</sup>. Y es que Claris, aunque comprende y comparte las reivindicaciones del pueblo catalán -en realidad son de la burguesía- por nada del mundo quiere aparecer como desleal ante las autoridades centrales. Lo mismo le sucede al también diputado Tamarit. Cuando es detenido, el bandido Santa Cilia -que tiene sus razones particulares, como veremos, para desear que estalle la revolución- le susurra al oído unas palabras provocadoras para que llame al pueblo en su auxilio:

*"Y sin embargo, con sólo que se asomara a esta ventana e hiciera un llamamiento al pueblo que duerme muy tranquilo, sin presumir el atentado que se comete a pocos pasos de él, en cinco minutos no quedaba un solo esbirro en esta calle y en cinco horas no quedaba uno en toda la ciudad".*

Pero Tamarit reacciona con altiva indiferencia no dándose por enterado: "*Pero la punta de la emponzoñada saeta se rompió contra el escudo de la lealtad de Tamarit, por cuya mente resbaló aquella idea como la piedra arrojada violentamente sobre las olas del océano*"<sup>840</sup>. No sólo por lealtad no quieren ponerse al frente de la revolución. Aducen también otros motivos igual de altruistas. Así, Claris:

*"¿Qué será de nuestros campos, -murmuraba, -qué será de nuestras poblaciones, y sobre todo, qué será de nuestro pueblo? ¡Doquiera vislumbro sangre, devastación, miseria! Lucharán a muerte españoles contra españoles, es decir, hermanos contra hermanos... Y ¿quién será la víctima de todo? ¡La patria, siempre la patria!"*<sup>841</sup>.

<sup>837</sup> *El tigre del Maestrazgo*, cit., p. 405.

<sup>838</sup> *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 23.

<sup>839</sup> *Ibíd.*, p. 127.

<sup>840</sup> *Ibíd.*, p. 309.

<sup>841</sup> *Ibíd.*, p. 199.

Pero no son éstas las únicas razones. Como dice, en esta ocasión el autor, "*cuando un pueblo entra en vías revolucionarias y las autoridades no son bastante fuertes para reprimirle, la excitación de sus aviesas pasiones es la mayor imprudencia que pueden cometer los gobernantes*"<sup>842</sup>.

De ahí que, cuando estalla la revolución, los sectores sensatos del pueblo

*"se constituyeron en baluarte de las propiedades amenazadas, a la voz de Tamarit y de los consellers, que no consintieron ni podían consentir que un día glorioso se convirtiera para la historia en un día de vergüenza"*<sup>843</sup>.

Es muy significativo que se muestre esta preocupación por la defensa de la propiedad. No en vano se trata de un autor catalán y de una obra escrita -aunque se localice en el siglo XVII- en un momento de plena expansión de la industria textil catalana. De ahí que Angelón señale y denuncie también entre los inconvenientes de las revoluciones el descuido por parte del pueblo de sus obligaciones laborales. Cuando el descontento crece y el pueblo presiente que puede haber una revolución una de las primeras cosas que hace es abandonar su trabajo. Así ocurre en Cataluña en vísperas del levantamiento contra Olivares:

*"En cuanto empezó la sesión de la Asamblea en salón de San Jorge, empezó la sesión del pueblo en la calle. Contra su voluntad los catalanes hubieron de meterse a políticos: nada más natural; el labrador que trabajaba la tierra para que otro se comiera o destruyera los productos, soltó el arado; el mancebo que en el taller no estaba seguro de que al día siguiente no le echaran un mosquete a la espalda, ponía poquísimo interés en su trabajo; el comerciante que no tenía gran fe en el comportamiento de sus alojados, cuidaba más de velar por su mujer que por sus negocios"*<sup>844</sup>.

Lo cual tiene como consecuencia que se interrumpa toda la actividad económica:

*"El continuo sobresalto y temor de la revolución tenía paralizados todos los oficios, [...] el labrador no araba y por consecuencia el industrial no fabricaba vestidos para el labrador [por lo que] la miseria era grande y su desarrollo en todas las clases eminentísimos. Durante el día el pueblo desocupado se reunía en las plazas públicas, murmurando sin compasión"*<sup>845</sup>.

Y en otro pasaje de la novela el autor se queja de que ésta es una costumbre general cada vez que hay una revolución en algún lugar de España, hasta tal punto que es muy fácil predecirla con anterioridad, pues basta observar si la gente abandona el trabajo y comienza a reunirse en la plaza:

*"Cuando los pueblos rurales se sienten acometidos de algún malestar que afecta a la mayoría de sus vecinos, lo primero que acontece es que a ninguno le viene bien el trabajar, y lo segundo que todos juntos se trasladan a la plaza mayor, donde comienza la murmuración, se organiza la resistencia y estalla al fin y al cabo la revuelta. En España donde por desgracia podemos ser maestros de motines, es una cosa facilísima conocer de antemano si un pueblo se halla o no a punto de sublevarse: las revoluciones son una enfermedad social que presenta sus síntomas tan o más claros que las enfermedades del cuerpo humano"*<sup>846</sup>.

<sup>842</sup> *Ibíd.*, p. 545.

<sup>843</sup> *Ibíd.*, p. 541.

<sup>844</sup> *Un Corpus de sangre o los fueros de Cataluña*, cit., 129.

<sup>845</sup> *Un Corpus de sangre...* cit., p. 161-162.

<sup>846</sup> *Ibíd.*, p. 176.



El hecho de que este autor, cuya novela fue analizada ampliamente en capítulos anteriores<sup>847</sup>, haga tanto hincapié en la paralización de las actividades económicas, en lo que podríamos llamar, utilizando términos modernos, la pérdida de las horas de trabajo, confirma plenamente la conclusión entonces reseñada: que bajo el ropaje histórico -fueros, Olivares, etc.- subyacen los intereses de la burguesía catalana, una de cuyas metas es en este momento el aumento de la productividad. Por eso, la creciente capacidad reivindicativa del proletariado que se traduce en frecuentes huelgas y, por consiguiente, en la paralización de la producción le preocupa especialmente. De ahí que muestre sus reservas a ponerse al frente de una revolución popular contra las autoridades centrales, lo que demuestra que la burguesía sabe muy bien en qué lado se encuentra la garantía de sus intereses.

### e2) Utilización oportunista.

Otro de los **inconvenientes** de las revoluciones es que pueden ser utilizadas al servicio de oscuros intereses o para beneficio personal de individuos poco escrupulosos. En el primer caso se manipula y utiliza consciente y descaradamente al pueblo. En el segundo, nos encontramos con los típicos trepadores que no dudan en adherirse al bando vencedor, ni en cambiar cuantas veces sea necesario según convenga a sus intereses. O, lo que es lo mismo, existen motivaciones muy diversas entre los que prestan su apoyo a una revolución. En *El auto de fe* de Eugenio de Ochoa se narra, como ya analizamos, el enfrentamiento entre Felipe II y su hijo don Carlos. Los partidarios de éste conspiran para convertirlo en rey de unos Países Bajos emancipados de la corona española y conspiran para provocar un levantamiento. Pero cada uno de los que participa en la conspiración tiene sus motivos particulares para ello, de tal modo que la libertad del pueblo español, que es el que debe levantarse, es lo que menos les preocupa. Así, los moriscos, judíos y protestantes buscan que algunos de los ejércitos que se encuentran en el extranjero vuelvan:

*"Mientras los hombres influyentes de estos tres partidos, revolvían en secreto el cielo y la tierra para sublevar algunos pueblos de la península con el objeto de que se retirasen de Flandes e Italia algunas de las tropas que oprimían aquellos desgraciados países"*<sup>848</sup>.

Es decir, utilizan al pueblo español para conseguir objetivos que nada tienen que ver con él y, por tanto, en nada le van a beneficiar. Para movilizar al pueblo al servicio de intereses que le son ajenos se utilizan diversos medios; uno que suele ser infalible es el reparto de dinero:

*"He aquí otro de los fenómenos revolucionarios: ¿hay jarana? Todo el mundo tiene dinero, todo el mundo gasta, todo el mundo triunfa. [...] Ello es que aquel dinero que se gasta, que se reparte, que se tira, debe tener una explicación, un origen, un destino distinto del que se proponen los pueblos cuando de "motu" propio apelan a los sacudimientos tumultuosos. En un momento dado, ningún pueblo calcula que nadie da dinero por nada, ni se esparrama [sic] el oro para obtener el mismo resultado que se obtendría dejando a los pueblos por sus solos impulsos. En los pueblos, generalmente hablando, hay tanta dosis de buena fe como carencia de malicia: obran el bien por instinto propio y el mal por impulso ajeno"*<sup>849</sup>.

<sup>847</sup> Vide 2.2.3, especialmente páginas 352 y ss.

<sup>848</sup> *Ibíd.*, p. 53.

<sup>849</sup> *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 177.

Así pues, el pueblo en las revoluciones desempeña inocentemente el papel de instrumento al servicio de intereses en muchas ocasiones absolutamente innobles. En el caso de la catalana, de los bandidos de Guinart: *"Los bandidos de Roque Guinart convertidos en arengadores de las turbas no se proponían ningún objeto especial como no fuese promover un conflicto sangriento"*<sup>850</sup>. Y lo consiguen incitando a los vecinos de Santa Coloma de Farnés, prendiendo fuego a la casa del alguacil e impidiendo que los vecinos lo apaguen con lo que pusieron al pueblo en un gran aprieto ante las autoridades:

*"Desde aquel día ni uno solo de los naturales dejó de adivinar la suerte que le esperaba. Santa Coloma de Farnés quedaba inscrita en el libro negro de las venganzas. Esto sacan muchas veces los pueblos de las revoluciones: sirven de instrumento a las bastardas aspiraciones de algunos hombres, y luego con penas propias redimen los pecados ajenos"*<sup>851</sup>.

También están los que se adhieren a las revoluciones a nivel individual con la finalidad de medrar u obtener algún tipo de beneficio meramente personal. Éstos se limitan dejarse llevar por la marea de los acontecimientos intentando encauzarlos según su conveniencia. Así, el noble catalán *-Un Corpus de sangre-* don Pedro Luis de Rocha convertido en bandido bajo el nombre de Roque Guinart, no duda, aprovechándose de la fama que tiene entre el pueblo, en utilizar la revolución catalana para llevar a cabo una venganza personal:

*"En un minuto había adquirido un imponderable ascendiente moral sobre aquellos hombres que representaban miles de brazos, pero que carecían de una cabeza. Esta cabeza era desde aquel instante D. Pedro Luis de la Rocha: Roque Guinart pasaba de capitán de una compañía de bandoleros, a jefe de un ejército de descontentos. Sin embargo, no era éste el papel que pensaba representar en la tragedia que iba combinándose: Roque Guinart tenía quejas de un hombre y no de un pueblo; Cataluña era para él un objeto secundario y hubiera conspirado contra Cataluña a ser catalán el causador de su desgracia"*<sup>852</sup>.

También en la novela de Ochoa hay quien tiene sus motivos particulares para adherirse a la sublevación; entre los partidarios de don Carlos, se encuentran un grupo de nobles cuyo único incentivo es la perspectiva de gozar una vida disoluta y llena de placeres al lado del hijo de Felipe II:

*"Era en efecto el hijo del duque de L... uno de los más acérrimos partidarios de la emancipación de los Países Bajos, no seguramente por motivos de humanidad ni de alta política, sino porque entreveía un porvenir más alegre y lisonjero bajo el reinado de un monarca de veinte años, que el que le aguardaba en la corte del más severo y supersticioso de los reyes. Tal era con muy pocas excepciones el móvil de todos los que habían abrazado la causa de don Carlos"*<sup>853</sup>.

Éstos pertenecen al grupo de los **aprovechados** que siempre surgen en todas las revoluciones:

*"Corrían ciertos hombres de extraño continente, hombres de una calaña especial, que así como los caracoles nacen en la baba de la tierra, ellos brotan de la sangre de las revoluciones, hombres incógnitos para todos y que sin embargo se apoderan del mando y se adjudican la supremacía ni más ni menos que si los pueblos les hubieran suplicado vivamente*

<sup>850</sup> *Ibíd.*, p. 180.

<sup>851</sup> *Ibíd.*, p. 194.

<sup>852</sup> Manuel Angelón: *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 503.

<sup>853</sup> *Op. cit.*, tomo II, p. 52-53.3

*que se tomasen el trabajo de ponerse a su frente. Por lo regular estos hombres aparecen en los momentos de crisis, se ocultan en los momentos del palo, aparecen llenos de trofeos el día del triunfo, y se hunden por escotillón el día en que dan malas. Estos hombres huelen el desorden como los cuervos la sangre*<sup>854</sup>.

A esta clase de hombres pertenecen don Pantaleón y don Serapio, dos de los personajes de **Los cortesanos y la revolución** de Eugenio de Tapia. Ambos se comportan de un modo camaleónico, adaptándose a todas las circunstancias para sobrevivir en el proceloso mundo de la política. Especialmente don Serapio Lobo. Éste es una especie de *revolucionario profesional* que quiere aprovechar la agitada vida política de su tiempo para hacer carrera: "Era en efecto uno de los que más trabajaban a la sordina y traidoramente para promover alborotos, con el fin de echar abajo a los gobernantes, y ponerse en lugar de ellos"<sup>855</sup>. Mantiene una fuerte discusión con don Joaquín con motivo del Estatuto, pues don Joaquín

*"aunque deseaba ver el Estatuto convertido en una formal constitución monárquica, desaprobaba altamente los movimientos populares, deseando que aquello se hiciese por medios legales; pensamiento propio de un jurisconsulto. Esta legalidad desagradaba mucho a don Serapio, que de la constitución pensaba saltar a la república por medio de otra convulsión"*<sup>856</sup>.

Por eso, comienza a trabajar, según el autor, "con el fin de echar abajo a los gobernantes, y ponerse en lugar de uno de ellos"; sin embargo, el personaje afirma que "la pandilla estatutera me tiene ojeriza por defender con tanta independencia los derechos del pueblo soberano"<sup>857</sup>. Se hacen habituales sus visitas a un café donde se reúnen "patriotas de puñal y garrote". Allí se dedica a hacer proselitismo en favor de la revolución intentando buscarse un sitio para el día en que ésta llegue:

*"Esto va muy mal, señor don Eduardo: el pretendiente se acerca a Madrid, y aquí va a estallar una revolución, la verdadera, la única que nos conviene. Se establecerá un gobierno enteramente popular; estos ineptos ministros caerán, y V. podrá ocupar una de sus sillas escribiendo ahora algunos artículos furibundos, cual exige nuestra situación"*<sup>858</sup>.

Pero, como tras los acontecimientos del 36, no consigue ninguna prebenda, se hace la siguiente reflexión:

*"Hallábase a la edad de 50 años sin destino, con una hija casadera, sin otro patrimonio que su escasa hacienda, y el sueldo de cesante, mal pagado, y dijo para sí: estoy perdido si no mudo de conducta: no saldré de este mísero estado de cesante; lo pasaremos con estrechez: mi hija no encontrará novio por falta de dote en estos malaventurados tiempos. [...] ¿Qué importa variar de política cuando se trata de medrar?"*<sup>859</sup>.

Su hija Emilia, harta de tanta mudanza, le dice que "más vale la pobreza con tranquilidad que la opulencia con sinsabores"; pero el padre no participa de esta filosofía: "Puro romanticismo tuyo: sin dinero nada vale este mundo: ni hay sosiego, ni ventura, ni consideración, nada absolutamente: el

<sup>854</sup> *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 177.

<sup>855</sup> *Los cortesanos...*, primera parte, cit., p. 31.

<sup>856</sup> *Ibíd.*, p. 68.

<sup>857</sup> *Ibíd.*, p. 31 y 33.

<sup>858</sup> *Ibíd.*, p. 152.

<sup>859</sup> *Los cortesanos y la revolución*, segunda parte, p. 4-5.

*hombre pobre es un pelele aun cuando sepa más que Salomón: oros son triunfos*<sup>860</sup>. Consigue un puesto de redactor en un periódico conservador y otro redactor de la oposición le llama "*retrógrado, enemigo del pueblo soberano, venal, abyecto*". Don Serapio, el que quería llegar a la república por medio de las convulsiones populares, le contesta motejándole de "*desorganizador, anarquista, demagogo, sansimoniano y bárbaro nivelador*"<sup>861</sup>. Tras la llegada de nuevo de los conservadores al poder don Serapio, que ha vuelto a ver defraudadas sus esperanzas de conseguir un empleo oficial, se queja de que los gobiernos no buscan a las personas adecuadas y capaces para cubrir los puestos. Don Serafin, que conoce la trayectoria del personaje, le responde lanzándole una indirecta:

*"¿Y cuáles son esas personas? Con pocas de esta clase me contentaría yo; pero quisiera que me las designase un sujeto imparcial, independiente y conocedor, que jamás hubiera aspirado a empleos; porque hablando generalmente los que llevan por principal objeto su colocación, sólo encuentran en sus amigos políticos la aptitud necesaria para gobernar"*<sup>862</sup>.

Todavía intenta otra argucia más: casarse con una viuda rica; pero ésta lo ve venir y lo rechaza. Don Serapio, prototipo del liberal progresista, no es, pues, nada más que un vividor. El progresismo liberal no sale, por tanto, muy bien parado de la pluma de Tapia. No salen mucho mejor los liberales conservadores, cuyo retrato lo hace el autor en las figuras de don Pantaleón Melero y un *covachuelista*, conocido como el primo de don Justo. Don Pantaleón había sido partidario de Fernando VII, pero a la muerte de éste

*"resignose no obstante a obedecer, jurar el Estatuto Real, con la esperanza de ser nombrado ilustre Prócer, para lo cual hizo las más exquisitas diligencias; pero habiéndole salido fallida esta esperanza, se declaró anti-estatutista"*<sup>863</sup>.

Don Pantaleón, al igual que don Serapio, tiene como único fin al militar en las filas del conservadurismo ocupar puestos públicos, que es también el objetivo del *covachuelista*. Éste, cuando los conservadores vuelven a hacerse con el poder, mantiene con su primo don Justo, que parece representar la opinión del autor, una conversación, en la que se viene a resumir su opinión sobre las contiendas de su época entre progresistas y conservadores en los siguientes términos:

*"¡Bien haya esta mudanza política, exclamó el oficial de la secretaría, que nos ha sacado de la oscuridad en que yacíamos! Arrinconado me hubieran tenido los progresistas hasta la consumación de los siglos; pero llegó la nuestra, y ahora darán ellos un vuelco estrepitoso: por mí no quedaría uno sólo en su destino"*.

A don Justo, este vengativo furor de su primo le parece una barbaridad y le replica: "*Supongo [...] que no comprenderás en ese fallo a los que cumpliendo bien con su obligación obedezcan al actual gobierno, aun cuando no tengan las mismas opiniones políticas que nosotros*". Pero el *covachuelista* se muestra inflexible: "*Yo a todos mediré por un mismo rasero. Intolerantes han sido ellos, e intolerantes debemos ser nosotros*". Don Justo le replica con argumentos que ponen de manifiesto lo irracional de esta conducta de la que los únicos beneficiados son los carlistas: "*Pero así nunca*

<sup>860</sup> *Ibíd.*, p. 177.

<sup>861</sup> *Ibíd.*, p. 71.

<sup>862</sup> *Ibíd.*, p. 164.

<sup>863</sup> *Op. cit.*, primera parte, p. 3.

se acabará esta contienda entre liberales, se agriarán los ánimos, subirá de punto la desunión, y el enemigo común se aprovechará de estas discordias"<sup>864</sup>. En esta novela Tapia, que refiriéndose a don Serapio y don Pantaleón los llama "dos solemnes bribones"<sup>865</sup>, muestra una profunda desilusión y escepticismo sobre las revoluciones que son para él el campo abonado para que surjan oportunistas preocupados por el medro personal. Por eso, don Serapio, prototipo de progresista liberal y defensor de las revoluciones, es tan duramente satirizado y, por eso también, ironiza en verso sobre la sublevación de La Granja, que es la revolución a la que se refiere el título de la novela, dada la proximidad cronológica pues, fue publicada en 1839:

*"Después que se alzó en La Granja  
aquel bizarro sargento,  
que dio con las bayonetas  
la ley al hispano pueblo;  
volvimos al año doce,  
a gatas retrocediendo,  
como en el fondo del río  
suelen andar los cangrejos"*<sup>866</sup>.

Pero su escepticismo no se limita sólo a las revoluciones sino que alcanza a toda la política de su época caracterizada fundamentalmente por la contienda entre los dos partidos del liberalismo; de ahí que don Pantaleón, representante del liberalismo conservador tampoco escape a su sátira, aunque ésta no es tan dura como en el caso de don Serapio. El reproche principal que les hace el autor es que ninguno de ellos actúa movido por el bien común, sino por el interés personal: "*¿Crees que anima el patriotismo a los que por excelencia se llaman patriotas? Examina la conducta de cada uno, y verás cuánta parte ha tenido el interés en su vocación*". Y algunos muestran tanto interés que se han hecho inmensamente ricos. A este tipo, que ha hecho su fortuna gracias a las revoluciones, lo llama Martínez Villergas un *Jaime el Barbudo de la política* porque es "*ente miserable que ha medrado a costa del prójimo, haciendo con finos modales y sin exposición lo que con exposición y modales bruscos hace un bandido en los caminos*"<sup>867</sup>.

Las motivaciones, pues, de los que participan en una revolución son de lo más diverso, siendo lo menos frecuente que todos ellos coincidan en algún objetivo común:

*"Si dable fuera entrar en el interior de toda aquella muchedumbre, habíamos de encontrar en ella los más contradictorios estímulos, los planes más opuestos; desde los bandidos de Santa Cilia que se lanzaron al combate ante la sola idea del botín, hasta los pacíficos mercaderes que empuñaban sus mohosas armas en defensa únicamente de sus fueros conculcados; desde el criado de don Francisco Tamarit que se había batido como un héroe para libertar a su amo hasta el gigantesco Bigotazos que rondaba a Barcelona como la pantera aquella jaula que encarcela a sus cachorros, cada combatiente tenía un motivo particular, una mira especial y distinta al tomar las armas"*<sup>868</sup>.

Una revolución se puede, por tanto, decantar del lado del que un momento determinado tenga la habilidad o el sentido de la oportunidad para reconducirla hacia sus intereses.

<sup>864</sup> *Los cortesanos...*, segunda parte, cit., p. 81-82.

<sup>865</sup> Primera parte, p. 83.

<sup>866</sup> Primera parte, p. 173.

<sup>867</sup> *Los misterios de Madrid*, [1844], tomo III, cit., p. 42.

<sup>868</sup> Manuel Angelón: *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 540.

### F) Conveniencia de evitar las revoluciones.

De la anterior enumeración de los **inconvenientes** de las revoluciones es lógico deducir que en los autores de ideología liberal, por mucho entusiasmo que manifiesten por las mismas, no faltan tampoco las reservas hacia las repercusiones negativas que la participación del pueblo puede acarrear. Una de las consecuencias de estas reservas es el deseo de evitar las revoluciones; o, lo que es lo mismo, los lamentos porque hayan ocurrido. Ésta es la actitud de Manuel Angelón quien, en las últimas páginas de la novela, una vez que la revolución ha estallado, se ha extendido por toda Cataluña y ocasionando cientos de víctimas en ambos bandos, lanza un anatema acusador contra todos aquéllos en cuyas manos estuvo el haberla detenido y no lo hicieron: "*¡Anatema sobre aquél que provocó la venganza! ¡Anatema sobre aquél por cuya culpa se derramó tanta noble sangre; noble, sí, porque ya fuera de catalanes o de castellanos, era sangre de españoles!*"<sup>869</sup>. Es decir, que los liberales españoles quieren hacer la revolución - constituir una nueva sociedad sobre las bases del liberalismo- pero sin apelar a la fuerza. Las siguientes palabras de Ayguals son de una claridad meridiana:

*"Como demócratas puros profesamos los principios de una tolerancia inmensa. Respetamos las virtudes de los hombres de bien de todos los partidos. Odiamos las revueltas y motines. Queremos la legalidad. La oposición de las barricadas no será nunca la nuestra. Ambicionamos el triunfo de nuestras doctrinas por la discusión, no por la violencia. Aborrecemos la degradante esclavitud lo mismo que la sangrienta rebelión. Deseamos que una verdadera fraternidad una a todos los españoles, cualesquiera que sean sus convicciones políticas, excluyendo de estos vínculos civilizadores a los asesinos. Por eso somos inexorables al referir los crímenes de Cabrera; y aun cuando este español espurio hubiera peleado en pro de la República, anatematizaríamos con igual energía su cobardía, sus desafueros, sus asesinatos. No queremos que el triunfo de nuestras doctrinas cueste sangre española"*<sup>870</sup>.

Ayguals, que amenazaba, según hemos visto páginas atrás, con frases como que *el día de la expiación no está lejos* o que *el pueblo armado será inexorable el día de la justicia*, dice ahora que quiere el triunfo por medio de la discusión. El radicalismo de las citas anteriores ha dado paso al espíritu conciliador de esta última cita que, por otra parte, como ya he afirmado en más de una ocasión, es la que resume mejor la ideología de este autor, cuya obsesión es la búsqueda de la armonía entre las diferentes clases que constituyen la sociedad evitando todo enfrentamiento. Pero, dejando de lado ahora esa idea, es evidente que en la obra de Ayguals se puede encontrar tanto el canto entusiasmado como las reticencias ante la participación del pueblo en las revoluciones; en el primer caso porque el pueblo marcha del lado de la burguesía; en el segundo porque es manipulado. Ahora bien, ni culpa al pueblo ni condena la revolución. Ésta le parecía, dadas las circunstancias, el único medio de conseguir el triunfo del liberalismo. Incluso vimos que justifica la violencia. Ahora tampoco culpa al pueblo, al menos directamente. Sin embargo rechaza de un modo explícito e inequívoco la revolución y sus secuelas de violencia, hasta el punto de que llega a equipararla -"*aborrecemos la degradante esclavitud lo mismo que la sangrienta rebelión*"- al absolutismo. ¿Por qué Ayguals ha pasado de justificar la revolución en determinadas circunstancias a rechazarla -"*ambicionamos el triunfo de nuestras doctrinas por la discusión, no por la violencia*"- totalmente como medio para conseguir

<sup>869</sup> *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 634.

logros políticos? ¿No estará la clave está en la palabra "barricadas"? El pueblo que se bate en las barricadas es un pueblo que empieza a estar desencantado del liberalismo y que muy poco después intentará en París hacer su propia revolución. Los autores liberales, aunque quizás no tengan conciencia muy clara de ello, empiezan a intuir que no van a poder contar durante mucho más tiempo con la alianza incondicional de las clases populares. La presencia de éstas comienza a ser sentida más como una amenaza que como una ayuda. No en vano los segadores que se sublevan en Cataluña, "*habían dado a sus cuadrillas un aspecto bélico de que hasta entonces habían carecido*", suben los precios cuando venían a contratarlos y, si alguien ponía alguna objeción, respondían amenazadoramente: "*Este año hay mucho que segar... una hoz diestramente manejada vale mucho en los tiempos que corremos*"<sup>871</sup>. Hemos pasado, pues, de las reticencias ante la revolución, por los **inconvenientes** que conlleva, al rechazo abierto.

### G) Rechazo de la revolución

Ésta es la actitud de Gertrudis Gómez de Avellaneda y de Salas y Quiroga. Gómez de Avellaneda realiza una dura crítica sobre las injusticias de la sociedad, concretamente sobre la esclavitud, puesta en boca del esclavo Sab. Éste le cuenta a Teresa que está enamorado de Carlota, la hija del dueño de la hacienda; le habla apasionadamente de su amor y de que él no se ha creído nunca indigno de ella hasta que se dio cuenta de que "*era vástago de una raza envilecida. ¡Entonces recordé que era mulato y esclavo!*". Le dice también que el descubrimiento de esta tremenda injusticia va a hacer que comience a surgir en él una conciencia social:

*"Entonces mi corazón abrasado de amor y de celos, palpité también por primera vez de indignación, y maldije a la naturaleza que me condenó a una existencia de nulidad y oprobio; pero yo era injusto, Teresa, porque la naturaleza no ha sido menos nuestra madre que la vuestra. ¿Rechusa el sol su luz a las regiones en que habita el negro salvaje? ¿Sécense los arroyos para no apagar su sed? ¿No tienen para él conciertos las aves, ni perfumes las flores?... Pero la sociedad de los hombres no ha imitado la equidad de la madre naturaleza, que en vano les ha dicho: "¡Sois hermanos!"*

Este descubrimiento de que su situación de discriminación se debe a la injusta organización de la sociedad, le lleva a lanzar una amenaza contra la misma: "*¡Imbécil sociedad, que nos ha reducido a la necesidad de aborrecerla, y fundar nuestra dicha en su total ruina*"<sup>872</sup>. Estas últimas palabras le hacen temer a Teresa que se pueda estar preparando una sublevación de esclavos y que Sab la está previniendo veladamente, pero él la tranquiliza inmediatamente diciéndole: "*Los esclavos arrastran pacientemente su cadena: acaso sólo necesitan para romperla oír una voz que les grite: "¡sois hombres!", pero esa voz no será la mía, podéis creerlo*"<sup>873</sup>. Es decir, el esclavo, la principal víctima de las injusticias de la sociedad, a pesar de que es perfectamente consciente de ello, renuncia a cualquier acto violento para terminar con esa situación. Y es que Sab, lo mismo que su autora, cree que, si estas injusticias son consentidas por Dios, sus razones tendrá y, por tanto, apela a la justicia divina para acabar con ellas:

<sup>870</sup> Ayguals: *El tigre del Maestrazgo*, cit., p. 211.

<sup>871</sup> Manuel Angelón: *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 605-606.

<sup>872</sup> *Sab* [1841], cit., p. 206.

<sup>873</sup> *Ibíd.*, p. 206-207.

*"¿Éstas son las leyes de los hombres, y Dios calla... y Dios las sufre! ¡Oh!, adoremos sus juicios inescrutables... ¿quién puede comprenderlos?... Pero no, no siempre callarás, ¡Dios de toda justicia! No siempre reinaréis en el mundo, error, ignorancia y absurdas preocupaciones: vuestra decrepitud anuncia vuestra ruina [...]. Sí, el sol de la justicia no está lejos. La tierra le espera para rejuvenecer a su luz: los hombres llevarán un sello divino, y el ángel de la poesía radiará sus rayos sobre el nuevo reinado de la inteligencia"<sup>874</sup>.*

Atribuyendo a la voluntad divina la permanencia de unas estructuras, que unas páginas antes se han denunciado como consecuencia de una deficiente -"imbécil sociedad"- organización social, Gómez de Avellaneda está cayendo cuando menos en una contradicción: las injusticias sociales quedan justificadas y la denuncia se desvanece. Tampoco está a favor de la revolución -aunque en este caso no por razones religiosas<sup>875</sup> - Salas y Quiroga. Don Félix de Montelirio -el protagonista de *El Dios del siglo*- es un liberal íntegro que está convencido de que se puede mejorar mediante reformas y sin necesidad de revoluciones:

*"En este período de ilusiones se hallaban todavía Félix y sus amigos, jóvenes como él, que sólo apetecían el logro de las reformas, que aborrecían las leyes de sangre de las sociedades políticas y los chillidos de exterminio de las turbas sedientas de venganza"<sup>876</sup>.*

Por eso, para hacer triunfar sus ideas funda un periódico, pues piensa que, si sus antepasados lucharon con la espada, la espada de los tiempos modernos es la pluma: "*Habíase, pues, reunido a otros varios jóvenes y con ellos redactaba un periódico de doctrinas sanas, de pensamientos elevados, de consejos cuerdos y generosos*"<sup>877</sup>. Sin embargo, a pesar de estos laudables propósitos y de su ponderada actitud, es encarcelado por el gobierno conservador. En la cárcel los componentes de una sociedad secreta le proponen -don Félix goza de una gran reputación entre los círculos liberales de la capital- que se ponga al frente de una sublevación que, por lo pronto, conseguiría su libertad. Don Félix se niega, lo que provoca la extrañeza de sus interlocutores:

*"¿Cuál fue el asombro de aquellos hombres extraviados al saber que Félix, aunque afligido de vivir en una cárcel e indignado de que se toleraran tantos abusos de poder, no quería deber la libertad a un motín que tomase el nombre de revolución"<sup>878</sup>.*

Y es que don Félix es un decidido defensor de la racionalidad, lo mismo que su amigo don Carlos quien, al enterarse de su reacción, muestra su total asentimiento: "*La razón, le dijo con un entusiasmo extraño en su edad, es el arma más fuerte que Dios ha dado al hombre; con ella el triunfo es seguro*"<sup>879</sup>. A don Félix y a sus amigos les repugna, pues, el uso de la fuerza para la consecución de fines políticos y mejoras sociales, pues piensan que éstas se pueden lograr

<sup>874</sup> *Sab*, cit., p. 271-272. José Servera en su edición de la novela escribe lo siguiente: "*Las ideas religiosas de Sab mitigan su rebeldía social y lo conducen por otro camino. En definitiva no llega a oponerse al sistema y luchar por una transformación social*". P. 269, nota 161.

<sup>875</sup> Aunque don Félix de Montelirio va a rehusar el encabezar una revolución en nombre de la racionalidad, los argumentos religiosos no están ausentes de esta novela. Así en un pasaje se describe a un grupo de "jóvenes desalmados, nutridos en la cátedra de la perversidad", entre los que circulaban "*máximas devastadoras, una de las cuales era que no siempre, en el reparto de los bienes, ha andado equitativa la mano de la Providencia*". A continuación comenta el autor que se trata de un "*principio cierto, pero que envuelve un misterio impenetrable a los ojos de la ciega humanidad*". *El Dios del siglo*, tomo II, cit., p. 194-195.

<sup>876</sup> *El Dios del siglo* [1848], tomo I, cit., p. 185.

<sup>877</sup> *El Dios del siglo*, tomo I, cit., p. 182.

<sup>878</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 157.

<sup>879</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 158.



simplemente con el uso de la razón; que lo razonable se impondrá necesariamente por sí mismo. Este convencimiento probablemente sea consecuencia de la favorable opinión que el autor tiene sobre la nobleza española. Según él se trata de una clase perfectamente integrada en el conjunto de la sociedad sin ningún complejo de superioridad:

*"La aristocracia española, sin formar precisamente por desgracia suya, lo que pudiera llamarse una clase aparte en la sociedad, con carácter especial e instintos propios, ha sido en todos los tiempos muy apreciables. Desdeñando las ventajas que podrían sin duda alguna acarrearle el nacimiento y la riqueza, ha tenido la sensatez de considerar los privilegios al través del prisma de la razón más escrupulosa, y pesarlos en la balanza de la filosofía y de la religión".*

Esta actitud ha originado que los inferiores no sientan el más mínimo rencor hacia ellos:

*"De aquí cierta llaneza y sencillas costumbres, que, inspirando más amor que miedo, ha generalizado entre nosotros la cultura de las clases inferiores y ha destruido la envidia, que es el cáncer más horroroso de las naciones modernas".*

Para Quiroga este comportamiento de la nobleza es la causa fundamental de que en España las revoluciones no hayan sido nunca sangrientas:

*"Las revoluciones, por lo mismo, en España no han participado jamás de ese carácter cruel que puede solamente inspirar el espíritu de casta, sino que, antes bien han servido para perpetuar los instintos democráticos, que son el más indispensable elemento de cuantos entran en la felicidad de los pueblos mediterráneos"<sup>880</sup>.*

Es decir, Salas y Quiroga coincide con Fernán Caballero -vide página 484- en el reconocimiento de esta virtud de la nobleza española. Llegamos así a las mismas conclusiones que al analizar -2.2.6. p. 482- las desigualdades sociales: con las alabanzas a la nobleza la débil burguesía española se está congraciando con el que será en un futuro no muy lejano -la Restauración- su aliado natural cuando el proletariado se aleje definitivamente de su lado.

#### **H) Control del pueblo.**

Si la participación del pueblo en las revoluciones sólo es justificable cuando lo hace de la mano de la burguesía y rechazable bajo cualesquiera otras circunstancias, es necesario controlar al pueblo; a veces, porque éste no sabe muy bien por qué se moviliza:

*"Averiguar quién fue el primero que dio el grito de alarma en Barcelona, sería tarea muy ardua; pero mucho más lo fuera averiguar quién fue el primero que lo dio en el campo, porque es de saber que el campo se hallaba tan agitado como la ciudad, y lo más raro del caso, sin que ni en el campo ni en la ciudad se supiera por quién ni para qué"<sup>881</sup>.*

A pesar de ello son muchísimos los que llegan guiados por una especie de instinto que les hace presagiar que algo va a ocurrir:

*"¿Quién los había convocado? En semejantes casos, ninguno convoca, y todos sin embargo acuden. ¿Convoca nadie a los cuervos que acuden a enjambres en el sitio donde se ha dado la batalla sangrienta? No por cierto; su instinto les indica dónde hay para ellos un festín de sangre, y tienden el vuelo unos en pos de otros, y nunca equivocan el lugar del banquete. Pues otro tanto sucede a los pueblos: tienen éstos un instinto especial cuando se trata de*

<sup>880</sup> *Ibíd.*, tomo I, p. 176.

<sup>881</sup> *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 356.

*sacudir una opresión injusta, de modo que un rumor vago, una indicación ligera, basta para que la cita circule de un confin a otro, y los jóvenes al igual de los ancianos emprenden la caminata, empuñando la larga carabina que sus manos sustituye al bordón del piadoso peregrino*<sup>882</sup>.

Exactamente lo mismo sucede con las discusiones, tampoco se sabe muy bien cómo comienzan ni cómo acaban:

*"Cuando tiene lugar una de esas asambleas populares en que el número de los vocales se cuenta por miles, es muy difícil señalar el principio de la discusión: comienza ésta en todos los grupos y continúa promoviendo una confusa algarabía, hasta tanto que o cansadas de gritar las voces se debilitan, o se deja oír una voz más fuerte que todas y eclipsa las del cónclave entero, privilegio que de muy antiguo vienen gozando las voces potentes, especie de cañonazos que de cuando en cuando dominan el rumor de la fusilería de la discusión*<sup>883</sup>.

Precisamente porque no tienen un objetivo definido, muchas veces los que intervienen en una revolución sólo pretenden armar jaleo y desahogarse,

*"pues el pueblo, niño generalmente en todo, pelea y derrama su sangre muchas veces, no para mejorar de condición, sino para tener el gusto de desahogarse durante ocho días a lo más, publicando a grandes voces la humillación de sus enemigos*<sup>884</sup>.

Toda esta gente forman un conjunto de "miles de brazos, pero que carecían de una cabeza"<sup>885</sup>. Por eso es absolutamente necesario que sean los poderes establecidos los que desempeñen la función de cabeza antes de que lo haga algún desaprensivo. Y es lo que va a suceder en la revolución catalana: las autoridades locales jugarán el papel de intermediarios entre el pueblo y el poder central:

*"Los diputados y concellers, justos apreciadores de cuanto había tenido lugar y de cuanto podía sobrevenir, no discurrían más remedio a tantos males, que la renuncia del mando del virrey, cuya presencia irritaba poderosamente los ánimos, abdicando el conde a favor de la diputación, que se encargaba de conjurar la tormenta y armonizar los comunes intereses*<sup>886</sup>.

Y, efectivamente, los diputados catalanes controlan la tormenta y apaciguan al pueblo:

*"Barcelona era indudablemente el punto donde la revolución había dejado más funestas huellas, pero la presencia de las autoridades populares y las enérgicas medidas que en seguida se tomaron, contribuyeron a hacer cesar el anormal estado del pueblo*<sup>887</sup>.

Es decir, la burguesía catalana, que había coqueteado con el pueblo utilizándolo como una amenaza contra el poder central, cuando siente que se le comienza a escapar de las manos, no duda en ponerse del lado de las autoridades centrales para entre ambas dominarlo. Llegamos así, en lo que a esta novela se refiere, a la misma conclusión que en otros apartados: el tema histórico se convierte en una metáfora transparente de las relaciones entre la burguesía y el proletariado en un momento de expansión de la industria catalana. En esta situación, la burguesía, enfrentada con el gobierno de Madrid al que exige la satisfacción de una serie de

<sup>882</sup> *Ibíd.*, p. 494.

<sup>883</sup> *Ibíd.*, p. 495-496.

<sup>884</sup> *Ibíd.*, p. 539.

<sup>885</sup> *Ibíd.*, p. 503.

<sup>886</sup> *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 585-586.

<sup>887</sup> *Ibíd.*, p. 634.

reivindicaciones pendientes, tiene a su vez que defenderse de las que le plantea su propia clase obrera. Cuando la presión de ésta se hace más acuciante, se olvida de sus disensiones con el poder central y recurre a su ayuda contra el enemigo de clase.

Como una forma de rechazo, en este caso indirecto, se puede considerar el pesimismo -a veces expresado de forma irónica- que manifiestan algunos autores liberales respecto a las posibilidades reales de transformación de los movimientos revolucionarios. La actitud de Eugenio de Tapia oscila entre la ironía y la desilusión. A veces se impone la ironía como en este romance en el que satiriza las múltiples juntas que se han formado en todos los períodos revolucionarios sin que la constitución de las mismas parezca haber tenido una trascendencia más allá de su propia creación. Aunque la cita es un poco extensa merece la pena reproducirla completa como testimonio de un desencanto del liberalismo ya desde sus primeros pasos:

*"Vino el año treinta y seis,  
año de bulla y fandango:  
Hubo juntas... De las juntas  
es preciso decir algo.  
El pueblo español fue siempre  
a las juntas inclinado:  
junteros como en el día  
hubo en los tiempos de antaño.  
En Ávila los magnates  
con el pueblo se juntaron,  
para quitar la corona  
al débil Enrique cuarto.  
Formaron los comuneros  
su junta de nombre santo,  
para poner cortapisas  
al poder del quinto Carlos.  
Juntas hubo en las provincias  
allá cuando aquel chubasco  
de franceses, que vinieron  
con Murat a esclavizarnos.  
Luego hubo Junta Central,  
que en vez de centralizarnos,  
huyó a Cádiz, donde tuvo  
que morir, mal de su grado.  
Hubo junta provisoria  
cuando el pueblo soberano  
la Constitución del doce  
hizo jurar a Fernando.  
Esta juntero-manía  
se extiende a todos los ramos:  
Ved la guía. ¡Qué de juntas  
nuestros monarcas crearon".*

Y, como colofón, la revolución del 36, que se presenta como progresista, ha sido una vuelta a lo que sucedió veinticuatro años atrás:

*"Después que se alzó en La Granja  
aquel bizarro sargento,*

*que dio con las bayonetas  
la ley al hispano pueblo;  
volvimos al año doce,  
a gatas retrocediendo,  
como en el fondo del río  
suelen andar los cangrejos*<sup>888</sup>.

La ironía es también el arma utilizada por Martínez Villergas para burlarse de los *revolucionarios de salón*, que derriban todos los días los gobiernos de medio mundo sin moverse del café:

*"El **Café Nuevo** era entonces el café del movimiento, de la revolución; allí se reunían todos los liberales más exaltados de Madrid como el año 1822 en la **Fontana de Oro**. Se pronunciaban brillantes discursos, se arengaba al pueblo en sentido democrático; sin salir de allí se batía completamente a don Carlos, se daba por hecha la revolución de Rusia, decapitando al autócrata; se arrollaba al papa con toda su curia. [...] El **Café Nuevo** era una emboscada donde todos los días caía prisionero don Carlos. Luis Felipe habrá muerto sus veinticinco veces en el **Café Nuevo**"*<sup>889</sup>.

Otras veces la desilusión se manifiesta directamente, sin disfrazarse de ironía: "Nunca se acabará esta contienda entre liberales, se agriarán más los ánimos, subirá de punto la discusión, y el enemigo común se aprovechará de estas discordias"<sup>890</sup>, escribe Eugenio de Tapia quejándose amargamente de la desunión, las diferencias y rencillas entre los liberales. Profunda desconfianza en la revolución liberal, como medio para cambiar las cosas, muestra también Martínez Villergas. El protagonista de su novela, Miguel Ángel, que llegará a ser ministro de un gobierno liberal y será cesado sin que pueda llevar a cabo ninguna de sus reformas, es asimismo un gran pintor. Pinta un tríptico en el que expresa de forma alegórica lo que piensa sobre la revolución; en el primero de los cuadros

*"Veíase una mujer hermosa de la aristocracia en carretela, desdeñándose de mirar al pueblo abatido y silencioso, que dejaba paso libre al coche por no exponerse a ser víctima de sus ruedas; en el segundo esta mujer estaba en tierra por un vuelco de la carretela, que era el vuelco de la fortuna: un hombre del pueblo le daba la mano que ella rehusaba con desdén, temiendo mancharse con el contacto de un plebeyo. En el cuadro tercero la mujer iba a pie, sufriendo las humillaciones de que se había mofado en otro tiempo, a riesgo de ser atropellada como los demás; y últimamente, esta mujer se veía en el suelo tendida, inanimada, con el color pálido y amoratado, con el cuello tronchado por la rueda cortante de una carretela".*

Es decir, de atropelladora a atropellada. Pero lo peor del caso no es esto, sino que el que la atropelló perteneció hasta poco tiempo antes al grupo de los que iban a pie:

*"El que iba en aquella carretela había pertenecido al pueblo; era aquel hombre que un tiempo la ofreció la mano en su caída, y ella la rehusó con desprecio, no por los antecedentes del hombre sino por la oscuridad de su linaje".*

Y lo más aleccionador de todo es que el antiguo hombre del pueblo se comporta idénticamente a cómo se comportaba la antigua aristócrata: "Y aquel hombre que un tiempo perteneció al pueblo

<sup>888</sup> Eugenio de Tapia: *Los cortesanos y la revolución*, primera parte, cit., p. 173.

<sup>889</sup> *Los misterios de Madrid* [1844], tomo II, cit., p. 5-6.

<sup>890</sup> *Los cortesanos y la revolución*., segunda parte, p. 82.

iba engreído, orgulloso, insultando a la miseria pública, sin volver una mirada de piedad al cadáver de la antigua aristócrata"<sup>891</sup>. Las revoluciones, por tanto, lo único que hacen es darle la vuelta a la situación, de manera que los que estaban abajo quedan arriba y viceversa con lo que las cosas siguen estando como estaban:

*"Los de abajo veían con muy mal ojo a los de arriba, cosa que en todos los tiempos ha sido achaque de los hombres. La humanidad es débil, el cebo es grande; por esto cuando los de abajo suben alguna vez arriba, olvidan frecuentemente que salieron de abajo"<sup>892</sup>.*

### 2.2.9.3. CONCLUSIONES DEL TEMA DE LA REVOLUCIÓN

La novela de ideología tradicional -en la que se inscriben las obras de Fernán Caballero y Estanislao de Cosca y Vayo- está radicalmente en contra de la revolución. La de ideología liberal la defiende, aunque prefería no tener que recurrir a ella, lo cual quiere decir que su apoyo no es incondicional, sino que estos novelistas muestran sus reservas.

Fernán y Vayo coinciden en rechazar la revolución, aunque utilizan para ello diferentes argumentos. Para Fernán las revoluciones -fenómeno privativo del extranjero pues en España no existen motivos para ello ya que la nobleza española no tiene nada de altanera- son un mal permitido por Dios para que, por contraste, salga triunfante el bien. Dios inflige estos castigos a los países europeos por su impiedad y olvido de los valores tradicionales. No es el caso de España donde estos valores siguen sólidamente arraigados, como vimos, en el pueblo rural. La revolución es, pues, un veneno traído por la modernidad y el progreso cuyo antídoto se encuentra en la tradición. Los argumentos de Vayo apuntan a la defensa de estos mismos valores. Para este autor la lucha de los partidos políticos, inevitable secuela del liberalismo, es intrínsecamente perversa porque corrompe, envileciéndolas, las relaciones personales y sociales y, además, cuestiona valores fundamentales en los que todos deberían estar de acuerdo como, por ejemplo, el patriotismo. La conclusión es evidente: hay que renunciar a las diferencias políticas para no romper el consenso sobre los que han sido siempre valores indiscutibles. Éstos son los mismos que los de Fernán -"las venerandas leyes de los Alfonsos"- pero Vayo tiene la habilidad de darles una formulación más moderna -patriotismo y relaciones humanas son expresiones que tienen una mayor capacidad de aglutinar voluntades- mientras que Fernán sigue aferrada a la formulación tradicional: moralidad y religión. El pueblo es la víctima inocente de estas disensiones.

La novela de ideología liberal no recoge una actitud uniforme respecto a la participación del pueblo en las revoluciones. Tres son los aspectos que se pueden destacar: fuerza potencial, espíritu liberal y violencia popular.

En señalar la **fuerza** del pueblo coinciden todos los autores. Que las clases populares encierran un enorme potencial no es discutido por nadie. Es decir, todos son conscientes de que al pueblo ya no se le puede seguir ignorando: en lo sucesivo hay que contar con él, bien para utilizarlo como aliado, bien para defenderse de él como enemigo.

<sup>891</sup> *Los misterios de Madrid*, tomo II, cit., p. 113-114.

<sup>892</sup> Manuel Angelón: *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 368.

El **espíritu liberal** del pueblo o, lo que es lo mismo, el pueblo como base de la revolución burguesa. En este punto la anterior unanimidad se rompe. Espronceda ve al pueblo como una rémora para la revolución. Es consciente, y así lo denuncia, de que el pueblo no se identifica, y por tanto no se implica, en absoluto, con los cambios liberales; al contrario, está del lado de las fuerzas conservadoras: en *Sancho Saldaña* milita en el bando de los enemigos de Alfonso X, cuyas medidas buscaban precisamente liberarlo del yugo feudal. Ello no quiere decir que el pueblo sea por naturaleza reaccionario, sino simplemente que no tienen "intereses" en la revolución liberal que se está llevando a cabo. La culpa no es, por tanto, del pueblo sino de la burguesía que, encerrada en su estrecha visión de clase, no ha sido capaz -en realidad no ha querido- de hacer extensivos al pueblo los beneficios de la revolución. Es más, algunas de las medidas llevadas a cabo lo han perjudicado claramente haciendo que su situación sea peor que en el Antiguo Régimen como, por ejemplo, la desamortización que ha privado a muchos campesinos del uso que hacían de las tierras comunales. Espronceda comienza a intuir que el liberalismo no va a redimir al pueblo.

Hay otros autores -entre los que se cuentan Ayguals y Salas y Quiroga- que sí creen en el espíritu genuinamente liberal del pueblo. Para éstos el pueblo es profunda e inequívocamente liberal y presentan múltiples ejemplos de ello. No conciben que pueda existir otro sistema económico, social y político más justo que el liberalismo pues éste se ocupa por igual de todas las clases sociales. Sólo ven un obstáculo que entorpece su triunfo definitivo: el Antiguo Régimen, cuyo máximo exponente es en estos momentos el carlismo, aunque los gobiernos conservadores no se diferencian mucho de él.

La **violencia revolucionaria**. Hasta tal punto caben todas las clases sociales dentro del liberalismo que, según Ayguals, su objetivo último es evitar que el pueblo tenga que tomar las cosas por sí mismo. El liberalismo es presentado como el *súmmum* de la racionalidad, de tal manera que es imposible que un gobernante auténticamente liberal no conceda las reivindicaciones racionales que un pueblo, también auténticamente liberal, pues de otro modo sus reivindicaciones no serían racionales, le pueda plantear. Es más, no será ni siquiera necesario que las plantee, pues los gobernantes, preocupadamente atentos, se adelantarán a satisfacerlas sin necesidad de que sean formuladas<sup>893</sup>. Pero sucede que los gobiernos absolutistas y conservadores -y para algunos autores también los progresistas- se niegan con sistemática obstinación a conceder las reivindicaciones populares -las que los liberales consideran como tales-: libertad, soberanía popular, etc. En esta coyuntura al pueblo no le queda más remedio que recurrir a la fuerza para conseguirlas. La fuerza está, pues, justificada y legitimada por la negación de los gobiernos a reconocer lo que es evidente y de justicia. El mal gobierno es, por tanto, el causante de las revoluciones. La revolución se convierte así en una amenaza esgrimida contra los gobiernos absolutistas y conservadores. Por eso Ayguals y

---

<sup>893</sup> Es evidente en este punto el paralelismo entre la novela de Fernán Caballero y la liberal. En la de Fernán los nobles están atentos a resolver mediante la caridad las necesidades del pueblo. En la liberal, los dirigentes, que en bastantes ocasiones son nobles, están igual de atentos, pero mediante medidas sociales y políticas (ya vimos que tampoco faltan las apelaciones a la caridad). Las razones religioso-trascendentales han sido sustituidas por las terrenales. Es un paso adelante, pero la actitud hacia el pueblo no ha variado demasiado, pues ambas, aunque la liberal hable de los derechos del pueblo, adoptan una actitud bastante paternalista hacia él. Estamos así, en la

también, aunque menos, Salas y Quiroga no dudan en jalearse entusiásticamente la actuación violenta del pueblo en las revoluciones, pero siempre y cuando éste actúe bajo el control de la burguesía. Cuando lo hace al margen, Ayguals cambia inmediatamente de opinión; por mucho que intente matizar la condena es clara:

*"La oposición de las barricadas no será nunca la nuestra". Los motivos de la condena son también igualmente claros: "¿No pueden los pueblos ser víctimas de esas sectas de insensatos demagogos, que adulan a las masas con lisonjeras utopías para explotar su credulidad y buena fe. He aquí el peligro de la actual crisis europea".*

Si el pueblo se escapa del control de la burguesía la revolución corre el peligro de superar los límites del liberalismo; la muerte de Quesada, en que la autoridad liberal es rebasada por la acción del pueblo, aunque ésta no tenga en este caso ninguna finalidad concreta, es un ejemplo paradigmático de que al pueblo no siempre se le puede controlar. A Ayguals, pues, la acción violenta del pueblo le merece una doble opinión según se la pueda controlar o no. Sin embargo para otros autores liberales la revolución es rechazable siempre por muchos motivos que haya para ella. Este rechazo se lleva a cabo unas veces de un modo irónico no exento de pesimismo y, otras, de forma inequívoca y contundente. Irónico se muestra Eugenio de Tapia que adopta una actitud de distanciamiento burlesco ante los liberales de los dos bandos. Pesimista se manifiesta Martínez Villergas quien denuncia, lo mismo que Espronceda, que el pueblo ha quedado fuera de la revolución. Frontalmente la rechazan Angelón, Avellaneda, Salas y Quiroga<sup>894</sup> y Martínez Villergas a quien el pesimismo les lleva a oponerse abiertamente a la revolución como medio para transformar la realidad. Los argumentos que utilizan son variados: las revoluciones son propicias para el surgimiento de arribistas y ventajistas, apelación a la voluntad de Dios, la razón terminará por imponerse... Argumentos que, en el fondo, tienden a justificar el orden establecido que les parece mucho mejor, aunque no les satisfaga del todo, que una subversión -"una hoz bien manejada vale mucho en los tiempos que corren", contesta uno de los segadores- del mismo como consecuencia de una revolución popular. Es decir, temor al pueblo. Quien mejor y más claramente lo expresa es Angelón. Uno de los personajes de su novela -Claris- afirma que nunca incitará al pueblo a rebelarse. Y la colaboración de las autoridades burguesas catalanas con las centrales en el restablecimiento del orden es una prueba irrefutable de ese temor.

En síntesis, el entusiasmo va unido a la experiencia de una burguesía liberal sin proletariado -Ayguals (que vive y publica en Madrid) es el caso más significativo- que no concibe otra revolución que la burguesa; éstos se mueven en el plano de la ideología: la revolución consiste simplemente en conseguir una serie de derechos legales. La ironía responde a los intereses de la burguesía conservadora que se ha asentado cómodamente en el poder, ha monopolizado los beneficios de los cambios liberales y no quiere ir más lejos: por eso se burla de los excesos. El Pesimismo es la actitud de un sector de la burguesía liberal que,

---

novela liberal ante una versión laica de la caridad.

<sup>894</sup> Salas y Quiroga en algún pasaje de su novela *El Dios del siglo*, como se ha visto páginas atrás, muestra entusiasmo por la revolución. Sin embargo la actitud del personaje central -D. Félix de Montelirio- negándose a encabezar un motín me parece mucho más significativa para valorar lo que realmente piensa que las aisladas declaraciones de entusiasmo.

después de haber creído en el liberalismo como instrumento de cambio para todos, se ha desencantado tras comprobar que los logros no sólo han sido escasos, sino que el pueblo ha quedado excluido de ellos: Villergas, Espronceda y Larra articulista. El rechazo es la actitud propia de una burguesía atemorizada ante la posibilidad de un desbordamiento más allá de los límites del liberalismo. Es la actitud de una burguesía con proletariado: el catalán Angelón, que ha tenido experiencia de las reivindicaciones obreras de la época, es su representante más caracterizado. Para éste la revolución no es una cuestión ideológica sino de lucha de clases. Por eso intuye que la burguesía no tiene la exclusiva de la misma. Ante la eventualidad de que otros se apoderen de ella es preferible no correr riesgos.



### 2.2.10. EL POPULACHO.

Todos los apartados anteriores se han centrado en analizar distintos aspectos del pueblo. Pero, al mismo tiempo, hemos ido viendo cómo se hacía referencia también al populacho cuyas acciones -la mayor parte de las veces violentas, descontroladas e irreflexivas- se trataba siempre de desvincular del auténtico pueblo. Es decir, que la novela de este período -a diferencia de la del anterior en la que solían aparecer mezclados- distingue clara y nítidamente entre pueblo y populacho. El pueblo es sensato, reflexivo, sufrido, amante del orden y del trabajo. El populacho -también llamado *plebe*, *vulgo*, *muchedumbre* y otros apelativos por el estilo-, se caracteriza por todo lo contrario.

En las dos corrientes novelísticas -tradicional y liberal- aparecen referencias a él, aunque en la primera son escasas, mientras en la liberal aparece con bastante más frecuencia y amplitud. Y ésta es también muchísimo más crítica, pues lo escarnece con dura acritud, trazando un retrato tremendamente negativo, mientras que los autores tradicionales se limitan a despreciarlo, a marcar distancias pero sin concederles nunca un papel relevante. Los motivos del porqué de este diferente tratamiento parecen bastante claros: el populacho es un fenómeno fundamentalmente urbano, que es el espacio en el que se localiza mayoritariamente la novela de ideología liberal. Y en tal espacio es frecuentemente manipulado por las fuerzas reaccionarias contra cualquier iniciativa de tipo liberal. Éstos, pues, lo temen y lo denuncian como un formidable aliado del absolutismo.

Estanislao de Cosca y Vayo utiliza sucesivamente, para referirse al mismo colectivo, los apelativos *plebe* y *pueblo*. Lo llama *plebe* cuando, dejándose arrastrar por la pasión, intenta linchar a Muley:

*"Enfurecida la plebe y entusiasmada por un celo mal entendido, cercó la cárcel donde habían sumido al desgraciado Muley, y apoderándose de su persona condenáronle sin ceremonia ni formalidad alguna a ser quemado vivo"*<sup>895</sup>.

Y lo llama *pueblo* cuando la presencia del rey Don Jaime, que se erige en valedor de Muley, calma los ánimos de los que un momento antes lo querían ajusticiar: *"Al frenesí y al espíritu de atroz venganza que reinaba en el pueblo sucedieron la admiración y el entusiasmo al ver al valeroso Conquistador don Jaime"*<sup>896</sup>. En el primer caso el pueblo actúa contra Muley incitado por uno de los jefes cristianos, que lo acusa de haberse hecho cristiano por engañar, pero que lo único que quiere es vengarse del musulmán que se había negado a prestarle dinero a un interés inferior al 90%. Es decir, el pueblo es utilizado al servicio de asuntos personales. El jefe cristiano antepone sus intereses particulares a los generales. Lo mismo sucede con los partidos políticos: no atienden al bien de la nación sino a mezquindades partidistas. Por eso, las pasiones políticas consiguen que aflore lo peor del pueblo que deja de serlo para convertirse en plebe. Por el contrario, el rey, como representante de los valores tradicionales y eternos, está por encima de intereses y egoísmos particulares; como tal sus miras son siempre altruistas y generosas; por eso, su sola presencia consigue que el pueblo, ahora ya no es plebe, actúe con generosidad; de hecho es la figura del rey la que le transmite su propia generosidad. Si en el apartado anterior, a

<sup>895</sup> *Los espatriados o Zulema y Gazul*, cit., p. 82.

<sup>896</sup> *Los espatriados...*, cit., p. 86.

propósito de esta novela llegábamos a la conclusión de que la política -la lucha que se deriva de la existencia de los partidos- envenenaba las relaciones personales y cuestionaba valores fundamentales como el patriotismo, ahora podemos afirmar que, además, corrompe al pueblo convirtiéndolo en plebe. Exactamente lo mismo -en opinión de Fernán Caballero- sucede con la cultura:

*"Se levanta hoy en día la voz **oscurantismo** como pendón de vilipendio, contra aquéllos que creen que en el **saber** no está la **moral**, sino la corrupción del vulgo. El mismo Byron ¿acaso no ha dicho: sabemos que el saber no es la felicidad, y que la ciencia no es más que un cambio de ignorancia por otra ignorancia? ¿Pues para qué trocar la ignorancia humilde y feliz por la ignorancia soberbia y descontentadiza?"<sup>897</sup>.*

Es decir, lo corrompe porque lo saca de su pasivo conformismo. Me parece muy significativo que Fernán Caballero, que presenta siempre una imagen bastante idílica y positiva del pueblo, utilice en esta ocasión la palabra vulgo. La explicación reside en que el pueblo, dado el papel que ella le atribuye de depositario insobornable de los valores tradicionales, es imposible que se deje alucinar por los modernos cantos de sirena; el pueblo genuino y auténtico posee el suficiente grado de sensatez como para ser incorruptible; los que prestan atención a las modernas ideas no forman parte del pueblo: pertenecen al vulgo. Precisamente, porque el vulgo no es nada sensato, conviene mantenerse alejados de él; procurar que no le lleguen, por ejemplo, los detalles relativos a la vida privada de los grandes; es lo que piensa el conde de Lemos. Cuando doña Beatriz le comunica, en un intento de disuadirle de su proyectado matrimonio con ella, que está enamorada de don Álvaro y no de él con quien su padre se ha empeñado en casarla, le responde que el matrimonio convenido debe seguir adelante sin que nada trascienda a los oídos del vulgo:

*"Mucho me pesa, señora, de no haber conocido más a fondo el estado de vuestro corazón, pero bien veis que habiendo llevado tan adelante este empeño, no fuera honra de vuestro padre ni mía el exponeros a las malicias del vulgo"<sup>898</sup>.*

El matrimonio se celebra. Pero pronto surgen las desavenencias entre el conde y don Alonso, el padre de doña Beatriz, que termina dándose cuenta de que se ha equivocado gravemente obligando a su hija a casarse con el de Lemos. Sin embargo en público se tratan con deferencia y cortesía: *"Comoquiera, el deseo de ocultar a los ojos del vulgo los pesares y desabrimientos de su familia, le obligaba a devorar en silencio su amargura"<sup>899</sup>*. En otro orden de cosas, y en esta misma novela, los caballeros del Temple ocultan los misterios de su orden a los ojos de la plebe. Cuando don Álvaro, una vez perdida la esperanza de casarse con doña Beatriz, se decide a profesar en la Orden, tiene que pasar una etapa de noviciado para aprender todos sus misterios: *"A explicar, por lo tanto, a su sobrino semejantes enigmas, vedados a los ojos del vulgo, se*

<sup>897</sup> *Clemencia*, cit., p. 198.

<sup>898</sup> Enrique Gil y Carrasco: *El señor de Bembibre*, cit., p. 73.

Es muy interesante, como muestra significativa de la diferencia entre pueblo y populacho que trataré un poco más adelante, el comparar los recelos y reservas del conde ante el vulgo con la actitud abierta, franca y confidente de doña Beatriz con su criada. Ésta pertenece al pueblo respetuoso con sus señores y, por tanto, a diferencia de la plebe, no hay el más mínimo peligro de que haga un uso incorrecto del conocimiento que tiene de la vida privada de sus amos.

<sup>899</sup> *Ibíd.*, p. 229.

*encaminaron los esfuerzos del maestre en los días que precedieron a su profesión". Y, en consonancia con esta forma de pensar, los templarios celebraban sus ceremonias "de noche y a puertas cerradas"<sup>900</sup>. Esta necesidad de que el vulgo no se entere de nada se debe a la poca discreción de éste pues, como dice Fernán Caballero, debido a "ese afán comunicativo que tienen las gentes en general, y las ordinarias en particular"<sup>901</sup>, no resulta conveniente el hacerles ningún tipo de confidencias.*

En síntesis, en la novela de ideología tradicional el pueblo, ante la eventualidad de que pueda abandonar su actitud de sumiso conformismo o, lo que es lo mismo, apartarse del papel que le tiene asignado el Antiguo Régimen, deja de tener las connotaciones positivas que como depositario de los valores tradicionales le corresponden y pasa a comportarse de un modo insensato e irreflexivo convirtiéndose en plebe.

El retrato que la novela liberal traza del populacho es bastante más completo y matizado, pero con una característica común: es, asimismo, tremendamente negativo. Rasgo distintivo del populacho es el anonimato. Siempre se refugia en el grupo. La difuminación de la individualidad que de aquí se deriva conlleva ineludiblemente la animalización e insensibilización:

*"No hay cosa más cruel que un gran número de personas reunidas: tal no puede oír cómo chilla un perro, y sale disgustado de la plaza de toros porque han muerto muy pocos caballos; tal no podrá presenciar cómo sangran a un enfermo, y se está seis horas de plantón por el gustazo de ver ahorcar a un hombre. [...] Estamos convencidos de que no hay ser más manso que el hombre, ni fiera más voraz que el público"<sup>902</sup>.*

Este populacho feroz no tiene una sola virtud; al contrario, está lleno de defectos, cuya lista es extensa:

#### **2.2.10.1. Alborotador.**

Especialmente cuando espera saciar su hambre a costa de otro, como en el banquete que celebran los Señores de Iscar y al que se apuntan toda la chusma de los alrededores: "*Los Señores de Iscar, cuando llegaron fueron recibidos con mil vivas de los parásitos que aguardaban hartar su hambre a costa ajena aquel día*"<sup>903</sup>. Los de Iscar y sus invitados, que están celebrando una cacería y la han interrumpido para comer,

*"deciden seguir cazando y rompieron la marcha entre los gritos de la multitud, que aún se entretenía con los restos del banquete y algunas botas de vino, puestos acá y allá en diferentes corrillos sobre la arena"*<sup>904</sup>.

Pero no sólo gritan ante la perspectiva, o como consecuencia, del vino. También lo hacen, contribuyendo a crear confusión y a enrarecer el ambiente, cuando hay algún tipo de disturbios, como los sucedidos en julio del 34 en Madrid con motivo de la epidemia de cólera. Ayguales reproduce los denuestos de un grupo del populacho:

<sup>900</sup> *Ibíd.*, p. 187.

<sup>901</sup> *Clemencia*, cit., p. 159.

<sup>902</sup> Manuel Angelón: *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 171.

<sup>903</sup> Espronceda: *Sancho Saldaña...*, tomo I, cit., p. 87.

<sup>904</sup> *Ibíd.*, p. 93.

“-¡No queremos hombres con faldas! -gritó una mujercilla conocida como la **Esgalichá**, ostentando en su diestra una navaja enorme.

-¡Mueran los papa-hostias! -añadió una vieja asquerosa.

-¡Mueran los holgazanes de cerquillo! -gritó con voz tonante el tío **Capagallos**.

-¡Mueran! -repitió la desenfrenada multitud”<sup>905</sup>.

Los calificativos con los que Ayguals describe a los personajes comentan por sí solos la opinión que tiene de los mismos. El exceso de tintas negativas se comprende mejor si se tiene en cuenta que el suceso que está narrando perjudicó notablemente a los liberales. Pero la pintura desfavorable del populacho la encontramos incluso cuando celebran efemérides liberales, como la victoria de Espartero que terminó con la primera guerra carlista:

*"No hay más que entrar en Madrid para convencerse de que lo sublime y lo ridículo marchan a la par, y que de la majestad a la caricatura no media un palmo de doncella. [...] Después de una alarma imponente, en que los madrileños volaban al combate con heroico entusiasmo. Después de un espectáculo majestuoso y sublime, el pueblo se entregaba a la algazara de las costumbres más ridículas y grotescas imaginables. Junto a Miguel Ángel atravesó una comparsa de granujas y curiosos de todos los calibres rodeando a un gallego, que cargado con una escalera enorme iba a esperar a los reyes magos. No bien había pasado este grupo que siguió por toda la calle Mayo, cuando atravesaron otros muchos idénticos por la calle de Carretas a la de la Montera, de la del Arenal a la Carrera de San Jerónimo, etc., todos con la misma gritería: el canto desagradable del cuerno y de la zambomba y el monótono e intolerable sonsonete de los cencerros iban alumbrados por infinitas hachas de viento. Parece mentira que en un pueblo como Madrid, y a la altura del siglo, haya hombres tan preocupados que crean en la venida de los reyes, o tan glotones que por un mezquino convite hagan el oso toda una noche con la escalera a cuestras”<sup>906</sup>.*

En este caso el autor no utiliza la palabra populacho, pero por el contexto -usa, además el término *granujas*- resulta evidente que es a él a quien se está refiriendo y que las chocarrerías, en las que los ruidos estridentes ocupan un lugar destacado, no le agradan en lo más mínimo. Pero no hay nada que se pueda hacer contra ello pues, como dice Espronceda, "*el populacho [es] en todos tiempos amigo de alborotos*"<sup>907</sup>.

### 2.2.10.2. Aficionado a los espectáculos

Le gustan especialmente los que son sangrientos. Su escasa sensibilidad unida a la crueldad, que analizaré más adelante, le permite disfrutar de los espectáculos rudos y brutales y gozar con el sufrimiento ajeno. Larra narra así el comportamiento del populacho mientras espera la celebración de un duelo:

*"Impacientábase ya el concurso como si hubiera pagado el dinero por su asiento y como si fuese aquélla una función que estuviese ya su Alteza obligado a darle, sólo por el hecho de haber él concebido esperanzas de presenciarla. Circunstancia que prueba que el público de Andújar en el siglo XV se parecía a los públicos de todas las épocas y países. Había consentido en recrearse con los furibundos mandobles y reveses del combate; había contado con una diversión, porque generalmente las calamidades particulares son diversiones*

<sup>905</sup> *María...*, tomo I, cit., p. 58-59.

<sup>906</sup> J. Martínez Villergas: *Los misterios de Madrid*, tomo II, cit., p. 39-40.

<sup>907</sup> *Sancho Saldaña*, tomo II, cit., p. 55.

*públicas, y la diversión no llegaba. Comenzaba a levantarse ya un sordo murmullo de descontento y desaprobación*<sup>908</sup>.

Las ejecuciones se encuentran entre sus aficiones favoritas. Martínez Villergas recoge el siguiente diálogo entre los espectadores que se disponen a presenciar una:

*"-¡Cuánto tarda! decían los unos.  
-¡Qué! ¿Quieres que venga por el aire? decían otros.  
-Anda demasiado despacio para ir al otro mundo, contestaban los primeros.  
-Pues ten paciencia, que ya tendremos pronto en España caminos de hierro para que los reos lleguen pronto al infierno.  
-Y si no inventaremos el medio de enviarlos por el telégrafo.  
A todos estos dicharachos seguían otros interpolados de estrepitosas carcajadas y de una loca y extravagante gritería. [...]  
-Mira, fulano, acércate aquí para que veamos mejor cómo la aprietan el gaznate.  
-No, mejor la veremos desde aquí que estamos más enfrente, y podremos ver los esparabanos que hace con la cara antes de entregar el alma al demonio*<sup>909</sup>.

El regocijo y la indiferencia que muestran ante la desdichada que van a ejecutar dice muy poco en favor de ellos. También Espronceda describe una ejecución en su novela y muestra su rechazo tanto de la pena de muerte como de los que asisten a ella, a la vez que insiste en los mismos aspectos que Villergas pero utilizando la ironía, lo que le da un mayor alcance crítico:

*"Faltaba entonces **caridad** con los que ajusticiaban, y no había como ahora **hermanos** por consiguiente, que con la mayor **caridad** del mundo acompañan a un hombre a morir por la fuerza, haciendo desaparecer de este modo lo único que semejante lance puede tener de cruel".*

No menos irónico se muestra al describir al público que espera ansiosamente el comienzo del espectáculo:

*"Los espectadores, lejos de mostrar piedad, unos se mofaban de los pocos hígados del caballero, otros disputaban acalorados si era o no el caso para perder el ánimo, y muchos, con estúpida gravedad, miraban aquello como hubieran mirado cualquier otra cosa, es decir, sin saber ellos mismos por qué miraban, si no es porque había otros que estaban mirando*<sup>910</sup>.

Espronceda es bastante más duro con los que adoptan un aire de seriedad y, por tanto, de supuesto respeto hacia el reo que con los que manifiestan abiertamente su desenfado. Pero la ironía del autor alcanza sus cotas más altas cuando describe las reacciones de los asistentes ante el rumor de una eventual suspensión de la ejecución:

*"Ya empezaba la ira a prestar armas al populacho, que, enemigo acérrimo de los traidores, o más bien indignado de que así se le aguase la fiesta cuando ya estaba a punto de terminarse a gusto de todos, se desató en amenazas e improperios, y se dirigió con nunca vista furia contra el pobre castellano, que no había levantado todavía la cabeza, ni dado señas siquiera de oír lo que pasaba, dispuestos todos a relevar a Soguilla en su importante cargo y desobedecer al rey mismo, arrebatados, sin duda, del ardiente amor a la justicia que los animaba*<sup>911</sup>.

<sup>908</sup> *El doncel de Don Enrique el Doliente*, cit., p. 402.

<sup>909</sup> *Los misterios de Madrid*, tomo II, cit., p. 313-314.

<sup>910</sup> *Sancho Saldaña...*, tomo II, cit., p. 293 y 295.

<sup>911</sup> *Ibíd.*, p. 298.

Mientras más muertos haya, más disfrute para el populacho. Por eso se muestra especialmente contento con los *Autos de Fe*. Eugenio de Ochoa, en su novela del mismo título, describe uno en los siguientes términos:

*"Un inmenso gentío, alegre y engalanado, recorría desde que empezaron a brillar en el horizonte las primeras ráfagas de luz, todas las calles y plazas de la capital. Presentaba ésta a la sazón el aspecto animado de un gran pueblo que se dispone a una fiesta; los balcones de las casas estaban adornados con vistosas colgaduras; grupos compuestos de la hez más inmundicia del populacho recorrían las calles, prorrumpiendo en descompasados gritos de fanática estupidez que halagaban, como una música suavísima, los oídos de los inquisidores, y vertían la más profunda amargura en el corazón de los pocos hombres sensatos que contenía esta capital. [...] Mezclábase de cuando en cuando a los bestiales alaridos de la canalla matritense la voz sepulcral de los pregoneros que, en diferentes puntos de la villa, anunciaban "a todos los vecinos y moradores de esta corte de S.M. estantes y habitantes en ella", que debía celebrarse aquel día en la Plaza Mayor "auto público de fe" y que se concedían "las gracias e indulgencias por los sumos pontífices dadas a todos los que acompañasen y ayudasen en dicho auto"<sup>912</sup>.*

Y, a continuación, señala, lo mismo que los autores anteriores, el regocijo y cruel indiferencia que muestra el populacho ante el sufrimiento de los demás:

*"Es el populacho de suyo naturalmente cruel y amigo de distraerse a toda costa; la perspectiva de un día de holganza y diversión, porque es diversión para el populacho todo lo que no es trabajar [...] eran todas causas suficientes para motivar su júbilo"<sup>913</sup>.*

Ochoa denuncia explícitamente cómo este comportamiento del populacho favorece al poder: *"De este modo se alucinaba y seducía a la ignorante multitud para que luego, segura de ganar el cielo, mirase con indiferencia cómo tostaban a sus semejantes"*. Hasta tal punto el objetivo de este tipo de espectáculos es ganarse la adhesión de la chusma que, a pesar de los desórdenes, gritos empujones y disputas entre los concurrentes

*"no había que temer que empleara la fuerza armada para terminarlas más que la dulzura y la persuasión; en los tiempos del absolutismo, de cualquier género que éste sea, el populacho que ni **piensa** ni **posee**, es soberano y se le respeta, y se le teme y se le adula como tal"<sup>914</sup>.*

Precisamente, porque Ochoa es perfectamente consciente de que la brutalidad del populacho no es más que un instrumento al servicio de un poder igualmente brutal, es si cabe más duro al denunciar a éste último:

*"Pero por mucho [júbilo] que sintiera el populacho, nunca igualaba ni aun por asomo a aquél en que rebosaba el corazón de los inquisidores, de los familiares del Santo Oficio y de todos los hombres en fin que formaban los que entendemos en el día por el partido apostólico"<sup>915</sup>.*

Incluso éstos se muestran más brutales, pues su brutalidad no es producto de la pasión irracional sino de la meditada maquinación: *"La alegría del populacho era puramente animal o instintiva; la de ellos era razonada, profunda, infinita, y la saboreaban además con una delicia*

<sup>912</sup> Eugenio de Ochoa: *El Auto de Fe*, tomo II, cit., p. 298-299.

<sup>913</sup> *Ibíd.*, p. 299-300.

<sup>914</sup> *El Auto de Fe*, tomo II, cit., p. 302.

<sup>915</sup> *Ibíd.*, p. 300.

*inefable, como si fuera un santo maná*<sup>16</sup>. El poder queda así equiparado a la chusma. La afición de ésta por lo sangriento es inseparable de otra de las cualidades negativas resaltadas por la novela liberal:

### 2.2.10.3 La crueldad.

El populacho es cruel con todo aquél que en un momento determinado se encuentre en una situación de desventaja respecto a él. La crueldad adopta dos manifestaciones: una verbal y otra de hecho. La primera es la menos peligrosa, pero no por ello deja de resultar humillante para quien la sufre. En una cita de **Sancho Saldaña** ya se ha visto cómo el público se burlaba de la falta de ánimo de Hernando ante su inminente ejecución: "*Los espectadores lejos de mostrar piedad, unos se mofaban de los pocos hígados del caballero, otros disputaban muy acalorados sobre si era o no el caso para perder el ánimo*". Es decir, la conciencia instintiva -pues no hay nada de racional en su comportamiento- de su propia inferioridad les lleva a ensañarse cuando ven a alguien en una situación inferior a la suya como lo están quienes se encuentran en el papel de víctima. En **La criolla y los jesuitas** Dominica, la criada de Cecilia es detenida con engaños a instancias de los jesuitas que la consideran un obstáculo para sus planes de rapiña. Un alguacil la acompaña

*"pero al atravesar la Plaza Mayor, el alguacil fue conocido por la plebe, y uno dijo llamando la atención de los demás:*

*-Chicos, mirad a una negra que llevan presa.*

*-No irá presa, contestó otro.*

*-Sí tal: yo conozco al que la conduce y es el mismo que me llevó a mí a la cárcel de Corte.*

*-Sí, sí, también yo le conozco, replicó otra voz, por cierto que a mí me libertó de quince días de encierro por señal de media onza que le doné".*

Cada vez se va congregando más gente que se dedican a seguir al alguacil y la criada:

*"¿Y para qué? No sólo para esperar [sic] impávidas y quizás regocijadas una desgracia, sino también para insultar a quien la sufre.*

*-¿Qué habrá comido la negrilla que se le habrá indigestado? decía uno*

*-No, pues no habrá sido por seducir a ningún joven; porque yo sé que en esto es muy honrada, aunque jamás la he visto hasta ahora.*

*-Yo lo creo, a la fuerza, cualquier muchacha fea es honrada. ¿Quién había de querer a ese mascarón?*

*-Era preciso que estuviese dejado de la mano de Dios, contestó una vieja verdulera. Con que aun siendo una blanca no encuentra quien..."*<sup>17</sup>.

Otras veces la burla no trasciende más allá del insulto grueso con intención de divertirse tomándole el pelo a alguien que se encuentra en una situación más o menos ridícula, pero sin pasar los apuros de los casos anteriores. Ventura Ruiz de Aguilera lo esta conducta como característica de los barrios bajos de Madrid:

*"No hace muchos años, la persona decentemente vestida que se atrevía a pasear por ciertos barrios de Madrid era objeto de diversión y de chacota para sus moradores, los cuales siempre tenían a mano un repertorio interminable de chistes, generalmente de grueso calibre,*

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 300.

<sup>17</sup> El Tío Fidel [Francisco Robello]: **La criolla...**, tomo II, cit., p. 191-192.

*pero de originalidad e intención pasmosas, bajo cuyo peso abrumaban al transeúnte incauto. Este salvajismo social ha ido desapareciendo, y dentro de poco tiempo es de creer que pertenecerá a la historia; pero todavía en algunos puntos de la corte a veces se advierte que la tradición se conserva, aun sin motivo, cuanto más habiéndolo justo, como lo tenía el zapatero hasta para sacudir al mequetrefe de los tacones*<sup>918</sup>.

Una muestra concreta, aunque en este caso no sea de grueso calibre, del uso insultante que hace el populacho del lenguaje lo ofrece Jacinto de Salas y Quiroga. Hablando de la condesa de Florseca dice que

*"pertenecía a esa categoría de mujeres que llama el vulgo en Madrid **jamonas**, es decir, que sin ser viejas aún, no son jóvenes ya. Su virtud andaba en lenguas, y su título corría parejas con su virtud; sus estados, decía el rumor público, los tenía arrendados a cierto capitalista que se llamaba don Sisebuto Soto*<sup>919</sup>.

La crueldad verbal resulta humillante. Pero cuando de las palabras se pasa a los hechos, la crueldad y brutalidad del populacho tiene consecuencias funestas. En *Los misterios de Madrid* la muchedumbre persigue para asesinarle al marqués de la Calabaza que ha sido mordido por un perro rabioso: "*Muchas personas le seguían armadas de gruesas trancas gritando: ¡El rabioso! ¡El rabioso!*"<sup>920</sup>. Lo mismo sucede en el asesinato de Quesada, recogido páginas atrás y sobre el que Ayguals no se cansa de insistir que fue obra del populacho:

*"¿Lo creyeráis, lectores? Sometido a la autoridad, bajo el amparo de las leyes, fue aquel infeliz despedazado por una horda de cobardes asesinos, cuya barbarie rechaza todo hombre de bien que siente circular por sus venas sangre liberal*"<sup>921</sup>.

Por eso Jimeno, por cuyas venas no circula sangre liberal precisamente, pero que sabe muy bien hasta dónde puede conducir la barbarie del populacho, le aconseja a Zoraida, acusada por Saldaña de hechicería ante el tribunal eclesiástico, que huya pues, aunque las pruebas no tengan ninguna consistencia, la opinión del populacho está contra ella:

*"Los momentos son preciosos, cada instante que pasa te acerca a la eternidad. Los jueces que te han de oír no harán sino lo que quiera Sancho Saldaña. Son, además, fanáticos y supersticiosos como él, y tienes contra ti la opinión del vulgo bárbaro que hace mucho tiempo te cree hechicera*"<sup>922</sup>.

Reaparece aquí, además, la idea comentada anteriormente en *El Auto de Fe*, de la simbiosis entre el populacho y el poder, especialmente el poder eclesiástico que utiliza la ignorancia de aquél en su propio beneficio. De ahí que el propio Espronceda comente, refiriéndose a la crueldad, que "*el populacho [es] siempre feroz, y mucho más en aquellos siglos incultos*"<sup>923</sup>. Espronceda señala aquí la causa de fondo no sólo de la crueldad, sino de todas las demás cualidades negativas que estamos analizando:

<sup>918</sup> *Hasta los gatos quieren zapatos*, en *Proverbios morales* [1864], cit., p. 156.157.

<sup>919</sup> *El Dios del siglo*, tomo I, cit., p. 25.

<sup>920</sup> J. Martínez Villergas: tomo III, cit., p. 206-208. [La página 207 es una ilustración].

<sup>921</sup> *María*, tomo II, cit., p. 293.

<sup>922</sup> *Sancho Saldaña*, tomo II, cit., p. 102.

<sup>923</sup> *Ibíd.*, p. 302.



#### 2.2.10.4. La ignorancia.

Es el aspecto del populacho más ampliamente recogido en la novela de este período. La ignorancia no es cualidad exclusiva del populacho, sino que está extendida por todas las capas de la sociedad. García Villalta se refiere al público -equiparando así de alguna manera a los lectores con los asistentes a los espectáculos comentados líneas atrás- como plebe ignorante. En la *Introducción* de su novela ***El golpe en vago***, escrita en tono irónico, arremete contra la tiranía que los gustos de un público, falto de él y de criterio, ejercen en los autores a quienes no les queda más remedio que someterse a ellos si quieren ganar algún dinero con sus publicaciones. El autor, que dice llamarse don Alejo Cevallastigordi y Chodapeturra le pide al editor que le publique el libro con otro nombre pues el suyo, por sonar a escritor de provincias, no le parece lo suficientemente comercial, razón por la que el público lo va a rechazar sin más:

*"Y no crea usted que me pese esta necia opinión popular por el respeto o amor que al público le tengo; que sería yo asaz de mentecato si amara la mezcla de ignorante plebe, nobleza ignorante, caprichosas viejas, petulantes niñas, lampiños mancebos, hombres sin mérito ni luces y chiquillos llorones, de que en la totalidad se compone el dicho público, aunque haya engastado en él, como margaritas en cieno, algunas personas de virtud y de talento, cuya admiración valga un comino. Por lo que me toca a mi alma la tal frasecita de **si lanza arrojas**, es porque me toca al bolsillo. Quiero decir, que el caribe del público se guardaría muy bien de comprar el libro de pasatiempo, en que viese por el del autor un nombre acabado en la sonora terminación de Urrua, Agarri u otras igualmente armoniosas de mi provincia"<sup>924</sup>.*

El vulgo, pues, no sigue la opinión de las personas de talento; todo lo contrario, éstas resultan incomprendidas. Ello se debe, como dice Larra, a que la multitud, dada su ignorancia, sólo entiende y, en consecuencia, admira aquello que está a su nivel; de ahí que manifieste un instintivo rechazo por las personas superiores como don Enrique de Villena:

*"Una erudición tan poco común en aquel siglo, en que apenas empezaban a brillar las luces en este suelo, debía elevarle sobre el vulgo de los demás caballeros sus contemporáneos; pero fuese que la multitud ignorante propendiese a achacar a causas sobrenaturales cuanto no estaba a sus alcances, fuese que efectivamente él tratase de prevalecerse y abusar de sus raros conocimientos para deslumbrar a los demás, el hecho es que corrían acerca de su persona rumores extraños, que ora podían en verdad servirle de mucho para sus fines, ora podían también perjudicarle en el concepto de las más de las gentes, para quienes entonces como ahora es siempre una triste recomendación la de ser extraordinario"<sup>925</sup>.*

También Espronceda señala este fenómeno cuando, refiriéndose a la actitud del populacho ante Alfonso X, escribe: "ora ridiculizaba a su rey, ora llamaba inquietud a su sabiduría"<sup>926</sup>; por el contrario, se siente fascinado por la figura de don Luis de Guzmán, que no comprende por qué sus padres le hicieron perder el tiempo aprendiendo a leer y otras cosas perfectamente inútiles pues

*"solía repetir que él llevaba la persuasión en la punta de su lanza; y efectivamente había convencido con ella a más moros que los misioneros que iban continuamente a Granada, [...]"*

<sup>924</sup> *El golpe en vago* [1835], cit., p. 889.

<sup>925</sup> *El doncel de don Enrique el Doliente*, cit., p. 71.

<sup>926</sup> *Sancho Saldaña...* tomo I, cit., p. 113.

*Bien se ve por este ligero bosquejo que era don Luis hombre positivo y que no hubiera hecho mal papel en el siglo XIX. En esta candorosa ignorancia, y en la fuerza de su brazo, consistía su popularidad, porque entonces, como ahora, se pagaba y paga la multitud de las cualidades que le son más análogas y que le es más fácil tener*<sup>927</sup>.

El populacho no tiene, pues, la mínima capacidad crítica, es supersticioso -como "vulgo bárbaro y lleno de supersticiones"<sup>928</sup> lo describe Espronceda- y está siempre dispuesto "a creer en todo lo maravilloso"<sup>929</sup>. Y no sólo eso, sino que toma por sobrenaturales o demoníacos fenómenos perfectamente naturales pero que se le escapan:

*"El vulgo de las gentes, sobre todo, que no habían podido dar explicación ninguna a la acusación y circunstancias de la tapada, no sabía a qué achacar semejante tardanza, si no era a las brujerías de don Enrique de Villena"*

al que, por esa misma razón, en otro pasaje de la novela llama "nigromántico"<sup>930</sup>. Pero don Enrique de Villena, como persona estudiosa e inteligente que es, sabe muy bien que los fenómenos se pueden explicar racionalmente y que sólo la chusma se deja impresionar por ritos y ceremonias. Por eso, cuando el físico judío Abrahem Abenzarsal le ofrece sus servicios esotéricos le responde:

*"¿Creéis que he pasado años enteros sobre los triángulos y los crisoles llamando inútilmente ese espíritu de las tinieblas, para dejarme deslumbrar de vuestra imprudente charlatanería? Guardad para el vulgo esa necia ostentación y acordaos de que es más fácil oír que adivinar"*<sup>931</sup>.

Sin embargo, el populacho, debido a su ignorancia, atribuye a adivinación lo que es simplemente información.

De la ignorancia se derivan, a su vez, una serie de consecuencias negativas:

### 2.2.10.5.

El populacho es fácilmente **impresionable e influenciable** lo que lo convierte en extremadamente manipulable; se deja llevar irreflexivamente por las primeras impresiones poniéndose de parte del poder establecido, de la autoridad. En *Los misterios de Madrid* una pobre mujer, a la que el malvado fray Toribio dio un billete falso, es detenida acusada de falsificadora. El vulgo, creyéndola culpable, prorrumpen en toda clase de gritos contra ella:

*-¡Fuera! ¡fuera esa vieja! -¡A la cárcel! -¡Es una falsificadora, una ladrona! -¡A la cárcel!  
A todo esto la desgraciada mujer sufría mil ultrajes de la encolerizada muchedumbre, que creyéndola en efecto criminal o cómplice, quería atropellarla*<sup>932</sup>.

Algo parecido sucede en la novela de Francisco Robello *La criolla y los jesuitas*. Un alguacil lleva presa a Dominica, la criada negra de Cecilia. La muchedumbre, además de insultarla como vimos páginas atrás, ve que forcejea para escaparse

*"lo que observado por la chusma, empezó a gritar:*

<sup>927</sup> *Ibíd.*, p. 218.

<sup>928</sup> *Sancho Saldaña...*, tomo I, cit., p. 113.

<sup>929</sup> Manuel Angelón: *Un Corpus de sangre...*, cit., p. 503.

<sup>930</sup> Larra: *El doncel...*, cit., p. 281 y 259.

<sup>931</sup> *Ibíd.*, p. 180-181.

<sup>932</sup> J. Martínez Villergas: *Los misterios...*, tomo II, cit. p. 234.

*-La negra quiere escaparse. -Cógela fuerte, ministril, mira que tiene mucha fuerza. [...]  
-El alguacil se ve negro, para sujetar a la negra*<sup>933</sup>.

Sin embargo, en esos momentos llega un cura, que la conoce y que sabe que Dominica ha sido víctima de una maquinación de los jesuitas, convence a los alguaciles para que la suelten y los anteriores insultos de la chusma se convierten en vítores para la criada. El populacho, pues, cambia pronto de opinión dejándose impresionar por aquél que a sus ojos goza de mayor autoridad sin entrar a "juzgar" los acontecimientos. El hecho de que el eclesiástico ejerza sobre ellos una mayor ascendencia que los alguaciles no deja tampoco de resultar significativo. De estos cambios bruscos de opinión se queja Pedro Saputo cuando, después de referir cómo, con motivo del pleito comentado en páginas precedentes, pasaron de abuchearlo a aclamarlo, escribe: *"Y se fue a su casa, imaginando en la ligereza y facilidad del vulgo que en una hora muda de afectos, aclamando con vivas y amenazando de muerte"*<sup>934</sup>. Esta ausencia de criterio lo hace fácilmente manipulable. De ahí, por ejemplo, que se crea sin mucha dificultad casi todo lo que se publica en los periódicos ministeriales:

*"La opinión, pues, de tales periódicos, suele no tener valor alguno a los ojos de las personas sensatas, a quienes repugnan los elogios comprados con dinero o halagos, la venalidad de las conciencias; mas, el vulgo que cree por lo menos la mitad de lo que lee en caracteres tipográficos, se deja con frecuencia seducir por la desfachatez con que, en los diarios del temple del **Universo**, se desmienten los hechos más evidentes y se niega la más clara verdad"*<sup>935</sup>.

Precisamente porque se creen casi todo lo que se les dice es muy fácil que gente falta de escrúpulos los utilice como instrumento de sus intereses. En *Men Rodríguez de Sanabria*, de Fernández y González, los agentes de los Trastámara incitan al populacho sevillano contra el rey don Pedro:

*"-¡Buenos ciudadanos!, ¡honradas dueñas!, ¡nobles y villanos! -decía-, todos los que me escucháis, confesad que es ya tiempo de que esto concluya; es necesario que se nos haga justicia y, si no la encontramos en el rey, que nos la hagamos por nuestras manos.*

*-El rey no piensa en otra cosa que en enamorar a la Padilla, en enriquecer a sus parientes, en degollar a los nobles que le estorban -gritó con un enorme vozarrón otro hombre que se había encaramado sobre los hombros de otros dos, y que por su vestido parecía cortador.*

*-Antes de sentenciar al rey, hermano -dijo el de la silla-, es necesario pedirle justicia.*

*-La negará -contestó el cortador-; ¿no sabéis que, para hacer justicia, sería necesario que nos entregase la cabeza de Simuel Leví, su gran privado? ¡No, no! ¡Es necesario que nos satisfagamos por nosotros mismos! ¡Muera la padilla! ¡Muera Hinestroza! ¡A la horca los judíos!*

*-¡Bien, hijos míos, bien; a la horca todos! -dijo el de la silla-. Es necesario hacer vomitar a esas sanguijuelas la sangre que han chupado a los pobres". La multitud comienza a dar gritos dirigiéndose hacia la morada del rey: "Estas voces partían, con la furia de una granizada, de las masas, que se precipitaron al alcázar; el impulso estaba dado, y el de la silla y el carnicero descendieron de sus puestos confundiendo entre la multitud.*

*Men Rodríguez, que no había perdido un momento de vista al del sombrero verde, notó que, apenas el populacho se había puesto en marcha hacia el alcázar, aquél se había alejado en dirección opuesta.*

<sup>933</sup> *La criolla...*, tomo II, cit., p. 194.

<sup>934</sup> Braulio Foz: *Vida de Pedro Saputo*, cit., p. 279.

<sup>935</sup> Jacinto de Salas y Quiroga: *El Dios del siglo*, tomo II, cit., p. 40.

-¡Esto es! -exclamó poniéndose en su seguimiento-. ¡Una vez dado el golpe se esconde la mano, se huye y se deja entregada la canalla a su propio instinto!"<sup>936</sup>.

Y una vez excitada, la plebe resulta imparable. Además, mientras más bajos, groseros y soeces, más fácil resulta agitarlos:

*"Ya no se gritaba; se aullaba. "¡Pan! ¡pan! ¡Que nos entreguen a los judíos! ¡Al alcázar! ¡Muera don Samuel!", atronador estruendo que surgía de mil bocas congregadas por el hambre y excitadas por la traición.*

*Todo cuanto de miserable y brutal encerraba Sevilla se veía allí, girando, gritando, lanzando rugidos de rabia, imprecaciones, blasfemias; mujeres perdidas y harapientas, viejos hediondos, matones, mohatrerros, rufianes, ladrones, vagos y aventureros se empujaban, se comprimían alrededor de un lugar, en donde un hombre, alzado sobre una silla de barbero, y al parecer hidalgo, aunque envuelto en ropas toscas, excitaba al pueblo a las violencias a pretextos del hambre. De tiempo en tiempo se veían cruzar ente la multitud embozados que parecían llevar consigo el espíritu del desorden; las masas que tocaban se inflamaban y partía de ellas un vendaval de injurias al rey, de amenazas a los nobles y de imprecaciones a los judíos"<sup>937</sup>.*

En la novela se insiste especialmente en que sólo la chusma es la que ha participado en la sublevación. Así se lo hace saber Padilla al propio rey alabando además la generosidad de éste por no responder con medidas represivas contra ella:

*"En verdad, señor, que vuestra grandeza ha estado a mi pobre juicio hartamente clemente, con esa canalla, porque canalla era... la hez del pueblo comprada por los bastardos, Ni uno solo de los buenos vecinos de Sevilla ha tomado parte en esa rebeldía; sólo algunos estudiantes y ya sabemos estarán siempre donde se grite"<sup>938</sup>.*

Es decir, se denuncia cómo el populacho es utilizado al servicio de los intereses nobiliarios. Para movilizarlo solamente ha habido que utilizar adecuadamente determinados recursos psicológicos: el antisemitismo, la legítima e inocente esposa postergada por la mujer perversa que utiliza su belleza para enajenar y dominar la voluntad del rey... Entre estos recursos el más utilizado, por su infalibilidad, es la religión. Ésta se ha empleado a lo largo de la historia -y se sigue empleando- para fanatizar al populacho y convertirlo en instrumento de fines que nada tenían que ver con ella:

*"Fanatizado el pueblo por sus inicuos gobernantes, logró encender un encono inextinguible contra los judíos en quienes un vulgo ignorante, compuesto de estigmatizados vasallos, no veía más que una raza maldita de Dios, a la que era preciso exterminar para siempre"<sup>939</sup>.*

Este fanatismo únicamente favorece al absolutismo que se encarga de fomentarlo proporcionándole a la chusma espectáculos como la quema de herejes recogida por Ochoa en ***El Auto de Fe***. El populacho agradece al poder estas atenciones: "*Agrupado en torno de la inmensa hoguera, gritaba con frenético delirio: ¡Gloria al Santo Oficio! ¡Viva la Inquisición!*"<sup>940</sup>. Este populacho que aclama a la Inquisición es el mismo que asesina a uno de los hermanos de María por ir vestido

<sup>936</sup> Manuel Fernández y González: ***Men Rodríguez de Sanabria***, cit., p. 63-64.

<sup>937</sup> ***Men Rodríguez...***, cit., p. 61.

<sup>938</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>939</sup> W. Ayguals de Izco: ***El tigre del Maestrazgo***, cit., p. 411.

<sup>940</sup> Eugenio de Ochoa: ***El Auto de Fe***, Tomo III, cit., p. 317.

con el uniforme de la Milicia Nacional. Todo lo cual son pruebas evidentes de que la inquina de los novelistas de ideología liberal hacia el populacho está motivada por su convencimiento de que es el principal aliado con que cuenta el absolutismo. Hasta tal punto es así que los delatores se reclutan en exclusiva entre sus filas. Patricio de la Escosura, refiriéndose a la época de Felipe II, pero enfocándola desde la perspectiva de la suya, escribe:

*"No conocíamos en aquella época los españoles la sutil invención de la policía; mas en cambio teníamos la Inquisición, que no le va en zaga, y aun le lleva ventajas, y no pocas. Gracias a las luces del siglo, la policía encuentra pocos delatores de la clase abyecta de la sociedad"*<sup>941</sup>.

Es de suponer que la policía pagaba estos servicios, aunque Escosura no da detalles al respecto. Sí los dan Fernández y González y Ayguals, quienes refieren que un medio también utilizado para movilizar al populacho es hacer correr el vino y el oro. En *Men Rodríguez...*, éste y el judío Leví, ante la amenaza del ataque del ejército de los Trastámara tratan a su vez de movilizar al populacho en defensa de don Pedro y mantienen el siguiente diálogo:

*"-El conde de Arcos, el de Medina-Sidonia y el de Alba, están a las puertas de Sevilla con quinientas lanzas.*

*-¡Diablos!; pero tenemos contra ellos...*

*-[...] Trescientos ballesteros que están repartidos en Triana, en la Torre del Oro y en el Alcázar y cien hombres de armas que no me inspiran gran confianza.*

*-Y creéis que lo que no pueden hacer las lanzas...*

*-Lo hará el oro. [...]*

*-Salid y buscad algunos de esos hombres que conoce todo el mundo: dadles dinero; haced que recorran las tabernas; que den armas y vino a todo el que se presente, y que hagan correr la voz de que van a bajar los tributos y se hará justicia"*<sup>942</sup>.

Es decir, los partidarios del rey utilizan los mismos medios que los agentes de los Trastámara habían utilizado antes contra ellos. Y el populacho se moviliza ahora contra los seguidores de los hermanastros del rey:

*"La turba [avanzaba] como un monstruo de múltiples cabezas, en las cuales se agitaba un solo pensamiento: la sangre y la matanza, con que debían ganar los miserables maravedises con que se había asalariado aquel ejército de harapos y cuyo aullido unisono era repugnante y aterrador como el de un lobo hambriento. ¡Don Simuel había sabido valerse de buenos agentes, y su oro producía un magnífico resultado!"*<sup>943</sup>.

Aunque en este caso la chusma actúa en contra del partido nobiliario, no por ello mejora la opinión que de la misma tiene el autor. Pero lo habitual es que el populacho actúe al servicio del absolutismo, que acude a reclutarlo en las tabernas dada la afición de la chusma a frecuentarlas:

*"Una de las calles de más nombradía por la gente del trueno que acude a ella en el célebre barrio de las Maravillas, es la calle de la Palma Alta. Las tabernas abundan en proporción*

<sup>941</sup> *Ni rey ni roque* [1835], cit., p. 88.

<sup>942</sup> M. Fernández y González: *Men Rodríguez...*, cit., p. 289.

<sup>943</sup> *Ibíd.*, p. 304.

*de los aficionados que del verdadero populacho de Madrid acuden a revolcarse en el cenagal de la inmoralidad*<sup>944</sup>.

Ayguals denuncia que en una de ellas, la del *Tío Lagarto*, en vísperas de las matanzas de frailes de Madrid corre el vino sufragado por la sociedad del *Ángel Exterminador*. Entre los parroquianos se encuentra lo más selecto de la sociedad: "*mozalbetes rateros, mozuelas pervertidas, barateros, viejas inmorales, tahúres, mujeres adúlteras, rufianes, presidiarios, desertores, ladrones, asesinos y malhechores que no debieran existir donde tanto oro cuesta la policía civil*"<sup>945</sup>. Todos éstos desempeñan un papel activo en la matanza de los frailes como, por ejemplo, "*la tía Espinilla, vieja tan contrahecha como descocada y feroz*", la cual les dice a los demás:

*"dende que esos flamasones degollaron a los probes frailes como si fueran marranos, les tengo unas ganas que me parece que voy a hacer hoy morcillas con sus mondongos. La tía Espinilla fingía olvidar que también ella y sus amigos figuraron en los asesinatos y profanación de los templos"*<sup>946</sup>.

#### **2.2.10.6. Insolidario y egoísta.**

Aprovecha las desgracias de los demás no sólo para divertirse, cómo ya se ha, sino también para obtener beneficios. Durante la epidemia de cólera en julio de 1834, además de asesinar a los frailes, aprovechando el desconcierto, se dedica a robar y saquear:

*"Presentaba la capital a mediados de julio el cuadro más espantoso: el mal corriendo de un barrio a otro, como el ángel exterminador, se llevaba millares de víctimas al sepulcro. En medio de este lastimoso espectáculo la plebe enfurecida, y excitada por pérfidas sugerencias, atribuía la asoladora enfermedad a envenenamientos haciendo autores de él a los frailes. Validos de este infernal pretexto, numerosos grupos de malvados, ansiosos de entregarse al pillaje, corrieron armados a San Isidro donde robaron hasta las cosas más sagradas, y cobardemente asesinaron a muchos religiosos pacíficos"*<sup>947</sup>.

Ayguals coincide con Tapia cuando afirma que la enfermedad va a ser aprovechada por "*gente soez y desmoralizada*"<sup>948</sup> para robar y saquear.

#### **2.2.10.7. Falto de iniciativa.**

Hace siempre las cosas de un modo rutinario. De ahí que don Julián, personaje de Ventura Ruiz Aguilera, tienda a evitarle: "*Enseñábale su consumada experiencia del mundo a evitar los caminos trillados, por donde marcha el vulgo, y a dirigirse por senderos ocultos, para lograr su fin, sin ser descubierto*"<sup>949</sup>. O, como dice Braulio Foz, la única manera de ser auténticamente libres es alejarse de él:

*"Por consiguiente el hombre que sabía descostarse del vulgo juzgando sanamente las cosas, y tenía valor para obrar conforme a la razón venciendo las falsas opiniones recibidas, no debía fundar la felicidad en causas ajenas y tal vez contrarias al orden y fin de la naturaleza"*<sup>950</sup>.

<sup>944</sup> *María...*, tomo I, cit., p. 116.

<sup>945</sup> *María*, tomo I, cit., p. 116.

<sup>946</sup> *Ibíd.*, p. 119.

<sup>947</sup> Eugenio de Tapia: *Los cortesanos y la revolución*, Primera parte, cit., p. 8-9.

<sup>948</sup> *María...*, tomo I, cit., p. 46.

<sup>949</sup> *Al freír será el reír*, en *Proverbios morales*, cit., p. 40.

<sup>950</sup> *Pedro Saputo*, cit., p. 297-298.

El populacho es, pues, ignorante y de su ignorancia se derivan una serie de consecuencias negativas, que sufre el resto de la sociedad al ser utilizado como instrumento al servicio del absolutismo, pero también la propia plebe que se convierte así en agente de su propia miseria: "*Muchas veces es ella misma la principal causa de sus desgracias, porque no conoce su dignidad*"<sup>951</sup>.

Es decir, para la novela de ideología liberal el populacho es una fuerza que se mueve a impulsos del absolutismo y, por tanto, uno de sus principales colaboradores. El pueblo, por el contrario, como se vio en el capítulo anterior, se caracteriza por su inequívoca identificación con el liberalismo, al menos para algunos de los autores. Es lógico, pues, que intenten por todos los medios distinguir al pueblo del populacho denunciando las interesadas manipulaciones que tienden a identificarlos. Ayguals es uno de los que con más énfasis se esfuerza en que queden claras las diferencias:

*"Es preciso que los que califican de inmundas plebe a las honradas masas del trabajo y de la virtud, que forman el verdadero pueblo español, no confundan a este pueblo heroico con una turba de soez asesinos"*<sup>952</sup>.

Sobre el mismo asunto insiste en otro pasaje de la novela en el que, tras afirmar que el populacho se emborracha en las tabernas de Madrid con el dinero repartido por los agentes absolutistas, continúa diciendo:

*"Hemos dicho el verdadero populacho, porque nosotros no confundiremos nunca a las clases pobres del pueblo, a las masas laboriosas, a los jornaleros honrados, a los artesanos virtuosos, con la hez de esas turbas soeces y repugnantes, hijas de la holganza, de la prostitución y del crimen"*<sup>953</sup>.

Por eso achaca los asesinatos de frailes únicamente al populacho y niega enfáticamente que ninguno de los que participó merezca ser incluido en la categoría de **pueblo**:

*"No se diga, no, que eran hijos de Madrid tan bárbaros asesinos. Aquellos cafres eran furias del averno, escoria de la maldad que no pertenece a sociedad alguna, y menos al virtuoso pueblo de Madrid, siempre heroico y valiente... y un pueblo valiente no asesina a hombres indefensos, ni profana los alcázares de Dios"*<sup>954</sup>.

Ayguals plantea esta misma distinción, aunque por boca de uno de sus personajes en otra novela. Eduardo, el hijo del duque de la Azucena, ante la identificación que hace su padre de democracia y populacho, se esfuerza por hacerle ver que nada tiene que ver el pueblo con la chusma que aprovecha cualquier desorden público para robar y desahogar su malhumor:

*"-Tú siempre sacando a relucir tus ideas democráticas. [...] Déjate de bobadas, hijo mío, y no quieras apadrinar a la plebe. [...]"*  
*-No confundiré jamás a la hez del populacho con los artesanos virtuosos. Los vagos no pertenecen a las honradas masas del pueblo"*<sup>955</sup>.

También García Tejero los distingue recordando el opuesto comportamiento de unos y otros en el levantamiento comunero:

<sup>951</sup> "El Tío Fidel" [Francisco Robello]: *La criolla y los jesuitas*, tomo II, cit., p. 191-192.

<sup>952</sup> *María*, tomo I, cit., p. 47.

<sup>953</sup> *Ibíd.*, p. 116.

<sup>954</sup> *Ibíd.*, p. 56.

<sup>955</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 232.

*"En Burgos, Zamora, Valencia y Mallorca y otras ciudades fueron expulsados los nobles, y muchos de ellos muertos, viéndose la circunstancia notabilísima de que el pueblo insurreccionado no cometió el más leve robo en los bienes y preciosidades que aquéllos tenían, pues profesaban horror a todo lo que fuese de la pertenencia de los traidores a su patria. [...] Los que siempre asaltaron las propiedades fueron las **turbas realistas**, instrumento servil de frailes impíos o clérigos relajados: pero semejantes turbas con los infernales principios que representan, distan una abismo de esas masas laboriosas, honradas y libres"<sup>956</sup>.*

De ahí la indignación de estos autores cuando los gobiernos conservadores, para desautorizar los movimientos democráticos, "confunden" deliberadamente al pueblo con el populacho. García Tejero escribe a continuación:

*"Sin embargo, tenemos el disgusto de oír a ciertas personas del supremo gobierno, que hoy domina, que el pueblo es **vil canalla, plebe asquerosa**, gentuza mal nacida... y otros groseros dictados que deshonran los labios que los pronuncian"<sup>957</sup>.*

En términos parecidos se expresa Ayguals rebelándose contra los que rechazan las reivindicaciones del pueblo tachándolo de plebe inmoral. En este caso, además de denunciar la "confusión", les echa en cara que los auténticos inmorales son ellos que se dedican a especular en la bolsa:

*"Todo es lícito para lograr este resultado [enriquecimiento rápido con maniobras especulativas], y acaso con sobrada frecuencia habrá sacrificado un ministro la suerte de su nación al fruto de una jugada de bolsa. [...] Se dice que el pueblo no merece libertad porque se compone de **asquerosa plebe**, de **canallas** sin virtudes. ¡Infames! Moralizaos vosotros y no se rebelarán nunca las masas populares"<sup>958</sup>.*

## 2.2.10.8. CONCLUSIONES DEL TEMA DEL POPULACHO

La novela de ideología conservadora le dedica escasa atención; no así la liberal que lo recoge ampliamente en sus páginas. Ambas tienen, sin embargo, algo en común: su visión negativa y rechazo debido a que se echan mutuamente la culpa -aunque no con la misma contundencia ni argumentos- de utilizarlo en beneficio propio contra el adversario.

Entre los autores de ideología tradicional se encuentran Fernán Caballero y Estanislao de Cosca Vayo. Fernán, que tantas páginas dedica a ensalzar las costumbres y valores del pueblo apenas si se ocupa en un par de ocasiones del populacho, lo cual se explica porque éste pertenece al ámbito urbano y sus novelas se localizan fundamentalmente en el rural. Por otra parte, no utiliza la palabra populacho, sino *gente ordinaria* y *vulgo*, términos con menos connotaciones peyorativas que el anterior<sup>959</sup>, hasta tal punto que su utilización no tiene en la pluma de la autora un significado totalmente despectivo. Cuando Fernán afirma que en la

<sup>956</sup> Alfonso García Tejero: *El pilluelo de Madrid*, tomo III, cit., p. 163-164.

<sup>957</sup> *El pilluelo...*, tomo III, cit., p. 164.

<sup>958</sup> *María*, tomo II, cit., p. 187-189.

<sup>959</sup> María Moliner -*Diccionario de uso del español*- da las siguientes definiciones: *Populacho*: Despectivo de pueblo o gente. Chusma, gentuza, plebe, turba. *Vulgo*: Conjunto formado por la gran mayoría de las personas, o sea, las que no se distinguen especialmente por su cultura, su aristocracia o cualquier circunstancia que las incluye en una minoría. Se aplica, sin sentido despectivo, a las personas ajenas a cierto campo de conocimientos o actividad que, por tanto, no tienen conocimientos especiales en él.



cultura no se encuentra la moral sino la corrupción del *vulgo*, no se está refiriendo -a diferencia de la novela liberal- a un grupo que se defina por un determinado estatus socioeconómico, sino más bien por una serie de rasgos psicológicos y, sobre todo, culturales y morales. O dicho de otra manera, para Fernán Caballero el *pueblo* es el que no se preocupa por la cultura, respeta los valores tradicionales y ajusta su conducta a la moral católica; el *vulgo* es ese mismo pueblo cuando se interesa por la política, las modernas ideas filosóficas y comienza a apartarse de las enseñanzas de la Iglesia. Luego la inclusión en uno o en otro es más bien una cualidad moral que social; o, mejor dicho, lo que hace que el pueblo deje de serlo para pasar a integrar la categoría de vulgo no es sino una debilidad moral que les lleva a apartarse del recto camino marcado por los valores tradicionales. Por supuesto, los culpables de esta hipotética situación -bastante improbable dado el ámbito rural de sus novelas- no son otros que los liberales. El conflicto Antiguo Régimen/liberalismo se adivina en sus novelas, pero Fernán lo plantea siempre en la esfera de lo ideológico: ateísmo contra religión, cultura contra valores cristianos, humanismo contra caridad... No ve o no quiere ver los intereses concretos que se encuentran detrás de estas elaboraciones ideológicas.

Vayo defiende los mismos intereses que Fernán Caballero pero, más consciente de la contemporaneidad que ella, utiliza -y llegamos así a la misma conclusión que en el punto anterior- argumentos laicos en lugar de morales. Los valores tradicionales adquieren así un aire de modernidad que les da un atractivo que los razonamientos -a estas alturas ya un tanto anacrónicos- de Fernán Caballero no tienen. Vayo, más realista, utiliza el término *plebe* que sí tiene un sentido claramente peyorativo. En esto se diferencia de Fernán Caballero. Pero, al igual que ella, no se refiere a un grupo con un determinado estatus socioeconómico, sino al *pueblo* cuando por actuar al servicio de intereses particulares, se comporta de un modo brutal y egoísta. Sin embargo, cuando ese mismo grupo, al constituirse en salvaguarda de los intereses generales, actúa generosa, altruista y civilizadamente, deja de ser *plebe* para convertirse en *pueblo*. Como ya vimos al analizar la novela, el primer caso es una metáfora bajo la que Vayo se refiere a la lucha política introducida por el liberalismo al que los intereses de partido le hacen no tener en cuenta miras más altas. El segundo, en el que el que el líder es el rey, es una metáfora de lo contrario. Luego, la *plebe* es la que sigue a los liberales; el *pueblo*, al rey. El mismo grupo puede ser indistinta y sucesivamente pueblo o plebe. Es decir, que pueblo y plebe -a diferencia de lo que vamos a ver en la novela liberal- no son dos grupos distintos, sino que el pueblo puede "degradarse" y convertirse en plebe y ésta puede regenerarse y recuperar la categoría de pueblo. Pero, claro está, esto sólo es posible porque la novela tradicional ignora al verdadero populacho, lo cual me parece muy importante porque -y en esto también la novela liberal es radicalmente distinta- la plebe pierde así las posibles connotaciones negativas que el término parece introducir desde el momento en que su inclusión en la misma no es permanente y la responsabilidad de su inclusión temporal recae en los liberales, que se han aprovechado de la ingenuidad y bondad natural del pueblo para conducirlo por el camino erróneo; en cuanto que el rey hace acto de presencia la bondad natural del pueblo, que había quedado en estado latente, reaflore inmediatamente -por eso deja de ser plebe- y retoma el camino correcto. Luego, queda clara ahora cuál es la verdadera razón de esta permeable -hasta tal punto que es de ida y vuelta- y fácilmente franqueable frontera entre pueblo y plebe: la pérdida de las

connotaciones peyorativas de ésta última al no ser su pertenencia a ella permanente y deberse a causas extrínsecas que no son otras que la nefasta influencia del liberalismo. Así pues, con la sustitución de la palabra *populacho* por *plebe*, y la deliberada con-fusión entre ésta y pueblo lo que se persigue -y consigue- es vaciar de connotaciones negativas y peyorativas el concepto de populacho que viene a ser lo mismo que ignorar su existencia. Ahora bien, ¿por qué están tan interesados los autores de ideología tradicional en presentar una imagen no negativa, lo que se logra mediante el procedimiento exculpatorio analizado, de la plebe? O, lo que es lo mismo, ¿por qué la novela de ideología tradicional no se ocupa del verdadero populacho, del que propiamente puede ser calificado como tal? No se ocupa de él porque, conocedora de sus cualidades negativas, no puede halagarlo; y, consciente del servicio que le presta al Antiguo Régimen, tampoco puede denigrarlo. Lo primero sería un acto de cinismo que, dados los presupuestos morales en que se mueven estos autores, nunca van a aceptar; vendría a ser algo así como si la policía se dedicase a condecorar a delincuentes por haberle prestado servicios de información. Lo segundo sería una manifestación gratuita de desagrado que no les reportaría ningún beneficio; siguiendo con el ejemplo anterior, equivaldría a la persecución de esos confidentes por parte de la policía. Es decir, ni pueden ni quieren ser duros con sus aliados naturales; por eso, si alguna vez éstos se apartan de los valores tradicionales -lo que es a todas luces una conducta errónea- los disculpan con el argumento de que ha sido motivada por fuerzas externas que se han aprovechado de su inocencia. Dejan así abierta la puerta para su reintegración a la senda correcta: para que puedan volver a ser pueblo.

La similitud de Vayo con Fernán es clara: pueblo es quien se identifica con los valores tradicionales y plebe, ese mismo pueblo cuando lo hace con los liberales. Pero la diferencia también: la inclusión en una categoría o en otra no es para Vayo una cuestión moral, sino que viene determinada por el comportamiento político concreto. Vayo no ve tan improbable que el pueblo sea utilizado por el liberalismo contra el Antiguo Régimen. Para evitar que ocurra no basta con moralinas: hay que descender al terreno concreto y plantarle cara a los liberales utilizando sus mismos argumentos. Por eso, si éstos van a esgrimir como bandera que el populacho es antiliberal y proabsolutista, Vayo les replica afirmando que, por ser liberal, es antipatriota.

La novela liberal no encuentra ninguna disculpa para el populacho, lo que resulta especialmente significativo si recordamos la actitud comprensiva y exculpatoria, analizada en el apartado anterior, ante los excesos del pueblo. Para estos autores el populacho es un grupo con características propias, perfectamente diferenciado del pueblo. Recordemos, en palabras de Ayguales, que mientras el pueblo se caracteriza por su honradez, amor al trabajo y moderación en todos los sentidos, el populacho se entrega a la vagancia, a la delincuencia y a todo tipo de excesos:

*"No confundiremos nunca a las clases pobres del pueblo, a las masas laboriosas, a los jornaleros honrados, a los artesanos virtuosos, con la hez de esas turbas soeces y repugnantes, hijas de la holganza, de la prostitución y del crimen. [...] Esta asquerosa sociedad suele componerse de mozalbetes rateros, mozuelas pervertidas, barateros, viejas*

*inmorales, tahúres, mujeres adúlteras, rufianes, presidiarios, desertores, ladrones, asesinos y malhechores*<sup>960</sup>.

Es decir, el pueblo es quien constituye el incipiente proletariado; el populacho está formado por todo el submundo marginal que vive en los barrios bajos de las ciudades. La novela liberal señala, por tanto, la que es la diferencia fundamental: trabajo frente a marginalidad. Así pues, lo que determina la pertenencia a uno o a otro no son cuestiones psicológicas o morales, sino de tipo socioeconómico, aunque, por supuesto, éstas condicionan a las anteriores. La marginalidad socioeconómica del populacho es la causa de toda la serie de cualidades negativas que he analizado: brutalidad, crueldad, insensibilidad y, sobre todo, ignorancia. El absolutismo, conoedor de todo esto, lo explota utilizando al populacho como fuerza de choque contra el liberalismo: aclama a la Inquisición, asesina a integrantes de la milicia nacional, saquea los conventos para culpar a los liberales de los desórdenes... Esto no quiere decir que el populacho no sea víctima del sistema; lo es más que nadie, porque su situación es bastante peor que la del pueblo. Sin embargo, no sólo defiende al absolutismo, sino que actúa, a su vez, como verdugos de otras víctimas. Este comportamiento sádico hace que los autores liberales no muestren la más mínima compasión por él: por su colaboración con el Antiguo Régimen no lo consideran como víctima inocente; por su falta de conciencia de clase lo consideran absolutamente irrecuperable para la causa liberal.

La conclusión más llamativa que se puede extraer del tratamiento que del populacho aparece en ambas corrientes novelísticas es la de que la liberal, a diferencia de la tradicional, que juzga todavía la realidad con arcaicos esquemas conceptuales, es consciente -aunque no de un modo lo suficientemente explícito- de que el trabajo convierte al pueblo en proletarios, lo que le da un grado de conciencia de clase que el liberalismo pretende aprovechar para convertirlo en su aliado. El populacho, al no trabajar y vivir en la marginalidad, carece de esa conciencia. Ahora bien, cuando esa conciencia del pueblo comience a ejercerse contra la burguesía, ésta se defenderá de este mismo pueblo, al que ahora halaga, tachándolo de populacho.

---

<sup>960</sup> *María...*, tomo I, cit., p. 116-117.

## 2.2.11. LOS GRUPOS MARGINALES.

Como ya apunté al referirme al primer período del siglo XIX, los grupos marginales son aquéllos que no se integran en la sociedad, bien porque ésta se lo impide debido a prejuicios racistas -gitanos-, o religiosos -moriscos y judíos-, o bien porque se rebelan abiertamente contra sus normas entregándose a la delincuencia, como es el caso de los bandidos. Por ello, la nota distintiva de estos grupos es que, en líneas generales, concitan el rechazo -aunque hay excepciones en el caso de los bandidos- de todas las capas de la sociedad, especialmente del populacho.

De los tres grupos marginales que analicé en el período anterior -mendigos, bandidos y gitanos- dos mantienen en este período una presencia relevante: bandidos y gitanos; los mendigos casi desaparecen. Al mismo tiempo aparece un nuevo grupo -al que voy a denominar las *minorías*- que incluye a judíos, moriscos y negros.

### 2.2.11.1. Los mendigos

Los mendigos tienen una presencia más bien escasa tanto en la novela de ideología tradicional como en la liberal. Ambas, además, presentan una imagen bastante negativa de los mismos lo que, en el caso de la tradicional resulta bastante sorprendente, dada la apología de la caridad analizada en páginas precedentes. Don Martín Ladrón de Guevara -**Clemencia**-, tan caritativo con los pobres -ya vimos que les repartió sus mieses y se negó a vender los garbanzos un año en que él fue el único que cogió una buena cosecha- no puede reprimir su cólera contra la tía Latrana pues, a pesar de las constantes caridades del hidalgo la mendiga lo vuelve loco tomándole el pelo como cuando, tras haberle pagado el entierro de su madre, la tía Latrana se presenta pidiéndole para curarla porque, según le dice a don Martín, ha resucitado. Al oírle éste no puede menos que estallar:

*"Oiga usted, so embrollona -gritó-, ¿y me viene usted quizás a pedir para el cordero de Pascua de resurrección? ¡Pues qué! ¿no hay más que hacer así los pobres burla de los ricos, que les dan el pan, que son su paño de lágrimas y sus padres? ¡Habrás visto bruja más audaz!"*

La mendiga, cuyo cinismo no tiene límites, no se da por vencida e insiste: "*Señor, si no me da su mercé el dinero para las "sanguisuelas" tendrá sobre su conciencia la muerte de esa bendita"*, lo que termina por sacar de sus casillas al anciano:

*"Don Martín, que era violento y que ya estaba exasperado, cegó y no vio, como dice la frase expresiva y usual; cogió lo primero que se le vino a las manos, que fue un libro que había estado leyendo Clemencia, y se lo tiró a la vieja diciendo:  
-¡So insolente! No diga la boca lo que pague la coca"<sup>961</sup>.*

A pesar de todo don Martín casi siempre la socorre, pues lo considera un deber cristiano, pero no puede disimular la antipatía que siente por ella, por lo que la insulta y se complace además en atormentar su codicia dándole menos de lo que le ofrece:

*"En honra de la salvación de mi hija, y en gloria de la guapeza de mi sobrino, había pensado darle a usted un duro -dijo don Martín-, dándole una peseta.*

<sup>961</sup> *Clemencia*, cit., p. 217-218.

-¿Y los diez y seis reales que faltan, señor don Martín? Ésos me los deberá su mercé -dijo con alegre ansia la vieja.

-Pídaselos usted a la gran insolente de su lengua que se los ha robado, pues en poniéndose a chirlar, no hay respetos que no atropelle: ¿está usted enterada, tía raspagóna? -dijo don Martín volviéndole la espalda-, y sepa que **de la mano a la boca se pierde la sopa**<sup>962</sup>.

La antipatía de don Martín es compartida por la autora, como se pone de manifiesto en la siguiente descripción de otra de las visitas de la pordiosera:

*"Entró en esto precipitadamente la tía Latrana, que era una vieja y osada pordiosera que de continuo asediaba a don Martín, la que con gemidos y lágrimas se abalanzó a Clemencia; pero como era muy pequeña, y Clemencia era más bien alta, no pudo por fortuna pasar el abrazo de su cintura"*<sup>963</sup>.

La razón del porqué de este continuo maltrato la encontramos en las propias palabras de don Martín: la tía Latrana es una aprovechada que no reconoce los favores que recibe, se burla de los que la ayudan cumpliendo con lo que consideran su deber, pero que, dadas las características del personaje, no pueden esperar ni agradecimiento ni tampoco la más mínima adhesión a los valores sociales que ellos representan. La tía Latrana vive gracias a los sentimientos cristianos de los ricos, pero sin que ella haga nada para merecerlo. Espronceda no se anda con rodeos a la hora de calificar a este tipo de gente que vive a costa de los demás:

*"Todos los pobres de los alrededores habían acudido al **gaudeamus** que les esperaba, porque en tales festines todo el mundo tenía entrada libre, el vino iba a cántaros y el regocijo era general.*

*Los señores de Iscar, cuando llegaron, fueron recibidos con mil vivas de los parásitos que aguardaban hartar su hambre a costa ajena aquel día"*<sup>964</sup>.

Si en esta ocasión Espronceda utiliza el calificativo *parásito*, en otro pasaje de la novela es aún más contundente. En los momentos previos a la ejecución de Zoraida, acusada de bruja, "*oíase la voz melancólica de los asquerosos pobres que pedían limosna con su acostumbrada pesadez, enojando y fastidiando a los que en aquel aprieto no podían alejarse de ellos*"<sup>965</sup>. Espronceda se ocupó también de la figura del mendigo en una de sus cinco *Canciones*, que lleva precisamente ese título. Hay un fragmento del poema en el que aparece esta misma idea de lo fastidiosos y pesados que los mendigos resultan para aquéllos cuya caridad solicitan:

*"Mal revuelto y andrajoso  
entre harapos  
del hujo sátira soy,  
y con mi aspecto asqueroso  
me vengo del poderoso  
y a donde va tras él voy"*<sup>966</sup>.

<sup>962</sup> *Ibid.*, p. 209.

<sup>963</sup> *Ibid.*, p. 208.

<sup>964</sup> *Sancho Saldaña...*, tomo I, cit., p. 87.

<sup>965</sup> *Ibid.*, tomo II, cit., p. 185.

<sup>966</sup> Y en los versos siguientes sigue insistiendo en el placer que experimenta al darse cuenta de que molesta y del desagrado que su presencia provoca entre los ricos: "*Y a la hermosa / que respira / cien perfumes, / gala, amor, / la persigo / hasta que mira, / y me gozo / cuando aspira / mi punzante / mal olor. / Y las fiestas / y el contento / con mi acento / turbo yo, / y en la bulla / y la alegría / interrumpen / la armonía / mis harapos / y mi voz...*". *El mendigo*, citado por: J. L. Alborg: *Historia de la literatura española, IV el romanticismo*, Madrid, Gredos,

Es decir, la cita de la novela y la del poema coinciden en el tema -el fastidio-, y en la descripción -"asquerosos"- del repulsivo aspecto físico; pero difieren en la exposición. En el primer caso es el autor quien, digámoslo así, se queja y le reprocha al mendigo su fastidiosa insistencia que le resulta inaguantable por más tiempo. En el segundo, es el mendigo quien cínicamente presume de ello. En las dos citas la figura del mendigo sale malparada: tanto los calificativos insultantes, que le dedica el autor, como la insolencia con que el mendigo presume de sujeto antisocial que -a pesar de aprovecharse- se burla de los mismos que le ayudan, le hacen antipático a los ojos del lector. ¿Qué efecto consigue Espronceda al hacer que sea el propio mendigo quien revele su cinismo y por qué esta imagen negativa del mismo? Atacar a la sociedad burguesa que es la culpable de que exista la mendicidad, pero también a los mendigos que, por vivir a su costa, han pasado a formar parte de la misma. Es decir, Espronceda denuncia a una sociedad que, atenta únicamente al enriquecimiento fácil y veloz, es absolutamente insensible a la pobreza que su ansia acumulativa genera, pero eso no le lleva a idealizar a la víctima. Ésta es tan culpable como su verdugo, pues con su acomodaticio conformismo está legitimando las estructuras sociales a cuya costa vive. La carga de denuncia social que las *Canciones -poemas cívicos-morales* los llama Carnero- ha sido destacada tanto por éste como por otros críticos. Carnero, aunque refiriéndose a *El Canto del Cosaco*, escribe unas palabras que inciden en el tema de la denuncia y que, por tanto, también podrían aplicarse a *El mendigo*. Según este crítico, Espronceda lanza una "una diatriba contra la burguesía mercantil y financiera, surgida de la revolución, pero ajena a ella en todo lo que no sea el cobro de rentas y beneficios"<sup>967</sup>. Alborg, haciéndose eco del comentario de R. Marrast, insiste asimismo -al tiempo que señala el tratamiento antisentimental de su figura- en el papel acusatorio que la figura del mendigo ejerce contra la sociedad de su época:

*"El personaje de Espronceda no posee ningún rasgo de las víctimas de la sociedad, de la indiferencia o de la fatalidad, no es decorativo ni de agradable compañía"<sup>968</sup>; no trata de mover a compasión por su desgracia, sino que, por el contrario, alardea con grosero cinismo del provecho que saca de la caridad y de su modo de explotarla sin escrúpulos; mendiga por el amor de Dios, y se le da limosna por temor al castigo que Dios inflige a quienes la niegan. El mendigo [...] se convierte en el acusador de una sociedad que él desprecia y cuya debilidad explota; él es la prueba viviente de que los buenos sentimientos rara vez son desinteresados. Marrast sugiere que el cinismo del mendigo pone de relieve una de las taras de la sociedad española de la época [...]: la crisis económica que lanzaba sobre las ciudades un miserable proletariado de origen campesino, cuyos problemas no parecían preocupar ni a la clase media ni a la aristocracia, satisfecha con ofrecer a la puerta de los cuarteles y de los conventos la **sopa boba**. [...] El mendigo no es, pues, un tipo pintoresco de cuadro de costumbres, sino la vergüenza de una sociedad instalada en un relativo bienestar material, que practica una caridad interesada y episódica"<sup>969</sup>.*

Marrast señala el cinismo y la falta de escrúpulos del personaje que, en el contexto de su comentario, se podría interpretar como una réplica, una especie de venganza contra el cinismo y la hipocresía de la sociedad. Pero lo que no explica es por qué Espronceda presenta también

---

1980, p. 319.

<sup>967</sup> Guillermo Carnero: *Espronceda*, Madrid, Júcar, 1974, Los poetas 11, p. 38.

<sup>968</sup> Carnero dice que en este poema asistimos a la "sacralización de la fetidez". Op. cit., p. 37.

<sup>969</sup> J. L. Alborg: Op. cit., p. 319-320.

una imagen negativa del mendigo, de la víctima; pues resulta evidente que, aunque la figura del mendigo actúe como dedo acusador contra las injusticias del liberalismo, Espronceda no siente la mínima simpatía ni se identifica en absoluto con él. Al presentar al mendigo como un cínico, un aprovechado que explota conscientemente para vivir sin dar golpe la mala conciencia de una sociedad que lava mediante la caridad las injusticias que el liberalismo genera, lo está convirtiendo en cómplice del sistema: por eso los llama *parásitos* en la novela. Y es que, salvando la distancias, tan *sopa boba* es la que se reparte en la puerta de los conventos, como la que la burguesía agiotista consigue en la bolsa o especulando con los bienes de la desamortización que, como ya vimos, denuncia en su artículo *El ministerio Mendizábal*. Es decir, que los mendigos, lo mismo que la burguesía, se caracterizan por su espíritu acomodaticio. Espronceda es, por tanto, consciente de que, si *El mendigo* objetivamente es una denuncia contra la sociedad que lo ha generado, subjetivamente no supone ninguna amenaza contra ella por su falta de conciencia de clase; es más, dado que vive a costa de dicha sociedad, está interesado en su supervivencia. Tampoco sienten ningún escrúpulo en explotar la caridad ajena los mendigos que aparecen en la obra *-El pilluelo de Madrid-* de Alfonso García Tejero. Muy lucrativa debía resultar esta "profesión", pues el autor presenta a un falso mendigo que

*"por las mañanas se cala el sombrero roto y mugriento, su capotillo verde, remendado, sus botas abiertas para que se le vean los dedos de los pies, y en los que pone una bayetita amarilla para fingirse enfermo, y por último con un aire humilde y compungido se marcha a las plazuelas y allí recoge para el almuerzo"*<sup>970</sup>.

Esta gente, que vive a costa de la sociedad establecida explotando sus debilidades, no sólo no supone ninguna amenaza para ella, sino que la defiende ya que es la garantía de su propia supervivencia. Hasta tal punto la defiende que algunos, incluso, se ponen a su servicio. En *La criolla y los jesuitas*, encontramos a un mendigo que espía para éstos. Y se hace eco, además, de los valores de la ideología dominante; así *Cigarral*, mendigo que aparece en la novela de Estébanez Calderón, cuando habla de los moriscos, los llama "*canalla morisca, perros descreídos*"<sup>971</sup>.

Solamente encuentro un caso en la novela liberal en el que se presenta una imagen positiva de la mendicidad. Se trata de Inés, el personaje central de la novela *Pobres y ricos* de Ayguals. Éste describe su repulsivo aspecto físico sin ahorrar detalles:

*"La mujer que con bruscos y despavoridos ademanes acababa de invadir la estancia del banquete, más bien que criatura humana semejaba una furia escapada del Averno. Su semblante era un conjunto de facciones deformes, como velado por la entre canosa y negra caballera, que parecía desgredada con el intento de que, a manera de fúnebre crespón, ocultase la repugnante monstruosidad de aquel rostro, cuya catadura siniestra era espantosamente repugnante, [...] El desaliño de los harapos que cubrían su cuerpo aumentaban la deformidad del conjunto"*.

Este aspecto produce el lógico rechazo en todos los que se encuentran en la reunión:

<sup>970</sup> *El pilluelo...*, tomo I, cit., p. 133.

<sup>971</sup> Joaquín Estébanez Calderón: *Cristianos y moriscos* [1838], cit., p. 1601.

*"Presentose la infeliz con los brazos abiertos, a la manera del desvalido que implora el ajeno amparo; y este ademán con que se lanzaba en busca de un protector, ahuyentaba a todos, porque a sus desaforados gritos, a su asqueroso desorden, a la iracunda expresión de su semblante, del cual, por un natural impulso había separado los desordenados cabellos, uníase otra circunstancia más horrorosa que todas. ¿Quién no había de retroceder estremecido al ver que en los brazos tendidos de aquella desventurada faltaba la mano derecha?"*

*Arrojáronse todos precipitadamente a la calle gritando: "¡LA BRUJA! ¡LA BRUJA!" apodo con que era ya conocida en Madrid como pordiosera la pobre mutilada".*

Sin embargo no todos la rechazan; Eduardo, el caritativo hijo del duque de la Azucena, la trata con deferencia y se interesa por ella:

*"impelido como por un instinto de compasión, abrió el joven maquinalmente sus brazos, y lanzándose en ellos en ellos la pordiosera, permaneció largo rato exhalandosollosos y vertiendo copioso llanto de dolor, que enterneció el bello corazón del duquecito"<sup>972</sup>.*

Que Ayguals se muestre compasivo no tiene nada de extraño dado que, como se ha visto en más de una ocasión, la idea central de su pensamiento, en la que insiste continuamente, es la concordia entre todas las clases y grupos sociales. Pero, ¿cuál es la razón de la antipatía generalizada, tanto de los autores conservadores como liberales -aunque más extendida entre éstos- hacia la mendicidad? Pues en el primer caso porque, a pesar de los favores recibidos, no muestran ni el agradecimiento ni la sumisión hacia quienes se los han proporcionado, lo que supone que éstos consideren que no fácilmente integrables y que no confíen en ellos como aliados para defender el sistema que los protege. Lo cual no impide, sin embargo, que los liberales los contemplen, además de calificarlos de parásitos improductivos, como potenciales enemigos por moverse en la esfera de los partidarios del sistema establecido, ya sea el Antiguo Régimen o el liberalismo.

### **2.2.11.2. Los gitanos;**

Su imagen tampoco es favorable; todo lo más que aparece algunas veces es teñida de cierto paternalismo costumbrista. Es el caso de Fernán Caballero en *Clemencia*, en donde traza un retrato un tanto ambivalente de una niña gitana. Por una parte, el aspecto físico no es nada atractivo:

*"La chiquilla era de un feo poco común. Sus lacias greñas pendían a ambos lados de su cara como inflexibles cordas. Uno de sus ojos bizqueaba de tal manera que parecía querer pasar por debajo de sus narices en busca de su compañero. Entre los girones de sus enaguas, que más que enaguas parecían un fleco, se veía el cutis de sus descalzas piernas y flacos muslos, fácil de equivocar con el de un habitante de África. Sus dientes, que eran de los que se nombran de embustero, por estar desviados unos de otros, eran de un blanco deslumbrador, como para hacer contraste con el color oscuro de su rostro. Era seria y despaciosa, y tenía todo el dejo y contoneo de su casta"<sup>973</sup>.*

Es, además, desvergonzada, lo que provoca la ira de don Martín que amenaza con darle una bofetada. Pero, por otra parte, suscita el sentimentalismo y la ternura de Clemencia cuando, al preguntarle ésta que dónde duerme y que si sabe rezar, le responde:

<sup>972</sup> *Pobres y ricos o la bruja de Madrid*, cit., p. 45-46.

<sup>973</sup> *Clemencia*, cit., p. 188.



*"Duermo en el suelo, señorita mía, que parece usted hecha de dulce, con esas carnes tan blancas que se puede escribir en ellas, esa boca que parece un madroño, y esos ojos que parecen dos luces de altar".*

Y todas las noches reza para que las oraciones -amén de otras prácticas un tanto supersticiosas- la guarden de los peligros que puedan acecharla:

*"Cuando me acuesto en el campo, señorita mía, me meto una cabeza de ajo bajo la cabecera, para ahuyentar a los bichos venenosos, y rezo así:*

*A la cabecera pongo la luz,  
a los pies la Santa Cruz,  
al lado derecho a Adán,  
al lado izquierdo a Eva,  
para que no lleguen sapos ni culebras,  
ni sabandija ni sarabandeja<sup>974</sup>.*

Sin embargo, esta ambigüedad desaparece en *La familia de Alvarada*. Una vieja gitana propone a una partida de bandoleros el robo de una iglesia. Éstos en principio se muestran reticentes, pero la astucia de aquélla, unida a la codicia de los bandidos, logra su propósito:

*"Todo lo había calculado la gitana, y sus medidas estaban bien tomadas. Las grandes ventajas, tan altamente ponderadas, las dificultades tan fácilmente vencidas, las precauciones tan bien combinadas que exployó largamente, produjeron su efecto".*

Y, una vez convencidos, mientras se dirigen a dar el golpe

*"la vieja se rastrea cual astuta y venenosa serpiente a su cueva en el monte de Alcalá; allí, en el seno de la tierra donde concibió el atentado, para el cual de noche, entre ruinas, sedujo a malhechores, atentado que se había de perpetrar en el templo de Dios<sup>975</sup>.*

La novela liberal recoge los tópicos y prejuicios al uso. Así, en la de García Villalta, un caballero, que participa en una partida de caza junto con otros, da una bolsa con dinero a una gitana vieja que le predice el futuro, la cual *"se la metió en la faltriquera, desapareciendo de allí con su mocetón y mula coja, y con más rapidez que un pensamiento generoso de la mente de un avaro<sup>976</sup>*. Braulio Foz, por su parte, los presenta como ladrones y de costumbres poco higiénicas; el protagonista de su novela, Pedro, que quiere probar todas las formas de vida, ante la perspectiva de pasar una temporada con un grupo de gitanos, hace las siguientes reflexiones en las que se contraponen su deseo de vivir nuevas experiencias con los inconvenientes que se derivan de las costumbres de sus huéspedes:

*"Aunque bien lo deseara; porque, ¿qué vida como la del gitano? Pero le arredraba el haber forzosamente de ser ladrón y engañoso, de perder toda vergüenza y acomodarse a toda suciedad e inmundicia. Envidio la vida de esos filósofos judaicocínicos, decía, pero no tengo estómago para ello<sup>977</sup>.*

Es decir, este caso la repulsión que le produce la forma de vida de los gitanos, se impone sobre su deseo de experimentarla.

<sup>974</sup> *Ibíd.*, p. 190.

<sup>975</sup> *La familia de Alvarada*, cit., p. 175-176.

<sup>976</sup> *El golpe en vago*, cit., p. 894.

<sup>977</sup> Braulio Foz: *Vida de Pedro Saputo*, cit., p. 200.

El grupo que he denominado *minorías* -judíos, moriscos y negros- se diferencia de los anteriores en que, aunque en líneas generales no son aceptados por la ideología dominante, de la que participa tanto el pueblo como el populacho, en un sentido estricto no se puede decir que sean marginales, puesto que trabajan e incluso, en el caso de los judíos, pueden llegar a ocupar puestos de responsabilidad y ejercer una gran influencia en los mismos que, llevados por la presión general, se ven obligados a discriminarlos no concediéndoles el reconocimiento social que, por su saber o su riqueza, les correspondería. Los motivos, aplicables también a los moriscos, son fundamentalmente de tipo religioso.

La novela conservadora ofrece una imagen negativa de estas minorías, mientras que la liberal, aunque con alguna excepción, se caracteriza por lo contrario.

En *El señor de Bembibre*, cuando don Álvaro recobra el conocimiento tras haber sido herido en el campo de batalla, encuentra su cama rodeada de varios personajes; entre ellos:

*"A los pies estaba también en pie un caballero de aspecto noble, aunque algo ceñudo habitualmente, cubierto con una rica armadura azul, llena de perfiles y dibujos de oro de exquisito trabajo. Finalmente, a la cabecera se descubría un personaje de ruin aspecto, con ropa talar oscura y una especie de turbante o tocado blanco en la cabeza. El caballero era don Juan Núñez de Lara, y el otro sujeto, el rabino Ben Simuel, su físico, hombre muy versado en los secretos de las ciencias naturales y a quien el vulgo ponía por tanto sus ribetes de nigromante y hechicero."*<sup>978</sup>.

El contraste entre las dos figuras es evidente; y, aunque el autor pretenda hacer recaer en el vulgo la responsabilidad de la animadversión que la figura del judío suscita, es obvio que él comparte los prejuicios de la plebe. Por si quedara alguna duda no hay nada más que comparar la descripción de este médico judío con la del monje que desempeña la misma función con doña Beatriz:

*"Un monje anciano de Carracedo, muy versado en la física y que conocía casi todas las plantas medicinales que se crían por aquellos montes, estaba constantemente a su cabecera observando los progresos del mal, y había ya propinado a la enferma varias bebidas y cordiales; pero el mal, lejos de ceder, parecía complicarse y acercarse a una crisis terrible. Una noche en que su tía, su madre y el buen religioso..."*<sup>979</sup>.

Los motivos de la antipatía hacia el judío, los declara explícitamente el autor: *"Su raza y creencia le hacían odioso, y su exterior tampoco era a propósito para granjearse el cariño de nadie"*<sup>980</sup>.

Tampoco Larra escapa, en este caso, a los convencionalismos. Presenta a Abrahem Abenzarsal ajustándose a las pautas de hechicero y, sobre todo, interesado y avaro dispuesto siempre a venderse al mejor postor:

*"Inútil es decir a nuestros lectores que el físico Abrahem Abenzarsal contó, en cuanto llegó a su aposento, las relucientes doblas del de Villena, y que animado con su sonido vivificador, y con la esperanza fundada de merecer nuevas confianzas de la misma especie, coordinó sus ideas y estudió preventivamente el difícil papel que ante el rey de Castilla había de representar de allí a poco"*<sup>981</sup>.

<sup>978</sup> Enrique Gil y Carrasco: *El señor de Bembibre*, cit., p. 120-121.

<sup>979</sup> *Ibíd.*, p. 113.

<sup>980</sup> *Ibíd.*, p. 121.

<sup>981</sup> Mariano José de Larra: *El doncel de don Enrique el Doliente*, cit., p. 187.

Con trazos muy parecidos, avariciosos y buscando únicamente su propio interés, los retrata Fernández y González. Así, los hay que actúan como instrumentos del clero en el bando nobiliario contra el rey, como éste mismo se encarga de recordarle al Arcediano de San Gil: "Tú, valiéndote de un infame judío, robaste anoche el pan de mi buena ciudad y encendiste un motín en que la canalla, comprada, pedía mi cabeza y se atrevía a llegar hasta mi Alcázar"<sup>982</sup>. Sin embargo, don Pedro se vale también del dinero de su privado, Simuel Leví, para organizar un motín que neutralice el que sus enemigos le han levantado a él. Pero los motivos del judío, que en todo momento se muestra dispuesto a colaborar, no tienen nada de nobles:

*"¡Ah! ¡Ah!; ¡hoy me sangras, rey don Pedro! Pero yo te juro que en cuanto me reponga de esta sangría, me iré con mis talegos a Alemania. No más privanza; cuesta demasiado cara..., sobre todo se expone el pellejo. Vamos a sublevar por don Pedro a la plebe de Sevilla"*<sup>983</sup>.

Espronceda, por el contrario, presenta una visión positiva de los judíos. Ya vimos en capítulos anteriores que los judíos se caracterizaban por su cultura y mentalidad racional que contrastan vivamente con la incultura y superstición de la nobleza, así como con la ignorancia y brutalidad de los bandidos. Por eso, cuando uno de éstos, el Velludo, expresa opiniones negativas contra los judíos, éstas se convierten en una acusación contra el que las utiliza: "A vosotros los judíos os sucede lo que a las mujeres: que no tenéis más que lengua y no podéis ofender"<sup>984</sup>. El Velludo se hace eco de la ideología de la clase dominante que considera a los judíos inferiores socialmente. Hasta tal punto se encuentran relegados que, junto con los moriscos, son los únicos que participan en la conspiración contra el gobierno de Felipe II dirigida por don Carlos, cuyos partidarios intentaban ganarse a todos los que podían "pero a pesar de todas estas brillantes promesas, no habían podido "enganchar", digámoslo así, más que a aquéllos, que como los judíos y los moriscos, ya nada tenían que perder, pues las vejaciones del gobierno los habían reducido a la desesperación"<sup>985</sup>. Como los judíos carecían de dirección propia, se acuerda que hagan causa común con Abén Humeya cuando éste inicie la sublevación en Andalucía, pero los propios conjurados se oponen:

*"-Los judíos con nosotros!... decía uno: no pueden marchar en las mismas filas el valor y la cobardía.*

*-Todos son espías de Felipe III! murmuraba otro"*<sup>986</sup>.

Que ni siquiera la necesidad que los caballeros tienen de aliados sea suficiente para disimular la antipatía que éstos sienten por los judíos, obliga al autor a un comentario en el que, no sin ironía, da una explicación de tipo social de los motivos de la misma:

*"Eran en efecto muy vehementes el odio y el desprecio con que miraban en todas partes a los judíos sus mismos conciudadanos. Debía sin duda motivar este odio la fama que tenían de ricos, pues, nadie sabe por qué, siempre los ricos han sido objeto de aborrecimiento por los*

<sup>982</sup> Manuel Fernández y González: *Men Rodríguez de Sanabria*, cit., p. 189.

<sup>983</sup> M. Fernández y González: *Men Rodríguez de Sanabria*, cit., p. 290.

<sup>984</sup> *Sancho Saldaña*, tomo II, cit., p. 46.

<sup>985</sup> Eugenio de Ochoa: *El auto de fe*, tomo I, cit., p. 299.

<sup>986</sup> *Ibíd.*, tomo II, cit., p. 252.

*pobres. ¿Provedrá esto de envidia, o de la opinión cada día menos general de que "la pobreza es una virtud?"... ¡Extraña virtud por cierto!"<sup>987</sup>.*

Mulatos y moriscos ocupan un lugar mucho menos relevante dado su escaso número de apariciones. Ayguals lanza una dura diatriba contra el racismo de la sociedad española de mediados del XIX. Éste está tan arraigado que, incluso los que lo sufren, lo tienen asumido, como se desprende de la conversación que el mulato Tomás mantiene con María, una vez que ésta se ve obligada a dejar la casa de la baronesa, ofreciéndose para servirla incondicionalmente, sin importarle vivir en la más completa miseria: "*Nada de esto puede arredrarme. Yo de nada necesito... Sólo quiero un rincón... en cualquier parte... un rincón... Creo que no soy de peor condición que un pobre perro... yo no necesito cama para dormir*"<sup>988</sup>. Y cuando su padre Anselmo, en un momento de ofuscación, la echa de casa convencido de que ha perdido su honor, Tomás asume aún con más claridad su condición de inferior: "*...No importa... yo... pobre negro... yo... estúpido salvaje... trabajaré sin cesar... mendigaré la caridad ajena para proporcionar un pedazo de pan a esa virtuosa niña... Mucho será que no encuentre almas caritativas*"<sup>989</sup>. El hecho de que sea el propio Tomás el que asuma su condición de inferior sin ningún tipo de queja implica que Ayguals no sólo denuncia el racismo, sino también la alienación que respecto a éste viven los que lo sufren. Y no sólo los que lo sufren; ni siquiera Ayguals escapa a ella, pues en otro pasaje de la novela da muestras de compartirla, al menos subliminalmente, cuando ingenuamente escribe: "*Lorenzo [uno de los criados de don Luis] era joven de buen humor y gallarda presencia. Tomás, aunque negro, no le iba en zaga cuando quería acicalarse*"<sup>990</sup>. Ciertos prejuicios están tan fuertemente arraigados que es muy difícil sustraerse a su influencia:

*"Vargas se retiró inmediatamente, y ofreciendo volver en breve a verse con el vicario tomó, casi sin saberlo, el camino de la pastelería. Entrose en ella, y en la tienda le recibió el mulato, con toda la afabilidad que en él había, y era sobre poco más o menos la de un perro de presa, que si no muerde a su amo, no deja tampoco de enseñarle los dientes"*<sup>991</sup>.

### 2.2.11.3. Delincuentes y bandoleros

Tienen una presencia mucho mayor que los grupos anteriores. En la novela del primer tercio del siglo sólo aparecía el bandolero rural. Ahora, éste extiende su área de actuación a la ciudad. Pero, además, nos encontramos con un fenómeno nuevo: la delincuencia urbana, compuesta por una fauna de lo más variopinto:

*"Sabido es que en Madrid muchos se procuran su subsistencia con el robo y la estafa, y así tienen distintas denominaciones. Hay ladrones del trun, espadistas, santeros, estampistas, ladronas, ladronas viandantas, peristas, ladrones del atraco, ladrones de la sociedad secreta, ladrones del dos, barateros, pasteleros, petardistas, monederos falsos, falsificadores y expendedores de documentos del Estado"*<sup>992</sup>.

<sup>987</sup> *Ibíd.*, tomo II, cit., p. 253.

<sup>988</sup> Ayguals: *María...*, tomo II, cit., p. 153.

<sup>989</sup> *Ibíd.*, p. 295.

<sup>990</sup> *María...*, tomo II, cit., p. 37.

<sup>991</sup> Patricio de la Escosura: *Ni rey ni roque*, cit., p. 74.

<sup>992</sup> Ayguals: *María...*, tomo I, cit., p. 47.

La ironía de Ayguals en la mención del último tipo indica que esta clase de gente es un típico subproducto de los cambios económicos traídos por el liberalismo, contra el que muchas veces son utilizados por los sectores conservadores, como se pone de manifiesto en la siguiente conversación entre pícaros en una taberna madrileña:

*"-Nosotros somos los buenos, porque Dios manda perseguir a los herejes y los liberales no tienen religión, ¡echa vino, chico!*

*-Bien dicho, exclamó otro púa que acababa de apurar el vaso. Yo he quitado muchos negros del medio, y creo haber ganado indulgencias. Sobre que mi confesor me lo asegura; porque habéis de saber que yo me confieso todos los meses. ¡Oh! ¿Qué sería de nosotros si no confesáramos nuestros pecados?"<sup>993</sup>.*

Pero el lugar central sigue ocupándolo el **bandolero** rural aunque, como ya señalé antes, ahora su radio de acción llega hasta la ciudad. La visión que del mismo aparece en la novela de este período es mucho más compleja y matizada que en la del anterior. La idealizada visión romántica convive con la sátira de la misma y con un enfoque más "realista", que se mueve entre la condena y el reconocimiento de ciertas virtudes.

Visión romántica es la que prima en Fernán Caballero. En las novelas analizadas aparecen dos de los más famosos bandidos españoles de todos los tiempos. Uno, José María "El Tempranillo", contemporáneo de la autora; el otro, Diego Corrientes, de la segunda mitad del XVIII. El primero lo hace fugazmente en la conversación de los tertulianos de la marquesa: *"Un ladrón héroe, caballeroso, elegante, galán y distinguido, es fruta que no nace sino en nuestro suelo"*<sup>994</sup>. La imagen que de Diego Corrientes traza F. Caballero está llena de atractivos de todo tipo: *"Era aquel hombre el más valiente que pisara las llanuras y las sierras de Andalucía"*<sup>995</sup>. Es, asimismo generoso, pues se encuentra con Perico Alvareda desmayado, *"sintiendo despertarse en él aquel noble imán que arrastra la fuerza hacia la debilidad, el poder hacia el desamparo"*<sup>996</sup>, lo recoge y lo lleva a una venta para que lo atiendan. Y, sobre, todo, es un hombre de profundas convicciones religiosas; la primera vez que Perico lo ve, antes de desmayarse, se encuentra rezando por cinco de sus hombres que han sido ajusticiados:

*"Junto a uno de los postes está parado un hombre. Este hombre es alto y vigoroso, de porte varonil y erguido. Viste ricamente a la manera de los contrabandistas; su rostro tostado es duro, osado y sereno. Tiene en la mano su sombrero, descubriendo ante esos postes de ignominia una cabeza que no se descubre jamás; puesto que esa cabeza es la de un hombre fuera de la ley, de un hombre que ha roto todos los vínculos con la sociedad, y que no respeta ya nada en ella; pero ese hombre, aunque desalmado cree en Dios, y aunque criminal, es cristiano, y reza"*<sup>997</sup>.

La idealización de la figura de Diego llega hasta el punto de que la propia autora se ve obligada a justificarla:

*"Sin llegar a la exageración novelesca que hace de un bandido o un pirata un héroe, estamos más lejos aún del clásico puritanismo que hace de un ladrón un monstruo tal, que no cabe en*

<sup>993</sup> J. M. Villergas: *Los misterios de Madrid*, tomo I, cit., p. 41.

<sup>994</sup> F. Caballero: *La Gaviota*, cit., p. 181.

<sup>995</sup> *La familia de Alvareda*, cit., p. 158.

<sup>996</sup> *Ibíd.*, p. 159.

<sup>997</sup> *Ibíd.*, p. 157.

*él un solo átomo de humano, desmintiendo así, en honor de la moral sistemática y la policía matemática, los conocidos hechos de valor, generosidad y nobleza que se han visto en jefes de tales bandas. Sólo el llegar a ser jefes de semejantes hombres, prueba una inmensa superioridad, conservando un predominio que en nada se apoya ni nada sostiene, sino su propia fuerza*<sup>998</sup>.

A tenor de lo que afirma en otro pasaje de la novela se podría incluso deducir que esa fuerza se la proporciona su religiosidad, pues gracias ésta *"ese hombre tiene una fuerza de alma desconocida en la sociedad, en que todos se apoyan en algo, él, que no se apoya en nada"*<sup>999</sup>. Al final de la novela Diego y su banda, traicionados por uno de sus compinches, son apresados y ajusticiados. Pero en el ánimo del lector, más allá de todos los delitos que haya podido cometer, queda la imagen de un hombre noble y generoso que llevó una clase de vida -no se sabe muy bien impelido por qué extrañas circunstancias-, que no le agradaba en absoluto, pero de la que no podía escapar.

Eugenio de Tapia satiriza esta visión idealizada del bandido generoso. Don Serapio y su hija Emilia, que viajan de Andalucía a Madrid, son asaltados por una partida de bandoleros. El concepto, producto de sus lecturas, que de los mismos tenía la joven, cambia por completo:

*"La cuitada Emilia, que allí en los floridos tiempos de su romanticismo leía con gran placer las aventuras de ladrones y trances de guerra, veía ahora con dolor de su alma que el romanticismo no es tan bello en la práctica como en los libros"*.

Tapia no sólo ironiza, denuncia también el carácter retrógrado de estas partidas al servicio frecuentemente del carlismo:

*"Creyeron los infelices que era llegada su última hora cuando oyeron que los facciosos gritando con ferocidad viva Carlos V, hicieron una descarga, a la que respondió la tropa con la mayor serenidad a la mágica voz de Isabel II"*<sup>1000</sup>.

Éste es el retrato que prima en la novela liberal que, salvo algún caso particular que comentaré, tiende a presentar una imagen negativa de la figura del bandido. Así, son caracterizados con tintas bastante negras en todos sus aspectos, desde la facha externa, pasando por los modales hasta su conducta delictiva. Espronceda realiza la siguiente descripción de los bandidos de la partida de el Velludo:

*"Poco tiempo habían andado cuando en medio de una plaza de arena que se formaba en el bosque vio Usdróbal hasta ocho o diez hombres cuyas extrañas cataduras, diversos trajes y armas no le hicieron juzgar muy bien del amo que había tomado. Llevaban los más de ellos espadas y ballestas, y su traje era muy semejante al del hombre de la barba negra. Algunos iban vestidos medio a la morisca, con turbantes en vez de gorras de cuero, y usaban puñal y alfanje"*<sup>1001</sup>.

También Manuel Angelón los retrata de un modo poco favorecedor:

*"El día del Corpus de 1640 pasearon las calles de Barcelona desde la primera hora de la mañana, ciertos personajes de facha tan sombría, repugnante y nunca vista, que los pacíficos*

<sup>998</sup> *Ibíd.*, p. 170-171.

<sup>999</sup> *Ibíd.*, p. 157.

<sup>1000</sup> Eugenio de Tapia: *Los cortesanos y la revolución*, segunda parte, cit., p. 19.

<sup>1001</sup> *Sancho Saldaña*, tomo I, cit., p. 65.

*ciudadanos, por instinto, cerraban media puerta de sus tiendas a la simple proximidad de aquellos fantasmones*<sup>1002</sup>.

Eugenio de Ochoa es aún más contundente si cabe, pues afirma que con la descripción de las facciones de los bandidos

*"se formaría una colección de cuadros, digna de competir con la galería de Windsor, donde están pintadas las más célebres bellezas de la corte de Carlos II, sustituyendo solamente la fealdad a la hermosura, la fiereza y la estupidez a la amable expresión de los semblantes, y el deseo e inmundicia al lujo, gala y compostura de aquellas damas"*<sup>1003</sup>.

Sus modales son salvajes:

*"Todos voceaban, todos hablaban a un tiempo, estaban comiendo entonces a la redonda, y ya habían apurado más de una bota de vino, y sólo se oían gritos por razones, amenazas y rústicos juramentos. Las diversas lenguas que hablaban, sus caras quemadas del sol, su traje, sus armas, sus maneras salvajes y las recias carcajadas con que celebraban de tiempo en tiempo sus dichos, todo contribuía a hacer más horrible la escena"*<sup>1004</sup>.

Comen como animales hasta el punto de que

*"olvidaron todo cuidado que no fuera el de llenar el ventrículo, lo cual hicieron con una voracidad más propia de tigres y leones que de criaturas racionales. [...] Se entregaban a todos los excesos de la gula con un apetito desordenado, quebrantando los más vulgares preceptos de la higiene"*<sup>1005</sup>.

Son gente brava y fiera. Esta fiereza, aparte de a su extracción social, se debe a la cuidadosa selección de que son objeto por parte de sus jefes. Para poder entrar a formar parte de una partida se les exigen una serie de condiciones. Así, por ejemplo, para ser miembro de la de Roque Guinart

*"la primera y más necesaria sin duda consistía en haber sido una vez, cuando menos, condenado el solicitante a ser ahorcado o arcabuceado; de modo que en todo el campamento no se encontrara un hombre mal dispuesto a reñir con lo más sagrado y robar sin excepción a todo el género humano"*<sup>1006</sup>.

Tan dispuestos están a reñir, que incluso lo hacen entre ellos. En la partida del El Velludo uno de los bandidos mata a otro por una discusión del juego:

*"Este acontecimiento despertó a Usdróbal de su letargo y al Velludo le distrajo de sus imaginaciones; pero como para este último era todo aquello cosa de poco momento y estaba muy acostumbrado a ver diariamente escenas de esta naturaleza, se contentó con restablecer el orden y hacer que por entonces el juego se suspendiese"*<sup>1007</sup>.

No entienden otra ley que la de la fuerza; en *El auto de fe*, Van-Homan tiene que matar a uno de sus hombres que quería sobrepasarse, en contra de sus órdenes, con una mujer:

<sup>1002</sup> *Un Corpus de sangre*, cit., p. 605.

<sup>1003</sup> *El auto de fe*, tomo I, cit., p. 121-122.

<sup>1004</sup> *Sancho Saldaña*, tomo I, cit., p. 101.

<sup>1005</sup> *El auto de fe*, tomo I, cit., p. 113 y 120.

<sup>1006</sup> Manuel Angelón: *Un corpus de sangre*, cit., p. 6.

<sup>1007</sup> *Sancho Saldaña*, tomo I, cit., p. 167.

*"Le descargó con la culata un tan terrible golpe en la cabeza, que el miserable cayó al suelo lanzando una horrible maldición a que todos respondieron con un grito de horror, excepto Simplicio Coscojilla que la acompañó con una carcajada estúpida y feroz al mismo tiempo. -Así corrijo yo a los que se olvidan de su deber, prosiguió el jefe, -y volviéndose a don Fernando: -por vida mía, añadió con mucha calma, que si no les enseñara a estos hombres cómo yo trato a los insolentes, el mismo Satanás no podría habérselas con ellos. -Ea, echad fuera de ahí a ese asqueroso avechuchu"<sup>1008</sup>.*

Y los demás, entre atemorizados y deseosos de complacer al jefe, terminan de rematarlo. Este respeto que sienten por la fuerza se manifiesta, entre otras cosas, en que siempre se muestran dispuestos a adular al que se encuentre delante en detrimento del ausente: Pericón y Candelas se disputan un puesto que ha quedado vacante en la partida. Delante de Candelas los bandidos se muestran partidarios de que sea éste quien lo ocupe, pero en cuanto Candelas se ausenta, cambian de opinión y ofrecen su apoyo al otro candidato,

*"como lo hubieran hecho con Candelas caso de ser Pericón el que se hubiera ausentado. Así es el mundo: hasta en el corazón de los más ignorantes ha cundido ese espíritu de diplomática adulación que antes sólo se albergaba en la corrompida atmósfera de los palacios"<sup>1009</sup>.*

La principal de sus actividades lucrativas es el robo que practican en todas sus modalidades. Zacarías, uno de los bandidos de El Velludo, hurta a Hernando un rosario de oro en la iglesia aprovechando un descuido. Asaltan a los viandantes:

*"Estaban reunidos varios individuos de la partida, no razonando ni alegando alegremente unos con otros, ni trasegando el alma de algún pellejo de vino a sus insaciables estómagos, según costumbre, ni admitiendo en su seno ningún joven cuya noble alma no pudiera sufrir el peso de la ociosidad, sino muy solícitos y divertidos en aligerar el peso de las maletas y faltriqueras de una tropa de viajeros que por su mal habían acertado a encontrarse con ellos en aquel desierto"<sup>1010</sup>.*

Por saquear incluso saquean a sus propios compañeros muertos tras un encuentro con los cuadrilleros de la Santa Hermandad: *"Ocupados estaban los bandoleros en despojar a los vencidos, sin exceptuar a sus mismos compañeros y aun al valiente capitán Zalamea, de los pocos efectos algo buenos que sobre sí llevaban"<sup>1011</sup>.* Entre las víctimas de sus expolios se encuentra el pueblo:

*"No lejos de este sitio y en una explanada sembrada de piedras calcáreas, algunos bandidos amasaban el pan con el trigo de los pobres labradores, escanciaban en preciosas ánforas el vino que no les costara más dinero que dar un asalto a la más próxima bodega"<sup>1012</sup>.*

Por eso, el pueblo no siente ninguna simpatía por ellos y se niega a colaborar incluso pasivamente. Es lo que sucede, en esta misma novela, el día de la sublevación catalana, que quiere ser aprovechada por los bandidos para entregarse al saqueo, tarea impedida por el pueblo:

<sup>1008</sup> Eugenio de Ochoa: *El auto de fe*, tomo I, cit., p. 142.

<sup>1009</sup> J. M. Villergas: *Los misterios de Madrid*, tomo II, cit., p. 169.

<sup>1010</sup> *Sancho Saldaña*, tomo II, cit., p. 13.

<sup>1011</sup> Eugenio de Ochoa: *El auto de fe*, tomo I, cit., p. 69.

<sup>1012</sup> Manuel Angelón: *Un corpus de sangre...*, cit., p. 6.



*"No hay que decir que esta idea del saqueo nació de los bandidos de Guinart y se estrelló en la honradez del pueblo, que ardía enhorabuena en deseos de venganza, pero que nunca pudo hacerla dependiente del robo y de la expropiación por fuerza"*<sup>1013</sup>.

No sólo roban, sino que alardean de ello; al final del día se reúnen y cada uno cuenta delante de los demás las "hazañas" siendo aclamadas y celebradas las mejores:

*"-¡Queridos amigos y compañeros! dijo: hoy ha sido un día feliz para nuestra imponderable cofradía. Todos hemos dado pruebas de nuestra aptitud rateril. Yo, el más inepto, el más incapaz de todos he sido esta vez tan afortunado como vosotros, gracias a la Divina Providencia"*<sup>1014</sup>.

Pero no sólo viven del robo. Es frecuente también que actúen como aliados de los señores nobles que los utilizan al servicio de sus particulares intereses:

*"Las hordas de ladrones, que infestaban los caminos descaradamente, estaban protegidas de oculto por los señores, que se valían de ellos para las acciones que un resto de vergüenza les impedía cometer a las claras, haciendo instrumentos de su amor o de su venganza a la escoria de la sociedad"*<sup>1015</sup>.

Los bandidos no tienen ideología política -"el villano Zacarías ejercía el mismo oficio en los ejércitos enemigos"<sup>1016</sup>- y, por tanto, sirven al que les pague, pero aparecen casi siempre como aliados de los sectores ultraconservadores:

*"Entró el cura, [...] y detrás del cura un exclaustro, y detrás de éste muchos exclaustros y hombres de todos calibres, y detrás de todos Pericón, el bandido de la bandurria, que venía cantando alegremente:*

*‘Pitita bonita  
con el pío, pío, pon,  
Viva D. Carlos y la religión’*<sup>1017</sup>.

En esta misma novela los sectores conservadores no contentos con haber encarcelado a los liberales, llegan a ofrecer dinero a los bandidos para que los asesinen:

*"Mientras Pelagatos y el marqués de la Calabaza peleaban con don Matías sin sacar fruto, en la cárcel del Saladero había otros proyectos no menos feroces. Allí se trataba de dar dinero a los malvados de profesión para que asesinaran en el silencio de la noche a los liberales prisioneros"*<sup>1018</sup>.

Ayguals denuncia satíricamente estas alianzas: Manolo, contrabandista madrileño que cumple condena en Barcelona, escribe una carta a su novia, anunciándole su pronta liberación:

*"Sabrás que la gran noticia que tengo que manifestarte, es que tan pronto como supimos en ésta que Fernando séptimo había vuelto a Madrid, se aconsejó un abogado de mucha ciencia y experiencia que le dirigiésemos cuatro toscos renglones, lo cual le hicimos en forma de representación que escribió el mismo abogado, hombre que maneja la pluma mejor que el*

<sup>1013</sup> *Ibíd.*, p. 540.

<sup>1014</sup> J. M. Villergas: *Los misterios de Madrid*, tomo II, cit., p. 149.

<sup>1015</sup> *Sancho Saldaña*, tomo I, cit., p. 116.

<sup>1016</sup> *Ibíd.*, tomo II, cit., p. 149.

<sup>1017</sup> J. M. Villergas: *Los misterios de Madrid*, tomo I, cit., p. 251.

<sup>1018</sup> *Ibíd.*, tomo III, p. 61.

*memorialista más pintado, y que se pinta solo para estos lances. [...] Sabrás cómo a vuelta de correo ha venido nuestro perdón, y todos los que pusimos la firma estamos ya libres*<sup>1019</sup>.

A veces a algunos de estos personajes poderosos les entran escrúpulos y no se muestran muy satisfechos de tener que recurrir a los servicios de los bandidos; es lo que le sucede a Saldaña a quien "*repugnábale, no obstante, tener que ponerse a merced de un villano*"<sup>1020</sup>. Y lo mismo le ocurre a Van-Homan quien le declara a Fernando Valor que "*una de las mayores desgracias de los cabezas de bandería es el tener que servirse de ciertos hombres, cuya principal virtud no es siempre el respeto a la ley de Dios*"<sup>1021</sup>. Asimismo, los nobles catalanes se debaten entre la necesidad de contar con los bandidos en caso de que decidan apoyar la más que probable sublevación y el rechazo que semejante alianza les produce. Pablo de Claris intenta encontrar argumentos que justifiquen esa alianza: "*Este hombre camina hacia el mismo objeto que nosotros, aunque por distinta vía. ¿Quién sabe lo que Roque Guinart puede hacer por Cataluña? Los instrumentos de Dios son muy raros como muy incomprendible es su voluntad*"<sup>1022</sup>.

En otra ocasión es uno de los bandidos, Santa Cilia, el que trata de remover los escrúpulos de los diputados utilizando argumentos en los que se mezclan los motivos personales con razones de una gran pragmatismo político:

*"Vuestra causa es la mía, y la una no puede sostenerse sin la otra. Esto os extrañará sin duda, pero no olvidéis que en una cadena puede haber eslabones de muchos metales y de muchas formas, y no por esto deja de ser una cadena. [...] Si sois catalán, sabréis de sobra mi historia: vos queréis vengaros de un hombre que os arrebató a una querida; yo quiero vengarme de muchos hombres que asesinaron a un hermano idolatrado. Seguro que ni vosotros participáis de mis ideas, ni a mí me importa cosa de las vuestras, pero es lo cierto que unos a otros nos necesitamos y que juntos conseguiremos lo que en detalle pretende cada uno. [...] Sabéis quién soy y adónde me dirijo: obrad como queráis conmigo, pero creedme, escrúpulos a un lado; haced lo que yo, ved en los hombres a los instrumentos de otros hombres, utilizaos de esos instrumentos, y no queráis saber de qué materia están fabricados*"<sup>1023</sup>.

No todo son, sin embargo, defectos. Algunos de estos bandidos tienen también sus virtudes. Así el Velludo, aunque es un jefe de bandoleros que se dedica al robo y se comporta con sus hombres, dada la necesidad de utilizar la mano dura para mantener la disciplina, de un modo brutal en más de una ocasión, sabe también ser caballeroso como cuando Leonor de Iscar, secuestrada por él por orden de Saldaña, le pide que nadie la ultraje:

*"Yo, señora -respondió el Velludo-, no entiendo de obsequiar damas; cumplo con mi oficio en teneros apresada, y os aviso que en vano tratará de libraros el que lo intente; pero os juro por la bendita Virgen de Covadonga que el tiempo que estéis con nosotros seréis respetada de todos, o dejaría de llamarme Roque el Velludo*"<sup>1024</sup>.

Estas virtudes son reconocidas explícitamente por Nuño, uno de los pajes, quien expresa abiertamente su admiración:

<sup>1019</sup> *Pobres y ricos...*, cit., p. 258.

<sup>1020</sup> *Sancho Saldaña*, tomo II, cit., p. 128.

<sup>1021</sup> *El auto de fe*, tomo I, cit., p. 149.

<sup>1022</sup> *Un Corpus de sangre*, cit., p. 213.

<sup>1023</sup> *Ibid.*, p. 299-300.

<sup>1024</sup> *Sancho Saldaña*, tomo I, cit., p. 102.

*"Si no fuera que es un ladrón -dijo Nuño-, luego que el Velludo se retiró-, juro a Dios que sería un hombre con quien yo pasaría con gusto toda mi vida. Es intrépido como él solo y se parece como un huevo a otro huevo a un amigo que yo tuve, que murió el año de 1255, el día de San José"*<sup>1025</sup>.

También Usdróbal, el estudiante apicarado que abandona sus estudios y se une a la partida del Velludo es un personaje visto en todo momento de un modo positivo. Hasta tal punto que, según se cuenta en la *Conclusión*, abandonó la vida de salteador y fue ascendido a caballero por Sancho el Bravo. En una sociedad todavía sometida a fuertes prejuicios de la herencia, este personaje representa el mérito del individuo que consigue subir gracias a su propio esfuerzo, demostrando así la injusticia que esos prejuicios representan por las dificultades que ponen a la verdadera valía. A este respecto Ángel Antón Andrés escribe en el *Prólogo*:

*"Desde sus orígenes maleados de pícaro ha sabido elevarse a una categoría superior, a lo máximo a que él podía aspirar. Tal ascensión es fruto de su esfuerzo personal, del empleo adecuado de su carácter firme y sus buenas cualidades"*<sup>1026</sup>.

Y unas líneas más adelante afirma que, a través del retrato que de este personaje hace Espronceda, se puede apreciar el papel que le otorga al pueblo en el conjunto de la sociedad:

*"Sus simpatías con el ideario republicano le hicieron considerar al pueblo como elemento importante de la regeneración nacional, y ver en él una reserva natural y espiritual de la que proceden los individuos no sujetos de antemano a rígidas leyes de conducta disciplinada y uniforme o a preestablecidas apetencias denigrativas"*<sup>1027</sup>.

También Luis Candelas aparece como un bandido adornado de múltiples cualidades, que él mismo enumera a Laura, víctima de uno de sus robos: *"-Sí, querida joven, soy Candelas: mi nombre espanta sin saber por qué; pero si V. conociera mi fondo"*<sup>1028</sup>. Se presenta como una persona culta, muy aficionado a la literatura de la que es un experto conocedor:

*"Yo soy amante del saber, que no quita lo cortés a lo valiente: en mis ratos de ocio devoro los libros: conozco las obras de nuestros antiguos clásicos, excepto Moratín, y las de nuestros escritores contemporáneos, excepto Gil y Zárate"*<sup>1029</sup>.

Reconoce que es un malvado porque tiene un vicio que no puede dominar -se siente impelido a robar-, pero aduce en su favor que su corazón es generoso pues él nunca roba sino a los ricos y nunca ha matado a nadie:

*"Yo que tengo bastante espíritu para luchar contra una compañía de soldados, yo que nunca he dudado en acometer las empresas más atrevidas, no he tenido jamás valor suficiente para derramar una sola gota de sangre"*<sup>1030</sup>.

<sup>1025</sup> *Ibíd.*, tomo II, cit., p. 266. La dimensión positiva que adquiere la figura de el Velludo ha sido destacada por Ángel Antón Andrés, quien refiriéndose a él escribe en el *Prólogo*: *"No es un bandido más, sino alguien que se distingue de ellos; es el jefe indiscutible, que sabe guiarlos con mano dura. A la vez, empero, el que gana, por su nobleza, valentía y desprendimiento, la voluntad de cuantos con él tratan. Es, ciertamente, un bandido generoso. Vive del fruto de sus rapiñas y de ponerse, él y su tropa, a disposición del que mejor pague. Pero sabe también, en ocasiones, prestar su ayuda interesada a importantes planes políticos"*. Edc., cit., p. 31-32.

<sup>1026</sup> *Cit.*, p. 32.

<sup>1027</sup> *Ibíd.*, p. 32-33.

<sup>1028</sup> J. M. Villergas: *Los misterios de Madrid*, tomo I, cit., p. 98.

<sup>1029</sup> *Ibíd.*, tomo I, cit., p. 100.

Candelas acaba siendo hecho prisionero y ejecutado públicamente, lo cual quiere decir que, a pesar de todas sus virtudes, se impone la lógica de la justicia. Pero su muerte no impide que la figura del bandido -y ésta podría ser la explicación de la función que los aspectos positivos de su persona desempeñan- se convierta en una acusación contra otro tipo de delincuentes, muy frecuentes en los tiempos que corren, y que se las arreglan para escapar impunes a la acción de la ley:

*"Mis colegas, los ladrones de **alta clase**, no se exponen nada, van siempre a cosa hecha, se pasean en carretelas, y cuando saben que el público murmura se ríen a carcajada y dicen con desdén: ¿Qué dicen por ahí, que soy un ladrón? Eso será cosa de alguno que anda a pie, dejadle que se desahogue. La ley tampoco puede con ellos, porque como van en coche nunca los alcanza, que los caballos corren más que la ley"*<sup>1031</sup>.

Del análisis de los grupos marginales se pueden extraer las siguientes conclusiones generales. La novela de ideología tradicional presenta una imagen negativa de todos los que se ocupa, excepto de los bandidos, mientras que la liberal reparte sus simpatías: mendigos y gitanos le merecen un concepto totalmente negativo; los judíos, positivo; y los bandidos, en líneas generales, suscitan su condena aunque encontramos excepciones particulares: algunos de ellos tienen virtudes que los hacen atractivos e incluso uno, logra salir de esa vida siendo ascendido a caballero.

Dadas las coordenadas ideológicas del Antiguo Régimen no resulta extraño que gitanos y judíos -cuya relevancia atendiendo al número de apariciones es, por otra parte, más bien escasa- merezcan una consideración negativa a la novela de ideología tradicional. Son gente, sobre todo los judíos, que no participan de la ortodoxia imperante por lo que no son en absoluto asimilables. Además, los prejuicios racistas y antisemitas están profundamente arraigados en la sociedad española. Forman parte de sus "valores" tradicionales. La propagación y salvaguardia de éstos es el objetivo fundamental de los grupos conservadores. De ahí, pues, que esta novela se haga eco de ellos. Sin embargo, sí que resulta llamativa a primera vista la imagen negativa de los mendigos, si se tiene en cuenta que la apología de la caridad es uno de los elementos fundamentales del acervo ideológico del Antiguo Régimen y si se la compara con la visión que de los mismos aparece en la novela del primer período del siglo. En ésta aparecían como una gente sumisa y agradecida con quienes les socorrían. La caridad era considerada como una obligación por quien la ejercía y como una merced por quien la recibía. Ahora, los caritativos caballeros cristianos siguen pensando que ayudar al necesitado sigue siendo un deber, pero los beneficiarios, por el contrario, no sienten ningún agradecimiento hacia sus benefactores, a los que engañan y explotan sin ningún tipo de escrúpulos. ¿A qué se debe este cambio de imagen? Pues probablemente tenga que ver con la creciente laicización de la sociedad española y la consiguiente pérdida de influencia de la Iglesia. La caridad había sido tradicionalmente ejercida por ésta. La desamortización la ha privado de una importante fuente de ingresos por lo que su capacidad económica ha disminuido. Pero no sólo eso. Ahora se propugnan desde distintos ámbitos la creación de sociedades filantrópicas -

<sup>1030</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 163.

<sup>1031</sup> *Los misterios de Madrid*, tomo I, cit., p. 100.

páginas atrás vimos cómo Ayguals saludaba entusiásticamente la fundación de algunas de ellas- que tienen un carácter eminentemente laico y, por tanto, sin un control directo por parte de la Iglesia. Es decir, la ayuda a los necesitados está convirtiéndose en un asunto cada vez menos religioso y más social. El estado liberal asume tareas que antes estaban en manos de la Iglesia. Parece lógico, por tanto, que desde los sectores conservadores se perciba que los mendigos, sometidos antes a su influencia, pues eran los garantes de su supervivencia, ahora están comenzando a escapar de ella y pasando a la del "enemigo". En estas nuevas circunstancias los mendigos no son ya fácilmente asimilables ni manipulables por los círculos conservadores. De ahí la imagen negativa. Los bandidos, -en realidad sólo menciona a dos y uno de ellos muy de pasada- por el contrario, son objeto de un tratamiento positivo en la obra de Fernán Caballero. La razón es evidente: Diego Corrientes aparece como un prototipo de religiosidad, y ésta es uno de los elementos fundamentales del acervo ideológico del Antiguo Régimen. Dado el impacto emocional que la figura de los bandidos causaba en el pueblo, el presentar a uno de ellos como la suma encarnación de la religiosidad, es un modo bastante eficaz de hacer propaganda de la misma.

Si la novela conservadora es bastante dura con los mendigos, la liberal lo es todavía más, pues Espronceda utiliza calificativos como "parásitos" y "asquerosos" para referirse a ellos. Espronceda adopta, como ya se ha explicado anteriormente, una actitud muy crítica hacia una sociedad en la que los cambios liberales introducidos sólo han beneficiado a una pequeña minoría y que trata de ocultar las insuficiencias e injusticias generadas bajo la capa de la caridad laica. Los mendigos, objeto de ésta, son vistos como unos aprovechados -y en esto coincide con la novela conservadora- cuya acomodación supone un apoyo más o menos explícito a unas estructuras sociales con las que Espronceda está radicalmente en contra. Estos mismos motivos explican la consideración positiva de que, en líneas generales, son objeto los judíos: sería una forma de denunciar el carácter exclusivista y discriminatorio de la ortodoxia oficial.

Por último, los bandidos aparecen en general con trazos bastante negativos. La razón fundamental es su alianza con los sectores ultraconservadores: la colaboración con los carlistas se denuncia con frecuencia. Sin embargo encontramos también algunos casos particulares de tratamiento positivo. Cuando esto sucede se les convierte en figuras a través de las que se critican aspectos del Antiguo Régimen o para desenmascarar formas de delincuencia privativas de la nueva sociedad burguesa.

En síntesis los grupos marginales se utilizan para defender el Antiguo Régimen, criticarlo o denunciar las insuficiencias y limitaciones de las transformaciones liberales.

## **2.2.12. CONCLUSIONES DEL PERÍODO 1833-1868**

La burguesía, sustentada en el desarrollo económico capitalista, es la protagonista indiscutible -aunque no indiscutida- de esta segunda etapa del siglo. La industria textil catalana, la siderúrgica que va concentrándose en Vizcaya y Asturias, y la banca son algunos de los pilares en los que se apoya su poder. En el terreno literario el protagonismo burgués se traduce en la aparición -y positiva valoración- de la novela propiamente dicha no sólo porque

se ajusta a la definición de Lukács -"historia de un individuo problemático"- sino sobre todo porque recoge la problemática contemporánea, cosa que raramente sucede en la novela del período anterior. Durante estos treinta y cinco años la burguesía lucha por consolidarse en el poder mediante la implantación del liberalismo económico y político. Esta tarea choca con dos obstáculos fundamentales: las todavía muy resistentes estructuras del Antiguo Régimen -que basa su poder en una economía agraria preindustrial y cuyo sector más recalcitrante se agrupa políticamente en torno al carlismo- y la necesidad de implicar al pueblo -urbano- que se va convirtiendo en proletariado como consecuencia del proceso de industrialización, en su política de cambios, alejándolo de la influencia de las clases tradicionales y atrayéndolo a la órbita del liberalismo; pero cuidando al mismo tiempo que no rebase los límites de éste, que no escape al control de la burguesía. Por su parte, las clases tradicionales también apelan al pueblo -en este caso rural- para seguir manteniendo las estructuras sociales del Antiguo Régimen.

Se puede afirmar, por tanto, que lo que caracteriza la historia de estos treinta y cinco años es la lucha en bastantes ocasiones cruenta -numerosos motines y dos guerras civiles- entre tradicionalistas y liberales. Los primeros se apoyan en el pueblo rural al que buscan como aliado para la defensa de sus intereses. Los segundos, en el pueblo urbano con idéntica finalidad. Luego, nos encontramos con los mismos protagonistas que en el período 1800-1833. Pero las cosas no son iguales. La correlación de fuerzas ha cambiado. La burguesía se encuentra en ascenso, las clases tradicionales en retroceso. De ahí que si en la novela del primer período del siglo la presencia de la novela de ideología tradicional era abrumadoramente mayoritaria -26 a 5-, ahora sucede lo contrario; de las 30 novelas analizadas, 21 pueden adscribirse a la ideología burguesa -aunque con diferentes matices como he ido señalando en los diferentes capítulos- y 9 a la tradicional. El protagonismo burgués -del que es consecuencia este cambio- se traduce, asimismo, en que su visión del mundo, sus presupuestos ideológicos van infiltrándose en el conjunto de la sociedad impulsándola hacia una creciente laicización observable, por ejemplo, en la asunción por parte de instituciones civiles de tareas tradicionalmente desempeñadas por la Iglesia, que va a ver así disminuida su influencia. A esta disminución contribuirán también otras medidas, como la desamortización. Consecuencia de este proceso de laicización es que los principios del liberalismo -libertad, igualdad, soberanía popular, etc.- van a calar en todas las esferas de la sociedad, hasta el punto de que, en algunos casos, van a "obligar" a los defensores de la ideología tradicional a "modernizar" sus razonamientos sustituyendo los ya manidos argumentos morales por otros de tipo laico. Esta sustitución se realiza mediante la apropiación de ideas liberales a las que se vacía de su contenido original, que es reemplazado por otro de tipo tradicional. Los autores liberales, por su parte, harán lo mismo con los contenidos ideológicos tradicionales. Esto hace que, en algunos aspectos, se pueda hablar de "coincidencias" -y no sólo porque utilicen los mismos métodos de propaganda de sus respectivas ideologías-, lo que tampoco resulta extraño; si tenemos en cuenta que ambos pretenden lo mismo -mantener al pueblo (rural o urbano) sujeto en su área de influencia- parece lógico que recurran a argumentos parecidos, aunque enfocándolos desde ópticas diferentes. Por otra parte, dado que, a la vuelta de unos años, el pueblo se va a convertir en enemigo de ambos, estas coincidencias son un preludio del bloque

que sus respectivos sectores moderados formarán contra el movimiento obrero durante la Restauración. De momento, la situación entre ambas clases es de enfrentamiento.

El hecho de que la burguesía vaya paulatinamente haciéndose con las riendas del poder económico y político a lo largo de estos años no significa que el antiguo régimen esté definitivamente derrotado, como lo demuestra, por ejemplo, que su versión ultramontana -el carlismo- provoca nada menos que tres -dos antes de 1868- sangrientas guerras civiles en poco más de cuarenta años. La corriente novelística que defiende el Antiguo Régimen cuenta con tres representantes entre los autores analizados: Fernán Caballero, Enrique Gil y Carrasco y Estanislao de Cosca y Vayo. De los tres la más combativa es doña Cecilia y, además la única, que sitúa sus novelas en la época contemporánea, pues Gil y Vayo lo hacen en la Edad Media. Sin embargo, Vayo es más "moderno" que Fernán, pues mientras ésta sigue aferrada a la utilización de argumentos de tipo moral que eluden -aunque no por eso logran evitar- la realidad contemporánea, el escritor valenciano apela a razones de tipo laico. Los tres defienden el mismo modelo social, si bien de un modo explícito en Fernán y Gil, mientras que Vayo -lo cual es también un signo de su modernidad- lo hace de un modo más implícito: el de una sociedad agraria, monarquía absoluta y en la que la Iglesia ejerce un magisterio doctrinal indiscutido. Esta sociedad es, asimismo, rígidamente jerárquica, económicamente desigual y el pueblo no interviene en la toma de decisiones. Pero la desigualdad y las impenetrables barreras sociales no ocasionan ningún tipo de conflicto entre las diferentes clases porque el poder, cuyos representantes "oficiosos" en los pequeños núcleos de población son los hidalgos del tipo de don Martín Ladrón de Guevara, no es nunca despótico, sino todo lo contrario: paternalista y atento a satisfacer las necesidades del pueblo sin que éste tenga que plantearlas. Don Martín, que se niega a vender sus garbanzos para repartirlos entre los desfavorecidos, o la Asistenta, que no hace caso de las indicaciones de su capataz para que despida a algunos braceros porque si ella no los necesita, ellos sí la necesitan, son ejemplos lo suficientemente ilustrativos de -según la perspectiva de estos escritores- la eficacia del sistema de protección social del Antiguo Régimen. Este mismo paternalismo se extiende a las relaciones señores-criados, que se caracterizan por la fidelidad de éstos y la protección de aquéllos. La fidelidad no es consecuencia de la protección y viceversa. Es impensable que en este sistema la conducta de unos y de otros pudiera ser de otra manera, porque para ambos es la consecuencia de una obligación moral, no de una relación contractual. Sentimiento éste que les ha sido inculcado por la religión. La Iglesia desempeña así en su esfera la misma función que el poder en la suya: garantizar la seguridad espiritual. En este terreno la Iglesia ejerce un magisterio que no admite discusión pues es -lo mismo que el poder- de origen divino. La religiosidad -fuertemente arraigada en el pueblo, como los múltiples ejemplos de *La Gaviota* o *La familia de Alvareda* ponen de manifiesto- es un valor del que se derivan innumerables efectos beneficiosos, pues impulsa a todos a comportarse noblemente ayudándolos a superar sus rencillas, practicar la caridad, temprar la soberbia y dominar funestas pasiones. Éste último es el caso de Elia, que renuncia a casarse con Carlos -la madre de éste se opone por la desigualdad social de ambos- con el argumento de que "*todo lo que lleva a arrostrar la opinión y arrollar el orden establecido es ciega pasión; y ésa no guía bien y debe ser guiada*". Con lo cual Fernán Caballero está reconociendo -aunque evidentemente su óptica es otra muy distinta pues ella habla de religión

y no de Iglesia- lo que va a ser una acusación general de la novela liberal: que la Iglesia es uno de los principales aliados del Antiguo Régimen a cuyo servicio está utilizando la religión.

El pueblo se encuentra tan protegido y seguro dentro de este sistema que se identifica con él por entero. La veneración que siente hacia sus señores naturales -manifestaciones de duelo y lamentos cuando mueren don Martín o doña Beatriz Ossorio- y hacia las enseñanzas de la Iglesia -fe sana e ingenua de los buenos personajes de *La Gaviota*- así lo ratifican. La identificación del pueblo con este sistema llega hasta el punto de que algunas veces incluso se compromete activamente en su defensa. Es lo que sucede cuando algún desaprensivo -valido o privado- ejerce el poder en beneficio propio y de su camarilla de gobierno; el pueblo se rebela y le restituye el poder a quien legítimamente le corresponde. Estas *revoluciones a favor del poder* demuestran varias cosas: que los ocasionales abusos que en el Antiguo Régimen se puedan producir no son achacables al sistema, sino a casos individuales; que el sistema tiene sus propios mecanismos de corrección; y, lo más importante desde el punto de vista de esta tesis, que el pueblo -en contra de lo que los apologistas de las modernas teorías de la soberanía popular puedan afirmar- no desempeña en el Antiguo Régimen un papel meramente pasivo, sino que llegadas las circunstancias toma la iniciativa implicándose en la defensa de un régimen que tanto le importa. Estas sublevaciones del pueblo se pueden considerar, por tanto, como una respuesta indirecta a la teoría de la soberanía popular tan enfáticamente defendida por los liberales. Es decir, los defensores de la ideología tradicional se apoderan de un concepto liberal y lo desvirtúan y lo vacían de su verdadero contenido al afirmar que no hay nada de novedoso en él, con lo que la conclusión es evidente: Si el pueblo -en estas *revoluciones a favor del poder*- se lo devuelve al rey, ¿no demuestra esto que ese poder se basa -y de ahí su indiscutible legitimidad- en la voluntad popular? ¡Vaya un descubrimiento el de los defensores del sufragio universal! Esta línea argumentativa -afirmar que los filósofos contemporáneos no han inventado nada sino simplemente rebautizado (para mal) conceptos ya existentes- es muy del gusto de Fernán Caballero. Para ésta, términos como *ética, Supremo Hacedor, deísmo, filantropía*, etc. no hacen ninguna falta, pues desde hace siglos existen otros -*religión, Dios, fe, caridad cristiana*- que les llevan mucha ventaja pues son los únicos que se refieren a esas realidades con precisión y propiedad. El hacerlo con los nuevos términos es, según dice en *La Gaviota*, como platear el oro. Y es que los términos tradicionales tienen un carácter absoluto que los mantiene a salvo de los albures y contingencias de la temporalidad. Por eso, un campesino andaluz no necesita haber leído a Rousseau -como ironiza la condesa en *Elia*- para tener conciencia -aunque en este caso sea un tanto exagerada- de su propia dignidad. Y es que Fernán Caballero le niega radicalmente carta de naturaleza a la existencia de "virtudes laicas": "*Sólo la religión crió aquellas virtudes, hijas ingratas que se emancipan, vuelven la espalda a su madre, y se unen a sus enemigos para combatirla*"<sup>1032</sup>. Es decir, está acusando a los liberales de utilizar el procedimiento de la *apropiación* -lo que en algún caso es cierto como veremos- antes referido. Pero Fernán es consciente de que la apropiación va acompañada de la sustitución:

---

<sup>1032</sup> *Clemencia*, cit., p. 138.



"Los misioneros predicaban de noche, y la iglesia se llenaba de un pueblo que venía a oír la palabra de Dios, que enseña al hombre a ser bueno. Ahora hay **clubs** en que se enseña al hombre a ser libre, lo que es mejor y más **digno**. ¡Pobre pueblo!"<sup>1033</sup>.

No se trata sólo de maquillar los conceptos tradicionales con un barniz laico, sino que hay algo más profundo: la encarnizada disputa por quién va a desempeñar la misión de "instruir" en lo sucesivo al pueblo. El rechazo de los nuevos conceptos liberales lo realiza también doña Cecilia mediante el distanciamiento irónico, procedimiento que utiliza, por ejemplo, al relatar las reformas que el alcalde liberal de Villamar -don Perfecto Cívico- emprende durante su mandato; reformas que, por supuesto, no son comprendidas ni aceptadas por el pueblo, que se mantiene siempre aferrado a lo tradicional. El pueblo, que rechaza el liberalismo y defiende sus costumbres ancestrales, se convierte así no sólo en el aliado, sino en el más fidedigno depositario de esos valores tradicionales que son elevados así a la categoría de algo intrínseca -intrahistóricamente- popular y, por tanto, nacional. En los tiempos que corren estos valores ya sólo quedan en España. Los demás países europeos -con Francia a la cabeza- han dado la espalda; por eso, Dios, para castigarlos, permite las revoluciones, de las que afortunadamente nuestro país se encuentra al margen. Fernán apela así a argumentos morales para justificar el Antiguo Régimen y condenar la agitada vida política liberal. Sin embargo, Vayo, más moderno como ya ha quedado apuntado, realizará idéntica condena en nombre del patriotismo. Estos valores que, como he dicho, se conservan puros y pujantes en el pueblo, y que constituyen la esencia de lo español, están siendo atacados por teorías ajenas, por ideologías que no son "*nuestras*" y que han sido asumidas no sólo por un sector de la sociedad española sino incluso -lo que resulta imperdonable- por algunos nobles -inmisericordemente ridiculizados por la autora en la descripción de la tertulia sevillana de la condesa de Algar- que se muestran muy aficionados a todo lo francés y denigran todo lo español. Éstos deberían aprender del pueblo a apreciar todo lo nacional siguiendo el ejemplo de otros de los contertulios como la propia condesa o el general Santa María. Nos encontramos así con otra muestra del importante papel que el pueblo desempeña en el Antiguo Régimen: no sólo restituye el poder a los reyes que indolentemente lo habían dejado en manos de privados poco escrupulosos, sino que ejerce un auténtico magisterio en la conservación y difusión de los valores nacionales, que no pueden ser otros que los populares-tradicionales. Aquí reside la explicación de la veneración que Fernán Caballero siente por todo lo popular: folclore, lenguaje, trajes, leyendas etc.; porque en esta época de disolución de los valores tradicionales, solamente en el pueblo pueden seguir encontrándose en estado puro. De ahí que haya que defender a toda costa "*lo nuestro*", que es la intención que le ha movido, según declara explícita y enfáticamente en el prólogo -*Carta a mi lector de las Batuecas*- a escribir **Clemencia**. *Lo nuestro* no es sólo la peineta y la mantilla. Éstas son sólo una envoltura emocional -con la finalidad de conseguir una identificación más amplia- de contenidos mucho más trascendentales: sociedad preindustrial, monarquía absoluta, catolicismo, jerarquías sociales indiscutidas... Pero, para conjurar el peligro que contra estos valores se cierne, hay que aislar al pueblo y mantenerlo en la ignorancia; dejarlo al margen de la invasión extranjera que

---

<sup>1033</sup> *La familia de Alvareda*, cit., p. 160.

nos amenaza con arrasar, al mismo tiempo que con los trajes y las canciones, con la monarquía, las relaciones sociales -¡en algunas familias hasta e permite el tuteo de los hijos a los padres- y la religión. Fernán se queja continuamente -y lanza sus invectivas unas veces apocalíptica y otras satíricamente- de que las modernas ideas y teorías filosóficas -lo que he llamado instrucción laica- son un peligro para la religiosidad y sana moralidad del pueblo, porque -nacidas en el extranjero- resultan incompatibles con el alma nacional española. Pero esas ideas las ha originado el liberalismo del que constituyen su formulación ideológica. El liberalismo es un nuevo modo de producción que busca el progreso basado en el desarrollo industrial -que también viene de fuera, pues la máquina de vapor la inventaron los ingleses- lo que conlleva inevitablemente el relevo de clase dirigente y sus valores. Luego, tras la apología "*lo nuestro*" lo que subyace es la defensa de la sociedad tradicional -más pujante en el campo (por eso las modos de vida del pueblo rural se convierten en paradigma de la misma)- contra el progreso burgués capitalista, ante cuyo empuje está sucumbiendo. Por eso le parece tan mezquino el ferrocarril:

*"Vese también en la vega otro objeto lleno de actualidad y palpitante interés (según se expresan en francés traducido los periódicos de la corte y sus socios de provincias), se ve, sí, se ve, poniendo cuidado o sacando un antejo de larga vista, el camino de hierro; pero... ¡qué chico! ¡qué mezquino! Cuando en seguida se baja la vista, y se mira aquel castillo de otras edades, tan grande, tan fuerte y sólido; Cuando se miran las iglesias seculares, allí en Cádiz, en Puerto Real, serenas e inmutables entre huracanes, vicisitudes, guerras y siglos... y se comparan a esa moderna obra magna, no puede uno menos de considerar que mientras más se emancipa el hombre de Dios, más mezquinas, efímeras, e inconsistentes son, no solamente sus ideas, sino también sus obras"*<sup>1034</sup>.

Es decir, que ante el conflicto entre Antiguo Régimen y capitalismo burgués -que constituye en estos momentos la problemática más acuciante de la sociedad española- la novela de ideología tradicional opta por el primero identificando los valores de éste con lo genuinamente español, "*lo nuestro*", que sigue conservándose en su estado puro en el pueblo rural. Esta novela actúa, pues, como portavoz de los intereses de la oligarquía agraria frente a los de la burguesía liberal.

La novela liberal, por su parte, ataca los fundamentos del Antiguo Régimen utilizando todos los medios a su alcance para socavarlos, entre ellos -el más importante- la alianza con el pueblo urbano que, como consecuencia del paulatino proceso de industrialización, comienza a convertirse en proletariado. Intenta para ello "instruirlo" en los principios del liberalismo con la pretensión de que los asuma como cosa propia pues, para muchos de estos novelistas, dentro del liberalismo -última revolución de la historia- caben todas las clases sociales, ¡hasta la aristocracia de la sangre! Para que triunfe el liberalismo sólo hace falta remover los obstáculos que impiden su implantación que son fundamentalmente dos: la monarquía absoluta y la Iglesia. Ésta, que disfruta de un enorme poder económico y social -prueba palpable de lo mucho que se ha apartado de su misión espiritual- se ha erigido en uno de los principales baluartes del absolutismo. La corriente de fuerte anticlericalismo -presente en bastantes de estas novelas y que utiliza desde la caricatura de trazo grueso hasta la denuncia de abusos y

<sup>1034</sup> *Un servilón y un liberalito*, cit., p. 8-9.

corrupciones de todo tipo- forma parte de una campaña de desprestigio orientada a minar el poder social de la Iglesia al que la desamortización le había asestado también ya un duro golpe. Pero nunca atacarán la religión, siendo en esto bastante más prudentes que algunos novelistas del período anterior en cuyas novelas *-La papisa o Cornelia Bororquia-* había críticas que trascendían la institución llegando a cuestionar los fundamentos mismos de la religión. La conciencia, al menos intuitiva, de que al cabo de unos años van a necesitar la religión -y en consecuencia a sus ministros- para sostener el sistema social, en cuyo nombre denuncian la utilización espuria de esa religión por otro al que pretenden derribar, explica sobradamente el porqué de su prudencia. Por eso, por muy radicales que sean, los novelistas de esta etapa nunca la atacan. Todo lo contrario. Ayguals, por ejemplo, carga las tintas -¡y de qué manera!- contra los insensatos que pretenden construir una sociedad sin Dios. Es decir, la novela liberal distingue -a diferencia de la tradicional- diáfamanamente entre religión e Iglesia. Salvan explícita e inequívocamente la primera -que, además, no se les ocurre pensar que pueda ser otra que la católica- y censuran acremente a la segunda centrando sus críticas fundamentalmente en los frailes y órdenes eclesiásticas, recogiendo así uno de los elementos centrales de la ideología burguesa, pues la disminución del número de conventos había sido una de sus reivindicaciones desde los ilustrados. A los frailes se les acusa de haberse constituido en el principal sostén del carlismo -los conventos son nidos de conspiradores- que en estos momentos se ha convertido en la versión más radical del absolutismo.

Si para la novela tradicional el auténtico -el genuino- pueblo es el que se mantiene fiel a los valores del pasado, para la liberal -que tiene también su propio concepto al respecto -es el que se identifica con el liberalismo. Es más, si para la primera el pueblo es intrínseca -casi se podría afirmar que genéticamente- tradicional (lo que equivale a español auténtico), para la liberal el pueblo -el que merece este nombre, pues otra cosa es el populacho- no puede ser otra cosa que esencialmente liberal, aunque algunos autores, como Espronceda, que profundizan un poco más en sus análisis, se muestran bastante escépticos ante el liberalismo del pueblo; no porque duden de su capacidad para serlo, sino porque se dan cuenta de que, dado el egoísmo restrictivo de la revolución liberal española, no tienen ningún motivo para ello: si no tienen nada que ganar, ¿qué les va a impulsar a implicarse en ella? Ayguals, que es el campeón de la tesis del liberalismo del pueblo, insiste una y otra vez en destacar y jalear el entusiasmo que entre el pueblo suscitan todos los acontecimientos de signo progresista, *verbi gratia* el motín de los sargentos de La Granja. Este entusiasmo es para el escritor vinarocense una prueba incontrovertible de que el pueblo siente el liberalismo como algo suyo. Este pueblo está lleno de virtudes, como el de la novela tradicional, pero con la particularidad de que los autores liberales destacan más la dimensión cívica que la religiosa. Así, es sumiso, honrado, trabajador, sufrido, pacífico... Pero estas virtudes no le son ni reconocidas ni recompensadas. Se encuentra abandonado -pues el poder no se ocupa de él en lo más mínimo- y desprotegido en todos los aspectos: económico: salarios bajos que no le llegan ni para malvivir; político: no tiene derecho al voto; cultural: sumido en la ignorancia. Ésta -que la novela tradicional elevaba a la categoría de virtud- para la liberal es una lacra pues tiraniza doblemente al pueblo que sufre las consecuencias sociales y psicológicas de la misma: el mantenimiento del Antiguo Régimen y la consiguiente alienación.

Si para la novela tradicional el pueblo genuino -al que se dirige por encontrarse en su esfera de influencia- es el rural, la liberal lo hace al urbano. Como consecuencia del proceso de industrialización -analizado en la introducción histórica- ha ido surgiendo el proletariado que cuenta ya con una relativa organización. El proletariado nace en estos años como consecuencia de las transformaciones habidas en los modos de producción que han supuesto que los pequeños talleres, en los que los artesanos eran dueños de los modos de producción, desaparecieran y los trabajadores se concentran en grandes fábricas, en las que de lo único que son dueños es de su fuerza de trabajo, pasando a constituir la clase obrera. La característica socioeconómica básica que define su pertenencia a ella es el trabajo asalariado. La coincidencia en el mismo lugar de trabajo y la experiencia diaria de las circunstancias en las que se desarrolla su trabajo serán las causas que originen el nacimiento de la conciencia de clase que les permitirá actuar conjuntamente para la consecución de determinados fines. El hecho de que la novela liberal se fije en él, lo recoja en sus páginas y se haga eco de sus preocupaciones -aunque desde una óptica peculiar- indica que la burguesía se ha apercibido perfectamente de que son las nuevas condiciones en las que se desarrolla su trabajo -por eso se cuidan de marcar las diferencias con el populacho- las que están haciendo surgir esa conciencia de clase, y quiere aprovecharla en beneficio propio. Pero ni el desarrollo burgués es un fenómeno que afecte a toda España, por lo que el proletariado tampoco se encuentra en todos sitios, ni todos los sectores que pueden adscribirse a la burguesía tienen los mismos intereses -la agria polémica entre librecambistas y proteccionistas es buena muestra de ello-, lo que condiciona su grado de radicalismo en la aplicación de las medidas liberales y su percepción de la problemática obrera. Así, junto a la denuncia de la explotación económica del obrero en Ayguals, podemos encontrar también la apología de los avances tecnológicos de la industria textil catalana en Rafael del Castillo, quien presenta una imagen del obrero -educado, correcto, nada reivindicativo- como mero apéndice de la máquina; o la visión de Manuel Angelón al que, con motivo de una huelga, lo que más le preocupa es que se pare la actividad económica. Es decir, las actitudes son totalmente diferentes: crítica, entusiasmo, preocupación. Pero denunciar la explotación del obrero no supone cuestionar el sistema liberal, pues aquélla no es achacable a éste, sino simplemente consecuencia de los abusos de algunos desaprensivos, abusos que son totalmente ajenos al espíritu -*igualdad, fraternidad*- del liberalismo: la idílica descripción -en la que no tiene cabida el carácter reivindicativo de la clase obrera catalana- que de la fábrica de Barcelona presenta Rafael del Castillo es una prueba contundente de las excelencias del liberalismo.

La novela liberal no se ocupa sólo del trabajo industrial, sino también -y en mucha mayor medida- del doméstico. En la novela tradicional las relaciones entre señores y criados, como ya se vio, no da origen a ningún tipo de conflicto: protección y fidelidad son los dos términos de una ecuación que no admite ningún otro posible planteamiento. La liberal, por el contrario, presenta esta ecuación, pero también la opuesta. Que se dé una u otra depende del comportamiento de los señores. La fidelidad de los criados no es, pues, -como en la tradicional- un hecho natural, sino la consecuencia de un trato humano y adecuado por parte de los señores. Y, viceversa, cuando éstos se comportan despóticamente sus servidores les pagan con la infidelidad.

Tanto la denuncia de la explotación del obrero como la presentación de conductas adecuadas e inadecuadas y sus respectivas consecuencias en las relaciones señores-criados apuntan al mismo objetivo -del que Ayguals es el paladín indiscutible-: la concordia social a la que se llegará si se evitan las causas que motivan los rencores y las tensiones. Pero la percepción que de éstas tienen los diversos autores no es uniforme ni mucho menos. Ayguals reconoce que existen motivos más que suficientes para que se generen conflictos; Angelón describe una atmósfera conflictiva pero explicándola más por causas exógenas -reivindicaciones frente al poder central (que son de la burguesía, no del pueblo)- que endógenas: las tensiones sociales entre burguesía y proletariado; y Rafael del Castillo las ignora; para éste, como para Fernán Caballero, no existen y ambos aducen, además, las mismas razones: la perfecta organización de los respectivos sistemas sociales que defienden. De ahí que las reacciones ante las situaciones descritas sean también distintas: Ayguals quiere evitar que las situaciones de injusticia que describe desemboquen en un clima de enfrentamiento. Por eso, hace una llamada a las clases dirigentes para que mejoren las condiciones de vida de las clases trabajadoras: si se eliminan las causas desaparece el peligro. La situación con la que se enfrenta Angelón -la burguesía catalana- no es la de prevenir -ha habido ya numerosos estallidos-, sino la de apaciguar esas tensiones. Para ello nada mejor que desviar la atención de la verdadera causa echándole la culpa a la insensibilidad del poder central ante las reivindicaciones del principado; es decir, evita el problema social -conflictos entre la burguesía y el proletariado- convirtiéndolo en "nacional": la causa del crispado ambiente no son los conflictos entre la burguesía y el proletariado, sino entre el pueblo catalán y el poder central. Pero el dilema de la burguesía catalana es que no puede prescindir del poder central pues lo necesita para controlar a su propia clase obrera. Por eso Angelón no quiere la revolución -las protestas se hacen, además, en nombre de Felipe IV- y se inquieta ante la excesiva crispación que observa en algunos sectores del pueblo. En el hipotético caso de que llegara a triunfar la sublevación como consecuencia de la acción de éste, podría escapar a su control y volverse contra la propia burguesía.

Un sector de la novela liberal -el progresista- reconoce, pues, que la sociedad es desigual porque todavía no todos gozan de los derechos políticos y porque la riqueza se encuentra muy desigualmente repartida. Sin embargo otro, parece estar perfectamente conforme con la situación. Pero incluso los que aspiran a la igualdad, aspiran simplemente a la igualdad ante la ley, que no se logrará hasta que no se consiga la instauración del sufragio universal. Para paliar las desigualdades económicas y mejorar las condiciones de vida de la clase obrera, además de subir los salarios hasta un nivel que les permita atender a sus necesidades más perentorias, estos novelistas -sin desdeñar la caridad- apelan fundamentalmente a la creación de sociedades filantrópicas, palabra ante la que tan airadamente reaccionaba Fernán Caballero. Pero este modelo de liberalismo -progresista- choca no sólo con la oposición del Antiguo Régimen, sino también con la que está siendo su realización práctica. Los moderados tienen una concepción egoístamente restrictiva del mismo -aunque en los períodos que gobiernan los progresistas las cosas no cambian mucho: no hay más que recordar las críticas de Espronceda a la desamortización- que les ha llevado a monopolizar las transformaciones económicas y sociales en beneficio de una pequeña minoría.

Los novelistas recogen, por tanto, distintas percepciones de la realidad española: unos denuncian la oposición a ultranza a cualquier tipo de cambio, otros, que -contradiendo la teoría de sus lemas grandilocuentes- el liberalismo no beneficia a todos, y encontramos también los que se sienten satisfechos con las transformaciones habidas. En consecuencia, van a reaccionar de manera muy diversa: desde justificar la revolución -debidamente controlada-, pasando por su condena inequívoca, hasta mostrarse irónica o escépticamente desengañados.

Algunos -Ayguals, Martínez Villergas...- defienden, en determinadas circunstancias, la revolución, aunque preferirían no tener que recurrir a ella. Pero, dado que los gobiernos se niegan a conceder al pueblo una serie de reivindicaciones que son de justicia, a éste no le queda más remedio que conseguirlas por la fuerza. Ahora bien, para que el uso de la violencia esté totalmente justificado debe ser dirigida en todo momento por quien tiene algún tipo de legítima autoridad; o, lo que es lo mismo, no escapar nunca al control de la burguesía. Sin embargo, para otros -Avellaneda, Angelón- la revolución es siempre rechazable por las razones aducidas líneas atrás. Tanto el intento de control como el rechazo son consecuencia del temor -más evidente en el segundo caso- a que se les pueda escapar de las manos. Pero, mientras que para los primeros la pérdida del control -aunque esté dentro de lo posible- se presenta como remota, para los segundos es muy verosímil. Esta diferente reacción se puede explicar atendiendo al grado de desarrollo del proletariado. La realidad que refleja Ayguals -defensor de la revolución- es la de una burguesía, la madrileña, sin apenas proletariado. A ésta le preocupan sobre todo las transformaciones de tipo político; se mueve fundamentalmente en el plano de la ideología y el liberalismo consiste para ella principalmente en la conquista de una serie de derechos legales; han visto a los proletarios batirse en las calles pero siempre en nombre de los lemas del liberalismo. La segunda actitud -Angelón- responde a la experiencia de una burguesía en la que el proletariado ha dado muestras ya de su capacidad reivindicativa no sólo a su lado, sino también frente a ella: la lucha por el derecho de asociación, la quema de fábricas, las protestas por el continuo aumento por parte de los patronos de la longitud de las piezas no son actos, precisamente, de apoyo a la burguesía. Para la burguesía catalana la revolución liberal no es una realidad que haya que conseguir, sino que conservar y para ello hay que defenderla del que ya se presenta como su enemigo natural. Entre las prioridades de la burguesía industrial catalana no se encuentra el sufragio universal sino el aumento de la productividad y de los beneficios. Por eso, aunque tengan algunos contenciosos pendientes con el gobierno de la nación y la presencia del pueblo pueda resultar de una gran ayuda como medida de presión, mejor no recurrir a él, pues su participación implica un riesgo que es preferible no correr. Por último, una tercera reacción es la del escepticismo: crítico en Espronceda, más en sus artículos que en su novela; irónico en Tapia cuando observa las grescas entre conservadores y progresistas, desengañado en Villergas y otros porque ven que los logros de la revolución no responden a las expectativas.

En Síntesis, mientras la novela tradicional mantiene una uniformidad en la defensa de sus postulados, en la liberal se observan diversas corrientes reflejo tanto de los diferentes intereses de la burguesía como de la conciencia por parte de algunos de que -en contra de lo que creyeron en un principio- el pueblo no cabe en el liberalismo. Aunque la importancia del

papel del pueblo ha aumentado extraordinariamente en este período, el problema central que tiene planteado la sociedad española sigue siendo el del enfrentamiento entre Antiguo Régimen y liberalismo. Ambos, como aliado contra el contrario utilizan al pueblo. La andadura autónoma de éste todavía no ha comenzado, si bien los temores de la burguesía anuncian que no está lejos.

### **3. 1868-1900: LA MONOPOLIZACIÓN DE LA NOVELA POR LA BURGUESÍA.**



### 3.1. INTRODUCCIÓN.

Mi intención en esta introducción no es hacer un estudio exhaustivo de la novela –movimientos, obras, períodos, autores...- sino simplemente trazar, a grandes rasgos, el contexto literario en el que se sitúan las novelas que analizaré en el punto siguiente. Y este contexto está fundamentalmente determinado por las repercusiones que tiene en el terreno novelístico la apropiación –y consiguiente exclusión del pueblo- de la revolución por parte exclusiva de la burguesía, aspecto que ya fue analizado en la introducción histórica.

Por eso, si comparamos la novela de este último período -1868-1900- con la del anterior -1833-1868- tres características llaman la atención: las quejas de algunos escritores relevantes sobre la ausencia de novela (en realidad, de lo que ellos entienden por tal), las polémicas sobre las distintas formas de entenderla y la ausencia del proletariado de las páginas de la misma. Al menos, la problemática obrera ocupa un lugar poco relevante: bastante menor que el que le correspondería por su protagonismo social; quizás sea ésta una forma de “venganza” de la burguesía por haberse emancipado de su tutela.

Todos estos fenómenos son consecuencia de la misma causa: el ascenso de la burguesía –con todas las limitaciones, carencias y vacíos ya señalados- al papel de clase rectora. Este ascenso implica, por una parte, que los escritores –no todos, pero sí los más representativos- solamente consideren como novela –estéticamente adscrita al realismo- la que refleja una visión burguesa del mundo; y, por otra, que sientan la problemática obrera como ajena. Es decir, al igual que el régimen liberal burgués, la novela ignora al pueblo. Y, las diversas polémicas en torno a la misma, no son sino distintas formas de ignorarlo.

Así pues, en las siguientes páginas voy a realizar una breve síntesis de la evolución de la novela en estos treinta años largos partiendo del siguiente planteamiento: la monopolización del poder por parte de la burguesía –por sectores cada vez más restringidos y conservadores- sobre todo desde 1875, implica, asimismo, la monopolización de la novela –tanto del concepto como de la temática- hasta el punto de no considerar como tal la anterior a 1868; y, por otra parte, el pueblo –ahora ya el proletariado-, excluido de los beneficios del liberalismo, lo es también de las páginas de las novelas de los escritores burgueses. El proletariado que, como expuse en la introducción histórica, ha comenzado, desde la fundación de la Internacional, su andadura en solitario, no puede ya esperar nada de la burguesía; ni siquiera que lo incluya en sus novelas: Galdós –el más grande de los novelistas de esta generación- es ejemplo ilustrativo y prototípico de ello.

#### 3.1.1. LAS QUEJAS POR LA AUSENCIA DE NOVELA: MOTIVOS.

Tras lo afirmado en la introducción a la segunda parte de este estudio, donde resalté la importancia que adquiriría la novela –en cantidad, prestigio y contemporaneidad- durante el período 1833-1868, el título de este epígrafe puede parecer contradictorio. Pero no lo es; nunca estuvo el concepto de novela tan condicionado por la ideología como lo va a estar en estos años. Por eso, lo que sucede simplemente es que ha cambiado el concepto de lo que se tenía y se tiene por novelesco; de lo que se entendía y se entiende por realismo; y este cambio tiene mucho que ver con el protagonismo social que está adquiriendo la burguesía. En la década del 40 se denominaba novela realista a la que, entre otras cosas, denunciaba –con las limitaciones de una óptica sentimental que obviaba la lucha de clases- la situación de

miseria en que vivían las clases populares como consecuencia del incipiente capitalismo<sup>1</sup>. Sin embargo, los novelistas de la Generación del 68 tienen distinto y distintos conceptos de la novela. Los más representativos –en el sentido de que su forma de pensar marcha acorde con los nuevos tiempos–, a la cabeza de los cuales se encuentra Galdós, reservan la denominación de novela –y de literatura realista– para la que recoge la problemática burguesa; por eso, consideran que sólo merece el nombre de novela la que responde a una visión burguesa del mundo. Sin embargo, hay otros –antiburgueses confesos o reticentes– como Pereda y Valera, que tienen una idea del realismo –y de la novela– diferente a la de Galdós. Lo cual es perfectamente lógico: sus ideologías no coinciden y, en consecuencia, su concepción de la novela tampoco. Por eso, cuando los tres se quejan de que no existe novela, no están quejándose exactamente de lo mismo.

En un artículo de 1870 –año, asimismo, de la publicación de su primera novela: *La Fontana de Oro*– Galdós comienza afirmando que, a pesar de los muchos estímulos favorables, en España sigue sin haber novela:

*“En vano algunos editores diligentes han acometido la empresa con ardor, empleando en ello todos recursos de la industria librera; en vano las Revistas y las publicaciones periódicas más acreditadas, han tratado de estimular a la juventud, prefiriendo algunas obras de muy débiles escritores nuestros, a las extranjeras, relativamente muy buenas; en vano la Academia ofrece un premio pecuniario y honorífico a una buena novela de costumbres. Todo es inútil”*<sup>2</sup>.

Y sigue sin haberla porque lo que se entiende por novela no lo es por estar llena de componentes foráneos:

*“El gran defecto de la mayor parte de nuestros novelistas, es el haber utilizado elementos extraños, convencionales, impuestos por la moda, prescindiendo por completo de los que la sociedad nacional y coetánea<sup>3</sup> les ofrece con extraordinaria abundancia. Por eso no tenemos novela”*<sup>4</sup>.

A continuación Galdós pasa revista a los distintos tipos de novela que se cultivan en el día: la folletín, que él denomina “*novela de impresiones y movimiento*”<sup>5</sup>, la de salón y la popular que “*es la que únicamente ha sido cultivada con algún provecho, sin duda por las tradiciones de nuestra novela picaresca, cuyos caracteres y estilo están grabados en la mente de todos*”. Distingue en ésta dos clases: la urbana y la rural. La primera cuenta para su realización con la di-

<sup>1</sup> Entonces se “podía” denunciar porque la solución –buena voluntad y caridad– era auspiciada y controlada por la propia burguesía. Ahora, la solución –justicia social– ya no está en sus manos.

<sup>2</sup> *Observaciones sobre la novela contemporánea en España. Proverbios ejemplares y Proverbios cómicos*, por D. Ventura Ruiz Aguilera. En: *Revista de España*, Madrid, tercer año, tomo XV, nº 57, 1870, p. 162.

<sup>3</sup> Esto no es cierto. Recordemos, por ejemplo, algunas de las novelas comentadas en el capítulo anterior como *Los cortesanos y la revolución* (1838-1839) de Eugenio de Tapia, o *El Dios del siglo* (1848) de Salas y Quiroga. Lo que sucede es que estas obras no son de temática estrictamente burguesa, al menos como Galdós la entiende.

<sup>4</sup> *Observaciones...*, cit, p. 162.

<sup>5</sup> Ésta se difunde mediante un sistema novedoso: “*La entrega, que bajo el punto de vista económico es una maravilla, es cosa terrible para el arte*”. Pero tiene la ventaja de que permite el acceso a la lectura a gentes sin recursos económicos; habría que utilizar el método, pero cambiándole el contenido: “*El libro dividido de este modo, penetra hoja por hoja en todos los hogares, y es accesible a las fortunas más modestas. No vituperemos todavía este sistema; porque el mal no está en él. Como excelente medio de propagación la entrega, ha podido difundir lo malo; pero en igualdad de condiciones puede extender lo bueno y darle una extraordinaria circulación con la rapidez y ubicuidad del periódico*”.

*Observaciones...*, cit., p. 164-165.

ficultad de que “*ya todo es nuevo, y la sociedad de Mesonero nos parece casi tan antigua como la de las antiguas fábulas picarescas*”; la segunda —en la que destacan Fernán y Pereda— tiene el inconveniente de su excesivo localismo. Concretamente, refiriéndose a Pereda afirma que “*el realismo bucólico y la extraña poesía de que sabe revestir a sus interesantes patanes<sup>6</sup>, no pueden realizar por completo la aspiración literaria de hoy*”<sup>7</sup>. ¿Cuál es ésta? En el siguiente capítulo —el III— de su artículo lo aclara: hoy hay que escribir una novela que refleje los problemas, aspiraciones y frustraciones de la clase media<sup>8</sup> pues ésta “*la más olvidada por nuestros novelistas, es el gran modelo, la fuente inagotable*”<sup>9</sup>. Y esto es así por una serie de razones enumeradas y desarrolladas en las páginas siguientes: la clase media es la base del orden social, rige la política, controla la economía y sus problemas domésticos, morales y religiosos constituyen los fundamentos éticos de la sociedad. Este tipo de novela no ha nacido todavía entre nosotros: “*No ha aparecido aún en España la gran novela de costumbres, la obra vasta y compleja que ha de venir necesariamente como expresión artística de aquella vida*”<sup>10</sup>. No obstante, en este mismo artículo, Galdós señala y reseña una —**Proverbios ejemplares y proverbios cómicos** de Ventura Ruiz Aguilera— que marca el camino porque —escribe, refiriéndose a sus protagonistas— “*de la clase media han salido todos aquellos caballeros y señoras*”<sup>11</sup>.

Es decir, novela folletín, de salón y popular son todas rechazadas porque ninguna se ocupa de los problemas contemporáneos; éstos, desde la óptica de Galdós no son otros que los de la clase media. En este sentido resulta muy significativa la opinión que le merece la popular. Ésta no le satisface en ninguna de las dos vertientes señaladas porque, por una parte, Galdós es consciente de que el pueblo urbano ha dejado de ser un apéndice de la burguesía<sup>12</sup>, ha perdido su “tipismo” y se ha convertido en proletariado y, por tanto, en antagonista de la burguesía; y, por otra, de que el pueblo campesino es asimismo antiburgués, unas veces por la derecha y otras, por la izquierda; en cualquier caso no es en absoluto representativo del universo burgués.

<sup>6</sup> Sin embargo en el *Prólogo a El sabor de la tierruca*, escrito por Galdós en 1882, éste le reconoce el gran mérito —lo cual debe ser considerado, por tanto, como una aportación a la novela realista burguesa propugnada por él— de haber sido el introductor del lenguaje popular en la novela: “*Si no poseyera otros méritos, bastaría a poner su nombre en primera línea la gran reforma que ha hecho, introduciendo el lenguaje popular en el lenguaje literario, fundiéndoles con artes y conciliando formas que nuestros retóricos más eminentes consideraban incompatibles. [...] Cualquiera hace hablar al vulgo; pero ¡cuán difícil es esto sin incurrir en pedestres bajezas! Hay escritores que al reproducir una conversación de duques resultan ordinarios. Pereda, haciendo hablar a marineros y campesinos, es siempre castizo, noble y elegante, y tiene atractivos, finuras y matices de estilo que a nada son comparables*”.

Benito Pérez Galdós: *Ensayos de crítica literaria*, edición de Laureano Bonet, Barcelona, Península, 1990, col. Nexos, p. 151-152.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 166.

<sup>8</sup> Galdós no va a ser el primero que defienda la tesis de que el protagonismo de la novela debe ejercerlo la clase media; ya en 1848 lo hizo otro crítico: “*Neira de Mosquera propone una novela que registre la vida de la clase media, idea que defenderá con ahínco Galdós en 1870, cuando escriba el primer trabajo donde expone los lineamientos de la novela española*”. Iris Zavala: *Ideología y política*..., cit., p. 116.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 167.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 168.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 169. Esta obra, publicada en 1864, ha sido comentada en la segunda parte de esta tesis. Vide p. 315, 386, 451 y 502.

<sup>12</sup> No lo dice con claridad, pero me parece que hay ciertas frases que son muy ilustrativas de lo que estoy afirmando: “*Los nuevos elementos ingeridos [sic] en la sociedad por las reformas políticas, la pasmosa propagación de ciertas ideas que van penetrando en las últimas gerarquías [sic]... hacen que sea más difícil y complicada la tarea de retratarlo*” [al pueblo]. *Observaciones*..., cit., p. 166

La novela propuesta por Galdós necesita no sólo de una nueva temática, sino también de un nuevo molde novelesco; este aspecto lo desarrollará en una novelita, escrita dos años más tarde, en la que vuelve a tratar esta cuestión, pero ahora desde la óptica estética. En *Un tribunal literario* se ocupa, en clave satírica, de las dificultades para crear una novela realista partiendo de los modelos existentes. Un joven novelista lee un manuscrito ante un jurado formado por cuatro miembros, defensores de sendos modelos de novela: romanticismo rosa, folletín moralizante, melodrama truculento tremendista<sup>13</sup> y neoclasicismo trasnochado. En su intento de contentarlos a todos, corregirá y corregirá su manuscrito en el que irá introduciendo las observaciones sugeridas por cada uno de ellos; el resultado será un engendro caótico y disparatado: *Salió muy parecida a esas capas llenas de remiendos de diversos colores, sin que se pueda saber cuál es el color y la tela primitivos*<sup>14</sup>. La conclusión es evidente: ninguno de los modelos anteriores es practicable; la nueva novela debe crear su propio cauce estético que no es otro que el del realismo, modelo propugnado tanto en esta novelita como en el artículo anteriormente citado “donde Galdós se plantea con rigor poco común el programa que ejecutaría a lo largo de casi treinta años de labor”<sup>15</sup>. No es casual que en 1870 y 1872 defienda el realismo, pues es un hecho unánimemente aceptado por la crítica –al margen de dónde se sitúen sus orígenes<sup>16</sup>– que realismo y revolución burguesa son dos fenómenos paralelos. Este paralelismo ha sido señalado por diversos críticos: “Si el realismo en Francia puede darse por iniciado en la década de los 30, la novela Realista española sólo se impondrá con la Primera República y la Restauración” de tal manera que “verdadero modelo realista no existe hasta Galdós”<sup>17</sup>. También Clarín advierte el mencionado paralelismo:

“El glorioso renacimiento de la novela española data de fecha posterior a la revolución de 1868. Y es que para reflejar como debe la vida moderna, las ideas actuales, las aspiraciones del espíritu del presente, necesita este género más libertad en política, costumbres y ciencia de la que existía en los tiempos anteriores a 1868”<sup>18</sup>.

<sup>13</sup> El defensor de este modelo de novela se llama D. Marcos, novelista aficionado, en cuya presentación Galdós carga las tintas irónicas: “Siempre en sus novelas (la más célebre se titulaba *El candil de Anastasio*) brillaba la realidad más desnuda. Entre las muchas diferencias que existían entre su musa y la de Virgilio, la principal era que la de D. Marcos huía de las sencillas y puras escenas de la naturaleza; y así como el pez no puede vivir fuera del agua, ella no se encontraba en su centro fuera de las infectas bohardillas, de los húmedos sótanos, de todos los sitios desapacibles y repugnantes. Sus pinturas eran los más descarnados cuadros, y sus tipos predilectos los más extraños y deformes seres. Un curioso aficionado a la estadística, hizo constar que en una de sus novelas salían veintiocho jorobados, ochenta tuertos, sesenta mujeres ‘de esas que llaman del partido’, y hasta dos docenas y media de viejos verdes, y otras tantas viejas embaucadoras. [...] Y tal era el temperamento de aquel hombre insigne, que todo lo veía feo, repugnante y asqueroso. [...] ¿Será preciso decir que usaba de mano maestra los más negros colores, y que todos sus personajes morían ahogados en algún sumidero, asfixiados en alguna laguna pestilencial, o asesinados con hacha, sierra u otra estrambótica herramienta?”.

*Un tribunal literario*, en: *Ensayos de crítica literaria*, cit., p. 134-135.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 147.

<sup>15</sup> Laureano Bonet editor.: *Op., cit.*, p. 13.

<sup>16</sup> Por eso no me parece pertinente para el objeto de esta tesis y, por tanto, no voy a entrar en la polémica de si el realismo empieza a gestarse ya desde el Romanticismo o surge con la revolución burguesa, si la palabra y los temas aparecieron ya entonces o son de ahora... La teoría de las raíces románticas del realismo es defendida por Iris Zavala –*Ideología y política*..., cit., p. 11-12– y por Juan Luis Alborg: *Historia de la literatura española, tomo VI, Realismo y Naturalismo*, p. 357 y ss.

<sup>17</sup> Juan Oleza: *La novela del XIX. Del parto a la crisis de una ideología*, Valencia, Editorial Bello, 1976, Biblioteca Filológica 3, p. 21.

<sup>18</sup> *El libre examen y nuestra literatura presente*, en: *Solos de Clarín*, Madrid, Alianza Editorial, 1971, LB 350, p. 71-72.

Opinión que coincide con la de Pardo Bazán: “*La vida de la novela contemporánea española puede ya dividirse en dos épocas distintas: la del reinado de Isabel II, y la que empezó con la revolución de Septiembre*”<sup>19</sup>. Este paralelismo se puede demostrar, por ejemplo, simplemente recordando las fechas de publicación de algunas de las consideradas por la crítica como novelas realistas<sup>20</sup>. De lo cual se puede deducir que el realismo se convierte en el movimiento representativo por excelencia de la nueva sociedad que surge con el impulso capitalista<sup>21</sup>. Y, al igual que ésta, el realismo es también un fenómeno urbano. En este sentido es muy ilustrativo que Galdós proponga una novela urbana cuando en 1867 sólo el 18% de la población vivía en ciudades:

*“Al proponer este tipo de novela, Galdós parece hacerse eco de aquella teoría política liberal en boga desde principios del ochocientos, que sostenía que sólo la capital y Barcelona, Cádiz y Sevilla eran liberales. El resto del pueblo campesino estaba en garras de la reacción y del fanatismo”*<sup>22</sup>.

De ahí que el campo quede excluido; o mejor dicho sea objeto de una novela que, aunque realista por su “técnica”, no es burguesa por su ideología:

*“La novela del 68 recogerá el ambiente ciudadano siempre que quiera referirse al movimiento revolucionario. El campo, en el que ocurren históricamente tantos sucesos sangrientos como en la ciudad (y quizás más), queda reducido a la novela llamada ‘regional’, que nunca fue ni podía ser revolucionaria, sino todo lo contrario. El campo, para la generación del 68 es un campo estático, en el que nunca ocurre nada a nivel de clase [...]. La novela que escoge el campo como tema, anda siempre cerca de convertirse en una simple novela de costumbres”*<sup>23</sup>.

Prueba de que esto es verdad son las afirmaciones que en defensa de la novela regional hace Pereda en su *Discurso* de entrada en la Academia al que me referiré en seguida.

Queda claro, pues, que las quejas de Galdós –en 1870 y 1872- se refieren a la inexistencia de una novela burguesa; y, en este sentido no tienen nada de extraño. Pero que Valera, en 1887, y Pereda, en 1897, insistan en esas quejas utilizando algunos de los argumentos que Galdós había empleado bastantes años antes, puede parecer, a primera vista, menos comprensible; sin embargo, se explica si tenemos en cuenta que están pensando en un modelo de novela diferente al propugnado por Galdós; y ello se debe a que los dos –aunque con matices distintos- adoptan una actitud que se puede calificar de antiburguesa.

Valera, en un estudio de 1887, haciendo un repaso al estado de las letras españolas contemporáneas, afirma que el de la lírica y el teatro no tienen nada que envidiar al de otros países europeos,

<sup>19</sup> Emilia Pardo Bazán: *La cuestión Palpitante*, Santiago de Compostela, Anthropos, 1989, ATTL 6, p. 300

<sup>20</sup> *Rojo y negro* (1831), *La Comedia humana* (1832-1847), *La Fontana de Oro* (1870), *El Audaz* (1871), *Pascual López* (1879)...

<sup>21</sup> La definición que de realismo da Oleza, se ajusta a esta afirmación: “*Modelo cultural que se impone tras el triunfo de la revolución burguesa y se identifica con ella –por crítico que sea respecto a sus resultados- porque expresa la posibilidad de un pacto entre libertad individual y disciplina colectiva*”.

*Op., cit.*, p. 16.

<sup>22</sup> Iris Zavala: *Ideología y política...*, cit., p. 183.

<sup>23</sup> Juan Ignacio Ferreras: *Introducción a una sociología de la novela española del XIX*, Madrid, Edicusa, 1973, p. 162.

*“pero en la poesía en prosa, en lo que llaman ‘novela’, hemos sido estériles, imitadores desmañados, y harto infelices hasta poco ha. Mirando sólo a lo presente, hubiera podido decirse que el genio de nuestra nación no la llamaba a ser novelista”*<sup>24</sup>.

Para Valera son dos las causas de esta falta de novelas: una, la falta de lectores:

*“Las novelas requieren mucho lector que las pague y excite la codicia de escribirlas. Tal vez sea menester escribir multitud de ellas, malas o medianas, para que, por inspiración dichosa, salga una que sea buena. Y como en España había pocos lectores, la novela no se escribía. Nos bastaba con traducir del francés para el consumo diario. Y acostumbrados ya a traducir, cuando escribíamos algo con pretensiones de original, solía ser un débil e infeliz remedo”*<sup>25</sup>.

La otra, la moda:

*“Hay que vencer enormes dificultades. La mayor, y de la que quiero aquí hacerme cargo, estriba en la moda. En literatura, y sobre todo en novelas, la moda entra por mucho. ¡Infeliz del autor que no escribe según la moda!”*.

Y la moda ahora se llama naturalismo:

*“El gusto, el tono, la manera, como quiera llamarse, viene de París. Forzoso es aceptarlo si no queremos pasar por retrógrados, ignorantes, oscurantistas y tontos. Así fuimos seudoclásicos a lo Boileau, hasta el año treinta y tantos; luego románticos a lo Víctor Hugo, y así tenemos que ser ahora ‘naturalistas’ a lo Zola”*<sup>26</sup>.

Diez años después –en 1897- Pereda se quejará también de que la novela que se escribe en España es una imitación de la que se está escribiendo fuera *“porque no son genuinamente españoles ni el modo de ser de sus personajes, ni los fondos de su escenario, ni siquiera las pasiones o virtudes que en ella juegan”*<sup>27</sup>. Frente a esta novela ajena, Pereda propone su propio modelo: la regional, que es una novela más próxima a la naturaleza que a la sociedad: *“La novela a que yo me refiero aquí, tiene más puntos de contacto con la naturaleza que con la sociedad; con lo perdurable, que con lo efímero y pasajero; con la eternidad del arte, que con el humano artificio de las ‘circunstancias’”*<sup>28</sup>.

La proximidad a la naturaleza tiene una influencia decisiva en su temática; por eso, la novela regional se centra en la sociedad rural no contaminada por *“la pompa de los salones, el tufo de las grandes industrias, ‘los hombres de negocios’ y el ajeteo político con todos sus deri-*

<sup>24</sup> Juan Valera: *Apuntes sobre el arte nuevo de escribir novelas* [1886-1887], en: **Obras Completas II**, Madrid, Aguilar, 1961, p. 617.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 617.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 618-619.

<sup>27</sup> *Discurso* de entrada en la Academia, en: **Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. José María de Pereda el domingo 21 de febrero de 1897**. Madrid, est. tip. de la viuda e hijos de Tello, 1897, p. 17. BN: VC/ 2521-116.

La acusación de extranjerismo que hace Pereda no abarca solamente a la novela, sino que se extiende a todas las costumbres y a toda la sociedad, desde los de arriba hasta los de abajo.: *“A la francesa... o a la inglesa, se vive hoy en la clásica tierra castellana, y se anda, y se legisla, y se viaja, y se piensa; a las horas que en Francia o en Inglaterra, se sientan a comer nuestros próceres y gentes encopetadas; en francés se imprime la minuta de lo que van comiendo y hasta de los famosos vinos españoles que van bebiendo; extranjeros son los criados que hormigean en derredor de la mesa; extranjero el vestido que los confunde con sus amos; extranjeros el aparato y los nombres de cada mueble y objeto de la estancia; extranjera la lengua que a ratos se habla entre los satisfechos comensales; extranjera la decoración del resto de la casa, y extranjeros, en fin, han de ser los libros que lean en sus ratos de ocio las señoras que la habitan. Al prócer ostentoso remedo el industrial acaudalado, y a éste el tendero presumido y e rentista vanidoso; y así, por esta escala abajo, hasta el empleadillo del entresuelo y el barbero de la esquina”*. *Ibid.*, p. 17.

<sup>28</sup> **Discurso**, cit., p. 10.

vados”; de ahí que la sociedad, de la que la novela propuesta por él se ocupa, esté constituida por “*la masa pintoresca del pueblo original y castizo, con su fe y sus gustos y sus leyes de abo-lengo*”<sup>29</sup>. Sólo a una novela hecha con estos ingredientes se la puede llamar con propiedad española:

*“Porque o no hay novela propiamente española, o lo es ésta, hecha precisamente con los elementos indígenas desdeñados o desconocidos por la otra; lo es, repito, esta novela, la novela de la provincia, la novela del campo o de la costa; la del pueblo, en fin, alto o bajo, urbano o rústico, pero pueblo siempre, libre aún del contagio de esa invasión extraña, que todo lo desnaturaliza, confunde y amontona”*<sup>30</sup>.

Es decir, Galdós denunciaba en 1870 que el principal defecto de los novelistas españoles era la utilización de elementos foráneos por seguir la moda y prácticamente lo mismo hacen Valera y Pereda. ¿No ha cambiado nada, entonces, en estos casi treinta años? ¿O es que no se están refiriendo exactamente a lo mismo? Yo más bien creo lo segundo. Valera es un antinaturalista acérrimo y el trabajo citado, como él mismo declara, es un alegato contra ese movimiento, en general, y contra *La cuestión palpitante* en particular:

*“¿Para qué ocultarlo? Lo diré desde luego. La moda más extravagante y absurda que, en mi sentir, se puede imaginar, es ésta del ‘naturalismo’, Me afligí, me consterné cuando vi que mujer de tan altas prendas como doña Emilia Pardo Bazán se había vuelto ‘naturalista’. Esta aflicción y esta consternación despertaron en mi alma el deseo de impugnar el naturalismo”*<sup>31</sup>.

Y es que Valera, cuyo concepto de la novela, como se verá más adelante, implicaba una estetización de la realidad<sup>32</sup> como forma de desproblematizarla, no podía aceptar un movimiento cuyo origen se situaba precisamente en las confusiones y paradojas de una realidad cada vez más conflictiva. La actitud de Valera puede ser, por tanto, calificada sin ambages de antiburguesa. Por eso, no le parece digna de tal nombre una novela como la naturalista que, aunque refleje sus propias contradicciones de clase, es indudablemente burguesa.

Lo mismo se puede decir de Pereda; su universo novelesco, centrado casi exclusivamente en el mundo rural –su “huerto”– es, también, radicalmente antiburgués. Su convencimiento de que todo lo que sucede en la sociedad es mudable y efímero, mientras que el hombre del mundo rural, por su contacto con la naturaleza, es el sostenedor de valores pe-

<sup>29</sup> Ibid., p. 15.

<sup>30</sup> Ibid., p. 18-19.

<sup>31</sup> *Apuntes sobre el arte nuevo* ..., cit., p. 619.

<sup>32</sup> De ahí que uno de los flancos por donde ataca al naturalismo sea el de echarle en cara sus aspectos antiestéticos: “*Ahora [...] el toque, el busilis de la buena novela, está en dar un mal rato a cada uno de cuantos la lean; en turbar su digestión, en dañar su higiene, en vencer sus repugnancias y dominar sus ascos, para que sufra con valor y sin vómito, el espectáculo inmundado de las más espantosas miserias*”. P. 619.

Y en otro pasaje se refiere así al mismo asunto: “*Es indudable, por desgracia, sin entrar ahora en filosofías a fin de describir las causas, que en este mundo que habitamos hay multitud de ruindades, dolencias y extravíos grotescos que pueden hacer la infelicidad de las personas, pero que no deben servir para la novela seria, [...] [pues] no hay manera, a no suponer la más insólita depravación del gusto, de que achaques y dolencias por el estilo, que en la vida real mueven a compasión y pueden causar y causan males horribles, cuyos remedios son, sin contar con los consuelos religiosos, limosnas, hospitales, hospicios, manicomios, ciencias médicas, etc., etc., sirvan de asunto a poemas serios o a novelas trágicas. Tareas literarias sentimentales acerca de tales asuntos no pueden dar otro resultado que náusea o risa. [Por eso] no interesan ni conmueven estéticamente la cocinera lujuriosa, la ramera podrida, el asesino por naturaleza, el enamorado tonto que se consuela a solas, el glotón que tiene cólicos y otros tipos de la propia laya*”. P. 629-630.

rennes e inmutables<sup>33</sup>, se corresponde con una concepción estática de la historia que se traduce en una actitud sociopolítica profundamente antiburguesa:

*“En Pereda encontramos la nostalgia de una civilización preburguesa y su rechazo intransigente, en nombre de un autoritarismo patriarcal, del desarrollo histórico. Aunque mero hidalgo por su situación personal, expresa el punto de vista de una aristocracia a la que el poder le ha sido arrebatado y, negando el presente, se gira hacia un pasado concebido como idílica edad de oro”*<sup>34</sup>.

Por eso no podía estar de acuerdo con la novela que estaban escribiendo sus compañeros de generación. De ahí que la solución que propone sea radicalmente diferente: la novela regional, que, para Pereda, es la única auténticamente española. Pereda, es pues, la excepción<sup>35</sup> – también lo son, en cierto sentido, Valera y Pardo Bazán– de una generación de novelistas que se ocupa en exclusividad de los problemas burgueses.

Luego, mientras Galdós se queja de la ausencia de novela burguesa, Valera y Pereda lo hacen de su dominadora presencia. El concepto de novela está, pues, determinado por las respectivas ideologías.

El período que se inicia tras la Revolución del 68 es largo y rico en acontecimientos. Como ya se vio, la trayectoria de la burguesía pasa por vicisitudes y avatares diversos. Lo mismo le sucede a la novela, cuya actitud ante los valores burgueses –y consiguientemente ante el pueblo– no va a permanecer invariable a lo largo de los más de treinta años que abarca este período. En las páginas que siguen voy a analizar estos dos aspectos: su evolución ante los acontecimientos burgueses, primero, y ante los del pueblo, después.

### 3.1.2. TRAYECTORIA DE LA NOVELA BURGUESA: POLÉMICAS Y ETAPAS.

Las siguientes palabras, aunque referidas a Galdós, podrían muy bien servir como síntesis de la evolución general de la novela en este período: *“Galdós es el más típico representante de la ideología burguesa que inició la revolución, que contribuyó a consolidarla y que, finalmente, entró en crisis a finales de siglo”*<sup>36</sup>. Por lo que a las etapas por las que pasa la novela se refiere, la crítica está de acuerdo, en general, en señalar tres<sup>37</sup>, coincidentes, grosso modo, con cada una de las décadas:

<sup>33</sup> *“A este origen, a este punto de partida, han de volver a la larga, las desbordadas corrientes de que tratábamos; porque el hombre y la naturaleza nunca pasarán de moda ni dejarán de ser motivo de inspiración para el novelista”*. *Discurso*, cit., p. 26-27.

En todo este fragmento es observable una oposición entre lo mudable (lo oficial, lo político, lo social) y lo inmutable (lo rural, lo real, lo natural) que recuerda la distinción entre historia e intrahistoria de Unamuno. Éste había publicado *En torno al casticismo* en 1895. El *Discurso* de Pereda es de 1897

<sup>34</sup> Juan Oleza: *La novela del XIX. Del parto...*, cit., p. 217

<sup>35</sup> Pero sirve también como ejemplo ilustrativo de la línea temática central de esta introducción: la ausencia del proletariado; pues, si los autores que centran temática en el ámbito urbano, lo excluyen, con mucho más motivo lo harán los que se circunscriben al ámbito rural donde ni siquiera existe.

<sup>36</sup> Juan Oleza: *La novela del XIX...*, cit., p. 91.

<sup>37</sup> Carlos Seco Serrano señala que esta evolución en tres etapas se puede seguir perfectamente a través de los Episodios Nacionales de Galdós. Así, las dos primeras series se centran en la crisis de la España del Antiguo Régimen; las dos siguientes, en el triunfo del liberalismo, de las clases medias; y la última es *“un alegato contra el reverso de una falsa democracia, cada vez más reasumida por las viejas fuerzas tradicionales –entre ellas una, decisiva– la del ‘ultramontanismo’ duro e intransigente”*.



-1870-1880: Etapa de la formación de la ideología burguesa. Según Ferreras la novela que se escribe en estos años –novela combativa y de tesis- es un reflejo de “*la nueva conciencia nacida al socaire de la revolución*”<sup>38</sup>.

-1880-1890: Con la Restauración la revolución liberal queda abortada lo que conlleva el final de la idea de que la revolución burguesa resolvería todos los problemas y acabaría con las contradicciones de clase. El naturalismo es la expresión literaria de esta desilusión.

1890-1900: La evasión de la realidad y el espiritualismo. En estos momentos la incapacidad del sistema, incluso para resolver sus propios problemas, es evidente; pero los condicionamientos burgueses les imposibilitan para ver –y mucho más para asumir- la alternativa obrera. La reacción –Galdós es, como siempre, el ejemplo prototípico- va a ser la de refugiarse en un individualismo de tipo espiritualista.

Veamos con un poco más de detalle cada una de estas etapas:

### 3.1.2.1. 1870-1880: EL REALISMO TENDENCIOSO.

La burguesía revolucionaria que conquista el poder en el 68 es combativa. Tiene ante sí la tarea de transformar las estructuras caducas del pasado. En esta coyuntura va a utilizar la novela como un arma de combate:

*“La ‘Gloriosa’ no hizo sino deslindar los campos; la literatura sigue entonces un sesgo doctrinal y político; instaurada la libertad, Pompeyo General, hacía un llamado a los escritores, sobre todo a los novelistas, para que se identificaran con su siglo”*<sup>39</sup>.

En este combate, unos –como Galdós, Palacio Valdés y Clarín, por ejemplo- van a atacar esas estructuras tradicionales, mientras que otros –como Pereda y Alarcón- van a defenderlas. La distinta actitud ideológica de unos y otros puede observarse tanto en sus opiniones teóricas sobre el papel de la novela como en las novelas en sí. Por lo que al primer aspecto se refiere, nos encontramos con dos grupos: los partidarios de la misión docente de la novela (aunque discreparán en el contenido de la misma), y los defensores del arte por el arte; y, en lo relativo al segundo, los novelistas se agrupan, asimismo, en dos bandos: liberales y conservadores. Análisis a continuación estos dos aspectos: las polémicas sobre la novela y las novelas de tesis.

#### A) Las polémicas sobre la novela.

Según Iris Zavala, los escritores se pueden dividir en dos grupos: por una parte, los “*que disgustados por los acontecimientos, se apartan de la política y se refugian en el arte por el arte*” y, por otra, los que “*sienten que tienen un papel que desempeñar, y quieren contribuir al*

*Los episodios nacionales como fuente histórica*, en: **Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX**, Madrid, Guadiana, 1973.

<sup>38</sup> Juan Ignacio Ferreras: **La novela en el siglo XIX (desde 1868)**. Madrid, Taurus, 1988. Historia crítica de la literatura hispánica 17. P. 19.

La, hasta cierto punto, asincronía entre novela combativa y revolución, dado que muchas de ellas se van escribir ya durante la Restauración, la explica Ferreras en esta misma página con las siguientes palabras: “*La verdad es que las grandes totalizaciones literarias no coinciden exactamente, cronológicamente, con la gran totalización revolucionaria, que sólo duró un sexenio; pero no hay que olvidar que lo importante o significativo es la aparición de una nueva visión del mundo, de una nueva conciencia, y que esta nueva conciencia necesita cierto tiempo para materializarse*”.

<sup>39</sup> Iris Zavala: **Ideología y política...**, cit. p. 177.

*levantamiento del país con sus ideas y su mensaje*”<sup>40</sup>. Entre los primeros se encuentra Valera y, entre los segundos, Galdós, Pereda y Alarcón. Estas actitudes contrapuestas van a suscitar una polémica acerca del papel del escritor en la sociedad, debate iniciado hacia 1874<sup>41</sup> y que continuará años más tarde cuando surja el naturalismo.

Galdós afirma explícitamente que la literatura debe ser enseñanza<sup>42</sup>. En una entrevista, responde así a la pregunta del entrevistador sobre si era partidario del arte por el arte:

*“No, jamás. Creo que la literatura debe ser enseñanza, ejemplo. Siempre, excepto en algunos momentos de lirismo, he escrito para marcar huella. Doña Perfecta, Electra, La loca de la casa, son buena muestra de ello. Mis Episodios Nacionales intentan ser un prurito de enseñanza histórica”*<sup>43</sup>.

Consecuentemente, la novela tiene que centrarse en reflejar la realidad. Y, para Galdós, sólo existe una realidad: la de la clase media.

No piensa lo mismo Pereda, defensor a ultranza, como ya se ha visto en páginas anteriores, de la novela regional y a la que se refiere en su *Discurso* de entrada en la Real Academia como

*“aquella cuyo asunto se desenvuelve en una comarca o lugar que tiene vida, caracteres y color propios y distintivos, los cuales entran en la obra como parte principalísima de ella; con lo que queda dicho implícitamente que no cae dentro de aquella denominación la novela ‘urbana’, de donde quiera que fuere la ciudad, siempre que sea de las que se visten a la moderna y se rigen por la ley de todas las sociedades llamadas cultas por ir absorbidas, y muy a su gusto, en el torrente circulatorio de las modas reinantes”*<sup>44</sup>.

De ahí que Galdós en su contestación, aunque de un modo amable y fraternal, no pueda dejar de señalar lo mucho que les separa y la causa de esa separación:

<sup>40</sup> *Ideología y política...*, cit., p. 189.

<sup>41</sup> Vide: *Ibíd.*, p. 191.

<sup>42</sup> Emilia Pardo Bazán se lo echará en cara: “Mas lo que desaprobaba entonces en el Galdós de los *Episodios*, lo que me parecía el lado flaco de su extraordinario talento, era la tendencia docente –en un sentido amplio e histórico, es cierto, pero docente al cabo–, el alegato sistemático contra la España antigua, las paletadas de tierra arrojadas sobre lo que fue; y esta tendencia, que cada vez se iba acentuando más en la magnífica epopeya de los *Episodios*, hasta declararse explícitamente en las segunda serie, hizo explosión, digámoslo así, en *Doña Perfecta*, en *Gloria*, en *La Familia de León Roch*, novelas trascendentalísimas, de tesis y hasta simbólicas”.

*La cuestión palpitante*, cit., p. 315.

<sup>43</sup> Citado por: Isabel Román Gutiérrez: *Historia interna de la novela española del siglo XIX. II La novela realista*. Sevilla, Alfar, 1988, Alfar Universidad 34, p. 104-105..

<sup>44</sup> *Discurso*, cit., p. 9-10.

En esta cita, al mismo tiempo que defiende la novela regional, rechaza la urbana. Este rechazo se torna bastante más explícito unas páginas más adelante: “*Quien haya tenido la desgracia de nacer y vivir entre calles urbanizadas y vecinos temporeros, sin otros horizontes a la vista que las dos bocas extremas de la calle, ni otro cielo que menguada tira de él columbrada por la rendija de los contrapuestos aleros de ambas aceras, y se sienta arrastrado por las seducciones de la vida mundana, por la fiebre de la política o la fiebre de la Bolsa, o por el hechizo de los salones y espectáculos; quien viva, en suma, obligado por el gusto o por la necesidad, aclimatado a los ruidos de las muchedumbres y al estruendo de las máquinas, y, como reñido con el sol, acostándose al amanecer y despertándose a la caída de la tarde, no puede ser juez competente en esta clase de litigios. No sabrá nunca, no penetrará jamás lo que hablan, lo que dicen, lo que enseñan; la fuerza, el poder atractivo y vivificante que poseen estos mil componentes de la vida regional gozada al aire libre y de “padres a hijos”, sin las trabas y cortapisas del código del llamado “buen vivir”, en los centros populosos”*. *Ibíd.*, p. 12-13.

*“Nuestras sabrosas conversaciones terminaban a menudo con disputas, cuya viveza no traspasó jamás los límites de la cordialidad. No pocas veces, llevado yo de mi natural conciliador, cedía en mis opiniones. Pereda no cedía nunca”.*

Y si alguna vez lo hacía mínimamente, cuando se volvían a encontrar la situación tornaba al punto de partida:

*“Nos encontrábamos lo mismo, siempre lo mismo: él con sus creencias, yo con mis opiniones. Y empleo con toda intención estos dos términos, creencias y opiniones, para indicar con ellos que Pereda me llevaba la ventaja de no tener dudas. Ved aquí también la diferencia capital de nuestros caracteres considerados literariamente: Pereda no duda; yo, sí”<sup>45</sup>.*

Postura contraria es la de los defensores del arte por el arte. El crítico Manuel de la Revilla publicó un artículo en 1877 atacando el concepto docente y defendiendo la independencia del arte: *“No se diga que el fin del arte es la expresión de la verdad y del bien [...] el fin docente o trascendental de la obra poética siempre ha de ser secundario y subordinado al puramente artístico”*, por lo cual

*“nuestra fórmula es la del arte por el arte, o mejor, por la belleza. Creemos firmemente que el fin capital y primero de la obra poética es la realización de lo bello, y creemos también que en la forma existe la verdadera creación artística y radica el valor estético de la obra”<sup>46</sup>.*

Entre los más fervientes partidarios de esta teoría se encuentra Valera. Ya bastantes años antes, había publicado un trabajo en el que impugnaba las ideas sobre la novela defendidas por Cándido Nocedal en su discurso de entrada en la Academia:

*“Yo soy más que nadie partidario ‘del arte por el arte’. Creo que la poesía tiene un fin altísimo, cual es la creación de la hermosura. Creo que la poesía, y por consiguiente la novela, se rebajan cuando se ponen por completo a servir a la ciencia, cuando se transforman en argumento para servir a una tesis”<sup>47</sup>.*

En nombre de este principio, incluye la novela dentro de la poesía<sup>48</sup>, ataca el realismo<sup>49</sup> y, por ello mismo, viene a afirmar que la clase media no tiene nada de novelesco, porque únicamente los personajes que son dueños de su libre albedrío merecen esa consideración:

*“Los contrabandistas son más poéticos y novelescos que los carabineros y que los vistas de aduana; el valiente bandido Roque Guinart y el terrible capitán Rolando, más noveles-*

<sup>45</sup> *Contestación del Sr. D. Benito Pérez Galdós*, en: **Discursos...**, cit., p. 32.

Galdós ya se había referido años antes al abismo ideológico que lo separaba de Pereda: *“Antes de conocerle, había oído decir que Pereda era ardiente partidario del absolutismo, y no lo quería creer. Por más que me aseguraban haberle visto en Madrid, nada menos que figurando como diputado en la minoría carlista, semejante idea se me hacía absurda, imposible; no me cabía en la cabeza, como suele decirse. Tratándole después, me cercioré de la funesta verdad. Él mismo, echando pestes contra lo que me era simpático lo confirmé plenamente”*. Prólogo a **El sabor de la tierra**, cit., p. 151.

<sup>46</sup> *La tendencia docente en la literatura contemporánea*. Citado por: José Manuel González Herrán en: *Estudio introductorio a La cuestión palpitante*, cit., p. 23.

<sup>47</sup> *De la naturaleza y carácter de la novela* [1860]. **Obras completas II**, cit., p. 197.

<sup>48</sup> *“Llamo a la novela ‘poesía’, aunque las novelas, por lo general, se escriben en prosa, porque ni son historias, ni Ciencia, ni Filosofía, y, aunque no estén en verso, no dejan de ser parto de la imaginación poética”*. *Ibid.*, p. 186.

<sup>49</sup> Ejemplificado en la definición de novela que da el Diccionario de la RAE, aceptada por Cándido Nocedal en su Discurso de entrada en la Academia: *“Tejida de los casos que comúnmente suceden”*. *Ibid.*, p. 186. La definición completa de la edición de 1852 es la siguiente: *“Historia fingida y tejida de los casos que comúnmente suceden ó son verisímiles [sic]”*.

*cos y poéticos que los cuadrilleros y alguaciles que nos pintan el Gil Blas y el Quijote. [...] En el mundo en que vivimos, particularmente los individuos de la clase media, tenemos a menudo que seguir un carril, amoldarnos en una misma turquesa y ajustarnos a cierta pausa, lo cual amengua y descabala y aun destruye la 'autonomía' novelesca o, por lo menos, impide su manifestación y desarrollo. A no ser tan forajido, esto es, a no estar fuera de la sociedad, a no ser un mendigo, esto es, a no estar libre de muchas exigencias sociales, cualquier honrado 'burgués' de nuestros días se halla muy en peligro de que jamás le suceda cosa alguna que tenga visos de las que en las novelas suceden. Sólo el tener uno mucho dinero le salva de este peligro”<sup>50</sup>*

Claro está que esta declaración se queda en el terreno de la teoría. En la práctica las novelas de Valera –no podía ser de otra manera- también van a tomar partido, van a adoptar una postura determinada ante su época. El esteticismo no es más que un disfraz bajo el que se esconde un profundo escepticismo y disgusto ante los valores de la sociedad de su época:

*“Que Valera no creía en el sistema de valores puesto en marcha por la Restauración parece evidente, pero también es evidente que trataba de aparentar que creía, que trataba de acomodarse a la situación de sus contemporáneos. [...] Si Valera hubiese creído en su sociedad, como creyó Galdós, se hubiese impuesto describirla, tratarla a fondo, [...] No lo hizo. Prefirió refugiarse en paraísos temporales e intrascendentes. [...] Si hubiese rechazado su sociedad, sintiéndola como una negación de otra sociedad mejor, amenazada de desaparecer, como Pereda, hubiese tratado de reconstruir novelescamente esta sociedad mejor al mismo tiempo que hubiese atacado con amargura y sarcasmo la nueva sociedad. Tampoco lo hizo”<sup>51</sup>.*

Y es que Valera, en el fondo, es un aristócrata, que sigue creyendo en el sistema de valores del pasado, pero, a diferencia de Pereda, por ejemplo, no es nada combativo: *“Hay días que recelo que esta vida de angustia económica es un modo de castración intelectual, y que yo no escribiré nada, ni valdré mientras siga así, y no vuelva a la bohemia”<sup>52</sup>*. Si algo puede deducirse de estas palabras es que Valera se siente desplazado, inadaptado en la sociedad burguesa. Su defensa del arte es, pues, una forma de intentar mantenerse al margen, de no llegar a ningún tipo de compromiso ni componenda con esa sociedad. Pero eso no evita que en sus obras se perciba el eco de la problemática de su época<sup>53</sup>:

*“Valera es un esteticista, pero ¿le impide su esteticismo ser realista? Normalmente, esteticismo y realismo son incompatibles. Y sin embargo... sólo con rasgar un poco, las contradicciones se acumulan. [...]...muchos de los motivos del realismo crítico galdosiano pueden encontrarse en las novelas de Valera: [...]...la doña Inés de Juanita la larga recuerda a doña Perfecta. Por otra parte: ¿no recuerda su alianza de cacicona con el cura,*

<sup>50</sup> *Ibíd.*, p. 191.

<sup>51</sup> Juan Oleza: *La novela del XIX...*, cit., p. 56-57.

<sup>52</sup> Carta a Menéndez Pelayo de 9-3—1883. Recogida por: Oleza: *Ibíd.*, p. 57.

<sup>53</sup> En este sentido se le podrían aplicar a la obra de Valera las mismas palabras que él escribió a propósito de Azul de Rubén Darío: *“¿Cómo escribir un cuento o unas coplas sin que deje ver el autor lo que niega, lo que afirma, lo que piensa y lo que siente? [...] El pensamiento en todas las partes pasa con la forma desde la mente del artista a la sustancia o materia del arte; pero en el arte de la palabra, además del pensamiento que posee el arte en la forma, la sustancia o materia del artista es pensamiento también y pensamiento del artista. [...] De esta suerte se explica cómo con ser su libro de usted de pasatiempo y sin propósito de enseñar nada, en él se ven patentes las tendencias y los pensamientos del autor sobre las cuestiones más trascendentales”*.

Crítica de Juan Valera a *AZUL*, en *LOS LUNES DEL IMPARCIAL*, Madrid, 22 de octubre de 1888. Recogida como *CARTA-PRÓLOGO* en: Rubén Darío: *AZUL*, Madrid, Espasa Calpe, 18ª edc., 1979, Austral N°19, p. 13-14.

*don Anselmo, la que mantienen doña Perfecta y don Inocencio. [...] Su arte no es inocente ni aséptico, por leve que sea su ironía*”<sup>54</sup>.

El propio Valera reconoce que en **Pepita Jiménez**, aunque no de un modo reflexivo, aparece reflejado su talante conciliador en un intento de limar asperezas y aplacar los enfrentamientos en un momento especialmente agitado de la historia de España:

*“En esto consiste el hechizo de Pepita Jiménez. Yo la escribí cuando todo en España estaba movido y fuera de su asiento por revolución radical, que arrancó de cuajo el trono secular y la unidad religiosa. Yo la escribí, cuando todo en fusión, como metales derretidos, podía entrar en el molde y amalgamarse fácilmente. Yo la escribí cuando más brava ardía la lucha entre los antiguos y los nuevos ideales. [...] Si yo hubiese procurado dialéctica y reflexivamente conciliar opiniones y creencias, el desagrado hubiera sido general; pero como el espíritu conciliador y sincrético se manifestó de modo instintivo, en un cuento alegre, todos lo aceptaron y aprobaron, sacando cada cual de mi obra las conclusiones que más le cuadraban. Así fue que desde el más ortodoxo padre jesuita hasta el revolucionario más furibundo, y desde el ultracatólico, que sueña con restablecer la Inquisición, hasta el racionalista, acérrimo enemigo de las religiones, todos gustaron de **Pepita Jiménez**”*<sup>55</sup>.

Luego, también Valera reconoce que está utilizando su literatura como instrumento “docente”, pues la desproblematización no es sino una manera de aceptar una realidad en la que no termina de encontrarse totalmente a gusto. Y buscarse este tipo de subterfugios no deja de ser una actitud burguesa.

El concepto del arte del arte será enfáticamente negado y atacado por Alarcón, porque su aceptación implicaría la admisión de la idea de que el arte es sólo belleza desligándolo de la moral. Esta idea se está extendiendo tanto últimamente que —afirma— no le ha quedado más remedio que salir a la palestra para luchar contra ella:

*“No [...] viniera hoy a defender en este acto público, como tesis litigiosa y materia opinable, lo que durante miles de años ha sido máxima inconcusa, si no hubiéramos llegado a tiempos en que es tal la fiebre de las pasiones y tan horrible la consiguiente perturbación de las ideas, que ya corre válida por el mundo, en son de axioma estético y principio didáctico, la peregrina especie, nacida en la delirante Alemania, adulterada por el materialismo francés y acogida con fruición por el insepulto paganismo italiano, de que el ‘Arte’, incluyendo en esta denominación las Bellas Artes, es independiente de la ‘Moral’”*<sup>56</sup>.

Esta concepción choca frontalmente con su obra en la que siempre

*“he tenido por norte el bien, tal y como yo lo he discernido en cada circunstancia, y que, al azotar el vicio o al ensalzar la virtud, al cantar el amor o celebrar la hermosura, tanto como a elaborar ingeniosos primores retóricos, he propendido a que la ‘belleza’ de la forma sirviese de gala y realce a la ‘bondad’ o la ‘verdad’ de los pensamientos”*<sup>57</sup>.

Tras un recorrido histórico en el que “demuestra” que arte y moral siempre han caminado de la mano, aclara lo que entiende por moral: “Para mí la Moral verdadera es la predicada por Jesucristo, la redentora del alma, la de la humanidad, la de la paciencia, la de la caridad,

<sup>54</sup> Oleza: *Op. cit.*, p. 54.

<sup>55</sup> *Prólogo* a la edición americana de 1886; citado por: Iris Zavala: *Ideología y política...*, cit., p. 195-196.

<sup>56</sup> *Discurso sobre la moral en el arte*, leído el 25-2-1877 en su recepción como individuo de número en la Academia; en: *Novelas completas*, Madrid, Aguilar, 1949, edc., de Jorge Campos, p. 1203.

<sup>57</sup> *Ibid.*

la del perdón de las injurias”<sup>58</sup>. Moral que, afortunadamente, siempre ha regido en España. Por eso, en este país el arte siempre ha estado supeditado a ella:

*“Aquí, por la misericordia de Dios, no ha habido nunca el menor asomo de idolatría para las obras humanas. [...] Aquí no se ha conocido jamás eso de ‘el Arte por el Arte’, sino el Arte por la devoción, el Arte por el amor, el Arte por los cuidados del alma. Ésta es la tierra de los llamados soñadores, de los ascetas, de los héroes, de los hidalgos, de los ‘Quijotes’ de la Historia; es decir, la tierra de la fe incondicional, de los afectos absolutos, de los sacrificios sin límites, de los ideales sobrehumanos, donde plugo al cielo que naciesen, no sólo andantes caballeros, sino también esos Hércules de la caridad que se llamaron San Juan de Dios o don Miguel de Mañara”*<sup>59</sup>.

Hasta el Quijote es, en su opinión, una obra que participa de estos valores pues su sentido último es el del triunfo del espiritualismo sobre el materialismo<sup>60</sup>.

Ahora bien, lo que le preocupa a Alarcón, como buen tradicionalista, no es la moral, sino el sistema social al que ésta sirve de soporte; en el final de su *Discurso* lo declara con palabras que no dejan lugar a la duda:

*“La teoría de ‘el Arte por el Arte’ está hoy relacionada con otras a cual más temible, y que juntas socavan y remueven los cimientos de la sociedad humana. Comenzose por pedir una Moral independiente de la Religión; pidiose luego una Ciencia independiente de la Moral; en voz baja empieza ya a exigirse que independiente de la Moral sea también el Derecho, y a grito herido reclaman los ‘Internacionalistas’, dejándose de contemplaciones y yendo derechos al bulto, que se declaren asimismo independientes de la Moral las tres entidades sociales: el Estado, la Familia, el Individuo. ¡Es decir, señores, que los ateos, pasando del humanismo sin Dios al humanismo sin alma, y del humanismo sin alma al ‘bestialismo’ (última palabra de los materialistas), reniegan ya juntamente del Dios del cielo, de los Reyes de la tierra, de la autoridad histórica, de todo vínculo social, de la sociedad misma, de la propiedad, de la casa, de la esposa, de los hijos, hasta de sí propios, o sea de su condición de criaturas racionales, pidiendo, en cambio, a la luz del petróleo, y entre las ruinas causadas por el incendio, la anarquía universal, el amor libre y la irresponsabilidad de las acciones humanas”*<sup>61</sup>.

Alarcón, por tanto, al igual que Galdós, defiende una literatura “docente”, pero al servicio de unos valores que miran hacia el pasado.

Las tres posturas analizadas se pueden, pues, reducir a dos: literatura aséptica –aunque ya hemos visto que la práctica no coincide exactamente con la teoría– al margen de la realidad, defendida por Valera, y literatura ética al servicio de una ideología, comprometida con un modelo de sociedad, bien sea burguesa –Galdós– o preburguesa: Alarcón y Pereda. Pero, todas tienen algo en común: por acción o por omisión se identifican con unos valores que no son los del proletariado. A éste no se le menciona. La única referencia que ha aparecido

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 1208.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 1217.

<sup>60</sup> “¿Es, por el contrario, y como yo creo, una sátira contra el egoísmo, contra la injusticia, contra la ingratitude, contra la grosería del vulgo alto y bajo y contra el escarnio que hace y mala cuenta que suele dar de aquellos generosos paladines que se aventuran a luchar y sufrir por el prójimo? ¡Ah, señores! En tal caso, ¡qué desagravio de la Moral! ¡Qué alegría tan bella y tan consoladora! ¡Cómo bendice el poeta los molinos de viento de sus ilusiones! ¡Cómo se reconcilia el mártir con la Dulcinea de su esperanza! ¡Qué grotesco y odioso ha resultado el materialismo! ¡Qué grande y benemérito aquel noble demente! ¡Cuán excelsa y amable su poesía! ¡Qué vil la prosa de Sancho Panza!” p. 1217-1218

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 1220-1221.

en las citas precedentes es la de Alarcón, que no puede menos que mostrar su alarma ante la amenaza del “Internacionalismo”.

### B) La literatura como arma de combate: las novelas de tesis.

Las discrepancias no se dan sólo en el terreno de la teoría literaria, sino que se reflejan también en las propias novelas. Éstas se utilizan como vías de propagación de las respectivas ideas:

*“Es la novela el vehículo que las letras escogen en nuestro tiempo para llevar al pensamiento general, a la cultura común el germen fecundo de la vida contemporánea, y fue lógicamente este género el que más y mejor prosperó después que respiramos el aire de la libertad de pensamiento”*<sup>62</sup>.

Y las ideas se polarizan entre defensores del pasado y de los valores burgueses:

*“Fue ‘Clarín’, agudo crítico de su tiempo, quien señaló que en la novela de la época hay dos bandos en que luchan el pasado y el presente, la libertad y la tradición. El escritor se ve obligado a una toma de posición frente a los profundos conflictos económicos, sociales y políticos de la centuria”*<sup>63</sup>.

Se impone en esta década un modelo conocido como “novela de tesis”: es una novela –Ferrerías la llama novela del dualismo moral- en la que se tratan con planteamientos manifiestamente maniqueos asuntos sociales y religiosos. La discusión pública de estas cuestiones es una consecuencia directa de la transformación originada por la revolución del 68, transformación que afectó “a todas las esferas de la vida social, penetró en los espíritus y planteó por primera vez en España todos los arduos problemas que la libertad de conciencia había ido suscitando en los pueblos libres y cultos de Europa”. Como consecuencia de ello se pusieron en cuestión principios que hasta entonces se consideraban intocables:

*“La religión y la ciencia, que habían sido aquí ortodoxas en los días de mayor libertad política, veíanse por vez primera en tela de juicio y desentrañábanse sus diferencias y varios aspectos; disputábanse los títulos de la legitimidad a cuanto hasta entonces había imperado por siglos, sin contradicción digna de tenerse en cuenta; las dudas y las negaciones que habían sido antes alimento de escasos espíritus llegaron al pueblo, y se habló en calles, clubs y Congresos de teología, de libre examen, con escándalo de no pequeña parte del público, ortodoxo todavía y fanático o, por lo menos, intolerante”*<sup>64</sup>.

Lógicamente, lo que unos cuestionan otros lo defienden. Entre los primeros se encuentran Galdós, Clarín, Palacio Valdés; entre los segundos, Pereda, Valera, Alarcón<sup>65</sup>.

Galdós y Pereda son probablemente los más significativos representantes de sus respectivos bandos. Las novelas que escribe Galdós en esta década plantean como tema principal la necesidad de consolidar la revolución burguesa apuntando a un doble blanco: evitar los excesos y derribar los obstáculos tradicionales. Sus dos primeras novelas se centran en el primero de estos objetivos. *La Fontana de Oro*, localizada en el trienio liberal, es una llamada a sus contemporáneos, que viven en una situación similar, pues acaban de hacer

<sup>62</sup> Clarín: *El libre examen y nuestra literatura presente*, cit., p. 72.

<sup>63</sup> C. Blanco Aguinaga et al.: *Historia social de la literatura española II*, Madrid, Castalia, 1979, p. 136-137.

<sup>64</sup> Clarín: *El libre examen...*, cit., p. 66-67.

<sup>65</sup> La nómina de los incluidos en uno y otro bando varía según los críticos. Así los autores de la *Historia social de la literatura española II*, p. 143-152- distinguen tres grupos: reaccionarios: Pereda, Alarcón, Coloma; burgueses: Valera, Pardo Bazán, Palacio Valdés; realistas críticos: Galdós, Clarín. Oleza en la obra citada, p. 21 y 217- distingue dos: conservadores: Pereda, Valera, Pardo Bazán; progresistas: Clarín y Galdós.

una revolución, para que eviten los extremismos demagógicos que, entre otras cosas, desencadenaron la invasión del ejército de Angulema –enviado por la Santa Alianza- que terminó con la revolución liberal en 1823. Los paralelismos entre ambas épocas y el deseo de que los acontecimientos pasados sirvan de lección a los presentes, son explicitados por el autor en un pequeño preámbulo:

*“Los hechos históricos o novelescos contados en este libro, se refieren a uno de los períodos de turbación política y social más graves e interesantes en la gran época de reorganización, que principió en 1812 y no parece próxima a terminar todavía. Mucho después de escrito este libro, pues sólo sus últimas páginas son posteriores a la Revolución de Septiembre, me ha parecido de alguna oportunidad en los días que atravesamos, por la relación que pudiera encontrarse entre muchos sucesos aquí referidos y algo de lo que aquí pasa; relación nacida, sin duda, de la semejanza que la crisis actual tiene con el memorable período de 1820-23. Ésta es la principal razón que me ha inducido a publicarlo”*<sup>66</sup>.

*El audaz*, su segunda novela, -significativamente subtitulada *Historia de un radical de antaño*- es, asimismo, una condena de los radicalismos izquierdistas: asistimos en esta obra al intento de unos “revolucionarios” de quemar la ciudad de Toledo. Galdós rechaza estos extremismos como producto de mentes insanas: los protagonistas acaban locos creyendo ser personajes de la Revolución francesa. Se plantea en estas obras la necesidad de controlar desde el moderantismo la revolución burguesa, pero nunca la rechaza como es el caso de Pereda en Don *Gonzalo González de la Gonzalera* (1878) o en *Pedro Sánchez* (1883). De la primera

*“dos son las lecciones que se desprenden: que la revolución liberal es fuente de desórdenes, violencia y, en consecuencia, pobreza, y que el pueblo ignorante, si interviene en la política, se expone a ser manipulado miserablemente; si quiere evitarlo, pues, ha de guardar y respetar el orden establecido”*<sup>67</sup>.

La segunda, según confiesa el propio protagonista, es la historia de sus “desengaños” escrita al final de su vida con la intención de que “llegue a servir a alguno de escarmiento”<sup>68</sup>. Estos desengaños no son otros que los sufridos por haber abandonado su tranquilo lugar natal y haber ido a la corte, cegado por las promesas de un profesional de la política, donde tuvo un activo papel en la Revolución de 1854. La conclusión última es la de que la revolución liberal es ineficaz tanto en el plano colectivo como en el individual: el protagonista arruinó su vida.

La cuestión religiosa –la Constitución de 1869 reconoció por primera vez en España la libertad de cultos- suscitó también agrios debates. Galdós y Pereda trataron la cuestión desde perspectivas radicalmente diferentes. Mientras Galdós –*Gloria* (1877)- denuncia la intransigencia de las religiones, “la paradoja histórica y metafísica de que las religiones en lugar de conducir a los hombres los unos a los otros, les conduce[n] forzosamente a que se odien”<sup>69</sup>,

<sup>66</sup> Fechado en diciembre de 1870. Edición digital de la Biblioteca Virtual Cervantes, basada en la de Madrid, Perlado, Páez y Compañía, 1906, p. 5

<sup>67</sup> Isabel Román Gutiérrez: *Historia interna de la novela...*, cit., p. 40.

<sup>68</sup> *Pedro Sánchez* [1883], Madrid, Espasa Calpe, 3ª edc., 1990, Austral A 149, edición de José Manuel González Herrán, p. 429.

<sup>69</sup> Joaquín Casaldueiro: *Introducción a De tal palo, tal astilla. Madrid*, Cátedra, 1981, LH 34, p. 19.



Pereda –*De tal palo, tal astilla*(1879)<sup>70</sup> – sostiene que sin religión, por supuesto la católica, es imposible la virtud; por eso, Fernando termina suicidándose. De modo parecido piensa Pedro Antonio de Alarcón quien –*El escándalo*(1875)- defiende la tesis de que sin religión no es posible ningún tipo de redención: ni social ni personal; aunque la novela se centra fundamentalmente en la segunda: Fabián Conde, mujeriego e impío, acuciado por un terrible problema de conciencia, acude al padre Manrique; tras varias horas de conversación con él, se arrepiente y rehace su vida<sup>71</sup>. También Valera escribe una novela (*Pepita Jiménez*(1874) –aunque sin ánimo de polemizar ni de defender ninguna tesis, al menos conscientemente, (ya he analizado su postura al respecto)- en la que se plantea un conflicto entre individuo y religión; bien es verdad que de índole bien distinta a los anteriores, pues en este caso se trata de la lucha entre la vocación religiosa y el amor. La religión no es ni una fuerza positiva necesaria –como en Alarcón y Pereda- ni un obstáculo entorpecedor – como en Galdós-, sino simplemente una manera de confrontar dos tendencias enfrentadas en el ánimo del protagonista: vitalismo y misticismo. Vence el primero, pero la religión no sale derrotada de la prueba; lo que ha quedado claro es que ése no era el camino de don Luis de Vargas.

Como dice Sergio Beser, la novela de tesis –en la que se incluyen también otros títulos como *Doña Perfecta*(1876) o *La familia de León Roch*(1878)- “coincide con la época de activa y violenta lucha polémica que, iniciada con el Krausismo, se desarrolla tras la revolución de 1868”<sup>72</sup>. Esta novela se ajusta a un modelo estético que es el realismo. Las más significativas –aunque no las únicas- son las que se identifican con los valores burgueses, las que están de acuerdo con el modelo socioeconómico burgués. Esta connivencia viene motivada porque creen que ese modelo –a pesar de sus muchas deficiencias- constituye el marco perfecto en el que el individuo puede lograr su realización. Es decir, los primeros años de la revolución son años en los que los escritores creen en “la posibilidad de un pacto entre la libertad individual y la disciplina colectiva”<sup>73</sup>, posibilidad fundamentada en el hecho de que “la realidad objetiva es tan clara y tan diáfana, que su recreación o transcripción es solamente una cuestión de pura técnica”<sup>74</sup>. Por eso, se puede afirmar que el realismo “es un modelo cultural que expresa un momento de equilibrio, de aceptación del marco social creado por la Revolución”<sup>75</sup>. Pero a la vuelta de pocos años este equilibrio se rompe; en Francia, a raíz de los

<sup>70</sup> Esta novela es una “contestación “a Gloria: “El señor Pereda ha querido darnos la triaca del veneno que Galdós nos propinó con su Gloria: es *De tal palo, tal astilla* una ‘contra-Gloria’ que, si valiera la intención, habría deshecho a estas horas todo el efecto de la novela ‘impía’, que así la llaman”.

Clarín: *De tal palo, tal astilla* (Pereda), en: *Solos...*, cit., p. 320.

<sup>71</sup> Para los autores de la *Historia social de la literatura española*, la novela tiene un alcance que va más allá del problema religioso personal: “Se transparenta con nitidez la insatisfacción tradicionalista ante los avances y progresos de un sistema social ‘moderno’ y lo que sin remedio conlleva: la amenaza contra un patriarcalismo sometido a los embates del positivismo burgués por un lado de la Internacional Obrera por otro”. Y citan, como prueba, un texto de Clarín [no dicen de dónde procede]: “Los partidarios de la tradición y de la autoridad estaban de enhorabuena; tenían un novelista filosófico, ‘trascendental’, que resolvía los más apurados casos de conciencia con el criterio de Loyola y simbolizaba el libre pensamiento en un mozalbete aturdido, calavera..., aunque de buen corazón; un corazón tan bueno que le llevaba, después de mil tropiezos, al redil, santo, abdicando de mil errores que no tenía, porque en realidad, Fabián Conde había pensado poco en las cosas de allá arriba. Fácil triunfo”. *Tomo II*, cit., p. 138

<sup>72</sup> Leopoldo Alas, crítico literario, citado por: Isabel Román: *Historia interna...*, cit., p. 101.

<sup>73</sup> Juan Oleza: *Op., cit.*, p. 14.

<sup>74</sup> Juan Ignacio Ferreras: *La novela en el siglo XIX*, cit., p. 69.

<sup>75</sup> J. Oleza: *Op., cit.*, p. 14.

acontecimientos del 48; en España, cuando, tras la consolidación de la Restauración, el giro hacia el conservadurismo se haga evidente. El escritor se vuelve más escéptico y, en consecuencia, menos combativo:

*“Hacia 1880 empieza a reflejarse, dentro del campo ideológico, la mentalidad acomodaticia y pragmática de la Restauración; la suavización de las polémicas y la influencia del naturalismo francés llevan al escritor a reproducir y estudiar la realidad sin los prejuicios que le movían en años anteriores”<sup>76</sup>.*

El naturalismo es, en palabras de Oleza, precisamente “la primera puesta en cuestión” del anteriormente mencionado equilibrio. Por eso, el naturalismo

*“expresa la crisis del individualismo burgués, al que da como alternativa una filosofía determinista del medio no menos burguesa –es perfectamente distinguible el abismo que separa a esta filosofía, por social que sea, del materialismo dialéctico- aunque sí más discrepante”<sup>77</sup>.*

Lo cual nos lleva a la etapa siguiente.

### **3.1.2.2. EL NATURALISMO: 1880-1890.**

*“El mundo se ha vuelto oscuro, opaco, incomprensible, quizás irracional.[...] A partir de este momento, para toda la novelística se impone una nueva tarea que podría definirse como la búsqueda de una nueva significación, y también como la búsqueda de una nueva materialización novelesca.[...] Llegamos así a los naturalismos”<sup>78</sup>.*

En Francia, el realismo –cuyo período de apogeo se extiende entre 1830 y 1848- había sido un arte burgués porque los escritores burgueses –Balzac es el caso prototípico- tenían una confianza ciega en el perfeccionamiento de la sociedad capitalista, lo cual no les impedía censurar sus deficiencias, ya que estaban convencidos de que éstas podían ser subsanadas y superadas dentro del propio sistema. Sin embargo, tras los acontecimientos del 48 esta confianza ya no es posible, pues ha surgido clara y definida una alternativa al sistema; la consiguiente desilusión y escepticismo y su estrecha visión clasista llevan a estos escritores al naturalismo, movimiento para el que el cambio no es posible porque todo está sometido al determinismo. Es decir, mientras que el realismo se da en un momento en el que todavía se veía como factible la integración del pueblo en la revolución burguesa –el principal impedimento con que contaba ésta eran los restos del Antiguo Régimen en descomposición- el naturalismo surge cuando esa integración se presenta ya como imposible. El realismo se corresponde, por tanto, con la fase combativa de la burguesía; el naturalismo, con la defensiva; el escepticismo, pesimismo, determinismo que les impiden proponer un sistema alternativo no es sino una forma de defender el sistema establecido, pues, desde esos supuestos ideológicos, la realidad resulta inmodificable. El denunciar una determinada realidad y simultáneamente lamentarse de que sea inmodificable resulta tan burgués como su defensa abierta y entusiasta. El determinismo se convierte, así, en una inmejorable coartada para mantener un sistema socioeconómico ya fuertemente contestado: el cambio no es posible, pero es que tampoco “conviene” que lo sea, porque si lo fuera, el modelo burgués, en el cual residen los intereses de la clase a la que pertenecen y siguen representando, tendría que

<sup>76</sup> Leopoldo Alas, *crítico literario*. Cit., p. 101

<sup>77</sup> J. Oleza: *Op., cit.*, p. 17.

<sup>78</sup> Juan Ignacio Ferreras: *La novela en el siglo XIX*, cit., p. 69.

ser negado. Por tanto, si el realismo es una afirmación de la revolución burguesa contra las resistencias del Antiguo Régimen, el naturalismo es una defensa de la amenaza que para la misma supone el proletariado.

En España, Galdós publica en 1881 *La desheredada*, saludada por Clarín como muestra de la adhesión de D. Benito al naturalismo<sup>79</sup> y por Pardo Bazán como muestra del abandono del didactismo<sup>80</sup>. A lo largo de la década aparecen una serie de novelas –*La Regenta*, *El doctor Centeno*, *La de Bringas*, *Tormento*, *Lo prohibido*, *La Tribuna*, *Los Pazos de Ulloa*, *La madre naturaleza*– consideradas por la crítica como adscritas al movimiento naturalista.

El naturalismo español, al igual que el realismo, puede ser objeto de un doble enfoque: polémico y creativo.

El naturalismo suscitó una gran polémica en los cenáculos literarios y culturales de la sociedad española:

*“Suele datarse el comienzo de la querrela del naturalismo España hacia 1876, cuando en la prensa española aparecen las primeras menciones de Zola y sus novelas. Pero la verdadera eclosión del debate no se producirá hasta el comienzo de la década siguiente”*<sup>81</sup>.

Esta polémica no es nueva; es simplemente la continuación de la ya analizada entre tradicionalistas y progresistas en la década anterior. Es decir, los dos bandos enfrentados en la concepción docente del arte y en las novelas de tesis, continúan ahora su enfrentamiento en torno al naturalismo: *“Algunos intelectuales del momento se declararán naturalistas no por simpatía hacia el movimiento, sino por oposición al idealismo tradicionalista”*<sup>82</sup>. En esta polémica intervino todo el mundo y no todos sabían de qué estaban hablando, a juzgar por lo que dice Clarín –*“No es lo peor que el naturalismo no sea como sus enemigos se lo figuran, sino que se parezca muy poco a la idea que de él tienen sus partidarios”*<sup>83</sup> – o Pardo Bazán:

<sup>79</sup> “...Considero que debe ser bendito y alabado el cambio que ha sufrido Galdós en su última novela *La Desheredada*, cuya primera parte acabo de leer, y me ha hecho ver bien claro que muchas de las doctrinas del naturalismo las ha tenido por buenas el autor y ha escrito según ellas y según los ejemplos de los naturalistas”.

*La Desheredada*, en *Los Lunes del Imparcial*, 9-5-1881. Recogido en: *Leopoldo Alas “Clarín”: Galdós novelista*, edición de Adolfo Sotelo Vázquez, Barcelona PPU, 1991, col. Universitas-15, p. 87.

<sup>80</sup> “Por fortuna, o más bien por el tino que guía al genio, Galdós retrocedió para huir de ese callejón sin salida [la tendencia docente], y en *El Amigo Manso* y en *La Desheredada* comprendió que la novela hoy, más que enseñar o condenar estos o aquellos ideales políticos, ha de tomar nota de la verdad ambiente y realizar con libertad y desembarazo la hermosura. ¡Bien haya el ilustre escritor, bien haya por haber sacudido el yugo de ideas preconcebidas”. *La cuestión palpitante*, cit., p. 315.

<sup>81</sup> M. González Herrán: *Estudio introductorio a La cuestión palpitante*, cit., p. 20

<sup>82</sup> J. Oleza: Op., cit., p. 26. De la misma opinión es González Herrán: “El enfrentamiento entre detractores (Alarcón, Valera, Menéndez Pelayo) y matizados partidarios (Alas, Pardo Bazán, Altamira) del naturalismo no es sino un episodio más de una serie de querrelas estético-ideológicas que se producen en los ambientes intelectuales españoles de la segunda mitad del siglo XIX y que, en último término, remiten siempre a ese enfrentamiento entre tradición y progreso que ha marcado la historia de España en su edad contemporánea”. Cit., p. 21.

<sup>83</sup> Prólogo de Clarín a la edición de 1883 de *La cuestión palpitante*; edc., cit., p. 123-124.

Algo parecido ocurría en Francia, pues Zola se queja amargamente de que su novela *Thérèse Raquin* [1867] no se entendió en absoluto. En el prólogo que puso a la segunda edición de la misma, empieza diciendo que nunca pensó en escribir sus novelas, pero que se ha visto forzado a hacerlo para explicar lo que él ha querido hacer en ésta, que ha sido duramente atacada sin haber sido entendida; por eso, “*Je ne me plains nullement de cet accueil, au contraire, je suis charmé de constater que mes confrères ont des nerfs sensibles de jeune fille. Il est bien évident que mon oeuvre appartient à mes judes, et qu'ils peuvent la trouver nauséabonde sans que j'aie le droit de réclamer. Ce dont je me plains, c'est que pas un des pudiques journa-*

“Si entre los hombres políticos no está en olor de santidad el naturalismo, tampoco entre los literatos de España goza de la mejor reputación. [...] Un insigne novelista, de los que más prefiere y ama el público español, me declaraba últimamente no haber leído a Zola, Daudet ni ninguno de los escritores naturalistas franceses, si bien le llegaba su ‘mal olor’”<sup>84</sup>.

Como ya dije antes, los orígenes de la polémica se remontan a 1876<sup>85</sup>, pero será en los años siguientes cuando realmente tome fuerza. González Herrán –en el *Estudio introductorio*- ya citado dedica un capítulo a estudiarla. Entresaco de él algunas de las opiniones que me parecen más significativas. Manuel de la Revilla –*El naturalismo en el arte* (1879)- lo considera como una especie de degradación<sup>86</sup> del realismo: “No es en rigor otra cosa que la demagogia del realismo” [p.27]; enumera a continuación sus errores como, por ejemplo, la predilección por lo feo y la grosería del lenguaje. Entre diciembre del 81 y febrero del 82 tuvo lugar en el Ateneo de Madrid<sup>87</sup> un debate que “probablemente signifique la consagración oficial y académica de la cuestión” [p.28]. Entre los ponentes estuvo Clarín. Este mismo año – en noviembre- empezó Pardo Bazán a publicar en *La Época* una serie de artículos bajo el título genérico de *La cuestión palpitante*, que es uno de los estudios más conocidos sobre el tema. Esta obra, en contra de lo que a veces se dice, no es una defensa del naturalismo<sup>88</sup>. Se trata de una serie de artículos sobre sus características, algunos de sus principales culti- vadores –Daudet, Zola, los hermanos Goncourt, Flaubert- y su difusión por algunos países europeos, como Inglaterra y España; pero doña Emilia muestra una profunda discrepancia

---

*listes qui ont rougi en lisant Thérèse Raquin ne me paraît avoir compris ce roman. S'ils l'avaient compris, peut-être auraient-ils rougi davantage, mais au moins je goûterais à cette heure l'intime satisfaction de les voir écoeurés à juste titre. Rien n'est plus irritant que d'entendre d'honnêtes écrivains crier à la dépravation, lorsqu'on es intimement persuadé qu'ils crient sans savoir à propos de quoi ils crient». Préface de la deuxième édition, Paris-Columiers, Brodard et Trapin, 1962, le livre de poche 34, p. 7-8.*

<sup>84</sup> *La cuestión...*, cit., p. 139. El novelista en cuestión –nota de J.M. González Herrán a pie de página- es Valera. Como ya se ha visto –más adelante volveré a hacer referencia a ello- Valera escribió en 1887 un ensayo atacando el naturalismo: *Apuntes sobre el arte nuevo de hacer novelas*.

<sup>85</sup> La primera referencia es un artículo de Charles Bigot, aparecido en la *Revista Contemporánea* en 1876. J. Oleza: *Op.*, cit., p. 26.

<sup>86</sup> Lo mismo piensa Valera: “¿No puede haber algo en esta elección de asuntos bajos y villanos que sea indicio de la decadencia, de la corrupción del arte mismo? ¿No puede reproducirse en la historia de la ‘novela’ lo que en la historia del ‘romance’ en España? En el siglo de oro de nuestra literatura los romances tomaban por héroes al Cid, a Bernardo del Carpio, a los Caballeros de la Tabla Redonda, a los Doce Pares, a don Manuel Ponce de León, a don Alonso de Aguilar y a otras nobles y hermosas figuras; y luego, cuando el romance se encanalló, corrompió y degradó, sus héroes fueron los Niños de Écija, el Chato de Benamejí, el Guapo Francisco Esteban, y ramera, gansos, bandidos y borrachos. En una palabra: el ‘romance’, que cuando era bueno pudo ser calificado de idealista, se hizo naturalista cuando se hizo malo”. *Apuntes sobre el arte nuevo...*, cit., p. 627.

<sup>87</sup> Pardo Bazán no asistió; no estaba en Madrid pero, si hubiera estado, probablemente tampoco lo habría hecho: “El pasado año [1882] se discutió en el Ateneo el tema de estos artículos, a saber: el ‘naturalismo’. La costumbre –con otra causa más poderosa no atino ahora, tal vez por la premura con que escribo- veda a las damas la asistencia a aquel centro intelectual; de suerte que, aun cuando me hallase en la corte de las Españas, no podría apreciar si se ventiló en él con equidad y profundidad la cuestión”.

*La cuestión palpitante*, cit., p. 142.

<sup>88</sup> El juicio de Zola sobre la obra no deja lugar a dudas: “Tiene el libro capítulos de gran interés, y, en general, es excelente guía para cuantos viajen por las regiones del naturalismo y no quieran perderse en sus encrucijadas y oscuras revueltas. Lo que no puedo ocultar es mi extrañeza de que la Sra. Pardo Bazán sea católica ferviente, militante, y a la vez naturalista; y me lo explico sólo por lo que oigo decir de que el naturalismo se esa señora es puramente formal, artístico y literario”. *La cuestión...*, cit., p. 122.

con los principales fundamentos teóricos del movimiento. Según éstos<sup>89</sup>, el escritor es un experimentador –a diferencia del realista, simplemente observador- que mantiene una actitud impasible, tanto ideológica como estéticamente, ante la realidad novelada, especialmente los personajes, determinados por las leyes de la herencia y del medio ambiente. A propósito de éstos escribe Zola:

*“Dans Thérèse Raquin, j’ai voulu étudier des tempéraments et non des caractères. Là es le livre entier. J’ai choisi des personnages souverainement dominés par leurs nerfs et leur sang, dépourvus de libre arbitre, entraînés à chaque acte de leur vie par les fatalités de leur chair. Thérèse et Laurent sont de brutes humaines, rien de plus. J’ai cherché à suivre pas à pas dans ces brutes le travail sourd des passions, les poussées de l’instinct, les détraquements cérébraux survenus à la suite d’une crise nerveuse. Les amours de mes deux héros sont le contentement d’un besoin; le meurtre qu’ils commettent est une conséquence de leur adultère, conséquence qu’ils acceptent comme les loups acceptent l’assassinat des moutons; enfin, de que j’ai été obligé d’appeler leurs remords, consiste en un simple désordre organique, en une rébellion du système nerveux tendu à se rompre».*

Y, un poco más adelante, afirma que lo que ha pretendido en esta novela ha sido «l’étude du tempérament et des modifications profondes de l’organisme sous la pression des milieux et des circonstances»<sup>90</sup>. Estos principios, como se verá, son enfáticamente negados por Pardo Bazán, que, por otra parte, no quiere tampoco que se la incluya en la nómina del movimiento. Por eso, en el primero de los artículos afirma que se decidió a escribir este ensayo cuando leyó un artículo en una revista francesa en el que se afirmaba que ella había intentado aclimatar en España la novela naturalista en *Un viaje de novios*<sup>91</sup>. Aunque se declara

<sup>89</sup> Valera hace una exposición un tanto irónica de los mismos que, a pesar de su extensión, creo oportuno reproducir, pues resulta muy ilustrativo de su forma de pensar en ciertos asuntos: “La teoría de Zola es, en resumen, como sigue: En todo tiempo, cuando no se habían estudiado los fenómenos, todo se atribuía a milagro o a causas misteriosas. Desde que la física y la química descubrieron las causas, ya todo se explicaba física o químicamente. Sin embargo, el mecanismo o la química, que lo explicaba todo, suprimiendo lo sobrenatural y trascendente, rezaba sólo con los cuerpos inorgánicos. Los seres vivos se sustraían a la explicación racional. Vinieron después otros sabios y averiguaron y decidieron que en los seres vivos, lo mismo que en los seres inorgánicos, todo fenómeno está determinado de una manera absoluta. Y desde entonces, la biología o la fisiología explicó todo lo que ocurre a los seres orgánicos, como la física y la química habían explicado lo inorgánico antes. Todavía quisieron algunos escrupulosos y timoratos exceptuar al hombre de esta ley e imaginaron el ‘reino humano’. El hombre era un ser aparte, que no se sujetaba a esas leyes. Pero viene más tarde Claudio Bernard, y demuestra que el hombre es exactamente lo mismo que cualquiera otro animal, y todo animal lo mismo que un alcornoque, y todo alcornoque lo mismo que un guijarro. Y entonces aparece Zola y sacando la última consecuencia del sorites, exclama: ‘Idéntico determinismo debe regir la piedra del camino y el cerebro del hombre’.

Nace de aquí una nueva ciencia: la antropología experimental. Con ella se explican los pensamientos, las voliciones y los actos de los hombres. Se piensa después que los hombres son unos animales que viven en manadas o greyes: seres sociales. Por tanto, no obedecen sólo al propio organismo, sino también al medio social en que viven. Nace, pues, otra ciencia: la sociología. Y, por último, fundándose en la mecánica, en la física, en la química, en la fisiología, en la biología, en la antropología y en la sociología, todo ello experimental, nace la novelaría naturalista, y experimental también, que es la flor que le faltaba al ramo. *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, cit., p. 701-702.

<sup>90</sup> *Préface a Thérèse Raquin*, cit., p. 8 y 12.

A juzgar por las palabras de Zola, Valera tampoco entendió la novela, pues, refiriéndose al remordimiento de los protagonistas, escribe éste: “Lo malo del remordimiento es que persigue a veces al criminal, aunque burle la justicia humana. Así, en la *Teresa Raquin*, de Zola, si bien algo se duda de si es verdadero remordimiento el que sienten ella y su cómplice, o si es miedo sólo de la vindicta pública”. Según Zola, no debería existir duda. *Apuntes sobre el nuevo arte...*, cit., p. 673.

<sup>91</sup> “He de confesar que, viéndome acusada nada menos que en dos lenguas (la *Revue Britannique* se publica, si no me engaño, en París y Londres simultáneamente) de los susodichos ensayos de aclimatación, creció mi deseo de escribir algo acerca de la palpitante cuestión literaria: naturalismo y realismo”.

neutral<sup>92</sup>, afirma que el naturalismo tiene dos vicios o errores en su concepción: el determinismo, al que llama “vicio capital de la estética naturalista” le disgusta especialmente porque ve en él la reaparición de una vieja herejía: “El fatalismo vulgar, el determinismo providencialista de Epicteto y Lutero, los trasladó Zola a la región literaria, vistiéndoles ropaje científico moderno”<sup>93</sup>; el segundo error es el utilitarismo: la creencia de que los descubrimientos de la novela naturalista van a ayudar “a regular la marcha de la sociedad, a ilustrar al criminalista, al sociólogo, al moralista, al gobernante...”<sup>94</sup>. De ahí que no pueda identificarse con la estética naturalista y sí con la realista porque ésta “comprende y abarca lo natural y espiritual, el cuerpo y el alma, y concilia y reduce a unidad la oposición del naturalismo y del idealismo racional”<sup>95</sup>. Pardo Bazán mostró su desacuerdo con los principios del naturalismo en otras muchas ocasiones; González Herrán en su estudio previo a *La cuestión palpitante* recoge numerosas declaraciones al respecto<sup>96</sup>. De todos modos, hay que reconocerle el mérito de haberse interesado y acercado a las últimas tendencias literarias con una mentalidad bastante más abierta<sup>97</sup> que la de la mayoría de sus contemporáneos:

“Al literato no le es lícito escandalizarse nimiamente de un género nuevo, porque los períodos literarios nacen unos de otros, se suceden con orden, y se encadenan con precisión

*La cuestión...*, cit., p. 141.

Desautoriza al autor del artículo burlándose de él por haber traducido ‘viaje de novios’ por ‘voyage de fiancés’ y ‘pasarse de listo’ por ‘trop d’imagination’. P. 140.

Por otra parte, en el prólogo a *Un viaje de novios* (1881) muestra su desacuerdo con algunos aspectos del naturalismo y rechaza que se la incluya dentro del mismo: “...desapruebo como yerros artísticos, la elección sistemática preferente de asuntos repugnantes o desvergonzados, la prolijidad nimia, [...] y, más que todo, un defecto en que no sé si repararon los críticos: la perenne solemnidad y tristeza, el ceño siempre torvo, la carencia de notas festivas y de gracia y soltura en el estilo y en la idea. Para mí es Zola el más hipocondríaco de los escritores habidos y por haber, un Heráclito que no gasta pañuelo, un Jeremías que así lamenta la pérdida de la nación por el golpe de Estado, como la ruina de un almacén de ultramarinos. [...] Estos realistas flamantes se dejaron entre bastidores el puñal y el veneno de la escuela romántica, pero, en cambio, sacan a la escena una cara de viernes mil veces más indigesta”. De ahí que, “si a algún crítico ocurriese calificar de realista esta mi novela, como fue calificada su hermana mayor **Pascual López**, pídole por caridad que no me afilie al realismo transpirenaico, sino al nuestro, único que me contenta y en el cual quiero vivir y morir, no por mis méritos, sí por voluntad firme”. Prefacio, edición digital de la Biblioteca Virtual Cervantes, realizada a partir de *Obras completas*, Madrid, Pueyo, 1919, t. XXX.

<sup>92</sup> “A bien que la verdad se hace lugar tarde o temprano, y el que desapasionada y pacientemente lea lo que sigue, no verá panegíricos ni alegatos, sino la apreciación imparcial de la fase literaria más reciente y característica”. *La cuestión palpitante*, cit., p. 143.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 148. En las páginas finales del libre vuelve a insistir en la condena del determinismo: “Tocante al naturalismo en general, ya queda establecido que, descartada la perniciosa herejía de negar la libertad humana, no puede imputársele otro género de delito: verdad que éste es grave, como que anula toda responsabilidad, y por consiguiente, toda moral”. P. 322.

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 151.

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 154.

<sup>96</sup> Valgan las siguientes como muestra: “No me propuse hacer propaganda de la escuela, ni recomendar sus fundamentos filosóficos, que, al contrario, reprobé” (p. 55-56). “Yo examino la estética naturalista a la luz de la teología, descubriendo y rechazando sus elementos heréticos, deterministas y fatalistas, así como su tendencia al utilitarismo docente, e intentando un sincretismo que deja a salvo la fe” (p. 76)

<sup>97</sup> Este carácter ambivalente ha sido perfectamente destacado por Guillermo de Torre: “¿Pudo doña Emilia Pardo Bazán superar la contradicción entre su catolicismo y el determinismo de la escuela? Sin embargo, ¿qué equilibrios no hizo, a cuántas sutilezas no hubo de apelar para conciliar el revolucionarismo moral de aquella tendencia con su conservadurismo innato, cuidadosa de no romper enteramente las convenciones sociales y particularmente las de su medio católico y aristocrático. [...] ¿Qué es *La cuestión palpitante*? ¿Defensa del naturalismo, palinodia, recusación de sus ‘excesos’, busca de una fórmula ecléctica? De todo tiene, y en rigor puede decirse que pocos libros, sugeridos por un fenómeno literario, con el fin de exaltarlo o negarlo, presentar un carácter tan desconcertante y ambiguo”. Recogido por González Herrán: *Op.*, cit., p. 58.

*en cierto modo matemática: no basta el capricho de un escritor, ni de muchos, para innovar formas artísticas; han de venir preparadas, han de deducirse de las anteriores. Razón por la cual es pueril imputar al arte la perversión de las costumbres, cuando con mayor motivo pueden achacarse a la sociedad los extravíos del arte*<sup>98</sup>.

Si Pardo Bazán intenta mantener una actitud de equilibrio –no se identifica pero tampoco lo rechaza– parecida es la actitud de Galdós. Éste se ocupó del tema en el *Prólogo* que escribió para la edición de **La Regenta** de 1901. Para Galdós –que escribe cuando ya la polémica ha pasado– no había motivo para tanto escándalo –“a muchos imponía miedo el tal Naturalismo, creyéndolo portador de todas las fealdades sociales y humanas”<sup>99</sup>– porque en España el naturalismo no era algo novedoso, lo esencial del mismo había existido en España desde hacía mucho tiempo: “Luego se vio que no era peligro ni sistema, ni siquiera novedad, pues todo lo esencial del Naturalismo lo teníamos en casa desde tiempos remotos”<sup>100</sup>. De aquí lo tomaron ingleses y franceses –que añadieron y quitaron ingredientes– y a la postre fueron los franceses quienes nos lo devolvieron sin que nos diéramos cuenta que de aquí había salido:

*“En resumidas cuentas: Francia, con su poder incontrastable, nos imponía una reforma de nuestra propia obra, sin saber que era nuestra; aceptámosla nosotros restaurando el Naturalismo y devolviéndole lo que le habían quitado, el humorismo, y empleando éste en las formas narrativa y descriptiva conforme a la tradición cervantesca”*<sup>101</sup>.

**La Regenta** es un muestra de este naturalismo emigrado y retornado: “Para corroborar lo dicho, ningún ejemplo mejor que *La Regenta*, muestra feliz del Naturalismo restaurado, reintegrado en la calidad y ser de su origen”<sup>102</sup>. La actitud de Galdós es bastante prudente y recuerda a la de aquellos defensores del constitucionalismo parlamentario que, en las Cortes de Cádiz, para darle cauce de legitimidad ante los tradicionalistas, le buscaban un origen medieval.

Si las opiniones analizadas hasta ahora –y algunas más de los intervinientes en el debate del Ateneo– se pueden calificar como de aceptación matizada, lo cual coincide con el carácter general del naturalismo español<sup>103</sup>, hubo otras de rechazo radical. Alarcón habla de la mano sucia y negra de la escuela naturalista<sup>104</sup>. Pereda, por su parte, se indignó porque hubo un crítico que lo incluyó en la nómina del movimiento<sup>105</sup>, en su **Discurso** de entrada en la Academia lo llama “mal oliente”<sup>106</sup> y ya lo había rechazado explícitamente en 1880:

<sup>98</sup> *La cuestión palpitante*, cit., p. 141.

<sup>99</sup> Biblioteca Virtual Cervantes, edición digital de la de Madrid, Fernando Fe, 1901, p. IX.

<sup>100</sup> *Ibid.*

<sup>101</sup> *Ibid.*, p. XI

<sup>102</sup> *Ibid.*

<sup>103</sup> “El importante estudio ya citado de Pattison, llega una y otra vez a la misma conclusión: en el naturalismo español hay una evidentísima tendencia hacia la transigencia. No se acepta, sin más el zolaísmo, sino que se trata de llegar a una fórmula superadora que integre la ‘materia’ y el ‘ideal’. El origen de esta búsqueda, de este anhelo de un justo medio, hay que ir a buscarlo en la filosofía krausista”.

J. Oleza: **La novela del XIX**, cit., p. 28.

<sup>104</sup> Clarín se refirió a ello e, indirectamente le contestó, no sin cierta ironía: “Mano sucia de la literatura llamaba al naturalismo un ilustre académico, poco días hace; y ahora tenemos que una mano blanca y pulquérrima, de esas que no ofenden aunque peguen, por ser de quien son, y que se cubren de guante oloroso de ocho botones, viene a defender con pluma de oro lo que el autor de *El Sombrero de Tres Picos* tan duramente califica. Aunque en rigor, tal vez lo que en este libro de defiende no es lo mismo que el señor Alarcón ataca, como los molinos que atacaba Don Quijote no eran los gigantes que él veía”.

*Prólogo a La cuestión palpitante*, cit., p. 123.

<sup>105</sup> Oleza., p. 26.

<sup>106</sup> Cit., p. 19.

“Si por realismo se entiende la afición a presentar en el libro pasiones y caracteres ‘humanos’ y cuadros de la naturaleza, dentro del decoro del arte, ‘realista soy’, y a mucha honra lo tengo; pero si con tal calificación se me quiere filiar, como ya se ha hecho, y hasta en son de alabanza, bajo las banderas, triunfantes hoy ultra-montes, de un naturalismo hediondo que pinta al desnudo los estragos del alcohol, la inmundicia de los lavaderos y las obscenidades de las mancebías, protesto contra la injuria que de tal modo se me infiere [...] renuncio a la gloria de ser poeta de semejante linaje. En cambio, quiero reivindicar para mí la muy escasa que me pertenezca por haber venido al campo del arte mucho antes que todo eso, tal como ahora soy sin otra filiación ni otra ‘escuela’ que mi peculiarísima compleción literaria”<sup>107</sup>.

Contrario también se mostró Valera en un estudio bastante extenso, al que le puso un título de reminiscencias lopescas –*Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* (1887)-, ya citado en varias ocasiones. Valera distingue entre la teoría y la práctica; ataca la primera y salva la segunda:

“No voy contra las novelas mismas. Soy de buen componer, y doy por sentado que todas son excelentes. Voy sólo contra los preceptos que, si prevalecieran, nos harían caer en la barbarie”<sup>108</sup>.

La teoría la ataca desde diversos flancos: muestra su desacuerdo con las pretensiones didácticas del naturalismo<sup>109</sup>, le echa en cara que niegue la metafísica<sup>110</sup>, rechaza el determinismo<sup>111</sup> y, en consecuencia, se rebela contra lo que denomina “el terapeutismo materialista de la novela”<sup>112</sup>. Critica otros muchos aspectos de la doctrina naturalista (antiesteticismo, contradicción existente entre la teoría y la práctica, inverosimilitud..., apunta que la denuncia so-

<sup>107</sup> Prólogo a *De tal palo, tal astilla*. Recogido por M. González Herrán: *Op., cit.*, p. 323.

<sup>108</sup> *Cit.*, p. 621.

<sup>109</sup> “...Empezaré por decir que este punto de la ‘poesía docente’, o sea de si enseñan o no las obras de imaginación [...] es ferocísimo disparate; es, queriendo hacer poesía, que ya no sea poesía, inventar una ciencia bastarda que debe hacer reír, no digamos a Claudio Bernard, cuyas conquistas aspira Zola a completar siguiendo camino paralelo al suyo, sino al más humilde boticario o al más cuitado cirujano romancista”. *Ibid.*, p. 624-625.

<sup>110</sup> “La vanidad de los sabios experimentales y el asombro con que miran sus propios descubrimientos los han llevado a negar la religión y la metafísica; pero como sin religión o sin metafísica no podemos pasar, inventan, sin querer, cierta metafísica enclenque, canija, enteca y vergonzante, con que suplen la falta. [...] Todo lo que digan de que no hay Dios, ni alma, ni espíritu; de sustancia única, de agrupamiento de átomos eternos e indestructibles, y de que lo consciente sale de lo inconsciente, está más en el aire, y es más oscuro, irracional e incomprensible a todo entendimiento sano que los milagros de Mahoma o cuento de hadas. La diferencia consiste, además, en que los milagros de Mahoma, falsos y todo, sirvieron a los que en ellos creían para conquistar el mundo desde el extremo oriente del Asia hasta más al norte de los Pirineos, y el cuento de hadas sirve para divertir; pero, con estas metafísicas negativas de los sabios experimentales, casi nadie se divierte y sólo se conquista aburrimiento y enojo”. *Ibid.*, p. 625.

<sup>111</sup> “En lo que no consiento, no ya la negación, pero ni la duda, es en que soy libre, en que soy responsable, en que llevo la ley moral grabada en el alma. [...] Yo no he de negar aquí, invadiendo el terreno de las ciencias médicas, en el que soy forastero, ni el poder del atavismo, ni la transmisión hereditaria de dolencias y aptitudes; pero niego que esto no deje a salvo la libertad, y niego que sobre tan triste fundamento científico, aunque sea verdad, se levanten tan bonitas novelas como las que se fundan en el supuesto de que somos libres y responsables, aunque esto sea mentira”. *Ibid.*, p. 642-643.

<sup>112</sup> *Ibid.*, p. 696.

Valera publicaría años más tarde -1905- un libro con el título de *Terapéutica social. Expuesta en historias, novelas, disertaciones y otras obrillas de mero pasatiempo*, Madrid, Librería de Fernando Fe, BN: 1/20983. En este ensayo estudia, no sin ironía, la que denomina “novela profética”, novela en la que sus autores han caído en la manía de echar la culpa de todos los males a la sociedad. Así, refiriéndose a una de esas novelas – *Canuto Espárrago*, de Antonio Ledesma Hernández (Murcia, 1903)- escribe: “En la historia de *Canuto Espárrago*, este franco espíritu de rebeldía llega al último extremo. Nada hay en dicha historia que no aparezca podrido. El organismo social tiene la culpa de la podredumbre”. P. 17.



cial que en estas novelas pueda haber no conduce a ningún sitio y –esto es lo más significativo- relaciona el surgimiento del naturalismo con la crisis del sistema liberal pues establece un paralelismo entre el naturalismo y la Comuna. Ya me he referido anteriormente al paralelismo que establece entre la novela naturalista –para él consecuencia de la degradación de la novela- y la degradación del romance. En este sentido afirma que el cúmulo de degradaciones y perversiones que aparece en estas novelas no persigue otro fin que el de halagar a los proletarios:

*“Difícil es que nadie sea más cínico y atrozmente paradojal que Baudelaire; pero lo que él imaginó para aterrar a los burgueses, otros escritores con el fin de adular a los proletarios y fomentar sus malas pasiones, se lo atribuyen a los burgueses en sus novelas, fingiendo unos burgueses que son unos verdaderos energúmenos”<sup>113</sup>.*

Y, por lo que a la inutilidad de la denuncia respecta, escribe lo siguiente refiriéndose a *Germinal*:

*“La tendencia hacia el socialismo, que parece como que informa e inspira las páginas de **Germinal**, hasta donde cabe presumir algo de la mente de un autor que se oculta por sistema, es infecunda en el naturalismo. Las teorías socialistas entraron por mucho en la escuela romántica desde 1830. Vencidas luego en la práctica, después de la revolución de 1848 y, sobre todo después de la caída del segundo imperio francés, aparecen ahora como desesperación más que como teoría. Sigue lo negativo y lo crítico: se señala el mal, pero no se propone remedio”<sup>114</sup>.*

Y, por último, la prueba más importante de de la mencionada crisis del liberalismo es la relación que Valera establece entre el naturalismo y la Comuna. Como consecuencia de la derrota ante los prusianos

*“el infortunio fue grande. Natural fue que Francia se lamentara. Pero de aquel infortunio se prevaleció la hez envidiosa y desesperada que bulle hoy en el fondo cenagoso de toda sociedad europea, para alzarse en rebelión horrible... Aunque la ‘Commune’ fue materialmente vencida, su espíritu vive aún y anima el linaje de literatura de que aquí tratamos”<sup>115</sup>.*

Se confirma, pues, lo que afirmaba al principio de este apartado: el naturalismo es el reflejo artístico de la crisis del sistema liberal en el momento en que, por la presión de las clases populares –la Comuna es un ejemplo ilustrativo de ella- se ve incapaz de integrarlas dentro del sistema. Por otra parte, no deja de ser curiosa la coincidencia de Alarcón y Valera en establecer paralelismos; el primero entre la teoría del arte por el arte y el internacionalismo obrero; y el segundo y entre el naturalismo y la Comuna, que es consecuencia directa del internacionalismo. Es decir, llama poderosamente la atención que teorías estéticas tan dispares se relacionen con el mismo fenómeno social y que, por tanto, los dos escritores

<sup>113</sup> *Ibíd.*, p. 673.

Lo que imaginó Baudelaire lo cuenta unas líneas antes: “Dicen que Baudelaire, ya en los últimos años de su vida, trazó el plan de un drama o novela. **El criminal dichoso**, que es lástima que dejase de escribir, pues con él hubiera acabado de aterrar a los burgueses. El héroe, desechando ridículas preocupaciones y temores y escrúpulos, debía cometer con éxito brillante todas las atrocidades más inauditas: matar a su padre, violar a su madre y a su hermana, deshonorar a su hermano y vender a su patria. Todo ello lo había de ejecutar con tal destreza que, además de mucho placer, había de proporcionarle la estimación pública y cuantiosos bienes de fortuna, con lo cual, retirado en deliciosa quinta, en el país más bello y en el clima más benigno, había de vivir en perpetuo idilio, sin nada más que desear”. *Ibíd.*,

<sup>114</sup> *Ibíd.*, p. 690.

<sup>115</sup> *Ibíd.*, p. 663.

—negador uno y defensor el otro del arte por el arte— coincidan en establecer el mencionado paralelismo. La explicación reside en que el esteticismo de Valera y el moralismo de Alarcón coinciden en el fondo: ambos son reacciones ante el mismo fenómeno: el desarrollo capitalista burgués al que atacan por la derecha, lo cual no les impide ver que, más lejos, un nuevo enemigo se apresta a la lucha. Con el moralismo y el esteticismo esperan deshacerse de ambos. Sin embargo, son también dos reacciones que denotan actitudes distintas: Alarcón piensa que aquello que defiende puede todavía ser revitalizado. Valera está convencido de que no: el esteticismo esconde su desencanto.

El otro aspecto del naturalismo es el creativo: la producción de novelas. Por lo que a ésta se refiere, la crítica coincide en que en España no hubo naturalismo como tal. Se imitaron los aspectos externos, pero no se respetaron los principios teóricos del mismo:

*“El naturalismo es una forma de realismo, salvo en Francia, donde Zola y sus secuaces difundieron la nueva escuela que postulaba, aparte de unos principios estéticos, una concepción determinista del hombre como un ser sometido a las leyes de la herencia, las taras fisiológicas y las condiciones de la lucha por la vida. El naturalismo de Zola es el que aparentemente influyó en los novelistas españoles. Digo aparentemente porque el mismo Zola se extrañaba de que la condesa de Pardo Bazán, aristócrata y católica, se declarase discípula suya. Y lo mismo le pasaba con el escritor catalán, Narciso Oller, considerado como el padre de la novela naturalista catalana, pero muy distante, por sus ideas y creencias, de su maestro. El naturalismo francés pasaba ‘desnaturalizado’, afortunadamente, a la novela española”<sup>116</sup>.*

De la misma opinión es Eoff quien, tras mencionar la polémica y afirmar que algunos escritores “*hasta cierto punto lo imitaron*”, dice —palabras que se pueden hacer extensivas a todos los demás— refiriéndose a Pardo Bazán: “*la adaptación que hizo del naturalismo resultó casi exclusivamente literaria, y con algo de aquella debilidad inherente a la persecución de un objetivo en el que no se cree del todo*”<sup>117</sup>. Ya se ha visto la opinión de Pattison, recogida por Oleza, en la que hablaba de la tendencia a la transigencia, atribuida por éste a la influencia de la filosofía de Hegel que fue más importante que la del positivismo. Oleza, por su parte, concluye sintetizando lo que el naturalismo español rechazó y tomó del francés; rehusó el cultivo sistemático de lo feo y desagradable y, sobre todo, el determinismo positivista; lo que aceptó fue lo que en él había de método de observación de la realidad:

*“El cientifismo propio del naturalismo es asimilado por la novela española en su acepción de ‘estudio social’, de ‘verdad’, de ‘libertad temática’, de ‘método artesano de tra-*

<sup>116</sup> M.C.: *Introducción a:* Armando Palacio Valdés: *Maximina*, Madrid, Magisterio Español, 1978, NC 218, p. 7-8.

No sé quién es el tal M.C., pero el adverbio “afortunadamente” es revelador de una toma de postura bastante más cerrada ante el naturalismo que la de sus opositores cuando surgió la polémica en pleno siglo XIX.

<sup>117</sup> Sherman H. Eoff: *El pensamiento moderno y la novela española. Ensayos de literatura comparada: la repercusión de la ciencia sobre la novela*. Barcelona, Seix Barral, 1965, p. 114.

Ya Valera se había dado cuenta de que el naturalismo de Pardo Bazán no era naturalismo: “...*En realidad, yo no puedo ni debo combatir contra doña Emilia. Las damas deben ir bien vestidas según la moda. ¿Por qué he de tomar yo a mal que doña Emilia se vista de naturalista? Casi todo su naturalismo me parece tan sensato, tan ortodoxo en todos los sentidos y tan razonable, que yo tengo que aceptarle sin vacilar. [...] Y en lo que doña Emilia condena y reprueba, yo me hago eco suyo y lo condeno y repruebo también. En lo que doña Emilia y yo discrepamos es en que ella entiende por naturalismo una cosa, y yo entiendo otra. Yo voy, pues, contra el naturalismo, tal como yo lo entiendo, y no contra el de mi paisana*”. Valera le dice aquí —coincidiendo en esto con Zola— que ella no podía ser naturalista porque no entendió lo que era el naturalismo. *Apuntes sobre el nuevo...*, cit., p. 623.

*bajo', de 'exactitud en los datos', y no en su acepción de concepción cientifista (en el sentido positivista) del hombre y de la vida, de la psicología como dependencia, de la fisiología, etc.*"<sup>118</sup>.

Que en España no se diese el naturalismo como en Francia resulta completamente lógico pues el desarrollo de la burguesía española no había llegado al mismo grado que en Francia, “donde la evolución política y social había llevado a un escepticismo y desconfianza totales [...] mientras que en España estábamos todavía en una fase de esperanzada lucha, de conquista y estabilización de los grandes ideales democráticos”<sup>119</sup>. De ahí la conclusión de la crítica –entre otros Oleza (p. 35) de que el naturalismo español es una continuación del realismo de la etapa anterior al que se le ha privado de la tesis, opinión que coincide con la de Pardo Bazán sobre Galdós al felicitarle del cambio experimentado en *La Desheredada*:

*“¡Bien haya el ilustre escritor, bien haya por haber sacudido el yugo de ideas preconcebidas! Sus desposorios con el realismo”<sup>120</sup> le preservarán de la tentación de hacerse en sus novelas paladín del libre pensamiento y del sistema constitucional, cosas que yo aquí no juzgo, pero que en los admirables libros de Galdós no hacen falta como 'espíritu informante'”<sup>121</sup>.*

Luego, en España el naturalismo no supone todavía

*“el comienzo de la crisis de la ideología burguesa, con la consiguiente ruptura de la identificación novela y burguesía, sino todo al contrario: es la expresión de una cierta burguesía liberal, de una vanguardia burguesa”<sup>122</sup>.*

Por eso, como se ha visto anteriormente, sus defensores teóricos son los de ideología liberal, mientras que sus contradictores son los más conservadores.

### 3.1.2.3. EL REALISMO IDEALISTA O LA SUBJETIVACIÓN DE LA REALIDAD 1890-1900.

Dice Oleza que en esta tercera etapa el individuo no intenta ya llegar a ningún compromiso con la realidad sino que se considera más noble que ella, por lo que incluso después de derrotado –Bonifacio Reyes (*Su único hijo*), Benigna (*Misericordia*)- no abjura de sus ideales. El desengaño y desencanto, producido durante los años de la Restauración –patente ya en *La de Bringas* (1884)- lleva a la huida de la realidad objetiva y al repliegue hacia la interioridad y la subjetividad del individuo: “La incapacidad de adaptación del individuo al medio en el que vive le hará buscar ideales interiores, mostrando una aparente integración en la sociedad, pues no se ha de enfrentar abiertamente con ella”<sup>123</sup>.

Galdós inaugura esta etapa con dos novelas: *La incógnita* (1888) y *Realidad* (1889) en las que se muestra desconcertado ante una realidad –los títulos son significativos- que no acierta a comprender. *Ángel Guerra* (1891) *Nazarín* (1895), *Misericordia* (1897) son las novelas más significativas de esta etapa; han sido bautizadas por la crítica como las novelas

<sup>118</sup> J. Oleza: *Op., cit.*, p. 31.

<sup>119</sup> *Ibíd.*, p. 34.

<sup>120</sup> A pesar de que en uno de los artículos –*II Entramos en materia* (p. 144-153)- hace una distinción entre realismo y naturalismo, en más de una ocasión, como en ésta, utiliza la palabra realismo como equivalente a naturalismo.

<sup>121</sup> *La cuestión palpitante*, cit., p. 315.

<sup>122</sup> Oleza: *Op., cit.*, p. 35.

<sup>123</sup> Isabel Román Gutiérrez: *Historia interna de la novela...*, cit., 114.

de “héroe espiritual”<sup>124</sup>. Este héroe “no lucha ya por principios políticos, ni en nombre de la ciencia y el trabajo, sino que lucha consigo mismo. No tiene voluntad de poder, de dominio, sino de perfeccionamiento”<sup>125</sup>. El ejemplo de Galdós es prototípico por lo que tiene de representativo, pero no es el único; lo mismo se puede decir de Valera. Ya hemos visto páginas atrás que su esteticismo es una manera de evasión de una sociedad en la que se siente desplazado; la carta a Menéndez Pelayo, también comentada, es muy ilustrativa a este respecto. Con todo, en obras, como *Pepita Jiménez* (1874) o *Doña Luz* (1879), aunque embellecida y desproblematizada, estaba de algún modo presente la realidad; en *Morsamor* (1899) la evita por completo. En la Dedicatoria a su primo, el Conde de Casa Valencia, que puso al frente de la obra afirma que ha dado rienda suelta a su imaginación como forma de consuelo ante el dolor personal y colectivo que le invade: “Para distraer mis penas egoístas al considerarme tan vacío y tan quebrantado de salud, y mis penas patrióticas al considerar a España tan abatida, he soltado el freno de la imaginación”<sup>126</sup>. Y para ello ha recurrido a refugiarse en el pasado poniendo y recreando “en mi libro cuanto se ha presentado a la memoria de lo que he oído o leído en alabanza de una época muy distinta de la presente, cuando era España la Primera nación de Europa”; y no parece que en esa recreación se haya dejado guiar por el sentido crítico pues, “tomando por lo serio algunos preceptos irónicos de don Leandro Fernández de Moratín, en su lección poética”, no ha tenido inconveniente en mezclar todo tipo de ingredientes, sin ningún tipo de rigor histórico, de tal manera “que hay en ella

*Cuanto puede hacinar la fantasía  
en concebir delirios eminente:  
magia, blasón, alquimia, teosofía,  
náutica, bellas artes, oratoria,  
brahmánica y gentil mitología,  
sacra, profana, universal historia”.*

Lo cual tampoco se le puede echar en cara teniendo en cuenta su propósito:

*“Yo no trato de enseñar nada ni de probar nada.[...] Yo sólo pretendo divertir un poco a quien me lea, dejando a los sabios enseñar y adoctrinar a sus semejantes, y dejando a nuestros hombres políticos la difícil tarea de regenerarnos y de sacarnos del atolladero en que nos hemos metido”.*

Aunque a veces no puede evitar el verse también acometido del prurito regenerador

*“porque creo que el mejor modo de obtener la regeneración de que tanto se habla, es entretenerse en los ratos de ocio contando cuentos, aunque sean poco divertidos, y no pensar en barcos nuevos, ni en fortificaciones, ni en tener sino muy pocos soldados, hasta que seamos ricos, indispensable condición en el día para ser fuertes”.*

Propone que imitemos a Don Quijote que, tras su derrota ante el Caballero de la Blanca Luna pensó en hacerse pastor y, así,

*“mientras que unos esquilan las ovejas y mientras que otros recogen la leche en colodras y hacen requesones y quesos, aumentando así la riqueza individual, y por consiguiente, la colectiva, nosotros, o al menos yo, incapacitados por la vejez para tan útiles operaciones,*

<sup>124</sup> Isabel Román Gutiérrez: *Historia interna...*, cit., p. 154.

<sup>125</sup> J. Oleza: *Op., cit.*, p. 121.

<sup>126</sup> Biblioteca Virtual Cervantes, edición digital a partir de: *Obras*, Madrid, Aguilar, 1964, pp. 649-765. Todas las citas pertenecen a la primera página.

*empleémonos en tocar la churumbela, el violón u otro instrumento pastoril para que se recreen las ovejas 'de pacer olvidadas escuchando'".*

Y termina sugiriendo cómo podemos emplear el tiempo mientras nos toque dedicarnos al pastoreo:

*"A fin de vivir contentos en esta forzosa Arcadia, recordemos nuestras pasadas glorias, no superadas aún por los pueblos más pujantes y engreídos que hay ahora en el mundo, y compongamos con dichos recuerdos y con el buen humor que no debe abandonarnos historias<sup>127</sup> como la que yo ofrezco".*

Y, una vez que nos ha cabido en suerte el ser pastores, ¿no sería más adecuado emplear el tiempo en cuidar de las ovejas? Valera no puede proponer esta solución porque supondría tener que volver los ojos hacia la realidad que es justamente lo contrario de lo que defiende en el prólogo y en la novela. La realidad es que, no viéndole salida hacia adelante –pues la que existe lo niega– a un sistema social, al que se aferra la clase a la que él pertenece, se refugia en la evasión y en un escepticismo nihilista que le lleva, incluso, a negar la historia:

*"Valera se escapa de la realidad histórica al apelar a una teoría histórica: la más fácil, la más consoladora. Si el tiempo y la casualidad es todo, la victoria de los Estados Unidos y la pérdida de las últimas colonias (cuyo estatuto de colonias, con esclavitud incluida, había sostenido Valera) hay que inscribirlas en ese libro llamado Drama Universal, o mejor aún, estaban ya inscritas en ese libro. [...] Lo causal es sustituido por lo casual"<sup>128</sup>.*

Evasiva es también la solución que da Clarín en *Su único hijo* (1890): la realización del personaje a través de la paternidad es una solución puramente individual sin ninguna dimensión social. A estos personajes que se refugian en su mundo interior como escape de una realidad que se sienten incapaces de modificar, se les podría aplicar el juicio que Antonio Machado emitiría años más tarde sobre el protagonista de *La sensualidad pervertida* de Baroja:

*"El Luis Murguía de Baroja tiene, a mi juicio, una secreta vocación shendeliana, el impulso erótico de la burguesía postrevolucionaria no se ha extinguido en él; pero le falta*

<sup>127</sup> La sugerecía de Valera sería atendida pocos años después por los modernistas. Recordemos, por ejemplo, el teatro poético o las siguientes palabras de Tomás Morales en una entrevista de 1921:

*"-Nuestros místicos, nuestros capitanes, nuestros grandes conquistadores, las proezas todas de la España gloriosa y aun nuestro romancero, ¿no cree usted que al darle vida en un teatro poético, se cumpliría la alta misión de crear un arte nacional?"*

*-Indudablemente -contestó-. Ya el gran Villaespesa ha emprendido ese camino con una nueva obra epopéyica, BOLÍVAR, la que será estrenada muy pronto en América.*

*-¿No cree usted que ahí está el único refugio en esta época de industrialismo antiestético?"*

*-El poeta verdad [sic], el verdadero artista, no puede hacer en manera alguna de su arte un comercio; constituye para él una religión y al entregarse por entero a su trabajo se cree altamente recompensado con ver surgir por sobre la albura del papel aquellas ideas desordenadas que un momento germinaron en su cerebro. [...] Los otros, a los que usted se refiere, éstos por desgracia para ellos no son artistas; son mercachifles del pensamiento.*

*-¿Nuestra época ¿puede dar materiales a la poesía?"*

*-Si descontamos la pasada tragedia guerrera, la poesía tendrá que refugiarse en la fantasía. A mi juicio no contamos con otros materiales.*

*-¿Podría, en España, hacerse una poesía eminentemente nacional?"*

*-Con los materiales de que hablamos hace un momento, sí".*

Diario *La Provincia*. Citado por: Sebastián de la Nuez: *TOMÁS MORALES. SU VIDA, SU TIEMPO Y SU OBRA*. Universidad de La Laguna, 1956, Tomo II, p. 288.

<sup>128</sup> Juan Ignacio Ferreras: *La novela en el siglo XIX (desde 1868)*, cit., p. 115.

*alegría fisiológica, le sobra reflexión y desconfianza de sí mismo. Ha nacido al declinar el mundo burgués, en época de cansancio y agotamiento, de una clase que vive ya en actitud defensiva y en la cual todo napoleonismo -aun el simplemente erótico- se hace imposible”<sup>129</sup>.*

El repliegue intimista es una de las consecuencias de enfocar la realidad desde una mentalidad estrechamente burguesa. Pero este enfoque tiene, además, otra consecuencia: el “olvido” del proletariado, último punto de esta introducción.

### 3.1.3. LA RUPTURA DE LA BURGUESÍA CON EL PUEBLO: LA EXCLUSIÓN DEL PROLETARIADO.

Mesonero Romanos, recordando las celebraciones del 7 de marzo de 1820, con motivo de la jura de la Constitución por parte de Fernando VII, escribió lo siguiente en sus *Memorias*:

*“No bien esta importantísima resolución se difundió con la velocidad del rayo por todo Madrid, lanzáronse a la calle con un alborozo, una satisfacción indescriptible, todas las personas que representaban la parte más culta y acomodada de la población: grandes títulos de Castilla, oficiales generales y subalternos, opulentos propietarios, banqueros y todo el comercio en general, abogados, médicos y hombres de ilustración y ciencia; todas las clases, en fin, superiores y medias, del vecindario confundíanse en armoniosos grupos, abrazándose y dándose mil parabienes, y sin lanzar gritos ni mucho menos denuestos contra lo pasado, confundíanse en un inmenso y profundo sentimiento de patriótica satisfacción. Aquello no era una asonada como en marzo de 1808, no era un motín como el de mayo de 1814, no era tampoco un ‘pronunciamiento’ como otros que le sucedieron: era una espontánea satisfacción y holgura; [...] y si las clases más humildes de la población, los menestrales y artesanos, brillaban ahora por su ausencia –porque aún no habían comprendido la importancia de tamaño acontecimiento-, también por otro lado veíase libre la sensata y patriótica manifestación, de las turbas aviesas y desbordadas, que tampoco habían acudido, porque nadie las había llamado a ganar un jornal o echar un trago, y en realidad porque ninguna falta hacían. ¡Ojalá que en adelante se hubiese prescindido de ellas! ¡Ojalá que nunca hubiesen empañado con su hálito ponzoñoso el puro ambiente de sincero y leal contento que respiraban aquellos inofensivos patriotas!”<sup>130</sup>.*

La cita es larga, pero creo que merece la pena reproducirla porque resulta ilustrativa de las prevenciones de la burguesía de la Restauración<sup>131</sup> ante el pueblo, de su deseo –ya varias veces mencionado a lo largo de las páginas precedentes- de excluirlo de los beneficios de una revolución que quieren disfrutar en exclusiva. Por eso, si el deseo de Mesoneros de haber prescindido de ellos no se cumplió, en lo que a la intervención del pueblo en los acontecimientos sociales y políticos se refiere, los novelistas de esta generación sí que lo van a llevar a la práctica, pues el proletariado va a ser excluido –quizás sería más exacto decir que no va a resultar admitido- de sus obras. Éste es el tema que voy a analizar a continuación.

Escribe Lukács que hacia mediados de siglo los escritores no tienen ni la energía ni la voluntad para concebir la historia como un proceso colectivo, en el que el pueblo había juga-

<sup>129</sup> *Apuntes sobre Pío Baroja* (1922) en *Los Complementarios. Poesía y prosa. Tomo III Prosas completas (1893-1936)*, edición crítica de Orese Macrí, Madrid, Espasa Calpe, 1988, Clásicos Castellanos 13, p. 1228-1229.

<sup>130</sup> Ramón de Mesonero Romanos: *Memorias de un setentón*, Madrid, Castalia, 1994, CM 3, edición de José Escobar y Joaquín Álvarez Barrientos, p. 269.

<sup>131</sup> Aunque el tiempo de la cita se sitúa en 1820, la primera edición de las *Memorias* se publicó entre 1878 y 1879; por tanto, en plena Restauración

do un papel predominante, y pasan a ocuparse exclusivamente de la burguesía, de tal manera que

*“en la Europa occidental y, tras la revolución del 48, produce [lo que él denomina “el hecho de las dos naciones”, es decir, la escisión clasista] una extrañación de los escritores respecto de los grandes problemas que abarcan a toda la sociedad, una limitación de su horizonte a una de las ‘dos naciones’”*<sup>132</sup>.

Esto tiene como consecuencia el que *“la vinculación con el pueblo se rompe al pasar del democratismo al liberalismo. El liberalismo es ya sólo la ideología de los intereses de clase estrechos y limitados de la burguesía”*<sup>133</sup>. En España esta ruptura –como ya quedó analizado en la introducción histórica– se produce en el sexenio revolucionario y se consolida durante la Restauración. Y es que, durante el sexenio, los acontecimientos de la Comuna francesa y de la República española dejan bien claro que los intereses de las clases populares no coinciden con los de la burguesía:

*“Estas experiencias mostraron al intelectual que el pueblo no tenía los mismos objetivos que ellos. La actitud hacia la República y la Comuna ponen de manifiesto el carácter estrechamente político y sin perspectiva social del republicanismo de algunos autores”*<sup>134</sup>.

Donde Zavala dice pueblo habría que poner proletariado pues, como ya comenté en la introducción histórica, durante este período el pueblo adquiere la conciencia de clase. Pues bien, es el proletariado el que no aparece en la novela de estos años; el pueblo sí sigue apareciendo, aunque de una forma diferente. Por eso, de un modo general, se podría afirmar –en las páginas específicas dedicadas al análisis de las novelas introduciré los matices pertinentes– que el egoísmo exclusivista burgués se manifiesta respecto del cuarto estado excluyendo al proletariado y lanzando sobre el pueblo una mirada displicente y distanciadora no exenta de desprecio.

Los novelistas españoles de la Generación del 68 no se ocupan del problema obrero porque no fueron capaces de captar y comprender la cuestión de la lucha de clases. Por eso soslayan los conflictos sociales:

*“los novelistas realistas no suelen tratar ni recoger el mundo obrero en sus obras (Galdós, y se trata de Galdós, sólo recoge al final de su extensa obra ciertos conflictos sociales). [...] Los conflictos sociales surgieron inmediatamente después del 68, aunque siempre había antecedentes; sin embargo, para los realistas estos conflictos o son ignorados o incluidos en el conflicto, objetivo también de la lucha contra las fuerzas del antiguo régimen”*<sup>135</sup>.

Así, en las primeras novelas de Galdós su máxima preocupación es evitar que la revolución caiga en manos de los extremistas demagogos: *“La burguesía intenta mantenerse en el centro del movimiento y desconfía de las masas trabajadoras”*<sup>136</sup>. Para Galdós los enemigos de la revolución burguesa son dos: la aristocracia que usa al pueblo, más bien al populacho; y, más tarde, el proletariado. La instrumentalización del pueblo al servicio del Antiguo Régimen es denunciada con frecuencia en los *Episodios Nacionales* de las primeras series, como, por ejemplo,

<sup>132</sup> *La novela histórica*, cit., p. 233-234.

<sup>133</sup> *Ibid.*, p. 270.

<sup>134</sup> *Ideología y política...*, cit., p. 187.

<sup>135</sup> Juan Ignacio Ferreras: *La novela en el siglo XIX*, cit., p. 52-53.

<sup>136</sup> Juan Ignacio Ferreras: *Introducción a una sociología...*, cit., p. 150.

en la narración del asalto al palacio de Godoy, donde critica tanto la manipulación como la ciega brutalidad con que actúan los manipulados:

*“Sintiendo el auxilio de la ingratitud, la turba se envalentona, se cree omnipotente e inspirada por un estro divino y después se atribuye orgullosamente la victoria. La verdad es que todas las caídas repentinas, así como las elevaciones de la misma clase, tienen su manubrio interior manejado por manos más expertas que las del vulgo.*

*Cuando la puerta de la casa se abrió, precipitose la turba en lo interior, bramando de coraje. Su salvaje resoplido me causaba terror e indignación; mayormente cuando consideré que iba a saciar su sed de venganza en la persona de un hombre indefenso. Era aquella la primera vez que veía al pueblo haciendo justicia por sí mismo, y desde entonces le aborrezco como juez”<sup>137</sup>.*

Más tarde, en las novelas centrales de su producción –*Fortunata, Lo prohibido, La de Bringas...*– aparecen la aristocracia, la burguesía, la pequeña burguesía; pero llama la atención la ausencia del proletariado; hay algunas referencias al mundo obrero pero desde una óptica muy particular:

*“No me apartaba del sillón colocado junto a los cristales, y cuando no tenía visitas leía periódicos y novelas. Los ruidos de la calle, lejos de molestarme, me distraían, apagando en cierto modo la música doliente de mi propio cerebro. [...] Me gustaba ver las hojas secas arrancadas de los árboles por el viento y esparcidas por todo el paseo, barridas luego por los operarios de la Villa y hacinadas en el hueco de los alcorques. Me acompañaban los carros que a todas horas pasaban, y el grito de los carreteros, aquel incomprendible ‘jues...que!’ de extraño acento y significación desconocida. [...] Al mediodía la comida de los albañiles que trabajaban en diferentes obras era un pintoresco cuadro. Yo envidiaba su apetito, y habría dado quizás mi posición por poder comer con ellos, sentado al sol, aquel cocido de color de canario y aquel racimo de tintillo aragonés”<sup>138</sup>.*

José María Bueno de Guzmán, protagonista de la obra, se distrae mirando a la calle. Aunque en este pasaje se encuentra convaleciente de una enfermedad, su dolencia es más psíquica que física; rentista adinerado y egoísta solterón, tiene momentos de profundo decaimiento, causados por su soledad, que le hacen envidiar la dicha y la serenidad de los demás; los albañiles, con su sencilla “felicidad”, son en este pasaje el contrapunto de la neurosis del señorito burgués. El José María galdosiano no está aquí muy lejos del Andrés Hurtado barojiano que pensará que el conocimiento produce dolor y la felicidad y la serena placidez sólo son posibles en la inconsciencia. Si aquí el mundo del trabajo ejerce simplemente la función de contraste, otras veces es peor:

*“Juan Bou era un barcelonés duro y atlético, de más de cuarenta años. [...] Tenía dos géneros de fanatismo: el del trabajo, pues no podía estar inactivo, y el de la política. Deliraba por los derechos del pueblo, las preeminencias del pueblo y el pan del pueblo, fundando sobre esta palabra, ¡pueblo!, una serie de teorías a cuál más extravagantes. Realmente estas teorías no eran suyas. Una generación se había embobado con ellas, mirándolas como pan bendito. Pero Juan Bou las había sublimado en su mente indocta, convirtiéndolas en una fórmula de brutal egoísmo. Según él, muchos miembros importantes del organismo social no tenían derecho a ser comprendidos dentro de esa designación sublime y redentora: ¡el pueblo! Nosotros, los que no tenemos las manos llenas de callos, no éramos el pueblo; vosotros, los propietarios, los abogados, los comerciantes, tampoco*

<sup>137</sup> *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, EN 3, p. 60.

<sup>138</sup> *Lo prohibido* [1885], Madrid, Cátedra, 2001, LH 509, edición de James Whiston, p. 184-185.



*eráis pueblo. De toda idea exclusiva nace una tiranía, y de aquella tiranía nació el obrero-sol: Juan Bou, que decía: 'El pueblo soy yo'”*<sup>139</sup>.

Refiriéndose a este tipo de personajes, escribe Iris Zavala: “Los Bou surgen, según dice Galdós, del sacudimiento del 68 que encendió el ánimo de los proletarios, convirtiéndolos en seres altaneros, charlatanes, envanecidos”<sup>140</sup>. Carlos Seco Serrano, tras insistir también en que a Galdós sólo le interesaba la burguesía, afirma:

*“No es tan certero Galdós para ‘penetrar’ en el ‘cuarto estado’. [...] ‘Su pueblo’ es el artesano madrileño, insuficiente para ‘suministrar’ datos sobre la problemática del obrerismo de la revolución industrial. [...] No parece haber percibido Galdós cuánto significa la revolución de 1868 como punto de arranque para el definitivo despertar del cuarto estado”*<sup>141</sup>.

No sólo el artesanado, sino el pueblo marginal lleno de tipos extravagantes y mendigos:

*“En Misericordia me propuse descender a las capas ínfimas de la sociedad matritense, describiendo y presentando los tipos más humildes, la suma pobreza, la mendicidad profesional, la vagancia viciosa, la miseria, dolorosa casi siempre, en algunos casos picaresca o criminal y merecedora de corrección”*<sup>142</sup>.

Dice Oleza<sup>143</sup> que el deseo de evitar la revolución proletaria y la lucha de clases le hizo no recogerlas en sus novelas; evidentemente, al ocuparse de estos tipos ese peligro quedaba conjurado, pues esta gente, por su falta de conciencia de clase, no suponía ninguna amenaza.

También Clarín ignora el problema obrero<sup>144</sup> en su novelística; no así en sus artículos periodísticos: dedicó varios a la cuestión social recogidos por Lissorgues en un amplio estudio que los incluye<sup>145</sup>. En uno de ellos –*No puedo llamarme socialista*– escribe:

*“Yo no me llamaré socialista mientras no lo sea. En el sentido impropio que dio a la palabra el mediocre economista que, al parecer, lo inventó, yo no seré jamás socialista; [...] Si el socialismo no fuera más que ser partidario de los que tienen menos, de las clases obreras (y de las menesterosas, que ya desdeñan algunos socialistas alemanes); si el socialismo fuera reconocer que hay que sustituir la producción y el consumo contingentes, inorgánicos actuales por un organismo económico, reflexivo, armónico; si el socialismo fuera luchar en todos los órdenes de la vida por el progreso de los trabajadores y de los desheredados, yo sería, sin reservas, socialista. Pero el socialismo militante no es eso; aun prescindiendo del que liga su suerte a la teoría de Marx y al materialismo histórico, que en España es casi todo el socialismo; basta con que los socialistas, materialistas o no, den por resueltas en el sentido colectivista, como cuestión ‘técnico-económica’ y como cuestión de ‘justicia’, la idea del valor de las leyes del capital y el trabajo, para que yo en conciencia no pueda estar decididamente a su lado”*<sup>146</sup>.

<sup>139</sup> *La desheredada* [1881], Madrid, Alianza Editorial, 1988, LB 98, p. 280-281.

<sup>140</sup> *Ideología y política...*, cit., p. 184.

<sup>141</sup> *Los episodios nacionales como fuente histórica*, cit., p. 312-313.

<sup>142</sup> Prefacio a *Misericordia*, escrito para la edición de 1913. Recogido en: Pérez Galdós: *Ensayos de crítica literaria*, cit., p. 207.

<sup>143</sup> *Op.*, cit., p. 101.

<sup>144</sup> En *La Regenta*, como se verá, le dedica unas páginas. Pero, en el conjunto de la novela, ocupan un lugar poco relevante y el tratamiento no es autónomo: cumple la función de “amenazar” a la oligarquía de la Restauración.

<sup>145</sup> Yvan Lissorgues: *Clarín Político I. Leopoldo Alas (Clarín), periodista, frente a la problemática política y social de la España de su tiempo (1875-1901). Estudio y antología*. Toulouse, Institut d'études Hispaniques et Hispano-Américaines, Université de Toulouse-Le Mirail, 1980. Uno de los capítulos de este libro se titula: La cuestión social. (p. 185-275).

<sup>146</sup> Publicado en 1900. *Op.*, cit., p. 267-268.

En otro artículo –*Santa Bárbara*– escribe en defensa de la celebración del 1 de mayo. Empieza hablando de la conveniencia de esta celebración para llamar la atención de la burguesía:

*“Una de las razones por que conviene que se celebre el ‘1º de mayo’, es la flaca memoria de la llamada ‘burguesía’. Dice el refrán que nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena; y las clases acomodadas no suelen acordarse de que existe la justicia social, de que los pobres tienen hambre de pan y de justicia, hasta que truena, hasta que estallan las bombas, o incendios o regicidios. Pues bien, el ‘1º de mayo’ viene a ser un día de Santa Bárbara... sin truenos.”;*

sin embargo, a continuación, termina apelando a la caridad: “Lo que principalmente se pide en el ‘1º de mayo’ es algo que puede reconocer, todo hombre justo y caritativo, que es de derecho de caridad”[sic]<sup>147</sup>. Esta apelación a la caridad indica una concepción bastante paternalista de la cuestión social: parece que está más preocupado por evitar los truenos que por mejorar las condiciones de vida de los obreros; lo cual forma parte de su ideología liberal<sup>148</sup>. Clarín, no obstante, tenía buenas relaciones con gente del socialismo y colaboraba en el periódico *El Socialista*. Por ello, cuando murió, la noticia tuvo bastante eco en los círculos obreros y Martínez Cachero reproduce una noticia del periódico ovetense **El Carbayón** en la que se daba cuenta del gran número de obreros que asistieron a su entierro: “*Muchos obreros habían solicitado permiso para dejar los talleres y acompañar al cadáver. La manifestación era verdaderamente imponente y, a pesar de la lluvia que caía a torrentes, llegó compacta la multitud hasta San Roque*”<sup>149</sup>.

Sin embargo, en sus novelas no se ocupa de la cuestión social; apenas encontramos –como se verá en el apartado siguiente– una referencia en *La Regenta* al barrio obrero –el Campo del Sol– de Vetusta y, en cierta ocasión, un contacto de Ana en el paseo con los obreros que salían del trabajo; es testigo de una pelea:

*“El joven de la blusa azul salió del paseo, a viva fuerza, casi arrastrado por sus amigos. Al pasar junto a la Regenta, la miró cara a cara, distraído, pensando en su venganza; pero ella sintió aquellos ojos en los suyos como un contacto violento. ¡Eran los celucos! ¡Así miran los celos! Era una belleza infernal, sin duda la de aquellos ojos, pero ¡qué fuerte, qué humana!”*<sup>150</sup>.

La vitalidad y apasionamiento del joven obrero contrastan con la frialdad y mesura del mundo de Ana. Ésta siente aquí lo mismo que el José María galdosiano cuando veía a los albañiles desde su ventana comerse el cocido: el calor humano que a él le faltaba.

<sup>147</sup> 1899. *Ibid.*, p. 264.

<sup>148</sup> Este aspecto ha sido destacado por Lissorgues: “*Alas permanece fiel durante toda su vida a los grandes principios liberales (derecho de propiedad, libertad política, libertad de cultos, fe en el sufragio, etc.). Pero su liberalismo nada tiene que ver con el ‘laissez faire, laisser passer’ de la escuela de Manchester, es un liberalismo para hombres conscientes de sus deberes más que de sus derechos. La ética es, pues, superior a la ideología. Sin ética, la ideología, sea ésta liberal, conservadora, socialista u otra, es fraseología o falsedad. Tal es la idea fundamental del ‘ideario’ de Alas; la que explica (es tan sólo un ejemplo) que el carlista Carraspique de *La Regenta*, hombre sincero, le merezca respeto, mientras que Foja, a pesar de su retórica liberal, es un ser superficial y un malvado*”.

Yvan Lissorgues: *El intelectual Clarín frente al movimiento obrero*, en: *Clarín y La Regenta en su tiempo. Actas del Simposio internacional*. Universidad de Oviedo, 1987, p. 56.

<sup>149</sup> Reproducida por Oleza: *Op., cit.*, p. 155, nota 43.

<sup>150</sup> *La Regenta*, Madrid, Alianza Editorial, 5ª edc., 1972, LB 8, p. 173.

La única autora de la Generación que escribe una novela –Palacio Valdés le dedica un capítulo al trabajo en las minas en *La espuma*– sobre la clase obrera es Emilia Pardo Bazán. Se trata de *La Tribuna* (1883); sin embargo predomina el enfoque moral sobre el social:

*“No nos engañemos; no es un interés político el que mueve a nuestra autora gallega, el motivo que le lleva a retratar esas clases proletarias no es fundamentalmente la protesta por una situación injusta o el análisis de una estructura social en sus relaciones de clase. No; su interés es más bien costumbrista y moral; se trata de ver cómo se comportan –según un código ético muy tradicional– las clases obreras”*<sup>151</sup>.

Y lo que observa doña Emilia sobre dicho estado moral invita al optimismo:

*“No estamos muy lucidos, en cierto respecto, los iberos; mas los pensadores de la nación vecina hablan de una cosa terrible que llaman ‘finis Galliae’ y explica las sombrías tintas del naturalismo francés. Acá los que estudiamos el pueblo, no ya en las aldeas, no en las comarcas montañosas, que gozan fama de morigeradas costumbres, sino en un centro obrero y fabril, notamos –sin pecar de optimistas– que, a Dios gracias, nuestras últimas capas sociales se diferencian bastante de las que pintan los Goncourt y Zola”*<sup>152</sup>.

La problemática rural tampoco encuentra eco en la novela. Valera sublima el campo andaluz. Pereda, que contempla la destrucción que la civilización burguesa está operando en su mundo, utiliza al pueblo como barrera defensiva, aunque Pereda siempre mantuvo una actitud de reserva hacia él; *“de ahí que el gusto por lo popular, por sus costumbres, su lenguaje, su arte, vaya siempre acompañado de un patriarcalismo de claro tinte autoritario”*<sup>153</sup>.

Luego, tanto la teoría como la práctica de la novela del último tercio del siglo están concebidas desde la ideología y los intereses de la burguesía y puestas a su servicio.

---

<sup>151</sup> José Sánchez Reboredo: *Emilia Pardo Bazán y la realidad obrera. Notas sobre La Tribuna. C.H.A.*, 1979, nº 351, p. 570.

<sup>152</sup> *La cuestión palpitante*, cit., p. 326-327.

<sup>153</sup> Oleza: *Op.*, cit., p. 43.

### 3.2. ANÁLISIS DE LAS NOVELAS.

Por eso, aunque los contenidos ideológicos que aparacen en la novela del último período del siglo sean –excepto uno: el socialismo- casi los mismos analizados en los dos períodos anteriores, su presencia es diferente tanto por el tratamiento como por la extensión.

#### 3.2.1. EL PROVIDENCIALISMO.

En la conclusión de la introducción histórica a este tercer período afirmaba que en los primeros años del mismo –concretamente, en el sexenio- se produce una inversión en la relación de fuerzas, de tal manera que la clase dominante va a estar ahora formada por las capas más conservadoras de la burguesía que se alían con ciertos sectores del Antiguo Régimen para defenderse del peligro de una revolución proletaria. Por otra parte, aunque la burguesía conservadora se constituya en la clase hegemónica –sobre todo desde 1875- la antigua clase dominante no desaparece; las corrientes ultramontanas son todavía lo suficientemente fuertes como para provocar, por ejemplo, una nueva guerra carlista, movimiento éste con sólida implantación en ciertas capas populares. Parece, pues, lógico que un concepto como el providencialismo, originario de la ideología tradicional siga teniendo vigencia –aunque menos- y que su contenido resulte, al mismo tiempo, modificado por el hecho de que va a ser utilizado como defensa de un orden social diferente, cuyas amenazas son, lógicamente, también diferentes. Dependiendo de cuál sea el orden social que se pretende defender, variará la percepción de lo que es sentido como amenaza: el liberalismo o la revolución proletaria; la apelación a la providencia va a funcionar como un freno para ambos.

Para Francisco Navarro Villoslada –*Amaya o los vascos en el siglo VIII*<sup>154</sup>- todos los acontecimientos que conducirán a la llegada de la paz, tras tres siglos de enfrentamientos entre vascos y cristianos, son consecuencia de la acción directa de la Providencia. Ranimiro, caudillo visigodo, casado con Lorea, la descendiente directa de Aitor, es acusado de haberla asesinado. García, caudillo vasco, lo hace prisionero en una emboscada con lo que se le presenta la ocasión de conocerlo en profundidad y de enterarse de las circunstancias reales en que tuvo lugar la muerte de Lorea, Paula tras su bautizo. Por eso, cuando otro de los líderes vascos, Goñi, propone juzgar a Ranimiro como criminal, García le responde:

*“¡Criminal! Así lo creía yo hasta hoy; pero sospecho ya que Ranimiro es un hombre calumniado. Sospecho que la Providencia, apiadada de lo mucho ese hombre ha sufrido, vuelve ya por la verdad, por la justicia y hasta por la dignidad del cristiano humilde y resignado. Sospecho que ha caído entre los vascos para restaurar su nombre y limpiarlo de las manchas que hasta ahora nos lo hacían aborrecible”*<sup>155</sup>.

El mismo García, enamorado más delante de Amaya, la hija de Ranimiro y Lorea, vuelve a interpretar este enamoramiento como una señal de Dios: “Hubo momentos en que llegó a creer que Dios le inspiraba aquel amor para hacerle sentir vivamente la necesidad de poner término a la guerra con abrazo fraternal de los cristianos de una y otra banda”<sup>156</sup>. Y la aprobación de estos amores por el obispo de Pamplona, Marciano, y el nuevo rey godo, D. Pelayo –poderes

<sup>154</sup> Donostia, Ediciones Ttarttalo, 4ª edc., 1997, 677 págs. La novela se publicó en 1879.

<sup>155</sup> *Amaya...*, cit., p. 249.

<sup>156</sup> *Ibid.*, p. 262.

eclesiástico y civil-, es para García la confirmación de que todo se debe a la voluntad divina:

*“El santo obispo Marciano bien claramente acababa de indicarle en Pamplona el gozo con que veía su inclinación a la hija del príncipe decalvado [Ranimiro]. No había duda: cuando el prelado y nuevo rey patrocinaban aquellos amores, señal era de que Dios los bendecía”*<sup>157</sup>.

Hasta tal punto es omnipresente la presencia de la Providencia en la novela que, según el autor, eso es lo que significa el título:

*“¡Gloria a Dios y lancémonos a las tinieblas de lo pasado por entre las selvas seculares y monumentos megalíticos [...] para ver cómo acaban unas edades y cómo empiezan otras, y cómo viene a ser principio lo que parece fin; que fin es lo que en vascuence significa “Amaya”, y en lenguaje cristiano se llama Providencia!”*<sup>158</sup>.

El fin de una cosa es siempre el comienzo de otra; por eso, Amaya es fin y principio; simboliza, por una parte, la terminación del paganismo –representada por el bautismo de su madre Lorea- del pueblo vasco y, consecuentemente, el inicio del cristianismo. La conversión de los vascos supondrá la finalización de tres siglos de guerras con los visigodos y su colaboración con ellos, a partir de ahora, para luchar contra el enemigo común que acaba de invadir España: los musulmanes. En el último tercio del XIX un nuevo enemigo “externo” está adueñándose de España: el liberalismo. Si hace once siglos, el cristianismo actuó como vínculo de unión, borrando las diferencias entre vascos y visigodos, que unieron sus fuerzas para enfrentarse al invasor, ahora –ésta es la finalidad última de la novela<sup>159</sup>- todos los sectores tradicionales tendrían que hacer lo mismo contra el liberalismo. Terminarían así las disensiones políticas y se lograría la unión de todos los sectores sociales –como hace 1100 años- en torno a unos valores que supusieron el engrandecimiento de España:

*“El caudillo vascón, cristiano y enamorado, presentía ya el grito caballeresco que más tarde formulaba la Edad Media: “Por Dios y por mi dama”. Por la Cruz y por Amaya quería seguir peleando contra los musulmanes, con el rey y los vascos. La fe y la lealtad, el amor y el amparo de los menesterosos, el pueblo y la caballería, el valor y la abnegación, todos los gérmenes que habían de hacer tan vasta y fecunda en proezas y maravillas la monarquía española, todos estaban depositados en el corazón de García”*<sup>160</sup>.

El cristianismo, pues, como portaestandarte de los valores tradicionales que son con los que se identifica el pueblo.

Para Navarro Villoslada la Providencia dirige el curso de la historia y es, por tanto, la garantizadora del orden social tradicional antiburgués. En esta misma línea de pensamiento se sitúan Arturo Campión y José Navarrete. El primero, consciente de que en ese orden social preindustrial existen tremendas desigualdades y de que las condiciones de vida del pueblo campesino son bastante duras, las justifica recordando que, como compensación, la Providencia ha sido pródiga con ellos en otras cosas. Así, tras describir la alegría y desenfado con que realizan la tarea de deshojar el maíz, afirma:

<sup>157</sup> Ibid., p. 486.

<sup>158</sup> Ibid., p. 12.

<sup>159</sup> La novela tiene una indudable dimensión política que comentaré con más detenimiento cuando analice la participación del pueblo en la vida política. Aunque la idea básica es la que ya queda señalada aquí: la frontal oposición al liberalismo.

<sup>160</sup> Ibid., p. 486-487.

*“Reinaba más júbilo que en los alcázares de los reyes y grandes. Aquellas cuatro paredes, aquellos vetustos solivos cubiertos de telarañas, aquellas chisporroteantes luces desmayadas, contenían e iluminaban juventud y robustez, modestia de aspiraciones, parvedad de exigencias, hábito del trabajo, lozanía del amor, que era impulso de almas candidas e instinto de cuerpos vigorosos”;*

y el motivo fundamental de tanta alegría y sanidad de espíritu es que

*“disfrutaban de los privilegios que la compensadora Providencia concede a los humildes: comer mal y digerir bien, tenderse en dura cama y dormir blando sueño, sudar con poca ropa y mantenerse sanos escarneciendo a la higiene, poseer poca hacienda y cubrir los gustos y necesidades. Las muecas apayasadas y las frases sandias que hubieran provocado el desdén del hombre culto, les hacía a ellos retorcerse de risa”<sup>161</sup>.*

Difícilmente se pueden señalar de un modo más claro las deficiencias de un sistema sin que éste resulte denunciado; el autor utiliza el recurso retórico de la antítesis con tal habilidad que consigue que todos los conceptos enumerados, que deberían aparecer enfrentados, lo hagan conciliados, pues los términos antagónicos quedan equilibrados por obra y gracia de la Providencia que “compensa” las injusticias del sistema haciendo que éstas no sean percibidas como tales por los que, de atenernos a lo que de sus condiciones de vida afirma el autor, tendrían motivos más que sobrados para quejarse. La Providencia es tan previsora que, a los que no tienen medios de fortuna, los compensa dotándolos de una saludable energía vital que les capacita para aceptar con alegría sus penurias; o, lo que es lo mismo, les pone una especie de velo delante que les impide que adquieran clara conciencia de la realidad en la que viven. Estamos ante la variante de una idea, constitutiva del acervo ideológico del Antiguo Régimen, cuya amplia presencia ya fue señalada y analizada en la novela correspondiente a los dos primeros períodos del siglo: la apología de la ignorancia, tan frecuente, entre otras, en las obras de Fernán Caballero.

La conciencia de los desfavorecidos es una de las grandes amenazas contra el orden social del Antiguo Régimen (y del liberalismo burgués); pero hay otras como, por ejemplo, los matrimonios desiguales<sup>162</sup>. Julio, hijo de la marquesa de Villarana, está enamorado de María de los Ángeles, muchacha pobre y sencilla que suele trabajar de costurera para su madre. Ésta, orgullosa aristócrata, pone el grito al cielo cuando su hijo le dice que quiere casarse con ella. Tiene una agria discusión con su madre que lo maldice y lo expulsa de casa. Acude entonces a un prestamista y decide jugar con el dinero que éste le entrega porque está convencido de que la Providencia tiene que ayudarlo: *“Lleno de amoroso entusiasmo, aceptando como buenas cuantas ilusiones se halagüeñas se forjaba, creía, como todos creemos mu-*

<sup>161</sup> Arturo Campión: *Blancos y Negros. (Guerra en la paz)*, Euskal-Erriaren Alde, Pamplona, Imprenta de Erice y García, 1898. 382 págs. BN. 2/43560, p. 112.

De esta novela me ocuparé más detenidamente cuando analice el tema del pueblo y la política. El tema central de la misma es una sátira de las luchas de los partidos políticos y las repercusiones negativas que la búsqueda del voto tiene en el tranquilo e idílico pueblo rural. Éste, además de ver perturbada su paz es obligado a participar en una política que es de la de los partidos españoles. En la novela hay dos ejes temáticos fundamentales que aparecen indisolublemente unidos: tradicionalismo y nacionalismo vasco. La defensa del primero es garantía de la supervivencia del segundo y viceversa. El segundo de los ejes escapa al tema de esta tesis. Por eso, me limito a señalar su presencia.

<sup>162</sup> De este tema me ocuparé apartado específico más adelante; lo menciono aquí porque, a diferencia de lo que ocurre en las demás casos que trataré después, en éste aparece relacionado con la Providencia.

*chas veces, engañar a la Providencia*”<sup>163</sup>. Julio no sólo pierde todo el dinero sino que, detenido por haber disparado al amante de su madre, se suicida arrojándose al mar desde el barco que lo lleva prisionero de Rota a Cádiz. María de los Ángeles termina loca en un manicomio. Los sucesos han ido encadenándose de tal manera que el matrimonio entre el aristócrata y la costurera no sólo no tiene lugar, sino que uno muere y la otra termina hecha una piltrafa humana. El autor –y así termina la novela- no puede admitir que todas esas desgracias sean consecuencia de los prejuicios de un sistema social concreto; todo tiene necesariamente que formar parte de los planes de una inteligencia superior:

*“Si estas dos víctimas no ven luego desenvolverse delante de ellas mil y mil existencias cada vez más venturosas; si el desgraciado de hoy no purifica un mal de ayer; si Ángeles no fue antes Marcela; si Marcela no tiene que ser Ángeles, o si no hay nada anterior ni posterior a Ángeles y a Marcela, es decir, al ser humano; [...] si tal sucediera, que yo, con inmensa fe consciente y esperanza, creo lo contrario, la infinita Creación debería llamarse la infamia infinita”*<sup>164</sup>.

Es decir, la organización social puede parecer injusta, pero debemos aceptarla porque responde a los designios de la Providencia.

Los tres autores anteriores –Navarro, Campión y Navarrete- recogen en sus obras una concepción del providencialismo que responde a la ideología del Antiguo Régimen; son, además, los propios narradores los que se erigen en portavoces de la misma.

Pero el providencialismo aparece también en la novela de ideología liberal. En este caso como sostén de la misma. La defensa se lleva a cabo de diversos modos.

Uno de ellos es atacando a los que lo utilizan como apoyo del Antiguo Régimen. Para los beneficiarios de éste cualquier amenaza contra sus valores es considerada como un ataque contra el mismo Dios, por lo que resulta lógico que éste reaccione contra los transgresores. Es, al menos, lo que piensa Rafael del Águila. De sangre noble y familia rica, vive, con sus hermanas Cruz y Fidela, en la penuria económica. Fidela, aconsejada y empujada por Cruz que siempre ha sido el sostén de la familia, se traga sus pruritos aristocráticos y accede a casarse con el usurero Torquemada, hombre tosco y vulgar pero que ha juntado una gran fortuna. Rafael se opone tenazmente a esta boda que considera un deshonor para la familia. Por eso, cuando el mismo día de la boda, a la que él se ha negado a asistir, se entera de que su hermana se ha puesto enferma, no sólo no se inquieta lo más mínimo, sino que en su excitada imaginación mantiene el siguiente diálogo con el portador de la noticia:

-“Yo diagnosticaré –dijo el ciego con altanería, y sin mostrar pena por su querida hermana.  
 -¿Tú?  
 -Yo. Sí, señor. Mi hermana se muere. Ahí tiene usted el pronóstico y el diagnóstico, y el tratamiento, y el término fatal... Se muere.  
 -¡Oh, no es para tanto!  
 -Que se muere, digo. Lo sé, lo adivino: no puedo equivocarme.  
 -¡Rafael, por Dios!...

<sup>163</sup> José Navarrete: *María de los Ángeles*, Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 Duplicado, 1883. 616 págs. BN: 1/73821, p. 205.

<sup>164</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 616.

*-Don José, por la Virgen... ¡Ah, he aquí la solución, la única racional y lógica! Dios no podía menos de disponerlo así en su infinita sabiduría”<sup>165</sup>.*

Es decir, Rafael agrava la enfermedad de su hermana pensando que se va a morir, y alegrándose de ello, porque ésa es para él la prueba de que tenía razón al oponerse a tan desigual matrimonio. En esta ocasión, a diferencia de las anteriores, es el personaje el que asume como propio el concepto, y no el narrador, lo cual le sirve a éste para marcar claramente las distancias. Este mismo procedimiento –el hacer que sean los personajes los que encarnen actitudes con las que el autor no está de acuerdo- lo utiliza Galdós en otras ocasiones, aunque añadiéndoles un matiz irónico ausente en el caso de Rafael del Águila. Ejemplos de ello son Juan Bou y D. José Ido. El primero es un obrero catalán, anarquista acérrimo que, por su actividad como líder obrero, ha conocido la cárcel y el destierro. Trabajador infatigable ha conseguido montar una imprenta en Madrid; su capital se va incrementando porque, además irle muy bien el negocio, le toca la lotería y recibe una herencia. Se enamora perdidamente de Isidora Rufete quien, aprovechándose de la pasión que despierta en Bou, le saca un montón de dinero para sus lujos y caprichos. Isidora, acusada de falsificar unos documentos, es encarcelada; termina así la sangría económica del pobre impresor que, aliviado, exclama:

*“Digan lo que quieran, chico, hay Providencia. Mi dinero se salvó en un papel: el auto de prisión; porque trapitos por aquí, trapitos por allá, el caprichito A, la chuchería B, ello es que se me evaporaron diez o doce mil reales en una mañana”<sup>166</sup>.*

D. José Ido piensa lo contrario. Cargado de familia a la que malamente puede ni alimentar, pues ha perdido su empleo como ayudante en la escuela de D. Pedro Polo, se enfrenta cada día a la durísima tarea de encontrar algún medio de subsistencia:

*“Despidiose don José para ir a sus quehaceres, que eran recorrer todo Madrid en busca de colocación, y afanar al mismo tiempo, por los medios que la Providencia le sugiriera, el sustento para el día; tarea cruel, áspera y abrumadora que al pobre hombre le consumía y le reseca hasta dejarle en los puros huesos. Bien copiando algún escrito, bien apelando a los sentimientos caritativos de los amigos, o ya felicitando a cualquier prócer con un mensaje de rasgos y primores caligráficos, lograba reunir miserable suma. ¡Pero las necesidades eran tantas...! [...] Naturalmente, don José Ido del Sagrario dudaba de la Divina Providencia”<sup>167</sup>.*

Galdós se está burlando en estas dos últimas citas de la concepción pragmática que de la Providencia tiene el pueblo<sup>168</sup>: los que no creen en ella tienden a pensar que existe cuando las cosas les van bien y viceversa. La de Rafael del Águila no rebosa precisamente sentimiento religioso. Sin embargo Galdós, aunque critica los valores de la clase social a la que pertenece el personaje, no se ensaña con él como hace –lo veremos con más detalles al tratar el tema de la conciencia proletaria- con Bou. El porqué del diferente tratamiento reside

<sup>165</sup> Benito Pérez Galdós: *Torquemada en la cruz*, en: *Las novelas de Torquemada*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, LB nº 88, p. 250

<sup>166</sup> *La Desheredada* [1881], Madrid, Alianza Editorial, 10ª reimpresión, 1988, LB 98, 482 págs., p. 419.

<sup>167</sup> *El doctor Centeno* [1883], Madrid, Alianza Editorial, 2000, BA 0134, 359 págs., p. 262.

<sup>168</sup> Esta crítica de la concepción pragmática de la religiosidad del pueblo se puede considerar como un antecedente del regeneracionismo. Coincide plenamente con la recogida en el poema de Machado *El Dios ibero* (CI): “Igual que el ballestero / tahúr de la cantiga, / tuviera una saeta el hombre ibero / para el Señor que apedreó la espiga / y malogró los frutos otoñales, / y un “gloria a ti” para el Señor que grana / centenos y trigales / que el pan bendito le darán mañana”.



en que para Galdós la aristocracia rancia, orgullosa de su abolengo y anacrónicamente de espaldas al presente, no representa ya en estos momentos ningún peligro para la burguesía. No sucede lo mismo con el movimiento obrero. El rechazo de Galdós hacia éste se manifiesta en la continua descalificación que realiza de Juan Bou. Las descalificaciones son, pues, una forma de defender el sistema burgués de la amenaza que para el mismo supone lo que Bou representa. A esta defensa se suma también Palacio Valdés. Ceferino Sanjurjo, médico poco adicto al ejercicio de la medicina y bastante aficionado a la literatura, es asiduo de una tertulia en la que abundan los bohemios. En una estancia en Andalucía, por motivos de salud, se enamora y se casa con una mujer rica. Cuando vuelve a Madrid, ante las bromas de sus antiguos contertulios, Ceferino piensa para sus adentros:

*“En medio de todo no deja de ser chistoso que esos desharrapados me compadezcan por haberme casado con este lucero de la mañana y tener dos millones en el bolsillo. Uno de ellos llevaba dos dedos de grasa en el cuello del gabán; a otro le faltaban los botones; otro no gastaba puños en la camisa. Y todos, absolutamente todos, tenían los pantalones deshilachados. Me los representaba en su domicilio durmiendo en un catre de chinches, comiendo albondiguillas como perdigones en salsa viscosa y peleándose con la patrona por inexactitud en el reintegro de sus haberes; y admiré y bendije la providencia de Dios, que a los que priva de medios de dicha, provee tan largamente de imaginación”*<sup>169</sup>.

Existe un clarísimo paralelismo –en lo que al papel de la Providencia se refiere– entre la novela de Arturo Campión y la de Palacio Valdés. Si en aquella la Providencia compensaba a los campesinos olvidados de la fortuna concediéndoles el privilegio de resignarse con su suerte, en ésta compensa a los astrosos bohemios dotándolos generosamente de imaginación. Pero existe también una diferencia: el sistema social al que la generosidad de la Providencia da cobertura en ambos casos es diferente: el Antiguo Régimen en el primer caso; la sociedad liberal burguesa en el segundo. En este sentido hay dos aspectos que me parecen muy significativos: los grupos sociales que aparecen mencionados en cada una de las citas y la relación existente entre ellos. En el primer caso, campesinos por un lado y reyes y grandes por el otro; en el segundo, un burgués con una situación económica desahogada y perfectamente integrado en la sociedad madrileña de la Restauración de una parte, y unos bohemios inadaptados de la otra. La relación entre campesinos y aristócratas es pacífica y armoniosa; la afirmación de que en sus humildes moradas reinaba más alegría que en los palacios de los grandes es simplemente una manera de destacar su felicidad y conformidad; la comparación no implica ni deseo de emulación ni superioridad de una clase social sobre la otra. Totalmente distinta es la relación entre Ceferino y sus bohemios contertulios; se percibe una clara rivalidad que se manifiesta en la “compasión” de éstos hacia Sanjurjo por haberse acomodado a una forma de vida repleta de bienestar y holgura, y en el altivo menosprecio de éste hacia sus antiguos amigos por “preferir” el modelo contrario: una existencia llena de incomodidades y carencias de todo tipo. Entre pueblo y aristocracia no hay tensiones porque el pueblo –específicamente el rural– es la base del sistema social que propugna Campión. Sí las hay entre burguesía y bohemia, porque ésta –al menos epidérmica y superficialmente– se caracteriza por su confesado antiburguesismo, del que hacen gala cada vez que se presenta la ocasión. No hay que olvidar tampoco que en ocasiones –aunque fue-

<sup>169</sup> *La hermana San Sulpicio* [1888], Oviedo, GEA, 1995, 217 págs., p. 231.

ra simplemente como consecuencia de su inadaptación- algunos de ellos mantuvieron actitudes revolucionarias o pseudorevolucionarias. Por eso, la burguesía bienpensante e integrada en el sistema –a la que pertenece Ceferino, con el que coincide plenamente el narrador- siente la bohemia como una excrescencia incómoda, un absceso vergonzoso con el que no se identifica. La actitud de Ceferino Sanjurjo es buena muestra de todo ello y una defensa, por tanto, de los valores de la sociedad burguesa. Esta defensa –hasta cierto modo implícita- de Palacio Valdés, se convierte en clara y manifiesta en *El sitio de París en 1870*. La novela comienza el 6 de septiembre de 1870. Tras la derrota del ejército de Napoleón III en Sedán cuatro días antes, cae el Segundo Imperio y se proclama la República. Los prusianos ponen sitio a París. Frantz, espía alemán, ha sido descubierto y denunciado. Logra escapar de sus perseguidores huyendo a través de las catacumbas donde se encuentra con una reunión de conjurados, pertenecientes a un partido de extrema izquierda –el Partido Rojo- que está conspirando contra la República, y se une a ellos haciéndose pasar por uno de sus miembros. Al mismo tiempo, el populacho, dirigido por una caterva de bandidos sin escrúpulos, que únicamente buscan su propio beneficio, lucha también contra la República con continuas manifestaciones y algaradas. Los dirigentes del Partido Rojo –que no se caracterizan tampoco por sus preocupaciones sociales- aprovechan la situación y proclaman La Comuna. El ejército francés, que se había retirado a Versalles, ataca la capital. En una de las múltiples luchas callejeras, Frantz es alcanzado por una bala y muere. La novela termina con la entrada de las tropas imperiales en París y la derrota de la Comuna. En esta larguísima novela (3 tomos y casi 2200 páginas), cuyo subtítulo es bastante significativo –*Novela histórica de actualidad escrita en vista de los datos recibidos*- su autor, Juan de la Puerta Vizcaíno, va alternando la narración de los sucesos con los comentarios moralizantes. Uno de ellos, que se puede considerar como un juicio global sobre lo que sucede en la novela, dice lo siguiente:

*“¿Adónde va la humanidad? No creáis que retrocede, ni que se detiene tampoco; siempre marcha; pero cuando avanza demasiado rápidamente, le sale al encuentro lo que llaman los fatalistas el destino, lo que nosotros llamamos la mano de Dios”*<sup>170</sup>.

Teniendo en cuenta que la Comuna fue un intento de construir un modelo de sociedad alternativo al del capitalismo burgués y que éste salió indemne de la prueba, pues no solo la Comuna fue derrotada sino que todos los que intervinieron en ella por motivaciones personales que nada tenían que ver con los objetivos específicos de la misma –Frantz, según propia confesión, trabajó a su favor sólo para ocasionar el mayor daño posible a Francia- recibieron su correspondiente castigo –y viceversa<sup>171</sup>-, “la mano de Dios” desempeñó un papel

<sup>170</sup> Tomo I, p. 523. La novela consta de tres volúmenes encuadernados en dos tomos. Un tomo en el primer volumen y dos en el segundo. *Tomo I*, Madrid, Campó y compañía editores, Imp. de Santos Larxé, Calle del Río 24, 1870, 847 págs. BN: 7/10849. *Tomo II, vol. 2*, Madrid, 1871, 629 págs., 7/10850; *Tomo II, vol. 3*, Madrid, Manuel Rodríguez editor, 1872, 696 págs., 7/10851.

De esta novela me ocuparé con mucho más detenimiento cuando estudie el tema del socialismo y de la conciencia obrera.

<sup>171</sup> La intervención citada no es la única que hace la Providencia, aunque sí la más representativa porque su significación se extiende a la interpretación global de la novela. Así como los “malos” –los que de alguna manera se implican en la Comuna- van a ser castigados, los “buenos” –los que se mantienen al margen de la vorágine de los acontecimientos- serán premiados. Son varios los personajes humildes que reciben por obra de la Providencia sumas importantes de dinero que solucionan sus vidas para siempre.

decisivo en la salvación del orden social amenazado. La Providencia se ha convertido al liberalismo; o, al menos, queda claro que no está a favor de la revolución social.

### 3.2.1.1. CONCLUSIONES DEL PROVIDENCIALISMO

Las siete novelas analizadas en las páginas precedentes se pueden clasificar en dos grupos: defensoras de la sociedad tradicional y de la burguesa. Del primero forman parte tres autores: Navarro Villoslada, Arturo Campión y José Navarrete. Los tres coinciden en propugnar el mantenimiento de la sociedad tradicional frente a la liberal. Para que esto suceda es imprescindible que se den una serie de condiciones, siendo en la propuesta de las mismas en lo que difieren.

Para Navarro Villoslada –*Amaya*– la lucha política de los partidos de la Restauración es un mal ejemplo para el pueblo pues las diferentes opciones dividen. Los valores tradicionales son, por el contrario, garantía de consenso y de unión. Estos valores residen en el cristianismo. Éste, que terminó con las disensiones hace once siglos, es el único que puede hacer lo mismo ahora a finales del XIX. Entonces sirvió como aglutinador contra los musulmanes y ahora debe cumplir la misma función contra el liberalismo. Fue la Providencia la que posibilitó esa unión al intervenir directamente para conseguir la conciliación entre vascos y visigodos<sup>172</sup>. El pueblo, que siguió entonces a sus señores naturales, hará lo mismo ahora. La Providencia garantiza, pues, la fidelidad del pueblo a los valores tradicionales.

Arturo Campión –*Blancos y Negros*– enfatiza el conformismo del pueblo con su suerte. Éste es consecuencia de una capacidad de resignación y sufrimiento infundida en el mismo gracias también a la acción de la Providencia. A la altura de 1898, fecha de su novela, esta mansedumbre es una virtud vigente ya únicamente en las tradicionales sociedades patriarcales, pues las industriales han dado sobradas muestras de lo contrario.

Navarrete –*María de los Ángeles*– aborda la cuestión de las relaciones entre las clases sociales. Leyendo esta novela –mezcla de folletín y costumbrismo andaluz– se tiene la impresión en más de una ocasión de que el final va a ser feliz. El lector tiene la intuición de que esta posibilidad ronda como una tentación por la imaginación del autor. Sin embargo, no opta por ella. Es más, la relación entre el joven militar aristócrata y la linda costurera no sólo no termina en boda, sino que tiene un fin de lo más trágico: él, que quiso “forzar” a la Providencia para ponerla de su lado –grave error en opinión del narrador–, termina suicidándose; ella, loca en un manicomio. Con el final feliz la obra habría ganado en coherencia estética pues, como dije antes, uno de sus componentes es el costumbrismo que se caracteriza en este caso por la tendencia a presentar la cara amable, risueña y desproblematizada de muchos de los personajes populares que aparecen en ella. Pero este final habría dinamitado el modelo de sociedad que el autor quiere cimentar, que se caracteriza por una rígida separación interclasista, y habría privado asimismo a la novela del carácter ejemplarizante: el pueblo debe saber muy claramente dónde están los límites, que no van más allá de la paternalista y respetuosa relación que Julio mantiene con los obreros del campo y los criados de su casa, como se verá más adelante al tratar otros aspectos de la novela. La Providencia desempeña un papel fundamental en la fijación de esos límites y, por tanto, en la preserva-

<sup>172</sup> Como ya señalé en una nota anterior, la novela tiene una dimensión política que va más allá de su oposición al liberalismo: su actitud crítica con el nacionalismo vasco. En este sentido es, pues, totalmente distinta a la de Campión.

ción de un modelo de sociedad. Pero no sólo eso; la contemplación de tanta desgracia provoca en el narrador un sentimiento de piedad hacia las víctimas y de confusión por lo que considera un dolor gratuito y, en términos humanos, inexplicable, absurdamente trágico. Por eso, al final de la novela, echando mano de una especie de existencialismo cristiano, Navarrete se obliga a sí mismo a admitir que tiene que existir algún tipo de compensación en otra vida. El papel de la Providencia se amplía: ya no es sólo la salvaguarda de un modelo de sociedad, sino la explicación de absurdos que no son tales, sino consecuencia de conductas humanas.

Cristianismo, conformismo y desigualdad son, pues, tres pilares de la sociedad tradicional. Ésta sólo es posible ya en el campo. Por eso, las tres novelas se localizan en el mundo rural: dos en el norte, en Navarra; y la otra en Andalucía, en Cádiz. El pueblo que aparece en ellas se identifica con esos pilares; los apoya y defiende como cosa propia. En la novela tradicional el pueblo no aparece como un obstáculo, sino como un sostén, un aliado de los valores que en ella se defienden. La Providencia ampara a todos: clase dirigente y dirigida.

En el segundo de los grupos mencionados se incluyen otros tres autores: Palacio Valdés, Pérez Galdós y Juan de la Puerta<sup>173</sup>. Los tres tienen en común su identificación con la sociedad liberal burguesa. Pero, como en el caso de los otros tres novelistas, también se pueden distinguir diferencias entre ellos.

Palacio Valdés –*La hermana San Sulpicio*– elogia la seguridad y comodidad de la vida burguesa que contrastan con las carencias de todo tipo de la bohemia. Sin embargo, los bohemios se permiten –debe ser lo único que pueden permitirse– compadecer al que ha logrado tan alto grado de bienestar. Ceferino se felicita de que la Providencia les haya concedido tan alto grado de imaginación que les impide tener una clara conciencia de la realidad con lo cual sus aspiraciones resultan bastante limitadas. La burguesía se libra así, gracias a la Providencia, de un posible competidor: no van a esforzarse por despojarles de los bienes y medios que disfrutan pues los desprecian. Pero, por otra parte, el desprecio conlleva cierta dosis de amenaza. Es decir, se establece una rivalidad, no abierta pero sí claramente implícita, entre los que disfrutan de unas ventajas sociales y los que no. Los primeros se felicitan de que los segundos no aspiren a gozar de ellas, pero, al mismo tiempo, no pueden evitar el sentir cierta prevención y recelo pues los ven como enemigos potenciales. La Providencia protege a los usufructuarios de las ventajas de la eventual amenaza que pudieran suponer los desharrapados bohemios.

Para Galdós los enemigos de la sociedad liberal son dos: la aristocracia tradicional y el proletariado. De ambos se defiende. La primera –*Torquemada en la cruz*– aparece retratada con rasgos bastante negativos, sobre todo Rafael. Éste se comporta en todo momento de un modo insensible y egoísta, hasta el punto de que no siente la más mínima aflicción ante la posible muerte de su hermana porque la considera una prueba de que la Providencia, al igual que él, se opone al proyectado matrimonio. El otro enemigo es el proletariado. En *La desheredada* es el anarquista Juan Bou quien, en contradicción con el pensamiento político que profesa, reconoce que, a pesar de que algunos afirmen lo contrario, la Providencia

---

<sup>173</sup> Éste es bastante desconcertante. Aunque en este punto su actitud parece identificarse con el liberalismo, que pretende a toda costa salvar de la Comuna, en otros está más cerca de la ideología conservadora.

existe, simplemente porque a él se le ha solucionado un problema. En este caso el personaje resulta desautorizado por su propia inconsecuencia.

Juan de la Puerta –*El sitio de París en 1870*– poco menos que atribuye a la Providencia la derrota de la Comuna.

Comparando a estos tres autores entre sí se llega a la conclusión de que los tres se valen de la Providencia para defender el modelo de sociedad que ellos propugnan, pero utilizando dos procedimientos distintos: apoyándola directamente o desautorizando a sus enemigos. Palacio Valdés y Juan de la Puerta se valen del primero, como ya he comentado; Galdós del segundo. Éste hace que sean los enemigos de la sociedad burguesa los que apelen a ella. Galdós no la compromete, por tanto, en la defensa de su modelo de sociedad, sino que son los enemigos de ésta los que afirman tenerla de su parte para objetivos más bien mezquinos. Esta mezquindad de miras los desautoriza; y, a través de esta desautorización, Galdós está reivindicando la excelencia del modelo liberal de sociedad. Además, al prescindir de la intervención de la Providencia en la construcción de esta sociedad, Galdós está dando muestras de una de las características de su pensamiento: el laicismo.

### 3.2.2. LA IGLESIA Y LA RELIGIÓN.

La burguesía en su origen es laica y anticlerical; pero su actitud hacia la religión –más exacto sería decir hacia la Iglesia- va a cambiar como consecuencia de los acontecimientos históricos de este período. En 1868 tiene lugar una revolución burguesa; pero eso no supone su ascenso automático al poder. Antes tiene que desembarazarse de su hasta ahora tradicional enemigo: el Antiguo Régimen que sigue contando con el apoyo de la Iglesia. Pero su postura hacia la Iglesia no va a ser la misma que en los períodos precedentes; ya no puede seguir combatiéndola alegre e irresponsablemente, porque, así como en el pasado fue un formidable aliado del enemigo que desfallece, en el futuro va a ser muy necesaria para defenderse del enemigo que se cierne. Así pues, la actitud de la burguesía hacia la religión va a estar condicionada por esta doble necesidad: terminar de derribar el Antiguo Régimen y afianzar la revolución, para lo cual tiene que minar el apoyo que a dicho régimen le sigue prestando la Iglesia; y, al mismo tiempo, atraerse a la Iglesia a su terreno para convertir la religión en aliada propia contra los que ya están cuestionando su revolución. El pueblo –especialmente el rural- será considerado por la novela conservadora de este período como aliado y depositario de los valores religiosos tradicionales; la liberal, en cambio, no ofrece un tratamiento único: en líneas generales lo ve como enemigo, sobre todo cuando deja de ser pueblo para convertirse en proletariado, de lo que no hay muchas muestras, pero sí alguna; pero, cuando se fija en él como pueblo, los recelos tienden a desaparecer y se denuncia la opresión que se ejerce sobre él en nombre de la religión, al mismo tiempo que se exalta su sincero y genuino sentido espiritual. Ésta es una forma indirecta de empezar a reconocer la necesidad de contar con la religión como elemento de contención social.

Por todo ello el tema de la Iglesia y de la religión –aunque a veces se separen estos dos aspectos, lo normal es que casi siempre marchen unidos- es en este período mucho más complejo que en los anteriores. Se puede subdividir en tres grandes subtemas, pudiendo distinguirse, a su vez, varios puntos dentro de cada uno de ellos: apología de los efectos benéficos de la religión (por supuesto, la católica), tema exclusivo de la tradicional; crítica de la mundanización, de la que se hacen eco tanto la novela tradicional como la liberal, aunque con diferente perspectiva; y, como consecuencia de lo anterior, denuncia de la ausencia y necesidad del sentimiento religioso, tema también exclusivo, en este caso de la liberal.

#### 3.2.2.1. Apología de la religión. Sus múltiples beneficios.

Se ha visto en el apartado anterior que las estructuras del Antiguo Régimen siguen estando fuertemente arraigadas y que sus defensores apelan al pueblo rural en busca de aliados. Consecuentemente, la novela que se identifica con el modelo de sociedad tradicional presenta una imagen positiva de la Iglesia y de la religión destacando los múltiples beneficios que ambas suponen para el pueblo:

##### A) La religión: fuente de concordia.

La religión es punto de encuentro que elimina disensiones hermanando y creando concordia, virtudes, entre otras, encarnadas, por ejemplo, en un humilde sacerdote rural:

*“Don Trinidad Muley era uno de aquellos curas a la antigua española, a quienes aman y respetan todos sus feligreses y cuantos los conocen, sin distinción de partidos políticos ni aun de creencias religiosas; curas que, sin ser liberales ni dejar de serlo, o, mejor dicho,*

*por no tener opinión alguna sobre las cosas “del César”, pero sí una altísima idea de las cosas “de Dios”, no perdieron nunca ese amor y ese respeto, ni en la explosión nacional de 1808, ni en la reacción absolutista de 1814, ni en el furor revolucionario de 1820, como tampoco los perdieron después, cuando vino Angulema, ni por resultas del motín de La Granja, ni en ninguna de las vicisitudes posteriores, tan fecundas en desavenencias entre la Iglesia y el Estado; curas indígenas, digámoslo así, que aman a su patria como cualquier hijo de vecino, sin tener nada de cosmopolitas, de europeos, ni aun de ultramontanos..., por lo que rara vez legan su nombre a la Historia; curas, en fin, de la clase de católicos rancios, sin ribetes de política ni de filosofía, que no suelen poseer ni exigir de nadie sutilísimos conceptos teológicos, con que explicar la mente del Autor del mundo, ni inflexibles fórmulas de escuela sobre la sociedad y su gobierno, sino pura y simplemente la práctica real y efectiva de todas las virtudes cristianas”<sup>174</sup>.*

La religión –al menos como don Trinidad la entiende y la practica- se encuentra muy por encima de las disensiones políticas que han jalonado la historia del siglo, pues ha actuado siempre como un elemento de cohesión social<sup>175</sup>. Por eso García apela a ella para que godos y vascos dejen de luchar entre sí y se unan contra el enemigo común:

*“Si España, si la religión peligran, tan cristianos sois los godos como los vascos. Tan obligados estamos unos como otros a salvarla [...] Ante la cruz no hay castas ni pueblos diferentes: todos somos hijos de Dios, todos hermanos”<sup>176</sup>.*

La cita de Villoslada coincide<sup>177</sup> con la de Alarcón en que –en un momento en el que tantas disensiones hay en la sociedad española- ambos conciben la religión como un elemento de cohesión social.

### **B) Freno de pasiones**

La religión no sólo posibilita la concordia social, sino también la individual. Entre sus muchas habilidades, don Trinidad tenía las de

*“reconciliar, en fuerza de lágrimas o de puñetazos, y hacerse abrazar cordialmente, a los matrimonios mal avenidos, a los adversarios que ya habían sacado las navajas, a las clases pobres con las ricas cuando encarecía el pan y se armaba motín, a cada uno con su cruz, a los tristes con su tristeza, a los enfermos con su dolor, al penado con su castigo, al moribundo con la muerte...”<sup>178</sup>.*

Prueba de ello es el caso de Manuel Venegas, el protagonista de la novela. Enamorado desde niño de Soledad, la diferencia de clase hace imposible su relación. Manuel, decidido a superar ese obstáculo, emigra a América. Ocho años después vuelve enriquecido con la intención de casarse con ella. Pero Soledad, entretanto, se ha casado con Arregui. Manuel,

<sup>174</sup> Pedro Antonio de Alarcón: *El niño de la bola* [1878], Madrid, Tebas, 1975, La novela histórica española 7, p. 28. La cita es bastante larga, pero merece la pena reproducirla porque en ella, además del tema principal –la capacidad de la religión para situarse por encima de las disensiones humanas- aparecen otros como, por ejemplo, la apología indirecta de la ignorancia y del mundo rural, que van a permitir que esta cita sirva como punto de referencia en las páginas sucesivas tanto para el resto de novelas de ideología conservadora como liberal.

<sup>175</sup> Ya veremos más adelante que un autor considerado como liberal –Palacio Valdés- piensa que así debiera ser; pero no lo es. Precisamente por eso satiriza a los que la llevan al terreno de la lucha partidista. La diferencia reside en que para Alarcón –al personificarla en don Trinidad- la religión está por encima de los asuntos mundanos, mientras que para Palacio habría que conseguir que estuviera.

<sup>176</sup> F. Navarro Villoslada: *Amaya*, cit., p. 279.

<sup>177</sup> Pero también difiere: introduce una idea –y en esto se diferencia profundamente de la de Alarcón- que comentaré más adelante: la apelación explícita a la utilización de la religión como instrumento de acción política.

<sup>178</sup> *El niño de la bola*, cit., p. 29.

que ha pensado desde siempre que esa mujer estaba destinada para él y, por tanto, le pertenece, jura matar a Arregui quien, por su parte, no está tampoco dispuesto a eludir el enfrentamiento pues considera que su dignidad ha sido puesta en entredicho. Los dos rivales se encuentran y se contemplan desafiantes:

*“Arregui estaba dos o tres pasos más atrás, altivo, digno, dispuesto a todo, bien que admirando aquella noble, hermosa y dolorida figura, que veía por primera vez, y compadeciendo acaso tan inmerecido infortunio.*

*Manuel contempló amargamente al esposo de Soledad, y vaciló algunos instantes entre los dos tremendos abismos que volvía a presentarle la desventura”.*

En este preciso instante se presenta don Trinidad y se dirige a Manuel con emotivas palabras: *“¡Piensa en mí! ¡Piensa en quién eres! ¡Piensa en don Rodrigo Venegas! ¡Piensa en el niño Jesús! –murmuró don Trinidad, levantando hacia el joven las abiertas manos en ademán de plegaria”.* La exhortación de don Trinidad resulta efectiva:

*“Manuel tembló de pies a cabeza, como si al renunciar a su última y suprema arrogancia renunciase también a la vida, y, quitándose respetuosamente el sombrero, saludó al hombre a quien había jurado matar.*

*Arregui se descubrió casi al mismo tiempo, respondiendo hidalga y afectuosamente a aquel saludo”<sup>179</sup>.*

La religión, actuando como freno contra las pasiones, ha contribuido a la concordia. Pero no sólo por eso; también porque suscita un respeto generalizado entre la gente de bien; así, Petronila, que ha recibido de Lorea –la madre de Amaya y esposa de Ranimiro- el brazalete de oro en el que se encuentra grabado el secreto del tesoro de Aitor lo deposita en una cueva; cuando Teodosio de Goñi le pregunta por él, le responde:

*“La joya está en la sima, lo entiendes, en la sima de Aralar, sobre la cual he puesto una cruz... Ya lo ves que no me duelen prendas. Ningún vascongado, cristiano o gentil, es capaz de remover y derribar la cruz, cuyos brazos se extienden protegiendo el tesoro de nuestros padres”<sup>180</sup>.*

Los mismos efectos disuasorios que la cruz sobre el pueblo vasco, ejerce la imagen del niño Jesús sobre el andaluz. Los guadijeños, paisanos de Manuel Venegas, se encuentran excitados<sup>181</sup> por el regreso de éste y el juramento que ha hecho de matar a su rival. Ése día es fiesta y hay una procesión de una imagen del niño Jesús, al que popularmente se le conoce como el niño de la bola. Cuando la imagen aparece en la calle, la morbosa expectación por el esperado y deseado enfrentamiento entre Manuel y el marido de Soledad desaparece de tal manera que el *“pueblo había recobrado su majestad soberana y comenzaba a sentir noble y piadosamente”<sup>182</sup>* Y, cuando un poco después, en una escena ya comentada, don Trinidad evita el enfrentamiento, el pueblo los aclama a los tres con entusiastas exclamaciones:

*“Una salva de aplausos estalló entonces entre el gentío, mientras que mil voces ensordecían el aire gritando:*

*-¡Viva Manuel Venegas!*

<sup>179</sup> *Ibíd.*, p. 156. La novela no tiene el final feliz que esta reconciliación parece presagiar. Pero ya veremos que, aunque aparentemente parezca contradecir la idea de que la religión es un freno de las pasiones, no es así.

<sup>180</sup> *Amaya*, cit., p. 173.

<sup>181</sup> *“La alegría, el miedo y el entusiasmo de la multitud no tuvieron límites... Hubo hasta aplausos de la gente baja, y silbidos y carreras de los pilluelos”.* P. 108.

<sup>182</sup> *El niño de la bola*, cit., p. 119.



- ¡Viva Antonio Arregui!  
 - ¡Viva don Trinidad Muley!  
 - ¡Viva el niño Jesús!”<sup>183</sup>.

Es decir, el pueblo siempre se comporta sensatamente cuando actúa bajo la influencia de la religión; y no sólo el rural, también el proletario como lo demuestra la conducta de las trabajadoras de la fábrica de tabacos de Marineda. Amparo, la protagonista de la novela, mantiene una relación con Baltasar Sobrado, hijo de unos ricos comerciantes de la ciudad. Una compañera de trabajo le advierte sobre lo peligrosas que para las obreras resultan las relaciones con los señoritos citándole casos concretos; Amparo recuerda, a su vez, ejemplos de chicas decentes:

*“Pero... vamos a cuentas –añadía para su sayo la oradora-: diga lo que quiera Ana, ¿no conozco yo muchachas de bien aquí? ¡Está esa “Guardiana”, que es más pobre que las arañas y más limpia que el sol! Y de fea no tiene nada; es... así..., delgadita... Ella se confiesa a menudo..., dice que el confesor la aconseja bien...”*<sup>184</sup>.

También aconseja muy bien el padre Urtazu a Lucía. Joven leonesa, hija de un comerciante enriquecido que, retirado, vive cómodamente de sus rentas, se casa con Aurelio Miranda que, enterado de la desahogada posición económica de que disfruta, va solamente buscando su dinero. En el viaje de bodas Miranda olvida la cartera en la fonda de la estación de Venta de Baños; baja del tren a buscarla y lo pierde. Lucía queda sola en el departamento sin dinero y sin billetes. Cuando llega el revisor, un viajero desconocido que ha entrado en el departamento la saca del apuro. Ignacio Arregui, que así se llama su nuevo compañero de viaje, le propone como mejor solución seguir hasta Bayona y allí esperar a su marido. Arregui, pesimista misántropo que ha perdido hace tiempo la fe, se comporta en todo momento caballerosamente. A ruegos de Lucía, espera en Bayona hasta que llega Miranda, quien se conduce de un modo grosero con Arregui e insensible con su mujer. Arregui sigue hasta París. Lucía no puede dejar de pensar en él. Va con su marido también a París. Allí vuelve a encontrarse con Ignacio quien le propone que se vayan juntos a América. Lucía reconoce que está enamorada de él: *“Yo le quiero como una loca, desde Bayona... no, desde que le vi... Ya lo oye Vd. Yo no tengo la culpa; ha sido contra mi voluntad, bien lo sabe Dios”*. Pero a continuación le dice que, a pesar de eso y de que no quiere a su marido, no se va a ir con él. Cuando Arregui, que también está enamorado y siente ganas de vivir por primera vez en su vida, le pide que le dé una razón, ella le responde: *“Es, murmuró ella bajándose y con gran dulzura... es... por Dios”*<sup>185</sup>. A Arregui la vida le resulta insoportable y se deja vencer por el pesimismo porque no tiene fe. Lo contrario le sucede a Lucía. En esta novela Pardo Bazán, además de hacer apología de los efectos benéficos que para la vida tiene la religión, la utiliza también para rebatir las tesis naturalistas sobre la fuerza del instinto y el determinismo. A Lucía la fe le da fuerzas para no dejarse arrastrar por el amor que siente por Arregui.

<sup>183</sup> *Ibid.*, p. 157.

<sup>184</sup> Emilia Pardo Bazán: *La Tribuna* [1883], Madrid, Cátedra, 1988, Letras Hispánicas 24, edición de Bentio Varela Jácome, p. 194.

<sup>185</sup> Emilia Pardo Bazán: *Un viaje de novios*, Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, Libertad 16 duplicado, 1881, 451 págs. BN: 1/15794. P. 430-431.

### C) Protección: espiritual y material.

Si el pueblo vasco se muestra respetuoso con la cruz, hasta el punto de que nadie se atreve a tocar lo que tras ella se guarda, el montañés se siente seguro bajo su amparo; es el caso de Macabeo que en una noche de tormenta acompaña al doctor Peñarrubia. A las preguntas del médico, que no es creyente, sobre si tiene miedo de la tormenta, Macabeo responde:

*“... pues, como iba diciendo, que vengan rayos y centellas; porque mientras yo me agarre a ésta... ¿La ve usted bien?  
Y al hablar así el de a pie, vuelto hacia el de a caballo, le mostraba una cruz formada con el pulgar y el índice de su mano derecha, mientras con la izquierda arrimaba el farol hacia ella”<sup>186</sup>.*

En esta misma página la fe sencilla de Macabeo contrasta con la irreligiosidad del médico, al que el pueblo llama “Pateta”. Si el pueblo montañés se siente seguro bajo la protección de la religión, lo mismo les sucede a las trabajadoras de la fábrica de tabacos de Marineda. En la última cita comentada de *La Tribuna*, los beneficios de la religión para las trabajadoras no eran sólo morales, sino también sociales pues salvaguardaba su recato al mantenerlas alejadas del peligro que para el mismo suponían los señoritos, con lo que las posibilidades de poder casarse –por supuesto dentro de su clase- quedaban intactas. Es decir, que los efectos de la protección de la religión sobre el pueblo no son sólo espirituales, sino también materiales. Son bastantes los casos que se pueden encontrar de esta especie de *protección social* con lo que los efectos benéficos de la religión no se circunscriben únicamente a la esfera moral. Los beneficiarios son siempre gente humilde del pueblo. Cuando muere don Rodrigo Venegas, el padre de Manuel, los vecinos le dan muchos besos y le dicen muchas palabras de consuelo, pero el único que le ayuda es don Trinidad Muley:

*“Llegada, en fin, la noche..., la primera noche de orfandad, cuando dejaron de tañer las campanas y de sonar las remotas músicas del entierro; cuando hasta las tinieblas le advertían que ya estaba solo sobre la tierra; cuando comenzaba a figurarse que él también había muerto y sido sepultado, oyó una voz ronca y áspera, la voz de un sacerdote grueso y feo, que le decía lúgubrememente:  
-Muchacho, ¿dónde estás? ¿Por qué no has encendido la luz? Vente conmigo... ¡Yo te recojo, y sea lo que Dios quiera! Vámonos a mi casa”<sup>187</sup>.*

Otro cura, que se parece en bastantes aspectos a don Trinidad, es el padre Apolinar, que da clases a un grupo de niños pobres a cual más desastrado:

*“Entre todos aquellos granujas no había señal de zapato ni una camisa completa; los seis iban descalzos y la mitad de ellos no tenían camisa. Alguno envolvía todo su pellejo en un macizo y remendado chaquetón de su padre; pocos llevaban las perneras cabales; el que tenía calzones no tenía chaqueta, y lo único en que iban todos acordados era en la cara sucia, el pelo hecho un bardal y las pantorrillas sucias”<sup>188</sup>.*

<sup>186</sup> José María de Pereda: *De tal palo, tal astilla* [1879], Madrid, Cátedra, 1981, Letras Hispánicas 34, edición de Joaquín Casaldueiro, p. 49-50.

<sup>187</sup> *El niño de la bola*, cit., p. 27.

<sup>188</sup> José María de Pereda: *Sotileza* [1885], Madrid, Espasa Calpe, 10ª edc., 1991, Austral A 117, edición de Germán Gullón, p. 64.

No sólo les enseña a leer y escribir y los fundamentos del catecismo, sino que, compadecido de uno que va sin pantalones porque, cuando se estaban secando los únicos que tenía, se los comió una vaca, se quita los suyos y se los da:

*“No son cosa mayor –le dijo–; pero, al fin, son calzones. Dile a tu madre que te los arregle como pueda, y que no los ponga a secar en las higueras cuando tenga que lavarlos; y si le parece poco todavía, que se consuele con saber que a la hora presente no los tiene mejores, ni tantos como tú, el padre Apolinar”*<sup>189</sup>.

En otra ocasión da su cena para un enfermo que no tiene nada; hace también de intermediario amoroso a petición de Cleto que está enamorado de Silda y no se atreve a decirle nada. Pero quien más perfeccionado tiene el sistema de protección social de la religión es el padre Piñón, otro de tantos de esos clérigos rurales que destacan más por su bondad y virtudes humanas que por sus conocimientos teológicos: *“El padre Piñón, no sólo encantaba a las gentes del lugar por sus virtudes, sino por su alegría, buen humor y dichos agudos”*. Este buen hombre ha ideado un peculiar sistema para rentabilizar socialmente el sacramento de la penitencia:

*“Bien sabía él que la bondad de Dios es infinita y que perdona al que llora, reza, se arrepiente y hace propósito de la enmienda; pero el mal, hecho por el pecado, hecho se queda, y no se remedia ni se subsana con el arrepentimiento ni con la penitencia, como ésta no vaya bien encaminada. A este fin tenía ideado y ponía en práctica el padre Piñón un sistema de penitencia, por medio del cual, ya que los pecados fuesen inevitables, lograba sacar provecho de los ricos a favor de los menesterosos. Teniendo en cuenta, a par de la magnitud del pecado, la riqueza del pecador, solía multarle, ya en una docena de huevos, ya en una gallina, ya en un jamón, ya en un pavo, ya en alguna cosa de comer o de vestir, que repartía luego a los pobres. Claro está que el padre Piñón era prudente, y cuando se trataba de alguna casada a quien había que imponer, por ejemplo, un pavo de penitencia, lo hacía con el mayor disimulo, a fin de que el marido no se enterase y se echase a caviar, muy escamado, sobre la equivalencia de un pavo en los aranceles penitenciarios”*<sup>190</sup>.

#### **D) Punto de referencia y marca indeleble.**

Como consecuencia de todo lo anterior, la religión se convierte en punto de referencia para el pueblo –*“la mayor hipérbole que suele emplearse también en aquella comarca para encomiar el valor y poderío de alguno se reduce a decir que ‘no le teme ni al niño de la bola’”*<sup>191</sup>– que se identifica por completo con ella, sobre todo con sus símbolos. En *La Tribuna* existe una enconada rivalidad entre las trabajadoras de la ciudad –las ciudadanas– y las que vienen a trabajar de los pueblos cercanos: las campesinas. Esta rivalidad se traduce en frecuentes insultos mutuos: *“¡Servilonas, carlistas! –contestaban las ciudadanas ya en actitud agresiva.*

*–¡Malvadas, que echades contra Dios! –rugían las insultadas”*<sup>192</sup>. Sin embargo, esta acusación de irreligiosidad no se corresponde con la realidad:

*“Dos cosas, sobre todo, alteraban la bilis de las cigarreras: el incremento del partido carlista y los ataques a la Virgen. A despecho de la acusación de ‘echar contra Dios’, lanzada por las campesinas a las ciudadanas, la verdad es que, con contadísimas excepciones, todas las cigarreras se manifestaban acordes y unánimes en achaque de religión.*

<sup>189</sup> *Sotileza*, cit., p. 69-70.

<sup>190</sup> Juan Varela: *Las ilusiones del doctor Faustino* [1875], Madrid, Castalia, 1970, Clásicos Castalia 26, edición de Cyrus C. DeCoster, p. 306-307.

<sup>191</sup> Cit., p. 33.

<sup>192</sup> *La Tribuna*, cit., p. 127.

[...] *Y es lo curioso que a medida que la revolución se desencadenaba y el republicanismo de la fábrica crecía, tomaban incremento las prácticas religiosas*”<sup>193</sup>.

La religiosidad no es sólo propia del pueblo, sino que es consustancial al hecho de ser español. Ejemplo de ello son algunos de los aristócratas inmorales y corruptos que transitan por las páginas de *Pequeñeces*. Currita Albornoz, dama de la alta aristocracia madrileña, decide hacer un regalo suntuoso a uno de sus amantes: una foto suya con un lujosísimo marco. Piensa primero en comprar uno antiguo; pero después se da cuenta de que en la capilla de su palacio los hay mucho mejores que cualquiera de los que en las tiendas de antigüedades pudieran ofrecerle, y va a buscarlo:

*“Atravesó Currita los vastos departamentos del palacio, en que resplandecían por todas partes el lujo y la molicie; llegó a uno de sus extremos, sala de honor en otro tiempo, habitada entonces por la servidumbre. En una especie de rotonda, adornada con algunas pinturas al fresco, ya del todo desteñidas y borradas, abríase una gran puerta de roble con herraje de bronce y bellos tableros de talla. En vano intentó la condesa levantar con sus delicadas manecitas la llave echada”.*

Comienza a llamar a gritos a los criados para preguntarles que dónde está la llave. Ninguno lo sabe. Manda a uno de ellos, Germán a que la busque.

*“Germán se lanzaba presuroso por toda la casa en busca de la llave. Volvió, al fin después de un cuarto de hora trayendo una muy grande, llena de orín, con un tarjetón de pergamino colgando, en que se leía: ‘Oratorio’. La llave entró rechinando en la cerradura, y en vano forcejeó Germán para hacerla dar vueltas; preciso fue sacarla de nuevo, untar las guardias con aceite, e introduciendo un palo por el ojo, giró al cabo al sexto o séptimo empuje”*<sup>194</sup>.

Cuando logran entrar, encuentran una gallina con pollos, murciélagos y todos los objetos del culto abandonados. Hacía quince años que la puerta no se había abierto. La vida religiosa de la condesa se encuentra en el mismo estado de abandono que su capilla. Sin embargo, cuando con, motivo de la primera comunión de su hijo, interno en un colegio, el padre rector le comunica que los padres también deben comulgar, Currita intenta eludir el compromiso porque se le plantea un grave problema de conciencia:

*“Ella, con la rápida percepción de su claro entendimiento, comprendió al punto todo lo grave del compromiso, y una idea horrible, la del sacrilegio, cruzó por su mente cual un pájaro siniestro... Mas se detuvo asustada ante ella, porque aun la mala mujer española es rara vez impía; allá, en el fondo de su corazón, cree siempre y teme, y menos aterrada el sacrilegio a la falsa devota que a la francamente impía”*<sup>195</sup>.

No es el único caso de religiosidad “subyacente”. Diógenes, que ha sido toda su vida un calavera, pide confesión en el momento de su muerte; y, lo más sorprendente, reconoce que, a pesar de todas sus juergas y vida disoluta, ni una sola noche se ha olvidado de rezarle a la Virgen tres *Ave Marías*, como le enseñaron en el colegio<sup>196</sup>. Es decir, que la religiosi-

<sup>193</sup> *Ibíd.*, p. 180. Sin embargo, Clarín no coincide con esta apreciación. Ya veremos cómo en *La Regenta* los obreros del barrio del Sol no se caracterizan por su religiosidad.

<sup>194</sup> Luis Coloma: *Pequeñeces* [1890-1891], Madrid, Cátedra, 1987, Letras Hispánicas 28, edición de Rubén Benítez, p. 313.

<sup>195</sup> *Pequeñeces*, cit., p. 303.

<sup>196</sup> El confesor es un antiguo profesor del Colegio de Nobles. Cuando le pregunta si se acuerda de él, Diógenes responde: “-¡Sí que me acuerdo! –repetía Diógenes con grande ahínco-. Usted fue muy bueno para mí, y

dad es algo consustancial al hecho de ser español (de los buenos españoles, que son los que defienden los valores tradicionales), idea también recogida por Villoslada en *Amaya*, como ya se vio páginas atrás.

### **E) Rechazo de la irreligiosidad.**

Precisamente porque la religiosidad es algo consustancial, casi genético, el pueblo se identifica con ella plenamente y no siente ninguna simpatía hacia los que no son religiosos, como los Peñarrubia:

*“Todos los Peñarrubia, según la tradición perojaleña, parecían fundidos en un mismo troquel. Todos eran misteriosos, huraños, poco afectos a la tierra nativa, y señaladamente irreligiosos. Esta casualidad era la que podía llamarse, como ninguna de las otras, el sello de la raza. De manera que no tenían número las horrendas historias y los pavorosos relatos que, a propósito de la insigne familia, pasaban de padres a hijos entre el vulgo del país, gente sencilla y cristiana y, por contera, suspicaz y maliciosa”*<sup>197</sup>.

El hijo, Fernando, es un furibundo anticlerical:

*“La fe católica, según él la había estudiado y combatido, le ofrecía el siguiente cuadro: una nube de curas ignorantes y egoístas socavando la sociedad por el agujero del confesonario y con la fábula del purgatorio. Otra nube de frailes groseros, holgazanes, comilones y lascivos, saqueando los hogares, perturbando la paz y mancillando el honor de las familias. Otra nube de jesuitas ambiciosos, intrigantes y enredadores, corruptores de las conciencias y opresores de los estados; una gusanera de monjas rebelándose contra las leyes de la naturaleza, y cantando con voz gangosa salmos en latín contrahecho; un tropel de beatas chismosas, haraganas y soberbias; otro rebaño de creyentes invadiendo los templos para dar culto al fanatismo, y poblado a otras horas las casas de juego, los salones de baile, la plaza de toros, los lupanares... y la Inclusa”*<sup>198</sup>.

Como es lógico, viven aislados sin ningún contacto con los vecinos quienes, en su sencilla ignorancia, los identifican, sobre todo al padre por sus habilidades científicas, con el diablo: *“Pusiéronle por nombre “Pateta”, y aunque era bien corridas sus habilidades de médico, ninguno de sus convecinos las solicitó jamás, teniéndolas por cosas reprobadas por la ley de Dios”*<sup>199</sup>. Pero no se contentan con aislarlos. Dado que la presencia de semejantes sujetos es considerada por el pueblo como una amenaza para sus creencias, a veces se defienden incluso apedreándolos, cosa que le sucede a Fernando en una visita al pueblo vecino de Valdecines:

*“Pasó un transeúnte con la azada al hombro, y se le quedó mirando con una curiosidad harto inexplicable, pues para ninguno de aquellos campesinos era nueva la estampa de Fernando. Dos mujerucas se detuvieron luego delante de él, y no solamente le miraron y con torcido gesto, sino que le dijeron, aunque muy entre dientes, algo que no sonó bien en los oídos del joven. Más adelante sucedió otro tanto con unas salladoras que iban a la mies; y un muchacho, que le seguía de puntillas, le tiró una piedra que dio en las ancas del caballo; le llamó a voces “perro judío”, y apretó a correr: acto que mereció el aplau-*

*me quería, ¡oh, sí!, me quería mucho..., y me enseñó a rezar el “Bendita sea tu pureza, y luego las tres “Ave Marías”..., [...] Ni una noche las dejé, aunque hubiese...”* P. 399.

A pesar de la dura crítica que Coloma hace de la alta aristocracia española, no se “atreve” a mandarlos al infierno.

<sup>197</sup> *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 78.

<sup>198</sup> *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 196. Curiosamente estas mismas acusaciones, que Pereda atribuye aquí a Fernando presentándolas como calumnias, las va a hacer la novela liberal, pero esgrimiéndolas como verdades.

<sup>199</sup> *Ibid.*, p. 89. Esta bendita ignorancia del pueblo, que para Pereda es una virtud, será una lacra para los novelistas liberales.

*so de las salladoras, las cuales no se contentaron con ensalzarle, sino que añadieron nuevas “perradas” a la perrada del muchacho”.*

Fernando le pregunta a Macabeo, que le acompaña, por las razones de semejante recibimiento y éste le responde:

*“Ya sabe usted, señor don Fernando, que en este pueblo todos somos, gracias a Dios, cristianos a machamartillo. [...] Siendo aquí todos cristianos, claro es que las gentes se han de amañar muy mal con los herejes... y amañándose mal con los herejes, resulta la consonancia al respectivo del caso”<sup>200</sup>.*

La misma intransigencia que el pueblo muestra Águeda –los Rubárcena son los hidalgos del lugar- con Fernando que se ha enamorado de ella<sup>201</sup>. Si los habitantes de Perojales y Valdecines “*se amañan muy mal con los herejes*”, lo mismo les sucede a los campesinos andaluces de *La Pródiga*. En esta novela Julia, “la pródiga”, aristócrata arruinada que ha llevado una intensa vida social, desengañada de todo, decide retirarse al campo donde vive tranquila rodeada y respetada por sus cortijeros. Con motivo de una campaña electoral conoce a Guillermo de Loja. Ambos se enamoran apasionadamente. Guillermo se quiere casar, pero ella, en un acto de generosidad, rechaza la proposición porque no quiere –dado su turbulento pasado, que saldría inevitablemente a la luz- ser un obstáculo para su carrera política. Vive con él con la condición de que, cuando se canse, se separarán sin reproches de ningún tipo. Lógicamente esta relación irregular resulta escandalosa para los campesinos del lugar, por lo que el párroco se ve obligado a intervenir para defender la fe de sus feligreses de la amenaza que la conducta de Julia y su amante supone para la misma:

*“Había llegado y pasado el día de la Encarnación, y la Semana Santa, y el día de la Ascensión del Señor, y la Pascua Florida, y el mismísimo día del “Corpus” sin que nuestros enamorados fuesen, como todos los cortijeros al lugar vecino a oír misa, o al sermón, o a confesar y comulgar; y, en vista de ello, el indocto párroco de la feligresía se atrevió a escribirles una muy reverente, pero mal parlada y peor puntuada esquela, suplicándoles ‘que no afligiesen ni escandalizasen a los sencillos moradores del cortijo con aquella indiferencia religiosa de que nunca había habido ejemplo en la comarca, y que se dignasen ir a cumplir con la Iglesia, aunque sólo fuera por caridad hacia aquellos sus infelices prójimos, que no tenían más consuelo y amparo contra la pobreza y demás adversidades que su fe y esperanza en la bondad divina’”<sup>202</sup>.*

<sup>200</sup> *Ibid.*, p. 286 y 287. Ya veremos cómo en *Gloria* también el pueblo se defiende a pedradas de un hereje judío. Pero Galdós convierte este acto, a diferencia de Pereda, en una acusación contra la intrasigencia dogmática de las religiones.

<sup>201</sup> Tienen una larga conversación –p. 125-133- en la que Águeda pone de manifiesto que es imposible cualquier relación entre ellos: “*La extensión de tus errores –respondió- me deja sin la menor esperanza de que algún día se acorten las distancias que nos separan. ¿A qué tu empeño en estrechar esos vínculos, que al fin han de romperse? Y cuenta que temo por ti Fernando porque te veo sin armas para luchar contra los obstáculos; sin fuerza para resistir el peso de tu desdicha. No obstante, si tan extrema es la necesidad que sientes de que te oiga una vez más; si complaciéndote en ese deseo te pongo en ocasión de que tus ideas puedan tomar otro rumbo, satisfáganse tus ansias. Pero entiende que no se quebranta mi fe con argumentos sutiles. Guárdate de hacerlos, y no olvides que sólo con la ley de Dios, en los labios, sino en el corazón, has de reinar en el mío*”. P. 132-133.

El choque entre la incredulidad y la fe es tema frecuente en la novela de esta época. La misma reacción que Águeda ante Fernando tiene Lucía –Un viaje de novios- ante Arregui cuando, ante la petición de que la acompañe a misa, éste le confiesa que no cree. Lucía se escandaliza. Le parece increíble que haya gente que pueda no tener fe.

<sup>202</sup> Pedro Antonio de Alarcón: *La Pródiga* [1882], Madrid, Editora Nacional, 1975, edición de A. Navarro González, p. 217-218.

Como la carta no surte el efecto deseado, el cura pasa a la acción. Cuando se casan José y Brígida, dos de los cortijeros de Julia, el párroco no permite que ésta y su amante sean los padrinos<sup>203</sup>, aunque ellos pretendían serlo por delegación, pues no se atrevían a presentarse en la iglesia. Y los novios, después de la boda, no quieren entrar tampoco a comer con los señores:

*“Resistíase Brígida a entrar en el palacio, y quería encaminarse a su casa. Forcejeaba el tío Juan para obligarla a lo contrario. José estaba de parte de Brígida, y le hacía señas de que no cediese. La tía Francisca parecía disculpar o justificar la oposición de su nuera a subir a ver a los señores y a comer con ellos. El tío Antonio apoyaba al tío Juan, mostrándose apuradísimo ante la idea de que se hiciese tamaño desaire a su ama, y los espectadores influían todo lo posible, con imponente unanimidad, para que los novios los siguieran al caserío, haciendo al efecto con manos y cara demostraciones de aversión y desprecio a la noble vivienda”*<sup>204</sup>.

Vemos, pues, que la actitud del pueblo sencillo andaluz hacia los que amenazan sus creencias religiosas con un comportamiento que se aleja de ellas, es exactamente el mismo que el de los montañeses de Pereda en *De tal palo, tal astilla*: de manifiesta hostilidad<sup>205</sup>.

#### **F) Didactismo de los ritos litúrgicos.**

Si la religión es una fuente de beneficios para el pueblo –que por eso se identifica tan profundamente con ella- es lógico que se intenten divulgar sus contenidos utilizando los medios que se consideren más eficaces. En este sentido Valera realiza un larguísimo panegírico de lo que podríamos denominar el didactismo de las procesiones de Semana Santa:

*“La representación no se limita a ofrecer al pueblo un trasunto de la pasión y muerte de Cristo y de la redención del mundo, sino que en cierto modo abarca todo el plan divino y providencial de la Historia”*<sup>206</sup>.

Un poco más adelante se refiere a este plan divino de la historia:

*“Los principales personajes del Antiguo Testamento discurren en la procesión silenciosos y solemnes, como si la Historia Sagrada tomase cuerpo y apareciese ante nuestros ojos en visión ideal. ¿Qué daña a la mente infantil y a la rústica buena fe que no se ajuste con exactitud esta visión a la verdad arqueológica, y que en ella no se desplieguen el lujo y la pompa, si la imaginación del vulgo los pone allí con creces? A su vista aparecen, y van pasando, Elías, Ezequiel, Daniel, Isaías, Amós y los demás profetas, así como los reyes, jueces y príncipes: Melquisedec, David, Moisés, Salomón, y qué sé yo cuántos más. Todos llevan el rostro inmóvil de la carátula, y en las potencias, aureola o nimbo que coronan sus cabezas, inscrito el nombre de cada uno. Distínguense, además, por los atributos que*

<sup>203</sup> Es el tío Antonio quien les da la noticia de que el cura no ha permitido que sean los padrinos: “ ¡Figúrense ustedes... -prosiguió el tío Antonio, creyendo atenuar el caso- qué cosas no habré yo dicho al señor cura para ver si le evitaba semejante desaire, de que pronto se enteró todo el pueblo, gracias a la mala fe del intrigante secretario!... Pero su merced, que es hombre muy atestado y valiente, aunque parece una mosquita muerta, se puso por las nubes, y hasta habló de..., creo que dijo “descomulgarnos”, y de no darnos ya nunca la absolución a los que defendiéramos o habláramos a los enemigos de Dios y de la Virgen”. *Ibíd.*, p. 256.

<sup>204</sup> *La Pródiga*, cit., p. 252.

<sup>205</sup> En la novela de Alarcón la religión aparece unida al poder, tema que comentaré más adelante. Tanto la marquesa, Julia, como Guillermo se comportan inmoralmente. Sin embargo la inquina de los lugareños va sólo contra Guillermo, representante de la burguesía, del nuevo poder ascendente; nunca contra la marquesa, encarnación del poder tradicional. La conclusión es evidente: las simpatías del pueblo campesino están con el Antiguo Régimen, no con la burguesía. Además, Guillermo conoció a la marquesa con motivo de un recorrido por la comarca haciendo campaña electoral.

<sup>206</sup> *Juanita la larga* [1897], Madrid, Salvat Editores, 1970, libro RTV 62, p. 139.

*en sus manos tienen: David lleva el arpa; Salomón, un modelo del templo, y Moisés, las Tablas de la Ley*<sup>207</sup>.

La historia que se enseña al pueblo es única y exclusivamente la Historia Sagrada, la relacionada con la religión.

### **G) La católica es la única religión.**

Por la misma razón, cuando se hace apología de los beneficios de la religión, no se trata de cualquiera; sólo hay una: la católica. Y esto es algo perfectamente asumido tanto por el pueblo como por sus dirigentes. Por eso, cuando en una fiesta campestre de las obreras de la fábrica de tabaco se presentan los protestantes repartiendo biblias, las trabajadoras reaccionan primero burlándose: “¡Así Dios me salve –Ana fue la primera en hablar-; yo conozco a estos pajarracos! Oyes tú, Bárbara: ¿éste no es el que puso la capilla en la cuadra?”<sup>208</sup>. Pero, como los predicadores se muestran impertérritos ante las pullas y continúan con su labor proselitista, algunas reaccionan de un modo bastante más contundente:

*“Pronta como un rayo, y con fuerzas que duplicaban la cólera, Amparo desbarató la encuadernada Biblia, hizo añicos las hojas volantes, y lo disparó todo a la cara afilada del catequista, y a la rubicunda del silencioso inglés, los cuales, habituados, sin duda, a tal género de escenas, volvieron grupas y trataron de escurrirse lo más pronto posible entre el concurso”.*

Pero no lo van a conseguir pues

*“ya los aguardaban haldas en cinta. Así que los vieron a tiro, enarbolaron cuál medio pan, cuál un trozo de empanada, cuál una pera, y Ana, rabiosa, no encontrando proyectil a mano, cogió a puñados la tierra para arrojársela. Cayó la granizada sobre los protestantes cuando menos se percataban de ello; un queso se aplanó sobre la faz del inglés, rompiéndole el monóculo; un gajo de cerezas desprendido por el hermano de “la Guardiania” se estrelló en la nuca del ministro, y la embadurnó lastimosamente. Al par que bombardeaban, denostaban las intrépidas muchachas al enemigo.*

*-Toma, a ver si reventáis –chillaba “la Comadreja.*

*-De parte de Nuestra Señora –gritaba “la Guardiania”*

*-Para que volváis a dar dinero por hacer maldades –vociferaba Amparo, lanzando con notable acierto un tenedor de palo al cura”.*

El inglés hace conatos de defenderse, lo cual todavía enardece más a sus oponentes:

*“Venga usted, venga usted, que aquí estamos –le decía Amparo con voz vibrante, bella en su indignación como irritada leona, asiendo con la diestra una botella; mientras Ana, pálida de ira, se apoderaba de la cazuela en que había venido el guisado, y las restantes Amazonas buscaban armamento análogo”.*

Y, mientras tanto, las fuerzas del orden no “ven” absolutamente nada:

*“A poca distancia un agente de policía presenciaba la rifa, y aunque harto vela con el rabo del ojo el motín, no dio el más leve indicio de querer intervenir en él, y hasta que vio a los dos catequistas abrirse paso trabajosamente y huir como perro con maza, perseguidos por la rechifla general, no volvió la cabeza ni se acercó, preguntando al descuido: –¿Qué pasa aquí señores?”<sup>209</sup>.*

<sup>207</sup> Ibid., p. 140.

<sup>208</sup> *La Tribuna*, cit., p. 188.

<sup>209</sup> Ibid., p. 190-191.



Igual de inflexibles que las cigarreras se muestran los vascos con los que no son católicos; cuando Pacomio les comunica a sus líderes que los judíos quieren hacer un trato, estando dispuestos a entregarles la ciudad de Pamplona, en esos momentos en mano de los visigodos, le contestan:

*“-La entrega de Iruña sería el triunfo; pero no le quiero de manos de los judíos – respondió Miguel, con aprobación muda de los comensales.  
-¡Jamás! Nada con los enemigos de Cristo. Ahí tenéis nuestra respuesta –le contestó sencilla y resueltamente el mancebo”<sup>210</sup>.*

Opiniones con las que coincide totalmente el narrador quien, comparando al cristiano García Jiménez con el judío Eudon comenta:

*“¿Cómo es posible que piensen de un mismo modo García y Eudon, que obran de manera tan diversa? Quien al llegar acude a la Sinagoga, ¿cómo ha de proponerse lo mismo que quien principia arrodillándose en la Iglesia?”<sup>211</sup>.*

Luego, el pueblo y sus dirigentes coinciden plenamente en la defensa de la ortodoxia católica.

#### **H) Fuente de consolación y compensación.**

La razón por la que el pueblo se identifica totalmente con la religión y se implica en su defensa es porque, consciente de las desigualdades e injusticias sociales, tiene asumido que la religión es un excelente medio de compensación; don Trinidad Muley, además de las virtudes ya reseñadas, poseía también las de reconciliar

*“a las clases pobres con las ricas cuando encarecía el pan y se armaba motín, a cada uno con su cruz, a los tristes con su tristeza, a los enfermos con su dolor, al penado con su castigo, al moribundo con la muerte...”<sup>212</sup>.*

Y es que la religión promete a éstos que existe otra vida en la que serán recompensados. Por eso la resignación es un sentimiento muy extendido y asumido por el pueblo:

*“El antiguo refrán que reza: ‘los ricos en el cielo son borricos, los pobres en el cielo son señores’, se oía con frecuencia en los labios de los bermejinos, como pronosticando, en son de amenaza, que la habilidad pecaminosa de los ricos no prevalecería en el cielo”<sup>213</sup>.*

Pero no es necesario esperar hasta la otra vida; ya en ésta la verdadera igualdad es la que garantiza la religión. Una prueba de ello es que para los auténticos hombres de Dios no existen las diferencias sociales; ellos a todos los tratan igual. Currita Albornoz, de paso por Azpeitia, quiere visitar el santuario de Loyola y envía a un criado con el encargo. Sin embargo, el padre responsable del mismo, enterado de su conducta escandalosa, le niega la entrada:

*“¡Comprendió que por primera vez en su vida le cerraban una puerta, y que era el que se la cerraba un hombre desconocido, un pobre fraile, un Pedro Fernández!... ¡La fuenteci-*

Pérez Galdós en *Fortunata y Jacinta* narra un episodio similar, pero no es el pueblo quien se enfrena a los protestantes, sino Guillermina que va a reclamarles a una mujer que ha sido acogida por ellos.

<sup>210</sup> *Amaya*, cit., p. 269.

<sup>211</sup> *Ibid.*, p. 440.

<sup>212</sup> *El niño de la bola*, cit., p. 29.

<sup>213</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino*, cit., p. 84. Aunque el contexto en el que está la cita le confiere un significado ligeramente diferente, el refrán es indicativo de la supervivencia de una ideología que preconiza la solución de las desigualdades sociales en la otra vida.

*lla que corría allí al lado murmurando llegó a los oídos de Currita como el eco de la sarcástica carcajada que había de soltar el mundo al verla vencida por Pedro Fernández!*"<sup>214</sup>.

Más adelante, ya al final de la novela, Currita Albornoiz y su marido que, arrepentidos de su vida disipada y escarmentados tras una serie de desgracias familiares, han decidido retirarse a un caserío de Azpeitia cercano al santuario de Loyola, encuentran la paz y la serenidad sintiéndose parte del pueblo anónimo que busca el consuelo de la religión:

*“Penetró ésta [Currita] también en la santa casa, y subió al famoso santuario, lleno en aquel momento de fieles de todas clases, mezclados y confundidos el señor y el labriego, la dama y la casera, con ese aire de confianza, esa perfecta igualdad que muchos pregonan y sólo se comprende y se practica en el santo templo de Dios.*

*Llegó al fin la hora de la comunión: el sacerdote abrió el tabernáculo, volvióse al pueblo y bendijo a pobres y ricos, grandes y pequeños, inocentes y arrepentidos, verdugos y víctimas... todas las cabezas se inclinaron, dobláronse todas las rodillas en el más profundo silencio*"<sup>215</sup>.

#### **I) Efectos negativos de la irreligiosidad.**

Si la presencia de la religión, como ha quedado recogido en las páginas precedentes, produce múltiples beneficios a quienes se acogen a ella, su ausencia provoca los efectos contrarios. Por eso son bastante frecuentes las quejas –tanto en las novelas de ideología conservadora que estoy analizando, como en los personajes conservadores que aparecen en la liberal- sobre las consecuencias negativas que la irreligiosidad ocasiona en la sociedad contemporánea. Para don Silvestre Romero, cura de Ficóbriga, el problema más grave del mundo moderno es la falta de fe: “Ése es el mal común a toda la gente de hoy, blancos y negros. Nadie tiene fe”<sup>216</sup>. Esta falta de fe ha provocado graves trastornos; por eso, don Anselmo, el cura de Villalegre

*“clamaba mucho contra la falta de religión y contra la impiedad que va cundiendo por todas partes, con lo cual los ricos pierden la caridad y los pobres la resignación y la paciencia, y en unos y en otros germinan y fermentan los vicios, las malas pasiones y las peores costumbres*"<sup>217</sup>.

Y a lo mismo, aunque dándole una significación más trascendental, se refiere don Plácido en la novela de Pereda. Fernando acaba suicidándose y, don Plácido, hace el siguiente comentario –que es la tesis de la obra- delante de su sobrina Águeda:

*“Bien considerado este suceso era de esperarse más tarde o más temprano... y, francamente, preferible es que haya ocurrido ahora... Digo que era de esperar, porque donde no hay temor de Dios, no caben obras más cuerdas; y bien sabes tú cómo anda la religión en esa casta. Cierto que su padre, aunque hereje, va arrastrando la vida sosegadamente; pero esto puede consistir en que el aislamiento en que vive le pone a cubierto de las desazones con que se prueba el temple de las almas. Además, según mis noticias, las herejías del padre son tortas y pan pintado comparadas con la incredulidad de que se jactaba el hijo... Y eso tenía que suceder por la fuerza misma de las cosas. ‘De tal palo, tal astilla’. De un tibio y descuidado en materia de fe nace un volteriano como el doctor Peñarrubia; de un volteriano, un ateo que pierde los estribos al menor contratiempo, y se vuelve loco, o se quita la vida, que tanto monta... Y en su lógica obran muy racionalmente: muerto el pe-*

<sup>214</sup> *Pequeñeces*, cit., p. 382.

<sup>215</sup> *Pequeñeces*, cit., p. 500-501.

<sup>216</sup> Benito Pérez Galdós: *Gloria* [1877], Madrid, Alianza Editorial, 1993, LB 1033, p. 117.

<sup>217</sup> *Juanita la larga*, cit., p. 17.

*rro, se acabó la rabia... pues mato al perro. [...] ¡Admirable raza para regenerar el viejo mundo! ¡Admirable seso el de los hombres que se desviven por echar hacia ese abismo las corrientes de las ideas!*"<sup>218</sup>.

Es decir, sin religión es imposible sobrellevar y soportar los sinsabores de la vida. Al menor revés todo se desmorona, pues, sin la fuerza y el freno que supone la fe, no hay forma de controlar los malos instintos y pasiones. En estos mismos argumentos, expresados en términos muy parecidos a los utilizados por don Plácido, incide el padre "Tragabatallones". Julio, el hijo de la marquesa de Villarana, mata a Bernardo, el amante de su madre, porque ha intentado violar a María Ángeles, la joven costurera de la que él está enamorado. Detenido, se suicida arrojándose al mar cuando era conducido desde Rota a Cádiz; María de los Ángeles, loca, acaba recluida en un manicomio. Cuando se entera, el cura hace el siguiente comentario:

*"He ahí, almas cristianas, las consecuencias de la falta de religión, fruto de las ideas perversas del siglo; ese joven era irreligioso y revolucionario: esas tunantas de la huerta [María de los Ángeles y su madre] eran hijas de un liberal y no frecuentaban la iglesia y no consultaban a los curas para todos los actos de su vida. He ahí las consecuencias: la joven es una prostituta y lo ha pervertido a él hasta el punto de tener que maldecirlo su augusta madre; luego, el demonio, apoderándose del maldito, le ha hecho cometer un asesinato. ¡Al templo, roteños! ¡No hay más voz, ni más guía, ni más consejo que los de la Santa Iglesia Católica por boca de los ministros del altar!"*<sup>219</sup>.

Aunque en este caso el autor no se identifica ni mucho menos con el personaje, pues, como se verá más adelante, son muchas las ocasiones en las que lo deforma satíricamente (el que siempre lo nombre por el alias es una prueba inequívoca de ello), sí que lo hace con lo fundamental de sus ideas, pues, como ya comenté al analizar el tema del providencialismo, al final de la novela Navarrete declara que tiene que haber un Dios que arregle en otra vida toda una serie de cosas que, vistas con ojos exclusivamente humanos, no pueden menos que parecer una "infamia infinita".

### **J) El mal ejemplo de la inmoralidad de las clases altas.**

Además de la impiedad analizada, que se podría denominar "externa", pues es consecuencia de las ideas formuladas por los enemigos de la religión, existe otra de raíz interna que resulta bastante más peligrosa pues es debida al abandono de sus responsabilidades por parte de quienes tendrían que dar ejemplo. Las clases altas se han alejado por completo del espíritu religioso y, en el mejor de los casos, han convertido la religión en un elemento de distinción y ostentación social limitándose a practicar una serie de ritos externos de un modo totalmente rutinario pero sin que ello suponga asumir las obligaciones que la verdadera piedad lleva aparejadas. Se trata de una crítica que no va ni contra la religión ni contra la Iglesia, sino contra la utilización bastarda que de la misma hacen, sobre todo, determinados sectores de las clases altas, aunque no sólo ellas. Pereda, por ejemplo, censura acremente la santurronería hipócrita en la persona de don Sotero Barredera. Nadie es más celoso que él en la observación de las prácticas religiosas:

*"Desde que residía en Valdecines no había atravesado otros umbrales ajenos que los de la casa de Dios y los de la otra en que le conocimos [la de Águeda Rubárcena].[...] Cuan-*

<sup>218</sup> *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 316-317.

<sup>219</sup> José Navarrete: *María de los Ángeles*, cit., p. 568.

*do entraba en el templo, caía de rodillas junto al presbiterio; y allí, doblado el espinazo y humillada la cabeza, turbaba el silencio de los fieles con el plañidero murmurio de sus rezos y el estampido frecuente de los puñetazos que se pegaba sobre el esternón. Solemnidad religiosa sin que él comulgase “coram populo”, no se concebía. En ausencias o enfermedades del párroco, él rezaba el rosario en la Iglesia, y dirigía el Calvario que “andaban” las mujerucas, y cantaba las vigiliyas y las misas de encargo, y ayudaba a otras, y pedía para las Ánimas, cepillo en mano al salir la gente de la iglesia”<sup>220</sup>.*

Sin embargo todo esto no es más que una careta para ganarse la confianza de las Rubárceña, que son profunda y sinceramente religiosas, con la pretensión de casar a su sobrino Bastián —que no es tal, sino hijo— con Águeda. Por eso, ante la posibilidad de que Fernando se convierta y consiga la mano de la joven, propaga una serie de calumnias<sup>221</sup> por el pueblo para impedirlo. Y hace más, incita a Bastián a violar a Águeda para que el matrimonio entre los dos sea inevitable. La violación no se consuma porque, en el momento preciso, llega Macabeo y lo evita. Es decir, don Sotero utiliza la religión como instrumento para llevar a cabo sus planes particulares, que nada tienen que ver con el espíritu religioso y, por eso, sus obras no se corresponden en nada con el mismo. Exactamente igual sucede con algunas personas de las clases altas, como la marquesa de Villarana o las damas que asisten a la tertulia de Francisca de Borja —“Currita”— marquesa de Albornoz. La primera es muy aficionada a celebrar en su casa novenas, rosarios y otros actos de este tipo. Se trata de auténticos espectáculos a los que, además de la gente de alcurnia, que participan en calidad de invitados, concurre también el pueblo en calidad de espontáneos:

*“No dejaba de asistir al acto religioso público de tribunas, pues los chiquillos, desde la calle, levantaban las cortinas de la sala del piano pudiendo así escuchar las oraciones, gozando de la vista de los devotos, cuyas voces llegaban también al patio”<sup>222</sup>.*

La finalidad con la que organiza estas funciones es didáctica:

*“No a humo de pajas daba Marcela, cuando el calor hacía molesta la estancia en las habitaciones del piso alto, esos espectáculos religiosos, sino que se proponía con ellos edificar con su piedad y dar enseñanza de cómo y por qué orden han de irse diciendo las oraciones correspondientes a la devoción de cada día”<sup>223</sup>.*

Ella, que se considera a sí misma un modelo de religiosidad, está muy preocupada porque ha llegado a sus oídos que Julio, su único hijo, es más bien tibio en materia religiosa:

*“En carta que he recibido de un virtuoso de la Compañía, me dice que Julio no va los domingos a misa, que lee **La Discusión** y que no ha confesado ni comulgado en la Pascua última habiéndole comprado por un duro la papeleta que me mandó, a un monaguillo de la Catedral. Me asusta que Julio pueda apartarse de las santas creencias de sus mayores, y, aunque inmodestia sea, que no le sirva de ejemplo la religiosidad de su madre”<sup>224</sup>.*

<sup>220</sup> *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 104.

<sup>221</sup> Se vale para ello de la ingenuidad y la ignorancia de varias beatas a las que les dice que Fernando ha estado a punto de ir a presidio por estafa y que él, en un acto de caridad, le ha dejado el dinero necesario para evitarlo: “El crimen no puede estar más comprobado. ¿Cómo no había de saberme a hieles la conversión de ese tunante? Todos los que me escucháis tenéis una conciencia y sois cristianos como yo; es preciso que me ayudéis a desenmascarar al impostor para librar de su yugo abominable a esa honrada familia tan querida de mi corazón; ¡es indispensable hasta que el pueblo le apedree si persiste en sus criminales intentos!... Ibid., p. 227.

<sup>222</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 378.

<sup>223</sup> Ibid., p. 378.

<sup>224</sup> *María de los Ángeles*., p. 129.

Lo paradójico del caso es que todo lo anterior es una confidencia que le hace a su amante Bernardo, tahúr profesional, dueño de garitos de juego y que está con la marquesa sólo por su dinero. Son muchas las muestras<sup>225</sup> que hay en la novela de que la conducta de la marquesa no tiene nada que ver con el espíritu de la religión, ya que ésta es sólo una forma de ostentación de su orgullo nobiliario como se pone de manifiesto en la variante que ha introducido en el Ave María. Todas sus funciones religiosas terminan rezando tres con el único objeto de saludarla en familia pues

*“tiene la noble Marquesa averiguado, previo un estudio detenidísimo hecho por los más peritos en materia heráldica y genealógica, de sus blasones y de su abolengo, que hay cierto parentesco entre ella y la Madre de Jesús, de la cual es prima, bastante lejana, pero prima. Y así se hace constar diariamente al rezarle las tres indicadas Aves Marías; ella dice: -Dios te salve, María, Prima y Señora mía, llena eres de gracia... A lo que contesta el coro:*

*-Santa María, Prima de V.E.,... ”*<sup>226</sup>.

Si Navarrete descalifica con la ironía, mucho más duro es Coloma con las damas de la tertulia de Currita que elogian al Papa Pío IX:

*“¡Qué figura tan gigantesca la del Pontífice! ¡Qué anciano aquél tan venerable!... y todas las señoras comenzaron a ponderar su adhesión al Santo Pío IX, prontas a sacrificarle vida, hacienda, todo, todo menos el alma, por tenerla ya de antiguo comprometida con el diablo. [...] Y la duquesa, verdaderamente indignada, trajo a la memoria los atropellos a que cinco días antes se había entregado las turbas, apedreando los faroles de la iluminación con que celebraban los católicos el aniversario del Pontificado del augusto anciano; sólo en el palacio de Medinaceli rompieron veintidós faroles y treinta y siete cristales. ¡Y mientras tanto, los ministros y las autoridades se solazaban en un concierto instrumental celebrado en Palacio!... ¡Qué gobierno aquél, y qué populacho tan impío y tan asqueroso!... Siquiera ellas veneraban la persona del Pontífice encendiendo faroles en honra suya, y limitándose tan sólo a apedrear a todas horas la moral divina de Dios, a quien aquél representaba”*<sup>227</sup>.

Si para éstas la religión se reduce a celebraciones festivas y frívolas, otras tienen una concepción bastante más pragmática: *“Llegó Leopoldina Pastor, sofocadísima, con un devocionario enorme en la mano. Venía de misa, porque estaba haciendo en San Pascual una novena para impetrar del cielo una apoplejía fulminante para don Salustiano de Olózaga”*<sup>228</sup>.

Tanto Navarrete como Coloma echan en cara a las clases altas que se valen de la religión para fines ajenos a la misma y viven de espaldas al mensaje cristiano. Coloma no critica a la nobleza como tal sino a aquéllos que se han olvidado de

*“lo que significa aquel lema de la antigua hidalguía: ‘nobleza obliga’, que no exige ciertamente que cada título de Castilla sea un genio, ni cada Grande de España un héroe, ni*

<sup>225</sup> Muere don Victoriano, el padre de María Ángeles, en la más absoluta pobreza. La familia no tiene medios para enterrarlo. La señá Rita, que es un alma de Dios, se desvive y se multiplica para poder reunir lo necesario. Va a ver a la marquesa con la intención de que ésta colabore y le cuenta lo mucho que por el difunto ha hecho don Francisco. Cuando la marquesa le pregunta que quién es don Francisco, señá Rita le responde: *“-El médico, señorita; el hombre más bueno de Rota; después de asistir de balde a D. Victoriano, a quien la Virgen del Carmen le dé la gloria, y de no apartarse de su vera mientras duró la agonía, sin soltarle la mano ni dejar de consolarlo...”*

*-Y el sacerdote, ¿no estaba allí? –exclamó la Marquesa con inquietud”*. P. 99. Es decir, mientras a la señá Rita le preocupa el problema estrictamente humano, la marquesa sólo piensa en la salvación del alma.

<sup>226</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 383.

<sup>227</sup> *Pequeñeces*, cit., p. 91.

<sup>228</sup> *Pequeñeces*, cit., p. 124.

*cada ilustre un santo; porque ni el genio se hereda, ni la inteligencia se vincula, ni el heroísmo es un pergamino, ni la santidad un mayorazgo.*

*Pero que exige e impone, con la fuerza imperiosa de un deber de conciencia, la obligación de considerar la grandeza una 'carga' a la vez que un 'honor'; de servir de ejemplo en los pensamientos, en las palabras, en las acciones y en las costumbres”<sup>229</sup>.*

Precisamente esto, el dar ejemplo con una conducta ejemplarizante es lo que no hacen ni la marquesa de Albornoz ni sus amistades. Al contrario, su comportamiento provoca escándalo en el pueblo ingenuo y sencillo.

Así pues, para la novela de ideología conservadora el tema de las relaciones religión-pueblo es bastante simple: alaba los beneficios que la auténtica religiosidad supone para él y, por ello mismo, denuncia la inmoralidad de ciertos individuos de las clases altas y su utilización de la religión como un elemento de ostentación social, por lo que de mal ejemplo tienen estas conductas. No sucede lo mismo en la liberal, en la que el tratamiento de este tema es más complejo por las razones anteriormente apuntadas: porque, dado que la Iglesia ha sido secularmente aliada de las clases conservadoras, enemigas de la burguesía, ésta no tiene más remedio que combatirla; pero, al mismo tiempo, la burguesía es consciente de la necesidad de contar con ella para frenar al nuevo enemigo: el proletariado. Luego, dos son las líneas principales que se pueden distinguir en la novela liberal: denuncia de los abusos hechos en nombre de la religión y apelación a la necesidad del espíritu religioso. La primera tiene como objetivo derribar al Antiguo Régimen mediante el desprestigio de su aliado tradicional; la segunda, ganarse la confianza de la Iglesia; terminar con los recelos de ésta hacia el liberalismo; convencerla, en suma, de que, en contra de todo lo que se ha dicho y se sigue diciendo por parte de los sectores ultramontanos<sup>230</sup>, el liberalismo –sobre todo tras acontecimientos como *La Comuna* parisina o la *República Española*- no es irreligioso. Iglesia y burguesía tuvieron sus enfrentamientos –la desamortización- años atrás; pero, ahora ya en el último tercio del siglo, liberalismo y religión son perfectamente compatibles. La razón es evidente: el verdadero enemigo de la religión es el mismo que el de la burguesía: el proletariado.

### 3.2.2.2. Los abusos de la Iglesia: utilización espuria de la religión.

Dentro de esta primera línea se pueden, a su vez, distinguir dos apartados: el anticlericalismo y la denuncia de los aspectos negativos de la religión, especialmente la preocupación de la Iglesia por las cuestiones puramente materiales. Ambas corrientes temáticas per-

<sup>229</sup> *Pequeñeces*, cit., p. 438.

Una prueba de que Coloma no adopta una actitud antiaristocrática es que no todos los nobles que aparecen en su novela le merecen la misma opinión. Hay también nobles dignos como queda de manifiesto en el elocuente elogio que hace del Marqués de Benhacel. Éste, en la ceremonia en la que los Grandes se cubren ante el rey, pronuncia un discurso en el que cuenta la gloriosa historia de su familia siempre al servicio de la corona, habiendo sido su última gran hazaña su participación en la batalla de Trafalgar en la que intervinieron su bisabuelo y su abuelo, siendo éste un niño: “*Aquel guardia marina niño era mi abuelo; el héroe era su padre. El mío –prosiguió con una voz en que se notaban dejos de llanto- sirvió también a su rey en la Armada real hasta el año 68...; en el mes de septiembre se arrancó los entorchados y rompió la espada...Yo, señor, desenvainé la mía por primera vez en la batalla de Alcolea, y fiel a las tradiciones de mi raza, vengo a ofrecer hoy como Grande la que ya os di como soldado.*

*Y al llevar, diciendo esto, la mano derecha a la empuñadura de la espada, vieron todos que le faltaban en aquélla los dos dedos de en medio. Un casco de granada se los arrancó en Alcolea”.* P. 436-437.

<sup>230</sup> Recordemos, además del *Syllabus* de Pío IX en 1864, la obra de Félix Sardá y Salvay *El liberalismo es pecado*, publicada en Barcelona en 1884.

siguen el mismo fin: desprestigiar a la Iglesia para socavar su poder como pilar del Antiguo Régimen.

### A) Anticlericalismo: lujuria y gula.

En la novela de ideología liberal es frecuente una corriente de anticlericalismo visceral del que se hace eco sobre todo la novela naturalista. Se trata de un naturalismo puramente epidérmico que insiste en los tópicos ya tradicionales –lujuria, glotonería, vida regalada...- pero quedándose en la superficie sin profundizar en la crítica. La Condesa del Zarzal, que lleva una vida licenciosa, tiene un confesor: “*Don Felipe pertenecía a ese género especial de curas híbridos que no ha previsto ninguna legislación canónica. Todo lo menos cura posible y todo lo menos seglar posible*”<sup>231</sup>. Es un vividor, lleva una vida mundana y, por supuesto, lujuriosa:

*“Con los pelos de la nuca erizados, el labio inferior colgante, la tez pálida, pero con resplandores de incendio alrededor de sus ojos de furioso, temblando como uno de esos infelices que llevan el azogue disuelto por la sangre, obeso, fascinado, con testuz de bestia y no de Luis Gonzaga, las manos agarrotadas y temblantes, decía a la condesa, olvidado de su cortesano saludo de cabeza y del tono dulzón de su palabra:*

*-Sois bella y provocativa como una de esas mujeres históricas que han podrido sobre sus muslos a toda una generación... como el sueño de un fraile trapense... como... V. sola*”<sup>232</sup>.

Eduardo López Bago –*La Pálida* (1884)- presenta un caso parecido: el Padre Lasoga, acompañado de una pandilla de calaveras, pasa toda una noche en una orgía con prostitutas; cuando, al amanecer, sus compañeros se van a dormir, él lo hace a decir misa en el convento de monjas del que es capellán. Este anticlericalismo se corresponde con una actitud irreligiosa que busca impresionar y escandalizar a los círculos sociales bienpensantes con afirmaciones de tono irreverente como se puede apreciar en la descripción que hace Sawa de la carretera que une la ciudad de Z con un pueblo próximo:

*“El camino es árido, sórdido y fúnebre como las fantasías dantescas del “Infierno” ilustradas por el lápiz sombrío de Doré. Ni un árbol, ni una fuente, ni una mata, ni una flor, ni un recodo donde poder sentarse y soñar con ideales de ventura en aquel desierto de greda; nada, sólo polvo. Se ve allí positivamente un gran desaliento de la Naturaleza creadora. Se ve fatiga, aburrimiento en la causa genérica del cosmos. Aquello está hecho por un aprendiz de Creador y no por un maestro*”<sup>233</sup>.

El mismo tono provocador tiene el sarcasmo antiprovidencialista:

*“Sí Estrella era dichosa en el lupanar de Maripepa. ¿Qué espantos, qué terrores puede reservar la prostitución a las que vienen de la miseria? Ninguno. Había vendido su alma y su cuerpo a Maripepa y al ‘Chulo’ a cambio de un pedazo de pan blanco y tierno, de un techo que la cobijase, de una cama para poder dormir, de un traje que la cubriera; a cambio, en una palabra, de todas las cosas a que tenía derecho, y que no le daban en ninguna parte más que allí. ¡Dios! Lo poco que sabía de Dios era que la hizo hermosa y que por serlo la recibían. Dios era, pues, tan bueno y tan previsor como decían las gentes*”<sup>234</sup>.

<sup>231</sup> Alejandro Sawa: *La mujer de todo el mundo*, Madrid, Establecimiento tipográfico de Ricardo Fe, Calle de Cedaceros 11, 1885, 218 págs. BN: 2/58970, p. 33.

<sup>232</sup> *Ibid.*, p. 37. La condesa no se muestra insensible a esta adulación pues le responde: “¡Oh, yo quisiera saber cómo ama un hombre que no ha pertenecido a nadie!”. P. 38

<sup>233</sup> *La mujer de todo el mundo*, cit., p. 157.

<sup>234</sup> Eduardo López Bago: *La prostituta. Novela médico-social* [1884]. 5ª edc. corregida, Madrid [s.a.], Juan Muñoz y Compañía Editores. Administración: Espada 11 bajo. 288 págs. BN 2/59241, p. 125-126.

Estas afirmaciones no suponen ninguna amenaza para la religión. Como se verá más adelante, encierran más peligro para la religión las dudas religiosoexistenciales de un autor conservador, como José Navarrete, que estos exabruptos.

Carácter distinto tiene el don Silvestre de Galdós –*La Fontana de Oro*– aunque a primera vista, pueda parecer que guarda ciertas concomitancias con los clérigos de Sawa o de López Bago. Hijo de un tocinerero extremeño, en su juventud cuidó cerdos en su tierra natal: “*Era don Silvestre un clérigo carilleno, bien cebado, grasiento, avaro, de carácter jovial, algo tonto, mal teólogo y predicador tan campanudo como hueco*”<sup>235</sup>. En esta misma novela, cuando Clara es expulsada de casa por las Porreño, va por la calle preguntando por la del Humilladero que es donde vive su antigua criada Pascuala. Se encuentra con un clérigo:

*“Parecía el clérigo hombre pobre, a juzgar por su vestido, que era muy raído y verdinegro. Era él de edad madura, y a juzgar por su pronunciada y redonda panza, parecía hombre que no se daba mala vida. Tenía la cara redonda y amoratada, con dos ojillos muy vivos y una nariz que parecía haber servido de modelo a la Naturaleza para la creación de las patatas*”<sup>236</sup>.

El cura se muestra amable y dispuesto a acompañarla. Pero, en lugar de hacerlo a la dirección por la que pregunta Clara, la lleva a su casa e intenta convencerla para que entre:

*“Hija mía, por Jesús, María y José, te digo que se me parte el corazón de verte así sola por esas calles, a estas horas con este frío... Mira, yo tengo un buen brasero arriba... porque aquí vivo yo, aquí a espaldas de San Justo, que es mi iglesia. Pues si quieres descansar un ratito...”*<sup>237</sup>.

Cuando Clara se da cuenta por fin de sus verdaderas intenciones y se echa a llorar, el cura entra en su casa despechado y la deja sola en medio de la calle. También tiene un mayor calado crítico la denuncia de Clarín. En *La Regenta* hay bastantes referencias a las aventuras eróticas de los clérigos. Las de don Fermín son numerosas; hay alusiones, de un modo inconcreto, a varias antes de establecerse en Vetusta<sup>238</sup> y, una vez aquí, de un modo más preciso, a las mantenidas con su criada Teresina<sup>239</sup>, con todas las criadas que pasaban por su casa y con Petra<sup>240</sup>, la doncella de la Regenta. Por eso, resulta muy interesante, pues es una

<sup>235</sup> *La Fontana de Oro* [1870], S. C. de Tenerife, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1988, Biblioteca básica canaria 13, p. 311.

<sup>236</sup> *Ibid.*, p. 437.

<sup>237</sup> *Ibid.*, p. 441.

<sup>238</sup> Él no quiere que su posible relación con Ana sea como otras: “*Además, suponiendo que aquello parase en un amor sacrílego y adúltero, miserablemente sacrílego, por haber tenido tales comienzos, ¡adiós encanto! Ya sabía él lo que era esto. Una locura grosera de algunos meses. Después un dejo de remordimiento mezclado de asco de sí mismo*”. P. 463.

<sup>239</sup> Teresina sirve el desayuno a don Fermín: “*La doncella, a poco, llegaba con el desayuno en reluciente jicara de china con ramitos de oro. Cerraba tras sí la puerta, y se acercaba a la mesa; dejaba sobre ella el servicio, extendía la servilleta delante del señorito... y esperaba inmóvil a su lado.*

*Don Fermín, risueño, mojaba un bizcocho en chocolate; Teresa acercaba el rostro al amo, separando el cuerpo de la mesa; abría la boca de labios finos y muy rojos, con gesto cómico sacaba más de lo preciso la lengua, húmeda y colorada; en ella depositaba el bizcocho don Fermín, con dientes de perlas lo partía la criada y el ‘señorito’ se comía la otra mitad*”. P. 466.

<sup>240</sup> Don Fermín y Petra, que lo acompaña para encontrar a los demás convidados, se detienen en una cabaña: “*El Magistral se sentó dentro de la cabaña. Hablaron*”. P. 581. Pasan allí media hora. Por la tarde, cuando ha salido con Quintanar a buscar a Ana en medio de una fuerte tormenta, se resguardan en esa misma cabaña. Quintanar encuentra una liga: “*... una liga que fue de mi mujer, pero me consta que ya no es suya... [...] se las ha regalado a su doncella..., a Petra. De modo que esta liga es de Petra. Petra ha estado aquí. Esto es lo que preocupa... ¿A qué ha venido Petra aquí... a perder las ligas? [...] Don Fermín estaba rojo de vergüen-*



muestra inequívoca del cinismo de don Fermín, su papel de juez cuando estos delitos los cometen otros, como un pobre cura de aldea que comparece ante él acusado de valerse del confesonario para seducir a sus penitentes. El Magistral lo aturde con citas eruditas en las que se recogen la penas para este tipo de delitos; el otro, apabullado, responde:

*“Con la palabra de V.S. tengo ya bastante, y no es de los sagrados cánones de lo que me quejo, sino de mi mala suerte; que me hizo resbalar y caer donde otros muchos, muchísimos que conozco, resbalan, pero no caen”.*

Don Fermín, que se siente aludido, reacciona montando en cólera: *“¡Fuera de aquí, so tunante! –gritó el Magistral terciando el manteo, descomponiéndose contra su costumbre-. ¡Desgraciado de ti! ¡Date por perdido, mal clérigo!”*<sup>241</sup>.

Además de la lascivia, otra de las acusaciones –tópica también por la cantidad de veces que aparece a lo largo de toda la novelística del XIX- es la de la afición a la vida regalona, concretamente a la buena mesa:

*“Papitos trajo la ensalada. Porque Nicolás Rubín no podía dormir si no le ponían delante a punto de las once una ensalada de lechuga o escarola, según el tiempo, bien aliñada, bien meneada, con el indispensable ajito frotado en la ensaladera y la golosina de apio en su tiempo. Había comido muy bien el dichoso cura, circunstancia que no debe notarse, pues no hay memoria de que dejara de hacerlo cumplidamente ningún día del año. Pero su estómago era un verdadero molino, y a las tres horas de haberlo llenado, había que cargarlo otra vez.*

*-Esto no es más que debilidad –decía poniendo una cara grave y a veces consternada-, y no hay idea de los esfuerzos que he hecho por corregirla. El médico me manda que coma poco y a menudo.*

*Cayó sobre aquel forraje de la ensalada, e inclinaba la cara sobre ella como el bruto sobre la cavidad del pesebre llena de yerba”.*

Y, sus modales no se diferencian en nada de los de un animal:

*“Los gruesos labios le relucían con la pringue, y ésta se le escurría por las descomisuras de la boca formando un hilo de corriente, que hubiera descendido hasta la garganta si los cañones de la mal rapada barba no lo detuvieran. Tenía puesto un gorro negro de lana con borlita que le caía por delante al inclinar la cabeza, y se retiraba hacia atrás cuando la alzaba. A doña Lupe (no lo podía remediar) le daba asco el modo de comer de su sobrino, considerando que más le valía saber algo menos de cosas teológicas y un poquito más de arte de urbanidad”*<sup>242</sup>.

Las quejas de doña Lupe sobre la voracidad de su sobrino son continuas; por eso, cuando un día se le presenta, además, con un invitado, se pone de muy mal humor:

*“No sé lo que se figura este heliogábalo... cree que mi casa es la posada del Peine. Después que él me come un codo, trae a su compinche para que me coma el otro. Y por las trazas, debe de tener buen diente y un estómago como las galerías del Depósito de aguas. ¡Ay Dios mío! ¡Qué egoístas son estos curas!... Lo que yo debía hacer era ponerle la*

---

za, lo sentía él. [...] Por fortuna, don Víctor, según observó De Pas, no estaba para atender a la vergüenza de los demás”. P. 590.

<sup>241</sup> Ibid., p. 246.

<sup>242</sup> *Fortunata y Jacinta* [1887], Madrid, Cátedra, 4ª edc., 1994, edición de Francisco Caudet, LH 185-186. Tomo I, p. 553-554.

*cuentecita, y entonces... ¡ah! entonces sí que no se volvía a descolgar con invitados, porque es 'Alejandro en puño' y no le gusta ser rumboso sino con dinero ajeno*"<sup>243</sup>.

La glotonería es causa de que doña Lupe le coja manía a su sobrino. Una mañana tiene una tremenda trifulca con la criada Papitos porque ha traído de la plaza una merluza que está casi podrida. Pero, apaciguados los ánimos, se le ocurre utilizar la merluza como una especie de venganza contra el apetito voraz de Nicolás:

*"Para principio del clérigo, pones la merluza mala que trajiste esta mañana, ¿sabes?, y que esté apestando... le echas bastante sal, y después la cargas de harina todo lo que puedas y la frías. Ponle todas las tajadas, y se las embaulará sin enterarse de si está buena o mala. Es como los tiburones, que tragan todo lo que les echan"*.

Papitos lo hace todo exactamente como le dijo doña Lupe:

*"Como tres horas largas estuvo doña Lupe fuera de su casa. Cuando volvió, Nicolás había comido y marchádose, y Maximiliano estaba concluyendo. La primera pregunta que hizo el ama a Papitos fue referente a las órdenes que le había dado.*

*-No dejó ni rastro –replicó la muchacha, enseñando a su ama la fuente en que había servido la merluza.*

*-¿Y dijo algo?*

*-No podía decir nada, porque no paraba de tragar"*<sup>244</sup>.

Tan extendida está la idea de que a los clérigos les gusta la buena vida que, cuando se muere el canónigo manchego, protector de Isidora Rufete, el narrador hace el siguiente comentario:

*"El cual, hora es ya de decirlo, no era tal canónigo ni cosa que lo valiera, sino un seglar soltero, viejo y extravagante a quien desde luengos años se había aplicado aquel apodo por su amor a la vida descansada, regalona y sibarítica"*<sup>245</sup>.

Aunque los retratos de los clérigos de Galdós y de Clarín, aparentemente no se diferencian en nada de los de Sawa o Bago, el contexto novelesco en el que se insertan les da una dimensión diferente. En *La Fontana de Oro* –localizada cronológicamente en el trienio liberal– Galdós analiza los impedimentos que obstaculizan el triunfo de la revolución. Uno, el principal, como se verá más adelante, es el extremismo radical; otro, son las fuerzas del Antiguo Régimen a las que la Iglesia apoya. *La Desheredada* se desarrolla durante el reinado de Amadeo; y *Fortunata* abarca un período mucho más amplio: empieza antes de la Revolución de Septiembre y se extiende hasta la Restauración. En todos estos períodos el Antiguo Régimen ha sido apoyado por la Iglesia que ha adoptado siempre una actitud anti-liberal. El anticlericalismo tiene como finalidad combatirla desacreditándola. Lo mismo puede decirse de Clarín. Durante la Restauración –época en la que se desarrolla *La Regenta*– la Iglesia es uno de los pilares de la oligarquía que ha monopolizado en exclusiva el poder. A veces la caracterización que se hace de los clérigos es más compleja y matizada que en los casos anteriores. D. Pedro Polo Cortés –*El doctor Centeno*– es un clérigo que se ha aferrado a la carrera eclesiástica para escapar del hambre que pasaba en su Extremadura natal. Hombre de fuerte carácter, lucha en vano contra unas pasiones que le dominan a su pesar, lo que le lleva a buscar aventuras amorosas. El objetivo de Galdós en este caso apunta a

<sup>243</sup> *Ibid.*, p. 598. Más adelante Galdós describe al invitado amigo de Nicolás –León Pintado– como "*un buey puesto en dos pies*". P. 599.

<sup>244</sup> *Fortunata y Jacinta*, cit., p. 156 y 158.

<sup>245</sup> Pérez Galdós: *La Desheredada* [1881], Madrid, Alianza Editorial, 10ª reimpresión, 1988, LB 98, p. 236.

la denuncia de la antinaturalidad del celibato eclesiástico; por eso se muestra mucho más comprensivo<sup>246</sup>.

## **B) Denuncia de los perjuicios de la religión.**

En el primer punto de este apartado expuse cómo para la novela conservadora la religión es fuente de innumerables beneficios. No piensa lo mismo la liberal. Para ésta la religión –como consecuencia de la utilización que de ella hace la Iglesia- es origen de múltiples males.

### **b<sub>1</sub>) Instrumento de poder. Alianza con la oligarquía.**

La Iglesia no emplea la religión como un medio para perfeccionar la faceta espiritual del ser humano, sino como un instrumento de dominio social y psicológico en alianza con la oligarquía. Son bastantes las denuncias que sobre este tema aparecen en la novela de ideología liberal; concretamente en las Clarín, Palacio Valdés y Galdós

En el primer capítulo de *La Regenta* –con la soberbia aparición de El Magistral en la torre de la catedral- Clarín deja muy claro ya desde el principio que el ansia de poder es una –si no la principal- de las características fundamentales de la personalidad del canónigo. No sólo provoca miedo en el desharrapado Bismarck<sup>247</sup> –lo cual es muy ilustrativo de la idea que los marginados tienen de la Iglesia- sino que el uso que hace del catalejo indica también de un modo inequívoco qué territorio de Vetusta es el que le interesa dominar: “*La Encimada era su imperio natural, la metrópoli del poder espiritual que ejercía*”<sup>248</sup>. La alianza,

<sup>246</sup> Resulta muy significativo como muestra de esa comprensión que, mientras en el caso anterior, el clérigo aparecía descrito como un mico lujurioso, en éste no sucede lo mismo. Las aventuras están simplemente sugeridas como, por ejemplo, en ésta, descubierta casualmente por su criado Felipe: “*Llegaron por fin a la calle de la Farmacia donde “Relator” debía entregar su encargo, y mientras éste subía al piso tercero del número 6, vivienda del infelicísimo escritor que desde las nueve estaba esperando sus pruebas, Felipe se paseó en la acera de enfrente, entre la Escuela y la esquina de San Antón. Como en todo se fijaba, observó que junto a unas rejas bajas del edificio había un bulto, un hombre con las solapas del gabán negro de verano levantadas... Al pasar, Felipe notó un cuchicheo; miró... Aunque la noche estaba oscura..., ¡Sí, sí, era él! Felipe se estremeció, embargado de grandísima sensación de pavor y vergüenza. Sintió el ardor de las sangre en su cara hasta la raíz del cabello... ¡Era don Pedro!*”

*El doctor Centeno* [1883], Madrid, Alianza, 2000, BA 0134, p. 101.

<sup>247</sup> “*¿Vendrá a pegarnos? No había motivo, pero eso no importaba. Él vivía acostumbrado a recibir bofetadas y puntapiés sin saber por qué. A todo poderoso, y para él don Fermín era un personaje de los más empigorados, se le figuraba Bismarck usando y abusando de la autoridad de repartir cachetes*”. Cit., p. 10. Es evidente que para Bismarck la Iglesia es un poder más, si no EL PODER.

<sup>248</sup> *La Regenta*, cit., p. 18.

Son innumerables los pasajes de la obra en los que se habla de la obsesión de don Fermín por el poder, así como los medios de que se vale para ejercerlo. A título de ejemplo se pueden citar los siguientes:

No tiene el menor escrúpulo en aprovechar el conocimiento que de los vetustenses ha adquirido a través del confesionario: “*Su memoria para los pecados ajenos era portentosa. Hasta de los morosos que tardaban seis meses o un año en acudir al tribunal de la penitencia recordaba la vida y flaquezas. Relacionaba las confesiones de unos con las de otros, y poco a poco había ido haciendo el plano espiritual de Vetusta, de Vetusta la noble; dedeñaba a los plebeyos, si no eran ricos, poderosos, es decir, nobles a su manera. La Encimada era toda suya; la Colonia la iba conquistando poco a poco. Como los observatorios meteorológicos anuncian los ciclones, el Magistral hubiera podido anunciar muchas tempestades en Vetusta, dramas de familia, escándalos y aventuras de todo género. Sabía que la mujer devota, cuando no es muy discreta, al confesarse delata flaquezas de todos los suyos*”. P. 204.

La mayor parte de sus “hijas de confesión” pertenecen a la clase alta y les da un trato preferente: “*Cuando una señora de las principales, como era la Regenta, quería hacerse hija de confesión de Magistral, le avisaba en tiempo oportuno, le pedía hora. Las personas desconocidas, las mujeres del pueblo, no se atrevían a tanto, y las pocas de esta clase que se confesaban con él acudían en montón*”. P. 41-42.

sugerida por Clarín, entre la oligarquía de la Restauración –de la que forman parte, además de la nobleza tradicional, algunos burgueses enriquecidos y, en algunos casos ennoblecidos- y la Iglesia, la encarna a la perfección el padre Ortega, que se mueve en los salones de esta clase con gran desenvoltura y naturalidad:

*“Cuando hablaba para las señoras solamente, prescindía de toda erudición que pudiera parecerles enfadosa; adoptaba un lenguaje mundano. Les hablaba de sus tertulias, de sus saraos, de sus trajes y caprichos, como quien los conoce perfectamente; sacaba comparaciones y argumentos de la vida de sociedad, y esto encantaba a las damas y las postraba a sus pies. Era el confesor de muchas de las principales familias de la capital. En este ministerio demostraba una prudencia y un tacto exquisitos. A cada persona trataba según sus antecedentes, posición y temperamento. Cuando tropezaba con una devota escrupulosa, viva y ardiente como la marquesa de Alcuía, el buen escolapio apretaba de firme las clavijas, se mostraba exigente, tiránico, entraba en los últimos pormenores de la vida doméstica y los reglamentaba. En estos sitios, como si gozase en mostrar su poder, adoptaba un continente grave y severo que en otras partes no se le conocía. Cuando daba con alguna familia despreocupada, con poca afición a la iglesia, ensanchaba la manga, se hacía benigno y tolerante, procurando nada más que guardasen las formas y no diesen mal ejemplo a los otros. Hacía cuanto le era posible por afianzar esa alianza dichosa establecida de poco tiempo a esta parte entre la religión y el “buen tono” en nuestro país”<sup>249</sup>.*

La versatilidad del padre Ortega es un claro símbolo de la capacidad de la Iglesia para adaptarse a las nuevas circunstancias. Si la Iglesia necesita apoyarse en el poder para no perder su influencia, lo mismo le sucede a éste para seguir disfrutando de sus prerrogativas; o, cuando se trata de advenedizos ennoblecidos, para conseguir la necesaria respetabilidad social. Es el caso de don Antonio Salabert, duque de Requena:

*“Sí, los curas son indispensables para dar respetabilidad a las casas –dijo repantigándose en una butaca y extendiendo groseramente las piernas-. Sin un poco de paño negro, los palacios recién pintados como éste chillan demasiado”<sup>250</sup>.*

Así pues, las clases acaudaladas hacen causa común con la Iglesia: *“En Vetusta los descreídos no son más que cuatro pillos, que no tienen sobre qué caerse muertos; todas las personas pudientes creen y practican, como se dice ahora”<sup>251</sup>.*

## **b<sub>2</sub>) La Iglesia: garantía del poder de la oligarquía.**

Esta alianza conviene a ambos: a la oligarquía porque le garantiza el apoyo de Dios a sus intereses; y a la Iglesia porque obtiene beneficios a cambio de su intermediación. Para tener a Dios de su parte las damas de la clase alta madrileña, dirigidas por el padre Ortega, rezan el rosario en casa de la Marquesa de Alcuía el viernes de cuaresma:

Impone tiránicamente su voluntad en muchas casas de Vetusta. Convince a los padres de Rosita, gravemente enferma como consecuencia de las condiciones insalubres del convento, para que, en contra de la opinión del médico, no la saquen: *“Don Fermín consideró la cuestión desde el punto de vista religioso. ‘Había algo más que el cuerpo. Aquellos argumentos puramente humanos, mundanos, que se podían oponer a Somoza [el médico] y otros como él, eran lo de menos. Lo principal era mirar si había escándalo en precipitarse y tomar medidas que alarmasen a la opinión. Por culpa de ellos, por culpa de un excesivo cariño, de una extremada solicitud, podían dar pábulo a la maledicencia. ¿Qué esperaban sino eso los enemigos de la Iglesia? Se diría que el convento de las Salesas era un matadero; que la religión conducía a la juventud lozana a aquella letrina a pudrirse... ¡Se dirían tantas cosas!’”* p. 228.

<sup>249</sup> Armando Palacio Valdés: *La espuma* [1890], Madrid, Castalia, 1990, CC 189, edición de Guadalupe Gómez Ferrer, p. 106-107.

<sup>250</sup> *La espuma*, cit., p. 356.

<sup>251</sup> *La Regenta*, cit., p. 19.

*“Las señoras lo hicieron con una compostura y un recogimiento que edificaba: las ebúrneas manos, donde los diamantes y esmeraldas lanzaban destellos, cruzadas humildemente; la hermosa cabeza hundida en el pecho. Estaban irresistibles. Aunque no fuese más que por galantería, el Supremo Hacedor estaba obligado a concederles lo que le pedían.[...] Aquellas actitudes lánguidas y artísticas que las damas adoptaban, debían estar destinadas a mover la Voluntad Divina. Pero como un fin secundario también tenían por objeto la edificación de los fieles salvajes<sup>252</sup> que las contemplaban. Y si por casualidad hubiese entre ellos algún librepensador ¡qué confusión y vergüenza se apoderarían de su ánimo al ver que el Señor tenía de su lado a lo más distinguido y elegante de la ‘high life’ madrileña”<sup>253</sup>.*

El padre Ortega pronuncia una plática en la que defiende los valores tradicionales: la familia, la religión y la propiedad como pilares fundamentales de la sociedad. Cuando oyen hablar de la propiedad,

*“este sublime pensamiento les edificaba de tal modo, que el Conde del Cotorraso y algunos otros grandes propietarios que allí había, se sentían unidos eternamente al Ser Supremo por el vínculo sagrado de la propiedad territorial y se prometían combatir por ella heroicamente y oponerse en el senado a toda ley que directa o indirectamente atentara a su integridad”<sup>254</sup>.*

Cuando acaba el acto, todos se van a comer a sus casas contentos y con una alta idea de sí mismos:

*“La oración de quietud, aquellas horas de unión contemplativa con la Divinidad, les había abierto de par en par el apetito. No hay nada que vigorice el estómago como la convicción de tener de parte al Omnipotente y la esperanza fundada de que más allá de esta vida, si hay fuego y tormentos eternos para los pelagatos y descamisados que se atreven a discutirle, para las familias cristianas, esto es, para las que tienen religión y propiedad y antepasados, no puede haber más que bienandanza, una eternidad de salmón con mayonesa y de ‘crevettes a la parisienne’”<sup>255</sup>.*

Tan acostumbrados están los ministros de la Iglesia a tratar y a servir a los ricos que, cuando muere un pobre y alguien paga para que tenga un funeral lujoso, se quedan perplejos: *“Los funerales se celebraron con pompa, y los clérigos de Villamojada abrieron tamaña boca al ver que se les daba dinero por echar responsos a la hija de la Canela”<sup>256</sup>.*

La crítica, que hace Palacio Valdés de la utilización de la religión como un instrumento al servicio de los intereses de la oligarquía, es de gran calado. Galdós, que también toca este tema, no llega tan hondo<sup>257</sup>. La profundidad de Valdés se aprecia mejor, si compara-

<sup>252</sup> Es un club al que asisten los jóvenes de la aristocracia: *“Las posturas de estos jóvenes (porque lo son en su mayoría) responden admirablemente a la elegancia que resplandece en todas las manifestaciones de su espíritu refinado. Uno tiene puesta la nuca en el borde del diván y los pies en una butaca, otro se retuerce con la mano izquierda el bigote y con la derecha se acaricia la pantorrilla por debajo del pantalón; quien se mantiene reclinado con los brazos en cruz; quien se digna apoyar la suela de sus primorosas botas en el rojo terciopelo de las sillas”*. *La espuma*, cit., p. 226.

<sup>253</sup> *La espuma*, cit., p. 422-423.

<sup>254</sup> *La espuma*, cit., p. 425.

<sup>255</sup> *Ibid.*, p. 428.

<sup>256</sup> Benito Pérez Galdós: *Marianela* [1878], Madrid, Alianza Editorial, 3ª reimpresión, 1987, LB 985, p. 257-258.

<sup>257</sup> Rosalía va a casa de su amiga Milagros, a la que había prestado dinero, para pedirle que se lo devuelva porque lo necesita urgentemente: *“La marquesa estaba en una función religiosa, que costaba con otras señoras. Era una novena dedicada a no sé qué santo titular, con manifiesto, estación, rosario, sermón, novena, gozos del santo, ‘santo Dios’ y reserva”*.

*La de Bringas* [1884], Madrid, Alianza Editorial, 2000, BA 133, p. 93.

mos las citas precedentes con otras, analizadas al hablar de la denuncia que de la impiedad de las clases altas hace la novela conservadora: la sátira de Navarrete de la Marquesa de Villarana, o la de Coloma de las clases altas, a las que censuraban el utilizar la religión como un medio de ostentación social. Aparentemente son iguales, pues todas tratan de las relaciones Iglesia-aristocracia. Pero hay una gran diferencia. Coloma y Navarrete critican la hipocresía de los que observan fielmente los aspectos externos del culto pero viven totalmente de espaldas a los mandamientos de Dios. Es un problema puramente moral que, además, sólo afecta a algunos individuos. Palacio Valdés denuncia la utilización de la religión como instrumento de poder temporal al servicio de los intereses de la oligarquía. El problema es, pues, social y la denuncia sobrepasa el plano individual para extenderse al sistema socioeconómico de la Restauración.

### b<sub>3</sub>) Apoyo político

Pero la Iglesia no se limita a prestarle apoyo ideológico haciéndose eco de sus valores, interviene también directamente en la política tomando partido siempre a favor de las opciones más conservadoras o, incluso, ultraconservadoras. Así, no es infrecuente que aparezcan curas carlistas a los que se describe satíricamente. El carlismo es criticado no sólo por la novela liberal, sino también por algunas de las conservadoras. Es el caso de Navarrete, que describe así al padre tragabatallones:

*“Clerigón de sesenta inviernos, de abdomen prominente, gran papada, ojos chinos y aviesos, labios gordos y abultados, un tanto caído el inferior, con un chirlo de la sien a la barba en el carrillo derecho, devoto de Eva, dueño de una viña, y tan aficionado a empuñar el codo, que en una visita pastoral le preguntó con sorna el obispo:  
-Señor cura, ¿hace V. mucho vino?  
Los roteños le llamaban el padre Tragabatallones por las increíbles valentías que cuenta haber realizado, durante los tiempos que sirvió en el Maestrazgo a las órdenes de Cabrera”*<sup>258</sup>.

Galdós, por otra parte, recoge ampliamente cómo el párroco de Ficóbriga —“un águila para esto de las elecciones, pues las que él ha dirigido dejaron fama en todo el país”— se implica en las mismas interviniendo, con todos los medios a su alcance, a favor del candidato conservador Rafael del Horro “joven espada de la Iglesia, diputado, una especie de apóstol laico, defensor del catolicismo y de los derechos de la Iglesia”<sup>259</sup>. Don Silvestre Romero —nombre simbólico como muchos de los de Galdós— aloja al candidato en su casa y le traza un rápido y sencillo plan electoral mostrándose segurísimo de su éxito:

*“Esta noche llegamos a Villamojada, vemos a los amigos; pasado mañana, a Medio-Valle; vemos a los amigos... Todo se reduce a pasar de pueblo en pueblo y a ver amigos. Fíese usted de mí, hombre. En todo lo que sea de los Madriles y de la política gorda, puede discurrir y quebrarse la cabeza; pero en esta tierra y en elecciones, déjeme usted a mí y cállese y estese quieto. Cada uno en su elemento”*<sup>260</sup>.

Don Silvestre habla con conocimiento de causa, pues ya ha dado, en elecciones anteriores, muestras de sus habilidades en este terreno<sup>261</sup>. Acompaña, según el plan trazado, a Rafael

<sup>258</sup> José Navarrete: *María de los Ángeles*, cit., p. 10-11.

<sup>259</sup> *Gloria*, cit., p. 54.

<sup>260</sup> *Ibid.*, p. 122.

<sup>261</sup> Galdós dedica varias páginas a narrar sus habilidades electorales: “*Viéraisle allí emplear doctamente ora la astucia, ora la amenaza; con este la ruda coacción, con aquel el malicioso soborno, y de este modo some-*

por todos los pueblos de la comarca. Cuando vuelve, tiene lugar una interesante conversación en la que intervienen, entre otros, el obispo don Ángel —el menos político de todos ellos— y en la que justifican que la Iglesia tome partido político:

“Don Ángel no tardó en presentarse.

-Mucho tiempo ha estado usted ausente de sus ovejas, distraído pastor —dijo bondadosamente al cura.

-También se cuida el ganado, ilustrísimo señor, persiguiendo a los lobos o trabajando por confundir a esos pícaros ladrones de ovejas.

-También, también —dijo el obispo—. Si no riño... Pero a nosotros no nos han hecho cazadores, sino pastores. Pase por una vez... Ya sé que es preciso, absolutamente preciso. En tales apreturas nos vemos los pastores, que, mal de nuestro grado, hemos de coger la honda.

-¡Y el palo y el cuchillo y cuanto hay que coger! ¡O ellos o nosotros! vociferó don Silvestre.

-Justo es —dijo don Juan mirando a su hermano— que tomemos las mismas armas que ellos usan contra nosotros. Si sólo se tratara de nuestras vidas, moriríamos; pero la Iglesia está en nuestras manos y no podemos abandonarla”<sup>262</sup>.

Como era de esperar, las elecciones son un éxito para el candidato conservador. Para celebrarlo, don Silvestre invita a todos a una opípara comida en una finca de la que es dueño en las cercanías de Ficóbriga. Galdós describe detallada y minuciosamente la abundancia de manjares<sup>263</sup>, lo cual es una manera indirecta de aludir a la gula de algunos de los comensales<sup>264</sup>, a la que se referirá después de un modo explícito. Terminada la comida, comienzan los discursos que Galdós reproduce *in extenso* a lo largo de bastantes páginas. Merece la pena extractar algunos fragmentos. El primero que habla es don Silvestre:

“Nos ha reunido aquí la celebración de un triunfo. Porque ha sido un triunfo grande, inmenso, que nos ha de conducir a la victoria aún mayor: a la victoria de la verdad sobre el error, de la virtud sobre el vicio, de Dios sobre Satanás”<sup>265</sup>.

---

terlos a todos a su arbitrio. [...] Realizar el portento de la multiplicación de los panes y de los peces aplicado a las células de votar, eran otros tantos arbitrios que aumentaban la valía de don Silvestre”. Incluso en una ocasión en la que una votación estaba muy reñida y un campesino, que estaba al otro lado de un río, no sólo se negaba a cruzar para votar, sino que hacía ostensibles gestos burlándose de don Silvestre, éste, que era gran nadador, cruzó el río y, una vez al otro lado: “Corrió hacia el fugitivo le agarró por el cuello y, arrastrándole con hercúlea fuerza, se metió con él nuevamente en el agua, y asido por los cabellos le trajo a la orilla de acá, le entró en la casucha y le puso, chorreando agua, delante de la urna. Este acto de energía, atemorizando a los que se mostraban indecisos, aseguró la elección”. P. 96-98.

<sup>262</sup> Gloria, cit., p. 194.

<sup>263</sup> “Vierais allí la sopa de arroz calduda, que bastaba por sí sola a dejar ahito al más hambriento, y después los pollos con tomate, precediendo a las magras, también atomatadas, para hacer lugar a los finísimos pescados cantábricos en picantes escabeches o nadando en salsas ricas. Entre ellos venían las bermejas langostas, mostando la carne como nieve dentro de la destrozada armadura roja, y los sabrosos percebes, como patas de cabra; y luego volvía el imperio de la carne, representado en piezas adobadas del animal que mira al suelo; siguiendo a esto chuletas con forro de fritura, y otras viandas riquísimas y olorosas, acompañadas por delante y por detrás de aceitunas, pepinillos, rajas de queso flamenco y del país, anchoas y demás aperitivos, sin que faltaran calabacines rellenos, en los cuales no se sabía qué admirar más, si el especioso sabor del alma o la dulzura del cuerpo, y también gran copia de colorados pimientos, que como llamas de fuego iban de boca en boca”. P. 202.

<sup>264</sup> Entre los que se encuentra, por supuesto, don Silvestre: “Éste se desvivía por que todos comieran mucho; no tenía consuelo al ver que no se atracaban como él, y a cada instante les incitaba echándoles en cara su desgana y presentándoles los platos para que repitiesen”. P. 203.

<sup>265</sup> Ibid., p. 203.

El más beligerante es Rafael del Horro. Comienza diciendo que su objetivo al presentarse a estas elecciones es puramente altruista, pues sólo le mueve el deseo de “*conseguir el triunfo práctico de la Iglesia, de esta amorosísima Madre nuestra, por quien vivimos, por quien alentamos, por quien respiramos*”. No faltan los tópicos referentes a la perversidad de las nuevas ideas:

*“Inmensa, asquerosa, pestilente lepra cubre el cuerpo social. El llamado ‘espíritu moderno’, dragón de cien cabezas, lucha por derribar el estandarte de la Cruz. ¿Lo permitiremos? De ninguna manera. ¿Qué valen algunos centenares de inicuos depravados contra la mayoría de una nación católica?”.*

Y tampoco podían estar ausentes las alusiones a Pío IX y la extinción de los estados pontificios como consecuencia de la unificación italiana:

*“Y luego, volviendo mi humilde rostro hacia el Oriente, distingo una venerable y hermosa figura. Al verla, llénase mi corazón de intensísima congoja y las lágrimas acuden a mis ojos, considerando el aflictivo estado en que los perversos tienen al que es antorcha esplendorosísima que ilumina el mundo. Lleno de admiración y respeto, exclamo: ‘Grande eres, ¡oh, Pedro!, no sólo por tus bondades, sino por tus martirios. También de ti se puede decir que rasgaron tus vestiduras y sobre ellas echaron suertes. ¡Ay de los impíos que después de despojarte te han encarcelado! Ya les arreglarán los demonios en el infierno’”<sup>266</sup>.*

La afirmación de que Pío IX se encontraba prisionero<sup>267</sup> en el Vaticano después de que las tropas de Víctor Manuel II entraron en Roma en 1870, terminando así el proceso de la unificación italiana, se convirtió en un lugar común entre los círculos católicos. Éstos aprovechaban la más mínima ocasión para calificar de impía a la dinastía de Saboya, lo cual fue una de las causas de la impopularidad de Amadeo I en España.

#### **b4) Devolución de favores.**

La oligarquía, a su vez, tiene que corresponder a la Iglesia por el apoyo recibido de ésta. “*...En medio de mis excesos yo no me he olvidado jamás de que pertenezco a una familia católica y que hoy en España nuestra clase es la encargada de velar por la religión*”<sup>268</sup>, le dice el calavera de Pepe Castro a su tía la marquesa de Alcuía.

El pago se realiza tanto con apelaciones a sus sacrosantos principios, -de lo que son ejemplo algunos de los discursos anteriores- como con medios más prosaicos que, a veces, suscitan las quejas de los favorecidos. Así, Antonio Salabert, duque de Requena, después de reconocer -en una cita anterior ya comentada- la necesidad de la presencia de los curas en las casas aristocráticas, pues contribuye a su respetabilidad, se lamenta de que esa presencia no sea del todo gratis:

<sup>266</sup> *Gloria*, cit., p. 205-206.

<sup>267</sup> Esta acusación es falsa, aunque sí es cierto que los Papas perdieron su poder temporal y vieron reducidas sus posesiones: “*El nacionalismo liberal italiano fue, como sabemos, el causante de la extinción de los Estados Pontificios. [...] Los éxitos de la dinastía de Saboya agravaron sensiblemente la situación desde 1860. El 20 de septiembre de 1870 las tropas italianas entraban en Roma. Aunque la Italia reconstituida votó una ley de Garantías (1871), reconociendo la soberanía e inviolabilidad del Papado, otorgándole tres posesiones (Vaticano, Letrán y Castel Gandolfo) y una renta de tres millones y cuarto de francos, Pío IX protestó contra la injusticia y nunca quiso aceptar esa cantidad. De hecho se consideró prisionero en el Vaticano. Tan anómala situación hizo correr torrentes de tinta y envenenó las relaciones entre el estado italiano y la curia romana*”.

Jaime Vicens Vives: *Historia General Moderna*, tomo II, Barcelona, Montaner y Simón, 7ª edc., 1971, p. 432-433.

<sup>268</sup> *La espuma*, cit., p. 418.



“... Sólo que a la larga se hacen muy molestos: no se cansan de pedir. Tienen tantas tragaderas como las ballenas... Yo los compraría de buena gana figurados, de cera o de cartón, y harían el mismo efecto”<sup>269</sup>.

Menos tacaño, a pesar de haberlo sido y mucho a lo largo de su vida, se muestra don Francisco Torquemada –gravemente enfermo- ante las sugerencias de su cuñada Cruz del Águila sobre lo que tiene que hacer con su cuantiosísima fortuna:

“... creo en conciencia que, después de reservar a sus hijos los dos tercios que marca el Código, dando partes iguales a cada uno, debe usted entregar el resto, o sea el tercio disponible..., íntegramente..., ¡a la Iglesia!..”.

Como Torquemada se queda perplejo –su fortuna asciende nada menos que a treinta millones de pesetas- Cruz insiste afirmando que, en realidad, no es una donación, sino una devolución:

“Piénselo bien, y verá que, en cierto modo, es una restitución. Esos cuantiosísimos bienes de la Iglesia han sido, y usted no hace más que devolverlos a su dueño. ¿No entiende? Oiga una palabrita. La llamada desamortización, que debiera llamarse despojo, arrancó su propiedad a la Iglesia, para entregarla a los particulares, a la burguesía, por medio de ventas que no eran sino verdaderos regalos. De esa riqueza distribuida en el estado llano, ha nacido todo este mundo de los negocios, de las contratas, de las obras públicas, mundo en el cual ha traficado usted, absorbiendo dinerales que unas veces estaban en estas manos, otras en aquéllas, y que, al fin, han venido a parar, en gran parte, a las de usted. La corriente varía muy a menudo de dirección; pero la riqueza que lleva y trae siempre es la misma, ya que se quitó a la Iglesia”<sup>270</sup>.

Torquemada termina por acceder a todo lo que le pide su cuñada Cruz y deja la tercera parte a la Iglesia: “El tercero enterito para la santa Iglesia, repartido entre los distintos institutos religiosos, que se dedican a la enseñanza y a la caridad...”. Eso sí, aunque se encuentra gravemente enfermo, no quiere desprenderse de nada en vida: “Se entiende que eso será después de mi fallecimiento... Claro”<sup>271</sup>. Tras una larga agonía, en la que frecuentemente disparata, muere:

“El pobre tacaño se despidió de este mundo diciendo con voz muy perceptible: Conversión. [...] -¡Ha dicho conversión! –observó la monjita con alegría, cruzando las manos-. Ha querido decir que se convierte, que... -Palpando la frente del muerto, Gamborena [su capellán particular] daba fríamente esta respuesta: -¡Conversión! ¿Es la de su alma o la de la Deuda?”<sup>272</sup>.

Galdós ironiza<sup>273</sup>, a través del escepticismo del capellán, sobre el pragmatismo religioso de la oligarquía y, en consecuencia, su falta de sinceridad.

<sup>269</sup> *La espuma*, cit., p. 356.

<sup>270</sup> *Torquemada y San Pedro*, cit., p. 621-622.

<sup>271</sup> *Ibid.*, p. 631.

<sup>272</sup> *Ibid.*, p. 651.

<sup>273</sup> Ironía que se desarrolla y hace más explícita en lo que escribe a continuación: “Ante el arcano que cubre, como nube sombría, las fronteras entre lo finito y lo infinito, conténtese el profano con decir que en el momento aquel solemnisimo, el alma del señor marqués de San Eloy se aproximó a la puerta, cuyas llaves tiene... quien las tiene. Nada se veía; oyose, sí, rechinar de metales en la cerradura. Después el golpe seco, el formidable portazo que hace estremecer los orbes. Pero aquí entra la inmensa duda. ¿Cerraron después que pasara el alma o cerraron dejándola fuera?” P. 651.

### b<sub>5</sub>) La carrera sacerdotal: *Modus vivendi*.

La alianza de la Iglesia con la oligarquía conlleva necesariamente el olvido de su misión espiritual para preocuparse únicamente de los asuntos temporales. Ésta es otra de las líneas temáticas presentes en la novela liberal.

Abundan los clérigos que no tienen la más mínima vocación religiosa y que se han agarrado a la carrera eclesiástica para ganarse la vida, escapando en muchos casos del hambre. Ya cité páginas atrás el caso de don Pedro Polo Cortés, natural de Medellín, en la provincia de Badajoz. De familia modesta, su situación económica empeoró cuando murió el padre. Don Pedro tenía 24 años y la responsabilidad de sacar adelante a su hermana y a su madre:

*“Una sola carrera o profesión existía que pudiera acometer y lograr en poco tiempo el joven Polo. Apretábale a seguirla un tío suyo materno en tercer grado, canónigo de la catedral de Coria; hubo lucha, sugerencias, lágrimas femeninas, dimes y diretes, el tío ofreció pensionar a la madre y hermana mientras durasen los estudios, y, por fin, todos estos estímulos, y más que ninguno el agudísimo de la necesidad, vencieron la repugnancia de Polo, le fingieron una vocación que no tenía, y... Cantó misa y la familia tuvo un apoyo”.*

Tuvo diversos destinos en los que llevó una vida llena de estrecheces hasta que, por recomendación de una paisana obtuvo un destino en Madrid:

*“¡Gracias a Dios que le sonreía la fortuna! Desde que una azafata de la reina extremeña, solicitó y obtuvo para Pedro el capellanazgo de las monjas mercedarias descalzas de San Fernando, la vida de aquellas tres personas tomó cariz más risueño y un rumbo enteramente dichoso”<sup>274</sup>.*

Parecido es el caso del

*“padre Hernandito [quien]allá en sus juventudes, sintió amagos de vocación eclesiástica, y trocando el arado, que sus mayores manejaban como los propios dedos, por la gramática latina, [...] a los veintiocho años cantó misa, con gran júbilo de sus parientes, que vieron en don Pedro encumbrado su humilde linaje a la altura del sagrado ministerio”<sup>275</sup>.*

La historia de don Fermín de Pas no es muy diferente: durante varias generaciones la vida de su familia va unida a la miseria. Su abuelo fue un pobre campesino. Su madre, ama de un cura que intentó propasarse con ella, quedó embarazada de un soldado y chantajeó al cura amenazándole veladamente con que podría afirmar que el hijo era suyo. Pasó muchísimas penalidades; puso una taberna en la que tenía que lidiar con mineros embrutecidos que se dejaban allí, bebiendo y jugando, lo que ganaban en las minas. Para escapar de este ambiente, don Fermín, empujado por su madre, se aferra a la idea de hacerse cura:

*“Detrás de unas tablas, que dejaban pasar las blasfemias y el ruido del dinero, estudiaba en las noches de invierno interminables ‘el hijo del cura’, como le llamaban cínicamente los obreros, delante de su madre, no en presencia de Fermín, que había probado a muchos que el estudio no había le debilitado los brazos. El espectáculo de la ignorancia, del vicio y del embrutecimiento le repugnaban hasta las náuseas y se arrojaba con fervor a la verdadera piedad, y devoraba los libros y ansiaba lo mismo que para él quería su madre: el seminario, la sotana, que era la toga del hombre libre, la que le podría arrancar de la esclavitud a que se veía condenado con todos aquellos miserables si no le llevaban sus*

<sup>274</sup> B. Pérez Galdós: *El doctor Centeno*, cit., p. 48.49.

<sup>275</sup> José Ortega y Munilla: *La Cigarra, creación contemporánea*, Madrid, Imprenta de A. Flórez y Compañía, calle de Villanueva, núm. 6, 1879, XI+194 págs., BN: 2/32026, p. 26-27.

*esfuerzos a otra vida mejor, una digna del vuelo de su ambición y de los instintos que despertaban en su espíritu*<sup>276</sup>.

Los tres casos citados no son excepciones individuales, sino ejemplos de un fenómeno general. Cuando el narrador se fija en el paso de los seminaristas en la procesión del Viernes Santo, escribe:

*“No parecían seres vivos aquellos seminaristas cubiertos de blanco y negro, pálidos unos, con cercos morados en los ojos. Otros morenos, casi negros, de pelo en matorral, casi cejijuntos, preocupados con la idea fija del aburrimiento, máquinas de hacer religión, reclusas de una leva forzosa del hambre y de la holgazanería. Iban a enterrar a Cristo, como a cualquier cristiano, sin pensar en Él; a cumplir con el oficio*<sup>277</sup>.

Es decir, la carrera eclesiástica, al menos en sus escalones inferiores, es simplemente una salida profesional para el pueblo; para la gente pobre. De ahí que sus paisanos se extrañen de que don Luis de Vargas, hijo único y rico heredero, quiera ser sacerdote y, con ingenua naturalidad, se lo digan:

*“Apenas hay quien acierte a comprender lo que llaman mi manía de hacerme clérigo, y esta buena gente me dice, con un candor selvático, que debo ahorcar los hábitos, que el ser clérigo está bien para los pobretones; pero que yo, que soy un rico heredero, debo cazar y consolar la vejez de mi padre, dándole media docena de hermosos y robustos nietos*<sup>278</sup>.

Como el sacerdocio es concebido por los que se dedican a él como un *modus vivendi*, como un trabajo cualquiera que les permite ganarse la vida, lógicamente procuran hacerlo del modo más cómodo posible:

*“El coro había terminado: los venerables canónigos dejaban cumplido por aquel día su deber de alabar al señor entre bostezo y bostezo. Uno tras otro iban entrando en la sacristía con el aire aburrido de todo funcionario que desempeña cargos oficiales mecánicamente, siempre del mismo modo, sin creer en la utilidad del esfuerzo con que se gana el pan*<sup>279</sup>.

Como cualquier funcionario, hacen sus oposiciones lo que es motivo de fricciones, de críticas y de enfrentamientos por agravios comparativos, reales o supuestos:

*“Su hermano y D. León Pintado, entretenidos en una conversación interesante y parándose cada diez palabras, se habían quedado atrás. Hablaban de las oposiciones a la lectoral de Sigüenza y de las peloterías que ocurrieron en ella. El capellán, como candidato reventado, ponía de oro y azul al obispo de la diócesis y todo el cabildo*<sup>280</sup>.

Y, cuando Nicolás Rubín consigue su ansiada canongía, el modelo de vida que le espera y que colma todas sus ambiciones, además de prosaico, es una perfecta muestra de la mentalidad “funcionarial” que criticaba Clarín: *“Una vida descansada, mi misita por las mañanas con la fresca, mi corito mañana y tarde, mi altar mayor cuando me toque, mi paseito por las tardes, y vengan penas*<sup>281</sup>.

<sup>276</sup> *La Regenta*, cit., p. 311.

<sup>277</sup> *La Regenta*, cit., p. 557.

<sup>278</sup> Juan Valera: *Pepita Jiménez* [1874], Madrid, Cátedra, 10ª edc., 2000, edición de Leonardo Romero, LH 290, p. 142.

<sup>279</sup> *La Regenta*, cit., p. 33.

<sup>280</sup> *Fortunata y Jacinta*, tomo I, cit., p. 597.

<sup>281</sup> *Fortunata y Jacinta*, tomo II, cit., p. 216.

La falta de inquietudes espirituales lleva aneja la de las intelectuales. Por eso, la inmensa mayoría de estos clérigos –hay sus excepciones, como el Magistral- no destacan tampoco por su sabiduría. La ignorancia del clero es otro de los blancos de la crítica de la novela liberal. Así, “*el padre Hernandito carecía de aquellos superiores destellos de la inteligencia que otros sacerdotes dejan conocer desde la cátedra sagrada o desde el libro*”. Los conocimientos de éste son bastante elementales y se reducen a unos rudimentos de gramática latina que “*aprendió a declinar y conjugar medianamente, [...] masculló su poco de moral y un Cuestionario Teológico*”<sup>282</sup>. De la misma escuela que éste es don Silvestre Romero –ya el nombre es suficientemente significativo- gran cazador y pescador, experto en el juego del tresillo y en mañas electorales, como ya se vio. Gozaba, asimismo, del aprecio de sus convecinos por su rapidez en decir en misa. Como Rafael del Horro, en una conversación ya referida, le plantease un día sus dudas más que razonables acerca de la existencia del paraíso y del infierno, el cura reaccionó de la siguiente manera:

*”¡Vive Dios! –exclamó con vehemencia don Silvestre Romero dándose fuerte porrazo en la rodilla con la palma de su mano de oso-, que si yo recordara lo que he leído en mis libros, contestaría punto por punto a todas esas cuestiones, dejándole a usted tan convencido de que hay alma, de que hay infierno, que hay cielo, como de que ahora es de día; pero tengo una memoria infame: leo hoy una cosa, y mañana se me olvida. Luego, mis ocupaciones..., figúrese usted que este ir y venir al Soto y a la playa ha tiempo que no me permite abrir un libro*”<sup>283</sup>.

La mayoría de ellos –según palabras del Marqués de Vegallana- son absolutamente cerriles<sup>284</sup>: no conocen ni las más elementales normas del trato social. Incluso los más cultivados no tienen ni idea de las modernas ideas filosóficas, aunque, eso sí, las rebaten con toda naturalidad echando mano de manidos tópicos:

*“Glocester se fue al grano en seguida. La antífrasis, el eufemismo, la alusión, el sarcasmo, todos los proyectiles de su retórica, que él creía solapada y hábil, los arrojó sobre el impío Arouet, como él llamaba a Voltaire siempre. Porque Mourelo andaba todavía a vueltas con el pobre Voltaire; de los modernos impíos sabía poco; algo de Renán y de algún apóstata español, pero nada más. Nombres propios, casi ninguno: el grosero materialismo, el asqueroso sensualismo, los cerdos de los establos de Epicuro y otras colectividades así hacían el gasto*”<sup>285</sup>.

---

Nicolás Rubín, que llevaba mucho tiempo tras esa canongía sin conseguirla, la ha logrado por intercesión de su cuñada Fortunata, en esos momentos amante de don Evaristo Feijoo, que es quien ha movido los resortes necesarios pues, como exdiplomático, tiene muchas influencias. Cuando Fortunata se entera hace la siguiente reflexión: “*¡Lo que es el mundo! –pensaba-. Razón tenía D. Evaristo. Hay dos sociedades, la que se ve y la que está escondida. Si no hubiera sido por mi maldad, ¡cuándo habría sido canónigo este tonto de capirote, ordinario y hediondo! ¡Y él tan satisfecho!*”. Tomo II, p. 215.

Que los cargos eclesiásticos se consigan de esta manera es un sarcasmo de Galdós que redundante en desprestigio de los mismos.

<sup>282</sup> José Ortega y Munilla: *La cigarra*, cit., p. 26.

<sup>283</sup> *Gloria*, cit., p. 121-122.

<sup>284</sup> Con motivo de una comida en la casa de campo –el Vivero- del marqués de Vegallana, el Magistral es invitado. También lo han sido todos los curas de la comarca; el marqués, como buen anfitrión, se ve obligado a comer con ellos y le pide a don Fermín que lo acompañe; éste, de mala gana, accede. El marqués le explica a don Fermín los motivos: “*Yo les he propuesto reunirse a comer aquí con nosotros, pero como algunos de ellos son cerriles, comprendí que preferían verse libres de damas y caballeretes de la ciudad y se les ha puesto su mesa en el palacio viejo, donde yo pienso acompañarlos*”. P. 582.

<sup>285</sup> *La Regenta*, cit., p. 235.

Y eso que Mourelo presume de profundo: “*Señores, no llamarse a engaño; a mí hay que leerme entre líneas; yo no hablo para criadas y soldados; hablo para un público que sepa... eso, leer entre líneas*”<sup>286</sup>. Es decir, Mourelo rebate con el mayor desparpajo teorías que no conoce, pues sólo ha oído hablar de los autores sin que él se haya molestado en leer ninguno de sus libros<sup>287</sup>.

Resulta muy interesante resaltar cómo determinadas características, criticadas como defectos por la novela liberal, son ensalzadas como virtudes por la conservadora. Concretamente dos: el sacerdocio y la ignorancia de sus ministros. La idea negativa, que del sacerdocio tiene la novela liberal, considerándolo como un *modus vivendi*, como un medio de escapar del hambre, contrasta con la expresada por Valera, aunque en este caso no es el narrador quien la formula directamente, sino uno de los personajes:

*“Pensaba luego don Luis en la alteza soberana de la dignidad del sacerdocio a que estaba llamado, y la veía por cima de todas las instituciones y de las miserables coronas de la tierra; porque no ha sido hombre mortal, ni capricho del voluble y servil populacho, ni irrupción o avenida de gente bárbara, ni violencia de amotinadas huestes movidas por la codicia, ni ángel, ni arcángel, ni potestad criada, sino el mismo Paráclito quien la ha fundado”*<sup>288</sup>.

Mientras los liberales se centran en la dimensión exclusivamente humana, Valera lo hace en la espiritual. Y la denuncia de la ignorancia contrasta, asimismo, con la apología que de la misma hace Alarcón: tanto don Trinidad Muley –*El niño de la bola*– como el *indocto párroco* de *La Pródiga* son ejemplos de escasa ilustración; pero ambos merecen una consideración positiva tanto del narrador como de sus feligreses. La ignorancia como sinónimo de felicidad y, sobre todo, como garantía de incontaminación de doctrinas extrañas es una de las ideas principales del acervo ideológico del Antiguo Régimen, analizada ampliamente en capítulo II de esta tesis, concretamente en las novelas de Fernán Caballero. Su presencia en la novela del último tercio del siglo es indicativa del poder de la oligarquía en la sociedad de la Restauración.

#### **b<sub>6</sub>) La influencia social de la religión.**

La alianza con el poder le otorga a la Iglesia un lugar de privilegio en la sociedad. En *Gloria*, desde el principio de la novela Galdós pone de manifiesto la gran influencia que la

<sup>286</sup> *Ibid.*

<sup>287</sup> Claro que los que las defendían no lo hacían con mejor conocimiento de causa. Don Robustiano “*era el médico de la nobleza desde muchos años atrás; pero si en política pasaba por reaccionario y se burlaba de los progresistas, en religión se le tenía por volteriano, o lo que él y otros vetustenses entendían por tal. Jamás había leído a Voltaire, pero le admiraba tanto como el aborrecía Gloucester, el Arcediano, que no lo había leído tampoco*”. P. 223.

Atacar o defender una determinada teoría sin conocerla era algo bastante común. Los liberales se identificaban con aquellas doctrinas que se presentaban como avanzadas y los conservadores las atacaban. Pero ni unos ni otros las conocían. Las siguientes palabras de Clarín, ya citadas en la introducción, con motivo del libro de Pardo Bazán *La cuestión Palpitante*, son una buena muestra de ello: “*Aunque en rigor, tal vez lo que en este libro se defiende no es lo mismo que el señor Alarcón ataca, como los molinos que atacaba Don Quijote no eran los gigantes que él veía.*

*No es lo peor que el naturalismo no sea como sus enemigos se lo figuran, sino que se parezca muy poco a la idea que de él tienen muchos de sus partidarios, llenos de una fe tan imprudente como todos los que son ciegos*”. Cit., p. 123-124.

<sup>288</sup> *Pepita Jiménez*, cit., p. 266-267.

Iglesia tiene entre el pueblo. Cuando el obispo, don Ángel, que es hermano de don Juan, llega de visita a Ficóbriga, todo el pueblo sale a recibirlo con aires de fiesta:

*“Estalló, como he dicho, el cohete en los aires, y casi en el mismo instante resonaron las campanas de la Abadía, mezclándose el agudo son de la esquila con la hueca salmodia del fabordón, para anunciar a los habitantes de Ficóbriga el feliz suceso. Salieron todos a la calle; abandonaron la playa marineros y calafates; de los campos acudieron labriegos y pastores; afluyó de una y otra parte enjambre de chiquillos; todos los funcionarios municipales aparecieron de gran etiqueta, y ninguna persona quedó en la casa. La cariñosa manifestación provenía de que los Lantiguas eran muy queridos en la localidad, especialmente el don Angel”<sup>289</sup>.*

Este mismo pueblo, que en masa celebra la llegada del obispo, participa, asimismo en conjunto, en las procesiones de Semana Santa:

*“... la procesión marchaba con orden perfecto, sin que fuera estorbo la mucha gente que había en ella, hombres y mujeres de la villa, del campo y de la mar, creyentes los unos, tocados de la mácula del siglo los otros, astutos aldeanos, honrados y sencillos marineros, toda la grey discola y ladina de aquellas verdes montañas, todos los ejemplares de vanidad infanzona, de gárrula presunción, de socarrona travesura, de solapada codicia, de graciosa sencillez, de castellana hidalguía y de ruda generosidad, trasladadas por Pereda con arte maravilloso al museo de sus célebres libros montañeses. No faltaba nada ni nadie, y como aquellas repúblicas cantábricas son de tan fácil gobierno, iba todo a pedir de boca, sin que ningún nacido se extralimitara, sin que corriera desorden, y marchando cada cual dentro de la órbita trazada por don Juan Amarillo [el alcalde]”<sup>290</sup>.*

Al mismo tiempo que ironiza sobre las idílicas relaciones sociales del mundo perediano, Galdós realiza también una crítica implícita sobre el papel social que ejerce la religión, pues no todos los asistentes a la procesión lo hacen por motivos estrictamente religiosos. Esta ironía se hace explícita en la descripción de otra de las procesiones a la que asiste, puesto de rodillas en el balcón de don Juan, Daniel que ya ha decidido convertirse al cristianismo:

*“Siguió el primero de los pasos, que era la “Oración en el Huerto”, y los que conducían cruz, pendón, cirios e imagen, se quedaron mirando al balcón de Lantigua, donde había una cosa extraordinaria, inaudita: el judío de rodillas, mirando la procesión. A la derecha se veía el alambre telegráfico lleno de pájaros en fila, con tanto comedimiento y gravedad atentos a la comitiva, que parecían tocados de la más pura devoción”.*

Todas las cofradías que pasan por delante del balcón miran con curiosidad hacia él:

*“... vino el grupo de los azotes, y hasta los feroces judíos de sañudo aspecto parecía que se quedaban mirando al balcón de Lantigua, suspendiendo sus impíos golpes. [...] Tras el segundo paso iban los penitentes, hombres que habían venido de inmediatos pueblos a visitar el monumento y a expiar sus culpas mediante el transporte de una grande y pesada cruz.[...] También ellos, a pesar de hallarse acongojados por la memoria de las faltas que expiaban sudando la gota gorda, miraron por sus espantables claraboyas al balcón de Lantigua. [...] Marineros y señores, los del palio, y los que cargaban la imagen, clérigos y monaguillos, Sildo con el incensario, y Caifás con el piporro, cantores y alguaciles, el soplado alcalde don Juan y el jefe de los carabinero, los chicos que agitaban en la inquieta mano las carracas, todo lo viviente, en fin, miraba al balcón de Lantigua”<sup>291</sup>.*

<sup>289</sup> Ibid., p. 42.

<sup>290</sup> *Gloria.*, p. 305-306.

<sup>291</sup> Ibid., p. 425-426.

Esta dimensión social de la religión, concretamente de las procesiones, la critican también algunos novelistas conservadores como, por ejemplo Alarcón. Así, tras el regreso de Venegas de América, cuenta cómo los

Todos están más atentos a enterarse de lo que ocurre en el balcón de don Juan, para poder chismorrear después, que a la procesión. Los únicos que asisten a ésta con devoción son los pájaros que la contemplan desde el hilo del telégrafo. Galdós está denunciando -coincidiendo en esto plenamente con Morton<sup>292</sup>- que no existe religiosidad alguna en el pueblo. Lo mismo critica Clarín, aunque mucho más duramente, cuando reflexiona sobre los motivos por los que los fieles asisten a la iglesia:

*“La lluvia, el aburrimiento, la piedad, la costumbre, trajeron su contingente respectivo al templo, que estaba todas las tardes de bote en bote. No había un vetustense más. Los jóvenes laicos de la ciudad, estudiantes los más, no se distinguían ni por su excesiva devoción ni por una impiedad prematura; no pensaban en ciertas cosas; los había carlistas y liberales, pero casi todos iban a misa a ver a las muchachas. A la novena no faltaban; se desparramaban por las capillas y rincones de San Isidro, terciando la capa, el rostro con un tinte romántico o picaresco, según el carácter, se ‘timaban’, como decían ellos, con las niñas casaderas, más recatadas, mejores cristianas, pero no menos ganosas de tener lo que ellas llamaban ‘relaciones’”<sup>293</sup>.*

Mucho más grave es lo que sucede durante la misa de Nochebuena:

*“En la nave del trasaltar, la más oscura, escondidos en la sombra de los pilares y en las capillas, algunos señoritos se divertían en echar a rodar sobre el juego de damas del pavimento de mármol monedas de cobre, cuyo profano estrépito despertaba la codicia de la gente menuda; bandas de pilluelos que ya esperaban ojo avizor la tradicional profanación, corrían tras las monedas, y al caer tantos sobre una sola en racimo de carne y andrajos, excitaban la risa de los fieles, mientras ellos se empujaban, pisaban y mordían disputándose el ochavo miserable”<sup>294</sup>.*

Incluso, la mayoría de ellos aprovechan la ocasión para, apretujados unos contra otros, entregarse a una lascivia trivial y superficial que sirve de válvula de escape de la represión, pues les permite dar rienda suelta a sus excitadas imaginaciones:

*“Obdulia Fandiño, en pie, oía la misa apoyando su devocionario en la espalda de Pedro, el cocinero de Vegallana, y en la nuca sentía el aliento de Pepe Ronzal, que no podía, ni tal vez quería, impedir que los de atrás empujasen. Para la Fandiño, la religión era esto: apretarse, estrujarse sin distinción de clases ni de sexos en las grandes solemnidades. [...] Todo el elemento joven [...] de Vetusta estaba allí, en el crucero de la catedral, oyendo como entre sueños el órgano, digiriendo la colación de Nochebuena, viendo lucecillas, sintiendo entre temblores de la pereza pinchazos de la carne. El sueño traía impíos disparates, ideas que eran profanaciones, y se desechaban para atenerse a los pecados veniales con que brindaba la realidad ambiente. [...] Obdulia pensaba, aunque claro que no lo decía sino en el seno de de la mayor confianza, pensaba que el ‘hacer el oso’, que era a lo*

---

tres personajes principales de la novela se ven “obligados” a asistir a la procesión del santo porque tienen que mantener su imagen pública: “...no dejaría de asistir ninguno de los tres personajes principales del drama: Soledad, por el bien parecer, a fin de que no se dijera que le había impresionado el regreso de su antiguo amador; Manuel Venegas, a convertir en hechos sus juramentos y amenazas de antaño, y Antonio Arregui, a evitar que lo creyeran huido y lo infamaran con la fea nota de cobarde... Es decir, los tres por consideración al público”. *El Niño de la Bola*, cit., p. 96.

<sup>292</sup> “En ningún país del mundo hay menos creencias, siendo de notar que en ninguna [sic] existen tantas pretensiones de poseerlas. No sólo los católicos belgas y franceses, sino los protestantes de todas las confesiones, los judíos y aun los mahometanos, practican su doctrina con más ardor que los españoles. Yo he visto lo que pasa aquí en las grandes ciudades, las cuales parece que han de ser reguladoras de todo el sentir de la nación, y me ha causado sorpresa la irreligiosa de la mayoría de las personas ilustradas” (p. 134). Y Daniel termina su larga exposición afirmando: “Creo a España el país más irreligioso de la tierra” (p. 140).

<sup>293</sup> *La Regenta*, cit., p. 535.

<sup>294</sup> *Ibid.*, p. 496.

que llamaba 'timarse' Joaquín Orgaz, si siempre era agradable, lo era mucho más en la iglesia, porque allí tenía un 'cachet'”<sup>295</sup>.

La religiosidad no aparece por ninguna parte no sólo en Vetusta, sino en ningún sitio, pues España es

“una nación tan esencialmente atea, que en materia de divinidades sólo cree en la Virgen de P\*\*\* y en la del Carmen, y yo me figuro que porque son bonitas y lujosas; a Dios lo maltrata la boca del pueblo con blasfemias y salivazos a todas horas, constantemente, a propósito de todo y a causa de todo, como si aceptara su ubicuidad para proporcionarse el refinamiento voluptuoso de encontrar por todas partes pedazos de esencia divina donde vomitar miserias y odios...; cuanto lleva consigo”<sup>296</sup>.

Es decir, tanto Galdós, Clarín, como la novela liberal en general, señalan que el pueblo se limita a practicar rutinariamente una serie de ritos sin asumir en ningún momento el auténtico espíritu religioso. Pero precisamente por eso, aunque las creencias sean más bien tibias, o incluso inexistentes, el poder de la Iglesia no sufre menoscabo alguno, pues el pueblo tiene profundamente asumido que determinadas ceremonias no se pueden sustraer de la jurisdicción de la Iglesia. El entierro de Santos Barinaga es un buen ejemplo de ello. Éste, cuyo negocio de objetos de culto se ha hundido por culpa de la competencia desleal del Magistral, muere de hambre y sin confesarse. El entierro se realiza sin ninguna ceremonia religiosa:

“Las mujeres del pueblo, que cogían agua en las fuentes públicas, las ribeteadoras y costureras que paseaban por la calle del Comercio y por el ‘boulevard’, arrastrando por el lodo con perezosa marcha los pies mal calzados; las criadas que la cesta al brazo iban a comprar la cena, se arremolinaban al pasar el entierro y por gran mayoría de votos condenaban el atrevimiento de enterrar ‘a un cristiano’ –sinónimo de hombre-, sin necesidad de curas”<sup>297</sup>.

El fenómeno descrito por Clarín ha sido señalado por Mayer:

“Pese a una prolongada secularización y a un descenso de la religiosidad en gran parte de Europa, la Iglesia seguía siendo un soporte centripeto del antiguo orden. De hecho, la descristianización no había avanzado mucho entre los campesinos de las aldeas, las bajas clases medias de las ciudades de provincias ni los excampesinos de las ciudades”.

Y, un poco más adelante, precisa la causa:

“Las iglesias desempeñaban toda una gama de funciones, empezando por las estrictamente religiosas: santos oficios y sacramentos; ritos de transición (nacimiento, comunión, matrimonio, entierro); grandes festividades y ceremonias”<sup>298</sup>.

La Iglesia ha convertido la religión en un asunto meramente material, la presencia de ésta en el pueblo es superficial, rutinaria y ritual; pero tremendamente eficaz. Lo cual nos lleva a otra cuestión, íntimamente relacionada con ésta, por lo que en la práctica son muy difíciles de separar:

<sup>295</sup> Ibid., p. 497.

<sup>296</sup> Alejandro Sawa: *La mujer de todo el mundo*, Madrid, Establecimiento tipográfico de Ricardo Fe, Calle de Cedaceros, num. 11, 1885, 218 págs. BN: 2/58970, p. 39.

<sup>297</sup> *La Regenta*, cit., p. 489.

<sup>298</sup> *La persistencia del Antiguo Régimen*, versión española de Fernando Santos Fontenla, Madrid, Alianza Editorial, 1984, Alianza Universidad 395, p. 224 y 225



### b-7) El dominio de las conciencias.

Las procesiones y demás ritos litúrgicos no sirven a los autores liberales sólo para denunciar la superficialidad de los sentimientos religiosos, sino también su utilización como instrumento de sojuzgamiento psicológico. Ana Ozores, en uno de sus arrebatos místicos e influida por don Fermín, decide salir vestida de nazarena en la procesión del Viernes Santo. Clarín, a lo largo de bastantes páginas, va describiendo la procesion y las reacciones que la figura de la Regenta, vestida de penitente, provoca en los que la observan: los socios del casino, las damas de la buena sociedad vetustense, Mesía, su marido... En ninguno de los espectadores despierta un sentimiento de edificación religiosa<sup>299</sup>: “*Todas las almas, más o menos ruines, se asomaron a los ojos. Ni un solo vetustense allí presente pensaba en Dios en tal instante*”<sup>300</sup>. Ninguno no. Clarín rectifica más adelante esta afirmación:

*“El populacho religioso admiraba sin peros ni distingos la humildad de aquella señora. Aquello era imitar a Cristo de verdad. ¡Emparejarse, como una cualquiera, con el señor Vinagre el Nazareno; y recorrer descalza todo el pueblo!... ¡Bah!, ¡era una santa!”*<sup>301</sup>.

No parece que esta admiración merezca gran consideración al narrador. No sólo la palabra “populacho” es despectiva, sino que el mismo narrador descalifica también la mascarada de Ana con un procedimiento bastante sutil, pero cuyo significado es inequívoco: la “hace” caminar al lado de don Belisario –alias Vinagre- el cruel maestro de escuela, que sale todos los años con la cruz al hombro solamente para satisfacer su vanidad<sup>302</sup>; Ana, sin saberlo, está satisfaciendo la del Magistral. Aunque su intención fuese sana y sincera, ha sido utilizada al servicio de unos intereses espurios: en el plano particular, para que don Fermín haga

<sup>299</sup> La Fandiño, por ejemplo, sufre profunda envidia porque siente que Ana está despertando una admiración erótica que ella, con todas sus coqueterías, no ha conseguido, -y no por falta de intentarlo- provocar nunca: “*Obdulia estaba pálida de emoción. Se moría de envidia. ‘¡El pueblo entero pendiente de los pasos, de los movimientos, del traje de Ana, de su color, de sus gestos!... ¡Y venía descalza! ¡Los pies blanquísimos, desnudos, admirados y compadecidos por la multitud inmensa!’ Esto era para la Fandiño el bello ideal de la coquetería. Jamás sus desnudos hombros, sus brazos de marfil sirviendo de fondo a negro encaje bordado y bien ceñido; jamás su espalda de curvas vertiginosas, su pecho alto y fornido, y exuberante y tentador, habían atraído así, ni con cien leguas, la atención y la admiración de un pueblo entero, por más que los luciera en los bailes, teatros y paseos y también procesiones... ¡Toda aquella carne blanca, dura, turgente, significativa, principal, era menos, por razón de las circunstancias, que dos pies descalzos que apenas se podían entrever de vez en cuando debajo del terciopelo morado de la nazarena! ‘Y era natural; todo Vetusta –seguía pensando Obdulia- tiene ahora entre ceja y ceja esos pies descalzos. ¿Por qué? Porque hay un ‘cachet’ distinguidísimo en el modo de la exhibición, porque... esto es cuestión de ‘escenario.’ ‘¿Cuándo llegará?’ preguntaba la viuda, lamiéndose los labios, invadida de una envidia admiradora, y sintiendo extraños dejos de una especie de lujuria bestial, disparatada, inexplicable por lo absurda. Sentía Obdulia en aquel momento así... un deseo vago... de..., de... ser hombre”*. P. 554-555.

<sup>300</sup> *La Regenta*., cit., p. 556.

<sup>301</sup> *Ibid.*, p. 560.

<sup>302</sup> “*...se disfrazaba de Nazareno en tan solemne día, según costumbre inveterada, y era el más terrible Herodes de primeras letras los demás días del año. Todos los chiquillos de su escuela, que le aborrecían de corazón, se agolpaban en calles, plazas y balcones, a ver pasar al señor maestro, con su cruz de cartón al hombro y su corona de espinas al natural”*. [...] *Deseaban los muchachos cordialmente que aquellas espinas le atravesaran el cráneo.*” Las motivaciones del maestro no parece tampoco que sean muy religiosas: “*...era gran parte en aquella exhibición anual la pícara vanidad. El saber que una vez al año, él, Vinagre, don Belisario, era objeto de la ‘expectación general’, le llenaba el alma de gloria. Nadie se había atrevido a seguir su ejemplo; él era el único Nazareno de la población y gozaba de este privilegio muchos años hacía*”. P. 555

ostentación pública de su poder<sup>303</sup>; y, en el global, para suscitar el acatamiento público general ante los intereses de la Iglesia:

*“... la iconografía, el simbolismo y los rituales ceremoniales tenían más peso que la palabra hablada y reforzaban creencias y observancias muy antiguas. Particularmente en los países o las regiones católicos y ortodoxos, las procesiones religiosas eran espectáculos grandiosos, y muchas de ellas dramatizaban gráficamente la interrelación entre el altar y el trono, la clase dirigente y la nación, al igual que ocurría con las coronaciones y los funerales de los reyes”*<sup>304</sup>.

Del mismo modo que el ejemplo de Ana Ozores influye animicamente en el populacho, la presión psicológica influye en las conciencias consiguiendo la aquiescencia del pueblo para que acate sumisamente lo que instintivamente tiende a rechazar. Es lo que le sucede a Fortunata, internada en el convento de las Micaelas, poco antes de salir para casarse con Maximiliano Rubín. Cuando durante la misa miraba la custodia Fortunata:

*“llegaba a creerse la muy tonta que la forma ‘la idea blanca’, le decía con familiar lenguaje semejante al suyo: ‘No mires tanto este arco de oro y piedras que me rodea, y mírame a mí que soy la verdad. Yo te he dado el único bien que puedes esperar. Con ser poco, es más de lo que mereces. Acéptalo y no me pidas imposibles. ¿Crees que estamos aquí para mandar, verbi gratia, que se altere la ley de la sociedad sólo porque a una marmotona como tú se le antoja? El hombre que me pides es un señor de muchas campanillas y tú una pobre muchacha. ¿Te parece fácil que yo haga casar a los señoritos con las criadas o que a las muchachas del pueblo las convierta en señoras? [...] Me pedís unos disparates que no sé cómo los oigo. Lo que importa es dirigirse a Mí con el corazón limpio y la intención recta, como os ha dicho ayer vuestro capellán, que no habrá inventado la pólvora; pero, en fin, es un buen hombre y sabe su obligación. [...] Soy infinitamente misericordioso contigo, dándote un bien que no mereces, deparándote un marido honrado y que te adora, y todavía refunfuñas y me pides más, más, más. [...] Conque resignarse, hijas mías, que por ser cabras no ha de abandonaros vuestro pastor; tomad ejemplo de las ovejas con quien vivís; y tú, Fortunata, agradéceme sinceramente el bien inmenso que te doy y que no mereces, y déjate de hacer melindres y de pedir gollerías, porque entonces no te doy nada y tirarás otra vez al monte”*<sup>305</sup>.

Este monólogo es una pieza maestra. Las reflexiones de Fortunata oscilan entre la resignación y la rebeldía. La resignación supone aceptar la oportunidad que se le presenta casándose con Maximiliano y olvidarse para siempre de Juanito Santa Cruz. La rebeldía la impulsa a no hacerlo: a presentarse en casa de Juanito y montar un escándalo –ha pensado más de una vez en ello en otros pasajes de la novela– reclamando lo que ella considera que es suyo. La resignación le hace recordar, imaginando que es Dios quien le habla, lo que las monjas y el capellán –en nombre de Dios– tantas veces le han repetido a lo largo de las semanas que ha pasado internada. La rebeldía proviene de lo que le dice su instinto<sup>306</sup>, pues

<sup>303</sup> “El Viernes Santo amaneció plomizo; el Magistral, muy temprano, en cuanto fue de día, se asomó al balcón a consultar las nubes. ‘¿Llovería? Hubiera dado años de vida por que el sol barrierá aquel día ceniciento y se asomara a iluminar cara a cara y sin rebozo aquel día de su triunfo”. P. 553

“Al pasar delante del Casino, frente al balcón de Mesía, Ana miraba al suelo, no vio a nadie. Pero don Fermín levantó los ojos y sintió el topetazo de su mirada con la de don Álvaro; el cual reculó otra vez, [...] y de pálido pasó a lívido. La mirada del Magistral fue altanera, provocativa, sarcástica en su humildad y dulzura aparentes: quería decir ‘¡Vae victis!’”. P. 559.

<sup>304</sup> Arno J. Mayer: *La persistencia del Antiguo Régimen*, cit., p. 225.

<sup>305</sup> *Fortunata y Jacinta* [1887], Madrid, Cátedra, 1994, edición de Francisco Caudet, LH 185, I, p. 635.

<sup>306</sup> En más de una ocasión, a lo largo de la novela, Fortunata considera que la verdadera mujer de Juanito es ella y no Jacinta, pues ella lo conoció antes y tuvo un hijo que murió. Cuando tiene el segundo, se reafirma en

ella es una mujer inculta incapaz de racionalizar adecuadamente sus pensamientos. Pero la conclusión resulta evidente: A Fortunata le parece una injusticia –aunque ella sea incapaz de encontrar las palabras apropiadas para denunciarla– que, en contra de las leyes del sentimiento, la mujer de Juanito sea Jacinta y no ella, simplemente porque la otra tiene dinero. Y la Iglesia aprueba esta injusticia en nombre de Dios, pues es éste desde la custodia quien le dice que es imposible que él le pueda dar a Juanito Santa Cruz porque supondría alterar las leyes de la sociedad. Galdós está, por tanto, denunciando la utilización de la religión como instrumento alienador al servicio del conformismo social. La denuncia de la alienación va aneja en la elección de la técnica del monólogo: al ser la propia Fortunata quien hace las reflexiones, quedan claras dos cosas: la fuente de los argumentos que la impulsan a la resignación; pero también que los tiene perfectamente asumidos e interiorizados; y en esto consiste la alienación<sup>307</sup>.

### b<sub>8</sub>) Fuente de enfrentamientos.

Desde el momento en el que la religión es utilizada como instrumento de poder al servicio de unos intereses, va a provocar enfrentamientos. Por eso, mientras para sus apolo-gistas es fuente de unión y cohesión, para sus críticos es causa de confrontación, lo que la convierte, además, en campo abonado para el surgimiento de fanatismos. Gloria Lantigua y Daniel Morton están profundamente enamorados; pero una es católica y el otro judío. Después de haber discutido repetidas veces sus respectivos puntos de vista, llegan a la conclusión de que es imposible que ninguno de los dos ceda. Gloria se lamenta con amargas palabras de que sea precisamente la religión la que los separe: “¡Oh, Dios mío, dichosas las tierras donde la religión está en las conciencias y no en los labios, donde la religión no es una impía ley de razas! Andamos por aquí como las reses marcadas con hierro en su carne!”<sup>308</sup>. Ambos son igual

su idea y se considera, al amparo de la ley natural, superior a Jacinta. Ésta le ha usurpado el lugar que a ella le correspondía, valiéndose de las caprichosas leyes de la sociedad: “*Ahora sí que no temo las comparaciones. Entre ella y yo, ¡qué diferencia! Yo soy madre del único ‘hijo de la casa’; madres soy, bien claro está, y no hay más nieto de don Baldomero que este rey del mundo que yo tengo aquí... ¿Habrá quién me lo niegue? Yo no tengo la culpa de que la ley ponga esto o ponga o lo otro. Si las leyes son unos disparates muy gordos, yo no tengo nada que ver con ellas. ¿Para qué las han hecho así? La verdadera ley es la de la sangre, o como dice Juan Pablo, la Naturaleza, y yo por la Naturaleza le he quitado a la ‘mona del cielo’ [Jacinta] el puesto que ella me había quitado a mí. [...] Yo bien sé que nunca podré alternar con esa familia, porque soy muy ordinaria y ellos muy requetefinos; yo lo que quiero es que conste, que conste, sí, que una servidora es la madre del heredero, y que sin una servidora no tendrían nieto*”. **Tomo II**, p. 454-455.

<sup>307</sup> Otro ejemplo de la influencia de la Iglesia en las conciencias, aunque con matices diferentes, es el de *Pepe la Lagarta*: “...mujer de historia, ¿sabe?... la que dicen que mató a su marido con una aguja de coser se-rones... muy amigota de Mauricia, a quien debe quinientos reales. Y no se los puede sacar... ¿Pero creen ustedes que no tiene dinero? Ya quisiera yo... Gasta como una marquesa, y el mes pasado costé, en San Cayetano, una novena a la Virgen de las Angustias, que era lo que había que ver...

-¿Novena?

-Sí, porque sanara el ‘Clavelero’, un chulito que tiene muy guapín, el cual recibió un achuchón en la plaza de Leganés... como que le entró el pitón por salva sea la parte... Pues el ‘Clavelero’ sano. ¿Y eso...? Vea usted, señora, ¡qué cosas hace la Virgen!” **Fortunata y Jacinta**, Tomo II, cit., p. 190.

<sup>308</sup> **Gloria**, cit., p. 172.

No es la única vez que Gloria se lamenta de las separaciones creadas por las religiones: “*Malditos sean Martín Lutero, la Reforma, Felipe II, Guillermo de Orange, el Elector de no sé dónde, la paz de Westfalia, la revolución de no sé cuántos, el Syllabus, todo eso de que ha hablado papá esta noche... He aquí que ataja nuestros pasos y corta el hilo de vida que nos une, no Dios, autor de los corazones, de la virtud y el amor, sino los hombres, que con sus disputas, sus rencores, sus envidias, sus vanidades han dividido las creencias, destruyendo la obra de Jesús, que a todos quiso unirnos*”. Y, refiriéndose a Daniel, continúa: “*¿No es él bueno, no practica la ley de Dios? ¿Lo quería yo si así no fuera? ¿No tiene un alma privilegiada? ¿Qué le dife-*

de intransigentes porque han sido educados en el dogmatismo de sus respectivas religiones. El padre de Gloria, don Juan de Lantigua, se dedica al estudio de la historia

*“pero su entendimiento, acalorado por entusiasmos juveniles y por prejuicios formados no se sabe cómo, se aferraba tercamente a ciertas ideas; así es que no pudo, aun intentándolo de buena fe, juzgar con imparcial serenidad ni la Historia ni los escritos de los que por tantos siglos han disputado sobre los medios de hacer a la humanidad menos desgraciada”.*

No podía hacerlo porque sus juicios estaban condicionados de antemano por sus creencias religiosas:

*“Su inclinación contemplativa le llevó a considerar la fe religiosa, no sólo como gobernadora y maestra del individuo en su conciencia, sino como un instrumento oficial y reglamentado que debía dirigir externamente todas las cosas humanas”<sup>309</sup>.*

Y sus creencias son tan firmes que los numerosos acontecimientos del convulso siglo XIX no las alteran un ápice:

*“Las tempestades de la revolución del 48, de la República romana, de la formación de la unidad de Italia, de la caída del Imperio austriaco, de la humillación del francés, de la destrucción temporal del poder temporal del Papa, de la formación del Imperio Alemán, Minerva parida por el cerebro de Bismarck, y otras menos trascendentales, y que, localizadas en nuestra patria, sólo fueron lloviznas en el cielo de Europa, no produjeron en el ánimo de aquel varón insigne otro efecto que el de cimentar más y más su creencia de que la humanidad pervertida y desamparada merece un camisón de fuerza”<sup>310</sup>.*

Para don Juan todos esos acontecimientos son ajenos al espíritu español; por eso, y así se lo hace saber a Daniel Morton, las actuales convulsiones no son más que ligeras tormentas provocadas por la propagación de influencias extrañas; por lo que, una vez que España recupere el espíritu propio,

*“se hallará de nuevo en disposición de convertir a todas las gentes de uno y otro mundo; de convertirlas, sí, señor, porque la posesión de la verdad le da derecho a decirlo y a ejecutarlo resueltamente”<sup>311</sup>.*

Es decir, para don Juan no sólo la religión católica está en posesión absoluta de la verdad, sino que España tiene, además, la exclusiva de esa posesión. Partiendo de estas premisas, nada tiene de extraño que sea un fanático:

*“Según él, las decantadas leyes del humano progreso conducen a Nabucodonosor. Antes muriera Lantigua que ceder en esto. Y en realidad, ¿cómo había de ceder? Los que han reducido todas sus ideas a esta fórmula abrumadora: o “Barrabás o Jesús”, necesitan dejarse llevar hasta los últimos extremos, porque la menor flaqueza equivale en ellos a pasarse a Barrabás”<sup>312</sup>.*

Su familia piensa igual que él. Por eso comienzan a suponer que si Morton es alemán –como ellos creen en un principio– se condenará por protestante. Morton no es protestante,

*rencia de mí? Nada: un nombre vano, una palabrota inventada por los malvados para cubrir sus rencores. ¡Ay! Los que se aman son de una misma religión. Los que se aman no pueden tener religión distinta, y si la tienen, su amor les bautiza en un mismo Jordán”.* P. 158-159.

<sup>309</sup> Gloria, cit., p. 23.

<sup>310</sup> Gloria, cit., p. 24.

<sup>311</sup> Ibid., p.141.

<sup>312</sup> Ibid., p. 25.

sino judió. Cuando las relaciones entre él y don Juan se vuelven tensas, éste, en un ataque de ira, insulta a Daniel llamándolo “*deicida*”<sup>313</sup>.

Pero si intolerante y dogmático es don Juan, no lo es menos Esther Spinoza, madre de Daniel, mujer “*de un fanatismo capaz de reproducir en ella, si los tiempos lo consintieran, las grandes figuras de Débora, la hembra-juez; de Jael, la que un clavo mataba al enemigo; de la trágica Judit y la dulce Esther*”<sup>314</sup>.

Gloria va a ser madre por lo que Daniel está dispuesto a bautizarse para poder casarse con ella y no dejarla desamparada. La reacción de su madre es contundente:

*“¡Ya no tienes madre! Si la tienes, si la quieres tener, yo no lo soy. Me avergüenzo de haberlo sido. En hora mala te di a luz, y de aquella triste hora debe decirse: ‘Aféanla las tinieblas y sombra de muerte’”*<sup>315</sup>.

Como Daniel no cede, su madre lo acusa falsamente de estafa y llega una orden de Inglaterra pidiendo su detención. Esther pretende que lo arresten para evitar la boda. Pero Gloria decide renunciar al matrimonio y entrar en un convento. A la pregunta de Daniel de por qué lo hace, responde:

*“Mi conciencia no me permitía privarte de tu madre. Yo la vi como una leona a quien han robado sus hijos. Las terribles injurias que dijo de ti hicieronme comprender la grandeza de su amor materno y de su fanatismo”*<sup>316</sup>.

Muestras de fanatismo –en este caso con la connivencia de la autoridad como en el ya visto de **La Tribuna**, aunque doña Emilia no lo presentaba como una muestra de tal- da también Guillermina en su enfrentamiento con los protestantes. Mauricia, una tarasca alcoholizada, es acogida por don Horacio y doña Malvina, los pastores de la comunidad protestante madrileña. Cuando Guillermina Pacheco se entera va a reclamarla:

*“Los pastores se las tuvieron tiesas y doña Guillermina más tiesas todavía. Religión frente a religión, las cosa se iba poniendo fea. Los protestantes decían que la mujer aquella les había pedido limosna y protección; doña Guillermina lo negaba, acusándoles de haberla sonsacado y de haber ido a buscarla a su propia casa. D. Horacio dijo que nones y que haría valer sus derechos luteranos ante el mismo Tribunal Supremo; amoscose la otra, y doña Malvina sacó el libro de la Constitución, a lo que replicó Guillermina que ella no entendía de constituciones ni de libros de caballerías. Por fin, acudió la católica al Gobernador, y el Gobernador mandó que saliese Mauricia del poder de Poncio Pílatos, o sea de D. Horacio”*<sup>317</sup>.

Cuando doña Malvina apela a la Constitución lo está haciendo a la de 1876, y concretamente al artículo 11<sup>318</sup>, que –si bien más restrictiva que la de 1869 en materia de cultos- no

<sup>313</sup> Ibid., p. 247.

<sup>314</sup> Ibid., p. 449.

<sup>315</sup> Ibid., p. 450.

<sup>316</sup> **Gloria**, cit., p. 503.

<sup>317</sup> **Fortunata y Jacinta**, Tomo II, cit., p. 165-166.

<sup>318</sup> El artículo 11 de la de 1876 dice así: “*La religión, Católica, Apostólica, Romana, es la del Estado. La Nación se obliga a mantener el culto y sus ministros. // Nadie será molestado en territorio español por sus opiniones religiosas, ni por el ejercicio de su respectivo culto, salvo el respeto debido a la moral cristiana. // No se permitirán, sin embargo, otras ceremonias ni manifestaciones públicas que las de la religión del Estado*”. El artículo 21 de la de 1869 se refiere al mismo asunto; comparando ambos artículos se comprende por qué la de 1876 es más restrictiva: “*La Nación se obliga a mantener el culto y los ministros de la religión católica. // El ejercicio público o privado de cualquiera otro culto queda garantizado a todos los extranjeros residentes*”.

prohibía la existencia de otras religiones, aunque, al mismo tiempo, era lo suficientemente ambiguo como para permitir que la última palabra la tuviera la autoridad; en este caso el Gobernador que resuelve a favor de Guillermina.

### **b<sub>9</sub>) Instrumento de fanatismo.**

La confluencia de las dos últimas características analizadas –influencia de la religión en el pueblo e intransigencia doctrinal (de la que don Juan Lantigua y Esther Espinoza son un buen ejemplo)- dan necesariamente como resultado un comportamiento fanático. El pueblo no va a ser más tolerante que los que lo dirigen. Y en la novela liberal encontramos abundantes muestras de su actitud intransigente. Así, cuando se enteran de que Morton es judío, se niegan a darle alojamiento en el hotel de Ficóbriga:

*“Morton entró sin hacer caso de las groseras insinuaciones que oyó en la puerta, y subía resueltamente a ocupar un cuarto, cuando el mismo monsieur Mirabeau en persona le detuvo diciéndole en todas las lenguas posibles, menos en la española:  
-Caballero, perdón. Perdón, caballero; pero no puedo admitir a usted. Prefiero tener la casa vacía tres años”<sup>319</sup>.*

Cuando sale a la calle para intentar buscar otro alojamiento

*“dos mujeres le conocieron, y lanzando una exclamación que más parecía de terror que de sorpresa, se apartaron de él gritando:  
-¡El judío! ¡El judío!”<sup>320</sup>.*

Pregunta a los transeúntes que andan por la calle dónde puede encontrar alojamiento y ninguno se digna contestarle:

*“Algunos, al verle venir, pasaban a la acera opuesta; otros se detenían para mirarle como a un ser raro. Oyó soeces invectivas o necedades triviales; pero de nadie pudo conseguir satisfactoria respuesta. Por último, decidió preguntar a los niños, que por su falta de malicia, no podrían, según él, ni rechazarle con aquel horror propio de las conciencias varoniles ni engañarle. Pero dos o tres rapazuelos a quienes pidió auxilio saltaron dando alaridos a bastante distancia, y tomando piedras del suelo se las arrojaron”<sup>321</sup>.*

Da dinero a un pobre lleno de andrajos que tiene a una niña en brazos. Pero, cuando el mendigo se da cuenta de quién le está socorriendo, rechaza el socorro: *“Tome usted sus doblones, que ningún cristiano recibe el dinero por que fue vendido el Señor”<sup>322</sup>*. Caifás, el antiguo sacristán, a quien Morton sacó de un grave apuro tiempo atrás cuando el cura lo expulsó de su trabajo, lo aloja –no sin reticencias<sup>323</sup>- por esa noche; pero quiere devolverle el dinero que le dio porque se ha enterado de que es judío y su confesor le ha ordenado que lo haga:

*en España, sin más limitaciones que las reglas universales de la moral y del derecho. // Si algunos españoles profesaren otra religión que la católica, es aplicable a los mismos todo lo dispuesto en el párrafo anterior”.*

Jorge de Esteban: *Las Constituciones de España*, cit., p. 243 y 202.

<sup>319</sup> *Gloria*, cit., p. 313.

<sup>320</sup> *Ibid.*

<sup>321</sup> *Ibid.*, p. 314.

Recordemos que en *De tal palo, tal astilla* –que es una réplica a *Gloria*- también unos niños apedrean a Fernando Peñarrubia. Este apedreamiento no es presentado por Pereda como un acto de fanatismo, sino como una legítima defensa del pueblo contra lo que considera una amenaza externa. Lo que para Galdós es una muestra de intolerancia para Pereda es un acto justificado porque la VERDAD no puede llegar a ningún grado de compromiso con el ERROR.

<sup>322</sup> *Gloria*, cit., p. 319.

<sup>323</sup> *“La actitud de Caifás frente al israelita era algo cohibida. Sus miradas indicaban el respeto y la veneración que su favorecedor le inspiraba; pero a tal respeto uníase cierto recelo, más bien repugnancia, torpeza*

“... su dinero de usted, señor don Daniel, me quema las manos... El confesor me dijo que devolviera ese dinero, aunque para ganarlo tuviera que estar barriendo las calles con mi lengua, o cargando piedras como un asno, o tirando del arado como un buey”<sup>324</sup>.

Pero las consecuencias del fanatismo no terminan aquí. El rechazo intransigente del cristiano pueblo no es sólo contra Morton, sino también contra Gloria por haber tenido relaciones con él. Las beatas se niegan a poner un ramo de flores que Gloria ha enviado para adornar las alforjas del borrico en el que se monta Jesucristo el Domingo de Ramos:

“-Esas flores no se pueden poner en las alforjas.

-No deben ponerse.

-Es claro, porque ella está en pecado mortal.

-Sería un ultraje, un sacrilegio”<sup>325</sup>.

Y, cuando Gloria, tras haber dado a luz, se decide a volver a la Iglesia:

“...oyose en la capilla sordo cuchicheo de murmuraciones y susurrantes comentarios, el cual, empezando por un rincón, se fue extendiendo hasta agitar todo el conjunto de negros mantos. Uníanse unas a otras cabezas; buscaban los movibles labios el oído; inquietábase el rebaño, y, por último, sonaron también las almidonadas faldas al levantarse tal cual oveja que gran desasosiego padecía. Gloria no alzaba los ojos de su libro de rezos. Si los alzara habría visto a Teresita la Monja acompañada de sus tres sobrinas, las hijas del escribano don Gil Barrabás. Pero sí advirtió que la señora de Amarillo se levantaba, y dando terminante orden a las niñas, salía con ellas de la capilla. [...] Al poco rato, otras dos señoras y un hombre huyeron también de allí como se huye de un sitio infestado. Sólo quedaron dos viejas y un marinero anciano, que, atentos con profunda edificación al acto religioso, no ponían mientes en los demás”<sup>326</sup>.

El pueblo se comporta, pues, fanáticamente y Galdós lo denuncia sin ahorrar descalficaciones irónicas: las sinécdoques de la cita anterior son buena muestra de ello. Pero para Galdós, aunque el pueblo sea el instrumento del fanatismo, no es culpable. Una prueba es que, cuando se extiende por Ficóbriga la noticia de que Morton se convierte, el pueblo cambia inmediatamente de actitud dando muestras de sus buenos sentimientos: “Divulgose esa noticia, que era buena, con la rapidez de las malas, haciendo efecto poderoso en pueblo tan crédulo como sencillo”<sup>327</sup>. Precisamente por su credulidad y su sencillez es terreno abonado para que crezca en él todo lo que se siembre. Si crece el fanatismo, es porque alguien se ha encargado de que así sea. Luego, la acusación apunta directamente a los que utilizan al pueblo como instrumento de sus intereses.

#### **b<sub>10</sub>) Mantenimiento del orden vigente.**

Los intereses son los de la oligarquía. El orden vigente es el de la Restauración. La alianza, señalada páginas atrás, entre Iglesia y oligarquía –“todas las personas pudientes creen y practican como se dice ahora”<sup>328</sup>– es consecuencia de que ambas son conscientes de que se necesitan mutuamente para defenderse del nuevo enemigo común, cuyo surgimiento es observado con desconfianza por don Fermín desde el campanario:

en las palabras, miedo quizá. No era preciso ser zahorí para conocer que el pobre Mundideo padecía, y que su conciencia hallábase enfrente del más grande y aterrador enigma que jamás se le presentara”. P. 323.

<sup>324</sup> Ibid., p. 324-325.

<sup>325</sup> *Gloria*, cit., p. 281.

<sup>326</sup> Ibid., p. 289.

<sup>327</sup> Ibid., p. 349.

<sup>328</sup> *La Regenta*, cit., p. 19.

*“El humo y los silbidos de la fábrica le hacían dirigir miradas recelosas al Campo del Sol; allí vivían los rebeldes; los trabajadores sucios, negros por el carbón y el hierro amasados con sudor; los que escuchaban con la boca abierta a los energúmenos que les predicaban igualdad, federación, reparto, mil absurdos, y a él no querían oírle cuando les hablaba de premios celestiales y reparaciones de ultratumba”.*

La Iglesia va perdiendo terreno entre los obreros: *“El Magistral no se hacía ilusiones. El Campo del Sol se les iba. Las mujeres defendían allí las últimas trincheras”.* No sólo va perdiendo terreno, sino que frente al poder tradicional el proletariado está levantando su propio poder:

*“No, aquel humo no era de incienso; subía a lo alto, pero no iba al cielo; aquellos silbidos de las máquinas le parecían burlescos, silbidos de sátira, silbidos de látigo. Hasta aquellas chimeneas delgadas, largas, como monumentos de una idolatría, parecían parodias de las agujas de las Iglesias”<sup>329</sup>.*

Cada poder tiene sus símbolos: los campanarios se ven amenazados por las chimeneas de las fábricas. No es la primera vez que don Fermín ha experimentado la sensación de que el mundo del trabajo se aleja cada vez más de la Iglesia, pues lo mismo sucedía en el pueblo en el que pasó su niñez: *“Los vecinos de Matarelejo habían enterrado la antigua piedad entre el carbón; eran indiferentes y tenían fama de herejes en los pueblos comarcanos”<sup>330</sup>.* Una consecuencia de ese alejamiento es, por ejemplo, la fundación en Vetusta de un “círculo filantrópico” con la idea de secularizar la caridad:

*“‘La Libre Hermandad’ se había fundado con ciertos aires de institución independiente ‘de todo yugo religioso’, y su primer presidente fue el señor don Pompeyo Guimarán, que de milagro no estaba excomulgado y que no comulgaba jamás”<sup>331</sup>.*

Lo cual es una muestra más de que la Iglesia está perdiendo influencia. Los niños católicos, como acto de autopropaganda cantaban una canción contra el Círculo:

*“Los niños pobres no quieren  
ir a la Libre Hermandad;  
los niños pobres prefieren  
la Cristiana Caridad”<sup>332</sup>.*

Los obreros se están alejando de la Iglesia, pero, a diferencia de las generaciones anteriores, no se caracterizan ya por su anticlericalismo:

*“La generación nueva no era clerófoba más que a ratos; era amiga de la taberna, no del club. Se hablaba sólo de revolución social, y ya se decía que los curas no son ni más ni menos malos que los demás “burgueses”. Malo era el “fanatismo”; pero el “capital” era peor. No había en los barrios bajos un elemento de activa propaganda contra las sotanas. El Magistral era allí más despreciado que aborrecido”<sup>333</sup>.*

Es decir los obreros se han dado cuenta de que el verdadero enemigo es el sistema social y de que el anticlericalismo visceral acarrea para su causa más perjuicios que beneficios. De ahí que estén más preocupados por la revolución social que por meterse con los curas. De ahí también que el Magistral dedique sus esfuerzos más que a intentar recristianizar a los

<sup>329</sup> *La Regenta.*, cit., p. 18-19.

<sup>330</sup> *Ibid.*, p. 307.

<sup>331</sup> *Ibid.*, p. 241.

<sup>332</sup> *Ibid.*

<sup>333</sup> *Ibid.*, p. 420.



obreros –a los que considera una causa perdida- a concienciar a los individuos de la oligarquía de que sus frivolidades en materia religiosa son una grave irresponsabilidad, pues podrían acarrear graves consecuencias, no tanto para la religión como para el sistema social al que ésta sirve de cobertura; argumentos con los que convence a don Francisco Páez, riquísimo indiano más bien frío en cuestiones religiosas:

*“Veinticinco años había pasado Páez en Cuba sin oír misa, y el único libro religioso que trajo de América fue el **Evangelio del pueblo**, del señor Henao y Muñoz; no porque fuese Páez demócrata, ¡Dios le librase!, sino porque le gustaba mucho el estilo cortado. Creía firmemente que Dios era una invención de los curas; por lo menos en la Isla no había Dios. Algunos años pasó en Vetusta sin modificar estas ideas, aunque guardándose de publicarlas; pero poco a poco entre su hija y el Magistral le fueron convenciendo de que la religión era un freno para el socialismo y una señal infalible de buen tono. Al cabo llegó Páez a ser el más ferviente partidario de la religión de sus mayores. ‘Indudablemente –decía-, la Metrópoli deber ser religiosa.’ Y se hizo religioso; daba todo el dinero que se le pedía para el culto, y si muchas veces al disparatar lo hacía en menoscabo del dogma, siempre estaba dispuesto a retractarse y a cambiar aquel dislate por otro inofensivo”.*

Además, ahora que el proletariado, gente baja y vulgar, se ha alejado de las prácticas religiosas, el ejercicio de las mismas resulta un elemento de distinción:

*“Por dos brechas había logrado entrar la religión, en forma de Magistral, en la fortaleza de aquel espíritu librepensador y berroqueño: los dos flacos de Páez eran el amor a su hija y la manía del buen tono”<sup>334</sup>.*

El Magistral, que sabe siempre qué cuerda tocar, no sólo saca partido del misticismo de Ana, sino de los miedos de la oligarquía; por eso utiliza el argumento de que los habitantes del barrio del sol son una amenaza, más que para la religión, para el sistema social de la Restauración. Si la salvación de éste le interesa tanto es porque garantiza su propia salvación. Y, viceversa: la supervivencia de la Iglesia es garantía de la continuidad del orden establecido. Rafael del Horro lo va a reconocer con absoluto cinismo en una conversación privada. Éste –al que ya me he referido en páginas anteriores- es un joven periodista con ambiciones políticas que acompaña al obispo don Ángel en su viaje a Ficóbriga. En las primeras páginas de la novela el prelado hace una presentación elogiosísima del mismo:

*“Aquí está nuestro heroico joven, nuestro valiente soldado. Señores y amigos míos: saluden al benemérito campeón de los buenos principios, de las creencias religiosas, de la Iglesia Católica, y al perseguidor del filosofismo, del ateísmo, de las irreverencias revolucionarias. ¡Gloria a la juventud creyente, fervorosa, llena de fe y de amor al catolicismo!”<sup>335</sup>.*

Sin embargo, este retrato no se corresponde en absoluto con la realidad. El mismo Rafael, en privado, sostiene las siguientes opiniones:

<sup>334</sup> *La Regenta*, cit., p. 251-252.

A este afán de distinción ya se había referido anteriormente el narrador como uno de los rasgos característicos de su personalidad: “No era el bueno de don Francisco el más rico de la Colonia; algunos millones más tenía don Frutos, pero al ‘Vespucio’ de las Águilas ‘ni don Frutos ni San Frutos ni nadie le ponía el pie delante tocante a rumbo’, y él era el único vetustense que hacía visitas en coche y tenía lacayos de librea con galones a diario, si bien a éstos lacayos jamás conseguía hacerles vestirse con la pulcritud, corrección y severidad que él había observado en los congéneres de la corte”. P. 251.

<sup>335</sup> *Gloria*, cit., p. 48.

*“Yo creo que sin religión no hay sociedad posible. ¿Adónde llegaría el frenesí de las masas estúpidas e ignorantes si el lazo de la religión no enfrenara sus malas pasiones?”<sup>336</sup>.*

Y, conforme avanza la conversación, no sólo insiste en el papel de la religión como instrumento para contener a las masas, sino que se declara ateo:

*“Yo he leído bastante, y por mi parte no puedo acusarme de haber hecho daño alguno a la Iglesia ni a las personas eclesiásticas. Por el contrario, en mis discursos, en las conversaciones privadas con mis amigos políticos, siempre he dicho: “Señores, la religión antes que todo. No quitemos al pueblo ese freno moral... Conviene, pues, que la Iglesia esté de nuestra parte. Es el gran auxiliar del Estado, y hay que tenerla contenta. ¿Pide seis?, pues darle ocho...” Aborrezco a esos que se llaman filósofos y librepensadores y que se ponen a gritar en las asambleas y en los clubs, haciendo ver que la Iglesia es esto y lo otro. Yo les digo: “Señores: en el fondo casi estamos conformes. ¿Cómo puede negarse que muchas de las cosas que nos quieren hacer creer, no andan muy acordes con el sentido común? ¿Pero hay necesidad de subirse encima de una silla y decirlo a todo el mundo? El pueblo ignorante no lo entiende, y al oír a ustedes cree que le están permitidos el robo y el asesinato. Hay que mirarse bien antes de propagar ciertas doctrinas... Por esto soy enemigo de esos charlatanes, y en mi humilde esfera defendiendo con la palabra y con la pluma las creencias religiosas, la doctrina toda de la Iglesia católica, el culto y el clero, venerandas instituciones sobre las cuales descansa el orden social”<sup>337</sup>.*

Galdós desenmascara a Rafael haciéndole reconocer cínicamente que la religión desempeña un papel fundamental sojuzgando al pueblo para mantener el orden establecido<sup>338</sup>. Pero resulta que esto mismo es reconocido “ingenuamente” por alguno de los autores conservadores. Recordemos, por ejemplo, las palabras de Arturo Campión, ya comentadas, en las que se refería a cómo el pueblo, a pesar de “comer mal y digerir bien, tenderse en dura cama y dormir blando sueño...”, era feliz y estaba conforme con su suerte gracias al consuelo de la religión; o las que Alarcón pone en boca de Julia:

*“Según lo demuestra toda mi historia, yo no le temo a Cristo... Si le temiera, no habría vivido, ni viviera hoy, fuera de la ley... Pero, como dice muy bien ese pobre párroco, no es buena acción, ni aun en los incrédulos... (y yo no lo soy del todo), quitar su fe y su espe-*

<sup>336</sup> Gloria, cit., p. 118.

<sup>337</sup> Gloria, cit., p. 120-121.

<sup>338</sup> Estas palabras de Rafael coinciden con las que escribió Valera cuando apareció el libro *Azul* de Rubén Darío. Comienza diciendo que en toda obra literaria, por muy superficial y frívola que sea su temática, se refleja siempre una determinada ideología, una escala de valores; por eso, en este libro: “se ven patentes las tendencias y los pensamientos del autor sobre las cuestiones más trascendentales. Y justo es que confesemos que los dichos pensamientos no son ni muy edificantes ni muy consoladores”. Y, a continuación, habla de que, a pesar de los muchos progresos que en el siglo XIX han hecho las ciencias en todos los terrenos, “queda un infinito inexplorado, una densa e inexplorada oscuridad, que parece más tenebrosa por la misma contraposición de la luz con que ha bañado la ciencia la pequeña suma de cosas que conoce. Antes, ya las religiones con sus dogmas que aceptaban la fe, ya la especulación metafísica con la gigante máquina de sus brillantes sistemas, encubrían esa inmensidad incognoscible, o la explicaban y la daban a conocer a su modo. Hoy priva el empeño de que no haya ni metafísica ni religión. El abismo de lo incognoscible queda así descubierto y abierto; y nos atrae y nos da vértigo, y nos comunica el impulso, a veces irresistible, de arrojarnos en él. La situación, no obstante, no es incómoda para la gente sensata de cierta ilustración y fuste. Prescinden de lo trascendente y de lo sobrenatural para no calentarse la cabeza ni perder el tiempo en balde. Esta inclinación les quita no pocas aprensiones y cierto miedo, aunque a veces les infunde otro miedo y sobresalto fastidiosos. ¿Cómo contener a la plebe, a los menesterosos, hambrientos e ignorantes, sin ese freno que ellos han desechado con tanto placer?”.

Crítica de Juan Valera a *AZUL*, en *LOS LUNES DEL IMPARCIAL*, Madrid, 22 de octubre de 1888.

Recogida como *CARTA-PRÓLOGO* en: Rubén Darío: *AZUL*, Madrid, Espasa Calpe, 18ª edc., 1979, Austral N°19, páginas 9-16.

*ranza a los que las tienen, máxime si esas doradas ilusiones constituyen su único tesoro en el mundo...; y de aquí el que, cuando todos los habitantes del cortijo me creían “buena”, fuese algunos días a misa, por no escandalizar ni debilitar sus creencias religiosas”<sup>339</sup>.*

Si comparamos estas tres citas, nos daremos cuenta de que la concepción que aparece en ellas sobre la función de la religión, es exactamente la misma: contribuir al conformismo social. Únicamente difieren en la formulación: Campión y Alarcón presentan la cara amable, la cara superficial; Galdós la real, la oculta. La razón es evidente: unos, Campión y Alarcón, buscan ensalzarla porque su ideología es afín a la del sistema social al que la religión sirve de cobertura; por eso, además, en el primer caso es el narrador quien toma directamente la palabra. Galdós, por el contrario, pretende desmitificarla porque sirve de apoyo al sistema social que él combate; para que la acusación resulte más eficaz no es el narrador quien toma la palabra, sino que se la cede al personaje; así, no sólo lo desenmascara, sino que también denuncia su cinismo.

El poder de la Iglesia se materializa, por tanto, a través de una doble vía: social y síquica, aunque en la práctica ambas van unidas. La social la lleva a cabo mediante la alianza con el poder. La síquica actúa en la esfera individual: Ana Ozores, Francisco Páez, Fortunata. Las dos persiguen el mismo fin: frenar al proletariado y conseguir la aquiescencia del pueblo para que acate sumisamente las consignas tanto del poder civil como eclesiástico.

Como conclusión general de todo lo expuesto en las páginas precedentes se puede afirmar que la novela de ideología conservadora subraya los beneficios que la religión proporciona al pueblo y critica con acritud el libertinaje de algunos individuos de las clases altas, que por vivir de un modo inmoral utilizando la religión como medio de lucimiento y ostentación social –“el buen tono”- no dan el ejemplo que de ellos cabría esperar para edificar a las clases bajas. La novela liberal, por su parte, denuncia la falta general de sentimiento religioso como consecuencia de los abusos, el materialismo y la alianza de la Iglesia con el poder. Pero eso no quiere decir que sean irreligiosos; ni siquiera anticlericales. Como ya dije al principio, el verdadero trasfondo de la denuncia es la colaboración de la Iglesia con el Antiguo Régimen. Conforme la correlación de fuerzas vaya cambiando, irán siendo conscientes de la utilidad de la religión para contener a sus nuevos adversarios. Pero no van a apelar abiertamente al papel social de la religión, sino a la necesidad del espiritualismo como uno de los componentes de la dimensión moral del ser humano.

### **3.2.2.3. La necesidad de la religión.**

Es decir, la crítica de la novela liberal no va contra la religión sino contra la Iglesia por su exceso de materialismo y déficit de espiritualismo. Esto se puede observar, por ejemplo, en el hecho de que todos ellos, aunque con diferentes matices, van a propugnar, explícita o implícitamente, la necesidad de la religiosidad; lo cual es un primer paso para terminar reclamando la de la religión. Dos son los argumentos con los que los escritores fundamentan la necesidad de la religiosidad: su existencia natural y la incapacidad del racionalismo positivista para explicar, y en consecuencia satisfacer, la dimensión espiritual del ser humano.

---

<sup>339</sup> *La Pródiga*, cit., p. 218.

### A) La religiosidad natural.

Galdós, el más laico en mi opinión de los escritores de esta generación, describe con emocionada ternura la “religiosidad” de Nela:

*“Exacta era la idea de Teodoro Golfín al comparar el espíritu de Nela con los pueblos primitivos. Como en Éstos, dominaba en ella el sentimiento de la fascinación de lo maravilloso; creía en poderes sobrenaturales, distintos del único y grandioso Dios, y veía en los objetos de la Naturaleza personalidades vagas que no carecían de modos de comunicación con los hombres. [...]”*

*La persona de Dios representábasele terrible y ceñuda, más propia para infundir respeto que cariño. Todo lo bueno venía de la Virgen María, y a la Virgen debía pedirle todo lo que han menester las criaturas. Dios reñía y ella sonreía. Dios castigaba y ella perdonaba. No es ésta idea tan rara que llame la atención. Casi rige en absoluto a las clases menesterosas y rurales de nuestro país”<sup>340</sup>.*

Esta apología de la religiosidad elemental y natural de Nela funciona como contrapunto de la institucionalización de la religión analizada en los epígrafes precedentes. No hay nada más que compararla, por ejemplo, con la reacción de los clérigos, ya comentada, cuando les pagan para que celebren por Nela un pomposo funeral. El verdadero sentimiento religioso sólo sigue presente –como afirma explícitamente al final de la cita– entre la gente humilde. Especialmente cuando esta gente vive en contacto con fuerzas de la naturaleza que, por su inmensidad, no pueden llegar a comprender ni a dominar; así, los habitantes de Rodillero

*“desde la mar a la taberna, desde la taberna a casa, desde casa otra vez a la mar, y así un día y otro, hasta que se mueren o inutilizan. Hay, no obstante, en el fondo de su alma una chispa de espiritualismo que no se apaga jamás, porque le mantiene viva la religión. Los habitantes de Rodillero son profundamente religiosos; el peligro constante en que viven les mueve a poner el pensamiento y la esperanza en Dios. El pescador todos los días se despide para el mar, que es lo desconocido; todos los días se va a perder en ese infinito azul de agua y de aire sin saber si volverá. Y algunas veces, en efecto, no vuelve: no se pasan nunca muchos años sin que Rodillero pague su tributo de carne al océano. [...] Poco a poco, esta existencia va labrando su espíritu, despegándoles de los intereses materiales, haciéndoles generosos, serenos y con la familia tiernos”<sup>341</sup>.*

La conciencia de su fragilidad, provocada por las duras condiciones de su existencia, hace que surja en los marineros un sentimiento espiritual que redonda en su mejoramiento como personas. Aquí el sentimiento religioso destaca por encima de los ritos y ceremonias que quedan en un segundo plano. En este sentido me parece muy significativo que, al final de la novela, cuando van a dar las gracias al Cristo de Rodillero, después de haberse salvado de una tormenta, el novelista se centra en los marineros primero, y en el Cristo después, cuya figura es identificada con la de los pescadores:

*“Y en la pequeña iglesia de Rodillero el milagroso Cristo les aguardaba pendiente de la cruz, con los brazos abiertos. Él era también un pobre náufrago, libertado de las aguas por la piedad de unos pescadores; había probado como ellos la tristeza y la soledad del Océano y el amargor de sus olas”<sup>342</sup>.*

La ceremonia religiosa, el rito litúrgico constituido por la misa, se omite por completo. Es decir, para Palacio Valdés lo importante es el espíritu religioso porque es indispensable pa-

<sup>340</sup> *Marianela* [1878], Madrid, Alianza, 3ª reimpresión, 1878, LB 985, p. 145 y 148.

<sup>341</sup> Armando Palacio Valdés: *José, novela de costumbres marítimas* [1885], Madrid, Cátedra, 3ª edc., 1982, LH 25, edición de Jorge Campos, p. 60.

<sup>342</sup> *Ibid.*, p. 213.

ra el desarrollo de la dimensión moral de la persona<sup>343</sup>. En la misma línea se sitúan las reflexiones de don Pompeyo. No deja de ser paradójico que Guimarán, el ateo oficial de Vetusta, sea en el fondo más religioso, sin pisar nunca una iglesia, que sus devotos paisanos que las frecuentan asiduamente. Por eso, siente una gran tristeza, y reflexiona con amargura, ante la forma como los vetustenses celebran las fiestas religiosas:

*“Los ‘católicos’ celebraban un aniversario religioso. ¿Pero cómo? ¡Oh ludibrio! Don Pompeyo se acercó al atrio; observó desde fuera. Lo mejor y lo peor de Vetusta estaban allí amontonados; las chalequeras, los armeros, la flor y nata del paseo del bulevar, aquel mundo del andrajo, con sus hedores de miseria, se codeaba insolente y vocinglero con la ‘Vetusta elegante’ del espolón y de los bailes del Casino; y para colmo del escándalo, según don Pompeyo, ‘so capa’ de celebrar una fiesta religiosa la juventud dorada del clero vetustense, todos aquellos ‘licenciados de seminario’, como él los llamaba con pésima intención, paseaban también por allí, apretados, prensados, con sus manteos y todo, en aquel embutido de carne lasciva<sup>344</sup>, a oscuras, casi sin aire que respirar, sin más recreo que el poco honesto de sentir el roce de la especie, el instinto del rebaño, mejor, de la piara. Y separando los ojos de ‘aquella podredumbre en fermento, de aquella gusanera inconsciente’, volviolos Guimarán a lo alto, y miró a la torre que con un punto de luz roja señalaba al cielo... ¡Aquí no hay nada cristiano, pensó, más que ese montón de piedras!”*

Don Pompeyo, que es un hombre de una gran probidad intelectual, no soporta el espectáculo que está viendo:

*“Huyó de la catedral, triste, aprensivo, dudando de la Humanidad, de la Justicia, del Progreso... y apretando los dientes para que no chocasen los de arriba con los de abajo. Entró en su casa... Pidió tila, se acostó... y al verse rodeado de su mujer y sus hijas, que le echaban sobre el cuerpo cuantas mantas había en casa, el ateo empedernido sintió una dulce ternura nerviosa, una calorcillo reconfortante y se dijo: ‘Al fin, hay una religión, la del hogar’”<sup>345</sup>.*

Paradójicamente –aunque probablemente sea un sarcasmo más de Clarín– el “espiritualismo” de don Pompeyo va a ser utilizado con meticoloso cálculo materialista –estableciéndose así un vivo contraste entre ambos– por don Fermín para sacar el máximo provecho de la “conversión”, cuando Guimarán, gravemente enfermo, accede, ante los ruegos y lloros de su mujer e hijas, a las que no quiere dar un disgusto, a confesarse, dando así una muestra más de su delicadeza de espíritu:

*“Mientras hablaba con don Pompeyo de la religión, de sus dulzuras, de la necesidad de una Iglesia que se funde en revelaciones positivas, el Magistral preparaba todo un plan para sacar provecho de su victoria... Ya que aquel tontiloco se le metía entre los dedos, no sería en vano. Los otros tontos, los que creían que Guimarán era ateo de puro malvado y de puro sabio, mirarían aquella conquista como cosa muy seria, como una ganancia de incalculable valor para la Iglesia. [...] No, no sería él bobo, su madre tenía razón, había que sacar provecho”<sup>346</sup>.*

<sup>343</sup> En una novela de la que hablaré más adelante, *El origen del pensamiento*, satiriza el positivismo racionalista precisamente por olvidarse de la dimensión espiritual del hombre.

<sup>344</sup> Resulta muy significativo que las reflexiones de don Pompeyo coincidan plenamente con las del narrador en pasajes ya citados, como la descripción de la misa de Nochebuena o la procesión del Vienes Santo. Esta coincidencia indica que don Pompeyo es portavoz de las ideas de Clarín.

<sup>345</sup> *La Regenta*, cit., p. 540.

<sup>346</sup> *Ibid.*, p. 546.

También la conducta de Camoirán, el sencillo obispo de Vetusta, contrasta vivamente con la de don Fermín. Mientras éste busca a sus penitentes entre la clase alta que se lo disputa, todo lo contrario le sucede al prelado. Las damas se aburren pronto de él porque

*“era demasiado madrugador, y ni siquiera guardaba consideraciones a las señoras delicadas. Se ponía en el confesonario al ser de día.*

*Se le fue dejando poco a poco. Aquello de tener que mezclarse en la capilla de la Magdalena (del trasaltar) con multitud de criadas y beatas pobres, tenía poca gracia. Y el Obispo las iba llamando por ‘rigurosa antigüedad’, como en una peluquería, sin tener en cuenta si eran amas o criadas. Era demasiado ‘hacer el apóstol.’ Se le dejó.*

*Pronto se vio rodeado de nada más que de populacho, madrugador. Canteros, albañiles, zapateros y armeros carlistas, beatas pobres, criadas tocadas de misticismo más o menos auténtico, chalequeras y ribeteadoras: éste fue su pueblo de penitentes bien pronto”<sup>347</sup>.*

En otra ocasión, don Fermín que se niega a contribuir en una suscripción para ayudar a las familias de unos naufragos, echa en cara a don Fortunato que se endeude por hacer caridad:

*“-Yo no sé lo que debo ya a tu madre, Fermín; debe de ser un dineral.*

*-Sí, señor, un dineral, pero lo peor no es que usted nos arruine, sino que se arruina también, y lo sabe el mundo, y esto es un desprestigio de la Iglesia... Empeñarse por los pobres... Ser un tramposo de la caridad. Hombre, por Dios, ¿dónde vamos a parar? Cristo ha dicho: reparte tus bienes y sígueme, pero no ha dicho: reparte los bienes de los demás”<sup>348</sup>.*

Luego, tampoco Clarín es irreligioso. Es cierto que el obispo don Fortunato Camoirán es el único clérigo de *La Regenta* visto de un modo positivo; el único que goza de las simpatías del narrador y, por lo mismo, de la antipatía de los canónigos del cabildo catedralicio, quienes frecuentemente murmuran de él. La crítica de Clarín se dirige, por tanto, a una Iglesia que, como institución, se ha apartado de la que debería ser su verdadera misión. La solitaria figura de Camoirán<sup>349</sup> indica que todavía quedan algunos miembros puros a los que sólo preocupa la faceta espiritual, la misma que sigue presente de un modo instintivo natural en la gente sencilla y humilde, como Nela o los pescadores de Rodillero, y en las personas de buena voluntad como don Pompeyo Guimarán.

### **B) Las insuficiencias del racionalismo.**

El segundo argumento con el que fundamentan la necesidad de la religiosidad es de tipo filosófico-estético. Y en esto coinciden un autor de ideología conservadora, Valera, con otro de talante más liberal, Palacio Valdés.

Ya he citado en páginas precedentes cómo Valera exaltaba las procesiones por su carácter didáctico-estético. El enfatizar el didactismo de los actos litúrgicos –fenómenos señalado por Mayer- lo sitúa en la órbita del Antiguo Régimen. Con Palacio Valdés tiene en común el destacar el esteticismo de la religión y, sobre todo, el burlarse de los intentos de mezclar la religión con la ciencia, aunque la burla de Valera es mucho más tenue.

<sup>347</sup> *La Regenta*, cit., p. 240.

<sup>348</sup> *Ibid.*, p. 385.

<sup>349</sup> Evidentemente no todo son virtudes en el obispo. Es una persona débil, apocada, que se deja dominar por don Fermín en cuya presencia tiembla y se pone azorado como un adolescente. Pero, en medio de la atmósfera de corrupción y materialismo en la que viven todos los clérigos vetustenses, su generosidad, desprendimiento y el desapego del poder hacen de él un personaje singular.

El deán, en una de sus anotaciones, refiriéndose a la transformación de don Luis de Vargas, comenta que todas las religiones, incluso las “científicas”, coinciden en que para alcanzar la perfección moral hay que realizar grandes esfuerzos:

*“Mucho hay que afanarse, mucha purificación se necesita, mucha penitencia se requiere para empezar a estar bien con Dios y a gozar de sus regalos. Hasta en las vanas y falsas filosofías, que tienen algo de místico, no hay don ni favor sobrenatural, sin poderoso esfuerzo y costoso sacrificio. Jámblico no tuvo poder para evocar a los genios del amor y hacerlos salir de la fuente Edgardara, sin haberse antes quemado las cejas a fuerza de estudio y sin haberse maltratado el cuerpo con privaciones y abstinencias. Apolonio de Tiana se supone que se maceró de lo lindo antes de hacer sus falsos milagros. Y en nuestros días, los krausistas, que ven a Dios, según aseguran, con vista real, tienen que leerse y aprenderse antes muy bien la **Análítica** de Sanz del Río, lo cual es más dificultoso y prueba más paciencia y sufrimiento que abrirse las carnes a azotes y ponérselas como una breva madura”<sup>350</sup>.*

La conclusión, aunque Valera no la explicita, es evidente: dado que todas las religiones exigen esfuerzos, todas son en el fondo lo mismo. Luego, ¿para qué inventar nuevas formas si la que ya tenemos es más comprensible y menos abstrusa que otras que se presentan como ultramodernas? Porque, claro está, nadie puede negar que es mucho más fácil –y también más ameno– aprenderse el catecismo que la **Análítica** de Sanz del Río. Este mismo razonamiento –no hay nada nuevo, sino diferentes formulaciones de lo mismo– lo va a utilizar también Valera para refutar el materialismo antiprovidencialista; es decir, las modernas teorías que niegan que el universo sea obra de un Dios que ha creado todo lo existente con un plan preestablecido y con una finalidad y afirman, por el contrario, que es la propia materia la que ha ido sufriendo cambios y transformaciones. Para Valera esta teoría, por una parte, es más metafísica y dogmática que las afirmaciones de cualquier religión; pero, por otra, no niega la Inteligencia Creadora, sino que la magnifica:

*“El prurito eficaz, triunfador e infalible, puesto en los átomos de organizarse de suerte que se formen seres que corran y vean, o es aserto misterioso y confuso como el dogma más ininteligible de la más metafísica de las religiones, o presupone en la idea primera, cuyo desenvolvimiento produce el universo, una voluntad y una inteligencia soberanas, no menos grandes que las del ser personal que nos hiciese ojos para ver y piernas para correr. Repito, pues, que casi afirma más esta inteligencia y esta voluntad increadas, no el pensar que se nos dieron ojos para que viésemos y piernas para que corriésemos y alas a los pájaros para que volasen, sino el pensar que desde el origen hay en la materia un afán de volar que produjo al cabo las alas, y un afán de correr que produjo las piernas, y un afán de ver que produjo los ojos.”*

De ahí que el materialismo no niega, sino que ratifica la existencia de Dios:

*“Por lo dicho se me antoja con frecuencia que la tal doctrina de los materialistas novísimos pudiera purificarse de toda mancha de impiedad, y hasta convertirse en piadosísima doctrina, muy consoladora además y muy rica en pronósticos de progresos, mejoras y adelantamientos indefinidos”<sup>351</sup>.*

Es decir, si las explicaciones científicas son tan “teológicas” como las religiosas y, encima no las contradicen, es mucho mejor mantener la religión tal cual porque, precisamente por ser más fácil de asimilar por el pueblo, es muy útil para mantener el *statu quo*. Las opinio-

<sup>350</sup> Pepita Jiménez, cit., p. 322-323.

<sup>351</sup> Las ilusiones del doctor Faustino, cit., p. 89.

nes ya mencionadas de Rafael del Horro y las afirmaciones de Valera en el *Prólogo* a *Azul*, también comentadas, aclaran hasta qué punto es útil. Luego, Valera, que mantiene una actitud más bien distante hacia la religiosidad popular<sup>352</sup>, defiende la religión porque garantiza la estabilidad social, tanto cuando lo declara explícitamente, como cuando utiliza argumentos racionales para negar a los que, utilizando también argumentos de ese mismo tipo, la niegan. Valera tiene en común con los conservadores su defensa de la religión –aunque evidentemente ninguno de ellos lo dice abiertamente y Valera sí- como instrumento de control del pueblo; y con los liberales, el intento de fundamentar la necesidad de la misma con otros argumentos que no sean los puramente emotivos o teológicos.

También Palacio Valdés defiende la necesidad de la religión por razones filosófico-estéticas, cuya formulación viene a ser la siguiente: todo espíritu cultivado y sensible tiene unas inquietudes, motivadas por la dimensión espiritual del ser humano, que las explicaciones racionales no pueden satisfacer.

*“La verdad es que nunca he sido muy devoto, y debo confesar ingenuamente que en aquella ocasión me llevó a la iglesia, más que el deseo de asistir al Santo Sacrificio, la esperanza de ver a la graciosa hermana. Sin embargo, es bien que se sepa al propio tiempo que no soy ateo ni participo de las ideas materialistas del siglo en que vivimos, las cuales he combatido en verso varias veces. Soy idealista, y protesto con todas mis fuerzas contra el grosero naturalismo. Además, a un poeta lírico no le sienta mal nunca un poco de religión”*<sup>353</sup>.

Estas palabras de Ceferino Sanjurjo –protagonista de la novela y portavoz de las ideas del narrador- son fundamentales para entender su pensamiento en materia de religión: Palacio Valdés sostiene que es imprescindible para el ser humano el cultivo de sus facultades espirituales, cultivo que no se puede hacer al margen de la religión porque se corre el riesgo de caer en el grosero materialismo que consiste en reducir el ser humano a un conjunto de átomos y de reacciones químicas. Esta idea va a ser combatida unas veces mediante la descalificación y, otras, utilizando la ironía. Descalifica a todos los que hacen gala de irreligiosidad. Marroquín es redactor de un periódico –*La Independencia*- que, como enemigo del gobierno, participa en todas las conspiraciones. Pero no sólo es hostil al gobierno, sino también “enemigo nato del Supremo Hacedor y hombre hirsuto hasta donde un bipedo puede serlo”<sup>354</sup>. Es muy amigo de otro redactor:

*“Un cura apóstata y liberal que se había dejado crecer la barba hasta el pecho y contaba a sus compañeros los secretos de la confesión cuando venía un poco o un mucho beodo. Era íntimo de Marroquín. Ambos tenían la misma ojeriza a la Divinidad, y ambos trabajaban por libertar a la Humanidad de su yugo”*<sup>355</sup>.

<sup>352</sup> Por ejemplo, ironiza sobre la religiosidad de los habitantes de Villabermeja: “...todo aquel suelo parece a sus hijos, que enamorados le cultivan, tan fértil y bendito, que no aciertan a explicarse naturalmente su fertilidad generosa, y sostienen que el trono de la Santísima Trinidad está colocado precisamente sobre sus cabezas y que deja sentir su benéfico influjo por todos aquellos contornos. Creen, además, que el Santo Patrón del pueblo es muy celoso y activo, y que siempre está intecediendo con Dios para que todo prospere y mejore. Así, y no de otra suerte, logran, según ellos, mediante una especial providencia e intercesión divina, la riqueza y hermosura del paraíso en que presumen que viven”. Y en las procesiones del patrón la multitud grita enfervorizada: “¡Viva nuestro Santo Patrono, que es tamaño como un pepino y hace más milagros que cinco mil demonios!”. *Las ilusiones...*, cit., p. 50-51.

<sup>353</sup> *La hermana San Sulpicio*, cit., p. 33.

<sup>354</sup> Armando Palacio Valdés: *Maximina* [1886], Madrid, Emesa, 1978, NC 218, p. 50.

<sup>355</sup> *Ibid.*, p. 53.



El comienzo de la novela se sitúa en los prolegómenos de la Revolución de Septiembre. Cuando ésta triunfa, Marroquín y sus colegas se manifiestan en las calles

*“enarbolando un descomunal estandarte azul donde se leía con letras doradas: ‘Abolición inmediata del culto y clero’. Todo era jarana, bulla y regocijo aquel día, 30 de septiembre, en la capital de España”*<sup>356</sup>.

Las opiniones de estos dos personajes quedan desautorizadas no sólo por la distancia que el narrador establece con ellos, evidente en la breve caracterización que hace de ambos, sino por el alejamiento de Miguel Rivera, el personaje sensato de la novela y, por lo mismo, *alter ego* del narrador. Rivera es de ideología liberal y simpatiza con la revolución pero, cuando observa estas mascaradas, siente una profunda repulsión, comienza a retirarse de la vida pública y se refugia en su vida familiar y en sus lecturas. De la misma escuela que Marroquín y sus camaradas es Álvaro Peña, miembro activo de las fuerzas liberales de Sarrió, que se reúnen en el teatro con la intención de recoger iniciativas para fomentar el progreso. Peña toma la palabra:

*“Sajio ha sido un pueblo dominado por la teocracia; mucha novena, mucho sejmón, mucho josario, y no pensaj para nada en el fomento de sus intereses, ni en aprendej nada útil. Es necesario sacudij el yugo teocrático. Un pueblo dominado por los curas, es siempre un pueblo atrasado... y sucio”*<sup>357</sup>.

Fundan un periódico al que titulan **El Faro de Sarrió**: *“nombre altamente expresivo y sonoro, y de alcance singular, por cuanto no otra cosa se proponía su fundador que esclarecer a su pueblo y darle esplendor”*<sup>358</sup>. Peña ve en el periódico un instrumento ideal para su cruzada antiteocrática y comienza una campaña de denuncias contra la Iglesia:

*“Sucedió que Álvaro Peña, firmemente convencido, como ya sabemos, de que todos los dolores e imperfecciones que padecemos los humanos dependen exclusivamente de la preponderancia del clero, propúsose aprovechar el arma del periódico para emprender contra él una activa campaña”*<sup>359</sup>.

Las reacciones del “bando teocrático” no se dejan esperar. Dos curas, que se sienten aludidos, esperan una noche a Sinforoso, que es el redactor jefe, y la emprenden a bofetadas con él. Llega Peña y ayuda a su compañero repartiendo bastonazos, al tiempo que increpa a los curas:

*“Sólo estas aves noctujnas son capaces de esperaj traidoramente a un hombre indefenso, alterando el oijden público y tujbando el sueño de los vecinos... Es menestej concluij con esta jaza de alimañas que chupan la sangre del pueblo, y aspiran a tenejlo siempre sumido en la bajarbie... ¡Éstos son los ministros de Dios! ¡Los apóstoles de la caridad! ¡Los etejnos pejtujbadores del orden social!”*<sup>360</sup>.

Toda la novela, como se puede apreciar en las citas precedentes, está escrita en clave irónica —en realidad hay dos acciones, una humorística y otra trágica— haciendo una mordaz parodia del papel de la prensa en determinados asuntos. Sin entrar a comentar la acción trágica —aunque tiene relación con la humorística— y centrándome únicamente en ésta, la con-

<sup>356</sup> *Maximina*, cit., p. 124.

<sup>357</sup> Armando Palacio Valdés: *El cuarto poder. Novela de costumbres*, Madrid, tipografía de Manuel Ginés Hernández, Libertad 16 duplicado, bajo, 1888. 2 tomos, 290 y 338 págs. BN: 1/54550-1. T. I, p. 198.

<sup>358</sup> *Ibid.*, p. 254.

<sup>359</sup> *Ibid.*, p. 278.

<sup>360</sup> *Ibid.*, p. 289.

clusión me parece evidente: Palacio Valdés desautoriza mediante la sátira a los que se valen de la prensa para divulgar una serie de tópicos anticlericales ya bastante manidos, y por ello mismo inoperantes, pero que convierten la religión en tema de controversia política. Y en la misma línea se sitúa la ironía de Clarín sobre los “irreligiosos” de Vetusta:

*“Cuando ‘estalló’ la Revolución de Septiembre, Guimarán tuvo esperanzas de que el libre pensamiento tomase vuelo. Pero, nada. ¡Todo era hablar mal del clero! Se creó una sociedad de filósofos..., y resultó espiritista; el jefe era un estudiante madrileño que se divertía en volver locos a unos cuantos zapateros y sastres. Salió ganando la Iglesia, porque los infelices menstrales comenzaron a ver visiones y pidieron confesión a gritos, arrepintiéndose de sus errores con toda el alma. Y nada más; a eso se había reducido la ‘revolución religiosa’ en Vetusta, como no se cuente a los que ‘comían de carne’ en Viernes Santo”<sup>361</sup>.*

Es decir tanto Clarín como Palacio Valdés ironizan y se burlan del anticlericalismo por anacrónico e inoperante<sup>362</sup>. Valdés sostiene, además, que la religión no hay que convertirla en objeto de polémicas humanas: ni políticas ni, muchísimo menos, científicas.

Contra esta última idea va a utilizar también la sátira de un modo inmisericorde. Si en *Maximina* y en *El Cuarto Poder* hay lo que podríamos denominar una defensa implícita de la religiosidad –defensa que se puede deducir de los ataques que lanza contra los anticlericales– en *El origen del pensamiento* esa defensa se hace explícita, también a través de la ironía, pero ahora no contra los anticlericales, sino contra los que se valen del positivismo para en nombre de la razón negar o mostrarse escépticos con la dimensión espiritual del ser humano. Dos pseudocientíficos, o mejor dicho, “científicos aficionados”, pretenden descubrir lo que el título de la novela indica. Uno es un charlatán, Adolfo Moreno, que convence a don Pantaleón Sánchez, rico comerciante retirado, para que financie su proyecto científico. Don Pantaleón, se convierte pronto en un apóstol de la ciencia convencido de que hay que llevar el análisis a todo. Empieza estudiando vegetales:

*“Las profundas observaciones que había llevado a cabo en los últimos tiempos sobre las cebollas, las patatas y otros ejemplares del reino vegetal, lo mismo que el estudio atento de algunos animales domésticos, le habían empujado tan fuertemente al análisis que no comprendía otro método”<sup>363</sup>.*

En muy poco tiempo se convierte en todo un “científico”:

*“Seis meses nada más bastaron para que el genio que dormía en el fondo del espíritu de don Pantaléon Sánchez se levantara y echase a andar por la tierra. En este corto espacio de tiempo su mirada penetrante abarcó de una vez la existencia toda y sondó sus inefables arcanos”<sup>364</sup>.*

Inmediatamente llega a una irrefutable conclusión:

*“En el mundo no había más que hechos, hechos ‘constatados’, como decía un libro traducido del francés que Moreno le había prestado”. Y, como consecuencia, de este descu-*

<sup>361</sup> *La Regenta*, cit., p. 414.

<sup>362</sup> Recordemos que hablando de los obreros de Vetusta, Clarín afirmaba que no eran anticlericales; que eso era cuestión del pasado; ahora tenían otras preocupaciones más importantes que meterse con los curas: hacer la revolución social.

<sup>363</sup> *El origen del pensamiento*, Madrid, Imprenta de los hijos de M. G. Hernández, Libertad 16, duplicado bajo, 1893, 477 págs. BN: 1/80325, p. 182.

<sup>364</sup> *Ibid.*, p. 181.

*brimiento: “Todas las supersticiones se borraron de pronto de su privilegiada inteligencia: no sólo la superstición de Dios, la del alma y la moral”*<sup>365</sup>.

Todas estas supersticiones desaparecen de su mente porque “ni el escalpelo ni el microscopio habían tropezado jamás con el alma ni con el Ser Supremo”. Es entonces, cuando en una discusión en el café, se le ocurre una felicísima frase que sintetiza su pensamiento:

*“Ha concluido el reinado de los poetas y comienza el de los fisiólogos. Llegó la hora de arrancarse la toga y ponerse la blusa del operador. El alma está hecha de sustancia gris, el corazón es un músculo encargado de dar movimiento a la sangre”*<sup>366</sup>.

Llegan a un pueblo próximo a Madrid que está celebrando sus fiestas patronales, de lo cual se alegran porque les va a permitir realizar un estudio que vienen planeando desde hace tiempo:

*“Nuestros antropólogos se enteraron en seguida de que se celebraba la fiesta de la santa patrona del pueblo, y no les pesó de llegar a este tiempo, porque el estudio concienzudo del instinto religioso en el animal humano les preocupaba hacía tiempo, sobre todo a Moreno. Así que después de descansar unos minutos en los bancos de una taberna, se encaminaron a la Iglesia, donde les dijeron que iba a comenzar pronto una solemne misa cantada”*.

Palacio Valdés no pierde ocasión de ironizar acerca de los dos “sabios”, lo que, evidentemente, es una forma de desautorizarlos:

*“Sus figuras un poco raras, aunque científicas, no dejaban de llamar la atención en el pueblo, aunque estuviese éste tan próximo a Madrid. Quizá en Madrid llamasen también la atención; porque en la capital de España, no hay más remedio que confesarlo, tampoco es frecuente ver a los sabios en su verdadero traje por las calles”*<sup>367</sup>.

El traje de sabio, según describe en otro lugar, consistía en una capa de vuelo, un sombrero muy ancho, unos zapatos de clavos y gafas oscuras. Van a la iglesia y, delante de la imagen de la Virgen, Moreno hace el siguiente comentario:

*“Siendo todas las divinidades en su origen –decía Moreno metiéndole la boca por el oído a su amigo- individuos humanos que han demostrado alguna superioridad y han hecho algún beneficio, sería curioso saber quién era esa mujer que está ahí en el altar y a qué se dedicaba”*.

Como estos comentarios escandalizan a una vieja, que los oye, deciden callarse “*pensando que no era prudente despertar los instintos salvajes del hombre primitivo emocional*”<sup>368</sup>. Se encuentran con un conocido, amigo de los curas de la comarca, y éstos los invitan a todos a comer con ellos. A los postres, cuando todos se hallan bastante excitados por el vino, a don Pantaleón no se le ocurre otra cosa que pronunciar un discurso, dirigido a los curas, en el que expone los principales puntos de su ideario científico:

*“Vosotros representáis la infancia de la humanidad. [...] Nosotros representamos la edad viril; [...] La ciencia, incansable en la investigación de la verdad, ha arrancado a los dioses el cetro y la corona [...] para dárselo al calórico, al magnetismo, a la electricidad. [...]*

<sup>365</sup> *Ibid.*, p. 181.

<sup>366</sup> *Ibid.*, p. 187. Recordemos la afirmación de Ceferino Sanjurjo de que a todo poeta lírico no le viene mal un poco de religión.

<sup>367</sup> *Ibid.*, p. 286.

<sup>368</sup> *Ibid.*, p. 288-289. Representantes del hombre primitivo emocional son, por ejemplo, los pescadores de Rodillero a los que retrata en *José*.

*Es necesario abrir los ojos y comprender que el misterio de la existencia no es tal misterio. La ciencia lo ha explicado ya cumplidamente. Es necesario entender que no hay un solo Dios, sino cuatro, que son el oxígeno, el hidrógeno, el carbono y el ázoe*<sup>369</sup>.

Cuando los curas escuchan semejantes dislates, empieza una agria discusión que termina a golpe limpio. La ironía del autor se ceba en este caso con los clérigos<sup>370</sup>:

*“No es fácil representarse el estupor que se apoderó del ingenioso Sánchez al ver a aquellos energúmenos vociferando frente a él y metiéndole los puños por la cara. [...] El furor se enseñoreó de todas las cabezas clericales. Ruedan las sillas, quiebran platos y botellas; la pequeña sala resuena con los gritos de los enfurecidos presbíteros. [...] Uno gordo era el que más gritaba: “-¡Dejadme, dejadme!- gritaba con voz estentórea-. Quiero arrancar todas las muelas a ese ‘esprit fort’. Y este deseo extravagante, más propio de un dentista que de un licenciado en sagrada teología, llenaba de terror el alma de Moreno”*<sup>371</sup>.

Es decir, lo mismo que en *El cuarto poder*, Palacio Valdés narra una pelea de curas con los que, por defender ideas progresistas, niegan la religión. Son, pues, dos novelas paralelas tanto en el tema como en los procedimientos. En *El cuarto poder* trata de los conflictos entre religión y política; en *El origen del pensamiento*, entre religión y ciencia. En ambas novelas el tratamiento es satírico. La conclusión resulta clara: la religión, como actividad perteneciente a la esfera del espíritu, tiene que estar al margen de las discusiones tanto políticas como científicas; los que mezclan ambas cosas no entienden el verdadero valor de la misma. Pero en ambas novelas hay también una segunda acción, que termina de un modo trágico en la primera y, por muy poco, no sucede lo mismo en la segunda. A don Pantaleón, obsesionado con descubrir el origen del pensamiento, no se le ocurre mejor cosa que horadarse el cerebro con una barrena, pero, como el dolor se le hace insoportable y, además, la mucha sangre que brota de la herida le impide observarse en el espejo, secuestra a su propio nieto y lo oculta en su laboratorio para experimentar con él. El niño es salvado *in extremis* y don Pantaleón, encerrado en Leganés. La novela termina con un monólogo de Mario, el padre del niño secuestrado y yerno de don Pantaleón, en el que formula un deseo que es, al mismo tiempo, una especie de moraleja de todo lo ocurrido:

*“He visto a mi hijo inocente padecer horribles martirios. He visto a ese desgraciado que ahí queda infligírselos por un impulso fatal. Mi espíritu sangra y no comprende nada. ¡Glorioso Sol, arrástrame contigo; condúceme al templo de la Verdad y la Bondad infinitas, a la morada de ese Poder en cuyo seno divino todas las contradicciones se resuelven, todos los dolores se apagan! Quiero ver desde esas puras estrellas que ocultas con tu presencia a esta mísera tierra encadenada a su feroz egoísmo, a su tristeza y oscuridad”*.

<sup>369</sup> *El origen del pensamiento*, cit., p. 297-299.

<sup>370</sup> Palacio Valdés no sólo se burla de los que en nombre de la ciencia pretenden negar la espiritualidad, sino también de la actitud cerrilmente anticientífica de la Iglesia en determinados asuntos. Por ejemplo, el siguiente diálogo en el que don Pantaleón intenta explicarle a su hija ciertos aspectos fisiológicos del matrimonio:

*“-Mira, papá, no me des más jaqueca con el ovario, la fecundación y todo eso. El confesor me lo ha prohibido. Lo creo –respondía con acento profundo el sabio.- Pero si el confesor tiene interés en mantenerte en la ignorancia, mi deber de padre me obliga a disipar las tinieblas en que vives. Has de saber que los espermatozoos...*

*-¡Dale! Te digo, papá, que no quiero saber eso.*

*-Son unos microorganismos dotados de movimientos rápidos...*

*-¡Vaya, esto es insufrible! Me voy a coser a otro lado”*. P. 188.

<sup>371</sup> *Ibid.*, p. 300-301.

Su mujer, Carlota, la hija mayor de don Pantaleón, se acerca a preguntarle que qué le pasa. Pero el amigo de la familia Miguel Rivera —el protagonista de **Riverita** y marido de **Maximina**—

*“al observar la actitud contemplativa del artista y la extraña expresión mística de sus ojos, comprendió lo que pasaba en su alma.  
-Déjalo —manifestó gravemente—. Tu marido quizá sepa en este momento dónde se halla el origen del pensamiento”*<sup>372</sup>.

Hay cosas, pues, que están por encima de la ciencia, que escapan a su control; la religión es una de ellas. Por tanto resulta absurdo que la ciencia se ocupe de ella tanto para negarla como para fundamentarla<sup>373</sup>. Su fundamento reside en que viene a llenar el anhelo de espiritualidad innato en todo ser humano que tenga un mínimo de sensibilidad y a darle sentido a muchos pensamientos que, sin ella, resultarían absurdos. Y esto sin olvidar que, como Ceferino Sanjurjo afirmaba, a los poetas siempre les viene bien un poco de religión: Mario es escultor.

Palacio Valdés, al utilizar la sátira para burlarse de los que atacan a la religión en nombre de la razón, no sólo está defendiendo la religión, sino también fijándole límites a la razón a la que advierte de que, a pesar de sus pretensiones de controlarlo y explicarlo todo, hay cosas que escapan a su competencia. Es decir, después de muchos siglos en los que la razón ha estado sometida a la religión, en el último la razón ha pretendido invertir los términos. Palacio Valdés está de nuevo volviendo a la situación de origen. Al situar la religión al margen de la actividad racional —la afirmación católica de la fe consiste precisamente en eso— la convierte en intocable. Y lo mismo hace Galdós con su exaltación del sentimiento religioso natural, pues éste es igualmente de índole irracional. Cuando el sistema burgués capitalista sufra una profunda crisis en el primer tercio del siglo XX como consecuencia de la presión obrera, el irracionalismo se va a constituir como una fuerte corriente de pensamiento con la función de sostenerlo. Ya desde ahora la burguesía se está dando cuenta de los peligros de llevar demasiado lejos el racionalismo, en cuya consolidación ella jugó un papel fundamental, y comienza a cantar la palinodia burlándose de él. Por eso, experimenta un proceso que evoluciona desde atacar a la Iglesia —y por extensión a la religión— con argumentos racionales, a defenderlas apelando a la raíz irracional del fenómeno religioso. Esta evolución queda perfectamente definida en las siguientes palabras de Lafargue:

*“Suponiendo que era posible descristianizar a Francia, los burgueses revolucionarios de 1789 persiguieron a los curas con gran saña. Los más lógicos, pensando que nada podría conseguirse mientras subsistiese la creencia en Dios, abolieron a éste por decreto, como si se tratase de un funcionario, y lo substituyeron por la diosa Razón. Pero apenas la Revolución peligró, Robespierre restableció por decreto al Ser Supremo, pues el nombre de*

<sup>372</sup> *El origen del pensamiento*, cit., p. 476.

<sup>373</sup> Igual que se burla de los dos “científicos” por lo primero, hace de los curas que participan en la comilona por lo segundo: “*El vino despierta siempre con viveza los sentimientos tiernos y las ideas metafísicas. Así que a los postres, varios de aquellos presbíteros se juraban, estrechándose la mano, eterna fidelidad. Algunos se prometían ayuda corporal en el caso de que el sagrado pasto de los mansos parroquiales fuese violado por las ovejas de los incrédulos. Se hacían reticencias oscuras sobre el obispo, que les hacía prorrumpir en carcajadas desaforadas; se dirigían pullas amistosas acerca de los derechos de pie de altar que cada cual recogía; se hablaba con enternecimiento de la cosecha y se probaba matemáticamente la existencia de Dios*”. P. 293

*Dios estaba todavía mal considerado, y algunos meses después los curas salían de sus escondites y abrían de nuevo las iglesias*<sup>374</sup>.

Y, por otra parte, el que Ceferino Sanjurjo, burgués perfectamente integrado y comprometido con los valores de su clase, afirme que la religión viene bien para la estética, no deja de ser una manera encubierta de afirmar que también puede venir bien para otras cosas.

---

<sup>374</sup> Paul Lafargue: *¿Por qué cree en Dios la burguesía?*, Madrid, Júcar, 1979, p. 8.

### 3.2.3. EL PODER. LA FRUSTRACIÓN DE LA BURGUESÍA.

Como quedó recogido en la introducción histórica, lo que caracteriza al período que se inicia en 1868 es que se van a producir alteraciones en las correlaciones de las fuerzas en el poder. En un primer momento, el Antiguo Régimen sufre el embate de la burguesía liberal que cuenta todavía con el apoyo del pueblo. Pero, tras la Restauración, el poder es monopolizado por una oligarquía –formada por elementos del Antiguo Régimen y algunos miembros provenientes de la burguesía, como los Requena o los Torquemada- que, aunque formalmente acepta e incorpora al gobierno los principios políticos y económicos del credo liberal, deja fuera a la burguesía, (que hizo la revolución y contempla ahora con impotente frustración cómo se desmorona por su incapacidad para consolidarla), y, por supuesto, al proletariado que ya no va a querer saber nada más de ella.

¿Cómo recoge la novela esta nueva situación?

La conservadora –Pereda, Navarro Villoslada, Campión- criticando el liberalismo y a aquellos miembros de las clases tradicionales que acepten la más mínima transacción con el mismo. Éstos siguen apelando al pueblo como apoyo y garantía del sistema que defienden.

La liberal –Galdós, Palacio Valdés, López Bago- atacan la Restauración por haber pervertido todos los principios de la revolución. Dos son los blancos fundamentales a los que dirigen sus críticas: la traición de la propia burguesía y la utilización que el nuevo sistema hace del pueblo. Pero esta denuncia –a diferencia de lo que sucedía en el período anterior- tiene más de ataque al poder que de defensa del pueblo, pues ante éste mantienen una cierta actitud de reserva y desconfianza, aunque hay diferencias de matiz entre los diferentes autores que comentaré al hablar de las distintas novelas.

La proletaria –hay una de Anselmo Lorenzo, que se podría denominar así- denuncia el poder constituido sin distinguir entre burguesía liberal y oligarquía de la Restauración, en nombre de la clase trabajadora. Esto último lleva directamente al tema del socialismo y de la Internacional que analizaré en otro punto más adelante.

#### 3.2.3.1. ACTITUD ANTILIBERAL DE LA NOVELA CONSERVADORA.

La novela ideológicamente afín al Antiguo Régimen exalta las relaciones de poder de éste y se opone frontalmente a las de la sociedad burguesa. Muestra para ello una visión idílica del primero, ensalzando las virtudes de los señores, que ejercen el poder de un modo natural movidos únicamente por la voluntad de servir, y critica a la segunda destacando los aspectos negativos: avaricia, osadía, engaño...

#### A) LAS RELACIONES DE PODER EN LA SOCIEDAD TRADICIONAL.

##### a<sub>1</sub>) Virtudes de los señores tradicionales.

Los señores tradicionales son un dechado de virtudes que no poseen ni por asomo sus sucesores burgueses. Han ejercido el poder durante generaciones, pero esto no les ha envejecido lo más mínimo, sino todo lo contrario. Entre ellos se encuentran los Ugarte:

*“Durante siglos y siglos los Ugarte fueron los cabos, los conductores, los guiones, el ejemplo, el sostén de aquellos montañeses, cuyas vidas y haciendas mil veces defendieron, de cuyas aspiraciones mil veces fueron portavoz y enseña. Ni aun la época moderna, letal*

*para las tradiciones, había conseguido romper las que unían a esa familia con sus coterreños, pues siempre los corazones de éstos y aquélla al unísono latieron. Ugarte fueron los capitanes del Valle en la guerra contra la República Francesa, y en la de la Independencia y en la de los realistas del año 22 y en las civiles de 1833 y 1872 y junta corrió la sangre vertida por el plomo francés y el liberal”<sup>375</sup>.*

En esta cita aparecen recogidas tanto las principales virtudes de los Ugarte como del sistema que representan: guías protectores del pueblo, defensores de las virtudes tradicionales, espíritu y capacidad de sacrificio, identificación entre dirigentes y dirigidos sin que exista la más mínima contradicción entre los intereses de unos y otros. A la misma clase social que los Ugarte pertenecen Miguel de Goñi y García Jiménez, poseedores, por tanto de idénticas virtudes. Miguel de Goñi, el señor del valle de su mismo nombre, es profundamente religioso:

*“Fuese invierno o verano, se levantaba al romper el día, y después de dar gracias a Dios por los beneficios que recibía de su bondadosa mano, despachaba a pastores y zagales con los rebaños. [...] No se decía más que una misa en el lugar, pero nunca sin la asistencia de los señores del valle”.*

Resuelve los pleitos impartiendo justicia de un modo muy peculiar:

*“Sentábase Miguel en un banco de piedra, al pie del roble corpulento y majestuoso que se elevaba al Mediodía delante de la iglesia, extendiendo sus robustos brazos sobre el tejado con aire protector. Aquel banco era su trono, su bufete y tribunal. Allí escuchaba y resolvía en pocos minutos los negocios más arduos e intrincados de sus cinco pueblos; y si los litigantes eran pobres, quien perdía el pleito era el juez, que socorría a entrambas partes”.*

La identificación implícita con el roble situado, además, delante de la iglesia subraya por partida doble el espíritu protector de Goñi que se manifiesta, asimismo, en el placer que experimenta en el ejercicio de la hospitalidad:

*“La comida era siempre grande solemnidad. Tanto en el palacio como en el castillo, la sala principal servía de comedor, y la mesa de nogal que del uno al otro extremo se perdía de vista, daba desde luego a conocer costumbres asaz hospitalarias. En efecto: si alguna vez se percibían ráfagas de mal humor en el bondadoso rostro del anciano, era cuando al sentarse a comer veía pocos escaños ocupados. Achacábalo siempre a culpa suya, por no haber obsequiado a las gentes como debía. Así que cuando Plácida observaba que al acercarse el mediodía no habían llegado bastantes huéspedes de las Amezcuas, Araquil, Allo, Guesálaz y otros valles vecinos, o que los ‘echecojaunas’, o padres de familia, súbditos suyos, andaban perezosos u ocupados en labores y pastoreos, cuidaba de llamar a los primeros que se encontraba en el pueblo para que comiesen con el amo”.*

Su generosidad es completamente desinteresada, pues muestra un total desapego hacia los asuntos materiales:

*“Mucho daba la casa de Miguel; pero recibía también, porque, constituyendo la altivez y la gratitud el fondo del carácter navarro, no hay papel que más repugne al montañés que el de parásito. Miguel procuraba enterarse de lo que recibía; jamás llevaba cuenta de lo que daba”<sup>376</sup>.*

¡Qué diferencia entre esta manera de tratar al pueblo y la de Currita de Albornoz! Ésta, de la que ya se ha hablado en los apartados anteriores, se burla del pueblo. En una oca-

<sup>375</sup> Arturo Campión: *Blancos y negros*, cit., p. 49-50.

<sup>376</sup> F. Navarro Villoslada: *Amaya*, cit., p. 105-106.



sión, en la que iba en su coche por el centro de Madrid, se encontró en medio de una manifestación:

*“-¡Pero si esto es muy divertido! –decía Currita con infantil alborozo-. ¡Qué delicia!..., Mire usted, Butrón; mire usted qué graciosos van todos con sus cintitas encarnadas... ¡Uy, aquel jorobadito!... ¡Qué mono!... ¡Ah, pícaro!... ¡lleva una bandera en que pide reforma!... ¡Pues claro está que la necesita!... ¡pobrecito!, ¡sobre todo por la espalda!...”<sup>377</sup>.*

Pero, como no puede avanzar, termina por impacientarse y ordena a su cochero inglés – Tom Sickless- que los atropelle: “-Go on, Tom, go on! Run Throug!... Carry them off!...” Y así lo hizo:

*“Un alarido terrible de terror y de ira salió de la muchedumbre, que se bamboleó a uno y otro lado del surco abierto por el coche; comenzó la gente a correr asustada, [...] y el jorobado que pedía reforma estuvo a pique de sufrirla por completo entre los pies de los caballos y las ruedas y de la berlina”<sup>378</sup>.*

No es la única vez que la marquesa se comporta de esta manera. En unas vacaciones en Guipúzcoa va de excursión con varios de los nobles de su pandilla:

*“En la primera de las banquetas de detrás, María Valdivieso, Paco Vélez y Gorito Sardona reían a carcajadas, disputándose el honor de soplar con alientos de buzo en la sonora corneta, avisando a los pacíficos aldeanos y a las chillonas carretas cargadas de helechos, que se quitasen de en medio, que se echasen a un lado y se tirasen todos de cabeza por cualquier barranco, porque el mail-coach, con seis caballos, de la excelentísima señora condesa de Albornoz, necesitaba libre toda la carretera de Guipúzcoa”.*

No sólo la carretera, cuando entran en los pueblos siguen haciendo lo mismo:

*“Al trote atravesaron las calles de Azeitia, sin hacer caso a los bandos del alcalde y a las multas impuestas; y con riesgo de atropellar a cada paso a los pobres alpargateros que trabajaban en los umbrales de las tiendas, y a los chiquillos que por todas partes pululaban”<sup>379</sup>.*

Hay, pues, una nobleza que se preocupa del pueblo y otra que lo *atropella*. La primera es la que sigue siendo fiel a los valores tradicionales. La segunda los ha traicionado al entrar a formar parte de la oligarquía de la Restauración.

A la primera pertenece, además de Goñi, García Jiménez, otro de los caudillos navarros. Éste es la encarnación de la caballerosidad. Cuando vence a Ranimiro, el jefe de los godos, no sólo no se ensaña ni con él ni con su ejército, sino que lo trata con la mayor atención y cortesía:

*“Ranimiro, yo no os he vencido, ni he medido apenas mis armas con las vuestras. Dios os ha puesto en mis manos. Qedaréis detenido entre nosotros mientras dure la campaña que va a comenzar, para trazar cuyos planes ibais a Iruña. Pero sólo vos quedaréis prisionero, porque sólo vos podéis hacernos daño. Vendréis conmigo, en la seguridad completa de que mientras viva yo no atentará nadie a vuestra vida. [...] Qedaréis con la espada; sois caballero, y la palabra os ligará más que desarme, cadenas y mazmorra”.*

Ranimiro, como no podía de ser otra manera, se muestra igual de caballeroso que su rival:

<sup>377</sup> *Pequeñeces*, cit., p. 95.

<sup>378</sup> *Pequeñeces*, cit., p. 96-97.

<sup>379</sup> *Ibid.*, p. 374 y 378.

*“García Jiménez: me habéis vencido doblemente, por la fuerza de las cosas o de de las armas y por la cortesía. Guardo mi espada, pero os doy mi palabra... -Creo y confío en ella”<sup>380</sup>.*

El hecho de que García Jiménez no lo deje terminar es muy significativo de la confianza que en esta sociedad inspira la palabra de un caballero, lo cual contrasta vivamente, como se verá un poco más adelante, con las intrigas, la desconfianza y el engaño que rigen las relaciones de la sociedad burguesa.

### **a<sub>2</sub>) Igualdad social.**

Por otra parte, la sociedad que en estas novelas aparece es una sociedad igualitaria organizada en

*“tribus cuyos señores sólo se distinguían de los vasallos por el valor y pericia militar, y por su hospitalidad y largueza, que para viajar no necesitaban escolta, convoyes ni equipajes; que si carecían de caminos, tenían, en cambio, una posada en cada casero, mesa puesta en cada lugar y relevo de postas en cada dula o caballeriza”<sup>381</sup>.*

No parece que la cultura se encuentre entre las preocupaciones de los señores pues, cuando García Jiménez le dice a Miguel de Goñi que necesita escribir una carta al rey de los godos éste le responde: *“En mi palacio no se ha conocido jamás recado de escribir”<sup>382</sup>.*

### **a<sub>3</sub>) Fidelidad e identificación del pueblo con el poder.**

El pueblo se siente a gusto, protegido y compenetrado con los que considera sus señores naturales por los que siente un profundo respeto:

*“El respeto y veneración de los vascos a sus señores naturales, y la circunstancia de ser dos y de distintas tribus y casi opuestas regiones, los que seguían las huellas de los godos, hizo reflexionar al pueblo eúscaro, el cual, muy en breve, cayó en la cuenta del peligro de la cristiandad, y la causa de la fe se sobrepuso a las antipatías de raza, a los odios inveterados a la costumbre de la guerra”<sup>383</sup>.*

Es decir, las decisiones de los señores no se discuten; por eso, cuando, dando por terminada la guerra contra los godos, deciden unirse a ellos para luchar en defensa de la fe contra los musulmanes, el pueblo los sigue en bloque. En bloque también acude tanto cuando se trata de luchar como de honrar a alguno de esos señores:

*“Como se hacía cuando algún invasor amenazaba el territorio y era preciso aprestarse a la defensa, o cuando se trataba de convocar a los vizcaínos a junta general so el árbol de Guernica, habíanse tañido las cinco bocinas en las elevadas cumbres de Diz, Gorbea, Sollube, Colisa y Ganecorta, y obedeciendo al llamamiento, una gran multitud compuesta de hombres, mujeres y niños de todas clases y condiciones había acudido en tropel al bosque de Arteaga, ganosa de tomar parte en la fiesta y de honrar con su presencia al insigne merino de Busturia”<sup>384</sup>.*

<sup>380</sup> Amaya, cit., p. 154.

<sup>381</sup> Ibid., p. 201.

<sup>382</sup> Ibid., p. 297. Recordemos que lo mismo sucedía en la novela de Espronceda *Sancho Saldaña*, analizada en el período anterior. Pero en esta novela la incultura se critica como un rasgo negativo del modelo social que está censurando. Por el contrario, en la de Villoslada es una más de las virtudes de la sociedad rural que contribuye a mantenerla incontaminada.

<sup>383</sup> Ibid., p. 528.

<sup>384</sup> Vicente de Arana: *Jaun Zuria o el caudillo blanco. Leyenda histórica original del siglo IX*, Imprenta de la Revista de Vizcaya, 1887, 98 págs. BN: 2/33108, p. 8-9

El pueblo es, además, fiel tanto en la fortuna como en la adversidad, lo cual los equipara en caballerosidad a sus señores. Por eso, cuando doña María de Ugarte es desahuciada y, tras perderlo todo, tiene que emigrar:

*“No le sucedió a la señora de Ugarte lo que a los reyes destronados; toda su servidumbre se ofreció a seguirla, la tertulia continuó celebrándose completa hasta la víspera del viaje, y al bajar a la estación, medio pueblo le hubiese dicho adiós allí, a no impedirlo los amigos de la casa”<sup>385</sup>.*

Este mismo sentido de la fidelidad lo tiene Macabeo quien, en un diálogo ya comentado en parte, reconoce ante el doctor Peñarrubia la veneración que siente por las Rubárcena. La veneración hacia sus respectivos hidalgos está tan generalizada entre los montañeses, que se sienten orgullosos de ellos considerándolos como parte del propio patrimonio:

*“Apenas hay aldea en la Montaña que no tenga su “Casa” correspondiente; casa infanzona y de prosapia, no siempre rica, pero muy a menudo tan rica como empingorotada. Esa casa pertenece al pueblo, como el son de las campanas de la iglesia, como la fama de ciertos frutos peculiares a su suelo, la de la altura del monte comunal o la de las truchas del río; y no porque provee de pan a los menesterosos, de consejos a los atribulados, de cartas a los que se van, de padrinos a casi todos los recién nacidos, y hasta de materia de difamación a los ingratos y malévolos, sino por cuestión de vanidad. Que diga un montañés: ‘¡Los Cuales de mi pueblo! Gran casa, gente de lustre, de mucha hacienda y de buena entraña.’ No faltará quien replique, royendo la colilla y echándose sobre el palo: ‘No diré que no; pero ¡cuidado con los Tales de mi lugar! Nada les debo, la verdad sea dicha; pero sin ofensa de nadie, donde está esa casa, que no alce ninguna chimenea. En punto a posibles y señoríos, reyes pueden entroncar con ella, y saldrán muy honrados’”<sup>386</sup>.*

El pueblo, lo mismo que sus señores, es profunda e innatamente cristiano, como quedó analizado en el punto anterior. Por eso el orgullo de los montañeses por sus hidalgos no es unánime:

*“Pues Perojales es la excepción de esta regla. ‘¡Los Peñarrubia! –dicen allí-. ¡El demonio que cargue con ellos! Ni un canto les deben estas callejas, ni un maquillero de borona los necesitados, ni una cabezada el nombre de Dios, ni los buenos días los hombres de bien. Si ese palación se arrasara, los males de este lugar daban fin y remate’”.*

Ya se vio también en el punto anterior que los Peñarrubia se caracterizan por su incredulidad lo que motiva que Águeda Rubárcena rechace las proposiciones matrimoniales de Fernando que acaba suicidándose. En la sociedad del Antiguo Régimen el poder siempre va unido a la religión cristiana.

## **B) EL PODER BURGUÉS: MATERIALISMO Y ARRIBISMO.**

Este sistema idílico se encuentra en trance de desaparición como consecuencia de la presión que sobre él ejerce el liberalismo. La llegada de éste trae un relevo en el poder, que pasa de la clase que tradicionalmente lo ha ejercido –los Ugarte, los Goñi- a la burguesía. Ésta no lo ejerce altruistamente, sino buscando su exclusivo beneficio. De ahí que en estas novelas, además de defender la sociedad tradicional, se ataque también al sistema burgués al que se considera culpable del deterioro de los valores tradicionales.

<sup>385</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 364.

<sup>386</sup> *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 78-79.

### b<sub>1</sub>) El materialismo del poder burgués

Si los Ugarte son la personificación de la sociedad tradicional, los Osambela lo son de la liberal. Por eso Juan Miguel de Osambela es la contrafigura de Mario Ugarte: “*hijo de Lucas, sargento de tiradores, nieto de Bartolo, alias ‘Chaparro’ esquilador de oficio y presunto gitano*”<sup>387</sup>. Éste ha conseguido reunir una gran fortuna pero, a diferencia de Miguel de Goñi, por ejemplo, es tremendamente avaricioso y, sobre todo vanidoso: “*Nada le satisfacía tanto como que le reconociesen y ponderasen su riqueza e influencia. La vanidad constituía su único placer intelectual*”<sup>388</sup>. Enterado de que los Ugarte tienen su hacienda hipotecada, empieza a planear comprar el “crédito” para quedarse con ella y desplazarlos del poder que ejercen sobre el pueblo:

*“Os he de pasar a cuchillo. ¡Os he de echar a la calle a testarazo limpio! ¡Ya veremos para qué sirven los humos y los melindres! ¡Cambiaron los tiempos señores míos! Hoy al que no paga, lo ejecutan, aunque descienda de los Doce Pares... ¡Treinta años luché contra vosotros por la idea [el carlismo], y los únicos rapapolvos que he recibido fueron los vuestros, cuando los curas os sacaban de la madriguera, rociándoos con agua bendita! A no ser por vosotros, yo mandaría solo en esta tierra. Me hicisteis sombra; yo cortaré el árbol. Veremos entonces si estos estúpidos aldeanos os miran como a dioses y os siguen como a carneros*”<sup>389</sup>.

Los deseos de Osambela son de lo más espurios. Quiere sustituir a los Ugarte en el lugar de privilegio que ocupan sólo para satisfacer su mezquina ambición personal. Muy lejos, pues, del desinterés y altruismo de aquéllos, ya anteriormente señalados. De ahí que el narrador, establezca la siguiente comparación entre ambos:

*“Los Ugarte eran el bosque centenario; los Osambela el hongo efímero sin raíces, que nace de la corrupción de la tierra. Representaban éstos, en vez de servicios históricos, la improvisación social, los caprichos del acaso, la inmoralidad del éxito, la conquista de la influencia por medios ilícitos y mantenida por procedimientos torpes y artimañas repugnantes, el endiosamiento plebeyo, el poder envilecedor del dinero*”<sup>390</sup>.

### b<sub>2</sub>) La osadía: base del poder burgués.

Y es que ahora, el subir, el conseguir acceder al poder no depende de los méritos sino de la osadía:

*“Traigo cosa que vale más que la protección y la plata, un ‘nada tengo que perder’, que es un tesoro; un ‘qué se me da a mí’, que no lo trueco por el Perú, y una audacia que en los tiempos que corren es manantial de la fortuna. Acógeme benigna y generosa, futura patria mía, que llevo intenciones de esquilmarle sin entrañas*”<sup>391</sup>.

Así se expresa, en una diáfana declaración de intenciones, Pepe Gil, un perfecto don nadie que acaba de llegar a Madrid sin dinero, sin títulos, sin protectores, sin absolutamente nada, excepto un ilimitado atrevimiento. No escatima medio para conseguir sus propósitos: inventa negocios fraudulentos, se presenta en subastas públicas haciéndose pasar por representante de tal o cual personaje y se retira a cambio de una compensación, participa en una

<sup>387</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 19.

<sup>388</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>389</sup> *Ibid.*, p. 46.

<sup>390</sup> *Ibid.*, p. 50.

<sup>391</sup> Francisco Navarro Villoslada: *Historia de muchos Pepes* [1879], Madrid, Imprenta del Asilo de huérfanos del S.C. de Jesús, Calle de Juan Bravo, 5, 1911, 304 págs., BN: 1/73439, p. 20.

reunión literaria organizada para captar socios para uno de sus negocios y obtiene un sonoro éxito leyendo, como propios los versos que le ha robado a un compañero:

*“Me vi por primera vez en letras de molde, y en honor de la verdad me vi tal, que no me conocía. No era yo ni el Pepe Gil del Marqués de Monte-rojo, ni el San Juan de las Abadesas del Coliseo: era un ente ideal y fantástico; era, a pesar del lapicero y cartera de Rafael de Bullebulle, lo que cada cronista y gacetillero había querido hacer de mí para lucirse a mis expensas y excitar el interés de los lectores. Pero de todos modos era ya una notabilidad en la corte, casi un hombre célebre”*<sup>392</sup>.

Pepe Gil no es el único –hay muchos, y a ello hace referencia el título- de los trepadores sin escrúpulos que pululan por Madrid. Otro es Pepe Blas, uno de los amigos que hace Gil; oficial de sastre. En una ocasión se presentó un ministro en el taller porque necesitaba un frac en cuatro horas. Como el sastre le dijo que era imposible, Blas se ofreció a hacerlo. Le toma las medidas y va al Monte de Piedad de donde saca uno y se lo regala. Las razones que aduce, cuando se lo cuenta a un conocido, ponen de manifiesto que las bases sobre las que se asienta el poder en la sociedad burguesa son muy diferentes de las de la sociedad tradicional:

*“Un ministro parece un monarca absoluto, y, sin embargo, es la criatura más débil, flaca y menesterosa de la tierra. ¿Sale un periódico nuevo? Ya está sudando el ministro. ¿Se juntan cuatro amigos a comer? El ministro no puede tragar un bocado con el miedo de la conspiración. ¿Corre por la calle un perro, a quien los chicos han puesto un cencerro en la cola, bulle la gente, y se cruzan los gritos del amo y los silbidos del público? ¡Dios mío! ¡Que toque generala! ¡Motín, pronunciamiento! exclama el ministro exánime. Un ministro puede ser sin mengua, protegido por un cabo de rondas, por un charlatán de café, por un capitán de nacionales, por el escribiente de un periódico que tiene maña para enjaretar un párrafo. [...] Le regalé el frac, le di la mano con aire teatral llamándome su amigo y le tendí una mirada de protección. Había dado el primer paso en mi carrera”*<sup>393</sup>.

En la sociedad tradicional el poder se basaba en la aceptación por parte del pueblo de la autoridad de los señores. Esta aceptación se fundamentaba en el mérito, lo cual confería al poder una gran solidez y estabilidad. En la sociedad burguesa, al asentarse en la osadía, es una pura ficción:

*“Los hombres, Sr. D. Ambrosio, valen en lo que se estiman. En esta comedia o farsa del mundo nuevo, no hay director de escena; cada cual toma el papel que se le antoja; el que se contenta con el de parte de por medio, como llaman a los vigésimos galanes, con su pan se lo coma; está destinado a no tener un cuarto, y a ser silbado toda su vida. [...] La dificultad consiste en tener audacia para fijar desde el primer momento bien alta la puntería. Mientras probaba yo el frac al Excelentísimo Sr. D. Diego, sentándole las costuras, estaba pensando en reemplazarle en el ministerio”*<sup>394</sup>.

Es decir, ahora no hay poder que merezca tal nombre porque los que lo ejercen carecen de la autoridad moral –que sí tenían los Goñi y los Ugarte- indispensable para ello.

### **b<sub>3</sub>) El sufragio perturba la paz y la convivencia del pueblo.**

Instrumento político al servicio de este relevo de poder son las elecciones. El sistema del sufragio, con la consiguiente petición del voto para los diferentes candidatos, es censurado por esta novela, que lo acusa de servir de instrumento para ajustar cuentas personales y

<sup>392</sup> Ibid., p. 116-117.

<sup>393</sup> Ibid., p. 150.

<sup>394</sup> *Historia de muchos pepes*, cit., p. 152.

conseguir intereses particulares y, sobre todo, de perturbar la paz y tranquilidad del pueblo, originando disensiones y enfrentamientos. Ejemplo de lo primero es Osambela. Consigue comprar el crédito que hipotecaba los bienes de los Ugarte e inicia los procedimientos legales para ejecutar el embargo:

*“Sonaba la hora de la ruina, precedida de edictos y subastas. El desahucio de la casa solariega, la caída desde pedestales seculares, la desaparición por la honda sima del pueblo anónimo”*<sup>395</sup>.

El desahucio de los Ugarte coincide con la convocatoria de elecciones. La simultaneidad de ambos hechos es ya de por sí suficientemente significativa; pero, por si quedaba alguna duda, el narrador hace el siguiente comentario: *“Las elecciones y la ruina iban a llegar pisándose los calcaños: la calamidad pública primero, la privada después”*<sup>396</sup>. El liberalismo con sus oportunistas sin escrúpulos y sus inventos políticos está causando la ruina de la sociedad tradicional. Pero lo peor de todo es que las elecciones perturban la convivencia pacífica el pueblo sencillo:

*“Al pacífico y, más que pacífico, amodorrado pueblo, llegó el diablo cierto día del inconstante febrerillo, bajo la forma esencialmente moderna de una doble distribución postal de papelitos blancos, los cuales, de las manazas callosas de José Miguel de Loipea, rostrituerto por tan extraordinaria faena, pasaron a las de los urgaineses, cuya inmensa mayoría durante el año no había tenido que vérselas con el cartero. Eran los tales papelitos unas circulares impresas, donde el comité liberal de Pamplona, y la Junta regional carlista, presentaban, respectivamente, valiéndose del ‘argot’ de sus correspondientes partidos, las candidaturas a diputados forales y provinciales de los señores. [...] Aquellos papeles blancos eran como la tercera plaga de Egipto; y a poco de repartidos, pudo repetirse el versículo de la Biblia: ‘Y Aarón, teniendo la vara, extendió la mano; e hirió el polvo de la tierra, y hubo cínifes en los hombres y en las bestias: todo el polvo de la tierra se convirtió en cínifes por el territorio de Egipto’”*.

Los que antes no tenían otras preocupaciones que su trabajo y ningún motivo de discordia, ahora se enfrentan entre sí:

*“Los cínifes electorales, con sus trompetillas sonoras, enloquecieron a los urgaineses. Levantándoles gruesos habones, le inocularon virus rábicos que transformaban los ánimos pacíficos e inertes en activos y pendencieros. Ardió la pasión política. [...] Al regreso del campo se agrupaban los labradores, no al azar, como antes, pues todos, ya que no amigos, eran compañeros, sino según las afinidades de la personal opinión”*.

En el mantenimiento de este clima de crispación desempeñan un papel importante los periódicos liberales contra los que el narrador no ahorra epítetos descalificantes:

*“De cuando en cuando, por si la efervescencia se mitigaba, paquetes de diarios pamploñeses, de **La Trinchera Navarra**, de **El Centinela Liberal**, caían sobre Urgain, exacerbándose las rencillas y avivándose los entusiasmos con la vil prosa de ignaros e impudentes periodistas, repleta de embustes, sofismas, patrañas y groserías, capaces de desacre-*

<sup>395</sup> **Blancos y negros**, cit., p. 327-328.

<sup>396</sup> *Ibid.*, p. 339.

No es la única vez que se acusa a los liberales de valerse de las elecciones para el provecho personal: *“Acreditó, una vez más, D. Juan Miguel sus relevantes cualidades de elector y cacique, en todo linaje de marrullerías ducho. Dirigidos por él, los liberales de la comarca obtenían maravillosos resultados. Desahucios de inquilinos, reclamaciones de deudas, ofertas de préstamos en combinación con la anhelada o temida remoción de expedientes administrativos, gracias al compadrazgo de las autoridades centrales y provinciales, iban decentando, aquí y allí, la homogénea y maciza masa del cuerpo electoral carlista”*. P. 283.

*ditar por sí solas, a la causa más noble y santa, y de encasillar en la ‘masa neutra’ a toda persona decente desapasionada; prosa donde reptaban como víboras, las calumnias y au-llaban, como lobos, los insultos y una mota de razonamiento se diluía en océanos de im-properios personales”.*

Los tradicionalistas entran en el juego electoral y utilizan las mismas armas que sus ene-migos los liberales:

*“También trajo el correo, a deshora, cuando los trabajos electorales iban muy adelante, otra circular que ponderaba la Religión, la historia de Navarra, la necesidad de unirse para conservar los fueros existentes y reconquistar los antiguos y las tachas y máculas de los partidos contendientes (con mayor franqueza que habilidad expuestas), escrita en bas-cuence, para que todo lo de ella fuese desusado y estrafalario. Pues aunque la tal circular decía cosas y pulsaba cuerdas que, dentro, ‘muy hondo’, y recubiertas por capas estratifi-cadas de opiniones y sentimientos políticos al uso, bullían y sonaban, con todo, las nota-bles circunstancias de repudiar la filiación liberal y la carlista el candidato D. Enrique de Zubieta, y venir redactada en lengua euskara, no totalmente inteligible a los rústicos, por sus términos de dialectos distintos del urgainés, y sus vocablos técnicos, científicamente compuestos sobre las aras del casticismo, antojóseles a muchos síntomas agudos de ex-travagante locura”<sup>397</sup>.*

Don Enrique de Zubieta es un candidato independiente al que, a diferencia de los liberales y carlistas, no le mueve ningún interés personal para concurrir a los comicios, sino simple-mente el deseo altruista de luchar por unas ideas en las que cree. Pero, a juicio del narrador, es un error someter esos valores al veredicto de las urnas, porque eso supone aceptar las re-glas del sistema liberal y, por tanto, hacerle el juego. Por eso, afirma que, a pesar de decir cosas muy sensatas y arraigadas en el corazón de muchos, a éstos no dejaba de parecerles una “extravagante locura”. O, lo que es lo mismo, el significado de esta novela va mucho más allá del rechazo de unas ideas; su sentido último es el del repudio de un sistema; de ahí que le parezca mal que se utilice el sistema liberal para defender las ideas en las que cree. Aceptar el liberalismo implica someter dichas ideas a discusión. Para Campión estos valo-res están por encima de cualquier polémica<sup>398</sup>.

Hasta tal punto son perniciosas las elecciones y de tal manera envenenan la conviven-cia, que los más sensatos no pueden menos que equipararlas con la última guerra civil:

<sup>397</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 276-280.

<sup>398</sup> En realidad, además de éste, hay otro motivo, aunque íntimamente relacionado con él: la defensa del na-cionalismo vasco amenazado por el españolismo. El liberalismo no es sólo un sistema cuyas ideas amenazan los valores tradicionales de la sociedad del Antiguo Régimen, sino también un instrumento de la política cen-tralista española. Por eso, participar en las elecciones supone caer en la trampa y hacerle el juego a esta políti-ca. Esto explica el que sea igual de duro con los liberales que con los carlistas, pues tanto uno como otro son partidos políticos centralistas y españolistas. De los carlistas dice lo siguiente: “*Por aquellos días dio su vuel-tecita de propaganda el fraile Aguinaga, el ‘Padre Trabuco Urnas’, contra quien El Centinela Liberal dis-paró un artículo, llamándole ‘teja vana’, ‘cucaracha conventual’, ‘esqueleto rumiante’, ‘toenia facciosa’, ‘avechuchu tenebroso’ y ‘gorrón sempiterno’*”. El fraile Aguinaga no va a permanecer inactivo, sino que, al siguiente domingo, cuando subió al púlpito, se dedicó a “*glosar el capítulo cuarto de El liberalismo es pec-a-do, ponderando la pravedad liberal por encima de la de los blasfemos, ladrones, adúlteros y homicidas; tro-nando desafortadamente contra los liberales que rezan el rosario, confiesan y comulgan a menudo, y oyen misa diaria, peores mil veces que los monstruos de la Comune, y contra aquellos católicos, si por ventura los hubiese en la villa, que sin tacha, olor ni sabor aparentes de liberalismo, bajo frívolos, ridículos y aun estú-pidos pretextos, se apartan del único partido capaz de derramar la sangre y vaciar la bolsa en defensa de la Iglesia y de España*”. P. 280-281. La caricaturización del fraile es evidente y la última frase de su sermón no necesita comentario. Luego, ni carlismo ni liberalismo, sino vasquismo tradicional. En este sentido, aunque en otros coincida, esta obra es antagónica de *Amaya*.

“A muchos aldeanos, flemáticos y poco vehementes de suyo, les atosigaba el recuerdo de la guerra civil. ¿No habían sufrido bastante entonces? Los hijos a las filas; dobladas las contribuciones; la prestación personal de bagajes, las raciones de pan, vino y carne, sin tasa. Hoy les atropellaba el jefe carlista; mañana el liberal. La guerra se hacía al paisano, ¡arrayo! Con los ojos cerrados, no viéndoles las boinas y roses, imposible distinguir a los combatientes. Si unos juraban y blasfemaban, lenguas de infierno tenían los otros; moceros todos, en pugna deshonestas. La voz de libertad, era esclavitud; la de religión, matanza; ambas: saqueo”<sup>399</sup>.

Y el día de las elecciones la plaza pública parece un auténtico campo de batalla:

“El aspecto de la plaza imponía. Cada uno de los bandos ocupaba un lado de ella: los carlistas a la izquierda, los liberales a la derecha. [...] Los grupos se incitaban a la lucha con insultos e improperios. [...] La pasión política fecundaba los gérmenes de animal carnívoro, rara vez esterilizados totalmente en el hombre por la virtud y la civilización. Brillaban al pálido sol intermitente, cañones de escopeta y bastantes navajas. [...] Todo el mundo comprendía que el primer paso en dirección al colegio, sería señal de pelea, [pues] la prudencia no es cualidad de las muchedumbres, y de un momento a otro surgiría la insensatez, capaz de producir la conflagración”<sup>400</sup>.

Es decir, el narrador insiste una y otra vez no en sólo en la defensa de unos determinados valores, sino en que hay que hacerla al margen de los cauces políticos instaurados por la burguesía. De ahí que vuelva a reaparecer la denuncia de que el parlamentarismo despierta odios y rencores en la sencilla gente del pueblo que, de por sí, se identifica con los valores tradicionales. Por eso, cuando a Mario Ugarte le proponen que se presente a las elecciones, se niega:

“Prescindamos de cuanto es meramente político y luchemos por el triunfo de las soluciones religiosas y sociales. [...] Luchemos por perpetuar la fisonomía castiza del pueblo navarro, que ya empieza a descomponerse y alterarse. Cese el grito de los partidos españoles y resuene el himno de la hermandad navarra. Nada haré por dividir; cuenten conmigo para unir”<sup>401</sup>.

Y eso es lo que hace: interviene para apaciguarlos como comentaré un poco más adelante, y el pueblo obedece. El pueblo obedece y se comporta dignamente, porque reconoce la autoridad moral de que están investidos los dirigentes de la sociedad tradicional (la del Antiguo Régimen) –en el caso concreto de la novela de Campián no hay que olvidar el componente nacionalista añadido- y respeta el consenso general que suscitan los valores tradicionales. En la liberal sucede lo contrario: no hay nada que genere asentimiento; la lucha política provoca divisiones. De ahí que el pueblo, además de servir de instrumento, a intereses extraños, pierda su dignidad. También Alarcón denuncia, indirectamente en este caso, los trastornos que el liberalismo provoca en el pueblo. Digo indirectamente porque en *La Pródiga*, algunos de cuyos aspectos ya han quedado comentados en páginas anteriores, no se hace referencia explícita a que las elecciones como tal sean las que perturban la paz del pueblo. Pero Guillermo de Loja, que es el elemento distorsionador, porque su relación con Julia altera las que ésta había mantenido hasta entonces con sus campesinos, llega al cortijo y conoce a la marquesa con motivo de una campaña electoral. Por tanto, fueron las elecciones las que acarrearán un sinfín de problemas que, sin ellas, se habrían evitado.

<sup>399</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 346.

<sup>400</sup> *Ibid.*, p. 353.

<sup>401</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 82-83.



Luego, para la novela conservadora la sociedad del Antiguo Régimen –con la consiguiente desprotección del pueblo- se encuentra en decadencia porque el liberalismo no utiliza el poder para conseguir el bienestar de éste, sino para satisfacer ambiciones particulares.

#### **b<sub>4</sub>) El contagio de la sociedad tradicional.**

Pero la decadencia no se debe sólo a la presión de causas externas, sino también a que la propia sociedad tradicional se está contagiando y corrompiendo. Ya he citado el caso de algunos nobles como Currita Albornoz. Pero estos nobles son un sólo un síntoma de un fenómeno que, desgraciadamente se está generalizando. La derrota de los godos a mano de los musulmanes es utilizada metafóricamente por Navarro Villoslada para referirse a él:

*“Ni Amaya ni Ranimiro podían concebir que cien mil hombres en su propio país hubieran sido derrotados por doce mil; que el imperio de los godos hubiese desaparecido para siempre en tan desigual como ignominiosa batalla. ¿Qué mucho? Más desde entonces, más de mil veces ha querido explicarlo la Historia, y todavía no se comprende ni apenas se adivina.*

*Pero la palabra anexión, vergonzoso neologismo en el lenguaje político de la edad presente, nos lo aclara todo. Anexión es la agregación inicua y venal de un pueblo corrompido a un pueblo corruptor; la traición de los poderosos y la indiferencia de los débiles, tan criminal una como otra”<sup>402</sup>.*

Por eso la sociedad visigoda –metáfora del Antiguo Régimen amenazado por el liberalismo- está también llena de trepadores e intrigantes:

*“Munio no era un hombre de bien, ni mucho menos; pero no estaba completamente depravado; se resentía de todos los vicios y faltas de su época, mas no se encenagó nunca en la corrupción y alevosía a que tantos personajes de aquel tiempo descendieron contra la religión y la patria. Ambicioso, turbulento y más propenso a lograr sus fines por la intriga que por el arrojo, en un siglo en que los particulares, sintiéndose débiles, buscaban la fuerza en los partidos, las conjuras y sociedades secretas, procuraban medrar al arribo de hombres superiores”<sup>403</sup>.*

Es decir, en la sociedad visigoda –metáfora de la española- la autoridad moral del Antiguo Régimen está siendo sustituida por una autoridad ficticia, oportunista, conseguida a base de osadía y atrevimiento. El mismo fenómeno denunciado en *Historia de muchos Pepes*, como privativo de la sociedad burguesa, se está extendiendo también por la tradicional. Un ejemplo de ello es Munio, quien piensa en utilizar la conmoción popular, que la noticia de la muerte de don Rodrigo –avivada en gran medida por los judíos- ha provocado en los pamploneses para librarse de García Jiménez y hacerse con el poder:

*“La noticia de la muerte del rey y de la completa ruina del imperio gótico, tenía consternada a la plebe, privándola de todo discernimiento.*

*Munio, según antes hemos sospechado, tuvo a gran suerte el alboroto popular, y lejos de pensar en contenerlo, lo fomentó bajo cuerda, esperando que el desenfreno de las turbas le diese por resultado la muerte de García. Después que el atentado se hubiese cometido, pensaba él salir con talante de justiciero a sosegar el motín y castigar a los criminales. De este modo se lograban sus más vivos deseos sin cargar con la odiosidad de haberlos ejecutado”<sup>404</sup>.*

<sup>402</sup> *Amaya*, cit., p. 384.

<sup>403</sup> *Ibid.*, p. 517.

<sup>404</sup> *Amaya*, cit., p. 467.

En esta novela la caída de la España visigoda es utilizada como una metáfora de la España del Antiguo Régimen en la que los liberales desempeñan el papel de los musulmanes y los masones el de los judíos. Las bases de la reconquista las puso García Jiménez, una vez que, desaparecidos los intrigantes ambiciosos, se olvidaron los intereses particulares y se volvió a los valores tradicionales abandonados por los godos. Lo mismo hay que hacer ahora, olvidarse de las rencillas internas y reconstruir el régimen social que se deteriora, sobre la base de los valores cristianos. Esto sólo pueden hacerlo los líderes tradicionales, que son los únicos capaces de aglutinar al pueblo en torno a ellos.

### C) EL PODER TRADICIONAL ES LA ÚNICA GARANTÍA DE LA PAZ SOCIAL.

Para que esto suceda es imprescindible que terminen las luchas por el poder –en las que el liberalismo ha tenido la habilidad de implicar al pueblo- traídas por la sociedad burguesa. Estos enfrentamientos sólo pueden evitarlos los auténticos líderes naturales. Es lo que ocurre en Pamplona tras la muerte de don Rodrigo. Como acabamos de ver el pueblo pamplonés, incitado por los judíos y ayudado por la pasividad de Munio, que piensa rentabilizar la sublevación en provecho propio, se amotina y llega hasta el palacio de Amaya:

*“¡Qué rostros tan pálidos, polvorientos y sudorosos! ¡Qué dientes de tigres entre labios denegridos! [...] ¡Qué aullidos de lobos, y al propio tiempo qué súbito miedo de corderos! Armas, harapos, desnudez, cabellos rizados... ¡Espectáculo horrible, sobre todo para los ojos de Amaya!”<sup>405</sup>.*

Amaya los recibe, habla con ellos y los convence de que todo es una conspiración de los judíos. El pueblo, inmediatamente, reconoce que ha sido engañado: *“Nos han engañado, patrona: son unos perros rabiosos. Nuestra no es la culpa de consentir en Pamplona gente que no esté bautizada”<sup>406</sup>*. Lo mismo les sucede a los urgaineses en la elecciones anteriormente referidas. Mario Ugarte, viendo cómo la pasión política había enconado los ánimos el día de las elecciones y la actitud amenazante de unos y otros –todos llevaban escopetas y navajas- y que iba a ocurrir una tragedia, se dirige al pueblo apelando a esos valores esenciales de los que es portador:

*“Hablabas, no a la opinión, sino a la naturaleza; no al carlista y al liberal, facticios y circunstanciales, sino al nabarro; y ahondando más la peña viva, al euskaro, recubierto por tantas capas de mentiras políticas, históricas y nacionales, sedimento de los tiempos. Y pasando de lo general a lo particular, les trazó el cuadro de su hermandad y concordia deshechas, de las amistades rotas, de los parentescos encizañados, de los beneficios raídos por la ingratitud: el cuadro repugnante y vivo de los odios de vecindad, de los rencores de campanario”<sup>407</sup>.*

Los anima a votar por el candidato independiente –del mal el menos- y así lo hacen. El pueblo le escucha; el pueblo siempre reconoce la verdadera autoridad. Por eso creen a Mario cuando les dice que han sido engañados por los políticos, lo mismo que creyeron a Amaya, cuando les dijo que lo habían sido por los judíos. El pueblo siempre reconoce la verdad. Pero para eso es necesario que alguien se la presente, que alguien le haga de guía.

<sup>405</sup> *Ibid.*, p. 481.

<sup>406</sup> *Ibid.*, p. 483.

<sup>407</sup> *Ibid.*, p. 357-358.

Mario y Amaya cumplen esta misión. Cuando Mario muere, asesinado por “Cuadrau” —que no es navarro- el pueblo vuelve a las andadas, como ya se vio en el apartado anterior.

Pero, a veces, el pueblo, que siempre está con sus señores (cuando éstos ejercen el liderazgo que de ellos es de esperar) es el que —y esto ocurría en la novela del período anterior con bastante frecuencia- les señala el camino cuando por alguna razón los señores se han desviado de él. Es lo que sucede en *La Pródiga*. Los campesinos, que siempre han vivido amparados por la marquesa, quien los trata de un modo patriarcal, sienten la presencia de Guillermo de Loja como una amenaza para su tradicional modo de vida. Los campesinos, que son de una fidelidad incondicional hacia la marquesa, manifiestan una abierta hostilidad hacia Guillermo. Pero, como ambos viven juntos, no se puede hacer un desaire a Guillermo sin que al mismo tiempo resulte también desairada la marquesa. Precisamente esto es lo que sucede el día de la boda de José y Brígida, dos de sus cortijeros. José es, además, el hijo del capataz. Invitados a comer en casa de la marquesa, se resisten a entrar porque el amancebamiento en que vive la marquesa —aunque para ellos el único culpable es Guillermo- les escandaliza. El tío Antonio, padre de José, consigue convencerlos para que entren:

*“El argumento surtió maravilloso efecto. Todos los cortijeros y cortijeras extraños al conflicto se avergonzaron y asustaron, y corrieron a esconderse en sus tugurios, mientras que los convidados a comer penetraron en el palacio, llenos de terror, por aquello de que no es fácil ni llano desobedecer o desacatar de pronto a los poderes que se han respetado largo tiempo”<sup>408</sup>.*

No es fácil porque el pueblo sabe que esos poderes son los legítimos. Sólo que en este caso se ha producido una anormalidad: el poder legítimo ha cometido un error al aliarse con quien precisamente representa una amenaza para ese poder. Por eso, caso de haberse producido la desobediencia, no habría sido un desacato, sino una rebelión a favor del poder para recordarle cuál es el verdadero camino y propiciar la ruptura con el aliado indeseable; la rebelión habría sido contra éste. La marquesa lo sabe muy bien; de ahí que al comentario de Guillermo: “¡Qué bien estamos ahora! ¡Por pequeñas e insignificantes que sean las gentes que aquí nos cercan, todas estorban a nuestra dicha!” , Julia le responde:

*“¡Terrible verdad estás diciendo!... Pero de ahí no se deduce que estos pobres de espíritu sean enemigos de nuestra felicidad, sino que nuestra felicidad es enemiga de los fundamentos de la suya”<sup>409</sup>.*

Precisamente por esto es por lo que los perojaleños, constituyéndose así en la excepción de la regla según la cual todos los campesinos sienten una gran veneración hacia sus hidalgos, no pueden ver a los Peñarrubia:

*“Todos los Peñarrubia, según la tradición perojaleña, parecían fundidos en un mismo troquel. Todos eran misteriosos, huraños, poco afectos a la tierra nativa, y señaladamente irreligiosos. Esa casualidad era la que podía llamarse, como ninguna de las otras, el sello de la raza. De manera que no tenían número las horrendas historias y los pavorosos relatos que, a propósito de la insigne familia, pasaban de padres a hijos entre el vulgo del país, gente sencilla y cristiana y, por contera, suspicaz y maliciosa”<sup>410</sup>.*

<sup>408</sup> *La Pródiga*, cit., p. 253.

<sup>409</sup> *Ibid.*, p. 229.

<sup>410</sup> *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 78.

Pero para que estos valores que residen en el pueblo no se pierdan, éste necesita guías. Y éstos no son otros que los García Jiménez, Goñi, Ugarte... Mientras los guías cumplen su misión el pueblo se mantiene en el camino correcto. Pero cuando faltan, el pueblo queda desamparado. Es lo que sucede cuando Mario Ugarte es asesinado por “Cuadrau”, que no sólo es un desalmado, sino que además no es navarro. Mario había conseguido que el pueblo recobrara la cordura en las primeras elecciones pero, al faltar, la locura se apodera de nuevo de los sencillos campesinos, quienes en las siguientes, ahora a Cortes, de nuevo vuelven a los antiguos enfrentamientos:

*“Ni siquiera le cabía al labrador el gusto de recoger pacíficamente su mísero bocado de pan. Ganchos y muñidores de ambos partidos recorrían las eras, torciendo las voluntades con la promesa, la dádiva y el engaño. Sobre el fiemo de las cuadradas, campaba el fiemo, mil veces más pestilente de la política española”.*

Esta vez -falta Mario Ugarte- no hay nadie que contenga a los campesinos que terminan peleándose en las eras:

*“Sobre las eras estercoladas [...] se lanzaron unos contra otros a puñadas, mordiscos y coces, rodando y revolcándose frenéticos por el suelo. Y cuando, al cabo, se logró restablecer el orden y llegó el caso de levantar los contusos y heridos, nadie hubiese podido decir quiénes eran los blancos y quiénes los negros, pues a todos les tiznaba y embadurnaba, parificándolos, desde la uña del pie hasta la punta del pelo, el líquido derramado por las eras”<sup>411</sup>.*

Estas peleas del pueblo no sólo sirven a intereses ajenos, sin que hacen que el pueblo pierda su dignidad: “*todos negros*”.

La conclusión resulta clara: el liberalismo perturba la paz del pueblo que queda desamparado. Sólo el Antiguo Régimen es garantía de paz y protección. De todos modos, no parece que estos autores estén muy convencidos de la viabilidad del modelo social que defienden en sus novelas. Más allá de sus deseos es perceptible una clara sensación de desaliento. Mario Ugarte muere, su madre es desahuciada; Julia –la marquesa de *La Pródiga*, se suicida; Marta Rubárcena muere y no parece que su hija Águeda vaya a casarse y tener descendencia, con lo que la continuación de la saga queda bastante comprometida... ¿No indican estos finales el íntimo convencimiento de que ese modelo de sociedad está definitivamente condenado a desaparecer? Sólo *Amaya* tiene un final optimista. Ésta, a diferencia de las demás que son novelas que señalan el final de una sociedad, indica el principio: el inicio de lo que iba a ser España asentada en los pilares del tradicionalismo y el cristianismo.

### 3.2.3.2. NOVELA LIBERAL: DENUNCIA DE LA TRAICIÓN DE LA BURGUESÍA.

Visión diferente tiene, lógicamente la novela liberal que, como señalé al comienzo de este apartado, se va a centrar fundamentalmente –toda vez que la revolución burguesa no logra imponerse- en censurar la deriva que está tomando el liberalismo. Por eso, vamos a ver que en algunos aspectos coincide con la conservadora –en la crítica de los oportunistas, por ejemplo-, aunque la perspectiva es radicalmente distinta. Por lo que al pueblo se refiere, todo lo más que hace la novela liberal es denunciar la utilización que del mismo hace la no-

<sup>411</sup> *Ibíd.*, p. 381-382.

vela conservadora. Pero las reservas de la burguesía hacia él son evidentes, por lo que raramente se va a presentar ya el liberalismo como un sistema en el que caben sus aspiraciones. Es decir, mientras la conservadora sigue apelando a él como reserva de los valores tradicionales, la liberal, a diferencia de lo que ocurría en el período anterior, no muestra ningún interés especial en atraérselo. La razón de este diferente comportamiento reside en que la primera se dirige al pueblo rural, escasamente politizado, que sigue siendo fiel a las estructuras tradicionales de poder, mientras que el potencial aliado de la segunda sería el urbano, que tiene ya un grado de politización que dificulta enormemente dicha alianza.

#### **A) El relevo de poder: signo de los tiempos.**

El anteriormente analizado relevo de poder, lo recoge también Palacio Valdés. Un potentado acaba de adquirir en Rodillero doscientas fanegas por veintidós mil duros a un tal don Anacleto que las había comprado no mucho antes y que se ha visto obligado a venderlas:

*“-¿A quién se las compró? –preguntó otro.  
Don Fernando extendió de nuevo la mano con igual majestad, diciendo:  
-A mi primo el marqués de las Quintanas”.*

Pero, por lo que dice don Fernando a continuación, no sólo los Quintanas están perdiendo sus propiedades a manos de plebeyos enriquecidos:

*“Cuando los Quintanas eran unos petates, unos hidalguelos de mala muerte en Andalucía, ya los señores de Meira levantaban pendón en Asturias y tenían fundada su colegiata y armada la horca en los terrenos que hoy son de Pepe Llanos”<sup>412</sup>.*

Los Meira no sólo han tenido que desprenderse de esos terrenos, sino que su linaje – representativo de una clase social- está en trance de desaparición, pues en Rodillero ya sólo queda uno:

*“Llamábase don Fernando de Meira, y pertenecía a una antigua y noble familia de Rodillero, totalmente arruinada hacía ya muchos años. Los hijos de esta familia se habían desparramado por el mundo en busca del necesario sustento; el único que permanecía pegado al viejo caserón solariego como una ostra era don Fernando, al cual su carrera de abogado no le había servido jamás para ganarse la vida, o por falta de aptitudes para ejercerla, o por el profundo desprecio que al noble vástago de la casa de Meira le inspiraba toda ocupación que no fuese la caza o la pesca”.*

Estas aficiones le sirven, ahora que las cosas le van mal, para sustentarse. Pero, incluso en estos malos momentos, don Fernando sigue fielmente apegado a las virtudes tradicionales de su casta: *“Del pescado que le sobraba solía regalar a los particulares de Rodillero, porque don Fernando se hubiera dejado morir de hambre antes que vender un solo pez cogido por su mano”.* Estos regalos eran correspondidos por los vecinos y así podía don Fernando satisfacer sus más apremiantes necesidades. Pero, llegó un día en que no tuvo más remedio que vender su barca:

*“Desde entonces, en vez de salir al mar, pescaba desde la orilla con la caña, o lo que es igual, en vez de ir al encuentro de los peces, los esperaba pacientemente sobre alguna pe-*

---

<sup>412</sup> José., cit., p. 83.

*ña solitaria. Cuando no venían, observaban los vecinos que no salía humo por la chimenea de la casa de Meira*<sup>413</sup>.

Tanta es su necesidad que no le queda más remedio que vender su casa —en realidad las ruinas que quedaban de ella— para construir en el solar una fábrica de escabeche. Acto seguido, le pide a José, con mucho misterio, que salga esa noche con él en su barca. Suben a bordo un objeto pesadísimo. Se alejan de la costa y lo arrojan al mar. Es el escudo nobiliario que lo ha arrancado de la fachada, pues ésa fue la condición que puso para vender la casa. Cuando José le pregunta que por qué hace eso,

*“el anciano caballero le miró con ojos de indignación.  
-¡Zambombo! ¿Quieres que el escudo de la gran casa de Meira esté sobre una fábrica de escabeche? [...] La gran casa de Meira muere conmigo... Pero no morirá deshonrada*<sup>414</sup>.

Una clase muere y otra nace: la nobleza tradicional y la burguesía, pues sobre la casa solariega de aquélla ésta levanta una fábrica de escabeche. Don Fernando, al arrojar el escudo al mar, es perfectamente consciente de que la situación es irreversible y la acepta. Ahora bien, don Fernando hace también otra cosa. Casi todo lo que ha obtenido por la venta —diez mil de los catorce mil reales— se lo regala a José para que compre una barca nueva, pues la suya la había perdido como consecuencia de un sabotaje. Y, además, su intervención es decisiva —arregla todos los papeles y la deposita legalmente— para que José se case con Elisa, pues la madre de ésta se opone para no tener que darle la herencia que le corresponde. Si no hubiera sido por él, el matrimonio no habría llegado a celebrarse:

*“La rudeza del pobre marinero y la supina ignorancia de las mujeres no les consentía ver en aquel asunto un solo rayo de esperanza. En esa ocasión, como en tantas otras durante la Edad Media, fue necesario que el castillo viniese en socorro del estado llano. La casa de Meira, sin que ellos lo supiesen, ni menos persona alguna en Rodillero, trabajaba a favor suyo silenciosamente*<sup>415</sup>.

¿Cómo interpretamos esto? ¿Como apología del paternalismo de las relaciones nobleza-pueblo en la sociedad tradicional? Si fuera así en nada se diferenciaría la concepción del cambio de poder recogida en la novela de Palacio Valdés de la de Villoslada, Campión o Vicente Arana. Sin embargo, hay una gran diferencia. Mientras en éstas se ataca al sistema liberal y a la burguesía —sus representantes son auténticas aves de rapiña— acusándolos de despojar, de arrebatar el poder a sus legítimos dueños valiéndose de malas artes y todo tipo de triquiñuelas (sólo hay que recordar el caso de Juan Miguel Osambela), no sucede lo mismo en *José*. Palacio Valdés no es antiburgués; no hay ningún ataque contra los que compran las tierras de los nobles o la casa solariega de Meira para levantar una fábrica de escabeche. No existe aquí despojo de ningún tipo. El único culpable —si es que se puede decir así— de su ruina es don Fernando —como representante de una clase social— por su incapacidad para adaptarse a los tiempos: nunca ejerció su carrera de abogado, bien por incapacidad, bien por la repugnancia que sentía por cualquier actividad que no fuera la caza o la pesca. De ahí que la actitud de Valdés hacia el personaje no tenga nada de idealizadora. Don Fernando despierta simpatía por su altruismo y generosidad, y piedad por su indigencia; pero resulta anacrónico y, en muchos aspectos, ridículo. Por eso, sus convecinos le to-

<sup>413</sup> *José*, cit., p. 80-81.

<sup>414</sup> *Ibid.*, p. 163 y 164.

<sup>415</sup> *José*, cit., p. 175-176.

man el pelo<sup>416</sup> y el narrador adopta ante él una distancia irónica<sup>417</sup>. Como consecuencia de todo ello, el relevo de poder no tiene nada de traumático en esta novela; todo lo contrario, aparece como un proceso natural, irremediable; es el signo de los tiempos. El hecho de que don Fernando entregue casi todo el dinero a José para que compre una barca y tire el escudo nobiliario al mar encierra una gran carga simbólica en este sentido. José es un pequeño empresario que invierte ese dinero en una actividad productiva relacionada con el mar que es donde don Fernando hace desaparecer su escudo. El mar se convierte así en un elemento de renovación: en él acaba una clase social y de él sale la que toma el relevo. Relevo pacífico, natural, subrayado también porque don Fernando desaparece voluntariamente del pueblo y nada más se vuelve a saber de él hasta que aparece muerto. Palacio Valdés es un autor de ideología burguesa que se identifica con el liberalismo y reacciona sin ningún tipo de estridencia ni melancolía por la desaparición de unos modos de vida que son del pasado.

### **B) Respetabilidad del liberalismo y virtudes de los liberales.**

El liberalismo no tiene, pues, las características negativas que le atribuyen sus detractores, sino que es un movimiento perfectamente honorable. Ha venido como consecuencia de una revolución hecha por la clase media con la ayuda del pueblo:

---

<sup>416</sup> Don Fernando habla en la tertulia de la casa del maestro del pasado esplendoroso de su familia: “*De mi casa salieron dotes para la casa de Miranda, para la de Peñalta, para la de Santa Cruz, para la de Guzmán...*

*-Vamos –dijo Bernardo sonriendo-, por eso se quedó usted tan pobre*”. P. 83

<sup>417</sup> Como muestra del distanciamiento irónico puede servir el siguiente fragmento en el que el narrador comenta el cambio de conducta de don Fernando después de vender su casa: “*Mediante la cantidad de seis reales cada día halló el buen caballero hospedaje, si no adecuado a la antigüedad y nobleza de su estirpe, suficiente para no perder la vida de hambre, como no había estado lejos de acontecer, según sabemos. Y, ¡caso raro!, desde que se vio con algunos cuartos en el bolsillo, subió todavía algunos palmos su orgullo nobiliario. Andaba por el pueblo con la cabeza erguida, el paso sosegado y firme, echando a los vecinos miradas muy más propias de la Edad Media que de nuestros días, saludando a las jóvenes con una sonrisa galante y protectora, como si aún ejerciese sobre ellas el ominoso derecho de pernada.*

*Dondequiera que la ocasión se ofrecía, brindaba a sus vasallos con alguna copa de vino, y a las vasallas con golosinas de la confitería. Pero hay que declarar, a fuer de verídicos, que los villanos y villanas de Rodillero no aceptaban los favores de don Fernando con aquel respeto y sumisión con que sus mayores en otros tiempos recibían los desperdicios feudales de la gran casa de Meira; antes parecía que al beber vino y al tomar confites lo hacían por pura condescendencia, por no herir la delicada susceptibilidad del hidalgo; y aun se advertía en todos ellos una cierta sonrisa de compasión, que a poderla ver hubiera hecho estremecerse en sus tumbas a todos los hijos de aquella ilustre casa, al comendador de Villaplana, al procurador de las Cortes de Toro, al presidente del Consejo de Italia, etcétera, etcétera. Y por si esta sonrisa de compasión no fuese bastante para ajar el prestigio de su linaje, los comentarios que se hacían a espaldas del caballero eran mucho más humillantes todavía. [...] Elisa, una de las feudatarias más hermosas que el señor de Meira tenía en Rodillero, era asimismo una de las más rebeldes. En vano el noble señor se esforzaba en brindarle protección siempre que la hallaba al paso; en vano le ofreció repetidas veces un cartuchito de almendras traídas ex profeso de Sarrión; en vano desenvolvía con ella todos los recursos de la más refinada galantería, que recordaba los buenos tiempos de la casa de Austria. La linda zagala acogía aquellos homenajes con sonrisa dulce y benévola, donde no se advertía ni rastro de admiración o temor; y algunas veces, cuando los acatamientos ceremoniosos subían de punto, hasta se vislumbraba detrás de sus ojos tristes y suaves cierta leve expresión de burla. La verdad es que la naturaleza no había secundado poco ni mucho las disposiciones feudales de don Fernando. Al verle con su cuerpecillo contrahecho delante de la figura elevada y gentil de Elisa, la imaginación más poderosa y amiga de forjarse quimeras no podría seguramente representarse al señor del castillo delante de una tímida aldeana”. P. 167-169.*

Este es el contexto que hay que tener en cuenta para entender el verdadero significado de la frase anteriormente mencionada: “*En esta ocasión, como en tantas otras durante la Edad Media, fue necesario que el castillo viniese en socorro del estado llano*”.

*“A su fin corría con paso cierto el año 68, atropellando sus días inquietos entre clamorosas disputas. Habíamos hecho una revolución con el instrumento naval y militar, trayendo después al pueblo a que la confirmara”<sup>418</sup>.*

Una revolución, que contó con tan amplio consenso, es necesariamente respetable:

*“De todas las calles céntricas de Madrid, la única que conserva cierta tranquilidad burguesa que le da aspecto honrado y amable es la calle Mayor. [...] El Café del Siglo, situado hacia el promedio de esta calle, participa del mismo carácter burgués, ofrece igual aspecto apacible y honrado”<sup>419</sup>.*

Los liberales son caballerosos: Claudio Bozmediano encuentra a un conocido absolutista, D. Elías alias “Coletilla”, al que tienen detenido varios miembros del populacho, porque quieren que grite *¡viva la Constitución!* Bozmediano se enfrenta a ellos y consigue liberar al anciano y lamenta el comportamiento de los que lo detuvieron:

*“Es de deplorar que los primeros derechos concedidos por la libertad sean mal empleados por algunos hombres. El hábito de la libertad es uno de los más difíciles de adquirir, y tenemos que sufrir los desaciertos de los que por natural rudeza tardan más en adquirir ese hábito. [...] No maldigamos al sol porque en los primeros momentos de la mañana produce molestia en nuestros ojos, cuando salen bruscamente de la oscuridad y del sueño”<sup>420</sup>.*

Es decir, Bozmediano no desmerece en nada de Mario Ugarte o García Jiménez, ni en caballerosidad ni en capacidad para controlar al, en este caso, populacho. Es más, en la comparación con García sale favorecido, pues el caudillo vasco le dejó sus armas al godo simplemente porque éste le dio su palabra. Bozmediano libera a su “enemigo” a cambio de nada: no sólo “Coletilla” se negó a gritar *¡viva la Constitución!*, sino que gritó *¡muera!*; su fanatismo es de tal calibre que ni siquiera el instinto de supervivencia le hace ser prudente. A pesar de todo, Bozmediano lo saca del apuro. Él tiene muy claro que no se puede juzgar al liberalismo por los excesos de los que no entienden el verdadero concepto de libertad:

*“Ésos que le han detenido a usted no son liberales. O son agentes ocultos del absolutismo, o ignorantes soeces sin razón ni conciencia. O libertinos sin instrucción, o alborotadores asalariados. ¿Será preciso quitarles la libertad y no devolvérsela hasta que reciban educación o castigo? Entonces ¿habrá libertad para unos y para otros no? Ha de haberla para todos, o quitársela a todos. ¿Y es justo renunciar a los beneficios de un sistema por el mal uso que algunos pocos hacen de él? No; más vale que tengan libertad ciento que no la comprenden, que la pierda uno que conoce su valor. Los males que con ella pudieron ocasionar los ignorantes, son inferiores al inmenso bien que un solo hombre ilustrado puede hacer con ella”<sup>421</sup>.*

Bozmediano es, pues, muy consciente de los abusos que en nombre del liberalismo se pueden cometer y él no los oculta; pero, al mismo tiempo, deja muy claro que el liberalismo no es eso y que, por tanto, es un movimiento respetable. Su conducta es una muestra evidente de ello, lo mismo que la de Lázaro. Éste, sobrino de Elías de cuyos manejos no está enterado, es un ferviente liberal pero, al igual que Bozmediano, enemigo de todo radicalismo porque considera que éste es un obstáculo para la revolución. Por eso, cuando se entera de la

<sup>418</sup> B. Pérez Galdós: *España sin rey, Episodios Nacionales V*, Madrid, Aguilar, 2ª edc., 3ª reimpresión, 1990, p. 10

<sup>419</sup> Palacio Valdés: *El origen del pensamiento*, cit., p. 2-3.

<sup>420</sup> *La Fontana de Oro*, cit., p. 50.

<sup>421</sup> *Ibid.*, p. 51.



existencia de un complot para asesinar a los liberales moderados –en ese momento en el poder- y forzar así un viraje hacia la izquierda, se muestra contrario:

*“Pero el medio es espantoso. Yo no quiero para mi patria los horrores de la revolución francesa. Después de un Terror, no puede venir sino la dictadura. Yo no quiero que pase aquí lo que en Francia, donde a causa de los excesos de la revolución, la libertad ha muerto para siempre”*<sup>422</sup>.

Lázaro avisa a los que van a ser asesinados y se salvan. Él buscado, por los conjurados, tiene que escapar de Madrid.

### **C) La clase media debe ser la clase rectora de la sociedad.**

Bozmediano y Lázaro son dos representantes de esa clase media, llamada –como se deduce de las palabras de Vicente Halconero- a ser desde estos momentos la protagonista de la historia:

*“Mi novia, la que será mi mujer dentro de algunos días, es mi Ariadna; ella me conduce al través del laberinto. Yo cojo de sus lindas manos el hilo salvador. Cuando me veo junto a ella pienso que nuestra clase, la suya y la mía, estas familias medianamente ilustres, medianamente ricas, medianamente aderezadas de cultura y de educación, serán las directoras de la Humanidad en los años que siguen. Este último tercio del siglo XIX es el tiempo de esta clase nuestra, balancín entre la democracia y el antiguo régimen, eslabón que encadena pobres con ricos, nobles con villanos y creyentes con incrédulos”*<sup>423</sup>.

Hasta tal punto la clase media es la llamada a ejercer el papel de protagonista que Galdós, por boca del narrador Tito, la identifica con el pueblo:

*“Cuando sobreviene un terremoto político, dando de sí una situación nueva, arrancada de cuajo de las entrañas de la Patria, el pueblo mísero acude en tropel, con desahogado apetito, a reclamar la nutrición a que tiene derecho. Y al oírme decir pueblo, ¡oh Casiana mía!, no entiendas que hablo de la muchedumbre jornalera de chaqueta y alpargata, que ésos, mal o bien, viven del trabajo de sus manos. Me refiero a la clase que constituye el contingente más numeroso y desdichado de la grey española, me refiero a los míseros de levita y chistera, legión incontable que se extiende desde los bajos confines del pueblo hasta los altos linderos de la aristocracia; caterva sin fin, inquieta, menesterosa, que vive del meneo de plumas en oficinas y covachuelas, o de modestas granjerías que apenas dan para un cocido. Ésta es la plaga, ésta es la carcoma del país, necesitada y pedigüeña, a la cual, ¡oh ilustre mía!, tenemos el honor de pertenecer”*<sup>424</sup>.

Independientemente de que en esta cita hay otras connotaciones y de que el concepto de clase media de Halconero y de Tito no coinciden exactamente (aspectos que comentaré un poco más adelante), lo que me interesa ahora destacar es cómo en ambas el pueblo –entendiendo por tal las clases populares- resulta excluido.

### **D) En España no existe clase media como tal.**

Pero hay una dificultad: que en España no existe clase media:

*“En esta sociedad, formada de mogollón y a puñetazos, unos lo tenían todo, otros nada. La desamortización no había hecho más que cambiar los términos de la desigualdad. Aumentaba el número de los ricos, y en las clases inferiores aparecía un nuevo grupo miserable, que era el proletariado de levita y botas de charol. Para esta infeliz caterva social no había otro remedio que la burocracia. Las oficinas eran conventos modernizados, en*

<sup>422</sup> Ibid., p. 463.

<sup>423</sup> *España trágica, Episodios Nacionales V*, cit., p. 218.

<sup>424</sup> *Cánovas, Episodios Nacionales V*, cit., p. 556-557.

*que hallaban techo y sopa los segundones de esta edad funesta... A la burocracia o pan-funcionarismo había que atenerse*<sup>425</sup>.

Ya en la cita anterior se podía vislumbrar que ésa, a la que Tito llamaba clase media, no era tal. En ésta, -en la que se refiere exactamente a lo mismo: a ese inmenso enjambre de funcionarios que malvive del presupuesto- queda meridianamente claro: en la sociedad española, unos lo tienen todo y otros nada; la que debería ser la clase media pertenece a este segundo grupo; por eso los califica como “proletariado de levita”. Y, por eso, López Bago, después de referirse también a los apuros económicos para poder mantener un decoro y una imagen pública que no se corresponde con su capacidad económica, concluye: “*Bien apellidada media porque no es clase entera, y más parece quebrada o partida por la mitad*”<sup>426</sup>. La característica esencial, pues, de la clase media española es la debilidad, característica que quedó ampliamente reseñada en la introducción histórica. Consecuencia lógica de esta debilidad es que recele tanto del pueblo, como de la aristocracia; aunque, en determinados momentos, mucho más de ésta:

*“Si no temía [Prim] complicación internacional, porque el aplomo europeo había de alterarse muy a su gusto, de Pirineos adentro veía dos fuerzas enemigas, a cual más poderosa: de un lado, el federalismo; de otro, la aristocracia. Si distinto era el terreno en que estos fieros dragones acampaban, diferentes en mayor grado eran sus armas, su táctica y sus banderas. Con menos ruido que los republicanos, con envenenadas ironías y desprecios de damas linajudas, el bando borbónico había de dar más guerra que las muchedumbres mal vestidas, vociferantes en el extremo contrario del campo social*”<sup>427</sup>.

Y los acontecimientos posteriores le dieron la razón a Prim, pues mientras que el pueblo acogió con beneplácito –“*Entró don Amadeo a caballo, con brillante escolta, y su persona despertó simpatías en el pueblo*”<sup>428</sup> - al nuevo rey, la aristocracia le hizo el más completo vacío e incluso le desairaban públicamente:

*“Salieron aquella tarde las alfonsinas aderezadas con sus mantillas y peinetas, creyendo realizar de este modo una protesta muda contra la nacionalidad exótica de nuestros Reyes. Ridículo, afectado y artero resultaba el españolismo de nuestras clases altas. Las que desde el segundo tercio del siglo habían renegado de todo lo castizo, arrojando al montón de las prenderías las modas españolas y vistiéndose, comiendo y hablando a la francesa, salían ahora con la tecla de adoptar preseas sacadas del Rastro indumentario*”<sup>429</sup>.

Dos son, pues, los peligros que acechan a la revolución como consecuencia de la debilidad de la burguesía: la radicalización y las conspiraciones de la aristocracia.

### **E) La radicalización: peligro para la revolución.**

Los abusos son lamentados y rechazados por los auténticos liberales como Bozmediano o Lázaro. Para Galdós, que se identifica con los dos, los excesos del liberalismo radi-

<sup>425</sup> *España trágica, Episodios Nacionales V*, cit., p. 202.

<sup>426</sup> *Luis Martínez, el espada. (En la plaza). Novela social*, Madrid, Librería de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2, 1886, 289 págs. BN: 7/125253. P. 21.

<sup>427</sup> *España trágica*, cit., p. 221.

<sup>428</sup> *Amadeo I, Episodios Nacionales V*, cit., p. 233.

<sup>429</sup> *Ibid.*, p. 325.

Estos desaires son referidos también por Coloma: “*Las damas acudían a la Fuente Castellana, tendidas en sus carretelas, con clásicas mantillas de blonda y peinetas de teja, y la flor de lis, emblema de la Restauración, brillaba en todos los tocados que se lucían en teatros y saraos*”. *Pequeñeces*, cit., p. 72.

cal son promovidos por el absolutismo que los va a utilizar como un medio muy eficaz para desprestigiar –y derrotar- al liberalismo:

*“Como en la Fontana se agitaban las pasiones del pueblo, el gobierno permitía sus excesos para amedrentar al Rey, que era su enemigo. El Rey, entre tanto, fomentaba secretamente el ardor de la Fontana, porque veía en él un peligro para la libertad. La tradición nos ha enseñado que Fernando corrompió a alguno de los oradores e introdujo allí ciertos malvados que fraguaban motines y disturbios con objeto de desacreditar el sistema constitucional, [...] sin que los crédulos patriotas que allí formaban la opinión conociesen la oculta trascendencia de sus cuestiones”<sup>430</sup>.*

Existe toda una cadena de manipulación. Elías soborna al dueño de la Fontana que, a su vez, les paga a los oradores para que alboroten con soflamas radicales. “Coletilla” da también dinero a Aldana y al “Doctrino”, dos significados liberales que cuentan con la colaboración, forzada por la necesidad, de un periodista, Cabanillas, y se aprovechan de la ingenuidad de otros liberales sinceros como Alfonso o el propio Lázaro, de los que los dos primeros hablan en estos términos:

*“No, no sospecha nada. Es un inocente y un visionario. Es de los que se dejan matar por las ideas. Éstos son los hombres que nos hacen falta, muchachos de talento y de buena fe que hablen al pueblo y le llenen de agitación.*

*-¿Y este otro bobalicón [...] que hemos ido a buscar hoy?*

*-Ése es chico listo también; pero de una inocencia angelical. Tenemos muchos de éstos que son los que han de hacer la mejor parte sin costar nada. Cabanillas vale; pero ése no es tan barato: está el pobre muy mal, y hay que favorecerle. Ayer le encontré llorando en la casa; me dio mucha lástima. Él trabaja con repugnancia en nuestro asunto; pero no tiene otro remedio, porque está sin un cuarto”<sup>431</sup>.*

La actitud del narrador hacia este tipo de personajes es de rechazo frontal. A Aldana lo caracteriza como

*“exaltado fontanista, de crasa ignorancia y con aquella osadía que acompaña siempre a los necios. Se le [sic] echaba de gran patriota, y no sonaba cencerro en Madrid sin que él tomara parte en la danza”. Y de Cabanillas afirma: “Tenía mucho ingenio, dotes de orador y periodista; pero muy poca instrucción y una ligereza invencible”<sup>432</sup>.*

La denuncia de que dentro de las filas liberales actúan individuos que no lo son persigue, la misma finalidad que la apología de los que sí lo son –como Bozmediano o Lázaro–: la dignificación del movimiento presentándolo como un sistema perfectamente respetable, negando así las afirmaciones de la novela conservadora.

### **F) Manipulación del pueblo por las fuerzas conservadoras.**

Todas estas conspiraciones tienen como fin la manipulación del pueblo para utilizarlo como instrumento al servicio de las fuerzas antiburguesas:

*“¿No ve usted cómo los liberales truenan contra los que llaman tibios, es decir, contra los que apoyan al Gobierno y forman la mayoría llamada sensata en las Cortes? Pues bien: el pueblo está furioso contra esos tibios; ya usted sabe cómo se ha logrado encender esa ira. El pueblo está pidiendo su destrucción, porque cree que es el mejor medio de conseguir la libertad. Cumplamos la voluntad del pueblo”.*

<sup>430</sup> *La Fontana de Oro*, cit., p. 33.

<sup>431</sup> *Ibíd.*, p. 300.

<sup>432</sup> *Ibíd.*, p. 494.

El narrador no puede menos de comentar esta última manifestación de “Coletilla” para denunciar el cinismo con el que se manipula haciendo creer a los manipulados que su conducta responde a su voluntad: *“Indescriptibles son el sarcasmo y la diabólica malicia con que Coletilla pronunciaba estas palabras”*<sup>433</sup>. Los antiliberales insisten, una y otra vez, en la idea de que hay que aprovecharse de la ignorancia del pueblo para socavar los pocos apoyos que tiene el gobierno liberal moderado. El siguiente diálogo entre el Doctrino y Coletilla es una prueba de ello:

*“El pueblo no les quiere, es cierto, porque al pueblo se le ha extraviado y se le ha engañado; pero tienen apoyo en la clase media y en una parte de la aristocracia.*

*-Es preciso que esa gente aparezca a los ojos del pueblo como urdiendo un plan de golpe de Estado contra la Constitución. El pueblo es fácil de engañar.*

*-El pueblo creará eso y todo lo que sea preciso. [...]*

*-¡Bendita la nación –dijo Elías con una mirada igual a la del demonio cuando tentó a Jesús–; bendita la nación que tiene un pueblo tan impresionable y dócil, porque si bien puede extraviarse, puede servir también de instrumento para volver al buen camino, y luego con un sistema de represión el pueblo no volverá a ser impresionado por nadie”*<sup>434</sup>.

Es decir, que al pueblo se le utiliza primero para que con sus excesos desprestigie y contribuya al fracaso de la revolución burguesa y, después, para que apoye al absolutismo. En realidad, siempre como apoyo de éste: primero indirecta y, luego, directamente. De ahí la afirmación de Galdós: *“La Fontana de Oro sirvió al Rey y a la reacción más que los frailes y los facciosos”*<sup>435</sup>.

### **G) Los políticos sin escrúpulos.**

La revolución va a ir cayendo también en manos de politicastros, cuyo espíritu liberal y sus escrúpulos son tan escasos como los de Aldana o el Doctrino. Ninguno de ellos tiene la más mínima convicción ideológica; sólo les mueve el interés personal:

*“Y por allí salta otro diciendo que su Credo es tal o cual cosa, y que no puede quitar ni una tilde de su Credo. ¡Valientes Credos, valientes Salves las que rezan estos farsantes! Riámonos de su indigna dignidad y de sus interesados sacrificios. Si no se avienen a vivir juntos en una sola Iglesia, con un solo Credo y un solo Gloria Patri, es porque en caso de avenencia sólo serían ministros de cabezas más visibles...; mientras que dividiéndose en hatillos o cofradías de corto personal, irían todos entrando en el comedero y hasta los gatos serían ministrables. La ambición de estos hombres raquíuticos y de cortas luces se limita, como ves, a la vanidad de ser ministros, sin otros fines que darse tono, repartir empleos, y que la señora y los niños paseen en coche galonado”*<sup>436</sup>.

La inanidad e inutilidad de los políticos -*“bandadas de cotorras y otras aves parleras aturden con su charla y retórica”*<sup>437</sup>- para enfrentarse con los problemas del país se acentúa más si cabe cuando llega la República, pues los diputados emplean el tiempo en discutir los asuntos más peregrinos:

*“Un diputado protestó iracundo de que le llamaran Su Señoría; fue un descuido del Presidente, pues la Cámara había acordado que el único tratamiento fuera Ciudadano tal, Ciudadano cual... Otro padre de la Patria propuso la supresión de los maceros, que con-*

<sup>433</sup> *Ibíd.*, p. 364-365.

<sup>434</sup> *La Fontana de Oro*, cit., p. 369-370.

<sup>435</sup> *Ibíd.*, p. 300.

<sup>436</sup> *Amadeo I, Episodios Nacionales V*, cit., p. 265.

<sup>437</sup> *La Primera República, Episodios Nacionales*, cit., p. 339.

*sideraba como un signo de atavismo repugnante. Y un tercero pidió en un largo discurso que se tapizara con terciopelo de otro color el escaño de los ministros, pues lo de banco azul recordaba los desafueros de la monarquía*<sup>438</sup>.

La amenaza de la radicalización sigue estando presente. El día de la solemne apertura de las Cortes -1 de junio- hubo un desfile:

*“Se dijo, yo no lo vi, que ciertos oficiales y voluntarios intransigentes de la Milicia, al aclamar frenéticamente la República Federal, se pasaban la mano extendida por el cuello mirando a los Ministros, como si recordaran el uso de la guillotina para castigar la debilidad, la cobardía o la traición*<sup>439</sup>.

La revolución se encamina hacia el fracaso, lo cual era ya perceptible para los más avisados desde tiempo atrás. Por eso, nada tiene de extraño que, adelantándose a los acontecimientos algunos decidan renunciar y marcharse. Es lo que hace Lázaro. Se va de Madrid –bien es verdad que perseguido por haber abortado la conspiración radical, pero tramada por los absolutistas- se casa con Clara y abandona la vida política retirándose a su pueblo de Aragón, Ateca donde se dedica a sus asuntos:

*“Renunció por completo, inducido a ello por su mujer y por sus propios escarmientos, a los ruidosos éxitos de Madrid y a las lides políticas. Tuvo el raro talento de sofocar su naciente ambición y confinarse en su pueblo, buscando en una vida oscura, pacífica, laboriosa y honrada la satisfacción de los más legítimos deseos del hombre*<sup>440</sup>.

Exactamente igual reacciona Miguel Rivera que, cuando observa el giro demagógico que toman los acontecimientos tras la Revolución de Septiembre, se retira de la vida pública y se refugia en su casa dedicándose a la lectura y a la vida doméstica<sup>441</sup>. La radicalización, aprovechada y fomentada por el absolutismo que utiliza demagógicamente al pueblo, es una de las causas principales del fracaso de la revolución burguesa.

#### **H) La traición de la burguesía. La alianza con la aristocracia.**

Pero no es la única. Otra es la aristocracia. La inseguridad, producto también de su debilidad, va a empujar a la clase media española –a los sectores más conservadores y económicamente más poderosos de ella- a echarse en brazos de la antigua clase dominante con la que va a formar la oligarquía que gobernará durante la Restauración, de tal manera que, ya antes de que llegara la República, la burguesía había renunciado al espíritu que animó la Revolución de Septiembre, a la que terminará traicionando:

*“La Revolución estaba muerta, por haber perdido en gran parte la savia progresista que le dieron los trabajos del 67 y el triunfo del 68. Los alfonsinos habían ganado terreno con*

<sup>438</sup> *La Primera República*, cit., p. 368.

<sup>439</sup> *Ibíd.*

<sup>440</sup> *La Fontana de Oro*, cit., p. 514.

Éste –el feliz- es el primer final que Galdós concibió para la novela. Pero en la siguiente edición Lázaro moría a mano de sus perseguidores, enviados por Coletilla. Posteriormente, volvió a reponer el primer final. A primera vista, el primer final parece optimista y el segundo claramente pesimista: si Clara, como ha sido señalado por la crítica, representa a España y Lázaro al liberalismo, el simbolismo indica que España se salva de la mano del liberalismo; y viceversa, asesinado Lázaro, Clara-España cae en manos de las fuerzas reaccionarias. Pero el hecho de que la salvación sea a costa de la retirada y la renuncia indica más bien que ha perdido la fe, por todo lo dicho anteriormente, en que el verdadero liberalismo pueda llegar a triunfar.

<sup>441</sup> Palacio Valdés: *Maximina*, cit., vide p. 124-127.

*la traída de un Rey extranjero; contaban a la sazón con lo más florido de la oficialidad del ejército*”<sup>442</sup>.

Esta traición de la burguesía a “la savia progresista” tiene, al menos, tres consecuencias: ansia de ganar dinero, subordinación a la aristocracia y egoísmo improductivo.

### **h<sub>1</sub>) El ansia de ganar dinero.**

La Restauración es un período en el que se hacen fabulosos negocios. Pero, dado el reducido número de los que forman la élite burguesa española, esos negocios favorecen a muy pocos:

*“Vivimos en la época del fausto insolente y de los grandes negocios. No se habla de otra cosa que de capitales extranjeros que afluyen aquí buscando empleos y beneficios pingües, de grandiosas empresas industriales, de ferrocarriles más largos que la cuaresma y de otros cortos y ceñidos al interés particular. La alta Banca se mueve; el dinero se desentumece y corre a donde lo llaman el crédito y el trabajo.*

*España renace: pero los provechos de este resurgir de la vida económica no alcanzan todavía más que a las clases opulentas*”<sup>443</sup>.

Como consecuencia de estos negocios surge una nueva aristocracia:

*“Entonces fue cuando apareció en la sociedad española un tumor de oro –permítaseme el símil patológico- que absorbía el de todas las clases superiores e inferiores. A la triste y lamentable desmembración de los mayorazgos siguió el alumbramiento de este monstruoso ser que todo lo compraba, lo que enajenaban los nobles y lo que obligaron a vender a la Iglesia, los bienes nacionales y los miembros que iban desprendiéndose de la mano muerta descuartizada. Este Cresos plebeyo, este príncipe burgués, este hombre rico, fue el heredero del poder aristocrático. Unas cuantas docenas de grandes compradores, de apellidos oscuros, que habían llegado de sus respectivas comarcas con los pies descalzos, que tenían una leyenda de pobreza, piojos, usura y malas artes que oponer a la leyenda de brocados, perfumes, despojos feudales y donativos regios de sus antecesores, se apoderaron del país. Entonces empezó la dominación de los Cresos agrícolas e industriales que hoy subsiste*”<sup>444</sup>.

Uno de estos Cresos, aunque la base de su fortuna no es ni la agricultura ni la industria sino la usura, es Torquemada. Éste empieza haciendo préstamos a real por duro al mes, es decir, un 60% anual y su fortuna comienza a crecer con gran rapidez:

*“El año de la revolución compró Torquemada una casa de corredor en la calle de San Blas, con vuelta a la de la Leche. [...] El año de la Restauración ya había duplicado Torquemada la pella con que le cogió la Gloriosa, y el radical cambio político proporcionole bonitos préstamos y anticipos. [...] Al entrar en el Gobierno, en 1881, los que tanto tiempo estuvieron sin catarlo, otra vez Torquemada en alza: préstamos de lo fino, adelanto de lo gordo, y vamos viviendo. Total, que ya le estaba echando el ojo a otra casa, no de corredor, sino de buena vecindad, casi nueva, bien acondicionada para inquilinos modestos*”<sup>445</sup>.

Poco después, como consecuencia de su matrimonio con Fidela del Águila, noble arruinada a la que no le queda más remedio que acceder a este matrimonio que le repugna, pues su situación es insostenible, conoce gente importante, consigue concesiones del Estado y entra

<sup>442</sup> *Amadeo I*, cit., p. 279.

<sup>443</sup> *Cánovas*, cit., p. 587.

<sup>444</sup> José Ortega Munilla: *Orgía del hambre*, Madrid, El Cosmos Editorial, Montera, núm. 21, 1884, 71 págs., BN: 3/1978, p. 24.

<sup>445</sup> *Torquemada en la hoguera*, cit., p. 8-9.

en el mundo de los grandes negocios. En el momento de su muerte había reunido una fortuna de treinta millones de pesetas.

Otro de estos Cresos es Salabert, al que ya me he referido en algunos de los apartados precedentes. Su llegada a una de las tertulias de la clase alta madrileña es celebrada por todos deshaciéndose en cumplidos:

*“Representose en la tertulia de Calderón la escena de los israelitas que más se ha repetido en el mundo, la adoración del becerro de oro. El recién llegado era nada menos que D. Antonio Salabert, duque de Requena, el célebre Salabert, rico entre los ricos de España, uno de los colosos de la banca y el más afamado, sin disputa, por el número y la importancia de sus negocios”*<sup>446</sup>.

Sobre el origen de su fortuna corren toda clase de rumores:

*“Decían unos que había sido granuja del mercadal, otros que empezó de lacayo de un banquero y luego cobrador de letras y zurupeto, otros que había sido soldado en la primera guerra carlista, y que el origen de su fortuna estuvo en una maleta llena de onzas de oro que robó a un viajero”*<sup>447</sup>.

Él mismo, cuando se enfadaba con sus empleados, lo que sucedía con bastante frecuencia, explicaba del siguiente modo dicho origen: *“¿Sabéis, f..., cómo he llegado yo a tener dinero? Pues recibiendo muchas patadas en el trasero. Sólo a fuerza de puntapiés se logra subir arriba. ¿Estamos?”*<sup>448</sup>. Pero su fortuna la ha hecho a base de negocios sucios, fraudulentos comportándose siempre con una total falta de escrúpulos:

*“El duque de Requena ni tenía sentido moral ni nunca lo había conocido. Su vida de granuja anónimo en Valencia, estaba señalada por una serie de travesuras y mañas chistosas, por una fecundidad tan grande en trazas para sacar al prójimo su dinero, que lo hicieron digno émulo del **Lazarillo de Tormes**, **El pícaro Guzmán de Alfarache** y otros héroes famosos de la novela española. Por cierto que antes de seguir adelante conviene expresar que un grupo de socios del Ateneo había puesto a Salabert el sobrenombre de **El pícaro Guzmán** con que le conocían. Pero este apodo no salió del círculo de amigos. Mejor éxito tuvo una frase del presidente del Consejo de Ministros explicando las iniciales del duque. Decía que estas iniciales A.S. debía ponerseles signo de admiración para que dijeran: ¡A ese!”*<sup>449</sup>.

La opinión que a Palacio Valdés le merece el personaje, además de por las cosas que de él cuenta, queda clara en la descripción que hace del mismo:

*“El objeto de tanta atención y acatamiento era un hombre bajo, gordo, la faz amoratada, los ojos saltones y oblicuos, y el bigote entrecano, duro y erizado como las púas de un puercoespín”*<sup>450</sup>.

<sup>446</sup> *La espuma*, cit., p. 120-121.

<sup>447</sup> *La espuma*, cit., p. 121.

<sup>448</sup> *Ibíd.*

<sup>449</sup> *Ibíd.*, p. 177. Un poco más adelante, sigue Palacio Valdés hablando de sus múltiples negocios: *“Luego comenzaron los equipos para la tropa, los negocios de los tabacos, la subasta de carreteras, cediéndolas unas veces con primas, otras construyéndolas sin las condiciones exigidas por el contrato, los empréstitos al Gobierno, etc., etc. En todos ellos desplegó nuestro negociante su rara sagacidad, su talento positivo y un “órgano de la adquisividad” tan poderoso, que con razón le hicieron célebre entre los personajes de la banca”*. 177-178.

<sup>450</sup> *Ibíd.*, p. 121.

De la misma calaña es Sánchez Botín, otro de los que ha hecho grandes negocios gracias a la amistad con los ministros, lo que le ha valido concesiones para los ferrocarriles, que ha conseguido sacar adelante por distintos medios sin aportar un solo duro:

*“Pero esta tostada, con ser un negocio inmoral, no es tan atroz como la que resulta de comprar por un pedazo de pan los abonarés de los soldados de Cuba, que llegan aquí muertos de miseria, enfermos y con un papel en el bolsillo. El Gobierno no puede pagarles; pero Botín ha reunido millones en esos abonarés, y el mejor día se los admite el Gobierno en pago de un empréstito... Pues en las subastas no te digo nada. Ahí es donde están las ricas tostadas. Él hace lo que quiere. Es un bajá administrativo, mejor dicho, un sultán que tiene las rentas públicas por serrallo. Se pone de acuerdo con el Gobierno, y redacta a su gusto el pliego de condiciones, de manera que no se puede presentar nadie”<sup>451</sup>.*

Los negocios “fáciles”, para el que tiene influencias y poco escrúpulos, están a la orden del día. Eloísa, que pretende incitar a su primo José María Bueno de Guzmán para que emprenda alguno, le habla de ellos en estos términos:

*“Aquí el que no dobla el capital en pocos años es porque no quiere. Fúcar me lo ha dicho. [...] ¿Por qué no te haces amigo, muy amigo de los ministros, para ver si cae un empréstito de Cuba, ya que en la Península no se hacen ahora? Con que el ministro de Ultramar te encargara de hacer la suscripción, dándote el 1 por 100 de comisión, o siquiera el medio, ganarías una millonada. [...] ¡Ah! esto de las contratas es mi fuerte. Fúcar me ha contado cosas que pasan. Pregúntale a Cristóbal Medina lo que hacía su padre. Pues muy sencillo. Como el Gobierno no tenía medios de transporte, el maragato se iba al Ministerio de la Guerra y decía: ‘Yo pongo a disposición del Gobierno dos mil carros en tanto tiempo a razón de tanto.’ Luego no ponía más que mil quinientos, y cuando se moría una mula vieja, o veinte o doscientas (y no valía cada una diez duros), el veterinario certificaba... ‘mula de primera’, lo que quiere decir cuatro mil reales por cadáver de mula. Después la Administración militar liquidaba, y allá te van millones”<sup>452</sup>.*

Este afán crematístico se extiende también a la política:

*“En los comienzos del año 1880 hizose más patente la invasión del positivismo en las almas de los afortunados políticos que entonces estaban en el candelero. El sabio consejo de un estadista francés, que dijo a sus contemporáneos: ‘Enriqueceos; que ningún hombre público agobiado por la pobreza puede hacer la felicidad de la Patria’, fue tomado al pie de la letra por los que aquí pastoreaban el rebaño nacional”<sup>453</sup>.*

Incluso para cosas no demasiado importantes. Pero éstas sirven de entrenamiento:

*“Ocupémonos de Adolfo, el precoz funcionario, que no iba a la oficina sino cuando le daba la gana; que había encargado un velocípedo a Londres y había extendido él mismo la orden para que el administrador de la Aduana de Irún lo dejase pasar sin derechos, ¡qué rasgo de genio! ‘¡Tú irás muy lejos, niño!’ le dijo el jefe de negociado. Y, realmente, aquel rasgo valía una carrera. ¡Genialidad infantil que anunciaba el embrión de un hombre de Estado español!”<sup>454</sup>.*

Requena, Torquemada, Sánchez Botín son personajes de la novela liberal; Juan Miguel de Osambela y Pepe Gil lo son de la conservadora. Todos ellos pertenecen a la nueva clase dominante y todos han ascendido utilizando medios inmorales. Tanto los novelistas

<sup>451</sup> *La desheredada*, cit., p. 309.

<sup>452</sup> *Lo prohibido*, cit., p. 306-307.

<sup>453</sup> *Cánovas*, cit., p. 615-616.

<sup>454</sup> *La Desheredada*, cit., p. 175.



liberales como los conservadores denuncian este fenómeno. Pero hay una diferencia fundamental en el alcance de la denuncia. Para la novela conservadora los nuevos potentados son unos advenedizos que aspiran a ocupar un puesto que no les corresponde, cosa que critican poniendo de manifiesto la ilegitimidad de las pretensiones de Osambela, o castigan haciendo que Pepe Gil, lo mismo que Pablos en *El Buscón*, sea descubierto y tenga que desaparecer de la vida social y abandonar Madrid<sup>455</sup>. Es decir, para los novelistas conservadores el objetivo principal no es tanto denunciar a los nuevos representantes del poder como que los antiguos han sido despojados de él. Los abusos no son individuales, sino que tienen su raíz en un sistema, cuyos principios son profundamente inmorales: el liberalismo. Tras la denuncia de la inmoralidad subyace, pues, el rechazo del liberalismo. La novela liberal, por el contrario, no ataca al sistema. El liberalismo, como se ha visto, es un sistema perfectamente respetable; las inmoralidades y excesos no le son imputables, sino que son producto de abusos de individuos que se han apartado de él y han traicionado los principios de la revolución. Por eso, mientras en la novela conservadora, quien sufre los despojos es la antigua clase dominante –lo que indica con toda claridad que el liberalismo es visto como el destructor de la sociedad tradicional- en la liberal la víctima de las estafas es el Estado. Y, si como se ha visto anteriormente, la clase más representativa del Estado es la clase media, la víctima de esos despojos es, en última instancia, ella. En síntesis, los novelistas conservadores denuncian la destrucción del Antiguo Régimen a manos del liberalismo; los liberales, la traición de sus principios fundamentales.

## **h<sub>2</sub>) Subordinación ante la aristocracia.**

Una característica de la clase media –consecuencia de la señalada inseguridad y ampliamente recogida por la novela- es la atracción y admiración que ha sentido desde siempre por la aristocracia. El pasado esplendoroso de Cándida García Grande –ya venida a menos- provoca la fascinación de Rosalía de Bringas, esposa de un honrado funcionario de rango medio, don Francisco de Bringas:

*“Era Cándida una de las más constantes visitas de los Bringas. Rosalía sentía hacia ella respetuoso afecto, y la oía siempre con sumisión, conceptuádola como gran autoridad en materias sociales y en toda suerte de elegancias. A los ojos de la señora de Thiers, el brillantísimo pasado de Cándida había dejado, al borrarse el tiempo, resplandores de prestigio y nobleza en torno al busto romano y al tieso empaque de la ilustre viuda. Esta aureola fascinaba a Rosalía, quien, extremando su respeto a las majestades caídas, aparentaba tomar en serio aquello de mi administrador, mis casas...”*<sup>456</sup>.

*La Espuma*, cuyo tema central es el análisis de la oligarquía de la Restauración, comienza con un joven de veintitrés años, Raimundo Alcázar, siguiendo por la calle a Clementina Salabert, que tiene treinta y siete, hija del duque de Requena. Raimundo está tan fascinado que no puede dejar de seguirla: camina detrás, se sube a un tranvía, se baja y sigue caminando. Queda así simbólicamente subrayada desde el principio de la novela la

<sup>455</sup> El “castigo” del autor consiste en que todo el mundo se entera de que no es más que un criado. Pero, a pesar del escarmiento, Villoslada no puede dejar de traslucir su irónico escepticismo. Un amigo le aconseja que se retire a la vida privada:

“-¿Y qué es eso?”

-Hombre, no te lo puedo decir a punto fijo; pero es una frase con la cual en España se perdona y se olvida todo, y con ella, al cabo de pocos años, resucitas como nuevo y vuelves a las andadas”. Cit., p. 302.

<sup>456</sup> *La de Bringas*, cit., p. 33.

atracción que la burguesía siente por las capas altas de la sociedad y que va a tener consecuencias negativas para ella, al igual que la relación con Clementina, que terminará produciéndose, las va a tener para Raimundo. Éste es un joven universitario estudiante de entomología, huérfano, que vive modestamente con su hermana Aurelia, de una pequeña renta de unas acciones. Las costumbres de Raimundo –incluso cuando su relación con Clementina se mantiene todavía en el terreno puramente amistoso- comienzan a cambiar; se ve obligado a realizar gastos que no están a su alcance: un abono en el real, un frac para poder asistir todas las noches a la misma función a la que va Clementina. Cuando, poco después, se convierten en amantes, Raimundo comienza a vivir muy por encima de sus posibilidades:

*“Aquellas relaciones obligaron a nuestro joven a hacer gastos extraordinarios que no permitía su renta. Para seguir el carruaje de su amante entre la balumba de ellos en los paseos del Retiro y la Castellana compró un bonito caballo, después de dar previamente algunas lecciones de equitación. Los teatros, las flores y los regalitos a su ídolo, las franquichelas con sus nuevos amigos del Club de los Salvajes, los trajes y las joyas, todo lo que constituye, en suma, el tren de vida de un lechuguino en la corte, le hicieron desembolsar sumas enormes con relación a su hacienda”.*

Para poder atender a estos gastos no le queda más remedio que echar mano del capital y vender algunas de las acciones que poseía de una fábrica de pólvora y de la Deuda. Lo peor, siendo ya bastante malo el hecho de vender pues las acciones eran también de su hermana, es que no dice nada a ésta y, cuando su tutor que siempre había confiado en él, le pregunta que de dónde ha salido el dinero para tantos lujos, le miente con el mayor descaro diciéndole que Clementina corre con los gastos de todos ellos. Pero además, la renuncia a su modesto modo de vida va acompañada no sólo de la abdicación moral, sino también intelectual, pues, plenamente integrado ya en el grupo social de Clementina, se cuida muy mucho de emitir ninguna opinión que pueda resultar molesta al buen tono imperante en esa sociedad:

*“Nuestro joven había concluido por adaptarse bastante bien al medio en que hacía tiempo vivía. No sólo en su traje podían observarse refinamientos de la moda secundada por la propia fantasía, sino que [...] en el comercio social se había ido atemperando a lo que en torno suyo veía. Hizo lo posible por reprimir los ímpetus de su naturaleza expansiva y afectuosa: adoptó un continente grave, impasible, ligeramente desdeñoso: procuró burlarse de cuanto se decía en su presencia, como no tocase a los usos y fueros de la salvajería: adquirió un cierto tonillo irónico, semejante al de sus compañeros de club. Y sobre todo se guardó muy bien de emitir ninguna idea científica o filosófica, pues por experiencia sabía que esto era lo que no se perdonaba en aquella sociedad”<sup>457</sup>.*

---

<sup>457</sup> *La espuma*, cit., p. 433.

Raimundo ha traicionado<sup>458</sup> a su clase y, al final de la novela, va a recibir el castigo<sup>459</sup>. Clementina lo abandona dejándolo abatido y desesperado. Su último encuentro tiene lugar en el interior de un coche. Cuando se despiden, Raimundo “*se bajó de un salto, y la dama le vio alejarse con paso vacilante de beodo sin volver la vista atrás*”<sup>460</sup>. Esta frase, que es la última de la novela, incide, una vez más, en la inseguridad de la burguesía como clase, inseguridad que, como he señalado en varias ocasiones, es la que le lleva a admirar, fascinarse y subordinarse a la aristocracia.

El vivir de rentas –como ha hecho tradicionalmente la aristocracia– se convierte en ideal de la clase media. Los que han acumulado un capital suficiente para poder permitírselo, abandonan la actividad productiva, que ha dado origen al mismo, y se dedican a imitar los modos de vida de la nobleza y a no hacer nada. El vivir sin trabajar sigue siendo, a finales del XIX una aspiración muy honrosa, a juzgar por las palabras de Ceferino Sanjurjo, que lo presenta como un mérito en su pretensión de casarse con Gloria Bermúdez: “*Mi padre es farmacéutico en Bollo y ha hecho una fortuna..., vamos, que aunque no sea ninguna cosa del otro jueves, como soy hijo único, me permitirá vivir sin trabajar*”<sup>461</sup>. Es lo que hace José María Bueno de Guzmán quien, a la muerte de su padre, se retira de la dirección de sus negocios en Andalucía y se va a vivir a Madrid:

<sup>458</sup> Esta idea de la traición la comenta en varias ocasiones la editora de la novela Guadalupe Gómez Ferrer. Vide notas en p. 432, 433 y 508.

<sup>459</sup> Un tema secundario, pero que es consecuencia directa de este deseo de imitar los modos de vida de la clase alta, es el que se podría denominar como “*El quiero y no puedo*”. Son numerosísimos los casos de personajes a los que la presunción, derivada de ese deseo de imitación, les lleva a vivir muy por encima de sus posibilidades lo que, en el mejor de los casos, les obliga a hacerlo apuradamente y, en el peor, a caer en manos de prestamistas, pedir a los amigos y vivir en un continuo sobresalto. Galdós, sobre todo, va crear muchos personajes de estas características. Es un tema que le preocupaba; por eso, alabó tanto los *Proverbios morales* de Ventura Ruiz Aguilera, algunos de los cuales, como *Al freír será el reír*, tratan también este tema. Cito a continuación algunos casos, pues me parecen interesantes como ilustración complementaria del tema de la atracción-subordinación de la clase media a la aristocracia.

–Ramón Pinedo: “*Los gastos mayores de Pinedo eran de representación. Como frecuentaba una sociedad muy superior a la que dada, su posición, le correspondía, era preciso vestir con elegancia y asistir a los teatros. Comprendiendo la necesidad absoluta de seguir cultivando sus relaciones, que eran las pilastras en que su empleo se sustentaba, imponíase tales dispendios sin vacilar, ahorrándolo en otras partidas del presupuesto doméstico. Vivía, pues, en situación de permanente equilibrio*”. *La espuma*, p. 88.

–Rosalia de Bringas no consigue mantener el equilibrio. Tiene que recurrir al prestamista Torquemada e, incluso, tragándose su orgullo, a Refugio, mujer del pueblo y con la que había tenido sus diferencias en el pasado. Refugio –que sabe de lo que habla, pues ha puesto una tienda de modas y la mitad de las señoras no le pagan– le va a prestar el dinero, pero antes, con manifiesta intención de humillarla, le presenta un cuadro crítico de la cantidad de gente que gasta más de lo que tiene: “*¡Ay!, qué Madrid este, todo apariencia. Dice un caballero que yo conozco, que esto es un carnaval de todos los días, en que los pobres se visten de ricos. Y aquí, salvo media docena, todos son pobres. Facha, señora, y nada más que facha. Esta gente no entiende de comodidades dentro de casa. Viven en la calle, y por vestirse bien y poder ir al teatro, hay familia que se mantiene todo el año con tortilla de patatas... Conozco señoras de empleados que están cesantes la mitad del año, y da gusto verlas tan guapetonas. Parecen duquesas, y los niños, principitos. ¿Cómo es eso? Yo no lo sé. Dice un caballero que yo conozco, que de esos misterios está lleno Madrid. Muchas no comen para poder vestirse; pero algunas se las arreglan de otro modo... Yo sé historias, ¡ah!, yo he visto mundo... las tales se buscan la vida, se negocian el trapo como pueden, y luego hablan de otras, como si ellas no fueran peores... Total, que de lo que vendí no he cobrado más que la mitad; la otra mitad anda suelta por ahí, y no hay cristiano que cobre. ¡Soplaollas, fantasmañas! Y luego venían aquí a darse un pisto...*”. *La de Bringas*, cit., p. 256-257.

–También en *Miau* hace un retrato satírico de esta misma situación. Vide p. 376 y 378.

<sup>460</sup> *La espuma*, cit., p. 508.

<sup>461</sup> *La Hermana San Sulpicio*, cit., p. 78.

*“En septiembre del 80, pocos meses después del fallecimiento de mi padre, resolví apartarme de los negocios, cediéndolos a otra casa extractora de Jerez tan acreditada como la mía; realicé los créditos que pude, arrendé los predios, traspasé las bodegas, y me fui a vivir a Madrid”<sup>462</sup>.*

Los Santa Cruz ya estaban allí, pero su mentalidad es exactamente la misma. Después de toda una vida de trabajo, dedicada al comercio, lo dejan y, por supuesto, no le traspasan el negocio a su hijo:

*“Concluyó Santa Cruz [Juanito, el hijo] la carrera de Derecho, y de añadidura la de Filosofía y Letras. Sus papás eran muy ricos y no querían que el niño fuese comerciante, ni había para qué, pues ellos tampoco lo eran ya”<sup>463</sup>.*

Y es que la burguesía, a pesar de que está muy orgullosa de sí misma, porque ha logrado ascender por sus propios medios, y muy satisfecha de la seguridad económica que le da su dinero, socialmente se siente muy insegura porque

*“carecía de la fuerza legitimadora del tiempo, que estaba del lado de la vieja clase dirigente, cuya superioridad en riqueza, educación, porte y autoridad estaba sancionada por sus orígenes venerables”.*

Para adquirir esa legitimidad

*“trataron de superar el estigma de sus orígenes sociales humildes y sus vocaciones económicas carentes de honorabilidad mediante la imitación de los modales de la vieja clase dirigente. [Y, para ello] adoptaron una pose aristocrática, y no burguesa, a medida que iban apartando a sus hijos del mundo de los negocios”<sup>464</sup>.*

El fenómeno no es, pues, exclusivamente español, aunque sí más reducido en el caso de España.

### **h3) Egoísmo antipatriótico.**

A esta gente los acontecimientos del país sólo les importan en la medida en la que afectan a sus intereses. Cuando en la tertulia de Baldomero Santa Cruz se enteran de que Amadeo I ha renunciado, su primera preocupación es el precio de las acciones:

*“En la Bolsa no se supo nada. Yo lo supe en el Bolsín a las diez –dijo Villalonga-. Fui al casino a llevar la noticia. Cuando volví al Bolsín, se estaba haciendo el consolidado a 20. -Lo hemos de ver a 10, señores –dijo el marqués de Casa-Muñoz en tono de Hamlet. -¡El Banco a 175...! -exclamó D. Baldomero pasándose la mano por la cabeza, y arrojando hacia el suelo una mirada fúnebre. -Perdone usted, amigo –rectificó Moreno Isla-, está a 172, y si usted quiere comprarme las mías a 170, ahora mismo las largo. No quiero más papel de la querida patria. Mañana me vuelvo a Londres”<sup>465</sup>.*

Por eso, cuando llega la Restauración, respiran tranquilos y manifiestan abiertamente su alegría:

<sup>462</sup> B. Pérez Galdós: *Lo prohibido*, cit., p. 131. Más adelante, p. 155-156, hace un inventario exhaustivo de sus negocios y declara que poseía un capital de nueve millones de reales que le daban una renta de treinta o treinta y cinco mil duros anuales.

<sup>463</sup> *Fortunata y Jacinta*, cit., p. 108.

<sup>464</sup> Arno J. Mayer: *La persistencia del Antiguo Régimen*, cit., p. 88-89.

<sup>465</sup> *Fortunata y Jacinta*, tomo I, cit., p. 275-276.

*“Aquel día había entrado en Madrid el Rey Alfonso XII, y D. Baldomero estaba con la Restauración como chiquillo con zapatos nuevos. Barbarita también reventaba de gozo y decía:*

*-Pero qué chico más salado y más simpático”<sup>466</sup>.*

La burguesía, pues, ha renunciado por completo al espíritu de la revolución. No queda el más mínimo vestigio de liberalismo, ni siquiera en las ciudades que fueron portavoces señeras del mismo, como es el caso de Bilbao:

*“La Restauración primero, la Regencia después, se dieron prisa a importar el jesuitismo y a fomentarlo hasta que se hiciera dueño de la heroica Villa. Con él vino la irrupción frailuna y monjil, gobernó el Papa, y las leyes, teñidas de barniz democrático, fueron y son una farsa irrisoria”<sup>467</sup>.*

Paradójicamente, el liberalismo va a terminar confluyendo con las ideas más conservadoras, después de una guerra civil entre los partidarios de uno y otras:

*“Debajo del emblema de la Soberanía Nacional en los unos y del absolutismo en el otro, latía, sin duda, este común pensamiento: establecer aquí un despotismo hipócrita y mansurrón que sometería la familia hispana al gobierno del patriciado absorbente y caciquil. En esto habían de venir a parar las mareantes idas y venidas de los ejércitos que unas veces peleaban con saña y otras se detenían, como esquivando el venir a las manos”<sup>468</sup>.*

Y, lógicamente, como consecuencia de esta componenda, la Soberanía Nacional, bandera reivindicativa de la burguesía a lo largo de todo el siglo, quedó totalmente desvirtuada:

*“Funcionó el artefacto electoral, y para hacernos comprender su eficacia me bastará decir que Romero Robledo estrenó entonces su extraordinaria maestría en la fabricación de Parlamentos. Con tiempo y saliva encasilló a los padres de la Patria, formando a su gusto el montón grande de la mayoría conservadora y el montón chico de la minoría liberal dinástica, sin olvidar unas cuantas figuras sueltas, sacadas de las urnas o de los cubiletes con un fin ornamental y pintoresco. [...] Una vez más, y aquella vez más que las otras, lució sobre Madrid y España la espléndida mentira de la Soberanía Nacional”<sup>469</sup>.*

Es decir, la burguesía ha renunciado a su programa liberal aliándose con la antigua clase dominante para constituir la nueva oligarquía. Galdós va a ser muy crítico con ella. Considera a la oligarquía de la Restauración como una clase vana, que no ha hecho nada por el bien del país. El comentario, cuando muere Moreno Isla –el dandy que vivía de rentas elegantemente en Londres porque le repugnaba todo lo que tenían que ver con la realidad española- es muy significativo a este respecto: *“Se desprendió de la humanidad, cayó del gran árbol la hoja completamente seca, sólo sostenida por fibra imperceptible. El árbol no sintió nada en sus inmensas ramas”<sup>470</sup>.*

<sup>466</sup> *Ibíd.*, tomo II, cit., p. 50.

<sup>467</sup> *De Cartago a Sagunto, Episodios Nacionales V*, cit. p. 509.

<sup>468</sup> *Ibíd.*, p. 512.

<sup>469</sup> *Cánovas*, cit., p. 573.

<sup>470</sup> *Fortunata y Jacinta*, tomo II, cit., p. 363.

Esta clase social va tener influencia en España durante mucho tiempo. Machado le dedicaría un poema en 1913: *“Este hombre del casino provinciano / que vio a Carancha recibir un día, / tiene mustia la tez, el pelo cano, / ojos velados por melancolía; / bajo el bigote gris, labios de hastío, / y una triste expresión, que no es tristeza, / sino algo más y menos: el vacío / del mundo en la oquedad de su cabeza. / [...] Este hombre no es de ayer ni es de mañana, / sino de nunca; de la cepa hispana / no es el fruto maduro ni podrido, / es una fruta vana / de aquella España que pasó y no ha sido, / esa que hoy tiene la cabeza cana”*. CXXXI (Del pasado efímero).

La revolución, por tanto, ha fracasado porque la burguesía, por una serie de causas de las que la más importante es su debilidad e inseguridad, se ha vuelto de espaldas a los principios que inspiraron la Revolución de Septiembre y ha terminado aliándose con los mismos contra los que hizo dicha revolución.

### **I) La Restauración margina y utiliza al pueblo.**

Si la Restauración deja fuera a la clase media, lo mismo le sucede al pueblo. Éste queda al margen de la participación política y de los beneficios económicos. Consciente de este hecho, y comparándolo con los fabulosos negocios cuyos beneficios se reparten unos pocos, reflexiona Segis, un amigo de Tito, el narrador:

*”¿Por qué lo que llamamos capas inferiores de la sociedad no ha de agruparse también a esta corriente financiera? Si bien se mira, la multitud es rica por sólo el hecho de ser multitud. Los ‘muchos pocos’, alineados en cifra, presentan, ¡oh Tito!, suma considerable. Ha llegado, pues, el momento de crear los ‘Bancos Populares’, que recojan los ahorros del pobre y se los devuelvan multiplicados”<sup>471</sup>.*

Ese banco, por el que suspira Segis, termina creándose; su fundadora es “doña Baldomera Larra, hija del gran Figaro”. La gente del pueblo, atraída por los altos intereses, cuyo primer plazo les paga por adelantado, acude en masa a poner su dinero:

*“La gente de la Plaza de la Cebada y todos los lugareños que se albergaban en los paradores de la calle de Toledo y adyacentes hacían cola a la puerta del Banco Popular para imponer sus ‘monises’ en las cajas de doña Baldomera. Aquello era un jubileo, era un escándalo, y la Policía tenía que intervenir para poner orden. Se contaba que en los pueblos vendían fincas con objeto de hacer imposiciones en el flamante Banco. La genial hacendista, persona muy sugestiva y de fenomenales dotes oratorias, echaba discursos a la entusiasta y codiciosa plebe, y al darles el primer plazo de sus cuantiosos intereses les ofrecía ganancias pingües, colosales. La garantía de tan inaudito negocio, ¿cuál era? Pues unas minas de plata, de oro o de piedras preciosas radicadas en el suelo virgen de América, minas de incalculable riqueza, cuya explotación multiplicaría los ‘parneses’ depositados en las arcas baldomeriles”<sup>472</sup>.*

Evidentemente, todo es una estafa por lo que, los que entregaron ingenuamente su dinero, vieron defraudadas sus esperanzas de ganancias:

*“Llegado el momento en que la sutil arbitrista vio agotada la simplicidad de los imponentes, determinó levantar el vuelo hacia una región lejana de la esfera terráquea. Los mismos que en el fervor del entusiasmo la llamaron ‘nuestra Madre’, al ver en la casa señales de tronicio, no se contentaban con menos que con arrastrar a su protectora por la Plaza de la Cebada y calle de Toledo hasta la Fuentecilla”<sup>473</sup>.*

A Segis, empleado de doña Baldomera en el Banco Popular e informante directo del narrador, le parece que este escarmiento no le está del todo mal empleado al pueblo:

*“Agregó Segis a sus noticias este comentario fieramente sarcástico:  
-Ved aquí, amigos míos, la mejor muestra de la injusticia del pueblo, que si entregó sus ahorros a la genial banquera hizolo por ambición canallesca y por su idea estúpida de la multiplicación del vil metal. Yo sostengo que mi ‘jefa y principalía’ no engañó más que a los que ya venían engañados y ciegos desde su nacimiento”.*

<sup>471</sup> Cánovas, cit., p. 587.

<sup>472</sup> Ibid., p. 587-588.

<sup>473</sup> Ibid., p. 597.

Al fin y al cabo, piensa Segis, la conducta de doña Baldomera no es muy diferente de la de otros “háviles financieros” –piénsese en Salabert- y buscaba exactamente lo mismo que cualquiera que monta un negocio: el beneficio propio:

*”Procedió como hábil financiera que ve la parte suya en un negocio sin cuidarse de la parte de los que operan con ella. Según mi cálculo, la buena señora no se ha llevado más que unos siete millones de reales, cantidad mezquina si se compara con los millones desfalcados por agiotistas de más alta categoría social”.*

Tito, el narrador, le da la razón afirmando que casos como ése son el pan nuestro de cada día:

*“Ejemplos mil tenemos aquí de ‘baldomerinos’ en grande escala, de Sociedades de Seguros inseguros, en las cuales unos cuantos caballeros de muchas campanillas han arramblado con los ahorros de una o dos generaciones, quedándose luego tan frescos. A esos elegantes ‘baldomeros’ les han dado títulos de condes y marqueses, y andan por ahí con el rango de ‘excelentísimos señores’”<sup>474</sup>.*

De las palabras de Segis, tomadas al pie de la letra, se podría deducir que se alegra de que el pueblo haya sido víctima de esta estafa para que le sirva de escarmiento por su “ambición canallesca y por su idea estúpida de la multiplicación del vil metal”; es decir, por haber asimilado, y querer sacar su correspondiente tajada, la moral del negocio fácil tan característica de la Restauración. Pero, evidentemente, por muy fabulosos que fuesen los intereses que pagaba el Banco Popular, la cantidad que el pueblo ganaría en este negocio no podía ser mucha. Por tanto, las palabras de Segis alegrándose del engaño son irónicas; el propio narrador señala, antes de reproducirlas, el tono “fieramente sarcástico” de su informador. Este sarcasmo tiene, al menos, dos significados. Por una parte, denuncia, una vez más, que la Restauración –con sus negocios exclusivos y manipulación del sistema electoral- sólo beneficia a unos cuantos. Pero es una denuncia desengañada, escéptica; la ironía es una forma de defensa por parte del narrador ante una situación que se percibe como irreversible: <<los negocios son para los despabilados y es normal que haya beneficiados y perjudicados. No hay nada inmoral en esto. Son las reglas del juego. El que se aventura en este mundo ya sabe a lo que se arriesga. Por tanto, aquéllos a los que les salga mal, no tienen motivos de queja. La culpa es suya porque sin tener condiciones de ‘baldomero’, han intentado ponerse a su altura. Luego, el pueblo es responsable de que lo hayan estafado>>. Evidentemente, esto resulta cierto cuando existe una relación de igualdad y todos son conscientes de los riesgos. Pero esa relación no se da en el caso del pueblo, por lo que éste, “al meterse en el mundo de los negocios” parte en una situación de desventaja que le lleva a ser estafado. Y aquí es donde reside para mí el significado más importante que se encierra tras el antedicho sarcasmo: la denuncia de la alienación del pueblo; es decir, cómo éste ha asimilado y se identifica completamente con los valores de la Restauración. Le parece tan normal el ganar dinero sin esfuerzo –lo observa continuamente a su alrededor- que, cuando se le presenta la ocasión, aunque sea en pequeñas cantidades, pretende hacer lo mismo. La idea de que, cuando la ocasión se presenta, hay que aprovecharla sin detenerse en consideraciones sobre su naturaleza moral, está tan extendida entre todas las capas de la sociedad que forma parte del “acervo cultural” popular: “Si le dieron siete millones, qué iba a hacer la pobrecita

<sup>474</sup> Cánovas, cit., p. 597.

más que cogerlos y decir: ‘Gracias, caballeros; me voy a tomar aires’<sup>475</sup>. La ironía con la que Segis pronuncia estas palabras indica no sólo que se está haciendo eco de una opinión ampliamente aceptada, sino que desvela también el carácter alienador de esa opinión. Pues, ¿no resulta paradójico que el pueblo asuma una opinión que a él solo le perjudica? Si lo hace, es porque sigue moviéndose en la órbita de la oligarquía, quien lo utiliza al servicio de sus intereses. Un caso paradigmático de esta utilización es el de Fortunata por parte de Juanito Santa Cruz. Fortunata es una mujer del pueblo y los Santa Cruz, como ya señalé páginas atrás, son un ejemplo prototípico de la burguesía de la Restauración con la que se identifican por completo. Las relaciones, que se extienden a lo largo de varios años, entre Juanito y Fortunata se pueden considerar como una metáfora de las relaciones del poder, constituido por la oligarquía, y el pueblo. Galdós va a denunciar los abusos del poder, pero sin idealizar al pueblo.

### **i) Relaciones desiguales: la oligarquía abusa del pueblo.**

Se trata de unas relaciones desiguales, cosa de la que ambos son conscientes. Juanito tiene muy clara su superioridad. En una conversación, que mantiene durante la luna de miel y en la que le cuenta (a su manera) a Jacinta la relación con Fortunata, le enumera toda una serie de características negativas que tiene el pueblo. No sabe lo que es la moral: “*Esta gente del pueblo es atroz. ¡Qué moral tan extraña la suya!, mejor dicho, no tiene ni pizca de moral*”. No tiene dignidad y sólo le mueve el interés:

*“El pueblo no conoce la dignidad. Sólo le mueven sus pasiones o el interés. Como Villalonga y yo teníamos dinero largo para ‘juergas’ y cañas, unos y otros tomaron el gusto a nuestros bolsillos, y pronto llegó un día en que allí no se hacía más que beber, palmotear, tocar la guitarra, ‘venga de ahí’, comer magras. Era una orgía continua”<sup>476</sup>.*

A Fortunata la describe como “*un animalito muy mono, una salvaje que no sabía leer ni escribir*”<sup>477</sup>. Su conquista fue rapidísima:

*“cuestión de pocos días. En el pueblo, hija mía, los procedimientos son breves. Ya ves cómo se matan. Pues lo mismo es el amor. Un día le dije: ‘Si quieres probarme que me quieres, huye de tu casa conmigo’. Yo pensé que iba a decir que no. [...] La respuesta fue coger el mantón, y decirme ‘vamos’. No podía salir por la Cava. Salimos por la zapatería que se llama ‘Al ramo de Azucenas’. Lo que te digo; el pueblo es así, sumamente ejecutivo y enemigo de trámites”<sup>478</sup>.*

Opiniones negativas, que quedan todas resumidas en la afirmación, que se hace al principio de la novela, en la que el narrador, adoptando la perspectiva de la madre de Juanito, tras contar que éste pasó la noche anterior detenido por su participación en los acontecimientos de la de San Daniel [10-4-1865], describe así la llegada a su casa a la mañana siguiente:

*“Cuando el tal Juanito entró en su casa, pálido y hambriento, descompuesta la faz graciosa, la ropita llena de sietes y oliendo a pueblo, su mamá vacilaba entre reñirle o comérsele a besos”<sup>479</sup>.*

<sup>475</sup> *Ibíd.*, p. 598

<sup>476</sup> *Fortunata y Jacinta*, tomo I, cit., p. 211-212.

<sup>477</sup> *Ibíd.*, p. 205.

<sup>478</sup> *Ibíd.*, p. 207.

<sup>479</sup> *Fortunata y Jacinta*, tomo I, cit., p. 103.



La oligarquía es, pues, muy consciente y está pagada de su superioridad. Por eso, ante las objeciones de Jacinta —“No sé cómo te divertiría tanto salvajismo”— Juanito intenta justificarse alegando una especie de locura transitoria:

*“Ni lo sé yo tampoco. Creo que me volví otro de lo que era y de lo que volví a ser. Fue como un paréntesis en mi vida. Y nada, hija de mi alma, fue el maldito capricho por aquella hembra popular, no sé qué de entusiasmo artístico, una demencia ocasional que no puedo explicar”*<sup>480</sup>.

Fortunata, por su parte, aunque a veces se rebelde interiormente, como ya se vio al hablar de la religión, es también consciente de su inferioridad, lo que le hace sentirse intimidada ante Guillermina:

*“Fue preciso que Guillermina le mandase dos o tres veces sentarse para que lo hiciera. Su aire de modestia, su encogimiento, que era el mejor signo de la conciencia de su inferioridad, hacíanla en aquel instante verdadero tipo de mujer del pueblo, que por incidencia se encuentra mano a mano con las personas de clase superior”*<sup>481</sup>.

Lo mismo le sucede a Manolita, de cuya boda Maximina accede a ser madrina:

*“Cuando la esposa de Miguel se presentó oyose un murmullo de respeto y simpatía entre los convidados. Los hubo entre ellos tan finos que hasta se quitaron el sombrero. Manolita, que, entre paréntesis, estaba preciosa con su trajecito negro de merino y mantilla de encaje, al verla entrar quedó confusa como si fuese la reina, y se dirigió a ella temblando y ruborizada.*

*-Señorita... mucho le agradezco... ¿Cómo sigue usted?*

*[...] Lo raro en este caso es que Maximina estaba tan colorada y confusa como ella. En vez de entonarse o de afectar un continente protector, como muchos harían al verse entre gente plebeya, nuestra niña parecía que acababa de entrar en una asamblea de príncipes”*<sup>482</sup>.

A ambas cosas -la superioridad de la burguesía y la inferioridad del pueblo, asumida por éste- se refiere el compañero de juergas de Juanito, Villalonga, cuando le da la noticia de que ha visto un día por la calle a Fortunata transformada, aunque sólo exteriormente porque el pueblo siempre es pueblo. Le dice que iba guapísima, elegantísima y, a continuación:

*“Te acordarás de aquel cuerpo sin igual, de aquel busto estatuario, de ésos que se dan en el pueblo y mueren en la oscuridad cuando la civilización no los busca y los presenta. Cuántas veces lo dijimos: ‘¡Si este busto supiera explotarse...!’ Pues ¡hala!, ya lo tienes en perfecta explotación. ¿Te acuerdas de lo que sostenías?... ‘El pueblo es la cantera. De él salen las grandes ideas y las grandes bellezas. Viene luego la inteligencia, el arte, la mano de obra, saca el bloque, lo talla’... [...] ¡Pobrecilla! Lo elegante no le quitaba lo ordinario, aquel no sé qué de pueblo, cierta timidez que se combina no sé cómo con el descaro, la conciencia de valer muy poco, pero muy poco, moral e intelectualmente, unida a la seguridad de esclavizar... ¡ah bribonas!, a los que valemos más que ellas...”*<sup>483</sup>.

<sup>480</sup> *Ibíd.*, p. 211.

<sup>481</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 244-245.

<sup>482</sup> *Maximina*, cit., p. 229. Este caso no creo que, a diferencia de lo que sucede en *Fortunata y Jacinta*, sea una metáfora consciente de las relaciones poder-pueblo, pero, al menos inconscientemente, creo que lo es. De la distinta solución dada por uno y otro se puede deducir que Palacio Valdés cree que es posible una alianza burguesía-pueblo, mientras que Galdós no.

<sup>483</sup> *Fortunata y Jacinta*, tomo I, cit., p. 433-434.

Desde luego Juanito supo explotarlo –en el peor sentido de la palabra– en beneficio propio, pues no tuvo el más mínimo escrúpulo en engañarla dándole palabra de matrimonio y, encima, poco menos que presume de ello sincerándose con su mujer durante la luna de miel en Sevilla:

*“Yo la perdí, yo la engañé, le dije mil mentiras, le hice creer que me iba a casar con ella. ¿Has visto?... ¡Si seré pillín!... Déjame que me ría un poco... Sí, todas las papas que yo le decía, se las tragaba... El pueblo es muy inocente, es tonto de remate, todo se lo cree con tal que se lo digan con palabras finas”.*

La conducta de Fortunata, a lo largo de toda la novela, le da la razón a Juanito. No sólo vuelve con él, cada vez que éste quiere, sino que, enterada, mientras estaba interna en el convento de las Micaelas, de que poco antes de llegar ella, se había celebrado allí un acto religioso en acción de gracias porque Juanito se había recuperado de una enfermedad, hace la siguiente reflexión:

*“‘Tié gracia’. Si hubiera ella ido al convento algunos días antes, habría asistido a la solemne misa, con obispo y todo, que se dijo en acción de gracias por haberse puesto bueno el tal... Esto tenía gracia. Y por su parte Fortunata, que sabía perdonar las ofensas, no habría tenido inconveniente en unir sus votos a los de todo el personal de la casa... Esto tenía más gracia todavía”<sup>484</sup>*

Volviendo al diálogo anterior, a continuación, Juanito se muestra muy compungido y arrepentido; incluso se echa a llorar:

*“La engañé, le garfiñé su honor, y tan tranquilo. Los hombres, digo, los señoritos, somos unos miserables; creemos que el honor de las hijas del pueblo es cosa de juego... No me pongas esa cara, vida mía. Comprendo que tienes razón; soy un infame, merezco tu desprecio; porque... lo que tú dirás, una mujer es siempre una criatura de Dios, ¿verdad?... y yo, después que me divertí con ella, la dejé abandonada en medio de las calles... justo... su destino es el destino de las perras... dí que sí”<sup>485</sup>.*

Sin embargo, estas palabras son, por una parte, producto de una borrachera que había cogido en la fonda por la insistencia de un inglés en que bebiera con él y, por otra, del deseo de reivindicarse moralmente ante su mujer ofreciéndole una prueba de que él no es ningún degenerado pues, al reconocer que se ha comportado incorrectamente, está demostrando que sabe distinguir el bien del mal. Por eso, cuando unos días después, con la cabeza perfectamente serena, vuelve sobre el asunto, para justificar su conducta, ahora las razones morales ceden ante las sociales:

*“Hija de mi alma, hay que ponerse en la realidad. Hay dos mundos, el que se ve y el que no se ve. La sociedad no se gobierna con las ideas puras. Buenos andaríamos... No soy tan culpable como parece a primera vista; fijate bien. Las diferencias de educación y de clase establecen siempre una gran diferencia de proceder en las relaciones humanas. Esto no lo dice el Decálogo; lo dice la realidad. La conducta social tiene sus leyes que en ninguna parte están escritas; pero que no se pueden conculcar. Faltas cometí, ¿quién lo*

---

Juanito vuelve a insistir en esta misma idea cuando, reanudadas sus relaciones con Fortunata tras el matrimonio de ésta, quiere hacerle un regalo y Fortunata se niega diciéndole que no necesita nada que se conforma con quererlo: *“Te quiero porque te quiero, y no sé mas.*

*‘Nada, enteramente primitiva –pensaba el Delfín–; el bloque del pueblo, al cual se han de ir a buscar los sentimientos que la civilización deja perder por refinarlos demasiado.’” Ibid., p. 693.*

<sup>484</sup> Ibid., p. 624.

<sup>485</sup> Ibid., p. 228-229.

*duda?; pero imagínate que hubiera seguido entre aquella gente, que hubiera cumplido mis compromisos con la Pitusa... No te quiero decir más. Veo que te ríes. Eso me prueba que hubiera sido un absurdo, una locura recorrer lo que, visto de allá, parecía el camino derecho. Visto de acá, ya es otro distinto. En cosas de moral, lo recto y lo torcido son según de donde se mire. No había, pues, más remedio que hacer lo que hice, y salvarme... Caiga el que caiga. El mundo es así. Debía yo salvarme, ¿sí o no? Pues debiendo salvarme, no había más remedio que lanzarme fuera del barco que se sumergía. En los naufragios siempre hay alguien que se ahoga*<sup>486</sup>.

Estas últimas palabras son tan diferentes de las que le dijo a Jacinta que, hasta el propio narrador, no puede menos de extrañarse<sup>487</sup> de tan radical cambio. Pero éste es el auténtico Juanito –símbolo de la idea que del pueblo tiene la burguesía de la Restauración– y, por tanto, ésta la prueba incontrovertible de que el arrepentimiento de la noche de la borrachera no era sincero. Pero la insinceridad de las palabras anteriores queda demostrada no sólo por éstas, sino también por la conducta posterior de Juanito. Cuando se entera, por lo que le dice Villalonga, de que Fortunata se ha refinado y se va a casar con el menor de los Rubín, la busca hasta dar con su paradero, alquila un piso en el mismo edificio en el que Fortunata va a vivir con su marido y, la misma noche de boda, mientras Maxi –que tiene una de sus frecuentes jaquecas– duerme bajo los efectos del láudano, intenta entrar en la casa con una llave que ha conseguido sobornando a la criada de Fortunata. Esa noche Fortunata resiste y Juanito se retira. Pero, pocos días después, al regresar de un paseo, se lo encuentra tranquilamente sentado en el salón de su casa. La actitud de Santa Cruz no puede ser más cínica. Le dice que sabe que se ha casado y que ha hecho bien “*porque así eres más libre y tienes un nombre. Puedes hacer lo que quieras, siempre que lo hagas con discreción. He oído que tu marido es un buen chico, que ve visiones...*”<sup>488</sup>.

Juanito, por tanto, no respeta nada. Al igual que el coche de Currita Albornoz –*Pequeñeces*– él también atropella al pueblo. Incluso le da una paliza a Maxi que, enterado de las relaciones, lo espera a la salida de una de las citas. Fortunata se va de casa y vuelve a vivir abiertamente con su antiguo amante. Pero Juanito, al igual que la vez anterior, termina cansándose y, tras largarle un discurso sobre la necesidad de respetar la moral social –él que no ha respetado nunca ninguna– termina aconsejándole que lo mejor es que se reconcilie con su marido. Fortunata acepta sumisamente la ruptura, lo cual es una muestra más de ese espíritu servil y mansedumbre que mantiene siempre hacia Juanito Santa Cruz. Por eso, cuando tiempo después lo vuelve a encontrar, no le guarda el más mínimo rencor. Después de haberla abandonado dos veces, él le pregunta que si lo quiere y ella responde:

<sup>486</sup> *Fortunata y Jacinta*, tomo I, cit., p. 236-237.

<sup>487</sup> “*Nadie diría que el hombre que de este modo razonaba, con arte tan sutil y paradójico, era el mismo que noches antes, bajo la influencia de una bebida espirituosa, había vaciado toda su alma con esa sinceridad brutal y disparada que sólo puede compararse al vómito físico, producido por un emético muy fuerte. Y después, cuando el despejo de su cerebro le hacía dueño de todas las triquiñuelas de hombre leído y mundano, no volvió a salir de sus labios ni un solo vocablo soez, ni una sola espontaneidad de aquéllas que existían dentro de él, como existen los trapos de colorines en algún rincón de la casa del que ha sido cómico, aunque sólo lo haya sido de afición. Todo era convencionalismo y frase ingeniosa en aquel hombre que se había emperejilado intelectualmente, cortándose una levita para las ideas y planchándole los cuellos al lenguaje*”. P. 237.

<sup>488</sup> *Ibid.*, p. 689.

*“Bien lo sabes tú, y por eso abusas. Yo soy muy tonta contigo; pero no lo puedo remediar. Aunque me pegaras, te querría siempre. ¡Qué burrada! Pero Dios me ha hecho así, ¿qué culpa tengo?”.*

A pesar de que la conoce muy bien, no deja de extrañarle este comportamiento:

*“Tanta ingenuidad, ya conocida del incrédulo Delfín, era una de las cosas que más le encantaba en ella. Tiempo hacía que él notaba cierta sequedad en su alma, y ansiaba inmergírla en la frescura de aquel afecto primitivo y salvaje, pura esencia de los sentimientos del pueblo rudo”<sup>489</sup>.*

Antes de este encuentro, que va a suponer de nuevo el inicio –por tercera vez- de su relación con Juanito, Fortunata había vivido una época muy tranquila con Evaristo Feijoo que se le ofreció como “protector” haciéndole ver que, en las circunstancias en las que ella se encuentra –quiere ser honrada, pero sin volver con su marido-, él es la mejor opción:

*“De lo que tratamos ahora es de que usted sea lo menos deshonrada posible. [...] Usted, compañera, no tiene ahora más remedio que aceptar el amparo de un hombre. Sólo falta que la suerte le depare un buen hombre. [...] Soy algo viejo, pero sin vanidad creo que sirvo para todo, y por fuera y por dentro valgo más que la mayoría de los muchachos. No tengo nada que hacer, vivo de mis rentas, soy solo en el mundo, me doy buena vida y puedo dársela a quien me acomoda. Modestia a un lado, dígame a usted que difícilillo le sería, en su situación, encontrar acomodo mejor. [...] Le ha tocado a usted la lotería, y no así un premio cualquiera, sino el gordo de Navidad”<sup>490</sup>.*

A Fortunata no le queda más remedio que aceptar; bien sabía Feijoo, que posee un gran sentido práctico, que no tenía otra salida.

## **i<sub>2</sub>) El pueblo víctima de la moral de la Restauración.**

Dos son los aspectos que se pueden comentar en esta relación: la moral de Feijoo y la situación de Fortunata. Para Feijoo no todos los preceptos de la moral social son igualmente respetables. Hay algunos que son intocables:

*“En cierta clase de faltas, la dignidad consiste en no cometerlas. No transijo, pues, con nada que sea apropiarse de lo ajeno, ni con mentiras que dañan el honor del prójimo, ni con nada que sea vil y cobarde”.*

Sin embargo, hay otros que se pueden transgredir con toda tranquilidad “*porque no me entra ni me ha entrado nunca en la cabeza que sea pecado ni delito, ni siquiera falta, ningún hecho derivado del amor verdadero*”. En estos casos la única norma es “*guardar el decoro*”, lo que consiste simplemente en mantener las apariencias, como el propio Feijoo explica con el siguiente ejemplo:

*“Si me dicen que Fulano hizo un robo, o que mató o calumnió o armó cualquier gatería, me indigno, y si le cogiera, créelo, le ahogaría; pero vienen y me cuentan que tal mujer le faltó a su marido, que tal niña se fugó de la casa paterna con el novio, y me quedo tan fresco. Verdad que por el decoro debido a la sociedad, hago que me espanto, y digo: ‘¡Qué barbaridad, hombre, qué barbaridad!’. Pero en mi interior me río y digo: ‘Ande el mundo y crezca la especie, que para eso estamos’”<sup>491</sup>.*

Esto, aplicado al caso concreto de su relación con Fortunata, supone el mantenerla en absoluto secreto, el que Fortunata se vaya a vivir a un lugar apartado y que no los vean nunca

<sup>489</sup> *Fortunata y Jacinta*, tomo II, cit., p. 263.

<sup>490</sup> *Ibid.*, p. 98-99.

<sup>491</sup> *Fortunata y Jacinta.*, tomo II, cit., p. 103.

juntos en público. Así lo hacen y les va muy bien, de lo que Feijoo se congratula enormemente:

*“¿Ves chulita, como de este modo estamos en el Paraíso? Así se consiguen dos cosas, la tranquilidad dentro, el decoro fuera. ¿Qué necesidad tengo yo de que me llamen ‘viejo verde’? Y tú, ¿por qué has de andar en lenguas de la gente? Aquí tienes lo que yo te quería enseñar, ser persona práctica. Al mundo hay que tratarlo siempre con mucho respeto. Yo bien sé que lo mejor es que uno sea un santo; pero como esto es difícilillo, hay que tener formalidad y no dar nunca malos ejemplos. Fíjate bien en esto; la dignidad siempre por delante, compañera”*<sup>492</sup>.

La moral de Feijoo no es muy distinta de la de Juanito. La de éste se puede resumir en una frase que le dijo a Jacinta durante su luna de miel en Sevilla: *“La conducta social tiene sus leyes que en ninguna parte están escritas; pero que se sienten y no se pueden conculcar”*<sup>493</sup>. La de Feijoo se puede, asimismo, sintetizar en una de las frases que le dice a Fortunata: *“Al mundo hay que tratarlo siempre con mucho respeto”*. Los dos están afirmando que hay que respetar y adaptarse a los principios morales establecidos, que no son otros que los de la Restauración. Es cierto que la finalidad con la que cada uno pronuncia su respectiva frase es distinta; Juanito lo hace para justificar por qué abandonó a Fortunata sin cumplir su palabra de matrimonio; Feijoo para mantener su relación en secreto. Pero, -y éste es el segundo aspecto en la relación con Feijoo al que me refería en las líneas precedentes- las consecuencias para Fortunata son idénticas en ambos casos. Feijoo, al margen de que la trate mejor que Juanito -nunca la engaña y desde el principio quedan muy claros los términos de su relación- también la utiliza aprovechándose de las circunstancias, pues Fortunata se encuentra en una situación -el mismo don Evaristo, como se ha visto, se encarga de hacérselo notar- en la que no puede decir que no, no es libre para elegir. De ahí que en ambos casos sea una víctima. Después de su relación con Feijoo se puede afirmar que la pregunta, implícita en una reflexión realizada por Fortunata tiempo atrás, todavía antes de esta relación, queda definitivamente respondida:

*“Había nacido para menestrala; no le importaba trabajar ‘como el obispo’ con tal de poseer lo que por suyo tenía. Pero alguien la sacó de aquel su primer molde para lanzarla a vida distinta; después la trajeron y llevaron diferentes manos. Y por fin, otras manos empuñáronse en convertirla en señora. La ponían en un convento para moldearla de nuevo, después la casaban... y tira y dale. Figurábase ser una muñeca viva, con la cual jugaba una entidad invisible, desconocida, y a la cual no sabía dar nombre. Ocurriole si no tendría ella ‘pecho’ alguna vez, quería decir iniciativa... si no haría alguna vez lo que le saliera de ‘entre sí’”*<sup>494</sup>.

La respuesta es no. Todo el mundo decide por ella: Santa Cruz, la familia de Rubín, Feijoo. El pueblo está subordinado a la clase dominante de la Restauración. Subordinado y sacrificado, lo cual va a ser simbólicamente sugerido ya desde el principio de la novela cuando tiene lugar el primer encuentro entre Juanito y Fortunata:

*“La moza tenía pañuelo azul claro por la cabeza y un mantón sobre los hombros, y en el momento de ver al Delfín, se infló con él, quiero decir, que hizo ese característico arqueo de brazos y alzamiento de hombros con que las madrileñas del pueblo se agasajan dentro*

<sup>492</sup> *Ibíd.*, p. 102.

<sup>493</sup> Tomo I, p. 236.

<sup>494</sup> Tomo I, p. 686.

*del mantón, movimiento que les da cierta semejanza con una gallina que esponja su plumaje y se ahueca para volver luego a su volumen natural*<sup>495</sup>.

Fortunata vive en una casa en la que hay un matadero de gallinas y el encuentro tiene lugar entre las plumas y la sangre de los animales. Por eso, la crítica ha subrayado el carácter simbólico<sup>496</sup> de la comparación: al igual que las gallinas Fortunata también va a ser sacrificada. La novela, que empieza con una anticipación simbólica de la idea del sacrificio de Fortunata, termina también con un acto de subordinación y sacrificio por parte de Fortunata: poco antes de morir entrega el hijo que ha tenido con Juanito a los Santa Cruz. Galdós, por tanto, acusa claramente a la oligarquía en el poder de abusar del pueblo.

### **i3) Embrutecimiento propiciado por el poder.**

López Bago, por su parte, la acusa de embrutecerlo valiéndose para ello del sexo y de los toros. El sexo es un instrumento que da poder y, así lo entiende Arístides, que no duda en utilizarlo:

*“Las dos armas que dan el supremo poder y la mayor victoria pocos se atreven a tocarlas, porque se necesita terrible destreza para usar de ellas. [...] El pueblo y la mujer son estas armas. [...] Dejaba Arístides el amor de los pueblos para que lo manejaran los reyes a su antojo, que no le llevaron nunca sus inclinaciones a tan arduas y peligrosas empresas; y como el emperador de la decadencia romana, con quien hubimos ya de compararle, prefirió reclinarse en carroza de marfil, de la que iban tirando, como sumisas esclavas, gran multitud de mujeres desnudas*<sup>497</sup>.

Arístides, alias el *Chulo*, organiza y gestiona 40 prostíbulos en Madrid lo que le confiere un gran poder:

*“Arístides no era ya un hombre, era casi un Dios: estaba dotado de un poder incontrastable, terrible, inmenso. Madrid estaba a sus pies, él lo dominaba, él lo sometía, y desde el alto asiento donde imperaba su varonil belleza, ya no eran sólo esclavas las que iban tirando de la carroza de Heliogábalo, era un pueblo entero el que se enganchaba en lugar de las bestias*<sup>498</sup>.

Pero los prostíbulos no son suyos. Él trabaja a las órdenes del Marqués de Villaperdida, notable del reino, senador y persona beatísima que pronuncia encendidos discursos en las Cortes contra el reconocimiento del reino de Italia. Arístides reaparece en la segunda novela de la serie. Gracias a sus numerosas relaciones ha progresado mucho. Es nombrado gobernador de Madrid. La novela termina reproduciendo la noticia que de dicho nombramiento se publica en los periódicos gubernamentales:

*“El pueblo madrileño está de enhorabuena. El nuevo gobernador se propone reprimir con mano fuerte todos los abusos y escándalos que hasta hoy existen. El juego y la inmoralidad serán objeto de severísimas medidas, que reglamenten lo que desgraciadamente no puede suprimirse atendiendo a la higiene pública, y hagan cesar por completo todo aquello que viene turbando la paz de las familias honradas*<sup>499</sup>.

<sup>495</sup> *Ibid.*, p. 182.

<sup>496</sup> En la nota 142 de la página 182 de la edición citada se recogen varias de estas referencias críticas.

<sup>497</sup> Eduardo López Bago: *La prostituta*, cit., p. 38.

<sup>498</sup> *Ibid.*, p. 43-44.

<sup>499</sup> *La Pálida. Novela médico-social. (Segunda parte de La Prostituta)*, Madrid, Juan Muñoz y Compañía, Editores, 6ª edc., 1885, 282 págs., BN: 2/59242. p. 259. La primera edición es de 1884

El contraste entre el conocimiento que el lector tiene del personaje y el contenido de esta noticia se convierte en una denuncia irónica contra la desprotección en que el poder deja al pueblo de Madrid al nombrar gobernador a un personaje de esta calaña.

Los toros son un espectáculo para amodorrar al pueblo. En España existe una gran afición por las corridas de toros, lo que lleva a magnificar todo lo relacionado con ellas, especialmente a los toreros. La admiración por éstos llega hasta tal punto que un aficionado irrumpe en la fonda cuando el diestro se está vistiendo y *“poniéndose de hinojos ante el torero, disputaba al criado el honor de ser él quien atase por su propia mano los cordones de la taleguilla”*<sup>500</sup>. El pueblo siente verdadera adoración por los toreros. Cuando éstos parten hacia la plaza, levantan una gran expectación en la calle:

*“Los caballos arrancaron, y siguieron tras la carretela, corriendo y chillando, una multitud de pilluelos y gentes del pueblo. Las mujeres gritaban:  
-¡Allá van! ¡Qué majos!  
-Eche usted lujo”*<sup>501</sup>.

Y lo mismo sucede cuando viajan. La gente se agolpa en el andén para verlos:

*“...veíamos agruparse en el andén a la gente de aquel pueblo delante de nuestro wagón, y una porción de rostros tan embrutecidos como descarados, se asomaban para mirar a la portezuela y por las ventanillas”*<sup>502</sup>.

Por eso, una cogida provoca una auténtica conmoción nacional:

*“...la cabeza del toro negro (un toro negro, bragado, cornalón, de la ganadería de Adalid), se consideró de más valor que si fuera de oro macizo del mismo tamaño, y todo el tiempo que duró la cura del diestro la nación interrumpió sus quehaceres de cualquier índole que fuesen, o hízolos de mala gana, preocupada únicamente por saber el estado del herido. [...] Hubo lista a la puerta de la casa, lista que se cubría con miles de nombres de obreros, de comerciantes, de banqueros, de títulos de Castilla, de elevadísimos personajes, y casi a diario figuraban estos dos. S.M. y El Presidente del Consejo de Ministros”*<sup>503</sup>.

El poder, por tanto, fomenta este espectáculo, en el que el pueblo, que asiste en el graderío de sol –que adquiere un simbolismo evidente- se aturde y embrutece:

*“Aquello es discordante y brutal, un foco de blasfemias y de color en el que la grosería humana se divierte a veces con la ira. Vigorosos bustos de campesinos en mangas de camisa, cabezas cubiertas con sombreros de paja de amplísimas alas. Se ven los brazos muy blancos, como cubiertos no de hilo, sino de nieve; las caras, bajo los sombreros, negras, atezadas, horribles. El pueblo soberano no quiere pensar ni sentir, quiere aturdirse, enronquecer y emborracharse. Y la animación del cuadro resulta de estos propósitos. Lo que allí se celebra es una orgía de sol. Todo grosero instinto se despierta; la inclinación hacia la brutalidad es irresistible”*<sup>504</sup>.

El público da continuas muestras de insensibilidad. Un toro clava los cuernos en el caballo del picador y el animal queda con las tripas al aire. Los mozos lo golpean para que se levante y uno de los espectadores grita con alborozo:

<sup>500</sup> Luis Martínez, *el espada*, cit p. 146.

<sup>501</sup> *Ibíd.*, p. 148.

<sup>502</sup> Luis Martínez, *el espada*, cit., p. 236.

<sup>503</sup> *Ibíd.*, p. 67-68.

<sup>504</sup> *Ibíd.*, p. 153-154.

*“Veréis, veréis cuando se levante qué guapo va con ese colgajo –dijo un español desde su asiento de contrabarrera- lleva las alforjas para el viaje. Y como nadie contestó, tomó el partido de reírse y de celebrar él mismo su ocurrencia.*

*¡Oh España, patria de la hidalguía y de la gracia! Porque los que guardaron silencio se me olvida advertir que fue porque no se les vino a las mientes otro chiste que pudiera competir con aquél en oportunidad y buen calibre de brutalidad maciza”<sup>505</sup>.*

El espectáculo de los toros no sólo embrutece al pueblo, sino que es también un signo de atraso y está, por ello, reñido con el progreso:

*“La proximidad de la plaza a la vía de los trenes del Grao es causa de desagrado, porque el paso de estos últimos lanza sobre aquel ruido, dominándolo, el de arrastre de wagones y el del vapor que se escapa de las válvulas de la locomotora que los lleva. Parece simbólico dentro de lo real. No transcurren cinco minutos sin que el progreso silbe aquella fiesta”<sup>506</sup>.*

Pues bien, la fiesta es un instrumento conscientemente utilizado por el poder para adormecer al pueblo:

*“¡La lucha por la existencia! ¡Cierto! Los hombres necesitan ejercitar sus músculos para la pelea humana, pero entre todos los gladiadores que cuenta este siglo, que los ha de contar en más centenares que otro alguno, por ser el de más decisivos empeños, entre todos, artistas y sabios, el verdadero oficio de gladiador sólo existe en España, sólo en España se retribuye se protege, se apadrina altamente, llegando a ser el circo español como era el circo romano, una garantía de la paz pública. ‘Panem et circenses’, decían los degradados hijos del Lazio y ‘Pan y toros’ decimos nosotros”<sup>507</sup>.*

La novela liberal denuncia, pues, cómo la oligarquía ha terminado absorbiendo no sólo a la burguesía, sino también al pueblo, al que manipula utilizando distintos medios. Pero esta denuncia es simplemente consecuencia de la decepción provocada por el fracaso de la revolución. No intenta atraerse al pueblo porque sabe que eso ya no es posible. La situación es de total desengaño:

*“Los dos partidos, que se han concordado para turnar pacíficamente en el Poder, son dos manadas de hombres que no aspiran más que a pastar en el presupuesto. Carecen de ideales, ningún fin elevado les mueve, no mejorarán en lo más mínimo las condiciones de*

<sup>505</sup> *Ibíd.*, p. 167-168.

<sup>506</sup> *Ibíd.*, p. 154.

Sin embargo, este mismo autor en otra novela presenta una visión positiva del mundo de los toros, porque en los tendidos se produce muchas veces una mezcla de clases: *“En los palcos la aristocracia, la burguesía en las gradas, el pueblo en montón en los tendidos; y a pesar de esta división de clases, establecida, más que por nada, por la diferencia de precios, resultaba confusión a veces, viéndose el villano arriba y abajo el noble, la dama linajuda codeándose con la cigarrera, hermosas las dos, cobijando el negro y ardiente mirar de la mujer española bajo la blanca espuma de la mantilla de encaje, que rizaba a veces el aire de abanico, movido con gracia por las diminutas manos.”* Y también por el carácter estético que se deriva de su colorido: *“Colores, tantos como pudo verter Fortuny en su paleta; de notas, desde la grave hasta la aguda, bastantes, sobradas, para la más grandiosa armonía; movimiento, como el de un mar agitado; vida y sol por todas partes; perfumes y crujidos de seda; torrentes de luz, cascadas de risas, huracán de gritos, grupos sin monotonía; y todo aquello formando un círculo perfecto, [...] un cuadro que no pudo jamás reproducir pintor alguno; el movimiento, el color y la nota metidos en un gigantesco receptáculo, al que convergen todas las claridades como atraídas por todos los rumores.”*

*Los asesinos.* *Novela social.* Tomo primero. Madrid, Juan Muñoz y Compañía [s.a.], 1003 págs. B.N.: 3/1409. P. 64-65. La novela consta de dos tomos, ninguno de los cuales lleva fecha. Francisco Gutiérrez Carabajo en la Noticia bibliográfica, que incluye en su edición de *El separatista* en Castalia (p. 72), fecha los dos tomos en 1885 y 1886.

<sup>507</sup> Eduardo López Bago: *Luis Martínez, el espada*, cit., p. 57-58.



*vida de esta infeliz raza, pobrísima y analfabeta. Pasarán unos tras otros, dejando todo como hoy se halla, y llevarán a España a un estado de consunción que, de fijo, ha de acabar en muerte. No acometerán ni el problema religioso, ni el económico, ni el educativo; no harán más que burocracia pura, caciquismo, estéril trabajo de recomendaciones, favores a los amigotes, legislar sin ninguna eficacia práctica, y adelante con los farolitos... Si nada se puede esperar de las turbas monárquicas, tampoco debemos tener fe en la grey revolucionaria. ¿Crees tú, Titillo, en la Revolución?*

*-Yo, no –contesté resueltamente-. No creo ni en los revolucionarios de nuevo cuño ni en los antediluvianos, éstos que ya chillaban en los años anteriores al 68”<sup>508</sup>*

### 3.2.3.3. CONCLUSIONES DEL TEMA DEL PODER

Para la novela conservadora, el Antiguo Régimen está siendo destruido por el Liberalismo. Para la liberal, éste no ha logrado imponerse, principalmente –hay también otras razones- por sus transacciones con la antigua clase dominante. Ambas recogen, pues, una situación de insatisfacción y van a acusar al sistema que combaten de ser el culpable de la misma. Y, ambas también, van a dejar traslucir una sensación de pesimismo; la conservadora, porque, en el fondo está convencida, de que el sistema social que defiende, está irremediablemente condenado a desaparecer, aunque sigue apelando al pueblo para su perpetuación; la liberal, porque el fracaso de la burguesía le hace ver muy negro su futuro como clase, y ahora ya no puede acudir al pueblo pues éste se está convirtiendo en un feroz antagonista.

La conservadora exalta las virtudes del Antiguo Régimen y ataca los vicios del Liberalismo. Entre las primeras, destaca la religiosidad, la justicia, la hospitalidad, el altruismo y desinterés de sus gobernantes así como un relativo igualitarismo social. El pueblo, que se siente protegido, se identifica con el sistema y con sus gobernantes a los que guarda una absoluta fidelidad. Entre los segundos, atacan el materialismo, la avaricia, la vanidad, la osadía y la falta de mérito de los miembros de la nueva clase gobernante, que está relevando a la antigua despojándola de sus prerrogativas y poder económico manipulando para ello al pueblo, perturbando además su paz y tranquilidad, con el invento del sufragio: Osambela, cacique local, se queda utilizando medios arcaicos, con las propiedades de los Ugarte. La solución a tantos desórdenes –pormenorizadamente expuesta en Amaya- está en la vuelta a la sociedad tradicional en la que, no sólo caben las aspiraciones del pueblo, sino que es la única que puede satisfacerlas por completo.

La novela liberal, por su parte, defiende el Liberalismo y ataca a sus enemigos. El Liberalismo, en contra de lo que afirma la novela conservadora, es un sistema perfectamente respetable y la clase media está llamada a ser la protagonista de la historia. Por eso, el acceso de la nueva clase al poder es consecuencia de la incapacidad de la antigua para adaptarse a los nuevos tiempos. No hay despojo, sino relevo: un sistema socioeconómico es sustituido por otro: Don Fernando de Meira vende su casa nobiliaria para construir una fábrica de escabeche, tira el escudo de armas al mar, desaparece y muere. Para Palacio Valdés no hay nada de traumático en todo este proceso.

El problema es que en España la clase media es muy débil; de hecho, no existe –“proletariado de levita”, “media y no entera”- una clase a la que se le pueda dar tal nombre. Esta debilidad le impide consolidar su revolución que se va a ver amenazada por dos peli-

<sup>508</sup> Cánovas, cit., p. 620.

gros: la radicalización izquierdista y las conspiraciones de la aristocracia. La radicalización no es presentada por la novela liberal como consecuencia de la presión popular sobre la burguesía para obligarla a ampliar los horizontes de la revolución, sino de la manipulación de las fuerzas conservadoras que soliviantan al pueblo para amedrentar a la burguesía y forzarla a echarse en manos de la aristocracia, cosa que no le cuesta demasiado, pues existe en ella una innata predisposición a imitarla en todo. La novela liberal, pues, también acusa: a la antigua clase dominante de utilizar al pueblo, primero como fuerza de choque para ahogar la revolución liberal; después, cuando lo consigue con la llegada de la Restauración, de atropellarlo y embrutecerlo, pero, a diferencia de la conservadora –que apela a él como garantía de la pervivencia del Antiguo Régimen-, no lo presenta nunca como salvaguarda del liberalismo. Ahora bien, la acusación más grave la lanza contra la propia burguesía; ella es la verdadera culpable del fracaso de la revolución por haber traicionado sus principios. Por eso, el grueso del ataque se dirige más contra ésta que contra aquélla.

En síntesis, la novela conservadora acusa al liberalismo de la destrucción del sistema social que defiende y apela al pueblo, rural, como garantía de supervivencia del mismo pues existe una comunión de intereses entre poder y pueblo. Para la liberal el fracaso de la revolución se debe fundamentalmente a la traición de la propia burguesía. No recurre al pueblo para que venga en auxilio de la misma. El pueblo urbano, que sería al que tendría que apelar, sabe ya que sus aspiraciones no tienen cabida en el seno del liberalismo. El silencio de la novela a este respecto es indicativo de la señalada monopolización de la misma por parte de la burguesía.

### 3.2.4. SITUACIÓN GENERAL DEL PUEBLO.

Lo que pretendo en este punto –lo mismo que en el período anterior- es analizar los rasgos generales del pueblo que se recogen en estas novelas –costumbres, cultura, preocupaciones...-, tanto en las de ideología conservadora como liberal, para deducir qué actitud se trasluce hacia el pueblo. Si en el período anterior ambas buscaban congraciarse con el pueblo, rindiendo para ello culto a todo lo popular, ahora, esto es válido –y sólo hasta cierto punto- para la conservadora, que sigue contemplando –aunque no siempre- con una mirada protectora paternalista y ensalzando muchos de sus aspectos; y digo hasta cierto punto, porque, como se va a ver en el comentario de las citas concretas, además de que no existe unanimidad en la consideración de lo popular, no faltan tampoco las reticencias. La liberal, en líneas generales, mantiene hacia el pueblo una actitud de distancia, reserva y desconfianza y, muchas veces, de abierto rechazo.

#### 3.2.4.1. Costumbrismo.

Siguen apareciendo escenas costumbristas –menos que en la novela del período anterior- que, aunque aparentemente no tienen otra intención que la testimonial, siempre dejan traslucir una determinada opción ideológica. Ambas cosas son explícitamente reconocidas por Pardo Bazán:

*“Al escribir **La Tribuna** no quise hacer sátira política; la sátira es género que admito, sin poderlo cultivar; sirvo poco o nada para el caso. Pero así como niego la intención satírica, no sé encubrir que en este libro, casi a pesar mío, entra un propósito que puede llamarse docente. Baste a disculparlo el declarar que nació del espectáculo mismo de las cosas, y vino a mí, sin ser llamado, por su propio impulso. Al artista que sólo aspiraba a retratar el aspecto pintoresco y característico de una capa social se le presentó, por añadidura, la moraleja, y sería tan sistemático rechazarla como haberla buscado”*<sup>509</sup>.

Voy a empezar analizando el primer aspecto –el pintoresco- dejando el segundo –la moraleja- para las conclusiones; aunque, como es evidente, ambos van unidos.

Entre “los aspectos pintorescos” se encuentran las fiestas. Hay bastantes referencias –tanto en la novela de tendencia conservadora como liberal- relativas a todo tipo de celebraciones populares. Valera describe así la noche de San Juan:

*“El lugar estaba animadísimo. Las mozas solteras venían a la fuente del ejido a lavarse la cara, para que fuese fiel el novio a la que lo tenía, y para que a la que no le tenía le saltase novio. Mujeres y chiquillos, por acá y por allá, volvían de coger verbena, ramos de romero u otras plantas, para hacer sahumeros mágicos. Las guitarras sonaban por varias partes. Los coloquios de amor y las parejas dichosas y apasionadas se oían y se reían a cada momento”*.

No hay ninguna nota triste ni perturbadora en esa noche –en realidad no la hay en toda la novela-; el amor es la fuerza en torno a la que gira todo lo que, en opinión de Valera, se debe a la pervivencia, después de muchos siglos, de antiguas tradiciones culturales:

*“La noche y la mañanita de San Juan, aunque fiesta católica, conservan no sé qué resabios del paganismo y naturalismo antiguos. Tal vez sea por la coincidencia aproximada de esta fiesta con el solsticio de verano. Ello es que todo era profano y no religioso”*<sup>510</sup>.

<sup>509</sup> Prólogo de la autora a la primera edición, **La Tribuna**, cit., p. 58.

<sup>510</sup> **Pepita Jiménez**, cit., p. 290.

Tanto la descripción de la fiesta como el comentario del narrador desempeñan un papel fundamental al servicio de la trama general de la novela. Esa misma noche, mientras el pueblo se divierte en la verbena, tiene lugar el encuentro amoroso entre don Luis y Pepita en casa de ésta. La fiesta popular queda, por tanto, cargada de simbolismo: triunfa el amor humano sobre la falsa vocación religiosa; el pueblo actúa de coro de los señores: no hay que olvidar que don Luis es el único heredero de importantes tierras y que su padre era el “cacique” del lugar; y, por último, todo queda estéticamente idealizado. El costumbrismo desempeña, por tanto, una triple función como marco vital, ideológico y estético que encuadra y realza las relaciones amorosas de las clases altas y presta, por ello, su asentimiento a la continuidad del sistema social establecido. Lo popular, pues, -en este caso el costumbrismo- es un engranaje perfectamente integrado, sin provocar la más mínima distorsión, en la maquinaria social.

No sucede lo mismo –y ésta es una prueba de la falta de unanimidad a la que me refería en páginas anteriores- con Pereda. También éste recoge –con bastante más extensión que Valera- la celebración de la verbena de San Juan. Comienza con la descripción de los preparativos:

*“Ya corrida media tarde, llegaba a la brañuca de la iglesia el primer carro cargado de rozo destinado a la hoguera de aquella noche. Media hora después llegó otro más, y tumbó su talumba sobre la del anterior, ya tendida en el suelo”.*

El paso siguiente es anunciar la fiesta de esa noche con campanas y cohetes:

*“Entonces subió el campanero a la espadaña, y apenas se oyó en el pueblo su primer repique, lanzó al espacio el mayordomo del santo hasta media docena de cohetes de las ocho o diez cabales que había adquirido para quemarlas en honor del glorioso patrono, entre el día de la fiesta y sus preludios solemnes; a cuyos seis estampidos (y ya se deja ver con este dato que los cohetes no eran de los mejores) el maestro dio por terminada la escuela en aquel día y puso en libertad a los muchachos”<sup>511</sup>.*

La ironía, cuya primera muestra aparece en las líneas anteriores, va a tener una presencia continua, aunque espaciada, a lo largo de toda la descripción. La misma excitación que los escolares tienen los que trabajan en el campo, por lo que

*“acordose por los viejos dar suelta libre a los jóvenes, que ya no habían de hacer cosa con traza; y ahí tienen ustedes a las mozas tornando al pueblo, con las azadas al hombro, echando por parejas, cuando no por grupos de más de cinco, a gañote desplegado, los más alegres y regocijados cantares que habían resonado en el valle todo el año. Seguíanlas los mozos en idéntico orden de formación; y apenas acababan ellas, con un suspiro, el dejo interminable del cantar, allí estaban ellos con una balada, lenta y dormilona, que prometía no tener fin. Pero le tenía, más tarde o más temprano; y vuelta a cantar ellas, y vuelta ellos a replicar. Y así en todas las mieses, por los cuatro costados de Valdecines; de modo que la poca gente útil que había en el pueblo se echó, también cantando, a la calle; y cátrate convertida la comarca en una pajarrera”<sup>512</sup>.*

<sup>511</sup> J. M. de Pereda: *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 248.

<sup>512</sup> *Ibíd.*, p. 249.

Esta última palabra vuelve a ser indicativa de que la actitud del autor ante lo que está describiendo no es de incondicional entusiasmo. Cuando llega la noche, se da la señal para que comience la fiesta:

*“En cuanto el sol cayó detrás de las cumbres del poniente, [...] un mocetón que lo entendía y se reservaba para aquella ocasión, trepó al campanario y echó un repique de maestro, con admiración y aplauso de chicos y grandes, que correspondieron a la proeza con una relinchada que aturdió Valdecines, y salió valle afuera en alas del fresco terral, entre el eco sonoro de las campanas y el estampido de los cohetes que el mayordomo lanzó, espadaña arriba, en aquel solemne instante”<sup>513</sup>.*

El término “relinchar” y “relincho” lo utiliza Pereda varias veces para referirse a los gritos de los participantes en la fiesta. Por otra parte, cuando se fija en ellos, lo hace con mirada un tanto distante:

*“Llenose de figuras donosamente cómicas aquel cuadro, que parecía capricho de Teniers por lo alegre, y de Rembrandt por la luz que le alumbraba. [...] Como estas cosas sucedían tan cerca de la hoguera como lo consentía su calor, brillaban los rostros ardorosos de las danzantes, y se podían contar las pintas, los remiendos y las pegas de las alegres sayas de las mozas, y distinguir la que llevaba medias de la que iba en pernetas o de la que estaba descalza, pues de todo había”<sup>514</sup>.*

Dos de los aspectos en los que insiste son en la intensidad de la luz, provocada por la hoguera, y en el acaloramiento, fruto tanto de la propia hoguera como del baile y del vino:

*“y tanta era la luz que a la sazón derramaba la hoguera, que transformaba, ante los fascinados ojos, en transparentes jirones de verde gasa el espeso follaje de los árboles, y aun llegaba a la carral de vino con fuerza bastante para que desde la braña se conociera, con sus pelos y señales, a todos y a cada uno de los agazapados bebedores”<sup>515</sup>.*

La noche de San Juan desempeña también un papel fundamental en la trama de esta novela. Don Sotero quiere que su sobrino Bastián –en realidad es su hijo– se case con Águeda Rubárcena. Aprovechando la orfandad y engañándola, pues le dice que es una solución temporal hasta que venga su tío, al que no ha avisado, don Sotero consigue que la joven y su hermana pequeña Pilar se trasladen a su casa. Incita a Bastián para que esa noche se emborrache en la verbena, entre en el cuarto de Águeda y la fuerce, con lo que a la joven no le quedará otra salida que aceptar el matrimonio. La oportuna llegada de Macabeo, que había sido enviado por Águeda a avisar a su tío don Plácido, evitó que los planes de don Sotero se cumplieran según éste había previsto. La celebración de la verbena, en la que Bastián aparece en varias ocasiones bebiendo y aturdiéndose, es el marco preparatorio para lo que va a suceder después. Existe, pues, un paralelismo entre la novela de Valera y la de Pereda en el sentido de que en ambas la noche de San Juan precipita el desarrollo de los acontecimientos. En el primer caso, de un modo feliz, pues sella el compromiso de don Luis y Pepita; en el segundo, también, pues Águeda, aunque se lleva un buen susto, se libera definitivamente de las garras de don Sotero. Y, en ambas novelas también, la verbena actúa como marco preparatorio y encuadrador de la acción principal, lo cual explica la dife-

<sup>513</sup> *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 250.

<sup>514</sup> *Ibid.*, p. 250 y 252.

<sup>515</sup> *Ibid.*, p. 253.

rencia de tratamiento de uno y otro autor. En Valera, la noche de San Juan actúa como elemento propicio que coadyuva al triunfo del amor; por eso sólo se fija en los aspectos positivos que, al relacionarlos con el trasfondo mítico del paganismo, quedan además idealizados: el lavarse la cara, los coloquios amorosos, la recogida de las diversas hierbas olorosas... No hay una sola referencia ni al alcohol ni al calor; y parece lógico suponer que en Andalucía hace bastante más que en Santander. En Pereda, por el contrario, la noche de San Juan, no es elemento propiciador de algo positivo, sino “cómplice”, por supuesto involuntario, de la fechoría maquinada por don Sotero. Por eso, desde el principio muestra una ironía distante, se fija en aspectos nada estéticos, como los remiendos del traje de las mozas, e insiste una y otra vez en el acaloramiento animal, que tiene un claro simbolismo sexual y que los “relinchos” emitidos por los jóvenes contribuyen a subrayar; incluso da, a veces la impresión de que siente fastidio por tener que ejercer de cronista de unos hechos que le producen más desagrado que otra cosa<sup>516</sup>. La actitud social de Valera y de Pereda es la misma. Ambos son de ideología conservadora. Pero su actitud hacia el pueblo es bien distinta. Valera, llevado por su vitalismo y esteticismo, estiliza la realidad al servicio de una idea. Pereda es más “realista” y no siente excesivo entusiasmo por el pueblo, como se verá en otros epígrafes de este mismo punto. Por eso en Pereda, la idealización de la sociedad tradicional no implica, y son muchos los ejemplos, la del pueblo<sup>517</sup>. Las costumbres de éste son una garantía de la pervivencia de aquélla, pero eso no quiere decir que las costumbres sean en sí mismas defendibles y atractivas.

Sí que lo es la utilización del canto, vigente aún en nuestros días, por parte de los antiguos navarros para diversos usos festivos:

*“Amagoia, como hemos visto, se había dirigido allí cantando. [...] Cantando también le contestaba el pueblo, y entre la hija de Aitor y la gente del valle se entabló un diálogo de cantares, a que tanto se prestan el genio del idioma y la natural predisposición musical de los montañeses, que con admirable facilidad hablan, discuten y hasta disputan en verso, sin regla, sin arte y sin conciencia siquiera de su habilidad. Esta costumbre de improvisar públicamente letra y música se conserva en nuestros días cual precioso resto de las antiguas contiendas de bardos, en que los actores, situados en opuestos bandos, se preguntan y se responden, sostienen tesis o causas distintas, alardeando de ingenio, compitiendo en voz y primores de talento ante un pueblo inteligente, apreciador de las travesuras y galas de la musa éuscara”<sup>518</sup>.*

<sup>516</sup> Me parece muy significativo de esta actitud el siguiente comentario, realizado por el narrador tras llevar seis páginas describiendo la hoguera: “Con lo indicado tiene el lector lo bastante para saber lo que pasó en la hoguera de San Juan en Valdecines, en la ocasión de que vamos hablando; y hágase cuenta de que ya sabe todo lo que pasa en las demás hogueras de la Montaña, precursoras de la fiesta del lugar, salvo la diferencia de algún detalle, que no conviene más que a las de San Juan”. P. 253.

<sup>517</sup> Las siguientes palabras de Joaquín Casaldueiro se refieren a esta cuestión con total nitidez: “Desde un punto de vista intelectual, espiritual, moral, cívico, religioso, Valdecines parece estar muy lejos, según la pintura de Pereda, de ser un pueblo arcádico. No se siente ningún deseo de ir a vivir en esa vecindad. Pereda no moraliza, ironiza. Al leer a Zola la depresión en que caemos se equilibra con la necesidad que sentimos de que se cambien la vida que presenciamos. Pereda por el contrario quiere hacernos creer, a pesar de lo que expone, que todo debe seguir de la misma manera. El autor montañés pinta la realidad con exactitud, el ideólogo defiende el sistema en el cual goza de todos los privilegios”

Introducción a *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 38-39.

<sup>518</sup> *Amaya*, cit., p. 423-424.

La exaltación de esta costumbre tradicional y la explícita mención de que todavía se conserva están al servicio de la defensa de la sociedad tradicional<sup>519</sup> como ya ha quedado señalado al comentar otros contenidos de esta novela.

“Aspecto pintoresco” puede considerarse también el carnaval. Cuando se aproxima, las cigarreras se divierten gastándose bromas inocentes:

*“Unos días antes de carnavales se anuncia en la fábrica la llegada del tiempo loco, por bromas de buen género que se dan entre sí las operarias. Infeliz de la que, fiada en un engañoso recado, se aparta de su taller un minuto; a la vuelta le falta su silla, y vaya usted a encontrarla en aquel vasto océano de sillas y de mujeres que gritan a coro: ‘Atrás te queda. Delante te queda.’ [...] También se puede, por medio de una tira estrecha de papel y un alfiler doblado a manera de gancho, aplicar una lárjala en la cintura, o estampar, con cartón recortado y untado de tiza, la figura de un borrico en la espalda. Otro chasco favorito de la fábrica es, averiguado el número del billete de lotería que tomó alguna bobalicona, hacerle creer que está premiado. Todos los años se repiten las mismas gracias, con igual éxito y causando idéntica algazara y regocijo”*<sup>520</sup>.

En las páginas siguientes describe pormenorizadamente las distintas comparsas que se forman el jueves, en las que participan todas las trabajadoras de la fábrica que se disfrazan de labradoras, estudiantes, grumetes, señoras... La desinhibición, producto de la fiesta, sirve para que afloren gracias que normalmente permanecen ocultas:

*“Diríase que el mago Carnaval, con poderoso conjuro, había desencantado la fábrica, y vuelto a sus habitantes la verdadera figura en aquel día. Muchachas en las cuales a diario nadie hubiese reparado quizá, confundidas como estaban entre las restantes, resplandecían alumbradas por una ráfaga de hermosura, y un traje caprichoso, una flor en el pelo, revelaban gracias hasta entonces recónditas”*<sup>521</sup>.

El carnaval no sólo hace que se revelen bellezas ocultas sino que es una de las pocas alegrías que tienen las cigarreras en medio de una vida monótona que gira toda ella en torno al trabajo: “No cohibidas por la presencia del hombre, gozaban cuatro mil mujeres de aquel breve rayo de luz, aquel minuto de júbilo expansivo situado entre dos eternidades de monótona labor”<sup>522</sup>. Doña Emilia se muestra comprensiva y paternalista cuando las trabajadoras se entregan a una inocente expansión; ya veremos que no da muestras de la misma comprensión cuando narra su participación en la política.

Más compleja es la actitud de Pardo Bazán cuando, cambiando de escenario, se ocupa –en *Insolación*– de la romería madrileña de San Isidro, pues ésta es enfocada desde una doble perspectiva –positiva y negativa– y no siempre queda clara cuál es la postura de la autora. La protagonista, doña Francisca de Asís Taboada, marquesa viuda de Andrade, natural de Galicia, es asidua de la tertulia de la duquesa de Sahagún a la que también asiste el co-

<sup>519</sup> La postura de Navarro Villoslada en defensa de un determinado modelo de sociedad queda clara, además de en todo lo dicho anteriormente, en las ironías que lanza sobre algunos aspectos de la liberal. Los dos siguientes son lo suficientemente ilustrativos: “A falta de periódicos y papeles volantes, extraordinarios y telegramas, que no se recibían en Cantabria, Nunilo, liberto de Favila, había ido después de comer a Varía y Lucronio a proveerse de telas, vajillas y comestibles, e inquirir y averiguar de paso lo que sucedía en el mundo, no por curiosidad ciertamente, sino por complacer a sus señores”. P. 63-64.

“Mira, no me lo recuerdes, porque es peor –le contestó Echevarría, para quien, sin ser hegeliano, lo mejor y lo peor iban siendo una misma cosa–.” P. 135.

<sup>520</sup> *La Tribuna*, cit., p. 168.

<sup>521</sup> *La Tribuna*, cit., p. 172.

<sup>522</sup> *La Tribuna*, cit., p. 172.

mandante de artillería, paisano de doña Francisca, don Gabriel Pardo de la Lage. Éste tiene una opinión radicalmente negativa de la romería, pues para él no es sino una manifestación de la brutalidad, salvajismo y barbarie de la sociedad española, que pervive a través de los siglos:

*“Bonito está el Santo, y valiente saturnal asquerosa la que sus devotos le ofrecen. Si San Isidro la ve, él, que era un honrado y pacífico agricultor, convierte en piedras los garbanzos tostados y desde el cielo descalabra a sus admiradores. Aquello es un aquelarre, una zahúrda de Plutón. Los instintos españoles más típicos corren allí desbocados, luciendo su belleza. Borracheras, pendencias, navajazos, bestialidades de toda calaña... Gracioso tableau, señoras mías... Eso es el pueblo español cuando le dan suelta. Lo mismito que los potros al salir de la dehesa, que su felicidad consiste en hartarse de relinchos y coces”<sup>523</sup>.*

Asimismo, critica con acritud el plebeyismo creciente que últimamente está invadiendo las capas altas de la sociedad española:

*“Aquí en España, desde la Restauración, maldito si hacemos otra cosa más que jalearnos a nosotros mismos. Empezó la broma por todas aquellas demostraciones contra don Amadeo; lo de las peinetas y mantillas, los trajecitos de medio paso y los caireles; siguió con las barbianerías del difunto rey, que le había dado por lo chulo, y claro, la gente elegante le imitó, y ahora es ya una epidemia, y entre patriotismo y flamenquería, guitarreo y cante jondo, panderetas con madroños colorados y amarillos, y abanicos con las hazañas y los retratos de Frascuelo y Mazzantini, hemos hecho una Españita bufa, de tapiz de Goya o sainete de don Ramón de la Cruz”<sup>524</sup>.*

Sin embargo, la duquesa de Sahagún, que se siente muy orgullosa de que la llamen “la chula más salada de Madrid” porque, según sus propias palabras, ella es “muy españolaza”, cuando don Gabriel le pregunta si ha visto la romería de San Isidro, responde:

*“Vaya si la he visto. Por cierto que es de lo más entretenido y pintoresco. Tipos se encuentran allí que... Tipos de oro. ¿Y los columpios? ¿Y los tíos vivos? ¿Y aquella animación, aquel hormigueo de gente? Le digo a usted que, para mí, hay poco tan salado como estas fiestas populares. ¿Que abundan borracheras y broncas? Pues eso pasa aquí y en Flandes: ¿o se ha creído usted que allá, por la Ingalaterra, la gente no se pone nunca a medios pelos, ni se arma quimera, ni se hace barbaridad ninguna?”<sup>525</sup>.*

Es decir, Pardo Bazán se hace eco de dos opiniones antagónicas sobre el costumbrismo popular: la de los progresistas europeístas, cuyo portavoz es Gabriel Pardo, que lo atacan porque lo consideran una manifestación del atraso de España y, por tanto, baluarte de la sociedad tradicional; y la de los tradicionalistas, sustentada por la duquesa de Sahagún, que lo defienden apelando al consabido argumento de lo propio:

*“Más vale una chula que treinta gringas. Lo gringo me apesta. Soy yo muy españolaza, ¿se entera usted? Se me figura que más vale ser como Dios nos hizo, que no andemos imitando todo lo de extranjis... Estas manías de vivir a la inglesa, a la francesa... ¿Habrá ridiculez mayor?”<sup>526</sup>.*

Pero, ¿con cuál de las dos opiniones está de acuerdo Pardo Bazán? Al día siguiente de la anterior conversación es el día de San Isidro y se celebra la romería en su honor. La mar-

<sup>523</sup> *Insolación* [1889], Madrid, Espasa Calpe, 3ª edc., 1987, Austral A 25, introducción de Marina Mayoral, p. 51.

<sup>524</sup> *Ibíd.*, p. 54-55.

<sup>525</sup> *Insolación*, cit., p. 55-56.

<sup>526</sup> *Ibíd.*, p. 55.



quesa de Andrade, que ha salido temprano de casa para ir a misa, se encuentra en la calle con don Diego Pacheco, un andaluz al que ha conocido la tarde anterior en casa de la duquesa de Sahagún, quien la invita a acompañarlo a la romería. La marquesa, tras dudarlo bastante pues apenas si lo conoce, acepta. Cuando el coche atraviesa la Puerta de Toledo, describe así a la muchedumbre que se dirige a la pradera del Santo:

*“¡Qué hermoso y alegre estaba el puente de Toledo! Lo recuerdo como se recuerda una decoración del Teatro Real. Hervía la gente, y mirando hacia abajo, por la pradera y por todas las orillas del Manzanares no se veían más que grupos, procesiones, corrillos, escenas animadísimas de esas que se pintan en las panderetas. A mí ciertos monumentos, por ejemplo las catedrales, casi me parecen más bonitas solitarias; pero el puente de Toledo, con sus retablos o nichos, o lo que sean aquellos fantasmones barrocos que le guarnecen a ambos lados, no están bien sin el rebullicio y la algazara de la gentuza, los chulapos y los tíos, los carniceros y los carreteros, que parece que acaban de bajarse de un lienzo de Goya. Ahora que se han puesto tan de moda los casacones, el puente tiene un encanto especial”<sup>527</sup>.*

En esta descripción —excepción hecha del término “gentuza”— predomina la perspectiva positiva e idealizante, especialmente en las comparaciones con las decoraciones del Teatro Real y con los dibujos de las panderetas. Esta visión positiva se extiende incluso al Manzanares, en cuyo favor rompe una lanza, criticando de paso a algunos de los que tantos chistes han hecho a costa de su naturaleza fluvial:

*“No sé quién fue el primero que llamó feas y áridas a las orillas del Manzanares, ni por qué los periódicos han de estar siempre soltándole pullitas al pobre río, ni cómo no prendieron a aquel farsante de escritor francés (Alejandro Dumas, si no me engaño) que le ofreció de limosna su vaso de agua. Convengo en que no es muy caudaloso, ni tan frescachón como nuestro Miño o nuestro Sil; pero vamos, que no falta en sus orillas algún rinconcito ameno, verde y simpático. Hay árboles que convidan a descansar a la sombra, y unos puentes rústicos por entre los lavaderos, que son bonitos en cualquier parte”<sup>528</sup>.*

Cuando llegan a la pradera y se bajan del coche, la primera impresión es también positiva:

*“Pueblo aquí, pueblo allí, pueblo en todas direcciones; y si algún hombre vestía americana, en vez chaquetón o chaquetilla, debía ser criado de servicio, escribiente temporero, hortera, estudiante pobre, lacayo sin colocación, que se tomaba un día de asueto y holgorio”<sup>529</sup>.*

Sin embargo, conforme empieza a caminar la visión va cambiando, el esteticismo va cediendo ante el realismo:

*“Aquella romería no tiene nada que ver con las de mi país, que suelen celebrarse en sitios frescos, sombreados por castaños o nogales, con una fuente o riachuelo cerquita y el santuario en el monte más próximo... El campo de San Isidro es una serie de cerros pelados, un desierto de polvo, invadido por un tropel de gente entre la cual no se ve un solo campesino, sino soldados, mujerzuelas, chisperos, ralea apicarada y soez”<sup>530</sup>.*

Doña Francisca, que es muy devota y no ha oído misa ese día, quiere hacerlo en la ermita:

<sup>527</sup> Ibid., p. 65.

<sup>528</sup> *Insolación*, cit., p. 65-66.

<sup>529</sup> Ibid., p. 166.

<sup>530</sup> Ibid., p. 67.

*“Tratamos de romper por entre el gentío y deslizarnos en la ermita, abierta de par en par a los devotos; pero éstos eran tantos, y tan apiñados, y tan groseros, y tan malolientes, que si porfío en llegar a la nave, me sacan de allí desmayada o difunta”*<sup>531</sup>.

La misma sensación de disgusto que experimenta ante el pueblo, la siente también ante la vulgaridad de los cachivaches que se venden en los numerosos puestos:

*“... miles de tinglados y puestos donde se venden cachivaches que, pasado el día del Santo, no vuelven a verse en parte alguna: pitos adornados con hojas de papel de plata, cobalto y bermellón; medallas y escapularios igualmente rabiosos; loza y cacharros; figuritas groseras de toreros y picadores; botijos de hechuras raras; monigotes y fantoches con la cabeza de Martos, Sagasta o Castelar; ministros a dos reales; esculturas de los ratas de La Gran Vía, y al lado de la efigie del bienaventurado San Isidro, unas figuras que... ¡Válgame Dios! Hagamos como si no las viésemos”*<sup>532</sup>.

Pero lo que más la molesta es el exceso de luz, provocada no sólo por el sol sino por la abundancia de colores chillones, y el ruido:

*“Aparte del sol que le derrite a uno la sesera y del polvo que se masca, bastan para marear tantos colorines vivos y metálicos. Si sigo mirando, van a dolerme los ojos. Las naranjas apiñadas parecen de fuego; los dátiles relucen como granates oscuros; como pepitas de oro los garbanzos tostados y los cacahuets; en los puestos de flores no se ven sino claveles amarillos, sangre de toro, o de un rosa tan encendido como las nubes a la puesta del sol: las emanaciones de toda esta clavelería no consiguen vencer el olor a aceite frito de los buñuelos, que se pega a la garganta y produce un cosquilleo inaguantable. Lo dicho, aquí no hay color que no sea desesperado: el uniforme de los militares, los mantones de las chulas, el azul del cielo, el amarillento de la tierra, los tiouvivos con listas coloradas y los columpios dados de almagre con rayas de añil... Y luego la música, el rasgueo de las guitarras, el tecleo insufrible de los pianos mecánicos que nos aporreamos los oídos con el pasodoble de Cádiz repitiendo desde treinta sitios de la romería: ¡Vi-Va España!”*<sup>533</sup>.

Considerados en conjunto los diversos aspectos costumbristas citados, la postura de Paquita –en bastantes aspectos portavoz de la autora- está más cercana a la de su paisano Gabriel Pardo, quien rechaza de plano todo este populismo costumbrista, que a la de la duquesa de Sahagún que lo aprueba. Luego, ¿rechaza Pardo Bazán el costumbrismo populachero destacando sus aspectos groseros con lo que, al mismo tiempo, estaría denunciando la

<sup>531</sup> *Ibíd.*, p. 68.

<sup>532</sup> *Ibíd.*, p. 67.

<sup>533</sup> *Insolación*, cit., p. 68.

Son muchísimos los aspectos desagradables y groseros de la romería recogidos en la novela. Un ejemplo de los más significativos es una pelea entre dos mujeres: *“Una peripecia nos detuvo breves instantes. Fue una pelea de mujerotas. Pelea muy rara: por lo regular, estas riñas van acompañadas de vociferaciones, de chillidos, de injurias, y aquí no hubo nada de eso. Eran dos mozas: una que tostaba garbanzos en una sartén puesta sobre una hornilla; otra, que pasó y con las sayas derribó el artilugio. Jamás he visto en rostro humano expresión de ferocidad como adquirió el de la tostadora. Más pronta que el rayo, recogió del suelo la sartén, y echándose a manera de irritada tigresa sobre la autora del desaguisado, le dio con el filo en mitad de la cara. La agredida se volvió sin exhalar un ay, corriéndole de la ceja a la mejilla un hilo de sangre; y trinchando a su enemiga por el moño, del primer arrechucho le arrancó un buen mechón, mientras le clavaba en el pescuezo las uñas de la mano izquierda: cayeron a tierra las dos amazonas, rodando entre trébedes, hornillas y cazos; se formó alrededor corro de mirones, sin que nadie pensase en separarlas, y ellas seguían luchando, calladas y pálidas como muertas, una con la oreja rasgada ya, otra con la sien toda ensangrentada y un ojo medio saltado de un puñetazo. Los soldados se reían a carcajadas y les decían requiebros indecentes, en tanto que se despedazaban las infelices. [...] Me acordé de mi paisano Pardo, y de aquello del salvajismo y la barbarie española”*. P. 85.

actitud de falsa camaradería que tienen con el pueblo<sup>534</sup> quienes, como la duquesa de Sahagún, sólo ven gracia, ingenuidad y pintoresquismo, donde no hay sino brutalidad y vulgaridad? La cuestión no es tan simple y no se puede analizar sin tener en cuenta el significado global de la novela, pues la romería de San Isidro –lo mismo que la noche de San Juan en las novelas de Valera Pereda- y todo lo que en ella sucede, desempeña un papel fundamental en el desarrollo posterior de los acontecimientos. El tema central de la novela es el enamoramiento de Paquita Asís Taboada, marquesa viuda de 32 años, de Diego Pacheco, enamoramiento que comienza por una irresistible atracción física que se muestra incapaz de controlar. Esta pasión la lleva a comportarse y a hacer cosas que ella nunca hubiera pensado que podría llegar a hacer<sup>535</sup>, pues son contrarias a la estricta moral religiosa y social –sobre todo social- en la que ha sido educada, moral que tiene perfectamente interiorizada. La educación la lleva a asombrarse y avergonzarse de su conducta; pero la pasión le hace sentir la necesidad de explicar y justificar esa conducta. Es decir, la protagonista se encuentra atrapada en una situación contradictoria: entre la “obligación” de reprobar una conducta que la moral social condena, y el deseo de justificarla en nombre de la libertad de amar. Esta justificación se realiza de varias maneras; el costumbrismo es una de ellas. Veamos esto con más detenimiento.

Doña Paquita Asís, como ya dije anteriormente, es una joven viuda de 32 años, madre de una hija, miembro de la aristocracia. Muy devota, lleva una vida retirada y su actividad social se reduce a la asistencia semanal a la tertulia de su amiga la duquesa de Sahagún. En esta tertulia tiene lugar la discusión, reproducida al principio de este apartado, entre la duquesa y Pardo sobre las costumbres populares. Ese mismo día le es presentado –presentación puramente formal y fugaz- un rico hacendado andaluz, don Diego Pacheco. Al día siguiente, día de San Isidro y día espléndido<sup>536</sup>, cuando Asís sale para ir a misa, se encuentra con el gaditano en la calle. Se saludan afectuosamente y la marquesa no puede dejar

---

<sup>534</sup> Hay una reflexión de Asís Taboada que me parece iluminadora sobre esta cuestión, pues explica con gran perspicacia la verdadera naturaleza de las relaciones sociales aristocracia-pueblo en el fenómeno del plebeyismo-costumbrismo, desvelando cómo la supuesta camaradería esconde barreras, invisibles pero infranqueables, que, por tanto, siguen existiendo a pesar de su aparente desaparición: “*Para ciertas personas no rigen las relaciones sociales. La Sahagún, no sólo es muy experta, y muy despabilada, y discretísima, y una de esas mujeres a quienes nadie se les atreve no queriendo ellas, sino con su alta posición convierte en excéntrica graciosa e inofensiva lo que en las demás se toma por desvergüenza y liviandad*”. P. 96.

<sup>535</sup> Son varias las ocasiones a lo largo de la novela en las que la protagonista se muestra sorprendida de su propio comportamiento: “*Pero ¿es de veras? Pero ¿me ha pasado eso? Señor Dios de los ejércitos, ¿lo he soñado o no? Sácame de esta duda*”. P. 46.

*Bien sabe Dios que cuando al siguiente día, de mañana, salí a oír misa a San Pascual, por ser la festividad del Patrón de Madrid, iba yo con mi eucologio y mi mantilla hecha una santa, sin pensar en nada inesperado y novelesco, y a quien me profetizase lo que sucedió después, creo que le llevo a los tribunales por embustero e insolente*”. P. 57.

<sup>536</sup> Las referencias a esta circunstancia –que se repiten y, posteriormente irán siendo sustituidas por la insistencia en el calor- no son gratuitas, pues constituyen el marco que complementan y ayudan a explicar la “inusual” conducta de la protagonista. En la primera, donde se recogen las especiales sensaciones que la luz de la mañana suscita en ella, el carácter premonitorio es meridiano: “*Cerca de la Cibeles me fijé en la hermosura del día. Nunca he visto aire más ligero, ni cielo más claro; la flor de las acacias del paseo de Recoletos olía a gloria, y los árboles parecían que estrenaban vestido nuevo de tafetán verde. Ganas me entraron de correr y brincar como a los quince, y hasta se me figuraba que en mis tiempos de chiquilla no había sentido nunca tal exceso de vitalidad, tales impulsos de hacer extravagancias, de arrancar ramas de árbol y chapuzarme en el pilon presidido por aquella buena señora de los leones... Nada menos que estas tonterías me estaba pidiendo el cuerpo a mí*”. P. 58.

de manifestar cierta sorpresa por comportamiento tan expansivo: “*Trocamos estas palabras con las manos cogidas y una familiaridad muy extraña, dado lo ceremonioso y somero de nuestro conocimiento de la víspera*”. Pero doña Paquita, encuentra inmediatamente una explicación:

*“Era sin duda que influía en ambos la transparencia y alegría de la atmósfera haciendo comunicativa nuestra satisfacción y dando carácter expansivo a nuestra voz y actitudes. Ya que estoy dialogando con mi alma y nada ha de ocultarse, la verdad es que en lo cordial de mi saludo entró por mucho la favorable impresión que me causaron las prendas personales del andaluz. Señor ¿Por qué no han de tener las mujeres derecho para encontrar guapos a los hombres que lo sean, y por qué ha de mirarse mal que lo manifiesten (aunque para manifestarlo dijese tantas majaderías como los chulos del Café Suizo)? Si no lo decimos, lo pensamos, y no hay nada más peligroso que lo reprimido y oculto, lo que se queda dentro”<sup>537</sup>.*

Aparecen aquí condensados los dos argumentos fundamentales –circunstancias ambientales externas y reivindicación del derecho de la mujer a manifestar libremente sus sentimientos– que, ampliamente desarrollados en el resto de la novela, va a utilizar la protagonista para explicar, justificar y, en el fondo defender, su conducta; el costumbrismo, como se verá un poco más adelante, forma parte de las primeras. Pacheco la invita a ir a San Isidro. Asís duda porque se acuerda lo que de la romería dijo la víspera su paisano Pacheco. Pero, también se acuerda de lo que dijo la duquesa de Sahagún. Es decir, la educación –en forma de conveniencia social– y la pasión –personalizada en la atracción que siente por el andaluz– se manifiestan en ella como fuerzas antagónicas. Vence la última, aunque utilizando un subterfugio:

*“Y realmente, ¿qué mal había en satisfacer mi curiosidad?, pensaba yo. Lo mismo se oía misa en la ermita del Santo que en las Pascualas; nada desagradable podía ocurrirme llevando conmigo a Pacheco; y si alguien me veía con él, tampoco sospecharía cosa mala de mí a tales horas y en sitio tan público. Ni era probable que anduviese por allí la sombra de una persona decente ¡en día de carreras y de toros!, ¡a las diez de la mañana! La escapatoria no ofrecía riesgo... ¡y el tiempo convidaba tanto! En fin, que si Pacheco porfiaba algo más, lo que es yo...”<sup>538</sup>.*

Pacheco porfió y terminaron en la romería, donde, además de encontrarse con los nada atractivos tipos populares antes mencionados, las riñas, gitanas pedigüeñas... doña Paquita, que almorzó con Pacheco en un merendero popular pues no había fondas, bebió más de la cuenta lo que, unido al tremendo calor –en el que se insiste continuamente, siendo por lo demás el título de la novela lo suficientemente explícito al respecto– se sintió indispuesta y tuvo que dormir durante unas cuantas horas en una de las casuchas de las cercanías. Cuando volvieron a Madrid era ya de noche. Este día no ocurrió nada más. Todos los remordimientos, extrañezas y arrepentimientos de Asís eran simplemente porque salir con un casi desconocido, frecuentar los sitios que ella frecuentó y emborracharse era algo imperdonable para la moral social de los círculos de la marquesa. Pero la romería desempeña una función como etapa previa –una de ellas, pues hay dos– de lo que ocurrirá más adelante. La otra etapa la va a completar “involuntariamente” el comandante Gabriel Pardo. Éste, que es muy amigo de la marquesa, tiene, unos días después de la aventura de la romería, de la que él no sabe nada, una conversación con ella en la que critica la doble moral, el diferente rasero con

<sup>537</sup> *Ibid.*, p. 58-59.

<sup>538</sup> *Insolación*, cit., p. 60.

el que la sociedad juzga las cuestiones sentimentales en hombres y mujeres, de tal manera que una relación extramatrimonial es considerada como una honrosa aventura cuando es un hombre el protagonista, pero como un desliz imperdonable si la autora es una mujer:

*“La mujer se cree infamada, después de una de esas caídas, ante su propia conciencia, porque le han hecho concebir desde niña que lo más malo, lo más infamante, lo irreparable, es eso; que es como el infierno, donde no sale el que entra. A nosotros nos enseñan lo contrario; que es vergonzoso para el hombre no tener aventuras, y que hasta queda humillado si las rehúye... De modo, que lo mismo que a nosotros nos pone muy huecos, a ustedes las envilece”<sup>539</sup>.*

Estas ideas de Pardo resultan avanzadísimas para la época y, en consecuencia, para los oídos de la protagonista que ha sido educada en esa moral<sup>540</sup> que el comandante Pardo censura. Pero, como está a punto de tener una relación con Pacheco, las palabras de Pardo le resultan muy atractivas pues dan cobertura racional a sus emociones<sup>541</sup>. En este punto concreto el comadante actúa claramente como portavoz de la autora defendiendo a nivel teórico<sup>542</sup> lo que Asís va a realizar en la práctica. Pero la justificación teórica por sí sola probablemente no habría sido suficiente. Ésta vino a incidir sobre otra anterior. Para “atreverse” a tener esa relación, Asís necesitaba también una justificación emocional. Y ésta la encontró en la romería, siendo, por tanto, este el papel reservado para el costumbrismo. Ese día Asís se empapa de sol, de luz, de vino; se ve rodeada del pueblo quien le ofrece un abundante muestrario de sensaciones primarias, instintivas, desde la mañana a la tarde, de tal manera que acaba aturdida y mareada. Este aturdimiento se presenta así como el paso inicial que llevará de un modo inexorable, sin que la marquesa pueda hacer nada para evitarlo, a su aventura con Pacheco. En este sentido, la imagen que del pueblo se presenta en la novela –vulgaridad y grosería-, aunque indicativa de una determinada actitud hacia él (lógica, por otra parte, teniendo en cuenta la ideología de la marquesa, y ahora me refiero a la autora), me parece secundaria, pues el pueblo no está considerado en sí mismo. El objetivo de doña

<sup>539</sup> *Insolación.*, cit., p. 122-123.

<sup>540</sup> “Vaya, Pardo... Es usted terrible. ¿Me quiere usted igualar la moral de los hombres con la de las mujeres?”. P. 121.

<sup>541</sup> “Asís oía, oía con toda su alma, pareciéndole que nunca había tenido su paisano momentos tan felices como aquella noche, ni hablado tan discreta y profundamente. Los dichos del comandante, que al pronto lastimaban sus convicciones adquiridas, entraban, sin embargo, como bien disparadas saetas hasta el fondo de su entendimiento y encendían en él una especie de hoguera incendiaria, a cuya destructora luz veía tambalearse infinitas ideas de las que había creído más sólidas y firmes hasta entonces. Era como si le arrancasen del espíritu una muela dañada: dolor y susto al sentir el frío instrumento y el tirón; pero después, un alivio, una sensación tan grata viéndose libre de aquel cuerpo muerto... Anestesia de la conciencia, con cloroformo de malas doctrinas, podría llamarse aquella operación quirúrgico-moral”. P. 123.

<sup>542</sup> El comandante Pardo desempeña en la obra un doble papel: como defensor de la igualdad erótica de hombres y mujeres actúa como portavoz –la coincidencia del apellido no es casual- de la autora, quien probablemente encomendó este papel a un hombre para evitar el escándalo –aunque de todos modos lo hubo- que se habría organizado si la propia protagonista hubiese llevado a cabo esa defensa teórica. Pero desempeña también un papel como hombres sin más; y, en este sentido, no se diferencia en nada de los demás. Por eso, después de las anteriores palabras que conmovieron a Asís, ante la sospecha de que ésta pudiera estar teniendo una aventura con alguien, sospecha basada en el descubrimiento casual de un tarjetero de piel en casa de ésta, realiza la siguiente reflexión: “Me ha engañado la viuda... Yo, que la creía una señora impecable. Un apabullido como otro cualquiera. No he mirado las iniciales del tarjetero: serían... ¡Vaya usted a saber! Porque en realidad, ni nadie murmura de ella, ni veo a su alrededor persona que... En fin, cosas que suceden en la vida; chascos que uno se lleva. Cuando pienso que a veces se me pasaba por la cabeza decirle algo formal... No, esto no es un caballero muerto, ¡qué disparate!, es sólo un tropiezo del caballo... No he llegado a caerme... ¡Así fuesen los desengaños todos!...”. P. 125.

Emilia no es estudiar al pueblo como un grupo social autónomo, sino como explicación y justificación emocional del comportamiento de doña Paquita de Asís, posteriormente complementada con la intelectual formulada por el comandante Pardo. En síntesis, la función principal del costumbrismo en esta novela es simplemente la de actuar como marco estético en el que se inscribe la conducta de la protagonista, sin olvidar que el significado de dicha conducta trasciende el de la simple aventura para convertirse en reivindicación de la libertad erótica de la mujer.

También los autores liberales se ocupan de “aspectos pintorescos” como romerías y carnaval. Palacio Valdés lo hace de las dos cosas. A la romería de Sarrió dedica varias páginas en las que destaca varios matices de la misma. En primer lugar que, aunque es una fiesta a la que asisten todas las clases sociales, su carácter peculiar se lo dan los artesanos: “*Las romerías pertenecían a todas las clases sociales, pero muy particularmente a los artesanos. Gracias a esto no habían perdido nada de su primitiva alegría y animación*”<sup>543</sup>. Dos aspectos me parecen significativos de esta primera cita: la alegría, sobre la que volveré más tarde, sobre todo teniendo en cuenta que no todo lo que cuenta es alegre; y el que no utilice la palabra “pueblo”, sino “artesanos”, lo cual indica que Palacio Valdés está más atento a la problemática obrera que otros autores de su generación. Aunque hable de “todas las clases sociales”, la única que menciona, además de los artesanos, es la de los “señoritos”. Éstos no sólo participan en la romería, sino que gozan de determinadas preeminencias que originan resentimientos:

*“Los señoritos, en relación con aquellas jóvenes por los bailes de las Escuelas, acostumbrados ya al dulce, no querían perder su derecho de monopolio ni aun al aire libre, y entraban también en ellas, bailando sin garbo, con los brazos muy abiertos y las piernas inmóviles. Entonces los artesanos se salían y marchaban un poco más lejos a bailar con aquéllas que, desdeñadas, los seguían, arrojando miradas torvas de desafío al coro principal”*<sup>544</sup>.

No sólo los artesanos miran con recelo a los señoritos, las señoritas, que tienen bastantes más prejuicios que las artesanas, sienten envidia del desenfado con que éstas bailan:

*“Y allá, en un extremo del prado, bajo un inmenso nogal, [...] una docena de parejas estrechamente abrazadas, daban vueltas parsimoniosas al compás de la dulzona habanera, rodeadas por un espeso círculo de mirones. Las señoritas solían presenciar con risita despreciativa aquel baile que imitaba toscamente los suyos, doliéndose en su interior de que jóvenes tan finos se abrazasen a “aquellas tarascas”. Sin embargo, cuando alguno las invitaba, después de resistirse un poco, reír a carcajadas, ruborizarse y hacer otra porción de monerías para atestiguar que sólo se rebajaban a aquello por pura condescendencia, solían agarrarse al brazo de su bromista amigo y tardaban en soltarlo”*<sup>545</sup>.

Como se ve en las citas precedentes, tras la diversión, hay latente un evidente rencor social que el narrador no elude mencionar. No todo es, pues, alegría. Sin embargo, la alegría es el aspecto en el que más insiste el autor, pues abre y cierra la romería quedando todo lo demás enmarcado por ella. Así, por la mañana, las primeras que pasan riendo y formando algazara, mientras se dirigen al lugar de reunión, son las artesanas:

<sup>543</sup> Armando Palacio Valdés: *El cuarto poder*, cit., p. 151.

<sup>544</sup> *Ibíd.*, p. 158.

<sup>545</sup> *Ibíd.*, p. 169.

*“El rumor de aquellas chicas era un soplo de alegría que desde la calle subía a las casas, entraba por los balcones invitando a soltar por algunas horas el fardo pesado de los quehaceres, de la ambición, de la envidia, de todas las ruines pasiones que consumen la mísera existencia humana, y seguirlas, seguirlas a gozar del ambiente puro de la mañana, del verdor de los campos, de la rica leche incomparable que se vende en torno de la ermita, el juego de las cuatro esquinas y la deleitosa gallina ciega”<sup>546</sup>.*

Y, por la tarde, cuando empieza a oscurecer y todo el mundo vuelve a casa, la referencia a la alegría –o más bien la nostalgia porque se termina- vuelve a aparecer:

*“La luz se iba huyendo del cuadro; pero al huirse suavizaba los tonos, esparcía sobre él un encanto misterioso, poético, que traía al recuerdo los dichosos rincones de la Arcadia antigua. Parecía que aquella gente debía vivir y morir así, en perpetua alegría y juventud. ¿Por qué marcharse, por qué huir de aquel recinto feliz, para volver a sumergirse en las fatigas de la vida cotidiana, en la podredumbre y miseria de los negocios humanos? ¡Gozar, gozar! Gozar en la inocencia del corazón y los sentidos, de la salud, de las sublimes armonías de la luz y del sonido. [...] Para esto debió ser creado el hombre, no para acompañarse en los breves días de su existencia del trabajo abrumador, de la airada venganza, de la pálida envidia, de la tristeza roedora”<sup>547</sup>.*

Como dije anteriormente estas dos citas abren y cierran respectivamente la descripción de la romería y, dadas sus similitudes, existe una clara relación entre ellas, de tal manera que condicionan la descripción que queda en medio, forzando al lector a enfocarla desde una determinada perspectiva. Pero no es sólo eso; sus características son muy distintas, por lo que si se comparan estas dos citas con la descripción central, se observa que existe una clara diferencia entre ellas. Mientras que en la descripción predomina el carácter realista, como lo demuestran las referencias a las miradas rencorosas de los artesanos o a los melindres de las señoritas, en los comentarios inicial y final desaparecen las referencias realistas, sustituidas por la visión idealizadora que adquiere un predominio absoluto. Y lo que le confiere a la romería ese carácter ideal, que la convierte en tan atractiva para el narrador, es su capacidad para alegrar la vida, para servir como bálsamo frente a las miserias y mezquindades de la vida. En la cita inicial el narrador menciona explícitamente cómo los cantos de las chicas son una invitación a olvidarse “por algunas horas” de las tristezas de la vida; se conforma, pues, con el carácter temporal y momentáneo del consuelo. Pero en la cita final, una vez que han pasado esas pocas horas, se resiste a aceptar el carácter transitorio, resistencia claramente puesta de manifiesto en la pregunta en la que dice que por qué hay que marcharse e interrumpir aquel momento feliz para volver a las miserias de las que precisamente han conseguido escapar. La idealización es ahora mucho mayor que en la cita inicial, pues en ésta había algunos elementos realistas, como la leche, el juego de las cuatro esquinas... Sin embargo, ahora, los elementos realistas han desaparecido por completo hasta el punto de que la vuelta de los romeros es transformada en un cuadro<sup>548</sup> que le recuerda la Arcadia. Cuadro y pregunta están directamente relacionados; lo que ésta busca, se logra en aquél: detener, apresar y, por tanto, conseguir que dure para siempre ese momento de felicidad, cuya desaparición tanto desasosiego le produce al narrador. Evidentemente, el ver un

<sup>546</sup> *El cuarto poder*, cit., p. 152.

<sup>547</sup> *Ibid.*, p. 166-167.

<sup>548</sup> La transformación de la romería en un cuadro vuelve a aparecer más adelante en el comentario de uno de los asistentes a la misma, el duque de Tornos, quien, observando el regreso de los romeros, no cesa de repetir: “¡Precioso, precioso! ¡Un tapiz de Teniers! ¡Un paisaje de Lorena!”. P. 171.

cuadro en lugar de unos romeros que vuelven cansados, y el convertir la romería en un remedio para superar las penas es una apreciación totalmente subjetiva que, poco o nada, tiene que ver con la realidad. Si nos fijamos en el carácter de las penas a que se refiere Palacio Valdés –“*la mísera existencia humana, los breves días de su existencia*”, nos damos cuenta de que esta angustia es una angustia de tipo existencial, pues estas frases trascienden las circunstancias concretas de la vida para convertirse en expresión de una concepción genérica y atemporal de la condición humana. Esta concepción, una de cuyas manifestaciones va a ser el escepticismo pesimista, que gozará de vasta presencia en la novela (Baroja es un ejemplo) de unos años más tarde, forma parte del acervo ideológico de la burguesía. En páginas anteriores he analizado cómo los escritores de ideología liberal, ante el fracaso de la revolución burguesa, caen en el desánimo y en el pesimismo. Esta novela es de 1888, cuando ya la Restauración había dado muestras más que suficientes de dicho fracaso. Luego, el pesimismo se puede relacionar directamente con él. Pero el hecho de que a ese pesimismo se le dé una dimensión existencial es indicativo, por las connotaciones de imposibilidad de cambio que conlleva, de que la burguesía liberal no sólo está a disgusto con el rumbo que ha tomado la revolución, sino de que tampoco tiene excesivo interés en que cambien las cosas, pues la alternativa a la situación vigente se presenta ya a estas alturas como menos deseable que la propia situación, como lo demuestra también el que al pueblo se le “encierre” en un cuadro –con todas las implicaciones de inmovilismo, docilidad, conformismo... que ello comporta-; ambas cosas –sobre todo esta última- son muy significativas de la actitud de la burguesía hacia el pueblo: la primera, de los recelos que siente ante él; la segunda, de cómo le gustaría a la burguesía que se comportase el pueblo. Luego, Palacio Valdés utiliza el costumbrismo como soporte estético –una vez más- de una concepción burguesa de la existencia, condicionada, entre otras cosas, por el papel sociopolítico que ese pueblo está desempeñando y al que, “curiosamente”, no se hace ni la más mínima referencia.

Lo mismo sucede cuando el pueblo del que se ocupa es del gaditano divirtiéndose en su carnaval. Palacio Valdés describe cómo todo el mundo se echa a la calle y se entablan animados diálogos en los que todos hablan con todos:

*“Era domingo de Carnaval. Las calles rebosaban de gente. En los balcones de las casas se apiñaban lindas muchachas de ojos negros para ver desfilar los coches ocupados por jóvenes enmascarados que les arrojaban puñados de almendras, anises y caramelos. Desde los coches a los balcones entablábanse animados diálogos, cambiábanse requiebros por donaires, confites por sonrisas, arrojábanse sonoros besos que, en alas del viento, iban a ponerse tímidamente sobre alguna tersa mejilla ruborizada. Y la gente de a pie, desde la acera, hacía coro a aquellos diálogos batiendo las palmas, celebrando con igual algazara los requiebros picarescos de los mancebos que las respuestas saladas de las niñas”.*

Al igual que las trabajadoras de la fábrica de tabaco, descritas en *La Tribuna*, el pueblo gaditano forma numerosas comparsas:

*“Cruzaban numerosas comparsas ataviadas con trajes originales, unas de majos, otras de trovadores, otras de frailes, etc., todas tocando muy concertadamente. Pero la que excitaba la admiración y el aplauso de la muchedumbre era la denominada de las viejas ricas, compuesta de veinte o treinta muchachos disfrazados de viejas con espléndidos trajes de seda, peluca blanca, media negra y zapato de raso, cuyos cantos deliciosos, impregnados de toda la sal de la Bética, pronto iban a dar la vuelta a España”.*



Y, para que no falte nada, la luz del sol, la abundancia de colores, de olores, se suman a la fiesta rindiendo culto a los sentidos y contribuyendo a la alegría y felicidad que, vuelve a ser lo mismo que en la romería de *El cuarto poder*, la sensación que, con su omnipresencia, lo domina todo:

*“El sol nadaba sereno por el espacio haciendo brillar la seda de los vestidos, el carmín de las mejillas, el azabache de los ojos. Por doquier reinaba el júbilo. El ambiente, cargado de perfumes, de colores y reflejos, vibraba con los dulces sonos de las músicas, con los cantos, con las risas, con las palabras de amor. En las estrechas calles, distribuidas en todas direcciones, cortándose, retorciéndose de un modo caprichoso, hervía la muchedumbre con inquieto oleaje, bañándose en un gozo vivo y espontáneo”.*

Y remata la descripción con una hermosa prosopopeya, seguida de una reflexión, que recogen, resumen y dan sentido a todo lo anterior:

*“La hermosa ciudad del Occidente, ceñida, como la diosa de Chipre, de su blanco cinturón de espuma, lanzaba una fresca y alegre carcajada. ¡Oh, feliz el que la haya oído reír de este modo! ¡Más feliz aun el que pueda vivir y morir en su seno amoroso, bañándose en su aire tibio bajo un cielo transparente, escuchando los besos incesantes de su mar azul que riza la brisa!”<sup>549</sup>.*

La personificación de la ciudad y su conversión en diosa hacen que toda la descripción anterior, que, aunque fuertemente idealizada, tiene bastantes elementos realistas, pierda esta característica y adquiera una dimensión mítica en la que el único rasgo que permanece ya es el estético. ¿Para qué? Para conseguir que se cumpla un deseo: contribuir a la felicidad del afortunado mortal que, como el narrador, haya tenido el privilegio de gozar, al menos una vez, de su risa y su alegría; aunque lo ideal sería poder hacerlo siempre. Es decir, hay en esta descripción un proceso que va del carnaval a la ciudad y de la ciudad concreta a la ciudad mitificada que se convierte en ideal de vida. La mitificación-deificación de la ciudad es un procedimiento idéntico al de la conversión de la romería en un cuadro de Teniers: una manera de transformar estéticamente la realidad –de utilizar, por tanto, al pueblo- como consuelo de una angustia de raigambre burguesa que, en el caso del carnaval gaditano, queda en un segundo plano por lo que no resulta tan perceptible como en el de la romería.

#### **3.2.4.2. La indumentaria popular.**

El traje –ya se ha visto cómo aparece de pasada en el punto anterior- es otro de los “aspectos pintorescos” del pueblo en el que la novela fija su atención. Curiosamente todas las referencias que he encontrado pertenecen a la novela liberal. Y todas ellas tienen tres características comunes: sólo se fijan en el traje femenino, destacan la fidelidad de las mujeres del pueblo –y en consecuencia su resistencia a dejarse arrastrar por los cambios de la moda- a las prendas tradicionales- y las alaban por ello.

En las novelas de Palacio Valdés aparecen varias referencias a la vestimenta del pueblo. La forma de vestir es un rasgo de diferenciación social; cada clase se viste de un modo diferente y, en consecuencia, determinadas prendas son características del pueblo: “*Las tres vestían el traje de percal y el pañolón de Manila común a las jóvenes del pueblo, y ostentaban flo-*

<sup>549</sup> *Los majos de Cádiz (novela de costumbres)* [1896], Oviedo, GEA, 1995, p. 292.

res en los cabellos”<sup>550</sup>. Esto no sucede sólo en Andalucía, que es donde se desarrolla la novela anterior, sino también en Madrid, donde las asistentes a una boda popular, visten también con el traje propio de su clase:

*“Las buenas mujeres que allí estaban y chulas lindísimas ostentaban en su traje un lujo pintoresco muy grato de ver: ricos mantones de Manila floreados de mil colores, extendidos casi hasta el suelo; encima la mantilla de encaje o de felpa; zapatos de charol escotados; en las orejas largos diamantes de perlas; en los dedos enormes sortijas de diamantes. El peinado de todas era casi idéntico: partido por el medio, moño atrás empingorotado y sortijas en las sienes”<sup>551</sup>.*

Lo mismo ocurre en la tierra natal del autor, donde éste se fija no sólo en que las artesanas de Sarrió siguen vistiendo de un modo tradicional, sino que destaca especialmente que lo hacen de un modo consciente para diferenciarse de las señoritas de la clase alta, de cuyo buen gusto dudan por su servilismo ante la moda:

*“Las artesanas de Sarrió no han entrado jamás por la ridícula imitación de las damas, tan extendida hoy, por desgracia, entre las de otros pueblos de España. Creían y creen estas insignes sarrienses, y yo me acuesto del todo a su opinión, que el traje y las modas adoptadas por las señoritas no avaloran poco ni mucho sus naturales gracias; antes las menoscaban. Y esto es lógico: en primer lugar no están acostumbradas a vestirse con tal sujeción o aprieto como los figurines exigen de sus subordinadas. [...] En cambio, ¿quién sobre el globo terráqueo, y aun sobre los otros globos que navegan por el espacio, compite con ellas en ponerse el rico mantón de burate floreado, anudándolo a la cintura por detrás. [...] ¿Quién se mueve con más garbo dentro de la giraldilla ni da con más elegancia un repujón al señorito que se desmanda, diciendo al mismo tiempo entre risueña y enojada?: - ‘¿Cristiano, V. es tonto, o se hace? ¡Mire que se va a pinchar!’”.*

El narrador no sólo se muestra de acuerdo con ellas, sino que las alaba por su buen gusto y por su independencia de criterio:

*“No hay que dudarlo: las artesanas de Sarrió, cuyos arraigados principios estéticos son la admiración de propios y extraños, hoy sobre todo en que van desapareciendo los caracteres, hacen bien en mantener su independencia y en levantar la cabeza delante de las señoritas encopetadas de la villa”<sup>552</sup>.*

Así pues, Palacio Valdés elogia el traje popular destacando sus valores estéticos y equipara por ello, en lo que a la elegancia en el vestir se refiere, a las artesanas -las mujeres de la clase trabajadora- con las damas.

Coincidente, aunque mucho más pormenorizada, lo cual hace quizás que sea más fácil extraer conclusiones, es la actitud de Galdós. Señala también que el pueblo es bastante reacio a la esclavitud de la moda. Al narrar la evolución del negocio de telas de don Baldomero Santa Cruz, realiza al mismo tiempo un breve recorrido por los cambios de la moda, concretamente traza un paralelismo entre éstos y la evolución de la sociedad española, allá a mediados de los años 50:

*“El género de China decaía visiblemente. Las galeras aceleradas iban trayendo a Madrid cada día con más presteza las novedades parisienses, y se apuntaba la invasión lenta y tiránica de los medios colores, que pretenden ser signo de cultura”.*

<sup>550</sup> *La hermana San Sulpicio*, cit., p. 196.

<sup>551</sup> *Maximina*, cit., p. 229.

<sup>552</sup> *El cuarto poder*, cit., p. 136-137.

Los colores alegres y vistosos, desdeñados primero por la aristocracia y después por la burguesía, van a encontrar su último reducto en el pueblo:

*“La sociedad española empezaba a presumir de “seria”; es decir, a vestirse lúgubrememente, y el alegre imperio de los colorines se derrumbaba de un modo indudable. [...] La aristocracia los cedía a la clase media, y ésta, que también quería ser aristócrata, entregábalos al pueblo, último y fiel adepto de los matices vivos”<sup>553</sup>.*

Precisamente, el hecho de que hayan sido adoptados por el pueblo, ha impulsado a la clase media a despreciarlos todavía más para marcar distancias con la clase baja:

*“Las señoras no se tienen por tales si no van vestidas de color de hollín, ceniza, rapé, verde botella o pasa de corinto. Los tonos vivos las encanallan, porque el pueblo ama el rojo bermellón, el amarillo tila, el cadmio y el verde forraje; y está tan arraigado en la plebe el sentimiento del color, que la “seriedad” no ha podido establecer su imperio sino transigiendo. El pueblo ha aceptado el oscuro de las capas, imponiendo el rojo de las vueltas; ha consentido las capotas, conservando las mantillas y los pañuelos chillones para la cabeza; ha transigido con los gabanes y aun con el polisón, a cambio de las toquillas de gama clara, en que domina el celeste, el rosa y el amarillo de Nápoles”<sup>554</sup>.*

Es decir, los colores claros y alegres, característicos de la indumentaria tradicional española, en la segunda mitad del siglo XIX ya sólo se conservan entre el pueblo. Pero éste no sólo se mantiene fiel a los colores, sino también a algunas prendas que, como el mantón de Manila, han sido abandonados por las clases altas:

*“Esta prenda hermosa se va desterrando, y sólo el pueblo la conserva con admirable instinto. Lo saca de las arcas en las grandes épocas de la vida, en los bautizos y en las bodas, como se da al viento un himno de alegría en el cual hay una estrofa para la patria. El mantón sería una prenda vulgar si tuviera la ciencia del diseño; no lo es por conservar el carácter de las artes primitivas y populares; es como la leyenda, como los cuentos de la infancia, candoroso y rico de color, fácilmente comprensible y refractario a los cambios de la moda”<sup>555</sup>.*

Galdós, lo mismo que Palacio Valdés, aunque con bastantes más matices realiza en estas dos citas un elogio de la indumentaria del pueblo destacando su fidelidad al colorido y al uso del mantón de Manila –prenda tradicional- ensalzando su belleza por su carácter primitivo y poco elaborado. Es decir, ambos autores están claramente haciendo apología de la vestimenta tradicional frente a los volubles cambios de la moda que, por otra parte, es de procedencia extranjera. Exactamente lo mismo hacía, en el período anterior como ya se vio, Fernán Caballero. Ésta establecía un paralelismo clarísimo entre costumbres, prendas tradicionales... y los valores correspondientes. Sin embargo, no es ésta la función que desempeña en estos dos autores. Palacio Valdés insiste fundamentalmente en los aspectos estéticos. Ya se ha visto anteriormente que convertía la romería en un cuadro de Teniers y a Cádiz en una diosa. El esteticismo hay que situarlo en la misma línea de “apropiación” de lo popular al servicio de una visión burguesa de la realidad, en este caso mediante su escamoteo. Galdós es un poco más complejo. Por eso, para analizar la función que el traje popular desempeña conviene tener en cuenta tanto el significado global de esta novela como el comentario del autor sobre este mismo asunto en otro lugar. Por lo que al primer aspecto se refiere, ya

<sup>553</sup> *Fortunata y Jacinta*, tomo I, cit., p. 150.

<sup>554</sup> *Ibid.*, p. 151.

<sup>555</sup> *Fortunata y Jacinta*, tomo I, cit., p. 127-128.

indiqué, al hablar del poder, cómo Galdós utiliza al pueblo simplemente para acusar a la oligarquía –la relación de Juanito Santa Cruz y Fortunata es en este sentido muy significativa- de haber traicionado la Revolución de Septiembre desvirtuando el espíritu del liberalismo, desentendiéndose del bien de la nación para buscar únicamente su propio beneficio. Lo mismo sucede aquí; la alabanza del pueblo por seguir usando el mantón de Manila no busca tanto el elogio de éste como la censura de la oligarquía, en este caso por su frívolo y superficial extranjerismo, lo que es una prueba más de que vive de espaldas a la realidad del país. Esta acusación queda clara atendiendo a lo que sobre este mismo asunto de la indumentaria tradicional escribe Galdós en uno de los episodios nacionales. Durante el breve reinado de Amadeo, los desaires de las damas de la oligarquía, tanto a él como a la reina, fueron constantes. Uno de ellos consistía en salir al paseo, a la misma hora que lo hacía la reina, vistiendo la mantilla y la peineta para marcar distancias con la monarquía extranjera:

*“Salieron aquella tarde las alfonsinas aderezadas con sus mantillas y peinetas, creyendo realizar de este modo una protesta contra la nacionalidad exótica de nuestros Reyes. Ridículo, afectado y artero resultaba el españolismo de nuestras clases altas. Las que desde el segundo tercio del siglo habían renegado de todo lo castizo, arrojando al montón de las prenderías las modas españolas y vistiéndose, comiendo y hablando a la francesa, salían ahora con la tecla de adoptar preseas del Rastro indumentario”*<sup>556</sup>.

El comentario del narrador es ya de por sí suficientemente explícito de la opinión que le merece la actitud de las alfonsinas. Pero una tarde, la manifestación de las damas va a contar con una “contramanifestación”, una broma burlesca organizada por unos amigos del narrador, quien también se presta a ello:

*“Colaborando en la travesura que se traían mis amigos, nos procuramos mantillas blancas y negras en diferentes casas de préstamos, y en lo restante del día y mañana siguiente organizamos la graciosa mascarada que había de desvirtuar y corromper la manifestación de las católicas damas alfonsinas”*.

La mascarada consistió en contratar a una serie de “señoras” de no muy buena reputación y vestirlas como las alfonsinas:

*“No fue empresa difícil reunir y contratar dos docenas de mozas del partido, bonitas las unas, atarascadas las otras, útiles todas para el efecto que nos proponíamos obtener. El pícaro Ducazcal sacó, no sé cómo ni de dónde, ocho carretelas de lujo, algunas blasonadas, con lucidos troncos de caballos”*<sup>557</sup>.

La maliciosa ironía del narrador llega al punto de yuxtaponer los aristocráticos nombres a los mote de las mozas<sup>558</sup>, con lo que todas resultan equiparadas, de tal manera que, debido a lo bien disfrazadas que iban estas últimas –o quizás porque no había demasiada diferencia entre unas y otras (este punto no lo aclara del todo el narrador)- la reina no supo quién era

<sup>556</sup> *Amadeo I*, cit., p. 325.

<sup>557</sup> *Ibíd.*

<sup>558</sup> *“Oficiemos de revisteros imparciales: allí estaban la Navalcarazo y la Yébenes, señaladas por su furibundo catolicismo; la Campo Fresco, de agudísimo ingenio; la Belvis de la Jara, la Ruy Díaz, ilustres importadoras de toda elegancia francesa; la Villares de Tajo y la Gamonal, flor y nata de la aristocracia burguesa; la Trastamara, la Monteorgaz, la Villaverdeja y la Tordesillas, de remoto abolengo histórico. [...] De la otra banda deben ser citadas con preferencia Paca la Alicantina, marquesa del Cieno; la Eloísa, muy conocida en todos los círculos... viciosos; la Clotildona, la Rosa Huertas, Pepa la Sastra, espléndida de fofas carnes; la Napoleona, la Condesa del Real Cuño, la Sílfiide, la Moño Triste y otras tales cuyos linajudos nombres se escapan avergonzados de la pluma cuando queremos escribirlos”*. P. 325.

quién: “En su rostro y actitudes no se conoció si había sabido distinguir las verdaderas de las apócrifas damas”. La crítica de la oligarquía por su cínico y oportunista uso de la mantilla y la peineta, y el elogio del pueblo por seguir utilizando el mantón de Manila, desechado por las clases altas, son dos facetas complementarias de la misma idea: la censura de la clase dominante de la Restauración.

Luego, una vez más, un “aspecto pintoresco” del pueblo es considerado desde la perspectiva de la ideología burguesa, tanto por Palacio Valdés como por Galdós; en el caso de éste para acusar a la oligarquía dominante de haberle dado la espalda a la revolución burguesa.

### 3.2.4.3. Tipos y ambientes populares.

La multitud en su conjunto –vista en su deambular por la calle en el ejercicio de las más diversas profesiones, o como tipos raros y curiosos enfocados de un modo general, aunque, a veces, a algunos se les individualiza extrayéndolos del conjunto anónimo- es otro de los aspectos del pueblo que merece la atención de la novela. Ejemplo de ello es la siguiente descripción de una calle de Rota:

*“... con sus aceras enlosadas trozos, recibe la animación y el colorido de las gentes que siempre hay allí, bien asomadas a las grandes rejas de las ventanas bajas, algunas con celosías, bien sentadas en el escalón del zaguán, o en las sillas de la puerta; de la nube de chiquillos que gatean, saltan y chillan; de las carretas colmadas de paja, o de botas de vino, que cruzan su empedrado; de los que pregonan ‘la flor de las viñas vendo’, o ‘salmonetes vivos’; del panadero que en calzoncillos y con su pañuelo encarnado a la cabeza, anudado atrás, monta en pelo sobre una yegua con tres sacos de harina por delante; de la calesa que entra, sonando el jaco los cascabeles; de los trabajadores que salen al campo con el borrico que lleva el serón con los aperos sobre la albarda y sobre el serón el perro; y por último ese ‘quid’, bienhechor e inexplicable, de que están llenos el aire, la luz, las personas y hasta las piedras de Andalucía”<sup>559</sup>.*

La imagen es de lo más idílica; aunque no mencione la palabra cuadro, como hacía Palacio Valdés, en esta descripción se dibuja uno con cuatro elementos bien diferenciados y un quinto que se extiende sobre ellos dándoles unidad: los “espectadores”: la gente que se encuentra asomada a las ventanas o sentadas; los chiquillos correteando por la calle; los distintos trabajadores; los “señoritos” ociosos. Estos cuatro grupos guardan una perfecta armonía entre sí; la que me parece más significativa es la que se establece entre los trabajadores y la calesa que entra en el pueblo con el jaco sonando los cascabeles; evidentemente los que van en la calesa no pertenecen al grupo de los que ocupan la calle –como el panadero, el vendedor de pescado...- para ganarse la vida; aquéllos vienen de paseo. Tampoco deja de ser significativo que, a diferencia de lo que sucede con los demás, ni siquiera se les mencione: sólo aparecen la calesa y el caballo. No existe el más mínimo conflicto ni colisión entre ninguno de los grupos ni, por supuesto, entre estos dos últimos. La causa de esta arcádica armonía se aclara en las últimas líneas: la presencia protectora (quinto elemento) de una especie de numen benéfico, que todo lo envuelve con su gracia, esparciendo sus efectos por doquier. Incluso actúa al margen y por encima de la voluntad de sus habitantes. De esta manera es imposible que pueda existir el mínimo problema. Los andaluces están fatalmente condenados, sin que puedan hacer nada por evitarlo, a ser felices. A la altura de 1883, fecha

<sup>559</sup> José Navarrete: *María de los Ángeles*, cit., p. 17-18.

de esta novela, habían tenido lugar en el campo andaluz conflictos sociales lo bastante graves<sup>560</sup> –recuérdese el episodio de la Mano Negra- como para hacer dudar de la omnipresencia de ese “quid bienhechor”. Empeñarse en lo contrario es indicativo de una determinada actitud social ante la realidad en la que el pueblo es utilizado como elemento de una supuesta armonía social que sólo existe en los deseos de la clase social dominante.

El mundo del trabajo no aparece, pues, en función de sí mismo, sino de otra cosa y, en este sentido, se puede afirmar que tiene bastante de elemento decorativo. Lo mismo sucede en una novela de Jacinto Octavio Picón. Don Juan de Todellas ha seducido y abandonado a Cristeta. Ésta, enterada de que don Juan está en Madrid, se propone reconquistarlo. Se viste como una gran señora, va todas las mañanas al Retiro con un niño de la mano acompañada de su niñera y, por medio de ésta, con la que don Juan tiene frecuentes entrevistas, se inventa toda una vida: viuda de un funcionario de las colonias, vive cómoda y desahogadamente en Madrid. Poco a poco va despertando el interés de don Juan a quien Cristeta, compinchada con la niñera, obliga a dar grandes madrugones para celebrar las entrevistas, pues ésta le dice que es el único momento en que puede escaparse de casa antes de que su señora se levante. Los diálogos entre la niñera y don Juan, que son de lo más sabrosos, los comentaré más adelante. Los madrugones no le sientan nada bien al seductor, que llevaba años sin levantarse tan temprano y se da a todos los demonios por tener que hacerlo:

*“Ya tenía yo olvidado el Madrid de por la mañana. Lo mismo está hoy que cuando yo iba a la Universidad. Puestos de buñoleras, burras de leche, traperos, cocineras, albañiles con blusa y tartera, el carro de la basura con un barrendero encima que parece un cónsul romano preparándose para entrar en triunfo, alguna pareja de estudiante y modista..., ¡quién fuera él!..., y yo aquí hecho un imbécil esperando a una niñera..., ni más ni menos que un soldado”*<sup>561</sup>.

Al igual que en el texto anterior se hace una rápida enumeración de los diversos trabajadores que a primera hora de la mañana circulan por las calles. Pero esta enumeración no conlleva ninguna valoración –ni para bien ni para mal- del pueblo trabajador<sup>562</sup>. Éste forma simplemente parte del paisaje a esa hora de la mañana. Si las citas hubieran sido a otra, la decoración habría sido diferente. Implícitamente se establece un contraste –y en esto se parece al texto anterior, aunque en él el comentario de Navarrete despeja cualquier duda al respecto- entre los que madrugan para trabajar y el que lo hace, a regañadientes, buscando una aventura galante.

Don Manuel Moreno-Isla, sale más tarde, a las 12, a dar su paseo diario desde el Retiro hacia el centro pasando por la calle de Alcalá. Al pasar por ésta va tomando nota, mezclándolos con sus reflexiones, de algunos de los tipos que ve:

*“¡Ah! Ya están esos brutos regando, y tengo que pasarme a la otra acera para que no me atice una ducha este salvaje con su manga de riego. ‘Eso es, bestias, encharcad bien para*

<sup>560</sup> También en la novela tienen lugar sucesos trágicos: Julio el hijo de la marquesa de Cantarrana, enamorado de una costurera, enemistado con su madre que lo deshereda, se suicida tras descubrirse que ha robado el dinero de la caja del regimiento donde sirve como militar. Pero, como ya analicé al hablar del providencialismo, todo esto tiene que ver con el fin moralizante de la obra.

<sup>561</sup> Jacinto Octavio Picón: *Dulce y sabrosa* [1891], Madrid, Cátedra, 1976, LH 51, edición de Gonzalo Sobejano, p. 236.

*que haya fango y paludismo... 'Pues por aquí, los barrenderos me echan encima una nube de polvo... 'Animales, respetad a la gente'... Prefiero las duchas... En fin, que este salvajismo es lo que me tiene a mí enfermo. No se puede vivir aquí... Pues digo; otro pobre. No se puede dar un paso sin que le acosen a uno estas hordas de mendigos. ¡Y algunos son tan insolentes!... 'Toma, toma tú también.' Como me olvide algún día de traer un bolsillo lleno de cobre, me divierto. [...] ¡Qué hermosos nardos vende esa mujer! Le compraré uno... 'Deme usted un nardo. Una varita solo... Vaya, deme usted tres varitas. ¿Cuánto? Tome usted... Abur.' Me ha robado. Aquí todos roban... Debo parecer un San José; pero no importa... 'Yo no juego a la lotería; déjeme usted en paz.' ¿Qué me importará a mí que sea mañana último día de billetes, ni que el número sea bonito o feo...? Se me ocurre comprar un billete y dárselo a Guillermina. De seguro que le toca. ¡De seguro que le toca. ¡Es la mujer de más suerte! 'Venga ese décimo, niña... Sí, es bonito número. ¿Y tú por qué andas tan sucia?'...<sup>563</sup>.*

Los tipos populares que aquí aparecen quedan en un segundo plano; apenas si son entrevistados –siempre desde la óptica del personaje– pues lo que ocupa el lugar central son los pensamientos de éste. Pensamientos que quedan resumidos en la reflexión que, a modo de conclusión, sintetiza todo lo que ha visto en su subida por la calle de Alcalá:

*“¡Qué pueblo, válgame Dios, qué raza! Lo que yo le decía anteayer a D. Alfonso: 'Desengáñese Vuestra Majestad, han de pasar siglos antes de que esta nación sea presentable. A no ser que venga el cruzamiento con alguna casta del Norte, trayendo aquí madres sajonas'...<sup>564</sup>.*

En este caso los tipos populares sirven para caracterizar al personaje que los ve, pues lo que queda en primer plano no son aquéllos sino las reacciones de Moreno, cuando se va encontrando con ellos; reacciones que quedan recogidas en la reflexión final que, a su vez, sintetiza la opinión que tiene sobre ellos, en particular, y sobre España en general: el más absoluto desprecio y desinterés<sup>565</sup>. Los tipos populares, pues, como representantes de una España que le produce náuseas, le merecen a Moreno una opinión absolutamente negativa.

Si en el caso anterior la realidad estaba vista a través del personaje, siendo éste, por tanto, el único responsable de sus opiniones, otras veces el observador es el propio narrador, que acompaña a sus personajes en un recorrido por los barrios periféricos de Madrid y cuenta tanto lo que éstos ven como sus reacciones ante lo que ven. Dos de estos personajes son Alejandro Miquis y Felipe Centeno, entre cuyas aficiones se encuentra la de dar largos paseos por los barrios bajos madrileños:

<sup>563</sup> *Fortunata y Jacinta* II, cit., p. 332.

<sup>564</sup> *Ibid.*

<sup>565</sup> Personaje representativo de la oligarquía de la Restauración, Moreno-Isla, que vive de rentas, pasa la mayor parte del tiempo en Londres, porque siente un profundo desprecio por el país, que expresa en más de una ocasión a lo largo de la novela: “Sostenía que en España no hay más que tres cosas buenas: la Guardia Civil, las uvas de Albillo y el Museo del Prado”. P. 70. En otro pasaje el personaje dice lo siguiente sobre el mismo tema: “Yo de mí sé decir que cuando paso la frontera para acá recibo las más tristes impresiones. Habrá algo que admirar; a mí se me esconde, y no veo más que la grosería, los malos modos, la pobreza, hombres que parecen salvajes liados en mantas; mujeres flacas... lo que más me choca es lo desmedrado de la casta. Rara vez ve usted un hombrachón robusto y una mujer fresca. No lo duden ustedes, nuestra raza está mal alimentada, y no es de ahora, viene pasando hambre desde hace siglos... Mi país me es bastante antipático, y desde que me meto en el exprés de Irún ya estoy renegando. Por la mañana, cuando despierto en la Sierra y oigo pregonar el ‘botijo e leche’, me siento mal; créanlo ustedes... Al llegar a Madrid, y ver la gente de capa, las mujeres con mantones, las calles mal adoquinadas, y los caballos de los coches como esqueletos, no veo la hora de volverme a marchar”. P. 71-72.

*“Ávidos, sin darse cuenta, de los goces mentales que proporcionan los panoramas populares con paisajes y figuras, bajaban al río y entraban en altercados con las lavanderas; daban la vuelta luego por las Injurias y las Yaserías; subían fatigados a Madrid después de cuestionar con los gitanos en la Ronda de Embajadores, y, por último, algo tenían aún que hacer a las puertas de los cuarteles, oyendo conversaciones picantes entre mujeres y soldados.*

*Se metían también en las iglesias a oír sermones, a ver beatas y a oír cantorrios y salmodias. En la puerta no faltaba un poco de palique con los mendigos. Hasta se atrevieron a colarse una tarde en la sacristía, de donde los echaron poco menos que a puntapiés”<sup>566</sup>.*

En estos paseos disfrutaban especialmente con la contemplación de los ambientes degradados y las rarezas y excentricidades:

*“Gustaban de recorrer los barrios bajos, viendo riñas, escenas y extravagancias populares, o bien, hastiados del bullicio, se metían por el solitario arrabal de la Mancebía, calles de la Redondilla y del Toro, plazuelas del Alamillo y de la Paja”<sup>567</sup>.*

A juzgar por lo que dice unas líneas antes, el disfrute es eminentemente didáctico pues

*“observando la diversidad de tipos y de asuntos que se encuentran a cada momento, estudiaban en el gran libro de la humanidad transeúnte cuyas páginas, llámense sorpresas, encuentros o casualidades, ofrecen pasto riquísimo a la fantasía y a la inteligencia”<sup>568</sup>.*

En este caso el narrador, excepción hecha de alguna expresión como ‘extravagancias populares’, mantiene una actitud objetiva; sin embargo, la realidad observada en este paseo no difiere mucho de la vista por Moreno-Isla.

Bastante peor es la que se encuentra Clara, quien tropieza con tipos muy curiosos y se lleva también alguna sorpresa desagradable cuando, expulsada de casa de las Porreño, se dirige a la de su antigua criada Pascuala. Ésta vive en la calle del Humilladero y Clara va preguntando a todo el mundo que encuentra: una vieja, que reacciona bruscamente acusándola de que le quiere robar<sup>569</sup>; una mendiga, que pretende que se preste a una comedia, fingiéndose su hija enferma, para sacar dinero<sup>570</sup>; asustada, sale corriendo y unas mujeres la detienen acusándola de haber robado el lío de ropa que lleva debajo del brazo; escapa de ir a la cárcel –lo que provoca una gran decepción en el coro de curiosos que se habían ido reuniendo– porque interviene en su auxilio *“un hombre alto, que parecía ser persona del toreo, a juzgar por su vestido y el rabicoletito que tenía en la nuca”<sup>571</sup>*. Sin embargo, la ayuda de éste no es desinteresada pues comienza a piropearla y se empeña en acompañarla:

*“Vamos, prendita, no tenga usted miedo –dijo el hombre del rabicoletito cuando se quedó solo con Clara-. Venga usted conmigo, y no tenga reparo, que soy un hombre ‘pa’ otro*

<sup>566</sup> *El doctor Centeno*, cit., p. 231.

<sup>567</sup> *Ibíd.*, p. 233-234.

<sup>568</sup> *Ibíd.*, p. 231.

<sup>569</sup> *“¿Le parece a usted que está bien detener a las personas honradas de este modo? –contestó la vieja muy incomodada-. Ya sé lo que quieren estas bribonas cuando detienen a una; que no van sino a meterle la mano en los bolsillos cuando está una más descuidada contestando: ‘Váyase noramala la muy piojosa, y si no llamo a un alguacil.’ La Fontana de Oro*, cit., p. 428.

<sup>570</sup> *“Mira, ven, entramos: yo le digo que eres mi hija y que no has comido un ‘bocao’, y que el ‘méico’ te ha recetado una cosa que cuesta un duro. Tú dices que no la ‘quiés’ tomar, y que si saco el duro, compre pan ‘pa’ estos niños que están muriendo. Yo digo que sea el duro ‘pa’ la ‘meicina’, tú que sea ‘pa’ los niños, y así... verás cómo se ablanda... y ‘pué’ que nos dé dos... partiremos: te daré a ti dos ‘riales’, y... Anda, ven: ponte este pañuelo en la cara”*. P. 429.

<sup>571</sup> *Ibíd.*, p. 431-432.



*hombre. ¿Pero se 'pué' saber adónde iba la personita? Yo la llevaré a usted, porque soy un hombre 'pa'...*<sup>572</sup>.

Éste, que se llama Juan Mortaja, la va siguiendo sin que Clara se pueda despegar de él, cuando oye unos insultos a sus espaldas: “*‘Arrastrao, endino’ –dijo la mujer, que era alta, gruesa, hombruna y con voz aterradora y aguardentosa. Espera, espera, que te voy a sentar los cinco en esa cara de documento*”. Cuando la maja ve a Clara, la agarra por un brazo y su cólera aumenta: “*‘¡Arrastrao!’ –dijo la maja, cuadrándose y moviendo la cabeza-, ¿tengo yo cara de cabrona? Te ‘paece’ que por una cara de escoba como ésta voy yo a consentir?...*”. Saca una navaja, “*que esgrimió con el donaire y la presteza de un matutero*”<sup>573</sup>, y Clara aprovecha para escapar. Se encuentra entonces con un traperero que responde así a su pregunta:

*“¿La calle del Humilladero? –dijo el traperero incorporándose y haciendo con el gancho ciertos movimientos semejantes a los que hace con su varilla un director orquesta-. Esa calle está... Voy a darle a usted una receta para que la encuentre en seguida. Pues eche usted a andar... y vaya mirando con atención los letreros de todas las calles. ¿Sabe usted leer?*

*-Sí, señor –dijo Clara.*

*-Pues cuando usted vea un letrero que diga así: ‘calle del Humilladero’, allí ‘mesmo’ es. El se quedó muy satisfecho de su apotegma, y volviendo a inclinarse, enterró su gancho instigador en el montón de inmundicia que delante tenía*”<sup>574</sup>.

Todavía va a tener un último encuentro, comentado ya en el apartado de la Iglesia y la religión, con un cura lujurioso antes de llegar, por fin, a casa de su fiel Pascuala. El recorrido de Clara por las calles madrileñas resulta bastante más instructivo sobre el pueblo –aunque a ella no la guiase ese propósito– que el de Miquis y Centeno. Clara se ve rodeada de gente desconfiada, zafia, grosera, insolidaria y aprovechada. El pueblo sale bastante mal parado. Y no sólo eso, como se verá en la conclusión de este apartado, el acoso a que es sometida Clara tiene un inequívoco significado simbólico.

De los tres autores anteriores, uno, Navarrete es de ideología conservadora y, los otros dos, Jacinto Octavio Picón y Galdós, son liberales. Los tres consideran el tema de los ‘tipos y ambientes populares’ desde sus respectivas perspectivas de clase, pero Navarrete presenta una visión positiva, Picón se podría decir que neutra y, Galdós, totalmente negativa. El primero porque la utiliza al servicio de una visión idílica de las relaciones sociales con lo que se sitúa, en este aspecto, en la línea de Fernán Caballero. El segundo lo hace como trasfondo decorativo de una aventura galante. La visión de Galdós se diferencia en dos aspectos de las anteriores: apenas se fija en el mundo del trabajo, sino que se centra en el bajo pueblo, y, aunque los observadores son distintos, es en los tres casos totalmente negativa. En *La Fontana de Oro* el observador es el narrador, en *El doctor Centeno* el narrador comparte la observación con los personajes y, en *Fortunata y Jacinta*, el observador es el personaje. La más negativa, y la más significativa, de las tres es la primera: Clara, que acaba de escapar de la opresión de las Porreño y de Coletilla y que se dirige hacia la casa de Pascuala, como paso previo a su reunión con Lázaro, es acosada sucesivamente por una caterva de personajes indeseables. Este acoso adquiere un significado simbólico: España, que acaba de hacer una revolución liberal, busca la salvación en su consolidación, pero son muchos los

<sup>572</sup> *Ibíd.*, p. 432.

<sup>573</sup> *Ibíd.*, p. 434-435.

<sup>574</sup> *Ibíd.*, p. 435-436.

peligros que hay que superar para ello. El hecho de que éstos provengan del populacho es doblemente significativo; por una parte, de que Galdós se “olvida” de una parte del pueblo y se fija solamente en la más baja del mismo que, lógicamente, produce en todo el mundo un instintivo rechazo; y, por otra, esta deliberada selección de lo más degradado, probablemente sea una coartada para justificar el distanciamiento del pueblo, que es la actitud de Moreno-Isla; aunque la intención consciente de Galdós en este caso no es la de convertir al personaje en portavoz del narrador, sino la de caracterizar negativamente al personaje. Otra cosa es que pudiera haber cierta identificación subliminal, identificación posible teniendo en cuenta las coincidencias con lo que el narrador afirma en *La Fontana*.

#### 3.2.4.4. El lenguaje del pueblo.

Es éste un aspecto que aparece con frecuencia y ocupa bastantes páginas siendo incluso objeto de diversos enfoques: desde la teorización sobre el mismo hasta la utilización como un medio de caracterización de los personajes en más de una faceta, aunque dos son las predominantes: las deformaciones léxica y el ingenio chispeante.

Valera alaba la creatividad del pueblo para inventar apodos de una gran fuerza sugestiva:

*“Los apodos no tienen chiste, son falsos, cuando no son populares. Es menester que los invente o al menos que los adopte el pueblo. Por eso Respeta, Respetilla, D. Juan Fresco, las Civiles y el padre Piñón, confieso que no son apodos inventados por mí; yo no hubiera tenido jamás la habilidad de inventarlos”*<sup>575</sup>.

En la misma línea, Pardo Bazán realiza un elogio de la incorporación del lenguaje popular a la novela, que han hecho Pereda y Galdós, y reconoce la aportación estética que dicha incorporación ha supuesto para el lenguaje literario:

*“... los maestros Galdós y Pereda abrieron camino a la licencia que me tomo de hacer hablar a mis personajes como realmente se habla en la región en donde los saqué; Pérez Galdós, admitiendo en su *Desheredada* el lenguaje de los barrios bajos; Pereda, sentenciando a muerte a las zagalejas de porcelana y a los pastorcillos de égloga, señalaron rumbos de los cuales no es permitido apartarse ya. Y si yo debiese a Dios las facultades de algunos de los ilustres narradores cuyo ejemplo invoco, ¡cuánto gozarías, oh lector discreto, al dejar los trillados caminos de la retórica novelesca diaria para beber en el vivo manantial de las expresiones populares, incorrectas y desaliñadas, pero frescas, energicas y donosas!”*<sup>576</sup>.

Un ejemplo de esta frescura es el lenguaje de Macabeo, personaje perediano que, enviado a buscar al doctor Peñarrubia por Águeda Rubárcena cuya madre se encuentra gravemente enferma, se dirige al médico, que tiene fama de poco amable y servicial para sus convecinos, alabándole, por haber accedido a visitar a su señora, con estas palabras:

*“¡Caráspitis, que no dice usted lo que siente! El mal te pese, que el bien nunca estorba a los ojos de Dios. Con más o menos recua, arrieros somos todos, que en el mundo nos encontramos, y el bien que aquí se nos cae de la mano, porque no nos hace falta, a lo mejor florece donde nos viene de perlas”*<sup>577</sup>.

El discurso de Macabeo se caracteriza en el contenido por los lugares comunes y, en la forma, por la utilización de expresiones igualmente tópicas, aunque añadiéndoles algún ma-

<sup>575</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino, Postdata* (aparecida en la edición de 1879), cit., p. 449.

<sup>576</sup> *La Tribuna*, cit., p. 59.

<sup>577</sup> *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 54.

tiz que las dota de originalidad. Rasgo característico también son las deformaciones de términos, que por no pertenecer a su repertorio lingüístico, le resultan extraños. Así describe, por ejemplo, el entierro de la madre de Águeda al hijo del doctor Peñarrubia:

*“Después, la misa. ¡Caráspitis! ¡Qué jumera se armó con aquellos incensarios! ¡Qué ruido con aquellos cánticos tan tristes! ¡Qué melancónias daban aquellas casullas tan negras y aquellas luces tan altas al reguedor del tumulto, que se perdía de vista allá arriba! ¡Y todavía había cirios encima de él, y cirios en el suelo, y cirios en todas partes!...”<sup>578</sup>.*

Las deformaciones léxicas se repiten continuamente como rasgo caracterizador de los personajes populares. Otro ejemplo, también de Pereda, es el siguiente fragmento de un diálogo entre el padre Apolinar y Cleto, pobre pescador inculto que, enamorado de Silda, ha recurrido al cura para que le haga de intermediario:

-¿Lo sabe Mechelín?  
 -Ni jota.  
 -¿Lo sabe su mujer?  
 -Lo mesmo que el marido.  
 -¿Qué tal cara te ponen?  
 -Los viejos, tal cual; ella... me paice que no tan güena... ¡Paño! Mejor se la pone a Muer-go, y esto es lo que me desguarne.  
 -Y, en vista de lo que me dices, ¿qué quieres que haga yo?  
 -Darme un consejo.  
 -¿Para qué?  
 -Pa dir endimpués a decirla, como usté sabe decirlo, que me quiero casar con ella”<sup>579</sup>.

Otras veces las deformaciones léxicas se insertan en medio de la descripción de una escena costumbrista, como la siguiente, en la que se muestra la curiosidad que las tertulias de la marquesa de Villarana despertaban entre el pueblo de Rota:

*“Muchas gentes de la vecindad, mientras la tertulia era a la puerta en ancho corro que ocupaba las losas y las piedras casi hasta la mitad de la calle, se situaban, de espectadores, en la acera de enfrente, y cuando las señoras y los señores entraban por el zaguán para ir a la sala, ya iluminada y con las vidrieras abiertas y la cortinas descorridas, se lanzaban aquéllos en tropel y con algazara a las ventanas, trepando los chiquillos por los hierros y ocupando lo bajo hombres y mujeres. [...] La más delicada melodía de Mendel-son solía ser interrumpida, ya por el vozarrón de un campero que prensado por las filas de atrás lograba, en flexión sobre los hombros más vecinos, sacar el pecho fuera de la masa pública, rugiendo furioso al dar ensanche a sus pulmones: ‘¿queréis no arrempuj-á?’; bien por el chiquillo que agarrado como un mono a lo más alto de los hierros, le pegaba un codazo a otro granuja que le molestaba, y con los ojos como ascuas y a todo abrir la boca le decía con rabia: ‘¿te quiés di ya hijo?’”<sup>580</sup>.*

En esta misma obra las deformaciones se utilizan también para indicar la procedencia geográfica de un personaje:

*“Pedro el cochero, un gallego sirviente antiguo de los padres de la Marquesa, tan recto de pensamiento como entero de corazón, que profesó veneración al difunto amo y hoy es idólatra de los niños, quienes, como él dice, ‘se han criado en su podere’, llamó aparte a Julio, y apeándole el usted, como hacía siempre que estaban solos, le dijo, con los puños cerrados y la mirada torva:  
 -Escucha ‘Jolito’: ¿quieres que quite de en medio al ‘fulleru’ ese?”*

<sup>578</sup> *Ibíd.*, p. 123.

<sup>579</sup> *Sotileza*, cit., p. 264.

<sup>580</sup> *María de los Angeles*, cit., p. 166-168.

-No seas atroz, Pedro –le contestó Julio riendo y golpeándole la espalda cariñosamente.  
-¿Quieres ‘u’ no?’<sup>581</sup>.

Lo mismo sucede en otro pasaje, en el que los asistentes de Julio y de un capitán de su mismo regimiento mantienen el siguiente diálogo:

“-Oye, tú, Cristóbal, ¿a qué hora vino tu amo?  
-Pues ‘mia’ tu ‘trempano’. A mí me ‘espertó’ el ‘hueco’ de su voz. Serían las seis, ‘miajica’ más o menos. Ha ‘debiu’ salir de Rota al ‘espuntar’ el lucero. ‘Amos’, cuenta tú eso de la señá Marquesa.  
-¡Y qué ‘rial’ moza está ‘entoavía’!  
-¡Que si lo está! ¡Otra tú, si lo está! ‘Tié’ la cara lo ‘mesmo’ que una fresa de abril, y eso por ‘juera’, que lo que es por ‘drento’, ‘paecerá’, yo no sé lo que ‘paecerá’, tan blanca y tan ‘guallarda’... ¡huy! ¡huy! ¡huy! ¡Válgame Dios!  
-Otra, calla tú, zambomba que me ‘distiemplas’. ‘Pos güeno’, las señá marquesa ha ‘veniu’ hoy al pueblo y ha ‘estau’ a ver al General, y ‘toa’ la plática suya la ha ‘escuchau’ el cabo Marcelino, de la tercera del segundo, que es mi primo y está en la ‘fecina’ de ‘escrevente’ con su ‘celencia’. Chico, a tu amo lo prenden.  
-¡Rediez! ¡Y a eso ha ‘veniu’ la Marquesa!  
-‘Mesmamente’; y ‘agora’ se ‘güerbe’, en el ‘cerrocarril’, otra vez al pueblo.  
-‘Amos’, cuenta, hombre, cuenta y ‘éjate’ de ‘riquilorios’.  
-‘Pos paece’ que tu amo ‘latizau’ un puñetazo que le ha ‘hinchau’ los morros a un tal D. Mamerto u don...’<sup>582</sup>.

Aparte de que tantas incorrecciones en tan poco espacio resultan exageradas, lo que este diálogo revela de los personajes es que son bastante ingenuos y respetuosos con la jerarquías sociales, lo mismo que Pedro, el criado de Julio, en el diálogo anterior.

Todos los ejemplos anteriores pertenecen a novelas de ideología conservadora. Pero las incorrecciones no son exclusivas de esta tendencia; aparecen también en la novela liberal. En las de Galdós son frecuentes. Felipe Centeno, cuando Alejandro Miquis, que lo ha encontrado mareado tumbado en el suelo, le pregunta por su nombre, responde que se llama ‘*Celipe*’ y le cuenta brevemente la historia de su vida: ha venido caminando desde Socartes hasta Madrid en siete ‘*desemanas*’ y dos días. Se ha escapado de su casa porque sus padres no querían que él ‘*desaprendiese*’. Quiere encontrar un ‘*desacomodo*’ sirviendo a algún señor, pero de tal manera que le deje tiempo libre para ‘*destruirse*’; mientras tanto duerme en un sitio lleno de ‘*ujeros*’ a la puerta de una ‘*fraica*’. La razón de que lo hayan encontrado tumbado es porque un sargento de ‘*desartillería*’ le dio un cigarro, que él ‘*descendió*’ y se mareó<sup>583</sup>. Uno de los amigos de Felipe, Juanito del Socorro, le habla de un tío suyo revolucionario por el que su padre siente auténtica veneración hasta el punto de que

“tiene su retrato en la sala, pintado de tamaño de las personas, y a tantos días de tal mes, que es el ‘*universario*’, ¿estás hiji...?, le pone dos velas encendidas y un letrero que dice: ‘*Imitaz a este mártir*’”<sup>584</sup>.

No demuestra mucho mayor conocimiento léxico el que ponen Felipe y sus amigos, muy aficionados a jugar a los toros, para anunciar sus corridas:

<sup>581</sup> *Ibid.*, p. 227-228.

<sup>582</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 262-263.

<sup>583</sup> *El doctor Centeno*, cit., p. 19-20.

<sup>584</sup> *Ibid.*, p. 99.

*“Era jueves, y Andrés Pasarón, el hijo del tendero de ultramarinos, había pegado en una tabla del solar el cartel risueño de azul y oro que decía: ‘Corría extraliniaria a munificio de la Munificencia’, con toda la relación de los toros, diestros, ganadería, divisas, suertes y demás pormenores cornúpetas”*<sup>585</sup>.

Tampoco Papitos, la criada de doña Lupe, la tía de Maxi Rubín, se caracteriza por su dominio del lenguaje:

*“Estaba recogiendo el servicio, y él saltó contra mí, diciéndome que para arriba y que para abajo... yo no lo entendía y me eché a reír... pero ‘dimpués’ salió con unos disparates muy gordos. ¿Sabe, señora, lo que dijo? Que la señorita Fortunata iba a tener un niño y qué sé yo más. No pude ‘por menos’ de soltar la carcajada, y entonces fue cuando ‘garró’ el cuchillo y saltó tras de mí. Si no doy un ‘blinco’, me divide”*<sup>586</sup>.

Es evidente que estas incorrecciones lingüísticas son consecuencia de la incultura e ignorancia del pueblo, aspecto que analizaré más adelante, y sobre el que don Juan de Todelas reflexiona cuando se plantea, la primera vez, la conquista de Cristeta:

*“Era imposible que su lenguaje fuese muy escogido, porque no es dado usar términos elegantes y frases primorosas a la que nace pobre, crece en una trastienda y entra en la vida social por el proscenio de un teatracho”*<sup>587</sup>.

Distinta es la explicación que da Galdós:

*“Las crudezas de estilo popular y aflamencado que Santa Cruz decía alguna vez, divertíanla [a Jacinta] más que nada y las repetía tratando de fijarlas en su memoria. Cuando no son muy groseras, estas fórmulas de hablar hacen gracia, como caricaturas que son del lenguaje”*<sup>588</sup>.

Pero el lenguaje del pueblo no se caracteriza sólo por sus incorrecciones, sino también por su chispa, y agudeza; por su uso como un instrumento de pacífica contienda en la que se “vence” al “adversario” con la sutileza y el ingenio. Dos son las zonas cuyos pueblos se caracterizan por poseer una especial habilidad para este tipo de lenguaje: Andalucía y Madrid. Palacio Valdés se sentía especialmente atraído por la forma de hablar de Andalucía: *“Hablaban con mucho aplomo y una entonación grave y persuasiva, que es en Andalucía general entre los hombres de la plebe, cuando se hacen viejos”*<sup>589</sup>. Así opina el narrador de Primo, un guitarrista al que conoce en una venta de Tablada. Ese mismo día ha estado en una finca de toros bravos donde mantiene el siguiente diálogo con uno de los criados:

*“¿Son todos toros? –pregunté, afectando serenidad, al único criado que se había quedado conmigo.  
- ¡Zeñorito! –exclamó en el colmo de la sorpresa-. ¿No ve su mersé los cabestros?  
- ¡Ah, sí! [...]  
- ¿Qué tal los muruves? –preguntó el mismo criado a un chulo que andaba por allí cerca.  
- ¡No lo ves, hiho, qué animalitos de Dio! Paesen hechos de masapán de Toledo. [...]  
- ¿Te acuerdas de los muruve de Pascua? ¡Qué toritos! Dejaban el cuerno en los jacos y se queaban ¡dormíos, dormíos!”*<sup>590</sup>.

<sup>585</sup> *El doctor Centeno*, cit., p. 105.

<sup>586</sup> *Fortunanta y Jacinta II*, cit., p. 385-386.

<sup>587</sup> *Dulce y sabrosa*, cit., p. 143.

<sup>588</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 201.

<sup>589</sup> *La hermana San Sulpicio*, cit., p. 197.

<sup>590</sup> *La hermana San Sulpicio*, cit., p. 194.

Las imágenes que emplean los dos interlocutores para referirse a la mansedumbre de los toros, son de lo más expresivas. Pero donde brilla especialmente el ingenio es en los diálogos amorosos. Antoñico, que ha tenido una relación con María Manuela, quiere reanudarla:

- “Antoñico se apoyó a su lado en el marco de la ventana, y después de una larga pausa dijo en voz baja:*  
*-Soy yo, el arrastrao, el sinvergüenza de Antoñico, que está dando las boqueadas como un pez fuera del agua.*  
*-Pues tírate de la muralla y zambúllete en el mar –repuso ella en voz baja también y sin cambiar de postura.*  
*-Eso haría de buena gana, si no fuese que me hace daño el agua fría. Ya sabes que padezco de reúma.*  
*-Avisa que te lo calienten.*  
*-¡Soy muy desgraciado! La bañera se empeña en ponérmelo como hielo.*  
*-¿La bañera de ahora?*  
*-No, la bañera de antes.*  
*-¿Qué importa si el baño no es para ti?*  
*-Pues me cuelo en él aunque me quede tieso.*  
*-La bañera te haría salir a palos.*  
*-Eso me conviene para entrar en calor más pronto.*  
*-¡Qué sinvergüenza!*  
*-¡Noticia fresca! Acabo de decírtelo”<sup>591</sup>.*

Características parecidas, aunque más desenfadado, tiene el diálogo entre don Laureano, viejo calavera, y Concha, moza de Lavapiés a la que el primero comienza a requebrar en un café madrileño:

- “-Acaba de echarte veinte años –dijo Remigio.*  
*-Es que no me ha reparado bien.*  
*-¿Tiene usted más? –preguntó don Laureano.*  
*-No lo sé. ¿Es usted por casualidad el registro civil?”<sup>592</sup>.*

Bastante más dicharachero es el que sostienen Manolita, “chula madrileña”, que despacha leche en una vaquería, y Enrique que, atraído por ella, decide entrar a tomarse un vaso de leche y comienza a piroppearla:

- “-Pase usted, caballero, pase usted. -De mil amores, prenda –repuso Enrique entrando en la tienda y colocándose en pie detrás de la chica.*  
*Tornó ésta a mirarle con gesto altanero y le dijo muy seria:*  
*-Hombre, me gusta usted por lo sinvergüenza.*  
*-Y usted a mí por lo simpática.*  
*-¡De veras! ¿Y desde cuándo?*  
*-Desde la esquina que la he visto a usted.*  
*-¡Ay qué gracia! ¿Todo eso sabía usted y se lo tenía callao?*  
*-¿Pues a quién había de contárselo?*  
*-A su abuela, hijo mío.*  
*-No la tengo; la he perdido cuando era muy chiquitín.*  
*-¡Qué mono!*  
*-No; era más feo que ahora todavía.*  
*-¿Y no le enseñaba su papá en la feria?*  
*-No me acuerdo. ¡Cáspita! ¿Tan feo me juzga usted?*

<sup>591</sup> *Los majos de Cádiz*, cit., p. 328-329.

<sup>592</sup> *El origen del pensamiento*, cit., p. 27.

-*Pa qué le he de engañar... Como feo, es usted más feo que azotar a un Cristo. [...]*  
 -*¡Qué saladisima y qué rica!*  
 -*Pero ¿cuándo me ha probao usted?''*

Enrique ha entrado con la excusa de tomar un vaso de leche. Manolita se lo sirve y se lo pone en una de las mesas. Como Enrique sigue de pie sin moverse, Manolita vuelve a la carga:

“-*¿Es que se lo quiere usted beber en casa, caballero?*  
 -*En casa no lo bebiera aunque me diesen cinco duros.*  
 -*¡Pues, hijo, ni que fuera rejalgar! Vaya, lo echaremos otra vez en la botija. No sea que se ponga usted malo y haya que mandar por la camilla al hospital.*  
*Y diciendo y haciendo se fue derecha a la botija; mas Enrique la detuvo:*  
 -*No he querido decir eso, hermosa. En casa sí que me haría daño, pero aquí... ¡Aquí se me hace todo gloria viéndola a usted!''*<sup>593</sup>

Para que el ritual resulte completo, Enrique intenta darle un beso y Manolita le suelta una bofetada que le hace brotar la sangre de la nariz. La situación tiene bastante de tópica, especialmente cuando llega el padre de la chica y Enrique tiene que salir corriendo. En estos diálogos entre personas de distintas clases sociales, como el anterior –Enrique es un “señorito” y Manolita una “chula del pueblo”- la persona socialmente inferior, que es siempre la mujer, se muestra más ingeniosa que el hombre y queda por encima. Sobre todo cuando, por encontrarse éste en una falsa situación, se aprovecha de la ocasión. Es lo que hace Julia, la criada de Cristeta, que, convertida en cómplice de ésta, para –como ya referí anteriormente- excitar y enardecer a don Juan, poco menos que le toma el pelo:

“*Tu señorita se llama doña Cristeta, ¿verdad? ¿Dónde vivís? ¿Cómo se llama su marido?*  
*¿Cuánto tiempo hace que están casados?*  
 -*¡Pero, hombre, se 'l'a figurao' a 'ustez' que soy catecismo 'pa' responder a tantas cosas!*  
 -*Bueno, pues dime lo que sepas.*  
 -*¿No ve 'ustez' que 'entavía' soy yo muy joven 'pa' ese oficio?*  
 -*No seas tonta. Lo que ganas tú en dos meses te lo doy yo en un minuto. Por hablar nadie se pierde.*  
 -*'Sigún'..., y yo no quiero líos.*  
*Don Juan sacó del bolsillo del chaleco cuatro monedas de a veinte reales y quiso poner-selas en la mano.*  
 -*¿Va usted a comprar la barandilla del 'Prao'?'*<sup>594</sup>

Tienen que interrumpir bruscamente la conversación, porque llega Cristeta y quedan para otro día. Está lloviendo y entran en un café:

“-*¿Qué quieres tomar? –preguntó don Juan a la muchacha.*  
 -*Café con media de abajo.*  
 -*Pues yo... chica de cerveza.*  
 -*Hasta en botella le gustan a usted''*<sup>595</sup>

La burla consiste, sabedora de las costumbres noctámbulas de don Juan y con la excusa de que sólo puede verlo antes de que se levante su señora, en hacerle dar tremendos madrugo-

<sup>593</sup> *Maximina*, cit., p. 108-110.

<sup>594</sup> *Dulce y sabrosa*, cit., p. 225.

<sup>595</sup> *Ibíd.*, p. 232.

nes: “*La mañana, extremadamente fría, lluvia menudita y de calabobos; don Juan ojeroso y falto de sueño; la chica burlona, desenfadada y alegre*”<sup>596</sup>.

### Conclusiones del lenguaje del pueblo

El lenguaje popular es utilizado con fines diferentes por los novelistas analizados.

Valera y Pardo Bazán realizan una declaración explícita en la que destacan sus valores estéticos y creativos. Pereda pone de manifiesto a través de él la simpleza y rusticidad de sus personajes. Navarrete, además de lo anterior, resalta la fidelidad y respeto a las jerarquías sociales. Las deformaciones léxicas aparecen como un rasgo caracterizador que hace especialmente simpáticos a los personajes; o, más que simpáticos, inofensivos; entre otras cosas porque estos personajes, especialmente los de Navarrete, aunque hablen mal, viven en un ambiente limpio, puro, libre de influencias malélicas. Este pueblo no es, evidentemente, una amenaza para la clase social a la que estos autores representan. Luego, el lenguaje está también, como los demás aspectos populares analizados, al servicio de presentar una imagen desproblematizada de la sociedad; y en ella, el pueblo sale bastante bien parado.

En el grupo de los novelistas liberales se observa una diferencia entre Galdós y los otros dos. Jacinto Octavio Picón y Palacio Valdés coinciden en que en sus novelas se producen relaciones amorosas entre caballeros y personas del pueblo. El lenguaje funciona aquí como un medio de enfrentamiento pacífico entre estas personas de clases sociales diferentes. El enfrentamiento lingüístico es expresión subliminal, inconsciente, de la lucha de clases. Pero, como este enfrentamiento se realiza de una manera festiva, sin ningún tipo de acritud y, además, las relaciones amorosas interclasistas llegan a buen término<sup>597</sup> —cosa que no sucede en el caso de *Fortunata*— estos dos autores estarían utilizando el lenguaje popular como una forma de superación de las contradicciones de clase, con lo que coincidirían con los novelistas conservadores en ofrecer una imagen distorsionada de la realidad o, al menos, interesada: presentan en sus novelas como posible una conciliación social bajo los auspicios del liberalismo, que en la realidad histórica ya se ha visto que es imposible; lo cual no deja de ser una imagen tan inexacta como la idealización de Navarrete, por ejemplo. Imagen que, en el caso de Palacio Valdés, se complementa con la visión estilizada del lenguaje de los majos gaditanos, que es otro de los tratamientos que da al tema el autor asturiano. Ahora bien, aunque en este aspecto coincidan con los autores conservadores, se diferencian de ellos en que la lucha de clases, aunque sea inconscientemente y en segundo plano, está presente.

El caso de Galdós es diferente. Las relaciones entre Juanito Santa Cruz —a diferencia de las de Cristeta y don Juan (*Dulce y sabrosa*), o Enrique y Manolita (*Maximina*)— no terminan felizmente para *Fortunata*. Ya se vio anteriormente cómo a Jacinta le hacían gracia, e intentaba memorizarlas, las frases chulescas y aflamencadas que le repetía su marido, y cómo el narrador comentaba que este tipo de lenguaje, cuando no es obsceno, hace gracia pues es una caricatura del lenguaje, lo mismo que las relaciones de Juanito con *Fortunata*

<sup>596</sup> *Ibíd.*, p. 240.

<sup>597</sup> No sólo llegan a buen término, sino que en los diálogos siempre la mujer, que es la de clase social inferior, queda por encima. Estas “victorias” del pueblo son una compensación novelesca para contrarrestar lo que sucede en la realidad. Se podrían comparar con lo que sucedía en el teatro barroco cuando el rey les daba la razón a los campesinos ante los desmanes de algún noble.



fueron una caricatura del amor. El comentario es indicativo de una actitud de distanciamiento y despego, no exenta de pesimismo, hacia el pueblo. Cabe la posibilidad de que este comentario, dado el contexto, aunque hecho por el narrador, lo sea desde la perspectiva del personaje y que, por tanto, sea a Jacinta a quien le parezca una caricatura; ya ésta se había reído, cuando Juanito le dijo que, en algún momento, se le pasó por la cabeza la posibilidad de casarse con Fortunata, imaginándose la cara que habría puesto doña Bárbara si Juanito se le hubiera presentado con Fortunata en casa. Pero, aun en el caso de que el comentario se realice desde la perspectiva del personaje, la opinión del narrador sigue estando presente: la renuncia a la propia visión sustituyéndola por la del personaje, personaje que encarna los valores de la Restauración, es una manera de reconocer que en las actuales circunstancias de monopolio político y económico de la oligarquía, es la única visión posible. Opinión ciertamente pesimista, pero que se corresponde con la desilusión de Galdós, analizada en todos los apartados anteriores, consecuencia del fracaso de la revolución burguesa; las deformaciones léxicas de Felipe Centeno, degradación léxica que se corresponde con una degradación cultural y social de la que el personaje no logra salir, son asimismo manifestaciones de ese pesimismo. Felipe va desde su Socartes natal a Madrid con la intención de estudiar y hacerse médico, pero no lo consigue pues no logra escapar de los ambientes degradados y miserables en los que cae. Las consecuencias del fracaso del liberalismo también las sufre el pueblo, pues la realidad en la que vive es inmutable. Pero este pesimismo, como ya he repetido en varias ocasiones, es también un pesimismo de clase: “interesa” que la realidad sea inmutable cuando las opciones de cambio se presentan ya como una negación del sistema en el que, a pesar de todo, Galdós sigue creyendo.

En síntesis, el lenguaje popular es utilizado tanto por los novelistas conservadores como liberales al servicio de sus respectivas ópticas de clase para lo cual, tanto unos como otros, presentan una imagen distorsionada de la realidad: los conservadores porque escamotean los conflictos de clase tras una idílica armonía; Palacio Valdés y Jacinto Octavio Picón porque los subliman tras el incruento enfrentamiento lingüístico; Galdós porque con su pesimismo de raíz naturalista “justifica” la situación al presentarla como inevitable.

#### **3.2.4.5. Incultura e ignorancia.**

Las incorrecciones lingüísticas del pueblo no son sólo una manifestación de tipismo costumbrista, sino también de su incultura e ignorancia, que es otro de los rasgos con los que aparece caracterizado en ambas corrientes novelísticas.

Una de las notas distintivas de la novela conservadora de los dos períodos anteriores – como ya analicé en los capítulos correspondientes- es la apología de la ignorancia. Ahora, en este último período del siglo, el pueblo continúa apareciendo como ignorante, y la mencionada apología sigue estando presente, aunque no se realiza tan abiertamente y no tiene un carácter general, sino selectivo, de tal manera que su defensa absoluta es criticada incluso por los autores conservadores:

*“Yo soy un campesino tosco; pero no hago caso del P. Tragabatallones, que dice que nosotros no hemos nacido para pensar en otra cosa sino en los aperos de la labranza, y yo creo, D. Julio, que para ‘argo tengo yo argo’ dentro de la cabeza. Dice el P. Tragabatallones que lo de de ‘Bienaventurados los mansos’ lo dice la doctrina por los brutos y que ésa es la causa de que él se oponga a que los trabajadores vayamos a la escuela de hombres que abrió el maestro.*

-De modo –concluyó Julio-, que Tragabatallones...  
 -Se va derecho a la gloria –dijo Bartolo, riendo hasta la última muela, echándose la aza-  
 da al hombro y continuando su camino”<sup>598</sup>.

Es decir, la ignorancia absoluta, hasta el punto de que el pueblo no aprenda ni a leer ni a escribir, ya no la defiende nadie. Pero sí que se sigue afirmando que determinados conocimientos no le hacen ninguna falta ni al pueblo ni a nadie. Una muestra de ello es don Faustino López de Mendoza, un noble venido a menos, fracasado por su abulia y debilidad de carácter causada, entre otras cosas, “por las malas lecturas y por la triste ciencia de su siglo”<sup>599</sup>. De la misma opinión es Pereda:

“Cierto, certísimo, que la última de las Rubárcena tenía mucho talento, y evidente y comprobado que no le mostró jamás elevándose a las cumbres de la filosofía, ni a otras alturas en que las mujeres se hacen ridículas, y se marean muy a menudo los hombres, sino bajándose a los prosaicos pormenores de la vida doméstica”<sup>600</sup>.

Exactamente lo mismo piensan los padres de Constancita, pues la educación que le dan a su hija, no difiere en nada de la de Águeda Rubárcena:

“Nunca ha leído Constancita ni una sola de estas perversas novelas que ahora se escriben, sino libros de devoción, algo de Historia y mucho de Año Cristiano. Cose y borda con notable primor; [...] y sabe preparar y condimentar mil deliciosos platos de dulce y repostería, que le enseñaron las monjas, en cuyo convento entró con su tía cuando Gómez pasó por aquí”<sup>601</sup>.

Las novelas siguen gozando de muy mala prensa<sup>602</sup>; por eso don Trinidad Muley, cura del pueblo, se alegra muchísimo de que su protegido, Manuel Venegas, no las haya leído: “Mu-

<sup>598</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 151.

<sup>599</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino*, cit., p. 242. En la página 112 se citan algunas de estas lecturas: “La biblioteca y el gabinete de estudio del Doctor ocupaban otra tercera sala. Libros de distinta procedencia y carácter llenaban varios armarios de pino pintado. Los que trajo de Francia el endiablado Comendador Mendoza, que andaba penando en el desván, eran casi todos impíos: Voltaire, los enciclopedistas, etc.”.

<sup>600</sup> *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 113. Además del tema que estoy analizando, aparece en esta cita otro: el papel de la mujer. Como se puede apreciar, el concepto que sobre la cultura tiene Pereda condiciona el de la formación de la mujer, sobre el que se extiende en las páginas siguientes donde narra la formación que a Águeda dio su madre.

La animadversión de Pereda es sólo contra la cultura filosófica; no contra los conocimientos científicos prácticos, como lo prueba la ironía con la que habla de los escasos conocimientos de don Lesmes, el médico de Perojales, que ni siquiera sabía lo que era un termómetro de mercurio: “El doctor había puesto bajo el brazo de la enferma, en contacto inmediato con la piel, un primoroso tubo de cristal graduado. Don Lesmes, como si no supiera qué iba a pasar allí, miraba de reojo la operación y el tubo.

Cuando el doctor retiró el termómetro y hubo consultado la altura del mercurio:

-Vea usted –dijo a don Lesmes poniéndole el aparato delante de la cara.

-Ya, ya..., ya veo –respondió don Lesmes sin saber qué mirar en aquello que le parecía un alfilerero grande.

-¡Cuarenta y uno! –añadió el doctor en voz baja.

-Justos y cabales –repuso el otro por responder algo, pues como no sabía de qué se trataba, lo mismo eran para él cuarenta y uno que cuarenta mil”. P. 62.

<sup>601</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino*, cit., p. 212.

<sup>602</sup> La inquina contra las novelas es denunciada por Galdós como una característica de la ideología conservadora. Don Juan de Lantigua, hablando de su biblioteca, le dice a su hija: “Aquí han entrado pocas novelas. De la basura que diariamente han producido en cuarenta años Francia y España, no hallarás una sola página... De lo bueno hay algo, poco... Me parece que en algún rincón encontraremos a Chateaubriand, a Swift, a Bernardino de Saint Pierre, y, antes que a ninguno, a mi idolatrado Manzoni.

Pero al poco tiempo don Juan prohibió a su hija la lectura de novelas, porque aun siendo buenas, decía, enardecen la imaginación, encienden deseos y afanes en el limpio corazón de las muchachas y les hacen ver cosas y personas con falso y peligroso color poético”. *Gloria*, cit., p. 28.

*chacho, ¡tú eres el demonio! –respondió el cura-. ¡Tú hablas como los libros prohibidos que llaman ‘novelas’ y que, en buena hora lo diga, no han caído todavía en tus manos!’*<sup>603</sup>.

Ahora bien, estas prevenciones, en lo que a la mayoría del pueblo se refiere, son innecesarias, pues casi nadie sabe leer y, los pocos que saben, lo hacen con bastante dificultad. Tres candidatos a diputados están haciendo campaña electoral por Andalucía y

*“llegaron a cierto pueblecillo de donde nadie había salido a esperarlos, y en el cual, si bien fueron decorosamente recibidos y tratados... por el ayuntamiento en virtud de recomendaciones eficacísimas... del gobernador (más adicto a ellos que al Gobierno de S. M.), tuvieron, en cambio el gusto de oír de boca del alcalde, o mejor dicho, de boca del secretario (única persona que, además del cura, sabía leer y escribir, y aun pudiera añadirse que hablar y pensar)”*<sup>604</sup>.

No saben o saben poco porque no asisten, o lo hacen durante muy poco tiempo, a la escuela:

*“Amparo había ido a la escuela en sus primeros años, años de relativa prosperidad para la familia, sucediéndole lo que a la mayor parte de las niñas pobres, que al poco tiempo se cansan sus padres de enviarlas y ellas de asistir, y se quedan sin más aprendizaje que la lectura, cuando son listas, y unos rudimentos de escritura”*<sup>605</sup>.

Apreciación con la que coincide plenamente Pereda, que habla por boca de su personaje Pedro Sánchez:

*“...cobré señalada afición a la amena literatura, y comencé a abandonar mis hasta entonces ordinarios entretenimientos con los muchachos de mi edad, toscos motilonos en quienes no entraba la gramática ni a puñetazos, y el catecismo a duras penas; no por falta de entendimiento seguramente, sino por la índole grosera de sus obligaciones ineludibles, mal avenidas siempre con toda clase de perfiles escolares”*<sup>606</sup>.

Aunque pudiera parecer lo contrario, Pereda no se lamenta de que la generalidad del pueblo no tenga acceso a la cultura (se limita simplemente a recoger el hecho), pues ésta, más allá de ciertos rudimentos, resulta altamente peligrosa, opinión claramente expuesta al alabar la “formación” que la madre de Águeda dio a ésta.

Como el pueblo apenas asiste a la escuela, malamente sabe escribir, muestra de lo cual es la siguiente carta de Amparo a la Srta. de García:

*“Estimada señorita: halguien que la estima le abisa quien se quiere casar con Usté tiene compormetida huna Chica, lea dado palbra de casarse con ella. Es Sobrado, porque Usté no dude, y Usté se informará y verá que es verdá. Q.b.s.m. Un afetísimo amigo”*<sup>607</sup>.

Amparo no es una excepción; la ortografía de los merenderos de la pradera de San Isidro no es mucho mejor: *“Refrescos de los que usava el Santo”, “La mar de vevidas”, “La Brillantez: callos y caracoles”*<sup>608</sup>.

Una consecuencia, entre otras, de esa escasa formación es la elementalidad de sus gustos “literarios”:

<sup>603</sup> *El Niño de la Bola*, cit., p. 51.

<sup>604</sup> *La Pródiga*, cit., p. 61.

<sup>605</sup> *La Tribuna*, cit., p. 69-70.

<sup>606</sup> *Pedro Sánchez*, cit., p. 50.

<sup>607</sup> *La Tribuna*, cit., p. 250-251.

<sup>608</sup> *Insolación*, cit., p. 73.

*“Aquí se escuchaba el rasgueo de guitarras y bandurrias; más allá retumbaba el bombo, y la gaita exhalaba su aguda y penetrante queja. Un ciego daba vueltas a una ‘zanfona’ que sonaba como el obstinado zumbido del moscardón, y al mismo tiempo vendía romances de guapezas y crímenes”<sup>609</sup>.*

Este gusto por lo truculento es recogido también por Galdós. Así, Mariano Rufete, el hermano de Isidora, es muy aficionado a este tipo de romances, mucho de los cuales se sabe de memoria:

*“¿Te gustan los versos? –preguntole Isidora, gozosa de sorprender a su hermano un síntoma de decencia.*

*-Sí –replicó el muchacho-. Me sé de memoria los de ‘Francisquillo el Sastre, que empiezan:*

*‘Salga el acero a brillar,  
pues soy hijo del acero...’*

*-Calla bruto; ésas son barbaridades.*

*-También me sé los del ‘Valeroso Portela’, que dicen:*

*‘Escuchen, señores míos,  
les diré de Juan Portela,  
el ladrón más afamado  
de la gran Sierra Morena.*

*-Calla, hijo; calla, por Dios. Me estás envenenando con tus horribles coplas. Ningún joven guapo y decente aprende tales cosas. Esto está bien para el pueblo, para el populacho”<sup>610</sup>.*

Estos romances eran, efectivamente, muy del gusto del pueblo; Juan Bou, cuyos empleados se los sabían de memoria y los recitaban mientras trabajaban, ganaba bastante dinero imprimiendo *“romances de matones, guapezas, robos, asesinatos, anécdotas del patíbulo”<sup>611</sup>.*

Luego, la novela de tendencia conservadora defiende el carácter nocivo de determinadas corrientes de pensamiento y recoge la ignorancia del pueblo como una realidad existente, sin adoptar ante ella una actitud de apología, como en épocas anteriores, pero, mucho menos, de crítica.

Los autores liberales también se hacen eco de este tema pero el tratamiento difiere. Dos son las características generales de este tratamiento: la perspectiva es más amplia, de tal manera que la ignorancia del pueblo se inscribe en el contexto de la ignorancia de la sociedad española en general, y de la clase dirigente en particular; y, en segundo lugar, se utiliza a veces la ironía con una intención claramente distanciadora.

Son bastantes los casos de la escasa instrucción del pueblo; un ejemplo prototípico es el de Fortunata: *“Su ignorancia era, como puede suponerse, completa. Leía muy mal y a trompicones, y no sabía escribir”.* Pero no sólo eso, Fortunata ignoraba las cosas más sencillas y elementales:

*“Lo esencial del saber, lo que saben los niños y los paletos, ella lo ignoraba, como lo ignoran otras mujeres de su clase y aun de clase superior. [...] No sabía lo que es el Norte y el Sur. Esto le sonaba a cosa de viento; pero nada más. Creía que un senador era algo del Ayuntamiento. Tenía sobre la imprenta ideas muy extrañas, creyendo que los autores mismos ponían en las páginas aquellas letras tan iguales. No había leído jamás libro alguno, ni siquiera novela. Pensaba que Europa es un pueblo y que Inglaterra es un país de*

<sup>609</sup> *La Tribuna*, cit., p. 185.

<sup>610</sup> *La desheredada*, cit., p. 203.

<sup>611</sup> *La desheredada*, cit., p. 286.

acreedores. Respecto del sol, la luna y todo lo demás del firmamento, sus nociones pertenecían al orden de los pueblos primitivos. Confesó un día que no sabía quién era Colón. Creía que era un general, así como O'Donnell o Prim. En lo religioso no estaba más aventajada que en lo histórico. La poca doctrina cristiana que aprendió se le había olvidado. Comprendía a la Virgen, a Jesucristo y a San José; les tenía por buenas personas, pero nada más. Sabía que arrepintiéndose uno, bien arrepentido, se salva; eso no tenía duda, y por más que dijeran, nada que se relacionase con el amor era pecado”<sup>612</sup>.

Su vocabulario no es mucho mejor por lo que Maxi tiene que estar continuamente corrigiéndola:

“No se dice ‘diferencia’ sino *diferencia*. No se dice ‘Jacometrenzo’, ni ‘Espiritui Santo’, ni ‘indiligencias’. Además ‘escamón’ y ‘escamarse’ son palabras muy feas, y llamar ‘tíologías’ a todo lo que no se entiende es una barbaridad. Repetir a cada instante ‘pa chasco’ es costumbre ordinaria, etc...”<sup>613</sup>.

Maxi le va enseñando algunas de esas cosas elementales, que no sólo ignorara Fortunata, sino el pueblo en general:

“Y también aprendió cosas tan importantes como la sucesión de los meses del año que no sabía, y cuál tiene treinta y cuál treinta y un días. Aunque parezca mentira, éste es uno de los rasgos característicos de la ignorancia española, más en las ciudades que en las aldeas, y más en las mujeres<sup>614</sup> que en los hombres”<sup>615</sup>.

Las deficiencias léxicas originan a veces confusiones no exentas de humor, como cuando el capellán de las Micaelas, donde Fortunata entra para prepararse par el matrimonio con Rubín, le habla de una cosa y ella entiende otra:

“Para que usted sea digna de casarse con un hombre honrado, lo primerito es que vuelva los ojos a la religión, empezando por edificarse interiormente.  
-Sí señor –respondió humildemente la prójima, que entendía lo de la religión; pero no lo de la edificación. Para ella edificar era lo mismo que hacer casas”<sup>616</sup>.

La pobreza de vocabulario no es tampoco característica exclusiva de Fortunata, sino que está bastante generalizada; Juan Bou, el anarquista que ocupa un considerable número de páginas en *La desheredada*, habla a sus empleados tipógrafos de la nueva organización de la sociedad que se impondrá, cuando triunfe la revolución, y les pregunta: “¿Sabéis lo que es un organismo? Ambos callaron. Creían que se trataba de un organillo; pero no se atrevían a decirlo”<sup>617</sup>. En otra novela, Moreno y Pantaleón, los dos sabios empeñados en el análisis y fundamentación racional de todo, a los que ya me he referido en un capítulo anterior, llegan a un pueblo de las cercanías de Madrid para estudiar a un preso que va a ser ejecutado, y mantienen la siguiente conversación con un parroquiano de un ventorrillo:

“-¿Son ustedes, por casualidad, de la Audiencia?  
Los sabios se quedaron un poco embarazados. Al cabo Moreno dijo:

<sup>612</sup> *Fortunata y Jacinta* I, cit., p. 481-482.

<sup>613</sup> *Ibid.*, p. 482-483.

<sup>614</sup> Galdós ironiza sobre la educación que se daba a las mujeres. Refiriéndose a la que recibió Bárbara, la madre de Juanito Santa Cruz, escribe: “Ya había completado la hija de Arnaiz su educación (que era harto sencilla en aquellos tiempos y consistía en leer sin acento [sin entonar correctamente], escribir sin ortografía, cantar haciendo trompetitas con la boca, y bordar con punto de marca el dechado), cuando perdió a su padre.” Tomo I, p. 134.

<sup>615</sup> *Fortunata y Jacinta* I, cit., p. 492.

<sup>616</sup> *Fortunata y Jacinta* I, cit., p. 566.

<sup>617</sup> *La desheredada*, cit., p. 291.

-No, señor; somos antropólogos.

*El hombre les contempló con gran sorpresa y mayor respeto aún. No sabía qué era aquello, pero calculaba que debía de estar relacionado de cerca con el gobierno*<sup>618</sup>.

También en la novela de tendencia liberal, y en esto coincide con la conservadora aunque la finalidad es distinta, se recogen las dificultades del pueblo con la ortografía. Uno de los subalternos del torero Luis Martínez envía un telegrama a su familia después de una corrida:

*“Cogió la pluma, se sentó en el borde de la silla, y haciendo unas letras envidiables por su gordura y dignas de compasión por lo deformes, he aquí cómo resultó su telegrama: ‘a Pepa Garsia. Tabernillas 2. Sin nobedaz. Vesos a los niños. Bamos a comer. El Aseao’. Era su mote*<sup>619</sup>.

La ignorancia no afecta sólo al conocimiento de la lengua hablada y escrita, sino que abarca otros muchos aspectos. Así, Felipe Centeno, al que se le mete en la cabeza que quiere ser médico, tiene una idea totalmente esperpéntica de la medicina:

*“Desengáñate, no hay saber como ese de cogerle a uno la muñeca y mirarle la lengua, y decir al momento en qué hueco del cuerpo tiene aposentado el maleficio... Dicen que don Teodoro le saca un ojo a un hombre y le pone otro nuevo, con el cual ve como si fuera ojo nacido... Miá tú que eso de ver a uno que se está muriendo, y con mandarle tomar pongo el caso, media docena de mosquitos guisados un lunes con palos de mimbre cogidos por una doncella que se llame Juana, dejarle bueno y sano, es mucho aquél... Ya verás, ya verás cómo se porta don Celipín el de Socartes. Te digo que se ha de hablar de mí hasta en la Habana*<sup>620</sup>.

El caso de Felipe Centeno, que se compra una cartilla para aprender a leer<sup>621</sup> y consigue, aunque a duras penas, llegar a conocer las letras, es una excepción, pues lo normal es que el pueblo –y buena muestra de ello es su propia familia- no sienta ninguna inquietud cultural:

*“En cuanto al pasto intelectual, la Señana creía firmemente que con la erudición de sus esposo el señor Centeno, adquirida en copiosas lecturas<sup>622</sup>, tenía bastante la familia para merecer el dictado de sapientísima, por lo cual no trató de alimentar el espíritu de sus hijos con las rancias enseñanzas que se dan en la escuela. Si los mayores asistieron a ella, el más pequeño viose libre de maestros, y engolfado vivía durante doce horas diarias*

<sup>618</sup> *El origen del pensamiento*, cit., p. 278.

<sup>619</sup> Eduardo López Bago: *El espada*, cit., p. 189.

<sup>620</sup> *Marianela*, cit., p. 142.

<sup>621</sup> Felipe, a diferencia de los demás miembros de su familia que se muestran resignados y conformes con su situación, se rebela contra ella y es consciente de que la cultura es una manera de promocionarse y escapar: “El domingo, si me dejan ir a Villamojada, he de comprarme una cartilla para aprender a leer, ya que aquí no quieren enseñarme. ¡Córcholis! Aprenderé solo. ¡Ah!, Nela, dicen que don Carlos era hijo de uno que barría las calles en Madrid. Él solito, solito él, con la ayuda de Dios, aprendió todo lo que sabe”. P. 46.

Sin embargo, Felipe, que se va a escapar de su casa e irá a Madrid, donde llegará incluso a matricularse en el instituto, fracasará y no conseguirá salir de la miseria. Por tanto, esta firme voluntad de escapar sirve a Galdós para demostrar cómo el determinismo del ambiente se impone sobre los deseos del personaje.

<sup>622</sup> Esta frase tiene sentido irónico. Lo único que leía el señor Centeno, costándole ímprobos esfuerzos, era el periódico por las noches después de cenar: “Acomodados así los hijos, los padres permanecían un rato en la pieza principal; y mientras Centeno, sentándose junto a la mesilla y tomando un periódico, hacía mil muecas y visajes que indicaban el atrevido intento de leerlo”. Deletreaba en voz alta y se oían frases sueltas: “‘Señores diputados que dijeron sí...’ ‘Ayer celebró una conferencia, etc.’ Los dedos de Señana sumaban, y el de Sinforoso Centeno seguía tembloroso y vacilante los renglones, para poder guiar su espíritu por aquel laberinto de letras”. *Marianela*, cit., p. 43- 44.

*en el embrutecedor trabajo de las minas, con lo cual toda la familia navegaba ancha y holgadamente por el inmenso piélago de la estupidez*<sup>623</sup>.

El pueblo es ignorante y no tiene inquietudes culturales. Pero ésta no es una situación aislada, sino consecuencia de la general del país. La novela liberal no se limita a señalar la primera, sino que denuncia también la segunda, con lo que, a diferencia de la conservadora, está señalando, aunque sea indirectamente, a los verdaderos culpables.

No se le puede pedir al pueblo que tenga un vocabulario muy amplio, cuando resulta que los maestros tampoco tienen demasiado claros ciertos conceptos, como le sucede al de Sarrió, quien en una reunión de próceres, celebrada en el teatro de la localidad, se pone en evidencia al replicar a uno de los conferenciantes:

*“Lo que acabo de exponer, señores, no tiene ningún valor científico. Lo sabe cualquier niño que haya saludado las Pandectas.*

*D. Jerónimo de la Fuente, maestro de primeras letras de la villa, que había estudiado por los métodos modernos y sabía algo de Fruebal y Pestalozzi, hombre ilustrado, que había escrito un prontuario de los verbos irregulares y tenía un telescopio en el balcón de su casa siempre apuntando al cielo, se levanta de la luneta, y sonriendo con mucha lástima dice:*

*-Las palmetas hace ya bastantes años que se han suprimido de las escuelas*<sup>624</sup>.

Son bastantes los ejemplos que denuncian que la falta de cultura no es un fenómeno exclusivo del pueblo, pues los conocimientos de las clases altas son también bastante deficientes. La siguiente “discusión lingüística”, que se desarrolla en la selecta tertulia de Calderón, le sirve a Palacio Valdés para censurar irónicamente el fenómeno:

*“-Vaya, chico, si es que te azaras porque yo me acerco, me voy.*

*-Una sonrisa irónica, amarga y triunfal al mismo tiempo, dilató el rostro anguloso de Ramoncito. Había cogido a su enemigo en la trampa. Ha de saberse que pocos días antes averiguó casualmente, por medio de un académico de la lengua, que no se decía ‘azararse’, sino ‘azorarse’. [...]*

*-No se dice azarar, sino ‘azorar’, queridísimo Cobo. Te lo participo para tu satisfacción y efectos consiguientes”.*

Se entabla entre los dos una agria discusión –no sólo por razones léxicas, sino también porque se encuentra delante Esperanza, joven a la que los dos contendientes pretenden- y Cobo pide ayuda al general Patiño:

*“-Vamos a ver, general, usted que es una de las eminencias del ejército, ¿cree que está bien dicho azorarse?*

*-No, Ramoncito, no: está usted en un error. Jamás se ha dicho en España azorar”.* Ramoncito no se da por vencido y pide que traigan un diccionario a lo que responde el dueño de la casa: *“-El caso es, Ramoncito –dijo D. Julián rascándose la cabeza-, que el que había en casa hace ya tiempo que ha desaparecido. No sé quién se lo ha llevado... Pero a mí me parece también, como al general, que se dice azarar*<sup>625</sup>.

Una escena parecida tiene lugar en el casino de Vetusta donde Pepe Ronzal, alias Trabuco –“*además de Trabuco le llamaban el Estudiante, por una antonomasia irónica que él no comprendía*”<sup>626</sup> - apuesta a don Frutos Redondo que avena se escribe con *h*. Traen el diccio-

<sup>623</sup> *Marianela*, cit., p. 50-51.

<sup>624</sup> *El cuarto poder*, cit., p. 207.

<sup>625</sup> *La espuma*, cit., p. 117-119.

<sup>626</sup> *La Regenta*, cit., p. 119.

nario –aquí al menos lo tienen-, buscan primero por la *h* y la palabra no aparece. Don Frutos pide que la busquen sin *h*, pero Ronzal, antes de que puedan empezar a buscarla, reacciona bruscamente:

*“Por fin Trabuco, dispuesto a jugar el todo por el todo, se puso de pie en medio de la sala y cogió bruscamente el diccionario de manos de Orgaz, que creyó que iba a arrojárselo a la cabeza. No; lo lanzó sobre un diván y gritando dijo:*

*-Señores, sostenga lo que quiera ese libraco, yo aseguro, bajo palabra de honor, que el diccionario que tengo en casa pone avena con h.*

*Don Frutos iba a protestar, pero Ronzal añadió sin darle tiempo.*

*-El que lo niegue me arroja un mentís, duda de mi honor, me tira a la cara un guante, y en tal caso... me tiene a su disposición; ya se sabe cómo se arreglan estas cosas.*

*Don Frutos abrió la boca.*

*Foja, desde la puerta se atrevió a decir:*

*-Señor Ronzal, no creo que el señor Redondo, ni nadie se atreva a dudar de su palabra de usted. Si usted tiene un diccionario en que lleva h la avena, con su pan se lo coma; y aun calculo yo qué diccionario será ése... Debe ser el diccionario de Autoridades.*

*-Sí, señor; es el diccionario del Gobierno...*

*-Pues ése es el que manda; y usted tiene razón y don Frutos confunde la avena con La Habana, donde hizo su fortuna... ”<sup>627</sup>.*

No hay nada extraño en la escena anterior, si se tiene en cuenta que entre las aficiones de los socios del casino de Vetusta no se encuentra la de la lectura:

*“Antes estaba el tresillo cerca de los billares, pero el ruido de de las bolas y los tacos molestaba a los tresillistas, que se fueron al gabinete rojo, donde estaba entonces la lectura. El gabinete de lectura se fue cerca de los billares ”<sup>628</sup>.*

El gabinete de lectura lo describe Clarín unas páginas más adelante:

*“El gabinete de lectura, que también servía de biblioteca, era estrecho y no muy largo. [...] La biblioteca consistía en un estante de nogal no grande, empotrado en la pared. Allí estaba representando la sabiduría de la sociedad el Diccionario y la Gramática de la Academia. Estos libros se habían comprado con motivo de las repetidas disputas de algunos socios que no estaban conformes respecto al significado y aun la ortografía de ciertas palabras. [...] En los cajones inferiores del estante había algunos libros de más sólida enseñanza, pero la llave de aquel departamento se había perdido.*

*Cuando algún socio pedía un libro de aquéllos, el conserje se acercaba de mal talante al pedigüeño y le hacía repetir la demanda.*

*-Sí, señor, la crónica de Vetusta...*

*-Pero ¿usted sabe que está ahí?*

*-Sí, señor, ahí está...*

*-El caso es... -y se rascaba una oreja el señor conserje-, como no hay costumbre...*

*-¿Costumbre de qué?*

*-En fin, buscaré la llave.*

*-El conserje daba media vuelta y marchaba a paso de tortuga.*

*El socio, que había de ser nuevo necesariamente para andar en tales pretensiones, podía entretenerse mientras tanto mirando el mapa de Rusia y de Turquía y el Padre nuestro en grabados que adornaban las paredes de aquel centro de instrucción y recreo. Volvía el conserje con las manos en los bolsillos y una sonrisa maliciosa en los labios.*

*-Lo que yo decía, señorito..., se ha perdido la llave.*

*Los socios antiguos miraban la biblioteca como si estuviera pintada en la pared ”<sup>629</sup>.*

<sup>627</sup> *La Regenta*, cit., p. 129.

<sup>628</sup> *Ibíd.*, p. 107.



De esta misma escuela es Juanito Santa Cruz; a pesar de haber estudiado Derecho y Filosofía y Letras, cuando terminó no volvió a coger un libro en sus manos pues

*“Juanito acabó por declararse a sí mismo que más sabe el que vive sin ‘querer saber’ que el que ‘quiere saber sin vivir’, o sea aprendiendo en los libros y en las aulas. Vivir es relacionarse, gozar y padecer, desear, aborrecer y amar. La lectura es vida artificial y prestada, el usufructo, mediante una función cerebral, de las ideas y sensaciones ajenas. [...] Decía que entre estas dos maneras de vivir, observaba él la diferencia que hay entre comerse una chuleta y que le vengan a contar a uno cómo y cuándo se la ha comido otro, haciendo el cuento muy a lo vivo, se entiende, y describiendo la cara que ponía, el gusto que le daba la masticación, la gana con que tragaba y el reposo con que digería”<sup>630</sup>.*

De las citas precedentes resulta claro que el pueblo es inculto e ignorante y que la clase dirigente no le va a la zaga: es también ignorante y no tiene ningún interés por la cultura. Se puede concluir, por tanto, que, para la novela liberal, la incultura del pueblo es consecuencia de la política general de la oligarquía de la Restauración. O, lo que es lo mismo, la causa fundamental de la ignorancia del pueblo es su identificación con los valores conservadores; Mauricia, conocida y compañera de Fortunata en las Micaelas, está muy enferma y va a recibir el viático. Severiana, una de las vecinas, ha adornado la habitación lo mejor que ha podido poniendo unas láminas sobre cuya conveniencia terminan surgiéndole dudas: *“Me han dicho las vecinas que las dos láminas de Napoleón que caen al lado del altar deben quitarse, porque era muy protestante, ‘masónico’ y...”<sup>631</sup>*. La identificación de masonería y protestantismo con extranjero es una de las notas características del pensamiento reaccionario español<sup>632</sup>; al crear un personaje, que asume con toda naturalidad esta idea y se hace eco de ella, Galdós está denunciando lo arraigados que están en el pueblo estos valores.

Pero el que la novela liberal culpe indirectamente a la clase dirigente de la incultura del pueblo no significa que en esta novela se haga un alegato a favor del pueblo; como ya he dicho, al analizar otros aspectos en apartados anteriores, el objetivo primordial de los novelistas liberales es atacar a la oligarquía por haber traicionado los principios del liberalismo; no abogar por el pueblo. La incultura del pueblo sólo les importa en la medida en que afecta a los asuntos de la burguesía. Por eso, Galdós se burla, utilizando la ironía, cuando el pueblo pretende intervenir en el curso de la revolución liberal sin darse cuenta de que debiera mantenerse al margen pues, debido a su ignorancia, su participación no es ninguna ayuda, sino un obstáculo:

*“-Ciudadano Calleja, –dijo aquella señora en tono muy reposado-. No emplees tus armas contra ese pelón que se pudre a todo podrir: guárdalas para los tiranos. Calleja cerró la navaja y la guardó para los tiranos. [...] Basta decir, para que se comprenda lo que valía doña Teresa Burguillos, que sabía leer, aunque con muchas dificultades, hallándose expuesta a entender las cosas al revés, que a fuerza de mascullones podía enterarse de algunos discursos escritos, reteniéndolos en la memoria; que alentada por la barberil elocuencia y liberalesca conducta de su esposo, se había hecho una gran política; y que era muy entusiasta de Riego y de Quiroga, aunque más que los ‘hombres de sable’ le gustaban los ‘hombres de palabra’, llegando a decir que no conocía caballero más galantemente discreto que ‘Paco’ (así mismo) Martínez de la Rosa”<sup>633</sup>.*

<sup>629</sup> *La Regenta*, cit., p. 109.

<sup>630</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 111.

<sup>631</sup> *Fortunata y Jacinta II*, cit., p. 181.

<sup>632</sup> El editor de la novela, Francisco Caudet, así lo hace constar en la nota 91 a pie de página.

<sup>633</sup> *La Fontana de Oro*, cit., p. 27-28.

Si Galdós se burla de los que, sin tener dos dedos de frente, pretenden influir en el curso de los acontecimientos políticos, Palacio Valdés lo hace de los que, siendo igualmente inconscientes de su ignorancia, aspiran a servir de guías para elevar el nivel cultural de los demás. Los habitantes de Sarrió fundan un periódico –*El Faro de Sarrió*– con la intención de “despertar a la villa de su largo sueño y estancamiento”<sup>634</sup>. En él escriben todos los que creen que tienen algo que decir. El maestro publica un artículo sobre astronomía en el que, tras rebatir todas las teorías vigentes, concluye:

*“¡Bajen, pues, del pedestal en que la ignorancia de los hombres les ha colocado, esos colosos porta-estandartes de una falsa ciencia: Kepler, Newton, Laplace, Galileo; todos sus cálculos se han deshecho como el humo, y sus magníficos sistemas son hojas secas que, desprendidas del árbol de la ciencia no tardarán en pudrirse!”*<sup>635</sup>.

El periódico tiene diferentes secciones; a una de ellas, como están muy al tanto de la prensa francesa, deciden cambiarle el nombre como signo de modernidad:

*“Posteriormente, esta sección dejó el título de ‘Gacetilla’ que llevaba por el de ‘Novelas a la mano’, que le puso D. Rosendo a imitación de las célebres ‘Nouvelles a la main’ del Fígaro”*<sup>636</sup>.

Para comprender el significado profundo de esta crítica no hay que olvidar el tema central de la novela –analizado ya en el apartado de la religión–, pues la ironía sobre la incultura no es sino un aspecto particular de la sátira contra los que convierten la religión en tema de controversia política, que es lo que pretenden los fundadores de *El Faro de Sarrió*, al que quieren erigir en órgano de la lucha contra el oscurantismo.

### **Conclusiones de la incultura y la ignorancia**

Comparando el tratamiento del tema en las dos tendencias novelescas se observa una diferencia fundamental de la que derivan otras secundarias: la conservadora trata la incultura del pueblo como un hecho aislado, sin relacionarla con el contexto general de la sociedad española, mientras que la liberal, por el contrario, sí que la relaciona.

El tratamiento de la incultura como un hecho aislado va unido a lo que parece por parte del narrador –al menos ésa es la sensación que percibe el lector– una actitud “objetiva”; el narrador se limita a recoger y transmitir una determinada realidad sin tomar postura ante ella. Aunque Pereda o Pardo Bazán dan “explicaciones” del porqué de la ignorancia –no van a la escuela porque desde muy temprana edad sus familias los ponen a trabajar– éstas son igualmente “objetivas” en el sentido de que el hecho de mencionarlas no supone que lo hagan con la intención de denunciar las deficiencias de una sociedad injusta, sino simplemente con la de dejar constancia de unas circunstancias cuya existencia no implica el que tenga que haber ni víctimas ni culpables.

El tratamiento del tema insertándolo en el contexto general hace que adquiera características opuestas: el narrador adopta una actitud “subjetiva”: al dejar constancia no sólo de la ignorancia del pueblo sino de la de toda la sociedad, está culpando a la clase dirigente de esta situación con lo que utiliza el tema, uno más y una vez más, para acusar a la oligarquía de ser la culpable de la misma. Ahora bien, el que acuse a la clase dirigente no quiere decir

<sup>634</sup> *El cuarto poder*, cit., p. 258.

<sup>635</sup> *Ibid.*, p. 261.

<sup>636</sup> *Ibid.*, p. 266.

que se solidarice con el pueblo. Ante éste mantiene una actitud de desconfianza y reserva, por las razones ya varias veces apuntadas, que en este caso concreto se manifiesta en el distanciamiento irónico: las burlas de los que, pese a su ignorancia, quieren desempeñar un papel protagonista en los asuntos públicos, son muy significativas de lo que piensan Galdós y Palacio Valdés sobre el lugar que les corresponde e, implícitamente, del recelo que sienten ante la posibilidad de que puedan querer ocupar otro.

Como ilustración de que la novela conservadora adopta una actitud “objetiva” –lo que se traduce en la presentación de una imagen más benévola- ante la ignorancia del pueblo, mientras que la de la liberal es “subjetiva” –lo que se traduce, por su parte, en que la imagen sea bastante más negativa- me parece muy significativo el tratamiento que Pardo Bazán y Pérez Galdós dan al tema de los romances populares. Ambos se refieren al gusto popular por las historias truculentas y de riñas y fanfarronerías populares. Y ambos utilizan la misma palabra –“*guapezas*”- para calificar esto último. Pardo Bazán describe la romería en la que se encuentran las cigarreras y dice que había un ciego que “*vendía romances de guapezas y crímenes*”<sup>637</sup>. Pérez Galdós cuenta cómo Juan Bou, que ha ampliado el negocio, consigue sustanciosos ingresos imprimiendo “*romances de matones, guapezas, robos, asesinatos, anécdotas del patíbulo*”<sup>638</sup>. Pero, mientras Pardo Bazán se limita a mencionar el hecho y no vuelve a ocuparse más de él, Galdós, aunque en este pasaje se ciñe también a eso mismo, establece a lo largo de la novela una serie de conexiones que funcionan como comentarios del mismo: Isidora recrimina duramente a su hermano porque se sabe muchas de esas historias de memoria, diciéndole que esos gustos son impropios de gente educada; cierto que es Isidora y no el narrador quien realiza la recriminación. Pero en este caso se puede afirmar que la opinión del narrador no difiere de la de la hermana de Mariano; sólo hay que recordar que Bou, que pasa por revolucionario, hace negocio con esta infraliteratura y que son bastantes las veces a lo largo de la novela en las que se muestra abiertamente la antipatía del narrador hacia el personaje.

De lo que llevo dicho se puede concluir que tanto la “subjetividad” de unos, como la “objetividad” de los otros responden a sus respectivos intereses de clase. Los liberales atacan a la oligarquía porque la consideran culpable del fracaso del liberalismo y se distancian del pueblo –urbano (en el caso de Palacio Valdés, los artesanos)- porque lo ven como una amenaza para el mismo; por eso tienen que tomar postura. Los conservadores no atacan a la oligarquía porque son sus representantes y no se distancian del pueblo, en este caso rural, porque no lo ven como enemigo.

En síntesis, la “subjetividad” se corresponde con una actitud de desconfianza respecto al pueblo y la “objetividad” de confianza, motivadas respectivamente por el hecho de sentirse o no amenazados por él.

#### **3.2.4.6. Instintos, pasiones, grosería.**

Una consecuencia de la ignorancia y de la incultura es la mala educación –entendida como desconocimiento de los modales y normas de urbanidad- lo que les lleva a entregarse a sus instintos y a manifestarlos abiertamente, dejándose arrastrar, violentamente en ocasiones, por las pasiones que son incapaces de controlar. Aunque aparecen algunas referencias a

<sup>637</sup> *La Tribuna*, cit., p. 251.

<sup>638</sup> *La desheredada*, cit., p. 286.

este tema en la novela de tendencia conservadora, sin embargo la mayor parte de ellas se encuentran en la otra corriente.

Son frecuentes las peleas. Celedonia, mujer zafia, grosera y ordinaria provoca a Josepantoñi y las dos terminan peleándose y arrastrándose por el suelo. Gana la segunda, pero:

*“Josepantoñi no se estimaba merecedora de aplauso, sino digna de lástima: que aquella pelea pública y avergonzaba sobremanera, como acción indecorosa, que la ponía al nivel de cierta gentuza soez y pendenciera, que no se estilaba ni en su casa ni en su pueblo. Sentose sobre una piedra, y comenzó a llorar copiosamente, tiñéndose sus lágrimas en su abundante sangre que manaba de sus dislaceradas mejillas, donde sentía impreso un sello de envilecimiento”*<sup>639</sup>.

En este caso la pelea desempeña como función fundamental, no tanto el poner de manifiesto los instintos primarios del pueblo, como el ataque de lo ajeno y la defensa de lo propio. Ya he hablado de esta novela al analizar el tema del poder; se vio entonces cómo tras el ataque al liberalismo había una defensa del nacionalismo vasco en el que el autor incluye Navarra. Lo mismo sucede ahora; Celedonia, la zafia y grosera que provoca la pelea, no es navarra. Josepantoñi, sí. Aunque no puede evitar el pelearse en público, lo cual es una prueba de que el pueblo es muy pasional, se siente avergonzada por haberlo hecho, lo que demuestra la superioridad moral sobre su rival que, no sólo no se arrepiente, sino que va después a levantar una calumnia sobre ella. También en la romería de San Isidro se pelean dos mujeres, escena que ya analicé en el apartado dedicado al costumbrismo. La pelea provoca un profundo disgusto en Paquita, para la que lo más desagradable es la insensibilidad de los que se divierten con el espectáculo:

*“Los soldados se reían a carcajadas y les decían requiebros indecentes, en tanto que se despedazaban las infelices. [...] Me acordé de mi paisano Pardo, y de aquello del salvajismo y la barbarie española”*<sup>640</sup>.

El pueblo es, asimismo, aficionado a lo truculento, no sólo en los romances como ya se vio, sino en la realidad. Cuando Julio, el hijo de la marquesa de Villarana dispara a Bernardo, el amante de su madre y, según todos los indicios, lo mata, todo el pueblo de Rota se arremolina delante de la casa. Todos han abandonado sus quehaceres en el punto en el que se encontraban cuando saltó la noticia:

*“Componían el público, entre otras muchas personas, los amos y los criados de la confitería, los de las dos carnicerías, la de Curro Delgado y la de Bezola, los oficiales de la barbería con los puños de la chaqueta arremangados y el pelo echado a la cara, las escogedoras de trigo de la panadería, los mozos de ésta, vestidos de elástica, calzones blancos, pañuelo a la cabeza anudado atrás y con los picos colgando y llevando los brazos cruzados, según costumbre de esos trabajadores, y los dependientes y los dueños del ‘Gran barato de géneros’, de la tienda del ‘Pañero’, de la de Montañés, del almacén de ‘comestibles y refino’, del puesto de fruta y de otro muchos establecimientos, las casas inclusive del ‘Dentista’ y la, según reza la muestra, ‘Matrona aprobada por la facultad de medicina de Cádiz’”*<sup>641</sup>.

<sup>639</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 204.

<sup>640</sup> *Insolación*, cit., p. 85.

<sup>641</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 553-554.

La pormenorizada mención de los diferentes oficios destaca el enorme interés que sienten todos por enterarse de los más mínimos detalles de lo que ha ocurrido, pues son conscientes de estar asistiendo a un acontecimiento “histórico”:

*”Aquella muchedumbre no movía algazara, temerosa de perder el pormenor más leve del suceso, que era de los que se cuentan toda la vida, y forman parte de la hoja de servicios del mortal más afortunado que en tan interesante espectáculo tuvo localidad de preferencia: reíanse aquella tarde los asistentes a la función de las novedades madrileñas; con el escándalo de la calle de la Higuera y con la cola que trajeron los tiros que habían sonado, acerca de cuyo número se disputaba acaloradamente, no tenían que envidiar, en materia de emociones a ninguna capital del mundo; había tela cortada para un trimestre”*<sup>642</sup>.

Sale Julio detenido, pero la gente no se mueve porque quiere ver salir el cadáver; cuando se enteran de que no ha habido muertos, se llevan una gran decepción:

*“La mayoría de la gente no acompañó al preso, sino que se estuvo un cuarto de hora en la calle esperando la salida de lo que más le interesaba: los cadáveres; y se retiró mohína, llamándose a engaño y exclamando: ‘¡Vaya una guasa!’ ‘¡después de tanta bulla, nada!’ ‘¡Para esto hemos venido aquí!’ Cuando salió don Joaquín el médico titular, diciendo que sólo había un herido muy grave y que lo dejaba en la cama, de modo que el público en su desencanto, no tuvo siquiera el consuelo de ver pasar el herido al hospital, con la probabilidad de que espichara por el camino”*<sup>643</sup>.

A pesar de su curiosidad morbosa y falta de sensibilidad para las desgracias ajenas, el pueblo no resulta desfavorecido en la descripción anterior. Ello se debe a que, por encima de cualquier otra, el texto transmite una sensación de naturalidad y de inocencia, creada al principio mediante la presentación de los personajes con sus ropas de trabajo y las alusiones, no exentas de humorismo, a la cualificación profesional de algunos de ellos. Y es que, en última instancia, esta gente que ahora se ha echado a la calle para curiosear, es la misma a la que hemos visto en una cita anterior –en el apartado de ‘tipos y ambientes populares’- ocupándola acompañada de “ese quid bienhechor e inexplicable, de que están llenos el aire, la luz, las personas, y hasta las piedras de Andalucía”<sup>644</sup>. Lógicamente, este efecto bienhechor del que se habla al comienzo de la novela, y que desempeña un papel fundamental en la idealización de la realidad como ya comenté en el apartado mencionado, la envuelve toda desde el principio hasta el final.

Luego, en la novela de tendencia conservadora, que no se ocupa especialmente del tema, los instintos y pasiones no son una característica –excepto en el caso de Pardo Bazán- que contribuya a la presentación de una imagen negativa del pueblo<sup>645</sup>.

La novela liberal se ocupa más extensamente, con más detalles y matices, y la imagen es, en líneas generales, bastante menos positiva.

<sup>642</sup> *Ibíd.*, p. 554-555.

<sup>643</sup> *Ibíd.*, p. 555-556.

<sup>644</sup> *Ibíd.*, p. 17-18.

<sup>645</sup> Por otra parte, no siempre el apasionamiento popular tiene connotaciones negativas en la obra de Pardo Bazán. Por ejemplo, la despedida, en la estación de León, del señor Joaquín de su hija Lucía, que se acaba de casar y sale con su marido para el viaje de novios, la describe en los siguientes términos: “Corrió la novia hacia su padre, abiertos los brazos, y el viejo y la niña se confundieron en un abrazo largo, verdadero, popular en que crugían [sic] los huesos y el aliento se cortaba”. *Un viaje de novios*, cit., p. 22.

Tanto Palacio Valdés como Galdós ligan explícitamente el hecho de pertenecer a las clases bajas con la falta de modales y la violencia, que son las principales consecuencias del arrebatado pasional con que suele actuar el pueblo, sobre en todo en cuestiones sentimentales.

Antonio Salabert, duque de Requena, tiene una querida de lo más vulgar, Amparo, de origen plebeyo, que no se anda con rodeos a la hora de decirle al duque con el mayor descaño y cinismo cuáles son los verdaderos motivos por los que está con él:

*“-¡Quita, quita! –dijo al fin rechazándole-. No me sobes más. Bastante me has sobado ayer tarde. Me he lavado tres veces. Eché sobre mí un frasco de rosa blanca y todavía a las doce de la noche me olía mal.*

*-Olor de tabaco.*

*-No. El olor del tabaco me gusta. Olor de viejo.*

*Esta salida brutal no despertó la indignación del duque como era de presumir. Soltó una carcajada y le dio una palmadita cariñosa en la mejilla.*

*-Pues no me salen baratos los besos.*

*Tampoco esta cínica réplica alteró a la bella, que en el mismo tono de mal humor le dijo:*

*-Ya lo creo. Y cuantos más años tengas, más caros te irán saliendo”<sup>646</sup>.*

Amparo, que ha sido querida de varios personajes importantes, ha llegado a adquirir cierto refinamiento en sus costumbres, especialmente en lo que se refiere al gusto para vestirse<sup>647</sup>. Pero fuera de esto, *“Amparo era en su trato tan tosca, tan incivil, tan bestia y tan ignorante como lo son casi siempre en España las criaturas de su condición”<sup>648</sup>*. Por eso, por muchos esfuerzos que haga, su verdadera condición no puede dejar de aparecer:

*“Hacia un año que era su querida y que estaba instalada en aquel hotelito del barrio de Monasterio. Al principio procuraba refrenar su genio y tenerle contento mostrándose dulce y amable. Pero como esto le costaba un esfuerzo, y como, por otra parte, pudo cerciorarse en seguida de que los desdenes, el mal humor y hasta los insultos, lejos de enfriar la pasión del duque la encendían más, dio rienda suelta a su genio. Apareció la criatura salida del cieno, con su grosería, sus inclinaciones plebeyas, su carácter agresivo y desvergonzado”<sup>649</sup>.*

Manifestación de esta falta de educación es el gusto, la satisfacción que experimenta el pueblo ante los acontecimientos truculentos. El secuestro de un niño moviliza a todo el pueblo para buscarlo, pero excita también el morbo de la gente:

*“El pueblo se había puesto en conmoción y muchos vecinos, aunque todavía era de noche, salieron a la calle para enterarse. Cuando amaneció las calles se llenaron de gente y todos se convirtieron en agentes de policía para averiguar el paradero del niño secuestrado. El asunto preocupaba sobre todo a las mujeres que no cesaban en sus comentarios. De tal suerte que en menos de una hora corrieron tres o cuatro novelas por el pueblo. El niño fue hijo de un gran señor que daba diez millones por su rescate; fue un expósito a quien su madre, no pudiendo reclamarlo, hacía secuestrar; fue un huérfano al cuidado de aquel señor que allí estaba y que unos tíos quisieron hacer desaparecer, etc., etc. En los corrillos se saboreaban con deleite estas noticias de gusto romancesco”<sup>650</sup>.*

<sup>646</sup> *La espuma*, cit., p. 193.

<sup>647</sup> *“Sabía vestirse, facultad que no es tan común como parece, sobre todo en esta clase de mujeres. Tenía bastante instinto para buscar la armonía de los colores, la sencillez y la pureza de las líneas. No pretendía llamar la atención, como la mayor parte de sus iguales, por lo exagerado de sus sombreros y el vivo contraste de los colores”*. P. 195.

<sup>648</sup> *Ibíd.*, p. 195.

<sup>649</sup> *Ibíd.*, p. 196.

<sup>650</sup> A. Palacio Valdés: *El origen del pensamiento*, cit., p. 434.

Otra consecuencia del arrebató pasional es el comportamiento violento que, como dije al principio, aparece con frecuencia en la esfera de la vida sentimental. Un ejemplo de ello son las relaciones entre Velázquez, “majo” gaditano y Soledad, mujer del pueblo, sin recursos y sin cultura por lo que “era inclinada por naturaleza y nacimiento a las formas rudas, al lenguaje brutal y desvergonzado, no desprovisto de gracia, de la plebe andaluza”. Precisamente, como consecuencia de esa inclinación “no comprendía ni mucho menos podían ser de su agrado los modales de un trato delicado y culto”<sup>651</sup>. Soledad termina cayendo en manos del “guapo” que la convierte en su amante. Éste, acostumbrado a que las mujeres se le sometían siempre, la trata despóticamente y se complace en humillarla e, incluso golpearla, en público para demostrar su dominio, como sucede en una ocasión en que Soledad, que lo sorprende divirtiéndose con otras mujeres, contesta a las burlas de su amante. Éste no soporta que su querida dé muestras de la más mínima rebeldía delante de sus compañeros de juerga por lo que reacciona violentamente

*“Pintose un furor rabioso en el rostro de Velázquez al escuchar estas palabras insolentes; alzó el bastón que llevaba en la mano y cruzó con él las espaldas de su querida, que estaba ya medio vuelta para irse. Y hubiera seguido golpeándola si los concurrentes no se hubieran apresurado a interponerse”*<sup>652</sup>.

Otras veces son los hombres los que se pelean entre sí por motivos parecidos. En un baile, durante el carnaval de Cádiz, estalla una pelea con navajas:

*“El motivo era que un hombre, sorprendiendo a su mujer allí, la estaba dando de bofetadas. El galán que la acompañaba salió en su defensa: se había trabado una lucha en la cual tomaron parte los amigos de uno y otro: brillaron las navajas, y hubiera habido que sentir si los muchos concurrentes no sujetasen a los gladiadores y la policía no llegase a punto. Velázquez, que siempre se había mostrado indiferente a esta bullas y se había reído de los burlados, dijo en voz alta y con acento colérico que estaba bien hecho, y que fue lástima que el hombre no le hubiese sacado las tripas al galancete”*<sup>653</sup>.

El cambio de actitud de Velázquez se debe a que Soledad, harta de sus maltratos, ha optado por abandonarlo.

Muy similar es el tratamiento del tema por parte de Galdós. Éste liga también explícitamente el hecho de pertenecer a las clases bajas con la falta de modales:

*“No puede usted figurarse lo ‘desaborida’ que soy. No se me ocurre nada más que sandeces. Juan me decía que no sirvo para nada, y que no me merezco el palmito que tengo. Él se empeñaba en que yo fuera de otro modo; pero la cabra siempre tira al monte. Pueblo nació y pueblo soy; quiero decir, ordinariota y salvaje... ¡Ah, si viera usted lo furioso que se ponía cuando le decía yo lo que me gusta un guisado de falda y pechos como los que se comen en los bodegones!”*<sup>654</sup>.

Fortunata, además, está muy orgullosa de ser como es y no quiere cambiar. En una ocasión, le responde así a Juanito, que le ha dicho que está muy guapa: “¿Lo dices porque me he civilizado algo? ¡Quí! No lo creas: yo no me civilizo, ni quiero; soy siempre pueblo; quiero ser como antes, como cuando tú me echaste el lazo y me cogiste”<sup>655</sup>. Fortunata tiene varias reacciones que demuestran esa falta de civilización de la que hace gala. Y estas reacciones –cuyo grado de

<sup>651</sup> A. Palacio Valdés: *Los majos de Cádiz*, cit., p. 255-256.

<sup>652</sup> *Los majos de Cádiz*, cit., p. 285.

<sup>653</sup> A. Palacio Valdés: *Los majos de Cádiz*, cit., p. 297.

<sup>654</sup> *Fortunata y Jacinta* II, cit., p. 94.

<sup>655</sup> *Fortunata y Jacinta* I, cit., p. 690.

violencia es variable- van a ser siempre objeto de un comentario negativo bien por parte de otro personaje o, incluso, por parte del propio narrador. Una de ellas es con su marido. Maxi, enterado de que su mujer ha vuelto con Santa Cruz, se muestra pacífico y lo acepta estoicamente. Fortunata se sorprende de las tragaderas de su marido y de que éste no se lo tome por la tremenda; tanto es así que le dice que no es hombre y que no tiene honor. Maxi le responde:

*“Lo que dices –con glacial estoicismo- es propio de una criatura llena de debilidades y de impurezas, en quien la razón se halla en estado embrionario, y que habla y obra siempre al impulso de las pasiones y del vicio”<sup>656</sup>.*

Otra es con Jacinta, con la que coincide en casa de Mauricia, a quien Jacinta, dedicada a las obras de caridad por influencia de su amiga Guillermina, está visitando. Fortunata, que sabe quién es Jacinta (ésta no la conoce a ella) y que se considera –por haber tenido un hijo con él- con más derechos sobre Santa Cruz que su propia esposa, se mueve entre el respeto y el deseo de increparla:

*“Los agravios se le revolvían en el seno, saliéndole a los labios en esa forma descomulgada y grosera de las hijas del pueblo, cuando se ponen a reñir. ‘¡La cojo y la...!’ –decía para sí clavándose las uñas en su propios brazos-. [...] Pero de los labios para fuera, nada...”<sup>657</sup>.*

Fortunata, a pesar de todo se siente intimidada por Jacinta. Pero la pasión termina imponiéndose:

*“... creyó sentirse con más valor para dar un escándalo... Toda la rudeza, toda la pasión fogosa de mujer del pueblo, ardiente, sincera, ineducada, hervía en su alma, y una sugestión increíble la impulsaba a mostrarse como realmente era, sin disimulo hipócrita. [...] No podía darse cuenta de lo que le pasó. Obedecía a un empuje superior a su voluntad, cuando se lanzó hacia ella con la rapidez y el salto de un perro de presa. Juntáronse, chocando en mitad del angosto pasillo. La prójima le clavó sus dedos en los brazos, y Jacinta la miró aterrada, como quien está delante de una fiera... Entonces vio una sonrisa de brutal ironía en los labios de la desconocida, y oyó una voz asesina que le dijo claramente:  
-Soy Fortunata”<sup>658</sup>.*

En esta ocasión las cosas no fueron a más. Pero, pasado el tiempo, volvió a tener otro encuentro con ella en casa de Guillermina, donde la insultó y, si no la hubiera sujetado uno de los criados, le habría pegado:

*“La ira, la pasión y la grosería del pueblo se manifestaron en ella de golpe, con explosión formidable. Volvió a la niñez, a aquella época en que trabándose de palabras con alguna otra zagalona de la plazuela, se agarraban por el moño y se sacudían de firme, hasta que los mayores las separaban. No parecía ser quien era, ni debía tener conciencia de lo que hacía. Jacinta y Guillermina se acobardaron un momento; pero luego la primera lanzó un grito de angustia, y la santa salió a pedir socorro. No tuvo tiempo Fortunata de prolongar su altercado ni de volver en sí, porque apareció en la puerta el criado de Moreno, que era un inglesote como un castillo”<sup>659</sup>.*

<sup>656</sup> *Fortunata y Jacinta* II, cit., p. 497.

<sup>657</sup> *Fortunata y Jacinta* II, cit., p. 207.

<sup>658</sup> *Ibid.*, p. 208.

<sup>659</sup> *Fortunata y Jacinta* II, cit., p. 252.



Peor suerte corrió Aurora, antigua amiga de Fortunata y nueva amante de Juanito. Cuando Fortunata se entera, va a su casa, la insulta y la golpea:

*“-¡Toma, indecente, púa, ladrona!*

*Bofetada más sonora y tremenda no se ha dado nunca. Todas las oficiales corrieron espantadas al auxilio de su jefe; pero por pronto que acudieron, no fue posible impedir que Fortunata, empuñando su llave con la mano derecha, le descargase a la otra un martillazo en la frente; y después, con indecible rapidez y coraje, le echó ambas manos al moño y tiró con toda su fuerza. Los chillidos de Aurora se oían desde la calle. Las dos señoras aquellas salieron a la escalera pidiendo socorro. Gracias que las oficiales sujetaron a la fiera en el momento en que clavaba sus garras en el pelo de la víctima, que si no, allí da cuenta de ella. Sujetada por tantas manos, Fortunata hizo esfuerzos por desasirse y seguir la gresca; pero al fin el número, que no el valor, venció su increíble pujanza. A una de las modistillas la tiró patas arriba de una manotada; a otra le puso un ojo como un tomate. Dando resoplidos, lívida y sudorosa, los ojos despidiendo llamas, Fortunata continuaba con su lengua la trágica obra que sus manos no podían realizar”<sup>660</sup>.*

Lo que mueve a Fortunata a comportarse de esta manera<sup>661</sup> no es sólo la ira provocada por el engaño de la que suponía su amiga que se ha convertido en amante del que ella considera su hombre, sino algo más profundo, como una impronta de clase de la que es muy difícil escapar; de ahí que el ligero refinamiento que Fortunata había experimentado como consecuencia de su matrimonio, su trato con Santa Cruz y con Feijoo, desaparezca y quede *“revertida otra vez bruscamente a las condiciones de su origen, mujer del pueblo, con toda la pasión y la grosería que el trato social había disimulado en ella”<sup>662</sup>*. Opinión que coincide con la de Guillermina quien, cuando Fortunata intentó agredir a Jacinta, le dijo: *“Tiene usted las pasiones del pueblo, brutales y como un canto sin labrar”<sup>663</sup>*. Este comentario de Guillermina es objeto, a su vez, de otro del narrador que resulta curioso:

*“Así era la verdad, porque el pueblo, en nuestras sociedades, conserva las ideas y sentimientos elementales en su tosca plenitud, como la cantera contiene el mármol, materia de la forma. El pueblo posee las verdades grandes y en bloque, y a él acude la civilización conforme se le van gastando las menudas, de que vive”<sup>664</sup>.*

Este comentario del narrador coincide exactamente con uno, en respuesta a las palabras de Fortunata –*“yo no me civilizo, ni quiero; soy siempre pueblo”*- de Juanito Santa Cruz:

<sup>660</sup> *Ibíd.*, p. 480.

<sup>661</sup> En la novela hay un episodio paralelo a éste, pero de resultado inverso. Maxi, enterado de que su mujer se ve con Santa Cruz, lo espera a la salida de una de las citas, lo insulta; Santa Cruz lo empuja, lo tira al suelo. Maxi consigue levantarse y el otro lo vuelve a tirar. Como Rubín sigue insultándole, *“El Delfín se acercó y poniéndole un pie sobre el pecho, cuidando de no apretar, dijo:*

*-Si no te callas te aplasto.*

*Levantose Rubín de un salto. Era todo uñas y todo dientes, sacaba las armas del débil; pero con tanta fiereza, que si coge al otro le arranca la piel. Santa Cruz acudió pronto a la defensa.*

*-Te digo que te pateo... si vuelves...*

*Le levantó como una pluma y le lanzó violentamente donde antes había caído. Era un solar o campo mal labrado, más allá de la última casa. La víctima no daba acuerdo de sí, y aprovechando aquel momento el bárbaro señorito, que vio pasar su coche, lo detuvo, montose en él de un salto y ¡hala! partieron los caballos a escape.”* Tomo I, cit., p. 707.

<sup>662</sup> *Fortunata y Jacinta* II., p. 481.

<sup>663</sup> *Ibíd.*, p. 251.

<sup>664</sup> *Fortunata y Jacinta* II, cit., p. 251.

*“¡Pueblo!, eso es –observó Juan con un poquito de pedantería-; en otros términos: lo esencial de la humanidad, la materia prima, porque cuando la civilización deja perder los grandes sentimientos, hay que ir a buscarlos al bloque, a la cantera del pueblo”<sup>665</sup>.*

Ambos utilizan la misma imagen: el pueblo como cantera en la que se encuentran los grandes bloques de mármol que contienen las grandes verdades, para el narrador, y los grandes sentimientos, para Juanito. La imagen de la cantera es una imagen ambivalente. Por una parte se desprenden de ella una serie de connotaciones negativas –primitivismo, tosquedad, rusticidad...- avaladas por el comportamiento grosero y violento de Fortunata; pero, por otra, también positivas –sencillez, autenticidad, incorruptibilidad, depósito de valores inmateriales...- explícitamente reconocidas tanto por el narrador como por el personaje. Ahora bien, al margen de esas connotaciones –expresión o reflejo de lo que se podría denominar un sentimiento esquizofrénico de la burguesía (miedo/necesidad) hacia el pueblo, tiene un significado que me parece mucho más importante: es evidente que la imagen de la cantera lleva implícita la idea de que alguien tiene que trabajarla; alguien tiene que darle forma a la materia prima contenida en la misma. Es indispensable un artista, alguien que desde fuera, situado en una situación de preeminencia, modele y elabore lo que, de otra forma, no llegaría a tener ningún sentido. O, lo que es lo mismo, la fuerza, los sentimientos, los valores del pueblo tienen que ser dirigidos por alguien ajeno al mismo, lo que implica el negarle a éste la capacidad para ser protagonista de su propio destino. Es decir, se concibe al pueblo no como una clase social autónoma con sus propios intereses, sino al servicio de la clase dirigente. Para Galdós, ésta, como ya ha quedado claro en multitud de ocasiones en las páginas anteriores, es la clase media. Pero, en España, la burguesía ha traicionado los principios de la revolución liberal entregándose incondicionalmente a la oligarquía que manipula al pueblo en su propio beneficio apartándolo de la órbita de la burguesía. El caso de Fortunata es un ejemplo más de ello, pues de esta “cantera” los únicos que consiguen extraer algo son Juanito Santa Cruz y Evaristo Feijoo, sobre todo el primero, que la utilizan para satisfacer sus caprichos. Sin embargo Maxi Rubín<sup>666</sup>, que es el único que la quiere de verdad hasta el punto de que venciendo la resistencia de su familia, especialmente su tía doña Lupe, se casa con ella, fracasa por completo y no logra ni siquiera el reconocimiento de Fortunata, pues ésta, como se acaba de ver, hasta lo insulta. Ahora bien, no se puede decir que la relación con Santa Cruz –ni tampoco la que mantiene con Feijoo- dignifique a Fortunata, pues Juanito se aprovecha descaradamente de ella. Precisamente la única manera de dignificarse –a los ojos de la sociedad, me refiero- es el matrimonio con Rubín, y es tirado por la borda por Fortunata. Por tanto, por encima de las posibilidades positivas que la imagen de la cantera pueda encerrar, las pasiones –debido fundamentalmente al comportamiento irracional que

<sup>665</sup> *Fortunata y Jacinta* I, cit., p. 690.

<sup>666</sup> Es evidente que se puede afirmar que este matrimonio no podía terminar de otra manera, dadas las características físicas y síquicas de Maxi Rubín. Pero no es el único representante de la clase media que fracasa con Fortunata. Segismundo Ballester, el jefe de la farmacia donde trabaja Maxi, que, cuando se da cuenta de la situación, –que la relación con Rubín no funciona y que Fortunata ha vuelto con Santa Cruz- le hace la corte abiertamente a Fortunata, no consigue que ésta le haga caso:

*“-Sí, no puedo menos de deplorar –prosiguió el regente inflándose-, que usted sea tan consecuyente con personas que no lo merecen... Habiendo en el mundo tanto corazón leal, ir a buscar precisamente el más inconstante... [...] Pues decía... -Ballester tomaba una actitud que a él le parecía aristocrática-, decía que a quien debiera usted querer es a mí... Ya ve usted que no me muerdo la lengua.*

*-¡Ay qué gracia! Me gusta usted por lo corto de genio. Ibid., tomo II, p. 295.*

conllevan- son negativas porque facilitan la manipulación del pueblo por parte de la oligarquía. Luego, una vez más, llegamos a la misma conclusión que en puntos anteriores: Galdós acusa a la oligarquía de utilizar al pueblo al servicio de sus propios intereses.

En síntesis, para la novela de tendencia conservadora, que se ocupa escasamente del tema, el comportamiento pasional no es una característica que redunde en perjuicio del pueblo. Por el contrario, en la liberal contribuye a presentar una imagen negativa de él. Más en Galdós que en Palacio Valdés. En este, la caracterización negativa en esta faceta, está siempre contrapesada por una cierta recreación estética –ya comentada en otros aspectos de esta novela- que le hace distanciarse de la realidad y, por tanto, que ésta aparezca menos problemática de lo que es. A todo ello contribuye, además, el que la novela tiene hasta cierto punto un final feliz, pues todos los conflictos sentimentales, que dieron lugar a los arrebatos pasionales, de los protagonistas, terminan arreglándose. Cosa que no sucede en la novela de Galdós, pues el final de *Fortunata*, con la entrega de su hijo a Jacinta poco antes de morir, no es precisamente feliz para la representante del pueblo. Por eso, mientras Palacio tiende a distanciarse del pueblo, Galdós denuncia la situación de dependencia en que se encuentra –por las razones ya tantas veces repetidas- de subordinación respecto a la oligarquía.

### 3.2.4.7. Distanciamiento irónico.

El tratamiento distanciador, frecuentemente irónico, de las costumbres, ambientes y tipos populares es otro de los rasgos característicos con los que aparece el pueblo en la novela de este período. También abundan más las referencias en la novela de tendencia liberal que en la conservadora. Pero, a diferencia de lo que sucedía en el punto anterior, el pueblo no sale favorecido en ninguna de las dos.

Pereda narra pormenorizadamente una asamblea de los pescadores del Cabildo de Arriba. Tras recoger el orden del día –en el que ya comienza la ironía del autor al mezclar los temas serios con otros que no lo son tanto<sup>667</sup>-, sigue con la presentación de los que presidían la asamblea y la distribución de los asistentes a la misma:

*“La Junta, digámoslo así, compuesta de dos alcaldes de mar (primero y segundo), tesoroero y recaudador, ocupaba el sitio más visible, esparrancada en lo alto de la plazoleta, cerca del pretil, en cuyo lomo cabalgaban raqueros, o apoyaban ligeramente sus posaderas los congregados más viejos o más perezosos”*<sup>668</sup>.

Las expresiones, ‘digámoslo así’ y ‘esparrancada’, para referirse a la Junta, o ‘posaderas’ para algunos de los asistentes, son muy significativas de la actitud que adopta al autor ante lo que está contando. Pasa, a continuación, fijarse con cierto detenimiento en algunos de los personajes del público:

*“Entretanto, se oía un rumor incesante de conversaciones a media voz, y sobre este rumor, el zumbido de Mocejón, que parecía un tábano por lo tenaz y molesto. Todo cuanto allí se decía o se acordaba, provocaba sus gruñidos; y con su pipa rabona entre los dientes, los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza gacha y torcida, el gesto de ira y de te-*

<sup>667</sup> O si lo son, los cuenta de tal manera que no pueden dejar de causar hilaridad; por ejemplo: “Porque el boticario del gremio había advertido que no admitiría nuevo ‘asalareao’, cuando terminara el vigente, si no se le daban cuarenta duros más al año, o se asalariaba el Cabildo con otro medico que recetara menos”. *Sotileza*, cit., p. 140.

<sup>668</sup> *Sotileza*, cit., p. 141.

*dio, y puerco y sin afeitar, iba, torpe y perezoso, de acá para allá, respondiendo a todo sin hablar con nadie y renegando hasta del sol que caldeaba la escena*<sup>669</sup>.

Si grotesco resulta este personaje, no lo son menos las intervenciones de otros:

*“Decía el Sobano, por ejemplo, que blanco.*

*-¡Yo digo que negro! –respondía, empeñándose un vejete.*

*-¿Por qué? –replicaba el alcalde de mar.*

*-¡Porque sí! –decía el otro, virando de costado; y luego, haciendo un poco de barquín-barcón con la encorvada espalda, añadía, encarándose con los de atrás-. ¡A mí con ésas!... ¡Si cuando tú vas, ya estoy yo de vuelta, probetuco... rasolís!*

*Otra vez era un mozo de piel lustrosa, pelo encrespado, corto de labio y largo de dientes, que se había atrevido a apuntar un reparo, con voz airada, desde lo más trasero del concurso.*

*-¿Y qué hay con eso? –le preguntaba desde la paredilla alguien de la junta.*

*-Pos... ¡lo dicho! –respondía el mozo volviendo la cara a su derecha.*

*-¿Y qué es lo dicho? –le replicaban.*

*-Pa saberlo está usted ahí –respondía el del labio corto y los dientes largos, acabando de dar la media vuelta hacia atrás-; pa eso, pa saber lo que yo digo y hacer lo que nusotros quieramos, que pa eso somos Cabildo*<sup>670</sup>.

Continúan las intervenciones de este tipo, muchas de ellas manifiestamente hostiles hacia la junta –hasta el punto de que ponen en duda su honradez en la administración del dinero– motivadas fundamentalmente por la envidia de no formar parte de ella. Sin embargo, el narrador concluye diciendo que ésas son las excepciones y contando cómo termina imponiéndose la sensatez:

*“Éstas eran las notas de color sombrío que salpicaban aquel cuadro tan alegre y pintoresco, y la base del rumor incesante que se observaba entre sus personajes. Porque el verdadero peso de la discusión le llevaban, en nombre de la junta, el Sobano; y entre el concurso, hombres de buena voluntad, como tío Mechelín y otros compañeros, que, aunque también trataban los puntos de medio lado, al fin los trataban racionalmente. Por lo común, el alcalde de mar era quien encauzaba y dirigía los discursos; cortando extravíos ociosos y razones impertinentes, llevaba los remates adonde debían y cuando debían llevarse, y formularse los acuerdos a los cuales no se oponían, al cabo, ni los más díscolos. Sin esta especie de dictadura, jamás hubiera sido posible en aquel Cabildo, ni en el de Abajo, ni en ningún concurso por el estilo, resolver cosa alguna*<sup>671</sup>.

En esta escena el narrador utiliza dos enfoques diferentes para narrar lo que sucede en la asamblea de los pescadores: uno irónico y otro serio. En la primera parte –en la que describe a los asistentes y recoge sus intervenciones– Pereda observa –utilizando el símil vallein-clanescos– desde el aire. Los pescadores están discutiendo cosas muy serias e importantes para ellos: socorros a las viudas, ayudas a los que les tocaba ir al ejército, seguro médico... Pero el narrador desproblematiza todas estas cuestiones pues consigue obviar la vertiente dramática de las mismas haciendo que sólo aparezca el lado cómico que se deriva de la facha, el lenguaje y comportamiento de los personajes. Por eso, la reacción que provoca en el lector no es la de identificación solidaria, sino de regocijo. Sin embargo, en la segunda parte, el narrador deja de observar desde el aire y comienza a mirar de pie –quizás sería mejor

<sup>669</sup> *Ibíd.*

<sup>670</sup> *Ibíd.*, p. 141-142.

<sup>671</sup> *Sotileza*, cit., p. 143.

decir que baja unos cuantos peldaños y se pone ‘casi de pie’<sup>672</sup> - contando cómo los miembros más juiciosos de la reunión conseguían siempre conducirla por los caminos de la sensatez. Aunque, eso sí, no parece que fuera tarea fácil pues –como de la palabra dictadura se deduce- para lograrlo tenían que emplearse a fondo para convencer hasta a los que no estaban dispuestos a ser convencidos. ¿Qué conclusión se puede sacar de todo esto? De la primera parte, que Pereda no se toma en serio lo que allí sucede. En la segunda se dice por qué: porque el pueblo termina entrando en el redil como lo demuestra la docilidad con que hasta “los más díscolos” terminan aceptando los acuerdos que los dirigentes de la reunión les presentan. Es decir, a Pereda no le preocupa la cerrazón, cerrilidad e irracionalidad del pueblo porque todo ello no deja de ser una capa epidérmica debajo de la cual predominan los buenos sentimientos, como lo demuestra la docilidad anteriormente mencionada y, sobre todo el respeto a lo acordado sin necesidad de poner nada por escrito, tras lo cual subyace, dicho sea de paso, un evidente rechazo del mundo burgués del papeleo:

*“Proclamados estos acuerdos a la luz del sol, y estampados en el fondo azul de los cielos, bajo la fe de la palabra honrada de los mareantes constituidos en Cabildo, libro que no admite raspaduras ni malicias de redacción, y por eso nunca dieron que hacer sus cláusulas a la Justicia...”<sup>673</sup>.*

Para Pereda –el tono lírico y elegíaco de estas últimas líneas es una prueba más de ello- el pueblo –y esta es una conclusión que se repite con frecuencia en la novela de tendencia conservadora- no es ninguna amenaza. Por eso, en el fondo, su mirada no deja de estar llena de paternalismo condescendiente y su ironía no recarga excesivamente las tintas.

Sí lo hace la novela de tendencia liberal que, en este aspecto como en otros ya vistos, es bastante más dura, sobre todo Palacio Valdés y Galdós.

Los porteros de las casas de vecinos aparecen casi siempre –lo que se convierte en un tópico- caracterizados como cotillas impenitentes. Los del inmueble donde habitan don Ramón Villamil –cesante que vive lleno de apuros a salto de mata- y su familia, sorprendidos de ver entrar al sastre en esa casa, hablan de ello como un verdadero acontecimiento:

*“Con la entrada del sastre tuvieron Paca y su marido comidilla para todo el resto del día y parte de la noche.  
-¿No sabes, Mendizábal? Ha entrado también un sombrero nuevo. Desde que estamos en esta casa, y va para quince años, no he visto entrar más chisteras nuevas que la de hoy y la que estrenó don Basilio Andrés de la Caña, el que vivió en el tercero, a los pocos días de venir Alfonso. ¿Será que va a haber revolución?”<sup>674</sup>.*

Galdós se burla irónicamente de la simpleza de Paca. También Jacinto Octavio Picón pone en la picota a una portera haciéndola hablar más de la cuenta. Le da información a Carola sobre un piso que la portera sospecha que ha sido alquilado para una aventura galante:

<sup>672</sup> Digo esto porque la mirada distante del narrador no desaparece por completo. Por ejemplo, antes de contar que las personas sensatas –como el alcalde de mar o el Sobano- conseguían siempre hacerse con el control utiliza la expresión “*cuadro alegre y pintoresco*” para referirse a la reunión. Y, cuando enumera, en un tono en el que predomina la seriedad, los acuerdos adoptados por la junta, en uno de ellos volver a reaparecer un cierto deje irónico: “*Y, por último. Que los enfermos que ni sanaban ni se morían, continuaran percibiendo el socorro que se les pasaba, hasta que Dios dispusiera de ellos, según fuera su santísima voluntad*”. P. 144.

<sup>673</sup> *Sotileza*, cit., p. 144.

<sup>674</sup> *Miau*, cit., p. 152.

*“Ya me olí yo que se trataba de una trapisonda, vamos, de un señor ‘arrimao’ con una señora. Verá usted: primero vino el joven y tomó el cuarto, luego volvió con el viejo ese que usted dice, que le trataba al joven con mucho miramiento, dejándole pasar siempre por delante...; no, amigos no son, más parecen amo y mayordomo. El joven le dio una de las dos ‘yaves’ para que ‘golviere’ a ‘inspeccionar’, pero crea usted que, según les he visto yo ‘de’ hablar, uno manda y otro calla y obedece”.*

Como ha pasado bastante tiempo y no ha aparecido nadie por el piso, la portera sigue suponiendo lo que puede haber pasado:

*“Y ya va ‘pa’ cinco semanas que trajeron los muebles. Indudablemente esto era con ‘ojebto’ de traer una mujer ‘casá’ y luego se les habrá torció el carro, ‘u’pa’ una de esas ‘ofecinas’ que dan timos”<sup>675</sup>.*

Además de la malsana costumbre de cotillear, que la lleva a hacer confidencias a desconocidos, el autor utiliza en este caso como procedimiento distanciador las reiteradas deformaciones léxicas de la portera.

Otro de los tipos populares satirizados en la novela es el marido sometido, gobernado e incluso humillado por su mujer. Don Quintín es uno de ellos. Es un pobre hombre casado con una mujer dominante y de carácter agrio. Ambos regentan un estanco. Tienen una sobrina, Cristeta, muy guapa que trabaja de meritoria en el teatro y a la que el tío acompaña todas las noches. Don Juan Todellas, seductor experimentado, se encapricha de ella. Empeñado en conquistarla, encarga a una de las coristas que coquettee con don Quintín para distraerlo de su férrea vigilancia. Descubierta el devaneo por doña Frasquita, su mujer, le prohíbe salir de casa y se pasa el día vigilándolo:

*“Ni marido pobre de mujer acaudalada, ni yerno de suegra intolerante, ni protegido por rico vanidoso, se vieron nunca tan privados de libertad como el mísero don Quintín a partir de aquel día en que doña Frasquita se enteró del devaneo que su esposo se traía entre manos; porque la aventura con Mariquita, que para él fue simple pecado de pensamiento, semejante a la delectación morosa que dicen los teólogos, a la vieja le pareció adulterio consumado. A fin de tenerle más sujeto, dispuso aquel ‘Tetrarca’ con faldas que la criada hiciese los pocos recados que en la casa se ofrecían; buscó y pagó personas que acudiesen a los centros oficiales de donde había que recoger las sacas del tabaco y los pedidos del papel sellado; obligó a su esposo a encargarse de la venta desde que se abría hasta que se cerraba el estanco para que no tuviera un momento libre, y, finalmente, decidió pasar el día sentada junto al mostrador, en continua vigilancia, con propósito de morder y arañar a quien se presentase trayendo carta o recado sospechoso”<sup>676</sup>.*

Pero Frasquita no sólo le impone este severo régimen de internamiento a su marido, sino que no pierde oportunidad de insultarlo y humillarlo. Así, algunas veces que lo veía distraído, absorto en sus pensamientos, mientras despachaba en el estanco, se dirigía a él en los siguientes términos:

*“-¿En qué piensas, burro? –solía decirle-; ¿te estás acordando de aquella sinvergüenza? ¡Cochino!  
Otras veces era más expresiva y humillante.  
¿Y todo para qué? –exclamaba con gesto de pitonisa descreída- ¡No puedes con la comida de casa, y querías ir de fonda!”<sup>677</sup>.*

<sup>675</sup> *Dulce y sabrosa*, cit., p. 320-321..

<sup>676</sup> *Dulce y sabrosa*, cit., p. 146.

<sup>677</sup> *Ibid.*, p. 147.

Pasado el tiempo, se suaviza la reclusión y don Quintín, que es un ingenuo, cae en las garras de otra corista de la que no obtiene nada y que, cuando se da cuenta de que tampoco puede sacarle nada, le manda un anónimo a su mujer. Ésta vuelve a humillarle insistiendo de nuevo en su inapetencia doméstica, ahora con metáforas muy gráficas: “*Viciosote; usted, que siempre estaba en casa, flojo y alicaído, como bandera en día sin viento, ¿salía a presumir fuera? ¡Ya te daré yo querindangas! ¡Cochino!*” Y lo condena a no volver a salir de casa más que con ella. Don Quintín se resigna estoicamente:

*“La escuchó atónito, dejó escapar un suspiro de galeote recién sujeto al banco, y tendió la vista por la oscura mansión estanqueril, como debió de hacer, al verse abandonado de sus verdugos, aquel príncipe faraónico a quien sepultaron vivo en las entrañas de la gran pirámide”.*

Refiriéndose a esta última y definitiva reclusión, comenta el narrador: “*Tal fin tuvieron los desórdenes quintinescos, y es fama en el barrio que jamás ha vuelto el pobre viejo a salir solo*”<sup>678</sup>. Don Quintín no sólo tiene que soportar las humillaciones de su mujer, sino también las burlas del narrador que llama “desórdenes” a lo que en realidad no ha existido, pues nunca consiguió nada en sus “aventuras” galantes.

Si el caso de don Quintín resulta cómico, Palacio Valdés presenta otro que es trágico. Paca y Joaquín, alias ‘Fierabrás’, son un matrimonio obrero —ella cigarrera y él albañil— que viven en el barrio de Triana de Sevilla. Los sentimientos de Paca hacia su marido —éste aparece en todo momento visto por los ojos de su mujer que le habla de él al narrador protagonista Ceferino Sanjurjo— son un tanto esquizofrénicos, pues tan pronto le dice a éste que es un perdido, un borracho y un sinvergüenza que le pega a ella y a sus hijos, como que es el mejor hombre del mundo porque tiene un corazón tan grande que no le cabe en el cuerpo<sup>679</sup>. Tan caótica es la enumeración de las virtudes y defectos que de su marido hace Paca, quien pasa de unas a otras sin solución de continuidad, que el narrador no puede menos de comentar:

*“No era empresa fácil averiguar el verdadero carácter o tipo moral del señor Fierabrás por los datos que suministraba su digna esposa. Mas como yo no sentía necesidad apremiante de conocerlo, dejábala explayarse a su gusto y asentía silenciosamente con la cabeza”*<sup>680</sup>.

El narrador comienza a mostrar su distanciamiento hacia lo que le cuenta Paca no sólo mediante la irónica referencia a la confusión de ésta, sino también declarando manifiestamente su desinterés por los problemas del matrimonio. Pero lo realmente grotesco comienza cuando el marido de Paca “anuncia” su llegada:

<sup>678</sup> *Dulce y sabrosa*, cit., p. 329.

<sup>679</sup> “*Mire uté, señorito; es un perdío sin vergüenza, un lechonaso que se cae por las caye... ¡Esto es lo que no pueo aguantar! Que me atrape una jumera cada día, pase... ¡pero que venga por su pie con mil pares de cuerno! y no me lo encuentren tirao como un perro. Y cuidao que él es pa too lo que le manden... Por el aire se entera de las cosas... No hay en Seviya quien le eche el arto en su ofisio, y trabaja como un buey cuando le sopla el viento por ahí... [...] Bruto y cafre, jeso sí!... Por un tantico así es capaz de dejar seco a un hombre. ¡Pero en tocante a corasón, no le digo a uté na!... es el hombre más cariñoso y ma lila que habrá uté vito en su vía... Holgasanaso no hay otro en el barrio, ni má susio tampoco... [...] Es un tunante, un fasineroso de cuerpo entero... Si le viera uté trabajá, ¡una gloria de Dios! Tiene unas mano de plata y unos hígado que ante que consentir en que nadie le ponga el pie delante, se está sobre la ecalera tres días con tres noche... [...] ¡Si no fuese lo arrastrao que es y la mala entraña que tiene, habría que ponerle un fanal!* **La hermana San Sulpicio**, cit., p. 164.

<sup>680</sup> *Ibid.*

*“Pues así como se hallaba Paca comunicándome estos pormenores, oímos hacia el pasadizo de entrada unos formidables maullidos, que mí me parecieron al principio de un gato monstruoso. Después empecé a dudar que fueran producidos por ningún individuo de la raza felina.*

*-Ahí está mi marío –dijo la cigarrera levantándose agitada.*

*-¿Su marido? –pregunté con sorpresa.*

*-Sí señor; es el que maya... Hágame su mersé el favor de esconderse detrás de ese montón de leña”.*

Ceferino le hace caso y, desde su escondite, va a presenciar una escena de lo más esperpéntico:

*“Hice como me mandaba, y asomando con precaución la cabeza, pude ver en medio ya del gran patio, iluminado de lleno por la luz de la luna, a un hombre con blusa blanca que venía caminando lentamente en cuatro patas. De vez en cuando gritaba ‘¡Miau! ¡miau!’ procurando imitar el maullido de los gatos y consiguiéndolo a medias. Acercose al fin a la puerta, y una vez allí, repitió con más fuerza y más a menudo sus formidables maullidos”.*

Paca sale y comienza a insultarle:

*“-¿Eres tú, so arrastrao, porconaso, escandaloso?*

*-¡Miau! ¡miau! –respondió Fierabrás, sin abandonar la posición cuadrúpeda, comenzando a dar vueltas en torno de su esposa y a frotarse contra ella, como un gato que quiere ser acariciado.*

*-¿No te dará vergüenza argún día de ser el hasme rei der barrio? ¿No tendrás argún día compasión de tus pobresitos hijos?*

*-¡Miau! ¡miau!”.*

Y así siguen durante un buen rato, él maullando y ella increpándolo, hasta que mareado por las vueltas que ha dado alrededor de Paca y, sobre todo por el alcohol, cae en el suelo incapaz de levantarse. Paca, que había alternado los insultos con las zalamerías, cuando ve que su marido no puede hacerle nada debido al estado en que se encuentra, decide pasar a la acción:

*“-¿Conque no te puede levantar, ladrón? –oí exclamar a Paca, con feroz placer-. ¡Pues ahora es la mía!*

*-¡Ésta por la gofetá que me diste el sábado! ¡Esta otra también!... ¡Ésta por el candelero que me tiraste a la cabeza el lune!... ¡Ésta por la palisa que me has dao el día de Nuestra Señora! ¡Ésta también! ¡Y ésta!... ¡Y ésta!... ¡Ésta por lechonaso!... ¡Ésta por sinvergüenza!...”.*

Paca sigue durante un buen rato golpeándolo con saña, hasta el punto de que Ceferino interviene para pedirle que lo deje. Hasta que no considera que se las ha pagado todas no lo hace: *“-¿Sabuté? –me dijo-. En estos días que viene desjarretao como un toro, me aprovecho”*<sup>681</sup>. Palacio Valdés, al igual que Pereda en la comentada anteriormente, contempla esta escena desde el aire, pero con la diferencia de que no desciende nunca de su posición. Consigue así que una realidad trágica –las palizas que se dan mutuamente Paca y su marido y los apuros económicos de la familia debidos a que Fierabrás se gasta frecuentemente el jornal en la taberna- quede transformada en una regocijada escena cómica. Paca y, sobre todo su marido, quedan convertidos en peleles, en marionetas, cuyos hilos maneja el narrador desde las

<sup>681</sup> *La hermana San Sulpicio*, cit., p. 165-166.



alturas. El humor se utiliza así para rechazar y tomar distancia frente a una realidad que resulta incómoda.

No es ésta la única novela en la que Palacio Valdés echa mano de la ironía para tomar distancia frente al pueblo. En el teatro de Sarrió se ha organizado un acto cultural. El público se encuentra distribuido por las distintas partes del teatro:

*“En el segundo piso bullía, gritaba, coceaba y relinchaba toda la chusma del pueblo sin diferencia de clases, lo mismo el marinero de altura que el que pescaba muergos en la bahía o el peón de descarga; Amalia la revendedora igual que las que acarreaban el ‘fresco’ a la capital”*<sup>682</sup>.

El acto comienza con la actuación de la orquesta, dirigida por un ebanista, y formada por el barbero, el escribiente, el sacristán, un carpintero, un zapatero y un albañil. Algunos desafinan y los gritos de rechifla se hacen generales. El alcalde manda llamar a uno de los que más gritaban y lo reprende en público:

*“El alcalde, después de haber reprendido y amenazado ásperamente a Percebe, le dejó volver otra vez a su sitio, con gran satisfacción de la cazuela, que lo recibió con hurras y aplausos”*<sup>683</sup>.

Entre los dos textos de Palacio existen similitudes y diferencias. El tema de ambos es el mismo: el tratamiento irónico del pueblo. Y el procedimiento utilizado también es el mismo: la animalización de los personajes. Fierabrás se comporta en todo momento como un gato. El público del teatro cocea, relincha y el nombre del amonestado por el alcalde es ‘Percebe’. Pero hay una diferencia, mientras que en el primero está presente la tragedia –aunque queda en un segundo plano y pierde su condición de tal como consecuencia del tratamiento paródico–, en el segundo ha desaparecido por completo, con lo cual la distancia del narrador de lo que está narrando resulta mucho mayor.

Cierta similitud con la asamblea descrita por Pereda guarda una escena de Galdós. A Juan Pablo Rubín, el mayor de los hermanos, que es un cabeza loca que ha estado dando tumbos de un lado para otro –incluso ha formado parte del Cuartel Real de don Carlos– le ha dado últimamente por las lecturas filosóficas. Se siente con fuerzas y ganas de predicar la buena nueva a todo el mundo “*pero como no tenía más público que la tertulia del café, con este inocente auditorio tuvo que contentarse*”<sup>684</sup>. El ‘inocente auditorio’ está compuesto por un pianista ciego, unas cuantas placeras que venden en el mercado y varias mozas del partido. Los diálogos y observaciones del auditorio no tienen nada que envidiar a los de los marineros de Pereda. Habla Rubín de que lo único que existe es la Naturaleza, origen y final de todo. Le objetan los contertulios:

*“-Lo uno no quita lo otro –observó doña Nieves con aplomo, empezando a tomar su chocolate-. Porque habrá toda la Naturaleza que usted quiera, pero eso no quita que haiga también santísima Trinidad.*

*-Señora, por los clavos de Cristo –dijo el filósofo ya sin saber por dónde tirar-. Fijemos ante todo el concepto de Naturaleza. ¿Qué es la Naturaleza?*

*-¡Otra!, el campo –indicó con presteza la de San Juan de Dios.*

*-Y los animales –murmuró el ciego, que era el que menos hablaba.*

<sup>682</sup> *El cuarto poder*, cit., p. 2.

<sup>683</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>684</sup> *Fortunata y Jacinta II*, cit., p. 42.

-No digáis tonterías –manifestó doña Nieves-. La Naturaleza somos nosotros los pecadores, todos frágiles. ¿Verdad, D. Juan Pablo?

-Los pecados son Naturaleza –apuntó otra-; por eso a los hijos del pecado los llaman ‘naturales’.

-¡Vaya un lío que me arman ustedes!

Una de las placentas que presentes estaban tenía muy abultado el seno. En cierta ocasión, estando confesándose, le dijo el cura: ‘sea usted modesta en el vestir y no haga ostentación de esas naturalezas...’ ‘¿Qué, señor?’ ‘Eso, la delantera.’ Por esto, al oír hablar de Naturaleza y de pecado, creyó que se referían a aquellas partes que debe cubrir el recato, y dijo escandalizada:

-¡Vaya unas conversaciones indecentes que sacan ustedes!’<sup>685</sup>.

Tras esta caricatura Galdós parodia el anarquismo, que es la filosofía que acaba de descubrir el mayor de los Rubín y que le ha cautivado por completo:

“El hallazgo era negativo, es decir, había descubierto que la mejor organización de los estados es la desorganización; la mejor de las leyes las anula todas, y el único gobierno serio el que tiene por misión no gobernar nada, dejando que las energías sociales se manifiesten como les da la gana. La anarquía absoluta produce el orden verdadero, el orden racional y propiamente humano. Las sociedades, claro, tienen sus edades como las personas: hay sociedades que están mamando, sociedades que andan a gatas, sociedades pollas, sociedades jóvenes, y por fin, las maduras y dueñas de sí; sociedades con barbas, en una palabra, y también con algunas canas”<sup>686</sup>.

Rubín, al predicarle la buena nueva al pueblo, intenta implicarlo en la política, asunto sobre el que Galdós ironiza también en otra novela, concretamente sobre su papel en los clubes patrióticos durante el Trienio Liberal. “El barbero Calleja, que se hacía llamar ciudadano Calleja”<sup>687</sup> es asiduo de estas reuniones, admirador de Romero Alpuente, cuyos discursos escucha con verdadero arrobamiento memorizándolos en parte a su manera:

“Calleja repetía estos trozos de discursos con mucho énfasis y afectación. Recordaba la mitad de lo que oía, y al llegar la ocasión comenzaba a desembuchar aquel arsenal oratorio, mezclándolo todo y haciendo de distintos fragmentos una homilía insustancial y disparatada”<sup>688</sup>.

Éste es un entusiasta liberal, lo mismo que su mujer<sup>689</sup>. Y está deseando subir a la tribuna del club para pronunciar un discurso. Una noche, cuando vuelve a casa, le pregunta su mujer:

“-Ciudadano, ¿Has hablado? –le dijo.

-No, ciudadanita mía. No puede ser esta noche; por lo que es mañana, o hablo, o me corto la lengua. Ya tengo estudiado el principio, y no se me olvidará una letra. Cuando hable, me los como.

<sup>685</sup> *Fortunata y Jacinta II*, cit., p. 44-45.

<sup>686</sup> *Ibíd.*, p. 42.

<sup>687</sup> *La Fontana de Oro*, cit., p. 20.

De este tema me ocuparé con más detenimiento en el último epígrafe de este capítulo.

<sup>688</sup> *Ibíd.*, p. 23.

<sup>689</sup> También caricaturizada por Galdós: “Baste decir para que se comprenda lo que valía doña Teresa Burguillos, que sabía leer, aunque con muchas dificultades, hallándose expuesta a entender las cosas al revés, que a fuerza de mascullones podía enterarse de algunos discursos escritos, reteniéndolos en la memoria; que alentada por la barberil elocuencia y liberalesca conducta de su esposo, se había hecho una gran política; y que era muy entusiasta de Riego y de Quiroga, aunque más que los hombres de sable le gustaban los hombres de palabra, llegando hasta decir que no conocía caballero más galantemente discreto que Paco (así mismo) Martínez de la Rosa.” *La Fontana de Oro*, cit., p. 27-28.

*-Estoy por no dejarte entrar –le contestó gravemente su mujer-. Si yo llevara calzones, ya me habían de oír. Así y todo, si me pusiera a ello, los volvía locos... Si yo tuviera calzones, andaba por esos clubes a qué quieres boca. Porque tengo más verdades aquí en el buche... ”<sup>690</sup>.*

El dominio político que Teresa Burguillos ejerce sobre su consorte, al que amenaza con no dejarlo entrar en casa, recuerda la tiranía doméstica de doña Frasquita sobre don Quintín – ésta no lo dejaba salir- anteriormente comentada. La figura de Calleja queda así ridiculizada de un modo objetivo, es decir, como consecuencia de su propia conducta. Ridiculización que resulta acentuada por los comentarios del narrador:

*“Se nos olvidaba decir, que este ciudadano Calleja era un hombre muy corpulento y obeso; pero aunque parecía hecho expresamente por la Naturaleza para patentizar los puntos de semejanza que puede haber entre un ser humano y un toro, su voz era tan clueca, fallida y aternerada, que daba risa oírle declamar los retazos de discursos que aprendía en la Fontana ”<sup>691</sup>.*

Encontramos de nuevo la animalización, -‘toro, aternerada’- como recurso de degradación. Este ensañamiento con el personaje no es caprichoso, sino que responde a unos motivos concretos:

*“Pero oigamos a Calleja, que pide a voz en cuello que comience la sesión. Dos elementos de desorden minaban la Fontana: la ignorancia y la perfidia. En el primero ocupaba un lugar de preferencia el barbero Calleja. Este patriota capitaneaba una turba de aplaudidores semejantes a él, y la tal cuadrilla alborotaba de tal modo cuando subía a la tribuna un orador que no era de su gusto, que se pensó seriamente en prohibirle la entrada ”<sup>692</sup>.*

Las razones políticas vuelven, pues, a estar en la base de la crítica de Galdós.

### **Conclusiones del distanciamiento irónico**

En conclusión, son varias las actitudes que subyacen tras el distanciamiento irónico expuesto en las líneas anteriores. Pereda: paternalismo; Jacinto Octavio Picón: ironía condescendiente; Palacio Valdés: alejamiento; Pérez Galdós: rechazo. Especialmente interesante es la comparación de Pereda, Palacio Valdés y Galdós<sup>693</sup>, el primero como representante de la ideología conservadora, y los otros dos de la liberal. Tanto el paternalismo de Pereda como el alejamiento de Palacio Valdés son dos formas de distanciamiento, pero su significación ideológica es distinta. Ambos tienen en común que se ocupan de una realidad trágica –las penurias de los pescadores, el primero, los sinsabores de un matrimonio de trabajadores, el segundo- desde una perspectiva irónica. Pero hay una diferencia muy importante entre los dos. Pereda, después de haberse “burlado” de la asamblea y de la capacidad para tomar decisiones de los intervinientes, elogia en un encendido panegírico la honradez de la gente de mar que queda metafóricamente realzada: los acuerdos fueron proclamados a la luz del sol y firmados en el azul del cielo. Pereda pasa así de la ironía a la casi mitificación

<sup>690</sup> *La Fontana...*, cit., p. 136-137.

<sup>691</sup> *La Fontana...*, cit., p. 23.

<sup>692</sup> *La Fontana...*, cit., p. 33.

<sup>693</sup> Creo que las citas de Jacinto Octavio Picón tienen en este caso un menor calado ideológico que las de los demás. Su ironía está fuertemente condicionada por el tema general de la novela que viene a ser una especie de venganza amable contra el donjuanismo. Las “aventuras” de don Quintín son una parodia del tipo del seductor. El propio protagonista, resulta también satirizado, tanto por su apellido –Todellas- que es una deformación de ‘todas ellas’, como por su conducta, pues Cristeta consigue que se conduzca como un adolescente enamorado y que, para conseguir una cita con ella, llegue a comportarse de un modo auténticamente ridículo.

y la realidad trágica, que había sido relegada por el enfoque cómico, queda finalmente transformada y vista de un modo comprensivo e indulgente. Este cambio sucesivo de enfoque supone que Pereda puede acercarse indulgentemente o alejarse aristocráticamente del pueblo, según le plazca, porque para él el pueblo no es ningún problema: la clase social, cuya ideología él refleja en su novela, no lo percibe como una amenaza. Luego, tanto el alejamiento irónico inicial como la posterior dignificación son consecuencia de una actitud paternalista que escamotea la realidad, pues ofrece una visión de ella condicionada por los intereses de la clase conservadora.

El enfoque de Palacio Valdés –y lo mismo puede decirse del de Galdós pues la diferencia entre ambos es simplemente de grado– es igualmente irónico. En el caso de *La hermana San Sulpicio* presenta, lo mismo que Pereda, una realidad trágica que resulta desvirtuada por el tratamiento irónico. Pero, a diferencia de éste, la desvalorización del pueblo que conlleva la ironía, no es “corregida” por ningún cambio de perspectiva posterior que le devuelva al pueblo la dignidad arrebatada por el tratamiento paródico. Es más, en *El cuarto poder* sólo aparece la parodia, ni siquiera están presentes los problemas del pueblo, lo que indica que no hay la más mínima identificación con el mismo y, en consecuencia, que el distanciamiento es mucho mayor que en el caso de Pereda, pues en éste la cosificación y ligera animalización de los marineros quedaba compensada por las firmas estampadas en el azul del cielo, mientras que en el caso de Palacio Valdés la animalización, que está mucho más acentuada no resulta contrarrestada por ningún procedimiento dignificador. Lo mismo sucede en Galdós, cuya ironía es de mayor calado pues tiene un claro significado político. Como ya he dicho en más de una ocasión, para Galdós los enemigos de la revolución liberal burguesa son dos: las clases conservadoras defensoras de Antiguo Régimen y los radicales que, con su comportamiento irresponsable, ponen en peligro los logros de la revolución. Con la parodia de Mendizábal, el portero del inmueble donde viven los Villaamil, critica la manipulación del pueblo por parte de las clases conservadoras con cuyas ideas aquél se identifica, por lo que los Villaamil, los meses que no pueden pagar el alquiler le siguen la corriente<sup>694</sup>. Pero más peligrosos que éstos son los radicales quienes, por perfidia o ignorancia, están actuando también contra la revolución. Juan Pablo Rubín, predicando las doctrinas anarquistas a las parroquianas del café, o Calleja, radical donde los haya, son ejemplos de esto último. Es decir, Galdós, sea por un motivo o por el otro, ve en el pueblo un obstáculo para la revolución burguesa. Por eso se distancia de él haciendo uso de la ironía. Llegamos, pues, a la misma conclusión que en apartados anteriores: la novela liberal muestra un distanciamiento hacia el pueblo, bastante más atenuado en la conservadora, porque lo percibe como enemigo de sus intereses de clase.

---

<sup>694</sup> Galdós no solo satiriza a los porteros poniendo de manifiesto su simplicidad, como quedó de manifiesto en las citas de las páginas precedentes, sino también mediante la deformación caricaturesca: “... *el hombre gorrilla, aquel monstruo cuyas enormes manos tocarían el suelo a poco que la cintura se doblase, aquel tipo de transición zoológica en cuyo cráneo parecían verse demostradas las audaces hipótesis de Darwin, no ejercía con malos modos los poderes conferidos por el casero. Era, en suma, Mendizábal, con su fealdad digna de la vitrina de cualquier museo antropológico, hombre benévolo, indulgente y compasivo.* [...] *Cuando Villaamil y doña Pura no estaba en disposición de pagar, añadían a sus excusas algún oficioso párrafo con el memorialista, lisonjeándole y cayéndole del lado de sus aficiones.* [...] *Doña Pura extremaba aún más la adulación: ‘El mundo anda perdido. Mendizábal está en lo cierto: mientras haya libertad de cultos y eso que llaman el racionalismo.’*” *Miau*, cit., p. 153.

### 3.2.4.8. Miseria y aspecto físico: El naturalismo.

Además de la ironía la novela utiliza también otro procedimiento para caracterizar al pueblo que aparece en sus páginas: la descripción de tipos y ambientes degradados que, -al menos superficialmente<sup>695</sup>- se acercan a los postulados del naturalismo. En las dos tendencias novelescas aparecen estos tipos y ambientes, pero, como en los apartados anteriores, el significado no es el mismo pues, mientras que en la novela de tendencia conservadora es manifestación de una actitud que se mueve entre el recelo y el paternalismo y la degradación es menor que en la liberal, en ésta lo es de rechazo pero, sobre todo -y esto es claramente perceptible en el caso de Galdós- del pesimismo y frustración de la burguesía por el fracaso del liberalismo progresista.

Veamos a continuación algunas de los aspectos concretos de dicha degradación en ambas tendencias novelescas.

El pueblo vive en casas de vecindad, que son auténticos tugurios, compartiendo muchas veces la habitación con los animales. Así describe José Navarrete una de estas casas, cuyas viviendas, que son todas iguales, sólo constan de dos piezas: una sala y una alcoba:

*“En la alcoba figuran, a un lado, la cama, y al otro, la tinaja del agua; la cama tiene su gran espaldar de caoba, sus banquillos y sus tablas, y sobre éstas, cubiertos con una colcha, cinco, seis o siete jergones que de noche se extienden en la sala y allí duerme toda la familia, con más o menos avío de sábanas, mantas y almohadas [...] En la sala se albergan también, por la noche sobre todo, si el vecino de la vivienda no tiene confianza en la cuadrilla, el saco de la paja, la albarda de la burra, y las gallinas en un jaulón de caña debajo de la mesa; en la cuadra común, están las bestias, separadas por vallas de tablas, no para evitar que se junten los animales, sino con el fin de que no pierda ninguno de sus dueños ni un puñado de estiércol, abono sin precio para los que cultivan aquellos campos areniscos”.*

Navarrete no insiste demasiado en los aspectos desagradables porque, aunque las viviendas no destaquen por su salubridad, sí lo hacen por su limpieza, como se pone de manifiesto en otro pasaje en el que resalta que los suelos están bien aljofifados y las paredes muy blanqueadas con cal. Pero, además, a renglón seguido de la cita reproducida, el narrador presenta el medio que tienen los vecinos para superar los inconvenientes e incomodidades de habitar en estas pobres viviendas:

*“Naturalmente, las familias que habitan en tan modestas y oscuras viviendas, buscan el aire y el sol, y el aliento de los jazmines y la fresca y apacible sombra y la música de las aves, y todo esto lo encuentra en la azotea”<sup>696</sup>.*

De este texto se podría afirmar que es una descripción naturalista, pero sin naturalismo, pues no sólo aparece todo como idealizado, sino que el sol, el aire y el frescor de la azotea alivian y compensan los sinsabores que de vivir en tal ambiente se puedan derivar.

Bastante más deprimentes y degradados resultan algunos de los tipos y ambientes recogidos por Pereda, que coincide en la temática con Navarrete, pero recarga bastante más las tintas. Así, los pescadores de Pereda, lo mismo que los campesinos de Navarrete, se caracterizan por vivir de un modo miserable, hasta el punto de que algunos no tienen ni ropa

<sup>695</sup> Digo esto porque ni Pardo Bazán -y mucho menos Pereda- van a aceptar los presupuestos materialistas y deterministas del movimiento. Pero ambos dan entrada en su obra a ambientes y personajes miserables y degradados.

<sup>696</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 20-21.

que ponerse. Muergo es uno de estos tipos desharrapados al que, cuando el Padre Apolinar, que ve que no lleva pantalones, le pregunta que qué ha sido de ellos, responde:

*“-Los puso antier mi madre a secar en las higueras –respondió Muergo a tropezones.  
-¿Y no se han secado todavía, hombre de Dios?  
-Los royó una vaca mientras mi padre destripaba una merluza que agolía mal”<sup>697</sup>.*

También Pereda describe un edificio que guarda cierto parecido con la casa de vecinos de Navarrete, pero cuyas condiciones de habitabilidad y salubridad son mucho peores. Este inmueble tiene una particularidad: aunque consta de muchas más, sólo siete de sus plantas tienen vista a la calle:

*“Digo que tenía siete pisos ‘a la vista’, porque entre bodega, cabretes, subdivisiones de pisos y buhardillas, llegaba[n] a catorce las habitaciones de que se componía, o, si se quiere de otro modo más exacto, catorce eran las familias que se albergaban allí, cada una en su agujero correspondiente”.*

Y no sólo vivían ellas, sino que almacenaban en sus minúsculas viviendas –el narrador las califica de “agujeros- todos sus útiles de trabajo:

*“sus artes de pescar, sus ropas de agua, sus cubos llenos de agalla con arena para macizo, sus astrosos vestidos de diario y toda la pringue y todos los hedores que estas cosas y personas llevan consigo necesariamente.”*

Los malos olores no se perciben sólo en el interior de las casas, pues, los que pueden, tienen la costumbre de convertirlas en sede de sus industrias que se extienden hasta la calle:

*“Cierta que los inquilinos que tenían balcón le aprovechaban para destripar en él la sardina, colgar trapajos, redes, medio-mundos y sereñas, y que tenían la curiosidad de arrojar a la calle, o sobre el primero que pasara por ella, las piltrafas inservibles, como si el goteo de las redes y de los vestidos húmedos no fuera bastante lluvia de inmundicia para hacer temible aquel tránsito a los terrestres que por su desventura necesitaban utilizarle;”*

Pero a los vecinos estas insalubres condiciones no les afectan en absoluto:

*“y en cuanto a los cubiles que tenían estos desahogaderos, allá se las componían tan guapamente sus habitantes, engendrados, nacidos y criados en aquel ambiente corrompido, cuya peste les engordaba”<sup>698</sup>.*

Es decir, al igual que los andaluces de Navarrete, los cántabros de Pereda –aunque éstos no disfrutaban del aire, el sol y los jazmines de la azotea- sobreviven a estas circunstancias adversas que asumen con total naturalidad. Algunos de los habitantes de la casa, como la familia Mocejón, no desentonan lo más mínimo del ambiente general de la misma, ni en lo físico ni en lo moral. Él

*“era un marinero chaparrudo, rayano con los sesenta, de color de hígado con grietas, ojos pequeños y verdosos, de bastante barba, casi blanca, muy mal nacida y peor afeitada siempre, y tan recia y arisca como el pelo de su cabeza, en la cual no entraba jamás el peine, y rara, muy rara vez, la tijera.”*

Su carácter no es mucho mejor:

<sup>697</sup> *Ibid.*, p. 68-69. No sólo la miseria que se deriva de ir sin pantalones contribuye a la caracterización del personaje; también el lenguaje y el aprovechamiento por parte del padre de la merluza que no está para vender.

<sup>698</sup> *Sotileza*, cit., p. 98-99.

*“En cuanto a su genio, mucho peor que la piel, que la barba, las greñas, los andares y la mirada; no por lo fiero precisamente, sino por lo gruñón, y lo seco, y lo áspero, y lo des-  
apacible.”*

Su vestimenta es igualmente desaliñada y mugrienta: *“Unos calzones pardos, que al petrificarse con la mugre, el agua de la mar y la brea de la lancha habían ido tomando la forma de las entumecidas piernas.”* Y tras describir el resto de sus prendas de vestir –zapatos, camisa, gorro– concluye el narrador diciendo que todas ellas *“componían el sempiterno envoltorio de aquel cuerpo, pasto resignado de la roña y muy capaz de hasta pactar alianzas con la lepra, pero no dejarse tocar del agua dulce.”* Su mujer era todavía peor pues en todo lo superaba, de tal manera que su *“genio avinagrado y lengua venenosa y voz dilacerante, eran el espanto de la calle, con haber en ella tantas reñidoras de primera calidad”*<sup>699</sup>.

Este matrimonio tiene una hija, Carpia, que supera a sus padres, y un hijo, Cleto que, aunque a veces se comporta brutalmente, -llegando incluso en una ocasión a golpear a Sotileza<sup>700</sup>-, en el fondo es un bendito (por eso a Sotileza le extraña esa acción<sup>701</sup>), al que su ambiente familiar le resulta insoportable<sup>702</sup> por lo que -se está además enamorando de Sotileza sin darse cuenta- frecuenta cada vez más la casa de Mechelín donde vive acogida la huérfana:

*“Porque Cleto frecuentaba mucho la bodega. El pobre muchacho, que era de un natural candoroso y bonachón, desde que nació no había cultivado otro trato que el de las gentes de su casa, gentes puercas y feroces, sin arte ni gobierno, reñidoras, borrachas y desalmadas; y no sabía que un mozo como él, que no sentía la necesidad de ser malo ni hallaba placer en vivir como se vivía en el quinto piso, podía encontrar en otra parte algo que echaba de menos, cierto ‘aquel’, a modo de entraña, que le escarbaba allá adentro, muy adentro de sí mismo, como lloroso y desconsolado”*<sup>703</sup>.

Y ese “aquel” que echa de menos, es lo que encuentra precisamente en casa del tío Mechelín, donde hay aseo, se come decentemente y a horas regulares, se reza, no se habla mal de nadie, le tratan con cariño... Es decir, Cleto, si algunas veces se ha comportado mal es porque, habiendo vivido siempre en el estrecho círculo de su familia, no ha conocido otro ambiente y ni siquiera sospechaba que pudiera haberlo. Pero, cuando entra en contacto con él, se da cuenta de que eso es lo que le gusta porque está en consonancia con su verdadera manera de ser que, en el círculo de su familia, no había tenido oportunidad de manifestarse. ¿Está Pereda siguiendo sin ser consciente de ello los presupuestos del naturalismo? Desde luego, Cleto no está determinado por la herencia, pues es muy distinto de los demás miembros de su familia. Pero, al parecer, sí que influye en él el ambiente –y éste es otro de los

<sup>699</sup> *Sotileza*, cit., p. 95-96.

<sup>700</sup> *“Cleto, el hermano de Carpia, volviendo un día de la mar con toda la ropa de agua encima, dos remos al hombro y el cesto de los aparejos en el brazo desocupado, la halló acurrucada junto al primer peldaño de la escalera, limpiando la basura del portal. Como estaba vuelta de espalda, no vio entrar al pescador; el cual, sobrio y económico de palabra hasta la avaricia, en lugar de mandar apartarse a la chiquilla, que le obstruía el camino, le dio una patada que la hizo perder el equilibrio.”* *Ibid.*, p. 207.

<sup>701</sup> *“Cleto no era malo, de la maldad de toda su casta. Cleto era muy bruto, muy seco, nada más que muy bruto y muy seco; y ella no le ofendía en nada, ni se metía con él cuando él la tumbó de un puntapié. Y he aquí por qué sintió ella el puntapié de Cleto más que todos los martirios que la habían hecho sufrir las mujeres de su casa y el animal de Mocejón.”* *Ibid.*, p. 208

<sup>702</sup> Hasta el punto de que, agradecido a Sotileza porque en una ocasión le cosió un botón, y sabedor de que su madre y su hermana atormentan a la chica, le dice a ésta en una ocasión: *“-Cuenta conmigo hasta pa dirlas una paliza, si te conviene..., ¡porque son muy malas!”* *Ibid.*, p. 218.

<sup>703</sup> *Sotileza*, cit., p. 218.

postulados del movimiento- pues cambia de conducta cuando comienza a frecuentar el trato de Mechelín. Sin embargo, el propio caso de Mechelín y su mujer se puede utilizar para demostrar lo contrario: para negar la influencia del ambiente, pues sus circunstancias son idénticas a las de la familia Mocejón: viven en la misma casa, son pescadores y llevan la misma vida llena de estrecheces y penalidades y, sin embargo, son buenas personas<sup>704</sup>. Luego, Pereda utiliza en el tratamiento de la degradación el mismo procedimiento que en el del distanciamiento irónico: presenta una realidad negativa –Mocejón y su familia- merecedora de su antipatía, y otra positiva: Mechelín y la suya con los que se identifica. Ésta última no sólo contrarresta los efectos negativos de la primera, sino que consigue que toda la realidad presentada quede envuelta en una atmósfera de naturalidad (nada que ver con el naturalismo) en la que la existencia de estos tipos no resulta rara ni tiene nada de anormal: el pueblo es así y las circunstancias en las que vive son ésas porque, en el modelo social que Pereda defiende, no pueden ser de otra manera: forman parte de él. Por eso los pescadores las aceptan resignada y estoicamente sin mostrar la más mínima reticencia ni incoformismo<sup>705</sup>. Pero, evidentemente esa forma de vida es dura y no tiene nada de atractiva, y los personajes son, muchos de ellos, desagradables, ruines y llenos de bajezas, por lo que el narrador se sitúa a distancia y se considera, lógicamente, muy superior a ellos; se coloca al margen, sin sentirse implicado, lo que le permite adoptar una actitud distante, pero al mismo tiempo condescendiente hacia una realidad que, aunque en sí misma no resulte atractiva, tampoco necesita mostrar su repulsa porque no la percibe como una amenaza, sino, todo lo contrario, como garantía de continuidad de la sociedad tradicional. Luego, la descripción de las miserias no la utiliza Pereda para rechazar al pueblo, ni mucho menos con una intención de denuncia, sino como muestra de una actitud paternalista, propia de la clase conservadora, para quien la mejor garantía de pervivencia del sistema es que el pueblo siga conservando sus ancestrales modos de vida<sup>706</sup>.

También Pardo Bazán dedica bastantes páginas a la descripción de tipos y ambientes degradados. El señor Rosendo, barquillero de profesión, contrata a un aprendiz para que lo ayude: “*Jacinto, o Chinto, tenía facciones abultadas e irregulares, piel de un moreno terroso,*

<sup>704</sup> Por eso, para Pereda que, como ya se vio en la introducción, se indignó porque un crítico lo incluyó entre los componentes del movimiento, la miseria, la brutalidad y fatigas del pueblo forman parte de la vida que es así sin más, sin que intervenga ningún tipo de determinismo y menos si éste forma parte de las ideas de alguna filosofía moderna; todo esto sin olvidar que la inclusión de tipos y ambientes degradados no es ninguna novedad, pues ya se daba en la novela picaresca española con la que Pereda entronca su forma de novelar. Todas estas ideas las expone en el *Discurso* de entrada en la Academia, cit., p. 18-19.

<sup>705</sup> Prueba de ello es, por ejemplo, la resignación con que aceptan la leva. El único que se vuelve loco de rabia, en un primer momento, jurando que antes se tira al mar que ir al servicio, es Cleto. Pero, cuando Silda le da el sí, se siente con fuerzas y acepta entusiasmado: “*¡Que vengan penas ahora!*”. P. 455.

Esta resignación contrasta con la fuerte oposición que el sistema de quintas provoca entre las trabajadoras de la fábrica de tabacos de Marineda, lo que indica el distinto grado de conciencia política de los pescadores y del proletariado industrial. Por eso, la promesa de que la República las suprimirá consigue la adhesión inmediata de las cigarreras: “*¡Si la república fuese, como decían diariamente los periódicos favoritos del taller, la supresión del impuesto de sangre, vamos, merecía bien que una mujer se dejase hacer pedazos por ella! En el taller de cigarrillos, aunque dominaban las mocitas solteras, bastaba hablar de quintas para que se moviese una tempestad de federalismo.*” *La Tribuna*, cit., p. 124.

<sup>706</sup> Ésta es la razón por la que frente a la novela moderna, como expuse en la introducción a este capítulo, Pereda defiende la que llama ‘novela regional’: “*La novela del campo o de la costa; la del pueblo, en fin, alto o bajo, urbano o rústico, pero pueblo siempre, libre aún del contagio de esa invasión extraña, que todo lo desnaturaliza, confunde y amontona; del pueblo con sus leyes, usos, grandezas y miserias.*” *Discurso* de ingreso en la Academia, cit., p. 18-19. [Los subrayados son míos].



*ojos pequeños y a flor de cara; en resumen, la fealdad tosca de un villano feudal*<sup>707</sup>. En otro pasaje describe a un grupo de niñas pobres que salían el día de Reyes e iban recorriendo las casas de la gente acomodada cantando villancicos para que les diesen algo. Cuando entran de la oscuridad de la calle a una sala intensamente iluminada, se produce el siguiente efecto:

*“Lo cierto es que la viva luz de las bujías, tan propicia a la hermosura, patentizaba y descubría cruelmente las fealdades de aquella tropa, mostrando los cutis cárdenos, fustigados por el cierzo; las ropas ajadas y humildes, de colores desteñidos; la descalcez y flacura de pies y piernas; todo el mísero pergeño de las cantoras*<sup>708</sup>.

Una de ellas lleva a un niño de pecho en brazos que parece

*“una infeliz oruga humana, envuelta en un mantón viejísimo, con una gorra de lana morada, que aumentaba el tono de cera de su menuda faz, arrugada y marchita como la de un anciano por culpa de la mala alimentación y del desaseo*<sup>709</sup>.

Estas niñas no son una excepción. En el barrio en el que vivía Amparo, que era de gente, pobre, casi todos los niños tienen un aspecto tan desmejorado como el de las cantoras, aunque, la explícita comparación con distintos tipos de animales, hace que la mirada de la narradora resulte más distante:

*“Lo más característico del barrio eran los chiquillos. De cada casucha baja y roma, al salir el sol en el horizonte salía una tribu, una pollada, un hormiguero de ángeles, entre uno y doce años, que daba gloria. De ellos los había patizambos, que corrían como asustados palmípedos; de ellos, derechos de piernas y ágiles como micos y ardillas; de ellos, bonitos como querubines, y de ellos horribles y encogidos como los fetos que se conservan en aguardiente*<sup>710</sup>.

Pero la máxima concentración de tipos de esta calaña tiene lugar en la fiesta –“Las comiditas”- que celebran anualmente las cigarreras a las afueras de Marinada. Para empezar, el lugar es de lo más incómodo e inhóspito: “Campo mezquino, árido, donde sólo vegetan cardos borriqueros y ortigas.” Y la fauna humana que se concentra está en consonancia con el sitio:

*“Un ciego daba vueltas a una zanfona que sonaba como el obstinado zumbido del moscardón, y al mismo tiempo vendía romances de guapezas y crímenes. A pocos pasos de la gente que comía, mendigos asquerosos imploraban la caridad: un elefantiaco enseñaba su rostro bulboso, un herpético descubría el cráneo pelado y lleno de pústulas, éste tendía una mano seca, aquel señalaba un muslo ulcerado, invocando a Santa Margarita para que nos libre de “males extraños”. En un carretoncillo, un fenómeno sin piernas, sin brazos, con enorme cabezón envuelto en trapos viejos, y gafas verdes, exhalaba un grito ronco y suplicante, mientras una mocetona, en pie al lado del vehículo, recogía las limosnas*<sup>711</sup>.

No sólo abundan los deformes “profesionales” que están siempre presentes en cualquier celebración para explotar la caridad de la gente; también entre las cigarreras se encuentran casos parecidos; uno de ellos es el de la familia de una obrera a la que llaman *Guardiana*. Desde muy pequeña quedó huérfana y tuvo que hacerse cargo, cuando sólo contaba diez años, de sus cuatro hermanos

<sup>707</sup> *La Tribuna*, cit., p. 90.

<sup>708</sup> *Ibíd.*, p. 84.

<sup>709</sup> *La Tribuna*, cit., p. 86.

<sup>710</sup> *Ibíd.*, p. 213.

<sup>711</sup> *Ibíd.*, p. 185-186.

*“todos marcados con la mano de hierro de la enfermedad hereditaria: epiléptico el uno, escrofulosos y raquíticos dos, y la última, niña de tres años, sordomuda. [...] Al raquítico dio en abultársele la cabeza, poniéndosele como un odre; fue preciso traerle médico y medicinas, todo para salir al cabo con que era una bolsa de agua, y que la bolsa se lo llevaba al otro mundo”*<sup>712</sup>.

A dos de sus hermanos los ha llevado a la fiesta de las cigarreras:

*“La niña sordomuda miraba alrededor, con ojos reflexivos, aquel mundo del cual sólo le llegaban imágenes visibles; por su parte el niño, que ya tendría unos trece años, y que hubiera sido gracioso a no desfigurarse los lamparones y la hipertrofia de los labios, gozaba mucho de la fiesta y se sonreía con la risa inocente, semibestial de los bobos de Velázquez”*<sup>713</sup>.

Los ambientes en los que se desenvuelven los personajes, demuestran la dejadez, el abandono y la miseria de éstos; el que rodea a Amparo, la protagonista de la novela, no puede ser más deprimente:

*“Sola en casa con su padre, apenas éste salía, ella lo imitaba, por no quedarse metida entre cuatro paredes; ¡vaya!, y que no eran tan alegres para que nadie se embelesase mirándolas. La cocina, oscura y angosta, parecía una espelunca, y encima del fogón relucían siniestramente las últimas brasas de la moribunda hoguera. En el patín, si es verdad que se veía claro, no consolaba mucho a los ojos el aspecto de un montón de cal y residuos de albañilería, mezclados con cascotes de loza, tarteras rotas, un molinillo inservible, dos o tres guñapos viejos y un innoble zapato que se reía a carcajadas. Casi más lastimoso era el espectáculo de la alcoba matrimonial: la cama en desorden, porque la salida precipitada a la fábrica no permitía hacerla; los cobertores color hospital, que no bastaban a encubrir una colcha rabicorta; la vela de sebo goteando tristemente a lo largo de la palmatoria de latón vetuada de cardenillo; la palangana puesta en una silla y henchida de agua jabonosa y grasienta; en resumen: la historia de la pobreza y de la incuria narrada en prosa por una multitud de objetos feos”*<sup>714</sup>.

Esta situación, como se verá más detenidamente en el apartado dedicado al mundo del trabajo, es consecuencia directa de la pobreza y de la miseria<sup>715</sup>. Pero la novelista no pretende realizar una denuncia social sacando a la luz las duras condiciones en que se desarrolla el trabajo de las obreras de la fábrica<sup>716</sup>. Aunque éstas aparecen recogidas en la novela -al igual que Pereda recoge en *Sotileza* las de los pescadores-, están como telón de fondo al servicio del tema central de la novela que es el rechazo de la politización de las cigarreras y, concretamente, del apoyo que prestan a la instauración de la República.

Las obreras, que muestran un gran interés por los asuntos políticos, cifran sus esperanzas de mejora colectiva en la llegada de la República por lo que le dan abiertamente su respaldo. Amparo, convertida en líder, se ha significado especialmente porque tiene, ade-

<sup>712</sup> *Ibíd.*, p. 115.

<sup>713</sup> *La Tribuna*, cit., p. 186.

<sup>714</sup> *Ibíd.*, p. 69.

<sup>715</sup> Ésta es tal que, cuando Amparo va a dar a luz, el parto se complica por lo que la comadrona aconseja llamar al médico y la madre de Amparo “se lamentaba de que, además de morirle la hija, iba a tener que abonar -¿y con qué, Jesús del alma?- los honorarios del facultativo.” *Ibíd.*, p. 265.

<sup>716</sup> “... el motivo que le lleva a retratar esas clases proletarias no es fundamentalmente la protesta por una situación injusta o el análisis de una estructura social en sus relaciones de clase. No, su interés es más bien costumbrista y moral; se trata de ver cómo se comportan -según un código ético muy tradicional- las clases obreras.”

José Sánchez Reboledo: “Emilia Pardo Bazán y la realidad obrera. Notas sobre *La Tribuna*”, en: *CHA*, 1979, nº 351, p. 570

más, motivos particulares; no sólo espera que la república resuelva los problemas colectivos de los trabajadores, sino también el suyo personal: enamorada de Baltasar Sobrado, que pertenece a una de las principales familias de Marineda, y con el que mantiene relaciones, cree que los prejuicios sociales, que comenzaron a caer con la Revolución del 68, terminarán de desaparecer con la llegada de la República y que Sobrado se casará con ella<sup>717</sup>. Refiriéndose al apoyo que presta el pueblo a la República, escribe Pardo Bazán en el Prólogo:

*“es absurdo el que un pueblo cifre sus esperanzas de redención y ventura en formas de gobierno que desconoce, y a las cuales por lo mismo atribuye prodigiosas virtudes y maravillosos efectos”*<sup>718</sup>.

Y, del mismo modo, es también absurdo –esto no lo dice explícitamente la autora, pero se desprende a modo de moraleja del desarrollo de los hechos- que una obrera aspire a casarse con el hijo de una de las principales familias burguesas de la ciudad. Amparo ha hecho las dos cosas: en lo político ha apoyado la República; en lo personal, ha mantenido relaciones con el teniente Baltasar Sobrado convencida de que éste se casaría con ella, pues le ha dado palabra de matrimonio. La obra termina con la llegada de la República, de lo que se podría deducir que sus esfuerzos en el terreno político no han sido baldíos; pero también con el fracaso amoroso de Amparo, que ha sido abandonada por Sobrado después de haberla dejado embarazada, y cuyo alumbramiento coincide precisamente con la marcha de Amadeo y el cambio de régimen. El “castigo”<sup>719</sup> que sufre Amparo –pues así hay que considerarlo<sup>720</sup>- es una prueba inequívoca de lo que piensa la narradora de las veleidades políticas de las cigarreras y la ilustración práctica de por qué calificó de absurdo en el prólogo el que el pueblo esperase algo de la República<sup>721</sup>. Es decir, el pueblo no debe intervenir en política; la

<sup>717</sup> “¡Casarse! Y ¿por qué no? ¿No éramos todos iguales desde la revolución acá? Y las ideas igualitarias volvían en tropel a dominarla y a lisonjear sus deseos. Pues si se había hecho la revolución y la Unión del Norte, y todo, sería para que tuviésemos igualdad, que si no, bien pudieron las cosas quedarse como estaban... Lo malo era que mandase ese rey italiano, ese Macarroni, que daba al traste con la libertad... Pero iba a caer, y ya no había duda, llegaba la república.” P. 228.

<sup>718</sup> *La Tribuna*, cit., p. 58.

<sup>719</sup> “...el final trágico de Amparo, la protagonista, a la fuerza debía ser trágico, para castigar el error de haber entregado su tiempo y su ilusión a una causa política que, al parecer de la autora, era errónea e ingenua”. José Sánchez Reboledo: op., cit., p. 575.

<sup>720</sup> En más de una ocasión le advierten a Amparo sus compañeras de los peligros de salir con alguien que no es de su clase. Carmela, íntima amiga, le llama la atención sobre los peligros de las dos cosas: “Déjate de políticas, no seas tonta, y de señoritos...” P. 206.

<sup>721</sup> Víctor Fuentes cree que el final de la novela prueba, a pesar de lo que la autora declara explícitamente el prólogo, la tesis contraria: *Abandonada y en un estado de sufrimiento y delirio, Amparo, en la escena final del libro, yace en su cama junto a su niño recién nacido, mientras las cigarreras, por las calles, dan vivas a la República. Lejos de probar la moraleja que expone la novelista en el prólogo, este cuadro de la obrera militante, engañada por un señorito seductor, dando pecho al hijo recién nacido, mientras sus compañeras marchan por la calle, en compacto pelotón, vitoreando a la República federa, intensifica –contra las intenciones de la autora- la perspectiva revolucionaria de la novela”.*

“La aparición del proletariado en la novelística española: sobre ‘La Tribuna’ de Emilia Pardo Bazán”, en: *Grial*, 1971, nº 31, p. 94.

Yo creo que no es así. El triunfo de la República no convierte en victoria el fracaso personal de Amparo; sino al revés: al hacer coincidir los vivas de las trabajadoras –que marchan con “*un andar caprichoso, apresurado, turbulento*” (p. 270)- con la rabia y el delirio de Amparo, que se encuentra enferma en la cama, la autora está adoptando una actitud irónica hacia las esperanzas y entusiasmo de las cigarreras. Además, los hechos posteriores le dieron la razón: cuando escribió la novela (el prólogo está fechado en octubre de 1882) en plena Restauración, podía con suficiente conocimiento de causa mostrarse irónica con las esperanzas de redención depositadas por el pueblo, casi nueve años atrás, en el advenimiento de la República.

degradación es utilizada por Pardo Bazán para mostrar su rechazo a la politización del pueblo. Es decir, si Galdós, como se vio en el apartado anterior se valía de la ironía para desaprobar los radicalismos populares que ponían en peligro la revolución, Pardo Bazán echa mano de la deformación para manifestar su desacuerdo con la politización del pueblo. Para Pardo Bazán, una gente que vive en estos ambientes, tiene estas taras y da tantas muestras de incuria y dejadez, no puede pretender desempeñar un papel determinante en el rumbo de los acontecimientos políticos.

Ahora bien, el pueblo más que culpable es víctima de esta situación. La verdadera responsable de que el pueblo se meta en estos vericuetos es la prensa<sup>722</sup> que lo enardece con soflamas demagógicas aprovechándose y explotando su ingenuidad, así Amparo se cree todo lo que dicen los periódicos:

*“La fe virgen con que creía en la Prensa era inquebrantable, porque le sucedía con el periódico lo que a los aldeanos con los aparatos telegráficos: jamás intentó saber cómo serían por dentro; sufría sus efectos sin analizar sus causas.”*

Y, cuando doña Emilia las analiza, lo hace aplicando la estética naturalista:

*“¡Y cuánto se sorprendería la fogosa lectora si pudiese entrar en una redacción de diario político, ver de qué modo un artículo trascendental y furibundo se escribe cabeceando de sueño en la esquina de la mugrienta mesa, despachando una chuleta o una ración de merluza frita!”<sup>723</sup>.*

Por eso, la repulsa no se dirige tanto contra el pueblo como contra su participación en asuntos en los que no debería intervenir. Esto explica que la actitud de rechazo, aneja a las descripciones “naturalistas”, se ve compensada por el reconocimiento de las múltiples virtudes del pueblo destacadas ya desde el *Prólogo* donde niega, además, que ella siga los presupuestos del naturalismo:

*“Tal vez no falte quien me acuse de haber pintado al pueblo con crudeza naturalista. Responderé que si nuestro pueblo fuese igual al que describen Goncourt y Zola, yo podría meditar profundamente en la conveniencia o inconveniencia de retratarlo; [...] Afortunadamente, el pueblo que copiamos los que vivimos del lado de acá del Pirineo no se parece todavía, en buena hora lo digamos, al del lado de allá. Sin dar en optimista, puedo afirmar que la parte de pueblo que vi de cerca cuando tracé estos estudios me sorprendió gratamente con las cualidades y virtudes que, a manera de agrestes renuevos de inculta planta, brotaban de él ante mis ojos. No; los tipos del pueblo español en general, y de la costa cantábrica en particular, no son aún –salvas ‘fenomenales excepciones’– los que se describen con terrible verdad en *L’assommoir*, *Germine Lacerteux* y otras obras, donde parece que el novelista nos descubre las abominaciones monstruosas de la Roma pagana, que, unidas a la barbarie más grosera, retoñan en el corazón de la Europa cristiana civilizada”<sup>724</sup>.*

<sup>722</sup> El capítulo X lo titula irónicamente “Estudios históricos y políticos” y arremete en él contra la influencia que cierto tipo de prensa tenía entre las cigarreras: “Más partido tenían en la fábrica los periódicos locales que los de la corte. Naturalmente, los locales exageraban la nota, recargaban el cuadro; sus títulos acostumbraban ser por este estilo: **El Vigilante Federal**, órgano de la democracia republicana federal-unionista, **El Representante de la Juventud Democrática**; **El Faro Salvador del Pueblo Libre**. Y, como aparte de algunas huecas generalidades del artículo de fondo, discurrían acerca de asuntos conocidos, era mucho mayor el interés que despertaban. No es fácil imaginar cuán honda sensación producía en el concurso alguna gacetilla titulada: ‘Acontecimiento incalificable’”. **La Tribuna**, cit., p. 110.

<sup>723</sup> *Ibid.*, p. 106.

<sup>724</sup> **La Tribuna**, cit., p. 58-59.

Es decir, si dejamos aparte la politización de la que, como se ha visto, no es enteramente responsable, nuestro pueblo sigue conservando una serie de virtudes y valores que son los mismos que le reconoce Pereda<sup>725</sup>. Llegados aquí, la actitud de rechazo es sustituida, como en el caso del novelista cántabro, por la condescendencia paternalista.

Luego, Pardo Bazán y Pereda, como ideólogos de la oligarquía tradicional, tienen en común el que adoptan una doble perspectiva: degradante y laudatoria. Perspectivas que se corresponden con una actitud de recelo, por una parte, y de paternalismo, por otra<sup>726</sup>. En Pereda hay más paternalismos que recelo y en Pardo Bazán más recelo que paternalismo.

Mediante la degradación reflejan toda una serie de lacras y miserias, pero no con la intención de denunciarlas, sino simplemente de dejar constancia de que ésa es la realidad del pueblo, sin que nadie tenga la culpa de ella, y que como tal debe ser asumida por sus integrantes, lo que implica que tiene que aceptar su situación y no aspirar a lo que no debe. Pardo Bazán es más concreta, pues precisa qué es a lo que el pueblo no debe aspirar. Ello se debe a que doña Emilia, a diferencia de Pereda, fija su mirada en el proletariado industrial y en la época en la que se localiza la novela –desde la Revolución de Septiembre a la República- la politización del proletariado, moviéndose en la órbita ideológica de la burguesía radical, fue sentida en algún momento como una amenaza por las clases conservadoras<sup>727</sup>. Por eso Pardo Bazán utiliza la degradación para moralizar y Pereda simplemente para marcar las distancias. Pero, ambos, para fijarle al pueblo sus límites.

Por el contrario, mediante el elogio lo que buscan es el acercamiento al mismo para mantenerlo afecto a los valores tradicionales.

En resumen, mediante la degradación ponen al pueblo en su sitio y mediante la alabanza lo halagan para que siga en él, pues su inmovilidad garantiza la pervivencia del modelo tradicional de sociedad.

<sup>725</sup> Como ejemplos de esas virtudes se pueden citar el comportamiento de Guardiania con sus hermanos: se desvive por ellos y en la mencionada merienda “*los mejores bocados los reservó para sus hermanos*”. P. 186. O la solidaridad entre los vecinos del barrio de Amparo que se auxiliaban mutuamente todo lo que podían. O refiriéndose a Amparo dice que tenía “*las fuerzas de abnegación y sacrificio que existen latentes en el alma de la mujer del pueblo.*” P. 147-148

<sup>726</sup> Refiriéndose al tratamiento que da la autora a Amparo, Víctor Fuentes escribe lo siguiente: “*La actitud de la autora ante su heroína es ambivalente. Por un lado, pretende rebajar, mediante la sátira y la ironía, el tipo humano que la protagonista encarna: el de la obrera militante, que surge con la revolución. La “tribuna” –nótese ya la intención irónico-satírica en el sobrenombre- es una especie de don Quijote en tono menor a quien la lectura de los periódicos y de la propaganda revolucionaria ha trastronado el juicio. [...] Además la novelista, fiel al propósito delineado en el prólogo –mostrar las cualidades que caracterizan al pueblo español bajo las mil flaquezas, miserias y preocupaciones que a primera vista las oscurecen-, encarna en Amparo estas cualidades: ‘calor de corazón’, generosidad viva’, ‘caridad inagotable’, ‘religiosidad sincera’ y ‘recto sentir.’*”

Víctor Fuentes: “*La aparición del proletariado...* cit., p. 93-94.

<sup>727</sup> Sánchez Reborado destaca la importancia que en la génesis de la novela tuvo la vivencia personal de la revolución en los que Pardo Bazán sintió cómo se conmovían los cimientos sociales de su mundo: “*Una mujer joven, receptiva y, sin duda, inteligente tenía que vivir con gran interés y cierta ansiedad los acontecimientos políticos y motines sociales provocados por la Septembrina, ansiedad a la que contribuirían las ideologías conservadoras profesadas en su entorno familiar. [...] Una conmoción popular, que traía consigo la derrocamiento de la monarquía y el triunfo callejero de las masas populares, a la fuerza tenía que ser vista con profundo recelo por doña Emilia. [...] Es, por tanto, una experiencia personal provocada por una situación política, sentida como amenazadora y conflictiva, lo que lleva a doña Emilia a estudiar una clase social: la de las obreras de la fábrica de tabacos de La Coruña, denominada también con el mismo título de la novela.*” “*Emilia Pardo Bazán y la realidad obrera...*”, cit., p. 569-570.

Las deformidades y degradaciones ocupan un espacio bastante más amplio en la novela liberal que, como en los demás apartados de este punto ya tratados, carga bastante más las tintas y presenta, por tanto, una imagen mucho más negativa del pueblo. Palacio Valdés describe así a Piscis, uno de los alborotadores del teatro de Sarrió, en un pasaje ya anteriormente comentado:

*“Era hijo de un picador que había en el pueblo y mozo que por su figura podía ser el regocijo de los espectadores en un circo de acróbatas. Nada necesitaba añadir a su persona, ni polvos de harina, ni bermellón, ni tizne para quedar convertido en “clowns”: era un payaso “al natural”. Su nariz vivamente coloreada ya por la naturaleza, sus ojos torcidos, su boca de lobo, la disparatada anchura de sus hombros, el arco de sus piernas y, sobre todo, las muecas grotescas con que se acompaña al hablar o gruñir, provocan la risa, sin más pelucas y afeites”<sup>728</sup>.*

La deformación de Valdés raya en lo caricaturesco por lo que por lo que más que nada lo que provoca en el lector es indiferencia. Los retratos de Galdós son más duros, pero también más humanos por lo que dejan un regusto de amargura. Nicanora, la mujer de don José Ido del Sagrario, personaje que aparece en más de una novela

*“era una mujer más envejecida que vieja, y bien se conocía que nunca había sido hermosa. Debió de tener en otro tiempo buenas carnes; pero ya su cuerpo estaba lleno de pliegues y abolladuras como un zurrón vacío. Allí, valga la verdad, no se sabía lo que era pecho, ni lo que era barriga”<sup>729</sup>.*

De sus hijos, que no le van a la zaga, se ocupa este mismo autor en otra novela:

*“Eran los cuatro niños de Ido una generación lucidísima, propia para dar lustre y perpetuidad a la raza de los maestros de escuela. El uno de ellos cojeaba, el otro tenía las piernas torcidas en forma de paréntesis; el tercero ostentaba labio leporino, y la mayor y primogénita era algo cargada de espaldas, por no decir otra cosa. Además, estaban pálidos, cacoquimios, llenos de manifestaciones escrofulosas”<sup>730</sup>.*

Los hijos de Ido no son una excepción; a pesar de estas singularidades no llamarían la atención en ninguno de los barrios populares de Madrid, pues todos los niños de los barrios pobres tienen las mismas características:

*“Eran estos enemigos del género humano pequeñuelos y sucios. Calzaban botas indescifrables, pues no se podía decir a ciencia cierta dónde acababa la piel y empezaba el cordobán. Estaban galoneados de lodo desde la cabeza a los pies. Si la basura fuera una condecoración, los nombres de aquellos caballeros se cogerían toda la **Guía de forasteros**. [...] Los cráneos achatados, los pómulos cubiertos de granulaciones y el pelo ralo ponían una máscara de antipatía sobre las siempre interesantes facciones de la niñez”<sup>731</sup>.*

Los vecinos del barrio de las Peñuelas, que es donde tiene lugar la escena anterior, tienen el mismo aspecto que los chiquillos, pues algunos de ellos son sus hijos:

*“Asomaban caras curiosas, frentes guarnecidas de rizos, bocas de amarillos dientes descubiertos hasta la raíz por estúpido asombro, bustos envueltos en pañuelos de distintos colores, y más de cuatro andrajosos chiquillos saltaron detrás de Isidora para festejarla con gritos y cabriolas”<sup>732</sup>.*

<sup>728</sup> *El cuarto poder*, cit., p. 16-17.

<sup>729</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 326.

<sup>730</sup> *El doctor Centeno*, cit., p. 288-289.

<sup>731</sup> *La desheredada*, cit., p. 93.

<sup>732</sup> *Ibíd.*, p. 57.

Si los hijos tienen las mismas deformidades que sus padres, implícitamente está Galdós hablando de la influencia de la herencia.

Los ambientes que rodean a estos personajes forman una perfecta simbiosis con ellos. Isidora Rufete, cuando ve por primera vez el barrio de las Peñuelas, adonde ha ido a visitar a su tía, no da crédito a lo que tiene delante de sus ojos:

*“Al ver, pues las miserables tiendas, las fachadas mezquinas y desconchadas, los letreros innobles, los rótulos de letras torcidas, los faroles de aceite amenazando caerse; al ver también que multitud de niños casi desnudos jugaban en el fango, amasándolo para hacer bolas y otros divertimientos; al oír el estrépito de machacar sartenes, los berridos de pregones ininteligibles, el pisar fatigoso de bestias tirando de carros atascados y el susurro de los transeúntes, que al dar cada paso lo marcaban con una grosería, creyó por un momento que estaba en la caricatura de una ciudad hecha de cartón podrido. Aquello no era aldea ni tampoco ciudad; era una piltrafa de limpieza para que no corrompiera el centro”*<sup>733</sup>.

En esta última frase parece haber una velada acusación a las autoridades, a quienes les estaría recriminando que, como no la tienen delante, no les preocupa lo más mínimo esta situación.

Parte fundamental del medio la constituye la vivienda. Las casas de vecindad aparecen con bastante frecuencia en estas novelas:

*“Don Juan Solo subió los setenta escalones que separaban, más bien que unían la buhardilla de la hermana de la Señora Quiteria y la calle. Era un infecto tugurio, una colmena llamada casa de vecindad con tres patios, treinta corredores y más de mil huecos, nombrados en el pomposo lenguaje de los planos ‘habitaciones’”*<sup>734</sup>.

Páginas más adelante el autor añade algunos detalles y se centra en la “habitación” de don Juan, en la que destaca la podredumbre:

*“Tres distintas ramas de escaleras hacían ascender al múltiple y ruidoso vecindario, distribuyéndole por corredores y pasadizos lóbregos en ciertos alvéolos inmundos, cuyas paredes presentaban un brillo debido a la suciedad del polvo, barnizada por el cepillo de los años. El patio a que daba el antepecho del cuarto donde don Juan dormía, era horrible. Un patio como aquel ahuyenta la dicha de sus alrededores. Los muros goteados de la pez de las chimeneas, los tubos de conducción de aguas hinchados en unos puntos, obturados en otros, aquí enjalbegados, allá invadidos por manojos de plantas parásitas, simulaban el cuerpo corrupto de una enorme boa”*<sup>735</sup>.

En otra novela de este mismo autor, el protagonista, Alonso Ponzano, describe en primera persona el lugar en el que vive: “Vivía yo entonces con mi padre en una casa de la calle de Segovia, inmenso falansterio de innumerables patios, corredores, galerías y alvéolos. El ruido es constante de tal manera que no hay un solo minuto de tranquilidad:

*“De las veinticuatro horas del día geográfico, ni un solo minuto dominaba allí el silencio. Niños y viejos, hombres y mujeres, penas y alegrías, miserias lloradas y felicidades contadas al compás de una guitarra, lágrimas de la infancia que había recibido su primer coscorrón o su primera paliza, maldiciones de la juventud que había sido herida por el primer desengaño, denuestos del hambre y de la enfermedad: todo esto constituía la ex-*

<sup>733</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>734</sup> José Ortega y Munilla: *Don Juan Solo*, Madrid, s.a., [Ferrerías la fecha en 1880], V.H. de Sanz Calleja, 186 p. BN: 1/77199, p.91.

<sup>735</sup> *Don Juan Solo*, cit., p. 129.

*plicación de aquellos ruidos extraordinarios, de aquel tumulto indescifrable, de aquel escándalo continuo.”*

En estos lugares no es posible tener vida privada. Todo el mundo se entera de lo que le sucede a todo el mundo:

*“Todos vivíamos en común; no había secretos ni particularidades, por lo cual, acomodándose la existencia de cada uno de los vecinos a la molestia, a la obligación o al agrado del otro, venía a resultar la vida diáfana como, con un sabor de ateniense ciudad, tal y como resultan las descripciones de los eruditos historiadores, un ágora flamenca, un foro de chulos, albañiles, lavanderas, aprendices de todos los oficios y aburridos de todas las profesiones y licenciados en la del hambre. Salvo la pobreza, la miseria y el dolor que Platón arrojó de su república, parecía aquella casa de vecindad el plano vivo, poblado y en movimiento de los sueños del filósofo”.*

La ironía final contribuye a quitar un poco de dramatismo a lo anterior, pero no por eso son mejores las condiciones de vida de los vecinos, pues estas casas son focos de insalubridad:

*“En el piso tercero, número 35, mediante el pago de seis duros al mes, teníamos mi padre y yo el usufructo de una habitacioncita sin más ventilación que la de la puerta que daba sobre la galería común. Para respirar, para ver, era preciso ponerse en contacto con la muchedumbre”<sup>736</sup>.*

A la insalubridad se refiere Ortega y Munilla en la novela citada anteriormente, como una de las causas que agravó la mortandad durante la epidemia de cólera:

*“Coincidió este suceso notable en los fastos de don Juan Solo con la aparición del cólera en Madrid. La mortandad era horrenda. En los barrios de don Juan, la gente pobre, aglomerada las viejas casucas sin ventilación, como los granos de la granada en su cáscara, moría a docenas”<sup>737</sup>.*

Pero las condiciones en las que viven otros de estos personajes son todavía más duras, pues algunos no disponen ni siquiera de un tugurio para refugiarse. Dos de estos desaharrados, Zapapicos y Gonzalete, que “habitan” en los barrios bajos son presentados así por Galdós:

*“Zarapicos y Gonzalete eran comerciantes. No daban un paso por aquellos muladares habitados, ni aun por las calles de Madrid, sin que sacaran de él alguna ganancia. ¡Bien por los hombres guapos! Vivían de sus obras y de sus manos; su casa era la capital de España o cualquier rincón de casa de dormir; su vestido, una serie de agujeros pegados unos a otros por medio de jirones de tela; su sombrero, el aire y el sol; sus zapatos, los adoquines y baldosas de la calle.”*

Galdós utiliza en esta ocasión la ironía para narrar las aspiraciones y el convencimiento que tienen los dos golfetes de que van a subir socialmente. Para conseguirlo, después de haber sido “asalariados” durante una temporada, deciden convertirse en “autónomos”:

*“Zarapicos fue durante algún tiempo lazarillo de un ciego; Gonzalete sirvió a una mujer que, al pedir en la puerta de la iglesia le presentaba como hijo. Uno y otro se cansaron de aquella vida mercenaria y poco independiente, y, ansiosos de libertad, se lanzaron a trabajar por su cuenta. Entonces se conocieron, y entablaron cariñosa amistad. Ambos aspiraban a vender **La Correspondencia** o **El Imparcial**; pero, ¡ay!, ciertas posiciones por humildes que parezcan, no están al alcance de todos los individuos. Eran demasiado gra-*

<sup>736</sup> José Ortega y Munilla: *Panza al trote. Relación contemporánea*, Madrid, 1883, Est. tip. de El Correo, San Gregorio 8, 138 págs. BN: 7/127982, p. 64-65.

<sup>737</sup> *Don Juan Solo*, cit., p. 24.



nijas todavía, demasiado novatos, demasiado pobres, y no tenían capital para garantizar las primeras manos. Uno de ellos logró vender **El Cencerro** los lunes; otro merodeaba contraseñas en las puertas de los teatros. Eran dos millonarios en capullo. Zarapicos decía a Gonzalete: ‘Verás, verás cómo semus cualquier cosa’<sup>738</sup>.

La mayoría de ellos están mal alimentados:

“Delante del escaparate de una confitería nueva, la más lujosa de Vetusta, un grupo de pillos de ocho a doce años discutía la calidad y el nombre de aquellas golosinas que no eran para ellos y cuyas excelencias sólo podían apreciar por conjeturas. El más pequeño lamía el cristal con éxtasis delicioso, con los ojos cerrados”<sup>739</sup>.

En esta misma novela, unos pillos de Vetusta se entretienen jugando a “zurriágame la melunga, juego popular al alcance de todas las fortunas”<sup>740</sup>, que consiste en que el que lo dirige da una sílaba y los demás tienen que averiguar de qué se trata. La sílaba es “na”; como no consiguen averiguarlo, le piden que les de pistas y les da la siguiente:

“-¡Es una cosa muy rica!, ¡muy rica!, muy rica!  
 -¿Qué se come?  
 -Pues claro..., siendo muy rica...  
 -¿Dónde las hay?  
 -Las comen los señores...  
 -Eso no vale, ¡so tísica! ¡Qué sé yo lo que comen los señores!  
 -Pues alguna vez puede ser que las hayas visto.  
 -¿De qué color?  
 -Amarilla, amarilla...  
 -¡Naranjas, rediós! –aulló el pillastre, y dio un tirón al pañuelo, preparándose a emprenderla a latigazos con sus compañeros.  
 -¡Que me arrancas el brazo, bruto, y que no es eso! [...]  
 -¡Que sí es!, ¡bacalao! Te rompo... Pues ¿no son amarillas las naranjas? ¿Y no son cosa rica?  
 -Pero naranjas las comes tú también.  
 -Claro, si se las robo a la señora Jeroma en el puesto. [...]Un niño flaco, pálido, casi desnudo, tomó la punta del pañuelo; el brillaban los ojos..., le temblaba la voz..., y mirando con miedo al de las naranjas, dijo muy quedo:  
 -¡Natillas!’<sup>741</sup>.

Por supuesto, ninguno las había probado, pero muchos ni siquiera saben qué son. Los chicos pobres comen tan poco que alguno de ellos siente envidia de los animales:

“Pepín ayudó al viejo a transportar al carro montones de tripas y grandes pedazos de callo de vaca.  
 -¿Y esto quien lo come? –preguntó Pepín.  
 -Esto es para los gatos.  
 -Los gatos –exclamó con envidia Pepín”<sup>742</sup>.

Pero no sólo son los pillos los que apenas si comen; el pueblo en general está bastante mal alimentado. Como síntesis metafórica de esta deficiencia puede servir lo que dice Galdós de la tienda de Encarnación, la tía de Isidora Rufete. En ésta hay de todo. El narrador, que va enumerando los diferentes artículos, detiene su mirada en uno de ellos: “Seguía el pimentón

<sup>738</sup> *La desheredada*, cit., p. 98-99.

<sup>739</sup> *La Regenta*, cit., p. 173-174.

<sup>740</sup> *Ibid.*, p. 294.

<sup>741</sup> *La Regenta*, cit., p. 295.

<sup>742</sup> *Don Juan Solo*, cit., p. 73.

*molido, que sirve para pintar la comida del pueblo, y luego los cañamones de que se sustentan los pajarillos presos*<sup>743</sup>. El verbo colorear más la yuxtaposición de los cañamones dan idea de la poca sustancia de esta comida. La mala alimentación es la causa fundamental de las anormalidades y fealdades –sobre en todo en el aspecto físico- de la realidad que acabo de describir. Ésta es, por ejemplo, la explicación de la fealdad y deformación de Nicanora, la mujer de Ido del Sagrario: “*Ya no se defendía más que con la paciencia, y de tanto mirarle la cara a la adversidad debía de provenirle aquel alargamiento de morros que la afeaba considerablemente*”<sup>744</sup>. Otras veces se señalan motivos raciales y de herencia, combinados con condicionamientos medioambientales de origen social; así, el aspecto de la familia de don José Ido era “*dechado tristísimo de la caquexia popular, mal grande de nuestra raza, mal terrible en Madrid, que de mil modos reclama higiene, escuelas, gimnasia, aire, urbanización*”<sup>745</sup>. Y explicación parecida tiene el estafalario aspecto de los chicos, citados anteriormente, que jugaban a marchar como si fueran un ejército:

*“El raquitismo heredado marcaba con su sello amarillo multitud de cabezas. [...] La variedad de estaturas más bien indicaba los grados de robustez o cacoquimia que los años transcurridos desde que vinieron al mundo.”*<sup>746</sup>.

Evidentemente, tanto la caquexia como el raquitismo son, en última instancia, consecuencia de la mala alimentación: “*El mal comer y el peor vestir pasaba sobre todos un triste nivel*”<sup>747</sup>. A lo mismo se refiere en otra novela uno de los personajes que compara a los españoles con los naturales de otros países por los que ha viajado:

*“Yo de mí sé decir que cuando paso la frontera para acá recibo las más tristes impresiones. Habrá algo que admirar; a mí se me esconde, y no veo más que la grosería, los malos modos, la pobreza, hombres que parecen salvajes, liados en mantas; mujeres flacas... lo que más me choca es lo desmedrado de la casta. Rara vez ve usted un hombrachón robusto y una mujer fresca. No lo duden ustedes, nuestra raza está mal alimentada, y no es de ahora, viene pasando hambre desde hace siglos”*<sup>748</sup>.

No deja de ser paradójico que el autor de estas palabras, Moreno Isla, el aristocrático dandy que pasa la mayor parte del en Londres viviendo de rentas, sea el dueño de la casa a la que va a vivir Fortunata cuando rompe ya definitivamente con su marido<sup>749</sup>. Galdós que ya

<sup>743</sup> *La desheredada*, cit., p. 40.

<sup>744</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 326.

<sup>745</sup> *El doctor Centeno*, cit., p. 289.

<sup>746</sup> *La desheredada*, cit., p. 93 y 94.

<sup>747</sup> *Ibíd.*, p. 94.

Por eso, cuando se les presenta la ocasión de comer lo hacen de tal manera que dejan ver a las claras el hambre atrasada: “*La Pálida escuchaba estos nombres franceses que no entendía, pero que sonaban dulcemente en sus oídos; no elegía el plato, sino la palabra que podía pronunciar más fácilmente, y comía de todo, con ese apetito poco escrupuloso de la mujer del pueblo, y que era un resabio de su voracidad, adquirida al salir de la miseria y entrar en el vicio, como la loba que abandona el monte, pierde todo miedo, y hostigada por el hambre, recorre las calles de las aldeas.*” *La Pálida*, cit., p. 28.

Ésta vuelve a aparecer en otra novela de López Bago y su actitud con la comida es exactamente la misma: “*La Pálida devoraba todos aquellos exquisitos manjares que no había comido nunca. Las demás mujerzuelas comían con igual ansia, y torpemente, con los groseros modales y antiguos hábitos de su educación plebeya. Los aristócrata se reían al ver cómo rebañaban el plato con una miga de pan cogida entre sus dedos, cómo, no limpiándose la boca, relucía la grasa en los labios.*” *La Prostituta*, cit., p. 195

<sup>748</sup> *Fortunata y Jacinta II*, cit., p. 71-72.

<sup>749</sup> Casa que no se diferencia en nada de las descritas páginas atrás: “*Fortunata vio el cuarto. ¡Ay, Dios qué malo era, y qué sucio y qué feo! Las puertas parecía que tenían un dedo de mugre, el papel era todo manchas, los pisos muy desiguales. La cocina causaba horror. Indudablemente la joven se había adecentado mu-*

había recogido en una novela anterior –“¡qué odioso, qué soez, qué repugnante es el pueblo!<sup>750</sup>”– el asco que le produce a Isidora Rufete la visita al barrio de las Peñuelas, además de señalar en ésta el desdén aristocrático de Moreno hacia el mismo, está –si tenemos en cuenta que es el propietario de los tugurios donde viven Fortunata y otros como ella– denunciando –una vez más– cómo la oligarquía de la Restauración explota al pueblo sin preocuparse lo más mínimo de él. Moreno, el elegante, el que pasa la mayor parte del tiempo en Inglaterra porque no soporta la realidad española<sup>751</sup>, se paga los lujos de su “autoexilio” londinense con el dinero que saca de los alquileres del pueblo al que tanto desprecia. Isidora Rufete, que coincide con Moreno en el disgusto que le provoca todo lo popular, echa a perder sus relaciones con Miquis, que estaba enamorado de ella, por su loca aspiración a entrar en la aristocracia, pues está convencida de ser nieta de la duquesa de Aransis. Isidora, que renuncia a vivir entre los de su clase y acomodándose a sus posibilidades, es un símbolo de esa burguesía que ha traicionado los principios de la revolución para echarse en manos de la aristocracia<sup>752</sup>.

Luego, el muestrario de deformidades naturalistas presentadas por la novela de tendencia liberal –Galdós es el más representativo de la misma– no tiene como finalidad denunciar la situación de miseria en que vive el pueblo, aunque ésta aparece implícita lo mismo que aparecían en *La Tribuna* las duras condiciones de trabajo de las cigarreras. Una prueba de que no pretende abogar por el pueblo es que se observa un cierto fatalismo que tiende a presentar la situación como inamovible, ejemplo de lo cual son no sólo las explicaciones del estado del pueblo acudiendo a los condicionamientos de la herencia y de la raza, sino también las declaraciones de que están irremediabilmente abocados a no poder escapar de la situación en la que se encuentran: “*El raquitismo heredado marcaba con su sello amarillo multitud de cabezas, inscribiendo la predestinación del crimen*”<sup>753</sup>. El objetivo es otro; y apunta a un doble blanco. Por una parte, se acusa a la oligarquía de haberse apropiado del pueblo llevándolo a su zona de influencia para utilizarlo al servicio de sus intereses y, a la clase media, de haberse vuelto de espaldas a él y a los principios de la revolución liberal. Los casos de Moreno Isla y de Isidora Rufete pueden muy bien servir como ilustraciones de estas respectivas acusaciones. Y, por otra, la degradación es también en la novela liberal una metáfora del pesimismo con que sus autores observan la realidad española como consecuencia

---

*cho y adquirido hábitos de señora, porque la vivienda aquella se le representaba inferior a su categoría, a sus hábitos y a sus gustos. Hizo propósito de lavar las puertas y aun de pintarlas, y de adecentar aquel basurero lo más posible, sin perjuicio de buscar casa más a la moderna, quisiera o no Segunda vivir con ella.”* *Ibid.*, p. 397.

<sup>750</sup> *La desheredada*, cit., p. 57.

No es la única muestra de desprecio por parte de Isidora.; en una ocasión, en que su amigo la lleva a ver el Museo del Prado, “preguntó a Miquis si también en aquel lugar destinado a albergar lo sublime dejaban entrar al pueblo, y como el estudiante le contestara que sí, se asombró mucho de ello.” (P. 61). Y, en otra, en que la llevó a ver la casa de fieras, le dijo: “*Esto es un espectáculo para el pueblo. [...] Vámonos de aquí.*” (P. 70). Le pide dinero a Miquis y, cuando éste le reprocha sus derroches, le contesta: “*La miseria es plebeya, y yo soy noble*” p. 372.

<sup>751</sup> “Sostenía que en España no hay más que tres cosas buenas: la Guardia Civil, las uvas de Albillo y el Museo del Prado.” *Fortunata y Jacinta II*, cit., p. 70.

<sup>752</sup> El último capítulo de la novela, el 37 titulado Moraleja y que consta sólo de cinco líneas, se podría interpretar en ese sentido: “*Si sentís anhelo de llegar a una difícil y escabrosa altura, no os fiéis de las alas postizas. Procurad echarlas naturales, y en caso de que no lo consigáis, pues hay infinitos ejemplos que confirman la negativa, lo mejor, creedme, lo mejor será que toméis una escalera.*” P. 483.

<sup>753</sup> *La desheredada*, cit., p. 93.

del fracaso de la revolución. La descripción del ejército de desharrapados, a la que pertenece la cita anterior, sigue en los siguientes términos:

*“En un momento se vio a la partida proveerse de palos de escoba, cañas, varas, con esa rapidez puramente española, que no es otra cosa que el instinto de armarse; y sin saber cómo, surgieron picudos gorros de papel con flotantes cenefas que arrebatában el viento, y aparecieron distintivos varios, hechos al arbitrio de cada uno. Era una página de la historia contemporánea, puesta en aleluya en un olvidado rincón de la capital. Fueran los niños hombres y las calles provincias, y la aleluya habría sido una página seria, demasiado seria. [...] Eran la discordia del porvenir, una parte crecida de la España futura, tal que si no le quitaran el sarampión, las viruelas, las fiebres y el raquitismo nos darían una estadística considerable dentro de pocos años. [...] Pero la animación principal de aquel cuadro era un centellear de ojos y un relampaguear de alegrías divertidísimo. Con aquel lenguaje mudo decía claramente el infantil ejército: ‘¡Ya somos hombres!’ ¡Cuántas pupilas negras brillaban en el enjambre con destellos de genio y chispazos de iniciativa! ¡En cuántas actitudes se observaban pinitos de fiereza! ¡Allí la envidia, aquí la generosidad, no lejos el mando, más allá el servilismo, claros embriones de egoísmo en todas partes! En aquel murmullo se concentraban los chillidos para decir: ‘Somos granujas; no somos aún la Humanidad, pero sí un croquis de ella. España, somos tus polluelos, y, cansados de jugar a los toros, jugamos a la guerra civil’”<sup>754</sup>.*

Y sigue con toda una parodia del papel que los militares están desempeñando en la moderna historia de España:

*“¿Quién diréis que salió a recibirlos? Pues un pavo que habitaba en muladar próximo, y que todas las mañanas se paseaba solo por el llano, con la gravedad enfática que tanta semejanza le da con ciertos personajes. El pavo los miró; ellos lo miraron y se detuvieron. Hizo él la rueda y les echó una arenga, es decir, que después de soltar dos o tres estornudos, que son la interjección natural del pavo, les soltó esa carcajada que parece lardido. Los chicos se echaron a reír en inmenso coro, y el animal volvió a hacer la rueda y echarles otra arenga, diciéndoles: ‘Amados compatriotas míos...’, con el cuello rojo cual la esencia del bermellón, el moco tieso, las carúnculas inyectadas como un orador herpético. Más gritaban ellos, más gargajeaba él. A cada voz respondía con sus estornudos y su carcajada. Parecían aclamaciones a la patria, ‘vivas’ contestados con ‘hurras’. Después dio media vuelta y marchó delante. [...] El viento le despeinaba las plumas, y al arrastrar las alas y dar el estornudo, era el puro emblema de la vanidad. No le faltaban más que las cruces, la palabra y la edad proveya para ser quien yo me sé”<sup>755</sup>.*

También Ortega y Munilla ve en el abandono y miseria de la casa de vecinos anteriormente descrita un símbolo del atraso y atonía del país:

*“Es, en suma, un recinto de tristeza, de pobreza bien avenida con su estado, el patio a donde don Juan Solo puede asomarse para divertir su soledad. Allí se descubre la raíz de un mal social, pavoroso, horrendo, especie de parálisis de la nación que va ganando sus vivaces músculos, sus corrientes nerviosas de vida. Allí se descubre una clase social mísera, pobre, casi hambrienta, que ni se mueve en su lecho de muerte y embriaga sus domingos en el espectáculo de los toros, y sus noches con la ambición falsa de la lotería”<sup>756</sup>.*

Ahora bien, como este pesimismo liberal es consecuencia del fracaso de la revolución, la degradación naturalista del pueblo funciona fundamentalmente como soporte estético sobre el que se proyecta la frustración de la burguesía española.

<sup>754</sup> *Ibid.*, p. 93-95.

<sup>755</sup> *La desheredada*, cit., p. 96.

<sup>756</sup> *Don Juan Solo*, cit., p. 130.

### 3.2.4.9. CONCLUSIONES DE LA SITUACIÓN GENERAL DEL PUEBLO.

Del análisis de los diversos epígrafes –costumbrismo, indumentaria, tipos, lenguaje, incultura, pasiones, distancia irónica y deformación naturalista- que he tratado en este capítulo bajo el título de “Situación general del pueblo” se puede sacar la siguiente conclusión: la novela conservadora no ve al pueblo como enemigo mientras que la liberal sí. Esto se traduce en la adopción de una serie de actitudes hacia el mismo que, tanto en una como en otra tendencia, se pueden reducir –aunque de éstas se derivan, a su vez, otras- a dos: distanciamiento y paternalismo en la conservadora, distanciamiento y denuncia en la liberal. Los dos términos de cada una de estas parejas funcionan complementariamente de tal manera que, en el caso de la conservadora, el paternalismo contrarresta los efectos negativos del distanciamiento y lo mismo hace la denuncia en el caso de la liberal.

El distanciamiento lo llevan a cabo los autores conservadores mediante la ironía y la deformación. Entre estos dos procedimientos existe simplemente una diferencia de grado, pues los dos persiguen el mismo objetivo: poner de manifiesto la inferioridad social del pueblo para lo que se retratan sus costumbres poco civilizadas, las deformaciones lingüísticas, la incultura... La ironía la utilizan para dejar constancia de la inferioridad del pueblo y, marcar, por tanto, las distancias respecto a él; y la deformación, con un doble objetivo: por una parte, testimoniar que la miseria y las duras condiciones en las que se desenvuelve su vida son así porque así es la vida: nadie tiene la culpa de ello y nadie puede tampoco considerarse como víctima, por lo que la única reacción posible es el conformismo. Y, por otra, lo cual es consecuencia de todo lo anterior, moralizar para, cuando alguna vez salta por encima de sus límites, hacerle ver las consecuencias: es el caso de *La Tribuna*, donde Amparo es castigada por lanzarse a la arena política. Con este escarmiento Pardo Bazán pretende dejar bien claro qué lugar le corresponde al pueblo, hacerle tomar conciencia de que en la sociedad tradicional, que es el modelo propugnado por ella y Pereda, su situación es de completa subordinación a las jerarquías establecidas. Pero, al mismo tiempo, estos autores consideran que el pueblo no es totalmente responsable de esos comportamientos antitradicionales, sino que los verdaderos culpables son los que le incitan a ello. Por eso, adoptan una actitud paternalista que en sus diversas manifestaciones –idealización (Navarro Villoslada, Navarrete), sublimación estética (Valera)- presenta una imagen positiva del pueblo elogiando sus virtudes y haciendo apología de sus valores. Esta imagen contrarresta los efectos negativos de la ironía y de la deformación, de tal manera que, si con éstas se le indicaba claramente cuál era su lugar, con la adulación aneja a este segundo tratamiento, se le halaga para que no se mueva de él. Si la novela conservadora se puede permitir pasar de la recriminación al elogio –ambos tratamientos se yuxtaponen en la misma novela- es porque no se siente amenazada por el pueblo; no lo considera un peligro.

Distinto es el caso de la liberal, que sí lo considera y por un doble motivo: porque una parte del pueblo, la constituida por el proletariado, es su enemigo de clase; otra, se mueve en la órbita del tradicionalismo. El distanciamiento, que se vale también de la ironía y la deformación, se utiliza para desautorizar a los que por su radicalismo ponen en peligro la revolución liberal. La denuncia, para acusar de traición a los principios burgueses a los que han renunciado a ellos y se han echado en brazos de la oligarquía que se ha aprovechado, además, del pueblo. Tanto los unos como los otros han sido los culpables de que la re-

volución liberal haya terminado fracasando; por eso, distanciamiento y denuncia desembocan en el pesimismo que es la actitud que subyace en el fondo de muchas de las citas comentadas y que se manifiesta fundamentalmente a través de la deformación.

La ironía es objeto de diversos tratamientos según los autores: del cómico en Jacinto Octavio Picón, pasando por el tragicómico de Palacio Valdés, hasta el político de Galdós, quien la utiliza para burlarse de los extremismos, caso del barbero Calleja, o de los mesianismos anarquistas personificados en el mayor de los Rubín. Todos ellos son indicativos de que consideran al pueblo desde una molestia hasta un peligro para la consolidación del liberalismo. Pero, tras la llegada de la Restauración, el obstáculo no viene sólo de la izquierda, sino también del otro lado: de las clases conservadoras que se han hecho con el control de la situación y han vaciado de contenido los principios de la revolución. Las acusaciones se dirigen ahora contra ellos y el pueblo se utiliza como arma arrojadiza denunciando que su ignorancia, alienación, irracionalidad de las pasiones... favorecen a la clase dominante. Pero, como esta denuncia no se hace desde la óptica de la clase baja con la intención de abogar por ella, sino desde la de la burguesía, el reflejo de las duras condiciones de vida sirve tanto de testimonio de éstas como de argumento para mantener las distancias con quienes se encuentran en esa situación que se empieza a ver, además, como un símbolo de la degradación general del país. Las deformaciones naturalistas se convierten así en manifestación – además de la denuncia y del recelo hacia el pueblo- del pesimismo de la burguesía. Este pesimismo, aparte del esteticismo de Valdés señalado, por ejemplo, al hablar del costumbrismo, tiene fundamentalmente dos tratamientos: histórico y existencial. Del primero, el más genuino representante es Galdós, que en *La desheredada* ve en la marcha de los desheredados, que juegan al ejército, una imagen de la España del momento. Del segundo, Palacio Valdés que convierte una romería en un paisaje de Teniers expresando el deseo de detener el tiempo en ese momento de felicidad como consuelo a los sinsabores de la vida. Pesimismo histórico y pesimismo existencial tienen una misma causa: la frustración de la burguesía por el fracaso de su revolución. Pero el existencial, al independizarse de las circunstancias históricas concretas, de las causas, se inscribe en la esfera de lo esencial humano con lo que implícitamente se está afirmando que no hay solución. Se llega así a una conclusión paradójica, pues al mismo tiempo que se denuncian unas determinadas estructuras sociales acusándolas de ser las culpables de una situación concreta, se las está exculpando, dado que la causa última del pesimismo se encuentra fuera del radio de intervención humana. Tras esta implícita afirmación de que no hay cambio posible –una de las características del acervo ideológico de la siguiente generación, la noventaiochista- subyace el recelo ante el proletariado –significativamente ausente (excepto en *La Tribuna*) en todas las citas de este apartado-: ante el peligro de que la situación cambie del lado de éste, mejor es que no “pueda” cambiar.

### 3.2.5. EL MUNDO LABORAL: OBREROS, CRIADOS Y CAMPESINOS.

Al igual que en los dos períodos anteriores del siglo, el trabajo que voy a analizar en este apartado es el trabajo asalariado. Dentro de éste se pueden distinguir tres grandes grupos: obreros, criados y campesinos.

En el primero voy a incluir a todos los que trabajan en el medio urbano, sean o no proletarios propiamente dichos, y a los que, aunque no vivan en la ciudad, se dedican a actividades que no tienen que ver ni con la agricultura ni con el servicio doméstico. Y, asimismo, voy a reunir las novelas no en dos grandes apartados, como he venido haciendo hasta ahora, sino en tres: conservadora, liberal y obrera, pues hay una de Anselmo Lorenzo que defiende los intereses del proletariado. Dentro de la liberal, a su vez, se pueden distinguir dos corrientes: la de los que, partiendo de una idea abierta del liberalismo, se mueven entre la denuncia de las condiciones de trabajo y el recelo hacia el mundo obrero y, en segundo lugar, la de los que defienden el liberalismo económico hasta sus últimas consecuencias y, por tanto, adoptan una actitud de abierto enfrentamiento con los obreros cuando éstos no aceptan las condiciones que se les ofrecen. Esta segunda corriente se aleja de la ideología conservadora por su defensa del mundo urbano e industrial; pero participa de sus mismos presupuestos y está muy lejos de las ideas de los autores que he venido analizando como representantes de la burguesía liberal. Por eso, aunque en este apartado los voy a incluir dentro de la corriente liberal, en los demás lo haré en la conservadora.

#### 3.2.5.1. EL MUNDO OBRERO.

##### A) La novela conservadora.

Hay algo en lo que coinciden todas las novelas, incluso hasta las que presentan una imagen idílica y desproblematizada de las relaciones sociales: en señalar las penosas condiciones en que viven los trabajadores como consecuencia de la dureza del trabajo que siempre deja secuelas: “*No hay más que mirar sus manos, con pellejo de cazón y multitud de juanetes, para comprender lo que ha hecho Señá Rita toda su vida: trabajar*”<sup>757</sup>. Y lo mismo le sucede a la protagonista de la novela: “*María de los Ángeles, mártir de la pobreza desde que nació, acostumbrada a vivir en gran estrechez, ganándose con sus manos un escaso jornal*”<sup>758</sup>. Pero las dos son buenas personas y llevan su situación con paciencia y resignación por lo que sus estrecheces se ven compensadas, especialmente en el caso de Señá Rita a quien “*todo el mundo la quiere, con especialidad los niños*”, y

*“como los resplandores de la virtud alcanzan a todas partes, la buena vieja ha oído en varias ocasiones, de labios de señoronas muy señoronas y de señorones muy señorones del pueblo, estas palabras:*

*-Señá Rita: cuando necesite usted una onza de oro, venga usted por ella*”<sup>759</sup>.

Las estrecheces se ven recompensadas por el reconocimiento y aprecio de los demás, lo que se convierte en un “argumento” por parte del autor para justificar la situación.

La vida de los marineros de Pereda, además de bastante más peligrosa, es igualmente dura, especialmente la de los que trabajan en los pataches:

<sup>757</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 29.

<sup>758</sup> *Ibíd.*, p. 416..

<sup>759</sup> *Ibíd.*, p. 30.

*“Supónese que estos barcos han sido nuevos alguna vez; yo nunca los he conocido en tal estado, y eso que no los pierdo de vista, como lo pueda remediar. Por tanto, puede afirmarse que el patache es un compuesto de tablucas y jarcia vieja”*<sup>760</sup>.

Pereda dedica varias páginas a describir el barco, las incomodidades de los tripulantes por la falta de condiciones del mismo, la escasez y monotonía de la alimentación, la escasez del sueldo, las calmas que les impiden navegar, las tormentas que los hacen naufragar, para concluir:

*“En suma, trabajo incesante, comida misérrima, un pesebre por lecho, un mechinal por dormitorio, todos los riesgos de la mar, todas las desventajas para correrlos, y la conciencia de no mejorar nunca de fortuna por aquel camino”*<sup>761</sup>.

El trabajo de los pescadores tiene las mismas características de dureza y peligrosidad; así lo describe Sidora, la mujer del tío Mechelín a Andrés:

*“¡Cincuenta años largos de bregar en esos mares, con fríos que aterecen, con soles que abrasan, con vientos, con lluvias, con nieves, poco descanso, una pizca de sueño y vuelta a la lancha antes de romper el día, y cierre usted los ojos para no ver la estampa de la muerte, que se embarca primero que nadie, y va siempre allí, allí con los infelices, pa acabar con toos ellos cuando menos lo esperan y onde no hay otro amparo que la misericordia de Dios!”*.

Y lo que se gana es tan poco que, después de cincuenta años trabajando, el tío Mechelín ha sido incapaz de ahorrar dos mil reales para tener su propia barca: *“¡Si hubiera habido ahorros pa una barquilla tan siquiera!... Ya ve usted, dos mil reales en cincuenta y más años de brega no es mucho pedir”*<sup>762</sup>.

Ninguno de los casos anteriores pertenece al proletariado industrial<sup>763</sup>. La única autora conservadora que se ocupa del mismo es Pardo Bazán. Ya me he referido anteriormente a él al tratar en el punto precedente el tema de la deformación. Me voy a ocupar ahora de todos los aspectos que tienen que ver con el trabajo.

En la obra de doña Emilia los obreros aparecen como telón de fondo, ligeramente entrevistos, en una novela anterior cuando, por la mañana temprano, se dirigen al trabajo en la ciudad francesa de Vichy:

*“Pasaba algún obrero, larga la barba, mal lavado y huraño el semblante, renqueando, soñoliento, el espinazo arqueado aún por la curvatura del sueño de plomo a que se entregaron la víspera sus miembros exhaustos. Las criadas de servir, con el cesto del carbón al brazo, ancho mandil de tela gris o azul, pelo bien alistado, -como de mujer que sólo dispones en el día de diez minutos y los aprovecha- iban con el paso ligero, temerosas de que se les hiciese tarde”*<sup>764</sup>.

La mirada de la narradora es más bien distante y no muy favorecedora y, por otra parte, en esta novela no juegan ningún papel, simplemente forman parte del decorado matinal de la ciudad. Sí que lo desempeñan en ***La Tribuna***, donde ocupan el lugar central, pues las pro-

<sup>760</sup> *Sotileza*, cit., p. 189.

<sup>761</sup> *Ibíd.*, p. 193.

<sup>762</sup> *Ibíd.*, p. 244.

<sup>763</sup> He preferido tratarlos aquí, en el caso de Señá Rita y de María de los Ángeles porque, aunque vivan en el medio rural, no trabajan en el campo; y en el de los marineros porque, aunque no sean proletarios propiamente dichos, su forma de vida y mentalidad es muy distinta de la de los campesinos. Ya se verá más adelante cómo Palacio Valdés señala las diferencias que hay entre ambos.

<sup>764</sup> *Un viaje de novios*, cit., p. 253.



tagonistas son las obreras de la fábrica de tabacos<sup>765</sup> de Marinada<sup>766</sup>. Forman un grupo muy importante, pues en la fábrica trabajan cuatro mil mujeres. Las condiciones en que lo hacen son bastante penosas:

*“La atmósfera estaba saturada del olor ingrato y herbáceo del virginia humedecido y de la hoja medio verde, mezclado con las emanaciones de tanto cuerpo humano y con el fétido vaho de las letrinas próximas”<sup>767</sup>.*

Tanto es así que el aire se hacía irrespirable y, a veces, algunas de las obreras se desmayaban:

*“La atmósfera se cargaba de asfixiantes vapores y se espesaba hasta parecer que podía cortarse con un cuchillo. Penetrantes efluvios de nicotina subían de los serones llenos de seca y prensada hoja. Las manos se movían a impulsos de la necesidad, liando las tagar-ninas, pero los cerebros rehuían el trabajo abrumador del pensamiento; a veces una cabeza caía inerte sobre la tabla de liar, y una mujer, rendida de calor, se quedaba sepultada en sueño profundo”.*

Había otras, que trabajaban con un poco más de comodidad, pero sólo por comparación con las anteriores:

*“Más felices que las demás, las que espurriaban la hoja, sentadas a la turca en el suelo, con un montón de tabaco delante, tenían el puchero de agua en la diestra, y al rociar, muy hinchadas de carrillos, el virginia, las consolaba un aura de frescura. Tendidas las barrederas al lado del montón de polvo que acababan de reunir, roncaban con la boca abierta y se estremecían de gusto cuando la suave llovizna les salpicaba el rostro”.*

Para completar la escena, las moscas y la comida de las cigarreras andas mezcladas con el tabaco:

*“Revoloteaban las moscas con porfiado zumbido, y ya se unían en el aire y caían rápidamente sobre la labor en las manos de las operarias, ya se prendían las patas en la goma del tarrillo, pugnando en balde por alzar el vuelo. Andaban esparcidos por las mesas, y*

<sup>765</sup> Las trabajadoras de otra fábrica de tabaco, en este caso la de Madrid, aparecen fugazmente en Insolación. Están en una venta preparando una comida y la descripción no es muy positiva pues la narradora se refiere a ellas como “una taifa de gente humilde, que a la puerta de la cocina de un merendero fronterizo se dedicaban a aderezar un guisote de carnero, puesto en monumental cazuela, sobre una hornilla. [...] En cuanto al carnero y al arroz de añadidura, lo habían traído en sus delantales las muchachas, que por lo que pueda importar, diremos que eran operarias de la Fábrica de Tabacos. [...] Toda esta gentuza, al pasar la viuda de Andrade y su cortejo, se comunicó impresiones con mucho parpadeo y meneo de cabeza.” Cit., p. 150.

<sup>766</sup> En esta novela aparecen también referencias a otro tipo de trabajos y, todos, son igualmente duros. Amparo, antes de entrar en la fábrica, ayudaba a su padre a hacer barquillos: “El que viese aquellos cañutos dorados, ligeros y deleznables como las ilusiones de la niñez, no podía figurarse el trabajo ímprobo que representaba su elaboración. Mejor sería manejar la azada o el pico que abrir y cerrar sin tregua las tenazas abrasadoras, que, además de quemar los dedos, la mano y el brazo, cansaban dolorosamente los músculos del hombro y del cuello. La mirada, siempre fija en la llama, se fatigaba; la vista disminuía; el espinazo, encorvado de continuo, llevaba, a puros esguinces, la cuenta de los barquillos que salían del molde. ¡Y ningún día de descanso! No pueden los barquillos hacerse de vispera; si han de gustar a la gente menuda y golosa, conviene que sean fresquitos. Un nada de humedad los reblandece. Es preciso pasarse la mañana, y a veces la noche, en fabricarlos; la tarde en vocearlos y venderlos.”. Cit., p. 65

Una amiga de Amparo, Carmela, se dedica a hacer puntillas y habla así de su trabajo: “¡Se ve tampoco!... ¡Los días son tan cortos! Y tiene una las manos frías; en hacer una cuarta de puntilla se va una mañana. Casi, descontando lo que nos cuesta el hilo, no sacamos para arrimar la lumbre.” P. 85.

La tía Sidora, en una novela de Pereda, se queja de lo mismo: “Y yo no tengo jornal toos los días; me faltan los ojos para la costura, y la poca que dan en la calle a esta desgraciá [Silda], que es mi consuelo y mi ayuda, la pagan mal y cuando los paece.” *Sotileza*, cit., p. 245.

<sup>767</sup> *La Tribuna*, cit., p. 93-94.

*mezclados con el tabaco, pedazos de borona, tajadas de bacalao crudo, cebollas, sardinas arenques*<sup>768</sup>.

Se trabaja a destajo por lo que cada una cobra según los cigarros que elabore. Por eso, una señora mayor, ya bastante disminuida, se lleva a su hija para que la ayude y, entre las dos, se sacan un jornal:

*“Medio ciega ya y muy temblona de manos, la madre no podía hacer más que ‘niños’, o sea la envoltura del cigarro; la hija se encargaba de las puntas y del corte, y entre las dos mujeres despachaban bastante*<sup>769</sup>.

Incluso hay niños trabajando:

*“No se sabía ciertamente cuál de las amigas despachaba más; en cambio, a su lado, encaramada sobre un almohadón, había una aprendiz, niña de ocho años, que con sus deditos amorcillados y torpes apenas lograba en una hora liar media docena de papeles*<sup>770</sup>.

En la fábrica trabajan también hombres. El taller de picado es exclusivo de ellos. Esta labor, el picado del tabaco, es la más penosa de todas:

*“El tabaco los rodeaba; habíalos metidos en él hasta media pierna; a todos les volaba por hombros, cuello y manos, y en la atmósfera flotaban remolinos de él. Los trabajadores estribaban en la punta de los pies, y lo que se movía para brincar era el resto del cuerpo, merced a repetido y automático esfuerzo de los músculos; el punto de apoyo permanecía fijo.”*

Y no es sólo penosa, sino también extremadamente peligrosa:

*“Cada dos hombres tenían ante sí una mesa o tablero, y mientras el uno, saltando con rapidez, subía y bajaba la cuchilla picando la hoja, el otro, con los brazos enterrados en el tabaco, lo revolvía para que el ya picado fuese deslizándose y quedase solo en la mesa el entero, operación que requería gran agilidad y tino, porque era fácil que, al caer la cuchilla, segase los dedos o la mano que encontrara a su alcance. Como se trabajaba a destajo, los picadores no se daban punto de reposo: corría el sudor de todos los poros de su miserable, y la ligereza del traje y la violencia de las actitudes patentizaban la delgadez de sus miembros, el hundimiento del jadeante esternón, la pobreza de las garrosas canillas, el térreo color de las consumidas carnes*<sup>771</sup>.

Estas duras condiciones generales se ven agravadas por las circunstancias personales de algunas de las trabajadoras:

*“Cierta día se difundió por la fábrica siniestro rumor: Rita de la Riberilla, una operaria, había sido cogida con tabaco. ¡Con tabaco! ¡Jesús, si parecía una santa aquella mujer chiquita, flaca, con los ojos ribeteados de llorar, que solía atarse a la cara un pañuelo negro a causa, quizá, del dolor de muelas! Pero algunas cigarreras, mejor informadas, se echaron a reír. ¿Dolor de muelas? ¡Ya baja! Era que su marido la solfeaba todas las noches, y ella, por tapar los tolondrones y cardenales, se empañicaba así; también una vez se había presentado arrastrando la pierna derecha y diciendo que tenía reúma, y el reúma era un lapo atroz del esposo*<sup>772</sup>.

<sup>768</sup> *Ibid.*, p. 107-108.

<sup>769</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>770</sup> *Ibid.*, p. 117.

<sup>771</sup> *La Tribuna*, cit., p. 165-166.

<sup>772</sup> *Ibid.*, p. 209.

La mujer robaba una cantidad mínima de tabaco para el consumo de su marido pues, si no se lo llevaba, le pegaba. A pesar de eso, el administrador de la fábrica fue inmisericorde y la echó del trabajo.

Si la situación de las que trabajan es dura, más lo es la de las que por alguna enfermedad han tenido que dejar el trabajo, como la madre de Amparo, que fue operaria de la fábrica hasta que una noche, en que sudó en el lavadero público, volvió desabrigada, cogió frío y se quedó tullida de las caderas. Se quedó sin ingresos, pues “*el real diario que del ‘fondo de hermandad’ de la fábrica recibía la enferma no llegaba a medio diente*”<sup>773</sup>.

Estas duras condiciones tienen repercusiones físicas y morales. Físicas porque provocan un desmejoramiento generalizado. El tío Mechelín, aquejado de fuertes dolores, no puede ya muchos días salir a navegar:

*“Por entonces empezó tío Mechelín a adolecer de muchos achaques que a menudo le impedían salir a la mar, y aun le postraban en la cama. Los míseros ahorros se agotaron, y en la bodega comenzaron a sentirse varias necesidades, porque la labor de las mujeres no daba para cubrir las todas. Andrés lo observó con mucha pena, sobre todo cuando se convenció de que los achaques del honrado pescador eran lacras del oficio, enconadas por el peso de los años; es decir, de las que no tienen cura y piden grandísimos cuidados para ir pasando el enfermo poco a poco el último y breve tramo de la vida”*<sup>774</sup>.

Chinto, el ayudante del señor Rosendo en el negocio de barquillos, despedido por Amparo, es uno de los que trabaja en el taller de picado descrito líneas más arriba. Amparo y la *comadreja* lo visitan en una ocasión cuando se encuentra en medio de la faena y, al verlo, no pueden menos que exclamar<sup>775</sup>:

*“-Estás bonito; parece que te chuparon –exclamó la Comadreja, mientras Amparo lo miraba entre compadecida y asquillosa, admirándose de los estragos que en tan poco tiempo había hecho en él su perruno oficio. Le sobresalía la nuez, y bajo la grosera camisa se pronunciaban los omóplatos y el cúbito. Su tez tenía matices de cera, y a trechos manchas hepáticas; sus ojos parecían pálidos y grandes con relación a su cara enflaquecida”*<sup>776</sup>.

Y lo mismo les sucede al resto de las trabajadoras:

*“Entre las operarias había sin duda algunos rostros juveniles y lindos; pero así como en una menestra se destaca la legumbre que más abunda, en tan enorme ensalada femenina no se distinguía al pronto sino greñas incultas, rostros arados por la vejez o curtidos por el trabajo, manos nudosas como ramas de árbol seco”*<sup>777</sup>.

Pero, además del desmejoramiento físico, el trabajo, sobre todo para la mujer, provoca un comportamiento desvergonzado, cuando no la lleva directamente a la depravación moral<sup>778</sup>:

*“Nacida en aquel pueblo [Calatayud] e hija de unos tejedores muy pobres, Europa fue enviada a un telar donde la industria moderna abusó de sus fuerzas físicas, y el vicio la de-*

<sup>773</sup> *Ibíd.*, p. 68.

<sup>774</sup> *Sotileza*, cit., p. 243-244.

<sup>775</sup> Las condiciones en casa del barquillero no eran mucho mejores, al menos en lo que al trato se refiere, pues se comportaban con él como con un perro: “*Así que todos manducaron a su sabor, echaron las sobras revueltas en un plato, como para un perro, y se las dieron al labrieguito, que se acostó harto, roncando formidablemente hasta el otro día.*” P. 91.

<sup>776</sup> *Ibíd.*, p. 166.

<sup>777</sup> *Ibíd.*, p. 94.

<sup>778</sup> Ya se verá más adelante que éste es un tema muy frecuente en las novelas de López Bago y A. Sawa.

*pravó después. Corrompida a los doce años, madre a los trece, se vio ligada a seres profundamente depravados*<sup>779</sup>.

También entre las cigarrereras de Marineda hay algunas a las que las miserables condiciones de trabajo han llevado a la perdición:

*“Quedábase Amparo pensativa. Cuantas sugerencias de inmoralidad trae consigo la vida fabril, el contacto forzoso de las miserias humanas; cuantas reflexiones de enervante fatalismo dicta el convencimiento de hallarse indefenso ante el mal, de verse empujado por circunstancias invencibles al principio, pesaban entonces sobre la cabeza gallarda de la Tribuna.[...] ¿De qué sirve ser un santo si al fin la gente no lo cree ni lo estima; si, por más que uno se empeñe, no saldrá en toda la vida de ganar un jornal miserable; si no le ha de reportar el sacrificio honra ni provecho? ¿Qué han de hacer las pobres despreciadas de todo el mundo, sin tener quien mire por ellas, más que perderse? ¡Cuántas chicas bonitas, y buenas al principio, había visto ella sucumbir en la batalla, desde que entró en el taller!”*<sup>780</sup>.

Y Chinto declara que, para sobrellevar tan duro trabajo, no le queda más remedio que beber:

*“-Antes –pronunció sentenciosamente Amparo- sólo probabas vino algún día de fiesta que otro... Pues aquí no tienes por qué tomar vicios, que, gracias a Dios, la borrachera, a las cigarrereras, poco daño nos hace...*

*-Las de arriba bien habláis, bien habláis... si os metieran en estos trabajitos... Para lo que hacéis, que es labor de señoritas, con agua basta... Quiérese decir, vamos..., que un hombre no ha de ponerse chispo; pero un refligelio..., un tentacá...”*<sup>781</sup>.

Pero la propia Amparo, que declaraba que conocía a muchas que se habían perdido, reconoce que también las hay que han resistido: *“Diga lo que quiera Ana, ¿no conozco yo muchachas de bien aquí? ¡Está esa Guardiania, que es más pobre que las arañas y más limpia que el sol! Y de fea no tiene nada; es... así... delgadita...”* Es decir, a pesar de todo y por encima de ciertos comportamientos individuales, predomina la virtud lo cual, como la misma Amparo reconoce a continuación, se debe a la influencia bienhechora de la religión: *“Ella se confiesa a menudo..., dice que el confesor la aconseja bien...”*<sup>782</sup>. Por eso, las cigarrereras tienen muchas virtudes. Son profundamente religiosas, de tal manera que no soportan ningún tipo de irreligiosidad<sup>783</sup>, rezan una novena mientras trabajan, se muestran conformes con su suerte e, incluso, le pagan a una el tiempo que emplea en leer para las demás mientras trabajan<sup>784</sup>. Son también solidarias pues hacen una colecta para socorrer a la que fue expulsada por lle-

<sup>779</sup> Rafael de Castillo: *Las cortesanas del siglo XIX*. Novela de costumbres. Basado [sic] en el argumento de una de Mr. Balzac. Madrid, 1871, 425 págs. BN: 1/70269. P. 307.

<sup>780</sup> *La Tribuna*, cit., p. 194.

<sup>781</sup> *Ibíd.*, p. 167.

<sup>782</sup> *Ibíd.*, p. 194.

<sup>783</sup> *“Dos cosas, sobre todo, alteraban la bilis de las cigarrereras: el incremento del partido carlista y los ataques a la Virgen y a los santos. [...] Y es lo curioso que a medida que la revolución se desencadenaba y el republicanismo de la fábrica crecía, tomaban incremento las prácticas religiosas.”* P. 180.

<sup>784</sup> Ahora bien, este hecho que en sí es positivo, en la novela quizás no lo sea tanto si tenemos en cuenta que lo que leen es la prensa política y ya se vio cómo satiriza la autora lo que decían los periódicos. En otra novela *-Las cortesanas del siglo XIX-* tras contar cómo un padre de la clase trabajadora lo sacrificó todo por darle una brillante educación a su hijo, el narrador hace el siguiente comentario: *“Ésta es la manía de los proletarios respecto a sus hijos”*. Cit., p. 243.

vase cigarros para su marido y entre ellas se ayudan todo lo que pueden<sup>785</sup>. Pero, sobre todas estas virtudes, destaca la resignación. Ésta aparece en todas las novelas. Ya comenté anteriormente cómo Señá Rita y María de los Ángeles, personajes de la de Navarrete, se manifestaban en todo momento conformes con su suerte. También lo están dos personajes de Rafael del Castillo:

*“Aquel cuarto era el prototipo de las habitaciones de los honrados hijos del pueblo. Nada de lujo había en él; pero en cambio había una limpieza y un aseo extraordinario. Se respiraba, por decirlo así, una ambiente de pureza y sencillez que encantaba. [...] José era carpintero y su mujer guarnecedora de sombras. No tenían más que para ir viviendo, pero eran felices porque no aspiraban a más y estaban resignados con su suerte”*<sup>786</sup>.

Y Pereda, tras describir en una cita reproducida páginas atrás la durísima vida de los tripulantes de un patache, concluye:

*“Todo esto acepta, a sabiendas y de buena gana, un hombre que se decide a formar parte de esa legión héroes de la miseria, de las angosturas y de las fatigas, que ni siquiera tienen por estímulo la triste esperanza de que al acabar su carrera estrellados contra un peñasco, o arrastrados por torbellinos de arena y ondas amargas, se grabe su martirio en la memoria de las gentes, o merezca siquiera su conmiseración, pues hasta la que se siente por los naufragos de alto bordo, se regatea a los de un mísero patache. ¡Tan necesario e inevitable se conceptúa su desastroso fin!”*<sup>787</sup>.

Y entre las cigarreras de la fábrica de Marinada, las que más muestras de resignación dan son las llamadas rurales —las que no viven en la ciudad sino en las aldeas de los alrededores— que tienen que caminar todos los días una gran distancia para ir al trabajo:

*“El pretexto de las riñas era que las de Marinada mostraban asombrarse de que las campesinas, viniendo quizás de tres leguas de distancia, estuviesen ya allí cuando apenas asomaba el día, y hacían rechifla de tal diligencia”*<sup>788</sup>.

Teniendo en cuenta que, a continuación, se lanzan mutuos reproches en los que se pone de manifiesto el nulo grado de politización de las rurales, que se diferencian en esto claramente de las urbanas, esta diligencia es para la narradora un rasgo de virtud que les da a las primeras ventaja moral sobre las segundas.

Tras esta exposición de cómo en la novela de tendencia conservadora se recogen las condiciones laborales tanto del proletariado industrial como de otras formas de trabajo, se impone una pregunta: ¿pretenden estos autores hacer una denuncia con el objeto de reivindicar la mejora de estas condiciones? La exposición es objetiva, pero la finalidad que les

<sup>785</sup> También en *Sotileza* se cuenta —P. 139-140— cómo cada vez que había una leva el Cabildo de pescadores, a pesar de no andar muy sobrado de fondos, daba una ayuda de 150 reales a cada uno de los que le tocaba ir al servicio.

<sup>786</sup> *Las cortesanas del siglo XIX*, cit., p. 55.

He incluido a este autor entre los novelistas conservadores porque me ha parecido que ésta cita y otras, como el llamar “manía” al deseo de los proletarios de instruirse, no indican una ideología muy avanzada. Pero, en opinión de Ferreras, este autor no tiene ideología alguna, es una máquina de hacer novelas que le metía mano a cualquier cosa: “... nos encontramos con lo que se podría llamar el auténtico novelista por entregas. Esto es, ante un especialista que es capaz de abastecer un mercado. A Castillo le da lo mismo escribir una novela histórica, como él dice tan inmodestamente, como una novela de costumbres. Lo mismo puede ensalzar a la aristocracia que a la clase obrera. Castillo no parece tener ideología alguna, es una fuerza al servicio de los editores, una especie de camaleón efectivo y prolífico.”

*El triunfo del liberalismo y de la novela histórica* (1830-1870), cit., p. 196.

<sup>787</sup> *Sotileza*, cit., p. 193.

<sup>788</sup> *La Tribuna*, cit., p. 127.

mueve no es la de convertirse en portavoces de las reivindicaciones obreras, sino presentar una imagen del pueblo trabajador que, al igual que en apartados anteriores en los que he analizado otras facetas del mismo, contribuya a reforzar las estructuras de la sociedad tradicional. Ya se ha visto en el apartado anterior cómo a Pardo Bazán lo que le preocupa fundamentalmente es la politización de las cigarreras, que critica abiertamente desde el prólogo, y para la que no ahorra sarcasmos. Resulta muy significativo que se muestren tan combativas en el terreno político y tan resignadas en el social pues, a pesar de la dureza del trabajo y de la escasez del salario, no presentan nunca ninguna reivindicación de tipo laboral<sup>789</sup>. La explicación es fácil, las trabajadoras están contentas con su suerte<sup>790</sup> –lo mismo que los pescadores y marineros de Pereda que tienen un concepto un tanto fatalista de la existencia- y no se movilizarían políticamente si la prensa burguesa no los soliviantara. Luego, la conclusión es evidente: la salud moral de nuestro pueblo, proletariado incluido, es excelente –ya cité lo que al respecto dice Pardo Bazán en el prólogo de la novela<sup>791</sup>- y el único peligro es que lo manipulen al servicio de intereses bastardos que no les importan lo más mínimo<sup>792</sup>.

### B) La novela liberal.

En el tratamiento del tema del trabajo por parte de la novela liberal se pueden distinguir dos grandes líneas que voy a denominar “liberalismo ideológico o intelectual” y “liberalismo económico o doctrinal”. En la primera, de la que forman parte los grandes autores –Palacio Valdés, Clarín y Galdós, además de otros menores- el mundo del trabajo ocupa un lugar relativamente poco importante, el proletariado no es nunca protagonista de ninguna novela, aunque Palacio Valdés y Clarín se hacen eco de él; y, en el caso de Galdós, ni siquiera aparece como grupo, pues la presencia del mundo del trabajo queda reducida casi en exclusiva al lumpemproletariado. Aunque las actitudes no son unánimes, se puede afirmar que se mueven entre el acercamiento comprensivo, el recelo y cierta hostilidad latente, pero

<sup>789</sup> Solamente en una ocasión, porque llevan dos meses sin pagarles, se plantan negándose a entrar. Inmediatamente les prometen que les van a pagar un mes y los ánimos comienzan calmarse, apaciguándose del todo cuando aparece la Guardia Civil.

<sup>790</sup> Ello se debe también a la falta de conciencia de clase de la que puede ser una muestra el trato que Chinto recibe en casa del barquillero. El chico hace todos los trabajos que le mandan sin rechistar y no sólo no tienen ninguna consideración con él, sino que lo maltratan: “*Lo gracioso del caso está en que, siendo el paisanillo tan útil, por mejor decir, tan indispensable, no hubo criatura más maltratada, insultada y reñida que él. Sus más leves faltas se volvían horribles crímenes, y por ellos se le formaba una especie de Consejo de guerra. Llovían sobre él a todas horas multitud de improperios, burlas y vejaciones.*” Y comenta, a renglón seguido, doña Emilia: “*La explotación del hombre por el hombre tomaba carácter despidadado y feroz, según suele acontecer cuando se ejerce de pobre a pobre, y Chinto se veía estrujado, prensado, zarandeado y pisoteado al mismo tiempo. Le habían calificado y definido ya: era un mulo, y nada más que un mulo.*” *La Tribuna*, cit., p. 121.

<sup>791</sup> “*¡Tan necesario e inevitable se conceptúa su desastroso fin!*” escribe, en un pasaje citado páginas atrás para referirse a lo que les espera –resignadamente aceptado por ellos- a los tripulantes de los pataches. *Sotileza*, p. 193.

<sup>792</sup> Ya se verá en una novela –*La huelga*-, que citaré en el punto siguiente, cómo Félix de Bona, que sí que se ocupa de las reivindicaciones laborales de los trabajadores, culpa de éstas a la propaganda socialista, con lo que ambos autores coinciden en culpar a un factor externo del soliviantamiento del pueblo. Esta coincidencia es una muestra de cómo confluyen durante la Restauración los intereses de la oligarquía tradicional con los de una cierta burguesía –la que entra de lleno en los negocios de esa época- que defiende abiertamente el liberalismo económico.

no hay un rechazo abierto de los puntos de vista obreros en la, en estos momentos, llamada “cuestión social”, entre otras cosas porque no los recogen.

En la segunda, -en la que se incluyen Félix de Bona y Antonio Rodríguez López del Arco- el proletariado industrial ocupa el lugar central. Se recoge abiertamente la “cuestión social” y se combaten frontalmente los postulados socialistas y las acciones –como las huelgas- encaminadas a conseguir mejoras, oponiendo a todo ello la defensa del liberalismo puro y duro –aunque suavizado por medidas benefactoras producto del espíritu filantrópico de los patronos- con el argumento de que todo el mundo tiene las mismas oportunidades y, por tanto, el que no asciende y mejora de condición es porque le falta capacidad o voluntad para ello. Esta segunda corriente económicamente es liberal pero, socialmente es claramente conservadora pues su ideología, como se verá, es la misma de los autores tradicionales, pero adaptada al mundo industrial moderno. Por eso, en otros puntos de esta tesis, como el del socialismo, analizaré sus opiniones dentro de la conservadora.

### **b1) Liberalismo ideológico.**

Como he dicho antes, el tratamiento del mundo del trabajo no es uniforme en esta corriente, pues es objeto de varios enfoques.

En uno de ellos, al igual que señalé al hablar de la conservadora, aparece como telón de fondo, desempeñando un papel casi de decorado. Ya cité en un capítulo anterior un pasaje de *Dulce y sabrosa*, de Jacinto Octavio Picón, en el que describía cómo los distintos oficios servían de marco para los encuentros que, a primera hora de la mañana, tenía don Juan Todellas con la criada de Cristeta. Algo parecido sucede en este otro pasaje:

*“La calle de Embajadores tenía en tales ocasiones, que solía ser a la tarde, un aspecto de desfile desordenado de obreros y mujeres, de mozos cargando espuelas y serones de fruta, de carros de verduras que subían del mercado y de caballos de propietarios del barrio, con sus aparejos españoles y su mosquero de crines blancas en la frente. Las tabernas henchíanse de consumidores, y en sus puertas advertíase el movimiento de un hormigueo”*<sup>793</sup>.

En esta cita los trabajadores están contemplados como una multitud heterogénea, formada por una suma de casos individuales que ocupa la calle a ciertas horas del día. Pero se presenta de ellos una imagen puramente externa, pues ni forman un colectivo –con lo que el concepto de proletariado está ausente- ni tampoco se dice nada de sus condiciones de trabajo, a las que sí se hace referencia en otras partes de esta misma novela, en la que se describen distintos tipos de trabajos. Encontramos una carbonería:

*“...y don Juan, detrás de su mesa, con la pluma de ave colocada en la derecha oreja, dirigía y presidía las operaciones de los negros y desgarrapizados obreros del almacén, envuelto en una nube negra de carbón”*<sup>794</sup>.

Otro es un almacén de “Hueso y trapo”, dirigido por una vieja, la Robustiana:

*“La Robustiana era una vieja horrible, anchurosa de senos y caderas, con un cuello como un poste de puente, donde las cuerdas musculares resaltaban tirantes cual si estuviesen próximas a estallar. Reina y señora de aquel tráfico odioso, paseábase por en medio del enorme patio, repartiendo sus miradas entre los montones de huesos y el cobertizo, que*

<sup>793</sup> *Don Juan solo*, cit., p. 76-77.

<sup>794</sup> *Ibíd.*, p. 22.

*amparaba de la lluvia arrobos innumerables de trapos viejos, encerrados en redes de esparto*<sup>795</sup>.

Un tercero es el matadero:

*“Había comenzado la matanza y los cuerpos de las reses desollados y abiertos subían a los tornos suspendidos por palos y varas de hierro. Había allí multitud de hombres y muchachos. Unos estiraban las pieles recién separadas del cuerpo; otros practicaban una anatomía brutal en las entrañas de los bueyes y carneros; algunas muchachas desnudas casi, recogían en cestas los desperdicios*<sup>796</sup>.

En todas estas citas es la naturaleza de los trabajos la que los convierte en desagradables. Independientemente de cuáles sean las condiciones de los mismos –que no se mencionan, pues lo que se dice es inherente al carácter de cada uno de ellos- son los propios trabajos los que resultan rechazables y, por extensión, los trabajadores, pues en el caso de la “la Robustiana” ambiente y personaje se con-funden. Lo mismo sucede en otra novela de este mismo autor en la que describe cómo cuatro sepultureros caminan al oscurecer, en un frío día de noviembre, por una calle llena de barro y con una parihuela al hombro, mientras bromean irrespetuosamente:

*“-Éste es el tercero que nos da la propina, -afirmó otro de los cuatro. Una carcajada soez dio vueltas alrededor de la caja. Empezaba a llover de nuevo. Las gotas de lluvia, suspendidas un instante en la atmósfera, volvían a descender con ruido y fuerza. Sobre la tapa de la caja sonaban como un redoble de tambor: sobre la cara de los enterradores simulaban lágrimas que prestaba la naturaleza a quien de otro modo no era capaz de ellas*<sup>797</sup>.

Referencia más explícita a las condiciones de trabajo se encuentran en las novelas de Galdós. Mariano, el hermano de Isidora Rufete, trabaja en una fábrica de sogas, así la llama su tía, aunque sólo tiene dos operarios: el dueño, *Diente*, y Mariano, a quien su tía Encarnación, la *Sanguijuelera*, llama *Pecado*. Galdós describe pormenorizadamente el lugar que es largo, estrecho y oscuro –“*cisterna horizontal*” lo denomina el narrador- de tal manera que apenas si se ve; sólo se oye el ruido de la rueda que hace girar los hilos con los que se va formando la soga:

*“El cáñamo se retorció con áspero gemir, enroscándose lentamente sobre sí mismo. Los hilos montaban unos sobre otros, quejándose de la torsión violenta, y en toda su magnitud rectilínea había un estremecimiento de cosa dolorida y martirizada que irritaba los nervios del espectador, cual si también, al través de las carnes, los conductores de la sensibilidad estuviesen sometidos a una torsión semejante*<sup>798</sup>.

Las prosopeyas se convierten en este caso en una metáfora de las condiciones de trabajo proyectando sobre la materia que se trabaja las sensaciones que, en realidad, experimentan los operarios. De ahí que Isidora opine que es un trabajo “*para mulos, no para criaturas*” y como tal lo trata el narrador que, cuando lo observa comiendo, comenta: “*Pecado devoraba con el apetito insaciable de una bestia atada al pesebre, después de un día atroz de trabajo*<sup>799</sup>.

<sup>795</sup> *Ibíd.*, p. 27.

<sup>796</sup> *Ibíd.*, p. 72-73.

<sup>797</sup> *Panza al trote*, cit., p. 7.

<sup>798</sup> *La desheredada*, cit., p. 48.

<sup>799</sup> *Ibíd.*, p. 52 y 51.



Este trabajo está, además bastante mal pagado pues gana dieciocho reales a la semana<sup>800</sup>. Pero esta gente no sólo cobra salarios de miseria, sino que además no es fácil que encuentren trabajo:

*“Despidiose don José para ir a sus quehaceres, que eran recorrer todo Madrid en busca de colocación, y afanar al mismo tiempo, por los medios que la Providencia le sugiriera, el sustento para el día; tarea cruel, áspera que al pobre hombre le consumía y le reseca hasta dejarle en los puros huesos. Bien copiando algún escrito, bien apelando a los sentimientos caritativos de los amigos, o ya felicitando a cualquier prócer con un mensaje ornado de rasgos y primores caligráficos”<sup>801</sup>.*

Don José Ido, vuelve a aparecer en otra novela varios años después. En esta ocasión acompañado de su mujer. Sigue sin tener un trabajo fijo y Nicanora tiene que echar una mano trabajando en casa; su ocupación es de lo más singular:

*“-¿Pero qué hace usted, mujer, con esa pintura? –preguntó Guillermina a Nicanora.  
-Soy lutera.  
-Somos luteranos –dijo Ido sonriendo muy satisfecho por tener ocasión de soltar aquel chiste, que era viejo y había sido soltado sin número de veces.  
-¡Qué dice este hombre! –exclamó la fundadora horrorizada.  
-Cállate tú y no disparates –replicó Nicanora-. Yo soy lutera, vamos al decir, pinto papel de luto. Cuando no tengo otro trabajo, me traigo a casa unas cuantas resmas, y las enluto mismamente como las señoras ven. El almacenista paga un real por resma. Yo pongo el tinte, y trabajando todo un día, me quedan seis o siete reales. Pero los tiempos están malos, y hay poco papel que teñir. Todas las luterías están paradas, señora... porque, naturalmente, o se muere poca gente, o no le echan papeletas”<sup>802</sup>.*

Mariano, Ido, Nicanora son algunos casos particulares de lumpemproletariado a los que Galdós dedica bastante atención. Pero hay otros, que trabajan por su cuenta y en su propia casa, a los que nombra casi de pasada sin detenerse ni en dar su nombre ni detalles sobre el trabajo:

*“Pasaban por un domicilio que era taller de zapatería, y los golpazos que los zapateros daban a la suela, unidos a sus cantorrios, hacían una algazara de mil demonios. Más allá sonaba el convulsivo tiquitque de una máquina de coser, y acudían a las ventanas bustos y caras de mujeres curiosas”<sup>803</sup>.*

Si en la cita anterior los trabajadores casi pasaban desapercibidos, pues la prosopopeya humanizaba la materia trabajada relegándolos a ellos a un segundo plano, en ésta ocurre algo parecido, pues la breve mención de los mismos tiene lugar en un largo pasaje en el que Galdós describe minuciosamente la casa de vecinos y a sus ocupantes. La casa es insalubre, sucia, maloliente; los vecinos, ruidosos, groseros, deformes. La inclusión del trabajo en medio de esta realidad no contribuye precisamente a la dignificación del mismo.

Pero el trabajo ejercido en tan penosas condiciones no contribuye tampoco a la dignificación del trabajador. Éstos resultan embrutecidos: *“Risotadas de mujeres y ladridos de hom-*

<sup>800</sup> Se puede uno hacer una idea de la mezquindad de este salario si se compara con otras cifras de la propia novela. Isidora, que vivía de pupila en casa de los Relimpio, les paga cuatro reales diarios por el alojamiento y ocho por la comida (p. 127); unas botas le cuestan tres duros y un vestido, siete (p. 61); y, Augusto Miquis, que estudia medicina, recibe mensualmente de su padre 35 duros lo que, a juzgar por el comentario del narrador –“y él sabía arreglarse”– no parece que fuera demasiado (p. 73).

<sup>801</sup> *El doctor Centeno*, cit., p. 262.

<sup>802</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 327.

<sup>803</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 322.

bres que venían de tomar la mañana, precedieron a la faena”<sup>804</sup>. Sus inteligencias se van apagando:

*“En la escuela se observa que los niños son despiertos de espíritu y tienen la inteligencia lúcida; pero según avanzan en años se va apagando ésta poco a poco, sin poder atribuirlo a otra causa que la vida exclusivamente material que observan, apenas comienzan a ganar el pan: desde la mar a la taberna, desde la taberna a casa, desde casa otra vez a la mar, y así un día y otro, hasta que se mueren o inutilizan”<sup>805</sup>.*

Esta vida material, por los propios condicionamientos que conlleva, es un obstáculo casi insalvable en el mejor de los casos, cuando hay deseos de saber:

*“Fortunata deseaba aprender; pero ni con la paciencia ni con la atención sostenida se desarrollaban sus talentos caligráficos. Estaban ya muy duros aquellos dedos para tales primores. El hábito del trabajo en su infancia había dado robustez a sus manos, que eran bonitas, aunque bastas, cual manos de obrera. No tenía pulso para escribir, se manchaba de tinta los dedos y sudaba mucho poniéndose sofocada y haciendo con los labios una graciosa trompeta en el momento de trazar el palote”<sup>806</sup>.*

Pero la mayoría de las veces ocurre lo contrario: que se desprecia la cultura y, en consecuencia no se le da ninguna importancia, como le ocurre a la familia Centeno. Sinforoso, el padre, a duras penas lee el periódico, pero a su mujer le parece que con lo que sabe su marido las necesidades culturales de la familia están más que satisfechas:

*“En cuanto al pasto intelectual, la Señana creía firmemente que con la erudición de su esposo el señor Centeno, adquirida en copiosas lecturas, tenía bastante la familia para merecer el dictado de sapientísima, por lo cual no trató de alimentar el espíritu de sus hijos con las rancias enseñanzas que se dan en la escuela. Si los mayores asistieron a ella, el más pequeño viose libre de maestros, y engolfado vivía durante doce horas diarias en el embrutecedor trabajo de las minas, con lo cual toda la familia navegaba ancha y holgadamente por el inmenso piélago de la estupidez”<sup>807</sup>.*

El embrutecimiento no es sólo intelectual, también moral:

*“No somos gente, sino animales. A veces se me pone en la cabeza que somos menos que las mulas, y yo me pregunto si me diferencio en algo de un borrico... Coger una cesta llena de mineral y echarla en un vagón; empujar el vagón hasta los hornos; revolver con un palo el mineral que se está lavando. [...] ¡Cor...córcholis!, el que pase muchos años en este trabajo, al fin se ha de volver malo, y sus sesos serán de calamina”<sup>808</sup>.*

Felipe Centeno, al que pertenecen las anteriores palabras, al menos se da cuenta, pero otros, como Mariano Rufete, lo sufren sin ser conscientes de ello:

*“Nada sabía; su tía le hablaba poco de Dios, y el maestro de escuela le había dicho sobre el mismo tema mil cosas huecas que nunca pudo comprender bien. Las nociones de su tía y las palabras del maestro se le habían olvidado con el penoso trabajo del taller de sogas y aquella vida errante de juegos, raterías y miseria”<sup>809</sup>.*

El darse a la bebida es, asimismo, otra manifestación de este embrutecimiento moral causado por el trabajo, con lo cual se embrutecen todavía más:

<sup>804</sup> *Marianela*, cit., p. 57.

<sup>805</sup> *José*, cit., p. 59-60.

<sup>806</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 491-492.

<sup>807</sup> *Marianela*, cit., p. 50-51.

<sup>808</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>809</sup> *La desheredada*, cit., p. 110.

*“Como es una necesidad física de los pobres organismos que sólo descansan cuatro días al mes, buscar expansión para sus miserias y aliento para sus pulmones, en horizontes más abiertos que los de las cuatro paredes del taller en que se les usa la vida, los domingos, y en general todos los días festivos, aquellos alrededores de Z están muy concurridos por tribus obreras, por verdaderas tribus, que van allí a devorar callos y embrutecerse con vino tinto, en caravanas que son verdaderas procesiones de miseria, idiotas cuando van y locas cuando vuelven, enfurecidas por el vino tinto”<sup>810</sup>.*

Incluso trabajadores sensatos caen en este vicio cuando las cosas se tuercen. Es lo que le sucede a José a quien una serie de desgracias encadenadas, unas de tipo familiar –se ahoga su cuñado y tiene que hacerse cargo de su hermana y sus seis hijos- y otras, laborales –una temporada de bajas capturas le obliga a vender su lancha- convierten su vida en un infierno:

*“Para salir de él temporalmente, y no morir de tristeza, nuestro desgraciado marinero asistía de vez en cuando a la taberna y se pasaba allá algunas horas charlando y bebiendo con sus compañeros. Poco a poco el vicio de la bebida, que tanto había aborrecido, se fue apoderando de él, y si no le dominó por entero como a otros, haciéndole olvidar sus obligaciones, todavía fue lo bastante para que en el pueblo se dijese de él que ‘estaba convertido en un borracho’”<sup>811</sup>.*

Si los hombres lo tienen mal, las mujeres lo tienen peor –ya se ha visto el caso de Nicanora-, pues los salarios son más bajos y, en la mayoría de los casos, se ven acosadas. El trabajo –casi el único- que suelen encontrar es el de costurera, pero tienen que hacer larguísima jornadas y ganan poquísimo. Las chicas de Relimpio que *“trabajaban para las camiserías. Tenían máquina, y cosiendo noche y día, velando mucho y quedándose sin vista, allegaban de cinco a siete reales diarios”<sup>812</sup>*. En este caso lo que ganaban era una ayuda para el mantenimiento de la familia; pero hay otros en los que es el único dinero que entra en casa:

*“Con el trabajo de sus manos [Nieves] mantenía a una madre paralítica y a un hermano vicioso y perezoso, que la maltrataba inicualemente cuando no podía darle lo que necesitaba para emborracharse”<sup>813</sup>.*

Cuando trabajan en un taller de costura, además de las muchas horas –*“Julia [...] trabajaba mucho, lo menos diez horas diarias, en el taller de una modista”<sup>814</sup>*- tienen que soportar las humillaciones de clientas orgullosas. Pepa, costurera en el taller de “Madama Duparc”, además de coser, tiene que hacer de modelo probándose los trajes delante de las clientas. Una de éstas, la duquesa de Beni-Amer, celosa porque su amante el Vizconde de Altuna, que ha ido con ella al taller, no deja de mirar a la costurera, descarga sus iras en ésta. Primero le manda que ande e inmediatamente:

*“¡Oh! ¡Por Dios, basta! No ande V. más, -gritó la parroquiana encontrando por fin el dardo envenenado que quería clavar en su víctima.- Estese V. quieta. Estas muchachas del pueblo, -agregó dirigiendo la palabra a su amante-, no saben llevar más que lo lle-*

<sup>810</sup> *La mujer de todo el mundo*, cit., p. 158.

<sup>811</sup> *José*, cit., p. 141.

<sup>812</sup> *La desheredada*, cit., p. 126.

Para tener una idea aproximada del valor del dinero, recuérdese que, como cité páginas atrás, Isidora Rufete, que se aloja en casa de los Relimpio, paga doce reales diarios por la habitación y la comida.

<sup>813</sup> A. Palacio Valdés: *El cuarto poder*, cit., p. 135.

<sup>814</sup> Ramón Ortega y Frías: *La vida alegre. Cuadro de costumbres*, Madrid, Murcia y Martí, Editores, 1877, 238 págs-, BN: 2/2138. P. 28.

*van: el mantón y el pañuelo a la cabeza. ¡Qué horror! ¿No se ha puesto V. nervioso como yo, vizconde?*<sup>815</sup>.

Pepa, que se da cuenta de los verdaderos motivos por los que la aristócrata, no puede contenerse y le contesta: “-Señora, yo ando como todo el mundo”. Respuesta que provoca que pierda su trabajo.

Muchas de estas mujeres no aguantan y terminan convirtiéndose en queridas de algún potentado o en prostitutas. Julia, la protagonista de *La vida alegre*, pasa por las dos experiencias:

*“¿Cómo había podido llegar a situación tan horrible? Es muy sencilla la explicación: no tenía más que dos caminos, el del trabajo, las privaciones y los sufrimientos, o el de la perdición embriagada por los goces y las alegrías.*

*¡El trabajo!*

*Ya sabía lo que era: todo el día en su casa o en un taller con la aguja en la mano para ganar lo que apenas alcanzaba a cubrir las más urgentes necesidades de la vida. [...]*

*¿Por qué no había de encontrar un hombre que le pagase sus caricias con montones de oro?*

*Y lo encontró; pero como todo tiene su fin, lo tuvo también el entusiasmo de aquel hombre, y Julia tuvo que aceptar las proposiciones de otro menos rico, y luego las de uno que era menos, y al fin aceptó también las de muchos, los amores de paso, los negocios pequeños... ¡el azar!*

*¡Pobre Julia!*

*Llegó al fondo del lodazal*<sup>816</sup>.

Terminó muriendo en el hospital. También Pepa, cuando pierde su trabajo, se convierte en amante de un aristócrata. Pero, dada la precariedad del trabajo y los sinsabores del matrimonio, que es la única salida alternativa que les queda a las mujeres del pueblo, el convertirse en queridas de alguien que tenga dinero no se considera, a veces, como la peor de las soluciones. Es lo que piensa Teresa que, ante las advertencias de su señora sobre los riesgos que corren las trabajadoras que se dejan cortejar por señoritos, le responde con las siguientes palabras:

*“Mire, señora –dijo Teresa, la morena sentimental, -la verdad es que nosotras corremos peligro; tiene V. razón... ¿pero qué quiere que hagamos? Los artesanos de esta villa ¡están tan echados a perder! El que más y el que menos pasa el domingo y el lunes en la taberna, y algún día también por la semana. ¿Cuántos son los que traen el jornal pa casa y lo entregan a la mujer, dígame por su vida? Si es marinero, se le ve una vez cada año, trae cuatro cuartos, y ala, otra vez para allá. Los cuartos se concluyen, y la infeliz mujer se ve arrastrada, trabajando pa dar un pedazo de pan a los hijos... Y luego, ¿qué saben ellos de dar estimación ni un poco de gracia a la mujer? Si salen con ella un domingo por la tarde, se van parando en todos los chigres del camino, dejándola, si se terciá, a la pobritina a la puerta, o llamándola pa que oiga alguna borricada, que la pone más colorada que una amapola. [...] Lo que yo digo, ¡caramba! pa que la lleve a una el diablo, que la lleve en coche*<sup>817</sup>.

Confluyen, pues, en esta última cita dos de las principales consecuencias del trabajo vistas en las precedentes: la degradación y los peligros para la mujer.

<sup>815</sup> Eduardo López Bago: *Los asesinos*, cit., p. 807.

<sup>816</sup> *La vida alegre*, cit., p. 220.

<sup>817</sup> *El cuarto poder*, cit., p. 152-153.

Todas las citas precedentes tienen en común dos cosas: la primera, que ocupan un lugar poco relevante en las novelas a las que pertenecen, de tal manera que el mundo del trabajo casi pasa desapercibido en el conjunto de las mismas; la segunda, que no aparece el proletariado, pues los trabajos que desempeña -excepto en el caso de la mina y fundición de *Marianela*- son marginales, eventuales y, en el caso de las mujeres, son costureras que cosen en sus casas o en pequeños talleres. Es decir, en todas estas novelas se soslaya el proletariado y, con él, la cuestión social. Pero, incluso en *Marianela*, aunque aparece se, le evita. Aparece implícitamente, pues al describir una mina y una fundición, es evidente su presencia; pero se le evita, porque esa presencia se siente, pero no se ve; y no se ve porque el narrador desvía la atención de los trabajadores para centrarla en la familia Centeno -de la que se fija más en su dimensión humana<sup>818</sup> que laboral- y, sobre todo, en el trabajo. Éste es descrito por extenso en un largo capítulo. Empieza a amanecer y la fundición se despierta:

*“El humo de los hornos, que durante toda la noche velaban respirando con bronco resoplido, se plateó vagamente en sus espirales más remotas; apareció risueña claridad por los lejanos términos y detrás de los montes, y poco a poco fueron saliendo sucesivamente de la sombra los cerros que rodean a Socartes, los inmensos taludes de tierra rojiza, los negros edificios. La campana del establecimiento gritó con aguda voz: ‘al trabajo’, y cien hombres soñolientos salieron de las casas, cabañas, chozas y agujeros”<sup>819</sup>.*

En esta primera referencia, -sólo va a haber cuatro en todo el fragmento- los trabajadores son mucho menos importantes que los hornos y el paisaje que los rodea. Sobre todo que los hornos, pues, por una parte, la grandiosidad de éstos contrasta con la pequeñez de los hombres que salen de “chozas y agujeros”; los agujeros, además, casi reducen a los trabajadores a la categoría de animales; y, por otra, ejercen un dominio total sobre el entorno claramente puesto de manifiesto por las prosopopeyas: “velaban, respirando, gritó”; incluso influyen positivamente sobre la naturaleza: el amanecer, a pesar del humo y de la dura respiración, es risueño. A continuación, describe cómo se ponen en marcha las máquinas:

*“Rechinaban los goznes de las puertas; de las cuadras salían pausadamente las mulas, dirigiéndose solas al abrevadero, y el establecimiento, que poco antes semejaba una mansión fúnebre alumbrada por la claridad infernal de los hornos, se animaba moviendo sus miles de brazos.*

*El vapor principió a zumbar en las calderas del gran automóvil, que hacía funcionar a un tiempo los aparatos de los talleres y el aparato de lavado. El agua, que tan principal papel desempeñaba en esta operación, comenzó a correr por las altas cañerías, de donde debía saltar sobre los cilindros.*

*Risotadas de mujeres y lamentos de hombres que venían de tomar la mañana, precedieron a la faena; y al fin empezaron a girar las cribas cilíndricas con infernal chillido”<sup>820</sup>.*

<sup>818</sup> Ya me he referido anteriormente a la falta de inquietudes intelectuales de la familia Centeno, que no mandaba sus hijos a la escuela. Viven, además, casi como animales. Comen miserablemente, no visten con ropas decentes. Y, en este caso, no es porque no puedan llevar una vida mejor, pues el padre y los hijos trabajan en las minas y, reuniendo los salarios de todos, podrían permitirse ciertas comodidades. Es por tacañería, cerrazón y mezquindad, sobre todo de la madre que es quien los gobierna y que no entiende que el pequeño, que muestra ciertos síntomas de rebeldía, no se conforme con los planes trazados por ella. Galdós se burla irónicamente de la mentalidad inmovilista de la Señana, titulado el capítulo en el que narra todo esto *La casa de piedra* y de la forma de pensar de la madre con estas palabras: “En sus cortos alcances, la Señana no comprendía aquella aspiración diabólica a dejar de ser piedra. ¿Por ventura había existencia más feliz y ejemplar que la de los peñascos? No admitía, no que fuera cambiada, ni aun por la de canto rodado.” P. 52.

<sup>819</sup> *Marianela*, cit., p. 56.

<sup>820</sup> *Marianela*, cit., p. 57.

Los trabajadores irrumpen por segunda vez en medio de la escena, que no sólo sigue estando dominada por las máquinas, sino que adquieren una categoría superior: las mujeres se sitúan al mismo nivel que las máquinas pues sus risotadas, cuando comienzan la jornada, resultan equiparables a los ruidos de las mismas, que acaban de empezar a funcionar, por lo que también inician la jornada; y mientras a éstas se las vuelve a humanizar utilizando la prosopopeya –“chillan”-, a los hombres se les animaliza –“ladran”- completándose así el proceso iniciado con la introducción de la palabra “agujeros”. Viene después la descripción del proceso de lavado de la tierra para separarla del mineral:

*“El agua corría de una en otra, pulverizándose, y la tierra sucia se atormentaba con vertiginoso voltear, rodando y cayendo de rueda en rueda hasta convertirse en fino polvo achocolatado. Sonaba aquello como mil mandíbulas de dientes flojos que mascaran arena; [...] No se podía fijar la atención, sin sentir vértigo, en aquel voltear incesante de una infinita madeja de hilos de agua, ora claros y transparentes, ora teñidos de rojo por la arcilla ferruginosa. Ni cabeza humana que no estuviera hecha a tal espectáculo, podría presenciar el feroz combate de mil ruedas dentadas, que sin cesar se mordían unas a otras; de ganchos que se cruzaban royéndose, y de tornillos que, al girar, clamaban con lastimero quejido pidiendo aceite”<sup>821</sup>.*

Las máquinas, que se siguen humanizando mediante la prosopopeya, parecen tener vida propia, pues ni en el lavado ni en el proceso posterior, en el que se machacan objetos ya utilizados para volverlos a fundir, aparecen los obreros:

*“Otras correas se pusieron en movimiento, y entonces oyose un estampido rítmico, un horrísono compás, a la manera de gigantescos pasos o de un violento latido interior de la madre tierra. Era el gran martillo-pilón del taller, que había empezado a funcionar. Su formidable golpe machacaba el hierro como blanda pasta, y esas formas de ruedas, ejes y carriles, que nos parecen eternas por lo duras, empezaban a desfigurarse, torciéndose y haciendo muecas, como rostros afligidos. El martillo, dando porrazos uniformes, creaba formas nuevas tan duras como las geológicas, que son obra laboriosa de los siglos. Se parecen mucho, sí, las obras de la fuerza a las de la paciencia”<sup>822</sup>.*

Las máquinas van adquiriendo cada vez más importancia que el trabajador no sólo porque monopolizan la atención del narrador, sino también porque se equipara su poder creador –pero necesitando para ello mucho menos tiempo- al de la naturaleza. Los trabajadores reaparecen, aunque fugazmente, a continuación:

*“Hombres negros, que parecían el carbón humanado, se reunían en torno a los objetos de fuego que salían de las fraguas, y cogiéndolos con aquella prolongación incandescente de los dedos a quien llaman tenazas, los trabajaban”.*

La máquina sigue predominando pues los trabajadores casi han perdido su naturaleza humana: están hechos de carbón y sus dedos se alargan convirtiéndose en objetos metálicos; quedan así reducidos a la condición de piezas de la máquina. Tras hacer nuevo acto de presencia, ahora los mineros, golpeando, horadando la tierra y rompiendo las rocas, el narrador termina afirmando que toda esta tarea tiene como finalidad:

*“Dar con el silicato de cinc, esa plata de Europa que, no por ser la materia de que se hacen las cacerolas, deja de ser grandiosa fuente de bienestar y civilización. Sobre ella*

<sup>821</sup> *Ibíd.*, p. 57.

<sup>822</sup> *Marianela*, cit., p. 58.

*ha alzado Bélgica el estandarte de su grandeza moral y política. ¡Oh! La hoja de lata tiene también su epopeya*<sup>823</sup>.

Es Galdós quien se la escribe.

En este texto se dan dos procesos inversos pero complementarios: la exaltación del trabajo y la degradación del trabajador. Las máquinas, que dominan la escena casi por completo, se humanizan; los trabajadores, que ocupan un lugar secundario, se animalizan y se cosifican. Las primeras ocultan a los segundos: los desplazan arrebatándoles su contribución al progreso. Las máquinas son el símbolo del desarrollo burgués capitalista, que resulta así enaltecido haciendo abstracción de los efectos negativos que el mismo ha acarreado, porque su inclusión supondría el reconocimiento de una lacra molesta y vergonzante, cuando no una amenaza, para el sistema. Por eso, simplemente se los ignora.

La conclusión que se puede sacar de este primer tratamiento del mundo del trabajo en la corriente novelesca de lo que he llamado el liberalismo ideológico, es que no se ocupa del proletariado, bien porque se centra en casos marginales –el lumpemproletariado- o bien porque, cuando se “ocupan”, lo evitan ocultándolo tras la apología del trabajo<sup>824</sup>, que lo es del progreso. Esta exclusión novelesca se corresponde, pues, con la histórica analizada en la introducción.

Dentro de la corriente del liberalismo ideológico se puede distinguir un segundo tratamiento del mundo del trabajo en el que sí aparece el proletariado, aunque no siempre explícitamente. Galdós, Palacio Valdés y Clarín –con enfoques no coincidentes- son los autores que se ocupan de él.

Mariano Rufete, *Pecado*, al que ya se ha visto trabajando en una fábrica de sogas, vuelve a aparecer más adelante, cuando sale de la cárcel, donde ha estado por matar a un chico de un navajazo. Mariano entra ahora a trabajar en el taller de grabación de Juan Bou, el anarquista catalán al que ya me he referido en el capítulo del providencialismo. El local donde tiene éste el taller no es precisamente muy saludable:

*“El establecimiento era un verdadero laberinto, como formado de distintas piezas, que se habían ido agregando poco a poco, según las necesidades de ensanche lo pedían. Ocupaba la imprenta destinada a romances y aleluyas la peor y más lóbrega parte. Todo allí era viejo, primitivo y mohoso*<sup>825</sup>.

<sup>823</sup> *Ibid.*, p. 59-60.

<sup>824</sup> Este enaltecimiento del trabajo recuerda aquellas palabras de Juan Mairena en las que denuncia tanto la concepción bíblica del trabajo como la burguesa. De ésta afirma que la dignificación del trabajo por parte de la burguesía viene a ser una maniobra para incitar a trabajar sin tener en cuenta las condiciones en las que se ejerce el trabajo: “*La sociedad burguesa de que formamos parte –habla Juan de Mairena a sus alumnos- tiende a dignificar el trabajo. Que no sea el trabajo la dura ley a que Dios somete al hombre después del pecado. [...] ...iba a proponeros, como ejercicio de clase, un ‘Himno al trabajo’, que no debe contribuir a entristecer al trabajador como una canción de forzado, pero que tampoco puede cantar, insinceramente, alegrías que no siente el trabajador.*”

*Conviene, sobre todo, que nuestro himno no suene a canto negrero, que jalea al esclavo para que trabaje más de la cuenta.*”

**Juan de Mairena.** *Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo 1936.* Madrid, Castalia, 1978, CC. 42. Edición de José M<sup>a</sup> Valverde, p. 54-55.

<sup>825</sup> *La vida alegre*, cit., p. 284.

El trabajo resulta penoso<sup>826</sup> pues, además de las incomodidades del taller, Mariano tiene que soportar el rigor con que lo trata Bou:

*“En esta mazmorra de Gutenberg fue metido Mariano para su aprendizaje. Primero le había puesto Juan Bou a copiar dibujos fáciles con tinta autógrafa; pero mostró tan escasa disposición para esto, que le confirmó a la imprenta, mandándole adiestrarse en la caja. Sus primeras torpezas, con sus descuidos, sus malas respuestas, fueron castigadas tan severamente por el maestro, ayudado de una correa, que bien pronto el muchacho le cogió miedo”<sup>827</sup>.*

La imprenta es una ampliación del primitivo negocio, llevada a cabo con el dinero que recibe de una herencia y con un premio que gana en la lotería:

*“La máquina, sonando como una desgranadora de maíz, tenía quejidos de herido y convulsiones de epiléptico. Consagrada durante seis años a tirar un periódico rojo, subsistía en ella un resto, un dejo de fiebre literaria que por tanto tiempo estuvo pasando entre sus rodillas y su tambor. Las cajas donde yacía en pedazos de plomo el caos de la palabra humana, eran desvencijadas, polvorientas y sudaban tinta”<sup>828</sup>.*

Sigue Galdós utilizando las prosopopeyas con la misma profusión que en la descripción de la fundición; pero, ahora, tienen un sentido diferente: los quejidos, las convulsiones, la fiebre contribuyen a presentar una imagen poco favorable de la imprenta que, se vuelve completamente negativa en las líneas siguientes al mismo tiempo que se explica el porqué:

*“Habían servido para componer papeles clandestinos, y conservaban el aspecto de la negra insidia que trama sus actos en la sombra. La horrible guillotina, cuya enorme cuchilla lo mismo podía cortar un librito de papel de fumar que una cabeza humana, ocupaba el ángulo más sombrío de la sucia estancia, que más parecía una bodega o sótano que taller de arte de imprimir, soberano instrumento de la Divinidad, vicario de la Providencia en la Tierra. Viendo aquellos trebejos, se podría sospechar que el tal arte había sido encarcelado allí para expiar las culpas que alguna vez, por andar en malas manos, ha podido cometer”<sup>829</sup>.*

Conocido es de sobra el papel que los impresores madrileños desempeñaron en la historia del movimiento obrero en el último cuarto del siglo XIX, por lo que se puede afirmar que la descripción de la imprenta es suficientemente indicativa de la opinión de Galdós al respecto<sup>830</sup>.

El proletariado industrial aparece tangencialmente en una novela de Palacio Valdés. Jacobo Utrilla, soldado cadete, suspende por segunda vez el examen de ingreso en la aca-

<sup>826</sup> Por eso, volvemos a encontrar las ya consabidas referencias a las repercusiones que la dureza del trabajo tiene en la salud: “El rigor del castigo y la obligación de ocuparse en un ejercicio sedentario y monótono, en local de mediana luz y nada alegre, hicieron a Mariano taciturno; palideció su rostro y adelgazó su cuerpo.” P. 285.

<sup>827</sup> *La desheredada*, cit., p. 285.

<sup>828</sup> *Ibíd.*, p. 284.

<sup>829</sup> *La desheredada*, cit., p. 284.

<sup>830</sup> No obstante, en otros pasajes de esa misma novela es bastante más explícito, como analizaré más adelante en otro capítulo dedicado al movimiento obrero. Galdós lo caricaturiza. Sirva la siguiente cita como una muestra de ello: “Conste, sin embargo, que también Mariano era fanfarrón, y que en el trato de seis meses con Bou se le había comunicado la idolatría, el ente Pueblo. En cuanto a las sanguijuelas del país, ‘que chupaban la sangre del obrero’ y en cuanto a todos nosotros que no tenemos callosidades en las manos, Mariano creía aborrecerlos tanto como su maestro; pero lo que hacía era envidiarlos, pues la envidia suele usar la máscara del odio.” *La desheredada*, p. 287.



demia militar. Su padre, dueño de una fábrica de velas lo manda a trabajar a la misma. Jacobo, en un principio, lo considera un deshonor:

*“El ex cadete quedó anonadado. ¡Él, un caballero cadete del cuerpo más aristocrático del ejército, pasar de pronto al servicio de una fábrica de bujías! Para Utrilla, esto era el colmo de la degradación. Guardó unos instantes de silencio, y al cabo profirió grave y pausadamente con su voz de bajo profundo:*

*-Si se ha de arrastrar mi dignidad hasta convertirme en capataz de fábrica, valiera más que sacasen ustedes al campo y me pegasen cuatro tiros”<sup>831</sup>.*

Pero, posteriormente, despechado, decide afrontar la situación e ir a trabajar a la fábrica:

*“Iré a la fábrica, me pondré la blusa, mancharé mis manos con sebo, arrastraré las cajas de bujías, me tostaré la cara al pie de los hornos... Y cuando alguna persona desconocida llegue a la fábrica, los obreros podrán decir: -¡Ése que usted ve ahí sucio, asqueroso, hediendo, ha sido en otro tiempo un caballero cadete, un cadete del Estado Mayor!”<sup>832</sup>.*

En estas citas, se reflejan indirectamente las condiciones de trabajo en una fábrica, pero lo que, sobre todo, resulta patente es el concepto negativo que del trabajo manual tiene Jacobo Utrilla que se siente degradado por tener que ir a la fábrica. Este mismo concepto reaparece páginas más adelante, pero curiosamente en boca de un trabajador. Miguel Rivera, uno de los personajes centrales de la novela, metió todo su capital en una empresa periodística y le engañan por lo que se queda en la ruina. Busca trabajo, pero no lo encuentra. Para poder ir tirando tiene que empeñar el reloj, el frac y otros objetos. Pero la situación es cada día peor, por lo que “no viendo manera de encontrar empleo, tomó de pronto una resolución violenta, la de trabajar materialmente”<sup>833</sup>. No queda claro si la expresión “resolución violenta” se refiere a lo que piensa el narrador o el personaje del hecho de ejercer un trabajo manual. Miguel Rivera la lleva a cabo. Cerca de su casa hay una imprenta con cuyo dueño mantiene una relación de amistad. Un día entra y le pide que lo coja de aprendiz. El dueño, tras pensarlo un momento le responde:

*“-Antes que usted se pusiera en condiciones de componer con alguna velocidad se pasaría mucho tiempo. Además, no está bien que un caballero se ensucie las manos con la tinta. Lo único que usted puede hacer aquí es ayudar al corrector.” Miguel acepta y le responde:*

*“-Gracias, don Manuel –le dijo conmovido-. En usted, que es un hijo del trabajo, he hallado más generosidad que en todos los caballeros que he visitado hasta ahora”<sup>834</sup>.*

Es muy significativo que “un hijo del trabajo”, como Miguel llama al dueño de la imprenta, piense que es una humillación que los caballeros se manchen las manos. Los argumentos coinciden, además, con los esgrimidos por Jacobo Utrilla quien también se refirió a sus manos manchadas de sebo como una ignominia. La opinión del propio Miguel al respecto, aunque no explícita, no parece que se aleje bastante: la manera como agradece a don Manuel que le haya dado trabajo no deja de esconder cierto paternalismo. Sin embargo, yo no creo que Miguel Rivera participe de esos prejuicios sobre el trabajo manual. La siguiente cita puede ser muy ilustrativa tanto de su opinión como de la del narrador. Miguel Rivera, que como ya he dicho, trabajó durante un tiempo en un periódico, encargado de escribir la

<sup>831</sup> *Maximina*, cit., p. 66.

<sup>832</sup> *Maximina*, cit., p. 69.

<sup>833</sup> *Maximina*, cit., p. 295.

<sup>834</sup> *Ibíd.*, p. 296.

crónica política, asiste a las sesiones del Congreso. En una de ellas, observando el trajín de los diputados, moviéndose de un lado para otro y afanados en mil tareas diferentes, se le ocurre la siguiente comparación:

*“Al ver el movimiento y la agitación que allí reinaban nuestro héroe no pudo menos de comparar aquel salón y los pasillos que lo circundaban a una gran fábrica. Muchedumbre de obreros con sombreros de copa van, vienen, entran, salen, se saludan, se codean. En el rostro llevan impresa la huella de los altos cuidados que les agitan. Algunos se sientan delante de los escritorios y escriben con mano febril cartas y más cartas: de vez en cuando se pasan la mano por la frente y exhalan un suspiro de fatiga. [...] Otros salen del salón de sesiones y se sientan en un diván a meditar acerca del discurso que acaban de oír, o se acercan a algún grupo y discuten acaloradamente lo que, por una modestia que les honra, no han querido discutir en la sesión. Otros se arriman al quicio de una puerta y esperan ansiosos el paso de algún ministro para recomendarle un asunto de interés general para su familia. Todo esto le recordaba a Miguel el trajín, el ruido y la actividad prodigiosa que había tenido ocasión de observar en una fábrica de fundición de hierro, allí en Vizcaya. Allí como aquí, los hombres se movían en direcciones contrarias, marchando cada cual a su tarea. Iban algo peor vestidos, y enseñaban un cuello y un pecho más tostados que debían estarlo los de los representantes del país; pero esto consistía en que hacía más calor en la fábrica que en el salón de conferencias. En vez de cartas y otros documentos, los hombres llevaban allí barras de hierro candente en las manos, que se entregaban unos a otros, lo mismo que los diputados se entregaban sus papelitos”<sup>835</sup>.*

La descripción continúa en las líneas siguientes comparando la temperatura de la fábrica con el sistema de calefacción y refrigeración del Congreso. El carácter irónico de toda esta descripción es meridiano. Y la ironía –por antífrasis– apunta a desacreditar los usos políticos de la Restauración tachándolos de inútiles e improductivos para el país. Ésa es la función que desempeña aquí la presencia del proletariado industrial –presencia, por otra parte muy en segundo plano y apenas entrevista–: la de subrayar por contraste, pues la tarea de la fundición sí que es realmente productiva, la inoperancia, “improductividad”, de unos políticos –“asunto de interés general para su familia”– que viven de espaldas a las necesidades reales del país. Luego, una vez más, la burguesía liberal utiliza al pueblo, en este caso al proletariado, para denunciar el sistema social de la Restauración.

Un poco más compleja es la utilización que hace Galdós de la visita que Juanito Santa Cruz y Jacinta realizan durante su luna de miel a varias fábricas textiles de Barcelona. Estas visitas son descritas desde un doble punto de vista: el del narrador y el de Jacinta. El primero ve el progreso:

*“Pasaron ratos muy dichosos visitando las soberbias fábricas de Batlló y Sert, y admirando sin cesar, de taller en taller, las maravillosas armas que ha discurrido el hombre para someter a la Naturaleza. Durante tres días, la historia aquella del huevo crudo, la mujer seducida y la familia de insensatos que se amansaban con orgías<sup>836</sup>, quedó completamente olvidada o perdida en un laberinto de máquinas ruidosas y ahumadas, o en el triquitraque de los telares. Los de Jacquard con sus incomprensibles juegos de cartones agujereados tenían ocupada y suspensa la imaginación de Jacinta, que veía aquel prodigio y no lo quería creer. ¡Cosa estupenda!”*

<sup>835</sup> *Maximina*, cit., p. 57-58.

<sup>836</sup> Se refiere a las explicaciones que le ha dado Juanito a Jacinta de sus relaciones con Fortunata. Juanito, para excusar su conducta, le ha presentado un cuadro en el que él y su amigo Villalonga estaban como enajenados, no eran dueños de su voluntad. Esa enajenación explicaría el que se ralcionasen con una gente que comía huevos crudos y que renunciaban a sus asuntos de honor si se les invitaba a comer o a una juerga con guitarras, que es a lo que Santa Cruz llama orgías.

El narrador no hace ni una sola referencia a las condiciones de trabajo en los talleres. Sin embargo, una vez terminada la visita, realiza el siguiente comentario:

*“En aquella excursión por el campo instructivo de la industria, su generoso corazón [el de Jacinta] se desbordaba en sentimientos filantrópicos, y su claro juicio sabía mirar cara a cara los problemas sociales.”*

Y, a continuación, cede la palabra a Jacinta para que manifieste esos sentimientos:

*“No puedes figurarte –decía a su marido, al salir del taller-, cuánta lástima me dan esas infelices muchachas que están aquí ganando un triste jornal, con el cual no sacan ni para vestirse. No tienen educación, son como máquinas, y se vuelven tan tontas... más que tontería debe ser aburrimiento..., se vuelven tan tontas digo, que en cuanto se les presenta un pillo cualquiera se dejan seducir... Y no es maldad; es que llega un momento en que dicen: ‘Vale más ser mujer mala que máquina buena’”<sup>837</sup>.*

El contraste entre estas dos perspectivas me parece muy interesante. El narrador, culminando el proceso analizado en *Marianela*, “elimina” por completo a los trabajadores y se centra en exclusiva en los adelantos técnicos, símbolo del progreso, ante los que muestra su entusiasmo, ahora al desnudo, sin prosopopeyas. La situación de las trabajadoras, que tanta lástima da a Jacinta, sólo la ve ella, pues el narrador se la ha escamoteado al lector. Y las conclusiones sobre lo que ve son también exclusivamente suyas. Pero dejar el análisis de la compleja cuestión social a Jacinta –cuya deficiente e incompleta educación era la misma, contada páginas atrás, que se daba a todas las mujeres<sup>838</sup>– supone que su visión tiene que ser necesariamente simplista. La afirmación del narrador de que debido a “su claro juicio sabía mirar cara a cara los problemas sociales”, es irónica. La visión de Jacinta es tan simplista que, por muy de frente que los haya mirado, demuestra que no se ha enterado de mucho<sup>839</sup>. Jacinta, tras su matrimonio con el *Delfín*, pertenece ya plenamente a la oligarquía. Luego, el dejar que sea Jacinta quien observe y “denuncie” la situación del proletariado sirve para acusar a la clase dirigente de la Restauración –una vez más– de vivir de espaldas a los problemas del país. Pero, claro está, como ya he insistido en repetidas ocasiones en los puntos precedentes, esta acusación se realiza no desde la óptica del proletariado, sino desde la de la burguesía liberal que es la del narrador. Y la actitud de ambos hacia el proletariado es de clara reserva, cuando no de temor, actitud que el narrador pone de manifiesto al “dejar fuera” de la fábrica a los trabajadores. Luego, se puede concluir que ambas perspectivas –la del narrador y la de Jacinta– corresponden a la visión que de la situación tiene Galdós como ideólogo de la burguesía liberal. Éste elude la cuestión con un doble procedimiento: en primer lugar, sacando de la escena a los trabajadores que son sustituidos por el panegírico a

<sup>837</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 214.

<sup>838</sup> “Ya había completado la hija de Arnáiz su educación (que era harto sencilla en aquellos tiempos y consistía en leer sin acento, escribir sin ortografía, contar haciendo trompetitas con la boca, y bordar con punto de marca el dechado).” Tomo I, p. 134.

<sup>839</sup> Páginas más adelante se cuenta que a Jacinta le entró un vivo entusiasmo por las obras de caridad de Guillermina Pacheco con la que decide colaborar. Ante la contemplación de la miseria en uno de los barrios bajos de Madrid, exclama: “¡Qué desigualdades! –decía, desflorando sin saberlo el problema social–.” Si aquí no es consciente del problema, difícilmente podía tener una visión clara de él tras su visita a la fábrica de Barcelona. Y la solución que se le ocurre demuestra, además, que tiene una visión muy simplista del mismo: “Unos tanto y otros tan poco. Falta equilibrio y el mundo parece que se cae. Todo se arreglaría si los que tienen mucho dieran lo que les sobra a los que no poseen nada. ¿Pero qué cosa sobra?... Vaya usted a saber. Guillermina aseguraba que se necesita mucha fe para no acobardarse ante los espectáculos que la miseria ofrece.” *Ibid.*, p. 272.

los adelantos técnicos. Y, en segundo lugar, traspasándole la responsabilidad de la “solución del problema” a la clase dirigente, lo que se convierte en una crítica contra ella. Tanto la denuncia de la oligarquía como el elogio en abstracto del progreso, soslayando los problemas sociales que acarrea el capitalismo, corresponde a una visión burguesa de la realidad que defiende un determinado modelo económico social atacando los obstáculos que impiden su plena implantación y ocultando sus inconvenientes.

Palacio Valdés se vuelve a ocupar del proletariado en otras dos novelas posteriores a la ya citada *Maximina*. Y en éstas aparecen nuevos enfoques. En una de ellas nos volvemos a encontrar con una fábrica de tabacos, ahora en Sevilla, donde trabajan seis mil mujeres. La fábrica y el ambiente de trabajo son descritos en los siguientes términos:

*“Al llegar a la puerta diome en el rostro un vaho caliente, y percibí un fuerte olor acre y penetrante, que no era sólo de tabaco, pues éste se siente apenas se pone el pie en la fábrica, sino de sudores y alientos acumulados, la infección que resulta siempre de un gran número de personas reunidas en el verano. Eran las once de la mañana y el calor tocaba a su grado máximo. [...] Apenas se respiraba en aquel lugar. El ambiente podía cortarse con un cuchillo. Filas interminables de mujeres jóvenes en su mayoría, vestidas ligeramente con trajes de percal de mil colores, todas con flores en el pelo, liaban cigarrillos delante de unas mesas toscas y relucientes por el largo manoseo. Al lado de muchas de ellas había cunas de madera con tiernos infantes durmiendo”*<sup>840</sup>.

La visita del forastero provoca burlas e incluso gestos que demuestran no muy buena educación:

*“Desde que comenzamos a caminar por aquel gran salón de paredes desnudas y sucias, observé un chicheo constante. No podía mirar a cualquier parte sin que me llamasen con la mano o los labios, haciéndome alguna vez muecas groseras y obscenas. [...] Aquel enjambre humano rebullía, zumbaba, produciendo en la atmósfera pesada, asfixiante, cargada de olores nauseabundos, un rumor sordo y molesto”*<sup>841</sup>.

Incluso se las arreglan para insultarle ingeniosamente, pues todas comienzan a gritar:

*“¡Bronca! ¡Bronca!... ¡bron...ca! ¡bron...ca! —empezaron a gritar las cigarreras. El grito se extendió por todo el taller. Y acompañado por él, oyéndome llamar cabrón por tres mil voces femeninas, salí del recinto haciéndome que reía, pero abroncado de veras”*<sup>842</sup>.

Ceferino ha ido a la fábrica a buscar a Paca, antigua niñera de Gloria, a quien pretende, para pedirle que haga de intermediaria llevando y trayendo cartas. Paca le dice que vaya a visitarla por la tarde a su casa, donde tiene lugar una escena que ya comenté al hablar del alejamiento irónico. Aunque aparecen en la novela algunas referencias a los salarios<sup>843</sup>, que son bastante escasos, la intención de Palacio Valdés no es en este caso realizar ningún tipo de denuncia sobre las condiciones de trabajo. Éstas aparecen, como se acaba de ver, pero, al ser Paca la única de las trabajadoras individualizada por el autor y, al quedar posteriormente sometida a un distanciamiento irónico, como ya analicé, la descripción de dichas condiciones están asimismo al servicio del mencionado distanciamiento.

<sup>840</sup> *La hermana San Sulpicio*, cit., p. 155-156.

<sup>841</sup> *Ibíd.*, p. 156.

<sup>842</sup> *Ibíd.*, p. 157.

<sup>843</sup> Como el administrador de la madre de Gloria es carlista, Ceferino se hace pasar por oficial carlista retirado para irse ganando a la familia. Le ofrecen un trabajo en una fábrica de jabones que tiene la familia con un salario de 100 ptas. al mes (p. 132). Páginas más adelante, un guitarrista, que toca en un tablao y que gana dos duros por noche más la cena, se queja de que con ese dinero es imposible vivir (p. 197).

La segunda de las novelas, en las que se ocupa del proletariado, es *La espuma*. Ahora sí que lo hace con una clara intención de denuncia. En esta novela, a la que ya me he referido en algunos de los puntos precedentes –el poder, la religión– se hace una feroz crítica de la oligarquía dirigente a la que se acusa de corrupción, inmoralidad, lujuria, desmedido afán de lucro que lleva a algunos de sus miembros a especular y engañar para enriquecerse a costa de lo que sea. La otra cara de la moneda –en la que se asienta, por ejemplo, parte de la fortuna de Salabert, prototipo del hombre de negocios sin escrúpulos<sup>844</sup>– es la explotación del proletariado. Salabert, en este caso aconsejado por uno de sus colaboradores, se hace con una mina comprando la mayoría de las acciones después de haberlas hecho bajar artificialmente<sup>845</sup>. Fleta un tren especial para visitarla en compañía de sus amigos. Cuando llegan al lugar, un grupo de obreros, que no estaban de servicio y obligados por el director de la mina, está esperándolos: “*Todos tenían la tez pálida, terrosa, los ojos mortecinos; en sus movimientos podía observarse, aun sin aproximarse mucho, cierta indecisión que de cerca se convertía en temblor*”<sup>846</sup>. El aspecto de las familias, mujeres e hijos, de los obreros es exactamente igual:

*“Las mujeres salían a las puertas y ventanas contemplando con ansia y curiosidad aquel brillante cortejo de damas y caballeros ataviados con trajes que no habían visto en su vida. Lo mismo que sus esposos, hijos y hermanos, el color de aquellas mujeres era pálido, enfermizo, sus facciones menudas, su mirada lánguida, sus manos y sus pies pequeños”*<sup>847</sup>.

Ante la contemplación de tanta ruina humana, los miembros de la comitiva se muestran sorprendidos:

*“Lo que les llamó la atención fue el aspecto triste, enfermizo de los operarios. Todos estaban marcados con un sello de decrepitud que obligó a la marquesa de Cotorraso a decir de pronto:*

*-Aquí, al parecer, no trabajan más que los viejos.*

*El director sonrió.*

*-Parecen viejos; pero no lo son, señora.*

*-¡Pero si todos tienen la piel arrugada, los ojos hundidos y apagados!...*

*-No importa; ninguno de ellos llega a cuarenta años”*<sup>848</sup>.

Pero si el aspecto y la salud de la generalidad es malo, el de algunos en particular es todavía peor, pues tiemblan continuamente sin poder parar:

*“-¿Qué es eso? ¿Por qué tiemblan así esos hombres? –preguntó asustada Esperancita.*

*-Son modorros –le respondió un empleado.*

*-¿Y qué son modorros?*

*-Los que enferman por trabajar en la mina.*

*-¿Y enferman muchos?*

<sup>844</sup> “El duque de Requena ni tenía sentido moral ni nunca lo había conocido.” *La espuma*, cit., p. 177.

<sup>845</sup> “Este medio consistía en tomar una cantidad bastante crecida de acciones en la mina al ser comprada por la sociedad: seguir comprando todas las que se pudiesen; luego comenzar a venderlas más baratas, hasta llegar a producir el pánico en los accionistas. Comprar y vender perdiendo durante algún tiempo éste era el medio que proponía Llera para conseguir la baja de las acciones y poder adquirir con mucho menos dinero la mitad más una y apoderarse por completo del negocio.” *La espuma*, cit., p. 175

<sup>846</sup> *Ibíd.*, p. 439.

<sup>847</sup> *Ibíd.*, p. 446.

<sup>848</sup> *La espuma*, cit., p. 447.

*-Todos –dijo el médico que había oído la pregunta-. El temblor mercurial ataca a cuantos bajan a la mina”<sup>849</sup>.*

La mina dispone de un hospital. Los excursionistas lo visitan y, lo que ven allí, es todavía si cabe más deprimente, por lo que el narrador no oculta su sarcasmo:

*“El hospital de mineros estaba fuera de los cercos, muy próximo al cementerio, sin duda para que los enfermos se fuesen acostumbrando a la idea de la muerte y también para que si no fuesen poderosos a matarles los vapores mercuriales, les secundasen en la tarea las dulces emanaciones cadavéricas. [...] La mayor parte de los infelices enfermos estaban vestidos y sentados, unos sobre las camas, otros en sillas. Sus rostros cadavéricos, desencajados, daban miedo: su cuerpo se estremecía con incesante temblor, cual si estuvieran acometidos de terror pánico”<sup>850</sup>.*

El médico hace una larga enumeración de las enfermedades a las que están expuestos los mineros<sup>851</sup>. Esta situación es la consecuencia de una serie de causas, que el médico empieza a exponer indirectamente, cuando, ante una pregunta de las damas, propone los remedios para, al menos, aliviarla:

*“Si los obreros trabajasen tan sólo dos o tres días a la semana y éstos pocas horas; si se les hiciese vivir alejados del establecimiento minero, en Villalegre por ejemplo; si se prohibiesen los trabajos a los niños menores de diez y seis [sic] años; si se cambiasen la ropa inmediatamente que salen de la mina; y sobre todo si se alimentasen bien, pienso que los estragos del mercurio disminuirían notablemente.”*

Pero es imposible que puedan alimentarse mejor porque, con lo que ganan, apenas si les da para comer:

*“Hoy, para alimentarse malamente, necesitan bajar a la mina todos los días y permanecer allí un número considerable de horas. A los cuatro o seis años se inutilizan. Hay que sacarles al exterior, y entonces el jornal es tan exiguo que ni patatas con agua y sal pueden comer: de modo que en vez de curar empeoran”<sup>852</sup>.*

Este plan de reformas es, al mismo tiempo, una denuncia de las condiciones en las que trabajan los obreros, pues cada una de las mejoras enunciadas por el médico lo es para solucionar una deficiencia. Pero la denuncia de Palacio Valdés no se queda en esta ocasión en la mera enumeración de las pésimas condiciones laborales de los mineros, sino que va mucho más lejos y señala la causa fundamental:

*“El único medio para mejorar la condición del minero es disminuir las horas de trabajo y elevar el jornal... Pero entonces –añadió bajando un poco la voz y sonriendo frente a Clementina-, la mina de Riosa no sería un negocio para su señor padre”<sup>853</sup>.*

En casi todas las citas referidas al trabajo vistas hasta ahora –incluso en las de Pardo Bazán y Pereda- aparecen inequívocas referencias a la dureza del mismo, a sus repercusiones en la salud de los trabajadores y a las penalidades y miseria de los mismos. Pero en

<sup>849</sup> *Ibíd.*, p. 446.

<sup>850</sup> *Ibíd.*, p. 448-449.

<sup>851</sup> *“La atmósfera viciada por vapores mercuriales, la insuficiencia del aire respirable engendra fatalmente, no sólo los temblores, el hidrargismo crónico o agudo, que es lo que más les llamará a ustedes la atención, sino también los catarros pulmonares crónicos, la disentería, la tuberculosis, la estomatitis mercurial y otra porción de enfermedades que concluyen con la existencia del obrero o le dejan inútil para el trabajo a los pocos años de bajar a la mina.”* P. 449.

<sup>852</sup> *La espuma*, cit., p. 449-450.

<sup>853</sup> *Ibíd.*, p. 450.

ninguna se denunciaba, como en estas palabras de Quiroga, el médico, que esa miseria es la base del enriquecimiento de otros que medran a su costa como muy gráficamente vuelve a señalar el médico con motivo de la visita al laboratorio. Les invita a que vayan mirando todos una gota de agua a través del microscopio. El duque, que es en esta ocasión, el único que dice en voz alta lo que ve, manifiesta que se observa un animal mucho más grande que los demás, del que éstos salen huyendo, que se oculta detrás de una especie de algas y que, aprovechando un descuido, se arroja sobre otro más pequeño que desaparece, probablemente devorado por el grande. Cuando concluye la escena,

*“el duque levantó su rostro, radiante de satisfacción, por haber tenido ocasión de observar aquella tragedia curiosa.*

*Quiroga fijó en él sus ojos atrevidos, y dijo con su eterna sonrisa irónica:*

*-Es la historia de siempre. En la gota de agua, como en el mar, como en todas partes, el pez grande se traga al chico.”*

Salabert se da por aludido y acusa el golpe, tanto que él, que siempre tiene salidas para todo, no sabe qué responder:

*“La sonrisa del duque se apagó. Dirigió una mirada oblicua al médico, que no apartó la suya fija y misteriosa, y dijo bruscamente:*

*-Creo, señoras, que deben ustedes ir aburridas de ciencia. Es hora de almorzar”<sup>854</sup>.*

El médico denuncia la explotación y lo hace en la cara del explotador. Consecuencia lógica de esta situación es la hostilidad, latente desde el primer momento pues, cuando los visitantes no han hecho más que llegar:

*“Los ojos de las hermosas y de los elegantes se encontraron con los de los mineros, y si hemos de ser verídicos, diremos que de aquel choque no brotó una chispa de simpatía. Detrás de la sonrisa forzada y triste de los trabajadores, un hombre observador podía leer bien claro la hostilidad”<sup>855</sup>.*

Esta hostilidad contrasta con la actitud servil –lo cual es indicativo del distinto grado de conciencia de clase- de los empleados del ferrocarril cuando éste sale de la estación de Delicias: *“Al montar en el tren podía observarse la solicitud servil de los empleados de la estación, la extrema turbación que en aquel recinto producían los poderosos de la tierra”<sup>856</sup>*. La hostilidad es mutua. Ante una respuesta del médico, en la que se pone de manifiesto hacia dónde se inclinan sus simpatías<sup>857</sup>, *“el grupo de convidados le contempló unos instantes con atención no exenta de hostilidad. Adivinaban en él a un enemigo”<sup>858</sup>*. Y como tal, aunque haciendo gala

<sup>854</sup> *Ibíd.*, p. 455.

<sup>855</sup> *La espuma*, cit., p. 439.

Tan poco amistosa debe de ser la mirada de los mineros que los visitantes se sienten intimidados: *“El cortejo de Salabert atravesó en silencio por medio de ellos, con visible malestar, los rostros serios, y con cierta expresión de temor. Las damas se apretaron instintivamente contra los caballeros. Al entrar en el parque murmuraron algunas: “¡Dios mío, qué caras!” Ellos respiraron con satisfacción al verse libres de aquellas miradas profundas y misteriosas.”* Tan violentos se han sentido que, cuando se ven libres de las miradas de los mineros, que uno de ellos, Rafael Alcántara, descarga la tensión con una burla: *“Verdad. El pueblo soberrano no anda por aquí muy bien de fisonomía.”* *Ibíd.*, p. 439-440.

<sup>856</sup> *Ibíd.*, p. 432.

<sup>857</sup> Tras las palabras de Quiroga a Clementina de que, si se mejorasen las condiciones de los obreros, la mina no sería negocio para su padre, el diálogo continúa en estos términos:

*“-Ni para usted tampoco –repuso procurando sonreír-. ¿No es usted el médico de las minas?”*

*-Sí, señora. Mi negocio consiste en dos mil quinientas pesetas al año y en una mijita de temblor que he logrado en los tres años que aquí llevo.”* P. 450.

<sup>858</sup> *Ibíd.*, p. 450.

de una fina ironía de tal manera que algunos de los comensales no saben a qué carta quedarse, se manifiesta en el brindis que realiza durante la comida. Salabert, medio borracho, había pronunciado unas palabras diciendo, entre aplausos y aclamaciones, que todo lo que había conseguido había sido gracias a su trabajo y honradez. El médico le contesta en un largo discurso que gira todo él en torno a la idea de fuerza y que, aparentemente, parece justificarla:

*“Permitidme que lo dude. El señor duque de Requena representa algo más que estas cualidades vulgares [trabajo y honradez]; representa la fuerza ¡la fuerza!, único sostén del Universo. Esta fuerza está repartida desigualmente entre los organismos. A unos les ha tocado una parte mayor, a otros menor. Y en esta batalla incesante que sostienen los unos contra los otros perecen los débiles; se salvan los más aptos y los más fuertes. Adoremos, pues, en nuestro ilustre anfitrión, a la fuerza. Merced a esta fuerza de que la Naturaleza le ha dotado, ha podido someter y aprovechar el esfuerzo particular de millares de hombres que inconscientemente sirven a sus planes. Merced a esta fuerza ha podido reunir su inmenso capital.”*

Sigue diciendo que todos los que presentes en ese almuerzo pertenecen al bando de los fuertes, de “los elegidos” por lo que él se siente muy feliz de encontrarse entre ellos y termina explicando los distintos tipos de esclavitud, que ha habido a lo largo de la historia como lógica consecuencia de que la naturaleza haya dotado a unos de fuerza y a otros de debilidad:

*“En todos los tiempos ha existido en una u otra forma la esclavitud. Ha habido hombres destinados a vivir en el refinamiento de los goces espirituales, [...] y otros hombres también dedicados a proporcionarles los medios necesarios para vivir de tal modo con un trabajo rudo y doloroso. Los parias trabajaban para los bramanes, los ilotas para los espartanos, los esclavos para los romanos, los siervos para los señores feudales. ¿Y hoy sucede lo mismo? ¿Qué importa que en las leyes esté abolida la esclavitud? Los que trabajan en el fondo de esta mina y absorben el veneno que les mata, si no son esclavos por la ley lo son por el hambre. El resultado es idéntico. Es ley de la naturaleza, y por lo tanto santa y respetable, que para que unos gocen padezcan otros”<sup>859</sup>.*

Este elogio de la fuerza tiene carácter irónico. El médico, cuyas ideas socialistas resultan patentes hasta el punto de que su programa de reformas parece inspirado en el informe de Jaime Vera del año 84, había denunciado –haciendo palidecer a Salabert- la explotación del obrero comentando que lo que sucedía en la gota de agua observada al microscopio era extensible a la sociedad. En este brindis insiste sobre los mismo: bajo el aparente panegírico de la fuerza está, en realidad, denunciando irónicamente lo que sucede<sup>860</sup>: el abuso de la fuerza como instrumento de explotación. Ahora bien, los débiles también tienen su fuerza. En la escena del laboratorio no sólo observaron la gota de agua anteriormente comentada:

<sup>859</sup> *La espuma*, cit., p. 463-465.

<sup>860</sup> La ironía es señalada por el propio narrador: “...en el rostro pálido y fino del médico, en sus cabellos negros y revueltos, y sobre todo en sus ojos que, aunque pretendían aparecer inocentes, estaban cargados de ironía, había aldo de mefistofélico.” P. 464. Y la denuncia no pasa desapercibida, al menos, para algunos de los comensales: “Algunos de los más avisados murmuraron. Creció la hostilidad que contra el joven médico existía. Hubo quien dijo por lo bajo que aquel quidam había querido ‘quedarse con ellos’. [...] De todos modos el brindis produjo cierta penosa impresión que no logró desvanecer Fuentes, aunque soltó el chorro de sus paradojas más graciosas.” P. 465.



*“También vieron el gusano que había concluido con el célebre puente de Milán. No se cansaban de admirarse de que un bicho tan pequeñísimo pudiese demoler una fábrica tan inmensa.*

*-Calculen ustedes los millones de estos seres que habrán tenido que trabajar en la demolición –dijo un ingeniero”<sup>861</sup>.*

Esta alusión en cualquier otro lugar de la novela pasaría desapercibida; pero incluir en este capítulo, en el que se habla de que los débiles han sido oprimidos bajo distintos tipos de esclavitud por los fuertes, un ejemplo en el que unos débiles gusanos logran demoler un ciclópeo puente tiene una gran carga simbólica<sup>862</sup>.

¿Estamos, pues, ante una novela proobrera en la que se denuncia la explotación del proletariado y se propugnan reformas basadas en los principios del socialismo? El médico, como ya he apuntado anteriormente, desde luego lo es. Cuando se acaba la comida,

*“Escosura decía con tono desdeñoso al director de las minas:*

*-¿Sabe usted que ese jovencito médico ha estado bastante imprudente al emitir sus ideas materialistas?*

*-Materialista no sé si lo es. Lo que hace gala de ser, y por eso le adoran los operarios, es socialista.*

*-¡Peor que peor!*

*-La verdad es –dijo Peñalver dando un suspiro- que del fondo de una mina se sale siempre un poco socialista”<sup>863</sup>.*

Si se tiene en cuenta sólo este capítulo, se podría decir que sí, que la novela asume la perspectiva del proletariado. Pero no hay que olvidar que éste ocupa solamente un capítulo de unas cuarenta páginas en una novela que tiene alrededor de cuatrocientas cincuenta y cuyo objetivo primordial es denunciar, achacándole toda clase de vicios y corruptelas, a la oligarquía de la Restauración. La explotación del proletariado, cuya situación se refleja con total objetividad, no aparece en esta novela en función de éste mismo, sino como una acusación más que se lanza contra esa clase dirigente: *“El contrapunto del mundo obrero que aparece a lo largo de la novela, sirve para subrayar la corrupción de la clase dirigente”<sup>864</sup>*. Efectivamente, la miseria, enfermedades, envejecimiento prematuro y todo lo que se ha visto en las páginas anteriores –independientemente de la validez que como testimonio pueda teneres el marco en el que se encuadra la visita de Salabert y sus amigos, cuyo objeto principal es celebrar un suntuoso banquete en las profundidades de una de las galerías. En este sentido resulta muy gráfico, por sus múltiples connotaciones simbólicas, que en el mismo lugar, en el que unos obreros subalimentados se dejan la vida y la salud, se celebre una opípara comida para más de cincuenta convidados, para los que el duque de Requena fleta un tren especial y envía, varios días antes, a una corte de criados con toda clase de provisiones. El contraste entre ambas situaciones resalta no sólo la explotación, sino también el egoísmo e insensibilidad de estas gentes, sobre todo del duque, quien tiene también su “programa” para mejorar las condiciones de los mineros:

*“Moralicen ustedes al obrero y todos estos estragos que ustedes han visto desaparecerán. Que no beban, que no jueguen, que no malgasten el jornal, y esos efectos del mercurio no*

<sup>861</sup> *Ibíd.*, p. 454.

<sup>862</sup> En nota a pie de página la autora de la edición se pregunta: *“¿Se alude con esta imagen a las posibilidades que puede tener un frente unido y organizado?”*

<sup>863</sup> *La espuma*, cit., p. 466.

<sup>864</sup> Guadalupe Gómez Ferrer: *Introducción* a la edición citada, p. 45.

*serán para ellos funestos... Pero, claro está –añadió volviéndose hacia los caballeros que se habían acercado-: ¿cómo ha de resistir en la mina un cuerpo que en vez de alimento, sea el que sea, tiene dentro un jarro de aguardiente amilico? Estoy convencido de que la mayor parte de las enfermedades que aquí hay son borracheras crónicas. Sepan ustedes, señores, que en Riosa se desconoce por completo el ahorro”<sup>865</sup>.*

El médico había denunciado que, con lo que ganaban, no les daba ni para comer patatas con sal. Palacio Valdés vuelve a denunciar el cinismo de Requena con motivo del brindis que éste pronuncia durante el banquete. Él, que había moralizado sobre los efectos perniciosos del alcohol, está tan borracho, que “obliga” al narrador a convertirse en portavoz de sus palabras:

*“Luchando toda su vida contra infinitos obstáculos había logrado reunir un puñado de oro. Este oro le servía ahora para alimentar a algunos miles de obreros. Era su mayor satisfacción. (Aplausos). Brindaba por las hermosas damas que con tal valentía habían llegado hasta aquel agujero, dejando en él un perfume de caridad y alegría que no se borraría jamás del corazón de los mineros”<sup>866</sup>.*

Salabert, que se considera además un benefactor, piensa que el haber celebrado una comida de lujo es un acto de caridad.

Si se consideran en conjunto los dos hechos –la denuncia de la explotación del proletariado y el cinismo, insensibilidad y egoísmo de los explotadores- y tenemos en cuenta que la crítica de la oligarquía es el objetivo central de la novela, resulta evidente que el primero está en función del segundo. Con lo que una vez más llegamos a la misma conclusión: el pueblo, en este caso el proletariado, es utilizado por la burguesía liberal para ajustar cuentas con la clase dominante que se ha apoderado de todos los resortes económicos y políticos excluyendo a las clases medias.

Ahora bien, el que se utilice al proletariado como instrumento de confrontación con la oligarquía no le resta objetividad a las características que de él se recogen. Y una de éstas es la hostilidad. Al apuntarla se está señalando el peligro que de ella se deriva. Lo que en Palacio Valdés queda implícito como una amenaza latente –la demolición del puente por los gusanos es una metáfora muy significativa- se hace explícito en Clarín. En *La Regenta*, aunque el tema central de la novela no es tampoco el mundo obrero, Clarín hace varias referencias a las condiciones de vida de éstos. Don Fermín se cría en un pueblo minero y el contacto diario con la degradación, la miseria y la brutalidad de este mundo, conocido por él de primera mano, pues su madre regentaba una taberna a la que acuden los mineros a la salida del trabajo, le va a servir de estímulo para aferrarse a los estudios y poder escapar de allí:

*“La taberna prosperaba. Los mineros la encontraban al salir a la claridad, y allí, sin dar otro paso, apagaban la sed y el hambre, y la pasión del juego que dominaba a casi todos. Detrás de unas tablas, que dejaban pasar las blasfemias y el ruido del dinero, estudiaba en las noches de invierno interminables ‘el hijo del cura’, como le llamaban cínicamente los obreros. [...] El espectáculo de la ignorancia, del vicio y del embrutecimiento le repugnaban hasta darle náuseas y se arrojaba con fervor a la sincera piedad, y devoraba los libros y ansiaba lo mismo que para él quería su madre: el seminario, la sotana, que era la toga del hombre libre, la que le podía arrancar de la esclavitud a que se vería con-*

<sup>865</sup> *Ibid.*, p. 453-454.

<sup>866</sup> *La espuma*, cit., p. 463.

*denado con todos aquellos miserables si no le llevaban sus esfuerzos a otra vida mejor*<sup>867</sup>.

Los mineros son, asimismo, profundamente irreligiosos: “*Los vecinos de Matelerejo habían enterrado la antigua piedad entre el carbón; eran indiferentes y tenían fama de herejes en los pueblos comarcanos*”<sup>868</sup>. La brutalidad y, sobre todo, la irreligiosidad se pueden considerar como amenazas latentes, implícitas contra el orden establecido. La amenaza que supone la clase obrera empieza a hacerse más explícita cuando Clarín se fija en el proletariado veustense. Éste ocupa ruidosamente el paseo todas las tardes cuando sale del trabajo: “*Al anochecer, hora en que dejan el trabajo los obreros, se convertía aquella acera en paseo, donde era difícil andar sin pararse a cada tres pasos.*” Los trabajadores de los diferentes oficios, que se nombran como en algunas de las citas ya comentadas, pero con un significado totalmente diferente, ocupan ruidosamente el paseo:

*“Costureras, chaqueteras, planchadoras, ribeteadoras, cigarreras, fosforeras y armeros, zapateros, sastres, carpinteros y hasta albañiles y canteros, sin contar otras muchas clases de industriales, se daban cita bajo las acacias del triunfo y paseaban allí una hora arrastrando los pies sobre las piedras con estridente sonsonete.”*

El significado es totalmente diferente porque la minuciosa mención de los diferentes oficios, a diferencia de lo que sucede en escenas semejantes de otras novelas anteriormente comentadas<sup>869</sup>, los obreros no forman parte del paisaje como si de un decorado costumbrista se tratara. Por lo pronto se comportan como las señoritas y los caballeros de la clase alta en una especie de imitación burlesca, pero cargada de simbolismo:

*“Había comenzado aquel paseo años atrás como una especie de parodia; imitaban las muchachas del pueblo los modales, la voz, las conversaciones de las señoritas, y los obreros jóvenes se fingían caballeros, cogidos del brazo y paseando con afectada paciencia. Poco a poco la broma se convirtió en costumbre y merced a ella la ciudad solitaria, triste de día, se animaba al comenzar la noche, con una alegría exaltada, que parecía una exaltación nerviosa de toda la “pobretería”, como decían los tertulios de Vegallana.”*

El desdén con que hablan de ellos los amigos del marqués es indicativo de cierta intranquilidad por su parte ante esta cotidiana “ocupación” del paseo por los obreros. El motivo de ese desasosiego de la clase alta, que se intuye en el párrafo anterior —el contraste tristeza diurna/animación al oscurecer transmite connotativamente el agotamiento de una clase y un sistema social y el empuje de otra que reclama el relevo— resulta evidente en las líneas que vienen a continuación:

*“Era la fuerza de los talleres que salía al aire libre; los músculos se movían por su cuenta, a su gusto, libres de la monotonía de la faena rutinaria. Cada cual, además, sin darse cuenta de ello, estaba satisfecho de haber hecho algo útil, de haber trabajado”*<sup>870</sup>.

La fuerza, a la que Quiroga se refería en *La Espuma* como patrimonio exclusivo de la oligarquía, aparece aquí ahora del lado del proletariado cuya amenaza, cerniéndose sobre Ve-

<sup>867</sup> *La Regenta*, cit., p. 310-311.

<sup>868</sup> *Ibid.*, p. 307.

<sup>869</sup> Recuérdesse, por ejemplo, la de Jacinto Octavio Picón —*Dulce y sabrosa*— en que los obreros servían simplemente para dibujar el paisaje en que tenían lugar las entrevistas de don Juan con la criada de Cristeta; o la de Ortega y Munilla —*Don Juan Solo*— en que contribuían al bullicio y animación de la calle de Embajadores en una escena casi de tipo costumbrista.

<sup>870</sup> *La Regenta*, cit., p. 171.

tusta, es claramente percibida por el Magistral desde la torre de la catedral al comienzo de la novela donde se distingue, además, entre lumpemproletariado y proletariado:

*“El Magistral veía a sus pies el barrio linajudo, compuesto de caserones con infulas de palacio; conventos grandes como pueblos, y tugurios donde se amontonaba la plebe vetustense, demasiado pobre para poder habitar las barriadas nuevas allá abajo, en el Campo del Sol, al sudeste, donde la Fábrica Vieja levantaba sus augustas chimeneas en rededor de las cuales un pueblo de obreros había surgido”<sup>871</sup>.*

El primero, que vive en los tugurios, no presenta ningún problema; la amenaza proviene del segundo, el que habita en las nuevas barriadas:

*“El humo y los silbidos de la fábrica el hacían dirigir miradas recelosas al Campo del Sol; allí vivían los rebeldes; los trabajadores sucios, negro por el carbón y el hierro amasados con sudor; los que escuchaban con la boca abierta a los energúmenos que les predicaban igualdad, federación, reparto, mil absurdos, y a él no querían oírle cuando les hablaba de premios celestiales, de reparaciones de ultratumba. [...] El Magistral no se hacía ilusiones. El Campo del Sol se les iba. [...] No, aquel humo no era de incienso; subía a lo alto, pero no iba al cielo; aquellos silbidos de las máquinas le parecían burlescos, silbidos de sátira, silbidos de látigo. Hasta aquellas chimeneas delgadas, largas, como monumentos de idolatría, parecían parodias de las agujas de las iglesias”<sup>872</sup>.*

Éstos son los mismos que, al anochecer, pasean a la salida del trabajo haciendo ruido y dando muestras de alegría y vitalidad. La amenaza, percibida por el Magistral desde la torre, reaparece, pues, en este episodio, como ya he comentado, bajo la idea de fuerza. Pero la escena del paseo tiene también otro significado que, en el contexto general de la novela, es quizás más importante que el anterior, pues sirve para subrayar el tema conductor de la misma: la soledad y el vacío afectivos de Ana Ozores. Ésta, que ha salido a pasear con su criada, se ve de pronto en medio de los obreros, que no ocultan sus sentimientos, sino que los manifiestan de un modo espontáneo:

*“Las muchachas reían sin motivo, se pellizcaban, tropezaban unas con otras, se amontonaban, y al pasar los grupos de obreros, crecía la algazara; había golpes en la espalda, carcajadas de malicia, gritos de mentida indignación, de falso pudor, no por hipocresía, sino como si se tratara de un paso de comedia. Los remilgos eran fingidos, pero el que se propasaba se exponía a salir con las mejillas ardiendo”<sup>873</sup>.*

Esta gente, aunque sea ruda y primitiva, a diferencia de lo que le ocurre a ella, tiene colmadas sus aspiraciones afectivas. Por eso, cuando compara lo que ve a su alrededor con su propia situación –vive cómodamente, casada con un hombre bueno y respetable, pero con el que no tiene ningún tipo de satisfacción íntima-, siente envidia de los que tiene delante y lástima de sí misma:

*“Alguna otra vez había pasado la Regenta por allí a tales horas, pero en esta ocasión, con una especie de doble vista, creía ver, sentir allí, en aquel montón de ropa sucia, en el mismo olor picante de la “chusma”, en la algazara de aquellas turbas, una forma del placer de amor; del amor que era por lo visto una necesidad universal. [...] Ana participó un momento de aquella voluptuosidad andrajosa. Pensó en sí misma, en su vida consagrada al sacrificio, a una prohibición absoluta de placer, y se tuvo esa lástima profunda del egoísmo excitado ante las propias desdichas: ‘Yo soy más pobre que todas éstas. Mi*

<sup>871</sup> *La Regenta*, cit., p. 17

<sup>872</sup> *Ibíd.*, p. 18-19.

<sup>873</sup> *Ibíd.*, p. 172.

*criada tiene a su molinero, que le dice al oído palabra que le encienden el rostro; aquí oigo carcajadas del placer que causan emociones para mi desconocidas.”*

Y ocurre un incidente que resalta todavía más el vacío afectivo de Ana. Un joven obrero profiere amenazas contra su novia mientras su compañeros lo sujetan:

*“En aquel momento tuvieron que detenerse entre la multitud. Había un drama en la acera. Un joven alto, pelo negro y rizado, muy moreno, vestido con blusa azul, gritaba: -¡La mato!, ¡la mato! Dejádme, que quiero matarla. Sus compañeros le sujetaban; querían llevárselo. El mozo echaba fuego por los ojos. -¿Qué es eso? –preguntó Petra. -Nada –dijo uno-, celucos. [...] El joven de la blusa azul salió del paseo, a viva fuerza, casi arrastrado por sus amigos. Al pasar junto a la Regenta, la miró cara a cara, distraído, pensando en su venganza; pero ella sintió aquellos ojos en los suyos como un contacto violento. ¡Eran los ‘celucos’! ¡Así miraban los celos! Era una belleza infernal, sin duda, la de aquellos, pero ¡qué fuerte, qué humana!”<sup>874</sup>.*

Ana, pues, siente nostalgia, envidia de la vitalidad de los obreros. Resulta así que, aunque la situación reflejada por Clarín sea en sí misma objetiva, no está en función, lo mismo que en el caso de Palacio Valdés, de abogar por la clase obrera, sino de destacar el vacío afectivo de la protagonista<sup>875</sup>.

Luego, a falta de las conclusiones generales, que sacaré al final del apartado, se puede afirmar que el mundo proletario es tratado desde la perspectiva de la mentalidad burguesa. Y si esto sucede en la corriente del que he llamado liberalismo ideológico, que acabo de analizar, con mucho más motivo se puede afirmar de la otra corriente de la novela liberal:

## **b<sub>2</sub>) El liberalismo doctrinario.**

Denomino así a la corriente ideológica que defiende abiertamente el desarrollo capitalista sin ningún tipo de tapujos ni complejos. Y sostiene, además, que el progreso económico traído por el mismo no ha beneficiado a todos por igual porque los obreros son los que más ventajas han sacado del mismo. Por eso, si alguno pasa necesidad es por su propia incompetencia o pereza. Esta idea aparece esporádicamente en alguna de las novelas del liberalismo ideológico:

*“La señora Ramona era una clásica portera de ancha faz, bigotuda, chata y roma, con dos ojillos pequeñuelos e insignificantes. Su marido era un holgazán sempiterno que jamás encontraba trabajo, porque no quería. Decía que los maestros de obras eran un ‘saco de demonios’, y prefería pasarse la vida tras la trampilla de la portería, con su traje de albañil blanco y una colilla entre los labios”<sup>876</sup>.*

Pero donde se encuentra la justificación del capitalismo en todas sus dimensiones es en una novela de 1890. En ésta se hace una encendida apología del progreso:

<sup>874</sup> *La Regenta*, cit., p. 173.

<sup>875</sup> Algo parecido le sucede a Isidora Rufete quien ante la imposibilidad de satisfacer las necesidades que se ha creado por la “presión de su posición”, hace la siguiente reflexión: “Si me privo de todo, me muero de pena, y si no me privo me deshonro... ¡Oh Dios!, ¡quién fuera cursi, quién fuera populacho!... Me pasaría la vida haciendo cigarros, lavando ropa, comiendo bodrio, durmiendo en un jergón asqueroso; me casaría con un café hediondo, tendría un chiquillo cada año, viviría como una bestia, toda sucia...; ¡pero sería feliz, como son felices los que no conocen el dinero!” Utiliza, pues, al pueblo para autocompadecerse: ella es bastante más desgraciada que los que pasan por ser más desgraciados que nadie.

*La desheredada*, cit., p. 392.

<sup>876</sup> *Don Juan Solo*, cit., p. 131.

*“De noche las llamaradas de los altos hornos mezcladas con espeso y negro humo, alumbran el terreno que inmediatamente los rodea, con luz rojiza y de aspecto siniestro que hace proyectar gigantescas sombras a los edificios y construcciones cercanas. El ruido de los martillos y martinetes, el de la maquinaria, el del remache de los redoblones en las caldererías, el silbido de las locomotoras y movimiento constante, dan al conjunto el aspecto de un pequeño infierno.”*

Pero no lo es, como inmediatamente se encarga de poner de manifiesto el narrador a renglón seguido:

*“No obstante, aquellas llamas, aquellos humos, aquellos ruidos, lejos de ser un lugar de castigo para réprobos condenados, constituyen por el contrario, un gran paraíso del trabajo en que tienen constante ocupación, ganando buenos salarios, más de doce mil operarios dirigidos por el número de ingenieros, ayudantes, maestros y capataces necesario”<sup>877</sup>.*

Esta apología del progreso, que anticipa en unos años las que hará el futurismo, recuerda las de Galdós pero, como se verá más adelante, hay una diferencia fundamental: Bona no va a ocultar a los proletarios.

Para que se produzca este progreso es indispensable que haya habido previamente una acumulación de capital que se ha invertido en crearlo, acumulación que es perfectamente legítima y no implica el despojo de nadie, cosa que Pedro, el protagonista de la novela, se encarga de recordarles en una asamblea a los trabajadores que defienden lo contrario, poniéndoles dos ejemplos; uno sobre la construcción de un palacio que, en contra de lo que piensan los trabajadores, no es hecho por ellos. En primer lugar, porque para su construcción hace falta algo más que el trabajo manual:

*“¿Acaso hace el palacio quien cava los cimientos o construye la fábrica de piedra o de ladrillo? Si no se tiene un plano detallado del arquitecto, si no se han calculado las resistencias de los materiales, si no se han observado en los dibujos las leyes de la estática, si, en una palabra, no hay dirección científica de la obra?, ¿se podrá construir el palacio?”*

Pero, por otra parte, tampoco con eso basta. Hay algo mucho más importante: el capital:

*“Y si no hubiere disponible una gran cantidad de ‘trabajo anterior acumulado’ por el ahorro, y al que damos el nombre de ‘capital’, ¿se encontrará un solo operario que se preste a trabajar sin cobrar jornal y poniendo materiales?”*

La conclusión es evidente: el que pone el dinero es el que construye el palacio:

*“Hace el palacio quien paga al arquitecto los planos y su dirección, y sus jornales a los canteros, albañiles, carpinteros, herreros, vidrieros, pintores y demás oficios que concurren a la obra. Ése, y no otro, es quien hace el palacio”<sup>878</sup>.*

El segundo ejemplo es el de unos obreros que constituyen una cooperativa poniendo cada uno una parte del dinero. Éstos, a su vez, contratan a otros obreros que no han aportado nada, excepto su trabajo. ¿No sería injusto que estos reclamaran también, aparte de sus sueldos, una parte de los beneficios? El capital, por tanto, en contra de lo que dice Carlos Marx, no sólo no supone expolio de nadie, sino que es el elemento fundamental del progre-

<sup>877</sup> Félix de Bona: *La huelga*, Madrid, La España Editorial, [s.a.] XII + 256 págs., BN: 2/32007. P. 22-23. Ferreras en su *Catálogo* la fecha en 1890. En el de la Biblioteca Nacional dice Ca. 1896-1900, pero se refiere a la fecha de la publicación que fue, al parecer, algunos años posterior a su composición.

<sup>878</sup> *La huelga*, cit., p. 10-11.

so, pues sin él éste no existiría. Por eso, se equivocan doblemente los que luchan contra él; por una parte, porque no se dan cuenta de que les es imprescindible:

*“No os equivoquéis en este punto: si seducidos por esas insidiosas declamaciones, declaráis la guerra a los capitalistas, éstos, asustados, en vez de luchar, se retirarán, dejándoos en la más espantosa miseria. El capital es cobarde, extremadamente cobarde; huye y se esconde al menor síntoma de peligro, y vosotros no tendríais con qué sustituirlo”<sup>879</sup>.*

Y, por otra, porque en el sistema capitalista no sólo se da la igualdad de oportunidades para todo el mundo como lo demuestra, por ejemplo, la existencia de escuelas a las que puede asistir todo el que quiera y los que valen y aprovechan el tiempo llegan lejos, sino que los que más beneficios han obtenido del mismo son los obreros. Ejemplo de lo primero es Pedro Cerecita. Hijo de los porteros del chalet de don Dámaso Blacke, dueño de minas, ferreterías y un ferrocarril, empezó como empleado de éste y, alternando los estudios con el trabajo, se hizo ingeniero. Trabajador incansable, está continuamente estudiando los terrenos, descubre una mina de carbón; se asocia con un banquero, la explotan y montan, además, tres grandes hornos, con lo que se hace rico:

*“Pedro era un ejemplo brillante de los progresos que puede hacer un muchacho aplicado y estudioso. Hijo de unos modestos porteros, cuyo padre no pasó tampoco de maestro ‘puclador’, era, no obstante, y como queda indicado, ingeniero director de otra fábrica de ‘pucllar’”<sup>880</sup>.*

Ejemplo de lo segundo es la mejora que se ha producido en el nivel de vida de las clases trabajadoras:

*“Desde que empezaron las reformas políticas a emancipar al trabajo de las trabas que los gremios le imponían, son las clases operarias las que más han prosperado. Hoy ganan jornales más altos, tienen medios de instruirse, más consideración social”<sup>881</sup>.*

Una prueba de ello son los mineros que trabajan en las minas de Pedro, cuya suerte ha mejorado notablemente desde que encontraron este trabajo:

*“Muy pocos mineros llevaban en el oficio más de un año, y recordaban aún que antes de ser mineros, ganaban dos pesetas de jornal el que más, y desde que eran mineros, trabajando a destajo, sacaban hasta seis y más pesetas diarias. No era todavía mucha la profundidad de las minas y la organización del trabajo se había hecho con tal acierto, que casi todos tenían a la semana uno dos días de labor a cielo descubierto”<sup>882</sup>.*

Y otra prueba de que los obreros han salido altamente beneficiados es que pueden tratar de tú a tú a los capitalistas:

*“Donde rija la libertad del trabajo, el operario es tanto más libre que el fabricante; si el capital tiene fuerza para esclavizar al operario, éste la tiene y muy grande para destruir al capital”<sup>883</sup>.*

---

<sup>879</sup> *Ibíd.*, p. 11.

<sup>880</sup> *Ibíd.*, p. 28.

<sup>881</sup> *La huelga*, cit., p. 27.

<sup>882</sup> *Ibíd.*, p. 193.

<sup>883</sup> *Ibíd.*, p. 136-137.

Sin embargo, los hechos narrados en la novela vienen a demostrar lo contrario: que el capital es más fuerte que el trabajo. Ante la amenaza de huelga por parte de los pucladores, Pedro comienza a preparar para este trabajo, que requiere cierta especialización, a los que él considera más capacitados de los peones: “Pedro había hecho reservadamente una lista de operarios peones escogidos, cuya fisonomía despejada revelaba aptitud para aprender y de los que ganaban el mínimo de jornal, o sea dos pesetas diarias, para llamarlos a

Por eso, la culpa de las desigualdades sociales no es del sistema capitalista, sino de los individuos que por su pereza, falta de voluntad o de inteligencia no son capaces de aprovechar las ventajas que éste les brinda. De ahí que, cuando el padre de Pedro Cerecita, humilde portero, le dice a su hijo: “*Los pobres no acertamos a comprender por qué hay esas desigualdades tan grandes en el mundo: unos tanto y otros tan poco*”, se encuentra con la contundente respuesta de su hijo:

“-¿Usted también, padre? –replicó Pedro. -¿No le he explicado a V. varias veces las causas ‘por regla general justas’, de la riqueza de unos y de la pobreza de otros? No puede prosperar del mismo modo el holgazán que el trabajador, el disipador que el sobrio y económico, ni el que por no aprender se limita toda su vida a hacer una misma cosa”<sup>884</sup>.

De ahí que, no sólo el pauperismo no ha sido traído por el capitalismo, sino que la aprobación de determinadas leyes inspiradas en principios socialistas contribuyen a él al fomentar la vagancia:

“*El pauperismo nació y se sostiene en Inglaterra principalmente por las leyes de pobres que constituyen la aplicación de un principio eminentemente socialista. La caridad del Estado y la caridad por espíritu religioso, no resuelven ni resolverán nunca en mi opinión, el problema de la miseria. La caridad privada y libre se organizaría de modo que socorriese al ser verdaderamente desgraciado, sin alentar al mendigo de profesión, al holgazán, y en gran número de ocasiones al verdadero criminal.*”

Los socorros sociales son, por lo tanto, contraproducentes para los pobres “*la regeneración está en el trabajo, y dentro de un régimen completamente libre el trabajo nunca faltará*”<sup>885</sup>.

Bona defiende, pues, el liberalismo político y económico, sobre todo el segundo, porque la libertad reconocida en las leyes es suficiente garantía de que todo el mundo tiene las mismas oportunidades. Esta novela recoge la ideología del sector restringido de la burguesía que ha entrado a formar parte de la oligarquía dominante. Principios éstos difundidos también, con argumentos muy parecidos, por Valera:

“*En un país como el nuestro, donde, desde hace más de un siglo por lo menos, no hay privilegio alguno de clase, ni escala por donde cualquiera no puede ascender, es absurda la suposición de que alguien no asciende porque el organismo social o político aparta la escala de sus pies y de sus manos*”<sup>886</sup>.

El sistema, la sociedad, no es responsable de la miseria ni de las desigualdades. Todos los individuos tienen las mismas oportunidades; el único responsable es el individuo.

*los oficios de ‘puclador’. Estos peones trabajaban en los movimientos de tierras, en el arranque de minerales y en la conservación de las vías férreas de servicio; no figuraban en las listas de trabajadores en hierro y acero, y por tanto, no tenían fondos ni interés en la huelga que se preparaba”. P. 193-194. Aunque no sea esa su intención, Bona está reconociendo que el capital utiliza todos los medios a su alcance; entre ellos, causar división entre los trabajadores aprovechándose del distinto grado de conciencia de clase, que indirectamente señala.*

<sup>884</sup> *La huelga*, cit., p. 25.

<sup>885</sup> *Ibíd.*, p. 134-135.

<sup>886</sup> Juan Valera: *Terapéutica social expuesta en historias, novelas, disertaciones y otras obrillas de mero pasatiempo*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1905, p. 15. BN: 1/20893.

Estas palabras se refieren concretamente a una novela de Antonio Ledesma Hernández, *Canuto Espárrago*, publicada en Almería en 1903, en la que se critica que en esta sociedad sólo suben los necios, mientras los hombres de verdadero mérito son continuamente postergados.



### C) La novela proletaria

Visión muy distinta es la de Anselmo Lorenzo<sup>887</sup> en *Justo Vives*<sup>888</sup>, novela en la que trata de las reivindicaciones obreras y sus enfrentamientos con el capital, insertándolas en una trama amorosa de reminiscencias folletinescas<sup>889</sup>. Justo, el protagonista de la novela, huérfano, apenas asiste a la escuela porque se tiene que poner a trabajar en seguida para alimentar a su madre. De ideas revolucionarias, que su madre no comparte pero respeta, choca con el conservadurismo del pueblo, por lo que emigra a la ciudad y entra a trabajar en una fábrica cuyo patrono

*“era un lobo encanecido en la explotación, según el lenguaje de los obreros; o un industrial laborioso e inteligente al decir de algún gacetillero que había tenido necesidad de publicar su nombre con motivo de algunas huelgas ocurridas en su casa”*<sup>890</sup>.

Ésta última era la opinión de Bona sobre el capital que, evidentemente, no coincide con la de Lorenzo. Para éste, el capitalismo se basa en la explotación, que funciona no sólo en la dimensión socioeconómica, sino también en la personal, como denuncia Justo enfrentándose públicamente en un bar con el seductor de Pepita, que resulta ser el hijo de su antiguo patrón, con lo que se pone de manifiesto que ambas son complementarias:

*“Señores, este hombre es un ente miserable que, alentado por una considerable fortuna que su padre ha formado por la explotación de los trabajadores, no conoce freno a su capricho ni tiene otro objeto que divertirse a costa de las víctimas que ocasiona. Una de sus víctimas es una infeliz mujer que hubiera muerto, como murió el hijo de sus entrañas, si mi madre no la hubiera recogido y asistido; moralmente, aunque no haya motivo de carácter legal para acusarle, es asesino y parricida”*<sup>891</sup>.

La conciencia de estar sometidos a un sistema injusto, lleva al proletariado a reunirse y debatir sobre

<sup>887</sup> Ya me he referido a él en la introducción histórica. Como miembro de la Sección Española de la AIT, asistió a la conferencia de Londres en septiembre de 1871. Como teórico del movimiento obrero escribió *El proletariado militante*.

<sup>888</sup> *Episodio dramático-social. Justo Vives*, Barcelona, Imprenta de L’Avenç, 1893, 254 págs., BN: 2/53936.

<sup>889</sup> La novela lleva un prólogo, Literatura obrerista, de J. Llunas en el que éste resume el argumento en los siguientes términos: *“Un joven carpintero, falto de medios de vida en el pueblo que le vio nacer, se traslada con su anciana madre a la capital vecina para buscarse el sustento con su trabajo. Conoce allí las ideas anarquistas, por las que se apasiona; entra a formar parte de la sociedad de su oficio, llegando a ser uno de los miembros más caracterizados y más activos; se opone a los convencionalismos de un partido llamado obrero y al sobrevenir el 1º de mayo paga su tributo a las persecuciones inicuas de todos los poderes públicos de la clase trabajadora yendo a dar con su cuerpo a la cárcel. Siente a la vez que la pasión por las nuevas ideas los primeros latidos del amor, y el objeto de su adoración cae por partida doble, seducida por un Tenorio de oficio y vilipendiada por el autor de sus días a consecuencia de malaventuradas operaciones de bolsa. Pobre, huérfana, seducida y abandonada, el misérrimo ángel caído se cobija en otro techo [en casa de la madre de Justo que está en la cárcel] donde también la desgracia anida, y del mismo modo que de dos corrientes eléctricas brota la chispa y el trueno que purifica la atmósfera, de las desgracias nace una ventura al desprenderse por ellas de todas las preocupaciones y convencionalismos ridículos de la sociedad presente. [...] Y concluye la obra con el capítulo undécimo, en el cual el desenlace resultaría propio de comedia, o sea con un enlace, si no viniese éste amenizado con la variante importantísima de inaugurarse el Registro Natural de la Sociedad de Carpinteros, donde van a contraer matrimonio libre el anarquista Justo Vives, cuyo nombre y apellido simboliza su modo de vivir dentro de la actual sociedad, con la ex-burguesa Pepita, seducida por uno de su clase y ‘elevada’ a la dignidad de proletaria, tanto por sus propias virtudes como por el amor de que va a ser su esposo.”* P. 14-15 y 17.

<sup>890</sup> *Justo Vives*, cit., p. 41.

<sup>891</sup> *Ibíd.*, p. 103-104.

*“la jornada de ocho horas de trabajo, de los privilegios de la burguesía, de la emancipación del proletariado, de la revolución social, del Estado obrero, de la Anarquía, de la huelga general y de todas aquellas ideas que, simbolizadas en una palabra o una frase, han llegado a tomar una especie de forma material en la imaginación de los desheredados de la época presente, del mismo modo que los de épocas pasadas creían ver y palpar fantasmas, brujas, aparecidos, ángeles y demonios”*<sup>892</sup>.

Para conseguir estas reivindicaciones sólo hay un medio: la lucha mediante la huelga<sup>893</sup>. Se vota mayoritariamente no acudir a trabajar el 1 de mayo. Pero el fin último no es conseguir mejoras de tipo laboral, sino acabar con la sociedad burguesa y todos sus símbolos institucionales y culturales<sup>894</sup>, como declara el presidente de la sociedad de carpinteros en la ceremonia de matrimonio civil de Justo y Pepita, que se convierte en un símbolo de la negación de todas las instituciones burguesas:

*“Estamos aquí reunidos para sustraernos a la tutela de la Iglesia y del Estado, para declararnos emancipados de la ley y de la religión, y por tanto para disfrutar anticipadamente de los beneficios que a las generaciones venideras producirá el triunfo de la revolución social. [...] Venimos, pues, a declararnos en rebeldía contra la sociedad que nos oprime y explota, y esto, no como vana protesta, sino creando una institución que sustituye a lo que negamos y deseamos”*<sup>895</sup>.

En esta novela los aspectos laborales apenas aparecen, quedan en un segundo plano. Priman las cuestiones políticas y aparece claramente reflejada la conciencia de clase del proletariado que le lleva a plantear una alternativa total al sistema capitalista tan enfáticamente defendido por Félix de Bona.

### **Conclusiones del mundo obrero**

La visión del mundo del trabajo en las cuatro corrientes novelescas que acabo de analizar –conservadora, liberalismo ideológico, liberalismo doctrinario y del proletariado militante- se corresponde con tres diferentes actitudes de clase frente al sistema de la Restauración: defensa a ultranza, crítica con reservas y ataque abierto del mismo. La primera es la de Pereda y Pardo Bazán, pero también del liberalismo doctrinario; la segunda, la del liberalismo ideológico y la tercera, la de los defensores del proletariado militante.

Defienden la Restauración los componentes de la oligarquía de la que forman parte la antigua clase dominante y los modernos hombres de negocios que se han enriquecido enormemente con la especulación o consiguiendo contratos del estado, como Salabert<sup>896</sup>, Blacke y muchos otros. Los primeros basan su poder en la economía agraria en la que no existe el proletariado. Por eso Pereda no lo recoge, y Pardo Bazán lo hace desde una pers-

<sup>892</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>893</sup> Se plantea en la novela la distinta actitud de anarquistas y socialistas. Los primeros, entre los que se cuenta Lorenzo, son partidarios de la huelga. Los segundos, no. Este tema lo desarrollaré más adelante en el punto de la conciencia política.

<sup>894</sup> Lluana critica en el prólogo el conservadurismo de la Academia de la Lengua: *“Manifestada la cuestión social como problema de difícil solución no es dar prueba de valor ni de talento huir de ella, como ha hecho la Academia de la Lengua Española no incluyendo en su Diccionario la voz ‘sociología’, ya tan generalizada en el mundo científico y aun en el vulgar, sino estudiarla y presentar las soluciones que se crean más procedentes, como hace el compañero Lorenzo y hacemos todos los que del modo de ser de la sociedad nos preocupamos.”* P. 18

<sup>895</sup> *Justo Vives*, cit., p. 112.

<sup>896</sup> Un dato que demuestra hasta qué punto esta gente ha asimilado la mentalidad y formas de vida de las antiguas clases dirigentes es el ennoblecimiento de muchos de ellos: Salabert consigue el título de Conde de Requena.

pectiva moralizante como declara explícitamente en el *Prólogo* de *La Tribuna*<sup>897</sup>, lo que demuestra que no perciben al proletariado como una amenaza y resuelven el problema de las duras y precarias condiciones de vida apelando a las virtudes de conformismo y resignación, que forman parte del bagaje moral del pueblo español; bagaje que tan feliz hace a doña Emilia. Los segundos, los prohombres de la industria, que basan su poder en el desarrollo capitalista, tienen una experiencia directa de las reivindicaciones y aspiraciones del proletariado por lo que lo ven como un enemigo de clase. Félix de Bona, que es el novelista que recoge la ideología de éstos, se diferencia de Pereda, por ejemplo, en que hace una encendida apología del progreso y del sistema capitalista, pero su actitud hacia el proletariado es exactamente la misma que la de Pereda hacia los pescadores, sólo que el paternalismo moral de éste es sustituido por el paternalismo económico que Bona defiende esgrimiendo como argumentos la mejora de las condiciones y la igualdad de oportunidades traídas por el liberalismo. Pero ambos apelan a las virtudes del trabajador: conformismo y resignación, el primero; trabajo, voluntad, ahorro, el segundo. El problema obrero, por tanto, no existe, pues queda “resuelto” dentro del sistema.

Criticando con reservas los autores del liberalismo ideológico: Galdós, Palacio Valdés y Clarín. Éstos son los representantes de la clase media, que se siente frustrada porque la revolución burguesa ha fracasado y ella ha quedado excluida del poder; pero, al mismo tiempo, es consciente de la amenaza que representa el proletariado. Se encuentran, pues en una doble situación de debilidad: excluidos por los de arriba y atemorizados por los de abajo. Para conquistar el poder, que es su objetivo fundamental, necesitan remover el obstáculo que supone la oligarquía; por eso, todos la critican duramente, sobre todo Clarín –*La Regenta*– y Palacio Valdés –*La espuma*; en este aspecto existe unanimidad. Pero, saben también que para la conquista del poder por parte de la clase media es indispensable la ampliación del desarrollo industrial y que éste no es posible sin el proletariado cuya situación laboral es bastante precaria. Y es, en la actitud que adoptan hacia éste, donde se rompe la anterior unanimidad pues, conscientes de que el proletariado es su enemigo de clase, se aproximan a él con distintos grados de reserva que van desde el soslayamiento por parte de Galdós, pasando por el acercamiento cauteloso de Palacio Valdés hasta el ambivalente uso de Clarín, que esgrime su fuerza y vitalidad como amenaza contra el inmovilismo de la Restauración y como piedra de toque para resaltar el vacío afectivo de Ana Ozores. Pero las tres actitudes tienen en común que son diferentes manifestaciones de la ideología burguesa en la coyuntura de la Restauración y, como tales, responden a la visión de los acontecimientos desde su particular óptica de clase.

Galdós es quien con más claridad percibe que el proletariado es antagonista de la clase burguesa que, según su concepción, tiene que ser la protagonista de la novela. Por eso, -independientemente de que se ocupa muy poco del proletariado- cuando lo hace, consigue que quede en un segundo plano al otorgarle el protagonismo a las máquinas humanizándolas mediante el uso de las prosopopeyas. El trabajador aparece así siempre como una pieza de las máquinas. Pero, aunque éstas aparezcan humanizadas, el grado de humanidad del que

---

<sup>897</sup> Recordemos que dice que si el pueblo español fuese como el del otro lado del Pirineo tendría que haberse planteado la conveniencia o inconveniencia de retratarlo. Pero, como afortunadamente es muy distinto, se decidió a pintarlo. Es decir, si hubiera llegado al grado de abyección -¿o quizás de conciencia de clase?- del francés, no resultaría moralizante -¿o tal vez una amenaza?-.

se las dota no es siempre el mismo. Cuando los que las manejan –caso de las minas de Socartes en *Marianela*– no tienen conciencia de clase, las máquinas son humanas y Galdós realiza una verdadera apología del progreso particularizada en la epopeya de la hoja de lata con la que se fabrican las cacerolas; pero, cuando sí la tienen –como sucede con Bou en *La desheredada*– las prosopopeyas lanzan sobre la imprenta y la guillotina un estigma de crueldad que las convierte en tiranas sanguinarias. Ahora bien, la apología de progreso de Galdós es muy distinta de la de Bona. Galdós es consciente de que el proletariado es su enemigo de clase. Pero es consciente también de la situación de miseria y de explotación en que vive y, por eso, aunque no la denuncia, no tiene tampoco el cinismo de proclamar, como hace Bona en *La huelga*, que los trabajadores son los que más ventajas han obtenido del desarrollo capitalista. No la denuncia porque a Galdós sólo le interesan los problemas de la clase media y sabe muy bien que, tras el fracaso de la República, la alianza con el proletariado no es posible. Y no hace panegíricos de las bondades del sistema porque su probidad artística y sentido ético le impiden tergiversar la realidad del mundo obrero más allá de ciertos límites; prefiere eludirla.

Palacio Valdés utiliza la denuncia de la explotación de los mineros como un arma arrojada contra la oligarquía, bien por medio del narrador o en boca de Quiroga, el médico de la empresa. El primero describe las condiciones en las que viven y trabajan; el segundo se convierte en portavoz de sus reivindicaciones que expone ante los explotadores a los que convierte asimismo en blanco de sus ironías. Ahora bien, la presencia de ambos, el papel que desempeñan es una prueba de que el problema obrero está enfocado desde la óptica de las clases medias. A los obreros no se les oye decir nada en ningún momento, excepto cantar una canción mientras bajan a la mina a trabajar en la jaula, que hace de contrapeso a la que sube a los comensales que ya se van:

*“Río arriba, río arriba,  
nunca el agua subirá;  
que en el mundo, río abajo,  
río abajo todo va”*<sup>898</sup>.

Tanto el tono fatalista y resignado de esta canción como el que no haya ningún líder obrero, son muy significativos de la falta de conciencia de clase y, en consecuencia, de la imposibilidad de conseguir por sí solos su redención. Por eso, el médico se convierte en portavoz de una serie de reivindicaciones que ellos serían incapaces de formular. Pero el médico, aunque influido por las ideas socialistas, no propugna ninguna revolución, sino simplemente un plan de reformas que puede ser perfectamente asumido sin que peligre el sistema capitalista, por lo que está enfocando la cuestión desde la óptica de la conciliación que es la de las clases medias:

*“Ningún afán subversivo sin embargo, aparece en **La Espuma**; el médico Quiroga subraya la explotación y la injusticia de que son objeto los trabajadores de la mina, pero no tiende a despertar una conciencia de clase ni a aprestarlos para ejercitar sus derechos. Es significativa la función que Palacio Valdés atribuye a este profesional que rehúye todo compromiso activo y se limita a adoptar una actitud crítica”*<sup>899</sup>.

<sup>898</sup> *La espuma*, cit., p. 466.

<sup>899</sup> Guadalupe Gómez Ferrer: *Introducción* a su edición de *La espuma*, cit., p. 45.

Es decir, Palacio Valdés está propugnando que las clases medias, que en la novela se mueven en la órbita de la oligarquía, deberían acercarse al pueblo para encauzar los motivos de queja que éste pueda tener, con lo que, al mismo tiempo que se aborta el peligro de una revolución social, se denuncia a la oligarquía, pero, evidentemente se le quita protagonismo al pueblo<sup>900</sup>.

Más objetiva, desde el punto de vista de la técnica narrativa, ya que el narrador se mantiene al margen, es la actitud de Clarín, pero no por lo que al enfoque se refiere, que sigue siendo el de la burguesía. Son los personajes no proletarios –el Magistral y Ana Ozores– los que perciben respectivamente al proletariado como una amenaza o como lleno de una vitalidad y espontaneidad que le permite gozar de unas vivencias y sensaciones que ella nunca va a experimentar. El primero, al comienzo de la novela, cuando pasa el catalejo por la ciudad desde la torre de la iglesia. La segunda, cuando, en el paseo, se encuentra de repente en medio de la alegría y bullicio de los obreros que salen del trabajo y presencia un violento incidente motivado por los celos. El proletariado desempeña, pues, un doble papel: por una parte, el de amenaza latente contra el orden establecido, amenaza percibida por uno de sus más característicos representantes: don Fermín; por otra, el de contraste para acentuar el vacío sentimental de la protagonista, asimismo reconocido por ésta. Ahora bien, en ninguno de los dos casos el proletariado adopta el papel de protagonista, aunque hay una ligera diferencia entre el primero y el segundo. En ambos es el narrador quien se hace portavoz de los pensamientos tanto de don Fermín como de la Regenta. El narrador desempeña, pues, el papel que Palacio Valdés encomendaba al médico: transmitir, primero, la inquietud del canónigo cuando dirige su catalejo hacia el barrio obrero y la tristeza de Ana Ozores, después. Pero los habitantes del Campo del Sol, que provocan el recelo del Magistral al inicio de la novela, son los mismos que suscitan la envidia de la protagonista unos capítulos más adelante, lo que indica que la fuerza amenazadora se ha convertido paulatinamente en vitalidad afectiva. Aunque la habilidad artística de Clarín funde los dos significados, el argumento general de la novela hace que la balanza se incline hacia el segundo: Clarín ha utilizado el tema obrero para subrayar la frustración de la protagonista causada por una sociedad estática, inmovilista –‘vetusta’– que la oprime. Clarín, como representante de la burguesía liberal, utiliza el tema obrero como un argumento más para censurar a la oligarquía de la Restauración, pero sin concederle ningún tipo de protagonismo al proletariado y, por tanto, sin presentarlo como una alternativa.

---

<sup>900</sup> La editora de la novela –Guadalupe Gómez Ferrer– considera como ilustrativo de esta actitud hacia el pueblo el papel que el narrador le hace jugar a Amparo, la querida de Salabert. Ésta, mujer de clase humilde, consigue dominar por completo al duque que la lleva a vivir a su casa, de la que se convierte en dueña y señora hasta el punto de conseguir que el financiero prohíba la entrada en casa a Clementina, su hija. Sin embargo, una vez dueña de la situación, Amparo se comporta todavía peor que los tan criticados miembros de la clase alta. Escribe Gómez Ferrer: “*Es significativo que el escritor, a pesar de la comprensión mostrada hacia la prostituta –capítulo XI–, y a pesar de la denuncia de la vejación y explotación de que son objetos las clases trabajadoras, cuando tiene ocasión de invertir los papeles no lo hace. El pueblo, que de alguna manera podría haber encarnado Amparo, no es capaz de asumir el papel de las élites. En la ficción no sabe comportarse, y el narrador no duda en señalar la impopularidad de su causa carente de base jurídica y moral. Novelísticamente el papel desempeñado por Amparo en estos últimos capítulos, pudo haber sido distinto, ¿por qué el escritor la hace jugar de mala?, ¿no es también una muestra de las contradicciones a que se veía sometida la pequeña burguesía de la época finisecular?*”

*La espuma*, cit., p. 494, nota 5.

Precisamente esto es lo que sucede en la última de las corrientes analizadas: la proletaria de *Justo Vives*. En ésta no sólo se ataca abiertamente al régimen de la Restauración sino al sistema capitalista: la redención de las clases trabajadoras no vendrá de la consecución de una serie de mejoras dentro del sistema, como propone el médico de Palacio Valdés, sino de la sustitución del mismo. Si Palacio Valdés propone que la burguesía se acerque al movimiento obrero, recoja sus reivindicaciones y se convierta en portavoz de las mismas, Anselmo Lorenzo propugna justamente lo contrario:

*“Venimos, pues, a declararnos en rebeldía contra la sociedad que nos oprime y nos explota, y esto, no como vana protesta, sino creando una institución que sustituye a lo que negamos y deseamos”*<sup>901</sup>.

Es decir, la meta es la desaparición de la burguesía cuya redención, llevada a cabo por el proletariado, queda simbólicamente subrayada por el matrimonio de Pepita, antigua burguesa, con el proletario Justo Vives. El cambio socioeconómico propuesto se inscribe, además, en una opción política concreta: el anarquismo.

En síntesis, en el tratamiento novelesco del tema del trabajo aparecen reflejados los intereses de los tres grupos sociales que conforman la España de la Restauración: conservadores, burguesía liberal y proletariado.

### 3.2.5.2. EL SERVICIO DOMÉSTICO.

Algunos criados han aparecido ya en el punto en el que he estudiado la situación general del pueblo, al analizar el lenguaje, la cultura u otros aspectos, pero como representantes del pueblo. Lo que voy a hacer en este punto es analizar la actitud que tienen hacia sus señores –y viceversa- como consecuencia de su relación laboral.

A diferencia de lo visto al hablar del proletariado, sólo encuentro referencias a estas relaciones en las dos corrientes novelescas más importantes: la conservadora y la liberal. Resulta lógico que no aparezca en la proletaria ya que no es el ámbito del servicio doméstico el más apropiado para encontrar la conciencia de clase, que es la que le interesa a esta novela.

Los rasgos esenciales que aparecen en la novela conservadora: son fidelidad por parte de los criados y protección por la de los señores, características que ya aparecían en el período anterior. Pero hay una novedad: encontramos algunas llamadas de atención sobre el hecho de que la fidelidad, que sigue existiendo, en los tiempos que corren, no es precisamente un valor en alza. En la liberal las relaciones son más complejas, pero en líneas generales, los criados buscan su propio beneficio y los señores no miran por su bienestar; la excepción es Palacio Valdés, en algunas de cuyas novelas las relaciones entre unos y otros son cordiales.

Los criados de la novela conservadora tienen perfectamente asumido que la obediencia es para ellos una obligación ineludible. Así lo reconoce Ghurt ante su señora, la princesa Lelia: *“Ya sé que estoy consagrado en cuerpo y alma al servicio de la señora; sé que no me pertenezco, que debo obediencia ciega a sus órdenes”*<sup>902</sup>. Y bastante más explícito es al respecto, al menos en lo que a la forma de expresarlo se refiere, Sardiola, cuando se encuentra casualmente en la cantina de la estación de Alsasua con Artegui, que ha sido médico militar en la

<sup>901</sup> *Justo Vives*, cit., p. 112.

<sup>902</sup> *El sitio de París*, tomo II, cit., p. 501.

última guerra carlista y a cuyas órdenes ha estado: “*Mándeme Vd. como si fuese un perro, un perro suyo... Mire Vd. que estoy aquí*”<sup>903</sup>. Y como tal lo describe la narradora, cuando Lucía, que acompañaba a Artegui en Alsasua, lo vuelve a encontrar unas semanas después en una fonda de París:

*“Sardiola se quedó en pie esperando órdenes. Su mirada, negra y reluciente como la de un cachorro de Terranova, se clavaba en Lucía con sumisión y afecto verdaderamente caninos. Ella, por su parte, se mordía los labios para retener las preguntas que impacientes asomaban a ellos. Sardiola adivinó, con su instinto fiel de animal doméstico, y previno el deseo”*<sup>904</sup>.

Y, aunque Pereda no utilice la palabra perro, la actitud de las criadas que esperan a la salida del teatro a que salgan sus señores, tiene bastante de animal doméstico, pues recuerda a los caballos enganchados a sus respectivos coches aguardando por sus dueños: “*Ya en la calle, la consabida ringlera de farolones de mano en las de las doncellas que aguardaban a sus respectivas señoras*”<sup>905</sup>.

La fidelidad es una virtud que se manifiesta de múltiples maneras. Así, si llegan a conocer algún secreto que comprometa el honor de sus señores, deben darse por no enterados:

*“El criado que casualmente sorprende un secreto de sus amos, debe olvidarle en seguida, como se olvida un sueño... y debe olvidarle porque sólo un pensamiento es ya una traición... y me precio de reconocer que en mi familia no ha habido nunca traidores”*<sup>906</sup>.

Ghurt, el autor de las anteriores palabras, es consecuente con lo que dice, pues él sabe que Lelia, su señora, a la que todo el mundo tiene por hija de una princesa, lo es de un campesino, por lo que

*“no tenía más que pronunciar una palabra, y el palacio de la vanidad y del orgullo de raza caía en escombros, como cayeron derribadas las columnas de persépolis y las murallas de la impía Jerusalén”*<sup>907</sup>.

La fidelidad les lleva, asimismo, a desear que sus señores les hagan partícipes de sus sufrimientos para consolarlos. En esta misma novela otro criado, Thom, se encuentra desconsolado, hasta el punto de que quiere despedirse porque, como su señor no le confía sus secretos, cree que ha perdido su confianza:

*“Milord ya no se fía de mí como otras veces. Perdonadme que me exprese en estos términos... yo veo que milord padece, que milord sufre... y por más que yo no sea un amigo*

<sup>903</sup> *Un viaje de novios*, cit., p. 138.

En esta novela las criadas aparecen también como simple telón de fondo configurando el paisaje matinal de la ciudad. Entre la gente que se podía ver a esa hora: “*Las criadas de servir, con el cesto de carbón al brazo, ancho mandil de tela gris o azul, pelo bien alisado, -como de mujer que sólo dispone en el día de diez minutos y los aprovechan con bien ligero, temerosas de que se les hiciese tarde.*” P. 253.

<sup>904</sup> *Ibíd.*, p. 376.

<sup>905</sup> *Sotileza*, cit., p. 294.

En esta cita, como se ve por la continuación, lo que destaca no es la fidelidad de las criadas, pues aparecen como seres totalmente pasivos, sino la utilización de las mismas como elemento de ostentación: “*Porque todavía en aquel tiempo, y no obstante haberse estrenado el gas el año anterior, quedaban bastantes restos de aquella antiquísima vanidad de clase, expresada en un gran farol de cuatro cristales, dos de ellos amplísimos y todos muy altos, y tres medias velas, cuando no cuatro, entre arandelas y bajo lambrequines, arcos o laberintos de papel rizado, de veinticinco colores, para andar los pudientes por las calles a altas horas de la noche.*”

<sup>906</sup> *El sitio de París*, tomo II, cit., p. 613.

<sup>907</sup> *Ibíd.*, tomo III, p. 932.

*para milord, sino algo más que un esclavo y algo menos que un siervo, veo que milord se oculda de mí para derramar lágrimas, para sufrir, sin que merezca oír lo que de tal manera causa un estado tan violento y una pesadumbre tan grande en vuestro pecho*”<sup>908</sup>.

También los criados de Julio se muestran apesadumbrados, cuando éste, echado por su madre que no aprueba su noviazgo con una chica de clase baja, se va de casa:

*“Al llegar Julio al patio, ya tenía Domingo de pare en par la puerta de la calle y en el zaguán estaban reunidos todos los criados de la casa, menos la doncella Consuelo, para despedir al señorito*”<sup>909</sup>.

Y, por otra parte, llevan su delicadeza hasta el extremo de fingir para que un descuido de sus amos no pase por tal. Es lo que hace Juanito que, olvidado por su amo que ha entrado a hablar con el padre Manrique, se habría quedado helado si el portero no le hubiese proporcionado una manta. Cuando su amo sale, *”principió, pues, a disculparse de haber aceptado los beneficios del portero, y a negar, como se niega un crimen, que hubiese pasado hambre y frío*”<sup>910</sup>. Lo contrario habría resultado una indelicadeza, pues hubiera sido un reproche indirecto hacia su amo. La fidelidad llega incluso, en el caso de Ghurt, poco menos que a la adoración. Éste le pide a Lelia que le deje depositar un beso en su frente para que se lo dé en su nombre a la madre de la princesa:

*“Ghurt cerró ambos ojos, y con el mismo respeto y la misma unción con que se hubiera acercado a una reliquia, rozó suavemente con sus labios la finísima epidermis de Lelia. En seguida cayó a sus pies, besando la orla de su vestido, como hacen los israelitas con el sumo pontífice, exclamando lo mismo que Zacarías:  
-Ya puedo morir”*<sup>911</sup>.

Pero la fidelidad no se limita sólo a obedecer, mostrar pesadumbre o veneración por sus señores, sino que tiene consecuencias en el terreno práctico. Los criados de la señora de Ugarte, cuando ésta es desahuciada por los Osambela, quieren seguirla: *“No le sucedió a la señora de Ugarte lo que a los reyes destronados; toda su servidumbre se ofreció a seguirla”*<sup>912</sup>. Pero lo normal es que vaya bastante más lejos, de manera que, si alguien les causa el más mínimo perjuicio, no dudan en enfrentarse con él. Así, Ghurt recrimina a Frantz el haber faltado a una cita con su señora lo que, enamorada de él, la ha hecho sufrir. Éste le contesta con altivez, pues no soporta que un criado le eche en cara en nada, pero el criado –se trata de su señora- no se amilana:

*“Ghurt tenía la actitud del hombre que después de haber empleado el ruego se ve en la precisión de apelar a otros medios. Por último, Ghurt, más dueño de sí mismo, lanzó una furiosa mirada a Frantz, una de esas miradas cuyos efectos se sienten en el alma, y exclamó con ronco acento: -Buenas noches, Señor Frantz”*<sup>913</sup>.

<sup>908</sup> *El sitio de París*, tomo II, cit., p. 590.

<sup>909</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 227.

<sup>910</sup> *El escándalo*, cit., p. 311.

<sup>911</sup> *El sitio de París*, tomo III, cit., p. 917-918.

<sup>912</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 364.

<sup>913</sup> *El sitio de París*, tomo II, cit., p. 515-516.

Claro está, que esta actitud desafiante del criado –sólo comprensible porque se trata de defender por encima de todo a su señora- no le hace olvidarse de quién es cada uno, como lo demuestra lo que un poco antes le dice a Frantz: *“Yo nunca olvidaré que soy un criado... pero un criado bien puede conversar mano a mano con otra persona, cuando el respeto marca la línea de cada categoría... sólo en este concepto me dirijo a vos.”* *Ibíd.*, p. 511. Y, por esa misma razón, enamorado como está de su señora, no sólo no puede sentir celos de



Ghurt está dispuesto a matar al que desprecia a su señora y Pedro, el criado de la marquesa de Villarana, haría lo mismo por Julio:

*“Pedro el cochero, un gallego sirviente antiguo de los padres de la Marquesa, tan recto de pensar como entero de corazón, que profesó veneración al difunto amo y hoy es idólatra de los niños quienes, como él dice, ‘se han criado en su podere’, llamó aparte a Julio, y apeándole el usted, como hacía siempre que estaban solos, le dijo, con los puños cerrados y la mirada torva:*

*-Escucha, ‘Jolito’: ¿quieres que quite de en medio al ‘fulleru’ ese?”<sup>914</sup>.*

Sardiola, por su parte, no duda tampoco primero, en recoger a Lucía del suelo sin tener en cuenta a Miranda, su marido, cuyos insultos, al verla salir de casa de Artegui, han sido la causa de que se desmaye. Y después, como Miranda se pone bravucón, se le enfrenta; eso sí, dándole caballerosamente la oportunidad de que se defienda:

*“Sardiola entretanto, metiendo la mano en el bolsillo de su chaleco, sacó una mediana faca, de picar tabaco sin duda, y la arrojó a los pies de su adversario.*

*-Tome Vd., dijo con ese garbo caballeresco que tan frecuentemente se halla en la plebe española... a mí me ha dado Dios buenos puños”<sup>915</sup>.*

Evidentemente, si los criados son fieles es porque tienen motivos más que sobrados para serlo, pues la fidelidad es la justa correspondencia –y viceversa- al trato que les dispensan sus señores. Ante la pesadumbre de Thom porque su señor no le comunicaba el motivo de su angustia, éste termina por hacerlo:

*“Lord Suddley sintió vivamente conmovido su corazón al escuchar este lenguaje que denunciaba el afecto de su criado. Le alargó la mano con efusión; éste se apresuró a besarla. Hubo un momento de pausa”<sup>916</sup>.*

Y, a continuación, tras mostrar sus temores de que se pueda burlar de él, le revela la causa secreta de sus pesadumbres<sup>917</sup>. También Fabián Conde ha hecho mucho más por el criado que llevaba su delicadeza hasta el extremo de no querer dar la impresión de que por su olvido había pasado frío pues, a la pregunta de que cómo se mantenía antes de entrar en su casa, responde el propio interesado:

*“Pidiendo limosna. Luego me recogió la policía y metiome en el Hospicio, donde aprendí a leer y a escribir. Pero escapeme, y un cochero, paisano mío, enseñome a guiar... Ayudábale yo a limpiar los coches, y dábame él cuanto pan le sobraba. Entonces fue cuando el mayordomo de usía llevome a su casa, donde lo paso muy bien..., muy bien...”<sup>918</sup>.*

Frantz, que es quien ella está enamorada sin esperanza, sino que tampoco puede retarle a duelo por lo que tendría que “asesinarle porque no querrá batirse conmigo... soy... casi su criado... su siervo... le enrojecería el tener que cruzar la bala de su pistola con la mía. Contestaría a mi provocación con la risa o el desprecio.” Tomo III, cit., p. 932.

<sup>914</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 227-228.

<sup>915</sup> *Un viaje de novios*, cit., p. 442.

<sup>916</sup> *El sitio de París*, tomo II, cit., p. 590.

<sup>917</sup> El motivo resulta bastante pintoresco, como casi todo lo que sucede en esta novela: está enamorado de una imagen de Santa Genoveva que hay en la capilla del castillo. El criado no sólo no se ríe, sino que la confianza de su señor le proporciona una nueva ocasión de mostrar su entrega incondicional: “Bien sabe Dios que si Thom a costa de su vida hubiera podido dar animación al lienzo de la capilla, gustoso la hubiera sacrificado, con tal de que su señor no sufriera ni el más leve padecimiento.” P. 592. Como esto no es posible, lo anima a que viaje “pues es muy posible que el mundo haya una mujer parecida a la Santa Genoveva por quien suspira milord.” P. 594.

<sup>918</sup> *El escándalo*, cit., p. 313.

Pero mucho más es lo que hace después. Resuelto a emprender un largo viaje, le dice a su criado:

*“Juan: es muy posible que no nos volvamos a ver. En esta cartera hay más de veinte mil reales... Yo te los regalo. Vete a Lugo; compra un carruaje y un par de mulas, y dedícate a conducir viajeros. Después, cuando te cases, y seas muy dichoso con tu mujer y con tus hijos, piensa alguna vez en mí..., y Dios te lo pagará...”*<sup>919</sup>.

Pero no todos los señores tratan con cariño a sus criados. El propio Fabián, que ha llevado una vida disipada y entregada al libertinaje, de la que ya se ha arrepentido, es un ejemplo de ello. Por eso, algunos de sus criados, no enterados todavía del cambio que en él se ha experimentado, cuando creen que no los oye, se muestran irrespetuosos. Conde, que sí los ha oído, hace la siguiente reflexión:

*“Fabián pensó en sus propios criados, y en la manera despreciativa y zumbona con que lo habían recibido ya dos veces aquel día (suponiéndole entregado de nuevo a criminales placeres, cuando acababa de abrir al dolor y a la virtud las puertas de su alma), y no pudo menos de decir en alta voz:*

*-¡Cada cual recoge en este mundo el fruto de sus obras! ¡El hombre de bien cosecha bendiciones, y el perverso y libertino, maldiciones y calumnias, engendradas por el escándalo!”*<sup>920</sup>.

El trato de los señores condiciona, pues, el comportamiento de los criados<sup>921</sup>. Y en esta misma novela encontramos otro ejemplo bastante más claro que el de los criados de Fabián. Gregoria, mujer vulgar e indigna, esposa de su amigo Diego, recrimina continuamente a su criada echándole en cara sus errores en público sin la menor delicadeza: *“Francisca, te dije esta tarde... -murmuró Gregoria hecha un basilisco- que al señor se le traía el agua en la bandeja de plata.”* La criada, que debe estar harta de recriminaciones, se “venga” dejando en evidencia a Gabriela y a su esposo: *“¡Con que éste es el señorito Fabián! [...] ¡Bien se le conoce en la cara lo muy travieso que, según dicen ustedes, ha sido! ¡Tiene unos ojos... que ya!”*<sup>922</sup>. Si la impertinencia de Francisca<sup>923</sup> es una manera por parte del autor de dejar en evidencia a quien no tiene categoría moral para ocupar lugares de privilegio en la sociedad, lo mismo se pue-

<sup>919</sup> *Ibíd.*, p. 314.

La primera reacción del niño –muestra una vez más de la fidelidad a ultranza– es echarse a llorar y considerar como una desgracia el tener que separarse de su señor: *“¡Yo no quiero irme de la casa! ¡Qué daño le hice yo a usía para que me despida de este modo?”*

<sup>920</sup> *Ibíd.*, p. 318.

<sup>921</sup> Implícitamente reaparece un tema que alcanza un amplio desarrollo en el segundo período del siglo: el de la responsabilidad moral de los señores en el mantenimiento de las estructuras sociales.

<sup>922</sup> *El escándalo*, cit., p. 238.

No es ésta la única ocasión en que Gabriela recrimina duramente a su criada. Días después lo invitan a comer: *“Omito las duras reprimendas de Gregoria a la criada, cada vez que ésta delinquía, a juicio de aquélla, contra las reglas de la buena sociedad en el modo de servir la mesa, de presentar los platos o de nombrar las cosas que habían llevado de la fonda y que la pobre Francisca nunca había visto.”* P. 242-3.

<sup>923</sup> De los autores conservadores que analizo en este punto, Pedro Antonio de Alarcón es el único en el que he encontrado descripciones negativas de criados. Y, si en el caso de Francisca puede tener como explicación la crítica indirecta de Gregoria, en otros casos parecen totalmente gratuitas. Por ejemplo: *“Una doméstica, imposable de filiar o describir, sin edad, figura, ni casi sexo determinables, bautizada, hasta cierto punto, en Mondoñedo, y a la cual ya hemos hecho demasiado favor (como también se lo hizo aquel señor cura) con reconocer que pertenecía a la especie humana.”* Y, un poco más adelante, están todas las mujeres de la casa velando a un enfermo: *“La dichosísima gallega era quien roncaba, si había que roncar, en la mejor butaca de la sala, con la vacía frente clavada en las rodillas, por no haber caído en la cuenta de que aquella butaca tenía un espaldar muy a propósito para reclinar en él el occipucio.”* *El capitán Veneno*, cit., p. 38 y 43.

de decir de la espontaneidad de las criadas de la Marquesa de Villarana –personaje asimismo éticamente poco recomendable- que españolizan con mucha gracia los galicismos de su señora:

*“He llamado ‘boudoir’ a la sala de confianza de la Marquesa, porque así la llama siempre Marcela; por cierto que las criadas roteñas no han podido digerir la palabra, y, cuando más se le acercan, se preguntan, v.gr., una a otra:  
-Oye, Dolores, ¿has ‘arreglao’ ya la ‘arcoba’ y ‘er bodrio’ de su excelencia?”<sup>924</sup>.*

Estas impertinencias e ironías, por una parte, ponen en solfa a señores que no merecen serlo porque les falta categoría moral para ello; pero, por otra, dejan traslucir una realidad innegable: que esas relaciones de fidelidad de unos y solicitud de otros, tan ensalzadas por esta novela, están desapareciendo y que criados del tipo de Ghurt quedan ya muy pocos:

*“La ascendencia de Ghurt se había dedicado al servicio de una de las principales y más nobles familias de Bareith. El muchacho había nacido en la casa como su padre y su abuelo, y no hubo una razón para que fuese el único individuo de su familia que no prestase en ella sus servicios. Esto hubiera sido faltar a las tradiciones de la ‘noble’ raza de ‘plebeyos’, que, como aseguró Hoff, ha desaparecido de la tierra. A lo menos quedan de ella muy pocos individuos.”*

Y, con ellos, están desapareciendo las virtudes que encarnaban:

*“Hablamos de esa raza tan antigua de criados buenos y leales, que venían sirviendo a una familia de generación en generación formando parte de sus individuos, sin que tuvieran que lamentar ni el dolo ni la felonía. ¡Cuántos rasgos de nobleza y desinterés se han visto entre esa clase de hombres que hacían muchas veces el sacrificio de sus más caras afecciones, que en más de una ocasión con el salario que habían recibido anteriormente de sus amos sobrevenían a las necesidades de un individuo de la misma familia, a quien su mala estrella colocaba en una situación aflictiva!”<sup>925</sup>.*

Ghurt, como el sargento Hoff reconoce explícitamente, es uno de los pocos que quedan: *“Vos sois uno de esos criados que van desapareciendo para desgracia de las familias”<sup>926</sup>*. Estos criados, y este tipo de relaciones, son características de un sistema social: *“La vieja Alemania no ha producido nunca servidores irrespetuosos, que en alas de su amor o de su ambición quieran igualarse a sus señores”<sup>927</sup>*. Y, si en el sistema social representado por la ‘vieja Alemania’, los criados lo soportaban todo haciendo gala de una gran capacidad de sacrificio, una vez que ese sistema se encuentra ya en franco retroceso, sucede todo lo contrario:

*“Mayores y más opulentas ciudades había visto; pero llevando en hombros la librea, carga pesada, capaz de rendir las fuerzas del mismo Caupolicán; camisa de fuerza que aprieta, encoge y paraliza una imaginación calderoniana”<sup>928</sup>,*

dice el narrador de Pepe Gil quien, como ya analicé en el tema del poder va a dar, además, muestras de ambición queriendo igualarse con sus señores<sup>929</sup>.

<sup>924</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 91.

<sup>925</sup> *El sitio de París*, tomo II, cit., p. 598-599.

<sup>926</sup> *Ibíd.*, p. 586.

<sup>927</sup> *El sitio de París*, tomo III, cit., p. 931-932.

<sup>928</sup> *Francisco Navarro Villoslada*: Historia de muchos Pepes, cit., p. 18.

<sup>929</sup> El protagonista Pepe Gil, como se vio en el capítulo citado, es un moderno pícaro, carente por completo de escrúpulos, dispuesto a subir como sea, que llega a Madrid sin nada, excepto *“un ‘nada tengo que perder’, que es un tesoro; un ‘qué se me da a mí’, que no lo trueco por el Perú, y una audacia que en los tiempos que corren es manantial de fortuna.”* P. 20. El autor critica que en la sociedad burguesa el mérito ha sido desplazado por el atrevimiento y la osadía.

A la vista de las dos últimas citas, surge la pregunta de si las idílicas relaciones descritas en las anteriores, no responderán más al deseo que a la realidad o, al menos, a una deliberada idealización de la misma. Esto último se puede afirmar de Valera, cuya concepción de la novela, descrita en la introducción, se mueve en esta línea. Valera, aunque suele pasar por liberal en todos los manuales de la literatura, es bastante conservador en lo que a su concepción de las relaciones sociales se refiere. Pero, al mismo tiempo, algunos de los rasgos con que presenta a los criados, tienen puntos comunes con los de la novela liberal. Por eso lo voy a estudiar entre una y otra corriente, pues con las dos tiene puntos de contacto.

Los criados de Valera –que son absolutamente fieles a sus señores, quienes, a su vez, se desviven por ellos- presentan una mezcla de defectos y virtudes, aunque, por supuesto, los primeros son casi anecdóticos. Es más, se podría afirmar que los defectos les dotan de unos rasgos de simpatía y humanidad –Ghurt, Thom y otros eran tan perfectos que resultaban irreales- que los hace crecer en verosimilitud. A este tipo pertenece Antoñona, la criada de Pepita, que tiene defectos, pues le gustan los chismes: “*Se complacía en descubrir y referir cuanto pasaba en el pueblo, siendo modelo de maldicientes*” y es, asimismo “*vulgar o grosera en la expresión*”<sup>930</sup>, pero estos defectos quedan sobradamente compensados por sus virtudes: “*Era sigilosa y leal como pocas para lo que le importaba a su dueño*”. Esta discreción y fidelidad le valieron que su señora le otorgara su confianza:

*“De esta suerte hizo Antoñona la confidenta de Pepita, la cual hallaba gran consuelo en desahogar su corazón con quien si era vulgar o grosera en la expresión o en el lenguaje, no lo era en los sentimientos y en las ideas que expresaba y formulaba”*<sup>931</sup>.

Lógicamente, Antoñona da continuamente muestras de esos buenos sentimientos y lealtad. Va a ver a Luis y se le queja de que ha puesto mala a la niña: “*¡Anda, fullero de amor, ‘indinote’, maldecido seas; ‘malos chuqueles te tagelen el drupo’, que has puesto enferma a la niña y con tus retrecherías la estás matando!*” Y no se conforma sólo con recriminarle y maldecirle:

*“Dicho esto, la endiablada mujer me aplicó, de una manera indecorosa y plebeya, por bajo de las espaldas, seis o siete feroces pellizcos, como si quisiera sacarme a túrdigas el pellejo”*<sup>932</sup>.

Como Luis no reacciona, sino que ha decidido volver al seminario y ordenarse, Antoñona vuelve a la carga, apelando ahora a su conciencia:

*“Lo que estás maquinando contra mi niña es una maldad. Te estás portando como un tuno. La has hechizado; le has dado un bebedizo maligno. Aquel angelito se va a morir. No come, ni duerme, ni sosiega por culpa tuya. Hoy ha tenido dos o tres soponcios sólo de pensar en que te vas. Buena hacienda dejas hecha antes de ser clérigo. Dime, condenado, ¿Por qué viniste por aquí y no te quedaste por allá con tu tío? [...] Con tus teologías y ti-quismiquis celestiales, has sido como el pícaro y desalmado cazador, que atrae con el silbato a los zorzales bobalicones para que se ahorque en la percha”*<sup>933</sup>.

También Respetilla, el criado de Faustino, se muestra preocupado y pone lo que está de su parte para que los amores de su amo lleguen a buen puerto. Empieza, para disculparse por entrometerse en lo que no son sus asuntos, por hacerle una encendida declaración de

<sup>930</sup> *Pepita Jiménez*, cit., p. 248.

<sup>931</sup> *Pepita Jiménez*, cit., p. 248.

<sup>932</sup> *Ibíd.*, p. 244.

<sup>933</sup> *Ibíd.*, p. 278.

fidelidad: “Señorito, yo tengo mucha ley a su merced, y aunque me dé de palos he de hablar y he de meterme en camisón de once varas y he de decir lo que conviene.” Y lo que conviene es que su señor venza la timidez y se declare de una vez a Costanza:

*“Pues, señorito, lo primero que digo es que ‘fray Modesto nunca fue guardián’. Su merced anda muy encogido y cobarde, y ‘de cobardes no hay nada escrito’. Yo sé, de buena tinta, que mi señora Doña Costanza tiene más gana de que su merced le diga algo de amores que un gitano de hurtar un borrico. Está frita y refrita por esos pedazos; pero, ya se ve, como su merced se calla, Doña Costanza no ha de hacer lo que hizo la dama del romance con su camarero Gerineldos”*<sup>934</sup>.

Este interés que los criados se toman por la felicidad de sus señores es no sólo una muestra de fidelidad por parte de los servidores, sino también consecuencia de la llaneza en el trato por parte de los primeros:

*“Antoñona [...] tiene o se toma la mayor confianza con todo el señorío. En todas las casas entra y sale como en la suya. A todos los señoritos y señoritas de la edad de Pepita, o de cuatro o cinco años más, los tutea, los llama niños y niñas, y los trata como si los hubiera criado a sus pechos”*<sup>935</sup>.

En el caso de Pepita esto último es literal, pues ha sido su nodriza. Consecuencia de esta familiaridad es la franqueza de Pepita sobre sus sentimientos: “Antoñona no calló a Pepita su descubrimiento, y Pepita no acertó a negar la verdad a aquella mujer que la había criado”<sup>936</sup>.

Característica distintiva de la producción novelesca de Valera en general –y de esta novela en particular– es la presentación de una visión idealizada de Andalucía, de la que esta armonía entre señores y criados es una muestra, no porque no sea cierta, sino porque Valera las presenta como los únicos casos de relaciones interclasistas evitando cualquier referencia a la conflictividad social existente ya por estos años en Andalucía. La imagen que recoge de las relaciones sociales se inscribe, pues, en un marco puramente estético, del que puede servir como ejemplo la merienda que Pepita celebra en una huerta suya:

*“Por un refinamiento algo sibarítico, no fue el hortelano ni su mujer, ni el chiquillo del hortelano, ni ningún otro campesino quien nos sirvió la merienda sino dos lindas muchachas, criadas y como confidentas de Pepita, vestidas a lo rústico, si bien con suma pulcritud y elegancia. Llevaban trajes de percal de vistosos colores, cortos y ceñidos al cuerpo, pañuelos de seda cubriendo las espaldas, y descubierta la cabeza, donde lucían abundantes y lustrosos cabellos negros, trenzados y atados luego formando un moño en figura de martillo, y por delante rizos sujetos con sendas horquillas, por acá llamados ‘caracoles’. Sobre el moño o castaña ostentaban cada una de las doncellas un ramo de rosas frescas. Salva la superior riqueza de la tela y su color negro, no era más cortesano el vestido de Pepita”*<sup>937</sup>.

<sup>934</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino*, cit., p. 156-157.

<sup>935</sup> *Pepita Jiménez*, cit., p. 239.

<sup>936</sup> *Ibíd.*, p. 248.

<sup>937</sup> *Ibíd.*, p. 174-175.

La belleza del vestido está aquí al servicio de la reelaboración estética de la realidad<sup>938</sup>; y la casi igualdad entre el de Pepita y las criadas en función de la casi difuminación de las relaciones jerárquicas entre una y otras o, lo que es lo mismo, entre sus respectivos mundos. Ahora bien, a pesar de la idealización, -y esto lo aleja de la corriente conservadora y lo acerca a la liberal- es posible vislumbrar la realidad a través de la misma. Por eso, la confianza tiene unos límites y, por mucha que exista, no es obstáculo para que éstos se fijen y Luis termina “deshaciéndose” de Antoñona:

*“Luis muestra la más viva gratitud a Antoñona, sin cuyos servicios no poseería a Pepita; pero esta mujer, cómplice de la única falta que él y Pepita han cometido, y tan íntima en la casa y tan enterada de todo, no podía menos de estorbar. Para librarse de ella, favoreciéndola, Luis ha logrado que vuelva a reunirse con su marido, cuyas borracheras diarias no quería ella sufrir. [...] Una vez reunidos estos esposos, Luis ha creído eficaz el método homeopático para curar de raíz al hijo maestro Cencias, pues habiendo oído afirmar que los confiteros aborrecen el dulce, ha inferido que los taberneros deben aborrecer el vino y el aguardiente, y ha enviado a Antoñona y a su marido a la capital de esta provincia, donde les ha puesto de su bolsillo una magnífica taberna. Ambos viven allí contentos, se han proporcionado muchos marchantes y probablemente se harán ricos”*<sup>939</sup>.

Relación armónica sin ningún tipo de roce e idealización nostálgica son las dos notas que destacan en la imagen que de las relaciones entre señores y criados presenta la novela de tendencia conservadora. La primera se corresponde con el mantenimiento de las estructuras sociales tradicionales a las que esta novela presta su apoyo ideológico. La segunda no deja de ser una implícita corrección de la primera, pues la idealización es un recurso para evitar una realidad, cuya presencia es siempre de alguna manera perceptible; y la nostalgia conlleva el reconocimiento de que lo que se añora está desapareciendo.

En la novela liberal las relaciones domésticas entre sirvientes y señores son más complejas y tienen bastante poco de idílicas. En líneas generales son expresión de un latente rencor social en el que todos quedan malparados, pero más los criados. Éstos son objeto frecuentemente de tratamientos negativos en varios aspectos.

Físicamente son un cúmulo de deformaciones:

*“Acudió un criado, de rostro ancho y moreno, como hogaza castellana, de cuerpo bajo y achaparrado, de enorme cabezota, donde las orejas colgantes y separadas del cráneo, recordaban las alas del murciélago, y los desproporcionados brazos, las extremidades del gorila”*<sup>940</sup>.

<sup>938</sup> Esta merienda servida por chicas jóvenes recuerda un episodio muy similar de *La Regenta*, pero de significado totalmente distinto. Se cuenta aquí que la Marquesa de Vegallana, en contra de lo que dictaba el protocolo de la alta sociedad, había impuesto la costumbre de que sirvieran la mesa “*muchachas de veinte abriles próximamente, guapas, frescas, alegres, bien vestidas y limpias como el oro.*” La Marquesa tenía sus razones, pues se había dado cuenta de “*que a las señoras no les gustan, por regla general, los criados; no se fijan en ellos, y a los hombres siempre les gustan las buenas mozas, aunque sea en la sopa.*” Su hijo estaba encantado con la decisión de su madre: “*Paquito había acogido con entusiasmo la innovación de su mamá.*” Sin embargo, a su marido le daba exactamente igual: “*Al Marqués le era indiferente el cambio. De todas suertes él no pecaba en casa, ni siquiera dentro del casco de la población.*”

P. 269.

La comparación entre ambas citas pone de manifiesto cómo la de Clarín está cargada de intención crítica, cosa totalmente ausente en la de Valera.

<sup>939</sup> *Pepita Jiménez*, cit., p. 346.

<sup>940</sup> José Ortega y Munilla: *La Cigarra*, cit., p. 57.

Este mismo autor describe en otra de sus novelas a una criada en términos parecidos: “*Bárbara, alcarreña hombruna, de bigotes respetables y negra abundancia de cejas*”<sup>941</sup>. Rafael del Castillo es todavía más inmisericorde con una criada que se llama Asia: “*Sus quijadas daban a la parte inferior de su cara una semejanza con los monos de la grande especie.*” La fealdad del rostro es en este caso paralela a la del alma: “*La expresión verdadera de esta fisonomía animal era la bajeza*”<sup>942</sup>. Jacinto Octavio Picón, aunque no se muestra tan cruel como los anteriores, se sitúa en la misma línea deformadora:

*“Por la mañana, un asturiano que tenía en la esquina inmediata puesto de café económico, vulgo ‘de a cuarto’, entró en el estanco a comprar pitillos y dijo a la criada, especie de Maritornes a medio desbistar, que el nombre de Cristeta estaba en el cartel del teatro con todas sus letras; y la palurda, aunque no sabía leer, salió corriendo a que se lo mostrasen”*<sup>943</sup>.

No es sólo esta Maritornes la que no sabe leer; casi ninguna sabe. De ahí que la incultura y, unidas a ella, la rudeza y la zafiedad sean otras de las notas con las que se caracteriza a los sirvientes. A las criadas les gusta pasear por la calle de Alcalá que, a esa hora, se llena de toda clase de gente entre la que se puede ver cómo “*vulgares domésticas de zafios modales, confundíanse con las señoras de la clase media, a quienes intentaban plagiar en el chocarrero vestir*”<sup>944</sup>. Jacobo, personaje central de otra novela de este mismo autor, abandonado por su madre en el torno de un convento “*fue amamantado por aquellas fieras asturianas y gallegas, madres mercenarias de de los hijos del amor anónimo*”<sup>945</sup>. Mucho más duro es Galdós con unas casi paisanas de estas asturianas, que se dedican al mismo oficio que ellas:

*“Cruz las había hecho venir previamente de la Montaña, dando el encargo a un médico amigo suyo. Eran dos soberbios animales de lactancia, escogidos entre lo mejor, morenas, de pelo negro abundante, las ubres muy pronunciadas, y los andares resueltos. Mientras el tacaño visitaba a su esposa y al crío, Cruz estuvo tratando con aquel par de reses y con los montaraces aldeanos que las acompañaban”*<sup>946</sup>.

Aniceta tiene, asimismo, todas estas cualidades; pero, además, lo cual puede considerarse como una muestra de su profunda ignorancia, considera que los señores, independientemente de su condición moral, son seres de superior naturaleza:

*“Aniceta era el tipo perfecto del autómatas humano. No podía haberse elegido mejor servidora para una mujer como Estrella. Llevaba dos meses en Madrid, y cuando se presentó a solicitar la servidumbre ostentaba todavía en su peinado el moño de picaporte, y abultaba su vestido de percal con los tres refajos clásicos, el verde, el amarillo y el rojo. Además de esto, que justificaba sus orígenes y dejos campesinos, importaba poco a Aniceta la clase social, costumbres y hasta el sexo de sus amos, porque en el hecho de ser tales, los consideraba como seres de superior naturaleza, que tenían sesenta grados más que ella en la escala humana, cuyos sesenta grados se representaban de una manera palpable, evidente, contante y sonante, en los tres duros que la pagaban de salario”*<sup>947</sup>.

La criada de Melchor, el hijo de don José Relimpio,

<sup>941</sup> *Orgía del hambre*, cit., p. 21.

<sup>942</sup> *Las cortesanas del siglo XIX*, cit., p. 92.

<sup>943</sup> *Dulce y sabrosa*, cit., p. 97.

<sup>944</sup> *La Cigarra*, cit., p. 60.

<sup>945</sup> *Orgía del hambre*, cit., p. 20.

<sup>946</sup> *Torquemada en el purgatorio*, cit., p. 396.

<sup>947</sup> *La pálida*, cit., p. 57-58.

*“era una alcarreña de ésas que acaban de llegar al mercado de criadas, y traía frescas la rudeza del pueblo, la suciedad, la torpeza de manos y de cabeza. Todo lo hacía al revés. Tenía buena voluntad, pero un aliento insoportable. Sus ropas parecían no haberse desprendido de su rechoncho cuerpo desde que nació, y sus greñas mal peinadas, de color de barbas de maíz, despedían un olor a pomada de baratillo, más desagradable que el aliento”<sup>948</sup>.*

Si ésta es torpe, otras son duras de mollera, como Emilia, doncella de la condesa del Zarzal, a la que el ayuda de cámara intenta convencer de que tienen que irse, pues la ruina de la familia es inminente, *“pero Emilia no se deja convencer. Tiene esa dureza intelectual que lo rechaza todo, hasta las verdades armadas de puntas”<sup>949</sup>*. Y las que no son tan duras intelectualmente porque saben leer, lo único que leen son folletines: *“Petra discurría perfectamente en estas materias porque leía folletines, la colección de Las Novedades”<sup>950</sup>*.

Petra es además —y ésta es otra de las características negativas de las criadas- cotilla y chismosa. Como Ana Ozores, su señora, lleva una vida intachable, Petra *“se aburría en casa de Quintanar, donde no había aventuras, ni propias ni ajenas. [...] El ama era muy callada, muy cavilosa; o no tenía nada que tapar, o lo tapaba muy bien”<sup>951</sup>*. De ahí que, para satisfacer sus ansias de chismorreos, comienza a imaginarse lo que no hay. Por eso, cuando Ana, que no quiere que su marido se entere de que se confiesa con más frecuencia de la que a él le parece conveniente, la manda con una carta para el canónigo, su imaginación se dispara:

*“Petra había sido tomada por confidente y cómplice de estos inocentes tapadillos. Pero la criada, fingiendo creer los motivos que alegaba su ama para ocultar la devoción, sospechaba horrores.*

*Iba camino de la casa del Magistral con la misiva y pensaba:*

*‘Lo que yo me temía, a pares: los tiene a pares; uno diablo y otro santo. ¡Así en la tierra como en el cielo!’<sup>952</sup>.*

Sus sospechas se ven confirmadas unos días más tarde con motivo de una visita de don Fermín a Ana en su casa. Como los ha visto charlando en voz baja —estaban hablando de asuntos espirituales- durante bastante tiempo en el jardín, y comienzan a hablar en voz alta cuando se acercan a donde está ella: *“Disimulan, disimulan conmigo!”, pensó Petra con rabia”<sup>953</sup>*. Si Petra, de momento, no tiene motivos para cotillear, sí que los tiene la portera de Jacinto Octavio Picón que, hábilmente sonsacada por Carola, le cuenta la vida y misterios de todos los habitantes de la finca: *“Y fue enumerando cuanta gente había en la casa, hasta llegar al cuarto entresuelo”*. Lo que le interesa a Carola es, precisamente, enterarse de lo que sucede en este cuarto y la portera la informa de que el señor que lo alquiló, se está ya llevando los muebles y de los motivos por los que deja libre la vivienda:

*“Ya me olí yo que se trataba de una trapisonda, vamos, de un señor ‘arrimao’ con una señora. Verá usted: primero vino el joven y tomó el cuarto, luego volvió con el viejo ese que usted dice, que le trataba al joven con mucho miramiento, dejándole pasar siempre por delante...; no, amigos no son, más parecen amo y mayordomo. El joven le dio una de*

<sup>948</sup> *La desheredada*, cit., p. 329.

<sup>949</sup> *La mujer de todo el mundo*, cit., p. 13.

<sup>950</sup> *La Regenta*, cit., p. 621-622.

<sup>951</sup> *Ibid.*, p. 164.

<sup>952</sup> *La Regenta*, cit., p. 353.

<sup>953</sup> *Ibid.*, p. 368.



*las dos 'yaves' para que 'golviere' a 'inspeccionar'; pero crea usted que, según les he visto yo 'de' hablar, uno manda y otro calla y obedece*<sup>954</sup>.

Otro de sus defectos es la infidelidad y la falta de honradez. Patricia, la criada de Fortunata, le roba descaradamente pero, como es conocedora de las relaciones que tiene con Juanito, Fortunata ni se atreve ni puede decirle nada:

*"Patricia hacía lo que le daba la gana. Las disposiciones de Fortunata y aun de la misma doña Lupe eran letra muerta. Robaba descaradamente, y su ama no se atrevía a reprenderla. Santa Cruz, que era el autor de todo aquel fregado, no sabía cómo arreglarlo, cuando su amiga le consultaba*<sup>955</sup>.

Algunos hasta han puesto negocios con el producto de lo que han robado a sus amos. Rafael del águila se acuerda de un antiguo mozo de comedor de su familia que, con lo que sisó,

*"hoy tiene un restaurante de ferrocarril. Con los cigarros que le robaba a mi padre compró una casa en Valladolid, y con lo que le sisaba en el champaña sacó para establecer una fábrica de cerveza*<sup>956</sup>.

Tan corriente es que los criados roben y que sean infieles que, cuando alguno no lo hace, no es porque sea honrado, sino por interés:

*"Uno entre ellos [de los criados de don Juan de Todellas] es digno de elogio: Benigno, el ayuda de cámara, que es listo, discreto, trabajador y hasta fiel, porque le trae cuenta la honradez*<sup>957</sup>.

Muchos fingen y disimulan. Es el caso de Petra, la criada de Ana que demuestra fidelidad a don Álvaro, cuando 'trabaja' para De Pas y viceversa, y siempre en perjuicio de su señora:

*"Petra era feliz en aquella vida de intrigas complicadas de que ella sola tenía el cabo. Por ahora a quien servía con lealtad era a Mesía; éste pagaba con amor, aunque era algo remiso para el pago, y ella le ayudaba cuanto podía, porque ayudarle era satisfacer los propios deseos: hundir al ama, tenerla en un puño, y burlarse sangrientamente del 'idiota del amo' y del canónigo."*

Pero esta fidelidad a don Álvaro es temporal; cuando llegue el momento propicio para sus intereses, Petra piensa traicionarlo:

*"Para más adelante se reservaba la astuta moza el derecho de vender a don Álvaro y ayudar a su señor, al que pagaba, al que había de hacerla a ella señorona, a don Fermín. ¿Cuándo había de ser esto? Ello diría. Si don Álvaro no se portaba bien, podía ocurrir el caso, llegar la oportunidad; si ella se cansaba, o si Teresina dejaba la plaza y por miedo de que otra la ocupase le convenía correr a ella, también podía echarlo a rodar todo."*

Por eso, de momento, a quien engaña es a don Fermín pues, aunque éste le paga para que le cuente todo lo que ocurre en casa de la Regenta, Petra le proporciona las noticias con cuentagotas:

*"Entretanto, don Fermín no sabía por Petra más que noticias vagas, suficientes para tenerle toda la vida sobre espinas, para hacerle vivir como un loco furioso que tenía ade-*

<sup>954</sup> *Dulce y sabrosa*, cit., p. 320.

<sup>955</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 692.

<sup>956</sup> *Torquemada en la cruz*, cit., p. 222.

<sup>957</sup> *Dulce y sabrosa*, cit., p. 74.

*más el tormento de disimular sus furores delante del mundo, y de doña Paula singularmente.”*

De ahí que la que realmente maneje los hilos sea la criada:

*“De modo que si don Álvaro podía decir con razón: ‘¡Pobre Ana, que no sabe nada de esto!’, también Petra podía exclamar: ‘¡Pobre don Álvaro, que no sabe ni la cuarta parte de lo que tanto le importa!’”<sup>958</sup>.*

Es decir, Petra traiciona a Ana actuando como espía al servicio del Magistral, porque piensa utilizarlo como trampolín para mejorar de condición social y, para ello, finge estar al servicio de Mesía al que tiene planeado traicionar<sup>959</sup> también en el momento propicio para sus intereses. Lo mismo hace Aniceta, la criada de Estrella, que le da una carta para que la lleve al duque de Tres Estrellas, con quien mantiene una relación a escondidas de su amante oficial, el marqués de Villaperdida. La criada, traiciona a su señora, aunque en este caso es una traición relativa, pues para aquélla el verdadero señor es el marqués, que es el que corre con todos los gastos:

*“El señorito me perdonará. Yo no quiero que el señorito se incomode conmigo. Lo que hago es para bien suyo y con muy buena intención. Porque para mí, el verdadero amo es el señorito. Y por eso he creído que mi deber era enterar al señorito de lo que ocurre. [...] Nosotros hemos sospechado, nos hemos figurado que la señorita quería hacer algo que no está bien. Y como todos nosotros estamos por usted, porque al fin y al cabo usted es el que paga, y no paga usted a ingratos, sino a gentes que le reconocen como el verdadero amo”<sup>960</sup>.*

En cualquier caso esta “fidelidad” es muy distinta de la que profesaban los criados de la novela conservadora; en ésta el “verdadero amo” es el señor natural, en la liberal, el que paga, lo cual quiere decir que los criados no tienen otro móvil que su propio interés. Por eso, en la corriente liberal –excepción hecha de Palacio Valdés, al que me referiré un poco más adelante– no se encuentran las relaciones de familiaridad altruista que se dan en la conservadora; las “familiaridades” lo son a escondidas y siempre interesadas. Teresina coquetea intentando atraer la atención del Magistral mientras realiza sus faenas domésticas:

*“Don Fermín volvió a sentarse en el sillón. Desde allí veía, distraído, los movimientos rápidos de la falda negra de Teresina, que apretaba las piernas contra la cama para hacer fuerza al manejar los pesados colchones. Ella azotaba la lana con vigor y la falda subía y bajaba a cada golpe con violenta sacudida, dejando descubiertos los bajos de las enaguas bordadas y muy limpias y algo de la pantorrilla. El Magistral seguía con los ojos los movimientos de la faena doméstica, pero su pensamiento estaba muy lejos. En uno de sus movimientos, casi tendida de bruces sobre la cama, Teresina dejó ver más de media*

<sup>958</sup> *La Regenta*, cit., p. 618-619.

<sup>959</sup> Además de adelantarle el despertador a don Víctor para que lo vea salir de su casa, son varias las veces que Petra engaña a don Álvaro. Por ejemplo, cuando se siente ofendida –a pesar de que ella ya tenía pensado irse– porque don Álvaro le insinúa que tiene que irse de casa de La Regenta y rechaza el empleo que éste le ofrece –ya tiene otro– discutiendo o aplacándose según le conviene: “Don Álvaro bajaba la voz y Petra la levantaba. Pero la astuta moza, que sabía contenerse, cuando era por su bien, se reprimió, y cambiando el tono y el etilo se disculpó, disimuló el enojo, y dijo que todo estaba perfectamente, y que ella misma pediría la soldada y se iría tan contenta, [...] Por lo demás, tan amigos, y si el señorito, don Alvaro, la necesitaba, allí la tenía, porque la ley era ley; y en lo tocante a callar, un sepulcro. Que ella lo había hecho por afición a una persona, que no había por qué ocultarlo, y por lástima de otra, casada con un viejo chocho, inútil y chiflao que era una compasión.

*Petra engañó otra vez a Mesía. Hasta le consintió nuevas caricias de gratitud.”* P. 623.

<sup>960</sup> *La Pálida*, cit., p. 247-248.

*pantorrilla, y mucha tela blanca. De Pas sintió en la retina toda aquella blancura, como si hubiera visto un relámpago, y distraídamente se levantó y volvió a sus paseos. La doncella, jadeante, con un brazo oculto en el pliegue del colchón doblado, se volvió de repente, casi tendida de espaldas sobre la cama. Sonreía y tenía un poco de color de rosa en las mejillas.*

*-¿Le molesta el ruido al señorito? ”<sup>961</sup>.*

La táctica de Teresina surtió su efecto pues, al poco tiempo, aprovechando que están solos en casa durante todo el mes de agosto porque doña Paula se ha ido al pueblo a cobrar rentas e intereses de dinero que tenía prestado por toda la zona, don Fermín se muestra receptivo y corresponde a sus coqueteos:

*“-Teresina, el chocolate –gritaba alegre, frotándose las manos. Y pasaba al comedor. La doncella, a poco, llegaba con el desayuno en reluciente jícara de china con ramitos de oro. Cerraba tras sí la puerta, y se acercaba a la mesa; dejaba sobre ella el servicio, extendía la servilleta delante del señorito... y esperaba inmóvil a su lado. Don Fermín, risueño, mojaba un bizcocho en chocolate; Teresina acercaba el rostro al amo, separando el cuerpo de la mesa; abría la boca de labios finos y muy rojos, con gesto cómico sacaba más de lo preciso la lengua húmeda y colorada; en ella depositaba el bizcocho don Fermín, con dientes de perlas lo partía la criada, y el ‘señorito’ se comía la otra mitad. Y así todas las mañanas ”<sup>962</sup>.*

También Petra, la criada de la Regenta, coqueteó en su día con don Fermín, del que llegó a ser hija de confesión a base de tenacidad, pero éste consiguió alejarla con continuos desaires. De Pas se acuerda de todo cuando se presenta en su casa a llevarle una carta de Ana:

*“Petra se presentó como si fuese una desconocida; como si persona tan insignificante debiera de estar borrada de la memoria de personaje tan alto. Tal vez en otras circunstancias no hubiera tenido buen recibimiento; pero al saber que venía de parte de doña Ana, sintió el clérigo dulce piedad, y perdonó de repente a aquella extraviada criatura sus insinuaciones vanas y perversas de otro tiempo. Fingió también no reconocerla ”<sup>963</sup>.*

Cuando en la novela liberal aparecen casos de relaciones de familiaridad entre señores y criados, se debe a que los primeros no son “auténticos” señores:

*“Ya en el principal, Aniceta, la doncella, y el criado nuevo, se extrañaron tanto como la portera, del pronto regreso de su ama, con la cual se permitían, no sólo manifestar esta extrañeza, sino otras muchas familiaridades. Estrella las toleraba, y lo que es más ajustado a la verdad, tuvo siempre la culpa de ellas, porque si bien delante de gentes cada cual ocupaba su puesto, lo que es en hallándose sola la ex-prostituta no pudo jamás conservarlo, ni trató de ello siquiera, antes por el contrario, reinaba entre todos y a todos dominaba la convicción de ser de la misma baja extracción y humildísimo origen, que los llevaba, entre otras cosas, a murmurar y hablar mal del marqués como de señor único a quien servían en distintos oficios. La Pálida lo mismo que los demás ”<sup>964</sup>.*

Es decir, existe un cierto sentimiento de solidaridad entre la querida del marqués y sus criados porque se dan cuenta de que, en el fondo, todos están en la misma situación de dependencia y subordinación. También la criada de Rosita, otra mujer de la vida, se solidariza

<sup>961</sup> *La Regenta*, cit., p. 210.

<sup>962</sup> *Ibíd.*, p. 466.

<sup>963</sup> *La Regenta*, cit., p. 212.

<sup>964</sup> *La Pálida*, cit., p. 166.

con ella y le es fiel porque “sabía positivamente el papel que representaba cada uno de los personajes; sabía quiénes eran los verdugos y quién la víctima”<sup>965</sup>.

Si las criadas –son muy escasos los sirvientes masculinos en la novela liberal- son chismosas, sucias, zafias, ladronas y sólo buscan su propio beneficio, no es de extrañar que Fortunata, a la que Maxi Rubín ha pedido ya que se case con él, no quiera tenerlas, cosa que a él le parece muy bien:

*“Maximiliano la elogió por su resolución de no tomar peinadora. ¿Por qué las mujeres no se han de peinar solas? La que no sabe que aprenda. Eso mismo decía Fortunata. El pobre chico no dejaba de expresar su admiración por el buen arreglo y economía de su futura, haciendo por sus propias manos las tareas que desempeñan mal esas bergantas ladronas que llaman criadas”*<sup>966</sup>.

Por eso, el comportamiento de los señores con sus sirvientes no se parece en nada al paternalismo analizado en la novela conservadora. Todo lo contrario, mantienen con ellos una actitud distante e incluso los maltratan. A Moreno Isla le molesta que las criadas españolas canten, cosa, que a las inglesas no se les ocurriría:

*“¿Saben ustedes cuál es una de las cosas que me cargan en España? La costumbre que tienen las criadas de ponerse a cantar cuando trabajan. Parecía natural que en mi casa me viera yo libre de este tormento. Pues no señor. Tiene mi tía Guillermina una criadita cuya boca vale por dos murgas. No vale mandarla callar. Obedece durante diez minutos, y de repente vuelve otra vez con ‘el señor alcalde mayor’. Dice que se olvida. Créanmelo ustedes. Le rompería la cabeza”*<sup>967</sup>.

Doña Paula da claras instrucciones a las criadas sobre el tratamiento que tienen que darle a don Fermín:

*“En casa el Magistral era el ‘señorito’. Así le nombraba el ama delante de los criados y era el tratamiento que ellos le daban y tenían que darle. A doña Paula, que no siempre había sido ‘señora’ le sonaba mejor el ‘señorito’ que un usía”*<sup>968</sup>.

<sup>965</sup> Eduardo López Bago: *La Buscona. Novela médico-social. (Tercera parte de La prostituta)*, Madrid, Juan Muñoz y Compañía [s.a. Gutiérrez Carbajo la fecha en 1885], 277 págs. BN: 2/59243, p. 132.

<sup>966</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 507.

Es normal que Maxi se extrañe de que Fortunata se ocupe de los menesteres domésticos, pues es algo que choca con la mentalidad de la clase media, al margen de la situación económica que ésta pudiera tener. Así, Miguel Loitia, que se ha ido a vivir con Rosita, antigua buscona, la recrimina por ocuparse de las tareas de la casa: “Cuando Miguel volvió a la hora de comer, la encontró encaramada en una silla, limpiando con un trapo mojado en espíritu de vino la luna del espejo, la moldura dorada, que estaba llena de polvo. Al verse sorprendida por el amante en aquella faena, lanzó un grito, estuvo a punto de caerse, y saltó al suelo, avergonzándose y contrariándose como una chiquilla.” Miguel le dice: “Para esas cosas está la criada.”

Eduardo López Bago: *La querida. Novela social. (Cuarta y última parte de La Prostituta)*. Edición ilustrada con el retrato del autor por Nicolás Megía, Madrid, Juan Muñoz y Compañía, [s.a. Gutiérrez Carbajo – Op., cit.- la fecha en 1885], 280 págs., BN: 2/59244. P. 38-39.

<sup>967</sup> *Fortunata y Jacinta II*, cit., p. 336-337.

Este personaje que, como ya se ha visto en otros apartados, se caracteriza por una profunda aversión a todo lo español, da aquí nuevas muestras de lo mismo. También de su profundo individualismo y egoísmo, pues la razón última por la que le molesta que las criadas canten es porque lo considera un atentado contra la propiedad privada: “Es que en esta pícaro raza, que no conoce el valor del tiempo, tampoco conoce el del silencio. No podrá usted meterle en la cabeza a esta gente la idea de que la persona que se pone a pegar gritos cuando yo escribo, o cuando pienso, o cuando duermo, me roba. Es una falta de civilización como otra cualquiera. Apoderarse del silencio ajeno es como quitarle a uno una moneda del bolsillo.” *Ibid.*, p. 337.

<sup>968</sup> *La Regenta*, cit., p. 208.

Y del mismo modo que se exige la distancia en el tratamiento, se impone en el vestido; cuando Cristeta viaja a provincias con la compañía de teatro en la que trabaja, la acompaña una doncella que “*la vestía con decencia, pero de modo que nadie pudiera dudar que fuese criada*”<sup>969</sup>. Tiene que quedar muy claro, pues, quién es quién y cada uno debe ocupar el lugar que le corresponde sabiendo cuáles son sus límites. Sólo en ocasiones muy especiales, y con motivo de algún acontecimiento extraordinario, se puede –pero sólo hasta cierto punto– romper el protocolo, como cuando a don Baldomero Santa Cruz le toca la lotería de Navidad, de la que ha repartido pequeñas participaciones entre la servidumbre:

*“Los partícipes iban llegando a la casa atraídos por el olor de la noticia, que se extendió rápidamente; y la cocinera, las pinchas y otras personas de la servidumbre se atrevían a quebrantar la etiqueta, llegándose a la puerta del comedor y asomando sus caras regocijadas para oír al señor la cifra de aquellos dineros que les caían”*<sup>970</sup>.

Muestra también de este distanciamiento es la poca consideración que tienen con ellos, de tal manera que no les importa que los criados se expongan a peligros que los señores no quieren correr. Es el caso de don Víctor Quintanar, cuando don Fermín le incita a salir a buscar a Ana, Mesía y otros, que se han ido de paseo al bosque y ha estallado una tormenta:

*“-Pero..., don Fermín –se atrevió a decir Quintanar-, por lo mismo que soy cazador... conozco el peligro. El árbol atrae el rayo-. Ahí arriba también hay laureles, el laurel llama la electricidad; ¡si fueran pinos, menos mal!, ¡pero el laurel!...  
-¿Qué quiere usted decir? ¿Qué los parta un rayo a los otros? No ve usted que con ellos está Ana...  
-Sí, verdad es..., pero ¿no podría ir Pepe con algún criado..., con Anselmo...? [...]  
-Tenía razón don Víctor –advirtió el barón-; ¿por qué no habían de haber ido los criados?”*<sup>971</sup>.

El mismo concepto que el barón y don Víctor tiene doña Lupe de los sirvientes. A su criada, Papitos, la pelea continuamente, la pellizca y hasta le da bofetones. Las trifulcas son continuas y, mientras más le riñe, peor hace las cosas:

*“Cuando se enfurruñaba creeríase que hacía las cosas mal adrede. Le mandaban esto y salía con lo otro. No se pueden contar las faltas que cometió en una hora. Bien decía doña Lupe que tenía los demonios metidos en el cuerpo y que era mala, pero mala de veras, una sinvergüenza, una mal criada y una calamidad. [...] Pasó tanta agua del puchero del agua caliente al puchero de la verdura, que ésta quedó encharcada. Los garbanzos se quemaron, y cuando fueron a comérselos amargaban como demonios. La sopa no había cristiano que la pasara de tanta sal como le echó aquella condenada. Luego era una insolente, porque en vez de reconocer sus torpezas decía que la señora tenía la culpa. [...] Doña Lupe discutía con ella violentamente, argumentando con crueles pellizcos, y añadiendo que estaba autorizada por la madre para descuartizarla si preciso era. A lo que Papitos contestaba echando lumbre por los ojos:  
-¡Ay, hija, no me descuartice usted tanto!”*<sup>972</sup>.

Si algunas veces doña Lupe tiene razón en recriminar a Papitos, otras no tiene ninguna; pero la pobre chica siempre termina pagando los platos rotos, como un día en que Nicolás, el sobrino de doña Lupe, invita a comer a su colega el capellán León Pintado, y la señora descarga su mal humor en la criada: “*El volcán que rugía en el pecho de la señora de Jáuregui no*

<sup>969</sup> *Dulce y sabrosa*, cit., p. 124.

<sup>970</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 380.

<sup>971</sup> *La Regenta*, cit., p. 585-586.

<sup>972</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 499.

podía arrojar su lava sino sobre Papitos, que para esto justamente estaba”<sup>973</sup>. Estaba para que le echaran la culpa de todo. Lo mismo le sucede a Felipe Centeno, que ha entrado como criado para todo en casa de don Pedro Polo:

*“De todo lo malo que en la casa pasaba había de tener la culpa el sin ventura hijo de Socartes. Si algo traía, traíalo tarde; si le confiaban cualquier faena de la cocina, echábala a perder; si redoblaba su esmero, resultaba que, por atropellar las cosas, salían mal; si al salir a comprar algo lo hacía con poco dinero, lo que había traído era detestable; si resultaba caro, era un sisón; si hablaba, era entremetido; si se callaba, sin duda estaba meditando picardías; si se limpiaba la ropa, era un presumido; si no, era un Adán”<sup>974</sup>.*

Algunas veces, los abusos llegan incluso más lejos:

*“En materia de amoríos debía ser partidario de la brevedad y rapidez del procedimiento, a juzgar por la historia que se refería ocurrida entre nuestro joven y una de las camareras más lindas de la fonda, episodio de una sola noche, un encontronazo en los pasillos al regresar de una juerga, suceso en que según los comentarios hubo empujón, y todo pasó en silencio, porque las obras superaron a las palabras”<sup>975</sup>.*

El que así actúa es un rico ganadero que asistía, por lo que probablemente no era la primera vez que lo hacía, a todas las corridas importantes que había en la provincia.

Ante este maltrato generalizado los criados –además de la falta de fidelidad ya señalada– reaccionan de diversas maneras: imitando, burlándose, dando muestras de rencor y, cuando se les presenta la ocasión, vengándose de sus señores.

Imitan a sus señores en el sentido de que descargan con los que están por debajo la ira acumulada en el trato con los primeros, ante los que se ven obligados a disimular: *“El Magistral se dejó introducir en el estrado por una criada sesentona, que gritaba a los pobres como los perros malos. A los curas les lamería los pies de buen grado”<sup>976</sup>*. Lo mismo les sucede a los lacayos de la hija de don Juan Solo que, cuando ésta, que se avergüenza de su padre, le dice que no la visite nunca más:

*“Elena se había retirado. D. Juan [...] cogió su sombrero, que había rodado por el suelo, y tambaleándose, como ebrio, con las piernas flojas y macilentas, bajó la escalera, entre*

<sup>973</sup> *Ibíd.*, p. 598-599.

No es la única vez que descarga en ella su mal humor. En otra ocasión, en la que ha estado toda la noche fuera velando a una enferma en compañía de Fortunada –durante una temporada se aferra a la caridad, a la sombra de Guillermina como una palanca para ascender en sociedad– se resarce, riñéndole a Papitos, de las incomodidades de la noche anterior: *“Al entrar en la casa [Fortunata], halló a doña Lupe muy incomodada con Papitos, sobre cuya inocente cabeza descargaba el mal humor que la noche en vela le produjo. Cuanto se había hecho en su ausencia le parecía mal, dejándose decir que ni tan siquiera para una obra de caridad podía salir de casa, pues en cuanto volvía la espalda, era todo un desbarajuste.”* Tomo II, cit., p. 210.

<sup>974</sup> *El doctor Centeno*, cit., p. 63.

Don Pedro, dadas las dificultades de Felipe para aprender, lo humilla delante de los demás alumnos: *“Cogió a Felipe, me lo puso de rodillas sobre un banco, le encasquetó en la cabeza el el bochornoso y orejudo casco de papel que servía para la coronación de los desaplicados. Luego, en el airoso pico de esta mitra, colgó un papel que decía con letras gordas, trazadas gallardamente por don José Ido: EL DOCTOR CENTENO.”* Y, no contesto con esto, se burla cruelmente de él provocando el regocijo de todos los demás: *“-Este señor vino a Madrid para ser médico. Como es tan aprovechado, tan sabio, tan eminente, pronto le veremos con la borla en la cabeza... Ánimo, hombre, no llores. No hay carrera sin trabajos. Ya estás a medio camino. Si sabes más que ese tintero... Serás médico; tómale el pulso a la pata de la mesa.*

*¡Risas, confusión, aplausos, bramidos! Don Pedro era el maestro más gracioso...”* P. 62-63.

<sup>975</sup> Eduardo López Bago: *Luis Martínez, el espada*, cit., p. 137.

<sup>976</sup> *La Regenta*, cit., p. 222.

*los insultos y las bromas brutales de los lacayos, que le empujaban y le dieron con los codos hasta dejarlo solo, solo, solo, en medio de la calle*<sup>977</sup>.

Pero la reacción más normal ante el maltrato de sus amos es el resentimiento, que presenta diversas manifestaciones. De las más suaves son las respuestas chulaponas que la criada de Cristeta, Julia, da a don Juan Todellas, cuando éste intenta entablar conversación con ella para acercarse a su señora:

*“-Cuerpo bonito..., ¿vamos de retirada? Parece que hoy no ha salido la señorita.  
-¿Y a usted que se ‘l’importa’?  
-No te atufes, mujer; cuando te lo pregunto, por algo será.  
-Es que yo no sé quién es ‘ustéz’.  
-¿Crees que te voy a comer?  
-Ya..., como que no soy hierba... [...]  
-No seas tonta y baja la voz. ¿Qué trabajo te cuesta contestarme a cuatro preguntas? No te arrepentirás; mira que soy muy agradecido.  
Julia se detuvo diciendo al chiquitín:  
-Aguarda, hijo, que este ‘cabayero’ me va a sacar de pobre*<sup>978</sup>.

Estos encuentros, en los que la criada le va dando las noticias con cuentagotas a don Juan, forman parte de un plan perfectamente trazado, cuya autora es Cristeta. Julia no es más que un instrumento que sigue las órdenes de aquélla, pero el ver sufrir a don Juan le produce una satisfacción que le hace disfrutar de su papel:

*“Lo más notable era la cara que ponía Julia cuando se separaba de Juan. De fijo que no se divirtieron tanto con el inmortal Manchego las doncellas de los Duques, ni la propia Lozana con los clérigos a quienes se vendía por nueva, como ella gozaba en contribuir al rendimiento del Tenorio decadente. [...] Además, se divertía mucho contribuyendo a tener engañado a un caballero*<sup>979</sup>.

Que en este disfrute hay un rencor latente se puede demostrar si tenemos en cuenta las palabras que, refiriéndose a su “señora”, le dice Julia a don Juan: “*¡Me daba una lástima! ¡Y ‘miusté’ que ‘pa’ darme a mí lástima una señorita!*”<sup>980</sup>. Aunque estas palabras sean mentira referidas al caso concreto de las relaciones de Julia con Cristeta –no es su criada, sino la hija de una amiga del barrio que se ha prestado desempeñar un papel-, encierran una gran verdad en lo que respecta a los sentimientos de los criados hacia sus señores y, por tanto, convierten en ciertas las del narrador sobre lo mucho que gozaba Julia engañando a un caballero.

El rencor se hace bastante más explícito en otras ocasiones. Papitos,

*“que también tenía su genio, hervía interiormente en despecho y deseos de revancha. ‘¡Mira la tía bruja –decía para sí, bebiéndose las lágrimas-, con su teta menos...! Mejor tuviera vergüenza de ponerse la teta de trapo para que crea la gente que tiene las dos de verdad, como las tienen todas y como la tendré yo el día de mañana...’*<sup>981</sup>.

Y, esta vez, no se contenta con murmurar para sus adentros, sino que va a pasar a la acción:

*“Por la tarde, cuando la señora salió, encargando que le limpiara la ropa, ocurriole a la mona tomar de su ama una venganza terrible; [...] Se le ocurrió poner, colgado en el bal-*

<sup>977</sup> *Don Juan Solo*, cit., p. 152.

<sup>978</sup> *Dulce y sabrosa*, cit., p. 225.

<sup>979</sup> *Ibíd.*, p. 267.

<sup>980</sup> *Ibíd.*, p. 265.

<sup>981</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 600.

*cón, el cuerpo de vestido que pegada tenía la 'cosa falsa' con que doña Lupe engañaba al público. La malicia de Papitos imaginaba que puesto en el balcón el testimonio de la falta de su señora, la gente que pasase lo había de ver y se había de reír mucho*"<sup>982</sup>.

Por suerte para ella, nadie de los que pasaban por la calle se fijó y, además, decidió quitarlo antes de que regresase doña Lupe, pues se asustó de pensar lo que podía pasar si ésta lo veía. Pero el caso más significativo de rencor hacia los señores es el de Petra, la criada de Ana Ozores. Ya he analizado cómo buscaba únicamente su propio beneficio utilizando para ello a Ana, a don Álvaro y al Magistral. Pero, además, siente odio hacia todos ellos, sobre todo hacia Ana y el canónigo. Disfruta, lo mismo que Julia pero de verdad, ante la posibilidad de la deshonra de la casa:

*"Había visto ella muchas cosas en su vida de servidumbre. En aquella casa iba a pasar algo. ¿Qué habría hecho la señora en la huerta? ¿No se le había figurado a ella oír allá, hacia la puerta del Parque una voz?... sería aprensión..., pero... algo, algo había allí. ¿Qué papel le reservarían? ¿Contarían con ella? ¡Ay de 'ellos' si no! Y con una delicia morbosa, la rubia lúbrica olfateaba la deshonra de aquel hogar*"<sup>983</sup>.

Petra disfruta porque odia a Ana y odia al Magistral; por eso, como sabe que don Fermín está enamorado de Ana experimenta también un gran placer viéndolo sufrir, cuando le da la noticia de que ésta ha terminado cayendo en los brazos de Mesía:

*"Petra callaba, inmóvil, esperando servir a su dueño. Gozaba voluptuosa delicia viendo padecer al canónigo, pero quería más, quería continuar su obra; que la mandase clavar en el alma de su ama, de la orgullosa señorona, todas aquellas agujas que acababa de hundir en las carnes del clérigo loco*"<sup>984</sup>.

Por odio hacia Ana decide prestar a don Fermín un último favor, estableciendo con él un pacto: ella hará que don Víctor se entere, a cambio de lo cual el clérigo le ofrece que entre de criada en su casa, acuerdo que envilece a los dos: *"Había allí dos criminales apasionados, y ningún testigo de la ignominia; cada cual veía su venganza, no el crimen del otro ni la vergüenza del pacto*"<sup>985</sup>. Y, como venganza, lo percibe don Víctor cuando, tras ver descolgarse a don Álvaro por el balcón, cae en la cuenta de que le han adelantado el reloj: *"Le habían adelantado el reloj. ¿Quién? Petra, sin duda Petra. Había sido una venganza. ¡Oh!, una venganza bien cumplida*"<sup>986</sup>. Y, si los criados sienten rencor por los señores "auténticos", más odian a los advenedizos, como Amparo. Ésta, mujer de baja extracción social y querida de Salabert, es llevada por éste a su casa cuando se queda viudo. La querida, aprovechándose de que el duque de Requena ha sufrido un ataque que lo ha dejado casi imposibilitado, se ha hecho, desplazando a la hija, Clementina, con el control de la casa. Cuando ésta va a visitar a su padre, los criados se sienten aliviados y se alegran mostrando claramente del lado de quién están sus preferencias:

*"Una mañana se hizo trasladar en su coche al palacio de Requena. Pasma del portero al abrir la verja y encontrarse con la señora Clementina, y visible alegría también. Porque,*

<sup>982</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 600.

<sup>983</sup> *La Regenta*, cit., p. 196-197.

<sup>984</sup> *Ibid.*, p. 626.

<sup>985</sup> *La Regenta*, cit., p. 627.

<sup>986</sup> *Ibid.*, p. 631.



*aunque no era tan llana como la ex florista ni tan pródiga, el sentimiento de justicia obligaba a los criados del duque a despreciar a ésta y respetar a aquélla*<sup>987</sup>.

Así pues, en la novela de tendencia liberal, a diferencia de lo que ocurre en la conservadora, las relaciones entre señores y criados no tienen nada de idílicas. Sólo un autor de los analizados escapa de esta tendencia general en algunas de sus novelas: Palacio Valdés. Paca, antigua niñera de Gloria, ha mantenido y sigue manteniendo muy buenas relaciones con la familia. Como Ceferino Sanjurjo se extraña de que pueda llevarle una carta de una monja<sup>988</sup>,

*“me lo explicó con la brevedad y el lenguaje espontáneo y pintoresco que caracteriza a las menestralas sevillanas. Se llamaba Paca y ‘había sido siempre mucho’ de la casa de la señorita Gloria. Su madre había sido nodriza de ésta, y ella niñera, por más que no llevaba a la señorita más de doce años. Doña Tula la protegía y la llamaba para recados cuando hacía falta*<sup>989</sup>.

También Maximina mantiene unas relaciones de cordialidad con sus criados, por lo que, cuando se casa, su marido se lleva a una de ellas a Madrid:

*“Hay que advertir que con los novios iba Madrid en calidad de doncella una chica del pueblo. Se llamaba Juana, y era una muchacha fresca, robusta y no enteramente desgraciada de rostro. Miguel, conociendo el carácter de Maximina, no había querido que su servidumbre fuese toda madrileña*<sup>990</sup>.

Maximina se lleva muy bien con todos. Prueba de ello es que, cuando Miguel se arruina, por haber metido su dinero en una desafortunada empresa periodística y se ve obligada a prescindir del servicio, porque apenas si tienen dinero para comer, una de ellas, Plácida, está dispuesta a seguir, aunque sea sin sueldo: *“Señorita, por Dios, me lleva consigo. Con usted voy sin salario a comer patatas en cualquier parte*<sup>991</sup>.

Estos casos no son muy numerosos y quizás no serían significativos si no fuera porque se inscriben en una tendencia señalada en el punto anterior, cuyo principal preconizador es Palacio Valdés. Me refiero a la necesidad de que pueblo y clase media –a la que pertenecen Maximina y Miguel– acerquen posturas, de tal manera que ésta –como hace el médico Quiroga en *La Espuma*– se convierta en portavoz de las reivindicaciones de aquél, cosa que en esta novela se presenta como factible. La acción se sitúa en los momentos previos a la Revolución del 68. Miguel esconde en su casa a Mendoza, uno de los conspiradores. Una de las criadas de la casa, enterada de quién es el huésped, tiene con él el siguiente diálogo:

*“-¡Qué deseos tengo, señorito, de que ustedes ganen! –dijo la chica después de un rato de silencio.*

*-¿Qué hemos de ganar, Plácida?*

*-Que ustedes tiren el gobierno..., vamos..., y manden ustedes.*

*-Yo no me ocupo de esas cosas –respondió Mendoza poniéndose repentinamente serio.*

[...]

*-¡Vamos, señorito! –dijo la muchacha-. ¿Se figura usted que no estamos enteradas de todo? ¿Pues por qué no sale usted de casa, entonces? Por miedo a los guindillas... [...]*

<sup>987</sup> *La Espuma*, cit., p. 490.

<sup>988</sup> Se trata de Gloria Bermúdez, la hermana San Sulpicio, novicia de un convento, a la que Ceferino ha conocido en un balneario y en cuyo seguimiento ha ido a Sevilla.

<sup>989</sup> *La Hermana San Sulpicio*, cit., p. 100.

<sup>990</sup> *Maximina*, cit., p. 26.

<sup>991</sup> *Maximina*, cit., p. 290.

-¿Quién le ha dicho a usted que yo no salgo a la calle por miedo a los guindillas?  
 -preguntó Mendoza, pálido ya.  
 -Pues el amo de la tienda de abajo. Nos dijo a la Juana y a mí que teníamos en casa un señor muy principal escondido. pero que no estaría mucho tiempo porque toíto estaba arreglao ya pa la revolución... No, no tenga usted cuidao, señorito -añadió viendo la palidez de Mendoza-, que el tendero no dirá nada, porque es más liberal que Riego... ¡Anda, anda, pues poquita gana que él tiene que se arme!”<sup>992</sup>.

El pueblo está, pues, con la clase media por la revolución burguesa.

### **Conclusiones del trabajo doméstico**

Los tres enfoques de que era objeto el proletariado, analizado en el apartado anterior, quedan reducidos a dos en el caso del trabajo doméstico: el de la oligarquía y el de la burguesía liberal. Desaparece, por las razones aducidas al principio, el correspondiente a la clase obrera. Las visiones de los señores, criados y las relaciones que se establecen entre ambos son antagónicas en ambas corrientes, como corresponde a sus respectivos intereses de clase. La novela conservadora, comprometida con el sistema social vigente, presenta unas relaciones armónicas basadas en la mutua correspondencia: protección por parte de los señores, fidelidad por la de los criados. En la liberal, enfrentada con ese mismo sistema, los señores utilizan, abusan y maltratan a los criados, y éstos les responden siéndoles infieles, engañándoles y robándoles. Hay también, por tanto una correspondencia en el trato. Se puede afirmar, pues, que en ambas corrientes señores y criados se “merecen” mutuamente: los unos son dignos de los otros. Pero, aunque las dos corrientes coincidan en esta idea, el fin con el que la utilizan es diferente. La conservadora lo utiliza para defender el sistema socioeconómico vigente. La liberal para atacarlo. Así, mientras que la dignidad y responsabilidad de los señores –la clase dirigente- y la aquiescencia y conformismo de los sirvientes –el pueblo- se convierten en argumentos irrefutables de la novela conservadora a favor de la idoneidad del sistema de la Restauración, el egoísmo, abusos y maltratos de los señores y el correspondiente comportamiento de los criados se esgrimen en la novela liberal para todo lo contrario: atacar a ese mismo sistema. Pero, si se compara este apartado con el anterior, nos daremos cuenta de que la imagen que ambas corrientes presentan –especialmente la liberal- de los trabajadores domésticos es muy distinta de la que ofrecen de los proletarios.

La *cuestión social*, suscitada por el surgimiento del proletariado, queda reducida en la novela conservadora a un problema meramente moral –Pardo Bazán- o de voluntad y capacidad para aprovechar las oportunidades –Félix de Bona- que el liberalismo brinda por igual a todo el mundo; pero no es nunca un problema; y mucho menos ocasionado por la implantación del capitalismo. Esta novela “soluciona” el problema eludiéndolo o “resolviéndolo” dentro del propio sistema porque no tiene ninguna duda sobre las excelencias de éste. Ahora bien, desde el momento en que se ve obligada a resolver un problema, implícitamente está reconociendo su existencia, cosa que no sucede con los criados, pues éstos no presentan ningún tipo de reivindicación. Luego, la conclusión es que, mientras que el proletariado sí es visto como un enemigo de clase por parte de esta novela, lo que le lleva a cerrar filas defendiendo las bondades del sistema, los trabajadores domésticos no suponen amenaza alguna para el mismo, pues se encuentran perfectamente integrados en él. O, dicho de otra

<sup>992</sup> *Ibíd.*, p. 103.

manera, la oligarquía sólo tiene un problema: asimilar al proletariado; los criados ya lo están.

La novela liberal, como ya se vio en las conclusiones del apartado anterior, tiene dos: luchar contra el régimen de la Restauración y defenderse del proletariado. En el primer aspecto se vio que existe unanimidad; no así en el segundo pues, aunque todos lo perciben como un enemigo de clase, las actitudes van desde el soslayamiento en el caso de Galdós, pasando por el prudente acercamiento de Palacio Valdés, hasta la ambigua utilización de Clarín. Pero el proletariado es también enemigo de la oligarquía, con quienes estos escritores se encuentran radicalmente enfrentados. Por eso, la visión de éste –con la excepción de algunos casos de Galdós-, aunque analizada desde la perspectiva de la clase media, no es negativa. Sin embargo, la de los criados –excepción hecha de Palacio Valdés- sí que lo es. Ello se debe a que mientras que la situación del proletariado se puede utilizar como un argumento contra el sistema de la Restauración, la de los criados no. Éstos, aunque aparezcan enfrentados a sus señores y como enemigos jurados de éstos, no son ninguna amenaza para el sistema. La hostilidad es a nivel personal y sólo en la medida que los señores son un obstáculo para sus objetivos, por lo que la enemistad puede muy bien ser sustituida por la “fidelidad” y viceversa. Por eso, los criados, no sólo no son una amenaza para el sistema; forman parte de él<sup>993</sup>, pues aspiran, utilizando los mismos procedimientos tortuosos e inmorales que sus señores, no a cambiar las estructuras sociales, sino a integrarse en ellas. El caso de Petra es prototípico. Luego, los criados son tan culpables como los señores. De ahí que la actitud de los novelistas liberales hacia ellos sea la misma que mantienen hacia sus señores. Y, por eso también, la diferencia de tratamiento con el proletariado; la actitud hacia éste es ambivalente porque, si bien es visto como enemigo de clase por la burguesía liberal, también lo es como enemigo de la oligarquía. Pero los criados, además de que su nula conciencia de clase impide que se les considere como enemigos, son sólo vistos como aliados de la oligarquía.

La novela liberal los ataca, pues, por los mismos motivos que los defiende la conservadora: por estar integrados en el sistema socioeconómico vigente.

### 3.2.5.3. LOS CAMPESINOS. EL MUNDO RURAL.

Las referencias son bastantes más numerosas en la novela conservadora que en la liberal, lo cual es perfectamente lógico dado que, como ya se ha visto en varias ocasiones, el mundo rural es la base en la que se asienta el modelo de sociedad que se propugna en esta

---

<sup>993</sup> La siguiente cita de Galdós ilustra perfectamente una de las maneras –la ostentación- en que los criados son un grupo social estrechamente ligado a las estructuras del Antiguo Régimen. Torquemada ha comprado un palacio y su cuñada, Cruz del Águila, aprovecha para reverdecer antiguos esplendores:

*“Organizó, pues, la señora el ‘personal’ dejándose llevar de sus instintos de grandeza, dentro del orden más estricto. La sección de cuadras y cocheras, así como la de cocinas y comedor, fueron montadas sin omitir nada de lo que corresponde a una familia de príncipes. Y en diferentes servicios, la turbamulta de doncellas, lacayos y lacayitos, criados de escalera abajo y de escalera arriba, porteros, planchadoras, etc., componían, con las de las secciones antedichas, un ejército que habría bastado a defender una plaza fuerte en caso de apuro.*

*Tal superabundancia de criados era lo que principalmente le encendía la sangre a don Francisco, y si transigía con la compra de cuadros viejos y de armaduras roñosas, por el buen resultado que podrían darle en día no lejano, no se avenía con la presencia de tanto gandul, polilla y destrucción de la casa, pues con lo que se comían diariamente, había para mantener a medio mundo.”*

*Torquemada y San Pedro*, cit., p. 492-493.

novela. Pero, precisamente por eso, a estos novelistas no les interesa tanto recoger las circunstancias concretas en las que se desarrolla la vida de los campesinos –los testimonios sobre estos aspectos son relativamente escasos- como el conjunto de valores humanos, cuya existencia ha quedado reducida al mundo rural y de los que son portadores los campesinos, porque esos valores son la garantía de pervivencia del sistema social que esta corriente novelesca defiende. De ahí que se centren más en ellos que en las condiciones en que viven sus habitantes. O, dicho de otra manera, aunque éstas sean en el fondo perceptibles, siempre van a quedar en un segundo plano, destacando en el primero la resignación, el enfoque costumbrista o la idealización de unas formas de vida, que se utilizan como argumentos irrefutables para demostrar las bondades de la sociedad campesina tradicional, y como medios para ocultar la situación objetiva que queda convertida en soporte de una concepción ideológica.

Uno de estos valores, privativos ya del campo, es el conformismo y resignación de los que en él viven; y eso, a pesar de las condiciones que tienen que soportar. La vida del campo es dura, los campesinos tienen que trabajar durante larguísimas jornadas, como le dice Bartolo a Julio que le ha preguntado si se trabaja mucho:

*“Se trabaja, sí señor, se trabaja; desde que Dios echa sus luces, que ahora es a las cuatro, hasta el Ave María, que siempre lo vienen a tocar al ‘reor’ de las ocho. Como en las oficinas de Madrid, poco más o menos”*<sup>994</sup>.

La ironía final demuestra que, a pesar de ello, no está del todo descontento con su suerte. Se ven obligados a trabajar de sol a sol porque no son dueños de la tierra; la familia de Macabeo lo ha hecho toda su vida en las de los Rubárcena:

*“-Por las trazas, ¿eres sirviente de esas señoras?  
-Punto menos que si lo fuera. Mi padre y mi madre su pan comían porque sus tierras trabajaban; y yo, al amparo de ellos, no salía de aquella casa. Muriéronse los buenos de Dios, y la plaza de entrambos la ocupo yo”*<sup>995</sup>.

Los campesinos de Rota tampoco son dueños de la tierra o la que poseen es tan escasa que se ven obligados, además de atender las suyas, a trabajar como braceros. Sigue hablando Bartolo: *“Hay hombre que va a trabajar ‘de madrugá’, vuelve al pueblo para ir a jornal y luego trabaja otra vez con la luna”*<sup>996</sup>. Pero, cuando el campesino no es dueño de la tierra, como los salarios son bajos y el trato no muy bueno, no trabaja con empeño:

*“... el pan que nos dan es lo ‘mesmo’ que carbón y el jornal escaso, porque como el administrador y el ‘aperaor’ no son los dueños, lo que a ellos les interesa es quedarse con cuanto a mano les viene, y el jornalero que trabaja con tan escaso fruto, forzado de la necesidad, mientras da los menos golpes que puede con la azada, está diciendo que malditos sean el capataz, el amo y la cosecha; y la tierra, que es más ingrata que nadie con los que son ingratos con ella, no produce ‘na’ y así va ello”*<sup>997</sup>.

Lo ideal sería que los campesinos fuesen dueños de la tierra y, por eso, Bartolo defiende la desamortización y así se lo dice a Julio:

<sup>994</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 144.

<sup>995</sup> *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 55.

<sup>996</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 148.

<sup>997</sup> *Ibíd.*, p. 145-146.

*“Lo que queremos nosotros es, para que usted se entere, que así como ése, ¿cómo se llama?, ése que el Padre Tragabatallones dice que era un pillito, y que hizo una ley para que las fincas que los frailes habían ‘acaparao’ a cambio de boletines ‘pa entrá’ en la gloria las desembucharan y se vendieran baratas y en buenas condiciones...”*

*-Mendizábal.*

*-Pues así como Mendizábal, que era un sabio, hizo esa ley, queremos nosotros otra para que todos esos señores que se llaman dueños de dehesas y cortijos, usurpados o regalados por los Ayuntamientos y no tienen títulos o los tienen falsos, y poseen algunos de los términos totales de los pueblos, con agua y todo, [...] suelten lo que no puedan acreditar que es suyo legítimamente, y esto se divida y se venda de tal manera, que los pobres tengan también algo”<sup>998</sup>.*

Bartolo está a favor de la expropiación, pero con ciertos límites:

*“Además, queremos que esa ley le diga a los que tienen tierras, indemnizándoles por supuesto: tú no puedes poseer más que tantas aranzadas, porque si no, sería posible el caso de que un solo personaje fuera el amo de todo el suelo de Andalucía”<sup>999</sup>.*

Y eso redundaría en perjuicio de la productividad, ya que los que poseen grandes latifundios se desentienden de ellos:

*“Desengáñese V., D. Julio, que para que un término se labre bien la tierra, es necesario que en cada pedazo de ella haya uno al menos que tenga interés en lo que va a nacer, porque al jornalero lo que le importa es ganar el jornal”<sup>1000</sup>.*

Pero, al ser dueños sólo de pequeñas extensiones, tienen que trabajar también, como se vio anteriormente, como braceros en jornadas interminables. Y, gracias a eso, no pasan hambre:

*“Nos desayunamos con pimientos ‘asaos’, o gazpacho caliente, o berenjenas fritas, y luego a las tres la ‘comía’: la olla con ‘frijones’, acelgas, calabazas y tocino, encima una tajada de sandía o de melón, y luego por la noche media cuarta de queso de oveja y un racimo de uvas y todo el pan que se quiere”<sup>1001</sup>.*

No sólo no pasan hambre sino que tampoco tienen deudas: *“La gente trabajadora es la gente honrada, y aquí nadie pide limosna, ni deja de pagar, en verano, lo que toma ‘a la fia’ en invierno”<sup>1002</sup>.* No pasar hambre no quiere decir, por otra parte, que vivan en la abundancia pues, si no tienen que pedir limosna, tampoco les sobra nada hasta el punto de que lo aprovechan absolutamente todo:

*“En la cuadra común están las bestias, separadas por vallas de tablas, no para evitar que se junten los animales, sino con el fin de que no pierda ninguno de sus dueños ni un puñado de estiércol, abono sin precio para los que cultivan aquellos campos areniscos”<sup>1003</sup>.*

Es decir, Bartolo, que ha dado muestras de una avanzada conciencia social al denunciar la situación de los sin tierra y, como contraste, los grandes latifundios infracultivados, se muestra, sin embargo, conforme, incluso satisfecho, con su situación; como persona sensata que es, se ha dado cuenta de que el plan de redistribución de la tierra que le ha expuesto a don Julio es hoy por hoy una utopía y él, que ha sido internacionalista, ha dejado de serlo porque *“lo que dice la Internacional es la verdad y la justicia y lo que debe ser; sólo que no puede ser eso en*

<sup>998</sup> *María de los Angeles*, cit., p. 146-147.

<sup>999</sup> *Ibid.*, p. 147.

<sup>1000</sup> *Ibid.*, p. 148.

<sup>1001</sup> *Ibid.*, p. 145.

<sup>1002</sup> *Ibid.*, p. 148.

<sup>1003</sup> *Ibid.*, p. 21.

*mucho tiempo, porque los pueblos no mudan de costumbres como yo de camisa*”<sup>1004</sup>. Navarrete recoge, pues, las aspiraciones de los campesinos y la renuncia a las mismas posponiéndolas para tiempos más propicios. ¿Qué pretende? Lo mismo que ya se ha visto en puntos anteriores en los que he tratado otros aspectos de esta novela: mostrar el conformismo del pueblo de Rota, que se siente totalmente a gusto dentro del modelo tradicional de sociedad y, criticar los desarreglos, de algunos de los individuos de la clase alta. Exactamente lo mismo que el padre Coloma. En la tertulia de “Currita”, Marquesa de Albornoz, la señora de López Moreno cuenta que su Marido ha tenido que salir urgentemente para Extremadura, pues han ocupado la finca que compró:

*“Es una dehesa magnífica en la ‘provincia’ de Extremadura, de más de tres mil aranzadas, con veintisiete caseríos... En fin, un pequeño reino... Era de los frailes agustinos, y mi marido lo compró cuando lo de Mendizábal. [...] ... en cuanto proclamaron la República, invadió la dehesa una horda de aquellos bandidos, asesinaron al operador y a tres guardas, y se repartieron las tierras... López Moreno salió para allá corriendo, y estoy inquietísima... No sé lo que va a hacer”*<sup>1005</sup>.

Indirectamente, Coloma refleja la situación del campo extremeño: si los campesinos ocupan las tierras, es porque sus condiciones de vida deben ser desesperantes. Pero resulta también evidente que el objetivo Coloma, que no está a favor de esa ocupación, no es denunciar las condiciones en que viven los campesinos, sino a ese sector de la oligarquía que se ha hecho fácilmente a precio de saldo con unas propiedades que legítimamente no les pertenecían<sup>1006</sup>; si ellos expoliaron, ahora no tienen derecho a quejarse cuando les hacen lo mismo:

*“¿Pues qué ha de hacer? –exclamó Diógenes-. ¡Polaina! Lo que hicieron los frailes agustinos cuando su marido de usted y Mendizábal les quitaron la dehesa... ¡Tener paciencia!... A cada puerco le llega su San Martín, doña Ramona; figúrese usted sin le llegará también a Matapuerca... [es el nombre del lugar donde se encuentra la finca] Amigo, ¡los socialistas, los socialistas!... Ésos han aprendido lógica: ahí tiene usted los nuevos desamortizadores”*<sup>1007</sup>.

El blanco de la crítica de esta novela, como ha quedado de manifiesto en apartados anteriores, es la clase alta. El pueblo actúa simplemente como piedra de toque para censurar a la oligarquía. En esto coinciden Coloma y Navarrete –aunque el primero es bastante más conservador que éste- pues ninguno de los dos, como representantes del modelo tradicional de sociedad, tiene interés en que los campesinos accedan a la propiedad de la tierra, dado que ésta es la base en la que se asienta el poder social establecido. Así se lo hace ver un concejal a Manuel Venegas que, enriquecido tras varios años en América, ha vuelto al pueblo:

<sup>1004</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 149. Me volveré a ocupar de las ideas de Bartolo sobre esta cuestión más extensamente cuando trate el tema de las ideologías obreras.

<sup>1005</sup> *Pequeñeces*, cit., p. 195.

<sup>1006</sup> Éstos son doblemente criticados: no sólo los rechaza Coloma, que los considera unos usurpadores, sino también la antigua clase dominante para quienes son unos advenedizos a los que hay que soportar solamente porque tienen dinero. Prueba de ello son las reacciones de la marquesa de Albornoz cuando la de López Moreno dice que el lugar donde se encuentra la finca se llama Matapuerca: “¡Ay, por Dios, señora! – la interrumpió Currita con toda su aristocrática impertinencia-. ¿No podría ser Mata... cualquier cosa?” Como la otra insiste en que es así como se llama el lugar, “Currita hizo un gesto de resignación pacientísima, y preguntó:

–¿Y qué ha sucedido en el pequeño reino de Mata... esos animalitos?...” *Ibid.*, p. 195.

<sup>1007</sup> *Ibid.*, p. 195-196.

*“Es menester que nos ayudes a gobernar la población –díjole un concejal-, y que para ello compres fincas que te den la calidad de ‘elegible’. El Ayuntamiento necesita hombres como tú... ¿Te atreverías con la cortijada del Morisco? Cien mil duros piden por ella”<sup>1008</sup>.*

Un cambio en la propiedad de la misma supondría, por tanto, que el control del poder pasase a otras manos. De ahí que Navarrete haga “renunciar” a Bartolo a sus deseos de ser propietario y que Coloma considere una expoliación la desamortización de Mendizábal que desposeyó de sus tierras a uno de los propietarios seculares: la Iglesia. Lo que ha hecho el pueblo, desposeyendo a su vez a los usurpadores, no es sino consecuencia del desbarajuste ocasionado por la falta de una auténtica clase dirigente: la oligarquía de la Restauración no lo es<sup>1009</sup>. Por eso, aunque la vida de los campesinos –directamente en el caso de Navarrete y de Pereda, e indirectamente en el de Coloma- aparezca retratada con cierta objetividad, ésta no implica el que exista la más mínima intención de denuncia; al contrario, lo que pretenden es presentar las excelencias de la sociedad tradicional. Si en algún autor resulta esto evidente es en Pereda pues, si Bartolo, aunque conforme con su suerte, se atrevía a expresar sus aspiraciones imaginándose una situación mejor, los campesinos de Pereda las tienen todas colmadas:

*“La verdad es que la hacienda de mi padre y el pelaje de su media levita no eran cosa mayor para echar grandes roncacas a sus convecinos, toscos labradores, pero pobres felices, que tenían en mayor estima un trozo de borona que los mejores timbres de nobleza esculpados en un sillar ruinoso.*

*Pobres felices dije, puesto que no es desgraciado, por el mero hecho de no ser rico, el hombre que no tiene necesidad de ocultar su pobreza a los demás, que como pobre vive y trabaja, y para pobres educa a sus hijos”<sup>1010</sup>.*

¿Hay mayor prueba de resignación que resignarse a que los hijos no tengan ninguna posibilidad de mejora?

Tampoco tienen necesidades los campesinos que aparecen en la novela de Arturo Campión y, por eso mismo, como le comenta Fray Ramón a Mario Ugarte mientras observan cómo bailan, son felices con cualquier cosa:

*“Vea usted esos aldeanos que tiene delante; ¡cómo muestran los rostros la alegría del pecho! A una semana de trabajo, en clima áspero y lúgubre, estiman que es sobrada recompensa un rayo de sol que Dios, de tarde en tarde, les envía, dos o tres vasos de vino agrio y los redobles del destemplado tamboril”<sup>1011</sup>.*

Si estos son felices porque no tienen ambiciones, lo contrario les ocurre a los que las tienen:

*“Pronto empezó a sonar a lo lejos gozoso y animado toque de guitarras, castañuelas y platillos, seguido de palmadas y coplas... Todo ello, armonizado por la distancia, y destacándose entre el rumor de la lluvia, formaba agradabilísimo concierto. [...] Había además en aquel eco de remota zambra con que se festejaba el matrimonio de la rústica vir-*

<sup>1008</sup> *El Niño de la Bola*, cit., p. 115.

<sup>1009</sup> Para Coloma los verdaderos expoliadores son los múltiples López Moreno que se han apropiado de las tierras de la Iglesia. Lo que ha venido después es una consecuencia de este primer dislate. La ocupación de la finca por parte de los campesinos viene a ser así una especie de castigo contra los que la robaron a sus legítimos dueños.

<sup>1010</sup> *Pedro Sánchez*, cit., p. 46.

<sup>1011</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 81.

*gen y del fanático mancebo, algo de patriarcal y de sagrado, cuyo regocijo contrastaba agriamente con el tedio que en el nobiliario salón sentían Guillermo y Julia... ”.*

Pero la felicidad y el consiguiente conformismo —y ésta es la verdadera razón de la apología del mundo rural— van unidos al respeto de los valores tradicionales:

*“Sobre todo, el agudo y perpetuo retintín de los metálicos platillos parecía encargado de repetirles [a Julia y Guillermo] sarcásticamente tan amargas verdades y de hacerles envidiar los bienes y provechos de la familia desde las áridas rocas del concubinato ”<sup>1012</sup>.*

El contraste entre unos y otros resulta muy significativo y, Guillermo, que siente envidia y también remordimientos, reacciona con despecho:

*“¡Cómo retozan esos animales! ¡Qué ruido mueven para que no ignore el mundo que una virgen va a dejar de serlo! ¡Qué presumido y sandio será hasta la consumación de los siglos el bípedo que nació sin plumas!”<sup>1013</sup>.*

Tan contentos están con su situación que no envidian a nadie. De ahí que, mientras trabajan, lo hagan con una alegría que no se encuentra en otros estados más altos de la sociedad: *“Reinaba más júbilo que en los alcázares de los reyes y grandes”<sup>1014</sup>*. Pero no envidian a los que están por encima porque no se creen con derecho y, por eso, no consideran legítimo ni siquiera el imitarlos; las siguientes palabras de José, contando lo poco que le gustó la costumbre de su novia Brígida de peinarse como la marquesa, son una prueba de ello:

*“Lo cual maldito si me hizo gracia a mí, ni se la hacía a su cara; por lo que tuve que decirle que se dejara de remilgos, que ella estaba mejor con sus dos tufos y su castaña, pues cada clase de gente ha nacido para su cosa, y que así como la señora parece una María Magdalena cuando lleva el pelo suelto, o una reina cuando se lo pone por corona, ella parecía con tales peinados una tiritera de feria, de las que vienen a hacer volantines al pueblo inmediato ”<sup>1015</sup>.*

La razón última de este conformismo es el convencimiento de que para ellos las cosas no pueden ser de otra manera, pues una situación que se ha mantenido inamovible durante generaciones, es inalterable:

*“También <sup>1016</sup>en la fábrica observaba Amparo que las aldenas eran las menos federales, las menos calientes. Llenas de escepticismo y de picardía, decían, meneando la cabeza, que a ellas la república “no las había de sacar de pobres”. Alguna tenía sus puntas y ribetes de reaccionaria, y en conjunto, todas profesaban el pesimismo fatalista del labrador, agobiado siempre por la suerte, persuadido de que si las cosas mudan, será para peor”.*

Es decir, que el conformismo es algo intrínseco que forma parte de la naturaleza del campesino.

La misma función que el conformismo desempeña el enfoque costumbrista. Aunque a través de éste se puede entrever una realidad con bastantes deficiencias, éstas quedan también

<sup>1012</sup> *La Pródiga*, cit., p. 267.

<sup>1013</sup> *Ibid.*, p. 268.

Es también muy interesante observar cómo la marquesa, a la que como representante de la sociedad tradicional respetan los campesinos, no hace nunca ningún juicio despectivo del pueblo. Su comportamiento es, en este sentido, contrario al de Guillermo que encarna los valores y la mentalidad burgueses. Queda claro, pues, una vez más, cuál es la función que Alarcón le asigna a los campesinos.

<sup>1014</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 112.

<sup>1015</sup> *La Pródiga*, cit., p. 184.

<sup>1016</sup> *La Tribuna*, cit., p. 124.



en un segundo plano, filtradas y oscurecidas por el tipismo y singularidad de los cuadros descritos. Así, en una ocasión en que Lucía y Artegui, mientras esperan en Vichy a su marido, salen de paseo por los alrededores con cuyos paisajes disfrutan. E, inmediatamente, tras la descripción de éstos:

*“Pasaban las aldeanas auvernesas vestidas de colores apagados, la esportilla de paja puesta sobre la blanca escofieta, conduciendo sus vacas, cuyas hinchidas ubres de leche columpiaban al andar, y que, posando una mirada triste en los transeúntes, solían pegar una huida de costado, un trote de diez segundos, tras de lo cual recobraban la resignación de su paso grave”*<sup>1017</sup>.

Las vacas y las aldeanas quedan reducidas a la categoría de elementos del paisaje, siendo casi más importantes las primeras que las segundas; y el cesto sobre la redecilla parece más un adorno que un instrumento de trabajo; da la impresión de que, más que campesinas que van a trabajar, forman parte de un grupo folclórico que se dirige a actuar. La realidad queda totalmente trascendida por un enfoque en el que predomina lo costumbrista. Enfoque que se impone también, aunque en este caso la presencia de la realidad de bastante mayor, en el siguiente cuadro:

*“La piara de los cerdos, inmensa y gruñidora, iba acudiendo a la plaza. Los pastorcillos, tres o cuatro mozalbetes desarrapados, corrían de aquí acullá, procurando formar el hato. Abríanse las puertas de las casas, y a puro empujones y latigazos, lograban las mujeres sacar los puercos, que luego se paraban, formando racimo, a hociquear la madera y gruñir destempladamente. Cuando perdían la esperanza de que las abrieran, se esparcían por calles y plazuelas, burlando, con quiebros y huidas, los esfuerzos de sus relanzadoras. Y era su páfida habilidad rematada, para poner entre éstas y ellos, de por medio, los lodazales más profundos y negros, obligándolas a dar rodeos en busca de orillas y vados de piedras sueltas, so pena de enfangarse hasta las corvas. Y si la persecutora, salvando a tuertas o a derechas el obstáculo se les iba encima, agazapábanse, y después de dos o tres salidas falsas, arrancaban a escape al sesgo, pregonando sus cuitas con penetrantes gruñidos, mientras aquélla, harta de remangarse las sayas y hacer equilibrios, se lanzaba cólerica lodo adentro, tirádoles piedras”*<sup>1018</sup>.

Las fatigas de las cuidadoras quedan en un segundo plano desplazadas por el humorismo costumbrista que se desprende de la escena. Cuadros de este tipo abundan en esa novela en la que se da cabida a todo un mundo variopinto que se puede ver en todas sus facetas cuando, por ejemplo, los aldeanos acuden a la ciudad en un día de mercado y se reúnen en el café:

*“Aquélla, como tarde de mercado, estaba el cafetucho de bote en bote. El humo del tabaco, espeso y azulado, que picaba los ojos y arañaba la garganta, se extendía tupido como las brumas de la sierra. Cuando las bocanadas de aire, colándose por la puerta, despejaban la cerrazón, veíanse muchos aldeanos con la boina sobre el cogote, encandilados los ojos, lustrosos y encendidas las mejillas; y sobre las mesas, frascos medio vacíos de rom y marrasquino, tazas de café y platillos con terrones de azúcar y cenizas de cigarro. Los parroquianos, aunque próximos unos a otros, hablaban a grito herido, como si fuesen sordos los interlocutores. Manoteaban las manos callosas, pataleaban los borceguíes claveteados, chocaban las cucharillas con las tazas y las copas en el mármol”*<sup>1019</sup>.

<sup>1017</sup> *Un viaje de novios*, cit., p. 257.

<sup>1018</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 179.

<sup>1019</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 6.

Tienen las manos callosas, entre otras cosas, de desgranar maíz; pero esto, a juzgar por cómo narrador lo describe, es más una actividad lúdica que un trabajo:

*“Aunque ejecutando la misma labor, todos los circunstantes diferían por su actitud. Había quien hablaba quedo con su pareja; quien canturriaba a solas o en coro; quien, a hurtadillas, cambiaba tiernas miradas; quien conversaba, a grito herido, con el interlocutor más distante; quien, por entre las mazorcas, andaba a la caza de pantorrillas que pellicar, arrancando a las mozas gritos instantáneamente reprimidos.”*

Lo cual es lógico, pues estos trabajadores que no tienen casi nada, son unos privilegiados:

*“Disfrutaban de los privilegios que la compensadora Providencia concede a los humildes: comer mal y digerir bien, tenderse en dura cama y dormir blando sueño, sudar con poca ropa y mantenerse sanos escarneciendo a la higiene, poseer poca hacienda y cubrir los gustos y necesidades. Las muecas apayasadas y las frases sandias que hubieran provocado el desdén del hombre culto, les hacía a ellos retorcerse de risa”<sup>1020</sup>.*

El costumbrismo, predominante en la primera parte de la cita, se tiñe de conformismo en la segunda, con lo que de estos campesinos se puede decir lo mismo que decía Pereda de los suyos: no son desgraciados los que, por no tener necesidades, no tienen aspiraciones. Costumbrismo y conformismo apuntan al mismo objetivo: la idealización del campo y de la vida campesina, como se ve en la siguiente declaración amorosa de José Martí a Josepantoni:

*“Nuestras eras están juntas, tocándose. Con las dos, fácilmente se puede hacer una sola, donde trillar vuestro trigo y el mío. ¿Te acuerdas cuánto trabajamos durante el verano? ¡Qué valiente eres! Tus hermanos, alguna vez descansan; tú estás siempre sobre el trillo, arreando el ganado, o con la zaranda cribando la mies. [...] ¡Cuánta abundancia y orden habrá en la casa de que seas dueña! Si de mi voluntad dependiera, listos se irían los años para llegar a los días de las parvas. Siempre disfruto viéndote, pero entonces se dobla mi gusto. [...] La casa de Zubizar no tiene deudas. Soy libre como el rey. Quinientos robos anuales de trigo cosecho; y en proporción patatas, alubias, garbanzos y maíz. A dos yuntas de de bueyes y a cinco vacas con sus terneros les echo pienso, y los balidos de cincuenta ovejas alegran el monte donde corto mi leña y mi helecho. Con cerdos de casa nos mantenemos, y aun vendo diez o doce. [...] Cuando yo vaya al campo, tú me llevarás la comida y comeremos juntos. No quiero que labres la tierra, sino que cuides de los hijos, de los criados, de la casa, de la ropa, y lo tengas todo limpio y ordenado, como tu madre; fuera de la época de las parvas, donde cada cual arrima el hombro, a la hora que el moverse del amo da prisa a los gañanes. Además que entonces querré verte, de nuevo, como te he visto tantas veces, con gloria de mis ojos, activa y animosa, cantando mejor que el ruiseñor de “Beikoturri”, entre las pajas aventadas que brillan al sol”<sup>1021</sup>.*

La mezcla de elementos económicos y estéticos recuerda los famosos elogios que Peribáñez hace de su esposa Casilda al comienzo de la conocida obra de Lope. Parecida es la declaración de Macabeo a Tasia:

*“-Tasia: dos novillas uncideras tengo; veintidós carros labrantíos en la Llosa; buena pradera en el Hondón... [...] A renta llevo, además, tres fincas de lo mejor del valle; y por último, a buenos amos sirvo; ni fumo ni bebo, y ya sabes lo que te estimo”<sup>1022</sup>.*

Al igual que en la obra de Lope, el mundo campesino resulta idealizado: lo real concreto queda desplazado por una visión idealizadora de la que se eliminan todos los aspectos

<sup>1020</sup> *Ibíd.*, p. 112.

<sup>1021</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 321-325.

<sup>1022</sup> *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 141.

problemáticos, sustituidos por la inocencia y bondad natural de los personajes, como en el caso de Macabeo y Tasia, o por un enfoque estetizante que transforma la penosa tarea de la recolección en una fiesta cortesana:

*“El trigo iba cayendo; por las heredades serpeaban las hoces de plata entre los tallos de oro. [...] Resonaba el coro de las segadoras, celebrando la alegría de sus pechos con melancólicas canciones euskaras, que parecían aumentar la serena majestad del crepúsculo”*<sup>1023</sup>.

El resultado final de esta mezcla de componentes conformistas, costumbristas e idealizadores es la creación de un mundo rural en el que la paz y la felicidad son tan grandes que, por momentos, resultan contagiosas y provocan incluso el entusiasmo de los que son por completos ajenos a él:

*“¡Cuán lozanas y ricas de promesas aparecían aquellas hazas de maíz de color esmeralda, contrastando con las pardas tierras ya barbechadas para la sementera próxima y los agrios riscos que circuían tan reducido y variado paisaje!  
¡Cuánto más bonito es esto que la Puerta del Sol y que el salón de conferencias del Congreso! –exclamó el ingeniero-poeta, dirigiéndose a uno de sus camaradas”*.

Pero, claro, el ingeniero-poeta se fija también solamente en los aspectos estéticos: *“¡Se diría que vamos viajando por un cuadro de Haes! ¡Decididamente, no hay delicia mayor sobre la tierra que la vida del campo!”*<sup>1024</sup>.

Tan contentos y felices<sup>1025</sup> se encuentran los campesinos en este mundo que Pedro Sánchez, que a los dieciocho años no se ha alejado más de dos leguas y visita Santander, cansado y aturdido por el ruido y la muchedumbre, siente inmediatamente, ganas de volver: *“Latíame la cabeza, dolíanme los músculos del pescuezo y las piernas me flaqueaban. Entristecime, y*

<sup>1023</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 378.

<sup>1024</sup> *La Pródiga*, cit., p. 70.

<sup>1025</sup> El motivo principal de la felicidad de los campesinos es la seguridad que les proporciona la sociedad tradicional. Los autores conservadores utilizan recurrentemente un “argumento sociológico”, para la defensa de ésta que consiste en la apología del binomio ‘protección-fidelidad’. Éste es un motivo que rebasa los límites estrictos de la temática laboral, que estoy analizando en ese punto, y se mezcla con la del poder, que analicé al comienzo de este capítulo. No obstante, como el objetivo final de ambas es la defensa de la sociedad tradicional, cuyos más sólidos pilares residen en el campo, recojo a continuación algunos ejemplos.

José se siente protegido porque sabe que, si le toca ir al ejército, la marquesa lo librará y, a la pregunta de Guillermo de que cuándo entra en quintas, responde: *“Entraré dentro de año y medio, pues en la Candelaria he cumplido los dieciocho... Pero, si me toca la cédula, la señora me librará...”* (P. 81) En justa correspondencia, José adora a la marquesa: *“¡Mire usted! –prosiguió el fanático con creciente ímpetu: es tanto el aquel y la ley que tengo yo a la señora, que, cuando me habla, casi nunca me entero de lo que dice, pues su voz entra por los oídos haciéndome cosquillas en todo el interior del cuerpo, y siento un hormiguelo en la sangre y un zumbido en la cabeza como si estuviera borracho.”* (P. 83). A pesar de que la marquesa le insta a que se case, él le da largas porque *“si yo me caso, y tengo chiquillos y cuidados propios en que pensar, estaré más alejado de vucencia, no podré vivir exclusivamente para servirla, ni me será tan fácil morir defendiéndola, en caso necesario... ¡Yo querría estar siempre mirando a la señora, oyéndola hablar, bailando de coronilla por complacerla!”* (P. 183). *La Pródiga*.

Lo mismo se puede decir de Macabeo, a quien Águeda Rubárcena le comunica: *“Para que esta tarde celebres la fiesta del santo patrono más alegremente que lo poco que alcanzaste de la velada de anoche, quiero que sepas que he determinado, con el beneplácito de mi hermana y de mi tío, regalarte cuantas tierras llevas de esta casa en arriendo, sin perjuicio de manifestarte la estimación en que todos te tenemos con otras dádivas, hasta hacer de ti uno de los mejor acomodados labradores del pueblo.”* (P. 308). Esta generosidad es el pago a una vida de servicio incondicional, del que es muestra la siguiente respuesta a un favor que le pide Águeda: *“¡La carne soy; usted el cuchillo; corte por donde quiera!”* (p. 151) *De tal palo, tal astilla*.

hasta me saltó la nostalgia de mi lugar”<sup>1026</sup>. Lo mismo le ocurre a Macabeo; cuando vuelve a su pueblo, tras una ausencia, por breve que sea, se pone tan contento que le dan ganas de relinchar:

“... esas ganas me entran a mí siempre que vuelvo a ver mi pueblo, aunque haga dos horas que falto de él. Pequeño y escaso de borona es; pero el demonio me lleve si no me parece el mejor de la montaña”<sup>1027</sup>.

Y, si una breve ausencia provoca pesar, la salida para más tiempo es vivida como una verdadera tragedia que hace sentir envidia hasta de los árboles:

“Salí del pueblo sin atreverme a volver los ojos hacia él. ¡Nunca me parecieron más hermosas sus campiñas, ni sus aires más fragantes, ni sus celajes más pintorescos!... Enviaba al pobre campesino, y a la mansa bestia que conducía a la sierra, y al árbol solitario, destinados a morir sobre el mismo terruño que los nutría”<sup>1028</sup>.

Es muy significativa la envidia del árbol: éste no tiene posibilidad de moverse de donde está por lo que su raigambre en el terruño es total.

Garantía de la permanencia de estas estructuras sociales son una serie de instituciones con las que el pueblo se identifica y, sobre, todo el aislamiento:

“Algunos viajes hechos por Águeda, oportunamente dispuestos por su madre, la permitieron comparar a su modo, la idea que tenía formada del mundo con la realidad de él; y como ya para entonces la previsora maestra la había enseñado a leer en las extensas páginas del hermoso suelo patrio, convenciose la perspicaz educanda de que ‘dice’ mucho menos la ciudad con sus estruendos, que la agreste naturaleza con su mediatubunda tranquilidad. No exageraba su madre cuando la aseguraba, con un famoso novelista, que en todo paisaje hay ideas”<sup>1029</sup>.

El aislamiento les mantiene al margen de las turbulencias del mundo exterior que les llegan muy atenuadas y que se sienten como algo totalmente ajeno:

“Del movimiento y del hervor del mundo sólo llegaba a la apacible y grata soledad aquella, lo que cabía en un periódico harto serio y formalote, que pagaban a medias el párroco y mi padre, en el cual periódico se leían las noticias de Madrid, la reseña de una sesión de cortes borrascosa, los temores de un cambio ministerial, o las sospechas de un pronunciamiento, con la estoica tranquilidad, no exenta por eso de cierto asombro, con que hoy nos enteramos de lo que acontece en el corazón de la China o en las cumbres del Himalaya.”

Este aislamiento, que era algo generalizado, está, por desgracia, seriamente amenazado:

“¡Y cuántos pueblos había en la provincia en igual estado de patriarcal inocencia que el mío entonces, y aún muchos años después!... hasta que, de repente, cual si fuera un reflujó de lejana tempestad, allanáronse las rocas, y llegó el bufido de la locomotora a confundirse con el bramir de las olas al estrellarse en la antes desierta y ociosa playa”<sup>1030</sup>.

La amenaza viene, pues de fuera y está constituida por la sociedad burguesa, simbolizada en la cita anterior por el ferrocarril y, en el caso de la novela de Alarcón, por el parla-

<sup>1026</sup> Pedro Sánchez, cit., p. 77.

<sup>1027</sup> De tal palo, tal astilla, cit., p. 57.

<sup>1028</sup> Pedro Sánchez, cit., p. 106-107.

<sup>1029</sup> De tal palo, tal astilla, cit., p. 115.

<sup>1030</sup> Pedro Sánchez, cit., p. 53-54.

mentarismo. A Guillermo, que fue al cortijo de la marquesa con motivo de unas elecciones, los chicos comienzan a llamarle “el enemigo” porque, como le explica José, su presencia entre ellos es percibida por todos como una amenaza para sus tradicionales modos de vida. Tanto es así que los campesinos comienzan a mostrarse distantes:

*“Los que trabajaban en el campo se escondían prudentemente al verlos pasar, temerosos de que su presencia les incomodara o avergonzase... Los niños habían recibido órdenes de no dar gritos de ninguna especie al divisarlos, y de no salir como en un principio, a su encuentro... Las mujeres casadas estaban siempre hablándose al oído... Las doncellas bajaban los ojos y callaban... las viejas gruñían inarticuladamente”<sup>1031</sup>.*

No sólo se muestran distantes con los que se alejan de los valores tradicionales, sino también beligerantes: *“Luchemos por perpetuar la fisonomía castiza del pueblo nabarro, [sic] que ya empieza a descomponerse y a alterarse”<sup>1032</sup>*. Y es lo que hacen los habitantes de Valdecines con Fernando Peñarrubia, al que empiezan mirando con recelo y terminan apedreando:

*“Pasó un transeúnte con una azada al hombro, y se le quedó mirando con una curiosidad harto inexplicable, pues para ninguno de aquellos campesinos era nueva la estampa de Fernando. Dos mujerucas se detuvieron luego delante de él, y no le miraron y con torcido gesto, sino que le dijeron, aunque muy entre dientes, algo que no sonó bien en los oídos del joven. Más adelante sucedió otro tanto con unas salladoras que iban a la mies; y un muchacho, que le seguía de puntillas, le tiró una piedra, que dio en las ancas del caballo; le llamó a voces ‘perro judío’, y apretó a correr: acto que mereció el aplauso de las salladoras, las cuales no se contentaron con ensalzarle, sino que añadieron nuevas ‘perradas’ a la perrada del muchacho”<sup>1033</sup>.*

Y es que estos autores son perfectamente conscientes de que la salvación del sistema social que defienden está en el reducto cerrado de la aldea:

*“Desde la altura del parque de su casa le pareció que estaría a sus anchas en las sombrías arboledas de la embocadura de la hoz. Abrió la sombrilla, porque el sol calentaba ya, y enderezó lentamente sus pasos hacia aquel sitio. Cuando llegó a él se encontró demasiado a solas con sus cavilaciones. Las tintas de su melancolía tomaban allí unos matices que rayaban en desconsuelo. Luz y calor le pedía el alma, presa de la negra cárcel de sus dolores. Pero no se le ocurrió volver atrás para buscarla, sino meterse en la hoz y llegar por ella a la sierra del otro lado, donde los horizontes se ensanchan y la naturaleza se sonreía”<sup>1034</sup>.*

El simbolismo es meridiano: la sierra actúa como barrera que separa Valdecines —único sitio donde se pueden encontrar la paz y la serenidad de espíritu— del resto del mundo. Fernando, como no podía ser de otra manera, elige la opción equivocada.

Los pilares del sistema social que estos autores propugnan están formados por la alianza de la Grandeza con el verdadero pueblo. La Grandeza tiene que abandonar la corte, donde no hay más que corrupciones e inmoralidades e irse a vivir al campo. Es lo que ha hecho Jacobo y todos los demás debieran hacer lo mismo:

<sup>1031</sup> *La Pródiga*, cit., p. 216.

<sup>1032</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 83.

<sup>1033</sup> *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 286.

La hostilidad es mutua, pues Guillermo expresa continuamente opiniones negativas sobre el mundo rural: *“Ya se habrá casado el bárbaro de José! El año que viene tendrá un chico, y a los treinta y ocho años será abuelo... ¡Con qué prontitud y lisura hallan la felicidad estas gentes!... Dijérase que nacen, viven, aman y se reproducen como los animales y las plantas, cuando terminan las estaciones.”*

<sup>1034</sup> *La Pródiga*, cit., p. 249.

<sup>1034</sup> *De tal palo, tal astilla*, cit., p. 201.

*“¡Ah, si la Grandeza de España, comprendiendo al fin sus intereses hiciera lo mismo, y dejando a los ricos improvisados y a los políticos de pacotilla, el lujo con sus vicios, el poder con sus truhanerías, fuese ella caritativa en los campos, mientras eran ellos usureiros en la corte, diese ella su mano al pobre campesino, mientras ellos lo rechazan con altanería, el pueblo, el verdadero pueblo comprendería al fin cuáles eran sus amigos sinceros, y el lodo de la política podría fermentar en la corte, producir revoluciones, lanzar sobre el país decretos inmundos!... Mas toda aquella insolencia expiraría sin fuerzas sobre la yerba de los campos, y la ola de cieno no mancharía jamás el dintel de sus iglesias y castillos, defendidos por un baluarte de caseríos”*<sup>1035</sup>.

Ni que decir tiene que el pueblo verdadero para Coloma es el campesino. Éste, dirigido por la auténtica aristocracia, es la base para la *“utopía, el sueño primordial de una España tradicionalista y católica”*<sup>1036</sup>.

La novela conservadora, por tanto, pasa por alto las condiciones concretas en que viven los trabajadores del campo, de los que presenta una imagen positiva, y hace un tratamiento ideológico del tema utilizando el mundo rural como garantía y soporte de la sociedad tradicional frente a la burguesa.

También las pasa, coincidiendo en esto con la conservadora, la novela liberal, que utiliza, asimismo, el mundo rural como soporte de una determinada ideología, en este caso la de la burguesía. Pero el lugar que ocupa el campo es bastante marginal, con la excepción de Valera que le presta un poco más de atención, e incluso aparece alguna crítica bastante negativa pues, al igual que en el caso del trabajo doméstico, los novelistas liberales ven en el campesino un aliado de la sociedad tradicional, aunque no realizan una denuncia explícita de esa alianza. Esta novela, por tanto, se ocupa poco del mundo rural, y mantiene una actitud distante hacia el mismo, por las mismas razones que lo defiende la conservadora.

Valera, como ya se ha visto en otros puntos, se mueve también en éste entre el distanciamiento y la idealización. Recoge un tema que va a ser una constante de la literatura de los próximos años, sobre todo en la generación noventaiochista: el caciquismo: *“La dignidad de cacique, que yo creía cosa de broma, es cosa harto seria. Mi padre es el cacique del lugar”*<sup>1037</sup>. Incluso señala la causa del mismo, en lo que Valera coincide plenamente con la realidad histórica: *“Mi padre quiere llevarme a ver sus olivares, sus viñas, sus cortijos”*<sup>1038</sup>. Como denunciaron repetidamente muchos autores, sobre todo los regeneracionistas, el caciquismo es un fenómeno genuinamente rural motivado por la preponderancia social, basada en la posesión de la tierra en unas zonas en las que la mayoría de los campesinos no tienen ninguna. Valera apunta las causas -el padre de Luis es uno de los principales terratenientes del lugar- pero pretende simplemente constatar un hecho<sup>1039</sup>, no denunciar una lacra social, como es la intención, por ejemplo, de Joaquín Costa. Valera vuelve a ocuparse de este tema, con bastante más detenimiento en otra novela:

<sup>1035</sup> *Pequeñeces*, cit., p. 258-259.

<sup>1036</sup> Rubén Benítez: *Introducción a Pequeñeces*, edc. cit., p. 28.

<sup>1037</sup> *Pepita Jiménez*, cit., p. 142.

<sup>1038</sup> *Ibid.*, p. 141.

<sup>1039</sup> La condición de terrateniente del padre de Luis desempeña, incluso, un papel fundamental para la resolución feliz de los acontecimientos, pues le otorga al hijo, como único heredero, un status socioeconómico indispensable para poder aspirar a la mano de Pepita.

*“Don Andrés era un caballero muy bien educado, pulcro y finísimo, soltero, que no había cumplido aún cuarenta años, y verdadero amo y señor de Villalegre, donde hacía ya ocho años que reinaba con lo que podemos calificar de despotismo ilustrado”*<sup>1040</sup>.

Declara que él no va a juzgar si la existencia de los caciques es beneficiosa o perjudicial:

*“No me incumbe aprobar ni reprobar aquí el despotismo, aunque sea con ilustración, ni mostrarme partidario o adversario del cacigazgo. Yo tomo y empleo el vocablo en cierta acepción, como generalmente se emplea, aunque siento que contenga implícita una injuria para las poblaciones en que hay cacique, porque es suponerlas salvajes, y no quiero calificar de tales a los de Villalegre.”*

Pero, a pesar de esta declaración de intenciones, Valera expurga las connotaciones negativas del vocablo y de la institución, para resaltar las que, en su opinión, son positivas:

*“Desecho, pues, la suposición implícita y acepto y empleo los vocablos de “cacique” y “cacicazgo” como los más usados y adecuados para expresar la condición de don Andrés y el poder que en Villalegre ejercía.”*

Don Andrés, que había heredado la influencia de su padre, había hecho bastantes mejoras, había estudiado en Madrid e, incluso, había viajado por varios países de Europa, por lo que del ejercicio de su poder sólo pueden derivarse beneficios:

*“Era, por tanto, don Andrés un cacique archiculto y como hay pocos. Y conviniendo yo en esto con mi entusiástico amigo el diputado novel, afirmo que si todos los caciques fueran como don Andrés, sería gran ventura que cada pueblo tuviese su cacique; todo en cada pueblo estaría bien aseado y mejor cuidado; daría gusto andar por sus paseos y por sus caminos; el maestro de escuela no se moriría de hambre, y se gozaría de tan ordenada libertad, que el boticario podría ser impunemente, como don Policarpo, brujo y ateo, sin que por eso se suprimiesen ni dejasen de celebrarse con devoción, entusiasmo y regocijo hasta las más candorosas procesiones, aunque hubiese en ellas judíos, soldados romanos, Longinos con lanza y lazarillo después de quedarse ciego, paso de Abrahán y apóstoles y profetas”*<sup>1041</sup>.

Valera consigue, pues, que el caciquismo, considerado como una lacra<sup>1042</sup> por todos los sectores críticos de la sociedad española, quede dignificado en la persona de don Andrés.

<sup>1040</sup> *Juanita la Larga*, cit., p. 99.

El despotismo ilustrado de don Andrés se extiende hasta el punto de que es él que elige tanto al alcalde como a los concejales: *“El alcalde y los concejales, rústicos labradores, por lo común, a quienes don Andrés Rubio hacía elegir o nombrar, le estaban sometidos y devotos, y como no entendían de reglamentos ni de disposiciones legales sobre administración y hacienda, don Paco [el secretario del ayuntamiento] era quien repartía las contribuciones y lo disponía todo.”* *Ibíd.*, p. 12.

<sup>1041</sup> *Ibíd.*, p. 99-100.

<sup>1042</sup> Como muestra, he aquí dos opiniones al respecto:

*“El caciquismo sólo es posible en un país de gran propiedad agraria. El cacique es el ricacho del pueblo, él mismo es terrateniente o representante del terrateniente de alcurnia que reside en la Corte; de él depende que los obreros agrícolas trabajen o se mueran de hambre, que los colonos sean expulsados de las tierras o que las puedan cultivar, que el campesino medio pueda tener un crédito. La Guardia Civil del pueblo está en connivencia con él, el maestro -que vive miserablemente- debe someterse a él, el párroco prefiere por lo común colaborar con él; en una palabra, es el nuevo feudal, es el señor omnímodo. El caciquismo, como el feudalismo, tiene estructura piramidal partiendo del burgo o aldea; a la altura provincial hay cacique o caciques, que suelen colaborar con el ‘señor gobernador’.”*

Manuel Tuñón de Lara: *LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX*, Barcelona, Laia, 4ª edc., 1973, p. 266.

*“El pueblo, única fuente de la autoridad, que siempre ha de ejercerse por delegación de la mayoría, pierde toda participación eficaz en el gobierno. La oligarquía como sistema, y el caciquismo, como instrumento -exclusión de la voluntad de los más-, son anteriores al régimen constitucional y al sufragio y han persistido con ellos; la oligarquía fue nobiliaria y territorial; hoy es burguesa [...] Pero es absurdo*

El ambiente rural que refleja en sus novelas es propicio para el señoritismo del que presenta también su cara amable. Los ociosos del lugar se pasan el día en el casino:

*“El casino no es aquí mera diversión nocturna, sino de todas las horas. Desde las once de la mañana está lleno de gente que charla, que lee por cima algún periódico para saber las noticias, y que juega al tresillo. Personas hay que se pasan diez o doce horas al día jugando a dicho juego. En fin, aquí hay una holganza tan encantadora, que más no puede ser”*<sup>1043</sup>.

Uno de estos holgazanes encantadores es Currito, primo de Luis, “que no tiene otro oficio que el de paseante”<sup>1044</sup>, lo que Valera se limita a constatar sin hacer tampoco ningún tipo de valoración<sup>1045</sup>. Es más, se puede afirmar que hay, sobre todo si la comparamos con la de Machado, una visión amable del fenómeno señoritil.

Un poco menos amable, aunque no mucho, es el tratamiento que hace del pueblo. Éste no está exento de brutalidad:

*“Oyeron en la calle terrible estruendo de voces, silbidos y carreras. Se asomaron a la ventana y miraron por la celosía. Apenas tuvieron tiempo de ver pasar atropellada muchedumbre de gente, y una vaca brava, atada a una larga y recia soga, de la que tiraban catorce o quince mozos de los más robustos y ágiles. Otros mozos aguijoneaban y enfurecían a la vaca, apaleándola con las chivatas y punzándola por detrás con pitacos o bo-hordos de pita”*<sup>1046</sup>.

Aunque divertirse maltratando a una vaca no es, evidentemente, signo de civilización, lo que de incívico tiene este comportamiento queda un tanto diluido en el tipismo de la fiesta popular, de las costumbres rurales. “Propias” del pueblo campesino se pueden considerar también otras costumbres que, aunque no contribuyen en nada a su dignificación novelesca, tampoco lo degradan porque son enfocadas desde una perspectiva distante e irónica, pero sin ningún tipo de saña, como es el caso de Julián el arriero:

*“Yo le oí contar en la fuente mientras daba agua a sus mulos, y haciéndose cruces, la indignación que le causó, cuando servía en Córdoba a una marquesa, el averiguar, estando él en la cocina, que llevaban a dicha señora un enorme lebrillo y dos grandes jarros de agua a su cuarto. “¿Qué harías tú –le preguntó una chica- si tu mujer emplease también un lebrillo?” “Pues yo –contestó él- agarraría una vara y la pondría negra a varazos, por indecente y mantesona”*<sup>1047</sup>.

---

*hablar del caciquismo como de una consecuencia natural de la democracia, o del sistema parlamentario. Sólo en democracia podía plantearse el problema de moral política que llamamos caciquismo. Siendo una usurpación de derechos y un ultraje a la conciencia individual, mientras los derechos no estuviesen reconocidos ni proclamado el respeto a la conciencia, base de la ley, la deformidad no podía ser vista como tal.”* Manuel Azaña. Recogido en **PLUMAS Y PALABRAS**. Barcelona, Crítica, 1976, p. 199-200.

<sup>1043</sup> **Pepita Jiménez**, cit., 194.

<sup>1044</sup> *Ibíd.*, p. 219.

<sup>1045</sup> Para ver el contraste entre dos visiones de una misma realidad, la amable, que presenta Valera, y la crítica, nada mejor que el conocido poema de Machado, que ya cité en páginas anteriores al analizar la traición de la burguesía a los principios de la revolución, pero que que es también un análisis del fenómeno del señoritismo: “Este hombre del casino provinciano / que vio a Carancha recibir un día, / tiene mustia la tez, el pelo cano, / ojos velados por melancolía; / bajo el bigote gris, labios de hastío, / y una triste expresión, que no es tristeza, / sino algo más y menos: el vacío / del mundo en la oquedad de su cabeza. / [...] Este hombre no es de ayer ni es de mañana, / sino de nunca; de la cepa hispana / no es el fruto maduro ni podrido, / es una fruta vana / de aquella España que pasó y no ha sido, / esa que hoy tiene la cabeza cana”. CXXXI (Del pasado efímero).

<sup>1046</sup> **Juanita la Larga**, cit., p. 65.

<sup>1047</sup> **Juanita la Larga**, cit., p. 83.



Valera ironiza también contra la manía de la exaltación localista, muy característica de los medios rurales haciendo que el narrador muestre su extrañeza por el apego y defensa a ultranza que hacen los naturales de su pueblo de una tierra, que objetivamente considerada, tiene en realidad pocos atractivos:

*“Situada la población, cuyo nombre se guarda para mayores cosas, a la falda de un árido peñascal o pelado cerro y rodeada de montes por todas partes, abarca sólo el espectador, aunque se coloque en lo más alto del campanario, un horizonte harto mezquino. Apenas hay huertas en las cercanías, sino viñas, olivares y tierras de pan llevar. Sin embargo, en las cañadas, por donde serpentean sendos arroyuelos, se ven hermosas alamedas, y todo aquel suelo parece a sus hijos, que enamorados le cultivan, tan fértil y bendito, que no aciertan a explicarse naturalmente su fertilidad generosa, y sostienen que el trono de la Santísima Trinidad está colocado precisamente sobre sus cabezas y que deja sentir su benéfico influjo por todos aquellos contornos”<sup>1048</sup>.*

Estas ironías, que no son las únicas, pues dedica también bastante espacio a contar cómo la exaltación de lo propio en los diferentes lugares de la comarca, lleva a los habitantes de los pueblos cercanos a zaherirse con pullas e, incluso, a inventar rumores que, aunque el narrador finja no creerlos por inverosímiles, es evidente que son ciertos:

*“Lo que no he visto, lo que no quiero creer, lo que me parece una invención y habladuría de los pueblos cercanos para dar vaya a los de este pueblo, es el exceso de familiaridad con que trataban en ocasiones a su santo, llevándole, cuando no llovía, a una fuente que llaman el Pilar de Abajo, y zambulléndole allí para que lloviese, lo cual, se añade, no dejaba nunca de ocurrir en el acto o pocas horas después. Sobre esto de la zambullida tengo yo mis dudas. Los lugareños de Andalucía son envidiosos y burladores, y pueden haberlo inventado sin fundamento”<sup>1049</sup>.*

Esta costumbre de zaherirse mutuamente está, además, bastante extendida por toda Andalucía<sup>1050</sup>. Valera ironiza especialmente a costa de uno de estos patriotas de campanario del que da nombre y apellido:

*“Desde la Cruz de los Arrieros, sostenía D. Juan Fresco que se disfrutaba de la vista más hermosa del mundo. Yo me sonreía y le miraba con atención para ver si se burlaba al afirmar aquello. En su rostro no se notaba la más ligera señal de que hablase irónicamente. Era, sin duda, una alucinación patriótica”<sup>1051</sup>.*

Los campesinos son, asimismo, maliciosos:

*“La malicia de los campesinos es sin piedad; y cuantos habían visto a D. Faustino y a Rosita en la Nava habían vuelto explicando aquellos amores del modo que doña Ana de-*

<sup>1048</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino*, cit., p. 50-51.

<sup>1049</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>1050</sup> “No es caso singular el que refiero. Apenas hay lugar en toda Andalucía contra el cual no se haya inventado algún chiste ofensivo en los lugares circunstantes. Del Viso, por ejemplo, se dice que es la tierra de las chimeneas porque no las hay, y se pregunta si saben allí lo que son los piñones, porque apenas si se produce algo más que piñones en todo su término. Sobre Valenzuela y Porcuna se difunden mil epigramas, porque no hay leña ni carbón en muchas leguas a la redonda, y se calientan y guisan con combustible poco oloroso. De Palma del Río dicen que nadie almuerza allí más que naranjas, y que, no concibiéndose ni la mera posibilidad de que nadie almuerce otra cosa, hacen esta pregunta: donde no hay naranjas, ¿qué almorzarán? [...] Para no pecar de prolijo no pongo aquí mayor número de ejemplos. Basten los citados para comprender que no es desgracia única la del lugar a que voy aludiendo, y que está en las costumbres andaluzas el darse vaya y cantaleita con algo por el estilo.” *Ibid.*, p. 52-53.

<sup>1051</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino*, cit., p. 62.

*cía. Por el ama Vicenta y por otros criados sabía doña Ana los comentarios lugareños, y estaba fuera de sí, herida en lo más sensible de su alma*”<sup>1052</sup>.

Y sienten entusiasmo por los bandoleros a los que profesan auténtica veneración, de tal manera que, cuando muere Joselito, Respetilla se muestra muy apenado:

*“Respetilla, acostumbrado a mirar como héroes a los bandidos, sobre cuyas hazañas sabía de memoria no pocos romances, se extendía después en lamentar la muerte de Joselito, en condenar la traición que contra él se había empleado, y en celebrar sus ‘virtudes’”*<sup>1053</sup>.

Las características del mundo rural que recoge Valera -caciquismo, señoritismo, brutalidad, falta de higiene, admiración por los bandoleros- no son precisamente positivas. Sin embargo, ya se ha visto en las propias citas que el narrador da a esas lacras un tratamiento, aunque displicente, no exento de comprensión, con lo que la denuncia implícita de una situación que en estos pasajes se recoge, queda completamente desdibujada en un lejano segundo plano. En el primero destaca una visión amable de esta realidad a lo que contribuyen también otros elementos de la novela como, por ejemplo, las idílicas descripciones del campo que aparecen en algunos pasajes de la misma; entre ellos, el siguiente en el que se describe un atardecer de septiembre:

*“El sol se había ocultado ya detrás de los cerros que limitan la vista por la parte de Poniente, y había dejado el cielo, por todo aquel lado, teñido de carmín y de oro. Sobre los cerros que están a espaldas del lugar, y aun sobre el campanario, mientras que yacía en sombras todo el valle, daban aún los rayos oblicuos del sol, reflejando esplendorosamente en la pulida superficie de las peñas que coronan la cima de dichos cerros. Pocas y blancas nubes turbaban el limpio azul de la bóveda celeste, vagando a merced de un viento manso y arboladas y luminosas con los reflejos del sol. [...] Por el lado donde la vista, en este bajo suelo, podía espaciarse más, se espaciaba una legua. Los cerros terminan allí el horizonte. Paz suave reinaba dondequiera”*<sup>1054</sup>.

Las labores de la vendimia, en las que se fija a cotinuación, participan de esta misma paz añadiéndole, además, un matiz costumbrista:

*“La viña, que es el plantío que allí más abunda, verdeaba aún cubierta de pámpanos lozanos. Estaban ya vendimiando, y por varias sendas y caminos venían al lugar carros y reatas de mulos con el último acarreo de uva de aquel día, que había de quedar amontonado en los lagares para empezar a pisar a la madrugada siguiente. Volvían asimismo a descansar de sus trabajos los vendimiadores, y de vez en cuando se oía una canción alegre, cantada en coro, o se escuchaba allá a lo lejos una copla de playeras con que distraía su pesares un arriero que tornaba solo con su recua de alguna expedición, o un gañán que volvía de arar con los bueyes o las mulas uncidas aún al arado”*<sup>1055</sup>.

Si se comparan los dos bloques de citas –el que se refiere a los habitantes y el que se centra en la descripción del campo- se llega a la conclusión de que una cosa son los primeros y otra el segundo, una los habitantes y otra la ideología que subyace tras la desproblematizada visión del mundo rural que presenta Valera. Y ¿dónde se puede apreciar mejor esta desproblematización que en la contemplación directa de los trabajadores en sus faenas? Faustino va de excursión con Rosita a una de las fincas de su padre, don Juan Crisóstomo,

<sup>1052</sup> *Ibíd.*, p. 275.

<sup>1053</sup> *Ibíd.*, p. 368.

<sup>1054</sup> *Ibíd.*, p. 62-63.

<sup>1055</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino*, cit., p. 63-64.

que es un rico propietario de Villabermeja: “Poseía éste, en las laderas contiguas a aquel llano, muchas fanegas de majuelo, que estaban a la sazón binando más de cincuenta hombres que habían venido de varada”<sup>1056</sup>. Aquí se recoge implícitamente el problema del campo andaluz: la existencia de un abundante número de campesinos sin tierra que se ven obligados a trabajar como braceros en las fincas de los grandes terratenientes de un modo eventual. Valera se limita a dejar constancia del numeroso grupo de trabajadores, pero no hace la mínima referencia a las condiciones de trabajo. Es más, justo a continuación, yuxtapuesta, nos volvemos a encontrar con una lírica descripción del atardecer:

*“La hora del crepúsculo fue encantadora en aquel sitio. Las flores dieron más perfume; el aire se llenó de más grata frescura; los pájaros despidieron al sol, que se sepultaba entre nubes de carmín y de oro, con trinos y gorjeos más amorosos y suaves”*<sup>1057</sup>.

Pero aquí no acaba todo. Por la noche hacen una fiesta en la que campesinos y señores cenan en alegre compañía unos corderos preparados por ellos y regalados por don Juan, pues es la última noche, ya que al día siguiente terminan la faena y se van a trabajar a otra finca<sup>1058</sup>. Esto le sirve de excusa a Valera para, mientras describe su vuelta al cortijo esa última tarde, explayarse en una erudita explicación filológica:

*“Los cincuenta hombres que habían estado binando se vinieron a la casería, con el aperador a la cabeza. Todos traían las azadas al hombro, menos el aperador, que llevaba la vara, signo de su autoridad y como bastón de mando con que dirigía las faenas agrícolas. De la vara, sin duda, proviene que cuando van jornaleros a una finca distante de la población y duermen en ella, durante algunos días, hasta que terminada la obra vuelven al lugar, se diga que van de varada”*<sup>1059</sup>.

La explicación filológica desvía la atención de la dimensión social de esta forma de trabajar y reduce todo lo anterior al cumplimiento de una función puramente documental para resolver o ilustrar una cuestión lingüística.

Luego, Valera, al igual que el tema del trabajo doméstico, utiliza el mundo rural para presentar unas relaciones sociales y una imagen de la realidad que no se ajustan a ésta, sino a los intereses de la clase cuya ideología representa: el reducido sector de la burguesía que forma parte de la oligarquía de la Restauración.

El resto de los autores burgueses -los que representan a la burguesía liberal- apenas si se ocupan de los campesinos. Las referencias son más bien escasas. Tres son los enfoques que se pueden distinguir en el tratamiento del tema: denuncia, función de contraste y rechazo negativo.

Hay algunas en las que se hace, de un modo más o menos explícito, una denuncia de lo dura que resulta la vida de los trabajadores del campo que no descansan nunca y tienen que trabajar tierras que no les pertenecen:

<sup>1056</sup> *Ibíd.*, p. 265-266.

<sup>1057</sup> *Ibíd.*, p. 267.

<sup>1058</sup> “*Todo era, pues, animación y bullicio rústico en la puerta y placeta de la casería, cuando llegó la noche. Con la venida de los amos no pudo menos de prepararse una gran fiesta. La noche convidaba a ello. El cielo despejado dejaba que la luna y las estrellas derramasen su luz pálida sobre todos los objetos, orlando los árboles con perfiles de plata y difundiendo por donde quiera una incierta y vaga claridad. Los ruiseñores cantaban en la espesura; los rayos murmuraban con dulce monotonía, y lo apacible y regalado de la noche convidaba a tomar el sereno.*” P. 268.

<sup>1059</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino*, cit., p. 268.

*“Quéjense los obreros de las fábricas y talleres que se levantan en las ciudades, de ciertos males, que sus oficios respectivos llevan inherentes: pero ninguno se queja con tanta razón, como la que tendría el obrero del campo, verdadero siervo del terruño de la edad moderna”*<sup>1060</sup>.

El labrador tiene más motivos para quejarse que los trabajadores industriales porque sus condiciones de vida son mucho más duras:

*“El labrador (dando a esta palabra todo el valor que quiera dársele) es el ser más sufrido, más constante, más trabajador y más injustamente tratado en los tiempos modernos. La fábrica, el taller, cualquier oficio, cualquier profesión, tiene sus momentos de reposo. [...] Pero el labrador no tiene descanso, ni reposo, ni tranquilidad”*<sup>1061</sup>.

Tras esta consideración general sobre la situación en la que viven los labradores, Asensio, que localiza esta parte de la novela en Urbellana, pueblo de Salamanca, señala las causas concretas de su pobreza:

*“Aquellos labradores eran en su mayoría esclavos del terruño; esto es, trabajaban para otro, y al cultivar la tierra y dejar en ella todas sus actividades y energías hacíanlo sin que muchas veces recogieran lo bastante para sus vida. La mayor parte de aquellos terrenos que se cultivaban, no eran de la propiedad del cultivador. Pertenecían a un rico propietario, título de Castilla, que bien ajeno acaso de lo que sus colonos trabajaban para conservar ricas y lozanas estas propiedades, tenía en Salamanca un administrador encargado de cobrar las rentas, en tanto que él derrochaba en la corte cuanto su fortuna producía”*<sup>1062</sup>.

Antonio Asensio señala aquí un problema endémico del campo español: la gran masa de campesinos sin tierra como consecuencia del latifundismo. Sin embargo, justo a continuación, narra el esmero con el que los labradores escogen los mejores frutos de la cosecha para pagar sus rentas:

*“Era de ver el cuidado con que aquellos arrendatarios escogían el mejor trigo de sus paneras para pagar sus rentas, y era de ver asimismo aquellos carros tirados por hermosas yuntas de robustos bueyes, y repletos de sacos llenos del ansiado fruto, pararse a las puertas de aquel granero general y vaciarse en las enormes y siempre repletas paneras del propietario, que parecían acopiar todo el trigo de la comarca con más ansia que previsión tuvieron en su tiempo los Faraones”*<sup>1063</sup>.

La sumisión y conformismo, inherentes al esmero de los campesinos, y el enfoque estetizante predominante en la última parte de la descripción, diluyen y aligeran en gran parte la carga crítica que las anteriores palabras podían tener como denuncia de una situación de explotación e injusticia<sup>1064</sup>.

<sup>1060</sup> Antonio Asensio: *Juan José, novela de costumbres populares basada en el célebre drama de D. Joaquín Dicenta*, Madrid, Mariano Núñez Samper [s.a. Lleva un nota manuscrita de Joaquín Dicenta fechada en 1896] Tomo I, BN: 2/41480, p. 471.

<sup>1061</sup> *Ibid.*, p. 472.

<sup>1062</sup> *Ibid.*, p. 473-474.

<sup>1063</sup> *Juan José*, tomo I, cit., p. 474.

<sup>1064</sup> Tampoco hay que olvidar que, en el contexto, la relación de las penalidades de los campesinos se puede interpretar como una especie de recriminación a las quejas de los trabajadores industriales. Es como si les dijera: “no tenéis derecho a protestar ni a plantear tantas reivindicaciones porque, comparados con los trabajadores del campo, sois unos privilegiados”.

También Galdós hace referencia a la pobreza de los campesinos provocada por la falta de tierra. Doña Isabel, la tía de Miquis, propietaria de fincas en La Mancha, vivía en Madrid de las rentas que éstas le producían:

*“Las piezas de valor teníanlas arrendadas a los labradores pobres de la comarca, que cultivaban el azafrán, esa droga que debiera llamarse oro vegetal, porque vale tanto como el más fino de Arabia o el de los peruanos montes. No obstante, los que crían y peinan las doradas hebras de esta rica florecilla son los más pobres de La Mancha, porque el cultivo del azafrán es muy costoso, y el mucho esmero que exige embebe todas las ganancias”*<sup>1065</sup>.

Bastante más profunda es la crítica de Clarín, que también se refiere a este mismo problema, pues adquiere un alcance que trasciende la dimensión particular del tema. El marqués de Vegallana es un rico terrateniente:

*“Por toda la provincia tenía esparcidos sus dominios el marqués, en forma de arrendamientos que allí se llaman caseríos, y a más de la renta, que era baja, por consistir el lujo en esta materia en no subirla jamás, pagaban los colonos el tributo de los mejores frutos naturales de su corral, del río vecino, salmones, truchas, capones, gallinas, acudían mal de su grado a la cocina del marqués.”*

De ahí que haya siempre gran abundancia de todo tipo de comestibles en la cocina de éste; pero para que eso sea posible:

*“A todas horas, de día y de noche, en alguna parte de la provincia se estaban preparando las provisiones de la mesa de Vegallana. A media noche, cuando los hornos estaban apagados y dormía Pedro y dormía el amo, y nadie pensaba en comer, allá a dos leguas de Vetusta, en el río Celonio velaba un pobre aldeano tripulando miserable barca medio podrida y que hacía mucha agua.”*

Se pasaba en vela toda la noche acechando el paso de los salmones para que fuera degustado en la mesa del marqués:

*“Aquel salmón que pescara el colono del magnate a la luz de una hoguera portátil era el mismo que ahora estaba sangrando, todo lonjas, esperando el momento de entregarse a la parrilla, sobre una mesa de pino, blanca y pulcra.”*

El pescador no es el único que pasa las noches en vela para que no falte nada en la mesa de Vegallana:

*“También de noche, cerca del alba, emprendía su viaje al monte el casero, que se preciaba de regalar a su ‘señor’ las primeras arceas, las mejores perdices; y allí estaban las perdices sobre la mesa de pino, ofreciendo el contraste de sus plumas pardas con el rojo y plata del salmón despedazado. Allí cerca, en la despensa, gallinas, pichones, anguilas monstruosas, jamones monumentales, morcillas blancas y morenas, chorizos purpurinos, en aparente desorden yacían amontonados o pendían de retorcidos ganchos de hierro, según su género.”*

Toda la provincia trabaja para la mesa del marqués:

*“Aquella despensa devoraba lo más exquisito de la fauna y la flora comestibles de la provincia. Los colores vivos de la fruta mejor sazónada y de mayor tamaño animaba el cuadro, [...] Peras amarillentas, otras de asar, casi rojas, manzanas de oro y grana, montones de nueces, avellanas y castañas, daban alegría, variedad y armoniosa distribución de luz y sombra al conjunto, succulento sin más que verlo, mientras al olfato llegaban mez-*

<sup>1065</sup> *El doctor Centeno*, cit., p. 145.

*clados los olores punzantes de la química culinaria y los aromas suaves y discretos de naranjas, limones y heno, que era el blando lecho de la fruta*”<sup>1066</sup>.

La mesa del marqués se convierte así en una metonimia de la relación de la oligarquía con el pueblo durante la Restauración y, concretamente, del papel político de éste: “*Y el marqués sonreía cuando le hablaban de ampliar el sufragio. ‘¿Y qué?, ¿no son todos cosecheros míos?, ¿no me regalan sus mejores frutos? Los que me dan los bocados más apetitosos, ¿me negarán el voto insustancial, ‘flatus vocis’?*”<sup>1067</sup>.

De ahí, lógicamente, que los colonos de Vegallana mantengan una actitud servil ante el marqués y sus amigos. En una de las visitas de éstos a su finca de recreo –el Vivero– se divierten tirándose la hierba que el casero tiene apilada para el ganado, por lo que

*“el Marqués gritaba desde la galería del primer piso:*

*-¡Eh, locos!, ¡locos!, que os echo los perros, que destrozáis la hierba de Pepe... ¿Qué va a cenar el ganado? ¡Locos!...*

*Pepe, no lejos del pozo, vestido con los trapos de cristianar, más una corbata negra que había creído digan de un factor, dejaba hacer, dejaba pasar, se rascaba la cabeza y sonreía gozoso...*

*-Deje, señor, deje que ‘rebrinquen’ los señoritos, que la ‘erba’ yo la apañaré... en sin perjuicio...*”<sup>1068</sup>.

Es evidente que todas las citas anteriores encierran una denuncia de las dureza del trabajo del campo, del absentismo de los propietarios y de la miseria y servilismo en que viven los campesinos obligados a trabajar en tierras ajenas. Pero estas citas, además de que en la mayoría de los casos no son lo suficientemente explícitas, no van más allá de constituir referencias aisladas que, en el conjunto de las novelas en las que se insertan, ocupan un lugar muy poco relevante por lo que la mencionada denuncia pasa casi desapercibida. Pero no sólo eso; si tenemos en cuenta el contexto general de las novelas en las que las anteriores citas aparecen, la posible denuncia se ve contrarrestada porque convive con otro enfoque del tema en el que los campesinos desempeñan un papel que no está en función de sí mismos, sino de los intereses de clases de la burguesía liberal que se recogen en las novelas que se están analizando.

En este segundo enfoque, de los tres señalados anteriormente, el mundo campesino funciona como elemento de contraste para destacar y criticar algún aspecto relacionado con la oligarquía. Tanto Galdós como Clarín hacen uso del mundo rural en este sentido. Al primero pertenece la siguiente cita:

*“Hacia Ficóbriga caminaba Gloria, arrastrando la pesadumbre de su dolor como el imitador de Cristo, a quien éste ha dicho: ‘Toma tu cruz y sígueme’. Todo en derredor suyo respiraba paz y dulce reposo de los campos. Volvían los bueyes de las praderas y del trabajo, lentos, paso a paso, cabeceando con las pesadas testas y sus nobles semblantes llenos de gravedad. Las mujeres de la aldea iban en opuesto sentido, llevando sobre la cabeza largos panes de más de media vara*”<sup>1069</sup>.

El mundo rural no está aquí en función de sí mismo: su paz, tranquilidad y serenidad sirven como piedra de toque para destacar la agitación de la protagonista que, enamorada del judío

<sup>1066</sup> *La Regenta*, cit., p. 151.

<sup>1067</sup> *La Regenta*, cit., p. 152.

<sup>1068</sup> *Ibid.*, p. 581.

<sup>1069</sup> *Gloria*, cit., p. 175.

Morton, ha decidido renunciar a su amor porque su severa educación religiosa no le permite ningún tipo de transigencia en este terreno. Gloria pertenece a una de las familias más ilustres de Ficóbriga –los Lantigua- representantes de la clase dirigente de la Restauración, por lo que la crítica contra la intransigencia religiosa es una crítica contra esta clase desde la óptica de la burguesía liberal y el campesino es utilizado como un apéndice de la misma.

Tratamiento parecido es el de Clarín, que lo emplea como motivo estético que le permite a Ana, además de experimentar sensaciones ajenas al esclerotizado ambiente en el que vive, canalizar una sensibilidad que, en la grosera sociedad de Vetusta no encuentra ocasiones de realización, que, en cambio, se presentan en las excursiones que hacen a sus alrededores:

*“Se comía, allá arriba, lo que salía al paso, lo que daban los pasmados venteros: chorizos tostados chorreando sangre, unas migas, huevos fritos, cualquier cosa; el pan era duro, ¡mejor!, el vino malo, sabía a pez, ¡mejor! Esto le gustaba a Quintanar; y en tal gusto coincidía con su esposa, amiga también de estas meriendas aventuradas, en las que encontraba un condimento picante que despertaba el hambre y la alegría infantil. En aquellos altozanos se respiraba el aire como cosa nueva; se calentaban a los rayos del sol con voluptuosa pereza, como si el sol de Vetusta, de allá abajo, fuera menos benéfico. Notaba Ana que en aquella altura, en aquel escenario, mitad pastoril, mitad de novela picaresca, entre arrieros, maritornes y señores de castillos, a lo don Quijote, se despertaba en ella el instinto del arte plástico y el sentido de la observación; reparaba las siluetas de árboles, gallinas, patos, cerdos, y se fijaba en las líneas que pedían el lápiz, veía más matices en los colores, descubría grupos artísticos, combinaciones de composición sabia y armónica, y en suma se le revelaba la naturaleza como poeta y pintor en todo lo que veía y oía, en la respuesta aguda de una aldeana o de un zafio gañán, en los episodios de la vida de corral, en los grupos de las nubes, en la melancolía de una nube cansada y cubierta de polvo, [...] y sobre todo en el ritmo recóndito de los fenómenos, divisibles a lo infinito, sucediéndose, coincidiendo, formando la trama dramática del tiempo con una armonía superior a nuestras facultades perceptivas, que más se adivina que de ella se da testimonio”<sup>1070</sup>.*

Pero, como el exceso de sensibilidad de Ana es también la causa de sus frecuentes neurosis, el campo, al que se va a vivir con su marido durante una temporada por prescripción médica, ejerce sobre ella una influencia beneficiosa que le hace recuperar la serenidad y a don Víctor filosofar ingenuamente, filosofía propiciada, por supuesto, por su simpleza, pero también por la selección de elementos estéticos a que queda reducido el mundo rural:

*“Como la romería de San Pedro, hubo muchas durante el mes de julio por los alrededores del Vivero. A casi todas asistieron los marqueses y sus amigos. Quintanar y señora esperaban a los de Vetusta en la quinta; y unas veces a pie, otras en coche, se emprendía la marcha, se recorrían aquellas aldeas pintorescas, se oían aquellos cantos monótonos, pero siempre agradables, dulces y melancólicos de la danza indígena, y se volvía al oscurecer, comiendo avellanas y cantando, entre labriegos y campesinas retozonas, confundidos señores y colonos en una mezcla que enternecía a don Víctor, el cual decía: ‘Vea usted si se pudiera realizar la igualdad y la fraternidad..., no habría otra cosa más poética’”<sup>1071</sup>.*

Pero don Víctor no sólo demuestra su simpleza filosofando, sino también haciendo el payaso, con lo que el mundo campesino se convierte en un elemento más para caracterizar esta faceta del personaje:

<sup>1070</sup> *La Regenta*, cit., p. 403-404.

<sup>1071</sup> *Ibíd.*, p. 602-603.

*“Don Víctor creía que en el campo, sobre todo si se merienda, no se debe hacer más que locuras; y por supuesto, era, según él, indispensable que alguien se disfrazase cambiando, por lo menos, de sombrero. Él solía en tales ocasiones buscar un aldeano que usara la antigua montera del país; se la pedía en préstamo, y se presentaba cubierto con aquel trapo de pana negra al respetable concurso. Se reían por complacerle”<sup>1072</sup>.*

Es decir, que incluso en *La Regenta*, que es la novela más crítica de todas las de esta generación, sólo aparece alguna que otra referencia al mundo campesino y en ninguna de ellas está éste tratado en función de sí mismo, sino desde la perspectiva de la burguesía liberal.

Lo mismo sucede en el tercero de los enfoques señalados: la caracterización negativa. Galdós traza un cuadro durísimo del mundo rural, que ve lleno de defectos mucho más graves, en su opinión, que los que tanto se critican en las ciudades:

*“Hay en nuestras sociedades enemigos muy espantosos; a saber: la especulación, el agio, la metalización del hombre culto, el negocio; pero sobre éstos descuella un monstruo que a la callada destroza más que ninguno: la codicia del aldeano. Para el aldeano codicioso no hay ley moral, ni religión, ni nociones claras del bien; todo esto se resuelve en su alma con supersticiones y cálculos groseros, formando un todo inexplicable. Bajo el hipócrita candor se esconde una aritmética parda que supera en agudeza y perspicacia a cuanto idearon los matemáticos más expertos. Un aldeano que toma el gusto a los ochavos y sueña con trocarlos en plata para convertir después la plata en oro, es la bestia más innoble que puede imaginarse; tiene todas las malicias y sutilezas del hombre y una sequedad de sentimientos que espanta. Su alma se va condensando hasta no ser más que un graduador de cantidades. La ignorancia, la rusticidad, la miseria en el vivir completa esta abominable pieza, quitándole todos los medios de disimular su descarnado interior. Contando con los dedos, es capaz de reducir a números todo el orden moral, la conciencia y toda el alma”<sup>1073</sup>.*

Dos son los aspectos, ambos estrechamente relacionados, que se pueden destacar en esta cita: rechazo del mundo rural y concepción pesimista de la condición humana. El primero, que es evidente, se explica porque Galdós considera el mundo rural como aliado natural de las clases conservadoras responsables del fracaso de la revolución burguesa. Y el segundo porque, tras dicho fracaso, dada su firme creencia en la idoneidad del liberalismo burgués como sistema adecuado para aglutinar y resolver los problemas de la sociedad española, cae en el pesimismo que se irá acentuando con el transcurso de los años. Por eso, si al principio de este apartado afirmaba que, en líneas generales, el tratamiento del tema, tanto en una corriente novelística como en la otra, es “ideológico”, en el sentido de que se utiliza como soporte, en este caso, de la visión burguesa de la realidad, esta última cita es buena prueba de ello. Galdós se centra más en lo moral que en lo social. Desde el momento en que afirma que el problema más grave que tiene el mundo rural es la codicia, que convierte al campesino en un ser incapaz de distinguir el bien del mal, sin sentido moral ni religioso, se aleja por completo de las circunstancias concretas y se adentra en el plano de la moral abstracta. El campesino deja de ser una persona de carne y hueso para convertirse en soporte de una concepción pesimista de la condición humana muy próxima a la del noventaiochismo, de tal manera que la denuncia de la codicia y el pragmatismo religioso anticipa la que Antonio Machado hará en algunos poemas de *Campos de Castilla* más de treinta años después<sup>1074</sup>.

<sup>1072</sup> *La Regenta*, cit. p. 404.

<sup>1073</sup> *Marianela*, cit., p. 48-49.

<sup>1074</sup> “Abunda el hombre malo del campo y de la aldea, / capaz de insanos vicios y crímenes bestiales, / que bajo el pardo sayo esconde un alma fea, / esclava de los siete pecados capitales. // Los ojos siempre turbios de



Señalar la naturaleza humana como causa de las deficiencias de la realidad es lo mismo que afirmar que éstas no tienen solución porque se trata de una causa que escapa al control. El pesimismo actúa así como elemento de una concepción ideológica en la que se ve la realidad existente como inmutable –“conviene” que lo sea- porque la alternativa es contraria a los intereses de clase a los que esta concepción responde.

### **Conclusiones del tema campesino**

Tras el análisis anterior del tema campesino en la novela liberal se observa que hay una diferencia de tratamiento entre Valera y los demás. En las novelas de Valera la realidad, que aparece como telón de fondo, resulta idealizada y las relaciones sociales no son nada problemáticas: no hay ningún roce entre braceros y propietarios. Valera, aunque de espíritu abierto y culturalmente liberal, socialmente se encuentra perfectamente arraigado y se siente muy a gusto en el modelo social de la Restauración con el que no mantiene ningún tipo de contencioso. Distintos son los casos de Galdós y Clarín, que adoptan una actitud de radical enfrentamiento. De ahí que aprovechen cualquier coyuntura para criticar a la oligarquía y utilicen también el tema campesino al servicio de este objetivo. Y lo hacen de dos maneras que casi se podría decir que resultan opuestas: por una parte, señalan las duras condiciones de vida de los trabajadores del campo, de las que son culpables los propietarios que viven cómodamente de las rentas; pero, por otra, recrean estéticamente el mundo rural presentándolo como un remanso de paz y tranquilidad<sup>1075</sup> en el que los atormentados personajes de la clase alta –Gloria, Ana Ozores- recuperan la serenidad perdida. En ambos casos la oligarquía sale malparada pues, en el mejor de ellos, resulta tachada, además de ociosa y explotadora, de neurótica e intransigente. Esto es lo que interesa a estos autores: atacar a la oligarquía, no defender al campesino convirtiéndose en portavoces de sus reivindicaciones. Es más, tras los acontecimientos del sexenio revolucionario la burguesía ha aprendido que ciertas alianzas no le convienen. Por eso, este tema ocupa un lugar tan poco relevante en la novela liberal y las referencias al mismo son más bien escasas: no conviene dar alas, ayudándoles a tomar conciencia de su situación a quienes son ya potenciales enemigos de clase. Esto explica el duro ataque, comentado líneas atrás, de Galdós.

Una y otra vez llegamos, pues, a la misma conclusión: la novela liberal de este último tercio del siglo se ocupa poco del pueblo y, cuando lo hace, no es con un tratamiento objetivo sino ideologizado desde la óptica de sus intereses de clase.

#### **3.2.5.4. Conclusiones del mundo laboral.**

Tres son las clases sociales desde cuya óptica se analiza, en sendas corrientes novelescas, el tema: oligarquía, burguesía liberal y proletariado, aunque sólo hay una novela que defienda los intereses de este último. El tratamiento del tema en cada una de ellas y las modalidades de trabajo de las que se ocupan están determinados por su actitud hacia la so-

---

*envidia o de tristeza, / guarda su presa y llora la que el vecino alcanza; / ni para su infortunio ni goza su riqueza; le hieren y acongojan fortuna y malandanza.”* XCIX (Por tierras de España).

*“Igual que el balletero / tahúr de la cantiga, / tuviera una saeta el hombre ibero / para el Señor que apedreó la espiga / y malogró los frutos otoñales, / y un “gloria a ti” para el Señor que grana / centenos y trigales / que el pan bendito le darán mañana.”* CI (El Dios ibero).

<sup>1075</sup> También se puede afirmar que esta recreación estética del mundo campesino como un reducto de serenidad no se debe al narrador, sino que éste adopta la perspectiva de los personajes que, cuando comparan su atormentado interior con las rústicas preocupaciones de los aldeanos, son los que lo “ven” con esas características.

ciudad de la Restauración, que depende, a su vez, de la posición que cada una de ellas ocupa en la misma. Esto supone que, aunque recojan algunos aspectos objetivos de las condiciones de vida de los trabajadores, no existe objetividad en el tratamiento de los mismos, pues van a prevalecer en cada caso los respectivos intereses de clase.

La oligarquía defiende a ultranza la Restauración. Pero esta clase no es uniforme, como tampoco lo es la burguesía liberal. Por eso, dentro de la novela que responde a sus intereses se pueden distinguir dos corrientes: una, opuesta a cualquier tipo de progreso traído por el desarrollo industrial y otra, que lo acepta. La primera se ocupa del mundo campesino y del servicio doméstico; presenta de ambos una imagen de armonía y, aunque no esconde la dureza de la vida campesina, ésta resulta a la postre idealizada por el conformismo y la resignación –virtudes que forman parte del acervo moral ancestral- de sus protagonistas que se sienten seguros y protegidos en la sociedad tradicional. Los únicos problemas que en esta sociedad surgen se deben a la influencia perturbadora de elementos externos; nunca a contradicciones internas, pues éstas simplemente no existen. Esta novela, cuyo principal representante es Pereda, no se ocupa del proletariado porque éste no forma parte de la sociedad rural que constituye su universo novelesco. Sí lo hace la segunda de las corrientes que se desarrolla en un ambiente urbano. Ésta plantea la cuestión de las reivindicaciones obreras y su enfrentamiento con los patronos. Pero tampoco estas tensiones son consecuencia de las imperfecciones del sistema; éste, al igual que la sociedad tradicional, defendida en la otra corriente, es perfecto. Prueba de ello es la apología del liberalismo -sistema en el que todo el mundo tiene las mismas oportunidades y más que nadie los obreros- como se ha visto en la novela de Félix de Bona. También en esta novela los problemas son causados por agentes agitadores externos que actúan al servicio de extrañas ideologías con las que intoxican a los trabajadores haciéndoles olvidar que la solución a sus problemas depende de ellos mismos, de que se esfuercen para perfeccionarse en su trabajo y practiquen el ahorro. Es decir, en las virtudes económicas del proletario. Socialmente, ambas corrientes son, por tanto, igualmente conservadoras pues conciben las relaciones entre patronos y obreros de un modo paternalista y los posibles problemas o reivindicaciones por parte de éstos los achacan no a que se encuentren descontentos con su situación, sino a la influencia malsana de elementos externos que perturban al pueblo ingenuo, sufrido y sencillo que siempre se ha caracterizado por su comportamiento moral. Luego, unos y otros, “resuelven” el problema del trabajo –tanto en el ámbito rural como en el urbano- dentro del propio sistema, que es el que lo ha creado, exculpando a éste y apelando a las virtudes, en un caso morales, en el otro económicas, del trabajador. La Restauración no sólo no es cuestionada, sino que sale fortalecida.

La burguesía liberal ha quedado fuera del poder tras la llegada de la Restauración. La implantación de ésta ha supuesto el fracaso de la revolución burguesa y la consiguiente frustración de sus impulsores. Pero éstos se encuentran también atemorizados por la clase trabajadora. Por eso, si la frustración les lleva a criticar inmisericordemente a la oligarquía utilizando, entre otros argumentos, la situación de dichas clases, el temor a éstas les mueve a ser prudentes pues, de sobrepasar ciertos límites, la denuncia de esa situación podría servir de aliento a los impulsos revolucionarios de las mismas. Pero, además, el grado de amenaza que cada uno de los tres grupos de trabajadores supone para la burguesía no es el

mismo o, al menos, no es percibido de la misma manera y las posibilidades de utilizarlos para combatir a la oligarquía tampoco. Es decir, no todos son enemigos en la misma medida: hay enemigos a los que hay que desplazar del poder que se aspira a conquistar, y otros que te pueden desplazar en el hipotético caso de alcanzarlo. A los que hay que desplazar son a los que están aliados con la oligarquía: campesinos y criados, aunque el grado de alianza de unos y otros es diferente. Los que te pueden desplazar son los que, por su conciencia de clase, militan en el campo opuesto: el proletariado industrial. Ante éstos no hay uniformidad pues dentro de la burguesía hay quien cree, como Palacio Valdés, en la colaboración y hay quien no, como Galdós. Por eso las distintas sensibilidades analizadas. Pero, aunque Galdós lo vea más como enemigo que como posible colaborador, como hace Palacio Valdés, tampoco se ensaña; lo ignora, lo soslaya. No se atreve a utilizarlo como proyectil contra la oligarquía, quizás porque teme no poder controlarlo, que es lo que pretende Palacio Valdés al hacer que el médico se convierta en portavoz de los anhelos de los mineros, lo que significa que está proponiendo que las reivindicaciones proletarias pueden ser perfectamente asumidas y reconducidas por la burguesía. Palacio sigue creyendo en el liberalismo mientras que Galdós comienza a mostrarse decepcionado<sup>1076</sup>. Pero, a pesar de estas diferentes sensibilidades, se puede distinguir una línea general que se mueve entre el tratamiento positivo y la cautela. En líneas generales el tratamiento del proletariado es positivo porque su potencialidad combativa, dado que es el grupo con mayor conciencia de clase, puede ser utilizada contra la oligarquía; pero, como son conscientes de que también se podría volver contra la propia burguesía, se ocupan poco del tema y no hacen de él nunca un tratamiento autónomo. A los criados, en cambio los atacan caracterizándolos tan negativamente como a sus señores porque participan de la mentalidad de éstos, tienen perfectamente asumidos sus valores y, por tanto, no son susceptibles de ser utilizados como enemigos para subvertir el sistema social de la Restauración: forman parte de él. El mundo rural tiene suficientes motivos de queja dadas las precarias condiciones de vida de los campesinos explotados por los terratenientes, que forman parte de la clase dirigente con la que un importante sector de aquéllos mantiene un abierto enfrentamiento: la propagación de las doctrinas anarquistas por el campo andaluz en el último tercio del siglo es buena prueba de ello. En este sentido estos trabajadores forman parte de los antagonistas de la Restauración y de ahí que su situación sea utilizada como un argumento más contra la misma. Éste es, pues, el motivo de la denuncia. Pero, la mayor parte del campesinado se caracteriza por su bajo grado de conciencia de clase, su conservadurismo y tradicionalismo, por lo que el campesinado en general, al igual que sucede con los trabajadores domésticos, cuenta entre los “aliados naturales” de la oligarquía. Ésta sería la razón, como en el caso de los criados, del duro ataque de Galdós. Pero ni la denuncia trata de contribuir a concienciarlos de su situación, ni el ataque se debe a que se les considere enemigos de clase: el destinatario de una y otro es la oligarquía.

El proletariado es en estos momentos una clase social incipiente que se halla en los inicios del proceso de adquisición de su conciencia de clase. Se encuentra enfrentado tanto

---

<sup>1076</sup> Galdós se mueve entre el soslayamiento, producto de su visión estrechamente burguesa y del miedo que le provoca a esta clase la posibilidad de una revolución proletaria, y el pesimismo, consecuencia de también de esa misma visión que le impide considerar que pueda haber una alternativa y, por tanto, una solución fuera del liberalismo.

a la oligarquía como a la burguesía liberal, pues lo que pretenden no es reformar el sistema capitalista sino terminar con él; de ahí que, a diferencia de lo que sucede en las otras dos corrientes, donde la imagen de los trabajadores es objeto de diversos tratamientos y matizaciones, en ésta el modelo socioeconómico vigente –y con él la oligarquía dominante- es frontalmente rechazado sin ningún tipo de distinciones. Pero el proletariado es todavía débil y minoritario. Por eso, las novelas que se hacen eco de sus intereses son escasas -yo sólo he encontrado una-, pero independientemente del número, la existencia de ésta demuestra que esa conciencia ya está claramente definida en la última década del siglo. Por otra parte, esta novela –*Justo Vives* de Anselmo Lorenzo- se ocupa en exclusiva del proletariado industrial; ni campesinos ni criados encuentran sitio en sus páginas precisamente por su escasa conciencia de clase.

En síntesis: la novela conservadora presenta una imagen favorable de los tres grupos de trabajadores; la liberal, muy desfavorable de los criados y matizada en el caso de los otros dos. La proletaria defiende sin ambages ni matices un modelo de organización social sobre unas bases distintas a las del capitalismo. La corriente más significativa, por la calidad de sus cultivadores, es la liberal. El hecho de que le conceda tan poca importancia –por el enfoque y la escasez de las referencias- al mundo del trabajo, que ocupa ya un lugar relevante en la historia, es una prueba más de la idea central en torno a la que gira toda la última parte de esta tesis: la monopolización de la novela por la burguesía.

### 3.2.6 LAS RELACIONES SOCIALES: TRATO EXTERNO IGUALITARIO PERO DESIGUALDAD REAL.

Del punto anterior se puede deducir que las tres corrientes novelísticas de este período son conscientes, como lo eran las dos del período anterior, de que la sociedad española está conformada por diversas clases sociales con intereses contrapuestos y, por tanto, con grandes desigualdades entre ellas. Ninguna de dichas corrientes lo oculta. Pero, mientras que la proletaria –aunque los testimonios son bastante escasos- lo denuncia abiertamente, pues aspira a construir una sociedad sin clases, las otras dos procuran no insistir demasiado en ello. Por eso, tras señalar, e incluso justificar, las diferencias, procuran disimularlas –en el caso de la corriente liberal hasta elaboran una “teoría sociológica” sobre las peculiaridades de la forma de ser de los españoles- presentando una serie de “medidas correctoras” con las que pretenden paliar los efectos negativos que de la existencia de las desigualdades se derivan. Pero, por mucho que se empeñen en disimularlas, las desigualdades resultan claramente perceptibles, por lo que se pone de manifiesto que estos intentos de difuminarlas responden a los intereses de clase de los respectivos novelistas.

Lo que pretendo en este punto es analizar cómo presenta cada una de las corrientes novelísticas los diferentes aspectos que de las relaciones entre las clases sociales se derivan.

#### 3.2.6.1. La existencia de la desigualdad.

En la novela de tendencia conservadora siguen apareciendo referencias –aunque menos que en el período anterior- a la división en clases y las consiguientes diferencias sociales, fundamentándolas, aunque nunca lo dicen explícitamente, en razones de tipo “natural”, lo que implica que los de arriba se saben superiores y lo asumen, y viceversa. Es el caso de Julia, la marquesa que vive retirada en sus posesiones de Andalucía tras haber llevado una vida licenciosa en la corte. Si ahora se comporta de un modo ejemplar, no es porque esté arrepentida pues

*“estaba visto que el orgullo de raza suplía en ella por la virtud, y que, imposibilitada de pecar como sus iguales, no quería prostituirse como sus inferiores... ¡Todo el problema de quien en aquel destierro aspirase a su amor consistía, pues, en averiguar si Julia consideraba o no al pretendiente igual a sí misma”<sup>1077</sup>.*

Es decir, la marquesa considera –y el narrador se hace eco de ello de tal manera que parece mostrarse de acuerdo- que el mismo acto puede merecer la consideración de pecado o de prostitución dependiendo de con quién se haga: un igual o un inferior. La explicación reside en que, aunque moralmente ambas calificaciones sean equivalentes, socialmente no lo son. La marquesa se permite pecar porque eso se hace con sus iguales con los que, por estar situados en la misma escala social, es, además, más fácil entenderse. Por eso, García y Ranimiro, cuando éste es detenido por aquél, congenian de inmediato y el primero se da cuenta en seguida de que su prisionero “*es un inocente calumniado*”<sup>1078</sup> y se enfrenta a las turbas que, atribuyéndole todo género de crímenes, quieren que sea ejecutado en el acto. Las diferencias de clase se traducen, pues, en diferencia de comportamiento. Y esto no sucede sólo en los campos de batalla, sino también en los teatros de la corte:

<sup>1077</sup> *La Pródiga*, cit., p. 74.

<sup>1078</sup> *Amaya*, cit., p. 249.

“Recorriendo con la vista las localidades del teatro, repletas de elegantes damas, de caballeros presumidos y de vulgo sencillote y embelesado, [...] observé que casi todas las damas de copete y la mayor parte de los caballeros ‘distinguidos’, veían con la misma indiferencia que la familia Valenzuela lo que ocurría en el escenario, y que cuanto más nutrido era el aplauso que arrancaba al sencillote público un arrebató apasionado de Teodora Lamadrid, más se acentuaba el desdén de las gentes principales”<sup>1079</sup>.

Pero si los de arriba, como la marquesa o Ranimiro, son conscientes de su superioridad, los de abajo lo son de su inferioridad, lo que les lleva, entre otras cosas, a reconocer y admirar en sus señores las virtudes que ellos no poseen: “El vulgo, imprudente de ordinario, hacíase lenguas de su prudencia [de García]; que siempre se alaba la virtud de que más se carece”<sup>1080</sup>. Asimismo, distinguen a los señores nada más verlos y, conocedores de sus gustos refinados, se disculpan cuando no pueden satisfacerlos. Es lo que hace la camarera, cuando la marquesa de Andrade y Pacheco entran en un merendero en la romería de San Isidro: “Aquí pocas cosas finas se pueden despachar. Lo general que piden... callos y caracoles. Valdepeñas, chuletas”<sup>1081</sup>. Los de abajo se muestran siempre obsequiosos y serviles. En esa misma romería, un guardia municipal, que los ve y los oye decir que hay que avisar al cochero para que vuelva a buscarlos, se ofrece inmediatamente para hacerlo:

“Debió de oírlo un guindilla que andaba por allí ejerciendo sus funciones, y en tono tan reverente y servicial como bronco lo usaba para intimar a la gentuza que se ‘desapartase’, nos dijo con afable sonrisa:  
-Yo aviso, si ‘justan’... ¿Dónde está el coche? ¿Cómo le llaman al cochero?”<sup>1082</sup>.

Este respeto por los jerárquicamente superiores no sólo se da entre desconocidos, sino entre los que se conocen desde niños. Es el caso de Andrés y Muergo, que han jugado muchas veces juntos en las playas y puerto de Santander. Muergo, que es un bruto animal aunque de excelente corazón, está enamorado de Silda por la que también Andrés se siente fuertemente atraído. Éste celoso, porque Muergo le ha dicho que han pasado un rato muy agradable charlando y que ambos han disfrutado de la conversación, lo insulta:

“Digo que mientes, ¡cerdo! Y ahora añado que, si para curarte de ese vicio de calumniar a una muchacha honrada no basta lo que te digo, yo haré que te cierre la puerta de aquella casa quien tenga más autoridad que yo para hacerlo”.

Muergo sostiene que lo que dice es verdad pero, a pesar de que Andrés lo sigue insultando cada vez con más virulencia, se muestra en todo momento respetuoso, lo llama don Andrés y se dirige siempre a él tratándolo de usted: “¡Lo que a usted le pica no es que mienta yo, sino que diga la verdad”<sup>1083</sup>. Muergo sabe muy bien que la clase social a la que pertenece Andrés está muy por encima de la suya y, por eso, se comporta con humildad. También lo sabe Colo, otro de sus compañeros de juegos infantiles, quien harto de recibir coscorriones en las clases de latín, va buscando a Andrés “pa contarle lo que me pasa, ¡Dios!, y ver si en un apuro puede hacer algo por mí, él, que es rico...”<sup>1084</sup>. Colo tiene asumido que el trato no es el mismo para unos que para otros y que, los ricos, por el mero hecho de serlo, gozan de una influencia

<sup>1079</sup> Pedro Sánchez, cit., 160-161.

<sup>1080</sup> Amaya, cit., p. 304-305.

<sup>1081</sup> Insolación, cit., p. 75.

<sup>1082</sup> Insolación, cit., p. 71.

<sup>1083</sup> Sotileza, cit., p. 324.

<sup>1084</sup> *Ibid.*, p. 209.

que no tienen los pobres y, por eso mismo, no se pueden llevar a cabo contra ellos determinadas acciones que contra otros, aunque rechazables, están en el límite de lo permisible; así, cuando Amparo, que ya se ha dado cuenta de que Baltasar no se va a casar con ella, quiere una noche apedrear su casa, su amiga Ana le advierte: “*Mujer, ¿estás loca?... ¡Una casa de la calle Mayor! –murmuró Ana, con respetuoso miedo-. ¿Tú sabes la que se armaría?*”<sup>1085</sup>. Este respeto a la jerarquización social que causa el miedo de Ana, es el mismo que impulsa a la multitud a situarse en lugar aparte en los actos públicos:

*“No lejos del tablado erigido para los bardos, y en el que éstos iban a presentarse para dejar oír sus improvisaciones, veíase una larguísima mesa en la cual debían cenar las personas más distinguidas, mientras que la multitud tendría que acomodarse como pudiera sobre la hierba”*<sup>1086</sup>.

En todos los casos anteriores, la gente del pueblo tiene perfectamente asumida su condición de subordinación porque, al margen de otras diferencias, son pobres. Pero no es sólo el estatus económico el que les hace sentirse inferiores. También se sienten los que se han enriquecido y han escapado de la pobreza pues, a pesar de su dinero, se dan cuenta de que no gozan del reconocimiento del que son objeto los que han formado parte de la clase dirigente desde tiempo inmemorial<sup>1087</sup>:

*“[Robustiana] sabíase rica, y daba por colmado un deseo que, de ser pobre, estimaría superior a todos. ¿Qué echaba de menos? precisamente lo que era imposible adquirir mediante el dinero: la respetabilidad de un apellido, cuyo ruin origen, por mil detalles de poco momento, vislumbraba ella estar menospreciado aun de las gentes más humildes de la villa”*<sup>1088</sup>.

Dos son las conclusiones que se pueden extraer de las citas anteriores: la sociedad que aparece en ellas está rígidamente estructurada y los novelistas reflejan la situación, aparentemente, de un modo “objetivo”. Las barreras interclasistas son tan rígidas que no sólo el pueblo tiene perfectamente asumida su inferioridad, sino que ni siquiera el dinero logra resquebrajar por completo las desigualdades. El tratamiento parece “objetivo” porque los narradores no hacen apología, como sucedía en el segundo período del siglo, de estas diferencias, sino que se limitan a recoger una serie de situaciones sin realizar comentarios de ningún tipo sobre ellas. Pero, si se tiene en cuenta el significado global de las novelas a las que pertenecen las diferentes citas, las posturas de los narradores resultan inequívocas, como se verá un poco más adelante al analizar el epígrafe de las relaciones sentimentales que es uno de los que voy a tratar en este mismo punto<sup>1089</sup>. Y, por otra parte, la aparente objetividad está al servicio del “disimulo” al que me referí al principio: defienden una sociedad rígidamente jerarquizada pero, al mismo tiempo, saben muy bien que tampoco hay por qué insistir en ello más allá de lo estrictamente necesario pues, tras la revolución del 68 y la di-

<sup>1085</sup> *La Tribuna*, cit., p. 259.

<sup>1086</sup> *Jaun Zuria o el caudillo blanco*, cit., p. 8.

<sup>1087</sup> Este tema lo trata también, como analizaré más adelante, la novela liberal en cuyas páginas son varios los casos de hombres de negocios enriquecidos que, buscando precisamente la respetabilidad, buscan los títulos nobiliarios.

<sup>1088</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 272.

<sup>1089</sup> La madre de Andrés –*Sotileza*–, cuando sospecha que su hijo anda enamorado de ésta, recurre a todos los medios a su alcance para cortar la relación. En parecida situación, la de Mario –*Blancos y negros*– le hace ver con toda claridad el abismo social existente entre ambos.

fusión de la idea de igualdad, tanto en su versión liberal como socialista, no resulta acertado oponerse frontalmente a ella.

La corriente liberal también se fija en la desigualdad. Aunque tampoco insisten demasiado en ella –desde luego mucho menos que en el período anterior–, el tono general, si bien con matices, es más bien crítico; sobre todo cuando, como ya se ha visto en repetidas ocasiones, el blanco al que se dirige lo constituye la clase dirigente de la Restauración.

Las desigualdades son visibles hasta en los sitios como Rodillero en donde no existen grandes diferencias de fortuna:

*“Comenzaba el crepúsculo cuando las barcas entraron en la ensenada de Rodillero. Una muchedumbre, formada casi toda de mujeres y niños, aguardaba en la ribera, gritando, riendo, disputando; [...] La gente principal o de media levita contemplaba la entrada de los barcos desde los bancos de piedra que tenían delante las casas más vecinas de la playa”*<sup>1090</sup>.

Pero, a pesar de estas diferencias, las relaciones entre los vecinos de Rodillero no presentan grandes problemas, pues de esa gente principal forma parte, por ejemplo, el señor de Meira, de quien ya hablé detenidamente en el apartado dedicado al poder. Éste, aunque bastante fatuo y muy pagado de sus blasones nobiliarios, es una persona totalmente inofensiva. No sucede lo mismo con los nobles que aparecen en otras novelas, cuya fatuidad les hace creerse con derechos para abusar de los inferiores. En una francachela de aristócratas un duque, que momentos antes ha sacado ostentosamente un billete de 500 pesetas para que se compre todo lo necesario, le da una bofetada a una de las mujeres que comienza a sangrar:

*“¡No, no será nada! –exclamó Mari-Pepa mordiéndose los labios- ¡A ver, ven acá tú; a ver que te ha hecho ese hombre!  
El duque estaba enfurecido. Tenía el vino peleón.  
-Yo no soy ‘ese hombre’, ¿entiendes? Yo soy un caballero.  
-¡Bueno! –replicó Mari-Pepa con su sorna sevillana.- Pues ven acá, hija, ‘a ver lo que te ha roto en la cara el puñetazo de este caballero’”*<sup>1091</sup>.

Este tipo de noble debía de estar bastante extendido pues, si Mari-Pepa ironiza sobre su concepto de la caballerosidad, Palacio Valdés, abundando en lo mismo, lo hace sobre el desprecio que los aristócratas sienten por todo el mundo que se empeña en no reconocer las razones que tienen para despreciarlos:

*“Y no vale razonar este desprecio diciendo: ‘yo debo noventa mil duros: soy vizconde y tengo mucha nuez; juego portentosamente al bacarrá; un antepasado mío calzaba las botas de Felipe II; guío un carruaje como el mejor mayoral, y hace pocos días, entre otro vizconde y yo ‘tomamos el pelo’ a un sabio en casa de Vallehermoso; llevo unos pantalones tan notables que obligan a volver la vista a los transeúntes y estoy enredado con una bailarina del Real, a quien pagan otros.’ Nada; la humanidad se empeña en no reconocer la gravedad e importancia de los motivos que estos preclaros jóvenes alegan para despreciarla”*<sup>1092</sup>.

No es el duque el único que reparte bofetadas, pues los de abajo, a juzgar por lo que piensa Bismarck cuando ve aparecer a don Fermín en la torre de la catedral, están bastante acostumbrados a recibirlas:

<sup>1090</sup> José, cit., p. 70.

<sup>1091</sup> E. López Bago: *La prostituta*, cit., p. 196-197.

<sup>1092</sup> *Maximina*, cit., p. 251.



“‘¿Vendrá a pegarnos?’ No había motivo, pero eso no importaba. Él vivía acostumbrado a recibir bofetadas sin saber por qué. A todo poderoso, y para él don Fermín era un personaje de los más empingorotados, se le figuraba Bismarck usando y abusando de la autoridad de repartir cachetes. No discutía la legitimidad de esta prerrogativa; no hacía más que huir de los grandes de la tierra, entre los que figuraban los sacristanes y los polizontes. Se avenía a esta ley cuyos efectos procuraba evitar. Si él hubiera sido señor, alcalde, canónigo, fontanero, guarda del Jardín Botánico, empleado en casillas, sereno, algo grande en suma, hubiera hecho lo mismo: ¡dar cada puntapié! No era más que Bismarck, un delantero, y sabía su oficio, huir de los ‘mainates’ de Vetusta”<sup>1093</sup>.

Estos comportamientos, especialmente la asunción que de su inferioridad tiene Bismarck, son propios de una sociedad en la que existen rígidas barreras interclasistas, que se perciben no sólo en el trato sino también, por ejemplo, en la configuración de la ciudad:

“El Magistral veía a sus pies el barrio linajudo, compuesto de caserones con ínfulas de palacios; conventos grandes como pueblos, y tugurios donde se amontonaba la plebe vetustense, demasiado pobre para poder habitar las barriadas nuevas allá abajo, en el campo del sol, al sudeste, donde la Fábrica Vieja levantaba sus augustas chimeneas en rededor de las cuales un pueblo de obreros había surgido”<sup>1094</sup>.

El pueblo, sobre todo el que se amontona en los tugurios, no sólo vive peor, también huele peor como tiene ocasión de comprobar doña Barbarita cuando su hijo Juanito Santa Cruz, detenido durante los disturbios de la noche de San Daniel, llega a casa a la mañana siguiente:

“Cuando el tal Juanito entró en su casa, pálido y hambriento, descompuesta la faz graciosa, la ropita llena de sietes y oliendo a pueblo, su mamá vacilaba entre reñirle y comérsele a besos”<sup>1095</sup>.

Esta rígida jerarquización social es observable, asimismo, en los más diversos detalles y, al igual que hemos visto en la novela conservadora, no se supera simplemente con el dinero; determinadas mentalidades perviven más allá de los cambios de estatus socioeconómico. Ejemplo de ello es el caso de doña Paula, cigarrera en su juventud, pero ascendida a la categoría de “señora” porque, don Rosendo, señorito de Sarrió, la dejó embarazada y se casó con ella<sup>1096</sup>. Su presencia en cualquier sitio siempre levanta expectación: “Y esto no por otra cosa más que porque doña Paula no era señora de nacimiento. Procedía de la clase de las cigarreras”<sup>1097</sup>. El cambio de clase conlleva el de costumbres. Doña Paula comienza por introducir variaciones en su forma de vestir, cambios ante los que los sarrienses se muestran más bien poco comprensivos:

“Desde entonces la vida de la cigarrera puede dividirse en varias épocas importantes: ‘la mantilla de velo’, ‘los guantes’ [...] Viene después el tercer período que dura cuatro años, y termina en ‘el vestido de seda’, que dio casi tanto que murmurar como los guan-

<sup>1093</sup> *La Regenta*, cit., p. 10.

<sup>1094</sup> *La Regenta*, cit., p. 17.

<sup>1095</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 103.

<sup>1096</sup> Lo mismo sucede en *La Tribuna*, pero Baltasar Sobrado no se casa con Amparo, sino que la abandona. Por eso, aunque Palacio Valdés señale las desigualdades, va también casi siempre a presentar determinadas situaciones que actúan como medidas compensadoras o de contrapeso. Ello es consecuencia de una mentalidad mucho más abierta, “liberal”, que iré exponiendo en las páginas siguientes conforme desarrolle los distintos epígrafes de este apartado.

<sup>1097</sup> *El cuarto poder*, cit., p. 6.

tes, y produjo general indignación en Sarrió. –Diga usted, Doña Dolores, ¿qué nos queda ya por ver?”.

Pero esto no es todo, doña Paula da todavía otro paso mucho más atrevido:

*“Por último, el cuarto período, el más largo de todos porque dura seis años, termina, ¡oh escándalo!, con el ‘sombbrero’. Nadie puede representarse el estremecimiento de asombro que invadió a la villa de Sarrió cuando cierta tarde de feria se presentó doña Paula en el paseo con el sombrero-capota. Fue un verdadero motín. Las mujeres del pueblo se santi-guaban al verla pasar y pronunciaban comentarios en alta voz para que los oyese la inte-resada”<sup>1098</sup>.*

También a Juanita, personaje de Valera, que, en este caso a base de esfuerzo, ha conseguido mejorar de posición le gusta vestir por encima de lo que la opinión social considera admisible para su clase. El “castigo” es bastante más duro, pues el padre Anselmo predica un sermón, en la misa mayor el día más solemne de las fiestas del pueblo, en el que arreme-te duramente contra el lujo:

*“Dejándose ir, pues, por pendiente tan resbaladiza, las muchachas pobres que se ponen muy majas dan con facilidad en busconas. ‘Bien lo comprendió así –dijo el padre- la sa-bia y gloriosa reina doña Isabel la Católica, cuando se indignó al ver en unas fiestas que hubo en Segovia a ciertas aventureras vestidas de seda, y prohibió el uso de la seda a las que no fuesen hidalgas y ricashembras, lo cual fue providencia discretísima y moraliza-dora”<sup>1099</sup>.*

De forma parecida a la de las mujeres de Sarrió –no se santigua pero sí que se asom-bra- reacciona Juanito Santa Cruz cuando su amigote Villalonga le comenta que ha visto a Fortunata en la calle vistiendo sombrero:

*“¡Sombbrero! –exclamó Juan en el colmo de la estupefacción.  
-Sí; y no puedes figurarte lo bien que le cae. Parece que lo ha llevado toda la vida... ¿Te acuerdas del pañolito por la cabeza con el pico arriba y la lazada?... ¡Quién lo diría!  
¡Qué transiciones!”<sup>1100</sup>.*

Pero lo que resulta más “curioso” no es que los de fuera critiquen, sino que los criticados se consideran culpables y sean conscientes de que están tomándose prerrogativas que no les corresponden. Por eso, a doña Paula no le parece mal que la gente murmure de ella:

*“Sus ideas sociológicas no le aconsejaban todavía rebelarse contra el fallo de la opinión pública. Creía de buena fe que al ponerse los guantes o el abrigo de pieles o el sombrero, cometía un acto reprobado por las leyes divinas y humanas; los murmullos, las miradas burlonas, eran el castigo necesario de esta infracción”<sup>1101</sup>.*

Y sensaciones parecidas experimenta Fortunata en cierta ocasión en la que, paseando por uno de los barrios pobres de Madrid, va reflexionando sobre lo que ha sido su vida:

*“Fijose en las casas del barrio de las Virtudes, pues las habitaciones de los pobres le ins-piraban siempre cariñoso interés. Las mujeres mal vestidas que salían a las puertas y los chicos derrotados y sucios que jugaban en la calle atraían sus miradas, porque la exis-tencia tranquila, aunque fuese oscura y con estrecheces, le causaba envidia. Semejante*

<sup>1098</sup> *Ibíd.*, p. 7-8.

<sup>1099</sup> *Juanita la Larga*, cit., p. 62-63.

<sup>1100</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 434.

<sup>1101</sup> *El cuarto poder*, cit., p. 9.

*vida no podía ser para ella porque estaba fuera de su centro natural. Había nacido para menestral*”<sup>1102</sup>.

Es decir, tanto doña Paula como Fortunata tienen tan asumida, tan interiorizada, su condición social que de alguna manera se sienten culpables por intentar escapar de ella y aceptan, en un caso las críticas y en el otro el desarraigo, como un castigo a su osadía. Pero, lo que me interesa destacar ahora es que, si se sienten inferiores, es porque viven en una sociedad que les hace creer que lo son<sup>1103</sup>. Por tanto, ambas están implícitamente reconociendo que cada cual debe mantenerse en su esfera<sup>1104</sup>. Y es que el mejorar de condición social puede traer más inconvenientes que ventajas. Uno de ellos, y no el menor, es quedar desubicados, pues los de la antigua clase se muestran cohibidos y los de la nueva distantes:

*“Como ellas eran más finas que los jornaleros, ninguno se acercaba a hablarles, y como estaban en más humilde posición que las ricas labradoras, propietarias e hidalgas, la aristocracia las desdeñaba. El nacimiento ilegítimo de Juanita hacía mayor este aislamiento. Juanita no tenía ya una amiga. Entre los mozos, como había desdeñado a muchos, los pobres no se acercaban por ofendidos o tímidos, y los ricachos, que si ella hubiera sido fácil hubieran porfiado por visitarla en su casa, temían desconcharse o rebajarse acompañándola en público. [...] Las mozas que solían ir por agua a la fuente del ejido, y los arrieros, pastores y porquerizos que acudían a dar agua al ganado, considerando que desde que Juanita dejó de ir allí se daba tono de señora, no se atrevían ya ni a saludarla*”<sup>1105</sup>.

Luego, aunque en este caso ellas no la saquen, se puede llegar a la misma conclusión a la que implícitamente llegaban doña Paula y Fortunata: saltar por encima de las barreras de clase resulta problemático, pues la aceptación de la desigualdad está tan extendida que se choca con la incomprensión y el vacío de todo el mundo. Por eso, cuando don Rosendo convoca a todos los vecinos de Sarrió en el teatro con el fin de estudiar qué medidas se pueden adoptar para fomentar el progreso, *“la gente principal se apoderó de las lunetas y los palcos: la plebe subió a la cazuela*”<sup>1106</sup>: cada cual ocupa su lugar.

Tanto la novela conservadora como la liberal recogen la desigualdad social, pero hay diferencias. En la primera se sigue defendiendo un modelo de sociedad fuertemente jerarquizada en la que el papel predominante deben seguir desempeñándolo los que lo han ejercido desde siempre pues son los únicos legitimados para hacerlo. La situación es aceptada tanto por los de arriba como por los de abajo. En la segunda, por el contrario, se critica, aunque no de un modo contundente. Prueba de ello es la continua ironía de Palacio Valdés, el distanciamiento crítico de Galdós o la negación por la vía de los hechos de Valera, pues don Andrés terminará casándose con Juanita. Como argumento que demuestra que esta corriente desapruueba las desigualdades basadas en la jerarquía secular se pueden comentar los

<sup>1102</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 685-686.

<sup>1103</sup> Uno de los epígrafes que voy a tratar en este mismo punto es el de las aspiraciones a ascender socialmente. Aunque en estas dos últimas citas aparezca colateralmente el tema, prefiero incluirlas como ilustración de la desigualdad porque me parece que es el tema central, ya que ni doña Paula ni Fortunata muestran en ningún momento deseos de escapar de su clase social. Son las dos seres pasivos, víctimas de unos acontecimientos sin que ellas hagan nada para desencadenarlos.

<sup>1104</sup> Ello no es óbice para que el mismo deseo de distinción que impulsa a doña Paula a a vestir, la impulse también a adoptar ciertas costumbres como llegar tarde: Entre los asistentes al acto se encuentra *“la familia de Belinchón, que como principal y de las más encoquetadas, se retrasaba siempre para no confundirse con la plebe*”. *El cuarto poder*, cit., p. 192.

<sup>1105</sup> *Juanita la Larga*, cit., p. 51.

<sup>1106</sup> *El cuarto poder*, cit., p. 192.

casos de Fortunata y doña Paula. Las dos, como se ha visto, reconocen implícitamente que cada cual debe mantenerse en su esfera social. Es decir, que tienen tan asumida su condición de inferiores que se consideran culpables por haber –en el caso de Fortunata circunstancialmente- salido de ella. En esto coinciden con los personajes de la novela conservadora que, como Colo, Muergo y otros, no discuten la supremacía de los que se encuentran por encima de ellos. Pero hay una diferencia fundamental. Mientras en la conservadora la opinión de los personajes coincide con la de los narradores, en la liberal no es así. La ironía, el matrimonio de don Andrés y el distanciamiento crítico de Galdós hacia Juanito Santa Cruz, que he comentado en otros apartados anteriores, demuestran que personajes y narradores no piensan lo mismo en este asunto pues, como se verá un poco más adelante, para éstos la movilidad social es admisible siempre que se lleve a cabo respetando las reglas del liberalismo.

### 3.2.6.2. Equiparación social: la igualdad ficticia.

“*Ya todos somos iguales*”<sup>1107</sup> grita un borracho, al paso de Isidora Rufete por delante de una taberna, cuando abdica Amadeo de Saboya.

La desigualdad social, señalada por ambas corrientes novelísticas y analizada en el epígrafe anterior, es una realidad incuestionable. Pero con esta realidad coexiste la idea –producto tanto de la teoría política de la revolución burguesa como de la propagación de las doctrinas socialistas y anarquistas- de la igualdad, de que ya no existen barreras de clase. A esta creencia –bastante más arraigada en el terreno mental que social- es a lo que denomino equiparación social. Tanto conservadores como liberales se refieren a este fenómeno señalando que se está produciendo una cierta uniformidad en la sociedad, muestra de lo cual es, por ejemplo, que las clases bajas imitan a la burguesía, ésta a la nobleza, a la que, a su vez, le da por encanallarse mezclándose con el pueblo en fiestas y romerías adoptando sus costumbres y vestimenta. Pero, esta equiparación es puramente superficial y no va más allá de ciertos límites. Cuando éstos corren el riesgo de ser sobrepasados, inmediatamente se produce la reacción correspondiente que deja las cosas en su sitio.

Dos son las actitudes básicas ante este fenómeno. La novela conservadora lo censura más o menos explícitamente. La liberal lo señala como una característica de los tiempos y reacciona con bastante más variedad de matices.

Antes, las diferencias de clase se marcaban con signos externos: “*El traje de Ranimiro indicaba, desde luego, su categoría de Prócer.*” Y no sólo el traje, sino todo el cuidado de su persona: “*Traía la barba esmeradamente afeitada a navaja, según estilo de los ricos, pues los siervos y gente pobre se la cortaban a tijera*”<sup>1108</sup>. Sin embargo, estas diferencias externas están desapareciendo: “*Estaba hecha a poco la pretendida [Andrea, la esposa de Colindres], porque en aquella época aún había ‘clases’, y apenas gastaban seda las chicas solteras de más de siete familias de Santander*”<sup>1109</sup>. Aunque Pereda no lo diga, es evidente que, si entonces las había, ahora, en la época en la que sitúa la novela ya no hay “clases” y son bastante más de siete las chicas que visten seda. Las jóvenes de Santander están, pues, viviendo las consecuencias prácticas del grito del borracho de Galdós, quien también se refiere a la uniformidad social como una ca-

<sup>1107</sup> *La desheredada*, cit., p. 227.

<sup>1108</sup> *Amaya...*, cit., p. 26 y 27.

<sup>1109</sup> *Sotileza*, cit., p. 153.

racterística de los tiempos que corren: “Reconozcamos que en nuestra época de uniformidades y de nivelación física y moral se han desgastado los tipos genéricos”<sup>1110</sup>. Por otra parte, esta “equiparación” que, como se verá es puramente superficial y externa, se puede apreciar no sólo en el vestido sino también en el mantenimiento de ciertas relaciones, hasta hace poco impensables, como las que llenan de orgullo a don Juan Miguel de Osambela, convertido en cacique local, porque nada menos que todo un marqués le ha pedido su protección a él,

*“¡el hijo de Lucas, sargento de tiradores, nieto de Bartolo, alias ‘Chaparro’, esquilador de oficio y presunto gitano! Verdad que el suplicante era el nuevo marqués, muchacho de veintiséis años, educado a la moderna, y no su padre, que antes se hubiese dejado des-cuartizar mil veces que pedir favores y llamar amigo a un plebeyo”*<sup>1111</sup>.

El lamento nostálgico de la cita de Pereda adquiere tintes sarcásticos en la de Campián: la enumeración de ocupaciones poco “honorables” de los ascendientes del personaje no sólo redundante en la desvalorización de él sino también en la del marqués, quien por su juventud y moderna educación –lo que en el contexto de esta novela no es precisamente una virtud- se ha apartado de los valores tradicionales, entre los que se encuentra el orgullo nobiliario, tan bien representados por su padre.

Pero lo que Campián no dice, porque la novela conservadora nunca lo reconoce explícitamente, es que si el hijo del marqués se aviene a mantener unas relaciones sociales, que sus antepasados no habrían tolerado bajo ningún concepto, no es sólo porque ha sido educado de otra manera, sino porque la clase social a la que él pertenece está perdiendo poder, prestigio e influencia hasta tal punto que, los que no han sido capaces de adaptarse a los nuevos tiempos, se encuentran en pleno proceso de decadencia y degradación. Esto, que Campián se calla, lo aclara Galdós cuando cuenta la visita de las tres hermanas Porreños a casa de don Silvestre de Entrambasaguas para ver una procesión desde el balcón:

*“Las tres ruinas aristocráticas no hubieran nunca descendido en sus buenos tiempos a tratarse con aquel par de personas de baja extracción (porque eran hijos de un tocinerero de Almendralejo, y él cuidó cerdos en las dehesas de Badajoz hasta que entró en el seminario); pero en los tiempos de decadencia podían visitarse y tratarse, aunque siempre con cierto decoro, y estableciendo tácitamente la diferencia de las antiguas jerarquías”*<sup>1112</sup>.

Pero, como dije anteriormente, esta equiparación es más teórica que efectiva, pues la idea de la igualdad, recogida en el grito del borracho y de la que se quejan tanto Pereda como Campián, no se corresponde con los hechos:

*“Aunque el palco de los marqueses tocaba con el de Ronzal, pocas veces los abonados del último se atrevían a entablar conversación con los Vegallana o quien allí estuviera convidado. Además de que el tabique intermedio dificultaba la conversación, los más no se*

<sup>1110</sup> *Torquemada en el purgatorio*, cit., p. 304.

<sup>1111</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 19.

<sup>1112</sup> *La Fontana de Oro*, cit., p. 311.

La novela está llena de referencias de todo tipo en las que Galdós denuncia a esta aristocracia anacrónica que sigue siendo una rémora para la consolidación de la revolución liberal. Basta recordar una de ellas, citada ya en otro apartado: “También existe (y si mal no recordamos estaba en la sala) un reloj de la misma época con su correspondiente fauno dorado; pero este reloj, que en los buenos tiempos de los Porreños había sido una maravilla de precisión, estaba parado y marcaba las doce de la noche del 31 de diciembre de 1800, último año del siglo pasado, en que se paró para no volver a andar más, lo cual no dejaba de ser significativo en semejante casa. Desde dicha noche se detuvo, y no hubo medio de hacerle andar un segundo más. El reloj, como sus amas, no quiso entrar en ese siglo.” *Ibid.*, p. 180.

*atrevían, de hecho, a dar por no existente una diferencia de clase, de que en teoría muchos se burlaban.*

*‘Todos somos iguales, decían muchos burgueses de Vetusta, la nobleza ya no es nadie, ahora todo lo puede el dinero, el talento, el valor’, etc., etc. Pero a pesar de tanta alharaca, a los más se les conocía hasta en su falso desprecio que participaban desde debajo de las preocupaciones que mantenían los nobles desde arriba”<sup>1113</sup>.*

Como casi siempre, la crítica de Clarín es la más profunda de todas, pues se hace eco de la creencia, la realidad, la falsa imagen que la creencia hace concebir de la realidad -que es la que circula para consumo de todos- y la verdadera imagen de la realidad que, por mucho que digan lo contrario, a nadie se le escapa.

### **3.2.6.3. Trato externo: paternalismo y espíritu democrático: lenitivos superficiales de la desigualdad.**

Las dos corrientes novelísticas reconocen que la desigualdad sigue existiendo; pero las dos se hacen eco también de que la rígida separación entre las clases se está resquebrajando y de que, por tanto, la desigualdad en el plano teórico ha desaparecido. O, dicho de otra manera, por una parte tenemos la conciencia de que ya no hay barreras sociales y, por otra, la constancia de que su desaparición no es más que una ilusión teórica negada por la realidad. Por eso, para resolver esta contradicción ambas corrientes, al mismo tiempo que dejan constancia de que la igualdad está muy lejos de conseguirse, tratan de disimular –por motivos distintos- las desigualdades, sobre todo cuando es su propia clase quien se beneficia de ellas. Así, para la conservadora las diferencias de clase no están reñidas ni excluyen un trato deferente de los de arriba hacia al pueblo, y la liberal hace una especie de elaboración ideológica sobre el sentido democrático del pueblo español aunque en esto, como se ha visto en todos los puntos anteriores, siempre caben matices.

En la novela conservadora los de arriba se muestran afables y condescendientes con el pueblo que debe, lógicamente, corresponder con una actitud de sumiso respeto. Julio, el hijo de la marquesa de Villarana es muy amable con los campesinos, les regala puros y, como se verá más adelante en el punto relativo a la cuestión social, incluso mantiene con ellos largas y profundas conversaciones sobre la misma y el problema de la tierra en Andalucía. También Mario Ugarte, perteneciente a la nobleza local, mantiene unas excelentes relaciones con los lugareños, especialmente con la familia de Josepantoñi, hasta el punto de visitarla diariamente, pues

*“Mario saboreaba la honradez y la rústica poesía de aquel hogar feliz. Opinaba que las instituciones y costumbres, el lenguaje nativo y las tendencias étnicas naturales que semejantes ejemplares de clase popular producen, se habían de conservar y defender. Su amor a la alma tierra euskara templábase en los cuadros familiares que veía. Tomaba cuerpo ante sus ojos la imagen de un pueblo creyente, sencillo, bondadoso, roído por el Tiempo y arrojado a las altas cumbres de las montañas, circuido por desbordados mares, cuyas aguas con impasible e ineluctable progresión, crecen, avanzan, suben, se extienden, sin retroceder nunca ni un palmo, ni rebajar su nivel nunca, fatales como el curso de las estrellas y la sucesión de los siglos, hasta anegar, disolver y sumergirlo todo bajo una desolada uniformidad”<sup>1114</sup>.*

<sup>1113</sup> *La Regenta*, cit., p. 343.

<sup>1114</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 212.

En esta cita quedan perfectamente recogidos no sólo la deferencia de los superiores y la fidelidad de los inferiores sino, lo que es más importante, cómo estos dos comportamientos son la única garantía de pervivencia del modelo tradicional de sociedad amenazado por enemigos externos de cuyo triunfo final -y ésta es la idea que aparece en la última frase del texto- no se duda.

Si Mario se complace en visitar a la familia de Josepantoñi a diario, los señores de la ciudad van también con mucha frecuencia al molino del tío Lucas:

*“La última y acaso más poderosa razón que tenía el ‘señorío’ de la ciudad para frecuentar por las tardes el molino del tío Lucas era... que, así los clérigos como los seglares, empezando por el Sr. Obispo y el Sr. Corregidor, podían contemplar allí a sus anchas una de las obras más bellas, graciosas y admirables que hayan salido jamás de las manos de Dios, llamado entonces el Ser Supremo por Jovellanos y toda la escuela afrancesada de nuestro país...”<sup>1115</sup>.*

Al margen de los motivos que el “señorío” de la ciudad tuviese –admirar la belleza de la señá Frasquita aunque alguno, es el caso del corregidor, intentó ir más allá de la mera contemplación- la escena descrita por Alarcón es una muestra de que los señores no consideran un desdoro el alternar con el pueblo llano<sup>1116</sup>. Pero el pueblo sencillo, a pesar de estas muestras de confianza, sabe siempre cuál es su papel y se comporta sumisamente. Bartolo, personaje de la novela de Navarrete al que ya me he referido en más de una ocasión, es siempre muy respetuoso con el señorito Julio. Y lo mismo la señá Rita que es por ello apreciadísima por todos los señores de Rota hasta el punto de que

*“la buena vieja ha oído en varias ocasiones, de labios de señoronas muy señoronas y señorones muy señorones del pueblo, estas palabras:  
-Señá Rita: cuando necesite ‘usté’ una onza de oro, venga ‘usté’ por ella”<sup>1117</sup>.*

Del mismo modo que señá Rita se ha ganado el aprecio de los de arriba<sup>1118</sup> por sus virtudes, se da el proceso contrario: Andrés es muy querido por todos los pescadores:

*“Particularmente a Cleto, él le tenía sorbido el seso desde aquel apretón de manos. [...] Al padre Apolinar se le caía la baba viéndole y escuchándole; y Andrés era dueño de algunos dineros, porque ganaba en el escritorio más de lo preciso para cubrir sus necesidades y sabía el destino que daba el caritativo fraile a las limosnas que recibía, y era además creyente a puño cerrado, no se hartaba de encargarle misas a San Pedro, y a los mártires, y a la Virgen; hoy para que saliera el tío Mechelín de la cama, mañana para que su padre llegara felizmente del viaje [...] y así”<sup>1119</sup>.*

<sup>1115</sup> *El sombrero de tres picos*, cit., p. 75.

<sup>1116</sup> Eso sí, para resolver las dudas que tanta familiaridad pudiese despertar en el lector –“¿tan rico era el molinero, o tan imprudente sus tertulianos?”- el narrador deja bien claro: “Ni lo uno ni lo otro”, porque “el molinero era un hombre muy respetuoso, muy discreto, muy fino, que tenía lo que se llama don de gentes [...] y aquellos caballeros eran la delicadeza y el orgullo personificados.” *Ibid.*, p. 72-73. Las jerarquías quedan, pues, bien claras: cada uno sabe perfectamente cuál es su sitio.

<sup>1117</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 30.

<sup>1118</sup> La denuncia de los abusos de los poderosos se puede considerar como una variante del paternalismo pues, al dividir a los poderosos en buenos y malos, la responsabilidad de su conducta queda circunscrita al plano individual y el culpable de los excesos no es nunca el sistema. Ya analicé este punto en el apartado dedicado al poder. Por eso, me limito ahora a recordar la denuncia que hace Navarrete de la marquesa de Villarana o Coloma de Currita Albornoz.

<sup>1119</sup> *Sotileza*, cit., p. 255-256.

Pero esta afabilidad en el trato no es consecuencia, ni mucho menos, de que hayan desaparecido las barreras sociales; todo lo más de que las rigideces se han atenuado y se han hecho más sutiles:

*“Pilar Gonzalvo era tolerada en las casas distinguidas de Madrid; ser tolerado es un matiz del trato social, y otro matiz es ser admitido, como su hermano lo era: más allá del tolerar y del admitir queda aún otro matiz supremo, el festejar”*<sup>1120</sup>.

Esto indica que, por mucho que se hayan difuminado los signos externos de la desigualdad, ésta sigue existiendo y, por eso, normalmente nadie traspasa las fronteras más allá de los límites permitidos. Pero, cuando alguien se olvida de dónde están esos límites, siempre hay quien está dispuesto a recordárselo utilizando toda su autoridad. Las visitas diarias de Mario a casa de Josepantoñi, a las que me referí anteriormente, empiezan a levantar murmuraciones entre los habitantes del pueblo sobre la existencia de una posible relación entre los jóvenes<sup>1121</sup>. Cuando una amiga de la madre de Mario se entera, se hace la siguiente reflexión: *“Relaciones entre personas de tan desigual condición, ya era presumible lo que darían de sí. Mejor era cortarlas, o impedir las, y en todo caso, atajar inverecundas hablillas”*<sup>1122</sup>. Va y se lo cuenta a doña María, que es la madre, y ésta le ordena romper todo contacto:

*“¡Ay! ¿Será verdad lo que de ti me contaron esta misma tarde? ¿Te has encaprichado o entontecado con la chica de Ermitaldea? ¡Eso sí, la Josefa Antonia es guapa, honrada!, pero hasta ahora no se han conocido señoras de Ugarte diestras en layar y uncir los bueyes. ¡Vístela de seda, ponle guantes, cálzala de charol, recógele las trenzas dentro de una capota francesa y verás aparecer la tarasca! [...] ¿Estos son hijos míos? ¡Mentira parece! No tenéis rastro de decoro; cualquier persona os parece igual a vosotros”*<sup>1123</sup>.

Si doña María es inequívocamente clara sobre los límites de las relaciones sociales entre personas de diferente condición social, doña Inés explica con todo lujo de detalles y de matices el porqué de esos límites en una conversación que tiene con Juanita, a la que ha terminado cobrando gran afición porque trabaja para ella y se le muestra siempre modosita y respetuosa. Doña Inés reconoce las múltiples virtudes que tiene la chica: *“Por tu belleza, por tu talento y por la elevación moral de tu alma mereces casarte con un príncipe, dechado de todas las perfecciones.”* Pero, desgraciadamente ni las virtudes ni el mérito son suficientes porque hay circunstancias que pesan mucho más y condicionan reduciendo las posibilidades de mejora personal:

*“Por tu desventurado nacimiento, por la clase humilde a que perteneces y por la pobreza que te obliga a residir en este lugar, tendrás que quedarte soltera o tendrás que casarte con un labrador rudo y zafio.”*

Pero ninguna de estas dos posibles soluciones es aconsejable porque las dos llevan aparejados más inconvenientes que ventajas:

<sup>1120</sup> *Un viaje de novios*, cit., p. 224.

<sup>1121</sup> Al tema de las relaciones sentimentales entre personas de clases sociales diferentes le voy a dedicar un epígrafe dentro de este mismo punto. Cito este caso aquí porque, las palabras que pronuncia doña María son muy significativas como testimonio de los límites del paternalismo de las clases sociales superiores.

<sup>1122</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 234.

<sup>1123</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 251-252.



*“Si te quedas soltera, de continuo te verás expuesta a los tiros de la envidia y a las emponzoñadas mordeduras de la calumnia, y te rodearán, además, groseras seducciones, a alguna de las cuales quién sabe si cederás en un momento de flaqueza”<sup>1124</sup>.*

Y si se casa

*“con un hombre de tu clase, con algún palurdo de esta tierra. ¡Qué desgracia la tuya entonces! ¡Pronto llegaría el desengaño! Vaya..., me horrorizo de pensar en ello. Sería una profanación. Sería un sacrilegio nefando. ¿Cómo entregar tanto tesoro a quien sería incapaz de comprenderlo y de saber lo que vale?”<sup>1125</sup>.*

Por eso, en opinión de doña Inés, sólo queda una posible salida:

*“De todo ello acabó por deducir y por declarar, como lógica solución, que Juanita debía huir de los peligros, miserias y adversidades de esta sociedad corrompida, la cual no merecía gozar de su presencia, y que debía refugiarse en el claustro mientras permaneciese en la tierra, ya que la tierra no la merecía y ya que por su valer, para el cielo, sin duda, estaba predestinada”<sup>1126</sup>.*

La cita de Valera, que en este caso no suscribe lo que dice su personaje<sup>1127</sup>, recoge con toda nitidez lo que piensan los defensores de la sociedad tradicional sobre esta materia.

Queda claro, pues, que el paternalismo y afabilidad no son indicativos en absoluto de que, a pesar de las quejas de Pereda sobre la desaparición de las clases, esto haya sucedido. Son simplemente una manera de suavizar la rigidez social en un momento en que ésta, en el terreno del pensamiento, está siendo fuertemente contestada.

Si la novela conservadora recurre al paternalismo para mitigar los efectos negativos de la rigidez de las relaciones, la liberal lo hace al espíritu democrático del pueblo español.

Galdós dice que una característica del trato social en España es la familiaridad y llaneza:

*“En la sociedad madrileña, la más amena del mundo porque ha sabido combinar la cortesía con la confianza, hay algunos ‘pepes’, ‘Manolitos’ y ‘Pacos’ que, aun después de haber conquistado la celebridad por diferentes conceptos, continúan nombrados con esta familiaridad democrática que demuestra la llaneza castiza del carácter español”<sup>1128</sup>.*

Por eso en España, a diferencia de otros países, no existen graves problemas de convivencia pues, además del carácter democrático, la empleomanía ha contribuido no poco a esa familiaridad al coincidir en las oficinas gente procedente de muy diversos orígenes sociales:

*“Es curioso observar cómo nuestra edad, por otros conceptos infeliz, nos presenta una dichosa confusión de todas las clases, mejor dicho, la concordia y reconciliación de todas ellas. En esto aventaja nuestro país a otros, donde están pendientes de sentencia los graves pleitos históricos de la igualdad. Aquí se ha resuelto el problema sencilla y pacíficamente, gracias al temple democrático de los españoles y a la escasa vehemencia de las preocupaciones nobiliarias. Un gran defecto nacional, la empleomanía, tiene también su parte en esta gran conquista. Las oficinas han sido el tronco en que se han injertado las ramas históricas, y de ellas han salido amigos el noble tronado y el plebeyo ensoberbeci-*

<sup>1124</sup> *Juanita la Larga*, cit., p. 94-95.

<sup>1125</sup> *Ibid.*, p. 95.

<sup>1126</sup> *Ibid.*, p. 96.

<sup>1127</sup> Prueba de que no lo suscribe es no sólo la ironía perceptible en la última cita, sino el deselance de la novela. Si se tiene en cuenta que es doña Inés quien defiende la opción del convento, el final es también tremendamente irónico, pues Juanita se casa nada menos que con don Paco, que es el padre de doña Inés.

<sup>1128</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 110.

*do por un título universitario; y de amigos, pronto han pasado a parientes. Esta confusión es un bien, y gracias a ella no nos aterra el contagio de la guerra social, porque tenemos ya en la sangre un socialismo atenuado e inofensivo*<sup>1129</sup>.

Una prueba de la convivencia interclasista causada por la “empleomanía”, la encuentra Galdós en los altos del Palacio Real, concretamente en el segundo piso,

*“que constituye con el tercero una verdadera ciudad, asentada sobre los espléndidos techos de la regia morada. Esta ciudad, donde alternan pacíficamente aristocracia, clase media y pueblo, es una real república que los monarcas se han puesto por corona, y engarzadas en su inmenso circuito, guarda muestras diversas de toda clase de personas*<sup>1130</sup>.

También al espíritu democrático atribuye Valera, en una cita que tiene, además de éste, otros significados, la simpatía que despiertan los Mendoza, ya venidos a menos, entre los bermejinos:

*“El fondo democrático y algo socialista de la educación frailuna del vulgo no se volvía ya contra ellos, porque no tenían más que deudas, ni contra el señor del lugar, cuyos administradores habían sido siempre generosos con el pueblo*<sup>1131</sup>.

Como consecuencia de todo esto se ha producido tal entramado de interrelaciones que es ya imposible distinguir a unas clases de otras:

*“Insensiblemente, con la ayuda de la burocracia, de la pobreza y de la educación académica que todos los españoles reciben, se han ido compenetrando las clases todas, y sus miembros se introducen de una en otra, tejiendo una red espesa que amarra y solidifica la masa nacional.”*

Y lo que Galdós afirma a continuación, no deja de ser sorprendente:

*“El nacimiento no significa nada entre nosotros, y todo cuanto se dice en los pergaminos es conversación. No hay más diferencias que las esenciales, las que se fundan en la buena o mala educación, en ser tonto o discreto, en las desigualdades del espíritu, eternas como los atributos del espíritu mismo.”*

Algunas de éstas, como la inteligencia por ejemplo, son producto de la naturaleza y ajenas, por tanto, a la organización social y otras, como la educación académica o las buenas maneras, son consecuencia de esta última. Al mezclar unas y otras en la misma cita, Galdós está implícitamente equiparándolas y exculpando a la sociedad de las únicas diferencias que entre los humanos se dan. Es lo que hace, y esto resulta más sorprendente todavía, en la última frase con la que termina la reflexión:

*“La otra determinación positiva de clases, el dinero, está fundada en principios económicos tan inmutables como las leyes físicas y querer impedirle viene a ser lo mismo que intentar beberse el mar”*<sup>1132</sup>.

<sup>1129</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 240.

<sup>1130</sup> *La de Bringas*, cit., p. 19.

<sup>1131</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino*, cit., p. 84. El significado fundamental de esa cita es la antipatía que entre la población suscitan los nuevos ricos, tema al que me voy a referir un poco más adelante. Pero guarda una similitud con la de Galdós porque ambos se refieren al innato sentido democrático y socialista de los españoles como causa del no reconocimiento de las jerarquías sociales.

<sup>1132</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 240.

Parece evidente que lo que quiere decir es que en cualquier sociedad, sea la que sea, habrá siempre un abismo entre los que tienen y los que no. El principio inmutable sería el hecho de la diferencia; no que los

Consecuencia lógica del sentido democrático y la llaneza del carácter es la tendencia a la uniformidad; pero ésta tiene, además, otras causas:

*“Esta tendencia a la uniformidad, que se relaciona en cierto modo con lo mucho que la Humanidad se va despabilando, con los progresos de la industria y hasta con la baja de los aranceles, que ha generalizado y abaratado la buena ropa, nos ha traído una gran confusión en materia de tipos”<sup>1133</sup>.*

Esta cita aclara, además, lo que Galdós quería decir en la anterior al hablar de la inmutabilidad de ciertos principios económicos: que el dinero es el auténtico nivelador, por lo que las diferencias económicas están en la base de todas las demás. Y, a eso, se refiere Galdós, al mismo tiempo que insiste en la uniformidad que se deriva del vestido, en un pasaje de otra novela en el que describe, por boca de Miquis que habla con Isidora, el aspecto de las diversas clases sociales durante el paseo:

*“Aquí, en días de fiesta, verás a todas a las clases sociales. Vienen a observarse, a medirse y a ver las respectivas distancias que hay entre cada una, para asaltarse. El caso es subir al escalón inmediato. Verás muchas familias elegantes que no tienen qué comer. Verás gente dominguera que es la fina crema de la cursilería, reventando por parecer otra cosa. Verás también despreocupados que visten con seis modas de atraso. Verás hasta las patronas de huéspedes disfrazadas de huéspedes, y las costureras queriendo pasar por señoritas. Todos se codean y se toleran todos, porque reina la igualdad. No hay ya envidia de nombres ilustres, sino de comodidades”<sup>1134</sup>.*

Es decir, se nos empieza a aclarar en qué consiste realmente la uniformidad: es meramente externa o, lo que es lo mismo, puramente teórica. Que esto es así se puede observar también en una escena parecida, aunque quedándose más bien en lo superficial, que describe Ortega y Munilla:

*“Los albañiles que en cuadrillas, y vestidos de blanco, al uso de Pierrots, volvían de los andamios, codeábanse democráticamente con otras no menos numerosas cuadrillas, adornadas de lujosos gabanes, dentro de los que iban, acaso, altos funcionarios, diputados a Cortes, aspirantes a ministros; vulgares domésticas de zafios modales, confundíanse con las señoras de la clase media, a quienes intentaban plagiar en el chocarrero vestir [...]. Chicuelos desharrapados, de los cuales dijo amargamente Fígaro que se supone que tuvieron padres, porque no se conciben hijos sin padres previos, pululaban en escuadrones bullangueros y procaces, cual en los tejados los gorriones”<sup>1135</sup>.*

Pero esta convivencia no deja de ser una ficción. El propio Galdós que, en una cita comentada anteriormente, aducía como prueba de la llaneza de la sociedad madrileña que ciertos personajes, aun después de alcanzar la celebridad seguían siendo tratados familiarmente como “Pepe”, “Paco” o “Manolito”, ironiza cuando es el pueblo quien se toma estas libertades:

*“Basta decir, para que se comprenda lo que valía doña Teresa Burguillos, que sabía leer, aunque con muchas dificultades, hallándose expuesta a entender las cosas al revés; [...] que era muy entusiasta de Riego y de Quiroga, aunque más que los ‘hombres de sable’ le*

---

ricos y los pobres estarían ya “predertemi.nados”. Lo que resulta sorprendente es el escepticismo latente en la observación: las desigualdades nunca desaparecerán.

<sup>1133</sup> *Torquemada en el purgatorio*, cit., p. 304.

<sup>1134</sup> *La desheredada*, cit., p. 81.

<sup>1135</sup> *La Cigarra*, cit., p. 60-61.

*gustaban los 'hombres de palabra', llegando a decir que no conocía caballero más galantemente discreto que 'Paco' (así mismo) Martínez de la Rosa*"<sup>1136</sup>.

Va quedando clara una cosa: cuando estos autores hablan de la desaparición de barreras interclasistas y de la llaneza en el trato, se refieren a las relaciones entre burguesía y aristocracia; la comida de nochebuena en casa de los Santa Cruz es una prueba incontrovertible de ello: "*Veinticinco personas había en la mesa, siendo de notar que el conjunto de los convidados ofrecía perfecto muestrario de todas las clases sociales*"<sup>1137</sup>. Pero, por la enumeración que de los invitados hace a continuación el narrador, resulta que del "todas las clases sociales" forman parte simplemente la aristocracia de la sangre y del dinero<sup>1138</sup>. Por lo que se ve el pueblo no forma parte de ninguna. Por eso, las relaciones con éste, además de ser meramente superficiales, no esconden que sigue existiendo un profundo abismo difícilmente salvable. En una cita, ya comentada al hablar del mundo del trabajo, describe Clarín una de las frecuentes romerías campestres a las que asistían don Víctor, su mujer y algunos amigos:

*"Se volvía al oscurecer, comiendo avellanas y cantando, entre labriegos y campesinas retonzonas, confundidos señores y colonos en una mezcla que enternecía a don Víctor, el cual decía: 'Vea usted si se pudiera realizar la igualdad y la fraternidad..., no habría cosa más bonita*"<sup>1139</sup>.

Hasta un botarete, como Quintanar, se da cuenta de que esos paseos campestres, cuyo paralelismo con los urbanos descritos por Galdós y Ortega Munilla es evidente, por mucho que se 'confundan señores y colonos', no pueden ocultar, y mucho menos acortar, las diferencias existentes entre ambos. La "confusión" tiene, pues, sus límites. Y no escasean las referencias a los mismos. Galdós, En *La de Bringas*, después de afirmar, en la cita reproducida anteriormente, que en los altos de Palacio convivían aristocracia y pueblo, describe cómo los "barrios populares", además de encontrarse separados de los demás, tienen sus propias peculiaridades:

*"A un sitio llegamos donde Pez dijo: 'Esto es un barrio popular'. Vimos media docena de chicos que jugaban a los soldados con gorros de papel, espadas y fusiles de caña. Más allá, en un espacio ancho y alumbrado por enorme ventana con reja, las cuerdas de ropa puesta a secar nos obligaban a bajar la cabeza para seguir andando*"<sup>1140</sup>.

Pero no es el único pasaje de esta novela en el que Galdós repara en las diferencias. La familia Bringas no ha podido salir de veraneo y se ha tenido que quedar en Madrid:

*"Por las mañanas, toda la familia bajaba al Manzanares, donde Isabelita y Alfonsín se bañaban. Para bajar al río, la Bringas tenía que vencer la repugnancia que aquello le inspiraba. Sólo por amor de sus hijos era ella capaz de hacer tal sacrificio. Le daban asco el agua y los bañistas, todos gentes de poco más o menos. No podía mirar sin horror los tabiques*

<sup>1136</sup> *La Fontana de Oro*, cit., p. 27-28.

<sup>1137</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 403.

<sup>1138</sup> "Estaba el marqués de Casa-Muñoz, de la aristocracia monetaria, y un Álvarez de Toledo, hermano del duque de Gravelinas, de la aristocracia antigua, casado con una Trujillo. [...] Villalonga representaba el Parlamento, Aparisi el Municipio, Joaquín el Foro, y Federico Ruiz representaba muchas cosas a la vez: la Prensa, las Letras, la Filosofía, la Crítica musical, el Cuerpo de Bomberos, las Sociedades Económicas, la Arqueología y los Abonos químicos." P. 403-404. Es cierto que también estaba Estupiñá. Pero éste, que mantiene con la familia una relación de criado, confidente, ayudante... no se puede decir que pertenezca al pueblo: tiene perfectamente asimilados los valores de los Santa Cruz.

<sup>1139</sup> *La Regenta*, cit., p. 603.

<sup>1140</sup> *La de Bringas*, cit., p. 22.

*de esteras, más propio para atender a la decencia que para resguardarla, y el vocerío de tanta chiquillería ordinaria le atacaba los nervios*”<sup>1141</sup>.

Es decir, a Rosalía, a pesar de que hasta cierto punto no le queda más remedio que transigir obligada por las circunstancias, no le gusta mezclarse con gente de inferior categoría; y las fronteras entre ellas las marca el dinero. Se aclara así de un modo inequívoco una idea que Galdós apuntaba ya en las citas anteriores, pues Rosalía clasifica a las gentes por su capacidad económica. No otro significado tiene el que el narrador, en el pasaje en el que cuenta que la señora Bringas asistía a la tertulia con porteros, ujieres y otros trabajadores del palacio, se detenga en precisar los sueldos de cada uno de los presentes en la tertulia que

*“eran de clase más baja; pero es el verano muy democratizante, y mis queridos Bringas, anhelosos de sociedad, no se desdeñaban de alternar, en una tertulia al raso, con porteros de Banda y de Vidriera, con el encargado de Guardamuebles, con el ayudante de Platería, con dos casilleros, gente toda de seis mil reales para abajo. A éstos solían unirse algún ayudante de cocina, que gozaba de catorce mil, y algún ujier de saleta, que percibía nueve mil*”<sup>1142</sup>.

El marido de Rosalía ganaba mucho más:

*“Allá por febrero del 68 don Francisco fue nombrado oficial primero de Intendencia del Real Patrimonio con treinta mil reales de sueldo, casa, médico, agua, leña y demás ventajas inherentes a la vecindad regia*”<sup>1143</sup>.

El dinero condiciona, pues, las relaciones sociales. Pero no sólo éstas, también el trato que reciben los enfermos en los hospitales: *“Este desgraciado Rufete va a pasar a ‘pobres’, porque hace tres meses que su familia no paga la pensión de segunda.”* Y, si el médico dice a continuación- *“Él no se dará cuenta del cambio de situación”*<sup>1144</sup>-, no es porque ésa no fuera a cambiar –todo lo contrario-, sino porque el enfermo no se encontraba en condiciones de advertir las diferencias.

No es Galdós el único que señala el papel delimitador del dinero. A lo mismo se refiere Palacio Valdés en el siguiente pasaje en el que habla de uno de los vecinos de Sarrió:

*“Era el propietario territorial más rico de la población y el representante genuino de la aristocracia por venir de una antigua familia de terratenientes y no haber en la villa persona titulada que mejor la representase. No daba, sin embargo, importancia a este privilegio. Era hombre afable, modesto, que con todos los vecinos alternaba sin atender a su condición social [...] Pero si declinaba enteramente las preeminencias del nacimiento, en cambio era celosísimo de sus derechos de propiedad. Jamás se había conocido ni se conocerá un propietario más propietario que D. Pedro Miranda. Las instituciones de derecho vigente, las del derecho antiguo, las universidades, el ejército, la marina, la constitución política y hasta la religión, no tenían razón de ser a sus ojos sino como elementos que de un modo directo o indirecto afianzaba aquellos derechos*”<sup>1145</sup>.

Es evidente, por tanto, que, aunque las relaciones sociales puedan haberse suavizado en el trato y haya habido una cierta uniformización en el vestir, los burgueses de Vetusta, aun sin haberse librado del todo de viejas preocupaciones como decía Clarín, tenían bastante razón

<sup>1141</sup> *La de Bringas*, cit., p. 211-212.

<sup>1142</sup> *Ibid.*, p. 310-211.

<sup>1143</sup> *Ibid.*, p. 18-19.

<sup>1144</sup> *La deheredada*, cit., 14.

<sup>1145</sup> *El cuarto poder*, cit., p. 79-80

cuando afirmaban que ahora todo lo puede el dinero. Éste es el que marca las nuevas jerarquías. Y en su nombre reclama la burguesía la igualdad con la aristocracia y la no confusión con el pueblo con el que quiere marcar claramente las distancias. Queda claro, una vez más, el carácter cerradamente burgués de esta corriente novelística –propugnado por Galdós como programa, como se vio en la introducción- que le lleva a enfocar las cuestiones desde la perspectiva de la burguesía.

Luego se ve que tanto el paternalismo como el sentido democrático no consiguen su propósito: ocultar o difuminar las desigualdades sociales. No lo consiguen porque, tanto uno como otro, tienen sus límites. Los del paternalismo siguen residiendo en las jerarquías tradicionales: éstas son intocables. Y el sentido democrático termina allí donde las diferencias económicas empiezan que, para la corriente liberal, son asimismo indiscutibles, pues son ellas las que determinan la configuración de la sociedad.

#### 3.2.6.4. Movilidad social.

Del epígrafe anterior se deduce, pues, que en la sociedad actual la frontera entre las clases sociales, dejando aparte los prejuicios tradicionales que no han terminado de desaparecer, la marca el dinero. Esto supone que ahora hay más oportunidades de movilidad social, de la que encontramos bastantes testimonios en la novela. Lo que voy a analizar en este epígrafe es la actitud de las dos tendencias novelísticas ante los cambios de posición social propiciados por los vaivenes de la fortuna.

##### A) La novela conservadora.

Dentro de la novela conservadora se pueden, a su vez, distinguir dos corrientes: la rural y la liberal doctrinaria. La primera censura duramente cualquier alteración en las relaciones sociales. La segunda elogia a los que por su propio esfuerzo, y respetando escrupulosamente las reglas del sistema, han conseguido ascender.

Para la corriente rural, de la que forman parte Pereda y Navarro Villoslada entre otros, todos los que aspiran a subir en la escala social son unos trepadores sin escrúpulos. Ya me referí a Pepe Gil del que hablé al analizar el tema del poder. Éste, que es un pícaro moderno, llega a Madrid y, recurriendo a toda clase de artimañas, consigue, tras cambiarse el nombre, hacerse con una posición. Pero, cuando gozaba del favor de la sociedad madrileña, aparece su antiguo amo, un marqués. Pepe le pide que no diga quién es ni descubra su antigua relación:

*“He estudiado mucho, día y noche, sin descanso, heme empapado en buenas lecturas, y he venido a recoger en la corte el fruto de mi trabajo. Pero conocedor de la sociedad corrompida en que vivimos, no he tenido valor de confesar mis humildes principios. Éste es mi pecado, ésta mi culpa, de lo cual difícilmente me absolvería el mundo. Si de aquí sale usted diciendo: ‘El autor de este **Proverbio** me servía los platos y me cepillaba la ropa’, soy hombre perdido. Todas esas gentes, esos hombres ilustres me volverán desdeñosamente las espaldas, y no tendré más recurso que arrojar mis obras al fuego y ponerme a servir”<sup>1146</sup>.*

Pero no sólo eso, le pide también que le ayude para publicar una obra que acaba de escribir a lo que el marqués, que es hombre de ideas modernas, accede: *“Para mí no hay más alcurnia, ni más timbre, ni más posición que las ideas que brotan de una convicción profunda y bien*

<sup>1146</sup> *Historia de muchos Pepes*, cit., p. 198-199.

arraigada. Dame la mano.” Pepe, emocionado, quiere besársela, lo que el marqués no permite:

*“Pepe, me dijo; te doy mi mano, como se la he dado a tantos otros que desde la clase más humilde de la sociedad se han elevado a los más altos puestos de la milicia sobre el pedestal de legendarias y heroicas proezas”*<sup>1147</sup>.

Todo lo que dice Pepe es mentira; no sólo se ha hecho pasar por quien no es, sino que la obra tampoco la ha escrito él. Aunque el argumento que utiliza, -la apelación al propio esfuerzo- es en sí inatacable, queda desvirtuado al ponerlo en boca de un oportunista, con lo que Navarro Villoslada viene a decir que éste tipo de razonamientos no es más que una coartada moral que se buscan los que aspiran a subir a donde no les corresponde. Lo mismo se puede decir del marqués: tampoco es un personaje éticamente recomendable: vive en el extranjero y, lleno de deudas, se ve obligado a malvender su hacienda en subastas públicas. Luego, también sus palabras, que en sí mismas nada tienen de censurables, lo son por decir las quien las dice: sólo un noble tronado y calavera podía hacerse eco de tales argumentos.

Peor que la de Pepe Gil es la catadura moral de Luciano, personaje de Rafael del Castillo. Arruinado y desesperado decide suicidarse. Pero un antiguo presidiario, Juan Collado, que ha matado a D. Roque de Tapia y se ha apoderado de sus papeles y de su nombre, lo impide -“*porque le pareció que era un maravilloso instrumento de su poder*”- dirigiéndose a él con estas palabras:

*“Entréguese V. a un hombre como yo, de la misma manera que se entrega uno al diablo, y gozará las delicias de un nuevo destino. Vivirá V. como en un sueño, y su peor recuerdo será la muerte que V. se ha querido dar”*<sup>1148</sup>.

Le hace caso y sube rápidamente pues consigue llegar a diputado y a ser dueño de un periódico. El ascenso lleva aparejada la transformación: “*Luciano, al cambiar de posición, también ha cambiado de modales, y hoy puede pasar por un caballero, aunque sus antecedentes sean un tanto oscuros*”<sup>1149</sup>, comenta uno de los personajes de la novela. Pero no siempre sucede así, pues hay otros que no se refinan o, lo que es todavía peor, cuando lo intentan, lo único que consiguen es dar muestras de su mal gusto pues se complacen en hacer ostentación de su riqueza:

*“Las manos del uno eran largas y secas, verdaderas garras de rapiña; las del otro regordetas, con hoyuelos en la raíz de los dedos, anchas y mal formadas, de artesano enriquecido, cuyo origen delatan a primera vista, las uñas planas, córneas y rasas, los dedos torpes, corpulentos y achatados, tanto como el posterior encumbramiento, la suavidad de la piel y el derroche de sortijas, placenteramente exhibidas”*<sup>1150</sup>.

Aunque el contenido central de la cita gire en torno al escaso sentido estético del personaje, no deja de aparecer una clara alusión -“*verdaderas garras de rapiña*”- a la inmoralidad de los medios utilizados para ascender por estos oportunistas, que son la muestra patente de

<sup>1147</sup> *Ibíd.*, p. 204.

<sup>1148</sup> *Las cortesanas del siglo XIX*, cit., p. 123 y 124.

<sup>1149</sup> *Las cortesanas del siglo XIX*, cit., p. 6.

<sup>1150</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 7-8.

*“la improvisación social, los caprichos del acaso, la inmoralidad del éxito, la conquista de la influencia por medios ilícitos y mantenida por procedimientos torpes y artimañas repugnantes, el endiosamiento plebeyo, el poder envilecedor del dinero”<sup>1151</sup>.*

Si Campión censura la vanidad de estos plebeyos enriquecidos, Pereda es absolutamente inmisericorde:

*“La señora de don Venancio Liencres era uno de los ejemplares más netos de las Mucibarrenas santanderinas de entonces. Hocico de asco, mirada altiva, cuatro monosílabos entre dientes, mucho lujo en la calle, percal de tres reales en la casa, mala letra y ni pizca de ortografía. De estirpe, no se hable: la más vanidosa; en cuanto se empinaba un poco sobre los pies, columbrábase el azadón o el escoplo..., o el tirapié de las mocedades de su padre... ¡Ah, los pobres hombres! ¡Y cómo las atormentaban sin querer, cuando, ya encanecidos, se glorificaban, ‘coram populo’ y de ellas, de haber sido lo que fueron antes de ser lo que eran!”<sup>1152</sup>.*

Pero, no sólo suben, sino que se encuentran con la calurosa acogida de algunos de los que siempre han estado arriba. Es el caso de Guillermo de Loja que, una vez logrado el éxito, se convierte en el hombre de moda de los salones de Madrid hasta tal punto que la aristocracia se lo rifa:

*“Estos repentinos hombres ilustres de la clase media, ricos todavía de savia natural, y pulimentados hasta cierto punto a fuerza de estudio y de talento, suelen ser muy del agrado de las patricias, que ya están hartas del estilo y modales parisienses, comunes a sus exquisitos, macilentos y burlones primos o pares, todos cortados por la misma irreprochable tijera... Justificado, pues, con la gloria recién alcanzada en las Cortes el ingreso de nuestro impetuoso amigo en la aristocracia, agasajáronle igualmente las severas y altivas richashembras incapaces de claudicar que las de menos rigurosa y dura condición, complaciéndose todas, en la esfera de sus gustos, de intimar con hombre tan distinguido, e imponiendo fácilmente la amistad y el trato del laureado plebeyo a los próceres de su casa o tertulia, con especialidad a los maridos estudiosos”<sup>1153</sup>.*

Todos los casos anteriores tienen en común que, o bien los personajes han ascendido por medios poco lícitos o, aunque hayan sido lícitos, son incapaces, por su rudeza, incultura o vanidad, de estar a la altura del lugar al que han conseguido subir. Es decir, que las circunstancias que han rodeado el ascenso le dan a éste un aire de ilegitimidad que les “incapacita” para disfrutar de su nueva situación. Pero la cerrada mentalidad social, de la que los casos anteriores son una buena muestra, lleva incluso a mirar con recelo a los que han logrado subir a base de esfuerzo y, en principio, no se envanecen de su éxito; ni siquiera éstos están del todo libres de tacha:

*“D. Simeón, después de haber aprendido en su pueblo a leer, escribir y contar, vino a Madrid y sentó plaza de hortera. Principió barriendo la tienda y limpiando los cristales de los escaparates y las puertas; pasó luego al mostrador, y de allí al escritorio de su principal, hasta que a fuerza de tiempo y laboriosidad éste le traspasó la tienda. El hortera se calzó las botas y se hizo hombre.”*

Hasta aquí D. Simeón ha sido una persona trabajadora y honrada, pero, como no podía ser de otra manera, a partir de ahora algunos “pecadillos” va a cometer:

<sup>1151</sup> *Ibíd.*, p. 50.

<sup>1152</sup> *Sotileza*, cit., p. 201.

<sup>1153</sup> *La Pródiga*, cit., p. 131-132.



*“Íbale perfectamente en su comercio, en el que logró adquirir fama de formal y grave, y en efecto, engañaba lo menos que podía, y no robaba a nadie, excepto al Estado, cuyos intereses no tenía ningún escrúpulo en defraudar, valiéndose de contrabandistas y matuteros”*<sup>1154</sup>.

El enriquecimiento conlleva el alejamiento de los antiguos hábitos y la esposa, que ayudaba en la tienda, abandonó el mostrador por influencia de su hija a la que seducían las costumbres aristocráticas:

*“Ella, hija de un tendero, afectaba gustos y modales aristocráticos; [...] Estaba siempre incitándole [a su padre] a que dejara el comercio al por menor, dedicándose a los negocios o la banca”*<sup>1155</sup>.

Y la vanidad hace que se olviden las antiguas virtudes de ahorro, austeridad y trabajo:

*“En casa del comerciante de ultramarinos no se veía más que por los ojos de la niña, y el buen sentido de la madre y la aplicación, laboriosidad y talento mercantil del padre tenían que ceder a la ambición y deseos de brillar de la hija, neciamente empeñada en figurar entre la aristocracia, llevando consigo la mancha original de tendera”*<sup>1156</sup>.

Muy parecido es el caso del Sr. Joaquín –simplemente Joaquín cuando era pobre- que se ha enriquecido también con el comercio, en este caso no de telas sino de comestibles. Tiene una hija y, aunque no quiere que el pueblo diga que pretende educarla para señorita, desea un “yerno empingorotado”. Por eso, cuando D. Aurelio Miranda, recomendado por un prohombre político de la ciudad, le pide la mano de Lucía “*quedose el leonés hecho un papanatas, sin sabe qué decir ni qué cara poner. Realizábase del todo su sueño: el ingreso de Lucía en la esfera señoril tan ambicionada*”<sup>1157</sup>. Tanta es la ambición del señor Joaquín que, a pesar de que tanto el médico como el padre Urtazu, a quienes consulta, se oponen resueltamente al matrimonio, éste se celebra. El resultado es de sobras conocido, pues ya comenté el final de esta novela al analizar el tema de la religión: termina –más apropiado sería decir empieza- en el más completo fracaso: la ambición del Sr. Joaquín recibe el merecido castigo, aunque la que sufre las consecuencias directas es su hija.

Es decir, la novela conservadora –en la corriente que he denominado rural- siempre considera a los que han subido unos trepadores que han conseguido triunfar utilizando artimañas y procedimientos inmorales o, en el mejor de los casos unos advenedizos, de lo que la mejor prueba es la conciencia que ellos mismos tienen de serlo pues, de lo contrario, no pondrían tanto empeño en conquistar, imitando, relacionándose e incluso entroncando con la nobleza, la legitimidad<sup>1158</sup> y respetabilidad social que tanto echan de menos. Se utilizan, pues, dos argumentos para descalificarlos: el primero, que han accedido a una posición que no les corresponde, por lo que son unos intrusos; el segundo, que ellos mismos lo saben.

No sucede lo mismo en la corriente novelesca del liberalismo doctrinario: ésta admite sin ningún tipo de reservas a los, que con su solo esfuerzo y respetando escrupulosamente las reglas del sistema, consiguen mejorar de posición y llegar hasta lo más alto. Ya analicé en el

<sup>1154</sup> *Historia de muchos Pepes*, cit., p. 87-88.

<sup>1155</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>1156</sup> *Ibid.*, p. 100.

<sup>1157</sup> *Un viaje de novios*, cit., p. 67.

<sup>1158</sup> Quizás por la misma razón que se les discute que puedan ascender socialmente, tampoco se les reconoce el derecho al cultivarse. Rafael del Castillo dice de un obrero que se ha hecho toda clase de sacrificios para darle “una brillante educación” a su hijo: “Ésta es la manía de los proletarios respecto a sus hijos.” *Las cortesanas del siglo XIX*, cit., p. 243.

tema del trabajo el caso de Pedro, personaje de la novela de Félix de Bona *La huelga*. Entonces comenté que esta novela es un encendido canto al liberalismo como sistema en el que todo el mundo tiene las mismas oportunidades. Depende del individuo el aprovecharlas o no. El que lo hace y se esfuerza sube; el que no, se queda toda su vida en el mismo sitio. Pedro le explica a su padre, que muestra su perplejidad por la existencia de tantas desigualdades, que el único responsable de ellas es el obrero:

*“¿Usted también, padre? –replicó Pedro.- ¿No le he dicho a V. varias veces las causas ‘por regla general justas’, de la riqueza de los unos y la pobreza de los otros? No puede prosperar del mismo modo el holgazán que el trabajador, el disipador que el sobrio y económico, ni el que por no aprender se limita toda su vida a hacer una misma cosa”*<sup>1159</sup>.

El propio Pedro, que es un modelo de sobriedad, ahorro y esfuerzo, es presentado por el narrador como ejemplo de lo que se puede conseguir ateniéndose a esas virtudes:

*“Pedro era un ejemplo brillante de los progresos que puede hacer un muchacho aplicado y estudioso. Hijo de unos modestos porteros, cuyo padre no pasó tampoco de operario ‘puclador’, era, no obstante y como queda indicado, ingeniero director de otra fábrica de ‘pucllar’ y maquinaria denominada la Céltica, y situada en la misma provincia, a unos cincuenta kilómetros de distancia”*<sup>1160</sup>.

Tras esta apología del esfuerzo lo que hay, como ya dije, es una defensa del liberalismo contra el socialismo y el anarquismo propugnados por el movimiento obrero. Defensa que no encontramos en la novela tradicionalista de base rural, por la sencilla razón de que en la realidad que le sirve de base, el proletariado no existe.

### **B) La novela liberal**

Por su parte, la novela de la corriente liberal es perfectamente consciente de que, a pesar de los obstáculos y prejuicios que puedan seguir existiendo, la movilidad social es ya una realidad imparable:

*“Sin ir más lejos, véase a la Monarquía transigiendo con la Democracia, y echando juntos un pisolabis en el bodegón de la política representativa. Y este ejemplo, ¿no valía? Pues allá iba otro. La aristocracia, árbol viejo y sin savia, no podía ya vivir si no lo ‘abonaba’ (en el sentido de ‘estercolar’) el pueblo enriquecido. ¡Y que no había hecho flojos milagros el sudor del pueblo en aquel tercio de siglo! ¿No andaban por Madrid arrastrados en carretelas muchos a quienes él y todo el mundo conocieron vendiendo alubias y bacalao, o prestando a rédito? ¿No eran ya senadores vitalicios y consejeros del Banco muchos que allá en su niñez andaban con los codos rotos, o que pasaron hambres para juntar para unas alpargatas? Pues bien, a ese ‘elemento’ pertenecía él, y era un nuevo ejemplo del ‘sudor de pueblo fecundado’...”*<sup>1161</sup>.

Pero los novelistas de esta corriente no se atreven a defender abiertamente el liberalismo ni tampoco a atacar ni a defender frontalmente la movilidad social. No defienden abiertamente el liberalismo, aunque evidentemente lo apoyan, porque, como lo que ha triunfado de él no puede satisfacerles, dicha defensa podría interpretarse como un apoyo a la situación existente. No defienden tampoco a las claras la movilidad social porque, dadas las características de la sociedad de la Restauración, en ésta no triunfan precisamente los mejores sino que, en bastantes ocasiones, quienes llegan a lo más alto son aventureros sin

<sup>1159</sup> *La huelga*, cit., p. 25.

<sup>1160</sup> *La huelga*, cit., p. 28.

<sup>1161</sup> *Torquemada en la cruz*, cit., p. 152-153.

escrúpulos. Pero tampoco pueden atacarla, ya que eso sería ir contra el principio básico del liberalismo: el reconocimiento del mérito. Por eso, la visión de este tema es bastante más compleja y con diversidad de matices, pues estos novelistas se mueven entre la necesidad de condenar el liberalismo existente por su traición a los principios de la revolución burguesa, y la de reconocer el mérito de los que, con su esfuerzo y valía, suben. Pero, claro está, todos los que lo han conseguido lo han hecho dentro de las estructuras vigentes, por lo que estos novelistas se enfrenta a un dilema: ¿Cómo condenar las estructuras y salvar a los que han ascendido dentro de ellas? Diferenciando a los que lo han hecho utilizando medios lícitos de los que los que no. O, lo que es lo mismo, a los que han subido a pesar del sistema de los que lo han hecho gracias a él.

### **b<sub>1</sub>) Aventureros y gente sin escrúpulos. Los nuevos ricos.**

El deseo de acumular riquezas y ascender es como una fiebre que se está extendiendo por todas las capas sociales:

*“No hay ya envidia de hombres ilustres, sino de comodidades. Como cada cual tiene ganas rabiosas de alcanzar una posición superior, principia por aparentarla. Las improvisaciones estimulan el apetito. Lo que no se tiene se pide, y no hay un solo número uno que no quiere elevarse a la categoría de dos. El dos se quiere hacer pasar por tres; el tres hace creer que es cuatro; el cuatro dice: ‘Si yo soy cinco’, y así sucesivamente”<sup>1162</sup>.*

Y precisamente el liberalismo, tal y como ha quedado configurado tras el fracaso de la revolución de septiembre, es terreno abonado para que aventureros sin escrúpulos o gente zafia consigan una preeminencia social y un reconocimiento que no se merecen. Torquemada es uno de ellos. Ya he referido en el apartado dedicado al análisis del poder cómo, practicando la usura y presionando sin compasión a todos los que caían en sus garras<sup>1163</sup>, logró acumular una gran fortuna y, aprovechándose de la precaria situación económica de una familia noble, realiza un matrimonio de conveniencia para ambas partes. Galdós no pierde ocasión de ridiculizarlo a lo largo de las cuatro novelas que componen la serie. Sirvan como muestra las siguientes dos citas sobre el “dominio” de la lengua del personaje. La primera corresponde al momento en el que, habiendo puesto ya sus ojos en Fidela Cruz, siente la necesidad de cultivarse y se hace muy amigo de don Juan Donoso, que se convierte para él en una especie de tutor mentor y modelo en el que el usurero se fija para refinarse un poco. Cuando Torquemada, consciente de sus limitaciones lingüísticas, intenta imitar el lenguaje de su preceptor, llega a decir cosas como éstas:

*“Tengo para mí que los precios de la cebada serán un ‘enizma’ en los meses que siguen, por ‘actitud expectante’ de los labradores.’ O esta otra: ‘Señores, yo tengo para mí (el ejemplo de Donoso le hacía estar constantemente teniendo para sí) que ya hay bastante libertad, y bastante ‘naufragio’ universal, y más derechos que queremos. Pero yo pregunto: ¿Esto basta? La nación, por ventura, ¿no come más que principios? ¡Oh, no!... Antes del principio, désele el cocido de una buena administración, y la sopa de un presupuesto nivelado... Ahí está el quiquiriquí... Ahí le duele..., ahí... [...] Alguien decía, oyéndole*

<sup>1162</sup> *La desheredada*, cit., p. 81.

<sup>1163</sup> Una de ellas fue Rosalía de Bringas, que tuvo que recurrir en una ocasión a los servicios del prestamista. Éste le prestó, para devolver dentro de un mes, 4000 reales; puso en el pagaré 4500 y se quedó con 200 en concepto de corretaje. Es decir, el interés es superior al 20% mensual. *La de Bringas*, cit., p. 205.

*hablar: 'Un poco tosco es este tío, pero ¡qué bien discurre!' ¡Y qué ingenioso el chiste de llamar naufragio al sufragio!'*<sup>1164</sup>.

Pero, con el paso del tiempo los progresos lingüísticos de Torquemada, aunque con algún que otro vaivén de retroceso, son evidentes:

*“Desde noviembre decía don Francisco a cada momento: ‘Así se escribe la historia’, ‘Velis nolis’, ‘La ola revolucionaria’ y ‘Seamos justos’. Estas formas retóricas, absolutamente corrientes, las afeaba un mes después con nuevas adquisiciones de frases y términos no depurados, como ‘reasumiendo’, ‘ínsulas’, ‘en el actual momento histórico’ y ‘el maquiavelismo’, aplicado a cosas que nada tenían de maquiavélicas. Hacia fin de año se daba lustre el hombre corrigiendo con lima desatinos usados anteriormente, pues observaba y aprendía con pasmosa asimilación todo lo bueno que le entraba por los oídos, adquiriendo conceptos muy peregrinos, como: ‘No tengo inconveniente en declarar...’, ‘Me atengo a la lógica de los hechos’. Y si bien es cierto que la falta de principios [...] le hacía meter la pata cuando mejor iba discurrendo, también lo es que su aplicación y el cuidado que ponía en apropiarse de las formas locutorias le llevaron en poco tiempo a realizar verdaderas maravillas gramaticales, y a no hacer mal papel en tertulia de personas finas, algunas superiores a él por el conocimiento y la educación, pero que no le superaban en garbo para sostener cualquier manoseado tema de controversia, al alcance, como él decía, de las inteligencias más vulgares”*<sup>1165</sup>.

Por influencia de su cuñada Cruz compra un palacio, es nombrado senador y le conceden el título de marqués.

También D. Antonio Salabert entra en la aristocracia –con el título de duque de Requena- después de haber conseguido acumular, recurriendo a toda clase de chanchullos e inmoralidades, una inmensa fortuna sobre cuyos orígenes corrían, además, los más diversos rumores:

*“Decían unos que había sido granuja del mercadal, otros que empezó de lacayo de un banquero y luego fue cobrador de letras y zurupeto, otros que había sido soldado en la primera guerra civil, y que el origen de su fortuna estuvo en una maleta llena de onzas de oro que robó a un viajero”*<sup>1166</sup>.

Ya analicé detalladamente en el tema del poder los medios que utilizaba para hacer negocios. Esta forma de ascender ha condicionado su filosofía de la vida que, cuando se enfadaba con sus empleados –cosa que sucedía con bastante frecuencia- explicaba con estas palabras: “¿Sabéis, f..., cómo he llegado yo a tener dinero? Pues recibiendo muchas patadas en el trasero. Sólo a fuerza de puntapiés se logra subir ¿estamos?”<sup>1167</sup>. Y, en justa correspondencia, él ahora da todas las que puede.

Otro de estos personajes que ha subido al calor de la Restauración es Botín, del que Isidora Rufete fue amante durante una temporada. Éste empezó a labrar su fortuna interviniendo como agente electoral en la manipulación caciquil de las elecciones:

*“Hace unos quince años Sánchez Botín era un zascandil. Andaba por ahí con un gabán perenne y sucio; pero ya dejaba traslucir sus disposiciones para la intriga; adulaba a todo el mundo, y agenciaba cosas de poco valor en las oficinas. Empezó a levantar cabeza trabajando elecciones por los pueblos del Alto Aragón. Hacía diabluras, resucitaba muertos, enterraba vivos, fabricaba listas, encantaba urnas.”*

<sup>1164</sup> *Torquemada en la cruz*, cit., p. 135-136.

<sup>1165</sup> *Torquemada en el purgatorio*, cit., p. 257.

<sup>1166</sup> *La espuma*, cit., p. 121.

<sup>1167</sup> *La espuma*, cit., p. 121.

Fue así, relacionándose con gente poderosa, cómo consiguió casarse con una rica heredera e iniciar su propia carrera política, momento en el que comienza realmente su despegue:

*“Después le colocaron en el Ministerio, y casó con la de Castroponce, que le aportó dos millones. Hízose diputado y gerente del ferrocarril de Albarracín. Aquí empiezan sus triunfos. Como tiene amistad con el ministro y allá se gobiernan bien los dos, hace lo que quiere. Figúrate, la ley autoriza a los Ayuntamientos para auxiliar a las Compañías de ferrocarriles con el ochenta por ciento de sus bienes propios”<sup>1168</sup>.*

Pero no sólo eso, interviene en subastas públicas en las que previamente ha pactado con el gobierno para que él sea el único que se pueda presentar, ha comprado los pagarés que les dieron a los soldados que volvieron de Cuba, y que éstos nunca iban a cobrar, por una miseria y después ha conseguido que el gobierno se los admita por su verdadero valor... Joaquín Pez, con el que Isidora sigue manteniendo relaciones en secreto al mismo tiempo que es amante de Botín, es quien le da a ésta toda la información anterior y resume en la siguiente frase hasta qué punto Botín ha hecho su fortuna a costa de la administración pública: *“Es un bajá administrativo, mejor dicho, un sultán que tiene las rentas públicas por serrallo”<sup>1169</sup>*. La faceta pública del personaje, tan bien conocida por Joaquín, es completada por el retrato privado que de él traza Isidora; y, si en la primera destaca su instinto de acaparación, lo mismo sucede en la segunda:

*“Él gasta en mí su dinero a la calladita; y me compra cuanto apetezco con tal que no lo luzca, con tal que nadie me vea. Quiere que me ponga guapa para él solo. Basta que cualquier persona me mire para que él se enfade, porque cree que con los ojos se le roba algo de lo que tiene por suyo”<sup>1170</sup>.*

Tras escuchar las quejas de Isidora por sus celos y mezquindades, Joaquín termina diciendo:

*“No comprendo estos caracteres. Me parece que son la escoria del género humano; me parecen hechos con algo puramente material y grosero que sobró después de hacernos a todos, y que pudo tal vez ser destinado a crear los animales. Pero la mente divina quiso formar la transición del hombre al bruto, y fabricó a Botín.”*

Palabras corroboradas por Isidora quien, entre risas, apostilla: *“Es verdad, es verdad. Entre la palabra y el rebuzno, ¿qué hay? Un discurso de Botín”<sup>1171</sup>.*

Pero no sólo en la ciudad existen estos personajes osados y sin escrúpulos. También florecen en el campo, donde la desamortización sentó las bases para el ascenso de una serie de hombres vulgares que lo único que poseían era ambición:

*“Unas cuantas docenas de grandes compradores, de apellidos oscuros, que habían llegado de sus respectivas comarcas con los pies descalzos, que tenían una leyenda de pobreza, piojos, usura y malas artes que oponer a la leyenda de brocados, perfumes, despojos feudales y donativos regios de sus antecesores, se apoderaron del país. Entoces empezó la dominación de los cresos agrícolas e industriales que hoy subsiste”<sup>1172</sup>.*

Ejemplo de estos “cresos agrícolas” son los parientes de Alejandro Miquis, como su “tíita” Isabel se complace en recordarle cada vez que la visita:

<sup>1168</sup> *La desheredada*, cit., p. 309-310.

<sup>1169</sup> *Ibid.*, p. 310.

<sup>1170</sup> *Ibid.*, p. 311.

<sup>1171</sup> *La desheredada*, cit., p. 313.

<sup>1172</sup> *Orgía del hambre*, cit., p. 24-25.

*“Tu abuelo –le decía- fue mozo de mulas en mi casa cuando yo levantaba tanto así. Era un bruto. Me parece que le veo con su gorro de pelo y su manta al hombro. Sus hijos se engrandecieron como se engrandecen todos los brutos en estos tiempos de faramalla y equivocaciones. Uno compró bienes del clero por un pedazo de pan, y se hizo rico negociando con la fortuna de la Iglesia, con lo que es de Dios y de sus ministros. Gumersindo Miquis y tu padre también han hecho mil picardías para enriquecerse. ¡Qué manera de juntar dinero! Con la contrata del fielato, vejando y martirizando a los pobres paletos que entraban dos docenas de huevos... [...] Gaspar Miquis ya sabemos que contratando carreteras ha hecho un capital. Así están aquellos caminos. Donde debía poner piedra ponía barro. [...] En mi tiempo, hijo, había ladrones, sí, ladrones de caminos, gentuza mala, es verdad; pero no había estos salteadores públicos que hacen lo que les da la gana: oprimen al pobre, roban al rico, amparados en la política. [...] Tu papaíto también es buena pieza. Compra el azafrán a seis duros, valiéndose de la miseria de los pobres labradores, y luego lo vende a catorce. Así se han hecho poderosos”<sup>1173</sup>.*

Todos estos personajes –especialmente Torquemada, Requena y Botín- tienen en común que son gentes del pueblo, pero de lo más vulgar<sup>1174</sup>, que han ascendido desde la más absoluta pobreza hasta los puestos más altos de la sociedad utilizando medios inmorales y, una vez arriba, han pasado a formar parte de la oligarquía de la Restauración cuyos valores han asimilado hasta el punto de que la consecución de títulos nobiliarios se ha convertido en una aspiración generalizada: *“No pocas familias de arrieros o de gañanes, que habían hecho dinero y fundado casa principal, empezaban a tener humos aristocráticos”<sup>1175</sup>*. Por eso, tanto los personajes como los valores que representan son objeto de un profundo rechazo.

Pero esta forma inmoral de enriquecerse, y éste es otro motivo que contribuye a dicho rechazo, tiene además una influencia negativa en el resto de la sociedad pues, en muchos, en lugar de provocar repulsa, suscita deseos de imitación. Es lo que le sucede a Mariano, alias Pecado, quien, concienciado por Bou de la explotación de los obreros, aspira a dejar de ser explotado, pero no como consecuencia de la terminación de la explotación, sino para convertirse en explotador:

*“En cuanto a las sanguijuelas del país, ‘que chupan la sangre del obrero’ y en cuanto a todos nosotros, que no tenemos callosidades en las manos, Mariano creía aborrecerlos tanto como su maestro; pero lo que hacía era envidiarlos, pues la envidia suele usar la máscara del odio.*

*En el fondo de su alma, ‘Pecado’ anhelaba ser también sanguijuela y chupar lo que pudiera, dejando al pueblo en los puros huesos; se desvivía por satisfacer todos los apetitos de la concupiscencia humana y por tener mucho dinero, viniera de donde viniera”<sup>1176</sup>.*

<sup>1173</sup> *El doctor Centeno*, cit., p. 139-140.

<sup>1174</sup> Algunos han ascendido por su propio esfuerzo, sin utilizar ningún medio ilegítimo; pero el haber sido incapaces de librarse de la vulgaridad de sus orígenes es suficiente motivo para que no se les termine de “admitir” en su nueva posición: *“D. Bartolomé Segundo Arrazola, padre de Blas, era una de las grandes figuras de la curia badajocense, y se le respetaba y tenía en los estrados de la Audiencia como en los humildes despachos del Juzgado municipal. Él se vanagloriaba de haber limpiado las botas de un escribano, de haberle llevado la toga a las vistas a un letrado, de haber sido pasante de una escuela, mozo de recados del colegio notarial, encontrando en todas estas dolorosas alternativas y en tan humildísimo origen el pedestal de su estatua; porque así como hay hombres que hacen ostentación del pergamino y el doblón que heredaron, otros hacen alarde del guiñapo sobre el que vinieron al mundo y de las sopas mal aliñadas que fueron banquete de su infancia. La vanidad humana cambia de tono, sí; pero no deja de entonar con las mismas notas el mismo himno glorificador del individuo.”* *Orgía del hambre*, cit., p. 43.

¿Qué más señal de vulgaridad que presumir de orígenes vulgares?

<sup>1175</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino*, cit., p. 85.

<sup>1176</sup> *La desheredada*, cit., p.287.

Esta gente, cuando lo consigue, que no es siempre, no sube más allá de un mediano pasar; sin embargo, asumen por completo los valores vigentes y presumen de morales y de seriedad, como Gaitica que, al recordarle Mariano su pasado, le responde:

*“Ahora soy hombre formal, y voy a comprar mulas para venderlas a la Artillería; hombre de negocios, hombre que se puede poner delante del rey, sí señor; porque es un hombre que paga la contribución, un hombre de orden, de ley, que gusta de oír hablar del roío pueblo ni de la roía revolución; un hombre, en fin, más honrado que Dios, más caritativo que la roía Biblia”.*

El comentario del narrador, aunque se haga pasar por portavoz de los pensamientos de Mariano, es inequívoco al respecto:

*“¡También ‘Gaitica’, aquel ser de la última gradación moral a quien ‘Pecado’ consideraba como inferior, se sublimaba por la virtud de su pequeño capital, adquirido en infames juegos de azar, y quería revestirse de la dignidad del burgués pacífico, del propietario conservador, y clasificarse entre los ciudadanos probos, que son base, sustento del orden social”<sup>1177</sup>.*

Lo mismo le sucede a Encarnación, la tía de Isidora. Con su tienda y sus pequeños préstamos usurarios<sup>1178</sup> ha mejorado un poco su situación económica e, inmediatamente, se siente acometida por el prurito de la respetabilidad, de tal manera que la llegada de la Restauración provoca el *“entusiasmo de la ‘Sanguijuelera’, que cada día simpatiza menos con la demagogia. Dice que los señores son siempre señores y los burros siempre burros. Se promete ir a recibir la nuevo soberano y aun medita una arenga”<sup>1179</sup>.*

Se ve, pues, que el espíritu de la Restauración lo contamina e infecciona todo.

Pero, si estos nuevos ricos, al asumir los valores de la Restauración, sienten desprecio por el pueblo al que procuran explotar en su propio beneficio, el pueblo tampoco siente ninguna simpatía por ellos. Valera narra la historia de los Mendoza, familia ilustre de Villabermeja, venida a menos por su falta de espíritu práctico y poco interés por los asuntos materiales, lo cual provoca las burlas de los vecinos que, por regirse por otra escala de valores, han conseguido enriquecerse: *“Los ricos nuevos del lugar se burlaban de esto sin compasión, pero el vulgo amaba a los Mendoza”<sup>1180</sup>.* Pero, en este caso no parece que Valera le dé la razón al pueblo pues, como ya se ha visto en apartados anteriores, para este autor la Restauración es un sistema en el que existe la igualdad de oportunidades y, por tanto, no entra en distinciones sobre cuáles han sido los medios utilizados para mejorar de condición. De ahí que defienda a los que han ascendido y ataque a los que los critican:

*“El furor de la porción menos sana de los bermejinos era contra los ricos de reciente fecha; contra los que se habían enriquecido dando dinero a premio o el tráfico de vinos, aceites y granos.”*

Cosa que el narrador no comprende pues

<sup>1177</sup> *Ibíd.*, p. 425.

El talante moral del personaje, y la consiguiente opinión que de él tiene el narrador, se recoge en la siguiente frase: *“...halláronse juntos otro día Mariano y el caballero (llámase así porque iba a caballo) designado con el nombre de Gaitica.”* P. 424.

<sup>1178</sup> En una ocasión le presta a Isidora 1000 reales –de los que se queda con 20 en concepto de comisión– y le extiende un recibo por 1200 para pagar al mes siguiente. P. 266.

<sup>1179</sup> *Ibíd.*, p. 254.

<sup>1180</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino*, cit., p. 84.

*“muchos de estos ricos nuevos habían hecho su fortuna aumentando el bienestar general, acrecentando el acervo común del haber de la nación, creando riqueza; pero los resabios inveterados de los bermejinos más aviesos, mezclados con la envidia, [...] no les dejaban ver en los bienes adquiridos por otros un bien colectivo, sino una dislocación o una absorción de bienes que a todos pertenecían, verificada con infernal astucia. El antiguo refrán que reza: ‘los ricos en el cielo son borricos, los pobres en el cielo son señores’, se oía con frecuencia en los labios de los bermejinos, como pronosticando, en son de amenaza, que la habilidad pecaminosa de los ricos no prevalecería en el cielo”<sup>1181</sup>.*

Valera –coincidiendo en esto con los ideólogos del liberalismo doctrinario– enfoca el tema con un criterio puramente económico: el de la creación de riqueza. Pero, esta actitud positiva hacia los que se han enriquecido lo sitúa en una posición intermedia, una vez más, entre conservadores y liberales. Por una parte se diferencia de ambos; pero, por otra, se acerca a los liberales. De los conservadores se diferencia<sup>1182</sup> en que ve con buenos ojos la movilidad social; de los liberales, en que no tiene en cuenta los medios para conseguirla. Pero, al admitirla, coincide también en parte con los liberales, pues existe un caso en el que éstos tienen una consideración positiva de los que han conseguido ascender: cuando lo han conseguido a base de trabajo y con medios lícitos.

### **b<sub>2</sub>) Los hechos a sí mismos: el premio del esfuerzo.**

Son los que han subido desde abajo, gracias a su trabajo y esfuerzo, pero utilizando medios legítimos y sin que el triunfo les haya envanecido; al contrario, las dificultades que han tenido que superar, la miseria en la que han vivido, han sido para ellos una escuela que les ha puesto en una situación inmejorable para darse cuenta de la situación de precariedad en la que siguen viviendo los que no han conseguido escapar de su origen miserable, y hacen lo posible por ayudarlos. Es el caso de don Pedro Polo y Cortés, natural de Medellín, que lo pasó muy mal en su juventud pero que, tras muchísimas penalidades, ha conseguido el cargo de capellán de unas monjas en Madrid, ha montado una escuela y decide proteger a Felipe Centeno pues

*“los hombres que como don Pedro Polo se lo deben todo a sí mismos; los hombres que han trabajado para subir desde la nada de su origen al todo de su posición actual; [...] estos hombres son los que mejor pueden apreciar el mérito y las disposiciones”<sup>1183</sup>.*

Más lejos que don Pedro, y superando bastantes más dificultades, ha llegado D. Acisclo:

<sup>1181</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino*, cit., p. 84.

<sup>1182</sup> Valera admite la movilidad social, pero sólo en lo que a las implicaciones económicas de ésta se refiere. Por eso, si se diferencia de los conservadores en que ve con naturalidad la movilidad social, coincide con ellos –y ésta es una prueba más de la mencionada posición intermedia– en que no reconoce a los nuevos ricos su pretensión de conseguir una respetabilidad social, que es patrimonio exclusivo de la antigua clase dominante. Lo que, en esta misma novela, dice de Juan Fresco, resulta bastante ilustrativo al respecto: *“Cuando chico le llamaban Juanillo. Se fue del lugar y volvió riquísimo, ya muy entrado en años y con un don como una casa. Atendidas la novedad y la frescura de este don, la gente dio en llamarle D. Juan Fresco, y no de otra suerte se le conoce y distingue.”* Es decir, la gente acepta que se haya enriquecido pero no que, al socaire del dinero, utilice títulos que no le corresponden. Y lo mismo piensa el narrador pues afirma que en cualquier otro sitio, donde nadie le conociera, podría pasar por persona “respetable”, pero no en su tierra donde todo el mundo sabe quién es: *“En cualquiera otra parte pasaría por todo un caballero: allí [en su pueblo, en Villabermeja] tiene por primos o sobrinos al carnicero, al alguacil, a media docenas de licenciados de presidio y a otra gente por el mismo orden. ¿Merecería llamarse D. Juan Fresco si no tuviera tanta frescura.”* *Ibíd.*, p. 55. La posición social y la consiguiente respetabilidad no va, pues, unida al dinero, sino al origen.

<sup>1183</sup> *El doctor Centeno*, cit., p. 33.



*“Su vida fue, desde el nacer, lucha feroz, reñida y victoriosa. Engendrole la pobreza, y él se propuso salir del precario estado de su infancia, y lo consiguió. Aplicando la palanca de su voluntad en el punto de apoyo del trabajo, realizó cosas sorprendentes. Nadie le enseñó a leer. Él, él solito andaba por las calles de Santander aprendiendo la lectura, ¿dónde creeréis vosotros?, en las muestras de las tiendas. Éstas fueron su primer maestro.”*

Empezó como dependiente de una tienda, se estableció después por su cuenta y, llevando cargamentos de lana a América, hizo una gran fortuna. Ahora, ya retirado, disfruta de ella viviendo lujosamente, pero sin olvidarse de ayudar a los necesitados:

*“Invertía grandes cantidades en remediar las desgracias del prójimo. También gastaba pródigamente las rentas en el lujo y comodidades de la aristocracia. Era gran cazador; y esta afición suya, que llenaba la mitad de su existencia, habíale proporcionado relaciones de amistad con gentes muy nobles y muy linajudas”<sup>1184</sup>.*

Al tratarse de una posición ganada a base de esfuerzo, el personaje sólo suscita alabanzas. Exactamente igual que los hermanos Golfín:

*“Nacidos en la clase más humilde, habían luchado solos en edad temprana por salir de la ignorancia y de la pobreza, viéndose a punto de sucumbir diferentes veces; mas tanto pudo en ellos el impulso de una voluntad heroica, que al fin llegaron jadeantes a la ansiada orilla, dejando atrás las turbias olas en que se agita en constante estado de naufragio el grosero vulgo”<sup>1185</sup>.*

Lo que distingue a los hermanos del “grosero vulgo”, como dice el narrador, no es otra cosa que la voluntad y el trabajo<sup>1186</sup>, como uno de los hermanos se encarga de destacar:

*“Nosotros –indicaba Teodoro-, aunque descendemos de las hierbas del campo, que es el más bajo linaje que se conoce, nos hemos hecho árboles corpulentos... ¡Viva el trabajo y la iniciativa del hombre!...”<sup>1187</sup>.*

Los dos son un claro ejemplo, mucho más claro que el de don Pedro, de que los sufrimientos curten a los hombres cuando éstos tienen clara conciencia de su valor:

*“Bien sabes que no hemos sido criados con mimo; que desde nuestra más tierna infancia nos acostumbramos a la idea de que no había nadie inferior a nosotros... Los hombres que se forman solos<sup>1188</sup>, como nosotros nos formamos; los que, sin ayuda de nadie, ni más amparo que la voluntad y noble ambición, han logrado salir triunfantes en la ‘lucha por la existencia’... sí, ¡demonios!, éstos son los únicos que saben cómo se ha de tratar a un menesteroso”<sup>1189</sup>.*

<sup>1184</sup> *La Cigarra*, cit., p. 114.

<sup>1185</sup> *Marianela*, cit., p. 101-102.

<sup>1186</sup> En este sentido se puede considerar a Mariano –al margen de sus ideas anarquistas- como una contrafigura de los Golfín, pues tiene ambición y deseos de ser rico, pero es un holgazán que no se aplica al trabajo al que falta muchas veces hasta el punto de que termina abandonándolo.

<sup>1187</sup> *Marianela*, cit., p. 103.

<sup>1188</sup> También en este aspecto el caso de Mariano puede servir de contrafigura. Éste, como los hermanos Golfín, se ha criado solo lo que ha contribuido a que madure precozmente: “*La soledad en que vivía le despabiló antes de tiempo. Su precocidad para comparar y hacer cálculos no era común en los chicos amparados por padres o parientes cariñosos. Porque el abandono y el vivir entregado a sí propio favorecen el crecimiento moral en el niño.*” Pero lo que le falta a Mariano, como dije antes, es la voluntad. Y ésta, no depende sólo del individuo, sino que, a juzgar por lo que Galdós dice a continuación, es algo que da la naturaleza: “*De la índole nativa depende que este crecimiento sea en buen o mal sentido, y es evidente que los colosos del trabajo, así como los grandes criminales, han nutrido su espíritu en una niñez solitaria. El árbol salvaje, juguete de los vientos en deshabitado país, adquiere un vigor notorio.*”

*La desheredada*, cit., p. 334.

<sup>1189</sup> *Marianela*, cit., p. 119.

El que así habla, Teodoro, famoso oculista, le está recordando a su hermano Carlos, ingeniero de las minas de Socartes, -el título del capítulo: *Historia de dos hijos del pueblo*, es suficientemente indicativo de cuál es la intención del autor- lo que ha sido su vida pasada. A ruegos de éste, Teodoro, que en un principio se resiste, la cuenta con detalle:

*“Yo no carezco de vanidades, y entre ellas tengo la de haber sido mendigo, de haber pedido limosna de puerta en puerta, de haber andado descalzo con mi hermanito Carlos, y dormir con él en los huecos de las puertas, sin amparo, sin abrigo, sin familia. Yo no sé qué extraordinario rayo de energía vibró dentro de mí. Tuve una inspiración. Comprendí que delante de nuestros pasos se abrían dos sendas: la del presidio, la de la gloria. [...] Ello es que nos salvamos. Yo aprendí a leer y enseñé a leer a mi hermano. Yo serví a diversos amos, que me daban de comer y me permitían ir a la escuela. Yo guardaba mis propinas; yo compré una hucha... Yo reuní para comprar libros... Yo no sé cómo entré en los Escolapios; pero ello es que entré, mientras mi hermano se ganaba su pan haciendo recados en una tienda de ultramarinos...”<sup>1190</sup>.*

Se siente atraído por los estudios de medicina; los compagina, primero con un trabajo en una barbería, después, con otro de ayuda de cámara y aprovecha la mínima ocasión para estudiar:

*“Me acuerdo que el cepillar la ropa de mi amo me servía para estudiar la miología... Limpiando una manga, decía: ‘músculo deltoide, bíceps, cubital’, y en los pantalones: ‘músculos glúteos, psoas, gemelos, tibial, etc.’”<sup>1191</sup>.*

Terminó la carrera, se puso a trabajar, le pagó a su hermano los estudios de ingeniero, se especializó en oftalmología y se fue a América donde triunfó y adquirió prestigio universal. Y si, los que triunfan con medios inmorales, tienen una influencia negativa pues, como se vio, despiertan el deseo de imitación, éstos la tienen positiva ya que suscitan también ese mismo deseo. Es lo que le sucede a Felipe Centeno que, tras oírle a Marianela el relato que de su vida ha hecho Teodoro Golfín, comienza inmediatamente a hacer planes:

*“Miá tú..., yo tengo pensado irme derecho a una barbería... Yo me pinto solo para rapar... ¡Pues soy yo poco listo gracias a Dios! Desde que yo llegue a Madrid, por un lado rapando y por otro estudiando, he de de aprender en dos meses toda la ciencia. Miá tú, ahora se me ha ocurrido que debo tirar para médico... Sí, médico, que echando una mano a este pulso, otra mano al otro, se llena el dinero de bolsillo”<sup>1192</sup>.*

Pero, no es sólo cuestión de voluntad sino, como dice Galdós, también de índole, o quizás de falta de acierto con las compañías que se eligen o de mala suerte, pues Felipe, que se escapará de casa y llegará caminando hasta Madrid, no va a conseguir salir de la miseria.

También consigue mejorar su situación económica a base de trabajo José, el protagonista de la novela homónima de Palacio Valdés. Cuando éste describe el traje de José, dice que es igual que el de todos los marineros *“algo más fino, no obstante, y mejor arreglado”<sup>1193</sup>*. Y

Se puede considerar, asimismo, como contrafigura de los hermanos Golfín a Sofía, la mujer de Carlos. A ésta, que siempre ha tenido una vida fácil, no sólo no le gusta oír el relato de las dificultades por las que pasaron los hermanos [cf. p. 120], sino que no siente tampoco ninguna compasión por los menesterosos; trata despóticamente a Nela y, cuando Teodoro le dice que por qué no le compra unos zapatos a Nela, ella que se ha gastado doscientos duros en comprar una perrita -Lili- y se pasa el día haciéndole abriguitos, responde: *“¡Zapatos a la Nela! -exclamó Sofía, riendo-. Y yo me pregunto: ¿para qué los quiere?... Tardaría dos días en romperlos.”* P. 110.

<sup>1190</sup> *Marianela*, cit., p. 119-120.

<sup>1191</sup> *Ibid.*, p. 122.

<sup>1192</sup> *Marianela*, cit., p. 139-140.

<sup>1193</sup> *José*, cit., p. 64.

es que José, aunque pescador, como la mayor parte de los habitantes de Rodillero, ha conseguido ahorrar y comprarse una barca:

*“Desde entonces cambió bastante su suerte: el dueño de una lancha, en un lugar tan pobre como Rodillero, juega papel principal; entre los marineros fue casi un personaje, uniéndose al respeto de la posición el aprecio a su valor y destreza. Comenzó a trabajar con mucha fortuna; en obra de dos años, como sus necesidades no eran grandes, ahorró lo bastante para construir otra lancha”*<sup>1194</sup>.

José, como ya analicé en el capítulo dedicado al poder, es no sólo un hombre del pueblo que ha conseguido una posición desahogada gracias a su trabajo, sino también el representante de la clase media encargada de relevar en el poder a la oligarquía como quedó de manifiesto al examinar sus relaciones con el señor de Meira. Y lo mismo sucede con el resto de los personajes analizados en este último epígrafe: todos ellos han mejorado sus condiciones originarias de vida trabajando honradamente y asumiendo los principios del liberalismo burgués. Estas dos condiciones, de las que no participaba ninguno de los casos vistos en el epígrafe anterior, son indispensables para que los novelistas de la corriente liberal sancionen el ascenso. Pero, sobre todo, la segunda pues el trabajo sólo, aunque sea honrado no basta como lo demuestra el caso de Juan Bou: levantó una imprenta con su propio esfuerzo, pero sus ideas anarquistas –su no identificación, por tanto, con la sociedad burguesa- hacen que merezca la más completa descalificación por parte de Galdós.

Luego, en lo que a la movilidad social se refiere, la novela conservadora, en su vertiente rural, se caracteriza por mantener una actitud de defensa a ultranza de las relaciones sociales tradicionales, mientras que la del liberalismo doctrinario hace una encendida apología del liberalismo económico como sistema abierto que ofrece a todos las mismas oportunidades; las dos defienden los intereses de los dos grupos sociales que constituyen la oligarquía de la Restauración: el que basa su poder en la tierra y el industrial. Por el contrario, la novela liberal critica acerbamente la sociedad de la Restauración y por ello censura también duramente a los que han conseguido ascender valiéndose de la corrupción e inmoralidad y acomodándose a los valores imperantes. Solamente los que han ascendido con su esfuerzo y no hacen gala de identificarse con las estructuras vigentes –aquí radica la diferencia fundamental con los defensores del liberalismo doctrinario- cuentan con el beneplácito de estos novelistas.

### **3.2.6.5. Las relaciones sentimentales.**

Las relaciones sentimentales entre las distintas clases sociales ocupan un lugar relevante en las tres corrientes novelísticas. En la conservadora, se rechazan. En la liberal, no hay un tratamiento único; en la proletaria, reproducen los abusos de que el pueblo es objeto por parte de los poderosos en el terreno socioeconómico.

#### **A) La novela conservadora: castigo y abdicación.**

En la novela conservadora las relaciones sentimentales interclasistas desempeñan básicamente dos funciones: castigar a quienes pretenden utilizarlas como medio de promoción social y, como consecuencia de lo anterior, recordarle al pueblo el lugar que le corresponde. Presenta tanto casos negativos como positivos; es decir, de conductas inadecuadas y adecuadas.

<sup>1194</sup> José, cit., p. 94-95.

Ejemplo de la primera es Amparo, trabajadora de la fábrica de tabacos de Marinada. Inicia una relación con Baltasar Sobrado, hijo de una de las principales familias de la ciudad. Ella es consciente del abismo social que los separa. Las siguientes palabras, pronunciadas para pararle los pies la primera vez que intentó propasarse, son una prueba de ello:

*“... no me conviene a mí perderme por usted ni por nadie. ¡Sí que es uno tan bobo que no conozca cuando quieren hacer burla de uno! Esas libertades se las toman ustedes con las chicas de la fábrica, que son tan buenas como cualquiera para conservar la conducta. ¿A qué no hace usted eso con la de García, ni con las señoritas de su clase?”<sup>1195</sup>.*

Por eso mismo, su amiga Carmela, le aconseja que no siga pues “a las chicas pobres no las buscan ellos para cosa buena, no y no... y a las que son pobres y formales no se arriman, porque ven que no sacan raja...” Y, como Amparo se incomoda, su amiga insiste: “Déjate de políticas, no seas tonta, y de señoritos”<sup>1196</sup>. Y sus vecinos piensan exactamente lo mismo: “Casi todos manifestaban sentimiento al saber que ‘andaba’ con un oficial, un señorito de allá del barrio de Abajo”<sup>1197</sup>. Pero Amparo es ambiciosa y quiere subir como sea y cambiar de clase social. La yuxtaposición que hace su amiga de política y relación sentimental indica con toda claridad que a Amparo lo único que le importa es su situación personal. Ella busca en la política exactamente lo mismo que en la relación con Sobrado: la redención personal<sup>1198</sup>. Tan obsesionada está con su cambio de clase que no escucha a nadie; tampoco a la Comadreja que, en un último intento por convencerla, le confiesa que Sobrado anduvo detrás de ella pero, como sabía muy bien que no se iba a casar, no le hizo ninguna concesión y terminó aburriéndose. Amparo le responde diciéndole que los tiempos han cambiado y que ya no existen las rígidas barreras que hasta hace poco había entre las clases: “En la actualidad, para más, hay el aquel de que las clases son iguales; ese rey que dicen que da la mano a todo el mundo, y la mujer abrazó en Madrid a una lavandera.” Pero la Comadreja se muestra muy escéptica sobre la influencia que los hábitos confraternizadores de don Amadeo puedan tener en los cerrados prejuicios de la familia de Baltasar: “Sí, sí, vele con eso a doña Dolores la de Sobrado”<sup>1199</sup>. Y, si alguna duda le queda sobre dicha igualdad, la desecha rápidamente pensando que con la inminente llegada de la República se superarán definitivamente los prejuicios que todavía pudiesen quedar:

*“¿No éramos todos iguales desde la revolución acá? ¿No era soberano el pueblo? Y las ideas igualitarias volvían en tropel a dominarla. Pues si se había hecho la revolución y la Unión del Norte, y todo, sería para que tuviésemos igualdad, que si no, bien pudieron quedarse las cosas como estaban... Lo malo era que nos mandase ese rey italiano, ese*

<sup>1195</sup> *La Tribuna*, cit., p. 200.

<sup>1196</sup> *Ibíd.*, p. 205 -206.

<sup>1197</sup> *Ibíd.*, p. 215.

Y en la fábrica todos participan de este mismo escepticismo: “... dentro de la fábrica misma hubo escépticas que auguraron mal de los enredos en que se metía Amparo. ¡Casarse, casarse! Pronto se dice; pero del dicho al hecho...” P. 228

<sup>1198</sup> Prueba de ello es que, durante una temporada se distancia casi por completo del movimiento reivindicador de la fábrica para concentrarse en un solo pensamiento: llegar a ser la señora de Sobrado: “Cuando le preguntaban si era cierto que se casaba con un señorito, sonreía, se hacía la enojada como de chanza, y fingía mirar disimuladamente la sortija... ¡Casarse ¡ y ¿por qué no?”. P. 227-228. Y, cuando Sobrado la deja, vuelve a concentrarse en la actividad política: “La fábrica ha recobrado su ‘Tribuna’. En verdad que ésta vuelve herida y maltrecha de su primera salida en busca de aventuras; mas no por eso se ha desprestigiado.” P. 237.

<sup>1199</sup> *La Tribuna*, cit., p. 193.

*Macarroni, que daba al traste con la libertad... Pero iba a caer, y ya no había duda, llegaba la república*”<sup>1200</sup>.

Pero si, como doña Emilia dice en el prólogo, es absurdo que un pueblo ponga sus esperanzas de redención colectiva en formas de gobierno que desconoce<sup>1201</sup> y que, por ello mismo, resultan aventuradas, igual de absurdo es que una simple trabajadora cifre sus expectativas de ascenso social en unas relaciones que son, cuando menos, temerarias. La coincidencia de la llegada de la República, en la que Amparo había depositado todas sus esperanzas para que desapareciesen los obstáculos que impedían el matrimonio, con el abandono de Sobrado encierra una gran carga irónica y manifiesta explícitamente cuál es el propósito docente de la novela: dejar bien claros cuáles son los límites de cada clase social y que no se puede intentar saltarlos impunemente. Amparo, que ha intentado valerse de las relaciones amorosas para saltar a una posición social que no le corresponde, es castigada por su ambición.

Peor terminan las de Julio, hijo de la marquesa de Villarana, y María de los Ángeles, joven costurera de Rota. A la marquesa estas relaciones le parecen mal y sólo estaría dispuesta a tolerarlas como un pasatiempo ocasional que, al apartar a Julio de otras más peligrosas, evitara males mayores<sup>1202</sup>. El narrador desautoriza estas relaciones de varios modos. Uno de ellos es haciéndose eco de lo que dice la gente sencilla: “*Todos sabemos en lo que vienen a parar los amores de un caballero, digo ¡y un militar!, con un pobre*”<sup>1203</sup>. Los roteños son, pues, muy conscientes del abismo social que hay entre los dos jóvenes, como la propia marquesa —y éste es el otro modo utilizado por el autor— se encarga de dejarle muy claro a su hijo cuando éste le dice que está dispuesto a casarse:

*“¡Tú sueñas, Julio! —replicó la Marquesa tornando a enfurecerse— ¡yo consentir que mi hijo, que mi heredero se case con una cualquiera! ¡Yo, la Marquesa de Villarana, dos veces grande de España, aceptar por hija a mi costurera! Vamos, vamos, Julio, yo pensaba que esos amoríos y esos papeluchos que lees y las malas compañías te habían vuelto un tanto irreligioso y calavera; pero ahora veo que estás rematadamente loco*”<sup>1204</sup>.

Navarrete traza en esta novela un retrato muy negativo de la marquesa<sup>1205</sup>, pero el hecho de que desautorice continuamente a la madre no supone que en este caso concreto le dé la razón a Julio. El narrador no está de acuerdo con quien dice lo anterior, pero sí con lo que dice, como lo prueba el desenlace de los hechos que ya comenté al hablar del providencialismo. La novela termina con el suicidio de Julio y María de los Ángeles internada en un manicomio. Aunque el narrador hable veladamente de compensaciones en la otra vida para lo que

<sup>1200</sup> *Ibíd.*, p. 228.

<sup>1201</sup> *Cf.* p. 58.

<sup>1202</sup> “... me mata a disgustos, no por esos amores, que al cabo más vale que tenga relaciones de cualquier clase con esa muchacha de medio pelo, si esto lo libra de las consecuencias de ir en busca de esas mujerzuelas que venden su decoro por un pedazo de pan, o por una tira de raso.” P. 129.

<sup>1203</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 81.

<sup>1204</sup> *Ibíd.*, p. 183.

<sup>1205</sup> Uno de los temas, como analicé al hablar del poder, es la crítica de la nobleza que no está a la altura de las circunstancias desempeñando el papel que le corresponde como clase dirigente en todos los terrenos, especialmente en el ético. En este sentido, el autor denuncia la doble moral de la marquesa pues ella, que está conviviendo con un tahúr, dueño de garitos y al que le hace continuas entregas de dinero para sufragar sus vicios, mantiene una discusión con su hijo, que defiende el compartamiento virtuoso de María de los Ángeles y su madre, acusándolas de inmorales porque no son muy celosas en el cumplimiento de sus deberes religiosos: “¡No me irrites! ¡no me desesperes, Julio! ¡Virtud! ¡Virtud! ¡Qué virtud tendrán esas tías que, según me dicen las vecinas de su casa, no van a misa la mayor parte de los días, ni hacen una novena y tienen escandalizado al clero de la villa, sin haber confesado más que dos veces desde que llegaron al pueblo!” P. 181.

parece una tragedia incomprensible, es evidente que para él los dos jóvenes, con su conducta equivocada –sobre todo Julio–, son los principales agentes de su desgracia.

Si los dos casos anteriores son ejemplos de conductas inadecuadas por haber pretendido saltar por encima de las barreras de clase y, los dos han terminado con el correspondiente castigo, Pereda presenta uno que lo es de lo contrario: de comportamiento correcto, sobre todo por parte del pueblo.

Andrés, hijo de un capitán de la marina mercante, se siente atraído por Silda, joven de gran belleza, pero muy pobre. Es huérfana y termina siendo acogida por Mechelín y su esposa Sidora, matrimonio de personas excelentes, que no tiene hijos. La diferencia social es patente. Por eso, cuando Andrea, la madre de Andrés comienza a darse cuenta de lo que está ocurriendo, intenta cortar las relaciones: *“Y sucedió que la capitana llegó a decir a Andrés un día, que si aquella tal y cual volvía a poner los pies en su casa, haría con ella esto y lo de más allá”*<sup>1206</sup>. Pero, como Andrés no se toma muy en serio las recomendaciones de su madre, ésta, temiendo que su hijo intente casarse, va a ver a don Venancio Liencres, armador y rico comerciante en cuyo escritorio trabaja el chico y le pide que intervenga:

*“Allí, anegada en llanto, y en el secreto de la confesión, declaró Andrea a don Venancio todo lo que les estaba pasando con su hijo. Temía que en las respuestas dadas por éste a su padre se envolviera un propósito de casamiento con la tarasca callealtera. Y esto no podía suceder, porque sería la perdición de él, la vergüenza de toda su familia y el escándalo del pueblo. El capitán estaba ya dando los pasos necesarios para enterarse de la magnitud del peligro; pero esto no bastaba: era preciso que don Venancio mismo, que tantos títulos reunía para merecer el respeto del desatinado mozo, le hablara al alma, le amonestara, se le impusiera, y que por Dios, y que por los santos... y lágrima que va, y sollozo que viene”*<sup>1207</sup>.

También Luisa, la hija de don Venancio que está enamorada de Andrés, llama “mujerona” a Silda y lo reprende por esta relación y su amistad con los marineros:

*“Me importa mucho, porque eres un amigo de la casa y un compañero de mi hermano; y no me gusta que digan las gentes que Tolín tiene amigos que andan a todas horas de Dios con hombrones de la Zanguina y con marinerotas puercas y desvergonzadas”*<sup>1208</sup>.

Pero, a la postre estas presiones externas, aunque puedan haber influido, no hubieran sido necesarias para romper la relación. El propio Andrés, cuando reflexiona, se da cuenta de que ha hecho mal: reconoce que ha faltado a sus deberes pues en una excursión campes- tre requebró a Silda: *“Andrés durmió mal aquella noche, ¡muy mal! En el paso imprudente que había dado en la arboleda de Ambojo, faltó a muchos deberes y cometió muchas inconveniencias a un tiempo”*<sup>1209</sup> Sentía que había defraudado la confianza puesta en él por mucha gente, Mechelín, la tía Sidora, Cleto y la de la propia Silda:

*“Y sobre todo, ¿en qué opinión le tendría Sotileza desde que se vio en la dura necesidad de arrojarle de su lado? [...] ¡Cuál no sería la magnitud de su imprudencia, y hasta qué extremo no estaría desprestigiado en la consideración de Sotileza!”*<sup>1210</sup>.

<sup>1206</sup> *Sotileza*, cit., p. 254.

<sup>1207</sup> *Ibid.*, p. 415-416.

<sup>1208</sup> *Ibid.*, p. 297.

<sup>1209</sup> *Ibid.*, p. 287.

<sup>1210</sup> *Ibid.*, p. 288.

Andrés, aprende la lección. Convencido de que ése no es su mundo, decide cortar definitivamente con él. Vende su lancha, lo que conlleva el alejamiento de sus relaciones con pescadores y marineros, y no va más a casa de Mechelín y Sidora.

Pero su relación con Silda se frustra no sólo porque Andrés se haya dado cuenta de que no era posible. Aunque por delicadeza –pues la honra de Silda ha quedado en entredicho<sup>1211</sup>– hubiese decidido seguir adelante y casarse, Silda no habría accedido y claramente se lo dice al padre de Andrés que va a hablar con ella:

*“Quiero que usted sepa, oído de mi misma boca, que nunca me dejé tentar de la cubicia, ni me marearon los humos de señorío; que estimo a Andrés por lo que vale, pero no por lo que él pueda valerme a mí; y que si para poner ahora a salvo la buena fama, no hubiera otro remedio que el que me diera llevándome a ser señora a su lado, con la honra en pleito me quedara, antes que echarme encima una cruz de tanto peso”<sup>1212</sup>.*

El que Silda rechace a Andrés –pues en el fondo estas palabras encierran un sentimiento de indiferencia no tanto hacia él como hacia su mundo– no le hace ninguna gracia a don Pedro que reacciona orgullosamente<sup>1213</sup>, por lo que Silda le responde con palabras inequívocas:

*“Pensé que era sobrado hablar así para que usted solo me entendiera; pero ya que me salió mal la cuenta, le diré más claro. De caridá vivo aquí, y con estos cuatro trapucos valgo lo poco en que me tienen las gentes. Vestida de sedas y cargada de diamantes sería una tarasca y se me irían los pies en los suelos relucientes. Malo para los que tuvieran que aguantarme, y peor para mí, que me vería fuera de mis quicios. A esa pobreza estoy hecha, y en ella me encuentro bien, sin desear cosa mejor. Esto no es virtud, señor don Pedro, es que soy de esa madera. Por eso dije a Andrés lo que él bien sabe; y necesito que usted me conozca, porque no quiero responder más de mis faltas..., ni tampoco que se me gane la delantera en casos como el presente; que por humilde que una sea, no dejan de doler los gofetones que se le den por humos que nunca se tuvieron”<sup>1214</sup>.*

Es decir, Silda sabe muy bien cuál es su lugar y que no tiene “derecho” a salir de él. Por eso no se hubiera casado con Andrés, aunque éste se hubiera empeñado. Al final de la novela, éste se casa con Luisa, la hija de don Venancio Liencres, y Silda lo hace con Cleto, unión con un igual y que, por ello mismo, es teológicamente sancionada por la Iglesia, pues supone la realización del consejo que el padre Apolinar había dado a Mechelín cuando le recomendó, por encargo del propio interesado, que la casara con Cleto:

*“Aunque la muchacha es guapa y honrada de veras, y por ello sólo merece un marqués, como los marqueses no buscan marineras para casarse con ellas, Silda, más tarde o más temprano, tendrá que apechugar con un callealtero de oficio; y este callealtero, greña y palote más o menos, allá se irá en pelaje y en literaturas con el hijo de Mocejón después de limpio y trasquilado... ¿Entendéis lo que os digo?... Pues conociendo la voluntad de la interesada, pénsese allá en familia las verdes con las maduras de este particular”<sup>1215</sup>.*

Así pues, que apechugue con Cleto.

<sup>1211</sup> No sucedió nada. Pero la hija de Mocejón, en una de las frecuentes visitas que Andrés hacía a Silda en su casa, aprovechando que la llave estaba siempre puesta en la cerradura, los encerró y comenzó a dar voces para que acudieran todos los vecinos y levantarles una calumnia a los dos jóvenes.

<sup>1212</sup> *Sotileza*, cit., p. 402.

<sup>1213</sup> “Pues si él te dijo lo que yo presumo, ¿Qué más podías desear tú? ¿En esas estamos ahora, después de tantos pujos de humildad?” P. 403.

<sup>1214</sup> *Ibid.*, p. 403.

<sup>1215</sup> *Sotileza*, cit., p. 338-339.

Sólo se casan con “marineras” –y eso después de hacerse rogar mucho- los “malos nobles” empobrecidos, como Gonzalito, el hijo de la duquesa de Bara. Ésta debe dinero a la familia López Moreno y recurre a halagar la vanidad de la burguesa enriquecida para conseguir sucesivas prórrogas en el pago, que se las concede de mil amores, pero no desinteresadamente:

*“Y a renglón seguido también, y como quien no quiere la cosa, había plantado esta estaquita matrimonial, con sonrisa indagatoria:*

*-Lucy y Gonzalito (primogénito de la duquesa), encantados de verse juntos... ¡Qué pareja tan mona hacen!... Hoy se han ido al ‘Skating-Rink’, porque Gonzalo está enseñando a patinar a Lucy...*

*La duquesa pescó al vuelo la indirecta, y contestó tan solo con una sonrisa que encubría este pensamiento:*

*-¡Estás fresca!... ¡Cualquier día te cobras endosándome a la niña por nuera!... ¡Una duquesa de Bara ‘neé’ López Moreno! ¡Dios nos asista!”<sup>1216</sup>.*

Sin embargo la situación económica de la duquesa es tan delicada que, finalmente, no le queda más remedio que transigir. Una de las amigas de Currita Albornoz le da a ésta la noticia en el teatro:

*“Y variando de conversación púsose a contar a Currita una historia muy chistosa de la duquesa de Bara, que se hallaba un poco más abajo, en el palco de los consortes López Moreno, restaurados ya en su trono de Matapuerca. Lucy se casaba al fin con Gonzalito, conformándose la duquesa a tragarla por nuera. [...] ¡Dice Paco Vélez que ha habido unas historias!... López Moreno sitió a Beatriz por hambre, y entre el embargo y la boda no hubo más remedio que capitular. Beatriz entrega el ducado, el otro perdona la deuda, y pata... Pero lo más chistoso es que Lucy dota a Gonzalito en cuatro millones...”<sup>1217</sup>.*

En este caso el matrimonio se lleva a cabo; pero se dan dos condiciones que no se daban en los casos anteriores: la duquesa de Bara forma parte de ese sector de la nobleza<sup>1218</sup>, que se ha apartado de las virtudes tradicionales, vive entregada al lujo y la inmoralidad lo que, además de haberla llevado a la ruina, la ha hecho abdicar de su responsabilidad como miembro de la clase dirigente y obligado a transigir con los advenedizos plebeyos enriquecidos que son –y ésta es la segunda condición- los que más interés muestran en estrechar lazos con ella. Pero el empeño de los burgueses no sirve de nada cuando la nobleza es consciente de la tarea que le ha sido encomendada: defender los valores tradicionales. Cuando esto sucede, se mantiene fiel a su responsabilidad histórica y no transige. Es el caso de Dña. M<sup>a</sup> Isabel de Ugarte. A pesar de encontrarse también en la ruina –como la duquesa de Bara- se niega a que su hija se case con Perico, para el que su padre, plebeyo enriquecido y conspicuo miembro del partido liberal, le pide la mano:

<sup>1216</sup> *Pequeñeces*, cit., p. 235.

<sup>1217</sup> *Ibíd.*, p. 271.

<sup>1218</sup> Coloma, como se vio en el análisis del tema del poder, no ataca a la nobleza, sino a la mala nobleza a la que contraponen otra que no se ha apartado un ápice de sus deberes, como la marquesa de Villasús a la que preocupa cómo poner remedio a esta situación: “*¡Y pensar que no es tan difícil el remedio como a primera vista parece; que bastaría quizá que una mujer de prestigio y energía, cerrando los oídos a indecorosos respetos humanos y a culpables condescendencias, fundase, por el amor de Dios, un “salón refugio”, lanzando a los cuatro vientos de la alta sociedad madrileña, por toda esquila de convite, esta estupenda noticia: ‘La marques de tal, o la duquesa de cual, se queda todas las noches en casa, para las señoras honradas y los caballeros decentes!’*” P. 332-333. Ella misma terminará llevando esta idea a la práctica y conseguirá reunir a muchas más damas y caballeros que la marquesa de Albornoz. Vide, p. 427.



*“Soy madre católica; mi deber no me consiente entregar mi hija a un liberal, a un hombre que en materia de religión alardea de las más infames ideas, las cuales propaga en los periódicos, valiéndose de seudónimos que no le ocultan”*<sup>1219</sup>.

Doña M<sup>a</sup> Isabel es un ejemplo de la nobleza tradicional que se mantiene fiel a los sólidos valores tradicionales y, por eso, no transige –como hace la duquesa de Bara- con quienes los amenazan.

La novela conservadora, por tanto, mantiene una actitud radicalmente contraria a los matrimonios interclasistas y lo hace presentando casos de comportamientos inadecuados y adecuados tanto por parte de los de arriba como por los de abajo.

Entre los primeros se encuentra el de Amparo, que pretende utilizar el matrimonio como medio para el ascenso social, o el de los López Moreno, que lo hacen para entrar en la nobleza. Todos ellos son duramente criticados; sin embargo, hay diferencias entre los dos casos: Pardo Bazán no parece atribuirles el mismo grado de culpabilidad a Amparo que a Sobrado, y Coloma a la duquesa que a los López Moreno. Doña Emilia no disculpa la conducta de Baltasar, pero no la censura; sus ataques se centran sobre todo en Amparo; no hace comentarios sobre la conducta del militar, mientras que continuamente moraliza –y no sólo por medio del narrador sino también a través de los personajes del entorno de Amparo- sobre la ilegitimidad de las pretensiones de ésta. Por eso, ella es la única que recibe el castigo. Para Coloma, por el contrario, aunque censura a ambos, son más culpables los aristócratas<sup>1220</sup> que los plebeyos enriquecidos, pues son los causantes de lo que está sucediendo por haber renunciado su responsabilidad histórica. Por eso, este matrimonio para ellos es un “castigo”, mientras que para los Moreno es un premio. Es un “castigo” pues el enlace no viene precisamente a dar lustre a su rancio linaje aristocrático. Pero comparado con el castigo de Amparo, es un castigo relativo: gracias a él consiguen sanear su maltrecha economía. La conclusión parece evidente: estos novelistas son mucho más duros a la hora de censurar las aspiraciones del pueblo que las debilidades de la clase alta.

Comportamientos adecuados son el de Silda y el de Dña. M<sup>a</sup> Isabel de Ugarte. La primera, conformándose con su situación; la segunda, manteniéndose en ella y no renunciando a sus principios a pesar de su delicada situación económica. Las dos son, pues, ejemplo de dignidad. Es decir, cuando cada uno asume su papel, y el del pueblo es el de subordinación –Silda se lo dice con toda claridad al Padre de Andrés- sin aspirar a saltar por encima de las barreras sociales establecidas, no sólo encuentra su dignidad, sino que las relaciones sociales fluyen sin tensiones de ningún tipo.

### **B) La novela liberal: prostitución, amancebamiento y matrimonio.**

En la novela liberal el tema de las relaciones sentimentales interclasistas es más complejo y con bastantes más matices. Tres son las situaciones que presenta: prostitución, relaciones extramatrimoniales y matrimonio.

<sup>1219</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 170.

<sup>1220</sup> El objetivo central de esta novela es censurar los desórdenes de la nobleza. Pero la burguesía de la Restauración no sale indemne: los López Moreno han comprado bienes de la Iglesia a precio de saldo. El pensamiento conservador siempre consideró que la desamortización fue un auténtico despojo.

### b1) Clase alta y prostitución.

Las relaciones de la clase alta con la prostitución ocupan un lugar destacado en esta corriente, sobre todo en las novelas de López Bago que dedicó varias al tema. En una de ellas, un grupo de nobles depravados han fundado un club llamado “La Botica” donde se reúnen para dar rienda suelta a sus bajos instintos:

*“La Botica’ era lema y razón social del club, que significaba muy claramente los requisitos que había de reunir el que desease ingresar como socio. No se le preguntaba quién era ni lo que se proponía. Se le preguntaba si venía enfermo, con una de esas asquerosas enfermedades del libertinaje, y si estaba decidido a no curarse más que con las medicinas de ‘La Botica’”<sup>1221</sup>.*

La medicina consiste en la celebración de banquetes en los que lo “más selecto” de la sociedad madrileña se reúne alrededor de la “Pálida” y sus acompañantes, rindiéndole culto como si de una reina se tratara. Cuando ésta llega, se sienta presidiendo la mesa

*“instalándose alrededor condes, duques, marqueses, escritores, artistas y vividores, grandes e ilustres, los herederos de antiguas glorias de la patria y los que acaparaban la gloria presente, regocijados y contentos al verse presididos por una buscona”<sup>1222</sup>.*

A continuación, inician una ceremonia en la que la desnudan; un cura, el padre Lasoga, pronuncia frases obscenas; la ungen con champagne; pero lo interesante es el comentario previo que al narrador hace antes de describir la ceremonia; es tanta la obscenidad, y llega a tal grado la depravación de los participantes, que al narrador le da pudor contarla:

*“Lo que sucedió entonces tres veces y en tres formas distintas he procurado describirlo al llegar a este punto de la novela, y las tres he roto las cuartillas escritas. Preciso es pasar por estas repugnancias con la mayor rapidez posible, y considerar al novelista que estudia las miserias sociales como un operador que a veces tiene que remover sustancias corrosivas, aspirar miasmas, arriesgar su vida en los peligros de la intoxicación o de la asfixia, y arriesgarla para producir una enseñanza o un beneficio, como esos héroes y mártires de la medicina moderna, que estudian en los hospitales las llagas, los sudores, las tristezas fétidas de la carne, huelen la pestilencia de la enfermedad y se manchan de sangre las manos durante una operación, como el escritor se mancha los dedos de tinta”<sup>1223</sup>.*

También Palacio Valdés recoge una juerga entre aristócratas y prostitutas. Una de ellas es Amparo, la querida de Salabert, que le toma el pelo a Castro, amante de la hija de éste, porque ha llegado tarde: “Di que estabas a gusto con mi hijastra, y entonces puedes tener cierta disculpa.

*Amparo solía llamar en broma hijastra a Clementina”<sup>1224</sup>.* Otra es la Nati, “una chulilla de Lavapiés que descubría el paño, no sólo en la conversación, sino también en el peinado, en los andares, en todo”<sup>1225</sup>. Los aristócratas se divierten obligando a dos de ellas, que están peleadas, a que se besen. Critican a todas sus conocidos entre la nobleza haciéndoles confidencias a las prostitutas:

*“Del duque pasaron a su hija. Rafael contaba pormenores terribles, repugnantes. Las mujeres se ensañaron con ella vengándose de su hermosura, su elegancia y su orgullo.*

<sup>1221</sup> *La Pálida*, cit., p. 8.

<sup>1222</sup> *Ibíd.*, p. 25.

<sup>1223</sup> *Ibíd.*, p. 34.

<sup>1224</sup> *La espuma*, cit., p. 305.

<sup>1225</sup> *Ibíd.*, p. 305-306.

*Castro, en vez de acudir a la defensa, contentose con sonreír discretamente y exclamar con negligencia:*

*- ¡No sabéis lo que decís!*

*Aquella sonrisa, aquel tono superior y desdeñoso, querían sin duda significar que era ridículo hablar de las interioridades de Clementina en presencia de él. Pusiéronse sobre el mantel las honras de otra porción de señoras y caballeros. Entre copa y copa de 'borgoña', entre bocado y bocado de salmón con mayonesa quedaron todas perfectamente arregladas”<sup>1226</sup>.*

El comportamiento de todos ellos es, además, de lo más ordinario: por los modales sería difícil distinguir quiénes pertenecen a la clase alta y quiénes al bajo pueblo: ambos quedan, pues, equiparados<sup>1227</sup>. Y no sólo por el narrador. La propia Amparo, a la que el duque de Salabert no quiere invitar a una fiesta que da en su casa por el escándalo social que su presencia allí suscitaría, le dice a su amante que ninguna de las damas de la aristocracia – incluida su propia hija- le puede a ella dar lecciones de moral:

*“¿Quién me va a rechazar? ¡La de Osorio! ¡Olé mi vida!... Siento mucho decírtelo, hijo, aunque bien debes saberlo. Clementina, en cuanto a conducta, vale tanto como yo... me nos que yo, porque al fin y al cabo soy libre, y ella no... Pero tú tienes menos vergüenza que ella... ¡Qué se puede esperar de un hombre que se pone de rodillas delante de una p... y se deja abofetear por ella! Lo mismo que de todos esos pendones viejos que irán a tu baile y que nos pueden poner a nosotras escuelas de porquerías”<sup>1228</sup>.*

Y, por si fuera poco, a ese baile asisten los reyes. Su presencia indica hasta qué punto están comprometidos con la oligarquía de la Restauración: “*Salabert triunfaba. El granuja del mercadal de Valencia traía los reyes a su casa*”<sup>1229</sup>. Del análisis de este tema particular se puede sacar, por tanto, la misma conclusión que de otros ya vistos: el objetivo es criticar a la clase dirigente de la Restauración desde la óptica de la burguesía liberal.

<sup>1226</sup> *Ibíd.*, p. 310.

<sup>1227</sup> No obstante Palacio Valdés se muestra más comprensivo con las prostitutas que con los jóvenes libertinos. Las siguientes palabras, en las que Amparo se sincera explicando por qué aguanta a Salabert, son una prueba de ello: “*Vosotros nos juzgáis peores de lo que somos. Yo no diré que algunas veces no obremos por capricho, y que no seamos ligeras e interesadas... Pero hay ocasiones en que las circunstancias nos arrastran. Una mujer se pone en tren de vestir con elegancia, de tener palco en los teatros, de gastar coche, y llega a acostumbrarse a estas cosas como vosotros a fumar y tomar café. Llega un día en que si quiere dar gusto a su corazón, va a verse privada de todo esto, y a caer en la miseria. Tú comprenderás aue se necesita mucha virtud y más amor que el de Romeo y Julieta para echarlo todo a rodar y sacrificarse a vestir de percal otra vez y a vivir en una buhardilla. Chico, por lo mismo que nosotras hemos conocido bien la pobreza, sabemos mejor que vosotros lo agradable que es. Yo me he comprometido con Salabert porque tiene mucho dinero y puede satisfacer todos mis caprichos. No necesitaba decírtelo... Por lo demás, si fuera a dar gusto a mi corazón demasiado sabéis, y demasiado lo sabe él, que yo nunca he querido a nadie de verdad más que a Manolo.” P. 315.*

<sup>1228</sup> *La espuma*, cit., p. 373-374.

<sup>1229</sup> *Ibíd.*, p. 380.

El distanciamiento con que el narrador cuenta el servilismo de los nobles y la complacencia de los soberanos apuntan a ese mismo objetivo: “*Hubo gran agitación, de pronto, en los salones. La muchedumbre se agolpó en las inmediaciones de la puerta. El duque, la duquesa, Clementina y Osorio bajaron la escalinata del jardín para recibirlas. La orquesta tocó la Marcha Real. Los soberanos pasaron lentamente, sonriendo, por entre las apretadas filas de los invitados, deteniéndose cuando veían alguna persona de su conocimiento para dirigirle una palabra afectuosa. Ésta se inclinaba profundamente y les besaba la mano con emoción, que se trasladaba en la cara. Particularmente las señoras se humillaban con un deleite que no eran poderosas a disimular, con un sentimiento de ternura y adoración que las ponía rojas. Organizose poco después el rigodón de honor, Clementina abandonó su puesto para tomar parte en él. El monarca bailó con la duquesa, que hizo un esfuerzo por contentar a su marido. Una triple fila de curiosos formaban círculo viéndoles bailar.” P. 379-380-*

## b<sub>2</sub>) Relaciones extramatrimoniales.

La segunda situación es la de las relaciones extramatrimoniales entre miembros de la oligarquía y el pueblo. El caso más significativo es el de Juanito Santa Cruz y Fortunata<sup>1230</sup>. Para la clase alta estas relaciones sólo pueden darse al margen del matrimonio, pues es impensable que puedan conducir a éste. Cuando Juanito, que se sentía fuertemente atraído por Fortunata, le confiesa a Jacinta que estuvo a punto de cumplir la palabra de matrimonio que le dio, ésta se echa a reír:

*“¿Sabes de qué me río? De pensar en la cara que habría puesto tu mamá si le entras por la puerta una nuera de mantón, sortijillas y pañuelo a la cabeza, una nuera que dice ‘diquiá luego’ y no sabe leer”*<sup>1231</sup>.

Y, por eso mismo, Jacinta comprende que Juanito la dejara:

*“Te aburrirte pronto. Es natural... El hombre bien criado y la mujer ordinaria no emparejan bien. Pasa la ilusión, y después ¿qué resulta? que ella huele a cebolla y dice palabras feas... A él... como si lo viera... se le revuelve el estómago, y empiezan las cuestiones. El pueblo es sucio, la mujer de clase baja, por más que se lave el palmito, siempre es pueblo. No hay más que ver las casas por dentro. Pues lo mismo están los benditos cuerpos”*<sup>1232</sup>.

Jacinta tiene muy claro que existe un abismo social entre el pueblo y la clase alta y de sus palabras se deduce que el pueblo es así por motivos estrictamente naturales, no sociales y de educación. También Fortunata, que está enamorada de Juanito, es consciente de su inferioridad. Por eso sabe que una relación en términos de igualdad es imposible y que sólo lo sería si los dos pertenecieran a la misma clase social. Como Fortunata no puede ascender hasta la de Juanito, tiene un sueño en el que él desciende hasta la suya:

*“Me he arruinado, chica, y para mantener a mis padres y a mi mujer, estoy trabajando en una oficina... Pretendo una plaza de cobrador del tranvía. ¿No ves lo mal trajeado que estoy?”*

*Fortunata le mira, y siente un dolor tan vivo como si le dieran una puñalada. En efecto; la capa del señorito se Santa Cruz tiene un siete tremendo, y debajo de ella asoma la americana con los ribetes deshilachados, corbata mugrienta, y el cuello de la camisa de dos semanas... Entonces ella se deja caer sobre él, y le dice con efusión cariñosa:*

*-Alma mía, yo trabajaré para ti; yo tengo costumbre; tú no; sé planchar, sé reparar, sé servir... tú no tienes que trabajar... yo para ti... Conque me sirvas para ir a entregar, basta... no más. Viviremos en un sotabanco, solos y tan contentos”*<sup>1233</sup>.

Exactamente igual reacciona Cristeta, a quien D. Juan, para vencer sus últimas resistencias, le ha dado a entender que ha sufrido grandes pérdidas en la bolsa: *“Cristeta, discurriendo con el sublime egoísmo del amor, pensó: - ‘¡Pobre! ¡Tal vez se quede pobre! ¡Así será más fácilmente mío!’”*<sup>1234</sup> Precisamente porque sólo con los de la misma clase social se puede mantener una relación en términos de igualdad, es por lo que, en otra ocasión, se lamenta Fortunata de no haberse enamorado de alguien de la suya:

<sup>1230</sup> Las relaciones sentimentales pueden estudiarse en varios puntos y ser objeto de diversos enfoques. El caso de Fortunata ya lo analicé detenidamente en el punto 3: el poder. Me limito ahora a reseñar los aspectos más significativos que se pueden relacionar directamente con la desigualdad.

<sup>1231</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 210.

<sup>1232</sup> *Ibid.*, p. 210

<sup>1233</sup> *Fortunata y Jacinta II*, cit., p. 257-258.

<sup>1234</sup> *Dulce y sabrosa*, cit., p. 160.

*“El hombre que quise, ¿por qué no era un triste albañil? Pues no; había de ser un señorito rico, para que me engañara y no se pudiera casar conmigo... Luego, lo natural era que yo le aborreciera... pues no señor, sale siempre la mala, sale que le quiero más...”<sup>1235</sup>.*

No se enamoró de un albañil por la misma razón que no puede dejar de querer a Juanito: porque no depende de ella; porque el amor, a diferencia de lo que ocurre con el matrimonio, responde a leyes naturales que no se pueden controlar como las sociales. De ahí que, cuando Fortunata apela a la ley natural, no sólo se siente igual, sino superior:

*“¿Dice usted que la otra [Jacinta] es un ángel? Yo no lo niego, yo no pretendo quitarse su mérito... Si a mí me gusta, si quisiera parecerme a ella en algunas cosas, en otras cosas no, porque ella será para usted todo lo santa que se quiera, pero está por debajo de mí en una cosa: ‘no tiene hijos’, y cuando tocan a tener hijos, no me rebajo a ella, y levanto la cabeza, sí señora... Y no los tendrá ya, porque está probado, y por lo que hace a que yo los puedo tener, también probado está. Es mi idea, es una cosa mía. Y otra vez lo digo: la esposa que no da hijos, no vale... Sin nosotras las que los damos, se acabaría el mundo... Luego nosotras...”<sup>1236</sup>.*

Pero, cuando considera la situación desde la perspectiva de lo social, recupera la conciencia de su inferioridad y se da cuenta perfectamente de dónde está su sitio:

*“Fue preciso que Guillermina la mandase dos o tres veces sentarse para que lo hiciera. Su aire de modestia, su encogimiento, que era el mejor signo de la conciencia de su inferioridad, hacíanla en aquel instante verdadero tipo de mujer del pueblo, que por incidencia se encuentra mano a mano con las personas de clase superior”<sup>1237</sup>.*

Esta contraposición entre lo natural y lo social, de la que Fortunata es plenamente consciente, queda perfectamente reflejada en el siguiente monólogo:

*“Yo soy madre del único ‘hijo de la casa’; madre soy, bien claro está, y no hay más nieto de don Baldomero que este rey del mundo que yo tengo aquí... ¿Habrás quién me lo niegue? Yo no tengo la culpa de que la ley ponga esto o ponga lo otro. Si las leyes son unos disparates muy gordos, yo no tengo nada que ver con ellas. ¿Para qué las han hecho así? La verdadera ley es la de la sangre, o como dice Juan Pablo, la Naturaleza, y yo por la Naturaleza le he quitado a la ‘mona del Cielo’ el puesto que ella me había quitado a mí... Ahora la quisiera yo ver delante para decirle cuatro cosas y enseñarle este hijo... ¡Ah! ¡Qué envidia me va a tener cuando lo sepa!... ¡Qué rabiosilla se va a poner!... Que me venga ahora con leyes, y verá lo que le contesto... [...] Yo bien sé que nunca podré alternar con esa familia, porque soy muy ordinaria y ellos muy requetefinos; yo lo que quiero es que conste, que conste, sí, que una servidora es la madre del heredero, y que sin una servidora no tendrían nieto. [...] Sí, señora doña Bárbara, es usted mi suegra por encima de la cabeza de Cristo Nuestro Padre, y usted salte por donde quiera, pero yo soy la mamá de su nieto, de su único nieto”<sup>1238</sup>.*

<sup>1235</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 686.

<sup>1236</sup> *Ibid.*, II, p. 247-248.

Y, si no siempre se considera superior, sí al menos igual a Jacinta. Por eso, cuando Juanito se busca una nueva amante, Fortunata piensa que las ofende a las dos, lo cual es un motivo más de igualdad: “Y ahora estamos las dos de un color. A ninguna de las dos nos quiere. Estamos lucidas...Ambas nos podríamos consolar... porque en mi terreno, yo soy también virtuosa, quiere decirse que yo no le he faltado con nadie; y si ella se hace cargo de esto, bien podría venir a mí, y entre las dos buscaríamos a la pindongona que nos lo entretiene ahora, y la pondríamos que no habría por dónde cogerla... Vamos a ver, ¿por qué Jacinta y yo, ahora que estamos iguales, no habíamos de tratarnos?” *II*, cit., p. 408-409.

<sup>1237</sup> *Ibid.*, II, p. 244-245.

<sup>1238</sup> *Ibid.*, p. 454-455.

Aunque las leyes sociales sean un disparate muy gordo, son las que terminan imponiéndose. Pero, lo paradójico del caso es que a Fortunata, después de haber hecho una clarividente denuncia de las mismas en la reflexión anterior, terminan pareciéndole bien y las acepta cuando piensa en que su hijo –por pertenecer su padre al grupo de los socialmente privilegiados- va a formar parte del círculo de los elegidos. No otro significado tiene la reflexión que se hace, referida a Plácido Estupiñá, el criado oficioso de los Santa Cruz, cuando va a visitarla después del parto: “Eso es, saluda a tu amito. Él te protegerá como te han protegido sus abuelos y su padre”<sup>1239</sup>. Fortunata prevé para su hijo un futuro en el que va a ocupar el lugar de amo, lo que quiere decir que otros tendrán que ocupar el de servidores. Fortunata, que había reivindicado la igualdad para ella y su hijo en nombre de la ley natural, apela ahora a la social para que sigan manteniéndose las relaciones de desigualdad. Esto demuestra, una vez más, la falta de conciencia de clase del pueblo elegido por Galdós y su consiguiente situación de alienación<sup>1240</sup> y subordinación a los intereses de la oligarquía. La carta, que Fortunata, poco antes de su muerte, le dicta a Plácido cediéndole su hijo a Jacinta, es la prueba definitiva de ello:

*“No quiero morirme sin hacerle a usted una fineza y le mando a usted, por mano del amigo D. Plácido, ese ‘mono del Cielo’ que su esposo de usted me dio a mí equivocadamente’... No, no, borre usted el ‘equivocadamente’; ponga: ‘que me dio a mí robándoselo a usted...’ No, D. Plácido, así no, eso está muy mal... porque yo lo tuve... y, y a ella no se le ha quitado nada. Lo que hay es que yo se lo quiero dar, porque sé que ha de quererle, y porque es mi amiga. Escriba usted: ‘Para que se consuele de los tragos amargos que le hace pasar su marido, ahí le mando al verdadero ‘pituso’. Éste no es falso, es legítimo y natural, como usted verá en su cara. Le suplico...’*

*- ‘Le suplico...’*

*-Usted póngalo todo muy clarito, D. Plácido; yo le doy la idea. Pues ‘le suplico que le mire como hijo y que le tenga por ‘natural’ suyo y del padre... Y mande a su segura servidora y amiga, que besa su mano...’ ¿Qué tal? ¿Está con finura?...”<sup>1241</sup>.*

Las sucesivas correcciones indican por una parte, que todavía sigue Fortunata debatiéndose entre la afirmación de la ley natural y la negación de lo social; pero, por otra, son testimonios fidedignos de su deseo de encontrar el tratamiento más adecuado, la fórmula social establecida –que ella evidentemente no domina- para dirigirse a Jacinta y, por tanto, de su definitivo acatamiento del triunfo de la ley social. Luego, para Galdós las relaciones sentimentales son un aspecto particular de su gran tema general: la denuncia –desde la perspectiva de la burguesía liberal- de los abusos del pueblo a manos de la oligarquía.

Clarín presenta un panorama parecido. Refiriéndose a las diversas opiniones que la sustitución de los criados por chicas jóvenes para servir la mesa, había suscitado entre los habitantes y visitantes de la casa de Vegallana, comenta: “Al Marqués le era indiferente el cambio. De todas suertes él no pecaba en casa, ni siquiera dentro del casco de la población”<sup>1242</sup>. En otro pasaje de la novela se dan más detalles sobre los sitios donde pecaba. Y, por lo que allí se

<sup>1239</sup> *Ibíd.*, p. 457.

<sup>1240</sup> A este respecto, Francisco Caudet, el editor de la novela, escribe lo siguiente en la nota 103: “*Fortunata había asimilado, claramente se desprende de esta frase, el sentido reverencial y clasista que todavía prevalecía en la sociedad de la Restauración y en la prototípica familia de los Santa Cruz. Estas relaciones de poder y servidumbre, que han estado ilustradas a la perfección, en Fortunata y Jacinta, en el trato cuasifeudal entre doña Barbarita y su Plácido, vuelven ahora a tener una esperada continuidad, contando una vez más con Plácido como modelo, según se desprende de las palabras de Fortunata.*” **II**, p. 457.

<sup>1241</sup> *Fortunata y Jacinta II*, cit., p. 521-522.

<sup>1242</sup> *La Regenta*, cit., p. 265.

dice, la explotación que de la comarca hace el marqués de Vegallana no es, como ya se vio, solamente gastronómica:

*“El Marqués hacía lo que los gatos en enero. Desaparecía por temporadas de Vetusta. Decía que iba a preparar las elecciones. Pero sus íntimos le habían oído, en el secreto de la confianza, después de comer bien, a la hora de las confesiones, que para él no había afrodisíaco mejor que el frío. ‘Ni los mariscos producen en mí el efecto del agua y la nieve.’ Y como sus aventuras eran todas rurales, salía el buen Vegallana a desafiar los elementos, recorriendo las aldeas, entre, lodo, hielo y nieve, en su coche de camino. Y así preparaba las elecciones, buscando votos para un porvenir lejano, según frase picaresca de don Cayetano Ripamillán, siempre dispuesto a perdonar esta clase de extravíos”*<sup>1243</sup>.

Clarín, al igual que Galdós utiliza también este tema para censurar a la oligarquía de la Restauración.

### **b<sub>3</sub>) Los matrimonios interclasistas.**

La tercera de las situaciones –el matrimonio- presenta, a su vez, dos variantes: por interés y por amor.

#### **Matrimonios por interés: el estiércol plebeyo.**

Éstos sólo se dan entre las clases altas. Éstas buscan para casarse que haya igualdad en todo: en linaje y en dinero: *“Los nobles ricos buscaban a las aristócratas ricas, sus iguales”*<sup>1244</sup>. Pero miran siempre más el dinero que la sangre. Por eso, Ana Ozores, a pesar de su belleza y de su ilustre linaje<sup>1245</sup> no puede albergar esperanzas de casarse entre sus iguales. Estas dos cualidades unidas, que en otras circunstancias habrían despertado envidias entre sus posibles rivales, como es pobre, no suscitan la mínima inquietud:

*“Las señoritas nobles no envidiaban mucho a Anita, porque era pobre. Para ellas la hermosura era cosa secundaria; daban más valor a la dote y a los vestidos, y creían que las proporciones –los novios aceptables- harían lo mismo. Sabían a qué atenerse. En las tertulias, en los bailes, en las excursiones campestres, no le faltarían a la sobrina adoradora; los muchachos de la aristocracia eran casi todos libertinos más o menos disimulados; les atraía la hermosura de Ana, pero no se casarían con ella”*<sup>1246</sup>.

Sus tías, con las que vive, son plenamente conscientes de ello:

*“El cálculo de las tías respecto al matrimonio de Ana no se había modificado a pesar de la gran hermosura de su sobrina. Por guapa no se casaría con un noble; era preciso abdicar, dejarla casarse con un ricacho plebeyo. Entretanto, se necesitaba mucha vigilancia y tener advertida a la niña”*<sup>1247</sup>.

El padre de Ana, sin embargo, se saltó todas estas normas: *“Loco de amor se casó don Carlos Ozores a los treinta y cinco años con una humilde modista italiana que vivía en medio de seducciones sin cuento, honrada y pobre”*<sup>1248</sup>. Pero este matrimonio, celebrado – significativamente- lejos de Vetusta, le supuso a don Carlos no sólo el rompimiento con su familia, que no quiso saber nada más de él, sino con todas sus relaciones. Tanta fue la des-

<sup>1243</sup> *La Regenta*, cit., p. 375-376.

<sup>1244</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>1245</sup> *“La familia de los Ozores era una de las más antiguas de Vetusta. Era el tal apellido de muchos condes y marqueses, y pocos nobles había en la ciudad que no fuera, por un lado o por otro, algo parientes de tan ilustre linaje.”* P. 64.

<sup>1246</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>1247</sup> *Ibid.*

<sup>1248</sup> *Ibid.*, p. 64.

aprobación de unos y de otros que, cuando su mujer murió de parto, sus hermanas, que vieron en esta muerte la mano de la Providencia, respiraron aliviadas y contaron con la solidaridad de sus antiguos amigos: “*Toda la nobleza vetustense aprobaba la conducta de aquellas señoritas, que vieron un castigo de Dios en el desgraciado puerperio de la modista italiana, su cuñada indigna*”<sup>1249</sup>. Solamente cuando murió don Carlos, aceptaron sus tías que Ana se fuera a vivir con ellas.

Los matrimonios interclasistas son posibles únicamente cuando los dos componentes mencionados se dan por separado. Éstos –al igual que en la novela conservadora, aunque el enfoque en la liberal es diferente– tienen lugar entre la nobleza arruinada y la burguesía enriquecida, buscando unos el dinero y los otros la legitimidad social otorgada por el título:

*“los nobles pobres buscaban su acomodo en la parte nueva de Vetusta, en la colonia india, como llamaban al barrio de los americanos los aristócratas. Un indiano plebeyo, un vespucio –como también los apellidaban–, pagaba caro el placer de verse suegro de un título, o de un caballero linajudo por lo menos”*<sup>1250</sup>.

Pero no son sólo los burgueses, también los nobles arruinados –y ésta es una de las diferencias con la novela conservadora– buscan estos matrimonios con verdadero interés. Es el caso de Pepe Castro, noble libertino, amante de Clementina y entregado a todo tipo de vicios. Como está arruinado, decide casarse con una rica heredera. Se presenta en casa de su tía, la marquesa de Alcudia, para que haga de intermediaria. Tras un largo exordio, en el que hipócritamente le dice que está arrepentido de todos sus excesos<sup>1251</sup> y que la mejor manera de terminar con ellos es mediante el matrimonio, le declara los verdaderos motivos de su elección:

*“Mire usted, tía, yo bien quisiera casarme con una mujer de nuestra clase... Pero usted bien sabe que estoy completamente arruinado... Las jóvenes de la nobleza, por desgracia, no suelen tener en el día fortuna. Las que la tienen, no me querrán a mí que no puedo ofrecerles más que lo que ellas poseen ya, esto es, un nombre. Por eso me he fijado en una que carezca de él y tenga dinero.”*

Su tía se muestra comprensiva y le da su aprobación destacando las virtudes de la elegida:

*“Está bien pensado. Aunque sea transigiendo un poco debemos salvar nuestro nombre de la ignominia. Pero Esperanza es una niña excelente. Se ha educado entre nosotros. Será una dama cumplida que te honrará.”*

Pero, como a Pepe eso le trae sin cuidado, ni siquiera en esta ocasión puede dejar de dar muestras de cinismo:

*“¿Sabe usted, tía, qué nombre damos entre nosotros al casarse de este modo?  
-¿Cómo?  
-Tomar estiércol”*<sup>1252</sup>.

<sup>1249</sup> *La Regenta*, cit., p. 65.

<sup>1250</sup> *Ibíd.*, p. 91.

<sup>1251</sup> “Tía, no sé si es que Dios me ha tocado en el corazón o es que me voy cansando de la vida que llevo; pero es lo cierto que de poco tiempo a esta parte me acuerdo mucho de los consejos que me ha dado muchas veces, que ando con deseos de formalizar, de romper con estos hábitos poco dignos que la falta de un padre y, sobre todo, de una madre como usted me han hecho adquirir. [...] Porque en medio de mis excesos yo no me he olvidado jamás de que pertenezco a una familia católica y que hoy en España nuestra clase es la encargada de velar por la religión, dando buen ejemplo como usted hace... El medio mejor para favorecer este cambio que siento en el corazón es casarme.” *La espuma*, cit., p. 418.

<sup>1252</sup> *Ibíd.*, p. 419-420.



Similar es el caso de Torquemada. Con motivo de su actividad profesional entra en contacto con la familia del Águila, de noble linaje, pero que vive en la más completa miseria y comienza a darle vueltas a una hipotética boda:

*“¿Por qué le daba vergüenza de oírse interrogar sobre nuevas nupcias delante de Crucita y Fidelita? ¿Acaso le había pasado por las mientes ahorcarse con alguna de ellas? ¡Oh! No; eran demasiado finas para que él pretendiese tal cosa, y aunque su pobreza las bajaba enormemente en la escala social, conservaban siempre el aquel aristocrático, barrera perfumada que no podía salvar con todo su dinero un hombre viejo, groserote y sin principios. No, nunca soñó tal alianza. Si alguien se la hubiera propuesto, el hombre habría creído que se reían en sus barbas”*<sup>1253</sup>.

Pero se lo proponen y no para reírse. Su amigo Juan Donoso le ayuda a sacudirse el complejo de inferioridad haciéndole ver que en la época en la que vivimos el dinero es más importante que el linaje. Torquemada va asimilando sus enseñanzas y comienza a pensar de otra manera:

*“Pues qué, ¿el dinero, la posición, no suponen nada? ¿No se compensaba una cosa con la otra, es decir, la democracia del origen con la democracia de las talegas? Pues ¿no habíamos convenido en que los santos cuartos son también aristocracia? ¿Y acaso, acaso las señoritas del Águila venían en línea recta de algún archipámpano o del rey de Babilonia?”*

No sólo deja de sentirse inferior, sino que comienza a sentirse superior, lo que le lleva a contraponer sus virtudes a los defectos de las hermanas:

*“¡Ea, nada de repulgos ni de hacerse el chiquitín! Bien podían las tales darse con un canto en los pechos, que brevas como él no caían todas las semanas. Pues ¿a qué más podían aspirar? ¿Había de venir el hijo mayor del emperador de la China a pedir por esposa a Crucita, ya llena de canas, o a Fidelita, con los dientes afilados de tanta cáscara de patata como roía? ¡Ay, ya iba él comprendiendo que valía más de lo que pesaba! ¡Fuera modestia, fuera encogimientos!”*<sup>1254</sup>.

Para terminar de convencerse y decidirse a pedir a Fidela en matrimonio, Torquemada completa el anterior razonamiento, en el que predominan los argumentos personales y emotivos, añadiéndole otros de tipo político y sociológico:

*“¡Y a fe que andaban los tiempos para reparillos y melindres!... Sin ir más lejos, véase a la Monarquía transigiendo con la Democracia, y echando juntos un pisco-labis en el bodegón de la política representativa. Y este ejemplo, ¿no valía? Pues allá iba otro. La aristocracia, árbol viejo y sin savia, no podía ya vivir si no lo abonaba (en el sentido de estercolar) el pueblo enriquecido”*<sup>1255</sup>.

Tanto Palacio Valdés como Galdós utilizan estos matrimonios para criticar la sociedad de la Restauración. Pero, mientras el primero carga las tintas fundamentalmente sobre la aristocracia –Pepe Castro, que es quien busca la alianza matrimonial, es un cínico e inmoral-, Galdós, aunque censura a los dos, es más duro con Torquemada<sup>1256</sup>. A la aristocracia le reprocha su egoísta anacronismo puesto de manifiesto en la cerrazón de Rafael, el hermano

<sup>1253</sup> *Torquemada en la Cruz*, cit., p. 140-141.

<sup>1254</sup> *Ibid.*, p. 151.

<sup>1255</sup> *Ibid.*, p. 152.

<sup>1256</sup> El hecho de que sea él el protagonista de las cuatro novelas, es un dato indicativo de que es éste, como representante del sector de la burguesía que se ha hecho con el control del poder haciendo fracasar la revolución, quien interesa a Galdós.

ciego<sup>1257</sup>, que se niega a aceptar el matrimonio de su hermana con Torquemada lo que es indicativo de que no está dispuesto a ningún tipo de transigencia con los nuevos tiempos: “Jamás, jamás transigiré con ese hombre, ni consentiré que entre en nuestra familia...”<sup>1258</sup>. A Torquemada lo zahiere continuamente a lo largo de las cuatro novelas, como ya se ha visto en más de una ocasión. Especialmente significativo del carácter del personaje –y de la opinión que le merece al narrador- es su comportamiento el día de la boda. Bebe demasiado, le da por hablar y le enseña a su cuñada Cruz la casa:

*“Llevola don Francisco de sala en sala, diciendo mil despropósitos, elogiando desmedidamente los muebles y alfombras, con referencias numéricas de lo que le habían costado; gesticulaba, reía estúpidamente, se sentaba de golpe en los sillones para probar la blandura de los muelles; escupía, pisoteando luego su saliva con la usada pantufla de orillo”*<sup>1259</sup>.

Y, lo que es peor, da muestras de la más absoluta indelicadeza y falta de tacto, pues hace continuas alusiones a la pobreza de las hermanas y a la suerte que han tenido de que apareciera él:

*“Aquí estará usted muy ancha. Le parecerá mentira, ¿eh?... Acostumbrada a los cuchitri-les de aquella casa. Y si no es por mí, ¡cuidado!, allí se pudren usted y su hermana. Digan que las ha venido Dios a ver”*<sup>1260</sup>.

Llega incluso a mostrarse grosero cuando se acuerda de que Rafael –dolido en su orgullo nobiliario- no ha querido asistir a la boda ni tampoco piensa irse a vivir con sus hermanas:

*“Mira Crucita –le dijo, arrancándose a tutearla con grotesca confianza-, si no quiere venir el caballere te andante de tu hermano, que no venga. Yo no le suplico que venga; ni haré nada por traerle, ¡cuidado!, que mi suposición no es menos que la suya. Yo soy noble: mi abuelo castraba cerdos, que es, digan lo que quieran, una profesión muy bien vista en los... pueblos cultos. Mi tataratío, el inquisidor, tostaba herejes y tenía un bodegón*

<sup>1257</sup> La ceguera tiene un claro significado simbólico. Su propia hermana Cruz se lo comenta así a Fidela: “El maldito orgullo de raza. Nosotros lo hemos perdido con este baqueteo espantoso del Destino. ¡Raza, familia, clases! ¡Qué miserable parece todo eso desde esta mazmora en que Dios nos tiene metidas hace tantos años! Pero él conserva ese orgullo, la dignidad del nombre que se tenía por ilustre, que lo era... Es un ángel de Dios, un niño: su ceguera le conserva tal y como fue en mejores tiempos. Vive como encerrado en una redoma, en el recuerdo de un pasado bonito, que... El nombre lo indica: pasado quiere decir... lo que no ha de volver.” P. 183.

Y, mucho más claramente, en lo que le dice a Rafael: “¿Crees que estamos en aquellos días de prosperidad? [...] Perdimos cuanto teníamos, el orgullo inclusive. Quedaste ciego; no has visto la transformación del mundo y de los tiempos. De nuestra miseria actual y de la humillación en que vivimos no ves la parte dolorosa. Lo más negro, lo que más llega al alma y la destroza más, no lo conoces, no puedes conocerlo. Estás todavía por el poder de la imaginación, en aquel mundo brillante y lleno de ficciones.” P. 186.

El propio Rafael terminará dándose cuenta de que estaba equivocado y así lo reconoce ante Torquemada: “Se trabó entre mi hermana Cruz y yo una batalla formidable; yo defendía la dignidad de la familia, el lustre de nuestro nombre, la tradición, el ideal; ella defendía la existencia positiva, el comer después de tantas hambres, lo tangible, lo material, lo transitorio. Hemos venido luchando como leones [...] Al fin he sido derrotado en toda línea, porque cuanto ella pensó se ha realizado con creces, y de cuanto yo pensé y sostuve no queda más que polvo. Me declaro vencido, me entrego, y como la derrota me duele, yo me voy, señor don Francisco, yo no puedo estar aquí.” *Torquemada en el purgatorio*, cit., p. 458. Su suicidio subraya tanto la inutilidad como la incapacidad de adaptación de esta clase cuyo tiempo histórico ha pasado definitivamente.

<sup>1258</sup> *Torquemada en la Cruz*, cit., p. 186.

<sup>1259</sup> *Ibid.*, p. 242.

<sup>1260</sup> *Ibid.*, p. 243.

*para vender chuletas de carne de persona. Mi abuela, una tal Coscojilla, echaba las cartas y adivinaba los secretos. La nombraron bruja universal... Conque ya ves*<sup>1261</sup>.

Torquemada, que había utilizado metafóricamente el término “estercolar” para referirse a la savia que el pueblo enriquecido podía aportar al seco árbol de la aristocracia, ha dado muestras de que conoce también su significado referencial. Y un árbol seco, aunque se le abone con mucho estiércol –sobre todo cuando éste no es de muy buena calidad- no puede producir frutos lozanos, sino mequinos:

*“El heredero de los estados de San Eloy, del Águila y Gravelinas reunidos, había sido, en el primer año de su existencia, engaño de los padres y falsa ilusión de toda la familia. Creyeron que iba a ser bonito, que lo era ya, y además salado, inteligente. Pero estas esperanzas empezaron a desvanecerse después de la grave enfermedad de la criatura, y los augurios de Quevedo, cumpliéndose con aterradora puntualidad, llenaron a todos de zozobra y desconsuelo.”*

Pero una cosa es no ser bonito y otra muy distinta ser un auténtico monstruo:

*“El crecimiento de la cabeza se inició antes de los dos años, y poco después la longitud de las orejas y la torcedura de las piernas con la repugnancia a mantenerse derecho sobre ellas. Los ojos quedáronsele diminutos en aquella crisis de la vida, y además fríos, parados, sin ninguna viveza ni donaire gracioso. El pelo era lacio y de color enfermizo, como barbas de maíz. Creyeron que rizándose con papillotes se disimularía tanta fealdad; pero el demonio del nene, en sus rabietas convulsivas, se arrancaba los papeles y con ellos los mechones de cabello, por lo que se decidió pelarle al rape”*<sup>1262</sup>.

Su comportamiento es, asimismo, de lo más extraño:

*“Si un instante le dejaban solo, se metía debajo de las camas y se agazapaba en un rincón con la cara pegada al suelo. No sentía entusiasmo por los juguetes, y cuando se los daban, los rompía a bocados. Difícilmente se dejaba acariciar de nadie, y sólo con su mamá era menos esquivo. Si alguien le cogía en brazos, echaba la cabeza para atrás, y con violentísimas manotadas y pataleos expresaba el afán de que le soltaran. Su última defensa era la mordida, y a la pobre niñera le tenía las manos acribilladas”*<sup>1263</sup>.

Además de ser físicamente un monstruo, tiene también instintos crueles:

*“Ansiaba jugar con animales; pero hubo que privarle de este deleite porque los martirizaba horrorosamente, ya fuese conejito, paloma o perro. [...] Por temporadas, lograba su mamá corregirle de la maldita maña de andar a cuatro pies. En dos andaba, tambaleándose, siempre que le permitieran el uso de un latiguito, bastón o vara, con que pegaba a todo el mundo despiadadamente”*<sup>1264</sup>.

Si se tiene en cuenta que el primer hijo de Torquemada, que murió, –fruto de su primer matrimonio- era un prodigio de precocidad, de inteligencia y amabilidad<sup>1265</sup>, este segundo

<sup>1261</sup> *Torquemada en la Cruz*, p. 245.

<sup>1262</sup> *Torquemada y San Pedro*, cit., p. 498.

<sup>1263</sup> *Ibid.*, p. 498-499.

<sup>1264</sup> *Ibid.*, p. 499.

<sup>1265</sup> “En lo que digo de las inauditas dotes intelectuales de aquella criatura no se crea que hay la más mínima exageración. Afirmando con toda ingenuidad que el chico era de lo más estupendo que se puede ver, y que se presentó en el campo de la enseñanza como esos extraordinarios ingenios que nacen de tarde en tarde destinados a abrir nuevos caminos a la humanidad. A más de la inteligencia, que en edad temprana despuntaba en él como aurora de un día espléndido, poseía todos los encantos de la infancia, dulzura, gracejo y amabilidad. El chiquillo, en suma, enamoraba, y no es de extrañar que don Francisco y su hija estuvieran loquitos con él. [...] A los cinco años sabía muchas cosas que otros chicos aprenden difícilmente a los doce. [...] Un día fue el profesor a su padre y le dijo:

tiene un claro significado simbólico: ilustrar el resultado de la alianza de las clases que han monopolizado la Restauración. La renuncia por parte de la burguesía a sus ideales liberales para aliarse con la nobleza ha abortado la revolución de septiembre que ha sido monopolizada por usureros y aristócratas. Lo que ha resultado de todo ello no es sino una parodia del liberalismo que tiene con éste el mismo parecido que el hijo de Torquemada con un niño.

El tema de los matrimonios entre aristócratas arruinados y plebeyos enriquecidos lo tratan las dos corrientes novelísticas, pero el enfoque es totalmente distinto. En la primera son los burgueses los más interesados en ellos y sólo se celebran con nobles inmorales y corruptos. Al lado de éstos, como contraste, siempre hay otros que se comportan en todo momento de un modo digno sin que el dinero les haga renunciar a sus convicciones e ideales. Los nobles son, tanto para bien como para mal, los verdaderos protagonistas: se les alaba cuando se mantienen fieles a los valores tradicionales y se les critica cuando se apartan de ellos. Los burgueses, que juegan un papel de comparsas, son siempre considerados como unos advenedizos ambiciosos que aspiran a ocupar un lugar que no les corresponde: sólo la irresponsabilidad de los que deberían ocuparlo les permite a éstos acceder a él. En la liberal, por el contrario, son los nobles<sup>1266</sup> los que buscan el matrimonio como el único remedio para sanear su maltrecha economía. Además de inmorales y corruptos son unos parásitos que quieren seguir manteniendo su lujoso tren de vida con el dinero ganado por otros con trabajo y esfuerzo. De ahí que el retrato que se hace de ellos sea tremendamente negativo. Pero los burgueses, gente del pueblo que ha subido, no salen mejor parados: el deseo de entroncar a toda costa con la aristocracia supone una renuncia a los principios del liberalismo, lo cual los deslegitima a los ojos de estos novelistas. Por tanto, la novela liberal censura tanto a unos como a otros, pues son igualmente responsables del fracaso de los ideales revolucionarios burgueses y del tan denostado sistema de la Restauración.

### **Los matrimonios por amor.**

Sólo hay dos autores en los que las relaciones sentimentales entre miembros de distintas clases sociales terminan en matrimonio: Valera y Palacio Valdés.

Don Paco, viudo maduro perteneciente a la buena sociedad de Villalegre, se enamora de Juanita, mucho más joven que él y de origen humilde. Su hija, doña Inés, casada con don Álvaro Roldán, el más ilustre mayorazgo del pueblo, se entera, aunque en un principio cree que a quien pretende su padre es a la madre de Juanita. Dada la diferente condición social, no aprueba esta relación:

*“La enojaba también la condición harto plebeya del objeto de los amores de su padre, los cuales, si no dignos de aplauso, la hubieran parecido dignos de disculpa a haber sido con alguna hidalga recatada y de su posición, como había dos o tres en el lugar”<sup>1267</sup>.*

---

*-Este niño es cosa inexplicable, señor Torquemada: o tiene el diablo en el cuerpo o es el pedazo de divinidad más hermoso que ha caído en la tierra. Dentro de poco no tendré nada que enseñarle. Es Newton resucitado, señor don Francisco; una organización excepcional para las matemáticas, un genio que sin duda se trae fórmulas nuevas debajo del brazo para ensanchar el campo de las ciencias. Acuérdesse de lo que le digo: cuando este chico sea hombre asombrará y trastornará el mundo.”*

*Torquemada en la hoguera*, cit., p. 16-18.

<sup>1266</sup> Esta afirmación es también válida para el caso de Torquemada. Formalmente es él quien propone el matrimonio: las convenciones de la época no permitían que fuera de otra manera; pero ya su amigo Donoso, que lo es también de Cruz y Fidela y, en cierto modo, su portavoz, le ha dado a entender que va a ser aceptado.

<sup>1267</sup> *Juanita la la Larga*, cit., p. 40.

La oposición de su hija no es el único obstáculo ni tampoco el mayor. A pesar de ella, don Paco escribe una carta a Juana pidiéndole la mano de su hija, a lo que accede complacida: “¡Qué victoria! ¡Todas esas perras, cochinas, van a reventar cuando lo sepan!”<sup>1268</sup>. Pero Juanita, que es muy sensata, se da cuenta inmediatamente de los problemas que ese matrimonio traería para todos:

*“Nosotros, tú, él y yo, seríamos los reventados si hiciésemos tal desatino. No lo sufriría doña Inés; y el cura y el cacique, la Iglesia y el Estado, lo temporal y lo eterno caerían sobre nosotros y nos aplastarían. Nos echarían del lugar a patadas”*<sup>1269</sup>.

Juanita, además, no está enamorada de don Paco y, aunque este matrimonio supondría para ella una gran elevación social, no es de las que se casan por interés. Sin embargo, cuando se da cuenta de lo mucho que don Paco –que se comporta siempre dando muestras de la más exquisita caballerosidad y fineza- la quiere, termina enamorándose de él, vencen todos los obstáculos y se casan. La novela termina, seis o siete años después, con un epílogo:

*“Don Paco sigue gozando de la privanza del cacique y gobernando en su nombre cuanto hay que gobernar en la villa. Juanita, casada con él, le adora, le mimaba y le ha dado dos hermosísimos pimpollos: una niña, que se llama Juanita la Larga, tercera de este nombre y apellido, y que promete valer tanto como su madre, porque ya es muy linda, picotera y graciosa; y un Ricardito, como su abuelo materno, que es un diablejo, ágil, robusto y bullicioso”*<sup>1270</sup>.

Los celos de doña Inés y de las fuerzas vivas del pueblo hacia Juanita por su bajo origen social han desaparecido; la han aceptado y todos son felices:

*“Juanita no ha embarnecido. Está gallarda y bonita como siempre. Se viste de seda, sin que el padre Anselmo la censure en sus sermones, y parece una princesa encantada, pues no pasan días por ella. Tampoco envejece don Paco, porque la felicidad mantiene, conserva y hasta remozca, y él es feliz de veras”*<sup>1271</sup>.

Valera, como ya se ha visto al analizar otros puntos, es un autor de ideología conservadora, lo que le lleva a defender –o, al menos, a no censurar- algunos aspectos de la sociedad de la Restauración. Pero no todos, pues en lo referente al ascenso social Valera mantiene una actitud abierta y claramente favorable, sosteniendo que el sistema se caracteriza por ofrecer a todo el mundo las mismas oportunidades<sup>1272</sup>. Los matrimonios entre personas de diferente rango social son una prueba más de ello.

Si Valera utiliza los matrimonios interclasistas para apoyar al sistema de la Restauración, Palacio Valdés lo hace para atraer al pueblo a la órbita de la burguesía liberal. Como se ha puesto de manifiesto, al analizar otros puntos, Palacio Valdés sigue creyendo todavía en que pueblo y burguesía pueden marchar juntos y en que ésta puede canalizar las aspiraciones de aquél. De este modo, si en el terreno sociopolítico las reivindicaciones del pueblo caben y pueden encontrar satisfacción en el seno del liberalismo, lo mismo sucede en el

<sup>1268</sup> *Ibíd.*, p. 78.

<sup>1269</sup> *Ibíd.*

<sup>1270</sup> *Ibíd.*, p. 180.

<sup>1271</sup> *Juanita la Larga*, cit., p. 180.

<sup>1272</sup> Recuérdense las siguientes palabras ya citadas y comentadas anteriormente: “En un país como el nuestro, donde, desde hace más de un siglo por lo menos, no hay privilegio alguno de clase, ni escala por donde cualquiera no puede ascender, es absurda la suposición de que alguien no asciende porque el organismo social o político aparta la escala de sus pies y de sus manos.” *Terapéutica social*, cit., p. 15.

sentimental, resolviéndose así, también en este nivel, las contradicciones de clase. Y, si en aquél presenta el problema –recordemos el caso de los mineros y el programa de reformas del médico Quiroga- para proponer después la solución, lo mismo hace en éste. El problema es que vivimos en una sociedad con muchas deficiencias, una de las cuales es la desigualdad, lo que implica que los que están en una situación de preeminencia gozan de ventajas en todos los terrenos, incluido el sentimental:

*“Don Laureano era viejo (mucho más de lo que ella suponía, por supuesto), pero conservaba gallarda figura, un aire distinguido y varonil que a cualquier mujer podía impresionar; mejor todavía a una humilde hija del pueblo que no había tratado más que con hombres zafios y mal vestidos. Aquel señor tan pulcro despedía un vaho de elegancia que despertaba el instinto del arte y la belleza que en toda naturaleza femenina reside”<sup>1273</sup>.*

La humilde hija del pueblo es Concha, joven de Lavapiés con bastantes menos años que don Laureano y a la que éste, experto en esta clase de lides, empieza a cortejar por lo fino haciéndole regalos que son muy bien recibidos por la cortejada. Sobre ella y sus métodos de conquista comenta don Laureano entre los parroquianos del café:

*“No hay nada en el mundo como una chula de Lavapiés. Estoy hechizado con mi Conchilla, Ni la mitad del presupuesto voy a invertir. El que tenga la suerte de embarcarse en una de esas fragatas puede viajar hasta el final del universo con tres pesetas.”*

Palabras a las que el narrador añade el siguiente comentario: *“Con razón lo pudo decir, pues a los pocos días había logrado rendirla. La pobre Concha cayó en sus brazos por generosa y amante, no por interesada”<sup>1274</sup>*. Estas relaciones están llenas de peligros para las chicas del pueblo:

*“Tocante a eso, Sarrió está perdido. Apenas hay muchacha que se deje acompañar de uno de su igual. El mozo ha de traer por lo menos corbata y hongo, y ha de fumar con boquilla... [...] Ninguna se oculta ya para ir al oscurecer acompañada de algún señorito, y a la vuelta de las romerías da grima verlas venir colgadas del brazo de ellos cantando. [...] ¡Pobrecillas! No sabéis lo que os espera... [pues] de los señoritos no se saca más que parola, tiempo perdido y a veces la desgracia para toda la vida. [...] Mirad, mirad a Benita la del Sr. Matías el sacristán. ¿Qué guapa está con la barriga a la boca, verdad?”<sup>1275</sup>.*

Sin embargo, no siempre es así. La propia doña Paula, autora de las palabras anteriores, cita una serie de casos que lo demuestran: *“Porque el hijo de don Rudesindo se casó con la de Pepe la Esguita y el piloto de ‘Trinidad’ con la de Mechacan, se os figura que todo el monte es orégano.”* Y, el narrador la pone a ella misma como ejemplo pues, refiriéndose a sus razonamientos, comenta: *“Dijo sentenciosamente doña Paula sin acordarse de que ella había sacado la felicidad”<sup>1276</sup>*. Y, aunque doña Paula se refiera a esos casos como excepcionales, no son infrecuentes los matrimonios entre gente de diferente rango social:

*“En el elemento femenino de los bailes había siempre perfecta homogeneidad: todo él se componía de jóvenes situados en el mismo peldaño de la escala social. Pero en lo que toca al masculino, existía peligrosa variedad: acudían a aquel sitio jóvenes artesanos y los señoritos de Sarrió. Los primeros creían vulnerados sus derechos por la competencia de los señoritos; tanto más, cuanto que ésta era para ellos desastrosa, por los repetidos ejemplos de uniones desiguales que se efectuaban en la villa.”*

<sup>1273</sup> *El origen del pensamiento*, cit., p. 162.

<sup>1274</sup> *El origen del pensamiento*, cit., p. 165.

<sup>1275</sup> *El cuarto poder*, cit. p. 151-152.

<sup>1276</sup> *Ibid.*, p. 151.

Y esta competencia no siempre se resuelve amistosamente, pues casi todos los domingos hay enfrentamientos a palos: “*De éstos habia en cada baile una cantidad verdaderamente fantástica. Raro era el domingo en que no salían de las Escuelas dos o tres señoritos con la cabeza rota*”<sup>1277</sup>. Las relaciones sentimentales entre clase media y pueblo no están, pues, exentas de obstáculos y peligros. Pero éstos casi siempre se resuelven felizmente, como en el caso de Manolita y Enrique. Éste, teniente de artillería, se siente fuertemente atraído por Manolita, mujer del pueblo, a la que empieza a cortejar con intenciones de conquista: “*¿Cuáles eran los intentos de Enrique al comenzar estos amores? No podían ser más perversos e insidiosos. Contaba con seducir a la chula y a la postre llamarse andana.*” Pero, con el trato, se da cuenta de sus muchas virtudes y termina enamorándose de ella:

*“Mas él propuso y Dios dispuso; al mes de hallarse en relaciones, Manolita le tenía prisionero a sus pies y domesticado como un perro de saltimbanqui y esto (digámoslo en su bien, ya que referimos lo malo), porque tenía noble corazón y le compadecía la suerte de aquella; tanto, que formó resolución de casarse con ella”*<sup>1278</sup>.

A pesar de que sus padres se casaron saltando por encima de las barreras sociales, pues su madre es también una mujer del pueblo, Enrique sabe que su familia se va a oponer. Tras mucho pensarlo, se decide a hablar con su madre:

*“Doña Martina se irritó lo indecible, sin querer recordar su primitiva condición de planchadora; mas como era mujer de buena pasta, y Enrique su ojo derecho, pronto tomó partido por él, aunque nunca quiso hablar del asunto a su marido, pues conocía su genio y estaba bien convencida de que antes le harían pedazos que consentir en aquel matrimonio”*<sup>1279</sup>.

A su padre no se atreve a decirle nada. Le escribe una carta, que le deja sobre la mesa del despacho, pero no le responde. Le escribe otra y obtiene el mismo resultado, por lo que le ruega a su primo Miguel Rivera que interceda; lo hace, pero su tío se niega a dar el consentimiento: “*Enrique es un mentecato. Después de haberme matado a disgustos toda la vida quiere terminar su carrera deshonorando a su familia*”<sup>1280</sup>. También el padre de Manolita se opone en un principio, aunque Enrique consigue ganárselo hablándole de toros. Pero con quien más problemas va a tener es con los muchos pretendientes de la muchacha:

*“Como la chula tenía golosos, y éstos, de la clase del pueblo, veían con malos ojos que un señorito la galantease, nuestro teniente se vio repetidas veces amenazado y aun atacado; pero ya sabemos que en su calidad de ‘bulldog’ era de lo más rabioso y atravesado. Con su bastón de hierro, que jamás abandonaba, supo defenderse tan bien que Manolita quedó altamente complacida, después de haberle ayudado bravamente repartiendo a los agresores algunos soplamocos tan devastadores como bien dirigidos”*<sup>1281</sup>.

<sup>1277</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 48.

<sup>1278</sup> *Maximina*, cit., p. 116.

<sup>1279</sup> *Ibíd.*, p. 116-117.

<sup>1280</sup> *Ibíd.*, p. 120.

Don Bernardo, por lo que le cuenta a su sobrino, parece tener motivos personales para oponerse al matrimonio de su hijo pues, después de cuarenta años, ha descubierto que su mujer le engaña: “*Hubo un día en mi vida, tú lo sabes bien, en que, arrastrando el decoro de nuestra familia, por el suelo, descendí hasta dar la mano a una mujer de muy diversa condición que la mía. Por este inmenso sacrificio, ¿no te parece que esa mujer debía besar el polvo que yo pisase?... Pues bien, esa mujer es una Mesalina.*” P. 121. Pero no queda claro —este asunto no vuelve a aparecer en la novela— si es verdad o invención de don Bernardo: “*Miguel salió del gabinete convencido de que, si no estaba loco ya, andaba muy próximo a la locura.*” P. 122.

<sup>1281</sup> *Ibíd.*, p. 116.

Enrique no sólo está enamorado de Manolita, sino también de la forma de vida sencilla y sin pretensiones que puede llevar junto a ella. De ambas le hace un encendido elogio a su primo Miguel Rivera:

*“Ya sé yo, Miguel, que podría casarme con una señorita; pero, ¿sabes tú?, a mí no me ha dado nunca por las señoritas. Dicen que no tengo conversación. Podrá ser. Vamos a ver, Miguelillo, ¿no vale más mi flamenca que todas las señoritas que de alfeñique que van a la Castellana? Y, además, sabe trabajar, lo que no sabe ninguna de esas cursis; y sabe vivir con dos pesetas al día; y sabe ponerse un pañolito a la cabeza, ¿entiendes?, y plantarse en la plaza de la Cebada donde las legumbres son más baratas. Y cuando vayamos al teatro no necesito llevarla a un palco ni a butacas; con un par de paraísos vemos la función y quedamos tan contentos. Y si hace falta, ella misma se guisa la comida; y no necesito andar con ella todo el día del brazo haciendo visitas”*<sup>1282</sup>.

Por eso, en contra de la opinión de su familia, decide casarse. Sigue sin embargo –y reproduce en esto el comportamiento de su padre cuando cuarenta años atrás se casó con su madre, una planchadora- lleno de prejuicios sociales; quiere que Maximina sea la madrina pero, como le dice a Miguel, no se atreve a pedírselo:

*“No, yo no se lo pido. Manolita es una chica honrada, pero de una clase muy humilde. Todos los que vayan a la boda van a ser hijos del pueblo... Gentuza, ¿sabes, chico? Hay que decir las cosas por su nombre. Tu mujer no querrá estar allí, y con razón.”*

Miguel la llama, se lo dice y ella acepta; pero a Enrique sigue sin parecerle bien: *“No, Maximina; tú no puedes ser madrina. A mi matrimonio no irán personas de tu clase”*<sup>1283</sup>. De la familia de Enrique no asiste nadie, pero él tampoco se atrevió a invitar a *“los amigos de su clase por la razón que había dado a Maximina, esto es, por no avergonzarlos”*<sup>1284</sup>. Es decir, Palacio Valdés presenta una sociedad llena de prejuicios sobre las desigualdades sociales, pues la opinión general es contraria a los matrimonios interclasistas. Lo curioso es que incluso los mismos que los contraen tienen asumidos esos valores hasta el punto de que se “avergüenzan” de casarse. Pero no pueden dejar de hacerlo porque están dominados por una fuerza, el amor, que es más poderosa que los preceptos sociales. Por otra parte, los matrimonios por amor –a diferencia de lo que sucedía con los celebrados por interés- tienen lugar entre gente de la clase media y del pueblo. La superación, a nivel individual, de los prejuicios parece querer decir que la mentalidad de la clase media es muy distinta de la imperante –producto de la Restauración- pero no lo suficiente como para liberarse completamente de ella. Por eso, los miembros de la clase media, aunque sienten sobre sí la pesada carga de los valores vigentes, impuestos por la Restauración, se diferencian de la oligarquía en que ajustan su comportamiento individual a la ética y a los sentimientos. Son, por tanto, muy distintos de un Juanito Santa Cruz que pone las normas sociales por encima de los sentimientos. A diferencia de lo que sucede con Fortunata, la ley natural triunfa sobre la social. Y aunque este triunfo resulte circunscrito al ámbito estrictamente privado, estas conductas individuales sirven para solucionar el problema de la desigualdad planteado. Palacio Valdés se distingue de Galdós en que al mismo tiempo que presenta el problema –enfrentamientos y desigualdades como consecuencia de la primacía de los valores de la Restauración-, propone también la solución: la concordia ejemplificada en la conducta sana, ética y responsable de los personajes de clase media. Ésta pue-

<sup>1282</sup> *Maximina*, cit., p. 231.

<sup>1283</sup> *Ibid.*, p. 227.

<sup>1284</sup> *Ibid.*, p. 229.



de regenerar a la sociedad, pueblo incluido, que resulta elevado de categoría y redimido en estos matrimonios.

### C) La novela proletaria.

En ésta las relaciones sentimentales se convierten en una metáfora de la explotación capitalista del proletariado. Ya me he referido a la novela de Anselmo Lorenzo –*Justo Vives*– al analizar el tema del trabajo. Como dije entonces, el tema general de esta novela es la denuncia del sistema capitalista burgués en su conjunto, símbolo de lo cual es la huelga del 1 de mayo secundada por casi todos los asalariados y la indiferencia, también generalizada, ante la fiesta nacional, que se celebraba al día siguiente<sup>1285</sup>, porque esta fiesta lo es de la burguesía, no de los trabajadores. La tensión y conflictividad socioeconómica tiene asimismo su reflejo en el terreno sentimental: Pepita es seducida por un burgués, que es asimismo, el patrón de Justo. La deja embarazada y la abandona. Justo se casa con ella y la rescata de la ignominia. Si Palacio, a través de las relaciones sentimentales, proponía la redención del pueblo por la burguesía, Anselmo Lorenzo propone justamente lo contrario: la dignificación, a cargo del proletariado, de lo que ha sido mancillado y prostituido por la burguesía.

#### 3.2.6.6. Conclusiones de las relaciones sociales.

Las relaciones sociales ratifican mejor que ningún otro de los puntos analizados anteriormente el título –la monopolización de la novela por la burguesía– elegido para este último capítulo de la tesis, pues todos los epígrafes del punto que acabo de analizar, apuntan a la misma conclusión: el carácter cerradamente burgués de la novela de la corriente liberal, que, aunque no sea la única, sí que es la más significativa –tanto por la cantidad como por la calidad– de las tres estudiadas. Este carácter se puede apreciar en el tratamiento que se da a la desigualdad, equiparación, movilidad social y relaciones sentimentales, pues todas ellas están enfocadas desde la perspectiva de los intereses de clase de la burguesía liberal, lo que les lleva a criticar –de un modo más o menos explícito pero inequívoco– tanto al proletariado como a la oligarquía; mucho más a ésta pues de aquél, como ya se ha visto reiteradamente, la novela liberal se ocupa más bien poco.

Esta novela propugna la igualdad jurídica pero no económica; es decir, que se mantiene dentro de los límites de la ortodoxia del liberalismo burgués. Esto exacerba los ánimos de los conservadores, quienes lo consideran un atentado contra sus legítimos privilegios y suscita las críticas de la izquierda, que denuncia su insuficiencia por quedarse en la esfera de lo puramente formal. La igualdad jurídica ya se ha conseguido, pues han desaparecido las discriminaciones legales; sin embargo, en el terreno de las mentalidades siguen pesando y actuando los prejuicios de la sociedad del Antiguo Régimen, como uno de los resultados del

---

<sup>1285</sup> *Lo que en años anteriores era motivo de alegría, mirábase a la sazón con la mayor indiferencia. Nuevas ideas y otro género de necesidades vinieron a poner de manifiesto que los grandes sacrificios que nuestros antepasados realizaron por la independencia, aunque coronados por un éxito glorioso, no pasaron de obtener un resultado relativo; porque en la patria del Trabajo, no limitada ya por las fronteras de los actuales Estados, sino que se extiende en comunión universal por todo el mundo civilizado, existe triunfante y dominante una dependencia que es preciso combatir y vencer a toda costa. [...] “... porque el proletariado universal se sentía honrado por la “Commune” de París, y si la autoridad municipal de Móstoles declaró la patria en peligro, la “Commune” proclamó este programa revolucionario: ‘La tierra del agricultor, el instrumento de trabajo para el obrero y el trabajo para todos.’” P. 58.-59.*

fracaso de la revolución burguesa. La conciencia de esta doble realidad tiene diversas consecuencias en la concepción de la equiparación, la movilidad y las relaciones sentimentales.

En lo que a la equiparación se refiere, por una parte, los novelistas liberales celebran entusiásticamente la abolición de las barreras entre aristocracia y burguesía, muestra palpable de lo cual, además de una metáfora de la desaparición de los privilegios de la sangre, es la reunión en casa de los Santa Cruz de los invitados a comer el día de Nochebuena. Pero, por otra, denuncian que el hecho de que los de abajo se sientan inferiores es consecuencia directa de que viven en una sociedad que les hace sentirse así. Al celebrar la equiparación están mostrando su aquiescencia con uno de los principios fundamentales del liberalismo: la igualdad ante la ley. Pero, al denunciar ese sentimiento de inferioridad del pueblo –Fortunata es un caso prototípico- están censurando la utilización que de las clases bajas hace la oligarquía y, simultáneamente, dan muestras también de su exclusivista ideología burguesa, pues se fijan en la parte del pueblo carente de conciencia alguna de clase –precisamente por eso tiene plenamente asumida e interiorizada la desigualdad- al tiempo que deforman o eluden deliberadamente a la que sí posee dicha conciencia: el proletariado. A éste no lo puede utilizar la burguesía liberal para atacar a la oligarquía de la Restauración como instrumento al servicio de sus propios intereses de clase, pues él también la ataca, aunque desde una posición que les lleva a situarse como antagonistas tanto de la oligarquía como de la burguesía sin entrar en distinguos de ningún tipo entre ellas. Por eso, denuncia la desigualdad económica como una consecuencia de las injusticias del sistema y no de la laboriosidad, la tenacidad o la capacidad de trabajo de cada uno como hace la burguesía.

La actitud hacia la movilidad social está asimismo condicionada por el doble sentimiento de identificación con el liberalismo y de rechazo de lo que de él ha triunfado. Esto lleva a los novelistas liberales tanto a censurar duramente como a elogiar encarecidamente a los que han conseguido ascender. Critican a los que, sin merecerlo, han conseguido elevarse a lugares de responsabilidad utilizando medios inmorales y aprovechándose del nepotismo y tráfico de influencias tan comunes a la Restauración. Coinciden en esto con la novela conservadora, aunque se diferencian de ella en que ésta considera ilegítimo el hecho mismo de la movilidad social y, por tanto, unos usurpadores a todos los que han experimentado un cambio de estatus social, mientras que para la liberal el ascenso es justo y aceptable si se ha llevado a cabo ajustándose a las reglas del sistema propugnado por la burguesía y es la consecuencia legítima del mérito y el esfuerzo.

Un aspecto particular de la equiparación y de la movilidad lo constituyen las relaciones sentimentales. La novela liberal las utiliza como una prueba de cargo más contra la sociedad de la Restauración a la que acusa tanto de haber causado el fracaso de la revolución -cuyo control ha quedado en manos de una minoría de oportunistas que se han aliado para monopolizar el poder social y económico, alianza de la que los matrimonios de conveniencia son una prueba evidente-, como de utilizar al pueblo –siempre el que no tiene conciencia de clase- en su exclusivo beneficio. No existe, empero, unanimidad en la señalización de los culpables: para Galdós lo es fundamentalmente la burguesía que ha asumido los valores de la aristocracia; Palacio Valdés, sin embargo, culpa principalmente a ésta. Ello se debe a que, como ya se ha visto en las conclusiones de otros apartados, el autor asturiano sigue creyendo en la posibilidad de que la burguesía puede asumir las reivindicaciones de las clases populares, posibilidad ejemplificada con los matrimonios entre miembros de la clase media y el pueblo, en los

que éste es asimilado por aquélla. Situación invertida por la novela proletaria en la que sucede justamente lo contrario: la burguesía encuentra su salvación gracias al pueblo. Pero, para ello es necesario el cambio radical de las estructuras sociales, simbólicamente puesto de manifiesto en la inscripción de los matrimonios, con que se cierra la obra, en el registro de carpinteros, abierto para la ocasión, negándose explícitamente a hacerlo en ninguna institución oficial, sea ésta civil o eclesiástica. La conclusión es evidente: Palacio Valdés trata de salvar a toda costa, por muy insuficiente e insatisfactoria que le resulte, la sociedad liberal existente resolviendo los antagonismos de clases mediante la convivencia pacífica entre ellas, mientras que Anselmo Lorenzo pretende todo lo contrario: sustituir la sociedad burguesa por un nuevo modelo en el que desaparezcan las clases sociales y, con ellas, todas las desigualdades, que para la novela liberal ya se han extinguido, pues las económicas son justas y razonables, ya que dependen de la capacidad de cada uno, y la equiparación jurídica está ya reconocida por la ley.

Luego, aunque he dicho en más de una ocasión que la novela burguesa defiende el liberalismo al tiempo que condena la práctica política del mismo intentando distinguir entre los principios y su materialización, dicha distinción no es posible en este caso. Si —como se afirma— la igualdad es ya un hecho, tiene que serlo en una sociedad determinada y concreta, ya que en este caso práctica y principios no se pueden dar por separado, por lo que la afirmación de éstos implica el reconocimiento automático de aquélla. De ahí que el significado último de la apología de la igualdad que hace la novela burguesa sea la legitimación de la sociedad de la Restauración. La razón que les impulsa a ello no es otra que la presión del proletariado, claramente observable en la percepción radicalmente contraria que la clase obrera tiene de esta cuestión, la cual les lleva a denunciar con toda claridad las desigualdades y discriminaciones existentes. Por muy insatisfecha que la burguesía liberal esté con el sistema de la Restauración, éste es el único que puede garantizar su existencia como clase, pues, si el movimiento obrero triunfara, no sólo desaparecería la Restauración, también lo haría la burguesía liberal. De ahí que, después de haberlo censurado tanto de un modo abierto, movidos por la necesidad de la propia supervivencia, utilicen la apología de la igualdad como una defensa implícita del mismo. Precisamente aquí radica la explicación de por qué, si la burguesía liberal ve en el proletariado un enemigo de clase, no se enfrenta a él abiertamente como hace la novela del liberalismo doctrinario; porque eso supondría, además de una defensa explícita del sistema de la Restauración, el reconocimiento implícito de lo que con la apología de la igualdad están explícitamente negando: las contradicciones provocadas por la revolución liberal. Los novelistas de esta corriente no quieren hacer ninguna de las dos cosas: lo primero supondría dar su apoyo abierto a un sistema que abominan porque no les permite integrarse en él; lo segundo, hacerse eco y dar alas a las reivindicaciones del proletariado, que es su antagonista natural. Con la opción elegida soluciona ambos problemas: legitiman, aunque estén insatisfechos por su limitado desarrollo, el sistema socioeconómico que sirve a sus intereses de clase e ignoran, por ser contrario a los mismos, a los que proponen uno alternativo.

### 3.2.7. LA CUESTIÓN SOCIAL. EL PAPEL POLÍTICO DEL PUEBLO EN EL LIBERALISMO. SOCIALISMO.

Una consecuencia del auge del movimiento obrero es que, mientras en el segundo período del siglo (1833-1868) se buscaba a toda costa implicar al pueblo en la política liberal, ahora, en este último, se desea mantenerlo lo más lejos posible de ella<sup>1286</sup>. De ahí que entonces se utilizara la denuncia de la desigualdad para reivindicar la democracia y la soberanía popular y, ahora, se esgriman éstas como pruebas irrefutables de que la igualdad es ya una realidad. No otro es el sentido de la apología de la misma que acabo de analizar.

Durante el segundo período del siglo la burguesía había asumido, dándoles cabida en las páginas de sus novelas, las aspiraciones del pueblo para contar con su colaboración en la tarea de derribar al Antiguo Régimen. Ésa era la intención que les llevaba a denunciar la situación de abandono en que éste lo tenía y a presentar el liberalismo como un sistema alternativo en el que todos sus problemas quedarían resueltos. Democracia y soberanía popular se presentaban como los instrumentos que acabarían con todas las injusticias y equipararían al pueblo con el resto de clases de la sociedad. Por eso, como se vio al analizar las novelas de Ayguals por ejemplo, los novelistas liberales, al tiempo que hacían la apología del sistema socioeconómico burgués por ellos propugnado, presentaban al pueblo profundamente identificado con él. Tras los acontecimientos del sexenio revolucionario, democracia y soberanía popular son realidades jurídicamente innegables, por lo que la burguesía, al menos en este sentido, tiene motivos para sentirse satisfecha. No así el pueblo. Éste que, convertido en proletariado, ha adquirido también durante estos años su conciencia de clase, se da cuenta de que esa igualdad meramente formal no resuelve sus problemas. Resulta, pues, evidente que los intereses de ambos son antagónicos. Ahora se ven como enemigos y la colaboración ya no es posible. Como consecuencia de todo esto las reivindicaciones políticas y sociales de la burguesía son desplazadas, en las páginas de la historia, por las del proletariado. En el período anterior, los conceptos de democracia y soberanía popular –conceptos burgueses- eran esgrimidos por la burguesía como armas de ataque contra el Antiguo Régimen y buscaba la implicación del pueblo –lo lisonjaba haciéndose eco de su problemas- para conseguirlos; ahora, estos conceptos son reemplazados por otros: cuestión social, socialismo, conceptos de nuevo cuño que no forman parte del acervo ideológico liberal, sino que surgen como reivindicaciones contra el mismo. Así, la preocupación por la consecución de la igualdad deja paso a la cuestión social; y la lucha por la consecución de la democracia, a la del logro del socialismo. O lo que es lo mismo, al igual que la burguesía le presentaba al pueblo la democracia como el instrumento adecuado para terminar con las desigualdades del Antiguo Régimen, el proletariado apela al socialismo para terminar con las desigualdades traídas por la “igualdad” burguesa (que no otra cosa es la tantas veces mencionada “cuestión social”). Por eso, si en el período anterior la burguesía pretendía implicar al pueblo en la política para que se identificase e hiciese suyos conceptos como democracia y soberanía popular, ahora pretende alejarlo de la misma para que no ponga en peligro eso que ya se ha conseguido contraponiéndole unas rei-

<sup>1286</sup> Cuando digo “ella”, me refiero a toda, no sólo a la liberal aunque, como ya se ha visto reiteradamente, la novela burguesa tiende a “ignorar” la problemática proletaria.

vindicaciones que son de signo antagónico. Ésta es la razón por la que la novela burguesa deja de hacerse eco de los problemas del pueblo e ignora casi por completo la cuestión obrera.

Luego, la respuesta a esta nueva problemática es una muestra más de la monopolización de la novela por la burguesía que en este caso se pone de manifiesto en que, mientras la consecución de la igualdad les llevaba en el período anterior a desear y propiciar la implicación del pueblo en la política, ahora les hace desear su alejamiento de ella. En las páginas siguientes voy a estudiar la actitud de la novela ante la actividad política del pueblo centrándome en tres aspectos: la cuestión social, papel político y socialismo.

### 3.2.7.1. LA CUESTIÓN SOCIAL.

*La cuestión social* es el problema planteado por el proletariado industrial de los últimos años del siglo XIX que, como consecuencia de sus precarias condiciones adquiere conciencia de que constituye una clase, cuyos problemas no pueden ser resueltos en seno del sistema liberal —es éste quien los ha creado—, y se organiza para luchar con el objetivo inmediato de mejorar esas condiciones y, a más largo plazo, derribar el sistema capitalista y reemplazarlo por otro en el que desaparezcan las clases sociales. O, dicho de otra manera, la nueva orientación que adoptan las reivindicaciones obreras tras la adquisición de su conciencia de clase<sup>1287</sup>, que les anima a organizarse y movilizarse, ahora ya no sólo con el objetivo de conseguir mejoras de tipo laboral, sino de cambiar el orden sociopolítico existente. Esto les llevará a enfrentarse abiertamente tanto al sistema como a los patronos en una enconada lucha.

Este problema preocupa a muchos intelectuales y políticos de finales del siglo. Varios son los datos que demuestran que el asunto tuvo una gran repercusión en diferentes ámbitos de la sociedad. En el año 1878 se organizó en el Ateneo de Madrid un debate público sobre el mismo, resumido y comentado por Clarín en una serie de artículos publicados en *El Solfeo*. Uno de los que participó en ese debate fue Gumersindo de Azcárate quien, en opinión de Clarín, definió con total claridad las raíces del problema:

*“El Sr. Azcárate, a las pocas palabras de su primer discurso llegaba al nervio de la cuestión y reconocía, como ya lo había hecho en una aclaración cuando comenzaron los debates, que hoy el problema social se refiere al advenimiento de lo que se llama el cuarto estado, a las condiciones de vida necesarias para el desarrollo de sus facultades y para la sustentación de sus intereses legítimos”*<sup>1288</sup>.

Clarín, en este mismo artículo, destaca la importancia que tiene este tema precisando, después de referirse a que ha sido objeto de múltiples interpretaciones, cuál de ellas le parece la más acertada:

<sup>1287</sup> Esta conciencia sólo surge en el seno del proletariado industrial. Es muy interesante comprobar que hasta la novela conservadora refleja —aunque bien es verdad que de un modo implícito pero inequívoco— esta circunstancia cuando describe los asistentes a una discusión política: *“Había entre éstas [personas] mucha variedad de trajes y de aspectos. Pocos, muy pocos representantes de las clases operarias más ínfimas; de esas clases que hacen los movimientos de tierras en los trabajos de las carreteras, que barren y empiedran las calles, que con el azadón o el zapapico ganan su jornal en las faenas agrícolas. En cambio abundaban los trajes de muletón blanco manchados de hollín y de aceite de los trabajadores en los talleres de maquinaria.”*

Félix de Bona: *La huelga*, cit., p. 2.

<sup>1288</sup> Leopoldo Alas: *La cuestión social en el Ateneo*, [publicado en *El Solfeo*, 12-7-1887], recogido en: Yvan Lissorgues: *Clarín Político I*, Université de Toulouse-Le Mirail, 1980, p. 193.

*“Más apariencias de exactitud hay en favor de los que miran la cuestión social como el problema primero y universal en la vida de la sociedad. [...] La cuestión social a todo se refiere, todo le importa, en todo influye, por todo es influida”*<sup>1289</sup>.

Unos años más tarde, en diciembre de 1883 se creó la Comisión de Reformas Sociales a la que Jaime Vera presentó un famoso *Informe*.

Sin embargo –y éste es otro dato que avala la ya mencionada monopolización de la novela- la cuestión social tiene escasa presencia en la novela burguesa que apenas se ocupa de ella, como el propio Clarín denuncia en otro de sus artículos:

*“Nadie, es decir, ninguna persona decente, en el sentido literario, ha hecho estudios detenidos de las costumbres de los obreros, de sus virtudes, de sus errores, de sus miserias, de sus aspiraciones”*<sup>1290</sup>.

Y de lo mismo se queja J. Lluas respecto a la RAE:

*“Manifestada la cuestión social como problema de difícil solución, no es dar prueba de valor ni de talento huir de ella, como ha hecho la Academia de la Lengua Española no incluyendo en su Diccionario la voz ‘sociología’, ya tan generalizada en el mundo científico y aun en el vulgar, sino estudiarla y presentar las soluciones que se crean más procedentes”*<sup>1291</sup>.

Tiene razón Clarín. Las referencias literarias son bastante escasas, lo que contrasta con la repercusión que tiene el tema en el terreno social e histórico. Sólo la corriente del liberalismo doctrinario y la proletaria –de la que únicamente he manejado una novela- se ocupan extensamente de la cuestión. La de la burguesía liberal lo toca tangencialmente; como ya se ha visto al comentar otros puntos, prefiere ignorar todo lo que tenga que ver con el mundo obrero; dentro de esta corriente se pueden incluir dos novelas –si bien de autores secundarios- en las que, aunque los obreros sean los protagonistas, el tema queda totalmente desvirtuado al ser objeto de un enfoque que deriva hacia lo sentimental y folletinesco.

Para la novela del liberalismo doctrinario la cuestión social, las miserables condiciones de vida en las que viven los obreros y las consiguientes reivindicaciones y protestas, responden a dos causas: por una parte son un problema moral, de la relajación de las costumbres; por otra, consecuencia de la nefasta propaganda socialista.

A lo primero se refiere Antonio Rodríguez López del Arco en una novela que comienza con la señá Rita, rodeada de un corro de curiosos, a los que les está contando que Manolo, el marido de la señá Jesusa, ha tenido una discusión en la taberna del Quico con un contratista que lo expulsó del trabajo y lo ha matado de tres puñaladas. Pero la culpa de todo la ha tenido el vino al que, por lo que dice una de las vecinas, son bastante aficionados todos los obreros del barrio:

*“...también mi hombre las toma hasta en el mismo taller... ¡maldito sea el vino, y el que plantó la primera cepa!  
-¡Verdá, hija! ¡el vino es la causa de casi todas las desgracias que suceden en las casas!”*<sup>1292</sup>.

<sup>1289</sup> *Ibíd.*, p. 191.

<sup>1290</sup> *Las Masas* [publicado en *El Solfeo*, 25-11-1887], recogido por Y. Lissorgues, op. Cit., p. 186.

<sup>1291</sup> *Literatura obrerista*, prólogo a la novela de Anselmo Lorenzo: *Justo Vives*, cit., p. 18.

<sup>1292</sup> *Cáncer social*, Talavera de la Reina, Imprenta de Luis Rubalcaba, 1893, VII + 269 págs. BN 1/63570, p. 12

El vino y todas las demás lacras sociales, que afectan a las capas bajas, no son sino diversos síntomas de la relajación moral de las costumbres. Por eso, según declara en el prólogo, ha escrito esta novela con una intención moralizante:

*“Los cuadros, tomados más o menos hábilmente del natural, repito, que en el transcurso de esta obra doy a luz, no son más que manifestaciones de ese cáncer social que se llama ‘miseria’ en sus distintas formas, cuales son la ignorancia, la degradación, el vicio, la crápula, el crimen, etc., en una palabra, el cuadro sintomático de la relajación moral.”*

Para extirpar estos vicios es necesaria la cooperación de todos pero especialmente de

*“la Religión con sus consuelos, con sus sanos consejos y con la inagotable caridad, manifestación la más hermosa de las doctrinas de Aquél que por la salud de todos murió en afrentoso suplicio; el escritor con su pluma y todos con cuantos medios dispongan, pues el mal ha tomado tal intensidad que no bastan los esfuerzos aislados para combatirlo y dominarlo”<sup>1293</sup>.*

A Rodríguez del Arco le preocupa, pues, la cuestión social y escribe esta novela para estudiarla y proponer unos remedios que, en el fondo, no difieren en nada de los de Pereda, pues los autores del liberalismo doctrinario se diferencian de los conservadores en que son partidarios del progreso y de la civilización urbana, pero pretenden poco menos que trasladar a ésta el modelo de la rural propugnando que las relaciones de paternalismo/fidelidad vigentes entre campesinos y señores sigan imperando entre patronos y obreros. También le preocupa la cuestión social a Pedro, protagonista de *La huelga*. La preocupación de éste tiene un carácter más bien “científico”, lo que le impulsa a viajar tanto para conocer los adelantos técnicos como la situación de la clase obrera en los países más industrializados de Europa:

*“En Bélgica, además de su grande industria minera y siderúrgica, estudió las causas de sus últimas y dolorosas huelgas; en Mulhouse se hizo cargo de los grandes progresos realizados a favor de los operarios por el ilustrado y benéfico fabricante Mr. Juan Dofuss; en Inglaterra adquirió la colección completa de los ‘Blue-books’ o libros azules que contienen las informaciones parlamentarias sobre salarios, horas de trabajo y las sociedades ‘Trade’s unions’”<sup>1294</sup>.*

Conocimiento que completa con el estudio:

*“Hacia ya dos años que Pedro, para estudiar por sí mismo la cuestión social había pedido a París una colección de las obras de los principales escritores socialistas y otra de los más notables economistas. El librero cumplió bien el encargo, enviándole además las obras completas de Federico Bastiat”<sup>1295</sup>.*

Este exhaustivo conocimiento le permite afirmar, a diferencia de lo que dicen los socialistas de cátedra –entre los que se encuentra el duque que aspira a casarse con la hija de don Dámaso (antiguo patrono de Pedro)-, que no es el liberalismo –en contra de lo que se le atribuye- el causante de las desigualdades de las modernas sociedades industriales. El duque, que se hace eco de esa opinión, defiende que el liberalismo es el culpable del pauperismo y Pedro le replica que éste es muy anterior; pero no sólo eso, sino que las medidas de protección –las llama “caridad del Estado”- adoptadas por los estados son las verdaderas responsables de que no desaparezca:

<sup>1293</sup> *Al lector*, ibíd., p. V-VI.

<sup>1294</sup> *La huelga*, cit., p. 81-82.

<sup>1295</sup> *La huelga*, cit., p. 76.

*“El pauperismo nació y se sostiene en Inglaterra principalmente por las leyes de pobres que constituyen la aplicación de un principio eminentemente socialista. La caridad del Estado y la caridad por espíritu religioso, no resuelven ni resolverán nunca en mi opinión, el problema de la miseria”, pues lo único que hacen es “alentar al mendigo de profesión, al holgazán, y en gran número de ocasiones al verdadero criminal”*<sup>1296</sup>.

Estas medidas protectoras hacen que el trabajador sea imprevisor, vicioso y disipador, pues sabe que el Estado va a estar siempre pronto a socorrerlo cuando lo necesite. De ahí que – sigue diciendo Pedro– no sea misión del Estado<sup>1297</sup> el hacerse cargo de ninguna prestación social; y así lo defiende ante una comisión de trabajadores de su fábrica que viene a hablar con él. Cuando uno de ellos le replica: *“-Y si el Gobierno no nos da instrucción gratuita, ni cuida de la sanidad, ni sostiene hospitales y hospicios para los enfermos y desvalidos, ¿para qué sirve?”*, Pedro le responde:

*“Para dar seguridad a las personas y propiedades, para hacer justicia, para sostener el orden interior y defender la patria contra enemigos exteriores; en una palabra, para garantizar el derecho, ¿os parece que la tarea es pequeña y fácil? El Estado es y será siempre mal industrial, mal director de la enseñanza, de la sanidad y de la beneficencia, que son funciones llamadas por el progreso de los tiempos a ejercerse por la acción libre de los ciudadanos individual o colectivamente, formando al efecto sociedades independientes de la intervención o tutela de los gobiernos”*<sup>1298</sup>.

Cada uno tiene, pues, que salir adelante por sí mismo sin esperar que el Estado le resuelva sus problemas. Y el único medio para ello es el trabajo: *“La regeneración está en el trabajo, y dentro de un régimen completamente libre el trabajo nunca faltará.”* Libertad que, digan lo que digan los críticos del liberalismo, favorece más a los trabajadores que a los empresarios:

*“Donde rija la libertad del trabajo, el operario es tanto más libre que el fabricante; si el capital tiene fuerza para esclavizar al operario, éste la tiene y muy grande para destruir al capital”*<sup>1299</sup>.

Por eso, cuando el Estado adopta medidas de protección social para remediar la situación de los trabajadores, no sólo rompe su neutralidad al ponerse de parte de éstos, sino que perjudica los intereses de los empresarios:

*“La contribución de pobres en Inglaterra, por ejemplo, ayuda y alienta las huelgas; el operario huelguista se sostiene con tenacidad porque sabe que cuando se agotan los fondos de su asociación tendrá pan y abrigo en los asilos de pobres de su parroquia. De forma que los fabricantes al pagar su cuota para los pobres, se ven obligados a contribuir de este modo a la manutención de los operarios huelguistas”*<sup>1300</sup>.

Estas medidas de protección son, por tanto, no sólo contraproducentes sino también innecesarias, pues el liberalismo no sólo coloca en un plano de igualdad a patronos y trabajadores sino que ofrece las mismas oportunidades para todos, de tal manera que el que no progre-

<sup>1296</sup> *Ibíd.*, p. 134-135.

<sup>1297</sup> En la conversación que mantiene con el duque ataca la política social de Bismarck tachándola de “socialismo de estado”: *“Bismarck aplica los principios socialistas usando hasta el lenguaje de los anarquistas, puesto que llama desheredados a las clases operarias; si se empieza por presentar al Parlamento una ley de seguros obligatorios sobre la vida y se anuncia que seguirán muchas medidas enderezadas a resolver el problema social ¿con qué lógica defenderá el gran canciller sus crueles persecuciones a los socialistas democratas?”* P. 133.

<sup>1298</sup> *Ibíd.*, p. 115-116.

<sup>1299</sup> *La huelga*, cit., p. 136.

<sup>1300</sup> *Ibíd.*, p. 137-138.



sa es porque no pone todo lo necesario de su parte: “No puede prosperar del mismo modo el holgazán que el trabajador, el disipador que el sobrio y económico, ni el que por no aprender se limita toda su vida a hacer una misma cosa”<sup>1301</sup>. Es decir, todo depende del individuo pues

*“lo que nunca conseguirán las leyes ni ningún sistema socialista es que los perezosos, los disipadores, los imprevisores, vivan con las comodidades y el lujo de las clases ilustradas. Por lo general el trabajador honrado, económico y laborioso, por pobre que sea, se abre camino”*<sup>1302</sup>.

Y los que no se lo abren es porque no ponen los medios necesarios para ello. Pero, en lugar de echarle la culpa a su imprevisión y falta de voluntad, se la echan al sistema y, arrastrados por los cantos de sirena del socialismo, emplean sus energías en luchar contra él:

*“En la capital de cierto distrito manufacturero aparecieron una mañana grandes carteles pegados a las principales esquinas de las calles, en que bajo la palabra ‘Alto’, se convocaba, a los operarios de todas clases a un ‘meeting’ o junta pública con objeto de discutir las diferencias entre el capital y el trabajo, entre los patrones y sus operarios y todos los demás problemas comprendidos en lo que se ha dado en llamar la cuestión social. Decía esa convocatoria que se esperaba el concurso de todos los que profesaban doctrinas favorables a la emancipación de la clase operaria, y luego con mal disimulada altanería, citaba y emplazaba, designándolos nominalmente, a varios economistas conocidos por sus opiniones contrarias a las ideas socialistas”*<sup>1303</sup>.

En esta reunión intervienen diversos oradores que, al margen de las diferencias existentes entre ellos, están llenos de odio contra el sistema capitalista, lo que despierta el entusiasmo del auditorio que

*“a todos les prodigaba ruidosos aplausos, cuando con entonación terrible y despidiendo chispas por los ojos maldecían a los infames ‘burgueses’, llamaban robo a la propiedad, proponían la destrucción de la tiranía del capital, la sustitución del envilecedor salario por la participación de beneficios, la reducción de las horas de labor, y que se consignara en las leyes el ‘derecho’ de todo operario al trabajo y a la instrucción y al crédito gratuitos”*<sup>1304</sup>.

Para conseguir sus reivindicaciones, convocan una huelga, “efecto de los trabajos de propaganda de los socialistas”<sup>1305</sup>. Pedro no se arredra y se enfrenta abiertamente a ellos; ante la objeción de uno de los líderes –“y es irritante que se hagan Vds. inmensamente ricos con nuestro sudor, mientras nosotros no podemos salir de pobres”- responde con unos argumentos que son una muestra más de su ultraliberalismo:

*“Nosotros no nos enriquecemos con vuestro sudor –replicó Pedro con voz enérgica.- Nos enriquecemos con nuestro trabajo, con nuestra inteligencia, porque a fuerza de estudiar sabemos lo que ignoráis vosotros; porque con la economía y la buena dirección de los trabajos sostenemos y aumentamos el capital de nuestra industria”*<sup>1306</sup>.

La huelga se convoca, pero las consecuencias no son muy graves porque

*“Pedro había hecho reservadamente una lista de operarios peones escogidos, cuya fisonomía despejada revelaba aptitud para aprender y de los que ganaban el mínimun de jor-*

<sup>1301</sup> *Ibíd.*, p. 25.

<sup>1302</sup> *Ibíd.*, p. 27.

<sup>1303</sup> *Ibíd.*, p. 1.

<sup>1304</sup> *La huelga*, cit., p. 4.

<sup>1305</sup> *Ibíd.*, p. 76.

<sup>1306</sup> *Ibíd.*, p. 199.

*nal, o sea dos pesetas diarias, para llamarlos a los oficios de 'puclador'. Estos peones trabajaban en los movimientos de tierras, en el arranque de minerales y en la conservación de las vías férreas de servicio; no figuraban en las listas de trabajadores en hierro y acero, y por tanto, no tenían fondos ni interés en la huelga que se preparaba*<sup>1307</sup>.

Es decir, aunque no sea ésta la intención del autor, recoge con toda nitidez cómo Pedro se aprovecha de la falta de conciencia de clase de las capas más bajas del proletariado. Precisamente por eso no se suman a la huelga convocada por el partido socialista:

*“Estaban contentos de los salarios que ganaban, y aunque habían venido emisarios de parte de José el Baratero, no habían querido escucharles. Esta actitud se comprende. Muy pocos mineros llevaban en el oficio más de un año, y recordaban aún que antes de ser mineros, ganaban dos pesetas de jornal el que más, y desde que eran mineros, trabajando a destajo, sacaban hasta seis y más pesetas diarias. [...] Además, los operarios de las minas no estaban todavía asociados, ni tenían fondos para sostenerse en caso de huelga*<sup>1308</sup>.

Cuando éstos aprenden a pudelar, los antiguos obreros van a ver a Pedro y deponen su actitud. Éste se muestra generoso pero aprovecha la ocasión para evitar futuros problemas:

*“Pedro excluyó a los jefes de la huelga y admitió a los demás. Para mucho tiempo quedaban conjuradas las huelgas. Más que por su energía se impuso a los huelguistas por la inteligencia superior que revelaba*<sup>1309</sup>.

En la terminación de la huelga influye, además, la actitud nada rencorosa mostrada tanto por Pedro como por su futuro suegro, dueño de otra fábrica y que, como gesto de buena voluntad decide pagarles tres días de salario a los pudeladores y dos a los mineros porque considera que los obreros son una pobres víctimas inocentes arrastradas a la huelga por la malsana influencia del socialismo:

*“Soy sobradamente rico para permitirme esa limosna. Sólo haciendo algún bien se encuentra consuelo cuando uno está afectado por una gran desgracia. Nosotros pasaremos mucho mejor las Pascuas sabiendo que tantos infelices, conducidos por las falsas doctrinas socialistas a una huelga insensata, tienen al menos con qué comer y encender la lumbre durante estos días clásicos*<sup>1310</sup>.

Pedro se ha puesto en su sitio y los obreros han comprendido que tenía razón. Los enfrentamientos terminan definitivamente. La solución reside en el trabajo y en la armonía social. Para lo primero –son palabras de Pedro- lo único que hay que conseguir es convencer a los trabajadores de que solamente con su esfuerzo pueden labrarse su felicidad:

*“Si los que son pobres comprendieran que con un poco de voluntad y de perseverancia se puede llegar a poseer la ciencia y la fortuna, y que los goces que se alcanzan son siempre superiores al esfuerzo que se emplea, no existirían tantos desgraciados en el mundo.”*

Para lo segundo, como han hecho él y su suegro, basta con apartar a los obreros de la influencia del socialismo:

*“Y si los que llegan a ricos –contestó Félix Palera- hicieran lo que D. Dámaso y tú, procurando con su riqueza la instrucción de las clases operarias y estudiando las cuestiones sociales, combatieran los errores del socialismo, demostrando la armonía que existe entre*

<sup>1307</sup> *Ibíd.*, p. 193-194.

<sup>1308</sup> *Ibíd.*, p. 193.

<sup>1309</sup> *Ibíd.*

<sup>1310</sup> *La huelga*, cit., p. 219.

*los intereses del capital y del trabajo, desaparecerían las huelgas, mayores serían los progresos de la industria y mejor y más segura la retribución de los operarios*<sup>1311</sup>.

Para la novela del liberalismo doctrinario la desigualdad y los consiguientes conflictos sociales no son consecuencia -no podía ser de otra manera dada la defensa del liberalismo como sistema en el que reina la igualdad de oportunidades para todos- de las injusticias del sistema. La desigualdad lo es de la diferente capacidad de cada uno y, sobre todo, de la falta de voluntad de muchos para mejorar de situación aplicándose al trabajo; los conflictos sociales son originados por la influencia de los “errores del socialismo”.

Entre las novelas de los grandes autores liberales no hay ninguna que –como *La huelga*- gire enteramente en torno a la cuestión social. Ya se ha visto en páginas anteriores, al estudiar el tema del trabajo o el del poder, cómo, aunque esta cuestión se toque tangencialmente en alguna ocasión, no se ocupan de ella. El propio Clarín lo señaló en una cita recogida páginas atrás.

Sí se ocupan otros autores liberales de menor categoría literaria, como Antonio Asensio o López Bago. Estos autores se inclinan del lado del obrero cuya situación de miseria y explotación denuncian; pero, al enfocar el tema desde una perspectiva sentimental y folletinesca, el tratamiento de éste resulta bastante limitado e incluso deformado, pues la problemática social queda como telón de fondo de una trama sentimental bastante elemental. Todas estas características pueden apreciarse en la obra –*Juan José*- de Antonio Asensio. El argumento no es fácil de resumir<sup>1312</sup>, pues la novela tiene más de dos mil setecientas páginas y son muchos los episodios secundarios. La trama central es la siguiente: Ricardo nace en una familia rica. Pero, secuestrado por unos delincuentes cuando contaba pocos meses de edad, le cambian su verdadero nombre por el de Juan José. Lo entregan a una sociedad de mendigos donde es criado por la tía Tiña, que lo obliga a mendigar y le da grandes palizas porque trae poco dinero a casa. Otro de los miembros de la sociedad quiere que se dedique a robar. Juan José se escapa. Pide trabajo en una obra, donde se gana enseguida el cariño de todos por su bondad y buena disposición para el trabajo. Se enamora de Rosa, cantante en un local de no muy buena reputación. La de ella tampoco lo es, pues ha tenido multitud de amantes. Se va a vivir con él, se aleja de su mundo, cambia por completo de costumbres y viven modestamente con el jornal de Juan José, pero felices. Rosa es una mujer de gran belleza. Paco, el patrón de Juan José, se enamora de ella y pone todos los medios a su alcance para conquistarla. Juan José, cuando se da cuenta de lo que ocurre, se le enfrenta. Paco lo echa del trabajo y comienza a cortejar a Rosa ofreciéndole todo tipo de comodidades. Ella, en un principio se resiste, pero son malos tiempos y Juan José no encuentra trabajo. Para poder comer tienen que ir empeñando todo lo que hay en la casa. La convivencia de la pareja se va agriando. Desesperado, porque ya no le queda nada que empeñar, roba para poder subsistir. Pero lo cogen y le cae una condena de ocho años. Rosa, harta de privaciones, lo abandona y se va a vivir con Paco. Después de múltiples vicisitu-

---

<sup>1311</sup> *Ibíd.*, p. 252.

<sup>1312</sup> Me limito a recoger las líneas generales del mismo ya que me parece indispensable para interpretar correctamente los pasajes –pues el contexto en el que se inscriben condiciona su significado- que cito a continuación.

des, Juan José, que pasa mucho tiempo rumiando su venganza, consigue escapar de la cárcel, mata a Rosa y a Paco, y termina loco en un manicomio.

Las relaciones y conflictos sentimentales ocupan la mayor parte de la trama; pero tras ellos aparecen recogidos algunos aspectos del mundo laboral, como la dureza del trabajo que desempeña Juan José y lo escaso del salario:

*“Cierta que el trabajo era duro y penoso, y muchas las fatigas que le costaba ganar el mísero jornal; cierto que sobre dos tablones mal unidos se pasaba la vida, siempre expuesto a perderla por el descuido más insignificante; cierto que tenía que resistir el sol del verano que le abrasaba la piel, y el frío del invierno que le entumecía los miembros.”*

Sin embargo, a continuación de estas palabras, que tienen un indudable aire de denuncia, el narrador hace un comentario que desvía la atención de lo social hacia el fatalismo existencial: *“pero, ¿acaso no tiene todo el mundo su martirio? ¿Por ventura el trabajo no es trabajo?”*<sup>1313</sup>. Aparece también, aunque de un modo peculiar, la conciencia de clase. Así, cuando Paco echa a Juan José del trabajo, un sentimiento de indignación y de rechazo surge en el resto de los trabajadores de la obra: *“Se discutía el proceder del maestro, y aun los más prudentes y sensatos le censuraban agriamente.”* Consideran que lo que ha hecho el patrono es una tremenda injusticia:

*“Esto es ya mucho aguantar –decían algunos. El maestro le ha querido quitar la mujer a Juan José, y porque Juan José no se ha conformado con ello, le quita ahora el pan y le deja en la calle”*<sup>1314</sup>.

Deciden celebrar una reunión esa noche para discutir el asunto. En ésta aprueban pedirle al patrón que readmita a Juan José o, de lo contrario, se declararán en huelga. Paco no cede. Todos abandonan el trabajo, pero al patrón no le supone ningún problema encontrar enseguida nuevos trabajadores que sustituyan a los antiguos, con lo que el gesto de los compañeros de Juan José no tiene ningún efecto práctico más allá de demostrar su sentido de la solidaridad.

La cuestión social aparece, por tanto, en esta novela, aunque el enfrentamiento entre burguesía y proletariado queda reducido a la lucha entre Paco y Juan José por una mujer, lo que hace que ambos cometan locuras. Pero, sobre todo, el obrero:

*“Juan José cayó. ¿Y por qué cayó? Por una mujer. Indudablemente, nuestros lectores se habrán acordado, como nos hemos acordado nosotros, de aquel popular, antiquísimo cantar que encierra todo un curso de filosofía pesimista, que no desmerece de los estudios de Schopenhauer y que dice así:*

*‘Una mujer fue la causa  
de la perdición primera...  
¡No hay perdición en el mundo  
que por mujeres no venga!’*<sup>1315</sup>.

Las causas sociales del enfrentamiento resultan así diluidas, desplazadas del primer plano por las puramente personales que se mezclan, además, con argumentos de tipo existencial. Desviar la atención del ámbito social al existencial es una de las características de la ideología burguesa, como ya se ha visto en otros apartados de esta tesis, pues lo existencial, al formar

<sup>1313</sup> *Juan José I*, cit., p. 315.

<sup>1314</sup> *Juan José I*, cit., p. 806.

<sup>1315</sup> *Ibid.*, tomo II, Madrid, [s.a.], Mariano Núñez Samper, 1349 págs. BN: 2/41481.

parte de la naturaleza inmutable del ser humano, se convierte en garantía del orden social establecido.

También se recoge la cuestión social, con características muy similares, en una extensísima novela –**Los asesinos**– de López Bago en la que se mezclan, asimismo, los ingredientes sentimentales con los sociales. En las primeras páginas se denuncian las duras condiciones de trabajo, en este caso de los cajistas de imprenta que es la profesión de José, uno de los personajes principales de la novela:

*“La blusa azul que llevaba puesta indicaba su profesión. Ejercía una de las más inteligentes, y acaso por ese motivo una de las más desgraciadas. Era cajista de imprenta. Todos los que en el siglo actual luchan por el triunfo de la cultura intelectual, literatos, filósofos, hombres de ciencia, saben lo que ésta debe a la tipografía. Pero no todos saben lo que puede valer, lo que valen, esos hombres que en los locales húmedos, que reciben a veces dudosa claridad, aspirando durante largas horas, confundidos con las moléculas del aire, los mortíferos residuos de la fundición, pasan su vida consagrados a un horrible trabajo, que tiene más de intelectual y artístico que de manual y corriente, inmóviles ante las cajas, sin poder, no obstante, dar reposo al cuerpo de pie y respirando en una atmósfera enrarecida por el humo del tabaco y las emanaciones del café”<sup>1316</sup>.*

Su novia, María, también trabajadora, pasa por las mismas miserias:

*“La novia de José, puesto que lo fue desde ese momento, llamábase María, pertenecía también a la clase obrera, era hija del pueblo, y, como José, habíase amamantado en los pechos, escasos de jugo vital, de la miseria”<sup>1317</sup>.*

Los dos están muy enamorados y piensan en casarse. Pero el regente de la imprenta donde trabaja José, está también enamorado de María. Un día, en que todos los obreros hacen una excursión al campo, se pone de acuerdo con algunos de ellos y le prepara una encerrona. Insulta a María; José le da un puñetazo. Saca una navaja. Le ponen otra a José en la mano que mata a su rival. Huye y se refugia en un prostíbulo que es la sede de una banda de asesinos. El *Lince*, a quien le cuenta lo que ha sucedido, le ofrece su protección a cambio de que entre en la banda. José no tiene más remedio que aceptar. Pero José tiene un excelente corazón y no se encuentra a gusto en la sociedad para la que no tiene más remedio que trabajar forzado por las circunstancias. Sigue viendo a escondidas a su antigua novia. Se pone en contacto – gracias entre otras cosas a la intervención de Mr. Blunder, un filántropo norteamericano– con las autoridades quienes, a cambio de colaborar en la desarticulación de la banda, le ofrecen el indulto. Tras múltiples vicisitudes –la novela tiene más de dos mil páginas– todo termina esta vez felizmente.

Al igual que en *Juan José*, López Bago mezcla el tema social con el sentimental: en ambos casos el patrón quiere quitarle la mujer al obrero. Y también en ambos casos el comportamiento pasional, y por tanto irracional, de los que se sienten agredidos responde a un impulso incontrolable y fatalista. Por eso, la denuncia social queda bastante diluida –además de por el predominio del plano individual sobre el colectivo– por la concepción existencialista que subyace tras el referido fatalismo<sup>1318</sup>. Éste sitúa las estructuras sociales al margen de la

<sup>1316</sup> *Los asesinos*, tomo I, cit., p. 20-21.

<sup>1317</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>1318</sup> No es José el único al que circunstancias imprevistas e impulsos incontrolables llevan a tener que formar parte de la banda de asesinos. Lo mismo le sucedió al Lince quien le cuenta a José que él ganaba cuatro pesetas como oficial de carpintería. Tenía una novia que, trabajando como costurera, ganaba dos. Pero se cerró la carpintería, su novia cayó enferma y ambos se vieron en la miseria. Como no encuentra trabajo, desesperado,

influencia de la actuación humana con lo que resultan ratificadas. Por eso, ninguno de esos autores, por mucho que critique el orden social existente, se plantea su sustitución por otro diferente, como hace la novela proletaria.

Éste es el caso de *Justo Vives*, donde relaciones sentimentales y cuestión social aparecen también unidas, pero con un enfoque totalmente diferente, pues en ésta la confrontación individual tiene una clara significación colectiva –los personajes que se enfrentan lo hacen como representantes de sus respectivas clases sociales- y se reivindica el cambio de modelo social.

La novela lleva un prólogo –*Literatura obrerista*- de J.Llunas en el que habla de que, tanto el autor como él, se dirigieron unos años antes a los intelectuales burgueses para que tomasen conciencia de la necesidad de hacerse eco de la cuestión social:

*“Cuando en 1887 fuimos el autor de **Justo Vives** y el que estas líneas escribe a la cátedra del Ateneo barcelonés para tomar parte, como delegados de los anarquistas de esta ciudad, en el análisis del tema sobre el socialismo puesto a discusión en aquella sociedad, que encierra lo más selecto de la burguesía barcelonesa, hubimos de dirigir un apóstrofe a los obreros de la inteligencia, a los literatos, a los periodistas, a los profesores, a los autores dramáticos, a los novelistas, a los críticos, a los inventores, y en general a cuantos del arte o de la inteligencia viven y ven sus productos explotados por editores o empresarios de sus obras, para que, comprendiendo sus verdaderos intereses a la par que los de toda la humanidad, aceptasen nuestras ideas de reivindicación y de justicia y nos ayudasen a depurarlas, en la inteligencia de que, si ellos no se venían a nosotros, por ley de necesidad y del mejor modo que pudiéramos y supiésemos, nosotros nos iríamos a ellos, invadiendo sus tareas con el acicate de una firme voluntad y el deseo de preparar las conciencias, revolucionándolas con nuestras aspiraciones, para acelerar el triunfo de la revolución social que se vislumbra ya en el horizonte de la emancipación de los pueblos.”*

A continuación se felicita de haber tomado aquella iniciativa, pues han comenzado a aparecer bastante publicaciones que responden a los deseos expresados por ellos en aquella reunión:

*“Que aquella afirmación estuvo muy en su lugar, lo prueba, además de otros muchos casos que ya iremos citando, el episodio escrito por el compañero Lorenzo con el nombre de **Justo Vives**, pues que en este trabajo, más que el deseo de exponer en forma novelesca una faz de la lucha por la existencia que sostiene la clase trabajadora, obedece en su estructura y argumento a la necesidad sentida de que las ideas de emancipación obrera traspasen los límites del periódico de combate, del folleto y aun del libro en forma didáctica presentado, para invadir el terreno de la novela, del teatro, del esparcimiento en todas sus variadas manifestaciones, a fin de difundir en ellas las ideas de libertad, igualdad y fraternidad humanas que deben señalar el avance de los pueblos hacia su perfeccionamiento moral, material e intelectual, verdadera síntesis del progreso y de la civilización”*<sup>1319</sup>.

Es decir, que, si Galdós reivindicaba más de veinte años antes una novela burguesa, porque consideraba que esta clase era el motor de la sociedad y, en consecuencia, sus problemas y visión del mundo debían imponerse sobre el resto de concepciones existentes pues era el úni-

---

sale una noche a mendigar. Le pide a un Vizconde que lo socorra, pero éste lo insulta llamándolo “golfo”. El Lince se encoleriza y, antes de que pudiera darse cuenta de nada, lo había estrangulado: “No fui yo el que hizo aquello –continuó el Lince, cada vez más sobrecitado, no fui yo, fue el hambre, fueron los insultos de aquel aristócrata, fue la sangre que se me puso en los ojos, y no me dejó ver lo que hacía hasta después de que estuvo hecho. El caso es que mi situación pudo más que el terror y los remordimientos.” P. 90-91.

<sup>1319</sup> *Justo Vives*, cit., p. 7-8.

co medio de llevar a cabo la revolución burguesa que sustituyese al modelo –para él ya agotado- del Antiguo Régimen, Lluas reivindica ahora una novela proletaria por los mismos motivos: porque piensa que es el proletariado el que debe asumir el protagonismo histórico para reemplazar el modelo burgués, que considera injusto, por otro –en este caso el anarquismo-, que consiga la verdadera igualdad. El propugnar que la literatura en todas sus manifestaciones debe hacerse eco de la cuestión social es indicativo no sólo de que este problema merece una atención prioritaria, sino también de que se piensa que la literatura es un instrumento eficaz de elaboración y transmisión ideológica.

La novela comienza con la narración de la efervescencia existente entre los obreros de la “Sociedad de Carpinteros” porque se acerca el 1 de mayo, día adoptado ya por los trabajadores –desde los sucesos de Chicago de 1889- como fecha reivindicativa, pero que no se había institucionalizado todavía como fiesta del trabajo, pues los regímenes burgueses habían reaccionado tomando una actitud beligerante hacia la misma:

*“Se acercaba el 1º de mayo y en los círculos obreros, en las fábricas, en los talleres, se comentaban las noticias del movimiento social, se discutían doctrinas económico-sociales, se disputaba sobre las personalidades influyentes en los trabajadores, se trazaban infinitos planes revolucionarios y se abominaba de la burguesía.”*

Estas reuniones, que se celebran en cualquier sitio capaz de albergar un número importante de obreros, se llevan a cabo con una intención reivindicativa:

*“Teatros, salones de recreo, casinos, donde quiera que había capacidad para contener una sociedad obrera o los trabajadores de un oficio, allí se celebraba una reunión, y en todas ellas se hablaba de la jornada de ocho horas de trabajo, de los privilegios de la burguesía, de la emancipación del proletariado, de la revolución social, del Estado obrero, de la Anarquía, de la huelga general y de todas aquellas ideas que, simbolizadas en una palabra o una frase, han llegado a tomar especie de forma material en la imaginación de los desheredados de la época presente, del mismo modo que los de épocas pasadas creían ver y palpar fantasmas, brujas, aparecidos, ángeles y demonios”<sup>1320</sup>.*

Discuten cuál es el medio mejor para conseguir sus reivindicaciones y deciden ir a la huelga el 1 de mayo. Se dirigen a pedirles la jornada de ocho horas a los patronos, concretamente al de Justo, que los recibe insolentemente y los echa con cajas destempladas.

Toda esta acción reivindicativa es percibida por los poderes establecidos como una amenaza y se defienden utilizando los medios a su alcance. Uno de ellos lo constituyen los periódicos:

*“la prensa política distinguíase en esa falta de imparcialidad, observándose generalmente en ella una conducta que consistía en ridiculizar los actos obreros y en dar consejos a los trabajadores; pero si lo primero podía alegrar las tertulias burguesas, lo segundo era absolutamente despreciado por aquéllos a quienes con dudosa intención se quería beneficiar”<sup>1321</sup>.*

Y el otro es la violencia, pues la manifestación es disuelta por la fuerza pública:

*“El que manda no puede tolerar la concordia y la unanimidad en los mandados. No hay mayor peligro para lo que se llama más o menos impropriadamente orden social, instituciones seculares y tradiciones venerandas que esas aglomeraciones de hombres unidos en*

<sup>1320</sup> *Justo Vives*, cit., p. 22-23.

<sup>1321</sup> *Ibíd.*, p. 24.

*una idea, aunque sólo sea por el lazo de fugaz entusiasmo, porque esa unión forma una voluntad colectiva*”<sup>1322</sup>.

Es decir, todos ellos tienen una clara conciencia de clase. De ahí que, si deciden hacer huelga no es porque agitadores profesionales –como sostenía Félix de Bona en *La huelga*– les inciten a ello, sino porque son conscientes de que forman una clase social cuyos intereses son antagónicos de los de la que está en el poder y consideran que la huelga es un medio eficaz para ello. Por eso, los obreros que retrata Lorenzo –a diferencia de los de Bona– no son tampoco dados a ningún tipo de vicio; llevan una vida austera como se pone de manifiesto en el comportamiento de los que, detenidos en la manifestación, son conducidos a la cárcel. Durante los diez meses de estancia en la misma rechazan el juego y emplean el tiempo en formarse:

*“Cuando salieron todos de la incomunicación, se reunieron por primera vez y se vieron protegidos por la gran colectividad obrera que sin diferencia de ideas ni de agrupaciones se condensaba en la Comisión de socorros, los amigos y conocidos se abrazaron, y los que no se conocían intimaron estrecha y recíprocamente con todos, imponiéndose por unanimidad espontánea la privación del juego, no sólo de interés, sino de mero pasatiempo; sólo la escritura y la lectura podía servir de ocupación intelectual permitida a los individuos, y aun esta última había de hacerse en común para que con el trabajo de uno, que podía alternarse por turno, pudieran ejercitar su entendimiento todos. La principal ocupación había de ser la conversación y la controversia, y para que ésta aprovechara a todas las inteligencias se designaría cada día un compañero de orden que dirigiera las discusiones y se establecerían turnos en pro y en contra*”<sup>1323</sup>.

Dan clases sobre las más diversas materias, pues todos ellos sienten un gran deseo de aprender:

*“Los compañeros, que por sus aficiones particulares o con motivo de su oficio habían adquirido algún conocimiento especial, solicitaron turno para establecer una serie de conferencias, donde, con ingenua sencillez, sin afectación de ninguna clase y con la mayor o menor facilidad de palabra que cada cual poseía, se trataron diversos temas: un joven impresor expuso un curso completo de gramática, un pintor dio nociones generales de dibujo y colorido, un tintorero...”*<sup>1324</sup>.

Elaboran ellos mismos, partiendo de las discusiones de lo que los periódicos publicaban sobre la cuestión social, un estudio sobre ella:

*“Permanentemente se leía la prensa obrera y la burguesa, y de ésta especialmente se hacía crítica de los artículos que por aquellos días dedicaban a la cuestión social los más reputados publicistas y hombres públicos. La discusión sobre este asunto ocupó varias semanas, y su resultado se condensó en una serie de artículos con el título de ‘El 1º de Mayo y la Burguesía’, que vio la luz en **El Trabajador**, semanario exclusivamente redactado por inteligentes obreros. En estos trabajos se pusieron de manifiesto los errores de nuestros economistas, sus preocupaciones, la ineficacia de sus recursos para producir armonía entre los opuestos intereses de las clases mientras las clases subsistan, y, a través de las galas literarias con que nuestros escritores burgueses suelen disfrazar su pobreza intelectual y el estado de decadencia de los explotadores y privilegiados, quedó triunfante la aspiración emancipadora del proletariado*”<sup>1325</sup>.

<sup>1322</sup> *Justo Vives*, cit., p. 53.

<sup>1323</sup> *Ibíd.*, p. 82.

<sup>1324</sup> *Ibíd.*, p. 84.

<sup>1325</sup> *Justo Vives*, cit., p. 84.



Dan muestras, además, de un gran espíritu de solidaridad, pues lo comparten todo, incluso con los presos comunes:

*“La comisión de socorros había montado el mantenimiento de los presos con abundancia, aseo y economía, y éstos hacían vida común y juntaban a la propiedad de todos los regalos particulares que cada uno recibía. El excedente de la comida, el vino y el tabaco lo partían con los infelices del patio grande, que, agradecidos a tantas y tan poco usadas bondades, prorrumpían en ruidosas manifestaciones de alegría cada vez que se les distribuía aquellos obsequios”<sup>1326</sup>.*

Ésta es la trama principal de la novela: la constituida por la narración de la huelga del 1º de mayo, la detención de los obreros y las actividades que organizan en la cárcel; todo ello altamente indicativo del grado de conciencia de clase alcanzado por el proletariado que le lleva a enfrentarse al liberalismo burgués. Pero la confrontación entre ambos no se da sólo en el plano social, sino también en el sentimental. Pepita, seducida por el patrono de Justo, es abandonada<sup>1327</sup>. El obrero se casa con ella; pero este matrimonio no es inscrito ni en el registro civil ni en el eclesiástico, sino en uno nuevo que ellos inauguran: el de la Sociedad de Carpinteros, lo que subraya claramente el deseo de ruptura con la sociedad burguesa en todas sus facetas, aspecto señalado por Lluñas:

*“Y concluye la obra con el capítulo undécimo, en el cual el desenlace, resultaría propio de comedia, o sea de un enlace, si no viniese éste amenizado con la variante importantísima de inaugurarse el Registro Natural de la Sociedad de Carpinteros, donde van a contraer matrimonio libre el anarquista Justo Vives, cuyo nombre y apellido simboliza su modo de vivir dentro de la actual sociedad, con la ex-burguesa Pepita, seducida por uno de su clase y ‘elevada’ a la dignidad de proletaria, tanto por sus propias virtudes como por el amor del que va a ser su esposo”<sup>1328</sup>.*

Es decir, que en este caso, a diferencia de lo que se ha visto en las novelas de López Bago o de Antonio Asensio, el componente sentimental no actúa como difuminador del social, sino como potenciador. Ambos resultan fundidos al servicio del tema central, que es la utilización de la cuestión social como arma de combate contra el sistema liberal burgués cuyo rechazo se observa, además de en la negativa a hacer uso de sus instituciones, en la frialdad con que reaccionan ante la festividad del 2 de mayo, que se celebra al día siguiente de la que, para el mundo obrero, es su verdadera fiesta:

*“Lo que en años anteriores era motivo de alegría, mirábase a la sazón con la mayor indiferencia. Nuevas ideas y otro género de necesidades vinieron a poner de manifiesto que los grandes sacrificios que nuestros antepasados realizaron por la independencia, aunque coronados por un éxito glorioso, no pasaron de obtener un resultado relativo; porque en la patria del Trabajo, no limitada ya por las fronteras de los actuales Estados, sino que se extiende en comunión universal por todo el mundo civilizado, existe triunfante y dominante una dependencia que es preciso combatir y vencer a toda costa.”*

De ahí que el sentimiento antifrancés subyacente en el 2 de mayo, haya sido reemplazado por otro de admiración:

<sup>1326</sup> *Ibíd.*, p. 81.

<sup>1327</sup> Ya comenté este episodio con más detenimiento tanto en el capítulo dedicado al mundo del trabajo como en el del análisis de las relaciones sentimentales .

<sup>1328</sup> *Ibíd.*, p. 17.

“Si la autoridad municipal de Móstoles declaró la patria en peligro, la ‘Commune’ proclamó este programa revolucionario: ‘La tierra al agricultor, el instrumento de trabajo al obrero y el trabajo para todos’”<sup>1329</sup>.

Consecuencia fundamental, pues, de la cuestión social es la politización del proletariado hasta el punto de que pretende cambiar el modelo socioeconómico instaurado por la burguesía. Para ello tiene que participar activamente en la vida política con el objetivo de construir un nuevo modelo de sociedad: el socialismo, como se verá en el tercer apartado de este epígrafe.

### 3.2.7.2. PARTICIPACIÓN DEL PUEBLO EN LA POLÍTICA.

Estas pretensiones del proletariado explican que tanto la novela conservadora como la liberal se muestren contraria y reticente, respectivamente, a la participación del pueblo en la política. Ya en el período anterior la novela conservadora criticaba la politización del pueblo porque lo convertía en instrumento de la burguesía contra el Antiguo Régimen, y la liberal manifestaba un sentimiento de ambigüedad, pues lo necesitaba para derribar el Antiguo Régimen pero, al mismo tiempo, era consciente de que el posible descontrol del mismo era un desprestigio y una amenaza por la derecha para la revolución liberal. Ahora, la ambigüedad ha dado paso al temor pues, tras la adquisición de su conciencia de clase, el pueblo ha dejado de ser un obstáculo que podía –por la derecha- jugar a favor de la reacción, para convertirse en un peligro que amenaza –por la izquierda- con destruir la incipiente sociedad burguesa. De ahí que, tras el 68, tengan más razones para desear verlos alejados de la política pues, si en el segundo período del siglo éstas se reducían a que, por su radicalismo, podían obstaculizar el triunfo de la revolución burguesa, ahora son un peligro para ese orden social a duras penas constituido. Es decir, en el segundo período del siglo, la incapacidad de la burguesía para controlar en un determinado momento la acción política del pueblo, suponía el retraso de la llegada del liberalismo, mientras que ahora supone su desaparición a favor del socialismo<sup>1330</sup>.

<sup>1329</sup> Justo Vives, cit., p. 58.

<sup>1330</sup> Galdós en *La Fontana* y en *El audaz* previene contra este peligro: “Escritas desde la perspectiva ideológica de una burguesía liberal todavía en marcha ascendente, se centran sobre los dos más serios obstáculos que se oponen a esta marcha: el radicalismo y la reacción. [...] Son novelas de exorcismo contra estos dos peligros, muy especialmente contra el primero, que es el que en aquellos tiempos de agitación amenaza más seriamente con hacer zozobrar la revolución burguesa. Por las mismas fechas, también ve y denuncia Galdós como peligro al proletariado militante, que acaba de hacer su aparición histórica y se dispone a saltar por encima de la burguesía para llevar a cabo su propia revolución. En un escrito sobre el debate parlamentario en torno a la Internacional, celebra que “al fin los hombres públicos vuelven los ojos a una misma cuestión que, despreciada imprudentemente, podría traer conflictos graves y embarazar la reconstrucción política y administrativa del país, iniciada con felicidad. Centradas sobre la clase media, en estas dos novelas como en las primeras series de los Episodios nacionales, el pueblo y las masas populares sólo aparecen en turbamulta, protagonizando escenas de desórdenes y amotinamientos.”

Victor Fuentes: *El desarrollo de la problemática político-social en la novelística de Galdós*, en: *Papeles de Son Armadans*, nº 192, 1972, p. 230-231.

Estoy básicamente de acuerdo con esta opinión, pero creo que, si presenta una imagen negativa del pueblo como protagonista de motines y algaradas, no es sólo porque el radicalismo favorezca a la reacción, sino también porque –aunque esto no lo dice nunca Galdós explícitamente- tras la fundación de la Internacional, las visitas de Fanelli y Lafargue, esas algaradas, por la existencia ya de un movimiento obrero organizado, suponen asimismo un peligro de “reconducción” de la revolución burguesa por parte del proletariado. Para mí este hecho es el que determina la diferente actitud ante la revolución de los autores del período anterior y de Galdós: antes la veían como algo no deseable pero estaban dispuestos a asumir sus riesgos para conseguir el triunfo del liberalismo; ahora, como un peligro para éste.

Luego, la adquisición de la conciencia de clase por el proletariado, analizada en el epígrafe anterior, condiciona la actitud de la burguesía tanto ante su participación en la política como ante el socialismo.

Para la novela conservadora cualquier alteración en el *statu quo* es rechazable. Cuando el pueblo interviene en algún acto de este tipo es, en el mejor de los casos, porque ha sido manipulado (lo cual no le libra de sufrir), y, en el peor, porque es un iluso o un ambicioso, por lo que sus expectativas resultan frustradas o sus culpas expiadas.

A lo largo del siglo XIX tienen lugar diferentes revoluciones burguesas, que aparecen recogidas, con más o menos extensión, en las páginas de algunas novelas. Tanto Pereda como Pardo Bazán se hacen eco de ellas.

Pereda dedica a este tema *Pedro Sánchez*. La novela trata de la revolución del 54, pero la publica en 1883. Por eso, es lógico suponer que, indirectamente, no puede dejar de referirse a todo lo que ha sucedido tras el 68. Pedro Sánchez, el protagonista cuyo nombre da título a la obra, es un hidalgo rural de escasos recursos económicos, que va a Madrid, animado por don Augusto Valenzuela, importante hombre público que veranea en su aldea y que le ha ofrecido un empleo. Pero, una vez en la capital, le da largas, por lo que Pedro tiene que ganarse la vida como puede. Consigue algunas colaboraciones en periódicos. En uno de ellos publica un cuento político titulado *Cuento oriental*

*“que concluía empalando el pueblo al visir, hombre infame y tirano que tenía secuestrado al Califa a quien hacía, con viles amaños, encubridor de sus torpes y descomedidas ambiciones. Morían también los eunucos del serrallo y no sé cuántos servidores del alcázar, por desleales a su señor y cómplices del gran Visir en todos sus crímenes abominables”*<sup>1331</sup>.

La policía lo busca y Pedro se esconde. Poco después tiene lugar el pronunciamiento de Vicálvaro y Pedro, que había escrito su cuento inconscientemente, cae en la cuenta de la relación entre ambos hechos y se siente asustado y culpable:

*“¡Dios mío! ¡Cómo se me desvaneció de repente todo el humo de la cabeza! ¡Yo político; yo revolucionario; yo autor de un escrito sedicioso, tejido tal vez de calumnias alevosas; yo perseguido por la policía; yo escondido como un criminal; yo expuesto a no poder andar sobre el suelo de mi patria a la luz del sol, como los hombres honrados! Y ¿por qué todas estas cosas? Por un falso y repentino entusiasmo, como el que anima al comediante cuando representa un papel que le han escrito, debajo de unos hábitos que no son suyos y delante de unas gentes a quienes no conoce”*<sup>1332</sup>.

Pedro, que es el *alter ego* del narrador, no se reconoce; no considera como propios sus últimos actos. Él, que ya había expresado sus temores sobre la conducta del pueblo, observa con recelo cómo sus más negros presentimientos empiezan a confirmarse cuando, tras el triunfo de la revolución sale de casa y ve lo que está sucediendo en la Puerta del Sol:

*“Notábase un oscilar de cabezas y un ruido sordo, como de resaca, de ‘mar de fondo’. Alguna voz más alta que otra, o un grito aislado, casi siempre de mujer: graznido de gaviota augurando tempestades sobre una mar preñada de misterios.”*

<sup>1331</sup> *Pedro Sánchez*, cit., p. 271.

<sup>1332</sup> *Ibid.*, p. 285.

Y es que, la acción de las muchedumbres, como manifestación que es de un sentimiento irracional, se parece a las tormentas, que se forman inadvertidamente, pero sus efectos son devastadores:

*“Los huracanes populares se forman casi siempre de la manera más extraña: gentes inofensivas que caminan por la calle más deprisa que lo acostumbrado; rostros pálidos y miradas en las cuales se pinta el temor y la curiosidad, el afán de lo desconocido; noticias extraordinarias, absurdas tal vez, que parecen circular por sí solas en las ondas del aire, de barrio en barrio, de grupo en grupo, de oído en oído; diez curiosos detenidos delante de un edificio, porque en él hay algo de lo que estorba al común anhelo; otros diez que se detienen después por la misma causa, y luego otros tantos, y en seguida ciento, y mil, hasta que ya no se cabe; y empiezan con el roce y el tufillo de las muchedumbres, el escozor de la curiosidad no satisfecha y la inquietud nerviosa en cada burbujita, que luego engendra el lento bamboleo de toda la masa; y el bamboleo, la hinchazón de las olas; y las olas el choque, y el estruendo, y la espuma, y al fin, el desastre”<sup>1333</sup>.*

Nada tiene de extraño que Pedro presienta aires de desastre si se tiene en cuenta la facha de los allí reunidos:

*“Observé que abundaban las mujeres de rompe y rasga, y que no escaseaban los hombres de mala catadura; castas que parecen nacidas para esas cosas, porque nunca se las ve más que en los motines: légamo que sale a la superficie cuando las corrientes embravecidas revuelven el fondo de los cauces. De estos hombres, algunos iban armados; pero casi todos estaban muy mal vestidos”<sup>1334</sup>.*

Se dedican al saqueo, encienden una hoguera en medio de la calle y arrojan al fuego, los más valiosos objetos de arte:

*“Un mueble de preciadas maderas, una alfombra, libros lujosísimos, candelabros, estuches y los más primorosos caprichos de arte. Un grito bestial anunciaba la llegada de cada objeto, y otro más nutrido y feroz llenaba la calle en cuanto caía en medio de las llamas. Así se alimentaban aquéllas que a mí me espantaron. Las ricas tapicerías, los artísticos tallados, las finísimas y exóticas pieles; el grabado de Alberto Durero y de Morghen, las aguafuertes de Rembrandt; [...] ¡Y todo este inicuo saqueo, todo este brutal destrozo, se hacía al grito de ¡mueran los ladrones! y en la casa de un hombre desligado muchos años hacía de todo linaje de políticas, pródigo de su dinero ganado en colosales empresas, cuya prosperidad refluía en la del Estado y en bien del pueblo trabajador!”*

La opinión que estos hechos le merecen al narrador queda sentenciosa y resumidamente recogida en una sola frase: *“Sólo una bestia con horror ingénito a lo limpio y a lo hermoso, podía deleitarse en consumir tantas profanaciones a un tiempo”<sup>1335</sup>*. Pero el populacho llega todavía más lejos. En cada barrio se construyen barricadas que

*“llenas de gentes de todas procedencias y de toda clase de aspiraciones, hacían lo que les daba la gana. En los barrios del Sur, donde imperaban los ‘Miguelones’ y los ‘Puchetas’, se fusilaba al ‘sursumcorda’ sin formación de proceso”<sup>1336</sup>.*

Pedro no sólo se horroriza y avergüenza de todo esto, sino que también se siente culpable por la parte de responsabilidad que le incumbe y se arrepiente de haber tomado parte en esos acontecimientos. Precisamente el arrepentimiento es el que le lleva, cuando al cabo de los años regresa desengañado a su aldea, a escribir todo lo anterior como expiación por sus

<sup>1333</sup> *Ibíd.*, p. 291.

<sup>1334</sup> **Pedro Sánchez**, cit., p. 292.

<sup>1335</sup> *Ibíd.*, p. 309-310.

<sup>1336</sup> *Ibíd.*, p. 327.

errores y guiado por un propósito moralizante, según declara al final de la novela: “Yo lo daré por bien empleado, con tal de que el ejemplo de mis desengaños llegue a servir a alguno de escarmiento”<sup>1337</sup>.

Pereda, que casi del único pueblo que se ocupa es del rural con una actitud paternalista –aunque no exenta de distanciamiento–, cuando detiene su mirada en el urbano, se fija solamente en el bajo pueblo, en la chusma; y de ésta es muy difícil poder presentar una cara que no sea negativa. La presencia del pueblo en las filas de la revolución burguesa se convierte así en un argumento más para combatir el liberalismo en nombre de la sociedad tradicional cuya defensa, como ya se ha visto en repetidas ocasiones, es una constante de la obra de Pereda<sup>1338</sup>.

Tampoco Pardo Bazán siente excesivas simpatías por la revolución burguesa, muestra de lo cual son sus ironías sobre la del 68:

*“Ocurrió poco después en España un suceso que entretuvo a la nación siete años cabales, y aún la está entreteniéndolo de rechazo y en sus consecuencias, a saber: que en vez de pronunciamientos chicos acostumbrados, se realizó otro muy grande, llamado Revolución de septiembre de 1868.*

*Quedose España al pronto sin saber lo que pasaba y como quien ve visiones. No era para menos. ¡Un pronunciamiento de veras, que derrocaba la dinastía! Por fin, el país había hecho una hombrada, o se la daban hecha: mejor que mejor para un pueblo meridional. [...] Y entonces cada quisque se dio a alborotar por su lado”<sup>1339</sup>.*

Sobre este último aspecto vuelve en otro pasaje de la novela donde da detalles de quiénes eran los que alborotaban metiéndolos a todos en el mismo saco:

*“Contaba la gloriosa menos de un año, y ya nadie sabía a qué santo encomendarse, ni adónde íbamos a parar, ni dónde dar de cabeza. Abundaban las manifestaciones pacíficas, acabando siempre como el rosario de la aurora. En la frontera, agitación carlista, [...] mientras en Madrid se fabricaban activamente y sin gran reserva, fornituras, arneses y mantillas, que en los ángulos lucían una corona y las iniciales C.VII, y en Vitoria recorrían las calles grupos de jóvenes con boina blanca y garrote en mano, vitoreando a las mismas iniciales. A bien que en Puerto Rico la guarnición aclamaba otras cosas, y en Écija mil republicanos protestaban contra “la presencia en España del intruso Antonio de Borbón”, y en las cercanías de Barcelona los payeses armados de azadas y bieldos perseguían a un alcalde”<sup>1340</sup>.*

Y de esta misma agitación participan las obreras de la fábrica de tabacos, a las que les han calentado la cabeza hablándoles de sus derechos, que ellas entienden a su manera:

*“Ínterin no agarre el pueblo soberano una escoba de silbarda, como ésa que tenemos ahí... -y señaló a la que manejaba la barrendera del taller-, y barra sin misericordia las altas esferas..., ya me entendéis! El mismo día en que se proclamó la libertad y se les dio el puntapié a los Borbones, había yo de publicar un decreto..., ¿sabéis cómo? –la oradora abrió la mano izquierda, haciendo ademán de escribir en ella con una tagarnina-:*

<sup>1337</sup> *Ibíd.*, p. 432.

<sup>1338</sup> La descalificación de todo lo que tenga que ver con el liberalismo es constante en la novela. Son muchos los aspectos que se pueden citar. Así describe, por ejemplo, las discusiones políticas en un club liberal: “*Aquello era una jaula de mentecatos, una puja indecente de merecimientos que, o eran ridículos, o afrentaban la causa en cuyo nombre se exponían; y todo iba a cuento, a vueltas de tanto cacareo de abnegación y de sacrificios, de reclamar un mendrugo de los que habían de repartirse tan pronto como llegara de Zaragoza el presidente del nuevo festín.*” P. 328.

<sup>1339</sup> *La Tribuna*, cit., p. 104.

<sup>1340</sup> *La Tribuna*, cit., p. 126.

*'Decreto yo, el pueblo soberano, en uso de mis derechos individuales, que todos los generales, gobernadores, ministros y gente gorda salgan del sitio que ocupan y se lo dejen a otros que nombraré yo del modo que me dé la realísima gana. He dicho'*<sup>1341</sup>.

Quien esto dice es la *lectora*, trabajadora a la que por turnos eximían las demás del trabajo, pagándole la parte de salario correspondiente entre todas, para que les leyese mientras ellas seguían ocupadas en la tarea de liar cigarros. La deformación, perceptible en la cita anterior, es, por una parte, una manera de tomar distancia por parte de la narradora ante la politización del pueblo y, por otra, de denunciar la utilización demagógica de que es objeto:

*"Leíanse publicaciones de Madrid y periódicos locales. En la Prensa de la corte se llevaban la palma los discursos de Castelar, por entonces muy distante de haberse 'gastado'. ¡Cuánta palabra linda, y qué bien que se enganchaban unas con otras! Parecían versos. Es verdad que la mayor parte no se entendían, y que danzaban por allí nombres tan raros que sólo el demonio de Amparo podía leerlos de corrido; mas no le hace: lo que es bonito, era muy bonito aquello. Y bien se colegía que la sustancia del discurso era a favor del pueblo y contra los tiranos, de suerte que lo demás se tomaba por adorno y floreo delicado."*

A veces los artículos que se leían trataban de asuntos sociales:

*"Cuando en vez de discursos cuadraba leer artículos de fondo, de esos kilométricos y soporíferos, que hablan de justicia social, instrucción difundida, generalizada y gratis, fraternidad universal, todo en estilo de homilía y con oraciones largas y enmarañadas como fideos cocidos, alterábase la voz de Amparo y se humedecían los ojos de sus oyentes. Leve escalofrío recorría las filas de mujeres, las cuales se miraban como diciéndose: "¿Eh? ¿Qué tal? ¡Este sí que lo habla!" Y leído el último párrafo, que terminaba anunciando el próximo advenimiento de una era de perfecta libertad y bienestar absoluto, solían cruzar las manos, sonriendo y sintiéndose tan relajadas en sus fibras, tan blandas y dulces, como un plato de huevos moles"*<sup>1342</sup>.

Los adjetivos 'kilométricos' y 'soporíferos' y la imagen de los fideos, utilizados al inicio de esta cita para referirse al estilo, y la comparación con los huevos moles para describir el estado emocional de las trabajadoras, son muy significativos de la opinión que le merece a la narradora lo que está refiriendo; Pardo Bazán, que acusa a los liberales de presentar una imagen simplista de la realidad y de utilizar la caricatura<sup>1343</sup> para descalificar al adversario, hace exactamente lo mismo. Y, cuando se ocupa del papel que el pueblo desempeña en torno a los líderes republicanos, carga especialmente las tintas mezclando la ironía, la desmitificación y la degradación. Ironiza sobre la incongruencia de sus objetivos, como se pone de manifiesto en los efectos que los discursos de algunos de los comensales tienen en otros durante un banquete celebrado en el *Círculo Rojo*: no sólo no hay ninguna propuesta con la que todos se muestren de acuerdo, sino que siempre hay alguien que se siente especialmente molesto:

<sup>1341</sup> *Ibíd.*, p. 112-113.

<sup>1342</sup> *La Tribuna*, cit., p. 108.

<sup>1343</sup> *"A las dos formas de gobierno que por entonces contendían en España se las representaba el auditorio de Amparo tal como las veía en las caricaturas de los periódicos satíricos; la monarquía era una vieja carrancuda, como una pasa, con nariz de pico de loro, manto de púrpura muy estropeado, cetro teñido en sangre y rodeada de bayonetas, cadenas, mordazas e instrumentos de suplicio; la república, una moza sana y fornida, con túnica blanca, flamante gorro frigio, y al brazo izquierdo el clásico cuerno de la abundancia, del cual se escapaba una cascada de ferrocarriles, vapores, atributos de las artes y las ciencias, todo gratamente revuelto con monedas y flores."* *Ibíd.*, p. 125.

*“Al tercer plato disparó bala rasa contra la propiedad, el capital y la clase media, y el presidente del Círculo, patrón y dueño del establecimiento, hubo de amoscarse; poco después fue el patriarca mismo el enojado, a causa de no sé qué frases sobre el derecho de insurrección y el empleo de los medios violentos y coercitivos. Ninguno le parecía al patriarca lícito; en su concepto, el amor, la paz, la fraternidad eran las mejores bases para fundar la unión federativa, no sólo de Cantabria y de España, sino del mundo”<sup>1344</sup>.*

Muestra de ironía es también la “sorpresa” que Amparo y sus compañeras –que entran al banquete para obsequiar al “patriarca” con un ramo de flores- se llevan al encontrarse con una escena muy diferente de la que esperaban:

*“Tomó el viejo la ofrenda y se la pasó al presidente, que se quedó con ella empuñada y sin saber qué hacer. Confusas las compañeras de Amparo por el silencio repentino, miraban de reojo hacia todas partes, maravillándose del esplendor de la mesa y algo sorprendidas de que el banquete republicano fuese cosa de tanto orden y de que los delegados comiesen en vez de salvar a la patria”<sup>1345</sup>.*

Es decir, las expectativas del pueblo se ven defraudadas, lo cual se convierte en una prueba argumental de la afirmación sustentada por doña Emilia en el prólogo –que se puede considerar como la tesis de la novela- en la que dice que le parece totalmente absurdo que el pueblo dé su apoyo a formas de gobierno que le resultan completamente desconocidas. Tan desconocidas como las motivaciones de los líderes republicanos, que la narradora se encarga de revelar para desmitificarlos; las del “patriarca” no tienen su origen en convicciones políticas:

*“¡Era el segundo de una casa rica..., poderosa, hombre! El mayorazgo arrambló con todo, ¿eh?, mimos y hacienda, y a él le quedó un palomar viejo y la memoria de las azotainas... Otro se hubiera hecho misántropo... Él se hizo filántropo, y luego progresista, y luego federal...”<sup>1346</sup>.*

Si el “patriarca” tiene razones personales para hacerse republicano, lo mismo le sucede a Amparo. Cuando tiene esperanzas de casarse con Baltasar –como se vio en páginas anteriores- se enfrían bastante sus ímpetus políticos; pero, cuando se da cuenta de que Sobrado no se va a casar, amenaza con el cambio que se avecina:

*“El día menos pensado... -pronunció- cuando te vea en las Filas o en la calle Mayor..., me cojo de tu brazo delante de las señoritas, ¿oyes?, y canto allí mismo, allí..., todo lo que pasa. Y cuando venga la nuestra..., o te hacemos pedazos, o cumplés con Dios y conmigo. ¿Entiendes, falsario?”<sup>1347</sup>.*

<sup>1344</sup> *La Tribuna*, cit., p. 150-151.

<sup>1345</sup> *Ibid.*, p. 153.

Irónica es, asimismo, la descripción de la entrada en la ciudad de los delegados que, venidos, de toda la zona norte, llegan a Marineda. Todas las trabajadoras de la fábrica los acompañan con hachas encendidas: *“Así que brilló el cordón de luces, las portadoras de las hachas se alinearon en buen orden, bajando los ojos modestamente porque aquello olía a procesión. Entonces, algunos curiosos de Marineda que no habían querido ir más lejos para ver la función, se abrieron paso y situaron convenientemente, con propósito de estudiar los semblantes de las que en otra ocasión se llamarían devotas.”* P. 146-147.

No deja de ser irónico que quienes hacen gala de irreligiosidad, conviertan la política en una religión.

<sup>1346</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>1347</sup> *Ibid.*, p. 236.

Los dos –el “patriarca” y Amparo- son, pues, iguales<sup>1348</sup>: buscan en la política la solución de problemas personales, su propio acomodo, de lo que se deduce que los que propugnan la alteración de las estructuras existentes lo hacen por motivos egoístas que nada tienen que ver con el bien común de la sociedad. De ahí que Pardo Bazán muestre, dando un paso más, su disgusto por esta realidad en la que unos ambiciosos incoherentes utilizan a un pueblo ignorante, que actúa como corifeo en asuntos de los que ni entiende ni le incumben, mediante el procedimiento degradador que utiliza para describir el camino de ida que recorre la gente de Marineda –fundamentalmente las trabajadoras republicanas de la fábrica- al ir a recibir a los delegados de Cantabria:

*“Las dos leguas de camino real que van de la ciudad al ex portazgo (como se decía entonces) hallábanse cuajadas de gente en expectativa, asaz empolvada y sudorosa. Poca levita, mucha tuina y chaqueta; de higos a brevas, un uniforme; buen número de mujeres, roncadas ya, con los labios secos, los ojos inyectados, arrebatadas las mejillas, más o menos descompuesto el peinado y el traje. Engalanadas con colgaduras ostentaba sus casas el pobre suburbio de la riberilla; quién había destinado a manifestar su civismo la colcha de la cama, quién las cortinas de la humilde alcoba, quién una sábana o mantel”<sup>1349</sup>.*

El aspecto desastrado de los que acuden al recibimiento se resalta todavía más, cuando por la tarde hacen el camino de vuelta acompañando a los viajeros, por el contraste que se establece entre los espectadores que aguardan a la comitiva y la naturaleza. La narradora comienza describiendo la limpidez, serenidad y tranquilidad del atardecer:

*“Cuando regresaron los coches, trayendo ya a los esperados viajeros, el contraste que ofrecía el espectáculo convidaba a parar la consideración en él. Acercábase el sol a su ocaso, y las colinas que limitaban el horizonte pasaban del suave azul ceniciento al lila más delicado. Las playas de la Barquera y el mar alternaban en zonas de nítida blancura y de limpio color de zafiro; a los últimos destellos del poniente, el arenal brillaba como si estuviese salpicado de plata, y vaporosas franjas de espuma, tan pronto formadas como deshechas, corrían un instante por el borde de las olas. Soberana y majestuosa paz, unida al recogimiento de la hora vespertina, se elevaba de aquellas diáfanas lejanías al cielo puro, donde apenas de trecho en trecho leves nubecillas, semejantes a copos de algodón, se esparcían tiñéndose de oro.”*

A continuación describe el apresuramiento y desaliño de los que esperan a la comitiva:

*“Así se preparaba al sueño la Naturaleza, mientras en la carretera, una multitud abigarrada y polvorosa, se desojaba mirando al punto por donde asomaría muy luego la comitiva, y recreaba la vista en contemplar los guiñapos y telas de colorines pendientes de los balcones, y en el marchito verdor de los arcos de triunfo; y se recibían y se daban pisotones recios, y ‘metidos’ feroces, y algún furtivo pellizco, y se tragaba y se mascaba el árido polvo del camino, oyendo a poca distancia, como irónica burla, el blando gemir de las ondas de la ría.”*

<sup>1348</sup> Hay un episodio de la novela en el que se subraya simbólicamente esta “igualdad”. Cuando Amparo, que siente una gran admiración por él, va al banquete y le entrega el ramo de flores, el anciano se acerca a Amparo y la bautiza: “Gracias, hijas... -tartamudeó, cabeceando senilmente-. Acércate, Tribuna del pueblo..., que nos una un santo abrazo de fraternidad... ¡Viva la Tribuna del pueblo! ¡Viva la Unión del Norte! [...] Y el viejo y la niña estaban a dos dedos de romper a llorar, y algunos de los convidados se reían a socapa de aquel abrazo paternal que rodeaba aquel cuello juvenil.” P. 153.

<sup>1349</sup> *La Tribuna*, cit., p. 145.



Las comparaciones, que son uno de los recursos literarios empleados para acentuar el contraste, tienden todas ellas a destacar lo ridículo de los diversos festejos preparados frente a la majestuosidad de la naturaleza que, sin “esfuerzo”, los minimiza:

*“De tiempo en tiempo, las bombas de palenque trataban de armar un escándalo en la atmósfera, pero en balde; diríase que era la detonación de algún vergonzante petardo, que así alteraba la amplia serenidad del ambiente, como el zumbido de un mosquito turbaría el reposo de un gigante. Las tocatas de la banda de música, hecha pedazos de puro soplar himnos y más himnos patrióticos, se empequeñecían en el libre y anchuroso espacio, hasta semejarse al estallido de una docena de buñuelos al caer en el aceite hirviendo donde se fríen. Y visto desde la playa, el mismo numeroso gentío podía compararse a un avispero, y la bandera roja, a un trapo de los que los chicos cuelgan de una caña a fin de pescar ranas en las ciénagas”<sup>1350</sup>.*

Las últimas comparaciones sobrepasan el límite de la degradación para entrar en el terreno de lo esperpéntico. Todo lo que ocurre en la novela tiene como finalidad probar lo que la autora afirma en el prólogo. Incluso el final de la misma: mientras Amparo, perdidas ya las esperanzas de casarse con Baltasar, a pesar del triunfo de la República, delira en la cama clamando justicia, pasan grupos de cigarreras por la calle:

*“Del grupo más compacto, del pelotón más resuelto y numeroso, que tal vez se componía de veinte o treinta mujeres juntas, salieron algunas voces gritando: -¡Viva la República federal!”<sup>1351</sup>.*

Víctor Fuentes afirma que este final es ambiguo y contradictorio y que

*“lejos de probar la moraleja que expone la novelista en el prólogo, este cuadro de la obrera militante, engañada por un señorito seductor, dando pecho al hijo recién nacido, mientras sus compañeras marchan por la calle, en compacto pelotón, vitoreando a la República federal, intensifica –contra las intenciones de la autora– la perspectiva revolucionaria de la novela”<sup>1352</sup>.*

Sin embargo, si la narradora ha utilizado continuamente la ironía y el sarcasmo para desautorizar las aspiraciones de las trabajadoras, ¿no es lógico pensar que está haciendo lo mismo al recoger este grito con el que termina la novela? No se debe olvidar que, cuando Pardo Bazán publica su novela en 1883, hace ya bastante tiempo que fracasó la República y que la Restauración está completamente consolidada. El contraste entre las expectativas contenidas en los gritos de las obreras en 1874, tiempo de la novela, y lo conseguido nueve años más tarde, tiempo de la narradora, no puede dejar de tenerse en cuenta a la hora de analizar este final; nueve años después las trabajadoras no han conseguido nada; lo cual les está bien empleado – y esto nos lleva de nuevo al prólogo- por haber puesto sus esperanzas en formas de gobierno desconocidas, fuera de su alcance y discernimiento, lo mismo que Amparo, que depositó también sus esperanzas en alguien que estaba fuera de su órbita. O dicho de otra manera, este final, enfocado desde la perspectiva cronológica de la narradora, augura que las obreras van a sufrir la misma decepción que Amparo ha sufrido, pero un poco más tarde.

La participación del pueblo en la política tiene también otros efectos contraproducentes: las luchas inherentes a la misma perturban la paz. Ésta es la tesis de Arturo Campión en

<sup>1350</sup> *La Tribuna*, cit., p. 145-146.

<sup>1351</sup> *Ibíd.*, p. 270.

<sup>1352</sup> *La aparición del proletariado en la novelística española: sobre La Tribuna de Emilia Pardo Bazán*, en *Grial*, nº 31, 1971, p. 94.

**Blancos y negros**<sup>1353</sup>, donde compara las papeletas de las elecciones con una de las plagas de Egipto:

*“Eran los tales papelitos unas circulares impresas, donde el comité liberal de Pamplona, y la Junta regional carlista, presentaban, respectivamente, valiéndose del ‘argot’ de sus correspondientes partidos, las candidaturas a diputados forales y provinciales. [...] ... aquellos papeles blancos eran como la tercera plaga de Egipto; y a poco de repartirlos, pudo repetirse el versículo de la Biblia: ‘Y Aarón, teniendo la vara, extendió la mano; e hirió el polvo de la tierra, y hubo cínifes en los hombre y en las bestias: todo el polvo de la tierra se convirtió en cínifes por todo el territorio de Egipto’”*<sup>1354</sup>.

Y las picaduras de estos cínifes tienen el efecto de excitar los instintos, que se manifiestan en forma de pasión política: *“La pasión política fecundaba los gérmenes de animal carnicero, rara vez esterilizados totalmente en el hombre por la virtud y la civilización.”* Tanto es así que, el día de las elecciones, la plaza del pueblo se va llenando con partidarios de cada uno de los bandos que se lanzan miradas amenazadoras:

*“Brillaban al pálido sol intermitente, cañones de escopetas y bastantes navajas [...] Todo el mundo comprendía que el primer paso en dirección al colegio, sería señal de pelea [porque] la prudencia no es cualidad de los muchedumbres, y de un momento a otro surgiría la insensatez capaz de producir la conflagración”*<sup>1355</sup>.

Esta vez no ocurrió nada porque Mario de Ugarte, a ruego del abad, interviene y logra calmar a la multitud. Pero en las siguientes elecciones –ya no estaba Mario para poner paz, pues había sido asesinado- no hubo nadie que pudiera contener las pasiones y éstas se desbordaron:

*“Sobre las eras estercoladas [...] se lanzaron unos contra otros a puñadas, mordiscos y coces, rodando y revolcándose frenéticos por el suelo. Y cuando, al cabo, se logró restablecer el orden y llegó el caso de levantar los contusos y heridos, nadie hubiese podido decir quiénes eran los ‘blancos’ y quiénes los ‘negros’, pues a todos los tiznaba y embardurnaba, parificándolos, desde la uña del pie hasta la punta del pelo, el líquido derramado por las eras”*<sup>1356</sup>.

Es decir, la política encenaga al pueblo. Dado que las elecciones y el sistema de partidos forman parte del sistema liberal, resulta evidente que éste el blanco al que apuntan las críticas de Campión. Lo ataca acusándolo de utilizar y manipular al pueblo al servicio de los intereses de la nueva clase dominante –la burguesía- que ha desbancado del poder con malas artes a los que legítimamente les corresponde ejercerlo. El pueblo desempeña el papel de víctima<sup>1357</sup>: todos encenagados.

En las últimas citas analizadas, la novela conservadora presenta al pueblo formando en las filas del liberalismo y se muestra muy crítica al respecto. En el período anterior suce-

<sup>1353</sup> Ya comenté extensamente esta novela en el punto dedicado al poder, pues la actividad política del pueblo guarda una innegable relación con él. Me voy a limitar aquí a recordar algunos de los aspectos más significativos.

<sup>1354</sup> *Blancos y negros*, cit., p. 277-278.

<sup>1355</sup> *Ibid.*, p. 353.

<sup>1356</sup> *Ibid.*, p. 386.

<sup>1357</sup> La utilización del pueblo como víctima es una acusación que se lanzan mutuamente la novela conservadora y liberal. Pero en el caso de la novela que estoy comentando, sobre el componente social, prima el “nacional”. En esta novela los que se pelean son víctimas porque los dos partidos que contienden en las elecciones son españoles. Campión propone una sociedad arcádica fácilmente alcanzable: lo único que hace falta es desembarazarse de la perturbadora influencia de la política española.

día lo mismo: censuraba su militancia en las filas de la burguesía. Pero entonces el único blanco al que apuntaba era al liberalismo; el pueblo, que aparecía como ingenuo e inocente, era manipulado y utilizado para conseguir el triunfo de la revolución burguesa y quedaba a salvo de los reproches, que eran todos para las ideas liberales. Sin embargo, ahora el pueblo no escapa a la crítica; es también duramente censurado. Este cambio de actitud se debe a dos motivos, aunque estrechamente relacionados entre sí: intento de acercamiento a la burguesía conservadora y temor al pueblo.

Las clases tradicionales —a cuya ideología esta corriente novelística sirve como cauce de expresión— defienden evidentemente la sociedad tradicional, aunque hay diferencias entre Pardo Bazán y Pereda; pero, al mismo tiempo, son conscientes de que ese modelo está ya condenado al fracaso y de que la única garantía de asegurarse su supervivencia es transigiendo con el modelo social que lo va a sustituir, transacción que las nuevas circunstancias de la Restauración hacen que se vea a la vez como viable y necesaria; viable, porque el abandono del radicalismo por parte de la burguesía facilita mucho las cosas; de ahí que Pardo Bazán —no es el caso de Pereda— no censure, como hacía en el período anterior Fernán Caballero, el liberalismo en su conjunto, pues lo que de él ha impuesto con la Restauración es perfectamente asumible. Y es necesaria, porque el movimiento obrero se está levantando como una formidable amenaza para ambos. La burguesía conservadora no es, pues, vista como enemigo de clase. El proletariado sí. Con ella se puede pactar, pero con éste no. Las críticas hacia las clases populares —que es lo novedoso en relación con el período anterior (1833-1868)— hay que entenderlas como el alejamiento del enemigo común, y un intento de acercamiento al que —diferencias menores aparte— constituye su aliado natural. El pueblo, pues, ha perdido su inocencia. La ha perdido —y éste es el segundo motivo— porque ha adquirido conciencia de clase, lo que hace que la actividad política del pueblo no resulte en absoluto conveniente, incluso en el supuesto de que no se ejerza en las filas de los partidos obreros.

Luego, como conclusión general, se puede afirmar que la participación del pueblo en la política es utilizada por la novela conservadora tanto para oponerse a cualquier tipo de liberalismo que vaya más allá del institucionalizado por el régimen de la Restauración como para tomar distancia frente al pueblo. O, dicho de otra manera, para simplificar: la novela conservadora utiliza este tema tanto para mostrar su oposición al liberalismo, como a la participación del pueblo en la política.

La novela liberal, por su parte, no considera liberalismo lo que de él ha quedado tras el triunfo de la Restauración. Por eso la critica apelando a los principios de la ideología liberal, pero se muestra bastante reticente con la participación del pueblo en política. Esto último, a primera vista, no deja de ser una contradicción, pues la soberanía popular ha sido a lo largo de todo el período anterior una de las reivindicaciones básicas de los liberales. Pero, si tenemos en cuenta la teoría de la novela de Galdós —en la que reclamaba el protagonismo exclusivo para la problemática burguesa al considerarla el motor de la sociedad— parece evidente que guarda una perfecta coherencia con ella, pues protagonismo político y protagonismo novelesco son dos miembros de la misma ecuación.

Galdós publica su primera novela –*La Fontana de Oro*– en 1870, en pleno período de efervescencia revolucionaria. En estos momentos son dos los peligros –aunque íntimamente relacionados entre sí– que acechan a la revolución:

*“El radicalismo y la reacción. La fontana de oro y El audaz son novelas de exorcismo contra estos dos peligros, muy especial contra el primero, que es el que en aquellos tiempos de agitación amenaza más seriamente con hacer zozobrar la revolución burguesa”*<sup>1358</sup>.

Están íntimamente unidos porque, como denuncia Galdós en *La Fontana*, el radicalismo a quien favorece es a la reacción, motivo por el que se muestra muy crítico con la actividad política del pueblo que, por diferentes motivos aparece toda ella teñida de características negativas. E idéntica actitud adoptan otros autores.

Y es que el interés del pueblo por la política es bastante reciente; a principios de la década de los 60 todavía no existía:

*“Sarrió, hay que confesarlo de una vez, era una población dormida para todas las grandes manifestaciones del espíritu, para todas las luchas regeneradoras de la sociedad contemporánea: nadie estudiaba los altos problemas de la política, ni las terribles batallas que los diversos bandos libran en otras partes para conseguir la victoria y el poder, apasionaban en modo alguno los ánimos. En una palabra, en Sarrió el año de gracia de 1860, no existía la vida pública. Se comía, se dormía, se trabajaba, se bailaba, se jugaba, se pagaba la contribución; pero todo de un modo absolutamente privado”*<sup>1359</sup>.

Pero, tras el triunfo de la revolución del 68, el día en el que Isabel II abandona España, el pueblo madrileño se echa a la calle: *“Todo era jarana, bulla y regocijo aquel día, 30 de septiembre, en la capital de España”*<sup>1360</sup>. Y, desde ahora, no hay motín ni disturbio en que –el caso de Juan Bou resulta paradigmático– no se encuentre presente:

*“Con el sacudimiento del 68, encendióse el ánimo del obrero; de manso se hizo furibundo; de discreto, charlatán; creyó que el mundo se iba a volver del revés y que la sociedad alteraría sus elementos inmortales; vio la eterna columna con el ligero capitel en el suelo y el pesado plinto en el aire; imaginó que de allí en adelante se andaría con la cabeza y se pensaría con los pies; y llevado de estas ideas, tomó parte en todos los motines, trabajó en todas las sublevaciones”*<sup>1361</sup>.

Es decir, comienza a adquirir excesivo protagonismo e, incluso, cuando abdica Amadeo de Saboya, a arrogarse prerrogativas que no le corresponden: *“El pueblo había recogido la corona arrojada en un rincón del Palacio y se la había puesto sobre sus duras sienas”*<sup>1362</sup>. En esto se comporta como el pobre que nunca ha tenido nada y, de pronto, como consecuencia de un cambio de la fortuna, se ve en la abundancia:

*“Corrían aquellos famosísimos tiempos en que la nación española, viviendo hasta aquí pobre de libertades y mísera de derechos, hallose por una vuelta que dio la rueda hasta entonces fija e inmóvil de la Fortuna, con todo aquello de que carecía en su poder y al alcance de la mano.*

<sup>1358</sup> Víctor Fuentes: *El desarrollo de la problemática político-social en la novelística de Galdós*, cit., p. 230

<sup>1359</sup> *El cuarto poder*, cit., p. 101.

<sup>1360</sup> *Maximina*, cit., p. 124.

<sup>1361</sup> *La desheredada*, cit., p. 282.

<sup>1362</sup> *Ibíd.*, p. 232.

*Era entonces el pueblo huérfano que heredaba, sobrino a quien una tía muy rica dejaba al morir, y bien a pesar suyo, riquezas y honores, pasando por este medio de la escasez a la opulencia, y no sabiendo cómo manejar sus caudales*<sup>1363</sup>.

Por eso, teniendo en cuenta todo lo anterior, es un error incitarlo, como hacen los que acuden a *La Fontana* que es el “centro de reunión de la juventud ardiente, bulliciosa, inquieta por la impaciencia y la inspiración, ansiosa de estimular las pasiones del pueblo y de oír su aplauso irreflexivo”<sup>1364</sup>. Cuando esto sucede, se cae en excesos que, en un principio se intentan justificar:

*“Mis semidioses no son el exterminio, el terror, ni el asesinato. Lamento los desvaríos de todos; mas no extraño que, al huir de las violencias de un extremo, se toque en las violencias de otro pagando los crímenes de siglos enteros con el crimen de un día*”<sup>1365</sup>.

Pero, si se entra por esta senda, se puede llegar a las mayores ignominias. Por eso, el propio Lázaro, autor de las palabras anteriores, se horroriza cuando se entera de que los absolutistas –dirigidos por Coletilla– están preparando una conspiración en la que utilizan a los radicales para que éstos inciten al pueblo a asesinar a los liberales moderados que están en el poder:

*“Pero el medio es espantoso. Yo no quiero para mi patria los horrores de la revolución francesa. Después de un Terror, no puede venir sino la dictadura. Yo no quiero que pase aquí lo que en Francia, donde a causa de los excesos de la revolución, la libertad ha muerto para siempre*”<sup>1366</sup>.

Ésta es la idea central, la tesis, que defiende Galdós en esta novela: el radicalismo que, al utilizar al pueblo como instrumento de sus fines, le concede un excesivo protagonismo, es un peligro para la revolución liberal. Esta idea afecta lógicamente a la imagen que de la actividad política del pueblo aparece, imagen que es objeto fundamentalmente de dos tratamientos: enfoque negativo, lo que implica un rechazo frontal contundente, y distanciamiento que se lleva a cabo, a su vez, mediante la deformación tanto paródica como desengañada.

Del primero se encuentran muestras en *La Fontana de Oro*, en uno de cuyos pasajes se describe a una cuadrilla de personajes populares, que marchan por la calle formando una especie de brigada de vigilantes de la Revolución:

*“Eran cinco individuos, y de ellos, tres por lo menos estaban completamente embriagados. Nuestro ya conocido Calleja les mandaba. Componíase la cuadrilla de un chالán del barrio de Gilimón y un matutero del Salitre, un caballero particular conocido en Madrid por sus trampas y gran prestigio en la plazuela de la Cebada, y finalmente, un mocetón alto, flaco y negro, que tenía fama de guerrillero, y del cual se contaban maravillas en las campañas de 1809 y después en los sucesos del 20. El sello de sus hazañas marcaba siniestramente su rostro en un chirlo que le cogía desde la frente hasta el carrillo, cegándole un ojo y abollándole media nariz*”<sup>1367</sup>.

Se encuentran con Coletilla, lo insultan, quieren obligarlo a que grite “¡Viva la Constitución!” y lo habría pasado muy mal si no hubiera sido librado por Bozmediano, militar liberal que se

<sup>1363</sup> Eduardo López Bago: *El periodista*, Madrid, F. Bueno y Cía. Editores, 1884, Plaza de Bilbao 5, 193 págs. BN: 2/52863, p. 104.

<sup>1364</sup> *La Fontana de Oro*, cit., p. 19.

<sup>1365</sup> *Ibid.*, p. 214.

<sup>1366</sup> *Ibid.*, p. 463.

<sup>1367</sup> *La Fontana de Oro*, cit., p. 43.

identifica con la Revolución, pero que es enemigo de cualquier tipo de excesos y que no duda en enfrentarse a estos cinco indeseables. El capítulo en el que todo esto sucede se titula “*Un lance patriótico y sus consecuencias*”, con lo que Galdós añade a la descalificación la ironía, pues sólo echando mano de ésta se puede llamar patriotas a semejantes sujetos. No es ésta la única ocasión en que la calle aparece ocupada por gente poco recomendable:

*“Los grupos de la calle crecían. La población toda presentaba ese aspecto extraño y desordenado que no es tumulto popular, pero sí lo precede. [...] El ansioso “¿Qué hay?” salía de todas las bocas. En tales ocasiones basta que se paren dos para que en seguida se vayan adhiriendo otros hasta formar un espeso grupo. Entonces todos los que vemos nos parecen ‘malas caras’”*<sup>1368</sup>.

Y esta gente “no tiene otra voz que el rumor salvaje compuesto de infinitos y desiguales sonidos”<sup>1369</sup>. Pero los que se batían en las barricadas cada vez que hay un estallido revolucionario tienen todavía peor aspecto:

*“Los balcones estaban cerrados, los portales también. Una vaciedad sonora templaba la atmósfera, haciendo repercutirse en ella los lejanos disparos de fusilería. En la plaza de Antón Martín había una barricada. Desempedrada la plazuela, se había levantado una pared de adoquines que enlazaba con el pilón de la fuente, y los monstruos de piedra asomaban sus cabezas de triples fauces junto a una fila de humanas cabezas peludas, horribles. Detrás de aquella barricada vio don Juan espantosos grupos de hombres abortados por la taberna para servicio de la hidra de sangre; puños forzudos que oprimían el cañón de un viejo fusil, camisas rasgadas, mostrando peludos pechos; labios que sonreían con la feroz sonrisa del odio detrás de las manchas negras que en la faz dejó el cartucho al ser mordido. Lo feo y lo abominable andaban juntos”*<sup>1370</sup>.

Para acentuar lo negativo no sólo se ensaña en las descripciones de los personajes, sino que los yuxtapone a los monstruos de piedra de la fuente de tal manera que es difícil distinguir a unos de otros. Y el jefe de la barricada hace honor al cargo, pues está muy por encima de todos los demás:

*“Era una especie de bruto paquidermo, bajo y achaparrado, rechoncho y deforme, con un ojo desfigurado por una atroz cicatriz que enseñaba el párpado partido en dos labios sanguinolentos; de modo que su parpadeo era un espectáculo asqueroso y horripilante”*<sup>1371</sup>.

Las barricadas están por todos sitios y el aspecto de los que en ellas se batían es parecido; otra estaba ocupada por la “*canalla ebria*” de tal manera que “*allí el vino había tomado parte en la hazaña, y, más que soldados de la libertad, eran los tales fieles de Baco*”<sup>1372</sup>. Y por todas las calles de la ciudad “*corrían grupos de hombres descamisados, horrendos, heridos, empuñando el arma con crispada mirada de odio*”<sup>1373</sup>.

Ortega Munilla es bastante más duro que Galdós con el pueblo que toma parte en las algaradas revolucionarias. La causa de esta visión tan negativa hay que buscarla en la adquisición de conciencia de clase por parte del proletariado. Aunque Ortega localiza su novela en la revolución del 54, la publica en 1883. En estas fechas los objetivos políticos de

<sup>1368</sup> *Ibid.*, p. 113.

<sup>1369</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>1370</sup> J. Ortega Munilla: *Don Juan Solo*, cit., p. 86-87.

<sup>1371</sup> *Don Juan Solo*, cit., p. 87.

<sup>1372</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>1373</sup> *Ibid.*, p. 95.

las clases populares miran más allá de los de la burguesía. De ahí que ésta esté convencida de que es mejor no contar con él. Ortega lo reconoce explícitamente cuando, tras describir a los componentes de las barricadas en una de las citas anteriores, declara sentenciosamente: “*¡Triste cosa es que la libertad haya tenido que servirse de estos bárbaros!*”<sup>1374</sup>.

El otro enfoque es el de la deformación. Ésta –tanto en su vertiente paródica como desengañada– es una forma más suave de crítica, pero al servicio del mismo objetivo: la desautorización del pueblo, en este caso, por su falta de discernimiento. Galdós la lleva a la práctica presentando los acontecimientos desde la perspectiva de una mente infantil. Es el caso de Juanito Socorro, quien le cuenta a su amigo Felipe Centeno, con el que mantiene frecuentes conversaciones, su peculiar visión de los acontecimientos:

*“Él iba a estudiar para ‘redator’, y su padre no esperaba sino que llegara la jarana para ponerse el uniforme de capitán de la milicia. Como en estas conversaciones siempre sacaba Socorro los términos que oía, habló a Felipe del Pueblo Soberano, de la revolución próxima, de los curas, de la tropa y de ahorcar mucha y diversa gente.”*

Las deficiencias lingüísticas del personaje, así como la concepción un tanto folklórica de la revolución –*jarana*–, son indicativas de la escasa capacidad crítica del personaje, subrayada, además, en este caso por el hecho de ser un niño, lo que funciona como una inequívoca metáfora del concepto que del pueblo tiene el novelista. Pero la condición infantil del personaje no es el único elemento de carácter simbólico que aparece en este pasaje. El que viene a continuación es todavía, si cabe, más significativo:

*“Esto, dicho en las alturas del campanario y bajo los ardientes rayos del sol, le puso a mi Felipe la cabeza toda exaltada y como en ebullición, llena de ideas sediciosas y disolventes. Cuando bajaban a saltos por la angosta escalera, le dijo a Socorro: -Aquel obispote que está en el altar mayor es el capitán general de los curas... ¡Vaya un peje...! ¡Cuando se arme!”*<sup>1375</sup>.

Galdós destaca, mediante la función simbólica de los rayos del sol, que la solidez mental no es precisamente una de las características de Socorro, ni tampoco de su familia, entre cuyos miembros están muy arraigadas las ideas liberales:

*“¡Si vieras a papá! Es un buen peje para las mujeres. [...] Cuando mi padre y mi madre riñen, sale aquello de que papá quiso a la ‘señá’ marquesa. Porque cuando era soltero..., tú no sabes..., todas las marquesas se volvían locas por papá y por su hermano, que era torero, y le mataron en una revolución. Mi tío era un gran hombre, un peje gordo..., y se echó a la calle a matar tropa por la libertad, pero le vendieron, y ese pillo de O’Donnell le mató a él. Papá tiene su retrato en la sala, pintado de tamaño de las personas, y a tantos días de tal mes, que es el ‘universario’, ¿estás, hiji...?, le pone dos velas encendidas y un letrero que dice: ¡‘Imitaz a este mártir!’”*<sup>1376</sup>.

Pero, a pesar de ello, consigue entusiasmar a Felipe quien, en capacidad crítica y de discernimiento, no le anda a la zaga pues, cuando oye a don Florencio Morales, el conserje del observatorio, decir que “*se van a desbordar las masas*”, hace una interpretación muy peculiar del comentario del atemorizado funcionario: “*Felipe creyó por un momento que aquellas masas eran los hojaldres que le habían prometido, y tembló por ellos*”<sup>1377</sup>. Felipe no sabe lo que son las

<sup>1374</sup> *Ibíd.*, p. 90.

<sup>1375</sup> *El doctor Centeno*, p. 86-87.

<sup>1376</sup> *Ibíd.*, p. 99.

<sup>1377</sup> *Ibíd.*, p. 277.

masas pero, tras la breve conversación con Socorro en el campanario, participa de sus mismos ímpetus revolucionarios. Mediante esta parodia Galdós está denunciando la visceralidad e irracionalidad del radicalismo que, precisamente por su carencia de contenido intelectual, cala en el pueblo.

Los radicalismos esconden también, a veces, motivaciones personales de gente que no tiene nada de liberal, pero que aprovecha o intenta aprovechar la ocasión para saldar cuentas particulares<sup>1378</sup>. Es el caso de Isidora Rufete, que se caracteriza por su elitismo, exquisitez, desprecio del pueblo e ínfulas aristocráticas, pues se cree nieta de la marquesa de Aransis. Pero, dado que ésta se niega a reconocerla como tal, pues tiene pruebas de que no lo es, Isidora piensa en aprovecharse del clima revolucionario que se ha creado con la llegada de la República, para imponerle sus exigencias a la que ella afirma que es su abuela:

*“... Sí; ella confundiría el necio orgullo de su abuela; ella subiría por sus propias fuerzas, con la espada de la ley en la mano, a las alturas que le pertenecían. Si su abuela no quería admitirla de grado, ella, ¿qué tal?... ella echaría a su abuela del trono. Venían días a propósito para esto. ¿No éramos ya todos iguales?”<sup>1379</sup>.*

Como su “abuela”, evidentemente, no cede ante las pretensiones de Isidora, ésta se muestra dispuesta a poner petardos junto con su hermano Mariano porque

*“el mundo está perdido. Si no sale alguien que le vuelva del revés y ponga lo de arriba abajo y lo de abajo arriba...  
-Lo de abajo arriba y lo de arriba abajo –repitió Mariano con el gozo de quien había encontrado la fórmula de un pensamiento que no ha sabido expresar”<sup>1380</sup>.*

Es más, Isidora, que ha expresado en bastantes ocasiones un sentimiento de repulsa hacia el pueblo, se muestra ahora solidaria con él:

*“A medida que sus ilusiones decaían, determinábase en su alma un cambio de sentimientos; simpatizaba más con el pueblo, a quien creía oprimido, y le entraba un vivo aborrecimiento de la gente grande. Lo más extraño era que, sin ceder en su vanidad ni en lo que pudiéramos llamar coquetería de la desgracia, seguía encariñada con el bonito papel de María Antonieta en la Conserjería. Pero en aquel caso la buena reina estaba martirizada por la cruel y egoísta aristocracia, de donde venía que simpatizase en principio con el vulgo, con el populacho, con los descamisados; y decimos en principio, porque ninguna idea del mundo, unida a todo el despecho de su corazón, le hubiera hecho tolerar la grosería y suciedad de las personas bajas. Pensando en esto, ella daba vida en su mente a una gallarda utopía, es decir, a la existencia posible de un populacho fino o de una plebe elegante y bien vestida. Pero esto, ¿no era una atrevida excursión al porvenir? Algo de genial había en ella, porque, confundida y mareada de tanto pensar, solía poner fin a sus cavilaciones sobre la plebe fina diciendo: ‘¡Qué talento tengo y qué cosas [se] me ocurren!’”<sup>1381</sup>.*

<sup>1378</sup> A nadie mejor que a Milagros, la marquesa de Tellería se le puede aplicar lo de “cuentas”, pues vive continuamente apremiada por los plazos de sus deudas y hasta el estallido de la revolución le parece adecuado para aplazarlas: “A veces digo: ‘¿No habrá un cataclismo, un terremoto o cosa así antes del 10? Pienso en la revolución, y créalo usted...’, desearía que hubiese algo... Me basta con una semana de jarana y tiros, durante la cual no pueda salir la gente a la calle... Pero ni eso, querida. ¿Sabe usted que a los generales Serrano, Dulce y Caballero de Rodas les han puesto presos, y dicen que les mandarán a Canarias y que también destierran al duque de Montpensier? Con estas precauciones, ¡ay!, no habrá quine levante el gallo.” *La de Bringas*, cit., p. 163.

<sup>1379</sup> *La desheredada*, cit., p. 231-232.

<sup>1380</sup> *Ibid.*, p. 413-414.

<sup>1381</sup> *Ibid.*, p. 415.



En este caso Galdós no sólo censura el radicalismo revolucionario de Isidora desvelando la insinceridad del mismo, sino que, indirectamente, se burla también del igualitarismo socialista al calificarlo de “gallarda utopía” en la que se va a lograr la existencia de “la plebe fina”, oxímoron muy significativo de la actitud del narrador al respecto, especialmente si se tienen en cuenta las características de la que ha aparecido en las páginas de algunas de sus novelas, como en *La Fontana*, por ejemplo.

No es Isidora el único de los personajes galdosianos que se adhiere al credo revolucionario intentando buscar remedio a problemas personales. Un motivo de esta índole induce a Juan Pablo Rubín –su tía se ha negado a prestarle dinero- a convertirse en furibundo iconoclasta:

*“En la noche de aquel aciago día, que creyó deber marcar con la piedra más negra que en su triste camino hubiera, Juan Pablo sostuvo en el café del Siglo las teorías más disolventes. Con gran estupefacción de D. Basilio Andrés de la Caña, que volvió a la tertulia, embistió contra la propiedad individual, haciendo creer al propio sujeto y a otros tales que se había dado un atracón de lecturas prudhonianas. No había visto un solo libro, ni por el forro, y toda su argumentación ingeniosa sacábala de la rabia que contra doña Lupe sentía, rencor satánico que habría bastado a inspirar epopeyas.”*

Pero no sólo arremete contra la propiedad; su espíritu destructor es de tal calibre que la mesa del café en la que se sentaban los contendientes

*“estaba a última hora llena de cadáveres. [...] Dichos cadáveres, horriblemente destrozados, eran la propiedad, todas las clases de propiedad posibles, el Estado, la Iglesia y cuantas instituciones se derivan de estos dos principios, Matrimonio, Ejército, Crédito público, etc... Con admiración de todos, Juan Pablo se lanzó a la defensa del amor libre, de las relaciones absolutamente espontáneas entre los sexos, y puso la patria potestad sobre la cabeza de la madre. Al Papa le deshizo, y la tiara quedó pateada bajo la mesa”<sup>1382</sup>.*

Pero unos días después lo nombran gobernador y, como todas las noches, va al café del Siglo donde se reúne con sus contertulios. Éstos son los mismos de noches atrás, pero las opiniones de Rubín han dado un giro de ciento ochenta grados:

*“En cuantos asuntos se trataron aquella noche en el círculo, Rubín hizo gala de las ideas más sensatas. Era preciso moralizar la administración provincial, desterrar abusos; [...] Mucho respeto a las instituciones sobre que descansa el orden social. Cuando va cundiendo el corruptor materialismo, es preciso alentar la fe y dar apoyo a las conciencias honradas. Lo que es en su provincia, ya se tentarían la ropa los ‘revolucionarios de oficio’ que fueran a predicar ciertas ideas. ¡Bonito genio tenía él...! En fin, que el pueblo español está ineducado y hay que impedir que cuatro pillastres engañen a los inocentes”<sup>1383</sup>.*

La primera que va a sufrir las consecuencias del prurito moralizador del mayor de los Rubín, que se extiende también a la esfera privada, es su querida:

*“Refugio, que ya se estaba dando pisto de gobernadora, y se había despedido de sus amigas con ofrecimientos de protección a todo el género humano, se quedó helada cuando su señor le dijo que no la podía llevar.”*

Juan Pablo, que unos días antes predicaba el amor libre en el café, se muestra ahora respetuosísimo con todos los convencionalismos sociales:

<sup>1382</sup> *Fortunata y Jacinta II*, cit., p. 433.

<sup>1383</sup> *Ibid.*, p. 446.

*“¿No comprendes que no me puedo presentar en mi capital de provincia con una mujer que no es mi mujer? ¡Qué diría la alta sociedad, y la pequeña sociedad también, y la burguesía! [...] Pues estaría bueno que un gobernador, cuya misión es velar por la moral pública, diera tal ejemplo. ¡El encargado de hacer respetar todas las leyes, faltando a las más elementales!... ¡Bonita andaría la sociedad, si el representante del Estado predicara prácticamente el concubinato! Ni que estuviéramos entre salvajes...”<sup>1384</sup>.*

Juanito Socorro, Felipe y Mariano pertenecen al pueblo, mientras que Isidora y Juan Pablo forman parte de las capas bajas de la clase media. Galdós censura las actitudes radicales de todos, pero es más duro con unos que con otros. Con los personajes populares se muestra distante, pero con los de la clase media es inmisericorde. Aquéllos se limitan a repetir, por puro mimetismo, lo que han oído -Socorro en su casa y Felipe al propio Socorro- sin esperar obtener nada a cambio. No sucede lo mismo con Rubín cuya evolución de la exaltación a la moderación –el proceso de Isidora es inverso pero responde a las mismas causas- está motivada por sus intereses personales de tal manera que, tras su nombramiento como gobernador, se muestra dispuesto a emplear en defensa de los fundamentos de la sociedad las mismas fuerzas que antes quería utilizar para derribarlos. La misma sociedad que antes le resultaba detestable ahora le parece digna de elogio. Galdós está denunciando que los verdaderos responsables del fracaso del liberalismo son las clases medias, quienes no han tenido el menor escrúpulo en traicionar la revolución –radicalismo y conservadurismo son dos formas de hacerlo- a cambio de la acomodación personal. De ahí que la parodia del radicalismo tenga tonos distintos en ambos casos: en el de Socorro y Felipe predomina la burla distante y regocijada (que, implícitamente, es también una manifestación de reserva temerosa); en el de Juan Pablo, por el contrario, prima la denuncia y la parodia se tiñe inevitablemente de desencanto. Ahora bien, para comprender el alcance de esta parodia en toda su profundidad, hay que tener en cuenta –aunque esto lo comentaré al final de este epígrafe- que el plan que Rubín expone antes de su conversión al moderantismo –del que Galdós se burla implacablemente- es, *mutatis mutandis*, el mismo que Anselmo Lorenzo propone –totalmente en serio- en *Justo Vives*.

La parodia, además de desautorizar los radicalismos por lo que éstos tienen de inauténticos, de demagógicos o de amenaza para el liberalismo, es también una manifestación del desengaño por el fracaso del mismo. Un ejemplo es el caso de Ido del SAGRARIO en el que ambos elementos –desencanto y parodia- se dan unidos. Ido, que ha perdido el trabajo que tenía en la escuela de don Pedro, se encuentra en la más completa miseria. Conseguir el sustento diario es para él toda una aventura:

*“Los tiempos estaban malos, y francamente, naturalmente, el bueno de Ido no había de coger una espuerta de tierra en las obras del Ayuntamiento... ¡Y pensar que había en España diez millones de seres con ojos y manos que no sabían escribir!... ¡Y que el hombre capaz de enseñar a escribir al pilón de la Puerta del Sol, no tuviese que comer!... ¡Qué anomalías, y qué absurdos, y qué contrasentido tan desconsolador! ¿Pero esto era una nación o una horda? [...] Por todas partes no se oían más que anuncios de revolución, y don José..., francamente..., le pedía a Dios que se armara la gorda lo más pronto posible, que todo se volviese patas arriba, y que viéramos a los generales y ministros yendo a esperar a los reyes, y a los aguadores sentados en las poltronas..., ¡ajajá! Porque la vuelta tenía que ser grande para que el país se desasnara”<sup>1385</sup>.*

<sup>1384</sup> *Ibid.*, p. 447-448.

<sup>1385</sup> *El doctor Centeno*, cit., p. 261-262.

Pero Ido es un hombre de orden y su iconoclastia no es duradera. En una conversación que mantiene con Maxi Rubín se muestra en contra de los desmanes porque éstos son el caldo de cultivo de donde nace la tiranía:

*“Porque mire usted, cuando el pueblo se desmanda, los ciudadanos se ven indefensos, y francamente, naturalmente, buena es la libertad; pero primero es vivir. ¿Qué sucede? Que todos piden orden. Por consiguiente, salta el dictador, un hombre que trae una macana muy grande, y cuando empieza a funcionar la macana, todos la bendicen. O hay lógica o no hay lógica. Vino, pues, Napoleón Bonaparte, y empezó a meter en cintura a aquella gente. Y que lo hizo muy bien, y yo le aplaudo, sí señor, yo le aplaudo.”*

Maxi, que admira la sensatez de Ido, se muestra de acuerdo con sus razonamientos y éste sigue diciendo:

*“¿Quiere esto decir que yo sea partidario de la tiranía?... [...] No señor. Me gusta la libertad; pero respetando... respetando a Juan, Pedro y Diego... y que cada uno piense como quiera; pero sin desmandarse, mirando siempre para la ley. Muchos creen que el ser liberal consiste en pegar gritos, insultar a los curas, no trabajar, pedir aboliciones y decir que mueran las autoridades. No señor. ¿Qué se desprende de esto? Que cuando hay libertad mal entendida y muchas aboliciones, los ricos se asustan, se van al extranjero, y no se ve una peseta por ninguna parte. No corriendo el dinero, la plaza está mal, no se vende nada, y el bracero que tanto chillaba dando vivas a la Constitución, no tiene qué comer”<sup>1386</sup>.*

Sólo los insensatos, los inconscientes irreflexivos, los que actúan movidos por intereses espurios o los desesperados apoyan los radicalismos. El caso de Ido ilustra precisamente esto último. Él es una persona sensata, como demuestra en la conversación con Maxi; su ímpetu subversivo fue producto de un momento de desesperación.

Tanto la novela conservadora como la liberal rechazan frontalmente –detalles y motivos particulares aparte- la actividad política del pueblo. La verdadera razón de este rechazo –que sólo en la novela del liberalismo doctrinario se muestra de un modo relativamente explícito- es la adquisición de la conciencia de clase por parte del proletariado cuya consecuencia es que, tanto conservadores como liberales, caigan en la cuenta de que éste es su verdadero antagonista. De ahí que, en este punto concreto, haya más similitudes que diferencias entre ambas corrientes novelescas.

Que éste es el motivo de fondo por el que se muestran tan críticos, deformando, parodiando o presentando retratos absolutamente negativos de la actuación política del pueblo, se puede probar comparando dos citas que tratan sobre lo mismo –una de Galdós y otra de Anselmo Lorenzo- analizadas en las páginas precedentes. Lorenzo propugna una revolución social que destruya todas las instituciones, fundamentalmente la Iglesia y el Estado, de la decrepita sociedad presente con el objeto de conseguir la emancipación del ser humano, sometido por dichas instituciones, pues sólo así se llegará a la absoluta igualdad:

*“Estamos aquí reunidos para sustraernos a la tutela de la Iglesia y del Estado, para declarararnos emancipados de la ley y de la religión, y por tanto para disfrutar anticipada-*

---

El desengaño está provocado por los derroteros que está tomando el liberalismo burgués. Aunque la novela cronológicamente está localizada en una época anterior, se publica en 1883. En este año –ya en plena Restauración- el fracaso del liberalismo es evidente.

<sup>1386</sup> *Fortunata y Jacinta II*, cit., p. 421.

*mente de los beneficios que a las generaciones venideras producirá la revolución social*<sup>1387</sup>,

dice el presidente de la Asamblea de Carpinteros en la ceremonia de la boda de Justo y Pepita, que queda inscrita en su propio registro. Juan Pablo Rubín también quiere terminar con la propiedad privada, con la Iglesia, con el Estado, con el Matrimonio, con el Ejército... Y, aunque la negación de un préstamo por parte de su tía fue la chispa que dio origen a la explosión revolucionaria, ésta venía ya gestándose desde antes pues, de un tiempo a esta parte, a Juan Pablo le había dado por leer libros sobre anarquismo y se contaba entre sus adeptos:

*“Las lecturas de Rubín fueron como un descubrimiento. Ya sospechaba él aquello; pero no se atrevía a expresarlo. El hallazgo era negativo, es decir, había descubierto que la mejor organización de los estados es la desorganización; la mejor de las leyes la que las anula todas, y el único gobierno ‘serio’ el que tiene por misión no gobernar nada, dejando que las energías sociales se manifiesten como les dé la gana. La anarquía absoluta produce el orden verdadero, el orden racional y propiamente humano.”*

La continua utilización de la paradoja es una manera por parte del narrador de desautorizar las opiniones sustentadas por el personaje. Paradojas que se entreveran de ironía tanto en el pasaje anterior como en el que viene a continuación:

*“Las sociedades, claro, tienen sus edades como las personas: hay sociedades que están mamando, sociedades que andan a gatas, sociedades pollas, sociedades jóvenes, y por fin, las maduras y dueñas de sí; sociedades con barbas, en una palabra, y también con algunas canas. Tocante a religiones y prácticas sociales que de ellas se derivan, Juan Pablo iba muy lejos; como que no le costaba nada el billete para tan largo viaje. Sólo en la edad pueril, cuando a la sociedad se le cae la baba y vive bajo la férula del dómine, se comprende que exista y tenga prosélitos la institución llamada matrimonio.”*

Todo este plan de renovación social se cierra con una frase, en la que se entremezclan las voces del personaje y del narrador -pues todo está contado en una especie de estilo indirecto libre-, aunque la de éste es bastante más perceptible. Esta frase, que es una especie de epifonema, se convierte así en un comentario global en el que queda perfectamente resumida la opinión del narrador sobre dicho plan: “¿Qué tal? ¡Toma canela fina!”<sup>1388</sup>. El distanciamiento irónico resulta, una vez más, evidente.

Es decir, tanto Justo Vives como Juan Pablo Rubín proponen un plan de construcción de un nuevo modelo de sociedad basado en el anarquismo. Pero hay una diferencia fundamental entre ambos narradores. Anselmo Lorenzo, que cree en el anarquismo, expone su plan con absoluta seriedad. Galdós, que mantiene una postura contraria -recordemos cómo retrataba a Juan Bou en *La desheredada*- lo expone de un modo irónico-paródico. El primero se identifica con el personaje; el segundo, no. Mediante la ironía se distancia de él. Ahora bien, la ironía no sólo funciona como un recurso para alejarse del personaje. Lo que éste dice -al margen de que él sea un oportunista y de la sinceridad o insinceridad de sus convicciones- es indudable que tiene un valor intrínseco y que en estos momentos supone una amenaza para el liberalismo. Pero Galdós hábilmente elude -una vez más- entrar en el tema obrero: mediante la desautorización del personaje quedan también desautorizadas unas teorías que pretenden -al igual que las de Anselmo Lorenzo, pues son las mismas- un

<sup>1387</sup> *Justo Vives*, cit., p. 112.

<sup>1388</sup> *Fortunata y Jacinta II*, cit., p. 42.

cambio revolucionario de la sociedad que favorezca los intereses de la clase obrera. Luego, si Galdós parodia los radicalismos populares, además de utilizar el distanciamiento burlesco como un recurso para eludir, como ya se ha visto en varias ocasiones, el mundo obrero, –monopolización de la novela por la burguesía– no es tanto porque piense que favorecen a las fuerzas reaccionarias, como por el temor a que puedan forzar una reconducción de la revolución burguesa hacia otra de signo proletario.

Esta idea –el temor a la reconducción de la revolución burguesa– aparece en ambas corrientes novelísticas, aunque bien es cierto que las referencias son escasas, pertenecen a autores de segunda fila y están hechas de un modo indirecto. Concretamente dos son los casos que he encontrado, en los que se advierte del peligro de que lo que empieza siendo una revolución burguesa puede derivar –como consecuencia de la participación popular– hacia otra proletaria. Y en este punto, más allá de ciertos matices de tipo lingüístico que suponen un mayor o menor ensañamiento, no hay diferencias entre la novela conservadora y la liberal.

La primera, a la que ya me he referido al analizar el tema del poder, es una larguísima novela –tres tomos y más de dos mil páginas– cuya línea argumental, en la que se intercalan multitud de episodios secundarios, está constituida por la narración de los acontecimientos que tienen lugar en París entre septiembre de 1870 y mayo de 1871. Tras la caída del Segundo Imperio francés y la proclamación de la república, los prusianos ocupan parte de París; el gobierno, dirigido por Thiers se retira a Versalles y la mayoría de la población parisiense se traslada a los barrios obreros de la capital donde se arma y se apresta a resistir a los ocupantes. Pero el gobierno de Thiers, que considera un peligro el que los obreros estén armados, los ataca. Derrotadas las fuerzas gubernamentales, los obreros proclaman, a finales de marzo, la Comuna, que gobernará París hasta su derrota, a manos de las tropas versa-llescas, en mayo.

El autor denuncia que los que ahora se llaman republicanos no lo son, pues no buscan el bien de la nación, sino perturbar el orden público, para lo que no tienen escrúpulos en utilizar cualquier medio a su alcance:

*“Y como los llamados republicanos, que no lo son, sino sediciosos, porque no hay republicano verdadero que pueda querer la anarquía, escogitaban todos los medios imaginables para subvertir el orden, quisieron echar mano del hambre, arma poderosísima, para alterar la pública tranquilidad”*<sup>1389</sup>.

Y un medio infalible para esta alteración es echar mano del pueblo que, siente una especial predilección por todo tipo de algaradas:

*“Sabido es que las milicias ciudadanas de todos los países se asemejan entre sí de la misma manera que dos gotas de agua pura. Queremos decir con esto, que las ciudades carecen siempre de disciplina, por más que en caso de guerra procuren assimilarlas al ejército. Si a esto añadimos que en los casos análogos al en que en París se encontraba, se arma indispensablemente el paisanaje, que necesariamente ha de tener menos disciplina todavía que la milicia, fácilmente se comprenderá la posibilidad de sangrientas peripecias”*<sup>1390</sup>.

<sup>1389</sup> Juan de la Puerta Vizcaíno: *El sitio de París en 1870*, tomo I, cit., p. 729.

<sup>1390</sup> *Ibid.*, p. 707.

Tanto unos como otros no tienen escrúpulos en aliarse con un bandido que está al frente de una asociación que, oportunistamente, ha bautizado con el nombre de la *Asociación Roja*. Se constituye así un grupo de conspiradores que se reúnen en las catacumbas donde se dedican a leer una historia de la revolución francesa: “*Sin duda querían tomar modelo de ella; porque entre los modernos y antiguos republicanos, sólo existe una diferencia, y no favorable a los primeros ciertamente.*” Esa diferencia radica –sigue diciendo– en que los que hicieron la revolución a finales del siglo XVIII cometieron bastantes desmanes y atropellos, pero les guiaba un fin noble que era el bien de la patria. Por el contrario:

*“Los modernos, en general hablando, quieren el bien personal, aunque sin que se les caigan de los labios las palabras ‘libertad’, siendo muy déspotas; ‘pueblo’, siendo el egoísmo personificado, y ‘patria’, a la que tanto aman, que comienzan por deshonrarla y aniquilarla, sembrándola de luto.”*

Por eso, éstos, a diferencia de los anteriores, sólo toman de la historia aquello que le es útil para llevar a cabo sus planes perversos:

*“De la obra en cuestión tomaron el molde para los incendios, para los motines que pensaban realizar, y sobre todo, lo que más eco les hizo fue una cierta conspiración en que tenían como contraseña unos huevos rojos. Pero, como ellos querían ser originales, los adoptaron azules”<sup>1391</sup>.*

Es decir, utilizan los métodos de la revolución burguesa francesa para intentar hacer una de tipo proletario. Por eso, el general Clemente Thomas –“*republicano ardiente y de buena fe [que] no aceptaba ni transigía con los crímenes que se cometían en nombre de la República*”<sup>1392</sup>– afirma que son los propios franceses los responsables de la perdición de su patria: “*No es el extranjero quien labra su ruina... son sus propios hijos... la historia lo recordará mañana con horror y vergüenza*”<sup>1393</sup>. Lo que la historia recordará con horror y vergüenza –como analizaré en el epígrafe siguiente– será el triunfo de la Comuna, revolución de signo proletario.

También López Bago –en una novela situada en Cuba– trata el tema de la independencia de la isla de tal manera que, metafóricamente, plantea cómo la intervención de las capas populares puede hacer que la burguesía, que es quien lidera la revuelta independentista, pierda el control y ésta derive hacia una revolución social. En la novela se entrelazan dos acciones. La primera, la histórica, está constituida por la narración de los acontecimientos ocurridos en Cuba desde el pronunciamiento del general Lorenzo en 1836 hasta el “*Grito de Baire*” en 1895 y la llegada de Martínez Campos para ponerse al frente del ejército español. En esta trama histórica se inserta la personal de Lico Godínez, el protagonista, que va a experimentar una evolución que le lleva de sentir un profundo odio por España<sup>1394</sup> y apoyar la independencia, a irse distanciando paulatinamente, al darse cuenta de que, aunque hay algunos que luchan de un modo altruista, muchos militan en la causa de la independencia por razones puramente egoístas. No obstante, incluso cuando era partidario de la independencia, se mostraba inequívocamente en contra de que en ella participara cualquiera y así se lo dice a su padre, uno de los líderes. Cuando éste le comunica que un famoso bando-

<sup>1391</sup> *Ibíd.*, tomo II, p. 193..

<sup>1392</sup> *Ibíd.*, tomo III, p. 842.

<sup>1393</sup> *Ibíd.*, tomo III, p. 845.

<sup>1394</sup> “*Odiaba a España. Se había criado en este odio y lo heredaba. Su bisabuelo, allá por los tiempos en que mandaba Tacón, fue uno de los pronunciados que en Santiago de Cuba siguieron al general Lorenzo.*” *El separatista*, cit., p. 106.

lero está dispuesto a aportar una gran cantidad de dinero, Lico manifiesta su desacuerdo y su padre le pregunta: “¿Qué harías tú? ¿Cómo concibes que llegemos a la realidad de la guerra?”, Lico le responde que él no quiere bandoleros entre los insurrectos porque le parece una inmoralidad; pero, sobre todo, lo que no quiere son negros:

*“Entonces, Lico habló. Al principio con mesurado reposo. Luego comunicando a sus palabras los entusiasmos de las convicciones profundamente arraigadas. Él no quería bandoleros, como tampoco quería hombres de color en las filas de los insurrectos. Desconfiaba de estos últimos que ahora se prestaban a combatir con los cubanos para la expulsión de los españoles pero que luego se volverían quizás contra todos para hacer la guerra de raza, que odiaban igualmente a unos y otros porque jamás perdonarían la esclavitud en que tuvieron a sus padres. Sabíase esto de sobra. Ya estaba averiguado que el poeta Plácido y los que con él murieron fusilados por la espalda en 1844 no tenían otro objeto que el exterminio de los blancos para hacerse dueños de la isla de Cuba. ¡Otro Santo Domingo! ¡Jamás!”*<sup>1395</sup>.

Lico termina alejándose definitivamente de los independentistas:

*“No daba ya la razón a los separatistas que se confundían con los bandoleros y con los negros para combatir a España sin pensar en dos peligros grandes: el de la guerra de raza y el de la anexión”*<sup>1396</sup>.

Pero, no sólo él retira su apoyo a la causa de la independencia ante el temor a las consecuencias que se pueden derivar de la participación de los negros; hay muchos líderes que hacen lo mismo:

*“Los antiguos caudillos, los que no fueron aventureros sino patriotas, los que tenían por oficio el guerrear, ninguno de ellos, exceptuando su padre, estaba con la insurrección. Refugiábanse en los ideales de la reforma o del autonomismo. Iban a ver al general Martínez Campos y le decían:*

*-Ésos faltaron a su palabra de honor; éstos. Pero nosotros no. Aquí estamos.*

*¿Eran sinceros? ¡No habían de serlo! Por lo mismo que hubieron de ver en la guerra pasada, naciente el peligro de la imposición de la ‘negrada’, no querían, ahora que éste era mayor, exponer su patria, verla convertida, como decía el doctor Pérez en un ‘palenque’”*<sup>1397</sup>.

Y las palabras de uno de los caudillos negros –Guillermón- negándose a admitir en su partida a unos cuantos criollos, demuestran que la inquietud de Lico y demás dirigentes, que no quieren la presencia de los negros en la insurrección, no es infundada: “Váyanse. Aquí no queremos blanquitos”<sup>1398</sup>. Lico Godínez se refiere en varias ocasiones a los negros de un modo despectivo. Aunque expresiones como “negrada” puedan tener connotaciones racis-

<sup>1395</sup> *Ibíd.*, p. 163.

Después de esta conversación con su padre va a ver a Solita, viuda de un militar español, de la que Lico está enamorado (episodio que subraya simbólicamente la escisión afectiva del protagonista), y se muestra desilusionado por el curso que están tomando los acontecimientos: “Si alguna vez somos libres, será porque son libres los milagros. Y más valiera, más valiera deber nuestra libertad a la intervención de lo divino, de lo maravilloso que debérsela a muchos de los que quieren dárnosla... Mire usted, hay dos cosas tan grandes, tan admirables, tan elevadas, que las prefiero perdidas a ganadas con el concurso de los malos [...]. Esas dos cosas son la Patria y la familia. El amor a la tierra donde nacemos y la mujer que elegimos para que de ella nazcan nuestros hijos en esa tierra.” P. 198-199.

<sup>1396</sup> *Ibíd.*, p. 231.

<sup>1397</sup> *Ibíd.*, p. 261.

<sup>1398</sup> *Ibíd.*, p. 262.

tas<sup>1399</sup>, la reacción del protagonista ante éstos está motivada más que por el desprecio, por el temor; no en vano advierte del peligro de la “guerra de raza” y de que los negros impongan sus exigencias. Parece claro que bajo la expresión “guerra de raza” –se dice claramente que los negros odiaban tanto a los españoles como a los cubanos- subyacen los temores del protagonista a que los antiguos esclavos se aprovechen de la revuelta independentista para reconducirla hacia una revolución social contra cubanos y españoles, pues para ellos, tanto unos como otros, son los representantes de un modelo social que los ha explotado inmisericordemente tratándolos como animales. A esta característica de la sociedad cubana –que avalaría la interpretación que acabo de hacer- se refiere Gutiérrez Carbajo:

*“En esta sociedad integrada por dos etnias (blanca/negra) con sus múltiples mezclas, y dos clases (amo/esclavo), donde el color de la piel coincidía con el status social, no había posibilidad de afrontar los problemas políticos sin tener en cuenta tales diferencias”*<sup>1400</sup>.

Es decir, proletariado y burguesía. Se puede, por tanto, establecer un paralelismo entre la situación cubana y la española en el que la insurrección independentista se corresponde con la revolución burguesa, los esclavos con los proletarios, y los amos con los patronos. Las razones que tiene Lico Godínez para desear que los negros se mantengan alejados de las fuerzas separatistas son las mismas que tienen los burgueses españoles para preferir que el pueblo se mantenga alejado de la política. Y, por otra parte, tanto de la Puerta Vizcaíno como López Bago apelan al mismo argumento para rechazar la participación de los elementos radicales al lado de la burguesía: el patriotismo. Para el primero, el patriotismo consiste en estar con los auténticos republicanos contra la Comuna –en cuya defensa colaboran los bandidos y los rojos-; para el segundo, los patriotas son los que renuncian a la independencia, apoyada también por bandoleros y negros. La renuncia implica alejarse de éstos y pactar con los españoles, por lo que se puede interpretar, asimismo, como una metáfora del pacto llevado a cabo en la Restauración por la burguesía conservadora y la oligarquía para defenderse del proletariado. El patriotismo así entendido es un valor burgués y como tal lo perciben los partidos proletarios, como lo demuestra el hecho de que en la novela de Anselmo Lorenzo, *Justo Vives*, se muestren absolutamente indiferentes ante la celebración de la fiesta nacional del 2 de mayo; para ellos, su fiesta era la del día anterior, fiesta universal, y no la particular de la burguesía. La apelación al patriotismo responde al deseo de mantener el orden establecido -pues implica, en el caso de la Puerta Vizcaíno, cerrar filas en torno a la burguesía que hizo la revolución francesa, y en el segundo, en torno a las clases dominantes de la isla- que se siente amenazado ante la posibilidad de que los procesos revolucionarios, puestos en marcha por la burguesía, sean desbordados y reconducidos por el proletariado. Y esto se percibe por parte de la burguesía como posible porque existen ya unos partidos obreros que han elaborado una ideología cuyo objetivo es la sustitución del sistema socioeconómico existente, el liberalismo, por otro que se asiente sobre bases totalmente distintas: el socialismo.

<sup>1399</sup> Ésta es la opinión de Francisco Gutiérrez Carbajo en la *Introducción* de su edición de la novela: “*Algunos de sus personajes, implicados directamente en los movimientos segregacionistas aceptan con dificultad tener que soportar a negros en su misma causa. Su racismo y sus rancios principios de clase llevan al ‘viejo guerrillero de Yara’ a ver representado, en los hombres de color, el ridículo espíritu del mal.*” P. 44.

<sup>1400</sup> *Introducción*, cit., p. 43.



### 3.2.7.3. LA SOCIEDAD SIN CLASES: SOCIALISMO Y ANARQUISMO.

*Socialismo, anarquismo, Comuna, Internacional*, son términos que aparecen utilizados, tanto en la novela conservadora como en la liberal, de un modo más o menos indistinto, para referirse a todo lo relativo al movimiento obrero que es sistemáticamente descalificado por ambas, aunque con bastante más dureza por la conservadora que por la liberal pues ésta, en algunos casos, realiza un tratamiento del tema que se podría calificar de tímido intento de acercamiento objetivo al mismo. La novela proletaria, por su parte, aunque recoge las divisiones entre socialistas y anarquistas, insiste más en lo que les une –la consecución de la revolución social- que en lo que les separa: los medios para lograrla.

#### A) La novela conservadora: emotividad y cientifismo.

Cuatro son las novelas de la corriente conservadora en las que he encontrado referencias al tema. En todas hay un rechazo frontal del mismo, que se realiza mediante la caracterización negativa de todo lo relacionado con el socialismo, el anarquismo o el movimiento obrero. Pero dentro de este rechazo general se pueden distinguir dos enfoques que voy a denominar: “emotivo” y “científico”.

Denomino rechazo emotivo al que se lleva a cabo sin entrar en el fondo de la cuestión, sino simplemente apelando a mecanismos emocionales como las oscuras motivaciones, el engaño, la perversidad de los promotores de los cambios revolucionarios... y, sobre todo, los desórdenes que provocan en las instituciones sociales; desórdenes que, en algún caso, se llegan incluso a presentar como castigos de la Providencia.

La novela en la que más ampliamente se encuentra este tratamiento es en *El sitio de París*. En el apartado anterior comenté un pasaje en el que se advertía de que la participación del pueblo en la revolución burguesa conllevaba el riesgo de que ésta fuera reconducida hacia otra de signo popular. Es lo que sucede en París tras la caída del Segundo Imperio el 2 de septiembre de 1870. Dos días después se proclama la República, París es sitiado por los prusianos y la Guardia Nacional –reorganizada y armada- en la que los obreros representan la gran mayoría, se prepara para su defensa. El gobierno de Thiers se retira a Versalles y París queda en manos de un comité cuyos dirigentes son miembros de la Guardia Nacional, los sindicatos obreros y la Internacional. Thiers, cuyo gobierno representa los intereses de la burguesía, intranquilo por el cariz que estaban tomando los acontecimientos de París, ataca la capital. Los obreros, que hasta ese momento se habían limitado a luchar contra los prusianos, tienen ahora que defenderse también de sus propios compatriotas, con lo que la lucha adquiere un carácter totalmente diferente:

*“El carácter de clase del movimiento de París, que antes se había relegado a segundo plano por la lucha contra los invasores extranjeros, resalta con trazas netas y enérgicas desde el 18 de marzo en adelante”*<sup>1401</sup>.

El 26 de marzo fue elegida la comuna, el 28 se proclamó y en mayo fue derrotada<sup>1402</sup>.

Vizcaíno –para quien los acontecimientos de París son obra de la Internacional que se vale de la Comuna para imponer el socialismo- no ahorra medios para descalificar todo lo

<sup>1401</sup> Francesc Bonamusa: *Introducción* a: H. Prosper-Olivier-Lissagaray: *Historia de la comuna*, vol. 1, Barcelona, Estela, 1971, p. 18.

<sup>1402</sup> Cf.: *Ibid.*, p. 16-28.

que se relaciona con estos sucesos, tanto antes como después de la proclamación de la Comuna.

Empieza por culpar a la Nueva República que se constituyó tras la rendición ante los prusianos: “*La Nueva República, precursora de la “commune”, apenas podía apartar de sus mejillas la vergüenza de la capitulación de Sedán*”<sup>1403</sup>. Y es que, tras la rendición, se produce un vacío de poder que va a ser aprovechado por el proletariado pues, como dije anteriormente, son las clases populares, armadas, las que se van a disponer a la defensa de París contra los prusianos; pero, no sólo se defienden, sino que, dirigidos por la Internacional, preparan simultáneamente la revolución, por lo que fue esta asociación la principal responsable de los aspectos más trágicos de cuantos sucedieron:

*“Una vez probado como está que los acontecimientos de período más sombrío y terrible de aquella guerra fueron debidos a los trabajos de la ‘Internacional’, creemos oportuno ocuparnos aunque sea ligeramente de esta asociación”*<sup>1404</sup>.

Sus miembros, cuya catadura moral deja bastante que desear, se encuentran afiliados a diversos clubes:

*“Entre los diferentes clubs que se formaron en la capital del vecino imperio, ninguno más notable acaso que el conocido con el título de ‘Los hijos del fuego’. [...] Su jefe era un cortador de carnes llamado Simonet Courrier. En pos de éste seguían otros segundos jefes, hombres todos de mala catadura y bastantes peores antecedentes.”*

Lo menos malo son sus excentricidades: “*La pretensión y el orgullo de Simonet le habían conducido hasta el extremo de haber querido parodiar a los caciques incas, haciéndose llamar ‘Hijo del Sol’*”<sup>1405</sup>. La manía de grandeza de Simonet se extiende a los demás miembros: “*Recibían el nombre de ‘Estrellas’ una porción de mujercuelas de vida nada edificante, y el de ‘Luceros’ los jefes que seguían en graduación a Simonet.*” Pero lo peor es el espíritu sanguinario de muchos de ellos, concretamente de este último, que es contagio de su oficio:

*“Simonet habíase criado desde pequeño en el matadero de París; así es que habíase acostumbrado a ver correr la sangre del mismo modo que el pastor los arroyuelos de límpida agua por la quebrada montaña. No le importaba, como es consiguiente, clavar su afilado cuchillo en la garganta de un inofensivo cordero. Antes al contrario, gozaba en ocupación tan repugnante de una manera difícil de explicar”*<sup>1406</sup>.

Hasta tal punto le ha cogido afición a matar que ya no sólo disfruta sacrificando inofensivos corderitos:

*“El constante uso de su oficio le había embrutecido de tal modo, de tal manera había secado los manantiales de ternura de su corazón, que gozaba del mismo modo viendo a una persona revolcarse en su sangre que cuando veía a las reses del matadero.”*

Él y otros como él son los miembros de este club socialista: “*Los otros personajes que le rodeaban eran sobre poco más o menos lo mismo que él. [...] Habíanse convenido todos ellos en formar un club socialista*”<sup>1407</sup>. Con semejantes miembros las reuniones del club —que el na-

<sup>1403</sup> *El sitio de París*, tomo II, cit., p. 364.

<sup>1404</sup> *El sitio de París*, tomo II, cit., p. 702.

<sup>1405</sup> *Ibíd.*, p. 338.

<sup>1406</sup> *Ibíd.*, p. 339.

<sup>1407</sup> *Ibíd.*, p. 340.

rrador satiriza inmisericordemente- no pueden ser otra cosa que una mezcla de cinismo y de intervenciones a cada cual más disparatada:

*“Simonet, revestido de todas las facultades que su alto puesto le concedía, ocupó el sillón, y por no decir mentira, el banco presidencial. Tosió, hizo dos o tres movimientos para sentarse cómodamente, y pronunció a sus compañeros el siguiente elocuentísimo discurso, digno de pasar a la posteridad:*

*-Ciudadanos, compañeros y amigos míos, buenas noches. Ya me va a mí cargando todo esto.*

*-Pido la palabra, dijo una mujer joven y no mal parecida, pero bastante mal ataviada.*

*-Estoy hablando yo, que valgo más que tú, y que todos vosotros juntos.*

*-Eso poco a poco; yo soy un ciudadano honrado –dijo otro recién salido del presidio de Tolón.*

*-Por mucha honra que tú y todos vosotros tengáis, yo tengo mucha más, porque para eso soy presidente de este club”<sup>1408</sup>.*

Simonet, que se cree un personaje por haber ascendido hasta la presidencia del club, cree que éste puede ser el primer paso de una brillante carrera:

*“Simonet pensaba en aquel momento para sí que no haría un papel desairado en la Asamblea de la República. [...] Y un mar de ilusiones acudía a su imaginación. Ya se veía elevado sobre el nivel social de los que le rodeaban en aquel sitio y a los que pocos minutos antes había llamado compañeros. Soñaba despierto un mundo de lujos y de placeres. Coches, caballos, riquezas, mujeres hermosas. Todo esto se le presentaba ante los ojos de su fantasía.”*

Y el mejor medio para conseguirlo es que se imponga el socialismo:

*“Entonces se animaba diciendo interiormente: el socialismo debe triunfar para que yo adquiera sin trabajo lo que otros tienen, porque de otro modo me moriría siendo un pobre, un miserable diablo. Después que sea rico... ya veremos de sujetar a toda esta canalla para que no me robe lo que posea”<sup>1409</sup>.*

Comienza a hacer demagogia para que los demás le secunden en sus planes:

*“Animado por esta idea, Simonet gritaba como un energúmeno:*

*-¡Guerra a muerte a esos miserables bandidos que están disfrutando lo que nosotros hemos ganado con el sudor de nuestro rostro! Su oro es nuestra sangre, su lujo representa nuestro trabajo”<sup>1410</sup>.*

Pero no es sólo Simonet el que pretende utilizar el socialismo como medio de promoción personal; los sedicentes comunistas, que también afirman buscar el bien del pueblo y luchar por la libertad, no hacen ni una cosa ni otra. Al pueblo le roban:

*“Aquellos desdichados ‘soi dissant’ comunistas, se dirigieron a seguida a la alcaldía del vigésimo distrito, y cargaron con 2000 raciones de pan que robaron a otras tantas personas honradas, puesto que las raciones estaban allí para ser repartidas al siguiente día”<sup>1411</sup>.*

<sup>1408</sup> *El sitio de París*, tomo II, cit., p. 341.

<sup>1409</sup> *Ibíd.*, p. 346.

<sup>1410</sup> *Ibíd.*, p. 347.

<sup>1411</sup> *Ibíd.*, p. 272.

Por lo que se refiere a la libertad –“proclamaron la libertad del hombre, adquirida por medio de la ‘commune’”<sup>1412</sup>– en lugar de defenderla, la aplastan, pues reprimen a balazos una manifestación a favor del orden:

*“Dicen que los federales habían recibido orden de disparar al aire; pero fuera olvido o mala fe, la descarga no fue perdida, causando el plomo infinitas y terribles desgracias. Lo repetimos, la ‘commune’ nada quería con el orden cuando fusilaba a sus indefensos amigos. La ‘commune’ se había quitado la careta, y los habitantes de París conocieron, aunque muy tarde, que nada tenían que esperar de aquellos verdugos hipócritas, que asesinaban en nombre de la libertad”*<sup>1413</sup>.

Ellos, que llaman traidores y ladrones a los gobernantes de la República, pretenden exterminarlos a todos para poder robarles impunemente:

*“El crimen de que en general son acusados es el de tener usurpadas al pueblo sus riquezas. Pasen pues a nosotros sus haciendas y capitales lo primero, porque es lo más interesante; después aniquilémoslos sin dejar uno solo para que en ningún tiempo puedan reclamar ni rebelarse contra nosotros. Entre los géneros de muerte que pueden llevar, yo solo debo proponer uno: mueran degollados como reses”*<sup>1414</sup>.

Dos respetables generales –Thomas y Lecomte– que se significaron en la defensa de la República son condenados a muerte y fusilados ante el regocijo de la multitud. El narrador califica a ésta de “chusma” y de “hienas sedientas de sangre”, pero carga las culpas sobre los dirigentes de la Internacional sobre cuya gratuita ferocidad insiste una vez más:

*“Las escenas que siguieron a la del fusilamiento de las dos primeras víctimas de los ‘regeneradores de la sociedad’, demuestran la horrible saña, la inmensa barbarie, la inconcebible ferocidad de aquellas almas infernales”*<sup>1415</sup>.

Esta saña es manifestación de un espíritu destructivo que se extiende a todo. Quieren, incluso, abolir el matrimonio, porque esta institución es el equivalente en las relaciones humanas de la propiedad privada:

*“Queremos la descentralización y la comunidad de todo cuanto existe en el universo. El hombre que se casa retiene a una mujer a su lado que nadie más que él puede poseer, lo cual es un egoísmo. Los avaros nunca se ven hartos. ¡Cuántas veces les sobraría aquella mujer mientras a otros les está haciendo falta!”*<sup>1416</sup>.

Entre sus planes está también la supresión de la religión y del culto. Cuando el pueblo se hace eco de estas ideas y las comenta, se pueden oír diálogos como éste:

*–Desde que se nos ha quitado de encima la ‘polilla imperial’ Dios se ha puesto de nuestra parte.  
–¡Dios!... ¡eh! Callad... [...]  
–¡Es verdad! Ya me olvidaba de que debemos pasarnos sin Dios; eso es lo que me decía esta mañana mi hombre al volver de la trinchera. [...] Que Dios es... ¡cómo diablos dijo!... es... un ‘misto’.  
–¡Un misto... ¡Pardiez! la idea es nueva... nunca se me hubiera ocurrido compararle a un fósforo...  
–No, no es eso... es... Vamos, ¡ya di en ello! un mito.*

<sup>1412</sup> Ibid., p. 273.

<sup>1413</sup> *El sitio de París*, tomo II, cit., p. 1014-1015.

<sup>1414</sup> Ibid., p. 352.

<sup>1415</sup> Ibid., p. 863.

<sup>1416</sup> Ibid., p. 347.

-¿Y qué diantres quiere decir esa palabra?  
-Lo ignoro”<sup>1417</sup>.

Cuando se proclama la Comuna, todo este programa lo llevan a la práctica. Prohíben el culto, convierten las iglesias en clubes y los altares en mostradores de tabernas, visten a la Virgen de cantinera con gorro frigio y fumando en pipa... A pesar de eso, todavía hay gente que no se da por satisfecha y reclama medidas más radicales:

“-Mientras no exterminemos a todos esos gandules que acostumbran a desayunarse con hostias... y se visten por la cabeza. [...] -Sí... pero esos señores de la ‘commune’ en ciertos asuntos andan con unos reconcomios... yo hubiera fusilado ya a todos los curas y a todas las beatas de París. -Y si me apuran un poco hasta al mismo Dios”<sup>1418</sup>.

Diálogos como éste son frecuentes en las reuniones que los miembros de la Internacional celebran en las iglesias a las que

“ya pueden figurarse nuestros lectores, qué concurrencia tan escogida asistiría [...]. Se componía en su mayor parte de mujeres como de las que venimos hablando en este capítulo, pilluelos harapientos y asquerosos, y de frenéticos demagogos. Estas reuniones, donde había tantas blasfemias como palabras, empezaban y concluían generalmente dando mueras desaforados a los ministros del culto”<sup>1419</sup>.

No sólo suprimen el culto, sino que exigen también a los inquilinos de seguir pagando los alquileres. Su empeño por destruir todo lo existente alcanza incluso a los edificios históricos: “El Luxemburgo, el Louvre, las Tullerías... todos esos palacios nos recuerdan el dominio de los tiranos... ¡abajo, pues, esas moradas infames!”<sup>1420</sup> grita Simonet, que no pierde ocasión de incitar al populacho a cometer desórdenes de todo tipo, a lo que éste gustosamente se presta: “Grupos de mujeres repugnantes y sucias recorrían las calles, siendo el incendio la huella de sus pasos. Aquellas arpías llevaban ocultamente un bote de hojadelata lleno de petróleo”<sup>1421</sup>.

Todos estos desastres son consecuencia –afirmación en la que el narrador insiste continuamente a lo largo de la novela- de la conjunción de dos factores: socialismo y populacho, que no destaca precisamente por su inteligencia ni por su bondad, pues entre sus

<sup>1417</sup> *Ibíd.*, p. 358.

<sup>1418</sup> *El sitio de París*, tomo II, cit., p. 1112-1113.

El narrador no sólo “desautoriza” a los personajes mediante el diálogo, sino que, además, hace de ellos un tratamiento deformante y degradante. Así describe a las autoras del anterior diálogo: “En una habitación mezquina, perteneciente al piso bajo de una casucha de las pocas que aún quedaban en París, había reunidas hasta cuatro mujeres, si merece este nombre un ser que sólo en la forma material pertenece a la especie humana. [...] Sus atavíos, mejor que no sus vestidos, estaban llenos de remiendos torpemente puestos sobre tela, y de girones [sic], desastrosamente abiertos en todas partes. Su cabezas envueltas en unos pañuelos sucios, a cuadros negros y encarnados, dejando escapar mechones de un cabello crespo y rizado. Por sus rostros, poco agraciados, parecían arpías. Además denotaban un abuso frecuente y pernicioso del alcohol.” P. 1110.

<sup>1419</sup> *Ibíd.* Ante tantas muestras de irreligiosidad el narrador no puede menos que reaccionar con unas reflexiones moralizantes: “¿Para qué tantos insultos a un ser cuya existencia se niega teniéndola como una fábula? ¿Por qué ha de quitarnos el sueño una cosa que no existe para nosotros? Esto más que indiferentismo religioso, era la la rabiosa impotencia del orgullo.”

<sup>1420</sup> *Ibíd.*, p. 1124.

<sup>1421</sup> *Ibíd.*, p. 1160. Las referencias al frecuente uso del petróleo se habían convertido en tópicas. Ortega y Munilla la utiliza como una comparación para explicar los efectos que tuvieron en un padre, cuya hija soltera se había quedado embarazada, los intentos de tranquilizarlo: “Traté de calmarle; pero me sucedió lo que a esos tunantes ‘comuneros’ de París que, para apagar los incendios, echaban, sobre las casas que ardian, petróleo y gasolina.” *La Cigarra*, cit., p. 88.

miembros abundan los ignorantes y los malvados<sup>1422</sup>, lo que es aprovechado por los impulsores de los desórdenes: “*Es el caso que la voz de los futuros devastadores de la sociedad iba haciendo eco en la embotada imaginación de algunos millares de almas, débiles las unas, malvadas las otras*”<sup>1423</sup>. La apelación a la maldad como argumento condenatorio era uno de los tópicos que circulaba contra la Comuna. Arturo Campión también lo recoge, aunque como elemento de comparación, pues el blanco de su ataque es el liberalismo, única amenaza real de los valores tradicionales en el ambiente rural en el que localiza su novela<sup>1424</sup>.

Cuando los prusianos se dan cuenta del daño que la Internacional puede causar a Francia, planean inmediatamente utilizarla para decantar la guerra a su favor. Frantz, espía prusiano, se pone en contacto con algunos de los cabecillas a los que, en primer lugar, les dirige unas palabras que se convierten en una acusación más de los móviles espurios del movimiento:

*“No se me ocultan las tendencias de esa asociación [...]. Todos en ella, y aun vosotros mismos, queréis el establecimiento de la “commune”; solamente que esta forma de gobierno proclamada ya en el club, responde a diversos y aun contrarios fines: los menos piensan en remediar las desgracias de la patria; para los más, en cuyo número os encontráis vosotros, la “commune” es el robo, el pillaje y el asesinato.”*

Y, a continuación, les manifiesta que los prusianos están tan interesados como ellos en que consigan el triunfo que él da por seguro:

*“Desgraciadamente para la Francia la “commune” vendrá; también, como vosotros, la desean los alemanes. [...] La “commune” será la última de vuestras derrotas, la última victoria de las armas alemanas sobre vosotros”*<sup>1425</sup>.

La conducta de Frantz no quedará impune; va a resultar gravemente herido por las balas de los propios comuneros; arrepentido, le confiesa a su esposa francesa en el lecho de muerte:

*“... no me mata el plomo de los soldados de la “commune”... de esa “commune”, cuyo triunfo procuraba yo hace poco tiempo para deshonorar y envilecer a Francia, a tu país, a los ojos de Europa... sin embargo, no es esto lo que me mata... sino mi propio delito... mi agudo remordimiento”*<sup>1426</sup>.

<sup>1422</sup> El narrador cae en bastantes incoherencias a lo largo de la novela. Cuando, bastantes páginas más adelante, se refiere a las fuerzas de la comuna, escribe lo siguiente: “*Las fuerzas de la “commune” eran inmensas. Además de las militantes, cuyos individuos, entre nacionales y extranjeros ascendían a sesenta mil, había que añadir un mínimum de ciento treinta mil obreros, adheridos a la insurrección.*” Tomo II, P. 1042. ¿No había ninguna persona honrada ni inteligente entre tanta gente?

<sup>1423</sup> *El sitio de París*, tomo II, cit., p. 336.

<sup>1424</sup> En la homilía del domingo el padre Aguinaga comenta el capítulo cuarto de *El liberalismo es pecado*, “*ponderando la pravedad liberal por encima de los blasfemos, ladrones, adúlteros y homicidas; tronando desafortadamente contra los liberales que rezan el rosario, confiesan y comulgan a menudo, y oyen misa diaria, peores, mil veces, que los monstruos de la ‘comune’.*” *Blancos y negros*, cit., p. 281.

<sup>1425</sup> *Ibid.*, p. 414.

<sup>1426</sup> *Ibid.*, p. 1023.

En este aspecto, el de la utilización de los acontecimientos revolucionarios, por parte de las fuerzas de ocupación, el narrador vuelve a dar otra muestra de inconsecuencia. Después de haber estado insistiendo continuamente en los móviles torticeros de los líderes de la Comuna y en que éstos promovían los desórdenes, en un pasaje de la novela presenta a dos altos mandos del ejército prusiano que afirman lo contrario: que tratan de evitarlos, por lo que la mejor manera de manipular el movimiento revolucionario es jugar esta baza para desautorizar a los jefes ante el populacho:

- “*Lo principal para conseguir nuestro objeto es desacreditar, a los ojos de la plebe, a los individuos que forman parte de la “commune”.*”

Reaparece así, aunque indirectamente uno de los temas de la ideología del pensamiento conservador que ya he comentado en otros apartados de esta tesis: el origen extranjero de las ideas disolventes y, consecuentemente, la defensa de lo propio tras la que se esconde indefectiblemente la de los valores tradicionales.

Vizcaíno insiste en que únicamente el populacho indeseable dirigido por aventureros sin escrúpulos tomó parte en la Comuna no sólo presentando a los personajes y narrando sus actos, sino recogiendo también el rechazo e indignación que tanto unos como otros provocaban en la gente honrada:

*“De todos los pechos honrados se levantaba una protesta contra el atrevimiento y desfachatez de aquellos hombres ambiciosos, que querían hermanar el crimen con la rectitud y el rencor con las injusticias”*<sup>1427</sup>.

Es decir, el populacho está de parte de la Comuna. Pero existe un pueblo sensato que reprobaba todo tipo de excesos. Tan sensato que, incluso reconociendo que sus fines son justos, se manifiesta en contra porque no está de acuerdo con los desmanes. Es el caso de Bartolo, campesino de Rota que mantiene una conversación sobre estos temas con Julio, el hijo de la marquesa de Villarana. Éste, cuando le oye hablar sobre la propiedad de la tierra en la zona, le comenta: *“Amigo Bartolo [...] usted ha oído predicar mucho en el club y es internacionalista”*, a lo que el aludido responde:

*“Lo he sido, sí señor, y he dejado de serlo: lo que dice la Internacional es la verdad y la justicia y lo que debe ser; sólo que no puede ser eso en mucho tiempo, porque los pueblos no mudan de costumbres como yo de camisa; pero los carlinos jesuitas dirigen y engañan a los trabajadores con la verdad y los azuzan por medio de cuatro ‘viviores’ de barbas largas y bigotes ‘erizaos’ que ‘nadie’ los conoce, para que hagan muchas atrocidades; y si no, donde quiera que suceda, que ‘ajonde’ la justicia y encontrará frailes en la cosa y así matan la libertad, y cuando mandan ellos ponen la Inquisición y ‘nadie’ chista”*.

Bartolo -cuyos razonamientos son a veces un tanto confusos pues por momentos parece identificar Internacional con democracia- sigue argumentando que aquélla está dominada por los carlistas, con la colaboración de los Jesuitas que, incitando a los trabajadores a la realización de actos revolucionarios, lo único que buscan es su desacreditación:

*“Yo dejé la Internacional, convencido de eso, porque no quiero ser comparsa de los carlinos, que le dicen al obrero: mira, salta ese río, que de la banda de allá está el pan; y como el río es muy ancho, el trabajador, al saltar, cae en la mitad de la corriente y se ahoga, y no le dejan que vaya buscando los vados del derecho, sino que a fuerza ha de dar el salto; los jesuitas les dicen que tan malos son los moderados como la democracia, y así mandan siempre los primeros, con quienes ellos medran, y si viene la segunda la matan con las exageraciones por mano de los que debían ser sus primeros defensores”*<sup>1428</sup>.

---

*-Difícil será, porque el pueblo tiene gran confianza en sus hombres. Ya visteis lo que pasó con Flourens cuando el motín del Hotel de Ville.*

*-No creo la empresa tan ardua; desde el momento en que los jefes tratan de impedir algunos de estos actos de vandalismo, ya están desacreditados a sus ojos.”* P. 720. Y, un poco más adelante, uno de los interlocutores propone sobornar a los líderes, a lo que el otro responde: *“Eso me parece algo difícil. No creo que Flourens, Rochefort, Delescluze, Cournet y otros vayan a venderse.*

*-¡Es una lástima! Eso nos ahorraría la mitad de la jornada.”* P. 722.

<sup>1427</sup> *Ibid.*, p. 943.

<sup>1428</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 149-150.

Por eso él ha renunciado a la revolución como medio para conseguir cambiar las estructuras sociales y se muestra partidario de llegar a ellos mediante procesos graduales:

*“Así que haya muchos propietarios chicos de tierra, ellos se asociarán y sin derramar sangre, ni producir ruidos, ni miedos, la tierra dará de sí todo lo que pueda dar, que es cuatro veces lo que da hoy, y cada obrero recibirá el producto debido de su trabajo”*<sup>1429</sup>.

Vizcaíno y Navarrete coinciden en el fondo de la cuestión y en que utilizan el mismo argumento: rechazo de la Internacional porque es manipulada por individuos ajenos a la misma –en un caso, aventureros indeseables; en el otro, la extrema derecha- que incitan al pueblo a la provocación de desórdenes para conseguir sus propios objetivos, que nada tienen que ver con los del movimiento; pero difieren en la forma: el primero emplea este argumento –que pone en boca del narrador- de un modo emotivo, lo que le lleva a oponerse frontalmente, mientras que el segundo –que cede la voz al personaje- le da una cobertura pseudoracional. Los personajes de Vizcaíno son planos, de un solo trazo, lo que, entre otras cosas, los hace poco creíbles. No entra a analizar las causas por las que los obreros de París –él mismo dice que participaron más de ciento treinta mil- apoyan masivamente el movimiento. Al centrarse únicamente en los desórdenes y en los desmanes evita entrar en el fondo de la cuestión: las condiciones de vida de las clases populares. La Internacional y el socialismo resultan así no sólo globalmente descalificados, sino demonizados. Este tratamiento de la cuestión resulta poco convincente. Conlleva, además, el enfrentamiento abierto con el movimiento obrero sin intentar acercarse, aunque sea para negarla, a su problemática. Esto es, precisamente, lo que con gran habilidad hace Navarrete. Éste, como se vio al analizar el mundo del trabajo, refleja las duras condiciones de vida de los campesinos de Rota<sup>1430</sup>, pero termina concluyendo que el mantenimiento de las mismas es, de momento, menos perjudicial para los campesinos –y es uno de ellos quien lo dice- que su superación mediante la implantación del socialismo. Concretamente, admite la existencia de un grave problema: la distribución de la propiedad de la tierra en Andalucía y que, por tanto, lo que pide la Internacional es justo –cosa que no hace Vizcaíno- pero, al mismo, tiempo afirma que la solución no es posible en el presente –“sólo que no puede ser eso en mucho tiempo”- por lo que hay que posponerla hasta un futuro no cercano. Navarrete “resuelve” así el problema sin que cambie nada y deja, además, contento a todo el mundo: al movimiento obrero porque reconoce que tienen razón y los exculpa de los desórdenes responsabilizando a los carlistas; y a la oligarquía de la Restauración –concretamente a los grandes terratenientes-, porque las palabras de Bartolo, declarando que durante mucho tiempo sus propiedades no corren peligro, les resultan tranquilizadoras. Por eso Julio, el hijo de la marquesa de Villarana se muestra absolutamente de acuerdo con Bartolo: “*Bien, amigo Bartolo, muy bien –aplaudió el hijo de la Marquesa,- y vengan esos cinco*”<sup>1431</sup>. La aprobación del aristócrata a todo lo que dice Bartolo es otro de los recursos que utiliza Navarrete para “desactivar” el movimiento socialista impulsado por la Internacional. El asentimiento de Julio, así como el que descienda a tratar estos temas de un modo natural y sosegado con el campesino, que

<sup>1429</sup> *Ibíd.*, p. 150-151.

<sup>1430</sup> Aunque las circunstancias concretas, que se señalan, quedan trascendidas y sublimadas por una atmósfera de idealización general que se extiende por toda la novela a cuya creación contribuyen la alegría, laboriosidad y resignación de los campesinos que aceptan su situación con absoluta mansedumbre y estoicismo.

<sup>1431</sup> *María de los Ángeles*, cit., p. 151.



por lo que dice demuestra un notable grado de conciencia de clase, es una prueba del paternalismo del aristócrata, posible únicamente porque Bartolo –en clara contradicción con esa conciencia de clase- reconoce la incapacidad del proletariado para erigirse en protagonista de su propia liberación al señalar que la Internacional es manipulada por la ultraderecha. Que alguien que ha pertenecido a la Internacional y que se ha alejado de ella porque se ha convencido de que sus objetivos –aunque justos- no pueden llevarse a la práctica por el momento, reconozca la inmadurez del proletariado para caminar solo, supone la aceptación de las estructuras socioeconómicas existentes, cosa que explícitamente hace Bartolo. Navarrete consigue así, a pesar de haber denunciado que son injustas, su permanencia; eso sí, señalándoles un “plazo” de finalización; lo cual deja satisfecho a todo el mundo: por una parte, porque contribuye a mantener la esperanza del proletariado en que las cosas cambien; y, por otra, al situarlo en un tiempo futuro indeterminado no provoca la mínima inquietud en las clases poseedoras. Navarrete consigue así negar la Internacional reconociendo que tienen razón pues sus reivindicaciones son justas.

Pardo Bazán es más directa. Emplea algunas veces –al igual que cuando se ocupa de la politización de las cigarreras- la ironía para manifestar su distanciamiento, como cuando Amparo se dirige a sus compañeras de trabajo:

*“En sus labios, la república federal no fue tan sólo la mejor forma de gobierno, época ideal de libertad, paz y fraternidad humana, sino período de vindicta, plazo señalado por la justicia del cielo, reivindicación largo tiempo esperada por el pueblo oprimido, vejado, trasquilado como mansa oveja. Un aura socialista palpó en sus palabras que estremecieron la fábrica toda”*<sup>1432</sup>.

Pero, son las propias trabajadoras –en lo que cual coincide con Navarrete- las que se horrorizan cuando se enteran de lo ha pasado en París. Las cigarreras llevan un período sin cobrar sus salarios. Amparo trata de incitarlas a que se tomen medidas radicales poniendo la Comuna como ejemplo:

*“¡Siempre unos holgando y otros reventando! pues no ha de durar hasta el fin de los siglos que alguna vez se ha de volver la tortilla.  
-El que está debajo, mujer, debajito se queda.  
-¡Conversación! Mira tú: en París, de Francia, el cuento ese de la “Comun”... ¡Anda si pusieron lo de arriba abajo! ¡Anda si sacudieron! No quedó cosa con cosa...; así, así debemos hacer aquí, si no nos pagan.  
-Y allá, ¿qué hicieron?  
Amparo bajó la voz  
-Prender fuego... a todos los edificios públicos”*<sup>1433</sup>.

Pero las palabras de Amparo producen un efecto totalmente contrario al esperado por ella, pues las cigarreras no son partidarias de estos radicalismos:

*“Un murmullo de indignación y horror salió de la mayor parte de las bocas.  
-Y a las casas de los ricos..., y...  
-Asús! ¡Fuego, mujer!  
-Y afusil..., y afusil..., ar...  
-Afusilar..., ¿a quién, mujer, a quién?  
-A..., a los prisioneros, y hasta al Arzobispo, y a los cur...”*

<sup>1432</sup> *La Tribuna*, cit., p. 238-239.

<sup>1433</sup> *La Tribuna*, cit., p.240 .

-¡Infames! [...]  
 -¡Calla, calla, que parece que la sangre se me cuajó toda!... Y ¿quién hizo eso? ¡Pues vaya unas barbaridás que cuentas.”

Ante esta reacción negativa e inesperada, a Amparo no le queda más remedio que recoger velas y rectificar:

“Si yo no las cuento para decir que esté bien hecho eso de..., de prender fuego y afusilar... ¡No, caramba! ¡No me entendéis, no os da la gana de entenderme! Lo que digo es que... hay que tener hígados, y no dejarse sobar ni que le echen a uno el yugo al cuello sin defenderse... lo que digo es que, cuando no le dan a uno por bien lo suyo, lo muy suyo...”<sup>1434</sup>

Las trabajadoras han dado una vez más muestra de su buen sentido, que no sólo desarma a Amparo –sus vacilaciones son muestras evidentes de ello- sino que prueba lo que la autora afirma en el *Prólogo* sobre las excelencias del pueblo español<sup>1435</sup>.

Tantos horrores –incendios, fusilamientos indiscriminados- son también considerados en la corriente conservadora como un castigo para la clase dominante por haberse alejado de los valores tradicionales. Es así como Coloma entiende el socialismo. López Moreno, nuevo rico, compró en Extremadura una finca de una orden eclesiástica durante la desamortización de Mendizábal. Pero, según cuenta su mujer en una tertulia aristocrática,

“en cuanto proclamaron la República, invadió la dehesa una horda de aquellos bandidos, asesinaron al aperador y a tres guardas, y se repartieron las tierras... López Moreno salió para allá corriendo, y estoy inquietísima... No sé lo que va a hacer...  
 -¿pues qué va a hacer? –exclamó Diógenes-. ¡Polaina! lo que hicieron los frailes Agustinos cuando su marido de usted y Mendizábal les quitaron la dehesa... ¡Tener paciencia!... A cada puerco le llega su San Martín, doña Ramona; figúrese usted si no le llegará también a Matapuerca... Amigo, ¡los socialistas, los socialistas!... Ésos han aprendido lógica: ahí tiene usted a los nuevos desamortizadores”<sup>1436</sup>.

Coloma les asigna a los socialistas el papel de castigar a la oligarquía de la Restauración haciendo con ellos lo mismo que ellos hicieron unos años antes con la clase tradicional: expropiarles. Pero su función justiciera no los convierte en moralmente respetables; si los primitivos desamortizadores resultan condenados en esta cita por expoliadores, los socialistas, a los que denomina “nuevos desamortizadores”, merecen como mínimo la misma calificación negativa para el narrador. Lo que ocurre es que en esta novela ocupan un segundo plano porque, como ya se vio en el capítulo correspondiente al poder, el verdadero objetivo de Coloma es la crítica de la aristocracia de la Restauración a la que acusa de haber abdicado de su responsabilidad histórica.

El segundo tratamiento, al que me referí al comienzo de este epígrafe es el “científico”. Se corresponde con la ideología del “liberalismo doctrinario”. Lo denomino “científico”.

<sup>1434</sup> *Ibíd.*, p. 240.

<sup>1435</sup> “Tal vez no falte quien me acuse de haber pintado al pueblo con crudeza naturalista. Responderé que si nuestro pueblo fuese igual al que describen Goncourt y Zola, yo podría meditar profundamente en la conveniencia o inconveniencia de retratarlo. [...] Afortunadamente, el pueblo que copiamos los que vivimos al lado de acá del Pirineo no se parece todavía, en buen hora lo digamos, al del lado de allá. Sin dar en optimista, puedo afirmar que la parte de pueblo que vi de cerca cuando tracé estos estudios me sorprendió gratamente con las cualidades y virtudes que, a manera de agrestes renuevos de inculta planta, brotaban de él ante mis ojos.” *Cit.*, p. 58.

<sup>1436</sup> *Pequeñeces*, *cit.*, p. 195-106.

co” porque pretende abordar la cuestión del socialismo desde la óptica de la ciencia económica. Ya comenté algunos aspectos al analizar el tema del trabajo. Para los defensores de la más pura ortodoxia liberal los socialistas tienen una concepción errónea de los más elementales conceptos económicos: trabajo y capital:

*“El error de las escuelas socialistas nace de la falsa idea que tienen de lo que es “trabajo” y de lo que es “capital”. Para muchos socialistas no hay más trabajo que el esfuerzo físico; pero el trabajo humano participa siempre del doble carácter de físico e intelectual”<sup>1437</sup>.*

Quien así habla es Pedro, un joven ingeniero que se ha prestado a mantener una discusión pública con los líderes obreros. Otro de los conceptos de la teoría económica socialista que Pedro rebate por erróneo es el de plusvalía: “Uno de los principales errores, en mi opinión, de la doctrina colectivista, consiste en que considera como “trabajo muerto” al capital”<sup>1438</sup>. Lo cual no es en absoluto cierto porque

*“el capital no se forma con los “plus valores” de que habla Carlos Marx; el capital es siempre el resultado del ahorro; es una parte de la producción, que en lugar de consumirse, se guarda para invertirla en producir de nuevo. Sus beneficios son, por tanto, tan legítimos como los que todo trabajador obtiene de su trabajo”<sup>1439</sup>.*

Además de los argumentos económicos, Bona emplea también en su refutación del socialismo otros de tipo político: la falta de unión, la división dentro del movimiento obrero: “Habían hablado ya varios oradores, todos socialistas, aunque de diversas sectas. Cada uno al proponer su sistema censuró acerbamente los de sus colegas.” Al describir a continuación los contenidos de los discursos y las reacciones que suscitan entre los asistentes, Bona comienza a alejarse del pretendido enfoque científico y adentrarse en el emotivo:

*“El público operario no acertaba a comprender las diferencias, pero a todos les prodigaba ruidosos aplausos, cuando con entonación terrible y despidiendo chispas por los ojos maldecían a los infames “burgueses”, llamaban robo a la propiedad, proponían la destrucción de la tiranía del capital, la sustitución del envilecedor salario por la participación de beneficios, la reducción de las horas de labor, y que se consiguiera en las leyes el “derecho” de todo operario al trabajo y a la instrucción y el crédito gratuitos”<sup>1440</sup>.*

Los adjetivos empleados son suficientemente significativos de la opinión que le merecen al autor las reivindicaciones obreras que, por otra parte, ni siquiera se molesta en refutar, lo cual es también indicativo de su actitud hacia las mismas. Este rechazo emotivo, que en la cita anterior se adivina, aparece con toda claridad cuando cuenta que la reacción unánime del público ante los argumentos expuestos por Pedro es el abucheo y describe la fisonomía de los que lo abuchean:

*“Y entre los rostros encendidos de ira, se destacaban los de muchas mujeres, imagen de las furias del Averno, que levantaban los brazos con los puños cerrados en actitud amenazadora y agotaban el vocabulario de los más groseros dicterios con voces chillonas y entonaciones horriblemente desafinadas”<sup>1441</sup>.*

<sup>1437</sup> Félix de Bona: *La huelga*, cit., p. 8.

<sup>1438</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>1439</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>1440</sup> *Ibid.*, p. 5.

<sup>1441</sup> *Ibid.*, p. 9.

Entre estas mujeres y las arpias de Vizcaíno, que transportaban ocultamente latas de petróleo durante la Comuna de París, no hay ninguna diferencia, lo que demuestra que Bona no desdeña tampoco, como procedimiento de negación del socialismo, la degradación deformante de sus militantes.

La novela conservadora utiliza, pues, tres procedimientos para manifestar su rechazo ante las organizaciones obreras: la refutación “científica” de sus presupuestos, la deformación degradante de sus seguidores y, complementariamente, la sensatez de los elementos sanos del pueblo, que les lleva a alejarse de las mismas por la manipulación de que son objeto y los excesos y desmanes que cometen.

### **B) La novela liberal: descalificación y objetividad.**

La actitud de la novela liberal es, como en todos los epígrafes anteriores, más matizada. Predomina la descalificación, que se realiza mediante el empleo de diversos procedimientos. Pero se utiliza también el tema como un arma contra la oligarquía, mezclándose en este caso el tratamiento aparentemente objetivo con los intentos de canalizar el movimiento obrero por parte de la burguesía, haciéndose portavoz de las reivindicaciones obreras, tanto para limarle los radicalismos como para “probar” que siguen teniendo cabida dentro del liberalismo y que, si hasta el momento no ha sido así es porque los que están en el poder se han apartado y traicionado el credo liberal.

El enfoque predominante es el descalificador que busca desprestigiar y desautorizar el movimiento obrero –tanto socialista como anarquista, aunque más este último– que no es objeto casi nunca de un tratamiento digno, si entendemos por tal, objetivo y autónomo pues, cuando se acerca a la objetividad, ésta se utiliza para atacar a la oligarquía.

Con este denominador común de la descalificación se pueden distinguir tres procedimientos: Deformación, trivialización y alejamiento irónico.

La deformación se parece en algunos aspectos a la de la novela conservadora, pero con la diferencia de que los personajes no son de una pieza y, por ello mismo, no resulta tan emotiva ni demagógica. El caso más significativo, al que ya me he referido al analizar el mundo del trabajo, es el de Juan Bou, el personaje anarquista que ocupa un lugar bastante destacado en *La desheredada*. Su retrato tiene mucho de caricatura: el narrador lo clasifica dentro de la especie de “ursus speloeus”<sup>1442</sup>; cuando comienza a galantear a Isidora, como es consciente de los efectos catastróficos que puede provocar en ella el manifestarse al natural, hace tremendos esfuerzos para mostrar cierta apariencia de refinamiento:

*“Movido por un galante respeto hacia Isidora, Bou violentaba su palabra para que no fuese áspera, y así, hablando del pueblo y de la liquidación social, usaba términos blandos y oraciones trabajosamente delicadas que salían de su boca como los gorjeos de un buey que se propusiera ser émulo de los ruisseñores”*<sup>1443</sup>.

De ahí que “Las galanterías de Bou con Isidora semejaban a las del oso que quiso mostrar el cariño a su amo matándole una mosca sobre la frente”<sup>1444</sup>. Es decir, es un personaje primitivo, primario y su forma de pensar es igual de elemental. Las simplezas de Bou las denuncia el

<sup>1442</sup> *La desheredada*, cit., p. 286.

<sup>1443</sup> *Ibid.*, p. 343.

<sup>1444</sup> *Ibid.*, p. 344.

narrador, unas veces, reproduciendo su lenguaje lapidario, como cuando le explica a Mariano su concepto de lo que es ser pobre:

*“No hay pobreza en la honradez, no hay honra como la del trabajo –afirmó Juan Bou, incorporándose y dejando ver el esplendor lumínico de su ojo rotatorio, que parecía una rueda de fuegos artificiales-. ¡Pobre! ¿Qué quiere decir esto? Es una necedad, una lucubración contraria a los grandes principios. ¿Tienes satisfechas tus necesidades? Sí. ¿Tienes hambre? No. ¿Estás vestido? Sí. Pues eres tan rico como el duque A o el conde B, o quizá más”<sup>1445</sup>.*

Otras veces, como cuando pretende explicar a sus empleados los conceptos de explotación y revolución, es menos lapidario pero no más elocuente:

*“Ved ésos que andan por ahí, toda esa chusma de esos señorones y holgazanes. ¿De qué viven? De nuestro trabajo. Ellos no labran la tierra, ellos no cogen una herramienta, ellos no hacen más que pasear, comer bien, ir al teatro y leer libros llenos de bobadas... Comparémonos ahora. Nosotros somos las abejas; ellos los zánganos; nosotros hacemos la miel; vienen ellos y se la comen. Nos dejan las sobras, nos echan un pedazo de pan por lástima, como a los perros... Pero todo se andará, tunantes, todo se andará; vendrá la cosa y haremos cuentas, [...] Allí se os aguarda. Allí estaremos. Con un pedazo de lápiz tamaño así, y un papel de cigarro basta para hacer el gran balance. Es la liquidación fácil, porque es la última..., y ‘palante’”<sup>1446</sup>.*

Dejando aparte que, dadas las características del personaje, nada de lo que diga puede ser tomado en serio y, aunque los conceptos de explotación y revolución, al trivializarlos de esta manera, resultan ya descalificados, el narrador profundiza en la descalificación del de revolución, mediante dos procedimientos: uno indirecto y el otro, directo.

Muestra del primero es la descripción<sup>1447</sup> de la maquinaria de imprenta que compra Bou de segunda mano para ampliar su negocio:

*“La máquina, sonando como una desgranadora de maíz, tenía quejidos de herido y convulsiones de epiléptico. Consagrada durante seis años a tirar un periódico rojo, subsistía en ella un resto, un dejo de la fiebre literaria que por tanto tiempo estuvo pasando entre sus rodillos y su tambor. Las cajas, donde yacía en pedazos de plomo el caos de la palabra humana, eran desvencijadas, polvorientas y sudaban tinta. Habían servido para componer papeles clandestinos, y conservaban el aspecto de la negra insidia que trama sus actos en la sombra. La horrible guillotina, cuya enorme cuchilla lo mismo podía cortar un librillo de papel de fumar que una cabeza humana, ocupaba el ángulo más sombrío de la sucia estancia, que más parecía una bodega o sótano que taller del arte de imprimir, soberano instrumento de la Divinidad, vicario de la Providencia en la Tierra. Viendo aquellos trebejos, se podría sospechar que el tal arte había sido encarcelado allí para expiar las culpas que alguna vez, por andar en malas manos, ha podido cometer”<sup>1448</sup>.*

El contraste que establece el narrador entre el noble arte de imprimir y el uso al que esas máquinas habían estado dedicadas es suficientemente significativo de la opinión que tiene sobre los proyectos revolucionarios del proletariado. Ese mal uso ha dejado secuelas en ellas, fiebre, quejidos..., como si de una enfermedad se tratase, con lo que explícitamente se está sugiriendo que, más que mal uso, fue abuso. Abuso que raya en el delito, por lo que

<sup>1445</sup> *Ibíd.*, p. 288-289.

<sup>1446</sup> *La desheredada*, cit., p. 289.

<sup>1447</sup> Esta cita ya la comenté al analizar el mundo del trabajo. Pero su verdadero significado lo adquiere como metáfora de la idea que Galdós tiene sobre la revolución obrera. Por eso la reproduzco de nuevo y la analizo ahora desde este punto de vista.

<sup>1448</sup> *Ibíd.*, p. 284.

han sido condenadas a pena de cárcel que están cumpliendo en el local de Bou. La revolución queda así, al convertirla en delincuente, condenada a prisión, desacreditada. A esta tarea contribuyen también las prosopeyas que desempeñan, además, otra función: escamotear y esconder el elemento humano cuyo lugar es ocupado por las máquinas. La prosopeya, que es al mismo tiempo una metonimia, al sustituir a los protagonistas humanos por unas máquinas desvencijadas, los coloca en un segundo plano. Por eso, culpar a éstas de los desórdenes de la revolución no significa la exculpación de los revolucionarios, sino el relegarlos al olvido negándoles todo protagonismo, lo que es una manifestación más de la que he señalado como característica central de la producción novelesca de este período: su monopolización por parte de la burguesía.

Muestra del segundo procedimiento —el que he denominado directo— son las ironías sobre las numerosas simplezas de Bou. Para éste no existe más trabajo que el manual; cualquier otra actividad no merece la calificación de trabajo por lo que quería

*“que todo el que tuviera boca tuviera una herramienta en la mano; que no hubiera más que talleres y se cerraran los lugares de holganza; que se suprimieran las rentas y no hubiera más que jornales; que cada cual no fuera propietario nada más que de la cuchara con que había de comer la sopa nacional”*<sup>1449</sup>.

Para este sistema económico que él propone no hace falta el dinero: “¿Y si llega un día en que no haya dinero, en que no represente nada el dinero, porque las cosas, o, mejor dicho, el servicio A y el servicio B, se cambien directamente sin dinero?”<sup>1450</sup>, le contesta a Mariano, cuyo único objetivo en la vida es tener mucho. Como esta teoría no convence al hermano de Isidora Rufete, que insiste en que él quiere ser rico a toda costa, Bou le explica con más detalles su programa económico:

*“Sí, se suprimirá el dinero, que no sirve más que para negocios indecentes. Suprimiendo el numerario, quedarán suprimidos los ladrones..., y ‘palante’. [...] Hay por ahí unos cuantos tunos que se comen lo que no es suyo, lo que es de todos, del común, y el día en que se diga: “¡Ea!, bastante ha durado la mamancia...”, va a ser bueno, va a ser bueno. Nosotros diremos: “A ver, señor duque de Tal, ¿de dónde sacó usted las tierras A y las dehesas B? Señor banquero Cuál, ¿de dónde sacó usted los millones A y B que tiene en el Banco?” “Hombre —dirán ellos—, pues yo...” “Valientes pillos están ustedes, acaparadores, por no decir otra cosa...” Con que ya ves. No habrá entonces dinero, ni Banco, ni Bolsa; no habrá más que servicios mutuos, toma y daca. Que yo necesito un jamón, el comestible A o el comestible B: me voy a la tienda y me encuentro que el tendero necesita etiquetas, anuncios. Pues ahí va, y venga. El sastre hará pantalones al zapatero, y el zapatero le hará zapatos nuevos al sastre. Es un organismo sencillísimo, brutos. Vosotros no habéis estudiado la cosa, no habéis trabajado por la cosa, no habéis estado en calabozos, no habéis comido ratas desabridas”*<sup>1451</sup>.

E igual de simple que su concepción económica es su idea de la sociedad: “Bou no quería galas, ni lujo, ni vicios caros, ni palacios; lo que quería era que todos fuésemos pueblo”<sup>1452</sup>. Lo cual le ha convertido en un fanático de los derechos del pueblo: “Deliraba por los derechos del pueblo, las preeminencias del pueblo y el pan del pueblo, fundando sobre esta palabra,

<sup>1449</sup> *La desheredada*, cit., p. 287.

<sup>1450</sup> *Ibid.*, p. 290.

<sup>1451</sup> *Ibid.*, p. 290-291.

<sup>1452</sup> *Ibid.*, p. 287.

*¡pueblo!, una serie de teorías, a cuál más extravagante*<sup>1453</sup>. Consecuencia de esta igualación a la baja es la supresión de las celebridades. Cuando se entera de que Pecado, además de rico, quiere ser célebre, le replica:

*“¿Conque célebre y todo..., es decir, hombre grande? ¡Valiente papamoscas! ¿Y qué entiendes tú por celebridad? La de los guerreros capitanes, la de esos bobos que llaman poetas, escritorzuelos... Los unos son los verdugos de la Humanidad: no han hecho más que matar gente. Los otros han engañado y extraviado a la Humanidad, contándole mil mentiras y embelecós. Cógeme a tal o cual guerrero, al poeta A o al prosista B. ¿Qué han hecho por el pueblo? Nada. Su celebridad se acabará también porque se suprimirá la Historia. Se hará una Historia nueva, en que no figuren más que los que han inventado una máquina o perfeccionado la herramienta A o B. Ésos sí, éstos sí que tendrán estatuas*<sup>1454</sup>.

Lógicamente, desprecia el arte, del que tiene un concepto totalmente negativo, lo que le lleva, cuando visita el palacio de la duquesa de Aransis en compañía de Isidora, a adoptar una actitud irreverente ante los cuadros:

*“Anda, anda, ¿quién será este animal? –decía el litógrafo, parándose ante los retratos-. ¡Vaya una tiesura! Perdón, caballero; yo creí que usted era un palo. Y nos mira con cierto enfado... Nada, señor; no nos comemos la gente... Toma; también hay aquí una monja. ¡Y es guapa...! Buena pieza sería usted, hermana. [...] ¡Ah!, ¡usted!, el de la golilla que parece un plato, el de la cruz de Calatrava, usted, caballere, si viviera en estos tiempos de ahora y alcanzara el día de la justicia, no nos miraría con esos ojos!... ¡Quia!, se le pondría una escoba en la mano; mi señor cruzado barrería las calles..., y ‘palante’.*”

Bou sólo ve en las obras de arte que tiene delante una muestra más del sudor y la explotación del pueblo:

*“Es cosa que aterra el pensar todo el sudor del pueblo, todos los afanes, todas las vigiliás, todos los dolores, hambres y privaciones que representa este lujo superfluo. Esto es; el pobre obrero se deshuesa trabajando para que estos holgazanes se den la buena vida en estos palacios llenos de vicios y de crímenes*<sup>1455</sup>.

También en una novela de Alejandro Sawa aparece un personaje que experimenta sensaciones parecidas al pasar delante del magnífico jardín del palacio de la condesa del Zarzal:

*“Cuando el transeúnte, haciendo caso de aquellas inspiraciones de olor que enardecían su olfato seguía adelante hasta pararse en la verja dorada de aquel parque del paraíso, ¡oh! entonces, burgués o demagogo, como quiera que fuera, linfático o nervioso, con el cerebro chato o esférico, como quiera que fuera, sentía subir desde el estómago al cerebro la oleada biliosa del socialismo*<sup>1456</sup>.

Los medios que propone Bou para conseguir ese socialismo tan simple son asimismo igual de elementales:

*“Lo primero era coger a cuatro docenas de individuos y colgarlos de los faroles de la Puerta del Sol. Después venían los decretos, todos de ‘Artículo Único’ ¡Si sabía él lo que tenía que hacer un hombre que había leído tanto, un hombre que arrastró grillos y cade-*

<sup>1453</sup> *La desheredada*, cit., p. 281.

<sup>1454</sup> *Ibid.*, p. 291.

<sup>1455</sup> *Ibid.*, 347.

<sup>1456</sup> *La mujer de todo el mundo*, cit., p. 8.

*nas y fue llevado de calabozo en calabozo!... ¡Había comido ratas! ¿Qué más títulos necesitaba para gobernar el mundo?*"<sup>1457</sup>.

Aunque, evidentemente, el programa de gobierno de Bou no necesita comentarios, el narrador resume en una frase lapidaria la opinión que el mismo le merece: "*Imaginó que de allí en adelante se andaría con la cabeza y se pensaría con los pies*"<sup>1458</sup>.

Pero Galdós no sólo descalifica a Bou, y al movimiento anarquista del que es militante, poniendo de manifiesto el primitivismo del personaje y el simplismo de sus ideas políticas, sino también denunciando sus contradicciones. Para amenizar las rutinarias tareas de la imprenta, le gusta cantar:

*"Juan Bou, que aunque buen catalán tenía un oído infernal, destrozaba entre dientes 'La Marsellesa', como destroza el fumador la colilla del cigarro. Después escupía unas cuantas notas, y callaba, para empezar de nuevo al poco rato*"<sup>1459</sup>.

Bou, que es enemigo jurado de la burguesía, contra la que lanza continuamente amenazas revolucionarias, se pasa el día cantando el himno burgués por antonomasia. Pero no es ésta la más grave de sus contradicciones. Ya se ha visto anteriormente cómo despreciaba el dinero y criticaba a Mariano porque su único objetivo en la vida era llegar a tener mucho. Sin embargo, cuando por ironías del destino –el narrador dice que de la Providencia- a Bou comienza a llegarle el dinero por varios conductos, se olvida de sus antiguos planes de trueque:

*"Desde la visita al palacio de Aransis empezó la tal Providencia a divertirse con él. En el espacio de quince o veinte días le quitaba por un lado toda esperanza de amor y dábale por otro tres gollerías o momios pecuniarios a cuál más valioso. Primero: aseguró un buen negocio contratando un cierto trabajo de impresiones y etiquetas con un afamado industrial; segundo: percibió una herencia de ciento setenta y cinco mil reales; tercero, se sacó un segundo premio de lotería importando cinco mil duros."*

En esta ocasión el narrador no se limita a exponer los hechos dejando que sea el lector el que extraiga sus propias conclusiones –como en el caso de La Marsellesa- sino que saca las suyas cargadas de ironía:

*"¿Qué tal? Aun con ser estos embolsos un estorbo más para llegar a la deseada liquidación social, Bou se guardó el dinero y se puso muy contento, considerando en lo más escondido de su mente que bien podía aplazarse la tal liquidación o exceptuar de ella, en el punto y hora en que se hiciera, el dinero de la gente honrada"*<sup>1460</sup>.

Bou intenta, además, tener una relación amorosa con Isidora –con la que está dispuesto a casarse- y de la que va a salir bastante escarmentado por los cuantiosos gastos que le supuso, dada la tendencia de la hija de Rufete al derroche<sup>1461</sup>.

<sup>1457</sup> *La desheredada*, cit., p. 282-283.

<sup>1458</sup> *Ibid.*, p. 282.

<sup>1459</sup> *Ibid.*, p. 292-293.

<sup>1460</sup> *Ibid.*, p. 379.

<sup>1461</sup> Cuando, finalmente, consigue librarse de tan pesada carga para su economía, reflexiona: "*Calavera de un día –decía para sí-, vuelve a tu choza y no pierdas la chaveta; ya supiste lo que es la vida de esas infames sanguijuelas. Vamos, que si no meten a esa divinidad en la cárcel, ¡pobre Juan Bou, infeliz obrero!... Sigamos ahora siendo pueblo llano, independiente, liberal, y cuando caiga otra breva, veremos si conviene ser pueblo o echar una cana al aire en el mundo de los burgueses. ¡Valientes pillos! Pero aquello es vivir...*" P. 410. Es decir, para importarle tan poco el dinero como dice, se siente muy aliviado cuando deja de ser saqueado por Isidora.



Una variante de la deformación es la que insiste en los aspectos desagradables en la línea analizada en la novela de Vizcaino. El hijo de la condesa del Zarzal celebra su boda en París a la que invita a toda la aristocracia. A la salida de la iglesia la comitiva se encuentra con una manifestación de obreros:

*“...una realidad de diez mil hombres, eso que viene, que viene, que viene impetuoso, que se acerca, que se echa encima, que arrolla los coches de la comitiva nupcial, que hincha toda la calle, que va dejando un vaho de humanidad por donde pasa, es eso, es esa reunión de diez mil hombres, [...] que lo invade todo, que hacen temblar con sus voces las vidrieras de los edificios, valientes adalides del porvenir que cantan, y su voz parece no ya la voz de todo un pueblo, sino el trágico alarido de toda una generación de mártires”<sup>1462</sup>.*

Van cantando una canción en la que profieren amenazas contra la burguesía, canción que el narrador califica de “ese espantoso alarido de angustia, ese himno del rencor y el hambre combinados.” Su aspecto feroz y las amenazas provocan el miedo:

*“Los gendarmes se escondían en los portales de las casas. A las ventanas se asomaban los curiosos, con más cara de espectros que de hombres. “¡Es la Internacional, la Internacional que ha triunfado! ¡Otra vez la Commune!”<sup>1463</sup>.*

Y los más asustados son los aristócratas españoles que habían ido a la boda del conde:

*“Y aquellos zingaros del Mediodía de Europa que eran todos conservadores porque no tenían nada que pedir a la sociedad, locamente espléndida para ellos, se ocultaban aterrorizados en el fondo de sus coches, parados, detenidos allí, en pleno arroyo, hasta que acabaran de pasar aquellos bárbaros, que como si obedecieran a una consigna, y aquellos coches, detenidos en medio del ‘boulevard des Italiens’ formaran parte de su rito revolucionario, tiraban unánimemente escupitajos o insultos al desfilar ante ellos, ante aquellas cinco o seis carretadas de miedosos”<sup>1464</sup>.*

El desfile –lleno de tipos desastrados y andrajosos en cuyo aspecto insiste el narrador– se prolonga durante más de una hora. Van retirándose paulatinamente pero, como un último coletazo, pasa un niño:

*“Aquel calor de horno producido por las exhalaciones pulmonares de diez mil gañanes desapareció poco a poco, y un muchacho que cantaba, digámoslo así, por su cuenta, separado de la tromba revolucionaria, formando una retaguardia, que débil y mezquina como era, figuraos ¡un niño de diez años!, representaba la imponente retaguardia del porvenir, desafiaba solo, con su voz desfallecida y su raquitismo de niño mal alimentado, las iras de los ‘burgueses’, cantando sin la ayuda de nadie, contra tanto aparato social coaligado en contra suya, gendarmes, tenderos, hombres de levita, todo el cielo y casi toda la tierra”<sup>1465</sup>.*

Evidentemente en toda esta cita, en la que se establece un contraste entre la opulencia de los asistentes a la boda y la miseria de los obreros –cuya conciencia de clase también se refleja pues aparecen profiriendo gritos amenazadores contra la burguesía– hay una denuncia social. Sin embargo, de todo el texto se desprende una atmósfera de fatalismo, que se acentúa en la escena final, pues el hecho de que sea un niño raquítico –“la imponente retaguardia del porvenir”– el que cierra el desfile no es un símbolo que invite al optimismo. Por eso, la insistencia en los andrajos, en el olor desagradable, en el calor que produce la aglomeración

<sup>1462</sup> *La mujer de todo el mundo*, cit., p. 50-51.

<sup>1463</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>1464</sup> *Ibid.*, p. 51-52.

<sup>1465</sup> *La mujer de todo el mundo*, cit., p. 52-53.

de tanta gente –cosa bastante inaudita, pues se trata de un espacio abierto–, en el raquitismo..., provocan, a la postre en el lector, como en la novela de Vizcaíno una reacción de rechazo, con la única diferencia de que Sawa, implícitamente, culpa de la miseria al sistema social de la Restauración<sup>1466</sup>.

El segundo y tercer procedimientos señalados –ironía y trivialización– aparecen frecuentemente unidos. Se consigue así descalificar y desacreditar al movimiento obrero restándole importancia, casi frivolisándolo. Para ello se hacen asociaciones o comparaciones humorísticas o poco favorecedoras, pero sin saña, sino envueltas en lo que se podría denominar como una especie de paternalismo burlón. Palacio Valdés lo pone en práctica con don Fernando de Meira. Éste, como ya analicé al ocuparme extensamente de él en el tema del poder, es un hidalgo arruinado con un alto concepto de su dignidad y del nombre de su familia por lo que bajo ningún concepto se humillaría ni a trabajar ni a pedir limosna. Pero pasa tanta hambre que, después de muchas vacilaciones, se decide una noche a robar unas patatas en la huerta de don Claudio, el maestro: “*Y he aquí cómo el hambre hizo socialista en un instante al último vástago de la gran casa de Meira*”<sup>1467</sup>. También Valera trivializa el socialismo; primero, reduciéndolo –aunque no es muy explícito al respecto– a un sentimiento innato en los bermejinos, anterior a la formulación de sus postulados. Este sentimiento no es otra cosa que la envidia que, en una época en la que, gracias a las muchas oportunidades que se presentan, surgen nuevos ricos, experimentan los que no han sido capaces de mejorar de situación. Por eso, éstos dirigen sus miradas no contra los potentados tradicionales, mucho de los cuales están ya arruinados, sino contra los recientes:

*“El fondo democrático y algo socialista de la educación frailuna del vulgo no se volvía ya contra ellos [los Mendoza], porque no tenían más que deudas, ni contra el señor del lugar, cuyos administradores habían sido siempre generosos con el pueblo y con ellos mismos a costa del magnánimo duque, el cual andaba en Madrid hecho un Mendoza de la corte; esto es, con más trampas que pelos en la cabeza. El furor de la porción menos sana de los bermejinos era contra los ricos de reciente fecha; contra los que se habían enriquecido dando dinero a premio o el tráfico de vinos, aceite y granos. Muchos de estos ricos nuevos habían hecho su fortuna aumentando el bienestar general, acrecentando el acervo común del haber de la nación, creando riqueza; pero los resabios inveterados de los bermejinos más aviesos, mezclados con la envidia, si bien no de concierto todavía con predicaciones venidas más tarde de fuera de España, no les dejaban ver en los bienes adquiridos por otros un aumento del bien colectivo, sino una dislocación o una absorción de bienes que a todos pertenecían, verificada con infernal astucia”*<sup>1468</sup>.

Este socialismo latente, “avant la lettre”, adquiere una formulación teórica más precisa de la mano de los bandoleros andaluces cuyos argumentos para “redistribuir” la propiedad no difieren en nada de los de los socialistas, en este caso los utópicos; así, refiriéndose a un famoso bandolero andaluz, José el Seco, alias Joselito, escribe Valera:

*“Todo cuanto se ha dicho en libros y periódicos sobre lo mal organizada que está la sociedad, sobre el modo que tienen muchos de adquirir la riqueza explotando a sus semejantes, sobre el mal uso que de esta riqueza se hace después, tiranizando y humillando a*

<sup>1466</sup> El tema central de la novela es la crítica a la aristocracia de la Restauración de la que se censura su inmoralidad y corrupción, que les causan no pocas enfermedades. Pero el tratamiento naturalista del tema –naturalismo externo y efectista– provoca que el componente morboso ahogue la crítica social.

<sup>1467</sup> José, cit., p. 150.

<sup>1468</sup> *Las ilusiones del doctor Faustino*, cit., p. 84.

*los pobres, todo se lo sabía y lo explicaba Joselito; todo lo ha sabido y explicado, con menos método y orden, pero con más viveza y primor de estilo, cuanto ladrón ha habido en Andalucía, desde hace años. El Tempranillo, el Cojo de Encinas Reales, el Chato de Benamejé, los niños de Écija y tantos otros, sabían poco más o menos en esta censura de la economía social, que Proudhon, Fourier o Cabet pueden haber sabido. Joselito el Seco no se quedaba a la zaga”<sup>1469</sup>.*

Sigue Valera hablando de la propiedad privada y, aunque reconoce que puede haber muchos casos en los que haya sido adquirida por medios poco lícitos, afirma que eso no justifica el robo:

*“Dejando aparte la cuestión de si es o no es justa, y de hasta qué punto lo es la censura, no se ha de negar que, aun suponiendo parte de la propiedad fundada en el robo, ora por violencia, ora por astucia, no es modo de remediarlo robando también por medio de la astucia o por medio de la violencia, ya con la fuerza colectiva y grande de un estado revolucionario, ya con la fuerza menos potente de una cuadrilla de bandoleros”<sup>1470</sup>.*

Es decir, lo que Valera viene a afirmar es que el socialismo –cuyos ataques a la propiedad privada identifica explícitamente con el robo- no es ninguna novedad, pues la teoría que subyace en el fondo del movimiento –la envidia de los bienes ajenos con la excusa de haber sido ilegítimamente adquiridos- ya existía entre los bermejinos mucho antes de que se formulara; y no sólo eso, sino que los bandoleros andaluces, además de elaborar exhaustivamente la teoría, la han llevado como nadie a la práctica.

Si para Valera, el socialismo ya existe entre nosotros, practicado desde hace mucho tiempo por, entre otros, los niños de Écija, lo mismo sucede para Galdós con el comunismo, que utiliza como sinónimo del anterior:

*“Y a los que predicán el comunismo les digo: “Estáis tocando el violón, porque el comunismo existe entre nosotros con tan profundas raíces como la religión: es nuestra segunda Fe. No falta más que perfilarlo, darle la última mano, y ponerlo bien clarito en las leyes, tal como lo está en nuestras costumbres. Ahora bien, señores: si esto no os gusta, empecemos por renovar la sociedad toda. Hagamos una revolución para destruir el comunismo, y esto es lo práctico, porque hacer una revolución por establecerlo es como si encendiéramos el gas de las calles en pleno día.”*

El comunismo existe entre nosotros en forma de Administración pública pues su presupuesto, al que contribuyen todos los españoles, es la fuente de la que viven otros muchos miles. De ahí que para acabar con el comunismo proponga: *“Suprimamos el presupuesto, que es la forma numérica del restaurante nacional; suprimamos las contribuciones, que son el almacenaje omnívodo de que se nutre el comunismo”<sup>1471</sup>*. Es cierto que el que sostiene estas opiniones es Augusto Miquis y no el narrador que, a continuación, hace el siguiente comentario de los razonamientos de su personaje: *“Todos los que conozcan a Miquis verán que no exageramos ni añadimos nada al poner aquí sus festivas paradojas”*. Este juicio, con el que se distancia de él, indica con toda claridad que en esta ocasión no se identifica con su personaje. Sin embargo, otras veces es el narrador el que expresa opiniones muy parecidas como, cuando hablando de la relativa igualdad existente en la sociedad española, señala como causa de la misma la “empleomanía”:

<sup>1469</sup> *Ibíd.*, cit., p. 327.

<sup>1470</sup> *Ibíd.*, p. 328.

<sup>1471</sup> *La desheredada*, cit., p. 247.

*“Es curioso observar cómo nuestra edad, por otros conceptos infeliz, nos presenta una dichosa confusión de todas las clases, mejor dicho, la concordia y reconciliación de todas ellas. En esto aventaja nuestro país a otros, donde están pendientes de sentencia los graves pleitos históricos de la igualdad. Aquí se ha resuelto el problema sencilla y pacíficamente, gracias al temple democrático de los españoles y a la escasa vehemencia de las preocupaciones nobiliarias. Un gran defecto nacional, la empleomanía, tiene también su parte en esta gran conquista. Las oficinas han sido el tronco en que se han injertado las ramas históricas, y de ellas han salido amigos el noble tronado y el plebeyo ensoberbecido por un título universitario; y de amigos, pronto han pasado a parientes. Esta confusión es un bien, y gracias a ella no nos aterra el contagio de la guerra social, porque tenemos ya en la masa de la sangre un socialismo atenuado e inofensivo”<sup>1472</sup>.*

Las “festivas paradojas” de Miquis acerca de que el comunismo está instalado entre nosotros a través de la Administración y el presupuesto coinciden con la afirmación del narrador de que la burocracia es como una vacuna que, al inocular el virus atenuado del socialismo previene contra la irrupción violenta de la enfermedad. La identificación con Miquis es, pues, mayor de la que pretende dar a entender.

En esta misma línea de trivialización –como una variante de la misma- se pueden considerar algunas referencias que tienen un tono casi costumbrista. Es el caso del sermón del padre Anselmo en la misa dominical en el que, después de tronar contra la desamortización de los bienes de la Iglesia, advierte de que, como ésta ya no tiene bienes, los próximos serán los de los ricos: *“Y aún habrá menos escrúpulos para incautarse de ellos, como ahora dicen, porque la incautación (socorrida palabra para no emplear otra muy dura que cuadraría mejor) no será sacrilega”<sup>1473</sup>*. La nueva incautación a la que el padre Anselmo se refiere es la del socialismo, contra el que se exhibe a continuación:

*“Entonces el padre habló del socialismo, refutándolo y procurando demostrar que cada una de sus utopías es sueño y delirio insano. Según él, siempre habrá pobres y ricos, y figurándose ya la revolución social triunfante, dio por ineludible resultado que los que ahora son ricos queden pobres; que algunos de los pobres más listos y audaces se hagan ricos y que la muchedumbre de los pobres se aumente en número y padezca mayor miseria, porque gran porción de la riqueza se habrá consumido o destruido con las huelgas, alborotos y guerras civiles. En cambio, si el orden establecido se conserva y se cuida de que nadie se haga rico burlando el Código Penal, todos trabajarán y se ingeniarán decentemente, por donde crecerán la riqueza y el bienestar; y los ricos serán más ricos y serán más, y los pobres serán menos pobres y menesterosos; y llegará el día, allá en lo porvenir, en que los pobres estén mejor tratados que los ricos de ahora”<sup>1474</sup>.*

En el contexto general de la novela el narrador no se identifica con el padre Anselmo hacia el que mantiene una actitud de distanciamiento. Sin embargo, el fondo de la argumentación del padre Anselmo para oponerse al socialismo es el mismo que el que utiliza el narrador en las dos citas de *Las ilusiones del doctor Faustino* anteriormente analizadas: la identificación del socialismo con robo y la afirmación –explícita en el narrador de *Las ilusiones...* e implícita en el sermón- de las rencillas hacia los ricos de los que no han conseguido medrar. Además, el enfoque es en ambos casos idéntico pues ninguno de los dos se caracteriza por su rigor. Y, por otra parte, tal y como presenta Valera los hechos en las dos novelas, tanto el cura como los bandidos no dejan de ser especímenes curiosos –por eso he utilizado el tér-

<sup>1472</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 240.

<sup>1473</sup> *Juanita la Larga*, cit., p. 61-62.

<sup>1474</sup> *Ibid.*, p. 62.

mino costumbrismo- de una realidad en la que no podían faltar este tipo de personajes que, con sus excentricidades, contribuyen a completar esa visión idealizada que, como ya he señalado en más de una ocasión, es tan característica del mundo novelesco de Valera.

El último de los tratamientos del tema es el que he denominado distanciamiento objetivo y denuncia contra la oligarquía. Es objetivo en el sentido de que la opinión del narrador no aparece, al menos explícitamente; pero no lo es en la medida en que se utiliza no con la intención de acercarse y analizar el movimiento obrero, sino con la de amenazar y atacar a la oligarquía. Clarín se refiere a ello cuando señala que la principal preocupación de las nuevas generaciones de obreros no es ya el anticlericalismo, sino la revolución social:

*“Los obreros que entonces llevaban la voz en la propaganda revolucionaria habían muerto o habían envejecido, o se habían dispersado, o estaban desengañados de la “idea”; la generación nueva no era clerófoba más que a ratos; [...] se hablaba sólo de revolución social, y ya se decía que los curas no son ni más ni menos malos que los demás “burgueses”. Malo era el “fanatismo”; pero el “capital” era peor”<sup>1475</sup>.*

Pero, como capital y religión están estrechamente aliados –Páez<sup>1476</sup> llega en seguida a esa conclusión ante los argumentos de don Fermín- éste es muy consciente de que las amenazas de los obreros contra el capital se extienden también a la iglesia:

*“La encimada era su imperio natural, la metrópoli del poder espiritual que ejercía. El humo y los silbidos de la fábrica le hacían dirigir miradas recelosas al Campo del Sol; allí vivían los rebeldes, los trabajadores sucios, negros por el carbón y el hierro amasados con sudor; los que escuchaban con la boca abierta a los energúmenos que les predicaban igualdad, federación, reparto, mil absurdos, y a él no querían oírle cuando les hablaba de premios celestiales, de reparaciones de ultratumba. No era que allí no tuviera ninguna influencia, pero la tenía en los menos. [...] Si moría un obrero bueno, creyente, nacían dos, tres, que ya jamás oírían hablar de resignación, de lealtad, de fe y de obediencia. El Magistral no se hacía ilusiones. El Campo del Sol se les iba.”*

Y la metáfora que viene a continuación destaca con gran plasticidad cómo la nueva realidad social, surgida en torno al mundo obrero, se levanta como una amenaza formidable contra el orden establecido:

*“No, aquel humo no era de incienso; subía a lo alto, pero no iba al cielo; aquellos silbidos de las máquinas le parecían burlescos, silbidos de sátira, silbidos de látigo. Hasta aquellas chimeneas delgadas, largas, como monumentos de una idolatría, parecían parodias de las agujas de las iglesias”<sup>1477</sup>.*

La “objetividad” de Clarín es una objetividad puramente formal y reside en que –en las dos citas anteriores- adopta alternativamente el punto de vista de los obreros y el de don

<sup>1475</sup> *La Regenta*, cit., p. 420.

<sup>1476</sup> “Veinticinco años había pasado Páez en Cuba sin oír misa, y el único libro religioso que trajo de América fue el *Evangelio del pueblo*, del señor Henao y Muñoz; no porque fuese Páez demócrata, ¡Dios le librase!, sino porque le gustaba mucho el estilo cortado. Creía firmemente que Dios era invención de los curas; por lo menos en la Isla no había Dios. Algunos años pasó en Vetusta sin modificar estas ideas, aunque guardándose de publicarlas; pero poco a poco entre su hija y el Magistral le fueron convenciendo de que la religión era un freno para el socialismo y una señal infalible para el buen tono. Al cabo llegó Páez a ser el más ferviente partidario de la religión de sus mayores. ‘Indudablemente –decía-, la Metrópoli debe ser religiosa.’” P. 251-252.

<sup>1477</sup> *Ibid.*, p. 18-19.

Fermín. Sin embargo, es evidente que sus simpatías<sup>1478</sup> están del lado de los obreros; la simple utilización del término “*energúmenos*” en boca del Magistral se convierte en una acusación contra la clase dirigente de la Oligarquía de la Restauración con la que el canónigo de la catedral de Oviedo –y la Iglesia por extensión- está estrechamente aliado. Clarín está así reflejando indirectamente –y parece evidente que no deja de sentir cierta complacencia- la inquietud que el movimiento obrero está comenzando a suscitar entre las clases elevadas. Este mismo miedo lo recoge Galdós de una manera explícita: “*Sí, y al marqués lo que le tiene con el alma en un hilo es que se levante la ‘masa obrera’*”<sup>1479</sup>, le dice Jacinta a Juanito enfermo en su cuarto –a quien trae continuamente noticias de lo que está sucediendo en el comedor- refiriéndose al de Casa Muñoz. Y es que Clarín, sin renunciar nunca a su ideología liberal burguesa, mantuvo siempre una actitud abierta hacia determinados aspectos del socialismo<sup>1480</sup>, aunque se opuso también siempre al materialismo económico<sup>1481</sup>. Lo que subyace tras esta actitud no es otra cosa, como se verá al final de este epígrafe, que el intento de convertir a la burguesía en la vanguardia de un movimiento reformista, basado en los principios éticos del Krausismo<sup>1482</sup>, que recoja y se haga eco de las reivindicaciones del proletariado. Por eso retrata a la oligarquía a la defensiva y experimenta una satisfacción especial con los temores de ésta que constituye también el blanco de Palacio Valdés quien es menos “objetivo” y bastante más explícito en sus acusaciones que Clarín, como se puede apreciar en la denuncia sarcástica de la alianza Iglesia-oligarquía. Tras describir una sesión religiosa en casa de la Marquesa de Alcudia el viernes de cuaresma, concluye:

*“La oración de quietud, aquellas horas de unión contemplativa con la Divinidad, les había abierto de par en par el apetito. No hay nada que vigorice el estómago como la convicción de tener de su parte al Omnipotente y la esperanza fundada de que más allá de esta vida, si hay fuego y tormentos eternos para los pelagatos y descamisados que se atreven a discutirle, para las familias cristianas, esto es, para los que tienen religión y propiedad y antepasados, no puede haber más que bienandanza, una eternidad de salmón con mayonesa y de ‘crevettes a la parisienne’*”<sup>1483</sup>.

<sup>1478</sup> Con motivo de la celebración del 1º de mayo de 1899 publicó, a petición del periódico, un artículo en *El Socialista* en el que expresó explícitamente estas simpatías: “*No somos ‘unos’, pero somos afines. Obreros todos, amantes de los explotados, de los humildes, de los pobres, perseguimos el mismo fin, aunque no siempre por los mismos medios. Existen entre nosotros las ‘afinidades electivas’ de que habló el gran Goethe.*” *Afinidades electivas* (El Socialista, 1-V-1899), en: *Clarín político*, cit., p. 264.

<sup>1479</sup> *Fortunata y Jacinta I*, cit., p. 296.

<sup>1480</sup> “*Si el socialismo no fuera más que ser partidario de los que tienen menos, de las clases obreras (y de las menesterosas, que ya desdennan algunos socialistas alemanes); si el socialismo fuera reconocer que hay que sustituir la producción y el consumo contingentes, inorgánicos actuales por un organismo económico, reflexivo, armónico; si el socialismo fuera luchar en todos los órdenes de la vida por el progreso de los trabajadores y de los desheredados, yo sería, sin reservas, socialista.*”

*Revista mínima* (La Publicidad, 28-X-1900) en: Yvan Lissorgues: *Clarín político I*, cit., p. 268.

<sup>1481</sup> “*Yo no me llamaré socialista mientras no lo sea. En el sentido impropio que dio a la palabra el mediocre economista que, al parecer, lo inventó, yo no seré jamás socialista.*” Ello se debe a que Clarín se resistió siempre a dar la primacía al componente material. Pero, además, hay otros motivos por los que él no puede llamarse socialista en el sentido de lo que “oficialmente” se entiende por tal: “*Basta con que los socialistas, materialistas o no, den por resueltas en el sentido colectivista, como cuestión ‘técnico-económica’ y como cuestión de ‘justicia’, la idea de valor y las leyes del capital y el trabajo, para que yo en conciencia no pueda estar decididamente a su lado, porque todavía no sé si es ése el camino para llegar a la vida económica ‘orgánica’, ideal de justicia (de ningún modo obligación actual).*” *Ibid.*, p. 267 y 268.

<sup>1482</sup> Vide: Lissorgues: *Op. cit.*, p. LXXIX y ss.

<sup>1483</sup> *La Espuma*, cit., p. 428.

Cuando estas damas que comen salmón con mayonesa entran en contacto con los descamisados, con motivo de una visita a una mina cuya concesión ha conseguido Salabert, quedan tan impresionadas ante la miseria, enfermedades profesionales, deformidades, malnutrición... que, llevadas de un espontáneo sentimiento caritativo, proponen al duque una serie de mejoras<sup>1484</sup> que el de Requena, como no podía ser de otra manera, se toma a broma:

*“¡Oh! ¡oh! ¡oh! –exclamó el duque soltando una sonora y bárbara carcajada como la de los héroes de la Iliada-. ¿Y por qué no hemos de traer a Gayarre y a la Tosti para recrearles las noches? Deben ser muy aburridas aquí las noches. Las damas sonrieron avergonzadas”*<sup>1485</sup>.

El médico, Quiroga, que, como se vio al analizar el tema del trabajo, hace una crítica muy dura de las condiciones laborales de los mineros, se convierte en portavoz de sus reivindicaciones, pues ellos están tan embrutecidos física e intelectualmente que difícilmente podrían llegar a formularlas. Durante la comida estuvo especialmente crítico. Tanto que Escosura, uno de los invitados de Salabert, le hace a Peñalver, el ingeniero de la mina, un comentario, a raíz del que –en el subsiguiente diálogo- queda clara la relación que el médico mantiene con los obreros:

*“¿Sabe usted que ese jovencito médico ha estado bastante imprudente al emitir sus ideas materialistas?  
-Materialista no sé si es. Lo que hace gala de ser, y por eso le adoran los operarios, es socialista.  
-¡Peor que peor!  
-La verdad es –dijo Peñalver dando un suspiro- que del fondo de una mina se sale siempre un poco socialista”*<sup>1486</sup>.

No deja de ser significativo el contraste que se establece entre la actitud de Salabert y sus invitados –excepción hecha de las damas que se dejan llevar por la “afectividad”-, todos ellos miembros de la oligarquía, y el ingeniero y el médico, que pertenecen a la burguesía liberal. Los primeros, a diferencia de los segundos, se muestran completamente insensibles ante la problemática obrera. Insensibilidad que es también denunciada por Galdós. José Donoso le expone a Torquemada las obligaciones de los ricos con el resto de la sociedad y, por tanto, indirectamente, le está echando en cara su egoísmo:

*“Las personas de posición constituyen lo que llamamos ‘clases directoras’ de la sociedad. ¿Quién da la norma de cuanto acontece en el mundo? Las clases directoras. ¿Quién pone un valladar a las revoluciones? Las clases directoras. [...] ¿Le parece a usted que habría sociedad y que habría orden y progreso, si los ricos dijeran: ‘Pues mire usted, no me da la gana de ser clase directora, y me meto en mi agujero, me visto con siete modas de atraso, no gasto un maravedí, como un cesante; duermo en un jergón lleno de pulgas, no hago más que ir metiendo mis rentas en un calcetín, y allá se las componga la sociedad, y defiéndase como pueda del socialismo y sus trifulcas?’”*<sup>1487</sup>.

<sup>1484</sup> “Y aquellas damas se pusieron todas a lamentarse de las deficiencias que ofrecía el asilo, a pintarlo con negros colores, a proponer reformas en él para dejarlo confortable. [...] –Además es necesario, duque, que los operarios trabajen menos horas –dijo la condesa de la Cebal.

-Y que se les aumenten los jornales –manifestó Lola Madariaga.

-Y que se hagan casas para ellos en Villalegre –añadió la marquesa de Fonfría.” Ibid., p. 452-453.

<sup>1485</sup> Ibid., p. 453.

<sup>1486</sup> Ibid., p. 466-467.

<sup>1487</sup> *Torquemada en la cruz*, cit., p. 123-124.

Galdós está proponiendo por boca de Donoso, cuyo liberalismo representa el justo medio, la necesidad de que la burguesía, dada la egoísta pasividad de la oligarquía ante el problema social, haga algo para mejorar las condiciones de la clase obrera. En otra novela es Teodoro Golfín quien asume esta tarea, recriminándole a su cuñada Sofía que se haya gastado doscientos duros en comprar un perrito, al que colma de mimos y le hace gabanes, y se haya negado a comprarle unos zapatos a Nela que anda descalza<sup>1488</sup>. También Florentina y Pablo, personajes de esta misma novela, conmovidos por la miserable condición de la huérfana hacen unas reflexiones en las que se muestran contrarios a las desigualdades sociales:

*“-Es cosa que no comprendo..., ¡que algunos tengan tanto y otros tan poco!... Me enfado con papá cuando le oigo decir palabrotas contra los que quieren que se reparta por igual todo lo que hay en el mundo. ¿Cómo se llaman esos tipos, Pablo?*

*-Ésos serán los socialistas, los comunistas –replicó el joven sonriendo.”*

Florentina le responde que ésos son los suyos, aunque su socialismo es un socialismo entretenero de caridad y de buena voluntad por parte de los poseedores:

*-Pues ésa es mi gente. Soy partidaria de que haya reparto y de que los ricos den a los pobres todo lo que tengan de sobra... ¿Por qué esta pobre huérfana ha de estar descalza y yo no?... Ni aun se debe permitir que estén desamparados los malos, cuanto más los buenos... Yo sé que Nela es muy buena, me lo has dicho tú anoche, me lo ha dicho también tu padre... No tiene familia, no tiene quien mire por ella. ¿Cómo se consiente que haya tanta y tanta desgracia? A mí me quema el pan en la boca cuando pienso que hay muchos que no lo prueban. ¡Pobre Mariquita tan buena y tan abandonada!’”<sup>1489</sup>.*

Todas las citas anteriores –Clarín, Palacio, Galdós- tienen en común que los personajes que encarnan los valores liberales burgueses se muestran abiertos y comprensivos con la situación de la clase obrera; mientras que la oligarquía adopta una actitud totalmente contraria. El que Teodoro Golfín y, sobre todo, el médico Quiroga se erijan en portavoces de las reivindicaciones obreras, es indicativo del intento de ciertos sectores burgueses de encauzar el movimiento obrero dentro de los límites del liberalismo. En el caso de Clarín esta pretensión resulta más evidente pues existen artículos periodísticos en los que expone opiniones al respecto de un modo inequívoco. Así, propone la formación de asambleas mixtas para hablar con los obreros y, además de tratar de sus problemas, atraerlos a la órbita del liberalismo haciendo que se interesen por los diferentes valores del mismo y participen en sus instituciones:

*“Creo que hace mucho tiempo debieran existir asambleas mixtas de obreros socialistas o sus representantes, y de cuantos, previo estudio adecuado, tuvieran algo que decirles, por vía de reparo, crítica, ilustración, o con ánimo persuasivo, para atraerlos, verbigracia, al aspecto moral y religioso de la cuestión social, o al punto de vista de práctica inmediata, con relación, verbigracia, a la forma de gobierno, a la intervención activa en ‘seriedad del sufragio’ (¡si todos los obreros de España juntos quisieran que las elecciones fueran*

<sup>1488</sup> Teodoro, al que el caso de Nela, le hace darse cuenta del problema de la orfandad infantil, propone un sistema para paliarlo: *“El problema de la orfandad y de la miseria infantil no se resolverá nunca en absoluto, como no se resolverán tampoco sus compañeros los demás problemas sociales; pero habrá un alivio a mal tan grande cuando las costumbres, apoyadas por las leyes..., por las leyes, ya veis que esto no es cosa de juego, establezcan que todo huérfano, cualquiera que sea su origen..., no reírse..., tenga derecho a entrar en calidad de hijo adoptivo en la casa de un matrimonio acomodado que carezca de hijos. Ya se arreglarían las cosas de modo que no hubiera padres sin hijos, ni hijos sin padres.”*

**Marianela**, cit., p. 115-116.

<sup>1489</sup> *Ibíd.*, p. 169.



*verdad lo serían!), a la influencia de las clases pobres en la vida municipal y provincial, en las leyes civiles y penales, en la industria, en el arte, en la instrucción pública, etcétera, etc.*<sup>1490</sup>.

Clarín propone este acercamiento mutuo porque está convencido de que los obreros pueden conseguir muchas de sus reivindicaciones dentro del sistema liberal:

*“Pues en las asambleas de que hablo se les podría inducir a mejorar las condiciones de las clases pobres y procurar su progreso (por ende, su mayor fuerza) por multitud de ‘reivindicaciones populares’, como ésa del ‘todos soldados’, que no son inmediatamente asuntos de ‘capital y trabajo’; pero que son desde luego de gran interés para el pueblo, a quien faltan muchas cosas, a que tiene derecho, además del pan. Mi tesis, relativa a tal asunto, es: que los pobres, la clase desamparada (valga la verdad), pueden alcanzar sin mengua del individualismo, y sin pedirles en nombre de la coacción económica, muchas mejoras importantísimas. Y si yo llegara a conversar con los obreros en una de esas conferencias públicas, trataría, con mucho gusto, de demostrar que la base filosófica del marxismo se opone a esta ‘desintegración’ de los fines de la clase obrera, porque unos marxistas directa, otros indirectamente, todos atribuyen al fin económico un carácter primordial, que hace creer al ‘ortodoxo’ de esa escuela que es ilusoria toda revolución que no tenga por primer móvil el de lo económico, que da forma y carácter a los demás fines”*<sup>1491</sup>.

Y en un artículo, publicado con motivo de la celebración del 1º de mayo, tras expresar sus simpatías por dicha fiesta y por el movimiento obrero, hace un llamamiento directo a éstos para que no desconfíen de los que, sin renegar de su ideario burgués como él, se ofrecen a colaborar sinceramente:

*“Y opino que los socialistas deben tener mayor confianza en esta clase de aliados que en los adeptos poco sinceros que de la ‘burguesía’ quieren pasarse a su campo, porque acaso empiezan a sospechar que anuncian sus verdores ópima cosecha. En pro de los obreros mucho pueden hacer unidos los socialistas y los que no lo son, a lo menos en el sentido corriente de la palabra”*<sup>1492</sup>.

La colaboración de la clase media con el proletariado es sentida como una necesidad e, incluso, como una obligación, como en el caso de Manuel Pedregal. Éste pronunció una conferencia en el Ateneo de Madrid en 1886 en la que dijo que la clase obrera, siguiendo las recomendaciones de Karl Marx, tiene el derecho de organizarse y de fundar un partido político, pero que la clase media tiene el deber

*“porque es la más instruida, la más fuerte, de dar condiciones a la clase obrera para cultivar esas cualidades [cualidades morales] que constituyen el más sólido fundamento de la civilización. Abandonadas a sí mismas las clases obreras pierden el sentido de la necesaria armonía que debe reinar entre los varios elementos de la Nación y no ven otra posibilidad para mejorar sus condiciones de vida sino en la conquista del poder político”*<sup>1493</sup>.

<sup>1490</sup> *Es casi, casi un ideal para mí departir con los socialistas* (Heraldo, 3-XI-1897), en: Lissorgues: **Clarín político**, cit., p. 258.

<sup>1491</sup> *Ibid.*, p. 258-259.

<sup>1492</sup> *Afinidades electivas* (El Socialista, 1-V-1899), en: **Clarín político**, cit., p. 264.

<sup>1493</sup> *Ibid.*, p. LXXIV.

En esta misma página, en nota al pie, traza Lissorgues una breve semblanza de Pedregal: *“Manuel Pedregal (Oviedo 1832-Madrid 1896) fue un ardoroso propagandista de las ideas democráticas. Diputado en 1869, formó parte de las Constituyentes en 1873 en las que votó por la República. Ministro de Gracia y Justicia bajo la presidencia de Pi y Margall, lo fue después de Hacienda, siendo Castelar Presidente del Estado. Uno de los fundadores de Institución Libre de Enseñanza.”*

Queda claro, pues, que lo que lleva a estos autores a criticar a la oligarquía y a acercarse al movimiento obrero no es otra cosa que el tratar por todos los medios de que no escape de la tutela de la burguesía. Es decir, salvar el sistema liberal.

### C) La novela proletaria: ruptura con el liberalismo.

Sin embargo, el proletariado no confía ya ni en el sistema liberal ni en los partidos políticos burgueses:

*“La pérdida absoluta de la fe, el descrédito de todos los partidos políticos, el acaparamiento burgués del capital y de todos los medios de producir [...] son motivos poderosos para rechazar la contemporización y la aceptación de vanas promesas y no dejan otra vía que la lucha”*<sup>1494</sup>.

Pero el movimiento obrero no pretende sólo escapar de la tutela de la burguesía sino acabar también con el sistema liberal. Para ello es necesario que el proletariado se organice como clase social autónoma y lleve a cabo la revolución que acabe con *“lo que se llama más o menos impropriamente orden social, instituciones sagradas y tradiciones venerandas”*<sup>1495</sup>. Este orden se caracteriza por la existencia de diferentes clases sociales que, como los trabajos de algunos miembros del movimiento obrero han demostrado y en contra de lo que pretenden hacer creer algunos intelectuales burgueses, tienen intereses inconciliables:

*“En estos trabajos se pusieron de manifiesto los errores de nuestros economistas, sus preocupaciones, la ineficacia de sus recursos para producir la armonía entre los opuestos intereses de las clases mientras las clases subsistan, y, a través de las gasas literarias con que nuestros escritores burgueses suelen disfrazar su pobreza intelectual y el estado de decadencia de los explotadores y privilegiados, quedó triunfante la aspiración emancipadora del proletariado”*<sup>1496</sup>.

Solamente con la desaparición de las clases sociales se instaurará la verdadera igualdad:

*“Luchamos contra el privilegio, no por lo que los privilegiados gozan a costa de nuestros sufrimientos, sino por nuestro amor a la igualdad que debe reinar entre los hermanos de la familia humana”*<sup>1497</sup>.

Igualdad que se extiende a todos los ámbitos, entre ellos el de hombres y mujeres, por lo que, al pronunciar un discurso, uno de los líderes obreros prescinde de las manidas fórmulas de cortesía para referirse a las señoras:

*“Y no hago mención especial de las señoras, porque así como ante la explotación burguesa no hay sexos, tampoco debe haberlos para la emancipación revolucionaria, donde debe reinar entre todos los humanos la igualdad más absoluta”*<sup>1498</sup>.

La consecución de esta igualdad ha sido desde el principio el objetivo de la Internacional:

*“Ya en los primeros tiempos de la Internacional se lanzó una fórmula que yo repito hoy en nombre y por encargo de la sociedad de carpinteros: ¡Paz a los hombres; guerra a las instituciones! Hermanos nuestros son todos los seres humanos, y para que lo sean de hecho queremos la igualdad social, no esa igualdad ficticia de la religión, que la supone práctica en otra vida para los escogidos, después de relegar a los que considera réprobos”*

<sup>1494</sup> *Justo Vives*, cit., p. 26-27.

<sup>1495</sup> *Justo Vives*, cit., p. 53.

<sup>1496</sup> *Justo Vives*, cit., p. 83.

<sup>1497</sup> *Ibid.*, p. 116.

<sup>1498</sup> *Ibid.*, p. 111.

*al infierno. [...] Rechazamos aquella igualdad ilusoria del cielo, mientras se afirma con la supuesta autoridad de un dios que siempre ha de haber pobres entre nosotros*<sup>1499</sup>.

Sólo el proletariado –o los que se han proletarizado- por ser víctima de esta sociedad está capacitado y legitimado para luchar contra ella: “Somos iguales, tenemos contra la sociedad actual los mismos motivos de queja”<sup>1500</sup> le dice Justo a Pepita, hija de un jugador de bolsa arruinado, que ha sido seducida y abandonada por el patrón de aquél.

Para conseguir el objetivo de la revolución el proletariado se ha organizado en dos movimientos en cuyas filas militan los trabajadores: socialismo y anarquismo: “En la sociedad existían dos tendencias, y la predominante tenía la generosidad de conceder un sitio en la mesa a la minoría”<sup>1501</sup>. Los socialistas, que son la mayoría, son contrarios a la huelga, mientras que los anarquistas, minoritarios, están a favor:

*“La minoría se declaró en pro; era anarquista y quería provocar por la huelga general una situación violenta de la cual esperaba se produjesen incidentes graves que serían como la iniciación de la revolución social”*<sup>1502</sup>.

A los socialistas la huelga les parece una medida demasiado drástica. Ellos son partidarios de posturas menos radicales:

*“La mayoría combatió la proposición, pertenecía a ese socialismo que acaso injuriando la memoria de Carlos Marx, se llamaba marxista y quería manifestación pública en vez de huelga. Sus oradores declararon que no era tiempo aún de apelar a esos extremos, faltaba preparación; los trabajadores carecían aún de la ilustración necesaria para comprender sus derechos y no tenían los recursos necesarios para sostener la huelga”*<sup>1503</sup>.

Justo Vives interviene en la asamblea diciendo que en las condiciones actuales es imposible que el proletariado pueda aumentar su ilustración y defendiendo, por ello, la necesidad de la huelga. Ésta es votada por mayoría. Una vez decidida, las anteriores diferencias desaparecen, todos la apoyan y sufren las represalias por igual; de ahí que en la cárcel haya presos de los más variados grupos y tendencias:

*“Había presos de distintos oficios y pertenecientes a las diversas agrupaciones que dan iniciativa, actividad y vida a esa inmensa colectividad nacida en nuestros días por el gran movimiento que creó la Internacional, y que después han formado esas distintas agrupaciones que se denominan partido obrero oportunista, Federación de las Tres Clases de Vapor, Federación de Toneleros, Federación de Tejedores Mecánicos, asociados a sociedades independientes de resistencia y también trabajadores sueltos que hasta entonces no habían pertenecido a ninguna agrupación”*<sup>1504</sup>.

Lorenzo presenta aquí una imagen de unidad que, cuando se publicó la novela –1893- distaba bastante de la realidad pues, como se vio en la introducción histórica, tras el Congreso de Barcelona de 1881, el movimiento obrero quedó escindido entre bakuninistas y marxistas, con lo que sucedió lo mismo que había ocurrido, diez años antes, en la Conferencia de Londres –septiembre de 1871- a la que asistió Lorenzo, y de la que regresó bastante decepcionado al constatar las diferencias entre unos y otros, que él atribuyó a rencillas personales

<sup>1499</sup> *Ibíd.*, p. 116.

<sup>1500</sup> *Ibíd.*, p. 99.

<sup>1501</sup> *Ibíd.*, p. 25.

<sup>1502</sup> *Ibíd.*, p. 26.

<sup>1503</sup> *Ibíd.*, p. 27.

<sup>1504</sup> *Ibíd.*, p. 81-82.

que primaban sobre los intereses generales del movimiento obrero. Quizás por eso en su novela insiste en la idea de la unión:

*“Cuando salieron de la incomunicación, se reunieron por primera vez y se vieron protegidos por la gran colectividad obrera que sin diferencia de ideas ni de agrupaciones se condensaba en la Comisión de socorros”*<sup>1505</sup>.

Idea ésta que queda simbólicamente destacada al final de la novela cuando un joven matrimonio de obreros

*“presenta a su hijo para su inscripción en el Registro Natural de la Sociedad de Carpinteros a su hijo, que quieren que sea conocido con los nombres de Miguel, en memoria del ilustre apóstol de la Anarquía, Miguel Bakunin; Carlos, en recuerdo de Carlos Marx, fundador de La Internacional, y Luis, para honrar la memoria de Luis Ling, heroico suicida del grupo de los mártires de Chicago”*<sup>1506</sup>.

En este final se insiste, asimismo, en el deseo de ruptura total con el sistema burgués, para lo que es imprescindible que el cambio revolucionario propuesto se haga al margen del mismo: *“¡La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos! Tal es el grito de guerra que La Internacional dio al proletariado militante universal”*<sup>1507</sup>. Por lo pronto empiezan rompiendo con lo que está a su alcance: en este acto inauguran el Registro de la Sociedad de Carpinteros en el que inscriben al niño mencionado y el matrimonio de Justo con Josefa Pérez:

*“En aquel acto que no se sujetaba a ningún ceremonial previamente establecido, sin precedente tradicional, sin ritual de ninguna clase, falto de símbolos que nada dicen por sí si no les acompaña una explicación, sin sacerdotes ni funcionarios revestidos de galoneadas y bordadas vestiduras, que carecían en fin de la arcaica y trasnochada majestad autoritaria, brillaba la majestad natural manifestada por la unánime y espontánea alegría de los concurrentes”*<sup>1508</sup>.

Las pretensiones de los sectores más abiertos de la burguesía liberal chocan, por tanto, con la existencia de un proletariado, con una fuerte conciencia de clase, decidido no sólo a emanciparse de la tutela de la burguesía, sino a luchar para conseguir la desaparición del sistema social, político y económico instaurado por ésta.

#### 3.2.7.4. CONCLUSIONES DE LA CUESTIÓN SOCIAL

Como conclusión general, tras el análisis de la cuestión social y el socialismo, me voy a fijar solamente en un aspecto que es el que me parece más significativo por lo que tiene de “novedoso”: el “acercamiento” entre un sector de la burguesía conservadora y la liberal como consecuencia de la presión del proletariado, lo cual determina que, al ocuparse de esta cuestión –en contra de lo que se ha visto en el estudio de las demás- destaquen más que las diferencias las coincidencias entre ambas tendencias. Este acercamiento les lleva a cambiar sus respectivas actitudes de tal manera que, sin dejar por completo de combatirse mutuamente, tienden a irse olvidando de lo que les separa y a cerrar filas en torno a lo que les une: la defensa –matices aparte- del liberalismo contra el enemigo común, el proletariado, que no distingue entre una y otra.

<sup>1505</sup> *Ibíd.*, p. 82.

<sup>1506</sup> *Justo Vives*, cit., p. 113-114.

<sup>1507</sup> *Ibíd.*, p. 113.

<sup>1508</sup> *Ibíd.*, p. 115.

Para la novela conservadora –excepción hecha de los ultramontanos como Pereda o Campián- el liberalismo, tal y como ha quedado constituido tras la Restauración, es perfectamente asumible y defendible, opinión plenamente compartida por Valera al que se le suele incluir en las filas de la burguesía liberal. Y los autores representativos de ésta –Galdós, Clarín, Palacio Valdés- aunque critican la Restauración, se aprestan rápidamente a la defensa del liberalismo cuando lo ven cuestionado por el socialismo. Y es que, por muy insatisfechos que se sientan con la insuficiente implantación del modelo liberal, son conscientes de que es preferible la insuficiencia a su desaparición.

Esta coincidencia en la defensa del liberalismo hace que prime el deseo de preservarlo contra o con el proletariado, única diferencia significativa observable. Los procedimientos empleados al servicio de esta preservación son formalmente diferentes, pero el fondo es el mismo. Así, la novela conservadora sigue, por una parte, echando mano de los antiguos argumentos de la bondad innata del pueblo español, identificado con los valores tradicionales y de la nefasta influencia de las ideas externas, ajenas por completo a su natural idiosincrasia. Pardo Bazán, en el *Prólogo* de *La Tribuna*, es explícita al respecto y el buen sentido, del que da muestras Bartolo en la novela de Navarrete, es una prueba palmaria de dicha tesis pero, con el matiz añadido, de que la “solución” de éste deja contentos a los obreros al reconocer que sus reivindicaciones son justas, aunque de momento no pueden ser satisfechas. Incluso Bona, al atribuir las desigualdades económicas únicamente a la capacidad y al espíritu de sacrificio de cada uno, es decir, al circunscribirlas a la esfera de la voluntad individual, y al culpar de los conflictos sociales a los “errores del socialismo”, está también, aunque pretenda encubrir sus argumentos con ropajes científicos, situándose en el terreno de la moral y apelando a la socorrida excusa del enemigo externo. Pero, cuando Clarín tilda a Marx de “mediocre economista”, y se resiste a aceptar la teoría del materialismo histórico en nombre de un espiritualismo más o menos difuso entreverado de intelectualismo, se sitúa no muy lejos de los razonamientos de Bona, aunque su talante y su sentido ético sean muy diferentes. Y, aunque le mueva un sincero deseo de acercamiento a la problemática obrera y de que se imponga la justicia social, lo cierto es que está contribuyendo a consolidar los valores y la ideología de la burguesía lo que, por otra parte, él no se molesta en ocultar. También Galdós coincide con Bona. Éste es radicalmente contrario a que el Estado se haga cargo de los gastos de protección social –culpa de ello al socialismo-, motivo por el que tacha a Bismarck de estar llevando a cabo una política socialista; Galdós, al afirmar, medio en serio medio en broma, que en España ya triunfado el comunismo gracias al reparto de la riqueza a través de los presupuestos generales del Estado, viene a decir lo mismo. Y la teoría del “robo” de Valera no anda tampoco muy lejos de la de los “nuevos desarmotizadores” de Coloma. Todos están, pues, criticando que se atente contra la propiedad privada y abogando por el liberalismo económico. Y lo mismo hacen López Bago o Antonio Asensio, autores liberales, al distraer, por la interferencia del elemento sentimental folletinesco, la atención de lo social hacia lo existencial: el orden social existente sale reforzado porque, indirectamente, se viene a decir que es inmutable; lo cual no difiere en nada de lo propuesto por Navarrete pues, al posponer los hipotéticos cambios hasta un tiempo futuro lejano e indeterminado, en la práctica, está afirmando lo mismo. De ahí que, en estas novelas, aunque se critique el orden social existente, no se plantee en ningún momento su sustitución por

otro, como va a hacer la proletaria. Por eso, esta crítica, en última instancia, funciona como una catarsis reforzadora de la situación establecida.

Pero, y esto también es novedoso, el pueblo no siempre es manipulado; a veces quiere sacar provecho de la situación aspirando, gracias a la política, a desempeñar un papel que hasta ahora no había ejercido. Ambas corrientes reaccionan con dureza contra la participación del pueblo en la política. Pardo Bazán castigando las espurias ambiciones de Amparo; Galdós degradando a los personajes populares y de la pequeña burguesía que pretenden adquirir protagonismo convirtiéndose en portavoces y apoyando ideas radicales; Ortega y Munilla lamentándose de haberlos dejado tomar parte en los acontecimientos revolucionarios<sup>1509</sup>, lamento compartido por Mesonero Romanos<sup>1510</sup>. Todos ellos entienden que la política es una actividad de la que el pueblo debe mantenerse alejado; Pardo Bazán lo afirma explícitamente en el *Prólogo* de la novela citada; Galdós va todavía más lejos: no sólo parodia las ideas políticas del pueblo poniéndolas en boca de personajes como Juanito Socorro, sino que denuncia también de un modo serio las consecuencias negativas de la presencia de las clases populares en las filas de la revolución burguesa por medio de Lázaro, el protagonista de *La Fontana de Oro*, quien, tras haber desempeñado un importante papel en los acontecimientos del trienio revolucionario arengando al pueblo en los clubes, decepcionado y arrepentido, se retira a su pueblo en Aragón, donde se casa con Clara, se dedica a sus asuntos particulares y se olvida de la política para siempre<sup>1511</sup>, que es exactamente lo mismo que hace el Pedro Sánchez perediano, aunque en este caso es el propio personaje, cuyo nombre da título a la novela, el que canta expresamente la palinodia<sup>1512</sup>. Aunque el arrepentimiento de ambos no responda exactamente a los mismos motivos, tienen algo en común: el desengaño por haber estado al frente de turbas populares que se han comportado salvajemente escapando al control de los que han pretendido dirigirlos, por lo que el alejamiento de ambos de la vida pública conlleva, asimismo, el deseo de alejar al pueblo de la política; en el caso de la novela conservadora, porque, como dice Pardo Bazán, es absurdo que se ocupe y opine de asuntos que no entiende; en el de la liberal, porque son conscientes

<sup>1509</sup> “¡Triste cosa es que la libertad haya tenido que servirse de estos bárbaros!”

*Don Juan Solo*, cit., p. 90.

<sup>1510</sup> En *Memorias de un setentón*, publicada en 1879-1880 (la novela de Ortega es de 1880), refiriéndose a la participación de determinados elementos de las capas populares en los acontecimientos de 1820, escribe: “¡Ojalá que en adelante se hubiese prescindido de ellas! ¡Ojalá que nunca hubiesen empañado con su hálito ponzoñoso el puro ambiente de sincero y leal contento que respiraban aquellos inofensivos patriotas y cándidos revolucionarios!” Cit., p. 269.

<sup>1511</sup> “Cómo se acomodó Lázaro en su pueblo, y qué medios de subsistencia pudo allegar, es cosa larga de contar. Baste decir que renunció por completo, inducido a ello por su mujer y por sus propios escarmientos, a los ruidosos éxitos de Madrid y a las lides políticas. Tuvo el raro talento de sofocar su naciente ambición y confinarse en su pueblo, buscando en una vida oscura, pacífica y laboriosa y honrada la satisfacción de los más legítimos deseos del hombre. Ni él ni su intachable esposa se arrepintieron de esto en el transcurso de su larga vida. Así, en tan dilatado período, el nombre de nuestro amigo, que había estado en candidatura, digámoslo así, para entrar en la celebridad, no figuró en la *Guía Oficial*, ni en las listas de funcionarios, ni en juntas, ni en nada que pudiera hacerle traspasar las fronteras de aquel reducido término de Ateca. Con paciencia y trabajo fue aumentando la exigua propiedad de sus mayores, y llegó a ser hombre de posición desahogada.” *La Fontana de Oro*, cit., p. 514.

<sup>1512</sup> Tras exponer, justo al final de la novela, los diversos motivos que le han llevado a escribir sus experiencias —la novela está en primera persona—, concluye: “Bien sé que me expongo a que el soplo de algún diablillo esparza, a la hora menos pensada, mis papeles por el mundo. Yo lo daré por bien empleado, con tal de que el ejemplo de mis desengaños llegue a servir a algunos de escarmientos.

*Pedro Sánchez*, cit., p. 432.

del peligro de que la revolución burguesa sea reconducida hacia otra de signo totalmente diferente. Luego, en ambos casos, lo que les mueve al propugnar el alejamiento del pueblo de la política, es el mantenimiento del orden establecido. Por eso, el pueblo ingenuo e inocente del segundo período del siglo (1833-1868) –de cuya manipulación se acusaban mutuamente liberales y conservadores- se ha convertido en culpable al no estar dispuesto –me estoy lógicamente refiriendo a la vanguardia del proletariado- a dejarse manipular ni por unos ni por otros. Quiere emanciparse de ambos para instaurar un nuevo sistema socioeconómico: el socialismo. Y en la actitud hacia éste son también más las coincidencias que las diferencias entre ambas corrientes novelescas. En las dos aparecen tanto posturas de negación más o menos radical, como de acercamiento comprensivo. En la conservadora encontramos diversas actitudes críticas: el rechazo emotivo de Vizcaíno, la ironía distante de Pardo Bazán o la refutación “científica” de Bona; pero también la benevolente mirada de Navarrete que, a diferencia de los anteriores, no lanza ningún exabrupto ni contra la Internacional ni contra el socialismo, sino que reconoce que tienen razón, aunque todavía no es el momento de satisfacer sus reivindicaciones. El fin de todos ellos es el mismo: detener el movimiento obrero, que es lo mismo que pretende la liberal. Ésta echa mano para ello de dos procedimientos: la deformación y trivialización, por una parte; el acercamiento por otra. Dentro de éste hay, a su vez, diversas posturas. Galdós realiza una tímida denuncia social por boca de Golfín o de Florentina quien propone una serie de medidas cuya puesta en práctica depende más de los buenos sentimientos caritativos de los ricos que de una política de estricta justicia social; Palacio Valdés quiere que la burguesía adquiera la responsabilidad de mejorar las condiciones de vida del proletariado; Clarín, que es el que tiene una visión más profunda y completa del asunto, defiende la necesidad de un acercamiento mutuo, pero siempre dentro de las reglas del sistema liberal, pues una de las medidas concretas que propone es la regeneración del mismo atrayendo a los obreros al sufragio, convenciéndolos de que su voto puede contribuir a mejorar su situación. El fin último –matices aparte de todos ellos es el mismo: encauzar el movimiento obrero para que no rebase los límites del sistema liberal. Pero el proletariado no confía ya ni en el sistema liberal ni en los partidos burgueses. Por eso, en el último decenio del siglo, están convencidos de que el sistema burgués no puede resolver sus problemas, pues es él quien los ha creado.

La adquisición de la conciencia de clase por parte del proletariado determina que las dos fuerzas que se han enfrentado a lo largo de todo el siglo –burguesía liberal y conservadores- disputándose la colaboración del pueblo para utilizarlo al servicio de sus respectivos intereses, dejen de lado sus diferencias y se conviertan en aliadas para defenderse del que se ha convertido en enemigo común.

### 3.2.8. CONCLUSIONES DEL PERÍODO 1868-1900.

El pueblo, al que, durante los primeros setenta años del siglo, se lo habían disputado la clase tradicional y la burguesía para atraerlo a sus respectivos bandos y utilizarlo como aliado y arma arrojadiza mutua, convertido en proletariado desde la Revolución de Septiembre, se independiza de ambas, lo que lleva a éstas, hasta ahora enfrentadas, a limar diferencias y cerrar filas contra el que se ha convertido en enemigo común. Esta situación tiene como consecuencia más significativa en la novela el que, como pueblo, su imagen no sea – en general- positiva; y, como proletariado, que apenas se fijan en él en el sentido de que sus valores y aspiraciones no sólo ocupan un lugar bastante poco relevante, sino que aparecen minimizados y desvalorizados: enfocados siempre desde las ópticas de clase de la oligarquía o de la burguesía liberal, que son las que acaparan casi en exclusiva las páginas de las novelas.

La burguesía liberal, que había mantenido un enfrentamiento con las fuerzas conservadoras desde la muerte de Fernando VII, consigue al comienzo de este último período del siglo –Revolución de Septiembre- deshacerse de ellas. Pero por poco tiempo. Tras el golpe de Martínez Campos en diciembre de 1874, los sectores tradicionales, a los que se suman las capas más conservadoras de la burguesía, vuelven al poder. El sistema liberal, en lo que a sus fundamentos económicos y principios formales se refiere, ha triunfado. Sin embargo, lo que de él se ha impuesto no satisface a la burguesía progresista, pues considera que los principios de la Gloriosa han sido desvirtuados y traicionados. Para recuperar el poder, del que apenas había disfrutado, y conseguir que vuelva a triunfar el espíritu de la revolución tiene que seguir luchando con su enemigo de siempre, como había venido haciendo a lo largo de todo el segundo tercio del siglo. Pero la situación ya no es exactamente la misma. Tras el 68 ha surgido un fenómeno nuevo: un proletariado con conciencia de clase que también aspira a la conquista del poder, y no precisamente para retocar y ampliar las conquistas del liberalismo, sino para derribarlo. La burguesía progresista se enfrenta, pues, a un doble problema: imponer el liberalismo “auténtico” y pleno contra las fuerzas conservadoras y defenderlo contra el proletariado. A medida que el siglo se acerca a su final, el segundo de estos problemas se irá agrandando y relegando al primero a un segundo plano, lo que determinará el cambio de política de la burguesía liberal tanto hacia la oligarquía como hacia el proletariado. Así, la hostilidad hacia su antiguo adversario va a ser sustituida por un progresivo acercamiento a algunos sectores del mismo, de tal manera que, aunque sigue habiendo puntos de fricción, son más significativas las coincidencias que las diferencias. Y los intentos de asimilación e implicación del pueblo en la política burguesa son, a su vez, reemplazados por una actitud de distanciamiento, de exclusión y un deseo generalizado de mantenerlo lo más alejado posible de la actividad política. Deseo compartido por la clase conservadora. Es decir, los antiguos adversarios se convierten en aliados ante la necesidad de defender el orden social existente contra el enemigo común. Por eso, concluía la introducción histórica a este tercer período del siglo afirmando que el conflicto Antiguo Régimen/Liberalismo, que había llegado hasta 1874, deja paso al enfrentamiento Oligarquía-burguesía contra proletariado. Pero el hecho de que acerquen sus posturas no implica que desaparezcan por completo sus discrepancias. Son muchas las censuras que se dirigen mutuamente. De ahí que, analizada en su conjunto la producción novelística de estos últimos



treinta años, se puedan señalar, a grandes rasgos, las siguientes tres características generales:

A) Continúa la pugna entre novela conservadora y liberal; cada una de ellas propugna un modelo distinto de sociedad y ataca el del contrario. Elaboran, asimismo, una teoría de la novela que da cobertura estética a los valores recogidos en sus respectivas creaciones novelescas.

B) Esta pugna no es óbice para que se produzca un acercamiento entre ambas. Acercamiento propiciado por dos factores: el primero, porque en la novela conservadora no existe unanimidad (tampoco en la liberal, pero las diferencias son más tenues), pues un sector de la misma no tiene ningún inconveniente en aceptar los principios económicos del liberalismo. El segundo, el más importante, la necesidad de defenderse del enemigo común.

C) Éste es el proletariado, que adquiere conciencia de clase, propugna un nuevo modelo socioeconómico y elabora también su propia teoría novelesca.

Veamos todo esto con un poco más de detenimiento.

A) A la nómina de la novela conservadora pertenecen autores como Alarcón, Pereda, Campión o Navarrete, pero también Pardo Bazán, López del Arco y Félix de Bona. Los primeros localizan sus obras en el ámbito rural del que forman parte los campesinos, mientras que los segundos las sitúan en el moderno mundo industrial del que forma parte el proletariado. Los primeros recogen “objetivamente” las duras condiciones de vida de los trabajadores del campo o de los pescadores, pero éstas no funcionan como una crítica hacia el sistema que las ha originado sino que, paradójicamente, contribuyen a su reforzamiento pues algunas de estas condiciones cumplen la función de “probar” la adhesión del pueblo al sistema, ya que se muestra conforme con ellas, las soporta con alegría y resignación, se identifica con los valores morales y religiosos tradicionales y la relación con sus señores naturales –cimentada en la fidelidad y protección- es armónica. Y otras, -analizadas con un enfoque en el que se mezclan el distanciamiento y el paternalismo- se utilizan como soportes estéticos de determinados aspectos de la ideología de la oligarquía, con lo que el pueblo no es nunca objeto de un tratamiento autónomo: en ambos casos su presencia desempeña el papel de reforzar y demostrar la idoneidad de las estructuras de la sociedad tradicional. Ahora bien, este modelo social se encuentra gravemente amenazado desde el exterior; para Pereda es la falta de religión; para Alarcón, los modos de vida inmorales ajenos a las sencillas costumbres de los campesinos; para Villoslada y Campión, las contiendas políticas que perturban la paz del pueblo y lo dejan en una situación de desprotección y desamparo que sólo la sociedad del Antiguo Régimen puede remediar. Es decir, el peligro es el liberalismo con el que los partidarios del Antiguo Régimen han venido manteniendo una pugna a lo largo de todo el siglo (pero sobre todo tras la muerte de Fernando VII) y que en estos momentos está provocando un relevo en el poder, pues algunos miembros de la clase que lo ha desempeñado hasta ahora, están siendo desplazados del mismo, con malas artes, por una pandilla de aventureros sin escrúpulos que recurren a cualquier medio con tal de enriquecerse y ascender socialmente. Pero no toda la culpa la tienen estos advenedizos. También algunos componentes de las clases conservadoras son responsables por transigir con esta situación, lo que se traduce, entre otras cosas, en el abandono de las costumbres tradicionales y en alianzas matrimoniales con estos recién llegados que están convirtiéndose en la

nueva clase dirigente. Coloma, cuya obra se centra en los nobles que han abdicado de su papel y se han “integrado” irresponsable y frívolamente en la sociedad de la Restauración, es especialmente duro con ellos; su conducta es presentada como ejemplo de comportamiento inadecuado; justamente lo contrario hace Campión, que ofrece el proceder de doña María Ugarte como modelo digno de imitación por su entereza e intrasigencia en momentos trágicos para ella. Estos autores mantienen, pues, una actitud profundamente antiliberal. No aceptan nada del sistema burgués: siguen aferrados al modelo socioeconómico preindustrial lo que, entre otras cosas, les lleva a adoptar una actitud cerradamente contraria a la movilidad social que se produce, en todos los casos, valiéndose de medios espurios.

Los novelistas del segundo grupo, por el contrario, dan cabida en sus obras a la nueva realidad industrial, que presentan de un modo positivo, y se muestran firmes defensores de los principios del liberalismo del que, según afirma explícitamente Bona, los trabajadores han obtenido muchísimas más ventajas que los empresarios. Sin embargo, los supuestos “beneficiarios” no piensan lo mismo y, por eso, a diferencia de los trabajadores rurales de Pereda o Campión, no se identifican con el sistema, sino que lo combaten convocando huelgas en las que reivindican la mejora de sus duras condiciones de vida e, incluso, pretenden derribarlo y sustituirlo por el socialismo. Es decir, en principio, las relaciones entre patronos y obreros no tienen nada de armoniosas y los autores de este segundo grupo se hacen eco de una conflictividad social que, -ausente en las novelas de los del primero- parece generada por las relaciones sociolaborales creadas por el liberalismo. Pero no es así. La situación de miseria en la que viven algunos trabajadores tiene sus raíces en causas morales y no sociales y, en última instancia, se debe a la falta de voluntad de los trabajadores, pues el liberalismo ofrece a todo el mundo las mismas oportunidades de progresar y mejorar: el caso de Pedro –protagonista de *La huelga*- es un ejemplo evidente de ello y de que estos autores no tienen ningún tipo de prevención contra los nuevos ricos que han conseguido ascender al socaire de las circunstancias creadas por el régimen de la Restauración. Por eso, los ataques políticos contra el sistema con la intención de derribarlo no responden a causas objetivas, sino que se deben a la nefasta propaganda socialista. Es decir, que los peligros que amenazan al sistema son, lo mismo que en el caso de la novela que defiende la sociedad preindustrial, originados desde fuera por desaprensivos que, incapaces de trabajar y movidos por un malvado deseo de derruir los pilares y los principios de la sociedad, utilizan todos los medios a su alcance para ello. Estos mismos argumentos –sobre todo el de la malsana influencia externa- son también utilizados por Pardo Bazán y Navarrete, influencia de la que terminan escapando gracias a mecanismos internos del propio sistema –sentido moral innato del pueblo español, comprensión paternalista de la clase alta, sentido filantrópico de los patronos- que hacen que los trabajadores se den cuenta de que la solución a sus problemas se encuentra en ese modelo social contra el que ellos habían estado luchando<sup>1513</sup>. El proletariado aparece así, como víctima –lo que es una manera implícita de negarle autonomía y capacidad de decisión-, aunque no siempre completamente inocente.

---

<sup>1513</sup> Las palabras de Pedro, al final de *La huelga*, cuando observa a todos los trabajadores cantando un epitalmio en su boda, es una muestra significativa de lo que estoy afirmando: “*El epitalmio de nuestra boda, cantado con verdadero entusiasmo por los operarios que tres meses antes estaban en huelga, lo considero como el triunfo mayor de mi vida.*” Cit., p. 256.

Si se comparan los dos grupos de novelistas, se ve que, al margen de las diferencias señaladas, coinciden en dos aspectos: la actitud hacia el pueblo de los primeros y hacia el proletariado de los segundos es idéntica. Lo cual es lógico, pues ambos, como representantes de los intereses de la clase dominante, persiguen lo mismo: la defensa del orden social establecido, que es el segundo de los aspectos señalados. Esta defensa la llevan a cabo los primeros presentando un sistema en el que no existen problemas; los segundos, resolviendo los problemas, que son siempre creados desde fuera, dentro del propio sistema no con soluciones de tipo social, sino con medidas que no son sino la “actualización” de las mismas virtudes morales con las que los primeros tratan de sostener la sociedad tradicional. Por eso, al margen de que sus predilecciones se inclinen por las formas de vida rurales o urbanas, su actitud hacia el pueblo, -en el primer caso-, y hacia el proletariado -en el segundo-, es idéntica: protección paternal que les lleva a tergiversar la realidad elaborando una imagen idílica de las relaciones sociales, pues tanto el pueblo rural como el proletariado -una vez que Pedro los aleja de la perniciosa influencia socialista y les hace darse cuenta de que sus intereses coinciden con los de los patronos- se identifican y apoyan el sistema socioeconómico vigente. La ideología se impone sobre la realidad como instrumento de defensa de los intereses de la clase dominante. Ideología que tiene, asimismo, su repercusión en la teoría de la novela: tanto la concepción de Pereda -la novela regional-, como la de Alarcón y López del Arco -la novela moral-, son los modelos literarios que recogen y elaboran estéticamente el modelo social defendido por ellos, pues lo que proponen, como se vio en la introducción, es una novela que se ocupe del pueblo rural y se haga eco de la moral tradicional: los pescadores de Pereda, los campesinos de Alarcón y los obreros a los que López del Arco pretende moralizar responden perfectamente a estas características. Pueblo y novela son utilizados, pues, como argumentos en apoyo de un sistema social, que no favorece precisamente al pueblo.

La novela liberal, por su parte, se enfrenta a una doble tarea: tiene que atacar al Antiguo Régimen y a la Restauración (a la que acusa de haberlo perpetuado traicionando los principios del liberalismo), para imponérselo; y, al mismo tiempo, defenderlo del proletariado. La imagen que del pueblo/proletariado aparece es distinta en un caso y en otro: según se critique a las clases conservadoras o se defienda el liberalismo. Elabora, asimismo, una teoría de la novela al servicio de éste.

Cuando ataca a la oligarquía, además de denunciar los aspectos negativos de la sociedad tradicional (ausencia general de sentimiento religioso, materialismo, abusos y alianza de la Iglesia con las clases conservadoras, lo que convierte a las religiones institucionalizadas en instrumentos de intransigencia y dogmatismo -aspecto duramente fustigado por Galdós y sobre el que polemizó con Pereda- en lugar de punto de encuentro y unión), la acusa de sojuzgar al pueblo física y psíquicamente: no sólo lo ha convertido en objeto para su propio disfrute -las relaciones de Fortunata con Juanito y Feijoo son una prueba de ello-, sino que también -y esto es mucho más grave- lo ha alienado consiguiendo que se identifique con sus valores: el comportamiento fanático de los habitantes de Ficóbriga, el monólogo de Fortunata o las ironías de Tito, comentando la estafa de doña Baldomera de Larra, son ejemplos paradigmáticos. Los novelistas liberales, utilizan, por tanto, la situación del pueblo para mostrar su disconformidad -que en el caso de Clarín se convierte incluso en

amenaza- con la sociedad de la Restauración. Pero esto no significa que se “interesen” por la situación ni los problemas del pueblo y mucho menos por los del proletariado. Éste no es nunca objeto –y en esto coinciden con la corriente conservadora- de un tratamiento autónomo, sino que todo lo relativo a él es siempre enfocado desde la óptica burguesa, al servicio de un modelo que, al no haber triunfado pues la Revolución de Septiembre fue un breve paréntesis, es más un deseo que una realidad. De ahí que en estos novelistas predomine más la crítica del modelo social que se combate que las alabanzas del que se propone.

La defensa de éste se lleva a cabo poniendo de manifiesto las virtudes del liberalismo, de las que son portadores, por ejemplo, Bozmediano y Lázaro en *La Fontana de Oro*, o Miguel Rivera en *Maximina*; exaltando el progreso, del que Galdós hace una encendida apología en *Marianela*; presentando el relevo en el poder –José- como algo natural y nada traumático, pues el propio don Fernando de Meira acepta que su casa solariega se convierta en una fábrica de escabeche; o celebrando la equiparación social y el sentido democrático de la sociedad española como hace Galdós en *Fortunata*. Es decir, el liberalismo, en contra de lo que piensan los autores conservadores –Campión, Pereda- es un sistema perfectamente respetable. Pero este sistema, no sólo no ha conseguido todavía consolidarse, sino que se encuentra ya fuertemente contestado por aquéllos cuya colaboración sería imprescindible para que triunfara. Este hecho condiciona la imagen que del pueblo y del proletariado presentan estos autores en un doble sentido; por una parte, al pueblo lo distancian y la actitud hacia el proletariado, cuya presencia es bastante menor, se mueve entre los tímidos deseos de seguir manteniéndolo en la órbita de la burguesía y el soslayamiento. Por eso, a diferencia de la etapa anterior (1833-1868), ahora procuran no sólo no halagar al pueblo, sino mantenerlo alejado, muestra de lo cual es el distanciamiento irónico de Palacio Valdés, analizado en *La hermana San Sulpicio* y *El cuarto poder*, o el sarcasmo degradante de Galdós al describir la participación del pueblo en las sesiones políticas de *La Fontana de Oro*. Y por lo que, al proletariado se refiere, Jacinto Octavio Picón y Palacio Valdés propugnan un acercamiento entre burguesía y proletariado; para ello, por una parte, minimizan la lucha de clases al reducirla a un enfrentamiento lingüístico pacífico que se soluciona mediante el matrimonio entre personas de distinta clase social. Palacio Valdés, además, propone claramente –*La espuma*- que la clase media debe alejarse de la oligarquía y acercarse al proletariado convirtiéndose en portavoz de sus reivindicaciones. Pero el proletariado que aparece en esta novela no tiene voz; es Quiroga, el médico, quien se la presta, con lo que queda claro que el punto de encuentro entre ambos tiene que producirse dentro de los límites del liberalismo burgués. Lo mismo propone Clarín, pero en sus artículos, pues en *La Regenta* el proletariado desempeña, fundamentalmente, el papel de atemorizar a la oligarquía. Es decir, estos autores piensan que las contradicciones de clase se pueden resolver dentro del sistema. Sin embargo Galdós percibe el antagonismo social con toda claridad y no cree que sea posible la conciliación; defensor de los valores burgueses, reacciona soslayando a los proletarios que, sustituidos por las máquinas, quedan en un segundo plano. Y por otra parte, se sirven del pueblo para dar cobertura estética -coincidiendo también en esto con la novela conservadora- a elementos de la ideología burguesa, como el pesimismo existencial de Palacio Valdés con motivo de la romería de Sarrió, el histórico de Galdós (señalado en algunos pasajes de *La desheredada*), o la defensa del atuendo popular, realizada asimismo por Galdós, aunque ésta, como se vio, encierra también un duro ataque co-

ontra el oportunismo de las damas alfonsinas. Es decir, todo lo relativo al pueblo está siempre enfocado desde la óptica burguesa.

La denuncia de la oligarquía, la sublimación de la lucha de clases, el intento de convertirse en portavoces de las reivindicaciones obreras, el distanciamiento del pueblo, su utilización estético-literaria como soporte de una concepción burguesa de la existencia y el elogio en abstracto del progreso soslayando los problemas sociales que acarrea el capitalismo corresponden a una visión burguesa de la realidad, que defiende un determinado modelo económico social atacando los obstáculos que impiden su plena implantación y ocultando sus inconvenientes. Visión burguesa que encuentra su perfecto complemento en la teoría de la novela elaborada por Galdós.

B) El enfrentamiento no es nuevo. Viene de antiguo. Lo nuevo –y lo más significativo- es el acercamiento que se produce entre ambas tendencias novelescas, observable en las coincidencias de los novelistas liberales con los dos grupos de los conservadores. Con los tradicionalistas coinciden en la asunción de ciertos conceptos que, a lo largo de los períodos anteriores, han sido patrimonio exclusivo de éstos. Con los liberales doctrinarios, en la defensa de los principios jurídicos y económicos del liberalismo.

El providencialismo es un concepto originariamente acuñado por los ideólogos conservadores para preservar el modelo de sociedad tradicional. Y como tal sigue funcionando en autores como Navarro Villoslada o Campián, que lo utilizan para defenderla del liberalismo. Pero también Palacio Valdés y Galdós se valen de él para dar legitimidad a la sociedad burguesa. Lo mismo sucede con la religión. Los autores liberales atacan la utilización espuria que se hace de la misma; pero ponen especial énfasis en destacar la omnipresencia del sentimiento religioso, a la que el pueblo sencillo (no el proletariado) es especialmente sensible, lo que es una prueba de su necesidad. Necesidad que Palacio Valdés –*El origen del pensamiento*- eleva a cimas absolutas, dotándola de una dimensión trascendente, al situarla al margen de la razón, con lo que la convierte en algo intocable. Lo mismo hace Galdós con la exaltación del sentimiento religioso natural, que es, asimismo de índole irracional. La burguesía completa así una evolución que va de atacar a la Iglesia con argumentos racionales a la defensa de la religión apelando a la raíz irracional del sentimiento religioso. Empieza, pues, a cantar la palinodia burlándose del racionalismo y exaltando el irracionalismo que la siguiente generación –*Amor y pedagogía, El árbol de la ciencia, San Manuel Bueno, mártir*- va a convertir en uno de los pilares fundamentales del orden burgués.

Con los novelistas conservadores del segundo grupo, los “doctrinarios”, coinciden en la defensa de los principios económicos del liberalismo y la apología de la igualdad; pero en el fondo, no en la forma. Los liberales doctrinarios -Félix de Bona (también Valera, aunque no entre en esta clasificación)- defienden abierta y entusiásticamente el liberalismo, mientras que Galdós y Palacio Valdés, que no dan muestras de entusiasmo, lo hacen de un modo indirecto. Bona no sólo presenta el caso de Pedro Cerecita como la prueba inequívoca de que en la sociedad de la Restauración todo el mundo tiene las mismas oportunidades, sino que el propio Pedro, cuando su padre se queja de las desigualdades existentes achacándolas implícitamente a la sociedad, le reconviene diciéndole que el sistema social no tiene ninguna responsabilidad y hace una encendida defensa del mismo afirmando que el aprovechar o no esas oportunidades depende exclusivamente de la capacidad de cada uno y, sobre

todo, de la voluntad. Paralelo es el caso de los hermanos Golfín, aducido por Galdós; éstos, nacidos en unas condiciones más miserables que las de Pedro, consiguen, a base de trabajos y privaciones llegar uno, a médico y el otro, a ingeniero. Pero Galdós no hace ninguna defensa teórica del liberalismo. Es más, Galdós –lo mismo que Palacio Valdés, Ortega y Munilla y otros- presentan muchísimos casos de personajes que han ascendido no a base de esfuerzos, sino por medios inmorales, lo que viene a funcionar como prueba indirecta contra la supuesta igualdad de oportunidades y el espíritu abierto de la Restauración. Ello se debe a que Bona identifica liberalismo con Restauración, mientras que Galdós, no. Para el primero, Pedro ha conseguido triunfar gracias a la Restauración; para Galdós, los hermanos Golfín lo han hecho a pesar de ella. Es decir, está defendiendo no las circunstancias concretas en las que se desarrolla el liberalismo sino su espíritu teórico, que es lo que le lleva, asimismo, a realizar una encendida apología de la igualdad y del sentido democrático de la sociedad española. Igualdad difícilmente aplicable más allá de los límites jurídico-legales, pues termina allí donde empiezan las desigualdades económicas, razón por la que Anselmo Lorenzo la critica duramente.

Los novelistas liberales intentan distinguir entre Liberalismo y Restauración: defender uno y atacar a la otra. Pero, ¿cómo hacerlo, cuando el proletariado, que los identifica, los ataca por igual? En la práctica esa separación no es posible. Por eso, el resultado último de la defensa del liberalismo es la justificación del orden existente amenazado por el proletariado al que se intenta parar con diversos procedimientos: desterrando su problemática de las novelas, deformándola o intentando asumir algunos de sus aspectos para intentar controlar el movimiento obrero, que surge, y así es percibido, como enemigo común que propugna un nuevo modelo de sociedad y una nueva forma de hacer novela –*Prólogo* de Lluñas a *Justo Vives*- que le sirva de respaldo artístico.

La presión del proletariado es, por tanto, el motivo fundamental de la confluencia de todos los demás sectores sociales que se “unen” en la defensa del sistema socioeconómico vigente. Esta defensa se manifiesta en la elaboración de una teoría de la novela que propugna que ésta debe ocuparse de los problemas de la burguesía, teoría que los novelistas llevan a la práctica haciendo que éstos la monopolicen.

### **III. CONCLUSIONES GENERALES**

## 1. RESUMEN GLOBAL

El pueblo, el cuarto estado, es una de las tres clases sociales entre las que se reparte el protagonismo histórico durante el siglo XIX. Su presencia –tanto del rural como del urbano- en los acontecimientos sociopolíticos va a ser una constante a lo largo de los tres períodos en los que se divide el siglo, aunque no siempre del mismo modo, pues en cada uno de ellos desempeñará un papel diferente. En el primero –el “protagonismo” corresponde fundamentalmente al rural- actúa al servicio de la nobleza que lo utiliza como fuerza de choque para preservar del acoso del liberalismo al Antiguo Régimen que se bate en retirada. En el segundo, es la burguesía, que va adquiriendo cierta importancia como consecuencia del incipiente proceso de industrialización, la que intenta atraerlo –principalmente al urbano- a su órbita con el señuelo de que los beneficios que se derivarán del triunfo de la revolución liberal alcanzarán a todos por igual. En el tercero, desengañado del liberalismo y convertido en proletariado con su conciencia de clase recién adquirida, se levanta en lucha contra el sistema de la Restauración, lo que llevará a los dos antiguos contendientes a limar diferencias y cerrar filas contra el ahora enemigo común. Históricamente, pues, el pueblo rural se mueve en la órbita de la nobleza en los primeros treinta años del siglo; el urbano contribuye al advenimiento del débil liberalismo en los treinta siguientes y el proletariado se independiza de la tutela de la burguesía, que aliada con la clase tradicional forma la oligarquía durante la Restauración, y comienza su andadura en solitario.

Su “presencia” en la novela está condicionada por su papel histórico, lo cual no significa que ambos papeles –el histórico y el novelesco- coincidan. En el primer período desempeña –aunque no es el único- el que a la nobleza tradicional le conviene para preservar la sociedad del Antiguo Régimen. En el segundo predomina –tampoco es el único- el que le interesa a la burguesía que necesita contar con él como aliado para consolidar el triunfo liberal; lo cual no significa que exista uniformidad entre los autores liberales: algunos empiezan a mostrarse escépticos ante las dificultades para implicar al pueblo en la revolución burguesa y otros, preocupados por los inconvenientes que de dicha implicación podrían derivarse. En estos dos períodos, aunque siempre contemplado desde la óptica de clase de la nobleza o de la burguesía, el pueblo adquiere una notable presencia en las páginas de la novela. Sin embargo, en el tercer y último período su presencia es infinitamente menor hasta el punto de que se puede afirmar que la novela es monopolizada por la burguesía. Ello se debe a que, una vez que ha alcanzado su conciencia de clase y comenzado su andadura histórica en solitario, tanto la clase tradicional como la burguesía, ahora aliadas, se dan cuenta de que ya no pueden atraerlo a sus respectivas esferas de influencia, pues el proletariado no distingue entre una y otra, y deciden, después de haberlo dejado fuera de los beneficios del liberalismo, “desterrarlo” de las páginas de sus novelas en las que aparece, cuando lo hace, desempeñando un papel de comparsa, deformado e incluso, casi demonizado. Pero, como contrapartida y consecuencia de esa recién adquirida conciencia, surge una nueva corriente novelesca que se hace eco de sus propios intereses de clase. Es decir, en la novela tradicional y en la burguesa el protagonismo histórico y el novelesco del pueblo son inversamente proporcionales: el aumento del primero en este último período va acompañado de la disminución del segundo, lo que es mínimamente



compensado por el que desempeña en la novela proletaria, significativa como testimonio de que un nuevo fenómeno histórico encuentra testimonio literario pero poco importante cuantitativa y cualitativamente.

En líneas generales son cuatro, por tanto los tratamientos del pueblo en la novela del siglo: hasta 1833 encarna las virtudes del Antiguo Régimen. De 1833 hasta 1868 se identifica con el liberalismo. Desde 1868, cuando se convierte en proletariado, “desaparece” -en el sentido de que sus valores no son objeto de un tratamiento serio y objetivo- de las dos corrientes novelescas que hasta ahora se habían ocupado de él, y se convierte en protagonista de una nueva novela, antagonista de las anteriores. Como cada uno de estos tratamientos se corresponde con los intereses de clase de los que las respectivas corrientes novelescas se hacen eco, todos ellos son producto de una elaboración ideológica: están, pues, fuertemente ideologizados. Se cumple así la hipótesis central de esta tesis: las diferentes imágenes que del pueblo aparecen en la novela a lo largo del siglo responden siempre a los intereses de las otras dos clases sociales y van variando en función de los acontecimientos históricos y de la adquisición de su propia conciencia de clase por parte del proletariado, consecuencia también de esos mismos acontecimientos. En las páginas siguientes enumero las características de estas diversas imágenes a lo largo de los tres períodos en los que se puede dividir el siglo.

## 2. 1800-1833: ANTIGUO RÉGIMEN

Hasta 1833 el pueblo interviene en los asuntos políticos de un modo espontáneo y pasional moviéndose siempre en la órbita del Antiguo Régimen que, unas veces lo dirige, como sucedió en el motín de Aranjuez –una revolución acaecida abajo pero inducida desde arriba en opinión de Carr- y otras, en que el impulso inicial escapa a su control, se las arregla para reconducirlo, como sucede con el 2 de mayo y la Guerra de la Independencia, en que el pueblo actúa por su cuenta en el levantamiento de Madrid y en las guerrillas, pero termina aclamando a Fernando VII. Durante los seis años que dura la guerra, al mismo tiempo que se lucha contra Napoleón, se libra también otra batalla entre partidarios y adversarios del Antiguo Régimen en la que ambos intentan sumar al pueblo a su causa: los primeros, explotando el sentimiento religioso y xenófobo; los segundos, procurando canalizar el descontento generalizado, como reconoce Quintana en el primer manifiesto de la Junta Central, al afirmar que el pueblo, aunque inconsciente de su fuerza, se levantó porque se sentía oprimido y olvidado por el gobierno. Esto indica que tenía una potencialidad revolucionaria que, carente de conciencia de clase, se manifiesta en actos esporádicos de violencia y rebeldía –ocupaciones de tierras, asesinatos de algunas autoridades- que atemorizan a las clases “bienpensantes”. De ahí que, en un principio, no vean con entusiasmo, sino más bien con ciertas reservas, el levantamiento contra los franceses. Consiguieron, sin embargo, reconducir la situación –la labor de la Iglesia fue fundamental- y que el pueblo terminara apoyando al Antiguo Régimen: el grito de “¡Vivan las caenas!” es suficientemente indicativo de hasta qué punto lo lograron. El pueblo se identifica, pues, con absolutismo, lo que nada tiene de extraño si se tiene en cuenta, por una parte, el calamitoso estado de la economía española y la consiguiente debilidad de la burguesía; y, por otra, la situación de subordinación en que se encuentra respecto a la Iglesia, pues su supervivencia depende en gran

medida de la caridad, y su nula capacidad crítica ya que vive inmerso en la ignorancia de la que el régimen realiza una manifiesta apología, prueba de la cual es la declaración del Colegio Santo Tomás de Sevilla: “*Más queremos errar con Basilio y San Agustín que acertar con Descartes y Newton*”. La primera batalla la gana, pues, el Antiguo Régimen, pues la derrota de Napoleón lleva aparejada la de los liberales –que terminan en el exilio o en la cárcel- y la vuelta del pueblo al control del absolutismo.

Durante el Trienio Liberal rebrota abiertamente la pugna entre absolutistas y liberales por atraerse al pueblo a sus causas respectivas. Los absolutistas utilizarán al populacho para provocar desórdenes y desprestigiar al liberalismo, como en el caso del cura Vinuesa ocurrido en mayo de 1821. El pueblo urbano, por el contrario, luchará en defensa del liberalismo, como sucede, por ejemplo, en julio de 1822. Sin embargo el balance final del trienio, como ocurrió al terminar la guerra, vuelve a ser favorable al Antiguo Régimen: cuando tiene lugar la invasión del ejército de Angulema el pueblo no se levanta como hizo en 1808. Y no lo hace porque el rural se muestra indiferente y el urbano, decepcionado. En 1808, aunque tuvieran motivaciones diferentes –unos se van a movilizar a impulsos de los absolutistas y los otros de los liberales- todos estaban de acuerdo en luchar contra Napoleón. En 1820 esa unidad no existe: mientras el pueblo urbano, minoritario, apoya decididamente la revolución burguesa, no ocurre lo mismo con el campesino, que constituye la mayoría del país. El urbano, cuyas reivindicaciones no tienen todavía carácter de clase, se alía con los exaltados porque está convencido de que puede lograrlas con la realización plena de la revolución burguesa. Pero, a medida que pase el tiempo y esas aspiraciones no se vean realizadas, sus esperanzas de que las transformaciones del liberalismo pudieran mejorar sus condiciones de vida se irán desvaneciendo. Por eso, cuando se produjo de nuevo la invasión francesa, el pueblo urbano no tenía excesivas razones para luchar en defensa de un sistema que, tan pronto como se veía en el poder, se olvidaba de ellos; y el rural, que en 1808, convenientemente aleccionado por la Iglesia, que entonces lo incitó a la sublevación y ahora no, había visto a los franceses como herejes e impíos, en 1823 -la Iglesia sigue recitándoles la misma lección-, los ve como los defensores de la sacrosanta religión puesta en peligro por los liberales; por eso no se levanta: porque los franceses ahora vienen a restablecer los mismos principios que atacaban entonces. Luego, tanto el levantamiento de 1808 como la pasividad de 1823 benefician al absolutismo que vuelve a triunfar, con lo que se retrocede a la situación de 1814: “*tiempo sin historia*” ha denominado Artola a los últimos diez años del reinado de Fernando VII.

Este predominio del Antiguo Régimen se debe a la debilidad de la burguesía española, consecuencia del subdesarrollo económico; no obstante, se empiezan a poner las bases que propiciarán que, poco a poco, las cosas empiecen a cambiar: se inicia la industria textil catalana que supone el comienzo de la industrialización en España. Se da así el primer paso para la aparición del obrero que ya en 1831 empieza a plantear quejas a los fabricantes. Comienza así, como consecuencia de este incipiente proceso de industrialización, a surgir la clase obrera cuyo malestar intentan aprovechar los liberales quienes, a través de las sociedades secretas, realizarán una labor de agitación entre los obreros.

Por tanto, en el primer tercio del siglo la nobleza tradicional sigue siendo la clase dominante y el pueblo, que es mayoritariamente rural, se mueve en la órbita del Antiguo Régimen del que se constituye en su principal baluarte. Pero existe ya una clase burguesa que, aunque débil, intenta atraerse al urbano para imponer el liberalismo.

Esta situación es recogida por la novela de estos años: dada la debilidad de la burguesía y el absoluto predominio de la nobleza, la novela que se escribe durante este período –al margen de que, según la concepción de Lukács, no se pueda considerar como tal– responde mayoritariamente a la ideología del Antiguo Régimen de cuyos valores hace propaganda; pero, como a pesar de todo, existe ya –aunque débil y minoritaria– una conciencia burguesa que, en determinados momentos (1812, 1823), aflora con cierta pujanza, hay también algunas novelas que, haciéndose eco de ella, denuncian la sociedad del Antiguo Régimen utilizando como argumento la situación de opresión en que vive el pueblo. La presencia de éste en la novela del primer tercio del siglo está condicionada, pues, por la pugna entre Antiguo Régimen y liberalismo que se lo “disputan” como aliado de sus respectivos sistemas. Uno y otro presentan visiones contrapuestas; pero en algunos aspectos concretos existen coincidencias, que son el germen del acercamiento que se producirá en el tercer período del siglo durante la Restauración. Y, por otra parte, las novelas de ideología burguesa no presentan una imagen uniforme del pueblo: se pueden apreciar –como consecuencia de las diversas corrientes que empiezan a surgir en el seno del liberalismo– significativas discrepancias entre ellas, que se acentuarán en el segundo tercio del siglo.

## 2.1. NOVELA PROFEUDAL

La novela de ideología tradicional muestra una imagen de la sociedad que favorece los intereses de la clase dominante, que los defiende valiéndose de las instituciones que ejercen el poder. Éstas son dos: Monarquía e Iglesia. Tanto el poder temporal del rey, como el espiritual de la Iglesia son de origen divino y sus decisiones, para dotarlas de legitimidad, son presentadas como actuaciones de la Providencia de la que no son sino meros ejecutores. Al ser siempre la Providencia la que interviene y ellos unos simples delegados, esas decisiones no sólo son indiscutibles, sino que la justicia y equidad de las mismas resultan garantizadas: resulta evidente que no los mueve ninguna motivación espuria ya que, cuando el poder es ejercido por sus legítimos representantes, éstos gobiernan siempre de un modo paternal y benigno, y el pueblo no tiene que preocuparse de nada más que de obedecer, pues es imposible que cometan ningún tipo de abusos. Esto sólo sucede cuando algún ambicioso intrigante, arrogándose competencias que no le corresponden, accede al poder y lo utiliza para su propio beneficio convirtiendo al pueblo en víctima. Pero ni siquiera en estos casos es necesario que el pueblo se rebele –en el período siguiente en situaciones semejantes se “sublevará” a favor del poder– pues la Providencia se lo termina devolviendo a su legítimo dueño como sucede en las novelas de Martínez Colomer o de López Soler. Por su parte, la Iglesia aparece como guía espiritual a la que acude el pueblo en busca de consejo y consuelo. Pero éstos, aunque se pretenda circunscribirlos al ámbito espiritual, no dejan de tener repercusiones sociales: cuando un cura le aconseja a Voyleano que enseñe la religión a los segadores, que riegan con su sudor los surcos, donde crece el pan que él tranquilamente se come, aunque no sea ésa su intención, está ingenuamente reconociendo que la Iglesia, como la novela liberal le echará en cara, utiliza la religión para preservar el orden social establecido, que en este caso es el absolutismo, cuyas características, como la desigualdad, se justifican apelando a la voluntad divina y se mitigan mediante la caridad. Monarquía e Iglesia actúan así unidos en defensa del mismo. Para que

éste permanezca inalterable es necesaria la aquiescencia del pueblo y no hay medio más eficaz para ello que mantenerlo en la ignorancia; Capmany lo señaló con toda claridad cuando escribió que la falta de lectura de los españoles, al mantenerlos al margen de las ideas modernas, fue lo que salvó a España en los acontecimientos de 1808. Por eso, en esta novela se hace apología de la ignorancia especialmente cuando son las mujeres las que, dedicándose a tareas impropias de su condición, aspiran a cultivarse y a pensar por su cuenta, lo que resulta innecesario ya que la Iglesia posee el monopolio de la Verdad. El cultivo intelectual, lleva precisamente a apartarse de ella y a empaparse de filosofías extrañas, ajenas a los preceptos de la religión, con las que los nuevos filósofos emponzoñan los oídos sanos. Y, como estos filósofos son de origen extranjero, se esgrime también el patriotismo –como sucede en *El Oficial y el tejedor*- para oponerse a ellos. La apología de la ignorancia seguirá apareciendo en la novela de los dos períodos siguientes con nuevas variantes y matices; en el tercero dejará, incluso, de ser patrimonio exclusivo de la novela conservadora y, bajo la formulación genérica de ‘el conocimiento produce dolor’, se convertirá en uno de los presupuestos ideológicos del pensamiento liberal, se adentrará en el siglo XX y adquirirá carta de naturaleza literaria y filosófica bajo las diversas formas de irracionalismo. La ignorancia y la incultura se presentan en la novela que recoge la ideología del Antiguo Régimen, no como una lacra, sino como una virtud pues, gracias a ellas, el pueblo se deja conducir dócilmente.

Como consecuencia de todo esto –poder político e Iglesia cuya legitimidad es inatacable pues le viene de Dios, exaltación de la ignorancia, existencia de la desigualdad como un hecho natural, docilidad del pueblo- la imagen de la sociedad tradicional que transmiten estas novelas, es de idílica armonía interclasista y la pasividad, conformismo y resignación del pueblo –indispensables para su mantenimiento- son, por más que la novela liberal pretenda lo contrario, la consecuencia lógica de su satisfacción por sentirse protegidos y valorados. Este sistema está empezando ya a ser cuestionado por otro que se presenta como alternativa, por lo que, implícitamente, su defensa se hace contra él. Sin embargo la presencia de éste es todavía -las cosas cambiarán en los dos períodos siguientes- escasa, por lo que la defensa se lleva a cabo sin atacar al contrario, manteniéndose en todo momento en un plano puramente ideológico y moralizando de un modo abstracto, lo que tiene como consecuencia el que, aunque algunas veces se adivine, en estas novelas no se plantee una problemática contemporánea. O lo que es lo mismo, estas novelas se quedan en el plano de las ideas abstractas sin confrontarlas con la realidad contemporánea; pero no todas; en algunas sí que comienza a hacer acto de presencia la realidad contemporánea mediante la introducción de un procedimiento que consiste en “encontrar” ya en la sociedad tradicional lo que sus detractores presentan como un novedoso descubrimiento del liberalismo. Se utilizan para ello los mismos argumentos del adversario pero dotándolos de un contenido diferente. Cuando se apela a la ira de Dios, si no se satisface lo que a sus ministros les corresponde, para defender los diezmos –considerados por la novela liberal como una exacción que disminuye la capacidad adquisitiva de los campesinos- se está utilizando un argumento moral; pero, cuando esa defensa se realiza afirmando que esas rentas en manos de la Iglesia son un estímulo para el consumo, rebatiendo así la acusación de que son un obstáculo para la prosperidad de la agricultura, el argumento moral ha sido sustituido por otro de tipo económico. Este procedimiento –consistente en utilizar el argumento del contrario para defender lo opuesto de aquello para lo que fue pensado- va a

aparecer con bastante frecuencia en la novela de los años siguientes. Es un procedimiento muy “eficaz” pues pretende hacer ver que en las estructuras antiguas ya se encuentran las bondades que se les atribuyen a las nuevas; luego éstas no han aportan absolutamente nada.

Tanto los argumentos “morales” como los “modernos” apuntan a un mismo objetivo: presentar una imagen idílica del Antiguo Régimen. Pero esta imagen idílica no se corresponde con la realidad histórica, pues las agitaciones sociales –manifestación de una rebeldía primitiva que estalla por cuestiones puntuales y que no responde, por tanto, todavía a una conciencia de clase- no son del todo infrecuentes.

Luego esta imagen, elaborada con la finalidad de conseguir la aquiescencia de todos en torno a los valores vigentes, responde a los intereses de la clase dominante en estos momentos –la nobleza tradicional- de los que la novela, como producto estético superestructural, se convierte en transmisora. Se cumplen así las hipótesis general y la primera parte de la particular de este primer período: la de que la obra literaria, como forma que es de conocimiento de la realidad, está condicionada por las relaciones sociales de producción dominantes en el momento en el que surge y es siempre reflejo de los intereses de una determinada clase para cuya defensa elabora una ideología o, al menos, contribuye a su propagación. Es verdad que el pueblo actúa mayoritariamente como elemento sustentador del Antiguo Régimen; pero no lo es ni la uniformidad ni la idílica conformidad y resignación con que aparece. Se trata, por tanto, de una imagen “ideologizada” –y ésta es la primera parte de la particular- al servicio del Antiguo Régimen y la nobleza tradicional.

## **2.2. NOVELA LIBERAL**

Igualmente ideologizada –segunda parte de la hipótesis particular del período- es la que elabora la novela liberal. Ésta pretende derribar la sociedad tradicional. Para ello va a criticar algunos de los fundamentos tan enfáticamente defendidos por la tradicional y va a elaborar también la imagen del pueblo que responde a sus intereses de clase: el pueblo, víctima del absolutismo, encontrará su redención en la sociedad burguesa. Pero, a diferencia de lo que sucede en la novela tradicional, en la burguesa encontramos, por una parte, diversidad de enfoques y matices como corresponde a las distintas corrientes que están surgiendo en su propio seno; y, por otra, algunas coincidencias significativas con la corriente tradicional en puntos fundamentales, lo que pone de manifiesto la inseguridad de la incipiente burguesía, consecuencia de su debilidad y, analizadas desde la perspectiva de lo que será su evolución en el último cuarto de siglo, permite ver en ellas los primeros gérmenes de lo que se convertirá en alianza durante la Restauración. Existen, pues, discrepancias y coincidencias.

Las discrepancias con la corriente anterior son evidentes. Se denuncia el absolutismo, por lo que, frente al origen divino del poder, se defiende la soberanía nacional. Se denuncian los abusos de la Iglesia tanto ideológicos –contribuye a mantener al pueblo en la ignorancia al tiempo que hace abierta apología de ella- como económicos: lo esquilma con los diezmos y otras exacciones, lo que es causa de que los campesinos vivan en una situación de miseria. Y las desigualdades sociales, continuamente señaladas y justificadas en la novela tradicional, en la de inspiración burguesa aparecen atenuadas o abiertamente puestas en entredicho. Es decir, en síntesis, se denuncia que poder político e Iglesia forman una alianza cuyo resultado es la manipulación del pueblo, que es presentado como la víctima principal de esta situación. No

hay lugar, por tanto, para el conformismo y, en consecuencia, aparecen quejas puestas en boca de los propios campesinos sobre lo insoportable que les resulta, por ejemplo, la carga de los diezmos. Y, cuando no se quejan y dan muestras de resignación, es porque viven alienados, con lo que su situación es aún peor, pues no sólo sufren la opresión material, sino también la ideológica. La denuncia de esta opresión tiene como finalidad el cuestionamiento de los pilares en los que se asienta el Antiguo Régimen

Pero este cuestionamiento no implica una negación frontal de los mismos, razón por la que la novela de inspiración burguesa tiene una serie de coincidencias con la tradicional. Estas coincidencias son básicamente dos: el respeto a la monarquía y a la religión. No ataca nunca a la monarquía como institución. De hecho todas las Constituciones del siglo XIX –excepto, claro está, el Proyecto de Constitución de la República de 1873– la reconocen como forma de gobierno. Hasta tal punto se respeta la monarquía que en alguna de las novelas se intenta, incluso, marcar las diferencias entre el absolutismo y quien en esos momentos lo representa. Es el caso de Brotons que, tras denunciar la tiranía del poder en el Antiguo Régimen, exculpa a Fernando VII, al que presenta como “*el más querido y engañado de los príncipes*” pues, en cuanto oye a la *Verdad* exponerle las bondades de la soberanía nacional, se apresura a jurar la Constitución. Este respeto, presente en ambas corrientes novelísticas, por la monarquía/ figura del rey, es consecuencia, en última instancia, de una concepción similar del poder. En este sentido, se pueden señalar dos características comunes: una de contenido y otra de procedimiento, aunque en la práctica ambas aparecen fundidas y actuando conjuntamente. La primera consiste en que en ambas corrientes se exculpa al rey de los abusos del poder, de tal manera que, si se comporta de un modo tiránico, se debe a que la camarilla de aduladores, que permanentemente lo rodean, lo mantienen engañado. En la novela del Antiguo Régimen es la Providencia quien se encarga de devolverle la clarividencia al monarca. En la liberal, este papel le es encomendado a la *Verdad*. Evidentemente el significado que de sus respectivas intervenciones se desprende es distinto; la primera destaca la dimensión religiosa del poder, en lógica consonancia con la defensa de su origen divino, mientras que en la segunda éste se fundamenta en bases laicas. Pero, al margen de este matiz –que es muy importante–, el papel que el pueblo desempeña –tanto en una como en otra– respecto al poder es exactamente el mismo: las dos lo consideran como sujeto pasivo que se limita a asentir, a acatar sumisamente lo que el poder le presenta delante sin que sea necesaria su intervención –que no se le solicita para nada, pues los valores que tiene que acatar, que no buscan otra cosa que labrar su felicidad, le son presentados en ambos casos con un carácter absoluto que no admite cuestionamiento alguno. Son las intervenciones respectivas de la Providencia y de la Verdad las que los sitúan en esta dimensión. Por eso no hay que hacer ningún esfuerzo por parte de nadie para imponerlos: se imponen por sí mismos pues, con semejantes defensores, su legitimidad está fuera de toda duda. Nadie va a cuestionarla; ni siquiera Fernando VII que, si persiguió la Constitución en otro tiempo, fue porque estaba cegado, como Juan II, por los intrigantes. Ambos, una vez que recuperen su perdida capacidad de discernimiento, van a librarse de ellos. A Juan II es la *Providencia* quien, abriéndole los ojos, le ayuda a recobrarla; a Fernando VII, la *Verdad*. La actitud de Fernando ante ésta es idéntica a la del Trastámara ante aquélla. Una y otra quedan equiparadas, pues ésta desempeña en la novela de Brotons el papel reservado a aquélla en la de López Soler. Resulta así –y aquí aparece la similitud de procedimiento que señalé anteriormente– que dos sistemas socioeconómicos –Antiguo

Régimen y Liberalismo- que son antagónicos, no son presentados como tales por obra y gracia de la equiparación que se produce entre sus respectivas autoridades legitimadoras: la Providencia y la *Verdad*. De la misma manera que ésta no es antagonista de la anterior, la Constitución de Cádiz –y por tanto el liberalismo- no lo es de la tradición del Poder en España, sólo rota por la llegada de los Austrias. Es nada menos que Padilla quien se aparece a Riego en sueños con un ejemplar de la Constitución de Cádiz, a la que presenta como continuadora de las libertades que murieron con él en Villalar. La Constitución y la soberanía nacional no son ajenas, por tanto, a los valores tradicionales españoles. El absolutismo sí. De este modo la soberanía nacional es presentada no como un logro moderno traído por los nuevos tiempos – una conquista de la Revolución Francesa- sino como una recuperación de algo que ha existido secularmente en la tradición española. Por eso Fernando VII la jura y el pueblo se identifica con ella. Esto, al margen de que sea, como se vio en la introducción histórica, simplemente un subterfugio para conseguir el apoyo de los sectores más conservadores de la sociedad, es asimismo indicativo de cómo la debilidad de la burguesía española condiciona su actitud –lo que va a convertirse en una constante a lo largo de todo el siglo- tanto ante la clase tradicional como ante el pueblo. Intentar disfrazar la soberanía nacional con tintes de tradicionalismo para que adquiriera carta de legitimidad, es una prueba de cómo esa debilidad la lleva a comportarse tímidamente sin atreverse a romper radicalmente con la clase conservadora; y el pueblo, como consecuencia de este no presentar lo nuevo como novedoso, continúa percibiendo el origen del poder no en la voluntad de la clase social que en un determinado momento de la historia ejerce el papel de protagonista, sino en un ente que sigue teniendo carácter absoluto –antes era la Providencia, ahora es la *Verdad*, pero investida de la misma autoridad trascendental que aquélla- que se sitúa fuera de la historia. La legitimidad del nuevo poder –a pesar de todas las enfáticas declaraciones en defensa de la soberanía nacional- no procede, pues, -lo que no deja de resultar paradójico- de los ciudadanos, sino de la *Verdad*. Por eso no es necesario que el pueblo le dé su apoyo para dotarlo de legitimidad. Ésta ya le ha sido otorgada previamente tanto por la tradición como por la *Verdad*. El pueblo lo único que puede hacer es acatarlo, pero no como una imposición, sino porque los principios en los que se basa el liberalismo son tan razonables que se imponen por sí mismos.

La similitud de procedimiento consiste, pues, en que ambas corrientes se “apoderan” del razonamiento del contrario: la novela tradicional –caso de los diezmos- niega las ventajas que los liberales presentan como novedosas, afirmando que ya existían en la sociedad tradicional; la novela liberal –caso de la soberanía nacional- la defiende afirmando que no es algo novedoso, pues forma parte de la tradición española. El fundamentalismo providencialista de los partidarios del absolutismo, encuentra así su correlato en el fundamentalismo constitucional de los liberales, pues los postulados que defiende la Verdad son tan indiscutibles como los que defiende la Providencia. En ambos casos el pueblo los acata. El poder, pues, es incuestionable.

La religión es otra de las cuestiones en la que ambas corrientes coinciden, pues la consideran imprescindibles para el mantenimiento de los respectivos sistemas que propugnan. Por eso, aunque en la liberal se critican las desigualdades, se defiende la soberanía nacional, que no equivale a soberanía popular, razón por la que en Selenópolis sigue existiendo la nobleza (si bien es cierto que no es una nobleza cerrada sino abierta a todos los que demuestren poseer los méritos necesarios para ingresar en ella), se reprueba la ignorancia en

que se tiene al pueblo y se promueve abiertamente la necesidad de la educación para sacarlo de ese estado -educación encaminada a la sustitución de los vasallos por ciudadanos-, como se quiere también que estos nuevos ciudadanos den su respaldo a los nuevos valores, se deja bien claro que la instrucción tiene sus límites, como puede deducirse del hecho de que el mayor beneficio que produjo a los selenitas el cultivo de las ciencias y el aumento general de la cultura, fue que desapareciera de raíz el ateísmo. Y es que la burguesía se va a dar cuenta enseguida de que la religión no se puede atacar frívola y despreocupadamente pues, dada la utilidad que ha demostrado como sostén del Antiguo Régimen, podría muy bien ser utilizada para lo mismo por el liberalismo. Y, como es impensable que la religión pueda ser otra que la católica -única reconocida por la Constitución de Cádiz- la aceptación de su necesidad lleva aparejada la de la Iglesia. Por eso, -excepto en un caso en el que se pone en entredicho la legitimidad divina del papado- no se la cuestiona tampoco como institución; todo lo más se censuran algunos de sus abusos. Es muy significativo que en la novela más crítica con la Iglesia -*Cornelia Bororquia*- se haga una llamada de atención sobre la irresponsabilidad de aquellos miembros de las clases ilustradas que atacan “alegremente” la religión advirtiendo de los peligros de llevar demasiado lejos dichos ataques. Incluso en *La Papisa*, en la que resulta seriamente puesta en duda su legitimidad divina, se hace al principio una declaración explícita afirmando que los ataques no van contra la institución sino contra sus abusos. Ahora bien, los motivos por los que se defiende la religión no son de tipo espiritual -eso no se plantea- sino pragmático: no conviene ir contra algo que está profundamente arraigado en el pueblo y que, ha demostrado, además, su eficacia como instrumento para controlarlo. Pero este laicismo religioso se transformará de nuevo en espiritualismo en los últimos años del siglo.

La denuncia de la ignorancia -y de la consiguiente manipulación- en que el Antiguo Régimen mantiene al pueblo no busca tanto el redimirlo de ella como el acusar al culpable de utilizarla en su propio beneficio obstaculizando la implantación del liberalismo: el objetivo último no es hacerla desaparecer, sino más bien reconducirla al servicio de una causa distinta. Por tanto la imagen que la novela liberal presenta del pueblo -víctima del Antiguo Régimen, identificado con el liberalismo- es tan “ideologizada” como la que recoge la tradicional. También la liberal quiere un pueblo pasivo y conformista que apoye al nuevo poder. Bajo la retórica de la liberación y la redención, lo que buscan es lograr su adhesión a un sistema que, al igual que el Antiguo Régimen, responde a unos intereses de clase: los de la burguesía. La liberación del pueblo va unida al triunfo del liberalismo que se presenta como un sistema en el que se da la armonía social con la única diferencia de que esta armonía no está en el presente, como pretende la novela tradicional, sino en un futuro próximo. Se cumple, pues, la segunda parte de la primera hipótesis particular.

### 2.3. CONCLUSIÓN

La debilidad de la burguesía y el consiguiente predominio de la sociedad del Antiguo Régimen es la característica central de este primer período. La novela recoge mayoritariamente la imagen del pueblo que responde a los intereses del Antiguo Régimen. Pero la incipiente conciencia burguesa también elabora la suya propia, minoritaria como corresponde a su debilidad. En la tradicional existe uniformidad. En la burguesa no. El pueblo apoya la sociedad tradicional. La burguesía, que busca socavar la sociedad



tradicional, necesita contar con el pueblo al que pretende atraer a su órbita de influencia convenciéndolo de las excelencias de la Constitución gaditana, creyendo ingenuamente que la educación y la simple denuncia de la situación inclinarán al pueblo a la defensa de la Constitución, que es presentada como la solución para todos: pueblo y burguesía entre los que no se hace ningún tipo de distinción. Pero no toda la burguesía es tan ingenua; hay un sector que, después de los últimos acontecimientos históricos, es profundamente escéptico respecto a la posibilidad de poder contar con el pueblo como aliado para derribar al Antiguo Régimen. Esta corriente se presentará con mayor fuerza en el siguiente período.

En ambas corrientes el pueblo aparece siempre como un convidado de piedra. El Antiguo Régimen lo mantiene en la ignorancia para que nada cambie. La burguesía quiere valerse de él para acabar con el Antiguo Régimen. Las imágenes que de él elaboran responden a sus respectivos intereses. Falta mucho para que intente intervenir en los asuntos sociales en nombre propio.

### **3. 1833-1868: EL ACOSO DEL LIBERALISMO**

El hecho novedoso –no tanto cualitativa como cuantitativamente- del segundo período del siglo (1833-1868) es el comienzo de la industrialización y el alineamiento del pueblo (que ya ha empezado a convertirse en obrero) al lado de la burguesía liberal que va emergiendo paulatinamente. El conflicto entre Antiguo Régimen y Liberalismo alcanza ahora una mayor intensidad porque el desequilibrio no es tan grande como en el período anterior. Por eso, a pesar de que el poder económico de la burguesía, comparado con el de la nobleza terrateniente, sigue siendo bastante débil, resulta ya evidente la vigorosa existencia de una conciencia burguesa que va a encontrar un amplio eco en la novela. En este sentido se puede afirmar que la burguesía es la protagonista del período pues, al margen de su potencialidad económica, es una clase pujante, en alza, -a diferencia de la nobleza tradicional- que se apresta a la conquista del poder.

La base de esta pujanza reside –a comienzo de la década de los treinta y sobre todo desde 1850- en el desarrollo capitalista, cuyos pilares son la industria textil, minería, siderurgia, construcción de ferrocarriles y banca. Paralelamente va naciendo la clase obrera que, como consecuencia de las diversas experiencias vividas en estos treinta y cinco años adquirirá, al final del período, su conciencia de clase y dará origen al movimiento obrero, que se emancipará de la tutela de la burguesía lo que supondrá que, tras muchos años de acción conjunta luchando a su lado para conseguir el triunfo del liberalismo, se sitúe frente a ella propugnando un sistema socioeconómico alternativo.

Tres son los factores que influyen en la adquisición de esta conciencia: las condiciones de trabajo tanto de los obreros industriales como de los del campo, las conclusiones extraídas de su relación con los partidos burgueses y la difusión de las ideas del socialismo utópico.

Las condiciones de trabajo de los obreros industriales son penosas: largas jornadas y salarios escasos con los que no pueden cubrir sus necesidades básicas. Los obreros son conscientes de que necesitan mejorar esta situación y de que para ello tienen que actuar unidos. Por eso, la consecución del derecho de asociación va a ser una de sus principales reivindicaciones a lo largo de todos estos años para poder así luchar conjuntamente por el logro de mejoras laborales: aumentos salariales y disminución de la jornada laboral. Estas

reivindicaciones caben perfectamente dentro del liberalismo que, antes de 1868, no va a ser en ningún momento cuestionado —sólo pretenden corregir sus abusos— como se pone de manifiesto en las proclamas redactadas en muchas de las situaciones de conflicto. Y es que el naciente proletariado no considera a la burguesía como una clase social antagónica sino complementaria. Aspira, por tanto, a mantener una relación de armonía con ella, lo que es consecuencia de la presentación que hace la burguesía del liberalismo, de la que se hará amplio eco la novela, como sistema integrador capaz de satisfacer las aspiraciones de todos. Para que éste triunfe, la burguesía necesita al pueblo que, al carecer todavía de dirección y de conciencia propia, participará alineado a su lado en todos los estallidos revolucionarios que se van a suceder hasta 1868. Cada vez que tiene lugar alguno de ellos los progresistas suben al poder apoyándose en una revolución urbana. Pero, una vez en él, en lugar de satisfacer las reivindicaciones del pueblo —el derecho de asociación no fue reconocido por ninguna de las constituciones anteriores a 1868— temiendo que la revolución pueda ser rebasada por la izquierda— se alejan del pueblo y se acercan a los conservadores. Las aspiraciones populares no se verán nunca satisfechas. La regencia de Espartero (1840-1843) es un caso paradigmático. Como dice Vicens Vives, refiriéndose al bombardeo de Barcelona dirigido personalmente por el regente, con este acto el progresismo mostró su verdadera orientación. El pueblo urbano comienza a darse cuenta de que los intereses de la burguesía no coinciden con los suyos. Especialmente el proletariado industrial, como se pone de manifiesto, unos años más tarde, en el diferente comportamiento del pueblo madrileño y catalán en las jornadas revolucionarias de julio del 56 que provocaron la caída de Espartero: mientras el pueblo de Madrid resiste en las barricadas luchando por Espartero, los obreros catalanes adoptan una actitud de total pasividad; tienen motivos para no apoyar el gobierno liberal: el año anterior habían organizado una huelga masiva de la que desistieron ante las promesas de Espartero de que se ocuparía del problema obrero. Cuando volvieron al trabajo, el regente se olvidó de sus promesas. Por eso, no van a hacer nada para evitar su caída, lo que demuestra que el proletariado industrial está más adelantado en la adquisición de la conciencia de clase que el madrileño. El pueblo urbano tiene, pues, pocos motivos para seguir prestando a la burguesía un apoyo que, por otra parte, cada vez es visto por ésta con más reservas y reticencias.

Menos aún tiene el rural, pues la situación de los campesinos es peor que la de los trabajadores industriales. Trabajando de sol a sol, jornadas que en el verano podían durar 18 horas, ganaban un jornal de dos reales que era lo que costaba un kilo de pan. La tierra estaba muy desigualmente repartida por lo que casi todos eran asalariados. Su principal aspiración era el acceso a la propiedad, el “hambre de tierra”, que los gobiernos liberales tuvieron la oportunidad de haber satisfecho con lo que habrían resuelto un grave problema social y conseguido la adhesión del campesinado —convertido en propietario— lo cual hubiera supuesto el fortalecimiento y consolidación de la revolución burguesa. Pero, no sólo no lo hicieron, sino que su política agraria empeoró la situación de las clases jornaleras, pues los dos grandes movimientos desamortizadores no sólo no satisficieron dicha “hambre” sino que la agrandaron pues, si la de Mendizábal no mejoró su situación, la de Madoz la empeoró. Por eso se van a producir sublevaciones que, si bien no son expresión de una conciencia de clase definida, sí lo son de un malestar generalizado y de que el pueblo comienza a desempeñar un papel cada vez más autónomo, pues el más importante de estos

levantamientos –el de Loja de 1861 dirigido por Pérez del Álamo- fue la primera sublevación exclusivamente popular llevada a cabo sin la participación del ejército. Pero también es cierto que detrás de la misma, en la organización, no estaban los campesinos sino las sociedades secretas que van a utilizar el malestar de los jornaleros para sus propios intereses. Luego, de las movilizaciones campesinas se puede sacar la misma conclusión general que de las de los obreros industriales: ambas son utilizadas como fuerza de choque por los partidos políticos burgueses, si bien el proletariado industrial va a ir adquiriendo a lo largo de este período un grado de conciencia de clase muy superior al del campesinado. De todos modos, hay un dato que conviene resaltar: la sublevación de Loja prendió y se extendió rápidamente adquiriendo unas dimensiones que ninguna otra había tenido hasta ese momento, lo que permite pensar que, quizás de un modo inconsciente, esconde una gran potencialidad revolucionaria que en los decenios siguientes se va a manifestar de un modo explícito.

Es decir, todos estos acontecimientos –de los que la huelga catalana de 1855 y la sublevación de Loja de 1861 constituyen importantes puntos de inflexión- son experiencias decisivas en el proceso de emancipación de los partidos burgueses, que se completará tras la revolución del 68 y en contacto con las teorías marxistas y bakuninistas.

Pero antes que éstas van a llegar las de los utópicos. La acción conjunta de la burguesía y proletariado a lo largo de todos estos años no sólo sirve para que el proletariado se vaya dando cuenta de que el liberalismo no es su sistema, sino también para que la burguesía –en la que se van ensanchando las diferencias entre los diversos grupos que ya habían aparecido en el período anterior- perciba su creciente potencialidad revolucionaria, lo que provocará que un grupo de la misma se atemorice y se vuelva hacia los sectores más conservadores, aunque otro intentará acercarse a él. A este segundo grupo pertenecen los llamados socialistas utópicos. Son militantes de los partidos radicales burgueses –demócratas y republicanos- que insatisfechos con el grado de desarrollo alcanzado por el liberalismo, que sólo ha beneficiado a una minoría –la desamortización es un ejemplo- ven con toda claridad la necesidad de contar con el concurso de la clase obrera, tanto para realizar plenamente la revolución burguesa como para evitar el peligro de una revolución de signo popular. Con este objetivo denuncian la situación de miseria en que el capitalismo ha sumido al obrero y proponen una serie de medidas que, sin suponer una amenaza para el orden establecido, mejoren las condiciones de vida de los obreros y eviten la confrontación social. Es el último intento por parte de la burguesía de implicar a la clase obrera en la revolución burguesa intentando “convencerla” de que sus aspiraciones tienen cabida en el seno del liberalismo. Estas ideas –ampliamente recogidas en la novela- no tuvieron ninguna incidencia en la clase obrera, por lo que no contribuyen directamente a la aparición de su conciencia de clase, pero constituyen una prueba indirecta de su inminente nacimiento, pues la percepción por parte de un sector de la democracia española de la necesidad de acercarse a los sectores obreros indica con bastante claridad la importancia que el proletariado español estaba alcanzando: se encuentra ya a un paso de darse cuenta de que su emancipación tiene que realizarse al margen de los programas burgueses.

Sigue planteado, por tanto, el conflicto entre Antiguo Régimen y liberalismo –los numerosos pronunciamientos y las guerras carlistas son una muestra evidente de ello- pero la correlación de fuerzas no es la misma que en el período anterior: ahora la burguesía va en

ascenso mientras que la clase tradicional se encuentra a la defensiva. Por eso, conciencia burguesa pujante y clase obrera emergente, pero en el seno de una sociedad en la que la clase tradicional sigue teniendo un gran poder, son los factores fundamentales que determinan la historia del período, que van a ser ampliamente reflejados por la novela, en la que la imagen del pueblo responde a los intereses de la que sigue siendo la clase directora y de la que aspira a relevarla. Pero tanto el cambio en la correlación de fuerzas como la creciente importancia de la clase obrera condicionan que la imagen del pueblo –segunda hipótesis particular- que elabora la novela y la consideración de ésta como género experimente algunas variaciones.

### 3.1. EL SURGIMIENTO DE LA NOVELA

La pujanza burguesa repercute directamente en el devenir de la novela: aparece ahora la novela propiamente dicha y desaparece la anterior consideración negativa -el rechazo frontal de la misma-, por lo que tanto tradicionalistas como liberales la van a utilizar como vehículo de sus respectivas ideologías. Precisamente por eso, ya nadie se opone a ella como género pero, en lo que a su contenido se refiere, nos encontramos con dos grupos: uno que reivindica la necesidad de que la novela sea *expresión de la sociedad*; y otro, asustado y atemorizado ante las consecuencias que de ello se podrían derivar: el discurso de ingreso en la Academia de Cándido Nocedal en 1860 –califica de “insensatos” los temas tratados por la corriente novelística de orientación liberal- y la contestación del Duque de Rivas –reconoce la importancia que ha adquirido la novela pero lamenta que se utilice para difundir todo tipo de ideas- son testimonios indicativos de las discrepancias sobre su contenido y de la pujanza que están adquiriendo las que dan cabida a los nuevos temas; y es que, a diferencia de lo que sucedía en el período anterior, las de ideología burguesa, que comienzan desde este momento a caminar hacia el realismo –entendido de forma diferente en la década del cuarenta que en la del sesenta: el primero encierra una capacidad de subversión antiliberal ausente en el segundo- son ahora abrumadoramente mayoritarias. Avance burgués y desarrollo novelesco marchan, pues, al compás. Y en ambos el pueblo desempeña el mismo papel: de comparsa. Pero con una diferencia; en la historia queda siempre al margen de los beneficios del liberalismo; en la novela –lo cual demuestra que ésta lleva a cabo una elaboración ideológica- no sucede así; aunque es cierto que existen algunas muy críticas con la deriva egoísta y restrictiva del liberalismo, la mayor parte de ellas lo presentan como la panacea en la que se resolverán todas las aspiraciones de las clases populares, motivo por el que se da cabida a los temas contemporáneos: industrialización, cuestión obrera, liberalismo. Así, las páginas de estas novelas están pobladas de costureras, jornaleros, gente humilde en general, que van a desempeñar papeles relevantes, incluso de protagonistas, pero respondiendo siempre a la imagen –Ferrerías se refiere a ella con la expresión “*obrerismo sentimental*”- que conviene a los intereses de la burguesía. Ésta utiliza la novela para difundir los principios básicos del liberalismo - libertad, igualdad, soberanía nacional- con una finalidad pedagógica para implicar al pueblo –el urbano fundamentalmente- en los cambios que pretenden llevar a cabo porque, en la nueva sociedad urbana e industrial que está surgiendo, la instrucción de las capas populares es una necesidad del propio sistema productivo; hacen falta obreros con un cierto nivel de especialización, pues de ésta depende la eficacia de los nuevos modos de producción. De ahí

que la aparición de esta novela vaya unida a una mayor preocupación por la educación, a la fundación de escuelas para obreros y a la creación de gabinetes de lectura. Pero la repercusión de estas novelas va a llegar incluso más lejos: algún crítico ha afirmado que las ideas difundidas en las de Ayguals influyeron en la movilización del pueblo en la revolución del 54. Luego, también en la novela, aunque a primera vista parezca lo contrario – pues en muchas de ellas aparece como protagonista-, desempeña un papel instrumental al servicio de los intereses de la burguesía. El Antiguo Régimen, por su parte, se va a comportar de la misma manera: apelará al pueblo rural para hacer propaganda de su sistema; pero, al mismo tiempo –a diferencia de lo que sucedía en el período anterior en el que se limitaba a moralizar- va a criticar abiertamente el liberalismo, cuyos contenidos comienzan así a aparecer en sus páginas. Y, como ambas corrientes pretenden lo mismo –contar con el respaldo del pueblo- son observables ciertas coincidencias –todavía más de procedimiento que de contenido- que anticipan ya lo que va a suceder en el último cuarto del siglo.

Tres son, pues, los aspectos que en la novela del período se pueden destacar: la imagen del pueblo que presenta la novela tradicional, la que elabora la novela liberal y las “coincidencias” entre ambas. Las primeras tienen como fin la defensa de sus respectivos sistemas. Las últimas apuntan a un doble objetivo: apropiación de los argumentos del contrario y preparación de la futura alianza contra el mismo que ahora intentan atraerse.

### **3.2. LA NOVELA TRADICIONAL**

Tres son los autores que destacan en la corriente novelística que propaga la ideología del Antiguo Régimen: Fernán Caballero, Enrique Gil y Carrasco y Estanislao de Cosca y Vayo. Los tres defienden el modelo de sociedad tradicional: agraria, rígidamente jerarquizada, con grandes desigualdades sociales y en la que la situación del pueblo es de absoluta subordinación. Monarquía –de tipo absoluto- e Iglesia ejercen el poder temporal y espiritual de un modo indiscutido pues ambas son instituciones de origen divino. De ahí que la organización de la sociedad en todos sus aspectos responda a los planes de la Providencia que ha asignado a cada cual el papel que tiene que desempeñar. Monarquía e Iglesia están siempre atentas a satisfacer las necesidades del pueblo, al que tratan en todo momento de un modo paternalista y que, consecuentemente, corresponde sumisamente acatando todo lo que de ellas proceda. Este paternalismo se extiende a otros ámbitos de las relaciones sociales, como las que se establecen, por ejemplo, entre señores y criados, caracterizadas por la protección de unos y la fidelidad de los otros. Todos se comportan, pues, responsablemente. Este sentido de la responsabilidad hunde sus raíces en la sólida educación religiosa que el pueblo recibe de la Iglesia, que actúa como guía desinteresada, pues su única finalidad es el bienestar espiritual de todos, lo que no es obstáculo para que de la religión se deriven también beneficios de tipo práctico: no sólo hace posible la concordia, ayudando a superar problemas pasionales que, de otro modo, habrían tenido consecuencias funestas, sino que contribuye también decisivamente a paliar la –en muchas ocasiones- desesperada situación material de los más necesitados mediante la práctica de la caridad por parte de los ricos que tienen asumido que, si Dios les ha concedido bienes de fortuna, es precisamente para eso. Hidalgos, como don Martín Ladrón de Guevara o nobles del tipo de la Asistenta, que pueblan las novelas de Fernán Caballero son ejemplos ilustrativos de cómo el poder –del que actúan como representantes “oficiosos” y

guiándose siempre por la doctrina de la Iglesia, pues ambos son profundamente religiosos- está siempre atento para atender solícitamente las necesidades –que, por otra parte, no van nunca más allá de los límites de la subsistencia- de la gente del pueblo. Por eso, en esta sociedad, a pesar de las desigualdades, no se producen conflictos –los problemas que surgen no son nunca generados por el propio sistema- pues todos, especialmente el pueblo, se comportan ajustándose a lo que de ellos se espera.

Para legitimar los fundamentos de este modelo social los novelistas van a utilizar básicamente dos argumentos: uno de tipo moral y otro social; y los problemas –que, aunque intentan eludir, no pueden evitar recoger- los justifican achacándolos a comportamientos individuales indeseables o a causas externas. El argumento moral fundamental es presentar el orden social existente como resultado de la voluntad de la Providencia y esgrimir la noción de pecado –con todas las funestas consecuencias que conlleva- como amenaza para los que infrinjan las normas establecidas. La Iglesia, manifestación visible de la Providencia, tiene como misión velar para que los planes de ésta se lleven a cabo y goza de una gran autoridad moral no sólo por su origen divino, sino por la naturaleza de su misión, que para estos escritores es exclusivamente espiritual, pues, a diferencia de los liberales, procuran evitar siempre -sobre todo Fernán Caballero- cualquier referencia a los aspectos materiales. Ello se traduce en que, para justificar situaciones sociales –la oposición a los matrimonios desiguales, se recurra a argumentos morales -la necesidad de dominar las pasiones-, que son obedientemente asumidos por la propia perjudicada, Elia. Fernán Caballero está admitiendo así, aunque implícitamente, las acusaciones de los liberales de que la Iglesia utiliza la religión al servicio de las estructuras de la sociedad tradicional; pero ella elude la cuestión al plantear como un problema moral –dominio de las pasiones- lo que es un problema social: matrimonios desiguales. La utilización de argumentos morales es un procedimiento habitual empleado –su uso abunda en la del período anterior- por la novela de ideología tradicional. Pero, mientras en la novela de la primera etapa aparecían aislados, se afirmaban de un modo absoluto, ahora se afirman contra los que se niegan, pues éstos hacen acto de presencia como contrapunto de los primeros. Ello se debe a que el mundo contemporáneo, los nuevos valores traídos por el liberalismo, empiezan ya a presentarse de un modo tan acuciante que “obligan” a estos novelistas a incluirlos para negarlos, cosa innecesaria en la etapa anterior. Es esta necesidad la que lleva a Fernán Caballero a afirmar que ciertos vocablos, como “*ética, filantropía, Supremo Hacedor, deísmo*”, acuñados por la moderna filosofía, no son sino neologismos laicos referidos a realidades para las que el cristianismo ya tiene sus propios términos –“*religión, caridad, Dios, fe*”- desde hace siglos, por lo que éstos le llevan mucha ventaja a los anteriores, no siendo la menor que, por nombrar esas realidades con bastante más rigor y precisión, impulsan al pueblo a comportarse siempre de un modo fraternal, pues la educación religiosa es la única capaz de conseguir que aflore lo mejor de cada cual. Pero Fernán Caballero, aunque dé entrada a la modernidad en sus novelas, no utiliza argumentos modernos, pues los recoge para rechazarlos, tachándolos de laicos, en nombre de los morales, que son para ella los únicos auténticos. Es decir, se opone al mundo contemporáneo simplemente porque en éste se está produciendo un proceso de laicización, pero sin entrar a juzgar su valor intrínseco: el mundo moderno es malo, y por tanto rechazable, simplemente porque en él ya no predominan los valores religiosos; lo cual no deja de ser un planteamiento excesivamente simplista, pues equivale a afirmar que un sistema social que se rige por

planteamientos religiosos es bueno *per se* y viceversa. La laicización es, pues, uno de los problemas que amenazan a la sociedad tradicional, pero no “es” un problema de esta sociedad, generado en su seno, pues tiene un origen externo; y con ella están entrando, además, toda una serie de costumbres –canciones, vestidos, comidas, lenguaje- también venidas de fuera, fundamentalmente de Francia, que amenazan con arrasar con todo lo tradicional, sobre todo porque algunos nobles, irresponsables, se entregan a la imitación incondicional de lo extranjero y desprecian lo propio. La salvación está en ambos casos en volverse hacia el pueblo que sigue conservando, a salvo de contaminaciones extrañas, la religión y todo el acervo cultural tradicional. Ésta es la verdadera razón del culto a lo popular, tan característico de estos autores en general y de Fernán Caballero en particular: porque es lo *nuestro*, como tan enfáticamente resalta en el *prólogo* de *Clemencia*. Tan nuestro como el poder absoluto -propugnado también por ella con argumentos de tipo moral- y con otros muy diferentes por Vayo; de ahí que el caso de éste sea distinto; defiende el mismo modelo de sociedad que Fernán Caballero; pero, aunque sus novelas se localizan en la Edad Media, es mucho más moderno, pues no sólo en sus planteamientos lo social destaca por encima de lo moral, sino que, a diferencia de lo que sucede en las novelas de Fernán Caballero, el pueblo no se mantiene al margen de los acontecimientos sociopolíticos, sino que “interviene” activamente en ellos: el pueblo castellano, rebelándose contra los validos y a favor de Enrique IV, es un ejemplo muy significativo de cómo, en un momento en el que los liberales reivindican la soberanía nacional, Vayo legitima el poder absoluto otorgándole el respaldo del refrendo popular. Por tanto, el pueblo no se limita, en contra de lo que afirman los liberales, a sufrir pasivamente los desmanes del poder, sino que se implica directamente en su defensa cuando lo ve amenazado. El rey, pues, lo mismo que en las monarquías parlamentarias, si no debe su poder al pueblo –pues es de origen divino- sí que lo conserva gracias a su decidida intervención y apoyo. Es decir, en ambos casos –cuando se mantiene fiel a los usos propios y cuando se subleva a favor del absolutismo- el pueblo está actuando en defensa de los valores tradicionales. Por eso, al margen de las aparentes diferencias, en el fondo los dos (Fernán y Vayo) –y toda la novela tradicional- hacen lo mismo: apelar al pueblo como depositario fidedigno de los valores del Antiguo Régimen: el de Fernán lo apoya con la sumisión, el de Vayo con su “rebelión”. Y, si Fernán exculpa al sistema de los problemas denunciando el origen externo de las amenazas, Vayo lo hace achacándolos a conductas individuales inapropiadas: las de intrigantes sin escrúpulos, que se hacen con los resortes del poder utilizando medios inmorales y fraudulentos para satisfacer ambiciones personales –tema tratado, aunque con ópticas diferentes por ambas corrientes novelísticas en el último período- sin acatar, por tanto, el papel que la Providencia les había asignado. Pero, si se tiene en cuenta que, tras las intrigas de los validos y facciones medievales, Vayo se está refiriendo metafóricamente –sobre todo en *Zulema y Gazul*- a las luchas de los partidos políticos por el poder –traídas por el liberalismo (sistema político que también viene de fuera)- contra las que propone como antídoto el patriotismo, resulta evidente que, aunque no lo nombre explícitamente, está también apelando al argumento de “lo nuestro” para fundamentar el sistema sociopolítico propugnado. Si no existen problemas generados por el sistema y el pueblo es el depositario fidedigno de sus valores –caridad frente a filantropía y autoridad legítima frente a poder advenedizo- que se enfrentan únicamente a amenazas externas, la solución radica en el aislamiento. De ahí la apología de la ignorancia que se manifiesta no sólo

en las ironías y reticencias hacia la erudición, sobre todo cuando son mujeres –Maritornes con pretensiones de ilustración las llama Fernán Caballero- las que aspiran a la instrucción, sino en rotundas afirmaciones de carácter paradójico como que la Asistente –*Elia*-, que no había leído nunca un libro, era mucho más sabia que el erudito local don Narciso Delgado que no paraba de hacerlo.

Pero, el mundo moderno amenaza con algo más que con cambiar el nombre de los conceptos tradicionales: amenaza con arrasarlos. Y su fuerza reside en el desarrollo económico que se deriva de la industrialización y del progreso. Éste es el verdadero enemigo que, por mucho que se intente eludir, termina apareciendo: cuando Fernán Caballero se refiere en *Un servilón y un liberalito* despectivamente al ferrocarril, cuya pequeñez y mezquindad contrasta con la grandiosidad y solidez de un viejo castillo, el rechazo del progreso traído por el liberalismo es meridiano y las motivaciones económicas que subyacen tras sus quejas moralizantes, resultan transparentes; y queda clara, asimismo, la verdadera razón que la lleva a ensalzar la religión y todo lo popular: no la mueve a ello una intención testimonial de dejar constancia notarial de una serie de usos y costumbres para que pasen a la posteridad, sino que lo que pretende es utilizarlos como barrera para frenar el nuevo sistema socioeconómico que amenaza con tragarse, junto con la peineta y la mantilla, la distribución de la tierra en Andalucía, por ejemplo, causa de no pocos conflictos y protestas contemporáneos, a los que sus novelas no hacen la mínima referencia. Por los mismos motivos que Fernán Caballero impugna el progreso, Vayo rechaza los partidos y la soberanía nacional, pues tanto ésta como aquéllos no son sino la expresión política de ese progreso. Y lo hace apelando a razones muy parecidas: la una forma parte de las instituciones tradicionales, pues ya la ejercían los castellanos en el siglo XV; los otros, al romper la armonía y la convivencia, son contrarios al patriotismo: ajenos, por tanto, a los auténticos valores españoles. Ambos novelistas elaboran una ideología, cuyo núcleo básico es el mismo –la defensa de lo “nuestro”- que consta de varios elementos: la religión, el folclore, el patriotismo (envuelto en este caso en un ropaje medieval) en la que implican al pueblo como sostén de un sistema social en retirada. Pueblo al que tienen mucho cuidado de no confundir –como también hará la novela liberal- con el populacho; y también en este aspecto existen diferencias entre ambos escritores: para Fernán –lo llama vulgo- populacho es el pueblo que se aparta de la tutela de la Iglesia y se interesa por asuntos laicos; para Vayo –que lo llama plebe- es el que actúa brutalmente al servicio de intereses particulares olvidándose de los generales; es decir, para ambos pueblo es quien se identifica con los valores tradicionales y plebe, ese mismo pueblo cuando lo hace con los liberales. Pero, Vayo vuelve a dar muestras de ser más “moderno”: la inclusión en una categoría o en otra no es para éste una cuestión moral, sino que viene determinada por el comportamiento político concreto. Como es consciente de que el liberalismo está intentando utilizar al pueblo contra el Antiguo Régimen, se deja de moralinas, desciende al terreno concreto y le planta cara a los liberales utilizando sus mismos argumentos: si éstos lanzan la acusación de que el populacho es antiliberal y proabsolutista, Vayo les replica afirmando que, por ser liberal, es antipatriota. El Antiguo Régimen es elevado así a la categoría de intocable mediante la identificación con la esencia de España, pues son sus valores los que constituyen lo genuinamente español y no los del liberalismo y el progreso, que por venir de fuera, son ajenos al alma española. Siguen, pues, defendiendo lo mismo que la novela



del primer período, pero con una novedad: la novela anterior, sólo afirmaba, no tenía necesidad de negar; ahora niega, no sólo rechazando los valores modernos en nombre de los antiguos, sino afirmando la modernidad de los antiguos en lo que es un procedimiento de apropiación de los conceptos del rival: prueba de la pujanza que los valores burgueses están adquiriendo.

Es decir, ante el conflicto entre Antiguo Régimen y Liberalismo, la novela de ideología tradicional opta por el primero para lo que identifica los valores en los que éste se sustenta con lo auténticamente español –“lo nuestro”- que ya únicamente se conserva en su estado puro en el pueblo rural. Se cumple, por tanto, la segunda hipótesis particular de esta tesis: la novela presenta una imagen del pueblo que corresponde a la ideología de la clase que quiere utilizarlo y va evolucionando en función de los cambios socioeconómicos: la novela tradicional, que se hace eco de los intereses de la oligarquía agraria y utiliza al pueblo como apoyo de los mismos, ha modernizado sus argumentos para defender dichos intereses de un modo más eficaz contra los de la burguesía liberal que son sentidos como una amenaza cada vez mayor.

### **3.3. LA NOVELA LIBERAL**

Esta corriente, al mismo tiempo que ataca el modelo social del Antiguo Régimen para sustituirlo por el liberal, recoge los intereses de la burguesía. Para que triunfe el liberalismo son necesarios dos requisitos: socavar los pilares del Antiguo Régimen –poder absoluto e Iglesia- y conseguir la alianza del pueblo urbano que, debido a la industrialización, está comenzando a convertirse en proletariado. Pero en la burguesía existen intereses dispares, observables, entre otros aspectos, en la aparición de diversos partidos políticos o en la polémica entre proteccionistas y librecambistas. Por eso, la novela liberal no presenta una imagen uniforme del pueblo, como hace la tradicional, sino varias en función siempre de esos intereses.

No obstante, como todos los novelistas defienden los principios básicos del sistema liberal, hay una serie de elementos comunes. Si para la novela de ideología tradicional la situación del pueblo en la sociedad del Antiguo Régimen se puede resumir en una ecuación –protección/fidelidad-, para la novela liberal, que la denuncia, se puede resumir en otra: abandono/alienación, lo que se traduce, en última instancia en sumisión y subordinación. El pueblo no se encuentra protegido –como pretenden hacer ver los novelistas conservadores- sino abandonado en todos sus aspectos: económicamente, porque tienen que trabajar durante largas jornadas, los salarios, escasos, no le alcanzan para cubrir sus necesidades más elementales y las condiciones de trabajo no son tampoco las más idóneas; políticamente, porque no se le reconoce el derecho al voto; socialmente porque existen grandes desigualdades sociales, palpables, por ejemplo, en los prejuicios de todo tipo que condicionan las relaciones interclasistas; culturalmente, porque se encuentra sumido en la ignorancia. Para terminar con esta situación proponen la construcción de un nuevo sistema social que sustituya al del Antiguo Régimen, cuyo derribo pretenden conseguir mediante la crítica de sus pilares y valores para lo que censuran, tachándolas de lacras, las que para la novela tradicional son virtudes. Así, para aliviar la situación de las clases trabajadoras proponen una serie de reformas, critican el poder absoluto y su versión moderna –el carlismo- al que contraponen como alternativa la soberanía nacional, censuran las desigualdades, que achacan a la soberbia

de algunos poderosos, como una de las consecuencias indeseables de la pervivencia del espíritu del antiguo régimen y denuncian la ignorancia porque la ven como un instrumento de dominio más de los que se vale el Antiguo Régimen, que no sólo abusa del pueblo, sino que lo aliena consiguiendo que acepte resignadamente su situación. La sumisión, exhibida por la novela tradicional como una prueba del apoyo del pueblo a la sociedad del Antiguo Régimen y, por tanto de la excelencia de éste, en la liberal se convierte en una denuncia del mismo: la docilidad del pueblo no se debe a que esté contento con su situación, sino a que no es consciente de ella, a lo que contribuye, y no poco, la Iglesia que, olvidada de su misión espiritual- disfruta de un enorme poder económico y social y goza de una gran ascendencia, de la que se aprovecha, entre las clases populares. Los liberales van a censurar acremente la dimensión material de la Iglesia –que es de la única de la que se ocupan, pues la necesidad de la religión no la cuestionan- dando rienda suelta a la sátira anticlerical. Como remedio para terminar con la ignorancia proponen la instrucción. Pues bien, mejoras materiales, sufragio, igualdad, educación son los elementos fundamentales del sistema social que promueven, el liberalismo, presentado como un sistema alternativo en el que caben todas las clases sociales, desde la aristocracia hasta el pueblo pues, por su capacidad integradora, es capaz de conciliar los intereses de todas ellas. Tenemos ya aquí el principio básico sobre el que se construye la imagen “ideologizada” que del pueblo presenta la burguesía en este segundo período: la afirmación de que las aspiraciones del pueblo pueden ser satisfechas en el seno de un sistema que responde a los intereses de la burguesía. El objetivo tanto de la crítica del Antiguo Régimen -que, en líneas generales, es suscrita por las diversas tendencias liberales-, como de esta imagen del liberalismo, no es otro que atraer al pueblo a su órbita convenciéndolo de sus excelencias para que colabore en su consolidación. Ahora bien, el pueblo al que se dirigen y pretenden implicar, no es el rural sino el urbano, pues la situación que denuncian no es la de los campesinos, de los que escasamente se ocupan, sino la de los trabajadores industriales que, como consecuencia del desarrollo económico capitalista promovido por la burguesía, se están convirtiendo en proletariado, por lo que su situación no es consecuencia sólo de la todavía poderosa presencia de los elementos del Antiguo Régimen, sino también del propio sistema liberal. O, lo que es lo mismo, estos novelistas están denunciando una situación que en algunos aspectos –es el caso de los trabajadores industriales, por ejemplo- no es imputable al Antiguo Régimen sino al propio sistema liberal que ellos propugnan. Cuando se dan cuenta de esta contradicción, reaccionan de diversos modos que constituyen otros tantos rasgos de la imagen ideologizada del pueblo que elabora la novela liberal: distanciamiento desdeñoso, necesidad de contar con su concurso, pesimismo y temor.

Manifestación de desdén es la displicente opinión de Larra –el novelista, no el articulista- sobre el pueblo cuando afirma que para la mayoría de la gente es una triste recomendación la de ser extraordinario. Opinión compartida por Braulio Foz, que establece una clara barrera entre el individuo superior y la masa crédula e ignorante, y en ocasiones imbécil, de la que se burla inmisericordemente. Al igual que en la de Larra, el pueblo es también en esta novela una rémora que reprime al individuo superior, quien –ésta parece ser una de las ideas vertebrales de la misma- debe saltar por encima sin tenerlo en cuenta, a no ser para utilizarlo, como parece proponer Ventura Ruiz Aguilera. Éste, que resalta constantemente las diferencias entre pueblo y clase media– lo cual indica que comparte con estos dos autores la mirada displicente-, presenta al pueblo compartiendo una virtud con el resto de las clases

sociales: el patriotismo; cuando se trata de defender el “honor nacional”, el pueblo –tan por debajo en todo lo demás- aparece al mismo nivel que el resto de las clases sociales. El objetivo es claro: conseguir que se sienta orgulloso al verse situado en un plano de igualdad y haga suyos, aprestándose a defenderlos, los intereses de la clase en el poder: no deben olvidarse las diferentes aventuras exteriores llevadas a cabo por el gobierno de O’Donnell. Es decir, Ruiz Aguilera “consigue” encontrar en el pueblo la virtud que conviene a la clase dominante.

El distanciamiento desdeñoso es la actitud de los que piensan que el pueblo en su conjunto, por su brutalidad e ignorancia, no tiene sitio en el liberalismo que es un sistema abierto, pero sólo para los más capaces. Luego, Foz y Ruiz Aguilera –Larra sólo en su novela, pues el carácter de sus artículos es muy distinto- representan a un sector de la burguesía –individualista pragmático y exclusivista- que conciben el liberalismo como un sistema de clase. Es decir defienden sus intereses de clase sin ningún tipo de pudor. Son los antecesores –junto con los defensores, a los que me referiré más adelante, de los aspectos puramente económicos del liberalismo- de los liberales doctrinarios que surgirán en el tercer período del siglo, y se encuentran satisfechos con los logros conseguidos, pues para ellos es suficiente con el reconocimiento formal de determinadas libertades.

Pero hay otro sector que no está satisfecho con lo conseguido hasta ahora. Para profundizar en las conquistas liberales, necesitan la colaboración del pueblo, al que quieren, además, implicar en las mismas para evitar que se emancipe de la tutela de la burguesía y busque su propio camino convirtiéndose en una amenaza por la izquierda. En esta corriente se encuadran una serie de autores –Espronceda, Ochoa y, sobre todo Ayguals de Izco- que reconocen y denuncian la situación de precariedad de las clases trabajadoras. Ayguals insiste una y otra vez en la contradicción de que, siendo los trabajadores los que crean la riqueza, vivan miserablemente. Para mejorar su situación proponen una serie de reformas económicas y políticas como fundación de sociedades de crédito, fomento de iniciativas por parte de las instituciones públicas y extensión del sufragio. Todas estas mejoras forman parte del ideario liberal por lo que, si el pueblo sigue viviendo precariamente, no es achacable en modo alguno al liberalismo; ése no es el problema, sino la solución. Si hasta ahora no se han llevado a cabo, es porque todavía no se ha triunfado el liberalismo auténtico. Las denuncias, por tanto, tienen como fin corregir abusos que se pueden subsanar dentro del propio sistema, pero no van nunca contra éste. Es responsabilidad del poder el tomar la iniciativa para que las cosas cambien pues, cuando al pueblo se le trata con respeto y consideración, éste corresponde manteniéndose fiel a sus dirigentes. Ayguals ilustra este principio con la presentación tanto de conductas adecuadas como inadecuadas. Por las páginas de sus novelas deambulan nobles demócratas que se preocupan del pueblo y lo tratan con deferencia; pero también otros que, llenos de orgullo y soberbia, abusan de él. En el primer caso, el pueblo se muestra abnegado, sumiso y agradecido; en el segundo, son patentes las muestras de rencor social. Evitarlo es el propósito de estas novelas que buscan a toda costa la concordia social. Ésta, que la novela tradicional presentaba como un rasgo inherente de la sociedad del Antiguo Régimen, se presenta en la liberal como algo posible, en un futuro cercano, en la nueva sociedad burguesa. Sólo es necesario que se generalicen y sean asumidos por todos los principios del liberalismo. Éstos hacen posible que el heredero de una de las casas nobiliarias de más rancio abolengo se case con la hija de un humilde albañil. El liberalismo se presenta así como un sistema en el que caben todos: desde la

nobleza hasta el pueblo, pero la armonía no se da por garantizada, como en el Antiguo Régimen, sino que depende tanto de la conducta de la clase dirigente como de la del pueblo urbano, del que presentan una imagen llena de virtudes: honrado, trabajador, pacífico y, por supuesto, profundamente identificado con el liberalismo. Éste que es el único genuino y auténtico –también la novela liberal tiene su propio concepto de quién constituye el verdadero pueblo- es precisamente el incipiente proletariado, muy distinto del populacho, formado por todo el submundo marginal que vive en los barrios bajos de las ciudades. La novela liberal señala, por tanto, la que es la diferencia fundamental entre ambos: trabajo frente a marginalidad, de modo que lo que determina la pertenencia a uno o a otro no son cuestiones psicológicas o morales, -como en la novela tradicional- sino de tipo socioeconómico. Precisamente, como consecuencia de éstas el proletariado está adquiriendo su conciencia de clase. Los novelistas liberales, sabedores de que la adquisición de dicha conciencia puede hacer que la clase trabajadora se vuelva contra el sistema liberal culpándolo de todos sus males pues en él -en contra de lo preconizado por la burguesía- no cabe todo el mundo, y lo desborde por la izquierda, procuran por todos los medios mantener al proletariado en la órbita burguesa. Se trata, pues, de evitar una revolución popular que, tras los acontecimientos del 48, se ve como posible. Conscientes del peligro que ésta supone para el incipiente liberalismo, pretenden conjurarla no sólo presentando un programa de reformas, en el que quedan recogidas las aspiraciones del pueblo, sino elaborando también una imagen en la que aparece perfectamente integrado en el seno del liberalismo. Los novelistas liberales se dirigen, pues, tanto a las clases dirigentes como a las populares; a las primeras les proponen un programa de reformas que, mejorando sus condiciones de vida, eviten la emancipación del proletariado; a éste, intentan implicarlo en la construcción del liberalismo no sólo recogiendo sus aspiraciones, sino también mediante el “halago” de sus múltiples virtudes. Pero, sin sobrepasar en ningún momento los estrictos límites del sistema liberal, como las contundentes condenas de Ayguals de los “anárquicos niveladores” ponen de manifiesto. Es una imagen “ideologizada” (segunda hipótesis particular) tanto del liberalismo –lo presenta como sistema integrador de todas las clases sociales- como del proletariado: las virtudes que de él recoge son las que “convienen” a la burguesía liberal que, influida por los principios del socialismo utópico, confía en poder asimilar al proletariado. Es decir, ven en el pueblo las virtudes que convienen a la burguesía liberal, que no son las mismas que ve la burguesía industrial.

Ésta –del mismo modo que los “liberales teóricos” se encuentran satisfechos con las conquistas formales conseguidas- lo está con las económicas. Por eso no buscan la colaboración del proletariado para consolidar el liberalismo, sino su aquiescencia para que no lo pongan en peligro. A este grupo pertenecen Rafael del Castillo y Manuel Angelón. Como sus novelas se sitúan en Cataluña, donde existe ya una larga tradición reivindicativa por parte de los obreros, no proponen ninguna medida reformadora para mejorar las condiciones de vida de la clase obrera. Del Castillo, en cuya novela se describe una fábrica, se fija únicamente en el aspecto técnico del progreso industrial haciendo una apología del papel trascendental que para el desarrollo económico supone la maquinización. Los obreros –correctos, educados, serviciales, nada reivindicativos- son simplemente los que manejan las máquinas: casi son un apéndice de las mismas. No hay una sola alusión a la explotación –tan frecuente en Ayguals- lo que quiere decir que para este autor el desarrollo capitalista

no genera ningún tipo de tensión y los obreros se encuentran perfectamente integrados en él. Si del Castillo elude el problema social desviando la atención del obrero para centrarla en la máquina –procedimiento parecido va a emplear Galdós en *Marianela*–, Manuel Angelón hace lo mismo convirtiendo el problema social en nacional. Por eso, la causa de la huelga que describe en su novela –ante la que su máxima preocupación es que se pare la actividad económica– no son los conflictos entre burguesía y proletariado, sino entre el pueblo catalán –entiéndase burguesía– y el poder central. Lo mismo que Ayguals utiliza el espectro de la revolución como una amenaza para convencer a la clase dominante de la necesidad de mejorar las condiciones de vida del proletariado, Angelón esgrime la huelga como una advertencia al poder central sobre las indeseables consecuencias que podría tener la no concesión a la burguesía catalana –en estos momentos la polémica entre proteccionistas y librecambistas es una de las cuestiones candentes– de sus reivindicaciones económicas. Pero incluso en estos momentos –como la sublevación no es contra el poder central sino contra el válido– el pueblo da muestras de sensatez pues se muestra muy respetuoso con la propiedad privada y con las autoridades legítimas a las que obedece sumisamente. Del Castillo y Angelón presentan una imagen del pueblo cuyos rasgos característicos –sensatez, respeto a la propiedad privada, mayor grado de civilización que en otros países, educación, conformismo– son las virtudes que interesan a la burguesía conservadora catalana. Es más, Angelón –al igual que Fernán Caballero por estos mismos años y Pardo Bazán más tarde– reconoce que estas virtudes son ya exclusivas del pueblo español, pues en el resto de los países europeos se encuentran en trance de extinción. Angelón está, pues, aunque sea implícitamente afirmando también que hay que mantenerlo aislado. Sólo que no del liberalismo, como propone Fernán Caballero, sino del socialismo, pues eso, que hace diferente al pueblo español y que tanto alaba, no es sino su menor capacidad reivindicativa como consecuencia de no haber adquirido todavía definitivamente su conciencia de clase. Luego, estos tres autores pretenden lo mismo: el mantenimiento del *statu quo*, pero con la diferencia de que el catalán es distinto del andaluz: Fernán Caballero defiende los intereses de la oligarquía terrateniente y del Castillo y Angelón los de la burguesía industrial. Por eso, una ataca el progreso y los otros lo defienden. Pero tan conservadora es la visión del pueblo rural de aquélla como la del proletariado industrial de éstos: todos presentan sus respectivos sistemas socioeconómicos como armónicos y sin tensiones pues pueblo y proletariado se identifican con ellos. Si Fernán Caballero veía al pueblo español como el principal baluarte del Antiguo Régimen, Manuel Angelón lo ve como el bastión del pilar fundamental del sistema burgués: la propiedad privada. No hay que hacer nada, por tanto, para que el pueblo se integre en el liberalismo. Ya lo está. Imagen, por tanto, también ideologizada pero con unos matices distintos pues responde a los intereses de un sector de la burguesía: el que se beneficia del mantenimiento del *statu quo*.

Si estos autores no ven ninguna contradicción entre los lemas del liberalismo y su realización práctica, no sucede lo mismo con de Salas y Quiroga, Martínez Villergas y el Larra articulista quienes, al constatar que las realizaciones prácticas del liberalismo no coinciden con la teoría –ya que el liberalismo, lo mismo que el Antiguo Régimen, utiliza al pueblo en su propio provecho– y considerar a aquél como la última revolución, caen en el pesimismo y

reconocen implícitamente que las aspiraciones del pueblo no van a encontrar satisfacción en el seno del liberalismo, pues es un sistema cerradamente clasista en el que sólo caben los intereses de la burguesía. Consciente de esto, Salas y Quiroga reacciona irónicamente -se admira de que el pueblo siga creyendo en el liberalismo- y, tras renunciar a la acción política, busca la salvación personal: al final de la novela *-El Dios del Siglo-* don Félix de Montelirio se casa con Otelina y se retira desengañado de la vida pública después de haber fracasado en sus intentos reformistas. La misma resignación muestra Miguel Ángel *-Los misterios de Madrid* de Martínez Villergas- cuando los dirigentes de su propio partido lo cesan por haber concebido una reforma administrativa demasiado avanzada. La actitud de éstos se puede considerar como un antecedente de la que van a adoptar en el siguiente período los grandes autores de la generación del 68 -Galdós y Clarín- quienes terminarán también replegándose hacia el individualismo. Y es, asimismo, una imagen “ideologizada”: afirmar que no existe alternativa, por muy crítico que sea el pesimismo, es una manera de respaldar el orden establecido.

Pero la constatación de que el liberalismo es un sistema cerradamente clasista provoca también otra reacción: el temor, pues esa misma constatación está también siendo realizada por el proletariado: sus reivindicaciones en las zonas industrializadas así lo demuestran. El miedo a que el proletariado se emancipe de la tutela de la burguesía está implícito en todas las reacciones analizadas -sobre todo en la de los reformistas- pero aparece explícita en la novela de Angelón *-Un Corpus de sangre-* en la que el escritor catalán, se muestra muy preocupado ante la eventualidad de que el descontento del pueblo pueda ser aprovechado al servicio de ideas peligrosas.

Es decir, cuando los escritores liberales se ven ante la evidencia de que la paulatina imposición del régimen burgués no mejora las condiciones de vida del pueblo, reaccionan básicamente de dos maneras: los que -con Ayguals a la cabeza- siguen creyendo que en el liberalismo caben todos; para éstos las deficiencias denunciadas -explotación del obrero- se resolverán dentro del propio sistema cuando triunfe el liberalismo auténtico que está por llegar; y los que son conscientes de lo contrario. Éstos, a su vez, adoptan dos posturas: defensa del sistema tal y como está y retirada pesimista; de los primeros forman parte los liberales teóricos -defensores de la primacía del individuo superior sobre la masa-, y los industriales, con la apología de la mecanización; los segundos buscan la salvación individual, con lo que en el fondo el resultado práctico de su actitud es el mismo que el de los anteriores: defensa del liberalismo. Cada uno elabora una imagen del pueblo: luchador identificado con el liberalismo que está por venir; sumiso, conformista y satisfecho con lo que de él ha triunfado; irredento, contemplado con displicencia entre compasiva, irónica y fatalista. Pero todas coinciden en dos aspectos que son básicos: no cuestionan el sistema socioeconómico burgués, pues ninguno de estos autores va a proponer uno alternativo; por lo que -y éste es el segundo aspecto- en las tres imágenes que de él se presentan, el pueblo aparece en la órbita del liberalismo: en las dos primeras como apoyo explícito; en la última, no representa amenaza alguna.

### 3.4. COINCIDENCIAS ENTRE AMBAS CORRIENTES

Si tanto la novela conservadora como la liberal elaboran imágenes del pueblo –rural y urbano- que se corresponden con sus respectivos intereses de clase y que son básicamente idénticas, pues en ambas el pueblo aparece identificado con ellos, es lógico que aparezcan una serie de coincidencias entre ambas corrientes, pues las dos pretenden lo mismo. Cuatro son los aspectos en los que se pueden apreciar coincidencias: concepto de pueblo genuino, presencia de la Providencia, actitud ante la revolución y presentación de sus respectivos sistemas como capaces de integrar y conciliar los intereses de todas las clases de la sociedad.

También la novela liberal tiene un concepto exclusivista del pueblo. Sólo el que posee unas determinadas cualidades –honradez, espíritu cívico, sensatez, laboriosidad, disciplina, respeto a la propiedad privada- forma parte de él. Es decir, mientras la novela tradicional pone el énfasis en las virtudes religiosas, la liberal lo hace en las laicas como se corresponde con la mentalidad de la burguesía. El laicismo caracteriza también otros aspectos como el Providencialismo. Éste, que originariamente forma parte del acervo ideológico del Antiguo Régimen, es también recogido en novelas contrarias al mismo –como las de Ayguals- pero cambiándole el contenido y la manera de intervenir la Providencia. La dimensión moral y la noción de pecado, sin desaparecer completamente, son desplazadas por la social. Las consecuencias negativas que se derivan de conductas inadecuadas no son presentadas como castigos enviados directamente por Dios, sino como calamidades que tienen su origen en errores estrictamente humanos y que la Providencia se limita a consentir sin intervenir para cambiar el curso de los acontecimientos. Las desgracias tienen su origen en errores humanos, no son castigos enviados por Dios que se limita a observar “impotente” lo que sucede. Se le exonera así de responsabilidad para achacarla al sistema social. Cuando Ayguals –*La bruja de Madrid*- recoge las innumerables tragedias que se derivan de la negativa del duque a casarse con Enriqueta, no las presenta como un castigo infligido por la Providencia por haber faltado a sus deberes más elementales, sino como el resultado del grave error cometido por no querer casarse con una mujer de rango social inferior, cuyas secuelas no sólo sufre él, sino todos los que se mueven en su círculo de influencia. La presencia de la Providencia ratifica la lección que Ayguals quiere transmitir: las funestas consecuencias que en las relaciones sociales ocasionan las conductas inapropiadas. Pero, si lo que sucede en la sociedad tiene unas causas exclusivamente humanas, ¿por qué, aunque sea en segundo plano, sigue estando presente la Providencia? Pues porque el objetivo de la novela liberal es exactamente el mismo que el de la tradicional: instruir al pueblo que, durante siglos, la única instrucción que ha recibido ha sido la religiosa. El providencialismo le es un concepto familiar y la burguesía es consciente de que no se pueden arrancar ideas arraigadas a lo largo de generaciones porque eso supondría el rechazo automático de las nuevas ideologías. De ahí que sigan apelando al providencialismo, pero dotándolo de un contenido ligeramente diferente. Y de ahí también que, a pesar de las duras críticas que hacen contra la Iglesia, la religión salga en todo momento indemne, con lo que la defensa de ésta es otra de las coincidencias, que se hará más evidente en el último período del siglo cuando la burguesía conservadora –las coincidencias corresponden mayoritariamente a su ideología- se dé cuenta de que no sólo necesitan la religión, sino también a la Iglesia para combatir el ateísmo de socialistas y anarquistas bajo cuyas influencias se moverán las clases trabajadoras. Esta misma necesidad de impedir que el pueblo

se emancipe de la tutela de la clase dirigente origina la coincidencia en la actitud hacia la “revolución en apoyo del poder” que aparece en ambas corrientes. Tanto Vayo como Angelón recogen el tema. Al margen de que el planteamiento de Angelón es bastante más complejo – tiene que hacer auténticos equilibrios para utilizar la potencialidad revolucionaria del proletariado barcelonés como argumento convincente de las reivindicaciones de la burguesía catalana frente a la que ejerce el poder central, pero de tal manera que dicha potencialidad no suponga ningún peligro para la primera y no sea percibida como un acto de rebeldía por la segunda-, el objetivo es el mismo: presentar al pueblo cerrando filas en torno al poder constituido: Antiguo Régimen en el caso de Vayo y burguesía industrial conservadora en el de Angelón. Precisamente porque los respectivos sistemas socioeconómicos que propugnan son presentados como armónicos es por lo que sus respectivos “pueblos” se identifican con ellos. Las coincidencias entre ambas corrientes son todavía poco significativas pero permiten presagiar ya la alianza que va a tener lugar durante la Restauración que llevará a la burguesía conservadora a hacer causa común con la antigua clase dominante. Y es que la burguesía española, dada su debilidad, no se va a ver con fuerzas suficientes ni para romper con la nobleza ni para dominar al pueblo. Antes que verse desbordada por éste, preferirá echarse en brazos de aquélla. Ésta es la verdadera razón de las coincidencias que acabo de analizar. La similar concepción del pueblo es, pues, otro de los contenidos ideológicos que forman parte de la imagen elaborada por la novela liberal, motivada en este caso por la percepción de que el proletariado se acerca a su emancipación, lo que “obliga” a un sector del liberalismo a acercarse a la antigua clase dominante. La creciente pujanza de la clase obrera comienza, pues, a condicionar –aspecto particular de la segunda de las hipótesis formuladas– tanto la imagen que la burguesía liberal elabora del pueblo como los primeros indicios de su cambio de actitud hacia la antigua clase dominante.

### 3.5. CONCLUSIÓN

En resumen: El problema central de la sociedad española sigue siendo el conflicto entre Antiguo Régimen y Liberalismo. El pueblo, que cada vez está más cerca de convertirse en proletariado, va adquiriendo una importancia creciente. Ambos contendientes se disputan su apoyo para respaldar los sistemas socioeconómicos que propugnan. La novela tradicional mantiene una imagen uniforme en la que el pueblo aparece identificado con los valores tradicionales de los que es garantía y salvaguarda. Pero, a diferencia de lo que sucedía en el período anterior, no se limita a afirmar el sistema que defiende, sino que tiene que negar también al que ataca, por lo que se ve obligada a dar cabida a la realidad contemporánea, presentada como una amenaza para el pueblo. En la liberal no existe tal uniformidad; hay diversas corrientes, consecuencia tanto de los diferentes intereses de la burguesía –que se manifiestan políticamente en la constitución de varios partidos- como de la conciencia por parte de algunos de que –en contra de lo que propugnan los grandilocuentes lemas del liberalismo- los intereses del pueblo no caben dentro del mismo, lo que les lleva a reaccionar en unos casos de un modo escéptico y desengañado y, en otros, con prevención y temor: el rechazo de lo que en la década del 40 se entendía por realismo –denuncia de la situación de miseria de las clases populares que, a pesar de todas sus limitaciones encerraba una cierta dosis de contenido antiburgués- para



sustituirlo por una novela exclusivamente burguesa es, a nivel estético, manifestación de esta actitud. Pero la corriente mayoritaria presenta al pueblo identificado con el liberalismo. Tanto la novela tradicional como la burguesa elaboran imágenes ideologizadas del pueblo pues lo presentan en función de sus respectivos intereses. Es decir, Antiguo Régimen, liberalismo conservador y liberalismo progresista apelan al pueblo para implicarlo en la defensa de sus propios intereses. Para ello elaboran la imagen que conviene a los mismos (segunda hipótesis particular). Esto coincide en líneas generales con lo expuesto en la introducción histórica. Aunque con una matización: en la historia el pueblo por estos años ya había dado algunas muestras -1848 por ejemplo- de actuar en nombre propio. En la novela –y éste es otro aspecto de la segunda hipótesis particular- todavía no.

Aunque la andadura autónoma del pueblo no haya empezado, los temores de la burguesía ponen de manifiesto que no falta mucho para ello .

#### **4. 1868-1900: LA EMANCIPACIÓN DEL PROLETARIADO**

El último período se caracteriza por la perpetuación de conflictos anteriores y el surgimiento de otros nuevos, que van a forzar la “solución” de los antiguos.

Continúa el enfrentamiento entre Antiguo Régimen y liberalismo –conflicto heredado de la etapa anterior- que, en los primeros años se inclina del lado del último. Pero la irrupción del proletariado –que se presentará como antagonista de ambos- llevará a los antiguos contendientes a formar un frente común para defenderse del nuevo enemigo de clase. Luego, el proletariado no sólo va a adquirir su conciencia de clase, sino que va a “obligar” a la burguesía a clarificar la suya de tal manera que si, hasta ahora se había definido por oposición a la de la clase tradicional, desde este momento se redefinirá, tomando algunos aspectos de la ideología de su hasta ahora rival, frente al proletariado. Estas “modificaciones” encuentran amplio eco en la novela: tanto en la teoría sobre la misma como en el tratamiento del pueblo que va a experimentar importantes variaciones respecto al período anterior.

En 1868 se produjo una conjunción de circunstancias que hicieron de esa fecha un momento adecuado para que la burguesía hubiese relevado del poder a la aristocracia terrateniente. Pero el poder social y económico de la burguesía sigue siendo bastante escaso por lo que ella sola no puede llevar a cabo las transformaciones necesarias para que triunfe la revolución. Además, el predominio de la clase tradicional no es sólo socioeconómico, sino que se extiende también al ámbito de las mentalidades condicionando los hábitos de vida y modos de producción de algunas capas campesinas que, por su *status* socioeconómico podrían haberse integrado perfectamente en la clase media pero, por sus atavismos mentales, seguían perteneciendo al Antiguo Régimen. La burguesía habría necesitado apoyarse en el pueblo, pero no lo va a hacer. Algunas de las primeras medidas que toma inmediatamente tras la revolución indican con toda claridad hacia dónde se va a orientar: la Junta Provisional ordena la entrega de armas que estaban en poder del pueblo, la Constitución de 1869 reconoce la Monarquía como forma de gobierno... Si la primera demuestra su voluntad de alejarse del pueblo, la segunda es indicativa –además de su deseo de congraciarse con los mismos contra los que había hecho la revolución- de la importancia que esta clase sigue teniendo, pues no deja de ser paradójico que se vuelva a la misma institución que se acababa de derribar.

Además, el poder económico de la clase tradicional sigue intacto tras el 68; y el político lo recuperará tras el golpe de Sagunto. De ahí que, aunque la Restauración incorpore formalmente los principios básicos del liberalismo, en el fondo responde a modos y hábitos aristocráticos, por lo que la inmensa mayoría de la población va a quedar excluida de sus beneficios tanto económicos como políticos pues, aunque en el último cuarto del siglo –período fundamental en el proceso de acumulación del capital español- hay un importante crecimiento de las cifras macroeconómicas, las condiciones de vida de los trabajadores –tanto industriales como agrícolas- no van a mejorar, como lo demuestra el hecho de que no se legislara prácticamente nada en materia social; y su participación política va a ser manipulada por los amaños caciquiles. Pero ahora, a diferencia de lo que sucedía en la época anterior, esta inmensa mayoría es ya consciente de su situación y reacciona de un modo totalmente nuevo. El convencimiento al que ha llegado la clase trabajadora a lo largo del período anterior –confirmado durante el sexenio revolucionario- de que el liberalismo no va a hacer nada por su emancipación le lleva a organizarse frente a él. Las doctrinas de la A.I.T., fundada en Londres en 1864, llegan a España inmediatamente después de los acontecimientos del 68, se propagan a partir de ese momento y en 1870 se funda en Barcelona la sección española de la Internacional: la F.R.E. Por primera vez en la historia, los obreros españoles –divididos en dos movimientos, socialistas y anarquistas- son conscientes de que forman un grupo definido cuyas características se derivan de su situación en el sistema de producción; es decir, de que forman una clase social oprimida por el sistema capitalista burgués, por lo que su emancipación como clase sólo la pueden conseguir derribándolo, cosa que los dirigentes de la sección española tuvieron muy clara desde el principio, por lo que inmediatamente se preocupan de marcar distancias con todo lo que tenga que ver con el liberalismo: las protestas de la sección madrileña por la celebración del 2 de mayo son una muestra de ese deseo de ruptura total con todo lo que tenga que ver con la burguesía. Pero el alejamiento es mutuo: tampoco el liberalismo oficial está dispuesto a transigir con el movimiento obrero: el parlamento declara ilegal la Internacional, aunque en el debate previo algunos parlamentarios defendieron su derecho a existir. Y es que, ante lo que empieza a conocerse como la “cuestión social” –en 1890 se celebra por primera vez el 1 de mayo y toda esta década se va a caracterizar por el recrudecimiento de la conflictividad social- existen básicamente dos actitudes: represión y tolerancia; es decir, los que se niegan a hacer las mínimas concesiones y los que comprenden la conveniencia de llevar a cabo una política de transacciones, de acercamiento al movimiento obrero, para lo que se dan distintas razones -desde la justicia a la necesidad de moralizar y recatolizar a unas clases que se estaban apartando de la Iglesia (también la jerarquía eclesiástica toma diversas iniciativas al respecto)- pero que, en el fondo, responden a la misma motivación básica: controlar y encauzar dentro del sistema un movimiento que, de no conseguirlo, amenaza con arrollar al propio sistema.

Por eso, si en el período anterior son más las diferencias que las coincidencias entre conservadores y liberales, en éste, debido a que sienten la presión consecuencia de la adquirida conciencia de clase, van a ser más las coincidencias que las discrepancias, que, por supuesto, siguen existiendo. De ahí que, tras haber girado -como baluarte del Antiguo Régimen- en la órbita de la nobleza en los primeros treinta años del siglo y haber contribuido al advenimiento del liberalismo en los treinta siguientes, el pueblo, convertido

ahora en proletariado, comienza su andadura en solitario militando en el socialismo o en el anarquismo que se constituyen como movimientos de clase.

#### 4.1. LA NOVELA: MONOPOLIO BURGUÉS. TEORÍA Y PRÁCTICA

Esta situación es fielmente recogida por la novela desde su particular óptica de clase, por lo que la teoría excluye por completo al pueblo y su práctica se ocupa fundamentalmente de los problemas de la oligarquía o de la burguesía relegando al pueblo, que en el período anterior desempeñaba un papel importante, a un plano secundario y eludiendo casi por completo la cuestión obrera, por la que pasan de un modo que se podría calificar de “pudoroso”.

Tanto Galdós como Pereda, Valera o Alarcón teorizaron sobre la novela. Existen diferencias entre lo que cada uno de ellos entiende por tal. Galdós propugna una novela que se ocupe de la clase media porque la considera el motor de la sociedad; para Pereda la única novela que merece ese nombre es la regional de raíz rural; Valera es firme defensor de la esteticista y Alarcón de la moral. Pero todas estas teorías tienen una característica común: ninguna se ocupa del pueblo, lo cual no quiere decir que no les preocupe: son muy significativos los ataques contra el “internacionalismo” que lanzan tanto Valera como Alarcón cuando exponen sus respectivas concepciones estéticas.

Lo mismo sucede con la práctica: las tres etapas que se pueden distinguir en la producción novelesca de estos años –realismo, naturalismo, repliegue intimista- se caracterizan asimismo porque en todas ellas el pueblo resulta excluido. En la primera, porque los novelistas de una y otra tendencia andan enzarzados en la defensa de dos sistemas socioeconómicos entre los que todavía son más los puntos de fricción que las coincidencias y el pueblo desempeña un papel de comparsa en ambos. En la segunda, porque la desilusión producida por el fracaso definitivo de la revolución burguesa que supone la Restauración, del que el naturalismo es expresión literaria, no conlleva la negación del sistema liberal por mucho que se le critique, sino, por el contrario, la afirmación de que es el único posible: reflejar los aspectos más negros y degradantes de una realidad que, al mismo tiempo, se presenta como inmutable, por estar sometida a los principios deterministas, es una forma de cerrar filas en torno al sistema burgués, negándose a considerar al que en estos momentos se presenta como alternativa, pues lo que se viene a afirmar es que no la hay. No otra cosa significa el repliegue intimista –*Ángel Guerra, Su único hijo*- de la tercera etapa, por lo que éste es, en un momento en el que la incapacidad del sistema es evidente incluso para resolver sus propios problemas, la consecuencia última de enfocar la realidad desde una mentalidad estrechamente burguesa que les imposibilita para ver –y mucho más para asumir- la alternativa obrera, pues no es casual que el intimismo coincida con la última década del siglo, que es la de mayor conflictividad social. El individualismo espiritualista de Galdós es una muestra prototípica de esa mentalidad.

Estas concepciones de la novela están determinadas por los acontecimientos históricos de estos años. El sistema liberal –en sus principios formales y económicos- se ha consolidado. Pero, tras el golpe de Martínez Campos, la burguesía progresista considera que la revolución

del 68 ha sido traicionada y se siente insatisfecha con la Restauración. La novela recoge ampliamente esta insatisfacción en forma de crítica acerba contra la oligarquía que ha monopolizado los logros del liberalismo y contra la antigua clase tradicional que sigue aferrada a la defensa del modelo de sociedad preindustrial: ambas son un obstáculo para el triunfo del auténtico liberalismo. Pero no el único: tras el 68 ha surgido ya un proletariado con conciencia de clase que se ha independizado de la tutela burguesa y se presenta como enemigo de esta clase. Por eso, la novela liberal de este período no muestra especial interés en atraerse al pueblo, cuyo tratamiento no es muy positivo, e ignora casi por completo al proletariado. Y por lo que a las dos corrientes de la conservadora se refiere, una, la rural lo contempla con una mezcla de ironía, paternalismo y superioridad burlesca; la identificación con él, que es la actitud predominante en el período anterior –Fernán Caballero- es la menos frecuente ahora pues, incluso un autor como Pereda, no puede evitar el expresar cierto sentimiento de “disgusto” ante la zafiedad y rudeza del pueblo, lo que le lleva en no pocas ocasiones a reaccionar irónicamente; y la otra, la industrial, pretende “convencer” al proletariado de que el sistema socioeconómico vigente está cargado de oportunidades: el aprovecharlas o no es cuestión de inteligencia y voluntad; los que aceptan las reglas del juego y no cuestionan el sistema son ensalzados, pero los que intentan cambiarlas, llevados por los cantos de sirena de la Internacional, son tratados como auténticos delincuentes. Luego, aunque existan diferencias, y las consecuentes discrepancias (reflejadas en las diversas concepciones estéticas de la novela), entre la clase tradicional, burguesía liberal y burguesía industrial, todas tienen en común el recelo hacia el pueblo y el rechazo hacia el proletariado militante. De ahí que, aunque el enfrentamiento del período anterior entre conservadores y liberales siga estando vigente y encuentre amplio reflejo en la novela, tiende a desaparecer de tal manera que, conforme avanza el siglo, son más abundantes las coincidencias que las diferencias pues –y no otra cosa significa la Restauración- los antiguos adversarios van a convertirse en aliados movidos por la necesidad de defender el orden social existente, aunque la burguesía liberal no se identifique completamente con él, ante el enemigo común, cuya ideología y aspiraciones son ya recogidas también en alguna novela. Por eso, en la producción novelística del último tercio del siglo se pueden distinguir tres elaboraciones ideológicas de la imagen del pueblo/proletariado: la que corresponde a la pugna entre liberales y conservadores, que siguen presentando sus peculiares visiones, cada uno la suya; la que da cabida a los elementos coincidentes entre ambas, y la que recoge los intereses de clase del proletariado.

## **4.2. LA NOVELA CONSERVADORA**

Entre los conservadores, a diferencia de lo sucedido en las dos etapas anteriores, no existe ahora uniformidad, por lo que se pueden distinguir dos grupos. Uno –del que forman parte Alarcón, Pereda, Campión, Coloma o Navarrete- sigue propugnando tenazmente el modelo de sociedad preindustrial y se opone frontalmente a todo lo que venga del mundo moderno que consideran como una amenaza. El otro –representado por Pardo Bazán, López del Arco y Félix de Bona- no mantiene ningún tipo de contencioso con el progreso moderno traído por el desarrollo capitalista; todo lo contrario: se encuentra perfectamente integrado en él. Los primeros presentan una doble imagen del pueblo: por una parte, recogen de un modo objetivo las duras condiciones de vida de los campesinos y pescadores, pero sin ningún ánimo

de denuncia, sino para constatar su fidelidad al sistema, pues las soporta resignadamente sin dar muestras de inconformismo; y, por otra, elaboran una imagen, -mezcla de distanciamiento y paternalismo- que utilizan asimismo como soporte estético de su ideología: en ambos casos la imagen del pueblo, que no siempre sale bien parado, se utiliza como apoyo de la sociedad tradicional, que se encuentra gravemente amenazada por peligros que provienen del exterior: desde la irreligiosidad hasta las luchas políticas, que han sembrado en el pueblo sencillo la semilla de la discordia. Y lo malo es que algunos miembros de la clase tradicional están abdicando de su responsabilidad y empezando a transigir con las nuevas circunstancias. El pueblo tiene una presencia muy variable de unos a otros autores: en Coloma apenas aparece, mientras que en las novelas de Pereda, Campión o Navarrete ocupa un mayor espacio; todos ellos lo presentan como víctima: del abandono de los nobles en Coloma, de las luchas políticas del liberalismo en Campión, de las teorías internacionalistas en Navarrete; incluso el de Pereda, que es el más “protegido” de toda la novela del siglo XIX, pues no traspasa nunca los límites del “huerto” creado por su autor, no está a salvo de peligros: hasta los aislados vecinos de Perojales llegan las amenazas de los Peñarrubia. Sin embargo, tanto los perojaleños como los campesinos andaluces de *La Pródiga* reaccionan contundentemente contra los intrusos. Pero el hecho de que aparezca como víctima no significa que estos autores se “interesen” por el pueblo: sólo se ocupan de él para oponerse a la sociedad liberal con la que mantienen un frontal enfrentamiento. Por eso, la imagen que presentan de él es, una vez más, una imagen fuertemente “ideologizada”, cuyos ejemplos más representativos son Campión y Navarrete: sus campesinos, cuyas duras condiciones de vida se recogen con total objetividad, se muestran conformes en el caso del primero y, en el del segundo, Bartolo, campesino sensato donde los haya, aunque está convencido de que los principios de la Internacional son la pura verdad, se muestra de acuerdo con el hijo de la marquesa de Villarana en que, de momento, es mejor renunciar a ellos pues, de lo contrario, el campesinado corre el riesgo de ser manipulado. La docilidad de Bartolo –como prototipo del campesino andaluz- en un momento en el que han tenido lugar acontecimientos como la sublevación de Loja o la Mano Negra, demuestra con absoluta claridad que esa imagen responde a los intereses de la oligarquía terrateniente andaluza que conjura el peligro reconociendo que los campesinos tienen razón, a pesar de lo cual posponen la concesión de sus reivindicaciones para un futuro indeterminado. Pero, precisamente porque son conscientes del peligro que, por mucho que intenten escamotearlo, supone el pueblo, la imagen que de él elaboran no es siempre positiva. El elitista distanciamiento –llama relinchos a sus gritos de alegría- y las reticencias de Pereda a la hora de describir algunas de las costumbres de los campesinos y pescadores, son una prueba evidente de ello. Pereda deja bien claras las distancias: el hecho de tener que contar con el pueblo como soporte del sistema social que propugna, no significa que le agrade hacerlo.

Los escritores del segundo grupo sí que recogen el moderno progreso industrial que presentan de un modo positivo; y no sólo eso, también se muestran firmes defensores de los principios teóricos del liberalismo económico. Los beneficios de la libertad alcanzan a todos, sobre todo a los trabajadores, que se han beneficiado de ella más que los empresarios. Ahora bien, estos autores son más “realistas” que los anteriores: recogen la conflictividad social, ausente en las novelas del tradicionalismo rural –lo cual nada tiene de extraño, dado el mundo novelesco del que éste se hace eco-, pero también –y esto, en principio, ya parece más extraño- en las del progresismo liberal. Sin embargo el realismo no es tal, pues la conflictividad social

no es generada por las relaciones laborales traídas por el liberalismo, sino que es responsabilidad individual de los trabajadores por su falta de voluntad, que les lleva, por ejemplo a entregarse a la bebida, pues en este sistema el que quiera progresar, si pone todo lo necesario de su parte, puede hacerlo. De ahí que no exista ninguna razón para oponerse a él; los que lo hacen es porque están influidos por la negativa propaganda socialista. Luego, también éstos recurren a un enemigo externo para explicar las contradicciones del sistema; si para los novelistas tradicionales es el liberalismo, los industriales culpan al socialismo. Y si aquéllos las resolvían dentro del propio sistema gracias al paternalismo de la clase dirigente y al buen fondo moral del pueblo español, lo mismo hacen éstos: cuando los patronos dan muestras de sentido filantrópico, los obreros se dan cuenta inmediatamente de que había sido un error luchar contra ellos y reconocen que el liberalismo es capaz de dar solución a sus problemas.

Es decir, al margen de su diferente actitud hacia el progreso técnico y el desarrollo económico, ambos coinciden en un aspecto básico: la actitud hacia el pueblo, de unos, y hacia el proletariado, de los otros, es idéntica. Y la imagen que elaboran de las relaciones sociales responde a los intereses de la clase dominante: protección y sumisión, lo que no coincide en absoluto con la realidad histórica que resulta, así, manipulada: la elaboración ideológica se impone sobre la realidad. La imagen del pueblo que presentan unos, y la del proletariado que recogen los otros, así como sus concepciones estéticas sobre la novela, son utilizadas como soporte de un sistema social al que, en estos momentos, el proletariado al menos, no sólo no presta su apoyo, como pretende esta novela, sino que lo cuestiona seriamente. Se cumple, por tanto, la tercera hipótesis particular.

### **4.3. LA NOVELA LIBERAL**

Por lo que a la novela liberal progresista se refiere, se enfrenta con un doble problema: luchar, para conseguir que triunfe el liberalismo, contra la oligarquía de la Restauración, a la que acusa de haberlo traicionado, y, simultáneamente, defenderlo del proletariado. Para ello va a elaborar también tanto una teoría de la novela como una imagen del pueblo/proletariado, que difiere según ataque el sistema social de la Restauración o defienda el liberalismo de los embates por la izquierda. Es decir, tanto en un caso como en el otro adoptan una postura proburguesa, expresión de la cual es, asimismo, su exclusivista concepción de la novela. Luego, tanto ésta como la imagen del pueblo son también una elaboración ideológica que responde a los intereses de la burguesía.

La crítica a la oligarquía la lleva a cabo denunciando las que considera como lacras de la sociedad tradicional –intransigencia, dogmatismo, materialización de los sentimientos religiosos...- y acusándola de abusar del pueblo física, pero sobre todo psíquicamente, pues éste se encuentra alienado por los valores del pasado. Esta denuncia no significa que lo hagan con la intención de mejorar la situación del pueblo; ésta es simplemente una excusa para censurar el régimen social que se ataca, pero el pueblo –y mucho menos el proletariado- no es nunca objeto de un tratamiento autónomo.

La defensa del sistema liberal la realizan destacando las virtudes de algunos de los protagonistas de las novelas, ensalzando el progreso o celebrando la igualación social traída por la nueva sociedad. Pero, ésta no sólo no ha conseguido consolidarse –la Restauración es

la prueba de su fracaso- sino que se encuentra, además, fuertemente cuestionada por aquéllos cuya colaboración sería imprescindible para que lo hiciera. Este hecho – consecuencia de la adquisición de la conciencia de clase por parte del proletariado- determina la imagen que tanto del pueblo como del proletariado elaboran estos autores: con el pueblo marcan claramente las distancias –se parecen en esto a la novela conservadora- por lo que ya no presentan, como sucedía en la etapa anterior, una visión positiva del mismo: las ironías de Palacio Valdés en *El cuarto poder* sobre la utilización de la prensa como arma de ilustración y progreso o los sarcasmos de Galdós en *La Fontana de Oro* sobre las inquietudes políticas de las clases populares son una buena muestra de ello. Y, por lo que al proletariado se refiere, no existe unanimidad. Las actitudes se mueven entre el deseo de acercamiento, -lo que les lleva a sublimar la lucha de clases bajo el enfrentamiento lingüístico, por ejemplo- proponiendo que la burguesía –*La espuma* y el Clarín articulista- se haga portavoz de las reivindicaciones de la clase obrera, y el convencimiento de que, dado el grado de antagonismo, no es posible la conciliación. Éste último es el caso de Galdós quien percibe el antagonismo de clases con gran claridad y reacciona prestándole escasa atención al proletariado, que en sus esporádicas apariciones es, por otra parte, soslayado –*Marianela*- o sometido a algún proceso de deformación: *La desheredada*. Es decir, mientras algunos siguen creyendo todavía en que el liberalismo es capaz de integrar y satisfacer los intereses de todos, otros están convencidos de su fracaso. Pero, como no “ven” alternativa al mismo –y ésta es otra de las actitudes- a veces dan rienda suelta a su pesimismo existencial en el que el pueblo desempeña también un papel de soporte estético-literario. El fracaso del liberalismo explica no sólo el pesimismo sino también por qué estos autores –con las excepciones señaladas- no tratan de “convencer” al proletariado –como hace Félix de Bona, por ejemplo- de que en este sistema caben todas sus aspiraciones. Convencidos de que no, su honradez personal y artística, les impide hacer apologías de cosas en las que no creen; pero, al mismo tiempo, sus intereses de clase no les permiten dar cabida a las reivindicaciones del proletariado; solucionan el problema ignorándolo: como dice Oleza el deseo de evitar la revolución proletaria y la lucha de clases les hizo no recogerlas en sus novelas.

Luego, la censura de los abusos del pueblo por parte de la oligarquía, su utilización como soporte de una concepción existencialista, las tentativas de canalizar las aspiraciones del proletariado así como su soslayamiento, la exaltación del progreso, eludiendo los problemas sociales que conlleva el desarrollo capitalista, son los principales contenidos ideológicos de la imagen que del pueblo/proletariado elabora la burguesía liberal, imagen que se corresponde con los intereses de esta clase que propugna un modelo socioeconómico atacando todo lo que lo obstaculiza y ocultando sus inconvenientes. La teoría de la novela formulada por Galdós responde a los mismos intereses de clase.

#### 4.4. COINCIDENCIAS ENTRE AMBAS CORRIENTES

Más significativas que las diferencias –que existen desde el primer período del siglo- son las coincidencias entre la corriente liberal y los dos grupos de la conservadora, que no son sino el reflejo en el terreno novelesco de la alianza que se produce en la Restauración entre un sector de la antigua clase dominante y otro de la burguesía. Con los

tradicionalistas rurales tienen en común la aceptación de ciertos conceptos que, hasta ahora, habían sido patrimonio casi exclusivo de éstos; con los liberales conservadores, la defensa – aunque sin llegar a su grado de sectarismo- de los principios del liberalismo.

El providencialismo –al que siguen apelando los autores conservadores como Villoslada o Campión para legitimar el modelo de sociedad tradicional- es ahora utilizado también por los liberales –Galdós, Palacio Valdés- con la misma finalidad para la liberal. Algo parecido sucede con la religión. Atacan a la Iglesia como institución y la utilización que de la religión hace el poder constituido, pero alaban la religiosidad del pueblo sencillo y, dando un paso más, afirman con diversos procedimientos la necesidad de la religión, que Palacio Valdés pone a salvo de cualquier tipo de cuestionamiento situándola al margen de la razón. El mismo objetivo persigue Galdós exaltando la base irracional del sentimiento religioso popular. La burguesía empieza, pues, a refugiarse en el irracionalismo –ampliamente desarrollado por la generación siguiente (la modernista-noventaiochista)- como argumento para defender el sistema socioeconómico establecido.

Con los liberales doctrinarios coinciden –aunque más en el fondo que en la forma- en la defensa de los principios económicos del liberalismo y en la satisfacción por la existencia de la igualdad. Digo que en el fondo porque, mientras los liberales doctrinarios realizan una apología explícita del liberalismo, Palacio Valdés y Galdós lo hacen de un modo implícito. Bona lleva a cabo un encendido elogio del liberalismo como sistema que da a todo el mundo las mismas oportunidades, de tal manera que la pobreza y la miseria son achacables únicamente a los que las padecen por su falta de voluntad. Bona teoriza, además, sobre las excelencias del liberalismo, cosa que no hacen los novelistas progresistas. Éstos –aunque recogen casos de personajes que han conseguido subir por su propio mérito- presentan también otros muchos que lo han hecho por medios inmorales. El motivo de esta discrepancia formal reside en que, mientras Bona identifica el liberalismo con su realización práctica (lo que de él ha quedado tras la Restauración), los progresistas –con Galdós a la cabeza- pretenden distinguir entre teoría y práctica, defendiendo la primera y censurando la segunda. En este sentido, para Bona el ascenso de Pedro Cerecita ha sido posible gracias a la Restauración; para Galdós, por el contrario, los hermanos Golfín lo han logrado a pesar de ella. Es decir, Galdós defiende el espíritu del liberalismo, no las circunstancias concretas del mismo. Pero, dada la presión del proletariado, no es posible hacer una sola de estas dos cosas: no se puede defender el liberalismo sin, implícitamente al menos, defender también el régimen de la Restauración; y no se puede atacar a ésta sin, al mismo tiempo, atacar también a aquél. Por eso, la consecuencia última de esta defensa del liberalismo es la consolidación del orden vigente pues, ante la amenaza del proletariado, que no distingue entre unos y otros –se refiere a todos englobándolos bajo el término burguesía- es preferible pactar con los antiguos rivales antes que ser arrollados por el nuevo enemigo de clase. Para neutralizarlo, estos novelistas elaboran una imagen que responde a los intereses de clase de la burguesía y que se manifiesta en el destierro de su problemática, en la deformación de la misma o en el intento de asunción de algunas de sus reivindicaciones para intentar conducir el movimiento obrero por la senda del liberalismo, última de las hipótesis formuladas.



## 4.5. LA NOVELA PROLETARIA

La novela proletaria –que surge en este tercer período- recoge la ideología de esta clase que propugna un nuevo modelo socioeconómico y una nueva manera de hacer novela –defendida por Lluas en el *Prólogo* a *Justo Vives*- presenta asimismo una imagen ideologizada de la clase obrera: elude las divisiones existentes entre socialistas y anarquistas y magnifica el poder del movimiento obrero. Pero, lo novedoso de esta novela es que, por primera vez, las aspiraciones del proletariado son enfocadas desde su propia óptica de clase.

## 5. SÍNTESIS.

Se han cumplido, pues, como ha quedado recogido en las páginas precedentes todas las hipótesis de partida –la general y las tres particulares con sus diversas variantes- que sintetizo esquemáticamente a continuación. Matizo algunos aspectos de la formulación inicial que hice en las primeras páginas y que han ido surgiendo como consecuencia del análisis de las propias novelas.

### 1. Hipótesis general: [0.2.1. (p. 14)]

a) La obra literaria, como forma que es de conocimiento de la realidad, está condicionada por las relaciones sociales de producción dominantes en el momento en el que surge y es siempre reflejo de los intereses de una determinada clase, que elabora una ideología para su defensa.

b) Las demás clases sociales son siempre consideradas desde la óptica de esa ideología, que se irá modificando en función de los acontecimientos históricos.

c) La ideología que goza de una mayor presencia en la novela es la de la clase dominante en cada momento, o la que, sin llegar a serlo todavía, se presenta como antagonista.

Ha quedado claro que la imagen del pueblo que recoge la novela a lo largo de todo el siglo es una elaboración ideológica que responde a los intereses de la nobleza tradicional y de la burguesía, que la irán modificando conforme el pueblo se va acercando a convertirse en proletariado. Solamente en este momento surge la imagen, que es también una elaboración ideológica, que responde a los intereses de éste.

### 2. Hipótesis particulares. [0.2.2. (p. 15)]

#### 2.1. Primer período del siglo:

2.1.1 El sistema socioeconómico vigente es el Antiguo Régimen. La novela que recoge los intereses de la nobleza tradicional, presenta al pueblo sumiso, conformista, identificado con los pilares y valores de esa sociedad. Éstos se afirman de un modo absoluto con argumentos eminentemente morales.

2.1.2. La burguesía, aunque débil, ha dado ya muestras de su existencia e, incluso, ha ocupado brevemente el poder. Utiliza al pueblo para intentar derribar el Antiguo

Régimen. Elabora una imagen en la que aparece sojuzgado y sometido a todo tipo de abusos. Pero, como en la corriente liberal no existe la uniformidad que se da en la tradicional, empiezan a asomar también otras visiones, como el distanciamiento escéptico precursor del elitismo y de la desconfianza que adquirirán un amplio desarrollo en los dos períodos siguientes.

## 2.2 Segundo período del siglo:

2.2.1. La nobleza sigue siendo la clase dominante, pero la relación de fuerzas con su antagonista es más equilibrada, por lo que, a diferencia de lo que sucede en el período anterior, comienza a sentirse amenazada. Elabora una ideología en la que el pueblo aparece como depositario de los valores tradicionales, los genuinos y auténticamente españoles –lo nuestro- que se ven seriamente amenazados por otros que vienen de fuera. El pueblo, identificado y defensor de lo “nuestro” se convierte así en el soporte de la sociedad preindustrial amenazada por el desarrollo capitalista, que se condena por foráneo. El mundo moderno, ausente en el primer tercio del siglo, hace acto de presencia para ser negado.

2.2.2. Y es que, al socaire de la incipiente industrialización, está surgiendo una burguesía que, aunque sigue siendo débil, está socavando las estructuras de la sociedad tradicional. Como consecuencia de la industrialización está naciendo también la clase obrera. La imagen que la novela liberal elabora del pueblo –urbano/obrero- es ahora multiforme. Para consolidar el liberalismo lo presenta como un sistema integrador capaz de terminar con las tensiones y abusos del Antiguo Régimen. Pero, consciente al mismo tiempo de las contradicciones introducidas por el capitalismo, trata por todos los medios de defenderlo presentando una imagen del pueblo que le sirva para justificar o eludir esas contradicciones. Encontramos así diferentes visiones: elitismo distanciadore: ven el liberalismo como un sistema adecuado para el individuo superior por lo que el pueblo no tiene sitio en él; denuncia: el pueblo sigue oprimido porque no ha triunfado el liberalismo auténtico por lo que buscan su colaboración para conseguirlo; apología del progreso: el pueblo es trabajador y respetuoso con la propiedad privada: éstos sólo buscan la aquiescencia del pueblo con el sistema tal y como está; escepticismo pesimista: conscientes de que el liberalismo es un sistema cerradamente clasista, se mantienen al margen y buscan la salvación personal; temor: conocedores de la amenaza que supone el proletariado, procuran conjurarla a toda costa.

## 2.3. Tercer período del siglo.

### 2.3.1. Tras el fracaso de la revolución del 68,

a) un sector de la antigua clase dominante, a disgusto, con las transformaciones liberales que, a pesar del triunfo de la Restauración, se imponen, sigue aferrado a la defensa a ultranza de la sociedad preindustrial. Elaboran una imagen en la que el pueblo aparece como víctima del liberalismo que ha traído la irreligiosidad y las luchas políticas que han envenenando la convivencia de la gente sencilla;

b) otro sector se ha acomodado a las circunstancias. Presenta el liberalismo económico como un sistema abierto, con igualdad de oportunidades para todos. El pueblo es víctima del socialismo.

2.3.2. En los años posteriores al 68 no sólo fracasó la revolución burguesa, sino que también el proletariado alcanzó su conciencia de clase. Ante esta situación la burguesía liberal se siente

a) por una parte, insatisfecha: ataca a la oligarquía utilizando para ello una imagen del pueblo en la que aparece abandonado;

b) por otra, temerosa: defiende tímidamente el liberalismo, marca las distancias con el pueblo y apenas se ocupa del proletariado. Este mismo temor la lleva a coincidir con la otra corriente en una serie de aspectos.

2.3.3. El proletariado alcanza su conciencia de clase. Surge una novela que la refleja y que condena en bloque a la sociedad de la Restauración presentando una imagen idílica de la nueva sociedad propuesta, que se presenta como inminente.

## **IV. BIBLIOGRAFÍA**

## 1. CONTEXTO HISTÓRICO: EL PUEBLO EN LA HISTORIA DEL SIGLO XIX.

- ABAD DE SANTILLÁN, D., *Historia del movimiento obrero español. I (Desde los orígenes a la Restauración borbónica)*, Madrid Zyx, 3ª edc., 1968.
- ABELLÁN, J.L., *Historia crítica del pensamiento español. 4 El liberalismo*, Madrid Espasa Calpe, 1984.
- ABÓS SANTABÁRBARA, A.L. y A. MARCO MARTÍNEZ, *Diccionario de términos básicos para la historia*, Madrid, Alhambra, 1983.
- ALBORG, J.L., *Historia de la literatura española. IV. El romanticismo*, Madrid, Gredos, 1980
- ALMIRALL, Valentí, *España tal y como es*, Madrid, Seminarios y ediciones, 1972.
- ARANGUREN, J.L., *Moral y sociedad*, Madrid, Edicusa, 1966.
- ARBELOA, V. Manuel, *Orígenes del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Zero, 2ª edc., 1973.
- ARTOLA, M., *La guerra de guerrillas*, Madrid, Revista de Occidente, N° 10, enero, 1964
- ARTOLA, Miguel, *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*, Madrid, Alianza, 7ª edc., 1980.
- ARTOLA, Miguel, *Partidos y programas políticos, 1808-1936. I. Los partidos políticos*, Madrid, Alianza, 1991.
- AZAÑA, Manuel, *Plumas y palabras*, Barcelona, Crítica, 2ª edc., 1976.
- AZORÍN, *La voluntad*, Madrid, Castalia, 1972.
- BAHAMONDE, A. J. MARTÍNEZ, *Historia de España. Siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 2ª edc., 1998.
- BAROJA, Pío, *Aurora roja*, Madrid, Caro Raggio, 1974.
- BLANCO AGUINAGA, C., *Juventud del 98*, Barcelona, Crítica, 2ª edc., 1978.
- BORROW, G., *La Biblia en España*, Madrid, Alianza, 2ª reimp., 1987.
- BRENAN, Gerard, *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Barcelona, Ibérica de ediciones, 1977.
- CARNERO, G., *Espronceda*, Madrid, Júcar, 1974.
- CARR, R., *España: 1808-1975*, Barcelona, Ariel, 1982.
- COMELLAS, J. Luis, *Historia de España moderna y contemporánea*, Madrid, Rialp 1971.
- COSTA, Joaquín, *Oligarquía y caciquismo*, Madrid, Alianza, 4ª edc., 1976.
- DÍAZ DEL MORAL, J, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid Alianza, 1967.
- DONOSO CORTÉS, Juan, *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, Madrid, Editora Nacional, 1978.
- DUFOUR, G., *La Guerra de la Independencia*, Madrid, Historia 16, 1989.
- ELORZA, Antonio, *El socialismo utópico español*, Madrid, Alianza, 1970.
- ENGELS, F, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Madrid, Ricardo Aguilera, 1969.
- ESTEBAN, Jorge, *Las constituciones de España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998.
- FERNÁNDEZ DE URBINA, *Los pioneros del pensamiento socialista español*, Tiempo de Historia, 16, 1982.
- FERRERAS, J.I., *Los orígenes de la novela decimonónica 1800-1830*, Madrid, Taurus 1973

- FERRERAS, J.I., *Introducción a una sociología de la novela española en el siglo XIX*, Madrid, Edicusa, 1973.
- GANIVET, Ángel, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, Madrid, Cátedra, 1983.
- GARCÍA CORTÁZAR, F. y J.M. GONZÁLEZ VEGA, *Breve historia de España*, Madrid, Alianza, 9ª reimp., 1995
- GARRIDO, F., *Historia de las clases trabajadoras. 3 El proletario*, Madrid, Zero, 2ª edc., 1973.
- GARRIDO, Fernando, *Espartero y la revolución*, Madrid, 1854.
- GARRIDO, Fernando, *Historia de las clases trabajadoras. 4 El trabajador asociado*, Madrid, Zero, 1971.
- GIL NOVALES, A, *Movimiento obrero, política y literatura*, Madrid., Edicusa, 1974.
- GIL NOVALES, A, *RAFAEL DEL RIEGO. La revolución de 1820, día a día. Cartas, escritos y discursos*, Madrid, Tecnos, 1976.
- GIL NOVALES, A., *El Trienio liberal*, Madrid, Siglo XXI, 1980.
- HERRERO, Javier, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid Edicusa, 1971.
- HOBBSBAWM, Eric, *Los campesinos y la política*, Barcelona, Nova Terra, 1976.
- IZARD, Miguel, *Industrialización y obrerismo. Las tres clases de vapor 186-1913. Barcelona*, Ariel, 1973.
- JOVER ZAMORA, *Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea*, Madrid, Ateneo, 1956.
- JUTGLAR, Antoni, *Ideologías y clases en la España contemporánea. Aproximación a la historia social de las ideas*, Madrid, Edicusa, 1968.
- LAPOUGE, G. y Jean BÉCARUD, *Los anarquistas españoles*, Barcelona, Laia, 3ª edc., 1977.
- LARRA, *Artículos*, Barcelona, Planeta, 1981.
- LENIN, *El socialismo utópico y el socialismo científico*, Moscú, Progreso, 1978.
- LIDA, Clara E., *Anarquismo y revolución en la España del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1972.
- LLORENS, Vicente *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid, Castalia, 1979...
- MARTÍN, Teodoro, *La desamortización. Textos político-jurídicos*, Madrid, Narcea, 1973.
- MARTÍNEZ CUADRADO, M, *La burguesía conservadora (1874-19319)*, Madrid, Alfaguara, 1978.
- MARX y ENGELS, *La revolución en España*, Moscú, Progreso, 1980.
- MARX y ENGELS, *Sobre la revolución de 1848-1849*, Moscú, Progreso, 1981.
- MARX-ENGELS, *El manifiesto comunista*, Madrid, Alhambra, 1987.
- MESONERO ROMANOS, *Memorias de un setentón*, Madrid, Castalia, 1994.
- MIÑANO, Sebastián, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán que estaba acostumbrado a vivir a costa ajena*. MadridCiencia Nueva, 1968.
- MORENO ALONSO, M., *La generación española de 1808*, Madrid, Alianza, 1989.
- NÚÑEZ DE ARENAS y TUÑÓN DE LARA, *Historia del movimiento obrero español*, Barcelona, Nova Terra, 1970.
- PÉREZ GALDOS, *El 7 de julio*, Madrid, Alianza, 1976.
- PÉREZ GALDÓS, *Trafalgar*, Madrid, Alianza, 12ª reimpresión, 1991.
- PÉREZ GALDÓS, *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, Madrid, Alianza, 1991.
- PÉREZ GALDÓS, *La Fontana de Oro*, S.C. Tenerife, V.C.D.G. Canarias, 1988.
- PÉREZ GALDÓS, *El Grande Oriente*, Madrid, Alianza, 1992.

- PÉREZ GALDÓS, *El terror de 1824*, Madrid, Alianza, 1976.
- PÉREZ GALDÓS, *Un voluntario realista*, Madrid, Alianza, 1976.
- PÉREZ GALDÓS., *Un faccioso más... y algunos frailes menos*, Madrid, Alianza 1977.
- PÉREZ GALDÓS, *Mendizábal*, Madrid, Aguilar, 1986.
- PÉREZ GALDÓS, *La Primera República*, Madrid, Aguilar, 2ª edc., 1990.
- PÉREZ, Joseph, *Historia de España*, Barcelona, Crítica, 1999,
- RODRÍGUEZ MOÑINO, A., *Historia de una infamia bibliográfica. La de San Antonio de 1823*, Madrid, Castalia, 1965.
- ROSALES, Luis, *Ángel Ganivet. Antología*, Madrid, Ediciones Fe, 1948.
- RUIZ CORTÉS, F. y F. SÁNCHEZ COBOS, *Diccionario biográfico de personajes históricos del siglo XIX español*, Madrid, Rubiños-1860, 1998.
- SECO SERRANO, C., *Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX*, Madrid Guadiana, 1973.
- SOLÁ, Àngels, *Socialismo utópico*, Barcelona, G.L.U., 32, 1995.
- TEMINE, BRODER Y CHASTAGNARET, *Historia de España contemporánea. Desde 1808 hasta nuestros días*, Barcelona, Ariel, 1982.
- TOMÁS Y VALIENTE, *El marco político de la desamortización en España*, Barcelona, Ariel, 4ª edc., 1983.
- TOVAR, Antonio, *Mitología e ideología de la lengua vasca*, Madrid, Alianza, 1980.
- TUÑÓN DE LARA, M., *La España del siglo XIX*, Barcelona, Laia, 4ª edc., 1973.
- TUÑÓN DE LARA, M., *El movimiento obrero en la historia de España. 1. 1832-1899*. Barcelona, Laia, 1977.
- TUÑÓN DE LARA, M., *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, 3ª edc., Tecnos, 1977.
- VICENS VIVES, J., *Historia económica de España Barcelona*, Vicens Vives, 1969.
- VILAR, P., *Historia de España*, Barcelona, Crítica, 13ª edc., 1981.
- VILAR, P., *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*, Barcelona, Crítica, 1982.
- ZAVALA, Iris M., *Masones, comuneros y carbonarios*, Madrid, Siglo XXI, 1971.
- VICENT, Antonio, *Socialismo y anarquismo*, Madrid, Narcea, 1972.

## 2. EL PUEBLO EN LA NOVELA DEL SIGLO XIX.

### 2.1. PRIMER PERÍODO: 1800-1833.

#### 2.1.1. BLIOGRAFÍA CRÍTICA Y COMPLEMENTARIA

- BROWN, Reginald, *La novela española. 1700-1850*, Madrid, Dirección general de archivos y bibliotecas, 1953.
- CALVERO, Bartolomé, *Evolución histórica del constitucionalismo español*, Madrid, Tecnos, 2ª reimp., 1986.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *Carlos III y la España de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1989.
- FERRERAS, Juan Ignacio, *Los orígenes de la novela decimonónica. 1800-1833*, Madrid, Taurus, 1973.
- HOBBSAWN, Eric J., *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Ariel, 1983.
- LLORENS, Vicente, *El romanticismo español*, Madrid, Castalia, 2ª edc., 1989.
- LLORENS, Vicente, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid, Castalia, 3ª edc., 1979.

- MARAVALL, J.A., *Teatro y literatura en la sociedad barroca*, Barcelona, Crítica, 1990.
- MARAVALL, José Antonio, *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*, Barcelona, Ariel, 3ª edc., 1983.
- MESONERO ROMANOS, *Memorias de un setentón*, Madrid, Castalia, 1994.
- MONTESINOS, José F., *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. Seguida del esbozo de la bibliografía de las traducciones de novelas 1800-1850*, Madrid, Castalia, 4ª edc., 1980.
- PÉREZ GALDÓS, *Napoleón en Chamartín*, Madrid, Alianza, 3ª edc, 1984.
- PÉREZ GALDÓS, *Un voluntario realista*, Madrid, Alianza, 1976.
- SOMBART, W., *El burgués. Contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno*, Madrid, Alianza, 4º edc., 1982.

### 2.1.2. NOVELAS ESTUDIADAS.

- BROTONS, Francisco, *Rafael del Riego o la España liberada*, Cádiz, Imprenta de la Sincera Unión del Ciudadano J.G. de la Maza, 1822. XIV + 155 p., BN. 2/5101.
- CASTILLO, D.J. del, *El incógnito en el subterráneo, o sean las persecuciones. Entrevistas compuestas en diálogo*, Barcelona, Imprenta de INDAR. 1833, 209 p., BN. 372614.
- CÉSPEDES Y MONROY, A., *Lecturas útiles y entretenidas*, Madrid, Imprenta de D. Joseph Doblado, 1800, 306 p., BN. 5/1903.
- D.A.M. y E., *Viage de un filósofo a Selenópolis, corte desconocida de los habitantes de la tierra, escrito por él mismo y publicado por D. A. M. y E*, Madrid, Gómez Fuentenebro y Compañía, 1804, 182 p., BN. 1/40033.
- ESPATRIADO, un, *La Papisa. Novela orijinal, poema en tres cantos. Ilustrado con varias notas históricas. Por un espatriado*, París, Imprenta de Rignoux, 112 p., BN. 2/31447.
- FARÍGOLA Y DOMÍNGUEZ, Antonio, *La Luciana en cinco períodos. Novela escrita en verso castellano por... oficial de infantería*, Madrid, Oficina de D. Francisco Martínez Dávila, impresor de Cámara de S. M., 1819, 176 p., BN. 3/2445.
- GUTIÉRREZ, Luis, *Cornelia Bororquia o la víctima de la Inquisición*, Gerona Imprenta de A. Oliva, 1820, 156 p., BN. U/5863
- J.O., *El oficial y el tejedor o la virtud recompensada*, Barcelona, Librería de M. Saurí y Compañía, 1830, 87 p., BN. 3/2600.
- LÓPEZ SOLER, R., *Los bandos de Castilla o el caballero del cisne*, Madrid, Tebas, 1975, 276 p.
- LÓPEZ SOLER, R., *Jaime el Barbudo o sea la sierra de Crevillente*, Sabadell Caballo-Dragón, 1988, 114 p.
- LÓPEZ SOLER, R., *Las señoritas de hogaño y las doncellas de antaño*, Sabadell, Caballo-Dragón, 1988, 66 p.
- MARQUÉS Y ESPEJO, Antonio, *Higiene política de España o medicina preservativa de los males morales con que la contagia la Francia*, Madrid, Repullés, 1808, 154 p., BN. R/60623.
- MARTÍN CARRAMOLINO, Pedro Nolasco, *El tostoneo, meneo, y mosqueo: Gabinete de Orates coronados, Colegio Hospital de Toribios, Para asistir y curar a los demás españoles enfermos y contagiados de los efectos anticonstitucionales*, Madrid, Imprenta de Repullés, 1821, 208 p., BN. 1/55057.
- MARTÍNEZ COLOMER, V. *Reflexiones sobre las costumbres*, Valencia, Imprenta de D. Francisco Brusolas, 1818, 146 p., BN. 5/3113.



- MARTÍNEZ COLOMER, V., *El Valdemaro*, Alicante, Instituto Gil Albert, 1985. 257 p., edición de Guillermo Carnero.
- MIÑANO, Sebastián, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán que estaba acostumbrado a vivir a costa ajena*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968. 186 p., edición de Valeriano Bozal.
- NERGÁN, Juan Cosme de, *Los frayles vindicados por volter en una carta a un corresponsal de Madrid*, Madrid, Imprenta que fue de Fuentenebro, 1813, 93 p., BN. 2/28630.
- PÉREZ ZARAGOZA, A., *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*, Madrid, Editora Nacional, 1977, 533 p. Incluye 12 relatos.
- PÉREZ ZARAGOZA, A., *La Virtud, o sea, retrato perfecto de un hombre honrado*, Madrid, Imprenta de Repullés, 1826, 260 p., BN 1/23857.
- RODRÍGUEZ ARELLANO, V., *El Decamerón español o colección de varios hechos históricos raros y divertidos*, Madrid, Gómez Fuentenebro y compañía, 1805, tomo I 222 p., BN. 1/24107.
- SAN ROMÁN, Antonio de, *El alcarreño en Madrid. Obra jocoseria en prosa y verso en que se describe el estado actual de las corridas de toros, el de los bayles y algunos paseos y concurrencias públicas de esta Corte*, Madrid, Imprenta Real, 1803, 93 p., BN. 1/39710.
- TRIGUEROS, Cándido María, *Mis pasatiempos. Almacén de fruslerías agradables* Madrid, Viuda de López, 1804, tomo I XXIV + 311 p. BN., 3/2492
- TRUEBA Y COSÍO, Telesforo, *Gómez Arias, o los moros de las Alpujarras. Novela histórica escrita originariamente en inglés por el español don Telesforo Trueba y Cossío. Traducida libremente al castellano por D. Mariano Torrente*, Madrid Oficina de Moreno, 1831, tomo I 263 p., tomo II 283 p., BN. 3/2526.
- VALLADARES DE SOTOMAYOR, Antonio, *Tertulias de invierno en Chinchón: conversaciones crítico-políticas, morales e instructivas*, Madrid, Imprenta de D. Francisco de la Parte, 1815, tomo I 16 + 296 p., tomo II 258 p., BN. U9000.
- VAYO, Estanislao, *Voyleano o la exaltación de las pasiones*, Valencia, Imprenta de Ildefonso Mompié, 1827, tomo I, XIV + 168 p., tomo II 130 p., BN. R/37789-90.

## 2.2. SEGUNDO PERÍODO: 1833-1868

### 2.2.1. BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA Y COMPLEMENTARIA.

- ALCALÁ GALIANO, A., *Literatura española siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1969.
- ALONSO, Cecilio, *Literatura y poder*, Madrid, Alberto Corazón, 1971.
- ARTOLA, Miguel, *Enciclopedia de historia de España. 3 Iglesia, pensamiento, cultura*, Madrid, Alianza, 1988.
- BALZAC, H., *La comedia humana I*, Madrid, Aguilar, 1987.
- BAROJA, Pío, *El árbol de la ciencia*, Madrid, Cátedra, 2ª edc., 1985.
- BENÍTEZ, Rubén, *Ideología del folletín español: Wenceslao Ayguals de Izco (1801-1873)*, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1979.
- BLANCO AGUINAGA et al., *Historia socia de la literatura española II*, Madrid, Castalia, 1979.
- BROWN, Reginald, *La novela realista dentro del romanticismo*, Salamanca, Acta Salmanticensia, 1956.
- ELLIOT, J. H., *El Conde-Duque de Olivares*, Barcelona, Crítica, 3ª edc., 1990.
- ELLIOT, J.H., *La España Imperial 1469-1716*, Barcelona, Vicens Vives, 4ª edc., 1972.

- ESTEBAN, Jorge de, *Las constituciones de España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998.
- ESTEBAN, Jorge de, *Constituciones españolas y extranjeras I*, Madrid, Taurus, 1977.
- FERRERAS, J.I., *La novela por entregas 1840-1900. (Concentración obrera y economía editorial)*, Madrid, Taurus, 1972.
- FERRERAS, J.I., *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica*, Madrid, Taurus, 1976.
- FISAS, Carlos, *Historia de las reinas de España \*\**, Barcelona, Planeta, 3ª edc., 1991.
- GANIVET, Ángel, *El porvenir de España*, Madrid, Espasa Calpe, 10ª edc., 1977.
- HIRSCHBERGER, J., *Historia de la filosofía. II Edad moderna, edad contemporánea*, Barcelona, Herder, 2ª edc., 1967.
- HORMIGÓN, J. A., *Ramón del Valle-Inclán: la política, la cultura, el realismo y el pueblo*, Madrid, Alberto Corazón, Editor, 1972.
- KIRPATRICK, Susan, *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*, Madrid, Gredos, 1977.
- RUIZ CORTÉS, F. y F. SÁNCHEZ COBOS, *Diccionario biográfico de personajes históricos del siglo XIX español*, Madrid, Rubiños, 1998.
- TUÑÓN DE LARA et al., *Movimiento obrero, política y literatura en la España contemporánea. Universidad de Pau. IV Coloquio del Seminario de Estudios de los Siglos XIX y XX*, Madrid, Edicusa, 1974
- UMBRAL, Francisco, *Larra. Anatomía de un dandy*, Madrid, Alfaguara, 1965.
- VARELA, José Luis, *Entre pueblo y corona. Larra, Espronceda y la novela histórica del romanticismo*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1984.
- ZAVALA, Iris M., *Ideología y política en la novela española del siglo XIX Salamanca*, Anaya, 1971.
- ZAVALA, Iris M., *El texto en la historia*, Madrid, Nuestra Cultura, 1981.
- ZELLERS, Guillermo, *La novela histórica española 1828-1850*, Nueva York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1938.

### 2.2.2 NOVELAS ESTUDIADAS

- ANGELÓN, Manuel, *Un Corpus de sangre o los fueros de Cataluña*, Barcelona, Imprenta de L. Tasso, 1857, 638 p. BN. 4/42678.
- AVECILLA, Pablo, *Pizarro y el siglo XVI*, Madrid, Imprenta de don Severiano Omaña, 1845, VIII + 312 p., BN. 1/42493.
- AYGUALS DE IZCO, W., *El tigre del Maestrazgo, o sea de grumete a general*, Madrid, Imprenta de don W. Ayguals de Izco, 2ª edc., 1845, 477 p., BN. 3/1164.
- AYGUALS DE IZCO, W., *Pobres y ricos o la bruja de Madrid*, Barcelona, Taber, 1969, 854 p.
- AYGUALS DE IZCO, W., *María la hija de un jornalero*, Madrid, Imprenta de don W. Ayguals de Izco, 6ª edc., 1845-6, tomo I 413 p., tomo II 379 p., BN. 3/1184-85.
- CASTILLO, Rafael del, *Los misterios catalanes o el obrero de Barcelona. Novela de costumbres escrita por Rafael del Castillo*, Barcelona, Imprenta Hispana de Vicente Castaños, 1862, 585 p., BN. 3/622.
- ESCOSURA, Patricio de la, *Ni rey ni roque*, Madrid, Ediciones Giner, 1975, 198 p.
- ESPRONCEDA, José de, *Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar*, Barcelona, Barral, 2ª edc., 1975, tomo I 375 p., tomo II 393 p., edición de Ángel Antón Andrés.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, J., *Cristianos y moriscos*, Madrid, Aguilar, 1963, 31 p., edición de Felicidad Buendía.
- FERNÁN CABALLERO, *Clemencia*, Madrid, Cátedra, 3ª edc., 1984, 380 p., edición de Julio Rodríguez Luis.

- FERNÁN CABALLERO, *La familia de Alvareda*, MadridCastalia, 1979, 193 p., edición de Julio Rodríguez Luis, prólogo del Duque de Rivas.
- FERNÁN CABALLERO, *Elia o España treinta años ha (1814)*, Madrid, Alianza, 1968, 226 p., prólogo de José F. Montesinos.
- FERNÁN CABALLERO, *La Gaviota*, Barcelona, Orbis, 1988, 281 p.
- FERNÁN CABALLERO, *Un servilón y un liberalito o tres almas de Dios*, Puerto de Santa María, Publicaciones de la Casa de la Cultura, 1975, XII + 99 p.
- FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, M., *El pastelero de Madrigal*, Madrid, Círculo de amigos de la historia, 1968, 298 p.
- FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, M., *Men Rodríguez de Sanabria*, Barcelona, Orbis, 1984, 347 p.
- FOZ, Braulio, *Vida de Braulio Saputo, natural de Almodévar, hijo de mujer, ojos de vista clara y padre de la agudeza. Sabia naturaleza su maestra*, Barcelona, Laia, 7ª edc., 1982, 445 p., introducción de Sergio Beser, edición y epílogo de Francisco Ynduráin.
- GARCÍA DE VILLATA, José, *El golpe en vago. Cuento de la 18ª centuria*, Madrid, Aguilar, 1963, 239 p., edición de Felicidad Buendía.
- GARCÍA TEJERO, Alfonso, *El pilluelo de Madrid*, Madrid, Imprenta de D. W. Ayguals de Izco, 1848, 3 tomos encuadernados juntos, 320, 215, 224 p., BN. 5/1947.
- GIL Y CARRASCO, Enrique, *El señor de Bembibre*, Barcelona, Barral Editores, 2ª edc., 1977, 351 p., edición y prólogo de Ramón Carnicer.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, G., *Sab*, Madrid, Cátedra, 1997, 275 p., edición de José Serrera.
- LARRA, *El doncel de don Enrique el Doliente*, Madrid, Cátedra, 3ª edc., 1984, 425 p., edición de José Luis Varela.
- MARTÍNEZ VILLERGAS, Juan, *Los misterios de Madrid*, Madrid, Establecimiento Artístico-Literario de Manini y Compañía, 1844, tomo I 309 p., tomo II 319 p., tomo III 317 p., BN 7/21063-4.
- OCHOA, Eugenio de, *El auto de fe*, Madrid, Imprenta de I. Sancha, 1837, tomo I 335 p., tomo II 335 p., tomo III 319 p., BN. 5/ 47822, U/7877-78.
- ROBELLO Y VASCONI, Fco., *La criolla y los jesuitas. Novela histórica, agridulce, joco-seria o como si digéramos escrita entre risa y llanto*, Madrid, Imprenta de don W. Ayguals de Izco, 1848, tomo I 210 p., tomo II 272 p., BN. 5/1947.
- RUIZ AGUILERA, Ventura, *Proverbios ejemplares*, Madrid, Librería de don Leocadio López, 1864, XI + 291 p., BN. 1/34368.
- SALAS Y QUIROGA, Jacinto de, *El Dios del siglo*, Madrid, Imprenta de don J. María Alonso, 1848, dos tomos encuadernados juntos, 283, 235 p., BN. 3/2217.
- TAPIA, Eugenio de, *Los cortesanos y la revolución*, Madrid, Imprenta de los hijos de doña Catalina Piñuela, 1838, tomo I 239 p., tomo II 201 p., BN. 3/3200-1.
- VAYO, Estanislao, *Juana y Enrique reyes de Castilla*, Valencia, Librería de Mompié, 1835, IV + 306 p., BN. 3/2475.
- VAYO, Estanislao de Cosca, *Los espatriados o Zulema y Gazul. Novela histórica original perteneciente al año 1254*, Madrid, Imprenta de Repullés, 1834, 162 p., BN. 3/2318.

## 2.3. TERCER PERÍODO: 1868-1900.

### 2.3.1. BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA Y COMPLEMENTARIA.

- ALARCÓN, Pedro Antonio de, *Discurso sobre la moral en el arte*, Madrid, Aguilar, 1949.
- CLARÍN, *Solos de Clarín*, Madrid, Alianza, 1971
- EOFF, Sherman H., *El pensamiento moderno y la novela española. Ensayos de literatura comparada: la repercusión de la ciencia sobre la novela*, Barcelona, Seix Barral, 1965.
- FERRERAS, Juan Ignacio, *Introducción a una sociología de la novela española del XIX*, Madrid, Edicusa, 1972.
- FERRERAS, Juan Ignacio, *La novela en el siglo XIX (desde 1868)*, Madrid, Taurus, 1988.
- FUENTES, Víctor, *La aparición del proletariado en la novelística española: sobre "La Tribuna" de Emilia Pardo Bazán*, Grial, 1971.
- FUENTES, Víctor, *El desarrollo de la problemática político-social en la novelística de Galdós*, Papeles de Son Armadans, 192, 1972.
- LAFARGUE, Paul, *¿Por qué cree en Dios la burguesía?*, Madrid, Júcar, 1979.
- LISSORGUES, Yvan, *Clarín político*, Toulouse, Université de Toulouse, 1980.
- MACHADO, Antonio, *Los complementarios*, Madrid, Espasa Calpe, 1988.
- MAYER, Arno, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza, 1984.
- MESONERO ROMANOS, Ramón, *Memorias de un setentón*, Madrid, Castalia, 1994.
- NUEZ, Sebastián de la, *Tomás Morales. Su vida, su tiempo y su obra*, La Laguna, Universidad de La Laguna, 1956.
- OLEZA, Juan, *La novela del XIX. Del parto a la crisis de una ideología*, Valencia, Editorial Bello, 1976.
- OLIVIER-LISSAGARY, *Historia de la Comuna*, Barcelona, Estela, 1971.
- PARDO BAZÁN, E., *La cuestión palpitante*, Santiago Compostela, Anthropos, 1989
- PEREDA, J. M., *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. José María de Pereda el domingo 21 de febrero de 1897*, Madrid, Est. Tip. De la viuda e hijos de Tello, 1897.
- PÉREZ GALDÓS, *Ensayos de crítica literaria*, Barcelona, Península, 1990.
- PÉREZ GALDÓS, *Observaciones sobre la novela española contemporánea*, Madrid, Revista de España, 1870.
- PÉREZ GALDÓS, *Un tribunal literario*, Barcelona, Península, 1990.
- PÉREZ GALDÓS, *Amadeo I*, Madrid, Aguilar, 1886.
- PÉREZ GALDÓS, *Cánovas*, Madrid, Aguilar, 1990.
- PÉREZ GALDÓS, *De Cartago a Sagunto*, Madrid, Aguilar, 1990.
- PÉREZ GALDÓS, *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, Madrid, Alianza, 1991.
- PÉREZ GALDÓS, *España sin rey*, Madrid, Aguilar, 3ª reimp., 1990.
- PÉREZ GALDÓS, *España trágica*, Madrid, Aguilar, 1990.
- PÉREZ GALDÓS, *La Primera República*, Madrid, Aguilar, 1990
- ROMÁN GUTIÉRREZ, Isabel, *Historia interna de la novela española del siglo XIX*, Sevilla, Alfar, 1988.
- SÁNCHEZ REBOREDO, José, *Emilia Pardo Bazán y la realidad obrera. Notas sobre la Tribuna*, C.H.A., 1979.
- SECO SERRANO, Carlos, *Los episodios nacionales como fuente histórica*, en: *Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX*, Madrid, Guadiana, 1973.
- SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo, *Leopoldo Alas 'Clarín': Galdós novelista*, Barcelona, PPU, 1991.

- VALERA, Juan, *Apuntes sobre el arte nuevo de escribir novelas*, Madrid, Aguilar, 1961.
- VALERA, Juan, *De la naturaleza y carácter de la novela*, Madrid, Aguilar, 1961.
- VALERA, Juan, *Terapéutica social. Expuesta en historias, novelas, disertaciones y otras obrillas de mero pasatiempo*, Madrid, Librería de Fernando Fe.
- VICENS VIVES, *Historia General Moderna*, Barcelona, Montaner y Simón, 7ª edc., 1971.
- ZAVALA, Iris, *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*,
- ZOLA, E., *Thérèse Raquin*, Paris, Brodard et Trapin, 1962.

### 2.3.2 NOVELAS ESTUDIADAS

- ALARCÓN, Pedro Antonio de, *El escándalo*, Madrid, Cátedra, 1986, 391 p., edición de Juan Bautista Montes.
- ALARCÓN, Pedro Antonio de, *El capitán veneno*, Buenos Aires, Huemul, 2ª edc., 1966, 141 p., edición de Clara Passafari de Gutiérrez.
- ALARCÓN, Pedro Antonio de, *El niño de la bola*, Madrid, Tebas, 1975, 174 p.
- ALARCÓN, Pedro Antonio de, *La Pródiga*, Madrid, Editora Nacional, 1975, 301 p. edición de A. Navarro González.
- ALARCÓN, Pedro Antonio de, *El sombrero de tres picos*, Barcelona, Crítica, 1993, 221 p., edición de Eva Florenska, estudio preliminar de Sergio Beser.
- ARANA, Vicente de, *Jaun Zuría o el caudillo blanco. Leyenda histórica original del siglo IX*, Bilbao, Imprenta de la Revista de Vizcaya, 1887, 98 p., BN. 2/33108.
- ASENSIO, Antonio, *Juan José, novela de costumbres basada en el célebre drama de D. Joaquín Dicenta*, Madrid, Mariano Núñez Samper, [1896], tomo I 1338 p., tomo II 1349 p., BN. 2/41480-81
- BONA, Félix de, *La huelga*, Madrid, La España Editorial, s.a. [1890], XII + 256 p., BN. 2/32007.
- CAMPIÓN, Arturo, *Blancos y negros. (Guerra en la paz)*, Pamplona, Euskal-Erriaren Alde, 1898, 382 p., BN. 2/43560.
- CASTILLO, Rafael del, *Las cortesanas del siglo XIX*, Madrid, 1871, 425 p., BN. 1/70269.
- CLARÍN, *La Regenta*, Madrid, Alianza, 5ª edc., 1972, 678 p
- COLOMA, Luis, *Pequeñeces*, Madrid, Cátedra, 1987, 502 p., edición de Rubén Benítez.
- LÓPEZ BAGO, E., *El periodista*, Madrid, F. Bueno y Cía. Editores, 1884, 193 p. BN. 2/52863.
- LÓPEZ BAGO, E., *El separatista*, Madrid, Castalia, 1997, 312 p., edición de Francisco Gutiérrez Carbajo.
- LÓPEZ BAGO, E., *La buscona*, Madrid, Juan Muñoz y Compañía, s.a. [1885], 277 p., BN. 2/59243.
- LÓPEZ BAGO, E., *La pálida. Novela médico-social*, Madrid, Juan Muñoz y Compañía, 6ª edc., 1885, 282 p., BN. 2/59242.
- LÓPEZ BAGO, E., *La prostituta. Novela médico-social*, Madrid, Juan Muñoz y Compañía, 5ª edc., s.a. [1884], 288 p., BN. 2/59241.
- LÓPEZ BAGO, E., *La querida*, Madrid, Juan Muñoz y Compañía, s.a. [1885], 280 p., BN. 2/59244.
- LÓPEZ BAGO, E., *Luis Martínez, el espada. (En la plaza). Novela social*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1886, 289 p., BN. 7/126253.

- LÓPEZ BAGO, E., *La prostituta. Novela médico-social*, Madrid, Juan Muñoz y Compañía, 5ª edc., s.a.
- LÓPEZ BAGO, E., *Los asesinos. Novela social*, Madrid, Juan Muñoz y Compañía, 1885, tomo I 1003 p., tomo II 1022 p., BN. 3/1409
- LORENZO, Anselmo, *Episodio dramático-social. Justo Vives*, Barcelona, Imprenta de L'Avenc, 1893, 254 p., BN. 2/53936.
- NAVARRETE, José, *María de los Ángeles*, Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, 1883, 616 p., BN. 1/73821.
- NAVARRO VILLOSLADA, Francisco, *Historia de muchos Pepes*, Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos, 1879, 304 p., BN. 1/73439.
- NAVARRO VILLOSLADA, Francisco, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, Donostia, Ttarttalo, 4ª edc., 1997, 681 p.
- ORTEGA Y FRÍAS, Ramón, *La vida alegre. Cuadro de costumbres*, Madrid, Murcia y Martí, Editores, 1877, 238 p., BN. 3/2138.
- ORTEGA Y MUNILLA, J., *La cigarra, creación contemporánea*, Madrid, Imprenta de A. Flórez, 1879, XI +194 p., BN. 2/32026
- ORTEGA Y MUNILLA, J., *Orgía del hambre*, Madrid, El Cosmos Editorial, 1884, 444 p., BN 3/1978.
- ORTEGA Y MUNILLA, J., *Don Juan Solo*, Madrid, V.H. de Sanz Calleja, s.a. [1880], 186 p., BN. 1/77199.
- ORTEGA Y MUNILLA, J., *Panza al trote. Relación contemporánea*, Madrid, Est. tip. de El Correo, 1883, 138 p., BN. 7/127982.
- PALACIO VALDES, A., *El cuarto poder. Novela de costumbres*, Madrid, Tipografía de Manuel Ginés Hernández, 1888, tomo I 290 p., tomo II 338 p., BN. 1/54550-51.
- PALACIO VALDÉS, A., *El origen del pensamiento*, Madrid, Imprenta de los hijos de M.G. Hernández, 1893, 477 p., BN. 1/80325.
- PALACIO VALDÉS, A., *José*, Madrid, Cátedra, 3ª edc., 1982, 214 p., edición de Jorge Campos.
- PALACIO VALDÉS, A., *La espuma*, Madrid, Castalia, 1990, 518 p., edición de Guadalupe Gómez Ferrer.
- PALACIO VALDÉS, A., *La hermana San Sulpicio*, Oviedo, Gea, 1995, 235 p.
- PALACIO VALDÉS, A., *Los majos de Cádiz (novela de costumbres)*, Oviedo, GEA, 1995, 118 p.
- PALACIO VALDÉS, A., *Maximina*, Madrid, Magisterio Español, 1978, 318 p.
- PARDO BAZÁN, E., *Insolación*, Madrid, Espasa Calpe, 3ª edc., 1987, 172 p., edición de Marina Mayoral.
- PARDO BAZÁN, Emilia, *La Tribuna*, Madrid, Cátedra, 1988, 270 p., edición de Benito Varela Jácome.
- PARDO BAZÁN, Emilia, *Un viaje de novios*, Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, 1881, 451 p., BN. 1/15794.
- PEREDA, J. M., *De tal palo, tal astilla*, Madrid, Cátedra, 1981, 323 p., edición de Joaquín Casalduero.
- PEREDA, J.M., *Pedro Sánchez*, Madrid, Espasa Calpe 3ª edc., 1990, 432 p., Edición de Manuel González Herrán.
- PEREDA, J. M., *Sotileza*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, 466 p., edición de Germán Gullón.
- PÉREZ GALDÓS, *La Fontana de Oro*, S. C. Tenerife, V.C.D.G. Canarias, 1988, 516 p., edición de Yolanda Arencibia.
- PÉREZ GALDÓS, *El doctor Centeno*, Madrid, Alianza, 2000, 359 p.

- PÉREZ GALDÓS, *Fortuna y Jacinta*, Madrid, Cátedra, 4ª edc., 1994, tomo I 719 p., tomo II 542 p., edición de Francisco Caudet.
- PÉREZ GALDÓS, *Gloria*, Madrid, Alianza, 1993, 522 p.
- PÉREZ GALDÓS, *La de Bringas*, Madrid, Alianza, 2000, 281 p.
- PÉREZ GALDÓS, *La desheredada*, Madrid, Alianza, 10ª reimpresión, 1988, 486 p.
- PÉREZ GALDÓS, *Lo prohibido*, Madrid, Cátedra, 2001, 621 p., Edición de James Whiston.
- PÉREZ GALDÓS, *Marianela*, Madrid, Alianza, 3ª reimp., 1987, 261 p.
- PÉREZ GALDÓS, *Miau*, Barcelona, Guadarrama, 6ª edc., 1981, 444 p., edición de Robert J. Weber.
- PÉREZ GALDÓS, *Torquemada en la hoguera*, Madrid, Alianza, 1993, 73 p.
- PÉREZ GALDÓS, *Torquemada en la cruz*, Madrid, Alianza, 1993 178 p.
- PÉREZ GALDÓS, *Torquemada en el purgatorio*, Madrid, Alianza, 1993 209 p.
- PÉREZ GALDÓS, *Torquemada y San Pedro*, Madrid, Alianza, 9ª reimp., 1993 187 p.
- PICÓN, Jacinto O., *Dulce y sabrosa*, Madrid, Cátedra, 1976, 349 p., edición de Gonzalo Sobejano.
- PUERTA VIZCAÍNO, Juan de la, *El sitio de París en 1870*, Madrid, Campó y Compañía editores, 1870-1871, tomo I 847 p., tomo II 528 p. tomo III 596 p. BN. 7/10849-51.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ DEL ARCO, A., *Cáncer social*, Talavera de la Reina Imprenta de Luis Rubalcaba, 1893, VIII + 269 p., BN. 1/63570.
- SAWA, Alejandro, *La mujer de todo el mundo*, Madrid, Establecimiento tipográfico de Ricardo Fe, 1885, 218 p., BN. 2/58970.
- VALERA, Juan, *Juanita la Larga*, Madrid, Salvat editores, 1970, 186 p.
- VALERA, Juan, *Las ilusiones del doctor Faustino*, Madrid, Castalia, 1970, 452 p., edición de Cyrus C. Decoster.
- VALERA, Juan, *Pepita Jiménez*, Madrid, Cátedra, 2000, 352 p., Edición de Leonardo Romero.